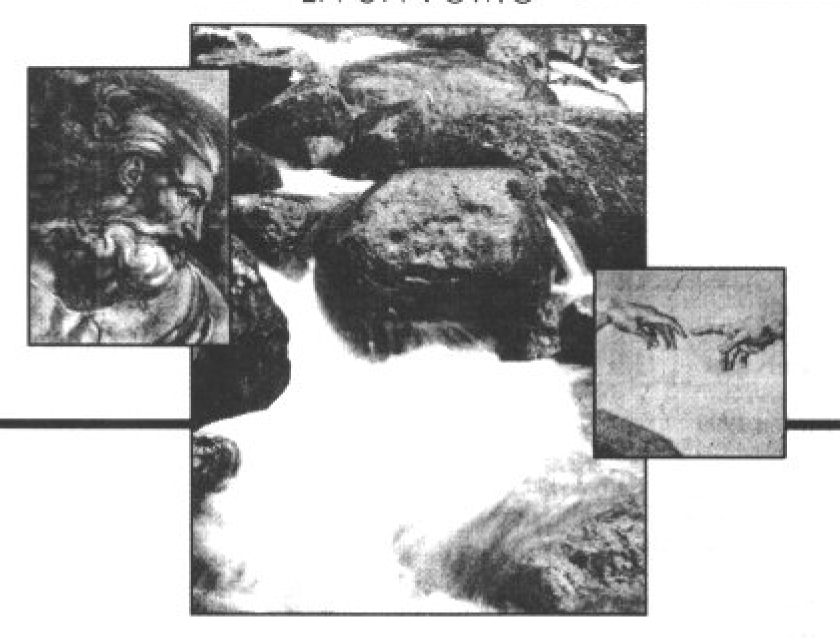
MATTHEW HENRY



COMENTARIO DE LA BIBLIA MATTHEW HENRY

EN UN TOMO



PRÓLOGO

Me es grato recomendar de todo corazón este gran libro. Hará mucho bien a la predicación actual, porque en él se ve lo que es una predicación bíblica, profundamente espiritual. En nuestro tiempo ese tipo de predicación está olvidado y ha sido sustituida por predicaciones "psicológicas", "sociales" y de temas de actualidad.

Ojalá tenga una amplia difusión. Es la sustancia de lo mejor en comentario bíblico de raíces puritanas. Publicado hace unos 300 años, esta versión castellana nos hace llegar algo que hará mucho bien a la persona que lo lee, sea predicador, o simplemente a quien lo lea para su edificación personal.

No es un comentario en el sentido tradicional, como su obra de varios volúmenes; es un extracto de la sustancia de sus aplicaciones a cada pasaje. En este sentido, es un excelente ideario para predicadores, que debiera ser consultado antes de predicar sobre cualquier pasaje. Otro aspecto importante es que debe ser leído paralelamente con la Biblia. Si uno no lee el pasaje en referencia, no entenderá fácilmente las aplicaciones, y a veces es necesario reflexionar detenidamente sobre el pasaje bíblico para llegar a ver claramente la aplicación, que entonces le parecerá maravillosa.

Permítanme unas breves palabras de orientación para su lectura provechosa:

1. Nótese que cada capítulo está dividido en párrafos de varios versículos.

2. No aparece el texto bíblico, sino solamente la referencia.

3. Dentro de un párrafo, al pasar de una idea a otra, o a otro versículo, hay un guión (—).

4. Considerado lo anterior, lea los versículos correspondientes, trate de comprender su contenido. Esto debe ser motivo de profunda meditación.

5. Seguramente la lectura del texto bíblico le dará algunas ideas propias.

6. Luego lea el párrafo correspondiente del comentario.

7. Reflexione sobre lo que esto tiene para nuestro tiempo.

8. Si es predicador, tendrá en el comentario una buena cantidad de aplicaciones breves.

9. Si le gustan los dichos, hallará gran cantidad de dichos de forma proverbial que pueden dar más agilidad a su predicación, y pueden ayudar a que se recuerden en mejor forma sus palabras.

Por último, para tener una lectura provechosa de la Biblia, en paralelo con un comentario como éste, es necesario que la Palabra de Dios *toque* nuestro corazón y modifique nuestra conducta. Sólo entonces podemos decir que hemos sacado provecho de la Palabra y podemos darla a otros.

NOTA ESPECIAL
PARA EL LECTOR

Para ayudar al lector a determinar los capítulos que están con números romanos en esta edición del *Comentario de toda la Biblia*, de Matthew Henry, use lo que sigue:

I = uno

V = cinco

X = diez

L = cincuenta

C = cien

IV = cuatro

IX = nueve

XL - cuarenta

XC = noventa

Recuerde que los números romanos se escriben de izquierda a derecha para calcular. Para determinar el valor numérico use el principio de la suma. Primero van los miles, los cientos, luego las decenas y las unidades. Todos los cuatro y los nueve usan el principio de la resta.

Por ejemplo: Isaías XXXVIII = Isaías 38

Salmo CXLIX = Salmo 149

EL ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS

Génesis es un nombre tomado del griego; significa “el libro de la generación o los orígenes”; se llama así apropiadamente pues contiene el relato del origen de todas las cosas. No hay otra historia tan antigua. Nada hay dentro del libro más antiguo que existe que *lo contradiga*; por el contrario, muchas cosas narradas por los escritores paganos más antiguos, o que se pueden descubrir en las costumbres de naciones diferentes, *confirman* lo relatado en el libro del Génesis.

CAPÍTULO I

Versículos 1, 2. *Dios crea los cielos y la tierra*. 3—5. *La creación de la luz*. 6—13. *Dios separa la tierra de las aguas; la tierra la hace fructífera*. 14—19. *Dios forma el sol, la luna y las estrellas*. 20—25. *Dios crea los animales*. 26—28. *El hombre, creado a imagen de Dios*. 29, 30. .*Designación de los alimentos*. 31. *Finalización y aprobación de la obra de creación.*

Vv. 1, 2. El primer versículo de la Biblia nos da un relato satisfactorio y útil del origen de la tierra y de los cielos. La fe del cristiano humilde entiende esto mejor que la fantasía de los hombres más doctos. De lo que vemos del cielo y la tierra aprendemos el poder del gran Creador. Que el hecho de ser creados y nuestro lugar como hombres, nos recuerden nuestro deber cristiano de mantener siempre el cielo a la vista y la tierra bajo nuestros pies.

El Hijo de Dios, uno con el Padre, estaba con Él cuando éste hizo el mundo; mejor dicho, a menudo se nos dice que el mundo fue hecho por Él y que sin Él nada fue hecho. ¡Oh, qué elevados pensamientos debiera haber en nuestra mente hacia el gran Dios que adoramos, y hacia ese gran Mediador en cuyo nombre oramos! Aquí, en el principio mismo del texto sagrado, leemos de ese Espíritu Divino cuya obra en el corazón del hombre se menciona tan a menudo en otras partes de la Biblia.

Observe que, al principio nada deseable había para ver, pues el mundo estaba informe y vacío; era confusión y desolación. En manera similar, la obra de la gracia en el alma es una nueva creación: y en un alma sin gracia, que no ha nacido de nuevo, hay desorden, confusión y toda mala obra: está vacía de todo bien porque está sin Dios; es oscura, es las tinieblas mismas: este es nuestro estado por naturaleza, hasta que la gracia del Todopoderoso efectúa en nosotros un cambio.

Vv. 3—5. Dijo Dios: Sea la luz; Él la quiso, e inmediatamente hubo luz. ¡Qué poder el de la palabra de Dios! En la nueva creación, lo primero que se lleva al alma es la luz: el bendito Espíritu obra en la voluntad y en los afectos iluminando el entendimiento. Quienes por el pecado eran

tinieblas, por gracia se convierten en luz en el Señor. Las tinieblas hubieran estado siempre sobre el hombre caído si el Hijo de Dios no hubiera venido para darnos entendimiento, 1 Juan v. 20. La luz que Dios quiso, la aprobó. Dios separó la luz de las tinieblas, pues, ¿qué comunión tiene la luz con las tinieblas? En los cielos hay perfecta luz y ningunas tinieblas; en el infierno, la oscuridad es absoluta y no hay un rayo de luz. El día y la noche son del Señor; usemos ambos para su honra: cada día en el trabajo para Él y descansando en Él cada noche. Meditando día y noche en su ley.

Vv. 6—13. La tierra estaba desolada, pero por una palabra se llenó de las riquezas de Dios, que todavía son suyas. Aunque se permite al hombre su uso, son de Dios y para su servicio y honor deben usarse. La tierra, a su mandato, produce pasto, hierbas y frutos. Dios debe tener la gloria de todo el provecho que recibimos del producto de la tierra. Si tenemos interés en Él, que es la Fuente, por la gracia, nos regocijaríamos en Él cuando se secan los arroyos temporales de la misericordia.

Vv. 14—19. El cuarto día de trabajo da cuenta de la creación del sol, la luna y las estrellas. Todo es obra de Dios. Se habla de las estrellas tal como aparecen antes nuestros ojos, sin decir su cantidad, naturaleza, lugar, tamaño o movimientos; las Escrituras no fueron hechas para satisfacer la curiosidad ni para hacernos astrónomos, sino para conducirnos a Dios y hacernos santos. Las luces del cielo fueron hechas para servirle a Él; lo hacen fielmente y brillan a su tiempo sin faltar. Nosotros estamos como luces en este mundo para servir a Dios; pero, ¿respondemos en manera similar a la finalidad para la que fuimos creados? No: nuestra luz no resplandece ante Dios como sus luces brillan ante nosotros. Hacemos uso de la creación de nuestro Amo, pero nos importa poco la obra de nuestro Amo.

Vv. 20—25. Dios mandó que se hicieran los peces y las aves. Él mismo ejecutó esta orden. Los insectos, que son más numerosos que las aves y las bestias, y tan curiosos, parecen haber sido parte de la obra de este día. La sabiduría y el poder del Creador son admirables tanto en una hormiga como en un elefante. —El poder de la providencia de Dios preserva todas las cosas y la feracidad es el efecto de su bendición.

Vv. 26—28. El hombre fue hecho después de todas las criaturas: esto era tanto un honor como un favor para él. Sin embargo, el hombre fue hecho el mismo día que las bestias; su cuerpo fue hecho de la misma tierra que el de ellas; y mientras él está en el cuerpo, habita en la misma tierra con ellas. ¡No permita Dios que dándole gusto al cuerpo y a sus deseos, nos hagamos como las bestias que perecen! El hombre fue hecho para ser una criatura diferente de todas las que habían sido hechas hasta entonces. En él tenían que unirse la carne y el espíritu, el cielo y la tierra. Dios dijo: “Hagamos al hombre”. El hombre, cuando fue hecho, fue creado para glorificar al Padre, Hijo y Espíritu Santo. En ese gran nombre somos bautizados pues a ese gran nombre debemos nuestro ser. Es el alma del hombre la que lleva especialmente la imagen de Dios. —El hombre fue hecho recto, Eclesiastés vii. 29. Su entendimiento veía clara y verdaderamente las cosas divinas; no había yerros ni equivocaciones en su conocimiento; su voluntad consentía de inmediato a la voluntad de Dios en todas las cosas. Sus afectos eran normales y no tenía malos deseos ni pasiones desordenadas. Sus pensamientos eran fácilmente llevados a temas sublimes y quedaban fijos en ellos. Así de santos, así de felices, eran nuestros primeros padres cuando tenían la imagen de Dios en ellos. ¡Pero cuán desfigurada está la imagen de Dios en el hombre! ¡Quiera el Señor renovarla en nuestra alma por su gracia!

Vv. 29, 30. Las hierbas y las frutas deben ser la comida del hombre, incluido el maíz y todos los productos de la tierra. Que el pueblo de Dios ponga sobre Él su carga y no se afane por qué comerán ni qué beberán. El que alimenta las aves del cielo no permitirá que sus hijitos pasen hambre.

V. 31. Cuando nos ponemos a pensar en nuestras obras hallamos, para vergüenza nuestra, que en gran parte han sido muy malas; pero cuando Dios vio su obra, todo era muy bueno. Bueno pues todo era cabalmente como el Creador quería que fuera. Todas sus obras, en todos los lugares de su señorío le bendicen y, por tanto, bendice, alma mía, al Señor. Bendigamos a Dios por el evangelio de Cristo y, al considerar su omnipotencia, huyamos nosotros, los pecadores, de la ira venidera. Si somos creados de nuevo conforme a la imagen de Dios en santidad, finalmente entraremos en los "cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia".

CAPÍTULO II

Versículos 1—3. *El primer día de reposo.* 4—7. *Detalles de la creación.* 8—14. *Plantación del huerto del Edén.* 15. *El hombre puesto en el Edén.* 16, 17. *El mandamiento de Dios.* 18—25. *Dar nombre a los animales. —La hechura de la mujer—La institución divina del matrimonio.*

Vv. 1—3. Después de seis días Dios cesó todas las obras de creación. En los milagros ha usado leyes superiores de la naturaleza, pero nunca ha cambiado su curso establecido, ni le ha agregado. Dios no descansó como si estuviera cansado sino como alguien que está muy complacido. Nótese al comienzo mismo del reino de gracia, la santificación o la observancia sagrada del día de reposo. La observancia solemne de un día de cada siete como día de sagrado reposo y de santo trabajo, para la honra de Dios, es deber de toda persona a quien Dios ha dado a conocer sus santos días de reposo. En este momento, nadie de la raza humana tenía ser sino nuestros primeros padres. Para ellos fue instituido el día de reposo y, es claro, también para todas las generaciones sucesivas. El reposo cristiano que observamos es un día séptimo y en él celebramos el reposo del Dios Hijo y la consumación de la obra de nuestra redención.

Vv. 4—7. Aquí se da un nombre al Creador: "Jehová". Jehová es el nombre de Dios que denota que sólo Él tiene su ser de sí mismo, y que Él da el ser a todas las criaturas y cosas.

Además se destacan las plantas y las hierbas porque fueron hechas y señaladas como alimento para el hombre. La tierra no produjo sus frutos por su propio poder: esto fue hecho por el poder del Omnipotente. De la misma manera, la gracia del alma no crece por sí misma en el terreno de la naturaleza; es la obra de Dios. La lluvia es también dádiva de Dios; no llovió sino hasta que Dios hizo llover. Aunque Dios obra usando medios, cuando le agrada puede, no obstante, hacer su obra sin medios; y aunque nosotros no hemos de tentar a Dios descuidando los medios, debemos confiar en Él tanto en el uso como en la falta de medios. De una u otra manera Dios regará las plantas de su plantío. La gracia divina desciende como el rocío y silenciosamente riega la iglesia sin hacer ruido. El hombre fue hecho de polvo menudo, como el que hay en la superficie de la tierra. El alma no fue hecha de la tierra como el cuerpo: lástima entonces que deba apegarse a la tierra y preocuparse por las cosas terrenales. En breve daremos cuenta a Dios por la forma en que hemos empleado estas almas; y si se encuentra que las hemos perdido, aunque fuera para ganar el mundo, ¡estamos perdidos para siempre! Los necios desprecian sus propias almas al preocuparse de sus cuerpos antes que de sus almas.

Vv. 8—14. El lugar fijado para que Adán habitara no era un palacio sino un huerto. Mientras mejor nos arreglemos con cosas sencillas y menos busquemos las cosas que complacen el orgullo y la lujuria, más cerca estaremos de la inocencia. La naturaleza se contenta con un *poco* y aquello que es más natural; la gracia con *menos*; pero la lujuria lo desea todo y se contenta con *nada*. Ningún placer puede satisfacer el alma sino aquello que Dios mismo ha provisto y señalado para ello. Edén

significa deleite y placer. No importa cuál haya sido su localización, tenía todas las comodidades deseables, sin ninguna desventaja, como nunca jamás haya sido otra casa o huerto en la tierra. Estaba adornado con todo árbol agradable a la vista y enriquecido con todo árbol que diera fruto agradable al paladar y bueno para comer. Como Padre tierno, Dios deseaba no sólo el provecho de Adán, sino su placer; porque hay placer con inocencia, mejor aun, hay verdadero placer sólo en la inocencia. Cuando la Providencia nos pone en un lugar de abundancia y placer, debiéramos servir a Dios con alegría de corazón por las cosas buenas que nos da. Edén tenía dos árboles exclusivos. —1. *En el medio del huerto estaba el árbol de la vida*. El hombre podría comer de este y vivir. Cristo es ahora el Árbol de la vida para nosotros, Apocalipsis ii. 7; xxii. 2; y el Pan de vida, Juan vi. 48, 51. —2. Estaba el árbol de la ciencia del bien y el mal, llamado así porque había una revelación positiva de la voluntad de Dios acerca de este árbol, de manera que por él el hombre podía llegar a conocer el bien y el mal moral. ¿Qué es bueno? Bueno es no comer de este árbol. ¿Qué es malo? Malo es comer de este árbol. En estos dos árboles Dios puso ante Adán el bien y el mal, la bendición y la maldición.

V. 15. Después que Dios hubo formado a Adán, lo puso en el huerto. Así toda jactancia quedó excluida. Solamente el que nos hizo puede hacernos felices; el que es el Formador de nuestros cuerpos, y el Padre de nuestros espíritus, y nadie sino Él, puede proveer plenamente para la felicidad de cuerpo y alma. Aún en el mismo paraíso el hombre tenía que trabajar. Ninguno de nosotros fue enviado al mundo para estar ocioso. El que hizo nuestras almas y cuerpos, nos ha dado algo con qué trabajar; y el que nos dio esta tierra por habitación, nos ha dado algo sobre qué trabajar. Los hijos y herederos del cielo, mientras están en el mundo, tienen algo que hacer por esta tierra, la cual debe tener su cuota de tiempo y preocupación de parte de ellos; y si lo hacen mirando a Dios, y le sirven tan verdaderamente en ello como cuando están de rodillas. Observe que el llamamiento del agricultor es un llamado antiguo y honorable; era necesario hasta en el paraíso. Además, hay verdadero placer en las tareas a las que Dios nos llama y en las que nos emplea. Adán no hubiera podido ser feliz si hubiera estado ocioso: sigue siendo la ley de Dios que aquel que no trabaja no tiene derecho a comer, 2 Tesalonicenses iii. 10.

Vv. 16, 17. No pongamos nunca nuestra propia voluntad contra la santa voluntad de Dios. No sólo se otorgó libertad al hombre para tomar los frutos del paraíso, sino se le aseguró la vida eterna por su obediencia. Se había establecido una prueba para su obediencia. Por la transgresión él perdería el favor de su Hacedor y se haría merecedor de su desagrado, con todos sus espantosos efectos; de esta manera él quedaría propenso al dolor, la enfermedad y la muerte. Peor que eso, él iba a perder la santa imagen de Dios y todo el consuelo de su aprobación; y sintiendo el tormento de las pasiones pecaminosas y el terror de la venganza de su Hacedor, la cual tendría que soportar para siempre con su alma que nunca muere. La prohibición de comer el fruto de un árbol en particular era sabiamente adecuada para el estado de nuestros primeros padres. En su estado de inocencia y apartados de los demás, ¿qué ocasión o qué tentación tenían para romper alguno de los diez mandamientos? El desarrollo de los acontecimientos prueba que toda la raza humana estaba comprometida en la prueba y caída de nuestros primeros padres. Argumentar contra estas cosas es luchar contra hechos irrebatibles, y contra la revelación divina; porque el hombre es pecador y muestra por sus primeros actos y por su conducta posterior, que está siempre dispuesto para hacer el mal. Está sometido al desagrado divino, expuesto a los sufrimientos y a la muerte. Las Escrituras siempre hablan del hombre como que tiene un carácter pecador y está en este estado de miseria; y estas cosas valen para los hombres de todas las épocas y de todas las naciones.

Vv. 18—25. El hombre recibió el poder sobre las criaturas y, como prueba de esto, les puso nombre a todas. Este hecho muestra además su discernimiento en cuanto a las obras de Dios. Aunque era señor de las criaturas, nada de este mundo era una ayuda idónea para el hombre. De Dios son todas nuestras ayudas. Si descansamos en Dios Él obrará todo para bien. Dios hizo que un sueño

profundo cayera sobre Adán; por cuanto no conoce el pecado, Dios cuida que el hombre no sienta dolor. Dios, como Padre de ella, trajo la mujer al hombre, como su segundo ser y como su ayuda idónea. Esa esposa, hechura de Dios por gracia especial, y producto de Dios por providencia especial, probablemente demuestre ser la ayuda idónea para el hombre. Véase qué necesidad hay, tanto de prudencia como de oración, al elegir esta relación que es tan cercana y tan duradera. Había necesidad de hacer bien esto que se hace para toda la vida. —Nuestros primeros padres no necesitaban ropa para cubrirse del frío o el calor pues no podían dañarlos: tampoco la necesitaban para ataviarse. Así de desahogada, así de feliz era la vida del hombre en su estado de inocencia. ¡Cuán bueno era Dios para él! ¡Con cuántos favores Él le cargó! ¡Cuán ligeras eran las leyes que le fueron dadas! Sin embargo, el hombre, en medio de toda esta honra, no entendió su propio interés sino que pronto se volvió como las bestias que perecen.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *La serpiente engaña a Eva.* 6—8. *Adán y Eva transgreden el mandamiento divino, y caen en el pecado y la miseria.* 9—13. *Dios llama a Adán y Eva para que respondan.* 14, 15. *Maldición a la serpiente—La Simiente prometida.* 16—19. *El castigo de la humanidad.* 20, 21. *La primera vestimenta de la humanidad.* 22—24. *Adán y Eva son expulsados del paraíso.*

Vv. 1—5. Satanás atacó a nuestros primeros padres para llevarlos a pecar; la tentación les resultó fatal. El tentador fue el diablo, en la forma y semejanza de una serpiente. El plan de Satanás era arrastrar a nuestros primeros padres al pecado y, así, poner separación entre ellos y su Dios. De este modo el diablo fue desde el comienzo un homicida y gran obrador de maldades. La persona tentada fue la mujer: la táctica de Satanás fue entablar una conversación con ella mientras estaba sola. Hay muchas tentaciones en las que el estar a solas da gran ventaja al tentador; en cambio, la comunión de los santos cuida en gran medida la fortaleza y seguridad de ellos. Satanás sacó ventaja de hallar a la mujer sola cerca del árbol prohibido. —Satanás tentó a Eva para, a través ella, poder tentar a Adán. Su táctica es enviar las tentaciones por medios que no sospechamos, y por quienes tienen la mayor influencia sobre nosotros. Satanás puso en duda si era o no era pecado comer de este árbol. No dejó al descubierto su designio al comienzo, pero planteó una pregunta que parecía inocente. El que quiera estar a salvo debe cuidarse de no hablar con el tentador. Citó mal el mandamiento. Él habló en forma sarcástica. El diablo, así como es un mentiroso, es también un escarnecedor desde el principio; y los escarnecedores son sus hijos. El arte de Satanás consiste en hablar de la ley divina como dudosa o irracional y, así, atrae la gente al pecado; nuestra sabiduría consiste en mantener firme nuestra creencia en el mandamiento de Dios y un elevado respeto por Él. ¿Conque Dios dijo: ¿No mentiréis, no tomaréis su nombre en vano, no os emborracharéis, etc.? Sí, estoy seguro que lo dijo, y está bien dicho; y, por su gracia, yo lo cumpliré. —El entablar esta conversación con la serpiente fue debilidad de Eva: por su pregunta debió notar que no tenía buenas intenciones, y por tanto, debió retroceder. Satanás enseña primero a los hombres a dudar y, luego, a negar. Les promete beneficios si comen de este fruto. Su objetivo es introducir el descontento con su estado presente, como si no fuera tan bueno como pudiera y debiera ser. Ningún estado por si mismo dará contento a menos que la mente sea puesta en ello. Los tienta para que busquen ascender como si fueran dignos de ser dioses. Satanás se arruinó a sí mismo cuando deseó ser como el Altísimo, luego, procuró infectar a nuestros primeros padres con el mismo deseo para arruinarlos también. El diablo sigue aún atrayendo a la gente a su esfera de interés sugiriéndoles pensamientos malos acerca de Dios y falsas esperanzas de lograr beneficios por medio del pecado. Por tanto, pensemos siempre bien de Dios como el sumo bien y pensemos mal del pecado como el sumo mal: así resistiremos al diablo y él huirá de nosotros.

Vv. 6—8. Observe los pasos de la transgresión: no son pasos ascendentes sino descen-dentes hacia el abismo. —1. *Ella vio*. Una gran cantidad de pecado viene por los ojos. No miremos aquello que trae consigo el riesgo de estimular la concupiscencia, Mateo v. 28. —2. *Ella tomó*. Fue su propio acto y obra. Satanás puede tentar pero no puede obligar; puede persuadirnos a que nos arrojemos al precipicio pero no puede arrojarnos, Mateo iv. 6. —3. *Ella comió*. Cuando miró quizás no tuviera la intención de tomarlo; o cuando lo tomó no tuviera la intención de comer; pero acabó en eso. Es sabiduría detener los primeros movimientos del pecado, y abandonarlo antes de verse comprometido con él. —4. *También dio a su marido*. Quienes han hecho mal, están dispuestos a arrastrar a otros a hacer lo mismo. —5. *Ella comió*. Al no tomar en cuenta el árbol de la vida. Del cual se le permitía comer, y al comer del árbol del conocimiento, que estaba prohibido, Adán claramente muestra su desdén por lo que Dios le ha otorgado, y su deseo por lo que Dios consideró prudente no darle. Deseaba tener lo que quería y hacer lo que le placiera. En una palabra su pecado fue la desobediencia, Romanos v, 19; la desobediencia a un mandato claro, simple y expreso. No tenía una naturaleza pecaminosa que lo traicionara; en cambio tenía libertad de voluntad, con toda su fuerza, no debilitada ni desequilibrada. Se apartó con mucha prontitud. Arrastró a toda su posteridad al pecado y a la miseria. Entonces, ¿quién puede decir que el pecado de Adán en sí causó poco daño? —Ya era demasiado tarde, cuando Adán y Eva vieron la necedad de comer la fruta prohibida. Vieron la felicidad de la cual cayeron y la miseria en que se hundieron. Vieron a un Dios amante irritado, y la pérdida de su gracia y su favor. Véase aquí qué deshonra y trastorno produce el pecado; hace maldad doquiera se introduce y destruye todo consuelo. Tarde o temprano acarrea la vergüenza; sea la vergüenza del arrepentimiento verdadero, que termina en gloria, o la vergüenza y confusión perpetua, en la cual despertarán los malos en el gran día. Véase aquí en qué consiste corrientemente la necedad de quienes han pecado. Cuidan más de salvar su crédito ante los hombres que obtener el perdón de Dios. Las excusas que dan los hombres para cubrir y restar importancia a sus pecados, son vanas y frívolas; como los delantales de hojas de higuera que se hicieron, no logran mejorar las cosas: no obstante, todos tenemos la tendencia a cubrir nuestras transgresiones como Adán. Antes de pecar ellos acogían con gozo humilde las bondadosas visitas de Dios; ahora Él se convertía en un terror para ellos. No cabe asombrarse de que se convirtieran en terror para sí mismos y se llenaran de confusión. Esto muestra la falsedad del tentador y el fraude de sus tentaciones. Satanás prometió que estarían a salvo. Pero ¡ellos no pueden ni pensar que sea así! Adán y Eva eran, ahora, consoladores desdichados el uno para el otro!

Vv. 9—13. Observe la sorprendente pregunta: ¿Adán, dónde estás tú? Aquellos que se descarrían de Dios por el pecado deben considerar seriamente donde están: están lejos de todo bien, en medio de sus enemigos, esclavizados a Satanás, y en el camino real a la ruina total. Esta oveja perdida hubiera vagado sin fin si el buen Pastor no la hubiera buscado y le hubiera dicho que el lugar donde estaba descarriado, no podría ser fácil ni cómodo. Si los pecadores quisieran considerar donde están, no descansarían hasta regresar a Dios. —Es falla y necedad común de quienes han hecho mal cuando se les pregunta al respecto, el reconocer sólo lo que es tan evidente que no se puede negar. Como Adán tenemos razón para tener miedo de acercarnos a Dios si no estamos cubiertos y vestidos con la justicia de Cristo. El pecado aparece más claro en el espejo del mandamiento, así que, Dios lo puso ante Adán; y en ese espejo debemos mirar nuestro rostro. Pero en lugar de reconocer el pecado en toda su magnitud, y asumir la vergüenza en ellos mismos, Adán y Eva justificaron el pecado y cargaron la vergüenza y la culpa en otros. En quienes son tentados existe una extraña tendencia a decir que son tentados por Dios; como si nuestro abuso de los dones de Dios disculpara nuestra transgresión de las leyes de Dios. Los que están prontos a aceptar el placer y ganancia del pecado son tardos para asumir la culpa y la vergüenza de ello. Aprendamos entonces, que las tentaciones de Satanás son todas seducciones; sus argumentos, todos engañosos; sus incentivos son todos trampas; cuando habla bien, no hay que creerle. Es por el engaño del pecado que el corazón se endurece. Vea Romanos vii. 11; Hebreos iii, 13. Aunque la sutileza de Satanás pudiera arrastrarnos al pecado, de

ninguna manera nos justifica que estemos en pecado. Aunque él es el tentador, nosotros somos los pecadores. Que no disminuya nuestro pesar por el pecado el que hayamos sido engañados; antes bien, que aumente nuestra indignación con nosotros mismos por haber permitido ser engañados por un conocido tramposo y enemigo jurado, que quiere la destrucción de nuestra alma.

Vv. 14, 15. Dios dicta sentencia; y comienza donde empezó el pecado, con la serpiente. Los instrumentos del diablo deben compartir los castigos del diablo. Bajo el disfraz de la serpiente el diablo es sentenciado a ser degradado y maldecido por Dios; detestado y aborrecido por toda la humanidad: también a ser destruido y arruinado al final por el gran Redentor, cosa significada por el aplastamiento de su cabeza. Se declara la guerra entre la Simiente de la mujer y la simiente de la serpiente. El fruto de esta enemistad es que haya una guerra continua entre la gracia y la corrupción en los corazones del pueblo de Dios. Satanás, por medio de sus corrupciones los abofetea, los zarandea y procura devorarlos. El cielo y el infierno nunca pueden ser reconciliados, tampoco la luz y las tinieblas; no más que Satanás y un alma santificada. Además, hay una lucha continua entre los malos y los santos de este mundo. Se hace una promesa bondadosa sobre Cristo, como el libertador del hombre caído del poder de Satanás. Esta era la aurora del día del evangelio: tan pronto como fue hecha la herida se proveyó y reveló el remedio. Esta bondadosa revelación de un Salvador llegó sin que la pidieran ni la buscaran. Sin una revelación de misericordia, que da esperanzas de perdón, el pecador convicto se hundiría en la desesperación y se endurecería. Por fe en esta promesa fueron justificados y salvados nuestros primeros padres, y los patriarcas anteriores al diluvio. Se dan detalles sobre Cristo. —1. *Su encarnación o venida en la carne.* Que su Salvador sea la Simiente de la mujer, hueso de nuestro hueso, da gran aliento a los pecadores, Hebreos ii. 11, 14. —2. *Sus sufrimientos y muerte*; señalados en que Satanás heriría su calcañar, esto es, su naturaleza humana. Los sufrimientos de Cristo continúan en los sufrimientos de los santos por su nombre. El diablo los tienta, los persigue y los mata; y así, hiere el calcañar de Cristo, que es afligido en las aflicciones de los santos. Pero mientras el calcañar es herido en la tierra, la Cabeza está en el cielo. —3. *Su victoria sobre Satanás.* Cristo frustró las tentaciones de Satanás, rescató almas de sus manos. Por su muerte asestó un golpe fatal al reino del diablo, una herida incurable en la cabeza de esta serpiente. A medida que el evangelio gana terreno, Satanás cae.

Vv. 16—19. Por su pecado la mujer es condenada a un estado de pesar y sumisión; castigo adecuado de ese pecado en que ella procuró satisfacer la concupiscencia de los ojos y de la carne, y su orgullo. El pecado trajo dolor al mundo; hizo del mundo un valle de lágrimas. No es de extrañar que nuestros dolores se multipliquen cuando nuestros pecados se multiplican. Él se enseñoreará de ti, es sólo el mandamiento de Dios: Esposas, someteos a vuestros maridos. —Si el hombre no hubiera pecado, siempre se hubiera enseñoreado con sabiduría y amor; si la mujer no hubiera pecado, ella siempre hubiera obedecido con humildad y mansedumbre. Adán culpó a su esposa, pero aunque había sido falta suya el convencerlo para que comiera el fruto prohibido, fue falta de Adán el haberle hecho caso. Así que las frívolas excusas de los hombres se volverán contra ellos en el día del juicio de Dios. Dios puso marcas de desagrado en Adán. —1. *Maldice su habitación.* Dios dio la tierra a los hijos de los hombres para que fuera una morada cómoda, pero ahora está maldita por el pecado del hombre. Sin embargo, Adán mismo no es maldecido, como lo fue la serpiente, sino tan sólo el suelo por amor a él. —2. *Sus esfuerzos y placeres le son amargos*. El trabajo es nuestro deber y debemos realizarlo fielmente; es parte de la sentencia del hombre, cosa que la ociosidad desafía atrevidamente. La incomodidad y el cansancio en el trabajo son nuestro justo castigo, al cual debemos someternos con paciencia, puesto que son menos que lo merecido por nuestra iniquidad. El alimento del hombre se le volverá desagradable. Pero el hombre no es sentenciado a comer polvo como la serpiente, solamente a comer la hierba del campo. —3. *Su vida también es acortada;* pero considerando cuán llenos de problemas están sus días, es un favor que sean pocos. La muerte es espantosa por naturaleza, a pesar de que la vida es desagradable, y con eso concluye el castigo. El

pecado introdujo la muerte al mundo: si Adán no hubiera pecado, no habría muerto. Él cedió a la tentación pero el Salvador la resistió. ¡Cuán admirablemente la satisfacción de nuestro Señor Jesús, por su muerte y sufrimientos, respondió a la sentencia dictada contra nuestros primeros padres! ¿Entraron los dolores de parto a causa del pecado? Leemos del fruto de la aflicción del alma de Cristo, Isaías, liii, 11; y los dolores de la muerte que lo retuvo, son así llamados, Hechos ii, 24. ¿Entró el quedar bajo la ley con el pecado? Cristo nació bajo la ley, Gálatas iv, 4. ¿Entró la maldición con el pecado? Cristo fue hecho maldición por nosotros, y murió una muerte maldita, Gálatas iii, 13. ¿Vinieron las espinas con el pecado? Él fue coronado con espinas por nosotros. ¿El sudor llega a causa del pecado? Él sudó por nosotros, y su sudor fue como grandes gotas de sangre. ¿Llegó el dolor con el pecado? Él fue un varón de dolores; en su agonía su alma estuvo sobre manera dolorida. ¿Vino la muerte con el pecado? Él se hizo obediente hasta la muerte. Así, la venda es tan grande como la herida. Bendito sea Dios por su Hijo nuestro Señor Jesucristo.

Vv. 20, 21. Dios le puso nombre al hombre y lo llamó Adán, que significa *tierra roja*; Adán le puso nombre a la mujer y la llamó Eva, esto es, *vida.* Adán lleva el nombre del cuerpo mortal, Eva el del alma viva. Probablemente Adán haya tenido en cuenta la bendición de un Redentor, la Simiente prometida, al llamar Eva o vida a su esposa; pues Él sería la vida de todos los creyentes, y en Él serían benditas todas las familias de la tierra. —Véase, además, el cuidado de Dios por nuestros primeros padres a pesar de su pecado. La vestimenta se introdujo con el pecado. Poca razón tenemos al enorgullecernos de nuestras ropas que no son sino la insignia de nuestra vergüenza. Cuando Dios hizo ropa para nuestros primeros padres, las hizo abrigadoras y fuertes, rústicas y muy sencillas; no mantos de escarlata sino túnicas de pieles. Que quienes están pobremente vestidos aprendan de aquí a no quejarse. Teniendo comida y abrigo, que estén contentos; ellos están tan bien como Adán y Eva. Que aquellos que están finamente vestidos, aprendan a no hacer de las vestimentas su adorno. —Se supone que las bestias, de cuyas pieles los vistió Dios, fueron muertas, no para comida del hombre, sino para sacrificio, para tipificar a Cristo, el gran Sacrificio. Adán y Eva se hicieron delantales de hojas de higuera, cubierta demasiado estrecha para envolverlos, Isaías xxviii, 20. Tales son todos los trapos de nuestra justicia propia. Pero Dios les hizo túnicas de pieles, grandes, firmes, durables y de su medida: tal es la justicia de Cristo; por tanto, vestíos del Señor Jesucristo.

Vv. 22—24. Dios expulsó al hombre; le dijo que ya no debía ocupar ni disfrutar ese huerto: pero al hombre le gustaba el lugar y no estaba dispuesto a irse, por tanto, Dios lo hizo salir. Esto significó la exclusión de él y toda su raza culpable de la comunión con Dios, que era la bendición y la gloria del paraíso. Pero el hombre fue solamente enviado a labrar el suelo del cual fue tomado. Él fue enviado a un lugar de trabajo arduo, no a un lugar de tormento. Nuestros primeros padres fueron excluidos de los privilegios de su estado de inocencia, aunque no fueron librados a la desesperación. —Se cerró el camino al árbol de la vida. De ahí en adelante sería en vano que él y los suyos esperaran rectitud, vida y felicidad por el pacto de obras; porque al quebrantar el mandamiento de ese pacto, su maldición cobra plena vigencia: somos todos destruidos si somos juzgados por ese pacto. Dios reveló esto a Adán, no para llevarlo a la desesperación, sino para animarlo a buscar la vida y la felicidad en la Simiente prometida, por quien se abre ante nosotros un camino nuevo y vivo hacia el lugar santísimo.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *El nacimiento, labor y religión de Caín y Abel.* 8—15. *Caín mata a Abel—La maldición de Caín.* 16—18. *La conducta de Caín—Su familia.* 19—24. *Lamec y sus esposas—La destreza de los descendientes de Caín.* 25, 26. *El nacimiento de otro hijo y nieto de Adán.*

Vv. 1—7. Cuando nació Caín, Eva dijo: He engendrado un varón del Señor. Quizá pensó que era la simiente prometida. De ser así, tuvo una amarga desilusión. Abel significa *vanidad*: cuando ella pensó que tenía la simiente prometida en Caín, cuyo nombre significa *posesión*, ella se absorbió tanto con él que otro hijo era como vanidad para ella. —Fíjese que cada hijo tenía un llamamiento. La voluntad de Dios para todos es que cada uno tenga algo que hacer en este mundo. Los padres deben criar a sus hijos para trabajar. Déles una Biblia y un llamamiento, decía el buen señor Dod, y Dios sea con ellos. Podemos suponer que, después de la caída, Dios mandó a Adán que derramara la sangre de animales *inocentes* y, una vez muertos, quemara parte o todo los cuerpos con fuego. Así fueron prefigurados el castigo que merecen los pecadores, esto es, la muerte del cuerpo, y la ira de Dios, de la cual el fuego es un emblema bien conocido, además de los sufrimientos de Cristo. Observe que la adoración religiosa de Dios no es un invento nuevo. Fue desde el comienzo; es *el buen camino antiguo*, Jeremías vi, 16.

Las ofrendas de Caín y Abel fueron diferentes. Caín demostró un orgulloso corazón incrédulo. En consecuencia, él y su ofrenda fueron rechazados. Abel llegó en calidad de pecador y, conforme a lo establecido por Dios, por medio de su sacrificio expresaba humildad, sinceridad y obediencia y fe. De este modo, al buscar el beneficio del nuevo pacto de misericordia, por medio de la Simiente prometida, su sacrificio tenía una expresión que Dios aceptó. Abel ofrendó *en fe* pero no Caín, Hebreos xi, 4. En todas las épocas ha habido dos clases de adoradores, a la manera de Caín y Abel; a saber, los orgullosos y endurecidos que desprecian el método de salvación del evangelio, que intentan agradar a Dios con métodos diseñados por ellos mismos; y, los creyentes humildes que se acercan a él por el camino que él ha revelado. —Caín se entregó a la ira maligna contra Abel. Albergó un espíritu maligno de descontento y rebelión contra Dios. Dios nota todas nuestras pasiones y descontentos pecaminosos. No hay mirada de enojo, envidia o de fastidio que escape a su ojo vigilante. El Señor razonó con este hombre rebelde; si tomaba el camino correcto, sería aceptado. Algunos entienden esto como un anuncio de misericordia. “Si no hicieres bien, el pecado, esto es, la ofrenda por el pecado está a la puerta y tú pudieras beneficiarte de ella”. La misma palabra significa pecado y sacrificio por el pecado. “Aunque no hayas hecho bien, no te desesperes todavía; el remedio está a la mano”. Se dice que Cristo, la gran ofrenda por el pecado, está a la puerta, Apocalipsis iii, 20. Bien merecen perecer en sus pecados los que no van a la puerta a pedir el beneficio de esta ofrenda por el pecado. La aceptación de la ofrenda de Abel por parte de Dios no cambió el derecho de primogenitura haciéndolo suyo; entonces, ¿por qué había de enojarse tanto Caín? Los apasionamientos e inquietudes pecaminosas se desvanecen cuando se busca en forma estricta y justa la causa.

Vv. 8—15. La maldad del corazón termina en el asesinato hecho con las manos. Caín mató a Abel, su propio hermano, el hijo de su propia madre, a quien debiera haber amado; a su hermano menor, a quien debiera haber protegido; un hermano bueno, que nunca le había hecho nada malo. ¡Qué efectos fatales del pecado de nuestros primeros padres fueron estos, y cómo deben de haberse llenado de angustia sus corazones! Observe el orgullo, la incredulidad y la soberbia de Caín. Niega el crimen, como si pudiera ocultarlo de Dios. Trata de tapar un homicidio deliberado con una mentira deliberada. El asesinato es un pecado que clama. La sangre pide sangre, la sangre del asesino por la sangre del asesinado. —¿Quién conoce el alcance y el peso de una maldición divina, cuán lejos llega, cuán profundo penetra? Los creyentes se salvan de ella sólo en Cristo, y heredan la bendición. Caín fue maldecido por la tierra. Él halló su castigo ahí donde eligió su suerte y puso su corazón. Toda criatura es para nosotros lo que Dios la haga, un consuelo o una cruz, una bendición o una maldición. La maldad del malo trae maldición a todo lo que hacen y a todo lo que tienen. —Caín se queja, no de su pecado, sino de su castigo. Se muestra gran dureza de corazón cuando nos preocupan más nuestros sufrimientos que nuestros pecados. Dios tiene propósitos sabios y santos al prolongar las vidas hasta de los hombres más malos. Vano es inquirir cuál fue la señal puesta sobre

Caín. Indudablemente era conocida tanto como marca de infamia sobre Caín, y como señal de Dios para que no lo mataran. —Abel hablaba aún estando muerto. Habla de la odiosa culpa del crimen y nos avisa que debemos reprimir los primeros accesos de ira y nos enseña que el justo debe esperar persecución. También, que hay un estado futuro y una recompensa eterna para disfrutar, por fe en Cristo y su sacrificio expiatorio. Él nos habla de la excelencia de la fe en el sacrificio y la sangre expiatoria del Cordero de Dios. Caín mató a su hermano porque sus propias obras eran malas y las de su hermano, justas, 1 Juan iii, 12. Como consecuencia de la enemistad puesta entre la Simiente de la mujer y la simiente de la serpiente estalló la guerra, que se ha librado continuamente desde entonces. En esta guerra estamos todos comprometidos, nadie es neutral; nuestro Capitán ha declarado que él que no es conmigo, contra mí es. Apoyemos decididamente, pero con mansedumbre, la causa de la verdad y justicia contra Satanás.

Vv. 16—18. Caín desechó todo el temor de Dios y no quiso escuchar los mandatos de Dios. Los profesantes hipócritas que fingen y se niegan a tomar en serio a Dios, son justamente abandonados a su suerte para que hagan algo extremadamente escandaloso. Así, pues, se desprenden de aquella forma de santidad para la cual han sido reproche y cuyo poder niegan. Caín se fue de la presencia del Señor y nunca encontramos que haya regresado, para su consuelo. La tierra en que habitó Caín fue llamada la tierra de Nod, que significa 'estremecimiento' o 'tembloroso' que, de ese modo, muestra la inquietud e incomodidad de su espíritu, o 'la tierra de un vagabundo': Quienes se apartan de Dios nunca pueden hallar reposo en ninguna otra parte. —Los que en la tierra buscaban la ciudad celestial, optaron por morar en tabernáculos o carpas; pero Caín, por no importarle esa ciudad, edificó una en la tierra. Así, todos los maldecidos por Dios procuran su estabilidad y satisfacción aquí abajo.

Vv. 19—24. Uno de la perversa raza de Caín es el primero que se registra quebrantando la ley del matrimonio. Hasta aquí, un hombre tenía sólo una esposa a la vez; pero Lamec tomó dos. —Las únicas cosas sobre las que pone su corazón la perversa gente carnal son las cosas de este mundo, y son sumamente astutos y diligentes al respecto. Así ocurrió con la raza de Caín. Aquí había un padre de pastores y un padre de músicos, pero no un padre de fieles. Aquí hay uno que enseña sobre el bronce y el hierro, pero no hay quien enseñe el buen conocimiento del Señor: aquí hay recursos para enriquecerse y para ser poderoso y estar alegres, pero nada de Dios, de su temor y su servicio. Las cosas presentes llenan las cabezas de la mayoría. —Lamec tenía enemigos, a quienes había provocado. Hace una comparación entre él mismo y su antepasado Caín; y se elogia por ser mucho menos criminal. Parece abusar de la paciencia de Dios al dispensar a Caín, tomando eso como una estímulo para tener la expectativa de pecar y no recibir castigo.

Vv. 25, 26. Nuestros primeros padres fueron consolados en su aflicción por el nacimiento de un hijo, al que llamaron Set, esto es: 'sustituto', 'establecido' o 'colocado'; en su simiente la humanidad continuaría hasta el fin del tiempo, y de él descendería el Mesías. Mientras Caín, la cabeza de la apostasía, es hecho un errante, Set, de quien iba a venir la iglesia verdadera, es uno establecido. En Cristo y su iglesia está el único establecimiento verdadero. Set anduvo en los pasos de su martirizado hermano Abel; fue partícipe de una fe igualmente preciosa en la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo y, así, llegó a ser un nuevo testigo de la gracia e influencia de Dios Espíritu Santo. Dios concedió a Adán y Eva que vieran el avivamiento religioso en su familia. —Los adoradores de Dios empezaron a hacer más en religión; algunos, por una profesión franca de la verdadera religión, protestaban contra la maldad del mundo circundante. Mientras peores sean los demás, mejores debemos ser nosotros, y más celosos. Entonces empezó la distinción entre profesantes y profanos, la cual ha seguido desde entonces y seguirá mientras haya mundo.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *Adán y Set* 6—20. *Los patriarcas desde Set a Enoc.* 21—24. *Enoc.* 25—32. *Matusalén a Noé.*

Vv. 1—5. Adán fue hecho a imagen de Dios; pero estando caído engendró un hijo a su propia imagen, pecador y corrupto, frágil, miserable y mortal, como él mismo. No solamente *hombre* como él mismo, compuesto de cuerpo y alma, sino *pecador* como él mismo. Esto es lo contrario de la semejanza divina en que fue hecho Adán; habiéndola perdido, no podía transmitirla a su simiente. —Adán vivió 930 años en total; y entonces murió, conforme a la sentencia dictada: “al polvo volverás”.

Aunque no murió el día en que comió el fruto prohibido, ese mismo día se volvió mortal. Entonces empezó a morir; toda su vida posterior no fue sino una ejecución demorada, una vida condenada y perdida; fue una vida moribunda y desolada. La vida del hombre no es sino un morir gradualmente.

Vv. 6—20. Se dice ‘y murió’ de cada uno de estos, salvo de Enoc. Bueno es observar la muerte de los demás. Todos ellos vivieron mucho; ni uno solo de ellos murió sino hasta tener casi ochocientos años y, algunos vivieron mucho más que eso; un tiempo muy largo para que un alma inmortal esté presa en una vivienda de barro. Seguramente la vida presente no era para ellos tanta carga como lo es corrientemente ahora, de otro modo se hubieran cansado de ella. Tampoco la vida futura había sido entonces tan claramente revelada como ahora bajo el evangelio, de lo contrario hubieran estado urgidos por irse a ella. Todos los patriarcas que vivieron antes del diluvio, salvo Noé, nacieron antes que muriera Adán. De él deben de haber recibido un relato total de la creación, la caída, la promesa y los preceptos divinos sobre la adoración y la vida religiosa. Así, Dios mantuvo en su iglesia el conocimiento de su voluntad.

Vv. 21—24. Enoc fue el séptimo contando desde Adán. La piedad es caminar con Dios: lo cual muestra la reconciliación con Dios, pues dos no pueden andar juntos si no estuvieren de acuerdo, Amos iii. 3. Incluye todas las partes de una vida santa, recta y sobria. Caminar con Dios es tener a Dios siempre delante de nosotros, actuar como estando siempre bajo su mirada. Es preocuparse constantemente de agradar a Dios en todas las cosas y en nada ofenderle. Es ser seguidores de él como hijos amados. El Espíritu Santo dice que *caminó Enoc con* Dios en lugar de decir *vivió* Enoc (con Dios). Esta fue su preocupación y trabajo constante; mientras los demás vivían para sí mismos y el mundo, él vivió para Dios. Era el gozo de su vida. —Enoc fue *llevado* a un mundo mejor. Como él no vivió como el resto de la humanidad, él no salió del mundo por la muerte, como los demás. No fue hallado porque lo traspuso Dios, Hebreos xi, 5. Él había vivido sólo 365 años que, según la edad de los hombres de aquel entonces, era solo la mitad de la vida de ellos. A menudo Dios se lleva más pronto a los que Él ama; el tiempo perdido en la tierra lo ganan en el cielo, inefable ventaja para ellos. Vea cómo se expresa la trasposición de Enoc: desapareció porque le llevó Dios.

Ya no estuvo más en este mundo; fue transformado, como lo serán todos los santos que estén vivos en la segunda venida de Cristo. —Quienes empiezan a caminar con Dios cuando son jóvenes tienen la esperanza de caminar con Él larga, cómoda y servicialmente. La marcha constante en santidad del cristiano verdadero, por muchos años, hasta que Dios lo lleve, es la mejor recomendación para la religión a la que muchos se oponen y contra la cual muchos abusan. Caminar con Dios concuerda bien con las preocupaciones, consuelos y deberes de la vida.

Vv. 25—32. Matusalén significa “cuando él muera, vendrá como un dardo”, o ‘un envío’ a saber el diluvio que vino el año en que murió Matusalén. Vivió 969 años la vida más larga de un hombre sobre la tierra; pero aun el que viva más debe morir al fin. —Noé significa *descanso*; sus padres le dieron ese nombre, con la perspectiva de que él fuera una gran bendición para su generación. Observe la queja de su padre acerca del estado calamitoso de la vida humana, debido a la entrada del pecado y a la maldición por el pecado. Toda nuestra vida se gasta en trabajar y nuestro tiempo se llena con esfuerzo continuo. Por haber maldecido Dios a la tierra, lo más que algunos pueden hacer, con el mayor cuidado y aflicciones, es obtener una dura manutención de ésta. Lamec esperaba alivio por el nacimiento de este hijo: “Este nos aliviará de nuestras obras”. Eso significa no sólo el deseo y expectativa que generalmente tienen los padres tocante a sus hijos, de que ellos sean consuelo y ayuda para ellos, aunque a menudo resultan ser otra cosa; sino que también significa una perspectiva de algo más. ¿Cristo es nuestro? ¿El cielo es nuestro? En nuestro afán y aflicción necesitamos mejores consoladores que las más caras relaciones y la más prometedora descendencia; podemos buscar y hallar consuelo en Cristo.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—7. *La maldad del mundo que provocó la ira de Dios.* 8—11. *Noé halla gracia.* 12—21. *Anuncio del diluvio a Noé—Instrucciones sobre el arca.* 22. *Fe y obediencia de Noé.*

Vv. 17. La cosa más notable acerca del mundo antiguo es su destrucción por el diluvio. Se nos cuenta la abundante iniquidad de ese mundo malo: la justa ira de Dios y su santa resolución de castigarlo. En todas las épocas ha habido una maldición específica de Dios para el matrimonio entre un profesante de la verdadera religión y sus enemigos declarados. El mal ejemplo del cónyuge impío corrompe o hiere mucho al otro. Se acaba la religión de la familia y los niños son educados conforme a las máximas mundanas del progenitor que no tiene temor de Dios. Si profesamos ser hijos e hijas del Señor Todopoderoso, no debemos casarnos sin su consentimiento. Él no nos dará su bendición, si preferimos la belleza, la inteligencia, la riqueza o los honores mundanales a la fe y la santidad. —El Espíritu de Dios contendió con los hombres enviando a Enoc, Noé y quizá a otros, para que les predicaran; esperaba mostrar su gracia a pesar de sus rebeliones despertando temor y convicción en sus conciencias. Pero el Señor declaró que su Espíritu no siempre contendería así con los hombres; Él los dejaría endurecerse en el pecado y madurar para la destrucción. Esto lo determinó Él porque el hombre era carne: no sólo frágil y débil, sino carnal y depravado, habiendo usado mal los poderes nobles de su alma para satisfacer sus inclinaciones corruptas. —Dios ve toda la maldad que hay entre los hijos de los hombres; no la pueden ocultar *de* Él ahora; y si no se arrepienten de ella, será dada a conocer *por* Él dentro de poco. Indudablemente la maldad de un pueblo es grande, cuando los pecadores notorios son hombres célebres entre ellos. Muchísimo pecado se cometía en todas partes por toda clase de personas. Cualquiera podía ver que la maldad del hombre era grande: pero Dios vio que toda imaginación o propósito de los pensamientos del corazón del hombre era de continuo solamente el mal. Esto era la raíz amarga, la fuente corrupta. El corazón era engañoso y perverso; los principios eran corruptos; los hábitos y las disposiciones, malas. Sus intenciones y planes eran malvados. Ellos hacían el mal deliberadamente, y se las ingeniaban para hacer perversidades. No había bien entre ellos. Dios vio la maldad del hombre como quien es herido y maltratado por ella. La vio como un padre tierno ve la necedad y porfía de un hijo rebelde y desobediente, cosa que le aflige y le hace desear no haber tenido hijos. Las palabras usadas aquí son muy notables; las usa según el entendimiento de los hombres y no significan que Dios pueda cambiar o sentirse infeliz. ¿Dios odia así nuestro pecado? Y nosotros, ¿no debiéramos afligirnos de corazón por eso? ¡Oh, que podamos mirar a Aquel a quien hemos afligido, y lamentar! —Dios se

arrepintió de haber hecho al hombre; pero nunca lo encontramos arrepentido de haber redimido al hombre. Dios resuelve destruir al hombre: la palabra original es muy impactante, “raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres” como se barre el polvo o la suciedad de un lugar que debe estar limpio y se arroja al montón de basura, el lugar apropiado para ello. Dios habla del hombre como de su propia criatura, cuando resuelve su castigo. Pierden su vida los que no responden al propósito de sus vidas. Dios tomó esta decisión sobre los hombres después que su Espíritu había contendido por mucho tiempo con ellos pero en vano. Nadie es castigado por la justicia de Dios sino aquellos que detestan ser reformados por la gracia de Dios.

Vv. 8—11. Noé no halló favor ante los ojos de los hombres; ellos lo odiaron y persiguieron porque por su vida y predicación él condenaba al mundo: pero halló gracia ante los ojos del Señor y eso lo hizo más verdaderamente honorable que los hombres de renombre. Que este sea nuestro deseo principal, esforcémonos para que podamos ser aceptados por Él. Cuando el resto del mundo era malo Noé mantuvo su integridad. La buena voluntad de Dios para con Noé produjo esta buena obra en él. Él era justo, esto es, un hombre justificado ante Dios por fe en la Simiente prometida. Como tal fue hecho santo y tuvo principios justos. Y fue justo en su conducta. No sólo fue honesto sino devoto; su afán constante era hacer la voluntad de Dios. Dios mira con favor a quienes miran sinceramente a Él con los ojos de la fe. Fácil es ser religioso cuando la religión está de moda; pero muestra fe y resolución firmes nadar contra la corriente y estar por Dios cuando nadie más está por Él; Noé lo hizo así. —Toda clase de pecados se hallaban entre los hombres. Ellos corrompieron la adoración de Dios. El pecado llena la tierra con violencia y esto justificaba plenamente la decisión de Dios de destruir el mundo. El contagio se disemina. Cuando la maldad se vuelve general, la ruina no está lejos; mientras en una nación haya un remanente de gente que ora, vaciando así la medida antes que se llene, los juicios pueden ser aplazados; pero cuando todas las manos están ocupadas en echar abajo las cercas, por el pecado, y nadie se pone en la brecha para repararla, ¿qué puede esperarse sino un diluvio de ira?

Vv. 12—21. Dios contó a Noé su propósito de destruir el mundo malo con agua. La comunión íntima del Señor es con los que le temen, Salmo xxv, 14. Está con los creyentes capacitándolos para entender y aplicar las declaraciones y advertencias de la palabra escrita. Dios optó por hacerlo con inundación de las aguas que anegarían el mundo. Al elegir la vara con que corrige a sus hijos, Él escoge la espada con que corta a sus enemigos. —Dios estableció su pacto con Noé. Este es el primer lugar de la Biblia en que se halla la palabra “pacto”; parece significar, —1. El acuerdo de providencia; que el curso de la naturaleza continuará hasta el fin del tiempo. —2. El pacto de gracia en que Dios será el Dios de Noé, y que de su simiente Dios tomaría un pueblo para sí. —Dios dio órdenes a Noé para que hiciera un arca. Esta arca era como el casco de un navío, adecuado para flotar sobre las aguas. Era muy grande, la mitad del tamaño de la catedral de San Pablo [Londres, Inglaterra]. Y podría contener más de dieciocho de las naves más grandes usadas en nuestro tiempo. Dios hubiera podido salvar a Noé sin ponerlo a pasar trabajos, dolores ni problemas, pero lo empleó para construir lo que iba a ser el medio de preservarlo, para prueba de su fe y obediencia. La providencia y la gracia de Dios poseen y coronan al obediente y diligente. Dios dio a Noé órdenes específicas sobre cómo hacer el arca, que, por tanto, no podían sino ser perfectas para su propósito. —Dios prometió a Noé que él y su familia serían mantenidos vivos en el arca. Probablemente nosotros y nuestras familias tengamos el beneficio de lo que hacemos por obediencia a Dios. La piedad de los padres da bien a sus hijos en esta vida y los encamina más por la senda a la vida eterna, si ellos mejoran.

V. 22. La fe de Noé triunfó sobre todos los razonamientos corruptos. Armar un edificio tan grande, como nunca antes había visto, y proporcionar comida para las criaturas vivas, iba a requerir de él mucha dedicación, trabajo y gastos. Sus vecinos se iban a reír de él. Pero todas esas objeciones

superó Noé por la fe; su obediencia era pronta y resuelta. Habiendo empezado a construir, no lo dejó hasta que hubo terminado: así hizo él y así debemos hacerlo nosotros. —Tuvo temor del diluvio y, por tanto, preparó el arca. En la advertencia dada a Noé hay una advertencia aún más solemne dada a nosotros: huir de la ira venidera que raerá el mundo de los incrédulos arrojándolos al abismo de la destrucción. Cristo, el verdadero Noé, que nos consolará personalmente, ya preparó el arca por sus sufrimientos y bondadosamente nos invita a entrar por fe. Mientras dure el día de su paciencia, oigamos y obedezcamos su voz.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—12. *Noé, su familia y las criaturas vivas entran al arca y empieza el diluvio.* 13—16. *Noé se encierra en el arca.* 17—20. *El desarrollo del diluvio por cuarenta días.* 21—24. *Toda carne destruida por el diluvio.*

Vv. 1—12. El llamado a Noé es muy bondadoso, como el de un padre tierno a sus hijos para que entren a la casa cuando ve que se acerca la noche o una tormenta. Noé no entró al arca hasta que Dios se lo ordenó, aunque sabía que iba a ser su lugar de refugio. Es muy consolador ver que Dios va delante de nosotros en cada paso que damos. Noé pasó mucho trabajo para construir el arca y, ahora, él mismo iba a conservarse vivo en ella. Lo que hacemos en obediencia al mandamiento de Dios, y con fe, ciertamente nos traerá consuelo, tarde o temprano. El llamado a Noé nos recuerda el llamado que da el evangelio a los pobres pecadores. Cristo es un arca y en él solo podemos estar a salvo cuando llegan la muerte y el juicio. La palabra dice “Ven”; los ministros dicen “Ven”; el Espíritu dice “Ven, entra en el Arca”. —Noé fue tenido por justo no por su justicia propia sino como heredero de la justicia que es por la fe, Hebreos xi. 7. Él creyó la revelación de un Salvador, y buscó y esperó la salvación solo a través de Él. Así fue justificado por la fe y recibió ese Espíritu cuyo fruto es en toda bondad; pero si algún hombre no tiene el Espíritu de Cristo, no es de los suyos. —Después de ciento veinte años, Dios dio un espacio de siete días más para el arrepentimiento. Pero estos siete días fueron malgastados, como todo el resto. Será *tan sólo* siete días. Tenían sólo una semana más, un día de reposo más para mejorar y considerar las cosas que corresponden a su paz. Pero es común que quienes han sido descuidados con sus almas durante los años de su salud, sean igualmente negligentes durante los días, esos pocos días de su enfermedad, en que avizoran la muerte a la distancia, en que ven acercarse a la muerte, estando endurecidos sus corazones por el engaño del pecado. Como Noé preparó el arca por fe en la advertencia dada de que vendría el diluvio, así entró en ella, por fe en la advertencia de que vendría muy prnto. Y el día en que Noé estuvo seguro, dentro del arca, se rompieron las fuentes del gran abismo. La tierra tenía en sí esas aguas que, a la orden de Dios, brotaron y la inundaron; así, nuestros cuerpos tienen en sí mismos esos humores que, cuando a Dios le place, se vuelven semilla y fuente de enfermedades mortales. —Las ventanas del cielo fueron abiertas y las aguas que estaban por arriba del firmamento, esto es, en la atmósfera, fueron derramadas sobre la tierra. La lluvia cae en gotas; pero entonces cayeron lluvias tan grandes como nunca se había sabido antes ni después. Llovió sin parar ni escampar por cuarenta días con sus cuarenta noches, sobre toda la tierra de una sola vez. Así como hubo un ejercicio especial de la omnipotencia de Dios al causar el diluvio, sería vano y presuntuoso tratar de explicar por medio de la sabiduría humana el método que usó.

Vv. 13—16. Las criaturas voraces fueron hechas mansas y manejables; sin embargo, cuando la circunstancia hubo terminado, fueron las mismas que antes, pues el arca no modificó su naturaleza. Los hipócritas de la iglesia que se conforman exteriormente a las leyes de esa arca, siguen sin cambiar, y, en uno u otro momento, mostrarán de qué clase son. Dios siguió cuidando a Noé. Dios

cerró la puerta para asegurarlo y mantenerlo a salvo en el arca; también dejó afuera para siempre a todos los demás. En qué forma fue hecho esto, es algo que no ha placido a Dios dar a conocer. —Hay mucho que ver de nuestros deberes y privilegios en el evangelio en la seguridad de Noé en el arca. El apóstol lo hace tipo del bautismo cristiano, 1 Pedro iii, 20, 21. Obsérvese, entonces, que es nuestro gran deber, en obediencia al llamado del evangelio, mediante una fe viva en Cristo, ir por el camino de salvación que Dios ha provisto para los pobres pecadores. Los que entran en el arca deben traer a cuantos puedan con ellos, mediante buenas instrucciones, convenciéndolos y a través de un buen ejemplo. Hay suficiente espacio en Cristo para todos los que acudan. Dios puso a Adán en el paraíso pero no le cerró la puerta; luego, él mismo se expulsó; pero cuando Dios pone a Noé en el arca, y cuando lleva un alma a Cristo, la salvación es segura: no es seguridad nuestra, sino la mano del Mediador. Pero la puerta de la misericordia pronto quedará cerrada para aquellos que ahora la toman a la ligera. Llame ahora, y se le abrirá, Lucas xiii, 25.

Vv. 17—20. El diluvio fue creciendo durante cuarenta días. Las aguas subieron tan alto que las cumbres de los montes más elevados quedaron tapados por más de veinte pies [poco más de 6 metros). En la tierra no hay un lugar tan elevado que ponga a los hombres fuera del alcance de los juicios de Dios. La mano de Dios alcanzará a todos sus enemigos, Salmo xxi, 8. Cuando creció el diluvio, el arca de Noé fue levantada y las aguas, que rompían todo lo demás, sostuvieron el arca. Eso que para los incrédulos es señal de muerte para muerte, para los fieles es señal de vida para vida.

Vv 21—24. Murieron todos los hombres, mujeres y niños que había en el mundo, excepto los que estaban en el arca. Podemos imaginar fácilmente el terror que los embargó. Nuestro Salvador nos dice que hasta el mismo día en que llegó el diluvio, ellos estaban comiendo y bebiendo, Lucas xvii, 26, 27; estaban sordos y ciegos a todas las advertencias divinas. La muerte los sorprendió en esta postura. Ellos se convencieron de su necedad cuando ya era demasiado tarde. Podemos suponer que intentaron todos los medios posibles para salvarse, pero todo fue en vano. Los que no se encuentran *en* Cristo, el Arca, ciertamente serán destruidos, destruidos para siempre. —¡Hagamos una pausa y consideremos este tremendo juicio! ¿Qué puede prevalecer delante del Señor cuando él está airado? El pecado de los pecadores será su ruina, temprano o tarde, si no se arrepienten. El Dios justo sabe llevar la ruina al mundo de los impíos, 2 Pedro iii, 5. ¡Qué terrible será el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos! Felices los que son parte de la familia de Cristo y que como tales están a salvo con Él; ellos pueden esperar sin desmayo y regocijarse de que triunfarán cuando el fuego queme la tierra y todo lo que en ella hay. Podemos suponer algunas distinciones favorables en nuestro propio caso o carácter, pero, si descuidamos, rechazamos o abusamos de la salvación de Cristo, pese a las imaginadas ventajas, seremos destruidos en la ruina común de un mundo incrédulo.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—3. *Dios se acuerda de Noé y seca las aguas* 4—12. *El arca descansa sobre el Ararat—Noé manda un cuervo y una paloma.* 13—19. *Noé sale del arca habiéndole mandado hacerlo.* 20—22. *Noé ofrece un sacrificio—Dios promete no maldecir más la tierra.*

Vv. 1—3. Toda la raza de la humanidad, salvo Noé y su familia, estaban ahora muertos, de modo que el acordarse Dios de Noé, fue el retorno de su misericordia a la humanidad, a la cual no había exterminado por completo. Las exigencias de la justicia divina habían sido contestadas por la ruina de los pecadores. Dios envió el viento para secar la tierra y selló sus aguas. La misma mano que trae la desolación debe traer la liberación; por tanto, debemos mirar siempre esa mano. Cuando las aflicciones han hecho la obra para la cual fueron enviadas, sea obra que mata o que cura, serán

quitadas. Como la tierra no fue anegada en un día, tampoco se secó en un día. Dios suele liberar gradualmente a su pueblo para que no sea despreciado el día de las cosas pequeñas ni haya desconsuelo por el día de las grandes cosas.

Vv. 4—12. El arca descansó sobre una montaña, hacia donde fue dirigida por la sabia y bondadosa providencia de Dios, para que pudiera descansar más pronto. Dios tiene tiempos y lugares de reposo para su pueblo después de haber sido zarandeado; y muchas veces Él hace provisión para que se establezca cómoda y oportunamente, sin estratagemas propias de ellos, y completamente más allá de lo que ellos pudieran prever. —Dios había dicho a Noé cuando vendría el diluvio, aunque no le dio una revelación detallada de los tiempos y pasos por los cuales terminaría. El conocimiento de lo anterior era necesario para la preparación del arca, pero el conocimiento de lo último hubiera servido sólo para satisfacer la curiosidad; el ocultárselo ejercitaría su fe y paciencia. —Noé envió a un cuervo del arca que siguió volando y comiendo de los cadáveres que flotaban. Luego Noé envió una paloma que volvió, la primera vez, sin buena noticia; pero la segunda vez, trajo en su pico una hoja que había arrancado de un olivo, mostrando simplemente que los árboles, los frutales, empezaban a aparecer sobre el agua. La segunda vez Noé envió la paloma a los siete días de la primera, y la tercera vez fue también a los siete días; probablemente en el día de reposo. Habiendo guardado el día de reposo con su pequeña iglesia, él esperaba una bendición especial del cielo y preguntó por ella. La paloma es un emblema de un alma bondadosa que, no hallando paz o satisfacción firmes en este mundo inundado y corrupto, regresa a Cristo como a su arca, como a su Noé, su reposo. El corazón carnal, como el cuervo, se arregla con el mundo y come de la carroña que encuentra ahí; pero, vuelve a mi reposo, oh alma mía, a tu Noé, así dice la palabra, Salmo cxvi, 7. Como Noé sacó su mano, tomó la paloma y la atrajo a él, al interior del arca, así Cristo salvará, ayudará y acogerá a los que huyen a Él en busca de reposo.

Vv. 13—19. Dios consulta nuestro beneficio más que nuestros deseos; Él sabe lo que es bueno para nosotros mejor que nosotros mismos, y por cuánto tiempo más es conveniente que continúen nuestras restricciones y sean demoradas las misericordias anheladas. Nosotros saldríamos del arca antes que estuviera seco el suelo; y, quizá, si la puerta está cerrada, estamos dispuestos a tirar la cubierta y trepar de alguna forma; pero el tiempo de Dios para mostrar misericordia es el mejor tiempo. Como Noé recibió la orden de entrar al arca así, por tedioso que haya sido su confinamiento, él iba a esperar de nuevo una orden para salir. Nosotros debemos reconocer a Dios en todos nuestros caminos y ponerlo delante de nosotros en todos nuestros movimientos. Solamente van bajo la protección de Dios, los que siguen las instrucciones de Dios y se someten a Él.

Vv. 20—22. Noé ahora iba a salir a un mundo desolado, donde, uno hubiera podido pensar, su primera preocupación debiera ser edificar una casa para él, pero empieza con un altar para Dios. Empieza bien quien empieza con Dios. Aunque el ganado de Noé era poco y salvado con gran cuidado y trabajo, él no se quejó para servir de ello a Dios. Servir a Dios con lo poco que tenemos es la manera de hacerlo crecer; nunca debemos pensar que es desperdicio aquello con que honramos a Dios. La primera cosa hecha en el nuevo mundo fue un acto de adoración. Ahora tenemos que expresar nuestro agradecimiento, no con holocaustos, sino con alabanza, devociones y conversaciones piadosas. Dios se sintió bien agradado con lo que se hizo. La carne quemada no puede agradar más a Dios que la sangre de toros y machos cabríos, salvo como tipo del sacrificio de Cristo y como expresión de la fe y la consagración humilde de Noé a Dios. —El diluvio eliminó la raza de hombres malos, pero no quitó el pecado de la naturaleza del hombre, que siendo concebido y nacido en pecado, piensa, imagina y ama la maldad, aun desde su juventud, y tanto antes como después del diluvio. Pero Dios por gracia declaró que nunca anegaría de nuevo al mundo. Mientras permanezca la tierra, y el hombre en ella, habrá verano e invierno. Es claro que esta tierra no va a permanecer para siempre. En breve debe ser quemada junto con todas las obras de ella; y veremos

nuevos cielos y una nueva tierra, cuando todas estas cosas sean deshechas. Pero en la medida que permanecen, la providencia de Dios hará que el curso de los tiempos y de las estaciones prosiga y cada una tenga su lugar. Y basados en esta palabra, confiamos en que así sea. Vemos que se cumplen las promesas de Dios a las *criaturas* y podemos inferir que de la misma manera serán cumplidas sus promesas a todos los *creyentes.*

CAPÍTULO IX

Versículos 1—3. *Dios bendice a Noé y le concede la carne como alimento.* 4—7. *Prohibición del derramamiento de sangre y el homicidio.* 8—17. *El pacto de Dios y el arco iris.* 18—23. *Noé planta una viña—se emborracha y es escarnecido por Cam.* 24—29. *Noé maldice a Canáan, bendice a Sem, ora por Jafet—Su muerte.*

Vv. 1—3. La bendición de Dios es la causa de nuestro bienestar. Dependemos de Él, debemos estar agradecidos de Él. No olvidemos la ventaja y el placer que tenemos del trabajo de las bestias, y el que su carne suministra. Tampoco debemos ser menos agradecidos por la seguridad que disfrutamos en cuanto a las bestias salvajes y dañinas, por el temor del hombre que Dios ha puesto en lo profundo de ellas. Vemos el cumplimiento de esta promesa todos los días y en todas partes. Este obsequio de los animales para comida garantiza plenamente el uso de ellos, pero no el abuso por glotonería y menos por crueldad. No debemos causarle dolor innecesariamente mientras vivan, ni cuando les quitamos las vidas.

Vv. 4—7. La razón principal de prohibir comer la sangre, sin duda, se debió a que el derramamiento de sangre en los sacrificios tenía por objeto que los adoradores tuvieran su pensamiento puesto en la gran expiación; aunque también parece tener el propósito de controlar la crueldad, para que los hombres, acostumbrándose a derramar la sangre de los animales y alimentarse de ella, se pusieran insensibles frente a ello y les afectara poco la idea de derramar sangre humana. —El hombre no debe tomar su propia vida. Nuestra vida es de Dios y debemos darla solamente cuando a Él le plazca. Si precipitamos de alguna forma nuestra propia muerte, debemos responder ante Dios por ello. —Cuando Dios le pide a un hombre que responda por una vida que quitó injustamente, el homicida no puede responder y, por tanto, debe entregar la propia vida a cambio. En uno u otro momento, en este mundo o en el venidero, Dios descubrirá los crímenes y castigará aquellos homicidios cuyo castigo quedó fuera del alcance del poder del hombre. Pero hay quienes son ministros de Dios para proteger al inocente, para infundir temor a los malhechores y que no deben esgrimir en vano la espada, Romanos, xiii, 4. El homicidio deliberado debe ser siempre castigado con la muerte. A esta ley se le agrega una razón. Todavía hay remanentes de la imagen de Dios en el hombre caído, de modo que quien mata injustamente a un hombre, desfigura la imagen de Dios y lo deshonra.

Vv. 8—17. Como el mundo antiguo fue destruido para ser un monumento de justicia, así este mundo permanece hasta ahora como un monumento de misericordia. Pero el pecado, que ahogó al mundo antiguo, quemará a este. Entre los hombres se sellan acuerdos, para que lo prometido pueda ser más solemne y para hacer que lo pactado sea más seguro para mutua satisfacción. Este pacto fue sellado con el arco iris que, probablemente, haya sido visto antes en las nubes, pero nunca como sello del pacto, hasta ahora. El arco iris aparece cuando hay mayor razón para temer que la lluvia prevalezca; entonces Dios muestra este sello de la promesa, de que no prevalecerá. Mientras más densa la nube, más brillante el arco en la nube. Así, como abundan las aflicciones amenazadoras, abundan mucho más los consuelos alentadores. El arco iris es el reflejo de los rayos del sol que

brillan sobre o a través de las gotas de lluvia: toda la gloria de los sellos del pacto derivan de Cristo, el Sol de la justicia. Y Él derramará gloria sobre las lágrimas de sus santos. Un arco habla de terror, pero este no tiene cuerda ni flecha; y un arco solo hará poco daño. Es un arco, pero está dirigido hacia arriba, no hacia la tierra; pues los sellos del pacto tienen la intención de consolar, no de aterrar. Como Dios mira el arco para recordar el pacto, así nosotros debemos tener presente el pacto con fe y gratitud. Sin *revelación* no pudiera ser conocida esta bondadosa seguridad; y sin *fe* no sería útil para nosotros; y, así es tocante a los peligros aún mayores a que todos están expuestos, y en cuanto al nuevo pacto con sus bendiciones.

Vv. 18—23. La embriaguez de Noé está registrada en la Biblia, con esa transparencia que solamente se halla en la Escritura, como caso y prueba de la debilidad e imperfección humana, aunque haya sido tomado de sorpresa por el pecado, y para mostrar que el mejor de los hombres no puede estar en pie si no depende de la gracia divina y es sostenido por ella. Cam parece haber sido un hombre malo y, probablemente, se alegró de encontrar a su padre en una situación impropia. De Noé se dice que era perfecto en sus generaciones, capitulo vi, 9; pero esto se refiere a la sinceridad, no a la perfección sin pecado. Noé, que se mantuvo sobrio en compañía de borrachos, ahora está borracho en compañía de sobrios. El que piensa que está firme, mire que no caiga. Tenemos que poner mucho cuidado cuando usamos abundantemente las buenas cosas creadas por Dios, para no usarlas en exceso, Lucas xxi, 34. —La consecuencia del pecado de Noé fue la vergüenza. Obsérvese aquí el gran mal del pecado de la ebriedad. Descubre a los hombres; cuando están ebrios delatan los males que tienen, y, entonces, se les sacan fácilmente los secretos. Los porteros borrachos mantienen las puertas abiertas. Trae desgracia a los hombres y los expone al desprecio. En la medida que los delata los avergüenza. Cuando están embriagados, los hombres dicen y hacen cosas que, estando sobrios, los haría enrojecer sólo el pensarlo. Fíjese el cuidado de Sem y Jafet para tapar la vergüenza de su padre. Hay un manto de amor que se puede poner sobre las faltas de todos, 1 Pedro iv, 8. Además de eso, hay un manto de reverencia que se puede poner sobre las faltas de los padres y de otros superiores. La bendición de Dios espera a quienes honran a sus padres, y su maldición se enciende especialmente contra quienes los deshonran.

Vv. 24—29. Noé pronuncia una maldición sobre Canaán, el hijo de Cam; quizás este nieto suyo fuera más culpable que los demás. Aun entre sus hermanos iba a ser un esclavo de siervos, esto es, el menor y más despreciable de los siervos. Esto ciertamente apunta a las victorias obtenidas por Israel en épocas posteriores, sobre los cananeos, en las cuales fueron pasados a espada o llevados cautivos para pagar tributo. Todo el continente de África estaba poblado principalmente por los descendientes de Cam; y ¡por cuántas épocas han estado las mejores partes de ese territorio bajo el dominio de los romanos, luego de los sarracenos y, ahora, de los turcos![1] ¡En medio de cuánta maldad, ignorancia, barbarie, esclavitud y miseria vive la mayoría de sus habitantes! Y de los pobres negros, ¡cuántos son vendidos y comprados anualmente como bestias en el mercado y llevados de uno a otro rincón del mundo a hacer el trabajo de bestias! Pero esto de ningún modo excusa la codicia y barbarie de los que se enriquecen con el producto del sudor y la sangre de ellos. Dios *no* nos ha mandado a esclavizar a los negros y, sin duda, castigará severamente todas estas crueles fechorías. El cumplimiento de esta profecía, que contiene casi la historia del mundo, libera a Noé de la sospecha de haberla pronunciado por enojo personal. Prueba plenamente que el Espíritu Santo usó como ocasión la ofensa de Cam para revelar sus propósitos secretos. —"Bendito sea el Señor Dios de Sem". La iglesia sería edificada y continuaría en la posteridad de Sem; de él vinieron los judíos, que fueron, por largo tiempo, el único pueblo profesante que tuvo Dios en el mundo. Cristo, que era Jehová Dios, en su naturaleza humana descendería de Sem; pues de él, en lo que a la carne

---

1 Matthew Henry vivió en la segunda mitad del siglo 17 y principios del 18. Su mención de la esclavitud y los demás detalles se refieren a la situación de aquella época (Nota del Editor).

concierne, vino Cristo. Noé también bendice a Jafet y, en él, las islas de los gentiles que fueron pobladas por su simiente. Habla de la conversión de los gentiles y entrada de ellos a la iglesia. Podemos leerlo, “Engrandezca Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem”. Judíos y gentiles serán unidos en el redil del evangelio; ambos serán uno en Cristo. Noé vivió para ver dos mundos; pero siendo heredero de la justicia que es por la fe, ahora reposa en esperanza, para ver un mundo mejor que esos dos.

CAPÍTULO X

Versículos 1—7. *Los hijos de Noé, de Jafet, de Cam* 8—14. *Nimrod el primer monarca.* 15—32. *Los descendientes de Canaán—Los hijos de Sem.*

Vv. 1—7. Este capítulo habla de los tres hijos de Noé, que de estos se esparcieron las naciones en la tierra. Ninguna nación, excepto los judíos, puede estar segura de cuál de estos setenta desciende. Por amor al Mesías, solo los judíos conservaron la lista de nombres de padres e hijos. Sin embargo, muchos hombres doctos han mostrado, con alguna probabilidad, qué naciones de la tierra descendieron de cada uno de los hijos de Noé. A la posteridad de Jafet fueron asignadas las islas de los gentiles; probablemente, la isla de Bretaña entre las demás. Todos los lugares de ultramar más allá de Judea son llamados islas, Jeremías xxv, 22 [o costas, RVR 1960]. Esa promesa, Isaías xlii, 4, “las costas esperarán su ley”, habla de la conversión de los gentiles a la fe de Cristo.

Vv. 8—14. Nimrod fue un gran hombre en su época; él comenzó a ser poderoso en la tierra. Los anteriores a él se contentaban con estar al mismo nivel de su prójimo y, aunque cada hombre reinaba en su propia casa, ningún hombre pretendía ser más. Nimrod estaba decidido a enseñorearse de sus vecinos. El espíritu de los gigantes de antes del diluvio, que llegaron a ser hombres poderosos y hombres de renombre, Génesis vi, 4, revivió en él. —Nimrod fue vigoroso *cazador*. En aquel entonces cazar era el método de impedir el aumento dañino de las bestias salvajes. Esto requería mucho valor y destreza y así dio a Nimrod, una oportunidad para mandar a los demás y, paulatinamente, sumó una cantidad de hombres bajo un jefe. Probablemente desde tal comienzo Nimrod empezó a gobernar y a obligar a los demás a someterse. Él invadió los derechos y propiedades de sus vecinos y persiguió a hombres inocentes; proponiéndose hacer todo suyo por la fuerza y la violencia. Ejecutó sus opresiones y la violencia desafiando al mismo Dios. Nimrod fue un gran *rey*. De una u otra forma, por la razón o la fuerza, obtuvo poder y, así, fundó una monarquía que fue el terror del fuerte y con buenas probabilidades de gobernar todo el mundo. Nimrod fue un gran *constructor*. Obsérvese en Nimrod la naturaleza de la ambición. No tiene límites; lo mucho quiere tener más, y todavía clama: Dame, dame. Es incansable; Nimrod, cuando tuvo cuatro ciudades bajo su mando, no pudo contentarse hasta que tuvo cuatro más. Es cara; Nimrod prefería encargarse de levantar ciudades si no tenía el honor de gobernarlas. Es atrevida, y ante nada se detendrá. El nombre de Nimrod significa rebelión; los tiranos entre los hombres son rebeldes ante Dios. Vienen días en que los conquistadores no ya serán encomiados, como en las historias parciales del hombre; más bien llevarán el sello de la infamia, como en los registros imparciales de la Biblia.

Vv. 15—32. La posteridad de Canaán fue numerosa, rica y gratamente establecida; sin embargo, Canaán estaba bajo una maldición divina, y no una maldición sin causa. Quienes están sometidos a la maldición de Dios pueden, quizá, florecer y prosperar en este mundo; porque nosotros no podemos conocer el amor o el odio, la bendición o la maldición por lo que está delante sino por lo que está dentro de nosotros. La maldición de Dios siempre obra realmente y siempre es terrible. Quizá sea una maldición secreta, una maldición para el alma y no obra de modo que los demás

pueden verla; o es una maldición lenta y no obra pronto; pero los pecadores están reservados por ella para el día de la ira. Canaán tiene aquí una tierra mejor que Sem o Jafet y, sin embargo, ellos tienen mejor suerte pues heredan la bendición. —Abram y su simiente, el pueblo del pacto de Dios, descendieron de Heber, y por él fueron llamados hebreos. Cuanto mejor es ser como Heber, el padre de una familia de hombres santos y honestos que ser el padre de una familia de cazadores de poder, de riquezas mundanas o de vanidades. La bondad es la verdadera grandeza.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—4. *Un lenguaje en el mundo—La construcción de Babel.* 5—9. *La confusión de las lenguas—Dispersión de los constructores de Babel.* 10—26. *Los descendientes de Sem.* 27—32. *Taré, el padre de Abram, abuelo de Lot—viaje a Harán.*

Vv. 1—4. ¡Con cuánta prontitud se olvidan los hombres de los juicios más graves y vuelven a sus crímenes anteriores! Aunque la devastación del diluvio estaba delante de sus ojos, aunque surgieron de la simiente del justo Noé, aún durante su vida, la maldad aumenta en forma excesiva. Nada sino la gracia santificadora del Espíritu Santo puede quitar la lujuria pecaminosa de la voluntad humana y la depravación del corazón del hombre. —El propósito de Dios era que la humanidad formara muchas naciones y poblara toda la tierra. Despreciando la voluntad divina y contrariando el consejo de Noé, el grueso de la humanidad se unió para edificar una ciudad y una torre que les impidiera ser separados. Empezó la idolatría y Babel llegó a ser una de sus principales sedes. Ellos se hicieron mutuamente más osados y resueltos. Aprendamos a estimularnos mutuamente al amor y a las buenas obras, así como los pecadores se incitan y alientan unos a otros a las malas obras.

Vv. 5—9. He aquí una expresión a la manera de los hombres: “Descendió Jehová para ver la ciudad”. Dios es justo y bueno en todo lo que hace contra el pecado y los pecadores y no condena a nadie sin oírlo. El pío Heber no se encuentra en este grupo impío; pues él y los suyos son llamados hijos de Dios; sus almas no se unieron a la asamblea de estos hijos de los hombres. Dios permitió que ellos llegaran a cierto punto para que las obras de sus manos, de las cuales se prometían honra perdurable para sí mismos, resultasen para su reproche eterno. Dios tiene fines sabios y santos al permitir que los enemigos de su gloria ejecuten en gran medida sus malos proyectos y prosperen por largo tiempo. —Observe la sabiduría y misericordia de Dios en los métodos usados para derrotar esta empresa. Y la *misericordia* de Dios al no hacer el castigo igual a la ofensa; pues Él no nos trata conforme a nuestros pecados. La *sabiduría* de Dios, al establecer una forma segura de detener sus procedimientos. Si no se podían entender entre sí, no podrían ayudarse uno a otro; esto apartaría de la edificación. Dios tiene diversos medios, y eficaces, para frustrar y derrotar los proyectos de hombres orgullosos que se ponen en su contra y, en particular, los divide entre ellos mismos. A pesar de su unidad y obstinación, Dios estaba por encima de ellos; ¿pues quién ha endurecido su corazón contra Él y ha prosperado? Su lenguaje fue confundido. Por ellos todos sufrimos hasta hoy todos los dolores y problemas necesarios para aprender idiomas, todo ello por la rebeldía de nuestros antepasados de Babel. Y, ¡vaya!, cuántas desdichadas disputas, peleas de palabras, surgen por entender mal unos las palabras de otros, y, por todo lo que sabemos, se deben a esta confusión de lenguas. —Ellos dejaron de edificar la ciudad. La confusión de sus lenguas no sólo los incapacitó para ayudarse unos a otros sino que vieron la mano del Señor contra ellos. Es sabiduría dejar algo en cuanto nos damos cuenta que Dios se opone a ello. Dios puede destruir y reducir a nada todas las artes y designios de los constructores de Babel: no hay sabiduría ni consejo que pueda levantarse contra el Señor. —Los constructores se fueron conforme a sus familias y las lenguas que hablaban a los países y lugares asignados a ellos. Los hijos de los hombres nunca se volvieron a juntar, ni jamás

se reunirán nuevamente, hasta el gran día en que el Hijo del hombre se siente en el trono de su gloria y todas las naciones se reúnan ante Él.

Vv. 10—26. He aquí una genealogía, o lista de nombres, que termina en Abram, el amigo de Dios, y así conduce a Cristo, la Simiente prometida, que era el hijo de Abram. Nada queda en el registro sino sus nombres y edades; pareciera que el Espíritu Santo se apresurase a pasar por ellos hacia la historia de Abram. ¡Cuán poco sabemos de aquellos que pasaron antes que nosotros en este mundo, aun de aquellos que vivieron en los mismos lugares en que nosotros vivimos, como, igualmente, sabemos poco de aquellos que viven en lugares distantes! Tenemos bastante que hacer para dirigir nuestra propia obra. Cuando empezó a poblarse la tierra, las vidas de los hombres empezaron a acortarse; esto fue sabia disposición de la Providencia.

Vv. 27—32. Aquí comienza la historia de Abram, cuyo nombre es famoso en ambos Testamentos. Hasta los hijos de Heber se habían vuelto adoradores de dioses falsos. Los que, por gracia son herederos de la tierra prometida, debían recordar cuál era la tierra de su nacimiento, esto es, cuál era su estado corrupto y pecador por naturaleza. —Los hermanos de Abram eran Nacor, de cuya familia tuvieron sus esposas Isaac y Jacob, y Harán, el padre de Lot, que murió antes que su padre. Los hijos no pueden estar seguros de sobrevivir a sus padres. Harán murió en Ur, antes de la feliz salida de la familia de ese país idólatra. Nos concierne apresurarnos a salir de nuestro estado natural, no sea que la muerte nos sorprenda en él. —Aquí leemos de la salida de Abram desde Ur de los caldeos, con su padre Taré, su sobrino Lot y el resto de su familia, obedeciendo la llamada de Dios. Este capítulo los deja a medio camino entre Ur y Canaán, donde habitaron hasta la muerte de Taré. Muchos llegan a Harán y, sin embargo, no llegan a Canaán; no están lejos del reino de Dios y, no obstante, nunca llegan allí.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—3. *Dios llama a Abram y lo bendice con la promesa de Cristo.* 4, 5. *Abram se va de Harán.* 6—9. *Viaja por Canaán y adora a Dios en esa tierra.* 10—20. *Abram es llevado a Egipto por una hambruna—Finge que su esposa es su hermana.*

Vv. 1—3. Dios eligió a Abram y lo separó de entre sus congéneres idólatras para reservar un pueblo para sí, entre los cuales se mantuviese la verdadera adoración hasta la venida de Cristo. Desde aquí en adelante Abram y su simiente son casi el único tema de la historia de la Biblia. Se probó a Abram, si amaba a Dios más que a todo y si podía dejar voluntariamente todo para ir con Dios. Sus parientes y la casa de su padre eran una constante tentación para él; no podía seguir entre ellos sin el riesgo de ser contaminado por ellos. Quienes dejan sus pecados y se vuelven a Dios ganarán lo indecible con el cambio. —La orden que Dios dio a Abram es en gran medida igual que el llamamiento del evangelio, porque los afectos naturales debe ceder el paso a la gracia divina. El pecado y todas sus oportunidades deben abandonarse, en particular, las malas compañías. —He aquí muchas promesas grandes y preciosas. Todos los preceptos de Dios van acompañados de promesas para el obediente. —1. *Haré de ti una nación grande.* Cuando Dios sacó a Abram de su pueblo, prometió hacerle cabeza de otro pueblo. —2. *Te bendeciré.* Los creyentes obedientes estarán seguros de heredar la bendición. —3. *Engrandeceré tu nombre.* El nombre de los creyentes obedientes ciertamente será engrandecido. —4. *Serás bendición.* Los hombres buenos son bendición para sus países. —5. *Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré.* Dios se ocupará de que nadie sea perdedor por algún servicio hecho en favor de su pueblo. —6. *En ti serán benditas todas las familias de la tierra.* Jesucristo es la gran bendición del mundo, la más grande que el mundo haya

poseído jamás. Toda verdadera bienaventuranza en el mundo ahora o que alguna vez llegue a tener, se debe a Abram y su descendencia. Por medio de ellos tenemos una Biblia, un Salvador y un evangelio. Ellos son la cepa sobre la cual ha sido injertada la iglesia cristiana.

Abram creyó que la bendición del Todopoderoso supliría todo lo que él pudiera perder o dejar atrás, satisfaría todas sus carencias y respondería, más aun, sobrepasaría todos sus deseos, y sabía que nada sino la desgracia seguiría a la desobediencia. Este tipo de creyentes, justificados por fe en Cristo, tienen paz con Dios. —Ellos siguen en su camino a Canaán. No se desalientan por las dificultades del camino ni son arrastrados fuera del camino por los deleites que encuentran. Los que se dirigen al cielo deben perseverar hasta el fin. Los que emprendemos el camino en obedeciencia a la orden de Dios y atendiendo humildemente su providencia, ciertamente triunfaremos y finalmente tendremos consuelo. Canaán no era, como otras tierras, una simple posesión externa, sino un tipo del cielo y, en este sentido, los patriarcas la apreciaban fervientemente.

Vv. 6—9. Abram halló la tierra poblada por cananeos que eran malos vecinos. Él viajó, y siguió adelante aún. A veces la suerte de los hombres buenos es no estar establecidos y, a menudo, cambiar a diversos estados. Los creyentes deben considerarse como peregrinos y extranjeros en este mundo, Hebreos xi, 8, 13, 14. Pero observe cuánto consuelo tenía Abram en Dios. Cuando tuvo escasa satisfacción en sus contactos con los cananeos que allí encontró, tuvo abundante placer en la comunión con aquel Dios que lo había llevado hasta ahí, y que no lo desamparó. La comunión con Dios se mantiene por la palabra y la oración. Dios se revela Él mismo y sus favores en forma gradual a su pueblo; antes había prometido mostrarle a Abram la tierra; ahora, promete dársela: a medida que crece la gracia, crece el consuelo. Pareciera que Abram lo entendió también como la concesión de una tierra mejor, de la cual esta era tipo, porque esperaba un país celestial, Hebreos xi, 16. —Abram se estableció tan pronto como llegó a Canaán, y aunque no era sino extranjero y peregrino ahí, mantuvo la adoración de Dios en su familia. No sólo se preocupó de la parte ceremonial de la religión, la presentación de sacrificios, sino tomó conciencia de buscar a Dios e invocar su nombre, el sacrificio espiritual con el cual se agrada Dios. Predicaba sobre el nombre del Señor; enseñó a su familia y a sus vecinos el conocimiento del Dios verdadero y de su santa religión. La adoración familiar es un buen camino antiguo, nada nuevo, sino la antigua costumbre de los santos. Abram era rico y tuvo una familia numerosa, aun no estaba establecido, y estaba rodeado de enemigos; sin embargo, doquiera levantara su campamento, edificaba un altar: donde quiera que vayamos no dejemos de llevar nuestra religión con nosotros.

Vv. 10—20. No hay en la tierra una situación libre de pruebas, ni personaje libre de defectos. Hubo hambruna en Canaán, la más gloriosa de todas las tierras, como hubo incredulidad, en Abram el padre de los fieles, con los males que siempre conlleva. La felicidad perfecta y la pureza perfecta están solamente en el cielo. Abram, cuando debe dejar Canaán por un tiempo, va a Egipto, con la intención de demorarse allí no más de lo necesario, para que no pareciera que mira hacia atrás. —Ahí Abram oculta su relación con Sarai, equivocado, y pide a su esposa y a sus siervos que hagan lo mismo. Él ocultó una verdad como un modo de negarla efectivamente, y por ello, expone al pecado tanto a su esposa como a los egipcios. La gracia por la cual más se destacaba Abram era la fe; sin embargo, así cayó por la incredulidad y desconfianza en la providencia divina, aun después que Dios le había aparecido dos veces. ¡Ay, qué será de una fe débil cuando la fe firme se ve así remecida! Muchas veces, si Dios no nos librara de las angustias e inquietudes en que nos metemos nosotros mismos, por nuestro propio pecado y necedad, estaríamos destruidos. Él no nos trata conforme a lo que merecemos. —Son castigos felices aquellos que nos impiden ir por el camino del pecado y nos lleva a cumplir nuestro deber, particularmente el deber de hacer reparación por lo que hemos tomado o conservado indebidamente. —La reprensión de faraón para Abram fue muy justa: “¿Qué es esto que has hecho conmigo?” ¡Cuán inapropiado de un hombre sabio y bueno! Si quienes profesan la fe

hacen lo injusto y engañoso, especialmente si dicen lo que está al borde de la mentira, deben estar dispuestos a oír una reprensión, y tienen razón para agradecer a quienes les hablen de esa manera. —La despedida fue bondadosa. El faraón estaba tan lejos de toda intención de matar a Abram, como éste temía, que tuvo un particular cuidado de él. A menudo, nos confundimos con temores que no tienen absolutamente ningún fundamento. Muchas veces tememos cuando nada hay que temer. El faraón encargó a sus hombres que no dañaran en nada a Abram. No basta que los que tienen la autoridad no hieran por sí mismos; ellos deben impedir que sus siervos y quienes los rodean hagan daño.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—4. *Abram vuelve desde Egipto con grandes riquezas.* 5—9. *Pelea de los pastores de Abram y los de Lot—Abram da la elección de país a Lot.* 10—13. *Lot elige vivir en Sodoma.* 14—18. *Dios renueva su promesa a Abram, que se va a Hebrón.*

Vv. 1—4. Abram era muy rico: él estaba muy pesado, así es la palabra hebrea; pues las riquezas son una carga; y los que serán ricos sólo se cargan con barro espeso, Habacuc ii, 6. Hay una carga de cuidado al obtener riquezas, miedo de perderlas, tentación de usarlas, culpa por abusar de ellas, pena por perderlas, y un peso de la rendición de cuentas que, por último, debe ser dada por ellas. Sin embargo, Dios en su providencia a veces hace ricos a los hombres buenos, y de este modo la bendición de Dios hizo rico a Abram sin penas, Proverbios x, 22. Aunque es difícil que un rico entre al cielo, en algunos casos puede ser, Marcos x, 23, 24. Vaya, la prosperidad externa, *si* es bien administrada, es un ornamento de la piedad y una oportunidad para hacer más bien. —Abram se fue a Betel. Su altar no estaba así que no puede ofrendar sacrificio; pero invocó el nombre del Señor. Es más fácil encontrarse un hombre vivo sin respirar que uno del pueblo de Dios sin orar.

Vv. 5—9. Las riquezas no sólo dan lugar a la discordia siendo las cosas por las que más corrientemente se pelea; sino que también pueden incitar un espíritu contencioso, haciendo que la gente se enorgullezca y se ponga codiciosa. *Mío y tuyo* son los grandes productores de rabia del mundo. La pobreza y el trabajo, las carencias y los vagabundeos no pudieron separar a Abram y Lot pero sí las riquezas. —Los malos siervos a menudo han hecho mucho mal en las familias y entre los vecinos, por su orgullo y pasión, mintiendo, calumniando y llevando chismes. Aquellos que así hacen son los agentes del diablo y los peores enemigos de sus amos. Lo que empeoró la pelea fue que los cananeos y ferezeos habitaban la tierra. Las peleas de los profesantes son el reproche de la religión y dan ocasión de blasfemar a los enemigos del Señor. —Mejor es conservar la paz, que no sea rota pero la otra cosa mejor es, si se presentan diferencias, sofocar con toda velocidad el fuego que está empezando. El intento de apaciguar esta discordia fue hecho por Abram aunque él era el hombre anciano y más grande. Abram se demuestra como hombre de espíritu *sereno* que mandaba su pasión y que sabía como calmar la ira con una respuesta blanda. Aquellos que mantengan la paz nunca deben devolver mal por mal. De espíritu condescendiente (Abram) estuvo dispuesto a implorar aún a su inferior para estar en paz. El pueblo de Dios debe estar por la paz sea lo que sea que los demás apoyen. El ruego de Abram por la paz fue muy poderoso. Que la gente de la tierra contienda por fruslerías; pero no caigamos nosotros que sabemos cosas mejores y que esperamos un país mejor. Los profesantes de la fe deben tener sumo cuidado para evitar contiendas. Muchos profesan estar por la paz sin hacer nada por ella: no así Abram. Cuando Dios condesciende a rogarnos que nos reconciliemos, bien podemos rogarnos unos a otros. Aunque Dios había prometido a Abram darle esta tierra a su simiente, sin embargo, ofreció una parte igual o mejor a Lot que no

tenía un derecho igual; y él, bajo la protección de la promesa de Dios, no actuaría con dureza con su pariente. Noble es estar dispuesto a renunciar en aras de la paz.

Vv. 10—13. Habiendo Abram ofrecido la opción a Lot, éste la aceptó de inmediato. La pasión y el egoísmo hacen maleducados a los hombres. Lot miró *la bondad de la tierra*; por tanto, no dudó que florecería ciertamente en un suelo tan fértil. Pero ¿qué salió de ello? Aquellos que, al elegir relaciones, llamamientos, habitaciones o establecimientos, son guiados y gobernados por la lujuria de la carne, la lujuria del ojo o el orgullo de la vida, no pueden esperar la presencia o bendición de Dios. Corrientemente se desilusionan hasta de aquellos a los que principalmente apuntan. Este principio debe dirigir todas nuestras opciones. Que lo óptimo para nosotros es lo que es óptimo para nuestras almas. —Lot consideró poco la *maldad de los habitantes.* Los hombres de Sodoma eran pecadores osados e impúdicos. Esta era la iniquidad de Sodoma, el orgullo, la hartura de pan y la abundancia de ocio, Ezequiel xvi, 49. Dios da a menudo una gran abundancia a los grandes pecadores. Con frecuencia ha sido la suerte vejadora de los hombres buenos el vivir entre vecinos malos; y debe ser más doloroso si, como Lot aquí, se lo han acarreado a sí mismos por mala elección.

Vv. 14—18. Los mejor preparados para las visitas de la gracia divina, son aquellos cuyos espíritus están calmos y no alterados por la pasión. Dios compensará abundantemente con paz espiritual lo que perdemos por conservar la paz con el prójimo. Cuando nuestras relaciones se nos alejan, Dios no. —Observe también las promesas con que Dios consoló y enriqueció ahora a Abram. Él le aseguró dos cosas: una buena tierra y una progenie numerosa para disfrutarla. Las perspectivas vistas por fe son más ricas y bellas que aquellas que vemos a nuestro alrededor. Dios le hizo caminar por la tierra, no para pensar de establecerse en ella sino para estar siempre sin instalarse y caminar por ella en pos de un Canaán mejor. Él edificó un altar como prenda de su agradecimiento a Dios. Cuando Dios nos satisface con promesas bondadosas, espera que le obedezcamos con alabanzas humildes. En las dificultades externas muy provechoso es para el creyente verdadero que medite en la herencia gloriosa que el Señor tiene para él al final.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—12. *La batalla de los reyes—Lot llevado prisionero.* 13—16. *Abram rescata a Lot.* 17—20. *Melquisedec bendice a Abram.* 21—24. *Abram devuelve el botín.*

Vv. 1—12. Las guerras de las naciones forman gran parte de la historia pero no hubiésemos tenido el relato de esta guerra si Abram y Lot no hubieran sido parte de ella. Por codicia Lot se había instalado en la fértil pero malvada Sodoma. Sus habitantes estaban completamente maduros para la venganza contra todos los descendientes de Canaán. Los invasores eran de Caldea y Persia en aquel entonces reinos pequeños. Tomaron a Lot y sus bienes entre los demás. Era justo e hijo del hermano de Abram, sin embargo, estaba con los demás en este problema. Ni nuestra propia piedad ni nuestra relación con los favoritos del cielo nos pueden dar seguridad cuando se inicien los juicios de Dios. Más de un hombre honesto sufre lo peor debido a sus malos vecinos: es sabiduría nuestra separarnos o, por lo menos, distinguirnos de ellos, 2 Corintios, vi, 17. Un pariente tan cercano de Abram debiera haber sido compañero y discípulo de Abram. Si prefirió morar en Sodoma fue gracias a sí mismo que participó de las pérdidas de Sodoma. Cuando nos salimos del camino de nuestro deber, nos salimos de la protección de Dios y no podemos esperar que la opción tomada por nuestra lujuria termine en nuestro provecho. Ellos se llevaron el patrimonio de Lot; justo para Dios es quitarnos los deleites, por los cuales nos vemos privados de su gozo.

Vv. 13—16. Abram aprovecha esta oportunidad para dar una prueba real de que es verdaderamente amigo de Lot. Nosotros debemos estar listos para socorrer a los que están en problemas, especialmente parientes y amistades. Aunque el prójimo haya faltado a sus deberes para con nosotros, aun así no debemos descuidar nuestro deber para con ellos. Abram rescató a los cautivos. Al tener la oportunidad debemos hacer el bien a todos.

Vv. 17—20. A Melquisedec se le llama rey de Salem, que se supone es el lugar que después se llamó Jerusalén y, generalmente, se piensa que era simplemente un hombre. Las palabras del apóstol, Hebreos vii, 3, sólo dicen que la historia sagrada nada menciona de sus antepasados. El silencio de las Escrituras sobre esto es para que elevemos nuestros pensamientos a Cristo, cuya generación no puede ser declarada. —Pan y vino fue un buen refrigerio para los cansados seguidores de Abram; notable es que Cristo designara los mismos elementos como recordatorio de su cuerpo y sangre que, indudablemente, son carne y bebida para el alma. —Melquisedec bendijo a Abram de parte de Dios. Bendijo a Dios de parte de Abram. Nosotros tenemos que agradecer las misericordias para con el prójimo como por las que nosotros recibimos. Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es el Mediador de nuestras oraciones y alabanzas y no sólo eleva las nuestras sino eleva las suyas propias por nosotros. —Abram le dio el diezmo del botín, Hebreos, vii, 4. Cuando hemos recibido una misericordia grande de Dios, es muy apropiado que expresemos nuestra gratitud por un acto especial de piadosa caridad. Jesucristo, nuestro gran Melquisedec, está para que se le rinda homenaje y para reconocerle humildemente como nuestro Rey y Sacerdote; debemos darle no solamente el diezmo de todo, sino todo lo que tenemos.

Vv. 21—24. Observe la oferta de gratitud del rey de Sodoma a Abram: “Dame las personas y toma para ti los bienes”. La gratitud nos enseña a recompensar lo más que podamos, a quienes han soportado fatigas, han corrido riesgos y han gastado para nuestro servicio y provecho. Abram rehusó generosamente esta oferta. Acompaña su rechazo con una buena razón: “Para que no digas: Yo enriquecí a Abram”, lo cual se reflejaría en la promesa y pacto de Dios, como si el Señor no hubiera enriquecido a Abram sin los despojos de Sodoma. El pueblo de Dios, en aras de su propio crédito, debe tener cuidado de hacer algo que parezca mezquino o mercenario o que tenga resabios de codicia e interés propio. Abram puede confiar en el Dueño del cielo y la tierra que le proveerá.

CAPÍTULO XV

Versículos 1. *Dios da ánimo a Abram.* 2—6. *La promesa divina—Abram es justificado por la fe.* 7—11. *Dios promete Canaán como herencia a Abram.* 12—16. *La promesa confirmada en una visión.* 17—21. *La promesa confirmada por una señal.*

V. 1. Dios aseguró a Abram la seguridad y la felicidad; que estaría siempre a salvo. “Yo soy tu escudo”; o, Yo soy para ti un escudo, presente contigo, que te cuido en forma muy real. La consideración de que el mismo Dios es y será un escudo para su pueblo, para asegurarlo de todos los males, un escudo dispuesto para ellos y un escudo alrededor de ellos, debiera silenciar todos los temores que atormentan y confunden.

Vv. 2—6. Aunque nunca debemos quejarnos *de* Dios tenemos permiso para quejarnos *a* Él, y expresarle todas nuestras aflicciones. Es consolador para un espíritu cargado presentar su caso a un amigo fiel y compasivo. —La queja de Abram es que no tenía hijo; que probablemente nunca iba a tener uno; que la falta de un hijo era un problema tan grande para él que le quitaba todo consuelo. Si suponemos que Abram no miraba más que la comodidad externa, esa queja habría estado cargada de

culpa. Pero si consideramos que Abram aquí se refería a la Simiente prometida, su deseo era digno de encomio. No debemos descansar satisfechos hasta que tengamos pruebas de nuestro interés en Cristo; ¿de qué me sirve todo si voy sin Cristo? Si continuamos insistiendo en oración, no obstante, orando con humilde sumisión a la voluntad divina, no buscaremos en vano. —Dios dio a Abram la promesa expresa de un hijo. Los cristianos pueden creer en Dios respecto de las preocupaciones corrientes de la vida, pero la fe por la cual son justificados siempre se refiere a la persona y obra de Cristo. Abram creyó a Dios que le prometía a Cristo; los cristianos creen en Él como habiendo sido levantado de entre los muertos, Romanos iv, 24. Por la fe en su sangre han obtenido el perdón de pecados.

Vv. 7—11. Dios dio la seguridad a Abram de tener la tierra de Canaán como herencia. Dios nunca promete más de lo que puede cumplir, que es lo que hacen a menudo los hombres. Abram hizo como Dios le mandó. Partió por la mitad las bestias, conforme a la ceremonia acostumbrada para sellar los pactos, Jeremías xxxiv, 18, 19. Habiendo preparado todo conforme a lo señalado por Dios, se puso a esperar la señal que Dios pudiera darle. Debemos mantenernos vigilantes ante nuestros sacrificios espirituales. Cuando los pensamientos vanos, a la manera de aquellas aves, bajan a atacar nuestros sacrificios, debemos espantarlos para esperar en Dios sin distracciones.

Vv. 12—16. Un sueño profundo cayó sobre Abram: con este sueño cayó sobre él el horror de una gran oscuridad: un cambio súbito. Los hijos de la luz no siempre andan en la luz. Entonces se le anunciaron varias cosas. —1. *El sufrimiento de la simiente de Abram por largo tiempo.* Serán extranjeros. Los herederos del cielo son extranjeros en la tierra. Serán siervos; pero los cananeos sirven bajo maldición, los hebreos sirven bajo una bendición. Ellos sufrirán. Quienes son bendecidos y amados de Dios a menudo son afligidos gravemente por los hombres perversos. —2. *El juicio de los enemigos de la simiente de Abram.* Aunque Dios puede permitir que perseguidores y opresores pisoteen a su pueblo por largo tiempo, ciertamente se las verá con ellos al fin. —3. *Aquí se anuncia el gran suceso, la liberación de la simiente de Abram de Egipto.* —4. *Su feliz asentamiento en Canaán.* Ellos volverán de nuevo a Canaán. La medida de pecado se llena paulatinamente. La medida de pecado de algunas personas se llena lentamente. El conocimiento de los sucesos futuros raramente ayuda a nuestro consuelo. Hay tantas aflicciones en las familias más favorecidas y en las vidas más felices que es misericordioso de parte de Dios ocultar lo que nos pasará a nosotros y a los nuestros.

Vv. 17—21. El horno humeante y la antorcha encendida representan, probablemente, las severas pruebas y la feliz liberación de los israelitas, con el apoyo bondadoso recibido en los tiempos difíciles. Probablemente el horno y la antorcha, que pasaron entre los pedazos, los quemaran y consumieran completando de este modo el sacrificio, y atestiguara que Dios lo aceptó. Así se sugiere que los pactos de Dios con el hombre son hechos por sacrificio, Salmo 1. 5. Nosotros podemos saber que Él acepta nuestro sacrificio si enciende afectos piadosos y devotos en nuestra alma. —Se establecen los límites de la tierra concedida. Se habla de varias naciones o tribus que deben ser expulsadas para dar lugar a la simiente de Abram. —En este capítulo notamos la fe de Abram que lucha contra la incredulidad triunfando sobre ella. No os asombréis, creyentes, si encontráis temporadas de tinieblas y malestar. Sin embargo, no es la voluntad de Dios que estéis deprimidos: no temáis, pues Él será para vosotros todo lo que fue para Abram.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—3. *A pedido de Sarai, Abram toma a Agar.* 4—6. *La mala conducta de Agar con Sarai.* 7—16. *El Ángel manda que Agar regrese—La promesa para ella—el nacimiento de Ismael.*

Vv. 1—3. Sarai que ya no esperaba tener hijos propios, propuso a Abram que tomara otra esposa, cuyos hijos ella podría adoptar: su esclava, cuyos hijos serían propiedad de Sarai. Esto fue hecho sin pedir el consejo del Señor. Obró la incredulidad, y olvidaron el poder omnipotente de Dios. Fue un mal ejemplo y fuente de múltiple incomodidad. En toda relación y situación de la vida hay una cruz que debemos llevar: gran parte del ejercicio de la fe consiste en someterse pacientemente, en esperar el tiempo del Señor y usar solamente aquellos medios que Él designa para remover la cruz. Las tentaciones necias pueden tener pretensiones muy lindas y estar pintadas con eso que luce muy plausible. La sabiduría carnal nos saca del camino de Dios. Esto no sería así si pidiésemos el consejo de Dios por su palabra y oración antes de intentar aquello que es dudoso.

Vv. 4—6. El desdichado matrimonio de Abram con Agar logró muy pronto hacer mucha maldad. Podemos agradecernos la culpa y pena que nos siguen cuando nos salimos del camino de nuestro deber. Véalo en este caso. —La gente apasionada suele pelear con el prójimo por cosas de las cuales ellos mismos deben llevar la culpa. Sarai había dado su doncella a Abram pero ella grita: “Mi afrenta sea sobre ti.” Nunca se dice sabiamente aquello que el orgullo y la ira ponen en nuestras bocas. No siempre tienen la razón aquellos que son más ruidosos y osados para apelar a Dios: tales prisa e imprecaciones osadas hablan corrientemente de culpa y de una mala causa. Agar olvidó que ella misma había provocado primero al despreciar a su señora. Aquellos que sufren por sus faltas deben soportarlo con paciencia, 1 Pedro ii, 20.

Vv. 7—16.— Agar estaba fuera de su lugar y fuera del camino de su deber y seguía descarriándose más cuando el Ángel la halló. Gran misericordia es ser detenido en un camino pecador, sea por la conciencia o por la providencia. ¿De dónde vienes tú? Considera que está huyendo del deber y de los privilegios con que eras bendecida en la tienda de Abram. Bueno es vivir en una familia religiosa, cosa que debieran considerar aquellos que tienen esta ventaja. ¿A dónde ira? Está corriendo al pecado; si Agar regresa a Egipto, volverá a los ídolos endiosados y al peligro del desierto por el cual debe viajar. Recordar quienes somos a menudo nos enseña nuestro deber. Inquirir de donde venimos debiera mostrarnos nuestro pecado y necedad. Considerar donde iremos, descubre nuestro peligro y desgracia. Aquellos que dejan sus lugares y deberes, deben apresurar su regreso por mortificante que sea. —La declaración del Ángel, “Yo quiero”, señala que este Ángel era la Palabra eterna e Hijo de Dios. Agar no pudo sino admirar la misericordia del Señor y sentir, ¿he sido yo, que soy tan indigna, favorecida con una bondadosa visita del Señor? Ella fue llevada a un mejor temperamento, regresó y con su conducta ablandó a Sarai y recibió un trato más amable. ¡Que nosotros seamos siempre impresionados apropiadamente con este pensamiento: ¡Dios, Tú me ves!

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—6. *Dios renueva el pacto con Abram.* 7—14. *Institución de la circuncisión.* 15—22. *Cambio del nombre de Sarai—Isaac es prometido.* 23—27. *Circuncisión de Abraham y su familia.*

Vv. 1—6. El pacto era para que se cumpliese en el momento oportuno. La Simiente prometida era Cristo y los cristianos en Él. Todos los que son de la fe son bendecidos en el creyente Abram, siendo

partícipes de las mismas bendiciones del pacto. Como prenda de este pacto su nombre es cambiado de Abram, “padre excelso” a Abraham: “padre de una multitud”. Todo lo que disfruta el mundo cristiano, se lo debe a Abraham y su Simiente.

Vv. 7—14. El pacto de gracia es *desde* la eternidad en sus consejos, y *hasta* la eternidad en sus consecuencias. La señal del pacto era la circuncisión. Aquí se dice cuál es el pacto que Abraham y su simiente deben guardar. Los que quieren tener al Señor como su Dios, deben resolverse a ser un pueblo para Él. No sólo Abraham e Isaac y su posteridad por Isaac, iban a ser circuncidados, sino también Ismael y los esclavos. Se sella la de la tierra de Canaán no sólo para la posteridad de Isaac, sino la del cielo por medio de Cristo para toda la iglesia de Dios. La señal exterior es para la iglesia visible; el sello interior del Espíritu es en particular para quienes Dios sabe que son creyentes y solo Él puede conocerlos. —La observancia religiosa de esta institución era requerida so pena de un castigo severo. Peligroso es tomar a la ligera las instituciones divinas y vivir descuidándolas. El pacto en cuestión era uno que comprendía grandes bendiciones para el mundo de todas las épocas futuras. Hasta la bendición del mismo Abraham y todas las recompensas conferidas a él, eran por amor a Cristo. Abraham fue justificado, como hemos visto, no por su propia justicia sino por fe en el Mesías prometido.

Vv. 15—22. Aquí se hace a Abraham la promesa de un hijo con Sarai, en el cual se cumpliría la promesa hecha. La prenda de esta promesa fue el cambio del nombre de Sarai a Sara. Sarai significa *mi princesa*, como si su honor estuviera limitado a una sola familia; Sara significa *una princesa*. Mientras más favores Dios nos otorgue, más debemos rebajarnos a nuestros propios ojos. —Abraham demostró gran gozo; se rió, era una risa de alegría, no de desconfianza. Ahora era que Abraham se gozó de que habría de ver el día de Cristo; ahora lo vio y se gozó, Juan viii, 56. —Temiendo que Ismael fuera abandonado y dejado de Dios, Abraham hizo una petición a su favor. Dios nos da permiso para que cuando oramos seamos específicos en nuestras peticiones. Cualesquiera sean nuestras preocupaciones y temores, deben ser expuestos ante Dios en oración. Los padres tienen el deber de orar por sus hijos, y lo más grande que debiéramos desear es que ellos sean guardados en su pacto, y que puedan tener la gracia de andar con él en justicia. —A Ismael se le garantizan las bendiciones *comunes*. Los hijos de padres piadosos nacidos en la carne suelen recibir buenas cosas exteriores, por amor a sus padres. Las bendiciones *del pacto* están reservadas para Isaac y él toma posesión de ellas.

Vv. 23—27. Abraham y toda su familia fueron circuncidados recibiendo así la señal del pacto y se distinguieron de otras familias que no tenían arte ni parte en el asunto. Fue obediencia *implícita*; él hizo como Dios le mandó sin preguntar por qué ni para qué. Lo hizo porque Dios se lo ordenó. Fue obediencia *pronta*; en el mismo día. La obediencia sincera no demora. No sólo las doctrinas de la revelación sino los sellos del pacto de Dios nos recuerdan que somos pecadores culpables corruptos. Nos muestran la necesidad de la sangre de la expiación; apuntan al Salvador prometido y nos enseñan a ejercer la fe en él. Nos muestran que sin la regeneración, la santificación por su Espíritu y la mortificación de nuestras inclinaciones carnales y corruptas, no podemos estar en el pacto con Dios. Pero recordemos que la circuncisión verdadera es la del corazón, por el Espíritu, Romanos ii, 28, 29. Bajo ambas dispensaciones, la antigua y la nueva, muchos han hecho la profesión exterior y han recibido el sello sin haber sido sellados nunca por el Espíritu Santo de la promesa.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—8. *El Señor le aparece a Abraham.* 9—15. *Reprensión de la incredulidad de Sara.* 16—22. *Dios revela a Abraham la destrucción de Sodoma.* 23—33. *La intercesión de Abraham por Sodoma.*

Vv. 1—8. Abraham estaba esperando atender a cualquier viajero cansado pues no había posadas como las hay entre nosotros. Mientras Abraham estaba sentado en esa actitud, vio venir a tres hombres. Eran tres seres celestiales en cuerpos humanos. Algunos piensan que todos eran ángeles creados; otros, que uno de ellos era el Hijo de Dios, el Ángel del pacto. —Lavar los pies es costumbre en aquellos climas cálidos donde sólo se usan sandalias. No debemos olvidar la hospitalidad pues, por ella, sin darnos cuenta podemos atender ángeles, Hebreos xiii, 2; más aun, al mismo Señor de los ángeles; como siempre hacemos cuando por amor a Él hospedamos al menor de sus hermanos. Los modales alegres y amables al mostrar bondad, son adornos grandiosos de la piedad. Aunque nuestro condescendiente Señor no nos hace visitas personales, sin embargo, por su Espíritu, está a la puerta y llama; cuando nos inclinamos a abrir, Él se digna entrar; y por sus consuelos bondadosos da una rica fiesta de la cual participamos con Él, Apocalipsis iii, 20.

Vv. 9—15. "¿Dónde está Sara, tu mujer?" se le preguntó. Fíjese en la respuesta: "Aquí en la tienda". A mano, en su lugar adecuado, ocupada en sus quehaceres domésticos. Nada se consigue con la ociosidad. Aquellos que más probablemente reciban consuelo de Dios y sus promesas son los que están en su lugar apropiado y atendiendo sus deberes, Lucas ii, 8. —Nosotros somos de lento corazón para creer y necesitamos línea sobre línea para lograrlo. Las bendiciones que los demás tienen de parte de la providencia común, los creyentes lo tienen de la promesa divina, que los hace muy dulces y muy seguros. La simiente espiritual de Abraham debe su vida, y gozo, y esperanza y todo a la promesa. Sara piensa que esto es una noticia demasiado buena para ser verdad; se ríe y, por tanto, no puede aún hacerse a la idea para creerla. Sara rió. Nosotros podemos no pensar que haya habido diferencia entre la risa de Sara y la de Abraham, capítulo xvii, 17. pero Aquel que escudriña el corazón vio que una surgía de la incredulidad y la otra, de la fe. Sara negó haberse reído. Un pecado suele llevar a otro y es probable que no mantengamos estrictamente la verdad cuando cuestionamos la verdad divina. Sin embargo, el Señor reprende, acusa, acalla y lleva al arrepentimiento a quienes ama cuando pecan ante él.

Vv. 16—22. Los dos que se supone eran ángeles creados siguieron a Sodoma. Aquel que es llamado Jehová en todo el capítulo, siguió con Abraham y no ocultó lo que se proponía hacer. Aunque Dios soporta mucho a los pecadores, por lo cual imaginan que el Señor no ve y que no le importa, cuando venga el día de su ira, Él los mirará. El Señor dará a Abraham una oportunidad para interceder ante Él y le muestra la razón de su conducta. —Considérese, como parte muy brillante del carácter y ejemplo de Abraham, que él no sólo oraba con su familia sino que ponía mucho cuidado en enseñarlos y dirigirlos bien. Quienes esperan bendiciones familiares deben tomar conciencia del deber familiar. Abraham no les llenó la cabeza con asuntos de dudoso debate; les enseñó a ser serios y devotos para adorar a Dios y a ser honestos en sus tratos con todos los hombres. ¡Cuán pocas son las personas a las que tal carácter se da en nuestra época! ¡Cuán poco cuidado ponen los jefes de familia en fundamentar en los principios de la religión a los que están a su cuidado! ¿Vigilamos de día de reposo en día de reposo si adelantan o retroceden?

Vv. 23—33. He aquí la primera oración solemne registrada en la Biblia; es una oración para salvar a Sodoma. Abraham oró fervorosamente que Sodoma fuera salvada si tan sólo se encontraban en ella a unos pocos justos. Venid y aprended de Abraham cuánta compasión debemos sentir por los pecadores y cuán fervientemente debemos orar por ellos. Aquí vemos que la oración eficaz del justo puede mucho. Sin duda que Abraham fracasó en sus pedidos por todo el lugar pero Lot fue milagrosamente librado. Entonces, animaos a esperar, por medio de la oración fervorosa, de la

bendición de Dios para vuestra familia, vuestras amistades, vuestro vecindario. Con tal fin no sólo debéis orar sino vivir como Abraham. —Él sabía que el Juez de toda la tierra haría lo justo. No pide que se salve al malo por sí mismo ni porque sea cruel destruirlo, sino por amor del justo que pudiera hallarse entre ellos. Solamente la justicia puede ser argumento ante Dios. ¿Entonces, cómo intercedió Cristo por los transgresores? No culpando la ley divina ni por alegar la extenuación o excusar la culpa humana sino ofreciendo SU PROPIA OBEDIENCIA hasta la muerte.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—29. *Destrucción de Sodoma y liberación de Lot.* 30—38. *Pecado y desgracia de Lot.*

Vv. 1—29. Lot era bueno pero no había nadie más del mismo carácter en la ciudad. Toda la gente de Sodoma era muy mala y vil. Por tanto, se tomó el cuidado de salvar a Lot y su familia. —Lot se demoró, actuó frívolamente. Así pues, muchos que están convictos de su estado espiritual y de la necesidad de un cambio, difieren esa obra necesaria. La salvación de los hombres más justos es de la misericordia de Dios, no por sus propios méritos. Somos salvados por gracia. El poder de Dios debe también reconocerse al sacar almas de un estado de pecado. Si Dios no hubiera sido misericordioso con nosotros, nuestra demora hubiera sido nuestra ruina. —Lot debe correr por su vida. Él no debe anhelar Sodoma. Se dan órdenes como estas a quienes, por medio de la gracia, son librados de un estado y condición de pecado. No volváis al pecado ni a Satanás. No descanséis en el yo ni en el mundo. Acudid a Cristo y al cielo, pues eso es escapar a la montaña, no debiendo deteneros antes de llegar. En cuanto a esta destrucción, obsérvese que es una revelación de la ira de Dios contra el pecado y los pecadores de todas las edades. Aprendamos de aquí lo malo de pecar y su naturaleza dañina; conduce a la ruina.

Vv. 30—38. Véase el peligro de la seguridad. Lot, que se mantuvo casto en Sodoma, que se lamentaba de la maldad del lugar, y era un testigo contra ella, cuando está solo en la montaña y, según creía, fuera de la tentación, es vencido vergonzosamente. Aquel que piensa que está alto y firme, cuídese que no caiga. Véase el peligro de la embriaguez; no solamente es un gran pecado en sí misma, sino que lleva a muchos pecados, los cuales producen heridas y deshonra perdurables. Muchos hombres cuando están ebrios hacen aquello que, cuando están sobrios, no podrían pensar sin horrorizarse. —También véase el peligro de la tentación, aun de parte de parientes y amistades, a quienes amamos y estimamos, y esperamos bondad de parte de ellos. Debemos temer una trampa, donde estemos y siempre estar en guardia. No puede haber excusas para las hijas ni para Lot. Difícilmente puede darse razón del asunto, salvo esta: el corazón es engañoso más que todas las cosas y perverso: ¿quién lo conoce? Por el silencio de las Escrituras sobre Lot de ahí en adelante, apréndase que la ebriedad, así como hacer olvidadizos a los hombres, también hace que sean olvidados.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—8. *Abraham en Gerar—Sara tomada por Abimelec.* 9—13. *La reprimenda de Abimelec a Abraham.* 4—18. *Abimelec devuelve a Sara.*

Vv. 1—8. Las políticas torcidas no prosperarán: nos ponen en peligro a nosotros y a los demás. Dios da aviso a Abimelec de su peligro de pecar, y del peligro de muerte por su pecado. Todo pecador voluntario es un hombre muerto, pero Abimelec alega ignorancia. Si nuestra conciencia atestigua que, por haber sido de alguna manera engañados con una trampa, no hemos pecado a sabiendas contra Dios, será nuestro regocijo en el día malo. Es consolador para quienes son honestos que Dios conozca su honestidad y la reconozca. Es gran misericordia que se nos impida cometer pecado; Dios debe llevar la gloria en esto. Pero si hemos hecho mal por ignorancia, eso no nos excusará si persistimos en ello a sabiendas. El que hace mal, sea quien fuere, príncipe o campesino, ciertamente recibirá su paga por el mal que ha hecho, a menos que se arrepienta y, en lo posible, haga restitución.

Vv. 9—13. Véase en esto mucha culpa, aun en el padre de los fieles. Note su desconfianza de Dios, el indebido temor por su vida, su intento de engañar. Él también puso tentación en el camino de los demás, causándoles aflicción, exponiéndose él mismo y a Sara a las justas reprimendas, y sin embargo, intentó excusarse. Estas cosas quedaron escritas para nuestra advertencia, no para que las imitemos. Hasta Abraham no tiene de qué gloriarse. Él no puede justificarse por sus obras, sino que debe estar agradecido por la justificación, a esa justicia que *está sobre todos* y *que es para todos* los que creen. No debemos condenar por hipócritas a todos los que caen en pecado si no continúan en él. Deje que el impenitente orgulloso se dé cuenta que no debe seguir pecando, si piensa que la gracia puede abundar. —Abimelec, advertido por Dios, acepta la advertencia; y estando verdaderamente asustado del pecado y sus consecuencias, se levanta pronto para seguir las órdenes de Dios.

Vv. 14—18. A menudo nos perturbamos y hasta somos llevados a la tentación y el pecado por sospechas sin fundamento; y encontramos el temor de Dios donde no lo esperábamos. Los acuerdos para engañar suelen terminar generalmente en vergüenza y pena; y las restricciones del pecado, aunque sea por el sufrimiento, deben ser reconocidas con gratitud. Aunque el Señor reprende, no obstante, Él perdonará y librará a su pueblo, y les dará gracia ante los ojos de aquellos con quienes ellos están; y vencerá sus enfermedades cuando sean humillados por ellas, de modo que resulten útiles para sí mismos y para los demás.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—8. *Nacimiento de Isaac—El gozo de Sara.* 9—13. *Ismael se burla de Isaac.* 14—21. *Agar e Ismael expulsados—Socorridos y consolados por un ángel.* 22—34. *El pacto de Abimelec con Abraham.*

Vv. 1—8. En el Antiguo Testamento son pocos los que vinieron al mundo con tantas expectativas como Isaac. En esto fue un tipo de Cristo, esa Simiente que el santo Dios prometiera mucho tiempo antes y que los hombres santos esperaron por tanto tiempo. Nació conforme a la promesa en el momento designado del cual Dios había hablado. Las misericordias prometidas por Dios ciertamente llegarán en el momento que Él determina y ese es el mejor momento. Isaac significa “risa” habiendo buena razón para el nombre, capítulo xvii, 17; xviii, 13. Cuando el Sol del consuelo se levanta en el alma, es bueno recordar cuán bien recibida fue el alba del día. —Cuando Sara recibió la promesa, se rió con desconfianza y duda. Cuando Dios nos da las misericordias de las que empezamos a desesperar, debiéramos recordar con pena y vergüenza nuestra pecadora desconfianza en su poder y promesa, cuando estábamos en busca de ellas. —Esta misericordia llenó a Sara con gozo y asombro. Los favores de Dios para su pueblo del pacto son tales que superan sus propios pensamientos y expectativas como también los ajenos: ¿quién podía imaginar que Él hiciera tanto por aquellos que merecen tan poco, más aun, para aquellos que merecen recibir el mal? ¿Quién hubiera dicho que

Dios enviaría a su Hijo a morir por nosotros, su Espíritu para hacernos santos, sus ángeles para servirnos? ¿Quién hubiera dicho que pecados tan grandes serían perdonados, que servicios tan mezquinos serían aceptados y que gusanos tan indignos serían integrados en el pacto? —Se hace un breve relato de la infancia de Isaac. Hay que reconocer la bendición de Dios sobre la crianza de los niños y su preservación a través de los peligros de la edad infantil, como ejemplo de señales del cuidado y ternura de la providencia divina. Vea Salmo xxii, 9, 10; Oseas xi, 1. 2.

Vv. 9—13. No descuidemos la manera en que este asunto familiar nos enseña a no descansar en los privilegios externos o en nuestras propias obras. Procuremos las bendiciones del nuevo pacto por fe en la certeza Divina. La conducta de Ismael fue de persecución, con desprecio profano del pacto y la promesa, y con malicia contra Isaac. Dios se fija en lo que dicen y hacen los niños en sus juegos; y les tomará en cuenta si dicen o hacen mal, aunque no lo hagan sus padres. Burlarse es un pecado grande y resulta en provocación contra Dios. Los hijos de la promesa deben esperar que se burlen de ellos. —Abraham se dolió de que Ismael se portara mal y que Sara exigiera un castigo tan severo. Pero Dios le mostró que Isaac debe ser el padre de la Simiente prometida; por tanto, "manda lejos a Ismael no sea que corrompa las costumbres o trate de usurpar los derechos de Isaac". La semilla del pacto de Abraham debe ser un pueblo por sí mismo, no mezclado con los que están fuera del pacto: Sara poco pensó en lo que hizo, pero Dios rectificó lo que ella dijo.

Vv. 14—21. Si Agar e Ismael se hubieran comportado bien en la familia de Abraham, hubieran continuado ahí pero fueron justamente castigados. Nosotros perdemos los privilegios por abusar de ellos. Los que no saben cuándo están bien, conocerán el valor de las misericordias cuando les faltan. —Ellos fueron llevados a la angustia en el desierto. No se dice que se acabaran las provisiones ni que Abraham los echara sin dinero. Pero se acabó el agua y, habiendo perdido su camino, en ese clima cálido, Ismael fue rápidamente vencido por la fatiga y la sed. La prontitud de Dios para ayudarnos cuando estamos en problemas, no debe disminuir sino apurar nuestros esfuerzos para ayudarnos a nosotros mismos. —La promesa tocante a su hijo es repetida como razón por qué Agar debe ponerse en acción ella misma para ayudarle. Debemos comprometer nuestra atención y cuidados por los niños y jóvenes al considerar que no sabemos cuál sea la gran tarea que Dios les tiene designada ni sabemos lo que pueda hacer de ellos. —El ángel le muestra una provisión presente. Muchos que tienen razón para estar consolados, pasan condoliéndose de día en día porque no ven que haya una razón para tener consuelo. Hay un pozo de agua cerca de ellos en el pacto de gracia, pero ellos no se dan cuenta hasta que el mismo Dios que abrió sus ojos para ver sus heridas, se los abre para que vean el remedio. —Parán era un lugar silvestre, adecuado para un hombre rudo como Ismael. Los que nacen según la carne se acomodan al desierto de este mundo, mientras los hijos de la promesa que se dirigen a la Canaán celestial no pueden tener reposo hasta que están allá. Sin embargo, Dios estaba con el muchacho; su bienestar exterior se debía a esto.

Vv. 22—34. Abimelec se sintió seguro de que las promesas de Dios le serían cumplidas a Abraham. Es sabio que nos relacionemos con quienes son bendecidos por Dios; y hemos de pagar con bondad a quienes han sido bondadosos con nosotros. Los pozos de agua son escasos y valiosos en los países orientales. Abraham tuvo cuidado de asegurar su derecho al pozo para evitar futuras disputas. No puede esperarse otra cosa de un hombre honesto sino que esté listo para hacer el bien tan pronto como sepa que ha hecho mal. —Abraham, estando ahora en un buen lugar, se quedó mucho tiempo en él. Allí hizo no sólo una práctica constante, sino además una profesión franca de su religión. Allí invocó el nombre de Jehová como el Dios eterno; probablemente el tamarisco que plantó, fue su lugar de oración. Abraham mantuvo el culto público, en el cual podían participar sus vecinos. Los hombres buenos deben hacer todo lo que puedan para hacer que los demás lleguen a ser buenos. Donde quiera que peregrinemos no debemos descuidar la adoración de Jehová, ni avergonzarnos de hacerlo.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1, 2. *Dios manda a Abraham que sacrifique a Isaac.* 2—10. *Fe y obediencia de Abraham ante el mandamiento divino.* 11—14. *Provisión de otro sacrificio como sustituto de Isaac.* 15—19. *Renovación del pacto con Abraham.* 20—24. *La familia de Nacor.*

Vv. 1, 2. Nunca estamos a salvo de las pruebas. *Tentar* y *probar* en hebreo se expresan con la misma palabra. Toda prueba es, sin duda, una tentación y tiende a mostrar las disposiciones del corazón, si son santas o impías. Pero Dios probó a Abraham, no para llevarlo al pecado, como tienta Satanás. La fe firme suele ejercitarse con las grandes pruebas y cuando le piden servicios difíciles de cumplir. —El mandamiento de ofrendar a su hijo se da en un lenguaje que hace la prueba más penosa aún; aquí cada palabra es una espada. Obsérvese: —1. *La persona del sacrificio:* toma a tu hijo; no tus toros ni tus corderos. ¡Con cuánta voluntad hubiera partido Abraham con todos ellos para redimir a Isaac! Tu hijo; no tu siervo. Tu único hijo; el único hijo con Sara. Toma a Isaac, el hijo que amas. —2. *El lugar:* a tres días de viaje; de modo que Abraham tuviera tiempo de meditar y obedeciera deliberadamente. —3. *La manera:* ofrécelo en holocausto; no sólo mata a tu hijo, tu Isaac, sino matarlo como un sacrificio; matarlo con toda aquella solemne pompa y ceremonia, con que acostumbraba a ofrecer sus holocaustos.

Vv. 3—10. Nunca fue el oro probado en fuego tan ardiente. ¿Quién, salvo Abraham, no hubiera discutido con Dios? Tal hubiera sido el pensamiento de un corazón débil pero Abraham sabía que trataba con un Dios, con Jehová. La fe le había enseñado a no discutir, sino obedecer. Tiene la seguridad de que el mandamiento de Dios es bueno; que lo que Él ha prometido no puede ser quebrantado. En las cosas de Dios, quien consulte con carne y sangre nunca ofrecerá su Isaac a Jehová. El buen patriarca se levanta temprano y empieza su triste viaje. ¡Ahora viaja tres días, e Isaac sigue a su alcance! La desgracia se hace más difícil cuando dura mucho. —La expresión, "volveremos a vosotros", señala que Abraham esperaba que Isaac, siendo resucitado de los muertos, iba a regresar con él. Fue una pregunta muy sensible la que le planteó Isaac, mientras iban juntos: "Padre mío", dijo Isaac; era una palabra que derrite, la cual, uno pensaría, calaría hondo en el corazón de Abraham, más que su cuchillo en el corazón de Isaac. Sin embargo, esperaba la pregunta de su hijo. Entonces Abraham, sin tener la intención, profetiza: "Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío". El Espíritu Santo, por boca de Abraham, parece anunciar al Cordero de Dios, que Jehová ha provisto y quita el pecado del mundo. —Abraham dispone la leña para la pira fúnebre de su Isaac y, ahora, le da la sorprendente noticia: ¡Isaac, tú eres el cordero que Dios ha provisto! Indudablemente, Abraham le consuela con las mismas esperanzas con que él mismo fue consolado por fe. No obstante es necesario que el sacrificio sea atado. El gran Sacrificio que, en el cumplimiento de los tiempos, iba a ser ofrecido, debía ser atado y así, Isaac. Hecho esto, Abraham toma el cuchillo y extiende su mano para dar el golpe fatal. He aquí un acto de fe y obediencia que merece ser un espectáculo para Dios, los ángeles y los hombres. Dios, por su providencia, a veces nos llama a separarnos de un Isaac y debemos hacerlo con alegre sumisión a su santa voluntad, 1 Samuel iii, 18.

Vv. 11—14. No era intención de Dios que Isaac fuera realmente sacrificado aunque, en el tiempo oportuno, sería derramada por el pecado una sangre más noble que la de los animales, la sangre del unigénito Hijo de Dios. Pero mientras tanto Dios no hubiera usado, en ningún caso, los sacrificios humanos. —Se proveyó otro sacrificio. Debe de haber tenido referencia al Mesías prometido, la Simiente bendita. Cristo fue sacrificado en nuestro lugar, como este carnero en lugar de Isaac, y su muerte fue nuestra expiación. Obsérvese que el templo, el lugar del sacrificio, fue construido después en este mismo monte Moriah; y estaba cerca el Calvario donde Cristo fue crucificado. —Se

dio un nuevo nombre a ese lugar, para aliento de todos los creyentes, hasta el fin del mundo, para que alegremente confíen en Dios y le obedezcan. Jehová-yireh, Jehová proveerá, aludiendo probablemente a lo que había dicho Abraham: Dios se proveerá un cordero. El Señor siempre tendrá su ojo sobre su pueblo, en sus angustias e inquietudes, para darle ayuda oportuna.

Vv. 15—19. Hay elevadas afirmaciones del favor de Dios para con Abraham en esta confirmación del pacto con él, que exceden todo aquello con que él había sido ya bendecido. Quienes están dispuestos a separarse de cualquier cosa por Dios, se verán recompensados con indecible ventaja. La promesa, versículo 18, apunta sin duda al Mesías y la gracia del evangelio. Por esto, conocemos la amorosa bondad de Dios nuestro Salvador para con el hombre pecador, en que Él no escatimó a su Hijo, su Hijo unigénito, y lo dio por nosotros. En esto notamos el amor de Cristo, en que se dio como sacrificio por nuestros pecados. Sin embargo, Él vive y llama a los pecadores que vayan a Él y participen de su salvación comprada con sangre. Él llama a su pueblo redimido a regocijarse en Él y a glorificarle. Entonces, ¿qué le daremos por todos sus beneficios? Que su amor nos constriña a vivir, no para nosotros mismos, sino para Aquel que murió por nosotros y resucitó. admirando y adorando Su gracia, consagremos nuestro todo al servicio de Aquel que dio su vida por nuestra salvación. —Todo lo más querido en esta tierra es nuestro Isaac. La única manera que tenemos de hallar consuelo en algo terrenal es ponerlo por fe en las manos de Dios. Pero recordemos que Abraham no fue justificado por su prontitud para obedecer sino por la obediencia infinitamente más noble de Jesucristo; su fe al recibir esto, al confiar en esto, al regocijarse en esto, le dio la disposición y le hizo capaz de tan admirable abnegación y deber.

Vv. 20—24. Este capítulo termina con un relato de la familia de Nacor que se había establecido en Harán. Parece haberse incluido por la relación que tenía con la iglesia de Dios. De allá tomaron esposas Isaac y Jacob; y antes de esta lista se registra el relato de estos sucesos. Muestra que aunque Abraham vio a su propia familia sumamente honrada con privilegios, admitida en el pacto y bendecida con la seguridad de la promesa, él no miró con desdén a sus parientes sino que se alegró de oír de la prosperidad y bienestar de sus familias.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—13. *La muerte de Sara—Abraham solicita un lugar para sepultura.* 14—20. *El sepulcro de Sara.*

Vv. 1—13. La vida más prolongada debe pronto llegar a su fin. Bendito sea Dios de que hay un mundo donde el pecado, la muerte, la vanidad y la vejación no pueden entrar. Bendito sea su nombre de que ni siquiera la muerte puede separar a los creyentes de la unión con Cristo. Aquellos a quienes más amamos, sí, hasta nuestros cuerpos, que cuidamos tanto, deben pronto volverse asquerosos montones de polvo y ser enterrados fuera de la vista. Entonces, ¡cuán sueltos estaremos de todas las ataduras y adornos terrenales! Procuremos más bien que nuestras almas estén adornadas con gracias celestiales. —Abraham rindió honor y respeto a los príncipes de Het, aunque eran impíos cananeos. La religión de la Biblia nos insta a respetar debidamente a todos los que están en autoridad, sin halagar sus personas ni alentar sus delitos si son persona indignas. La noble generosidad de estos cananeos avergüenza y condena el carácter cerrado, egoísta y áspero de muchos que se califican de israelitas. No fue por orgullo que Abraham rechazó la dádiva porque detestara estar obligado a Efrón, sino por justicia y prudencia. Abraham podía pagar el terreno y, por tanto, no quiso aprovecharse de la generosidad de Efrón. La honestidad, así como el honor nos prohíben aprovecharnos de la generosidad de nuestro prójimo e imponernos sobre los que dan libremente.

Vv. 14—20. La prudencia y la justicia nos mandan ser equitativos y francos en nuestros tratos; los negocios engañosos no iluminan. Abraham paga el dinero sin fraude ni demora. Paga todo de inmediato sin dejarse nada; y bien pesado, de buena ley entre mercaderes, sin engaño. Véase cómo se usaba antiguamente el dinero, para facilidad del comercio, y con cuánta honestidad debía pagarse una deuda. Aunque toda la tierra de Canaán era de Abraham por la promesa, aún no había llegado el tiempo de poseerla, y él tuvo la ocasión de comprar y pagar. El dominio no se funda en la gracia. El derecho de los santos a una herencia eterna no les da derecho a las posesiones de este mundo ni les justifica para hacer el mal. —Honesta y equitativamente Efrón hace un título válido de la tierra. Como aquello se compra, debe pagarse con honestidad, así lo que se vende debe ser entregado y asegurado honestamente. Manejemos nuestras preocupaciones con puntualidad y exactitud para evitar discordias. —Abraham enterró a Sara en la cueva o bóveda, que había en el campo comprado. Eso le haría querida la tierra a su descendencia. Vale la pena notar que un lugar para sepultar era el único trozo de tierra que Abraham poseía en Canaán. Los que menos tienen en esta tierra, encuentran una tumba en ella. Este sepulcro estaba en el extremo del campo; cualesquiera sean nuestras posesiones, hay un lugar para sepultura al final de ellas. Era una señal de su fe y esperanza de resurrección. Abraham se contenta con seguir siendo un peregrino mientras viva, pero se asegura un lugar donde, cuando muerta, su carne pueda descansar con esperanza. Después de todo, la principal preocupación es con quién resucitaremos.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—9. *Preocupación de Abraham por el matrimonio de Isaac.* 10—28. *Viaje del siervo de Abraham a Mesopotamia—Su encuentro con Rebeca.* 29—53. *Rebeca y sus familiares consienten al matrimonio de ella.* 54—67. *El feliz encuentro y matrimonio de Isaac y Rebeca.*

Vv. 1—9. El efecto del buen ejemplo, la buena enseñanza y la adoración de Dios en una familia, generalmente se ve en la piedad, la fidelidad, la prudencia y el afecto de los siervos. Vivir en esas familias o tener tales siervos son, ambas cosas, bendiciones de Dios que deben ser altamente valoradas y reconocidas con gratitud. Sin embargo, no hay en la vida preocupación de mayor importancia para nosotros, el prójimo o la iglesia de Dios que el matrimonio. Por tanto, siempre debe emprenderse con mucho cuidado y prudencia especialmente en referencia a la voluntad de Dios, y con oración por su dirección y bendición. Donde no se consulta ni se considera a los buenos padres, no puede esperarse bendiciones de Dios. Al disponer de sus hijos, los padres deben consultar cuidadosamente el bienestar de sus almas, y su progreso en el camino al cielo. —Obsérvese el cometido que Abraham dio a un buen siervo, uno cuya conducta, fidelidad y afecto, para con él y su familia, conocía desde hacía mucho tiempo. Obsérvese también que Abraham recuerda que Dios lo sacó prodigiosamente de la tierra de su nacimiento, por un llamado de su gracia, y, por tanto, no duda que Él prospere su preocupación de no llevar a su hijo de regreso allá. Dios hará que eso termine en consuelo para nosotros cuando sinceramente tenemos la mira puesta en su gloria.

Vv. 10—28. El siervo de Abraham reconocía devotamente a Dios. Nosotros estamos autorizados para encargar en detalle nuestros asuntos al cuidado de la divina providencia. Propone una señal, no porque tratara de no seguir más adelante si no era prosperado en ello; más bién es una oración para que Dios provea una buena esposa para su joven amo; y esa fue una buena oración. Ella debía ser sencilla, trabajadora, humilde, alegre, servicial y hospedadora. No importa cuál sea la moda, el sentido común y la piedad nos indican que estas son las cualidades apropiadas para una esposa y madre, pues es quien será compañera de su marido, administradora de las cosas domésticas y encargada de la formación de la mente de sus hijos. Cuando el mayordomo fue a buscar una esposa

para su amo, no fue a lugares de diversión y placer pecaminoso orando para encontrar a una allí, sino que fue al pozo de agua, esperando encontrar allí a una que estuviera ocupada. Oró que agradara a Dios hacer claro y llano su camino ante él en este asunto. Nuestros tiempos están en las manos de Dios; no sólo los sucesos mismos sino sus tiempos. Debemos cuidarnos de no ser audaces en exceso insistiendo en lo que Dios debe hacer, no sea que los hechos debiliten nuestra fe en lugar de fortalecerla. Pero Dios lo escuchó y le allanó el camino. En todos los aspectos Rebeca respondía a las características que él buscaba en la mujer que iba a ser la esposa de su amo. Cuando llegó al pozo, ella se agachó, llenó su jarro y se enderezó para irse a casa. No se detuvo a mirar al forastero y sus camellos sino que se ocupó de sus asuntos y no hubiera sido apartada de ellos sino por una oportunidad de hacer el bien. No se puso a conversar con él por curiosidad o confiada, sino que le respondió con modestia. Satisfecho de que el Señor había oído su oración, regaló a la doncella unos adornos de los que se usan en los países orientales; al mismo tiempo que le preguntaba sobre su familia. Al saber que era pariente de su amo, inclinó la cabeza y adoró, bendiciendo a Dios. Sus palabras fueron dirigidas al Señor pero dichas al alcance del oído de Rebeca, que pudo darse cuenta quién era él y de dónde venía.

Vv. 29—53. La concertación del matrimonio de Isaac y Rebeca se narra con mucho detalle. Tenemos que notar la providencia de Dios en los hechos corrientes de la vida humana y, en ellos, ejercer prudencia y otras gracias. —Labán fue a pedirle al siervo de Abraham que entrara pero no antes de ver el aro y el brazalete en manos de su hermana. Conocemos el carácter de Labán por su conducta posterior y podemos pensar que él no hubiera estado tan libre para hospedarlo si no hubiera esperado ser bien recompensado. —El siervo estaba dedicado a su tarea. Aunque terminaba un viaje y había llegado a la casa que buscaba, no comería sino hasta cumplir su diligencia. Hacer nuestro trabajo y cumplir nuestros cometidos, sean para Dios o el hombre, debe ser preferido por nosotros antes que la comida; era la comida y bebida de nuestro Salvador, Juan iv, 34. Les cuenta el encargo que su amo le dio, con la razón de ellos. Relata lo pasado en el pozo, para apoyar la proposición, mostrando sencillamente el dedo de Dios en ello. Los sucesos que nos parecen efecto de una elección, de planes o del azar, son determinados por Dios. Esto no impide, más bien estimula, el uso de todos los medios apropiados. Ellos aceptan libre y alegremente la proposición; cuando procede del Señor, todo asunto probablemente resultará fácil. El siervo de Abraham reconoce agradecido el buen éxito que ha hallado. Él era un hombre humilde y los hombres humildes no se avergüenzan de su situación en la vida, cualquiera sea. Todas nuestras preocupaciones temporales son dulces si se mezclan con la piedad.

Vv. 54—67. El siervo de Abraham, como quien opta por su trabajo antes que por su placer, estaba presuroso por llegar a casa. Demorarse y quedarse no son propios en absoluto de un hombre sabio y bueno que es fiel a su deber. —Como los hijos no deben casarse sin el consentimiento de sus padres, así los padres no deben casarlos sin el de ellos. Rebeca consintió, no sólo en ir sino en irse de inmediato. La bondad del carácter de Rebeca muestra que nada incorrecto había en su respuesta aunque no concuerde con nuestras costumbres modernas. Podemos esperar que ella tuviera una idea tal de la religión y piedad de la familia a la que iba, que se sintió dispuesta a olvidar a su propia gente y la casa de su padre. Sus amigas la despidieron con atenciones apropiadas y con cordiales buenos deseos. Ellas bendijeron a Rebeca. Cuando nuestras relaciones entran en una situación nueva, debemos encomendarlas por medio de la oración a la bendición y gracia de Dios. —Isaac estaba bien ocupado cuando se encontró con Rebeca. Salió a aprovechar una tarde tranquila en un lugar solitario para meditar y orar, esos ejercicios divinos por los cuales conversamos con Dios y con nuestros propios corazones. Las almas santas aman el retiro; nos hará bien estar a solas con frecuencia si usamos eso en forma correcta; y nunca estamos menos solos que cuando estamos a solas. —Observe qué hijo tan afectuoso era Isaac: casi tres años habían pasado desde que murió su madre y, sin embargo, él aún no se había consolado. Vea también qué marido cariñoso fue con su esposa. Los

hijos respetuosos prometen ser maridos cariñosos; el que cumple con honor su primera posición en la vida, probablemente haga lo mismo en las siguientes.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—10. *La familia de Abraham por Cetura—Muerte y sepultura de Abraham.* 11—18. *Dios bendice a Isaac—Los descendientes de Ismael.* 19—26. *Nacimiento de Esaú y Jacob.* 27, 28. *Diferentes caracteres de Esaú y Jacob.* 29—34. *Esaú desprecia su primogenitura y la vende.*

Vv. 1—10. No todos los días, hasta de los mejores y más grandes santos, son días notables; algunos se deslizan silenciosamente; tales fueron los últimos días de Abraham. He aquí una lista de los hijos de Abraham con Cetura y la disposición que él hizo de su patrimonio. Después de nacer estos hijos puso su casa en orden, con prudencia y justicia. Hizo esto mientras estaba vivo. Sabio es que los hombres hagan lo que tengan que hacer mientras viven, en la mayor medida posible. —Abraham vivió 175 años; justo cien años más que al entrar en Canaán; todo ese tiempo fue peregrino en un país extranjero. Poco importa que nuestra estada en esta vida sea larga o corta siempre y cuando dejemos detrás un testimonio de la fidelidad y bondad del Señor, y un buen ejemplo para nuestra familia. Se nos cuenta que sus hijos Isaac e Ismael lo sepultaron. Parece que el mismo Abraham los había reunido mientras él vivía. —No cerremos la historia de la vida de Abraham sin bendecir a Dios por tal testimonio del triunfo de la fe.

Vv. 11—18. Ismael tuvo doce hijos, cuyas familias llegaron a ser distintas tribus. Poblaron un país muy grande que yace entre Egipto y Asiria, llamado Arabia. La cantidad y la fuerza de esta familia fue el fruto de la promesa hecha a Agar y a Abraham en lo tocante a Ismael.

Vv. 19—26. Isaac parece no haber sido muy probado sino que pasó sus días tranquilamente. Jacob y Esaú fueron respuesta a la oración; sus padres los obtuvieron por oración luego de estar mucho tiempo sin hijos. El cumplimiento de la promesa de Dios siempre es seguro, aunque suele ser lento. La fe de los creyentes prueba y ejercita su paciencia, y las misericordias largamente esperadas son mejor recibidas cuando llegan. —Isaac y Rebeca tenían presente la promesa de que todas las naciones serían benditas en su descendencia, por tanto, no solamente deseaban hijos sino que ansiaban todas las cosas que parecieran marcar el futuro carácter de ellos. Nosotros debemos preguntar al Señor en oración por todas nuestras dudas. En muchos de nuestros conflictos con el pecado y la tentación podríamos adoptar las palabras de Rebeca: “Si es así, ¿para qué vivo yo?” Si uno es hijo de Dios, ¿por qué soy tan negligente o carnal? Si uno es hijo de Dios, ¿por qué tan temeroso o tan cargado con el pecado?

Vv. 27, 28. Esaú cazaba las bestias del campo con destreza y éxito hasta que llegó a ser un vencedor que dominaba a sus vecinos. Jacob era un hombre sencillo, que gustaba de los deleites verdaderos del retiro, más que de todos los pretendidos placeres. Él fue un extranjero y peregrino en su espíritu, y un pastor todos sus días. Isaac y Rebeca tuvieron solo estos dos hijos: uno era el favorito del padre y el otro de la madre. Aunque los padres piadosos deben sentir más afecto hacia un hijo piadoso, sin embargo, no deben mostrar preferencias. Que sus afectos los conduzcan a hacer lo que es justo y equitativo con cada hijo o surgirán males.

Vv. 29—34. Aquí tenemos la transacción hecha entre Jacob y Esaú por la primogenitura, que era de Esaú por nacimiento pero de Jacob por la promesa. Era un privilegio espiritual y vemos el deseo de Jacob por la primogenitura pero procuró obtenerla por medios torcidos, no según su carácter de

hombre sencillo. Él tenía *razón* al codiciar fervientemente los mejores dones; hizo *mal* al aprovecharse de la necesidad de su hermano. La herencia de los bienes mundanos del padre de ellos no le correspondía a Jacob y no estaba incluida en esta proposición. Pero que incluía la posesión futura de la tierra de Canaán por parte de los hijos de sus hijos, y el pacto hecho con Abraham en cuanto a Cristo la Simiente prometida. El creyente Jacob valoró estas cosas por encima de todo; el incrédulo Esaú las despreció. Aunque debemos tener el juicio de Jacob para procurar la primogenitura, debemos evitar cuidadosamente toda malicia al tratar de conseguir aun las mayores ventajas.

El guiso de Jacob agradó a los ojos de Esaú. "Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo"; por eso fue llamado Edom o Rojo. Satisfacer el apetito sensual arruina miles de almas preciosas. Cuando los corazones de los hombres andan en pos de sus ojos, Job xxxi, 7, y cuando sirven a sus vientres, pueden tener la seguridad de que serán castigados. Si nos empeñamos en negarnos a nosotros mismos, rompemos la fuerza de la mayoría de las tentaciones. No puede suponerse que Esaú estuviera muriéndose de hambre en la casa de Isaac. Las palabras significan yo voy hacia la muerte; él parece decir: "Yo nunca viviré para heredar Canaán o ninguna de estas supuestas bendiciones futuras y lo que signifiquen para quien las tenga cuando yo esté muerto y haya partido". Este sería el lenguaje de lo profano con que el apóstol lo califica, Hebreos xii, 16; y este menosprecio de la primogenitura es su culpa, versículo 34. Es la mayor necedad separarnos de nuestro interés en Dios, Cristo y el cielo, por las riquezas, los honores y los placeres de este mundo; es un negocio tan malo como el que vende su primogenitura por un plato de guiso. —Esaú comió y bebió, agradó a su paladar, satisfizo su apetito y, luego, se levantó descuidadamente y se fue, sin pensar seriamente ni lamentar el mal negocio que había hecho. Así, Esaú despreció su primogenitura. Por su negligencia y desprecio posteriores y justificándose en lo que había hecho, puso el asunto en el olvido. La gente es destruida no tanto por hacer lo que es malo como por hacerlo y no arrepentirse de ello.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—5. *Isaac va a Gerar debido a una hambruna.* 6—11. *Niega a su esposa y es reprendido por Abimelec.* 12—17. *Isaac se enriquece—La envidia de los filisteos.* 18—25. *Isaac excava pozos—Dios lo bendice.* 26—33. *Abimelec hace un pacto con Isaac.* 34, 35. *Las esposas de Esaú.*

Vv. 1—5. Isaac había sido educado en una dependencia de fe en la concesión divina de la tierra de Canaán para él y sus herederos; ahora que hay hambre en la tierra, Isaac sigue aferrado al pacto. El valor real de las promesas de Dios no puede disminuir para el creyente por ninguna providencia contraria que le sobrevenga. Si Dios se compromete a estar con nosotros y nosotros estamos donde Él quiere, nada sino nuestra propia incredulidad y desconfianza pueden impedir nuestro consuelo. La obediencia de Abraham a la orden divina fue la evidencia de esa fe por la cual, como pecador, fue justificado ante Dios, y el efecto de ese amor por el cual obra la fe verdadera. Dios testifica que él aprobó esta obediencia para animar a otros, especialmente a Isaac.

Vv. 6—11. Nada hay de imitable ni de excusable en la negación que hace Isaac de su esposa. La tentación de Isaac es la misma que venció a su padre y en dos ocasiones. Esto hizo que su pecado fuera más grave. Las caídas de los que nos han precedido son otras tantas rocas sobre las cuales han naufragado los demás; el relato de ellas es como poner boyas para salvar a los marineros del futuro.

Este Abimelec no es el mismo que vivió en la época de Abraham pero ambos actuaron rectamente. Los pecados de los profesantes los avergüenzan delante de los que no son religiosos.

Vv. 12—17. Dios bendijo a Isaac. Obsérvese que Dios le bendijo con gran crecimiento para estimular a los inquilinos pobres, honestos y trabajadores que trabajan las tierras de otras personas. —Los filisteos envidiaban a Isaac. Este es un ejemplo de la vanidad del mundo; pues mientras más tengan los hombres, más envidia suscitan y se ven expuestos a la censura y a la injuria. También pertenece a la corrupción de la naturaleza el que sin duda es un mal principio: que los hombres se lamenten por el bien de otros. Ellos hicieron que Isaac saliera del país de ellos. La sabiduría que es de lo alto nos enseña a ceder nuestro derecho y a retirarnos de las peleas. Si somos injustamente expulsados de un lugar, el Señor nos hará lugar en otra parte.

Vv. 18—25. Isaac se enfrentó a mucha oposición al excavar pozos. Dos fueron llamados Contención y Enemistad. Vea la naturaleza de las cosas mundanas: provocan peleas y ocasionan discordias; y a menudo la suerte del más tranquilo y pacífico es que aunque evite las peleas no puede impedir que se peleen con él. ¡Qué misericordia es tener mucha agua y tenerla sin pelear por ella! Isaac excavó un pozo, a la larga, por el cual no contendieron. Aquellos que se esfuerzan por lograr la tranquilidad rara vez fracasan. Aun cuando los hombres son falsos y malos, Dios sigue siendo fiel y bondadoso; y su tiempo para mostrarse así es cuando más desengañados estamos de los hombres. La misma noche en que Isaac llegó a Beerseba agotado e inquieto, Dios dio consuelo a su alma. Quienes están seguros de la presencia de Dios pueden moverse con comodidad.

Vv. 26—33. Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos hace que estén en paz con él, Proverbios xvi, 7. Los corazones de los reyes están en sus manos y cuando le place puede volverlos para favorecer a su pueblo. No es malo estar alerta al tratar con quienes han actuado injustamente. Pero Isaac no insistió en la injusticia que le habían hecho; entabló libremente amistad con ellos. La religión nos enseña a ser amistosos y, en cuanto dependa de nosotros, tener paz con todos los hombres. La providencia sonrió por lo que hizo Isaac; Dios bendijo sus labores.

Vv. 34, 35. Esaú fue necio al casarse con dos esposas juntas, y peor aun al casarse con cananeas, ajenas a la bendición de Abraham y sujetas a la maldición de Noé. Le dolió a sus padres que se casara sin el consejo ni consentimiento. Los hijos que causan preocupaciones a sus padres buenos tienen pocas razones para esperar la bendición de Dios.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—5. *Isaac manda a Esaú que vaya de caza.* 6—17. *Rebeca instruye a Jacob sobre cómo obtener la bendición.* 18—29. *Jacob obtiene la bendición fingiendo ser Esaú.* 30—40. *El temor de Isaac—La importunidad de Esaú.* 41—46. *Esaú amenaza la vida de Jacob—Rebeca envía lejos a Jacob.*

Vv. 1—5. Las promesas del Mesías y de la tierra de Canaán habían pasado a Isaac. Ahora tenía unos 135 años de edad y sus hijos, alrededor de 75. No habiendo considerado debidamente la palabra divina referida a sus dos hijos de que el mayor serviría al menor, resolvió dar todo el honor y el poder que había en la promesa a Esaú, su hijo mayor. Nosotros somos muy buenos para tomar medidas conforme a nuestro propio razonar más que según la revelación divina y, por eso, perdemos frecuentemente nuestro camino.

Vv. 6—17. Rebeca sabía que la bendición estaba preparada para Jacob y esperaba que él la tuviera. Pero hizo mal a Isaac al engañarlo; hizo mal a Jacob al tentarlo para que hiciera mal. Puso una piedra de tropiezo en el camino de Esaú y le dio un pretexto para odiar a Jacob y aborrecer la religión. Todos eran culpables. Era una de aquellas medidas retorcidas que a menudo se adoptan para hacer progresar las promesas divinas; como si el fin justificase o excusase los medios incorrectos. Así, pues, muchos han actuado mal con la idea de ser *útiles* para fomentar la causa de Cristo. La respuesta a todas esas cosas es la que Dios dirigió a Abraham: "Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto". —Fue un decir muy apresurado de Rebeca: "Hijo mío, sea sobre mí tu maldición". Cristo ha llevado la maldición de la ley por todos los que se uncen al yugo del mandamiento, el mandamiento del evangelio. Pero es demasiado osado que una criatura diga: "sea sobre mí tu maldición".

Vv. 18—29. Con cierta dificultad, Jacob se salió con la suya y obtuvo la bendición. Esta bendición es en términos muy generales. No se mencionan las misericordias distintivas del pacto con Abraham. Esto podría deberse a que Isaac pensaba en Esaú, aunque era Jacob quien estaba delante suyo. No podía ignorar la forma en que Esaú había despreciado las cosas mejores. Además, su inclinación por Esaú, al punto de no tomar en cuenta la voluntad de Dios, debe haber debilitado enormemente su propia fe en esas cosas. Por tanto, podría esperarse que la escasez estuviera en su bendición, concorde con su estado mental.

Vv. 30—40. Cuando Esaú comprendió que Jacob había obtenido la bendición, clamó con un muy grande y amargo llanto. Viene el día en que quienes ahora se toman a la ligera las bendiciones del pacto y venden su derecho a las bendiciones espirituales por lo carente de valor, en vano las pedirán con urgencia. Isaac tembló mucho cuando se dio cuenta el engaño que le hicieron. Los que siguen la opción de sus propios afectos más que la voluntad divina, se meten en confusión. Pero él pronto se recuperó y confirmó la bendición que había dado a Jacob diciendo: Yo lo bendije y será bendito. —Los que se apartan de su sabiduría y de su gracia, de su fe y de la buena conciencia, en aras de los honores, las riquezas o los placeres de este mundo, por más que finjan celo por la bendición, se han juzgado indignos de ella y su condenación será la que les corresponde. —Una bendición corriente fue dada a Esaú. Era lo que deseaba. Los deseos débiles de felicidad sin la elección correcta del fin, y el uso correcto de los medios, engañan a muchos llevándolos a su propia ruina. Las multitudes van al infierno con sus bocas llenas de buenos deseos. —La gran diferencia es que no hay nada en la bendición de Esaú que apunte a Cristo; y sin eso, la grosura de la tierra y el producto del campo, de bien poco valen. Así, pues, por fe Isaac bendijo a sus dos hijos, según lo que debía ser su suerte.

Vv. 41—46. Esaú aborreció a Jacob por la bendición que éste obtuvo. Así siguió por el camino de Caín, que asesinó a su hermano porque había recibido la aceptación de Dios, de la cual Caín se había hecho indigno. Esaú se propuso impedir que Jacob o su descendencia tuviera el dominio, quitándole la vida. Los hombres pueden inquietarse por los consejos de Dios, pero no pueden cambiarlos. Para evitar una tragedia Rebeca advirtió a Jacob del peligro y le aconsejó que se fuera en aras de su seguridad. No debemos esperar demasiada sabiduría y decisión aún en los más prometedores de los hijos; más bien debemos tener cuidado de mantenerlos apartados del camino del mal. Cuando leemos este capítulo no debemos dejar de observar que no debemos seguir ni al mejor de los hombres más allá de lo que hagan conforme a la ley de Dios. No debemos hacer mal para que venga bien. Aunque para cumplir sus propósitos Dios no tomó en cuenta las malas acciones registradas en este capítulo, de todos modos vemos su juicio en las penosas consecuencias para todas las partes involucradas. —Fue privilegio y ventaja particular de Jacob transmitir estas bendiciones espirituales a todas las naciones. El Cristo, el Salvador del mundo, iba a nacer de cierta familia y Jacob fue preferido y no Esaú por el beneplácito del Dios Omnipotente que ciertamente es el mejor

juez de lo que es bueno y tiene el derecho indudable de dispensar sus favores según lo estime conveniente, Romanos ix, 12–15.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—5. *Isaac manda a Jacob a Padan-aram.* 6—9. *Esaú se casa con la hija de Ismael.* 10—15. *La visión de Jacob.* 16—19. *La piedra de Betel.* 20—22. *El voto de Jacob*.

Vv. 1—5. Jacob tenía promesas de bendiciones para este mundo y para el venidero pero sale para trabajar en forma ardua. Esto lo ayudó a corregirse por el fraude perpetrado a su padre. La bendición le será conferida, pero tendrá agudo dolor por el curso indirecto tomado para obtenerla. —Jacob es despedido por su padre con un solemne encargo. Él no debe tomar esposa de las hijas de Canaán: Los que profesan la religión no deben casarse con quienes no se preocupan por la fe. Además, le da una bendición solemne. Isaac lo había bendecido antes sin querer; ahora lo hace deliberadamente. Esta bendición es más completa que la anterior; es una bendición evangélica. Esta promesa apunta tan alto como el cielo, del cual Canaán era un tipo. Esa era la patria mejor que Jacob y los demás patriarcas tenían en vista.

Vv. 6—9. Los buenos ejemplos impresionan aun al profano y malo. Pero Esaú pensó complacer a sus padres en una cosa para expiar los otros males cometidos. Los corazones carnales son dados a creerse tan buenos como debieran ser porque en algún aspecto no son tan malos como pudieran haber sido.

Vv. 10—15. La conducta de Jacob hasta ahora, según el relato, no era la de alguien que simplemente tiene temor de Dios y confia en Él. Pero ahora, con problemas, obligado a huir, sólo buscó a Dios para que le permita estar a salvo y poder acostarse a dormir a la intemperie con su cabeza sobre una piedra. Todo creyente verdadero debe estar dispuesto a arreglarse con la almohada de Jacob, supuesto que pueda tener la visión de Jacob. El tiempo de Dios para visitar a su gente con sus consolaciones es cuando están completamente privados de otros consuelos y de otros consoladores. —Jacob vio una escalera que iba de la tierra al cielo, los ángeles subiendo y bajando por ella y al mismo Dios en lo alto de ella. Esto representa: —1. *La providencia de Dios, por la cual se mantiene un intercambio constante entre el cielo y la tierra.* Esto hace saber a Jacob que él tenía a la vez un buen guía y un buen guardián. —2. *La mediación de Cristo.* Él es esta escalera; el pie en la tierra es su naturaleza humana; lo alto en el cielo es su naturaleza divina. Cristo es el Camino; todos los favores de Dios vienen a nosotros y todos nuestros servicios van a Él por Cristo, Juan i, 51. Por este camino los pecadores se acercan al trono de la gracia con aceptación. Por fe vemos este camino y, en oración, nos acercamos a él. En respuesta a la oración recibimos todas las necesarias bendiciones de la providencia y la gracia. No tenemos camino para llegar al cielo sino por Cristo. Cuando el alma, por fe, puede ver estas cosas, entonces, todo lugar se volverá agradable y toda perspectiva, gozosa. Él nunca nos dejará hasta que su última promesa sea cumplida para nuestra felicidad eterna. —Dios habló ahora consoladoramente a Jacob. Le habló desde lo alto de la escalera. Todas las felices nuevas que recibimos del cielo vienen por medio de Jesucristo. El Mesías debía venir de Jacob. Cristo es la gran bendición del mundo. Todos los que son bendecidos, son bendecidos en Él, y nadie, de ninguna familia queda fuera de la bendición en Él sino aquellos que se excluyen a sí mismos. Jacob tenía que temer el peligro de su hermano Esaú, pero Dios promete guardarle. Él tenía un largo viaje por delante a un país desconocido pero, “He aquí, yo estoy contigo” y Dios promete traerlo de vuelta a esta tierra. Parecía abandonado por todos sus amigos, pero Dios le dio esta seguridad, Yo no te dejaré. Dios nunca abandona al que ama.

Vv. 16—19. Dios se manifestó Él mismo y su favor a Jacob cuando éste dormía. El Espíritu, como el viento, sopla cuando y donde quiere, y la gracia de Dios, como el rocío no se retrasa para los hijos de los hombres. Jacob procuró superarse a partir de la visita que Dios le hizo. Doquiera estemos, en la ciudad o en el desierto, en la casa o en el campo, en la tienda o en la calle, podemos mantener nuestra relación con el Cielo, si no es así, es nuestra propia falta. Pero mientras más veamos de Dios, más causa tendremos para un santo temblor delante de Él.

Vv. 20—22. En esta ocasión Jacob formuló un solemne voto. Obsérvese lo siguiente: —1. *La fe de Jacob.* Él confía que Dios estará con él y que le guardará; él confía en esto. —2. *La moderación de Jacob en sus deseos.* No pide ropa suave ni carne exquisita. Si Dios nos da mucho, tenemos que estar agradecidos y usarlo para Él; si nos da poco, tenemos que estar contentos y disfrutar alegremente de Él en lo poco. —3. *La piedad de Jacob y su consideración de Dios, que se ven en lo que deseó, que Dios estuviera con Él y le guardara.* No tenemos que desear más para que nos haga cómodos y felices. También su resolución es aferrarse al Señor como su Dios del pacto. Cuando recibimos más que la gracia común de Dios, debemos abundar en gratitud para Él. El diezmo es una proporción adecuada para consagrar a Dios y emplearla para Él aunque puede ser más o menos, según Dios nos prospere, 1 Corintios xvi, 2. Entonces, ¡recordemos nuestros Beteles, cómo estamos comprometidos por votos solemnes a rendirnos al Señor, para tomarlo por nuestro Dios y consagrar todo lo que tenemos y somos para su gloria!

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—8. *Jacob llega al pozo de Harán.* 9—14. *Su encuentro con Raquel—Labán lo atiende.* 15—30. *El contrato de Jacob por Raquel—El engaño de Labán.* 31—35. *Los hijos de Lea.*

Vv. 1—8. Jacob prosiguió alegre su viaje después de la dulce comunión que tuvo con Dios en Betel. La providencia lo llevó al campo donde tenían que abrevar los rebaños de su tío. Lo que se dice del cuidado de los pastores por sus ovejas puede recordarnos la tierna preocupación que nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, tiene por su rebaño, la iglesia; pues Él es el buen Pastor que conoce a sus ovejas y a quien ellas conocen. La piedra de la boca del pozo era para cerrarlo; el agua era escasa, no estaba ahí para que cualquiera la usara: pero los intereses particulares no nos deben impedir que nos ayudemos unos a otros. Cuando se juntaban todos los pastores con sus rebaños, entonces, juntos, como buenos vecinos, abrevaban a sus rebaños. La ley de clemencia al hablar tiene un poder obligatorio, Proverbios xxxi, 26. Jacob fue bien educado con estos extranjeros y halló que ellos eran bien educados con él.

Vv. 9—14. Vea aquí la humildad y laboriosidad de Raquel. Nadie tiene que avergonzarse del trabajo honesto y útil, ni debe impedírselo la preferencia de alguien. Cuando Jacob comprendió que ésta era su parienta, estuvo muy dispuesto a servirla. —Labán, aunque no del mejor humor, le dio la bienvenida y se dio por satisfecho con el relato que Jacob le hizo de sí mismo. Aunque evitemos estar neciamente dispuestos a creer todo lo se nos diga, debemos tener cuidado de ser suspicaces en forma poco caritativa.

Vv. 15—30. En el mes que Jacob se pasó como huésped, no estuvo ocioso. Dondequiera estemos es bueno ocuparnos en algo útil. Labán estaba deseoso de que Jacob siguiera con él. No se debe sacar ventaja de las relaciones con los subordinados; es nuestro deber recompensarlos. —Jacob hizo saber a Labán el afecto que tenía por su hija Raquel. Careciendo de bienes mundanos con los cuales dotarla, promete siete años de servicio. El amor hace cortos y fáciles los servicios largos y difíciles;

de ahí que leemos del trabajo del amor, Hebreos vi, 10. Si sabemos valorar la felicidad del cielo, los sufrimientos de este tiempo presente serán como nada para nosotros. Una era de trabajo no será sino unos pocos días para los que aman a Dios y anhelan la venida de Cristo. —Jacob, que se había aprovechado de su padre, ahora es utilizado por Labán, su suegro, con un engaño parecido. De aquí, que por injusto que haya sido Labán, el Señor fue justo: ver Jueces i, 7. Aun los justos, si dan un paso en falso, así les paga Dios en la tierra. Muchos que como Jacob no son desengañados por la persona, en sus matrimonios, pronto se hallan, para su gran dolor, desencantados por el carácter. La elección de esta relación debe hacerse con buen consejo y pensamiento por ambas partes. Hay razones para creer que la excusa de Labán no era cierta. Su modo de zanjar la cuestión empeoró lo malo. Jacob se vio llevado al problema de las muchas esposas. Él no podía rechazar a Raquel porque la había desposado; mucho menos podía rechazar a Lea. Todavía no había un mandamiento expreso contra casarse con más de una esposa. Era pecado de ignorancia en los patriarcas, pero no justifica la misma costumbre actual cuando la voluntad de Dios está claramente dada a conocer por la ley divina, Levítico xviii, 18, y más plenamente desde que, por nuestro Salvador, pueden unirse solamente un hombre y una mujer, 1 Corintios vii, 2.

Vv. 31—35. Los nombres que Lea da a sus hijos expresaban su respeto y consideración tanto hacia Dios y hacia su esposo. Rubén, o *Mira un hijo*, con este pensamiento, Ahora mi marido me amará; Leví, o *unido* con la expectativa de que Esta vez mi marido se unirá conmigo. El afecto mutuo es a la vez el deber y el consuelo de la relación conyugal; y los compañeros de yugo deben considerar el agradarse uno a otro, 1 Corintios vii, 33, 34. Ella reconoce, agradecida, la bondadosa providencia de Dios al escucharla. En todo lo que nos sostenga y consuele en las aflicciones o se ocupe de nuestra liberación de ellas, es Dios quien debe ser reconocido en eso. Llamó Judá a su cuarto hijo, o *alabanza* diciendo, Esta vez alabaré a Jehová. De este, según la carne, es que vino Cristo. Cualquiera sea la razón de nuestro regocijo debe ser el tema de nuestra acción de gracias. Los favores frescos deben apresurarnos a alabar a Dios por los favores anteriores. Esta vez alabaré a Jehová más y mejor de lo que lo he hecho. Todas nuestras alabanzas deben centrarse en Cristo, como objeto de ellas y como Mediador de ellas. Él descendió, según la carne, de aquel cuyo nombre era “Alabanza”, y Él es nuestra alabanza. ¿Está Cristo formado en mi corazón? Esta vez alabaré a Jehová.

CAPÍTULO XXX

Versículos 1—13. *Otro relato más de la familia de Jacob.* 14—24. *Raquel da a luz a José.* 25—43. *El nuevo acuerdo de Jacob con Labán para servirle por el rebaño.*

Vv. 1—13. Raquel envidiaba a su hermana: la envidia es dolerse porque el prójimo está bien; no hay pecado que sea más odioso para Dios que ese o más dañino para nuestro prójimo y nosotros mismos. Ella no consideró que Dios establece la diferencia y que en otras cosas ella tenía la ventaja. Cuidadosamente estemos vigilantes contra todos las apariciones y obras de esta pasión en nuestra mente. Que nuestro ojo no sea malo para con ninguno de nuestros consiervos porque el ojo de nuestro Amo es bueno. —Jacob amaba a Raquel y, por tanto, la reprendió por hablar mal. Las reprimendas fieles revelan un verdadero afecto. Dios puede ocupar el lugar de cualquier criatura en nosotros pero es pecado y necedad poner a una criatura en el lugar de Dios y depositar en la criatura la confianza que sólo a Él debe darse. —Jacob, convencido por Raquel, tomó a Bilha, doncella de ella, como esposa para que, conforme a las costumbres de la época, sus hijos fueran de su señora. Si su corazón no hubiera estado influido por las malas pasiones, Raquel hubiera pensado en los hijos de su hermana, más cercanos a ella y con más derecho a su cariño que los de Bilha. Pero le eran más

deseables los hijos a quienes ella tenía derecho de mandar que los hijos a quienes ella tenía más razón para amar. Como ejemplo precoz de su poder sobre estos hijos, ella se complace en darles nombres que llevan en sí la marca de su rivalidad con su hermana. Véase lo que son las raíces de amargura, envidia y discordia y cuánto mal hacen entre los seres queridos. —Jacob, convencido por Lea, tomó a Zilpa, su doncella, como esposa también. Véase el poder de los celos y la rivalidad y admírese la sabiduría del designio divino, que une a un solo hombre con una sola mujer; porque Dios nos ha llamado a la paz y a la pureza.

Vv. 14—24. El deseo de ser la madre de la Simiente prometida, bueno en sí mismo, pero a menudo demasiado grande e irregular, junto con el honor de tener muchos hijos y el reproche de ser estéril, fueron algunas causas de esta inconveniente disputa entre las hermanas. La verdad parece ser que ellas estaban influidas por las promesas de Dios a Abraham a cuya posteridad se le dio la promesa de las más ricas bendiciones, y de quienes iba a venir el Mesías.

vv. 25—43. Pasados los catorce años, Jacob estaba deseoso de partir sin provisión, salvo la promesa de Dios. Pero en muchas formas, tenía un justo reclamo sobre la fortuna de Labán y era voluntad de Dios que él recibiera provisión de ella. Él refirió su causa a Dios en vez de acordar los salarios estipulados con Labán, cuyo egoísmo era muy grande. Pareciera que actuó honestamente cuando no se halló ningún ganado entre los suyos sino aquellos de los colores acordados. Labán pensó egoístamente que su ganado produciría pocos de color diferente de los suyos. —Se ha considerado que la conducta de Jacob después de este acuerdo, es un ejemplo de su política y administración. Pero ocurrió así a instancias de Dios y como señal de su poder. El Señor de una u otra manera defenderá la causa del oprimido y honrará a los que sencillamente confían en su providencia. Tampoco pudo Labán quejarse de Jacob puesto que no tenía nada más que lo que fuera libremente acordado; tampoco fue dañado, sino muy beneficiado por los servicios de Jacob. Que todas nuestras misericordias sean recibidas con acción de gracias y oración, para que viniendo de su generosidad, nos lleven a alabarle.

CAPÍTULO XXXI

Versículos 1—21. *Jacob se va en secreto.* 22—35. *Labán persigue a Jacob.* 36—42. *Jacob se queja de la conducta de Labán.* 43—55. *El pacto de ellos en Galaad.*

Vv. 1—21. Los asuntos de estas familias se relatan con mucho detalle aunque no se mencionan los (así llamados) grandes sucesos de los estados y reinos de ese período. La Biblia enseña a la gente los deberes corrientes de la vida, cómo servir a Dios, cómo disfrutar las bendiciones que Él otorga y hacer el bien en las variadas situaciones y deberes de la vida. Los hombres egoístas se consideran despojados de todo lo que queda fuera de su alcance y la codicia se traga hasta el afecto natural. La sobrevaloración de la riqueza mundana que los hombres hacen es un error que es raíz de la codicia, la envidia y de todo mal. Los hombres del mundo se entrometen en el camino ajeno y cada uno parece estar quitándole a los demás; de ahí surgen el descontento, la envidia y la discordia. Pero hay ciertas posesiones que bastan por todo; feliz aquel que las busca en primer lugar. En todos nuestros cambios debemos respetar el mandamiento y la promesa de Dios. Si Él está con nosotros, no tenemos que temer. Los peligros que nos rodean son tantos que, en realidad, nada más puede dar ánimo a nuestros corazones. Recordar las temporadas favorecidas por la comunión con Dios es muy refrescante cuando uno está en dificultades; y a menudo debiéramos recordar nuestros votos, para que no dejemos de cumplirlos.

Vv. 22—35. Dios puede poner freno en la boca de los hombres malos para restringir su maldad aunque no cambie sus corazones. Aunque no amen al pueblo de Dios, lo fingirán y tratarán de hacer méritos por necesidad. ¡Necio Labán! ¡Llamar dioses todas esas cosas que podían ser robados! Los enemigos pueden robar nuestros bienes pero no nuestro Dios. Aquí Labán culpa a Jacob de cosas que no sabía. Quienes encomiendan su causa a Dios no tienen la prohibición de rogar por ella con mansedumbre y temor. Cuando leemos que Raquel roba las imágenes de su padre, ¡qué escena de iniquidad se abre! La familia de Nacor, que dejó a los caldeos idólatras, ¿esta misma familia se vuelve idólatra? Así es. Parece que la verdad es que eran como algunos de tiempos posteriores, que juraron por Jehová y juraron por Milcom, Sofonías i, 5; y como otros de nuestros tiempos que desean servir simultáneamente a Dios y a Mamón. Grandes muchedumbres reconocerán de palabra al Dios verdadero pero sus corazones y casas son albergues de la idolatría espiritual. Cuando un hombre se entrega a la codicia, como Labán, el mundo es su dios; y sólo tiene que residir entre idólatras groseros para volverse uno de ellos o, por lo menos, un favorecedor de sus abominaciones.

Vv. 36—42. Si Jacob se dejaba voluntariamente ser consumido por el calor del día y la helada de la noche, por llegar a ser el yerno de Labán, ¿qué tendríamos que negarnos a soportar por llegar a ser hijos de Dios? Jacob habla de Dios como del Dios de su padre; él se tenía por indigno de ser considerado en sí mismo pero era amado por amor de su padre. Él lo llama el Dios de Abraham y el temor de Isaac, pues Abraham estaba muerto e ido a ese mundo donde el perfecto amor echa fuera todo temor pero Isaac estaba vivo aún, santificando al Señor en su corazón con temor y temblor.

Vv. 43—55. Labán no podía justificarse a sí mismo ni condenar a Jacob, por tanto, desea no saber más del asunto. No está dispuesto a reconocer su falta como debiera haber hecho. Propone un pacto de amistad entre ellos con lo cual concuerda rápidamente Jacob. Se levanta un montón de piedras para conservar el recuerdo del hecho, pues entonces no se sabía escribir o se usaba poco. Se ofreció un sacrificio de ofrenda de paz. La paz con Dios pone un verdadero consuelo en la paz con nuestras amistades. Ellos comieron juntos el pan, y participaron de la fiesta por el sacrificio. En las épocas antiguas, las partes ratificaban el pacto de amistad comiendo y bebiendo juntos. Dios es el juez de las partes litigantes y Él juzgará con justicia: el que hace mal, lo hace por su cuenta y riesgo. —Ellos dieron un nuevo nombre al lugar, Majano del testimonio. Después de la airada discusión de las condiciones, se separaron amigos. Dios suele ser mejor para nosotros que nuestros temores y dirige a favor nuestro los espíritus de los hombres, más allá de lo que pudiésemos esperar; porque no es en vano confiar en Él.

CAPÍTULO XXXII

Versículos 1—8. *La visión de Jacob en Mahanaim—Su miedo de Esaú.* 9—23. *La ferviente oración de Jacob por liberación—Prepara un regalo para Esaú.* 24—32. *Lucha con el Ángel.*

Vv. 1—8. Los ángeles de Dios se aparecieron a Jacob para darle ánimo con la seguridad de la protección divina. Cuando Dios somete a su pueblo a grandes pruebas, los prepara por medio de grandes consolaciones. —Mientras Jacob, a quien pertenecía la promesa, estuvo trabajando con ardor, Esaú había llegado a ser un príncipe. Jacob mandó un mensaje demostrando que no insistía en la primogenitura. La mansedumbre hará cesar las grandes ofensas, Eclesiastés x, 4. No debemos negarnos a hablar con respeto aun a quienes están enojados injustamente con nosotros. Jacob recibió un informe de los preparativos bélicos de Esaú contra él, y tuvo mucho miedo. El sentido vívido de peligro y el miedo vivificador que de él surge, pueden hallarse unidos con la humilde confianza en el poder y la promesa de Dios.

Vv. 9—23. Los tiempos de terror deben ser tiempo de oración: sea lo que sea que cause el temor, debe ponernos de rodillas ante nuestro Dios. Jacob había visto recientemente a sus ángeles guardianes pero, en su malestar, recurrió a Dios, no a ellos; él sabía que ellos eran sus consiervos, Apocalipsis xxii, 9. No puede haber una pauta mejor que esta para la verdadera oración. Aquí hay un reconocimiento agradecido de favores anteriores inmerecidos; una humilde confesión de indignidad; una sencilla declaración de sus temores e inquietudes; una referencia plena de todo el asunto al Señor y el descanso de todas sus esperanzas en Él. Lo mejor que podemos decir a Dios en oración es lo que Él nos ha dicho. Así, él hizo del nombre del Señor su torre fuerte y no pudo sino estar a salvo. El temor de Jacob no le hizo hundirse en la desesperación, ni su oración le hizo presuponer la misericordia de Dios, sin el uso de medios. Dios responde oraciones enseñándonos a ordenar correctamente nuestros asuntos. —Jacob envió un regalo para apaciguar a Esaú. No debemos desesperar de reconciliarnos con otros por muy enojados que estén con nosotros.

Vv. 24—32. Un buen rato antes del alba, estando solo, Jacob desplegó más plenamente sus temores orando a Dios. Mientras estaba así ocupado, Uno semejante a un hombre luchó con él. Cuando el Espíritu nos ayuda en nuestras debilidades y casi no hallamos palabras para expresar nuestros deseos más vastos y fervientes, y queremos decir más de lo que podemos expresar, entonces, la oración lucha, sin duda, con Dios. Por atribulados o descorazonados que estemos, prevaleceremos y, al prevalecer con Él en oración, prevaleceremos contra todos los enemigos que luchan contra nosotros. Nada requiere más vigor y esfuerzo incesante que luchar. Es un emblema del verdadero espíritu de fe y oración. Jacob mantuvo su terreno; aunque la lucha continuó largo rato, esto no remeció su fe, ni silenció su oración. Él tendrá una bendición y prefería que todos sus huesos fueran dislocados antes que irse sin una. Los que quieren tener la bendición de Cristo deben decidirse a no aceptar una negativa. La oración ferviente es la oración eficaz. —El Ángel le puso una marca de honor perdurable cambiándole el nombre. Jacob significa usurpador. Desde ahora en adelante será celebrado, no por su astucia y hábil manipulación, sino por el valor verdadero. "Serás llamado Israel", príncipe de Dios, un nombre más grande que el de los grandes hombres de la tierra. Indudablemente él es un príncipe, esto es, un príncipe de Dios; son verdaderamente honorables aquellos que son poderosos en oración. Al tener poder con Dios también tendrán poder con los hombres; él prevalecerá y ganará el favor de Esaú. —Jacob da un nombre nuevo al lugar. Lo llama Peniel, el rostro de Dios, porque ahí había visto aparecer a Dios y obtuvo el favor de Dios. A quienes Dios honra les corresponde admirar su gracia para con ellos. El Ángel que luchó con Jacob era la segunda Persona de la sagrada Trinidad que, después, fue Dios manifestado en la carne y que, en su naturaleza humana, es llamado Emanuel, Oseas xii, 4, 5. —Jacob fue herido en su muslo. Ello podría servirle para evitar que se sintiera superior con la abundancia de las revelaciones. El sol le salió a Jacob; amanece para aquella alma que ha tenido comunión con Dios.

CAPÍTULO XXXIII

Versículos 1—16. *La amistosa reunión de Jacob y Esaú.* 17—20. *Jacob va a Sucot y Siquem—Construye un altar.*

Vv. 1—16. Habiendo encomendado su causa en oración a Dios, Jacob siguió su camino. Pase lo que pase nada puede salir mal para aquel cuyo corazón está firme confiando en Dios. Jacob se inclinó ante Esaú. Una conducta humilde y sumisa hace mucho para quitar la ira. Esaú abrazó a Jacob. Dios tiene los corazones de todos los hombres en sus manos y puede volverlos cuando y cómo le plazca. No es en vano confiar en Dios e invocarle en el día malo. Cuando los caminos del hombre agradan al Señor, Él hace que hasta sus enemigos estén en paz con él. —Esaú recibe a Jacob como hermano y

hay mucha ternura entre ellos. Esaú pregunta: ¿Quiénes son éstos? A esta pregunta corriente, Jacob habló sinceramente, como un hombre cuyos ojos están siempre dirigidos hacia el Señor. Jacob instó a Esaú, como si su temor hubiera terminado, y él tomó su presente. Bueno es cuando la fe de los hombres los hace generosos, de corazón libre y mano abierta. Pero Jacob declinó el ofrecimiento de Esaú de acompañarlo. No es deseable intimar con parientes impíos superiores a uno, que esperarán que nos unamos a ellos en sus vanidades o, por lo menos, que hagamos la vista gorda aunque ellos culpen y, quizá, se burlen de nuestra religión. Tales serán o una trampa para nosotros o se ofenderán con nosotros. Arriesguémonos a perder todas las cosas antes que poner en peligro nuestras almas, si conocemos su valor, antes que renunciar a Cristo, si verdaderamente le amamos. Que el cuidado y tierna atención que Jacob da a su familia y a sus rebaños, nos recuerden al buen Pastor de nuestras almas, que reúne a los corderos con su brazo y los lleva en su regazo y, bondadosamente, guía a las que están recién paridas, Isaías xl, 11. Todos debemos seguir su ejemplo como padres, maestros o pastores.

Vv. 17—20. Jacob no se contentó con palabras de gratitud por el favor de Dios para con él sino que dio gracias reales. También mantuvo la fe y la adoración de Dios en su familia. Donde tengamos tienda, Dios debe tener un altar. Jacob dedicó este altar para el honor de El-elohe-Israel, Dios, el Dios de Israel; al honor de Dios, el único Dios vivo verdadero; y al honor del Dios de Israel como Dios del pacto con él. El Dios de Israel es la gloria de Israel. Bendito sea su nombre, Él sigue siendo el poderoso Dios, el Dios de Israel. Que nosotros alabemos su nombre y nos regocijemos en su amor a través de nuestro peregrinaje aquí en la tierra y por siempre en la Canaán celestial.

CAPÍTULO XXXIV

Versículos 1—19. *Dina deshonrada por Siquem.* 20—31. *Los de Siquem son asesinados por Simeón y Leví.*

Vv. 1—19. Las personas jóvenes, especialmente las mujeres, nunca están tan a salvo y tan bien como bajo el cuidado de padres piadosos. Su propia ignorancia y los halagos y artificios mal intencionados de la gente impía, que siempre está poniéndoles trampas, las exponen a gran peligro. Ellos son sus propios enemigos si desean irse al extranjero, especialmente solos, entre los extraños a la verdadera fe. Los padres que no impiden a sus hijos que se expongan innecesariamente al peligro están muy equivocados. Los niños malcriados, como Dina, a menudo se vuelven dolor y vergüenza para su familia. La disculpa de ella fue ver a las hijas de la tierra, ver cómo se vestían y cómo danzaban y qué estaba de moda entre ellas; se fue a ver, pero eso no era todo; fue también a que la vieran. Fue a hacer amistad con las cananeas y a aprender sus costumbres. Véase lo que pasó con el vagar de Dina. El comienzo del pecado es como dejar escapar el agua. ¿Qué tanto importa que se encienda un fuego pequeño? Debemos evitar cuidadosamente todas las ocasiones de pecar y las aproximaciones a ello.

Vv. 20—31. Los de Siquem se sometieron al rito sagrado solamente para darle el gusto a su príncipe y enriquecerse, y fue justo que Dios los castigara. Como nada nos asegura mejor que la verdadera religión, así nada nos expone más que la religión solamente fingida. Simeón y Leví fueron sumamente injustos. Aquellos que actúan malamente so pretexto de la fe, son los peores enemigos de la verdad y endurecen para destrucción los corazones de muchos. Los crímenes ajenos no constituyen excusa para nosotros. ¡Ay, cómo un pecado lleva a otro y, como llamas de fuego, esparce desolación en todas las direcciones! Los placeres necios conducen a la seducción; la seducción produce ira; la ira tiene sed de venganza; la sed de venganza recurre a la traición; la

traición termina en asesinato; y el asesinato es seguido por otras acciones ilegales. Si hiciéramos la historia del comercio ilícito entre los sexos, encontraríamos que *termina en sangre* más que ningún otro pecado.

CAPÍTULO XXXV

Versículos 1—5. *Dios manda a Jacob que vaya a Betel—Quita los ídolos de su familia.* 6—15. *Jacob erige un altar—Muerte de Débora. Dios bendice a Jacob.* 16—20. *Muerte de Raquel.* 21—29. *El crimen de Rubén—La muerte de Isaac.*

Vv. 1—5. Betel estaba olvidado. Pero a cuantos Dios ama, les recordará los deberes descuidados de una u otra forma, por la conciencia o por providencia. Cuando hemos hecho un voto a Dios, es mejor no demorar el pago; mejor tarde que nunca. Jacob mandó a su hogar que se preparara no sólo para el viaje y el cambio sino para los servicios religiosos. Los jefes de familia deben usar su autoridad para conservar la fe en sus familias, Josué xxiv, 15. Ellos deben quitar los dioses ajenos. En las familias en que hay una apariencia de religión y un altar para Dios, muchas veces hay mucha perdición y más dioses extraños de lo que uno supondría. Tienen que purificarse y cambiar sus vestiduras. Estas son sólo ceremonias externas, que representan la purificación y el cambio del corazón. ¿Qué son las ropas limpias y las vestiduras nuevas, sin un corazón limpio, sin un nuevo corazón? —Si Jacob hubiera buscado antes esos ídolos, antes se hubieran separado de ellos. A veces los intentos de reforma triunfan mejor de lo que hubiéramos pensado. Jacob enterró las imágenes. Debemos estar totalmente apartados de nuestros pecados, como lo estamos de aquellos que están muertos y sepultados, fuera de la vista. Se cambió de Siquem a Betel. Aunque los cananeos estaban muy enojados con los hijos de Jacob por el trato bárbaro contra los de Siquem, fueron retenidos de tal modo por el poder divino, que no pudieron aprovechar la oportunidad de vengarse que ahora se les ofrecía. El camino del deber es el camino de la seguridad. Cuando estamos ocupados en la obra de Dios, estamos bajo protección especial; Dios está con nosotros mientras nosotros estemos con Él; y si Él es por nosotros, ¿quién contra nosotros? Dios rige al mundo por terrores secretos en la mente de los hombres más de lo que podemos darnos cuenta.

Vv. 6—15. El consuelo que los santos tienen en las sagradas ordenanzas no es tanto de Betel, la casa de Dios, como de El-bet-el, el Dios de la casa. Los mandamientos son cosas vacías si no nos encontramos con Dios en ellos. Jacob enterró ahí a Débora, la niñera de Rebeca. Su muerte fue muy lamentada. Los viejos sirvientes de la familia, que han sido fieles y útiles en su tiempo, deben ser respetados. —Dios se apareció a Jacob. Renovó el pacto con él. Yo soy Dios Todopoderoso, Dios omnipotente, capaz de cumplir la promesa en *el debido* tiempo y de sostenerte y proveer para ti en el tiempo *malo*. —Promete dos cosas: que él será el padre de una gran nación y el dueño de una buena tierra. Estas dos promesas tenían un significado espiritual del cual Jacob tenía cierta noción, aunque no tan clara y definida como la tenemos nosotros ahora. Cristo es la Simiente prometida y el cielo es la tierra prometida; el primero es el fundamento y el segundo, la culminación de todos los favores de Dios.

Vv. 16—20. Raquel había dicho apasionadamente, dame hijos o me muero; y ahora que tenía hijos, ¡se murió! La muerte del cuerpo no es sino la partida del alma al mundo de los espíritus. Cuando aprendamos que es Dios solo el que realmente sabe lo que es lo mejor para su pueblo, y que en todos los asuntos mundanos la vía más segura para el cristiano es decir de todo corazón: “Es el Señor, que Él haga lo que le parezca bien”. Sólo en esto está nuestra seguridad y nuestro consuelo, en no conocer otra voluntad sino la suya. —Sus labios moribundos llamaron Benoni a su hijo recién

nacido, “hijo de mi dolor”; y muchos hijos resultan ser una carga insoportable para la que lo tuvo. Los hijos son un dolor bastante grande para sus madres; por tanto, cuando crezcan debieran estudiar para ser el gozo de ellas y, de ser posible, hacer algunas enmiendas. Pero Jacob, debido a que no quería revivir el recuerdo penoso de la muerte de la madre cada vez que llamara a su hijo, le cambió el nombre por Benjamín, el hijo de mi diestra, esto es, muy querido para mí; el apoyo de mi vejez, el cayado de mi mano derecha.

Vv. 21—29. Se muestra la profunda aflicción que fue el pecado de Rubén en “lo cual llegó a saber Israel”. No se dice más, pero eso es suficiente. Rubén pensó que su padre nunca lo sabría, pero aquellos que se prometen secreto al pecar, generalmente se desengañan. —Se registra la edad y la muerte de Isaac aunque no murió sino después que José fue vendido a Egipto. Isaac vivió unos cuarenta años después de haber hecho su testamento, capítulo xxvii, 2. No moriremos una hora antes por poner nuestro corazón y nuestra casa en orden, sin embargo, esto será mucho mejor. —Se destaca en particular el acuerdo de Esaú y Jacob en cuanto al funeral de su padre, para mostrar cómo Dios había cambiado prodigiosamente la mente de Esaú. Es horrible ver a los parientes que se pelean sobre las tumbas de sus amistades, por un poco de los bienes de este mundo, mientras están próximos a irse ellos mismos a la tumba.

CAPÍTULO XXXVI

Esaú y sus descendientes.

El relato de este capítulo muestra la fidelidad de Dios a la promesa dada a Abraham. Aquí Esaú es llamado Edom, el nombre que mantiene el recuerdo de la venta de su primogenitura por un plato de guisado. Esaú siguió siendo el mismo profano que desprecia las cosas celestiales. En la prosperidad y honor exterior los hijos del pacto suelen estar atrás y aquellos que están fuera del pacto son los que toman la delantera. Podemos suponer que es una prueba de la fe del Dios de Israel, el oír de la pompa y poderío de los reyes de Edom, mientras ellos eran esclavos en Egipto; pero quienes buscan grandes cosas de Dios deben contentarse con esperarlas; el tiempo de Dios es el mejor tiempo. El monte de Seir es llamado la tierra de su propiedad. Canaán era en esta época solamente la tierra prometida. Seir era posesión de los edomitas. Los hijos de este mundo tienen todo en la mano y nada de esperanza, Lucas xvi, 25, mientras que los hijos de Dios tienen todo en la esperanza y casi nada en la mano. Pero, consideradas todas las cosas, es incomparablemente mejor tener Canaán en la promesa, que el monte de Seir como posesión.

CAPÍTULO XXXVII

Versículos 1—4. *José, amado por Jacob, odiado por sus hermanos.* 5—11. *Los sueños de José.* 12—22. *Jacob manda a José a ver a sus hermanos—Conspiración para matarlo.* 23—30. *Los hermanos de José lo venden.* 31—36. *Jacob engañado—José vendido a Potifar.*

Vv. 1—4. En la historia de José vemos algo de Cristo que, primero fue humillado, y luego exaltado. También muestra la suerte de los creyentes que deben pasar por muchas tribulaciones para entrar al reino. Es una historia que no tiene igual en que exhibe variadas formas de obrar de la mente humana, tanto para el bien como para el mal, y la providencia singular de Dios al hacer uso de ellas para

cumplir sus propósitos. —Aunque José era el favorito de su padre, no fue criado ocioso. No aman verdaderamente a sus hijos, aquellos que no los ocupan en los negocios y trabajos, y cosas que requieren esfuerzo. Con buena razón se dice que mimar a los hijos es echarlos a perder. Los que han sido educados para no hacer nada es probable que sean buenos para nada. —Pero Jacob dio a conocer su amor vistiendo a José más finamente que el resto de sus hijos. Malo es que los padres hagan diferencias entre uno y otro hijo a menos que haya una gran razón para ello, por la obediencia o desobediencia de los hijos. Cuando los padres hacen diferencias, los niños pronto la captan y eso conduce a conflictos familiares. —Cuando estuvieron fuera del alcance de su vista, los hijos de Jacob hicieron lo que no hubieran hecho en casa con él; pero José daba cuenta a su padre de la mala conducta de ellos para que los reprimiera. No como chismoso para sembrar discordia, sino como hermano leal.

Vv. 5—11. Dios dio tempranamente a José la perspectiva de su progreso, para sostenerlo y consolarlo en sus largos y dolorosos problemas. Obsérvese que José soñó su exaltación pero no soñó su encarcelamiento. Así, muchos jóvenes, cuando salen al mundo, no piensan en otra cosa que no sea la prosperidad y el placer, y nunca sueñan con los problemas. Sus hermanos interpretaron correctamente el sueño aunque aborrecieron la interpretación. Aunque cometieron delitos para derrotar el sueño, fueron los instrumentos para su cumplimiento. Así los judíos entendieron lo que Cristo dijo de su reino. Decididos a que Él no reinara sobre ellos, tuvieron consejo para matarlo, pero por su crucifixión abrieron el camino para la exaltación que pensaron impedir.

Vv. 12—22. ¡Con cuánta atención espera José las órdenes de su padre! Los niños que son más amados por sus padres deben ser los más dispuestos a obedecerles. Véase cuán deliberadamente estaban los hermanos de José en su contra. Ellos pensaban matarlo con maldad premeditada y a sangre fría. Quien odia a su hermano es un homicida, 1 Juan iii, 15. Los hijos de Jacob odiaban a su hermano porque su padre lo amaba. Nuevas ocasiones como sus sueños y cosas semejantes, les dieron mayor impulso, y produjeron un resentimiento constante en sus corazones, hasta que resolvieron matarle. Dios tiene todos los corazones en su mano. —Rubén tenía mayor razón para estar celoso de José puesto que era el primogénito, aunque resulta ser su mejor amigo. Dios obró para que todo sirviera su propósito: el hacer de José un instrumento para salvar la vida a mucha gente. José era un tipo de Cristo; pues aunque era el Hijo amado de su Padre, y fue odiado por un mundo malo, el Padre lo mandó, no obstante, desde su seno a visitarnos con gran humildad y amor. Vino del cielo a la tierra a buscarnos y salvarnos; sin embargo, contra Él hicieron malignas conspiraciones. Los suyos no sólo no le recibieron; le crucificaron. Él se sometió a esto como parte de su designio para redimirnos y salvarnos.

Vv. 23—30. Arrojaron a José a un pozo para que pereciera de hambre y frío; tan crueles eran sus tiernas misericordias. No le tuvieron consideración cuando estaba sufriendo y no se dolieron por el quebrantamiento de José, véase Amós vi, 6, pues cuando estaba en el fondo del pozo, se sentaron a comer pan. No tuvieron remordimiento de conciencia por el pecado. Pero la ira del hombre alabará a Dios y reprimirá el resto de la ira, Salmo lxxvi, 10. Los hermanos de José fueron milagrosamente impedidos de matarlo y su venta resultó en forma igualmente maravillosa en alabanza para Dios.

Vv. 31—36. Cuando Satanás ha enseñado a los hombres a cometer un pecado, les enseña a tratar de ocultarlo con otro, a esconder el robo y el homicidio con mentiras y juramentos falsos: pero el que encubre su pecado no prosperará. Los hermanos de José ocultaron el suyo y lo hicieron mutuamente por un tiempo, pero su villanía salió a la luz finalmente, y aquí quedó publicada para el mundo. —Para apesadumbrar a su padre le mandaron la túnica de colores de José y al ver la túnica ensangrentada él pensó inmediatamente que José había sido despedazado. Que quienes conozcan el corazón de un padre imaginen la agonía del pobre Jacob. Con toda bajeza sus hijos fingieron

consolarlo, pero todos eran consoladores miserables e hipócritas. Si realmente hubieran deseado consolarlo, lo hubieran podido hacer de una vez diciéndole la verdad. El corazón es extrañamente endurecido por el engaño del pecado. —Jacob se negó a ser consolado. El gran afecto hacia una criatura prepara para una gran aflicción o nos amarga cuando nos es quitada: el amor indebido termina corrientemente en pena indebida. —Sabiduría de los padres es no criar a sus hijos con delicadeza, pues no saben qué dificultades pueden encontrar antes de morir. —De todo este capítulo vemos con asombro los caminos de la providencia. ¡Pareciera que los malos hermanos se salieron con la suya; los mercaderes, a los que no les importa con qué comercian con tal de ganar, también han conseguido lo suyo; y Potifar, también ha logrado lo suyo, teniendo un excelente y joven esclavo! Pero los designios de Dios, por estos medios, están listos para ser ejecutados. Ese suceso terminará en el descenso de Israel a Egipto; y eso termina en que son liberados por Moisés; eso, en establecer la religión verdadera en el mundo y, en su difusión a todas las naciones por medio del evangelio. Así, pues, la ira del hombre alabará al Señor y Él reprimirá el resto de la ira.

CAPÍTULO XXXVIII

La conducta libertina de Judá y su familia.

Este capítulo cuenta acerca de Judá y su familia y es un relato tal que, parece un milagro que de todos los hijos de Jacob, nuestro Señor haya venido de Judá, Hebreos vii, 14. Pero Dios muestra que la salvación es por gracia y no por mérito y que Cristo vino al mundo a salvar pecadores, aun al primero. Además, que la dignidad de Cristo es de Él mismo y no de sus antepasados. Cuán poca razón tuvieron los judíos, que así fueron llamados a partir de este Judá, para jactarse como lo hicieron, Juan viii, 41. ¡Qué horrorosos ejemplos de su extremo desagrado por el pecado proclama el Señor en sus castigos! Busquemos la gracia de Dios para evitar toda apariencia de pecado. Que este estado de humillación al cual fue sometido Jesús, cuando vino a quitar el pecado por medio del sacrificio de sí mismo, al designar personajes como los aquí registrados para que fueran sus antepasados, haga más amado al Redentor en nuestros corazones.

CAPÍTULO XXXIX

Versículos 1—6. *José preferido por Potifar.* 7—12. *José resiste la tentación.* 13—18. *José es acusado falsamente por su ama.* 19—23. *Encarcelado—Dios está con él.*

Vv. 1—6. Nuestros enemigos pueden despojarnos de las distinciones y adornos externos pero la sabiduría y la gracia no nos pueden ser quitadas. Ellos pueden separarnos de los amigos, los parientes y de la patria pero no pueden apartarnos de la presencia del Señor. Pueden aislarnos de las bendiciones externas, robarnos la libertad y confinarnos en calabozos, pero no pueden impedirnos la comunión con Dios, del trono de la gracia, o arrebatarnos las bendiciones de la salvación. José fue bendecido, maravillosamente bendecido, aun en la casa donde era esclavo. La presencia de Dios con nosotros hace que prospere todo lo que hacemos. Los hombres buenos son bendición en el lugar donde viven; los buenos siervos pueden serlo aunque sean mal y poco estimados. La prosperidad del impío es, de una u otra manera, a causa del piadoso. Aquí una familia mala fue bendecida por amor del buen siervo de ella.

Vv. 7—12. La belleza de hombres o mujeres a menudo resulta ser una trampa, tanto para ellos mismos como para los demás. Esto prohíbe el orgullo por ella y exige una constante vigilancia contra la tentación que la acecha. Tenemos mucha necesidad de hacer un pacto con nuestro ojos, no sea que los ojos infecten el corazón. Cuando la lujuria ha conseguido el poder, se sacrifican la decencia, la fama y la conciencia. La esposa de Potifar demostró que su corazón estaba totalmente dedicado al mal. Cuando comprendió que no podía vencer a José con los problemas y tribulaciones del mundo, pues en medio de ellas, él aún se aferraba a sus principios, Satanás lo asaltó con placeres que han producido más destrucción que lo anterior. Pero José por la gracia de Dios, fue capacitado para resistir y superar la tentación; y su escape fue un ejemplo tan grande del poder divino como la liberación de los tres muchachos del horno de fuego. Este pecado era el que más fácilmente hubiera podido perturbarlo. La tentadora era su ama, una cuyo favor le hubiera hecho progresar; su máximo peligro era rechazarla y se convirtiera en su enemiga. El tiempo y el lugar favorecían la tentación. A todo esto había que agregar la instigación constante y frecuente. La todopoderosa gracia de Dios capacitó a José para vencer este ataque del enemigo. Presenta como argumento lo que debía, tanto a Dios como a su amo. Estamos obligados por honor como por la justicia y la gratitud, a no hacer mal en nada a quienes confían en nosotros, por muy secreto que esto pudiera hacerse. Él no iba a ofender a su Dios. José aduce tres argumentos. —1. *Considera quién era tentado.* Uno que está en el pacto de Dios, que profesa la religión y la relación con Él. —2. *Cuál era el pecado al que se le tentaba.* Otros podrían mirarlo como poca cosa; pero José no lo pensó así. Hay que llamar al pecado por su nombre, sin rebajar su importancia. Que los pecados de esta naturaleza siempre sean mirados como gran maldad, como excesivamente pecaminosos. —3. *Contra quién fue tentado a pecar: contra Dios.* El pecado es contra Dios, contra su naturaleza y su dominio, contra su amor y su propósito. Los que aman a Dios, por esta razón odian el pecado. La gracia de Dios capacitó a José para vencer la tentación eludiendo a la tentadora. No quiso quedarse a conversar con la tentación, sino que huyó de ella como quien escapa para salvar la vida. Si tenemos la intención de no hacer iniquidad, huyamos como un ave de la trampa, y como un ciervo del cazador.

Vv. 13—18. El ama de José, habiendo tratado en vano de hacerlo culpable, trató de vengarse de él. Quienes han roto las ataduras de la prudencia, nunca serán sujetos por los lazos de la verdad. No es cosa nueva que el mejor de los hombres sea acusado falsamente del peor de los delitos por quienes son los peores delincuentes. Bueno es que haya en el futuro un día de revelación en que todos aparecerán con su verdadero carácter.

Vv. 19—23. El amo de José creyó la acusación. Probablemente Potifar haya elegido la cárcel porque era lo peor, pero Dios tenía el propósito de abrir camino para que José recibiera honra. José era propiedad de su Dios y por Él fue honrado. Estaba lejos de todos sus amigos y parientes; no tenía nadie que le ayudara o consolara, pero el Señor estaba con José y le mostró misericordia. Los que tienen buena conciencia estando presos, allí tienen un buen Dios. Dios le favoreció ante el guardia de la prisión; confió en él para que administrara los asuntos de la prisión. Un hombre bueno hará el bien donde esté y será una bendición aun estando en cadenas y prisionero. —No olvidemos mirar a Jesús a través de José, pues Él sufrió siendo tentado pero sin pecado, fue calumniado y perseguido y apresado, pero sin causa; aquel que por la cruz ascendió al trono. Que nosotros seamos capacitados para ir, sometiéndonos y sufriendo, por la misma senda al mismo lugar de gloria.

CAPÍTULO XL

Versículos 1—19. *El copero y el panadero del faraón en la prisión—Sus sueños interpretados por José.* 20—23. *La ingratitud del jefe de los coperos.*

Vv. 1—19. No fue la cárcel lo que tanto entristeció al copero y al panadero como sus sueños. Dios tiene más de un camino para entristecer los espíritus. José tuvo compasión de ellos. Que nos interesemos por la tristeza de los rostros de nuestros hermanos. Para los que tienen problemas a menudo es un alivio el ser notados. Además, aprendamos a mirar la causa de nuestro propio pesar. ¿Hay una buena razón? ¿No hay suficiente consuelo para equilibrarla, cualquiera sea? ¿Por qué estás abatida, oh alma mía? José tuvo cuidado de dar la gloria a Dios. El sueño del jefe de los coperos anunciaba su ascenso. El sueño del panadero jefe, su muerte. No era culpa de José que no le llevara al panadero mejores noticias. Así, los ministros solo son intérpretes; ellos no pueden hacer que las cosas sean distintas de lo que son: si se conducen con fidelidad y su mensaje resulta desagradable, no es culpa de ellos. —José no piensa en sus hermanos que lo vendieron; tampoco en el mal que su ama y su amo le hicieron sino que mansamente afirma su inocencia. Cuando somos llamados a defendernos debemos evitar cuidadosamente, en lo posible, hablar mal de los demás. Contentémonos con demostrar nuestra inocencia y no reprochemos a los demás su culpa.

Vv. 20—23. La interpretación que José dio a los sueños sucedió en el día fijado. En el cumpleaños del faraón todos sus siervos le atendían y entonces fueron revisados los casos de los dos. Todos podemos fijarnos en nuestro cumpleaños provechosamente, con gratitud por las misericordias de nuestro nacimiento, tristeza por el pecado de nuestra vida y con la expectativa de que el día de nuestra muerte, sea mejor que el día de nuestro nacimiento. Pero parece raro que la gente mundana, tan aficionada a vivir aquí, deba regocijarse al final de cada año de su corta expectativa de vida. El cristiano tiene razón para alegrarse por haber nacido, de irse acercando al final de su pecado y pesar, y a su eterna felicidad. —El jefe de los coperos no se acordó de José, sino que lo olvidó. José hubiera merecido algo mejor de él pero lo olvidó. No debemos pensar que es raro si en este mundo nos devuelven odio por nuestro amor y dardos por nuestra bondad. Véase cuán dados a olvidarse de los demás que están en problemas son los que ahora están bien. José aprendió, por su desengaño, a confiar únicamente en Dios. Nosotros nunca podemos esperar demasiado poco del hombre ni demasiado de Dios. —No olvidemos los sufrimientos, las promesas y el amor de nuestro Redentor. Culpamos la ingratitud del copero jefe para con José pero nosotros mismos actuamos mucho más ingratamente para con el Señor Jesús. José apenas había *anunciado* el ascenso del jefe de los coperos pero Cristo *produjo* el nuestro; Él intercedió con el Rey de reyes por nosotros, pero nosotros lo olvidamos, aunque a menudo se nos hace recordarlo y a pesar de haber prometido no olvidarle nunca. Así de mal le pagamos, como gente necia e imprudente.

CAPÍTULO XLI

Versículos 1—8. *Los sueños del faraón.* 9—32. *José interpreta los sueños del faraón.* 33—45. *El consejo de José—Ascendido a un alto cargo.* 46—57. *Los hijos de José—El comienzo del hambre.*

Vv. 1—8. El medio de José para ser liberado de la prisión fueron los sueños del faraón, que aquí se relatan. Ahora que Dios ya no habla más de esa manera, no importa hagamos poco caso de los sueños o los contemos. Contar sueños necios no puede ser mejor que hablar necedades. Pero estos sueños evidentemente habían sido enviados por Dios; cuando el faraón despertó, su espíritu estaba perturbado.

Vv. 9—32. El tiempo de Dios para el crecimiento de su pueblo es el tiempo más adecuado. Si el jefe de los coperos hubiera logrado que José fuera liberado de la cárcel, probablemente éste hubiera regresado a la tierra de los hebreos. Entonces no hubiera sido bendecido tanto ni tampoco hubiera

habido tamaña bendición para su familia como resultó después. José da honra a Dios cuando lo presentan al faraón. —Faraón había soñado que estaba a orillas del río Nilo y vio unas vacas, gordas y luego flacas, salir del río. Egipto no tiene lluvias, pero la cosecha del año depende de la crecida del río Nilo. Nótese cuántos caminos tiene la providencia para dispensar sus dádivas; sin embargo, nuestra dependencia de la Primera Causa sigue siendo la misma, la cual hace que cada cosa creada sea lo que es para nosotros, sea lluvia o río. —Véase a qué cambios están sujetas las comodidades de esta vida. No podemos estar seguros de que mañana será como hoy día o que el año próximo sea como éste. Debemos aprender a tener pobreza y a estar en abundancia. Nótese la bondad de Dios para mandar los siete años de abundancia antes que los de hambre, para que pudiera hacerse provisión. El producto de la tierra es, a veces más, y a veces menos, pero, tomados en conjunto, al que cosecha mucho no le sobra nada y a aquel que cosecha poco nada le falta, Éxodo xvi, 18. Y fíjese en la naturaleza perecedera de nuestros placeres mundanos. Las cosechas más grandes de los años de abundancia se perdieron por completo siendo consumidas en los años de escasez y aquello que parecía mucho, solo sirvió para mantener viva a la gente. Hay pan que permanece *para la vida eterna* por el cual vale la pena trabajar. Los que hacen que las cosas de este mundo sean su sumo bien, hallarán poco placer al recordar que las recibieron.

Vv. 33—45. José dio un buen consejo al faraón. La buena advertencia siempre debe ir seguida por un buen consejo. Dios nos ha dicho en su palabra que hay un día de prueba para nosotros, cuando necesitaremos toda la gracia que podamos tener. Por tanto, ahora haga la provisión correspondiente. El faraón dio un testimonio honorable de José. Es un hombre en quien está el espíritu de Dios; y tales hombres deben ser estimados. —El faraón pone en José señales de honor. Le dio un nombre que hablaba del valor que para él tenía, Zafnat-panea, que significa “revelador de secretos”. Este ascenso de José nos da ánimos a todos para confiar en Dios. El nuevo nombre de José algunos lo traducen como “el salvador del mundo”. Las glorias más resplandecientes, aun del mundo superior, están depositadas en Cristo, la mayor confianza ha sido depositada en su mano y todo el poder en el cielo y la tierra le fueron dados.

Vv. 46—57. José se apropió de la divina providencia en los nombres de sus dos hijos, Manasés y Efraín. —1. *Se le hizo olvidar su desgracia.* —2. *Se le hizo fructífero en la tierra de su aflicción.* Llegaron los siete años de abundancia y se terminaron. Tenemos que esperar el fin de los días tanto de nuestra prosperidad como de nuestra oportunidad. No debemos sentirnos seguros de la prosperidad ni ser perezosos para hacer buen uso de la oportunidad. Los años de abundancia se acabarán; haz todo lo que te viniere a la mano para hacer; y siega en el tiempo de la cosecha. Llegó la escasez y el hambre se hizo sentir no sólo en Egipto sino también en otras tierras. José fue diligente para almacenar mientras duró la abundancia. Cuando llegó el hambre fue prudente y cuidadoso para dar. José estuvo dedicado a labores útiles e importantes. Pero en medio de esta actividad suya fue que su padre Jacob dijo: ¡José no parece! ¡Cuán grande sería la parte de nuestros problemas que se eliminaría si supiéramos toda la verdad! —Que estos sucesos nos conduzcan a Jesús. Hay hambre del pan de vida en toda la tierra. Id a Jesús y haced lo que Él os pida. Escuchad Su voz, pedidle; Él abrirá sus tesoros y satisfará con bondad al alma hambrienta de toda época y nación, sin dinero y sin precio. Pero quienes no dan la debida atención a esta provisión, deben pasar hambre, y los enemigos de ella serán destruidos.

CAPÍTULO XLII

Versículos 1—6. *Jacob manda a diez de sus hijos a comprar trigo.* 7—20. *El trato que José da a sus hermanos.* 21—24. *El remordimiento de ellos—Simeón es retenido.* 25—28. *El resto regresa con el trigo.* 29—38. *Jacob se niega a mandar a Benjamín a Egipto.*

Vv. 1—6. Jacob vio el trigo que sus vecinos habían comprado y llevado a casa desde Egipto. El ver que otros han encontrado su abastecimiento estimula la acción. ¿Los demás tendrán alimento para sus almas y nosotros pasaremos hambre mientras hay dónde conseguir? Habiendo descubierto donde hay ayuda, debemos pedirla sin demora, sin disminuir del esfuerzo ni quejarnos del gasto, especialmente respecto de nuestras almas inmortales. Hay provisión en Cristo, pero debemos acudir a Él y pedirle.

Vv. 7—20. José fue duro con sus hermanos, no por espíritu vengativo, sino para llevarlos al arrepentimiento. Al no ver a su hermano Benjamín sospechó que lo habían eliminado y les dio ocasión para hablar de su padre y su hermano. En su providencia, a veces Dios parece duro con los que ama y habla con rudeza a aquellos para los cuales reserva gran misericordia. José arregló, por fin, que uno de ellos se quedara y el resto fuera a casa a traer a Benjamín. Fue muy animador que él les dijera: "Yo temo a Dios"; como si hubiera dicho, ustedes pueden tener la seguridad de que no les haré mal; no me atrevo, pues sé que hay uno más alto que yo. De aquellos que temen a Dios podemos esperar un trato justo.

Vv. 21—24. El oficio de la conciencia es recordar cosas que hace mucho han sido dichas y hechas. Cuando estaba fresca la culpa del pecado de los hermanos de José, ellos la tomaron a la ligera y se sentaron a comer pan, pero ahora, mucho después, sus conciencias les acusan de eso. Véase lo bueno de las aflicciones; a menudo resultan ser un medio dichoso que despierta la conciencia y trae el pecado a nuestra memoria, además de lo malo de la culpa hacia nuestros hermanos. Ahora la conciencia les reprochaba por ello. Cada vez que pensemos que nos han hecho daño, debemos recordar el mal que nosotros hemos hecho al prójimo. —Rubén solo recordó, con consuelo, que él había hecho lo que pudo para impedir la maldad. Cuando compartimos con los demás sus sufrimientos, será un consuelo tener el testimonio de nuestras conciencias de que no participamos en sus malas obras, sino que en nuestro momento dimos testimonio contra de ellas. José se retiró a llorar. Aunque su razón le decía que aún debía comportarse como extraño porque todavía ellos no estaban suficientemente humillados, el afecto natural, sin embargo, no podía sino obrar.

vv. 25—28. Los hermanos vinieron por trigo, y trigo consiguieron: no solamente eso sino que cada hombre recibió su dinero de vuelta. Así Cristo, como José, nos da provisiones sin dinero y sin precio. Los más pobres son invitados a comprar. Pero las conciencias culpables son proclives a tomar en mal sentido las buenas providencias y a dar una interpretación de maldad hasta en las cosas que se hacen a su favor.

Vv. 29—38. He aquí el informe que los hijos de Jacob dieron a su padre. Esto perturbó al buen hombre. Hasta las bolsas de dinero que, con bondad, José devolvió a su padre, le asustaron. Le echó la culpa a sus hijos; conociéndolos temió que hubieran provocado a los egipcios y se hubieran traído a la mala el dinero a casa. Jacob desconfiaba sencillamente de sus hijos recordando que nunca vio a José desde que éste había estado con ellos. Malo es para una familia cuando los hijos se comportan tan mal que los padres no saben si pueden confiar en ellos. —Jacob da por perdido a José, y a Simeón, y a Benjamín los ve en peligro; y concluye que todas estas cosas están en mi *contra.* Resultó ser lo contrario, pues todas estas cosas estaban a su *favor*, obrando juntas para su bien y el bien de su familia. A menudo pensamos que está en nuestra contra lo que, en realidad, está a nuestro favor. Somos afligidos en el cuerpo, el patrimonio, el nombre y en nuestras relaciones, y pensamos

que todas estas cosas están en nuestra contra cuando, en realidad, están obrando en nosotros un peso de gloria. —Así el Señor Jesús se disfraza, Él y su favor, así reprende y disciplina a las personas para las cuales tiene un propósito de amor. Mediante agudos correctivos y humillantes convicciones (de pecado), Él romperá la porfía y resquebrajará el orgullo del corazón y lo llevará al arrepentimiento verdadero. Pero antes que los pecadores le conozcan plenamente o gusten que Él es bueno, Él consulta su bien y sostiene sus almas para que esperen en Él. Entonces nosotros nunca nos rindamos al descorazonamiento, determinando no buscar otro refugio que Él, y humillarnos más y más bajo su poderosa mano. En su debido momento Él responderá nuestras peticiones y hará por nosotros más de lo que podemos esperar.

CAPÍTULO XLIII

Versículos 1—14. *Jacob es convencido de que envíe a Benjamín a Egipto.* 15—25. *Recibimiento de José para sus hermanos—sus temores.* 26—34. *José hace una fiesta para sus hermanos.*

Vv. 1—14. Jacob insta a sus hijos a que vayan y compren *un poco* de comida; ahora, en tiempo de escasez, un poco debe bastar. Judá insta a que Benjamín vaya con ellos. No es contra el honor ni el deber de los hijos hacia sus padres, aconsejarlos humildemente y, cuando estén en necesidad, razonar con ellos. Jacob vio la necesidad del caso y se rindió. Su prudencia y justicia se observan en tres cosas. —1. *Devolvió el dinero que habían encontrado en la bolsa.* La honestidad nos obliga a devolver no sólo lo que nos llega por nuestra propia falta, sino aquello que nos llega por error del prójimo. Aunque lo obtengamos por descuido, si lo retenemos cuando descubrimos el descuido, lo retenemos por engaño. —2. *Envió otro tanto como lo que habían llevado en el viaje anterior;* el precio del trigo podía haber subido o quizás tuvieran que pagar un rescate por Simeón. —3. *Él mandó un regalo de cosas que permitía la tierra, que eran escasas en Egipto, como bálsamo, miel, etc.* La Providencia nos dispensa sus dádivas a todos por igual. Pero la miel y las especias nunca satisfarán la carencia de pan de trigo. El hambre era aguda en Canaán, pero tenían bálsamo y mirra, etc. Podemos vivir bien con comida sencilla, sin exquisiteces, pero no podemos vivir de exquisiteces sin comida sencilla. Demos gracias a Dios que lo más necesario y útil, por lo general, es lo más barato y abundante. Aunque los hombres valoran más el oro y la plata y consideran los productos de lujo como los mejores frutos de toda tierra, en tiempo de hambre, de buena gana los truecan por pan. ¡Cuán poco nos sostendrán las buenas cosas terrenales en el día de la ira! ¡Cuán preparados debiéramos estar para renunciar a todas ellas, como pérdida, por la excelencia del conocimiento de Jesucristo! Nuestra manera de prevalecer con el hombre es prevalecer primero con el Señor en ferviente oración. Pero cada oración por las misericordias de esta vida o para ser librados de las aflicciones de esta vida, debe concluir con el “hágase tu voluntad”.

Vv. 15—25. Los hijos de Jacob descendieron por segunda vez a Egipto para comprar trigo. Si alguna vez entendemos qué significa el hambre de la palabra, no pensemos que es mucho viajar tan lejos espiritualmente, como ellos hicieron por el alimento corporal. —El mayordomo de José tenía órdenes de su amo para llevarlos a su casa. Hasta esto los asustó. Aquellos que son culpables, piensan de todo lo peor. Pero el mayordomo les dio ánimo. Por lo que dijo parecía que su buen amo lo había llevado al conocimiento del Dios verdadero, el Dios de los hebreos. Los siervos religiosos deben aprovechar toda ocasión para hablar con reverencia y seriedad de Dios y su providencia.

Vv. 26—34. Observe el gran respeto que los hermanos de José le brindaron. Así se cumplieron cabalmente los sueños de José. Este les mostró gran bondad. Los trató con nobleza, pero note aquí tempranamente la distancia entre judíos y gentiles. En el día del hambre basta con recibir algo de

comida, pero ellos fueron festejados. Ahora estaban terminados sus afanes y temores, y comieron su pan con gozo, reconociendo que estaban en buena posición ante el señor de la tierra. Si Dios acepta nuestras obras, nuestro presente, tenemos razón para regocijarnos. —José mostró especial afecto por Benjamín, para probar si sus hermanos le envidiarían. Debe ser nuestra regla estar contentos con lo que tenemos, y no agraviarnos por lo que tiene el prójimo. —Así, Jesús muestra cada vez más a quienes ama que necesitan de Él. Les hace ver que Él es el único refugio que tienen contra la destrucción. Él vence la falta de disposición y los atrae a sí mismo. Entonces, cuando le parece bien, les da a probar su amor, y les da la bienvenida a las provisiones de su casa, como prenda de lo que Él tiene preparado para ellos.

CAPÍTULO XLIV

Versículos 1—17. *Procedimiento de José para demorar a sus hermanos y probar su afecto por Benjamín.* 18—34. *La súplica de Judá a José.*

Vv. 1—17. José probó lo que sentían sus hermanos hacia Benjamín. Si hubieran envidiado y odiado al otro hijo de Raquel como lo habían odiado a él, y si hubieran tenido la misma falta de sentimientos hacia su padre Jacob, como antes, ahora lo hubieran demostrado. Cuando se halló la copa en poder de Benjamín, ellos hubieran usado eso como pretexto para dejarlo como esclavo. Pero no podemos juzgar lo que son ahora los hombres por lo que fueron antes; ni tampoco se puede prever lo que *harán*, por lo que antes *hicieron*. —El mayordomo los acusó de ingratos, pagar mal por bien; de necedad por llevarse su copa de uso diario, que pronto debía ser echada en falta y se buscaría con diligencia; pues así puede leerse: ¿No es esta en la que bebe mi señor, porque tiene un afecto particular por ella, y que la buscaría a cabalidad? O, ¿por dejarla negligentemente en la mesa de ustedes, él iba a probar si ustedes eran o no hombres honestos? —Ellos se arrojan en la misericordia de José y reconocen la justicia de Dios, pensando quizás en el daño que antes le hicieron a José, por lo cual pensaron que Dios estaba ahora castigándolos. Hasta en las aflicciones en que creemos que los hombres nos hacen daño, debemos aceptar que Dios es justo y descubre nuestro pecado.

Vv. 18—34. Si José hubiera sido por completo ajeno a la familia, como lo suponía Judá, no hubieran obrado sobre él sus poderosos razonamientos. Pero Jacob ni Benjamín necesitaban un intercesor ante José porque él los amaba. La fiel adhesión de Judá a Benjamín, ahora, en su angustia, fue recompensada tiempo después cuando la tribu de Benjamín, se quedó con Judá y las otras tribus le abandonaron. El apóstol observa, cuando discurre sobre la mediación de Cristo, que nuestro Señor vino de Judá, Hebreos vii, 14, y que no sólo intercedió por los transgresores sino que se hizo fiador de ellos, testificando eso su tierno interés por su Padre y por sus hermanos. —Jesús, el gran antitipo de José, se humilla y prueba ser su pueblo, aun después que ellos saborearon algo de su amorosa bondad. Él les hacer recordar sus pecados para que puedan ejercitarse, y mostrar arrepentimiento, y sentir cuánto deben a su misericordia.

CAPÍTULO XLV

Versículos 1—15. *José consuela a sus hermanos y envía por su padre.* 16—24. *El faraón confirma la invitación de José—Los regalos de José para sus hermanos.* 25—28. *Jacob recibe la noticia de que José está vivo.*

Vv. 1—15. José dejó hablar a Judá y escuchó todo lo que tenía que decir. Halló a sus hermanos humillados por sus pecados, considerados él, pues Judá lo mencionó dos veces en su discurso, respetuosos de su padre y muy tiernos con su hermano Benjamín. Ahora estaban preparados para el consuelo que les daría, identificándose. José ordenó a todos sus siervos que se fueran. Así Cristo se da a conocer Él mismo, y expresa su amorosa bondad a su pueblo, fuera de la vista y de los oídos del mundo. José derramó lágrimas de ternura y fuerte afecto y con estas borró la austeridad con que se había comportado con sus hermanos hasta ese momento. Esto representa la compasión divina hacia los que vuelven arrepentidos. “Yo soy José, vuestro hermano”. Esto los humillaría más aun por su pecado de venderlo, pero los alentaría a esperar un buen trato. Así, pues, cuando Cristo quiso convencer a Pablo dijo: “Yo soy Jesús”, y cuando consolaba a sus discípulos, decía: “Yo soy, no temáis”. Cuando Cristo se manifiesta a su pueblo, les anima a acercarse a Él con un corazón sincero. José lo hace así y les muestra que, sea lo que ellos pensaran hacer contra él, Dios lo había usado para bien. Los pecadores deben dolerse y enojarse consigo mismos, aunque Dios saque algo bueno de sus pecados, pues eso no es mérito de ellos. Es muy impactante la concordancia de todo esto con el caso del pecador, al manifestarse Cristo a su alma. En este relato él no piensa que el pecado sea un mal menor sino mayor; y, de todos modos, está tan armado contra la desesperación que llega a regocijarse en lo que Dios ha obrado, mientras que tiembla pensando en los peligros y la ruina de la cual ha escapado. José promete cuidar de su padre y de toda la familia. Deber de los hijos es, si la necesidad de sus padres lo requiere en cualquier momento, mantenerlos y darles lo mejor que puedan; esto es mostrar la piedad en casa, 1 Timoteo v, 4. Después que José hubo abrazado a Benjamín, los acarició a todos ellos y, luego, sus hermanos conversaron libremente con él de todos los asuntos de la casa de su padres. Después de las señales de la verdadera reconciliación con el Señor Jesús, sigue la dulce comunión con Él.

Vv. 16—24. El faraón fue amable con José y sus familiares por amor a él. Egipto compensaría las pérdidas de la mudanza de ellos. Así, los que van a recibir de Cristo su gloria celestial, no debieran tener consideración de las cosas de este mundo. Lo mejor de sus deleites solo es ceniza; no podemos estar seguros de ellos mientras estemos aquí, y mucho menos, llevarlos con nosotros. No pongamos nuestra vista o el corazón en el mundo; hay cosas mejores para nosotros en la tierra bendita donde se fue Cristo, nuestro José, a prepararnos un lugar. José despidió a sus hermanos con una adevertencia apropiada: “No riñáis por el camino”. Sabía que eran demasiado dados a pelearse y, habiendo perdonado a todos, les hace este encargo, de no pelearse entre sí. Esta orden nos ha dado nuestro Señor Jesús, que nos amemos unos a otros y que pase lo que pase o que haya pasado, no peleemos. Puesto que somos hermanos, todos tenemos el mismo Padre. Todos somos culpables y, en lugar de pelear unos con otros, tenemos razón para reñirnos a nosotros mismos. Somos o esperamos ser, perdonados por Dios, a quien todos hemos ofendido y, por tanto, debiéramos estar listos para perdonarnos unos a otros. Estamos “en el camino”, un camino a través de la tierra de Egipto, donde tenemos muchos ojos sobre nosotros que procuran aprovecharse de nosotros, un camino que lleva a la Canaán celestial donde esperamos estar por siempre en perfecta paz.

Vv. 25—28. Oír que José está vivo es una noticia demasiado buena para ser verdadera; Jacob se afligió pues no lo cree. Nosotros nos afligimos porque no creemos. A la larga se convence Jacob de la verdad. Jacob estaba viejo, y no esperaba vivir mucho más. Dice: “Que mis ojos se refresquen con esta visión antes que se cierren y, después de eso, no necesito otra cosa para hacerme feliz en este mundo”. —He aquí, Jesús se manifiesta a Sí mismo como Hermano y Amigo ante quienes una vez lo despreciaron y fueron sus enemigos. Él les asegura su amor y las riquezas de su gracia. Les manda

dejar de lado la envidia, el enojo, la maldad y la discordia, y que vivan en paz unos con otros. Les enseña a renunciar al mundo por Él y su plenitud. Les proporciona todo lo necesario para conducirlos a casa, hacia Él mismo, para que donde Él esté ellos también estén. Al fin, cuando envía por su pueblo, aunque ellos puedan por un tiempo sentir algunas dudas y temores, el pensamiento de ver su gloria y de estar con Él, les permitirá decir: "Basta, estoy dispuesto a morir; y a ir a ver y a estar con el Amado de mi alma".

CAPÍTULO XLVI

Versículos 1—4. *Las promesas de Dios para Jacob.* 5—27. *Jacob y su familia van a Egipto.* 28—34. *José se reúne con su padre y sus hermanos.*

Vv. 1—4. Aun en los hechos y emprendimientos que parecen más gratos debemos buscar el consejo, la ayuda y la bendición del Señor. En atender sus mandamientos y haber recibido las prendas de su amor en el pacto, tenemos la esperanza de Su presencia y la paz que confiere. En todos nuestros cambios debemos acordarnos de nuestra salida de este mundo. Cuando pasamos por el valle de sombra de muerte, nada puede animarnos a no temer mal alguno salvo la presencia de Cristo.

Vv. 5—27. Aquí tenemos una lista detallada de la familia de Jacob. Aunque el cumplimiento de las promesas siempre es seguro, sin embargo, suele ser lento. Ahora han pasado 215 años desde que Dios había prometido a Abraham hacer de él una gran nación, capítulo xii, 2; sin embargo, esa rama de su simiente, a la cual fue hecha la promesa, solamente había aumentado a setenta, de los cuales se conserva esta relación específica para mostrar el poder de Dios para hacer que estos setenta se conviertan en una gran multitud.

Vv. 28—34. Consideró justo hacerle saber al faraón que su familia iba a establecerse en sus dominios. Si otros depositan su confianza en nosotros, no debemos ser tan bajos como para abusar de ellos e imponernos. —Pero, ¿qué va a hacer José con sus hermanos? Hubo un tiempo en que ellos se confabularon para deshacerse de él, ahora él piensa dónde establecerlos para provecho de ellos; esto es devolver bien por mal. Quería que ellos vivieran solos en la tierra de Gosén, que estaba más cerca de Canaán. —Los pastores eran una abominación para los egipcios. Pero José no quería que ellos fueran avergonzados al reconocer aquella como la ocupación de ellos ante el faraón. Podría haberles procurado puestos en la corte o en el ejército. Pero tales distinciones los hubieran expuesto a la envidia de los egipcios, o a la tentación de olvidar Canaán y la promesa hecha a sus padres. Una vocación honesta no es desgracia, ni debemos contarla como tal, sino, más bien, reconocer que es vergonzoso estar ocioso o no tener nada que hacer. Generalmente es mejor que la gente permanezca en las vocaciones en que fueron criados y a las que están acostumbrados. Cualquiera sea el empleo y condición que Dios, en su providencia, nos haya asignado, acostumbrémonos a eso, sintámonos contentos con eso y no pensemos en posiciones más altas. Mejor es ser el crédito de un puesto modesto que la vergüenza de uno elevado. Si deseamos destruir nuestras almas o las almas de nuestros hijos, procuremos grandes cosas para nosotros y para ellos pero, si no, nos corresponde estar contentos en lo que estamos, teniendo comida y vestido.

CAPÍTULO XLVII

Versículos 1—6. *José presenta sus hermanos al faraón.* 7—12. *Jacob bendice al faraón.* 13—26. *Tratos de José con los egipcios durante el hambre.* 27—31. *La edad de Jacob—Su deseo de ser enterrado en Canaán.*

Vv. 1—6. Aunque José era un gran hombre, especialmente en Egipto, él reconoció a sus hermanos. Que los ricos y grandes del mundo no pasen por alto ni desprecien a los parientes pobres. Nuestro Señor Jesús no se avergüenza de llamarnos hermanos. Respondiendo a la pregunta del faraón, ¿cuál es vuestro oficio? Ellos le dijeron que eran pastores, agregando que ellos venían a estar en la tierra por un tiempo, mientras durara el hambre en Canaán. El faraón ofreció emplearlos como pastores siempre y cuando fueran hombres activos. Cualquiera sea nuestro oficio o empleo, debemos tratar de destacarnos en él y mostrarnos inteligentes y trabajadores.

Vv. 7—12. Con la seriedad de la edad avanzada, la piedad del creyente verdadero y la autoridad de un patriarca y profeta, Jacob suplicó al Señor que otorgara una bendición al faraón. Actuó como hombre que no se avergüenza de su religión; y que expresa gratitud al benefactor suyo y de su familia. —Aquí tenemos una respuesta muy poco corriente a una pregunta muy común. Jacob llama peregrinaje a su vida; el paso de un forastero por un país extranjero, o patria pasajera a su propio país. No estaba cómodo en la tierra; su habitación, su herencia, sus tesoros estaban en el cielo. Cuenta su vida por días; hasta por días se cuenta la vida con celeridad y no estamos seguros de que continúe por un día más. Por tanto, contemos nuestros días. Sus días fueron pocos. Aunque había vivido ciento treinta años, parecían pocos días en comparación con los días de la eternidad y el estado eterno. Son malos; esto es verdad tocante al hombre. Vive pocos días y llenos de problemas; puesto que sus días son malos, es bueno que sean pocos. La vida de Jacob había estado llena de días malos. La vejez le llegó más pronto que a algunos de sus antepasados. Así como el joven no debe enorgullecerse de su fuerza o belleza, el viejo no debe enorgullecerse de su edad y de sus canas, aunque los demás las reverencien con justicia; porque los que son considerados muy viejos no llegan a los años de los patriarcas. La cabeza blanca sólo es corona de gloria, cuando se halla en el camino de la justicia. Esa respuesta no podía dejar de impresionar el corazón del faraón recordándole que la prosperidad y felicidad mundana no pueden durar mucho y no bastan para satisfacer. Después de una vida de vanidad y vejaciones, el hombre va a la tumba, al igual desde un trono como desde una choza. Nada puede hacernos felices sino la perspectiva de un hogar eterno en el cielo, después de nuestro breve y agobiante peregrinaje sobre la tierra.

Vv. 13—26. Habiéndose preocupado de Jacob y su familia, cuya misericordia fue especialmente concebida por la providencia en el progreso de José, se relata la salvación del reino de Egipto de la ruina. No había pan y la gente estaba a punto de morir. Véase cómo dependemos de la providencia de Dios. Toda nuestra riqueza no nos libraría de pasar hambre si no lloviera por dos o tres años. Nótese hasta qué punto estamos a merced de Dios y mantengámonos siempre en su amor. También véase cuánto nos perjudicamos por nuestra propia falta de cuidado. Si todos los egipcios hubieran guardado trigo para ellos en los siete años de abundancia, no hubieran pasado estos aprietos; pero no consideraron la advertencia. La plata y el oro no los iban a alimentar: ellos debían tener trigo. Todo lo que el hombre tenga lo dará por su vida. —No podemos juzgar esto según las reglas modernas. Es claro que los egipcios consideraron a José como benefactor público. El todo es coherente con el carácter de José, que actuó con temor de Dios entre el faraón y sus súbditos. Los egipcios confesaron tocante a José: Nos has salvado la vida. ¿Qué le dirán a Jesús las multitudes agradecidas en el día postrero? ¡Has salvado nuestras almas de la más horrible destrucción, y en tiempo la angustia más extrema! Los egipcios se deshicieron de todas sus propiedades y hasta de su libertad por salvar sus vidas: ¿puede ser demasiado, entonces, que nosotros contemos todo como pérdida y lo dejemos en cuanto Él lo ordena y por amor a Él, que salva nuestra alma y nos da cien veces tanto, aquí en este mundo? Ciertamente si somos salvados por Cristo debemos estar dispuestos a ser Sus siervos.

Vv. 27—31. Finalmente, llegó el tiempo en que Israel debía morir. Israel, príncipe de Dios, tuvo poder sobre el Ángel y prevaleció, pero de todos modos debía morir. José le dio pan para que no muriera de hambre pero eso no le garantizaba el no morir de viejo o por enfermedad. Murió gradualmente; su vela se fue quemando paulatinamente hasta el cabo, de modo que viera acercarse el tiempo. Ventajoso es ver que la muerte se acerca antes que la sintamos para ser impulsados a hacer, con todas nuestras fuerzas, lo que nuestras manos encuentren para hacer. Sin embargo, la muerte no está lejos de ninguno de nosotros. Al ver que se acercaba su día, la preocupación de Jacob era su entierro; no la pompa de éste sino ser sepultado en Canaán, porque era la tierra prometida. Era tipo del cielo, la patria mejor, que claramente dijo esperar, Hebreos xi, 14. Nada ayudará mejor a hacer más cómodo el lecho de muerte que la perspectiva cierta del reposo en la Canaán celestial. Hecho esto, Israel se apoyó en la cabecera de la cama, adoró a Dios, como se explica, ver Hebreos xi, 21, y le dio gracias por todos sus favores; en debilidad se apoyó por sí mismo y expresó su disposición a dejar el mundo. Aun quienes vivieron de la provisión de José, y hasta Jacob, que le era tan querido, debían morir. Pero Cristo Jesús nos da el pan verdadero para que podamos comer y vivir por siempre. Cuando nos acerquemos a la muerte vayamos a Él y rindámonos y quien nos sostuvo durante la vida, nos saldrá al encuentro y nos hará entrega de la salvación eterna.

CAPÍTULO XLVIII

Versículos 1—7. *José visita a su padre moribundo.* 8—22. *Jacob bendice a los hijos de José.*

Vv. 1—7. El lecho de muerte del creyente con las oraciones y consejos de la persona moribunda es adecuado para impresionar seriamente a los jóvenes, a los dados a los placeres, y los prósperos: haremos bien en ir con los hijos en tales ocasiones, si puede hacerse apropiadamente. Si le place al Señor es muy deseable que nuestro testimonio de moribundo se refiera a su verdad, a su fidelidad y a lo placentero de sus caminos. Uno debiera desear vivir así, como para dar energía y peso a nuestras exhortaciones en el lecho de muerte. Todo creyente verdadero es bendecido en su muerte, pero no todos se van igualmente llenos de consuelos espirituales. —Jacob adoptó a los dos hijos de José. Que ellos no sucedan a su padre en su poder y grandeza en Egipto, sino que triunfen en el marco de la herencia de la promesa hecha a Abraham. Así, pues, el viejo patriarca moribundo enseña a estos jóvenes a que unan su suerte con el pueblo de Dios. Los nombra para que cada uno sea cabeza de una tribu. Son dignos de doble honor quienes, por la gracia de Dios, pasan por alto las tentaciones de la riqueza y el favor mundano para abrazar la religión en desgracia y pobreza. Jacob hará que Efraín y Manases sepan que es mejor ser de baja condición en este mundo y estar en la iglesia, que ser altos y estar fuera de ella.

Vv. 8—22. Los dos buenos hombres dan gloria a Dios en su consolación. José dice: “Ellos son mis hijos, los que Dios me ha dado”. Jacob dice: “Dios me ha mostrado tu simiente”. Las consolaciones son doblemente dulces para nosotros cuando las vemos venir de la mano de Dios. Él no sólo evita nuestros temores sino que excede nuestras esperanzas. Jacob menciona el cuidado que la divina providencia tuvo con él todos sus días. En su tiempo había tenido una buena cantidad de dificultades, pero Dios le evitó el mal de sus problemas. Ahora que está muriendo se mira a sí mismo como redimido de sus pecados y sus pesares para siempre. Cristo, el Ángel del pacto redime de la maldad. Nos libra de la miseria y del peligro, por el poder divino, que viene a través del rescate por la sangre de Cristo, en las Escrituras usualmente se llama *redención*. —Al bendecir a los hijos de José, Jacob intercambia sus manos. José está dispuesto a mantener a su primogénito, y pudo haber removido las manos de su padre. Pero Jacob actuó no por error ni por afecto parcial a uno más que al otro; pero sí a través de un espíritu profético, y por el Divino consejo. Dios, está bendiciendo a su

pueblo, le da más a uno que a otro, más regalos, gracia y comodidades, y más de las cosas buenas de la vida. Usualmente le da más a aquellos que menos posibilidades tienen de recibir. Él escoge las cosas débiles del mundo; levanta al pobre del polvo. La gracia observa no el orden de la naturaleza, ni tampoco Dios prefiere a aquellos que nosotros pensamos que más lo merecen, sino al placer de Él. ¡Que pobres son aquellos que no tienen riquezas sino las de este mundo! ¡Que miserable es el lecho de muerte para aquellos que no tienen un buen fundamento de esperanza, pero sí terribles aprensiones de maldad, y nada más que maldad para siempre!

CAPÍTULO XLIX

Versículos 1, 2. *Jacob llama a sus hijos para bendecirlos.* 3—7. *Rubén, Simeón, Leví.* 8—12. *Judá.* 13—18. *Zabulón, Isacar, Dan.* 19—21. *Gad, Aser, Neftalí.* 22—27. *José y Benjamín.* 28—33. *El encargo de Jacob tocante a su entierro—su muerte.*

Vv. 1, 2. Todos los hijos de Jacob estaban vivos. Su llamado que los hizo reunirse fue un precepto para que ellos se unieran en amor y no se mezclaran con los egipcios; y predijo que no iban a separarse como lo hicieran los hijos de Abraham y de Isaac, sino que todos debían formar un solo pueblo. —No vamos a considerar este discurso como expresión de sentimientos particulares de afecto, resentimiento o parcialidad, sino como lenguaje del Espíritu Santo que declara el propósito de Dios respecto del carácter, las circunstancias y la situación de las tribus que descendían de los hijos de Jacob y que puede identificarse en sus historias.

Vv. 3—7. Rubén fue el primogénito pero por gran pecado perdió su primogenitura. El carácter de Rubén era inestable como el agua. Los hombres no prosperan porque no se establecen. El pecado de Rubén dejó una infamia perdurable en su familia. Nunca hagamos mal y, entonces, no temeremos que nos hablen al respecto. —Simeón y Leví eran apasionados y vengativos. El asesinato de los siquemitas es una prueba. Jacob protestó contra ese acto bárbaro. Nuestra alma es nuestro honor; por sus capacidades somos distinguidos de las bestias que perecen, y somos elevados por sobre ellas. De todo corazón debemos aborrecer a todo hombre sanguinario y malo. Maldita sea su ira. Jacob no maldice a sus personas sino sus lujurias. Yo las dividiré. La sentencia acerca de Leví se iba a convertir en bendición. Esta tribu realizó un servicio agradable a Dios en su celo contra los adoradores del becerro de oro, Éxodo xxxii. Habiendo sido apartados por Dios como sacerdotes, en ese carácter fueron esparcidos por la nación de Israel.

Vv. 8—12. El nombre de Judá significa alabanza. Dios era alabado *por* su causa, capítulo xxix, 35, alabado *por* él y alabado *en* él; por tanto, sus hermanos le alabarán. Judá será una tribu fuerte y valiente. Judá es comparado, no con un león enfurecido y rugiente, sino con un león que disfruta la satisfacción de su fuerza y éxito sin vejar a los demás; esto es ser verdaderamente grande. Judá será la tribu real, la tribu de la cual vendrá el Mesías Príncipe. Silo, esa Simiente prometida en quien la tierra será bendecida, "ese pacífico y próspero", o " Salvador" vendrá de Judá. Así, pues, el moribundo Jacob vio, de lejos, el día de Cristo y eso le fue consuelo y sostén en su lecho de muerte. Hasta la venida de Cristo, Judá poseyó autoridad, pero, después de su crucifixión, esta fue disminuida y, conforme a lo anunciado por Cristo, Jerusalén fue destruida y todo el remanente pobre y perseguido de los judíos fue confundido. —Mucho de lo que aquí se dice de Judá, debe aplicarse a nuestro Señor Jesús. En Él hay abundancia de todo lo que alimenta y refresca el alma y que mantiene y alegra la vida divina en ella. Él es la vid verdadera; el vino es el símbolo señalado de su sangre, que se bebe, derramada en favor de los pecadores y aplicada por fe; y todas las bendiciones de su

evangelio son vino y leche, sin dinero y sin precio, a lo cual es bienvenida toda alma sedienta, Isaías lv, 1.

Vv. 13—18. Acerca de Zabulón: si la profecía dice que Zabulón será un puerto de barcos, ciertamente la providencia lo hará así. Dios designa los límites de nuestra habitación. Sabiduría y deber nuestro es acomodarnos a nuestra suerte y mejorarla; si Zabulón habita en el puerto del mar, que sea refugio de barcos. —Tocante a Isacar: él vio que la tierra era deleitosa, produciendo no sólo perspectivas gratas sino buenos frutos para recompensar sus esfuerzos. Veamos, con el ojo de la fe, que el reposo celestial sea bueno y la tierra prometida deleitosa; esto hará que nuestro servicio presente sea fácil. —Dan iba a ganar, por artes y política y sorpresa, ventajas contra sus enemigos, como serpiente que muerde el calcañar del viajero. —Jacob, casi extenuado y listo para desmayar, lo alivia con estas palabras: “Tu salvación esperé, oh Jehová”. La salvación que esperaba era Cristo, la Simiente prometida; ahora que él iba a ser reunido con su pueblo, suspira por Aquel a cuyo alrededor será la reunión del pueblo. Declara sencillamente que busca el cielo, la patria mejor, Hebreos xi, 13, 14. Ahora que va a disfrutar la salvación, se consuela por haber esperado la salvación. Como nuestro camino al cielo hay que esperar en Cristo, y el cielo, hay que esperarlo como nuestro reposo en Cristo. Es consuelo del santo moribundo haber esperado la salvación del Señor, pues entonces tendrá lo que ha estado esperando.

Vv. 19—21. En cuanto a Gad, alude Jacob a su nombre que significa ejército y anuncia el carácter de esta tribu. La causa de Dios y su pueblo, aunque por una vez pueda parecer derrotada y acabada, al final será victoriosa. Representa al conflicto cristiano. La gracia del alma suele ir envuelta en sus conflictos; las huestes de corrupción la vencen, pero la causa es de Dios y al final la gracia saldrá vencedora, sí, más que vencedora, Romanos viii, 37. —Aser debe ser una tribu rica. Su herencia bordeaba el Carmelo que era proverbialmente fructífero. —Neftalí, es una cierva suelta. Podemos considerarlo como descripción del carácter de esta tribu. A diferencia del laborioso buey y del asno, está deseoso de comodidad y libertad, activo, pero más notorio por la acción rápida que por la labor constante y la perseverancia. Como el suplicante que, con palabras buenas, anhela misericordia. Que no se censuren ni envidien unos a otros los que tienen diferentes temperamentos y dones.

Vv. 22—27. La bendición de José es muy plena. Lo que dice Jacob de él es historia y profecía. Jacob le recuerda las dificultades y fieros dardos de las tentaciones con que anteriormente luchó. Su fe no falló, antes bien, en medio de sus pruebas llevó todas sus cargas con firmeza y no hizo nada inconveniente. Toda nuestra fortaleza para resistir las tentaciones y soportar las aflicciones viene de Dios; su gracia es suficiente. —José llegó a ser el pastor de Israel para cuidar de su padre y de su familia, y la roca de Israel, su fundamento y firme soporte. En esto, como en muchas otras cosas, José fue un notable tipo del Buen Pastor y la Piedra del Ángulo probada de toda la iglesia de Dios. —Las bendiciones son prometidas para la posteridad de José, típicas de las vastas y eternas bendiciones que vienen sobre la simiente espiritual de Cristo. Jacob bendijo a todos sus hijos pero especialmente a José, “que fue apartado de sus hermanos”. No sólo separado en Egipto sino, por poseer una eminente dignidad y por ser más consagrado a Dios. —Se dice de Benjamín que arrebatará como lobo. Jacob fue guiado por el Espíritu de profecía en lo que dijo y no por el afecto natural; de lo contrario, hubiera hablado con más ternura de su amado hijo Benjamín. Tocante a él solamente prevé y predice que su posteridad será una tribu guerrera, fuerte y osada, y que se enriquecerá con los despojos de sus enemigos; que serán activos. El bendito Pablo era de esta tribu, Romanos xi, 1; Filipenses iii, 5; en el amanecer de su día, devoró la presa como perseguidor, pero en el ocaso repartió el botín como predicador; él compartió las bendiciones del León de Judá y participó en sus victorias.

Vv. 28—33. Jacob bendijo a cada uno conforme a las bendiciones que Dios tenía como objetivo otorgarles en tiempos posteriores. —Habló del lugar de su sepultura desde un principio de fe en la promesa de Dios, de que Canaán sería la heredad de su simiente en el momento debido. Cuando hubo terminado sus bendiciones y sus encargos y, por tanto, su testimonio, se concentró en su tarea de morir. Encogió los pies en la cama, no sólo como uno que pacientemente se somete al golpe, sino como quien alegremente se acomoda para descansar, ahora que estaba agotado. Entregó libremente su espíritu en la mano de Dios, el Padre de los espíritus. Si el pueblo de Dios es nuestro pueblo, la muerte nos reunirá con ellos. Bajo el cuidado del Pastor de Israel, nada nos faltará para el cuerpo o el alma. Permaneceremos firmes hasta que esté terminada nuestra obra; entonces, expiraremos nuestras almas en las manos de Aquel cuya salvación hemos esperado, partiremos en paz y dejaremos tras nosotros una bendición para nuestros hijos.

CAPÍTULO L

Versículos 1—6. *El duelo por Jacob.* 7—14. *Su funeral.* 15—21. *Los hermanos de José suplican su perdón—Él los consuela.* 22—26. *La instrucción de José respecto de sus huesos—su muerte.*

Vv. 1—6. Aunque los parientes y amistades piadosos hayan vivido hasta una edad bien avanzada y estemos confiados de que se han ido a la gloria, podemos sentir la pérdida y respetar su recuerdo llorándolos. La gracia no destruye, sino que purifica, modera y regula el afecto natural. El alma que se fue está fuera del alcance de toda muestra de nuestro afecto pero es apropiado mostrar respeto al cuerpo, del cual esperamos una resurrección gloriosa y gozosa, sea lo que sea que suceda con sus restos en este mundo. Así, pues, José mostró su fe en Dios y su amor por su padre. Mandó que el cuerpo fuera embalsamado o envuelto con especias para preservarlo. Vea cuán viles son nuestros cuerpos cuando el alma los ha abandonado: se ponen en muy poco tiempo fétidos y desagradables.

Vv. 7—14. El cuerpo de Jacob fue velado no sólo por su familia sino por los grandes de Egipto. Ahora que conocían mejor a los hebreos, empezaron a respetarlos. Los que profesan la religión deben proponerse eliminar, por sabiduría y amor, los prejuicios que muchos tienen en contra de ellos. Los espectadores vieron esto como un llanto grande. La muerte de los hombres buenos es una pérdida en cualquier parte y debe ser grandemente lamentada.

Vv. 15—21. Diversos son los motivos que pudieron hacer que los hijos de Jacob siguieran en Egipto, a pesar de la visión profética que Abraham tuvo de su esclavitud allá. Juzgando a José con el temperamento general de la naturaleza humana, pensaron que ahora él se vengaría de los que lo habían odiado y dañado sin causa. No siendo capaces de resistir ni de huir, intentaron ablandarlo humillándose. Le suplicaron como siervos del Dios de Jacob. José se sintió muy afectado al ver el cumplimiento total de sus sueños. Les manda que no le teman a él sino a Dios; que se humillen ante el Señor y busquen el perdón divino. Les garantiza su propia bondad para con ellos. Véase que espíritu excelente era José y aprendamos de él a devolver bien por mal. Él los consoló y, para disipar todos sus temores, les habló amablemente. Los espíritu quebrantados deben ser curados y animados. No sólo debemos hacer el bien a quienes amamos y perdonamos; también debemos hablarles bondadosamente.

Vv. 22—26. Al honrar a su padre, José tuvo días largos en la tierra que, por el presente, Dios le había dado. Cuando vio que se acercaba su muerte, consoló a sus hermanos con la seguridad del regreso de ellos a Canaán en el debido momento. Debemos consolarnos unos a otros con las mismas consolaciones con que hemos sido consolados por Dios y animarlos a descansar en las promesas que

son nuestro apoyo. Como una confesión de su propia fe y una confirmación de la de ellos, les encarga que dejen sin enterrar sus restos hasta el día glorioso en que ellos se establezcan en la tierra prometida. Así, pues, José por fe en la doctrina de la resurrección y en la promesa de Canaán, dio mandamiento acerca de sus huesos. Esto iba a mantener viva la expectativa de ellos en cuanto a una pronta salida de Egipto y a tener a Canaán presente en forma continua. Además, esto uniría a la posteridad de José con sus hermanos. —La muerte, como también la vida de este eminente santo, fue verdaderamente excelente; ambas nos dan una firme exhortación de perseverancia en el servicio de Dios. ¡Cuán dichoso empezar temprano en la carrera celestial, seguir firme y terminar la carrera con gozo! Esto que hizo José, nosotros también podemos hacer. Hasta cuando los dolores de la muerte estén sobre nosotros, si hemos confiado en quien confiaron los patriarcas, los profetas y los apóstoles, no temamos decir: “mi carne y mi corazón desfallecen, mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre”.

ÉXODO

El Libro del Éxodo narra la formación de los hijos de Israel en iglesia y nación. Hasta aquí hemos visto la religión verdadera en la vida doméstica; ahora, empezamos a ver sus efectos en los asuntos de reinos y naciones. Éxodo significa "la salida" siendo el hecho principal aquí registrado la salida de Israel de Egipto y de la esclavitud egipcia. Señala claramente el cumplimiento de diversas promesas y profecías hechas a Abraham respecto de su simiente y establece proféticamente la situación de la iglesia en el desierto de este mundo hasta su llegada a la Canaán celestial, el reposo eterno.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *Los hijos de Israel aumentan en Egipto después de la muerte de José.* 8—14. *Son oprimidos, pero se multiplican sobremanera.* 15—22. *Muerte de los hijos varones.*

Vv. 1—7. Durante más de 200 años, mientras Abraham, Isaac y Jacob vivieron en libertad, la población hebrea creció lentamente; sólo unas setenta personas entraron en Egipto. Allí, casi en la misma cantidad de años, pero bajo cruel servidumbre, se convirtieron en una nación grande. Este aumento asombroso fue en conformidad con la promesa hecha mucho antes a los padres. Aunque a veces el cumplimiento de las promesas de Dios es lento, siempre es seguro.

Vv. 8—14. La tierra de Egipto se convirtió en casa de servidumbre para Israel. El lugar donde fuimos felices puede volverse, de pronto, en lugar de aflicción; el lugar del cual dijimos: Este es nuestro lugar de consuelo, puede ser la cruz más grande para nosotros. Dejaos de confiar en el hombre, y que no se diga de ningún lugar de este lado del cielo: "Este es mi reposo". Todos conocían a José, lo amaban y fueron amables con sus hermanos por amor a él; aun los mejores y más útiles servicios que un hombre haga a los demás, pronto se olvidan después de su muerte. Nuestro gran interés debe ser servir a Dios y complacer a Aquel que no es injusto, como los hombres, para olvidar nuestra obra y trabajo de amor. La ofensa de Israel es que prospera. No hay cosa más odiosa para un hombre malo que la prosperidad del justo. —Los egipcios temían que los hijos de Israel se unieran a sus enemigos y los expulsaran de la tierra. La maldad es siempre cobarde e injusta; hace que el hombre tema donde nada hay que temer y que huya cuando nadie lo persigue. La sabiduría humana a menudo es necia y muy pecaminosa. El pueblo de Dios tenía capataces sobre ellos, no sólo para oprimirlos sino para afligirlos con sus cargas. No sólo los hacían servir para provecho del faraón sino para amargarles la vidas. —Los israelitas aumentaron maravillosamente. El cristianismo se difunde más cuando es perseguido: la sangre de los mártires fue la semilla de la iglesia. Quienes aceptan consejo contra el Señor y su Israel sólo imaginan cosas vanas y acarrean mayor afrenta contra sí mismos.

Vv. 15—22. Los egipcios trataron de destruir a Israel asesinando a sus hijos. La enemistad que hay en la simiente de la serpiente contra la Simiente de la mujer, hace que los hombres olviden toda compasión. Queda claro que los hebreos estaban ahora bajo una bendición poco común. Vemos que los servicios hechos para el Dios de Israel son frecuentemente recompensados con bondad. —El faraón dio la orden de ahogar a todos los hijos varones de los hebreos. El enemigo que, por medio

del faraón, trataba de destruir a la iglesia en su estado infantil, se ocupa en frustrar el surgimiento de reflexiones serias en el corazón del hombre. Que teman pecar los que escapen, y clamen socorro al Señor directa y fervientemente.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Nace Moisés y lo dejan en el río.* 5—10. *Lo encuentran y lo llevan a la hija de Faraón.* 11—15. *Moisés mata a un egipcio y huye a Madián.* 16—22. *Moisés se casa con la hija de Jetro.* 23—25. *Dios oye a los israelitas.*

Vv. 1—4. Observe el orden de la Providencia: justo en el momento en que la crueldad de Faraón llega al máximo, mandando matar a los niños hebreos, nace el libertador. Cuando los hombres se confabulan para llevar la iglesia a la ruina, Dios está preparando su salvación. —Los padres de Moisés vieron que era un niño hermoso. La fe viva se siente fortalecida con el menor indicio del favor divino. Hebreos xi, 23 dice que por fe los padres de Moisés lo escondieron; tenían la promesa de que Israel sería preservado, y la creyeron. La fe en la promesa de Dios anima a usar medios legales para obtener misericordia. El cumplimiento de nuestro deber, va seguido de los hechos de Dios. La fe en Dios siempre nos pondrá por encima del temor al hombre. —Al cabo de tres meses, cuando ya no podían esconder más al bebé, lo colocaron en un arquilla de juncos a la orilla del río, y a su hermana para que vigilara. Si el débil afecto de una madre fue tan cuidadoso, qué pensaremos de Aquel cuyo amor, cuya compasión son infinitos, como Él. Moisés nunca tuvo protección más poderosa a su alrededor; ni aun cuando tenía a todos los israelitas alrededor de su tienda en el desierto, que ahora cuando yace a solas, un indefenso bebé sobre las aguas. No hay agua, no hay egipcio que pueda dañarlo. Dios está más presente a nuestro lado cuando parecemos más abandonados y desamparados.

Vv. 5—10. Venid, ved el lugar donde ese gran hombre, Moisés, yace siendo un niñito; en un canasto de juncos a orilla del río. Si hubiera quedado largo tiempo allí, hubiera perecido. Pero al lugar donde está este pobre infante desamparado la Providencia trae a la hija del Faraón e inclina su corazón a la compasión, cosa que ella se atreve a hacer cuando nadie más podía. El cuidado que Dios tuvo de nosotros en nuestra infancia debiéramos mencionarlo a menudo para su alabanza. El faraón trató cruelmente de destruir a Israel, pero su propia hija tuvo lástima de un niño hebreo y, no sólo eso, sino que, sin saberlo, preservó al libertador de Israel y dio a Moisés una buena nodriza, esto es, su propia madre. Para que tuviera una nodriza hebrea, la hermana de Moisés trajo a su madre por nodriza. —Moisés fue tratado como hijo de la hija de Faraón. Muchos que tienen un nacimiento oscuro y pobre, por actos sorprendentes de la Providencia son puestos a gran altura en el mundo, para que los hombres sepan que Dios reina.

Vv. 11—15. Moisés asumió atrevidamente la causa del pueblo de Dios. Queda claro en Hebreo xi, que esto fue hecho por la fe, con el propósito pleno de abandonar los honores, las riquezas y los placeres del rango que tenía entre los egipcios. Por la gracia de Dios fue un partícipe de la fe en Cristo, que vence al mundo. Puesto que tenía la seguridad de que Israel era el pueblo de Dios, estaba dispuesto, no sólo a arriesgarlo todo, sino a sufrir por amor a Él. —Por concesión especial del Cielo, que no sienta jurisprudencia para otros casos, Moisés mató a un egipcio y rescató a un israelita oprimido. Además, trató de poner fin a una disputa entre dos hebreos. El reproche de Moisés aún podría usarse. ¿No podemos aplicarlo a quienes disputan, y con sus ardientes debates, dividen y debilitan la iglesia cristiana? Olvidan que son hermanos. El que hacía lo malo atacó a Moisés. Enojarse por la reprensión es señal de culpa. Los hombres no saben lo que hacen, ni cuán enemigos

son de sí mismos, cuando resisten y desprecian la reprensión fiel y al que la hace. Moisés podría haber dicho: “Si este es el espíritu de los hebreos, me iré de regreso a la corte y seré el hijo de la hija del Faraón”. Pero debemos tener cuidado de no ponernos en contra de los caminos de Dios y de su pueblo, por la necedad y los malos modales de algunas personas que profesan la religión. Moisés se vio obligado a huir a la tierra de Madián. Dios ordenó esto con fines sabios y santos.

Vv. 16—22. Moisés encontró refugio en Madián. Aunque se había criado y educado en la sabiduría de la corte, estuvo dispuesto a ayudar a las hijas de Reuel a que abrevaran sus rebaños. Moisés le gustaba hacer *justicia* y actuar en defensa de quienes veía dañados, cosa que todo hombre debiera hacer si está a su alcance. Él le gustaba hacer *lo bueno*; donde quiera que nos ponga la providencia de Dios, debemos desear ser útiles y tratar de serlo; y cuando no podamos hacer el bien que debemos, tenemos que estar preparados para hacer el bien que podamos. Moisés se recomendó solo al príncipe de Madián, el cual casó una de sus hijas con Moisés, con la cual tuvo un hijo, Gersón, “un extraño ahí” para que le recordara la tierra en que había sido extranjero.

Vv. 23—25. Aunque no siguió el asesinato de los niños varones, continuó la sevidumbre de los israelitas en Egipto. A veces, el Señor tolera que la vara de los malos caiga larga y pesada sobre la suerte del justo. Al final, sometidos a sus tribulaciones, empezaron a pensar en Dios. Es señal de que el Señor viene a nosotros con liberación cuando se inclina y hace que clamemos a Él. Dios *oyó* sus *gemidos*; dejó en claro que había tomado nota de sus gemidos. Él *recordó* su pacto, del cual nunca se olvida. Esto tuvo en consideración y no algún mérito de ellos. Él *miró* a los hijos de Israel. Moisés los miró y los compadeció pero, ahora, Dios los miró y los ayudó. Él *tuvo respeto* hacia ellos. Sus ojos estaban ahora fijos sobre Israel para mostrarse en favor de ellos. Dios siempre es así, una muy pronta ayuda en las tribulaciones. Entonces, animaos vosotros, que conscientes de culpa y servidumbre, estáis esperando en Él para ser liberados. Dios en Cristo Jesús también os mira. Una llamada de amor se une a una promesa del Redentor. Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar, Mateo xi, 28.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Dios se aparece a Moisés en una zarza ardiente.* 7—10. *Dios envía Moisés para liberar a Israel.* 11—15. *El nombre Jehová.* 16—22. *Promesa de liberación para los israelitas.*

Vv. 1—6. La vida de Moisés se divide en tres períodos de cuarenta años: los primeros cuarenta que pasó como príncipe en la corte de Faraón; los segundos, como pastor en Madián; los terceros, como rey en Jesurún. ¡Cuán variable es la vida del hombre! La primera aparición de Dios halló a Moisés cuidando ovejas. Parece un pobre empleo para un hombre de su capacidad y educación, aunque esté satisfecho con él; de este modo aprende la mansedumbre y el contentamiento, por los cuales se destaca más que por todo su saber en los escritos sagrados. A Satanás le gusta encontrarnos ociosos. Dios se agrada cuando nos encuentra ocupados. Estar solos es bueno para nuestra comunión con Dios. —Con gran asombro, Moisés vio una zarza que ardía sin un fuego que la encendiera. La zarza ardía pero no se consumía, emblema de la iglesia esclavizada en Egipto. En forma adecuada nos recuerda a la iglesia de toda época que, aun bajo las persecuciones más severas, no pudo ser destruida porque Dios la conservó. En la Escritura, el fuego es un emblema de la justicia y santidad divina, y de las aflicciones y tribulaciones con que Dios prueba y purifica a su pueblo, y aun del bautismo del Espíritu Santo, por el cual son consumidos los afectos pecaminosos, y el alma cambia a la naturaleza e imagen de Dios.

Dios hizo a Moisés un llamamiento por gracia, al cual éste dio una pronta respuesta. Quienes han de tener comunión con Dios deben pretarle atención en las ordenanzas a través de las cuales le place manifestarse a sí mismo y su gloria, aunque sea en una zarza. Descalzarse era una señal de respeto y sumisión. Para allegarnos a Dios debemos hacerlo pausadamente y con una solemne preparación, evitando cuidadosamente todo lo que parezca liviano, vulgar e inconveniente a su servicio. —Dios no dice: Yo *era* el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, sino *Yo soy*. Los patriarcas todavía viven, después de tantos años que sus cuerpos han estado en la tumba. Ninguna extensión en el tiempo puede separar el alma de los justos de su Hacedor. Diciendo esto, Dios enseñó a Moisés acerca de otro mundo y fortaleció su creencia en un estado futuro. Así lo interpreta nuestro Señor Jesús, el cual, a partir de esto, prueba que los muertos resucitan, Lucas xx, 37. Moisés escondió su rostro, como avergonzado a la vez que asustado de mirar a Dios. Mientras más vemos de Dios y de su gracia y de su amor en el pacto, más causa veremos para adorarle con reverencia y piadoso temor.

Vv. 7—10. Dios nota las aflicciones de Israel. Sus *angustias*; hasta las angustias secretas del pueblo de Dios le son conocidas. Su *clamor*: Dios oye los gritos de su pueblo afligido. La *opresión* que soportaban: los opresores más altos y grandes de su pueblo no están por encima de Él. Dios promete pronta liberación por métodos ajenos a los caminos comunes de la providencia. A quienes Dios, por su gracia, libra de un Egipto espiritual, los llevará a la Canaán celestial.

Vv. 11—15. Moisés se había creído antes capaz de liberar a Israel, pero se dio a la tarea con demasiada prisa. Ahora, cuando es la persona más adecuada para eso, conoce sus propias debilidades. Este fue el efecto de un mayor conocimiento de Dios y de sí mismo. Anteriormente fue la confianza en sí mismo mezclada con una firme fe y gran celo; ahora, un pecaminoso desconfiar en Dios repta disfrazado de humildad; tan defectuosas son las gracias más firmes y los mejores deberes de los santos más prominentes. Pero todas las objeciones reciben respuesta: “Ciertamente yo estaré contigo”. Eso basta. Dos nombres por los cuales Dios será ahora conocido. Un nombre que denota que es en sí: YO SOY EL QUE SOY. Esto explica su nombre Jehová y significa: —1. Que Él es *autoexistente*: y tiene su ser de sí mismo. —2. Que es *eterno* e *inmutable* y siempre el mismo, ayer, hoy y por los siglos. —3. Que Él es *incomprensible*; no podemos, por medios humanos, desentrañar lo que es: este nombre detiene todas las indagatorias osadas y curiosas acerca de Dios. —4. Que Él es *fiel* y *veraz* a todas sus promesas, inmutable en su palabra como asimismo en su naturaleza; que Israel sepa esto, YO SOY me ha enviado a ustedes. Yo soy, y no hay nadie fuera de mí. —Todo lo demás tiene su ser de Dios y es totalmente dependiente de Él. —Además, he aquí un nombre que denota lo que Dios es para su pueblo. El Señor Dios de vuestros padres me ha enviado. Moisés debe revivir en ellos la religión de sus padres, que estaba casi perdida; y, entonces, ellos podían tener la expectativa del cumplimiento rápido de las promesas hechas a sus padres.

Vv. 16—22. El éxito de Moisés con los ancianos de Israel sería bueno. Dios, que, por su gracia, inclina el corazón y abre el oído, pudo decir de antemano: Ellos escucharán tu voz, pues Él les daría la disposición en este día de poder. En cuanto al Faraón aquí le dice a Moisés que las peticiones, las persuasiones y las quejas humildes no prevalecerían con él; ni siquiera una mano poderosa extendida en señales y prodigios. Pero los que no se inclinan ante el poder de su palabra ciertamente serán quebrados por el poder de la mano de Dios. El pueblo de Faraón daría riquezas a Israel en su partida. —En la tiranía de Faraón y la opresión de Israel vemos el estado miserable y abyecto de los pecadores. Aunque el yugo es áspero, ellos trabajan como esclavos hasta que el Señor manda la redención. Junto con las invitaciones del evangelio Dios envía la enseñanza de su Espíritu. Así, los hombres reciben la disposición para buscar y esforzarse por su liberación. Satanás pierde su poder de retenerlos, ellos se salen adelante con todo lo que tienen y son, y aplican toda la gloria a Dios y al servicio de su iglesia.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—9. *Dios da poder a Moisés para hacer milagros.* 10—17. *Moisés no quiere ser enviado—Aarón tendrá que ayudarle.* 18—23. *Moisés se va de Madián—El mensaje de Dios para Faraón.* 24—31. *El desagrado de Dios contra Moisés—Encuentro con Aarón—El pueblo les cree.*

Vv. 1—9. Moisés dice que la gente no le creerá a menos que él les muestre alguna señal. Dios le da poder para hacer milagros. Pero los que en la actualidad se ocupan en entregar el mensaje de Dios a los hombres no tienen poder para obrar milagros: el carácter de ellos y su doctrina tienen que ser probados por la palabra de Dios a la cual apelan. Estos milagros se refieren especialmente a los milagros del Señor Jesucristo. Sólo correspondía a Él expulsar del alma el poder del diablo y sanar el alma de la lepra del pecado; y así era para Él, primero expulsar al diablo y sanar la lepra del cuerpo.

Vv. 10—17. Moisés siguió con reticencia la obra que Dios le designó; había mucha cobardía, indolencia e incredulidad en él. No debemos juzgar a los hombres por la prontitud de su discurso. La lengua tardía puede tener mucha sabiduría y verdadero valor. A veces Dios elige como mensajeros suyos a quienes tienen en grado mínimo las ventajas del arte o de la naturaleza, para que en ellos pueda verse más gloriosa su gracia. Los discípulos de Cristo no eran oradores, hasta que el Espíritu Santo los hizo tales. —Dios condesciende a responder la excusa de Moisés. Hasta la autodesconfianza que nos impide cumplir *el deber* o nos obstruye *en* el trabajo es muy desagradable para el Señor. Pero mientras culpamos a Moisés por su actitud en este servicio peligroso, preguntemos a nuestros corazones si no estamos descuidando deberes más fáciles y menos peligrosos. —La lengua de Aarón, con la cabeza y el corazón de Moisés, compondrían un ser completamente apto para esta tarea. Dios promete, Yo estaré con tu boca y con su boca. Aun Aarón, que podía hablar bien, no podría hablar de este cometido a menos que Dios le diera permanente enseñanza y ayuda; pues sin la ayuda constante de la gracia divina hasta los mejores dones fallarán.

Vv. 18—23. Después que apareció en la zarza, Dios habló frecuentemente con Moisés. El Faraón había endurecido su corazón contra los gemidos y clamores de los israelitas oprimidos; ahora Dios, en el camino de hacer un justo juicio, endurece el corazón de Faraón contra la enseñanza que le dejan los milagros y el terror de las plagas. Pero sea que el Faraón oiga o sea que prohíba, Moisés debe decirle: Así dice el Señor. Debe exigir la liberación de Israel: Deja ir a mi hijo; no sólo a mi siervo a quien no tienes derecho de detener sino a mi hijo. Mi hijo es quien me sirve y, por tanto, debe ser librado, por Él debe rogarse. En caso de rechazo: Yo mataré a tu hijo, tu primogénito. Como los hombres tratan al pueblo de Dios, así deben ser tratados.

Vv. 24—31. Dios sale enojado al encuentro de Moisés. El Señor lo amenaza de muerte o con mandarle una enfermedad como castigo por haber pasado por alto la circuncición de su hijo. Cuando Dios nos da a conocer lo que está mal en nuestra vida, debemos poner toda diligencia en enmendarnos con prontitud. Esta es la voz de la vara cada vez que la usa; nos llama a que nos volvamos al que nos ha disciplinado. Dios envió a Aarón al encuentro de Moisés. Mientras mejor veían ellos que Dios era quien los reunía, más agradable era su encuentro. —Los ancianos de Israel los encontraron en fe y estuvieron dispuestos a obedecerles. A menudo sucede que se halla menos dificultad que la esperada en las empresas que son conforme a la voluntad de Dios y para su gloria. Sólo levantémonos y esforcémonos en nuestra obra, el Señor estará con nosotros y nos prosperará. Si Israel acogió las noticias de su liberación y adoró al Señor, ¡cómo no debiéramos nosotros acoger la buena nueva de la redención, para abrazarla por fe y adorar al Redentor!

CAPÍTULO V

Versículos 1—9. *El desagrado del Faraón—El aumenta las tareas de los israelitas.* 10—23. *Los sufrimientos de los israelitas—La queja de Moisés a Dios.*

Vv. 1—9. Dios reconocerá a su pueblo aunque pobres y despreciados y encontrará un tiempo para defender su causa. Faraón trató con desprecio todo lo que oyó. Él no tenía conocimiento de Jehová, ni temor de Él, ni amor por Él y, por tanto, se negó a obedecerle. Así, pues, el orgullo, la ambición, la codicia y el conocimiento político de Faraón lo endurecieron para su propia destrucción. Lo que pidieron Moisés y Aarón era muy razonable, solamente ir a tres días de viaje por el desierto y eso para una buena diligencia. Sacrificaremos al Señor nuestro Dios. Faraón fue muy irracional al decir que la gente hablaba de ir a sacrificar porque estaba ociosa. Así, tergiversó sus palabras para tener un pretexto para aumentar sus cargas. En el presente encontramos a muchos que están más dispuestos a culpar a su prójimo por pasar unas pocas horas en el servicio de Dios, apartados de sus negocios mundanos, que a culpar a quienes dan el doble de su tiempo a placeres pecaminosos. —La orden de Faraón fue bárbara. Hasta Moisés y Aarón debían cargarse. Los perseguidores se complacen en despreciar a los ministros y ponerles dificultades. Debía hacerse la cantidad habitual de ladrillos sin la provisión acostumbrada de paja para mezclar con el barro. De esta manera los hombres iban a ser cargados con tanto trabajo que, si lo hacían, el esfuerzo los quebrantaría, y si no lo hacían, serían castigados.

Vv. 10—23. Los capataces egipcios eran muy severos. Véase cuánta necesidad tenemos de orar para ser librados de los hombres malos. Los jefes de los trabajadores se quejaron justamente al Faraón pero éste se burló de ellos. La maldad de Satanás a menudo representa el servicio y la adoración de Dios como tarea adecuada sólo para quienes nada tienen que hacer y actividad sólo para ociosos, aunque es deber aun de quienes más ocupados están en el mundo. —Los que son diligentes en ofrecer sus sacrificios al Señor, escaparán, ante Dios, del destino del siervo perezoso, aunque no escapen de los hombres. —Los israelitas debieran haberse humillado ante Dios y haber tomado sobre sí mismos la vergüenza de su pecado pero, en cambio, pelearon contra quienes iban a ser sus libertadores. Moisés volvió al Señor. Sabía que lo que había dicho y hecho era por orden de Dios y, por tanto, apela a Él. Cuando nos encontramos en cualquier momento confundidos en el camino de nuestro deber, debemos ir a Dios y exponer nuestro caso ante Él por medio de la oración fervorosa. Los desengaños de nuestro trabajo no deben alejarnos de nuestro Dios; más bien deberíamos reflexionar en la razón por qué han sido enviados.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—9. *Dios renueva su promesa.* 10—13. *Moisés y Aarón enviados nuevamente a Faraón.* 14—30. *El parentesco de Moisés y Aarón.*

Vv. 1—9. Muy probablemente prosperemos en nuestros intentos de glorificar a Dios y ser útiles a los hombres cuando aprendamos por experiencia que nada podemos hacer por nosotros mismos, y si toda nuestra dependencia está en Él y toda nuestra expectativa sea de Él. Moisés había estado *esperando* lo que Dios iba a hacer, pero ahora *verá* lo que hará Él. Ahora Dios sería conocido por su nombre, Jehová, esto es, el Dios que hace lo prometido y termina su obra. —Dios quería la felicidad de ellos: Yo los tomaré como mi pueblo, un pueblo peculiar y Yo seré vuestro Dios. No necesitamos pedir ni tener más que esto para hacernos felices. Él quiere su gloria: Ustedes sabrán que Yo soy

Jehová. Estas palabras buenas y consoladoras, debieran haber reanimado a los decaídos israelitas y haberles hecho olvidar su miseria; pero ellos estaban tan absortos en sus problemas que no hicieron caso de las promesas de Dios. Al dejarnos llevar por el descontento y la ansiedad nos privamos del consuelo que pudiéramos tener tanto de la palabra de Dios y de Su providencia y andamos desconsolados.

Vv. 10—13. La fe de Moisés era tan débil que apenas podía seguir su trabajo. La obediencia pronta siempre es conforme a la fortaleza de nuestra fe. Aunque nuestras debilidades debieran humillarnos, no tendrían que descorazonarnos al punto de no hacer lo mejor que podemos en cualquier servicio que tengamos que ofrecer a Dios. Cuando Moisés repite sus confusos argumentos, ya Dios no discute más sino que le da un cometido a él y a Aarón, para los hijos de Israel y para el Faraón. La autoridad de Dios es suficiente para responder todas las objeciones y obliga a todos a obedecer sin murmuraciones ni contiendas, Filipenses ii, 14.

Vv. 14—30. Moisés y Aarón eran israelitas, criados entre sus hermanos, como Cristo también lo sería, Él, que iba a ser el Profeta y Sacerdote, el Redentor y el Legislador del pueblo de Israel. —Moisés regresa a su narración y repite el encargo dado por Dios de entregar su mensaje a Faraón, y contra sus objeciones. Los que han hablado irreflexivamente con sus labios debieran meditar en ello con arrepentimiento, como Moisés parece hacerlo aquí. “Incircunciso” es una expresión usada en la Escritura para denotar la ineptitud que puede haber en algo para responder a su propósito correcto; como el corazón carnal y la naturaleza depravada del hombre caído, que son totalmente inadecuadas para el servicio a Dios y para los objetivos de su gloria. Provechoso es no depositar la confianza en nosotros mismos; toda nuestra suficiencia debe estar en el Señor. Nunca será demasiado poca la confianza en nosotros mismos, y nunca será demasiada la confianza en nuestro Dios. Nada puedo hacer por mí mismo, dijo el apóstol, pero todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—7. *Moisés y Aarón animados.* 8—13. *Las varas convertidas en serpiente—Endurecimiento del corazón de Faraón.* 14—25. *El río convertido en sangre—Angustia de los egipcios.*

Vv. 1—7. Dios se glorifica a sí mismo. Da a conocer a su pueblo que Él es Jehová. Israel lo llega a saber por el cumplimiento de las promesas dadas a ellos y a los egipcios, derramando su ira sobre éstos. —Moisés, como embajador de Jehová, hablando en su nombre, dio órdenes al Faraón, le notificó amenazas e invocó un juicio en su contra. Faraón, orgulloso y grande como era, no pudo resistir. Moisés no se sintió sobrecogido ante Faraón; más bien lo hizo temblar. Esto parecen querer decir las palabras: Tú serás dios para Faraón. Al fin Moisés es liberado de sus temores. Ya no plantea objeciones; fortalecido en la fe, hace su tarea con valentía y sigue adelante con perseverancia.

Vv. 8—13. Nada que disguste a los hombres, porque se opone a su orgullo y lujuria, los convencerá. Pero es fácil hacerles creer que son ciertas las cosas que desean. Dios manda siempre con su palabra pruebas concluyentes de su autoridad divina, pero cuando los hombres se inclinan a la desobediencia, y quieren poner objeciones, Él permite a menudo que se ponga ante ellos una trampa donde ellos mismos quedan atrapados. Los magos eran engañadores que, por medio de tretas o trucos secretos, trataron de copiar los milagros verdaderos de Moisés cosa que lograron hacer en pequeña medida, como para engañar a los observadores; pero, finalmente, se vieron obligados a

confesar que no podían imitar los efectos del poder divino. Nadie ayuda más a destruir pecadores que aquellos que resisten la verdad distrayendo a los hombres con algo parecido a la verdad, pero falso. Satanás debe ser temido con mayor razón cuando se transforma en ángel de luz.

Vv. 14—25. He aquí la primera de las diez plagas: Conversión de las aguas en sangre. Fue una plaga *espantosa*. La vista de tan vastos torrentes de sangre no podía sino inspirar horror. Nada es más común que el agua; tan sabia y tan bondadosamente la Providencia ha ordenado que lo que es tan necesario y útil para el bienestar de la vida humana, sea barato y esté disponible casi en todo lugar; sin embargo, ahora los egipcios tenían que beber sangre o morir de sed. Egipto era una tierra agradable, pero los peces muertos y la sangre deben de haberla puesto muy desagradable. Era una plaga *justa*, enviada con justicia sobre los egipcios, porque el Nilo, el río de Egipto, era su ídolo. Esa criatura que idolatramos es lo que Dios nos quita justamente o hace que nos sea amarga. Habían manchado el río con la sangre de los niños de hebreos y, ahora, Dios había convertido el río en sangre. Nunca habían tenido sed de sangre, pero, tarde o temprano, se hartaron. Era una plaga *significativa*; Egipto dependía mucho de su río, Zacarías xiv, 18; de modo que el atacar el río, para ellos era una advertencia de la destrucción de toda la producción de su país. El amor de Cristo a sus discípulos cambia todas sus misericordias comunes en bendiciones espirituales; la ira de Dios contra sus enemigos convierte en maldición y miseria para ellos las ventajas más apreciadas. —Aarón tiene que convocar la plaga golpeando el río con su vara. Fue hecho a la vista del Faraón y sus ayudantes, pues los verdaderos milagros de Dios no se realizan como los prodigios mentirosos de Satanás; la verdad no se esconde en los rincones. Véase el poder omnipotente de Dios. Cada criatura es para nosotros lo que Él la hace ser: agua o sangre. Nótese con qué cambios nos podemos encontrar en las cosas de este mundo; lo que siempre es vano, pronto puede convertirse en tribulación. Nótese qué mala obra hace el pecado. Si las cosas que han sido nuestra consolación resultan ser nuestra cruz, es gracias a nosotros mismos. El pecado es lo que convierte nuestras aguas en sangre. —La plaga duró siete días; y en todo ese tiempo el orgulloso corazón de Faraón no le dejó desear que Moisés orara para eliminar la plaga. Así los hipócritas de corazón acumulan ira sobre sí. No es de asombrarse que la ira de Dios no se haya apaciguado, sino que su mano aún siga extendida.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—15. *La plaga de ranas.* 16—19. *La plaga de piojos.* 20—32. *La plaga de moscas.*

Vv. 1—15. Faraón está plagado con ranas; la enorme cantidad de ellas las hizo plagas irritante para los egipcios. Dios podría haber infestado Egipto con leones, osos, lobos, o aves rapaces, pero Él eligió estas criaturas despreciables. Cuando le place, Dios puede atacarnos con las partes más pequeñas de su creación. De esta manera humilló a Faraón. No podían comer, beber ni dormir tranquilos; donde estuvieran, eran molestados por las ranas. La maldición de Dios sobre un hombre lo perseguirá donde quiera que vaya, y le pesará en todo lo que haga. —Faraón cedió bajo esta plaga. Él promete que dejará ir al pueblo. Quienes desafían a Dios y la oración, temprano o tarde, tendrán que entender que los necesitan. Pero cuando Faraón vio que había alivio, endureció su corazón. Mientras el corazón no sea renovado por la gracia de Dios, no durarán los pensamientos provocados por la aflicción; las convicciones se desgastan y se olvidan las promesas formuladas. Mientras el estado del aire no cambie, lo que se deshiela al sol volverá a congelarse en la sombra.

Vv. 16—19. Los piojos fueron hechos del polvo de la tierra; de cualquier parte de la creación, Dios puede sacar un azote para corregir a los que se rebelan en su contra. Hasta el polvo de la tierra le obedece. Los piojos fueron muy molestos e ignominiosos para los egipcios, cuyos sacerdotes se

vieron obligados a trabajar mucho para que ninguno fuera jamás hallado en ellos. Todas las plagas infligidas a los egipcios se referían a sus crímenes nacionales o fueron agravadas particularmente por sus costumbres. Los magos trataron de imitarlas pero no pudieron. Los forzó a confesar: ¡Este es el dedo de Dios! Los controles y las restricciones que se nos imponen deben venir necesariamente de un poder divino. Tarde o temprano, Dios forzará aun a los enemigos a reconocer su poder. A pesar de esto, Faraón se ponía más obstinado.

Vv. 20—32. Faraón iba temprano a sus falsas devociones al río; y ¿nosotros dormiremos más y seguiremos adormecidos cuando debe hacerse un servicio al Señor? —Los egipcios y los hebreos iban a ser distinguidos en la plaga de las moscas. El Señor conoce a los que son suyos y, quizás en este mundo, pero seguro en el otro, hará evidente que los ha apartado para sí. —Faraón, sin quererlo, hizo un tratado con Moisés y Aarón. Se contenta con que ellos hagan sacrificios a su Dios, siempre que lo hagan en la tierra de Egipto. Pero sería una abominación ante Dios que ofrecieran sacrificios egipcios; y sería una abominación para los egipcios si ellos ofrecieran a Dios objetos de adoración de los egipcios, a saber, sus becerros o bueyes. Los que ofrecen un sacrificio aceptable a Dios, deben apartarse de los impíos y profanos. También deben apartarse del mundo. Israel no podía clebrar una fiesta de Jehová entre los hornos para cocer ladrillos o entre las ollas de carne de Egipto. Debían hacer los sacrificios como Dios manda, no de otro modo. Aunque eran esclavos de Faraón, no obstante, tenían que obedecer los mandamientos de Dios. Faraón consiente que vayan al desierto, con tal que no vayan muy lejos, para poder traerlos de vuelta. Así, pues, algunos pecadores, en un ataque de convicción, se apartan de sus pecados, aunque no se alejan mucho, para que cuando pase el miedo, poder volver nuevamente a ellos. —Moisés prometió eliminar la plaga. Pero que Faraón no vuelva a hacer tratos engañosos. No os engañéis, Dios no puede ser burlado: si pensamos engañar a Dios con un arrepentimiento fingido y una falsa rendición a Él, ponemos un engaño fatal sobre nuestra alma. —Faraón volvió a endurecerse. Las lujurias que gobiernan al hombre rompen los lazos más firmes y hacen que los hombres sean presumidos y no cumplan su palabra. Muchos parecen sinceros, pero hay una reserva, algún pecado secreto muy amado. No tienen la voluntad de considerarse como que corren el riesgo de la miseria eterna. Se refrenarán de otros pecados; hacen mucho, dan mucho y hasta se castigan mucho. Dejarán el pecado a veces y, es como si dejaran que su pecado se vaya un poco de tiempo, pero no se deciden a terminar del todo para seguir a Cristo llevando la cruz. En vez de eso, lo arriesgan todo. Sienten pesar, pero se alejan de Cristo decididos a conservar el mundo presente, y esperan, un futuro, cuando puedan obtener la salvación sin sacrificios tan costosos; pero, finalmente, el pobre pecador es arrastrado por su impiedad y se queda sin esperanzas, para lamentar su necedad.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—7. *Mortandad en el ganado.* 8—12. *La plaga de forúnculos y úlceras.* 13—21. *Anuncio de la plaga del granizo.* 22—35. *La plaga del granizo.*

Vv. 1—7. Dios quiere que Israel sea liberado; Faraón se opone, y está en juego de quién es la palabra que prevalecerá. La mano del Señor cae de inmediato sobre el ganado, mucho del cual, algunos de todas las clases, muere por un tipo infeccioso de enfermedad. Esto fue una gran pérdida para sus dueños; ellos habían empobrecido a Israel y, ahora, Dios los empobrecía a ellos. Debe verse la mano de Dios aun en la enfermedad y la muerte del ganado, porque no cae un gorrión a tierra sin la voluntad de nuestro Padre. Nada del ganado de los israelitas moriría; el Señor iba a marcar la diferencia. El ganado murió. Los egipcios adoraban a su ganado. Lo que nosotros idolatramos Dios considera justo quitárnoslo. —Este tirano orgulloso y cruel opresor merecía un trato ejemplar de

parte del justo Juez del universo. Nadie que sea castigado conforme a lo que merece, puede quejarse con justicia. La dureza del corazón denota un estado mental en el cual no hacen impresión perdurable las amenazas ni las promesas, los juicios ni las misericordias. La conciencia está endurecida y el corazón lleno de orgullo y presunción, de modo que ellos persisten en la incredulidad y la desobediencia. Este estado mental también se llama el corazón de piedra. Muy diferente es el corazón de carne, el corazón contrito y humillado. Los pecadores no tienen que culpar a nadie, sólo a sí mismos, por el orgullo e impiedad que abusa de la generosidad y la paciencia de Dios. Porque sea como fuere que el Señor endurece los corazones de los hombres, siempre es como un castigo de pecados previos.

Vv. 8—12. Cuando los egipcios no fueron conmovidos por la muerte del ganado, Dios mandó una plaga que los atacó en sus propios cuerpos. Si los juicios menores no hacen la obra, Dios manda uno mayor. A veces, Dios muestra a los hombres su pecado mediante el castigo. Ellos habían oprimido a Israel en los hornos, y ahora las cenizas de los hornos se constituyen en terror para ellos. La plaga misma era muy molesta. Los mismos magos fueron atacados por los forúnculos. El poder de ellos fue refrenado antes; pero ellos siguieron oponiéndose a Moisés y confirmando al Faraón en su incredulidad, hasta que se vieron obligados a ceder. El Faraón insistió en su obstinación. Había endurecido su corazón y, ahora, Dios justamente le dio en conformidad a las lujurias de su corazón, permitiendo que Satanás lo cegara y endureciera. Si los hombres cierran sus ojos a la luz, es justo que Dios les cierre sus ojos. Este es el juicio más doloroso bajo el cual puede estar un hombre fuera del infierno.

Vv. 13—21. Aquí se ordena a Moisés que lleve a Faraón un mensaje espantoso. La Providencia lo ordenó: que Moisés tuviera que vérselas con un hombre de espíritu tan feroz y porfiado como este Faraón; y todo convierte en un señalado ejemplo del poder que Dios tiene para humillar y derrumbar al más orgulloso de sus enemigos. Cuando la justicia de Dios amenaza ruina, al mismo tiempo su misericordia muestra una salida. Dios no solamente hizo distinción entre los egipcios y los israelitas sino entre uno y otro egipcio. Si Faraón no se rendía y así impedía el juicio mismo, quienes habían acatado la advertencia, podían buscar refugio. Algunos creyeron, tuvieron temor y albergaron a sus siervos y ganado en sus casas y esa fue una decisión sabia. Hasta entre los siervos de Faraón hubo algunos que temblaron ante la palabra de Dios, ¿y los hijos de Israel no tendrán temor? Pero otros no creyeron y dejaron el ganado en el campo. La incredulidad obstinada es sorda a las mejores advertencias y a los consejos más sabios, lo que deja que la sangre de los que perecen caiga sobre sus cabezas.

Vv. 22—35. Este granizo hizo una terrible destrucción: mató hombres y ganado; el trigo brotado fue destruido y solamente el que aún no había brotado fue preservado. La tierra de Gosén fue pasada por alto. Dios hace que llueva o granice sobre una ciudad y no en otra, por misericordia o por juicio. —Faraón se humilló a Moisés. Ningún hombre podía haber hablado mejor: él reconoce haber errado; reconoce que Jehová es justo; y Dios debe ser justificado cuando habla, aunque lo haga por medio de truenos y rayos. Pero su corazón seguía endurecido. Moisés ruega a Dios: aunque tiene razón para pensar que Faraón se arrepentirá de haberse arrepentido, y así se lo anuncia, promete ser su amigo. Moisés salió de la ciudad, a pesar del granizo y los rayos que mantuvieron adentro a Faraón y sus sirvientes. La paz con Dios hace a los hombres a prueba de truenos. El Faraón estaba asustado por el tremendo juicio, pero cuando pasó, sus buenas promesas fueron olvidadas. Quienes no mejoran por los juicios y las misericordias, ordinariamente empeoran.

CAPÍTULO X

Versículos 1—11. *Anuncio de la plaga de langostas—Faraón, aconsejado por sus siervos, se inclina a permitir que los israelitas se vayan.* 12—20. *La plaga de langostas.* 21—29. *La plaga de tinieblas.*

Vv. 1—11. Las plagas de Egipto muestran la gravedad del pecado. Advierten a los hijos de los hombres que no deben luchar con su Hacedor. Faraón había pretendido humillarse, pero no se le tomó en cuenta poque no fue sincero. Se anuncia la plaga de langostas. Esta debía ser mucho peor que cualquiera de esa clase que se hubiera conocido. Los sirvientes de Faraón le persuadieron para que se pusiera de acuerdo con Moisés. En ese momento Faraón quiere dejar que vayan los varones, pretendiendo falsamente que esto era todo lo que ellos deseaban. Jura que no se llevarán a los pequeños. Satanás hace todo lo que puede para impedir que quienes sirven a Dios lleven a sus hijos consigo. Es el enemigo jurado de la piedad precoz. Tenemos razón para sospechar que Satanás está metido en todo lo que nos impida comprometer a nuestros hijos en el servicio de Dios. Tampoco debe el joven olvidar que el consejo del Señor es: Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud; pero el consejo de Satanás es que se mantenga a los niños como esclavos del pecado y del mundo. Fijaos que el gran enemigo del hombre desea retenerlo con los lazos del afecto, como Faraón hubiera tomado rehenes de los israelitas para garantizar su retorno, reteniendo en cautiverio a esposas e hijos. Satanás está dispuesto a compartir nuestro deber y nuestro servicio con el Salvador, porque el Salvador no aceptará sus condiciones.

Vv. 12—20. Dios hace que Moisés estire su mano; las langostas vienen al llamado. Hubiera sido más fácil resistir a un ejército que a esta hueste de insectos. ¿Entonces, quién es capaz de hacer frente al gran Dios? Cubrieron la faz de la tierra y se comieron su producto. Las hierbas crecen para servir al hombre pero, cuando agrada a Dios, los insectos la saquean y comen el pan de la boca de ellos. Que nuestro trabajo no sea por la habitación y la comida que así quedan expuestos sino para lo que perdura para la vida eterna. —Faraón pide a Moisés y Aarón que oren por él. Hay quienes, en su malestar, buscan la ayuda de las oraciones de otras personas, pero no tienen intención de orar ellos mismos. Con eso demuestran que no tienen un amor verdadero a Dios ni se deleitan en la comunión con Él. Faraón desea solamente que *esta muerte* sea alejada, no *este pecado*. Desea librarse de la plaga de langostas, no de la plaga de un corazón duro que era más peligroso. Un viento oriental trajo las langostas, un viento occidental se las lleva. Donde quiera que esté el viento, obedece la palabra de Dios y gira por su consejo. El viento sopla de donde quiere, en relación a nosotros, pero no así en cuanto a Dios, pues lo respeta. También fue un argumento para el arrepentimiento de ellos, porque por esto parecía que Dios estaba dispuesto a perdonar y es pronto para mostrar misericordia. Si lo hace ante los signos externos de humillación, ¡qué no hará si somos sinceros! ¡Oh, que esta bondad de Dios pueda llevarnos al arrepentimiento! Faraón regresó nuevamente a su resolución de no dejar ir al pueblo. Los que a menudo son detenidos en sus convicciones, es porque están justamente entregados a las concupiscencias de su corazón.

Vv. 21—29. La plaga de las tinieblas traída sobre Egipto fue una plaga espantosa. Era oscuridad que podía palparse, tan espesa era la niebla. Asombraba y aterraba. Continuó por tres días: seis noches de una sola vez; hasta los palacios más iluminados eran como mazmorras. Ahora Faraón tuvo tiempo para considerar si él lo hubiera hecho mejor. Las tinieblas espirituales son esclavitud espiritual; mientras Satanás ciega los ojos de los hombres para que no vean, les ata de pies y manos para que no trabajen para Dios ni se muevan hacia el cielo. Ellos se sientan en tinieblas. Era justo que Dios los castigara así. La ceguera de su mente les acarreó la oscuridad del aire; nunca estuvo tan cegada la mente como la de Faraón; nunca el aire estuvo tan entenebrecido como en Egipto. Hay que temer las consecuencias del pecado; si tres días de tinieblas fueron tan espantosos, ¿cómo serán las tinieblas eternas? —Los hijos de Israel tenían, al mismo tiempo, luz en sus viviendas. No debemos pensar que participamos de las misericordias comunes como algo que se da por sentado y, por tanto,

que no debemos gratitud a Dios por ellas. Ellas demuestran el favor particular que Él demuestra a su pueblo. Sin duda que hay luz donde hay un israelita, donde hay un hijo de luz, aunque sea en este mundo de tinieblas. Cuando Dios hizo esta diferencia entre los israelitas y los egipcios, ¿quién no hubiera preferido la pobre choza de un israelita al hermoso palacio de un egipcio? Hay una diferencia real entre la casa del impío que está bajo maldición y la vivienda del justo que es bendecido. —Faraón renovó su tratado con Moisés y Aarón y consintió en que llevaran a sus hijos, pero dejando el ganado. Es común que los pecadores regateen con Dios Todopoderoso; así tratan de burlarse de Él, pero se engañan a sí mismos. Las condiciones de la reconciliación con Dios han sido fijadas de modo que, aunque los hombres las discutan por largo tiempo, no pueden alterarlas ni rebajarlas. Tenemos que cumplir las exigencias de la voluntad de Dios; no podemos esperar que Él condescienda a los términos que dicte nuestra lujuria. Debemos consagrar todas nuestras pertenencias mundanas, con nosotros mismos y nuestros hijos, al servicio de Dios; nosotros no sabemos qué uso hará Él de alguna parte de lo que tenemos. —Faraón se retiró abruptamente de la conferencia y resolvió no hacer más tratos. ¿Se había olvidado de la frecuencia con que mandaba traer a Moisés para que lo aliviara de sus plagas? ¿Ahora había que decirle que no viniera más? ¡Vana maldad! ¡Amenazar con la muerte, a quien estaba armado con tamaño poder! ¡A qué punto llevará a los hombres la dureza de su corazón y el desprecio por la palabra de Dios y sus mandamientos! Después de esto Moisés no volvió a venir hasta que lo mandaron llamar. Cuando los hombres echan de sí la palabra de Dios Él los entrega justamente a sus propios engaños.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—3. *Las últimas instrucciones de Dios a Moisés respecto a Faraón y los egipcios.* 4—10. *Anuncio de la muerte de los primogénitos.*

Vv. 1—3. Una revelación secreta fue hecha a Moisés mientras aún estaba en la presencia de Faraón, para que le diera la advertencia del último juicio espantoso antes de irse. Este fue el último día de la servidumbre de Israel; estaban por partir. Sus amos, que habían abusado de ellos en su trabajo, los hubieran enviado con las manos vacías, pero Dios hizo provisión para que los trabajadores no perdieran lo que les correspondía por su trabajo y les ordenó *pedir* ahora, en su partida, y les fue dada. Dios curará al herido que, en humilde silencio le encomendó su causa; y al final ninguno de los que sufren con paciencia sale perdiendo. El Señor les dio gracia ante los egipcios, haciendo evidente cuánto los favorecía. Además cambió el espíritu de los egipcios hacia ellos, y los hizo tener la compasión de sus opresores. Los que honran a Dios serán honrados por Él.

Vv. 4—10. La muerte de todos los primogénitos de Egipto de una sola vez: esta plaga había sido la primera en anunciarse, pero fue la última en ejecutarse. Fijaos cuán lento es Dios para la ira. La plaga se anuncia y se fija el tiempo; todos sus primogénitos dormirían el sueño de la muerte, no silenciosamente sino como para despertar a las familias a medianoche. El príncipe no estaba tan alto como para no ser alcanzado por esto, ni los esclavos del molino estaban demasiado bajo para pasar inadvertidos. —Mientras los ángeles mataban a los egipcios, ni tan siquiera un perro iba a ladrar entre los hijos de Israel. Esto es un anticipo de la diferencia que habrá en el gran día entre el pueblo de Dios y sus enemigos. Si los hombres supieran cuál es la diferencia que marca Dios, y marcará por toda la eternidad, entre los que le sirven y quienes no le sirven, la religión no les parecería cosa indiferente; ni tampoco actuarían en esto con tanta negligencia como lo hacen. —Cuando Moisés hubo así entregado su mensaje, se fue de la presencia de Faraón con gran enojo por su obstinación, aunque él era el hombre más manso de la tierra. —La Escritura ha anunciado la incredulidad de muchos que oyen el evangelio, para que no sea una sorpresa o una piedra de tropiezo para nosotros,

Romanos x, 16. No pensemos nunca lo peor del evangelio de Cristo por la marcada negligencia que los hombres le asignan. —Faraón se endureció, a pesar de que se le convenció a que depusiera sus severas y altivas exigencias para que los israelitas obtuvieran la plena libertad. En forma semejante el pueblo de Dios hallará que cada lucha contra su adversario espiritual, hecha en el poder de Jesucristo, cada intento de vencerlo por la sangre del Cordero, y todo deseo de alcanzar creciente semejanza y amor al Cordero, serán recompensados con creciente libertad del enemigo de las almas.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—20. *Cambio del comienzo del año—Institución de la pascua.* 21—28. *Instrucciones al pueblo para la observancia de la pascua.* 29—36. *Muerte de los primogénitos egipcios—Se pide a los Israelitas que salgan de la tierra de Egipto.* 37—42. *La primera jornada de los Israelitas hasta Sucot.* 43—51. *Orden de respetar la pascua.*

Vv. 1—20. El Señor hace nuevas todas las cosas para aquellos que libera de la esclavitud de Satanás y los toma para sí mismo a fin de que sean su pueblo. El momento en que Él hace esto, para ellos es el comienzo de una vida nueva. —Dios señaló que, la noche en que iban a salir de Egipto, cada familia matara un cordero o que dos o tres familias, si eran pequeñas, debían matar un cordero en conjunto. Este cordero tenía que comerse en la manera aquí indicada y la sangre debía rociarse en el dintel y en los postes para señalar las casas de los Israelitas, y distinguirlas de las de los egipcios. El ángel del Señor, cuando destruyera a los primogénitos egipcios, *pasaría por alto*) las casas marcadas con la sangre del cordero: de aquí el nombre de esta fiesta u ordenanza sagrada.[1]

La Pascua debería celebrarse cada año, tanto como recordatorio de la preservación de Israel y su liberación de Egipto, y como un notable tipo de Cristo. La seguridad y liberación de los israelitas no fue una recompensa de su justicia propia sino una dádiva misericordiosa. A ellos les recordaba esto y, por medio de esta ordenanza, se les enseñó que todas las bendiciones les llegaron por medio del derramamiento y el rociamiento de sangre. —Obsérvese: —1. *El cordero pascual era un tipo*. Cristo es nuestra Pascua, 1 Corintios v, 7. Cristo es el Cordero de Dios, Juan i, 29; a menudo, se le llama Cordero en Apocalipsis. Tenía que ser de calidad óptima; Cristo se ofreció en lo mejor de su edad, no cuando era el bebé de Belén. Tenía que carecer de todo defecto; el Señor Jesús fue un Cordero sin mancha: El juez que condenó a Cristo lo declaró inocente. Tenía que ser puesto aparte cuatro días antes, denotando esto la designación del Señor Jesús para ser Salvador, tanto en el propósito como en la promesa. Tenía que ser muerto y quemado con fuego, denotando esto los penosos sufrimientos del Señor Jesús, hasta la muerte y la muerte de cruz. La ira de Dios es como fuego y Cristo fue hecho maldición por nosotros. Ningún hueso suyo debía quebrarse, cosa que se cumplió en Cristo, Juan xix, 33, indicando esto la fortaleza no quebrantada del Señor Jesús. —2. *El rociamiento de la sangre era un tipo.* La sangre del cordero debía rociarse, indicando la aplicación de los méritos de la muerte de Cristo a nuestras almas; tenemos que recibir la expiación, Romanos v. 11. La fe es el hisopo con que se nos aplican las promesas y los beneficios de la sangre de Cristo. Tenía que rociarse en el dintel y los postes de la puerta, señalando la profesión directa de fe en Cristo que tenemos que hacer. No tenía que rociarse sobre el umbral, lo cual nos advierte para tener el cuidado de no pisotear la sangre del pacto. Es sangre preciosa y debe ser preciosa para nosotros. La sangre, así rociada, fue un medio para preservar a los israelitas del ángel destructor, que no tenía nada que

---

1 El hebreo *pésaj* y el inglés *passover* significan precisamente la acción de pasar por alto. La palabra ‘pascua’ viene del latín ‘pascha’ con influencia del latín ‘pascuus, pascualis’, que son adjetivos de ‘pasco’ que significa ‘pacer’ y ‘pascuum’ que significa ‘pasto’.

hacer donde estuviera la sangre. La sangre de Cristo es la protección del creyente de la ira de Dios, de la maldición de la ley, y de la condenación del infierno, Romanos viii, 1. 3. *El comer solemnemente el cordero era un tipo de nuestro deber hacia Cristo en el evangelio.* El cordero pascual no era sólo para contemplarlo, sino para comerlo. Así, por fe tenemos que apropiarnos de Cristo; y recibir fuerza y alimento espiritual de Él, como de nuestra comida; véase Juan vi, 53, 55. Era para ser comido *todo*; los que por fe se alimentan de Cristo, deben hacerlo de un Cristo total: debe tomar a Cristo y su yugo, a Cristo y su cruz, y asimismo a Cristo y su corona. Tenía que ser comido de una sola vez, de inmediato, sin dejar nada para la mañana. Hoy se ofrece a Cristo y debe ser recibido en tanto se dice hoy, antes que durmamos el sueño de la muerte. Tenía que ser comido con hierbas amargas, recordando la amargura de la esclavitud en Egipto; nosotros debemos alimentarnos de Cristo con dolor y con el corazón quebrantado, recordando el pecado. Cristo será dulce para nosotros si el pecado es amargo. Tenía que comerse de pie con el bordón en la mano, listos para partir. Cuando nos alimentamos de Cristo por fe, debemos abandonar el reinado y el dominio del pecado; liberarnos del mundo y de todo lo que en él hay; abandonarlo todo por Cristo y no considerarlo como mal negocio, Hebreos xiii, 13, 14. *La fiesta de los panes sin levadura era un tipo de la vida cristiana,* 1 Corintios v, 7, 8. Habiendo recibido a Cristo Jesús el Señor debemos gozarnos continuamente en Cristo Jesús. Ninguna clase de obra debe hacerse, esto es, no admitir ni albergar afanes, que no concuerden con este santo gozo, o que lo rebajen. Los judíos eran muy estrictos en cuanto a que en la Pascua nada de levadura debía hallarse en sus casas. Debe ser una fiesta que se observa con caridad, sin la levadura de la malicia; y con sinceridad, sin la levadura de la hipocresía. Era una ordenanza perpetua: en la medida que vivamos debemos seguir alimentándonos de Cristo, regocijándonos en Él siempre, y mencionando con gratitud las grandes cosas que Él ha hecho por nosotros.

Vv. 21—28. Esa noche, cuando los primogénitos iban a ser destruidos, ningún israelita debía salir por las puertas hasta que fueran llamados a marcharse de Egipto. Su seguridad se debía a la sangre rociada. Si dejaban esa protección, lo hacían a su propio riesgo. Ellos debían permanecer adentro esperando la salvación de Jehová; es bueno hacerlo. En el tiempo venidero tenían que enseñar cuidadosamente a sus hijos el significado de este servicio. Es bueno que los niños pregunten acerca de las cosas de Dios; los que buscan el camino lo hallarán. Observar anualmente esta solemnidad era: —1. *Mirar atrás* para recordar cuántas cosas grandes Dios había hecho por ellos y por sus padres. Las misericordias antiguas para con nosotros o para con nuestros padres no se deben olvidar para que Dios sea alabado y nuestra fe en Él sea fortalecida. —2. Tenía el propósito de *mirar adelante* como prenda del gran sacrificio del Cordero de Dios en el cumplimiento del tiempo. Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificado por nosotros; su muerte fue nuestra vida.

Vv. 29—36. Las tinieblas mantuvieron a los egipcios en ansiedad y horror durante tres días y con sus noches; ahora, su reposo lo interrumpe una calamidad mucho más terrible. La plaga atacó a sus primogénitos, el gozo y esperanza de sus familias. Ellos habían dado muerte a los hijos de los hebreos, ahora Dios mataba a los suyos. Abarcó desde el trono al calabozo: príncipe y campesino quedan al mismo nivel ante los juicios de Dios. El ángel destructor, como mensajero del dolor, entró a cada vivienda que no tenía la señal de la sangre. Realizó su diligencia espantosa sin dejar casa en que no hubiera un muerto. Imaginaos, entonces, el clamor que corrió por la tierra de Egipto, el largo y estridente aullido de agonía que estalló en cada vivienda. Así será en la hora espantosa en que el Hijo del hombre visite a los pecadores con el juicio final. Los hijos de Dios, sus primogénitos, se salvaron. Mejor es que los hombres se sometan primero a las condiciones de Dios, porque Él nunca seguirá las de ellos. —Ahora el orgullo de Faraón es abatido y se rinde. La palabra de Dios es la que permanece; nada sacamos con disputar o con la tardanza en someternos. El terror de los egipcios consiguió el favor y la rápida partida de Israel. Así, pues, el Señor cuidó que les fueran pagados los salarios duramente ganados y la gente les proveyó para el viaje.

Vv. 37—42. Los hijos de Israel se pusieron en marcha sin tardanza. Una multitud de toda clase de gente fue con ellos. Quizá algunos estuvieran dispuestos a dejar su patria, desolada por las plagas; otros, por curiosidad; quizá unos pocos por amor a ellos y su religión. Pero entre los israelitas siempre hubo quienes no eran israelitas. De la misma manera aún hay hipócritas en la iglesia. —Este gran acontecimiento sucedió a los 430 años de hacerse la promesa a Abraham: véase Gálatas iii, 17. Tanto tiempo había estado sin cumplirse la promesa de establecerlos en su tierra; pero, aunque las promesas de Dios no tengan rápido cumplimiento, se cumplirán en el momento más oportuno. —Esta es esa noche del Señor, la noche notable, digna de celebrarse en todas las generaciones. Las grandes cosas que Dios hace por su pueblo no son una maravilla sólo para unos cuantos días, sino para ser recordadas en todas las épocas, especialmente la obra de nuestra redención por Cristo. La primera noche de la Pascua fue una noche del Señor, digna de ser observada; pero la noche última de la Pascua, en que Cristo fue traicionado y en que se puso término a la primera Pascua, con las demás ceremonias judías, fue una noche del Señor, que debe ser celebrada mucho más. En dicha ocasión, fue quebrantado y quitado de nuestro cuello un yugo, más pesado que el de Egipto, y se nos puso por delante una tierra mejor que la de Canaán. Fue una redención digna de celebrarse en el cielo por toda la eternidad.

Vv. 43—51. En los tiempos venideros toda la congregación de Israel debía guardar la Pascua. Todos los que participan de las misericordias de Dios deben unirse en alabanzas de gratitud por ellas. La Pascua del Nuevo Testamento, la cena del Señor, no debe ser descuidada por nadie. —Los extranjeros, si eran circuncidados, podían comer la Pascua. He aquí una indicación temprana de favor hacia los gentiles. Esto enseñó a los judíos que lo que les daba derecho a sus privilegios era el ser una nación favorecida por Dios, no su descendencia de Abraham. —Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificada por nosotros, 1 Corintios v, 7. su sangre es el único rescate por nuestras almas; sin el derramamiento de sangre no hay remisión; sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Por fe en Él, ¿hemos refugiado nuestras almas de la merecida venganza, poniéndolas bajo la protección de su sangre expiatoria? ¿Nos mantenemos cerca de Él, descansando constantemente en Él? ¿Profesamos nuestra fe en el Redentor y nuestras obligaciones para con Él, de modo que todos los que pasan por nuestro lado sepan a quien pertenecemos? ¿Estamos preparados para su servicio, dispuestos a andar en sus caminos y a separarnos de sus enemigos? Estas son preguntas de enorme importancia para el alma; que el Señor dirija nuestras conciencias para contestarlas con honestidad.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—10. *Consagración a Dios de los primogénitos—Orden de conmemorar la Pascua.* 11—16. *Separación de los primogénitos de las bestias.* 17—20. *Los huesos de José llevados por los israelitas—Llegada a Etam.* 21, 22. *Dios guia a los israelitas por medio de una columna de nube y de fuego.*

Vv. 1—10. En conmemoración de la destrucción de los primogénitos de Egipto, de los hombres y las bestias, y de la liberación de los israelitas de la esclavitud, los varones primogénitos de los israelitas fueron apartados para el Señor. Por este medio se les hizo presente que sus vidas habían sido preservadas por medio del rescate de la expiación, la que a su debido tiempo se iba a hacer por el pecado. Ellos debían también considerar que sus vidas, así rescatadas de la muerte, debían estar ahora consagradas al servicio de Dios. Los padres no tenían que pensar que tuvieran algún derecho a sus primogénitos, hasta que los presentaran solemnemente a Dios, y Él les diera su título de propiedad a ellos. Lo que, por misericordia especial, nos es devuelto debe aplicarse a la honra de Dios; por lo menos, debe hacerse un reconocimiento de gratitud con obras de piedad y amor. —La

conmemoración de su salida de Egipto debía observarse anualmente. El día de la resurrección de Cristo debe conmemorarse porque en él fuimos resucitados con Cristo, saliendo de la casa de esclavitud y muerte. La Escritura no nos dice expresamente qué día del año resucitó Cristo, pero establece particularmente qué día de la semana ocurrió, porque como liberación más valiosa debe conmemorarse *semanalmente*. —Los israelitas debían guardar la fiesta de los panes sin levadura. En el evangelio no sólo recordamos a Cristo sino que observamos la santa cena. Haced esto en memoria de Él. Además hay que tener cuidado de enseñar a los niños el conocimiento de Dios. Esta es una antigua ley para la catequesis. Es sumamente útil familiarizar a los niños en su temprana infancia con los relatos de la Biblia. Los que tienen la ley de Dios en sus corazones deben tenerla en su boca para hablar de ella a menudo, para afectarse a sí mismos y enseñar a los demás.

Vv. 11—16. Los primogénitos de las bestias que no se usaban para el sacrificio tenían que cambiarlos por otros que se usaran o había que destruirlos. Nuestra alma ha sido entregada a la justicia de Dios y a menos que sea rescatada por el sacrificio de Cristo, ciertamente perecerá. Estas instituciones les recordarian continuamente su deber de amar y servir al Señor. De igual manera el bautismo y la cena del Señor, si se explican y se observan adecuadamente, nos harán recordar nuestra profesión y nuestro deber, dándonos ocasión de recordárnoslos unos a otros.

Vv. 17—20. Había dos caminos de Egipto a Canaán. Uno era de sólo unos pocos días de viaje; el otro, era mucho más largo, yendo hacia el desierto, y ese fue el camino que Dios eligió para conducir a su pueblo Israel. Los egipcios tenían que ahogarse en el Mar Rojo; los israelitas tenían que humillarse y ser probados en el desierto. El camino de Dios es el buen camino, aunque no lo parezca. Si pensamos que Él no conduce a su pueblo por el camino *más corto* podemos tener, no obstante, la seguridad de que Él los lleva por el *mejor camino* y así quedara en evidencia cuando hayamos llegado al final de nuestro viaje. Los filisteos eran enemigos fuertes; era necesario que los israelitas fueran preparados para las guerras de Canaán, pasando por las dificultades del desierto. Así, pues, Dios proporciona las pruebas a su pueblo para fortaleza de ellos, 1 Corintios x, 13. —Salieron en buen orden. Unos iban de a cinco por fila; otros, en cinco bandas, lo que parece ser significativo. Llevaron consigo los huesos de José. Era un estímulo para su fe y esperanza que Dios los llevara a Canaán, cuya esperanza hacía que ellos llevaran sus huesos por el desierto.

Vv. 21, 22. El Señor iba delante de ellos en una columna, como presencia de la Majestad Divina. Cristo estaba con la iglesia del desierto, 1 Corintios x, 9. A quienes Dios lleva a un desierto, Dios nos los abandonará ni los dejará perderse allí, sino que se cuidará de guiarlos en la travesía. Fue una gran satisfacción para Moisés y para los israelitas piadosos tener la seguridad de estar bajo la dirección divina. Quienes tienen como fin la gloria de Dios, como regla la palabra de Dios, como guía de sus afectos al Espíritu de Dios, y a la providencia de Dios como guía de sus asuntos, pueden estar seguros de que el Señor va delante de ellos, aunque no lo puedan ver con sus ojos: ahora debemos vivir por fe. —Cuando Israel marchaba, la columna iba adelante y señalaba el lugar para acampar, según lo estimara conveniente la Sabiduría Divina. De día los resguardaba del calor y por la noche les daba luz. —La Biblia es lámpara a nuestros pies, y lumbrera a nuestro camino, la que en su amor nos ha dejado el Salvador. Da testimonio de Cristo. Para nosotros es como la columna para los israelitas. Escuchad la voz que clama: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida, Juan viii, 12. Sólo Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida, Juan xiv, 6, según lo muestra la Biblia y lo recomienda el Espíritu Santo al alma en respuesta a la oración.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—9. *Dios lleva a los israelitas a Pi-hahirot.—Faraón los persigue.* 10—14. *Los israelitas se quejan—Moisés los consuela.* 15—20. *Instrucciones de Dios a Moisés—La nube entre los israelitas y los egipcios.* 21—31. *Los israelitas cruzan el Mar Rojo, los egipcios se ahogan.*

Vv. 1—9. Faraón pensó que todo Israel estaba atrapado en el desierto y que sería presa fácil. Pero Dios dijo: Seré glorificado en Faraón. Siendo todos los hombres hechos para honra de su Hacedor, Él será honrado *en* aquellos *por* quienes Él no es honrado. Lo que pareciera ser para la ruina de la iglesia a menudo suele ser utilizado para ruina de los enemigos de la iglesia. Aunque Faraón satisfizo su maldad y venganza, él ayudó a que se cumplieran los consejos de Dios acerca de él. Aunque había dejado salir a Israel con toda razón, ahora estaba enojado consigo mismo por haberlo hecho. Dios hace que la envidia y furia de los hombres contra su pueblo, sea un tormento para ellos mismos. Los que vuelven sus rostros al cielo y viven piadosamente en Cristo Jesús deben esperar el acoso de las tentaciones y terrores de Satanás. Él no dejará mansamente que nadie salga de su servicio.

Vv. 10—14. No había camino abierto para Israel, sino hacia arriba y, de ahí, vino la liberación de ellos. Nosotros podemos estar en el camino del deber, siguiendo a Dios, y avanzando hacia el cielo, pero podemos estar rodeados de tribulaciones. Algunos clamaron al Señor; el temor los hizo orar y eso estuvo bien. Dios nos pone en aprietos para ponernos de rodillas. Otros clamaron contra Moisés; el miedo los hizo murmurar como si Dios no fuera aún capaz de hacer milagros. Ellos riñeron con Moisés por haberlos sacado de Egipto y, así, estaban enojados con Dios por la bondad más grande que se les había hecho; así de groseros son los absurdos de la incredulidad. —Moisés dice: No temáis. Cuando no podamos salir de los problemas, siempre es nuestro deber e interés, ponernos por sobre nuestros temores; que aviven nuestras oraciones y esfuerzos, pero que no silencien nuestra fe y esperanza. —"Estad firmes"; no penséis en salvaros a vosotros mismos luchando o huyendo; esperad las órdenes de Dios y obedecedlas. Conservad la serenidad, confiados en Dios para que penséis pacíficamente en la gran salvación que Dios está por obrar por vosotros. Si Dios permite que su pueblo esté en aprietos, hallará el camino para sacarlos.

Vv. 15—20. Las silenciosas oraciones de fe de Moisés prevalecieron delante de Dios más que los fuertes gritos de terror de Israel. La nube y la columna de fuego iban tras ellos donde necesitaban guardia, y eran un muro entre ellos y sus enemigos. La palabra y providencia de Dios tienen un lado negro y tenebroso para el pecado y los pecadores, pero un lado luminoso y agradable para el pueblo del Señor. Aquel que separó la luz de las tinieblas, Génesis i, 4, asignó la oscuridad a los egipcios y la luz a los israelitas. Esa diferencia habrá entre la herencia de los santos en luz y las negras tinieblas que será la porción de los hipócritas para siempre.

Vv. 21—31. La división del Mar Rojo fue terror para los cananeos, Josué ii, 9, 10; la alabanza y el triunfo de los israelitas, Salmo cxiv, 3; cvi, 9; cxxxvi, 13. Fue un tipo de bautismo, 1 Corintios x, 1, 2. El paso de los israelitas en medio del mar era tipo de la conversión de almas, Isaías xi, 15; y que los egipcios fueran ahogados en él era tipo de la ruina final de los pecadores impenitentes. —Dios mostró su omnipotencia abriendo un paso en medio de las aguas, de unas cuantas millas de largo. Dios puede llevar a su pueblo a través de las dificultades más grandes, y hacer camino donde no haya. Fue un ejemplo de su favor maravilloso hacia su Israel. Ellos pasaron en medio del mar, caminaron en seco por el fondo del mar. Fue hecho para animar al pueblo de Dios de todas las épocas para que confíen en Dios en las dificultades más grandes. ¿Qué *no puede* hacer el que hizo esto? ¿Qué *no hará* Él por quienes le temen y aman, puesto que hizo esto por los israelitas quejosos e incrédulos? —Luego sobrevino la ira recta y justa de Dios sobre sus enemigos y los de su pueblo. La ruina de los pecadores la acarrean ellos mismos por su propio furor y soberbia. Ellos pudieran

haber dejado en paz a Israel, pero no quisieron; ahora les gustaría huir del rostro de Israel, pero no pueden. Los hombres no se convencen hasta que es demasiado tarde, de que los que se meten contra el pueblo de Dios, lo hacen para su propio perjuicio. —Se ordenó a Moisés que extendiera su mano sobre el mar; las aguas regresaron y ahogaron a toda la hueste de los egipcios. Faraón y sus siervos, que se habían endurecido mutuamente en pecado, juntos cayeron ahora, sin escapar ninguno. Los israelitas vieron muertos a los egipcios sobre las arenas. El espectáculo los afectó mucho. Cuando los hombres ven las obras de Dios y se dan cuenta del beneficio recibido, le temen y confían en Él. ¡Qué bueno sería para nosotros si siempre estuviéramos de buen ánimo, como a veces pasa! He aquí el fin hacia el cual puede mirar el cristiano. Sus enemigos arden de furor y son poderosos; pero mientras él esté firmemente sostenido por Dios, pasará a salvo las olas, guardado por el mismo poder de su Salvador, que descenderá contra cada enemigo espiritual. Los enemigos de su alma que haya visto hoy, no los verá nunca más.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—21. *El cántico de Moisés por la liberación de Israel.* 22—27. *Las aguas amargas de Mara—Los israelitas llegan a Elim.*

Vv. 1—21. Este cántico es el más antiguo que conocemos. Es un cántico santo para el honor de Dios, para exaltar su nombre y celebrar su alabanza y solamente la suya pues en lo más mínimo magnifica a ningún hombre. La santidad al Señor está en cada parte suya. Puede ser considerado como tipo y profecía de la destrucción final de los enemigos de la iglesia. —Dichosos aquellos cuyo Dios es el Señor. Ellos tienen trabajo para hacer, tentaciones con las cuales contender y aflicciones que soportar y en sí mismos son débiles pero su gracia es *la fortaleza de ellos.* A menudo están apenados pero en Él tienen consuelo; Él es *el cántico de ellos.* El pecado y la muerte y el infierno los amenazan pero Él es y será *la salvación de ellos.* El Señor es un Dios todopoderoso y ¡ay de aquellos que luchan con su Hacedor! Él es un Dios de incomparable perfección; Él es *glorioso en santidad;* su santidad es su gloria. Su santidad se muestra en el odio del pecado y su ira contra los pecadores obstinados. Se ve en la liberación de Israel y su fidelidad a su propia promesa. Él es temible en alabanzas; aquello que es materia de alabanza para los siervos de Dios, es muy espantoso para sus enemigos. Él está *obrando prodigios*, cosas fuera del curso corriente de la naturaleza; maravillas para aquellos en cuyo favor son hechas, que son tan indignos que no tenían razón para esperarlas. Hubo prodigios de poder y prodigios de gracia; en ambos Dios era para ser humildemente adorado.

Vv. 22—27. En el desierto de Shur los israelitas no tuvieron agua. En Mara tuvieron agua pero era amarga de modo que no pudieron beberla. Dios puede hacernos amargo eso que más nos prometamos a nosotros mismos y, a menudo lo hace así en el desierto de este mundo, para que nuestras carencias y desengaños en la criatura nos lleven al Creador en cuyo solo favor puede tenerse consuelo verdadero. —En su malestar la gente se afanó y peleó con Moisés. Los hipócritas pueden mostrar mucho afecto y parecer fervorosos en los ejercicios religiosos pero caen en el momento de la tentación. Aun los creyentes verdaderos será tentados, en momentos de aguda prueba, a afanarse, desconfiar y rezongar. Pero en cada prueba debemos echar nuestra preocupación sobre el Señor y derramar nuestros corazones ante Él. Entonces hallaremos que una voluntad sumisa, una conciencia pacífica y los consuelos del Espíritu Santo volverán soportable a la prueba más amarga, hasta agradable, sí. —Moisés hizo lo que el pueblo había descuidado hacer; él clamó al Señor. Dios proveyó bondadosamente para ellos. Él dirigió a Moisés hacia un árbol que arrojó a las aguas que, de inmediato, fueron endulzadas. Algunos hacen de este árbol un tipo de la cruz de Cristo que endulza las aguas amargas de la aflicción para todos los fieles y les capacita para regocijarse en la

tribulación. Pero el israelita rebelde no saldrá mejor librado que el egipcio rebelde. La amenaza es solamente implícita, la promesa es explícita. Dios es el gran Médico. Si somos bien conservados, es Él que nos mantiene; si somos mejorados, Él es quien nos recupera. Él es nuestra vida y el largo de nuestros días. No olvidemos que somos preservados de la destrucción y librados de nuestros enemigos para ser los siervos del Señor. —En Elim tuvieron agua buena y suficiente. Aunque por un tiempo Dios puede ordenar que su pueblo acampe al lado de las aguas amargas de Mara, esa no será por siempre su suerte. No desfallezcamos en las tribulaciones.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—12. *Los israelitas llegan al desierto de Sin—Murmuran por la comida—Dios promete pan del cielo.*. 13—21. *Dios manda codornices y maná.* 22—31. *Detalles sobre el maná.* 32—36. *Un gomer de maná para conservar.*

Versículos 1—12. Las provisiones de Israel, traídas de Egipto, se acabaron a mediados del segundo mes y ellos murmuraron. —No es novedad que las más grandes bondades se representen con bajeza como los perjuicios más grandes. Su apreciación de la liberación era tan baja, que desearon haber muerto en Egipto, y por la mano del Señor, esto es, por las plagas que mataron a los egipcios. No podemos suponer que tenían abundancia en Egipto, ni que les fuera posible sentir miedo de morirse de hambre en el desierto mientras tuvieran rebaños y manadas: nadie dice cosas más absurdas que los que murmuran. Cuando empezamos a agitarnos, tenemos que considerar que Dios oye todas nuestras quejas. —Dios promete una provisión oportuna y constante. Probó si ellos iban a confiar en Él y se quedarían satisfechos teniendo el pan del día a tiempo. De esta manera probó si ellos le servirían y se vio claramente lo desagradecidos que eran. Cuando Dios *mandó las plagas* a los egipcios fue para hacerles saber que Él era el Señor; cuando *proveyó* para los israelitas, fue para hacerles saber que Él era su Dios.

Vv. 13—21. Al anochecer llegaron las codornices y la gente atrapó fácilmente cuantas necesitaran. El maná llegó con el rocío. Ellos lo llamaron Maná, *Man hu* que significa “¿Qué es esto?” “Es una porción; es lo que nuestro Dios nos ha asignado y lo tomaremos, y estemos agradecidos”. Era una comida agradable; era un alimento saludable. El maná llovía del cielo; cuando el rocío cesaba de descender, aparecía como una cosa menuda redonda, menuda como la escarcha que cubre la tierra, como la semilla del cilantro, de un color semejante al de las perlas. El maná caía sólo seis días de la semana y en doble cantidad el sexto día; se agusanaba y se descomponía si se guardaba por más de un día, excepto en el día de reposo. La gente nunca lo había visto antes. Podían molerlo en el molino, o machacarlo en un mortero, y luego hacer tortas y hornearlas. Duró los cuarenta años que los israelitas estuvieron en el desierto, por donde fueran, y cesó cuando entraron en Canaán. Todo esto muestra cuán diferente era de cualquier cosa hallada antes o ahora. —Ellos tenían que recoger el maná cada mañana. Aquí se nos enseña: —1. *A ser prudentes y diligentes para proveer comida para nosotros y nuestros hogares;* trabajar tranquilos y comer nuestro propio pan, no el pan del ocio o del engaño. La abundancia de parte de Dios da lugar al deber del hombre; así era aun cuando llovía maná; ellos no debían comer sino hasta haber recogido. —2. *A estar contentos con lo suficiente.* Quienes más tienen, tienen sólo alimento y vestimenta para sí mismos; los que tienen menos, por lo general tienen esas cosas, de modo que quien recoge mucho nada tiene que sobre y al que junta poco nada le falta. No hay desproporción entre uno y el otro en el *disfrute* de las cosas de esta vida, como la hay en la simple *posesión* de ellas. —3. *A confiar en la Providencia:* que duerman en paz aunque no tengan pan en sus tiendas, ni en todo el campamento, confiando en que Dios, al día siguiente, les traerá el pan cotidiano. Estaba más seguro y a salvo en el almacén de Dios que en su

poder, y de ahí, vendría más dulce y más fresco. Véase aquí cuán necio es acumular. El maná acumulado por algunos, que se creyeron más sabios y mejores administradores que sus vecinos, y que quisieron abastecerse para que no les fuera a faltar al día siguiente, se agusanó y se descompuso. Resultará completamente desperdiciado lo que se ahorra codiciosamente y sin fe. Tales riquezas son corruptas, Santiago, v, 2, 3. —La misma sabiduría, poder y bondad que desde lo alto trajo para los israelitas alimento diario en el desierto, produce el alimento anualmente desde la tierra en el curso constante de la naturaleza, y nos da todas las cosas ricamente para disfrutar.

Vv. 22—31. Aquí se menciona un séptimo día de reposo. Era conocido, no sólo antes de darse la ley en el monte Sinaí, sino antes que saliera Israel de Egipto, aun desde el principio, Génesis ii, 3. Separar un día de cada siete para la obra sagrada, y para el descanso santo, estaba establecido desde que Dios creó al hombre sobre la tierra, y es la más antigua de las leyes divinas. Al designar el séptimo día para el descanso, Él se preocupó que debido a ello no fueran a salir perdiendo; y nadie nunca saldrá perdiendo por servir a Dios. En ese día tenían que juntar suficiente para dos días y dejarlo preparado. Esto nos enseña a ordenar los asuntos familiares para que nos estorben lo menos posible en la obra del día de reposo. Hay trabajos necesarios que inevitablemente deben hacerse ese día, pero es deseable tener lo menos posible para hacer, a fin de que podamos dedicarnos más libremente a prepararnos para la vida venidera. Cuando guardaban maná en contra del mandamiento, se podría; cuando lo guardaban por una orden, era dulce y bueno; todo es santificado por la palabra de Dios y la oración. Dios no enviaba maná en el séptimo día, por tanto ellos no debían esperarlo ni salir a juntarlo. Esto mostraba que era producido en forma milagrosa.

Vv. 32—36. Habiendo Dios provisto el maná para que fuera el alimento de su pueblo en el desierto, debían guardar una cantidad como recuerdo. El pan comido no debe olvidarse. Los milagros y las misericordias de Dios son para recordarlos. La palabra de Dios es el maná por el cual se nutren nuestras almas, Mateo iv, 4. Las consolaciones del Espíritu son maná escondido, Apocalipsis ii, 17. Estas vienen del cielo, como el maná, y son el sustento y el consuelo de la vida divina en el alma, mientras estamos en el desierto de este mundo. Cristo en la palabra es para aplicarlo al alma y los medios de gracia son para usarse. Cada uno de nosotros debe juntar para sí mismo y debe hacerlo en la mañana de nuestros días, la mañana de nuestras oportunidades; si lo dejamos irse, puede que se haga muy tarde para recoger. El maná no es para acumularlo sino para comérselo; quienes han recibido a Cristo deben vivir por fe en Él, y no recibir en vano su gracia. Hubo maná suficiente para todos, suficiente para cada uno, y nadie tuvo demasiado; así, pues, en Cristo hay suficiente pero no más de lo que necesitamos. Los que comieron maná, volvieron a tener hambre, murieron finalmente, y de muchos de ellos no se agradó Dios; mientras los que se alimentaron de Cristo por fe, nunca volverán a tener hambre ni morirán jamás y de ellos se agradará Dios para siempre. Busquemos fervorosamente la gracia del Espíritu Santo para que convierta todo nuestro conocimiento de la doctrina de Cristo crucificado en el alimento espiritual de nuestras almas por fe y amor.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—7. *Los israelitas murmuran por agua en Refidim—Dios les manda agua de la roca.* 8—16. *Amalec es vencido—Las oraciones de Moisés.*

Vv. 1—7. Los hijos de Israel viajaron conforme al mandamiento del Señor, conducidos por la columna de nube y fuego, pero llegaron a un lugar donde no había agua para que ellos bebieran. Nosotros podemos andar por el camino del deber, pero encontrarnos con problemas, a los que nos

lleva la Providencia, para probar nuestra fe, y para que Dios sea glorificado en nuestra liberación. Ellos empezaron a preguntarse si Dios estaba o no con ellos. Esto lo llama “tentar a Dios”, lo que significa desconfiar de Él después de haber recibido tales demostraciones de su poder y bondad. —Moisés les respondió con gentileza. Necio es responder pasión con pasión; eso empeora lo malo. —Dios en su gracia se presentó para ayudarles. ¡Qué maravillosa la paciencia y tolerancia de Dios hacia pecadores que lo provocan! Para mostrar su poder y su compasión y para hacer un milagro de misericordia, les dio agua de la roca. Dios puede abrir fuentes para nosotros donde menos las esperamos. Quienes, en este desierto, guardan el camino de Dios, pueden confiar en que Él les proveerá. Además, que esto nos lleve a confiar en la gracia de Cristo. El apóstol dice que la Roca era Cristo, 1 Corintios x, 4; era un tipo de Él. Aunque la maldición de Dios podría haber sido justamente ejecutada contra nuestras almas culpables, he aquí al Hijo de Dios, que es herido por nosotros. Pidamos y recibamos. —Hubo una provisión abundante y constante de esta agua. Por numerosos que sean los creyentes, la provisión del Espíritu de Cristo es suficiente para todos. El agua brotó de la roca en corrientes para refrescar el desierto y los acompañó en su camino a Canaán; y esta agua brota de Cristo, por medio de las ordenanzas, al desierto estéril de este mundo, para refrescar nuestras almas hasta que lleguemos a la gloria. —Al lugar se le dio nuevo nombre, para recordar, no la misericordia de la divina provisión, sino el pecado de la murmuración: “Masah”, tentación, porque tentaron a Dios; “Meriba”, rencilla, porque riñeron con Moisés. El pecado deja una mancha sobre el nombre.

Vv. 8—16. Israel se comprometió en una lucha necesaria con Amalec en defensa propia. Dios da capacidad a su pueblo, y lo llama a diversos servicios por el bien de su iglesia. Josué pelea, Moisés ora, ambos ministran a Israel. La vara fue sostenida en alto, como estandarte para dar valor a los soldados. Y también hacia Dios como un modo de apelar a Él. —Moisés estaba cansado. El brazo más fuerte fallará si está extendido por mucho tiempo; sólo la mano de Dios permanece extendida todo el tiempo. No vemos que a Josué le pesaran las manos para pelear, pero a Moisés le pesaban las manos para orar; mientras más espiritual es un servicio, más dados somos a fallar y a rendirnos. —Para convencer a Israel que la mano de Moisés, contra quien habían reñido, estaba haciendo más en su defensa que sus propias manos, su vara más que la espada de ellos, la victoria se produce o decae según Moisés levante o deje caer sus manos. La causa de la iglesia es más o menos exitosa en la medida que sus amigos sean más o menos firmes en la fe y fervientes para orar. Moisés, el hombre de Dios, está feliz de recibir ayuda. No debemos avergonzarnos de pedir socorro o de brindar ayuda a los demás. —Las manos de Moisés así sostenidas, estuvieron firmes hasta que se puso el sol. Fue un gran estímulo para la gente ver a Josué delante de ellos en el campo de batalla, y a Moisés en lo alto en la colina. Cristo es ambos para nosotros: nuestro Josué, el Capitán de nuestra salvación, que pelea nuestras batallas, y nuestro Moisés, que vive siempre, intercediendo en lo alto para que nuestra fe no decaiga. Las armas formadas contra el Israel de Dios no pueden prosperar por mucho tiempo y, por último, serán quebrantadas. —Moisés debía escribir lo que *había sido hecho,* lo que Amalec había hecho contra Israel; escribe el amargo odio de ellos; escribe sus crueles intentos; que nunca se olvide, ni tampoco lo que Dios había hecho por Israel para salvarlo de Amalec. Escribir lo *que debe hacerse*; para que en el curso del tiempo Amalec sea totalmente arruinado y desarraigado. La destrucción de Amalec era un tipo de la destrucción de todos los enemigos de Cristo y de su reino.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—6. *Jetro le trae a Moisés su esposa y sus dos hijos.* 7—12. *Moisés atiende a Jetro.* 13—27. *El consejo de Jetro para Moisés.*

Vv. 1—6. Jetro vino a regocijarse con Moisés por la felicidad de Israel, y para traerle a su esposa e hijos. Moisés debe tener a su familia consigo, para que mientras gobierne la iglesia de Dios pueda dar un buen ejemplo de gobierno de su familia, 1 Timoteo iii, 5.

Vv. 7—12. La conversación acerca de las maravillosas obras de Dios es buena y edifica. Jetro no sólo se regocijó en el honor conferido a su yerno, sino en toda la bondad hecha a Israel. Los observadores fueron más afectados con los favores que Dios había mostrado a Israel que muchos de los que los recibieron. Jetro dio la gloria al Dios de Israel. Gocemos de lo que sea, pero Dios debe recibir la alabanza. —Ellos se unieron en un sacrificio de acción de gracias. La amistad mutua se santifica por la adoración en conjunto. Muy bueno es que los familiares y amistades se unan en el sacrificio espiritual de oraciones y alabanzas, como personas que están en Cristo. Esta fue una fiesta moderada; ellos comieron pan, maná. Jetro debía ver y saborear el pan del cielo y, aunque era gentil, es bienvenido: los gentiles son bienvenidos a Cristo, el Pan de vida.

Vv. 13—27. Se presenta el gran celo y esfuerzo de Moisés como magistrado. Habiendo sido llamado para redimir a Israel de la casa de servidumbre, él es un tipo más de Cristo, en que fue empleado para ser legislado y juez entre ellos. Si los del pueblo eran tan peleadores entre sí como lo eran con Dios, indudablemente Moisés tenía que ver muchas causas que llevaban ante él. A esta tarea fue llamado Moisés; parece que lo hacía con gran cuidado y bondad. El israelita más humilde era bien acogido al presentar su causa ante él. Moisés se dedicaba a su labor desde la mañana hasta la noche. Jetro pensó que para que él lo atendiera solo, era demasiado; además haría que la administración de justicia fuese cansadora para el pueblo. Puede haber exceso aun al hacer el bien. La sabiduría es provechosa para dirigir, para que no nos contentemos con menos que nuestro deber, ni nos ocupemos más allá de nuestras fuerzas. —Jetro aconsejó a Moisés y le propuso un mejor plan. Los grandes hombres no sólo deben estudiar para ser útiles, también deben arreglárselas para que los demás sean útiles. —Hay que poner cuidado en la elección de las personas que se admiten en esa tarea. Tienen que ser hombres de buen sentido, que entiendan el asunto y que no se amedrenten por los enojos, ni por las quejas, y que aborrezcan la idea del soborno. Hombres piadosos y de fe; que teman a Dios, que no se atrevan a hacer algo malo, aunque pudieran hacerlo en secreto y sin problemas. El temor de Dios fortalecerá en la mejor forma al hombre en contra de las tentaciones a cometer injusticia. —Moisés no despreció el consejo. No son sabios quienes se creen demasiado sabios para ser aconsejados.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—8. *El pueblo llega a Sinaí—El mensaje de Dios y su respuesta.* 9—15. *Instrucciones al pueblo y su preparación para oír la ley.* 16—25. *La presencia de Dios en el Sinaí.*

Vv. 1—8. Moisés fue llamado para que subiera al monte y fue empleado como mensajero del pacto. El Hacedor y principal impulsor del pacto es Dios mismo. Este bendito estatuto fue concedido por la libre gracia de Dios. El pacto aquí mencionado fue el pacto nacional por el cual los israelitas llegaron a ser un pueblo gobernado por Jehová. Fue un tipo del nuevo pacto hecho con los creyentes verdaderos en Cristo Jesús pero, como otros tipos, sólo era una sombra de las cosas buenas que vendrán. Como nación quebrantaron el pacto; por tanto, el Señor declaró que Él haría un nuevo pacto con Israel escribiendo su ley, no sobre tablas de piedras, sino en sus corazones, Jeremías xxxi, 33; Hebreos viii, 7–10. El pacto aludido en estos lugares como próximo a desaparecer es el pacto nacional con Israel que ellos perdieron por su pecado. Si no atendemos cuidadosamente a esto, caeremos en errores al leer el Antiguo Testamento. No debemos suponer que la nación de los judíos

bajo el pacto de obras, nada sabe del arrepentimiento ni de la fe en un Mediador, del perdón de pecados ni de la gracia; ni debemos suponer tampoco que toda la nación de Israel tuvo el carácter y poseyó los privilegios de los creyentes verdaderos, como verdaderos partícipes del pacto de gracia. Todos ellos estaban bajo una *dispensación de misericordia*; tuvieron privilegios externos y ventajas para la salvación; pero, como los cristianos profesantes, la mayoría se quedó allí, sin pasar más adelante. —Israel aceptó las condiciones. Respondieron como un solo hombre: “Todo lo que Jehová ha dicho haremos”. ¡Oh, que hubiera habido en ellos un corazón así dispuesto! Moisés, como mediador, transmitió las palabras del pueblo a Dios. Así, Cristo el Mediador, como Profeta, nos revela la voluntad de Dios, sus preceptos y promesas y, luego, como Sacerdote, ofrece a Dios nuestros sacrificios espirituales, no sólo de oración y alabanza, sino de afectos devotos y resoluciones piadosas, ¡la obra de su propio Espíritu en nosotros!

Vv. 9—15. La manera solemne en que la ley fue entregada era para impresionar al pueblo con el sentido correcto de la majestad divina. También para convencerlo de su propia culpa y mostrar que ellos no podían soportar un juicio ante Dios sobre la base de su propia obediencia. El pecador descubre en la ley lo que debe ser, lo que él es y lo que le falta. Allí aprende la naturaleza, la necesidad y la gloria de la redención y de haber sido hecho santo. Habiéndosele enseñado a refugiarse en Cristo y a amarlo, la ley es la regla de su obediencia y fe.

Vv. 16—25. Nunca antes, ni desde entonces se ha predicado un sermón como aquel que fue predicado a la iglesia en el desierto. Se podría suponer que los terrores deben de haber sofrenado la presunción y curiosidad del pueblo; pero el corazón endurecido del pecador aún no vivificado puede tratar negligentemente las amenazas y los juicios más terribles. Al acercarnos a Dios nunca debemos olvidar su santidad y grandeza, ni nuestra bajeza e inmundicia. No podemos resistir un juicio ante Él conforme a su justa ley. —El transgresor convicto pregunta: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Y escucha la voz: Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo. El Espíritu Santo, que hizo la ley para convencer de pecado, ahora toma de las cosas de Cristo y nos las muestra. En el evangelio leemos que Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición. Tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. De todo aquello de que por la ley de Moisés no pudimos ser justificados, en Él somos justificados. La ley divina es obligatoria como regla de vida. El Hijo de Dios descendió del cielo y sufrió la pobreza, el oprobio, la agonía y la muerte no sólo para redimirnos de la maldición de la ley, sino para constreñirnos más estrictamente a guardar sus mandamientos.

CAPÍTULO XX

Versículos 1, 2. *El prefacio de los diez mandamientos.* 3—11. *Los mandamientos de la primera tabla.* 12—17. *De la segunda tabla.* 18—21. *El temor del pueblo.* 22—26. *La idolatría prohibida de nuevo.*

Vv. 1, 2. Dios habla de muchas maneras a los hijos de los hombres; por la conciencia, por providencias, por su voz, a todas las cuales debemos atender cuidadosamente; pero nunca habló, en momento alguno, como cuando dio los Diez Mandamientos. Dios había dado antes esta ley al hombre; estaba escrita en su corazón, pero el pecado la desfiguró tanto que fue necesario revivir el conocimiento de ella. La ley es espiritual, y toma conocimiento de los pensamientos, deseos y disposiciones secretas del corazón. Su gran exigencia es el *amor*, sin el cual la obediencia externa es pura hipocresía. Requiere la obediencia perfecta, infalible, constante; ninguna ley del mundo admite la desobediencia. Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable

de todos, Santiago ii, 10. Omitir o variar algo en el corazón o en la conducta, en pensamiento, palabra u obra, es pecado y la paga del pecado es muerte.

Vv. 3—11. Los primeros cuatro de los diez mandamientos, corrientemente llamados la PRIMERA tabla, hablan de nuestro deber hacia Dios. Es adecuado que estos se pusieran primero, porque el hombre tuvo un Hacedor para amar antes de tener a un prójimo para amar. No puede esperarse que sea veraz con su hermano, aquel que es falso con su Dios. —El *primer* mandamiento se refiere al objeto de adoración, JEHOVÁ, y solo a Él. Aquí se prohíbe adorar criaturas pero el mandamiento alcanza mucho más allá. Aquí se prohíbe amar, desear, deleitarse o esperar algo bueno de cualquier complacencia pecaminosa. Transgrede este mandamiento todo lo que no sea amor, gratitud, reverencia o adoración perfecta. Todo lo que hacéis, hacedlo todo para la gloria de Dios. —El *segundo* mandamiento se refiere a la adoración que debemos rendir al Señor nuestro Dios. Se prohíbe hacer imagen o retrato de la Deidad en cualquier forma o propósito; o adorar cualquier criatura, imagen o cuadro, pero el alcance *espiritual* de este mandamiento va mucho más allá. Aquí se prohíbe toda clase de superstición y el empleo de inventos puramente humanos para la adoración de Dios. —El *tercer* mandamiento se refiere a la manera de adorar, que sea con toda la reverencia y seriedad posible. Se prohíben los votos falsos. Toda liviana alusión a Dios, toda maldición profana es una horrenda transgresión de este mandamiento. No importa si se usan las palabras con o sin sentido. Toda broma profana con la palabra de Dios o con las cosas sagradas y todas las cosas semejantes violan este mandamiento y no hay provecho, honra ni placer en ellas. El Señor no dará por inocente a quien toma su nombre en vano. —La forma del *cuarto* mandamiento, “Acuérdate”, demuestra que aquí no es la primera vez que se da, sino que era conocido antes por el pueblo. Un día de cada siete debe ser santificado. Seis días se dedican a los asuntos del mundo, pero no como para descuidar el servicio de Dios y el cuidado de nuestras almas. En esos días debemos hacer todo nuestro trabajo, sin dejar nada por hacer para el día de reposo. Cristo permitió los trabajos inevitables, y las obras de caridad y piedad; porque el día de reposo fue hecho para el hombre y no el hombre para el día de reposo, Marcos ii, 27; pero están prohibidos todos los trabajos superfluos, vanidosos, o darse el gusto en cualquier forma. Comerciar, pagar salarios, arreglar cuentas, escribir cartas de negocio, estudios seculares, visitas superfluas, viajes o conversaciones livianas, no guardan *santo* este día para el Señor. La pereza e indolencia pueden ser un reposo carnal, pero no santo. El día de reposo para el Señor debe ser un día de descanso del trabajo secular, para reposar en el servicio de Dios. Las ventajas de la debida observancia de este día santo, aunque solamente fueran por la salud y la felicidad de la humanidad, más el tiempo que otorga para el cuidado del alma, muestran la excelencia de este mandamiento. El día es *bendito*; los hombres son bendecidos por él y en él. La bendición y la orden de guardarlo santo no se limitan a un *séptimo* día sino que se dicen del día *de reposo*.

Vv. 12—17. Las leyes de la SEGUNDA tabla, esto es, los últimos seis de los diez mandamientos, afirman nuestro deber para con nosotros mismos y de unos a otros, y explican el gran mandamiento: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, Lucas x, 27. La santidad y la honestidad deben ir juntas. —El *quinto* mandamiento se refiere a los deberes hacia nuestros parientes. “Honra a tu padre y a tu madre”, incluye estimarlos, lo que se demuestra en nuestra conducta, en la obediencia a sus mandatos legítimos: ir cuando os llamen, ir donde os envíen, hacer lo que os pidan, refrenarse de lo que os prohiban; y esto, como hijos, hacerlo alegremente a partir de un principio de amor. Además, la sumisión a sus consejos y correcciones. Esforzarse en todo para dar comodidad a los padres y hacer fácil su vejez; mantenerlos si necesitan sostenimiento, cosa que nuestro Salvador hace que esté particularmente comprendida en este mandamiento, Mateo xv, 4–6. Los observadores acuciosos han notado una bendición peculiar en cosas temporales para los hijos obedientes y lo inverso para los hijos desobedientes. —El *sexto* mandamiento requiere que consideremos la vida y seguridad de los demás así como tenemos consideración por la propia. Los magistrados y sus

oficiales, y los testigos que dan testimonio de la verdad, no rompen este mandamiento. La defensa propia es legítima, pero mucho de lo que las leyes del hombre no consideran homicidio, lo es ante Dios. Las pasiones furiosas suscitadas por la ira o por la ebriedad no son excusa: mucho más culpable es el asesinato en los duelos, que son el efecto horrible de un soberbio espíritu vengativo. Toda lucha, sea por salario, por renombre o por ira y maldad, viola este mandamiento, y es homicidio el derramamiento de sangre resultante. Puede incluirse allí el tentar a los hombres al vicio y a los delitos que acortan la vida. La mala conducta, como la que puede romper el corazón de padres, esposas u otros parientes, o acortarles la vida, es una transgresión de este mandamiento. Prohíbe toda envidia, maldad, odio o ira, todo lenguaje provocador o insultante. Aquí se prohíbe la destrucción de nuestra propia vida. Este mandamiento requiere un espíritu de bondad, paciencia y perdón. —El *séptimo* mandamiento se refiere a la castidad. Debemos temer tanto eso que *contamina* el cuerpo como aquello que lo *destruye*. Lo que tiende a contaminar la imaginación o a despertar pasiones, queda bajo esta ley, como son los retratos obscenos, libros o conversaciones impuros, o cualquiera otra materia afín. —El *octavo* mandamiento es la ley del amor en cuanto al respeto de la propiedad ajena. La porción de cosas de este mundo que se nos ha asignado, en tanto se obtenga en forma honesta, es el pan que Dios nos ha dado; por lo cual debemos estar agradecidos, contentos y, en el uso de medios legítimos, confiar en la providencia para el futuro. Aprovecharse de la ignorancia, la comodidad o la necesidad del prójimo, y muchas otras cosas, quebrantan la ley de Dios, aunque la sociedad no vea culpa en ello. Los saqueadores de reinos, aunque estén por encima de la justicia humana, quedan incluidos en esta sentencia. Defraudar al público, contraer deudas sin pensar en pagarlas o evadir el pago de las deudas justas, la extravagancia, vivir de la caridad cuando no es necesario, toda opresión del pobre en sus salarios; estas y otras cosas quebrantan este mandamiento, que exige el trabajo, la frugalidad y el contentamiento, y tratar a los demás como quisiéramos que ellos nos traten a nosotros en cuanto al patrimonio de este mundo. —El *noveno* mandamiento se preocupa de nuestro buen nombre, del propio y del prójimo. Prohíbe hablar falsamente de cualquier cosa, mentir, hablar con equívocos y planear o pretender engañar en cualquier forma a nuestro prójimo. Hablar injustamente contra nuestro prójimo, dañar su reputación. Dar falso testimonio contra él o, en la conversación corriente, calumniar, murmurar y andar con chismes; tergiversar lo que se ha hecho, exagerar, y pretender de cualquier forma mejorar nuestra reputación degradando la fama del prójimo. ¡Cuántas veces quebrantan a diario este mandamiento personas de todos los rangos! —El *décimo* mandamiento golpea la raíz: “No codiciarás”. Los otros prohíben todo deseo de *hacer* lo que será un daño para nuestro prójimo; este prohíbe todo deseo ilícito de *tener* lo que nos produzca placer a nosotros mismos.

Vv. 18—21. Esta ley, tan extensa que no podemos medirla, tan espiritual que no podemos evadirla, y tan razonable que no podemos encontrarle defecto, será la regla del futuro juicio de Dios, como es la regla para la conducta presente del hombre. Si somos juzgados por esta regla, encontraremos que nuestra vida se ha pasado en transgresiones. Con esta santa ley y un juicio espantoso que nos espera, ¿quién puede despreciar el evangelio de Cristo? El conocimiento de la ley muestra la necesidad del arrepentimiento. El pecado ha sido destronado y crucificado en el corazón de cada creyente, y se ha escrito en él la ley de Dios, y se ha renovado la imagen de Dios. El Espíritu Santo le capacita para odiar el pecado, huir de él, amar y obedecer esta ley con sinceridad y verdad; tampoco dejará de arrepentirse.

Vv. 22—26. Habiendo entrado en la densa oscuridad, Dios le habló a Moisés de todo lo que sigue desde aquí hasta el final del capítulo xxiii, y es, en su mayor parte, una exposición de los Diez Mandamientos. Las leyes de estos versículos se relacionan con la adoración de Dios. Los israelitas reciben la seguridad de la bondadosa aceptación de sus devociones por parte de Dios. Bajo el evangelio, se invita a los hombres a que oren en todo lugar, y donde quiera que el pueblo de Dios se reúne en su nombre para adorarlo, Él está en medio de ellos; ahí Él estará con ellos y los bendecirá.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—11. *Leyes sobre los siervos.* 12—21. *Leyes judiciales.* 22—36. *Leyes judiciales.*

Vv. 1—11. Las leyes de este capítulo se relacionan con los mandamientos quinto y sexto y, aunque difieren de nuestra época y costumbre, ni son obligatorios para nosotros, explican, no obstante, la ley moral y las reglas de la justicia natural. —El esclavo, en su estado de servidumbre, era un símbolo del estado de esclavitud al pecado, a Satanás, y a la ley, estado al que el hombre ingresa por robar la gloria de Dios, por transgredir sus preceptos. Igualmente recibir la libertad, era símbolo de la libertad con la cual Cristo, el Hijo de Dios, libera a su pueblo de la esclavitud, que es verdaderamente libre; esto lo hizo gratuitamente, sin dinero y sin precio, por pura gracia.

Vv. 12—21. Dios que por su providencia da y conserva la vida, por su ley la protege. Un homicida intencionado debe ser sacado aunque esté aferrado a los cuernos del altar de Dios. Sin embargo, Dios proveyó ciudades de refugio para protección de quienes tuvieran la desgracia de causar la muerte de otro, sin que fuera su culpa; como cuando por accidente, el hombre realiza un acto legítimo, sin intención de herir, y mata a otro. —Que los niños escuchen la sentencia de la palabra de Dios para el ingrato y desobediente; y que recuerden que Dios ciertamente les dará su retribución si hubieran maldecido a sus padres, aunque sea en silencio, o si hubieran levantado la mano contra ellos, salvo que se arrepientan y huyan a buscar refugio en su Salvador. Que los padres aprendan de aquí a ser muy cuidadosos en la formación de sus hijos, dándoles un buen ejemplo, especialmente en el control de sus pasiones, y al orar por ellos, teniendo cuidado de no provocarlos a ira. —A veces los israelitas se vendían ellos mismos o sus hijos debido a la pobreza; los magistrados vendían a algunas personas por sus delitos y los acreedores tenían permiso, en algunos casos, para vender a sus deudores que no podían pagar. Pero “secuestrar un hombre”, con el objeto de forzarlo a la esclavitud, es algo que el Nuevo Testamento cataloga junto con los delitos más graves. —Aquí se cuida que se satisfaga el daño hecho a una persona, pero no se seguía de ello la muerte. El evangelio enseña a los amos a tener paciencia y a moderar las amenazas, Efesios vi, 9, reflexionando con Job. ¿Qué haría yo cuando Dios se levantase?, Job xxxi, 13, 14.

Vv. 22—36. Los casos aquí mencionados dan reglas de justicia vigentes, entonces y ahora, para decidir asuntos similares. Estas leyes nos enseñan que debemos ser muy cuidadosos de no hacer mal alguno, sea directa o indirectamente. Si hemos hecho mal, debemos estar muy dispuestos a remediarlo, y estar deseosos de que nadie pierda por nuestra culpa.

CAPÍTULO XXII

Leyes judiciales.

El pueblo de Dios siempre deberá estar listo para mostrar mansedumbre y misericordia, conforme al espíritu de estas leyes. Debemos responder a Dios no sólo por lo que hacemos maliciosamente sino por lo que hacemos despreocupadamente. Por tanto, cuando hemos hecho daño a nuestro prójimo, debemos hacer restitución, aunque no seamos obligados por la ley. Que estas escrituras dirijan nuestra alma a recordar que si la gracia de Dios de verdad se nos ha manifestado, entonces nos ha enseñado y capacitado para conducirnos de tal modo por su santo poder, que renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, Tito ii, 12. Y

la gracia de Dios nos enseña que como el Señor es nuestra porción, hay suficiente en Él para satisfacer todos los deseos de nuestra alma.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—9. *Leyes contra la falsedad y la injusticia.* 10—19. *El año de reposo—El reposo—Las tres fiestas.* 20—33. *Dios promete conducir a los israelitas a Canaán.*

Vv. 1—9. En la ley de Moisés hay marcas muy claras de un sentir moral sólido y de una verdadera sabiduría política. En ella cada cosa es adecuada para el objetivo deseado y confesado: la adoración de un solo Dios y la separación de Israel del mundo pagano. Ninguna de las partes, amistades, testigos ni opiniones comunes deben movernos a minimizar las faltas graves, o a agravar las pequeñas, a excusar a los ofensores, a acusar al inocente ni a tergiversar nada.

Vv. 10—19. La tierra tenía que reposar cada siete años. No debía ararse ni sembrarse; había que comer lo que la tierra produjera de sí misma, sin trabajarla. Esta ley parece tener la intención de enseñar la dependencia de la Providencia, y la fidelidad de Dios al enviar mayor provisión cuando se guardan sus indicaciones. También era un tipo del reposo celestial, cuando cesen para siempre todos los sufrimientos, preocupaciones e intereses terrenales. —Se prohíbe estrictamente todo respeto por los dioses de los paganos. Puesto que la idolatría era un pecado al cual se inclinaban los israelitas, ellos debían eliminar todo recuerdo de los dioses de los paganos. —Se pide en forma estricta la presencia religiosa solemne ante Dios, en el lugar que Él elija. Deben reunirse en la presencia del Señor. ¡Qué buen Amo al que servimos, que ha hecho un deber que nos regocijemos en su presencia! Dediquemos con placer al servicio de Dios esa parte de nuestro tiempo que Él nos pide y contemos sus reposos y ordenanzas como fiestas para nuestra alma. No debían presentarse con las manos vacías; así ahora, nosotros no debemos ir a adorar a Dios con el corazón vacío; nuestra alma debe llenarse con santos deseos y consagración a Él, porque de tales sacrificios se agrada Dios.

Vv. 20—33. Aquí se promete que ellos serán guiados y resguardados en su camino por el desierto a la tierra prometida. He aquí yo envío mi Ángel delante de ti. El precepto unido con esta promesa es que sean obedientes a este ángel que Dios envía delante de ellos. Cristo es el Ángel de Jehová; esto lo enseña claramente San Pablo, 1 Corintios x, 9. —Deben tener un asentamiento cómodo en la tierra de Canaán. Cuán razonables son las condiciones de esta promesa: que sirvan al único Dios verdadero, no a los dioses de las naciones que de ningún modo son dioses. ¡Cuán ricos son los detalles de esta promesa! El consuelo de su alimento, la continuidad de su salud, el aumento de su riqueza, la prolongación de sus vidas hasta una edad avanzada. Así la piedad tiene promesa de esta vida presente. Se promete que ellos subyugarán a sus enemigos. Bandadas de avispas abrieron camino a las huestes de Israel; Dios puede usar ínfimas criaturas para castigar a los enemigos de su pueblo. Con verdadera bondad para la iglesia, los enemigos son vencidos poco a poco; así nos mantenemos en guardia y en continua dependencia de Dios. Las corrupciones salen del corazón del pueblo de Dios no de una vez por todas, sino poco a poco. El precepto de esta promesa es que no deben tener amistad con los idólatras. Quienes se mantienen fuera de los caminos peligrosos deben evitar las malas compañías. Peligroso es vivir en un barrio malo; los pecados de los vecinos pueden ser lazo para nosotros. El peligro más grande viene de quienes nos harían pecar contra Dios.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—8. *Moisés llamado a subir al monte—El pueblo promete obediencia.* 9—11. *Aparece la gloria del Señor.* 12—18. *Moisés sube al monte.*

Vv. 1—8. Dios hizo un pacto solemne con Israel. Fue muy solemne, tipificando el pacto de gracia entre Dios y los creyentes por medio de Cristo. Tan pronto como Dios apartó para sí un pueblo peculiar, los gobernó por la palabra escrita, y así lo ha hecho desde entonces. —Los pactos y los mandamientos de Dios son tan justos en sí mismos, y para nuestro bien, que mientras más pensemos en ellos y con más claridad y en forma más completa aparecen ante nosotros, más razón vemos para cumplirlos. La sangre del sacrificio se rociaba sobre el altar, sobre el libro y sobre el pueblo. Ni las personas, su obediencia moral ni sus servicios religiosos hallarán aceptación de parte del Dios santo, si no es por medio del derramamiento y el rociamiento de sangre. Además, todas las bendiciones impartidas a ellos eran por misericordia; el Señor los trataría con bondad. Así, por fe en la sangre de Cristo, el pecador rinde obediencia voluntaria y aceptable.

Vv. 9—11. Los ancianos vieron al Dios de Israel; tuvieron un vistazo de su gloria, aunque lo que hayan visto fuera algo de lo que no podían hacer imagen ni retrato alguno, bastó para satisfacerlos de que Dios estaba con ellos de verdad. Nada se describe sino lo que estaba bajo sus pies. Los zafiros eran el pavimento bajo sus pies; pongamos toda la riqueza de este mundo bajo nuestros pies y no en nuestro corazón. Así, el creyente descubre en la faz de Jesucristo destellos mucho más gloriosos de la justicia y santidad de Dios con mayor claridad de lo que jamás hubiese visto bajo convicciones aterradoras; y por medio del Salvador tiene comunión con el Dios santo.

Vv. 12—18. Una nube tapó el monte durante seis días; una señal de la especial presencia de Dios allí. Moisés estaba seguro que quien le ordenó subir, lo protegería. Hasta en los atributos gloriosos de Dios, que son terribles hasta lo sumo para el impío, se regocijan los santos con humilde reverencia. Por medio de la fe en el sacrificio expiatorio, esperamos mayor honra que la que disfrutara Moisés en la tierra. Ahora vemos a través de un espejo, oscuramente, pero cuando Él aparezca, le veremos cara a cara. Esta visión de Dios continuará con el mismo, creciente, resplandor de gozo, no sólo por unos pocos días, sino por toda la eternidad.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—9. *Lo que ofrecieron los israelitas para construir el tabernáculo.* 10—22. *El arca.* 23—30. *La mesa con sus utensilios.* 31—40. *El candelabro.*

Vv. 1—9. Dios eligió al pueblo de Israel para que sea un pueblo peculiar para sí mismo, por sobre todo otro pueblo, y Él mismo sería el Rey de ellos. Ordenó que se hiciera para Él un palacio real, llamado santuario, lugar santo o habitación santa. En él iba a mostrar su santa presencia en medio de ellos. Puesto que en el desierto habitan en tiendas o carpas, mandó que este palacio real fuera un tabernáculo, que pudiera trasladarse cuando ellos se trasladasen. —El pueblo tenía que suministrar a Moisés los materiales, en forma completamente voluntaria. El mejor uso que podemos dar a nuestra riqueza mundana es honrar a Dios con ella en obras de piedad y caridad. Debemos preguntar no sólo ¿qué *debemos* hacer? sino ¿qué *podemos* hacer por Dios? Lo que dieran debían darlo alegremente, no de mala gana, porque Dios ama al dador alegre, 2 Corintios ix, 7. Lo que se pone al servicio de Dios debe contarse como bien empleado, y todo lo que se haga para el servicio de Dios, debe hacerse según sus órdenes.

Vv. 10—22. El arca era un cofre, recubierto de oro, en que se iban a guardar las dos tablas de la ley. Estas tablas son llamadas testimonio; en ellas Dios da testimonio de su voluntad. La ley era un testimonio *a* los israelitas para orientarlos en sus deberes, y convertirla en un testimonio *contra* ellos si la transgredían. El arca fue puesta en el Lugar Santísimo; el sumo sacerdote la roció con la sangre de los sacrificios y quemó incienso ante ella; y sobre ella aparecía la gloria visible, símbolo de la presencia Divina. Era un tipo de Cristo en su naturaleza sin pecado, que no vio corrupción, unido personalmente con su naturaleza Divina, que hizo expiación con su muerte por nuestros pecados cometidos contra Dios. —Los querubines de oro estaban uno frente al otro, y ambos miraban abajo hacia el arca. Representan la asistencia de los ángeles al Redentor, su disposición a hacer su voluntad, su presencia en la asamblea de los santos, y su anhelo de mirar los misterios del evangelio. El arca estaba cubierta con una tapa de oro llamada el propiciatorio. Se dice que Dios mora o se sienta en el propiciatorio entre los querubines. Ahí Él daría su ley y escucharía a los suplicantes, como un príncipe en su trono.

Vv. 23—30. Había que hacer una mesa de madera, revestida de oro, para ponerla en la primera habitación del tabernáculo, y debía tener continuamente el pan de la proposición. La mesa con sus utensilios en ella, y su uso, parece tipificar la comunión que el Señor tiene con su pueblo redimido por medio de sus ordenanzas, las provisiones de su casa, las fiestas con que son favorecidos. Además, el alimento para su alma, que siempre encuentran cuando lo necesitan; y el deleite que Él halla en las personas y su servicio, según son presentandos ante Él en Cristo.

Vv. 31—40. El candelabro representa la luz de la palabra y del Espíritu de Dios en Cristo Jesús y por medio de Él, concedido en este mundo tenebroso al pueblo creyente, para dirigir la adoración y la obediencia de ellos, y para darles consuelo. La iglesia aún está en sombras, como el tabernáculo, en comparación con lo que será en el cielo, pero la palabra de Dios es una luz que brilla en un lugar oscuro, 2 Pedro i, 19, e indudablemente el mundo sería un lugar oscuro sin ella. —En el versículo 40 hay una expresa advertencia para Moisés. Nada fue dejado a su fantasía, o a la de los obreros o del pueblo; que la voluntad de Dios debía observarse en cada detalle. La instrucción de Cristo a sus discípulos, Mateo xxviii, 20, tiene el mismo sentido: Guarden todas las cosas que os he mandado. —Recordemos que somos los templos del Espíritu Santo, que tenemos la ley de Dios en nuestros corazones, que tenemos que llevar una vida de comunión con Dios, celebrar sus ordenanzas y ser luz del mundo, si, verdaderamente somos seguidores de Cristo. Que el Señor nos ayude a probarnos por este enfoque de la religión y a caminar conforme a ello.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—6. *Las cortinas del tabernáculo.* 7—14. *Las cortinas de pelo de cabra.* 15—30. *Las molduras, las basas, los ganchos.* 31—37. *El velo del Lugar Santísimo y para la entrada.*

Vv. 1—6. Dios manifestó su presencia entre los israelitas en un tabernáculo o tienda debido a la situación de ellos en el desierto. Dios adapta las prendas de su favor y los dones de su gracia al estado y a las carencias de su pueblo. Las cortinas del tabernáculo tenían que ser muy ricas. Tenían que estar bordadas con querubines para significar que los ángeles de Dios acampan alrededor de la iglesia, Salmo xxxiv, 7.

Vv. 7—14. Las cortinas de material más barato, al ser más largas y anchas, cubrían las demás y estaban defendidas por tapas de cueros. El total representa a la persona y doctrina de Cristo, y la

iglesia de los cristianos verdaderos, y todas las cosas celestiales que exteriormente son bajas, pero por dentro, y ante los ojos de Dios, son gloriosas y preciosas.

Vv. 15—30. Cada una de las basas de plata pesaba unas 115 libras (52 kg.); debían ponerse en hileras en el suelo. Sobre cada par de basas se insertaba un panel de madera de acacia recubierto de oro, afirmada por espigas que debían encajar en los correspondientes orificios. Así se iban a formar murallas para ambos lados y para el extremo occidental. La muralla era además sostenida por barras que pasaban por anillos de oro. Se desplegaban las cortinas sobre todo esto. Aunque era portátil, era fuerte y firme. Los materiales eran muy costosos. Todo esto era tipo de la iglesia de Dios, edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, Efesios ii, 20, 21.

Vv. 31—37. Un velo o cortina separaba el Lugar Santo del Lugar *Santísimo.* Estaba colgado de columnas. El velo era para separar el Lugar Santo del Santísimo; impedía por completo que alguien mirara dentro del Lugar Santísimo. El apóstol dice cual era el significado de este velo, Hebreos ix, 8. La ley ceremonial no podía hacer perfectos a los que allí iban, ni su observancia llevaría a los hombres al cielo; no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo entre tanto la primera parte del tabernáculo estuviera en pie. La vida y la inmortalidad yacían escondidas hasta que fueran sacadas a la luz por el evangelio; lo cual quedó representado por el velo que se rasgó al morir Cristo, Mateo xxvii, 51. Ahora, por la sangre de Jesús podemos entrar confiadamente al Lugar Santísimo en todos los actos de adoración, sin embargo, siendo santísimo, nos obliga a la santa reverencia. — Había una cortina para la puerta exterior del tabernáculo. Este velo era toda la defensa que el tabernáculo tenía. Dios cuida a su iglesia en la tierra. Una cortina, si le place a Dios hacerlo así, será tan fuerte para defensa de su casa, como si fueran puertas de bronce y barras de hierro. Con esta descripción típica de Cristo y su iglesia ante nosotros, ¿cuál es nuestro juicio en estos asuntos? ¿Vemos algo de gloria en la persona de Cristo? ¿Alguna excelencia en su carácter? ¿Algo precioso en su salvación? O ¿alguna sabiduría en la doctrina de la cruz? ¿Soportará un examen nuestra religión? Y ¿somos más cuidadosos para aprobar nuestros corazones ante Dios que nuestros caracteres delante de los hombres?

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—8. *El altar del holocausto.* 9—19. *El atrio del tabernáculo.* 20, 21. *El aceite para las lámparas.*

Vv. 1—8. Delante del tabernáculo, en el atrio, donde entraba la gente, había un altar al cual debían llevar los sacrificios y sobre el cual los sacerdotes debían ofrecerlos a Dios. El altar era de madera revestida con bronce. Un enrejado de bronce se ponía en la parte hueca del altar, en medio del cual se mantenía encendido el fuego y se quemaba el sacrificio. El enrejado era hecho de obra de rejilla, como cedazo y quedaba sobre el hueco para que por ahí cayeran las cenizas. El altar de bronce era tipo de Cristo que muere para expiar nuestros pecados. El fuego del cielo habría consumido la madera si no hubiera estado protegida por el bronce: tampoco la naturaleza humana de Cristo hubiera podido soportar la ira de Dios si no hubiera estado sostenida por el poder Divino.

Vv. 9—19. El tabernáculo estaba cercado por un atrio de una sesenta yardas (54, 86 mt) de largo por treinta (27, 43 mt) de ancho, formado por cortinas que colgaban de columnas de bronce, de argollas de bronce. Dentro de este recinto los sacerdotes y los levitas ofrecían los sacrificios y a ese lugar tenían acceso los judíos. Estas distinciones representan la diferencia que hay entre la iglesia

visible nominal y la iglesia espiritual verdadera, que es la única que tiene entrada a la presencia de Dios y puede tener comunión con Él.

Vv. 20, 21. El aceite puro representan los dones y las gracias del Espíritu que todos los creyentes reciben de Cristo, el buen Olivo, y sin el cual nuestra luz no puede alumbrar delante de los hombres. Los sacerdotes tenían que encender las lámparas y cuidarlas. Obra de los ministros por medio de la predicación y exposición de las Escrituras, que son como una lámpara, es alumbrar la iglesia, el tabernáculo de Dios sobre la tierra. Bendito sea Dios, esta luz no está ahora limitada al tabernáculo judío; más bien es una luz para iluminar a los gentiles y para salvación hasta lo último de la tierra.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—5. *Aarón y sus hijos son apartados para el oficio sacerdotal—Sus vestiduras.* 6—14. *El efod.* 15—30. *El pectoral—El Urim y Tumim.* 31—39. *El manto del efod—La lámina de oro.* 40—43. *Las vestiduras para los hijos de Aarón.*

Vv. 1—5. Hasta aquí los jefes de las familias hacían de sacerdotes y ofrecían los sacrificios; pero ahora este oficio quedó restringido exclusivamente a la familia de Aarón; y así continuó hasta la dispensación del evangelio. Las vestiduras santas no solamente distinguían a los sacerdotes del pueblo, además eran emblemas de la conducta santa que siempre debe ser la gloria y la belleza, la marca de los ministros de la religión, sin la cual sus personas y sus ministerios serían despreciables. También tipificaban la gloria de la majestad Divina, y la belleza de la santidad completa que hizo de Jesucristo el gran Sumo Sacerdote. Pero nuestro ornato en el evangelio no debe ser de oro ni costosos atavíos, sino las vestiduras de la salvación, el manto de la justicia.

Vv. 6—14. El efod, de obra primorosa, era la vestidura exterior del sumo sacerdote; el efod sencillo de lino lo usaban los sacerdotes inferiores. Era una túnica corta, sin mangas, bien amarrada al cuerpo con un cinto. Las hombreras iban abotonadas con piedras preciosas engastadas en oro, una en cada hombro, sobre el cual estaban grabados los nombres de los hijos de Israel. Así Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, presenta a su pueblo ante el Señor para memoria. Como la túnica de Cristo no tenía costuras, sino era tejida de arriba abajo, así era el efod. Las campanas de oro del efod, por su sonido agradable y su preciosidad, representan bien la buena profesión que hacen los santos y las granadas, el fruto que ellos llevan.

Vv. 15—30. El adorno principal del sumo sacerdote era el pectoral, una rica pieza de tela de obra primorosa. El nombre de cada tribu estaba grabado en una piedra preciosa, fijada al pectoral, para significar cuán preciosos y honorables son los creyentes a ojos de Dios. Por pequeña y pobre que fuera la tribu, era como una piedra preciosa en el pectoral del sumo sacerdote: así de caros son todos los santos para Cristo, sin que importe cuál sea la estimación de los hombres. El sumo sacerdote tenía los nombres de las tribus sobre sus hombros a la vez que sobre su pecho, lo cual nos recuerda del poder y amor con que nuestro Señor Jesús intercede por lo suyos. No sólo los lleva en sus brazos con poder omnipotente sino que los lleva en su regazo con tierno afecto. ¡Qué consuelo para nosotros cada vez que nos dirigimos a Dios! —El Urim y Tumim por el cual se daba a conocer la voluntad de Dios en casos dudosos, estaba en el pectoral. Urim y Tumim significan *luz* e *integridad*. Hay muchas conjeturas sobre qué eran; la opinión más probable parece ser que eran las doce piedras preciosas del pectoral del sumo sacerdote. Ahora bien, Cristo es nuestro Oráculo. Por Él Dios se nos da a conocer Él y su voluntad para nosotros en estos postreros tiempos, Hebreos i, 1, 2; Juan i, 18. Él

es la Luz verdadera, el Testigo fiel, la Verdad misma, y de Él recibimos el Espíritu de Verdad que nos guía a toda verdad.

Vv. 31—39. El manto del efod iba debajo del efod y llegaba hasta las rodillas; no tenía mangas. Aarón debía ministrar vestido con las vestiduras asignadas. Nosotros debemos servir al Señor con santo temor, como quienes saben que merecen morir. —Una lámina de oro estaba fijada a la frente de Aarón, con el grabado de “Santidad al Señor”. Por ese medio se recordaba a Aarón que Dios es santo y que sus sacerdotes deben ser santos, consagrados al Señor. Esta debía estar en la frente de ellos como profesión abierta de la relación de ellos a Dios. Debía ser grabada como grabadura de sello, profunda y durable; no pintada para que se borre, sino firme y duradera; tal debe ser nuestra santidad al Señor. Cristo es nuestro Sumo Sacerdote; por medio de Él nos son perdonados los pecados y no se cargan a nuestra cuenta. Nuestras personas, nuestras obras, son agradables para Dios por cuenta de Cristo y no de otro modo.

Vv. 40—43. Las vestiduras del sacerdote tipifican la justicia de Cristo. Si nos presentamos ante Dios sin ellas, llevaremos nuestra iniquidad y moriremos. Por tanto, bienaventurado el que vela y guarda sus ropas, Apocalipsis xvi, 15. Y bendito sea Dios porque tenemos un Sumo Sacerdote, nombrado por Dios, y puesto aparte para su obra; aderezado para su elevado oficio por la gloria de la majestad Divina y la belleza de la perfecta santidad. Dichosos somos si por la ley espiritualmente entendida vemos que tal Sumo Sacerdote se hizo nosotros; que nosotros no podemos acercarnos a un Dios santo o ser aceptados, sino por Él. No hay luz, sabiduría, ni perfección sino de Él; no hay gloria, ni belleza sino en ser como Él. Tengamos valor por el poder, amor y compasión de nuestro Sumo Sacerdote, para acercarnos confiadamente al trono de la gracia, para que podamos recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro en tiempo de necesidad.

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—37. *El sacrificio y la ceremonia de consagración de los sacerdotes.* 38—46. *Los holocaustos continuos—La promesa de Dios de habitar en Israel.*

Vv. 1—37. Aarón y sus hijos iban a ser apartados para el oficio de sacerdote en una ceremonia solemne. Nuestro Señor Jesús es el gran Sumo Sacerdote de nuestra profesión, llamado por Dios para serlo, ungido con el Espíritu, por lo que se le llama Mesías, el Cristo; revestido de gloria y belleza; santificado por su propia sangre; perfeccionado o consagrado por medio de sufrimientos, Hebreos ii, 10. Todos los creyentes son sacerdotes espirituales para ofrecer sacrificios espirituales, 1 Pedro ii, 5, lavados en la sangre de Cristo y de esa manera hechos sacerdotes para nuestro Dios, Apocalipsis i, 5, 6. Además están vestidos con la belleza de la santidad y han recibido la unción, 1 Juan ii, 27. El Espíritu de Dios es llamado dedo de Dios (Lucas xi, 20, compárese con Mateo xii, 28) y él aplica el mérito de Cristo a nuestra alma. Esta consagración significa la admisión de un pecador en el sacerdocio espiritual, aceptable a Dios por medio de Jesucristo.

Vv. 38—46. Debía ofrecerse un cordero en el altar cada mañana, y el otro cordero a la caída de la tarde. Esto tipifica la intercesión continua de Cristo que siempre vive para interceder por su iglesia. Aunque se ofreció a sí mismo de una vez para siempre, esa sola ofrenda se vuelve ofrenda continua. Esto nos enseña también a presentar a Dios sacrificios de oración y alabanza *cada día*, mañana y tarde. Nuestras devociones diarias son nuestras obras diarias más necesarias, y los más placenteros de nuestros consuelos diarios. El tiempo de oración debe observarse como se respeta la

hora de las comidas. Hambrean sus almas aquellos que no se presentan en forma constante ente el trono de la gracia; la constancia en la religión produce el consuelo en ella.

CAPÍTULO XXX

Versículos 1—10. *El altar del incienso.* 11—16. *Rescate de almas.* 17—21. *La fuente de bronce.* 22—38. *El aceite de la santa unción—El perfume.*

Vv. 1—10. El altar del incienso representa al Hijo de Dios en su naturaleza humana y el incienso quemado allí tipifica la intercesión por su pueblo. La intercesión *continua* de Cristo está representada por la quema diaria de incienso, mañana y tarde. Una vez cada año había que aplicar la sangre de la expiación, denotando esto que la intercesión de Cristo tiene toda su virtud a partir de sus sufrimientos en la tierra, y que nosotros no necesitamos otro sacrificio ni otro intercesor sino Cristo solo.

Vv. 11—16. El tributo era medio siclo, unos quince centavos de nuestra moneda. El rico no tenía que dar más, ni menos el pobre; las almas de los ricos y pobres son preciosas por igual, y Dios no hace acepción de personas, Hechos x, 34; Job xxxiv, 19. En otras ofrendas los hombres tenían que dar conforme a sus habilidades mundanas, pero esta, que era el rescate del alma, debía ser *igual para todos*. Las almas de todos son de igual valor, están en igual peligro y todas por igual necesitan un rescate. El dinero reunido era para usarse en el servicio del tabernáculo. Quienes tienen el beneficio no deben quejarse de las cargas necesarias para el culto público de Dios. El dinero no puede hacer expiación por el alma, pero puede usarse para honra de Aquel que ha hecho la expiación, y para la mantención del evangelio por el cual se aplica la expiación.

Vv. 17—21. Había que instalar una gran fuente de bronce para agua cerca de la puerta del tabernáculo. Aarón y sus hijos debían lavarse las manos y pies en esta fuente, cada vez que entraran para ministrar. Esto era para enseñarles la pureza en todos sus servicios y a temer la contaminación del pecado. No sólo debían lavarse y ser purificados cuando eran hechos sacerdotes por primera vez, sino que debían lavarse y mantenerse limpios cada vez que fueran a ministrar. Nos enseña a presentarnos diariamente ante Dios, a renovar diariamente nuestro arrepentimiento por el pecado y nuestra esperanza en la sangre de Cristo para la remisión; pues en muchas cosas ofendemos a diario.

Vv. 22—38. Aquí se dan instrucciones para hacer el aceite de la santa unción, y el incienso para uso en el servicio del tabernáculo, lo cual era grato de ver y oler. El nombre de Cristo es como ungüento derramado, Cantares i, 3, y el buen nombre de los cristianos es como ungüento precioso, Eclesiastés vii, 1. El incienso quemado sobre el altar de oro era preparado con especias dulces. Cuando se usaba tenía que ser molido muy fino pues así plugo al Señor magullar al Redentor cuando éste se ofreció como sacrificio de sabor y olor grato. El mismo no debe hacerse para ningún uso común. De este modo Dios mantiene la reverencia en la mente del pueblo por su servicio, y enseña a no profanar ni abusar cosa alguna por la cual Dios se dé a conocer. Gran afrenta para Dios es jugar con las cosas sagradas y tomar a ligera su palabra y sus ordenanzas. Sumamente peligroso y fatal es usar la profesión del evangelio de Cristo para fomentar los intereses mundanos.

CAPÍTULO XXXI

Versículos 1—11. *Bezaleel y Aholiab son nombrados y dotados para la obra del tabernáculo.* 12—17. *La observancia del día de reposo.* 18. *Moisés recibe las tablas de la ley.*

Vv. 1—11. Los israelitas, que habían sido albañiles y fabricantes de ladrillos en Egipto, no estaban calificados para trabajos especiales de artesanía; pero el Espíritu que dio a los apóstoles el hablar en diversas lenguas, dio milagrosamente a Bezaleel y Aholiab la habilidad que les faltaba. Cuando Dios honra a una persona siempre la acompaña con una tarea para desarrollar; ser empleado por Dios es un elevado honor. A los que Dios llame a un servicio los hallará aptos o les dará la aptitud. El Señor da dones diferentes a personas diferentes; que cada cual se ocupe de la obra correspondiente recordando diligentemente que la sabiduría de alguien, es el Señor quien la pone en el corazón para la ejecución de lo que ha ordenado.

Vv. 12—17. Ahora dio las órdenes de que se preparara un tabernáculo para el servicio de Dios. Pero no tenían que pensar que la naturaleza de la obra y la urgencia requerida, les justificara para trabajar en ella durante el día de reposo. La palabra hebrea *shabath* significa reposo o cesar en el trabajo. La cosa significada por el día de reposo es que queda un reposo en gloria para el pueblo de Dios; por tanto, la obligación moral por el día de reposo debe continuar hasta que el tiempo sea absorbido por la eternidad.

V. 18. La ley fue escrita en tablas de piedra para mostrar su permanencia: para denotar igualmente la dureza de nuestros corazones; es más fácil escribir sobre piedra que escribir algo bueno en la corrompida naturaleza de nuestro corazón. Fue escrita por el dedo de Dios, por su voluntad y poder. Solamente Dios puede escribir su ley en el corazón: Él da un corazón de carne; entonces, por su Espíritu, que es el dedo de Dios, escribe su voluntad en el corazón, 2 Corintios iii, 3.

CAPÍTULO XXXII

Versículos 1—6. *El pueblo hace que Aarón fabrique un becerro de oro.* 7—14. *El desagrado de Dios—La intercesión de Moisés.* 15—20. *Moisés rompe la tablas de la ley—Destruye el becerro de oro.* 21—29. *La disculpa de Aarón—Muerte de los idólatras.* 30—35. *Moisés ora por el pueblo.*

Vv. 1—6. Mientras Moisés estaba en el monte recibiendo la ley de Dios, el pueblo enardecido se dirigió a Aarón. La multitud atolondrada estaba cansada de esperar el regreso de Moisés. El cansancio de la espera da lugar a muchas tentaciones. Hay que esperar al Señor hasta que llegue, y hay que esperarle aunque demore. —Que la prontitud de ellos para dar sus aros de oro para fabricar un ídolo, avergüence nuestra mezquindad en el servicio del Dios verdadero. No se detuvieron a considerar el costo de la idolatría ¿y nosotros nos quejamos por nuestro gasto en la religión? Aarón hizo la imagen de un buey o un becerro, y le dio cierta terminación con un buril. Y ellos ofrecieron sacrificios a este ídolo. Puesto que pusieron una imagen ante ellos y así cambiaron la verdad de Dios en mentira, sus sacrificios fueron abominación. Unos pocos días antes, en ese mismo lugar, ¿no habían oído ellos la voz de Jehová Dios diciéndoles de en medio del fuego: No te harás imagen? Ellos mismos, ¿no habían entrado solemnemente en un pacto con Dios, en el sentido de hacer todo lo que Él les había dicho y que obedecerían? Capítulo xxiv, 7. Sin embargo, antes de salir del lugar donde habían hecho solemnemente el pacto, rompieron un mandamiento expreso desafiando una amenaza expresa. Eso muestra claramente que la ley no era capaz de santificar, como no era capaz de justificar; por ella se conoce el pecado, pero no la cura del pecado. —Aarón fue apartado por

nombramiento divino para el oficio del sacerdocio; pero él, que una vez se avergonzó al extremo de levantar un altar para el becerro de oro, ahora debe reconocerse indigno del honor de servir en el altar de Dios, y debe sentirse en deuda con la libre gracia por ello. De esta manera fueron silenciados el orgullo y la jactancia.

Vv. 7—14. Dios dice a Moisés que los israelitas se habían corrompido. El pecado es la corrupción del pecador, y es una corrupción de sí mismo; cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Ellos se habían descarriado. El pecado es salirse del camino del deber y tomar un atajo. Pronto olvidaron las obras de Dios. Él ve lo que ellos no pueden descubrir, y ninguna maldad del mundo le está oculta. Nosotros no soportaríamos ver la milésima parte de la maldad que Dios ve a diario. Dios expresa la grandeza de su justo desagrado, al estilo de los hombres, que no hubieran permitido que alguien intercediera por aquellos contra quienes hubieran resuelto ser severos. Nada sino la oración de Moisés podía salvarlos de la ruina; de esta manera, fue un tipo de Cristo, por cuya sola mediación, Dios reconciliaría el mundo consigo mismo. —Moisés pone como prenda la gloria de Dios. La glorificación del nombre de Dios, que debiera ser nuestra primera petición, como es en el Padre Nuestro, debiera ser nuestro ruego principal. Las promesas de Dios deben ser nuestro principal ruego en oración, puesto que quien lo prometió es poderoso para cumplir. Nótese el poder de la oración. En respuesta a las oraciones de Moisés, Dios mostró su propósito de perdonar al pueblo, de la manera que antes *parecía* decidido a destruirlo; el cambio en la expresión exterior de su propósito es llamado "arrepentirse del mal".

Vv. 15—20. ¡Qué cambio! Descender del monte de la comunión con Dios, para conversar con un mundo malo. Nada vemos en Dios que no sea puro y placentero; en el mundo, nada que no sea pecador y provocativo. Para que se viera que un ídolo es nada en el mundo, Moisés pulverizó el becerro. El acto de mezclar este polvo con el agua que bebían representa el hecho de que el corazón del apóstata debe llenarse con sus propios caminos.

Vv. 21—29. Nunca hubo hombre sabio que diera una excusa más frívola y necia que la de Aarón. No debemos ser llevados a pecar por algo que el hombre pueda decirnos o hacernos; pues los hombres sólo pueden tentarnos a pecar, pero no pueden obligarnos a hacerlo. La forma en que Moisés enfrentó el problema volvió la danza en temblor. La vergüenza de su pecado quedó expuesta a la luz. Para quitar el reproche, Moisés no ocultó el pecado, ni le impuso un color falso, mas lo castigó. Los levitas tuvieron que matar a los líderes de esta maldad, pero nadie fue ejecutado sino los que se enfrentaron abiertamente. Los que persisten en pecar están marcados para la ruina: Quienes por la mañana gritaban y danzaban, murieron antes de la noche. Los juicios del Señor producen cambios súbitos a veces, con los pecadores que se sienten seguros y alegres en su pecar.

Vv. 30—35. Moisés lo calificó de gran pecado. La obra de los ministros tiene que mostrar la enormidad de sus pecados a la gente. El gran mal del pecado se evidencia en el precio del perdón. Moisés ruega misericordia a Dios; él no fue a dar excusas sino a expiar. No tenemos que suponer que Moisés quiere decir que siempre estuviera dispuesto a morir en aras del pueblo. Tenemos que amar a nuestro prójimo *como* a nosotros mismos pero no *más* que a nosotros mismos. Pero con el sentir que había en Cristo, Él estaba dispuesto a poner su vida de la manera más dolorosa, si de esa manera pudiera preservar al pueblo. Moisés no podía apaciguar totalmente la ira de Dios; lo cual muestra que la ley de Moisés no era capaz de reconciliar a los hombres con Dios, ni de perfeccionar nuestra paz con Él. Sólo en Cristo Dios perdona el pecado, para no recordarlo más. —Esta historia nos muestra que ningún corazón carnal, que no se haya humillado, puede soportar por mucho tiempo los preceptos santos, las verdades humillantes, y la adoración espiritual de Dios. Pero un dios, un sacerdote, un culto, una doctrina y un sacrificio, a la medida de la mente carnal, siempre encontrará abundancia de adoradores. Se puede pervertir el evangelio mismo a tal punto que se adapte al gusto

mundano. Es bueno para nosotros que, el Profeta como Moisés, que es incomparablemente más poderoso y misericordioso, haya hecho expiación por nuestra alma y ahora interceda por nosotros. Regocijémonos en su gracia.

CAPÍTULO XXXIII

Versículos 1—6. *El Señor rehusa ir con Israel.* 7—11. *El tabernáculo de Moisés es sacado fuera del campamento.* 12—23. *Moisés desea ver la gloria de Dios.*

Vv. 1—6. A quienes Dios perdona, hay que hacerles saber lo que merecía su pecado. "Que ellos se vayan solos" expresaba en gran medida el desagrado de Dios. Aunque Él promete cumplir el pacto con Abraham dándoles Canaán, les niega las señales de su presencia con que habían sido bendecidos. —El pueblo lloró por su pecado. De todos los frutos y amargas consecuencias del pecado, lo que los verdaderos arrepentidos lamentan y temen más es que Dios se aparte de ellos. La mismísima Canaán no sería una tierra agradable sin la presencia del Señor. Los que se fueron ataviados para mantener el pecado no pudieron hacer otra cosa que quitarse los atavíos como señal de pesar y vergüenza por el pecado.

Vv. 7—11. Moisés tomó el tabernáculo y lo levantó fuera del campamento. Parece haber sido un edificio temporal, armado para el culto, y en el cual él juzgaba las disputas de la gente. El pueblo miraba en pos de Moisés; tenían muchos deseos de estar en paz con Dios y les interesaba saber lo que sucedería. —La columna de nube que se había apartado del campamento cuando fue contaminado por la idolatría, ahora regresó. Si nuestro corazón sale al encuentro de Dios, Él vendrá misericordiosamente a nuestro encuentro.

Vv. 12—23. Moisés es muy honesto con Dios. Así, la intercesión de Cristo, no sólo nos salva de la ruina, además adquirimos el derecho a la eterna bienaventuranza. —Observe aquí cómo él *argumenta*. Nosotros hallamos gracia a ojos de Dios si encontramos gracia en nuestros corazones para guiarnos y apurarnos en el camino de nuestro deber. Moisés habla como quien teme la idea de seguir adelante sin la presencia del Señor. Las promesas de la gracia de Dios y su misericordia para con nosotros, no sólo deben alentar nuestra fe, además deben estimular nuestro fervor para orar. Observe cómo él *presiona*. Véase, en un tipo, la intercesión de Cristo, a la que siempre da vida para interceder en favor de todo aquello que venga a Dios por Él; y que no es por ninguna cosa que haya a favor en aquellos por los cuales Él intercede. —Moisés pide ver la gloria de Dios y también en eso es escuchado. La visión completa de la gloria de Dios, abrumaría aun al mismo Moisés. El hombre es malo e indigno de ello; débil y no puede soportarlo; culpable y no podría sino temerlo. La revelación misericordiosa que se hace en Cristo Jesús es lo único que podemos tolerar. —El Señor concedió lo que lo satisfaría abundantemente. La bondad de Dios es su gloria; y Él hará que le conozcamos por la gloria de su misericordia, más que por la gloria de su majestad. —Sobre la roca había un lugar adecuado para que Moisés viera la bondad y la gloria de Dios. La peña de Horeb era un tipo de Cristo, la Roca de refugio, salvación y fuerza. Dichosos los que están sobre esta Roca. —La hendidura puede ser un emblema de Cristo, como partido, crucificado, herido y muerto. —Lo que sigue denota el imperfecto conocimiento de Dios en el estado presente, aun según se revela en Cristo; porque esto, comparado con la visión celestial de Él, solo es como ver a un hombre que pasó, cuya espalda es lo único que puede verse. Dios en Cristo, como Él es, en las manifestaciones más plenas y brillantes de su gloria, gracia y bondad están reservadas para otro estado.

CAPÍTULO XXXIV

Versículos 1—4. *Renovación de las tablas de la ley.* 5—9. *Proclamación del nombre del Señor—Ferviente petición de Moisés.* 10—17. *El pacto de Dios.* 18—27. *Las fiestas.* 28—35. *El velo de Moisés.*

Vv. 1—4. Cuando Dios hizo al hombre a su imagen, la ley moral fue escrita en su corazón por el dedo de Dios, sin medios externos. Pero como el pacto entonces hecho con el hombre fue quebrantado, el Señor ha usado el ministerio de los hombres, tanto para escribir la ley en las Escrituras, como para escribirla en el corazón. Cuando Dios se reconcilió con los israelitas, ordenó que las tablas fuesen renovadas y escribió su ley en ellas. Aun bajo el evangelio de paz por Cristo la ley moral continúa obligando al creyente. Aunque Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley, pero no de los mandamientos de ella. La primera y mejor prueba del perdón de pecados y de la paz con Dios es que la ley queda escrita en el corazón.

Vv. 5—9. Como señal abierta de su presencia y manifestación de su gloria, el Señor descendió en una nube y, desde allí proclamó su Nombre; esto es, las perfecciones y el carácter denotados por el nombre Jehová. El Señor Dios es *misericordioso*: pronto para perdonar al pecador y socorrer al necesitado. *Piadoso*: bueno y dispuesto a conceder beneficios inmerecidos. *Tardo para la ira,*: es longánime, concede tiempo para el arrepentimiento, y sólo castiga cuando es necesario. Él es *grande en misericordia y verdad*: hasta los pecadores reciben en abundancia las riquezas de su magnificencia aunque abusen de ella. Todo lo que Él revela es verdad infalible, todo lo que promete lo hace con fidelidad. *Que guarda misericordia a millares*: continuamente Él muestra misericordia a los pecadores hasta el fin del tiempo, y tiene tesoros que no se pueden agotar. *Que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado*: su misericordia y bondad llegan al perdón pleno y gratuito del pecado. *Y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado*: la santidad y justicia de Dios son parte de su piedad y amor para con todas sus criaturas. En los sufrimientos de Cristo se muestra la santidad y justicia Divina plenamente, y se da a conocer la maldad del pecado. La misericordia de Dios que perdona siempre va acompañada de su gracia que convierte y santifica. Nadie tiene perdón sino los que se arrepienten y abandonan la práctica intencional de todo pecado; ninguno que abuse, descuide o desprecie esta gran salvación podrá escapar. —Moisés se inclinó y adoró con reverencia. El creyente puede invocar cualquier perfección del *nombre* de Dios, para pedirle el perdón de sus pecados, que sea hecho santo su corazón, y que se extienda el reino del Redentor.

Vv. 10—17. Se manda a los israelitas que destruyan todo monumento de idolatría por exquisito o caro que sea; que rechacen toda alianza, amistad o matrimonio con los idólatras y todas las fiestas idólatras; y se les recuerda que no repitan el delito de hacerse imágenes de fundición. El furor del hombre es llamado celos, Proverbios vi, 34; pero el desagrado es santo y justo en Dios. Quienes no adoran sólo a Dios no pueden adorarlo rectamente.

Vv. 18—27. Una vez por semana deben *reposar* aunque sea en la temporada de siembra y de cosecha. Todos los negocios del mundo deben dar lugar al reposo santo; aun la siega prosperará para mejor por la observancia sagrada del día de reposo en la temporada de la cosecha. Debemos demostrar que preferimos nuestra comunión con Dios y nuestro deber para con Él antes que los negocios o la alegría de la cosecha. —Tres veces al año ellos debían presentarse ante el Señor Dios, el Dios de Israel. Canaán era una tierra deseable y los pueblos vecinos eran codiciosos; pero Dios dice: "Ninguno codiciará tu tierra." Controlemos todos los deseos pecaminosos de nuestro corazón contra Dios y su gloria y, entonces, confiemos en que Él controle todos los deseos pecaminosos en el corazón de otros en contra de nosotros. El camino del deber es el camino de la seguridad. Quienes se

aventuran por él, nunca pierden. —Aquí se mencionan tres fiestas: —1. *La Pascua, que recuerda la liberación desde Egipto.* —2. *La fiesta de las semanas o fiesta de Pentecostés;* agregada a esta está la ley de las primicias. —3. *La fiesta de la cosecha o fiesta de los Tabernáculos.* —Moisés tenía que escribir estas palabras para que el pueblo las conozca mejor. Nunca podemos estar suficientemente agradecidos de Dios por la palabra escrita. Dios haría un pacto con Israel con Moisés como mediador. Así, el pacto de gracia lo hace con los creyentes por medio de Cristo.

Vv. 28—35. La comunión cercana y espiritual con Dios mejora las gracias de un carácter renovado y santo. La piedad seria confiere lustre al semblante del hombre, así como infunde estima y afecto. El velo que Moisés se puso, señala la oscuridad de esa dispensación, en comparación con la dispensación del evangelio del Nuevo Testamento. También era un emblema del velo natural que hay en el corazón de los hombres respecto de las cosas espirituales. Además, representa el velo que estaba y está sobre la nación de Israel, el cual sólo puede ser quitado por el Espíritu del Señor, que les muestra a Cristo como el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree. El miedo y la incredulidad pondrán el velo delante de nosotros, estorbarán nuestro acercamiento confiado al trono de la gracia en lo alto. Debemos mostrar plenamente nuestras carencias, temporales y espirituales, ante nuestro Padre espiritual; tenemos que contarle nuestros problemas, luchas, pruebas y tentaciones; debemos reconocer nuestras ofensas.

CAPÍTULO XXXV

Versículos 1—3. *Observancia del día de reposo.* 4—19. *Los donativos voluntarios para el tabernáculo.* 20—29. *La disposición del pueblo en general.* 30—35. *Bezaleel y Aholiab llamados a la obra.*

Vv. 1—3. El yugo ligero y fácil de Cristo ha hecho más deliciosos nuestros deberes, y menos irritantes las restricciones de nuestro día de reposo que las del reposo judaico; pero nosotros somos más culpables por descuidarlo. Ciertamente la sabiduría de Dios al darnos el día de reposo con toda la misericordia de sus propósitos, son pecaminosamente desechados. ¿Es nada marcar con el desprecio el día bendito, que nos ha sido dado por un Dios generoso para que crezcamos en gracia con la iglesia aquí abajo, a fin de prepararnos para la felicidad con la iglesia en lo alto?

Vv. 4—19. El tabernáculo iba a estar dedicado a la honra de Dios, y se iba a usar para su servicio; por tanto, lo que se trajera para su construcción era una ofrenda para el Señor. La regla es, Todo generoso de corazón la traerá. —Todos los que tienen destreza deben trabajar. Dios dispensa sus dones; y cada hombre, según haya recibido, así debe ministrar, 1 Pedro iv, 10. Los que eran ricos debían traer materiales para trabajarlos; los que eran hábiles, debían servir al tabernáculo con sus habilidades: como necesitaban unos de otros así el tabernáculo los necesitaba a ambos, 1 Corintios xii, 7–21.

Vv. 20—29. Sin una mente voluntaria serían aborrecibles las ofrendas costosas; con ella, hasta la más pequeña será aceptable. Nuestro corazón está dispuesto cuando asistimos alegremente a promover la causa de Dios. Quienes son diligentes y están contentos con empleos considerados bajos, son tan aceptables por Dios como quienes están en servicios espléndidos. Las mujeres que hilaron el pelo de cabra eran de corazón sabio, porque lo hicieron de todo corazón para el Señor. Así, el labrador, el mecánico, o el siervo que atiende a su trabajo en la fe y temor de Dios, puede ser tan sabio, en su lugar, como el ministro más útil y ser igualmente aceptado por el Señor. Nuestra

sabiduría y deber consisten en dar a Dios la gloria y la utilidad de nuestros talentos sean muchos o pocos.

Vv. 30—35. Aquí está el nombramiento divino de los maestros para que no hubiera contienda por el oficio y todos los que estuvieran empleados en la obra pudiesen recibir órdenes de ellos y ser responsables ante ellos. A quienes Dios llamó por nombre para su servicio, Él los llenó con el Espíritu de Dios. La destreza, aun en empleos mundanos, es don de Dios y viene de lo alto. Pero hay muchos bastante dispuestos a organizar el trabajo de los demás y pueden decir lo que debe hacer este o aquel hombre; pero ellos no tocarían ni con un dedo las cargas que atan sobre los demás. Los tales quedarán bajo la categoría de siervos negligentes. Estos hombres no estaban solamente para diseñar y trabajar; además debían enseñar a los otros. Los que dirigen deben enseñar; y aquellos a quienes Dios ha dado conocimientos deben estar dispuestos a darlos a conocer para beneficio del prójimo.

CAPÍTULO XXXVI

La construcción del tabernáculo—Limitación de la liberalidad de la gente.

La prontitud y el celo con que los constructores se pusieron a trabajar, la exactitud con que realizaron la tarea y la fidelidad con que desistieron de recibir más contribuciones, son dignas de imitación. Así debemos servir a Dios y también a nuestros superiores, en todas las cosas lícitas. Así todos los que estamos en cometidos públicos, debemos aborrecer el sucio lucro, y evitar todas las ocasiones y tentaciones a la codicia. —¿Dónde tenemos la representación del amor de Dios para con nosotros, los que por amor habitamos en Él y Él en nosotros, salvo en Emanuel? Mateo i, 23. Esta es la suma del ministerio de reconciliación, 2 Corintios v, 18, 19. Este es el diseño del “tabernáculo del testimonio”, un testimonio visible del amor de Dios a la raza de los hombres, por caídos que estuvieran de su primer estado. Y este amor fue demostrado por Cristo al asumir su permanencia en la tierra; por el Verbo hecho carne, Juan i, 14, donde, según lo expresa el original, Él hizo su *tabernáculo* entre nosotros.

CAPÍTULO XXXVII

La construcción del arca y el mobiliario del tabernáculo.

En el mobiliario del tabernáculo hubo emblemas de un servicio espiritual aceptable. El incienso representaba las oraciones de los santos. El sacrificios del altar representaba al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. La vasija de oro con maná o pan del cielo, la carne de Jesucristo que Él dio por la vida del mundo. El candelero con sus luces, la enseñanza e iluminación del Espíritu Santo. El pan de la proposición representaba la provisión para quienes tienen hambre y sed de justicia, que dan abundantemente el evangelio, las ordenanzas y los sacramentos de la casa de oración. —La precisión de los artesanos con la regla debiera ser seguida por nosotros, procurando las influencias del Espíritu Santo, para que podamos regocijarnos en Dios y glorificarle mientras estemos en este mundo y para estar con Él al final para siempre.

CAPÍTULO XXXVIII

Versículos 1—8. *El altar y la fuente de bronce.* 9—20. *El atrio.* 21—31. *Las ofrendas del pueblo.*

Vv. 1—8. En todas las edades de la iglesia ha habido algunas personas más devotas a Dios, más constantes que otras en su asistencia a sus ordenanzas y más dispuestas a dejar hasta las cosas lícitas por amor a Él. Algunas mujeres, dedicadas a Dios y celosas de la adoración del tabernáculo, expresaron su celo dando los espejos que eran placas pulidas de bronce. Antes de inventar los espejos de vidrio, estas servían para lo mismo.

Vv. 9—20. Los muros del atrio eran de cortina solamente, lo que insinúa que el estado de la iglesia judía misma era movible y cambiable; en el momento oportuno, lo iban a desarmar y doblar, o vendría el tiempo cuando el lugar de la tienda debería ampliarse y sus cuerdas se extenderían para dar lugar al mundo gentil.

Vv. 21—31. El fundamento de basas de plata demostraba la solidez y la pureza de la verdad sobre la cual está fundada la iglesia. —Consideremos al Señor Jesucristo cuando leemos acerca del mobiliario del tabernáculo. Cuando consideremos el altar del holocausto, veamos a Jesús. En Él, en su justicia y salvación, hay una ofrenda completa y suficiente por el pecado. Dejemos que nuestra alma sea lavada en la fuente de la regeneración por su Espíritu Santo, y será limpia; y como el pueblo ofrendó voluntariamente, así pueda, ser nuestra alma voluntaria. Estemos prontos a dejar cualquier cosa y contarlo todo como pérdida para ganar a Cristo.

CAPÍTULO XXXIX

Versículos 1—31. *Las vestiduras de los sacerdotes.* 32—43. *El tabernáculo terminado.*

Vv. 1—31. Las vestiduras de los sacerdotes eran ricas y espléndidas. La iglesia en su infancia fue así enseñada por sombras de las buenas cosas venideras, pero la sustancia es Cristo y la gracia del evangelio. Cristo es nuestro gran Sumo Sacerdote. Cuando Él emprendió la obra de nuestra redención, se puso los ropajes del servicio, se adornó con los dones y las gracias del Espíritu, se ciñó con resolución para realizar la empresa, se encargó de todo el Israel espiritual de Dios, lo puso sobre su corazón, lo grabó en la palma de sus manos, y lo presentó a su Padre. Y Él se coronó con santidad al Señor, consagrando toda su empresa completa al honor de la santidad de su Padre. —Los creyentes verdaderos son sacerdotes espirituales. El lino fino con que debe confeccionarse toda su ropa de servicio es las acciones justas de los santos, Apocalipsis xix, 8.

Vv. 32—43. El tabernáculo era tipo o emblema de *Jesucristo*. Así como el Altísimo habitaba visiblemente en el santuario, sobre el arca, así Él residió en la naturaleza humana y en el tabernáculo de su amado Hijo; en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, Colosenses ii, 9. El tabernáculo era un símbolo de *cada cristiano verdadero.* En el alma de todo seguidor verdadero del Salvador, habita el Padre, el objeto de su adoración y autor de sus bendiciones. El tabernáculo también tipifica *la iglesia del Redentor*. El más bajo y el más poderoso, por igual, son caros para el amor del Padre, libremente ejercido por medio de la fe en Cristo. El tabernáculo era un tipo y emblema *del templo celestial*, Apocalipsis xxi, 3. Entonces, ¡cuál será el esplendor de Su manifestación cuando sea quitada la nube y sus adoradores fieles lo vean como Él es!

CAPÍTULO XL

Versículos 1—15. *Instalación del tabernáculo—Santificación de Aarón y sus hijos.* 16—33. *Moisés hace todo conforme a lo mandado.* 34—38. *La gloria del Señor llena el tabernáculo.*

Vv. 1—15. Cuando empieza un año nuevo debemos procurar servir mejor a Dios que el año anterior. —El tabernáculo se terminó en medio año. Cuando los corazones de la gente se dedican seriamente a una buena causa, se puede hacer mucho en poco tiempo; y cuando se presta atención continuamente a los mandamientos de Dios, como regla de trabajo, todo se hará bien. —El sumo sacerdocio estuvo en la familia de Aarón hasta la venida de Cristo y en él sigue para siempre la sustancia de todas estas sombras.

Vv. 16—33. Cuando el tabernáculo y sus utensilios estuvieron terminados, no dejaron de erigirlo hasta que llegaron a Canaán, pero obedeciendo la voluntad de Dios, lo armaban en medio del campamento. Quienes no están establecidos en el mundo no deben pensar que eso es excusa para la falta de religión; como si bastara comenzar a servir a Dios cuando empiezan a establecerse en el mundo. No; un tabernáculo para Dios es muy necesario aun en el desierto, especialmente dado que podemos estar en el otro mundo antes de llegar a establecernos en éste. Y debemos temer, no sea que nos engañemos a nosotros mismos con una apariencia de piedad. El pensamiento de que fueron tan pocos los que entraron en Canaán debe ser una advertencia especialmente para la gente joven, para no postergar el cuidado de su alma.

Vv. 34—38. La nube cubrió el tabernáculo aun en el día más claro; no era una nube que el sol desvanece. La nube era una señal de la presencia de Dios para ser vista día y noche por todo Israel, para que nunca volvieran a preguntarse, ¿está o no el Señor entre nosotros? Dirigió el campamento de Israel a través del desierto. Mientras la nube estaba sobre el tabernáculo, ellos descansaban; cuando se levantaba, ellos la seguían. —La gloria del Señor llenaba el tabernáculo. La *shekiná* se hacía visible en forma de luz y fuego: Dios es Luz; nuestro Dios es Fuego consumidor. Pero tan deslumbrante era la luz y tan temible el fuego, que Moisés no podía entrar a la tienda de la reunión hasta que disminuía el resplandor. Pero lo que Moisés no pudo hacer, nuestro Señor Jesús lo hizo a quien Dios hizo acercarse; Él nos ha invitado a entrar confiadamente al trono de la gracia. Enseñados por el Espíritu Santo a seguir el ejemplo de Cristo, y a depender de Él, a participar de sus ordenanzas y obedecer sus preceptos, seremos guardados de perder el camino, y seremos guiados en medio de las sendas de juicio, hasta que lleguemos al cielo, la habitación de su santidad. ¡Bendito sea Dios por Jesucristo!

LEVÍTICO

Dios ordenó diversas clases de oblaciones y sacrificios para asegurar a su pueblo el perdón de sus ofensas, si los ofrecían con verdadera fe y obediencia. También designó sacerdotes y levitas, sus atuendos, oficios, conducta y porción. Señaló las fiestas que debían observar y en qué épocas. Declaró por medio de los sacrificios y ceremonias que la paga del pecado es muerte y que sin la sangre de Cristo, el inocente Cordero de Dios, no puede haber perdón de pecados.

CAPÍTULO I

Versículos 1, 2. *Las ofrendas.* 3—9. *De rebaños.* 10—17. *De manadas y de aves.*

Vv. 1, 2. La ofrenda de sacrificios era una ordenanza para la religión verdadera, desde la caída del hombre hasta la venida de Cristo. Pero parece que no hubo reglamentos muy detallados hasta que los israelitas estuvieron en el desierto. El designio general de estas leyes es claro. Los sacrificios tipificaban a Cristo; además eran sombras del deber, carácter, privilegio y comunión del creyente con Dios. Casi no hay algo que la Escritura diga del Señor Jesús que, además, no tenga referencia a su pueblo. Este libro empieza con las leyes de los sacrificios; los más antiguos eran los holocaustos, sobre los cuales Dios da órdenes a Moisés en este pasaje. Se da por sentado que el pueblo estaba dispuesto a traer ofrendas al Señor. La luz misma de la naturaleza dirige al hombre de una u otra manera para honrar a su Hacedor como su Señor. Los sacrificios fueron ordenados inmediatamente después de la caída.

Vv. 3—9. En la correcta ejecución de las ordenanzas levíticas, los misterios del mundo espiritual son representados por los objetos naturales correspondientes. En sus ritos se exhiben sucesos futuros. Sin esto, todo el conjunto parecerá un ceremonial sin sentido. —¿Hay en estas cosas un tipo de los sufrimientos del Hijo de Dios, que iba a ser un sacrificio por los pecados de todo el mundo? Quemar el cuerpo de un animal solo era una débil representación de la miseria eterna, que todos merecemos, y que nuestro bendito Señor llevó en su cuerpo y en su alma, cuando murió bajo la carga de nuestras iniquidades. — Obsérvese: —1. La bestia que se ofrendaba debía *ser sin defecto.* Esto significaba la fuerza y pureza que había en Cristo y la vida santa que debe haber en su pueblo. —2. El propietario debía ofrecerlo *por propia y libre voluntad.* Lo que se hace en la religión para agradar a Dios debe hacerse por amor. Cristo se ofrendó voluntariamente por nosotros. —3. Debía ofrecerse *en la puerta del tabernáculo* donde estaba el altar de bronce del holocausto, que santificaba la dádiva: debía ofrecerlo en la puerta como quien es indigno de entrar y reconociendo que un pecador no puede tener comunión con Dios, sino por el sacrificio. —4. El ofrendante debía *poner su mano sobre la cabeza de la ofrenda* significando con ello su deseo y esperanza de ser aceptado, de su parte, como expiación por él. —5. El sacrificio tenía que ser *muerto delante el Señor,* en forma ordenada y para honrar a Dios. Significaba también que en el cristiano debe ser crucificada la carne con sus afectos corruptos y sus concupiscencias. —6. Los sacerdotes tenían que *rociar la sangre sobre el altar*; puesto que la sangre es la vida, es ella la que hace expiación. Esto representa la pacificación y purificación de nuestra conciencia, por medio del rociamiento de la sangre de Jesucristo sobre ella, por fe. —7. El animal tenía que *ser partido* en varios pedazos y, luego, *ser quemado* sobre el altar. La quema del sacrificio representa los agudos sufrimientos de Cristo y el afecto devoto con que,

como fuego santo, el cristiano debe ofrecerse completamente, espíritu, alma y cuerpo a Dios. —8. Se dice que esto era *una ofrenda de olor grato*. Como acto de obediencia a un mandato divino, y como tipo de Cristo, era agradable a Dios; los sacrificios espirituales de los creyentes son aceptables para Dios por medio de Cristo, 1 Pedro ii, 5.

Vv. 10—17. Los que no podían ofrendar un vacuno tenían que traer una oveja o una cabra; los que no podían hacer eso eran aceptados por Dios si traían una tórtola o un palomino. Las criaturas escogidas para el sacrificio tenían que ser mansas, delicadas e inofensivas para mostrar la inocencia y mansedumbre que hubo en Cristo, y que debe haber en los cristianos. La ofrenda del pobre es tan tipo de la expiación de Cristo como los sacrificios más caros, y expresaba tan completamente como los otros el arrepentimiento, fe y devoción a Dios. —No tenemos excusa si rehusamos el culto a Dios agradable y racional ahora requerido.

Pero no podemos ofrecer el sacrificio de un corazón quebrantado, o de alabanza y acción de gracias, así como un israelita no podía ofrendar un vacuno o cabra, si Dios no se daba a sí mismo primero. Mientras más hagamos en el servicio del Señor, más obligados estamos con Él, por su voluntad, la capacitación y la oportunidad. En muchas cosas Dios deja que nosotros fijemos lo que deberá gastarse en su servicio, sea de nuestro tiempo o de nuestra sustancia; sin embargo, cuando la providencia de Dios haya dado mucho a un hombre, no se aceptarán ofrendas magras, pues no son expresiones correctas de una mente bien dispuesta. Consagrémonos a su servicio en cuerpo y alma, sea lo que fuere que nos pida que demos, aventuremos, hagamos o suframos por amor a Él.

CAPÍTULO II

Versículos 1—11. *La oblación.* 12—16. *La ofrenda de las primicias.*

Vv. 1—11. Las ofrendas vegetales pueden ser tipo de Cristo, que se ofreció a Dios por nosotros, como el Pan de vida para nuestras almas; pero más bien parecen significar nuestra obligación para con Dios por las bendiciones de la providencia, y las buenas obras aceptables para Dios. La oblación era comestible y ese nombre abarcaba, y aún comprende, cualquier clase de provisión; la mayor parte de esta ofrenda era para comerla, y no para quemarla. Estas ofrendas se mencionan *después* de los holocaustos: estos servicios no pueden ser aceptados sin que haya interés en el sacrificio de Cristo, y dedicación a Dios de todo corazón. —La levadura es el emblema del orgullo, la maldad, hipocresía, y la miel del placer sensual. Lo primero se opone directamente a las virtudes de la humildad, el amor y la sinceridad, que Dios aprueba; lo segundo aparta a los hombres de los ejercicios de devoción y de la práctica de las buenas obras. Cristo, en su carácter y sacrificio, estaba totalmente libre de las cosas representadas por la levadura; y su vida de sufrimientos y sus dolores de muerte eran exactamente lo opuesto del placer mundano. Su pueblo ha sido llamado a seguirle, y a ser como Él.

Vv. 12—16. La *sal* se necesita en todas las ofrendas. Aquí Dios les insinúa que sus sacrificios, en sí mismos, son insípidos. Todos los servicios religiosos deben estar sazonados con la gracia. El cristianismo es la sal de la tierra. —Se dan instrucciones sobre la ofrenda de las *primicias* en la cosecha. Si un hombre, con gratitud por la bondad de Dios al darle una cosecha abundante, estaba dispuesto a presentar una ofrenda a Dios, que traiga los primeros frutos maduros y espigas. Lo que se llevara a Dios debía ser lo mejor de su clase, aunque solo fueran espigas verdes de trigo. —Sobre ellos había que poner *aceite* e *incienso*. La sabiduría y la humildad suavizan y endulzan el espíritu y el servicio de la gente joven, y así sus espigas verdes de trigo serán aceptables. Dios se agrada en las

primicias maduras del fruto del Espíritu y en las expresiones de temprana piedad y devoción. El amor santo a Dios es el fuego en que deben hacerse todas nuestras ofrendas. El *incienso* denota la mediación e intercesión de Cristo, por medio de quien es aceptado nuestro servicio. Bendito sea Dios que tenemos la sustancia, de la cual estas observancias eran solo sombras. Hay una excelencia en Cristo y en su obra como Mediador, que ningún tipo ni sombra pueden representar plenamente. Nuestra dependencia en esto debe ser tan completa que nunca lo perdamos de vista en lo que hagamos, si hemos de ser aceptos a Dios.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Ofrenda de paz del ganado.* 6—17. *Ofrenda de paz del rebaño.*

Vv. 1—5. Las *ofrendas de paz* tenían que considerar a Dios como el dador de todas las cosas buenas. Se repartían entre el altar, el sacerdote y el dueño. Se llamaban ofrendas de paz porque en ellas era como si Dios y su pueblo celebraran juntos, en señal de amistad. Las ofrendas de paz se ofrecían a guisa de *súplica*. Si un hombre andaba en procura de alguna misericordia, agregaba por ello una ofrenda de paz a su oración. Cristo es nuestra Paz, nuestra ofrenda de Paz; pues por su solo intermedio podemos obtener una respuesta de paz a nuestras oraciones. También, la ofrenda de paz era presentada a modo de *acción de gracias* por alguna misericordia recibida. Debemos ofrecer continuamente a Dios sacrificios de alabanza por Cristo nuestra Paz; entonces, esto agradará más al Señor que un buey o un becerro.

Vv. 6—17. Aquí hay una ley que prohibía comer grasa y sangre. En cuanto a la grasa, se refiere a la grasa de las partes internas, el sebo. La sangre fue prohibida por la misma razón: porque era la parte de Dios en todo sacrificio. Dios no permitía que la sangre que hacía expiación fuera usada como cosa corriente, Hebreos x, 29; ni tampoco permitirá, aunque tengamos el consuelo de la expiación realizada, que reclamemos para nosotros una porción en el honor de hacerla. Esto enseñó a los judíos a respetar la distinción entre las cosas comunes y las sagradas; los mantuvo apartados de los idólatras. Les impresionaba más profundamente la creencia en un importante misterio en el derramamiento de la sangre y en la quema del sebo en sus sacrificios solemnes. —Cristo, como Príncipe de paz, hizo “la *paz* mediante la sangre de su cruz”. Por su intermedio el creyente es reconciliado con Dios y, puesto que tiene la paz de Dios en su corazón, está dispuesto a estar en paz con todos los hombres. Que el Señor multiplique gracia, misericordia y paz a todos los que deseen ser portadores del carácter cristiano.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—12. *La ofrenda del sacerdote por el pecado por yerro.* 13—21. *Por toda la congregación.* 22—26. *Por un jefe.* 27—35. *Por cualquiera del pueblo.*

Vv. 1—12. Holocaustos, ofrendas vegetales y ofrendas de paz se habían ofrecido desde antes que se diera la ley en el monte Sinaí; en ellas los patriarcas tenían que hacer expiación por el pecado. Pero ahora a los judíos se les indicó un método para hacer *expiación por el pecado*, más particularmente por el sacrificio, como sombra de las cosas buenas venideras; sin embargo, la sustancia es Cristo, y su sola ofrenda de sí mismo, por la cual quitó de en medio el pecado. Se supone que los pecados por

los cuales fueron establecidas las ofrendas por el pecado, eran actos conocidos. Se supone que eran pecados de comisión, cosas que no debieran haberse hecho. Las omisiones son pecados y deben ser juzgados; pero lo que fue *omitido* una vez, podría hacerse en otra ocasión; pero un pecado *cometido* era recuerdo del pasado. Se supone que eran pecados cometido por yerro. —La ley empieza con el caso del sacerdote ungido. Es evidente que Dios nunca tuvo un sacerdote infalible en su iglesia terrenal, puesto que hasta el sumo sacerdote podía caer en pecados por yerro. Toda pretensión de actuar sin error son marcas ciertas del Anticristo. El animal tenía que ser llevado fuera del campamento y, ahí, ser incinerado. Esto era una señal del deber del arrepentimiento, que es quitar el pecado como cosa detestable que nuestra alma aborrece. La ofrenda por el pecado se identifica con el pecado. Lo que ellos le hacían en el sacrificio, nosotros debemos hacerle a nuestros pecados: el cuerpo del pecado debe ser destruido, Romanos vi, 6. El apóstol aplica a Cristo el hecho de llevar el sacrificio fuera del campamento, Hebreos xiii, 11–13.

Vv. 13—21. Si los líderes del pueblo, pecaban por yerro, debía presentarse una ofrenda, para que la ira no cayera sobre toda la congregación. —Al ofrecer los sacrificios, la persona por cuya cuenta se ofrecía, tenía que poner la manos en la cabeza de la víctima, y confesar sus pecados. Cuando se ofrecían los sacrificios por toda la congregación los ancianos tenían que hacerlo. Se suponía entonces que la carga de pecado era llevada por el animal inocente. Se afirma que consumada la ofrenda, la expiación está hecha, y el pecado perdonado. La salvación de las iglesias y de los reinos de la ruina se debe a la satisfacción y mediación de Cristo.

Vv. 22—26. Los que tienen poder para pedir rendición de cuentas a los demás son responsables de rendir cuentas ante el Rey de reyes. El pecado del jefe, cometido por yerro, debe llegar a su conocimiento ya sea por obra de su propia conciencia o por el reproche de sus amigos; a estos, hasta el mejor y más grande, no sólo debe someterse sino estar agradecido. “Eso que yo no veo, enséñamelo tú” y “Muéstrame donde he errado”, son oraciones que debemos elevar a Dios cada día; para que si, por yerro, caemos en pecado, no permanezcamos en ello por ignorancia.

27—35. He aquí la ley de la ofrenda para una persona común. Poder alegar, cuando estamos cargados por un pecado cometido por yerro, y debido a lo sorpresivo de la tentación, no nos alejará de él, si no tenemos interés en aquel gran juicio en el cual Cristo murió. El pecado de ignorancia cometido por una persona común, necesitaba un sacrificio; los más grandes no están por sobre la justicia divina, ni los más pequeños están por debajo de ella. Ningún ofensor es pasado por alto. Aquí se encuentran ricos y pobres; son igualmente pecadores y son bien recibidos por Cristo. De todas las leyes sobre la ofrenda por el pecado podemos aprender a aborrecer el pecado y a velar para no ser alcanzados; y podemos valorizar debidamente a Cristo, la verdadera y gran ofrenda por el pecado, cuya sangre nos limpia de todo pecado, lo que no era posible para la sangre de becerros y machos cabríos. Cuando nosotros erramos, con la Biblia en la mano, es debido al efecto del orgullo, la indolencia y la negligencia. Necesitamos hacer uso frecuente del autoexamen, apoyado en un estudio serio de las Escrituras, y una oración sincera por la influencia convincente de Dios el Espíritu Santo; esto para que podamos detectar nuestro pecado por yerro, arrepentirnos y recibir el perdón por la sangre de Cristo.

CAPÍTULO V

Versículos 1—13. *Acerca de diversas transgresiones.* 14—19. *Acerca de transgresiones contra el Señor.*

Vv. 1—13. Las ofensas aquí destacadas son: —1. *El hombre que oculta la verdad cuando ha jurado como testigo decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.* En tal caso, si por miedo de ofender a alguien que ha sido su amigo o quizá su enemigo, el hombre se niega a dar la evidencia o la da sólo en parte, tendrá que cargar con su iniquidad. Y es una carga pesada, que si no se hace algo para sacarla, hundirá al hombre en el infierno. Todos los que sean llamados en algún momento a ser testigos, piensen en esta ley, y sean libres y honestos en la evidencia que dan, y cuídense de prevaricar. Cosa sagrada es un juramento ante el Señor con lo cual no se debe jugar. —2. *El hombre que toca algo que estaba ceremonialmente inmundo.* Aunque tocar una cosa inmunda sólo lo contaminaba ceremonialmente, el no lavarse conforme a la ley, era negligencia o desprecio, y contraía culpa moral. Tan pronto como Dios, por su Espíritu, convenza nuestra conciencia de algún pecado o deber, tenemos que obedecer dicha convicción, sin avergonzarnos de reconocer nuestro previo error. —3. *Jurar a la ligera que se hará o no tal cosa.* Como si, después, el cumplimiento de su voto resulta ilícito o que no se puede cumplir. La sabiduría y la prudencia ayudan a prever dichas dificultades. En tal caso el ofensor debía confesar el pecado y presentar la ofrenda; pero la ofrenda no era aceptada a menos que fuera acompañada con confesión y una humilde oración pidiendo perdón. La confesión debe ser en particular, que uno ha pecado en tal cosa. El engaño está en las generalizaciones: muchos reconocen haber pecado, pero *eso* todos tienen que aceptarlo; pero no están dispuestos a admitir que han pecado en algún aspecto específico. La manera de asegurarse del perdón y armarse contra el pecado para el futuro, es confesar la verdad exacta. —Si alguien era muy pobre, podía traer algo de harina y eso se aceptaba. Así el gasto de la ofrenda por el pecado era reducido más que cualquier otro para enseñar que la pobreza a nadie obstaculice el camino del perdón. Si el pecador traía dos tórtolas, una era para ofrenda por el pecado y la otra para holocausto. Debemos ver primero que nuestra paz sea hecha con Dios y, entonces, podemos esperar que nuestros servicios para su gloria sean aceptados por Él. Cuando se ofrecía harina no se debía hacerse agradable al paladar con aceite ni al olfato con incienso, para indicar así la odiosidad del pecado. Por medio de estos sacrificios Dios hablaba de *consuelo* a quienes habían ofendido, para que no desesperasen ni languidecieran en sus pecados. De igual forma, de *cautela* para no ofender más, recordando cuán molesto era hacer expiación.

Vv. 14—19. Aquí hay ofrendas para expiar las ofensas contra un prójimo. Si alguien usaba involuntariamente algo consagrado a Dios, tenía que presentar este sacrificio. Tenemos que ser celosos con nosotros mismos para pedir perdón por el pecado y dar satisfacción por el mal, aunque sólo sospechemos que somos culpables. —La ley de Dios es tan amplia, las ocasiones de pecar en este mundo son tan numerosas y somos tan proclives al mal, que debemos temer siempre, y orar siempre, que seamos librados del pecado. También debemos mirar delante nuestro a cada paso. El cristiano verdadero se declara culpable diariamente ante Dios y busca el perdón por medio de la sangre de Cristo. Y la salvación del evangelio es tan gratuita, que el más pobre no queda excluido; y tan plena que la conciencia más cargada puede hallar alivio en Él. De todos modos se exhibe lo malo del pecado de tal manera que el pecador perdonado lo aborrezca y lo tema.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—7. *Acerca de las ofensas contra nuestro prójimo.* 8—13. *Acerca de los holocaustos.* 14—23. *Acerca de la ofrenda de harina.* 24—30. *Acerca de ofrenda por el pecado.*

Vv. 1—7. Aunque todos los casos se relacionan con nuestro prójimo, de todos modos se llaman, ofensa *contra el Señor.* Aunque la persona ofendida sea miserable y hasta despreciable, no obstante la ofensa se refleja en que Dios ha dado el mandamiento de amar a nuestro prójimo y lo puso al

mismo nivel de amarse a uno mismo. Las leyes humanas establecen diferencias en cuanto a los castigos, pero todos los métodos para hacer daño a los demás son, *por igual*, violaciones de la ley divina, aun el conservar algo hallado cuando se puede descubrir quién es el dueño. Los fraudes generalmente van acompañados de mentiras y, a menudo, con juramentos falsos. Si el ofensor quiere escapar de la venganza de Dios, debe efectuar una amplia restitución, conforme a su poder, y buscar el perdón por fe en la única Ofrenda que quita el pecado del mundo. Las transgresiones aquí mencionadas siguen siendo violaciones de la ley de Cristo, que insiste mucho en la justicia y la verdad, como ley de la naturaleza o ley de Moisés.

Vv. 8—13. Aquí la referencia principal es el diario sacrificio de un cordero. El sacerdote debía cuidar el fuego del altar. El primer fuego del altar vino del cielo, capítulo ix, 24; si se conservaba encendido continuamente, podía decirse que todos los sacrificios eran consumidos por fuego del cielo, como señal de la aceptación de Dios. Así, deben ser incesantes el fuego de nuestro santo afecto, el ejercicio de nuestra fe y amor, y de la oración y la alabanza.

Vv. 14—23. La ley de los holocaustos imponía mucho cuidado y trabajo a los sacerdotes; la carne era quemada totalmente y los sacerdotes nada tenían sino el cuero. Pero la mayor parte de la ofrenda de harina era de ellos. La voluntad de Dios es que sus ministros sean abastecidos con lo necesario.

Vv. 24—30. La sangre de la ofrenda por el pecado tenía que quitarse de las ropas sobre las cuales casualmente era rociada, lo que indica el cuidado que debemos tener con la sangre de Cristo, no contándola como cosa corriente. Había que romper la vasija en que se hervía la carne de la ofrenda por el pecado, si era de barro; pero si era de bronce había que lavarla muy bien. Esto muestra que la ofrenda no quita completamente la contaminación; pero la sangre de Cristo limpia completamente de todo pecado. —Todas estas reglas establecían la naturaleza contaminante del pecado y el traspaso de la culpa del pecador al sacrificio. Mirad y maravillaos del amor de Cristo, en que Él se contentó con ser hecho ofrenda por el pecado a nuestro favor, y de ese modo procurar nuestro perdón de los continuos pecados y fracasos. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado (esto es, una ofrenda por el pecado), 2 Corintios v, 21. De aquí tenemos perdón, y no sólo perdón, sino también poder contra el pecado, Romanos viii, 3.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—10. *Acerca de la ofrenda por la culpa.* 11—27. *Acerca de la ofrenda de paz.* 28—34. *Las ofrendas mecida y elevada.* 35—38. *La conclusión de estas instituciones.*

Vv. 1—10. El sacrificio de la ofrenda por el pecado y el de la ofrenda por la culpa, era repartido entre el altar y el sacerdote; el que ofrendaba no tenía parte como en las ofrendas de paz. Lo anterior expresaba arrepentimiento y pesar por el pecado; por tanto, era más apropiado ayunar que festejar; las ofrendas de paz denotaban comunión con un Dios reconciliado en Cristo, el gozo y la gratitud del pecador perdonado y los privilegios del creyente verdadero.

Vv. 11—27. En cuanto a la ofrenda de paz, Dios los dejó más en libertad en la expresión de su sentido de misericordia, que en la expresión de su sentido de pecado; para que sus sacrificios siendo ofrendas voluntarias, fueran más aceptables; aunque al obligarlos a traer los sacrificios expiatorios, Dios muestra la necesidad de la gran Propiciación. —La razón principal de que la sangre estuviera prohibida de antiguo, era que el Señor había señalado la sangre para la expiación. Este uso, siendo

figurativo, tuvo su fin en Cristo que por su sangre y el derramamiento de sangre, hizo que cesaran los sacrificios. Por tanto, esta ley no está ahora vigente para el creyente.

Vv. 28—34. El pecho y la espaldilla derecha eran para el sacerdote oficiante. Cuando se daba muerte al sacrificio, el mismo ofrendante debía presentar la parte de Dios; con esto representaba su alegría de ofrendar a Dios. Con sus propias manos tenía que elevarlo como señal de que consideraba a Dios como Dios del cielo y, luego, debía mecerlo de uno a otro lado como señal de que consideraba a Dios como el Señor de toda la tierra. —Convenceos y animaos a alimentaros de Cristo y a festejarlo, a Él que es nuestra ofrenda de Paz. Esta bendita ofrenda de Paz no es sólo para los sacerdotes, para los santos del mayor rango y eminencias, sino también para la gente común. Cuídese de no tardar. Muchos piensan arrepentirse y volver a Dios cuando estén a punto de morir y caer al infierno; ellos deben comer la ofrenda de paz y comerla *ahora.* No se quede hasta que se acabe el día de la paciencia del Señor, porque no se acepta que se deje para comer al tercer día; ¡ni tampoco servirá aferrarse de Cristo cuando usted se esté cayendo al infiemo!

Vv. 35—38. Los actos solemnes de culto religioso no son cosas que podamos hacer o no hacer a nuestro gusto; es para nuestro peligro omitirlos. La observancia de las leyes de Cristo no puede ser menos necesaria que la de las leyes de Moisés.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—13. *La consagración de Aarón y sus hijos.* 14—36. *Las ofrendas de la consagración.*

Vv. 1—13. La consagración de Aarón y sus hijos había sido postergada hasta que el tabernáculo estuviera terminado y entregadas las leyes de los sacrificios. Aarón y sus hijos tenían que ser lavados con agua para significar que debían purificarse de todas las disposiciones pecaminosas y mantenerse siempre puros. Cristo lava de sus pecados con su propia sangre a quienes Él hace reyes y sacerdotes para nuestro Dios, Apocalipsis i, 5, 6; y los que se acercan a Dios deben ser lavados en agua pura, Hebreos x, 22. La unción de Aarón era tipo de la unción de Cristo con el Espíritu, que no le fue dada por medida. Todos los creyentes han recibido la unción.

Vv. 14—36. En estos tipos vemos a nuestro gran Sumo Sacerdote, Cristo Jesús, solemnemente nombrado, ungido e investido con su oficio sacro por su sangre y por la influencia de su Espíritu Santo. Él santifica las ordenanzas de la religión para beneficio de su pueblo y para honra de Dios Padre que, por amor a Él, acepta nuestra adoración aunque esté contaminada con pecado. También podemos regocijarnos en que Él es misericordioso y fiel Sumo Sacerdote, lleno de compasión por el alma de mente débil y zarandeada por la tormenta. Todos los cristianos verdaderos han sido consagrados para ser sacerdotes espirituales. Debemos preguntarnos seriamente ¿en nuestro diario andar estudiamos para mantener este carácter? y ¿abundamos en sacrificios espirituales aceptables para Dios por medio de Cristo? De ser así, aún no hay razón para jactarse. No despreciemos a nuestro prójimo pecador; sino que, recordando lo que hemos hecho, y cómo fuimos salvados, procuremos y oremos por su salvación.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—21. *Las primeras ofrendas de Aarón por sí y por el pueblo.* 22—24. *Moisés y Aarón bendicen al pueblo—Cae fuego de Jehová sobre el altar.*

Vv. 1—21. Estos muchos sacrificios, que llegaron a su fin con la muerte de Cristo, nos enseñan que nuestro mejor servicio debe ser lavado en su sangre, y que la culpa de nuestros mejores sacrificios tiene que ser quitada por uno más puro y noble que ellos. Estemos agradecidos de tener tal Sumo Sacerdote. —Los sacerdotes no tenían un día de descanso en el servicio. Los sacerdotes espirituales de Dios tienen trabajo constante que requiere el deber de cada día; los que han de rendir cuenta, con gozo deben redimir el tiempo. —La gloria de Dios apareció a vista del pueblo y aceptó lo que ellos habían hecho. Ahora no tenemos que esperar tales apariciones, pero Dios se acerca a quienes se acercan a Él, y las ofrendas de la fe le son aceptables; dado que los sacrificios son espirituales, las señales de su aceptación son igualmente espirituales. —Cuando Aarón hubo hecho todo lo que había que hacer por los sacrificios, levantó las manos hacia el pueblo y lo bendijo. Aarón sólo podía anhelar una bendición. Dios es el único que puede mandarla.

Vv. 22—24. Cuando finalizó la solemnidad y se dijo la bendición, Dios testificó su aceptación. Ahí vino un fuego del Señor y consumió el sacrificio. Este fuego podía justamente haber sido precipitado sobre el pueblo consumiéndolos por sus pecados pero al consumir el sacrificio significó la aceptación de Dios de ello como expiación por el pecador. —También esto fue una figura de las cosas buenas venideras. El Espíritu descendió como fuego sobre los apóstoles. Y el descenso de este fuego santo a nuestras almas, para encender en ellas afectos piadosos y devotos para con Dios, y tal celo santo que quema la carne y sus lujurias, es una prenda segura de la bondadosa aceptación de nuestras personas y desempeños por parte de Dios. Nada va a Dios sino lo que viene de Él. Debemos tener gracia, ese fuego santo, del Dios de la gracia o, de otro modo, no podemos servirle aceptablemente, Hebreos iv, 16; xii, 28. —El pueblo fue aceptado por este descubrimiento de la gloria y gracia de Dios. Ellos lo recibieron con *el gozo más elevado*; triunfantes en la seguridad dada a ellos de que habían tenido cerca a Dios. Y con *la menor reverencia*; adorando humildemente la majestad de ese Dios que así condescendió a manifestarse a ellos. Miedo pecador de Dios es aquel que nos aleja de Él; el temor de la gracia nos hace inclinarnos ante Él.

CAPÍTULO X

Versículos 1, 2. *El pecado y la muerte de Nadab y Abiú.* 3—7. *Se prohíbe a Aarón y a sus hijos que hagan duelo por Nadab y Abiú.* 8—11. *Prohibición del vino a los sacerdotes cuando están al servicio del tabernáculo.* 12—20. *De comer las cosas santas.*

Vv. 1, 2. Después de Moisés y Aarón, nadie tenía más probabilidades de ser honrado en Israel que Nadab y Abiú. Hay razón para pensar que ellos se llenaron de orgullo y que se encendieron con vino. Mientras el pueblo estaba postrado ante el Señor, adorando su presencia y gloria, ellos entraron precipitadamente al tabernáculo para quemar incienso, aunque no en el momento indicado; los dos juntos en lugar de ir uno solo, y con fuego que no fue tomado del altar. Si lo hubieran hecho por ignorancia, se les habría permitido llevar una ofrenda por el pecado. Pero el alma que actúa presuntuosamente y con desdén de la majestad y justicia de Dios, esa alma, será cortada. La paga del pecado es muerte. Ellos murieron en el acto mismo de su pecado. —El pecado y el castigo de estos sacerdotes mostró la imperfección del sacerdocio desde su comienzo mismo, y que no podía resguardar del fuego de la ira de Dios, no siendo otra cosa que era un tipo del sacerdocio de Cristo.

Vv. 3—7. Las consideraciones más tranquilizantes en la aflicción hay que buscarlas en la palabra de Dios. ¿Qué fue lo que dijo Dios? Aunque el corazón de Aarón debe de haber estado lleno de angustia y consternación, en silenciosa sumisión honró la justicia del golpe. Cuando Dios nos corrige, a nosotros o a los nuestros, por el pecado es deber nuestro aceptar el castigo y decir, Jehová es; haga lo que bien le pareciere. —Cada vez que adoramos a Dios, nos acercamos a Él como sacerdotes espirituales. Esto debe ponernos muy serios en todos los actos de devoción. Cuando nos acercamos a Dios, nos concierne a todos hacer todo ejercicio religioso, como quienes creen que el Dios con quien tenemos que ver, es el Dios santo. Él se vengará de aquellos que profanan su sagrado nombre usándolo livianamente.

Vv. 8—11. No bebáis vino ni bebidas fuertes. Estaban prohibidas a los sacerdotes durante el tiempo en que ministraban. Se exige de los ministros del evangelio que no sean dados al vino, 1 Timoteo iii, 3. Dice: Para que no muráis; muráis mientras estéis bebidos. El riesgo de muerte al cual estamos expuestos continuamente debe comprometernos a todos a ser sobrios.

Vv. 12—20. Las aflicciones debieran estimularnos a cumplir nuestro deber, en vez de alejarnos. Pero nuestra ineptitud para el deber, cuando es natural y no pecaminosa, nos permitirá que tengamos grandes concesiones a causa de ella; Dios tendrá misericordia y no sacrificio. —Aprovechemos la solemne advertencia que transmite esta historia. Cuando los profesantes vienen a adorador con celo sin conocimiento, con afecto carnal y pensamientos triviales, vanos, ligeros y terrenales, artificios todos de la adoración según la propia voluntad, en lugar de ofrendar alma y espíritu, entonces es cuando se enciende el incienso con un fuego que no vino del cielo, que el Espíritu del santo Dios nunca puso adentro de su corazón.

CAPÍTULO XI

Animales limpios e inmundos

Estas leyes parecen haberse concebido: —1. Como prueba de la obediencia del pueblo, de la manera que se prohibió a Adán comer del árbol de la ciencia; además, para enseñarles a negarse a sí mismos y a gobernar sus apetitos. —2. Para que los israelitas se conservaran diferentes de otras naciones. Muchos de los animales prohibidos eran también objeto de superstición e idolatría entre los paganos. —3. El pueblo aprendía a hacer distinción entre lo santo e impío en sus amistades y en las relaciones más cercanas. —4. La ley prohibía no sólo comer animales inmundos; tampoco debían tocarlos. Los que deben guardarse de todo pecado deben ser cuidadosos para evitar todas las tentaciones o acercarse a lo que puede tentarlos. —Las excepciones son muy minuciosas, y todas tienen el objetivo de pedir cuidado y exactitud constante en la obediencia, y enseñarnos a obedecer. Aunque disfrutamos de nuestra libertad cristiana y estamos libres de tales observancias abrumadoras, debemos tener cuidado para no abusar de nuestra libertad. Porque el Señor ha redimido y llamado a su pueblo para que sea santo, como Él es santo. Debemos salir del mundo y apartarnos de él; tenemos que dejar la compañía de los impíos y todas las relaciones innecesarias con quienes están muertos en pecado; tenemos que ser celosos de buenas obras, seguidores devotos de Dios y compañeros de su pueblo.

CAPÍTULO XII

Purificación ceremonial

Después de las leyes respecto a los alimentos limpios e inmundos están las leyes acerca de personas limpias e inmundas. El hombre imparte su naturaleza depravada a su descendencia de modo que, a menos que lo impidan la expiación de Cristo y la santificación del Espíritu, la bendición original: "Fructificad y multiplicaos", Génesis i, 28, se ha vuelto una maldición terrible para la raza caída, y comunica pecado y miseria. —Que las mujeres que han recibido misericordia de Dios para tener hijos, reciban con toda gratitud la bondad de Dios para con ellas; y esto agradará al Señor más que los sacrificios.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—17. *Instrucciones para el sacerdote acerca de la lepra.* 18—44. *Más instrucciones* 45, 46. *Cómo disponer del leproso.* 47—59. *La lepra en la ropa.*

Vv. 1—17. La plaga de la lepra era una inmundicia más que una enfermedad. Se dice que Cristo *limpia* leprosos, no que los *cure*. Corriente como era la lepra en los hebreos durante y después de su estadía en Egipto, no tenemos razón para creer que fuera conocida entre ellos con anterioridad. Su estado de angustia y de trabajo en esa tierra debe de haberlos vuelto susceptibles a la enfermedad. Pero era una plaga a menudo infligida directamente por la mano de Dios. La lepra de María, de Giezi y la del rey Uzías fueron castigos de pecados en particular; no hay que maravillarse que se tomara el cuidado de distinguirla de un romadizo corriente. La decisión respecto de la lepra fue dejada a los sacerdotes. Era figura de las contaminaciones morales en la mente de los hombres por el pecado, el cual es la lepra del alma, que corrompe la conciencia, y la cual Cristo solo puede limpiar. El sacerdote sólo podía *acusar* al leproso (por la ley se conoce el pecado), pero Cristo puede *curar* al pecador, puede quitar el pecado. —Obra de gran importancia, pero muy difícil, es juzgar nuestro estado espiritual. Todos tenemos razones para sospechar de nosotros mismos, estando conscientes de llagas y manchas, pero la cuestión es si uno está limpio o inmundo. Como había ciertas señales por las cuales se reconocía la lepra, así hay señales como la rabia amarga. —El sacerdote debe darse tiempo para hacer su juicio. Esto nos enseña a todos, tanto a los ministros como al pueblo, a no apresurarse para censurar, ni juzgar antes de tiempo. Si los pecados de algunos hombres se hacen patentes antes que vengan a juicio, mas a otros se les descubren después, y lo mismo ocurre con las buenas obras de los hombres. Si la persona sospechosa fuera hallada limpia, a pesar de ello debe lavar su ropa, porque hubo base para la sospecha. Necesitamos ser lavados de nuestras manchas en la sangre de Cristo, aunque no sean manchas de la lepra; porque, ¿quién puede decir yo estoy limpio de pecado?

Vv. 18—44. Se indica al sacerdote el juicio que debe hacer si hubiera alguna apariencia de lepra en llagas antiguas; es el mismo peligro que corren los que, habiendo escapado de las contaminaciones del mundo, vuelven a enredarse en ellas. —O, en una quemadura por accidente, versículo 24. La quemadura de la discordia y contención a menudo ocasionan la aparición y el estallido de la corrupción que demuestra que los hombres son inmundos. La vida humana yace expuesta a muchos motivos de queja. ¡Con qué ejército de males somos sitiados por todos lados, y todos entraron por el pecado! Si la constitución fuera saludable, y el cuerpo vivo y ágil, nos sentiríamos obligados a glorificar a Dios con nuestros cuerpos. Se destaca en particular la lepra en la cabeza. Si la lepra del pecado ha tomado la cabeza, si el juicio es corrupto, y se abrazan principios malos que apoyan las malas costumbres, se trata de una inmundicia extrema de la cual muy pocos son limpiados. La fe sana impide que la lepra llegue a la cabeza.

Vv. 45, 46. Cuando el sacerdote declaraba inmundo al leproso, se ponía fin a su actividad en el mundo, apartado de sus amistades y familiares, y le arruinaba toda la comodidad que pudiera tener en el mundo. Debía humillarse bajo la poderosa mano de Dios, sin insistir en su limpieza, cuando el sacerdote lo declaraba inmundo, y aceptar el castigo. Así debemos asumir la vergüenza que nos corresponde y con el corazón quebrantado calificarnos de: "Inmundo, inmundo". Corazón inmundo, vida inmunda; inmundo por la corrupción original, inmundo por la transgresión presente; inmundo, por tanto merecedor de estar por siempre apartado de la comunión con Dios y sin esperanza de felicidad en Él; inmundo, por tanto, deshecho, si no interviniera la misericordia infinita. —El leproso debe advertir a los demás que se cuiden y no se acerquen. Entonces, debe ser expulsado del campamento y, después, cuando llegaran a Canaán, debía ser expulsado de la ciudad, pueblo o aldea donde vivía, y habitar solamente con quienes eran leprosos como él. Esto tipificaba la pureza que debe haber en la iglesia evangélica.

Vv. 47—59. La ropa sospechosa de estar contaminada de lepra no debía quemarse de inmediato. Si luego de examinarla, se hallaba que había una mancha de lepra, debía quemarse, por lo menos, esa parte. Si resultaba libre, debían lavarla y luego se podía usar. Esto también determina el gran mal que hay en el pecado. No sólo corrompe la conciencia del pecador; además mancha todo lo que tiene y todo lo que hace. Y aquellos que ponen su ropa al servicio de su orgullo y lujuria, pueden, verse manchados con la lepra. Pero los mantos de justicia nunca son hurtados, ni se los come la polilla.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—9. *Sobre la limpieza del leproso.* 10—32. *Sacrificios que debía ofrecer.* 33—53. *La lepra en una casa.* 54—57. *Resumen de la ley de la lepra.*

Vv. 1—9. Los sacerdotes no podían limpiar a los leprosos, pero cuando el Señor quitaba la plaga, había que observar diversas reglas para darles acceso nuevamente a las ordenanzas de Dios y a la sociedad de su pueblo. Estos representan muchos deberes y ejercicios de pecadores verdaderamente arrepentidos y deberes de los ministros en cuanto a ellos. Si los aplicamos a la lepra espiritual del pecado, insinúa que, cuando nos apartamos de quienes andan desordenadamente, no debemos contarlos como enemigos; debemos amonestarlos como a hermanos. Y también que cuando Dios, por su gracia, ha producido el arrepentimiento, deben ser recibidos de nuevo con ternura, gozo y afecto sincero. Siempre hay que tener cuidado no animar a los pecadores, ni desanimarles peligrosamente. Si se hallara que la lepra había sido sanada, el sacerdote debía declararlo con las detalladas solemnidades aquí descritas. Las dos aves, una muerta y la otra sumergida en la sangre del ave muerta antes de soltarla, podrían representar a Cristo que derrama su sangre por los pecadores, resucita y asciende al cielo. —El sacerdote que declaró al leproso limpio de su enfermedad, debe limpiarse de todos los restos de ella. De la misma manera los que tienen el consuelo de la remisión de sus pecados, con cuidado y cautela deben limpiarse de sus pecados; porque todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo.

Vv. 10—32. El leproso limpio tenía que ser presentado al Señor con sus ofrendas. Cuando Dios nos ha restaurado para disfrutar de la adoración, después de una enfermedad, de un alejamiento u otra cosa, tenemos que dar testimonio de nuestro agradecimiento por el uso diligente de la libertad. Debemos presentarnos nosotros mismos y nuestras ofrendas ante el Señor por medio del Sacerdote que nos limpió, nuestro Señor Jesús. —Además de los ritos acostumbrados del sacrificio por la culpa, había que aplicar un poco de la sangre y un poco del aceite al que iba a ser limpio. Cada vez que se aplica la sangre de Cristo para justificación, el aceite del Espíritu es aplicado para

santificación; los dos no pueden separarse. —Tenemos aquí la bondadosa providencia de la ley hecha en favor de los leprosos *pobres*. Los pobres son tan bien acogidos al altar de Dios como los ricos. Pero aunque del pobre se aceptaba un sacrificio más bajo, se usaba la misma ceremonia que para el rico; sus almas son igualmente preciosas y Cristo y su evangelio son el mismo para ambos. Aun para el pobre era necesario un cordero. Ningún pecador podría ser salvo si no fuera por el Cordero que fue sacrificado y que nos ha redimido para con Dios con su sangre.

Vv. 33—53. Para nosotros la lepra en una casa es inexplicable, como lo es la lepra de la ropa, pero el pecado, si reina en una casa, es allí una plaga, como lo es en el corazón. Los jefes de familia deben estar atentos, y temer la primera aparición de pecado en su familia y quitarlo sea lo que sea. Si se encontraba en la casa, la parte infectada había que sacarla. Si persistía en la casa había que demolerla. El propietario estará mejor sin vivienda que habitando una casa infectada. La lepra del pecado arruina la familia y la iglesia. De la misma manera, el pecado está de tal modo entretejido con el cuerpo humano que debe ser quitado por medio de la muerte.

Vv. 54—57. Cuando Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aunque estábamos muertos en pecados, nos ha dado vida por su gracia, Efesios ii, 4, 5, nosotros manifestaremos el cambio con el arrepentimiento y el abandono de los pecados pasados. Busquemos la santidad y tengamos compasión de los otros pobres leprosos y deseemos, procuremos su limpieza y oremos por ella.

CAPÍTULO XV

Leyes concernientes a la inmundicia ceremonial

No se necesita ser erudito para explicar estas leyes; pero tenemos razón para agradecer que no tengamos que temer la contaminación, salvo la del pecado, ni necesitemos purificaciones ceremoniales gravosas. Estas leyes nos recuerdan que Dios ve todas las cosas, aun las que escapan de la percepción de los hombres. Aquí se representan los grandes deberes del evangelio, la fe y el arrepentimiento, los grandes privilegios del evangelio provenientes de la aplicación de la sangre de Cristo a nuestra alma, para nuestra justificación, y su gracia para nuestra santificación.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—14. *El gran día de la expiación.* 15—34. *Los sacrificios de aquel día—El chivo expiatorio.*

Vv. 1—14. Sin entrar en los detalles de los sacrificios del gran día de la expiación, podemos observar que era un estatuto perpetuo, hasta que esa dispensación llegara a su fin. En la medida que pecamos continuamente, necesitamos perpetuamente la expiación. La ley de afligir nuestras almas por el pecado es un estatuto que seguirá vigente hasta que lleguemos donde toda lágrima, incluso las de arrepentimiento, sea enjugada de nuestros ojos. El apóstol lo considera como prueba de que los sacrificios no pueden quitar el pecado y limpiar la conciencia; cada año se hacía memoria de los pecados, en el día de la expiación, Hebreos x, 1, 3. La repetición de los sacrificios demostraba que

en ellos había apenas un débil esfuerzo por hacer expiación; esta sólo podría hacerse ofreciendo el cuerpo de Cristo de una vez para siempre, y que ese sacrificio no necesitaba ser repetido.

Vv. 15—34. Aquí se tipifican *los dos grandes privilegios del evangelio*, el de la remisión del pecado y el acceso a Dios, los cuales debemos a nuestro Señor Jesús. Vea *la expiación de la culpa.* Cristo es a la vez el Ejecutor y la Sustancia de la expiación, porque es el Sacerdote, el Sumo Sacerdote, que hace reconciliación por los pecados del pueblo. Y como Cristo es el Sumo Sacerdote, también es el sacrificio con el cual se hace la expiación; porque Él es todo en todo en nuestra reconciliación con Dios. Así, Él fue prefigurado por los dos machos cabríos. El animal sacrificado era el tipo de Cristo *que muere por nuestros pecados*; el chivo enviado al desierto (a Azazel) era el tipo de Cristo *resucitado para nuestra justificación*. Se dice que la expiación se completaba depositando los pecados de Israel sobre la cabeza del animal que era enviado al desierto, una tierra no habitada; el envío del animal representaba la remisión completa y gratuita de los pecados. Él llevará las iniquidades de ellos. Así, Cristo, el Cordero de Dios, quita el pecado del mundo llevándolo sobre sí mismo, Juan i, 29. —*La entrada al cielo,* que Cristo hizo por nosotros, la tipificaba la entrada del sumo sacerdote al Lugar Santísimo. Véase Hebreos ix, 7. El sumo sacerdote salía de nuevo, pero nuestro Señor Jesús vive eternamente, intercede, y siempre comparece ante Dios por nosotros. —Aquí se tipifican *los dos grandes deberes del evangelio,* la fe y el arrepentimiento. *Por la fe* imponemos las manos sobre la cabeza de la ofrenda, confiamos en Cristo como el Señor nuestra Justicia, nos acogemos a la satisfacción hecha por Él, como el único capaz de expiar nuestro pecado y procurarnos el perdón. *Por el arrepentimiento* afligimos nuestra alma; no sólo ayunamos por un tiempo de las delicias del cuerpo, sino sintiendo interiormente pesar por el pecado, y llevando una vida de abnegación, y asegurándonos que, si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Por la expiación recibimos reposo para nuestra alma y todas las libertades gloriosas de los hijos de Dios. —Pecador, consigue que la sangre de Cristo sea eficazmente aplicada a tu alma; de lo contrario nunca verás el rostro de Dios con consuelo o aceptación. Toma la sangre de Cristo, aplícatela por fe y ve cómo hace expiación para con Dios.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—9. *Todos los sacrificios debían ofrecerse en el tabernáculo.* 10—16. *Se prohíbe comer sangre o animales que mueren de muerte natural.*

Versículos 1—9. Todo el ganado que mataban los israelitas, mientras estuvieron en el desierto, debía ser presentado ante la puerta del tabernáculo, y la carne tenía que ser devuelta al ofrendante, para que, conforme a la ley, la comieran como ofrenda de paz. Cuando entraron a Canaán, esto continuó vigente sólo para los sacrificios. —Los sacrificios espirituales que nosotros tenemos que ofrecer ahora, no se limitan a un lugar. Ahora no tenemos templos ni altar que santifique la dádiva; tampoco la unidad del evangelio se basa sólo en un *lugar* sino en un *corazón* y en la unidad del Espíritu. Cristo es nuestro Altar y Tabernáculo verdadero; en Él Dios habita en medio de los hombres. Nuestros sacrificios son aceptables para Dios en Él, y solamente en Él. Establecer otros mediadores, otros altares, u otros sacrificios expiatorios es, en efecto, establecer otros dioses. Y aunque Dios acepte bondadoso nuestras ofrendas familiares, no debemos por eso descuidar la asistencia al tabernáculo.

Vv. 10—16. Aquí hay una confirmación de la ley que prohíbe comer sangre. No debían comer sangre. Pero esta ley era ceremonial y ahora ya no rige; la venida de la sustancia elimina la sombra.

La sangre de los animales ya no es el rescate, sino sólo la sangre de Cristo; por tanto, ahora no hay razón para abstenerse, como antes. Ahora la sangre es permitida para nutrición de nuestro cuerpo; ya no tiene el designio de hacer expiación por el alma. Ahora la sangre de Cristo hace expiación real y eficazmente; por tanto, a *ella* debemos consideración y no debemos tratarla como cosa corriente o con indiferencia.

CAPÍTULO XVIII

Matrimonios ilícitos y lujurias carnales.

He aquí una ley contra toda conformidad con las costumbres corruptas de los paganos. También hay leyes contra el incesto, la concupiscencia desenfrenada y la idolatría burda; y refuerza la vigencia de las leyes apelando a la destrucción de los cananeos. Dios da aquí preceptos morales. —La adhesión estrecha y constante a las ordenanzas de Dios es lo que más eficazmente preserva del pecado. Sólo la gracia de Dios nos da seguridad; cabe esperar esa gracia sólo en el uso de los medios de gracia. Tampoco deja nadie librado a la concupiscencia de su corazón, hasta que lo hayan abandonado a Él y su servicio.

CAPÍTULO XIX

Leyes diversas

En este capítulo hay algunos preceptos ceremoniales, pero la mayorías de ellos son obligatorios para nosotros, porque explican los diez mandamientos. Se requiere que Israel sea un pueblo santo, porque el Dios de Israel es santo, versículo 2, para enseñar la separación real del mundo y la carne, y la completa consagración a Dios. Esta es ahora la ley de Cristo; ¡que el Señor lleve todo pensamiento nuestro a la obediencia! —Los hijos tienen que ser obedientes a sus padres, versículo 3. El temor aquí requerido comprende interiormente la reverencia y la estima, y exteriormente el respeto y la obediencia, el interés por complacerlos y hacer que se sientan gratos. —Solo debe adorarse a Dios, versículo 4. No os apartéis del Dios verdadero hacia los falsos, del Dios que os hará santos y felices hacia los que os engañarán y os harán por siempre miserables. No volváis a ellos vuestros ojos, mucho menos vuestro corazón. —Debían dejar restos de su mies y los rebuscos de la viña para los pobres, versículo 9. Las obras piadosas deben siempre ir acompañadas por obras de caridad, conforme a nuestra capacidad. No debemos ser codiciosos, avaros ni ambiciosos de lo que podamos reclamar, ni insistir en nuestro derecho en todas las cosas. —Tenemos que ser honestos y veraces en todos nuestros tratos, versículo 11. Todo cuanto obtengamos en el mundo debemos tratar de obtenerlo honradamente, pues no podemos ser verdaderamente ricos, ni ricos por largo tiempo, con lo que se logra de otra forma. —Hay que mostrar reverencia por el sagrado nombre de Dios, versículo 12. —No debemos retener lo que pertenece a otro, en especial la paga de los asalariados, versículo 13. —Debemos ser tiernos en cuanto al crédito y la seguridad de quienes no pueden valerse por sí mismos, versículo 14. No perjudiquéis a nadie porque no pueda o no tenga la voluntad de vengarse. Debemos cuidarnos para no hacer algo que pueda ocasionar la caída a nuestro hermano más débil. El temor de Dios debe impedir que hagamos lo incorrecto, aunque no nos expongamos a la ira de los hombres. —Se manda a los jueces y a todos los que estén en autoridad, que juzguen sin parcialidad, versículo 15. —Ser chismoso y sembrar discordia entre el prójimo es lo más malo en

que un hombre puede meterse. —Tenemos que reprender con amor a nuestro prójimo, versículo 17. —Mejor es reprenderlo que odiarlo por un daño hecho a uno mismo. Incurrimos en culpa por no reprobar; eso es odiar a nuestro prójimo. Debemos decir, le haré el favor de hablarle de sus faltas. —Tenemos que quitarnos toda maldad y vestirnos de amor fraternal, versículo 18. A menudo nos hacemos daño a nosotros mismos, pero pronto nos perdonamos esos males y, en absoluto disminuyen nuestro amor propio; de igual manera tenemos que amar a nuestro prójimo. En muchos casos hemos de negarnos a nosotros mismos por amor a nuestro prójimo. —Versículo 31: Es una dolorosa afrenta a Dios que los cristianos pidan que se les diga la fortuna (ver la suerte), que usen encantamientos y conjuros o cosas parecidas. Tienen que ser torpemente ignorantes los que preguntan: "¿Qué hay de malo en esas cosas?" —Aquí hay un encargo para los jóvenes: que respeten a la gente mayor, versículo 32. La religión enseña buenos modales y nos obliga a honrar a quienes se les debe honor. —Se encarga a los israelitas que sean muy amables con los extranjeros, versículo 33. Los extranjeros, las viudas y los huérfanos están bajo el cuidado particular de Dios. Si les hacemos algún daño, el riesgo es nuestro. Los extranjeros deben ser bienvenidos a la gracia de Dios; debemos hacer todo lo posible para que la religión les resulte atractiva. —Se manda ser justo en el uso de pesas y medidas, versículo 35. Tenemos que hacernos conciencia para obedecer los preceptos de Dios. No tenemos que escoger o seleccionar nuestro deber; más bien hemos de tener como objetivo el cumplimiento de toda la voluntad de Dios. Y mientras más cercanos esté nuestra vida y nuestro temperamento a los preceptos de la ley de Dios, más felices seremos y más felices haremos a todos los que nos rodean, y mejor adornaremos el evangelio.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—9. *Prohibición de sacrificar niños a Moloc—De los hijos que maldicen a sus padres.* 10—27. *Repetición de algunas leyes—El mandato de la santidad.*

Vv. 1—9. ¿Nos espanta la crueldad contra naturaleza de los antiguos idólatras que sacrificaban a sus hijos? Podemos espantarnos con razón. Pero, ¿no hay muchísimos padres que, por malas enseñanzas y malos ejemplos, y por los misterios de la iniquidad que demuestran ante sus hijos, los dedican al servicio de Satanás y adelantan su ruina eterna en forma mucho más lamentable? ¡Qué cuenta deberán rendir a Dios esos padres, y qué reunión tendrán con sus hijos en el día del juicio! Por otra parte, que los hijos recuerden que el que maldecía a padre o madre era ciertamente condenado a muerte. Cristo confirmó esta ley. —Aquí se reiteran leyes que ya fueron hechas y se les anexan castigos. Si los hombres no evitan las malas costumbres, porque la ley ha hecho *pecado* estas costumbres, y es bueno que nos fundamentemos en ese principio, ciertamente las evitarán cuando la ley las hace *muerte*, por un principio de propia conservación. —En medio de estas leyes hay un encargo general: Santificaos y sed santos. El Señor es quien santifica, y aunque sea difícil, su obra será hecha. Pero su gracia está tan lejos de desanimar nuestro esfuerzo, que más bien los estimula enfáticamente. Ocupaos en vuestra salvación porque Dios es quien la obra en vosotros.

Vv. 10—27. Estos versículos repiten lo ya dicho, pero era necesario que se repitan línea por línea. ¡Cuánta alabanza debemos a Dios por enseñarnos lo malo del pecado y el camino seguro para librarnos de ellos! Que tengamos gracia para adornar en todas las cosas la doctrina de Dios nuestro Salvador; que no seamos partícipes en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendámoslas.

CAPÍTULO XXI

Leyes sobre los sacerdotes.

Como los sacerdotes eran tipo de Cristo, así todos los ministros deben ser sus seguidores para que su ejemplo enseñe a otros a imitar al Salvador. Él ejecutó su oficio sacerdotal en la tierra, sin tacha y apartado de los pecadores. ¡Qué clase de persona debieran ser, entonces, sus ministros! Pero, si son cristianos, todos son sacerdotes espirituales; el ministro está especialmente llamado a dar el buen ejemplo para que la gente lo siga. —Nuestras enfermedades corporales, bendito sea Dios, no pueden ahora alejarnos de su servicio, de sus privilegios ni de su gloria celestial. Muchas almas sanas y hermosas están alojadas en un cuerpo débil y deforme. Y los que puedan no ser aptos para la obra del ministerio, pueden servir a Dios con comodidad en otros deberes de su iglesia.

CAPÍTULO XXII

Leyes sobre los sacerdotes y los sacrificios.

En este capítulo tenemos diversas leyes acerca de los sacerdotes y los sacrificios, todo para preservar la honra del santuario. Recordemos con gratitud que nada puede impedir a nuestro gran Sumo Sacerdote el desempeño de su oficio. Recordemos también que el Señor nos manda que reverenciemos su nombre, sus verdades, sus estatutos y sus mandamientos. Cuidémonos de la hipocresía, y examinémonos en cuanto a nuestra contaminación pecaminosa, procurando ser purificados de ellas en la sangre de Cristo y por su Espíritu santificador. Quien intente expiar su propio pecado o acercarse con el orgullo de la justicia propia, pone una gran afrenta en Cristo como aquel que viene a la mesa del Señor para satisfacer su concupiscencia pecaminosa. Tampoco puede el ministro que ama el alma de su gente, soportar que ellos continúen en este peligroso engaño. Debe pedirles no sólo que se arrepientan de sus pecados y los abandonen sino que pongan toda su confianza en la expiación de Cristo, por fe en su nombre, para el perdón y para ser aceptados por Dios; solamente así el Señor los hará santos, como pueblo suyo.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—3. *Las fiestas de Jehová—El día de Reposo.* 4—14. *La Pascua—La ofrenda de las primicias.* 15—22. *La fiesta de Pentecostés.* 23—32. *La fiesta de las trompetas—El día de la Expiación.* 33—34. *La fiesta de los tabernáculos.*

Vv. 1—3. Tenemos en este capitulo la institución de las *fechas* santas, muchas de las cuales fueron mencionadas antes. Aunque las fiestas anuales se destacaron más por la asistencia general al santuario, sin embargo, no debía dárseles más importancia en la celebración que al día de reposo. En este día debían apartarse de toda actividad secular. Es día de reposo, que tipifica el descanso espiritual del alejamiento del pecado, y el reposo en Dios. Los reposos de Dios deben observarse religiosamente en cada casa particular, por cada familia, por separado o reunida, en asambleas santas. El reposo del Señor en nuestra vivienda será su belleza, fortaleza y seguridad; las santificará, edificará y glorificará.

Vv. 4—14. La fiesta de la Pascua debía durar siete días; no días ociosos, dedicados al deporte como muchos que se llaman cristianos pasan sus días festivos. Se presentaban ofrendas al Señor en su altar; y la gente aprendía a usar el tiempo en oración, alabando a Dios y en santa meditación. —Las gavillas de primicias eran un tipo del Señor Jesús resucitado de entre los muertos, como Primicias de los que duermen. Nuestro Señor Jesús resucitó de los muertos en el mismo día en que se ofrecían las primicias. —Esta ley nos enseña a honrar al Señor con nuestra sustancia y con las primicias de nuestras ganancias, Proverbios iii, 9. Ellos no tenían que comer el maíz nuevo antes de ofrecer a Dios su parte; y nosotros siempre empezamos con Dios: empecemos cada día con Él, empecemos cada comida con Él, empecemos cada asunto y negocio con Él: buscad *primero* el reino de Dios.

Vv. 15—22. La fiesta de las semanas se celebraba, para conmemorar la entrega de la ley, cincuenta días después de la salida de Egipto; y anunciaba el derramamiento del Espíritu Santo, cincuenta días después que Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificado por nosotros. Ese día los apóstoles presentaron las primicias de la iglesia cristiana a Dios. —A la institución de la fiesta de Pentecostés se agrega una reiteración de la ley por la cual se les mandaba dejar rebuscos en sus campos. Quienes son verdaderamente sensibles a la misericordia recibida de Dios, tendrán misericordia del pobre, sin quejarse.

Vv. 23—32. El son de las trompetas representaba la predicación del evangelio, con que se llama a los hombres a arrepentirse del pecado y a aceptar la salvación de Cristo, que era significada por el día de la expiación. Además, invitaba a gozarse en Dios y a hacerse extranjeros y peregrinos en la tierra, lo cual denotaba la fiesta de los tabernáculos, observada el mismo mes. Al comenzar el año, el sonido de trompeta llamaba a sacudir la pereza espiritual, a examinar y probar sus caminos y enmendarlos. El día de la expiación era el noveno; así los despertaban a fin de prepararse para ese día, mediante el arrepentimiento sincero y serio, para que de verdad fuera para ellos un día de expiación. —La humillación de nuestra alma por el pecado, y hacer las paces con Dios, es obra que requiere a todo el hombre y la aplicación más completa de la mente. Ese día Dios hablaba de paz a su pueblo y a sus santos; en consecuencia, ellos debían dejar de lado todos sus asuntos seculares para oír más claramente esa voz de gozo y alegría.

Vv. 33—44. En la fiesta de los tabernáculos se recuerda cuando tuvieron que vivir en tiendas o cabañas en el desierto, como asimismo a sus padres que habitaron en tiendas en Canaán; esto, para recordarles sus orígenes y su liberación. También podría prefigurar el hecho de que Cristo iba a hacer tabernáculo en la tierra, en la naturaleza humana. Representa la vida del creyente en la tierra: extranjero y peregrino aquí abajo, con su hogar y corazón arriba, con su Salvador. —Valoraban más las comodidades y bienestar de sus hogares después de vivir siete días en las cabañas. A veces es bueno, para quienes tienen abundancia y comodidad, aprender lo que es soportar privaciones. El gozo de la cosecha debe ser aumentado para fomentar nuestro gozo en Dios. De Jehová es la tierra y su plenitud; por tanto, Él debe tener la gloria por cualquier comodidad que tengamos, especialmente cuando se perfecciona alguna misericordia. —Dios designó estas fiestas, "además de los días de reposo y de todas vuestras ofrendas voluntarias". El llamamiento a servicios extraordinarios no es excusa para descuidar los constantes y establecidos.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—9. *Aceite para las lámparas—El pan de la proposición.* 10—23. *La ley de la blasfemia—Lapidación de un blasfemo.*

Vv. 1—9. Los panes tipifican a Cristo como el Pan de vida, y el alimento para el alma de su pueblo. Él es la Luz de su iglesia, la Luz del mundo; esa luz brilla en y por su palabra. Por esta luz discernimos el alimento preparado para nuestras almas; y diariamente, pero en especial de reposo a reposo, debemos alimentarnos de ella en nuestro corazón con acción de gracias. Y como los panes eran dejados en el santuario, así debemos permanecer con Dios hasta que Él nos diga.

Vv. 10—23. El ofensor era hijo de un egipcio y de madre israelita. El hecho de destacarse quienes eran sus padres muestra el mal efecto común de los matrimonios mixtos. En esta ocasión se hizo una ley permanente para lapidar a los blasfemos. Gran malestar está impuesto en esta ley. Se extiende a los extranjeros que hubiere entre ellos como asimismo a los nacidos en la tierra. Los extranjeros como también los israelitas nativos deben tener derecho al beneficio de la ley de modo que no sufran daño; y deben ser pasibles del castigo de esta ley en caso que hicieran mal. —Si aquellos que profanan el nombre de Dios escapan del castigo de los hombres, de todos modos el Señor nuestro Dios no tolerará que ellos escapen de sus juicios justos. —Cuánta enemistad contra Dios debe haber en el corazón del hombre cuando de su boca salen blasfemias contra Dios. Si el que despreció la ley de Moisés murió sin misericordia, ¡de cuál castigo serán dignos los que desprecian y abusan el evangelio del Hijo de Dios! Estemos en guardia contra la ira, no hagamos mal, evitemos todas las relaciones con gente mala y reverenciemos ese nombre santo que blasfeman los pecadores.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—7. *El reposo de la tierra en el séptimo año.* 8—22. *El jubileo del año cincuenta—Prohibida la opresión.* 23—34. *Redención de la tierra y de las casas.* 35—38. *Compasión por el pobre.* 39—55. *Leyes respecto de la esclavitud—Prohibida la opresión.*

Vv. 1—7. Todo trabajo debía cesar el séptimo año, de la misma manera que el trabajo cotidiano en el séptimo día. Estos estatutos nos advierten contra la codicia, pues la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. Para nuestro sostenimiento tenemos que ejercer la dependencia voluntaria de la providencia de Dios; hemos de considerarnos administradores o inquilinos del Señor, y tenemos que usar nuestras cosas en armonía con esta forma de pensar. El año de reposo tipifica el descanso espiritual a que acceden todos los creyentes por medio de Cristo. Por su intermedio tenemos descanso de la carga de los cuidados y del trabajo mundano, y ambos nos son santificados y endulzados; y somos capacitados y estimulados a vivir por fe.

Vv. 8—22. La palabra "jubileo" indica un sonido particularmente animado de la trompeta de plata. El sonido debía emitirse al caer la noche del gran día de la expiación; porque la proclamación del evangelio de la libertad y de la salvación resulta del sacrificio del Redentor. Se había establecido que no debía venderse la heredad de las familias. Sólo podía disponerse de ella como si fuera un arrendamiento hasta el año de jubileo y, entonces, tenía que ser devuelta al propietario o a sus herederos. Esto tendía a preservar sus distintas tribus y familias hasta la venida del Mesías. La libertad en que había nacido cada hombre, si era vendido o renunciaba a ella, debía ser devuelta el año del jubileo. Esto era tipo de la redención hecha por Cristo, de la esclavitud del pecado y Satanás, y de ser devuelto a la libertad de los hijos de Dios. —Todas las transacciones o negocios debían hacerse siguiendo esta regla: "No os enseñorearéis los unos de los otros" ni saquéis ventaja de la ignorancia o necesidad de unos y otros, "sino temeréis a vuestro Dios". El temor de Dios que reina en el corazón impide que hagamos mal a nuestro prójimo, de palabra u obra. —Se les daba la seguridad de que con la observancia del año de reposo ellos serían los grandes ganadores. Si somos cuidadosos para cumplir nuestro deber, podemos confiar nuestro bienestar a Dios. A ellos no les iba

a faltar comida el año en que no sembraban ni cosechaban. Esto era un milagro para estímulo de todo el pueblo de Dios, de todos los tiempos, para confiar en Él en nuestro camino del deber. Nada se pierde por fe y por la negación de sí para obedecer. Algunos preguntaban, ¿qué comeremos el séptimo año? De este modo muchos cristianos prevén males, preguntándose qué harán, con temor de seguir en el camino del deber. Pero no tenemos derecho a prever males ni a preocuparnos por ellos. Para la mente carnal puede parecer que actuamos en forma absurda, pero la senda del deber siempre es la senda de la seguridad.

Vv. 23—34. Si la tierra no era rescatada antes del año del jubileo, entonces regresaba a quien la vendió o la enajenó. Esta era una figura de la gracia gratuita de Dios en Cristo, por la cual, y no por precio o mérito propio, somos restaurados al favor de Dios. Las casas en las ciudades amuralladas eran más los frutos de la propia laboriosidad de ellos que la tierra del país, la cual era dádiva directa de la generosidad de Dios; por tanto, si un hombre vendía una casa de la ciudad, podía rescatarla sólo dentro del año siguiente a la venta. Esto daba ánimo a los extranjeros y prosélitos para ir a establecerse entre ellos.

Vv. 35—38. La pobreza y la decadencia son grandes aflicciones y muy comunes; a los pobres siempre los tendréis con vosotros. Los socorreréis por simpatía, compadecéos de los pobres; por servicio, haréis algo por ellos; y en cuanto a provisión, dadles conforme a su necesidad y conforme a vuestra capacidad. —Los deudores pobres no deben ser oprimidos. Notad los argumentos aquí empleados contra la extorsión: “Tendréis temor de vuestro Dios”. Socorre al pobre, para que pueda “vivir contigo”, pues puede serte útil. El rico puede malamente prescindir del pobre, como el pobre del rico. Corresponde, a quienes han recibido misericordia, mostrar misericordia.

Vv. 39—55. Si se vendía un israelita nativo por una deuda o por un delito, era para servir por seis años y salir libre al séptimo. Si se vendía a sí mismo debido a su pobreza, tanto su trabajo como su uso debían ser tales que fueran dignos para un hijo de Abraham. Se pide a los amos que den a sus siervos lo que es justo y equitativo, Colosenses iv, 1. En el año del jubileo el siervo debía ser libre, él y sus hijos, y debía regresar a su familia. Esto tipifica la redención del servicio al pecado y a Satanás, por la gracia de Dios en Cristo, cuya verdad nos hace libres, Juan viii, 32. No podemos rescatar a nuestro prójimo pecador, pero indicarles a Cristo, mientras por su gracia nuestra vida puede adornar su evangelio, expresar nuestro amor, mostrar nuestra gratitud y glorificar su santo nombre.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—13. *Promesas por guardar los preceptos.* 14—39. *Amenazas contra la desobediencia.* 40—46. *Dios promete recordar a los que se arrepienten.*

Vv. 1—13. Este capítulo contiene una imposición general de todas las leyes dadas por Moisés: promesas de recompensa en caso de obediencia, por un lado; y amenazas de castigo por la desobediencia, por el otro. Mientras Israel mantuvo el respeto *nacional* por la adoración, por los días de reposo y por el santuario de Dios, y no se volvió a la idolatría, el Señor se comprometió a seguir dándoles misericordias temporales y ventajas religiosas. Esas promesas grandes y preciosas, aunque se relacionan principalmente a la vida presente, eran tipo de las bendiciones espirituales aseguradas por el pacto de gracia a todos los creyentes por medio de Cristo. —1. *Abundancia en frutos de la tierra.* Toda buena dádiva y todo don perfecto debe descender de lo alto, del Padre de las luces. —2. *Paz bajo la protección divina.* Viven seguros los que moran en Dios. —3. *Victoria y éxito en sus guerras.* Es lo mismo para el Señor salvar con muchos o con pocos. —4. *El crecimiento de su*

pueblo. La iglesia del evangelio será fructífera. —5. *El favor de Dios, que es la fuente de todo bien.* —6. *Señales de su presencia en y por sus ordenanzas.* La manera de tener fijas las ordenanzas de Dios entre nosotros, es la adhesión estrecha a ellas. —7. *La gracia del pacto.* Todas las bendiciones del pacto se resumen en la relación del pacto: Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo; y todas ellas se fundamentan en su redención. Habiéndolos adquirido, Dios será su dueño y nunca los desechará hasta que ellos lo desechen.

Vv. 14—39. Después de poner ante ellos la bendición que les haría un pueblo feliz si eran obedientes, Dios aquí pone ante ellos la maldición, los males que los harán desgraciados si desobedecen. —Dos cosas acarrearán ruina: —1. *El desprecio de los mandamientos de Dios*. Los que rechazan el precepto, finalmente llegarán a renunciar al pacto. —2. *El desprecio de su corrección*. Si no aprenden a obedecer por lo que sufren, el mismo Dios estará contra ellos; y esta es la raíz y causa de toda su miseria. Además, toda la creación estará en guerra con ellos. Todos los terribles juicios de Dios serán enviados contra ellos. Las amenazas son aquí muy detalladas, eran profecías y Él que previó todas sus rebeliones, sabía que tal sería su conducta. —Se les amenaza con juicios TEMPORALES. Los que no se alejan de sus pecados al conocer los mandamientos de Dios, se alejarán de sus pecados por medio de juicios. Los casados con sus lujurias, se aburrirán de ellas. —Se les amenaza con juicios ESPIRITUALES que deben apoderarse de la mente. Ellos no serán *aceptados por Dios*. La conciencia culpable será su continuo terror. Justo es para Dios dejar que se desesperen del perdón los que presumen de pecar; y se debe a la libre gracia que nosotros no languidezcamos en la iniquidad en que nacimos y vivimos.

Vv. 40—46. Entre los israelitas las *personas* no siempre fueron prosperadas o afligidas conforme a su obediencia o desobediencia. Pero la prosperidad *nacional* fue el efecto de la obediencia nacional, y los juicios nacionales fueron a causa de la maldad nacional. Israel estaba bajo un pacto peculiar. La maldad nacional terminará en la ruina de cualquier pueblo, especialmente donde se disfruta de la palabra de Dios y de la luz del evangelio. Tarde o temprano el pecado será la ruina, y el reproche de todo pueblo. Oh, que siendo humillados por nuestros pecados, podamos evitar la tormenta creciente antes que estalle sobre *¡nosotros!* Que Dios nos conceda que podamos, en este, nuestro tiempo, considerar las cosas que pertenecen a nuestra paz eterna.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—13. *Ley relativa a los votos—De las personas y los animales.* 14—25. *Votos relativos a casas y tierra.* 26—33. *Las cosas consagradas no son rescatables.* 34. *Conclusión.*

Vv. 1—13. El celo por el servicio de Dios dispuso a los israelitas, en algunas ocasiones, a consagrarse ellos o sus hijos al servicio del Señor, en su casa de por vida. Algunas personas así consagradas podían emplearse como asistentes; en general, tenían que ser redimidas por un precio. Bueno es estar celosamente afectado y dispuesto generosamente para el servicio del Señor, pero el asunto debe pesarse bien y la prudencia debe dirigirnos en cuanto a lo que hacemos; de lo contrario, los votos precipitados y la vacilación al hacerlos deshonrarán a Dios y perturbarán nuestra mente.

Vv. 14—25. Nuestras casas, tierras, ganado y toda nuestra sustancia deben usarse para la gloria de Dios. Es aceptable para Él que una porción sea dada para sostener su adoración y fomentar su causa. Pero Dios no aprueba un grado tal de celo que arruine a la familia de un hombre.

Vv. 26—33. Las cosas o las personas consagradas se distinguen de las cosas o personas que solamente fueron santificadas. Las cosas consagradas son sumamente santas para el Señor y no se las puede volver a tomar ni aplicar para otros propósitos. Cualesquiera sean los productos con que se beneficien, hay que honrar a Dios con el diezmo, si es aplicable. Así reconocen que Dios es el Dueño de su tierra, el Dador de sus frutos, y que ellos mismos son sus inquilinos y dependen de Él. Así, le dan gracias por la abundancia que han disfrutado, y buscan el favor en su continuidad. Se nos enseña a honrar al Señor con nuestra sustancia.

V. 34. EL último versículo parece referirse a todo el libro. Muchos de los preceptos que en él hay son morales y siempre obligatorios; otros son ceremoniales y propios de la nación judía; sin embargo, tienen un significado espiritual y así nos enseñan; pues por estas instituciones nos es predicado el evangelio, como también a ellos, Hebreos iv, 2. La doctrina de la reconciliación con Dios por un Mediador no es empañada con el humo del holocausto, sino aclarada por el conocimiento de Cristo y éste crucificado. Estamos bajo las instituciones dulces y fáciles del evangelio, que declara adoradores verdaderos a los que adoran al Padre en espíritu y en verdad, por Cristo solo y en su nombre. De todos modos, no pensemos que como no estamos atados a los ritos y oblaciones ceremoniales, que basta un poco de atención, tiempo y gasto para honrar a Dios. Teniendo directo acceso al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús, acerquémonos con corazón sincero y en plena certidumbre de fe, adorando a Dios con el mayor gozo y humilde confianza, diciendo todavía: Bendito sea Dios por Jesucristo.

NÚMEROS

Este libro se llama NÚMEROS debido a los censos del pueblo que contiene. Va desde la entrega de la ley en el Sinaí hasta su llegada a las llanuras del Jordán. Se da cuenta de sus quejas e incredulidad por lo que fueron sentenciados a vagar por el desierto durante casi cuarenta años; también, habla de algunas leyes, ceremoniales y morales. Las pruebas del pueblo tienden marcadamente a distinguir los malos e hipócritas de los siervos fieles y verdaderos de Dios que le sirvieron con corazón puro.

CAPÍTULO I

Versículos 1—43. *El censo de los israelitas.* 44—46. *La cantidad de personas.* 47—54. *Los levitas no se censan junto con los demás.*

Vv. 1-43. Se censó al pueblo para mostrar la fidelidad de Dios al aumentar la descendencia de Jacob, para que ellos fuesen los mejores entrenados para las guerras y la conquista de Canaán, y para organizar a las familias con miras al reparto de la tierra. Se dice que se censaron de cada tribu los que eran capaces de ir a la guerra; tenían guerras por delantes aunque ahora no hallaran oposición. Que el creyente sea preparado para resistir a los enemigos de su alma aunque todo parezca estar en paz.

Vv. 44-46. Aquí tenemos la suma total. ¡Cuánto se necesitaba para mantener a todos estos en el desierto! Todos eran satisfechos por Dios cada día. Cuando observamos la fidelidad de Dios, por improbable que parezca el cumplimiento de Su promesa, podemos cobrar valor con respecto a las promesas que aún tienen que ser cumplidas para la iglesia de Dios.

Vv. 47-54. Aquí se cuida de distinguir a la tribu de Leví que se había distinguido por sí misma en el asunto del becerro de oro. Los servicios singulares serán recompensados con honores singulares. Fue para honor de los levitas que se les encomendara el cuidado del tabernáculo y sus tesoros en sus campamentos y marchas. Fue para honor de las cosas sagradas que nadie las viera ni las tocara sino los llamados por Dios al servicio. Todos somos ineptos e indignos de tener comunión con Dios, hasta que seamos llamados por Su gracia a la comunión de Su Hijo Jesucristo, nuestro Señor; y de ese modo, siendo la descendencia espiritual de este gran Sumo Sacerdotre, seamos hechos sacerdotes para nuestro Dios. Debe tenerse sumo cuidado en evitar el pecado pues evitar el pecado es evitar la ira. Los levitas no fueron contados con los demás israelitas por ser una tribu santa. Los que ministran cosas sagradas no deben enredarse ni ser enredados en los asuntos mundanos. Y que cada creyente procure hacer lo que el Señor ha mandado.

CAPÍTULO II

El orden de las tribus en sus tiendas.

Las tribus tenían que acampar alrededor del tabernáculo que debía estar en el medio. Era una señal de la bondadosa presencia de Dios. Pero tenían que armar sus tiendas lejos por reverencia al santuario. —Los hijos de Israel se colocaron en sus puestos sin quejarse ni discutir, y como era su seguridad, así era su belleza. Deber e interés nuestro es contentarnos con el lugar que se nos ha asignado y empeñarnos por ocuparlo en forma apropiada sin envidias, quejas ni rezongos; sin ambición ni codicia. Así, pues, la iglesia del evangelio debiera mantener un buen orden y firmeza, conforme al modelo de la Escritura, conociendo y manteniendo cada cual su lugar; y, entonces, todos los que desean bien a la iglesia se regocijarán contemplando su orden, Colosenses ii, 5.

CAPÍTULO III

Versículos 1—13. *Los hijos de Aarón—Los levitas son tomados en vez del primogénito.* 14—39. *Los levitas numerados por sus familias—Sus deberes.* 40–51. *Cuentan los primogénitos.*

Vv. 1-13. Había mucho trabajo correspondiente al oficio de los sacerdotes y ahora estaban sólo Aarón y sus dos hijos para realizarlo; Dios nombra a los levitas para que les asistan. A quienes da una tarea que cumplir, Dios les encontrará ayuda. Los levitas fueron tomados en lugar del primogénito. Cuando el que nos creó nos salva, como fueron salvados los primogénitos de Israel, quedamos bajo una mayor obligación de servirle fielmente. El derecho de Dios sobre nosotros por la redención, confirma el derecho que Él tiene sobre nosotros por la creación.

Vv. 14-39. Los levitas eran de tres clases conforme a los hijos de Leví: Gersón, Coat y Merari; y estos fueron subdivididos en familias. —La posteridad de Moisés no fue en absoluto honrada ni privilegiada, pero estaba a nivel con los demás levitas; así, pues, quedó claro que Moisés no procuró el progreso de su propia familia, ni les aseguró honores. La tribu de Leví era, por mucho, la menor de todas las tribus. Los elegidos de Dios son sólo una manada pequeña en comparación con el mundo.

Vv. 40-51. El número de los primogénitos, y el de los levitas eran muy aproximados entre sí. Dios conoce todas sus obras de antemano; hay una proporción exacta entre ellos y así se verá cuando se comparen. El pequeño número de primogénitos, superior y por encima del número de levitas, debían ser redimidos y el dinero de la redención había que pagarlo a Aarón. La iglesia se llama congregación de los primogénitos, redimidos, no como ellos, con plata y oro; sino que, estando condenados por la justicia de Dios a causa del pecado, son rescatados con la preciosa sangre del Hijo de Dios. Todos los hombres son del Señor por creación, y todos los cristianos verdaderos son suyos por redención. Cada uno debe conocer su propio puesto y deber; ni puede ningún servicio requerido por tal Amo con justicia ser contado como bajo o duro.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—3. *El servicio de los levitas.* 4—20. *El deber de los coatitas.* 21—33. *Los deberes de los gersonitas y meraritas.* 34—49. *La cantidad de levitas para el ministerio.*

Vv. 1-3. Los hombres de edad madura de la tribu de Leví, todos los de treinta a cincuenta años de edad, tenían que ser empleados para el servicio del tabernáculo. El servicio de Dios requiere lo mejor

de nuestra fuerza y las primicias de nuestro tiempo, que no puede ser mejor utilizado que en la honra de aquel que es el Primero y el mejor. El servicio de Dios debe hacerse cuando estamos más fuertes y activos. Los que postergan el arrepentimiento hasta una edad avanzada no toman en cuenta esto, y de ese modo dejan la mejor obra para hacerla en el peor momento.

Vv. 4-20. Los coatitas tenían que llevar las cosas santas del tabernáculo. Todas las cosas santas había que cubrirlas, no sólo por seguridad y respeto, sino para impedir que se vieran. Esto no sólo indicaba la reverencia debida a las cosas santas, sino también el misterio de las cosas significadas por los tipos, y la oscuridad de la dispensación. Pero ahora, por medio de Cristo, la situación ha cambiado, y se nos exhorta a acercarnos confiadamente al trono de la gracia.

Vv. 21–33. Aquí tenemos las tareas de las otras dos familias levitas, que, aunque no tan honrosas como la primera, eran necesarias y debían cumplirse con regularidad. Todas las cosas les fueron entregadas por nombre. Esto insinúa el cuidado que Dios tiene con su iglesia y con cada miembro de ella. La muerte de los santos la representa por el tabernáculo que se deshace, 2 Corintios v, 1, y el abandono del cuerpo, 2 Pedro i, 14. Todos serán resucitados en el gran día, cuando nuestros cuerpos viles sean hechos como el cuerpo glorioso de Jesucristo, y así estaremos por siempre con el Señor.

Vv. 34-49. Dios lo ordenó de tal modo que, aunque los meraritas fueran los menos en cantidad, ellos tenían la mayoría de los hombres capaces; pues para cualquier servicio a que Dios llame, Él los proveerá dando fuerzas en proporción a la obra, y gracia suficiente. La más pequeña de las tribus tenía muchos más hombres capaces que los levitas: los que emprenden el servicio de este mundo son muchos más que los consagrados al servicio de Dios. Que nuestras almas estén totalmente consagradas a su servicio.

CAPÍTULO V

Versículos 1—10. *Lo inmundo debe salir del campamento—Restitución por los pecados.* 11—31. *El juicio por celos.*

Vv. 1-10. Había que purificar el campamento. La pureza de la iglesia debe conservarse tan celosamente como la paz y el orden. Todo israelita contaminado debía ser apartado. La sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después, pacífica. Mientras mayor sea la profesión religiosa de una casa o familia, más obligada está a expulsar de ellos la iniquidad. Si un hombre daña o engaña a su hermano en cualquier cosa, es un pecado contra el Señor, que nos encarga y ordena estrictamente que hagamos justicia. —¿Qué hacer, entonces, cuando la conciencia despierta de un hombre lo carga con culpa de esta clase, aunque lo haya hecho hace mucho tiempo? Debe confesar su pecado, confesarlo a Dios, confesarlo a su prójimo y avergonzarse; aunque sea en daño suyo reconocer una mentira, debe hacerlo de todos modos. Debe hacerse satisfacción por la ofensa hecha a Dios como asimismo por daño causado al prójimo; en este caso, no es suficiente la restitución sin fe y arrepentimiento. Mientras se retiene a sabiendas lo adquirido en mala forma, la culpa permanece en la conciencia y no se elimina con sacrificios ni ofrendas, oraciones ni lágrimas; pues se permanece en el mismo acto de pecado. Esta es la doctrina de la razón justa y de la palabra de Dios, que detecta a los hipócritas y dirige la conciencia ablandada hacia la conducta correcta, que brotando de la fe en Cristo, abrirá el camino hacia la paz interior.

Vv. 11–31. Esta ley haría que las mujeres de Israel se cuidaran para no dar motivos de sospecha. Por otra parte, iba a impedir el trato cruel que puede provocar una sospecha de esa clase. Además iba

a evitar que la culpable escapase y que la inocente fuese puesta bajo injusta sospecha. Cuando no se podía presentar pruebas, se llamaba a la esposa para efectuar la solemne apelación al Dios que escudriña los corazones. Ninguna mujer podía decir “Amén” al conjuro si era culpable, y beber el agua después, a menos que no creyera la verdad de Dios, o que desafiara su justicia. El agua es llamada aquí aguas amargas porque causaban maldición. Así, pues, el pecado es llamado cosa mala y amarga. Que todos los que se meten en placeres prohibidos sepan que al final le traerán amargura. —De todo esto aprended: —1. *Los pecados secretos son conocidos por Dios* y, a veces, son extrañamente sacados a luz en esta vida; que hay un “día en que Dios juzgará, por Jesucristo, los secretos de los hombres conforme a mi evangelio”, Romanos ii, 16. —2. *En particular, Dios juzgará ciertamente, a los proxenetas y adúlteros.* Aunque ahora no tenemos las aguas de los celos, tenemos, sin embargo, la palabra de Dios que debiera producir un terror tan grande como aquellas. La lujuria sensual terminará en amargura. —3. *Dios manifestará la inocencia del inocente.* La misma providencia es para bien de algunos y para mal de otros. Y responderá a los propósitos que tiene Dios.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—21. *La ley del nazareo.* 22—27. *La forma de bendecir al pueblo.*

Vv. 1-21. La palabra nazareo significa separación. Algunos eran elegidos por Dios, desde antes de su nacimiento, para ser nazareos toda su vida, como Sansón y Juan el Bautista. Pero, en general, era un voto de separación del mundo y de consagración a los servicios de la religión por un tiempo limitado, y bajo ciertas reglas, que cualquier persona podía hacer si le agradaba. Se dice que el nazareo era bien conocido; pero su obligación se describe con mayor certeza que antes. Para que la fantasía de los hombres supersticiosos no multiplique las restricciones interminablemente, Dios da las reglas. Ellos no deben beber vino, bebidas alcohólicas ni comer uvas. Los que se apartan para Dios no deben gratificar los deseos del cuerpo, sino mantenerlo bajo dominio. Que todos los cristianos sean muy moderados en el uso del vino y de las bebidas alcohólicas; pues si el amor por ellas llega a dominar una vez al hombre, éste se vuelve presa fácil de Satanás. Los nazareos no tenían que comer nada que proceda de la vid; esto enseña que se debe tener sumo cuidado para evitar el pecado, y todo lo que lo rodea, y lo que conduzca a ello o que sea una tentación para nosotros. —No tenían que cortarse el pelo. No debían pasar navajas sobre sus cabezas ni afeitarse las barbas; esta fue la marca de Sansón al ser un nazareo. Esto significa desprecio por el cuerpo y de aquello que lo mejore u ornamente. Aquellos que se apartan a sí mismos para Dios deben mantener puras sus conciencias tocante a obras muertas y no tocar cosas inmundas. Todos los días de su separación deben ser santos para el Señor. Este era el significado de aquellas apariencias externas y *sin esto* ellos no contaban para nada. No había castigo ni sacrificio designado para aquellos que voluntariamente rompían su voto de ser nazareos; ellos deberían responder en otro día por esa profana liviandad con el Señor su Dios; pero aquellos que no pecaban voluntariamente serían aliviados. —Nada hay en la Escritura que tenga el menor parecido con las órdenes religiosas de la iglesia de Roma, salvo estos nazareos. Pero note la diferencia o, más bien, ¡note cuán completamente contrarias son! Se prohíbe casarse a los religiosos de esa iglesia pero no se impone esa restricción a los nazareos. A aquellos se les manda abstenerse de las carnes pero los nazareos podían comer todo alimento permitido a los israelitas. Por lo general no se les prohíbe el vino ni siquiera en sus días de ayuno, pero los nazareos no podían beber vino en ningún momento. El voto de aquellos es por siempre hasta el fin de sus vidas; el voto de los nazareos era solamente por un tiempo limitado a su propia voluntad, y, en ciertos casos no lo era a menos que fuera permitido por maridos o padres. Hay una diferencia tan completa entre las reglas inventadas por el hombre y las reglas mandadas en la

Escritura. —No olvidemos que el Señor Jesús no es solamente nuestra Seguridad sino también nuestro ejemplo. Por amor a Él debemos renunciar a los placeres mundanos, abstenernos de las lujurias carnales, estar apartados de los pecadores, hacer profesión honesta de nuestra fe, morigerar los afectos naturales, estar orientado a lo espiritual y consagrado al servicio de Dios y deseosos de ser un ejemplo en nuestro rededor.

Vv. 22–27. Los sacerdotes tenían que bendecir solemnemente al pueblo en el nombre del Señor. Estar bajo la omnipotente protección de Dios nuestro Salvador; disfrutar su favor como la sonrisa de un Padre amante o como los tibios rayos del sol; mientras que Él perdona misericordiosamente nuestros pecados, suple nuestras necesidades, consuela el corazón y nos prepara por su gracia para la gloria eterna; estas cosas forman la sustancia de esta bendición y la suma total de todas las bendiciones. En una lista tan rica de misericordias ni siquiera son dignos de mencionarse los gozos mundanos. —Aquí hay una forma de oración. Se repite tres veces el nombre Jehová. Los judíos piensan que eso es un misterio y nosotros sabemos qué es, al haberlo explicado el Nuevo Testamento. Ahí somos dirigidos a esperar la bendición de la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, 2 Corintios xiii, 14; siendo Jehová cada una de esas Personas y, sin embargo, no son tres Señores sino un solo Señor.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—9. *Ofrendas de los príncipes en la dedicación del tabernáculo.* 10—89. *Ofrendas de los príncipes en la dedicación del altar.*

Vv. 1-9. Las ofrendas de los príncipes para el servicio del tabernáculo sólo se hicieron cuando estuvo totalmente instalado. Las observancias necesarias siempre deben venir de ofrendas voluntarias. Mientras más progrese alguien, mayor es la oportunidad que tiene de servir a Dios y a su generación. —Tan pronto como se instaló el tabernáculo, se hizo provisión para mudarlo. Aun cuando acabamos de establecernos en el mundo tenemos que prepararnos para cambios y mudanzas, especialmente para el gran cambio.

Vv. 10-89. Los príncipes y los grandes hombres fueron adelante en el servicio a Dios. He aquí un ejemplo para los que estén en autoridad y tengan el rango más elevado; deben usar su honor y poder, su fortuna e interés, para fomentar la religión y el servicio a Dios en los lugares donde viven. —Aunque era época de gozo y regocijo, de todos modos, en el medio de sus sacrificios hallamos una *ofrenda por el pecado.* Cuando estamos conscientes de que hay pecado, debe haber arrepentimiento aun en nuestros mejores servicios, hasta en los servicios que nos causan más gozos. En todo acercamiento a Dios por fe debemos mirar a Cristo como la Ofrenda por el pecado. —Ellos llevaron sus ofrendas, cada uno en su día. La obra de Dios no debe hacerse con confusión o precipitadamente; concédase tiempo y lo habremos hecho en el menor tiempo que era posible o, por lo menos, habremos hecho lo mejor. Si hay que hacer servicios durante doce días seguidos, no debemos considerarlo una tarea o una carga. Todas sus ofrendas eran iguales; todas las tribus de Israel tuvieron una de participación igual en el altar, y un interés igual en los sacrificios ofrecidos. Él que ahora habló a Moisés, como la Shequinah o Majestad Divina, desde en medio de los querubines, era el Verbo Eterno, la segunda Persona de la Trinidad; porque toda comunión de Dios con el hombre es por medio de su Hijo, por quien hizo el mundo y gobierna la iglesia, que es el mismo ayer, hoy y por los siglos.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—4. *Las lámparas del santuario.* 5—26. *Consagración de los levitas, y su servicio.*

Vv. 1–4. Aarón mismo encendió las lámparas, y representó así a su Divino Señor. La Escritura es luz que brilla en un lugar oscuro, 2 Pedro i, 19. Sin ella, hasta la iglesia puede ser un lugar oscuro, como hubiera estado el tabernáculo, que no tenía ventana, sin las lámparas. La obra de los ministros es encender las lámparas mediante la exposición y la aplicación de la palabra de Dios. Jesucristo es la única Luz en nuestro mundo tenebroso y pecaminoso: por su expiación, por su palabra y el Espíritu Santo, difunde la luz en derredor.

Vv. 5-26. Aquí tenemos las instrucciones para la solemne ordenación de los levitas. Todo Israel debía saber que ellos no tomaron por sí mismos este honor, sino que fueron llamados por Dios; tampoco bastaba que ellos fueran *separados* de los demás. Todos los que son empleados por Dios deben ser *consagrados* a Él, conforme su tarea. Los cristianos deben ser bautizados, los ministros deben ser ordenados; primero debemos entregarnos al Señor y, luego, tenemos que dar nuestro servicio. —Los levitas debían ser purificados. Los que llevan los vasos del Señor deben ser limpios. Moisés debía rociar el agua de la purificación sobre ellos. Esto significa la aplicación de la sangre de Cristo a nuestras almas por fe, para que seamos aptos para servir al Dios vivo. Dios declara su aceptación. Todos los que esperan participar de los privilegios del tabernáculo, deben estar resueltos a hacer el servicio del tabernáculo. Mientras por una parte, ninguna de las criaturas de Dios *necesariamente* es su siervo, Él no necesita el servicio de ninguna de ellas; por otra parte, nadie es siervo *honorario* que nada hace. Dios emplea a todos los que le pertenecen; los mismos ángeles tienen sus servicios.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—14. *De la Pascua.* 15—23. *Guiados por la nube.*

Vv. 1–14. Dios dio detalladas órdenes para la celebración de esta pascua y, por extraño que parezca, ellos no celebraron otra pascua hasta que llegaron a Canaán, Josué v, 10. Esto mostró tempranamente que las instituciones ceremoniales no siempre iban a continuar pues tan pronto como se instituyeron, algunas durmieron por muchos años. Pero la ordenanza de la Cena del Señor no fue abandonada de esa manera en los primeros días de la iglesia cristiana, a pesar de que fueron días de dificultades e inquietudes mayores que las que Israel tuvo en el desierto; a la inversa, en tiempos de persecución, la Cena del Señor se celebraba con mayor frecuencia. Los israelitas del desierto no debían olvidar la liberación de Egipto. Corrían este peligro cuando llegaron a Canaán. —Se dan algunas instrucciones en relación a los inmundos ceremoniales, cuando se iba a comer la pascua. Los que tienen la mente y la conciencia contaminada por el pecado son ineptos para la comunión con Dios y no pueden participar con consuelo de la pascua del evangelio hasta que por el arrepentimiento sincero y la fe verdadera son limpios. Nótese con cuánto inquietud y preocupación se lamentaban estos hombres de que se les impedía ofrendar al Señor. Debiera ser un problema para nosotros cuando, por cualquier motivo, se nos impide participar de las solemnidades de un día de reposo o de un sacramento. —Obsérvese el cuidado que Moisés toma para resolver este caso. Los ministros deben pedir consejo de la boca de Dios, en la medida que mejor puedan, sin tomar determinaciones conforme a sus propias fantasías o afectos sino conforme a la palabra de Dios. Y si, en casos difíciles, se toma el tiempo para exponer el asunto ante Dios, humildemente por medio de la oración

y con fe, es seguro que el Espíritu Santo dirigirá al camino bueno y recto. —Dios dio instrucciones sobre este caso, y otros similares, explicativos de la ley de la pascua. Así como quienes, contra su voluntad, se ven forzados a ausentarse de las ordenanzas de Dios, pueden tener esperanza de recibir los favores de la gracia de Dios en su aflicción, los que voluntariamente se ausentan pueden tener la expectativa de la ira de Dios por su pecado. No os engañéis; Dios no puede ser burlado.

Vv. 15–23. Esta nube tenía el propósito de servir de señal y símbolo visible de la presencia de Dios en medio de Israel. De esta manera se nos enseña a ver a Dios siempre cerca de nosotros, día y noche. Mientras la nube permanecía sobre el tabernáculo, ellos permanecían en el mismo lugar. No, no es pérdida de tiempo esperar el tiempo de Dios. Cuando la nube se levantaba, ellos partían, por cómodos que estuvieran en su campamento. A nosotros se nos mantiene en la incertidumbre en cuanto al tiempo en que hemos de despojarnos de nuestra casa terrenal, de este tabernáculo, para que estemos siempre preparados para partir en cuanto el Señor lo ordene. Muy seguro y grato es partir cuando vemos a Dios delante de nosotros, y descansar donde Él nos mande reposar. La dirección de la nube representa la conducción del bendito Espíritu. —Ahora no tenemos que esperar esas señales de la presencia y dirección divina, puesto que la promesa es segura para todo el Israel espiritual de Dios, que Él lo guia por su consejo, Salmo lxxiii, 24, aun más allá de la muerte, Salmo xlviii, 14. Todos los hijos de Dios serán guiados por el Espíritu de Dios, Romanos viii, 14. Él enderezará las veredas de quienes le reconocen en todos sus caminos, Proverbios iii, 6. Nuestro corazón siempre debe moverse y reposar a la orden del Señor, diciendo: Padre, hágase tu voluntad; dispón de mí y de lo mío como te plazca. Lo que tú quieras y donde tú quieras; sólo déjame ser tuyo y estar siempre en el camino de mi deber. —Al aplicar preceptos generales a circunstancias particulares, debe haber buen consejo y ferviente oración. Cuando una empresa es evidentemente mala o dudosamente justa y, sin embargo, la mente se inclina a ella, en ese caso “el movimiento de la nube”, como a veces la llaman mal los hombres, generalmente no es más que una tentación que se le permite proponer a Satanás; y los hombres fantasean que siguen al Señor cuando están siguiendo sus propias inclinaciones caprichosas. El registro de su misericordia nos conducirá con verdad infalible, por medio de Cristo, a la paz eterna. Seguid la columna de nube y de fuego. Poned la BIBLIA en vuestro corazón y recibid con mansedumbre la palabra implantada que es poderosa para salvar vuestra alma.

CAPÍTULO X

Versículos 1—.10. *Las trompetas de plata.* 11—28. *Los israelitas van de Sinaí a Parán.* 29—32. *Moisés invita a Hobab a que vaya con ellos.* 33—36. *Moisés imparte la bendición.*

Vv. 1-10. Aquí hay instrucciones sobre los avisos públicos que deben darse al pueblo por medio de sonidos de trompeta. Sus leyes tenían que ser divinas en todos los casos, por tanto, aún en este asunto Moisés recibe órdenes. Las trompetas tipifican la predicación del evangelio. Suena como una alarma para los pecadores, los llama a arrepentirse, proclama la libertad de los cautivos y esclavos de Satanás y reúne a los que adoran a Dios. Los dirige y los anima en su pesada jornada; los estimula a combatir contra el mundo y el pecado, y los anima con la seguridad de la victoria. Dirige la atención de ellos al sacrificio de Cristo, y muestra la presencia del Señor para su protección. También es necesario que la trompeta del evangelio dé un sonido nítido, conforme a la persona a la que se dirige o según el fin propuesto, sea convencer, humillar, consolar, exhortar, reprender o enseñar. El sonido de la trompeta del evangelio es la ordenanza de Dios, y exige la atención de todos aquellos a quienes se envía.

Vv. 11–28. Cuando los israelitas llevaban casi un año completo en el monte Sinaí y todo había quedado establecido en cuanto a lo que sería el culto en el futuro, emprendieron la marcha hacia Canaán. La religión verdadera empieza con el conocimiento de la santa ley de Dios y la humillación por el pecado, pero se debe seguir adelante a la perfección, en el conocimiento de Cristo y su evangelio, y de los estímulos, las motivaciones y las asistencias eficaces propuestas para la santidad. —Emprendieron el viaje conforme al mandamiento del Señor, Deuteronomio i, 6–8, y según los guiaba la nube. Quienes se someten a la dirección de la palabra y del Espíritu de Dios, van por rumbo recto aunque parezcan confundidos. Mientras estén seguros que no pueden perder a su Dios y Guía, no tienen por qué tener el temor de perder el camino. —Salieron del desierto del Sinaí y reposaron en el desierto de Parán. Todos nuestros movimientos en este mundo no son sino de un desierto a otro. Los cambios que pensamos serían para mejor no siempre resultan así. Nunca descansaremos, nunca nos sentiremos en casa, hasta que lleguemos al cielo, pero allá encontraremos que todo está bien.

Vv. 29-32. Moisés invita a los suyos a ir a Canaán. Los que están destinados a la Canaán celestial deben pedir y exhortar a sus amigos para que vayan con ellos: no tendremos menos gozo del cielo si otros van a compartir con nosotros. Bueno es confraternizar con quienes tienen comunión con Dios. Pero las cosas de este mundo, las que se ven, apartan con fuerza de la búsqueda de las cosas del otro mundo, que no se ven. —Moisés invita a Hobab, que podría serles útil. No para mostrarles donde acampar ni el camino que deben seguir, porque la nube se encargaba de eso, sino para mostrar las ventajas de los lugares por donde iban marchando y acampando. Armoniza bien con nuestra confianza en la providencia de Dios el uso de la ayuda de nuestros amigos.

Vv. 33-36. Sus salidas y entradas dan un ejemplo para empezar y terminar la jornada diaria y el trabajo de cada día con oración. He aquí la oración de Moisés cuando el arca emprende la marcha: "Levántate, oh Jehová, y sean dispersados tus enemigos". Hay gente del mundo que es enemiga de Dios y lo aborrecen; enemigos secretos y declarados; enemigos de sus verdades, de sus leyes, de sus ordenanzas, de su pueblo. Pero para dispersar y derrotar a los enemigos de Dios sólo se necesita que Dios se levante. Observad también la oración de Moisés cuando el arca descansaba, que Dios hiciera descansar a su pueblo. El bienestar y la felicidad del Israel de Dios consiste en la presencia continua de Dios entre ellos. La seguridad de ellos no radica en su cantidad, sino en el favor de Dios y en su misericordioso regreso a ellos y en que Él repose en medio de ellos. En esto, ¡dichoso eres Israel! ¿Qué pueblo como tú? Dios irá delante de ellos, para encontrarles lugar de reposo en el camino. Su promesa es, y las oraciones de ellos son, que Él nunca los dejará ni los abandonará.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—3. *El incendio de Tabera.* 4—9. *El pueblo desea carne y aborrece el maná.* 10—15. *Moisés se queja de su cargo.* 16—23. *Nombramiento de ancianos para dividir la carga—Promesa de darles carne.* 24—30. *El Espíritu reposa sobre los ancianos.* 31—35. *Las codornices.*

Vv. 1-3. Este es el pecado del pueblo: se quejaron. Véase la pecaminosidad del pecado que se aprovecha del mandamiento para provocar. La debilidad de la ley descubre al pecado pero no puede destruirlo; lo controla, pero no puede vencerlo. Ellos se quejaron. Los que tienen un espíritu disconforme, siempre hallarán algo porque pelear o afanarse, aunque las circunstancias de su situación exterior nunca hayan sido tan favorables. El Señor lo oyó, pero no Moisés. Dios conoce las quejas y murmuraciones secretas del corazón aunque estén ocultas de los hombres. Lo que vio le

desagradó tanto, que los castigó por este pecado. El fuego de la ira de ellos contra Dios ardió en sus mentes; con justicia el fuego de la ira de Dios los azotó por su pecado; pero los juicios de Dios les sobrevinieron paulatinamente para que recibieran la advertencia. Pareciera que Dios no se complace en castigar; cuando empieza, pronto se convence para dejarlo apagar.

Vv. 4-9. El hombre habiendo abandonado el reposo, se siente incómodo y miserable, aunque próspero. Ellos se cansaron de la provisión que Dios había hecho para ellos aunque era comida sana y alimenticia. No costaba dinero ni cuidados, y el trabajo de juntarlo era indudablemente poco; sin embargo, hablaban de la baratura de Egipto y del pescado que allá comían gratuitamente; ¡como si les hubiera costado nada, cuando lo pagaban bien caro con duro trabajo! Mientras vivieron de maná parecían exentos de la maldición que el pecado ha acarreado al hombre, que debe comer el pan con el sudor de su frente; no obstante, se referían a él con burla. La mente descontenta y peleadora encontrará defectos en lo que no tiene falla en sí, pero que es demasiado bueno para ella. Quienes podrían ser felices a menudo se sienten miserables debido al descontento. —No podían estar satisfechos si no tenían carne para comer. Es la evidencia del dominio de la mente carnal cuando queremos tener los deleites y las satisfacciones de los sentidos. No debemos ceder en ningún deseo que no podamos, por fe, convertir en oración, como no podemos cuando pedimos carne para nuestra concupiscencia. Lo que de por sí es legítimo se vuelve malo cuando Dios no nos lo da, pero nosotros lo deseamos.

Vv. 10-15. La provocación fue muy grande; pero Moisés se expresó de una manera que le convenía. Menospreció el honor que Dios le había conferido. Magnificó sus propios logros aunque lo dirigió la sabiduría divina y poder omnipotente, para dispensar recompensas y castigos. Habla desconfiando de la gracia divina. Si la obra hubiera sido mucho menor, él no habría podido realizarla por sus propias fuerzas, pero si hubiera sido mucho mayor hubiere podido hacerla por la fuerza que Dios le hubiera dado. Oremos: Señor no nos metas en tentación.

Vv. 16–23. Moisés tiene que elegir a los que conocía para que fueran ancianos, esto es, hombres sabios y experimentados. Dios promete darles los atributos. Si no eran idóneos para el cargo, recibirían la idoneidad. Aun la gente descontenta recibirá su paga, para que toda boca se cierre. Vea aquí: —1. *La vanidad de todos los deleites sensuales; se hartan, pero no se satisfacen.* Solo los placeres espirituales satisfacen y duran. De la manera que el mundo pasa, así pasan sus concupiscencias. —2. *¡Cuán brutales son los pecados de la glotonería y ebriedad!* Hacen daño al cuerpo con lo que debiera darle su salud. Moisés objeta. Hasta los grandes y verdaderos creyentes a veces encuentran difícil confiar en Dios sometidos al desaliento de causas secundarias y, contra esperanza creer en esperanza. Aquí Dios lleva a Moisés a este punto, el Señor Dios es Todopoderoso y pone la prueba del asunto, Ahora verás si se cumple mi palabra o no. Si Él habla, está hecho.

Vv. 24-30. Aquí tenemos el cumplimiento de la palabra de Dios a Moisés, de que debe tener ayuda para gobernar a Israel. Él dio su Espíritu a los setenta ancianos. Ellos hablaron de las cosas de Dios al pueblo para que todos los que les oyeran pudieran decir que de verdad Dios estaba con ellos. Dos de los ancianos, Eldad y Medad, no habían venido al tabernáculo, como el resto, sensibles a su propia debilidad e indignidad, pero el Espíritu de Dios los halló en el campamento y allí ejercieron su don de orar, predicar y alabar a Dios; hablaban movidos por el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios no está limitado al tabernáculo sino que, como el viento, sopla donde quiere. Y los que se humillan serán exaltados; y los que son más aptos para gobernar son los que menos lo ambicionan. —Josué no desea que sean castigados sino sólo sean refrenados en el futuro. Esta moción hizo por celo por lo que él pensaba debía ser la unidad de la iglesia. Él los hubiera acallado, no fuera que causaran división o rivalizaran con Moisés, pero Moisés no temía ninguno de esos efectos de aquel Espíritu que Dios había puesto en ellos. ¿Rechazaremos a los que pertenecen a Cristo o los refrenaremos de

hacer algo bueno, porque no están en todo de acuerdo con nuestras ideas? Moisés desearía que todo el pueblo del Señor fuese profeta, que Él pusiera su Espíritu en todos. —Que quienes desean estar en el poder crean el testimonio de Moisés: que el gobierno es una carga. Es una carga de cuidado y problemas para quienes toman conciencia del deber que es; y para los que no, resultará una carga más pesada el día en que deban dar cuentas. Que el ejemplo de Moisés sea seguido por quienes están en el poder; que no desprecien el consejo y asistencia de otros, sino que la deseen y agradezcan. Si la totalidad del pueblo del Señor fuera profeta o ministro, por el Espíritu de Cristo, aunque no todos concordaran en asuntos externos, hay obra suficiente para todos en el llamamiento a los pecadores a arrepentirse y tener fe en nuestro Señor Jesús.

Vv. 31-35. Dios cumplió su promesa al pueblo, dándoles carne. ¡Cuánto más diligentes son los hombres para recoger carne que perece, que para laborar por la comida que para vida eterna permanece! Somos rápidos para ver las cosas temporales, pero la estupidez nos ciega en cuanto a las cosas eternas. No necesitamos argumentos para ir en pos de las ventajas mundanas, pero cuando tenemos que asegurar las riquezas verdaderas, entonces, somos todo olvido. —Los que están bajo el poder de la mente carnal, verán satisfechas sus concupiscencias, aunque sea para seguros daño y ruina de sus preciosas almas. Ellos pagaron caras sus fiestas. A menudo, por ira Dios concede el deseo de los pecadores, mientras por amor niega los deseos de su propio pueblo. Si obtenemos lo que deseamos indebidamente, tenemos motivo para temer, pues será de una u otra manera una pena, y una cruz para nosotros. ¡Y cuánta multitud hay en todas partes que acortan la vida por excesos de uno u otro tipo! Busquemos los placeres que satisfacen, pero nunca excesivamente, y que durarán por siempre jamás.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—9. *Dios reprende la murmuración de Aarón y María.* 10—16. *María atacada de lepra y sanada al orar Moisés.*

Vv. 1–9. La paciencia de Moisés fue probada en su propia familia como asimismo por el pueblo. El pretexto fue que se había casado con una extranjera; pero probablemente el orgullo de ellos había sido herido y excitada la envidia por su mayor autoridad. La oposición de nuestros familiares cercanos y de los amigos religiosos es sumamente dolorosa. Pero hay que tener esto en consideración y será bueno que en tales circunstancias podamos conservar la bondad y la mansedumbre de Moisés, el cual estaba de ese modo equipado para la obra a que estaba llamado. Dios no sólo declaró inocente a Moisés, sino que lo elogió. Moisés tenía el espíritu de profecía en un grado que lo coloca muy por encima de todos los otros profetas; pero aquel que es el menor en el reino de los cielos es mayor que él; y nuestro Señor Jesús lo excede infinitamente, Hebreos iii, 1. —Que María y Aarón consideren a quien era que insultaban. Nosotros tenemos motivos para temer de decir o hacer algo contra los siervos de Dios. Indudablemente son presuntuosos quienes no temen hablar mal de las potestades superiores, 2 Pedro ii, 10. Ser quitados de la presencia de Dios es la señal más cierta y triste del desagrado de Dios. ¡Ay de nosotros si Él se aparta! Él nunca se aleja hasta que por el pecado y la necedad nosotros lo alejamos.

Vv. 10-16. La nube se apartó, y María se puso leprosa. Cuando Dios se va, llega el mal: no esperéis el bien cuando Dios se va. La inmunda lengua de ella, como dice el obispo Hall, fue justamente castigada con rostro inmundo. —Aarón, como sacerdote, era el juez de la lepra. Él no podía declararla leprosa sin temblar, sabiendo que él mismo era igualmente culpable. Pero si ella fue de esa manera castigada por hablar contra Moisés, ¿qué va a ser de quienes pecan contra Cristo?

Aarón, que se unió a su hermana para hablar contra Moisés, se ve forzado por sí mismo y su hermana, a suplicar y hablar con altura de aquel a quien habían tan recientemente culpado. Quienes pisotean a los santos y siervos de Dios, un día se alegrarán de ser parte de su séquito. Bueno es cuando la reprensión produce confesión de pecado y arrepentimiento. Tales ofensores, aunque derrotados y deshonrados, serán perdonados. —Moisés hizo evidente que él perdonaba la injuria infligida. Debemos conformarnos a esta pauta de Moisés y a la de nuestro Salvador que dijo: "Padre, perdónalos". —Se da una razón para el alejamiento de María del campamento por siete días, porque de esa manera ella debía aceptar el castigo de su pecado. Cuando estamos bajo la señal del desagrado de Dios por el pecado, nos corresponde aceptar la vergüenza. Esto obstaculizó el avance del pueblo en su marcha hacia Canaán. Muchas cosas se nos oponen, pero nada nos estorba tanto en el camino al cielo como el pecado.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—20. *Doce hombres enviados a explorar la tierra de Canaán—Instrucciones para ellos.* 21—25. *Sus procedimientos.* 26—33. *El relato de ellos sobre la tierra.*

Vv. 1–20. En este capítulo y el siguiente se relata la historia memorable y triste del regreso de Israel de las fronteras de Canaán, y de la sentencia pronunciada contra ellos de peregrinar y perecer en el desierto a causa de su incredulidad y sus murmuraciones. Parece, Deuteronomio i, 22, que la idea de explorar la tierra provino del pueblo. Tenían una mejor opinión de su propia política que de la sabiduría de Dios. De esta manera nos arruinamos creyendo más los informes y representaciones de los sentidos que la revelación divina. Andamos por vista, no por fe. —Moisés encargó esto a los espías: Tened valor. No sólo era una gran empresa a la que fueron asignados, que exigía buena administración y resolución sino una gran confianza se puso en ellos, que requería que fueran fieles. El valor en tales circunstancias puede surgir únicamente de la fe firme que sólo Caleb y Josué poseían.

Vv. 21-25. Los exploradores de la tierra trajeron consigo un racimo de uvas y otras frutas como prueba de las bondades de la tierra; lo cual era para Israel, las arras y lo mejor de todas las frutas de Canaán. Tales son los consuelos presentes que tenemos en comunión con Dios, anticipos de la plenitud del gozo que esperamos tener en la Canaán celestial. Por ellos podemos ver lo que es el cielo.

Vv. 26-33. Podemos preguntarnos asombrados por qué el pueblo de Israel esperó cuarenta días el retorno de sus espías, cuando estaban listos para entrar a Canaán, con todas las garantías del éxito que podían recibir del poder divino y de los milagros que hasta entonces los habían acompañado. Pero desconfiaron del poder y de la promesa de Dios. ¡Cuántas veces, por nuestra incredulidad, nos dejamos guiar por nuestra propia luz! Los mensajeros regresaron finalmente, pero la mayoría desanimó al pueblo para que no entrara en Canaán. Los israelitas son justamente dejados a merced de esta tentación de confiar en el juicio de los hombres, cuando tenían que confiar en la palabra de Dios. Habían encontrado la tierra tan buena como Dios había dicho, sin embargo, no creyeron que fuera tan segura como Él había dicho, y desesperaron de poseerla aunque la Verdad Eterna la había entregado a ellos. Esta fue la representación de los malos espías. —Sin embargo, Caleb los estimuló a seguir adelante, aunque fue secundado solamente por Josué. Él no dice, vamos y venzamos, sino vamos y poseeámosla. Las dificultades que hay en el camino de la salvación pierden importancia y se esfuman ante una fe viva y activa en el poder y la promesa de Dios. Todas las cosas son posibles para aquel que cree, si han sido prometidas; pero no se tiene que creer a los sentidos ni a los

profesantes que son carnales. La incredulidad pasa por alto las promesas y el poder de Dios, magnifica cada peligro y dificultad, y llena de desaliento el corazón. ¡Que el Señor nos ayude a creer! Entonces encontraremos que todas las cosas son posibles.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—4. *El pueblo murmura ante el relato de los espías.* 5—10. *Josué y Caleb se esfuerzan por tranquilizar al pueblo.* 11—19. *Amenazas divinas—Intercesión de Moisés.* 20—35. *Se impide que los murmuradores entren a la tierra prometida.* 36—39. *La muerte de los malos espías.* 40—45. *La derrota del pueblo que ahora quiso invadir la tierra.*

Vv. 1-4. Quienes no confían en Dios continuamente se desconciertan a sí mismos. La tristeza del mundo produce muerte. Los israelitas murmuraron contra Moisés y Aarón y, en ellos, reprochaban al Señor. Miraron atrás con descontento sin causa. Véase la locura de las pasiones desenfrenadas que hacen que los hombres derrochen lo que la naturaleza cuenta como más querido: la vida misma. Ellos desean morir como criminales bajo la justicia de Dios antes que vivir en su favor como vencedores. Por último resuelven que, en lugar de seguir adelante a Canaán, prefieren volver a Egipto. Los que no andan en el consejo de Dios procuran su propia ruina. ¿Podían esperar que la nube de Dios los guiara o que su maná los asistiera? Suponiendo que las dificultades para conquistar Canaán fueran como las imaginaban, pero las de regresar a Egipto eran mucho más grandes. Nos quejamos de nuestro lugar y suerte y quisiéramos cambiarlos; pero ¿hay en este mundo algún lugar o situación que no tenga algo en sí que nos incomode si estamos predispuestos a eso? La manera de mejorar nuestra condición es poner nuestros espíritus en un marco mejor. Véase la necedad de alejarse de los caminos de Dios. Pero los hombres corren hacia las seguras consecuencias fatales de un rumbo pecaminoso.

Vv. 5-10. Moisés y Aarón quedaron atónitos al ver a un pueblo que desecha las misericordias que le pertenecen. Caleb y Josué aseguran a la gente la bondad de la tierra. Minimizan las dificultades para lograrla. Si los hombres se convencieran de lo deseable que son las ganancias de la religión, no se detendrían ante los requerimientos de ella. Aunque los cananeos habitaban en ciudades amuralladas, su amparo se había apartado de ellos. Los otros espías se fijaron en la fuerza de ellos, pero estos notaron su maldad. Nadie puede estar a salvo cuando provocan que Dios los abandone. Aunque Israel vive en tiendas, ellos están fortificados. Mientras tengamos la presencia de Dios con nosotros, no tenemos que temer a la fuerza más poderosa que se levante en contra nuestra. Los pecadores son destruidos por su propia rebelión. Pero quienes, como Caleb y Josué, se exponen fielmente por amor a Dios, es seguro que serán puestos bajo su protección especial y serán escondidos, bajo el cielo o en el cielo, de la ira de los hombres.

Vv. 11-19. Moisés hizo una humilde intercesión por Israel. Aquí él es tipo de Cristo que oró por aquellos que lo trataron desdeñosamente. El perdón del pecado de una nación es el alejamiento del castigo de la nación; por eso, es aquí Moisés tan fervoroso. Moisés alega que, coherentemente con su carácter, Dios podría perdonarlos en sus abundantes misericordias.

Vv. 20-35. El Señor concedió la oración de Moisés de no destruir de inmediato a la congregación, pero no creer la promesa prohíbe el beneficio. Los que despreciaron la tierra deseable no podrán entrar. La promesa de Dios deberá cumplirse en sus hijos. Ellos desearon morir en el desierto; Dios hizo que su pecado fuera su ruina, les cobró la palabra y sus cadáveres cayeron en el desierto. Tuvieron que gemir bajo la carga de su propio pecado, que era demasiado pesada para que

ellos la soportaran. Conoceréis la ruptura de mi promesa, y tanto el *fundamento* de ello, procurado por vuestro pecado, porque Dios nunca abandona a nadie hasta que ellos lo abandonan primero a Él, y sus *consecuencias*, que producirá vuestra ruina. Pero vuestros pequeños, ahora menores de veinte años, que en vuestra incredulidad dijisteis que serían presa, a ellos haré entrar. Dios les hará saber que Él puede distinguir entre el culpable y el inocente, y cortarlos sin tocar a sus hijos. De este modo Dios no quita del todo su amorosa bondad.

Vv. 36-39. Aquí está la muerte súbita de los diez malos espías. Pecaron al calumniar la tierra prometida. Provocan enormemente a Dios los que hablan mal de la religión, que producen aversión hacia la fe en la mente de los hombres, o que dan oportunidad para que lo hagan los que buscan la ocasión. Los murmuradores, con justicia, se convierten en endechadores. Si hubieran lamentado el pecado cuando se les reprendió con fidelidad, se hubiera evitado la sentencia; pero como se lamentaron sólo por el juicio, eso no les sirvió. En el infierno están los que así se lamentan, pero las lágrimas no apagan las llamas ni enfrían la lengua.

Vv. 40-45. Algunos de los israelitas ahora querían sinceramente ir y entrar en Canaán, pero ya era demasiado tarde. Si los hombres anhelaran tan fervientemente el cielo, mientras dura su día de gracia, como lo anhelarán cuando sea demasiado tarde, ¡qué bueno sería para ellos! Eso que ha sido deber en su momento, cuando a destiempo puede volverse pecado. Los que están fuera del camino del deber, no están bajo la protección de Dios y andan a su propio riesgo. Dios les mandó ir y no fueron; Él les prohibió ir y fueron. Así es la enemistad de la mente carnal contra Dios. Desconfiaron del poder de Dios; ahora presumían de su propio poder, sin el de Él. Consecuentemente la expedición fracasa; ahora comienza a ejecutarse la sentencia, que sus cadáveres iban a caer en el desierto. Nunca termina bien lo que empieza con pecado. El camino para conseguir paz con nuestros amigos, y éxito contra nuestros enemigos, es tener a Dios como Amigo nuestro y mantenernos en su amor. Tomemos como advertencia el destino de Israel, no sea que perezcamos por el mismo ejemplo de incredulidad. Vamos adelante dependiendo de la misericordia, poder, promesa y verdad de Dios; Él estará con nosotros, y conducirá a nuestra alma al reposo eterno.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—21. *La ley de la ofrenda y de la libación—El extranjero está bajo la misma ley.* 22—29. *El sacrificio por el pecado de la ignorancia.* 30–36. *El castigo del desafío—El transgresor del día de reposo es lapidado.* 37—41. *La ley de las franjas de los vestidos.*

Vv. 1-21. Se dan instrucciones completas sobre las ofrendas de harina y de la libación. El comienzo de esta enseñanza es muy alentador. Cuando hayáis entrado en la tierra de vuestra habitación que yo os doy. Esta era una sencilla indicación de que Dios garantiza la tierra prometida a su simiente. —Dado que los sacrificios de reconocimiento eran concebidos como el alimento de la mesa de Dios, era requisito que hubiera una provisión constante de pan, aceite y vino, cualquiera fuera la carne. Y la intención de esta ley es enseñar las proporciones de la ofrenda de harina y la libación. —Los nativos y los extranjeros son puestos en un mismo nivel en esta materia como en otras afines. Esto era un feliz anuncio del llamado de los gentiles y de su admisión en la iglesia. Si la ley hacía tan poca diferencia entre judío y gentil, mucho menos diferencia haría el evangelio que derribó el muro de separación y reconcilió a ambos con Dios.

Vv. 22-29. Aunque la ignorancia constituye excusa en cierto grado, no justificará a aquellos que podrían haber conocido la voluntad de su Señor, pero no lo hicieron. David oraba que se le limpiara

de sus faltas ocultas, los pecados de los que él mismo no tenía conciencia. Los pecados cometidos por ignorancia serán perdonados por medio de Cristo el gran Sacrificio que, cuando se ofrendó a sí mismo de una sola vez para siempre en la cruz, pareció explicar parte de la intención de su ofrenda con la oración: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Esto miraba con favor a los gentiles, pues la ley de expiación por los pecados de ignorancia está hecha expresamente para extenderla a quienes eran extranjeros en Israel.

Vv. 30–36. Se reconocen como pecadores con soberbia a los que pecan deliberadamente contra la voluntad y la gloria de Dios. Los pecados así cometidos son excesivamente pecaminosos. El que así transgrede el mandamiento este *reprende* al Señor, y también *desprecia* la palabra del Señor. Los pecadores soberbios la desprecian pensando que son demasiado grandes, demasiado buenos, y demasiado sabios para ser gobernados por ella. —Se narra un caso particular de desafío en el pecado de transgredir el día de reposo. La transgresión fue juntar leña para hacer fuego el día de reposo, en tanto que el pueblo tenía que hornear y cocinar lo que tuviera ocasión el día anterior, Éxodo xvi, 23. Esto fue hecho como afrenta tanto a la ley como al Legislador. Dios es celoso del honor de sus días de reposo y no considerará inocente al que los profana, hagan lo que hagan los hombres. Dios concibió este castigo como advertencia para que todos tomen conciencia de guardar el carácter sagrado del día de reposo. Y podemos tener la seguridad de que jamás se dio mandamiento para castigo del pecado, que en el día del juicio, no resulte haber procedido del amor y la justicia perfectos. El derecho de Dios a un día de devoción a Él será disputado y negado sólo por quienes atienten al orgullo y la incredulidad de su corazón en vez de oír la enseñanza del Espíritu de verdad y vida. ¿En qué radica la diferencia entre aquel que fue sorprendido recogiendo leña en el desierto en el día de Dios y el hombre que da la espalda a las bendiciones de las ordenanzas del día de reposo y las promesas de las misericordias del día de reposo, para usar su tiempo, sus intereses y su alma en acumular riquezas; y desperdicia sus horas, sus bienes y su fuerza en el placer pecaminoso? La riqueza puede venir por el esfuerzo impío, pero no vendrá sola; tendrá su espantosa recompensa. Las empresas de los pecadores conducen a la ruina.

Vv. 37–41. El Señor manda a la gente que ponga franjas en el borde de sus vestidos. Los judíos se distinguían de sus vecinos por su ropa y por su dieta y, de ese modo, enseñaban a no conformarse a las costumbres de los paganos en otras cosas. Se proclamaban judíos dondequiera que fueran, y no se avergonzaban de Dios y de su ley. Las franjas no fueron ordenadas como terminación y adorno de su ropa sino a modo de recordatorio para despertar su mente, 2 Pedro iii, 1. Si eran tentados a pecar, la franja les advertiría que no debían quebrantar los mandamientos de Dios. Debemos usar todos los medios para refrescar en nuestras memorias las verdades y preceptos de la palabra de Dios, para fortalecer y avivar nuestra obediencia y armar nuestras mentes contra la tentación. —Sed santos para vuestro Dios; limpios de pecado y sinceramente dedicados a su servicio; y aquella gran razón de todos los mandamientos se repite una y otra vez: “Yo Jehová vuestro Dios”.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—11. *Rebelión de Coré, Datán y Abiram—Coré contiende por el sacerdocio.* 12—15. *Desobediencia de Datán y Abiram.* 16—22. *Manifestación de la gloria del Señor—La intercesión de Moisés y Aarón.* 23—34. *La tierra se traga a Datán y Abiram.* 35—40. *La compañía de Coré es consumida.* 41—50. *El pueblo murmura—Se envía una plaga.*

Vv. 1–11. El orgullo y la ambición ocasionan gran cantidad de maldad tanto en las iglesias como en los Estados. Los rebeldes pelean contra la ordenación del sacerdocio en Aarón y su familia. Tenían

poca razón para ufanarse de la pureza del pueblo o del favor de Dios, pues el pueblo había sido contaminado con pecado tan a menudo y tan recientemente, que ahora se hallaban bajo las señales del desagrado de Dios. Acusan injustamente a Moisés y Aarón de arrogarse el honor para sí mismos; pero habían sido llamados por Dios para hacerlo. Véase aquí: —1. De qué espíritu son los que reclaman, de quienes resisten las potestades que Dios ha puesto sobre ellos. —2. Qué trato pueden esperar hasta los hombres mejores y más útiles, aun de parte de aquellos a quienes han servido. —Moisés procuró la enseñanza de Dios. El corazón del sabio reflexiona antes de responder y pide el consejo de Dios. —Moisés muestra los privilegios que tienen como levitas y los acusa del pecado de menospreciar tales privilegios. Para evitar que envidiemos a los que están por encima de nosotros nos servirá considerar debidamente cuántos son los que están por debajo de nosotros.

Vv. 12-15. Moisés convocó a Datán y Abiram para que presentaran sus quejas; pero ellos no obedecieron. Trajeron cargos falsos contra Moisés. Muy a menudo caen bajo la censura más pesada personas que, en verdad, merecen los elogios más elevados. —Aunque era el hombre más manso, Moisés se enojó mucho al encontrar que se reprochaba a Dios en él; no podía soportar que el pueblo se destruyera a sí mismo. Apela a Dios y a su propia integridad. Dios los hace comparecer con Aarón en la mañana siguiente a la hora de ofrecer el incienso matutino. Coré decidió comparecer. Los hombres orgullosos y ambiciosos a menudo precipitan su vergonzosa caída, cuando proyectan su propia exaltación.

Vv. 16–22. La misma gloria del Señor que primero se manifestó para colocar a Aarón en su oficio, Levítico ix, 23, apareció ahora para confirmarlo y para confundir a los que estaban en su contra. Nada es más terrible para los que tienen conciencia de culpa que la manifestación de la gloria divina. Obsérvese lo peligroso que es confraternizar con los pecadores y participar con ellos. —Aunque el pueblo había desertado traicioneramente de ellos, Moisés y Aarón se demostraron como fieles pastores de Israel. Si otros fallan en su deber para con nosotros, eso no elimina las obligaciones que nosotros tenemos para procurar el bienestar de ellos. La oración de ellos fue una deprecación suplicante, que prevaleció.

Vv. 23-34. Los setenta ancianos de Israel asistieron a Moisés. Nuestro deber es hacer lo que podamos para sostener y mantener a la autoridad legal cuando exista oposición a ella. Y los que no perecerán con los pecadores deben salir de en medio de ellos y apartarse. En respuesta a la oración de Moisés fue que Dios impulsó el corazón de la congregación para alejarse por su propia seguridad. La gracia para separarse de los malhechores es una de las cosas que acompañan a la salvación. Dios dejó justamente a los rebeldes entregados a la obstinación y a la dureza de sus propios corazones. —Bajo la dirección divina Moisés declara, cuando todo Israel esperaba el acontecer, que si los rebeldes sufrían una muerte común, él aceptaría que le llamaran impostor y lo contaran como tal. —En cuanto Moisés hubo dicho la palabra, Dios hizo que la tierra se abriera y se los tragara a todos. Los niños perecieron con sus padres; de los cuales no podemos decir cuán malos pudieran haber sido para merecerlo, o, de lo contrario, cuán bueno pudiera ser Dios con ellos. Sin embargo, de esto estamos seguros: que la justicia infinita no les hizo mal. Eso fue completamente milagroso. Dios tiene, cuando le place, castigos extraños para los que hacen iniquidad. Fue muy significativo. Considerando cómo la tierra aún sigue cargada, de igual manera, con el peso de los pecados del hombre, tenemos razón para maravillarnos que no se hunda bajo su carga. La ruina de los demás debiera ser nuestra advertencia. Si por fe pudiéramos oír los alaridos de quienes han caído al abismo insondable, pondríamos más diligencia para escapar por nuestra vida, so pena de caer también en su condenación.

Vv. 35-40. Fuego salió del Señor y consumió a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían el incienso. Mientras Aarón, que estaba entre ellos, fue conservado con vida. Dios es celoso del honor

de sus propias instituciones y no tolera que las invadan. El sacrificio de los impíos es abominación para el Señor. Los incensarios están santificados y, como todas las cosas santas, deben ser utilizados para la gloria de Dios. La cubierta para el altar hecha con los incensarios, recordaría este suceso a los hijos de Israel, para que otros pudieran oír y temer y no hacer más cosas con soberbia. Ellos se acarrearon la destrucción en cuerpo y alma. Así, pues, todos los que transgreden la ley y desechan el evangelio, eligen y aman a la muerte.

Vv. 41–50. La tierra acababa apenas de cerrar la boca cuando volvieron a cometer los mismos pecados y desdeñaron todas las advertencias. Al pueblo del Señor, que encuentran defectos en la justicia divina, se le llama rebelde. La obstinación de Israel, a pesar del terror de la ley de Dios, cuando fue dada en el monte Sinaí, y del terror de sus juicios, demuestra cuán necesaria es la gracia de Dios para cambiar el corazzón y la vida de los hombres. El amor hará lo que no puede hacer el temor. —Moisés y Aarón intercedieron ante Dios y pidieron misericordia, sabiendo que enorme era la provocación. Aarón fue y quemó incienso, colocándose entre los muertos y los vivos, no para purificar el aire, sino para pacificar al Dios ofendido. Como responsable de la vida de cada israelita, Aarón se apuró todo lo posible. Debemos devolver bien por mal. —Obsérvese especialmente que Aarón era tipo de Cristo. Hay una epidemia de pecado en el mundo que sólo la cruz y la intercesión de Jesucristo pueden detener y eliminar. Él entra en el campo de los contaminados y moribundos. Se interpone entre los muertos y los vivos; entre el Juez eterno y las almas condenadas. Hemos de tener redención por su sangre, el perdón de pecados. Admiramos la devoción pronta de Aarón: ¿no bendeciremos y alabaremos la indecible gracia y amor que llenaron el corazón del Salvador cuando se puso en nuestra lugar, y nos compró con su vida? Sin duda que Dios ha encarecido su amor para con nosotros en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros, Romanos v, 8.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—7. *Doce varas puestas ante el Señor.* 8—13. *La vara de Aarón que florece se guarda por señal.*

Vv. 1-7. Es un ejemplo de la gracia de Dios que, habiendo obrado varios milagros para *castigar* el pecado, haga aún otro más para *impedirlo.* Tenían que tomar doce varas o báculos. Probablemente eran los báculos que los príncipes usaban como insignias de su autoridad, varas viejas y secas que no tenían savia. Tenían que esperar que brotara y floreciera la vara de la tribu o príncipe a quien Dios escogiera para el sacerdocio. Moisés no objetó que el asunto ya estaba suficientemente decidido; no se propuso determinarlo; dejó el caso ante el Señor.

Vv. 8-13. Aunque todas las demás varas quedaron como eran, la vara de Aarón se convirtió en una rama viva. En algunas partes salieron brotes y en otras flores, en otras frutos, al mismo tiempo; todo eso era milagroso. De este modo se manifestó que Aarón estaba bajo la bendición especial del Cielo. El llevar fruto es la mejor prueba del llamado divino; las plantas del ambiente de Dios y los vástagos que de ellas se corten florecerán. Esta vara fue conservada para terminar con las murmuraciones de la gente, para que no murieran. El designio de Dios en todas sus providencias y señales es quitar el pecado. Cristo fue manifestado para quitar el pecado. —Cristo es llamado expresamente vara del tronco de Isaí: desde el punto de vista humano había pocas posibilidades de que Él floreciera. Pero la vara seca revivió y floreció para confusión de sus adversarios. —El pueblo clamó: ¡He aquí, nosotros somos muertos, perdidos somos, todos nosotros somos perdidos! Este era el lenguaje de un pueblo afligido, que lucha contra los juicios de Dios, acarreados por ellos mismos debido a su orgullo y obstinación. Muy malo es quejarse contra Dios cuando estamos afligidos y, en

nuestra angustia, agravar nuestra transgresión. Si morimos, si perecemos, es debido a nosotros mismos, y la culpa caerá sobre nuestra cabeza. Cuando juzgue, Dios vencerá y obligará a los contradictores más obstinados a confesar su necedad. ¡Cuán grandes son las misericordias que disfrutamos al tener una mejor dispensación, más gloriosa y establecida sobre mejores promesas!

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—7. *El oficio de los sacerdotes y los levitas.* 8—19. *La porción de los sacerdotes.* 20—32. *La porción de los levitas.*

Vv. 1-7. El pueblo se había quejado de las dificultades y peligros que entrañaba el acercarse a Dios. Aquí Dios les da a entender que los sacerdotes se acercarán por ellos. Aarón podía ver la razón para no enorgullecerse por la preferencia, al considerar el gran cuidado y reponsabilidad que se le había impuesto. No tengáis más alto concepto, más bien temed. Mientras mayor sea la confianza del trabajo y del poder que se nos encomienda, mayor es el riesgo de traicionar esa confianza. Esta es una buena razón para no envidiar los honores de los demás, ni desear los puestos elevados.

Vv. 8-19. Todos los creyentes son sacerdotes espirituales y Dios ha prometido cuidarlos. La piedad tiene promesa de esta vida presente. Y sobre la base de la provisión aquí establecida para los sacerdotes, el apóstol demuestra que mantener a sus ministros es deber de la iglesia cristiana. Un mantenimiento vergonzoso produce ministros vergonzosos. Los sacerdotes tenían que consagrarse totalmente a su ministerio, sin distraerse de ello, sin ser perturbados por los cuidados seculares o asuntos del mundo. Además. para que sean ejemplos de la vida de fe, no sólo en la providencia de Dios, sino en sus ordenanzas. Debe ofrecerse lo mejor como primicia para el Señor. Quienes piensan ahorrar dando las sobras a Dios, se engañan, pues nadie se puede burlar de Dios.

Vv. 20–32. Como Israel era un pueblo que no debía contarse entre las naciones, así mismo la de Leví era una tribu que se distinguía del resto. Los que tienen a Dios por herencia y porción para siempre, deben mirar con santo desdén e indiferencia las pertenencias de este mundo. —Los levitas tenían que dar a Dios los diezmos de su parte, como también los israelitas de sus ganancias. Véase en el versículo 31 la manera de tener consuelo en todas nuestras pertenencias mundanas, para no albergar pecado a causa de ellas. —1. *Debemos estar seguros de que lo que tenemos ha sido logrado con honestidad y en el servicio de Dios.* Se come mejor la carne que primero se gana, pero si alguno no quiere trabajar, tampoco coma, 2 Tesalonisenses iii, 10. —2. *Debemos estar seguros que Dios tenga su parte.* Tenemos el consuelo de nuestra sustancia cuando hemos honrado al Señor con ella. No tendréis pecado debido a ello cuando hayáis dado la mejor parte. Debemos dar ofrenda de las cosas que tenemos para que todo sea santo y consolador para nosotros.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—10. *Las cenizas de la vaca.* 11—22. *Usadas para purificar al inmundo.*

Vv. 1-10. La vaca debía ser completamente quemada. Esto tipifica los sufrimientos dolorosos de nuestro Señor Jesús, en alma y cuerpo, como sacrificio hecho por fuego, para satisfacer la justicia de Dios por el pecado del hombre. Las cenizas debían guardarlas para purificación por el pecado;

aunque sólo eran para purificar de la inmundicia ceremonial, las cenizas eran un tipo de la purificación por el pecado que hizo nuestro Señor Jesús en su muerte. La sangre de Cristo está guardada para nosotros en la palabra y los sacramentos, como fuente de mérito, a la cual podemos recurrir constantemente por fe para limpiar nuestra conciencia.

Vv. 11-22. ¿Por qué la ley convertía un cadáver en algo contaminante? Porque la muerte es la paga del pecado, entró al mundo por el pecado y reina por el poder del pecado. La ley no pudo vencer a la muerte ni abolirla como lo hace el evangelio, sacando a la luz a la vida e inmortalidad y introduciendo así una esperanza mejor. —Como las cenizas de la vaca significaban el mérito de Cristo, así el agua corriente significa el poder y la gracia del bendito Espíritu, el cual se compara con ríos de agua viva; y por su obra que se nos imputa la justicia de Cristo para limpieza nuestra. Quienes se prometen a sí mismos beneficiarse de la justicia de Cristo, aunque no se someten a la gracia e influencia del Espíritu Santo simplemente se engañan solos; no podemos ser purificados por las cenizas si no es en agua corriente. —¿Qué uso podría haber para estas ordenanzas si no se refirieran a las doctrinas del sacrificio de Cristo? Al compararlas con el Nuevo Testamento, se hace evidente el conocimiento que se obtiene de ellas. El verdadero estado del hombre caído se muestra en estas instituciones. Aquí aprendemos la naturaleza contaminante del pecado y se nos advierte que evitemos las malas compañías.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—13. *El pueblo llega a Zin—Murmuran por el agua—Moisés llevado a golpear la roca—La debilidad de Moisés y Aarón.* 14—21. *No se permite a los israelitas atravesar por Edom.* 22—29. *Aarón entrega el sacerdocio a Eleazar y muere en el monte Hor.*

Vv. 1-13. Después de treinta y ocho años de tediosa permanencia en el desierto, los ejércitos de Israel avanzaron otra vez hacia Canaán. No había agua para la congregación. Vivimos en un mundo necesitado y doquiera estemos, encontraremos algo que nos desconcierta. Gran misericordia es tener agua abundante, misericordia a la cual atribuiremos más valor si nos escasea. Aquí murmuraron contra Moisés y Aarón. Hablaron con el mismo lenguaje absurdo y bestial de sus padres. Esto agravó su delito porque ya conocían tanto tiempo los descontentos y la falta de fe de sus padres; no obstante, se aventuraron en los mismos pasos. Moisés debe nuevamente, mandar en el nombre de Dios que salga agua para ellos de una roca; como siempre, Dios puede abastecer a su pueblo con lo que necesitan. —Pero Moisés y Aarón actuaron mal. Se atribuyeron una buena parte de la gloria del hecho maravilloso: *"¿Sacaremos agua de esta peña para vosotros?"*, como si lo hicieran por algún poder o valor propio. Ellos debían hablar a la peña, pero la golpearon. Por tanto, se les acusa de no santificar a Dios, esto es, no le dieron a Él la gloria debida a su nombre por este milagro. Provocado por el pueblo, Moisés habló con sus labios a tontas y a locas. El mismo orgullo del hombre usurpa hasta el poder de Dios. Podríamos convencernos voluntariamente de que podemos usurpar el oficio del Mediador designado y volvernos sabiduría, justificación, santificación y redención para nosotros mismos. Tal estado de pecaminosa independencia, tal rebelión del alma contra su Salvador, es condenada por la voz de Dios en cada página del evangelio.

Vv. 14-21. El camino más corto a Canaán desde donde estaba acampado Israel era pasar por el territorio de Edom. Los embajadores enviados regresaron con una negativa. Los edomitas temían que los israelitas los dañaran. Si este numeroso ejército hubiera estado bajo otra disciplina que no fuera la del Dios justo, hubiera habido causa para este celo. Pero Esaú odiaba a Jacob por la bendición; ahora, cuando la bendición estaba por ser heredada, el odio revivió. No debe extrañarnos

que hombres insensatos nieguen peticiones razonables, y que los que gozan del favor de Dios sean afrentados por los hombres.

Vv. 22-29. Dios pide a Aarón que se prepare para morir. Hay algo de *desagrado* en esta órden. Aarón no debe entrar en Canaán porque falló en su deber en las aguas de la rencilla. Ellos han recibido mucha *misericordia.* Aarón, aunque muere por su transgresión, muere en paz y con honra. Fue reunido a su pueblo como quien muere en los brazos de la gracia divina. Hay mucha *significación* en estas órdenes. Aarón no debe entrar en Canaán, para demostrar que el sacerdocio levítico nada podía perfeccionar; esto debe hacerlo la introducción de una esperanza mejor. Aarón se somete y muere del modo y manera designados y, por extraño que parezca, con tanto júbilo como si se quedara dormido. Para Aarón fue una gran satisfacción ver que se daba preferencia a su hijo, que le era tan querido, y su oficio, preservado y asegurado: especialmente véase en esto una figura del sacerdocio eterno de Cristo. Un hombre bueno debe desear, si fuera la voluntad de Dios, no vivir más allá de su vida útil. ¿Por qué hemos de desear seguir en este mundo, sino mientras podamos servir en algo para Dios y nuestra generación?

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—3. *Destrucción de los cananeos de Arad.* 4—9. *La gente murmuradora atacada por una plaga de serpientes ardientes—Ellos se arrepienten, son sanados por medio de la serpiente de bronce.* 10—20. *Otras jornadas de los israelitas.* 21—35. *Sehón y Og son derrotados—Posesión de sus tierras.*

Vv. 1-3. Antes que el pueblo empezara a dar un rodeo para pasar Edom, el rey cananeo de Arad, que habitaba en el sur del país, los atacó en el desierto y tomó algunos prisioneros. Esto hizo que los israelitas miraran en forma más completa al Señor.

Vv. 4–9. Los hijos de Israel estaban agotados por la larga marcha rodeando la tierra de Edom. Hablan descontentos de lo que Dios había hecho por ellos y desconfiando de lo que Él haría. ¿Con qué se le agradará, quién no estaría contento con el maná? Que el desprecio de algunos por la palabra de Dios, no nos haga valorarla menos. Es el pan de vida, el pan esencial que nutre a los que por fe se alimentan de él para vida eterna, aunque alguien lo llame pan liviano. —Vemos el justo juicio de Dios sobre ellos por murmurar. Él envió serpientes ardientes que mordieron mortalmente a muchos. Es de temer que no hubieran reconocido el pecado si no se hubieran sentido el ardor de la mordida, pero transigieron bajo la vara. Dios hizo una provisión maravillosa para su alivio. Los mismos judíos dicen que no era ver la serpiente de bronce lo que curaba, sino que al mirarla, miraban a Dios como el Señor que los sanaba. Había mucho del evangelio en esto. Nuestro Salvador declaró, Juan iii, 14, 15, que como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así era necesario que el Hijo del hombre fuera levantado para que todo aquel que en Él cree, no se pierda. —Compárese la *dolencia* de ellos con la nuestra. El pecado muerde como una serpiente, y pica como una víbora venenosa. Compárese la *aplicación* del remedio de ellos y el nuestro. Ellos miraron y vivieron; y, nosotros, si creemos, no pereceremos. Por fe miramos a Jesús, Hebreos xii, 2. Todo aquel que miraba, por desesperado que fuera su caso, débil su vista, o lejano su lugar, era curado cierta y completamente. El Señor puede aliviarnos de peligros y malestares por medios que la razón humana nunca hubiera concebido. ¡Oh, que el veneno de la serpiente antigua, que inflama las pasiones de los hombres y los hace cometer pecados que desembocan en la destrucción eterna de ellos, fuera tan sensiblemente sentido, y el peligro visto con tanta claridad, como los israelitas sintieron el dolor de la mordida de las serpientes ardientes, y como temían la muerte subsecuente! Entonces, nadie

cerraría sus ojos a Cristo o se alejaría de su evangelio. Entonces el Salvador crucificado sería tan valorado que todo lo demás sería contado como pérdida por Él; entonces, sin demora, y con fervor y sencillez, todos le suplicaríamos a Él en la forma señalada, clamando: ¡Señor, sálvanos; que perecemos! Nadie abusaría de la *libertad* de la salvación de Cristo, aunque reconocieran el precio que le *costó*.

Vv. 10–20. Aquí tenemos las jornadas de los hijos de Israel hasta que llegan a los llanos de Moab, donde cruzaron el río Jordán hacia Canaán. El final de su peregrinaje estaba cerca. "Partieron". Bueno sería que nosotros fuéramos así: mientras más cerca del cielo lleguemos, seamos mucho más activos y abundantes en la obra del Señor. —Aquí se habla del éxito maravilloso que Dios concedió a su pueblo y, entre otras, sus acciones en el río Arnón, en Vaheb, en Sufa y en otros lugares ribereños de ese río. En cada etapa de nuestra vida, no, en cada paso, debemos advertir lo que Dios nos ha traído; lo que Él hizo en tal momento y en tal lugar, deben ser recordados claramente. —Dios bendijo a su gente con provisión de agua. Cuando lleguemos al cielo, iremos a la fuente de la vida, la fuente de las aguas vivas. Ellos la recibieron con gozo y gratitud, lo que hizo doblemente dulce esa misericordia. Debemos sacar con gozo aguas de las fuentes de salvación, Isaías xii, 3. Como la serpiente de bronce era una figura de Cristo, que es levantado para nuestra sanidad, así esta fuente es una figura del Espíritu, derramado para nuestro consuelo, y desde el cual corren ríos de agua viva, Juan vii, 38, 39. ¿Brota esta fuente en nuestra alma? De ser así, tenemos que recibir el consuelo para nosotros y dar la gloria a Dios. Él prometió dar agua, pero ellos deben abrir el terreno. Hay que esperar los favores de Dios en el uso de medios que estén dentro de nuestro alcance, pero de todos modos el poder sigue siendo sólo de Dios.

Vv. 21-35. Sehón salió con sus fuerzas contra Israel, fuera de sus fronteras, sin provocación, y así se precipitó a su propia ruina. Los enemigos de la iglesia de Dios a menudo perecen por los consejos tomados que han considerado muy sabios. —Og, rey de Basán, en lugar de considerar la advertencia que era el destino de sus vecinos, para hacer la paz con Israel, va y le hace la guerra, lo que provoca de igual manera su destrucción. Los malos hacen todo lo que pueden para asegurarse ellos y sus pertenencias contra los juicios de Dios, pero todo es en vano, cuando llega el día en que deben caer. Dios dio éxito a Israel mientras Moisés estuvo con ellos para que pudiera ver el comienzo de la obra gloriosa, aunque no iba a vivir para verla consumada. En comparación, era sólo el día de las cosas pequeñas, pero era las arras de grandes cosas. Debemos prepararnos para conflictos y enemigos nuevos. No debemos hacer la paz ni establecer tregua con la potestad de las tinieblas, ni siquiera tratar con ellos; tampoco debemos esperar pausa en nuestra contienda. Pero confiando en Dios y obedeciendo sus mandamientos, seremos más que vencedores de todo enemigo.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—14. *El temor de Balac para con Israel—El envía a buscar a Balaam.* 15—21. *Balaam va a Balac.* 22—35. *La oposición a Balaam en el camino.* 36—41. *Balaam y Balac se encuentra.*

Vv. 1-14. El rey de Moab se hizo un plan para maldecir al pueblo de Israel; esto es, para poner a Dios en contra de ellos, que hasta ahora había luchado a favor de ellos. Tenía la falsa idea de que si lograba que un profeta orara pidiendo que les sobreviniera el mal, y que diera una bendición a él y a sus ejércitos, entonces podría vérselas con ellos. Nadie tenía una reputación mayor que Balaam, y Balac lo empleará aunque tuvo que hacerlo venir de lejos. No se sabe si antes de esto el Señor habría hablado alguna vez a Balaam, o a través de él, aunque es probable que lo haya hecho, y es seguro que después lo hizo. Pero tenemos pruebas abundantes de que él vivió y murió como hombre malo,

enemigo de Dios y su pueblo. La maldición no vendrá a nosotros si no hay una causa aunque los hombres la pronuncien. —Para convencer a Balaam, ellos llevaron la paga de la injusticia, pero Dios limitó a Balaam, prohibiéndole maldecir a Israel. Balaam no era un extraño de la causa de Israel, de modo que debiera haber contestado de inmediato a los mensajeros que nunca maldeciría a un pueblo que Dios hubiera bendecido. Pero se toma una noche para considerar qué hacer. Cuando parlamentamos con las tentaciones estamos en grave peligro de ser derrotados. —Balaam no fue fiel para entregar el mensaje con la respuesta de Dios a los mensajeros. Los que disminuyen las restricciones divinas son un buen blanco para la tentación de Satanás, como si ir contra la ley de Dios fuera sólo ir sin su permiso. Los mensajeros tampoco son fieles al dar la respuesta de Balaam a Balac. Así, muchos son maltratados por los halagos de quienes los rodean y les impiden que vean sus propios defectos y necedades.

Vv. 15-21. Fue una segunda embajada a Balaam. Bueno sería para nosotros ser fervientes y constantes para proseguir la buena obra, a pesar de las decepciones. Balac puso un cebo no sólo para la codicia de Balaam, sino para su orgullo y ambición. ¡Con cuánto fervor debemos rogar diariamente a Dios que mortifique tales deseos en nosotros! Así, los pecadores no reparan en dolores ni costos, ni les importa cuán bajo se doblen para satisfacer sus lujos o su maldad. Entonces, ¿debiéramos estar dispuestos a hacer lo que es malo? ¡Dios no lo permita! —Las *convicciones* de Balaam le encargaron adherirse al mandamiento de Dios; ningún otro hombre hubiera podido hablar mejor. Pero muchos que llaman suyo a Dios, no son *verdaderamente* suyos, porque no son *exclusivamente* suyos. No hay que juzgar a los hombres por lo que dicen; Dios conoce el corazón. Al mismo tiempo, las *corrupciones* de Balaam lo inclinaron a ir en contra del mandamiento. Pareciera que él rechaza la tentación, pero no expresa aborrecimiento de ella. Él tenía un fuerte deseo de aceptar la oferta, y esperaba que Dios pudiese darle permiso para ir. A él ya se le había dicho cuál era la voluntad de Dios. Prueba certera del reinado de la corrupción en el corazón es *pedir permiso para pecar.* —Dios entregó a Balaam a la concupiscencia de su corazón. Como a veces Dios niega con amor las oraciones de su pueblo, así mismo, a veces, concede con ira los deseos del impío.

Vv. 22-35. No debemos pensar que puesto que, por su providencia, no siempre Dios detiene a los hombres en su pecado, lo apruebe, o que no le sea aborrecible. Los santos ángeles se oponen al pecado y, quizás, sean empleados para evitarlo más de lo que nos damos cuenta. Este ángel era un adversario para Balaam, porque éste lo contó como tal; los que detienen nuestro avance por los caminos del pecado son realmente nuestros mejores amigos y debemos reconocerlos como tales. —La asna avisa a Balaam del desagrado de Dios. Es común que los que tienen el corazón totalmente dispuestos para hacer lo malo, sigan adelante con violencia por entre las dificultades que la Providencia pone en su camino. El Señor abrió la boca de la asna. Este fue un gran milagro obrado por el poder de Dios. Él que hizo hablar al hombre puede, cuando le place, hacer hablar al asno con la voz del hombre. La asna se quejó de la crueldad de Balaam. El justo Dios no permite que sea maltratado el más débil o menor y si ellos no hablan en su propia defensa, Él hablará por ellos en una u otra forma. —Al final Balaam abrió los ojos. Dios tiene muchas maneras de abatir el corazón duro y enaltecido. Cuando nuestros ojos se abren vemos el peligro de los caminos pecaminosos, y cuán ventajoso fuera para nosotros haber sido detenidos. Balaam pareció transigir: Yo he pecado; pero no parece que fuera sensible a esta maldad de su corazón ni estuviera dispuesto a admitirla. Si halla que no puede seguir adelante, se contentará con regresar, puesto que no hay remedio. Así, pues, muchos abandonan sus pecados sólo porque sus pecados los han abandonado a ellos. El ángel declaró que él no sólo debía ser incapaz de maldecir a Israel, sino que sería forzado a bendecirlo: esto sería más para la gloria de Dios y para su propia confusión que si se hubiera arrepentido.

Vv. 36-41. Ahora Balac nada tiene de qué quejarse, sino que Balaam no acudió con mayor prontitud. Balaam exhorta a Balac que no espere demasiado de él. Parece hablar con irritación, pero

realmente está tan deseoso de complacer a Balac, como siempre había pretendido estarlo por complacer a Dios. Vea cuánta necesidad tenemos de orar a diario: Padre nuestro que estás en el cielo, no nos metas en tentación. Seamos celosos por nuestro propio corazón, viendo cuán lejos pueden llegar los hombres en el conocimiento de Dios y, de todos modos, no alcanzar la gracia divina.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—10. *El sacrificio de Balac—Balaam pronuncia una bendición en vez de una maldición.* 11—30. *La desilusión de Balac y el segundo sacrificio—Balaam vuelve a bendecir a Israel.*

Vv. 1-10. Con los campamentos de Israel a plena vista, Balaam ordenó que se construyeran siete altares y se ofrendara un novillo y un carnero en cada uno. ¡Oh, la estupidez de la superstición que imagina que Dios estará a la orden del hombre! La maldición es tornada con amor en bendición para Israel por el poder arrollador de Dios. Dios decidió servir su propia gloria con Balaam y, por tanto, enfrentarlo. Si Dios puso palabras en la boca de Balaam, que hubiera desafiado a Dios e Israel, seguramente Él no va a faltar a los que desean glorificar a Dios y edificar a su pueblo; a ellos les será dado lo que deban decir. —Él que abrió la boca al asno, hizo que la boca de este hombre malo dijera palabras tan contrarias al deseo de su corazón, como las del asno eran para los poderes de la bestia. El milagro fue tan grande en un caso como en el otro. —Balaam declara *a salvo* a Israel. Reconoce que no puede hacer más de lo que Dios le permite. Él los declara *bienaventurados en su distinción* del resto de las naciones. *Bienaventurados en su número* que los hacen a la vez honorables y formidables. *Bienaventurados en su final.* La muerte es el fin de todos los hombres; hasta el justo debe morir y es bueno que pensemos en esto respecto de nosotros, como lo hace aquí Balaam, hablando de su propia muerte. Él declara verdaderamente bendecido al justo no sólo mientras vive, sino cuando muera; lo que hace la muerte de ellos aún más deseable que la vida misma. Pero hay muchos que *desean morir la muerte* de los rectos, pero no *emprender la vida* del justo; estarían felices de tener un fin como el de ellos, pero no un camino como el de ellos. Quieren ser santos en el cielo, pero no en la tierra. Este dicho de Balaam es sólo un deseo, pero no una oración; es un deseo vano por ser sólo un deseo del fin sin ningún interés por los medios. Muchos procuran aquietar su conciencia con la promesa de una enmienda futura, o darse alguna esperanza falsa mientras desechan el único camino de salvación por el cual un pecador puede ser justo ante Dios.

Vv. 11–30. Balac estaba enojado con Balaam. De este modo se extrae de un profeta malo una confesión del poder arrollador de Dios para confusión de un príncipe malo. Por segunda vez la maldición es vuelta bendición; y esta bendición es más amplia y más poderosa que la primera. Los hombres cambian de idea y rompen su palabra, pero Dios nunca cambia de propósito y, por tanto, nunca revoca su promesa. Cuando en la Escritura se dice que Él se arrepiente, no significa ningún cambio de su *propósito* sino solamente un cambio de su *manera.* Hubo pecado en Jacob, y Dios lo vio, pero no fue del grado que pudiera hacer que los entregara a la ruina. Si el Señor ve que confiamos en su misericordia y aceptamos su salvación, que no nos damos el gusto de concupiscencias secretas y que no continuamos en rebelión, sino que tratamos de servirle y glorificarle, podemos tener la seguridad de que Él nos mira como aceptados en Cristo, de que nuestros pecados están todos perdonados. ¡Oh, las maravillas de la providencia y la gracia, las maravillas del amor redentor, de la misericordia perdonadora, del Espíritu que hace todas las cosas nuevas! —Balac no tenía esperanzas de arruinar a Israel, y Balaam demostró que él tenía más razón para temer que ellos los asolaran. Como Balaam no pudo decir lo que Balac quería que dijera, éste

deseaba que no dijera nada. Aunque los designios del corazón humano sean muchos, prevalecerán los consejos de Dios. Pero deciden hacer un nuevo intento, aunque no tenían una promesa sobre la cual edificar sus esperanzas. Sigamos orando fervorosos los que tenemos la promesa de que, al final, la visión hablará y no mentirá, Lucas xviii, 1.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—9. *Balaam, deja la adivinación y profetiza la felicidad de Israel.* 10—14. *Balac despide a Balaam con ira.* 15—25. *Profecías de Balaam.*

Vv. 1-9. Ahora Balaam no habla con sus sentidos, sino el lenguaje del Espíritu que vino sobre él. Hay muchos que tienen sus ojos abiertos, pero no su corazón; han sido iluminados, pero no santificados. El conocimiento que hincha a los hombres con orgullo sólo sirve para encenderlos en el infierno, a donde muchos van con los ojos abiertos. —La bendición es casi la misma dada antes. En Israel admira su *belleza*. Sin duda, el justo es más excelente que su vecino. Su *fruto* y *ganancia*. Su *honor* y *progreso*. Su *poder* y *victoria*. Mira al pasado, hacia lo que se ha hecho por ellos. Su *valor* y *seguridad*. El justo es valiente como un león, no cuando asalta a otros, sino cuando está en reposo, porque Dios lo hace habitar seguro. Su *influencia sobre su prójimo.* Dios toma lo que se hace a ellos, bueno o malo, como hecho a Él.

Vv. 10-14. Termina el vano intento de maldecir a Israel. Balac enciende su ira contra Balaam, y expresa lo ofendido que está. Balaam tiene una excusa muy buena: Dios le ha impedido hablar lo que hubiera querido decir, y lo obligó a decir lo que jamás hubiera dicho.

Vv. 15-25. Bajo la poderosa influencia del Espíritu de profecía, Balaam anuncia la prosperidad futura y el dominio amplio de Israel, Balaam se jacta de que sus ojos están abiertos. Antaño los profetas eran llamados videntes. Había oído las palabras de Dios, que muchos no las escuchan ni oyen a Dios en ellas. Tenía el conocimiento del Altísimo. Un hombre puede estar lleno del conocimiento de Dios, pero estar destituido de su gracia. Llama a Dios Altísimo y Omnipotente. Ningún hombre podría expresar un mayor respeto por Dios; sin embargo, no tenía verdadero temor de Dios, amor a Él ni fe en Él. Así tan lejos puede un hombre llegar en el camino al cielo, sin embargo, quedar finamente destituido de él. He aquí la profecía de Balaam acerca del que debía ser corona y gloria de su pueblo Israel; que es David, como tipo, pero que apunta principalmente a nuestro Señor Jesús, el Mesías prometido y de Él es una gloriosa profecía. Balaam un hombre perverso, verá a Cristo, pero no de cerca; no lo verá como Job, que lo vio como su Redentor, y lo vio para sí mismo. Cuando venga en las nubes, todo ojo le verá; pero muchos lo verán, como el rico en el infierno vio a Abraham, de lejos. —Saldrá de Jacob, e Israel, como Estrella y Cetro; la primera indicando su gloria y lustre, y éste en representación de su poder y autoridad. Cristo será Rey, no sólo de Jacob e Israel, sino de todo el mundo; de modo que todos serán gobernados por su cetro de oro o serán demenuzados por su vara de hierro. Balaam profetiza acerca de los amalecitas y de los ceneos, parte de cuyos territorios podía ver. Ni siquiera un nido en la roca será refugio duradero. Esta es una profecía que mira al futuro hacia griegos y romanos. Reconoce que todas las revoluciones de los estados y reinos son hechura del Señor. Estos acontecimientos causarán una desolación tal, que escasamente escapará alguien. Los que vivan entonces, serán como tizones arrebatados del fuego. ¡Que Dios nos haga aptos para esos tiempos! Así Balaam, en vez de maldecir a la iglesia, maldice a Amalec, el primer enemigo de la iglesia, y a Roma el último enemigo. No sólo la Roma pagana, sino también la Roma papal; el anticristo y todas las potestades del anticristo. —Preguntémonos, en conocimiento, experiencia o profesión de fe, ¿somos mejores que Balaam?

Ninguna habilidad de oratoria, en la predicación o en la oración, ningún don de conocimiento o profecía. Son en sí diferentes o superiores a los dones de que se jacta aquel que amó el salario de la injusticia y murió como enemigo de Dios. La sencilla dependencia de la sangre expiatoria y de la gracia santificadora, la alegre sumisión a la voluntad divina, el esfuerzo constante de glorificar a Dios y de beneficiar a su pueblo, son dones menos espléndidos, pero mucho más excelentes y siempre acompañan a la salvación. Ningún hipócrita jactancioso jamás los ha tenido; sin embargo, el creyente más débil tiene algo de ellos, y ora diariamente para tener más.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—5. *Los israelitas son seducidos por las hijas de Moab y Madián.* 6—15. *Finees mata a Zimri y Cozbi.* 16—18. *Los madianitas serán castigados.*

Vv. 1-5. La amistad del impío es más peligrosa que su enemistad, pues nada puede vencer al pueblo de Dios si no son derrotados por la concupiscencia; ni puede herirlo un encantamiento, sino las seducción de los intereses y placeres mundanos. He aquí el pecado de Israel, al cual son provocados por las hijas de Moab y Madián. Nuestros peores enemigos son los que nos llevan a pecar, pues ese es el mayor daño que un hombre puede hacernos. El pecado de Israel hizo lo que todos los conjuros de Balaam no pudieron hacer: poner a Dios contra ellos. Las enfermedades son el fruto de la ira de Dios, y el justo castigo del pecado imperante; una infección sigue a la otra. Los instigadores principales del pecado debieran ser sometidos a una justicia ejemplarizadora.

Vv. 6-15. Con el valor del celo y la fe, Finees ejecutó la venganza en Zimri y Cozbi. Este acto nunca puede ser un ejemplo de venganza privada, o de persecución religiosa o de una venganza pública ilegal.

Vv. 16–18. No leemos que algún madianita muriera por la plaga; Dios los castigó con la espada de un enemigo, no con la vara del padre. Nosotros debemos ponernos en contra de lo que sea ocasión de pecado para nosotros, Mateo v, 29, 30. Lo que nos atraiga a pecar debe ser una afrenta para nosotros como un aguijón en la carne. Y nadie será mas segura y severamente castigado que quienes, siguiendo el ejemplo de Satán, y con su sutileza, tientan a pecar a los demás.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—51. *Censo de Israel en las llanuras de Moab.* 52—56. *La división de la tierra.* 57–62. *Cuenta de los levitas.* 63—65. *Ningún remanente del primer censo.*

Vv. 1-51. Moisés no censó al pueblo sino cuando Dios lo mandó. Tenemos aquí registradas las familias y las tribus. El total fue casi el mismo censado en el monte Sinaí. Se toma en cuenta a los hijos de Coré, que no murieron como los hijos de Datán y Abiram; parece que ellos no se unieron ni siquiera a su padre en la rebelión. Si no participamos de los pecados de los pecadores, no participaremos de sus plagas.

Vv. 52-56. Al distribuir las tribus se prescribe la regla general de la equidad: que a muchos les sea dado más y a los menos, menos. Aunque parece librado a la prudencia del príncipe de ellos, el

asunto debe ser definitivamente resuelto por la providencia de Dios, con la cual todos deben estar satisfechos.

Vv. 57-62. Levi era tribu de Dios por lo tanto, no fue contada con las demás, sino sola. No quedó sometida a la sentencia de que nadie entraría a Canaán salvo Caleb y Josué.

Vv. 63–65. Obsérvese la ejecución de la sentencia pronunciada contra los murmuradores, capitulo xiv, 20. No hubo un hombre contado ahora, que hubiera sido censado entonces, salvo Caleb y Josué. Aquí se manifestó la justicia de Dios y su fidelidad en el cumplimiento de sus amenazas. Obsérvese especialmente la verdad de Dios al cumplir la promesa dada a Caleb y Josué. La muerte devasta espantosamente a la especie humana y causa cambios sorprendentes en las familias y las naciones; sin embargo, todo ha sido establecido en perfecta sabiduría, justicia y verdad por el Señor mismo. Esto debiera estimularnos a pensar en la naturaleza aborrecible del pecado, la causa de todas estas devastaciones. Debemos renovar nuestro arrepentimiento, buscar perdón, valorar la salvación de Cristo, recordar cuán frágiles somos, prepararnos para la convocatoria de la muerte y llenar nuestros días sirviendo a nuestra generación conforme a la voluntad de Dios.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—11. *Las hijas de Zelofehad solicitan herencia—La ley de las herencias.* 12—14. *A Moisés se le avisa de su muerte.* 15—23. *Josué nombrado sucesor de Moisés.*

Vv. 1–11. Las cinco hijas de Zelofehad se consideraron abandonadas por no tener padre ni hermano que heredase la tierra. Su expectativa de fe era que la palabra del Señor sería cumplida a su tiempo, junto con su deseo de un interés en la herencia prometida; y la manera modesta, cándida en que pidieron, sin murmuraciones secretas ni descontento, son un buen ejemplo. Piden una posesión en la tierra de Canaán. En esto ellas muestran: —1. Una fe firme en el poder y la promesa de Dios de dar la tierra de Canaán a Israel. —2. Y un ferviente deseo de tener un lugar y un nombre en la tierra prometida, la cual era tipo del cielo. —3. Respeto y honor por su padre, cuyo nombre era precioso para ellas ahora que ya estaba muerto. Él nunca había hecho algo para impedir el reclamo de sus hijas. Es un consuelo para los padres, cuando al momento de morir, aunque ellos mismos hayan sufrido las consecuencias del pecado propio, no tienen conciencia de ninguna de las iniquidades que Dios castigará en los hijos. —Dios mismo es el que da juicio. Él toma nota de los asuntos, no sólo de las naciones sino también de las familias, y los ordena conforme a su voluntad. La petición es concedida. Los que procuran una heredad en la tierra de la promesa tendrán lo que buscan, y otras cosas les serán añadidas.

Vv. 12-14. Moisés debe morir, pero tendrá la satisfacción de ver la tierra prometida. La visión de Canaán representa su perspectiva de fe en una patria mejor, esto es, la celestial. Moisés debe morir, pero la muerte no lo corta, sólo lo lleva a descansar con los santos patriarcas. Sólo es morir como ellos murieron, habiendo vivido como ellos vivieron; y puesto que el fin de ellos fue paz, ¿por qué hemos de temer algún mal en el paso por ese valle oscuro?

Vv. 15-23. Los espíritus envidiosos no aman a sus sucesores; pero Moisés no era uno de esos. En nuestras oraciones y en nuestras empresas debemos preocuparnos por la generación venidera, para que la religión sea mantenida y progrese cuando nosotros estemos en nuestras tumbas. Dios nombra a un sucesor: Josué, que se había destacado por su valor al pelear contra Amalec, por su humildad al ministrar a Moisés y por su fe y sinceridad para atestiguar contra el informe de los espías malos.

Dios nombra a este hombre para suceder a Moisés; un hombre en quien está el Espíritu, el Espíritu de gracia. Él es un hombre bueno, temeroso de Dios, que aborrece la codicia y actúa basado en principios. Tiene el espíritu de gobierno; él es apto para hacer la obra y ejecutar los cometidos de su cargo. Tiene un espíritu de conducta y valor; tiene además el Espíritu de profecía. El hombre desposeído de la gracia y los dones del Espíritu Santo no está plenamente capacitado para servir en la iglesia de Cristo, cualesquiera sean las habilidades naturales que posea. En la sucesión de Josué se nos recuerda que "la ley por medio de Moisés fue dada" la que, debido a nuestra transgresión, no pudo llevarnos al cielo, pero "la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo" para la salvación de todo creyente.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—8. *Las ofrendas—El sacrificio diario.* 9—15. *La ofrenda del día de reposo y las lunas nuevas.* 16–31. *Ofrenda de la pascua y del día de las primicias.*

Vv. 1–8. Dios consideró necesario repetir ahora la ley de los sacrificios. Esta era una generación nueva de hombres; les preocupaba mantener la paz con Dios cuando estaban en guerra con sus enemigos. El sacrificio diario se llama holocausto continuo; cuando se nos pide que oremos sin cesar, por lo menos cada mañana y cada anochecer debemos ofrendar oraciones y alabanzas solemnes a Dios. Aquí nada se agrega sino que el vino vertido en la ofrenda para la libación sea vino superior, para enseñarnos a servir a Dios con lo mejor que tengamos. Era una figura de la sangre de Cristo, señal dejada a la iglesia como vino; y de la sangre de los mártires que fuera derramada como ofrenda para la libación del sacrificio y servicio de nuestra fe, Fil. ii, 17.

Vv. 9–15. Cada día de reposo, además de los dos corderos ofrecidos para el holocausto diarios, había que ofrecer otros. Esto nos enseña a redoblar nuestras devociones en el día de reposo porque así lo requiere el deber del día. El *reposo* debe observarse para aplicarnos más íntimamente a la *obra* del día de reposo, la cual debe llenar todo el tiempo del *reposo*. Las ofrendas de las lunas nuevas demostraban gratitud por la renovación de las bendiciones terrenales: cuando nos regocijamos en los regalos de la providencia, debemos hacer fuente y manantial de nuestro gozo el sacrificio de Cristo, esa gran dádiva de gracia especial. El culto realizado en luna nueva es tipo de las solemnidades de la buena nueva, Isaías lxvi, 23. Así como la luna toma prestada la luz del sol, y es renovada por su influjo, así la iglesia toma prestada su luz de Jesucristo, el Sol de la justicia, renovando el estado de la iglesia especialmente bajo el evangelio.

Vv. 16-31. Por los sacrificios aquí estipulados se nos recuerda el poder continuo del sacrificio de Cristo y nuestra necesidad continua de depender de Él. Ninguna actividad presurosa, ni situación peligrosa o circunstancia próspera debe causar pereza para nuestros ejercicios religiosos; más bien, deben provocarnos a mayor diligencia para procurar socorro del Señor o darle gracias a Él. Todo debe ir acompañado de arrepentimiento, fe en el Señor Jesús y amor por Él, y producir santidad verdadera en nuestra conducta para con todos los hombres; de lo contrario, Dios aborrecerá nuestro servicio más solemne y nuestra devoción más abundante. Cristo es capaz de suplir las necesidades diarias, de cada semana, de cada mes, de cada año, de cada ordenanza, de cada caso.

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—11. *La ofrenda de la fiesta de las trompetas y del día de la expiación.* 12—40. *Ofrendas de la fiesta de los tabernáculos.*

Vv. 1–11. Hay más solemnidades sagradas en el séptimo mes que en los demás. Era la temporada entre la cosecha y la siembra. Mientras más tiempo libre tengamos de las presiones de esta vida, más tiempo debemos dedicar al servicio inmediato de Dios. Se había establecido el toque de trompetas, Levítico xxiii, 24. Aquí se ordenan los sacrificios que debían ofrendar ese día. Quien quiera conocer el propósito de Dios en la Escritura debe comparar una porción con otra. Los revelaciones posteriores de la luz divina explican lo oscuro y suplen lo que faltaba para que el hombre de Dios pueda ser perfecto.

Vv. 12-40. Poco después del día de la expiación, en que los hombres tenían que afligir su alma, venía la fiesta de los Tabernáculos, en que tenían que regocijarse ante el Señor. Sus días de regocijo tenían que ser días de sacrificios. La disposición de estar alegres nos hace bien, cuando estimula nuestro corazón para los deberes del servicio de Dios. Todos los días en que permanecían en las cabañas tenían que ofrecer sacrificios; mientras estemos aquí en estado de tabernáculo, es por nuestro interés, y también nuestro deber, mantener constante comunión con Dios. Se indican los sacrificios para cada uno de los siete días. Cada día habría una ofrenda por el pecado, como en las demás festividades. Nuestros sacrificios de alabanza no pueden ser aceptados por Dios, a menos que seamos parte del gran sacrificio que Cristo ofrendó, cuando, por nosotros, se hizo ofrenda por el pecado. No hay servicios extraordinarios que sustituyan las devociones estipuladas. Todo aquí nos recuerda nuestra pecaminosidad. La vida que vivimos en la carne debe serlo por la fe en el Hijo de Dios; hasta que vayamos a estar con Él, a contemplar su gloria, y a alabar su misericordia, la de Aquel que nos ha amado y lavado de nuestros pecados en su propia sangre. A Él sea honor y gloria por siempre. Amén.

CAPÍTULO XXX

Versículos 1, 2. *Cumplimiento de los votos.* 3—16. *Casos en que se puede anular un voto.*

Vv. 1, 2. Ningún hombre está ligado por propia promesa a hacer lo que, por precepto divino, ya está prohibido. En otros asuntos el mandamiento es que no debe quebrantar su palabra, si cambia de idea.

Vv. 3-16. Se determinan dos casos de votos. El caso de una hija en la casa de su padre. Cuando el voto de ella llega a conocimiento del padre, éste tiene el poder de confirmarlo o anularlo. La ley es simple en el caso de la esposa. Si su marido le permite su voto, aunque sólo sea por silencio, el voto es firme. Si no se lo permite, la obligación de ella para con su esposo toma el lugar del voto; pues ella debe estar sujeta a él como al Señor. La ley divina comprende el buen orden de las familias. Apropiado es que todo hombre gobierne su casa y tenga en sujeción a su esposa e hijos. Dios libera de la obligación hasta del voto solemne antes que se rompa esta gran regla, o que se estimule a los parientes bajo sujeción a romper en pedazos los votos. Así pues la religión asegura el bienestar de toda la sociedad; y en ellos tienen bendición las familias de la tierra.

CAPÍTULO XXXI

Versículos 1—6. *Guerra con Madián.* 7—12. *Matan a espada a Balaam.* 13—18. *Los muertos a espada a causa de su pecado.* 19—24. *Purificación de los israelitas.* 25—47. *Reparto del botín.* 48—54. *Ofrendas.*

Vv. 1-6. Todo aquel que ose ejecutar venganza privada sin tener ese cometido de parte de Dios, y que, por ambición, codicia o resentimiento, haga la guerra y devaste reinos, debe responder por eso un día. Pero si Dios, en vez de mandar un terremoto, una peste o una hambruna, se complace en autorizar y mandar a un pueblo para que vengue su causa, ese cometido ciertamente es justo y bueno. Los israelitas pudieron llevar a cabo esa comisión, aunque nadie puede hacerlo en la actualidad. Las guerras de Israel comenzaron y fueron realizadas expresamente por mandato divino, y con milagros se les capacitó para vencer. A menos que pueda demostrarse que los impíos cananeos no merecían su sino, los contradictores sólo demuestran su disgusto por Dios, y su amor por los enemigos del Señor. El hombre toma livianamente la maldad del pecado, pero Dios lo aborrece. Esto explica la terrible ejecución de naciones que habían llenado la medida de sus pecados.

Vv. 7–12. Los israelitas pasaron a espada a los reyes de Madián. Pasaron a espada a Balaam. La providencia soberana de Dios lo llevó allí y la justa venganza lo alcanzó. Si hubiera creído correctamente lo que había anunciado del dichoso estado de Israel, no se hubiera metido en la piara de los enemigos de Israel. Los malos deseos de los madianitas era el proyecto de Balaam: era justo que pereciera con ellos, Oseas, iv, 5. Tomaron cautivos a las mujeres y los niños. Quemaron sus ciudades y castillos y regresaron al campamento.

Vv. 13-18. La espada de la *guerra* debe exceptuar a las mujeres y niños, pero la espada de la *justicia* no conoce distinción sino entre culpable y no culpable. La guerra era la ejecución de una sentencia justa contra una nación culpable en que las mujeres fueron los peores criminales. Se perdonó la vida a las pequeñas que, si eran criadas entre los israelitas, no los tentarían a la idolatría. Todo el relato muestra la odiosidad del pecado y la culpa de tentar a los demás; nos enseña a evitar todas las ocasiones de mal y no dar cuartel a nuestras concupiscencias. Las mujeres y las niñas pequeñas no fueron conservadas para propósitos pecaminosos, sino para esclavas por ser cautivas, según costumbre universal en la antigüedad. En el curso de la providencia, cuando la hambruna y las plagas castigan por el pecado a una nación, los niños sufren en la calamidad común. En este caso los padres son castigados en sus hijos; y, en cuanto a los niños que mueren antes de cometer pecados actuales, se hace provisión completa para su felicidad eterna por la misericordia de Dios en Cristo.

Vv. 19-24. Los israelitas tuvieron que purificarse conforme a la ley y habitar fuera del campamento por siete días, aunque no hubieran contraído culpa moral alguna, y aunque la guerra era justa, legal, y ordenada por Dios. Así, Dios preservaría en la mente de ellos el terror y el aborrecimiento por el derramamiento de sangre. El botín había sido usado por los madianitas y ahora llegaba a ser posesión de los israelitas, entonces era apropiado que se purificase.

Vv. 25-47. Sea lo que sea que tengamos, Dios reclama justamente una parte. Dios exigía uno cada cincuenta de la parte del pueblo, pero de la parte de los soldados, solamente uno cada quinientos. Mientras menos oportunidad tengamos de honrar a Dios con servicios personales, más debemos dar en dinero o valores.

Vv. 48-54. El éxito de los israelitas había sido muy notable: una compañía tan reducida derrotó a una gran multitud pero era aún más maravilloso que ninguno hubiera muerto o faltara. Presentaron el oro encontrado entre los despojos como ofrenda para el Señor. De este modo confesaron que, en lugar de reclamar una recompensa por sus servicios, necesitaban perdón de lo mucho que habían

hecho mal, y que deseaban agradecer la preservación de su vida, que con justicia les hubieran podido quitar.

CAPÍTULO XXXII

Versículos 1—5. *Las tribus de Rubén y Gad piden heredad al oriente del Jordán.* 6—15. *Moisés reprende a los hijos de Rubén y a los hijos de Gad.* 16—27. *Ellos explican—Moisés consiente.* 28—42. *Toman posesión de la tierra al oriente del Jordán.*

Vv. 1-5. He aquí una propuesta hecha por los hijos de Rubén y los Hijos de Gad, de que se les asignara la tierra recientemente conquistada. Dos cosas comunes del mundo pueden llevar a estas tribus a elegir esto: la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Había mucho que estaba fuera de orden en el principio en que se basaron; consultaron su particular conveniencia más que el bien público. De esta manaera, hasta el presente, muchos buscan lo suyo propio más que lo que es de Jesucristo; y se dejan llevar por intereses y ventajas mundanos para no llegar hasta la Canaán celestial.

Vv. 6–15. La propuesta muestra desdén por la tierra de Canaán, desconfianza en la promesa del Señor y falta de disposición para enfrentar las dificultades y peligros de conquistar y expulsar a los habitantes de esa tierra. Moisés se enoja con ellos. No corresponde a nadie en el Israel de Dios despreocuparse de los compromisos difíciles y peligrosos de sus hermanos, sean públicos o personales. Les recuerda las consecuencias fatales de la incredulidad y la cobardía de sus padres cuando estaban, como ellos mismos, listos para entrar a Canaán. Si los hombres consideraran como debieran cuál sería el *fin* del pecado, tendrían temor de *comenzarlo*.

Vv. 16-27. He aquí el buen efecto del trato claro. Al mostrarles Moisés su pecado y el peligro, los llevó a su deber sin murmuraciones ni disputas. Todos los hombres debieran considerar los intereses de los demás, al igual que los propios; la ley del amor nos pide que laboremos, nos aventuremos o suframos unos por otros según haya ocasión. Ellos proponen que sus hombres de guerra vayan preparados y armados delante de los hijos de Israel al entrar en la tierra de Canaán, y que no regresen hasta que termine la conquista de la tierra. Moisés les concede esta petición, pero les advierte del riesgo de quebrantar su palabra. Si falláis, pecáis contra el Señor y no sólo contra vuestros hermanos; por cierto que Dios os tomará cuenta de esto. Tened la seguridad de que vuestro pecado os alcanzará. El pecado alcanzará ciertamente al pecador, tarde o temprano. Ahora nos corresponde sacar a luz nuestros pecados para arrepentirnos y abandonarlos, no sea cosa que ellos nos alcancen para nuestra destrucción.

Vv. 28-42. En cuanto al asentamiento de estas tribus, obsérvese que edificaron las ciudades, o sea, las repararon. Les cambiaron el nombre; probablemente eran nombres idólatras que, consecuentemente, debían ser olvidados. Un espíritu egoísta, de procurar lo propio y no lo que es de Cristo, cuando cada uno debiera ayudar al prójimo, es tan peligroso como común. Imposible es ser sincero en la fe, sensible a la bondad de Dios, constreñido por el amor de Cristo, santificado por el poder del Espíritu Santo y, no obstante, ser indiferente al avance de la religión y al éxito espiritual de los demás, por amor a la comodidad o por miedo al conflicto. Así alumbre vuestra luz luz entre los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

CAPÍTULO XXXIII

Versículos 1—49. *Campamentos de los israelitas.* 50—56. *Los cananeos deben ser destruidos.*

Vv. 1-49. Este es un vistazo breve de los viajes de los hijos de Israel por el desierto. Historia memorable. Estuvieron moviéndose continuamente en sus jornadas hacia Canaán. Tal es nuestro estado en este mundo; aquí no tenemos ciudad permanente y todos nuestros cambios en este mundo no son sino de una parte a otra del desierto. Fueron llevados de aquí para allá, de adelante hacia atrás, pero siempre dirigidos por la columna de nube y de fuego. Dios los hizo peregrinar, pero, de todos modos, los dirigió por el camino correcto. El camino que elija Dios para atraer a su pueblo a sí mismo, siempre es el camino mejor, aunque no siempre nos parezca el más corto. Se mencionan acontecimientos anteriores. De esta manera debemos recordar las providencias de Dios hacia nosotros y nuestra familia, hacia nosotros y nuestra tierra, y los muchos casos en que el cuidado divino nos ha guiado, nos ha alimentado y nos ha mantenido todos nuestros días hasta ahora. Pocos son los períodos de nuestra vida en que se pueda pensar sin que nos recuerden la bondad del Señor y nuestra propia ingratitud y desobediencia: su bondad nos deja sin excusa por nuestros pecados. No nos gustaría atravesar de nuevo por las etapas que pasamos a menos que podamos, por la gracia de Dios, evitar los pecados que entonces cometimos y abrazar las oportunidades de hacer lo bueno que dejamos pasar. —Pronto terminará nuestro peregrinar y nuestro estado eterno quedará fijo más allá de toda memoria; ¡cuán importante es, entonces, *el momento presente!* Felices los que el Señor guía ahora con su consejo y que, al final, recibirá en gloria. El evangelio nos llama a esa felicidad. He aquí *ahora* es el tiempo aceptable; he aquí *ahora* el día de salvación. Pecadores aprovechad la oportunidad y corred a refugiaros en la esperanza que se os pone delante. Redimamos nuestro tiempo para glorificar a Dios y servir a nuestra generación; y Él nos hará pasar a salvo por todo hasta su reino eterno.

Vv. 50-56. Ahora que tenían que cruzar el Jordán, estaban entrando otra vez en la tentación de seguir ídolos; y se les amenaza que si respetan a los ídolos o a los idólatras, el pecado de ellos será ciertamente su castigo. Criarán víboras en sus propios regazos. El remanente de los cananeos serían espinas en sus ojos y aguijones en sus costados, si hacían la paz con ellos aunque fuera por un tiempo. Tenemos que esperar problemas y aflicción a causa de cualquier pecado que alberguemos; aquello en que estamos dispuestos a dejarnos tentar, será lo que nos abrume. El objetivo era que los cananeos fueran expulsados de la tierra, pero si los israelitas aprendían sus malos caminos, también ellos serían expulsados. Oigamos esto y temamos. Si no expulsamos el pecado, el pecado nos expulsará a nosotros. Si no somos la muerte para nuestras concupiscencias, nuestra lujuria será la muerte de nuestra alma.

CAPÍTULO XXXIV

Versículos 1—15. *Las fronteras de la tierra prometida.* 16—29. *Los nombrados para dividir la tierra.*

Vv. 1–15. Canaán era de poca extensión; según los límites dados, es de unas 160 millas (257,50 km.) de largo y unas 50 (80, 47) de ancho, pero esta era la tierra prometida al padre de los fieles y posesión de la simiente de Israel. Era ese sólo puntito de suelo en que era conocido Dios. Era la viña del Señor, su huerto, pero, como pasa con huertos y viñas, la estrechez del espacio era compensado por la fertilidad del suelo. Aunque del Señor es la tierra y su plenitud, sin embargo, son pocos los

que lo conocen y sirven; pero esos pocos son bienaventurados, porque llevan fruto para Dios. Además, véase qué pequeña porción del mundo da Dios a su propio pueblo. Los que tienen su porción en el cielo, tienen motivos para estar contentos con un pedacito de esta tierra. Pero por poco que tenga un justo, lo tiene del amor de Dios y con Su bendición, y eso es mucho mejor y más reconfortante que las riquezas de muchos impíos.

Vv. 16-29. Dios nombra aquí a hombres para que distribuyan la tierra entre ellos. Tan seguros debían sentirse de la victoria y del éxito mientras Dios peleó por ellos, que fueron nombradas las personas a las que se confiaría la división de la tierra.

CAPÍTULO XXXV

Versículos 1—8. *Las ciudades de los levitas.* 9—34. *Las ciudades de refugio—Las leyes sobre el asesinato.*

Vv. 1–8. Las ciudades de los sacerdotes y levitas no eran sólo para acomodarlos sino para ponerlos como maestros de religión en diversas partes del territorio. Porque aunque el servicio del tabernáculo o del templo eran en un solo lugar, la predicación de la palabra de Dios, la oración y la alabanza no quedaban limitadas a ese lugar. Las ciudades tenían que ser dadas por cada tribu. Cada una reconocía de este modo su gratitud a Dios. Cada tribu tenía el beneficio de los levitas que habitaban en ellas, para enseñarles el conocimiento del Señor; de este modo no quedaban partes del país en tinieblas. —El evangelio hace provisión para que el que es enseñado en la palabra, haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye, Gálatas vi, 6. Nosotros tenemos que dejar a los ministros de Dios libres de las preocupaciones que los distraen y darles tiempo libre para los deberes de su oficio; a fin de que ellos puedan dedicarse completamente a ellos, y aprovechen toda ocasión para ganarse la buena voluntad de la gente y llamar su atención, con actos de bondad.

Vv. 9–34. Para demostrar claramente lo aborrecible del homicidio y proveer el medio más efectivo para el castigo del homicida, el pariente más cercano del muerto podía, en casos *notorios*, buscar la venganza y ejecutarla bajo el título de vengador de la sangre (o redentor de la sangre). No se distingue entre ira súbita y alevosía *premeditada*, siendo ambos delito de homicidio; se distingue entre atacar *intencionalmente* a alguien con un arma que probablemente le cause la muerte y un golpe *casual*. En este caso sólo la ciudad de refugio daba protección. El asesinato en todas sus formas y en todos sus ropajes, contamina la tierra. ¡Ay! ¡Que pasen sin ser castigados tantos asesinos, disfrazados como duelos, combates deportivos, etc.! —Había seis ciudades de refugio; a alguna de ellas se podía llegar en menos de un día de viaje desde cualquier parte de la tierra. A ellas podían huir los homicidas en busca de refugio y estar a salvo hasta que tuvieran un juicio justo. Si eran exonerados del cargo, eran protegidos del vengador de la sangre, pero tenían que seguir dentro de los límites de la ciudad hasta la muerte del sumo sacerdote. De esta manera se nos recuerda que la muerte del gran Sumo Sacerdote es el único medio por el cual son perdonados los pecados y puestos en libertad los pecadores. —En ambos Testamentos hay claras alusiones a estas ciudades, de modo que no dudemos el carácter típico de su institución. *"Volvéos a la fortaleza, oh prisioneros de esperanza; hoy también os anuncio que os restauraré el doble"*, dice la voz de misericordia en Zacarías ix, 12, aludiendo a la ciudad de refugio. San Pablo describe el fortísimo consuelo acudir a refugiarse en la esperanza puesta delante de nosotros, en un pasaje siempre aplicado a la misericordiosa institución de las ciudades de refugio, Hebreos vi, 18. —Las ricas misericordias de la salvación por medio de Cristo, prefiguradas por estas ciudades, demandan nuestra atención: —1. La antigua ciudad ¿no elevaba sus torres de seguridad hacia lo alto? Véase a Cristo levantado en la cruz,

y ¿ahora no ha sido exaltado a la diestra de su Padre para ser un Príncipe un Salvador, para dar arrepentimiento y remisión de pecados? —2. El camino de salvación, ¿no recuerda el suave y llano sendero a la ciudad de refugio? Examínese la senda que lleva al Redentor. ¿Se encuentra en Él alguna piedra de tropiezo, salvo la que el corazón malo de incredulidad pone para su propia caída? —3. Había señales que indicaban la ciudad. ¿No es el oficio de los ministros del evangelio dirigir a los pecadores a Cristo? —4. La puerta de la ciudad estaba abierta día y noche. ¿No ha declarado Cristo que el que a mí viene, no le echo fuera? —5. La ciudad de refugio daba apoyo a todos los que entraban tras sus muros. Los que han llegado al refugio que vivan por fe en aquél cuya carne es verdadera comida y cuya sangre es verdadera bebida. —6. La ciudad era un refugio para todos. En el evangelio no se hace acepción de personas. Sólo vive en ella el alma que merece la ira divina; no vive allí sino el alma que, con fe sencilla, no tenga otra esperanza de salvación y vida eterna sino por medio del Hijo de Dios.

CAPÍTULO XXXVI

Versículos 1—4. *La herencia de las hijas de Zelofehad.* 5—12. *Las hijas de Zelofehad tienen que casarse dentro de su propia tribu.* 13. *Conclusión.*

Vv. 1-4. Los jefes de la tribu de Manasés representan lo malo que podría sobrevenir si las hijas de Zelofehad se casaran con hombres de cualquier otra tribu. Ellas procuraban preservar la designación divina de las heredades, y que no surgieran contiendas ni peleas entre quienes vinieran después. Es sabiduría y deber de quienes tienen propiedades en el mundo, regularizarlos y disponer de ellos de modo que no surjan discordias ni disputas.

Vv. 5-12. Los que consultan los oráculos de Dios sobre la manera de asegurar su heredad *celestial*, no sólo se les dirá lo que deben hacer, también sus preguntas serán bondadosamente aceptadas. Dios no permite que una tribu se enriquezca a expensas de otra. Cada tribu tenía que preservar su heredad. Las hijas de Zelofehad se sometieron a este designio. ¿Cómo podrían dejar de casarse bien, si el mismo Dios las dirigía? —Que el pueblo de Dios aprenda cuán bueno y conveniente es unirse solamente a su propio pueblo, como las hijas de Israel. ¿No debiera todo verdadero creyente en Jesús estar muy atento a las relaciones cercanas y tiernas de la vida, para unirse solamente con quienes están unidos al Señor? Todas nuestras intenciones e inclinaciones deben sujetarse a la voluntad de Dios, cuando esta se nos ha dado a conocer, y especialmente cuando se trata de contraer matrimonio. Aunque la palabra de Dios permite el afecto y la preferencia en esta importante relación, no da su aprobación a la pasión necia, ingobernable e idólatra, que no se preocupa por cual sea el fin, sino que, desafiando la autoridad, determina su propia satisfacción. Toda conducta de esta clase es contraria al sentido común, a los intereses de la sociedad, a la felicidad de la relación matrimonial y, lo que es peor aun, contra la religión de Cristo.

V. 13. Estos son los juicios que el Señor mandó en los campos de Moab. La mayoría de ellos dicen la relación con la ocupación de Canaán, donde iban a entrar ahora los israelitas. Cualquiera sea la nueva condición que Dios nos ponga en su providencia, tenemos que rogarle que nos enseñe los deberes correspondientes y nos capacite para ello, a fin de que podamos hacer la obra del día en su día, el deber de un lugar en su lugar.

DEUTERONOMIO

Este libro repite gran parte de la historia y leyes contenidas en los tres anteriores. Moisés lo dio a Israel poco antes de morir, por transmisión oral para que los conmoviera y por escrito para que permaneciera. Los hombres de la generación a la que se dio originalmente la ley, ya estaban todos muertos y había surgido una nueva generación a la cual plugo a Dios que Moisés se la repitiera ahora, cuando iban a tomar posesión de la tierra de Canaán. El amor maravilloso de Dios por su iglesia queda estipulado en este libro; cómo preservó a su iglesia gracias a su misericordia y haría que todavía su nombre fuese invocado entre ellos. Tales son las líneas generales de este libro, cuyo todo muestra el amor de Moisés por Israel y lo señala como tipo eminente del Señor Jesucristo. Apliquemos a nuestra conciencia sus exhortaciones y persuaciones para estimular nuestra mente a la obediencia agradecida y fiel a los mandamientos de Dios.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *Las palabras que Moisés dijo a Israel en campos de Moab—La promesa de Canaán.* 9—18. *Jueces para el pueblo.* 19—46. *Envio de los espías—La ira de Dios por la incredulidad y desobediencia de ellos.*

Vv. 1—8. Moisés habló al pueblo de todos los mandamientos que el Señor le había dado. Horeb estaba a solo once días de Cades-barnea. Esto iba a recordarles que su mala conducta les había ocasionado tediosas peregrinaciones; para que pudieran entender más prontamente las ventajas de la obediencia. —Ahora debían seguir adelante. Aunque Dios meta a su pueblo en problemas y aflicción, Él sabe cuándo el juicio ha durado lo suficiente. Cuando Dios nos manda seguir adelante en nuestra carrera cristiana, pone delante de nosotros la Canaán celestial para darnos ánimo.

Vv. 9—18. Moisés recordó al pueblo la feliz constitución de su gobierno, que podría darles seguridad y tranquilidad a todos, si no fuera por culpa de ellos. Él reconoce el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham y ora por su cumplimiento más pleno. No estamos por presión en el poder y la bondad de Dios, entonces, ¿por qué tendríamos que sentirnos presionados en nuestra fe y esperanza? A los israelitas se les dieron buenas leyes y se nombraron buenos hombres para que se encargaran de ponerlas por obra, lo que demuestra la bondad de Dios con ellos, y el cuidado de Moisés.

Vv. 19—46. Moisés recuerda a los israelitas su marcha desde Horeb a Cades-barnea a través de aquel desierto grande y terrible. Les muestra lo cerca que estuvieron de establecerse felizmente en Canaán. Agravará la ruina eterna de los hipócritas el no haber estado lejos del reino de Dios. —Como si no fuera suficiente que tuvieran la seguridad de su *Dios* ante ellos, iban a enviar *hombres* delante de ellos. Nunca nadie había visto la Tierra Santa, pero debían aceptarla como tierra buena. ¿Había alguna causa para desconfiar de este Dios? En el fondo de todo esto se hallaba un corazón incrédulo. Toda desobediencia a las leyes de Dios, y la desconfianza de su poder y bondad, provienen de la incredulidad a su palabra, así como toda obediencia verdadera proviene de la fe. —Es provechoso que dividamos nuestra vida pasada en períodos distintos; dar gracias a Dios por las misericordias que hemos recibido en cada uno de ellos, confesar y buscar el perdón de todos los

pecados que podamos recordar; y, de este modo, renovar nuestra aceptación de la salvación de Dios, y nuestra entrega a su servicio. Nuestros planes rara vez tienen un buen propósito; en cambio, el valor para ejercer la fe e ir por la senda del deber, capacita al creyente para seguir plenamente al Señor, para desechar todo lo que se oponga, para triunfar sobre toda oposición, y para asentarse firmemente de las bendiciones prometidas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *Se pasa de largo a los edomitas.* 8—23. *Se pasa de largo a los moabitas y amonitas.* 24—37. *Destrucción de los amorreos.*

Vv. 1—7. Sólo se da un breve relato de la larga permanencia de Israel en el desierto. Dios no sólo los castigó por su murmuración e incredulidad; también los preparó para Canaán: Los humilló por pecar, enseñándoles a mortificar sus lujurias, a seguir a Dios y consolarse en Él. Aunque Israel tenga que estar por mucho tiempo a la espera de liberación y prosperidad, ellas al fin llegarán. —Antes que Dios llevara a Israel a destruir a sus enemigos en Canaán, les enseñó a perdonar a sus enemigos en Edom. No debían pensar, bajo el pretexto del pacto y conducta de Dios, en apropiarse de todo cuanto pudieran echar mano. El dominio no se funda en la gracia. El Israel de Dios será bien puesto, pero no debe esperar ser puesto solo en medio de la tierra. La religión nunca debe ser un manto para la injusticia. —Desdeñad el sentiros obligados con los edomitas, cuando tenéis un Dios todo suficiente del cual dependéis. Usad lo que tengáis, usadlo con alegría. Puesto que habéis tenido la experiencia del cuidado de la providencia divina, nunca uséis métodos retorcidos para vuestro abastecimiento. Todo esto ha de aplicarse por igual a la experiencia del creyente.

Vv. 8—23. Tenemos el origen de los moabitas, edomitas y amonitas. Moisés también proporciona un caso más antiguo que cualquiera de ellos: los caftoreos echaron a los aveos de su territorio. Estas revoluciones muestran cuán inseguras son las pertenencias mundanas. Así fue antaño y así será siempre. Las familias declinan y su fortuna se trasladan a familias que prosperan; tan poca continuidad hay en esas cosas. Esto queda escrito para animar a los hijos de Israel. Si la providencia de Dios ha hecho esto por moabitas y amonitas, mucho más hará su promesa por Israel, su pueblo peculiar. Se les advierte que no se metan con los moabitas ni amonitas. No se debe hacer daño ni siquiera a los impíos. Dios da y preserva las bendiciones externas para los impíos; estas no son las cosas mejores, pues Él tiene cosas mejores aún reservadas para sus hijos.

Vv. 24—37. Dios prueba a su pueblo prohibiéndoles entrometerse con los ricos países de Moab y Amón. Les da la tierra de los amorreos como posesión. Si nosotros nos abstenemos de los que Dios prohíbe, no perderemos por obedecer. De Jehová es la tierra y su plenitud; Él la da a quien le place; pero cuando no hay una expresión directa, nadie puede rogar que Él conceda esos bienes. —Aunque Dios asegura a los israelitas que la tierra será de ellos, no obstante tienen que contender con el enemigo. Debemos esforzarnos para obtener lo que Dios nos da. ¡Qué mundo nuevo era aquel al que ahora entra Israel! De mayor gozo será el cambio que las almas santas experimentarán cuando pasen del desierto de este mundo a la patria mejor, esto es, la celestial, a la ciudad que tiene fundamentos. Que al reflexionar en los tratos de Dios con Israel, su pueblo, seamos guiados a meditar en los años de nuestra vanidad, a causa de nuestras transgresiones. Pero bienaventurados los que Jesús ha librado de la ira venidera; a quien haya dado el fervor de su Espíritu en su corazón. Su herencia no la pueden afectar las revoluciones de los reinos, ni los cambios de las posesiones terrenales.

CAPÍTULO III

Versículos 1—11. *La derrota de Og, rey de Basán.* 12—20. *La tierra de Galaad y Basán.* 21—29. *Moisés anima a Josué.*

Vv. 1—11. Og era muy poderoso, pero no se dio por advertido con la destrucción de Sehón, y no pidió condiciones de paz. Confió en su propia fuerza y, de ese modo, se endureció para su propia destrucción. Quienes no son alertados por los juicios de Dios contra los demás, esperan el momento oportuno para que les sobrevengan juicios semejantes.

Vv. 12—20. Este territorio fue poblado por las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés: véase Números xxxii. Moisés repite la condición de la cesión que habían acordado. Cuando tengamos reposo debiéramos desear también el reposo para nuestros hermanos, y estar dispuestos a hacer lo que podamos en ese sentido; porque no nacemos para nosotros mismos, sino somos miembros los unos de los otros.

Vv. 21—29. Moisés dio aliento a Josué que iba a sucederlo. De este modo, el anciano y experto en el servicio de Dios debiera hacer todo lo que puede para fortalecer las manos de los jóvenes y principiantes en la fe. Considérese lo que Dios ha hecho, lo que Dios ha prometido. Si Dios está por nosotros, ¿quién podrá vencernos? Nosotros somos un reproche para nuestro Capitán, si lo seguimos con temblor. —Moisés oró que si era la voluntad de Dios, Él iría delante de Israel para atravesar el Jordán y entrar a Canaán. No debemos permitir en nuestro corazón deseos que no podamos por fe ofrendar a Dios en oración. La respuesta de Dios a esta oración fue una mezcla de misericordia y juicio. Dios considera bueno negar muchas cosas que deseamos. Puede aceptar nuestras oraciones, pero no concedernos precisamente aquello por lo cual oramos. Si Dios, en su providencia, no nos da lo que deseamos, pero por su gracia hace que estemos contentos sin eso, el resultado viene a ser lo mismo. Contentaos con tener a Dios como vuestro Padre, y el cielo por porción vuestra, aunque no tengáis todo lo que quisiérais en este mundo. —Dios prometió a Moisés que vería Canaán desde la cumbre del Pisga. Aunque él no tendría la posesión de ella, tendría una visión panorámica. Hasta los grandes creyentes en el estado presente ven el cielo, pero en lontananza. —Dios le proveyó un sucesor. Es consolador para los amigos de la iglesia de Cristo que la obra de Dios tenga la probabilidad de ser continuada por otros, cuando ello descansen silenciosos en el polvo. Y si tenemos las arras y la visión del cielo, que nos basten; sometámonos a la voluntad del Señor y no le hablemos más de asuntos que Él considera bueno no concedernos.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—23. *Seria exhortación a la obediencia y contra la idolatría.* 24—40. *Advertencias contra la desobediencia y promesas de misericordia.* 41—49. *Se señalan ciudades de refugio.*

Vv. 1—23. El poder y el amor de Dios por Israel son aquí la base y motivo de una cantidad de precauciones y serias advertencias; y aunque se refiere en gran medida al pacto nacional puede, sin embargo, aplicarse a los que viven bajo el evangelio. ¿Para qué se hacen las leyes, sino para ser observadas y obedecidas? Nuestra obediencia como personas no puede merecer la salvación, pero es la única prueba de que somos partícipes del don de Dios, que es la vida eterna por medio de Jesucristo. Considerando cuántas tentaciones nos rodean, y cuántos deseos corruptos tenemos en nuestro pecho, necesitamos cuidar mucho nuestro corazón con toda diligencia. No pueden caminar

derecho los que caminan con descuido. —Moisés encarga particularmente cuidarse del pecado de la idolatría. Muestra cuán débil será la tentación para los que piensan con rectitud; porque los supuestos dioses, el sol, la luna, y las estrellas, eran sólo bendiciones que el Señor su Dios había impartido a todas las naciones. Absurdo es adorarlos, ¿serviremos a aquello que fue hecho para servirnos? Cuidaos de no olvidar el pacto del Señor vuestro Dios. Debemos cuidarnos, no sea que en cualquier momento olvidemos nuestra religión. El cuidado, la advertencia y la vigilancia son ayudas contra una mala memoria.

Vv. 24—40. Moisés recalca la grandeza, la gloria y la bondad de Dios. Si hubiéramos considerado qué Dios es éste con quién tenemos que ver, ciertamente tomaríamos conciencia de nuestro deber para con Él y no nos atrveríamos a pecar contra Él. ¿Abandonaríamos a un Dios misericordioso que nunca nos abandonará, si le somos fieles? ¿Adónde podemos ir? Que los lazos del amor nos sostengan en nuestro deber y predominen por las misericordias de Dios, para aferrarnos a Él. Moisés recalca la autoridad de Dios sobre ellos, y sus obligaciones para con Él. Al obedecer los mandamientos de Dios, ellos actuarían sabiamente consigo mismos. El temor del Señor, en eso consiste la sabiduría. Los que disfrutan del beneficio de la luz divina y sus leyes, debieran confirmar su integridad para la sabiduría y el honor, para que Dios sea glorificado de ese modo. Quienes invocan a Dios lo hallarán ciertamente cercano, dispuesto a dar una respuesta de paz a cada oración de fe. Todos estos estatutos y juicios de la ley divina son justos y rectos, más elevados que los estatutos y juicios de cualquiera de las naciones. —Lo que *vieron* en el monte Sinaí les dio un anticipo del día del juicio, en que el Señor Jesús se revelará como fuego consumidor. Deben recordar, además, lo que *oyeron* en el monte Sinaí. Dios se manifiesta en las obras de la creación sin palabras ni lenguaje, pero en sus obras se escucha su voz, Salmo xix, 1, 3; pero a Israel Él se dio a conocer por palabras y lenguaje, condescendiendo a la debilidad de su pueblo. La forma como se constituye esta nación fue completamente diferente del origen de todas las demás naciones. Véanse aquí las razones de la libre gracia; no se nos ama por lo que somos, sino por amor a Cristo. —Moisés confirma el seguro beneficio y las ventajas de la obediencia. El argumento lo había comenzado en el versículo 1, con *"para que viváis y entréis y poseáis la tierra"*, y lo concluye en el versículo 40, *"para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti"*. Les recuerda que la prosperidad dependerá de su piedad. Apostatar de Dios indudablemente será la ruina de su nación. Anuncia que se rebelarán contra Dios para ir tras los ídolos. Quienes busquen a Dios con todo su corazón, y ellos solamente, lo hallarán para su consuelo. Las aflicciones nos dirigen y estimulan para buscar a Dios y, por la gracia de Dios que obra con ellas, muchos son devueltos a una actitud correcta. Cuando os sobrevengan estas cosas, volvéos al Señor vuestro Dios, porque véis que pasa por apartarse de Él. Poned todos los argumentos juntos y, entonces decid, si la religión no tiene la razón de su lado. Nadie desecha el gobierno de su Dios, sino aquél que primero abandona el entendimiento humano.

Vv. 41—49. He aquí la introducción de otro discurso, o sermón, que Moisés predicó a Israel y que tenemos en los capítulos siguientes. Pone delante de ellos la ley como la regla por la cual tenían que obrar, el camino por el cual tenían que andar. La pone delante de ellos como el espejo donde tenían que mirar su rostro natural, para que mirándose en la perfecta ley de la libertad, pudieran seguir allí. —Son las leyes dadas cuando Israel acababa de salir de Egipto y ahora se repiten. Moisés les encargó estas leyes cuando estaban acampados en Bet-peor, un lugar de ídolos de los moabitas. Sus triunfos presentes eran un argumento fuerte en pro de la obediencia. Tenemos que entender nuestra situación como pecadores, y la naturaleza del pacto de gracia al que somos invitados. Allí se nos muestran cosas mayores que las que Israel viera desde el monte Sinaí; se nos dan misericordias más grandes que las que recibieron en el desierto o en Canaán. Nos habla Uno cuya dignidad es infinitamente mayor que la de Moisés; Aquel que cargó nuestros pecados en la cruz y nos insta por Su amor que le lleva a morir.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *El pacto en Horeb.* 6—22. *Repetición de los Diez Mandamientos.* 23—33. *El pueblo pide que la ley sea entregada por medio de Moisés.*

Vv. 1—5. Moisés exige atención. Cuando oímos la palabra de Dios debemos aprenderla; y lo aprendido tenemos que ponerlo en práctica, porque ese es el propósito de escuchar y aprender; no llenar nuestra cabeza de ideas o nuestra boca de palabras, sino dirigir nuestros afectos y nuestra conducta.

Vv. 6—22. Aquí hay algunas diferencias respecto de Éxodo xx, como entre El Padrenuestro de Mateo vi y el de Lucas xi. Más necesario es unirnos a las cosas, que inalterablemente a las palabras. Aquí no se menciona la razón original para santificar el día de reposo, tomada del descanso de Dios de su obra de creación en el séptimo día. Aunque esto sigue siempre vigente, no es la única razón. Aquí se toma de la liberación de Israel del Egipto porque aquella fue un tipo de la redención obrada por Jesucristo por nosotros, en recuerdo de la cual había que observar el día de reposo cristiano. En la resurrección de Cristo fuimos llevados a la libertad gloriosa de los hijos de Dios con mano fuerte y brazo extendido. ¡Cuán dulce es para un alma que está verdaderamente angustiada bajo el terror de la ley quebrantada, oír el suave lenguaje del evangelio que reaviva al alma!

Vv. 23—33. Moisés se refiere al abatimiento que produjo el terror con que se dio la ley. Las apariciones de Dios siempre han sido terribles para el hombre, desde la caída; pero Cristo, habiendo quitado el pecado, nos invita a entrar confiadamente al trono de la gracia. —Tenían una buena disposición, sometida a la fuerza de la convicción de la palabra que oyeron. Muchos tienen la conciencia alarmada por la ley, pero no la han purificado; por la fuerza sacan buenas intenciones de ellos, sin que fijen y arraiguen buenos principios en ellos. —Dios elogió lo que dijeron. Desea el bienestar y la salvación de los pobres pecadores. Ha dado abundante prueba de que así lo hace; nos da tiempo y espacio para arrepentirnos. Envió a su Hijo para redimirnos, prometió su Espíritu a los que oren por Él, y declara que no se complace en la destrucción de los pecadores. Bueno sería para muchos si *siempre* tuvieran un corazón como el que parecen tener *a veces* cuando están bajo convicción de pecado o bajo la reprensión de la providencia, o cuando llegan a ver la muerte de frente. La única manera de ser feliz es ser santo. Decid al justo que le irá bien. Que los creyentes cada vez más la conviertan en el motivo de su estudio y deleite el hacer lo que ha mandado el Señor Dios.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—3. *Persuasión a la obediencia.* 4, 5. *Exhortación a la obediencia.* 6—16. *Se enseña obediencia.* 17—25. *Preceptos generales—Instrucciones para dar a los hijos propios.*

Vv. 1—3. En este pasaje y otros similares, los ‘mandamientos’ parecen denotar la ley moral; los ‘estatutos’ a la ley ceremonial, y los ‘decretos’ a la ley por la cual decidían los jueces. Moisés enseñó al pueblo todo aquello y únicamente aquello que Dios le mandó enseñar. De manera semejante los ministros de Cristo tienen que enseñar a sus iglesias todo lo que Él ha mandado, ni más ni menos, Mateo xxviii, 20. El temor de Dios en el corazón será el principio más poderoso para la obediencia. Es altamente deseable que no sólo nosotros, sino también nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos

tengan temor del Señor. La religión y la justicia hacen progresar y aseguran la prosperidad de cualquier pueblo.

Vv. 4, 5. He aquí un breve resumen de la religión que contiene los primeros principios de la fe y la obediencia. Jehová nuestro Dios es el único Dios vivo y verdadero; Él solo es Dios y es solo un Dios. No deseemos tener otro. La mención triple de los nombres divinos y el número plural de la palabra que se traduce Dios, parecen claramente aludir a una trinidad de personas, aun en esta declaración expresa de la unidad de la divinidad. —Bienaventurados quienes tienen a este solo Señor como su Dios. Mejor es tener una fuente que mil cisternas; un solo Dios todo suficiente que un millar de amigos insuficientes. —Este es el primero y gran mandamiento de la ley de Dios, que le amemos; y que cumplamos cada parte de nuestro deber para con él a partir de un principio de amor: Hijo mío, dame tu corazón. Tenemos que amar a Dios con todo nuestro corazón, y con toda nuestra alma y con toda nuestra fuerza. Esto es: —1. Con un amor *sincero*, que no sea de palabra ni de lengua, sino interiormente, en verdad. —2. Con un amor *fuerte*. Él que es nuestro Todo debe tener nuestro todo, y nadie sino Él. —3. Con un amor *superlativo*; debemos amar a Dios por sobre toda criatura y no amar sino lo que amamos por Él. —4. Con un amor *inteligente*. Amarlo con todo el corazón, y con toda la inteligencia requiere que veamos una buena causa para amarlo. —5. Con un amor *entero*; Él es UNO, nuestro corazón deben estar unido en este amor. ¡Oh, que este amor de Dios pueda ser derramado en nuestros corazones!

Vv. 6—16. He aquí los medios para mantener y guardar la religión en nuestro corazón y en nuestro hogar. —1. *Meditación.* Debemos poner la palabra de Dios en nuestro corazón para que nuestros pensamientos estén diariamente ocupados en ella. —2. *La educación religiosa de los niños.* Repetidle con frecuencia estas cosas. Sed cuidadosos y exactos en la enseñanza de vuestros hijos. Enseñad estas verdades a todos los que estén bajo vuestro cuidado en alguna forma. —3. *Habla piadosa.* Hablad de estas cosas con la debida reverencia y seriedad para beneficio no sólo de vuestros hijos sino de vuestros siervos, amigos y compañeros. Usad toda ocasión para discurrir con quienes os rodean, no asuntos dudosos y discutibles, sino las claras verdades y leyes de Dios, y las cosas que corresponden a nuestra paz. —4. *Lectura frecuente de la Palabra.* Dios mandó a su pueblo que escribiera las palabras de la ley en sus paredes, y en rollos de pergamino que debían llevar colgando de sus muñecas. Esto era obligatorio al pie de la letra para los judíos, como es el plan para nosotros, a saber, que por todos los medios debemos familiarizarnos con la palabra de Dios para usarla en todas las ocasiones, para prevenir el pecado y para guiarnos en el deber. Nunca debemos avergonzarnos de nuestra religión ni de reconocernos bajo su control y gobierno. —Aquí hay una advertencia: no olvidar a Dios en el día de la prosperidad y la abundancia. Cuando se les facilitaba todo por dádiva, eran dados a sentirse seguros en sí mismos y a olvidar a Dios. Por tanto, cuidaós de no olvidar del Señor cuando estéis sanos y salvos. Cuando el mundo sonríe, somos proclives a cortejarlo y a esperar ser felices en él, y olvidamos a Aquél que es nuestra única porción y reposo. Se necesita mucho cuidado y cautela en un momento así. Entonces, cuidáos: estad alertas habiendo sido advertidos del peligro. —No tentarás al Señor tu Dios, desesperando de su poder y bondad, mientras seguimos en la senda de nuestro deber, ni presumiendo de ello cuando salimos de ese camino.

Vv. 17—25. Moisés encarga guardar los mandamientos de Dios. La negligencia nos destruirá, pues no podemos ser salvos sin diligencia. Para nuestro interés y para nuestro deber conviene ser religiosos. Será nuestra *vida*. La piedad tiene promesa de continuidad y consuelo para la vida presente en tanto sea para la gloria de Dios. Será nuestra *justicia*. Unicamente a través del Mediador podemos ser justos ante Dios. —El conocimiento de la espiritualidad y excelencia de la santa ley de Dios es útil para mostrar al pecador su necesidad de un Salvador, y para que prepare su corazón para recibir la salvación gratis. El evangelio honra a la ley no sólo en la perfecta obediencia del Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, sino en que es un plan para llevar otra vez a los rebeldes y enemigos

apóstatas, por el arrepentimiento, la fe, el perdón y la gracia renovadora, a que amen a Dios por sobre todas las cosas, aun en este mundo; y en el mundo venidero, a que lo amen perfectamente, como lo aman los ángeles.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—11. *Se prohíbe la relación con los cananeos.* 12—26. *Promesas si son obedientes.*

Vv. 1—11. Hay una advertencia estricta contra toda amistad y comunión con los ídolos y los idólatras. Los que están en comunión con Dios no deben participar con las obras infructuosas de las tinieblas. La limitación a las naciones aquí mencionadas de la orden de destruir, demuestra claramente que, después de mucho tiempo, no se tenía que tomar esto como precedente. La comprensión correcta de la maldad del pecado y del misterio del Salvador crucificado nos capacitará para entender la justicia de Dios en todos los castigos, temporales y eternos. Tenemos que enfrentar con decisión las concupiscencias que batallan contra nuestra alma: no les mostremos misericordia; mortifiquémolas, crucifiquémolas y destruyámolas por completo. —Se cuentan por millares en el mundo de ahora los que han sido destruidos por matrimonios impíos; porque mayor es la probabilidad de que lo bueno sea *pervertido*, que lo malo sea *convertido*. Quienes al elegir cónyuge no se mantienen dentro de los límites de la fe profesada, no pueden prometerse ayudas idóneas para sí.

Vv. 12—26. Estamos en peligro de tener comunión con las obras de las tinieblas si nos complacemos en confraternizar con quienes hacen tales obras. Cualquier cosa que nos meta en una trampa nos pone bajo maldición. Seamos constantes en nuestro deber y no cuestionemos la constancia de la misericordia de Dios. Las enfermedades son los siervos de Dios que van donde Él las manda y hacen lo que Él les ordena hacer. Por tanto, es bueno para la salud de nuestro cuerpo, mortificar completamente el pecado de nuestra alma, cosa que es la regla de nuestro deber. Pero el pecado nunca es totalmente exterminado en este mundo; y en realidad, predomina en nosotros más de lo que lo haría, si fuéramos alertas y diligentes. En todo esto el Señor actúa conforme al consejo de su voluntad, pero como tal consejo nos está oculto, no busquemos excusas para nuestra pereza y negligencia, de las cuales no es causa en grado alguno. —No debemos pensar que, puesto no se obran de inmediato la liberación de la iglesia y la destrucción de los enemigos del alma, consecuentemente, nunca se llevarán a cabo. Dios hará su obra a su debido tiempo y a su manera; y podemos tener la seguridad de que siempre será lo mejor. Así la corrupción es quitada del corazón del creyente poco a poco. La obra de santificación se realiza gradualmente; pero, finalmente la victoria será total. El orgullo, la seguridad y otros pecados que son efectos corrientes de la prosperidad son enemigos más peligrosos que las bestias del campo y son dados a proliferar en nosotros.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—11. *Exhortaciones y advertencias puestas en vigencia por los anteriores tratos del Señor con Israel y sus promesas.* 12—20. *Otras exhortaciones y advertencias.*

Vv. 1—11. La obediencia debe ser: —1. *Cuidadosa*, observar antes de hacer. —2. *Universal*, cumplir todos los mandamientos; y —3. *A partir de un buen principio*, con respeto a Dios como el Señor y Dios de ellos, y con santo temor. Para comprometerlos a la obediencia, Moisés les manda mirar hacia atrás. Bueno es recordar todos los caminos, de la providencia y de la gracia de Dios, por las cuales Él nos ha guiado a través este desierto para que podamos servirle con regocijo y confiar en Él. Deben recordar *los aprietos* por los que, a veces, pasaron, para mortificar su orgullo al manifestar su perversidad; para probarles, y que los demás supieran todo lo que había en el corazón de ellos, y que todos pudieran ver que Dios los escogió, sin que hubiera en ellos algo que se pudiera poner a su favor. Deben recordar *las provisiones milagrosas* de comida y vestuario otorgados. Que ninguno de los hijos de Dios desconfíe de su Padre ni tome un rumbo pecaminoso para suplir sus necesidades. De una u otra manera Dios les proveerá en el camino honesto del deber y diligencia, y verdaderamente serán alimentados. Esto se puede aplicar espiritualmente: la palabra de Dios es el alimento del alma. Cristo es la palabra de Dios: vivimos por Él. También deben recordar *los reproches* bajo las cuales estuvieron y no innecesariamente. Este uso debemos hacer de todas nuestras aflicciones: seamos estimulados por ellas para nuestro deber. Moisés también les ordena mirar adelante, a Canaán. Sea cual fuere el camino que miremos, hacia atrás como hacia adelante, nos dará argumentos para obedecer. Moisés vio en esa tierra un tipo de la patria mejor. La iglesia del evangelio es la Canaán del Nuevo Testamento, regada con el Espíritu con sus dones y gracias, plantada de árboles de justicia, con frutos de justicia. El cielo es la patria mejor en que nada falta y donde está la plenitud del gozo.

Vv. 12—20. Moisés da instrucciones acerca del *deber* en una situación próspera. Que siempre recuerden a su Benefactor. Debemos dar gracias en todo. Moisés los arma contra las *tentaciones* de la situación próspera. Cuando los hombres son dueños de grandes fortunas o están en negocios que les dejan grandes ganancias, se encuentran ante la tentación del orgullo, de olvidarse de Dios y del pensamiento carnal. Se ponen ansiosos y se alteran por muchas cosas. En esto tiene ventaja el pobre que cree pues percibe más fácilmente que sus provisiones vienen del Señor como respuesta a la oración de fe; y, por raro que parezca, ellos encuentran menos dificultad para confiar sencillamente en Él para el pan cotidiano. Saborean en ello una dulzura que generalmente es desconocida para el rico, mientras, además, están libres de muchas de las tentaciones del rico. —No olvidéis los tratos anteriores de Dios con vosotros. Aquí está el gran secreto de la providencia divina. La sabiduría y la bondad infinitas son la fuente de todos los cambios y de todas las pruebas que los creyentes experimentan. Israel tuvo muchas pruebas amargas, pero fue "para que le hicieran bien". El orgullo es natural en el corazón humano. ¿Supondría uno que ese pueblo, después de ser esclavo en la fábrica de adobes, fuera a necesitar las espinas del desierto para hacerlo más humilde? ¡Pero así es el hombre! —Fueron *probados* para que fueran *humildes.* Ninguno de nosotros vive una sola semana sin dar pruebas de debilidad, necedad y depravación. Sólo para las almas quebrantadas el Salvador es ciertamente precioso. Nada puede hacer que las pruebas internas y externas sean más efectivas que el poder del Espíritu de Dios. Véase aquí cómo se reconcilian el dar de Dios y el recibir nuestro, y aplíquese a la riqueza espiritual. Todas las dádivas de Dios son conforme a sus promesas. Moisés repite la advertencia que daba a menudo sobre las consecuencias fatales de olvidar a Dios. Los que siguen a los demás en el pecado, los seguirán hacia la destrucción. Si hacemos como hacen los pecadores, tenemos que esperar la paga de los pecadores.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—6. *Los israelitas no deben pensar que sus éxitos vinieron por su propio dignidad.* 7—29. *Moisés recuerda a los israelitas sus rebeliones.*

Vv. 1—6. Moisés describe el poderío de los enemigos que ahora iban a enfrentar. Esto para llevarlos a Dios, y depositáran su esperanza en Él. Les asegura la victoria por la presencia de Dios con ellos. —Les advierte que no piensen de ningún modo en su justicia propia como si eso les hubiera significado el favor de la mano de Dios. En Cristo tenemos justicia y poder; en Él debemos gloriarnos, no en nosotros, ni en ninguna suficiencia propia. —Dios expulsa a estas naciones por la maldad de ellas. Toda persona rechazada por Dios, es rechazada por su propia maldad, pero ninguna que acepta, es aceptada por su justicia propia. De esta manera, se elimina para siempre la jactancia, véase Efesios ii, 9, 11, 12.

Vv. 7—29. Para que los israelitas no tuvieran ninguna propensión a pensar que Dios los trajo a Canaán por su justicia propia, Moisés muestra qué milagro de misericordia fue que no hubieran sido destruidos en el desierto. Bueno es que recordemos frecuentemente nuestros pecados anteriores, contra nosotros mismos, con pena y vergüenza, para que podamos ver cuánto debemos a la libre gracia, y para que humildemente reconozcamos que nunca merecimos nada sino ira y maldición de la mano de Dios. Porque tan intensa es nuestra tendencia al orgullo, que se introducirá bajo una u otra apariencia. Estamos listos para fantasear que nuestra justicia nos consiguió el favor especial del Señor, aunque, en realidad, nuestra maldad es más clara que nuestra debilidad. Pero cuando la historia secreta de la vida de cada hombre sea expuesta en el día del juicio, todo el mundo resultará culpable ante Dios. —Hay Uno en el presente que aboga por nosotros ante el trono de la gracia, Uno que no sólo ayunó sino que murió en la cruz por nuestros pecados; por medio del cual podemos acercarnos, aunque pecadores condenados por nuestra culpa, e implorar la misericordia no merecida y la vida eterna como dádiva de Dios en Él. Demos toda la victoria, toda la gloria y toda la alabanza al único que trae la salvación.

CAPÍTULO X

Versículos 1—11. *Las misericordias de Dios para con Israel después de su rebelión.* 12—22. *Una exhortación a obedecer.*

Vv. 1—11. Moisés recuerda a los israelitas la gran misericordia de Dios para con ellos a pesar de sus provocaciones. Había cuatro cosas en las cuales y por las cuales el Señor se mostraba reconciliado con Israel. Dios les dio su ley. De esta manera Dios nos ha confiado la Biblia, el día de reposo y los sacramentos, como prendas de Su presencia y favor. Dios los guió hacia Canaán. Les nombró un ministerio permanente para las cosas santas. Y, ahora, bajo el evangelio, cuando el derramamiento del Espíritu Santo es más pleno y poderoso, la obra del Espíritu en el corazón de los hombres conserva la sucesión capacitándolos y haciendo que algunos deseen hacer esa obra en cada época. Dios aceptó a Moisés como abogado o intercesor de ellos y, por tanto, lo nombró para que fuera su príncipe y líder. Moisés es un tipo de Cristo que siempre vive, intercediendo por nosotros, y tiene toda potestad en el cielo y en la Tierra.

Vv. 12—22. Aquí se nos enseña nuestro deber para con Dios en nuestros principios y en la práctica. Tenemos que *temer* al Señor nuestro Dios. Debemos *amarle* y deleitarnos en la comunión con Él. Debemos *andar* por los caminos que Él nos ha preparado para caminar. Debemos *servirle* con todo nuestro corazón y alma. Lo que hagamos en su servicio hemos de hacerlo con gozo y buena voluntad. Hemos de *obedecer* sus mandamientos. Hay verdadera honra y placer en la obediencia. Debemos *rendir honor* a Dios; y a Él tenemos que *unirnos* como alguien a quien amamos, en quien nos deleitamos y confiamos, y en quien tenemos grandes esperanzas. —Aquí se nos enseña nuestro deber para con el prójimo. Los dones comunes de Dios para la humanidad nos obligan a honrar a

todos los hombres. Los que han pasado por dificultades y hallaron la misericordia de Dios, deben estar dispuestos para mostrar bondad a los que estén en la misma dificultad. —Aquí se nos enseña nuestro deber para con nosotros mismos. Circuncidad vuestros corazones. Desechad todos los afectos e inclinaciones corruptos que os estorben para temer y amar a Dios. Por naturaleza no amamos a Dios. Este es el pecado original, la fuente de la cual procede nuestra maldad; la mente carnal es hostil a Dios porque no se sujeta a la ley de Dios ni tampoco puede, en verdad; de manera que, los que andan en la carne no pueden agradar a Dios, Romanos viii, 5–9. Vamos sin demora y sin reservas a unirnos a nuestro Dios, reconciliado en Jesucristo, para que le amemos, sirvamos y obedezcamos en forma aceptable, y para que seamos diariamente transformados a su imagen, de gloria en gloria, por el Espíritu del Señor. Considerad la grandeza y la gloria de Dios, su bondad y su gracia; estas nos convencen de nuestro deber. —¡Bendito Espíritu! Oh, por tus influencia purificadora, perseverante y renovadora, que llamados a salir del estado de extranjeros, como eran nuestros padres, seamos hallados en el número de los hijos de Dios y que nuestra suerte esté entre los santos.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—7. *La gran obra de Dios por Israel.* 8—17. *Promesas y amenazas.* 18—25. *Estudio cuidadoso de las exigencias de la palabra de Dios.* 26—32. *Bendiciones y maldiciones.*

Vv. 1—7. Obsérvese la conexión entre estos dos: Amarás a Jehová, y guardarás sus ordenanzas. El amor obra en obediencia, y sólo la obediencia que fluye del principio del amor es aceptable, 1 Juan v, 3. Moisés relata algunas de las terribles y grandes obras de Dios vistas por sus ojos. Lo que nuestros ojos han visto, especialmente en nuestro primeros días, debiera afectarnos, y hacernos mejores con el tiempo.

Vv. 8—17. Moisés les presenta para el futuro, la vida y la muerte, la bendición y la maldición, según guardaran o no los mandamientos de Dios. El pecado tiende a acortar los días de los hombres, y acortar los días de prosperidad de un pueblo. —Dios los bendecirá con abundancia de todas las cosas buenas, si ellos lo aman y le sirven. La piedad tiene promesa de esta vida presente; pero el favor de Dios pondrá alegría en el corazón, más que la ganancia del maíz, el vino y el aceite. —Volverse de Dios a los ídolos será con toda seguridad su ruina. Cuidaos de no engañar vuestro corazón. Todos los que abandonan a Dios para poner su afecto en cualquier criatura, se hallarán dedichadamente engañados para su propia destrucción; y lo que lo hará peor, es que fue por no poner cuidado.

Vv. 18—25. Que todos seamos dirigidos por las tres reglas que aquí se dan: —1. Que nuestros corazones sean llenos de la palabra de Dios. No puede haber buenas costumbres en la vida, si no hay buenos pensamientos, buenos afectos y buenos principios en el corazón. —2. Que nuestros ojos se fijen en la palabra de Dios, y la tengamos siempre en cuenta como guía de nuestro camino, como regla para nuestro trabajo. Salmo cxix, 30. —3. Que nuestra lengua sea usada con referencia a la palabra de Dios. Nada hará más por la prosperidad, y la conservación de la religión en una nación, que la buena educación de los hijos.

Vv. 26—32. Moisés resume todos los argumentos de la obediencia en dos palabras: la bendición y la maldición. Deja al pueblo la elección. Luego, Moisés convoca a una proclamación pública y solemne de la bendición y la maldición, que debía efectuarse en los montes Gerizim y Ebal. Hemos quebrantado la ley y estamos bajo su maldición, sin remedio de parte nuestra. Por misericordia, el

evangelio vuelve a ponernos por delante la bendición y la maldición. Bendición, si obedecemos el llamado al arrepentimiento, a la fe en Cristo y a la novedad de corazón y vida por medio de Él; maldición espantosa, si tenemos en poco una salvación tan grande. Recibamos con gratitud las buenas noticias de gran gozo; y no endurezcamos nuestro corazón, y escuchemos la voz de Dios mientras se dice hoy, y mientras Él nos invita a acercarnos al trono de la gracia. Procuremos tanto más hacer firme nuestra vocación y elección.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—3. *Los monumentos a la idolatría deben destruirse.* 4—32. *El lugar del servicio de Dios debe guardarse.*

Vv. 1—3. Moisés pasa a los estatutos que tenía que encargar a Israel; empieza con los que tienen que ver con la adoración de Dios. Se encarga a los israelitas que no introduzcan ritos ni costumbres idólatras en el culto a Dios. No podemos servir a Dios y a mamón; ni adorar al Dios verdadero y los ídolos; ni confiar en Jesucristo y en las supersticiones y en la justicia propia.

Vv. 4—32. El mandamiento de llevar TODOS los sacrificios a la puerta del tabernáculo se explica ahora con referencia a la tierra prometida. En cuanto al servicio *moral*, entonces, como ahora, los hombres podían orar y adorar en cualquier lugar, como lo hacían en sus sinagogas. El lugar que Dios escogería, es el lugar donde Él iba a poner su nombre. Sería su habitación donde, como Rey de Israel, lo encontrarían todos los que le buscaran reverentemente. Ahora, en el evangelio, no tenemos templo ni altar que santifique el don, sino solo a Cristo: y en cuanto a los lugares de culto, los profetas anunciaron que en todo lugar se ofrecería el incienso espiritual, Malaquías i, 11. Nuestro Salvador declara que los aceptados como adoradores verdaderos son los que adoran a Dios en espíritu y verdad, sin considerar este monte o Jerusalén, Juan iv, 21. El israelita devoto puede honrar a Dios, mantener la comunión con Él, y obtener misericordia de Él, aunque no haya tenido la oportunidad de ofrecer un sacrificio en su altar. —La obra de Dios debe hacerse con santo gozo y alegría. Aun los hijos y los siervos deben regocijarse ante Dios; los servicios de la religión tienen que ser un deleite, y no un trabajo o una obligación tediosa. —Deber de la gente es mostrarse bondadosos con los ministros que les enseñan bien y les dan buenos ejemplos. En la medida que vivamos, necesitamos la ayuda de ellos hasta que lleguemos a aquel mundo donde no serán necesarias las ordenanzas. Sea que comamos o bebamos o hagamos cualquier cosa, se nos manda hacerlo todo para la gloria de Dios. Debemos hacer todo en el nombre del Señor Jesucristo, dando gracias al Padre por medio de Él. —Ni siquiera deben preguntar sobre las modalidades y formas de la adoración idólatra. ¿Qué bien haría conocer esas profundidades de Satanás? Y nuestra satisfacción interior será cada vez mayor si abundamos en amor y buenas obras, que surgen de la fe y del Espíritu de Cristo que mora en nosotros.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—5. *Los que inducen a la idolatría deben morir.* 6—11. *No se perdonará a los familiares que inducen a la idolatría.* 12—18. *No se perdonará a las ciudades idólatras.*

Vv. 1—5. Moisés había advertido contra el peligro que pudiera venir de los cananeos. Aquí les advierte contra la aparición de la idolatría en medio de ellos. Debemos estar bien familiarizados con las verdades y preceptos de la Biblia; porque podemos esperar que se nos pruebe por la tentación al mal bajo la apariencia de lo bueno, del error disfrazado de verdad; nada puede oponerse directamente a tales tentaciones salvo el testimonio claro y expreso de la palabra de Dios en sentido contrario. Es una prueba de sincero afecto a Dios que a pesar de engañosas simulaciones no sean llevados a abandorar a Dios para seguir a otros dioses para servirles.

Vv. 6—11. Es política de Satanás tratar de guiarnos al mal por medio de nuestros seres queridos, de quienes menos podemos sospechar, y a quienes deseamos agradar y estamos dispuestos para conformarnos. Se supone que la tentación aquí viene de un hermano o un hijo que, por naturaleza, son cercanos; de una esposa o un amigo que son cercanos por elección y son para nosotros como nuestra propia alma. Pero es nuestro deber preferir a Dios y la religión, antes que los más cercanos y más queridos amigos que tengamos en el mundo. No debemos quebrantar la ley de Dios por agradar a nuestros amigos. No hay que consentirles, ni ir con ellos, sea por compañía o por curiosidad, ni para ganar sus afectos. Es una regla general: "Si los pecadores te quieren engañar, no consientas" Proverbios i, 10. No debemos impedir el curso de la justicia de Dios.

Vv. 12—18. Aquí está el caso de una ciudad que se rebela contra el Dios de Israel y sirve a otros dioses. Se supone que el delito fue cometido por una de las ciudades de Israel. Aunque se les ordenó preservar la religión por la fuerza, no se les permitió llevar a otras personas a ellas por el fuego y la espada. Los juicios espirituales bajo la dispensación cristiana son más terribles que la ejecución de los criminales; no tenemos menos causa que los israelitas para temer la ira divina. Entonces, temamos la idolatría espiritual de la codicia y el amor del placer mundano y tengamos cuidado de no verlos en nuestra familia por nuestro ejemplo o por la educación de los hijos. ¡Quiera el Señor escribir su ley y su verdad en nuestro corazón, y establecer en él su trono y derramar su amor!

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—21. *Los israelitas deben distinguirse de las demás naciones.* 22—29. *Respecto de los diezmos.*

Vv. 1—21. Moisés dice al pueblo de Israel que Dios les ha dado tres privilegios distintivos, los cuales eran su honor, y eran figura de las bendiciones espirituales de las cosas celestiales con que Dios nos ha bendecido en Cristo. Primero, la elección: *"El Señor te ha escogido"*. No los escogió porque fueran en sí mismos un pueblo peculiar para Él, por encima de las demás naciones, sino que los eligió para que ellos pudieran serlo por Su gracia; de la misma manera, fueron elegidos los creyentes, Efesios i, 4. Segundo, la adopción: *"Hijos sois de Jehová vuestro Dios"*, no porque Dios necesitase hijos sino porque ellos eran huérfanos y necesitaban un padre. Cada israelita espiritual es verdadero hijo de Dios, partícipe de Su naturaleza y favor. Tercero, la santificación: "*Eres pueblo santo"*. Se le exige al pueblo de Dios que sea santo, y si son santos, están endeudados con la gracia de Dios que los hace así. A quienes Dios elige para ser sus hijos, los formará para que sean un pueblo santo y celoso de buenas obras. Deben ser cuidadosos para evitar todo lo que pueda producir deshonra a su profesión de fe ante los ojos de quienes esperan verlos vacilar. Nuestro Padre celestial nada prohíbe que no sea por nuestro bienestar. No te hagas daño; no arruines tu salud, tu reputación, tus comodidades domésticas, la paz de tu mente. Especialmente, no asesines tu alma. No seas esclavo vil de tus apetitos y pasiones. No hagas miserables a los que te rodean y no traigas ignominia sobre ti; apunta a lo que es más excelente y útil. —Las leyes que consideraban inmundas muchas

clases de carne iban a impedirles que se mezclaran con sus vecinos idólatras. Claro está en *el evangelio* que estas leyes ahora han sido dejadas de lado, pero preguntemos a nuestro corazón, ¿somos los hijos del Señor nuestro Dios? ¿Estamos separados del mundo impío, apartados para la gloria de Dios, comprados por la sangre de Cristo? ¿Estamos sometidos a la obra del Espíritu Santo? Señor, ¡enséñanos con aquellos preceptos con cuánta pureza y santidad debe vivir todo tu pueblo!

Vv. 22—29. Se requería una segunda porción del producto de la tierra. Toda esta institución era evidentemente contra la codicia, la desconfianza y el egoísmo del corazón humano. Fomentaba la amistad, la liberalidad y la alegría, y proveía un fondo para ayuda de los pobres. Les enseñaba que su porción mundana era disfrutada en forma altamente consoladora, cuando era compartida con los hermanos que pasaban por necesidad. Si servimos así a Dios, y hacemos el bien con lo que tenemos, se promete que el Señor nuestro Dios nos bendecirá toda la obra de nuestras manos. La bendición de Dios es del todo para nuestra prosperidad externa; y sin esa bendición, la obra de nuestras manos no tendrá fruto. La bendición desciende sobre la mano diligente. No esperéis que Dios os bendiga en vuestra ociosidad y amor por la comodidad. Su bendición desciende sobre la mano que da. El que así reparte, ciertamente prosperará; y ser libre y generosos para apoyar la religión, y toda buena obra, es la forma más cierta y segura de prosperar.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—11. *El año de liberación.* 12—18. *Acerca de la liberación de los siervos.* 19—23. *Respecto de los primogénitos del ganado.*

Vv. 1—11. El año de liberación tipificaba la gracia del evangelio en el cual se proclama el año aceptable del Señor y, por el cual, obtenemos la remisión de nuestras deudas, esto es, el perdón de nuestros pecados. La ley es espiritual y pone restricciones a los pensamientos del corazón. Nos equivocamos si creemos que hay pensamientos libres del conocimiento y del control de Dios. Es un corazón verdaderamente perverso el que suscita malos pensamientos a partir de la buena ley de Dios, como los de ellos, que, debido a que Dios los obligó a la caridad del perdón, negaron la caridad de dar. Los que quieren abstenerse de pecar, deben mantener fuera de su mente el pensamiento mismo del pecado. —Cosa espantosa es que el pobre clame con justicia contra nosotros. —No te quejes por un acto de bondad hacia tu hermano; no desconfíes de la providencia de Dios. Lo que hagas, hazlo libremente, porque Dios ama al dador alegre, 2 Corintios ix, 7.

Vv. 12—18. Aquí se repite la ley sobre los siervos hebreos, con el agregado que requiere que los amos pongan alguna reserva en manos de sus siervos, para que se establezcan por sí mismos cuando sean liberados de su esclavitud, en la cual no recibían salarios. Podemos esperar bendiciones familiares, manantiales de prosperidad familiar, cuando tomamos conciencia de nuestro deber para con nuestros familiares. —Tenemos que recordar que somos deudores ante la justicia divina y no tenemos con qué pagar. Somos esclavos, pobres y perecemos. Pero el Señor Jesucristo, se hizo pobre, y derramó su sangre, e hizo una provisión plena y libre para el pago de nuestra deuda, el rescate de nuestras almas y para cubrir todas nuestras necesidades. Cuando se predica claramente el evangelio, se proclama el año aceptable del Señor; el año de la remisión de nuestras deudas, de la liberación de nuestra alma, y de la obtención de reposo en él. Cuando prevalezcan la fe de Cristo y el amor a Él, triunfarán sobre el egoísmo del corazón y sobre la maldad del mundo, eliminando las excusas que surgen de la incredulidad, la desconfianza y la codicia.

Vv. 19—23. Aquí hay instrucciones sobre lo que había que hacer con los primogénitos. No estamos ahora limitados como estuvieron los israelitas; no diferenciamos entre un ternero o cordero primogénitos y el resto. Entonces miremos el significado de esta ley en el evangelio, dedicándonos nosotros mismos y las *primicias* de nuestro tiempo y de nuestras fuerzas a Dios, y usando *todas* nuestras comodidades y placeres para su alabanza, y bajo la dirección de su ley, ya que todo lo tenemos por su dádiva.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—17. *Las fiestas anuales.* 18—22. *De los jueces—Árboles e imágenes prohibidas.*

Vv. 1—17. Aquí se repiten las leyes para las tres fiestas anuales; la de la pascua, la de pentecostés, la de los tabernáculos o cabañas; y la ley general acerca de la asistencia de la gente. Nunca debe olvidar el creyente su bajo estado de culpa y miseria, su liberación y el precio que costó al Redentor; que la gratitud y el gozo del Señor puedan mezclarse con el pesar por el pecado, y la paciencia bajo las tribulaciones en su camino al reino del cielo. —Los creyentes deben regocijarse en lo que reciben de Dios, y en lo que devuelven en sacrificio y servicio para Él; nuestro deber tiene que ser nuestro deleite y nuestro gozo. —Si quienes estaban bajo la ley debían regocijarse ante Dios, cuánto más nosotros que estamos bajo la gracia del evangelio; lo que hace que nuestro deber sea regocijarnos más, regocijarnos siempre en el Señor. Cuando nos regocijamos en Dios, debemos hacer lo que podamos por ayudar a los demás a que también se regocijen en Él, consolando a los dolientes y dándole a los necesitados. Todos los que hacen de Dios su gozo, pueden regocijarse con esperanza, pues es fiel quien lo ha prometido.

Vv. 18—22. Se cuida la debida administración de justicia. Todas las consideraciones personales deben dejarse de lado, para hacer bien a todos y mal a nadie. —Se pone cuidado en impedir que se sigan las costumbres idólatras de los paganos. Nada da una noción más falsa de Dios, ni tiende a corromper más las mentes de los hombres, que representar y adorar por medio de una imagen a ese Dios que es un Espíritu todopoderoso y eterno, presente en todo lugar. ¡Ay! Hasta en la época del evangelio y bajo mejor dispensación, establecido sobre mejores promesas, está en el corazón humano la tendencia a hacerse ídolos de una u otra forma.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—7. *Todos los sacrificios deben ser perfectos—Muerte a los idólatras.* 8—13. *Controversias difíciles.* 14—20. *Elección de un rey—Sus deberes.*

Vv. 1—7. Ninguna criatura que tuviera algún defecto podía ofrecerse como sacrificio a Dios. Así se nos pide que recordemos el sacrificio perfecto, puro e inmaculado de Cristo y se nos recuerda que sirvamos a Dios con lo mejor de nuestras capacidades, tiempo y posesiones, o nuestra obediencia fingida será aborrecible para Él. —Al idólatra judío se le debe infligir un castigo tan grande como la muerte, una muerte tan notable como la de morir apedreado. Que todos los que en nuestra época se hacen ídolos en sus corazones, recuerden cómo castigaba Dios este crimen en Israel.

Vv. 8—13. En cada ciudad había que establecer tribunales de justicia. Aunque su juicio no tuviera la autoridad divina de un oráculo, era el juicio de hombres experimentados, prudentes, sabios y tenía la ventaja de una promesa divina.

Vv. 14—20. Dios mismo era en particular el Rey de Israel, y si ellos ponían a otro rey sobre ellos, era necesario que Él eligiera a la persona. Consecuentemente cuando el pueblo quiso tener rey, recurrieron a Samuel, profeta del Señor. En todos los casos la elección de Dios, si podemos conocerla, debe dirigir, determinar y sobreponerse a la nuestra. —Se dan leyes para el príncipe que sea elegido. Él debe evitar cuidadosamente toda cosa que lo aleje de Dios y de la religión. Riquezas, honores y placeres son los tres grandes estorbos de la santidad (la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida), especialmente para quienes están en rangos elevados; aquí se advierte al rey en contra de todo esto. El rey debe estudiar cuidadosamente la ley de Dios y hacerla su regla; y teniendo una copia de las Escrituras de propio puño y letra, debe leerla todos los días de su vida. No basta tener Biblias, además debemos usarlas, usarlas a diario mientras vivamos. Los eruditos de Cristo nunca aprenden más que sus Biblias, pero tendrán ocasión constante para usarla, hasta que lleguen a ese mundo donde será perfeccionado el conocimiento y el amor. La escritura y lectura del rey eran como nada si no practicaba lo que escribía y leía. Los que temen a Dios y guardan sus mandamientos, harán lo mejor aun en este mundo.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—8. *Una cláusula sobre los levitas.* 9—14. *Evitar las abominaciones de los cananeos.* 15—22. *Cristo, el gran Profeta.*

Vv. 1—8. Se tiene cuidado de que los sacerdotes no se enreden en los asuntos de esta vida, ni se enriquezcan con los bienes de este mundo; tienen cosas mejores de qué preocuparse. Igualmente se toma el cuidado de que no les falten las comodidades y las ventajas de esta vida. El pueblo debe proveer para ellos. Quien tiene el beneficio de las asambleas religiosas solemnes, debe dar para el conveniente sostenimiento de los que ministran en tales asambleas.

Vv. 9—14. ¿Era posible que un pueblo tan bendecido con las instituciones divinas siempre estuviera en peligro de convertir en sus maestros a quienes Dios había hecho sus cautivos? Corrían ese peligro; por tanto, después de muchas advertencias, se les encarga no hacer según las abominaciones de las naciones de Canaán. —Quedan aquí prohibidos todo reconocimiento de días de buena o mala suerte, todo encantamiento para enfermedades, todos los amuletos o conjuros para evitar el mal, echarse la suerte, etc. Todo esto es tan malo que es la causa principal del desarraigo de los cananeos. Asombra pensar que haya falsarios de esta clase en una tierra y en una época de luz como la que vivimos. Son simples impostores que ciegan y engañan a sus seguidores.

Vv. 15—22. Esta es una promesa acerca de Cristo, que vendrá un Profeta, más grande que todos los profetas; por medio de Él Dios se dará a conocer a sí mismo, y su voluntad a los hijos de los hombres, en forma más plena y clara que nunca. Él es la luz del mundo, Juan viii, 12. Él es el Verbo por el cual Dios nos habla, Juan i, 1; Hebreos i, 2. En su nacimiento Él será uno de su nación. En su resurrección Él será exaltado en Jerusalén y, desde ahí, debe salir su doctrina hacia todo el mundo. De este modo, habiendo resucitado a su Hijo Cristo Jesús, Dios lo envió para bendecirnos. Él debía ser como Moisés, sólo que superior a él. Este profeta ha venido, es JESUS; y es “el que debía venir” y no tenemos que esperar a otro. La visión de Dios que Él da, no aterroriza ni sobrecoge, sino que nos anima. Habla con afecto paternal y autoridad divina. Quien se niega a escuchar a Jesucristo,

hallará es para su mal; Él mismo que es Profeta, será su Juez, Juan xii, 48. ¡Ay, entonces, de aquellos que rehusan escuchar su voz y aceptar su salvación o rendir obediencia a su mandato! Pero bienaventurados los que confían en Él y le obedecen. Él los llevará por las sendas de seguridad y paz hasta que los introduzca en la tierra de la perfecta luz, pureza y felicidad. —Aquí hay una advertencia contra los falsos profetas. Es parte de nuestro deber tener un criterio correcto para probar la palabra que oímos, para que sepamos que esa palabra no es la que el Señor ha hablado. Todo lo que se oponga al sentido claro de la palabra escrita o lo que dé favor o estímulo al pecado, podemos estar seguros que es algo que Dios no ha hablado.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—13. *Las ciudades de refugio—El homicida—El asesino.* 14. *No se deben quitar los linderos.* 15—21. *El castigo de los testigos falsos.*

Vv. 1—13. Aquí se establece la ley que rige entre la sangre del asesinado y la sangre del homicida; se hace provisión de que las ciudades de refugio sean una protección, para que no muera el hombre por un crimen que no fue intencional. En Cristo, el Señor que es nuestra Justicia, se da refugio a los que por fe acuden a Él. Pero no hay refugio en Jesucristo para los pecadores presuntuosos que siguen en sus transgresiones. Los que acuden a Cristo *de* sus pecados, se encontrarán a salvo en Él, pero no así los que esperan que Él los escude *en* sus pecados.

V. 14. Se dan instrucciones para fijar los deslindes en Canaán. Es voluntad de Dios que cada uno conozca lo suyo; y hay que usar los medios para evitar hacer y sufrir el mal. Sin duda, que este es un precepto moral que aún rige. Que cada hombre se contente con su propia fortuna, y sea justo con su prójimo en todas las cosas.

Vv. 15—21. Nunca debe dictarse sentencia sobre la base del testimonio de un solo testigo. El testigo falso debe sufrir el mismo castigo que pensó infligir a la persona que acusó. Ninguna ley podría ser más justa. Que todos los cristianos no sólo sean cautos para dar testimonio en público, sino que se cuiden de unirse a las calumnias; y que todo aquel cuya conciencia lo acusan de delitos, huyan sin tardanza a refugiarse en la esperanza puesta ante ellos en Jesucristo.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—9. *Exhortación y proclamación acerca de los que van a la guerra.* 10—20. *Intimación de paz—Ciudades que iban a ser condenadas.*

Vv. 1—9. En las guerras en que Israel se comprometiera conforme a la voluntad de Dios, podían esperar la ayuda divina. El Señor sería su única confianza. En este aspecto son tipo de la guerra del cristiano. Quienes no están dispuestos a pelear, deben ser despedidos. La indisposición puede surgir de alguna circunstancia externa del hombre. Dios no debe ser servido por hombres obligados que no tienen la disposición de hacerlo. *Tu pueblo se ofrecerá voluntariamente,* Salmo cx, 3. Al correr la carrera cristiana y pelear la buena batalla de la fe, debemos dejar de lado todo cuanto nos impida ofrecernos. Si la falta de voluntad de un hombre surge de la debilidad y el miedo, tendrá que

devolverse de la guerra. La razón dada es que no sea que apoque el corazón de sus hermanos como el suyo. Debemos considerar que nosotros no tememos lo que ellos temen, Isaías viii, 12.

Vv. 10—20. Aquí se instruye a los israelitas en cuanto a las naciones con quienes iban a hacer guerra. Que esto muestre la gracia de Dios en el trato con los pecadores. Les intima paz y les ruega que se reconcilien. También que nos muestra el deber al tratar con nuestros hermanos. No importa quienes estén por la guerra, nosotros debemos estar por la paz. —No debe quedar con vida ninguno de los habitantes de las ciudades entregadas a Israel. Puesto que no se podía esperar que se curasen de la idolatría, hubieran perjudicado a Israel. Estas normas no son *nuestra* regla de conducta sino la ley del amor de Cristo. —Los horrores de la guerra deben llenar al corazón sensible de angustia ante cada recuerdo; y son pruebas de la maldad del hombre, del poder de Satanás y de la justa venganza de Dios, que de esta manera azota al mundo culpable. ¡Pero cuán espantoso es el caso de los que están comprometidos en un conflicto desigual con su Hacedor, de quienes no se someten para rendirle el tributo grato de adoración y alabanza! Les aguarda una ruina segura. —No permitamos que la cantidad ni el poderío de los enemigos de nuestra alma nos haga desmayar; que tampoco nuestra propia debilidad nos haga temblar o desmayar. El Señor nos salvará; pero que en esta guerra nadie se comprometa si su corazón tiene amor por el mundo o le tiene miedo a la cruz y al conflicto. —Se cuida aquí de no destruir los árboles frutales de las ciudades sitiadas. Dios es amigo mejor del hombre que éste para sí mismo; y la ley de Dios tiene consideración por nuestros intereses y comodidades; mientras nuestros apetitos y pasiones, en que nos damos el gusto, son enemigos de nuestro bienestar. Muchos de los preceptos divinos nos impiden destruir aquello que es para nuestra vida y comida. Los judíos entienden todo esto como una prohibición de todo desperdicio voluntario en cualquier sentido. Todo lo que Dios creó es bueno; y nada es de desecharse; así nada es para abusar de ello. Podemos vivir para necesitar lo que desperdiciamos negligentemente.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—9. *La expiación del homicidio no resuelto.* 10—14. *De la cautiva tomada como esposa.* 15—17. *No desheredar al primogénito por afectos particulares.* 18—21. *Debe lapidarse al hijo porfiado.* 22, 23. *Los malhechores no deben quedar colgados toda la noche.*

Vv. 1—9. Si no se pudiera hallar a un homicida, se provee una gran solemnidad para quitar la culpa de la tierra como expresión de temor y aborrecimientos de ese pecado. La providencia de Dios ha sacado a la luz, siempre en forma maravillosa, las obras ocultas de las tinieblas y, el pecado del culpable a menudo por extraño que parezca, lo ha alcanzado. El terror del homicidio debe estar profundamente impreso en todo corazón y todos deben unirse para detectar y castigar a los culpables. Los ancianos tenían que profesar que no habían en forma alguna ayudado o instigado el pecado. Los sacerdotes tenían que rogar a Dios por el país y la nación pidiendo a Dios que fuera misericordioso. Debemos vaciar con nuestras oraciones la medida que otros llenan con sus pecados. Por esta solemnidad todos serían enseñados a tener el máximo cuidado y diligencia para impedir, descubrir y castigar el homicidio. Todos podemos aprender de aquí a cuidarnos de participar en los pecados de otros hombres. Si no las reprendemos, somos partícipes en las obras infructuosas de las tinieblas.

Vv. 10—14. Esta ley permitía a un soldado casarse con su cautiva, si así le agradaba. Esto podía suceder en algunas ocasiones; pero la ley no demuestra aprobación de esto. También insinúa cuán obligatorias en el matrimonio son las leyes de la justicia y honor, el cual es un compromiso sagrado.

Vv. 15—17. Esta ley prohíbe a los hombres desheredar a su primogénito sin causa justa. El principio de este caso acerca de los hijos todavía es obligatorio para los padres; ellos conceden a sus hijos su derecho sin parcialidad.

Vv. 18—21. Fíjese como se describe aquí al transgresor. Es un hijo rebelde y porfiado. A ningún hijo le irá de lo peor por carencia de capacidad, lentitud o torpeza, sino por ser voluntarioso y obstinado. Nada lleva a los hombres a toda clase de maldad y los endurece en eso con más seguridad y fatalidad que la embriaguez. Cuando los hombres se entregan a la bebida se olvidan de la ley de honrar a los padres. Su padre y su madre deben quejarse de él a los ancianos de la ciudad. Los hijos que olvidan su deber, sin culpar a sus padres, si son mirados cada vez con menos afecto, deben reconocer que eso sucede gracias a su misma conducta. Debe ser lapidado en público hasta morir, lo que harán los hombres de su ciudad. Desobedecer la autoridad de los padres debe ser muy malo puesto que se ordena tal castigo; y, en la actualidad no es menos provocador para Dios, aunque escape del castigo del mundo. Pero cuando la juventud se esclaviza tempranamente a sus apetitos sensuales, pronto se endurece el corazón y se encallece la conciencia; y nada podemos esperar sino rebeldía y destrucción.

Vv. 22, 23. Por la ley de Moisés era contaminante tocar un cadáver, por tanto, no deben quedar los cadáveres colgados, porque así contaminan la tierra. Hay aquí una razón que se refiere a Cristo: maldito por Dios es el colgado; esto es, el mayor grado de desgracia y reproche. Quienes vean a un hombre colgado entre el cielo y la tierra, concluirán que ése ha sido abandonado por ambos, siendo indigno de los dos lugares. Moisés, por inspiración del Espíritu usa la frase de ser maldito de Dios, cuando quiere decir no más que ser tratado en la forma más ignominiosa, para que después pudiera aplicarse a la muerte de Cristo y mostrar que en ella Él sufrió la maldición de la ley por nosotros; lo cual prueba su amor y estimula a tener fe en Él.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—4. *De la humanidad para con los hermanos.* 5—12. *Varios preceptos.* 13—30. *Contra la impureza.*

Vv. 1—4. Si consideramos debidamente la regla de oro de “hacer a los demás como queremos que ellos nos hagan a nosotros”, podrían omitirse muchos preceptos particulares. No podemos adueñarnos de nada que encontremos. La religión nos enseña a ser amistosos y dispuestos para hacer todos los buenos oficios a todos los hombres. No sabemos cuán pronto podemos tener necesidad de ayuda.

Vv. 5—12. La providencia de Dios se extiende a los asuntos más pequeños, y sus preceptos también, para que aun en ellos podamos tener el temor del Señor, como que estamos bajo su ojo y su cuidado. Pero la tendencia de estas leyes, aunque parezcan poca cosa, es tal que, por hallarse en la ley de Dios, deben contarse como grandes cosas. Si nos demostramos como pueblo de Dios debemos respetar su voluntad y su gloria, y no las modas vanas del mundo. Aun al vestirnos con la ropa, al comer o beber, todo debe hacerse con seria consideración de la preservación de nuestra pureza de corazón y de conducta, así como la del prójimo. Nuestro ojo debe ser sencillo, nuestro corazón simple y nuestra conducta coherente.

Vv. 13—30. Estas reglas y otras afines pudieron ser necesarias en aquel *entonces* y no es necesario que *nosotros* debamos examinarlas detalladamente, sino con respeto. Las leyes se

relacionan al séptimo mandamiento, imponiendo una prohibición a las lujurias carnales que batallan contra el alma.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—8. *Quiénes son expulsados de la congregación.* 9—14. *Leyes sanitarias.* 15—25. *De los siervos fugitivos—Usura y otros preceptos.*

Vv. 1—8. Debemos valorar los privilegios del pueblo de Dios tanto por nosotros mismos como por nuestros hijos, por sobre toda otra ventaja. Ningún defecto personal, ningún crimen de nuestros antepasados, ninguna diferencia nacional, nos excluye de la dispensación cristiana, sino el corazón malo que nos priva de todas las bendiciones; y un mal ejemplo o un matrimonio inadecuado puede quitarlas a nuestros hijos.

Vv. 9—14. En el campamento del Señor no debe haber nada impuro. Si se debe tener cuidado para conservar limpio el cuerpo, cuánto más debemos cuidar de mantener pura la mente.

Vv. 15—25. Es honroso dar refugio y protección al débil, siempre que no sea perverso. Los prosélitos y los convertidos a la verdad deben ser tratados con ternura especial para que no tengan la tentación de volver al mundo. —No podemos honrar a Dios con nuestra sustancia a menos que sea honrada y honorablemente. No sólo debe considerarse lo que damos, sino cómo lo obtuvimos. Donde el que pide prestado consigue o espera conseguir, justo es que el que presta comparta lo ganado; pero debe mostrar piedad para el que pide prestado para comer lo necesario. —No debe uno retractarse de lo que sale de sus labios como voto solemne y deliberado, sino que debe mantenerlo y cumplirlo puntual y completamente. —A ellos se les permitió recoger y comer trigo y uvas que crecían a la vera del camino; solo que no podían llevar nada consigo. Esta ley presuponía la gran abundancia de maíz y vino que tendrían en Canaán. Hace provisión para el sustento de los viajeros pobres, y nos enseña a ser bondadosos con ellos, nos enseña a estar dispuestos a repartir y a no pensar que se pierde todo lo que se da. Sin embargo, nos prohíbe abusar de la amabilidad de los amigos o sacar ventaja de lo permitido. La fidelidad con sus compromisos debe ser característica del pueblo de Dios; nunca debieran atropellar a los demás.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—4. *Del divorcio.* 5—13. *De las personas recién casadas—De los secuestradores—De las prendas.* 14—22. *De la justicia y la generosidad.*

Vv. 1—4. Cuando la providencia de Dios, o una mala elección en el matrimonio, ha otorgado a un cristiano una tribulación en lugar de una ayuda idónea, de todo su corazón él preferirá llevar la cruz, que el alivio que tienda al pecado, a la confusión y la desgracia. La gracia divina santificará su cruz, lo sostendrá en ella y le enseñará comportarse de tal manera que paulatinamente se le hará más tolerable.

Vv. 5—13. De gran trascendencia es que se mantenga el amor de marido y mujer; que eviten cuidadosamente todo lo que pueda hacerlos extraños. —El secuestro era un crimen capital que no

podía arreglarse por la restitución como los otros robos. —Las leyes sobre la lepra deben ser cuidadosamente observadas. Así, todos los que sientan su conciencia bajo la culpa y la ira, no deben encubrirla ni tratar de librarla de su convicción de pecado, sino que por el arrepentimiento, la oración y la confesión humilde, deben tomar la senda de la paz y el perdón. —Se dan algunas órdenes sobre pedir prenda para prestar dinero. Esto nos enseña a considerar el bienestar y la subsistencia de los demás tanto como la propia ventaja. Que el deudor pobre duerma con su ropa y alaben a Dios por la bondad suya para con él. Los deudores pobres deben sentir más de lo común la bondad de sus acreedores que no se aprovechan de todas las ventajas de la ley en cuanto a ellos, ni tampoco deben considerar esto como debilidad.

Vv. 14—22. No cuesta probar que la pureza, la piedad, la justicia, la misericordia, la conducta equitativa, la amabilidad para con el pobre y necesitado, la consideración por ellos y la generosidad de espíritu, agradan a Dios y corresponden a su pueblo redimido. La dificultad es atenderlos en nuestro caminar y conducta cotidiano.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—3. *Magnitud del castigo.* 4. *El buey que pisoteaba el trigo.* 5—12. *Matrimonio de la esposa de un hermano.* 13—16. *De los pesos injustos.* 17—19. *Guerra contra Amalec.*

Vv. 1—3. Todo castigo debe realizarse con solemnidad para que quienes lo vean puedan llenarse de espanto y tomar las medidas para no ofender en manera semejante. Aunque los transgresores deben ser avergonzados y deben sentir el dolor, para su advertencia y desgracia, hay que cuidarse de todos modos de no envilecerlos completamente. Bienaventurados los que son castigados por el Señor para hacerlos humildes, para que no sean condenados a la destrucción con el mundo.

V. 4. Esto es encargo para los labradores. Nos enseña a valorar mucho a los animales que nos sirven. Pero tenemos que aprender no sólo a ser justos, sino generosos con todos los que se preocupan por el bien de nuestra mejor parte, nuestra alma, 1 Corintios ix, 9.

Vv. 5—12. La costumbre que aquí se regula parece haber estado en la ley judía para mantener claras las herencias; ahora sería ilegal.

Vv. 13—16. La ganancia deshonesta siempre trae maldición a la propiedad, a la familia y al alma de los hombres. Bienaventurados los que se juzgan a sí mismos, se arrepienten de sus pecados y los abandonan, desechando las cosas malas para que no sean condenados por el Señor.

Vv. 17—19. Que cada perseguidor e injuriador del pueblo de Dios sea advertido del caso de los amalecitas. Mientras más tarde en sobrevenir el juicio, más terrible será al final. Amalec puede recordarnos a los enemigos de nuestra alma. Que todos seamos capaces para matar todas nuestras concupiscencias, todas las corrupciones externas e internas, todas las potestades de las tinieblas y del mundo que se nos oponen en nuestro camino al bendecido Salvador.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—11. *Declaración al ofrendar las primicias.* 12—15. *La oración posterior a la entrega del diezmo del tercer año.* 16—19. *Pacto entre Dios y el pueblo.*

Vv. 1—11. Cuando ha cumplido con nosotros sus promesas, Dios espera que nosotros lo atribuyamos a la honra de su fidelidad. Nuestro consuelo como criaturas es doblemente dulce cuando lo vemos fluir de la fuente de la promesa. La persona que ofrendó sus primicias debe recordar y reconocer el bajo origen de la nación, de la cual era miembro. Un arameo a punto para perecer fue mi padre. Jacob es aquí llamado arameo. Su nación en su infancia peregrinó en Egipto como extranjeros, donde sirvieron como esclavos. Eran un pueblo pobre, oprimido y despreciado en Egipto; y aunque se enriquecieron y crecieron, no tenían razón para sentirse orgullosos, seguros ni para olvidarse de Dios. —Debe reconocer agradecido la gran bondad de Dios para Israel. El consuelo que tenemos en lo que disfrutamos, debiera llevarnos a vivir agradecidos por nuestra participación en la abundancia y la paz públicas; y con las misericordias presentes, debiéramos bendecir al Señor por las misericordias pasadas que recordamos, y las misericordias futuras que aguardamos con esperanza. —Debía ofrendar su canasto de primicias. Toda cosa buena que Dios nos da, es con su voluntad de que hagamos de ello el uso más consolador que podamos, atribuyendo los arroyos de bendición a la Fuente de todo consuelo.

Vv. 12—15. ¿Cómo podría rendir la Tierra su producto o, si lo hiciera, qué consuelo podríamos tener en eso, a menos que con ello nuestro Dios nos diese su bendición? —Todo esto representa la relación contractual entre un Dios reconciliado y cada creyente verdadero, y los privilegios y deberes correspondientes. Debemos estar alerta y demostrar que, de conformidad con el pacto de gracia en Cristo Jesús, Jehová es nuestro Dios y nosotros somos su pueblo, esperando su voluntad en el cumplimiento de sus promesas de la gracia.

Vv. 16—19. Aquí Moisés pone en vigencia los preceptos. Son leyes de Dios, por tanto, debéis hacerlas, pues para ese fin os fueron dadas; hacedlas y sin discutir; hacedlas sin retractaros; hacedlas, no descuidada e hipócritamente, sino con corazón y alma, con todo vuestro corazón y toda vuestra alma. Nosotros juramos y rompemos el compromiso más sagrado si, cuando hemos tomado al Señor para ser nuestro Dios, no tomamos conciencia de obedecer sus mandamientos. Somos elegidos para obedecer, 1 Pedro i, 2; elegidos para ser santos, Efesios i, 4; purificados para ser un pueblo propio, que podamos no sólo hacer buenas obras, sino ser celosos de ella, Tito ii, 14. La santidad es el verdadero honor, y el único camino al honor eterno.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—10. *La ley debía escribirse en piedras en la tierra prometida.* 11—26. *Las maldiciones que debían pronunciarse en el monte Ebal.*

Vv. 1—10. Tan pronto como entraran a Canaán tenían que erigir un monumento en el cual escribir las palabras de esta ley. —Deben levantar un altar. La palabra y la oración deben ir juntas. Aunque por iniciativa propia no podían levantar un altar fuera del tabernáculo, sin embargo, por indicación de Dios podían hacerlo en ocasiones especiales. Este altar debía ser hecho de piedras no labradas, como las encontraran en el campo. Cristo, nuestro Altar, la piedra cortada del monte no con manos humanas, desechado por los edificadores, que no tenía parecer ni hermosura, pero aceptado por Dios Padre y hecho cabeza del ángulo. En el Antiguo Testamento están escritas las palabras de la ley con la maldición anexada; lo cual nos abrumaría de terror, si en el Nuevo Testamento no tuviésemos un altar cercano, que da consolación. Bendito sea Dios, las copias impresas de las Escrituras entre

nosotros, eliminan la necesidad de los métodos presentados a Israel. El propósito del ministerio del evangelio es, y debiera ser la finalidad de los predicadores, hacer lo más clara posible la palabra de Dios. Sin embargo, a menos que el Espíritu Santo de Dios prospere tales labores, aun esos medios no nos harán sabios para salvación: por esta bendición debiéramos, por tanto, orar diaria y fervorosamente.

Vv. 11—26. Las seis tribus designadas para la bendición eran todas hijos de las libres, porque a ellas pertenece la promesa, Gálatas iv, 31. Leví está aquí entre el resto. Los ministros deben aplicarse a sí mismos la bendición y la maldición que predican a los demás, y por fe decir su propio amén a ellas. No sólo deben atraer a la gente a su deber con las promesas de bendición, sino provocarnos temor con las amenazas de una maldición, declarando que la maldición sobrevendrá a quienes hagan tales cosas. La gente tenía que decir amén a cada una de las maldiciones. Su fe profesaba que estas, y otras maldiciones semejantes, eran declaraciones reales de la ira de Dios contra la impiedad e injusticia de los hombres, de las cuales ni una *tilde* caerá por tierra. —Era el reconocimiento de la equidad de las maldiciones. Los que hacen tales cosas merecen caer y permanecer bajo la maldición. Para que los culpables de otros pecados, no mencionados aquí, no se creyeran a salvo de la maldición, la última alcanza a todos: No sólo a los que hacen el mal que prohíbe la ley, sino también a aquellos que omiten el bien que la ley manda. Sin la sangre expiatoria de Cristo, los pecadores no pueden tener comunión con un Dios santo ni hacer nada que sea aceptable para Él; Su justa ley condena a todos los que, en algún momento o en algo, la transgreden. Como transgresores permanecemos bajo su espantosa maldición, hasta que la redención de Cristo es aplicada a nuestro corazón. Donde quiera la gracia de Dios traiga salvación, enseña al creyente que renunciando a la impiedad y los deseos mundanos, viva en este siglo sobria, justa y piadosamente, dando su amén a las palabras de la ley de Dios, y deleitándose en ella según el hombre interior. En este santo caminar se encuentran la paz verdadera y el gozo estable.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—14. *Las bendiciones de la obediencia.* 15—44. *Las maldiciones de la desobediencia.* 45—68. *Su ruina, si desobedecen.*

Vv. 1—14. Este capítulo es una exposición muy larga de dos palabras, la *bendición* y la *maldición*. Son cosas reales que tienen efectos reales. Aquí las bendiciones son puestas antes que las maldiciones. Dios es lento para la ira, pero rápido para mostrar misericordia. Se complace en bendecir. Es mejor dejarnos atraer por lo bueno con una esperanza infantil del favor de Dios, antes que vivir atemorizados por un temor servil a su ira. La *bendición* es prometida con la condición de que escuchen diligentes la voz de Dios. Que conserven la religión, su forma y poder, en sus familias y su nación, entonces la providencia de Dios prosperaría todas sus preocupaciones externas.

Vv. 15—44. Si no guardamos los mandamientos de Dios no sólo quedamos destituidos de la bendición prometida, sino que nos ponemos bajo la maldición que abarca toda miseria, así como la bendición comprende toda bienaventuranza. Obsérvese *la justicia de esta maldición*. No es una maldición sin causa, o por una causa leve. *La extensión y poder de esta maldición*. Doquiera vaya el pecador, la maldición de Dios le sigue; doquiera esté, ella descansa sobre él. Todo lo que tiene está bajo maldición. Todas sus alegrías son amargas; no puede hallar verdadero consuelo, pues la ira de Dios está mezclada con ellas. Aquí se pronuncian muchos juicios, que serán los frutos de la maldición, con los cuales Dios castigará al pueblo judío por su apostasía y desobediencia. Podemos observar el cumplimiento de estas amenazas en el estado presente de ese pueblo. Para completar su

miseria, las tribulaciones amenazan con despojarlos de todo consuelo y esperanza, abandonados a una completa desesperación. Los que andan por vista y no por fe, corren el peligro de perder la razón misma cuando todo a su alrededor se presenta espantoso.

Vv. 45—68. Si Dios se venga, ¡qué miserias puede acarrear su maldición a la humanidad, aun en el mundo actual! Pero estas no son sino el principio de dolores para los que están bajo la maldición de Dios. ¡Cuánta será entonces la miseria del mundo donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga! Obsérvese lo que aquí se dice de la ira de Dios, la cual debe venir y quedar sobre los israelitas por su pecado. Asombra pensar que un pueblo por tanto tiempo favorito del Cielo, sea de tal manera desechado y no obstante, que en un pueblo disperso a través de todas las naciones sea mantenida su identidad, sin mezclarse con los demás. Si no servían a Dios con gozo, serían obligados a servir a sus enemigos. Podemos esperar justamente de Dios, que si no tememos su nombre temible, sentiremos sus terribles plagas, puesto que Dios debe ser temido de una u otra manera. —Se describe la destrucción que los amenaza. Sin duda, ellos fueron arrancados de la tierra (versículo 63), no sólo por el cautiverio babilónico y cuando Jerusalén fue destruida por los romanos, sino después, cuando no se les permitió poner el pie en Jerusalén. No hallarán descanso; ningún descanso del cuerpo, versículo 65, sino se mudarán continuamente, sea con la esperanza de ganancias, o por miedo a la persecución. Ningún reposo mental, lo cual es mucho peor. Han sido expulsados de ciudad en ciudad, de país en país; han sido recibidos nuevamente, sólo para ser expulsados nuevamente. Estos acontecimientos comparados con el favor demostrado a Israel en la antigüedad, y con las profecías, no sólo debieran excitar el asombro, sino convertirse en testimonio para nosotros, asegurándonos la verdad de la Escritura. Cuando las otras profecías de su conversión a Cristo se cumplan, todo será señal y milagro para todas las naciones de la Tierra y precursor de la difusión general del cristianismo verdadero. El cumplimiento de estas profecías sobre la nación judía, entregadas hace más de tres mil años, demuestra que Moisés hablaba por el Espíritu de Dios, que no sólo prevé la ruina de los pecadores, sino que los advierte al respecto para que puedan evitarla por el arrepentimiento verdadero y oportuno o, de lo contrario, ser dejados sin excusa. Y seamos agradecidos de que Cristo nos haya redimido de la maldición de la ley hecho por nosotros maldición, llevando en su persona todo el castigo que merecen nuestros pecados, y que, de otro modo, hubiéramos tenido que soportar para siempre. A este Refugio y salvación huyan los pecadores; allí regocíjense los creyentes y sirvan a su Dios reconciliado con corazón alegre por la abundancia de sus bendiciones espirituales.

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—9. *Moisés pide se recuerden las misericordias de Israel.* 10—21. *La ira divina está sobre los que se jactan de su maldad.* 22—28. *La ruina de la nación judía.* 29. *Las cosas secretas pertenecen a Dios.*

Vv. 1—9. Debemos pensar que las misericordias, antiguas y las nuevas, son motivo de obediencia. El oído que oye, y el ojo que ve, y el corazón que entiende, son dádivas de Dios. Todos los que los tienen, los han recibido de Él. Dios no sólo da comida y ropa, sino riqueza y grandes posesiones a muchos que no les da su gracia. Hay muchos que disfrutan de sus dones, que no tienen corazón para reconocer al Dador, ni darse cuenta del verdadero designio y uso de las dádivas. Por gratitud e interés, por deber y fidelidad, estamos obligados a guardar las palabras del pacto.

Vv. 10—21. El pacto nacional hecho con Israel no sólo tipifica el pacto de gracia hecho con los verdaderos creyentes, sino representa además la dispensación externa del evangelio. Quienes han

sido capacitados para recibir el nuevo pacto de misericordia y gracia de Jehová en Jesucristo, y entregarse para ser su pueblo, deben aprovechar toda oportunidad de renovar su profesión franca de relación con Él y su obligación con Él, como Dios de salvación, y caminar en conformidad con ello. —Se describe al pecador como uno cuyo corazón se aleja de Dios; allí empieza la maldad, en el corazón malo de la incredulidad, que inclina a los hombres a alejarse del Dios vivo para ir a ídolos muertos. Aun a este pecado son tentados los hombres ahora, cuando sus propias lujurias y fantasías los descarrían. Tales hombres son raíces que producen hiel y amargura. Ellos son malezas que, si se las deja solas, se esparcen por todo el campo. Satanás puede disfrazar este bocado amargo por un tiempo, para que no disciernas el sabor natural, pero, en el día postrero, si no antes, el sabor verdadero se hará patente. —Fijaos en la seguridad del pecador en el pecado. Aunque oye las palabras de la maldición, todavía piensa que está a salvo de la ira de Dios. Difícilmente haya en todo el libro de Dios una amenaza más espantosa que esta. ¡Oh, que los pecadores presuntuosos la lean y tiemblen! Porque es una *declaración real* de la ira de Dios contra toda impiedad e injusticia de los hombres.

Vv. 22—28. La idolatría será la ruina de su nación. No es cosa nueva que Dios acarree juicios desoladores sobre un pueblo cercano a Él por profesión. Nunca hace esto sin una buena razón. Nos corresponde buscar la razón, para que demos gloria a Dios y nos demos por advertidos. —De manera que la ley de Moisés deja a los pecadores bajo la maldición y sin raíces en la tierra del Señor, pero la gracia de Cristo para con los pecadores arrepentidos que creen, los planta de nuevo en su tierra, y no serán arrancados, resguardados por el poder de Dios.

V. 29. Moisés termina su profecía del rechazo de los judíos, de la manera que San Pablo termina su sermón sobre el tema, cuando empieza a cumplirse, Romanos xi, 33. Se nos prohíbe inquirir por curiosidad en los consejos secretos de Dios y decidir al respecto. Pero se nos dirige y estimula a que escudriñemos diligentemente en aquello que Dios ha dado a conocer. Él no ha retenido nada que sea provechoso para nosotros, sino sólo lo que es bueno que ignoremos. El fin de toda revelación divina no es darnos temas curiosos de especulación y discusión, sino que podamos *hacer* todas las palabras de esta ley y ser bendecidos en nuestro *obrar.* La Biblia revela *claramente* esto; más allá de esto no pueden ir *provechosamente* los hombres. Por esta luz uno puede vivir y morir cómodamente y ser feliz para siempre.

CAPÍTULO XXX

Versículos 1—10. *Promesas de misericordia al arrepentido.* 11—14. *Encarecimiento del mandamiento.* 15—20. *La vida y la muerte puestas ante ellos.*

Vv. 1—10. En este capítulo hay un claro anuncio de la misericordia que Dios tiene guardada para Israel en los postreros tiempos. El pasaje se refiere a las advertencias proféticas de los últimos dos capítulo, que se cumplieron principalmente en la destrucción de Jerusalén por los romanos, y en su dispersión hasta la fecha; no cabe duda que las promesas proféticas contenidas en estos versículos están aun pendientes. La nación judía se convertirá a la fe de Cristo en algún período futuro, quizá no muy distante; y, muchos creen, se establecerá de nuevo en la tierra de Canaán. El lenguaje que aquí se usa es, en gran medida, de promesas *absolutas*; no sólo de compromiso *condicional* sino que declara un hecho que ocurrirá con toda certeza. Porque el mismo Señor se compromete aquí: *"circuncidará Jehová tu Dios tu corazón"*, y cuando la gracia regeneradora haya eliminado la naturaleza corrupta, y el amor divino haya suplantado al amor por el pecado, ellos ciertamente reflexionarán, se arrepentirán, volverán a Dios y le obedecerán; y Él se regocijará en hacerles el

bien. El cambio ocasionado en ellos no sólo será por fuera ni consistente sólo de opiniones; llegará a sus almas. Producirá en ellos un supremo odio por todo pecado y un amor ferviente hacia Dios, como su Dios reconciliado en Cristo Jesús; ellos lo amarán con todo su corazón y con toda su alma. En la actualidad están muy distantes de este estado mental, pero así estaban los asesinos del Señor Jesús en el día de Pentecostés, quienes, no obstante, en una hora se convirtieron a Dios. Así será el día del poder de Dios; una nación nacerá en un día; el Señor lo acelerará en su tiempo. —Como promesa condicionada, este pasaje pertenece a todas las personas y a todos los pueblos, no sólo a Israel; nos asegura que los pecadores más grandes, si se arrepienten y se convierten, recibirán el perdón de sus pecados, y serán restaurados al favor de Dios.

Vv. 11—14. La ley no es demasiado elevada para ti. No es conocida solo en lugares lejanos; no está confinada a los hombres doctos. Está escrita en tus libros, hecha clara para que corra el que leyere en ella. Está en tu boca, en la lengua que usas corrientemente, para que puedas oírla cuando lees y hablar de ella a tus hijos. Ha sido dada de tal manera que esté al alcance del entendimiento más sencillo. Esto es especialmente cierto del evangelio de Cristo, al cual lo aplica el apóstol. Pero la palabra está cerca de nosotros, y Cristo está en esa palabra; de modo que si creemos con el corazón, que las promesas del Mesías se cumplen en nuestro Señor Jesús, y las confesamos con nuestra boca, entonces tenemos a Cristo con nosotros.

Vv. 15—20. ¿Qué cosa podría decirse más conmovedora y que tenga más probabilidades de causar impresiones profundas y permanentes? Todo hombre desea obtener vida y bienestar y escapar de la muerte y del mal; desea la felicidad y teme la desdicha. Tan grande es la compasión del Señor, que por su palabra ha favorecido a los hombres con el conocimiento del bien y del mal, que los haría por siempre felices si no fuera por su propia falta. Oigamos el resumen de todo el asunto. Si ellos y los suyos amaran a Dios y le sirvieran, vivirían y serían felices. Si ellos, o los suyos, se alejan de Dios, desertan de su servicio y adoran otros dioses, esto ciertamente será su ruina. Nunca hubo, desde la caída del hombre, más de *un solo camino* al cielo, el cual está marcado en ambos Testamentos, aunque no con igual claridad. Moisés se refería al mismo camino de aceptación que Pablo describió más claramente; y las palabras de Pablo se refieren a la misma obediencia de la cual trató más plenamente Moisés. En ambos Testamentos se nos acerca el camino bueno y recto y se nos ha revelado con claridad.

CAPÍTULO XXXI

Versículos 1—8. *Moisés anima al pueblo y a Josué*. 9—13. *La ley debe leerse cada séptimo año.* 14—22. *Anuncio de la apostasía de los israelitas—Un cántico que es testimonio contra ellos.* 23—30. *La ley entregada a los levitas.*

Vv. 1—8. Moisés asegura a Israel la presencia constante de Dios con ellos. Esto es aplicado por el apóstol a todo el Israel espiritual, para animar su fe y esperanza; a nosotros nos es predicado este evangelio, como asimismo a ellos; no te dejará ni te desamparará, Hebreos xiii, 5. —Moisés les recomienda como líder a Josué, cuya sabiduría, valor y afecto habían conocido desde hacía mucho tiempo, a quien Dios había nombrado para ser su caudillo, al cual reconocería y bendeciría. Josué se siente muy complacido al ser amonestado por Moisés a ser firme y valiente. Le irá bien a quienes tengan a Dios con ellos, por tanto, deben tener valor. En Dios haremos proezas, pues en Él tendremos la victoria; si resistimos al diablo, de nosotros huirá.

Vv. 9—13. Aunque leamos la palabra en privado, no debemos pensar que sea innecesario oírla cuando se lee en público. La lectura solemne de la ley debía hacerse el año de la remisión. El año de remisión era tipo de la gracia del evangelio, llamado año aceptable del Señor, porque nuestro perdón y libertad gracias a Cristo, nos compromete a obedecer sus mandamientos. Debe leerse ante todo Israel, hombres, mujeres, niños y a los extranjeros. Voluntad de Dios es que toda la gente se familiarice con su palabra. Es regla para todos; por tanto, deben leerla a todos. Quien haya leído los trabajos que soportan muchas personas por conseguir trozos de la Escritura, cuando no se puede obtener o no tener sin peligro una copia entera, verá cuán agradecidos debiéramos estar por los miles de ejemplares que tenemos. También entenderán la situación muy especial en que estuvieron los israelitas por mucho tiempo. Pero el corazón del hombre es tan negligente, que se hallará que todo es demasiado poco para conservar el conocimiento de las verdades, preceptos y adoración de Dios.

Vv. 14—22. Moisés y Josué atendían a la majestad divina en la puerta del tabernáculo. A Moisés se le dice nuevamente que debe morir en breve; aun a los que están más preparados y dispuestos a morir hay que recordarles a menudo la llegada de ese día. El Señor dice a Moisés que el pacto por el cual él se había esforzado tanto por concretar entre Israel y Dios, sería roto después de su muerte. Israel iba a abandonar a Dios; entonces, Dios iba a abandonar a Israel. Él con justicia desecha a los que con injusticia lo desechan. —Se ordena a Moisés que les entregue un cántico que debe quedar como testimonio permanente *de* Dios, como que es fiel a ellos al prevenirlos y, *contra* ellos, como personas falsas consigo mismas al no aceptar la advertencia. La palabra de Dios discierne los pensamientos e intenciones del corazón de los hombres y les sale al encuentro con reprensiones y correctivos. Los ministros que predican la palabra no conocen el pensamiento de los hombres, pero Dios, de quien es la palabra, lo sabe perfectamente.

Vv. 23—30. Se narra nuevamente la entrega solemne del libro de la ley a los levitas para colocarlo en el arca, o mejor dicho, a un lado del arca. El cántico que sigue en el próximo capítulo se entrega a Moisés y él, al pueblo. Primero lo escribió según lo enseñó el Espíritu Santo; y luego lo dijo a oídos de todo el pueblo. Moisés les dice claramente: Sé que después de mi muerte, ciertamente os corromperéis. Esto indudablemente ocasionó más de un pensamiento triste a este buen hombre, pero su consuelo era que había cumplido su deber, y que Dios sería glorificado en la dispersión de ellos, si no en la ocupación de la tierra, porque el fundamento de Dios está firme.

CAPÍTULO XXXII

Versículos 1, 2. *El cántico de Moisés.* 3—6. *El carácter de Dios—El carácter de Israel.* 7—14. *Las cosas grandes que Dios hizo por Israel.* 15—18. *La iniquidad de Israel.* 19—25. *Los juicios que les sobrevendrán por sus pecados.* 26—38. *Suspensión de la venganza merecida.* 39—43. *La liberación de Dios para su pueblo.* 44—47. *La exhortación con que fue entregado el cántico.* 48—52. *Moisés sube al monte Nebo a morir.*

Vv. 1, 2. Moisés comienza con una apelación solemne al cielo y tierra en cuanto a la verdad e importancia de lo que iba a decir. Su doctrina es el evangelio, el discurso de Dios, la doctrina de Cristo; la doctrina de la gracia y misericordia por medio de Él, y de la vida y salvación por Él.

Vv. 3—6. *"¡Él es una Roca!"*. Esta es la primera vez que se llama así a Dios en la Escritura. La expresión denota que el poder, la fidelidad y el amor divino, revelados en Cristo y el evangelio, forman un fundamento que no puede ser cambiado ni movido, sobre el cual podemos edificar nuestras esperanzas de felicidad. Bajo su protección podemos encontrar refugio de todos nuestros

enemigos y en todos nuestros problemas; como las *rocas* de aquellos países escudaban contra los rayos abrasadores del sol, y de las tempestades o eran fortalezas contra el enemigo. —”*Su obra es perfecta”*: la de redención y salvación en que se despliega completa la perfección divina en todas sus partes. Todos los tratos de Dios con sus criaturas están regulados por una sabiduría que no puede errar y por su perfecta justicia. Ciertamente Él es justo y recto; Él cuida que nadie se pierda por Él. —Se presenta una gran acusación contra Israel. Aun los hijos de Dios tienen sus máculas mientras están en este estado imperfecto; pues si decimos que no tenemos pecado, ninguna mancha, nos engañamos a nosotros mismos. Pero el pecado de Israel no era habitual, notable e impenitente, lo cual es característico de los hijos de Satanás. —Fueron necios al abandonar sus misericordias a cambio de las vanidades mentirosas. Todos los pecadores voluntarios, especialmente los pecadores de Israel, son necios e ingratos.

Vv. 7—14. Moisés da ejemplos particulares de la bondad de Dios y su preocupación por ellos. El cuidado que el águila da a sus polluelos es un bello emblema del amor de Cristo que vino a mediar entre la justicia divina y nuestra alma culpable, y a llevar nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero. Por medio de la predicación del evangelio y la influencia del Espíritu Santo, Él estimula a los pecadores y prevalece sobre ellos para que dejen la esclavitud de Satanás. —En los versículos 13 y 14 se encuentran los emblemas de la victoria que los creyentes tienen, en y por medio de Cristo, sobre sus enemigos espirituales, el pecado, Satanás y el mundo. También de la seguridad y triunfo de ellos en Él; del marco de felicidad de su alma cuando está por sobre el mundo y sus cosas. Este será el caso bendito del Israel espiritual en todo sentido en el día postrero.

Vv. 15—18. He aquí dos ejemplos de la iniquidad de Israel; cada uno fue una apostasía contra Dios. —Esta gente era llamada Jesurún, “un pueblo recto” por algunos; “un pueblo visionario” para otros; pero pronto perdieron la reputación de su saber y de su rectitud. Se dieron el gusto en cuanto a apetitos como si no tuvieran nada que hacer sino hacer provisión para la carne a fin de satisfacer sus concupiscencias. Los que se endiosan y hacen un ídolo de su estómago, con orgullo y jactancia, y no toleran que se lo digan, abandonan por ello a Dios, con lo que demuestran que le estiman a la ligera. Hay solo un camino para la aceptación y santificación del pecador, aunque sean diferentes los modos en que la falta de religión o la falsa religión le muestra consideración para atraerlo a otros caminos, actitud que a menudo, se califica mal como candidez. ¡Cuán locos están los idólatras que abandonan la Roca de salvación para correr sobre la roca de la perdición!

Vv. 19—25. La rebelión de Israel se describió en los versículos anteriores, y aquí siguen las resoluciones de la justicia divina sobre ellos. Nos engañamos si pensamos que Dios puede ser burlado por un pueblo infiel. El pecado nos hace odiosos a la vista del santo Dios. Obsérvese cuánta maldad hace el pecado, y cuéntense como necios quienes se burlan de esto.

Vv. 26—38. La idolatría y las rebeliones de Israel merecían, como lo exige la justicia de Dios, que ellos fueran desarraigados. Pero Él perdona a Israel y los deja que sigan siendo los testigos vivos de la verdad de la Biblia, para silenciar a los incrédulos. Han sido preservados para propósitos sabios y santos, y las profecías nos dan una idea de cuáles son esos propósitos. El Señor nunca traerá vergüenza sobre el trono de su gloria. —Muy sabio es, y ayudará al regreso de los pecadores a Dios, la consideración seria del final o el estado futuro de ellos. Esto se refiere particularmente a lo que Dios anunció por medio de Moisés tocante a su pueblo en los días postreros; pero puede dársele una aplicación más general. Oh, que los hombres consideraran la felicidad que perderán y la desgracia en que ciertamente se hundirán si siguen en sus transgresiones! ¿Qué será el fin de ellos? Jeremías, v, 31. Porque el Señor derrotará en su debido tiempo a los enemigos de la iglesia, desagradado por su maldad. Cuando los pecadores se consideren más seguros, vendrá sobre ellos destrucción repentina. Y el tiempo de Dios para venir a liberar a su pueblo es cuando las cosas están peores para ellos. Pero

los que confían en cualquier roca que no es Dios, hallarán que les falla cuando más la necesitan. —El rechazo del Mesías por parte de la nación judía es la continuidad de su antigua idolatría, apostasía y rebelión. Serán llevados a humillarse ante el Señor, a arrepentirse de sus pecados y a confiar en su largamente rechazado Mediador para salvación. Entonces Él los librará y hará que su prosperidad sea grande.

Vv. 39—43. La conclusión del cántico dice: —1. *Gloria a Dios*. No puede haber escapatoria de su poder. —2. *Terror a sus enemigos*. Sin duda terror para aquellos que le odian. La ira de Dios se revela aquí desde el cielo contra ellos. —3. *Consuelo a su pueblo*. El cántico concluye con palabras de gozo. Cualesquiera sean los juicios traídos contra los pecadores, al pueblo de Dios le irá bien.

Vv. 44—47. Aquí está la solemne entrega de este cántico a Israel con el encargo de dar importancia a todas las buenas palabras que Moisés les había dicho. No es cosa trivial sino cuestión de vida o muerte: dadle importancia y estad listos para siempre; descuidadlo y estaréis deshechos para siempre. ¡Oh, que los hombres fueran plenamente persuadidos de que la religión es la vida de ellos, aun la vida de sus almas!

Vv. 48—52. Ahora Moisés había acabado su obra, ¿por qué iba a desear vivir un día más? Dios le recuerda el pecado del cual era culpable, el que le impidió entrar a Canaán. Bueno es para el mejor de los hombres morir arrepentido de los males de que esté consciente. Pero pueden morir consolados y tranquilos cuando Dios los llama, a pesar de los pecados que recuerdan contra sí mismos, porque tienen la perspectiva del creyente y la esperanza de vida eterna más allá de la muerte bien cimentada.

CAPÍTULO XXXIII

Versículos 1—5. *La majestad gloriosa de Dios.* 6—23. *La bendición de las doce tribus.* 24, 25. *Fortaleza para los creyentes.* 26—29. *La excelencia de Israel.*

Vv. 1—5. Moisés agrega una bendición solemne a todos sus preceptos, advertencias y profecías. Empieza describiendo las apariciones gloriosas de Dios para dar la ley. Su ley obra como el fuego. Si es recibida, derrite, calienta, purifica y quema la escoria de la corrupción; si es rechazada, endurece, sella, duele y destruye. El Espíritu Santo descendió en lenguas como de fuego; pues el evangelio también es una ley candente. La ley de Dios escrita en el corazón es la prueba cierta del amor de Dios derramado en él: debemos reconocer su ley como una de las dádivas de su gracia.

Vv. 6—23. El orden en que las tribus son aquí bendecidas no es el mismo observado en otras partes. —La bendición de Judá puede referirse a toda la tribu en general o a David como tipo de Cristo. —Moisés bendice grandemente a la tribu de Leví. La aceptación de Dios es a lo que todos debemos apuntar y desear, en todas nuestras devociones, sea que los hombres nos acepten o no, 2 Corintios v, 9. Esta oración es una profecía de que Dios mantendrá un ministerio en su iglesia hasta el fin del tiempo. —La tribu de Benjamín tenía su heredad cerca del monte Sion. Estar situado cerca de las ordenanzas es un regalo precioso del Señor, privilegio que no debe cambiarse por ninguna ventaja o indulgencia mundana. —Debemos recibir agradecidos las bendiciones terrenales enviadas a nosotros por medio de la sucesión de las estaciones. Pero aquellas buenas dádivas que descienden desde el Padre de las luces por medio del ascenso del Sol de la justicia y el derramamiento de su Espíritu como la lluvia que fertiliza, son infinitamente más preciosos como señales de su amor especial. Las cosas preciosas por las que aquí se ora son figuras de las bendiciones espirituales en las cosas celestiales por Cristo, los dones, las gracias y los consuelos del Espíritu. —Cuando Moisés oró

por la buena voluntad de Aquel que estuvo en la zarza, se refería al pacto sobre el cual deben cimentarse todas nuestras esperanzas del favor de Dios. —La providencia de Dios designa las habitaciones de los hombres y dispone sabiamente a los hombres para diferentes empleos en aras del bien público. Cualquiera sea nuestro lugar y negocio, es nuestra sabiduría y deber aplicarnos a él, siendo felicidad estar contentos con eso. No sólo debemos invitar a los demás al servicio de Dios sino abundar en éste. —La bendición de Neftalí. El favor de Dios es el único favor que satisface al alma. Son indudablemente bienaventurados los que tienen el favor de Dios; y lo tendrán quienes reconocen que les basta con tenerlo y no desean más.

Vv. 24, 25. Todo será santificado para el creyente verdadero; si el camino de ellos es duro, sus pies serán suavizados con la preparación del evangelio de la paz. Como tus días, así será tu fuerza. El "día" suele ser en la Escritura un decir por los hechos del día; es una promesa de que Dios respaldará, bondadosa y constantemente, cuando uno esté bajo pruebas y tribulaciones, cualesquiera estas sean. Es una promesa segura para toda la simiente espiritual de Abraham. ¿Tienen trabajo asignado? Tendrán la fuerza para hacerlo. ¿Tienen tribulaciones? Tendrán fuerzas y nunca serán tentados más allá de lo que pueden resistir.

Vv. 26—29. Nadie ha tenido un Dios como Israel. No hay pueblo como el Israel de Dios. Lo que aquí se dice de la iglesia de Israel debe aplicarse a la iglesia espiritual. Nunca hubo pueblo *tan bien sentado y escudado*. Los que hacen de Dios su morada, tendrán todos los consuelos y beneficios de una habitación en Él, Salmo xci, 1. —Nunca hubo pueblo *tan bien respaldado y sostenido*. Por bajo que el pueblo de Dios llegue en un momento dado, los brazos eternos están debajo de ellos para impedir que el espíritu se hunda, desfallezca y que su fe falle. La gracia divina es suficiente para ellos, 2 Corintios xii, 9. —Nunca hubo pueblo *tan bien mandado*. Así, pues, los creyentes son más que vencedores respecto de sus enemigos espirituales, por medio de Cristo que los amó. —Nunca hubo pueblo *tan bien asegurado y protegido*. Israel habitará en esta sola seguridad. Todos los que estén cerca de Dios serán mantenidos a salvo por Él. —Nunca hubo pueblo *tan bien provisto*. Cada israelita verdadero mira con fe a la patria mejor, la Canaán celestial, que está llena con cosas mejores que el trigo y el vino. —Nunca hubo pueblo *tan ayudado*. Si corren riesgo de cualquier daño, o falta algo bueno, tenían un Dios eterno al cual acudir. Nada podía dañar a quienes Dios ayudaba, ni tampoco era posible que pereciera el pueblo salvado por el Señor. —Nunca hubo pueblo *tan bien asegurado de la victoria* sobre sus enemigos. Así, pues, el Dios de paz pisoteó a Satanás bajo los pies de todos los creyentes, y lo hará dentro de muy poco, Romanos xvi, 20. —Que Dios nos ayude a procurar y establecer nuestros afectos en las cosas de lo alto; y a alejar nuestras almas de los objetos terrenales que perecen; para que no tengamos nuestra suerte con los enemigos de Israel en las regiones de las tinieblas y desesperación sino con el Israel de Dios en los ámbitos del amor y la felicidad eterna.

CAPÍTULO XXXIV

Versículos 1—4. *Moisés ve la tierra prometida desde el monte Nebo.* 5—8. *La muerte y sepultura de Moisés—El duelo del pueblo.* 9—12. *Josué sucede a Moisés—Elogio de Moisés.*

Vv. 1—4. Moisés parecía no deseoso de dejar su obra pero, acabada esta, no manifestó indisposición a morir. Dios había declarado que no entraría a Canaán, pero el Señor también había prometido que Moisés la vería y que Él le mostraría toda esa buena tierra. Ahora los creyentes ven, por medio de la gracia, la bendición y la gloria de su estado futuro. A veces, Dios reserva los descubrimientos más

esplendorosos de Su gracia para apoyar a Su pueblo en los momentos de muerte. Los que mueren en la fe de Cristo y en la esperanza del cielo pueden dejar con júbilo este mundo.

Vv. 5—8. Moisés obedeció esta orden de Dios con la misma disposición con que obedeció cualquier otra, aunque esta parecía más dura. Esto se parece a nuestro Señor Jesucristo. Pero Moisés murió con honra, en paz y de una manera más fácil; el Salvador murió sobre la desgraciada y torturante cruz. Moisés murió con toda facilidad; él murió *"conforme a la palabra de Jehová"*, según la voluntad de Dios. Cuando los siervos del Señor han hecho todas sus demás obras, deben morir por fin, y estar dispuestos a irse a casa, cuando su Amo manda por ellos, Hechos xxi, 13. No se conoce el lugar de su tumba. Si el alma está reposando con Dios tiene poca importancia donde repose el cuerpo. No hubo declinación en la fuerza de su cuerpo, ni del vigor y actividad de su mente; su entendimiento y su memoria eran tan claros como siempre. Esta fue la recompensa de sus servicios, el efecto de su mansedumbre extraordinaria. —Hubo duelo solemne por él. Sin embargo, por grande que sea nuestra pérdida, no debemos entregarnos al dolor. Si esperamos ir al cielo regocijándonos, ¿por qué hemos de ir a la tumba lamentándonos?

Vv. 9—12. Moisés llevó a Israel hasta las fronteras de Canaán y, luego, murió y los dejó. Esto significa que nada perfeccionó la ley, Hebreos vii, 19. Lleva a los hombres a un desierto de convicción de pecado, pero no al Canaán del reposo y paz estable. Esa honra quedó reservada para Josué, nuestro Señor Jesús, del cual Josué era un tipo (y el nombre es el mismo), que hace por nosotros lo que la ley no podía hacer, Romanos viii, 3. Por Él entramos al reposo espiritual de conciencia y al reposo eterno en el cielo. —Moisés fue mayor que cualquier otro profeta del Antiguo Testamento. Pero nuestro Señor Jesús fue más allá que él, mucho más allá que los demás profetas que se quedaron atrás respecto de Él. Y vemos aquí un fuerte parecido entre el redentor de los hijos de Israel y el Redentor de la humanidad. Moisés fue enviado por Dios a liberar a los israelitas de una cruel esclavitud; él los sacó y venció a sus enemigos. Él llegó a ser no sólo el libertador de ellos, sino su legislador; no sólo su legislador, sino su juez; y, finalmente, los condujo a la frontera de la tierra prometida. Nuestro bendito Salvador vino a rescatarnos de la esclavitud del diablo y a restaurarnos a la libertad y la felicidad. Él vino a confirmar cada precepto moral del primer legislador; y a escribirlos no sobre tablas de piedra, sino sobre tablas de carne del corazón. Él vino para ser nuestro Juez también, por cuanto ha designado un día en que juzgará todos los secretos de los hombres y recompensará o castigará conforme a ello. Esta grandeza de Cristo por sobre Moisés es una razón por la cual los cristianos deben ser obedientes y fieles a la santa religión por la cual profesan ser seguidores de Cristo. ¡Dios nos haga a todos así por Su gracia!

JOSUÉ

Esta es la historia de la entrada de Israel al territorio de Canaán, conquistándolo y dividiéndolo, bajo las órdenes de Josué, y la historia de ellos hasta la muerte de éste. El poder y la verdad de Dios son desplegados maravillosamente al cumplir Sus promesas a Israel y ejecutar Su venganza de los cananeos, justamente amenazada. Esto debe enseñarnos a tomar en cuenta las tremendas maldiciones estipuladas en la palabra de Dios contra los pecadores impenitentes y a buscar refugio en Cristo Jesús.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El Señor nombra a Josué para sucesor de Moisés.* 5—9. *Dios promete asistir a Josué.* 10—15. *Preparativos para cruzar el Jordán.* 16—18. *El pueblo promete obedecer a Josué.*

Vv. 1—4. Josué había atendido a Moisés. Él que era llamado a ser honrado, había sido usado por mucho tiempo para la empresa. Nuestro Señor Jesús asumió la forma de siervo. José estaba entrenado para obedecer órdenes. Los más aptos para gobernar son los que han aprendido a obedecer. —El cambio de situación de los hombres útiles debe estimular a los sobrevivientes para ser más diligentes en hacer el bien. —Levántense y vayan a cruzar el Jordán. Los bajíos de la zona estaban en ese momento anegados. Josué no tenía puente ni botes pero debía creer que Dios abriría un camino al haber mandado que el pueblo pasara al otro lado.

Vv. 5—9. Josué va a hacer que la ley de Dios sea su gobierno. Se le manda meditar en ella día y noche para que pueda comprenderla. Cualesquiera sean los asuntos del mundo que tengamos en mente, no debemos desechar la única cosa necesaria. Todas las órdenes de Josué al pueblo, y sus juicios, deben estar conforme a la ley de Dios. Él mismo debe someterse a los mandamientos; la dignidad o el dominio de ningún hombre lo coloca por encima de la ley de Dios. —Él tiene que alentarse a sí mismo con la promesa y la presencia de Dios. Que sentir sus propias enfermedades no lo desanimen a usted; Dios es todo suficiente. Yo te he mandado, llamado y comisionado para hacerlo y ten la seguridad que *te* sostendré en, y sacaré de, eso. Cuando estamos en la senda del deber, tenemos razón para ser fuertes y muy osados. Nuestro Señor Jesús, como aquí Josué, fue sostenido en sus sufrimientos por considerar la voluntad de Dios y el mandamiento de su Padre.

Vv. 10—15. Josué dice al pueblo que cruzarán el Jordán y poseerán la tierra porque Dios se lo había dicho. Nosotros honramos la verdad de Dios cuando no vacilamos a la promesa de Dios. Las dos tribus y media tenían que cruzar el Jordán con sus hermanos. Cuando Dios nos ha dado reposo, por Su providencia, debemos considerar que servicio podemos hacer a nuestros hermanos.

Vv. 16—18. El pueblo de Israel se compromete a obedecer a Josué: Haremos todo lo que nos has mandado, sin murmurar ni disputar, y adondequiera que nos envíes, iremos. Lo mejor que podemos pedir a Dios para nuestros magistrados es que ellos puedan tener la presencia de Dios; eso hará que ellos sean bendiciones para nosotros, de modo que al pedir eso para ellos, tengamos en cuenta nuestro propio interés. Que seamos capacitados para enrolarnos bajo la bandera del Capitán de

nuestra salvación, que seamos obedientes a sus mandamientos y que peleemos la buena batalla de la fe, con toda esa confianza y amor en y por Su nombre, contra todo lo que se oponga a Su autoridad; pues quienquiera que rehuse obedecerle, debe ser destruido.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *Rahab recibe y esconde a dos israelitas.* 8—21. *Rahab y los espías.* 22—24. *El retorno de los espías.*

Vv. 1—7. La fe en las promesas de Dios no debe terminar nuestra diligencia para usar los medios adecuados sino estimularla. La providencia de Dios dirigió a los espías a la casa de Rahab. Dios sabía donde había alguien que sería leal con ellos aunque no ellos. Rahab parece haber sido una posadera; y si anteriormente había llevado mala vida, lo cual es dudoso, ella había abandonado sus malos caminos. —Eso que nos parece más accidental está, a menudo, mandado por la providencia divina para servir grandes finalidades. Fue *por fe* que Rahab los recibió en paz a ésos, contra los cuales estaban en guerra el rey y la patria de ella. Estamos seguros de que esta fue una buena obra; así es calificada por el apóstol, Santiago ii, 25; y ella lo hizo *por fe*, fe que la puso por encima del miedo al hombre. Son únicamente creyentes verdaderos aquellos que, en sus corazones, hallan el aventurarse por Dios; ellos toman a Su pueblo por pueblo suyo y corren su suerte con ellos. —Los espías fueron dirigidos por la providencia especial de Dios y Rahab los atendió por consideración a Israel y al Dios de Israel, y no por lucro o por ningún propósito malo. Aunque puedan ofrecerse disculpas para la culpa de la falsedad de Rahab, parece mejor admitir nada que tienda a explicar aquellos. Los enfoques de ella tocante a la ley divina deben haber sido muy difusos: una falsedad como esta dicha por quien disfrutan de la luz de la revelación, cualquiera sea el motivo, hubiera merecido dura censura.

Vv. 8—21. Rahab había oído de los milagros que el Señor obraba por Israel. Ella creía que Sus promesas ciertamente se cumplirían y que Sus amenazas se efectuarían; y que no había forma de huir sino someterse a Él y unirse a Su pueblo. La conducta de Rahab demostró que ella tenía el principio real de la fe divina. —Observe las promesas que los espías le hicieron a ella. La bondad de Dios se expresa a menudo por Su bondad y verdad, Salmo cxvii, 2; en ambos casos debemos ser seguidores de Él. Aquellos que serán conscientes para cumplir las promesas son cautos para formularlas. Los espías estipulan condiciones necesarias. La cuerda escarlata, como la sangre sobre el umbral de la puerta en la pascua, vuelve a recordar la seguridad del pecador bajo la sangre expiatoria de Cristo; y que tenemos que huir allá para refugiarnos de la ira del Dios justo ofendido. La misma cuerda que Rahab usó para la salvación de esos israelitas iba a ser usada para la seguridad de ella. Podemos esperar que aquellos con que sirvamos y honremos a Dios, sea bendecido por Él y hecho útil para nosotros.

Vv. 22—24. El informe que llevaron los espías fue alentador. Toda la gente del país desfallecía debido a Israel; no tenían sabiduría para rendirse ni valor para pelear. Aquellos terrores de conciencia y esa sensación de la ira divina, que hacen desmayar al impío pero no lo llevan al arrepentimiento, son anticipos temibles de la destrucción que se aproxima. Pero la gracia abunda, no obstante, para el principal de los pecadores. Que ellos huyan a Cristo sin demora y todo saldrá bien.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Los israelitas llegan al Jordán.* 7—13. *El Señor exhorta a Josué—Josué exhorta al pueblo.* 14—17. *Los israelitas cruzan en seco el Jordán.*

Vv. 1—6. Los israelitas llegaron al Jordán con fe, habiéndoseles dicho que debían cruzarlo. En el camino del deber prosigamos tan lejos como podamos y dependamos del Señor. Josué los guiaba. Se nota en particular su levantada temprano, lo cual demuestra, como después en otras ocasiones, cuán poco buscaba él su propia comodidad. Aquellos que harán pasar grandes cosas, deben levantarse temprano. No ame el dormir, no sea que se empobrezca. Todos los que están en puestos públicos siempre deben atender al deber de su posición. El pueblo tenía que seguir al arca. Así, pues, nosotros debemos andar en todo conforme a la regla de la Palabra y a la dirección del Espíritu; así será la paz sobre nosotros, como sobre el Israel de Dios; pero debemos seguir a nuestros ministros solamente como ellos sigan a Cristo. —Todo el camino de ellos por el desierto fue una senda no hollada pero principalmente éste por el Jordán. Mientras estemos aquí debemos esperar y prepararnos para pasar por caminos que no pasamos antes; pero en la senda del deber podemos proceder con osadía y alegría. Sea que estemos llamados a sufrir pobreza, dolor, trabajos, persecución, reproche o muerte, estamos siguiendo al Autor y Consumador de nuestra fe; ni podemos sentar planta en ningún punto peligroso o difícil en todo nuestro viaje pues la fe verá allí las huellas de los pies del Redentor, que pasó por esa misma senda a la gloria en lo alto, y que nos llama a seguirle, para que donde Él está nosotros también podamos estar. Ellos tenían que santificarse. Si queremos experimentar los efectos del amor y poder de Dios, debemos abandonar al pecado y tener cuidado de no contristar al Espíritu Santo de Dios.

Vv. 7—13. Las aguas del Jordán serán cortadas. Esto debe hacerse en forma tal que nunca se hizo, salvo al partir el Mar Rojo. Aquí se repite el milagro; Dios tiene el mismo poder para finalizar la salvación de Su pueblo como para empezarla; la Palabra del Señor estaba tan verdaderamente con Josué como con Moisés. —Las apariciones de Dios para Su pueblo debieran estimular la fe y la esperanza. La obra de Dios es perfecta, Él guardará a Su pueblo. La inundación del Jordán no pudo mantener fuera a Israel, la fuerza de Canaán no pudo hacerlos devolverse.

Vv. 14—17. El Jordán anegaba todas sus riberas. Esto magnificaba el poder de Dios y Su bondad para con Israel. Aunque aquellos que se oponen a la salvación del pueblo de Dios tengan todas las ventajas, sin embargo, Dios puede vencer y lo hará. —Este cruce del Jordán, como entrada a Canaán, después de sus largos vagabundeos agotadores por el desierto, son una sombra del paso del creyente por la muerte camino al cielo, después que haya terminado su deambular por este mundo pecador. Jesús, tipificado por el arca, había ido adelante y cruzó el río cuando más inundaba el territorio que lo rodeaba. Atesoremos las experiencias de Su cuidado fiel y tierno para que podamos asistir a nuestra fe y esperanza en el conflicto final.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—9. *Piedras tomadas del Jordán.* 10—19. *El pueblo cruza el Jordán.* 20—24. *Las doce piedras colocadas en Gilgal.*

Vv. 1—9. Las obras del Señor son tan dignas de recordar y el corazón del hombre es tan proclive a olvidarlas que se necesitan varios métodos para refrescar nuestros recuerdos, para la gloria de Dios, para ventaja nuestra y de nuestros hijos. Dios dio órdenes de preparar este recordatorio.

Vv. 10—19. Los sacerdotes con el arca no se movieron hasta que se les ordenó. Que ninguno se canse de esperar, mientras tenga consigo las señales de la presencia de Dios, en este caso el arca del pacto, aunque esté en las profundidades de la adversidad. —Obsérvese el honor otorgado a Josué. Se respeta en el mejor sentido a quienes demuestran que Dios está con ellos, y lo ponen por delante de ellos.

vv. 20—24. Es deber de los padres hablar reiteradamente a sus hijos de las palabras y obras de Dios para que se preparen en el camino por el que deben andar. En todas las instrucciones que los padres den a sus hijos, deben enseñarles a temer a Dios. La piedad sincera es la mejor enseñanza. ¿No estamos llamados, al igual que los israelitas, a alabar la bondad de nuestro Dios? ¿No erigiremos un altar a nuestro Dios, que nos ha sacado de entre peligros y problemas en forma tan maravillosa? Porque hasta ahora el Señor nos ha ayudado, tanto como lo hizo con los santos de la antigüedad. ¡Qué enorme estupidez e ingratitud de los hombres que no perciben su mano y no reconocen su bondad en sus frecuentes liberaciones!

CAPÍTULO V

Versículos 1—9. *Los cananeos temen—La circuncisión renovada.* 10—12. *Pascua en Canaán—Cesa el maná.* 13—15. *El Príncipe del ejército de Jehová se aparece a Josué.*

Vv. 1—9. ¡Cuán espantoso es el caso de ellos, ver la ira de Dios que viene a ellos sin poder eludirla ni escapar! Tal será la situación horrible de los impíos; las palabras no pueden expresar la angustia de su sentir ni la grandeza de su terror. ¡Oh, que *ahora* ellos acepten la advertencia y, antes que sea demasiado tarde, huyan a refugiarse y se aferren de la esperanza puesta ante ellos en el evangelio! Dios imprimió este temor en los cananeos y los desesperanzó. —Esto dio un breve reposo a los israelitas, y la circuncisión quitó el oprobio de Egipto. Como consecuencia fueron reconocidos como hijos legítimos de Dios que tienen el sello del pacto. Cuando Dios se glorifica al perfeccionar la salvación de su pueblo no sólo silencia a todos los enemigos sino que les quita su oprobio.

Vv. 10—12. Se guardó una pascua solemne en el tiempo señalado por la ley, y en las llanuras de Jericó, como desafío a los cananeos que los rodeaban. Era el cumplimiento de la promesa de que cuando fueran a celebrar las fiestas, su tierra estaría bajo la protección especial de la providencia divina, Éxodo xxxiv, 24. —Se destaca que el maná cesó tan pronto como ellos comieron el trigo de la tierra. Porque así como vino cuando lo necesitaban, así continuó mientras lo necesitaron. Esto nos enseña a no esperar provisiones milagrosas cuando pueden tenerse de manera corriente. La Palabra y las ordenanzas de Dios son maná espiritual con el cual Dios alimenta a Su pueblo en este desierto. Aunque a menudo abandonadas, no obstante, continúan mientras estemos aquí; pero cuando lleguemos al Canaán celestial, este maná cesará, pues ya no lo necesitaremos.

Vv. 13—15. No leemos de ninguna aparición de la gloria de Dios a Josué hasta ahora. Ahí se le pareció como hombre para que se notara. Este Hombre era el Hijo de Dios, el Verbo eterno. Josué le rindió honores divinos: Él los aceptó, cosa que un ángel creado no hubiera hecho, y Él es llamado Jehová, capítulo vi, 2. Apareció como viajero a Abraham; a Josué, como un guerrero. Cristo será para su gente según lo necesite la fe de ellos. Cristo tenía su espada en la mano, desenvainada, denotando que estaba listo para la defensa y salvación de su pueblo. La espada giraba en todo sentido. Josué sabrá si Él es amigo o enemigo. La causa entre israelitas y cananeos, entre Cristo y Belcebú, no permite que ningún hombre rehuse ponerse a favor de uno u otro bando, como podría hacer en las contiendas del mundo. La pregunta de Josué demuestra un deseo fervoroso de conocer

la voluntad de Cristo y una grata disposición y resolución para hacerla. Todos los cristianos verdaderos deben pelear bajo la bandera de Cristo, y vencerán por su presencia y ayuda.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *El sitio de Jericó.* 6—16. *Marcha alrededor de la ciudad.* 17—27. *Rahab y su familia salvados.*

Vv. 1—5. Jericó resuelve que Israel *no* será su amo. Se encerró poderosamente fortificada por la técnica y la naturaleza. Así de necios eran y endurecieron el corazón para destrucción de ellos; es el caso miserable de todos los que se hacen los fuertes contra el Todopoderoso. Dios resuelve que Israel sea el amo y pronto. No había que hacer preparativos bélicos. Por el método nada corriente de dar vueltas alrededor de la ciudad, el Señor honró el arca como símbolo de su presencia, y demostró que todas las victorias eran suyas. La fe y la paciencia del pueblo fueron probadas y aumentadas.

Vv. 6—16. Doquiera fuera el arca el pueblo la atendía. Los ministros de Dios, por la trompeta del evangelio eterno, que proclama libertad y victoria, deben exhortar a los seguidores de Cristo en su guerra espiritual. Como debe esperarse las prometidas liberaciones a la manera de Dios, así debe esperársela en su tiempo. Por último, el pueblo debía gritar: lo hicieron y se derrumbaron los muros. Este fue un grito de fe; ellos creían que los muros de Jericó caerían. Fue un grito de oración; clamaron al Cielo por ayuda y llegó el socorro.

Vv. 17—27. Jericó iba a ser un sacrificio solemne y espantoso a la justicia de Dios, sobre aquellos que habían colmado la medida de sus pecados. De esa manera Él señala de quien, como criaturas, recibieron la vida y, a quien, como pecadores, habían abandonado. Rahab no pereció con los que no creyeron, Hebreos xi, 31. Toda su familia fue salvada con ella; así, la fe en Cristo trae salvación a la casa, Hechos xvi, 31. Ella, y ellos con ella, fueron sacados como tizones de la hoguera. —Con Rahab, o con los hombres de Jericó, debe ser nuestra porción, si recibimos o desechamos la señal de salvación: la fe en Cristo, que obra por amor. Recordemos lo que depende de nuestra elección y escojamos en forma adecuada. Dios muestra el peso de una maldición divina; donde esta reposa, no hay forma de escapar de ella porque trae ruina irremediable.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—5. *Derrota de los israelitas en Hai.* 6—9. *La humillación de Josué y su oración.* 10—15. *Dios ordena a Josué lo que debe hacer.* 16—26. *Acán es descubierto—Es destruido.*

Vv. 1—5. Acán tomó algo del botín de Jericó. El amor por el mundo es la raíz de amargura más difícil de arrancar. Hemos de cuidarnos del pecado, no sea que por él muchos sean estorbados y contaminados, Hebreos xii, 15; y cuidado de confraternizar con los pecadores, no sea que participemos de su culpa. Es deber nuestro vigilarnos mutuamente para impedir el pecado, porque los pecados ajenos pueden ser para nuestro mal. —La fácil conquista de Jericó suscitó desprecio hacia el enemigo, y una disposición a esperar que el Señor hiciera todo por ellos, sin que ellos usaran los medios correctos. De esta manera los hombres abusan de las doctrinas de la gracia divina y de las promesas de Dios, y las usan como excusa para su pereza y capricho. Hemos de ocuparnos en

nuestra salvación, aunque es Dios quien obra en nosotros. —Fue una victoria costosa para los cananeos, porque debido a ella Israel despertó, hizo reformas y reconcilió a su Dios, y el pueblo de Canaán se endureció para su propia ruina.

Vv. 6—9. El interés de Josué por la honra de Dios, más que por el destino de Israel, era el lenguaje del Espíritu de adopción. Le suplica a Dios. Lamenta la derrota, porque teme que denigre la sabiduría y el poder de Dios, su bondad y fidelidad. En ningún momento podemos presentar un mejor alegato que este: Señor, ¿qué harás por tu gran Nombre? Que Dios sea glorificado en todo y, entonces recibamos toda su voluntad.

Vv. 10—15. Dios despierta a Josué para que haga una investigación, y le dice que cuando el anatema sea quitado, todo estará bien. Los tiempos de peligro y tribulación deben ser tiempos de reforma. Debemos examinar nuestro hogar, nuestro corazón, nuestras casas, y hacer una búsqueda diligente para hallar si no hay un anatema, que Dios ve y aborrece; una lujuria secreta, ganancia ilícita, algún secreto indebido con Dios o con otras personas. No podemos prosperar hasta que el anatema sea destruido, y arrancado de nuestro corazón y quitado de nuestras habitaciones y de nuestra familia y eliminado de nuestra vida. —Cuando el pecado de los pecadores queda al descubierto, hay que dar a Dios su reconocimiento. Con juicio seguro y sin error, el Dios justo discierne y hará distinción entre el inocente y el culpable; de modo que, aunque los justos sean de la misma tribu, familia y hogar que los malos, nunca serán tratados como el impío.

Vv. 16—26. Véase la necedad de quienes se prometen guardar el secreto en el pecar. El Dios justo tienen muchas maneras de sacar a luz las obras ocultas de las tinieblas. También véase hasta qué punto es nuestro deber buscar la causa de nuestra tribulación, cuando Dios contiende contra nosotros. Debemos orar con el santo Job, Señor, hazme entender por qué contiendes conmigo. —El pecado de Acán empezó por el ojo. Vio todas esas cosas hermosas, como Eva vio el fruto prohibido. Véase lo que resulta de tolerar que el corazón ande en la vista de los ojos, y la necesidad que tenemos de hacer pacto con nuestros ojos, que si vagan, ciertamente llorarán por ello. Esto salió del corazón. Los que quieran evitar las acciones pecaminosas, deben mortificar y controlar dentro de sí los deseos pecaminosos, particularmente la codicia de riquezas mundanales. Si Acán hubiera mirado esas cosas con el ojo de la fe, las hubiera visto como anatema y las hubiera desechado con temor; pero al mirarlas con el ojo de los sentidos únicamente, las vio como cosas valiosas y las codició. Cuando hubo cometido el pecado, trató de ocultarlo. Tan pronto como obtuvo su botín, este se convirtió en carga, y no se atrevió a usar su tesoro mal habido. Qué diferentes se ven de lejos los objetos de tentación de cuando ya se han conseguido. Véase aquí lo engañoso del pecado: lo que es agradable al cometerlo, es amargo en su consecuencia. Obsérvese cómo se engañan los que roban a Dios. El pecado es cosa muy *trastornadora*, no sólo para el pecador mismo sino para todos los que lo rodean. El Dios justo ciertamente recompensará con tribulación a los que trastornan a su pueblo. —Acán no pereció solo en su pecado. Pierden a los suyos los que abarcan más de lo que es suyo. Sus hijos e hijas murieron con él. Probablemente le hayan ayudado a esconder las cosas; deben de haber sabido de ellas. ¡Qué fatales consecuencias siguen, aun en este mundo, al pecador mismo y a todo lo que le pertenece! Un pecador destruye mucho de lo bueno. Entonces, ¿qué será con la ira venidera? Huyamos de ella a Cristo Jesús como el Amigo del pecador. Hay circunstancias en la confesión de Acán, que marcan el desarrollo del pecado, desde su entrada al corazón hasta su perpetración, lo cual puede servir como la historia de casi cada ofensa contra la ley de Dios, y el sacrificio de Jesucristo.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1, 2. *Dios anima a Josué.* 3—22. *La conquista de Hai.* 23—29. *La destrucción de Hai y su rey.* 30—35. *Lectura de la ley en Ebal y Gerizim.*

Vv. 1—2. Cuando hemos quitado fielmente el pecado, esa cosa maldita que nos separa de Dios, entonces, y solo entonces, podemos esperar oír de Dios para nuestro consuelo; y que Dios nos guíe en la continuación de nuestra obra y guerra cristiana, es una buena evidencia de su reconciliación con nosotros. Dios animó a Josué para que continuara. —El botín de Hai no tenía que ser destruido como el de Jericó, por tanto no había peligro de que la gente cometiera esa transgresión. Acán, que tomó el botín prohibido, perdió eso, la vida y todo; pero el resto de la gente que se mantuvo lejos de la cosa maldita, fueron rápidamente recompensados por su obediencia. La forma de tener el consuelo de lo que Dios nos permite, es alejarnos de lo que nos prohíbe. Nadie pierde por negarse a sí mismo.

Vv. 3—22. Obsérvese la conducta y la prudencia de Josué. Los que quieren mantener sus luchas espirituales, no deben amar su comodidad. Probablemente él se fue solo al valle a orar a Dios pidiendo una bendición y no buscó en vano. —Él nunca retrocedió hasta terminar la obra. Quienes han extendidos sus manos contra sus enemigos espirituales nunca deben retroceder.

Vv. 23—29. Dios, el Juez justo, había sentenciado a los cananeos por su impiedad; los israelitas sólo ejecutaron la sentencia. Nada de la conducta de ellos puede mostrarse como ejemplo para los demás. Sin duda, hubo razón especial para la severidad con el rey de Hai; probablemente haya sido notablemente impío, vil y blasfemo contra el Dios de Israel.

Vv. 30—35. En cuanto Josué llegó a los montes Ebal y Gerizim, sin tardanza y sin preocuparse por el estado de Israel, que aún no se establecía ni de sus enemigos, confirmó el pacto del Señor con su pueblo, según se había indicado, Deuteronomio xi y xxvii. No debemos pensar en diferir el pactar con Dios hasta que estemos establecidos en el mundo; tampoco ningún asunto debe impedir que demos importancia y busquemos la única cosa necesaria. La forma de prosperar es empezar por Dios, Mateo vi, 33. Ellos edificaron un altar y ofrecieron sacrificio a Dios, como señal de su dedicación a Dios, como sacrificio vivo en su honor, en un Mediador y por medio de Él. Por el sacrificio del mismo Cristo por nosotros, tenemos paz con Dios. —Gran misericordia para cualquier pueblo es tener la ley de Dios por escrito y es propio que la ley escrita esté en idioma conocido para que pueda ser vista y leída por todos los hombres.

CAPÍTULO IX

Versículos 1, 2. *Los reyes se unen contra Israel* 3—13. *Los gabaonitas solicitan la paz.* 14—21. *Obtienen la paz pero pronto son descubiertos.* 22—27. *Los gabaonitas serán esclavos.*

Vv. 1, 2. Hasta ahora los cananeos se habían defendido, pero aquí se ponen de acuerdo para atacar a Israel. Tenían la mente cegada y endurecido el corazón, para su destrucción. Aunque a menudo enemistados unos con otros, se unieron contra Israel. ¡Oh, que Israel aprendiera de los cananeos a sacrificar los intereses privados en aras del bien público, y dejaran de lado todas las rencillas entre ellos, y se unieran contra los enemigos del reino de Dios!

Vv. 3—13. Otro pueblo oyó estas noticias y fueron impulsados por ellas a declarar la guerra a Israel, pero los gabaonitas fueron llevados a hacer las paces con ellos. Así, el descubrimiento de la gloria y la gracia de Dios en el evangelio es, para algunos olor de vida para vida; para otros, olor de muerte para muerte, 2 Corintios ii, 16. El mismo sol ablanda la cera y endurece el barro. —La

falsedad de los gabaonitas no tiene justificación. No debemos hacer mal para que venga el bien. Si ellos hubieran reconocido su país, dejado la idolatría, y se hubieran entregado al Dios de Israel, tenemos razón para pensar que Josué hubiera sido dirigido por el oráculo de Dios para perdonarles la vida. Pero cuando dijeron una vez 'venimos de tierra muy lejana' tuvieron que decirlo otra vez, y decir además, lo que era completamente falso, acerca de su pan, sus odres de vino y su ropa: una mentira trae otra, y esa una tercera y así sucesivamente. El camino de ese pecado va especialmente cuesta abajo. Pero la fe y la prudencia de ellos es digna de elogio. Al someterse a Israel se sometieron al Dios de Israel, lo cual significaba abandonar la idolatría. ¿Cómo podríamos estar mejor que arrojándonos a la misericordia del Dios de toda bondad? La manera de evitar el juicio es enfrentarlo con arrepentimiento. Hagamos como aquellos gabaonitas, busquemos la paz con Dios en los harapos de la humillación, y con santa tristeza, para que nuestro pecado no sea nuestra ruina. Seamos siervos de Jesús, nuestro bendito Josué, y viviremos.

Vv. 14—21. Los israelitas concluyeron apresuradamente, luego de examinarlas, que provisiones de los gabaonitas confirmaban lo que habían dicho. Nosotros nos precipitamos, no aceleramos, cuando no esperamos que Dios vaya con nosotros, y no le consultamos por la Palabra y la oración. Pronto se descubrió el fraude. La lengua mentirosa vale sólo un instante. Si el juramento hubiera sido ilícito en sí mismo, no hubiera sido obligatorio; porque ninguna obligación puede hacer que sea nuestro deber cometer un pecado. Pero no era ilícito salvar a los cananeos que se sometían y dejaban la idolatría, y que solo deseaban salvar la vida. —Un ciudadano de Sion jura daño suyo y no por eso cambia, Salmo xv, 4. Cuando descubrieron que habían sido engañados, Josué y los príncipes no apelaron a Eleazar el sumo sacerdote, para ser liberados del compromiso, ni pretendieron que tenían razones para no conservar su palabra con aquellos con quienes la habían jurado. Que esto nos convenza que debemos cumplir nuestras promesas, honrar nuestros acuerdos y tener conciencia del valor de nuestra palabra.

Vv. 22—27. Los gabaonitas no justifican su mentira, pero alegan que lo hicieron para salvar la vida. El miedo no era sólo del poder del hombre, de lo cual uno puede huir a la protección divina, sino del mismo poder de Dios, que vieron comprometido en su contra. —Josué los sentencia a esclavitud perpetua. Tienen que ser siervos, pero toda tarea se vuelve honrosa cuando se hace por la casa del Señor, y sus oficios. —De igual manera, sometámonos a nuestro Señor Jesús, diciendo: Henos aquí en tu mano; lo que te parezca bueno y recto hacer de nosotros, hazlo; sólo que salva nuestra alma; no nos arrepentiremos de ello. Si Él nos manda cargar su cruz y servirle, eso no nos será vergonzoso ni penoso, porque hasta el oficio humilde en el servicio de Dios nos da derecho a una morada en la casa de Jehová todos los días de nuestra vida. Al acudir al Salvador no procedemos por ventura. Somos invitados a ir a Él, y nos asegura que "al que a mi viene, no le echo fuera". Aun las cosas que suenan rudas y humillantes, y son una dura prueba a nuestra sinceridad, resultarán una verdadera ventaja.

CAPÍTULO X

Versículos 1—6. *Cinco reyes guerrean contra Gabaón.* 7—14. *Josué socorre a Gabaón—Detención del sol y la luna.* 15—27. *Los reyes son apresados, sus ejércitos derrotados, y a ellos se les da muerte.* 28—43. *Derrota y muerte de otros siete reyes.*

Vv. 1—6. Cuando los pecadores dejan el servicio de Satanás y la amistad con el mundo, para hacer la paz con Dios y unirse a Israel, no deben asombrarse si el mundo les odia, si sus anteriores amigos se vuelven enemigos. Con tales métodos Satanás descorazona a muchos que están convencidos de su

peligro y casi persuadidos de ser cristianos, pero temen la cruz. Estas cosas deben avivarnos para apelar a Dios en busca de protección, socorro y liberación.

Vv. 7—14. Los más humildes y débiles que sólo comienzan a confiar en el Señor tienen tanto derecho a ser protegidos como quienes hace mucho tiempo son sus siervos fieles. Nuestro deber es defender al afligido que, como los gabaonitas, son metidos en problemas por cuenta nuestra, o por la causa del evangelio. Josué no iba a abandonar a sus nuevos vasallos. ¡Cuánto menos nuestro verdadero Josué va a fallarle a los que confían en Él! Podemos ser faltos en nuestra fe, pero a nuestra confianza nunca puede faltarle el éxito. Pero las promesas de Dios no son para aflojar o suprimir nuestras empresas sino para avivarlas y estimularlas. —Fijaos en la gran fe de Josué y el poder de Dios que le responde deteniendo milagrosamente el sol, para que el día de la victoria de Israel sea más largo. Josué actuó en esta ocasión por impulso del Espíritu de Dios en su mente. No era necesario que Josué hablara o que el milagro quedara registrado según el vocabulario moderno de la astronomía. Para los israelitas el sol salía por sobre Gabaón, y la luna, por sobre el valle de Ajalón, y el curso de ellos pareció detenerse por todo un día. ¿Hay algo demasiado difícil para el Señor? Esta es la respuesta suficiente a diez mil dificultades, que los contradictores de toda época han esgrimido contra la verdad de Dios revelada en su Palabra escrita. Por esto se proclama a las naciones vecinas: "Mira las obras de Jehová", y digan, ¿qué nación grande hay que tenga a Dios tan cercano, como Israel?

Vv. 15—27. Nadie movió su lengua contra ninguno de los hijos de Israel. Esto muestra su perfecta seguridad. —Los reyes fueron llamados a rendir cuenta como rebeldes contra el Israel de Dios. Los refugios de mentiras solo pueden asegurar el juicio de Dios contra ellos. Dios castigó la abominable iniquidad de estos reyes, cuya medida de iniquidad estaba ahora completa. Por este acto público de justicia, hecho en los cabecillas de los cananeos en pecado, Él hizo que su pueblo tuviera mayor terror y odio al pecado de las naciones que Dios expulsaba de delante de ellos. —Aquí hay un tipo y figura de la victoria de Cristo sobre las potestades de las tinieblas y de la victoria de los creyentes por medio de Él. No debemos satisfacernos con alguna victoria importante en nuestros conflictos espirituales. Hemos de perseguir a nuestros enemigos dispersos, buscando los restos de pecado a medida que surjan en nuestro corazón, y, así, proseguir la conquista. Al hacerlo así, el Señor permitirá que haya luz hasta que se complete la guerra.

Vv. 28—43. Josué se apresuró a tomar esas ciudades. Nótese qué grande es la cantidad de trabajo que se puede hacer en poco tiempo, si somos diligentes y mejoramos nuestras oportunidades. Aquí Dios demuestra su odio de la idolatría y otras abominaciones de las cuales eran culpables los cananeos y, por la enormidad de la destrucción que cayó sobre ellos nos enseña cuán grande fue la provocación. También aquí se tipifica la destrucción de todos los enemigos del Señor Jesús, los que, habiendo desdeñado las riquezas de su gracia, deben sentir por siempre el peso de su ira. —El Señor luchó por Israel. No podrían haber obtenido la victoria si Dios no hubiera dado la batalla. Nosotros vencemos cuando Dios pelea por nosotros; si Él está por nosotros, ¿quién contra nosotros?

CAPÍTULO XI

Versículos 1—9. *Diversos reyes vencidos en las aguas de Merom.* 10—14. *Hazor es tomada y quemada.* 15—23. *Dominio de todo el país—Exterminio de los anaceos.*

Vv. 1—9. Las maravillas que Dios obró para los israelitas eran para estimularlos a actuar vigorosamente por sí mismos. De la misma manera, la guerra contra el reino de Satanás que se lleva

a cabo en la predicación del evangelio, primero progresó por milagros; pero habiéndose demostrado plenamente que es de Dios, ahora se nos ha dejado a la gracia divina en el uso habitual de la espada del Espíritu. Dios alentó a Josué. Los nuevos peligros y dificultades hacen que sea necesario buscar nuevo apoyo de la Palabra de Dios, la que tenemos cerca de nosotros para usarla en todo momento de necesidad. Dios nos da tribulaciones en proporción a nuestra fuerzas, y nos da fuerzas en proporción a nuestras pruebas. —La obediencia de Josué al destruir caballos y carruajes, demuestra su abnegación al cumplir el mandamiento de Dios. La posesión de cosas de las cuales el corazón carnal tiende a depender, es dañina para la vida de fe, y el caminar con Dios; en consecuencia, es mejor estar sin ventajas mundanales que tener el alma amenazada por ellas.

Vv. 10—14. Los cananeos llenaron la medida de su iniquidad y, a manera de juicio, fueron dejados a merced del orgullo, obstinación y enemistad de su corazón, y al poder de Satanás, quitados todos los frenos, mientras las dispensaciones de la providencia tendían a sumirlos en la desesperación. Se acarrearon sobre ellos mismos la venganza que justamente merecían, de la cual los israelitas iban a ser los ejecutores, por la orden que el Señor dio a Moisés.

Vv. 15—23. Nunca deje que los hijos de Anac aterroricen al Israel de Dios porque llegará el día de su caída. —La tierra descansó de la guerra. No terminó en paz *con* los cananeos, eso estaba prohibido, pero en paz *de* ellos. Queda un reposo, un reposo de la guerra para el pueblo de Dios, en el cual deben entrar cuando su guerra termine. —Lo que ahora hicieron se coteja con lo que se dijo a Moisés. La palabra de Dios y sus obras, si tomadas en conjunto, se verá que concuerdan plenamente. —Si tomamos conciencia de nuestro deber, no tenemos que cuestionar el cumplimiento de la promesa. Pero el creyente nunca debe sacarse la armadura o esperar una paz duradera hasta que cierre los ojos al morir; más bien, a medida que se acrecienten sus fuerzas y su utilidad, puede esperar tribulaciones más pesadas; pero el Señor no permitirá que ningún enemigo asalte al creyente hasta que Él lo haya preparado para la batalla. Cristo Jesús vive siempre para interceder por su pueblo, y la fe de ellos no fallará por más que se permita a Satanás atacarlos. Por tediosa, aguda y difícil que sea la guerra del creyente, su paciencia en la tribulación puede ser estimulada por el gozo de la esperanza; porque, él descansará, antes de mucho, del pecado y del pesar en la Canaán de arriba.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—6. *Los dos reyes vencidos por Moisés.* 7—24. *Los reyes que Josué derrotó.*

Vv. 1—6. Las nuevas misericordias no deben ahogar el recuerdo de las anteriores, ni la gloria de los actuales instrumentos del bien para la iglesia deben disminuir el justo honor de los que los precedieron, puesto que Dios es el mismo que los obró a través de ambos. —Moisés dio a una parte de Israel un país muy rico y fértil, pero de este lado del Jordán. Josué dio a todo Israel la tierra santa *del otro lado* del Jordán. Así pues, la ley ha dado bendiciones mundanales a unos pocos del Israel espiritual de Dios, ansiosos de las buenas cosas venideras; pero nuestro Señor Jesús, el Josué verdadero, proveyó bendiciones espirituales y la Canaán celestial para todos los hijos de la promesa.

Vv. 7—24. Aquí tenemos los límites del país conquistado por Josué. Se da una lista de los reyes derrotados por Israel: treinta y uno en total. Esto muestra cuán fructífero era Canaán entonces, pues tantos escogieron vivir amontonados allí. Esta era la tierra que Dios destinó para Israel; pero en nuestra época es uno de los países más estériles e inservibles del mundo. Tal es el efecto de la maldición bajo la cual está, desde que sus poseedores rechazaron a Cristo y su evangelio, como lo

anunciara Moisés, Deuteronomio xxix, 23. —La venganza de un justo Dios, infligida a todos estos reyes y a sus súbditos, por su maldad, debiera hacernos odiar y temer el pecado. La tierra fructífera otorgada a su pueblo escogido debiera llenar nuestros corazones de esperanza y confianza en su misericordia, y de humilde gratitud.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—6. *Límites de la tierra aún sin conquistar.* 7—33. *Heredad de Rubén.*

Vv. 1—6. En este capítulo empieza el relato del reparto de la tierra de Canaán entre las tribus de Israel por sorteo, narración que muestra el cumplimiento de la promesa hecha a los padres de que esta tierra sería dada a la simiente de Jacob. No tenemos que pasar por alto estos capítulos de nombres difíciles considerándolos inútiles. Donde Dios tenga una boca para hablar y una mano para escribir, debemos encontrar oído para oír y ojo para leer; ¡y que Dios nos dé un corazón que salga ganando! —Se supone que Josué tendría unos cien años de edad en esta época. Bueno es para los que son viejos y entrados en años recuerden así lo que son. Dios considera la estructura de su pueblo y no los sobrecarga con obras superiores a sus fuerzas. Toda persona, especialmente los viejos, deben ponerse a hacer prontamente lo que les corresponde hacer antes de morir, no sea que la muerte se los impida, Eclesiastés ix, 10. —Dios promete que hará a los israelitas amos de todos los países aún no subyugados, aunque Josué estaba viejo y era incapaz de hacerlo, y probablemente no viviera hasta verlo hecho. Sea lo que sea que suceda con nosotros, y aunque seamos dejados de lado como vasos rotos y despreciados, Dios hará su obra a su debido tiempo. Tenemos que trabajar en nuestra salvación, y entonces Dios obrará en nosotros y obrará con nosotros; hemos de resistir a nuestros enemigos espirituales, y entonces Dios los pondrá bajo nuestros pies; debemos ir adelante en nuestra tarea y guerra cristiana, entonces Dios irá por delante nuestro.

Vv. 7—33. La tierra debía ser repartida entre las tribus. La voluntad de Dios es que cada hombre conozca lo suyo y no tome lo que es de otro. El mundo debe ser gobernado, no por la fuerza, sino por el derecho. Dondequiera quede nuestra habitación, y sea cual sea la forma honesta de asignar nuestra porción, debemos considerarla dada por Dios; debemos estar agradecidos por ello, y usarla como corresponde, mientras hay que usar todo método prudente para impedir disputas por la propiedad, tanto en el presente como en el futuro. Josué debe ser aquí un tipo de Cristo que no sólo ha vencido las puertas del infierno por nosotros; además nos ha abierto las puertas del cielo y, habiendo adquirido la herencia eterna para todos los creyentes, los pondrá en posesión de ella. —Aquí hay una descripción general del país dado a las dos tribus y media, de mano de Moisés. Israel debe conocer lo propio y conservarlo; y no debe bajo el pretexto de ser el pueblo peculiar de Dios, usurpar lo de sus vecinos. —Se nota dos veces en este capítulo que Moisés no dio heredad a la tribu de Leví: vea Números xviii, 20. El mantenimiento de ellos debían tomarlo de todas las demás tribus. Los ministros del Señor deben demostrarse indiferentes a los intereses mundanos, y la gente debe cuidar que no les falte nada necesario. Bienaventurados quienes tienen al Señor Dios de Israel por heredad, aunque sea poco lo de este mundo que tengan como suerte. Sus providencias suplirán sus necesidades, sus consolaciones sostendrán su alma hasta que reciban gozo celestial y placeres eternos.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—5. *Las nueve tribus y media reciben su heredad.* 6—15. *Caleb obtiene Hebrón.*

Vv. 1—5. Los israelitas deben ocupar las nuevas conquistas. Canaán habría sido sometida en vano si no hubiera sido habitada. Pero no todo hombre puede ir e instalarse donde le plazca. Dios elige nuestra herencia por nosotros. —Revisemos nuestra herencia de misericordia actual, nuestra perspectiva de la tierra prometida, eterna en los cielos. ¿Dios hace acepción de personas? ¿No es mejor que nuestro lugar, en cuanto a bien o tristeza terrenal, sea determinado por la infinita sabiduría de nuestro Padre celestial y no por nuestra propia ignorancia? ¿No debieran aquellos para quienes fue revelado el gran misterio de la piedad, aquellos cuya redención fue comprada por Jesucristo, con gratitud atribuir sus intereses terrenales a su designación?

Vv. 6—15. El pedido de Caleb es, "dame este monte" o Hebrón, porque estaba anteriormente en la promesa de Dios para él, y haría saber a Israel cuánto valoraba la promesa. Los que viven por fe valoran lo dado por promesa de Dios mucho más que lo dado solamente por su providencia. Ahora eso era posesión de los anaceos y Caleb dejaría que Israel supiera cuán poco temía al enemigo, y que los animaría a seguir adelante con sus conquistas. Caleb respondía a su nombre, que significa "todo corazón". Hebrón fue dada a Caleb y a sus herederos, porque él siguió completamente al Señor Dios de Israel. Felices somos si lo seguimos. La piedad extraordinaria será coronada con favor extraordinario.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—12. *Las fronteras del territorio de Judá.* 13—19. *La porción de Caleb—La bendición de su hija.* 20—63. *Las ciudades de Judá.*

Vv. 1—12. Josué asignó sus herencias a Judá, Efraín y la media tribu de Manasés, antes de salir de Gilgal. Luego de irse a Silo, se hizo otro censo, y se asignó su porción a las demás tribus. A su debido tiempo todo el pueblo de Dios estuvo instalado.

Vv. 13—19. Acsa obtuvo algo de tierra por la libre concesión de Caleb. Él le dio una tierra al sur. Tierra sin duda, pero al sur, seca y dada a las sequías. Ella obtuvo algo más a pedido y él le dio las fuentes de arriba y las de abajo. Quienes lo entienden como un solo campo, regado con la lluvia del cielo y las fuentes que brotan de la Tierra, lo relacionan con la alusión que se hace corrientemente, cuando oramos por las bendiciones espirituales y celestiales que se refieren a nuestra alma, como bendiciones de las fuentes de arriba, y las que se refieren al cuerpo y a la vida presente, como las bendiciones de la fuente de abajo. Todas las bendiciones, sean de las fuentes de arriba o de las de abajo, pertenecen a los hijos de Dios. Relacionadas con Cristo, las tienen por ser libremente dadas por el Padre, como porción de su herencia.

Vv. 20—63. Aquí hay una lista de las ciudades de Judá. Pero no encontramos aquí a Belén, que después fue la ciudad de David, ennoblecida por el nacimiento de nuestro Señor Jesús. Esa ciudad que, en el mejor de los casos, era muy pequeña para ser contada entre los millares de Judá, Miqueas, v, 2, salvo que fue honrada de esa manera, era entonces tan pequeña que no aparece en la cuenta de las ciudades.

CAPÍTULO XVI

Los hijos de José

Este y el capítulo que sigue no deben separarse. Narran la suerte de Efraín y Manasés, los hijos de José que, luego de Judá, iban a tener el puesto de honor, y, por tanto, tuvieron la primera y mejor parte de la zona norte de Canaán, como Judá en el lado del sur. —El pueblo de Dios, ahora como antes, sufre la permanencia de sus enemigos. Bendito Señor, ¿cuándo serán vencidos todos nuestros enemigos? 1 Corintios xv, 26. Expúlsalos a todos; tú solo puedes hacerlo. —Las fronteras fijas pueden recordarnos que nuestra situación y provisión en esta vida, como también nuestra herencia futura, ha sido designadas por el solo sabio y justo Dios, y debemos estar contentos con nuestra porción, puesto que Él sabe lo que es mejor para nosotros y todo lo que tenemos es más de lo que merecemos.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—6. *La suerte de Manasés.* 7—13. *Las fronteras de Manasés—Los cananeos no expulsados.* 14—18. *José desea una porción mayor.*

Vv. 1—6. Manasés no era sino la mitad de la tribu de José, pero dividida en dos. Las hijas de Zelofehad cosecharon ahora el beneficio de su celo piadoso y sabia previsión. Quienes ponen cuidado en el desierto de este mundo, para asegurarse un lugar en la heredad de los santos de luz, tendrán su consuelo en el otro mundo, mientras los que ahora lo descuidan, lo perderán por siempre. Señor, enséñanos aquí a creer y obedecer y danos la herencia entre tus santos en la gloria eterna.

Vv. 7—13. Había mucha comunión entre Manasés y Efraín. Aunque cada tribu tenía su heredad, sin embargo, debían mezclarse entre sí, hacerse buenas obras mutuamente como corresponde a quienes, aunque de tribus diferentes, eran todos de un solo Israel y estaban destinados a amarse como hermanos. Pero toleraron que los cananeos vivieran con ellos, contra el mandamiento de Dios, para servir sus propios intereses.

Vv. 14—18. Josué, por ser persona pública, no tuvo consideración por su propia tribu más que por cualquier otra, sino que gobernaría sin favores ni afectos; por lo cual dejó buen ejemplo para todos los que desempeñan cargos públicos. Josué les dice que lo que les ha tocado en suerte les iba a alcanzar bien para ellos si tan sólo trabajaban y peleaban. —Los hombres se excusan con cualquier pretexto para no trabajar, y nada sirve mejor para ese fin que tener parientes ricos y poderosos, capaces de proveer para ellos; y son muy dados a desear una disposición parcial e infiel de lo encargado a quienes ellos creen capaces de darles tal ayuda. Pero realmente es más bondadoso señalar las ventajas alcanzables y animar a los hombres a hacer lo mejor, en vez de fomentar la pereza y la extravagancia otorgando favores. La religión verdadera no tolera estos males. La regla es: el que no trabaja, no coma; y muchos de nuestros 'no puedo' son únicamente el lenguaje de la pereza que magnifica toda dificultad y peligro. Este es especialmente el caso de nuestra obra y guerra espirituales. Sin Cristo nada podemos hacer, pero somos dados a quedarnos quietos sin intentar nada. Si somos suyos, Él nos estimulará para nuestras mejores empresas y para clamar a Él por ayuda. Entonces serán ensanchados nuestros territorios, 1 Crónicas iv, 9, 10, y silenciadas las quejas o, más bien, serán transformadas en alegre acción de gracias.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1. *El tabernáculo instalado en Silo.* 2—10. *Descripción y repartición del resto de la tierra.* 11—28. *Las fronteras de Benjamín.*

Vv. 1. Silo estaba en la suerte de Efraín, la tribu a la cual pertenecía Josué, y era apropiado que el tabernáculo estuviera cerca de la residencia del gobernante principal. El nombre de esta ciudad es el mismo con el cual Jacob profetizó del Mesías, Génesis, xlix, 10. Algunos suponen que la ciudad se llamaba así cuando fue elegida para lugar de reposo del arca, lo cual tipificaba a nuestro gran Pacificador y el camino a un Dios reconciliado a través de Él.

Vv. 2—10. Después de un año o más, Josué los culpó por su negligencia y les dijo cómo proceder. Dios, por su gracia, nos ha dado la posesión de una tierra buena, la Canaán celestial, pero nosotros somos negligentes para tomar posesión de ella; no entramos en el reposo, como podríamos por fe, esperanza y gozo santo. ¿Cuánto tiempo más será así con nosotros? ¿Cuánto tiempo más seguiremos en nuestra propia luz, abandonando nuestras misericordias por vanidades mentirosas? Josué anima a los israelitas a tomar posesión de su porción. Él está listo para hacer su parte si ellos hacen la suya.

Vv. 11—28. Las fronteras de cada porción fueron claramente delineadas y se estableció la heredad de cada tribu. Todas las quejas y reclamos egoístas fueron evitados por la sabia disposición de Dios que asignó la colina y el valle, el trigo y el pastizal, las quebradas y los ríos, las aldeas y las ciudades. La suerte de un siervo de Cristo, ¿se echa en aflicción y tristeza? Es el Señor; que haga lo que a Él bien le parezca. ¿Estamos con prosperidad y paz? Es de lo alto. Sed humildes cuando comparéis la dádiva con vuestra indignidad. No os olvidéis de aquel que dio lo bueno, y estad siempre dispuestos para renunciar a ello cuando Él ordene.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—9. *La suerte de Simeón.* 10—16. *La suerte de Zabulón.* 17—51. *La suerte de Isacar, Aser, Neftalí y Dan.*

Vv. 1—9. Los hombres de Judá no se opusieron a devolver ciudades de dentro de sus límites cuando se convencieron de que tenían más de lo que les correspondía. Si un creyente verdadero ha obtenido una ventaja inesperada e *incorrecta* en cualquier cosa, él la entregará sin murmurar. El amor no busca lo suyo, y no se conduce en forma inconveniente; inducirá en aquellos en quienes mora en abundancia, a dar lo propio para suplir lo que falta a sus hermanos.

Vv. 10—16. Las bendiciones proféticas de Jacob se cumplieron en el reparto a cada tribu de Israel. Ellos eligieron por sí mismos o les fue repartida echando suertes, en la forma y lugares que él previó. Regla tan segura es la palabra profética para guiarse: por ella vemos lo que creemos y demuestra indiscutiblemente que las cosas son de Dios.

Vv. 17—51. Josué esperó hasta que todas las tribus quedaran establecidas antes de pedir algo para sí. Se contentó con estar sin establecerse hasta verlos a todos colocados. Aquí hay un ejemplo para todos los que están en cargos públicos: preferir el bien común antes de la ventaja particular. Los que se esfuerzan al máximo para hacer el bien a los demás, procuran herencia en la Canaán de lo alto: pero pronto tendrán para entrar allá, cuando hayan hecho todo el servicio de que sean capaces a sus hermanos. Tampoco nada puede asegurarles más efectiva su derecho a ella, que esforzarse por llevar a los demás a desearla, a buscarla y obtenerla. Nuestro Señor Jesús vino y moró en la tierra, no

con pompas sino en pobreza, dando descanso al hombre pero sin tener Él donde reclinar su cabeza; porque Cristo no se agradó a sí mismo. Ni tampoco entraría Él a poseer su herencia, hasta que, por su obediencia hasta la muerte, obtuviera la herencia eterna para todo su pueblo; ni considerará completa su propia gloria, hasta que cada pecador rescatado sea puesto en posesión de su reposo celestial.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—6. *Ley acerca de las ciudades de refugio.* 7—9. *Ciudades designadas como refugio.*

Vv. 1—6. Cuando los israelitas fueron instalados en su heredad prometida, se les recordó que debían apartar las ciudades de refugio, cuyo uso y significado como tipo ya ha sido explicado en Números xxxv; Deuteronomio xix. El Israel espiritual de Dios tiene y tendrá en Cristo y en el cielo no sólo alivio para reposar, sino refugio para darles seguridad. Estas ciudades fueron señaladas para ser tipo del alivio que el evangelio da a los pecadores arrepentidos, y su protección de la maldición de la ley y de la ira de Dios, en nuestro Señor Jesús, a quien huyen los creyentes a buscar refugio, Hebreos vi, 18.

Vv. 7—9. Estas ciudades, como las del otro lado del Jordán, estaban ubicadas de modo que un hombre pudiera llegar a una desde cualquier parte del país, en medio día. Dios siempre es un Refugio que está a la mano. Todas eran ciudades levitas. Era bondad para con el pobre fugitivo que, al no poder subir a la casa de Jehová, tuviera, sin embargo, siervos de Dios con él para instruirle, orar por él y ayudarle a cumplir su necesidad de las ordenanzas públicas. —Algunos ven una significación en los nombres de estas ciudades en una aplicación a Cristo nuestro Refugio. Cedes significa santo, y nuestro Refugio es el santo Jesús. Siquem, un hombro, y el principado sobre su hombro. Hebrón, comunión, y los creyentes están llamados a la comunión de Cristo Jesús nuestro Señor. Beser, una fortaleza, porque Él es plaza fuerte para todo el que confía en Él. Ramot, alto o exaltado, pues Dios le ha exaltado con su diestra. Golán, gozo o exultación, porque todos los santos son justificados en Él y se gloriarán en Él.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—8. *Ciudades para los levitas.* 9—42. *Las ciudades designadas para los levitas.* 43—45. *Dios dio la tierra y el reposo a los israelitas conforme a su promesa.*

Vv. 1—8. Los levitas esperaron hasta que las demás tribus tuvieran su provisión antes de proferir su reclamo a Josué. Fundamentan su reclamo en una base muy buena; no sus méritos o servicios, sino el precepto divino. El sostenimiento de los ministros no es cosa dejada simplemente a la voluntad de la gente para que, si les place, los dejen morir de hambre; los que anuncian el evangelio vivan del evangelio, y lo hagan con comodidad.

Vv. 9—42. Mezclar a los levitas con las demás tribus fue para que vieran que los ojos de todo Israel estaban sobre ellos y, por tanto, era su preocupación andar en tal forma que su ministerio no fuera vituperado. Cada tribu tenía que compartir su porción de ciudades de los levitas. De esta manera Dios proveyó para la conservación de la religión entre ellos y para que tuvieran la Palabra en

todo lugar de la tierra. Pero, bendito sea Dios, nosotros tenemos el evangelio más difundido entre nosotros.

Vv. 43—45. Dios prometió dar en posesión a la simiente de Abraham la tierra de Canaán y, ahora, la tenían y habitaban en ella. La promesa de la Canaán celestial es tan segura para todo el Israel espiritual de Dios porque es la promesa de Aquel que no puede mentir. —Ahí estuvo ante ellos no un hombre. El predominio posterior de los cananeos fue efecto de la negligencia de Israel y castigo por su pecaminosa inclinación a la idolatría y abominaciones de los paganos que albergaron y permitieron en su medio. No faltó nada bueno que el Señor había hablado a la casa de Israel. En su debido momento todas sus promesas serían cumplidas; entonces, su pueblo iba a reconocer que el Señor ha superado sus mayores expectativas y los ha hecho más que vencedores y llevándolos al deseado descanso.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—9. *Rubén y Gad con la media tribu de Manasés, son despedidos para volver a sus casas.* 10—20. *Erigen un altar como testimonio—La congregación se ofende por eso.* 21—29. *Reacción de los rubenitas.* 30—34. *Los hijos de Israel, satisfechos.*

Vv. 1—9. Josué despide a las tribus con un buen consejo. Quienes *tienen* el mando lo tienen en vano a menos que *guarden* el mandamiento, que no será hecho correctamente a menos que se haga con cuidado diligente. En particular, *que améis a Jehová vuestro Dios*, como el mejor de los seres y el mejor de los amigos; y en tanto ese principio rija el corazón, habrá cuidado y esfuerzo constante para *andar en todos sus caminos* aun los que son estrechos y cuesta arriba. En todo caso, *que guardéis sus mandamientos*. En todo tiempo, en toda situación, con corazón decidido a seguir al Señor y a servirle a Él y a su reino entre los hombres, *de todo vuestro corazón y toda vuestra alma*. Este buen consejo se da a todos; ¡que Dios nos dé gracia para aceptarlo!

Vv. 10—20. Aquí está el afán de las tribus del otro lado del Jordán por conservar su participación en la religión de Israel en Canaán. A primera vista parecía que el propósito era establecer un altar en oposición al altar de Silo. Dios es celoso de sus instituciones; también debemos serlo nosotros, y temer todo lo que parezca idolatría o conduzca a ella. La corrupción de la religión se trata mejor al principio. —Pero su prudencia al seguir esta celosa resolución no es menos elogiable. Muchas infelices discordias se hubieran evitado o resuelto pronto al indagar la sustancia de la ofensa. El recuerdo de grandes pecados cometidos anteriormente debiera hacernos estar alerta contra el comienzo del pecado; porque el camino del pecado lleva cuesta abajo. Todos tenemos el deber de reprender a nuestro prójimo cuando comete falta para no participar de su pecado, Levítico xix, 17. La oferta hecha de que eran bienvenidos en la tierra donde estaba el tabernáculo de Jehová, donde podían establecerse, estaba en el espíritu de los verdaderos israelitas.

Vv. 21—29. Las tribus aceptaron buena parte de la reprensión de sus hermanos. Con solemnidad y mansedumbre pasaron a dar cuanta satisfacción pudieron. La reverencia a Dios se expresa en la *forma* de su apelación. Su breve confesión de fe iba quitar la sospecha de sus hermanos de que intentaban adorar a otros dioses. Hablemos siempre de Dios con seriedad, y mencionemos su nombre con una pausa solemne. Los que apelan al Cielo con un descuidado “Dios sabe”, toman su nombre en vano: es muy diferente de esto. —Expresan gran confianza en su propia rectitud en *el asunto* de su apelación. “Dios sabe” pues está perfectamente familiarizado con los pensamientos e intenciones del corazón. En todo lo que hagamos en religión es nuestro alto deber ser aprobados por Dios,

recordando que Él conoce el corazón. Si Dios conoce nuestra sinceridad, debemos estudiar el modo de darla a conocer a otros por sus frutos, en especial a quienes muestran celo por la gloria de Dios, pero se equivocan con nosotros. —Desdeñaron el designio del que se les consideraba sospechosos y explicaron plenamente su verdadera intención al edificar el altar. Los que han hallado el consuelo y el beneficio de las ordenanzas de Dios, sólo pueden desear preservarlas para su simiente y usar todo el cuidado posible para que sus hijos sean considerados como poseedores de una parte. Cristo es el gran Altar que santifica toda dádiva; la mejor evidencia de nuestro interés en Él es la obra de su Espíritu en nuestro corazón.

Vv. 30—34. Bueno es que en ambas partes haya disposición a la paz, como hubo celo por Dios; porque, a menudo, las peleas por la religión resultan ser las más arduas y difíciles de pacificar por falta de sabiduría y amor. Cuando espíritus irritables y orgullosos culpan injustamente a sus hermanos, aunque se presente prueba plena de su injusticia, por ningún medio se les convencerá para retractarse. Pero Israel no era tan prejuiciado. Miraron la inocencia de sus hermanos como señal de la presencia de Dios. El celo de nuestros hermanos por el poder de la piedad, la fe y el amor, a pesar del temor de romper la unidad de la iglesia, son cosas por las cuales debiéramos contentarnos con alegría. —El altar fue llamado Ed o Testimonio. Era un testimonio de su cuidado por conservar pura e íntegra su religión y daría testimonio contra sus descendientes, si dejaban de seguir al Señor. Será toda una dicha cuando todos los cristianos profesantes aprendan a seguir el ejemplo de Israel, uniendo celo y adhesión firme a la causa de la verdad, con candor, mansedumbre y prontitud para entenderse unos con otros, para explicar y quedar satisfechos con la explicación de nuestros hermanos. ¡Que el Señor aumente el número de quienes se esfuerzan por mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz! ¡Que la gracia y el consuelo creciente estén con todos los que aman a Jesucristo con sinceridad!

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—10. *Exhortación de Josué antes de morir.* 11—16. *Advertencia de Josué sobre la idolatría.*

Vv. 1—10. Josué estaba viejo y moribundo; ellos deben observar lo que les dice. Les hace recordar las grandes cosas que Dios ha hecho por ellos en sus días. Los exhorta a ser muy valientes. Guardar con cuidado lo que está escrito, hacerlo con diligencia y apreciarlo con sinceridad. Además, esforzarse con mucha diligencia para olvidar la idolatría pagana, de modo que nunca sea revivida. Triste es que entre los cristianos se usen tan corrientemente los nombres de dioses paganos, y sean tan familiares. —Josué les exhorta a ser muy constantes. Puede que haya muchas faltas entre ellos, pero no habían abandonado a Jehová su Dios; la manera de hacer que la gente mejore es hacer lo mejor de ellos.

Vv. 11—16. Si fuéramos fieles al Señor, estaríamos siempre en guardia, porque muchas almas se pierden por negligencia. Amad al Señor vuestro Dios y no os apartéis de Él. ¿Ha sido Dios fiel con vosotros? Entonces, no seais infieles con Él. Fiel es el que prometió, Hebreos x, 23. La experiencia de todo cristiano atestigua la misma verdad. Pueden los conflictos haber sido graves y prolongados, las pruebas muchas y grandes; pero, al final, reconocerá que el bien y la misericordia le siguieron todos los días de su vida. —Josué manifiesta las consecuencias fatales de echar pie atrás; sabed, pues, con toda certeza que eso será vuestra ruina. El primer paso será la amistad con los idólatras; el siguiente, casarse con ellos; el final será servir a sus dioses. De esa manera el camino del pecado lleva cuesta abajo, y quienes tienen comunión con los pecadores no pueden evitar la comunión con

el pecado. —Describe la destrucción acerca de la cual les advierte. La bondad de la Canaán celestial y que Dios la haya hecho un regalo libre y seguro, se sumará a la miseria de quienes para siempre quedarán excluidos de ella. Nada les hará sentir más lo absoluto de su miseria que ver cuán felices pudieron ser. Velemos y oremos para no caer en tentación. Confiemos en la fidelidad, amor y poder de Dios; invoquemos sus promesas y seamos fieles a sus mandamientos; entonces seremos felices en la vida, en la muerte y por siempre.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—14. *Los beneficios de Dios para sus antepasados.* 15—28. *Josué renueva el pacto entre el pueblo y Dios.* 29—33. *La muerte de Josué—Entierran los huesos de José—El estado de Israel.*

Vv. 1—14. Nunca debemos dar por terminada nuestra obra para Dios, hasta que haya terminado nuestra vida. Si alarga nuestros días más allá de lo esperado, como Josué, se debe a que tiene otro servicio para encomendarnos. El que quiere tener el mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús, se gloriará en dar el último testimonio de la bondad de su Salvador, y en proclamar a los cuatro vientos, las obligaciones con que lo ha enlazado la inmerecida bondad que Dios le ha mostrado. —La asamblea se reunió en solemne actitud religiosa. Josué les habló en nombre de Dios y de parte de Él. Su sermón fue doctrina y aplicación. La parte doctrinaria es la historia de las grandes cosas que Dios había hecho por su pueblo y por sus antepasados. La aplicación de la historia de las misericordias de Dios para con ellos, es una exhortación a temer y servir a Dios como gratitud por su favor, y que pueda continuar.

Vv. 15—28. Es esencial que el servicio del pueblo de Dios sea hecho con actitud voluntaria. Porque el amor es el único principio genuino del cual puede provenir todo servicio aceptable a Dios. El Padre tales adoradores busca que le adoren: los que le adoran en espíritu y en verdad. Los designios de la carne son enemistad contra Dios, por tanto, el hombre carnal es incapaz de dar adoración espiritual. De ahí la necesidad de nacer de nuevo. Pero gran cantidad de personas se quedan solo en las formalidades cuando se les imponen tareas. —Josué les dio a elegir, pero no como si fuera indiferente que ellos sirvieran o no a Dios. Escogeos a quien sirváis, ahora las cosas están clara ante vosotros. Él resuelve servir a Dios, sea lo que fuere que los demás hagan. Quienes resuelven servir a Dios no deben importarles estar solos de ahí en adelante. Los que van al cielo deben estar dispuestos a nadar contra la corriente. No deben hacer como *la mayoría*, sino como *los mejores*. Nadie puede comportarse como debiera en cualquier situación sin considerar profundamente sus deberes religiosos en las relaciones familiares. —Los israelitas estuvieron de acuerdo con Josué, influidos por el ejemplo del hombre que había sido una bendición tan grande para ellos; nosotros *también* serviremos al Señor. Fijaos cuánto bien hacen los grandes hombres por su influencia, si son celosos en la religión. —Josué los lleva a expresar el pleno propósito del corazón de ser fieles al Señor. Deben despojarse de toda confianza en su propia suficiencia o de lo contrario, sus propósitos serán vanos. Cuando hubieron decidido deliberadamente servir a Dios, Josué los ata con un pacto solemne. Hace un monumento para memoria. De esta manera emotiva Josué se despidió de ellos; si perecen, la sangre de ellos será sobre sus cabezas. —Aunque la casa de Dios, la mesa del Señor y hasta los muros y árboles ante los cuales hemos expresado nuestros propósitos solemnes de servirle, dieran testimonio en contra nuestra si lo negáremos, de todos modos podemos confiar en Él, que pondrá temor en nuestro corazón para que no nos apartemos de Él. Sólo Dios puede dar gracia, sin embargo, bendice nuestros esfuerzos por hacer que los hombres se comprometan en su servicio.

Vv. 29—33. José murió en Egipto, pero dio órdenes tocante a sus huesos, para que no descansaran en su tumba hasta que Israel descansara en la tierra prometida. —Nótese además la muerte y sepultura de Josué y de Eleazar, el sumo sacerdote. Los hombres más útiles, habiendo servido a su generación conforme a la voluntad de Dios, uno tras otro, caen dormidos y ven corrupción. Pero Jesús, habiendo pasado y terminado su vida en la tierra en forma más efectiva que José y Josué, resucitó de entre los muertos y no vio corrupción. Los redimidos del Señor heredarán el reino que preparó para ellos desde la fundación del mundo. Ellos hablarán admirados de la gracia de Jesús: *"Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a Él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén."*

JUECES

El libro de los Jueces es la historia de Israel durante el gobierno de los jueces, que fueron libertadores ocasionales que Dios levantaba para rescatar a Israel de sus opresores, para reformar el estado de la religión y para administrar justicia al pueblo. El estado del pueblo de Dios no parece ser muy próspero en este libro, ni su carácter muy religioso como hubiera sido de esperarse; pero había muchos creyentes entre ellos y el servicio del tabernáculo era atendido. La historia ejemplifica las frecuentes advertencias y predicciones de Moisés, y merece tomarse con profunda atención. Todo el libro está lleno de importantes enseñanzas.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *Acciones de las tribus de Judá y Simeón.* 9—20. *Conquista de Hebrón y otras ciudades.* 21—36. *Los procedimientos de las otras tribus.*

Vv. 1—8. Los israelitas estaban convencidos que había que continuar la guerra contra los cananeos; pero dudaban sobre el modo de ejecutarla después de la muerte de Josué. Preguntaron al Señor al respecto. Dios encarga que le sirvan de acuerdo con la fortaleza que Él ha otorgado. De los más capaces se espera más. Judá era el primero en dignidad y debe ser el primero en el deber. El servicio de Judá será de poca utilidad si Dios no da el éxito; pero Dios no dará el éxito a menos que Judá se dedique al servicio. Judá era la más considerable de todas las tribus y Simeón, la menor; sin embargo, Judá implora la amistad de Simeón y les pide socorro. Corresponde a los israelitas ayudarse unos a otros contra los cananeos; todos los cristianos, aun los de tribus diferentes, deben fortalecerse unos a otros. Los que se ayudan mutuamente con amor, tienen razón para esperar que Dios les ayude a ambos en su gracia. —Adoni-bezec fue hecho prisionero. Este príncipe había sido un tirano severo. Los israelitas, evidentemente bajo la dirección divina, le hicieron sufrir lo que él había hechos a otras personas. Así, a veces, el justo Dios, en su providencia, hace que el castigo corresponda al pecado.

Vv. 9—20. Los cananeos tenían carros de hierro, pero Israel tenía a Dios de su lado, cuyos carros son millares de ángeles, Salmo lxviii, 17. Pero aun ellos dejaron que sus temores prevalecieran sobre su fe. Leemos de Caleb en Josué xv, 16–19. Los ceneos se habían establecido en la tierra. Israel dejó que se establecieran donde gustaran, siendo un pueblo tranquilo y no ambicioso. A los que no molestan a nadie, nadie los molesta. Bienaventurados los mansos porque ellos heredarán la Tierra.

Vv. 21—36. El pueblo de Israel fue muy negligente con su deber y con sus beneficios. Si no fuera por la pereza y la cobardía, no habrían tenido dificultades para completar sus conquistas. También se debía a su codicia: estaban dispuestos a dejar que los cananeos vivieran entre ellos para aprovecharse de ellos. No tenían el terror ni el odio por la idolatría que deberían tener. La misma *incredulidad* que mantuvo a sus antepasados por cuarenta años fuera de Canaán, les impedía ahora tomar completa posesión de la tierra. La desconfianza en el poder y la promesa de Dios les privaba de los beneficios y los metía en problemas. De esa manera, muchos creyentes que empiezan bien, se ven retardados. Sus gracias languidecen, sus concupiscencias reviven, Satanás los acosa con tentaciones adecuadas, el mundo recupera su dominio; tienen sentimiento de culpa, llenan de

angustia su corazón, desacreditan su carácter y hacen caer reproche sobre el evangelio. Aunque se le reprenda imperiosamente, y ser recuperado para que no perezca, tendrá, sin embargo, que lamentar profundamente su necedad por el resto de sus días; en su lecho de muerte tendrá que lamentar las oportunidades que perdió de glorificar a Dios y servir a la iglesia. No podemos tener comunión con los enemigos de Dios en nosotros o fuera de nosotros sino para propio daño; en consecuencia, nuestra única sabiduría es librar una guerra incesante contra ellos.

CAPÍTULO II

Versículos 1—5. *El ángel del Señor reprende al pueblo.* 6—23. *La maldad de la nueva generación posterior a Josué.*

Vv. 1—5. Era el gran Ángel del pacto, el Verbo, el Hijo de Dios, quien habló con autoridad divina como Jehová y que ahora los llama a rendir cuentas de su desobediencia. Dios expone lo que ha hecho por Israel y lo que había prometido. Quienes desechan la comunión con Dios y tienen comunión con las obras infructuosas de las tinieblas no saben lo que hacen, y nada tendrán que decir a su favor en el día cercano de la rendición de cuentas. Tienen que esperar sufrimientos a cambio de su necedad. Se engañan a sí mismos quienes esperan sacar ventaja de su amistad con los enemigos de Dios. A menudo Dios hace que el pecado de los hombres sea su castigo; hay espinas y trampas en el camino del obstinado que anda en contra de Dios. —El pueblo lloró, quejándose de su propia insensatez e ingratitud. Temblaron ante la palabra y no sin causa. Es un prodigio que los pecadores puedan hasta leer la Biblia con los ojos secos. Si se hubieran mantenido cerca de Dios y de su deber, ninguna voz sino la de los cánticos se hubiera oído pero, por su pecado y necedad, hicieron otra obra para sí mismos y nada se oirá sino la voz del lloro. La adoración de Dios, en su propia naturaleza, es gozo, alabanza y acción de gracias; nuestros pecados solo hacen necesario el llanto. Agrada ver que los hombres lloren por sus pecados, pero nuestras lágrimas, oraciones y ni aun las enmiendas pueden expiar el pecado.

Vv. 6—23. Tenemos una idea general del curso de las cosas en Israel durante la época de los Jueces. La nación se volvió tan miserable y desgraciada por abandonar a Dios, como hubieran sido grandes y felices si hubieran continuado siendo fieles a Él. El castigo correspondió al mal que habían hecho. Sirvieron a los dioses de las naciones que los rodeaban aun al menor, y Dios hizo que sirvieran a los príncipes de las naciones de sus contornos, aun al menor. Quienen han hallado que Dios es fiel a sus promesas, pueden estar seguros que será igualmente fiel con sus amenazas. —Con justicia, podría haberlos abandonado, pero por compasión no lo hizo. El Señor estaba con los jueces que levantaba, y de esa manera llegaron a ser salvadores. En los días de las mayores tribulaciones de la iglesia, habrá algunos a quienes Dios halle o haga aptos para ayudarla. —Los israelitas no fueron cabalmente reformados; porque estaban tan enloquecidos por sus ídolos y tan obstinadamente inclinados a descarriarse. De esta manera, los que han abandonado los buenos caminos de Dios, que una vez conocieron y profesaron, generalmente se ponen más atrevidos y desesperados en el pecado y sus corazones se endurecen. —Su castigo fue que los cananeos fueron perdonados, y de esa manera, ellos fueron golpeados con su propia vara. Los hombres abrigan y toleran sus corruptos apetitos y pasiones; en consecuencia, Dios los deja justamente librados a su suerte, bajo el poder de sus pecados, lo que será su ruina. Dios nos ha dicho cuán engañoso y desesperadamente perverso es nuestro corazón, pero no estamos dispuestos a creerlo hasta que, haciéndonos osados por la tentación, descubrimos por triste experiencia, que es verdad. Tenemos que examinarnos a nosotros mismos y orar sin cesar para que habite Cristo por la fe en nuestros corazones, arraigados y cimentados en amor. Declaremos la guerra a todo pecado y sigamos la santidad todos nuestros días.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *Naciones dejadas para probar a Israel.* 8—11. *Otoniel libra a Israel.* 12—30. *Aod libra a Israel de Eglón.* 31. *Samgar libra y juzga a Israel.*

Vv. 1—7. Como los israelitas eran tipo de la iglesia de la tierra, no tenían que estar ociosos ni ser perezosos. Agradó al Señor probarlos con el resto de las naciones que ellos perdonaron. Las tentaciones y las pruebas detectan la iniquidad del corazón de los pecadores; y refuerzan las gracias de los creyentes en sus conflictos diarios con Satanás, el pecado y con este mundo malo. Deben vivir *en* este mundo, pero no son *de* este mundo y tiene prohibido conformarse a él. Esto marca la diferencia entre los seguidores de Cristo y los profesantes. La *amistad* del mundo es más fatal que la *enemistad*; esta sólo puede matar el cuerpo, pero aquella asesina a muchas almas preciosas.

Vv. 8—11. Otoniel fue el primer juez; empezó a hacerse famoso ya en la época de Josué. Poco después de establecerse en Canaán, la pureza de Israel empezó a corromperse y a perturbarse su paz. —Pero la aflicción hace que clamen a Dios los que antes escasamente hablaban a Él. Dios volvió a ellos por misericordia para liberarlos. El Espíritu de Jehová descendió sobre Otoniel: El Espíritu de sabiduría y valor que lo capacita para el servicio y el Espíritu de poder lo estimula para ello. Primero juzgó a Israel, lo reprendió y lo reformó, y luego fue a la guerra. Derrotad el pecado en casa, el peor de los enemigos, y los enemigos de fuera serán más fácilmente vencidos. Así, que Cristo sea nuestro Juez y Legislador, luego nos salvará.

Vv. 12—30. Cuando Israel vuelve a pecar, Dios levanta un nuevo opresor. Los israelitas hicieron el mal, y los moabitas hicieron peor; puesto que Dios castiga en este mundo los pecados de su pueblo, Israel es debilitado, y Moab fortalecido contra ellos. Si las tribulaciones menores no hacen la obra, Dios las enviará mayores. —Cuando Israel vuelve a orar, Dios levanta a Aod. Como juez o ministro de la justicia divina, Aod mata a Eglón, rey de Moab, y, de ese modo, ejecuta los juicios de Dios contra él como enemigo de Dios y de Israel. Pero la ley de someterse a principados y potestades en todas las cosas lícitas es la regla de *nuestra* conducta. Ahora no se dan cometidos como estos; pretender tenerlos es blasfemar a Dios. —Nótese el discurso de Aod a Eglón. ¿Qué mensaje de Dios, sino uno de venganza, puede esperar un soberbio rebelde? Ese mensaje está contenido en la palabra de Dios; sus ministros osadamente la declaran sin temer el ceño fruncido ni hacer acepción de las personas de los pecadores. Pero, bendito sea Dios, ellos tienen que entregar un mensaje de misericordia y salvación gratuita; el mensaje de la venganza es sólo para los que rechazan la oferta de la gracia. La consecuencia de esta victoria fue que la tierra tuvo descanso por ochenta años. Fue un gran intervalo para que reposara la tierra, pero qué es eso para el descanso eterno de los santos en la Canaán celestial.

V. 31. El lado del país que yacía al suroeste estaba infestado de filisteos. Dios levantó a Samgar para liberarlos; no teniendo espada ni lanza, tomó una aguijada de bueyes, el instrumento que tenía más a mano. Dios puede hacer útiles para su gloria y para el bien de su iglesia a personas humildes y oscuras por nacimiento, educación y ocupación. No importa el arma si Dios dirige y fortalece el brazo. A menudo Él obra por medios inverosímiles para que la excelencia del poder sea de Dios.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—3. *Israel se vuelve a rebelar y es oprimido por Jabín.* 4—9. *Débora se pone de acuerdo con Barac para liberarlos.* 10—16. *Derrota de Sísara.* 17—24. *Jael mata a Sísara.*

Vv. 1—3. La tierra tuvo ochenta años de descanso, lo que debió confirmarlos en su religión; pero los hizo sentirse seguros y dieron el gusto a sus concupiscencias. Así, la prosperidad de los necios los destruye. Jabín y su general Sísara, oprimieron fuertemente a Israel. Este enemigo estaba más cercano que los anteriores. Israel clamó al Señor cuando la aflicción los llevó a Él, y no veían otra forma de alivio. Los que olvidan a Dios en la prosperidad, tendrán que buscarlo en la aflicción.

Vv. 4—9. Débora era profetisa, instruida en el conocimiento divino por la inspiración del Espíritu de Dios. Juzgaba a Israel como boca de Dios para ellos; corregía los abusos y resolvía las quejas. Por orden de Dios, ella mandó a Barac que organizara un ejército y atacara las fuerzas de Jabín. Barac insistió mucho en que ella estuviera presente. Débora prometió ir con él. No lo iba a enviar donde ella misma no iría. Quienes en el nombre de Dios llaman a su deber a los demás, deben estar dispuestos para asistirlos. Barac aprecia más la satisfacción de su mente, y el buen éxito de su empresa que el simple honor.

Vv. 10—16. La confianza de Sísara estaba en sus carros. Pero si tenemos base para esperar que Dios vaya delante de nosotros, podemos ir con valor y júbilo. No desmayéis por las dificultades que encontréis al resistir a Satanás, servir a Dios o sufrir por Él; porque, ¿no fue el Señor delante de vosotros? Seguidle entonces en todo. —Barac descendió aunque sobre el llano los carros de hierro tendrían ventaja sobre él: él dejó la montaña dependiendo del poder divino; porque solo en el Señor está la salvación de su pueblo, Jeremías iii, 23. Él no fue defraudado en su confianza. Cuando Dios va delante de nosotros en los conflictos espirituales, debemos entrar en acción y, cuando por su gracia, nos da algún triunfo sobre los enemigos de nuestras almas, debemos mejorarlo estando alertas y resueltos.

Vv. 17—24. Los carros de Sísara eran su orgullo y su confianza. De esta manera, se frustran los que descansan en la criatura; como la caña cascada no sólo se quiebra, sino los atraviesa con muchos dolores. El ídolo se vuelve rápidamente una carga, Isaías xlvi, 1; Dios puede hacer que aquello *por* lo cual enloquecíamos, nos enloquezca *de* verdad. Probablemente Jael haya realmente intentado ser amable con Sísara; pero por un impulso divino después fue llevado a considerarlo como el enemigo jurado del Señor y de su pueblo, y decidió destruirlo. Debemos romper todas nuestras relaciones con los enemigos de Dios si tenemos al Señor como nuestro Dios y su pueblo como nuestro pueblo. El que había pensado destruir a Israel con sus muchos carros de hierro, es destruido con un clavo de hierro. De esa manera, lo débil del mundo confunde al poderoso. Los israelitas hubieran evitado mucha maldad si hubieran destruido más pronto a los cananeos, como Dios les mandó y los capacitó: pero más vale ser sabios tarde que nunca, y adquirir sabiduría por la experiencia.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *Alabanza y gloria atribuidas a Dios.* 6—11. *Aflicción y liberación de Israel.* 12—23. *Algunos elogiados, otros censurados.* 24—31. *La madre de Sísara se desengaña.*

Vv. 1—5. No debe haber pérdida de tiempo para agradecer al Señor sus misericordias; porque nuestras alabanzas son más aceptables, agradables y provechosas cuando fluyen de un corazón satisfecho. Por esto, se debe estimularse más el amor y el agradecimiento, y fijarse más profundamente, en el corazón del creyente; los acontecimientos serán más conocidos y recordados

por más tiempo. El Señor es quien debe tener toda la alabanza, no importa cuánto hayan hecho Débora, Barac o el ejército. La voluntad, el poder y el éxito fueron todos de Dios.

Vv. 6—11. Débora describe el estado afligido de Israel bajo la tiranía de Jabín, para destacar que su salvación era pura gracia. Muestra la causa de su miseria. Fue su idolatría. Escogieron nuevos dioses con nombres nuevos. Pero tras todas esas imágenes era Satanás a quien adoraban. Débora fue una madre para Israel al fomentar diligentemente la salvación de sus almas. Llama a los que compartieron las ventajas de esta gran salvación para que ofrezcan su gratitud a Dios. A los que se les ha restaurado, no sólo su libertad como a los demás israelitas, sino a su dignidad, que alaben a Dios. —Esta es obra del Señor. En los actos suyos hizo justicia sobre sus enemigos. En épocas de persecución se recurre a las ordenanzas de Dios, las fuentes de salvación, de donde se extrae el agua de vida, con peligro para la vida de quienes los que le prestan atención. En todo momento Satanás tratará de impedir que el creyente se acerque al trono de la gracia. Fijaos en la bondad de Dios hacia su pueblo tembloroso. La gloria de Dios es proteger a quienes están más expuestos y ayudar al más débil. Notemos el beneficio que tenemos por la paz pública, especialmente los habitantes de las aldeas, y demos la alabanza a Dios.

Vv. 12—23. Débora invoca a su propia alma para que sea la más ferviente. El que enciende el fuego en los corazones de otros hombres con el amor de Cristo, debe arder primero con el mismo amor. Alabar a Dios es una tarea a la cual debemos despertar, y despertarnos para ella. Se da cuenta quiénes pelearon contra Israel, quiénes pelearon por ellos y quiénes se mantuvieron lejos. Quienes pelearon *contra* ellos. Eran enemigos obstinados del pueblo de Dios, por tanto, los más peligrosos. —Quiénes pelearon *por* ellos. Las diversas tribus que los ayudaron se mencionan aquí con honor; porque aunque Dios debe ser glorificado por sobre todo, los que son utilizados deben recibir su debido elogio para estímulo de los demás. Pero toda la creación está en guerra contra los que tienen a Dios por enemigo. —El río Cisón peleó contra sus enemigos. La mayor parte de las veces era poco profundo pero ahora, probablemente por la gran lluvia que cayó, estaba tan crecido y la corriente era tan profunda y fuerte, que quienes trataron de cruzarlo se ahogaron. —El alma de la misma Débora peleó contra ellos. Cuando se emplea el alma en piadosos ejercicios y se hace obra de corazón, por la gracia de Dios, la fuerza de nuestros enemigos espirituales será pisoteada y caerán ante nosotros. —Observe quiénes *se mantuvieron a la distancia* y no se pusieron del lado de Israel, como pudiera haberse esperado. Así, muchos no cumplen su deber por miedo a los problemas, el amor a la comodidad y el indebido afecto por sus negocios y ventajas mundanales. Los espíritus estrechos y egoístas no se cuidan por lo que le suceda a la iglesia de Dios con tal de conseguir, guardar y ahorrar dinero. Todos buscan lo suyo propio, Filipenses ii, 21. Algo pequeño les servirá de pretexto para quedarse en casa, a quienes no tienen la intención de comprometerse en servicios necesarios, porque presentan dificultades y peligros. Pues no podemos mantenernos fuera de la lucha entre el Señor y sus enemigos; y si no nos metemos *activamente* a fomentar su causa en este mundo malo, caeremos bajo la maldición contra los obreros de maldad. Aunque no necesita ayuda humana, sin embargo, Dios se agrada en aceptar los servicios de quienes mejoran sus talentos para el progreso de su causa. Él requiere que cada hombre haga esto.

Vv. 24—31. Jael tuvo una bendición especial. Los que echan su suerte en la tienda, en una esfera baja y estrecha, si sirven a Dios según los poderes que les ha dado, no perderán su recompensa. —La madre de Sísara esperaba su regreso, no temiendo en lo más mínimo por su éxito. Cuidémonos de abrigar deseos ardientes por algún bien temporal, particularmente en cuanto a acariciar la vanagloria, pues eso era lo que aquí ella deseaba. —¡Qué cuadro presenta ella de un corazón impío y sensual! ¡Cuán vergonzosos e infantiles son los deseos de una madre anciana y de sus asistentes para su hijo! De esta manera, Dios a menudo arruina a sus enemigos cuando están más hinchados de orgullo. —Débora concluye con una oración a Dios por la destrucción de todos sus enemigos y por el consuelo

de todos sus amigos. Tal será la honra, y el gozo de todos los que aman a Dios con sinceridad; por siempre brillarán como el sol en el firmamento.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—6. *Israel oprimido por los madianitas.* 7—10. *Un profeta reprende a Israel.* 11—24. *Gedeón puesto para liberar a Israel.* 25—32. *Gedeón destruye el altar de Baal.* 33—40. *Señales dadas a Gedeón.*

Vv. 1—6. El pecado de Israel se renovó y se repitieron las aflicciones de Israel. Todos los que pecan esperen sufrir. —Los israelitas se ocultaron en cuevas y guaridas; tal fue el efecto de una conciencia culpable. El pecado deprime a los hombres. Los invasores no dejaron comida para Israel, salvo la llevada a las cuevas. Prepararon para Baal aquello con que debieron servir a Dios, así que ahora Dios, justamente, envía un enemigo para quitárselo en la estación correspondiente.

Vv. 7—10. Ellos clamaron a Dios por un libertador y Él les envió un profeta para enseñarles. Cuando Dios da a la nación ministros fieles, es una señal de que le tiene reservada misericordia. Los acusa de rebelión contra el Señor; su intención es llevarlos al arrepentimiento. El arrepentimiento es real cuando se lamenta la pecaminosidad del pecado, como desobediencia a Dios.

Vv. 11—24. Gedeón era un hombre de espíritu valiente y esforzado, pero en la oscuridad de su época; aquí él es estimulado a emprender algo grande. Era seguro que Jehová estaba con él, cuando su Ángel estuvo con él. —Gedeón era de fe débil, lo cual le dificulta reconciliar la seguridad de la presencia de Dios con la aflicción a la cual está sometido Israel. —El Ángel responde sus objeciones. Le dice que se presente y actúe como el libertador de Israel, que no necesitaba más. El obispo Hall dice: Aunque Dios califica de valiente a Gedeón, Él lo hace así. Dios se deleita en hacer progresar al humilde. Gedeón desea que su fe sea confirmada. Ahora, bajo la influencia del Espíritu, nosotros no tenemos que esperar señales ante nuestros ojos como las que Gedeón desea aquí; más bien debemos orar fervorosamente a Dios que, si hemos hallado gracia ante sus ojos, Él envíe una señal a nuestro corazón por la obra poderosa de su Espíritu. —El Ángel convirtió la carne en una ofrenda presentada por el fuego; demostrando así que Él no era hombre que necesitara carne, sino el Hijo de Dios que iba a ser servido y honrado por el sacrificio, y que, en el cumplimiento del tiempo, iba a ofrecerse a Sí mismo en sacrificio. Aquí se da a Gedeón una señal de que había hallado gracia ante los ojos de Dios. Desde que el hombre ha estado expuesto a la ira y maldición de Dios, ha sido aterrador para él un mensaje del cielo, porque difícilmente se atreve a esperar buenas noticias de allá. En este mundo es muy espantoso tener cualquier relación con el mundo de los espíritus, al cual somos tan ajenos. El valor le faltó a Gedeón, pero Dios le habló de paz.

Vv. 25—32. Véase aquí el poder de la gracia de Dios, que levantará un reformador; y la bondad de su gracia que levantará el libertador de la familia de un líder de la idolatría. Gedeón no debe pensar que es suficiente no adorar en ese altar; debe demolerlo y ofrecer sacrificio en otro. Era necesario que hiciera la paz con Dios antes de ir a la guerra contra Madián. Mientras el pecado no haya sido perdonado por el gran Sacrificio, no se debe esperar ningún bien. Dios, que tiene todos los corazones en su mano, influye sobre Joás para que comparezca a favor de su hijo contra los paladines de Baal, aunque anteriormente se había unido al culto de Baal. Hagamos nuestro deber y confiemos a Dios nuestra seguridad. —Aquí hay un desafío a Baal para que haga bien o mal; el resultado convence a sus adoradores de su necedad de pedir socorro a aquel que no podía siquiera vengarse a sí mismo.

33—40. Las señales son verdaderamente milagrosas y muy significativas. Gedeón y sus hombres iban a luchar contra los madianitas, ¿podría Dios distinguir entre un pequeño vellón de Israel y el extenso suelo de Madián? Se hace saber a Gedeón que Dios podía hacerlo. ¿Deseaba Gedeón que el rocío de la gracia divina descendiera en particular sobre él mismo? Ve el vellón mojado por el rocío para darle seguridad. ¿Desea que Dios sea como el rocío para todo Israel? He ahí, todo el suelo está húmedo. ¡Cuánta causa tenemos nosotros, pecadores de los gentiles, para bendecir al Señor por el hecho de que el rocío de las bendiciones celestiales, una vez limitado a Israel, ahora es enviado a todos los habitantes de la tierra! Pero aun los medios de gracia se dan en diferentes medidas conforme a los propósitos de Dios. En la misma congregación, el alma de un hombre es como el vellón humedecido de Gedeón, otro es como el suelo seco.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—8. *Reducción del ejército de Gedeón.* 9—15. *Gedeón es alentado.* 16—22. *Derrota de los madianitas.* 23—25. *Los de Efraín toman a Oreb y Zeeb.*

Vv. 1—8. Dios hace provisión para que la alabanza de la victoria sea totalmente suya, señalando solo trescientos hombres para la lucha. —La actividad y la prudencia van junto con la dependencia de Dios para que nos socorra en nuestras justas empresas. Cuando el Señor ve que los hombres se van a desentender de Él y, por incredulidad, van a eludir los servicios peligrosos o, que por orgullo, quisieran ponerse en su contra, los pone a un lado y hace su obra con otros instrumentos. Muchos encontrarán pretextos para desertar la causa y escapar de la cruz. Pero aunque una sociedad religiosa pueda, de este modo, reducirse en número, ganará, no obstante, en pureza, y puede esperar una bendición acrecentada de parte del Señor. Dios elige emplear a los que no solo están bien afectados, sino celosamente afectados por una cosa buena. —No murmuran por la libertad de los demás que fueron despedidos. Al cumplir los deberes requeridos por Dios, no debemos considerar el progreso o retraso de los demás, ni lo que hacen, sino lo que Dios espera de nuestras manos. Es raro encontrar una persona que puede tolerar que los demás lo superen en dones, bendiciones o libertad; de modo que podemos decir que es por la gracia especial de Dios que consideramos lo que Dios nos dice y no miramos lo que hacen los hombres.

Vv. 9—15. El sueño parecía tener poco significado en sí mismo, pero la interpretación demostró evidentemente que todo era del Señor, y descubrió que el nombre de Gedeón había llenado de terror a los madianitas. Gedeón tomó esto como señal segura de éxito; sin demora adoró y alabó a Dios, y regresó con confianza a sus trescientos hombres. Donde quiera que estemos, podemos hablar a Dios y adorarlo. Dios debe tener la alabanza por lo que estimula nuestra fe. Hay que reconocer su providencia en los sucesos, aunque sean pequeños y aparentemente accidentales.

Vv. 16—22. El método para derrotar a los madianitas puede tomarse como ejemplo de la destrucción del reino del diablo en el mundo por la predicación del evangelio eterno, el tocar la trompeta, y el mostrar la luz que sale de vasos de barro, pues tales son los ministros del evangelio, 2 Corintios iv, 6, 7. Dios escogió lo necio del mundo para confundir a lo sabio, una torta de cebada para derrotar las tiendas de Madián, para que la excelencia del poder sea sólo de Dios. El evangelio es una espada, no en la mano, sino en la boca: la espada del Señor y de Gedeón; de Dios y Jesucristo, de Aquel que se sienta en el trono y el Cordero. —Los impíos suelen ser llevados a vengar la causa de Dios sobre otros, bajo el poder de sus engaños y la furia de sus pasiones. Véase también cómo Dios, a menudo hace que los enemigos de la iglesia sean instrumentos para que se destruyan unos a otros; es una lástima que los amigos de la iglesia deban a veces actuar como ellos.

Vv. 23—25. Dos comandantes principales de las huestes de Madián fueron capturados y muertos por los hombres de Efraín. Deseable es que todos nosotros hiciéramos como ellos, y que donde se necesite ayuda, que esta fuera pronta y voluntariamente dada por otro. Si se comienza algo excelente y provechoso, estuviéramos dispuestos a tener colaboradores para terminar y perfeccionar aquello, y no, como a menudo pasa, estorbarnos unos a otros.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—3. *Gedeón pacifica a Efraín.* 4—12. *Sucot y Peniel rehusan aliviar a Gedeón.* 13—17. *Sucot y Peniel castigados.* 18—21. *Gedeón venga a sus hermanos.* 22—28. *Gedeón no acepta el gobierno, pero da ocasión a la idolatría.* 29—35. *La muerte de Gedeón.—La ingratitud de Israel.*

Vv. 1—3. Quienes no intentan ni se aventuran en nada por la causa de Dios, son los más prontos para censurar y disputar con los que son de espíritu más celoso y emprendedor. Los más remolones para los servicios difíciles, son los que más se enojan por no recibir reconocimiento. Gedeón surge aquí como gran ejemplo de abnegación y nos demuestra que la envidia se elimina mejor con la humildad. Los hombres de Efraín expresaron sus pasiones con una libertad muy equivocada para hablar, señal cierta de una causa débil: la razón vuela bajo cuando el reproche vuela alto.

Vv. 4—12. Los hombres de Gedeón estaban agotados, pero prosiguieron; fatigados con lo que habían hecho, pero ansiosos por hacer más contra sus enemigos. Muchas veces es así el caso del cristiano verdadero, desfalleciente, pero sigue adelante. El mundo muy poco sabe de la lucha perseverante y exitosa que libra el creyente verdadero con su corazón pecador. Pero él se remite a esa fuerza divina en cuya fe empezó su conflicto, y por cuya sola provisión puede terminar con triunfo.

Vv. 13—17. Los siervos activos del Señor se enfrentan con una oposición más peligrosa de parte de los falsos maestros que de los enemigos francos; pero no deben preocuparse por la conducta de quienes son israelitas de nombre, pero madianitas de corazón. Deben perseguir a los enemigos de su alma y de la causa de Dios, aunque estén a punto de desmayar por los conflictos internos y las dificultades externas. Y serán capacitados para perseverar. Mientras menos ayuden los hombres y más procuren estorbar, más ayudará el Señor. —Siendo desechada la advertencia de Gedeón, el castigo fue justo. Muchos aprenden con los abrojos y espinos de la aflicción lo que no aprendieron de otro modo.

Vv. 18—21. Había que enfrentar a los reyes de Madián. —Cuando se confesaron culpables del asesinato, Gedeón actuó como el vengador de la sangre, puesto que era el pariente más cercano de las personas asesinadas. No pensaron ellos que habían oído de esto hacía mucho tiempo, pero el homicidio rara vez queda sin castigo en esta vida. Se debe rendir cuenta a Dios de los pecados que el hombre ha olvidado hace mucho. ¡Qué pobre consuelo hay en esperar sufrir menos dolor en la muerte, y morir con menos desgracia que otros! Pero muchos están más ansiosos por estos aspectos que por el futuro juicio y lo que seguirá.

Vv. 22—28. Gedeón rehusó el gobierno que el pueblo le ofreció. Ningún hombre bueno se agradaría con algún honor conferido a él, que solo pertenece a Dios. —Gedeón pensó conservar el recuerdo de esta victoria con un efod hecho de lo mejor de los despojos. Probablemente este efod tenía, como era habitual, un terafín adosado y Gedeón pretendió que esto fuera un oráculo para

consultar. Muchos son llevados por caminos errados por un solo mal paso de un hombre bueno. Se volvió trampa para el mismo Gedeón, y resultó ser la ruina de la familia. ¡Con cuánta rapidez los ornamentos que alimentan la concupiscencia de los ojos y forman la soberbia de la vida, tienden asimismo a las concupiscencia de la carne, avergonzando a los que los aprecian!

Vv. 29—35. En cuanto murió Gedeón, que mantuvo al pueblo adorando al Dios de Israel, éstos se vieron sin restricciones; entonces, se fueron tras los baales, y no se mostraron bondadosos con la familia de Gedeón. No asombra que los que olvidan a su Dios, se olviden de sus amigos. Pero conscientes de nuestra propia ingratitud para con el Señor, y observando la de la humanidad en general, debemos aprender a ser pacientes en cualquier clase de repercusiones malas que encontremos por nuestros malos servicios, y resolver, conforme al ejemplo divino, no ser derrotados por el mal sino vencer al mal con el bien.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—6. *Abimelec asesina a sus hermanos y es hecho rey.* 7—21. *Jotam reprende a los hombres de Siquem.* 22—29. *Los hombres de Siquem conspiran contra Abimelec.* 30—49. *Abimelec destruye a Siquem.* 50—57. *Abimelec asesinado.*

Vv. 1—6. Los hombres de Siquem escogieron como rey a Abimelec. No consultaron a Dios si ellos debían tener rey o no, y mucho menos quién debería ser. —Si los padres pudieran ver lo que harán sus hijos, y lo que sufrirán, el gozo por ellos se volvería a menudo en tristeza: podemos estar agradecidos de no saber lo que sucederá. Por sobre todo, debemos temer y velar contra el pecado, pues nuestra conducta inicua puede producir efectos fatales en nuestra familia, cuando nosotros ya estemos en nuestra tumba.

Vv. 7—21. No hubo ocasión para que los árboles eligieran un rey, pues todos son árboles del Señor, que Él ha plantado. Tampoco hubo ocasión para que Israel se impusiera un rey sobre ellos, pues el Señor era el Rey de ellos. Los que dan fruto para el bien público son justamente respetados y honrados por todos los sabios, más que quienes son una figura. —Todos los árboles frutales dieron la misma razón al rechazar su nominación por sobre los árboles; o, como dice una nota marginal, subir y bajar por los árboles. Gobernar exige de un hombre mucho esfuerzo y cuidado. Los favoritos de la confianza y del poder público, deben renunciar a todos sus intereses y ventajas particulares por el bien de los demás. Quienes han sido ascendidos a cargos de honra y dignidad, corren el gran peligro de perder su capacidad de dar fruto. Razón por la cual los que desean hacer bien temen ser demasiado grandes. —Jotam compara a Abimelec con una zarza, planta sin valor, cuyo fin es ser quemada. Tal era Abimelec.

Vv. 22—29. Abimelec se sienta en el trono que su padre rechazó. Pero, ¿cuánto dura esta gloria? Permanece sólo tres años y ve que la zarza se marchita y quema. La prosperidad del impío es breve y frágil. Los hombres de Siquem fueron diezmados no por otra mano que la de Abimelec. Los que lo elevaron injustamente al trono, son los primeros en sentir el peso de su cetro.

Vv. 30—49. Abimelec pretendió castigar a los de Siquem por faltarle el respeto ahora, pero Dios los castigó por haberle servido anteriormente, al asesinar a los hijos de Gedeón. Cuando Dios usa a los hombres como instrumentos de su mano para hacer su obra, *Él* significa una cosa y *ellos*, otra. De modo que lo que esperaban hubiera sido para bien de ellos, resulta ser una trampa y un lazo,

como hallarán ciertamente los que corren a los ídolos para refugiarse, refugio que resulta ser un refugio de mentiras.

Vv. 50—57. Los de Siquem fueron arruinados por Abimelec; ahora él se ve enfrentado a a ellos como su líder en la villanía. El mal persigue a los pecadores y, a veces, los supera cuando no sólo están tranquilos, sino triunfantes. Aunque la maldad pueda prosperar por un tiempo, no prosperará para siempre. —Si se contara verazmente la historia de la humanidad, se parecería mucho a la de este capítulo. El registro de los que se califican de sucesos espléndidos nos presentan este tipo de lucha por el poder. Tales escenas, aunque elogiadas por los hombres, explican totalmente la doctrina bíblica de lo engañoso y perverso del corazón del hombre, la fuerza de las lujurias humanas, y el efecto de la influencia de Satanás. Señor, tú nos has dado tu palabra de verdad y justicia; oh, derrama tu Espíritu de pureza, paz y amor sobre nosotros y que escriba tus santas leyes en nuestro corazón.

CAPÍTULO X

Versículos 1—5. *Tola y Jair jueces de Israel.* 6—9. *Los filisteos y los amonitas oprimen a Israel.* 10—18. *El arrepentimiento de Israel.*

Vv. 1—5. Los reinos tranquilos y pacíficos, aunque sea los mejores para vivir, dan poco que hablar. Tales fueron los días de Tola y Jair. Ellos fueron hombres humildes, activos y útiles, gobernadores nombrados por Dios.

Vv. 6—9. Ahora se cumple la amenaza de que los israelitas no tendrían poder para resistir ante sus enemigos, Levítico xxvi, 17, 37. Por sus malos caminos y sus malas obras se buscaron esto para sí mismos.

Vv. 10—18. Dios es capaz de multiplicar los castigos de los hombres conforme al número de sus pecados e ídolos. Pero hay esperanza cuando los pecadores claman al Señor pidiendo socorro y lamentan su impiedad como asimismo sus transgresiones más flagrantes. Necesario es que, en el verdadero arrepentimiento, haya una plena convicción de que no pueden ayudarnos las cosas que hemos puesto para que compitan con Dios. —Reconocen lo que merecían, aunque rogaron a Dios que no los tratara conforme a sus méritos. Debemos sometemos a la justicia de Dios con esperanza en su misericordia. El verdadero arrepentimiento no es sólo *por* el pecado sino *del* pecado. Como la desobediencia y la desgracia de un niño son dolor para un padre tierno, así las provocaciones del pueblo de Dios son una tristeza para Él. Nunca puede procurarse en vano misericordia de parte de Él. Entonces que el pecador tembloroso y el descarriado, casi desesperado, dejen de debatir sobre los propósitos secretos de Dios o de encontrar esperanza en experiencias anteriores. Arrójense a la misericordia de Dios nuestro Salvador, humíllense bajo su mano, procuren ser liberados de los poderes de las tinieblas, apártense del pecado y de las ocasiones de pecar, usen los medios de gracia con diligencia y esperen el tiempo del Señor y así, ciertamente, se regocijarán en su misericordia.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—11. *Jefté y los galaaditas.* 12—28. *Él intenta hacer la paz* 29—40. *El voto de Jefté.— Vence a los amonitas.*

Vv. 1—11. Los hombres no llevar la culpa de sus padres, siempre que su vida no sea digna de reproche. Dios había perdonado a Israel, por tanto, Jefté perdona. No habla con confianza de su éxito sabiendo con cuánta justicia Dios podría dejar que prevalecieran los amonitas para prolongar el castigo de Israel. Tampoco habla con confianza en sí mismo en lo absoluto. Si triunfa, es el Señor que los entrega en su mano; por eso recuerda a sus paisanos que miren a Dios como el dador de la victoria. La misma pregunta se plantea a los que desean la salvación en Cristo. Si Él te salva, ¿estás dispuesto a que Él te gobierne? Él no te salvará bajo ninguna otra condición. Si te hace feliz, ¿te hará santo? Si es tu ayudador, ¿será tu Cabeza?— Jefté estaba dispuesto a exponer su vida para obtener un poco de honra mundanal: ¿Nos descorazonaremos nosotros en nuestra guerra cristiana por las dificultades con que podamos encontrarnos, cuando Cristo ha prometido una corona de vida a los vencedores?

Vv. 12—28. Un ejemplo del honor y respeto que le debemos a Dios, por ser nuestro Dios, es emplear correctamente lo que nos da como posesión. Recíbelo de Él, úsalo para Él y déjalo cuando Él te lo pida. Todo este mensaje muestra que Jefté conocía bien los libros de Moisés. Su argumento fue claro y su demanda, razonable. Quienes poseen la fe más valerosa son los más dispuestos a la paz, y los más prontos para realizar progresos hacia su obtención; pero la rapacidad y la ambición a menudo esconden sus propósitos debajo de un alegato de equidad, y vuelven estériles a los esfuerzos pacificadores.

Vv. 29—40. Hay varias lecciones importantes que aprender del voto de Jefté. —1. Puede haber vestigios de desconfianza y duda aun en los corazones de creyentes verdaderos y grandes. —2. Nuestros votos a Dios no deben ser la compra del favor que deseamos, sino para expresarle nuestra gratitud. —3. Debemos estar bien despiertos al hacer un voto, para no enredarnos. —4. Debemos cumplir lo que hayamos empeñado como voto solemne a Dios, si es posible y legal, aunque nos sea difícil y triste. —5. Corresponde bien que los hijos, obediente y alegremente, se sometan en el Señor a sus padres. —Duro es decir lo que hizo Jefté para cumplir su voto, pero se piensa que no ofrendó a su hija en holocausto. Tal sacrificio hubiera sido una abominación para el Señor; se supone que la obligó a permanecer soltera y apartada de su familia. Acerca de este y otros pasajes de la historia sagrada, en que hombres doctos están divididos e inseguros, no tenemos que confundirnos; lo que es necesario para nuestra salvación está suficientemente claro gracias a Dios. —Si el lector recuerda la promesa de Cristo referida a la doctrina del Espíritu Santo, y se pone bajo este Maestro celestial, el Espíritu Santo le guiará a toda la verdad en cada pasaje, en la medida que sea necesario entenderlo.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—7. *Los de Efraín pelean con Jefté.* 8—15. *Ibzán, Elón y Abdón, jueces de Israel.*

Vv. 1—7. Los hombres de Efraín tuvieron la misma pelea con Jefté que con Gedeón. El orgullo se hallaba en el fondo de la disputa; solamente por el orgullo hay contienda. Es malo poner nombres de reproche a las personas o países, como se hace corrientemente, en especial a los que que están en desventaja evidente. A menudo ocasiona peleas que resultan tener malas consecuencias, como pasó aquí. Ninguna contienda es tan amarga como la de hermanos o rivales por el honor. ¡Cuánto necesitamos velar y orar por los malos temperamentos! ¡Que el Señor incline a todo su pueblo a ir en pos de las cosas que sirven para la paz!

Vv. 8—15. Aquí tenemos un relato corto de tres jueces más de Israel. La vida más dichosa de las personas y el estado más feliz de la sociedad es el que permite que acontezcan los sucesos menos

notables. Vivir con mérito y tranquilidad, ser pacíficamente útil para los que nos rodean, poseer una conciencia limpia, pero, por sobretodo, y sin lo cual nada sirve, disfrutar de la comunión con Dios nuestro Salvador mientras vivimos, y morir en paz con Dios y el hombre, forman la sustancia de todo lo que puede desear un hombre sabio.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—7. *Los filisteos.—Sansón es anunciado.* 8—14. *El ángel se aparece a Manoa.* 15—23. *El sacrificio de Manoa.* 24, 25. *Nacimiento de Sansón.*

Vv. 1—7. Israel hizo el mal: entonces Dios los volvió a entregar a manos de los filisteos. Sansón nació cuando Israel se hallaba afligido. Sus padres estaban sin hijos hacía mucho. Muchas personas eminentes nacieron de tales madres. Las misericordias largamente esperadas suelen resultar siendo señales de misericordias; y por ellas los demás pueden cobrar ánimos para seguir esperando en la misericordia de Dios. —El ángel advierte la aflicción de ella. A menudo Dios manda consuelo a su pueblo muy oportunamente, cuando ellos sienten el máximo de sus problemas. El libertador de Israel debe ser consagrado a Dios. —La esposa de Manoa se quedó satisfecha que el mensajero era de Dios. Dio a su esposo un relato particular, a la vez de la promesa y del precepto. Los esposos y las esposas deben contarse mutuamente sus experiencias de comunión con Dios y el crecimiento en el conocimiento de Él, para que puedan ayudarse en el camino de lo que es santo.

Vv. 8—14. Bienaventurados los que no han visto y, sin embargo, como Manoa, han creído. Los hombres buenos tienen más cuidado y deseo de conocer el deber que deben cumplir que saber los detalles al respecto: el deber es nuestro, los hechos son de Dios. Él guiará por su consejo a los que deseen conocer su deber y apelan a Él para que se los enseñe. Los padres piadosos pedirán en forma especial la asistencia divina. El ángel repite las instrucciones que había dado antes. Se precisa sumo cuidado para el correcto ordenamiento de nosotros y nuestros hijos, para que seamos debidamente separados del mundo, y seamos sacrificios vivos para el Señor.

Vv. 15—23. A Manoa se le dijo prontamente lo que preguntó como instrucción para cumplir su deber, pero se le negó lo que preguntó para satisfacer su curiosidad. Dios da en su Palabra instrucciones completas acerca de nuestro deber, pero nunca ha tenido el propósito de responder otra clase de preguntas. Hay cosas secretas que no nos corresponden, las cuales debemos estar contentos de ignorar mientras estemos en este mundo. El nombre de nuestro Señor es maravilloso y secreto, pero por sus obras maravillosas Él se da a conocer en la medida que es necesario para nosotros. —La oración es elevar el alma a Dios. Pero sin Cristo por fe en el corazón, nuestro servicio es humo escandaloso; en Él, es llama aceptable. Podemos aplicar esto al sacrificio de Cristo por nosotros; Él ascendió en la llama de su propia ofrenda, pues por su sangre entró de una vez por todas en el Lugar Santísimo, Hebreos ix, 12. —En las reflexiones de Manoa hay *gran temor*: Seguramente moriremos. En la reflexión de su esposa hay *gran fe*. Como su ayuda idónea, ella le da ánimo. Que los creyentes, que han tenido comunión con Dios en la Palabra y la oración, a quienes Él se ha manifestado bondadosamente, y han tenido razón para pensar que Dios ha aceptado sus obras, se sientan animados en un día oscuro y nublado. Dios no hubiera hecho lo que hizo por mi alma, si su designio fuera desampararme y dejarme perecer al final, porque su obra es perfecta. Aprended a razonar como la esposa de Manoa: si Dios quisiera mi muerte bajo su ira, no me daría señales de su favor.

Vv. 24, 25. El Espíritu del Señor empezó a mover a Sansón cuando era joven. Esto era prueba de que el Señor lo bendecía. Donde Dios da su bendición, da su Espíritu para que capacite para su

bendición. Son ciertamente bienaventurados aquellos en quienes el Espíritu de gracia empieza a obrar desde los días de su infancia. —Sansón no bebía vino ni sidra, pero se destacaba en fuerza y valor, pues tenía el Espíritu de Dios que lo movía; por tanto, no os embriaguéis con vino, antes bien sed llenos del Espíritu.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—4. *Sansón desea una esposa filistea.* 5—9. *Sansón mata un león.* 1—20. *El enigma de Sansón.*

Vv. 1—4. Puesto que el matrimonio de Sansón era cosa común, era debilidad y necedad de su parte poner sus afectos en una filistea. Un israelita, y más aun un nazareo consagrado al Señor, ¿puede tener el anhelo de llegar a ser uno con una adoradora de Dagón? No parece que él tuviera alguna razón para pensar que ella era sabia o virtuosa, o, en alguna forma, fuera una probable ayuda idónea para él; sólo él vio en ella algo que agradó a su imaginación. El que se guía solo por lo que ve al elegir esposa, y es dirigido por su fantasía caprichosa, después tendrá que agradecerse sólo a sí mismo si se encuentra con una filistea en sus brazos. —Pero estuvo bien no proceder hasta que Sansón hubiera dado a conocer a sus padres el asunto. Los hijos no deben casarse ni siquiera pensar al respecto, sin el consejo y consentimientos de sus padres. Los padres de Sansón hicieron bien al disuadirlo de unirse en yugo desigual con una incrédula. —Parece que le plugo a Dios dejar que Sansón siguiera sus propias inclinaciones, con la intención de sacar algo bueno de su conducta; y sus padres consintieron porque él estaba decidido. Sin embargo, su ejemplo no quedó registrado para que nosotros lo imitemos.

Vv. 5—9. Al darle poder para matar al león Dios dio a saber a Sansón lo que podía hacer con el poder del Espíritu de Jehová y que no tuviera miedo jamás de mirar directo a la cara las dificultades más grandes. Estaba solo caminando por las viñas. La gente joven no considera cuánto se exponen al león rugiente que anda buscando a quién devorar, cuando se alejan de la prudencia y piedad de sus padres. Tampoco los hombres consideran los leones que pueden estar al acecho en las viñas del vinos que rojea. Habiendo vencido nuestro Señor Jesús a Satanás, ese león rugiente, los creyentes como Sansón encuentran miel en el cadáver, fuerza y satisfacción abundantes, suficientes para ellos y para todos sus amigos.

Vv. 10—20. El enigma de Sansón literalmente no significa otra cosa que él había hallado miel para comer y gustar en el león, que en su fuerza y furia estaba listo para devorarlo. Pero parece aludir directamente a la victoria de Cristo sobre Satanás, por medio de su humillación, agonía y muerte, y su exaltación subsecuente, con la gloria que tenía del Padre, y las ventajas espirituales para su pueblo. Aun la muerte, monstruo devorador, despojada de su aguijón y de su horror, lleva al alma al reino de la bendición. En este y otros sentidos, del devorador salió comida y del fuerte, dulzura. —Los compañeros de Sansón obligaron a su esposa que consiguiera de parte de él la explicación. Una esposa mundana o una amistad mundana, es para un hombre santo un enemigo en su campo, que buscará toda oportunidad para traicionarlo. Ninguna unión puede ser cómoda o duradera, si no pueden confiarse secretos, sin riesgo de que la otra parte los divulgue. —Satanás, con sus tentaciones, no podría hacernos el daño que nos hace, si no arase con el buey de nuestra naturaleza corrupta. Su principal ventaja contra nosotros surge de su correspondencia con nuestro corazón engañoso y nuestra lujuria innata. —Esto resultó ser ocasión de alejar a Sansón de sus nuevos parientes. Bueno fuera para nosotros si la maldad que encontramos en el mundo y nuestra desilusión, nos obligaran, por fe y oración, a volver a la casa de nuestro Padre y reposar allí. Vea cuán poca es la

confianza que se puede tener en un hombre. Cualquiera haya sido la pretensión de amistad hecha, el verdadero filisteo pronto se hastiará de un israelita verdadero.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—8. *Se le niega su esposa a Sansón.—Ataca a los filisteos.* 9—17. *Sansón mata a mil filisteos con una quijada.* 18—20. *Su malestar por la sed.*

Vv. 1—8. Cuando hay diferencias entre familiares, cuéntense como los más sabios y los mejores, los que están más dispuestos a perdonar y a olvidar y se muestran más dispuestos a inclinarse y ceder en aras de la paz. En los medios que Sansón empleó debemos observar el poder de Dios para suplirlos, y hacerlos triunfar, para mortificar el orgullo y castigar la maldad de los filisteos. Estos amenazaron a la esposa de Sansón que la quemarían a ella y la casa de su padre. Para salvarse y hacerle un servicio a sus compatriotas, ella traicionó a su marido; y lo mismo que temía, y que procuró evitar pecando, ¡le sobrevino! Ella y la casa de su padre fueron quemadas con fuego y por sus compatriotas a quienes ella creyó servir con el mal que hizo a su esposo. El daño del cual procuramos escapar por prácticas ilícitas, a menudo lo acarreamos sobre nuestra cabeza.

Vv. 9—17. El pecado deprime a los hombres y oculta de sus ojos las cosas que pertenecen a su paz. Los israelitas culparon a Sansón por lo que había hecho contra los filisteos como si les hubiera hecho un gran daño. De la misma manera, nuestro Señor Jesús hizo muchas obras buenas y por ellas los judíos estaban dispuestos a apedrearlo. Cuando el Espíritu del Señor descendió sobre Sansón, se soltaron sus cuerdas: donde está el Espíritu del Señor hay libertad y son verdaderamente libres quienes han sido así libertados. De este modo Cristo triunfó sobre las potestades de las tinieblas que clamaban en su contra, como si lo tuvieran en su poder. —Sansón ocasionó mucha destrucción entre los filisteos. Tomar el hueso de un asno para esto, era hacer maravillas con las cosas necias del mundo para que la excelencia del poder sea de Dios, no del hombre. Esta victoria no fue a causa del arma, ni por el brazo, sino en el Espíritu de Dios que movió el arma por medio del brazo. Podemos hacer todo por medio del que nos fortalece. Ved a un pobre cristiano capacitado para vencer una tentación por un consejo débil y frágil, y he ahí al filisteo vencido por una miserable quijada.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—3. *Huida de Sansón desde Gaza.* 4—17. *Sansón seducido para que revele el secreto de su fuerza.* 18—21. *Los filisteos se llevan a Sansón y le sacan los ojos.* 22—24. *Renovación de la fuerza de Sansón.* 25—31. *Destrucción de muchos filisteos.*

Vv. 1—3. Hasta ahora el carácter de Sansón ha parecido glorioso, aunque poco común. En este capítulo lo hallamos comportándose en forma tan mala que muchos se cuestionan si era o no un hombre santo. Pero el apóstol ha dirimido esto en Hebreos xi, 32. Al dirigir nuestra atención a las doctrinas y ejemplos de la Escritura, a los artificios de Satanás, a lo engañoso del corazón humano y a los métodos con que frecuentemente el Señor trata a su pueblo, podemos aprender lecciones útiles de esta historia, en la cual innecesariamente tropiezan algunos, mientras que otros critican y objetan. El tiempo específico en que vivió Sansón, puede dar razón de muchas cosas que, si se hicieran en nuestra época, y sin el designio especial del Cielo, serían altamente criminales. Puede que él haya

hecho muchos ejercicios piadosos que, si se hubieran registrado, hubieran echado una luz diferente a su carácter. —Obsérvese el peligro de Sansón. ¡Oh, que todos los que satisfacen sus apetitos sensuales con borracheras o cualquier lujuria sensual, se vean a sí mismos de este modo rodeados, vencidos y marcados para el desastre por sus enemigos espirituales! Mientras más profundo duerman, más seguros se sienten, pero mayor es su peligro. Esperamos que fuera con una resolución piadosa de no volver a su pecado que él se levantó por miedo del peligro en que estaba. ¿Puedo yo estar a salvo bajo esta culpa? Fue malo que él se echara a dormir sin controlar su situación; pero hubiera sido peor si hubiera permanecido tranquilo.

Vv. 4—17. Sansón había sido llevado más de una vez a la maldad y peligro por el amor a las mujeres, sin embargo, no aprendió de tales advertencias, y por tercera vez cayó en la misma trampa y, esta vez fue fatal. El libertinaje es una de las cosas que quita el corazón. Es un pozo profundo en que muchos han caído, y del cual pocos han escapado, y ésos por un milagro de misericordia, con la pérdida de su reputación y la inutilización casi total, excepto su alma. La angustia del sufrimiento es diez mil veces más grande que todos los placeres del pecado.

Vv. 18—21. Véase los efectos fatales de la falsa seguridad. Satanás destruye a los hombres halagándolos para que adquieran una buena opinión de su propia firmeza, y así, los lleva a que nada les importe y nada teman; y, entonces, les roba su fuerza y honor, y los lleva cautivos a su voluntad. Cuando dormimos, nuestros enemigos espirituales no duermen. Los ojos de Sansón fueron la entrada de su pecado (versículo 1), y ahora su castigo empieza por los ojos. Los filisteos lo dejaron ciego y tuvo tiempo para recordar que su propia lujuria lo había cegado antes. La mejor forma de preservar los ojos es quitarlos de la vanidad que se contempla. Aprended de su caída; velad cuidadosamente contra todas las concupiscencias carnales; porque toda nuestra gloria se va y nuestra defensa nos abandona cuando profanamos nuestra separación para Dios, en nuestra calidad de nazareos espirituales.

Vv. 22—24. Las aflicciones de Sansón fueron el medio de llevarlo al arrepentimiento profundo. Al perder su vista corporal, se abrieron los ojos de su entendimiento; y al privarlo de su fuerza corporal, plugo al Señor renovar su fuerza espiritual. El Señor permite que unos pocos se descarríen lejos y se hundan profundamente, pero al final los recobra y los salva de hundirse en el abismo de la destrucción, marcando su desagrado por el pecado con graves sufrimientos temporales. Los hipócritas pueden abusar de estos ejemplos, y los infieles pueden burlarse de ellos, pero los cristianos verdaderos se harán por ellos, más humildes, dispuestos a velar y ser prudentes, más sencillos en su confianza en el Señor, más fervorosos para orar pidiendo ser guardados de caer, y en la alabanza por haber sido preservados; y, si caen, se les guardará para que no se hundan en la desesperación.

Vv. 25—31. Nada completa los pecados de una persona o un pueblo con mayor rapidez que burlarse de los siervos de Dios y maltratarlos, aunque la causa sea su propia necedad. Dios puso en el corazón de Sansón, como personaje público, vengar de esta manera en ellos la lucha de Dios, de Israel y la suya. La fuerza perdida por el pecado, la recuperó por la oración. Esto no fue por pasión ni venganza personal, sino por santo celo por la gloria de Dios e Israel, lo que queda en claro por el hecho de que Dios acepta y responde su oración. —El templo derribado, no por la fuerza natural de Sansón, sino por la omnipotencia de Dios. En su caso estuvo bien que él vindicara la causa de Dios e Israel. No se le debe acusar de suicida. No procuraba su muerte, sino la liberación de Israel y la destrucción de sus enemigos. —Sansón murió encadenado y entre los filisteos como espantoso rechazo de sus pecados, pero murió arrepentido. Los efectos de su muerte tipifican los de la muerte de Cristo que, por su propia voluntad, puso su vida entre transgresores y de esa manera destruyó el fundamento del reino de Satanás, y proveyó para la liberación de Su gente. Aunque fue grande el

pecado de Sansón, y aunque mereció los juicios que se acarreó, finalmente halló la misericordia del Señor; y todo penitente que huya a refugiarse en el Salvador cuya sangre limpia de todo pecado, obtendrá misericordia. Pero aquí nada hay que estimule a ceder al pecado, con la esperanza ellos finalmente se arrepentirán y serán salvos.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—6. *El comienzo de la idolatría en Israel.—Micaía y su madre.* 7—13. *Micaía contrata a un levita para que sea su sacerdote.*

Vv. 1—6. Lo que se relata en este capítulo y los restantes hasta el final de este libro, ocurrió poco después de la muerte de Josué, véase capítulo xx, 28. Para destacar lo feliz que era la nación bajos los Jueces, se muestra cuán desdichados eran cuando no había juez. El amor del dinero hizo tan irresponsable a Micaía hacia su madre que le robó y ella se volvió tan mala con su hijo como para maldecirlo. Las pérdidas externas guían a la gente buena a orar, pero a los malos a maldecir. La plata de esta mujer ya era su dios antes que fuera hecha imagen esculpida o fundida. —Micaía y su madre se pusieron de acuerdo para convertir su dinero en un ídolo e instauraron el culto a los ídolos en su familia. —Nótese la causa de esta corrupción. Cada uno hacía lo que bien le parecía, y pronto hicieron lo malo ante los ojos del Señor.

Vv. 7—13. Micaía interpretó como señal del favor de Dios para él y sus imágenes la llegada de un levita a su puerta. De esta manera, los que se complacen en sus engaños, si la providencia trae inesperadamente a sus manos algo que los adentra más en su mal camino, son dados a pensar que Dios está complacido con ellos.

CAPÍTULO XVIII

Los danitas procuran aumentar su herencia y roban a Micaía.

Los danitas decidieron llevarse los ídolos de Micaía. ¡Oh, la necedad de esos danitas! ¡Cómo podían imaginarse que los ídolos los protegerían si no podían evitar que los robaran! Llevárselos consigo para usarlos era un delito doble; demostraba que no temían a Dios, ni respetaban a hombre alguno sino que estaban perdido a la vez para la santidad y la honestidad. ¡Qué necedad la de Micaía llamar dioses a lo que él mismo había hecho, cuando el Único que debe ser adorado por nosotros como Dios es Aquel que nos hizo! Aquello por lo cual nos afanamos es puesto en el lugar de Dios, como si nuestro todo estuviera unido a eso. Si la gente anda en el nombre de sus dioses falsos, ¡mucho más debiéramos nosotros amar y servir al Dios verdadero!

CAPÍTULO XIX

La maldad de los hombres de Gabaa.

Los tres capítulos restantes de este libro tienen un relato muy triste de la perversidad de los hombres de Gabaa, en el territorio de Benjamín. El justo Señor permite que los pecadores ejecuten justa venganza unos contra otros, y si la escena que aquí se describe es horrible, ¡cómo serán las revelaciones del día del juicio! Que cada uno de nosotros considere cómo escapar de la ira venidera, cómo mortificar los pecados de nuestro corazón, como resistir las tentaciones de Satanás y cómo evitar la inmundicia que hay en el mundo.

CAPÍTULO XX

La tribu de Benjamín es casi exterminada.

El aborrecimiento de los israelitas por el crimen cometido en Gabaa, y la resolución de castigar a los criminales era justo; pero tomaron su decisión con demasiado apresuramiento y confianza en sí mismos. La ruina eterna de las almas será peor y más temible que la desolación de una tribu.

CAPÍTULO XXI

Los israelitas lloran por los de Benjamín.

Israel llora por los de Benjamín, y estaban confundidos por su juramento, de no dar sus hijas en matrimonio a ellos. Los hombres son más celosos para respaldar a su propia autoridad que la de Dios. Hubiera sido mejor arrepentirse de su juramento precipitado, traer ofrendas por el pecado, y procurado el perdón en la forma prescrita, que tratar de evitar la culpa del perjurio con acciones tan malas. Que los hombres se aconsejen mutuamente para cometer actos de traición o violencia, por sentido del deber, constituye una firme prueba de la ceguera de la mente humana, cuando se la deja librada a sí misma, y de los efectos fatales de la conciencia sometida a la ignorancia y el error.

RUT

En este libro encontramos ejemplos excelentes de fe, piedad, paciencia, humildad, laboriosidad, y benignidad, en los hechos comunes de la vida. Vemos también el cuidado especial que la providencia de Dios tiene de nuestros intereses más pequeños, alentándonos a confiar plenamente en Él. Podemos ver este libro como una bella, por lo natural, representación de la vida humana; como un detalle curioso de hechos importantes y como parte del plan de redención.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *Elimelec y sus hijos mueren en la tierra de Moab.* 6—14. *Noemí regresa a su patria.* 15—18. *Orfa se queda, pero Rut va con Noemí.* 19—22. *Llegada a Belén.*

Vv. 1—5. No se puede culpar a Elimelec de falta de cuidado para proveer a su familia, pero no puede justificarse que se fuera a Moab. Ese cambio terminó en el desastre de su familia. Es necio pensar en escapar de la cruz que se pone en nuestro camino para que la tomemos. Cambiar de lugar no es arreglar las cosas. Quienes llevan a la gente joven a malas compañías y los desvían del camino de las ordenanzas públicas, aunque piensen que lo hacen por buenas razones, y armados contra la tentación, no saben cuál será el final. No parece que las mujeres con quienes se casaron los hijos de Elimelec fueran prosélitas de la religión judía. —Las pruebas o los placeres terrenales son de breve duración. La muerte se lleva continuamente a los de toda edad y situación, y estropea todas nuestras consolaciones externas: nunca preferiremos en exceso las ventajas que durarán eternamente.

Vv. 6—14. Después de la muerte de sus dos hijos, Noemí empezó a pensar en regresar. Cuando llega la muerte a una familia debe reformar lo que esté mal. La tierra se nos hace amarga para que amemos el cielo. Noemí parece haber sido persona de fe y piadosa. Se despide de sus nueras con oración. Muy apropiado para los amigos, cuando se separan, separarse con oración. Ella las despidió afectuosamente. Si los familiares deben separarse, que lo hagan con amor. —¿Hizo bien Noemí en desanimar a sus nueras a que fueran con ella, cuando podría haberlas salvados de la idolatría de Moab y llevarlas a la fe y adoración del Dios de Israel? Noemí deseaba indudablemente hacer eso, pero si iban con ella, no las forzaría a ir por cuenta de ella. Los que hacen profesión de fe sólo para agradar a sus amigos o para acompañarlos, serán convertidos de poco valor. Si la seguían, sería por una elección propia después de sentarse a calcular el costo, como corresponde a quienes hacen una profesión religiosa. Muchos desean ‘descansar en la casa de un marido’ o en algún establecimiento mundano, o satisfacción terrenal, que el reposo al cual Cristo invita a nuestra alma; por tanto, cuando son probados se alejan de Cristo, aunque quizá con cierta tristeza.

Vv. 15—18. Véase la resolución de Rut y su gran afecto por Noemí. Orfa se resistía a separarse de ella, pero no la amaba tanto como para dejar Moab. De esta manera, muchos aprecian a Cristo y le tienen afecto, pero quedan destitudos de su salvación porque no quieren abandonar otras cosas por Él. Lo aman, pero lo dejan, porque no lo aman tanto como aman las otras cosas. Rut es un ejemplo de la gracia de Dios que inclina al alma a elegir la mejor parte. Noemí no podía desear otra cosa que la declaración solemne que hizo Rut. Véase el poder de la resolución; silencia a la tentación. Quienes

recorren los caminos religiosos sin una mente firme, son como una puerta entreabierta, que invita al ladrón; pero la resolución cierra y echa cerrojo la puerta, resiste al diablo y le obliga a huir.

Vv. 19—22. Noemí y Rut llegaron a Belén. Las aflicciones producen grandes y asombrosos cambios en poco tiempo. Que Dios, por Su gracia, quiera prepararnos para todos esos cambios especialmente ¡para el gran cambio! —Noemí significa "placentera" o "amigable"' Mara, "amarga" o "amargura". Ahora era una mujer de espíritu amargado. Ella había vuelto a casa vacía, pobre, viuda y sin hijos. Pero hay una plenitud para los creyentes de la cual nunca pueden quedar vacíos; la buena parte que no será quitada de quienes la tienen. La copa de la aflicción es una copa 'amarga', pero ella reconoce que la aflicción viene de Dios. Conviene mucho que nuestro corazón sea humillado bajo providencias humillantes. No es la aflicción misma, sino la aflicción bien llevada lo que nos hace bien.

CAPÍTULO II

Versículos 1—3. *Rut espiga en los campos de Booz.* 4—16. *La bondad de Booz para con Rut.* 17—23. *Rut regresa a casa de su suegra.*

Vv. 1—3. Obsérvese la humildad de Rut. Cuando la providencia la empobreció, ella se sometió de buena gana a su suerte. Los espíritus soberbios prefieren morir de hambre antes que doblegarse; no así Rut. Es más, es su propia proposición. Ella habla humildemente de su permiso para ir a espigar. Podemos no exigir bondad, como si nos fuera debida, pero podemos pedir, y tomarla como favor, aunque se trate de algo pequeño. —Rut también fue un ejemplo de diligencia. No le gustaba comer el pan de balde. Este es un ejemplo para la juventud. La diligencia promete bien tanto para este mundo como para el otro. No debemos avergonzarnos de un empleo honesto. Ningún trabajo es indigno. El pecado es una cosa baja para nosotros, pero no debemos pensar lo mismo de algo a lo cual nos llama la providencia. —Ella fue un ejemplo de consideración por su suegra y de confianza en la providencia. Dios ordena sabiamente lo que a nosotros nos parecen hechos pequeños; y los que se ven totalmente inciertos, también son dirigidos a servir su gloria y el bien de su pueblo.

Vv. 4—16. El lenguaje piadoso y bondadoso entre Booz y sus segadores muestra que había personas piadosas en Israel. Un lenguaje como éste rara vez se oye en nuestros campos; con demasiada frecuencia, por el contrario, es inmoral y corrupto. Un extranjero se formaría una opinión muy diferente de nuestra tierra en comparación con la que Rut se formó de Israel a partir de la conversación y conducta de Booz y sus segadores. Pero la verdadera religión enseña al hombre a comportarse rectamente en todos los estados y condiciones; forma amos amables y siervos fieles y produce armonía en la familia. La religión verdadera produce amor y bondad mutuas entre personas de diferentes rangos. Tuvo estos efectos sobre Booz y sus hombres. Cuando él iba a ellos, oraba por ellos. Ellos no lo maldecían en cuanto él se ponía fuera del alcance de oírlos, como algunos siervos de mala naturaleza que odian el ojo de su amo, sino que retribuyen su cortesía. Lo más probable es que las cosas salgan bien donde hay una buena voluntad como esta entre amos y siervos. Ellos se expresaban su bondad unos a otros y oraban los unos por los otros. —Booz preguntó por la extranjera que vio y ordenó que se la tratara bien. Los amos deben cuidar no sólo de no dañarse a sí mismos; tampoco deben permitir que sus siervos y los que están a su mando hagan el mal. Rut se reconoció humildemente indigna de tales favores, considerando había nacido y sido criada como pagana. Nos conviene a todos pensar humildemente de nosotros mismos, estimando mejor a los demás que a nosotros mismos. —En la bondad de Booz con Rut notemos la bondad del Señor Jesucristo con los pobres pecadores.

Vv. 17—23. Estimula la diligencia que en todo trabajo, aun el de espigar, haya ganancia. Rut se contentó con lo que ganaba por su laboriosidad y se cuidó de retener el trabajo. Cuidémonos de no perder lo que hemos obtenido, que hemos ganado para bien de nuestra alma, 2 Juan 8. —Los padres deben examinar a sus hijos como hizo Noemí, no para asustarlos o desanimarlos, no para que odien el hogar o tentarlos a mentir, sino para elogiarlos si han hecho bien, y reprenderlos con suavidad y aconsejarlos si han hecho de otro modo. Una buena pregunta para plantearnos cada noche es, ¿dónde he espigado hoy? ¿Qué mejorías he hecho en el conocimiento y la gracia? ¿Qué he hecho que me dé buen crédito? Cuando el Señor nos da abundancia, no seamos encontrados en otro campo, ni procurando nuestra felicidad y satisfacción en la criatura. Perdemos favores divinos si los desdeñamos. —Rut observó debidamente las instrucciones de su suegra. Cuando terminó la cosecha, hizo compañía a su anciana suegra en casa. Dina salió a ver a las hijas de la tierra; su vanidad terminó en desgracia, Génesis xxxiv. Rut se quedó en casa y ayudó a mantener a su suegra y no salió a otra diligencia que no fuera obtener provisiones para ellas; su humildad y laboriosidad terminaron en su progreso.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Las instrucciones que Noemí le da a Rut.* 6—13. *Booz reconoce su deber de pariente.* 14—18. *El regreso de Rut a su suegra.*

Vv. 1—5. El estado matrimonial debe ser un descanso, tanto como pudiera serlo todo en la tierra, puesto que debe dejar fijo el afecto y establecer una relación para toda la vida. Por tanto, debe emprenderse con gran seriedad, con oración sincera pidiendo dirección, la bendición de Dios, y con sumisión a sus preceptos. Los padres deben aconsejar cuidadosamente a sus hijos en este importante asunto para que todo les salga bien a ellos y a sus almas. Recuérdese siempre que lo mejor para nuestra alma es lo mejor para nosotros. —El procedimiento que le aconsejó Noemí nos parecerá extraño, pero era conforme a las leyes y costumbres de Israel. Si la medida propuesta hubiera parecido mala, Noemí no la hubiera sugerido. La ley y la costumbre dieron a Rut, que ahora era prosélita de la verdadera religión, un derecho legal sobre Booz. Era costumbre que las viudas ejercieran ese derecho, Deuteronomio xxv, 5–10. Pero esto no se registra para que sea imitado en otras épocas y no tiene que juzgarse según las reglas modernas. Si hubiera habido algo malo en ello, Rut era mujer altamente virtuosa y sensata como para haberle prestado atención.

Vv. 6—13. Lo que sería inapropiado en una nación o una época, no siempre es así en otra época o nación. Siendo juez de Israel, Booz le diría a Rut lo que debía hacer; también si él tenía el derecho de redención, los métodos que debía adoptar y los ritos que debía usar para consumar su matrimonio con él u otra persona. —La conducta de Booz es digna de gran elogio. No intentó aprovecharse de Rut; no la desdeñó por ser una extranjera, menesterosa y pobre, ni sospechó que ella tuviera mala intención. Habló en forma honorable de ella como mujer virtuosa, le hizo una promesa y, en cuanto amaneció, la despidió con un presente para su suegra. Booz condicionó su promesa porque había un pariente más cercano que él, a quien correspondía el derecho de redención.

Vv. 14—18. Rut hizo todo lo correcto, debiendo esperar con paciencia los hechos. Booz, habiendo emprendido este asunto, se aseguraría de manejarlo bien. Mucha más razón tienen los creyentes verdaderos para echar sus cuitas sobre Dios, porque Él ha prometido ocuparse de ellos. Nuestra fuerza está en estarnos quietos, Isaías xxx, 7. Este relato puede estimularnos a que por fe nos postremos a los pies de Cristo: Él es nuestro pariente cercano; habiendo tomado nuestra naturaleza sobre sí, tiene el derecho de redimir. Procuremos recibir las instrucciones de Él: ¿Señor, qué quieres

que haga? Hechos ix, 6. Nunca nos culpará de hacer esto inoportunamente. Deseemos y busquemos fervorosamente el mismo reposo para nuestros hijos y amigos, para que también les vaya bien.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—8. *El pariente rehusa redimir la herencia de Rut.* 9—12. *Booz se casa con Rut.* 13—22. *Nacimiento de Obed.*

Vv. 1—8. Toda la cuestión dependía de las leyes dadas por Moisés sobre la herencia e indudablemente, todo fue arreglado de la manera regular y legal. El pariente rechazó la oferta cuando supo las condiciones. En forma parecida muchos rechazan la gran redención; no están dispuestos a esposar la religión; han oído buenas cosas de ella y nada tienen que decir en su contra; hablan bien de ella pero están dispuestos a desligarse de ella, y no quieren unirse a ella por miedo de perder su propia herencia en este mundo. —Renunció a su derecho en favor de Booz. El trato justo y honesto en todos lo referente a contratos y negocios es algo de lo que deben tomar conciencia todos los que se reconocen como verdaderos israelitas, en quienes no hay engaño. Hallarán que la mejor política es la honestidad.

Vv. 9—12. Los hombres están dispuestos a aprovechar las oportunidades de aumentar su fortuna, pero pocos conocen el valor de la piedad. Tales son los sabios de este mundo a quienes el Señor acusa de necedad. Ellos no se preocupan de la necesidad de su alma y rechazan la salvación de Cristo por temor de perder su herencia. Pero Dios dio a Booz la honra de incluirlo en el linaje del Mesías, mientras del pariente que temió rebajarse y perder su herencia, se olvidó su nombre, familia y herencia.

Vv. 13—22. Rut tuvo un hijo a través del cual nacieron miles y miríadas para Dios; parte del linaje de Cristo, fue instrumento para la felicidad de todos los que serán salvados por Él: nosotros los gentiles y los de origen judío. Ella fue un testigo ante el mundo gentil de que Dios no los había desamparado del todo sino que, a su debido tiempo, llegarían a ser uno con su pueblo escogido y partícipes de su salvación. La oración a Dios estuvo presente en el matrimonio y la alabanza asistió al nacimiento del niño. ¡Qué pena que ese lenguaje piadoso ya no se use entre los cristianos o que se le haya dejado para caer en el formalismo! —Aquí está el linaje de David por parte de Rut. Vino el tiempo en que Belén de Judá exhibió maravillas más grandes que las de la historia de Rut, cuando de otra pobre mujer de la misma raza nació el bebé despreciado, que dirigió los consejos del amo romano del mundo e hizo venir a príncipes y sabios del oriente, para poner tesoros de oro, mirra e incienso a sus pies. Su nombre permanecerá por siempre y todas las naciones le dirán bendito. En esa Simiente será benditas todas las naciones de la tierra.

PRIMERA DE SAMUEL

En este libro tenemos el relato acerca de Elí, y de la maldad de sus hijos; también de Samuel, su carácter y sus hechos. Después narra el nombramiento de Saúl como rey de Israel, y de su mala conducta hasta que su muerte dio lugar a la ascensión de David al trono, que fue un tipo prominente de Cristo. La paciencia, modestia, constancia de David y el ser perseguido por enemigos francos y amigos fingidos, son un patrón ejemplar para la iglesia y para cada miembro suyo. Muchas cosas de este libro estimulan la fe, la esperanza y la paciencia del creyente que sufre. Contiene también muchos consejos útiles y advertencias espantosas.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *Elcana y su familia.* 9—18. *La oración de Ana.* 19—28. *Samuel—Ana lo presenta al Señor.*

Vv. 1—8. Elcana seguía atendiendo el altar de Dios a pesar de las desdichadas diferencias de su familia. Si la vida devocional de una familia no prevalece para poner fin a sus divisiones, no se debe permitir que las divisiones acaben con la vida devocional. Disminuir nuestro amor justo por un pariente por una enfermedad inevitable, y que es motivo de aflicción, es hacer que la providencia de Dios riña con su precepto y es añadir, con maldad, aflicción al afligido. Prueba de una mala disposición es deleitarse en provocar dolor a quien tiene un espíritu entristecido e inquietar a quien tienen la tendencia a afanarse e incomodarse. Debemos llevar los unos las cargas de los otros, no aumentarlas. Ana no podía soportar la provocación. Quienes son de espíritu afanoso y dados a tomar muy en serio las provocaciones, son enemigos de sí mismos y se despojan de muchos consuelos, tanto de la vida como de la piedad. Hemos de notar el consuelo y no lamentar las cruces. Debemos mirar lo que está por nosotros, como también a lo que está contra nosotros.

Vv. 9—18. Ana mezclaba las lágrimas con sus oraciones; consideraba la misericordia de nuestro Dios que conoce al alma atribulada. Dios nos da permiso, en oración, no sólo para pedir cosas buenas en general, sino para mencionar aquello que en especial más necesitamos y deseamos. Hablaba quedamente, nadie la podía oír. Con eso testificaba de su fe en Dios que conoce el corazón y sus deseos. —Elí era el sumo sacerdote y juez de Israel. No nos corresponde ser rudos y precipitados para censurar al prójimo, y pensar que la gente es culpable de cosas malas mientras el asunto sea dudoso y esté sin demostrar. —Ana no contestó la acusación ni enrostró a Elí la mala conducta de sus propios hijos. En cualquier momento en que nos estén censurando injustamente, debemos poner doble guardia a la puerta de nuestros labios para no devolver reproche por reproche. Ana lo pensó bastante para tener todo claro, y así debemos hacerlo. —Elí estuvo dispuesto a reconocer su error. Ana se fue satisfecha. En oración ella había encargado su caso a Dios y Elí había orado por ella. La oración es la calma del corazón para un alma bondadosa. La oración suavizará el rostro; debe hacerlo así. Nadie seguirá sintiéndose desgraciado por mucho tiempo si usa bien el privilegio de ir al trono de misericordia de un Dios reconciliado en Cristo Jesús.

Vv. 19—28. Elcana y su familia tenían un viaje por delante y una familia con niños que llevar consigo, pero no se moverían hasta que hubieran adorado juntos a Dios. La oración y las vituallas no

estorban el viaje. Cuando los hombres tienen tanta prisa, para empezar sus viajes o emprender un negocio, que no tienen tiempo para adorar a Dios, probablemente procedan sin su presencia y sin su bendición. —Ana, aunque sentía un cálido afecto por los atrios de la casa de Dios, rogaba quedarse en casa. Dios quiere misericordia y no sacrificio. Quienes se ven privados de las ordenanzas públicas porque crían y cuidan niños pequeños, pueden consolarse con este caso y creer, que si cumplen ese deber con el espíritu justo, Dios los aceptará bondadosamente. —Ana presentó su hijo al Señor con reconocimiento y gratitud por su bondad para contestar la oración. Lo que demos a Dios es lo que primero pedimos y recibimos de Él. Todas nuestras dádivas para Él primero fueron dádivas suyas para nosotros. —El niño Samuel demostró precozmente una piedad verdadera. Se debiera enseñar a los niñitos a adorar a Dios cuando son muy pequeños. Sus padres debieran enseñarlos en eso, llevarlos a eso y ponerlos a que lo hagan lo mejor que puedan; Dios los aceptará bondadosamente y les enseñará a hacerlo mejor.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *El cántico de gratitud de Ana.* 11—26. *La maldad de los hijos de Elí—El ministerio de Samuel.* 27—36. *La profecía contra la familia de Elí.*

Vv. 1—10. El corazón de Ana se regocijaba, no en Samuel, sino en el Señor. Ella mira más allá de la dádiva y alaba al Dador. Se regocija en la salvación del Señor y en la expectativa de su venida, la de Aquel que es toda la salvación de Su pueblo. —Los fuertes pronto son debilitados y los débiles pronto son fortalecidos, cuando a Dios le place ¿Somos pobres? Dios nos hizo pobres, lo cual es una buena razón para que estemos contentos, y aceptemos nuestra condición. ¿Somos ricos? Dios nos hizo ricos, lo cual es una buena razón para que estemos agradecidos, le sirvamos jubilosamente y hagamos el bien con la abundancia que Él nos da. Él no respeta la sabiduría del hombre ni sus supuestas excelencias sino que elige a quienes el mundo considera necios, y les enseña a sentir su culpa y a valorar su salvación preciosa y gratuita. —Esta profecía mira al reino de Cristo, ese reino de gracia del cual Ana habla, luego de haber hablado largamente del reino de la providencia. Y aquí es la primera vez que nos encontramos con el título *Mesias* o su Ungido. Los súbditos del reino de Cristo estarán a salvo y sus enemigos serán destruidos, pues el Ungido, el Señor Cristo, es capaz de salvar y destruir.

Vv. 11—26. Por estar consagrado al Señor de manera especial, Samuel fue desde niño empleado en el santuario para los servicios que era capaz de realizar. Como hizo esto con una santa disposición mental, fue llamado a ministrar al Señor. Recibió una bendición del Señor. Él capacita a los jóvenes que sirven a Dios lo mejor que pueden, para que mejoren y le sirvan mejor. —Elí evitaba los problemas y el esfuerzo, cosa que lo llevó a educar mal a sus hijos y no usó la autoridad paternal para restringirlos y corregirlos cuando eran niños. Hacía la vista gorda ante los abusos del servicio del santuario hasta que se le volvió costumbre, lo que condujo a abominaciones; sus hijos, que debieron ser ejemplo de lo que era bueno a quienes estaban dedicados al servicio del santuario, los llevaban a la maldad. La ofensa alcanzaba aun a la ofrenda de los sacrificios por los pecados, ¡que eran un tipo de la expiación hecha por el Salvador! Los pecados contra el remedio, la expiación misma, son los más peligrosos, porque pisotean la sangre del pacto. —La reprensión de Elí era demasiado suave y amable. En general, nadie más abandonado que los hijos degenerados de las personas santas cuando rompen todos los frenos.

Vv. 27—36. Quienes permiten que sus hijos anden en todo camino malo sin usar su autoridad para refrenarlos y castigarlos, en realidad los honran a ellos más que a Dios. Que el ejemplo de Elí

anime a los padres a luchar fervientemente contra los primeros indicios de maldad, y a educar a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor. —En medio de la condena sentenciada contra la casa de Elí, se promete misericordia a Israel. La obra de Dios nunca caerá al suelo por falta de manos para ejecutarla. —Cristo es el Sumo Sacerdote misericordioso y fiel a quien Dios levantó cuando el sacerdocio levítico fue depuesto, y es quien en todas las cosas hizo la voluntad de su Padre y para quien Dios edificará una casa segura, cimentada sobre una roca de modo que el infierno no pueda prevalecer contra ella.

CAPÍTULO III

Versículos 1—10. *La palabra del Señor revelada a Samuel por primera vez.* 11—18. *Dios habla a Samuel de la destrucción de la casa de Elí.* 19—21. *Samuel es establecido para ser profeta.*

Vv. 1—10. El llamamiento que se hace según el propósito de la gracia divina es eficaz; será repetido hasta que así sea, hasta que respondamos al llamado. Al darse cuenta que era la voz de Dios lo que Samuel había oído, Elí le instruye acerca de lo que debía decir. Aunque era una desgracia para Elí, porque el llamado de Dios iba dirigido a Samuel, le enseñó a contestar. De esa manera, el anciano debe hacer lo mejor y lo más que pueda para ayudar y mejorar a los más jóvenes que van surgiendo. No dejemos nunca de enseñar a los que vienen detrás de nosotros, aunque ellos pronto sean preferidos en nuestro lugar, Juan i, 30. Las buenas palabras deben ser puestas oportunamente en la boca de los niños, para que estén preparados para aprender cosas divinas y ser educados para tenerlas en consideración.

Vv. 11—18. Cuán gran cantidad de culpa y corrupción hay en nosotros, acerca de lo que podemos decir: ¡es la iniquidad que nuestro corazón sabe; nosotros mismos estamos conscientes de ella! Los que no reprimen los pecados del prójimo, cuando pueden, se hacen partícipes de la culpa y les será cargada por unirse a ella. —En su notable respuesta a esta espantosa sentencia, Elí reconoce que el Señor tenía el derecho a hacer lo que bien le pareciera, estando seguro de que nada malo haría. La mansedumbre, la paciencia y la humildad contenidas en esas palabras demuestran que él está verdaderamente arrepentido; él aceptó el castigo de su pecado.

Vv. 19—21. Todo incremento de sabiduría y gracia se debe a la presencia de Dios junto a nosotros. Dios repetirá bondadosamente sus visitas a quienes las reciben bien. La temprana piedad será la honra más grande de la juventud. Dios honrará a los que le honran. —Que la gente joven considere la piedad de Samuel y de él aprendan a acordarse de su Creador en los días de su juventud. Los niños pequeños pueden ser religiosos. Samuel es la prueba de que agrada al Señor que los niños le escuchen y esperen en Él. Samuel es un patrón de todos los temperamentos amables que son el ornamento más esplendoroso de la juventud y fuente segura de dicha.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—9. *Los israelitas vencidos por los filisteos.* 10, 11. *Captura del arca.* 12—18. *La muerte de Elí.* 19—22. *Nacimiento de Icabod.*

Vv. 1—9. Israel es azotado por los filisteos. El pecado, la cosa maldita, estaba en el campamento y dio a los enemigos toda la ventaja que podían desear. Reconocieron la mano de Dios en su tribulación, pero en vez de someterse, hablaron con enojo, como si no se dieran cuenta de ninguna provocación que hubieran hecho. La insensatez del hombre tuerce su camino, y luego contra Jehová se irrita su corazón, Proverbios xix, 3, y lo culpan a Él. Supusieron que podían comprometer a Dios a manifestarse en favor de ellos, llevando el arca a su campamento. Quienes han regresado a la vida de la religión, a veces demuestran un gran afecto por las observancias externas, como si estas pudieran salvarlos y como si el arca, el trono de Dios, en el campamento los llevara al cielo, aunque el mundo y la carne estén entronizados en el corazón.

Vv. 10—11. La captura del arca fue un gran juicio contra Israel y señal cierta del desagrado de Dios. Que nadie piense en escudarse contra la ira de Dios bajo el manto de una profesión externa de la fe.

Vv. 12—18. La derrota del ejército fue muy penosa para Elí por cuanto era el juez; las noticias de la muerte de sus dos hijos, con quienes había sido tan indulgente, y que murieron sin arrepentimiento, como tenía razón para temer, le conmovieron como padre; pero había una preocupación más grande aun en su espíritu. Cuando el mensajero concluyó su relato diciendo 'el arca de Dios fue capturada', él fue golpeado en el corazón y murió instantáneamente. Un hombre puede morir en forma miserable, pero no morir eternamente; puede llegar a un final inoportuno, pero el final será paz.

Vv. 19—22. La esposa de Finees parece haber sido una persona piadosa. Su lamento de moribunda fue por la pérdida del arca, y el traspaso de la gloria de Israel. ¿Qué es un gozo terrenal para quien está moribunda? Ningún gozo sino el que es espiritual y divino resistirá entonces; la muerte es algo demasiado grave para reconocer el sabor de un goce terrenal. ¿Qué es eso para quien lamenta la pérdida del arca? ¿Qué placer podemos hallar en nuestras consolaciones y deleites de criaturas, si necesitamos la palabra y las ordenanzas de Dios, especialmente si queremos el consuelo de su presencia bondadosa y la luz de su rostro? Si Dios se va, la gloria se va, y todo lo bueno se va. ¡Ay de nosotros si Él se va! Pero aunque la gloria sea trapasada de una nación, ciudad, o aldea pecadoras tras otra, sin embargo, nunca se irá del todo, pues brilla en un lugar, cuando se eclipsa en otro.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *Dagón derribado ante el arca.* 6—12. *Los filisteos derrotados.*

Vv. 1—5. Nótese el triunfo del arca sobre Dagón. Ciertamente así caerá el reino de Satanás delante del reino de Cristo, el error ante la verdad, lo profano ante lo piadoso y la corrupción ante la gracia, en el corazón del fiel. Cuando el interés por la religión parecen a punto de hundirse, aun entonces podemos confiar en que vendrá el día de su triunfo. Cuando Cristo, el Arca verdadera del pacto, entra realmente en el corazón del hombre caído, que indudablemente es templo de Satanás, todos los ídolos caen, todo esfuerzo para ponerlos de nuevo en pie será vano, el pecado será abandonado, y se hará restitución de toda ganancia injusta; el Señor reclamará el trono y tomará posesión de él. Pero el orgullo, el amor propio y las concupiscencias del mundo, aunque destronados y crucificados, aún persisten dentro de nosotros, como el trono de Dagón. Velemos y oremos que no puedan prevalecer. Procuremos destruirlas por completo.

Vv. 6—12. La mano del Señor pesó mucho sobre los filisteos; no sólo los convenció de su necedad; también castigó severamente su insolencia. Pero ellos no renunciaron a Dagón y, en lugar de buscar la misericordia de Dios, desearon librarse del arca. Cuando los corazones carnales despiertan ante la realidad del juicio de Dios, prefieren alejar a Dios de ellos, si eso fuera posible, antes que entrar en pacto, tener comunión con Él y buscarlo como amigo de ellos. Pero sus artimañas para eludir los juicios divinos sólo logran acrecentarlos. Quienes luchan contra la voluntad de Dios pronto se cansarán.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—9. *Los filisteos preguntan cómo devolver el arca.* 10—18. *La llevan hasta Bet-semes.* 19—21. *La gente cae muerta por mirar dentro del arca.*

Vv. 1—9. Los filisteos fueron castigados siete meses por la presencia del arca; la plaga duró tanto tiempo, porque no la devolvieron antes a su hogar. Los pecadores alargan su desdicha cuando rehúsan apartarse de sus pecados. —Los israelitas no hicieron esfuerzo alguno por recobrar el arca. En realidad, ¿dónde hallaremos que prevalece el interés por la religión por sobre todos los demás asuntos? En épocas de calamidad pública tememos por nosotros, por nuestras familias y por nuestra patria, pero ¿quién se preocupa por el arca de Dios? Somos favorecidos con el evangelio, pero lo tratamos con negligencia o desprecio. No debemos asombrarnos si nos es quitado, lo que a muchos no causaría pesar, aunque es la peor de todas las catástrofes. Hay multitudes que quedarían complacidas con cualquier profesión de fe tanto como con la del cristianismo. Pero hay quienes valoran la casa de Dios, su palabra y ministerio por sobre sus más ricas posesiones, y temen la pérdida de esas bendiciones más que la muerte. —¡Cuán dispuestos están los hombres malos a cambiar sus convicciones, y cuando tienen problemas, creer que les ocurre por casualidad, y que la vara no tiene voz que ellos debieran oír o prestar atención!

Vv. 10—18. Las dos vacas conocían a su amo, el gran Dueño, a quien Ofni y Finees no conocían. La providencia de Dios tiene en cuenta aun las bestias brutas y las usa para sus propósitos. —Cuando los segadores vieron el arca, se regocijaron; su gozo fue mayor que el gozo de la cosecha. El regreso del arca y el avivamiento de las santas ordenanzas, después de los días de restricción y tribulación, son materia de gran gozo.

Vv. 19—21. Gran afrenta contra Dios es que hombres vanos atisben en las cosas secretas que no les pertenecen y curioseen en ellas, Deuteronomio xxix, 29; Colosenses ii, 18. El hombre cayó en la ruina por desear el conocimiento prohibido. Dios no tolera que su arca sea profanada. No os engañéis, Dios no puede ser burlado. Los que no temen su bondad ni usan reverentemente las señales de su gracia, tendrán que sentir su justicia. —La cantidad de los muertos está expresada de modo desacostumbrado en el original y es probable que signifique 1.170 (cincuenta mil setenta, en Reina Valera). —Son los que desean librarse del arca. Los necios que corren de un extremo al otro. Mejor hubieran preguntado, ¿cómo podemos estar en paz con Dios y recuperar su favor? Miqueas vi, 6, 7. De esta manera, cuando la palabra de Dios produce terror en la conciencia de los pecadores, ellos luchan contra la palabra y en lugar de aceptar la culpa y la vergüenza, la desechan. Muchos sofocan su convicción de pecado y alejan de sí la salvación.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—4. *El arca llevada a Quiriat-jearim.* 5, 6. *Arrepentimiento solemne de los israelitas.* 7—12. *El Señor desconcierta a los filisteos.* 13—17. *Ellos son sometidos—Samuel juzga a Israel.*

Vv. 1—4. Dios hallará un lugar de reposo para su arca; si algunos la arrojan, el corazón de otros se inclinará a recibirla. No es novedad que el arca de Dios esté en una casa particular. Cristo y sus apóstoles predicaron de casa en casa cuando no pudieron hacerlo en lugares públicos. —Veinte años pasaron antes que la casa de Israel se interesara por la ausencia del arca. Durante este tiempo el profeta Samuel trabajó para el avivamiento de la verdadera religión. Las pocas palabras usadas son muy expresivas; y este fue uno de los avivamientos más efectivos de la religión que haya ocurrido en Israel.

Vv. 5, 6. Israel sacó agua y la derramó ante el Señor significando con eso su humillación y tristeza por el pecado. Derramaron sus corazones en arrepentimiento ante el Señor. Fueron libres y plenos en su confesión y decidieron resueltamente echar de entre ellos todas las malas obras. Hicieron una confesión pública, hemos pecado contra el Señor; así dieron gloria a Dios y asumieron sobre sí la vergüenza. Si nosotros confesamos de esta manera nuestros pecados, encontraremos que Dios es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados.

Vv. 7—12. Los filisteos invadieron Israel. Cuando los pecadores empiezan a arrepentirse y reformarse, deben esperar que Satanás reúna toda su fuerza contra ellos y ponga a trabajar al máximo sus instrumentos para oponerse y desanimarlos. —Los israelitas rogaron fervientemente a Samuel que orara por ellos. ¡Qué gran consuelo es para todos los creyentes que nuestro gran Intercesor en lo alto nunca cese de orar, nunca se calle! Porque Él siempre está en la presencia de Dios por nosotros. El sacrificio de Samuel, sin su oración, hubiera sido una sombra vacía. Dios dio una respuesta llena de gracia. Samuel erigió una piedra como memorial de esta victoria, para la gloria de Dios y para alentar a Israel. —A través de sucesivas generaciones la iglesia de Dios ha tenido causas para levantar nuevos Eben-ezeres por nuevas liberaciones: persecuciones externas ni corrupciones internas han prevalecido contra ella, porque “hasta aquí la ha ayudado Jehová” y Él la ayudará hasta el fin del mundo.

Vv. 13—17. En este gran avivamiento de la verdadera religión, el arca no fue trasladada a Silo, ni puesta con el tabernáculo en ninguna otra parte. Este descuido de las instituciones levíticas muestra que su uso principal era su significado típico; y cuando aquellas fueron pasadas por alto, se convirtieron en un servicio sin vida, en nada comparable con el arrepentimiento, la fe y el amor hacia Dios y el hombre.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—3. *El gobierno malo de los hijos de Samuel.* 4—9. *Los israelitas piden rey.* 10—22. *El estilo de un rey.*

Vv. 1—3. No parece que los hijos de Samuel fueran tan profanos y feroces como los hijos de Elí, pero eran jueces corruptos que se dejaron llevar por el afán de lucro. Samuel no aceptaba sobornos, pero sus hijos sí y entonces pervirtieron el derecho. Aumentaba el sufrimiento del pueblo la amenaza de invasión por Nahas, rey de los amonitas.

Vv. 4—9. Samuel estaba descontento; podía tolerar pacientemente lo que lo afectara personalmente y a su propia familia, pero le desagradó cuando le pidieron: Constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, porque eso era contra Dios. Esto lo hizo arrodillarse. Cuando algo nos perturba, es nuestro deber e interés, presentar nuestro problema ante Dios. —Samuel tiene que decirles que tendrán un rey. No porque Dios estuviera contento con el pedido de ellos, sino que de la manera que a veces nos contraría por amor, en otras ocasiones nos satisface con ira; así lo hizo aquí. Dios sabe darse gloria y sirve su propósito sabio aún con los consejos necios de los hombres.

Vv. 10—22. Si hubieran tenido un rey que los gobernara, como los reyes orientales gobernaban a sus súbditos, hubieran hallado excesivamente pesado el yugo. A los que se someten al gobierno del mundo y de la carne, se les dice claramente qué duros son sus amos y cuán tirano es el dominio del pecado. La *ley* de Dios y el *estilo* de los hombres difieren ampliamente entre sí; la primera debe ser nuestra regla en las diversas relaciones de la vida; el último debe ser la medida de lo que podemos esperar de los demás. Estas eran sus cuitas y, cuando se quejaron a Dios, Él no los escucharía. Cuando nos metemos en angustias por nuestros malos deseos y proyectos errados, abandonamos precisamente el consuelo de la oración y el beneficio de la ayuda divina. —El pueblo fue obstinado e insistente en sus demandas. Las resoluciones súbitas y los deseos precipitados obran un arrepentimiento largo y sin prisa. Es sabiduría nuestra agradecer las ventajas, y tener paciencia con las desventajas del gobierno bajo el cual estemos; orar continuamente por nuestros gobernantes, para que nos dirijan con temor de Dios y vivamos bajo su mandato con toda santidad y honestidad. Síntoma esperanzador es poder soportar nuestros deseos de objetos mundanos, y cuando podemos dejar a la providencia de Dios el tiempo y la forma de satisfacerlos.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—10. *Saúl llevado ante Samuel.* 11—17. *Hablan a Samuel sobre Saúl.* 18—27. *El trato que Samuel da a Saúl.*

Vv. 1—10. Saúl salió dispuesto a buscar los asnos de su padre. Su obediencia para con su padre era digna de elogio. Su siervo propuso que, como ahora estaban en Ramah, visitaran a Samuel para pedir consejo. Donde nos encontremos debemos usar la oportunidad de familiarizarnos con quienes son sabios y buenos. Muchos consultan a un hombre de Dios si éste se le cruza en el camino, pero no darán un paso fuera de su camino para obtener sabiduría. Sentimos mucho las pérdidas mundanas y nos esforzamos mucho para compensarlas, pero ¡qué poco intentamos procurar la salvación de nuestra alma, y cuán pronto nos cansamos de esto! Si los ministros dijeran a los hombres cómo obtener fortuna o hacerse ricos, serían más consultados y tendrían más honra que ahora, que se dedican a enseñarles cómo escapar de la miseria eterna y obtener la vida eterna. La mayoría de la gente preferiría que le dijeran su suerte y no su deber. —Samuel no necesitaba el dinero de ellos ni les hubiera negado el consejo si nada hubieran traído, pero ellos se lo dieron como señal de respeto y por el valor que asignaban a su oficio, y conforme a la costumbre generalizada de la época, de llevar siempre un regalo a los que están en autoridad.

Vv. 11—17. Las mismas doncellas de la ciudad los guiaron al profeta. Ellas habían oído del sacrificio y podían hablar de la necesidad de la presencia de Samuel. No es poco beneficio vivir en lugares santos y religiosos. Siempre debemos estar listos para ayudar a los que buscan a los profetas de Dios. A pesar de que Dios había concedido con desagrado, el pedido de Israel de un rey, les envía un hombre que los capitanee, que los salve de mano de los filisteos. Lo hace en su gracia, escuchando su clamor.

Vv. 18—27. Samuel, aquel buen profeta, distaba mucho de envidiar a Saúl o de tenerle mala voluntad; fue el primero y el más proclive a rendirle honores. Tanto ese anochecer como temprano en la siguiente mañana, Samuel tuvo comunión con Saúl sobre la azotea de la casa. Podemos suponer que Samuel ahora convenció a Saúl de que Dios lo había nombrado para reinar, y que él estaba dispuesto a renunciar. —¡Cuán diferentes son los propósitos del Señor para nosotros, de lo que son nuestras propias intenciones! Quizá Saúl era el único que siempre salía a buscar los asnos y, literalmente, halló un reino; pero muchos han salido y trasladado su morada en busca de riquezas y placeres, y fueron llevados a lugares donde hallaron la salvación para su alma. Así, se han encontrado con quienes les han hablado como si supieran los secretos de su vida y de su corazón, y han sido seriamente guiados a considerar la palabra del Señor. Si este no ha sido nuestro caso, aunque nuestros planes mundanos no hayan prosperado, no nos preocupemos por eso; el Señor nos ha dado o nos ha preparado para lo que es mucho mejor.

CAPÍTULO X

Versículos 1—8. *Samuel unge a Saúl.* 9—16. *Saúl profetiza.* 17—27. *Saúl elegido rey.*

Vv. 1—8. La sagrada unción, entonces usada, señalaba al gran Mesías, o Ungido, el Rey de la iglesia y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, ungido con el aceite del Espíritu, no por medida, sino sin medida, y por sobre todos los sacerdotes y príncipes de la iglesia judía. —Para mayor satisfacción de Saúl, Samuel le da algunas señales que deben suceder el mismo día. El primer lugar al cual lo dirige, era el sepulcro de uno de sus antepasados; ahí recordaría su propia mortalidad y, ahora que tenía una corona delante de él, debía pensar en su tumba, en la cual todo su honor quedará bajo el polvo. —Desde la época de Samuel parece haber habido escuelas o lugares donde jóvenes piadosos eran llevados al conocimiento de las cosas divinas. Saúl debió sentirse fuertemente movido a unirse a ellos y para convertirse en un hombre distinto de lo que había sido. El Espíritu de Dios cambia a los hombres, los transforma maravillosamente. Saúl, alabando a Dios en la comunión de los santos, se volvió *otro* hombre, pero se puede dudar de que llegara a ser un hombre *nuevo*.

Vv. 9—16. Las señales que Samuel dio a Saúl sucedieron puntualmente; halló que Dios le había dado otro corazón, otra disposición mental. Pero no confiéis demasiado en una demostración externa de devoción y en un cambio presente repentino. Saúl entre los profetas seguía siendo Saúl. El hecho de ser ungido fue mantenido en secreto. Deja que Dios ejecute su obra por medio de Samuel, y se queda callado, para ver en qué parará todo.

Vv. 17—27. Samuel dice a la gente: Vosotros habéis desechado hoy a vuestro Dios. Tan poco dado a ese poder estaba Saúl, del que poco después de poseerlo ya no podía pensar en separarse de él, que se escondió. Bueno es estar consciente de nuestra indignidad e insuficiencia para los servicios a los cuales somos llamados; pero los hombres no deben irse al otro extremo rehusando los servicios a los cuales el Señor y la iglesia los llaman. —La mayor parte de la gente trató el asunto con indiferencia. Saúl se fue modestamente a su casa, pero fue acompañado por una banda de hombres cuyos corazones Dios preparó para apoyar su autoridad. Si el corazón se inclina en cualquier momento en forma correcta, es porque Él lo ha tocado. Un toque basta cuando es divino. Otros lo despreciaron. Tan diferente es la forma como nuestro excelso Redentor afecta a los hombres. Hay un remanente que se somete a Él y le sigue donde Él vaya; son los que han sido tocados por Dios y a quienes ha dado la disposición de seguirle. Pero hay otros que lo desprecian, que preguntan: ¿Cómo nos ha de salvar éste? Se sienten ofendidos por Él, y serán castigados.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—11. *Jabes de Galaad liberada.* 12—15. *Saúl confirmado en su reino.*

Vv. 1—11. El primer fruto del gobierno de Saúl fue el rescate de Jabes de Galaad de manos de los amonitas. Para salvar la vida los hombres renuncian a su libertad y hasta consienten en que les arranquen los ojos; entonces, ¿no es sabiduría dejar el pecado que nos es tan querido como nuestro ojo derecho, antes que ser echado al fuego del infierno? Véase la fe y confianza de Saúl y, cimentados en ella, su valor y resolución. Obsérvese además su actividad en este asunto. Cuando el Espíritu del Señor desciende sobre los hombres, los convierte en expertos, aunque no tengan experiencia. Cuando el celo por la gloria de Dios, y el amor por los hermanos impulsa a los hombres a esfuerzos serios, y cuando Dios se complace en ayudar, rápidamente pueden producirse grandes efectos.

Vv. 12—15. Ahora honraban a Saúl, a quien habían despreciado; si de un enemigo se hace un amigo, es mayor ventaja que matarlo. —El una vez despreciado Salvador será reconocido finalmente por todos como el Rey ungido por Jehová. Hasta ahora, en el trono de la gracia, Él recibe la sumisión de los rebeldes, y hasta intercede por ellos; pero dentro de poco, desde su tribunal de justicia, Él condenará a todos los que persisten en oponérsele.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—5. *Samuel atestigua de su integridad.* 6—15. *Samuel reprende al pueblo.* 16—25. *Truenos en la época de cosecha.*

Vv. 1—5. Samuel no sólo despeja las dudas sobre su propio carácter, además sienta un precedente ejemplar ante Saúl, y muestra al pueblo que han sido ingratos con Dios y con él mismo. Hay una deuda de justicia que todos los hombres tienen con su buen nombre, especialmente los hombres en puestos públicos, que consiste en resguardarlos contra culpa y sospechas injustas, para que terminen su carrera con honor y gozo. El haber vivido honestamente en nuestros puestos, será nuestro consuelo ante cualquier desaire y desprecio que se nos pueda tirar encima.

Vv. 6—15. La obra de los ministros es razonar con la gente, no sólo exhortar y dirigir sino persuadir, convencer el juicio de los hombres y, así, ganar sus voluntad y afecto. Samuel razona sobre los actos justos del Señor. A los que siguen a Dios con fidelidad, se les capacitará para que continúen siguiéndole. —La desobediencia sería ciertamente la ruina de Israel. Erramos si pensamos que podemos escapar de la justicia de Dios tratando de deshacerse de su dominio. Aunque resolvemos que Dios no nos gobierne, de todos modos nos juzgará.

Vv. 16—25. Dichas las palabras de Samuel, Dios envió truenos y lluvia en una época del año en que en ese país, no ocurría tal cosa. Era para convencerlos que habían actuado inicuamente al pedir un rey; no sólo por su ocurrencia en una estación desacostumbrada, en la cosecha del trigo, y en un día claro, sino porque el profeta lo anunció. Mostró la necedad de ellos al desear un rey para salvarlos antes que Dios, o Samuel; se habían prometido más de un brazo de carne que del brazo de Dios o del poder de la oración. ¿Podía su príncipe comandar fuerzas similares a las que podía dirigir el profeta por sus oraciones? Los inquietó muchísimo. Algunos no logran ver sus pecados por métodos más suaves que las tormentas y los truenos. Pidieron a Samuel que orara por ellos. Ahora

ven que tienen necesidad de aquel a quien poco antes trataron con insolencia. Así, pues, muchos que no tendrán a Cristo reinando sobre ellos, estarían contentos con que Él intercediera por ellos para alejar la ira de Dios. —El propósito de Samuel es confirmar al pueblo en su religión. De cualquier cosa que hagamos un dios, hallaremos que nos engaña. Las criaturas son buenas en el lugar que les corresponde, pero cuando se ponen en el lugar de Dios, son vanas. —Pecamos si refrenamos la oración y, en particular, si dejamos de orar por la iglesia. Solamente le pidieron a él que orara por ellos, pero él promete hacer más, enseñarles. Les exhorta que por *gratitud* están obligados a servir a Dios, considerando las grandes cosas que Él ha hecho por ellos; y que además estaban obligados por *interés* personal a servirle, considerando lo que iba a hacer contra ellos si seguían haciendo tanto mal. De manera que, como atalaya fiel, les dio advertencia, y así libró su alma. Si consideramos las cosas tan grandes que ha hecho el Señor por nosotros, especialmente en la gran obra de redención, no nos pueden faltar motivos, aliento ni ayuda para servirle.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—7. *La invasión de los filisteos.* 8—14. *Saúl sacrifica—Samuel lo reprende.* 15—23. *La política de los filisteos.*

Vv. 1—7. Saúl reinó un año sin que nada particular sucediera, pero en su segundo año ocurrieron los hechos registrados en este capítulo. Durante más de un año dio tiempo a los filisteos para prepararse para la guerra y debilitar y desarmar a los israelitas. Cuando los hombres crecen en autosuficiencia a menudo son llevados a la necedad. Las ventajas principales de los enemigos de la iglesia derivan de la mala conducta de sus amigos confesos. Cuando por fin Saúl hizo sonar la alarma, el pueblo no fue a él, desertó rápidamente, insatisfecho con su administración, o aterrorizado por el poder del enemigo.

Vv. 8—14. Saúl violó la orden expresa de Samuel, ver capítulo x, 8, sobre qué hacer en casos extremos. Saúl ofreció sacrificios sin Samuel, haciéndolo él mismo, aunque no era sacerdote ni profeta. Cuando fue acusado de desobedecer, se justificó por lo que había hecho sin dar señales de arrepentimiento. Quería que este acto de desobediencia pasara como ejemplo de su prudencia y prueba de su piedad. Los hombres despojados de piedad interior a menudo hacen resaltar mucho los actos religiosos externos. —Samuel acusa a Saúl de ser su enemigo. Los que desobedecen los mandamientos de Dios lo hacen neciamente contra sí mismos. El pecado es insensatez y los pecadores más grandes son los necios más grandes. Nuestra disposición para obedecer o desobedecer a Dios será frecuentemente demostrada por nuestra conducta en cosas que parecen pequeñas. —Los hombres no ven sino el acto externo de Saúl, que parece pequeño, pero Dios ve que lo hizo por incredulidad y desconfianza de su providencia, con desprecio de su autoridad y justicia, y con rebelión contra la luz de su propia conciencia. —¡Bendito Salvador, que nunca llevemos nuestras pobres ofrendas o nuestras supuestas ofrendas de paz, sin mirar tu precioso sacrificio todosuficiente! Sólo tú, oh Señor, puedes hacer o has hecho nuestra paz en la sangre de la cruz.

Vv. 15—23. Véase cuán políticos fueron los filisteos cuando tuvieron poder; no sólo impidieron que el pueblo de Israel fabricara armas de guerra, además los obligaron a depender de sus enemigos hasta para los instrumentos de labranza. Qué poco político fue Saúl que al comenzar su reinado no arregló eso. —La falta del sentido verdadero siempre acompaña a la falta de gracia. Los pecados que nos parecen muy pequeños, tienen consecuencias peligrosas. Miserable es una nación indefensa y culpable; mucho más los desprovistos de toda la armadura de Dios.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—15. *Jonatán ataca a los filisteos.* 16—23. *La derrota de ellos.* 24—35. *Saúl prohíbe al pueblo comer hasta el anochecer.* 36—46. *Jonatán señalado por sorteo.* 47—52. *La familia de Saúl.*

Vv. 1—15. Saúl parece haber estado muy perdido e incapaz de ayudarse. Nunca pueden considerarse a salvo quienes se ven fuera de la protección de Dios. Ahora manda en busca de un sacerdote y el arca. Espera arreglar las cosas con el Todopoderosos por medio de una reforma parcial, como hacen muchos cuyo corazón no se humilla ni cambia. A muchos les agrada tener ministros que profeticen cosas lindas. —Jonatán sintió el impulso y la impresión divina que lo lanzó a esta aventura atrevida. Dios guía los pasos de quienes lo reconocen en todos sus caminos y buscan su dirección, con todo el propósito de su corazón de seguirle. A veces encontramos más consuelo en lo que, no es tanto nuestra obra, puesto que hemos sido llevados a ello por las vueltas inesperadas, pero bien planeadas de la providencia divina. —Hubo pánico en la guarnición. Se le dice temblor de Dios lo cual significa no sólo un gran temblor, que no pudieron resistir ni razonar para ponerle fin, sino que vino repentinamente de la mano de Dios. El que hizo el corazón sabe hacerlo temblar.

Vv. 16—23. Los filisteos fueron puestos uno contra el otro por el poder de Dios. Mientras más evidente era que Dios hacia todo, más razón tenía Saúl para preguntar si Dios le daría autorización para hacer algo. Pero estaba tan presuroso por combatir a un enemigo caído que no se quedó para terminar sus devociones, ni escuchó la respuesta de Dios. Quien cree no andará tan apurado ni considerará cualquier asunto tan urgente, como para no dedicar tiempo para que Dios lo acompañe.

Vv. 24—35. La severa orden de Saúl fue muy imprudente; si ganaba tiempo, le quitaba fuerzas para la persecución. Tal es la naturaleza de nuestros cuerpos que el trabajo cotidiano no puede hacerse sin el pan cotidiano, que, consecuentemente nuestro Padre celestial da en su gracia. —Saúl estaba alejándose de Dios y ahora empieza a levantar altares, siendo entonces, como muchos, muy celoso de la forma de la piedad, pero niega su eficacia.

Vv. 36—46. Si Dios rechaza nuestra oración tenemos razones para sospechar que es por algún pecado albergado en nuestro corazón, el cual debemos buscar para sacarlo y eliminarlo. Siempre debemos sospechar de nosotros mismos y examinarnos primero; pero un corazón que no se ha humillado sospecha de cada persona, y busca en todas partes, menos en sí mismo, la causa pecaminosa de su calamidad. —Se descubrió que Jonatán era el ofensor. Los que son más indulgentes con sus pecados son los más severos con los demás; quienes más desechan la autoridad de Dios son los más impacientes cuando se desobedecen sus propios mandatos. Los que echan maldiciones, se ponen en peligro a sí mismos y a su familia. —¿Qué observamos en toda la conducta de Saúl en esta ocasión sino una disposición impetuosa, orgullosa, maligna e impía? Y en todo caso, ¿no percibimos en cada caso que ese hombre, librado a sí mismo, deja ver la depravación de su naturaleza, y que está esclavizado al más bajo de los temperamentos?

Vv. 47—52. Este es un recuento general de la corte y campamento de Saúl. Él tenía pocas razones para enorgullecerse de su dignidad real, y ninguno de sus vecinos tenían causa para envidiarlo, pues disfrutó muy poco después de asumir el reinado. A menudo, la gloria terrenal del hombre no es sino un destello producido justo antes que caiga sobre ellos la oscura noche de la desgracia y de los ayes.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—9. *Saúl enviado a destruir a Amalec.* 10—23. *Saúl se excusa y se elogia a sí mismo.* 24—31. *La humillación imperfecta de Saúl.* 32—35. *Muerte de Agag—Samuel y Saúl se separan.*

Vv. 1—9. La sentencia condenatoria contra los amalecitas había sido dictada mucho antes, Éxodo xvii, 14; Deuteronomio xxv, 19, pero no se había ejecutado mientras no llenaran la medida de sus pecados. Estamos seguros que el justo Señor no hace injusticia a nadie. El recuerdo de la amabilidad de los antepasados de los ceneos que los favoreció, en la época en que Dios estaba castigando las injurias perpetradas por los amalecitas, tendió a vindicar la justicia de Dios en esta dispensación. Peligroso es ser hallado en compañía de los enemigos de Dios, y por deber e interés personal tenemos que apartarnos de ellos, no sea que participemos de sus pecados y sus plagas, Apocalipsis xviii, 4. —Como el mandamiento había sido expreso, y prueba para la obediencia de Saúl, su conducta evidentemente era el efecto de un espíritu orgulloso y rebelde. Él destruyó solamente la basura, lo que de poco servía. Lo destruido ahora fue sacrificado a la justicia de Dios.

Vv. 10—23. El arrepentimiento de Dios no es un cambio de propósito, como en nuestro caso, sino un cambio de método. El cambio estuvo en Saúl, *"ha dejado de seguirme"*. Por eso hizo de Dios su enemigo. Samuel se pasó toda una noche rogando por Saúl. El rechazo de los pecadores es tristeza para los creyentes: Dios no se deleita en su muerte ni tampoco nosotros. —Saúl se jacta de su obediencia ante Samuel. De esta manera piensan los pecadores, que justificándose a sí mismos, escaparán del juicio del Señor. El ruido del ganado, como el moho de la plata, Santiago v, 3, atestiguó contra él. Muchos se ufanan de obedecer los mandamientos de Dios, pero entonces, ¿qué significa su contemporización con la carne, su amor al mundo, su espíritu irritable y perverso, y su negligencia de los deberes santos que atestiguan en su contra? Véase de qué mal es raíz el amor del dinero; y nótese cuál es la gravedad del pecado y obsérvese qué es lo que por sobre toda otra cosa lo hace malo ante los ojos del Señor: es la desobediencia: *"no obedeciste la voz del Señor"*. —El corazón carnal y engañoso como el de Saúl, piensa excusarse de los mandamientos de Dios por lo que a ellos más agrada. Cuesta convencer a los hijos de desobediencia. Pero la obediencia humilde, sincera y consciente a la voluntad de Dios es más placentera y aceptable para Él que todos los holocaustos y sacrificios. Se glorifica más a Dios y se niega mejor al yo por la obediencia que por el sacrificio. Mucho más fácil es llevar un buey o un cordero para ser quemado sobre el altar, que llevar cautivo cada pensamiento altanero a la obediencia de Dios, y someter nuestra voluntad a su voluntad. Son ineptos e indignos de gobernar a los hombres los que no están dispuestos a que Dios reine sobre ellos.

Vv. 24—31. Hubo varias señales de hipocresía en el arrepentimiento de Saúl. —1. *Le suplicó a Samuel a solas y parecía muy ansioso de quedar bien en su opinión y de ganar su favor.* —2. *Aunque la confiesa, justifica su falta; ese no es el camino del verdadero arrepentido.* —3. *Toda su preocupación era salvar su crédito ante el pueblo y preservar su interés por él.* —Los hombres son inconstantes y cambian de idea, débiles y no pueden concretar sus propósitos; algo pasa que no pudieron prever por lo cual rompen sus medidas pero no ocurre así con Dios. El Fuerte de Israel no mentirá.

Vv. 32—35. Muchos piensan que la amargura de la muerte ya ha pasado, cuando todavía no ha llegado; ponen el día malo muy lejos de sí, cuando en realidad, está muy cerca. Samuel llama a Agag para que rinda cuenta de sus pecados. Siguió el ejemplo de la crueldad de sus antepasados, por tanto es justamente requerida toda la sangre justa derramada por Amalec. A Saúl parece no preocuparle la

señal del desagrado de Dios bajo el cual está, aunque Samuel llora día y noche por él. Jerusalén estaba carnalmente segura cuando Cristo lloró por ella. ¿*Deseamos* hacer toda la voluntad de Dios? Volvéos a Él, no en forma ni apariencia, sino con sinceridad.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—5. *Samuel enviado a Belén a Isaí.* 6—13. *Unción de David.* 14—23. *Saúl perturbado por un espíritu malo, y calmado por David.*

Vv. 1—5. Se ve que Saúl se había puesto muy mal. ¿De qué no sería culpable si pensó matar a Samuel? Los ancianos de Belén temblaron ante la llegada de Samuel. Nos conviene reverenciar a los mensajeros de Dios y temblar ante su palabra. Su respuesta fue: Sí, vengo a ofrecer sacrificio a Jehová. Cuando nuestro Señor Jesús vino al mundo, aunque los hombres tenían razón para temer que su misión era condenar al mundo, dio, no obstante, toda la seguridad de que vino en paz, pues vino a ofrecer sacrificio y trajo consigo su ofrenda: Me preparaste cuerpo. Santifiquémonos y confiemos en su sacrificio.

Vv. 6—13. Era raro que Samuel, que se había decepcionado tanto de Saúl, cuyo rostro y estatura le recomendaban, juzgara a otro hombre por su aspecto exterior. Podemos decir cómo *se ven* los hombres, pero Dios puede decir lo que *son*. Él juzga a los hombres por el corazón. A menudo nos formamos un juicio errado de un personaje, pero el Señor valora solamente la fe, el temor y el amor plantados en el corazón, por sobre el discernimiento humano. Dios no favorece a nuestros hijos conforme a nuestra parcialidad afectiva; frecuentemente, honra y bendice a los que han sido menos considerados. —Al final, fue nombrado David. Él era el hijo menor de Isaí; su nombre significa Amado; era tipo del amado Hijo de Dios. Parecía que David era el menos dotado de todos los hijos de Isaí. Pero el Espíritu del Señor descendió sobre él desde ese día en adelante. Su unción no fue una ceremonia vacía; un poder divino vino con esa señal instituida; él se halló de pronto con gran sabiduría y valor, con todas las capacidades de un príncipe, aunque su desarrollo no lo debía a circunstancias externas. Esto le confirmaba que su elección era de Dios. La mejor evidencia de ser predestinado al reino de la gloria es el ser sellado con el Espíritu de la promesa y experimentar una obra de gracia en el corazón.

Vv. 14—23. Saúl se aterroriza de sí mismo. El Espíritu del Señor se fue de él. Si Dios y su gracia no nos gobiernan, el pecado y Satanás tomarán posesión de nosotros. El diablo, por permisión divina, perturbó y aterró a Saúl por los humores corruptos de su cuerpo y las pasiones de su mente. Se puso temeroso, beligerante, descontento y, a veces, loco. Es una lástima que la música, que puede ser útil para el buen genio de la mente, sea siempre mal usada para respaldar la vanidad y la lujuria y sea ocasión para alejar el corazón de Dios y de las cosas serias. Eso es alejar al Espíritu bueno, no al malo. La música, las diversiones, la compañía o los negocios han sido empleados *por un tiempo* para aquietar la conciencia herida; pero nada puede efectuar una cura real, sino la sangre de Cristo aplicada con fe y el Espíritu santificador que sella el perdón, por su santa consolación. Todos los demás planes para disipar la melancolía religiosa, lo que harán con certeza es acrecentar el malestar sea en este mundo o en el próximo.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—11. *El desafío de Goliat.* 12—30. *David llega al campamento.* 31—39. *David se compromete a pelear con Goliat.* 40—47. *Va a su encuentro.* 48—58. *Mata a Goliat.*

Vv. 1—11. Los hombres dependen tan completamente de Dios en todas las cosas, que cuando Él retira su ayuda, el más valeroso y decidido no encuentra corazón ni brazos como lo demuestra la experiencia diaria.

Vv. 12—30. Isaí no pensó en mandar su hijo al ejército en esa situación crítica, pero el sabio Dios ordena las acciones y los asuntos para que sirvan a su designio. —En épocas de formalismo e indiferencia general, todo grado de celo que implique disposición para ir adelante o para aventurarse en la causa de Dios más que los demás, será tildado de orgullo y ambición, y nada menos que por los parientes cercanos como Eliab, o por los superiores negligentes. Fue una prueba de la mansedumbre, paciencia y constancia de David. Tenía el derecho y la razón de su lado, pero no devolvió golpe por golpe; con una respuesta blanda calmó la ira de su hermano. La derrota de su propia pasión fue más honrosa que la de Goliat. Quienes emprenden grandes servicios públicos, no deben encontrar raro que hablen mal de ellos y que se les opongan personas de quienes debían esperan apoyo y ayuda. Deben proseguir humildemente con su obra haciendo frente no sólo a las amenazas del enemigo sino a los dardos y sospechas de los amigos.

Vv. 31—39. Un pastorcillo, llegado esa misma mañana directamente de su tarea de cuidar ovejas, tuvo más valor que todos los hombres poderosos de Israel. De esta manera, Dios a menudo envía buenas palabras a su Israel y hace grandes cosas por ellos por medio de lo necio y débil del mundo. De la manera que había respondido con mansedumbre a la pasión de su hermano, David respondió con fe al temor de Saúl. —Cuando David cuidaba ovejas, demostró que era muy cuidadoso y atento con su rebaño. Esto nos recuerda a Cristo, el buen Pastor, que no sólo se aventuró, sino que entregó su vida por las ovejas. Nuestra experiencia debiera animarnos a confiar en Dios y a ser valientes en el camino del deber. El Dios que ha liberado, libera y seguirá liberando. —David tuvo la autorización para pelear con el filisteo. Al no estar acostumbrado a una armadura, como la que Saúl le puso, no estaba satisfecho de ir de esa manera; esto era del Señor, para que se viera con toda claridad que él luchó y venció por fe y que la victoria era de Aquel que obra a través de los medios e instrumentos más débiles y despreciados. No debe preguntarse cuán excelente es una cosa, sino si es apropiada. Sea la cota de Saúl tan rica, y su armadura tan fuerte, pero ¿en qué mejoran a David, si no le acomoda? Pero la fe, la oración, la verdad y la justicia, toda la armadura de Dios, y el sentir que había en Cristo, son igualmente necesarios para todos los siervos del Señor, cualquiera sea la obra de ellos.

Vv. 40—47. La seguridad y presunción de los necios los destruye. Nada puede superar la humildad, fe y piedad que hay en las palabras de David. Expresó su segura esperanza de éxito; se glorió en su pobre apariencia y en sus armas de que la victoria sería atribuida solo al Señor.

Vv. 48—58. Véase lo frágil e incierta que es la vida, aunque el hombre se considere excelentemente fortificado; ¡cuán rápida y fácilmente y por qué pequeñas maneras, puede abrirse un pasaje para que salga la vida y entre la muerte! El fuerte no se gloríe en su fuerza ni el hombre armado en su armadura. Dios resiste al soberbio y desprecia a los que le desafían a Él y a su pueblo. Nadie que haya endurecido su corazón contra Dios ha prosperado. La historia quedó escrita para que todos se atrevan a entrar en acción en defensa de la honra de Dios, y en apoyo de su causa, con valiente e inconmovible confianza en Él. Hay *un* conflicto en que están comprometidos todos los seguidores del Cordero, y ¡deben estarlo!: *un* enemigo más formidable que Goliat, que se atreve a desafíar a los ejércitos de Israel; pero “resistid al diablo y de vosotros huirá”. Vé a la batalla con la fe

de David, y las potestades de las tinieblas no te resistirán. ¡Pero con cuánta frecuencia el cristiano es entorpecido por un corazón malo e incrédulo!

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—5. *La amistad de Jonatán y David.* 6—11. *Saúl procura matar a David.* 12—30. *El temor de Saúl ante David.*

Vv. 1—5. La amistad de David y Jonatán era efecto de la gracia divina que produce en los creyentes verdaderos un corazón y alma, y hace que se amen unos a otros. Esta unión de almas viene de la comunión con el Espíritu de Cristo. Donde Dios une los corazones, los asuntos carnales son demasiado débiles para separarlos. Los que aman a Cristo como a su alma están dispuestos a unirse a Él en un pacto eterno. Ciertamente fue una gran prueba del poder de la gracia de Dios en David, que él pudiera soportar todo este respeto y honor sin enaltecerse en forma desmedida.

Vv. 6—11. Los problemas de David no sólo siguen inmediatamente a sus triunfos, sino surgen de ellos; tal es la vanidad de lo que parece más grandioso en este mundo. Señal de que el Espíritu de Dios se ha ido de los hombres, es que ellos, como Saúl, son irritables, envidiosos, desconfiados y de mal genio. Compárese a David, con su arpa en la mano, procurando servir a Saúl, y a éste con la lanza en la mano procurando matar a David; obsérvese la dulzura y utilidad del pueblo de Dios perseguido y la inhumanidad de sus perseguidores. Pero la seguridad de David debe atribuirse a la providencia de Dios.

Vv. 12—30. Por largo tiempo David fue mantenido en continua aprehensión de caer por la mano de Saúl, pero perseveró en su conducta mansa y respetuosa hacia su perseguidor. ¡Cuán poco corriente son tanta prudencia y discreción, especialmente cuando hay insultos y provocaciones! Averigüemos si imitamos esta parte del personaje ejemplar puesto ante nosotros. ¿Nos estamos conduciendo prudentemente en todos nuestros caminos? ¿No hay omisión pecadora, ni rudeza de espíritu, ni nada malo en nuestra conducta? La oposición y la perversidad de los demás no será excusa para nuestro mal temperamento; más bien deben aumentar nuestro cuidado, y la atención a los deberes de nuestra posición. —Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar, Hebreos xii, 3. Si David magnificó el honor de ser el yerno del rey Saúl, ¡cuánto debiéramos nosotros magnificar la honra de ser hijos del Rey de reyes!

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—10. *Jonatán reconcilia a su padre con David—Saúl trata de matarlo otra vez.* 11—24. *David huye a Samuel.*

Vv. 1—10. ¡Qué convincentes son las palabras rectas! Por un tiempo Saúl estuvo convencido de lo irracional de su enemistad contra David; pero continuó con su rencor. Tan incurable es el odio de la simiente de la serpiente contra la de la mujer; tan engañoso y perverso es el corazón del hombre sin la gracia de Dios, Jeremías xvii, 9.

Vv. 11—24. La estratagema de Mical para ganar tiempo hasta que David estuviera lejos era permisible, pero su falsedad no tuvo ni siquiera la defensa de la necesidad para excusarla y manifiesta que ella no estaba bajo la influencia del mismo espíritu de piedad revelado que había dictado las palabras de Jonatán a Saúl. —David hizo de Dios su refugio al huir a Samuel. Éste, como profeta, era el mejor habilitado para aconsejarle qué hacer en ese momento peligroso. Halló poco reposo o satisfacción en la corte de Saúl, por tanto, fue a buscarlo en la iglesia de Samuel. Cuán poco es el placer que tienen en este mundo los que tienen una vida de comunión con Dios; a eso regresó David en el momento difícil. Con tanta impaciencia buscaba Saúl la sangre de David, tan inquieto estaba en su contra, que aunque una providencia tras otra le frustraron, no lograba darse cuenta que David estaba bajo la protección especial de Dios. —Cuando Dios toma este camino para proteger a David, hasta Saúl profetiza. Muchos tienen grandes dones, pero nada de gracia; pueden profetizar en el nombre de Cristo, pero son desconocidos por Él. Procuremos diariamente renovar la gracia que será en nosotros como pozo de agua que brota para la vida eterna. Aferrémonos a la verdad y la santidad con propósito pleno del corazón. En todo peligro y problema busquemos la protección, el consuelo y la dirección de las ordenanzas de Dios.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—10. *David consulta a Jonatán.* 11—23. *El pacto de Jonatán con David.* 24—34. *Saúl procura matar a Jonatán al faltarle David* 35—42. *Jonatán se va de David.*

Vv. 1—10. Las pruebas que enfrentó David le prepararon para su futuro progreso. Así trata el Señor a quienes prepara para la gloria. No los pone de inmediato en posesión del reino; los guía a través de mucha tribulación, la cual convierte en el medio para equiparlos para el reino. No murmuren contra su nombramiento por gracia, ni desconfíen del cuidado de Dios, sino miren adelante, con alegre esperanza, la corona que les está reservada. —A veces nos parece que no hay sino un paso entre nosotros y la muerte; en todas las ocasiones puede ser así y debemos prepararnos para el hecho. Pero aunque los peligros parezcan muy amenazantes, no podemos morir mientras no se cumpla el propósito de Dios para nosotros, ni hasta que hayamos servido a nuestra generación conforme a su voluntad, si somos creyentes. —Jonatán ofrece generosamente sus servicios a David. Esta es amistad verdadera. De la misma manera testifica Cristo su amor por nosotros. Pedid y se os dará; y debemos dar testimonio de nuestro amor a Él, obedeciendo sus mandamientos.

Vv. 11—23. Jonatán promete que él hará saber fielmente a David cómo encuentra la actitud de su padre hacia él. Será bondad hacia nosotros mismos y hacia los nuestros adquirir interés en quienes son favorecidos por Dios y hacernos amigos de sus amigos. La amistad verdadera descansa sobre una base firme, y es capaz de acallar la ambición, el amor propio y la consideración indebida de los demás. ¡Pero, quién puede entender completamente el amor de Jesús que se dio en sacrificio por rebeldes pecadores corruptos! ¡Qué grande, entonces, debe ser el poder y el efecto de nuestro amor por Él, por su causa y su gente!

Vv. 24—34. Nadie más constante que David para asistir a los deberes sagrados; ni tampoco se hubiera ausentado, pero la autopreservación le obligó a retirarse. En caso de gran peligro las oportunidades presentes para participar en las ordenanzas divinas se pueden postergar. Pero es malo para nosotros, excepto en caso de necesidad, perder cualquier oportunidad de participar en la forma establecida. —Jonatán hizo bien y prudentemente para sí mismo y su familia al adquirir interés en David, aunque lo culparan por eso. Bueno es tomar al pueblo de Dios como nuestro pueblo. Al final

será para ventaja nuestra, aunque ahora se piense que es contrario a nuestros intereses. Saúl se enfureció. ¡En qué bestias salvajes, y peor aún, convierte a los hombres la ira!

Vv. 35—42. La separación de los dos amigos fieles fue triste para ambos, pero el caso de David era más lamentable, porque dejaba todas sus comodidades, aun las del santuario de Dios. Los cristianos no deben entristecerse como los que no tienen esperanza; puesto que son uno con Cristo, son uno mutuamente, y se encontrarán en su presencia dentro de no mucho tiempo, para no separarse nunca más, y encontrarse donde enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—9. *David con Ahimelec.* 10—15. *David se finge loco en Gat.*

Vv. 1—9. David, en problemas, huyó al tabernáculo de Dios. Gran consuelo en el día difícil es que tengamos un Dios al cual acudir, al cual podemos presentar nuestro caso y al cual podemos pedir y esperar dirección. —David le dijo a Ahimelec una tremenda mentira. ¿Qué diremos a esto? La Escritura no lo oculta, y no nos atrevamos a justificarlo; estuvo mal hecho y tuvo malas consecuencias, porque ocasionó la muerte de los sacerdotes del Señor. David, después reflexionó sobre esto con arrepentimento. David tenía gran fe y valor, pero ambos le fallaron; cayó torpemente por temor y cobardía, y debido a la debilidad de su fe. Si hubiera confiado correctamente en Dios, no hubiera usado ese cuento triste y pecaminoso para su supervivencia. Está escrito, no para que lo imitemos, ni siquiera en los mayores aprietos, sino como advertencia para nosotros. David pidió pan y espada a Ahimelec. Este supuso que podían comer del pan de la proposición. El Hijo de David enseña, a partir de esto, que la misericordia es mejor que los sacrificios; que las observancias rituales deben dar preferencia a los deberes morales. —Doeg entró en el tabernáculo tanto como David. Poco sabemos con qué corazón viene la gente a la casa de Dios, ni del uso que harán de la pretendida devoción. Si muchos vienen con corazón sencillo a servir a su Dios, otros vienen a observar a sus maestros y se convierten en acusadores. Sólo Dios y lo que ocurra pueden distinguir entre un David y un Doeg cuando ambos están en el tabernáculo.

Vv. 10—15. El perseguido pueblo de Dios ha hallado a menudo un mejor trato de los filisteos, que de los israelitas. David tenía razón para poner su confianza en Aquis, pero empezó a temer. Su conducta fue degradante y se mostró vacilante en su fe y valor. Mientras más sencillamente confiemos en Dios y le obedezcamos, más cómoda y seguramente caminaremos por este problemático mundo.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—5. *David en Adulam—Muchos recurren a él.* 6—19. *Saúl destruye a los sacerdotes de Nob.* 20—23. *Abiatar huye tras David.*

Vv. 1—5. Obsérvese los instrumentos débiles que a veces usa Dios para realizar sus propósitos. El Hijo de David está preparado para recibir a las almas angustiadas que quedarán bajo su mando. Él recibe a todos los que acuden a Él, por viles y miserables que sean; los transforma en un pueblo santo y los pone a su servicio: quienes reinarán con Él primero deben conformarse con sufrir con Él

y por Él. —Obsérvese con cuán tierna preocupación David proveyó para sus ancianos padres. Lo primero que hace es buscarles una habitación tranquila, sin importar lo que le pase a él. Los hijos deben aprender a honrar a sus padres en todo, considerando en todo su comodidad y satisfacción. Aunque sean aascendidos a lo más alto, y estén muy ocupados, no se olviden de sus ancianos padres. Los pasos del hombre bueno han sido ordenados por el Señor. Dios preservará a su pueblo para la obra determinada, por más que sean odiados y denunciados.

Vv. 6—19. Obsérvese la naturaleza del rencor celoso y sus malas artes. Saúl miraba como sus enemigos a todos los que le rodeaban, porque no hablan como él. En la respuesta de Ahimelec a Saúl, tenemos el lenguaje de la inocencia consciente, pero, ¡con qué maldad no presionará a los hombres cuando el espíritu maligno tiene el dominio! Saúl afirma lo que es completamente falso e indemostrable. Sin embargo, hasta los tiranos más sanguinarios han hallado instrumentos de su crueldad, tan bárbaros como ellos mismos. Doeg, habiendo asesinado a los sacerdotes, fue a la ciudad de Nob y pasó a espada a todos. Nada tan repugnante, sino los que lo hacen, los que han provocado a Dios, al punto que Él los entrega a la lujuria de sus corazones. Sin embargo, este fue el cumplimiento de las amenazas contra la casa de Elí. Aunque Saúl fue injusto al hacerlo, Dios fue justo al permitirlo. Ninguna palabra de Dios caerá en tierra.

Vv. 20—23. David lamentó mucho la desgracia. Gran trastorno para un hombre bueno es comprender que ha sido el causante del mal para terceros. Debe de haber estado muy apesadumbrado cuando consideró que su mentira había sido la causa de este suceso fatal. David habla con certidumbre de su propia seguridad y promete que Abiatar tendrá su protección. Con el Hijo de David todo los que son suyos pueden tener la seguridad que estarán salvaguardados, Salmo xci, 1. —En la prisa y la distracción en que estaba continuamente David, halló tiempo para tener comunión con Dios y halló consuelo en ella.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—6. *David libra a Keila.* 7—13. *Dios le advierte que escape de Keila.* 14—18. *Jonatán consuela a David.* 19—29. *Librado de Saúl por una invasión de los filisteos.*

Vv. 1—6. Cuando un príncipe persigue al pueblo de Dios, debe esperar tribulaciones de todas partes. La manera en que un país tiene tranquilidad es dejar que la iglesia de Dios esté tranquila: si Saúl pelea contra David, los filisteos pelean contra su país. David se consideraba protector de su tierra. Así hizo el Salvador Jesús y nos dejó un ejemplo. No son como David los que porfiadamente se niegan a hacer el bien si no se recompensan sus servicios.

Vv. 7—13. Bien podría David quejarse de sus enemigos, que le devolvían mal por bien, y a cambio de su amor se hacían sus adversarios. Así, Cristo fue tratado con bajeza. —David pedía dirección a su gran Protector. En cuanto le traían el efod, él lo usaba. Tenemos las Escrituras en nuestras manos, busquemos consejo de ellas en los casos dudosos. Decid, Traedme la Biblia. La forma en que David se dirige a Dios es muy solemne, pero también muy particular. Dios permite que seamos así en nuestras conversaciones con Él: Señor guíame en este asunto sobre el cual estoy ahora totalmente perdido. Dios sabe no sólo lo que será, sino lo que debería ser, si no hubiera un impedimento; por tanto, Él sabe librar al piadoso de la tentación y cómo dar a cada hombre conforme a sus obras.

Vv. 14—18. David no hizo atentados contra Saúl; guardó el camino de Dios, esperó el tiempo de Dios, y se contentó con ocultarse en los bosques y en el desierto. Pensamos lo peor de este mundo que a menudo trata tan mal a sus mejores hombres: que nos haga anhelar ese reino donde la bondad estará por siempre en gloria y la santidad en honor. —Encontramos a Jonatán consolando a David. Como amigo *piadoso* lo dirigió a Dios, el fundamento de su consuelo. Como amigo *abnegado,* se complace en la perspectiva del ascenso de David al trono. Como amigo *constante* renueva su amistad con él. Nuestro pacto con Dios debieramos renovarlo a menudo, y con ello, mantener nuestra comunión con Él. Si lo que diga un amigo en una reunión consuela y fortalece nuestros corazones, ¡qué no puede esperarse del respaldo continuo y del amor poderoso del Salvador de los pecadores, el Amigo de los creyentes en el pacto.

Vv. 19—29. En medio de su maldad Saúl fingió hablar el lenguaje de la piedad. Tales expresiones, sin efectos apropiados, pueden sólo divertir o engañar a quienes las oigan y a quienes las usen. —Esta montaña era un emblema de la providencia divina interpuesta entre David y el destructor. No desmayemos ante la perspectiva de futuras dificultades, antes bien permanezcamos en aquel que es maravilloso en consejo y excelente en obra. Antes que faltar a su promesa, Él encargará a los filisteos que se ocupen de hacernos escapar, en el momento mismo en que nuestro caso parezca más desesperado. Dios exige dependencia completa de Él: Si no creyereis, de cierto no permaneceréis, Isaías vii, 9.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—7. *David perdona la vida a Saúl.* 8—15. *David demuestra su inocencia.* 16—22. *Saúl reconoce su falta.*

Vv. 1—7. Dios entregó a Saúl en las manos de David. Era una oportunidad dada a David para ejercer fe y paciencia. Se le había prometido el reino, pero no tenía orden de matar al rey. Razona firmemente consigo mismo y con sus hombres en contra de hacer algún daño a Saúl. El pecado es algo que nos debe causar sobresalto, y tenemos que resistir las tentaciones para pecar. David no sólo consideraría esto malo para sí; tampoco toleraría que los suyos lo hicieran. Así, devolvió bien por mal a aquel del quien recibió mal por bien; de esa manera, sentó el ejemplo para todos los que se dicen cristianos, de no dejarse vencer por el mal, sino vencer el mal con el bien.

Vv. 8—15. David fue acusado falsamente de que procuraba el mal de Saúl; le demuestra a Saúl que la providencia de Dios le había dado la oportunidad de hacerlo. Y fue con un buen principio que se negó a hacerlo. Declara su decidida resolución de no ser jamás su propio vengador. Si los hombres nos hacen mal, Dios nos hará el bien al máximo en el juicio del gran día.

Vv. 16—22. Saúl habla totalmente vencido por la bondad de David. Muchos se lamentan de sus pecados sin arrepentirse verdaderamente de ellos; lloran amargamente por ellos, pero siguen enamorados de ellos, y ligados a ellos. —Ahora Dios cumplió a David la palabra con que le había hecho tener esperanzas de que sacaría a relucir su justicia como la luz, Salmo xxxvii, 6. Quienes se cuidan de mantener una conciencia buena, pueden dejar que Dios les dé el crédito por ella. Tarde o temprano Dios forzará hasta a aquellos que son de la sinagoga de Satanás a que conozcan y acepten a quienes Él ha amado. Ellos se separaron en paz. —Saúl se fue a casa convicto, pero no convertido; avergonzado de su envidia por David, pero reteniendo en su pecho esa raíz de amargura; irritado de que cuando, por fin había hallado a David, no tuvo su corazón para destruirlo, como se había propuesto. El rencor parece frecuentemente muerto cuando sólo está dormido, y revivirá con fuerza

doble. Pero sea que el Señor ate las manos de los hombres o afecte a sus corazones, de modo que no nos hieran, la liberación es por igual suya; es prueba de su amor y anticipo de nuestra salvación y debe hacernos agradecidos.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1. *La muerte de Samuel.* 2—11. *El pedido de David; la negación grosera de Nabal.* 12—17. *La intención de David de destruir a Nabal.* 18—31. *Abigail lleva un regalo a David.* 32—39. *Él se tranquiliza—Nabal muere.* 39—44. *David toma por esposa a Abigail.*

V. 1. Todo Israel lamentó a Samuel y tenían razón. Él oraba diariamente por ellos. Tienen corazones duros quienes pueden enterrar a los ministros fieles sin pena, los que no sienten como pérdida suya a quienes han orado por ellos, y les han enseñado el camino del Señor.

Vv. 2—11. No hubiéramos sabido de Nabal si nada hubiera pasado entre él y David. Obsérvese su nombre, Nabal, "necio", porque eso significa. Las riquezas hacen que los hombres se vean grandes ante los ojos del mundo, pero para quien ve correctamente, Nabal se veía muy bajo. No tenía honor ni honestidad; era vulgar, de mal temperamento e irritable; malo en sus hechos, duro y opresor; hombre que no le importaba qué fraude o violencia usaba para ganar y atesorar. ¡Qué poca razón tenemos para anhelar la riqueza de este mundo, cuando un vulgar como Nabal tiene abundancia, y hombres tan buenos como David sufren necesidad! —David puso como argumento los bondadosos servicios dispensados a los pastores de Nabal. Considerando que los hombres de David estaban en angustia y en deuda, inquietos y con escasez de provisiones, fue la buena administración de David lo que les impidió saquear. Nabal se dejó llevar por el apasionamiento, como tienden a hacerlo los hombres codiciosos, cuando se le pidió algo, pensando así cubrir un pecado con otro; y, maltratando al pobre, se excusan para no socorrerlos. Pero Dios no puede ser burlado. Que esto nos ayude a soportar los reproches y los malentendidos con paciencia y buen ánimo, y nos haga flexibles; con frecuencia ha sido la suerte de los excelentes de la tierra. —Nabal insiste mucho en la propiedad de las provisiones de su mesa. ¿No puede hacer con lo suyo como le plazca? Erramos si pensamos que somos señores absolutos de lo que tenemos y que podemos hacer lo que nos plazca con ello. No; no somos sino mayordomos, y debemos usarlo como se nos manda, recordando que no es nuestro sino de Aquel que nos lo encomendó.

Vv. 12—17. Dios es bueno con el malo e ingrato, ¿por qué nosotros no podemos ser como Él? David decidió destruir a Nabal y todo lo que le pertenecía. ¿Es esta tu voz, oh David? ¿Había estado tanto tiempo en la escuela de la aflicción, donde debió aprender la paciencia y, sin embargo, sigue tan apasionado? En otros momentos, era sereno y considerado, pero se enardece tanto por unas pocas palabras duras, que procura destruir una familia entera. ¿Qué es de los mejores hombres, cuando Dios los deja librados a sí mismos, para que puedan saber lo que hay en sus corazones? ¡Qué necesario es orar, Señor, no nos metas en tentación!

Vv. 18—31. Abigail expió con un regalo la negativa de Nabal al pedido de David. La conducta de ella fue muy sumisa. La sumisión pacifica grandes ofensas. Ella se pone en el lugar de un penitente, y de alguien que ruega. No podía excusar la conducta de su marido. Ella no depende de sus razonamientos, sino de la gracia de Dios para ablandar a David y espera que la gracia obre poderosamente. Le dice que estaba por debajo de él vengarse de un enemigo tan débil y despreciable como Nabal, que así como no le *haría* ningún bien, tampoco *podía* hacerle mal alguno. —Ella predice el final glorioso de los problemas presentes de David. Dios preservará tu vida; por tanto, no

te conviene quitarle la vida a nadie, injusta e innecesariamente, en especial del pueblo de tu Dios y Salvador. Abigail guarda este argumento para el final por ser poderoso ante un hombre tan bueno; que mientras menos ceda a su pasión, más contribuirá a la paz y tranquilidad de su propia conciencia. Muchos han hecho en el ardor de su ira lo que desearán mil veces deshacer. La dulzura de la venganza pronto se vuelve amargura. Cuando somos tentados a pecar, debemos considerar cómo lo veremos cuando lo pensemos después.

Vv. 32—39. David da gracias a Dios por enviarle esta feliz interferencia en un camino de pecado. Quien sea que nos salga al encuentro con un consejo, orientación, consuelo, advertencia o reproche oportuno, debemos ver que Dios lo envía. Debemos estar muy agradecidos por esas felices providencias que son medios para impedirnos pecar. La mayoría piensa bastante si tomarán el reproche con paciencia, pero pocos lo toman con gratitud y elogian a quienes lo dan y lo aceptan como un favor. Mientras más cerca estemos de cometer pecado, mayor es la misericordia de una llamada oportuna de atención. Los pecadores suelen estar muy seguros cuando más peligran. —Estaba muy ebrio. Señal de que era Nabal, un necio, que no podía disfrutar de algo sin abusar de ello; que no podía ser afable con sus amigos sin convertirse en bestia. No hay señal más segura de que un hombre tiene poca sabiduría ni forma más segura de destruir lo poco que tenga, que beber en exceso. A la mañana siguiente, ¡cómo ha cambiado! Su corazón que anoche estaba alegre con el vino, a la mañana siguiente estaba pesado como piedra; tan engañosos son los placeres carnales, que pronto pasa la risa del necio; el final de ese alborozo es angustia. Los ebrios se entristecen cuando reflexionan en su propia necedad. —Unos diez días después el Señor atacó a Nabal para que muriera. David bendijo a Dios por haberle impedido matar a Nabal. La tristeza del mundo, el orgullo avergonzado y la conciencia aterrada pone fin al gozo del lujurioso y apartan al codicioso de su riqueza; pero, cualquiera sea el arma, el Señor golpea a los hombres con la muertes cuando le place.

Vv. 39—44. Abigail creía que David sería rey de Israel y apreciaba mucho su carácter piadoso y excelente. Consideró honorable su propuesta de matrimonio y ventajosa para ella, a pesar de sus dificultades actuales. Con gran humildad e indudablemente de acuerdo con las costumbres de la época, ella consintió, dispuesta a compartir sus tribulaciones. De esta manera, quienes se unen a Cristo deben estar dispuestos a sufrir con Él creyendo que después reinarán con Él.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—12. *Saúl persigue a David que, de nuevo, perdona la vida a Saúl.* 13—20. *David exhorta a Saúl.* 21—25. *Saúl reconoce su pecado.*

Vv. 1—12. ¡Con cuánta prontitud los corazones impíos pierden las buenas impresiones causadas por la convicción de pecado! ¡Cuán indefensos estaban Saúl y todos sus hombres! Aunque todos estaban desarmados y encadenados, nada se les hace; sólo duermen. ¡Con cuánta facilidad puede Dios debilitar al más fuerte, hacer que el más sabio sea necio y dejar confundido al más despierto! David resolvió, de todo modos, esperar hasta que Dios viera conveniente vengarlo en Saúl. De ninguna manera él iba a forzar con métodos dudosos su camino hacia la corona prometida. La tentación era muy fuerte, pero si se rendía, pecaría contra Dios, por tanto, resistió la tentación y dejó las cosas en las manos de Dios.

13—20. David razonó seria y afectuosamente con Saúl. Los que nos prohíben obedecer las ordenanzas de Dios, hacen lo que pueden para apartarnos de Dios y convertirnos en paganos. Tenemos que contar como el mayor daño que se nos puede hacer lo que nos expone al pecado. Si el

Señor te ha incitado contra mí, sea por desagrado *conmigo*, usando esta manera de castigarme por mis pecados contra Él o por desagrado *contigo*, si es el efecto de ese espíritu malo de parte del Señor que te atormenta; que Él acepte una ofrenda de nosotros dos. Unámonos procurando la paz y reconciliémonos con Dios por el sacrificio.

21—25. Saúl repitió sus buenas palabras y sus buenos deseos, pero no dio señales de arrepentimiento verdadero para con Dios. —David y Saúl se separaron para nunca más encontrarse. Ninguna reconciliación entre los hombres es firme si no se fundamenta, ni se cimienta en la la paz con Dios por medio de Jesucristo. Al pecar contra Dios, los hombres se hacen los locos y yerran en exceso. Muchos que odian la luz y cierran sus ojos ante ella, tienen una opinión pasajera de estas verdades. No se puede tener confianza en una profesión justa de quienes por largo tiempo han pecado contra la luz, aunque las confesiones de pecadores obstinados pueden satisfacernos de que vamos por buen camino y nos estimulen a perseverar, y esperar nuestra recompensa sólo del Señor.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—7. *David se retira a Gat.* 8—12. *David engaña a Aquis.*

Vv. 1—7. La incredulidad es un pecado que fácilmente asedia aun a los hombres buenos cuando hay luchas por fuera y temores por dentro; es difícil de superar. ¡Señor, aumenta nuestra fe! Podemos sonrojarnos al pensar que la palabra de un filisteo tuviera más valor que la palabra de un israelita, y que la ciudad de Gat fuera un refugio para un hombre bueno, cuando las ciudades de Israel le negaron un refugio seguro. David consiguió un lugar cómodo no sólo distante de Gat, sino en la frontera con Israel, donde podía mantener comunicación con sus compatriotas.

Vv. 8—12. David atacó algunos remanentes de las naciones sentenciadas mientras estuvo en territorio filisteo. La gente que mató estaba desde hacía mucho tiempo condenada a la destrucción. —A veces es sabio evitar la notoriedad pública, pero no debemos estar ociosos en ninguna situación. Siempre debemos tratar de hacer algo por la causa de Dios. —David ocultó esta expedición de Aquis. Pero una falacia que sirve al objetivo de una mentira es tan parecida a ella, como un hipócrita es a una persona profana; sólo tiene un mejor aspecto, y por consiguiente es más peligrosa. Sin embargo, aunque los creyentes manifiesten imperfecciones frecuentemente, nunca deben dejarse vencer, para renunciar al servicio de Dios y unirse a los intereses de sus enemigos o, finalmente, llegar a ser siervos del pecado y de Satanás. Pero ¡qué secuela de males siguen a la incredulidad! Cuando olvidamos las misericordias pasadas del Señor y sus promesas de gracia, seremos abrumados con temores deprimentes y, probablemente, seremos guiados a adoptar algún método deshonroso para librarnos de nuestros problemas. Nada puede establecernos tan eficazmente en un carácter y costumbres santas, y preservarnos de la confusión, como la dependencia firme e inconmovible de las promesas de Dios en Cristo Jesús.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—6. *Aquis confía en David—El miedo de Saúl.* 7—19. *Saúl consulta a la adivina de Endor.* 20—25. *El temor de Saúl.*

Vv. 1—6. David no podía rechazar a Aquis sin peligrar. Si prometía ayudar y, luego, se quedaba neutral o se pasaba a los israelitas, se conduciría ingrata y traicioneramente. Si peleaba contra Israel, pecaría gravemente. Parecía imposible que saliera de esta dificultad con la conciencia limpia, pero su respuesta evasiva, pensada para ganar tiempo, indudablemente no armonizaba con el carácter de un israelita. —Los problemas son terroríficos para los hijos de la desobediencia. Saúl, en su malestar, inquirió del Señor. No lo buscó con fe sino con mente doble e inestable. Saúl había puesto en vigencia una ley contra la hechicería, Exodo xxii, 18. Muchos parecen celosos opositores del pecado cuando son heridos de alguna forma por éste, pero no se interesan por la gloria de Dios, ni sienten disgusto por el pecado por ser pecado. Muchos parecen enemigos del pecado ajeno, pero se dan el gusto a sí mismos. Saúl echará fuera al diablo de su reino, pero lo alberga en su corazón por envidia y rencor. ¡Cuán necio es consultar a los que, conforme a la ley de Dios, se había propuesto eliminar!

Vv. 7—19. Cuando nos salimos del claro sendero del deber, todo nos desvía más y acrecienta nuestra confusión y tentación. Saúl desea que la mujer invoque a alguien de entre los muertos con quien él deseaba hablar; esto está expresamente prohibido, Deuteronomio xviii, 11. Toda brujería o conjuro real o simulado, es un intento malo o ignorante de obtener conocimiento o ayuda de alguna criatura, cuando no se obtiene del Señor yendo por la senda del deber. No leemos que Saúl haya ido a Samuel cuando éste vivía para que lo aconsejara en sus dificultades; hubiera sido bueno que lo hubiera hecho. Pero ahora que ha muerto: "Hazme venir a Samuel". Muchos que desprecian y persiguen a los santos y ministros de Dios mientras viven, se alegrarían de tenerlos consigo de nuevo cuando han partido. —Todo muestra que no fue fraude o truco humano. Aunque la mujer no podía hacer que Samuel fuera enviado, la búsqueda de Saúl sería la ocasión para ello. La sorpresa y el terror de la mujer probó que esta era una aparición inesperada y desacostumbrada. Saúl había despreciado las solemnes advertencias de Samuel durante su vida, pero ahora que esperaba, como desafiando a Dios, conseguir algún consejo y aliento de parte de él, ¿no iba Dios a permitir que el alma de su profeta ya ido se apareciera a Saúl, para confirmar su sentencia anterior y proclamar su condena? La expresión "estaréis conmigo tú y tus hijos" no significa otra cosa que estarán en el mundo eterno. Refleja mucha solemnidad el que Dios permitiera que el alma de su profeta fallecido viniera como testigo desde el cielo para confirmar lo que había dicho en la tierra.

Vv. 20—25. Quienes esperan algún consejo bueno o consuelo de otra fuente que no sea Dios, y en el camino de sus instituciones, se desilusionarán terriblemente, como Saúl. Aunque aterrado hasta la desesperación, no se humilló. No confesó sus pecados, no ofreció sacrificios y no presentó súplicas. No parece haberse preocupado por sus hijos o por su pueblo, ni haber intentado alguna salida, pero en su triste desesperación se precipitó a su final. Dios a veces permite algún faro como éste, para advertir a los hombres que no apaguen las convicciones de pecado, ni desprecien su Palabra. Pero mientras quede *un* pensamiento de arrepentimiento, que ningún pecador suponga que ése es su caso. Que se humille ante Dios, decidido a vivir y morir rogando su favor, y tendrá éxito.

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—5. *David objetado por los filisteos.* 6—11. *Despedido por Aquis.*

Vv. 1—5. David tenía la esperanza secreta que el Señor le ayudara, y lo sacara de su problema, pero parece que el miedo del hombre influyó mucho cuando consintió en asistir a Aquis. Difícil es llegar cerca del borde del pecado sin caer en él. Dios inclinó a los príncipes de los filisteos para que se opusieran a que David fuera usado en la batalla. De este modo, el disgusto de ellos le hizo bien, cuando ningún amigo hubiera podido hacerle tanto bien.

Vv. 6—11. David tuvo rara vez una mayor liberación que cuando fue excusado de ese servicio que era un lazo para él. El pueblo de Dios debe comportarse siempre en forma tal que, si fuese posible, tenga buena fama de todos los que con él tratan: corresponde que se hable bien de quienes han actuado bien.

CAPÍTULO XXX

Versículos 1—6. *Los amalecitas asuelan Siclag.* 7—15. *David vence a los amalecitas.* 16—20. *Recupera lo que se había perdido.* 21—31. *David reparte el botín.*

Vv. 1—6. Cuando nos vamos al extranjero siguiendo la senda del deber podemos esperar tranquilamente que Dios cuide nuestra familia durante nuestra ausencia, pero no lo contrario. Si al volver de un viaje encontramos nuestro hogar en paz y no asolado como encontró David el suyo, alabado sea el Señor. Los hombres de David murmuraron contra él. Una fe grande debe esperar pruebas severas. Pero obsérvese que David fue tan humillado sólo antes de ser elevado al trono. Cuando las cosas están peor en la iglesia y en el pueblo de Dios, entonces empiezan a arreglarse. —David se animó en el Señor su Dios. Sus hombres se afanaron en las pérdidas, el alma del pueblo estaba amargada; su propio descontento e impaciencia se agregaron a la aflicción y la desgracia. Pero David lo soportó mejor aunque tenía más razones que ninguno para lamentarlo. Ellos dieron rienda suelta a sus pasiones, pero él puso sus gracias en acción; y mientras ellos se descorazonaban unos a otros, él, al alentarse en Dios, mantuvo su espíritu en calma. Los que han tomado al Señor como su Dios, pueden recobrar aliento en Él en los peores tiempos.

Vv. 7—15. Si reconocemos a Dios en todos nuestros caminos, aunque, como en este caso, no haya duda que son justos, podemos esperar que Él dirija nuestros pasos como hizo con los de David. —Este, con ternura hacia sus hombres, no los exigió más allá de sus fuerzas. El Hijo de David considera así los cuerpos de sus seguidores, que no son todos fuertes ni vigorosos por igual en sus empresas y conflictos espirituales. Pero, donde somos débiles, Él es bueno, más aún, allí Él es fuerte, 2 Corintios xii. 9, 10. —Un pobre muchacho egipcio, apenas vivo, se convierte en un medio de mucho bien para David. Justamente la Providencia hizo de este pobre siervo, usado por su amo en forma baja, un instrumento para la destrucción de los amalecitas; porque Dios escucha el clamor de los oprimidos. Indignos del nombre de israelitas verdaderos son aquellos que no se compadecen de las personas con problemas. No debemos hacer daño ni negar el bien a nadie; en algún momento puede que el más bajo esté en posición de devolver el bien o el daño.

Vv. 16—20. Los pecadores están mas cerca de la ruina cuando gritan: Paz y seguridad, y consideran que el día malo está lejos de ellos. Tampoco nada da más ventaja a nuestro enemigo espiritual que la sensualidad y el libertinaje: Comer, beber y bailar ha sido la manera suave y agradable en que muchos se han ido a la congregación de los muertos. —El botín fue recuperado y llevado; nada se perdió; se ganó mucho.

Vv. 21—31. Dios tiene el propósito de que usemos para hacer el bien lo que Él nos da. David fue justo y bueno al repartir el botín. Indudablemente son hombres de Belial los que se deleitan en poner dificultades a sus hermanos, y no se interesan por el hambriento mientras ellos puedan llenarse por completo. —David fue generoso y bueno con todos sus amigos. Los que consideran que el Señor es el dador de la abundancia de ellos, dispondrán de aquello con bondad y generosidad.

CAPÍTULO XXXI

Versículos 1—7. *Derrota y muerte de Saúl.* 8—13. *El cuerpo de Saúl rescatado por los hombres de Jabes de Galaad.*

Vv. 1—7. No podemos juzgar el estado espiritual o eterno de nadie por la forma en que muere, porque en ésta, un mismo hecho ocurre para el justo y el impío. —Saúl no expresó preocupación por su alma eterna cuando estaba mal herido e incapaz de resistir o huir; sino sólo deseó que los filisteos no le insultaran ni le causaran dolor y se volvió en su propio asesino. Como el gran engaño del diablo es convencer a los pecadores, sometidos a grandes dificultades, que se refugien en este último acto de desesperación, bueno es fortalecer la mente contra esto, considerando seriamente su grave pecaminosidad ante Dios y sus consecuencias desgraciadas para la sociedad. Porque nuestra seguridad no está en nosotros mismos. Busquemos la protección del que guarda a Israel. Estemos alerta y orando; y pongámonos toda la armadura de Dios para soportar en el día malo y, habiendo hecho todo eso, resistir.

Vv. 8—13. La Escritura no menciona qué pasó con las almas de Saúl y sus hijos después que murieron; sólo se refiere a sus cuerpos: las cosas secretas no nos corresponden. Tiene poca importancia saber por qué medios morimos o lo que se hace con nuestros cuerpos muertos. Si nuestras almas son salvas, nuestros cuerpos resucitarán incorruptibles y gloriosos; pero no temer su ira, que es capaz de destruir cuerpo y alma en el infierno, es la suprema necedad y maldad. ¡Qué inútil es el respeto de los congéneres de los que están sufriendo la ira de Dios! ¡Aunque funerales pomposos, grandes monumentos y alabanzas humanas honren la memoria del difunto, el alma puede estar sufriendo en las regiones de las tinieblas y la desesperación! ¡Procuremos aquel honor que sólo viene de Dios.

SEGUNDA DE SAMUEL

Este libro es la historia del reinado de David. Relata sus victorias, el aumento de la prosperidad de Israel y la reforma que hizo del estado de la religión. Junto con estos hechos se registran los pecados aborrecibles que cometió y los problemas familiares y públicos con que fue castigado. Aquí hallamos muchas cosas dignas de imitar, pero muchas quedan escritas como advertencia. La historia del rey David se da en la Escritura con mucha fidelidad, de la cual se revela que era un hombre bueno y grande, para quienes ponen en la balanza sus muchas virtudes y cualidades excelentes, y sus faltas.

CAPÍTULO I

Versículos 1—10. *Llega a David la noticia de la muerte de Saúl.* 11—16. *Muerte del amalecita.* 17—27. *El lamento de David por Saúl y Jonatán.*

Vv. 1—10. El golpe que abrió el camino de David hacia el trono fue dado en la época en que estuvo gravemente afligido. Quienes encomiendan sus asuntos al Señor, afirmarán tranquilamente su voluntad. Esto demuestra que David no deseaba la muerte de Saúl ni que estaba impaciente por llegar al trono.

Vv. 11—16. David era sincero en su duelo por Saúl y todos se humillaron, junto con él, bajo la mano de Dios, puesta tan pesadamente sobre Israel con esta derrota. —El hombre que trajo la noticia fue ejcutado por orden de David, por asesinar a su príncipe. David no actuó con injusticia en este caso; el amalecita confesó el crimen. Si hizo como dijo, merecía morir por traición; y su mentira a David, si verdaderamente era mentira, demostró, como ese pecado demuestra tarde o temprano, que mentía contra sí mismo. Aquí David se demostró celoso de la justicia pública sin tomar en cuenta su interés particular.

Vv. 17—27. Probablemente el título de este fúnebre cántico de dolor fuera ‘kasheth’ o ‘el arco’. David no elogia a Saúl por lo que no fue y nada dice de su piedad o bondad. Jonatán fue un hijo obediente; Saúl, un padre afectuoso; por tanto, ambos se querían. David tiene razón para decir que el amor de Jonatán por él fue maravilloso. Después del amor entre Cristo y su pueblo, el afecto que surge de Él, produce la amistad más firme. Los problemas del pueblo del Señor y los triunfos de sus enemigos siempre dolerán a los creyentes verdaderos, sean cuales fueren las ventajas que obtuvieren de ellos.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *David coronado rey en Hebrón.* 8—17. *Abner corona rey a Is-boset—Batalla entre los hombres de Abner y Joab.* 18—24. *Abner mata a Asael.* 25—32. *Ambos bandos retroceden.*

Vv. 1—7. Después de morir Saúl, muchos se unieron a David en Siclag, 1 Crónicas xii, 22, pero él confió en Dios, que le prometió el reino, que se lo iba a dar a su tiempo y a su manera. Sin embargo, la segura esperanza de la promesa de Dios iniciará buenas empresas. Si yo fuese elegido para la corona de vida, no se sigue que, 'entonces, no hago nada' sino, 'entonces haré todo lo que Dios me mande'. Este buen uso hizo David de su elección y así actuarán todos los elegidos de Dios. —En todos nuestros viajes y cambios es consolador ver que Dios va delante nuestro; y podemos hacerlo, si por fe y la oración lo ponemos por delante de nosotros. Él dirigió el sendero de David conforme a la promesa. David ascendió paulatinamente: de esta manera, el reino del Mesías, el Hijo de David, se establece gradualmente; Él es el Señor de todo, pero aún no vemos todas las cosas sometidas a Él.

Vv. 8—17. En general, la nación rechazó a David. Por este medio, preparó el Señor a su siervo para su futuro honor y utilidad; y quedó demostrada la tendencia de la verdadera piedad en su conducta, a pesar de experimentar diversas dificultades. David fue en esto un tipo de Cristo, porque Israel no se sometería a Él, aunque había sido ungido por el Padre para ser Príncipe y Salvador de ellos. —Abner quiso decir, que los jóvenes *luchen* delante de nosotros, cuando dijo "levántense ahora los jóvenes, y *maniobren* delante de nosotros": así los necios se burlan del pecado. Pero es indigno de ser llamado humano el que puede jugar así con la sangre humana.

Vv. 18—24. La muerte suele llegar por los caminos menos sospechados. ¡A menudo somos traicionados por las hazañas que nos enorgullecen! La velocidad de Asael, de la cual tanto presumía, no le sirvió; más bien apresuró su final.

Vv. 25—32. Abner llama la atención a Joab sobre las malas consecuencias de una guerra civil. Quienes se toman a la ligera tales luchas antinaturales, hallarán que son amargura para todos los involucrados. ¡Cuán fácil es que los hombres usen la razón cuando les conviene, pero no la usan si les resulta inconveniente! —¡Véase cómo el curso de los acontecimientos altera el propósito de los hombres! Lo mismo que parecía grato en la mañana, por la noche se ve deprimente. —Los más dado a entablar una contienda, se arrepentirán antes que haya terminado, y hubiera sido mejor dejarla antes de meterse en ella, como aconseja Salomón. Esto vale para todo pecado: ¡oh, que los hombres consideraran a tiempo lo que al final traerá amargura! —Aquí se menciona el funeral de Asael. Aquí se hace distinción entre el polvo de algunos y el de otros, pero en la resurrección no habrá diferencia sino entre los santos y los impíos, la cual perdurará.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Aumenta el poder de David—Su familia.* 7—21. *Abner se rebela contra David.* 22—39. *Joab mata a Abner—David hace duelo por él.*

Vv. 1—6. Esta larga guerra fue una prueba para la fe y paciencia de David, e hizo que su ascensión al trono fuese a la larga bien recibida. La contienda entre la gracia y la corrupción en el corazón de los creyentes puede bien compararse con esta batalla. Hay una larga guerra entre ellas, la carne contra el espíritu y el espíritu contra la carne; pero, a medida que se lleva a cabo y se realiza la obra de santidad, la corrupción se debilita cada vez más, como la casa de Saúl, mientras la gracia, se fortalece más, como la casa de David.

Vv. 7—21. Muchos, como Abner, son demasiado orgullosos para tolerar reprensiones, ni siquiera la sospecha de ser culpables, pero no están exentos de cometer los crímenes más bajos. Mientras los hombres sigan pecando y evidentemente sin que ello les preocupe, suelen estar

conscientes que luchan contra Dios. —Muchos pretenden servir sus propios intereses y traicionan a los que en ellos confían cuando pueden sacar ventaja. Pero el Señor sirve sus designios aun por medio de los que son motivados a actuar por venganza, ambición o lujuria; pero como ellos no tienen la intención de honrar a Dios, al final serán desechados con desdén. —Hubo verdadera generosidad tanto para Mical como para el recuerdo de Saúl al recibir David a aquella, recordando, probablemente, de qué manera debía su vida al afecto de ella, y sabiendo que estaba separada de él, en parte, por la autoridad de su padre. —Que ningún hombre ponga su corazón en aquello a lo cual no tiene derecho. Si una desavenencia separa a marido y mujer, y tienen la expectativa de la bendición de Dios, que se reconcilien y vivan juntos con amor.

Vv. 22—39. Hay juicios preparados para los escarnecedores como Abner, pero en su actuación, Joab usó de maldad. David sintió profundamente en su corazón el asesinato de Abner, y expresó de muchas maneras que lo detestaba. La culpa de la sangre trae maldición a la familia: si los hombres no la vengan, Dios lo hará. —Cosa triste es morir como necio, como lo hacen los que de alguna manera acortan sus días, y los que no hacen provisión para otro mundo. —¿Quién quiere el poder, si sólo se lo tiene nominalmente, y se es responsable de rendir cuentas, aunque esté impedido de ejercerlo? David debió cumplir su deber y, luego, encomendar a Dios el asunto. La política carnal salvó a Joab. El Hijo de David puede tardar bastante, pero nunca deja de castigar a los pecadores impenitentes. El que ahora reina en el trono de David tiene un reino más noble. Todo lo que hace todo su pueblo bien dispuesto lo nota, y le agrada.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *Is-boset asesinado.* 8—12. *David manda matar a los asesinos.*

Vv. 1—7. ¡Véase cómo fue asesinado Is-boset! Cuando nos desanimen las dificultades que debieran estimular nuestros esfuerzos, traicionamos nuestras coronas celestiales y nuestra vida terrenal. No ames el sueño, paara que no te empobrezcas, y te arruines. El alma ociosa es presa fácil del destructor. No sabemos cuándo ni dónde nos saldrá la muerte al encuentro. Cuando nos acostamos a dormir, no estamos seguros de no dormir el sueño de la muerte antes de despertar; ni sabemos de qué mano puede venir el golpe mortal.

Vv. 8—12. Una persona puede alegrarse por conseguir la realización de sus justos deseos y, en realidad, lamentar el medio por el cual los recibe. Puede estar triste por la muerte de una persona, que le permite ganar. Esos hombres derramaron sangre inocente por los motivos más bajos. David ejecutó con justicia la venganza contra ellos. No iba a tolerar que alguien le ayudara de manera ilícita. Dios le había ayudado a superar muchas dificultades y a salir de muchos peligros, por tanto, dependía de Él para coronar y completar su obra. Él habla como de cosa hecha de su redención de toda angustia; aunque le quedaban por delante muchos tormentos, él sabía que lo libraría el mismo que lo había librado.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *David reina sobre todo Israel.* 6—10. *Toma la fortaleza de Sion.* 11—16. *El reino de David se establece.* 17—25. *El derrota a los filisteos.*

Vv. 1—5. David fue ungido rey por tercera vez. Su progreso fue gradual para probar su fe y para que ganara experiencia. De esta manera, su reinado tipifica el del Mesías que iba a alcanzar su altura gradualmente. Así Jesús llegó a ser nuestro hermano, tomó nuestra naturaleza, habitó en ella para llegar a ser nuestro Príncipe y Salvador: el pecador humillado recibe aliento de la relación de amor, pide su salvación, se somete a su autoridad y anhela su protección.

Vv. 6—10. Los enemigos del pueblo de Dios suelen estar muy confiados de su propia fuerza, y completamente seguros cuando se acerca el día de su caída. Pero el orgullo y la insolencia de los jebuseos animó a David, y el Señor Dios de los ejércitos estuvo con él. De la misma manera, en el día del poder de Dios, la plaza fuerte de Satanás, el corazón humano, es cambiado en morada de Dios por el Espíritu, y en un trono sobre el cual reina el Hijo de David, y lleva todo pensamiento cautivo a su obediencia. ¡Que él venga de esa manera, y recobre y limpie nuestros corazones; y que, destruyendo todo ídolo, reine ahí por siempre!

Vv. 11—16. La casa de David no era la peor ni la menos apta para ser dedicada a Dios, por haber sido edificada por extranjeros. Se profetiza de la iglesia del evangelio que, “Extranjeros edificarán tus muros, y sus reyes te servirán”, Isaías lx, 10. El gobierno de David estaba arraigado y edificado. David fue instalado rey; así es el Hijo de David, y todos los que por Él, son hechos reyes y sacerdotes para nuestro Dios. —Nunca había parecido tan grande la nación de Israel como ahora empezaba a ser. Muchos tienen el favor y el amor de Dios, pero no lo notan, y quieren su consuelo; porque la felicidad está en ser exaltado a eso y percibirlo. David reconoce que Dios había hecho grandes cosas por él por amor de su pueblo, para que él fuera una bendición para ellos, y que ellos fueran felices bajo su reinado.

Vv. 17—25. Los filisteos no consideraron que David tenía consigo la presencia de Dios, cosa que Saúl había rechazado y perdido. El reino del Mesías fue atacado por las potestades de las tinieblas en cuanto fue instalado en el mundo. Los paganos se enfurecieron, y los reyes de la tierra se opusieron, pero todo fue en vano, Salmo ii, 1 y siguientes. La destrucción se volverá sobre el propio reino de Satanás, como pasó aquí. David confiesa que depende de Dios para la victoria y se encomienda al beneplácito de Dios, ¿lo harás? La seguridad que Dios nos ha dado de la victoria sobre nuestros enemigos espirituales debiera darnos valor en nuestros conflictos espirituales. —David esperó hasta que Dios se movió; entonces se movió él, pero no antes. Estaba preparado para depender de Dios y su providencia. Dios cumplió su promesa y David no dejó de aprovechar sus ventajas. Cuando el reino del Mesías iba a ser establecido, los apóstoles, que iban a derrotar al reinado del diablo, no debían intentar cosa alguna hasta que recibieran la promesa del Espíritu, que vino desde el cielo con un ruido como de un viento recio que soplaba, Hechos ii, 2.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *El arca sale de Quiriat-jearim.* 6—11. *Uza muere por tocar el arca—Bendición para Obed-edom.* 12—19. *David lleva el arca a Sion.* 20—23. *La mala conducta de Mical.*

Vv. 1—5. Dios está presente en el alma de su pueblo, cuando quieren las señales externas de su presencia, pero ahora que David está instalado en el trono, empieza a revivir la honra del arca. Aprendamos de esto a pensar y hablar de Dios con altura; y a pensar y hablar con honra de las sagradas ordenanzas, que son para nosotros lo que el arca era para Israel, la señal de la presencia de Dios, Mateo xxviii, 20. Cristo es nuestro Arca; en y por Él manifiesta Dios su favor y acepta nuestras oraciones y alabanzas. El arca tipifica especialmente a Cristo y su mediación, en la que se

despliega el nombre de Jehová y todas sus glorias. Los sacerdotes debían llevar el arca sobre sus hombros. Los filisteos pueden llevar el arca en un carro sin sufrir por eso, pero si los israelitas lo hicieren de esa manera, sería para su propio peligro, porque esto no era lo dispuesto por Dios.

Vv. 6—11. Uza fue muerto de un solo golpe por tocar el arca. Dios vio presunción e irreverencia en el corazón de Uza. La familiaridad con lo más digno de reverencia, sirve muy bien para despertar el desprecio. Si fue un crimen tan grande que alguien tocara el arca del pacto, sin tener derecho a hacerlo, ¿qué será de los que pretenden tener los privilegios del pacto sin vivir a la altura de este? —Obed-edom abrió sus puertas sin miedo, sabiendo que el arca era sabor de muerte para muerte sólo para los que la trataban en forma incorrecta. La misma mano que castigó la orgullosa presunción de Uza, recompensó a la osadía humilde de Obed-edom. Que nadie piense lo peor del evangelio por los juicios de quienes lo rechazan, antes bien considere las bendiciones que trae a todos los que lo reciben. Los jefes de familia sean estimulados a preservar la religión en su familia. Es bueno vivir en una familia que recibe al arca, porque todo lo que la rodee andará mejor.

Vv. 12—19. Se hizo evidente que era bienaventurado el hombre que tenía el arca cerca suyo. Cristo es sin duda piedra de tropiezo, y Roca de escándalo para los desobedientes pero para los que creen, Él es la Piedra del ángulo, elegida, preciosa, 1 Pedro ii, 6–8. Seamos religiosos. ¿Es el arca una bendición para las casas de otros? Nosotros podemos tenerla, con su bendición, sin robársela a nuestros vecinos. —David ofreció sacrificios a Dios al partir. Probablemente nos vaya bien en nuestros esfuerzos cuando empecemos con Dios y diligentemente busquemos estar en paz con Él. Somos tan indignos y nuestro servicio tan contaminado, que todo nuestro gozo en Dios debe relacionarse con el arrepentimiento y la fe en la sangre expiatoria del Redentor. David estaba presente con grandes expresiones de gozo. Debemos servir a Dios con todo nuestro cuerpo y alma, y con todo don y poder que poseamos. En esta ocasión David dejó de lado sus ropajes reales y se puso una simple túnica de lino. David oró con el pueblo y por ellos, y como profeta los bendijo solemnemente en el nombre de Señor.

Vv. 20—23. David regresó para bendecir su casa, para orar con ellos y por ellos, y para ofrecer su acción de gracias familiar por esta misericordia nacional. Trabajo de ángeles es adorar a Dios y, ciertamente no puede rebajar al más grande de los hombres. —Pero ni siquiera los palacios de los príncipes están exentos de problemas familiares. Los ejercicios de la religión puede parecer mal a ojos de quienes tienen poca o ninguna religión en sí mismos. Si nos presentamos ante Dios aprobados en lo que hacemos en religión, y lo hacemos delante del Señor, no tenemos que prestar oídos a los reproches. La piedad tendrá su elogio: no seamos indiferentes, no temamos ni nos avergoncemos al reconocerlo. David se contentó con justificarse y no reprochó ni culpó la insolencia de Mical, pero Dios la castigó. Dios honrará a quienes le honran, pero serán poco estimados los que lo desprecian a Él, a sus siervos y su servicio.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—3. *El cuidado de David por el arca.* 4—17. *El pacto de Dios con David.* 18—29. *Oración y acción de gracias.*

Vv. 1—3. Ya establecido en su palacio, David meditaba cómo podía emplear mejor su tiempo y su prosperidad en el servicio de Dios. Se hizo el propósito de edificar un templo para el arca. Aquí Natán no habla como profeta, sino como hombre piadoso estimulando a David con su juicio

particular. Tenemos que hacer todo lo que podamos para animar y promover los buenos propósitos e intenciones del prójimo y a medida que tenemos la oportunidad, fomentar una buena obra.

Vv. 4—17. Se promete bendiciones a la familia y posteridad de David. Estas promesas se relacionan con Salomón, el sucesor inmediato de David, y el linaje real de Judá. Pero también se relacionan con Cristo que se llama con frecuencia David e Hijo de David. Dios le dio toda potestad en el cielo y en la tierra, con autoridad para realizar el juicio. Él iba a construir el templo del evangelio, una casa para el nombre de Dios; el templo espiritual de los creyentes verdaderos, para ser morada de Dios en el Espíritu. El establecimiento de su casa, su trono y su reino eterno, no puede aplicarse a otro que no sea Cristo y su reino: la casa y el reino de David terminaron hace mucho. La iniquidad cometida no puede aplicarse al Mesías mismo, sino a su descendencia espiritual; verdaderos creyentes tienen dolencias, la corrección de las cuales deben esperar, aunque no son desechados.

Vv. 18—29. La oración de David está llena de suspiros de afectuosa devoción a Dios. Consideraba en poco a sus méritos propios. Cuanto tenemos debe ser considerado don de Dios. Habla alta y honrosamente de los favores que Dios le ha dispensado. Considerando el carácter y estado del hombre, puede maravillarnos la forma en que Dios trata con él. La promesa de Cristo incluye todo; si el Señor Dios es nuestro, ¿qué más podemos pedir o pensar? Efesios iii, 20. Él nos conoce mejor de lo que nos conocemos, por tanto, contentémonos con lo que ha hecho por nosotros. ¿Qué podemos decir por nosotros mismos en nuestras oraciones que sea más de lo que Dios ha dicho por nosotros en sus promesas? David atribuye todo a la libre gracia de Dios: las grandes cosas que Él había hecho por él y las grandes que le había dado a conocer. Todo era por amor a su palabra, esto es, por amor a Cristo la Palabra eterna. Muchos tienen que escudriñar su corazón cuando van a orar, pero el corazón de David estaba preparado, estable; terminadas sus peregrinaciones, se entregó totalmente al deber, y se empleó en ello. La oración que sólo es de la lengua no agrada a Dios; lo que será elevado y derramado ante Dios debe hallarse en el corazón. Él edifica su fe y espera el bien basado en la seguridad de la promesa de Dios. David ora por el cumplimiento de la promesa. Decir y hacer no son dos cosas con Dios, como suele pasar entre los hombres; Dios hará como ha dicho. —Las promesas de Dios no nos son hechas por nombre, como a David, pero pertenecen a todos los que creen en Jesucristo y las invocan en su nombre.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—8. *David vence a filisteos, moabitas y sirios.* 9—14. *Dedicación del botín.* 15—18. *El gobierno y los oficiales de David.*

Vv. 1—8. David venció a los filisteos que hacía mucho tiempo atormentaban a Israel. Después de las largas y frecuentes luchas que tienen los santos con las potestades de las tinieblas como Israel con los filisteos, el Hijo de David los pisoteará a todos ellos y hará más que vencedores a los santos. —Derrotó a los moabitas y los hizo siervos tributarios de Israel. Destruyó dos partes y salvó la tercera parte. El linaje que iba a mantener vivo, aunque era sólo uno, tenía que ser completo. Que el linaje de la misericordia sea lo más amplio. —Derrotó a los sirios. David estuvo protegido en todas las guerras, por lo que, a menudo, da gloria a Dios en sus Salmos.

Vv. 9—14. Todas las cosas preciosas de que David era dueño, fueron cosas dedicadas, destinadas para edificar el templo. David destruyó los ídolos de oro, 2 Samuel v, 21, pero consagró los vasos de oro. De esta manera, en la conquista de un alma por la gracia del Hijo de David, lo que

se oponga a Dios debe ser destruido, toda concupiscencia debe ser mortificada y crucificada, pero debe consagrarse lo que pueda ser de gloria para Él; así se altera su propiedad. Dios emplea a sus siervos en diversas maneras: algunos en batallas espirituales, como a David; otros en edificios espirituales, como a Salomón; y uno prepara la obra para el otro, para que Dios tenga la gloria de todo.

Vv. 15—18. David no hizo mal a nadie, ni negó o demoró el hacer lo correcto. Esto habla de su completa dedicación su tarea; también de su prontitud para recibir todo cuanto se le decía y pedía. No hizo acepción de personas al juzgar. En esto fue un tipo de Cristo. Sometámonos a Él; procuremos su amistad, contemos su servicio como placer nuestro, realicemos diligentes la obra que nos asigna. David hizo príncipes sus hijos; pero todos los creyentes, la semilla espiritual de Cristo, son favoritos, porque son hechos reyes y sacerdotes para nuestro Dios, Apocalipsis i, 6.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—8. *David manda a buscar a Mefiboset.* 9—13. *Y le provee.*

Vv. 1—8. En medio de numerosos asuntos, tendemos a olvidarnos de la gratitud que debemos y los compromisos que tenemos, no sólo con nuestros amigos, sino para con Dios mismo. Sin embargo, las personas de verdadera piedad no descansan hasta haberlos cumplido. Y los objetos más apropiados para mostrarles bondad y caridad, muchas veces no se encuentran sin buscarlos. —Jonatán fue el amigo dilecto de David, por tanto, fue bondadoso con Mefiboset, el hijo de Jonatán. Dios es fiel con nosotros; no seamos infieles los unos con los otros. Si la providencia nos hace progresar, y decaen nuestras amistades y familiares, debemos tener el cuidado de buscar la justa oportunidad de ser amables con ellos.

Vv. 9—13. Como David era un tipo de Cristo, su Señor e Hijo, su Raíz y Progenie, deja que su bondad con Mefiboset nos recuerde la bondad y amor de Dios nuestro Salvador por el hombre caído, a lo cual nada lo obliga, como David hacia Jonatán. El Hijo de Dios busca la raza caída y perdida que no lo buscó a Él. ¡Él vino a buscar y a salvar lo que se había perdido!

CAPÍTULO X

Versículos 1—5. *Los mensajeros de David son maltratados por Hanún.* 6—14. *Derrota de los amonitas.* 15—19. *Derrota de los sirios.*

Vv. 1—5. Nahas había sido enemigo de Israel, pero había sido bondadoso con David. Por tanto, éste resuelve retribuirle agradecido. Si un fariseo da limosna con orgullo aunque Dios no lo recompense, el que recibe la limosna debe darle las gracias por ello. Quienes tienen mala voluntad con su prójimo han resuelto creer que su prójimo no les tiene buena voluntad. Nada tiene buena intención, y todo puede ser malinterpretado por los hombres que sólo se aman a sí, y no puede ser de otra forma. Los mejores hombres no deben encontrar raro si son malentendidos. El amor no piensa mal. —Conforme a la costumbre de la época y de aquellos países, Hanún trató a los embajadores de David en la forma más despectiva. David se afligió mucho por sus siervos. Aprendamos a no tomarnos en serio los reproches injustos que se pasarán y serán para vergüenza de quienes los expresaron o hicieron; en

cambio, la reputación injustamente herida en poco tiempo vuelve a crecer, como la barba. Dios exhibirá tu justicia como la luz, por tanto, guarda silencio ante Jehová y espera en Él, Salmo xxxvii, 6, 7.

Vv. 6—14. Los que están en guerra con el Hijo de David no sólo provocan, sino comienzan la guerra. Dios tiene fuerzas para mandar contra los que desafían su ira, Isaías v, 19, las que los convencerán de que nunca nadie que haya endurecido su corazón contra Dios ha prosperado. Los soldados de Cristo deben reforzar sus manos unos a otros en la guerra espiritual. —Que nada falte en nosotros, cualquiera sea el éxito. Cuando tomamos conciencia de cumplir nuestro deber, con satisfacción podemos dejar el hecho con Dios, esperando con toda seguridad su salvación a su manera y en el tiempo oportuno.

Vv. 15—19. Aquí hay un nuevo intento de los sirios. Hasta la causa moribunda saldrá adelante en la medida que le quede algo de vida; los enemigos del Hijo de David así lo hacen. Pero ahora se cumplía la promesa hecha a Abraham, Génesis xv, 18, y reiterada a Josué, capítulo i, 4, de que las fronteras de Israel se extenderían hasta el río Éufrates. Aprended de aquí, que es peligroso ayudar a quienes tienen a Dios por enemigo, cuando caigan, caerán con ellos los que los ayudaron.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—5. *El adulterio de David.* 6—13. *Trata de esconder su delito.* 14—27. *Urías es asesinado.*

Vv. 1—5. Obsévese la ocasión del pecado de David; qué lo condujo a caer: —1. *Descuidó su ocupación.* Se quedó en Jerusalén. Cuando nos salimos del camino de nuestro deber, estamos en tentación. —2. *Amor al ocio:* la pereza da mucha ventaja al tentador. —3. *Un ojo errante.* No había hecho pacto con sus ojos, como Job, o se le olvidó en el momento. Nótense los pasos del pecado. Véase cómo el camino del pecado es cuesta abajo; cuando los hombres comienzan a hacer el mal, no pueden detenerse. Nótense los agravantes del pecado: ¿Cómo pudo David reprender o castigar en los demás aquello mismo de lo cual tenía conciencia que él mismo era culpable?

Vv. 6—13. Dar lugar al pecado endurece el corazón y provoca la ida del Espíritu Santo. Robar su razón al hombre es peor que robarle su dinero; y atraerlo al pecado es peor que atraerlo a cualquier otro problema mundano.

Vv. 14—27. El adulterio suele ocasionar homicidio al tratar de ocultar una maldad con otra. Hay que temer el comienzo del pecado, porque, ¿quién sabe dónde terminará? ¿Puede un creyente verdadero andar por esta senda? ¿Puede tal persona ser un verdadero hijo de Dios? Aunque la gracia no se pierde en un caso tan espantoso, la seguridad y el consuelo de ella se reducen. Podemos tener la plena seguridad de que se perdió de la vida de David toda la espiritualidad y el consuelo en la religión. Ningún hombre, en tal caso, puede tener evidencia que le satisfaga de que es creyente. Mientras mayor sea la confianza de un hombre que se ha hundido en la maldad, más grandes son su presunción e hipocresía. Nadie que se parezca en nada a David, sino en sus transgresiones, debe estimular su confianza con este ejemplo. Que siga a David en su humillación, arrepentimiento y sus otras gracias eminentes; es preferible que piense de sí como un descarriado, y no sea un hipócrita. —Que nadie que se oponga a la verdad diga: ¡Este es el fruto de la fe! No; son los efectos de la naturaleza corrupta. Vigilemos los comienzos de la autocomplacencia y mantengámonos a la mayor distancia de todo mal. Pero en el Señor hay misericordia y abundante redención. Él no echará fuera a

ningún creyente arrepentido y humilde; tampoco soportará que Satanás arrebate sus ovejas de su mano. No obstante, el Señor hará que su pueblo se recupere del daño en forma tal que marcará el aborrecimiento de sus crímenes, para impedir que los que tienen consideración por su Palabra, abusen de las palabras de la gracia.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—14. *La parábola de Natán—David confiesa su pecado.* 15—25. *El nacimiento de Salomón.* 26—31. *La severidad de David para con los amonitas.*

Vv. 1—14. Dios no tolera que su pueblo se quede tranquilo en el pecado. Con esta parábola, Natán le sacó a David una sentencia contra sí mismo. Hay enorme necesidad de prudencia al reprender. Fue fiel en su aplicación. Dice con palabras claras: Tú eres aquel hombre. Dios muestra cuánto odia el pecado, aun en su propio pueblo; y que donde lo halle, no lo dejará sin castigo. David no dice una palabra para excusar o alivianar su pecado; lo confiesa libremente. —Cuando David dijo, he pecado, y Natán se dio cuenta que era un verdadero arrepentido, le aseguró que su pecado había sido perdonado. No morirás: esto es no morirás eternamente ni estarás por siempre lejos de Dios, como hubieras estado si no hubieras abandonado el pecado. Aunque seas castigado todos los días por el Señor, no serás condenado con el mundo. Existe un gran mal en los pecados de quienes profesan la fe y la relación con Dios, a saber, que dan ocasión a los enemigos de Dios y de la religión para recriminar y blasfemar. Del caso de David se desprende que, aunque se obtenga perdón, el Señor visitará con vara la transgresión de su pueblo y con llagas la iniquidad de ellos. David tuvo que sufrir muchos días y años de dolor extremo por dar satisfacción momentánea a una lujuria vil.

Vv. 15—25. David escribe ahora el Salmo 51, en el cual ora fervientemente por el perdón y lamenta mucho su pecado, a pesar de que ya se le había asegurado que su pecado estaba perdonado. Estaba dispuesto a sufrir la vergüenza, tenerlo siempre delante de sí, y ser continuamente reprochado por ello. Dios nos permite orar honestamente por bendiciones particulares, confiando en su poder y misericordia general, aunque no haya una promesa específica para apoyarse. —David se sometió pacientemente a la voluntad de Dios en la muerte de su hijo, y Dios compensó la pérdida para ventaja suya, con el nacimiento de otro. La forma para que continúen o se nos restauren las consolaciones como criaturas, o que se nos compense la pérdida de alguna otra manera, es rendirse de buen ánimo a Dios. Por su gracia Dios reconoció y favoreció en particular a ese hijo y ordenó que fuera llamado Jedidías, “Amado del Señor”. —Nuestras oraciones por nuestros hijos son contestadas por gracia y completamente, cuando algunos mueren en su infancia, pues son bien cuidados, y cuando los otros viven, “amados del Señor”.

Vv. 26—31. Ser tan severo como para esclavizar a los hijos de Amón era señal de que el corazón de David aún no había sido suavizado por el arrepentimiento, en la época en que esto ocurrió. Somos más compasivos, bondadosos y perdonadores con los demás, cuando más sentimos nuestra necesidad del amor perdonador del Señor y saboreamos su dulzura en nuestra alma.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—20. *La violencia de Amnón con su hermana.* 21—29. *Absalón asesina a su hermano* Amnón. 30—39. *La tristeza de David—Absalón huye a Gesur.*

Vv. 1—20. De aquí en adelante David tuvo un problema tras otro. El adulterio y el asesinato fueron los pecados de David, y pecados similares de sus hijos fueron los comienzos de su castigo: fue demasiado indulgente con sus hijos. Así, David pudo atribuir los pecados de sus hijos a su propia mala conducta, cosa que debió empeorar la angustia del castigo. —Que nadie tenga la expectativa de ser bien tratado por quienes son capaces de hacerlos caer en tentación; pero es mejor soportar el mayor de los males que cometer el menor de los pecados.

Vv. 21—29. Obsérvese los agravantes del pecado de Absalón: él quiso matar a Amnón cuando estuviera menos apto para irse de este mundo. Comprometió a sus siervos en la culpa. Son siervos mal enseñados los que obedecen a un amo malo contra los mandamientos de Dios. Los niños malcriados siempre resultan ser cruces para los padres piadosos, cuyo necio amor los lleva a descuidar su deber para con Dios.

Vv. 30—39. Jonadab fue tan culpable de la muerte de Amnón como de su pecado; amigos falsos resultan ser quienes nos aconsejan que hagamos el mal. Después de un tiempo David anhelaba ver a Absalón en lugar de aborrecerlo por asesino: Esta era la debilidad de David: Dios vio algo en su corazón que marcaba la diferencia, de lo contrario, hubiéramos pensado que él, como Eli, honraba más a sus hijos que a Dios.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—20. *Joab procura el regreso de Absalón.* 21—24. *Absalón regresa.* 25—27. *Su belleza personal.* 28—33. *Admitido en la presencia de su padre.*

Vv. 1—20. Aquí podemos advertir cómo ruega esta viuda la misericordia de Dios y su clemencia para con pobres pecadores culpables. El estado de los pecadores es el de estar destituidos de Dios. Dios no perdona a nadie que deshonre de su ley y justicia, a nadie que sea impenitente, ni a quienes estimulen el delito, ni al que causa daño al prójimo.

Vv. 21—24. David se inclinaba en favor de Absalón, pero por la honra de su justicia, no podía hacerlo regresar si no se le solicitaba, lo cual puede mostrar los métodos de la gracia divina. Verdad es que Dios piensa compasivamente en cuanto a los pobres pecadores, y no quiere que ninguno perezca; pero se reconcilia con ellos a través de un Mediador que ruega por ellos. Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, y Cristo vino a la tierra de nuestro exilio para llevarnos a Dios.

Vv. 25—27. Nada se dice de la sabiduría y piedad de Absalón. Todo lo que se dice de él es que era muy bien parecido. Pobre recomendación para un hombre que no tenía otra cosa de valor en él. Muchas almas contaminadas y deformadas habitan un cuerpo hermoso. Leemos que tenía un cabello muy bello, que era una carga para él, pero no se lo cortaba mientras soportara el peso. Nadie se queja de eso que estimula y gratifica al orgullo, aunque sea incómodo. ¡Quiera el Señor concedernos la belleza de la santidad, y el adorno de un espíritu manso y apacible! Sólo quienes temen a Dios son verdaderamente felices.

Vv. 28—33. Por su actitud insolente con Joab, Absalón hizo que aquel rogara por él. Obtuvo su deseo por su mensaje insolente al rey. Cuando los padres y los gobernantes toleran tales personalidades, pronto sufrirán los efectos más fatales. Pero la compasión de padre prevaleció para reconciliarlo con su hijo impenitente, y ¿cuestionarán los pecadores arrepentidos la compasión de Aquel que es el Padre de las misericordias?

CAPÍTULO XV

Versículos 1—6. *La ambición de Absalón.* 7—12. *Su conspiración.* 13—23. *David abandona Jerusalén.* 24—30. *David devuelve el arca.* 31—37. *Ora contra el consejo de Ahitofel.*

Vv. 1—6. David permite la pompa de Absalón. Los padres que permiten la actitud orgullosa en sus hijos no saben lo que hacen: muchos jóvenes son destruidos por el orgullo. Corrientemente quienes más anhelan la autoridad son quienes menos entienden sus deberes.

Vv. 7—12. Véase cuán dispuestos están los padres tiernos a creer lo mejor de sus hijos. Pero, ¡qué fácil y perverso es que los hijos se aprovechen de sus buenos padres y los engañen con un alarde de religión! Los principales hombres de Jerusalén se unieron a la fiesta de Absalón por su sacrificio. Las personas piadosas se alegran al ver que los demás parecen religiosos y esto da ocasión al engaño. La política de los hombres malos, y la sutileza de Satanás, se ejercen para hacer que las personas buenas apoyen sus malos designios.

Vv. 13—23. David decidió irse de Jerusalén. Resolvió esto como un penitente que se somete a la vara. Ante el impío Absalón podía justificarse y resistir, pero ante el justo Dios debía condenarse y rendirse a sus juicios. Así, acepta el castigo de su pecado. Cuando los hombres buenos sufren, anhelan que los demás no sean llevados a sufrir con ellos. No obligó a nadie; dejó que se fueran con Absalón los que tenían su corazón puesto en él, y así será su condena. Cristo enrola solo a seguidores voluntarios. —David no pudo tolerar la idea de que Itai, un extranjero, prosélito y nuevo convertido, que debiera haber sido animado y habérsele facilitado las cosas, tuviera que encontrarse tan duro trato. Pero Itai valoraba tanto la sabiduría y bondad de David que no dejaría. Sin duda, en todo el tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia. Aferrémonos al Hijo de David, con pleno propósito de corazón, y ni la vida ni la muerte nos separarán de su amor.

Vv. 24—30. David es muy cuidadoso de la seguridad del arca. Bueno es preocuparse más por la prosperidad de la iglesia que por la propia; preferir el éxito del evangelio por sobre nuestra propia riqueza, crédito, comodidad y seguridad. Observe con qué satisfacción y sumisión habla David de la disposición divina. Interés y deber nuestro, es asentir con regocijo a la voluntad de Dios, sea lo que sea que nos pase. Veamos la mano de Dios en todos los sucesos; y para que no temamos de lo que será, veamos todos los acontecimientos en la mano de Dios. —El pecado de David siempre estaba delante de él, Salmo li, 3, pero nunca tan evidente ni tan negro como ahora. Nunca lloró así cuando Saúl lo perseguía, pero la mala conciencia hace que los problemas sean gravosos, Salmo xxxviii, 4.

Vv. 31—37. David no ora contra la persona de Ahitofel sino contra su consejo. Oró creyendo firmemente que Dios tiene todos los corazones en su mano, y también las lenguas. Pero nosotros debemos secundar nuestras oraciones con esfuerzo, y así lo hizo David, de otro modo tentamos a Dios. Pero no hallamos la sabiduría ni la sencillez tan unidas en un solo hombre, que no notamos nada que necesite perdón. Sin embargo, cuando el Hijo de David fue tratado traidoramente y con

toda la crueldad que era posible, su sabiduría, mansedumbre, franqueza y paciencia fueron perfectos. Sigámosle a Él, aferrémonos de Él y sirvámosle a Él en la vida y en la muerte.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—4. *La falsedad de Siba.* 5—14. *Simei maldice a David.* 15—23. *El consejo de Ahitofel.*

Vv. 1—4. Siba delató a Mefiboset. Los hombres grandes siempre deben sospechar de los halagadores, y deben cuidar de oír ambos lados.

Vv. 5—14. David soportó las maldiciones de Simei mucho mejor que los halagos de Siba; porque éstos lo llevaron a juzgar mal a otro, y aquellas lo llevaron a juzgarse a sí mismo en forma justa: las sonrisas del mundo son más peligrosas que su ceño fruncido. Una y otra vez David salvó la vida a Saúl, mientras Saúl buscaba la suya. Pero la inocencia no es defensa contra la maldad y la falsedad. Ni tampoco tenemos que hallar raro que nos acusen precisamente de aquello que hemos evitado con sumo cuidado. Bueno es para nosotros que los hombres no sean nuestros jueces, sino Aquel cuyo juicio es conforme a la verdad. Véase cuán paciente fue David en este maltrato. Que esto nos recuerde a Cristo, que oró por los que lo maldecían y lo crucificaron. El espíritu humilde volverá los reproches en reprobación y sacará algo bueno de ellos, en lugar de ser irritados por ellos. —David ve la mano de Dios en esto y se consuela con que Dios sacará algo bueno de su aflicción. Podemos depender de Dios para recompensar no sólo nuestros servicios sino nuestros sufrimientos.

Vv. 15—23. Los consejeros más sabios de la época eran Ahitofel y Husai; Absalón se cree seguro de triunfar cuando los tiene a ambos; confía en ellos y no consulta el arca, aunque la tiene consigo. Pero ambos resultaron ser consejeros miserables. Husai nunca le aconsejaría que actuara sabiamente. Ahitofel le aconsejó que hiciera lo malo; y así, lo traicionó tan eficazmente como lo hizo, siendo deliberadamente falso con él: porque los que aconsejan a los hombres que pequen, ciertamente les aconsejan para su propio mal. Después de todo, la honestidad es la mejor política, y así será en el largo plazo. Ahitofel aconsejó mal a Absalón para volverlo aborrecible a su padre de modo que éste nunca se reconciliara con él; esta maldita política es del diablo. ¡Cuán perverso es el corazón del hombre!

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—21. *El consejo de Ahitofel es frustrado.* 22—29. *Se ahorca—Absalón persigue a David.*

Vv. 1—21. Aquí hubo un efecto maravilloso de la Providencia Divina que cegó la mente de Absalón e influyó su corazón para no seguir el consejo de Ahitofel, y desear el consejo de Husai. Pero no hay discusión con este Dios que puede armar a un hombre contra sí mismo, y destruirlo por sus propios errores y pasiones. —El anterior consejo de Ahitofel fue seguido, porque Dios quería corregir a David, pero el último no fue seguido porque Dios no quería destruirlo. Él puede anular todos los consejos. El éxito es de Dios solo, que no permitirá que su pueblo perezca sea cual sea la sabiduría o ayuda que un hombre pueda emplear o permitirse.

Vv. 22—29. Ahitofel se ahorcó resentido porque no se siguió su consejo. Destrozará el corazón del hombre orgulloso lo que no interrumpe el sueño del hombre humilde. Se creyó amenazado concluyendo que como su consejo no fue seguido, la causa de Absalón fracasaría y, para prevenir una posible ejecución pública, se hizo justicia a sí mismo. Así se detiene su hálito y se dobla la cabeza de la cual nada podía esperarse sino maldad. —Absalón persiguió a su padre. Pero obsérvese cómo Dios a veces da consuelo de extraños a su pueblo, cuando cuando no lo reciben de su propia familia. —Nuestro Rey no necesita nuestra ayuda, pero nos asegura que lo que hacemos por el más pequeño de nuestros hermanos, enfermos, pobres y menesterosos, será aceptado y recompensado como si le fuera hecho a Él mismo.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—8. *El ejército de Absalón es derrotado.* 9—18. *El muere.* 19—33. *La pena excesiva de David.*

Vv. 1—8. ¡Cómo devuelve David bien por mal! Absalón sólo habría dado muerte a David; David sólo habría salvado a Absalón. Esto es semejante a la maldad del hombre para con Dios, y la misericordia de Dios para con el hombre, de lo cual cuesta mucho decir cuál es más asombrosa. Ahora los israelitas ven el resultado de ponerse contra Jehová y su ungido.

Vv. 9—18. Jóvenes, mirad a Absalón, colgando de un árbol, maldecido, abandonado por el cielo y la tierra; leed en esto cuánto aborrece el Señor la rebelión contra los padres. Nada puede resguardar a los hombres de la desgracia y desprecio, sino la sabiduría de lo alto y la gracia de Dios.

Vv. 19—33. Ahimaas preparó a David para la noticia de la muerte de su hijo guiándolo a dar gracias a Dios por su victoria. Mientras más se prepara y engrandece nuestro corazón para agradecer a Dios sus misericordias, mejor dispuestos estaremos a soportar con paciencias las aflicciones que vienen con ellas. —Algunos piensan que el deseo de David surgió de la preocupación por el estado eterno de Absalón; pero pareciera que más bien él habló sin pensar debidamente. Debe culpársele por mostrar gran cariño por un hijo carente de bondad; además, por pelear con la justicia divina y oponerse a la justicia nacional que tenía que administrar en su calidad de rey, y la cual debió preferir por sobre el afecto natural. Los mejores no siempre tienen el enfoque correcto; somos dados a entristecernos excesivamente por lo que amamos con exageración. Pero aunque de este ejemplo aprendamos a velar y orar contra la indulgencia pecaminosa o el descuido de nuestros hijos, ¿no podemos notar en David una sombra del amor del Salvador que lloró, oró y hasta sufrió la muerte por la humanidad, aunque esta estaba compuesta de rebeldes y viles enemigos?

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—8. *Joab hace que David cese su duelo.* 9—15. *David regresa al Jordán.* 16—23. *Perdona a Simei.* 24—30. *Excusa a Mefiboset.* 31—39. *David se separa de Barzilai.* 40—43. *Israel pelea con Judá.*

Vv. 1—8. Fue imprudente e indigno seguir lamentándose por un hijo tan malo como Absalón. Joab reprende a David, pero sin el respeto y la deferencia adecuados para con su soberano. Un caso claro

puede discutirse con justicia con los que están por encima de nosotros, y se les puede reprender por lo malo que hacen, pero esto debe hacerse sin rudeza ni insolencia. Sin embargo, David tomó prudente y mansamente la reprensión y el consejo. Ceder en forma oportuna suele evitar los malos efectos de las medidas erróneas.

Vv. 9—15. La providencia de Dios, por la persuasión de los sacerdotes y el interés de Amasa, llevó al pueblo a resolver el regreso del rey. David no se movió hasta recibir esta invitación. Nuestro Señor Jesús reinará en quienes le invitan al trono de sus corazones, pero no hasta ser invitado. Él inclina primero el corazón para que se ofrezca voluntario en el día de su poder, luego domina en medio de sus enemigos, Salmo cx, 2, 3.

Vv. 16—23. Los que ahora toman livianamente y abusan del Hijo de David se alegrarán de hacer las paces con Él cuando vuelva en su gloria, pero será demasiado tarde. Simei no perdió tiempo. Su maltrato había sido personal y con el buen sentimiento usual en los hombres buenos, David lo perdonó fácilmente.

Vv. 24—30. David recuerda el decomiso del caudal hereditario de Mefiboset y éste expresa gozo por el regreso del rey. El hombre bueno soporta contento sus pérdidas mientras vea a Israel en paz, y exaltado al Hijo de David.

Vv. 31—39. Barzilai pensó que se había honrado a sí mismo al servir en algo al rey. De esta manera, cuando los santos sean llamados a heredar el reino, se asombrarán por la recompensa que será mucho más de lo esperado por su servicio, Mateo xxv, 37. —El hombre bueno no debiera ir a ninguna parte donde sea carga o, más bien, que lo sea en su casa antes que casa ajena. Bueno es para todos, pero especialmente conveniente para los ancianos pensar en la muerte y hablar mucho al respecto. Mi sepulcro está aparejado, dejadme ir y preparaos para el momento.

Vv. 40—43. Los hombres de Israel se creían despreciados y las palabras más fieras de los hombres de Judá produjeron efectos muy malos. Podría evitarse mucho mal si los hombres estuvieran alerta contra el orgullo, y recordasen que la blanda respuesta quita la ira. Aunque tengamos el derecho y la razón de nuestro lado, Dios no se agrada si lo decimos con fiereza.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—3. *La rebelión de Seba.* 4—13. *Joab mata a Amasa.* 14—22. *Seba se refugia en Abel.* 23—26. *Lo soficiales de David.*

Vv. 1—3. Una prueba surge después de otra para nuestro bien, hasta que lleguemos al lugar donde se eliminan para siempre el pecado y la pena. Los disputadores airados entienden mal e interpretan mal las palabras de otro; el hombre orgulloso hará todo a su manera o rechazará toda ayuda. No se debe confiar en el favor de muchos, y ¿qué se puede esperar cuando el Hosana al Hijo de David fue prontamente cambiado por crucifícale, crucifícale?

Vv. 4—13. Joab asesinó brutalmente a Amasa. Mientras más premeditación hay en el pecado, peor es. Joab sacrificó contento el interés del rey y el del reino en aras de su venganza personal. No obstante, uno se preguntaría con qué cara un asesino puede perseguir a un traidor; y cómo, bajo esa carga de culpa, tuvo valor para ponerse en peligro: su conciencia estaba encallecida.

Vv. 14—22. Justamente se ataca el lugar que osa albergar a un traidor; ni tampoco le irá mejor al corazón que se deja llevar por la lujuria rebelde, que no tendrá a Cristo reinando sobre él. —Una mujer discreta satisfizo a Joab, por su prudente ministración, y así salvó la ciudad. La sabiduría no está confinada al rango ni al sexo; no consiste en profundo conocimiento, sino en saber actuar cuando surge algo, para eliminar los problemas y asegurar los beneficios. Se evitaría mucha maldad si las partes beligerantes se entendieran. Que ambos bandos se desengañen. La única condición para la paz es la rendición del traidor. Así pasa en los tratos de Dios con el alma cuando esta es sitiada por la convicción de pecado y la aflicción; el pecado es el traidor; la amada lujuria es el rebelde; termina con eso, echa fuera a la transgresión y todo estará bien. No hay paz bajo ninguna otra condición.

Vv. 23—26. Aquí está la situación de la corte de David después de su restauración. Bueno es cuando se nombra a hombres capaces para desempeñar los cargos públicos; que todos procuren desempeñar sus deberes como fieles siervos del Hijo de David.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—9. *Los gabaonitas vengados.* 10—14. *Rizpa cuida los cuerpos de los descendientes de Saúl.* 15—22. *Las batallas con los filisteos.*

Vv. 1—9. Toda aflicción surge del pecado y debe llevarnos a arrepentirnos y a humillarnos delante de Dios; pero algunos problemas especialmente muestran que han sido enviados para traer a la memoria el pecado. Los juicios de Dios suelen mirar muy atrás, y eso es lo que requiere que hagamos cuanto antes sus reprensiones. No nos corresponde objetar el hecho de que la gente sufra por el pecado de su rey; quizá le ayudaron. Ni objetar el hecho de que esta generación sufra por el pecado de la anterior. Dios suele castigar los pecados de los padres en los hijos, y no rinde cuentas de nada a nadie. El paso del tiempo no borra la culpa del pecado, ni podemos acariciar la esperanza de escapar porque el juicio tarda. Si no podemos entender todas las razones de la Providencia al respecto, tampoco tenemos derecho a pedir que Dios nos rinda cuenta de sus razones. Debe ser bueno porque es la voluntad de Dios y, al final, resultará ser así. —El dinero no paga la sangre. Pareciera que la posteridad de Saúl anduvo en sus huellas, porque es llamada casa de sangre. Era el espíritu de la familia por lo cual con justicia se les reconoce por su pecado personal como por el de su familia. Los gabaonitas pidieron esto contra Saúl o su familia no por maldad. No era para satisfacer ninguna venganza, sino por el bien público. Fueron ejecutados al comienzo de la cosecha; así pues fueron sacrificados para apaciguar la ira del Dios Todopoderoso que había suspendido la misericordia de las cosechas durante los años anteriores, y para obtener su favor en la cosecha actual. En vano esperamos misericordia de Dios si no hacemos justicia contra nuestros pecados. Las ejecuciones no deben considerarse crueles cuando son por el bien público.

Vv. 10—14. Que una tierra culpable disfrutara de muchos años de abundancia, requiere gratitud; no debe maravillarnos que se castigue con escasez la abundancia mal usada; pero cuán pocos están dispuestos a preguntar al Señor la causa pecaminosa, mientras muchos buscan las causas secundarias por medio de las cuales le ha placido obrar. Pero el Señor alega por la causa de los que no pueden o no quieren vengarse; y las oraciones del pobre son de gran poder. —Cuando Dios envió lluvia para regar la tierra, los cuerpos fueron enterrados, porque entonces quedó claro que la petición por la tierra Dios la había oído. Cuando se hace justicia en la tierra, cesa la venganza del cielo. Dios se pacifica, y es puesto a nuestro favor por medio de Cristo, que fue colgado en un madero, hecho maldición por nosotros, para quitar de en medio la culpa, aunque Él mismo era inocente.

Vv. 15—22. Estos sucesos parecen haber ocurrido hacia el final del reinado de David. David flaqueaba, pero no huyó, y Dios envió ayuda en tiempo de necesidad. A veces hasta los santos más fuertes desfallecen en los conflictos espirituales; entonces, Satanás los ataca furiosamente, pero quienes defienden su terreno y le resisten, serán aliviados y serán más que vencedores. La muerte es el último enemigo del cristiano, e hijo de Anac; pero, por medio de Aquel que venció por nosotros, los creyentes, al final, serán más que vencedores, aun sobre ese enemigo.

CAPÍTULO XXII

El Salmo de acción de gracias de David

Este capítulo es un salmo de alabanza; lo encontramos casi igual que el Salmo xviii. Los que confían en Dios en la senda del deber, lo hallarán como ayuda presente en los peligros más grandes: así fue para David. En nuestras alabanzas debiéramos mencionar expresamente sus liberaciones más notables. Nunca seremos librados de todos los enemigos hasta que lleguemos al cielo. Dios preservará a todo su pueblo, 2 Timoteo iv, 18. Los que reciben sus misericordias como señales de Dios, deben darle la gloria a Él. —David cantó este cántico en el día en que Dios lo libró. Mientras la misericordia esté fresca, y nosotros muy afectados con ella, presentemos nuestra ofrenda de acción de gracias, que sea encendida con el fuego de ese afecto. Todo su gozo y esperanza se centran, como todas nuestras esperanzas, en el gran Redentor.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—7. *Últimas palabras de David.* 8—39. *Los valientes de David.*

Vv. 1—7. Estas palabras de David son muy dignas de considerar. Cuando los que han tenido por mucho tiempo la experiencia de la bondad de Dios y el placer de la sabiduría celestial, llegan al final de su carrera, debieran dar su testimonio de la verdad de la promesa. —David admite su inspiración Divina, que el Espíritu de Dios habla por él. Él y otros santos, hablaron y escribieron movidos por el Espíritu Santo. —En muchas cosas tuvo que culpar su conducta y negligencia. Pero David se consuela con que el Señor hizo con él un pacto eterno. Entiende como tal principalmente el pacto de misericordia y paz, que el Señor hizo con él, un pecador que creyó en el Salvador prometido, abrazó las bendiciones prometidas, y se rindió al Señor para ser su siervo redimido. Los creyentes disfrutarán por siempre de las bendiciones del pacto; y Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo será para siempre glorificados en la salvación de ellos. Así, el perdón, la justicia, la gracia y la vida eterna son recibidos como dádiva de Dios a través de Jesucristo. Hay una infinita plenitud de gracia, y todas las bendiciones atesorados en Cristo para quienes buscan su salvación. —Este pacto era toda la salvación de David; él conocía tan bien la santa ley de Dios y la magnitud de su propia pecaminosidad, que se dio cuenta que estaba necesitado en su propio caso de esta salvación. Por tanto, era todo su deseo. Comparativamente todos los objetos terrenales pierden su atractivo; estaba dispuesto a darlos todos, o a morir y dejarlos para disfrutar la felicidad plena, Salmo lxxiii, 24–28. Todavía el poder del mal y la debilidad de su fe, esperanza y amor eran su tristeza y su carga. Sin duda, habría reconocido que su propia negligencia y falta de cuidado eran la causa; pero la esperanza de que pronto sería hecho perfecto en gloria, lo alentó en sus momentos de muerte.

Vv. 8—39. Una vez David deseó ardientemente el agua del pozo de Belén. Eso parece un instante de debilidad. Tenía sed; en su juventud se había refrescado con el agua de ese pozo a menudo, y la deseó sin pensarlo debidamente. ¿Eran sus valientes tan osados para exponerse, ante la menor señal del deseo de su príncipe, y estaban tan deseosos de complacerlo, y nosotros no desearemos ser aprobados por nuestro Señor Jesús cumpliendo prestamente Su voluntad, según su Palabra, su Espíritu y su providencia? David derramó el agua como libación para el Señor, así enfrentó su fantasía necia, se castigó por permitirla, y demostró tener pensamientos sobrios para corregir las decisiones precipitadas y mostró que sabía negarse a sí mismo. David consideró que el agua era tan preciosa por la manera en que arriesgaron su sangre los hombres que la consiguieron, y nosotros ¿no debiéramos valorar mucho más los beneficios adquiridos con el derramamiento de la sangre de nuestro bendito Salvador? Cuidémonos para no descuidar una salvación tan grandiosa.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—9. *David censa al pueblo.* 10—15. *Escoge la pestilencia.* 16, 17. *Detención de la pestilencia.* 18—25. *El sacrificio de David—Fin de la plaga.*

Vv. 1—9. Por el pecado del pueblo se dejó que David actuara mal y como retribución recibieron un castigo. Este ejemplo arroja luz sobre el gobierno de Dios sobre el mundo, y da una lección útil. —El orgullo en el corazón de David fue su pecado al hacer el censo del pueblo. Pensó que ésto lo haría parecer más formidable, y confió en el brazo de carne más de lo que debiera, y a pesar de haber escrito tanto sobre confiar solo en Dios. Él no juzga el pecado como nosotros. Lo que a nosotros nos parece inocuo o, al menos, poco ofensivo, puede ser un pecado grande a ojos de Dios, que discierne los pensamientos e intenciones del corazón. Hasta los impíos pueden discernir los malos temperamentos y la mala conducta de los creyentes, de los cuales están, a menudo, inconscientes. Pero Dios rara vez les permite los placeres que desean pecaminosamente aquellos a quienes Él ama.

Vv. 10—15. Cuando un hombre peca es bueno que tenga un corazón interior que lo moleste por eso. Si confesamos nuestros pecados, podemos orar con fe que, por misericordia perdonadora, Dios nos perdonará y quitará ese pecado que nosotros desechamos con arrepentimiento sincero. Es justo de parte de Dios que nos quite lo que constituimos motivo de orgullo, o lo haga amargo para nosotros, y lo convierta en nuestro castigo. El castigo debe ser de tal índole puesto que el pueblo tuvo una buena parte en ello, porque aunque el pecado de David abrió la compuerta, los pecados del pueblo fueron todo un diluvio. —En esta dificultad David eligió por un juicio que viniera directamente de Dios, cuyas misericordias él conocía que eran muy grandes, y no del hombre, que habría triunfado en la miseria de Israel y se hubieran endurecido en su idolatría. Escogió la pestilencia; él y su familia estarían tan expuestos a ella como el israelita más pobre; y por un breve lapso seguiría sometido a la disciplina divina, no importa que fuera severa. —La rápida destrucción ocasionada por la pestilencia muestra con cuanta facilidad puede derribar Dios a los pecadores más orgullosos, y cuánto debemos diariamente a la paciencia divina.

Vv. 16, 17. Quizá hubo más maldad, especialmente más orgullo, y ese era el pecado que ahora se castigaba en Jerusalén más que en otro lugar, por tanto la mano del destructor se extiende hacia esa ciudad; pero el Señor lo hizo arrepentirse del mal, cambiando no de propósito sino de método. —En el mismo lugar donde le impidió que Abraham sacrificara a su hijo, le impidió al ángel que destruyera Jerusalén, con una contraorden similar. Es por amor del gran sacrificio, que se preserva nuestra vida del ángel destructor. Y en David está el espíritu del verdadero pastor de su pueblo que se ofrece a sí mismo como sacrifico a Dios por la salvación de sus súbditos.

Vv. 18—25. Cuando Dios nos exhorta a ofrecerle sacrificios espirituales es una evidencia de su reconciliación de nosotros consigo mismo. David compró el terreno para construir el altar. Dios odia que se robe para ofrecer holocausto. No saben lo que es la religión quienes principalmente se interesan en abaratarla y hacerla fácil para ellos, y se complacen más con lo que les cuesta menos dolores o dinero. ¿Para qué tenemos sustancia sino para honrar a Dios con ella, y cómo puede ser mejor dada? —Véase la edificación del altar y la ofrenda de los sacrificios apropiados en él: Los holocaustos para la gloria de la justicia de Dios, las ofrendas por la paz para la gloria de su misericordia. Cristo es nuestro Altar, nuestro Sacrificio; solo en Él podemos tener esperanza de escapar de su ira y hallar el favor de Dios. La muerte anda destruyendo todo alrededor en tantas formas, y tan repentinamente, que es locura no esperar el fin de la vida y prepararse para ello.

PRIMERA DE REYES

La historia que ahora tenemos por delante explica los asuntos de los reinos de Judá e Israel, aunque con especial consideración del reino de Dios entre ellos; porque es historia sagrada. Es anterior en el tiempo, enseña más, y es más interesante que cualquiera de las historias corrientes.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *Edad de la decadencia de David.* 5—10. *Adonías aspira al trono.* 11—31. *David hace rey a Salomón.* 32—53. *Salomón ungido rey y fin de la usurpación de Adonías.*

Vv. 1—4. Tenemos aquí a David hundiéndose bajo las enfermedades. Fue castigado por sus pecados recientes y sintió los efectos de los esfuerzos y las duras labores del pasado.

Vv. 5—10. Los padres indulgentes suelen ser castigados con hijos desobedientes, ansiosos por apoderarse de su fortuna. Ninguna sabiduría mundana, experiencia ni santidad de carácter pueden asegurar la continuidad de una carrera de quienes permanecen bajo el poder del amor propio. Pero bien podemos preguntarnos por medio de cuáles artes podría dejarse de un lado a Joab y Abiatar.

Vv. 11—31. Obsérvense las palabras de Natán a Betsabé: Toma mi consejo, para que salves tu vida, y la de tu hijo Salomón. Semejante a este es el consejo que nos dan los ministros de Cristo en su nombre, para que pongamos toda diligencia no sólo para que nadie tome nuestra corona, Apocalipsis iii, 11, sino para que salvemos nuestra vida, sí, la vida de nuestra alma. David declaró solemnemente su firme adhesión a la anterior resolución de que Salomón fuera su sucesor. Aun el recuerdo del desastre del cual lo rescató el Señor, aumentó su consuelo, inspiró sus esperanzas y le animó a su deber, a pesar del deterioro de la edad y la proximidad de la muerte.

Vv. 32—53. El pueblo expresó gran gozo y satisfacción con la ascensión de Salomón. Todo israelita verdadero se regocija en la exaltación del Hijo de David. —Pronto se disolverán las combinaciones formadas sobre malos principios, cuando el interés propio llame a cambiar de rumbo. ¿Cómo pueden esperar buenas nuevas quienes hacen malas obras? Adonías había despreciado a Salomón, pero pronto le tuvo temor. —Aquí vemos, como por espejo, a Jesús, el Hijo de David e Hijo de Dios, exaltado al trono de gloria, a pesar de todos sus enemigos. Su Reino es mucho más grande que el de su padre David y allí se regocija cordialmente todo el verdadero pueblo de Dios. La prosperidad de su causa es insulto y terror para sus enemigos. Ningún cuerno de altar, ninguna forma de piedad, y ninguna religión simulada, pueden servir de provecho a quienes no se sometan a su autoridad, y acepten su salvación; y si la sumisión de ellos es hipócrita, perecerán sin remedio.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *El último encargo de David a Salomón.* 5—11. *El encargo de David tocante a Joab y los demás.* 12—25. *Salomón reina—Adonías aspirante al trono es mandado matar.* 26—34. *Abiatar exiliado—Se manda matar a Joab.* 35—46. *Se manda matar a Simei.*

Vv. 1—4. El encargo de David a Salomón es que obedezca las órdenes del Señor. La autoridad de un padre moribundo es mucha, pero nada comparada con la del Dios vivo. Dios había prometido a David que el Mesías vendría de su simiente y esa promesa fue absoluta; pero la promesa de que no les faltaría hombre sobre el trono de Israel era condicionada: si él anda delante de Dios con sinceridad, celo y resolución; para esto debe prestar atención a su camino.

Vv. 5—11. Los consejos tocante a Joab y Simei, al morir, no fueron por enojo personal, sino por la seguridad del trono de Salomón, que era la causa de Dios y de Israel. Era evidente que Joab no se arrepintió de los asesinatos que había cometido, y pronto los repetiría para lograr cualquier propósito; aunque tolerado por mucho tiempo, al final tendrá que rendir cuenta. El tiempo no borra la culpa de ningún pecado, en particular la del asesinato. —Tocante a Simei: No lo dejes sin castigo; no creas que es tu amigo verdadero, de tu gobierno o digno de confianza; él no tiene menos maldad ahora que la que tuvo entonces. —Los sentimientos de David al morir se registran como entregados bajo la influencia del Espíritu Santo, 2 Samuel xxiii, 1–7. El Señor le descubrió los oficios y la salvación de ese glorioso personaje, el Mesías, cuya venida entonces anunció y del cual él derivaba todo su consuelo y sus expectativas. Ese pasaje da prueba determinante de que David murió bajo la influencia del Espíritu Santo, en el ejercicio de la fe y la esperanza.

Vv. 12—25. Salomón recibió a Betsabé con todo el respeto debido a una madre; pero nadie le pida lo que no puede otorgar. Es malo para un hombre bueno promover una petición mala o comparecer a favor de una mala causa. Al pedir que Abisag fuese su esposa, conforme a las costumbres orientales, era evidente que Adonías procuraba ser rey, y Salomón no podría estar a salvo mientras aquel viviera. Los espíritus ambiciosos y turbulentos preparan corrientemente la muerte para sí mismos. Más de una cabeza se ha perdido tratando de alcanzar una corona.

Vv. 26—34. Las palabras de Salomón a Abiatar y su silencio, implican que se habían efectuado algunas conspiraciones recientes. A quienes muestran bondad al pueblo de Dios les será recordado para su provecho. Por esta razón Salomón salva la vida a Abiatar pero lo despide de su oficio. En el caso de pecados como los expiados por sangre de animales, el altar era un refugio, pero no fue así en el caso de Joab. Salomón mira hacia arriba a Dios como Autor de la paz, y hacia la eternidad como su perfeccionamiento. El mismo Señor de paz nos da esa paz que es eterna.

Vv. 35—46. La vieja malignidad permanece en el corazón inconverso, y hay que mantener el ojo atento sobre quienes, como Simei, han manifestado su enemistad y no han dado pruebas de arrepentimiento. Ningún compromiso ni peligro frenará a los hombres mundanos; siguen adelante aunque pierdan la vida y sus almas. —Recordemos, Dios no acomodará a nosotros su juicio. Su ojo está sobre nosotros; esforcémonos por andar como en su presencia. Cada obra, cada palabra y cada pensamiento nuestro esté gobernado por esta gran verdad, que se acerca rápidamente la hora en que las circunstancias más pequeñas de nuestra vida serán sacadas a la luz, y nuestro estado eterno será fijado por un Dios justo que no yerra. —De esta manera quedó establecido el trono de Salomón en paz, como tipo del reino de paz y justicia del Redentor. Y en referencia a la enemistad de los enemigos de la iglesia es un consuelo que, rujan furiosamente cuanto quieran, es cosa vana que ellos imaginan. El trono de Cristo está establecido y ellos no pueden conmoverlo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *El matrimonio de Salomón.* 5—15. *Su visión—Su oración por sabiduría.* 16—28. *El juicio de Salomón.*

Vv. 1—4. El que ama a Jehová, por su bien, debiera poner su amor en una mujer del pueblo del Señor. —Salomón era un hombre sabio, rico, grande, pero el elogio más precioso de él es sobre el carácter de todos los santos, aun del más pobre: "Amó a Jehová". Donde Dios siembra abundantemente, espera cosechar conforme a la siembra; y los que aman verdaderamente a Dios y su culto, no reclamarán por los costos de su religión. Nunca debemos pensar que es un gasto superfluo lo que se consagra al servicio de Dios.

Vv. 5—15. El sueño de Salomón no era corriente. Mientras sus poderes corporales estaban bloqueados por el sueño, se fortalecieron los poderes del alma; él fue capacitado para recibir la visión divina y hacer una decisión correcta. De modo similar, Dios nos pone en el camino preparado para que seamos felices, asegurándonos que tendremos lo que necesitamos y pedimos en oración. Que Salomón hiciera esa decisión estando dormido, cuando los poderes de la razón está menos activos, demuestra que todo venía de la gracia de Dios. Teniendo un sentido humilde de sus propios deseos y debilidades, ruega: Señor, yo soy joven. Mientras más sabios y considerados sean los hombres, mejor familiarizados estarán con sus propias debilidades y más celosos de sí mismos. —Salomón ruega a Dios que le dé sabiduría. Debemos pedirla, Santiago i, 5, para que nos ayude en el llamamiento particular que hayamos recibido, y en las diversas ocasiones que tenemos. Aceptados por Dios son quienes prefieren las bendiciones espirituales a los bienes materiales. Esta fue una oración que prevaleció, y logró más de lo que pidió. Dios le dio sabiduría como nunca fuera otro príncipe bendecido con ella y, además le dio riquezas y honra. Si nos aseguramos de la sabiduría y la gracia, estas traerán consigo la prosperidad externa o endulzará la falta de ella. La manera de obtener bendiciones espirituales es luchar en oración con Dios. La manera de obtener bendiciones terrenales es encomendarnos a Dios al respecto. Salomón recibió sabiduría porque la pidió, y riquezas porque no las pidió.

Vv. 16—28. Se da un ejemplo de la sabiduría de Salomón. Fijaos en lo difícil del caso. Para averiguar cuál era la madre verdadera, no podía probar cuál era más amada por el niño y, por tanto, probó cuál de ellas amaba más al niño: la sinceridad de la madre es puesta a prueba cuando el niño corre peligro. Los padres deben mostrar su amor por sus hijos especialmente en el cuidado de su alma y en arrebatándolos como tizones del fuego. Por este y otros casos de sabiduría con que Dios lo dotó, Salomón tuvo gran fama entre su pueblo. Esto era mejor para él que las armas de la guerra; por esto fue temido y amado.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—19. *La corte de Salomón.* 20—28. *Los dominios de Salomón—Su provisión diaria.* 29—34. *La sabiduría de Salomón.*

Vv. 1—19. Indudablemente manifestó su sabiduría en la elección de los grandes dignatarios de la corte de Salomón. Varios son los mismos que estaban en la época de su padre. Se establece un programa para abastecer la corte por el cual ninguna parte del país se agote, aunque cada una mandaba su porción.

321654589Vv. 20—28. Nunca resplandeció con tanto brillo la corona de Israel como cuando Salomón la llevó. Tuvo paz por todos lados. Aquí, su reino fue tipo del reino del Mesías; porque se le promete que tendrá a los gentiles por heredad y príncipes le adorarán. —La paz espiritual, el gozo y la santa seguridad de todos los fieles súbditos del Señor Jesús fueron tipificados por los de Israel. —El reino de Dios no es, como el de Salomón, cosa de comida y bebida sino, de lo que es infinitamente mejor, de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. El vasto número de sus ayudantes y la gran cantidad de personas que recurrían a él se muestran por el monto de la provisión diaria. Aquí Cristo supera lejos a Salomón, porque alimenta a todos sus súbditos, no con el pan que perece, sino con el que para vida eterna permanece.

Vv. 29—34. Fue más gloria para Salomón su sabiduría que su riqueza. Él tenía lo que aquí se llama anchura de corazón, porque a menudo se pone el corazón para referirse a los poderes de la mente. Tenía el don de la palabra y la sabiduría. Muy deseable es que quienes tienen grandes dones de cualquier clase, tengan anchura de corazón para usarlos para el bien del prójimo. —¡Qué tesoros de sabiduría y conocimiento se pierden! Pero cada clase de conocimiento que sea necesario para la salvación se halla en las Sagradas Escrituras. —A él vinieron personas de todas partes, que apreciaron más el conocimiento que sus vecinos, para oír la sabiduría de Salomón. En esto Salomón es tipo de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento; y escondidos para nosotros, pues Él es hecho por Dios sabiduría para nosotros. La fama de Cristo se difundirá por toda la tierra y los hombres de todas las naciones acudirán a Él, aprenderán de Él y tomarán su yugo que es liviano, y hallarán reposo para su alma.

CAPÍTULO V

Versículos 1—9. *El pacto de Salomón con Hiram.* 10—18. *Los obreros de Salomón para el templo.*

Vv. 1—9. Aquí está la determinación de Salomón para construir un templo. No hay adversario, no hay un Satanás, esta es la palabra: ningún instrumento del diablo para oponerse ni para desviar esto. Satanás hace todo lo que puede por estorbar la obra del templo. —Cuando no hay mal alrededor, estemos listos y activos en lo que es bueno y vamos adelante. Que las promesas de Dios vivifiquen nuestros esfuerzos. Que toda destreza y ventaja externa sean puestas al servicio de los intereses del reino de Cristo. —Si Tiro abastece a Israel con obreros, Israel suplirá de trigo a Tiro, Ezequiel xxvii, 17. Así, pues, por la sabia disposición de la Providencia, un país necesita del otro y se beneficia de otro para que haya interdependencia entre ellos para gloria de Dios.

Vv. 10—18. El templo fue edificado principalmente con las riquezas y trabajos de los gentiles, lo que tipifica el llamarlos a ser parte de la iglesia. Salomón mandó y ellos trajeron piedras costosas para el cimiento. Cristo que es puesto como el fundamento, es una piedra escogida y preciosa. Nosotros debemos echar nuestro fundamento con firmeza, y depositar la mayor parte de las penas en aquella parte de nuestra fe que yacen fuera de la vista de los hombres. Bienaventurados los que, como piedras vivas, van siendo edificados en una casa espiritual para habitación de Dios en el Espíritu. ¿Quién de nosotros edificará la casa del Señor?

CAPÍTULO VI

Versículos 1—10. *Edificación del templo de Salomón.* 11—14. *Promesas dadas en cuanto al templo.* 15—38. *Detalles sobre el templo.*

Vv. 1—10. El templo fue llamado casa de Jehová porque fue ordenado y concebido por Él e iba a ser empleado en su servicio. Esto le daba la belleza de la santidad, pues era la casa de Jehová, la que supera toda otra belleza. Iba a ser el templo del Dios de paz, por lo cual no debía oírse el sonido de herramienta de hierro; la quietud y el silencio convienen y ayudan a los ejercicios religiosos. La obra de Dios debe realizarse con mucho cuidado y sin ruido. El clamoreo y la violencia suelen estorbar, pero nunca adelantar la obra de Dios. De esta manera, el reino de Dios en el corazón del hombre crece en silencio, Marcos v, 27.

Vv. 11—14. Nadie se emplea en la obra de Dios sin que Él tenga su ojo puesto sobre ellos. Pero Dios da a conocer claramente a Salomón que toda la carga de la edificación del templo no lo excusaría de obedecer la ley de Dios, ni lo protegería de sus juicios en caso de desobediencia.

Vv. 15—38. Véase lo que tipifica este templo. —1. Cristo es el Templo *verdadero*. En Él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente; en Él se reúne todo el Israel espiritual de Dios; por medio de Él tenemos entrada a Dios con confianza. —2. Todo creyente es un templo *vivo* en quien habita el Espíritu de Dios, 1 Corintios iii, 16. Este templo vivo es edificado sobre el fundamento de Cristo y será perfeccionado a su debido momento. —3. La iglesia del evangelio es el templo *místico*. Crece como templo santo en el Señor, enriquecida y embellecida con los dones y las gracias del Espíritu. Este templo está firmemente edificado sobre la Roca. —4. El cielo es el templo *eterno*. Ahí quedará establecida la iglesia. Todos los que serán piedras de ese edificio, en el estado presente de preparación, deben acomodarse y prepararse para todo esto. Que los pecadores acudan a Jesús como fundamento vivo para ser edificados en Él, como parte de esta casa espiritual, consagrados en cuerpo y alma a la gloria de Dios.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—12. *Las edificaciones de Salomón.* 13—47. *Mobiliario del templo.* 48—51. *Vasos de oro.*

Vv. 1—12. Todas las edificaciones de Salomón, aunque bellas, estaban concebidas para ser usadas. Salomón empezó con el templo; primero edificó para Dios y, luego, los demás edificios. Los fundamentos más sólidos de la prosperidad duradera se echan en la piedad temprana. Tardó trece años en la edificación de su casa, pero edificó el templo en poco más de siete años; no que fuera más exacto sino que estaba menos ansioso por edificar su propia casa que por edificar la de Dios. Tenemos que preferir la honra de Dios a nuestra propia comodidad y satisfacción.

Vv. 13—47. Los dos pilares de bronce del pórtico del templo eran, como piensan algunos, para enseñar a quienes venían a adorar, a que dependieran sólo de Dios en cuanto a fuerza y equilibrio de todo sus ejercicios religiosos. “Jaquin” Dios fijará esta mente peregrina. Bueno es que el corazón esté establecido con gracia. “Boaz”, nuestra fuerza está en Él, que obra en nosotros tanto el querer como el hacer. La fuerza y la estabilidad espiritual se hallan en la puerta del templo de Dios, donde debemos aguardar los dones de la gracia para uso de los medios de gracia. —Los sacerdotes y los sacrificios espirituales deben lavarse en el lavacro de la sangre de Cristo y de la regeneración. Debemos lavarnos a menudo porque diariamente nos contaminamos. Son medios completos provistos para nuestra limpieza; así que será falta nuestra si echamos nuestra suerte entre los impíos

por siempre. Bendigamos a Dios por la fuente abierta por el sacrificio de Cristo para el pecado y la inmundicia.

Vv. 48—51. Cristo es ahora el Templo y el Edificador; el Altar y el Sacrificio; la Luz de nuestra alma y el Pan de vida; capaz de abastecer todas las necesidades de todos los que han apelado o apelarán a Él. Las imágenes externas no pueden representar, las palabras no pueden expresar, el corazón no puede concebir lo precioso que es, ni su amor. Vamos a Él y lavemos nuestros pecados en su sangre; procuremos la gracia purificadora de su Espíritu; mantengamos comunión con el Padre por su intercesión y rindámonos nosotros y todo lo que tengamos a su servicio. Siendo fortalecidos por Él, seremos aceptados, útiles y felices.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—11. *Dedicación del Templo.* 12—21. *La ocasión.* 22—53. *La oración de Salomón.* 54—61. *Bendición y exhortación.* 62—66. *Las ofrendas de paz de Salomón.*

Vv. 1—11. Entrar con el arca es la finalidad que debe coronar la obra: se hizo con mucha solemnidad. El arca fue instalada en el lugar indicado para su reposo en la parte interior de la casa, desde donde ellos esperaban que Dios les hablara: el lugar santísimo. Las varas del arca las sacaron, como para dirigir al sumo sacerdote hacia el propiciatorio sobre el arca, cuando éste entrara una vez al año, para rociar la sangre; de modo que continuaron siendo útiles, aunque ya no hubo ocasión para usarlas en el transporte del arca. La gloria de Dios que apareció en una nube puede significar: —1. La oscuridad de esa dispensación comparada con la luz del evangelio por la cual, a cara descubierta, contemplamos como en espejo la gloria del Señor. —2. La oscuridad de nuestro estado presente en comparación con la presencia de Dios, que será la felicidad del cielo, donde la gloria divina es develada.

Vv. 12—21. Salomón anima a los sacerdotes que quedaron estupefactos con la nube oscura. Las oscuras dispensaciones de la Providencia debieran vivificarnos para huir a refugiarnos en la esperanza del evangelio. Nada puede reconciliarnos más con ellas que considerar lo que Dios ha dicho, y comparar su palabra con sus obras. Cualquiera sea el bien que hagamos, debemos mirarlo como el cumplimiento de la promesa de Dios para con nosotros, no como el cumplimiento de nuestras promesas a Él.

Vv. 22—53. En su excelente oración, Salomón hace como nosotros debiéramos hacer en toda oración: da gloria a Dios. Las nuevas experiencias de la verdad de las promesas de Dios piden mayores alabanzas. Él pide la gracia y el favor de Dios. Las experiencias que tengamos del cumplimiento de sus promesas, debieran animarnos a depender de ellas y a reclamarlas; y quienes esperan nuevas misericordias, deben estar agradecidos por las anteriores. Las promesas de Dios deben ser las que dirigen nuestros deseos y la base de nuestra esperanza y de nuestras expectativas en la oración. Los sacrificios, el incienso y todo el servicio del templo eran tipo de los oficios, la oblación y la intercesión del Redentor. Por tanto, el templo tenía que ser recordado continuamente. —Con una sola palabra, 'perdonar' Salomón expresa todo cuanto podía pedir a favor de su pueblo. Porque como todas las miserias surgen del pecado, el perdón del pecado prepara el camino para quitar todo el mal y recibir todo bien. Sin eso ninguna liberación resulta en bendición. —Además de enseñar la palabra de Dios, Salomón suplica al Señor mismo que enseñe al pueblo a sacar provecho de todo, aun de sus castigos. Ellos harán conocer a cada hombre la plaga de su corazón, qué es lo que le hace doler; y extenderá sus manos en oración hacia esta casa; sea el problema corporal o

mental, lo presentarán ante Dios. Parece que se refiere especialmente a las cargas interiores. El pecado es la plaga de nuestros corazones; las corrupciones que moran en nosotros son nuestras enfermedades espirituales: todo israelita verdadero se esfuerza por conocerlas para mortificarlas y velar contra su aparición. Esto lo lleva a arrodillarse; lamentándolas extiende sus manos en oración. —Después de muchos detalles, Salomón concluye con la petición general a Dios para que escuche a su pueblo que ora. Ningún lugar ahora, en el evangelio, puede agregar a las oraciones hechas en Él o dirigidas hacia Él. La sustancia es Cristo; todo lo que pidamos en su nombre será dado. De esta manera, se establece y santifica el Israel de Dios, se recupera y sana al descarriado. De este modo, el extranjero se hace cercano, se consuela al doliente, se glorifica el nombre de Dios. El pecado es la causa de todos nuestros problemas; el arrepentimiento y el perdón conducen a toda felicidad humana.

Vv. 54—61. Nunca una congregación fue despedida con lo que más probablemente les afectara, y permaneciera en ellos. Lo que Salomón pide en esta oración todavía lo otorga la intercesión de Cristo, de quien la súplica de Salomón fue un tipo. Recibiremos suficiente gracia, conveniente y oportuna en todo momento de necesidad. Ningún corazón humano por sí solo está dispuesto a obedecer el llamado al arrepentimiento, a la fe y a la novedad de vida que formula el evangelio, andando en todos los mandamientos del Señor, sin embargo, Salomón exhorta a la gente a ser perfecta. Este es el método bíblico, nuestro deber es obedecer el mandamiento de la ley y el llamado del evangelio, viendo que hemos quebrantado la ley. Cuando nuestro corazón se inclina a ello, sintiendo nuestra pecaminosidad y debilidad, oramos pidiendo la ayuda divina; de este modo, somos hechos capaces de servir a Dios por medio de Jesucristo.

Vv. 62—66. Salomón ofreció un gran sacrificio. Observó la fiesta de los tabernáculos, según parece, después de la fiesta de la dedicación. —De esta manera debiéramos irnos a casa, regocijándonos por las santas ordenanzas, agradecidos por la bondad de Dios.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—9. *La respuesta de Dios a Salomón.* 10—14. *Los regalos de Salomón e Hiram.* 15—28. *Las edificaciones de Salomón—Su comercio.*

Vv. 1—9. Dios advierte a Salomón que él y su pueblo no deben creerse mejores de lo que son ahora que tienen el templo recién edificado y dedicado, sino que teman. Después de todo, los servicios que podamos realizar, nos dejan en las mismas condiciones que antes con el Señor. Nada puede adquirirnos la libertad para pecar, ni tampoco el creyente verdadero desea tal permiso. Más bien preferiría ser castigado por el Señor que sentirse autorizado a seguir con comodidad y prosperidad en el pecado.

Vv. 10—14. Salomón le dio veinte ciudades a Hiram, pero no le gustaron. Si Salomón lo quería agradar, que fuera en su propio elemento, convirtiéndose en su socio comercial, como hizo. Véase en qué manera la providencia de Dios adapta esta tierra a los variados temperamentos de los hombres y ajusta las disposiciones de los hombres a la tierra y, todo por el bien de la humanidad en general.

Vv. 15—28. He aquí otro relato de la grandeza de Salomón. Empezó por el lado correcto, porque construyó primero la casa de Dios y la terminó antes de empezar la propia; entonces Dios lo bendijo y prosperó en todas sus otras construcciones. Empezad por la piedad y seguirá la ganancia; dejad el placer para el final. Probablemente tengamos provecho cualesquiera sean los trabajos que pasemos

para la gloria de Dios y para provecho del prójimo. Canaán, la tierra santa, la gloria de todas las tierras, no tenía oro; lo cual muestra que el mejor producto es para el sustento de la vida, la propia y la del prójimo; eso producía Canaán. Salomón obtuvo mucho por su mercadería, sin embargo, nos ha dirigido a un mejor comercio al alcance del más pobre. La sabiduría es mejor que la ganancia de la plata y su fruto más que el oro fino, Proverbios iii, 14.

CAPÍTULO X

Versículos 1—13. *La reina de Sabá visita a Salomón.* 14—29. *La riqueza de Salomón.*

Vv. 1—13. La reina de Sabá vino a ver a Salomón para oír su sabiduría y mejorar la suya. Nuestro Salvador menciona sus preguntas sobre Dios a Salomón, como señalando la estupidez de quienes no buscan a Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Esperar y orar, escudriñar con diligencia las Escrituras, consultar a cristianos sabios y experimentados y practicar lo que hemos aprendido, es lo que nos librará de las dificultades. —La sabiduría de Salomón impresionó a la reina de Sabá mucho más que toda su prosperidad y grandeza. Hay una excelencia espiritual en las cosas celestiales y en los cristianos firmes, a lo cual ninguna fama hace justicia. Aquí la verdad resalta; todos los que, por medio de la gracia, son llevados a la comunión con Dios, dirán que no se les había dicho ni la mitad de los placeres y ventajas de los caminos de la sabiduría. Los santos glorificados dirán mucho más del cielo; dirán que no se les dijo ni la milésima parte, 1 Corintios ii, 9. Ella declaró felices a los que constantemente escuchaban a Salomón. Con mayor razón, nosotros decimos de los siervos de Cristo: Bienaventurados los que habitan en su casa; ellos seguirán aún alabándole. —Ella le hizo un regalo noble a Salomón. Cristo no necesita lo que nosotros le regalamos; pero querrá que lo hagamos para expresar nuestra gratitud. El creyente que ha estado con Jesús, regresará a su lugar, cumplirá prestamente sus deberes por mejores razones: esperar el día en que, ausente del cuerpo, esté presente con el Señor.

Vv. 14—29. Salomón aumentaba su riqueza. La plata no se contaba. Tal es la naturaleza de la riqueza mundana, cuya abundancia le resta valor; mucho más debiera el goce de las riquezas espirituales aminorar nuestra estima de las posesiones terrenales. Si el oro en abundancia hace despreciar la plata, la sabiduría, la gracia y el gustar de antemano del cielo, que es muchísimo mejor que el oro, ¿no hará que el oro sea estimado en poco? —Véase en la grandeza de Salomón el cumplimiento de la promesa de Dios, y estimúlenos para buscar primero la justicia del reino de Dios. Este es quien, habiendo gustado los placeres terrenales, escribió un libro para mostrar la vanidad de todas las cosas terrenales y la aflicción de espíritu que las acompaña, y la necedad de quienes ponen en ellas su corazón; y para recomendar seriamente la piedad, como lo que hará mucho más por hacernos felices que todas las riquezas y poder que pueda lograr; y por medio de la gracia de Dios, está a nuestro alcance.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—8. *Las esposas y concubinas de Salomón—Su idolatría.* 9—13. *La ira de Dios.* 14—25. *Los adversarios de Salomón.* 26—40. *El ascenso de Jeroboam.* 41—43. *Muerte de Salomón.*

Vv. 1—8. No hay en las Sagradas Escrituras un caso más más triste y asombroso sobre la depravación humana que el aquí registrado: ¡Salomón se volvió adorador público de abominables ídolos! Probablemente haya ido cediendo paulatinamente al orgullo y a la concupiscencia, perdiendo así su gusto por la verdadera sabiduría. Nada constituye en sí mismo un seguro contra lo engañoso y perverso del corazón humano. La edad avanzada no cura al corazón de ninguna propensión al mal. Si nuestras pasiones pecaminosas no son crucificadas y mortificadas por la gracia de Dios, nunca morirán por sí mismas, antes bien durarán aunque las oportunidades de satisfacerlas hayan sido quitadas. El que piensa estar firme, mire que no caiga. Vemos cuán débiles somos en nosotros mismos sin la gracia de Dios; por tanto, vivamos en constante dependencia de la gracia. Velemos y estemos sobrios: la nuestra es una guerra peligrosa y en territorio enemigo, aunque nuestros peores enemigos son los traidores que hay en nuestro mismo corazón.

Vv. 9—13. El Señor dijo a Salomón, probablemente por un profeta, lo que debía esperar de su apostasía. Aunque tengamos razón para esperar que se haya arrepentido y hallado misericordia, el Espíritu Santo no lo registra expresamente, pero lo deja en la duda, como advertencia para que los demás no pequen. Puede que se haya quitado la culpa, pero no el reproche; eso queda. Así que, debe seguir en duda para nosotros hasta el día del juicio, si Salomón fue dejado o no para sufrir el eterno desagrado de Dios ofendido.

Vv. 14—25. Mientras Salomón se mantuvo cerca de Dios y de su deber, no hubo enemigo que lo inquietara, pero aquí tenemos el relato de dos. Si Dios está de nuestro lado no tenemos que temer al mayor adversario; pero si Dios está contra nosotros, Él puede hacernos temer aun al menor de todos y la misma langosta será una carga. Aunque ellos estaban motivados por principios de ambición o venganza, Dios los usó para corregir a Salomón.

Vv. 26—40. Al narrar la razón porque Dios dividió el reino de la casa de Salomón, Ahías advierte a Jeroboam que se cuide de pecar por su ascenso. Pero la casa de David debe seguir; de ella saldría el Mesías. —Salomón trató de matar a su sucesor; ¿no había él mismo enseñado que cualesquiera sean los planes del corazón del hombre, el consejo del Señor prevalece? Pero él mismo cree que puede derrotar ese consejo. Jeroboam se retiró a Egipto y se contentó con vivir en el exilio y en la oscuridad por un tiempo, seguro de que iba a tener un reino al final. ¿No debiéramos estar contentos porque tenemos un mejor reino reservado?

Vv. 41—43. El reino de Salomón fue tan largo como el de su padre, pero no así su vida. El pecado acortó sus días. —Si el mundo con todas sus ventajas, pudiera satisfacer el alma y dar gozo real, Salomón lo hubiera hallado así. Pero él se desilusionó de todo, y para advertencia nuestra, dejó este registro escrito de todos los placeres terrenales. "Vanidad y aflicción de espíritu". —El Nuevo Testamento declara que uno más grande que Salomón viene a reinar sobre nosotros, y a tomar posesión del trono de David su padre. ¿No podemos ver algo de la excelencia de Cristo representada tenuemente en esta figura para nosotros?

CAPÍTULO XII

Versículos 1—15. *Ascensión de Roboam—La petición del pueblo—Su respuesta.* 16—24. *Rebelión de diez tribus.* 25—33. *La idolatría de Jeroboam.*

Vv. 1—15. Las tribus no se quejaron a Roboam por la idolatría de su padre y su rebelión contra Dios. La ofensa más grave no era nada para ellos; tan negligentes eran en materia de religión, si

podían vivir cómodos y sin pagar tributos. A los espíritus contenciosos nunca les faltará de qué quejarse. Cuando vemos el relato bíblico del reino de Salomón, la paz, la riqueza, y la prosperidad que entonces disfrutó Israel, no podemos dudar que sus acusaciones eran falsas, o ajenas a la verdad. —Roboam contestó al pueblo conforme al consejo de los jóvenes. No hay hombre más cegado por el orgullo y el deseo del poder arbitrario, que el que piensa que eso no es fatal. Así fueron cumplidos los consejos de Dios. Dejó a Roboam librado a su insensatez y escondió de sus ojos las cosas que correspondían a su paz, para que el reino le fuese quitado y dividido. Dios usa para sus propósitos sabios y justos las imprudencias y los pecados de los hombres. Los que pierden el reino de los cielos es porque lo arrojan lejos, voluntaria y neciamente, como Roboam.

Vv. 16—24. El pueblo habló de David en forma inconveniente. ¡Cuán pronto se olvidan los hombres buenos y sus buenos servicios al público! Estas consideraciones debieran reconciliarnos con nuestras pérdidas y problemas, que Dios es el Autor de ellos y nuestros hermanos son sus instrumentos: no abriguemos deseos de venganza. Roboam y su gente escucharon la palabra del Señor. Cuando sabemos qué piensa Dios, debemos someternos, por más que esto moleste nuestra mente. Si tenemos la seguridad del favor de Dios, ni siquiera todo el universo puede dañarnos.

Vv. 25—33. Jeroboam desconfiaba de la providencia de Dios; él concebiría maneras y medios, pecaminosos también, para su propia seguridad. La incredulidad en la suficiencia total de Dios se halla en el fondo de todos nuestros alejamientos de Él. Aunque es probable que su adoración estuviera dirigida a Jehová el Dios de Israel, era contrario a la ley divina y deshonroso para la majestad divina ser representada de esa manera. A la gente puede haberle molestado menos adorar al Dios de Israel en forma de una imagen, que si de inmediato se les hubiera pedido que adoraran a Baal; pero eso abrió el camino a la idolatría. —Bendito Señor, danos gracia para reverenciar tu templo, tus ordenanzas, tu casa de oración, tus días de reposo y que nunca más, como Jeroboam, pongamos en nuestro corazón ningún ídolo abominable. Sé tú para nosotros todo lo que nos es precioso; que tú reines y gobierne nuestro corazón, esperanza de gloria.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—10. *Reprobación del pecado de Jeroboam.* 11—22. *El profeta engañado.* 23—34. *Muerte del profeta desobediente—Obstinación de Jeroboam.*

Vv. 1—10. Al amenazar el altar, el profeta amenaza al fundador y a los adoradores. El culto idolátrico no continuará, pero la palabra de Jehová permanecerá para siempre. La predicción afirma claramente que la familia de David continuaría, y apoyaría la verdadera religión, cuando las diez tribus ya no fueran capaces de resistirlos. Si Dios, con justicia, endurece el corazón de los pecadores, para que no puedan retirar arrepentidos la mano que extendieron al pecado, eso es un juicio espiritual, representado por esto, y mucho más espantoso. —Jeroboam buscó ayuda, no de sus becerros, sino solamente de Dios, de su poder y favor. Puede llegar el momento en que los que aborrecen la predicación, se alegren de las oraciones de los ministros fieles. Jeroboam no desea que el profeta ore para que su pecado sea perdonado y cambiado su corazón, sino sólo que su mano sea restaurada. Él pareció afectado momentáneamente por el juicio y por la misericordia, pero la impresión se desvaneció. —Dios prohibió a su mensajero que comiera o bebiera en Betel para mostrar su aborrecimiento por su idolatría y apostasía de Dios, y para enseñarnos a no tener comunión con las obras de las tinieblas. No han aprendido a negarse a sí mismos quienes no pueden desechar una comida prohibida.

Vv. 11—22. La conducta del viejo profeta prueba que realmente no era un hombre bueno. Cuando el cambio ocurrió bajo Jeroboam, aquel prefirió su comodidad e interés a su religión. Él usó un método muy malo para hacer regresar al profeta bueno. Todo era mentira. Los creyentes están en mayor peligro de ser desviados de su deber por las pretensiones engañosas de santidad. —Puede llamarnos la atención que el profeta malo no fue castigado, mientras que el santo varón de Dios fue castigado súbita y severamente. ¿Qué haremos con todo esto? Los juicios de Dios trascienden nuestro poder de comprensión, y hay un juicio venidero. Nada puede excusar un acto voluntario de desobediencia. Esto demuestra lo que deben esperar los que escuchan al gran engañador. Los que ceden ante él como tentador, serán aterrados por él como atormentador. A los que adula ahora, después los atacará violentamente; y a los que lleva al pecado tratará de llevarlos a la desesperación.

Vv. 23—34. A Dios le disgustan los pecados de su pueblo; nadie será protegido en su desobediencia, por el oficio que ejerce, por su cercanía a Dios, ni por ningún otro servicio que haya hecho por Él. A todos los que le sirven, Dios les advierte que observen estrictamente sus órdenes. No podemos ser jueces de los hombres por sus sufrimientos, ni de pecados por los castigos presentes; la carne es destruida en algunos para que el espíritu sea salvo; la carne es halagada en otros para que el alma madure para el infierno. —Jeroboam no se arrepintió de su mal camino. Se prometió que los becerros asegurarían la corona a su familia, pero la perdieron y él hundió a su familia. Se traicionan a sí mismos los que piensan sostenerse por cualquier pecado. Temamos prosperar por medios pecaminosos; oremos para ser resguardados de todo engaño y tentación, y ser capacitados para andar con perseverancia abnegada en el camino de los mandamientos de Dios.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—6. *Abías se enferma y su madre consulta a Ahías*. 7—20. *La destrucción de la casa de Jeroboam.* 21—31. *El reino malvado de Roboam.*

Vv. 1—6. “En aquel tiempo”, cuando Jeroboam hizo lo malo, su hijo se enfermó. Cuando la enfermedad llega a nuestra familia debemos preguntarnos si no habrá algún pecado específico que se albergue en nuestra casa, por el cual se envía la aflicción para acusarnos y reclamarnos de ese pecado. —Hubiera sido más piadoso si hubiera deseado saber por qué Dios contendía con él; si hubiera pedido las oraciones del profeta y desechado sus ídolos; pero la mayoría de la gente prefiere que les digan la suerte, y no sus faltas o su deber. —Mandó a buscar a Ahías porque éste le había dicho que sería rey. Los que por el pecado se descalifican para las consolaciones y, sin embargo, esperan que sus ministros porque son hombres buenos les hablen la paz y consuelo, se engañan a sí mismos y a sus ministros. —Mandó a su esposa disfrazada para que el profeta le respondiera su pregunta sobre su hijo solamente. De esta manera algunos limitan a sus ministros para que suavicen las cosas, y no les interesa que se les declare todo el consejo de Dios, no sea que se profetice algo no bueno para ellos, sino malo. Pero ella sabe, a la primera palabra, en qué tiene que confiar. Las noticias para quien tiene una porción con los hipócritas serán noticias espantosas. Dios juzgará a los hombres conforme a lo que son, no por lo que parecen ser.

Vv. 7—20. Sea que llevemos o no una cuenta de las misericordias de Dios, Él sí la lleva; las pondrá en orden delante de nosotros para nuestra mayor confusión, si somos ingratos. Ahías anuncia la pronta muerte del niño enfermo, por misericordia para él. Este niño era el único, en la casa de Jeroboam, que tuvo afecto por la adoración verdadera de Dios y le disgustaba la adoración de los becerros. Para mostrar el poder y la soberanía de su gracia, Dios salva a algunos miembros de las peores familias, en los cuales hay *algo* bueno para el Señor Dios de Israel. Los justos son librados

del mal que viene a este mundo, y llevados al bien de un mundo mejor. Suele ser una mala señal para una familia cuando se sepulta a los mejores de ella. Pero su muerte no es pérdida para ellos. Era una aflicción presente para la familia y para el reino, aflicción que debió servir de instrucción, al reino y a la familia. —Dios además anuncia los juicios que sobrevendrán al pueblo de Israel por conformarse a la adoración establecida por Jeroboam. Después que salió de la casa de David, el gobierno nunca duró mucho en otra familia; una saboteaba y destruía a la otra. Las familias y los reinos son arruinados por el pecado. Si los grandes hombres hacen lo malo, arrastran a muchos otros a la culpa y al castigo. La condena de ellos será muy severa porque deben responder no sólo por sus pecados sino por los pecados a que han arrastrado y en los cuales han mantenido a otros.

Vv. 21—31. Aquí nada bueno se dice de Roboam, y se dice mucho para desventaja de sus súbditos. La abundancia de los peores crímenes, del peor de los paganos, en Jerusalén, la ciudad que el Señor había escogido para su templo y para ser adorado, demuestra que nada puede mejorar el corazón de los hombres caídos, sino la gracia santificadora del Espíritu Santo. En ella sólo podemos confiar; por tanto, oremos diariamente por ella, para nosotros y todos los que nos rodean. El esplendor de su templo, la pompa de su sacerdocio, y todas las ventajas con que estaba asociada su religión, no fue suficiente para mantenerlos cerca de ella; nada sino el derramamiento del Espíritu mantendrá la lealtad del Israel de Dios. —El pecado deja al descubierto, empobrece y debilita a toda persona. Sisac, rey de Egipto, vino y se llevó los tesoros. El pecado hace que el oro se opaque, que cambie el oro más fino y se vuelva bronce.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—8. *Reinado malvado de Abiam, rey de Judá.* 9—24. *Buen reinado de Asa, rey de Judá.* 25—34. *Reinados malvados de Nadab y Baasa en Israel.*

Vv. 1—8. El corazón de Abiam no era perfecto para con Jehová su Dios; él quería sinceridad; empezó bien, pero cayó y anduvo en todos los pecados de su padre, siguiendo su mal ejemplo, aunque había visto las malas consecuencias. La familia de David continuó como lámpara en Jerusalén, para mantener allí la verdadera adoración de Dios, cuando la luz de la verdad divina estaba extinguida en todos los demás lugares. El Señor aún cuida su causa mientras quienes debieron servir en ella, vivieron y perecieron en sus pecados. El Hijo de David aún seguiría siendo una luz para su iglesia, para establecerla en verdad y justicia al final del tiempo. —Hay dos clases de cumplimiento de la ley: uno *por la ley* y el otro por el *evangelio*. Es legal cuando los hombres hacen las cosas requeridas en la ley y para sí mismos. Nadie nunca cumplió así la ley, salvo Cristo y Adán antes de caer. La manera de cumplir la ley por el evangelio es creer en Cristo que ha cumplido la ley por nosotros y proponerse en todo el obedecer a Dios en todos sus preceptos. Esto es aceptado por Dios como por todos los que son en Cristo. Así se dice que David y otros cumplieron la ley.

Vv. 9—24. Asa hizo lo recto a ojos de Jehová. Recto es sin duda lo que es bueno a los ojos de Dios. El período de Asa fue de reforma. Eliminó lo malo; su reforma empieza con eso, y halló mucho que hacer. Cuando Asa halló idolatría en la corte, la extirpó de raíz. La reforma debe empezar por casa. Asa honra y respeta a su madre; él la quiere, pero ama más a Dios. Quienes tienen poder son dichosos cuando tienen un corazón que les permite usarlo bien. No sólo debemos dejar de hacer lo malo; tenemos que aprender a hacer lo bueno; no sólo quitar los ídolos de nuestra iniquidad, sino dedicarnos nosotros mismos, y todo lo que tenemos, a la honra y gloria de Dios. —Asa se dedicó cordialmente al servicio de Dios, y sus pecados no surgieron de atrevimiento. Pero su alianza con Ben-Hadad surgió de falta de fe. Aun los creyentes verdaderos encuentran difícil confiar en el Señor

con todo el corazón en momentos de peligro inminente. La falta de fe da lugar a la política carnal y, así se abre paso a un pecado tras otro. La falta de fe ha llegado al punto de llevar a los cristianos a pedir socorro de los enemigos del Señor, en sus luchas contra los hermanos; algunos que una vez resplandecieron, han sido cubiertos por una nube negra al final de sus días.

Vv. 25—34. Durante el reinado de Asa en Judá, el gobierno de Israel estuvo en seis o siete manos diferentes. Obsérvese la ruina de la familia de Jeroboam; ninguna palabra de Dios caerá en tierra. Las amenazas divinas no son sólo para aterrorizar. —Los impíos ejecutan los justos juicios de Dios uno contra el otro. Pero en medio de pecados espantosos y esta aparente confusión, el Señor lleva adelante su plan: cuando esté completo, la justicia, sabiduría y misericordia gloriosas allí desplegadas, será admiradas y adoradas por todas las edades de la eternidad.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—14. *Reinados de Baasa y Ela en Israel.* 15—28. *Reinados de Zimri y Omri en Israel.* 29—34. *La maldad de Acab—Hiel reconstruye Jericó.*

Vv. 1—14. Este capítulo se relaciona totalmente con el reino de Israel y las revoluciones de ese reino. Dios aún llama a Israel su pueblo, aunque desgraciadamente corrompido. Jehú anuncia que vendría sobre la familia de Baasa, la misma destrucción que ese rey había traído sobre la familia de Jeroboam. Quienes se parecen a otros en sus pecados, pueden esperar parecérseles en las plagas que sufren, especialmente los que parecen celosos de pecados en otros que son como los que se permiten a sí mismos. —El mismo Baasa muere en paz y es enterrado con honor. Aquí se ve claramente que hay castigo después de la muerte, que es lo que más hay que temer. —Que Ela sea una advertencia para los borrachos que sólo saben que la muerte puede sorprenderlos. La muerte viene *fácilmente* a los hombres cuando están ebrios. Además de las enfermedades que se acarrean los hombres cuando beben, cuando se hallan en ese estado, los hombres son fácilmente vencidos por un enemigo y proclives a graves accidentes. La muerte viene en forma *terrible* a los hombres en tal estado, los halla en el acto del pecado e inútiles para un acto de devoción. Ese día les llega sin que se den cuenta. La Palabra de Dios se cumplió y se tomó cuenta de los pecados de Baasa y Ela porque con ellos provocaron a Dios. Sus ídolos son llamados vanidades, porque los ídolos no aprovechan ni socorren; miserables son quienes tienen como dioses sus vanidades.

Vv. 15—28. Cuando los hombres abandonan a Dios son entregados a una plaga tras otra. Los hombres soberbios se arruinan mutuamente. Omri luchó con Tibni durante unos años. Aunque no siempre entendemos las reglas por las cuales Dios gobierna las naciones e individuos en su providencia, podemos aprender lecciones útiles de la historia que tenemos ante nosotros. Cuando los tiranos se suceden unos a otros y hay masacres, conspiraciones y guerras civiles, podemos tener toda la seguridad de que el Señor tiene una controversia con el pueblo por sus pecados; ellos son llamados a gran voz al arrepentimiento y a reformarse. —Omri se hizo infame por su maldad. Muchos hombres malos han sido hombres de poder y renombre; han construido ciudades y sus nombres se hallan en la historia, pero no tienen su nombre en el libro de la vida.

Vv. 29—34. Acab hizo lo malo más que todos los que reinaron antes que él, y lo hizo con particular encono contra Jehová e Israel. No se satisfizo con romper el segundo mandamiento adorando imágenes; también quebrantó el primero adorando otros dioses: tomar a la ligera los pecados menores, abre el camino para los mayores. —Casarse con otros ofensores atrevidos también acrecienta la maldad y apresura a los hombres a ir a los más grandes excesos. —Uno de los súbditos

de Acab, siguiendo el ejemplo de su osadía se aventuró a reconstruir Jericó. Como Acán, se metió con el anatema; tomó para uso propio lo que estaba dedicado a la honra de Dios: empezó a edificar desafiando la maldición bien conocida en Israel; pero nunca alguien endureció su corazón contra Dios y prosperó. —Que la lectura de este capítulo nos haga notar el fin horroroso de todos los hacedores de iniquidad. ¿Y qué entrega la historia de todos los hombres impíos, cualquiera haya sido el rango o situación en que se movieron, sino tristes ejemplos de lo mismo?

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—7. *Elías alimentado por los cuervos.* 8—16. *Elías enviado a Sarepta.* 17—24. *Elías resucita al hijo de la viuda.*

Vv. 1—7. Dios adapta maravillosamente a los hombres para la obra que los llama. Los tiempos eran adecuados para un Elías; Elías era apto para esos tiempos. El Espíritu del Señor sabe equipar a los hombres para cada ocasión. Elías informó a Acab que Dios estaba disgustado con los idólatras, y que los castigaría con la falta de lluvia, cosa que los dioses que ellos servían, no podían dar. —Se dio a Elías orden de esconderse. Si la providencia nos llama a la soledad y el retiro, nos corresponde ir: cuando no podemos ser útiles, debemos ser pacientes; y cuando no podemos trabajar para Dios, debemos sentarnos quietos y en silencio para Él. Se designó a los cuervos para que le llevaran alimento, y así hicieron. Que los que viven al día, aprendan a vivir de la Providencia confiando en ella para el pan diario. Dios pudo enviar ángeles para que lo atendieran, pero prefirió mostrar que puede servir sus propósitos con las criaturas más bajas, tan eficazmente como con las más poderosas. —Elías parece haber continuado así por más de un año. Falló la provisión natural de agua, que venía por la providencia, pero la milagrosa provisión de comida, asegurada a él por una promesa, no faltó. Si los cielos fallan, naturalmente falla la tierra; tal es todo nuestro consuelo como criaturas: los perdemos cuando más los necesitamos, como los arroyos en el verano. Pero hay un río que alegra la ciudad de Dios, que nunca se seca, un manantial de agua del que brota vida eterna. ¡Señor, danos de esa agua viva!

Vv. 8—16. Había muchas viudas en Israel en la época de Elías, y es probable que algunas le hubieran acogido en su casa, pero es enviado a honrar y bendecir con su presencia una ciudad de Sidón, un pueblo gentil, y así llega a ser el primer profeta a los gentiles. Jezabel era la mayor enemiga de Elías, pero para mostrar cuán impotente era su maldad, Dios halla un escondite para él en el mismo país de ella. —La persona designada para acoger a Elías no es uno de los ricos o grandes de Sidón, sino una viuda pobre, necesitada y desolada, la cual se le da la capacidad y la disposición de mantenerlo. Es el camino de Dios y es su gloria usar y honrar lo necio y lo débil del mundo. Oh, mujer, grande es tu fe; que ni siquiera en Israel se ha hallado igual. —Ella creyó la palabra del profeta, que no saldría perdiendo. Quienes se aventuran basados en la promesa de Dios, no encuentran difícil exponerse y despojarse a sí mismos en su servicio, dándole primero su parte. Ciertamente el aumento de la fe de la viuda, para capacitarla para negarse a sí misma y depender de la promesa divina, fue un gran milagro en la esfera de la gracia, como el aumento de su comida y aceite en la esfera de la providencia. Bienaventurados todos los que, contra toda esperanza, pueden creer y obedecer en esperanza. Esta viuda dio al profeta una comida de pobre; como recompensa, ella y su hijo comieron por más de dos años en tiempos de hambre. Tener comida del especial favor de Dios, y en tan buena compañía como la de Elías, lo hacía todo más que doblemente dulce. A los que confían en Dios se les promete que no serán avergonzados en el día malo; en días de hambre serán satisfechos.

Vv. 17—24. Ni la fe ni la obediencia eliminan las aflicciones y la muerte. Estando muerto su hijo, la madre le habló al profeta, antes que dar rienda suelta a su tristeza, más bien con esperanza de alivio. Cuando nos quita nuestras consolaciones, Dios nos recuerda nuestros pecados contra nosotros, quizá los pecados de nuestra juventud, aunque haga mucho que pasaron. Cuando recuerda nuestros pecados contra nosotros, se propone enseñarnos a recordarlos contra nosotros mismos para arrepentirnos de ellos. —La oración de Elías fue indudablemente dirigida por el Espíritu Santo. El niño volvió a vivir. Véase el poder de la oración y el poder de Aquel que oye la oración.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—16. *Elías manda noticia a Acab de su llegada.* 17—20. *Elías se encuentra con Acab.* 21—40. *Juicio de Elías contra los falsos profetas.* 41—46. *Elías hace llover por medio de la oración.*

Vv. 1—16. Los juicios más severos, de por sí, no humillan ni cambian el corazón de los pecadores; nada, excepto la sangre de Jesucristo, puede expiar la culpa del pecado; nada, excepto el Espíritu santificador de Dios puede purgar su inmundicia. —Los sacerdotes y los levitas se habían ido a Judá y Jerusalén, 2 Crónicas xi, 13, 14, pero, en lugar de ellos, Dios levantó profetas, que leían y exponían la Palabra. Probablemente ellos eran de la escuela de profetas organizada por Samuel. No tenían el espíritu de profecía como Elías, pero enseñaban a la gente a mantenerse cerca del Dios de Israel. Jezabel procuraba destruirlos. Los pocos que escapaban de la muerte se veían forzados a esconderse. —Dios tiene su remanente entre todas las clases, altas y bajas; y la fe, el temor y el amor de su Nombre, que son fruto del Espíritu Santo, serán aceptados por medio del Redentor. Véase cuán maravillosamente levanta Dios amigos para sus ministros y su pueblo, para ampararlos en tiempos difíciles. Pan y agua escaseaban ahora, pero Abdías encontrará suficiente para los profetas de Dios, para mantenerlos vivos. —La preocupación de Acab era no perder todas las bestias, pero no le preocupaba perder su alma. Se esforzaba mucho en busca de pasto, pero nada para procurar el favor de Dios; luchaba contra el efecto, sin preguntar cómo eliminar la causa. Pero es una buena señal para el pueblo, cuando Dios llama a sus ministros a ponerse de pie y a mostrarse. Podemos en mejor forma tolerar el pan de la aflicción cuando nuestros ojos ven a nuestros maestros.

Vv. 17—20. Uno puede imaginar cuál es el afecto que la gente tiene por Dios, observando el afecto por su pueblo y por sus ministros. Ha sido destino de los hombres más útiles, como Elías, ser llamados y contados como alborotadores de la tierra. Pero los que hacen el mal son los que provocan los juicios de Dios, y no los que los anuncian y advierten a la nación que se arrepienta.

Vv. 21—40. Muchos del pueblo vacilaron en sus juicios y cambiaron de práctica. Elías los llamó para que determinaran si Jehová o Baal era el supremo Dios, que existe por sí mismo, Creador, Rey y Juez de este mundo, y que le siguieran solo a Él. Peligroso es claudicar entre el servicio de Dios y el servicio del pecado, el dominio de Cristo y el dominio de nuestras concupiscencias. Si Jesús es el único Salvador, aferrémonos solo a Él para todo; si la Biblia es la palabra de Dios, reverenciémosla, recibámosla y sometamos nuestro entendimiento a su enseñanza divina. —Elías se propuso llevar a juicio el asunto. Baal tenía todas las ventajas externas, pero el suceso estimula a todos los testigos y defensores de Dios para que no teman el rostro del hombre. El que responde con fuego, sea Dios: había que hacer la expiación con el sacrificio, antes que la condenación fuese quitada por misericordia. Por tanto, el Dios que tiene poder para perdonar el pecado, y para demostrarlo consumiendo la ofrenda por el pecado, debe ser por necesidad el Dios que puede aliviar la calamidad. —Dios nunca requirió de sus adoradores que le honraran a la manera de los adoradores

de Baal; pero el servicio del diablo, aunque a veces complace y halaga el cuerpo, en otras cosas, no obstante, es realmente cruel con el cuerpo, como en la envidia y la ebriedad. Dios exige que mortifiquemos nuestras concupiscencias y corrupciones; pero las penitencias y severidades corporales no le agradan. ¿Quién ha pedido estas cosas de sus manos? Unas pocas palabras emitidas con fe cierta, con ferviente afecto por la gloria de Dios, y amor por las almas de los hombres, o sediento de la imagen del Señor y su favor, forman la ferviente oración eficaz del justo, que puede mucho. —Elías no procuró su propia gloria, sino la de Dios por el bien del pueblo. El pueblo está del todo de acuerdo, convencido y satisfecho: Jehová, Él es el Dios. Algunos, esperamos, tuvieron un cambio en su corazón, pero la mayoría sólo se convenció, no se convirtió. Bienaventurados los que no han visto lo que éstos vieron y, sin embargo, creyeron, y han trabajado por ello más que los que lo vieron.

Vv. 41—46. Israel, reformado al punto de reconocer que el Señor es Dios, y para consentir que se ejecutara a los profetas de Baal, fue aceptado al punto que Dios derramó bendiciones sobre la tierra. —Elías continuó orando largo rato. Aunque la respuesta a nuestras súplicas fervorosas y de fe no lleguen pronto, debemos continuar orando fervientes, sin desmayar ni rendirnos. —Una nubecita apareció por fin; pronto se desparramó por los cielos y regó la tierra. Las grandes bendiciones suelen surgir de comienzos pequeños, las lluvias abundantes de una nube como la palma de la mano. Que nunca despreciemos el día de las cosas pequeñas, antes bien, esperemos con la esperanza que de ellas salgan grandes cosas. ¡De qué comienzos pequeños han surgido grandes cosas! Así es en todos los bondadosos procedimientos de Dios con el alma. Escasamente se notan las primeras obras de su Espíritu en el corazón, pero crecen y dejan maravillados a los hombres, y logran el aplauso de los ángeles. Elías pidió a Acab que volviera a casa y le esperara. Dios fortalece a su pueblo para todo servicio al cual sus mandamientos y su providencia lo llaman. —Las terribles muestras de la justicia y santidad divina hacen desfallecer al pecador, suscitan confesiones y disponen para la obediencia externa mientras dura la impresión; pero la vista de esto con misericordia, amor y confianza en Cristo Jesús es necesaria para llevar el alma a humillarse, confiar y amar. El Espíritu Santo emplea ambas cosas en la conversión de los pecadores; cuando los pecadores se impresionan con las verdades divinas, deben ser exhortados a dedicarse a los deberes a que el Salvador llama a sus discípulos.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—8. *Elías huye al desierto.* 9—13. *Dios se manifiesta a Elías.* 14—18. *La respuesta de Dios para Elías.* 19—21. *El llamamiento de Eliseo.*

Vv. 1—8. Jezabel envió un mensaje amenazador a Elías. Los corazones carnales son endurecidos y enfurecidos contra Dios, por aquello que debe convencerlos de pecado y vencerlos. La mucha fe no siempre es sinónimo de fe firme o fuerte. Elías podía ser útil a Israel en este momento y tenía toda la razón para depender de la protección de Dios mientras hacía la obra de Dios, pero huye. El suyo no era el deseo deliberado de la gracia, como el de Pablo, de irse y estar con Cristo. Así, Dios dejó solo a Elías para mostrar que cuando era osado y fuerte, era en el Señor y en el poder de su fuerza; pero solo no era mejor que sus padres. Aunque nosotros no sabemos, Dios sabe qué designio tiene para nosotros, qué servicios, qué pruebas, y Él se encargará de darnos gracia suficiente.

Vv. 9—13. La pregunta que hace Dios, ¿qué haces aquí, Elías? Es un reproche. A menudo nos correspnde preguntar si estamos en nuestro lugar, y en la senda del deber: ¿estoy dónde debo estar? ¿A dónde me llama Dios, dónde está mi obra, y dónde puedo ser útil? Elías se queja de la gente y de

su obstinación para pecar; yo soy el único que queda. Desesperar del éxito puede estorbar muchas buenas empresas. —¿Fue hasta allí Elías para encontrarse con Dios? Él descubrirá que Dios le saldrá al encuentro. El viento, el terremoto, el fuego no le hicieron taparse la cara, pero sí el silbo suave y apacible. Las almas bondadosas son más afectadas por las tiernas misericordias del Señor que por sus terrores. La suave voz de Aquel que habla desde la cruz, o del trono de la gracia, va acompañada de un poder peculiar para tomar posesión del corazón.

Vv. 14—18. Dios repite la pregunta: ¿Qué haces aquí? Entonces él se lamenta de su desazón, y ¿a dónde irán los profetas de Dios con esa clase de quejas sino a su Señor? —El Señor le dio una respuesta. Declara que la malvada casa de Acab será desarraigada, que el pueblo de Israel será castigado por sus pecados; y muestra que Elías no había quedado solo, como él suponía, y que, además se le daría un ayudante. De esta manera fueron contestadas y satisfechas todas sus quejas. —Los fieles de Dios suelen ser a menudo sus protegidos, Salmo lxxxiii, 3, y la iglesia visible apenas se puede ver: el trigo se pierde entre la cizaña, y el oro en el oropel, hasta que llegue el día de separar, refinar y cernir. Conoce el Señor a los que son suyos, aunque nosotros no; Él ve en lo secreto. Cuando lleguemos al cielo echaremos de menos a muchos que pensamos, íbamos a encontrar allá; encontraremos a muchos que no pensamos encontrar allá. El amor de Dios frecuentemente resulta ser más grande que la caridad del hombre, y mucho más amplio.

Vv. 19—21. Elías encontró a Eliseo por orden divina, no en la escuela de los profetas sino en el campo; no leyendo, orando ni sacrificando, sino arando. La ociosidad no honra al hombre, ni la agricultura es desgracia para ningún hombre. Un llamado honesto en el mundo no nos saca del camino de nuestro llamamiento celestial, más de lo que afectó a Eliseo. Su corazón fue tocado por el Espíritu Santo y él estuvo listo para dejarlo todo para ayudar a Elías. Es en el día de su poder que su pueblo se ofrecerá voluntario; ni tampoco irá nadie a Cristo a menos que sean llevados a Él. Era una época desalentadora para que los profetas salieran. Un hombre que consultara con carne y sangre no hubiera querido el manto de Elías, pero Eliseo deja todo alegremente para acompañarlo. Cuando el Salvador dijo: Sígueme, fueron abandonados alegremente los amigos más queridos y las ocupaciones más provechosas, y se cumplieron los deberes más arduos por amor a su nombre. Que nosotros, en forma similar, sintamos la energía de su gracia obrando poderosamente en nosotros, y que, por una sumisión sin reservas, podamos de inmediato asegurar nuestro llamamiento y elección.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—11. *Ben-adad sitia Samaria.* 12—21. *Derrota de Ben-adad.* 22—30. *Nueva derrota de los sirios.* 31—43. *Acab hace la paz con Ben-adad.*

Vv. 1—11. Ben-adad envió una demanda muy insolente a Acab. Este respondió con una sumisión muy ignominiosa; el pecado pone en aprietos a los hombres, al dejarlos fuera de la protección divina. Si Dios no nos manda, lo harán nuestros enemigos: la culpa descorazona a los hombres y los acobarda. —Acab desesperó. Los hombres dejarán sus cosas más placenteras, lo que más aman, para salvar la vida; sin embargo, prefieren perder el alma antes que separarse de cualquier placer o interés para impedirlo. He aquí uno de los dichos más sabios que haya dicho Acab, y es una buena lección para todos. Necio es jactarse del día de mañana puesto que no sabemos lo que puede traer. Aplíquese a nuestros conflictos espirituales. Pedro cayó por tener confianza en sí mismo. Bienaventurado el hombre que nunca baja su guardia.

Vv. 12—21. Los orgullosos sirios fueron derrotados y los despreciados israelitas fueron los vencedores. Las órdenes del orgulloso rey ebrio desorganizaron sus tropas impidiéndoles atacar a los israelitas. Los que se sienten más seguros suelen ser los que tienen menos valor. Acab mató a los sirios con una tremenda camicería. Dios hace frecuentemente que un hombre malo azote al otro.

Vv. 22—30. Los de Ben-adad le aconsejaron que cambiara de terreno. Dieron por sentado que no era Israel, sino los dioses de Israel, los que los vencieron; pero hablan con mucha ignorancia de Jehová. Suponen que Israel tenía muchos dioses a los cuales atribuian poder limitado dentro de cierta jurisdicción; así de vanos eran los gentiles en lo que imaginaban acerca de Dios. La mayor sabiduría en asuntos mundanos suele ir unida con la necedad más despreciable en las cosas de Dios.

Vv. 31—43. Este estímulo tienen los pecadores para arrepentirse y humillarse ante Dios. ¿No hemos oído que el Dios de Israel es un Dios misericordioso? ¿No lo hemos hallado así? Eso es arrepentimiento del evangelio, que fluye de la aprehensión de la misericordia de Dios en Cristo; hay perdón en él. ¡Qué cambio hay aquí! El más altivo en la prosperidad resulta ser, a menudo, el más abyecto en la adversidad; un espíritu maligno afecta al hombre en ambas condiciones. Hay gente a la que, como Acab, se le otorga malamente el éxito; no saben cómo servir a Dios con su prosperidad, ni a su generación o, ni siquiera, sus intereses verdaderos; que se muestre favor al malo, pero no aprenderá justicia. —El profeta decretó reprobar a Acab con una parábola. Si se castiga a un buen profeta por no golpear a su amigo, y amigo de Dios, cuando Dios manda: “Golpea”, un rey malo será hallado digno de un castigo mucho más doloroso, cuando salva a su enemigo y enemigo de Dios, cuando Dios mandó: “Ataca”. Acab se fue a su casa, disgustado y molesto, no un verdadero penitente, ni procurando deshacer lo que había hecho mal, totalmente malhumorado a pesar de su victoria. —¡Ay! Muchos que oyen la buena nueva de Cristo están muy atareados aquí y allá hasta que pasa el día de la salvación.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—4. *Acab codicia la viña de Nabot.* 5—16. *Nabot asesinado por Jezabel.* 17—29. *Elías anuncia juicios contra Acab.*

Vv. 1—4. Quizá Nabot se haya alegrado con tener una viña situada tan cerca de palacio, pero la situación le resultó fatal; la fortuna de más de un hombre ha sido su lazo, y de mala consecuencia el estar cerca de los grandes. —El descontento es un pecado que es su propio castigo, y hace que los hombres se atormenten. Es un pecado que se genera en sí mismo; no surge de la situación, sino de la mente: como hallamos a Pablo contento en una cárcel, así Acab estaba descontento en un palacio. Tenía a su disposición todos los placeres de Canaán, esa tierra deseable; la riqueza de un reino, los placeres de una corte, y los honores y poderes de un trono; sin embargo, todo le servía de nada sin la viña de Nabot. Los malos deseos exponen a los hombres a continuas vejaciones, y los que están dispuestos a afanarse, por bien que estén, siempre pueden algo que les causa afán.

Vv. 5—16. Cuando en vez de una ayuda idónea el hombre tiene una agente de Satanás que asume la forma de una esposa inescrupulosa y engañosa, aunque amada, pueden esperarse efectos fatales. Nunca un príncipe había dado órdenes más perversas que las que Jezabel dio a los dirigentes de Jezreel. Nabot debía ser asesinado so pretexto de la religión. No hay maldad tan vil, tan hórrida, pero a veces la religión ha sido tomada para encubrir eso. Además debe hacerse bajo la apariencia de justicia, y con las formalidades del proceso legal. —Asombrémonos de la maldad del malo, basado en esta triste historia, y del poder de Satanás en los hijos de desobediencia. Encomendemos el

resguardo de nuestra vida y nuestras consolaciones a Dios, porque la inocencia no siempre será nuestra seguridad; y regocijémonos por saber que todo se ajustará a la justicia en el gran día.

Vv. 17—29. El bendito Pablo se queja de estar vendido al pecado, Romano vii, 14, como un pobre cautivo, en contra de su voluntad; pero Acab estaba dispuesto, él se vendió al pecado; por decisión, y como acto y obra propios, amó el dominio del pecado. Su esposa Jezabel lo incitó a actuar con perversidad. —Elías reprueba a Acab y le pone su pecado ante sus ojos. Muy desgraciada es la condición del hombre que se ha hecho enemigo de la Palabra de Dios; y muy desesperado está aquel que estima como enemigos suyos a los ministros de la Palabra, porque ellos le dicen la verdad. —Acab se puso el ropaje y el aspecto externo del arrepentido, pero su corazón no se había humillado ni estaba cambiado. El arrepentimiento de Acab fue solamente para que lo vieran los hombres; era solamente externo. —Que esto anime a todos los que se arrepienten verdaderamente y que sin fingimientos creen el santo evangelio, porque si el que simula ser un arrepentido, se va a su casa reprobado, sin duda el arrepentido que sinceramente cree se irá a su casa justificado.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—14. *Josafat forma una alianza con Acab.* 15—28. *Micaías predice la muerte de Acab.* 29—40. *Muerte de Acab.* 41—50. *Buen reinado de Josafat sobre Judá.* 51—53. *Mal reinado de Ocozías sobre Israel.*

Vv. 1—14. El mismo temperamento fácil que hace que algunas personas buenas entablen amistad con enemigos declarados de la religión, los hace muy peligrosos para sí mismos. Se ven llevados a hacer la vista gorda y a soportar conductas y conversaciones contra las cuales debieran protestar con el mayor aborrecimiento. —Donde quiera que vaya un hombre bueno, debe llevar consigo su fe, sin avergonzarse de reconocerla cuando esté con quienes la desdeñan; Josafat no dejó tras sí, en Jerusalén, su afecto y reverencia por la Palabra del Señor, sino la confesó y se propuso llevarla a la corte de Acab. Los profetas de Acab, para complacer a Josafat, hicieron uso del nombre de Jehová; para complacer a Acab, dijeron: Sube. Pero los falsos profetas no pueden imitar la verdad, porque el que ejerce sus sentidos espirituales, puede discernir la mentira. Un fiel profeta del Señor valía por todos ellos. —Los hombres mundanos en todas las edades han sido absurdos por igual en sus puntos de vista sobre la religión. Ellos quisieran que el predicador adaptara su doctrina a la moda de los tiempos, y al gusto de los oyentes, y, sin embargo, que agregaran: "Así dice el Señor" a las palabras que los hombres ponen en sus bocas. Están dispuestos a gritar contra un hombre tan rudo y tan necio, que tiene escrúpulos para tratar de asegurar sus propios intereses y engañar a los demás.

Vv. 15—28. El mayor bien que podemos hacer a quien va por un camino peligroso es hablarle de su peligro. Para dejar sin excusa al encallecido criminal y dar una lección útil a los demás, Micaías relató su visión. Este asunto está representado al estilo de los hombres: no tenemos que imaginar que Dios alguna vez tolere nuevos consejos o que necesite consultar con los ángeles o con cualquier criatura, sobre los métodos que debe adoptar; o que es el autor del pecado o la causa de que alguien diga o crea una mentira.

Micaías no devolvió el golpe de Sedequías, que, aunque se ufanaba del Espíritu como hacen habitualmente los que menos conocen las operaciones del Espíritu Santo, fue dejado por el verdadero profeta para que se convenciera de su error a través del acontecimiento. Los que no quieren corregir sus errores a tiempo por la Palabra de Dios, serán desengañados, cuando sea demasiado tarde, por los juicios de Dios. —Debiéramos avergonzarnos de lo que llamamos pruebas

si consideramos lo que soportaron los siervos de Dios. Sin embargo, estará bien si la libertad de problemas no resulta más dañina para nosotros; somos más fácilmente seducidos y llevados a la infidelidad y a la conformidad con este mundo.

Vv. 29—40. Acab trató malamente de traicionar a Josafat para que corriera peligros a cambio de asegurarse él mismo. Véase lo que consiguen los que se unen a los hombres malos. ¿Cómo esperar que sea veraz con su amigo el que ha sido falso con su Dios? Había dicho, cumplimentando a Acab, soy como eres tú, y, sin duda, ahora fue confundido con aquel. Los que se juntan con malhechores corren el peligro de tener parte en sus plagas. —Al librar a Josafat, Dios le dejó saber que no lo había abandonado aunque estaba descontento con él. Dios es amigo que no falla cuando los amigos fallan. —Que nadie piense que se esconde del juicio de Dios. El dirigió la flecha que hirió a Acab; no escapan con vida los que Dios ha condenado a muerte. Acaba vivió lo suficiente para ver cumplida parte de la profecía de Micaías. Tuvo tiempo para sentirse morir; ¡con cuánto horror debe de haber pensado en el mal que había cometido!

Vv. 41—50. El reinado de Josafat parece haber sido uno de los mejores en piedad y prosperidad. Agradó a Dios y Dios lo bendijo.

Vv. 51—53. El reinado de Ocozías fue muy corto, no duró dos años; Dios obra rápido con algunos pecadores. Él tenía muy mal carácter; no escuchaba instrucciones; no aceptaba advertencias, y siguió el ejemplo de su malvado padre, y el consejo de su más mala madre, Jezabel, que aún estaba viva. Desgraciados son los hijos que no sólo derivan la naturaleza pecadora de sus padres, sino son enseñados por ellos a profundizarla; y muy desventurados son los padres que ayudan a condenar el alma de sus hijos. Los pecadores encallecidos se precipitan, irreverentes e inconmovibles por los caminos que han llevado a otros, antes de ellos, a la desgracia eterna.

SEGUNDA DE REYES

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *Rebelión de Moab—Enfermedad de Ocozías, rey de Israel.* 9—18. *Elías pide fuego del cielo—Muerte de Ocozías.*

Vv. 1—8. Cuando Ocozías se rebeló contra Jehová, Moab se rebeló contra él. El pecado nos debilita y empobrece. La rebelión del hombre contra Dios suele ser castigada por la rebelión de los que le deben sujeción. —Ocozías cayó por una ventana. Dondequiera vayamos solo hay un paso entre nosotros y la muerte. La casa del hombre es su castillo, pero no lo asegura contra los juicios de Dios. A la larga, toda la creación, que gime bajo la carga del pecado del hombre, cederá y se hundirá bajo ese peso, como esa ventana. Nunca está a salvo el que tenga a Dios como su enemigo. Los que no inquieren en la palabra de Dios para consuelo de ellos, la oirán para terror de ellos, quiéranlo o no.

Vv. 9—18. Elías pidió fuego del cielo para consumir a los pecadores altivos y atrevidos; no para seguridad personal, sino para probar su misión y revelar la ira de Dios desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres. Elías hizo esto por impulso divino, pero nuestro Salvador no permite que sus discípulos hagan lo mismo, Lucas ix, 54. La dispensación del Espíritu y de la gracia no lo permitió de manera alguna. Elías estaba preocupado por la gloria de Dios, aquéllos por su propia reputación. El Señor juzga las costumbres humanas por sus principios y su juicio es según verdad. —El tercer capitán se humilló y se arrojó a la misericordia de Dios y de Elías. No hay nada que ganar contendiendo con Dios; y son sabios los que aprenden la sumisión por el fin fatal de la obstinación de otros. —El valor de la fe a menudo ataca de terror el corazón del pecador más orgulloso. Tan estupefacto está Ocozías con las palabras del profeta, que ni él ni nadie de los suyos le opone resistencia. ¿Quién puede dañar a los que Dios ampara? —Muchos que piensan prosperar en el pecado, son llamados, como Ocozías, cuando menos lo esperan. Todo nos advierte que busquemos al Señor mientras puede ser hallado.

CAPÍTULO II

Versículos 1—8. *Elías divide el Jordán.* 9—12. *Elías llevado al cielo.* 13—18. *Eliseo manifestado como sucesor de Elías.* 19—25. *Eliseo sana las aguas de Jericó—Destrucción de los que se burlan de Eliseo.*

Vv. 1—8. El Señor hizo saber a Elías que su tiempo estaba cerca. Por tanto, fue a las diversas escuelas de los profetas para darles sus últimas exhortaciones y su bendición. La partida de Elías es un tipo y figura de la ascensión de Cristo, y la apertura del reino de los cielos a todos los creyentes. —Eliseo había seguido por mucho tiempo a Elías y no lo iba a abandonar ahora que esperaba la bendición de su partida. Los que siguen a Cristo no se queden cortos cansándose al final. —Las aguas del Jordán, antes, cedieron ante el arca; ahora, ante el manto del profeta, como señal de la presencia de Dios. Cuando Dios lleva al cielo a sus fieles, la muerte es el Jordán que deben cruzar, y encuentran un camino por donde pasar. La muerte de Cristo dividió las aguas para que pasen los redimidos del Señor. ¡Dónde está, oh, muerte, tu aguijón, el daño que puedes hacer, tu terror?

Vv. 9—12. Esa plenitud de donde profetas y apóstoles obtuvieron su provisión, aún existe como antes, y se nos dice que pidamos grandes porciones de ella. La asistencia diligente a Elías, particularmente en sus últimas horas, sería el medio apropiado para que Eliseo obtuviese mucho de su espíritu. Las consolaciones de los santos que parten, y sus experiencias, ayudan a dar brillo a nuestro consuelo y a fortalecer nuestras resoluciones. —Elías es llevado al cielo en un carro de fuego. Se puede hacer muchas preguntas sobre esto, que no pueden ser contestadas. Baste con lo que se nos dice, lo que su Señor lo encontró haciendo cuando vino. Él estaba comprometido en un serio discurso, exhortando e instruyendo a Eliseo sobre el reino de Dios entre los hombres. Nos equivocamos si pensamos que la preparación para el cielo se realiza solamente por la contemplación y por actos de devoción. —El carro y los caballos parecían como de fuego, algo muy glorioso, no por arder sino por su fulgor. Por la manera en que Elías y Enoc fueron sacados de este mundo, Dios nos deja dar un vistazo a la vida eterna sacada a la luz por el evangelio, de la gloria reservada para los cuerpos de los santos, y de la apertura del reino del cielo a todos los creyentes. También fue una figura de la ascensión de Cristo. —Aunque Elías se fue de manera triunfal al cielo, este mundo mal se podía permitir dejarlo ir. Ciertamente están endurecidos los corazones de los que no se sienten llamados por Dios a llorar y hacer duelo cuando Él se lleva a los hombres fieles y útiles. Elías fue para Israel, por sus consejos, reproches y oraciones, mejor que la fuerza más poderosa de carro y caballo, y detuvo los juicios de Dios. —Cristo legó a sus discípulos su precioso evangelio, como el manto de Elías; la prenda del poder divino ejercido para derrumbar el imperio de Satanás, y establecer el reino de Dios en el mundo. El mismo evangelio permanece con nosotros aunque los poderes milagrosos hayan sido retirados, y tiene fuerza divina para la conversión y salvación de los pecadores.

Vv. 13—18. Elías dejó su manto a Eliseo como señal del descenso del Espíritu sobre él; era más que si le hubiera dejado miles en oro y plata. Eliseo lo tomó, no como reliquia sagrada que se debe adorar, sino como ropaje significativo para usar. Ahora que Elías fue llevado al cielo, Eliseo pregunta: —1. *Por Dios; cuando nuestra consolación de criaturas ha sido quitada, tenemos un Dios al cual acudir, que vive por siempre.* —2. *Por el Dios que Elías servía, honraba y al que suplicaba.* El Señor Dios de los santos profetas es el mismo ayer, hoy y por los siglos, pero ¿de qué nos servirá tener los mantos de aquellos que partieron, sus lugares, sus libros, si no tenemos el espíritu de ellos, el Dios de ellos? —Vea aquí a Eliseo dividiendo el río; el pueblo de Dios no tiene que temer el paso final por el Jordán de la muerte como por tierra seca. —Los hijos de los profetas realizaron una búsqueda innecesaria de Elías. Los hombres sabios pueden ceder, en aras de la paz y la buena opinión de los demás, a aquellos contra lo cual su juicio se opone, en forma tan innecesaria como infructuosa. Atravesar colinas y valles nunca nos conducirá a Elías, pero sí lo hará, en su debido momento, seguir el ejemplo de su santa fe y su celo.

Vv. 19—25. Obsérvese el milagro de sanar las aguas. Los profetas debieran mejorar para ellos todo lugar al cual llegan, proponiéndose endulzar los espíritus amargos y hacer fructíferas las almas estériles, por la palabra de Dios, que es como la sal echada al agua por Eliseo. Eso fue un emblema adecuado del efecto producido por la gracia de Dios en el corazón pecador del hombre. A veces hay familias, pueblos y ciudades enteros que tienen un nuevo aspecto por la predicación del evangelio; la maldad y el mal han sido cambiados por fruto de las obras de justicia, que son, por medio de Cristo, para alabanza y gloria de Dios. —He aquí una maldición sobre unos jóvenes de Betel, suficiente para destruirlos; no fue una maldición sin causa, pues ellos abusaron del carácter de Eliseo en cuanto profeta de Dios. Se burlaron incitándole a 'subir' reflejando el arrebatamiento de Elías al cielo. —El profeta actuó por impulso divino. Si el Espíritu Santo no hubiera dirigido la solemne maldición de Eliseo, la providencia de Dios no la hubiera seguido con un juicio. El Señor debe ser glorificado como Dios justo que odia el pecado y lo castigará. Los jóvenes teman decir malas palabras, pues Dios nota lo que dicen. Que no se burlen de nadie por defectos de mente o cuerpo; es para su

especial peligro el burlarse de cualquiera por hacer el bien. Los padres que deseen consuelo para sus hijos, que los eduquen bien y hagan todo lo que puedan para quitar la necedad que está ligada a sus corazones. ¡Cuál será la angustia de los padres que, en el día del juicio, presencien la condenación eterna de su progenie, ocasionada por su propio mal ejemplo, negligencia o mala crianza!

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. ***Joram, rey de Israel.*** 6—19. ***Guerra con Moab—La intercesión de Eliseo.*** 20—27. ***Provisión de agua—Moab vencido.***

Vv. 1—5. Joram recibió la advertencia del juicio de Dios y quitó la imagen de Baal, aunque mantuvo la adoración de los becerros. No se arrepienten o reforman verdaderamente quienes sólo se separan de los pecados por lo que pierden, pero siguen amando los pecados con que creen ganar.

Vv. 6—19. El rey de Israel lamenta la angustia de ellos y el peligro en que estaban. Él convocó a los tres reyes, pero lo cargó a la Providencia. Así la insensatez del hombre tuerce su camino y, luego contra Jehová se irrita su corazón, Proverbios xix, 3. —Bueno fue que Josafat consultara al Señor ahora, pero hubiera sido mucho mejor si lo hubiera hecho antes de meterse en esta guerra. A veces los hombres buenos descuidan su deber hasta que la necesidad y la aflicción los impele a ello. La gente mala suele andar mejor por la amistad con los buenos y su asociación con ellos. —Eliseo les dice, para probar la fe y obediencia de ellos, que caven zanjas en el valle para recibir agua. Los que esperan las bendiciones de Dios deben cavar cisternas para que la lluvia las llene, como en el valle de Baca y, así, hacer un estanque para ellas, Salmo lxxxiv, 6. No tenemos que preguntar de dónde vino el agua. Dios no está atado a causas secundarias. Quienes sinceramente buscan el rocío de la gracia de Dios, lo tendrán y será hechos más que vencedores.

Vv. 20—27. Es una bendición ser favorecido con la compañía de quienes tienen poder de Dios y pueden predominar por sus oraciones. Un reino puede ser sostenido y prosperar como consecuencia de las oraciones fervorosas de quienes son amados por Dios. Demos nuestra más alta consideración a los que son preciosos a sus ojos. —Cuando los pecadores dicen, paz, paz, les sobreviene la destrucción: la desesperación seguirá a su loca presunción. Al servicio de Satanás, y por sugerencia de éste, se han hecho obras tan horrendas que hacen que se estremezcan los sentimientos naturales del corazón; como el rey de Moab que sacrificó a su hijo. Bueno es no estimular lo peor de los hombres a extremos; más bien, debemos dejarlos al juicio de Dios.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *Eliseo multiplica el aceite de la viuda.* 8—17. *La sunamita tiene un hijo.* 18—37. *El hijo de la sunamita es resucitado.* 38—44. *El milagro de sanar el potaje y de alimentar a los hijos de los profetas.*

Vv. 1—7. Los milagros de Eliseo fueron actos de verdadera caridad: los de Cristo así fueron; no sólo grandes maravillas, sino grandes favores para quienes fueron realizados. Dios magnifica su bondad con su poder. Eliseo recibió fácilmente la queja de una viuda pobre. Los que dejan a su familia bajo una carga grande de deudas no saben los problemas que causan. Deber de todos los que profesan

seguir al Señor es no tentarlo con el descuido o la extravagancia, ni endeudarse, mientras confían en Dios para el pan diario; pues nada tiende más a traer reproche sobre el evangelio o a afligir más a la familia cuando ellos se han ido. Eliseo puso a la viuda en la senda para pagar su deuda, y mantenerse ella y su familia. Esto fue hecho por milagro, pero para mostrar cuál es el mejor método para ayudar a los que están afligidos, a saber, ayudarles a mejorar lo poco que tienen con su propia laboriosidad. —El aceite, enviado por milagro, siguió fluyendo mientras ella tuvo vasijas vacías en qué recibirlo. Nunca estamos estrechos en Dios o en las riquezas de su gracia; toda nuestra estrechez está en nosotros mismos. Lo que falla es nuestra fe, no su promesa. Él da más de lo que pedimos: si hubiera más vasijas hay bastante en Dios para llenarlos; suficiente para todo, suficiente para cada uno; y la suficiencia absoluta del Redentor sólo será detenida de suplir las necesidades de los pecadores y de salvar sus almas cuando nadie más acuda a Él para salvación. —La viuda debía pagar su deuda con el dinero que recibió por el aceite. Aunque sus acreedores fueran muy duros con ella, debía, no obstante, pagarles aun antes de hacer provisión para sus hijos. Una de las principales leyes de la religión cristiana es que paguemos toda deuda justa y demos a cada cual lo suyo, aunque dejemos muy poquito para nosotros mismos; y eso, no por la fuerza sino por causa de la conciencia. Quienes tienen mente honesta no pueden comer con placer su pan diario a menos que sea su propio pan. Ella y sus hijos deben vivir con lo que queda; esto es, con el dinero recibido por el aceite, con que ellos se encaminaron hacia la obtención de una vida honesta. No podemos ahora esperar milagros, pero podemos esperar misericordias, si atendemos a Dios y le buscamos. En particular, que las viudas dependan de Él. El que tiene todos los corazones en su mano puede, sin milagros, enviar tan efectivamente su provisión.

Vv. 8—17. El rey de Israel pensaba bien de Eliseo por sus últimos servicios; un hombre bueno puede complacerse tanto en servir a los demás como en elevarse a sí mismo. Pero la sunamita no necesitaba ningún buen oficio de esta clase. Felicidad es habitar con nuestra propia gente, que nos aman y respetan y a quienes podemos hacer el bien. Bueno sería para muchos si tan sólo supieran cuándo están realmente bien. El Señor ve el deseo secreto que es suprimido por obediencia a su voluntad, y Él oirá las oraciones de sus siervos por sus benefactores, enviando misericordias no pedidas e inesperadas; tampoco debe suponerse que las profesiones de los hombres de Dios sean engañosas, como la de los hombres del mundo.

Vv. 18—37. Aquí está la muerte súbita del niño. Toda la ternura de una madre no puede mantener vivo a un hijo de la promesa, a un hijo de oración, uno dado con amor, pero ¡qué admirablemente guarda sus labios la madre piadosa y prudente sometida a esta súbita aflicción! Ni una palabra necia escapa de ella. Ella tenía tal confianza en la bondad de Dios que estaba lista para creer que Él restauraría lo que ahora había quitado. ¡Oh, mujer, grande es tu fe! Él que la trajo no la decepcionará. La madre triste pidió permiso a su marido para ir de inmediato al profeta. Ella no había pensado que era suficiente tener la ayuda de Eliseo a veces en su propia familia, pero, aunque era mujer común, asistía al culto público. —A los hombres de Dios les hace bien pedir por el bienestar de sus amigos y su familia. La respuesta fue: Está bien. ¡Todo bien y, no obstante, el niño estaba muerto en casa! ¡Sí! Todo lo que Dios hace está bien; todo está bien con quienes se fueron, si fueron al cielo; y todo está bien con nosotros que permanecemos atrás, si por la aflicción avanzamos en nuestro camino hacia allá. —Cuando se nos quita todo consuelo en las criaturas, está bien si podemos decir, por la gracia, que no pusimos nuestros corazones en ellas, porque si lo hicimos, tenemos razón para temer que nos fue dado con ira y quitado con ira. —Eliseo clamó con fe a Dios, y el hijo amado fue restaurado vivo a su madre. Quienes dan vida espiritual a las almas muertas, deben sentir profundamente el caso de ellas y deben laborar fervorosamente en oración por ellas. Aunque el ministro no puede dar vida divina a sus congéneres pecadores, debe usar todos los medios, con tanto celo como si pudiera hacerlo.

Vv. 38—44. Hubo hambre de pan, pero no de oír la palabra de Dios, porque Eliseo hizo que los hijos de los profetas se sentaran delante suyo para oír su sabiduría. —Eliseo hizo que la comida mala se volviera buena y sana. Si un poco de potaje es toda nuestra cena, acordaos que este gran profeta no tuvo mejor para él mismo y sus invitados. La mesa suele volverse lazo y lo que debiera ser para nuestro bienestar resulta ser una trampa: esta es una buena razón por la cual no debemos alimentarnos sin temor. Cuando recibimos el sostenimiento y las consolaciones de la vida debemos mantener la expectativa de la muerte y el temor del pecado. Debemos reconocer la bondad de Dios al hacer sano y alimenticia nuestra comida: Yo soy el Señor que sana. —Eliseo también hizo que un poco de comida fuera mucho. Habiendo recibido de gracia, dio de gracia. Dios ha prometido a su iglesia que bendecirá abundantemente la provisión de ella y satisfará con pan a sus pobres, Salmo cxxxii, 15; Él llena a quien alimenta; y lo que bendice se vuelve mucho. La alimentación que hizo Cristo de quienes le escuchaban fue un milagro mucho mayor que éste, pero ambos nos enseñan que quienes esperan en Dios en la senda del deber, pueden esperar que la Providencia Divina les provea.

CAPÍTULO V

Versículos 1—8. *La lepra de Naamán.* 9—14. *La cura de la lepra.* 15—19. *Eliseo rechaza los regalos de Naamán.* 20—27. *La codicia y falsedad de Giezi.*

Vv. 1—8. Aunque los sirios eran idólatras que oprimían al pueblo de Dios, aquí se atribuye al Señor la liberación de la cual Naamán fue el medio. Tal es lenguaje correcto de la Escritura, mientras los que escriben la historia corriente demuestran claramente que Dios no está en sus pensamientos. —La grandeza y el honor de un hombre no lo pueden poner fuera del alcance de las calamidades más penosas de la vida humana: hay más de un cuerpo loco y enfermo bajo un ropaje rico y alegre. Todo hombre tiene uno que otro *pero*, algo que le mancha y rebaja, una impureza en su grandeza, un empañamiento de su gozo. —Esta muchachita, aunque sólo una niña, pudo dar cuenta del famoso profeta que los israelitas tenían. Se debiera enseñar a los niños a temprana edad acerca de las prodigiosas obras de Dios para que, dondequiera vayan, puedan hablar de ellas. Como corresponde a un buen siervo, ella deseaba la salud y bienestar de su amo, aunque era una cautiva, una sierva a la fuerza; mucho más debieran los siervos por opción procurar el bien de su amo. Los siervos pueden ser bendición para las familias donde están, diciendo lo que saben de la gloria de Dios y la honra de sus profetas. Naamán no despreció por la bajeza de ella lo que dijo. Bueno sería si los hombres fueran tan sensibles a la carga del pecado como lo son a las enfermedades del cuerpo. Y cuando andan buscando las bendiciones que el Señor envía respondiendo a las oraciones de su pueblo fiel, ellos hallarán que nada se puede recibir salvo que vayan como mendigos en busca de un regalo, no como señores a exigir o a comprar.

Vv. 9—14. Eliseo sabía que Naamán era orgulloso y le haría saber que ante el gran Dios todos los hombres están al mismo nivel. Todos los mandamientos de Dios enjuician a los espíritus de los hombres, especialmente los que instruyen al pecador sobre cómo solicitar las bendiciones de la salvación. Véase la necedad del orgullo en Naamán; una cura no le contentaría, a menos que fuera curado con pompa y ostentación. Rechaza su curación a menos que se le complazca. —La manera en que el pecador es recibido y hecho santo, por medio de la sangre y por el Espíritu de Cristo, por la sola fe en su Nombre, no da el gusto ni se esfuerza como para complacer al corazón del pecador. La sabiduría humana piensa que puede proporcionar métodos mejores y más sabios para la purificación. —Observe que los amos debieran estar dispuestos a oír razones. Como debiéramos estar sordos al consejo del impío, aunque sea dado por nombres grandes y respetados, así debemos tener abiertos los oídos al buen consejo, aunque sea traído por los que están debajo de nosotros. —¿No harías

cualquier cosa tú? Cuando los pecadores enfermos se contentan con hacer cualquier cosa, someterse a cualquier cosa, dejar cualquier cosa, por su curación, entonces, y no antes, hay esperanza para ellos. Los métodos para la curación de la lepra del pecado son tan sencillos que no tenemos excusa si no los notamos. No es más que, cree y serás salvo; arrepiéntete y serás perdonado; lávate y serás limpio. El creyente pide la salvación sin descuidar, alterar ni agregar a las instrucciones del Salvador; de este modo es limpio de la culpa, mientras otros que las rechazan, viven y mueren en la lepra del pecado.

Vv. 15—19. La misericordia de la cura afectó a Naamán más que el milagro. Los que experimentan por sí mismos el poder de la gracia divina son los más capaces para hablar de ello. Él también se muestra agradecido hacia el profeta Eliseo, que rechazó toda recompensa, no porque creyera que era ilícita, porque recibió regalos de otros, sino para mostrar a este nuevo convertido que los siervos del Dios de Israel consideran con santo desprecio las riquezas del mundo. Toda la obra era de Dios y al punto que el profeta no daba consejo cuando no tenía instrucciones del Señor. No es bueno oponerse drásticamente a los errores menores que acompañan las primeras convicciones de los hombres; no podemos llevar adelante a los hombres con mayor rapidez que el Señor que los prepara para recibir la instrucción. En cuanto a nosotros, si al establecer el pacto con Dios, deseamos reservar algún pecado conocido para seguir deleitándonos con él, esto es una ruptura de su pacto. Quienes verdaderamente odian el mal, tomarán conciencia de abstenerse de todas las forma del mal.

Vv. 20—27. Naamán, sirio, cortesano, soldado, tenía muchos siervos y leemos cuán sabios y buenos eran. Eliseo, un santo profeta, un hombre de Dios, no tenía sino un siervo que resulta ser un mentiroso redomado. El amor al dinero, la raíz de todo mal, estaba en el fondo del pecado de Giezi. Pensó imponerse al profeta, pero pronto vio que el Espíritu de profecía no podía ser engañado y que era vano mentir al Espíritu Santo. Necedad es atreverse a pecar con esperanzas de guardar el secreto. Cuando te apartas por cualquier sendero extraviado, ¿no va contigo tu conciencia? ¿El ojo de Dios no va contigo? El que encubre su pecado no prosperará; particularmente la lengua mentirosa durará sólo un instante. Todas las esperanzas e invenciones necias de la carnal mundanalidad están abiertas ante Dios. No es el momento de aumentar nuestra riqueza cuando sólo podemos hacerlo de manera que deshonran a Dios y a la fe, o perjudican al prójimo. —Giezi fue castigado. Si quería el dinero de Naamán, tendría la enfermedad de éste. ¿De qué le aprovechó a Giezi ganar dos talentos, cuando con ello perdió salud, honra, paz, servicio, y si no se arrepintió, perdió su alma para siempre? Cuidémonos de la hipocresía y la codicia, y temamos la maldición de la lepra espiritual que queda en nuestra alma.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—7. *Los hijos de los profetas amplían sus habitaciones—El hacha que flota.* 8—12. *Eliseo descubre las intenciones de los sirios.* 13—23. *Los sirios enviados a prender a Eliseo.* 24—33. *Samaria sitiada—Hambre—Los reyes mandan matar a Eliseo.*

Vv. 1—7. Hay algo placentero en la conversación de los siervos de Dios que hace que quienes escuchan olviden el dolor y el cansancio del trabajo. Hasta los hijos de los profetas deben estar dispuestos a trabajar. Que nadie piense que un empleo honesto es una carga o una desgracia. El trabajo intelectual es tan pesado y, muy a menudo, más duro que el trabajo manual. —Tenemos que tener cuidado con lo que es prestado, como si fuera propio, porque debemos hacer como queremos que nos hagan. Este hombre era respetuoso en cuanto al hacha. Para quienes tienen una mente honesta, la más penosa aflicción de la pobreza no es tanto su propia necesidad y desgracia como

estar incapacitados para pagar las deudas justas. Pero el Señor cuida a su pueblo en sus pequeñas preocupaciones. La gracia de Dios puede levantar el corazón pesado como hierro que está hundido en el fango de este mundo, y elevar los afectos naturalmente terrenales.

Vv. 8—12. El rey de Israel consideró las advertencias que le dio Eliseo como peligro de parte de los sirios, pero no oyó las advertencias del peligro de sus pecados. Tales advertencias son poco escuchadas por la mayoría; quieren salvarse de la muerte, pero no del infierno. Nada que se haga, diga o piense, de parte de alguien en algún lugar en algún momento está fuera del conocimiento de Dios.

Vv. 13—23. Lo que Eliseo dijo a su siervo lo dice a todos los siervos fieles de Dios, cuando hay peleas por fuera y temores por dentro. No tenga miedo, con ese temor que tiene tormento y asombro; porque más son los que están con nosotros, para protegernos, que los que están ellos, para destruirnos. Los ojos de su cuerpo fueron abiertos y con ellos vio el peligro. Señor, abre los ojos de nuestra fe para ver con ellos tu mano. Mientras más clara sea la vista que tengamos de la soberanía y del poder del cielo, menos temeremos los problemas de la tierra. Satanás, el dios de este siglo, ciega los ojos de los hombres y los engaña para su propia ruina pero, cuando Dios ilumina sus ojos, ellos se ven en medio de sus enemigos, cautivos de Satanás y ante el peligro del infierno, aunque antes hayan pensado que su condición era buena. —Cuando Eliseo tuvo a su merced a los sirios, hizo evidente que él estaba bajo la influencia de la bondad divina como del poder divino. Que no seamos vencidos por el mal sino que venzamos con el bien el mal. Los sirios vieron que no tenía sentido tratar de atacar a un hombre tan grande y bueno.

Vv. 24—33. Aprended a valorar la abundancia y agradecedla; ved cuán despreciable es el dinero cuando en tiempo de hambre se abandona con tanta facilidad, ¡por cualquier cosa que sea comestible! El lenguaje de Joram a la mujer puede ser el lenguaje de la desesperación. Véase cumplida la palabra de Dios; entre las amenazas de los juicios de Dios sobre Israel por sus pecados, este era uno, que ellos comerían la carne de sus propios hijos, Deuteronomio xxviii, 53–57. La verdad y la aterradora justicia de Dios fueron demostradas en esta horrible transacción. ¡He ahí, qué desgracias ha acarreado el pecado al mundo! Pero la necedad del hombre tuerce su camino y, entonces, su corazón se inquieta contra el Señor. —El rey jura matar a Eliseo. Los hombres malos culpan a cualquiera como causa de sus problemas más que a sí mismos y no dejan sus pecados. Si sirviera rasgarse las vestiduras sin tener el corazón contrito y quebrado, si sirviera vestir de saco sin ser renovado en el espíritu de su mente, ellos no se opondrían al Señor. Que toda la palabra de Dios aumente en nosotros el temor reverente y la esperanza santa, para que podamos ser firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que nuestro trabajo en el Señor no es en vano.

CAPÍTULO VII

Versículos 1, 2. *Eliseo profetiza abundancia.* 3—11. *La huida del ejército sirio.* 12—20. *Samaria es provista con abundancia.*

Vv. 1, 2. La extrema necesidad del hombre es la oportunidad de Dios para que Su poder sea glorioso: Su tiempo de manifestarse a Su pueblo es cuando la fuerza de ellos desapareció. La incredulidad es un pecado con que los hombres deshonran y desagradan mucho a Dios y se privan de los favores que Él designó para ellos. Tal será la porción de aquellos que no creen la promesa de la vida eterna; ellos la verán desde lejos pero nunca la saborearán. Las liberaciones y misericordias

temporales no aprovecharán a los pecadores al final a menos que sean llevados al arrepentimiento por la bondad de Dios.

Vv. 3—11. Dios puede, cuando le place, hacer temblar al más fuerte de los corazones y en cuanto a los que no temerán a Dios, Él puede hacerles temer con el temblor de una hoja de árbol. La Providencia ordenó que llegaran los leprosos tan pronto como los sirios hubieran huido. Sus conciencias les dijeron que la desgracia caería sobre ellos si solamente se cuidaban a sí mismos. La humanidad natural y el miedo al castigo son frenos poderosos del egoísmo del impío. Estos sentimientos tienden a preservar el orden y la bondad en el mundo pero los que han hallado las inescrutables riquezas de Cristo no demorarán más en informar de la buena nueva a los demás. Por amor a Él, no por sentimiento egoístas, ellos compartirán alegremente sus cosas terrenales buenas con sus hermanos.

Vv. 12—20. Aquí vemos las necesidades de Israel suplidas en una manera que pocos imaginaron, lo cual debiera animarnos a depender del poder y la bondad de Dios en nuestras angustias más grandes. Se puede confiar en la promesa de Dios con toda seguridad pues ninguna palabra suya dejará de cumplirse. El noble que objetó la veracidad de la palabra de Eliseo, vio la abundancia para silenciar y avergonzar su incredulidad y, en eso, vio su propia insensatez pero no comió de la abundancia que vio. Precisamente así hacen los que ven que les fallan las promesas del mundo y piensan que las promesas de Dios los desilusionarán. Aprenda cuán profundo es el disgusto de Dios por la desconfianza de Su poder, providencia y promesa: cuán incierta es la vida y sus disfrutes; cuán ciertas son las amenazas de Dios y con cuánta seguridad vendrán al culpable. Que Dios nos ayude a escudriñar si estamos expuestos a Sus amenazas o interesados en Sus promesas.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *Hambre en Israel—La sunamita obtiene su tierra.* 7—15. *Eliseo es consultado por Hazael—Muerte de Ben-hadad.* 16—24. *El reino malo de Joram en Judá.* 25—29. *El reino malo de Ocozías en Judá.*

Vv. 1—6. La bondad de la sunamita para con Eliseo fue recompensada por el cuidado que él tuvo de ella durante el hambre. Bueno es prever un mal y sabio es escondernos, cuando lo prevemos, si podemos hacerlo legalmente. Cuando se acabó el hambre, ella volvió de la tierra de los filisteos, la cual no era lugar apropiado para una israelita, más de lo que fuera necesario. Hubo un tiempo en que ella estuvo tan segura con su propio pueblo que no tuvo ocasión de que se hablara por ella al rey; mucha es la incertidumbre de esta vida de modo que pueden fallarnos las cosas o personas de las que más dependemos y nos cuidan aquellos que pensamos que nunca necesitaríamos. A veces los sucesos, pequeños en sí mismos, resultan importantes como aquí, pues dispusieron al rey para que creyera el relato de Giezi, cuando así fue confirmado. Esto lo dispuso para conceder el pedido de ella y sostener una vida que fue dada una y otra vez por milagro.

Vv. 7—15. Entre otros cambios de idea de los hombres debido a la aflicción, suele haber que hace pensar de otro modo tocante a los ministros de Dios y enseña a valorar los consejos y oraciones de aquellos que han odiado y despreciado. No era intención de Hazael que Eliseo entendiera lo que entendió, sino que Dios se lo reveló y eso trajo lágrimas a sus ojos: mientras más previsión tienen los hombres, son más proclives a mayor pena. Es posible que un hombre, bajo las convicciones de pecado y frenos de la conciencia natural, exprese gran aborrecimiento de un pecado pero, después, se reconcilie con ello. Aquellos que son poca cosa en el mundo no pueden imaginar cuánta fuerza

tienen las tentaciones del poder y la prosperidad, las cuales hallarán mucho peores de lo que sospechaban, si alguna vez llegan ahí, encontrando cuán engañosos son sus corazones. —El diablo destruye a los hombres diciendo que ciertamente se recobrarán y estarán bien, meciéndolos de ese modo para que se duerman seguros. El falso relato de Hazael fue un insulto para el rey que perdió el beneficio de la advertencia del profeta de prepararse para la muerte, y un insulto para Eliseo que sería contado como falso profeta. No es seguro que Hazael haya asesinado a su señor o, si le causó la muerte pudiera haber sido sin intención, pero éste fue un demoledor y, luego, resultó ser un perseguidor de Israel.

Vv. 16—24. Se da una idea general de la maldad de Joram. Sin duda que su padre le había enseñado el conocimiento verdadero del Señor pero lo casó mal con la hija de Acab; nada bueno puede venir de la unión con una familia idólatra.

Vv. 25—29. Los nombres no hacen naturalezas pero fue malo para la familia de Josafat haber tomado nombres prestados de la de Acab. La relación de Ocozías con la familia de Acab fue la ocasión de su maldad y de su caída. Cuando los hombres escogen esposas por sí mismos, que recuerden que están eligiendo madres para sus hijos. —La providencia así lo ordenó que Ocozías fuera muerto con la casa de Acab, cuando estuviera llena la medida de su iniquidad. Aquellos que comparten con los pecadores en su pecado, deben esperar participar con ellos de sus plagas. Que todos los cambios, problemas y maldad del mundo nos hagan más fervientes para obtener interés en la salvación de Cristo.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—10. *Eliseo manda a ungir a Jehú.* 11—15. *Jehú y los capitanes.* 16—29. *Jehú mata a Joram y Ocozías.* 30—37. *Los perros se comen a Jezabel.*

Vv. 1—10. En estos sucesos y otros similares debemos reconocer la obra secreta de Dios que dispone a los hombres para que cumplan y respeten sus propósitos. Jehú fue ungido rey de Israel por especial elección del Señor que aún tenía un remanente de su pueblo y, de todos modos, conservaría su culto entre ellos. Se le recuerda esto a Jehú. Se le manda destruir la casa de Acab y, en la medida en que actuó obedeciendo a Dios, y con principios justos, no tuvo que considerar reproche ni oposición. —El asesinato de los profetas de Dios se destaca con firmeza. Jezabel persistió en su idolatría y enemistad contra Jehová y sus siervos, y su iniquidad ahora estaba completa.

Vv. 11—15. Los que entregan fielmente el mensaje del Señor a los pecadores, en todas las épocas han sido tratados como locos. El juicio, el modo de hablar y la conducta de ellos son contrarios a los de los demás hombres; ellos soportan mucho para lograr sus objetivos y son influidos por motivos a los cuales los demás no tienen acceso. —Pero, por sobre todo, los mundanos e impíos de todas las clases los acusan de que, sin duda, están locos; aunque los principios y las costumbres de los siervos de Dios resultan ser sabios y razonables. Algo de fe en la palabra de Dios parece haber animado a Jehú a esta empresa.

Vv. 16—29. Jehú era hombre de espíritu fervoroso. La sabiduría de Dios se ve en la elección de quienes son empleados en su obra. Pero no no es buena reputación para nadie el ser conocido por su furor. El que se enseñorea de su espíritu es mejor que el fuerte. —Joram encuentra a Jehú en el sitio de Nabot. Las circunstancias de los acontecimiento son, a veces, ordenadas por la Providencia Divina para que el castigo corresponda al pecado, como la cara corresponde a la cara del espejo. El

camino del pecado nunca puede ser el camino de paz, Isaías lvii, 21 ¿Qué paz pueden tener los impíos con Dios? Ninguna en tanto persistan en el pecado; pero cuando se arrepienten del pecado y lo abandonan, hay paz. —Joram murió como criminal bajo la sentencia de la ley. Ocozías fue unido con la casa de Acab. Fue uno de ellos; él se había hecho así por el pecado. Peligroso es unirse a los malhechores; por ello nos enredaremos en la culpa y la miseria.

Vv. 30—37. En lugar de esconderse como quien teme la venganza divina, Jezabel se burló del temor. Véase cómo un corazón endurecido contra Dios, lo desafiará hasta el fin. No hay presagio más seguro de ruina que un corazón que no se humilla bajo las providencias humillantes. Que consideren la conducta y destino de Jezabel, los que usan de magia para seducir a los demás a que hagan maldades y para sacarlos de los caminos de la verdad y la justicia. Jehú pidió ayuda contra Jezabel. Cuando está andando la obra reformadora es hora de preguntar, ¿quién se pone de su lado? —Los ayudantes de ella la entregaron. Así fue muerta. Véase el final del orgullo y la crueldad y decid: Jehová es justo. Cuando halagamos nuestros cuerpos pensemos cuán viles son; dentro de poco seremos banquete para los gusanos de debajo del suelo o para las bestias encima del suelo. Que todos huyamos de la ira que se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres.

CAPÍTULO X

Versículos 1—14. *Muerte de los hijos de Acab y de los hermanos de Ocozías.* 15—28. *Jehú destruye a los adoradores de Baal.* 29—36. *Jehú sigue los pecados de Jeroboam.*

Versículos 1—14. En los acontecimientos más espantosos, y con la ayuda de los crímenes más bajos del hombre, se nota la verdad y la justicia de Dios; Dios nunca manda ni puede mandar nada injusto o irracional. Jehú destruyó todo lo que quedaba de la casa de Acab; todos los que se habían asociado a su maldad. Cuando pensamos en los sufrimientos y las desgracias de la humanidad, cuando esperamos la resurrección y el juicio final, y pensamos en el gran número de los malos que esperan su horrorosa sentencia de fuego eterno, y cuando toda la suma de muerte y miseria ha sido considerada, se plantea la pregunta solemne, ¿quién los mató? La respuesta es EL PECADO. ¿Entonces, abrigaremos pecados en nuestro seno y buscaremos felicidad a partir de aquello que es la causa de toda desgracia?

Vv. 15—28. ¿Hay paz? Esta pregunta debemos hacérnosla a menudo. Yo hago una profesión justa, he ganado fama entre los hombres, pero ¿hay paz? ¿Soy sincero con Dios? —Jonadab reconoció a Jehú en la obra de venganza y de reforma. Un corazón recto es aprobado por Dios y no busca otra cosa que su aceptación; pero si apuntamos al aplauso de los hombres, estamos sobre un fundamento falso. No podemos juzgar si Jehú miró más allá. —La ley de Dios era expresa: los idólatras deben morir. Así se abolió la idolatría de Israel por el momento. Que nuestro deseo sea desarraigarla de nuestros corazones.

Vv. 29—36. Se puede preguntar con justicia si Jehú actuó sobre la base de un buen principio, y si no dio algunos pasos en falso al hacerlo; pero ningún servicio hecho para Dios quedará sin recompensa. Pero la conversión verdadera no es sólo respecto del pecado grosero, sino de todo pecado; no sólo de los falsos dioses, sino de las adoraciones falsas. La conversión verdadera no sólo es de los pecados costosos, sino de los pecados que dejan ganancias; no sólo de los pecados que hieren nuestros intereses mundanos, sino de los que los sostienen y mantienen, abandonando lo que es la gran prueba de si nos negamos a nosotros mismos y confiamos en Dios. Jehú mostró gran

cuidado y celo para desarraigar una religión falsa, pero no se interesó en la religión verdadera, no dando pasos para complacer a Dios y hacer su deber. Debe temerse que los que son desobedientes sean implacables. La gente también fue negligente, por tanto, no es raro que en aquellos días el Señor empezara a diezmar a Israel. Ellos fallaron en su deber para con Dios, por tanto Dios los rebajó en su magnitud, riqueza y poder.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—12. *Atalía usurpa el gobierno de Judá—Joás es hecho rey.* 13—16. *Muerte de Atalía.* 17—21. *Restauración del culto a Jehová.*

Vv. 1—12. Atalía destruyó todo lo que ella sabía que estaba emparentado con la corona. Joás, uno de lo hijos del rey, fue escondido. Ahora la promesa hecha a David estaba atada a una vida solamente y, pese a eso, no falló. De esta manera, el Hijo de David, el Señor, conforme a su promesa, asegura una simiente espiritual, a veces oculta e invisible, pero indemne en el pabellón de Dios. —Atalía fue tirana durante seis años. Entonces fue traído el rey. Sin duda un niño, pero tenía un buen tutor y, lo que era mejor, un buen Dios al cual recurrir. Con tal gozo y satisfacción debe darse la bienvenida al reino de Cristo en nuestro corazón, cuando su trono se instala, y es expulsado Satanás el usurpador. Decid, Que el Rey Jesús viva por siempre viva y reine en mi alma y en todo el mundo.

Vv. 13—16. Atalía aceleró su propia destrucción. Ella misma fue la mayor traidora y, sin embargo, fue la primera en clamar a gran voz, ¡traición, traición! Los más culpables son corrientemente los más dispuestos a reprochar a los demás.

Vv. 17—21. El rey y el pueblo debieran unirse muy firmemente uno al otro cuando ambos se hayan unido al Señor. Bueno es para un pueblo cuando todos los cambios que pasan por ellos les sirvan para revivir, fortalecerse y promover los intereses de la fe entre ellos. Los pactos sirven para recordarnos y enlazarnos a los deberes ya vigentes para nosotros. Ellos abolieron de inmediato la idolatría y, conforme al pacto, expresaron su mutua prontitud para ayudarse unos a otros. El pueblo se regocijó y Jerusalén tuvo paz. El método para que el pueblo tenga gozo y paz es que se dedique plenamente al servicio de Dios; porque la voz de gozo y acción de gracias está en las habitaciones del justo, pero no hay paz para el impío.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—16. *Joás ordena la reparación del templo.* 17—21. *Los siervos de Joás lo matan.*

Vv. 1—16. Gran misericordia para los jóvenes, especialmente para los varones jóvenes de rango, como Joás, es tener con ellos a quienes los instruyan para hacer lo bueno a ojos del Señor; y hacen sabiamente, y bien para sí mismos, cuando están dispuestos a ser aconsejados y gobernados. —El templo estaba sin reparar; Joás ordena la reparación del templo. El rey era celoso. Dios requiere que los que tienen poder lo usen para la conservación de la religión, la rectificación de las quejas y la reparación de los deterioros. El rey empleó a los sacerdotes para que administraran, puesto que ellos probablemente pondrían todo su corazón en la obra. Pero nada se hizo efectivamente hasta el año

vigésimo tercero de su reinado. Por tanto, se adoptó otro método. Cuando se realiza fielmente el reparto público, se harán alegremente los aportes públicos. Mientras ellos obtenían todo lo que podían para reparar el templo, no interrumpieron el mantenimiento estipulado para los sacerdotes. Que no pasen hambre los sirvientes del templo, so pretexto de reparar sus portillos. Los encargados de hacerlo, lo efectuaron con cuidado y fidelidad. No pusieron los ornamentos del templo hasta completar la obra; de ahí que tenemos que aprender a preferir en todos nuestros gastos lo que es más necesario y, al tratar con el público, tratarlo como lo haríamos con nosotros mismos.

Vv. 17—21. Examinemos el carácter de Joás y consideremos lo que podemos aprender de esto. Cuando vemos cuán triste conclusión tuvo lo que empezó tan promisoriamente, debiera hacernos examinar nuestro deterioro espiritual. Si algo conocemos de Cristo como fundamento de nuestra fe y esperanza, no deseemos conocer otra cosa sino Cristo. Que la obra del Espíritu bendito sea manifiesta en nuestra alma; que podamos ver, sentir y ser fervorosos para buscar a Jesús en toda su plenitud, suficiencia y gracia, para que nuestra alma pueda ser apartada de las obras muertes para servir al verdadero Dios vivo.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—9. *Reinado de Joacaz.* 10—19. *Joás, rey de Israel—Eliseo agoniza* 20—25. *La muerte de Eliseo—Las victorias de Joás.*

Vv. 1—9. Era antiguo honor de Israel ser un pueblo de oración. Joás, su rey, en su angustia, buscó al Señor; solicitó ayuda directa de Él, pero no a los becerros; ¿qué ayuda podía darle? Buscó a Jehová. Véase cuán presto es Dios para mostrar misericordia; cuán listo para oír la oración; cuán dispuesto a encontrar una razón para ser bondadoso; de lo contrario, no hubiera mirado tan atrás al pacto antiguo que Israel había quebrantado y abandonado tan a menudo. Que esto nos invite y nos comprometa para siempre con Él; y que aliente aun a quienes lo han olvidado, para que retornen y se arrepientan; porque hay perdón en Él, para que sea temido. Y si el Señor responde el clamor de angustia que pide alivio temporal, cuánto más considerará la oración de fe que pide bendiciones espirituales.

Vv. 10—19. Joás, el rey, fue a ver a Eliseo para recibir su consejo y bendición de moribundo. Puede resultar para nuestra gran ventaja espiritual ir al lecho de enfermo y a los lechos de muerte de los hombres buenos, para que seamos exhortados en la fe por los consuelos vivos que ellos tienen de ella en la hora de morir. —Eliseo aseguró su éxito al rey, pero él debía mirar a Dios en busca de guía y fuerza; no debía confiar tanto en sus propias manos, sino proseguir dependiendo del socorro divino. Las manos temblorosas del profeta moribundo, en representación del poder de Dios, dieron a esta flecha más fuerza que toda su fuerza de las manos del rey. —Por despreciar la señal, el rey se perdió lo señalado, para tristeza del profeta moribundo. Para los hombres buenos es un problema ver a quienes quieren bien, abandonar sus misericordias y verlos perder ventaja contra los enemigos espirituales.

Vv. 20—25. Dios tiene muchas maneras de castigar a un pueblo provocador. A veces los problemas surgen del punto que menos tememos. La mención de esta invasión al morir Eliseo indica que la partida de los fieles profetas de Dios es un presagio de juicios venideros. —Su cuerpo muerto fue un medio para dar vida a otro cuerpo muerto. Este milagro fue una confirmación de sus profecías. Y pudiera tener referencia a Cristo, por cuya muerte y sepultura es hecha la tumba un paso seguro y feliz a la vida para todos los creyentes. —Joás triunfó contra los sirios, tan a menudo como

había golpeado el suelo con las flechas, luego se puso término a sus victorias. Muchos se han arrepentido de la desconfianza y de la estrechez de sus deseos cuando es demasiado tarde.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—7. *Buen reinado de Amasías.* 8—14. *Amasías provoca a Joás, rey de Israel, y es derrotado.* 15—22. *Conspiradores lo matan.* 23—29. *Mal reinado de Jeroboam II.*

Vv. 1—7. Amasías empezó bien, pero no siguió así. No basta hacer *aquello* que hicieron nuestros buenos predecesores, simplemente para mantener la costumbre, sino debemos hacerlo *como* ellos lo hicieron, a partir del mismo principio de fe y devoción, y con la misma sinceridad y decisión.

Vv. 8—14. Por un tiempo, después de la división de los reinos, Judá sufrió mucho por la *enemistad* de Israel. Después de la época de Asa, sufrió más por la *amistad* de Israel, y por la alianza con ellos. Ahora vemos de nuevo la hostilidad entre ellos. —¡Cuánto podría sonreír un hombre humilde al oír a dos hombres orgullosos y escarnecedores que echan a funcionar su ingenio para vilipendiarse y menospreciarse mutuamente! El triunfo impío suscita orgullo; el orgullo suscita contiendas. Los efectos del orgullo en los demás son insoportables para los orgullosos. Estas son fuente de problemas y pecados en la vida privada; pero cuando surgen entre príncipes, se vuelven la desgracia de sus reinos. Joás muestra a Amasías la necedad de su desafío; tu corazón te ha exaltado. La raíz de todo pecado está en el corazón y de ahí fluye. No es la Providencia, el suceso, la ocasión, lo que sea, lo que hace orgulloso, seguro, descontento, y cosas parecidas, a los hombres, sino sus propios corazones.

Vv. 15—22. Amasías sobrevivió a su vencedor quince años. Lo mataron sus propios súbditos. Azarías o Uzías parece haber sido muy joven cuando mataron a su padre. Aunque los años de su reinado se reconocen por ese hecho, él no fue hecho rey solo sino once años después.

Vv. 23—29. Dios levantó al profeta Jonás y por él declaró el propósito de su favor a Israel. Señal de que Dios no ha desechado a su pueblo si continúan los ministros fieles. Se dan dos razones del por qué Dios los bendijo con estas victorias: —1. *Porque la desgracia era muy grande, lo que los hizo objeto de su compasión.* —2. *Porque aún no se había emitido el decreto para su destrucción.* —Muchos profetas había habido en Israel, pero ninguno dejó profecías por escrito hasta esta época y sus profecías son parte de la Biblia. Oseas empezó a profetizar en el reinado de este Jeroboam. Al mismo tiempo profetizó Amós; poco después, Miqueas, luego Isaías, en los días de Acaz y Ezequías. Así, Dios, en las épocas más oscuras y de mayor degeneración de la iglesia, levantó a algunos para que fueran luces resplandecientes y brillantes en ella para su tiempo, por su predicación y su vida; y unos pocos por sus escritos, para derramar luz sobre nosotros en los últimos tiempos.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—7. *Reinado de Azarías o Uzías, rey de Judá.* 8—31. *Los útimos reyes de Israel.* 32—38. *Jotam, rey de Judá.*

Vv. 1—7. Uzías hizo lo bueno la mayor parte de su vida. Fue una felicidad para el reino que un rey bueno durara tanto tiempo.

Vv. 8—31. Este relato muestra a un Israel confundido. Aunque Judá no carecía de problemas, de todos modos su reino era feliz, comparado con el estado de Israel. Las imperfecciones de los creyentes verdaderos son muy diferentes de la maldad permitida a los hombres impíos. Tal es la naturaleza humana, tales son nuestros corazones, si los dejamos librados a sí mismos, engañoso sobre todas las cosas y perverso. Tenemos razón de estar agradecidos por los frenos, por ser mantenidos lejos de las tentaciones y debemos implorar a Dios que renueve un espíritu recto dentro de nosotros.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—9. *Acaz, rey de Judá—Su reinado malo.* 10—16. *Acaz copia el modelo del altar de un ídolo.* 17—20. *Acaz saquea el templo.*

Vv. 1—9. Pocos y malos fueron los días de Acaz. —Aquellos cuyos corazones los condenan, recurrirán a cualquier parte, en tiempos difíciles, en vez de acudir a Dios. El pecado fue su propio castigo. Habitualmente los que se meten en angustias por un pecado, tratan de ayudarse a salir del aprieto con otro pecado.

Vv. 10—16. Hasta ahora se había mantenido el altar de Dios en su lugar y en uso, pero Acaz puso otro en la sala. —La consideración natural de la mente del hombre por cierto tipo de religión no se extingue fácilmente; y, salvo que sea reglamentada por la Palabra y por el Espíritu de Dios, produce supersticiones absurdas o idolatrías detestables; en el mejor de los casos, acalla la conciencia del pecador con ceremonias insensatas. Los infieles se han destacado por creer falsedades ridículas.

Vv. 17—20. Acaz despreció el día de reposo y, *de esa forma*, abrió una amplia entrada a toda clase de pecado. Hizo esto por el rey de Asiria. Cuando los que han tenido una entrada lista a la casa del Señor, se vuelven a otro camino para complacer a su prójimo, ruedan cuesta abajo hacia la destrucción.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—6. *Reinado de Oseas en Israel—Los israelitas son llevados al cautiverio por los asirios.* 7—23. *Cautiverio de los israelitas.* 24—41. *Gentiles puestos en la tierra de Israel.*

Vv. 1—6. Cuando se colma la medida de pecado, el Señor no soporta más. Los habitantes de Samaria deben de haber soportado una gran aflicción. Algunos israelitas pobres fueron dejados en la tierra. Los que fueron llevados cautivos a gran distancia se perdieron mayoritariamente entre las naciones.

Vv. 7—23. Aunque el relato de la destrucción del reino de las diez tribus es breve, se comenta extensamente en estos versículos y se dan las razones de esto. Fue una destrucción de parte del

Todopoderoso: los asirios sólo fueron la vara de su ira, Isaías x, 5. Los que introducen el pecado a un país o a una familia, traen una plaga, y tendrán que responder por toda la maldad que sigue. Y, aunque muy vasta es la maldad externa del mundo, mucho más grandes son los pecados secretos, los malos pensamientos, deseos y propósitos de la humanidad. Hay pecados externos marcados por la infamia; pero la ingratitud, la negligencia y la enemistad con Dios, y la idolatría y la impiedad que de ahí proceden, son mucho más malignos. No puede haber verdadera santidad sin arrepentimiento de cada camino malo, y sin obedecer los estatutos de Dios, pero esto debe proceder de la fe en su testimonio acerca de su ira contra toda impiedad e injusticia, y sobre su misericordia en Cristo Jesús.

Vv. 24—41. El terror al Todopoderoso producirá, a veces, una sumisión forzada o fingida en los hombres inconversos, como los traídos de diferentes países para poblar Israel. Pero estos se formarán pensamientos indignos de Dios, esperando complacerle con formalidades externas y tratarán vanamente de reconciliar su servicio con el amor al mundo y el libertinaje de sus lujurias. Que el temor del Señor, que es el principio de la sabiduría, posea nuestros corazones e influya nuestra conducta para que podamos estar dispuestos para todo cambio. Los asentamientos terrenales son inciertos; no sabemos si podemos ser echados antes de morir, y debamos dejar pronto el mundo; pero el justo ha elegido la buena parte, la que no le será quitada.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—8. *Buen reinado de Ezequías en Judá—Idolatría.* 9—16. *Senaquerib invade Judá.* 17—37. *Blasfemias del Rabsaces.*

Vv. 1—8. Ezequías fue un hijo verdadero de David. Otros hicieron lo bueno, pero no como David. No supongamos que cuando los tiempos y los hombres son malos, tienen que empeorar gradual y necesariamente; no es necesario que sea así: después de varios reyes malos, Dios levantó a uno como el mismo David. —La serpiente de bronce había sido conservada con todo cuidado, como monumento de la bondad de Dios con sus padres en el desierto, pero era ocioso y perverso quemarle incienso. Toda ayuda a la devoción que no esté respaldada por la palabra de Dios interrumpe el ejercicio de la fe; siempre conduce a la superstición y a otros males peligrosos. La naturaleza humana pervierte toda cosa de esta clase. La fe verdadera no necesita esa clase de ayudas; la Palabra de Dios enseñada y la oración diaria es toda la ayuda externa que necesitamos.

Vv. 9—16. La incursión de Senaquerib sobre Judá fue una gran calamidad para ese reino, por la cual Dios prueba la fe de Ezequías y castiga al pueblo. El disgusto secreto, la hipocresía, la tibieza de la mayoría requiere corrección; tales pruebas purifican la fe y la esperanza del justo y los lleva a la sencilla dependencia de Dios.

Vv. 17—37. El Rabsaces intenta convencer a los judíos que era inútil ofrecer resistencia. ¿Qué confianza es esta en que te apoyas? Bueno fuera que los pecadores se sometieran a la fuerza de este argumento procurando la paz con Dios. Por tanto, es sabio de parte nuestra rendirse a Él, porque es vano contender con Él: ¿qué confianza es esta en que se apoyan los que le resisten? Mucha astucia hay en esta arenga del Rabsaces y mucho orgullo, malicia, falsedad y blasfemia. —Los nobles de Ezequías conservaron la paz. Hay tiempo de callar como también, tiempo de hablar; hay gente a la que ofrecer cualquier cosa religiosa o racional es como echar perlas a los cerdos. El silencio de ellos hizo que el Rabsaces se sintiera más orgulloso y seguro. A menudo es mejor dejar que este tipo de personas vociferen y blasfemen; una expresión decidida de aborrecimiento es el mejor testimonio

contra ellos. El asunto debe dejarse al Señor que tiene todos los corazones en sus manos, encomendándonos a Él con humilde sumisión, esperanza de fe y oración ferviente.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—7. *Ezequías recibe una respuesta de paz.* 8—19. *La carta de Senaquerib.* 20—34. *Anuncio de su caída.* 35—37. *Destrucción del ejército asirio—Muerte de Senaquerib.*

Vv. 1—7. Ezequías mostró una preocupación profunda por la deshonra de Dios en la blasfemia del Rabsaces. Debemos desear particularmente que quienes nos hablen *a* nosotros de parte de Dios, le hablen a Dios *por* nosotros. El gran Profeta es el gran Intercesor. Los que probablemente prevalezcan ante Dios son los que elevan sus corazones en oración. —La condición extrema del hombre es la oportunidad de Dios. Aunque sus siervos nada puedan decir, sino terror contra el profano, el orgulloso y el hipócrita, tienen palabras de consuelo para el creyente desanimado.

Vv. 8—19. La oración es el recurso infalible del cristiano tentado, sea que luche con dificultades externas o enemigos internos. Ante el trono de la gracia de su Amigo Omnipotente abre su corazón, presenta su caso, como Ezequías, y apela. Cuando puede discernir que la gloria de Dios está comprometida de su lado, la fe gana la victoria, y él se regocija, porque no será conmovido. Las mejores peticiones en oración se aferran del honor de Dios.

Vv. 20—34. Todos los movimientos de Senaquerib eran conocidos por Dios. El mismo Dios emprende la defensa de la ciudad; y la persona, el lugar, que Él se propone proteger no puede sino estar a salvo. —Probablemente la invasión de los asirios había impedido, que ese año se sembrara la tierra. Se suponía que el año siguiente sería de reposo, pero el Señor hizo que la producción de la tierra fuera suficiente para sostenerlos durante los dos años. Como el cumplimiento de esta promesa iba a realizarse después de la destrucción del ejército de Senaquerib, fue señal para la fe de Ezequías, asegurándole esa liberación presente, como anticipo del futuro cuidado del Señor por el reino de Judá. El Señor haría esto no por la justicia de ellos, sino por su propia gloria. Que nuestros corazones sean un suelo bueno para que su Palabra eche raíces y dé fruto en nuestra vida.

Vv. 35—37. La noche siguiente al envío de este mensaje a Ezequías, fue destruido el cuerpo principal del ejército de ellos. Nótese cuán débiles son los hombres más fuertes ante el Dios Todopoderoso. ¿Quién se endureció alguna vez contra Él y prosperó? —Los propios hijos del rey de Asiria fueron sus asesinos. Los que tengan hijos no dispuestos a obedecer y servir, deben considerar si ellos no habrán sido así con su Padre celestial. Esta historia enseña una prueba fuerte de lo buena que es la fe y la firme confianza en Dios. Él aflige pero no desampara a su pueblo. Bueno es que nuestros problemas nos pongan de rodillas, pero ¿no recrimina eso nuestra incredulidad? ¡Cuán poco dispuestos estamos a descansar en la declaración de Jehová! ¡Cuán deseosos de saber cómo nos salvará! ¡Cuán impacientes cuando tarda el socorro! Pero debemos esperar el cumplimiento de su Palabra. Señor, ayuda a nuestra incredulidad.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—11. *La enfermedad de Ezequías—Su recuperación como respuesta a la oración.* 12—21. *Ezequías muestra sus tesoros a los embajadores de Babilonia—Su muerte.*

Vv. 1—11. Ezequías se enfermó mortalmente el mismo año que el rey de Asiria sitió a Jerusalén. Isaías llevó a Ezequías el aviso de prepararse para morir. La oración es uno de los mejores preparativos para morir, porque con ella tomamos la fuerza y el valor de Dios que nos capacita para terminar bien. Él lloró amargamente: de esto algunos entienden que no quería morir; en la naturaleza del hombre está temer la separación del alma y el cuerpo. También hubo algo peculiar en el caso de Ezequías; él estaba ahora en medio de su servicio. Que la oración de Ezequías, ver Isaías xxxviii, interprete sus lágrimas; en ella nada hay de que era presa servil o lo atormentaba la idea de la muerte. —La piedad de Ezequías le facilitó estar en su lecho de muerte. “Oh Jehová, te ruego que hagas memoria”; no habla como si Dios necesitara que le recordásemos algo; tampoco como si la recompensa pudiera reclamarse por deuda; es solo la justicia de Cristo la que compra la misericordia y la gracia. Ezequías no ora, Señor sálvame, sino, Señor recuérdame; sea que viva o muera, déjame ser tuyo. Dios siempre oye las oraciones del quebrantado de corazón y dará salud, largura de días y liberaciones temporales en tanto y en cuanto sea verdaderamente bueno para ellos. —Se usaron medios para la recuperación de Ezequías, pero considerando el nivel a que había llegado la enfermedad, y cuán súbitamente fue detenida, la cura fue milagrosa. Cuando estemos enfermos, debemos usar tales medios que sean adecuados para ayudar a la naturaleza, de lo contrario no confiamos en Dios; más bien lo tentamos. —Para confirmar su fe, en forma milagrosa, la sombra del sol retrocedió y hubo luz por más tiempo de lo acostumbrado. Esta obra prodigiosa muestra el poder de Dios en el cielo y en la tierra, la gran manera en que Él oye la oración y el gran favor que concede a sus elegidos.

Vv. 12—21. En esta época el rey de Babilonia era independiente del rey de Asiria, aunque poco después fue sometido por éste. Ezequías mostró sus tesoros, su arsenal y otras pruebas de su riqueza y poderío. Esto fue efecto del orgullo y la ostentación, y un apartarse de la sencilla confianza en Dios. También parece que perdió la oportunidad de hablar a los caldeos sobre Aquel que había hecho los milagros que atrajeron la atención de ellos, y de señalarles lo absurdo y malo de la idolatría. —¿Qué es más corriente que mostrar nuestras casas y cosas a nuestros amigos? Pero si hacemos esto con orgullo en nuestro corazón para obtener aplausos de los hombres, sin alabar a Dios, se vuelve pecado en nosotros, como pasó con Ezequías. Podemos esperar irritación de cada objeto con el cual estemos indebidamente complacidos. —Isaías que, a menudo, había sido el consolador de Ezequías, ahora es quien lo reprende. El bendito Espíritu es ambas cosas, Juan xvi, 7, 8. Los ministros deben ser ambas cosas cuando haya ocasión. —Ezequías reconoció la justicia de la sentencia, y la bondad de Dios en la prórroga. Pero el futuro de su familia y su nación debe de haberle causado muchos sentimientos dolorosos. Ezequías indudablemente fue humillado por el orgullo de su corazón. Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—9. *Mal reinado de Manasés.* 10—18. *La acusación profética contra Judá.* 19—26. *Mal reinado de Amón y su muerte.*

Vv. 1—9. Los jóvenes por lo general desean llegar a ser sus propios amos, y tener temprana posesión de riquezas y poder. Pero eso, en gran medida, arruina su consuelo futuro y causa daño a los demás. Mucho más feliz es que la gente joven esté bajo el cuidado de padres o tutores hasta que

la edad les dé experiencia y discreción. Aunque tales jóvenes tienen menos libertades, después estarán agradecidos. Manasés hizo mucho mal ante los ojos del Señor, como si tuviera el propósito de provocarlo a ira; hizo más mal que las naciones que el Señor había destruido. Manasés anduvo de mal en peor hasta que fue llevado cautivo a Babilonia. La gente estaba dispuesta a cumplir sus deseos, para obtener su favor y porque era conveniente para las inclinaciones depravadas de ellos. En cuanto a la reforma de grandes cuerpos, las mayorías simplemente son servidores temporales, y caen ante la tentación.

Vv. 10—18. Aquí está la sentencia sobre Judá y Jerusalén. Las palabras que se usan representan a la ciudad vacía y completamente desolada, pero no por ello destruida, sino limpiada para guardarla como morada futura de los judíos: abandonada, pero no finalmente y sólo en cuanto a los privilegios externos, pues los creyentes individuales fueron preservados de ese castigo. El Señor expulsará a todo profesante que le deshonre con sus crímenes, pero nunca abandonará su causa en la tierra. —En el libro de las Crónicas leemos que Manasés se arrepintió y Dios lo aceptó; de esa manera, podríamos aprender a no desesperar de la recuperación de los más grandes pecadores. Pero que nadie se atreva a seguir pecando por suponer que puede arrepentirse y reformarse cuando le plazca. Hay unos pocos casos de la conversión de pecadores notorios, para que nadie se desespere, y son pocos para que nadie presuma.

Vv. 19—26. Amón profanó la casa de Dios con sus ídolos; y Dios soportó que su casa fuera contaminada con esa sangre. Por más injustos que fueran los que hicieron eso, Dios fue justo al soportar que lo hicieran. Ahora fue un cambio feliz que uno de los peores reyes de Judá pasara a ser uno de los mejores. Una vez más Judá fue probado con una reforma. Sea que el Señor soporte por mucho tiempo a los ofensores presuntuosos o que los elimine prontamente en sus pecados, deben perecer todos los que insistan en negarse a andar en sus caminos.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—10. *Buen reinado de Josías—Su preocupación por reparar el templo—Hallazgo del libro de la ley.* 11—20. *Josías consulta a la profetisa Hulda.*

Vv. 1—10. La temprana sucesión de Josías, que fue un hecho diferente de la de Manasés, debe atribuirse a la gracia distintiva de Dios; pero, probablemente, las personas que lo formaron fueron instrumentos para producir la diferencia. Su carácter fue excelente. Si el pueblo se hubiera unido de todo corazón a la reforma, como él perseveró en ella, hubiera tenido benditos efectos. Pero eran malos y neciamente se dedicaron a la idolatría. No tenemos el pleno conocimiento del estado de Judá en los relatos históricos, a menos que nos refiramos a los escritos de los profetas de la época. —Mientras reparaban el templo se halló el libro de la ley y lo llevaron al rey. Parece que el libro de la ley estaba perdido y faltaba; negligentemente guardado y olvidado, como algunos tiran sus Biblias en un rincón, o escondido malignamente por algunos de los idólatras. El cuidado de Dios con la Biblia demuestra claramente su interés por ella. Fuera esta o no, la única copia existente, su contenido eran nuevo para el rey y para el sumo sacerdote. Los resúmenes, los extractos, ni las recopilaciones de la Biblia pueden transmitir y preservar el conocimiento de Dios y de su voluntad como la Biblia misma. No era sorprendente que el pueblo estuviera tan corrupto cuando el libro de la ley era tan escaso; los que los corrompieron usaron indudablemente malas artes para quitar ese libro de las manos de ellos. La abundancia actual de Biblias agrava nuestro pecado nacional, porque, ¿qué mayor desprecio de Dios podemos mostrar si nos negamos a leer su Palabra cuando la ponen en nuestras manos o, si la leemos, nos negamos a creerla y a obedecerla? El conocimiento del pecado es

por la santa ley, y el conocimiento de la salvación es por el bendito evangelio. Cuando se entiende el primero en su estrictez y excelencia, el pecador empieza a preguntar, ¿qué debo hacer para ser salvo? Y los ministros del evangelio le señalan a Jesucristo, como el fin de la ley para justicia de todo el que cree.

Vv. 11—20. Se lee el libro de la ley delante del rey. Los que mejor honran sus Biblias son los que la estudian; los que se alimentan diariamente de ese pan y andan por su luz. —La convicción de pecado y la ira debieran provocar esta pregunta: ¿qué debo hacer para ser salvo? Además, qué podemos esperar y qué provisiones tomar. Quienes tienen verdadera comprensión del peso de la ira de Dios, no pueden sino estar muy ansioso por saber cómo pueden ser salvos. —Hulda hizo saber a Josías cuáles eran los juicios que Dios tenía reservados contra Judá y Jerusalén. La generalidad del pueblo estaba endurecido y sus corazones sin humillar, pero el corazón de Josías era tierno. Esta es ternura de corazón y, así, se humilló delante del Señor. Quienes más temen la ira de Dios son los que menos probablemente la sientan. —Aunque Josías fue mortalmente herido en combate, murió no obstante en paz con Dios y fue a la gloria. No importa lo que tales personas sufran o experimenten, son llevados a la tumba en paz, y entrarán en el reposo que hay para el pueblo de Dios.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—3. *Josías lee la ley y renueva el pacto.* 4—14. *Destruye la idolatría.* 15—24. *La reforma se extiende a Israel—Observancia de la Pascua.* 25—30. *El faraón Necao mata a Josías.* 31—37. *Reinados malos de Joacaz y Joacim.*

Vv. 1—3. Josías recibió un mensaje de Dios, que no iba a impedir la ruina de Jerusalén, pero él solamente libraría su alma; de todos modos, cumple su deber y deja el asunto a Dios. Él comprometió al pueblo de la manera más solemne para abolir la idolatría y servir a Dios con justicia y santidad verdadera. Aunque la mayoría fue formal o hipócrita de ahí en adelante, se evitó mucha maldad externa y se tuvieron por responsables ante Dios por su conducta.

Vv. 4—14. ¡Cuánta abundancia de maldad en Judá y Jerusalén! Uno no creería posible hallar tales abominaciones en Judá, donde Dios era conocido, en Israel, donde su Nombre era grande, en Salem, en Sion, donde estaba su morada. Josías había reinado por dieciocho años, había dado un buen ejemplo al pueblo, y había guardado la religión conforme a la ley divina, pero cuando se puso a investigar la idolatría, su profundidad y extensión eran muy grandes. La historia corriente y los registros de la Palabra de Dios enseñan que toda la piedad o bondad verdadera que se halle en la tierra derivan del Espíritu de Jesucristo que hace todas las cosas nuevas.

Vv. 15—24. El celo de Josías se extendió a las ciudades de Israel que estaban a su alcance. Él conservó cuidadosamente el sepulcro del hombre de Dios que vino desde Judá a anunciar el derrumbe del altar de Jeroboam. Cuando hubieron limpiado el país de la vieja levadura de la idolatría, entonces se aplicaron a observar la fiesta. En ninguno de los reinados anteriores se había guardado una Pascua así. El despertar de una ordenanza largo tiempo descuidada, los llenó de santo gozo; y Dios recompensó su celo por la destrucción de la idolatría con muestras extraordinarias de su presencia y favor. Tenemos razón para pensar que la religión floreció durante el resto del reinado de Josías.

Vv. 25—30. Al leer estos versículos debemos decir, Señor, aunque tu justicia es como las grandes montañas, evidente, fácil de ver e indiscutible, tus juicios son de gran profundidad,

insondables e inescrutables. El rey reformador es cortado en medio de su vida útil, con misericordia para que no viera el mal que vendría a su reino: pero con ira contra su pueblo porque su muerte fue la entrada de la desolación de ellos.

Vv. 31—37. Después de poner a Josías en su tumba, vino un problema tras otro hasta que Jerusalén fue destruida en veintidós años. Los malos perecieron en grandes cantidades, el remanente fue purificado, y la reforma de Josías levantó a unos cuantos que se unieron a los pocos que fueron la semilla preciosa del futuro de la iglesia y de la nación. Un poco de tiempo y flacas habilidades suelen bastar para deshacer el bien que hombres piadosos han efectuado en el curso de los años. Pero bendito sea Dios que la buena obra que Él empezó por su Espíritu regenerador, no podrá ser eliminada antes bien resiste todos los cambios y tentaciones.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—7. *Joacim vencido por Nabucodonosor.* 8—20. *Joaquín, cautivo en Babilonia.*

Vv. 1—7. Si Joacim hubiese servido al Señor, no hubiera servido a Nabucodonosor. Si se hubiera contentado con su servidumbre, su condición no hubiera sido peor, pero, al revelarse contra Babilonia, se sumergió en mayores problemas. Véase cuánta necesidad tienen las naciones de lamentar los pecados de sus padres, para no pagar las consecuencias. Las amenazas se cumplirán tan seguramente como se prometen, si no lo impide el arrepentimiento de los pecadores.

Vv. 8—20. Joaquín reinó sólo tres meses, pero fue tiempo suficiente para demostrar que pagó las consecuencias de los pecados de sus padres, porque siguió sus pasos. El gobierno se confió a su tío. Sedequías fue el último de los reyes de Judá. Aunque los juicios de Dios contra los tres reyes anteriores a él debieran haberle servido de advertencia, hizo lo malo, como ellos. Cuando los encargados de los consejos de una nación, actúan sin sabiduría y contra su verdadero interés, debemos notar en esto el desagrado de Dios. Dios les oculta lo que pertenece a la paz pública a causa de los pecados del pueblo. Y para cumplir los propósitos secretos de su justicia, el Señor sólo tiene que dejar a los hombres entregados a la ceguera de su mente o librados a la lujuria de sus propios corazones. El acercamiento paulatino de los juicios divinos permite a los pecadores arrepentirse, y da tiempo a los creyentes para prepararse para enfrentar la calamidad, mientras muestra la obstinación de quienes no abandonarán sus pecados.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—7. *Jerusalén sitiada—Sedequías arrestado.* 8—21. *El templo es quemado—El pueblo es llevado al cautiverio.* 22—30. *El resto de los judíos huye a Egipto—Evil-merodac alivia el cautiverio de Joaquín.*

Vv. 1—7. Jerusalén estaba tan fortificada que no podía ser tomada hasta que el hambre volviera a los sitiados incapaces de resistir. Encontramos más sobre este acontecimiento en la profecía de Jeremías y las Lamentaciones; baste aquí decir que la impiedad y la desgracia de los sitiados fueron muy grandes. A la larga, la ciudad fue tomada por asalto. El rey, su familia y sus grandes hombres escaparon de noche por pasajes secretos. Pero se engañan los que piensan escapar de los juicios de

Dios, tanto como los que se creen capaces de desafiarlos. Por lo que le pasó a Sedequías se cumplieron dos profecías, aunque parecen contradecirse. Jeremías profetizó que Sedequías sería llevado a Babilonia, Jeremías xxxii, 5; xxxiv, 3; Ezequiel, que no vería Babilonia, Ezequiel xii, 13. Fue llevado hasta allá, pero le sacaron los ojos, así que no la vio.

Vv. 8—21. La ciudad y el templo fueron incendiados y, probablemente, el arca dentro del templo. Dios mostró con esto cuán poco le importa la pompa externa de su adoración, cuando se descuidan la vida y el poder de la religión. —Los muros de Jerusalén fueron derribados, y el pueblo, llevado cautivo a Babilonia. Se llevaron los utensilios del templo. Cuando se peca contra las cosas representadas, ¿para qué sirven los símbolos? Fue justo que Dios privara del beneficio de su adoración a los que prefirieron los cultos falsos antes que a Él; los que tuvieron muchos altares ahora no tienen ninguno. Así como el Señor no perdonó a los ángeles que pecaron, así como condenó a la tumba a toda la raza de hombres caídos, y a todos los incrédulos al infierno, y así como no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, así no deben sorprendernos las miserias que puede traer sobre naciones, iglesias y personas culpables.

Vv. 22—30. El rey de Babilonia nombró a Gedalías para que fuera el gobernador y protector de los judíos que quedaron en su tierra. Pero las cosas pertenecientes a su paz estaban tan escondidas de sus ojos que no se dieron cuenta del bien que poseían. Ismael lo mató malignamente a él y todos sus amigos y, contra el consejo de Jeremías, el resto se fue a Egipto. Así se realizó el final definitivo de ellos por su propia necedad y desobediencia; véase Jeremías, capítulos xl a xlv. —Joaquín fue liberado de la cárcel donde estuvo por 37 años. Que nadie diga que más nunca volverá a ver el bien por llevar mucho tiempo viendo solo el mal: hasta el más miserable no sabe cuando la providencia dará un vuelco, ni qué consuelos les están reservados, conforme a los días en que fueron afligidos. Aun en este mundo el Salvador trae liberación de la esclavitud al pecador afligido que le busca, y le concede probar anticipadamente algo de los placeres que hay a su diestra por siempre. El pecado sólo puede herirnos; Jesús sólo puede hacer el bien a los pecadores.

PRIMERA DE CRÓNICAS

Los libros de las Crónicas son, en gran medida, repeticiones de lo que se relata en los libros de Samuel y de los Reyes, aunque hay aquí algunas cosas excelentes y útiles que no hallamos en otra parte. El Primer libro narra el origen del pueblo judío a partir de Adán y, luego, da cuenta del reino de David. La narración continúa en el Segundo libro con el desarrollo y final del reino de Judá; también se comenta el regreso de los judíos del cautiverio en Babilonia. Jerónimo dice que se engaña el que crea que conoce las Escrituras sin estar familiarizado con los libros de las Crónicas, donde se hallan hechos históricos y nombres que, en otras partes, se pasan por alto, y se encuentra la conexión de pasajes y se explican muchas preguntas referentes al evangelio.

CAPÍTULO I

Versículos 1—27. *Genealogías—Adán a Abraham.* 28—54. *Los descendientes de Abraham.*

Vv. 1—27. Este capítulo, y muchos que siguen, repiten las genealogías o listas de padres e hijos de la historia bíblica, y los reúnen con muchos agregados. Cuando se compara con otros pasajes, se encuentran algunas diferencias, pero no debemos por eso tropezar en la Palabra, sino bendecir a Dios que las cosas necesarias para la salvación sean bastante claras. —Aquí el origen de la nación judía se remonta al primer hombre que Dios creó y, por eso, se distingue de los orígenes oscuros, fabulosos y absurdos atribuidos a otras naciones. Pero ahora todas las naciones está tan mezcladas entre sí, que ninguna nación, ni la mayor de ellas traza su origen a ninguna de estas fuentes. Sólo de esto estamos seguros, que Dios creó de una sangre a todas las razas de los hombres; todos son descendientes de un Adán, de un Noé. ¿No tienen todos un padre? ¿No nos ha creado un Dios? Malaquías ii, 10.

Vv. 28—54. La genealogía de aquí en adelante se limita a la posteridad de Abraham. —Que tengamos ocasión de pensar, al leer estas listas de nombres, en las multitudes que han pasado por este mundo, han hecho su parte en él y luego se fueron. Cuando una generación, hasta de hombres pecadores, pasa y se va, otra viene, Eclesiastés i, 4; Números xxxii, 14, y así será mientras permanezca la tierra. Corto es nuestro paso por el tiempo hacia la eternidad. Que seamos distinguidos como pueblo del Señor.

CAPÍTULO II

Genealogías

Ahora llegamos al registro de los hijos de Israel, ese pueblo distinguido, que tenía que habitar solo y no ser contado entre las naciones. Pero ahora, en Cristo, todos los que van a Él son bienvenidos a su salvación; todos tienen iguales privilegios conforme a su fe en Él, y su amor y devoción a Él. Todo lo que es verdaderamente valioso consiste del favor, la paz y la imagen de Dios, y una vida vivida para su gloria, promoviendo el bienestar de nuestros congéneres.

CAPÍTULO III

Genealogías

De todas las familias de Israel ninguna fue tan ilustre como la de David: aquí tenemos la cuenta completa de ella. De esta familia, en lo tocante a la carne, vino Cristo. El observador atento percibirá que los hijos del justo disfrutan de muchas ventajas.

CAPÍTULO IV

Genealogías

En este capítulo tenemos un relato ulterior de Judá, la más numerosa y más famosa de todas las tribus; también una cuenta de Simeón. —La persona más notable de este capítulo es Jabes. No se nos dice por qué Jabes fue más honorable que sus hermanos, pero hallamos que era hombre de oración. El camino para ser verdaderamente grande es el de buscar hacer la voluntad de Dios y orar fervorosamente. Aquí aparece la oración que él hacía. Jabes oraba al Dios vivo y verdadero, que es el único que puede oír y responder la oración; y, orando lo consideraba como Dios que tiene un pacto con su pueblo. Jabes no expresa promesa alguna; la deja sobreentendida; temía prometer según su propia fuerza y resolvió dedicarse por entero a Dios. ¡Oh, si me dieras bendición, y me guardaras! Haz lo que quieras conmigo; yo estaré a tus órdenes y a tu disposición por siempre. Como dice el texto, este fue lenguaje del deseo más ardiente y afectuoso. ¡Oh, si me dieras bendición! Jabes oró por cuatro cosas. —1. *Que Dios verdaderamente le bendijera.* Las bendiciones espirituales son las mejores: Las bendiciones de Dios son cosas reales y producen efectos reales. —2. *Que ensanche su territorio.* Que Dios ensanche nuestros corazones y, así, agrande nuestra parte en Él, y en la Canaán celestial, tal debiera ser nuestro deseo y oración. —3. *Que la mano de Dios estuviera con él*. La mano de Dios con nosotros, para guiarnos, protegernos, fortalecernos y hacer todas nuestras obras en y para nosotros, es una mano absolutamente suficiente en todo. —4. *Que le guardara del mal*, el mal del pecado, el mal del problema, todo los malos designios de sus enemigos, para que no lo dañen, y no hicieran de Jabes un varón de dolores. —Dios le concedió lo que pidió. Dios siempre está listo para oír la oración: Su oído hoy no está sordo.

CAPÍTULO V

Genealogías

Este capítulo da una cuenta de las dos y media tribus asentadas al lado oriental del Jordán. Ellas fueron cautivadas por el rey de Asiria, porque habían abandonado al Señor. Sólo dos cosas se registran aquí respecto de estas tribus. —1. *Todos ellos participaron en una victoria.* Felices las personas que viven juntos en armonía, que se ayudan mutuamente con los enemigos comunes de su alma, confiando en el Señor e invocándolo. —2. *Ellos compartieron el cautiverio.* Hubieran tenido la mejor de las tierras, sin considerar que estaban demasiado expuestas. El deseo de objetos terrenales aleja de las ordenanzas de Dios, y prepara a los hombres para la destrucción.

CAPÍTULO VI

Genealogías

En este capítulo tenemos un relato de Leví. Los sacerdotes y los levitas estaban más preocupados que cualquier otro israelita por preservar clara su descendencia y ser capaces de probarlo, porque todos los honores y los privilegios del oficio de ellos dependía de su genealogía. Ahora, el Espíritu de Dios llama ministros a su obra, sin límite en cuanto a origen familiar; y, entonces como ahora, aunque los creyentes y los ministros puedan ser muy útiles a la iglesia, nadie sino nuestro gran Sumo Sacerdote puede hacer expiación por el pecado, y nadie puede ser aceptado sino a través de su expiación.

CAPÍTULO VII

Genealogías

No hay cuenta de Zabulón ni de Dan. No podemos encontrar razón por la cual solamente ellos se omitieron; pero es la desgracia de la tribu de Dan que la idolatría empezara en esa colonia que se estableció en Lais y la llamara Dan, Jueces xviii, y que ahí Jeroboam instalara uno de los becerros de oro. Dan es omitido, Apocalipsis vii. Los hombres se vuelven abominables cuando abandonan la adoración del verdadero Dios por cualquier objeto creado.

CAPÍTULO VIII

Genealogías

Aquí hay una lista más larga de la tribu de Benjamín. Podemos suponer que muchas cosas de estas genealogías, que nos parecen difíciles, abruptas y confusas, eran sencillas y claras en la época, y respondían plenamente a la intención para la cual fueron publicadas. —Muchas naciones grandes y poderosas existían en aquel entonces en la tierra, y muchos hombres ilustres cuyos nombres están ahora completamente olvidados; mientras que los nombres de multitudes del Israel de Dios se recuerdan aquí eternamente. La memoria del justo es bendita.

CAPÍTULO IX

Genealogías

Este capítulo expresa que un fin de registrar todas estas genealogías era dirigir a los judíos cuando volvieran del cautiverio, con quién unirse y dónde residir. —Aquí hay una cuenta del buen estado en que se pusieron los asuntos de la religión al regreso de Babilonia. Cada uno conocía su oficio. Probablemente se hace bien el trabajo cuando todos conocen el deber de su cargo, y hacen de ello una ocupación. Dios es Dios de orden. Así, era el templo una figura del santuario celestial donde no

descansan día y noche de alabar a Dios, Apocalipsis iv, 8. Bendito sea su Nombre, pues los creyentes le alabarán día y noche sin interrupción, y no por tumo, sino todos juntos: que el Señor nos haga aptos a cada uno de nosotros para la herencia de los santos en luz.

CAPÍTULO X

La muerte de Saúl

El designio principalmente en vista en los libros de las Crónicas parece ser el de preservar los registros de la casa de David. Por tanto, el escrito no repite la historia del reino de Saúl sino solo la de su muerte, la cual abrió para David el camino al trono. Y de la ruina de Saúl podemos aprender: —1. *Que el pecado de los pecadores ciertamente los alcanzará tarde o temprano; Saúl murió por su transgresión.* —2. *Que la grandeza de ningún hombre puede exceptuarlo de los juicios de Dios.* —3. *La desobediencia es homicida.* Saúl murió por no guardar la Palabra del Señor. —Que seamos librados de la incredulidad, impaciencia y desesperación. Esperando en el Señor obtendremos un reino inconmovible.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—9. *Ascensión de David al trono.* 10—47. *Lista de los valientes de David.*

Vv. 1—9. David fue llevado a tomar posesión del trono de Israel después de reinar siete años en Hebrón, sobre Judá solo. Los consejos de Dios se cumplen al fin, cualquiera sean las dificultades que haya en el camino. La manera de ser verdaderamente grande es ser realmente útil, dedicar todos nuestros talentos al Señor.

Vv. 10—47. Se da una cuenta de los valientes de David, los grandes hombres que le sirvieron. Pero David reconoció que su éxito no era de los valientes que estaban con él, sino del poderoso Dios cuya presencia es todo en todo. —Al fortalecerlo a él, ellos se fortalecían a sí mismos y sus propios intereses, porque su progreso era el de ellos. Nosotros ganaremos por lo que hacemos en nuestros lugares por sostener el reino del Hijo de David; y los que son fieles a Él, hallarán sus nombres registrados con mucho más honra para ellos que los que están en los registros de la fama.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—22. *Los que fueron a ver a David en Siclag.* 23—40. *Los que vinieron a Hebrón.*

Vv. 1—22. Aquí hay cuenta de los que vinieron y actuaron como sus amigos cuando David era perseguido. Ninguna dificultad ni peligro debieran impedir al pecador llegar al Salvador, ni sacar al creyente de la senda del deber. Los que avanzan y vencen en estos intentos encontrarán abundante recompensa. De las palabras de Amasai podemos aprender a testificar nuestro afecto y lealtad al Señor Jesús; debemos ser suyos por completo; a su lado debemos avanzar para ir y actuar. Si

estamos bajo la influencia del Espíritu, desearemos tener nuestra suerte entre ellos y declararnos de su lado; si con fe y amor abrazamos la causa de Cristo, Él nos recibirá, empleará y prosperará.

Vv. 23—40. Cuando el trono de Cristo se establece en un alma, hay o debiera haber, gran gozo en esa alma; y se hace provisión, no como aquí, para unos pocos días, sino para toda la vida y para la eternidad. Dichosos los que entienden sabiamente que es su deber e interés someterse al Salvador Jesucristo, el Hijo de David; los que renuncian por amor a Él a todo lo que no es coherente; aquellos cuyas empresas fervorosas para hacer el bien están dirigidas por la sabiduría que da Dios, por medio de su familiarización con la Palabra, por experiencia y observación. Si a alguien le falta sabiduría, pídala a Dios, que da generosamente a todos los hombres, y que no zahiere, y le será dada.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—5. *David consulta por el arca.* 6—14. *El traslado del arca.*

Vv. 1—5. David no dijo: ¿qué cosa magnifica haré hoy? ni ¿qué cosa agradable? sino ¿qué cosa piadosa? para que pudiera tener el consuelo y el beneficio del oráculo sagrado. Traigamos el arca a nosotros, para que sea una bendición para nosotros. Los que honran a Dios, se benefician a sí mismos. Es sabiduría de quienes salen al mundo llevar consigo el arca de Dios. Probablemente vayan con el favor de Dios los que empiezan con el temor de Dios.

Vv. 6—14. Que el pecado de Uza advierta a todos para cuidarse de la presunción, el apuro y la irreverencia al tratar las cosas sagradas; y que nadie piense que un buen fin justifica una mala acción. Que el castigo de Uza nos enseñe a no atrevernos a jugar con Dios cuando nos acercamos a Él; pero que a través de Cristo vayamos directamente al trono de gracia. Si el evangelio es para algunos sabor de muerte para muerte, como el arca fue para Uza, que nosotros lo recibamos con amor por Él y sea para nosotros un sabor de vida para vida.

CAPÍTULO XIV

Las victorias de David

En este capítulo tenemos un recuento de: —1. *El establecimiento del reino de David.* —2. *Desarrollo de su familia.* —3. *Derrota de sus enemigos.* Esto se repite de 2 Samuel v. Que la fama de David sea mirada como tipo y figura del excelso honor del Hijo de David.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—24. *Preparativos para el traslado del arca.* 25—29. *El traslado del arca.*

Vv. 1—24. Los hombres sabios y los hombres buenos puede ser culpables de descuidos que corregirán tan pronto como se den cuenta de ellos. David no trata de justificar lo que había hecho

mal ni le echa la culpa a los demás, sino que se reconoce culpable, con otros, de no buscar a Dios en el orden debido.

Vv. 25—29. Bueno es notar la ayuda de la Providencia Divina, aun en las cosas que caen dentro del ámbito de nuestros poderes naturales; si Dios no nos ayudara, no podríamos dar ni un paso. Si hacemos nuestros deberes religiosos bien en cierto grado, debemos reconocer que fue Dios quien nos ayudó; si eso hubiera quedado librado a nosotros mismos, hubiéramos sido culpables de algunos errores fatales. Y toda cosa que emprendamos, debe hacerse dependiendo de la misericordia de Dios a través del sacrificio del Redentor.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—6. *La solemnidad con que se colocó el arca.* 7—36. *El salmo de alabanza de David.* 37—43. *Ordenamiento de la adoración de Dios.*

Vv. 1—6. Aunque la Palabra y las ordenanzas de Dios puedan estar veladas y eclipsadas por un tiempo, resplandecerán en la oscuridad. Esto no era sino una tienda, una humilde morada, pero este era el tabernáculo del que David habla tan a menudo con tanto afecto en sus salmos. David se mostró generoso con sus súbditos, como había hallado bondadoso a Dios con él. Aquellos cuyos corazones están ensanchados de santo gozo, lo demostrarán con su mano abierta.

Vv. 7—36. Que Dios sea glorificado en nuestras alabanzas. Que otros sean edificados y enseñados, que los extranjeros sean guiados a adorarle. Que nosotros mismos triunfemos y confiemos en Dios. Los que dan gloria al Nombre de Dios tienen permiso para gloriarse en Él. Que el pacto eterno sea el gran tema de nuestro gozo y alabanza. Sea cuidadoso con su pacto. Que las misericordias pasadas de Dios para su pueblo antiguo, sean recordadas por nosotros con gratitud. Que muestre su salvación de día en día, su salvación prometida por Cristo. Tenemos razón para celebrar eso cada día, pues diariamente recibimos su beneficio y es tema que nunca puede agotarse. En medio de las alabanzas no dejar de orar por los siervos de Dios en dificultades.

Vv. 37—43. La adoración de Dios debiera ser la obra de cada día. David lo ordenó. Asaf y sus hermanos tenían que ministrar continuamente con cánticos de alabanza ante el arca que estaba en Jerusalén. Ahí no se ofrecían sacrificios, no se quemaba incienso, porque no había altares, pero las oraciones de David eran dirigidas como incienso, y alzar las manos era el sacrificio vespertino. La adoración espiritual toma el lugar de la ceremonial tan temprano, aunque la adoración ceremonial, siendo instituida por Dios, no debe ser en absoluto omitida. Por tanto, los sacerdotes atendían los altares en Gabaón puesto que su tarea era sacrificar y quemar incienso, cosa que hacían continuamente, mañana y tarde, conforme a la ley de Moisés. Como las ceremonias eran tipos de la mediación de Cristo, su observancia era de gran importancia. La asistencia atenta de los ministros nombrados es justa en sí misma, y alienta al pueblo.

CAPÍTULO XVII

Los propósitos de David; las bondadosas promesas de Dios.

Este capítulo es el mismo que 2 Samuel vii. Véase que se dice allí del tema. —Es muy claro que lo dicho en Samuel como “A causa de tu palabra” (v. 21), aquí es “por amor a tu siervo” (v. 19). Jesucristo es la Palabra de Dios, Apocalipsis xix, 13, y el Siervo de Dios, Isaías xlii, 1; y es por amor a Él, por su mediación, que se cumplen las promesas a todos los creyentes; es en Él que son sí y amén. Por amor a Él se hacen, por amor a Él se dan a conocer; a Él debemos toda esta grandeza, de Él tenemos que esperar todas las cosas grandiosas. Ellas son las inescrutables riquezas de Cristo que, si por fe las vemos en sí mismas y en el Señor Jesús, no podemos menos que magnificarlo como la única grandeza verdadera y hablar honrosamente de ellas. Porque esta bendición es la que podemos esperar en medio de las tribulaciones de la vida, y cuando sintamos sobre nosotros la mano de la muerte; y la procuremos para nuestros hijos, después de nosotros.

CAPÍTULO XVIII

Las victorias de David

Este capítulo es el mismo que 2 Samuel viii. Nuestra buena batalla de la fe, mandados por el Capitán de nuestra salvación, terminará en el triunfo y la paz eternas. La felicidad de Israel, por medio de las victorias de David y su justo gobierno, fueron una débil sombra de la dicha del redimido en los lugares celestiales.

CAPÍTULO XIX

Las guerras de David

Aquí se repite la historia que leemos en 2 Samuel x. —La única seguridad de los pecadores es someterse al Señor, procurar la paz con Él y llegar a ser sus siervos. Ayudémonos unos a otros en la buena causa, pero con temor, no sea que no alcancemos la salvación debido a la incredulidad y el pecado, aunque seamos instrumentos para el bien del prójimo.

CAPÍTULO XX

Las guerras de David

Aunque el Señor corregirá severamente los pecados de su pueblo creyente, no los dejará en las manos de sus enemigos. Su ayuda superará todas las ventajas en cantidad y fuerzas de los que desafíen a Israel. Todos los que confíen en Cristo serán hechos más que vencedores por medio de Aquel que los ama.

CAPÍTULO XXI

David censa al pueblo

No se menciona en este libro el pecado de David en el caso de Urías, ni las tribulaciones que lo siguieron: ellas no tenían una conexión necesaria con los temas aquí registrados. Pero se relata el pecado de David al censar el pueblo: en la expiación efectuada por ese pecado hubo un anuncio del lugar donde se edificaría el templo. —La orden dada a David de edificar un altar fue una bendita señal de reconciliación. Dios testificó su aceptación de las ofrendas de David en este altar. Así, Cristo fue hecho pecado y maldición por nosotros; plugo al Señor molerlo para que, a través de Él, Dios pudiera ser para nosotros, no un fuego consumidor, sino un Dios reconciliado. Bueno es continuar la obediencia de las ordenanzas en que hayamos experimentado las señales de la presencia de Dios, y hayamos comprobado que es verdad que Él está con nosotros. Aquí Dios bondadosamente me halló, por lo cual yo seguiré esperando hallarlo.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—5. *Los preparativos de David para el templo.* 6—16. *Las instrucciones de David a Salomón.* 17—19. *Se manda asistir a los príncipes.*

Vv. 1—5. En ocasión del juicio terrible infligido a Israel por el pecado de David, Dios señaló donde quería que se edificara el templo, por lo cual David se entusiasmó haciendo preparativos para la gran obra. David no iba a edificar, pero iba a hacer todo lo que pudiera; hizo abundantes preparativos antes de morir. Lo que nuestras manos hallen para hacer por Dios y nuestras almas, y por quienes nos rodean, hagámoslo con toda nuestra fuerza antes de morir, porque después de la muerte no hay ciencia ni obra. Y cuando el Señor rehuse ocuparnos en los servicios que deseamos, no debemos desanimarnos ni quedarnos ociosos, sino hacer lo que podamos, aunque en una esfera más humilde.

Vv. 6—16. David da a Salomón la razón por la cual él deberá edificar el templo: porque Dios lo nombró a él. Nada es más fuerte para comprometernos en cualquier servicio para Dios que saber que hemnos sido nombrados para eso. Él tendría tiempo libre y oportunidad para hacerlo. Tendría paz y tranquilidad. Cuando da reposo, Dios espera que trabajemos. Dios había prometido establecer su reino. Las promesas bondadosas de Dios deben avivar y fortalecer nuestro servicio religioso. —David entregó a Salomón una cuenta de los vastos preparativos que él había hecho para esta construcción; no por orgullo y vanagloria, sino para animar a Salomón a comprometerse de buena gana en la gran obra. No se debe pensar que por edificar el templo, se compra una dispensa para pecar; por el contrario, su obra no iba a ser aceptada si no cuidaba de cumplir los estatutos del Señor. En nuestra obra espiritual y en nuestra guerra espiritual necesitamos valor y decisión.

Vv. 17—19. Todo lo que se haga, en general, para que la Palabra de Dios sea conocida y atendida, equivale a llevar una piedra o un lingote de oro para erigir el templo. Esto debe animarnos cuando nos lamentamos por no ver más fruto de nuestras labores; después de nuestra muerte puede surgir mucho bien en el que nunca pensamos. Entonces, no nos cansemos de hacer el bien. —La obra está en las manos del Príncipe de paz. Como a Él, Autor y Consumador de la obra, le plazca emplearnos como instrumentos suyos, levantémonos y hagamos, animándonos y ayudándonos mutuamente; obrando conforme a su gobierno, según su ejemplo, dependiendo de su gracia, seguros de que Él estará con nosotros, y que nuestro trabajo en el Señor no será en vano.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—23. *David nombra a Salomón como su sucesor*. 24—32. *El oficio de los levitas.*

Vv. 1—23. Habiendo sido encargado de la edificación del templo, David establece el método para el servicio del templo y ordena a sus oficiales. Cuando los de la misma familia sirven juntos, les corresponde amarse y asistirse recíprocamente.

Vv. 24—32. Ahora el pueblo de Israel era tan numeroso que debía haber más personal en el servicio del templo para que todo israelita que trajera una ofrenda pudiera hallar a un levita listo para servirle. Cuando hay más obra por hacer, es una lástima que no haya más obreros. El nuevo corazón, la mente espiritual que tiene gran deleite en los mandamientos de Dios y que puede hallar una fiesta renovadora en sus ordenanzas, constituye la gran diferencia entre el cristiano verdadero y todos los demás hombres del mundo. Todo servicio será satisfactorio para el hombre espiritual. Este siempre abundará en la obra del Señor; no siendo nunca tan feliz como cuando está empleado para un Amo tan bueno en un servicio tan grato. No considerará si es llamado a dirigir o a encargarse de los demás que están puestos por sobre él. Que nosotros busquemos y sirvamos rectamente al Señor y dejemos todo lo demás a su disposición, por fe en su palabra.

CAPÍTULO XXIV

Las divisiones de los sacerdotes y levitas

Cuando cada uno tiene, conoce y mantiene su lugar y trabajo, mientras más sean, mejor es. En el cuerpo místico de Cristo cada miembro tiene su función para provecho de todos. Cristo es el Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios, al cual están sujetos todos los creyentes hechos sacerdotes. En Cristo no hay diferencia entre esclavo y libre, anciano y joven. Los hermanos más jóvenes, si son fieles y sinceros, no serán menos aceptables para Cristo que los padres. Que todos seamos hijos del Señor, preparados para cantar sus alabanzas por siempre en su templo celestial.

CAPÍTULO XXV

Los cantores y los músicos

David organizó a los que fueron nombrados para cantores y músicos del templo. Profetizar en este lugar significa alabar a Dios con gran fervor y afecto devoto, bajo la influencia del Espíritu Santo. Se empleaba música y poesía para provocar estos afectos. Si el Espíritu de Dios no pone vida y fervor en nuestras devociones, por ordenadas que sean, serán una forma inanimada e indigna.

CAPÍTULO XXVI

Los oficios de los levitas

Los porteros y tesoreros del templo tenían la ocasión de usar de fuerza y valor para oponerse a quienes intentaban entrar al santuario en mala forma, y para custodiar los tesoros sagrados. Mucho

se gastaba diariamente en el altar: harina, vino, aceite, sal, combustible, además de las lámparas; se disponía anticipadamente de buenas cantidades de esos elementos, además de los ropajes y utensilios sagrados. Estos eran los tesoros de la casa de Dios. Estos tesoros tipificaban la abundancia que hay en la casa de nuestro Padre celestial, suficiente y para guardar. Todas nuestras necesidades son satisfechas con los tesoros sagrados, las inescrutables riquezas de Cristo; al recibir de su plenitud, debemos darle gloria y disponer de nuestras habilidades y de nuestra sustancia conforme a su voluntad. —Tenemos una relación de los empleados como oficiales y jueces. La magistratura es una ordenanza de Dios para bien de la iglesia, tan verdaderamente como el ministerio, y no debe ser descuidada. Ninguno de los levitas que fueron empleados en el servicio del santuario, ninguno de los cantores o porteros, se ocupó en un asunto externo; un deber era suficiente para comprometer por completo al hombre. Para cada oficio son útiles y se requiere sabiduría, valor, fe firme, afectos santos y decisión constante para cumplir nuestro deber.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—15. *La fuerza militar de David.* 16—34. *Príncipes y oficiales.*

Vv. 1—15. En los reinos de este mundo la prontitud para la guerra asegura la paz; en forma semejante, nada anima tanto los ataques de Satanás como estar descuidado. En la medida que estemos armados con toda la armadura de Dios, en el ejercicio de nuestra fe y preparación del corazón, ciertamente estaremos a salvo y probablemente disfrutemos de paz interior.

Vv. 16—34. Los oficiales de la corte, o los administradores de la fortuna del rey, tenían a su cargo la supervisión y el cuidado de la labranza, los viñedos, las manadas y los rebaños del rey, cosas que constituían la riqueza de los reyes orientales. Gran parte de la sabiduría de los príncipes se aprecia en la elección de su gabinete, y las personas corrientes la demuestran en su elección de consejeros. Aunque David tenía todo eso, prefería la Palabra de Dios a todos. Tus testimonios son mi deleite y mis consejeros.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—10. *David exhorta al pueblo al temor del Señor.* 11—21. *Él da instrucciones para el templo.*

Vv. 1—10. Durante la última enfermedad de David había muchos sumos sacerdotes y levitas en Jerusalén. Encontrándose capaz, David habló de su propósito de edificar un templo para Dios, y que Dios había desautorizado ese propósito. Les habló de los bondadosos propósitos de Dios acerca de Salomón. David les encargó que se aferraran constantemente a Dios y su deber. No podemos hacer nuestra obra como debemos, si no nos decidimos a buscar fortaleza en la gracia divina. —La religión o la piedad tiene dos partes distintas. La primera es el conocimiento de Dios, la segunda es la adoración de Dios. David dice *conoce* al Dios de tu padre y *sírvele* con corazón perfecto y voluntad dispuesta. Dios se da conocer por sus obra y su Palabra. La sola revelación muestra todo el carácter de Dios en su providencia, su santa ley, su condenación de los pecadores, su bendito evangelio y la ministración del Espíritu a todos los creyentes verdaderos. El hombre natural no puede recibir este conocimiento de Dios, pero, así aprendemos a valorar la expiación del Salvador y la santificación del

Espíritu Santo, y somos influidos para andar en todos sus mandamientos. Lleva al pecador a su lugar apropiado al pie de la cruz como pobre gusano culpable y necesitado, que merece la ira, pero espera todo lo necesario de la misericordia y gracia gratuitas de nuestro Padre Dios y del Señor Jesucristo. Habiéndosele perdonado mucho, el pecador perdonado aprende a amar mucho.

Vv. 11—21. El templo debe ser cosa sagrada, y tipo de Cristo; debe estar encuadrado en la enseñanza divina. Cristo es el templo verdadero, la iglesia es el templo del evangelio y el cielo es el templo eterno; todos están dentro del marco de los consejos divinos y el plan establecido en la sabiduría divina, ordenada delante del mundo, para la gloria de Dios y para nuestro bien. —David sentó este patrón para Salomón, para que éste pudiera andar conforme a lo mandado. Se suministran materiales para los utensilios más caros del templo. Se dan instrucciones acerca de donde buscar ayuda para esta gran empresa. No desfallezcas: Dios te ayudará y tú debes mirarlo a Él primeramente. Podemos estar seguros de que Dios, que reconoció a nuestros padres, y los llevó por los servicios de su época, de igual manera, nunca nos dejará mientras tenga alguna obra que hacer en nosotros o por medio nuestro. Probablemente prosiga la buena obra cuando todos los comprometidos estén dispuestos a hacerla avanzar. Esperemos en la misericordia de Dios; si le buscamos, lo encontraremos.

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—9. *David invita a príncipes y al pueblo que ofrenden de buena voluntad.* 10—19. *Su acción de gracias y oración.* 20—25. *Salomón asciende al trono.* 26—30. *El reino y la muerte de David.*

Vv. 1—9. Lo que se haga en obras de piedad y caridad debe realizarse voluntariamente y no por obligación, porque Dios ama al dador alegre. David dio un buen ejemplo. David ofrendó, no por obligación ni para exhibirse, sino porque había puesto su afecto en la casa de Dios y pensaba que nunca haría bastante para fomentar esa buena obra. Quienes quieran atraer a otros al bien, deben ir adelante ellos mismos.

Vv. 10—19. No podemos formarnos una idea correcta de la magnificencia del templo y de los edificios que lo rodeaban, en los cuales se usaron tales cantidades de oro y plata. Pero las inescrutables riquezas de Cristo exceden el esplendor del templo, infinitamente más de lo que aquel superaba a la choza más pobre de la tierra. En lugar de jactarse de óbolos tan grandes, David agradeció solemnemente a Dios. Todo lo que ellos dieron para el templo del Señor, era de Él; si ellos intentaban retenerlo, la muerte los hubiera quitado prontamente de eso. El único uso que podían hacer de eso para su beneficio real, era consagrarlo al servicio de Aquel que lo dio.

Vv. 20—25. Esta gran asamblea se unió a David para adorar a Dios. Quienquiera sea la boca de la congregación, quienes se le unan sólo se benefician, no tanto por inclinar la cabeza como por elevar el alma. —Salomón se sentó en el trono del Señor. El reinado de Salomón tipifica el reinado del Mesías cuyo trono es el trono del Señor.

Vv. 26—30. Cuando leímos el segundo libro de Samuel escasamente podíamos esperar que David apareciera tan ilustre en su escena final. Pero su arrepentimiento había sido tan notable como su pecado; y su conducta durante sus aflicciones, y hacia el final de su vida, parece haber tenido un buen efecto en sus súbditos. Bendito sea Dios, porque hasta el principal de los pecadores puede esperar una partida gloriosa cuando es llevado al arrepentimiento, y huye a refugiarse en la sangre

expiadora del Salvador. Marquemos la diferencia entre el espíritu y el carácter del hombre que era conforme al corazón de Dios, en la vida y en la muerte, y los de los profesantes indignos que se le parecen sólo en sus pecados, y que tratan malamente de justificar sus crímenes por los pecados de aquel. Velemos y oremos, para que no seamos vencidos por la tentación, y tomados por el pecado para la deshonra de Dios y perjuicio de nuestra conciencia. Cuando sintamos que hemos ofendido, sigamos el ejemplo del arrepentimiento y la paciencia de David, a la espera de una resurrección gloriosa por medio de nuestro Señor Jesucristo.

SEGUNDA DE CRÓNICAS

CAPÍTULO I

Salomón pide sabiduría—su fuerza y riqueza

Salomón empezó su reinado con una piadosa visita pública al altar de Dios. Quienes con sumo afán andan en pos de las cosas presentes, probablemente se decepcionen mientras que quienes se encomiendan a la providencia de Dios tienen el mayor consuelo si no tienen lo máximo. Quienes hacen de este mundo su finalidad, no llegan al otro, y también se decepcionan en esto; pero los que hacen del otro mundo su finalidad, no sólo lo obtendrán, y la plena satisfacción, sino tendrán en su camino tanto de este mundo como sea bueno para ellos. Contentémonos sin las grandes cosas que generalmente codician los hombres, pero que corrientemente resultan ser lazos fatales para el alma.

CAPÍTULO II

Mensaje de Salomón a Hiram acerca del templo—Tratado con Hiram

Salomón informa a Hiram sobre los servicios particulares que se iban a desempeñar en el templo. Los misterios de la religión verdadera no procuran esconderse, a diferencia de los de las supersticiones paganas. Salomón se dedicó a dar a Hiram pensamientos grandiosos y elevados del Dios de Israel. No debemos asustarnos ni avergonzarnos al aprovechar cada oportunidad para hablar de Dios e imprimir en los demás un sentido profundo de la importancia de su favor y servicio. Ahora que el pueblo de Israel se tiene cerca de la ley y del culto a Dios, las naciones vecinas estaban dispuestas a ser enseñadas por ellos en la religión verdadera, como los israelitas habían estado dispuestos, en los días de su apostasía, a ser infestados con las idolatrías y supersticiones de sus vecinos. Un rey sabio y piadoso es una prueba del amor especial del Señor por su pueblo. Cuán grande fue, entonces, el amor de Dios para con su pueblo creyente, al dar su unigénito Hijo para que sea el Príncipe y Salvador de ellos.

CAPÍTULO III

La edificación del templo

Hay un relato más detallado de la construcción del templo en 1 Reyes vi. Debía ser en el lugar que David había preparado, no sólo el que había comprado, sino el establecido por orden divina. —Las instrucciones completas nos capacitan para realizar nuestro trabajo con certeza, y de ahí proceder con comodidad. Bendito sea Dios, que las Escrituras son suficientes para equipar enteramente al hombre de Dios para toda buena obra. Escudriñemos diariamente las Escrituras, suplicando al Señor que nos capacite para entender, creer y obedecer su Palabra, para que nuestra obra y nuestro camino sean aclarados y que todo pueda empezarse, continuarse y terminarse en Él. Que al contemplar a

Dios, en Cristo, su Templo verdadero, más glorioso que el de Salomón, podamos llegar a ser una casa espiritual, una habitación de Dios en el Espíritu.

CAPÍTULO IV

El mobiliario del templo

Aquí hay un relato detallado del mobiliario de la casa de Dios. Sin puertas afuera ni adentro, eso era lo que tipificaba la gracia del evangelio, y era sombra de las buenas cosas venideras, de las cuales Cristo es la sustancia. —Había un altar de bronce cuya confección no se mencionó en el libro de los Reyes. Sobre este se ofrecían todos los sacrificios y santificaba el don. La gente que adoraba en los atrios podía ver que se quemaban los holocaustos. Así podían ser llevados a considerar el gran Sacrificio que se ofrecería en el cumplimiento del tiempo para quitar el pecado y poner fin a la muerte, cosa que la sangre de toros y machos cabríos no podía lograr. Y, con el humo de los sacrificios sus corazones podían ascender al cielo en deseo santo para con Dios y su favor. En todas nuestras devociones debemos mantener fijo el ojo de la fe en Cristo. —El mobiliario del templo, comparado con el del tabernáculo, mostraba que la iglesia de Dios sería agrandada y multiplicados sus adoradores. Bendito sea Dios, hay suficiente en Cristo para todos.

CAPÍTULO V

Versículos 1—10. *El arca puesta en el templo.* 11—14. *El templo se llena de gloria.*

Vv. 1—10. El arca era un tipo de Cristo y, como tal, señal de la presencia de Dios. Esa promesa de gracia: He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo, en efecto, trae al arca hasta nuestras asambleas religiosas, si, por fe y oración, invocamos esa promesa; y debemos estar sumamente deseosos de esto. Hay verdadera satisfacción en el alma cuando Cristo es formado en el alma, la ley es escrita en el corazón, el arca del pacto es instalada, de modo que se convierta en templo del Espíritu Santo.

Vv. 11—14. Dios tomó posesión del templo; lo llenó con una nube. De este modo, representó su aceptación del templo, que es lo mismo para Él que el tabernáculo de Moisés, y aseguró a su pueblo que Él estaría lo mismo ahí. Si queremos que Dios habite en nuestros corazones, debemos hacerle lugar; todo lo demás debe echarse. El Verbo se hizo carne; y cuando venga a su templo, como el fuego del refinador, ¿quién podrá permanecer en el día de su venida? Que Él nos prepare para ese día.

CAPÍTULO VI

La oración de Salomón en la dedicación del templo

Hay que observar el orden de la oración de Salomón. Primero y principalmente, él ora por arrepentimiento y perdón, que es la bendición principal y el único fundamento sólido de las demás

misericordias: en seguida, él pide misericordias temporales; con ello, nos enseña de qué cosas preocuparnos y pedir más en nuestras oraciones. Cristo también nos enseña esto en su perfecta oración modelo, en la que hay una sola oración por bendiciones externas y el resto es por las espirituales. El templo tipifica la naturaleza humana de Cristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. El arca tipifica su obediencia y sus sufrimientos por los cuales tienen acceso los pecadores arrepentidos a un Dios reconciliado y, así, a la comunión con Él. Jehová ha hecho de nuestra naturaleza su lugar de reposo por siempre, en la persona de Emanuel y por Él habita con y se deleita en su iglesia de pecadores redimidos. —Que nuestro corazón llegue a ser su lugar de reposo; que Cristo habite ahí por fe, consagrándolo como su templo y derramando hacia afuera su amor que está ahí. Que el Padre nos mire en y a través de su Ungido; y que Él nos recuerde y bendiga en todas las cosas conforme a su misericordia para los pecadores en Cristo y por Él.

CAPÍTULO VII

La respuesta de Dios a la oración de Salomón

Dios dio una respuesta de gracia a la oración de Salomón. —Las misericordias de Dios para con los pecadores se dan a conocer en una manera buena para impresionar con su majestad y santidad a todos los que las reciben. La gente adoraba y alababa a Dios. Cuando se manifiesta como Fuego consumidor a los pecadores, su pueblo puede regocijarse en Él como la Luz de ellos. Sí que tenían razón para decir que Dios era bueno en esto. Gracias a las misericordias del Señor no somos consumidos, sino el sacrificio hecho en nuestro lugar, por lo cual debemos estar muy agradecidos. Y quien contemple con fe verdadera, al Salvador que agoniza y muere por el pecado del hombre, por esa visión, halla agrandada su piadosa tristeza, aumentado su odio por el pecado, su alma se hace más vigilante y su vida, más santa. —Salomón efectuó con prosperidad todo cuanto se propuso para adornar la casa de Dios y la suya. Los que empiezan con el servicio de Dios probablemente sigan triunfantes con sus propios asuntos. Fue para elogio de Salomón que cuanto emprendió, lo terminó; fue por la gracia de Dios que él prosperara en eso. Temamos y no pequemos. Temamos el desagrado del Señor, esperemos en su misericordia y andemos en sus mandamientos.

CAPÍTULO VIII

Las edificaciones y el comercio de Salomón

A veces se requiere más sabiduría y decisión para gobernar una familia con el temor de Dios que para dirigir un reino con fama. La dificultad aumenta cuando el hombre tiene un estorbo por esposa en lugar de una ayuda idónea. —Salomón observó los santos sacrificios conforme a la ley de Moisés. En vano se hubiera construido el altar, en vano hubiera descendido fuego del cielo, si no se trajeran constantemente los sacrificios. Se nos pide sacrificios espirituales que tenemos que ofrendar diaria y semanalmente; bueno es estar en un método establecido de devoción. Cuando el servicio del templo estuvo bien organizado, se dijo que la casa del Señor fue perfeccionada. La obra era el asunto principal, no el lugar; el templo estuvo sin terminar hasta que todo estuvo hecho. —Canaán era un país rico y, sin embargo, debió recurrir a Ofir por oro. Los israelitas eran pueblo sabio, pero debieron recurrir al rey de Tiro por hombres que tuvieran conocimiento de los mares. La gracia, y no el oro, es la mejor riqueza, y el conocimiento de Dios y su ley es el mejor conocimiento. Dejando que los hijos

de este mundo luchen por los juguetes de este mundo, como hijos de Dios, pongamos nuestro tesoro en el cielo, porque donde esté nuestro tesoro estará también nuestro corazón.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—12. *La reina de Sabá.* 13—31. *La riquezas de Salomón y su muerte.*

Vv. 1—12. Este relato ya fue considerado en 1 Reyes x; sin embargo, como nuestro Salvador lo propuso como ejemplo para buscarlo a Él, Mateo xii, 42, no debemos pasarlo por alto sin observar que quienes conocen el valor de la verdadera sabiduría no escatiman dolores ni costo para obtenerla. La reina de Sabá se expuso a mucha tribulación y gastos para oír la sabiduría de Salomón y, así, al aprender de él para servir a Dios y cumplir su deber, se consideró bien remunerada en sus esfuerzos. La sabiduría celestial es esa perla de gran precio por la cual hacemos buen negocio, si dejamos todo lo demás.

Vv. 13—31. Las cosas aquí mencionadas señalarían que la prosperidad atrajo las mentes de Salomón y de sus súbditos al amor por las cosas curiosas y raras, aunque inútiles en sí mismas. La sabiduría y felicidad verdadera siempre están unidas, pero no existe una alianza así entre la riqueza y el goce de las cosas de esta vida. Entonces, familiaricémonos con el Salvador para que hallemos reposo para nuestra alma. —Aquí Salomón *reina con riqueza y poderío*, con facilidad y plenitud, cosa que nunca más se halló desde entonces; pues los más conocidos de los grandes príncipes de la tierra cobraron fama por sus guerras; mientras Salomón reinó cuarenta años en profunda paz. Se cumplió la promesa de que Dios le daría riquezas y honra como ningún rey los tuvo o los tendrá. El lustre con que él aparece es tipo de la gloria espiritual del reino del Mesías, y no es sino una débil representación de su trono que está por sobre todo trono. —Aquí Salomón está *muriendo* y dejando toda su riqueza y poder a uno que, ¡sería un necio, él lo sabía! Eclesiastés ii, 18, 19. Esto fue no sólo vanidad sino aflicción de espíritu. Ningún poder, riqueza o sabiduría pueden escudar o preparar para el golpe de la muerte, pero sean dadas gracias a Dios que da la victoria al creyente verdadero, aun sobre este temido enemigo, por medio de nuestro Señor Jesucristo.

CAPÍTULO X

Roboam y la rebelión de las diez tribus

Los consejos moderados son los más sabios y mejores. La amabilidad hará lo que no hace la violencia. La mayoría de la gente gusta de ser tratada amablemente. Las buenas palabras cuestan solo un poco de negación de sí mismo, pero consiguen grandes cosas. No se necesita hacer más nada para arruinar a los hombres que dejarlos abandonado a su propio orgullo y pasión. Así, cualquiera sea la estratagema y deseo de los hombres, Dios hace su propia obra por todos, y cumple la palabra que ha dicho. Ningún hombre puede legar su prosperidad a sus herederos, más que su sabiduría; porque nuestros hijos serán generalmente afectados por nuestra conducta, sea buena o mala. Entonces, busquemos las cosas buenas que serán nuestras por siempre y anhelemos la bendición de Dios para nuestra posteridad con preferencia a la riqueza o enaltecimiento mundano.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—12. *Roboam prohíbe la guerra contra Israel.* 13—23. *Los sacerdotes y los levitas encuentran refugio en Judá.*

Vv. 1—12. Unas cuantas palabras buenas podrían haber evitado la rebelión de los súbditos de Roboam, pero toda la fuerza de su reinado no pudo traerlos de vuelta. En vano es contender con el propósito de Dios cuando nos es dado a conocer. Aun los despojados de la verdadera fe prestarán algo de atención a la palabra de Dios en ocasiones, y ella les impedirá ejecutar malas acciones a las cuales se inclinan por naturaleza.

Vv. 13—23. Cuando los sacerdotes y los levitas llegaron a Jerusalén, los siguieron los israelitas devotos y piadosos. Los que se propusieron en sus corazones buscar al Señor Dios de Israel, dejaron la heredad de sus padres y fueron a Jerusalén para tener acceso libre al altar de Dios y alejarse de la tentación de adorar los becerros. Lo mejor para nosotros es lo que es mejor para nuestras almas; en todas nuestras opciones debemos procurar las ventajas religiosas por sobre toda conveniencia externa. Donde estén los sacerdotes fieles de Dios debe esta su pueblo fiel. Y cuando se haya probado que estamos dispuestos a renunciar a nuestros intereses mundanos, en cuanto somos llamados a hacerlo por la causa de Cristo y su evangelio, tenemos una buena evidencia de que somos verdaderamente sus discípulos. Interesa a una nación proteger la religión y la gente religiosa.

CAPÍTULO XII

Castigo de Roboam al abandonar al Señor

Cuando Roboam cobró tanta fuerza como para suponer que no tenía nada que temer de Jeroboam, se despojó de su profesión externa de bondad. Muy común, aunque muy lamentable, es que los hombres, parezcan muy dedicados a buscar y servir a Dios cuando tienen problemas, o peligros, o están cerca de la muerte, pero dejan de lado toda su religión cuando han recibido una misericordiosa liberación. —Dios trajo rápidamente problemas a Judá para despertar al pueblo al arrepentimiento antes que endurecieran sus corazones. De esta manera, nos corresponde justificar a Dios y juzgarnos a nosotros mismos cuando somos sometidos a las reprimendas de la Providencia. Si nuestro corazón se humilla bajo providencias humillantes, la aflicción habrá hecho su obra; será quitada, o se cambiará la propiedad de ella. —Mientras más se compara el servicio de Dios con otros servicios, más razonable y fácil parece. ¿Se piensa que son duras las leyes de la sobriedad? Los efectos de la intemperancia resultan mucho más duros. El servicio de Dios es la libertad perfecta; el servicio de nuestras concupiscencias es la esclavitud absoluta. —Roboam nunca estuvo propiamente establecido en su fe. Nunca desechó totalmente a Dios, pero no se comprometió de corazón a buscar al Señor. Véase cuál fue su falta: él no *sirvió* al Señor, porque no *buscó* al Señor. No oró como Salomón pidiendo sabiduría y gracia; no consultó la palabra de Dios, no la procuró como oráculo suyo, ni siguió sus órdenes. Él hizo nada de su religión, porque no puso su corazón en ella, ni llegó a una determinación constante al respecto. Hizo mal porque nunca se decidió por el bien.

CAPÍTULO XIII

Abías vence a Jeroboam

Jeroboam y su gente merecieron, por apostasía e idolatría, el severo castigo que se le permitió a Abías ejecutar contra ellos. Del carácter de Abías, 1 Reyes xv, 3, se desprende que no era verdaderamente religioso, sin embargo, cobraba ánimo con la religión de su pueblo. Corriente es que los que niegan el poder de la piedad se jacten de su forma. Muchos que en sí tienen poca fe, la valoran en los demás. —Pero era cierto que había cantidad de adoradores piadosos en Judá y la suya era la causa más justa. En su angustia, cuando el peligro estaba por todos lados, ¿adónde buscarían liberación sino en lo alto? Consuelo indecible es que siempre esté abierto nuestro camino hacia allá. Ellos clamaron al Señor. La oración fervorosa es un clamor. Ellos agregaron al clamor de la oración el grito de la fe, y llegaron a ser más que vencedores. Jeroboam escapó de la espada de Abías, pero Dios lo derribó; no hay escape de su espada.

CAPÍTULO XIV

La piedad de Asa—Fortalece su reino.

Asa quiso agradar a Dios y procuró presentarse aprobado ante Él. Dichosos los que andan según esta regla, no para hacer lo bueno a sus propios ojos o a los ojos del mundo, sino para hacer lo bueno a ojos de Dios. Por experiencia hallamos que es bueno buscar al Señor; nos da descanso. En cambio, al ir en pos del mundo sólo hallamos vejámenes. Asa consultó con su pueblo para usar bien la paz que disfrutaban; y concluyó, con ellos, que no debían estar ociosos ni confiados. —Un ejército formidable de etíopes invadió el reino de Asa. Este mal les cayó para probar su fe en Dios. La oración de Asa es corta, pero es el lenguaje real de la fe y esperanza de Dios. Cuando vamos adelante en nombre de Dios no podemos sino prosperar y todas las cosas ayudan a bien a los que Él favorece.

CAPÍTULO XV

El pueblo hace un pacto solemne con Dios

La obra de reforma completa parecía tan difícil que Asa no tuvo valor para intentarla hasta estar seguro de la asistencia y aceptación divina. Él y su pueblo ofrecieron sacrificios a Dios; acción de gracias por los favores recibidos, y súplicas por favores venideros. Las oraciones y las alabanzas son ahora nuestros sacrificios espirituales. Por propia voluntad, el pueblo pactó buscar con fervor a Dios, cada uno por sí mismo. ¿Qué es la religión sino buscar a Dios, inquirir en Él, apelar a Él en todas las ocasiones? Convertimos en nada nuestra religión si no trabajamos de corazón en ella; Dios debe tener todo el corazón, o nada. Nuestra devoción a Dios nuestro Salvador debe ser reconocida y demostrada de una manera pública y solemne. Lo que se hace con hipocresía solo es trabajo forzado.

CAPÍTULO XVI

Asa busca la ayuda de los sirios—Su muerte.

Un profeta del Señor reprendió sencilla y fielmente a Asa por aliarse con Siria. Dios se disgusta cuando no se confía en Él pero se confía en un brazo de carne más que en su poder y bondad. Necio es apoyarse en una caña cascada cuando tenemos a la Roca de los siglos para apoyarnos. Para convencœrlo de su necedad, el profeta le muestra a Asa que él, entre todos los hombres, no tiene razón para desconfiar de Dios, porque había hallado en Él tan poderosa ayuda. Las muchas experiencias que tenemos de la bondad de Dios para con nosotros, agravan nuestra desconfianza en Él; pero, véase ¡cuán engañoso es nuestro corazón! Confiamos en Dios cuando no tenemos nada más en qué confiar, cuando la necesidad nos empuja a Él; pero cuando tenemos otras cosas en que apoyarnos, somos dados a depender demasiado de ellas. —Obsérvese el desagrado de Asa ante este reproche. ¿Qué es el hombre cuando Dios lo deja librado a sí mismo? Él que abusó de su poder para perseguir al profeta de Dios, fue abandonado para abusar más del poder para aplastar a sus propios súbditos. —Dos años antes de morir Asa se enfermó de los pies. Su deber era usar médicos; pero confiar en ellos y esperar de ellos lo que se debe esperar sólo de parte de Dios, fueron su pecado y su necedad. En todos los conflictos y sufrimientos, tenemos que guardar especialmente nuestro corazón para que pueda ser perfecto delante de Dios por la fe, la paciencia y la obediencia.

CAPÍTULO XVII

Josafat fomenta la religión en Judá—Su prosperidad.

Josafat halló que su pueblo era, en general, muy ignorante y, por tanto, se propuso que fueran bien educados. La enseñanza pública de la Palabra de Dios constituye, en toda época, el gran método para fomentar el poder de la santidad. Por ella se informa el entendimiento, se despierta y dirige la conciencia. —Tenemos un relato detallado de la prosperidad de Josafat, pero no fue un ejército formidable el que impidió que las naciones vecinas intentaran algo contra Israel, sino el temor de Dios que cayó sobre ellos, cuando Josafat reformó su país y estableció un ministerio de predicación en él. Las ordenanzas de Dios son la fuerza y la seguridad de un reino más que los soldados y armas de guerra. La Biblia nos pide que notemos la mano de Dios en todo suceso, aunque esto sea poco tomado en cuenta. Pero que todos empleen los talentos que tienen: ser fieles aun en lo poco. Estableced la adoración de Dios en vuestras casas. Una familia es un encargo importante, ¿por qué no habríais de instruirla en el libro de la ley de Jehová, como hizo Josafat con sus súbditos? Pero sed coherentes. No recomendéis una cosa para hacer otra. Comienza tú mismo. Recurre al Señor Dios de Israel, luego, pide a tus hijos y siervos que sigan tu ejemplo.

CAPÍTULO XVIII

La alianza de Josafat con Acab

Leemos esta historia en 1 Reyes xxii. Las riquezas y el honor abundantes dan mucha ocasión para hacer el bien, pero van asociadas con muchos lazos y tentaciones. Los hombres no saben mucho de los artificios de Satanás, y de lo engañoso de sus propios corazones, cuando codician riquezas con la idea de poder hacer el bien con ellas. —¿Qué puede herir a quienes Dios protege? ¿Qué puede amparar a los que Dios destruirá? Josafat está a salvo en sus ropajes. Acab muere en su armadura, porque no es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes. Debemos tener cautela para no enredarnos en las empresas mundanas de los hombres malos; y, más aún, debemos evitar

comprometernos en sus proyectos pecaminosos. Pero cuando ellos le invocan, Dios puede y quiere sacar a su pueblo fiel de las dificultades y peligros en que se ha metido a causa del pecado. Él tiene todos los corazones en su mano, de modo que fácilmente los rescata. Bienaventurado el varón que pone su confianza en el Señor.

CAPÍTULO XIX

Josafat visita su reino

Cada vez que regresamos en paz a nuestra casa debemos agradecer la providencia de Dios para preservar nuestras idas y venidas. Y si hemos sido resguardados de peligros fuera de lo corriente, estamos obligados a ser agradecidos de manera especial. Las misericordias distintivas nos ponen bajo fuertes obligaciones. El profeta dice a Josafat que ha hecho muy mal al aliarse con Acab. Él recibe bien el reproche. Véase el efecto que esta reprensión tuvo sobre él. Examinó estrictamente su propio reino. Por lo que dijo el profeta, Josafat se dio cuenta que sus intentos anteriores de reforma agradaron a Dios; por tanto, hizo lo que entonces faltaba por hacer. Bueno es cuando los encomios nos estimulan para cumplir nuestro deber. —Hay diversidades de dones y operaciones, pero todas son del mismo Espíritu y para el bien público y, cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros. Bendito sea Dios por los magistrados y ministros, escribas y estadistas, literatos y empresarios. —Obsérvese el encargo que dio el rey. Ellos debían hacer todo en el temor del Señor, con un corazón perfecto y recto. Y debían hacer que su preocupación constante fuera impedir el pecado, que es ofensa a Dios y trae ira sobre el pueblo.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—13. *Peligro y angustia de Judá.* 14—19. *Jahaziel anuncia la victoria* 20—30. *Acción de gracias de Judá.* 31—37. *Alianza de Josafat con Ocozías.*

Vv. 1—13. En todos los peligros, públicos o personales, nuestra primera tarea debe ser buscar la ayuda de Dios. De ahí la ventaja de tener días de ayuno y oración nacionales. De principio a fin la búsqueda del Señor debemos acercarnos a Él humillados por nuestros pecados, confiando solamente en su misericordia y poder. Josafat reconoce el dominio soberano de la Divina Providencia. Señor ejércela por cuenta nuestra. A quién buscaremos, én quién confiaremos para tener auxilio, sino en el Dios que hemos elegido y servido. Quienes usan para Dios lo que tienen, pueden esperar, consoladoramente, que Él se los restituirá. Todo creyente verdadero es un hijo de Abraham, un amigo de Dios; con quienes se establece el pacto eterno, a ellos pertenece cada promesa. Estamos seguros del amor de Dios por morar en la naturaleza humana en la persona del Salvador. Josafat menciona el templo como señal de la presencia favorable de Dios. Plantea la injusticia de sus enemigos. Nosotros bien podemos apelar a Dios en contra de los que nos devuelven mal por bien. Aunque tenía un ejército grande dijo: No tenemos poder sin ti; confiamos en ti.

Vv. 14—19. El Espíritu de profecía cayó sobre un levita en medio de la congregación. El Espíritu, como el viento, sopla de donde quiere y sobre quien quiere. Los anima a confiar en Dios. Que el soldado cristiano salga contra sus enemigos espirituales y el Dios de paz le hará más que

vencedor. Nuestras tribulaciones resultarán ser nuestro provecho. La ventaja será toda nuestra, pero toda la gloria deber se dada a Dios.

Vv. 20—30. Josafat exhorta a sus tropas a tener fe firme en Dios. La fe inspira al hombre valor verdadero; nada le ayudará más a establecer el corazón en tiempos de temblor que la fe firme en el poder, la misericordia y la promesa de Dios. En toda nuestra confianza en el Señor y en nuestras alabanzas a Él, miremos especialmente su misericordia eterna para con los pecadores por medio de Jesucristo. —Nunca fue un ejército tan destruido como el del enemigo. De esta manera, Dios suele hacer que la gente mala se destruya entre sí. Nunca se celebró una victoria con una acción de gracias más solemne.

Vv. 31—37. Josafat se mantuvo cerca de la adoración de Dios; él hizo lo que pudo para mantener cerca a su pueblo. Pero después que Dios hizo tan grandes cosas por él, que le dio no sólo la victoria, sino riqueza; después de esto, fue muy ingrato que él fuera e hiciera alianza con un rey malo. ¿Qué podía esperar sino que Dios se enojara con él? Sin embargo, parece que aceptó la advertencia, porque se negó cuando Ocozías lo presionó posteriormente para que se le uniera, 1 Reyes xxii, 49. Así, la alianza quedó rota y la reprensión divina tuvo su efecto, por lo menos por una temporada. Seamos agradecidos por cualquier pérdida que haya impedido la pérdida de nuestra alma inmortal. Alabemos al Señor que nos buscó y no nos dejó perecer en nuestros pecados.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—11. *El reino malo de Joram.* 12—20. *El final miserable de Joram.*

Vv. 1—11. Joram odiaba a sus hermanos y los mató por la misma razón que Caín odió a Abel y lo mató, porque la piedad de ellos condenaba su impiedad. En el misterio de la Providencia tales hombres prosperan a veces por un tiempo, pero el Señor tiene propósitos justos al permitir tales sucesos, parte de los cuales ahora ya han ocurrido, y el resto será visto en el futuro.

Vv. 12—20. Dios envió una advertencia a Joram. El Espíritu de profecía pudo dirigir a Elías para que preparara este escrito previendo los crímenes de Joram. Se le dice claramente que su pecado lo destruirá. Pero no es de asombrarse que los pecadores no sean amedrentados por el pecado, ni se arrepientan por las amenazas de miserias en el otro mundo, cuando la certeza de la desgracia en este mundo, el hundimiento de sus patrimonios y la ruina de la salud de ellos no los aparta de sus malos rumbos. —Véase aquí a Joram despojado de todas sus consolaciones. Así Dios demuestra sencillamente que la controversia era con él y su casa. Él había dado muerte a todos sus hermanos para fortalecerse él mismo; ahora, todos sus hijos son muertos, menos uno. La casa de David no debe ser destruida en su totalidad, como la de los reyes de Israel, porque en ella había una bendición: la del Mesías. —Los hombres buenos pueden ser afligidos con enfermedades, pero para ellos son castigos paternales y, con el apoyo de las consolaciones divinas, el alma puede habitar confiada, aunque el cuerpo yazga en dolor. Estar enfermo y pobre, enfermo y solo, pero especialmente enfermo y en pecado, enfermo y bajo la maldición de Dios, enfermo y sin gracia para soportarlo, es un caso muy deplorable. La maldad y la calidad de profano hacen despreciables a los hombres, aun ante los ojos de los que apenas tienen religión.

CAPÍTULO XXII

El reino de Ocozías—Atalía destruye a la familia real.

El consejo de los impíos destruye a muchas personas jóvenes cuando están saliendo al mundo. Ocozías se entregó a la dirección de hombres malos. Los que nos aconsejan que hagamos lo malo, nos aconsejan para nuestra destrucción; aunque pretendan ser amigos, son nuestros peores enemigos. Véase y témase la maldad de las malas compañías. Si no se teme la infección, témase la destrucción, Apocalipsis xviii, 4. Aquí tenemos una mala mujer que se propuso destruir la casa de David, y una buena mujer que la preserva. Ninguna palabra de Dios caerá al suelo. Toda la verdad de las profecías de que el Mesías vendría de David y, por Él, la salvación del mundo, parecían ahora depender del frágil hilo de la vida de un solo infante, en cuya destrucción se interesaba el poder reinante. Pero Dios lo había propuesto, y los esfuerzos de tierra e infierno fueron vanos.

CAPÍTULO XXIII

Coronación de Joás y muerte de Atalía.

Considerarnos a nosotros y a cada uno como pueblo del Señor debiera volvernos fervorosos para cumplir nuestro deber para con Dios y con el hombre. Así fue la feliz revolución ocasionada y el pueblo se regocijó. Cuando el Hijo de David está en el trono del alma, todo está tranquilo y gozoso. Vea 2 Reyes xi.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—14. *Joás de Judá—Reparación del templo.* 15—27. *Joás cae en la idolatría—Sus sirvientes lo matan.*

Vv. 1—14. Joás es más celoso que el mismo Joiada en cuanto a la reparación del templo. Es más fácil *edificar* templos que *ser* templos de Dios, pero reparar lugares para la adoración pública es una buena obra que todos deben fomentar. Se haría más de una buena obra, que ahora está sin hacer, si hombres activos la promovieran.

Vv. 15—27. Véase qué juicio es para cualquier príncipe o pueblo la muerte de hombres santos, celosos, útiles. Obsérvese cuán necesario es que en materia de fe actuemos basados en principios internos. Entonces, perder un padre, un ministro o un amigo no sería perder nuestra religión. —A menudo los príncipes y la gente inferior ha sido halagada para su propia ruina. Sólo la gracia verdadera capacitará al hombre para dar fruto hasta el fin. —Zacarías, hijo de Joiada, lleno del Espíritu de profecía, se paró y habló al pueblo acerca de su pecado. La obra de los ministros es descubrir el pecado de los hombres por medio de la Palabra de Dios, como lámpara y luz, y exponer las providencias de Dios. —Ellos mataron a pedradas a Zacarías en el atrio de la casa del Señor. Fijaos en las palabras del mártir moribundo: "Jehová lo vea y lo demande", que no procedieron de un espíritu de venganza sino de un espíritu de profecía. —Dios golpeó a Joás con grandes enfermedades, de cuerpo o mente o ambas, antes que los sirios se fueran. Si la venganza persigue a los hombres, el final de una tribulación no será sino el comienzo de otra. Sus propios siervos lo mataron. Estos juicios son llamados cargas, porque la ira de Dios es una carga pesada, demasiado

pesada para que la soporte un hombre. Que Dios nos ayude a oír la advertencia, a ser rectos de corazón, y a perseverar en sus caminos hasta el final.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—13. *Amasías, rey de Judá.* 14—16. *Amasías adora los ídolos de Edom.* 17—28. *El abrupto desafío de Amasías.*

Vv. 1—13. Amasías no era enemigo de la religión, sino un amigo frío e indiferente. Muchos hacen lo que es bueno, pero no con un corazón perfecto. La impetuosidad obra para arrepentimiento. Pero la obediencia de Amasías al mandamiento de Dios fue para su honra. La creencia firme en la completa suficiencia de Dios para sostenernos en nuestro deber y compensar toda pérdida y daño en que incurramos en su servicio, hará muy ligero su yugo y liviana su carga. Cuando somos llamados a dejar cualquier cosa por Dios y por nuestra fe, debe satisfacernos que Dios sea capaz de darnos mucho más que esto. —Los pecadores convictos, que no tienen la verdadera fe, siempre objetan la obediencia abnegada. Son como Amasías; dicen: pero, ¿qué, pues, se hará de los cien talentos? ¿Qué haremos si, por santificar el día de reposo, perdemos tan buenos clientes? ¿Qué haremos sin esta ganancia? ¿Qué haremos si perdemos la amistad del mundo? Muchos pretenden aquietar sus conciencias con el pretexto de que son necesarias las costumbres prohibidas. La respuesta, como aquí, es: el Señor es capaz de darte mucho más que esto. Él compensa aun en este mundo todo lo que se rinde a su causa.

vv. 14—16. Adorar los dioses de los que Amasías había conquistado, que no podían ayudar ni a sus propios adoradores, fue el absurdo más grande. Si los hombres consideraran cuán incapaces de socorrerles son todas esas cosas a las que recurren cada vez que abandonan a Dios, no serían tan enemigos de sí mismos. La reprensión que Dios envió por medio de un profeta era muy justa para ser refutada, pero se le prohibió decir una palabra más. El pecador seguro se regocija por haber silenciado a quienes los reprenden y controlan, pero, ¿qué surge de eso? Los que son sordos al reproche maduran para su destrucción.

Vv. 17—28. Nunca un príncipe orgulloso fue más mortificado que Amasías a manos de Joás, rey de Israel. La soberbia del hombre le abate, Proverbios xxix, 23; se adelanta a su destrucción y merecidamente la acarrea. El que se enaltece será humillado. El que entra apresuradamente en pleito, no sabe qué hacer al fin, después que su prójimo lo haya avergonzado, Proverbios xxv, 8. ¿Y qué somos cuando pretendemos establecer nuestra propia justicia o presumimos de justificarnos ante el Altísimo Dios, sino cardos despreciables que se creen cedros majestuosos? ¿Y las diversas tentaciones, toda corrupción, no son sino como una bestia salvaje del desierto que pisoteará al jactancioso desgraciado y hará polvo de sus altivas pretensiones? El orgullo del hombre lo humillará; su ruina puede fecharse desde que se alejó del Señor.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—15. *Reinado bueno de Uzías en Judá.* 16—23. *Uzías intenta quemar incienso.*

Vv. 1—15. Mientras Uzías buscó al Señor y se preocupó de la religión, Dios lo hizo prosperar. Sólo prosperan aquellos a quienes el Señor hace prosperar, porque la prosperidad es dádiva suya. Muchos han reconocido que prosperaron mientras buscaron al Señor y cumplieron con su deber, pero cuando abandonaron a Dios todo salió mal. Dios nunca continúa con la bendición para el indolente, ni retiene su bendición del diligente. Nunca soportará que alguien busque su rostro en vano. El nombre de Uzías fue famoso en todos los países vecinos. El renombre con Dios y con gente buena da verdadera honra. —Él no se deleitó en la guerra ni se aficionó a los deportes, sino que se deleitó en gobernar bien.

Vv. 16—23. La transgresión de los reyes anteriores a Uzías fue abandonar el templo del Señor y quemar incienso en altares idólatras, pero su transgresión fue ir al lugar santo y tratar de quemar incienso en el altar de Dios. Véase cuán difícil es evitar un extremo sin caer en otro. El orgullo de corazón estaba en el fondo de su pecado; una lujuria que destruye a muchos. En lugar de enaltecer el nombre de Dios por gratitud para Aquel que había hecho tanto por él, su propio corazón se enalteció para menoscabo suyo. La pretensión de los hombres de obtener conocimiento prohibido, y de buscar cosas demasiado altas para ellos, se debe a la soberbia de su corazón. —El incienso de nuestras oraciones debe ser puesto, por fe, en las manos de nuestro Señor Jesús, el gran Sumo Sacerdote de nuestra profesión; de lo contrario no podemos esperar que sea aceptado por Dios, Apocalipsis viii, 3. —Aunque Uzías se enojó con los sacerdotes, no se enojaría con su Hacedor. Sin embargo, fue castigado por su transgresión; murió leproso, desechado de la sociedad. El castigo correspondió al pecado como el rostro al espejo. El orgullo estaba en el fondo de su transgresión y Dios lo humilló de este modo deshonrándolo. Quienes codician honores prohibidos, abandonan los permitidos. Adán se excluyó del árbol de la vida, del cual podría haber comido, por tomar del árbol del conocimiento, del cual no podía comer. Que todos los que lean, digan Jehová es justo. Y cuando el Señor vea que es bueno desechar a hombres prósperos y útiles, como vasos rotos, si levanta a otros para ocupar sus lugares, éstos pueden regocijarse renunciando a todas las preocupaciones mundanas y emplear el resto de sus días preparándose para morir.

CAPÍTULO XXVII

El reinado de Jotam en Judá.

El pueblo hizo lo malo. Quizá Jotam deseaba la reforma de la tierra. Los hombres pueden ser muy buenos pero no tener el valor y el celo para hacer lo que pueden. Ciertamente esto culpa al pueblo. —Jotam prosperó y llegó a ser poderoso. Mientras más constantes seamos en la religión, más poderosos seremos para resistir el mal y para hacer el bien. El Señor saca a menudo a los gobernantes sabios y piadosos, y manda a otros cuyas necedades y vicios castigan a un pueblo que no valoró sus misericordias.

CAPÍTULO XXVIII

El reinado malo de Acaz en Judá.

Israel ganó esta victoria porque Dios estaba enfadado con Judá y lo hizo vara de su furor. Él les recuerda sus propios pecados. No conviene a los pecadores ser crueles. ¿Podrían ellos esperar

misericordia de Dios si no mostraron misericordia, ni justicia a sus hermanos? Recordemos que todo hombre es nuestro prójimo, nuestro hermano, nuestro congénere, si es que no fuera nuestro hermano cristiano. Y nadie que esté familiarizado con la Palabra de Dios tiene que tener miedo de sostener que la esclavitud es contraria a la ley del amor y al evangelio de la gracia. ¿Quién puede retener a su hermano en esclavitud sin quebrantar la regla de hacer a los demás lo que uno quisiera que le hagan? Pero cuando los pecadores quedan librados a la lujuria de su corazón, se vuelven más perversos. Dios les manda libertar a los prisioneros y ellos obedecieron. —El Señor humilló mucho a Judá. Quienes no se humillan bajo la Palabra de Dios, serán justamente humillados por sus juicios. Suele hallarse que los perversos no tienen afecto real por quienes se rebelan contra ellos, ni les interesa hacerles el bien. —¡Este es el rey Acaz! ¡Miserable! Son realmente malos y perversos quienes en lugar de mejorar con sus aflicciones empeoran; y, en su angustia, transgreden más aun y tienen sus corazones más decididos a hacer el mal. Pero no hay que asombrarse que los afectos y devociones de los hombres estén mal puestos cuando confunden al autor de sus tribulaciones con el que los socorre. El progreso de la perversidad y la miseria suele ser rápido; y es horroroso pensar que el pecador con su maldad es llevado al mundo eterno.

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—19. *El buen reinado de Ezequías en Judá.* 20—36. *El sacrificio de expiación de Ezequías.*

Vv. 1—19. Cuando Ezequías llegó a la corona, se aplicó de inmediato a hacer reformas. Los que empiezan con Dios, comienzan por el lado bueno su obra y prosperarán conforme a eso. Los que dan la espalda a los mandamientos de Dios, se puede decir con verdad que abandonan a Dios mismo. Todavía hay quienes se descuidan, si no lee ni se abre debidamente la Palabra, porque eso representaba el encendido de las lámparas, y si no se ofrecen oraciones y alabanza, porque eso significaba el incienso ardiendo. El descuido de la adoración de Dios fue la causa de las calamidades bajo las cuales cayeron. El Señor solo puede preparar el corazón del hombre para la santidad vital: cuando se hace mucho bien en poco tiempo, la gloria debe ser atribuida a Él; y se regocijarán en ello todos los que le aman a Él o a las almas de los hombres. Los que hacen una buena obra aprendan a hacerla bien.

Vv. 20—36. Tan pronto como Ezequías supo que el templo estaba listo, no perdió tiempo. Debe hacer expiación por los pecados del reinado pasado. No bastó con lamentarse y dejar los pecados; llevaron una ofrenda por el pecado. Nuestro arrepentimiento y reforma no obtendrá perdón sino en Cristo y por Él, que fue hecho pecado, esto es, ofrenda por nuestros pecados. Los levitas cantaban mientras estaban las ofrendas en el altar. La tristeza por el pecado no debe evitar que alabemos a Dios. El rey y la congregación dieron su aprobación a todo lo que se hizo. No basta que nosotros estemos donde se adora a Dios, si no adoramos con el corazón. Debemos ofrecer nuestros sacrificios espirituales de alabanza y de acción de gracias dedicándonos nosotros mismos y todo lo que tenemos, como sacrificio aceptable para el Padre, sólo a través del Redentor.

CAPÍTULO XXX

Versículos 1—12. *La Pascua de Ezequías.* 13—20. *Se celebra la Pascua.* 21—27. *La fiesta de los panes ácimos.*

Vv. 1—12. Ezequías dio la bienvenida a Israel a la Pascua, como si hubieran sido sus propios súbditos. Rindámonos al Señor. No digáis que haréis lo que os plazca; decidid hacer lo que Él quiera. Percibimos en la mente carnal una rigidez, obstinación, e ineptitud para cumplir con Dios; eso lo heredamos de nuestros padres y debe ser superado. Quienes, por gracia, se han vuelto a Dios, deben hacer todo lo que puedan para que los demás vayan a Él. La gente se burlará, pero algunos se humillarán y serán beneficiados, quizá donde menos se espere. La rica misericordia de Dios es el gran argumento para dar vigencia al arrepentimiento; aun el más vil que se somete y se rinde será ciertamente salvo. ¡Oh, que se enviara mensajeros para llevar esta buena nueva a toda ciudad, y a toda aldea, por todo territorio!

Vv. 13—20. Lo necesario del servicio a Dios en las ordenanzas solemnes es hacer de esto una obra de corazón; sin esto, es nada. Donde hay sinceridad y resolución de corazón, sin embargo, puede haber muchas cosas que no alcancen la purificación del santuario. Estos defectos necesitan gracia que perdona y sana, porque las omisiones *en el* deber son pecados igual que las omisiones *del* deber. Seríamos deshechos si Dios nos tratara con estricta justicia, hasta por la mejor de nuestras obras. La manera de obtener perdón es buscarlo de Dios en oración; debe conseguirse pidiéndola por la sangre de Cristo. Sin embargo, todo defecto es pecado y necesita perdón; y esto debe ser lo que nos humille, pero sin desanimarnos, aunque nada puede compensar la falta de un corazón preparado para buscar al Señor.

Vv. 21—27. Muchas oraciones se hicieron a Dios con las ofrendas de paz. En estas, Israel consideraba a Dios como el Dios de sus padres, un Dios que tiene un pacto con ellos. También hubo abundancia de buena predicación. Los levitas leyeron y explicaron las Escrituras. La fe viene por el oír, y la religión verdadera siempre ha florecido conforme abunde la fiel predicación bíblica. —Cantaron himnos cada día: alabar a Dios debe ser gran parte de nuestra obra en las asambleas religiosas. Habiendo guardado los siete días de la fiesta en esta forma religiosa, ellos tuvieron tanto consuelo que además guardaron otros siete días. Esto lo hicieron con alegría. Los deberes santos deben hacerse con santa alegría. Y cuando los pecadores se humillan ante el Señor, pueden esperar alegría de sus ordenanzas. Quienes saborean esta alegría no se cansarán pronto, sino que se regocijarán de prolongar su goce.

CAPÍTULO XXXI

Ezequías destruye la idolatría.

Después de la Pascua, el pueblo de Israel se dedicó con vigor a destruir los monumentos a la idolatría. Las ordenanzas públicas debieran incitarnos a limpiar nuestros corazones, nuestro hogares y tiendas de la suciedad del pecado, y de la idolatría de la codicia y entusiasmar a los demás para que hagan lo mismo. La mejoría que sigue a las ordenanzas solemnes es de la mayor importancia para la religión personal, familiar y pública. Cuando ellos gustaron la dulzura de la ordenanza de Dios en la última Pascua, tuvieron libertad para mantener el servicio del templo. Los que disfrutan del beneficio de un ministerio establecido no reclamarán por los gastos que produce. En todo lo que Ezequías intentó para el servicio de Dios, fue fervoroso y decidido en su enfoque y dependencia, siendo consecuentemente prosperado. Sea que se nos haya confiado pocos o muchos talentos, podemos, de este modo, procurar mejorarlos y estimular a los demás para que hagan lo mismo. Lo que se

emprende con sincera consideración de la gloria de Dios, triunfará finalmente para nuestro honor y consuelo.

CAPÍTULO XXXII

Versículos 1—23. *La invasión de Senaquerib—Su derrota.* 24—33. *La enfermedad de Ezequías—Su próspero reinado y su muerte.*

Vv. 1—23. Quienes encomiendan su seguridad a Dios deben usar los medios adecuados, porque, de lo contrario, le tientan. Dios proveerá, pero nosotros también. —Ezequías reunió a su pueblo y les habló consoladoramente. La confianza en Dios nos levantará por sobre el miedo imperante en el hombre. Que los buenos súbditos y soldados de Jesucristo descansen en su palabra y digan con plena confianza, si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Por el favor de Dios se pierden los enemigos y se ganan amigos.

Vv. 24—33. Dios dejó solo a Ezequías para que, por esta prueba y su debilidad en ella, se pudiera conocer lo que había en su corazón; que él no era tan perfecto en gracia como creía serlo. Bueno es que nos conozcamos a nosotros mismos y nuestra debilidad y pecaminosidad para no enorgullecernos ni confiar en nosotros mismos, y que siempre vivamos dependiendo de la gracia divina. No conocemos la corrupción de nuestro corazón ni la conoceremos si Dios nos deja librados a nosotros mismos. —Su pecado fue que su corazón se enalteció. ¡Cuánta necesidad tienen los hombres grandes, los hombres buenos y los hombres útiles de estudiar sus enfermedades y necedades, y sus obligaciones con la libre gracia, para que nunca piensen altaneramente de sí, antes bien, rueguen fervorosamente a Dios que siempre los mantenga humildes! Ezequías devolvió mal a Dios por sus favores haciendo aun de estos favores alimento y combustible de su orgullo. Impidamos toda ocasión de pecar: evitemos la compañía, las diversiones, los libros, sí, hasta la vista misma que pudieran conducirnos a pecar. Encomendémonos continuamente al cuidado y protección de Dios; y roguémosle que nunca nos deje ni nos desampare. —Bendito sea Dios que la muerte pronto terminará el conflicto del creyente; entonces el orgullo y todo pecado serán abolidos. El creyente no será más tentado a retener la alabanza que pertenece al Dios de su salvación.

CAPÍTULO XXXIII

Versículos 1—20. *La maldad y el arrepentimiento de Manasés* 21—25. *El reinado malvado de Amón en Judá.*

Vv. 1—20. Vimos la maldad de Manasés; aquí tenemos su arrepentimiento que es un caso memorable de las riquezas de la misericordia perdonadora de Dios y del poder de su gracia renovadora. Privado de su libertad, separado de sus malos consejeros y compañeros, sin ninguna perspectiva, salvo la de terminar sus días en una miserable prisión, Manasés pensó en lo que había pasado; empezó a clamar misericordia y liberación. Confesó sus pecados, se condenó a sí mismo, fue humillado delante de Dios, se detestó como monstruo de impiedad y maldad. Pero esperó ser perdonado por medio de la abundante misericordia del Señor. —Entonces, supo Manasés que Jehová era Dios, capaz de librar. Lo conoció como Dios de salvación; aprendió a temerle, confiar en Él, a amarle y obedecerle. Desde este momento tuvo un nuevo carácter y anduvo en novedad de vida.

¿Quién sabe qué torturas de conciencia, qué estertores de dolor, qué miedo de la ira, que remordimiento y agonía, soportó cuando miró sus muchos años de apostasía y rebelión contra Dios, habiendo dirigido a miles al pecado y a la perdición, en su culpa sangrienta por perseguir a los hijos de Dios? ¿Y quién puede reclamar que el camino al cielo está bloqueado cuando ve que entra un pecador como éste? Piensa lo peor de ti mismo, he aquí uno así tan malo que halla el camino al arrepentimiento. No te niegues eso que Dios no te ha negado; no es tu pecado sino tu impenitencia lo que te cierra el cielo.

Vv. 21—25. El padre de Amón hizo el mal, pero éste hizo peor. Cualesquiera hayan sido las advertencias o acusaciones que recibió, nunca se humilló. Pronto fue cortado en sus pecados y se convirtió en advertencia para todos los hombres para que no abusen del ejemplo de la paciencia y misericordia de Dios para con Manasés, y la consideren un aliento para seguir en pecado. Que Dios nos ayude a ser honestos con nosotros mismos y a pensar correctamente acerca de nuestro propio carácter antes que la muerte nos deje en un estado inmutable.

CAPÍTULO XXXIV

El buen reinado de Josías en Judá.

Como los años de la infancia no sirven para nuestros congéneres, así nuestra juventud temprana debiera dedicarse a Dios, para que no despilfarremos nada del breve espacio de vida que resta. Felices y sabios son quienes buscan al Señor y se preparan para ser útiles a temprana edad, mientras otros andan en pos de placeres pecaminosos, contrayendo malos hábitos y estableciendo relaciones destructoras. ¿Qué puede expresar la angustia evitada por la temprana piedad y sus benditos efectos? —El examen y la vigilancia diligentes de sí mismos nos convencerán de lo engañoso y perverso de nuestros corazones y de la pecaminosidad de nuestra vida. Aquí se nos exhorta a humillarnos ante Dios y buscarlo como hizo Josías. Y aquí se enseña a los creyentes a no temer la muerte, sino a darle la bienvenida cuando los aparta del mal venidero. —Nada acelera la ruina de un pueblo ni los hace madurar para su perdición más que su descuido de los intentos de reforma. No os engañéis, Dios no puede ser burlado. La corriente y la marejada de los afectos sólo se gira a la orden de Aquel que levanta a los muertos en delitos y pecados. Contemplamos la peculiar hermosura de la gracia que otorga el Señor en quienes, en sus años tiernos, procuran conocer y amar al Salvador. ¿Le ha visitado Jesús, la aurora de lo alto? ¿Podéis atribuir a vuestra juventud el conocimiento de esta luz y vida del hombre, como Josías? ¡Oh, la indecible felicidad de llegar a familiarizarse con Jesús desde nuestros primeros años!

CAPÍTULO XXXV

Versículos 1—19. *La Pascua celebrada por Josías.* 20—27. *Josías muere en batalla.*

Vv. 1—19. La destrucción de la idolatría que realizó Josías fue relatada con más detalles en el libro de los Reyes. Aquí se narra la celebración formal y solemne de la Pascua. La Cena del Señor recuerda la Pascua más que a cualquier otra de las festividades judías y la debida observancia de esa ordenanza es prueba de creciente piedad y devoción. Dios solo puede hacer verdaderamente santos

nuestros corazones y prepararlos para sus santos servicios, pero hay deberes que nos corresponden y al cumplirlos obtenemos esta bendición del Señor.

Vv. 20—27. La Escritura no condena la conducta de Josías de oposición al Faraón. Pero Josías parece tener la culpa de no consultar al Señor luego de haber sido advertido; su muerte pudiera ser un reproche por su precipitación, pero fue juicio contra un pueblo malo e hipócrita. El que lleva una vida de arrepentimiento, fe y obediencia no puede ser afectado por la manera súbita en que es quitado. El pueblo lo lamentó. Muchos de los que se duelen por los sufrimientos, no abandonan los pecados que hicieron que Dios les enviara tales juicios. Pero esto, solo puede quitar los juicios. Si culpamos a Josías debemos estar alertas, para que no seamos cortados en forma deshonrosa para nuestra profesión de fe.

CAPÍTULO XXXVI

Versículos 1—21. *La destrucción de Jerusalén.* 22—23. *La proclama de Ciro.*

Vv. 1—21. La ruina de Judá y Jerusalén fue gradual. Los métodos que Dios adopta para llamar de regreso a los pecadores por su Palabra, por medio de los ministros, por la conciencia, por providencias, son todos ejemplos de su compasión hacia ellos, y de su deseo de que ninguno perezca. Véase aquí qué caos terrible produce el pecado y, a medida que valoramos el consuelo y continuidad de nuestras bendiciones terrenales, mantengamos alejado ese gusano de sus raíces. —Ellos habían arado y sembrado muchas veces su tierra en el séptimo año, cuando debiera haber reposado, y ahora había estado sin arar y ni sembrar durante diez veces siete años. Dios no saldrá perdiendo su gloria al final por la desobediencia de los hombres. Si ellos se negaron a dejar que la tierra reposara, Dios la haría descansar. ¿A qué lugar, oh Dios, perdonará tu justicia si Jerusalén ha perecido? Si esa delicia tuya fuese cortada por mala, no seamos altivos, temamos.

Vv. 22, 23. Dios había prometido restaurar a los cautivos y reconstruir Jerusalén al final de setenta años, y, el tiempo fijado, el tiempo de favorecer a Sion, llegó por fin. Aunque la iglesia de Dios fuera *derribada* no es *expulsada*; aunque su pueblo sea corregido, no es abandonado; aunque arrojado al horno, no se pierde ahí, ni es dejado más tiempo de lo necesario para separar lo espurio. Aunque Dios contienda por mucho tiempo no contenderá para siempre. —Antes de cerrar los libros de las Crónicas, que contienen el fiel registro de los hechos, pensad qué desolación introdujo el pecado en el mundo y, sí, hasta en la iglesia de Dios. Temblemos por lo que aquí se narra, aunque en el carácter de algunas pocas almas bondadosas descubramos que el Señor no se queda sin testigos. Y cuando hayamos mirado este fiel retrato de la naturaleza del hombre, comparémoslo con la misma naturaleza renovada por la gracia del Todopoderoso, por medio de la justicia de Cristo, nuestro Salvador que justifica y adorna el alma.

ESDRAS

La historia de este libro es el cumplimiento de la profecía de Jeremías en cuanto al regreso de los judíos desde Babilonia. De su contenido aprendemos especialmente que toda buena obra tendrá oposición de parte de los enemigos, y será pejudicada por la mala conducta de los amigos; pero Dios hará que su causa prevalezca a pesar de todos los obstáculos y adversarios. La restauración de los judíos fue un suceso de la más elevada consecuencia, que resultó en la conservación de la religión en el mundo, y ayudó a preparar el camino para la manifestación del Gran Libertador, el Señor Jesucristo.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *Proclama de Ciro para reconstruir el Templo.* 5—11. *El pueblo provee para su retorno.*

Vv. 1—4. El Señor despertó el espíritu de Ciro. Los corazones de los reyes están en la mano del Señor. Dios gobierna al mundo por su influencia en los espíritus de los hombres; cualesquiera sea el bien que hagan, Dios estimula sus espíritus para hacerlo. —Durante el cautiverio de los judíos, Dios los empleó principalmente como medio para llamar la atención de los paganos hacia Él. —Ciro dio por sentado que entre los judíos capaces, habría quienes ofrecieran de su libre voluntad ofrendas para la casa de Dios. Él también haría que los abastecieran desde su reino. *Los que desean bien* para el Templo, deben ser *los benefactores* del Templo.

Vv. 5—11. El mismo Dios que despertó el espíritu de Ciro para proclamar la libertad a los judíos, despertó sus espíritus para aceptar el beneficio. La tentación de algunos fue quedarse en Babilonia, pero otros temían no retornar y fueron sus espíritus los que levantó Dios, por su Espíritu y gracia. Cualquiera sea el bien que hagamos, se debe a la gracia de Dios. Nuestro espíritu por naturaleza se inclina hacia esta tierra y a sus cosas; si se mueven hacia lo alto, en cualquier buen afecto o buena acción, es Dios que los levanta. —Las llamadas y ofrendas del evangelio son como la proclama de Ciro. Los que están atados por el poder del pecado pueden ser libertados por Jesucristo. A quien desee, arrepentido y por fe, volver a Dios, Jesucristo le abre el camino y le eleva de la esclavitud del pecado a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Muchos de los que oyen este sonido alegre optan por quedarse quietos en Babilonia, enamorados de sus pecados no se aventuran a una vida santa; pero algunos irrumpen por entre todos los desalientos, cualquiera sea el costo; esos son los espíritus que Dios ha levantado por encima del mundo y la carne, a quienes Él ha dado una buena disposición. Así se llenará la Canaán celestial, aunque muchos perezcan en Babilonia; y la ofrenda del evangelio no habrá sido en vano. Traer de vuelta a los judíos del cautiverio representa la redención de los pecadores hecha por Jesucristo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—35. *Cuenta de los que volvieron* 36—63. *Cuenta de sacerdotes y levitas.* 64—70. *Ofrendas para el Templo.*

Vv. 1—35. Se llevó un registro de las familias que regresaron del cautiverio. Véase cuánto reduce el pecado a una nación, ¡pero cuánto la exalta la justicia!

Vv. 36—53. Quienes menosprecian su relación con el Señor en tiempos de reprensión, persecución o angustia, no tendrán beneficios de ella cuando se vuelva honorable o provechosa. Los que no tienen evidencia de ser sacerdotes espirituales para Dios, por el nuevo nacimiento por medio de Jesucristo, no tienen derecho a las consolaciones y privilegios de los cristianos.

Vv. 64—70. Que nadie se queje de los gastos necesarios de su religión. Buscad primero el reino de Dios, su favor y su gloria, entonces todas las otras cosas os serán añadidas. Sus ofrendas eran nada, comparadas con las ofrendas de los príncipes de la época de David; pero, siendo proporcionales a su capacidad, fueron igualmente aceptables para Dios. El Señor nos conducirá por todas las empresas que comencemos conforme a su voluntad, si el objetivo es su gloria y dependemos de su ayuda. Quienes, al llamado del evangelio, renuncian al pecado y se vuelven al Señor, serán guardados y guiados a través de todos los peligros del camino, y llegarán a salvo a las mansiones provistas en la santa ciudad de Dios.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *El altar y los festivales.* 8—13. *Se echan los fundamentos del Templo.*

Vv. 1—7. De los procedimientos de los judíos al llegar, aprendamos a empezar con Dios y hacer lo que *podamos* en la adoración de Dios, cuando no podemos hacer lo que *quisiéramos*. Ellos no podían tener un Templo de inmediato, pero no iban a quedarse sin altar. El miedo al peligro debiera estimularnos a nuestro deber. ¿Tenemos muchos enemigos? Entonces es bueno tener a Dios como Amigo nuestro y mantener la comunión con Él. Nuestros temores debieran ponernos de rodillas. Los sacrificios por todas estas solemnidades fueron un gasto grande para un pueblo tan pobre, pero además de los expresamente nombrados, muchos trajeron ofrendas voluntarias al Señor. E hicieron sin demora los preparativos para la edificación del Templo: cualquiera sea la tarea que nos llame a hacer Dios, podemos depender de su providencia para la provisión de los medios necesarios.

Vv. 8—13. Hubo una mezcla notable de emociones al echar los fundamentos del templo. Los que sólo conocían la miseria de no tener un templo, alababan al Señor con gritos de gozo. Para ellos hasta este fundamento les pareció grandioso. Debemos agradecer los comienzos de la misericordia, aunque aún no sean perfectos. Pero quienes recordaban la gloria del primer templo y consideraban cuán inferior sería probablemente este, lloraban en voz alta. Tenían razón, y si lamentaban por el pecado que era la causa de este triste cambio, hicieron bien. Aunque era malo echar sombra sobre el común gozo. Ellos despreciaron el día de las pequeñas cosas y no fueron agradecidos por el bien que disfrutaban. Que el recuerdo de las aflicciones anteriores no ahogue el sentido de las misericordias presentes.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—5. *Los adversarios del Templo.* 6—24. *La edificación del Templo es estorbada.*

Vv. 1—5. Todo intento por revivir la verdadera religión despertará la oposición de Satanás y de aquellos en quienes éste obra. Los adversarios fueron los samaritanos que habían sido plantados en la tierra de Israel, 2 Reyes xvii. Era evidente que no querían unirse a la adoración del Señor conforme a su palabra. Quienes estorban una buena obra y debilitan a quienes están comprometidos en ella, vean a qué amo siguen.

Vv. 6—24. Calumnia antigua es que la prosperidad de la iglesia perjudica a reyes y príncipes. Nada puede ser más falso, porque la verdadera piedad nos enseña a honrar y obedecer a nuestro soberano. Pero donde la orden de Dios exije una cosa y otra la ley de la tierra, debemos obedecer a Dios antes que a los hombres y debemos asumir pacientemente las consecuencias. Todos los que aman el evangelio deben evitar toda apariencia de mal, para que no alienten a los adversarios de la iglesia. El mundo siempre está listo para creer cualquier acusación contra el pueblo de Dios, y rehusa escucharlos. —El rey se dejó llevar por fraudes y falsedades. Los príncipes ven y oyen por los ojos y oídos de otros hombres y juzgan las cosas según les son representadas lo que suele hacerse con falsedad. Pero el juicio de Dios es justo; Él ve las cosas como son.

CAPÍTULO V

Versículos 1, 2. *Los dirigentes adelantan la edificación del Templo.* 3—17. *Carta contra los judíos.*

Vv. 1, 2. La edificación del templo estuvo detenida unos quince años. Entonces, tuvieron dos buenos ministros que les instaron a continuar la obra. Señal de que tiene misericordia reservada para un pueblo es cuando Dios levanta profetas para que ayuden en el camino y obra de Dios, como guías, obispos y reyes. En Hageo vemos qué cosas grandiosas hace Dios por su Palabra, la cual magnifica por encima de todo su Nombre y por su Espíritu obrando en ella.

Vv. 3—17. Mientras estemos empleados en la obra de Dios, estamos bajo su especial protección; su ojo está sobre nosotros para siempre. Esto debe mantenernos en nuestro deber y alentarnos cuando las dificultades son tan desalentadoras. —Los ancianos de los judíos dieron una cuenta de sus procedimientos a los samaritanos. Aprendamos, con mansedumbre y temor, a dar razones de la esperanza que está en nosotros; entendamos correctamente y, luego, declaremos prestamente lo que hacemos al servicio de Dios, y por qué lo hacemos. Y mientras estemos en este mundo, siempre tendremos que confesar que nuestros pecados han provocado la ira de Dios. Todos nuestros sufrimientos surgen de ahí y todos nuestros consuelos, de su misericordia inmerecida. Por más que la obra parezca estorbada, el Señor Jesucristo la está llevando a cabo aún: Su pueblo crece para ser un Templo santo en el Señor, para morada de Dios en el Espíritu.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—12. *El decreto para completar el Templo.* 13—22. *El Templo es terminado.*

Vv. 1—12. Cuando llegue el tiempo de Dios para cumplir los propósitos de su gracia para la Iglesia, Él levantará instrumento para hacerlo, personas de quienes no se esperaba tan buen servicio.

Mientras nuestros pensamientos están puestos en este suceso, somos llevados por Zacarías a fijar nuestra mirada en un edificio espiritual más noble. El Señor Jesucristo sigue poniendo una piedra sobre otra: asistamos al gran diseño. Las dificultades demoran el avance de este edificio sagrado. Sin embargo, no permitamos que la oposición nos desanime porque en su debido momento, se completará para alabanza de su gloria. Él sacará la primera piedra con aclamaciones de: Gracia, gracia a ella.

Vv. 13—22. La iglesia del evangelio, ese templo espiritual, tarda en edificarse, pero será terminada al fin, cuando el cuerpo místico esté completo. Todo creyente es un templo vivo que se edifica a sí mismo en su santísima fe: se presenta mucha oposición a esta obra de parte de Satanás y de nuestras propias corrupciones. Lo tratamos con poca seriedad y seguimos adelante con muchas paradas y pausas; pero el que empezó la buena obra, la verá realizada. Entonces serán perfeccionados los espíritus de los hombres justos. —Si hubieran quitado sus pecados, los judíos se hubieran liberado del aguijón de sus tribulaciones posteriores. El servicio de ellos fue con gozo. Acojamos con gozo las santas ordenanzas y sirvamos al Señor con alegría.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—10. *Esdras sube a Jerusalén.* 11—26. *El cometido encargado a Esdras.* 27, 28. *Esdras bendice a Dios por Su favor.*

Vv. 1—10. Esdras fue desde Babilonia a Jerusalén por el bien de su patria. El rey fue amable con él; le concedió todos sus pedidos, todo lo que Esdras deseara y le capacitara para servir a su patria. Cuando se fue, muchos fueron con él; él obtuvo el favor de su rey por el favor Divino. Toda criatura es para nosotros lo que Dios hace que sea. Debemos ver la mano de Dios en los hechos que nos suceden y reconocerlo con gratitud.

Vv. 11—26. La generosidad de los reyes paganos para apoyar la adoración de Dios fue un reproche para la conducta de muchos reyes de Judá, y se levantará en juicio contra la codicia de los ricos cristianos profesantes que no promueven la causa de Dios. Pero las armas de los ministros cristianos no son carnales. Predicación fiel, vidas santas, oraciones fervientes y sufrimiento con paciencia, cuando sean llamados a ello, son los medios de llevar a los hombres a la obediencia a Cristo.

Vv. 27, 28. Esdras bendijo a Dios por dos cosas: —1. *Por su comisión.* Si algo bueno aparece en nuestro corazón o en el corazón del prójimo tenemos que reconocer que Dios lo puso y bendecirle; Él es quien obra en nosotros así el querer como el hacer lo bueno. —2. Por su aliento: Dios inclinó hacia mí su misericordia. Esdras era un hombre valiente, pero esto lo atribuye, no a su corazón, sino a la mano de Dios. Si Dios nos da su mano somos osados y alegres; si la retira, somos débiles como el agua. Dios debe tener toda la gloria en cualquier cosa que seamos facultados para hacer por Dios y por quienes nos rodeen.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—20. *Los compañeros de Esdras.* 21—23. *Esdras implora la bendición de Dios* 24—30. *Tesoros encargados a los sacerdotes.* 31—36. *Esdras llega a Jerusalén.*

Vv. 1—20. Esdras reúne a los exiliados de Israel y a los dispersos de Judá. Dios levanta los espíritus de un remanente pequeño para acompañarlo. ¡Qué lástima que los buenos hombres omitan una buena obra porque no se les habla!

Vv. 21—23. Esdras trató que los levitas fueran con él, pero ¿de qué serviría eso a menos que tenga a Dios con él? Quienes buscan a Dios están a salvo bajo la sombra de sus alas, aun en sus mayores peligros; pero los que lo abandonan, están siempre expuestos. Cuando se entra a un nuevo estado de la vida, nuestro cuidado debe ser no llevar nada de la culpa de los pecados de nuestra condición anterior. Cuando estamos en peligro, estemos en paz con Dios, y entonces nada podrá dañarnos realmente. Todas nuestras preocupaciones por nosotros mismos, nuestra familia, y nuestras pertenencias, es sabiduría y deber nuestro encomendarlas a Dios en oración y dejar que Él las cuide. En algunas ocasiones, debemos declinar ventajas que estén a nuestro alcance, no sea que seamos causa de tropiezo para otros, y así sea deshonrado nuestro Dios. Pidamos sabiduría a Dios para saber cómo usar o rechazar las cosa lícitas. No saldremos perdiendo si nos aventuramos, sufrimos o cedemos por amor al Señor. Sus oraciones fueron contestadas y el hecho lo testifica. Los que han buscado fervientemente a Dios, descubrieorn que nunca lo buscaron en vano. Apartar un tiempo para orar en secreto o públicamente, en momentos difíciles y peligrosos, es el mejor método que podemos adoptar para recibir alivio.

Vv. 24—30. Esperemos que Dios cuide por su providencia de lo que nos pertenece y por su gracia, nos deje cuidar lo que pertenece a Él. Que la honra y las cosas de Dios sean nuestra preocupación; entonces podemos esperar que nuestra vida y consuelo sean su preocupación.

Vv. 31—36. Los enemigos yacían al acecho de los judíos, pero Dios los protegió. Hasta los peligros corrientes de los viajes nos llaman a partir con oración y regresar con alabanzas y acciones de gracias. Pero, ¡qué rendiremos cuando el Señor nos haya llevado a salvo por el peregrinaje de la vida, a través del sombrío valle de la muerte, fuera del alcance de todos nuestros enemigos, a la felicidad eterna! —Entre sus sacrificios ellos tenían una ofrenda por el pecado. La expiación endulza y asegura toda misericordia para nosotros, lo cual no será verdaderamente consolador a menos que sea quitado el pecado y hecha nuestra paz con Dios. —Entonces reposó la iglesia. Las expresiones aquí usadas nos llevan a pensar en la liberación de los pecadores de la esclavitud espiritual y en su peregrinaje hacia la Jerusalén celestial, bajo el cuidado y protección de su Dios y Salvador.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—4. *Esdras se lamenta por la conducta de los judíos.* 5—15. *La confesión de pecados de Esdras.*

Vv. 1—4. Muchas corrupciones escapan de la vista de los reyes más cuidadosos. Algunas personas desobedecieron la orden expresa de Dios, que prohibía todo matrimonio con paganos, Deuteronomio vii. La incredulidad en la suficiencia de Dios está en el fondo de los lamentables tumbos que damos para ayudarnos a nosotros mismos. Ellos se expusieron a sí mismos y a sus hijos al peligro de la idolatría que había arruinado su iglesia y su nación. Los profesantes carnales pueden tomar a la ligera tales relaciones y tratan de explicar las exhortaciones a la separación eliminándola, pero quienes están más familiarizados con la palabra de Dios tratan el tema de otra manera. Deben

anunciar lo peor de tales uniones. Los males excusados y hasta defendidos por muchos profesantes, asombran y causan tristeza al creyente verdadero. —Todos los que dicen ser pueblo de Dios deben fortalecer a los que se levantan y actúan contra el vicio y lo profano.

Vv. 5—15. El sacrificio, en especial el vespertino, era un tipo del bendito Cordero de Dios que, en el atardecer del mundo, iba a quitar el pecado por el sacrificio de sí mismo. —El sermón de Esdras es una confesión penitente del pecado, del pecado de su pueblo. Pero que esto sirva de consuelo a los penitentes verdaderos, que aunque sus pecados lleguen hasta los cielos, la misericordia de Dios está en los cielos. —Esdras habla con mucha vergüenza al hablar del pecado. La vergüenza santa es tan necesaria en el arrepentimiento verdadero como la tristeza santa. Esdras habla con asombro. El descubrimiento de la culpa causa estupefacción; mientras más pensamos en el pecado, peor se ve. Diga, Dios, sé misericordioso conmigo, pecador. Esdras habla como quien tiene mucho temor. No hay presagio más seguro o triste de la ruina que devolverse al pecado después de los grandes juicios y grandes liberaciones. Cada uno de la iglesia de Dios tiene que maravillarse de que no haya agotado la paciencia del Señor y no se haya acarreado destrucción a sí mismo. ¿Entonces, cómo será el caso del impío? Pues aunque el penitente verdadero nada tiene que defender de su propia conducta, el Abogado celestial le defiende con sumo poder.

CAPÍTULO X

Versículos 1—5. *Esdras anima la reforma.* 6—14. *Él reúne al pueblo.* 15—44. *Se efectúa la reforma.*

Vv. 1—5. Secanías admitió la culpa nacional. El caso es triste pero no desesperado; la enfermedad es amenazante pero no incurable. Ahora que el pueblo empieza a lamentarse, parecer que es derramado un espíritu de arrepentimiento; ahora hay esperanza que Dios perdone y tenga misericordia. El pecado que rectamente nos perturba no nos destruirá. En momentos melancólicos debemos observar que está por nosotros como también que está en contra nuestra. Y puede que haya buenas esperanzas por medio de la gracia aun donde haya un sentido de gran culpa ante Dios. —El caso es simple: lo que se hizo mal debe deshacerse de nuevo en la mayor medida posible; nada menos que esto es el arrepentimiento verdadero. El pecado debe quitarse resueltos a no tener nunca nada más que hacer con eso. Lo que se ha obtenido injustamente, debe restaurarse. Levántate y ten buen ánimo. Llorar es bueno en este caso pero reformar es mejor. En cuanto a estar desigualmente uncido con incrédulos, tales matrimonios son ciertamente pecadores y no deben hacerse pero *ahora* no son nulos como lo eran antes que el evangelio terminara la separación de judíos y gentiles.

Vv. 6—14. Hay esperanzas concernientes al pueblo cuando ellos estén convencidos de no sólo es bueno separarse de sus pecados sino que es necesario; debemos hacerlo o somos deshechos. Tan rica es la misericordia y tan abundante la redención de Dios que hay esperanza para el más vil que oiga el evangelio y esté dispuesto a aceptar la salvación gratuita. —Cuando los pecadores se lamentan de sus pecados y tiemblan a la palabra de Dios, hay esperanza que los abandonen. Para afectar a los demás con pena o amor santos para con Dios, debemos nosotros mismos estar afectados. —Se acordó cuidadosamente cómo debía realizarse este asunto. Eso que se resuelve apresuradamente rara vez resulta duradero.

Vv. 15—44. Los mejores reformadores no pueden sino hacer su empresa; cuando el Redentor mismo venga a Sion efectivamente quitará la impiedad de Jacob. Cuando se arrepiente y se abandona el pecado Dios lo perdonará pero la sangre de Cristo, nuestra ofrenda por el pecado, es la

única expiación que quita nuestra culpa. Ningún arrepentimiento o enmienda aparentes beneficiará a los que le rechazan a Él pues la dependencia de sí mismos les demuestra aún sin humillarse. Todos los nombres escritos en el libro de la vida son los de pecadores penitentes, no de personas con justicia propia que piensan que no necesitan arrepentirse.

NEHEMÍAS

La historia del Antiguo Testamento se cierra con el libro de Nehemías en el cual se registran las obras de su corazón en la administración de los asuntos públicos, con muchas reflexiones devotas.

CAPÍTULO I

La angustia de Nehemías por la desgracia de Jerusalén—Su oración

Nehemías era el copero del rey de Persia. Cuando Dios tiene una obra que realizar, nunca le faltarán instrumentos para hacerla. Nehemías vivía cómodamente y con honra, pero no olvida que es israelita y que sus hermanos están angustiados. Estaba dispuesto a utilizar sus buenos oficios para ayudarles en todo lo que pudiera; y para saber cómo hacerlo mejor, hace indagaciones al respecto. Nosotros tenemos que explorar especialmente lo que se refiere al estado de la iglesia y la religión. —Cada Jerusalén de este lado de la celestial tendrá algún defecto que requerirá la ayuda y los servicios de sus amigos. —La primera apelación de Nehemías fue a Dios para tener la plena confianza en su petición al rey. Nuestras mejores argumentaciones en oración se toman de la promesa de Dios, la palabra por la cual nos da esperanzas. Hay que usar otros medios, pero la oración eficaz del justo puede mucho. La comunión con Dios nos preparará mejor para tratar con los hombres. Cuando hayamos encomendado nuestras preocupaciones a Dios, la mente queda libre; siente satisfacción y compostura y se desvanecen las dificultades. Sabemos que si el asunto fuera lesivo, Él podría impedirlo fácilmente, y si es bueno para nosotros, Él puede hacerlo progresar fácilmente.

CAPÍTULO II

Versículos 1—8. *El pedido de Nehemías al rey.* 9—18. *Nehemías llega a Jerusalén.* 19, 20. *La oposición de los adversarios.*

Vv. 1—8. Nuestras oraciones deben ser secundadas con esfuerzos serios, de otro modo nos burlamos de Dios. No estamos limitados a ciertos momentos en nuestras audiencia con el Rey de reyes; tenemos la libertad de ir a Él en todo momento; acercarse al trono de la gracia nunca pasa de moda. Pero la sensación del desagrado de Dios y de las aflicciones de su pueblo son causa de tristeza para los hijos de Dios, de las cuales no los consuelan los placeres terrenales. —El rey animó a Nehemías

para que dijera que pensaba. Esto le dio confianza para hablar; mucho más puede animarnos la invitación que Cristo nos ha dado para orar, y la promesa de que nos irá bien, para ir directamente ante el trono de la gracia. —Nehemías oró al Dios del cielo, infinitamente superior aun de este monarca poderoso. Elevó su corazón al Dios que entiende el lenguaje del corazón. Nunca debemos buscar ni esperar la dirección, la asistencia ni la bendición divina cuando emprendemos algo que es malo para nosotros. Hubo una respuesta inmediata a su oración, porque la simiente de Jacob nunca buscó en vano al Dios de Jacob.

Vv. 9—18. Cuando Nehemías hubo considerado el asunto, dijo a los judíos que Dios había puesto en su corazón edificar los muros de Jerusalén. No se pone a hacerlo sin ellos. Estimulándonos nosotros mismos y unos a otros en lo bueno, nos fortalecemos mutuamente. Somos débiles en nuestro deber cuando somos fríos e indiferentes.

Vv. 19, 20. La enemistad de la simiente de la serpiente contra la causa de Cristo no está limitada a una época o nación. La aplicación para nosotros es clara. La iglesia de Dios pide nuestra ayuda. ¿No está desolada y expuesta a ataques? ¿Le causa triteza considerar su bajo estado? Que ningún negocio, placer o apoyo de un partido atrape tanto su atención como para que Sion y su bienestar no le interesen.

CAPÍTULO III

La reconstrucción de los muros de Jerusalén.

Repartieron el trabajo para que todos supieran qué tenían que hacer y se dedicaran con el deseo de alcanzar la excelencia, pero sin contender ni dividir sus intereses. Ninguna discordia surge entre ellos, sino la de hacer lo máximo por el bien público. Cada israelita dio una mano para edificar Jerusalén. Ningún noble debe pensar que algo es indigno de ellos, si con ello fomentan el bien de su patria. Hasta las mujeres ayudaron en el avance de la obra. —Esta reparó sus casas y aquella reparó en su recámara. Cuando se tiene que hacer una buena obra general, cada uno debe dedicarse a la parte que esté dentro de su alcance. Si cada uno barre delante de su puerta la calle estará limpia; si cada uno repara algo, todos estará reparado. Los que terminaron primero ayudaron a sus compañeros. —Los muros de Jerusalén, en montones de escombros, representan el estado desesperado del mundo circundante; mientras la cantidad de los que estorbaban la edificación y su maldad da una débil idea de los enemigos con que tenemos que contender mientras ejecutamos la obra de Dios. Cada uno debe empezar por su casa, porque hacer progresar la obra de Dios en nuestras almas es lo mejor que podemos aportar para el bien de la iglesia de Cristo. Que el Señor estimule así el corazón de su pueblo, para que dejen de lado sus pequeñas disputas, y desechen sus intereses mundanales, para dedicarse a la construcción de los muros de Jerusalén y a la defensa de la causa de la verdad y santidad contra los asaltos de los enemigos declarados.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Oposición de Sanbalat y otros.* 7—15. *Los designios de los adversarios.* 16—23. *Las precauciones de Nehemías.*

Vv. 1—6. Más de una buena obra ha sido mirada con desdén por escarnecedores orgullosos y altivos. Personas que discrepan entre sí casi en todo, se unen para la persecución. Nehemías no contestó a los necios conforme a su necedad; antes bien recurrió a Dios en oración. A menudo el pueblo de Dios ha sido pueblo despreciado, pero Él oye todos los dardos que se le arrojan y es para consuelo de ellos que así lo haga. Nehemías tenía razón para pensar que los corazones de esos pecadores estaban completamente endurecidos, de lo contrario no hubiera orado que sus pecados nunca fueran borrados. La buena obra sigue adelante cuando la gente se preocupa de ella. Los reproches de los enemigos debieran alentarnos en nuestro deber, no alejarnos de él.

Vv. 7—15. los hombres malos procuran obstruir la buena obra, y se prometen alcanzar el éxito en eso, pero la buena obra es obra de Dios y prosperará. Dios tiene muchas maneras de llevar la luz, y de esa manera, reducir a nada las estratagemas y designios de los enemigos de su iglesia. Si nuestros enemigos no pueden asustarnos para apartarnos de nuestro deber, ni engañarnos para que pequemos, no nos pueden dañar. Nehemías se puso bajo la protección divina él mismo y su causa. Fue el método de este buen hombre y debiera ser el nuestro. Todas sus preocupaciones, todas sus penas, todos sus temores puso delante de Dios. Antes de usar un medio, él lo presentaba en oración a Dios. —Habiendo orado, puso una guardia contra el enemigo. Si pensamos asegurarnos por medio de la oración, sin velar y estar alertas, somos perezosos y tentamos a Dios; pero velar alertas sin orar, es ser orgullosos e insolentes con Dios: de cualquier manera abandonamos su protección. El cuidado que Dios tiene de nuestra seguridad debiera comprometernos y estimularnos a seguir adelante con vigor cumpliendo nuestro deber. Tan pronto como termine un peligro, retornemos a nuestra obra y confiemos en Dios nuevamente.

Vv. 16—23. Siempre debemos estar en guardia contra los enemigos espirituales sin esperar que nuestra guerra termine cuando termine nuestra obra. La palabra de Dios es la espada del Espíritu, la cual siempre debemos tener en la mano, y nunca tendremos que buscarla en nuestras labores y en nuestros conflictos como cristianos. Todo cristiano verdadero es trabajador y soldado que obra con una mano y lucha con la otra. Probablemente la buena obra siga adelante con éxito cuando los que trabajan en ella lo hagan con diligencia. Satanás teme atacar al cristiano alerta, porque, si es atacado, el Señor pelea por él. De esta manera, tenemos que esperar el fin de la vida, sin sacarnos la armadura hasta que terminen nuestra obra y nuestra guerra; entonces seremos recibidos en el reposo y en el gozo de nuestro Señor.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *Los judíos se quejan de penurias.* 6—13. *Nehemías vuelve a tratar las penurias.* 14—19. *La paciencia de Nehemías.*

Vv. 1—5. Los hombres depredan a sus congéneres: despreciando al pobre reprueban a su Hacedor. Tal conducta es una desgracia para cualquiera, pero, ¿quién puede aborrecerla lo suficiente cuando la adoptan los cristianos profesantes? Con compasión por los oprimidos, tenemos que lamentar las penurias bajo las cuales gimen muchos en el mundo, poniendo nuestras almas en el lugar de las suyas y recordando en nuestras oraciones y con nuestro socorro a los que están cargados. Pero dejemos que los que no demuestran misericordia esperen juicio sin misericordia.

Vv. 6–13. Nehemías sabía que aunque edificara los muros de Jerusalén muy altos, muy gruesos o muy fuertes, la ciudad no podría estar a salvo mientras hubiera abusos en ella. La manera correcta de reformar la vida de los hombres es convencer de pecado sus conciencias. Si usted anda en temor de

Dios no será codiciosos de ganancia mundana, ni será cruel con sus hermanos. Nada expone al reproche a la religión más que la mundanalidad y dureza de corazón de los que la profesan. Quienes insisten rigurosamente en sus derechos, tratan, con muy mala gracia, de convencer a los demás que cedan los suyos. —Cuando se razona con gente egoísta es bueno comparar su conducta con las de los que son generosos, pero es mejor aún apuntar al ejemplo de aquel que se hizo pobre por nosotros aunque era rico, para que nosotros por su pobreza fuésemos enriquecidos, 2 Corintios viii, 9. Ellos hicieron conforme a la promesa. Las buenas promesas son cosas buenas, pero son mejores las buenas obras.

Vv. 14—19. Quienes verdaderamente temen a Dios no se atreven a hacer nada cruel o injusto. Que los que estén en cargos públicos se acuerden que están allí para hacer el bien, no para enriquecerse. Nehemías lo menciona a Dios orando no como si él hubiera merecido algún favor de parte de Dios, sino para mostrar que él dependía solamente de Dios para que compensara lo que había perdido y dejado por su honor. Nehemías habló y actuó evidentemente como quién se sabía pecador. No pretendía reclamar un premio como si se le debiera, sino de la manera en que el Señor recompensa un vaso de agua dado a un discípulo por amor a Él. El temor y el amor de Dios en el corazón y el verdadero amor a los hermanos llevarán a toda buena obra. Estas son evidencias propias de la fe que justifica y nuestro Dios reconciliado favorecerá a las personas de este carácter, conforme a todo lo que hayan hecho por su pueblo.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—9. *El complot de Sanbalat para estorbar a Nehemías.* 10—14. *Los falsos profetas tratan de asustar a Nehemías.* 15—19. *Se terminan los muros—Traición de algunos judíos.*

Vv. 1—9. Los que sean invitados al ocio en alegres reuniones por vanas compañías, respondan así a la tentación: Tenemos obra que hacer y no debemos descuidarla. Nunca debemos dejarnos arrastrar por la invitación reiterada a hacer algo pecaminoso o imprudente; más bien, cuando seamos atacados por la tentación, resistámosla con la misma razón y decisión. Es común que lo deseado por los malos, sea representado falsamente como algo deseable para muchos. Pero Nehemías sabía a lo que apuntaban, y no sólo negó que tales cosas fueran verdaderas, sino que estaba informado al respecto; era mejor que lo conocieran en su posición, y no que sospecharan de él. Nunca debemos omitir un deber conocido por miedo de ser mal entendido; confiemos a Dios nuestro buen nombre mientras mantenemos una buena conciencia. El pueblo de Dios, aunque cargado con reproche, no ha caído tan bajo en su reputación como algunos quisieran que se pensara. —Nehemías elevó su corazón al Cielo en una oración corta. Cuando entramos en un servicio o conflicto en la obra y en la guerra cristianas, esta es una buena oración: tengo tal deber que realizar, tal tentación que enfrentar, ahora, oh Dios, fortalece mis manos. Toda tentación a desviarnos del *deber* debe estimularnos más *al* deber.

Vv. 10—14. El mayor mal que pueden hacernos nuestros enemigos es asustarnos alejándonos de nuestro deber y llevarnos a hacer lo que es pecaminoso. Nunca declinemos una buena obra, pero nunca hagamos una mala. Debemos probar todo consejo y rechazar lo que es contrario a la Palabra de Dios. Todo hombre debe reflexionar para ser consecuente: ¿Debo yo, cristiano profeso, llamado a ser santo, hijo de Dios, miembro del cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo, ser codicioso, sensual, orgulloso o envidioso? ¿Debo rendirme a la impaciencia, al descontento o a la ira? ¿Debo ser perezoso, incrédulo o despiadado? ¿Qué efectos tendrá tal conducta en los demás? Todo lo que Dios ha hecho por nosotros o por nuestro intermedio o todo lo que nos ha dado, debe llevarnos a velar, a negarnos a nosotros mismos, y a la diligencia.

Después de la pecaminosidad del pecado debemos aborrecer el escándalo.

Vv. 15—19. El muro fue comenzado y terminado en cincuenta y dos días, a pesar de que descansaron en los días de reposo. Se puede hacer mucha obra en poco tiempo si nos dedicamos con tesón y somos perseverantes. —Véase la maldad de casarse con extranjeras. Cuando los hombres se emparentaron con Tobías, pronto estaban comprometidos con él. Un amor pecaminosa conduce a uniones perversas. El enemigo de las almas emplea muchos instrumentos y forma muchos proyectos para reprochar a los siervos activos de Dios o para sacarlos de sus obras. Pero nosotros debemos seguir el ejemplo de Aquel que dio su vida por las ovejas. Ellas sencillamente se unen al Señor y su obra recibe apoyo.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—4. *La ciudad encargada a Hanani.* 5—73. *Registro de los que primero retornaron.*

Vv. 1—4. Habiendo terminado los muros, Nehemías regresó a la corte persa y volvió a Jerusalén con un nuevo cometido. —La seguridad pública depende del cuidado de cada uno para cuidarse él mismo y su familia contra el pecado.

Vv. 5—73. Nehemías sabía que la seguridad de la ciudad, sometida a Dios, depende más de los habitantes que de los muros. —Toda buena dádiva y toda buena obra vienen de lo alto. Dios da conocimiento; Dios da gracia; todo es *de* Él y, por tanto, todo debe ser *para* Él. Lo hecho por la prudencia humana debe ser atribuido a la dirección de la Providencia Divina. Pero, ¡ay de quienes dan la espalda al Señor amando el mundo presente! ¡Y bienaventurados los que se consagran ellos y su fortuna a su servicio y gloria!

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—8. *Lectura y exposición de la ley.* 9—12. *El pueblo es llamado a regocijarse.* 13—18. *La fiesta de los tabernáculos—El gozo del pueblo.*

Vv. 1—8. Los sacrificios tenían que ofrecerse sólo en la puerta del Templo, pero la oración y la predicación eran y son servicios religiosos tan aceptablemente realizados en un lugar como en otro. Los jefes de familia deben llevar consigo a sus familias a la adoración de Dios en público. Las mujeres y los niños tienen almas que salvar, y por tanto, tienen que familiarizarse con la palabra de Dios y asistir a los medios de gracia. Los pequeñuelos deben ser educados en la religión a medida que vayan entrando en razón. —Los ministros deben llevar consigo sus Biblias cuando van al púlpito; Esdras así lo hizo. De ahí deben ellos sacar su conocimiento; deben hablar conforme a esa regla y deben mostrar que así lo hacen. Leer las Escrituras en las asambleas religiosas es una ordenanza de Dios por la cual se le honra, y se edifica su iglesia. Quienes oyen la palabra deben entenderla, de lo contrario es para ellos sólo un sonido hueco de palabras. Por tanto se requiere que haya maestros para que expliquen la palabra y entreguen su sentido. Leer es bueno y predicar es bueno, pero la exposición hace la lectura más comprensible y más convincente la predicación. —Quiso Dios levantar en casi toda edad de la iglesia no sólo a quienes predican el evangelio, sino también a los que escribieron sus puntos de vista de la verdad divina; y aunque muchos han

intentado explicar la Escritura, habiendo oscurecido el consejo con palabras sin conocimiento, hay excelente uso para los trabajos de otros. Sin embargo, todo lo que oímos debe pasar por la prueba de la Escritura. Ellos oyeron con disposición y sopesaron cada palabra. La palabra de Dios exige atención. Si por negligencia dejamos que mucho se deslice en el oír, existe el peligro de que por el olvido dejemos que todo se deslice luego de oírlo.

Vv. 9—12. Fue buena señal que sus corazones estuvieran tiernos cuando oyeron las palabras de la ley. —El pueblo tenía que enviar porciones para quienes nada tenían preparado. Deber de toda fiesta religiosa, como también de todo ayuno religioso, es acercar el alma al hambriento; la abundancia de Dios debiera hacernos generosos. No sólo debemos dar a quienes se ofrecen a sí mismos, sino enviar a los que están fuera de la vista. Su fortaleza estaba en el gozo del Señor. Mientras mejor comprendamos la palabra de Dios, más consuelo hallamos en ella; la oscuridad de la prueba surge de la oscuridad de la ignorancia.

Vv. 13—18. En la ley hallaron escrita la fiesta de los tabernáculos. Los que escudriñan con diligencia las Escrituras, encuentran cosas que han olvidado. La fiesta de los tabernáculos era una representación del estado del creyente como tabernáculo en este mundo, y tipo del santo gozo de la iglesia en el evangelio. La conversión de las naciones a la fe de Cristo está anunciada bajo la figura de esta fiesta, Zacarías xiv, 16. La religión verdadera nos hará extranjeros y peregrinos en la tierra. Leemos y oímos aceptable y provechosamente la palabra cuando hacemos conforme a lo que está escrito en ella; cuando se revive lo que demuestra ser nuestro deber, luego que ha sido descuidado. A ellos les importaba la sustancia, de lo contrario la ceremonia no hubiera servido. Ellos lo hicieron, regocijándose en Dios y su bondad. Estos son los medios con que el Espíritu de Dios corona con éxito al hacer que los corazones de los pecadores tiemblen y se vuelvan humildes ante Dios. Pero son enemigos de su propio crecimiento en santidad quienes siempren albergan tristeza, aun por el pecado, y alejan de ellos las consolaciones que nos da la palabra y el Espíritu de Dios.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—3. *Un ayuno solemne.* 4—38. *Oración y confesión de pecado.*

Vv. 1—3. La palabra dirige y aviva la oración, porque por ella el Espíritu nos ayuda en nuestras debilidades. El estudio cuidadoso de la palabra de Dios nos revela gradualmente nuestra pecaminosidad y la abundancia de su salvación; de manera que esto nos llama a dolernos por el pecado y a regocijarnos en Él. Todo descubrimiento de la verdad de Dios debiera hacernos más atentos a su santa palabra y dispuestos a participar en su culto.

Vv. 4—38. Aquí tenemos registrado el resumen de sus oraciones. Indudablemente se dijo mucho más. Cualquiera sea la habilidad que tengamos para hacer algo en la senda del deber, tenemos que servir y glorificar a Dios conforme a lo mejor. Cuando confesamos nuestros pecados, bueno es que notemos las misericordias de Dios para sentirnos más humillados y avergonzados. Los tratos del Señor demostraban su bondad y paciencia, y la dureza de sus corazones. El testimonio de los profetas era el testimonio del Espíritu en los profetas, que es el Espíritu de Cristo en ellos. Ellos hablaron movidos por el Espíritu Santo y lo que dijeron debe recibirse en forma consecuente. El resultado fue, maravillas por las misericordias del Señor, y el sentimiento de que el pecado los había llevado a su estado actual, del cual nada podría rescatarlos sino el inmerecido amor. ¿No es su conducta una muestra de la naturaleza humana? Estudiemos la historia de nuestra patria y la nuestra. Recordemos nuestras ventajas de la infancia y preguntemos, ¿cuáles fueron nuestras primeras

respuestas? Hagamos esto con frecuencia para mantener la humildad, la gratitud y para que velemos. Todos deben recordar que el orgullo y la obstinación son pecados que destruyen el alma. Pero, suele ser tan difícil convencer al quebrantado de corazón que tenga esperanza, como antes costó llevarlos a temer. ¿Es este tu caso? Mirad esta dulce promesa: ¡Dios dispuesto a perdonar! En lugar de mantenernos alejados de Dios por el sentido de la propia indignidad, vamos directamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. Él es un Dios dispuesto a perdonar.

CAPÍTULO X

Versículos 1—31. *El pacto—Aquellos que lo firmaron.* 32—39. *Su compromiso con los ritos sagrados.*

Vv. 1—31. La conversión es separarse del curso y de las costumbres de este mundo, y consagrarnos a la conducta dirigida por la palabra de Dios. Cuando nos comprometemos a cumplir los mandamientos de Dios, es para hacer *todos* sus mandamientos, y para considerarlo a Él como el Señor, y nuestro Señor.

Vv. 32—39. Habiendo pactado contra los pecados de los cuales eran culpables, se obligaron a cumplir los deberes que habían descuidado. No sólo debemos cesar de hacer el mal, sino aprender a hacer el bien. Que nadie espere la bendición de Dios a menos que mantenga el culto público. Es probable que nos vaya bien en nuestro hogar si cuidamos que ande bien la obra en la casa de Dios. Cuando todos ayudan y dan para una buena obra, aunque sea poco, el total será una suma grande. Debemos hacer lo que podamos en las obras de la piedad y la caridad; y cualquiera que sea nuestra posición, ejecutemos con alegría nuestro deber para con Dios, lo que será la vía más segura a la tranquilidad y la libertad. Como las ordenanzas de Dios son el medio designado para sostener nuestra alma, el creyente no se queja por el gasto, aunque la mayoría de la gente prefiere que su alma pase hambre.

CAPÍTULO XI

Distribución de la gente

En toda época los hombres han preferido su propia comodidad y sus ventajas antes que el bien público. Hasta los profesores de religión buscan muy corrientemente lo propio y no las cosas de Cristo. Pocos han tenido tal apego a las cosas santas y a los lugares santos como para renunciar al placer por amor a ellas. Ciertamente nuestras almas debieran deleitarse en habitar donde más abunden las personas santas y las oportunidades de desarrollo espiritual. Si no tenemos este amor por la ciudad de nuestro Dios, y por toda cosa que ayude a nuestra comunión con el Salvador, ¿cómo estaremos dispuestos a partir de aquí, a ausentarnos del cuerpo para estar presentes con el Señor? Para el de mente carnal será aún más duro soportar la perfecta santidad de la Nueva Jerusalén que la santidad de la iglesia de Dios en la tierra. Busquemos primero el favor de Dios y su gloria; reflexionemos para ser pacientes, contentos y útiles en nuestras diversas condiciones sociales y esperemos con alegría la entrada en la santa ciudad de Dios.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—26. *Los sacerdotes y los levitas que regresaron.* 27—43. *La dedicación del muro.* 44—47. *Servicio de los oficiales del Templo.*

Vv. 1—26. Estamos en deuda con los fieles ministros, de recordar a los guías que nos han hablado la palabra de Dios. Bueno es saber que fueron nuestros santos predecesores para que podamos aprender lo que debemos ser nosotros.

Vv. 27—43. Todas nuestras ciudades, todas nuestras casas, deben tener escritas sobre ellas: Santidad a Jehová. El creyente nada debe emprender que no sea dedicado al Señor. Debemos preocuparnos de lavarnos las manos y de purificarnos el corazón, cuando cualquier obra para Dios tenga que pasar por ellas. Quienes sean empleados para santificar a los demás, deben santificarse a sí mismos y apartarse para Dios. Para los santificados, todas las consolaciones como criaturas y los goces son santos. —El pueblo se regocijó grandemente. Todos los que participan en las misericordias públicas, deben unirse a la acción de gracias en público.

Vv. 44—47. Cuando las solemnidades de un día de acción de gracias dejan tales impresiones en los ministros y en el pueblo, que se hacen más cuidadosos y sienten alegría en el cumplimiento de su deber, indudablemente son aceptables para el Señor, y les trae bendición. Y todo lo que hagamos debe ser purificado por la sangre rociada y por la gracia del Espíritu Santo, o no puede ser aceptable para Dios.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—9. *Nehemías separa a la multitud mezclada.* 10—14. *La reforma de Nehemías en la casa de Dios.* 15—22. *Se restringe la infracción del día de reposo.* 23—31. *Expulsión de las esposas extranjeras.*

Versículos 1—9. Israel era un pueblo peculiar que no debía mezclarse con los gentiles. Véase el beneficio de la lectura pública de la palabra de Dios; cuando se la atiende debidamente nos descubre el pecado y el deber, el bien y el mal, y nos muestra donde erramos. Ganamos cuando así somos llevados a separarnos del mal. Quienes quieran expulsar el pecado de sus corazones, los templos vivos, deben arrojar de su familia todo lo que induce a tentación y todas las provisiones hechas para el pecado; y deben dejar todo lo que alimenta y sirve de combustible de la lujuria; esto es mortificarlo. Cuando se expulsa el pecado del corazón por medio del arrepentimiento, deje que la sangre de Cristo se le aplique por fe, entonces adórnese con las gracias del Espíritu de Dios para toda buena obra.

Vv. 10—14. El carácter sagrado que no impide que los hombres den un mal ejemplo, no debe disculpar a nadie de la culpa y el castigo que merece. Los levitas habían sido maltratados; sus porciones no les habían sido entregadas. Tuvieron que salir a ganarse la vida por sí mismos y para sus familias porque su profesión no los mantenía. El mantenimiento insuficiente empobrece el ministerio. La obra se descuida porque los obreros están descuidados. —Nehemías culpó a los gobernantes. Los ministros y el pueblo que abandonan la religión y sus servicios, y los magistrados que no hacen lo posible para mantenerlos en ella, tienen mucho de qué dar cuenta. No tardó en traer de regreso a los levitas a sus puestos y se ocupó de que se les diera el justo pago. En toda ocasión

Nehemías miró a Dios y se encomendó a Él con todos sus asuntos. Le agradaba pensar que había sido útil para revivir y sostener la religión en su patria. Aquí se refiere a Dios, no con orgullo, sino con una súplica humilde acerca de su intención honesta en todo lo que había hecho. Ora: “Acuérdate de mí”; no, “recompénsame”; “no borres mis buenas obras”; y no “publícalas o hazlas registrar”. Pero fue recompensado y sus buenas obras quedaron escritas. Dios hace más de lo que somos capaces de pedir.

Vv. 15—22. La santa observancia del día del Señor forma un objeto importante para la atención de quienes fomentan la verdadera piedad. La religión nunca prospera cuando se pisotean los días de reposo. No es de maravillarse que hubiera una decadencia general de la fe, y una corrupción de las costumbres de los judíos, cuando abandonaron el santuario y profanaron el día de reposo. Los que profanan el día de reposo poco consideran cuánto mal hacen. Debemos responder por los pecados que otros cometen llevados por nuestro ejemplo. Nehemías los culpa a ellos como cosa mala, porque procede del desprecio a Dios y a nuestras propias almas. Él muestra que quebrantar el día de reposo fue uno de los pecados por los cuales Dios trajo juicios contra ellos; y que si no recibían la advertencia, sino que volvían a los mismos pecados, tenían que esperar más juicios. El valor, el celo y la prudencia de Nehemías en este asunto quedan registrados para que nosotros hagamos lo mismo; y tenemos razón para pensar que la cura que él trajo fue duradera. Él se sintió y se confesó pecador, que nada podía pedir de Dios en justicia, cuando así clama a Él pidiendo misericordia.

Vv. 23—31. Si cada padre es impío y de naturaleza corrupta, inclinará a los hijos a seguir su ejemplo; esto es una razón fuerte por la cual los cristianos no deben unirse en yugo desigual. Debe darse sumo cuidado a la educación de los hijos en cuanto al cuidado de la lengua para que no aprendan el lenguaje de Asdod, ni la conversación impura o impía ni la comunicación corrompida. —Nehemías mostró lo malo de estos matrimonios. A algunos, más obstinados que el resto, los azotó, esto es, mandó que fueran azotados por los oficiales conforme a la ley, Deuteronomio xxv, 2, 3. —Aquí están las oraciones de Nehemías en esta ocasión. Él suplica: “Acuérdate de ellos, Dios mío”. Señor, convéncelos de pecado y conviértelos; pon en sus mentes lo que deben ser y hacer. Los mejores servicios para el público han sido olvidados por aquellos para quienes se hicieron, por tanto, Nehemías se encomienda a Dios para que lo recompense. Esto bien puede ser el resumen de nuestras peticiones; no necesitamos más que esto para hacernos felices: Acuérdate de mí, Dios mío, para bien. Podemos esperar humildemente que el Señor se acuerde de nosotros y de nuestros servicios aunque, después de vidas de inagotable actividad y utilidad, aun veremos causa para aborrecernos y arrepentirnos con polvo y cenizas y clamar con Nehemías: ¡Sálvame Dios mío conforme a la grandeza de tu misericordia!

ESTER

En este libro encontramos que hasta los judíos diseminados en las provincias de los paganos, fueron cuidados y maravillosamente preservados cuando fueron amenazados por la destrucción. Aunque el nombre de Dios no se menciona en este libro, el dedo de Dios se advierte en los sucesos mínimos que ocasionan la liberación de su pueblo. Esta historia se ubica entre los capítulos vi y vii de Esdras.

CAPÍTULO I

Versículos 1—9. *La fiesta real de Asuero.* 10—22. *Vasti se niega a comparecer—El decreto del rey.*

Vv. 1—9. El orgullo del corazón de Asuero se acrecienta con la grandeza de su reino y organiza una fiesta extravagante. Esto es vanagloria. Mejor es comer hierbas con tranquilidad que este banquete de vino con todo el bullicio y el tumulto que debe de haberle acompañado. Pero si la gracia no prevalece en el corazón, el principio rector será una u otra forma de la exaltación e indulgencia de sí mismo. —Pero nadie obliga, de modo que si alguien bebe excesivamente, es su propia falta. Esta precaución de un príncipe pagano, aunque demuestra su generosidad, puede avergonzar a muchos que se dicen cristianos que, con el pretexto de beber a la salud, beben pecado y con ello, la muerte. Este es un ¡ay! para los que hacen así; que lo lean y tiemblen, Habacuc ii, 15, 16.

Vv. 10—22. La fiesta de Asuero termina mal por su propia necedad. Las temporadas de festividades peculiares suelen terminar en vejación. Los superiores debieran cuidarse de no mandar lo que razonablemente no pueda obedecerse. Pero cuando se ha ingerido vino, se va la razón de los hombres. —El que gobernaba 127 provincias no gobernaba su propio espíritu. Pero si la pasión o la política del rey fue servida con este decreto, la providencia de Dios abrió el camino a Ester hacia la corona y derrotó el malvado proyecto de Amán, aun antes que entrara en su corazón y accediera al poder. Regocijémonos que el Señor reina y vence la locura o necedad de la humanidad, para promover su propia gloria y la seguridad y felicidad de su pueblo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—20. *Ester elegida reina.* 21—23. *Mardoqueo descubre un complot contra el rey.*

Versículos 1—20. Vemos a qué cosas absurdas llegan los que fueron despojados de la revelación divina, y la necesidad que hay del evangelio de Cristo para purificar a los hombres de las lujurias de la carne y restaurarlos a la institución original del matrimonio. —Ester fue preferida como reina. Quienes sugieren que Ester cometió pecado por llegar a esta dignidad, no consideran las costumbres de sus tiempos y aquellos países. Cada una de las mujeres que el rey tomaba, estaba casada con él, y era su esposa, aunque de rango inferior. Pero cuán hundida está la naturaleza humana, ¡cuando cosas como estas son la búsqueda principal y la suprema felicidad mundana de los hombres! La decepción y la vejación deben sobrevenir. El que más sabiamente considera su gozo, aun en esta vida presente, es el que obedece más exactamente los preceptos de la ley divina. Pero volvámonos a considerar la sabia providencia misericordiosa de Dios que va ejecutando sus designios profundos pero santos en medio de todo esto. Y que ningún cambio de nuestra condición sea pretexto para olvidar nuestros deberes con los padres, o los amigos que han ocupado su lugar.

Vv. 21—23. Los buenos súbditos no deben ocultar ningún mal designio contra el príncipe o contra la paz pública. Mardoqueo no fue recompensado en el momento, pero se escribió una memoria del hecho. De esta manera, de los que sirven a Cristo, aunque su recompensa no sea hasta la resurrección de los justos, se conserva un registro de su obra de fe y de su obra de amor, las cuales Dios no es injusto para olvidar. Si parece olvidado ahora, se recordará en el más allá. —Ninguna de nuestras acciones puede olvidarse; hasta nuestros pensamientos más secretos están escritos en registros eternos, Apocalipsis xx, 12.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Amán procura destruir a los judíos.* 7—15. *Consigue un decreto contra los judíos.*

Vv. 1—6. Mardoqueo se niega a hacer reverencias a Amán. La religión del judío le prohíbe dar honra con sabor a idolatría a cualquier mortal, especialmente a un hombre tan malo como Amán. Todos somos idólatras por naturaleza; el yo es nuestro ídolo favorito, nos complacemos cuando nos tratan como si todo estuviera a nuestra disposición. Aunque la religión no se opone en absoluto a los buenos modales, sino nos enseña a rendir honor a quien es debido, sin embargo, el ciudadano de Sion, desprecia no sólo en su corazón sino a sus ojos a alguien tan vil como Amán, Salmo xv, 4. El creyente verdadero no puede obedecer edictos ni conformarse a las modas que quebrantan la ley de Dios. Debe obedecer a Dios antes que al hombre, y dejar en sus manos las consecuencias. —Amán estaba totalmente enfurecido. Su designio fue inspirado por el espíritu malo que ha sido homicida desde el principio; cuya enemistad contra Cristo y su Iglesia gobierna a todos sus hijos.

Vv. 7—15. Sin saber algo del corazón humano y de la historia de la humanidad, no pensaríamos que un príncipe pudiera consentir en una propuesta horrorosa y tan nociva para él mismo. Agradezcamos el gobierno bueno y justo. —Amán consulta, conforme a sus propias supersticiones, ¡para hallar un día de suerte para la masacre decretada! La sabiduría de Dios cumple sus propósitos por medio de la necedad de los hombres. Amán apeló a la suerte, y la suerte, demorando la ejecución, da un juicio contra él mismo. El suceso explica la doctrina de una providencia particular que rige todos los asuntos de los hombres, y el cuidado de Dios por su Iglesia. —Amán temió que la conciencia del rey le golpeara por lo que había hecho; entonces, lo mantuvo bebiendo para impedírselo. Este método maldito es el que muchos siguen para ahogar las condenas y endurecer con pecado sus corazones y los corazones de los demás. Todo parecía seguir un curso favorable para cumplir el proyecto pero, aunque a los pecadores se les permita ir hasta el punto al cual apuntan, hay una Providencia invisible pero todopoderosa que los hace devolverse. ¡Cuán vanos y despreciables son los ataques más fuertes contra Jehová! Si Amán hubiera conseguido lo que deseaba, y hubiera perecido la nación judía, ¿qué hubiera pasado con todas las promesas? ¿Cómo se hubieran cumplido las profecías acerca del gran Redentor del mundo? Así, pues, el pacto eterno mismo pudiera fallar, antes que este proyecto diabólico tuviera éxito.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—4. *Los judíos lamentan su peligro.* 5—17. *Ester se propone interceder por los judíos.*

Vv. 1—4. Mardoqueo confiesa su relación con los judíos. Las calamidades públicas que oprimen a la Iglesia de Dios deben afectar nuestro corazón más que cualquier aflicción personal, y es particularmente angustiante ocasionar sufrimientos al prójimo. Dios protegerá a los que están expuestos al mal por la ternura de sus conciencias.

Vv. 5—17. Somos dados a retroceder antes servicios que llevan en sí peligros o pérdidas. Pero cuando lo demandan la causa de Cristo y de su pueblo, debemos tomar la cruz y seguirle. Cuando los cristianos se disponen a consultar primero su propia comodidad o seguridad, antes que el bien público, deben llevar la culpa. —La ley era expresa; todos la conocían. No es así en la corte del Rey de reyes: al estrado del trono de su gracia podemos acercarnos confiadamente con la seguridad de una respuesta de paz a la oración de fe. Somos bienvenidos, aun al Lugar Santísimo, por la sangre de

Jesús. —La Providencia lo dispuso de tal manera para que, justo entonces, los afectos del rey se renovaran hacia Ester; la fe y el valor de ella sufrieron una prueba más dura; y la bondad de Dios, en el favor que ahora halló de parte del rey, por ello, brillaría más todavía. Indudablemente Amán hizo lo que pudo para poner al rey contra ella. —Mardoqueo sugiere que era una causa que de una u otra manera se llevaría a cabo, por lo cual ella podía aventurarse con seguridad. Este era el lenguaje de la fe firme, que no vacila ante la promesa, cuando el peligro amenaza más, antes bien contra toda esperanza cree en la esperanza. El que salve su vida con artificios pecaminosos, sin encomendarla a Dios en la senda del deber, la perderá en la senda del pecado. La Providencia Divina había considerado llevar a Ester a ser reina. En consecuencia, está ligada por gratitud a prestar este servicio a Dios y a su Iglesia, de lo contrario, no responde a la finalidad de haber sido llevada a esa elevada posición. Sabio consejo y designio hay en todas las providencias de Dios que demostrarán haber sido concebidas para el bien de la iglesia. Cada uno de nosotros debe considerar para qué propósito Dios nos ha puesto en el lugar en que estamos, y meditar en nuestra respuesta a ese objetivo, y cuidar de no dejarlo deslizar. Habiendo encomendado solemnemente nuestra alma y nuestra causa a Dios, podemos aventurarnos en su servicio. Todos los peligros son triviales comparados con el peligro de perder nuestra alma. Pero, a menudo, el pecador tembloroso teme arrojarse sin reservas a la gratuita misericordia del Señor, como Ester temía presentarse ante el rey. Aventúrese, como ella lo hizo, con ferviente oración y súplicas y le irá tan bien y mejor que a ella. La causa de Dios debe prevalecer: estamos a salvo al estar unidos a ella.

CAPÍTULO V

Versículos 1—8. *La solicitud de Ester es recibida.* 9—14. *Amán se prepara para ahorcar a Mardoqueo.*

Vv. 1—8. Habiendo prevalecido delante de Dios, como Jacob, Ester tuvo también poder sobre los hombres. El que pierda su vida por Dios la salvará, o la hallará en una vida mejor. —El rey le dio ánimo. Que nos sirva de estímulo para orar siempre a Dios y no desmayar. Ester se presentó ante un hombre soberbio e imperioso, pero nosotros nos presentamos ante el Dios de amor y gracia. Ella no fue llamada pero nosotros, sí; el Espíritu dice: Ven y la Esposa dice: Voy. Ella tenía en su contra una ley, nosotros tenemos a favor una promesa, muchas promesas. Pedid y se os dará. Ella no tenía un amigo que la acompañara o rogara por ella; por el contrario, el favorito del rey, era su enemigo; pero nosotros tenemos un Abogado ante el Padre, y éste se complace en Él. Por tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia. —Dios puso en el corazón de Ester demorar un día más su petición; no sabía lo que iba a pasar esa noche, pero Dios sí.

Vv. 9—14. Este relato de Amán es un comentario de Proverbios xxi, 24. Los que se admiran y se halagan a sí mismos, se engañan. Mientras más alto asciende Amán, más se impacienta cuando lo tratan con desdén, y más se enfurece por ello. La afrenta de Mardoqueo echó todo a perder. Una leve afrenta, que un hombre humilde apenas notaría, atormenta al orgulloso, hasta la locura y echa a perder todas sus alegrías. A los dispuestos a incomodarse nunca les faltará algo por lo cual irritarse. Así son los hombres soberbios; aunque tienen *mucho* de qué ocuparse, si no tienen *todo* según su gusto, es como nada para ellos. Muchos dicen que el orgulloso, con su despliegue de pompa y espectáculo, es feliz, pero es un pensamiento errado. Muchos que moran en pobres cabañas se sienten mucho menos inquietos que el rico con todas las fantasiosas ventajas que lo rodean. El que no conoce a Cristo es pobre aunque sea rico, porque está completamente desprovisto del único que es la riqueza verdadera.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—3. *La providencia recomienda a Mardoqueo al favor del rey.* 4—11. *El consejo de Amán honra a Mardoqueo.* 12—14. *Los amigos de Amán le hablan de su peligro.*

Vv. 1—3. La providencia de Dios reina aun sobre las preocupaciones más pequeñas de los hombres. Ni un gorrión cae en tierra sin Él. Siga los pasos que dio la Providencia para el ascenso de Mardoqueo. El rey no pudo dormir, cuando la Providencia tenía un designio que cumplir y lo mantuvo despierto. No leemos de una enfermedad que le hubiera quitado el sueño sino Dios, de quien el sueño es un don, se lo retuvo. El que tenía mando sobre ciento veintisiete provincias, no tuvo mando sobre una hora de sueño.

Vv. 4—11. Véase cómo el orgullo del hombre lo engaña. Lo engañoso del corazón se hace presente nada menos que en el alto concepto que tenemos de nosotros y de nuestros logros: contra lo cual debemos velar y orar constantemente. Amán pensó que el rey sólo lo amaba y valoraba a él, pero se engañó. Debemos sospechar que la estima que el prójimo profesa por nosotros no es tan grande como parece, para que no tengamos un concepto demasiado alto de nosotros mismos, ni confiemos excesivamente en el prójimo. ¡Cómo fue golpeado Amán cuando el rey lo mandó honrar al judío Mardoqueo, el mismísimo hombre que odiaba por sobre todos los hombres, y cuya destrucción había concebido!

Vv. 12—14. Mardoqueo no se infló con los honores; volvió a su lugar y a su deber. La honra está bien dada a los que piensan que son superiores a sus asuntos. Pero Amán no lo pudo tolerar. ¿Qué daño le hizo? Lo que rompe el corazón del hombre orgulloso, no interrumpe el sueño del humilde. Su condena, sin que hubiera ocurrido esto, le fue anunciada por su esposa y por sus amigos. Ellos testificaron claramente que los judíos, aunque desparramados en todas las naciones, eran objeto del especial cuidado divino. —Consoladores malos eran todos ellos: no aconsejaron a Amán que se arrepintiera, sino anunciaron su destino como inevitable. La sabiduría de Dios se ve en la programación del tiempo de la liberación de su Iglesia, para manifestar su propia gloria.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—6. *Ester acusa a Amán.* 7—10. *Amán es ahorcado en su propio patíbulo.*

Vv. 1—6. Si el amor por la vida nos hace rogar fervorosamente a quienes sólo pueden matar el cuerpo, ¡cuán fervorosas debieran ser nuestras oraciones a Aquel que puede destruir el cuerpo y el alma en el infierno! ¡Cuánto debiéramos orar por la salvación de nuestros parientes, amigos y de todos los que nos rodean! —Cuando presentamos peticiones a hombres grandes tenemos cautela para no ofenderles; hasta las quejas justas deben ser retenidas. Pero cuando nos acercamos con reverencia al Rey de reyes, no podemos pedir ni esperar demasiado. Aunque nada, sino ira es lo que merecemos, Dios es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.

Vv. 7—10. El rey estaba enojado: los que hacen las cosas por voluntad propia, reflexionan después, y se reprochan a sí mismos. Cuando estemos enojados debemos hacer una pausa antes de tomar cualquier resolución y, así, gobernar nuestro propio espíritu y demostrar que somo llevados por la razón. Los que son más altivos e insolentes cuando se hallan en el poder y la prosperidad,

corrientemente, como Amán, son los más abyectos y más pobres de espíritu cuando son derribados. Viene el día en que los que odian y persiguen a los elegidos de Dios estarán felices de atenderlos. —El rey devuelve más ira contra Amán. Los que estaban cerca de él, estaban listos para ejecutar su ira. ¡Cuán poco seguros pueden estar los hombres orgullosos de los intereses que creen tener! Los enemigos de la iglesia de Dios a menudo han sido sorprendidos en su propia astucia. El Señor es conocido por tales juicios. —Entonces se pacificó la ira del rey y no antes. ¿Y quién tiene lástima de Amán ahorcado en su propio patíbulo? Más bien se regocijan en la destrucción que su propia artimaña le acarreó. Que los hacedores de iniquidad tiemblen, se vuelvan al Señor y busquen perdón por medio de la sangre de Jesús.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1, 2. *Mardoqueo es ascendido.* 3—14. *Ester pide por los judíos.* 15—17. *Mardoqueo recibe honores—El gozo de los judíos.*

Vv. 1, 2. Lo que Amán hubiera usado para mal, Ester lo usará para bien. Toda la confianza que el rey había depositado en Amán, ahora la puso en Mardoqueo: un cambio feliz. Véase aquí lo vano que es hacerse tesoros en la tierra; el que apila riquezas no sabe quién las recogerá. Con cuán escaso placer, sí, con cuánto sufrimiento constante hubiera cuidado Amán su patrimonio si hubiera previsto que Mardoqueo, el hombre que odiaba por sobre todos los hombres del mundo, ¡iba a reinar sobre todo aquello en que él había trabajado! Nos interesa asegurarnos las riquezas que no quedarán atrás sino irán con nosotros al otro mundo.

Vv. 3—14. Cuando la iglesia de Dios corre peligro, es hora de ser fervientes. Ester, aunque a salvo ella misma, se postró y rogó por la liberación de su pueblo. No leemos que haya llorado cuando rogaba por su vida, pero aunque estaba segura, lloró por su pueblo. Las lágrimas de compasión y ternura son las que más se parecen a las de Cristo. —Conforme a la constitución del gobierno persa, ninguna ley o decreto podía ser derogado o abrogado. Esto dista mucho de hablar de sabiduría y honor de los medos y persas, y muestra claramente su orgullo y necedad. Esto sabe a esa vieja presunción que arruinó todo, ¡seremos como dioses! Prerrogativa de Dios es la de no arrepentirse y decir lo que nunca será modificado o contradicho. Pero se halló una manera, por otro decreto, para autorizar a los judíos a defenderse. El decreto se publicó en los lenguajes de todas las provincias. ¿Todos los súbditos de un príncipe terrenal tendrán sus decretos en idioma que comprenden, y los oráculos y leyes de Dios quedarán ocultos de sus siervos en lengua desconocida?

Vv. 15—17. Las vestimentas de Mardoqueo eran ricas ahora. Estas cosas no son dignas de ser comentadas, sino como señales del favor del rey y fruto del favor de Dios para su Iglesia. Bueno es para un país cuando los ornamentos de la seria piedad constituyen insignias de dignidad. Cuando la iglesia prospera, muchos se unen a ella, y se retractarán cuando haya problemas. Cuando los creyentes tienen reposo y andan en el temor del Señor y el consuelo del Espíritu Santo, serán multiplicados. Y los intentos de Satanás para destruir la Iglesia, siempre aumentará el número de los cristianos verdaderos.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—19. *El éxito de los judíos.* 20—32. *La fiesta de Purim para conmemorar esto.*

Vv. 1—19. Los enemigos de los judíos esperaban tener poder sobre ellos por el primer edicto. Si nada hubieran intentado contra el pueblo de Dios, nada hubieran sufrido. Los judíos, actuando unidos, se fortalecieron mutuamente. Aprendamos a resistir en un solo espíritu y con un solo ánimo, resistiendo unidos a los enemigos del alma cuyo propósito es robarnos la fe que es más preciosa que nuestra vida. Los judíos, para honra de su religión, demostraron desprecio por la riqueza mundana, para que se viera que ellos no deseaban nada sino su preservación. En todo caso, el pueblo de Dios debe manifestar humanidad y desinterés, rehusando frecuentemente las ventajas que legalmente podrían obtener. —Los judíos celebraron su fiesta el día después de haber terminado su obra. Cuando hemos recibido grandes misericordias de Dios, debemos ser rápidos para darle las gracias.

Vv. 20—32. La observancia de las fiestas judías es una declaración pública de la verdad de las Escrituras del Antiguo Testamento. Y como las Escrituras del Antiguo Testamento son verdad, el Mesías esperado por los judíos vino hace mucho y ninguno otro sino Jesús de Nazaret puede ser ese Mesías. El festival fue establecido por autoridad, pero bajo la dirección del Espíritu de Dios. —Se lo llamó fiesta de Purim, por una palabra persa que significa suerte. El nombre de este festival les recordaría la omnipotencia del Dios de Israel, que sirvió sus propósitos por medio de las supersticiones de los paganos. —Al repasar nuestras misericordias debemos referirnos a temores y angustias anteriores. Cuando nuestras misericordias son personales, no debemos perder el consuelo de ellas olvidándolas ni quitarle al Señor la gloria debida a su Nombre. Que el Señor nos enseñe a regocijarnos con ese gozo santo que anticipa y prepara para la bendición del cielo. —Cada caso de bondad divina hacia nosotros, es una nueva obligación de hacer el bien especialmente a los que más necesitan nuestra abundancia. Por sobre todo, la redención por medio de Cristo nos obliga a ser misericordiosos, 2 Corintios viii, 9.

CAPÍTULO X

La grandeza de Asuero—El ascenso de Mardoqueo.

Se podrían citar muchos ejemplos del esplendor de Asuero: quedaron escritas en las crónicas persas que se perdieron hace mucho, mientras las escrituras sagradas vivirán hasta que se acabe el tiempo. Las preocupaciones de los despreciados adoradores del Señor son consideradas por el Espíritu Santo como más importantes que los logros brillantes del monarca más ilustre de la tierra. —Mardoqueo fue verdaderamente grande y su grandeza le dio la oportunidad de hacer mucho bien. No desconoció a su pueblo, los judíos, y sin duda, conservó la verdadera religión. No buscó su propia riqueza, sino el bienestar de su pueblo. Pocos tienen en su poder hacer tanto bien como Mardoqueo, pero todos tienen a su alcance hacer mal, y ¿quién no tiene en su poder hacer algo de bien? No se nos pide que hagamos lo que no podemos o lo que nuestra posición no nos permite; pero todos estamos obligados a vivir bajo la influencia del temperamento que muestran los santos, cuyo ejemplo registra la Biblia. Si vivimos por la fe de Cristo, seremos activos conforme a la habilidad y a las oportunidades que Él nos da para fomentar su gloria, y los mejores intereses de los hombres. Si nuestra fe es genuina, obrará por amor. Esperad en fe y oración, y el hecho será seguro y glorioso; nuestra salvación es segura por nuestro Señor Jesucristo.

JOB

Este libro se llama así por Job, cuya prosperidad, aflicciones y restauración se registran aquí. Él vivió poco después de Abraham o, quizá, antes de ese patriarca. Muy probablemente haya sido escrito por el mismo Job, y es el libro más antiguo que existe. Las instrucciones que se deben aprender de la paciencia de Job y de sus pruebas, son tan útiles ahora, y tanto más necesarias, como siempre. Vivimos bajo la misma Providencia, tenemos el mismo Padre que disciplina, y existe la misma necesidad de corrección para justicia. La fortaleza y la paciencia de Job, aunque no pocas, cedieron en sus graves problemas pero su fe estaba fijada en la venida de su Redentor, y esto le dio firmeza y constancia aunque toda otra dependencia, en particular el orgullo y la jactancia de un espíritu de justicia propia, fueron probados y consumidos. Otra gran doctrina de la fe, particularmente establecida en el libro de Job, es la de la Providencia. De esta historia queda claro que el Señor cuidaba a su siervo Job con el afecto de un padre sabio y amante.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *La piedad y la prosperidad de Job.* 6—12. *Satanás consigue permiso para probar a Job.* 13—19. *La pérdida de la propiedad de Job y la muerte de sus hijos.* 20—22. *La paciencia y la piedad de Job.*

Vv. 1—5. Job era rico y, no obstante, piadoso. Aunque sea difícil y raro, no es imposible que un rico entre al reino del cielo. Por la gracia de Dios se pueden vencer las tentaciones de la riqueza mundana. El relato de la piedad y prosperidad de Job antecede a la historia de sus grandes aflicciones, mostrando que nada salvará de los problemas. —Aunque Job contemplaba con satisfacción la armonía y el bienestar de sus hijos, su conocimiento del corazón humano le hacía temer por ellos. Él los enviaba y los santificaba, recordándoles que se examinaran a sí mismos, que confesaran sus pecados, que procuraran el perdón y, como quién espera aceptación de parte de Dios a través del Salvador prometido, él ofrecía un holocausto por cada uno de ellos. Percibimos su cuidado por el alma de ellos, su concoimiento del estado pecador del hombre, su dependencia total de la misericordia de Dios en la manera en que Él la haya designado.

Vv. 6—12. Las aflicciones de Job comenzaron por la maldad de Satanás, con el permiso del Señor, para propósitos sabios y santos. Hay un espíritu malo, el enemigo de Dios y de toda justicia, que continuamente está procurando alterar, descarriar y, si fuera posible, destruir a los que aman a Dios. No sabemos cuán lejos puede extenderse su influencia pero, probablemente, mucha inestabilidad e infelicidad de los cristianos se puede atribuir a él. Mientras estemos en esta tierra, estamos a su alcance. Por eso, nos concierne estar sobrios y alertas, 1 Pedro v, 8. —Vea aquí como Satánas censura a Job. Esta es la manera corriente de los calumniadores; ellos sugieren aquello de lo cual no tienen motivo para pensar que sea verdadero. Pero como nada hay que debamos temer *más* que el ser realmente hipócritas, así que nada hay que debamos temer *menos* que ser llamados y contados así sin causa. Nada malo hay en poner la mira en la recompensa eterna de nuestra obediencia pero es malo ponerla en las ventajas mundanas de nuestra religión. El pueblo de Dios está bajo Su especial protección; ellos y todo lo que les pertenece. La bendición de Dios enriquece; el mismo Satanás lo admite. —Dios soportó que Job fuera probado, como toleró que Pedro fuera

zarandeado. Nuestro consuelo es que Dios tenga encadenado al diablo, Apocalipsis xx, 1, 2 Este no tiene poder para llevar a los hombres al pecado sino que ellos mismos le den; ni tampoco poder para afligir a los hombres sino el que le es dado de lo alto. Todo esto está aquí descrito para nosotros conforme a la manera de los hombres. La Escritura habla así para enseñarnos que Dios dirige los asuntos del mundo.

Vv. 13—19. Satanás ocasionó los trastornos de Job en el día en que sus hijos empezaron sus fiestas. Todos los problemas recayeron sobre Job de una sola vez; mientras que un mensajero de malas noticias hablaba, el otro lo seguía. Sus posesiones más valiosas y queridas eran sus diez hijos; se le trae la noticia que están muertos. Fueron arrebatados cuando él más los necesitaba para que lo consolaran de sus otras pérdidas. Solamente en Dios tenemos una ayuda presente en todos los tiempos.

Vv. 20—22. Job se humilló bajo la mano de Dios. Él razona a partir del estado corriente de la vida humana, cosa que describe. Nada de los bienes de este mundo traemos al mundo sino que los recibimos de otras personas. Job queda reducido a su primer estado con todas sus pérdidas. Él está justo donde debería haber estado al final y sólo es despojado o, más bien, descargado un poco antes de lo que él esperaba. Si nos sacamos la ropa antes de irnos a la cama, es poco conveniente, pero puede soportarse mejor cuando es casi hora de acostarse. De la misma forma, quien dio, quitó. Vea cómo Job mira por encima de los instrumentos y mantiene fijos sus ojos en la Primera Causa. Las aflicciones no deben desviarnos de la religión sino estimularnos a ella. Si miramos al Señor en todos nuestros problemas, Él nos sostendrá. —El Señor es justo. Todo lo que tenemos es por Su dádiva; nosotros lo perdimos por el pecado y no debiéramos quejarnos si Él nos quita una parte. El descontento y la impaciencia acusan de necedad a Dios. Job vigiló cuidadosamente contra ellos y, así debemos hacerlo nosotros, reconociendo que como Dios ha hecho lo bueno pero nosotros hemos hecho lo malo, asimismo Dios ha hecho sabiamente pero nosotros hemos hecho muy neciamente. Y que la maldad y el poder de Satanás hagan más precioso para nuestras almas a ese Salvador que vino a destruir las obras del diablo; Aquel que por nuestra salvación sufrió de parte de ese enemigo muchísimo más de lo que sufrió Job, o de lo que podemos pensar.

CAPÍTULO II

Versículos 1—6. *Satanás consigue permiso para probar a Job.* 7—10. *Los sufrimientos de Job.* 11—13. *Sus amigos vienen a consolarlo.*

Vv. 1—6. ¡Qué bueno para nosotros que los hombres ni los diablos sean nuestros jueces! sino que todo nuestro enjuiciamiento venga del Señor que nunca yerra. Job esgrime firme su integridad como arma suya. Dios habla con placer del poder de su propia gracia. —El amor a sí mismo y la conservación de sí mismo son muy fuertes en los corazones humanos. Pero Satanás acusa a Job presentándolos como completamente egoísta sin que nada le importe salvo su propio bienestar y seguridad. De este modo el pueblo de Dios y sus caminos son falsamente acusados a menudo por el diablo y sus agentes. Se le da permiso a Satanás para que haga pruebas pero con límites. Si Dios no encadenara al león rugiente, ¡qué pronto nos devoraría! —Job, asi calumniado por Satanás, fue un tipo de Cristo, cuya primera profecía fue que Satanás le heriría el calcañar y sería aniquilado.

Vv. 7—10. El diablo tienta a sus propios hijos y los lleva a pecar y, luego, los atormenta, cuando los ha conducido a la ruina; pero atormentó con aflicción a este hijo de Dios y, luego, le tentó para que usara malamente su aflicción. Él provocó a Job para que maldijera a Dios. —La enfermedad era

muy penosa. Si somos probados en cualquier momento con dolencias penosas y dolorosas, no pensemos que somos tratados de otro modo con que Dios trata a veces a lo mejor de Sus santos y siervos. Job se humilló bajo la poderosa mano de Dios y niveló su mente con su estado. —Su esposa le fue conservada para que le produjera problemas y lo tentara. Satanás todavía trata de quitarle hombres a Dios, como lo hizo con nuestros primeros padres, sugiriendo fuertes pensamientos de tentación. —¿*Nosotros*, criaturas culpables, contaminadas, indignas, recibiremos tantas bendiciones inmerecidas de un Dios santo y justo, y nos rehusaremos a aceptar el castigo de nuestros pecados, cuando sufrimos tanto menos de lo que merecemos? Terminemos por siempre con las quejas como asimismo con la jactancia. Hasta ahora Job ha soportado la prueba y apareció más brillante en el horno de la aflicción. Puede que hubiera marejadas de corrupción en su corazón pero la gracia siempre venció.

Vv. 11—13. Los amigos de Job parecían ser personas connotadas por sus rangos como asimismo por su sabiduría y piedad. Gran parte del consuelo de esta vida radica en la amistad con el prudente y virtuoso. Yendo a lamentarse con él, ellos manifestaron la pena que realmente sentían. Yendo a consolarlo, se sentaron con él. Pareciera que sospechaban que sus problemas sin precedentes eran juicios por algunos delitos que él (Job) había velado bajo su profesada santidad. Muchos consideran que es un cumplido ir a visitar a sus amigos afligidos; debemos considerarlo como deber: si la religión vive en el corazón, esto será un fruto de la vida. Y si no basta con el ejemplo de los amigos de Job para llevarnos a compadecer al afligido, busquemos la mente que estaba en Cristo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—10. *Job se queja de haber nacido.* 11—19. *Job se queja.* 20—26. *Se queja de su vida.*

Vv. 1—10. Durante siete días los amigos de Job se sentaron a su lado en silencio, sin ofrecer consuelo; al mismo tiempo Satanás asaltó su mente para zarandear su confianza, y llenarlo de pensamientos duros en cuanto a Dios. El permiso parece haberse extendido a esto, y a torturar el cuerpo. —Job es un tipo especial de Cristo, cuyos sufrimientos *interiores*, en el huerto y en la cruz, fueron los más espantosos; y surgieron en gran medida de los ataques de Satanás en esa hora de tinieblas. Estas pruebas interiores muestran la razón del cambio que ocurrió en la conducta de Job, que pasó de la sumisión completa a la voluntad de Dios, a la impaciencia que aparece aquí como en otras partes del libro. El creyente que sabe que unas pocas gotas de esta copa amarga son más terribles que las aflicciones exteriores más agudas, mientras esté favorecido con la dulce sensación del amor y la presencia de Dios, no se sorprenderá de hallar que Job resultó ser hombre de pasiones semejantes a las de los demás, pero se regocijará, porque Satanás fue decepcionado, y no pudo demostrar que Job era un hipócrita; porque aunque maldijo el día de su nacimiento, no maldijo a su Dios. Indudablemente Job se avergonzó después de tales deseos y podemos suponer cuál será su juicio al respecto, ahora que está en la felicidad eterna.

Vv. 11—19. Job se quejó de los que estuvieron presentes en su nacimiento por la tierna atención que le dieron. Ninguna criatura viene a este mundo tan indefensa como el hombre. El poder y la providencia de Dios sostienen nuestra frágil vida, y su piedad y paciencia salvan nuestra perdida vida. El afecto natural es puesto en los corazones de los padres por Dios. Desear morir para estar con Cristo, para estar libres del pecado, es el efecto y la evidencia de la gracia; pero desear morir sólo para estar libres de los problemas de esta vida, tiene sabor a corrupción. Sabiduría y deber nuestros son aprovechar lo mejor de lo que es, sea viviendo o muriendo, y, así, vivir para el Señor, y morir para el Señor, pues en ambos casos somos suyos. Romanos xiv, 8. —Fijaos cómo describe Job el

reposo del sepulcro; ahí el impío cesa de sus problemas. Cuando los perseguidores mueren, no pueden perseguir más. Allí los agotados están en reposo: en la tumba reposan de todos sus trabajos. Y el descansar del pecado, la tentación, el conflicto, las penas y las dificultades, es en la presencia de Dios y en gozarse en Él. Ahí los creyentes reposan en Jesús, sí, en la medida que confiamos en el Señor Jesús y le obedecemos, encontramos ahí descanso para nuestras almas, aunque en el mundo tengamos tribulación.

Vv. 20—26. Job era como un hombre que perdió el camino y no tenía perspectiva de escapar, ni esperanza de épocas mejores. Pero ciertamente estaba en mala situación para morir, dado que no estaba dispuesto a vivir. Que sea nuestro cuidado constante prepararnos para el otro mundo y, luego, dejar que Dios ordene nuestra partida de aquí según como le plazca. La gracia nos enseña que en medio de las mejores consolaciones de la vida, debemos estar preparados para morir, y en medio de los sufrimientos más grandes, estar preparados para vivir. —El camino de Job estaba oculto; no sabía por qué Dios contendía con él. El cristiano afligido y tentado sabe algo de esta pesadez; cuando ha estado mirando demasiado a las cosas que se ven, una disciplina de parte de su Padre celestial, le dará a probar este disgusto de la vida y le dejará echar un vistazo a las tenebrosas regiones de la desesperación. Tampoco hay ninguna ayuda hasta que Dios le restaure el de la salvación. Bendito sea Dios, la tierra está llena de su bondad aunque repleta de la maldad del hombre. Esta vida podría ser tolerable si atendemos nuestro deber. Buscamos misericordia eterna si estamos dispuestos a recibir a Cristo como Salvador nuestro.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Elifaz reprende a Job.* 7—11. *Sostiene que los juicios de Dios son para el impío.* 12—21. *La visión de Elifaz.*

Vv. 1—6. Satanás se propuso probar que Job era un hipócrita afligiéndole; y sus amigos, porque estaba tan afligido y se mostraba impaciente, concluyeron que lo era. Debemos tener presente esto si vamos a entender lo que pasó. —Elifaz habla con ternura de Job y de su estado de aflicción, pero lo acusa de debilidad y corazón cobarde. Los hombres son muy estrictos con quienes han enseñado a los demás. Hasta los amigos piadosos considerarán sólo como un roce lo que sentimos como herida. —Aprendamos de aquí a desviar el pensamiento del sufriente para que deje de rumiar la aflicción, y a mirar al Dios de las misericordias en la aflicción. ¿Y cómo podría hacerse bien esto sino mirando a Cristo Jesús, en cuyas penurias inigualadas todo hijo de Dios aprende pronto a olvidar las propias?

Vv. 7—11. Elifaz argumenta: —1. Los hombres buenos nunca han sufrido una ruina como la de Job. Un mismo suceso ocurre al justo y al impío, Eclesiastés ix, 2, en la vida y en la muerte; la diferencia grande y cierta está después de la muerte. Nuestros peores errores se deben a que sacamos malas conclusiones. —2. Los malos suelen ser arruinados de esta manera: para probarlo, Elifaz presenta su propia observación. Podemos ver lo mismo cada día.

Vv. 12—21. Elifaz narra una visión. Cuando estamos en comunión con nuestros corazones y estamos callados, Salmo iv, 4, entonces es momento para que el Espíritu Santo tenga comunión con nosotros. Esta visión le produce un miedo muy grande. Desde que el hombre pecó le ha sido terrible recibir comunicaciones del Cielo, consciente que no puede esperar buenas noticias de allá. —¡Hombre pecador! ¿Pretenderá ser más justo, más puro que Dios, el cual, siendo su Hacedor es su Señor y Dueño? ¡Cuán horroso, entonces, es el orgullo y la presunción del hombre! ¡Cuán grande la paciencia de Dios! —Mirad al hombre *en su vida.* El fundamento mismo de esa casa de barro en que

habita el hombre está en el polvo y se hundirá bajo su propio peso. Nos paramos sobre polvo, nada más. Algunos tienen un montón más alto de polvo sobre el cual pararse y sobrepasan a los demás, pero sigue siendo tierra *lo que nos sostiene* y, dentro de poco, *nos tragará*. El hombre es prontamente aplastado; no puede resistir si alguna dolencia persistente, que consume como polilla, viene a destruirle. ¿Esta clase de criatura pretende culpar a Dios por sus designios? —Mirad al hombre *en su muerte.* La vida es corta y en poco tiempo los hombres son cortados. Belleza, fuerza, sabiduría, no sólo no pueden librarle de la muerte; estas cosas mueren con él; tampoco la pompa, la riqueza o el poder continúan después de ellos. ¿Una criatura moribunda, pecadora y débil pretenderá ser más justa que Dios, y más pura que su Hacedor? No: en lugar de disputar con sus aflicciones, que se maraville de no estar en el infierno. ¿Puede un hombre ser limpio sin su Hacedor? ¿Justificará Dios a los mortales pecadores y los limpiará de culpa? o ¿lo hará sin que ellos tengan un interés en la justicia y la bondadosa ayuda de su prometido Redentor, cuando los ángeles, que fueran espíritus ministradores ante su trono, recibieron la justa recompensa de sus pecados? A pesar de la aparente impunidad de los hombres por corto tiempo, aunque vivan sin Dios en el mundo, su condena es tan certera como la de los ángeles caídos, y está alcanzándolos continuamente. Sin embargo, los pecadores negligentes lo notan tan poco que no esperan el cambio, ni son sabios para considerar su fin último.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *Elifaz insiste en que el pecado de los pecadores es la ruina de ellos.* 6—16. *Dios tiene que ser considerado en la aflicción.* 17—27. *El final feliz de la corrección que hace Dios.*

Vv. 1—5. Aquí Elifaz insta a Job a contestar sus argumentos. ¿Fue visitado alguno de los santos o siervos de Dios con juicios divinos como los de Job? ¿Se comportó alguno de ellos como él cuando se vieron sometidos a tales sufrimientos? —La palabra ‘santos’, o más estrictamente los consagrados, parece haberse aplicado al pueblo de Dios en todas las épocas por medio del Sacrificio inmolado en el pacto de su reconciliación. —Elifaz no duda que el pecado de los pecadores tiende directamente a su ruina. Ellos se matan por una u otra lujuria; por tanto, sin duda Job ha hecho algo necio que lo ha llevado a ese estado. La alusión claramente es al estado anterior de prosperidad de Job; sin embargo, no hay evidencias de la maldad de Job y aplicarle eso era injusto y cruel.

Vv. 6—16. Elifaz le recuerda a Job que ninguna aflicción acontece por azar, ni debe atribuirse a causas secundarias. La diferencia entre la prosperidad y la adversidad no se da tan exactamente como la del día y la noche, el verano y el invierno; es según la voluntad y el consejo de Dios. No debemos atribuir nuestras aflicciones a la suerte, porque son de parte de Dios; ni nuestros pecados al sino, porque son nuestros. El hombre nace en pecado y, por tanto, nace en problemas. Nada hay en este mundo para lo que hayamos nacido, y que podamos llamar propio, salvo el pecado y los problemas. Las transgresiones concretas son chispas que salen volando del horno de la corrupción original. Tal es la fragilidad de nuestros cuerpos, y la vanidad de todos nuestros placeres, que nuestros problemas surgen de ellos como las chispas vuelan hacia arriba; tantos son y tan rápido se siguen unos a otros. Elifaz reprueba a Job por no buscar a Dios en lugar de discutir con Él. ¿Alguno está afligido? Que ore. Es la tranquilidad del corazón, un bálsamo para toda herida. —Elifaz habla de la lluvia, que somos proclives a considerar poca cosa, pero si pensamos cómo se produce, y lo que por ella se produce, veremos que es una gran obra de poder y bondad. Con demasiada frecuencia no se nota al gran Autor de todo nuestro consuelo ni la manera en que nos es enviado, porque se toman por concedidos. —En los caminos de la Providencia las experiencias de unos son estímulo para otros, para esperar lo mejor en el peor de los momentos; porque es gloria de Dios enviar ayuda

al indefenso y esperanza al desesperado. Y los pecadores atrevidos se confunden y se ven obligados a reconocer la justicia de los procedimientos de Dios.

Vv. 7—27. Elifaz da a Job una palabra de advertencia y de exhortación: No desprecies la disciplina del Todopoderoso. Considérala castigo que viene del amor del Padre y que es para el bien del hijo; y nótalo como mensajero del Cielo. —Elifaz exhorta tambié a Job a someterse a su estado. Un hombre bueno está feliz *aunque* esté afligido, porque no ha perdido el gozo de Dios, ni su derecho al cielo; sí, es feliz *porque* está en aflicción. La corrección mortifica sus corrupciones, desteta su corazón del mundo, lo acerca a Dios, lo lleva a la Biblia, lo pone de rodillas. Aunque hiere, Dios sostiene a su pueblo sometido a aflicciones, y los libera en el momento debido. Herir es a veces parte de curar. —Elifaz da a Job promesas preciosas de lo que Dios haría por él si se humillara. Cualquiera sea el problema en que estén los hombres buenos, no les dañará en realidad. Estando resguardados de pecar, son resguardados del mal del problema. Y si los siervos de Cristo no son liberados *de* problemas externos, son liberados *por* ellos, y aunque sean abrumados por un problema, vencen en todos. Cualquier cosa que se diga maliciosamente de ellos no los herirá. Ellos tendrán sabiduría y gracia para enfrentar sus preocupaciones. La mayor bendición, tanto en nuestros trabajos como en nuestros goces, es ser guardados del pecado. —Terminarán su carrera con gozo y honor. Ha vivido mucho tiempo el hombre que ha hecho su obra y está listo para el otro mundo. Misericordia es morir a tiempo, como se corta el maíz y se guarda cuando está totalmente maduro; sólo entonces, pero, no soporta seguir por más tiempo. Nuestros tiempos están en las manos de Dios; es bueno que así sea. Los creyentes no tienen que esperar grandes riquezas, vida larga, o ser librado de las pruebas. Pero todo será dirigido para lo mejor. —Destacad de la historia de Job la constancia de la mente y el corazón sometidos a prueba: es uno de los logros más elevados de la fe. Hay poco ejercicio para la fe cuando todo va bien. Pero si Dios suscita una tormenta, permite que el enemigo envíe ola tras ola, y parece lejos de nuestras oraciones, y seguir aferrado a Dios y confiar en Él, aun cuando no podemos hallarlo, esta es la paciencia de los santos. ¡Bendito Salvador! ¡Cuán dulce es mirarte en tales momentos, Autor y Consumador de la fe!

CAPÍTULO VI

Versículos 1—7. *Job justifica sus quejas.* 8—13. *Job desea la muerte.* 14—30. *Job reprueba a sus amigos por malos.*

Vv. 1—7. Job sigue justificándose en sus quejas. Además de los problemas externos, el sentido interior de la ira de Dios le quitó todo su valor y resolución. La sensación de la ira de Dios es más dura de soportar que cualquier otra aflicción exterior. ¡Entonces, qué soportó el Salvador en el huerto y en la cruz, cuando llevó nuestros pecados y su alma fue hecha sacrificio ante la justicia divina por *nosotros*! Cualquiera sea la carga de aflicción del cuerpo o patrimonio, que haya querido Dios imponernos, bien podemos someternos a ella mientras nos siga dando el uso de nuestra razón y la paz de nuestra conciencia, pero si una de esas es perturbada, nuestro caso es muy lamentable. —Job reflexiona con sus amigos por sus censuras. Se queja de no tener nada que ofrecer por su alivio, sino lo que en sí mismo es insípido, aborrecible y agobiador.

Vv. 8—13. Job deseó la muerte como final feliz de todas sus miserias. Elifaz lo había regañado por esto, pero la vuelve a pedir con más vehemencia que antes. Fue muy acerbo al hablar así de Dios, que lo destruía. ¿Quién podría soportar por una hora la ira del Todopoderoso si soltara su mano contra él? Más bien, digamos con David: Oh, sálvame la vida un poco. —Job fundamenta su consuelo en el testimonio de su conciencia, de que, en cierto grado, fue de servicio para la gloria de

Dios. Los que tienen gracia en ellos, los que tienen la evidencia de ella y la tienen en ejercicio, tienen sabiduría en ellos la cual les será de ayuda en el peor de los momentos.

Vv. 14—30. Job se formó grandes expectativas de sus amigos cuando era próspero, pero ahora estaba desilusionado. Compara esto con el desvanecimiento de los arroyos en el verano. Los que depositan sus expectativas en las criaturas, hallarán que fallan cuando debieran ayudarles; mientras los que depositan su confianza en Dios, tendrán ayuda en tiempos de necesidad, Hebreos iv, 16. Quienes del oro hacen su esperanza, tarde o temprano serán avergonzados por su confianza en eso. Sabiduría nuestra es dejar de confiar en el hombre. Pongamos toda nuestra confianza en la Roca de los siglos, no en cañas cascadas; en la Fuente de vida, no en cisternas rotas. La aplicación es muy cercana: “porque ahora eres nada”. Bueno sería para nosotros tener siempre tales convicciones de la vanidad de la criatura, o la tuvimos o la tendremos en el lecho de enfermo, en el lecho de muerte, o en los problemas de conciencia. —Job reprocha a sus amigos por el trato duro de ellos. Aunque necesitado, no desea de ellos más que una mirada bondadosa y una buena palabra. A menudo sucede que, aunque esperemos poco del hombre, obtenemos menos; pero de Dios, aunque esperemos mucho, obtenemos más. Aunque Job difería de ellos, estaba listo de todos modos para rendirse tan pronto como se hiciera evidente que él estaba errado. Aunque Job hubiera estado en falta, ellos no debieran haberle dado ese trato tan duro. Su justicia sostiene firme y no la soltará. Él sintió que no había tal iniquidad en él como ellos suponían. Mejor es encomendar nuestro carácter a Aquel que guarda nuestra alma; en el gran día todo creyente recto tendrá alabanza de parte de Dios.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—6. *Los problemas de Job.* 7—16. *Job protesta en términos amistosos a Dios.* 17—21. *Él ruega liberación.*

Vv. 1—6. Aquí Job excusa lo que no podía justificar, su deseo de morir. Obsérvese el lugar presente del hombre: está sobre la tierra. Aún está en la tierra, no en el infierno. ¿No hay un tiempo designado para su presencia aquí? Sí, por cierto, y Aquel que nos hizo y nos envió aquí, es Quien lo designa. Durante ese tiempo la vida del hombre es una brega, y como el jornalero, tienen el trabajo del día para hacer en su día, y deben dar cuentas en la noche. Job creía tener mucha razón para desear la muerte, como un pobre siervo que está cansado con su trabajo, tiene que desear las sombras de la noche, cuando se irá a descansar. El sueño del trabajador es dulce; ningún rico puede satisfacerse tanto en su riqueza como el obrero en su jornal diario. La comparación es simple; escuchad su queja: Sus días eran inútiles y hacía mucho que eran así; pero cuando no somos capaces de trabajar para Dios, si todavía esperamos quietamente en Él, seremos aceptados. Sus noches eran inquietas. Es bueno considerar lo penoso preparado para nosotros y concebido para un fin santo. Cuando tenemos noches cómodas, debemos verlas también como diseñadas para nosotros y estar agradecidos por ellas. Su cuerpo hedía. Véase qué cuerpos viles tenemos. Su vida se precipita. Mientras vivimos, cada día deja un hilo atrás como la lanzadera: muchos tejen la telaraña, la cual fallará, capítulo viii, 14. Pero si mientras vivimos, vivimos para el Señor en obras de fe y labores de amor, tendremos el beneficio, porque cada hombre cosechará lo que sembró y se vestirá como tejió.

Vv. 7—16. Verdades sencillas como lo corto y lo vano de la vida del hombre, y la certeza de la muerte, nos hacen bien cuando pensamos en ellas y hablamos de ellas y las aplicamos a nosotros mismos. Sólo se muere una vez y, por tanto, es necesario hacerlo bien. Aquí un error en esto no se puede remediar. —Otras nubes surgen, pero la misma nube nunca regresa: así se levanta una nueva generación de hombres, pero la generación anterior se desvanece. Los santos glorificados no

regresarán jamás a los afanes y penas de sus hogares; ni los pecadores condenados a las alegrías y placeres de sus casas. Nos corresponde asegurar un lugar mejor para cuando muramos. De estas razones, Job podría haber extraído una conclusión mejor que esta: Me quejaré. Cuando nos quedan solo unos pocos respiros que dar, debemos gastarlos en respiros santos y bondadosos de la fe y la oración; no en los respiros objetables y dañinos del pecado y la corrupción. —Tenemos mucha razón para orar que el que guarda a Israel, que no se adormece ni se duerme, nos guarde cuando nos adormecemos y nos dormimos. Job anhela descansar en su tumba. Indudablemente esta era su enfermedad; porque aunque un hombre bueno elegiría la muerte antes que el pecado, de todos modos debe estar contento con vivir mientras a Dios le plazca, porque la vida es nuestra oportunidad de glorificarlo y de prepararnos para el cielo.

Vv. 17—21. Job razona con Dios tocante a sus tratos con el hombre. Pero en medio de este discurso, Job parece haber elevado sus pensamientos a Dios con algo de fe y esperanza. Obsérvese la preocupación en que está por sus pecados. Los mejores hombres tienen que lamentarse de pecado; y mientras mejores sean, más se lamentarán. Dios es el preservador de nuestra vida, y el Salvador del alma de todos los que creen; Job quiso decir, probablemente, el Observador de los hombres, cuyos ojos están sobre los caminos y los corazones de todos los hombres. Nada podemos ocultar de Él; declarémonos culpables ante el trono de su gracia, para que no seamos condenados en el trono de su juicio. —Job sostuvo, contra sus amigos, que él no era hipócrita, ni malo, pero reconoce ante su Dios que había pecado. El mejor de los hombres debe reconocerlo así ante el Señor. Inquiere seriamente cómo podría estar en paz con Dios y sinceramente ruega el perdón de sus pecados. Quiere decir más que la remoción de su problema externo, y está anhelante de recibir de vuelta el favor de Dios. Dondequiera que el Señor elimina la culpa del pecado, quebranta el poder del pecado. Para fortalecer su oración pidiendo perdón, Job alega la perspectiva que tenía de morir prontamente. Si mis pecados no son perdonados mientras vivo, estoy perdido y deshecho por siempre. ¡Qué desgraciado es el hombre pecador sin el conocimiento del Salvador!

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—7. *Bildad reprende a Job.* 8—19. *Los hipócritas serán destruidos.* 20—22. *Bildad aplica el justo trato de Dios a Job.*

Vv. 1—7. Job habló mucho del propósito, pero Bildad, como polemista airado y apasionado, revierte todo con esto: ¿Hasta cuándo hablarás de estas cosas? No se entiende bien lo que los hombres quieren decir y, entonces, los reprenden como si fueran malhechores. Hasta en las disputas sobre religión es muy corriente tratar con agudeza a los demás y con desprecio sus argumentos. El discurso de Bildad muestra que él no tenía una opinión favorable del carácter de Job. —Job reconoce que Dios no pervierte el juicio; sin embargo, esto no significa que sus hijos eran desechos morales o que habían muerto por una gran transgresión. Las aflicciones extraordinarias no siempre son el castigo de pecados extraordinarios, a veces son pruebas para gracias extraordinarias: al juzgar el caso de otra persona, debemos tomar el lado favorable. —Bildad da esperanzas a Job, de que si fuera ciertamente recto, él vería aún un buen fin a sus problemas presentes. Esta es la manera de Dios para enriquecer las almas de su pueblo con gracias y consolaciones. El comienzo es pequeño, pero el progreso es hacia la perfección. La luz del alba aumenta y se convierte en mediodía.

Vv. 8—19. Bildad hace un buen discurso acerca de los hipócritas y malhechores, y del fin fatal de todas sus esperanzas y placeres. Prueba la verdad de la destrucción de las esperanzas y los placeres de los hipócritas por una apelación a tiempos pasados. Bildad se refiere al testimonio de los

antiguos. Enseñan mejor quienes emiten palabras de su corazón, que hablan de la experiencia de cosas espirituales y divinas. —Un junco que crece en un lodazal, parece muy verde, pero se marchita en terreno seco; esto representa la profesión del hipócrita que se mantiene sólo en tiempos de prosperidad. La telaraña, hilada con gran destreza, pero que se barre fácilmente, representa las pretensiones religiosas del hombre cuando no tiene la gracia de Dios en su corazón. Un profesante formal se halaga a sus propios ojos, no duda de su salvación, está seguro, y engaña al mundo con su vana confianza. —El florecimiento de un árbol, plantado en el jardín, cuyas raíces chocan con la roca, y después de un tiempo se corta y se desecha, representa a los hombres malos que, cuando están más firmemente establecidos, son súbitamente desechados y olvidados. Esta doctrina de la vanidad de la confianza del hipócrita o de la prosperidad del hombre malo, es sana, pero no era aplicable al caso de Job, si se confinaba al mundo presente.

Vv. 20—22. Aquí Bildad le asegura a Job, que como era, así debía comportarse; por tanto, concluye, que como se comportaba, así era. Dios no desechará al hombre recto; puede que sea desechado por un tiempo, pero no será desechado para siempre. El pecado trae ruina a las personas y a las familias. Pero alegar que Job era un hombre malo e impío, era injusto y nada caritativo. El error de estos razonamientos surge de que los amigos de Job no distinguían entre el presente estado de prueba y disciplina, y el estado futuro del juicio final. —Elijamos la porción, poseamos la confianza, llevemos la cruz y muramos la muerte de los justos, pero, mientras tanto, tengamos cuidado de no herir a los demás con juicios precipitados, ni afligirnos innecesariamente por las opiniones de nuestros congéneres.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—13. *Job reconoce la justicia de Dios.* 14—21. *No se atreve a contender con Dios.* 22—24. *Los hombres no deben ser juzgados por las condiciones externas.* 25—35. *Job se queja de los problemas.*

Vv. 1—13. Job declara en esta respuesta que no duda de la justicia de Dios, al negar que es un hipócrita, porque, ¿cómo podría el hombre ser justo ante Dios? Ante Él se declara culpable de más pecados que los que se pueden contar; y si Dios contendiera con él enjuiciándolo, él no podría justificar ni siquiera uno de los millares de todos los pensamientos, palabras y acciones de su vida; por tanto, merece algo peor que todos sus sufrimientos actuales. —Cuando Job menciona la sabiduría y el poder de Dios, olvida sus quejas. No somos aptos para juzgar los procedimientos de Dios, porque no sabemos qué hace ni qué concibe. Dios actúa con un poder que ninguna criatura puede resistir. Los que piensan que tienen fuerzas suficientes para ayudar a otros, no podrán ayudarse a sí mismos contra eso.

Vv. 14—21. Job sigue siendo justo ante sus propios ojos, capítulo xxxii, 1, y esta respuesta, aunque establece el poder y la majestad de Dios, implica que la cuestión entre el afligido y el Señor de la providencia es cuestión de poder y no de derecho; y así empezamos a descubrir los malos frutos del orgullo y del espíritu de justicia propia. Job empieza a manifestar una disposición a condenar a Dios, para justificarse él, por lo cual después es reprobado. Job sabía tanto de sí mismo que no se atrevía a enfrentar un juicio. Si decimos que no tenemos pecados, no sólo nos engañamos a nosotros mismos, sino afrentamos a Dios, porque pecamos al decir eso, y acusamos de mentirosa a la Escritura. Pero Job reflexiona sobre la bondad y justicia de Dios, al decir que su aflicción era sin causa.

Vv. 22—24. Job toca brevemente el punto principal en debate. Sus amigos sostienen que los rectos y buenos, siempre prosperan en este mundo. Nadie sino el malo está en la miseria y aflicción: por el contrario, dice que es cosa común que el malo prospere y que el recto sea afligido. Pero hay demasiada pasión en lo que Job dice aquí, porque Dios no aflige voluntariamente. Cuando el espíritu está encendido con el debate o con el descontento, tenemos que poner guarda en nuestros labios.

Vv. 25—35. ¡Qué poca necesidad tenemos de pasatiempos y qué gran necesidad de redimir el tiempo, cuando corre tan veloz hacia la eternidad! ¡Cuán vanos los placeres temporales, los cuales podemos perder por completo mientras el tiempo sigue su marcha! El recuerdo de haber cumplido con nuestro deber siempre será grato después; pero *no* será así el recuerdo de haber tenido riqueza mundana, cuando todo se pierde y se acaba. —La queja de Job en cuanto a Dios, como que no puede apaciguarse y no podía dejar de ser duro, era el lenguaje de su corrupción. Hay un Mediador, un Intermediario, un Árbitro para nosotros, el amado Hijo de Dios que adquirió la paz para nosotros con la sangre de su cruz, que es capaz de salvar a todos los que vienen a Dios por medio de Él. Si confiamos en su nombre, nuestros pecados serán enterrados en las profundidades del mar, seremos lavados de toda nuestra inmundicia y hechos más blancos que la nieve, de modo que nadie pueda cargar nada a nuestra cuenta. Seremos vestidos con las túnicas de la justicia y la salvación, adornados con las gracias del Espíritu Santo, y presentados intachables ante la presencia de su gloria, con gozo supremo. Aprendamos la diferencia entre justificarnos a nosotros mismos, y a ser así justificados por el mismo Dios. —Que el alma tempestuosa considere a Job, y se fije en que los demás han pasado este abismo espantoso; y aunque les parezca difícil creer que Dios los oye o los libra, aun así Él reprendió la tormenta y los llevó al puerto deseado. Resistid al diablo; no déis lugar a los pensamientos malos acerca de Dios, ni a las conclusiones desesperadas sobre vosotros mismos. Acudid a aquel que invita al cansado y cargado, al que promete que de ninguna manera los echará afuera.

CAPÍTULO X

Versículos 1—7. *Job se queja de sus dificultades.* 8—13. *Él apela fervorosamente a Dios como su Hacedor.* 14—21. *Él se queja de la severidad de Dios.*

Vv. 1—7. Estando cansado de la vida Job resuelve quejarse, pero no acusa a Dios de injusticia. Aquí hay una oración pidiendo que él sea librado del aguijón de sus aflicciones, que es el pecado. Dios contiende con nosotros cuando nos aflige; cuando contiende con nosotros siempre hay una razón, siendo deseable conocer la razón para arrepentirnos y abandonar el pecado por el cual Dios contiende con nosotros. Pero cuando, como Job, hablamos con amargura de nuestra alma aumentamos la culpa y el sufrimiento. No abriguemos malos pensamientos contra Dios; de ahí en adelante veremos que no había causa para ellos. —Job está seguro de que Dios no descubre las cosas ni las juzga como lo hacen los hombres; por tanto, piensa que es extraño que Dios lo siga afligiendo como si debiera tomarse tiempo para inquirir sobre su pecado.

Vv. 8—13. Job parece discutir con Dios como si sólo lo hubiera formado y preservado para la desgracia. Dios nos hizo, no nosotros. ¡Cuán triste es que esos cuerpos sean instrumentos de injusticia, siendo capaces de ser templos del Espíritu Santo! Pero el alma es la vida, el alma es el hombre y esta es dádiva de Dios. Si argumentamos con nosotros mismos como inducción al deber, Dios me hizo y me sostiene, podríamos argumentar en pro de la misericordia: Tú me hiciste, hazme de nuevo; yo soy tuyo, sálvame.

Vv. 14—22. Job no niega que como pecador merece sus sufrimientos; sólo piensa que la justicia se ejecuta en él con rigor peculiar. Su desaliento, incredulidad y malos pensamientos acerca de Dios, se pueden atribuir a tentaciones internas de parte de Satanás, y a la angustia de su alma, sometida a la sensación del desagrado de Dios, a sus pruebas externas, y a vestigios de su depravación. Nuestro Creador, hecho también nuestro Redentor en Cristo, no destruirá la obra de sus manos en ningún creyente humilde; sino lo renueva para santidad a fin de que pueda disfrutar la vida eterna. Si la angustia en la tierra hace que la tumba sea un refugio deseable, ¿cuál será el estado de los que están condenados a la negrura de las tinieblas para siempre? Que todo pecador busque la liberación de ese estado espantoso, y cada creyente agradezca a Jesús que lo haya librado de la ira venidera.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—6. *Zofar reprocha a Job.* 7—12. *Las perfecciones de Dios y su omnipotencia.* 13—20. *Zofar asegura bendiciones a Job si se arrepiente.*

Vv. 1—6. Zofar ataca con mucha vehemencia a Job. Lo representa como alquien a quien le gusta oírse hablar, aunque no pueda decir nada tocante sobre el tema en discusión y como quien mantiene falsedades. Deseaba que Dios mostrara a Job que se le infligía menos castigo que el merecido. Estamos listos con mucha seguridad para pedir a Dios que actúe en nuestras disputas y para pensar que si tan sólo hablase, Él tomaría nuestro partido. Debemos dejar todas las disputas al juicio de Dios que, estamos seguros, es según verdad; pero no siempre tienen razón los más proclives a apelar al juicio divino.

Vv. 7—12. Zofar habla bien respecto de Dios, su grandeza y su gloria, tocante al hombre, su vanidad y su necedad. Véase aquí qué es el hombre; y que se humille. Dios ve esto tocante al hombre vano: que se piensa sabio aunque nace como cría de asno salvaje, tan indomable y nada enseñable. El hombre es una criatura vana; vacua, ese es el calificativo correcto. No obstante, es criatura orgullosa que se engaña a sí misma. Se piensa que es sabio aunque no se someta a las leyes de la sabiduría. Él sería sabio si va tras la sabiduría prohibida y, como sus primeros padres, apuntando a ser sabio por encima de lo que está escrito, pierde el árbol de la vida por el árbol del conocimiento. ¿Una criatura así es apta para contender con Dios?

Vv. 13—20. Zofar exhorta a Job a que se arrepienta y le da ánimos aunque mezclados con pensamientos malos sobre él. Él pensaba que la prosperidad mundana siempre era la suerte del justo y que Job estaba condenado a ser hipócrita a menos que su prosperidad fuera restaurada. —Entonces levantarás tu faz inmaculada; esto es, podrás acudir directamente al trono de gracia, y no con el terror y el asombro expresados en el capítulo ix, 34. Si somos mirados en el rostro del Ungido, nuestros rostros que fueron deprimidos pueden ser levantados; aunque corruptos, ahora lavados con la sangre de Cristo, pueden ser levantados sin mancha. Podemos acercarnos con la plena seguridad de la fe cuando somos purificados de mala conciencia, Hebreos x, 22.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—5. *Job reprende a sus amigos.* 6—11. *El malo suele prosperar.* 12—25. *Job habla de la sabiduría y poder de Dios.*

Vv. 1—5. Job confronta a sus amigos con la buena opinión que tienen de su propia sabiduría comparada con la suya. Somos buenos para llamar reproches a las reprensiones y para pensar que se burlan de nosotros cuando nos aconsejan y amonestan; esta es nuestra necedad pero aquí había razón para esta acusación. Él sospechaba que la causa verdadera de la conducta de ellos era que despreciaban al que caía en la pobreza. Es el estilo del mundo. Hasta el hombre recto y justo es mirado con desdén si cae bajo una nube.

Vv. 6—11. Job apela a los hechos. Los más ladrones, opresores e impíos desgraciados suelen prosperar pero esto no ocurre por suerte o azar; el Señor ordena estas cosas. La prosperidad mundana es de poco valor ante Sus ojos: Él tiene cosas mejores para Sus hijos. Job resuelve todo en la propiedad absoluta que tiene Dios de todas las criaturas. Él demanda de sus amigos la libertad para juzgar lo que ellos dijeron; él apela a un juicio justo.

Vv. 12—25. Este es un discurso noble de Job concerniente a la sabiduría, el poder y la soberanía de Dios al ordenar todos los asuntos de los hijos de los hombres conforme al consejo de Su voluntad, cosa que nadie puede resistir. Bueno sería que los hombres sabios y buenos, que difieren sobre cosas menores, vieran cuánto corresponde a su honor y bienestar, y al bien de los demás, ocuparse más de las cosas grandes en que concuerdan. Aquí no hay quejas ni reflexiones. Él da muchos ejemplos de la poderosa administración que hace Dios de los hijos de los hombres, pasando por alto todos los consejos de ellos y venciendo todas sus oposiciones. Teniendo toda la fuerza y la sabiduría Dios sabe como usar hasta aquellos que son necios y malos; de lo contrario, habiendo tan poca sabiduría y tan poca honestidad en el mundo, todo estaría en confusión y ruina desde hace mucho tiempo. Estas verdades importantes fueron aptas para convencer a los discutidores de que ellos estaban fuera de lugar al tratar de hallar las razones del Señor para afligir a Job; Sus caminos son inescrutables y sus juicios no se pueden indagar. —Notemos cuán bellas ilustraciones hay en la palabra de Dios que confirman Su soberanía, y la sabiduría de esa soberanía pero lo supremo y infinitamente más importante es que el Señor Jesús fue crucificado por la maldad de los judíos y ¿quién sino el Señor pudiera haber sabido que este solo acontecimiento era la salvación del mundo?

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—12. *Job reprueba a sus amigos.* 13—22. *Job profesa su confianza en Dios.* 23—28. *Job desea conocer sus pecados.*

Vv. 1—12. Con preferencia a sí mismo, Job declara que no necesita que ellos le enseñen. Los que discuten se tientan a magnificarse a sí mismos y rebajan a sus hermanos más de lo conveniente. —Cuando estamos desfallecientes o perturbados con el miedo de la ira, la fuerza de la tentación o el peso de la aflicción, debemos recurrir al médico de nuestras almas, que nunca rechaza a nadie, nunca receta mal y nunca deja sin curar un caso. A Él debemos hablar en todo momento. Para los corazones rotos y las conciencias heridas todas las criaturas son médicos que nada valen sin Cristo. —Job habla evidentemente con un espíritu muy airado contra sus amigos. Ellos habían planteado algunas verdades que casi concernían a Job, pero el corazón que no se humilla ante Dios nunca recibe mansamente los reproches de los hombres.

Vv. 13—22. Job resolvió aferrarse al testimonio que su propia conciencia le daba de su rectitud. Dependía de Dios en cuanto a la justificación y la salvación, las dos grandes cosas que esperamos a través de Cristo. Poco esperaba la salvación temporal, pero estaba muy confiado de su salvación eterna; que Dios no sólo sería su Salvador para hacerlo feliz, sino su salvación, y al ver y disfrutar de

Él, sería feliz. Sabía que no era un hipócrita y concluyó que no debía ser rechazado. Nosotros debiéramos estar bien contentos con Dios como amigo, aunque parezca estar en contra nuestra como enemigo. Debemos creer que todo obrará para nuestro bien, aunque todo parezca en contra nuestra. Debemos aferrarnos a Dios, sí, aunque no podamos hallar consuelo en Él, por el momento. A la hora de morir, debemos obtener de Él consuelo vivo, y esto es confiar en Él, aunque nos mate.

Vv. 23—28. Job ruega que sus pecados le sean revelados. Un penitente verdadero está dispuesto a conocer lo peor de sí mismo; todos debemos tener el deseo de conocer cuáles son nuestras transgresiones para confesarlas y resguardarnos contra ellas en el futuro. —Job se queja dolorosamente de los severos tratos de Dios con él. El tiempo no nos desgasta la culpa del pecado. Cuando Dios escribe cosas amargas contra nosotros, su designio es hacernos recordar pecados olvidados, y, de esa manera, llevarnos al arrepentimiento para librarnos de ellos. Que la gente joven se cuide de darse el gusto pecando. Aun en este mundo pueden posesionarse tanto los pecados de su juventud, que tengan meses de dolor por instantes de placer. La sabiduría de ellos es recordar a su Creador en los días de su juventud para tener una esperanza segura y una dulce paz de conciencia, como solaz en sus años de vejez. —Job también se lamenta que sus errores presentes son notados con estrictez. Pero nada más lejos de eso, porque Dios no nos trata conforme a nuestros méritos. Este era el lenguaje de la triste perspectiva de Job. Si Dios marca nuestros pasos, y escudriña muy de cerca nuestras sendas para juicio, cuerpo y alma sienten su justa venganza. Este será el caso espantoso de los incrédulos, pero hay salvación concebida, provista y dada a conocer en Cristo.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—6. *Job habla de la vida del hombre.* 7—15. *De la muerte del hombre.* 16—22. *Por el pecado el hombre es sujetado a la corrupción.*

Vv. 1—6. Job se explaya sobre la condición del hombre, dirigiéndose también a Dios. Todo hombre de la raza caída de Adán es de corta vida. Toda su exhibición de belleza, felicidad y esplendor cae ante el golpe de la enfermedad o la muerte, como la flor ante el hacha; o se desvanece como la sombra. ¿Cómo es posible que la conducta de un hombre sea sin pecado cuando su corazón es inmundo por naturaleza? He aquí una prueba clara de que Job entendía y creía la doctrina del pecado original. Parece aducir formalmente, como defensa, que el Señor no debiera tratarlo conforme a sus propias obras, sino conforme a su misericordia y gracia. —En el consejo y decreto de Dios está determinado cuánto tiempo hemos de vivir. Nuestros tiempos están en sus manos, las fuerzas de la naturaleza actúan sometidas a Él; en Él vivimos y nos movemos. Es muy útil reflexionar seriamente en lo corto e incierto de la vida humana, y en la naturaleza perecedera de todos los placeres terrenales. Pero aun más importante es considerar la causa y remedio de todos estos males. Hasta que nazcamos del Espíritu nada espiritualmente bueno habita en nosotros, ni puede proceder de nosotros. Hasta el poco bien del regenerado está contaminado con el pecado. Por tanto, debemos humillarnos ante Dios, y ponernos totalmente a merced de Dios por medio de nuestra Seguridad Divina. Diariamente debemos procurar la renovación del Espíritu Santo, y mirar al cielo como el único lugar de perfecta santidad y felicidad.

Vv. 7—15. Aunque se corte un árbol, en un ambiente húmedo habrá, no obstante, retoños que broten y crezcan como árbol recién plantado. Pero cuando el hombre es cortado por la muerte, es quitado para siempre de su lugar en este mundo. La vida del hombre puede compararse propiamente con las aguas de una inundación de la tierra, las cuales llegan lejos, pero pronto se secan. Todas las expresiones de Job en este pasaje muestran su creencia en la gran doctrina de la resurrección. —

Habiendo resultado malos consoladores sus amigos, Job se contenta con la expectativa del cambio. Si nuestros pecados son perdonados y nuestros corazones renovados para santidad, el cielo será el reposo de nuestras almas, mientras nuestros cuerpos estén en la tumba a salvo de la maldad de nuestros enemigos, sin sentir más el dolor de nuestras corrupciones o de nuestras correcciones.

Vv. 16—22. La fe y la esperanza de Job hablaron, y la gracia pareció revivir, pero volvió a prevalecer la depravación. Representa a Dios como exagerando las cosas contra él. El Señor debe prevalecer contra todos los que contiendan con Él. Dios puede enviar enfermedad y dolor, podemos perder todas nuestras consolaciones en quienes nos son cercanos y amados, toda esperanza de felicidad terrenal puede ser destruida, pero Dios recibirá al creyente en los ámbitos de la felicidad eterna. Pero ¡qué cambio espera al incrédulo próspero! ¿Cómo responderá cuando Dios lo llame a su tribunal? El Señor está aún en el trono de la gracia, dispuesto a mostrar su bondad. ¡Oh, qué los pecadores sean sabios, que consideren su definitivo fin! —El hombre tendrá dolores mientras la carne esté en él, esto es, el cuerpo que se niega a someter; lamentará mientras su alma esté dentro suyo, esto es, el espíritu al cual no quiere renunciar. El trabajo de morir es trabajo duro; los dolores de la muerte a menudo son terribles. Necedad es que el hombre postergue el arrepentimiento hasta el lecho de muerte, y tenga que hacer lo único que es necesario, cuando está impedido de hacer algo.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—16. *Elifaz reprende a Job.* 17—35. *La inquietud de los hombres impíos.*

Vv. 1—16. Elifaz empieza un segundo ataque a Job en lugar de ablandarse con sus quejas. Acusa injustamente a Job de abandonar el temor de Dios y toda consideración hacia Él, y de reprimir la oración. Fíjese en que se resume la religión: temer a Dios y orar a Él; siendo lo primero el principio más necesario; lo último, la costumbre más necesaria. —Elifaz acusa a Job de engañarse a sí mismo. Lo acusa de despreciar los consejos y consuelos dados por sus amigos. Somos buenos para pensar que lo que nosotros decimos es lo importante, cuando los demás lo consideran poca cosa con toda razón. Él lo acusa de oponerse a Dios. Elifaz no debiera haber interpretado duramente las palabras de uno bien conocido por piadoso y que, ahora, está en tentación. Claro que estos polemistas estaban profundamente convencidos de la doctrina del pecado original y la depravación total de la naturaleza humana. ¿No deberemos admirar la paciencia de Dios para soportarnos, y aún más, Su amor por nosotros en la redención de Cristo Jesús, Su amado Hijo?

Vv. 17—35. Elifaz sostiene que los malos son ciertamente desgraciados: de lo cual inferirá que los desgraciados son ciertamente malos y, por tanto, Job lo era. Pero debido a que mucho pueblo de Dios ha prosperado en este mundo no significa, por tanto, que aquellos iracundos y empobrecidos, como Job, no sean pueblo de Dios. Elifaz también señala que la gente mala, en particular los opresores, están sujetos a terror continuo, viven muy incómodamente y perecen muy miserablemente. —¿La prosperidad de los pecadores presuntuosos terminará miserablemente como se describe aquí? Entonces, que las calamidades que caen sobre los demás, sean advertencias para nosotros. Aunque en el presente ninguna disciplina parece ser motivo de gozo, sino penosa, después produce, no obstante, los frutos apacibles de la justicia en aquellos ejercitados por ella. Ninguna calamidad, ningún trastorno, por duro y severo que sea, puede quitar de Su favor a un seguidor del Señor ¿Qué lo separará del amor de Cristo?

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—5. *Job reprueba a sus amigos.* 6—16. *Él presenta su caso como deplorable.* 17—22. *Job sostiene su inocencia.*

Vv. 1—5. Elifaz había representado los discursos de Job como inútiles y nada referidos al propósito; aquí Job da el mismo carácter a los suyos. Quienes censuran deben esperar que los censuren; es fácil, es interminable, pero, ¿qué bien hace? Las respuestas airadas incitan las pasiones de los hombres, pero no convencen con sus juicios ni ponen la verdad bajo una clara luz. Lo que Job dice de sus amigos vale para todas las criaturas, comparadas con Dios; en uno u otro momento se nos hará ver y reconocer qué miserables consoladores son todas ellas. Cuando se está bajo convicción de pecado, de los terrores de la conciencia o ante las garras de la muerte, sólo el bendito Espíritu puede consolar eficazmente; sin Él, todos los otros lo hacen mal y sin propósito. Cualesquiera sean las penas de nuestros hermanos, debemos hacerlas propias por simpatía; que pronto lo sean.

Vv. 6—16. Aquí hay una triste representación de las aflicciones de Job. ¡Cuánta razón tenemos para bendecir a Dios, por no tener que quejarnos así! Hasta los hombres buenos, cuando están en grandes problemas, no tienen que abrigar malos pensamientos acerca de Dios. Elifaz había representado a Job como que no se había humillado bajo su aflicción: No, dice Job, yo conozco cosas mejores; el polvo es ahora el lugar más apto para mí. En esto, nos recuerda a Cristo, que fue varón de dolores, y declaró bienaventurados a los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

Vv. 17—22. El estado de Job era muy deplorable; pero tenía el testimonio de su conciencia a su favor, que nunca se permitió incurrir en un pecado atroz. Nadie estuvo jamás tan dispuesto a reconocer los pecados de la debilidad. Elifaz lo había acusado de hipocresía en cuanto a su religión, pero elige la oración, el acto grandioso de la religión, y profesa que él era puro en esto, aunque no de toda debilidad. Tiene un Dios al cual acudir, que nota en forma cabal, no cabe duda, todas sus penas. Los que derraman lágrimas ante Dios, aunque no puedan rogar por sí mismos debido a sus defectos, tienen un Amigo que los defiende, el mismísimo Hijo del hombre, en quien debemos asentar todas nuestras esperanzas de aceptación por parte de Dios. Morir es irse por el camino del cual no retornaremos. Todos nosotros tenemos que emprender esta jornada, con toda seguridad, dentro de muy poco tiempo. Entonces, ¿no debiera el Salvador ser precioso para nuestras almas? ¿No debiéramos estar dispuestos a obedecer y a sufrir por Él? Si nuestra conciencia está rociada con su sangre expiatoria, y testifica que no vivimos en pecado o en hipocresía, cuando vayamos por el camino del cual no regresaremos, será una liberación de la prisión y una entrada a la felicidad eterna.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—9. *Job apela a Dios a partir del hombre.* 10—16. *Su esperanza no está en la vida sino en la muerte.*

Vv. 1—9. Job reflexiona en las duras censuras que sus amigos le han hecho y, mirándose como hombre moribundo, apela a Dios. —Nuestro tiempo se acaba. Nos corresponde redimir cuidadosamente los días y dedicarlos a prepararnos para la eternidad. —De las aflicciones de Job, de parte de Dios, de los enemigos y de los amigos, vemos el buen uso que el justo debiera hacer de ellas. En lugar de desanimarse en el servicio de Dios, por el duro trato que este siervo fiel de Dios tuvo, debieran cobrar ánimo para proceder y perseverar en medio de la aflicción. Los que fijan sus

ojos en el cielo como su meta, mantendrán sus pies en las sendas de la religión como camino propio, cualesquiera sean las dificultades y decepciones con que puedan toparse.

Vv. 10—16. Los amigos de Job habían pretendido consolarlo con la esperanza de su retorno a una situación próspera; aquí él muestra que no hacen con sabiduría la obra de consolar al afligido quienes buscan consolarlos con la posibilidad de recuperación en este mundo. Es sabiduría nuestra consolarnos a nosotros mismos y a los demás, en medio de la aflicción, con lo que no fallará: la promesa de Dios, su amor y gracia, y una bien fundada esperanza de vida eterna. —Fijaos cómo Job se reconcilia con la tumba. Que esto dé a los creyentes la disposición de morir; no es sino un irse a la cama; están agotados y es hora de meterse en el lecho. ¿Por qué no ir voluntariamente cuando el Padre los llama? Recordemos que nuestros cuerpos están aliados con la corrupción, el gusano y el polvo; y busquemos esa esperanza viva que se cumplirá, cuando la esperanza de los impíos sea echada a las tinieblas; que cuando nuestros cuerpos estén en el sepulcro, nuestras almas puedan disfrutar el reposo reservado para el pueblo de Dios.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—4. *Bildad reprueba a Job* 5—10. *La destrucción espera al impío.* 11—21. *La ruina del impío.*

Vv. 1—4. Bildad había dado antes buen consejo y ánimo a Job; aquí no usa nada sino reproches y declara su ruina. Concluye que Job debe sacar la providencia de Dios del manejo de los asuntos humanos, porque no reconoce que él mismo es un impío.

Vv. 5—10. Bildad describe la condición miserable de un impío; en lo cual hay verdad abundante y certera, si consideramos que el pecado es un triste estado y será la destrucción de los hombres si no se arrepienten. Aunque Bildad piensa que es fácil aplicar esto a Job, sin embargo, no era seguro ni justo. Común es que los disputadores airados coloquen a sus oponentes entre los enemigos de Dios, y saquen conclusiones erróneas de verdades importantes. —Anuncia la destrucción del impío. Esa destrucción está representada por el símil de una bestia o un ave cazada en una trampa o de un malhechor llevado a prisión. Satanás, como ha sido homicida, también fue un ladrón desde el principio. El tentador pone trampas a los pecadores dondequiera que vayan. Si los hace pecadores como él es, los hará desgraciados como él es. Satanás anda a la caza de vidas preciosas. En la transgresión del hombre malo hay una trampa para sí mismo y Dios prepara su destrucción. Fijaos aquí cómo el pecador corre a la trampa.

Vv. 11—21. Bildad describe la destrucción en el más allá reservada para los impíos, y que, en cierto grado, a menudo los alcanza en este mundo. El camino del pecado es el camino del terror, y conduce a la confusión perpetua, cuyas primicias son los temores presentes de una conciencia impía, como en Caín y Judas. —Sin duda, la muerte del impío es miserable, por muy segura que haya sido su vida. Véasele muriendo; le será quitado todo aquello en que confiaba para su preservación. ¡Cuán felices son los santos y cuán endeudados con el Señor Jesús, quien quitó y cambió la muerte al punto que este rey de terrores se ha vuelto amigo y siervo! —Fijaos en la familia del impío que es hundida y cortada. Sus hijos perecerán, con él o después de él. Los que toman en cuenta el verdadero honor de su familia y su bienestar temerán que el pecado marchite todo. Los juicios de Dios siguen al impío después de su muerte en este mundo, como prueba de la desgracia en que su alma está después de la muerte, y como primicia de esa vergüenza y confusión perpetua a que será levantado en el gran día. La memoria del justo será bendita, mas el nombre de los impíos se pudrirá, Proverbios x, 7. —

Bueno sería que este informe acerca de los impíos hiciera que alguno huya de la ira venidera, de la cual no los pueden librar su poder, la política ni sus riquezas. Pero Jesús siempre vive para librar a todo aquel que en Él confía. Soportad entonces, sufridos creyentes. Por un poco de tiempo tenéis que ser afligidos, pero vuestro Amado, vuestro Salvador os verá de nuevo; vuestros corazones se regocijarán y nadie podrá quitaros el gozo.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—7. *Job se queja del trato poco amable.* 8—22. *Dios, el Autor de sus aflicciones.* 23—29. *La fe de Job en la resurrección.*

Vv. 1—7. Los amigos de Job lo culpaban como impío, porque estaba tan afligido; aquí, describe su maldad mostrando que lo que ellos condenan era posible de excusar. El lenguaje duro de los amigos añade grandemente al peso de las aflicciones: de todos modos, es mejor no tomarlo a pecho, no sea que alberguemos resentimiento. Más bien, miremos a Aquel que soportó tal contradicción de pecadores contra sí mismo, y fue tratado con mucho mayor crueldad que Job o que nosotros.

Vv. 8—22. ¡Cuán tristes son las quejas de Job! ¿Qué es el fuego del infierno, sino la ira de Dios? Las conciencias cauterizadas lo sentirán en el más allá, pero ahora no lo temen: las conciencias iluminadas lo temen ahora, pero no lo sentirán en el más allá. Error muy corriente es pensar que Dios trata como enemigo a quien aflige. —Toda criatura es para nosotros lo que Dios hace que sea; sin embargo, esto excusa a los familiares y amigos de Job. ¡Cuán incierta es la amistad de los hombres! Pero si Dios es nuestro amigo, Él no nos fallará en momentos de necesidad. ¡Qué poca razón tenemos al darle el gusto al cuerpo que, después de todo nuestro cuidado, es consumido por enfermedades que tiene en sí mismo! Job se encomienda a la compasión de sus amigos y culpa justamente la dureza de ellos. Muy inquietante es para quien ama a Dios el ser afligido de una sola vez en las comodidades externas y consuelo interno; no obstante, si esto, y más, sobreviene a un creyente, no debilita la prueba de que es un hijo de Dios y heredero de la gloria.

Vv. 23—29. El Espíritu de Dios, esta vez, parece haber actuado poderosamente en la mente de Job. Aquí da testimonio de una buena confesión; declara la firmeza de su fe y la seguridad de su esperanza. Aquí hay mucho de Cristo y del cielo; quien dice cosas como estas, dice claramente que busca una patria mejor, esto es, la celestial. Dios enseñó a Job a creer en el Redentor vivo; a esperar la resurrección de los muertos y la vida del mundo venidero; se consuela con esta expectativa. Job está seguro que el Redentor de los pecadores del yugo de Satanás y de la condenación del pecado, es su Redentor y espera la salvación por medio de Él; y que es un Redentor vivo, aunque todavía no se había encarnado; que en el postrer día se manifestaría como el Juez del mundo para levantar a los muertos y completar la redención de su pueblo. ¡Con cuánto placer el santo Job se explaya al respecto! —Que los dichos fieles se graben en nuestro corazón por el Espíritu Santo. Todos estamos preocupados por ver que la raíz esté en nosotros. La raíz es el principio de gracia vivo, vivificante que manda en el corazón; tan necesario para nuestra religión como la raíz del árbol a la cual debe su firmeza y su fruto. Job y sus amigos difieren acerca de los métodos de la Providencia, pero concuerdan en la raíz, la fe en el más allá.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—9. *Zofar habla de la brevedad del gozo del impío.* 10—22. *La destrucción del impío* 23—29. *La porción del impío.*

Vv. 1—9. El discurso de Zofar versa sobre la miseria segura del impío. El triunfo del impío y el gozo del hipócrita son pasajeros. Los placeres y las ganancias del pecado traen enfermedad y pesar; terminan en remordimiento, angustia y destrucción. La piedad enmascarada es doble iniquidad y la destrucción que corresponde será concordante.

Vv. 10—22. Se expone en detalle la condición desgraciada del impío en este mundo. Las lujurias de la carne son aquí llamadas pecados de juventud; ocultarlas y guardarlas bajo la lengua, se refiere a esconder la lujuria amada y deleitarse en ella. Pero Aquel que sabe lo que hay en el corazón, sabe lo que hay bajo la lengua, y lo dejará al descubierto. El amor del mundo y de su riqueza también es maldad, y el hombre pone su corazón en estas cosas. Además la violencia y la injusticia son pecados que acarrean el juicio de Dios sobre naciones y familias. —Obsérvese el castigo de los impíos por estas cosas. El pecado es hecho bilis, lo más amargo que existe; le será veneno; así serán todas las ganancias ilícitas. En su plenitud él estará en apuros por las ansiedades de su propia mente. Ser guiado por la gracia santificadora de Dios, como Zaqueo, para restituir lo injustamente ganado es una gran misericordia. Pero ser forzado, como Judas, a restaurar por los horrores de una conciencia desesperada, no se acompaña de beneficios ni consuelos.

Vv. 23—29. Habiendo descrito los sufrimientos que aguardan a las malas costumbres, Zofar señala su destrucción por la ira de Dios. No hay cerco contra esto, sino en Cristo, que es el único Refugio contra la tormenta y la tempestad, Isaías xxxii, 2. Zofar concluye: “Esta es la porción que Dios prepara al hombre impío”; le ha sido asignada. Nunca fue mejor explicada una doctrina, ni peor aplicada que esta, porque Zofar pretendía demostrar que Job era hipócrita. Recibamos la buena explicación y apliquémosla mejor aun como advertencia para nosotros para que permanezcamos reverentes y no pequemos. El punto de vista que uno tiene de Jesús, guiado por el Espíritu Santo, e impresionado adecuadamente sobre nuestra alma, es algo que apagará un millar de razonamientos carnales sobre los sufrimientos del creyente.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—6. *Job pide atención.* 7—16. *La prosperidad del impío.* 17—26. *Los tratos de la providencia de Dios.* 27—34. *El juicio del impío es en el mundo venidero.*

Vv. 1—6. Job se acerca al asunto en debate. ¿Es la prosperidad exterior una marca de la iglesia verdadera y de sus verdaderos miembros, de modo que la ruina de la prosperidad de un hombre demuestra que es un hipócrita? Ellos aseveran eso, pero Job lo niega. Si lo miraban a él podían ver suficiente miseria como para pedir compasión y sus osadas interpretaciones de esta providencia misteriosa se hubieran vuelto veneración silenciosa.

Vv. 7—16. Job dice: A veces, se dejan caer juicios notables sobre pecadores destacados, pero no siempre. ¿Por qué es esto así? Este es el día de la paciencia de Dios y, de una u otra manera, Él emplea la prosperidad del impío para servir sus propios consejos, mientras los madura para destrucción; pero la razón principal es que Él hará evidente que hay otro mundo. Estos pecadores prósperos toman a Dios y la religión muy a la ligera, como si, porque tienen tanto de este mundo, no tuvieran necesidad de buscar el otro. Pero la religión no es cosa vana. Si así es para nosotros, podemos agradecerlo a nosotros mismos el quedar fuera de ella. Job muestra su necedad.

Vv. 17—26. Job había descrito la prosperidad de los impíos; en estos versículos él opone esto a lo que habían sostenido sus amigos sobre la destrucción cierta de ellos en esta vida. Reconcilia esto con la santidad y la justicia de Dios. Aunque ellos prosperen, son livianos e indignos, no cuentan para Dios ni para los hombres sabios. En la cúspide de su pompa y poder solo hay un paso entre ellos y la destrucción. Job se refiere a la diferencia que marca la Providencia entre uno y otro impío respecto de la sabiduría de Dios. Él es el Juez de toda la tierra y hará lo bueno. Tan vasta es la desproporción entre tiempo y eternidad que si el infierno fuera la suerte de todo pecador al final, poca diferencia habría si uno va allí cantando y otro suspirando. Si un impío muere en un palacio y otro en una mazmorra, el gusano que no muere, y el fuego que no se apaga, serán lo mismo para ellos. Así, pues, no vale la pena confundirse debido a las diferencias de este mundo.

Vv. 27—34. Job refuta la opinión de sus amigos en el sentido de que los malos caen con toda seguridad en la ruina visible y notoria, y nadie más sino ellos; sobre este principio condenaban a Job por malo. Preguntad a quien queráis, porque hallaréis que el castigo de los pecadores está preparado más para el otro mundo que para éste, Judas 14, 15. —Se supone que el pecador vive aquí con gran cantidad de poder. El pecador tendrá un funeral espléndido: triste cosa es que alguien se enorgullezca ante esta perspectiva. Él tendrá un majestuoso monumento. Un valle con arroyos de agua para mantener verde el prado era considerado lugar honroso de sepultura entre los pueblos orientales, pero tales cosas son distinciones vanas. La muerte pone fin a su prosperidad. Pobre consuelo al morir es que otros han muerto antes que nosotros. Lo que hace que un hombre muera con verdadera valentía es recordar con fe que Jesucristo murió y fue puesto en una tumba, no sólo *antes* que nosotros sino *por* nosotros. Que se haya ido antes que nosotros, y murió por nosotros, que está vivo, y vive por nosotros, es el consuelo verdadero en la hora de la muerte.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—4. *Elifaz demuestra que la bondad del hombre no aprovecha a Dios.* 5—14. *Job es acusado de oprimir.* 15—20. *El mundo antes del diluvio.* 21—30. *Elifaz exhorta a Job al arrepentimiento.*

Vv. 1—4. Elifaz considera que como Job se queja tanto de sus aflicciones, piensa que Dios es injusto al afligirle, pero Job distaba mucho de pensar así. Lo que Elifaz dice lo aplica injustamente a Job, pero es muy cierto que cuando Dios nos trata bien no se debe a que Él nos deba algo. La piedad del hombre no es *provecho* ni ganancia para Dios. Los beneficios de la religión para el hombre son infinitamente más grandes que las pérdidas de la misma. Dios es el Soberano que no rinde cuentas de su conducta, porque Él es perfectamente sabio, justo, fiel, bueno y misericordioso. Él aprueba la semejanza de su propia santidad y se deleita en los frutos de su Espíritu; acepta los servicios agradecidos del creyente humilde, mientras rechaza el clamor orgulloso del que confía en sí mismo.

Vv. 5—14. Elifaz formula acusaciones tremendas contra Job, sin tener razón para sus acusaciones, salvo que Job fue visitado como él suponía que Dios siempre castiga a todo impío. Lo acusa de oprimir y de haber hecho daño con su riqueza y poder en el período de su prosperidad.

Vv. 15—20. Elifaz quiere que Job identifique el camino viejo que los impíos han recorrido y vea cuál fue el fin de su camino. Bueno es que nosotros lo notemos para no andar por él. Pero si los demás son consumidos y nosotros no, en lugar de culparlos a ellos y ensalzarnos nosotros, como hace aquí Elifaz, debemos agradecer a Dios, y tomarlo como advertencia.

Vv. 21—30. La respuesta de Elifaz presupone erróneamente que Job hasta ahora no había conocido a Dios, y que la prosperidad en esta vida seguiría a su conversión sincera. El consejo que aquí da Elifaz es bueno, aunque, respecto a Job, estaba fundado en el falso supuesto de que era extraño y enemigo de Dios. Cuidémonos de calumniar a nuestros hermanos, y si fuera nuestra suerte sufrir de esta manera, recordemos cómo fue tratado Job; sí, cómo fue vilipendiado Jesús, para que seamos pacientes. Examinémonos para ver si hay algo de razón en la calumnia, y andemos vigilantes para estar limpios de toda apariencia de mal.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—7. *Job lamenta que Dios se haya alejado.* 8—12. *Afirma su integridad.* 13—17. *Los terrores divinos.*

Vv. 1—7. Job apela al justo juicio de Dios tocante a sus amigos. Quiere que su causa sea juzgada con prontitud. Bendito sea Dios, podemos saber dónde hallarlo. En Cristo está reconciliando consigo al mundo y en un trono de gracia espera mostrar su bondad. El pecador puede acudir y el creyente allí puede ordenar su causa ante Él, con argumentos tomados de sus promesas, su pacto y su gloria. La espera paciente por la muerte y el juicio es nuestra sabiduría y deber y no puede ser sin santo miedo y temblor. Desear apasionadamente la muerte y el juicio es pecado y necedad nuestra y no nos corresponde, como le pasó a Job.

Vv. 8—12. Job sabe que el Señor está presente en todas partes, pero su mente está tan confundida que no puede contemplar fijamente la presencia misericordiosa de Dios para hallar consuelo al exponer su caso ante Él. Sus puntos de vista son todos sombríos. Dios parecía estar distante y enojado con él. De todos modos, Job expresa su seguridad de que si fuera enjuiciado sería aprobado, porque había obedecido los preceptos de Dios. Había saboreado las verdades y los mandamientos de Dios y se había deleitado en ellos. —Aquí debemos notar que Job se justifica él más bien que a Dios, o en oposición a Él, capítulo xxxii, 2. Job podía sentir que estaba limpio de todos los cargos hechos por sus amigos, pero su error era afirmar osadamente que, aunque visitado por la mano de Dios, no era castigado por pecado. Es culpable de un segundo error cuando niega que la Providencia trate con los hombres en esta vida presente, en que el injuriado encuentra alivio y el malo es castigado por sus pecados.

Vv. 13—17. Como Job no cuestiona una sola vez que sus pruebas sean de la mano de Dios, y que no existe el azar (la suerte), ¿cómo las considera? El principio sobre el cual se basa para enfocarlas es que la esperanza y la recompensa de los siervos fieles de Dios sólo son dados en la otra vida; sostiene que es evidente para todos que los malos no son tratados conforme a sus pecados en esta vida, sino que suele ser directamente lo contrario. Pero aunque obtener misericordia, las primicias del Espíritu de gracia, habla de un Dios que ciertamente finalizará la obra que Él empezó, sin embargo, el creyente afligido no tiene que concluir que toda oración y súplicas serán en vano, y que debe hundirse en la desesperación y desfallecer cuando sea reprobado por Él. No puede saber que la intención de Dios al afligirle sea producir arrepentimiento y oración en su corazón. Aprendamos a obedecer al Señor y confiar en Él, aun atribulados; aprendamos a vivir y morir como a Él le agrada: no sabemos por qué fines provechosos puedan ser acortadas o prolongadas nuestras vidas.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—12. *La impiedad a menudo no es castigada.* 13—17. *El malo odia la luz.* 18—25. *Juicios para el impío.*

Vv. 1—12. Job vuelve a hablar sobre la prosperidad del impío. Ya había demostrado que muchos impíos y profanos viven cómodamente, capítulo xxi. Aquí señala que muchos que viven desafiando abiertamente todas las leyes de la justicia, triunfan con las malas costumbres; y no los vemos que son llamados a cuenta en este mundo. Destaca a los que hacen lo malo so pretexto de la ley y la autoridad, y a los ladrones, aquellos que hacen el mal por la fuerza. Dice: "pero Dios no hace caso a su oración", esto es, Él no envía de inmediato Sus juicios ni los hace ejemplos, y así manifiesta a todo el mundo la necedad de ellos. Pero el que obtiene riquezas, no por derecho, será un necio en su final, Jeremías xvii, 11.

Vv. 13—17. Nótese a cuántos cuidados y dolores deben someterse los impíos para lograr sus malos designios; que esto avergüence nuestra negligencia y pereza al hacer el bien. Véase cuántos trabajos pasan los que hacen provisión para la carne, para dar gusto a sus lujurias: trabajos para llevarlas a cabo y, luego, para esconder lo que terminará en muerte e infierno. La vergüenza vino con el pecado y la vergüenza eterna está al final del camino. Véase la miseria de los pecadores; están expuestos a continuos temores: hasta ven su necedad; temen quedar al descubierto ante los hombres, pero no temen al ojo de Dios, que siempre está sobre ellos: no temen hacer cosas que tienen miedo se sepa que ellos las hacen.

Vv. 18—25. A veces, cuan gradual es la corrupción, que silenciosa la partida de una persona mala, cuánta su honra, y ¡cuánta la prontitud con que se olvidan todas sus crueldades y opresiones! Son arrancados como los otros hombres, como el segador corta y junta las espigas de trigo a medida que le vienen a la mano. Con frecuencia habrá mucho que haga parecer que Job toma un enfoque errado de la Providencia en este capítulo, pero la palabra inspirada nos enseña que tales conceptos se forman por ignorancia a partir de opiniones parciales. La providencia de Dios en los asuntos de los hombres es en todo una providencia justa y sabia. Apliquemos esto cada vez que el Señor nos pruebe. Él no puede equivocarse. Las penas sin igual del Hijo de Dios, cuando estuvo en la tierra, dejan perpleja a la mente, a menos que se enfoquen desde este punto de vista. Pero cuando le contemplamos como garante del pecador, llevando la maldición, podemos explicar por qué Él tuvo que soportar la ira debida por el pecado, para que la justicia divina sea satisfecha y su pueblo sea salvo.

CAPÍTULO XXV

Bildad muestra que el hombre no puede justificarse ante Dios.

Bildad deja el cuestionamiento acerca de la prosperidad de los impíos, pero muestra la distancia infinita que hay entre Dios y el hombre. Representa a Job algunas verdades que éste había pasado por alto con demasía. La justicia y la santidad del hombre en el mejor de los casos son nada en comparación con las de Dios, Salmo lxxxix, 6. Como Dios es tan grande y glorioso, ¿cómo puede el hombre, culpable e impuro, comparecer ante Él? Tenemos que nacer de nuevo del agua y del Espíritu Santo, y ser lavados continuamente en la sangre de Cristo, esa Fuente abierta, Zacarías xiii, 1. Debemos ser humillados porque somos criaturas contaminadas, culpables y malas,y tenemos que

renunciar a confiar en nosotros mismos. Pero nuestra vileza necesita la condescendencia y el amor de Cristo; las riquezas de su misericordia y el poder de su gracia serán magnificadas para toda la eternidad por cada pecador que Él redima.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—4. *Job reprueba la respuesta de Bildad.* 5—14. *Job reconoce el poder de Dios.*

Vv. 1—4. Job ridiculiza la respuesta de Bildad; sus palabras eran una mezcla de irritación y preferencia de sí mismo. Bildad debiera haber expuesto ante Job las consolaciones del Todopoderoso más que sus terrores. Cristo sabe qué decir al cansado, Isaías l, 4; y sus ministros no debieran agraviar a los que Dios no hubiera entristecido. A menudo nos decepcionamos de las expectativas, de los amigos que debieran consolarnos; pero el Consolador, el Espíritu Santo, nunca yerra ni falla en su objetivo.

Vv. 5—14. Muchos ejemplos impactantes se dan aquí acerca de la sabiduría y el poder de Dios, acerca de la creación y la preservación del mundo. Si miramos a nuestro alrededor, a la tierra y a las aguas aquí abajo, vemos su omnipotencia. Si consideramos el infierno, aunque está fuera de nuestra vista, hasta podemos imaginar que descubrimos allí muestras del poder de Dios. Si miramos arriba al cielo, vemos el despliegue de la omnipotencia de Dios. Por su Espíritu, el Espíritu eterno que se movía sobre la faz de las aguas, por el hálito de su boca, Salmo xxxiii, 6, no sólo ha hecho los cielos, sino los embelleció. Por la redención quedan eclipsadas todas las demás obras maravillosa del Señor; y podemos acercanos, gustar su gracia, aprender a amarle, y andar complacidos en sus caminos.— La base de la controversia entre Job y los otros era que injustamente pensaban, por sus aflicciones, que él era culpable de crímenes aborrecibles. Ellos parecen no haber considerado debidamente el mal y la justa paga del pecado original; tampoco consideraron los bondadosos designios de Dios al purificar a su pueblo. Job también oscureció el consejo con palabras sin sabiduría, pero sus opiniones eran más claras. No parece haber consignado su justicia personal como base de su esperanza en cuanto a Dios. Sin embargo, lo que reconoce en una vista general de su caso, en efecto lo niega, cuando se queja de sus sufrimientos por inmerecidos y severos; esa misma queja demuestra la necesidad de que fueran enviados, para que su ser se humille más ante los ojos de Dios.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—6. *Job protesta su sinceridad.* 7—10. *El hipócrita no tiene esperanza.* 11—23. *El final desgraciado del impío.*

Vv. 1—6. Ahora los amigos de Job lo dejan hablar, cosa que él procedió a hacer de manera grave y útil. Job tiene confianza en la bondad de su causa y en la de su Dios; y le encomienda de buena gana su causa. Pero Job no tuvo la debida reverencia cuando habló de que Dios le quitó el juicio y atormentó su alma. Resolver que nuestros corazones no nos reprochen cuando nos aferremos a nuestra integridad, es algo que ahoga las intenciones del espíritu maligno.

Vv. 7—10. Job considera que la situación del hipócrita y malo es en extremo miserable. Si se abren paso en la vida por su profesión religiosa, y mantienen su esperanza presuntuosa hasta la

muerte, ¿de qué les serviría cuando Dios pida sus almas? —Mientras más consuelo hallemos en nuestra fe, más estrechamente nos aferraremos a ella. Quienes no se deleitan en Dios, los placeres los descarrían fácilmente y las cruces de esta vida los vencen con facilidad.

Vv. 11—23. Refiriéndose al mismo tema los amigos de Job hablaron de la miseria de los impíos antes de la muerte, como proporcional a sus delitos. Job considera que aún cuando no fuese así, todavía serían espantosas las consecuencias de su muerte. Job trata de exponer este asunto a la luz verdadera. La muerte de un hombre santo es como una dulce brisa que lo lleva al país celestial, pero para el malo es como una tormenta que lo lleva rápido a la destrucción. Mientras vivía, tenía el beneficio de la misericordia perdonadora, pero ahora se acaba el día de la paciencia de Dios y derramará sobre él su ira. Cuando Dios desecha a un hombre, no hay forma de huir, ni de soportar su ira. Los que ahora no huyen a los brazos de la gracia divina, extendidos para recibirlos, no podrán huir de los brazos de la ira divina, que dentro de poco se extenderán para destruirlos. ¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—11. *Acerca de la riqueza mundana.* 12—19. *La sabiduría es de valor incalculable* 20—28. *La sabiduría es dádiva de Dios.*

Vv. 1—11. Job sostiene que las dispensaciones de la Providencia son reguladas por la sabiduría suprema. Para confirmar esto demuestra la gran cantidad de conocimiento y riqueza de que pueden enseñorearse los hombres. Las cavernas de la tierra pueden ser descubiertas, pero no los consejos del Cielo. Vé a los mineros, tú que eres perezoso en religión, considera sus caminos y sé sabio. Que el coraje y la diligencia de ellos para buscar riqueza perecedera, nos avergüence por nuestra pereza y debilidad de corazón para laborar en pro de las riquezas verdaderas. ¡Cuánto mejor es obtener sabiduría que oro! ¡Cuánto más fácil y seguro! Pero se busca el oro y se desprecia la gracia. La esperanza de cosas preciosas de la tierra, como las llaman los hombres, aunque sin valor y perecederas, ¿serán un acicate tal para la laboriosidad, y no lo será mucho más la perspectiva cierta de cosas verdaderamente preciosas en el cielo?

Vv. 12—19. Aquí Job habla de sabiduría e inteligencia, de conocer y disfrutar de Dios y de nosotros mismos. Su valor es infinitamente superior a todas las riquezas de este mundo. Es una dádiva del Espíritu Santo que no puede comprarse con dinero. Lo que es más precioso a ojos de Dios, lo sea a los nuestros. Job pide como quien lo desea verdaderamente hallarla, y desespera encontrarla en otra parte que no sea Dios; y de otra forma que no sea revelación divina.

Vv. 20—28. Hay una sabiduría doble; una oculta en Dios, que es *secreta* y que no nos pertenece; la otra, que es dada a conocer por Él siendo *revelada al hombre*. Los sucesos de un día y los asuntos de un hombre, se refieren entre sí dependiendo uno del otro, de modo que solamente Él, ante quien todo está abierto, y ve el todo de una sola vez, puede juzgar rectamente cada parte. Pero el conocimiento de la *voluntad revelada* de Dios está a nuestro alcance, y nos hace bien. Que el hombre considere esto como sabiduría suya: Temer al Señor y alejarse del mal. Que aprenda eso y habrá aprendido bastante. ¿Dónde encontrar esta sabiduría? Sus tesoros están escondidos en Cristo, revelados por la palabra, recibidos por fe, por medio del Espíritu Santo. No alimenta el orgullo ni la vanidad, ni entretendrá nuestra vana curiosidad. Enseña y llama a los pecadores a que teman al Señor y se alejen del mal, en el ejercicio del arrepentimiento y la fe, sin desear la solución de todas las dificultades acerca de los hechos de la vida.

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—6. *Los consuelos anteriores de Job.* 7—17. *El honor rendido a Job—Su utilidad.* 18—25. *Su perspectiva de prosperidad.*

Vv. 1—6. Job procede a hacer un contraste entre su prosperidad anterior y su miseria presente, por el alejamiento de Dios de él. Un alma bondadosa se complace en la sonrisa de Dios, no en la sonrisa de este mundo. Entonces había cuatro cosas que eran muy agradables al santo Job. —1. La confianza en la protección divina. —2. El goce del favor divino. —3. La comunión con la divina palabra. —4. La seguridad que tenía de la presencia divina. La presencia de Dios con un hombre en su casa, aunque sea pobre, la convierte en castillo y palacio. —Además tenía consuelo en su familia. Las riquezas y las familias florecientes, como una vela, pueden extinguirse pronto. Pero cuando la mente está iluminada por el Espíritu Santo, cuando el hombre anda a la luz del rostro de Dios, toda comodidad externa se duplica, todo trastorno es disminuido, y por medio de esta luz, puede pasar alegremente a través de la vida y la muerte. Sin embargo, el consuelo racional de este estado suele ser quitado por una temporada, y corrientemente esto surge a partir del descuido pecaminoso y del contristar al Espíritu Santo; a veces, puede ser una prueba de la fe y la gracia del hombre. Pero es necesario que nos examinemos, que indaguemos la causa de tal cambio con oración fervorosa y que aumentemos nuestra vigilancia.

Vv. 7—17. Toda clase de gente rendía sus respetos a Job, no sólo por la dignidad de su rango, sino por su mérito personal, su prudencia, su integridad y buena administración. ¡Dichosos los hombres que son bendecidos con dones como esos! Tienen grandes oportunidades de honrar a Dios y de hacer el bien, pero tienen gran necesidad de estar vigilantes contra el orgullo. ¡Dichoso el pueblo bendecido con tales hombres! Es una señal del bien para ellos. Aquí vemos por qué Job se valoraba a sí mismo en la época de su prosperidad. Era por su utilidad. Él se valoraba a sí mismo por el freno que ponía a la violencia de los hombres viles y orgullosos. Los buenos magistrados deben ser, pues, un freno para los malhechores y una protección para el inocente; para esto deben armarse con celo y resolución. Tales hombres son bendición pública y lo recuerdan a Aquel que rescata a los pobres pecadores de la garra de Satanás. ¡Cuántos que estaban listos para perecer, ahora están dspuestos a bendecirle! Pero, ¿quién puede exhibir sus alabanzas? Confiemos en su misericordia y procuremos imitar su verdad, justicia y amor.

Vv. 18—25. Siendo así honrado y útil, Job esperaba morir en paz, con honra y a una edad bien avanzada. Si tal expectativa surge de la fe viva en la providencia y la promesa de Dios, está bien, pero si surge del engaño de nuestra sabiduría propia y dependencia de las cosas terrenales mutables, está mal cimentada y se vuelve pecado. Todo aquel que tenga espíritu de sabiduría, no tiene el espíritu de gobierno; pero Job tenía ambos y hasta la ternura de un consolador. Esto pensaba con placer cuando él mismo era uno que se lamentaba. Nuestro Señor Jesús es un Rey que odia la iniquidad, y sobre el cual viene la bendición de un mundo listo para perecer. A Él debemos escuchar.

CAPÍTULO XXX

Versículos 1—14. *El honor de Job se vuelve desprecio.* 15—31. *Job, una carga para sí mismo.*

Vv. 1—14. Job contrasta su estado actual con su honor y autoridad anteriores. ¡Qué poca causa tienen los hombres para ser ambiciosos y orgullosos de lo que puede perderse tan fácilmente, y cuán

poca confianza hay que depositar en ello! No debemos deprimirnos si somos despreciados, vilipendiados y odiados por los hombres impíos. Debemos mirar a Jesús que soportó la contradicción de los pecadores.

Vv. 15—31. Job se lamenta mucho. Albergar malos pensamientos acerca de Dios era el pecado que, en esta época, acosaba más fácilmente a Job. Cuando las tentaciones internas se unen a las calamidades externas, el alma se agita como en una tempestad, y se llena de confusión, pero ¡ay de aquellos que realmente tienen por enemigo a Dios! ¿Qué son las aflicciones internas *temporales*, comparadas con el horroroso estado de los hombres impíos? Hay algo con que Job se consuela, pero sólo un poco. Él prevé que la muerte será el fin de todos sus problemas. La ira de Dios puede llevarlo a la muerte, pero su alma estará segura y feliz en el mundo de los espíritus. Si nadie nos compadece nuestro Dios, que corrige, nos compadece, así como el padre compadece a sus hijos. Y miremos más las cosas de la eternidad: entonces el creyente dejará de lamentarse y gozosamente alabará el amor redentor.

CAPÍTULO XXXI

Versículos 1—8. *Job declara su rectitud.* 9—15. *Su integridad.* 16—23. *Job misericordioso.* 24—32. *Job no es culpable de codicia ni idolatría.* 33—40. *Job no es culpable de hipocresía ni violencia.*

Vv. 1—8. Job no dijo por jactancia las cosas que aquí se registran, sino en respuesta a la acusación de hipocresía. Entendía la naturaleza espiritual de los mandamientos de Dios, que alcanza a los pensamientos e intenciones del corazón. Mejor es dejar que nuestros actos hablen por nosotros; pero en algunos casos, por nosotros mismos y por la causa de Dios, debemos protestar solemnemente nuestra inocencia de los delitos de los cuales se nos acusa falsamente. Las concupiscencias de la carne y el amor del mundo son dos rocas fatales contra las cuales choca la gente; Job protesta que siempre estuvo cuidadosamente alerta contra ellas. Dios toma más exacta nota de nosotros, que nosotros mismos; por tanto, andemos con prudencia. Evitaba con cuidado todo medio pecaminoso de obtener riqueza. Temía toda ganancia ilícita tanto como todo placer prohibido. Lo que tenemos en el mundo puede usarse con comodidad o perderse con tranquilidad, si se obtuvo honestamente. Sin honestidad y fidelidad estricta en todos nuestros tratos, no podemos tener una evidencia de verdadera santidad. ¡Sin embargo, cuántos religosos profesantes son incapaces de permanecer en esta piedra de toque!

Vv. 9—15. Todas las contaminaciones de la vida proceden de un corazón engañado. La lujuria es un fuego en el alma: se dice que quema a quienes le dan el gusto. Consume todo lo que hay de bueno y desola la conciencia. Enciende el fuego de la ira de Dios, el cual, si no es sofocado por la sangre de Cristo, consumirá hasta la destrucción eterna. Consume el cuerpo; consume la sustancia. Las lujurias ardientes acarrean juicios ardientes. —Job tenía una familia numerosa y la administraba bien. Considera que tiene un Amo en el cielo, y como seríamos deshechos si Dios fuera severo con nosotros, debemos ser mansos y amables con quienes nos relacionemos.

Vv. 16—23. La conciencia de Job atestigua de su conducta justa y caritativa hacia el pobre. Se extiende mucho en este tema, porque fue particularmente acusado al respecto. Fue tierno con todos y a nadie perjudicó. Obsérvese los principios por los cuales Job se abstenía de ser inmisericorde y no caritativo. Consideraba que si hacía mal al pobre era como ir contra el Señor, al cual temía. El

respeto de los intereses mundanos puede frenar a un hombre en la comisión de delitos; pero solo la gracia de Dios puede hacer que odie, tema y evite los pensamientos y los deseos pecaminosos.

Vv. 24—32. Job protesta: —1. Que nunca puso su corazón en la riqueza de este mundo. ¡Cuán pocos son los religiosos profesantes prósperos que pueden acudir al Señor como testigo de que no se han regocijado *porque* sus ganancias eran grandes! Debido a la determinación de ser ricos, hay muchos que arruinan sus almas o los atraviesan con muchos pesares. —2. Nunca fue culpable de idolatría. La fuente de la idolatría está en el corazón, y corrompe a los hombres, y provoca a Dios para que envíe juicios contra una nación. —3. Tampoco deseaba ni se deleitaba en la herida de su peor enemigo. Si otros nos hacen mal, eso no justifica que nosotros se lo hagamos a ellos. —4. Nunca dejó de ser amable con los forasteros. La hospitalidad es un deber cristiano, 1 Pedro iv, 9.

Vv. 33—40. Job se descarga de la acusación de hipocresía. Nos cuesta mucho confesar nuestras faltas, estamos dispuestos a excusarlas y a echar la culpa a otras personas. Pero quien así encubre sus pecados, no prosperará, Proverbios xxviii, 13. Él habla de su valor en lo que es bueno, como prueba de su sinceridad en esto. Cuando los hombres obtienen injustamente propiedades, son despojados justamente del consuelo de aquellas; se sembró trigo, pero brotarán cardos. Lo que los hombres no obtengan honestamente, nunca les hará ningún bien. —Las palabras de Job terminan. Terminan con la osada afirmación de que él puede apelar a Dios respecto de la acusación contra su carácter moral y religioso como causa de sus sufrimientos. Sin embargo, por confiado que fuera Job, veremos que estaba equivocado, capítulo xl, 4, 5; 1 Juan i, 8. Que todos nos juzguemos a nosotros mismos; en lo que seamos culpables busquemos el perdón en esa sangre que limpia de todo pecado; quiera el Señor tener misericordia de nosotros, ¡y escribir sus leyes en nuestros corazones!

CAPÍTULO XXXII

Versículos 1—5. *Eliú no se agrada con la disputa entre Job y sus amigos.* 6—14. *Los reprueba.* 15—22. *Habla sin favoritismos.*

Vv. 1—5. Los amigos de Job fueron acallados, pero no convencidos. Otros habían estado presentes. Eliú estaba molesto justamente con Job, porque estaba más ansioso de defender su propio carácter que la justicia y la bondad de Dios. Eliú estaba molesto con los amigos de Job, porque no habían sido honestos con él. Rara vez empieza una discusión, y más raramente sigue sin que no haya faltas en ambos bandos. Quienes buscan la verdad no deben rechazar lo que es verdadero y bueno en ambos bandos, ni aprobar o defender lo que está mal.

Vv. 6—14. Eliú profesa hablar por inspiración del Espíritu Santo y corrige a ambas partes. Permitió que primero hablaran los que tenían mayor experiencia. Pero Dios da sabiduría a quien le plazca; esto le animó a manifestar su opinión. Prestando atención a la palabra de Dios y dependiendo del Espíritu Santo, los hombres jóvenes pueden llegar a ser más sabios que los mayores, pero esta sabiduría los hará prestos para oír, lentos para hablar y dispuestos a prestar a los demás oído atento.

Vv. 15—22. Si estamos seguros de que el Espíritu de Dios sugirió lo que estamos por decir, aun entonces debemos frenarnos hasta que nos llegue el turno para hablar. Dios es Dios de orden, no de confusión. Es un gran refrigerio para el hombre bueno hablar para la gloria del Señor y para edificar a los demás. Mientras más contemplemos la majestad de Dios como nuestro Hacedor, y más temamos su ira y su justicia, menos pecaminosamente temeremos o halagaremos a los hombres. Si

pudiéramos poner al Señor siempre delante de nosotros, en sus misericordias y sus temores, no nos apartaríamos de nuestro deber en lo que se nos llame a hacer.

CAPÍTULO XXXIII

Versículos 1—7. *Eliú ofrece razonar con Job.* 8—13. *Eliú culpa a Job por culpar a Dios.* 14—18. *Dios llama a los hombres a que se arrepientan.* 19—28. *Dios envía aflicciones para bien.* 29—33. *Eliú pide la atención de Job.*

Vv. 1—7. Job había expresado su deseo que un juez decidiera su apelación. Eliú era uno conforme a su deseo, un hombre como él mismo. Si hemos de convencer con justicias a los hombres, debe ser por la razón, no por el terror; con un argumento justo, no con mano dura.

Vv. 8—13. Eliú acusa a Job de culpar la justicia y la bondad de Dios. Cuando oímos que se dice algo que deshonra a Dios, debemos dar nuestro testimonio en contra. Job había representado a Dios como severo al señalar lo que hizo mal. Eliú señala que Job había hablado mal y que debía humillarse ante Dios y desdecirse por medio del arrepentimiento. Dios no nos rinde cuentas a nosotros. Irracional es que criaturas débiles, pecadoras contiendan con un Dios de sabiduría, poder y bondad infinitos. Él actúa con perfecta justicia, sabiduría y bondad, allí donde nosotros no podemos percibirla.

Vv. 14—18. Dios nos habla por la conciencia, por providencias, y por los ministros; Eliú discurre sobre todos esto. Hasta donde sabemos, no había entonces ninguna revelación divina escrita, aunque ahora es nuestra guía principal. —Cuando designa el bien de los hombres, por las convicciones y dictados de sus propias conciencia, Dios abre el corazón, como el de Lidia, y abre los oídos de modo que la convicción halle su entrada o la fuerce. El fin y el designio de estas amonestaciones es impedir que el hombre cometa pecado, particularmente el pecado de orgullo. Mientras los pecadores van en pos de propósitos malos y dan el gusto a su orgullo, sus almas se apresuran a su destrucción. Lo que hace que los hombres se aparten del pecado, los salva del infierno. ¡Qué misericordia es estar sometido a los frenos de una conciencia despierta!

Vv. 19—28. Job se quejaba de sus enfermedades y por ellas juzgó que Dios estaba enojado con él; también hacían eso sus amigos, pero Eliú muestra que a menudo Dios aflige el cuerpo para el bien del alma. Este pensamiento será muy útil para que obtengamos el bien de la enfermedad en la cual y por la cual Dios habla a los hombres. El dolor es el fruto del pecado; sin embargo, por la gracia de Dios, el dolor del cuerpo es a menudo hecho un medio del bien para el alma. Las aflicciones serán quitadas cuando hayan hecho su obra. Se encuentra un rescate o propiciación. Jesucristo es el Mensajero y el Rescate, así lo llama Eliú, como Job lo había llamado su Redentor, porque Él es el Comprador y el Precio, el Sacerdote y el Sacrificio. Tan elevado era el valor de las almas, que nada menos las hubiera redimido; y tan inmensa la herida infligida por el pecado, que nada menos que la sangre del Hijo de Dios, que dio su vida como rescate por muchos, hubiera hecho expiación. —Sigue un bendito cambio. Recobrarse de una enfermedad es indudablemente una bendición cuando procede de la remisión de pecado. Todo el que se arrepiente verdaderamente de sus pecados hallará misericordia ante Dios. Las obras de las tinieblas son obras estériles; todas las ganancias del pecado distarán de ser de provecho. Debemos confesar con corazón quebrantado y contrito nuestros pecados a Dios, 1 Juan i, 9. Debemos confesar el *hecho* del pecado sin tratar de justificarnos o excusarnos. Debemos confesar la *falta* del pecado porque he pervertido lo que era

bueno. Debemos confesar la *necedad* del pecado: tan necio e ignorante he sido. ¿No hay una buena razón por la cual debamos hacer tal confesión?

Vv. 29—33. Eliú muestra que el designio grande y bondadoso de Dios para con los hijos de los hombres es salvarlos de ser desgraciados para siempre, y llevarlos a ser agraciados para siempre. Cualesquiera hayan sido los medios por los cuales somos resguardados del abismo, bendeciremos al Señor por ellos al final, y ahora debemos bendecirle por ello, aunque sean dolorosos y angustiantes. Los que perecen para siempre no tienen excusa, *porque ellos no serán sanados.*

CAPÍTULO XXXIV

Versículos 1—9. *Eliú acusa a Job de culpar a Dios de injusticia.* 10—15. *Dios no puede ser injusto.* 16—30. *El poder y la providencia de Dios.* 31—37. *Eliú reprende a Job.*

Vv. 1—9. Eliú pide a los presentes que decidan, junto con él, sobre las palabras de Job. El cristiano más sencillo, cuya mente esté iluminada, su corazón esté santificado por el Espíritu de Dios, y sea versado en las Escrituras, puede decir en qué medida concuerdan con la fe verdadera los asuntos, las palabras o las acciones, mejor que cualquiera que se apoye en su propio entendimiento. Job había hablado como si quisiera justificarse totalmente. El que dice: Yo he limpiado mis manos en vano, no sólo ofende a los hijos de Dios, Salmo lxxiii, 13–15, sino que gratifica a sus enemigos y habla como ellos hablan.

Vv. 10—15. Eliú le había mostrado a Job que Dios no tenía intenciones de *hacerle daño* al afligirlo sino que procuraba su beneficio espiritual. Aquí señala que Dios no le *hizo mal* al afligirlo. Si lo anterior no le satisfizo esto debiera acallarlo. Dios no puede hacer el mal ni el Todopoderoso puede cometer errores. Si los servicios pasan sin recompensa ahora y los pecados pasan sin castigo, sin embargo, hay un día venidero en que Dios tratará al hombre completamente conforme a sus obras. Aun más, aunque la condenación final del creyente ha sido desechada por el rescate hecho por el Salvador, de todos modos merece cosas peores que aflicciones externas; de modo que no se le ha hecho nada malo, por más que haya sido probado.

Vv. 16—30. Elú apela directamente al mismo Job. ¿Podría él suponer que Dios era como esos príncipes terrenales que odian lo bueno, que son ineptos para reinar y que resultan ser los azotes de la humanidad? Presunción atrevida es condenar los procedimientos de Dios, como hizo Job con su descontento. —Eliú sugiere diversas consideraciones a Job para producir en él pensamientos elevados de Dios, y así persuadirlo a someterse. Job había deseado a menudo defender su causa ante Dios. Eliú pregunta, ¿con qué propósito? Todo lo que Dios hace es bueno y así lo hallará. ¿Qué puede inquietar a aquellos cuyas almas habitan tranquilas en Dios? Las sonrisas de todo el mundo no pueden aquietar a aquellos con quienes Dios se aíra.

Vv. 31—37. Cuando reprendemos por lo que está mal, debemos dirigirnos a lo que es bueno. Los amigos de Job hubieran preferido que éste se reconociera su maldad. Eliú solamente le obligaría reconocer que habló imprudentemente con sus labios. Nosotros no empeoremos más la cosa poniéndonos a reprochar. Eliú dirige a Job a humillarse ante Dios por sus pecados, y a aceptar el castigo. También, a que ore a Dios para que le descubra sus pecados. El hombre bueno está dispuesto a conocer lo peor de sí mismo; particularmente cuando está sometido a aflicción, desea que le digan en qué cosa está Dios contendiendo con él. No basta lamentarse por los pecados, sino que debemos ir y no pecar más. Y si somos hijos afectuosos, nos gustará hablar con *nuestro* Padre y

decirle todo lo que pensamos. —Eliú razona con Job acerca de su descontento por la aflicción. Estamos listos para pensar que todo lo que nos concierne debiera ser justo, como lo queremos, pero no es racional esperar eso. Eliú pregunta si hubo o no necedad y pecado en lo que decía Job. Dios es justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras, Salmo cxlv, 17. El creyente dice: Que mi Salvador, mi sabio y amante Señor, elija todo por mí. Tengo la seguridad de que será lo más sabio y lo mejor para su gloria y para mi bien.

CAPÍTULO XXXV

Versículos 1—8. *Eliú habla de la conducta del hombre.* 9—13. *Por qué no son considerados aquellos que claman bajo las aflicciones.* 14—16. *Eliú reprocha la impaciencia de Job.*

Vv. 1—8. Eliú reprocha a Job por justificarse más a él que a Dios y dirige su atención a los cielos. Ellos están muy por encima de nosotros y Dios está muy por encima de ellos; entonces, ¡cuán fuera de alcance está Él, sea de nuestros pecados o de nuestros servicios! No tenemos razón para quejarnos, si no tenemos lo que esperamos; más bien debemos ser agradecidos de tener algo mejor que lo merecido.

Vv. 9—13. Job se quejó de que Dios no consideraba los gritos de los oprimidos contra sus opresores. No sabía cómo reconciliar esto con la justicia de Dios y su gobierno. Eliú resuelve la dificultad; los hombres no advierten ni agradecen las misericordias que disfrutan en sus aflicciones y bajo ellas, por tanto, no pueden esperar que Dios los libre de la aflicción. Él da canciones en la noche; cuando nuestro estado es triste y melancólico, hay en la providencia y promesa de Dios lo que basta para sostenernos y capacitarnos, y hasta para regocijarnos en la tribulación. Cuando solamente nos concentramos en nuestras aflicciones y descuidamos las consolaciones de Dios preparadas para nosotros, es justo que Dios rechace nuestras oraciones. Ni siquiera las cosas que matan al cuerpo pueden herir el alma. Si clamamos a Dios pidiendo que quite una aflicción y esta no es quitada, la razón es que no estamos suficientemente humillados, y no que la mano del Señor se haya acortado, o que su oído sea duro.

Vv. 14—16. Como en la prosperidad estamos listos para pensar que nuestra montaña nunca será rebajada, así en la adversidad estamos listos para pensar que nuestro valle nunca se rellenará. Concluir que mañana tenga que ser como hoy es tan absurdo como pensar que el clima, bueno o malo, siempre será así. Cuando Job miró a Dios no tenía razón para hablar desesperadamente. Hay un día del juicio en que todo lo que parece equivocado será hallado bueno, y todo lo que parece tenebroso y torcido será aclarado y enderezado. Si hay ira divina en nuestros problemas se debe a que discutimos con Dios, tenemos miedo, y desconfiamos de la providencia divina. Este fue el caso de Job. —Eliú fue dirigido por Dios a humillar a Job, respecto de algunas cosas en que él había abierto su boca en vano y había multiplicado palabras sin conocimiento. Que seamos amonestados en nuestras aflicciones, no tanto para manifestar la grandeza de nuestro sufrimiento, sino la grandeza de la misericordia de Dios.

CAPÍTULO XXXVI

Versículos 1—4. *Eliú desea la atención de Job.* 5—14. *Los métodos con que Dios trata con los hombres.* 15—23. *Eliú aconseja a Job.* 24—33. *Las maravillas de las obras de la creación.*

Vv. 1—4. *Eliú sólo sostenía que la aflicción fue enviada para probar a Job y que se prolongaba porque Job no estaba aún cabalmente humillado bajo ella. Procura atribuir la rectitud a su Hacedor para aclarar la verdad de que Dios es justo en todos sus caminos. Ese conocimiento debía aprenderse de la palabra y del Espíritu de Dios, porque nosotros estamos naturalmente enajenados de Él. —El discurso de Eliú es adecuado a la disputa de Job y sus amigos. Señala a Job la verdadera razón de las pruebas con que había sido castigado. Le enseña que Dios había actuado con misericordia con él, y el beneficio espiritual que él iba a derivar. Corrige el error de sus amigos y demuestra que las calamidades de Job han sido para bien.*

Vv. 5—14. Eliú muestra aquí que Dios actúa como Rey justo. Siempre está dispuesto a defender a los que son heridos. Si nuestro ojo estuviera siempre dirigido a Dios en el deber, su ojo estaría siempre sobre nosotros con misericordia y, cuando estamos más hundidos, no nos pasaría por alto. Dios quiere develarnos pecados pasados cuando nos aflige, y nos los trae a la memoria. También, dispone nuestros corazones para ser enseñados: la aflicción hace que la gente se disponga a aprender por medio de la gracia de Dios que obra con ella y por ella. Además, nos disuade de pecar en el futuro. No tener más que ver con el pecado es un mandamiento. —Si servimos fielmente a Dios, tenemos la *promesa* de la vida que *es* presente y sus consolaciones, en cuanto sea para la gloria de Dios y nuestro bien: ¿y quién los desearía más aun? Tenemos la *posesión* de placeres interiores, la gran paz que tienen los que aman la ley de Dios. Si la aflicción no hace su obra los hombres deben esperar que se caliente el horno hasta que sean consumidos. Quienes mueren sin conocimiento, mueren sin gracia y están deshechos por siempre. Véase la naturaleza de la hipocresía; yace en el corazón: es por el mundo y la carne mientras, exteriormente, parece ser por Dios y la fe. El caso de los pecadores es espantoso, sea que mueran jóvenes o vivan mucho para acumular ira. Las almas de los malos viven después de la muerte, pero en desgracia eterna.

Vv. 15—23. Eliú muestra que Job causó la continuidad de su propio trastorno. Le advierte que no persista en su porfía. Hasta los hombres buenos tienen que ser retenidos en su deber por el temor a la ira de Dios; los más sabios y los mejores tienen en sí suficiente para merecer su golpe. Job no debe seguir en su injusta discusión con Dios y su providencia. Nunca debemos atrevernos a pensar bien del pecado, no debemos darle el gusto, ni permitirnos pecar. Eliú piensa que Job necesitaba esta advertencia al haber preferido gratificar su orgullo y humor contendiendo con Dios, más que mortificarlos sometiéndose y aceptando el castigo. Absurdo es que pensemos enseñarle a Quien es la misma Fuente de luz, verdad, conocimiento e instrucción. Él enseña por la Biblia que es el mejor de los libros; enseña por su Hijo que es el mejor Maestro. Es justo en todos sus procedimientos.

Vv. 24—33. Eliú se propone llenar a Job con pensamientos elevados de Dios y, así, persuadirlo a que se someta de buena gana a su providencia. El hombre puede ver las obras de Dios y es capaz de discernir su mano en ellas, cosa que las bestias no, por tanto, ellos deben dar a Él la gloria. Pero mientras el hacedor de iniquidad debe temblar, el creyente debe regocijarse. Los niños deben oír con placer la voz de su padre, aun cuando él hable en el terror a sus enemigos. No hay luz, pero puede que haya una nube interceptándola. La luz del favor de Dios, la luz de su rostro, la luz más bendita de todas, hasta esa luz puede tener muchas nubes. Las nubes de nuestros pecados hacen que el Señor esconda su rostro e impida que la luz de su amante bondad brille sobre nuestras almas.

CAPÍTULO XXXVII

Versículos 1—13. *Eliú observa el poder de Dios.* 14—20. *Se pide a Job que explique las obras de la naturaleza.* 21—24. *Dios es grande debe ser temido.*

Vv. 1—13. Los cambios del clima son tema de gran parte de nuestros pensamientos y conversación corriente; pero ¡con qué poca frecuencia pensamos y hablamos de estas cosas, como Eliú, referidas a Dios, por cuanto es el director de ellas! Debemos notar la gloria de Dios, no sólo en el trueno y el rayo, sino en los cambios más corrientes y menos sobrecogedores del clima como la nieve y la lluvia. La naturaleza dirige a todas las criaturas a que se refugien de una tormenta, ¿y será el hombre el único al que no se le provee refugio? Oh, si los hombres oyeran la voz de Dios que les advierte en muchas formas que huyan de la ira venidera y les invita a aceptar su salvación y ser felices. —La mala opinión que abrigan los hombres sobre la dirección divina se capta peculiarmente en sus murmuraciones contra el clima, aunque el resultado del año demuestre la necedad de sus quejas. Los creyentes deben evitar esto: ningún día es malo, porque Dios lo hace, aunque nosotros podemos hacer mucho mal con nuestros pecados.

Vv. 14—20. Los pensamientos correctos sobre las obras de Dios nos ayudarán a reconciliarnos con todas sus providencias. Como Dios tiene un fuerte viento norte que congela, así también tiene un viento sur que derrite y compone: el Espíritu es comparado con ambos porque Él convence de pecado y consuela, Cantares iv, 16. Los mejores hombres están muy a oscuras tocante a las perfecciones gloriosas de la naturaleza divina y el gobierno divino. Aquellos que, por gracia, saben mucho de Dios, nada saben comparado con lo que hay que saber, y lo que se dará a conocer, cuando venga Aquel que es perfecto.

Vv. 21—24. Eliú concluye su discurso con grandes expresiones de la gloria de Dios. La luz siempre es, pero no siempre se ve. Cuando las nubes se interponen, se oscurece el sol en el día claro. La luz del favor de Dios brilla siempre hacia sus siervos fieles, aunque no siempre se vea. Los pecados son nubes y a menudo nos impiden ver esa luz brillante que está en el rostro de Dios. También, como esas nubes espesas de pena que a menudo oscurecen nuestras mentes, el Señor tiene un viento que pasa y las aclara. ¿Cuál es ese viento? Es su Espíritu Santo. Como el viento disipa y barre las nubes que se juntan en el aire, así mismo el Espíritu de Dios aclara nuestras almas de las nubes y nieblas de la ignorancia e incredulidad, del pecado y la lujuria. El Espíritu Santo de Dios nos libra de todas esas nubes en la obra de regeneración. El Espíritu Santo nos libera de todas las nubes que turban nuestra conciencia, en la obra del consuelo. —Ahora que Dios está por hablar, Eliú dice unas pocas palabras, como resumen de todo su discurso. La majestad de Dios es inmensa. Tarde o temprano todos los hombres le temerán.

CAPÍTULO XXXVIII

Versículos 1—3. *Dios invita a Job a responder.* 4—11. *Dios interroga a Job.* 12—24. *Acerca de la luz y las tinieblas.* 25—41. *Acerca de otras poderosas obras.*

Vv. 1—3. Job había acallado, pero no convencido a sus amigos. Eliú había silenciado a Job, pero no lo había llevado a reconocer su culpa ante Dios. El Señor quiso intervenir. El Señor humilla a Job en su discurso y lo lleva a arrepentirse de sus apasionadas expresiones acerca de los tratos providenciales con él; hace esto invitando a Job a que compare el ser de Dios desde la eternidad hasta la eternidad con su propio tiempo, el conocimiento de todas las cosas que tiene Dios, con su propia ignorancia; y el omnipotente poder de Dios con su propia debilidad. Oscurecer con nuestra

necedad los consejos de la sabiduría de Dios es una provocación grande para Él. La fe humilde y la obediencia sincera ven más lejos y mejor en la voluntad de Dios.

Vv. 4—11. Para humillar a Job, aquí Dios le demuestra su ignorancia aun acerca de la tierra y el mar. Como no podemos hallar defecto en la obra de Dios, así no debemos temerla. Las obras de su providencia y la obra de la creación nunca pueden ser rotas; y la obra de la redención no es menos firme, porque de ella el mismo Cristo es Fundamento y Piedra angular. La iglesia está tan firme como la tierra.

Vv. 12—24. El Señor interroga a Job para convencerlo de su ignorancia y avergonzarlo por su necedad de dar recetas a Dios. Si así nos probamos, pronto seremos llevados a reconocer que lo que sabemos es nada comparado con lo que no sabemos. Por la tierna misericordia de nuestro Dios, nos ha visitado la Aurora de lo alto, da luz a los que están en tinieblas, cuyos corazones se moldean con ella como el barro toma la forma de su sello, 2 Corintios iv, 6. Se dice que la manera de Dios de gobernar el mundo está en el mar; esto significa que nos está oculta. —Asegurémonos de que las puertas del cielo nos sean abiertas al otro lado de la muerte y, entonces, no tendremos que temer que se abran las puertas de la muerte. —Presuntuoso es que nosotros, que no percibimos el ancho de la tierra, nos metamos en la profundidad de los consejos de Dios. No debemos contar como día perpetuo al mediodía más esplendoroso, ni desesperar que la mañana se convierta en la medianoche más tenebrosa; esto se aplica a nuestra condición interior y a la exterior. ¡Qué necedad es luchar contra Dios! ¡Cuánto más nos interesa procurar la paz con Él y mantenernos en su amor!

Vv. 25—41. Hasta aquí Dios ha formulado preguntas a Job para demostrarle su ignorancia; ahora, Dios le demuestra su debilidad. Como es poco lo que él *sabe*, no debiera objetar los consejos divinos; como es poco lo que puede *hacer*, no debiera oponerse a los caminos de la Providencia. Obsévese la completa suficiencia de la Providencia divina; tiene todo lo necesario para satisfacer los deseos de todo ser viviente. Aquel que cuida a los polluelos de los cuervos, ciertamente no le faltará a su pueblo. Dado que éste es sólo uno de muchos ejemplos de la compasión divina, nos da la ocasión para pensar cuánto bien hace nuestro Dios cada día, más allá de lo que nos damos cuenta. Cada vistazo que damos a sus perfecciones infinitas, debiera recordarnos su derecho a nuestro amor, lo malo de pecar contra Él y la necesidad que tenemos de su misericordia y salvación.

CAPÍTULO XXXIX

Dios interroga a Job sobre diversos animales.

El Señor sigue humillando a Job con estas preguntas. Se habla de diversos animales en este capítulo, cuya naturaleza o situación demuestra, en particular, el poder, la sabiduría y las múltiples obras de Dios. —El asno salvaje. Mejor es trabajar y ser bueno para algo que deambular sin rumbo definido y ser bueno para nada. En lo indomable de esta y otras criaturas podemos ver que no somos buenos para dar leyes a la Providencia, puesto que ni siquiera podemos domar un pollino salvaje. —El unicornio, criatura orgullosa, imponente y fuerte. Es capaz de servir, pero no tiene la disposición; Dios desafía a Job que lo fuerce a eso. Gran misericordia es si Dios pone fuerza donde pone corazón para servir; por eso debemos orar y convencernos razonablemente, cosa que los brutos no pueden hacer. —No siempre son los dones más valiosos los que brindan el mayor espectáculo. ¿Quién no preferiría tener la voz del ruiseñor antes que la cola del pavo real; el ojo del águila y sus alas poderosas, y el afecto natural de la cigüeña antes que las bellas plumas del avestruz que nunca puede elevarse de la tierra y que no tiene afecto natural? —La descripción del caballo de guerra ayuda a

entender el carácter de los pecadores presuntuosos. Cada uno se va por su rumbo como el caballo carga en la batalla. Cuando el corazón del hombre está totalmente dispuesto a hacer el mal y es llevado por mal camino por la violencia de sus apetitos y pasiones, no hay forma de hacer que tema la ira de Dios y las fatales consecuencias del pecado. Los pecadores seguros piensan que están a salvo en sus pecados, como el águila en su nido de las hendiduras de las altas rocas, pero, Yo los derribaré de ahí, dice el Señor, Jeremías xlix, 16. Todas estas hermosas referencias a las obras de la naturaleza deben enseñarnos el enfoque correcto de las riquezas de la sabiduría de Aquel que hizo y sostiene todas las cosas. La falta de una visión correcta de la sabiduría de Dios, que siempre está presente en todas las cosas, condujo a Job a pensar y a hablar indignamente de la Providencia.

CAPÍTULO XL

Versículos 1—5. *Job se humilla ante Dios.* 6—14. *El Señor razona con Job para mostrar su justicia, poder y sabiduría.* 15—24. *El poder de Dios en el behemot.*

Vv. 1—5. La comunión con el Señor convence y humilla efectivamente al santo y lo alegra de alejarse de sus pecados más apreciados. Es necesario estar totalmente convencido y humillado como preparación para liberaciones notables. Después que Dios hubo mostrado a Job lo incapaz que era de juzgar los métodos y designios de la Providencia, por su manifiesta ignorancia de las obras de la naturaleza, le plantea una pregunta convincente: ¿El que contiende con el Todopoderoso va a darle instrucciones? Ahora Job empieza a derretirse en santo pesar; no se rindió cuando sus amigos razonaron con él, pero la voz del Señor es poderosa. Cuando llega el Espíritu de verdad, Él convence. Job se rinde a la gracia de Dios. Se confiesa ofensor y nada tiene que decir para justificarse. Ahora entiende que ha pecado y, por tanto, se califica de vil. El arrepentimiento cambia la opinión que de sí mismos tienen los hombres. Ahora Job está convencido de su error. Quienes son verdaderamente sensibles a su pecaminosidad y vileza, no se atreven a justificarse ante Dios. Él notó que era una pobre criatura pecadora, necia y mala, que no debiera haber dicho una sola palabra contra la conducta divina. Un vistazo de la naturaleza santa de Dios anonada al rebelde más contumaz. Entonces, ¿cómo podrá soportar el malo ver su gloria en el día del juicio? Porque cuando veamos esta gloria revelada en Jesucristo seremos humillados sin ser aterrorizados; la humillación de sí mismo concuerda con el amor filial.

Vv. 6—14. Los que reciben provecho de lo que han oído de Dios, oirán más de Él. Los que están verdaderamente convencidos de pecado, necesitan, no obstante, ser más planamente convencido y ser más humillados. Sin duda, Dios, y sólo Él, tiene poder de humillar y de abatir a los hombres soberbios; Él tiene sabiduría para saber cuándo y cómo hacerlo, y no nos corresponde a nosotros enseñarle la forma de gobernar el mundo. Nuestras manos no pueden salvarnos recomendándonos a la gracia de Dios, mucho menos puede rescatarnos de su justicia; en consecuencia, debemos encomendarnos a sus manos. La renovación del creyente se realiza a través del mismo camino de convicción, humillación y vigilancia contra el pecado que resta, como en la conversion al principio. Cuando nos convencemos de muchos males en nuestra conducta, necesitamos todavía ser convencidos de muchos más.

Vv. 15—24. Para demostrar con nuevas pruebas su poder, Dios describe dos animales enormes, que superan en mucho al hombre en tamaño y fuerza. Behemot significa bestia. La mayoría lo identifica con un animal conocido en Egipto, el hipopótamo, o caballo de río. Este enorme animal se presenta como argumento para humillarnos delante del gran Dios; porque Él creó este enorme animal, tan temible y hecho en forma maravillosa. Toda fortaleza de este y otras bestias, ha sido

derivada de Dios. —Él que creó el alma de los hombres, conoce todos los caminos que conducen a ella, y puede hacer que la espada de justicia, su ira, se acerque y la toque. Todo hombre piadoso tiene armas espirituales, toda la armadura de Dios, para resistir y vencer al tentador, para que su alma inmortal esté a salvo, sin importar lo que llegue a ser de su frágil carne y de su cuerpo mortal.

CAPÍTULO XLI

Acerca del leviatán

La descripción del leviatán va a convencer más aun a Job de su propia debilidad y de la omnipotencia de Dios. Se discute si el leviatán era una ballena o un cocodrilo. —Habiendo mostrado a Job cuán incapaz era de vérselas con el leviatán, el Señor manifiesta su poder en esa poderosa criatura. Si tal lenguaje describe la terrible fuerza del leviatán, ¿con qué palabras se podría expresar el poder de la ira de Dios? Bajo una sensación humillante de nuestra propia vileza, veneremos a la Majestad Divina; tomemos y ocupemos el lugar asignado, dejemos nuestra sabiduría propia y demos toda la gloria a nuestro bondadoso Dios y Salvador. Recordando de donde viene toda buena dádiva y para qué finalidad ha sido dada, andemos humildemente con el Señor.

CAPÍTULO XLII

Versículos 1—6. *Job se somete humildemente a Dios.* 7—9. *Job intercede por sus amigos.* 10—17. *Renovación de su prosperidad.*

Vv. 1—6. Ahora Job entendía su culpa; él ya no hablaría más para excusarse; se aborrecía por pecador de corazón y vida, especialmente por murmurar contra Dios y asumió la vergüenza. Cuando el entendimiento es iluminado por el Espíritu de gracia, nuestro conocimiento de las cosas divinas excede en mucho al que teníamos antes, así como el ver con nuestros ojos excede lo que se nos informa y lo que es de conocimiento común. Por la enseñanza de los hombres, Dios revela su Hijo *a* nosotros, pero por la enseñanza de su Espíritu revela a su Hijo *en* nosotros, Gálatas i, 16, y nos cambia a su misma imagen, 2 Corintios iii, 18. Nos corresponde humillarnos profundamente por los pecados de los cuales somos convictos. Aborrecerse a sí mismo es siempre la compañía del arrepentimiento verdadero. El Señor llevará a los que ama, a que le adoren aborreciéndose a sí mismos; mientras la gracia verdadera siempre los llevará a confesar sus pecados sin justificarse.

Vv. 7—9. Después que el Señor hubo convencido y humillado a Job, llevándolo al arrepentimiento, lo reconoce, lo consuela y le da honores. —El diablo se había propuesto demostrar que Job era hipócrita y sus tres amigos lo condenaron por malo; pero si Dios dice: Bien hecho, buen siervo fiel, de escasa importancia es que alquien diga lo contrario. Los amigos de Job habían hecho mal ante Dios, al hacer de la prosperidad una marca de la iglesia verdadera, y de la aflicción la prueba cierta de la ira de Dios. Job, más que sus amigos, había referido las cosas al juicio futuro y al estado futuro; por tanto, dijo de Dios lo que era bueno, mejor de lo que habían hecho sus amigos. Y como Job oró y ofreció sacrificios por quienes habían contristado y herido su espíritu, así Cristo oró por sus perseguidores, y siempre vive, intercediendo por los transgresores. Los amigos de Job eran hombres buenos y eran de Dios y Él no los iba a dejar en su error, no más que a Job; pero habiéndo humillado a Job con su discurso desde el torbellino, toma otro camino para humillarlos a ellos. —

Ellos no tienen que discutir de nuevo el asunto; tienen que ponerse de acuerdo para un sacrificio y una oración, y eso debe reconciliarlos. Quienes difieren en su juicio sobre cosas menores, siendo uno en Cristo, el gran Sacrificio, deben en consecuencia amarse y soportarse unos a otros. Cuando Dios se enojó con los amigos de Job, los puso en camino de hacer la paz con Él. Nuestras peleas con Dios siempre empiezan de parte nuestra, pero hacer la paz empieza de la suya. La paz con Dios se tiene solamente a su manera y según sus condiciones. Estos nunca parecerá duros a quienes sepan valorar esta bendición: como los amigos de Job, se alegrarán con cualquier condición por humillante que sea. Job no se ofendió con sus amigos, sino que, estando Dios bondadosamente reconciliado con él, fue fácilmente reconciliado con ellos. En todas nuestras oraciones y servicios debemos apuntar a ser aceptados por el Señor; no a ser elogiados por los hombres, sino complacer a Dios.

Vv. 10—17. Al comienzo de este libro tenemos como ejemplo la paciencia de Job sometida a problemas; aquí, para nuestra exhortación a seguir ese ejemplo, tenemos su final feliz. Sus problemas empezaron con la maldad de Satanás, que Dios limitó; su restauración empezó con la misericordia de Dios, a la que Satanás no se pudo oponer. La misericordia no retornó cuando Job disputaba con sus amigos, sino cuando oró por ellos. Se sirve y se complace a Dios con nuestras cálidas devociones, no con nuestras cálidas discusiones. —Dios duplicó las posesiones de Job. Podemos perder mucho *para* el Señor, pero no perderemos nada *por* Él. Sea que el Señor nos dé o no salud y bendiciones temporales, si sufrimos pacientemente conforme a su voluntad, al final seremos felices. La fortuna de Job aumentó. La bendición del Señor enriquece; Él es quien nos da poder para obtener riqueza y nos da éxito en las empresas honestas. Los últimos días de un hombre bueno, a veces resultan ser los mejores; sus últimas obras, las mejores; sus últimos consolaciones, las mejores; porque su senda, como la luz de la aurora, va en aumento hasta que el día es perfecto.

SALMOS

David es el autor de la mayoría de los salmos, pero evidentemente, algunos fueron compuestos por otros escritores, y aun se duda de quién fue el autor de algunos salmos. No obstante, todos fueron escritos por inspiración del Espíritu Santo. Ninguna otra parte del Antiguo Testamento es más frecuentemente citada o referida en el Nuevo Testamento que esta. Cada salmo apunta directamente a Cristo, sea a su Persona, y su carácter u oficios o puede dirigir hacia Él los pensamientos del creyente. Los salmos son el lenguaje del corazón del creyente, sea para lamentarse por el pecado, para expresar la sed de Dios o regocijarse en Él. Sea que estén cargados de aflicción, luchen con la tentación o triunfen en la esperanza o gozo de la liberación; sea que admiren las perfecciones divinas, agradezcan a Dios sus misericordias, mediten en sus verdades o se deleiten en su servicio, forman una norma de vida divinamente establecida por la cual podemos juzgarnos a nosotros mismos. El valor de ellos, desde este punto de vista, es muy grande, y su uso aumentará con el crecimiento del poder de la verdadera religión en el corazón. El Espíritu nos ayuda a orar usando las expresiones del salmista. Si nos familiarizamos con los salmos, en todo lo que pidamos ante el trono de la gracia, confesión, petición o acción de gracias, podemos ser asistidos por ellos. Cualquiera sea la devota emoción que nos embarga, un deseo piadoso o una esperanza santa, tristeza o gozo, en los salmos podemos encontrar las palabras para revestirla, un hablar sano que no puede ser condenado. En el lenguaje de este libro divino se han elevado al trono de la gracia las oraciones y las alabanzas de la iglesia cada siglo.

SALMO I

Versículos 1—3. *La santidad y la felicidad del hombre piadoso.* 4—6. *La pecaminosidad y la desgracia del hombre malo.—La base y la razón de ambos.*

Vv. 1—3. Meditar en la palabra de Dios es discurrir con nosotros mismos acerca de las grandes cosas en ella contenidas, con una íntima aplicación de la mente y concentración en el pensar. Debemos referirnos constantemente a la palabra de Dios como regla de nuestras acciones, y fuente de nuestro consuelo; y hemos de tenerla en nuestros pensamientos noche y día. Con este propósito no hay momento que no sea oportuno.

Vv. 4—6.— Los impíos son el revés de los justos, tanto en carácter como en estado. Los impíos *no* son *así*, versículo 4; son guiados por el consejo del malo, por el camino de los pecadores hacia la sede del escarnecedor; no se deleitan en la ley de Dios; no dan fruto, sino lo que es malo. Los justos son como árboles fértiles y útiles: los impíos son como tamo que el viento se lleva; el polvo que el dueño del suelo desea eliminar, porque no sirve para nada. No son valiosos según Dios, por muy alto que se valoren a sí mismos. Son fácilmente llevados de aquí para allá por todo viento de tentación. La cizaña puede estar entre el trigo por un tiempo pero con la hoz aguda en su mano viene Aquel que purgará cabalmente su suelo. Quienes, por su propio pecado y necedad son como cizaña, se encontrarán ante el torbellino y el fuego de la ira divina. El destino del impío está fijado, pero cada vez que el pecador se sensibiliza en cuanto a su culpa y miseria, puede ser admitido por Cristo, el camino vivo, en la compañía de los justos y llegar a ser nueva criatura en Cristo. Ahora tiene nuevos deseos, nuevos placeres, esperanzas, temores, penas, compañías y ocupaciones. Sus

pensamientos, palabras y acciones son cambiados. Entra en un nuevo estado y tiene un carácter nuevo. He aquí, todas las cosas son hechas nuevas por la gracia divina, que cambia su alma a la imagen del Redentor. ¡Cuán diferente es el carácter y el final del impío!

SALMO II

Versículos 1—6. *Amenazas contra los enemigos del reino de Cristo.* 7—9. *Promesas a Cristo como Cabeza del reino.* 10—12. *Consejo a todos, para que abracen sus intereses.*

Vv. 1—6. Aquí se nos dice quiénes aparecerán como adversarios de Cristo. Como este mundo es el reino de Satanás, los inconversos de todo rango, partido y carácter, son incitados por él a oponerse a la causa de Dios, aunque los príncipes de la tierra han sido generalmente los más activos. Las verdades y los preceptos del cristianismo están en contra de los proyectos mundanos ambiciosos y contra las lujurias. Se nos dice a qué apuntan ellos en esta oposición. Ellos romperán las ligaduras de la conciencia y echarán las cuerdas de los mandamientos de Dios; no los recibirán sino que los arrojarán tan lejos como puedan. Esos enemigos no pueden mostrar una buena causa para oponerse a un gobierno justo y santo que, si fuera recibido por todos, traería el cielo a la tierra. No pueden esperar el éxito al oponerse a un reino tan poderoso. El Señor Jesús tiene toda potestad en cielo y tierra y es la Cabeza de la iglesia por sobre todas las cosas, a pesar de los incansables esfuerzos de sus enemigos. El trono de Cristo está establecido en su iglesia, esto es, en el corazón de los creyentes.

Vv. 7—9. El reino del Mesías se fundamenta en un decreto eterno de Dios Padre. A este se refiere a menudo nuestro Señor Jesús, por cuanto se gobernaba por él. Dios le había dicho, Tú eres mi Hijo, y conviene a cada uno de nosotros decirle: Tú eres mi Señor, mi Soberano. Al pedir a los paganos como herencia, el Hijo desea la felicidad de ellos en Él; así que ruega por ellos, vive siempre para hacerlo, y es poderoso para salvar hasta lo sumo, y tendrá multitudes de súbditos leales, voluntarios, entre ellos. Los cristianos son la heredad del Señor Jesús; son para Él un nombre y una alabanza. Dios Padre se los da a Cristo cuando, por Su Espíritu y gracia, obra en ellos para llevarlos al Señor Jesús.

Vv. 10—12. En cualquier cosa en que nos regocijemos en este mundo, debe ser siempre con temblor, debido a la incertidumbre de todas las cosas. Acoger bien a Jesucristo y someterse a Él, es nuestra sabiduría e interés. Que Él os sea muy querido y precioso; amadle por sobre todas las cosas, amadle con sinceridad, amadle mucho, como lo amaba la mujer, a la cual mucho se le perdonó, y como señal de esto, besó sus pies, Lucas vii, 38. Y con un beso de lealtad uníos a este yugo y someteos para ser gobernados por sus leyes, dispuestos por su providencia y enteramente consagrados a su causa. —La incredulidad es un pecado contra el único remedio. Para vosotros será completa la destrucción; no sea que perezcáis *en* el camino de vuestros pecados y *desde* el camino de vuestras vanas esperanzas; para que vuestro camino no perezca, no sea que perdáis el camino a la felicidad. Cristo es el camino; obedeced, no sea que seáis cortados de Él como vuestro camino a Dios. Pensaban que estaban en el camino, pero rechazando a Cristo, perecieron. Bienaventurados en el día de ira los que confiando en Cristo, le han hecho su Refugio.

SALMO III

Versículos 1—3. *David se queja a Dios de sus enemigos y confía en Dios.* 4—8. *Triunfa sobre sus temores, da la gloria a Dios, y toma el consuelo para sí mismo.*

Vv. 1—3. El creyente activo, mientras más es abatido por Dios, ya sea por las reprensiones de la providencia o los reproches de sus enemigos, tomará una postura más firme y se unirá más estrechamente con Él. El hijo de Dios se sobresalta ante la sola idea de perder la esperanza de tener ayuda en Dios. Véase qué es Dios para su pueblo, lo que será, lo que hallamos en Él, lo que David encontró en Él. —1. Seguridad: un escudo para mí; lo cual denota la ventaja de esa protección. —2. Honra; a quienes Dios reconoce como suyos, tienen verdadera honra sobre ellos. —3. Gozo y liberación. Si el pueblo de Dios levanta su cabeza con gozo en el peor de los momentos, sabiendo que todo les ayudará a bien, reconocerán a Dios como Quien les da motivo y corazón para regocijarse.

Vv. 4—8. Los cuidados y la tristeza nos hacen bien, cuando nos llevan a orar fervorosamente a Dios. David siempre halló que Dios estaba dispuesto a responder sus oraciones. Nada puede poner una separación entre las comunicaciones de la gracia de Dios a nosotros, y la obra de su gracia en nosotros; entre su favor y nuestra fe. Siempre había estado a salvo bajo la protección divina. Esto se aplica a las misericordias comunes de cada noche, por las cuales damos gracias cada mañana. Muchos se acuestan y no pueden dormir por dolor del cuerpo, por angustia mental o por la alarma continua del terror nocturno. Pero aquí más bien parece que se refiere a la calma del espíritu de David en medio del peligro. El Señor lo puso en paz por su gracia y por las consolaciones de su Espíritu. Gran misericordia es que nuestra mente persevere en Dios cuando estamos con problemas. —Contemplad al Hijo de David que se calma para su reposo sobre la cruz, ese lecho de dolores, encomendando su Espíritu a las manos del Padre con plena confianza de la gozosa resurrección. Contempla esto, oh cristiano: deja que la fe te enseñe a dormir y a morir; mientras te asegura que así como dormir es una muerte corta, la muerte es sólo un dormir prolongado; el mismo Dios te cuida en tu lecho y en tu tumba. —La fe de David llegó a ser triunfante. Él empezó el salmo con quejas de la fuerza y malicia de sus enemigos, pero concluye regocijándose en el poder y la gracia de su Dios y, ahora, ve más con él que contra él. La salvación pertenece a Jehová; Él tiene poder para salvar aunque el peligro sea inmenso. Todos los que tienen al Señor como su Dios, están seguros de la salvación; porque el que es el Dios de ellos es el Dios de la salvación.

SALMO IV

Versículos 1—5. *Los hijos de los hombres son probados y la felicidad del pueblo santo.* 6—8. *El favor de Dios es felicidad.*

Vv. 1—5. Respóndeme por tu misericordia, es nuestro mejor ruego. El que no pida bendiciones como el perdón, la justificación y la vida eterna, debe perecer por falta de ellas. ¡Ay!, que tantos hagan una decisión tan terrible. El salmista advierte contra el pecado. Guardad con santa reverencia la gloria y majestad de Dios. Vosotros tenéis mucho que decir a vuestros corazones, habladles, que no os quedáis sin decirlo. Examinaos con seria reflexión; que vuestros pensamientos se ajusten a lo bueno, y se mantengan cerca de eso. Considerad vuestros caminos y antes de iros a dormir por la noche, examinad vuestra conciencia sobre lo que han hecho en el día; particularmente lo que hicieron mal, para que os arrepintáis. Cuando os despertéis en la noche, meditad en Dios y en las cosas que convienen a vuestra paz. Debemos considerar nuestros caminos particularmente cuando estamos enfermos. Callad. Cuando hayáis preguntado algo a la conciencia, quedaos serios, callados, esperad una respuesta. No abráis la boca para excusar el pecado. Toda la confianza debe ponerse en

la gracia gratuita de Dios, que por la sola fe justifica al verdadero convertido: por tanto, después de ordenar los sacrificios de justicia, el salmista dice: Confiad en Jehová.

Vv. 6—8. La gente mundana busca lo bueno, pero no el sumo bien; todo lo que quieren es el bien externo, el bien presente, el bien parcial, buena carne, buena bebida, un buen negocio, y una buena situación; pero, ¿de qué sirve todo eso? Todo bien sirve para la gestión de la mayoría de los hombres, pero el alma bondadosa no será dejada de lado. Señor, que tengamos tu favor, y haznos saber que lo tenemos, no deseamos más; déjanos satisfacernos *de* tu bondad y estaremos satisfechos *con* ella. Muchos buscan la felicidad, pero David la halló. Cuando Dios pone gracia en el corazón, pone felicidad en el corazón. Así consolado, se lamentó, pero nunca envidió ni temió al pecador más próspero. Encomienda todos sus asuntos a Dios, y está preparado para acoger bien su santa voluntad. La salvación es solo en Cristo; ¿dónde aparecerán aquellos que le desprecian como su Mediador y le insultan en sus discípulos? Que veneren y no pecar más contra el único remedio.

SALMO V

Versículos 1—6. *Dios oirá ciertamente la oración: David da la gloria a Dios y se queda con el consuelo.* 7—12. *Él oró por sí mismo que Dios le guiara, y por todo el pueblo del Señor, que Dios les diera gozo y los mantuviera a salvo.*

Vv. 1—6. Dios es un Dios que oye la oración. Siempre ha sido así, y sigue como siempre dispuesto a oír la oración. El principio más alentador de la oración y el ruego más poderoso es mirarlo a Él como *nuestro* Rey y *nuestro* Dios. David también ora a un Dios que odia el pecado. El pecado es necedad y los pecadores son los más grandes de los necios; necios por propia hechura. La gente mala odia a Dios; son justamente odiados por Él, y esta será su miseria y su ruina eterna. Aprendamos la importancia de la verdad y de la sinceridad en todos los asuntos de la vida. Los mentirosos y los asesinos se parecen al diablo y son sus hijos, por tanto, bien puede esperarse que Dios los aborrezca. Este era el carácter de los enemigos de David y, como tales, siguen siendo enemigos de Cristo y de su pueblo.

Vv. 7—12. David solía orar a solas, aunque era muy constante para ir a la adoración pública. La misericordia de Dios siempre debe ser el fundamento de nuestra esperanza y de nuestro gozo en todo que tengamos que hacer con Él. —Aprendamos a orar, no sólo por nosotros, también por los demás; que la gracia sea con todos los que aman a Cristo con sinceridad. La divina bendición desciende sobre nosotros por medio de Jesucristo, el recto o el justo, de la manera que antes venía sobre Israel por medio de David, a quien Dios protegió y puso en el trono. Tú, oh Cristo, eres el Salvador justo, eres el Rey de Israel, eres la fuente de bendición para todos los creyentes; tu favor es la defensa y la protección de tu iglesia.

SALMO VI

Versículos 1—7. *El salmista suplica contra la ira de Dios y ruega el retorno de su favor.* 8—10. *Se asegura una respuesta de paz.*

Vv. 1—7. Estos versículos hablan el lenguaje de un corazón verdaderamente humillado, de un espíritu quebrantado y contrito bajo grandes aflicciones, enviada para despertar la conciencia y mortificar la corrupción. La enfermedad le trajo a su memoria el pecado y la consideró como señal del desagrado de Dios. La aflicción de su cuerpo será tolerable, si tiene consuelo en su alma. La queja más dolorosa de Cristo en sus padecimientos, fue la aflicción de su alma y la falta de la sonrisa de su Padre. —Cada página de la Escritura proclama el hecho de que la salvación pertenece sólo al Señor. El hombre es pecador, cuyo caso sólo puede ser alcanzado por la misericordia; y nunca la misericordia se destaca más que al restaurar a los descarriados. —Podemos orar con buena razón que si es voluntad de Dios, y si Él aún tiene alguna obra para que nosotros o nuestros amigos hagamos en este mundo, nos salve la vida o los salve para servirle aún. Irse y estar con Cristo es lo más dichoso para los santos, pero quedarse en la carne es más provechoso para la iglesia.

Vv. 8—10. ¡Qué cambio súbito hay aquí! Habiendo dado a conocer su pedido a Dios, el salmista está confiado en que su pena se convertirá en gozo. Por la obra de la gracia de Dios en el corazón, él sabe que su oración es aceptada y no duda que será contestada a su debido tiempo. Sus oraciones serán aceptadas, viniendo de las manos de Cristo el Mediador. La palabra significa oración elevada a Dios, el Juez justo, como Dios de su justicia, el cual iba a defender su causa e iba a enderezar sus errores. El creyente puede ir a Dios como Dios justo, por medio de la sangre y la justicia de Cristo, y rogarle perdón y limpieza, porque Él es fiel y justo de darlas. Ora por la conversión de sus enemigos, o anuncia su destrucción.

SALMO VII

Versículos 1—9. *El salmista ora a Dios para que alegue su causa y juzgue por él.* 10—17. *Él expresa confianza en Dios y le dará la gloria de su liberación.*

Vv. 1—9. David huye a Dios en busca de socorro. Pero solo Cristo puede invocar al Cielo para que atestigue su rectitud en todas las cosas. Todas sus obras fueron hechas en justicia y el príncipe de este mundo no encontró nada de qué acusarlo justamente. Pero por nosotros Él sufrió todos los males, sometiéndose a ser acusado de culpa, pero siendo inocente, triunfó sobre todos ellos. El alegato es "porque el Dios justo prueba la mente y el corazón". Él conoce la maldad secreta del malo y cómo llevarla a un fin; Él es el testigo de la sinceridad secreta del justo y tiene maneras de establecerla. —Cuando un hombre ha hecho la paz con Dios por todos sus pecados, en función de la gracia y la misericordia, por medio del sacrificio del Mediador, puede apelar a la justicia de Dios para decidir, en contraste con sus enemigos.

Vv. 10—17. David confía que hallará a Dios, su poderoso Salvador. La conversión de los pecadores puede evitar su destrucción; porque la amenaza es que si no se convierte de su mal camino, que espere su ruina. Pero entre las amenazas de la ira, tenemos un ofrecimiento bondadoso de misericordia. Dios advierte a los pecadores de su peligro y les da lugar a que se arrepientan y lo impidan. Él es lento para castigar y muy paciente con nosotros y no quiere que nadie perezca. Se describe al pecador en los versículos 14—16, como esforzándose más por arruinar su alma que por salvarla, si fuera bien dirigido. En un sentido, esto es verdad en todos los pecadores. Miremos al Salvador en todas nuestras tribulaciones. Bendito Señor, danos gracia para mirarte en el camino de la tribulación, ir ante tu iglesia y tu pueblo, marcando el camino por tu propio ejemplo inmaculado. En todas las persecuciones en que nuestras tribulaciones menores marcan nuestro camino, que el mirar a Jesús anime nuestra mente y consuele nuestro corazón.

SALMO VIII

Versículos 1—2. *Dios debe ser glorificado, por dársenos a conocer.* 3—9. *Y por hacer que los cuerpos celestes sean útiles al hombre, poniéndole a él, por eso, un poco más abajo que los ángeles.*

Vv. 1, 2. El salmista procura dar a Dios la gloria debida a su nombre. ¡Cuán brillante reluce esta gloria aun en este mundo inferior! Es nuestro porque Él nos hizo, nos protege y tiene especial cuidado de nosotros. Su nacimiento, su vida, su ministerio, sus milagros, su sufrimiento, su muerte, su resurrección y su ascensión son conocidas en todo el mundo. Ningún nombre es tan universal, ningún poder e influencia tan generalmente sentida como el del Salvador de la humanidad. Pero, ¡cuánto más brillante reluce en el mundo superior! En esta tierra nosotros sólo oímos el excelente nombre de Dios y lo alabamos; pero Él es excelso muy por encima hasta de la bendición y alabanza. —A veces la gracia de Dios aparece maravillosamente en los niños pequeños. A veces el poder de Dios hace que pasen cosas grandiosas en su iglesia, por medio de instrumentos débiles e improbables, para que pueda aparecer más evidentemente que la excelencia del poder es de Dios y no del hombre. Él hace esto debido a sus enemigos, para acallarlos.

Vv. 3—9. Tenemos que considerar los cielos para que el hombre sea así dirigido a poner su afecto en las cosas de arriba. ¡Qué es el hombre, criatura tan baja, que es así honrado! ¡Criatura tan pecadora que deba ser así favorecida! El hombre tiene dominio soberano sobre las criaturas inferiores, bajo Dios, y es nombrado señor de ellas. Esto se refiere a Cristo. En Hebreos ii, 6–8 el apóstol muestra para probar el dominio soberano de Cristo, que Él es aquel hombre, aquel Hijo del Hombre, del cual se habla aquí, a quien Dios le ha hecho tener dominio sobre las obras de sus manos. El favor más grande hecho a la raza humana fue ejemplificado en el Señor Jesús. Con buena razón el salmista concluye como empezó: ¡Señor, cuán grande es tu nombre en toda la tierra, que ha sido honrado con la presencia del Redentor, y todavía es iluminado por su evangelio, y gobernado por su sabiduría y poder! ¿Qué palabras pueden alcanzar sus alabanzas, de Aquel que tiene el derecho a nuestra obediencia por ser nuestro Redentor?

SALMO IX

Versículos 1—10. *David alaba a Dios por proteger a su pueblo.* 11—20. *Y por causa para alabarle.*

Vv. 1—10. Si queremos alabar a Dios aceptablemente, debemos alabarle con sinceridad, con todo nuestro corazón. Cuando damos gracias por alguna misericordia en particular, debemos recordar sus misericordias anteriores. No debemos regocijarnos en la dádiva tanto como en el Dador. Los triunfos del Redentor deben ser los triunfos del redimido. —La omnipotencia de Dios es tal que Sus enemigos más fuertes y empecinados no pueden resistir. Estamos seguros que el juicio de Dios es según verdad y que en Él no hay injusticia. Por fe su pueblo puede acudir a Él como Refugio de ellos, y puede confiar en su poder y en su promesa y descansar en Él. Quienes saben que Él es el Padre eterno, le confiarán sus almas como cuidado principal, y confiarán en Él en todo tiempo, aun en el final, y por el cuidado constante procurarán ser aprobados por Él en todo el curso de sus vidas. ¿Quién es el que no busca a Aquel que nunca ha abandonado a quienes le buscan?

Vv. 11—20. Quienes creen que Dios es para ser grandemente alabado, no sólo desean alabarle mejor; también desean que otros se unan a ellos. Vendrá el día en que se verá que Él no ha olvidado el clamor del humilde, tampoco el grito de la sangre de ellos ni el clamor de sus oraciones. —Nunca

somos llevados tan bajo, tan cerca de la muerte, que Dios no pueda levantarnos. Si nos ha salvado de la muerte espiritual eterna, podemos esperar que en todos nuestros padecimientos Él sea una ayuda muy presente para nosotros. —La providencia soberana de Dios ordena así con frecuencia que los perseguidores y los opresores sean llevados a la ruina por los proyectos que formaron para destruir al pueblo de Dios. Los borrachos se matan; los pródigos mendigan; los contenciosos se acarrean mal a ellos mismos: así los pecados de los hombres pueden leerse en sus castigos y queda claro para todos que la destrucción de los pecadores es de ellos mismos. Toda maldad vino originalmente con el malo del infierno; y quienes siguen en el pecado, deben ir a ese lugar de tormento. El verdadero estado, de naciones y de individuos, puede estimarse correctamente por esta sola regla: si en sus obras recuerdan u olvidan a Dios. —David exhorta al pueblo de Dios a que espere su salvación, aunque sea largamente diferida. Dios hará que se vea que nunca se olvidó de ellos: no es posible que se olvidara. Es raro que el hombre, polvo en su origen, pecador por su caída, al que se le recuerda continuamente ambas cosas por todo lo que hay en Él y acerca de Él, deba aún necesitar una aguda aflicción, un grave castigo de parte de Dios, para ser llevado al conocimiento de sí mismo y hacerlo sentir quién es y lo que es.

SALMO X

Versículos 1—11. *El salmista se queja de la maldad del impío.* 12—18. *Pide a Dios que se manifieste para alivio de su pueblo.*

Vv. 1—11. Los alejamientos de Dios son muy penosos para su pueblo en especial en tiempos de tribulación. Nos alejamos de Dios por nuestra incredulidad y, luego, nos quejamos de que Dios se aleja de nosotros. —Las palabras apasionadas contra los hombres malos hacen más mal que bien; si hablamos de su maldad, que sea ante el Señor, en oración; Él puede mejorarlos. El pecador se gloría orgullosamente en su poder y éxito. La gente mala no busca a Dios, esto es, no lo invoca. Ellos viven sin orar, y eso es vivir sin Dios. Tienen muchos pensamientos, muchos objetos y aparatos, pero no piensan en el Señor en ninguno de ellos; no se someten a su voluntad ni buscan su gloria. La causa de esto es el orgullo. Los hombres piensan que los rebaja el ser religiosos. No podrían quebrantar todas las leyes de la justicia y la bondad hacia el hombre, si primero no se hubieran sacudido de todo sentido de religión.

Vv. 12—18. El salmista habla con estupefacción de la maldad del impío y la paciencia y tolerancia de Dios. Dios prepara el corazón para orar, enciende deseos piadosos, fortalece nuestra fe más santa, fija los pensamientos y suscita el afecto y, luego, en su gracia acepta la oración. La preparación del corazón es del Señor, y debemos buscarlo a Él en eso. —Que el creyente pobre, afligido, perseguido o tentado recuerde que Satanás es el príncipe de este mundo y que es el padre de todo impío. Los hijos de Dios no pueden esperar bondad, verdad o justicia de las personas que crucificaron al Señor de la gloria. Pero este Jesús, una vez sufriente, reina ahora como Rey sobre toda la tierra, y de su dominio no habrá fin. Consagrémonos a Él, confiando humildemente en su misericordia. Él rescatará al creyente de toda tentación, y romperá el brazo de todo malvado opresor, y herirá dentro de poco a Satanás bajo nuestros pies. Pero solo en el cielo será eliminado todo pecado y tentación, aunque en esta vida el creyente pruebe anticipadamente su liberación.

SALMO XI

La lucha de David contra la fuerte tentación de desconfiar de Dios, y recurrir a medios indirectos para su propia seguridad en un momento de peligro.

Quienes temen verdaderamente a Dios y le sirven, son bien acogidos cuando depositan su confianza en Él. El salmista antes de relatar su tentación a desconfiar de Dios, deja escrita su resolución de confiar en Él, como aquello por la cual estaba resuelto a vivir y morir. El creyente, aunque no aterrorizado por sus enemigos, puede ser tentado, por los temores de sus amigos, a desertar de su posición o descuidar su obra. Ellos perciben su peligro, pero no su seguridad; ellos le dan consejos que tienen sabor a política mundana más que a sabiduría celestial. Los principios de la religión son los fundamentos sobre los cuales se edifican la fe y la esperanza del justo. Nos corresponde aferrarnos a ellos contra todas las tentaciones a la incredulidad; porque los creyentes serían deshechos si no tuvieran a Dios para recurrir, a Dios para confiar, y una bendición futura que esperar.

La prosperidad de la gente impía en sus malos caminos, y las angustias e inquietudes a las cuales suelen ser sometidos los mejores hombres, son una prueba para la fe de David. No tenemos que decir: ¿Quién irá al cielo a buscarnos allá un Dios en el cual confiar? La palabra está en nosotros y Dios en la palabra; su Espíritu está en sus santos, esos templos vivos y el Señor es aquel Espíritu. Este Dios gobierna al mundo. Podemos saber lo que los hombres parecen ser, pero Dios sabe lo que son, como el orfebre conoce el valor del oro cuando lo ha probado. Se dice que Dios prueba con sus ojos, porque no puede errar ni se le puede imponer algo. —Si Él aflige con sus ojos, es para prueba de ellos, por tanto, es para bien de ellos. Por más que por un momento puedan prosperar los perseguidores y opresores, perecerán por siempre. Dios es un Dios santo y, por tanto, los odia. Él es un Juez justo y, por tanto, los castigará. ¡En qué horrenda tempestad son llevados apresuradamente los malos a la muerte! Todo hombre tiene asignada la porción de su copa. ¡Pecador impenitente, fíjate en tu condena! El último llamamiento al arrepentimiento está por serte dirigido, el juicio es inminente; a través de la sombra tenebrosa de la muerte pasas a la región de la ira eterna. Apresúrate, oh pecador, a la cruz de Cristo. —¿Cómo está el caso entre Dios y nuestra alma? ¿Es Cristo nuestra esperanza, nuestro consuelo, nuestra seguridad? Entonces, y no de otra manera, será el alma llevada a través de todas sus dificultades y conflictos.

SALMO XII

El salmista ruega ayuda de Dios, porque no había nadie entre los hombres en quien se atreviera a confiar.

Este salmo da buenos pensamientos para los malos tiempos; un hombre puede consolarse con tales meditaciones y oraciones. Veamos lo que hace malos a los tiempos, y cuando puede decirse que son así. Pregunta a los hijos del mundo, ¿qué hace que los tiempos sean malos? Y ellos dirán, la escasez de dinero, el deterioro del comercio, y las desolaciones de la guerra hacen que los tiempos sean malos; pero la Escritura radica lo malo de los tiempos en causas de otra naturaleza, 2 Timoteo iii, 1 ss.: vendrán tiempos peligrosos, porque el pecado abundará; y David se queja de esto. Cuando la piedad se deteriora, los tiempos son realmente malos.

El que hizo la boca del hombre lo llamará a rendir cuenta por sus palabras orgullosas, hipócritas y hasta inútiles. Cuando el pobre y el necesitado son oprimidos, entonces son muy malos los tiempos. Dios mismo se fija en la opresión del pobre, y los suspiros de los necesitados. Cuando abunda la maldad y es tolerada por los que estan en autoridad, entonces los tiempos son muy malos.

—Véase qué cosas buenas se nos proporcionan aquí para esos malos tiempos; no podemos decir para qué tiempos hemos sido reservados. —1. Tenemos un Dios al cual acudir, del cual podemos pedir y esperar el arreglo de todas nuestras molestias. —2. Ciertamente Dios castigará y reprimirá a los hombres falsos y orgullosos. —3. Dios obrará la liberación de su pueblo oprimido. Su ayuda es dada en el tiempo más oportuno. Aunque los hombres sean infieles, Dios es fiel; aunque ellos no son confiables, Dios lo es. —La preciosidad de la palabra de Dios se compara con la plata refinada al grado más elevado. ¡Cuántas y muchas pruebas se han dado de su poder y verdad! Dios salvará a su remanente elegido por malos que sean los tiempos. En la medida que haya mundo, habrá una generación de hombres orgullosos y malos. Pero todo el pueblo de Dios está en las manos de Cristo nuestro Salvador; ahí están a salvo, porque nadie los puede sacar de ahí; estando edificados en Él, la Roca, ellos están seguros a pesar de que la tentación y persecución vengan con tanta más fuerzas sobre ellos.

SALMO XIII

El salmista se queja de que hace mucho tiempo que Dios se alejó. —Él ora fervorosamente pidiendo consuelo.—Él se asegura una respuesta de paz.

A veces Dios esconde Su rostro y deja a Sus hijos en tinieblas tocante a su interés en Él; y esto cargan ellos en su corazón más que cualquier otra aflicción exterior. —Pero las preocupaciones ansiosas son cargas pesadas con que los creyentes suelen cargarse a sí mismo más de lo necesario. El pan de aflicción es, a veces, el pan diario del santo; nuestro mismo Maestro fue varón de dolores. Cuando la tentación dura mucho es una tentación corriente pensar que durará siempre. Aquellos que hace mucho están sin gozo, empiezan a estar sin esperanzas. Nunca debemos permitirnos formular ninguna queja sino la que nos ponga de rodillas. Nada mata más al alma que la falta del favor de Dios; nada revive más que el retorno de ello. —Los cambios súbitos y deliciosos del libro de los Salmos son a menudo muy notables. Pasamos de la profundidad de la desesperación a la cumbre de la confianza y gozo religiosos. Así es en el versículo 5. Todo es rechazo sombrío en el versículo 4, pero aquí la mente del adorador deprimido se encumbra sobre todos sus temores inquietantes, y se arroja sin reservas a la misericordia y cuidado de su Divino Redentor. Véase aquí el poder de la fe y lo bueno que es acercarse a Dios. Si llevamos nuestras preocupaciones y penas al trono de la gracia y los dejamos ahí, podemos irnos como Ana y nuestro rostro ya no será más triste, 1 Samuel i, 18. La misericordia de Dios es el sustento de la fe del salmista. Encontrar que tengo que confiar en ti me consuela, aunque yo no tengo mérito propio. —Su fe en la misericordia de Dios llenó su corazón de gozo en su salvación; porque el gozo y la paz vienen de creer. Él me ha tratado con abundancia. Por fe él estaba confiado en la salvación como si ya estuviera completa. De esa manera los creyentes vierten sus oraciones, renunciando a todas las esperanzas que no sean en la misericordia de Dios por medio de la sangre del Salvador y, a veces de súbito, en otras gradualmente, hallarán que sus cargas son quitadas y restaurado su consuelo; entonces, ellos reconocen que sus temores y quejas eran innecesarios y reconocen que el Señor los ha tratado con generosidad.

SALMO XIV

Descripción de la depravación de la naturaleza humana y de la deplorable corrupción de una gran parte de la humanidad.

Dijo el necio en su corazón: No hay Dios. Aquí se describe al pecador como ateo, alguien que ha dicho que no hay Juez ni Soberano del mundo, ni Providencia que regule los asuntos de los hombres. Dice esto en su corazón. No puede satisfacerle que no haya uno pero desea que no lo hubiera y le complace la posibilidad de que no lo haya; está dispuesto a *pensar* que no hay ninguno. Este pecador es un necio; es simple e imprudente, y de él queda esto en evidencia: es malo y profano, y esta es la causa. La palabra de Dios discierne estos pensamientos. Ningún hombre puede decir: No hay Dios sin que esté tan endurecido en el pecado, que tiene como su especial interés que no haya nadie que lo llame a rendir cuentas. —La enfermedad del pecado ha infectado toda la raza humana. Todos se desviaron, no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno. Lo bueno que pueda haber en uno de los hijos de los hombres, o que hagan ellos, no es de ellos mismos, sino la obra de Dios en ellos. Se han desviado del camino recto de su deber, del camino que lleva a la felicidad, y se han vuelto a la senda del destructor. Lamentemos la corrupción de nuestra naturaleza, y veamos cuánta necesidad tenemos de la gracia de Dios: no nos maravillemos de que se nos diga que debemos nacer de nuevo. Y no debemos confiar en nada que no sea la unión con Cristo y la nueva creación para la santidad por su Espíritu. El salmista se propone convencer a los pecadores del mal y el peligro de su camino mientras se creen muy sabios y buenos y se sienten seguros. —Se describe su maldad. Quienes no se interesan por el pueblo de Dios, por los pobres de Dios, no se interesan por Dios mismo. La gente se mete en toda forma de maldad porque no invocan a Dios pidiendo su gracia. ¿Qué cosa buena puede esperarse de los que viven sin orar? Pero los que no temen a Dios pueden ser arrastrados por el temor cuando cruje una hoja de árbol. Todo nuestro conocimiento de la depravación de la naturaleza humana debe hacernos apreciar más la salvación que viene de Sion. Pero solo en el cielo toda la multitud de los redimidos tendrá gozo completo y eterno. El mundo es malo; ¡oh, que venga el Mesías y cambie su carácter! La corrupción es universal; ¡oh, que lleguen los tiempos de reforma! Los triunfos del Rey de Sion serán el gozo de los hijos de Sion. La segunda venida de Cristo para terminar finalmente con el domino del pecado y de Satanás, será la culminación de esta salvación, que es la esperanza y será el gozo indudable de cada israelita. Con esta seguridad debemos consolarnos unos a otros, mientras estamos bajo los pecados de los pecadores y el sufrimiento de los santos.

SALMO XV

El camino al cielo: para ser felices, debemos ser santos.—Se nos exhorta a andar en ese camino.

Aquí hay una pregunta muy seria acerca del carácter del ciudadano de Sion. La felicidad de los santos glorificados es que habitan en el monte santo; ahí están en casa, ahí estarán por siempre. Nos corresponde asegurarnos de tener un lugar entre ellos. Aquí se da una respuesta muy clara y específica. Los que desean conocer su deber, encontrarán que la Escritura es un director muy fiel y la conciencia, un monitor fiel. El ciudadano de Sion es sincero en su religión. Es realmente lo que profesa ser, y su propósito es permanecer completamente en toda la voluntad de Dios. Él es justo con Dios y el hombre; y al hablar a ambos, dice la verdad en su corazón. Desprecia y aborrece lo malo y el engaño; no puede aceptar una buena oferta, ni un ahorro, en base a una mentira; y sabe que el que hace mal a su prójimo, verá al final que se habrá hecho daño a sí mismo. Tiene mucho cuidado de no dañar a nadie. No habla mal de nadie, no hace tema de su conversación corriente las faltas de los demás; dice lo mejor de todos y lo peor de nadie. Si se le cuenta una historia de mala naturaleza, él la reprueba si puede; si no, no la sigue. Valora a los hombres por su virtud y piedad. La gente mala es vil, indigna y buena para nada; eso significa la palabra. No mira en menos la piedad de nadie por su pobreza y baja condición. Reconoce que la piedad sincera da más honra al hombre que la riqueza o un gran nombre. Honra a los tales, desea su conversación y se interesa en sus oraciones, se alegra

en demostrarle respeto o hacerle bien. Por esto podemos juzgarnos en cierta medida. Los hombres sabios y buenos pueden jurar para daño suyo; pero véase cuán fuerte es la obligación que el hombre prefiere perder él mismo y su familia, antes que hacer mal a su prójimo. No aumentará su fortuna por extorsión ni cohecho. No hará nada que dañe una causa justa a cambio de ganancia o esperanza de provecho personal. —Todo miembro verdaderamente vivo de la iglesia, como la iglesia misma, está edificado sobre la Roca. El que hace estas cosas nunca será quitado de allí. La gracia de Dios siempre le será suficiente. La unión de este temperamento y esta conducta, puede surgir sólo del arrepentimiento del pecado, por la fe en el Salvador y el amor a Él. Examinémonos en estos aspectos y probémonos a nosotros mismos.

SALMO XVI

Este salmo empieza expresando devociones que se pueden aplicar a Cristo; pero termina con tal confianza de una resurrección, que debe aplicarse a Cristo y sólo a Él.

David huye a refugiarse en Dios con confianza y regocijo. Los que reconocen que Jehová es su Señor, deben acordarse a menudo de lo que han hecho, recibir su consuelo y vivir conforme a ello. Él se consagra al honor de Dios en el servicio de los santos. Nosotros debemos ser santos en la tierra o nunca seremos santos en el cielo. Los que han sido renovados por la gracia de Dios y consagrados a la gloria de Dios, son santos en la tierra. Los santos en la tierra son excelentes, pero algunos son tan pobres que necesitan que se les extienda la bondad de David. —Este declara su resolución de no tener comunión con las obras de las tinieblas; él repite la elección solemne que ha hecho de Dios como su porción y felicidad; acepta el consuelo de la elección y da la gloria por ello a Dios. Este es el lenguaje del alma devota y piadosa. La mayoría toma al mundo como su sumo bien y ponen su felicidad en gozarlo; pero por pobre que sea mi situación en este mundo, déjenme tener el amor y el favor de Dios y ser aceptado por Él; por la promesa déjenme tener el derecho a la vida y la felicidad del estado futuro, y con eso me basta. El cielo es una heredad; debemos tomarlo por nuestro hogar, nuestro reposo, nuestro bien eterno, y mirar este mundo como que ya no es nuestro, como que no es más que un territorio por el cual pasa nuestro camino a la casa de nuestro Padre. Los que tienen a Dios como su porción, tienen una herencia santa. Regresa a tu reposo, oh, alma mía, y no busques más. Las personas que están bajo la gracia nunca codician *más* que a Dios, aunque siempre quieren más *de* Dios; pero, estando satisfechos *de* su amor y bondad, están abundantemente satisfechos *con* ella: ellos no envidian nada de los placeres y alegrías carnales. Pero tan ignorantes y necios somos, que si somos dejados a nuestra discresión, abandonaremos las misericordias recibidas a cambio de vanidades mentirosas. —David, habiendo recibido consejo de Dios por su palabra y su Espíritu, sus propios pensamientos le enseñaron en sesión nocturna y lo comprometieron por fe a vivir para Dios.

Los versículos 8—11 son citados por San Pedro en su primer sermón, después del derramamiento del Espíritu el día de Pentecostés, Hechos ii, 25–31; declara que David habla de Cristo y, particularmente, de su resurrección. Como Cristo es la Cabeza del cuerpo, la iglesia, se pueden aplicar estos versículos a todos los cristianos, guiados y animados por el Espíritu de Cristo; de aquí podemos aprender que es sabiduría y deber nuestro poner siempre ante nosotros al Señor. Si nuestros ojos están siempre dirigidos a Dios, que nuestros corazones y lenguas se regocijen siempre en Él. La muerte destruye la esperanza del hombre pero no la esperanza del cristiano verdadero. La resurrección de Cristo es una primicia de la resurrección del creyente. Nuestra porción en este mundo es el dolor, pero en el cielo hay gozo, plenitud de gozo; nuestros placeres de aquí son por un momento, pero a la diestra de Dios son placeres para siempre. —A través de este tu Hijo amado y nuestro amado Salvador, tú nos mostrarás, oh Señor, el sendero de la vida; tú justificarás ahora

nuestras almas, y levantarás nuestros cuerpos por tu poder en el último día, cuando el dolor terrenal termine en gozo celestial y la tristeza en felicidad eterna.

SALMO XVII

Versículos 1—7. *La integridad de David.* 8—15. *El carácter de sus enemigos. Su esperanza de felicidad.*

Vv. 1—7. Este salmo es una oración. Las oraciones fingidas son estériles, pero si nuestro corazón dirige nuestras oraciones, Dios las responderá con su favor. El salmista acostumbraba a orar, de modo que no es su intranquilidad ni el peligro lo que principalmente lo lleva ahora a su deber. Su fe lo anima a esperar que Dios tome nota de sus oraciones. —Una buena prueba de nuestra integridad es la constante resolución contra los pecados de la lengua y velar en ello. Consciente de la propensión del hombre a las malas obras, y de sus tentaciones peculiares, David hizo de la palabra de Dios su protección contra los caminos de Satanás que llevan a la destrucción. Si evitamos cuidadosamente los caminos del pecado, será muy consolador en la reflexión, cuando estemos en problemas. Quienes por gracia andan en los caminos de Dios deben pedir que su andar sea conservado en esas sendas. David ora, Señor sosténme todavía. Los que siguen y perseveran en los caminos de Dios deben, por la fe y la oración, recibir nuevas raciones diarias de gracia y fuerza de su parte. —Muestra tus maravillosas misericordias, tus favores especiales, no misericordias comunes, pero sé bueno conmigo; haz como acostumbras a hacer a los que aman tu nombre.

Vv. 8—15. Estando rodeado por los enemigos, David ora a Dios que lo mantenga a salvo. Esta oración es una predicción de que Cristo será guardado a través de todas las penurias y dificultades de su humillación, para ser llevado a las glorias y goces de su estado de exaltación, y es un patrón para que los cristianos entreguen a Dios el cuidado de sus almas, confiando en que Él las preservará para su reino celestial. —Los enemigos de nuestras almas son nuestros peores enemigos. Son espada de Dios que no se puede mover sin Él, y que envaina cuando ya ha hecho su obra con ellos. Ellos son su mano por la cual castiga a su pueblo. No hay huida *de* la mano de Dios, sino huida *a* ella. Muy consolador es que cuando tememos el poder del hombre, veamos que depende del poder de Dios y está sometido a Él. La mayoría de los hombres miran las cosas de este mundo como las mejores cosas y no miran más allá, ni muestran interés por proveer para la otra vida. Las cosas de este mundo son llamadas tesoros; así se las cuenta, pero para el alma, y comparadas con las bendiciones eternas, son basura. El cristiano más afligido no tiene que envidiar al hombre más próspero del mundo, que tiene su porción en esta vida. —Vestidos con la rectitud de Cristo, teniendo buen corazón y buena vida por su gracia, contemplemos por la fe el rostro de Dios, y pongámoslo siempre delante de nosotros. Cuando despertemos cada mañana, satisfagámonos con su semejanza puesta delante de nosotros en su palabra, y con su semejanza estampada en nosotros por su gracia renovadora. La felicidad en el otro mundo está preparada sólo para los justificados y santificados: ellos tomarán posesión de esto cuando, en la muerte, su alma despierte de su profundo sueño en el cuerpo, y cuando, en la resurrección, el cuerpo despierte de su sueño en la tumba. No hay satisfacción para un alma sino en Dios y en su buena voluntad hacia nosotros, y su buena obra en nosotros; pero esa satisfacción no será perfecta hasta que vayamos al cielo.

SALMO XVIII

Versículos 1—19. *David se regocija en la liberación que obró Dios.* 20—28. *Se consuela en su integridad que Dios ha vindicado.* 29—50. *Da la gloria a Dios por todas sus poderosas obras.*

Vv. 1—19. Las primeras palabras: "Te amo, oh Jehová, fortaleza mía" son la ocasión y el contenido del salmo. Quienes aman verdaderamente a Dios pueden triunfar en Él como Roca y Refugio de ellos y, con confianza, pueden invocarle. Bueno es que nosotros observemos todas las circunstancias de una misericordia que magnifica el poder de Dios y su bondad para nosotros. David era hombre de oración y halló que Dios es un Dios que oye la oración. Si oramos como David, nos irá bien como a él. Se describe plenamente la manifestación de la presencia de Dios, versículos 7—15. Poco hay del hombre, pero mucho de Dios en estas liberaciones. No se pueden aplicar a la historia del hijo de Isaí las palabras estupendas, majestuosas y sobrecogedoras que se usan en la descripción de la manifestación divina. Cada parte de una escena tan solemne de terror nos dice que ahí está uno más grande que David. —Dios no sólo librará a su pueblo de sus problemas en el momento debido; mientras tanto lo sostendrá en sus tribulaciones. ¿Podemos meditar en el versículo 18 sin dirigir el pensamiento al Getsemaní y al Calvario? ¿Podemos olvidar que fue en la hora de la calamidad más profunda de Cristo, cuando Judas lo traicionó, cuando sus amigos lo abandonaron, cuando la multitud le escarneció, y las sonrisas del amor de su Padre fueron retenidas, que las potestades de las tinieblas lo acosaron? Los dolores de la muerte lo rodearon, en su dolor Él oró, Hebreos v, 7. Dios hizo estremecerse y temblar la tierra, y se partieron las rocas, y lo sacó, en su resurrección, porque se complacía en Él y en su empresa.

Vv. 20—28. Quienes abandonan los caminos del Señor se apartan de su Dios. Pero aunque estamos conscientes de muchos pasos falsos, no nos apartemos de nuestro Dios. David tuvo su ojo puesto en la regla de los mandamientos de Dios. El cuidado constante de guardarse del pecado, cualquiera sea, que nos tienta con mayor facilidad, demuestra que somos rectos ante Dios. —Los que muestran misericordia al prójimo, también necesitan misericordia. Quienes son fieles a Dios, hallarán que Él es para ellos todo lo que ha prometido ser. Las palabras del Señor son palabras puras, muy seguras para confiar en ellas, y muy dulces para deleitarse en ellas. Quienes resisten a Dios y caminan al contrario que Él, verán que Él caminará en sentido contrario que ellos, Levítico xxvi, 21–24. La recompensa bondadosa de la cual habla David puede ser esperada, en general, por quienes actúan con buenos motivos. De ahí que él hable consuelo para el humilde y terror para el orgulloso; *"Humillas los ojos altivos"*. Y él se da valor: *"Tú enciendes mi lámpara, oh Señor":* Tú revivirás y consolarás mi espiritu apenado; Tú guiarás mi camino para que yo pueda evitar las trampas puestas para mí. Tú encenderás mi lámpara para obrar, y me darás la oportunidad de servirte. Cobren valor quienes andan en tinieblas y trabajan sometidos al desaliento; el mismo Dios será una Luz para ellos.

Vv. 29—50. Cuando damos gracias por una misericordia, debemos observar las muchas otras con que hemos sido rodeados toda nuestra vida. Muchas cosas habían contribuido al desarrollo de David, y él reconoce la mano de Dios en todas para enseñarnos a hacer lo mismo. En el versículo 32, y los siguientes, están los dones de Dios para el guerrero espiritual, por los cuales es preparado para la contienda, conforme al ejemplo de su Líder victorioso. Aprendemos que debemos procurar la liberación del problema a través de Cristo. Será rechazada la oración que se eleva sin que haya reconciliación por medio de Cristo. En David, el símbolo, contemplamos a nuestro redentor Jesús, combatiendo con enemigos, rodeado de aflicciones y abrumado por hombres impíos, soportando por nosotros no sólo los dolores de la muerte, sino la ira de Dios; sin embargo, invoca al Padre con fuertes gritos y lágrimas; rescatado de la tumba, procede a reconciliar o a poner bajo sus pies a todos los demás enemigos, hasta que la muerte, el postrer enemigo, sea destruida. Debemos amar al Señor, nuestra Roca y nuestra Salvación; debemos acudir a Él en cada problema, y alabarlo por cada liberación; debemos orientarnos a andar con Él en toda justicia y santidad verdadera, evitando pecar. Si pertenecemos a Él, Él vence y reina por nosotros, y nosotros venceremos y reinaremos por Él, y

participaremos de la misericordia de nuestro ungido Rey, la cual es prometida a toda su descendencia para siempre. Amén.

SALMO XIX

Versículos 1—6. *La gloria de las obras de Dios.* 7—10. *Su santidad y gracia mostradas en su palabra.* 11—14. *Oración por sus beneficio.*

Vv. 1—6. Los cielos declaran la gloria de Dios y proclaman su sabiduría, poder y bondad, para que todos los impíos queden sin excusa. Por sí mismos los cielos dicen ser obras de las manos de Dios, porque deben tener un Creador eterno, infinitamente sabio, poderoso y bueno. El contraste de día y noche es una gran prueba del poder de Dios y nos llama a observar que en el reino de la naturaleza, como en el de la providencia, Él forma la luz y crea la oscuridad, Isaías xlv, 7, y contrapone la una a la otra. El sol del firmamento es un emblema del Sol de justicia, el Esposo de la iglesia, y la Luz del mundo, que por su evangelio difunde luz y salvación divinas a las naciones de la tierra. Él se deleita en bendecir a su iglesia con la cual se ha desposado; y su curso será inagotable como el del sol hasta que toda la tierra esté llena con su luz y su salvación. Oremos por la época en que Él iluminará, alegrará y hará fértil a toda nación de la tierra con esa bendita salvación. —No hay lenguaje ni palabras, así entienden algunos, pero se oye su voz. Todo pueblo puede oír en su propio idioma a los predicadores que cuentan las obras maravillosas de Dios. Demos la gloria a Dios por todo consuelo y provecho que tenemos por las luces del cielo, aun mirando arriba y más allá de ellas hacia el Sol de justicia.

Vv. 7—10. La Sagrada Escritura es de mucho mayor provecho para nosotros que el día y la noche, que el aire que respiramos o la luz del sol. Se necesita la palabra de Dios para recobrar al hombre de su estado caído. —La palabra que se traduce "ley" puede comprenderse como doctrina entendiendo que significa todo eso que nos enseña la religión verdadera. El todo es *perfecto*; su tendencia es convertir o volver al alma del pecado y del mundo a Dios y a la santidad. Muestra nuestra pecaminosidad y miseria al dejar a Dios y la necesidad de nuestro retorno a Él. Este testimonio es *fiel* porque se puede confiar completamente en Él: el ignorante e indocto, creyendo lo que Dios dice, se vuelve sabio para salvación; es dirección segura en el camino del deber; es fuente segura de consolación viva y fundamento seguro de esperanza eterna. Los mandamientos de Jehová son *rectos* tal como deben ser; y como son rectos alegran el corazón. El precepto de Jehová es *puro*, santo, justo y bueno. Por ellos descubrimos nuestra necesidad del Salvador y, entonces, aprendemos a adornar su evangelio. Ellos son los medios que usa el Espíritu Santo para alumbrar los ojos; ellos nos llevan a tener una visión y sentido de nuestro pecado y miseria, y nos dirigen en el camino del deber. El temor del Señor, esto es, la verdadera religión y santidad es *limpia*, limpiará nuestro camino; y *permanece para siempre.* La ley ceremonial fue abrogada hace mucho tiempo, pero la ley del temor de Dios es siempre la misma. Los juicios de Jehová, sus preceptos, son *verdad*; son *justos* y, así, son *coherentes*; no hay injusticia en ninguno de ellos. —El oro es sólo para el cuerpo y las preocupaciones temporales; pero la gracia es para el alma y las preocupaciones de la eternidad. La palabra de Dios, recibida por fe, es más preciosa que el oro; es dulce para el alma, más dulce que la miel. Los placeres sensuales pronto sacian, pero nunca satisfacen; pero los de la religión son sustanciosos y satisfacen; no hay peligro de exceso.

Vv. 11—14. La palabra de Dios advierte al impío que no siga su mal camino, y advierte al justo que no se salga de su buen camino. Hay recompensa, no sólo *después* de obedecer los mandamientos de Dios, sino *en* obedecerlos. La religión endulza nuestro consuelo y aligera nuestras cruces, hace

verdaderamente valiosa nuestra vida y verdaderamente deseable la muerte misma. —David no sólo deseaba ser perdonado y limpiado de los pecados que había descubierto y confesado, sino de los que había olvidado o pasado por alto. Todos las revelaciones de pecado que nos hace la ley, deben llevarnos a orar ante el trono de la gracia. Su dependencia era la misma que la de todo cristiano que dice: Ciertamente en el Señor Jesús tengo justicia y fuerza. Ninguna oración es aceptable para Dios si no se ofrece en el poder de nuestro Redentor Divino por medio de Aquel que tomó nuestra naturaleza sobre sí mismo, para redimirnos para Dios y restaurar la herencia perdida hace mucho tiempo. Que nuestro corazón sea muy afectado con la excelencia de la palabra de Dios; y muy afectado por la vileza del pecado y el peligro que corremos *de* y *por* este.

SALMO XX

Este salmo es una oración por los reyes de Israel pero relacionado con Cristo.

Hasta el más grande de los hombres puede estar en muy grave aprieto. Ni la corona en la cabeza real, ni la gracia de su corazón le librarán de las aflicciones. Hasta el más grande de los hombres debe orar mucho. Nadie que sea capaz de orar por sí mismo y descuida la oración, espere el beneficio de las oraciones de la iglesia o de sus amigos. Debe orar que Dios proteja su persona y preserve su vida. Que Dios le capacite para seguir en sus empresas en pro del bien público. Podemos saber que Dios acepta nuestros sacrificios espirituales si, por su Espíritu, enciende un santo fuego de piedad y amor a Dios en nuestra alma. También él debe rogar que el Señor corone con éxito sus empresas. Nuestro primer paso a la victoria en la guerra espiritual es confiar solamente en la misericordia y la gracia de Dios; todos los que confían en sí mismos pronto serán derribados. —Los creyentes triunfan en Dios y su revelación, en lo que se distinguen de quienes viven sin Dios en el mundo. Los que tienen gratitud a Dios y su nombre, pueden confiar en Dios y su nombre. Así ocurrió cuando el orgullo y el poder de la incredulidad judía y la idolatría pagana, cayeron ante los sermones y la vida de los humildes creyentes en Jesús. Así ocurre en todo conflicto con nuestros enemigos espirituales; así ocurrirá en el último día, cuando el mundo, junto con su príncipe, sea derribado y caiga; pero los creyentes, levantados de entre los muertos por la resurrección del Señor, se levantarán y cantarán sus alabanzas en el cielo. Regocijémonos en la salvación de Cristo y alcemos nuestros estandartes en el nombre del Señor nuestro Dios, seguros de que seremos vencedores de todo enemigo por la fuerza salvadora de su diestra.

SALMO XXI

Versículos 1—6. *Acción de gracias por la victoria.* 7—13. *Confianza del éxito ulterior.*

Vv. 1—6. Feliz el pueblo cuyo rey hace del poder de Dios su confianza, y de la salvación de Dios su gozo; se complace por todo progreso del reino de Dios, y confía en Dios como apoyo en todo lo que hace a su servicio. Todas las bendiciones que recibimos son bendiciones procedentes de la bondad, y se deben exclusivamente a la bondad de Dios, y no a mérito ninguno de nosotros. Pero cuando las bendiciones de Dios llegan antes y son más ricas de lo que imaginamos; cuando nos son dadas antes que oremos; antes que estemos preparados para recibirlas, y cuando tememos lo contrario, entonces puede decirse verazmente que previno, o se adelantó a nosotros. Ciertamente, nada impidió o se adelantó a Cristo, pero nunca hubo para la humanidad favor dado con más anticipación que nuestra

redención por Cristo. Tú has hecho que sea una bendición universal, eterna para el mundo, en quien son y serán benditas las familias de la tierra; y, así, le llenaste de alegría con tu presencia en su empresa, y junto a él en sus esfuerzos por lograrla. El Espíritu de profecía surge de lo relacionado con el rey, en lo que es peculiar de Cristo; ningún otro es bendecido para siempre, mucho menos con bendición eterna.

Vv. 7—13. El salmista enseña a anhelar con fe, esperanza y oración lo que Dios va a hacer finalmente. El éxito con que Dios bendijo a David es tipo de la derrota final de todos los enemigos de Cristo. Quienes hubieran podido tener a Cristo para que los mandara y los salvara, pero lo rechazaron y lo combatieron, encontrarán que su recuerdo es gusano que no muere. —Dios por gracia vivifica a los pecadores, los recibe en su favor, y los libra de la ira venidera. Que Dios sea exaltado en nuestros corazones, por su gracia todopoderosa, para la destrucción de las fortalezas del pecado y de Satanás. ¡Qué grande debe ser el gozo de nuestra alabanza al contemplar a nuestro Hermano y Amigo en el trono, y por todas las bendiciones que esperamos de Él! Sin embargo, Él se complace en su exaltación, que lo capacita para dar felicidad y gloria a pobres pecadores que aprenden a amarle y a confiar en Él.

SALMO XXII

Versículos 1—10. *Lamento del desaliento.* 11—21. *Oración pidiendo liberación.* 22—31. *Alabanzas por las misericordias y la redención.*

Vv. 1—10. En este salmo, el Espíritu de Cristo que estaba en los profetas testifica clara y plenamente de los sufrimientos de Cristo y la gloria que seguiría. —Tenemos un doloroso lamento porque Dios se ha retirado. Esto se puede aplicar a cualquier hijo de Dios, aplastado, abrumado con pena y terror. Las deserciones espirituales son las aflicciones más dolorosas de los santos; pero hasta su queja por estas cargas es una señal de vida espiritual y del ejercicio de los sentidos espirituales. Clamar: ¿Dios mío por qué estoy enfermo? ¿Por qué estoy pobre?, tiene sabor a descontento y mundanalidad. Pero: ¿Por qué me has abandonado? es el lenguaje de un corazón que ata su felicidad al favor de Dios. —Esto debe aplicarse a Cristo. Con las primeras palabras de esta queja derramó su alma ante Dios cuando estaba en la cruz, Mateo xxvii, 46. Siendo verdadero hombre, Cristo sintió una indisposición natural a pasar a través de tan grandes dolores, pero prevalecieron su celo y amor. Cristo declara la santidad de Dios, su Padre celestial, en sus sufrimientos más agudos; sí, los declara como prueba de aquello por lo cual sería perpetuamente alabado por su Israel, más que por todas las otras liberaciones que recibieron. Nunca nadie que esperó en ti, fue avergonzado de su esperanza; nunca nadie que te buscó, te buscó en vano. —Aquí hay un lamento por el desprecio y oprobio de los hombres. El Salvador habla del estado de rechazo al cual estaba reducido. La historia de los sufrimientos de Cristo y de su nacimiento explica esta profecía.

Vv. 11—21. En estos versículos tenemos el sufrimiento de Cristo, y a Cristo orando; en ellos somos dirigidos a buscar cruces y, bajo ellas, mirar a Dios. Se describe la forma misma de la muerte de Cristo, aunque no era la usada por los judíos. Ellos horadaron sus manos y sus pies, al clavarlos en el madero maldito, y todo su cuerpo fue dejado colgando para que sufriera los dolores y torturas más severos. Su fuerza natural falló, siendo consumida por el fuego de la ira divina que hizo presa de su espíritu. ¿Quién puede, entonces, resistir la ira de Dios? O, ¿quién conoce su fuerza? La vida del pecador fue abandonada, y la vida del Sacrificio debe ser su redención. Cuando fue crucificado, nuestro Señor Jesús fue desvestido para que pudiera revestirnos con la túnica de su justicia. Así estaba escrito, en consecuencia, correspondía que Cristo así sufriera. Que todo esto confirme nuestra

fe en Él como el verdadero Mesías, y estimule nuestro amor por Él como nuestro mejor amigo, que nos amó y sufrió todo esto por nosotros. —En su agonía Cristo oró, oró fervorosamente que la copa pudiese pasar de Él. Cuando no podemos regocijarnos en Dios como nuestro cántico, permanezcamos en Él como nuestra fortaleza; y recibamos consuelo de los apoyos espirituales, cuando no podemos tener deleites espirituales. —Pide ser librado de la ira divina. Él que ha librado, debe librar y librará. Debemos pensar en los sufrimientos y la resurrección de Cristo hasta que sintamos en nuestra alma el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos.

Vv. 22—31. Ahora el Salvador habla como resucitado de entre los muertos. Las primeras palabras de la queja las usó Cristo mismo en la cruz; las primeras palabras de triunfo se aplican expresamente a Él, Hebreos ii, 12. Todas nuestras alabanzas deben referirse a la obra de redención. El sufrimiento del Redentor fue aceptado por gracia como completa satisfacción por el pecado. Aunque fue ofrecido por pecadores, el Padre no lo despreció ni lo aborreció, por amor a nosotros. Esto debiera ser el tema de nuestra acción de gracias. Toda alma humilde, bondadosa, debe tener su satisfacción y felicidad completa en Él. Los que tienen hambre y sed de justicia en Cristo, no trabajarán por lo que no sacia. Los que oran mucho, ofrecerán muchas acciones de gracias. Quienes se vuelven a Dios tomarán conciencia de estar adorando delante de Él. Que toda lengua confiese que Él es el Señor. Altos y bajos, ricos y pobres, esclavos y libres, se reúnen en Cristo. —Viendo que no podemos mantener viva nuestra alma, es sabiduría nuestra, por fe obediente, encomendarla a Cristo, que es capaz de salvarla y mantenerla viva por siempre. —Una semilla le servirá. Dios tendrá una iglesia en el mundo hasta el fin del tiempo. Los creyentes le serán contados como su generación; Él será para ellos el mismo que fue para los que pasaron antes que ellos. Declararán que su justicia, y no la propia, es el fundamento de todas sus esperanzas y la fuente de todos sus goces. La redención por Cristo es un hecho del Señor mismo. —Aquí vemos el amor y la compasión gratuitos de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo por nosotros, miserables pecadores, como fuente de toda gracia y consuelo; el ejemplo que tenemos que seguir; el trato que tenemos que esperar como cristianos, y la conducta que tenemos que adoptar sometidos a ello. Aquí se puede aprender toda lección que aproveche al alma humillada. Los que procuran establecer su propia justicia, pregunten, ¿por qué debía sufrir así el amado Hijo de Dios si sus obras podían expiar el pecado? Que el profesante impío considere si el Salvador obedeció así la ley divina, para que tuviera el privilegio de despreciarla. Que el negligente se cuide de huir de la ira venidera, y que el tembloroso apoye sus esperanzas sobre este Redentor misericordioso. Que el creyente tentado y angustiado espere gozosamente el final feliz de toda prueba.

SALMO XXIII

Confianza en la gracia y el cuidado de Dios.

“Jehová es mi pastor”. Estas palabras enseñan al creyente a experimentar satisfacción por el cuidado del gran Pastor del universo, el Redentor y Preservador de los hombres. Con gozo reflexiona que tiene un pastor y ese pastor es Jehová. —Un rebaño de ovejas, dulces e inofensivas, que se alimenta en pastos verdes al cuidado de un pastor tierno, diestro y vigilante, constituye un emblema de los creyentes traídos de vuelta al Pastor de sus almas. —La mayor de las abundancias sólo es una pastura seca para el impío, que se deleita sólo en lo que complace a los sentidos, pero para el santo, que por fe saborea la bondad de Dios en todo lo que disfruta, aunque tiene poco del mundo, es pasto verde. El Señor da quietud y contentamiento mental, cualquiera sea la suerte. Somos bendecidos con los verdes pastos de los mandamientos; no pensemos que basta con pasar por ellos; permanezcamos en ellos. —Las consolaciones del Espíritu Santo son las aguas de reposo a las cuales son conducidos

los santos; los arroyos que fluyen de la Fuente del agua viva. —Son conducidos a las aguas de reposo del consuelo los que andan en sendas de la justicia. El camino del deber es el camino verdaderamente placentero. La obra de justicia es la paz. En esas sendas no podemos andar si Dios no nos guía a ellas y nos sigue guiando en ellas. El descontento y la desconfianza proceden de la incredulidad; un camino inestable es la consecuencia; entonces, sencillamente confiemos en el cuidado de nuestro Pastor y obedezcamos su voz. —El valle de sombra de muerte puede denotar la aflicción más severa y terrible o la sombría dispensación de la providencia bajo la cual puede haber llegado a estar el salmista. Entre la parte del rebaño en la tierra y la que se ha ido al cielo, la muerte yace como un valle oscuro que se debe pasar yendo de una a otra, pero, aun en esto, hay palabras que aminoran el terror. Sólo es *la sombra* de muerte: la sombra de una serpiente no pica, tampoco mata la sombra de la espada. Es un *valle*, sin duda hondo, tenebroso y cenagoso, pero los valles son a menudo fértiles y, así la misma muerte es fértil en consolaciones para el pueblo de Dios. Es un camino que *atraviesa*; no se perderán en este valle, sino llegarán a salvo a la montaña del otro lado. La muerte es un rey de terrores, pero no para las ovejas de Cristo. Cuando llegan a morir, Dios reprende al enemigo; Él las guiará con su vara y las sustentará con su cayado. En el evangelio hay bastante para consolar a los santos cuando mueren, y bajo ellos están los brazos eternos. —El pueblo del Señor tiene un festín en su mesa con las provisiones de su amor. Satanás y los malos no son capaces de destruir sus consolaciones cuando ellos están ungidos con el Espíritu Santo y beben de la copa de la salvación que siempre está llena. —La experiencia pasada enseña a los creyentes a confiar que el bien y la misericordia de Jehová los sigan todos los días de su vida, y su deseo y determinación aquí es buscar su felicidad en el servicio de Dios y esperan disfrutar de su amor por siempre en el cielo. Mientras estén aquí, el Señor puede hacer grata cualquier situación por la unción de su Espíritu y los beneficios de su salvación. Pero quienes se satisfarán con las bendiciones de su casa deben estar cerca de los deberes de esta.

SALMO XXIV

Versículos 1—6. *El reino de Cristo y los súbditos de su Reino.* 7—10. *El Rey de ese Reino.*

Vv. 1—6. Nosotros no nos pertenecemos; nuestros cuerpos, nuestras almas no son nuestras. Aun las de los hijos de los hombres son de Dios, aunque no lo conocen ni admiten una relación con Él. —Un alma que conoce y considera su propia naturaleza, y que debe vivir para siempre, cuando ha visto la tierra y su plenitud, se sentará insatisfecha. Piensa en subir hacia Dios y preguntar: ¿Qué haré para vivir en ese lugar santo y feliz donde Él hace santa y feliz a su gente? Hacemos nada de la religión si no la hacemos obra del corazón. Sólo podemos ser lavados de nuestros pecados y renovados para santidad por la sangre de Cristo y el lavamiento del Espíritu Santo. Así llegamos a ser su pueblo; así recibimos bendición del Señor y justicia del Dios de nuestra salvación. —El pueblo peculiar de Dios será feliz verdaderamente y para siempre. Donde Dios da justicia, Él otorga salvación. Los que están hechos para el cielo será llevados a salvo al cielo y hallarán lo que han estado buscando.

Vv. 7—10. La majestuosa entrada, se refiere a la solemne manera de conducir el arca a la tienda que David levantó, o al templo edificado por Salomón para ella. También se puede aplicar a la ascensión de Cristo al cielo, y a la bienvenida que se le brinda allí. Nuestro Redentor encontró cerradas las puertas del cielo, pero habiendo hecho expiación por el pecado por su sangre, con su autoridad, exige entrar. —Los ángeles iban a adorarle, Hebreos i, 6; preguntan maravillados: ¿Quién es Él? La respuesta es que Él es el fuerte y valiente; poderoso en batalla para salvar a su gente y someter a sus enemigos y a los enemigos de su pueblo. —Podemos aplicarlo a la entrada de Cristo en el alma de los hombres por su palabra y su Espíritu, para que sean su templo. He aquí, Él está a la

puerta, y llama, Apocalipsis iii, 20. Los pórticos y las puertas del corazón tiene que ser abiertas para Él, como posesión que es entregada legítimamente a su dueño. —Podemos aplicarlo a su segunda venida con poder y gloria. Señor, abre las puertas eternas de nuestra alma por tu gracia, para que ahora podamos recibirte y ser totalmente tuyos; y que, al final, seamos contados con tus santos en gloria.

SALMO XXV

Versículos 1—7. *Confianza en la oración.* 8—14. *Oración por la remisión de los pecados.* 15—22. *Por ayuda en la aflicción.*

Vv. 1—7. Al adorar a Dios debemos elevar nuestra alma a Él. Cierto es que nadie será avergonzado que, asistido por la fe, espere en Dios, y que por una esperanza de fe, espere por Él. El creyente más maduro necesita y desea que Dios le enseñe. Si deseamos sinceramente conocer nuestro deber, con la resolución de hacerlo, podemos estar seguros que Dios nos dirigirá. —El salmista desea fervientemente el perdón de sus pecados. Se dice que cuando Dios perdona el pecado, no lo recuerda más, lo cual denota remisión plena. Es la bondad de Dios, no la nuestra, su misericordia, no nuestro mérito, lo que debe ser nuestro ruego al pedir el perdón de pecados, y todo el bien que necesitamos. Debemos descansar en este argumento, sintiento nuestra propia indignidad y satisfechos de las riquezas de la misericordia y la gracia de Dios. —¡Cuán ilimitada es la misericordia que cubre por siempre los pecados y las necedades de una juventud pasada sin Dios y sin esperanza! Bendito sea el Señor que la sangre del gran Sacrificio puede limpiar toda mancha.

Vv. 8—14. Todos somos pecadores; y Cristo vino al mundo a salvar pecadores, a enseñar a los pecadores, a llamar a los pecadores al arrepentimiento. Valoramos una promesa por el carácter de quien la haga; por tanto, confiamos en las promesas de Dios. Todas las sendas del Señor, esto es, todas sus promesas y todas sus providencias, son misericordia y verdad. El pueblo de Dios puede ver todos sus tratos el despliegue de su misericordia y el cumplimiento de su palabra, cualquiera sean las aflicciones por las cuales estén ahora siendo ejercitados. Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad; y así será cuando lleguen al final de su jornada. Quienes son humildes, que desconfían de sí mismos, y desean ser enseñados y seguir la dirección divina, a estos guiará en juicio, esto es, por la regla de la palabra escrita, para hallar el descanso para sus almas en el Salvador. Aun cuando el cuerpo esté enfermo y dolorido, el alma puede estar cómoda en Dios.

Vv. 15—22. El salmista concluye, como empezó, expresando dependencia de Dios y deseo de Él. Bueno es esperar así y aguardar calladamente la salvación del Señor. Y si Dios se vuelve *a* nosotros, no importa quien se vuelva *de* nosotros. Él alega su propia integridad. Aunque culpable ante Dios, para sus enemigos tenía el testimonio de conciencia de no haberles hecho mal. A la larga Dios dará a Israel descanso de todos los enemigos que le rodean. El Israel de Dios será perfectamente redimido en el cielo de todo problema. Bendito Salvador, nos has enseñado bondadosamente que sin ti nada podemos hacer. Enséñanos a orar, a comparecer delante de ti en la manera que elijas, y a elevar nuestro corazón y todos nuestros deseos hacia ti, porque tú eres el Señor, nuestra justicia.

SALMO XXVI

En este salmo David apela a Dios tocante a su integridad.

Aquí David, por el Espíritu de profecía, habla de sí mismo como tipo de Cristo, de quien lo que cuenta de su completa inocencia es eminente verdad, y solo de Cristo, y solo a Él se le puede aplicar. Estamos completos en Él. —El que anda en su integridad, confiando completamente en la gracia de Dios, está en estado de aceptación, según el pacto del cual Jesús fue Mediador en virtud de su obediencia inmaculada hasta la muerte. Este hombre desea que lo más íntimo de su alma sea escudriñado y probado por el Señor. Está conciente de lo engañoso de su propio corazón; desea detectar y mortificar cada pecado; y anhela satisfacerse con ser verdadero creyente y practicar los santos mandamientos de Dios. El gran cuidado para evitar las malas compañías es buena prueba de nuestra integridad y un buen medio para mantenernos en ella. Se puede hallar que los hipócritas y los destructores asisten a las ordenanzas de Dios, pero es buena señal de sinceridad si nosotros asistimos a ellas, como aquí nos dice el salmista que él hizo, ejercitando el arrepentimiento y la obediencia consciente. El siente que su suelo está firme debajo de él; y mientras se deleita en la bendición del Señor con sus congregaciones de la tierra, confía que dentro de poco será unido a la gran asamblea del cielo para cantar alabanzas a Dios y al Cordero por siempre jamás.

SALMO XXVII

Versículos 1—6. *La fe del salmista.* 7—14. *Su deseo de Dios y la expectativa de Él.*

Vv. 1—6. El Señor, que es la luz del creyente, es la fortaleza de su vida; no sólo por Él quien vive, sino en el cual vive y se mueve. Fortalezcámonos en Dios. La graciosa presencia de Dios, su poder, su promesa, su disposición para oír oraciones, el testimonio de su Espíritu en los corazones de su pueblo; estos son el secreto de su Tabernáculo y en estos los santos encuentran la causa de esa santa seguridad y paz mental en que habitan cómodamente. —El salmista ora por la comunión constante con Dios en las santas ordenanzas. —Todos los hijos de Dios desean habitar en la casa de su Padre. No una estadía allí, como pasajero que se queda por una noche; ni habitar allí solo por un tiempo, como el sievo que no permanece en la casa para siempre; sino habitar allí todos los días de su vida, como hijos con su padre. ¿Esperamos que la alabanza de Dios sea la bienaventuranza en la eternidad? Seguro entonces que debemos hacerlo asunto importante de nuestro tiempo. Esto tenía en el corazón más que cualquier cosa. —Sea lo que fuere el cristiano en esta vida, considera que el favor y el servicio de Dios es la única cosa necesaria. Esto desea, ora y procura, y en ello se regocija.

Vv. 7—14. Donde estuviere el creyente, puede hallar el camino al trono de gracia por la oración. Dios nos llama por su Espíritu, por su palabra, por su adoración y por providencias especiales, misericordiosas que nos afligen. Cuando estamos neciamente coqueteando con las vanidades mentirosas, Dios está, por amor a nosotros, llamándonos a buscar nuestras misericordias en Él. La llamada es general. *"Buscad mi rostro"*, pero debemos aplicarlo a nosotros mismos, *"tu rostro buscaré"*. La palabra no sirve cuando no aceptamos la exhortación: el corazón bondadoso responde rápidamente a la llamada del Dios bondadoso, siendo voluntario en el día de su poder. —El salmista requiere el favor del Señor; la continuación de su presencia con él; el beneficio de la dirección divina y el beneficio de la protección divina. El tiempo de Dios para ayudar a los que confían en Él llega cuando toda otra ayuda falla. Él es un Amigo más seguro y mejor de lo que son o pueden ser los padres terrenales. —¿Cuál era la creencia que sustentaba al salmista? Que vería la bondad del Señor. Nada hay como la esperanza de fe en la vida eterna, los vistazos anticipados de esa gloria y el sabor previo de sus placeres para impedir que desfallezcamos mientras estamos sometidos a todas las calamidades. Mientras tanto él debe ser fortalecido para soportar el peso de sus cargas. Miremos al

Salvador sufriente y oremos en fe que no seamos entregados a las manos de nuestros enemigos. Animémonos unos a otros a esperar en el Señor con paciente esperanza y oración ferviente.

SALMO XXVIII

Versículos 1—5. *Una oración en la angustia.* 6—9. *Acción de gracias por la liberación.*

Vv. 1—5. David es muy ferviente para orar. Obsérvese su fe en la oración: Dios es *mi* roca sobre quien edifico mi esperanza. Los creyentes no deben descansar hasta que hayan recibido alguna señal de que sus oraciones son escuchadas. Pide no ser contado con los impíos. Sálvame de ser enredado en las trampas que han puesto para mí. Sálvame de ser infectado con sus pecados y de hacer lo que ellos hacen. Señor, nunca dejes que para mi seguridad yo use las artes de engaño y traición que ellos usan para mi destrucción. Los creyentes temen el camino de los pecadores; los mejores son sensibles al peligro que corren de ser descaminados: todos debemos orar fervorosamente a Dios por su gracia para salvaguardarnos. Los que tienen el cuidado de no participar con los pecadores en sus pecados, tienen razón para esperar que no recibirán sus plagas. —Él habla de los justos juicios del Señor sobre los obradores de perversidad, versículo 4. Este no es lenguaje de pasión ni de venganza. Es una profecía de que ciertamente llegará el día en que Dios castigue a todo hombre que persista en sus malas obras. Los pecadores serán responsables no sólo por el mal que han hecho, sino por el mal que concibieron y por lo que hicieron para concretarlo. El desprecio por las obras del Señor es la causa del pecado de los pecadores, y llega a ser la causa de su ruina.

Vv. 6—9. ¿Ha oído Dios nuestras súplicas? Entonces bendigamos su nombre. El Señor es mi fortaleza, me sostiene, y me conduce a través de todos mis servicios y sufrimientos. El corazón que verdaderamente cree, a su debido tiempo se regocijará en gran manera; tenemos que esperar gozo y paz al creer. Dios tendrá la acción de gracias por ello: así debemos expresar nuestra gratitud. —Los santos se regocijan en el consuelo de los demás, como en el propio: no aprovechamos menos la luz del sol y la luz del rostro de Dios porque los demás participan de ellas. —El salmista concluye con una oración breve, pero de gran alcance. El pueblo de Dios es su heredad, preciosa a sus ojos. Pide que Dios los salve; que los bendiga con todo bien, especialmente con la abundancia de sus ordenanzas que son alimento para el alma. Y que dirija sus acciones y gobierne sus asuntos para siempre. También, que los levante para siempre; no sólo a los de esta edad, sino a su pueblo de toda edad venidera; que los levante tan alto como el cielo. Allí y sólo allí serán elevados los santos para siempre, para no volver a hundirse o deprimirse jamás. Sálvanos, Señor Jesús, de nuestros pecados; bendícenos, tú Hijo de Abraham, con la bendición de la justicia; aliméntanos, tú, buen Pastor de las ovejas, y elévanos por siempre del polvo. Oh, tú, que eres la resurrección y la vida.

SALMO XXIX

Exhortación a glorificar a Dios.

Los poderosos y honorables de la tierra están especialmente obligados a honrar y adorar a Dios; pero, ay, pocos intentan adorarlo en la belleza de la santidad. Cuando vamos a Él como el redentor de pecadores, en arrepentimiento, fe y amor, Él acepta nuestros defectuosos servicios, perdona el pecado que los alcanza y aprueba la medida de santidad que el Espíritu Santo nos capacita para

ejercer. —Aquí tenemos la naturaleza de la adoración religiosa; es tributar al Señor la gloria debida a su nombre. Debemos ser santos en todos nuestros servicios religiosos, consagrados a Dios y a su voluntad y gloria. Hay belleza en la santidad y esta embellece todos los actos de adoración. —Aquí el salmista establece el dominio de Dios en el reino de la naturaleza. Podemos ver y oír su gloria en el trueno, en el rayo y en la tormenta. Que nuestros corazones sean por ello llenos con pensamientos grandiosos, y elevados, y honrosos de Dios, en la santa adoración de aquel para quien es tan importante el poder de la piedad. ¡Oh, Señor, Dios nuestro, tú eres muy grande! El poder del rayo iguala al terror del trueno. El temor causado por estos efectos del poder divino deben recordarnos el gran poder de Dios, la debilidad del hombre y la condición indefensa y desesperada del malo en el día del juicio. Pero los efectos de la palabra divina en las almas de los hombres, bajo el poder del Espíritu Santo, son mucho más grandes que los de las tormentas que atronan el mundo natural. Ante el poder de la Palabra, los más fuertes tiemblan, los más orgullosos son derribados, los secretos del corazón salen a luz, los pecadores se convierten, el salvaje, sensual e inmundo se vuelve inofensivo, amable y puro. —Si hemos oído la voz de Dios y hemos huido a refugiarnos en la esperanza puesta ante nosotros, recordemos que los hijos no tienen que temer la voz de su Padre, cuando Él habla enojado a sus enemigos. Mientras tiemblan los que no tienen refugio, bendíganle por su seguridad quienes permanecen en el refugio que Él señaló, esperando sin desmayar el día del juicio, seguros como Noé en el arca.

SALMO XXX

Versículos 1—5. *Alabanza a Dios por la liberación.* 6—12. *Otros son animados por su ejemplo.*

Vv. 1—5. Las grandes cosas que el Señor ha hecho por nosotros, tanto por su providencia como por su gracia, obligan nuestra gratitud para hacer todo lo que podamos para el progreso de su reino entre los hombres, aunque lo más que podamos hacer sea poco. —Los santos de Dios en el cielo le cantan; ¿por qué no hacen lo mismo los que están en tierra? Ninguna de las perfecciones de Dios conlleva en sí más temor para el impío o más consuelo para el santo que su santidad. Buena señal es que seamos, en parte, partícipes de su santidad si podemos regocijarnos de todo corazón con su solo recuerdo. Nuestra felicidad está ligada al favor divino; si lo tenemos, tenemos bastante, sea lo que sea lo demás que necesitemos; pero mientras dure la ira de Dios, durará el lloro de los santos.

Vv. 6—12. Cuando las cosas nos salen bien, somos dados a pensar que siempre será así. Cuando vemos nuestro error, nos corresponde pensar con vergüenza que nuestra seguridad carnal es necedad nuestra. Si Dios esconde su rostro, el hombre piadoso es perturbado, aunque ninguna calamidad le sobrevenga. Pero si Dios, en su sabiduría y justicia, se aparta de nosotros, será una gran necedad si nosotros nos apartamos de Él. No; aprendamos a orar en las tinieblas. El espíritu santificado que vuelve a Dios, lo alabará, seguirá aún alabándolo; pero los servicios de la casa de Dios no pueden ser realizados por el polvo; no puede alabarlo; no hay ciencia ni obra en el sepulcro, porque es la tierra del silencio. Pedimos bien cuando pedimos vida, si lo hacemos para alabarlo. —En su debido momento, Dios libró al salmista de sus problemas. Nuestra lengua es nuestra gloria, y nunca lo es más que cuando se la usa para alabar a Dios. Quisiera perseverar hasta el fin alabándole, y esperando que en breve estará donde esto sea su tarea eterna. Pero cuidémonos de la seguridad carnal. Ni la prosperidad externa ni la paz interior son aquí seguras y duraderas. El Señor, en su favor, ha fijado firmemente la *seguridad* del creyente como montañas de profundas raíces, pero debe esperar encontrarse con tentaciones y aflicciones. Cuando nos descuidamos, caemos en pecado, el Señor esconde Su rostro, nuestros consuelos se derrumban, y los problemas nos asedian.

SALMO XXXI

Versículos 1—8. *Confianza en Dios.* 9—18. *Orar en dificultades.* 19—24. *Alabanza por la bondad de Dios.*

Vv. 1—8. La fe y la oración deben ir juntas, porque la oración de fe es la oración que prevalece. David entregó su alma a Dios en forma especial. Y con sus palabras, versículo 5, nuestro Señor Jesús dio su último aliento en la cruz, e hizo de su alma una ofrenda voluntaria por el pecado, entregando su vida como rescate. Pero aquí David es un hombre confundido y con problemas. Su mejor parte es su gran cuidado por su alma, por su espíritu. Muchos piensan que si están confundidos por sus asuntos mundanos y se multiplican sus preocupaciones, pueden ser excusados si descuidan su alma; pero somos los más interesados por cuidar de nuestra alma para que el hombre interior no sufra daño, aunque el hombre exterior se deshaga. La redención del alma es tan preciosa, que hubiera cesado para siempre, si Cristo no la hubiera emprendido. —Habiendo confiado en la misericordia de Dios, uno se alegra y regocija en eso. Dios mira nuestra alma cuando estamos atribulados, para ver si se humilla por el pecado y mejora por la aflicción. Todo creyente enfrentará peligros y liberaciones, hasta que sea librado de la muerte, su postrer enemigo.

Vv. 9—18. Las aflicciones de David lo hicieron varón de dolores. Aquí era tipo de Cristo que estaba experimentado en quebrantos. David reconoce que sus aflicciones eran merecidas por sus pecados, pero Cristo sufrió por los nuestros. Los amigos de David no se animaron a socorrerlo. No pensemos que es raro si nos abandonan, pero asegurémonos de un Amigo en el cielo que no falla. Con toda seguridad Dios ordenará y dispondrá todo en la mejor forma para quienes también encomiendan su espíritu en su mano. El tiempo de la vida está en las manos de Dios, que lo alarga o acorta, lo amarga o endulza, conforme al consejo de su voluntad. El camino del hombre no está en sí, ni en las manos de nuestros amigos, ni en las manos de nuestros enemigos, sino en las de Dios. —Con esta fe y confianza pide al Señor que lo salve por amor a sus misericordias, no por algún mérito de él. Profetiza que serán silenciados quienes reprochan y hablan mal del pueblo de Dios. Hay un día venidero en que el Señor ejecutará juicio contra ellos. Mientras tanto, debemos dedicarnos a hacer el bien, si es posible, para silenciar la ignorancia de los necios.

Vv. 19—24. En lugar de rendirnos a la impaciencia o al desencanto cuando somos atribulados, debemos volver nuestros pensamientos a la bondad del Señor para con quienes le temen y confían en Él. Todo llega a los pecadores a través de la dádiva maravillosa del unigénito Hijo de Dios, para ser la expiación por los pecados. No se rinda nadie a la incredulidad o al pensar, en circunstancias desalentadoras, que han sido cortados de delante de los ojos del Señor, y entregados al orgullo de los hombres. Señor, perdona nuestras quejas y temores; aumenta nuestra fe, paciencia, amor y gratitud; enséñanos a regocijarnos en la tribulación y en la esperanza. La liberación de Cristo, con la destrucción de sus enemigos, debiera fortalecer y consolar los corazones de los creyentes sometidos a todas sus aflicciones de aquí abajo, para que habiendo sufrido valientemente con su Maestro, puedan entrar triunfantes a su gozo y gloria.

SALMO XXXII

Versículos 1, 2. *La felicidad del pecador perdonado.* 3—7. *La desdicha anterior al consuelo que siguió a la confesión de pecados.* 8—11. *Instrucción para los pecadores, estímulo para los creyentes.*

Vv. 1, 2. El pecado es la causa de nuestra desgracia; pero las transgresiones del creyente verdadero a la ley divina son todas perdonadas puesto que están cubiertas por la expiación. Cristo llevó sus pecados, en consecuencia, no se le imputan. Puesto que se nos imputa la justicia de Cristo, y por haber sido hechos justicia de Dios en Él, no se nos imputa nuestra iniquidad, porque Dios cargó sobre Él el pecado de todos nosotros, y lo hizo ofrenda por el pecado por nosotros. No imputar el pecado es un acto de Dios, porque Él es el Juez. Dios es el que justifica. —Fijaos en el carácter de aquel cuyos pecados son perdonados; es sincero y busca la santificación por el poder del Espíritu Santo. No profesa arrepentirse con la intención de darse el gusto pecando, porque el Señor esté listo para perdonar. No abusa de la doctrina de la libre gracia. Y al hombre cuya iniquidad es perdonada, se le promete toda clase de bendiciones.

Vv. 3—7. Es muy difícil llevar al hombre pecador a que acepte humildemente la misericordia gratuita, con la confesión total de sus pecados y la condena de sí mismo. Pero el único camino verdadero a la paz de conciencia es confesar nuestros pecados para que sean perdonados; declararlos para ser justificados. Aunque el arrepentimiento y la confesión no merecen el perdón de la transgresión, son necesarios para disfrutar realmente la misericordia que perdona. ¡Y qué lengua podría expresar la felicidad de esa hora cuando el alma, oprimida por el pecado, es capacitada para derramar libremente sus penas ante Dios, y para recibir la misericordia del pacto en Cristo Jesús! —Los que prosperan en oración, deben buscar al Señor cuando, por su providencia, Él los llama a buscarlo y, por su Espíritu, los incita a que lo busquen a Él. —En el tiempo de encontrar, cuando el corazón está ablandado por la tristeza y cargado por la culpa; cuando falla todo refugio humano; cuando no se puede hallar reposo para la mente turbada, entonces Dios aplica el bálsamo sanador por su Espíritu.

Vv. 8—11. Dios enseña por su palabra y guía con las intimaciones secretas de su voluntad. David da una palabra de advertencia a los pecadores. La razón de esta advertencia es que el camino del pecado terminará ciertamente en dolor. —Aquí hay una palabra de consuelo para los santos. Vean ellos que la vida de comunión con Dios es lo más grato y consolador. Que nos regocijemos en ti, oh Señor Jesús, y en tu salvación; así ciertamente nos regocijaremos.

SALMO XXXIII

Versículos 1—11. *Dios debe ser alabado.* 12—22. *Su pueblo es animado por su poder.*

Vv. 1—11. El gozo santo es el corazón y el alma de la alabanza, cosa que aquí se pide al justo. La alabanza de agradecimiento es el aliento y el lenguaje del gozo santo. Los cánticos religiosos son la expresión adecuada de la alabanza por gratitud. Todo don debemos usarlo con toda nuestra destreza y fervor al servicio de Dios. —Todas sus promesas son sabias y buenas. Recta es su palabra y, por tanto, sólo estamos bien cuando estamos de acuerdo con ella. Toda su obra es hecha con fidelidad. Él es el justo Jehová, por tanto, ama la justicia. ¡Que lástima es que esta tierra, que está tan llena de pruebas y de muestras de la bondad de Dios, esté tan vacía de alabanzas a Él; y que haya tan pocos que vivan para su gloria en las multitudes que viven de su generosidad! Lo que el Señor hace, lo hace a propósito; permanece firme. Pasa por alto todos los consejos de los hombres, y hace que sirvan a sus consejos; nada puede impedir que el consejo eterno de Dios llegue a cumplirse, cosa que para nosotros es de lo más sorprendente.

Vv. 12—22. Todos los movimientos y operaciones del alma de los hombres, que ningún mortal conoce sino ellos mismos, Dios los conoce mejor que ellos. En su mano están sus corazones todos y

sus tiempos; Él formó el espíritu de cada hombre en su interior. Todos los poderes de la criatura dependen de Él, y para nada cuentan ni para nada sirven sin Él. Si hacemos que el favor de Dios sea seguro para nosotros, entonces no tenemos que temer lo que esté en contra nuestra. Tenemos que darle a Él la gloria de su gracia especial. Todos los intentos humanos para la salvación de nuestra alma son vanos, pero el ojo vigilante del Señor está sobre aquellos cuyo temor consciente de su nombre procede de la esperanza que cree en su misericordia. Ellos serán socorridos en sus dificultades; no recibirán daño real en sus peligros. —Quienes temen a Dios y su ira, deben esperar en Dios y su misericordia, porque no hay modo de huir *de* Él sino huir *hacia* Él. Que tu misericordia, oh Señor, esté sobre nosotros; que siempre tengamos consuelo y provecho, no por nuestro mérito, sino conforme a la promesa que tú nos diste en tu palabra y conforme a la fe que nos diste por tu Espíritu y tu gracia.

SALMO XXXIV

Versículos 1—10. *David alaba a Dios y anima a confiar en Él.* 11—22. *Exhorta a temer al Señor.*

Vv. 1—10. Si esperamos pasar la eternidad alabando a Dios, es propio que debamos pasar gran parte de nuestro tiempo aquí en esta tarea. Él nunca dijo a nadie: *Búscame en vano.* Las oraciones de David ayudaron a acallar sus temores; muchos, fuera de él, han mirado al Señor por fe y oración y los ha revivido y consolado maravillosamente. Cuando miramos al mundo nos confundimos y perdemos, pero de mirar a Cristo depende toda nuestra salvación y también todas las cosas necesarias para ella. —Este pobre, al cual nadie miraba con respeto ni cuidaba con preocupación, fue no obstante bienvenido al trono de la gracia; le oyó Jehová y lo libró de todas sus angustias. Los santos ángeles ministran a los santos y los defienden contra las potestades de las tinieblas. Toda la gloria sea al Señor de los ángeles. Por el gusto y la vista hacemos descubrimientos y tenemos gozo; gustad y ved que es bueno Jehová; toma nota y consuélate en esto. Él hace verdaderamente dichosos a todos los que confían en Él. En cuanto a las cosas del otro mundo, ellos recibirán la gracia suficiente para el apoyo de su vida espiritual. Y en cuanto a esta vida, ellos tendrán lo necesario de la mano de Dios. Pablo lo tuvo todo, y abundó, porque estaba contento, Filipenses iv, 11–18. Quienes confían en sí mismos pensando que sus propios esfuerzos les son suficientes, tendrán necesidad, pero los que confían en el Señor serán alimentados. No les faltará a los que obran tranquilamente y cumplen sus obligaciones.

Vv. 11—22. Que la gente joven empiece la vida aprendiendo el temor del Señor, si aquí desean consuelo verdadero, y felicidad eterna en el más allá. Serán muy felices los que se inician temprano en el servicio de tan buen Amo. —Todos desean ser felices. Con seguridad esto debe mirar más allá del mundo presente; porque la vida del hombre en la tierra es de unos pocos días, y llenos de tribulaciones. ¿Qué hombre es el que verá lo bueno de allá donde toda bienaventuranza es perfecta? ¡Ay! Pocos son los que tienen este bien en sus pensamientos. —La religión que promete lo mejor es la que hace velar sobre el corazón y la lengua. No basta con no herir, debemos estudiar como ser útiles y vivir para algún propósito; tenemos que buscar la paz y seguirla; estar dispuestos a negarnos a nosotros mismos en gran medida en aras de la paz. —Costumbre constante de los verdaderos creyentes es clamar a Dios cuando están en dificultades, y su consuelo constante es que Él los oye. Los justos son humillados por el pecado y son poca cosa ante sus propios ojos. Nada es más necesario para la verdadera santidad que el corazón contrito, quebrantado de toda confianza en sí mismo. En ese suelo florecerá toda gracia y nada puede animar más a alguien así, que la gracia rica y libre del evangelio de Jesucristo. —Los justos son puestos bajo la protección especial del Señor, aunque tienen su cuota de cruces en este mundo y hay quienes los odian. De la misericordia del

Cielo y de la maldad del infierno, las aflicciones del justo deben ser muchas. Pero cualesquiera sean las tribulaciones que les sobrevengan, no herirán su alma, porque Dios los resguarda para que no pequen cuando están afligidos. Ningún hombre está desolado sino aquel al cual Dios ha abandonado.

SALMO XXXV

Versículos 1—10. *David ora por seguridad.* 11—16. *Se lamenta de sus enemigos.* 17—28. *Clama a Dios para que lo sostenga.*

Vv. 1—10. No es cosa nueva que los hombres más justos, y la causa más justa, encuentren enemigos. Esto es fruto de la vieja enemistad de la descendencia de la serpiente contra la simiente de la mujer. David en sus aflicciones, Cristo en sus sufrimientos, la iglesia bajo persecución, y el cristiano en la hora de la tentación, todos ruegan al Todopoderoso que se presente a favor de ellos y reivindique su causa. Tenemos la tendencia a justificar la intranquilidad por las injurias que nos infligen los hombres, pensando que no hemos dado motivos para que nos traten mal; pero esto debiera darnos tranquilidad, porque entonces podemos esperar con mayor razón que Dios defienda nuestra causa. —David oró a Dios que se manifestara en su tribulación. Déjame tener consuelo interior en medio de todos los trastornos exteriores para sostener mi alma. Si Dios, por su Espíritu, atestigua a nuestros espíritus que Él es nuestra salvación, no tenemos que desear más para hacernos felices. Si Dios es nuestro Amigo, no importa quien sea nuestro enemigo. —Por el Espíritu de profecía, David predice los justos juicios de Dios que, por su gran maldad, sobrevendrán a sus enemigos. Estas son predicciones, miran al futuro, y muestran la condenación de los enemigos de Cristo y de su reino. No debemos desear ni pedir la ruina de ningún enemigo, salvo nuestras lujurias y los malos espíritus que quieren nuestra destrucción. —Un viajero sorprendido por la noche en un camino malo es expresiva señal del pecador que camina en las sendas peligrosas y resbaladizas de la tentación. Pero David, habiendo encomendado su causa a Dios, no dudó de su propia liberación. —Los huesos son las partes más fuertes del cuerpo. Aquí el salmista se propone servir y glorificar a Dios con toda su fuerza. Si tal lenguaje puede aplicarse a la salvación exterior, ¡cuánto más se aplicará a las cosas celestiales en Cristo Jesús!

Vv. 11—16. Llama ingrato al hombre, y no puedes decirle nada peor: este era el carácter de los enemigos de David. Aquí él era tipo de Cristo. David muestra con cuánta ternura se había comportado con ellos en las aflicciones. Debemos lamentarnos por los pecados de quienes no se lamentan por sí mismos. No perderemos por los buenos oficios que hagamos a nadie, por ingratos que sean. Aprendamos a dominar nuestra alma con paciencia y mansedumbre como David o, más bien, según el ejemplo de Cristo.

Vv. 17—28. Aunque el pueblo de Dios sea tranquilo y contemple serlo, aun ha sido corriente que sus enemigos conciban ideas engañosas contra ellos. —David ora: Mi alma peligra; Señor, rescátala; te pertenece a ti, Padre de los espíritus, por tanto reclama lo tuyo; es tuya, ¡sálvala! Señor no te alejes de mí como si yo fuera un extraño. —Él que exaltó al entonces sufriente Redentor, comparecerá por todo su pueblo: el león rugiente no destruirá sus almas, no más de lo que puede con la de Cristo, su Seguridad. Ellos encomiendan su alma en sus manos, por fe son uno con Él, son preciosos a sus ojos, y serán rescatados de la destrucción para que den gracias en el cielo.

SALMO XXXVI

Versículos 1—4. *El mal estado del impío.* 5—12. *La bondad de Dios.*

Vv. 1—4. Por este salmo nuestro corazón debiera ser afectado con odio por el pecado y buscar satisfacción en la bondad amorosa de Dios. He aquí la raíz de amargura de la cual viene toda la maldad de los hombres impíos. Surge del desprecio de Dios y la falta de la debida consideración hacia Él. También del engaño que imponen a su alma. Roguemos diariamente a Dios que nos preserve de la jactancia. El pecado es muy dañino para el mismo pecador y, por tanto, debe ser aborrecido; pero no lo es. —No es asombroso si los que se engañan a sí mismos, procuran engañar a toda la humanidad; ¿a quiénes serán fieles los que son falsos con sus propias almas? Malo es hacer el mal, pero peor es pensarlo, hacerlo planeada y premeditadamente. —Si desechamos voluntariamente la meditación santa en nuestras horas a solas, Satanás ocupará pronto nuestra mente con imaginaciones pecaminosas. Los pecadores endurecidos defienden lo que han hecho, como si pudieran justificarlo ante Dios mismo.

Vv. 5—12. Los hombres pueden cerrar su compasión, pero en Dios hallaremos misericordia. Este es gran consuelo para todo creyente, que se verá claramente, para no ser quitado. Dios hace todo sabiamente y bien, pero ahora no sabemos qué hace; en el más allá hay tiempo suficiente para saber. —La amorosa bondad de Dios es preciosa para los santos. Ellos se ponen bajo su protección y, entonces, están seguros y a salvo. —Las almas bondadosas, aunque aún desean más *de* Dios, nunca desean *más que* Dios. Los dones de la Providencia hasta aquí los satisfacen, y están contentos con las cosas que tienen. El beneficio de las santas ordenanzas es dulce para un alma santificada y fortaleza para la vida espiritual y divina. Pero la satisfacción total está reservada para el estado futuro. Sus goces serán constantes. Dios no sólo obra en ellos el deseo gracioso de esos placeres sino que, por su Espíritu, llena su alma con gozo y paz al creer. Él vivifica a quien quiere; y quienquiera desee puede venir y tomar de Él gratuitamente las aguas vivas. —Conozcamos, amemos y sirvamos justamente al Señor; entonces, ningún enemigo orgulloso, de la tierra o del infierno, nos separará de su amor. La fe llama a las cosas que no son como si fueran. Nos lleva adelante al final del tiempo; nos muestra al Señor en su trono de juicio; el imperio del pecado caído para nunca más levantarse.

SALMO XXXVII

David convence de tener paciencia y confianza en Dios por el estado del santo y el del impío.

Vv. 1—6. Cuando miramos alrededor vemos el mundo lleno de malhechores que florecen y viven con comodidad. Así se ha visto de antaño, por lo cual no debemos maravillarnos. Por esto somos tentados a angustiarnos, a pensar que es la única gente feliz, y tendemos a hacer como ellos; sin embargo, se nos advierte en contra. La prosperidad exterior se desvanece. Si miramos adelante, con el ojo de la fe, no veremos razón para envidiar al impío. Su lloro y lamento serán eternos. —La vida religiosa es confianza proveniente de la fe en el Señor y el cuidado diligente de servirle conforme a su voluntad. No es confiar en Dios, sino tentarlo, no tomar conciencia de nuestro deber para con Él. La vida del hombre no consiste en su abundancia, sino en tener el alimento suficiente para ti. Esto es más de lo que merecemos y basta para el que va al cielo. —Deleitarse en Dios es tanto un privilegio como un deber. Él no ha prometido complacer los apetitos del cuerpo y los humores de la fantasía, sino los deseos del alma renovada y santificada. ¿Cuál es el deseo del corazón de un hombre bueno? Es conocer y amar y servir a Dios. —Encomienda a Jehová tu camino; entrega tu camino al Señor, se puede leer. Echa tu carga sobre el Señor, la carga de tu preocupación. Debemos descargarnos nosotros mismos, no afligirnos ni quedarnos perplejos con pensamientos sobre cosas futuras, sino referirlos a Dios. Presenta en oración tu caso y todas tus preocupaciones ante el Señor y confía en Él.

Debemos cumplir nuestro deber y, luego, dejarlo a Dios. La promesa es muy dulce: Él hará que ocurra lo que le encomendaste, sea lo que sea.

Vv. 7—20. Satisfagámonos con que Dios hará que todo obre para nuestro bien. No nos agitemos por lo que vemos en este mundo. Un espíritu afanoso, descontento está expuesto a muchas tentaciones. Porque en todos los aspectos, lo poco que se asigna al justo, es más consolador y provechoso que todas las riquezas mal obtenidas y engañosas de los impíos. Viene de una mano de amor especial. Dios provee abundantemente y bien, no sólo para sus siervos que trabajan, sino para sus siervos que esperan. Tienen lo que es mejor que la riqueza, paz mental, paz *con* Dios, y entonces, paz *en* Dios; esa paz que el mundo no puede *dar* y el mundo no puede *tener*. Dios conoce los días del creyente. Nada de la obra de un día quedará sin recompensa. Su tiempo en la tierra se cuenta por días, que pronto terminará la cuenta; pero la felicidad celestial será para siempre. —Esto será un verdadero sustento para los creyentes en las épocas malas. Quienes descansan sobre la Roca de los siglos, no tienen razón para envidiar al malo su apoyo en cañas cascadas.

Vv. 21—33. El Señor nuestro Dios requiere que actuemos con justicia y demos a todos lo debido. Gran pecado es que los que pueden, nieguen el pago de deudas justas; gran miseria es no poder pagarlas. El que es verdaderamente misericordioso siempre será misericordioso. Debemos abandonar nuestros pecados; aprender a hacer el bien y aferrarnos a eso. Esta es la verdadera religión. —La bendición de Dios es el manantial, la dulzura, y la seguridad de todos nuestros placeres terrenales. Y si estamos seguros de esto, no estamos seguros de que no nos faltará bien alguno en este mundo. Por su gracia y por el Espíritu Santo, Él dirige los pensamientos, los afectos y los designios de los hombres buenos. Por su providencia Él pasa por encima de los hechos como para hacer sencillo el camino de ellos. No siempre les muestra un tramo extenso de su camino, sino que los guía paso a paso, como se guían los niños. Dios los guardará de ser destruidos por sus caídas, sea en pecado o en problemas, aunque la caída en pecado será sumamente dolorosa. —Pocos, si es que hay alguien, han conocido a un creyente coherente, o a sus hijos, reducido a una desesperada y miserable necesidad. Dios no abandona en la aflicción a sus santos; y sólo el justo habitará por siempre en el cielo; esa será su morada eterna. Un hombre bueno puede caer en las manos de un mensajero de Satanás y ser dolorosamente afectado, pero Dios no lo dejará en las manos de su enemigo.

Vv. 34—40. El deber es nuestro y debemos ocuparnos de él; pero los acontecimientos son de Dios, debemos dejar en sus manos disposición de ellos. —¡Qué cuadro impactante es el de los versículos 35, 36, acerca de más de uno de los prósperos enemigos de Dios! Pero Dios destruye notablemente los proyectos de los impíos prósperos, especialmente de los perseguidores. —Nadie es perfecto en sí mismo, pero los creyentes lo son en Cristo Jesús. Si todos los días de los santos continúan siendo tenebrosos y nublados, su día de morir puede resultar consolador y ponerse brillante su sol. O si deben ponerse bajo una nube, de todos modos su estado futuro será de paz perdurable. La salvación del justo será obra del Señor. Él los ayudará a cumplir sus deberes, a llevar sus cargas; les ayudará a soportar bien sus problemas, y lograr el bien a través de ellos, y en el tiempo debido, los librará de sus problemas. Entonces que los pecadores se alejen del mal y hagan el bien; que se arrepientan, abandonen el pecado, y confíen en la misericordia de Dios por medio de Jesucristo. Tomen ellos su yugo sobre sí y aprendan de Él, para que puedan habitar por siempre en el cielo. Notemos las escenas finales de diferentes personajes, y siempre dependamos de la misericordia de Dios.

SALMO XXXVIII

Versículos 1—11. *El desagrado de Dios por el pecado.* 12—22. *Los sufrimientos y las oraciones del salmista.*

Vv. 1—11. Nada inquietará tanto el corazón de un hombre bueno como sentir la ira de Dios. La manera de tener el corazón tranquilo es mantenernos en el amor de Dios. Sin embargo, el sentido de culpa es demasiado pesado para soportarlo; y hundirá al hombre en la desesperación y la ruina a menos que lo quite la misericordia perdonadora de Dios. —Si no hubiera pecado en nuestra alma, no habría dolor en nuestros huesos, ni enfermedad en nuestros cuerpos. La culpa del pecado es una carga para toda la creación, que gime bajo ella. Es una carga para los pecadores mismos, cuando están trabajados y cargados por ella, y será una carga de ruina cuando los hunda en el infierno. Cuando nos damos cuenta de nuestra verdadera condición, valoramos, buscamos y obedecemos al Buen Médico. Pero muchos dejan que sus heridas apesten, porque tardan en ir a su Amigo misericordioso. En cualquier momento que estamos enfermos en nuestros cuerpos, debemos recordar cómo ha sido deshonrado Dios, en nuestros cuerpos y por ellos. —Los gemidos indecibles no le son ocultos a quien escudriña el corazón y conoce la mente del Espíritu. En sus sufrimientos David fue un tipo de las agonías de Cristo, del Cristo en su cruz, sufriendo y abandonado.

Vv. 12—22. Los malos odian la bondad, aunque se beneficien con ella. David parece referirse a Cristo en las quejas que efectúa de sus enemigos. Pero nuestros enemigos nos hacen mal real sólo cuando nos alejan de Dios y de nuestro deber. El problema del verdadero creyente se hace útil; aprende a esperar a su Dios y no procurará alivio de parte del mundo ni de sí mismo. —Mientras menos notemos la maldad y los daños que nos hacen, más consultaremos con la paz de nuestra mente. Las aflicciones de David fueron castigo y consecuencia de sus transgresiones, mientras Cristo sufrió por nuestros pecados y sólo por los nuestros. ¿Qué derecho puede tener un pecador para rendirse a la impaciencia o a la ira, cuando misericordiosamente le corrigen sus pecados? —David era muy sensible a las obras presentes de la corrupción en él. Los hombres buenos han estado a punto de caer cuando ponen sus penas continuamente delante de sí, pero, al poner siempre a Dios por delante, han mantenido su firmeza. Si estamos verdaderamente arrrepentidos del pecado, eso nos hará pacientes en la aflicción. —Nada se acerca más al corazón del creyente afligido que estar bajo la aprehensión de que Dios lo abandone; tampoco hay cosa que salga del corazón con más sentimiento que la oración: "No te alejes de mí". El Señor socorrerá pronto a los que confían en Él como su salvación.

SALMO XXXIX

Versículos 1—6. *David habla de la fragilidad del hombre.* 7—13. *Pide perdón y liberación.*

Vv. 1—6. Si surge en la mente un pensamiento malo, hay que suprimirlo. La vigilancia del hábito es la rienda de la cabeza; la vigilancia de los actos es la mano sobre la rienda. Cuando no podemos separarnos de los impíos, debemos recordar que ellos vigilan nuestras palabras y las cambian, si pueden, para nuestra desventaja. A veces puede ser necesario guardar silencio y hablar ni siquiera palabras buenas; pero, en general, estamos mal cuando nos retenemos de iniciar discursos edificantes. —La impaciencia es un pecado que tiene su causa *dentro* de nosotros mismos y esta es, la cavilación; y tiene sus malos efectos *en* nosotros, y eso es nada menos que enardecerse. —En su mejor salud y prosperidad, todo hombre es pura vanidad, no puede vivir por mucho tiempo; puede morir pronto. Esta es una verdad indudable, pero estamos poco dispuestos a creerla. Por tanto, oremos que Dios ilumine nuestras mentes por su Espíritu Santo y llene nuestros corazones con su gracia, para que cada día y hora podamos estar preparados para la muerte.

Vv. 7—13. No se puede hallar satisfacción sólida en la criatura; debe hallarse en el Señor y en la comunión con Él; nuestros desencantos debieran llevarnos a Él. Si el mundo no es sino vanidad, que Dios nos libre de tener o buscar nuestra porción en él. Cuando falla la confianza puesta en las criaturas, nuestro consuelo es tener un Dios al cual ir, un Dios en quien confiar. Podemos ver un Dios bueno que hace todo, y ordena todos los acontecimientos que tienen que ver con nosotros; y el hombre bueno, por esa razón, nada dice en contra. Desea el perdón de su pecado y evitar la vergüenza. Debemos velar y orar contra el pecado. —Cuando estamos bajo la mano correctora del Señor, debemos mirar a Dios mismo para recibir alivio, no a nadie más. Nuestros caminos y nuestros hechos nos meten en dificultades, y somos azotados con una vara de nuestra propia confección. ¡Qué cosa pobre es la belleza! ¡y qué necios son quienes se enorgullecen de ella cuando será ciertamente consumida, y que lo sea rápido! El cuerpo del hombre es la vestidura del alma. En esa vestidura el pecado ha puesto una polilla que desgasta, primero la belleza, luego la fuerza y, finalmente la sustancia de sus partes. Quien haya observado el progreso de una enfermedad prolongada, o solo la obra del tiempo en la estructura del hombre, sentirá de inmediato la fuerza de esta comparación, y que ciertamente todo hombre es vanidad. —Las aflicciones son enviadas para estimular la oración. Si tienen ese efecto, podemos esperar quie Dios oiga nuestra oración. El creyente espera cansancio y malos tratos en su camino al cielo, pero no permanecerá en ello por mucho tiempo: andando por fe con Dios, prosigue su viaje, sin apartarse de su rumbo, sin ser derribado por las dificultades que encuentra. ¡Cuán bienaventurado es soltarse de las cosas de aquí abajo, para que mientras vamos a la casa de nuestro Padre, podamos usar el mundo sin mal usarlo! Que siempre busquemos la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios.

SALMO XL

Versículos 1—5. *Confianza de ser librado.* 6—10. *La obra redentora de Cristo.* 11—17. *Oración por misericordia y gracia.*

Vv. 1—5. Las dudas y los temores sobre el estado eterno son un pozo horrible y lodo cenagoso, y eso han sido para muchos amados hijos de Dios. Hay suficiente poder en Dios para ayudar al más débil y suficiente gracia para ayudar al más indigno de todos los que confían en Él. El salmista esperó pacientemente; siguió creyendo, esperando y orando. Esto es aplicable a Cristo. Su agonía en el huerto y en la cruz fue un pozo de desesperación y lodo cenagoso. Pero quienes esperan pacientemente a Dios, no esperan en vano. —Los que han estado en depresión religiosa, y por la gracia de Dios han sido librados, pueden aplicarse el versículo 2 con mucho sentimiento; han sido sacados de un pozo de desesperación. Cristo es la única Roca sobre la cual la pobre alma puede estar firme. Donde Dios ha dado una esperanza sólida, quiere ver un andar y una conducta regular y constante. —Dios llenó con gozo y paz al salmista cuando creyó. Hay multitudes que por fe han contemplado los sufrimientos y la gloria de Cristo, y han aprendido a temer la justicia, y a confiar en la misericordia de Dios por medio de Él. Muchos son los beneficios con que nos carga diariamente la providencia y la gracia de Dios.

Vv. 6—10. El salmista anuncia la maravillosa obra, la redención hecha por nuestro Señor Jesucristo. La sustancia debe llegar, la cual es Cristo, que da gloria a Dios y gracia al hombre que era imposible lograr por medio de los sacrificios. —Obsérvese la separación de nuestro Señor Jesús para la obra y el oficio de Mediador. En el rollo del libro estaba escrito de Él. En los rollos sellados de los decretos y consejos divinos, está registrado el pacto de redención. También en todos los libros del Antiguo Testamento había algo escrito de Él, Juan xix, 28. Ahora la compra de nuestra salvación ha sido hecha, ha salido la proclama, llamándonos a ir y aceptarla. Se predicó libre y ampliamente.

Quienquiera que emprendiera la predicación del evangelio de Cristo estaría sometido a la gran tentación de ocultarlo; pero Cristo y los que llama a la obra, son llevados adelante en ella. Creamos su testimonio, confiemos en su promesa y sometámonos a su autoridad.

Vv. 11—17. Los mejores santos se ven destrozados a menos que la gracia de Dios los preserve continuamente. Pero obsérvese la espantosa visión que el salmista tuvo del pecado. Esto hizo que fuera tan bien acogido el descubrimiento del Redentor. En todas sus reflexiones sobre cada paso de su vida, descubría que faltaba algo. La vista y el sentir nuestros pecados en sus propios colores, debe distraernos, si no tenemos al mismo tiempo una visión de un Salvador. —Si Cristo ha triunfado sobre nuestros enemigos espirituales, entonces nosotros, por medio de Él, seremos más que vencedores. Esto puede animar a todos los que buscan a Dios y aman su salvación, para que se regocijen en Él y le alaben. Ni el pesar ni la pobreza que puedan hacer miserables a los que temen al Señor. Su Dios y todo lo que Él tiene o hace es la base del gozo de ellos. La oración de fe pueden abrir su abundancia, que sea a todas sus necesidades. Las promesas son seguras, el momento de su cumplimiento se acerca con rapidez. El que antes vino con gran humildad, vendrá de nuevo en gloriosa majestad.

SALMO XLI

Versículos 1—4. *El cuidado de Dios por su pueblo.* 5—13. *La traición de los enemigos de David.*

Vv. 1—4. El pueblo de Dios no está libre de pobreza, enfermedad ni aflicción externa, pero el Señor considera el caso de ellos y envia las necesarias provisiones. Del ejemplo de su Señor, el creyente aprende a considerar a sus hermanos pobres y afligidos. Esta rama de la santidad suele ser recompensada con bendiciones temporales. Pero nada es tan angustiante para el creyente contrito como el temor o sentido del descontento divino, o de pecado en su corazón. El pecado es la enfermedad del alma; la misericordia que perdona la sana, la gracia que renueva la sana y debemos anhelar más esta sanidad espiritual que la salud corporal.

Vv. 5—13. Nos quejamos, y justamente, de la falta de sinceridad, y de que escasamente se puede hallar una amistad verdadera entre los hombres; pero los días pasados no fueron mejores. En particular uno en quien David había puesto gran confianza tomó parte con sus enemigos. Y no pensemos que es extraño si recibimos mal de los que suponemos amigos. ¿No hemos quebrantado de esa manera nuestras palabras ante Dios? Comemos diariamente de su pan pero levantamos el calcañar contra Él. Pero aunque no nos complazcamos en la caída de nuestros enemigos, podemos complacernos en que sus designios se vuelven vanidad. —Cuando podemos discernir el favor del Señor en cualquier misericordia, sea personal o pública, eso la dobla. Si la gracia de Dios no tuviera constante cuidado de nosotros, no seríamos sustentados. Pero mientras estemos en la tierra asintamos de todo corazón a las alabanzas que los redimidos de la tierra y del cielo rinden a su Dios y Salvador.

SALMO XLII

El conflicto del alma del creyente.

Vv. 1—5. El salmista miraba al Señor como su sumo bien, y puso de manera coherente su corazón en Él; echada al comienzo el ancla, capea la tempestad. El alma bajo la gracia halla poca satisfacción en los atrios de Jehová, si no se encuentra ahí con Dios mismo. Las almas vivas nunca pueden descansar en otra parte que no sea el Dios vivo. Comparecer ante el Señor es el deseo del justo y es el terror del hipócrita. —Nada es más penoso para el alma creyente que lo que se concibe para quitarle su confianza en el Señor. No era el recuerdo de los placeres de la corte lo que afligía a David, sino el recuerdo de la entrada libre que tenía a la casa de Dios, y su deleite de estar en ella. —Los que conversan mucho con su propio corazón, a menudo tendrán que reprenderlo. Nótese la cura de la tristeza. Cuando el alma reposa en sí misma se hunde; si se aferra del poder y la promesa de Dios, mantiene la cabeza por encima de las grandes olas. Y qué apoyo tenemos en los ayes del presente, sino que tengamos consuelo en Él. Tenemos grandes causas para llorar por el pecado, pero la depresión procede de la incredulidad y de una voluntad rebelde; por tanto, debemos esforzarnos y orar en contra de ella.

Vv. 6—11. El camino para olvidar nuestras miserias es recordar al Dios de nuestras misericordias. David vio aflicciones procedentes de la ira de Dios y eso lo desanimó. Pero si un problema sigue al otro, si todo parece combinarse para arruinarnos, recordemos que todos son planificados y gobernados por el Señor. David considera el favor divino como la fuente de todo el bien que él espera. En el nombre del Salvador esperamos y oramos. Una palabra suya calma toda tormenta y vuelve en luz de mediodía las tinieblas de la medianoche, cambia las quejas más amargas en alabanzas de regocijo. Nuestra expectativa de fe en la misericordia debe avivar nuestras oraciones. —A la larga, su fe salió vencedora, animándolo a confiar en el nombre del Señor y a permanecer en su Dios. Agrega: Y Dios *mío*; este pensamiento le capacitó para triunfar sobre todas sus penas y temores. Nunca pensemos que el Dios de nuestra vida y la Roca de nuestra salvación, se ha olvidado de nosotros si hemos establecido nuestro refugio en su misericordia, verdad y poder. Así, el salmista luchó contra su desencanto; por fin, obtuvieron la victoria su fe y esperanza. Aprendamos a controlar todas las dudas y los temores incrédulos. Apliquemos la promesa primero a nosotros y, luego, pidámosla a Dios.

SALMO XLIII

David procura acallar su espíritu con esperanza y confianza en Dios.

David ora en cuanto a la contienda que Dios tuvo con él por el pecado: No me juzgues, porque si lo haces, seré condenado; en cuanto a la lucha de sus enemigos con él, David ora: Júzgame, oh Dios; en tu providencia, comparece a mi favor. —Si no podemos consolarnos en Dios, podemos permanecer en Él y tener apoyo espiritual cuando queremos las delicias espirituales. Él nunca echa a alguien que confía en Él, cualesquiera sean los temores que pudiese tener en cuanto a su propio estado. No necesitamos desear más para ser felices, que lo bueno que fluye del favor de Dios, y que está incluido en su promesa. Los que son guiados por Dios, los guía a su santo monte; en consecuencia, quienes pretenden ser dirigidos por el Espíritu y, no obstante, dan la espalda a sus ordenanzas, se engañan a sí mismos. Aún tenemos que orar por el Espíritu de luz y verdad que suple la falta de la presencia corporal de Cristo, para que nos guíe en el camino al cielo. —Cualquiera sea el motivo por el que nos regocijemos o triunfemos, el Señor debe ser el gozo de esto. David recurre a Dios en cuanto su esperanza que nunca falla. Oremos fervorosamente que el Señor envíe la verdad de su palabra y la luz de su Espíritu para guiarnos en el camino de la santidad, la paz y la salvación. El deseo del cristiano, como el del profeta en dificultades, es ser salvado del pecado y del dolor; ser

enseñado en el camino de la justicia por la luz de la sabiduría divina, que brilla en Jesucristo, y ser guiado por esta luz y verdad a la Nueva Jerusalén.

SALMO XLIV

Pedido de socorro y alivio.

Vv. 1—8. Las experiencias anteriores del poder y la bondad de Dios son fuerte apoyo para la fe y poderosos argumentos al orar cuando se está sometido a las calamidades presentes. Las muchas victorias que obtuvo Israel no se debieron a su propia fuerza o mérito, sino al favor y a la libre gracia de Dios. Mientras menos nuestro sea el mérito, mayor el consuelo que proporciona para que veamos que todo viene del favor de Dios. —Él peleó por Israel, porque de lo contrario Israel hubiera luchado en vano. Esto se aplica a plantar la Iglesia cristiana en el mundo, cosa que no fue por política humana ni poder humano alguno. Cristo, por su Espíritu, salió venciendo y para vencer; y puesto que planta una iglesia en el mundo para sí, la sostendrá por su mismo poder y bondad. Ellos confiaron y triunfaron en Él y por medio de Él. El que se gloría, gloríese en el Señor. Pero si tienen el consuelo de su nombre, den a Él la gloria debida a su nombre.

Vv. 9—16. El creyente debe tener tiempos de tentación, aflicción y desaliento; la iglesia debe tener temporadas de persecución. En tales momentos el pueblo de Dios estará dado a temer que Él los haya desechado, y que su nombre y su verdad serán deshonrados. Pero ellos deben mirar hacia arriba a los instrumentos de sus problemas, a Dios, sabiendo bien que sus peores enemigos no tienen poder contra ellos, sino el que se les concede de lo alto.

Vv. 17—26. No debemos buscar alivio de las aflicciones por ninguna pecaminosa sumisión; tenemos que meditar continuamente en la verdad, la pureza y el conocimiento de nuestro Dios que escudriña el corazón. El corazón peca y los pecados secretos son conocidos por Dios y deben ser reconocidos. Conoce los secretos del corazón, por tanto juzga las palabras y los actos. Mientras nuestros problemas no nos separen de nuestro deber para con Dios, no debemos tolerar que nos aparten de nuestro consuelo en Dios. Cuidemos que la prosperidad y la comodidad no nos hagan negligentes ni tibios. —La iglesia de Dios no puede inclinarse a olvidar a Dios en la persecución; el corazón del creyente no se aparta de Dios. El Espíritu de profecía se refería a los que sufrieron hasta morir por el testimonio de Cristo. —Obsérvese los argumentos usados, versículos 25, 26. No su propio mérito, ni su justicia, sino los ruegos del pobre pecador. Nadie que pertenezca a Cristo será echado fuera; cada uno de ellos será salvado, y eso es para siempre. La misericordia de Dios, adquirida, prometida y derramada constantemente, y ofrecida a los creyentes, aleja toda duda que surja de nuestros pecados; mientras oramos en fe: Redímenos por amor a tus misericordias.

SALMO XLV

Este salmo es una profecía del Mesías Príncipe, y lo señala como el Esposo que desposa consigo a la iglesia, y como Rey que reina en ella y por ella.

Vv. 1—5. La lengua del salmista era guiada por el Espíritu de Dios como la pluma por la mano de un ágil escritor. Este salmo se refiere al Rey Jesús, su reinado y gobierno. Es vergonzoso que esta

excelente materia no sea más el tema de nuestro hablar. Hay más en Cristo para despertar nuestro amor, que lo que hay o puede haber en una criatura. Este mundo y sus encantos están dispuestos a alejar nuestros corazones de Cristo; por tanto, nos corresponde entender cuánto más digno de nuestro amor es Él. La buena voluntad de Dios nos es dada a conocer por su palabra, su promesa, su evangelio, y la buena obra de Dios comienza y es llevada a cabo en nosotros. El salmista, versículos 3—5, anuncia con regocijo, el progreso y éxito del Mesías. Las saetas agudas de la condenación son muy terribles en el corazón de los pecadores, hasta que son humillados y reconciliados; pero las saetas de la venganza lo serán mucho más para sus enemigos que se niegan a someterse. Todos los que han visto su gloria, y gustado su gracia, se regocijan al verlo poner, por medio de su palabra y su Espíritu, bajo su dominio a enemigos y extranjeros.

Vv. 6—9. El trono de este Rey todopoderoso está establecido para siempre. Mientras el Espíritu Santo guía al pueblo de Cristo a mirar su cruz, Él les enseña a ver la maldad del pecado y la belleza de la santidad, para que ninguno de ellos pueda sentirse animado a continuar en pecado. —El Mediador es Dios, de lo contrario no hubiera sido capaz de hacer la obra del Mediador, ni hubiera sido apto para llevar la corona del Mediador. Dios Padre, como su Dios, en cuanto a su naturaleza humana y oficio de mediación, le ha dado sin medida el Espíritu Santo. Así ungido para ser Profeta, Sacerdote y Rey, Cristo tiene la preeminencia de los dones y gracias del Espíritu que alegran, y desde su plenitud los comunica a sus hermanos de naturaleza humana. —El Espíritu es llamado óleo de gozo por la delicia con que fue lleno Cristo al ejecutar su empresa. La salvación de los pecadores es el gozo de los ángeles, mucho más del Hijo. Y en la proporción en que somos conformados a su santa imagen, podemos tener la expectativa de la influencia grata del Consolador. Las excelencias del Mesías, la propiedad de sus oficios y la suficiencia de su gracia, parecen estar figuradas por la fragancia de sus vestidos. —La Iglesia formada por los creyentes verdaderos se compara aquí con el lino fino, por su pureza; al oro, por su costo: porque como debemos nuestra redención, también debemos nuestro ornato a la sangre preciosa del Hijo de Dios.

Vv. 10—17. Si deseamos compartir estas bendiciones, hemos de obedecer la palabra de Cristo. Debemos olvidar nuestra búsqueda e inclinación carnal y pecaminosa. Él debe ser nuestro Señor y nuestro Salvador; debemos arrojar fuera a todos los ídolos para darle todo nuestro corazón. Y aquí hay un buen aliento para liberarnos de previas alianzas. —La belleza de la santidad, de la iglesia y de los creyentes en particular, es de gran precio y muy afable a los ojos de Cristo. La obra de la gracia es hechura del Espíritu, es la imagen de Cristo en el alma, una participación de la naturaleza divina. Está limpia de todo pecado, no lo hay en ella, ni viene de ella. Nada glorioso hay en el viejo hombre o naturaleza corrupta; pero todo es glorioso en el nuevo hombre, u obra de la gracia en el alma. El manto de la justicia de Cristo, que ha elaborado para su iglesia, el Padre se lo imputa a ella la viste con Él. —Nadie es llevado a Cristo sino los que el Padre lleva. Esto destaca la conversión de las almas a Él. —El manto de justicia y las vestiduras de la salvación, el cambio de atavío que Cristo ha puesto en ella. —Los que se aferran estrictamente a Cristo, y lo aman con todo su corazón son los miembros de la esposa, que participan de la misma gracia, disfrutan de los mismos privilegios, y comparten la común salvación. Cada uno de ellos será llevado al Rey; ninguno se perderá, ni será dejado atrás. En lugar de la iglesia del Antiguo Testamento, habrá una iglesia del Nuevo Testamento, una iglesia gentil. — En la esperanza que cree en nuestra felicidad eterna en el otro mundo, siempre mantengamos el recuerdo de Cristo como nuestro único camino hacia allá; y transmitamos el recuerdo de Él a las siguientes generaciones, para que su nombre perdure por siempre.

SALMO XLVI

Versículos 1—5. *Confianza en Dios.* 6—11. *Exhortación a darse cuenta.*

Vv. 1—5. Este salmo exhorta a esperar y confiar en Dios, su poder y providencia, y en la gracia de su presencia en su Iglesia en los peores momentos. Podemos aplicar esto a los enemigos espirituales, y tenemos el estímulo que seremos vencedores por medio de Cristo. Él es auxilio, el auxilio siempre presente, el auxilio pronto, alguien que se caracteriza por ser así: auxilio oportuno, amparo que siempre está cerca; no podemos desear algo mejor, ni hallaremos algo semejante en criatura alguna. Que las aguas turbulentas confundan a quienes edifican su confianza sobre un fundamento flotante; pero, no se alarmen los que son guiados a la Roca y en ella encuentran base firme. —Aquí hay gozo para la Iglesia aun en los tiempos penosos. El río alude a las gracias y consolaciones del Espíritu Santo que fluyen por todas las partes de la Iglesia, y alegra el corazón de cada creyente por medio de las sagradas ordenanzas de Dios. —Se promete que la Iglesia no será conmovida. Si Dios está en nuestros corazones, por su palabra que habita ricamente en nosotros, seremos establecidos, seremos ayudados; confiemos, y no tengamos miedo.

Vv. 6—11. Venid y ved los efectos de los juicios desoladores, y venerad a Dios. Esto muestra la seguridad perfecta de la Iglesia, y es una seguridad de paz perdurable. Oremos por la aproximación rápida de esos días gloriosos y, en silenciosa sumisión, adoremos y confiemos en nuestro Soberano omnipotente. Que todos los creyentes triunfen con esto: Jehová de los ejércitos, el Dios de Jacob, ha estado, está y estará con nosotros; será nuestro amparo. Marcad esto, recibid el consuelo y decid: Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? Con esto en la vida y en la muerte, respondamos al temor.

SALMO XLVII

El pueblo es exhortado a alabar a Dios.

Vv. 1—4. El Dios con quien tenemos que ver es un Dios de majestad digna de reverencia. La soberanía universal y absoluta de un Dios santo sería demasiado terrible para siquiera pensarla, si no fuera ejercida por su Hijo desde un trono de gracia; pero ahora es terrible sólo para los hacedores de iniquidad. Mientras su pueblo expresa confianza y gozo, y se animan unos a otros a servirle, sométanse los pecadores a su autoridad y acepten su salvación. —Jesucristo someterá a los gentiles; los llevará al redil como ovejas, no para matarlas, sino para guardarlas. Someterá su afecto, y los hará ofrecerse voluntarios en el día de su poder. También dice que les da reposo y satisfacción. Aplíquese espiritualmente: el mismo Señor se ha propuesto ser la heredad de su pueblo. Muestra la fe y sumisión de los santos. Es el lenguaje de toda alma en la gracia. Jehová escogerá lo que será mi heredad; Él sabe mejor que yo lo que es bueno para mí.

Vv. 5—9. La alabanza es un deber que debemos cumplir frecuentemente y con abundancia. Pero aquí hay una regla necesaria: Cantad con inteligencia, como quienes entienden por qué y cuáles razones tienen para alabar a Dios, y cuál es el significado del culto. No es servicio aceptable si no es culto racional. —Nunca debemos olvidar el objetivo de la exaltación del Mesías, porque los profetas continuamente insisten en la conversión de las naciones al evangelio de Cristo. ¿Por qué imaginar vanamente que le pertenecemos, a menos que el Espíritu reine en nuestros corazones por la fe? —Señor, ¿no es tu gloria y delicia dar arrepentimiento y remisión de pecados a Israel, ahora que eres ensalzado como Príncipe y Salvador? Establece tu reino en nuestros corazones. Lleva cautivo todo

pensamiento a la obediencia a Cristo. Y así constriñe dulcemente todos los poderes y facultades del alma de tus redimidos, en amor, temor y santa complacencia en ti, que pueda brotar para ti, Dios nuestro, la alabanza inteligente de todo corazón, aquí y para siempre.

SALMO XLVIII

Las glorias de la Iglesia de Cristo.

Vv. 1—7. Jerusalén es la ciudad de nuestro Dios: nadie en la tierra le rinde los honores que le son debidos, salvo los ciudadanos de la Jerusalén espiritual. Feliz es el reino, la ciudad, la familia, el corazón en que Dios es grande, donde Él es todo. Ahí Dios es conocido. Mientras más claro nos sea revelado el Señor y su grandeza, más se espera que abundemos en alabanzas a Él. Por causa del pecado, la tierra está cubierta de deformidad, en consecuencia, con justicia se puede llamar el gozo de toda la tierra a ese punto de suelo embellecido por la santidad; en lo que tiene razón de regocijarse toda la tierra, puesto que indudablemente Dios morará con el hombre en la tierra en toda buena obra. —Los reyes de la tierra le tenían temor. Nada de la naturaleza puede representar mejor la derrota del paganismo por el Espíritu del evangelio que los restos del naufragio de una flota en la tormenta. Ambos se deben al poder de la fuerza del Señor.

Vv. 8—14. Aquí tenemos la mejoría que el pueblo de Dios debe hacer de sus gloriosas y gratas apariciones. Sea confirmada nuestra fe en la palabra de Dios. Sea alentada nuestra esperanza en la estabilidad de la Iglesia. Nuestra mente se llene con buenos pensamientos de Dios. —Todos los arroyos de misericordia que fluyen hacia nosotros, debemos atribuirlos al manantial de su benignidad. Demos a Dios la gloria por las cosas grandiosas que ha hecho por nosotros. Consuélense todos los miembros de la Iglesia en lo que el Señor hace por ella. Observemos la belleza, la fuerza y la seguridad de la Iglesia. Consideremos su fuerza; veámosla fundada en Cristo, la Roca, fortificada por el poder divino, resguardada por Aquel que no se adormece ni se duerme. Observad qué ordenanzas preciosas son sus palacios, qué promesas preciosas son sus muros, para que os animéis a uniros a ella, y decid esto a los demás. Este Dios, que ahora ha hecho cosas tan grandes por nosotros, es inmutable en su amor por nosotros y su cuidado de nosotros. Si Él es nuestro Dios, nos guiará y nos guardará hasta el último. Nos guiará como para establecernos más allá del alcance de la muerte, de modo que ésta no nos inflija ningún daño real. Él nos guiará a una vida en que no habrá más muerte.

SALMO XLIX

Versículos 1—5. *Un llamado de atención.* 6—14. *La necedad de lo mundano.* 15—20. *Contra el miedo a la muerte.*

Vv. 1—5. Rara vez nos encontramos con una presentación más solemne; no hay verdad de mayor importancia. Todos oigamos esto y apliquémoslo a nosotros mismos. Los pobres corren peligro por el deseo indebido de la riqueza del mundo, y los ricos por tener su gozo en ellas. El salmista empieza aplicándolo a sí mismo, y ese es el método correcto de tratar las cosas divinas. Antes de presentar la necedad de la seguridad carnal, él expone, por propia experiencia, el beneficio y el consuelo de la seguridad santa en la gracia, que disfrutan quienes confían en Dios y no en su riqueza mundana. —

En el día del juicio, la iniquidad de nuestros talones, o de nuestros pasos, de nuestros pecados pasados nos acosarán. En esos días la gente perversa, mundana, tendrá temor, pero ¿de dónde debiera temer la muerte el hombre que tiene a Dios con él?

Vv. 6—14. Aquí hay una descripción del espíritu y del modo de ser de los mundanos. Un hombre puede tener riqueza y su corazón ensanchado en amor, agradecimiento y obediencia, y hacer el bien con su riqueza. Por tanto, no es que los hombres tengan riquezas lo que los demuestra como mundanos, sino poner su corazón en ellas, como si fueran lo supremo. Los hombres mundanos sólo tienen pensamientos pasajeros de las cosas de Dios, mientras sus pensamientos fijos, sus pensamientos interiores, son del mundo; esto está más cerca de su corazón. Pero con toda su riqueza no pueden salvar la vida del amigo más querido que tengan. Esto mira más allá, mira a la redención eterna obrada por el Mesías. La redención del alma costará muy cara; pero, una vez obrada, no tendrá que ser repetida. Y Él, el Redentor, resucitará y no verá corrupción y, entonces, vivirá para siempre, Apocalipsis i, 18. —Esto muestra igualmente la necedad de la gente del mundo que vende su alma por lo que nunca la pagará. Con toda su riqueza no pueden asegurarse del golpe de la muerte. Sin embargo, una generación tras otra aplauden sus máximas; y el carácter del necio, como si fuera hecho por la mismísima sabiduría celestial, Lucas xii, 16–21, se sigue emulando aun entre los que se profesan cristianos. La muerte pregunta al pecador orgulloso: ¿Dónde está tu riqueza, tu pompa? Y en la mañana de la resurrección, cuando despierten todos los que duermen en el polvo, el justo será elevado a la honra más alta, cuando el malo se llene de vergüenza y confusión perpetua, Daniel xii, 2. Juzguemos ahora las cosas según se manifestarán en aquel día. La belleza de la santidad es lo único que la tumba no puede tocar ni dañar.

Vv. 15—20. Los creyentes no deben temer la muerte. La honra de la condición externa del hombre, lo grande que fue en vida, no sirve de nada en la muerte; pero la diferencia del estado espiritual de los hombres, aunque parezca de poca monta en esta vida, sin embargo, es muy grande en la muerte y después de ella. —El alma es a menudo juzgada por la vida. El Dios de la vida, que fue su Creador primero, puede ser y será su Redentor al fin. Incluye la salvación del alma de su destrucción eterna. —Los creyentes estarán sometidos a la fuerte tentación de envidiar la prosperidad de los pecadores. Los hombres te alabarán y clamarán a ti, como si hubieran hecho bien al desarrollar un patrimonio y una familia. Pero, ¿de qué servirá ser aprobados por los hombres, si Dios nos condena? Quienes son ricos en la gracia y las consolaciones del Espíritu, tienen algo de lo cual la muerte no puede despojarlos, más bien dicho, algo que la muerte mejorará; pero, en cuanto a las posesiones mundanas, como nada trajimos al mundo, así de seguro es que nada llevaremos; debemos dejar todo a los demás. —El resumen de todo el asunto es que de nada aprovecha al hombre si gana todo el mundo, llega a ser poseedor de toda su riqueza y todo su poder, si pierde su alma y es desechado por falta de la sabiduría santa y celestial que distingue al hombre de las bestias, en su vida y en su muerte. —¿Hay hombres que puedan preferir la suerte del rico pecador a la del pobre Lázaro, en la vida y la muerte, y para la eternidad? Con toda seguridad que los hay. ¡Entonces, cuánto necesitamos la enseñanza del Espíritu Santo, si con todos nuestros poderes ostentados, somos tan dados a tal necedad en el asunto más importante de todos!

SALMO L

Versículos 1—6. *La gloria de Dios.* 7—15. *Cambio de sacrificios por oraciones.* 16—23. *Necesidad de la obediencia sincera.*

Vv. 1—6. Este es un salmo de instrucción. Habla de la venida de Cristo y del día del juicio en que Dios llamará a los hombres a rendir cuentas; el Espíritu Santo es el Espíritu de juicio. Corresponde a todos los hijos de los hombres conocer la manera justa de adorar al Señor en espíritu y en verdad. Nuestro gran Dios vendrá en el gran día y hará oír su juicio a quienes no escucharon su ley. Dichosos los que entran en el pacto de gracia por fe en el sacrificio expiatorio del Redentor, y muestran la sinceridad de su amor por sus frutos de justicia. —Cuando Dios rechace los servicios de los que descansan en logros externos, aceptará por gracia a quienes lo buscan con rectitud. Sólo podemos ser aceptados por Dios por un sacrificio, por Cristo, el gran sacrificio, de quien derivan su validez los sacrificios de la ley. —Verdaderos y justos son sus juicios; hasta las conciencias de los pecadores serán forzadas a reconocer la justicia de Dios.

Vv. 7—15. Obedecer es mejor que los sacrificios, y amar a Dios y a nuestro prójimo es mejor que todos los holocaustos. Aquí se nos advierte que no debemos descansar en tales obras. Cuidémonos de descansar en ellas en ninguna forma. Dios pide el corazón, ¿cómo podrían complacerlo las invenciones humanas, cuando se desprecia el arrepentimiento, la fe y la santidad? —En el día de tribulación, debemos acudir al Señor en oración ferviente. Nuestros problemas deben llevarnos *a* Él, y no alejarnos *de* Él, aunque veamos que vienen de la mano de Dios. Debemos reconocerle en todos nuestros caminos, confiar en su sabiduría, poder y bondad, y remitirnos completamente a Él y, así, darle gloria. De esta manera debemos mantener la comunión con Dios; reunirnos con Él mediante la oración cuando estamos en pruebas, y con alabanzas cuando somos liberados. El que suplica con fe no sólo tendrá la respuesta por gracia para su pedido y, tendrá motivos para alabar a Dios, también tendrá gracia para alabarle.

Vv. 16—23. La hipocresía es iniquidad que Dios juzgará. Es muy común que los que declaran los estatutos del Señor a los demás, vivan en desobediencia. Este engaño surge de abusar de la paciencia de Dios y de errar voluntariamente en cuanto a su carácter y a la intención de su evangelio. —Los pecados de los pecadores les serán plenamente probados en el gran día del juicio. Viene el día en que Dios pondrá en orden sus pecados, los pecados de la infancia y de la juventud, de la edad madura y de la vejez, para vergüenza y terror eternos de ellos. Los que hasta ahora olvidan a Dios, que están entregados a la maldad o de alguna manera desprecian la salvación, consideren su urgente peligro. La paciencia del Señor es muy grande. Es por demás maravillosa, porque los pecadores hacen tan mal uso de ella; pero si no se vuelven, hará que vean su error cuando sea demasiado tarde. Quienes olvidan a Dios, se olvidan a sí mismos; y nunca estarán bien consigo mismos hasta que recapaciten. —El fin principal del hombre es glorificar a Dios: quien ofrezca alabanza, le glorifica, y sus sacrificios espirituales serán aceptados. Debemos alabar a Dios, sacrificar alabanza, ponerla en las manos del sacerdote, nuestro Señor Jesús, que también es el altar: debemos ser fervientes de espíritu, alabando al Señor. Aceptemos agradecidos la misericordia de Dios y dedíquemonos a glorificarle por palabra y obra.

SALMO LI

Versículos 1—6. *El salmista pide misericordia, confiesa y lamenta humildemente su pecado.* 7—15. *Pide perdón para promover la gloria de Dios y la conversión de los pecadores.* 16—19. *Dios se agrada con un corazón contrito.—Una oración por la prosperidad de Sion.*

Vv. 1—6. David derrama su alma ante Dios, convencido de su pecado, y pide misericordia y gracia. ¿Adónde deben volver los hijos descarriados, sino al Señor Dios de ellos, que es el único que puede sanarlos? Por enseñanza divina, hace un relato de lo que trabaja su corazón en cuanto a Dios.

Quienes se arrepienten verdaderamente de sus pecados, no serán avergonzados al reconocer su arrepentimiento. También instruye a los demás sobre qué hacer y qué decir. —David no sólo había hecho mucho; había sufrido mucho en la causa de Dios; sin embargo, huye a refugiarse en la misericordia infinita de Dios, y depende de ella para tener perdón y paz. Pide perdón por el pecado. La sangre de Cristo rociada sobre la conciencia, borra la transgresión, y, habiéndonos reconciliado con Dios, nos reconcilia con nosotros mismos. El creyente anhela ver borrada toda la deuda de sus pecados, y limpia cada mancha; será lavado completamente de todos sus pecados; pero el hipócrita siempre tiene una reserva secreta, y preferiría que no se le tocara alguna concupiscencia favorita. —David tenía un sentido tan profundo de su pecado que estaba pensando continuamente en él, con pesar y vergüenza. Su pecado lo cometió contra Dios, cuya verdad negamos pecando voluntariamente; lo tratamos engañosamente. El penitente verdadero siempre atribuirá las corrientes de pecado actual a la fuente de la depravación original. Confiesa su corrupción original. Esta es esa necedad que está ligada al corazón del joven, esa inclinación al mal, y el rechazo del bien, que es la carga del regenerado y la ruina del inconverso. —En su arrepentimiento, se le estimula a esperar que Dios le acepte por gracia. Tú amas la verdad en lo íntimo; Dios mira esto en el pecador que se vuelve a Él. Donde haya verdad Dios dará sabiduría. Quienes sinceramente se proponen cumplir con su deber, serán enseñados lo que corresponde a su deber; pero esperarán el bien sólo de la gracia divina que vence la naturaleza corrupta de ellos.

Vv. 7—15. Purifícame con hisopo, con la sangre de Cristo aplicada a mi alma mediante una fe viva, como el agua de la purificación se rociaba con un manojo de hisopo. La sangre de Cristo es llamada la sangre rociada, Hebreos xii, 24. Si esta sangre de Cristo, que limpia de todo pecado, nos limpia de nuestro pecado, entonces estaremos verdaderamente limpios, Hebreos x, 2. Él no pide ser consolado hasta no ser limpiado primeramente; si el pecado, la raíz amarga de la tristeza, es quitado, puede orar con fe: Permíteme tener una paz bien fundamentada, creada por ti, para que se regocijen y se consuelen los huesos quebrantados por la convicción de pecado. Esconde tu rostro de mis pecados; borra de tu libro todas mis iniquidades; bórralas como la nube se borra y la disipan los rayos del sol. —El creyente desea su renovación para santidad tanto como el gozo de su salvación. David ve, ahora más que nunca, qué corazón inmundo tiene, y lo lamenta con pesar; pero entiende que no está en su poder enmendarlo y, por tanto, le ruega Dios la creación de un corazón limpio en él. Cuando el pecador siente que este cambio es necesario, y lee la promesa de Dios en ese sentido, empieza a pedirlo. Sabía que había entristecido al Espíritu Santo con su pecado y lo había provocado a alejarse. Esto es lo que él teme más que nada. —Pide que le sean restauradas las consolaciones divinas. Cuando nos damos motivo para dudar de nuestro interés en la salvación, ¿cómo podemos esperar el gozo de ella? Esto lo había debilitado; él ora: Estoy pronto a caer ya sea en pecado o en la desesperación, por tanto, sosténme con tu Espíritu. Tu Espíritu es un Espíritu libre, en sí mismo un Agente libre que obra con libertad. Y mientras más contentos estemos en nuestro deber, más constantes seremos en eso. ¿Qué es esto sino la libertad con que Cristo hace libre a su pueblo, en contraste con el yugo de la esclavitud? Gálatas v, 1. Es el Espíritu de adopción que habla al corazón. —A quienes tienen a Dios como el Dios de la salvación, Él los librará de la culpa; porque la salvación de la cual Él es Dios, es la salvación del pecado. Por lo tanto, debemos pedirle: Señor, tú eres el Dios de mi salvación, por tanto, líbrame del dominio del pecado. Y cuando se abren los labios, ¿qué deben decir sino alabanzas a Dios por Su misericordia perdonadora?

Vv. 16—19. Los que están totalmente convencidos de su desgracia y peligro por el pecado, no debieran escatimar costo alguno para obtener su remisión; pero como no pueden dar satisfacción por el pecado, Dios no recibe de ellos ninguna satisfacción, a menos que le expresen su amor y deber. —La buena obra hecha en todo penitente verdadero es un espíritu quebrantado, un corazón contrito y humillado, y pesar por el pecado. Es un corazón tierno y dócil a la palabra de Dios. ¡Oh, que hubiera un corazón así en cada uno de nosotros! Dios se complace por gracia en aceptar esto en lugar de

todos los holocaustos y sacrificios. El corazón quebrantado es aceptado por Dios sólo por medio de Jesucristo; no hay verdadero arrepentimiento sin fe en Él. Los hombres desprecian lo que está quebrantado, pero Dios no. Él no lo pasará por alto, no lo rehusará ni lo rechazará; aunque no haga satisfacción para Dios por el mal que se le hizo por el pecado. —Quienes han estado en problemas espirituales saben compadecerse y orar por el prójimo así afligido. David tenía miedo que su pecado ocasionara juicios contra la ciudad y al reino. Ningún temor o problema personal de conciencia puede hacer que el alma, habiendo recibido la gracia, sea indiferente a los intereses de la Iglesia de Dios. Que esto sea el gozo continuo de todos los redimidos, que ellos tengan redención por la sangre de Cristo, el perdón de pecados por las riquezas de su gracia.

SALMO LII

Versículos 1—5. *Descripción de los enemigos de la verdad y de la Iglesia.—Su destrucción.* 6—9. *El justo se regocija.*

Versículos 1—5. Quienes se glorían en el pecado, se glorían en su vergüenza. Los pecadores abusan de la paciencia y la tolerancia de Dios, para endurecimiento de sus corazones en sus malos caminos. Pero los enemigos se jactan en vano en su maldad, mientras nosotros tenemos la misericordia de Dios para confiar. —El decir que había algo de verdad en lo que dijimos no nos salvará de la culpa de mentir, si lo hacemos parecer algo distinto de lo que fue. Mientras más mala intención y engañosa imaginación haya en alguna maldad, más de Satanás hay en ella. —Cuando mueren los hombres buenos, son trasladados de la tierra de los vivos en la tierra al cielo, el jardín del Señor, donde echarán raíces por siempre; pero, cuando mueren los malos, son desarraigados para que perezcan por siempre. El creyente ve que Dios destruirá a los que no tienen en Él su fortaleza.

Vv. 6—9. Se engañan miserablemente los que piensan apoyarse en el poder y la riqueza, sin Dios. El hombre malo confía en la abundancia de sus riquezas; piensa que su maldad le ayudará a conservar su riqueza. Bueno o malo, obtendría lo que pudiera y lo conservaría, y arruinaría a cualquiera que se le interpusiera en su camino; él piensa que esto le va a fortalecer; pero, ¡véase a lo que llega! —Los que por fe y amor habitan en la casa de Dios, serán como olivos verdes. Para ser como olivos verdes, debemos llevar una vida de fe y santa confianza en Dios y su gracia. Aporta mucho a la belleza de nuestra profesión de fe y a la fructificación de toda gracia, que estemos alabando a Dios; y que nunca nos falte materia para alabarle. Solo su nombre puede ser nuestro refugio y nuestra torre fuerte. —Es muy bueno que esperemos en su nombre salvador; para calmar y acallar nuestro espíritu cuando está perturbado, y para mantenernos en el camino del deber, cuando somos tentados a usar cualquier recurso torcido para nuestro alivio, nada es mejor que tener esperanza y esperar calladamente la salvación del Señor. Quien haya seguido su dirección, terminará bien.

SALMO LIII

La corrupción del hombre por naturaleza.

Este salmo es casi igual que el Salmo 14. Su alcance es condenarnos por nuestros pecados. Dios muestra aquí, por el salmista, cuán malos somos y prueba esto por su cierto conocimiento. Anuncia

terror a los peseguidores, el peor de los pecadores. Da palabras de estímulo al pueblo de Dios perseguido. ¿Cómo puede ser que los hombres sean tan malos? Porque no hay temor de Dios ante sus ojos. Las malas costumbres de los hombres fluyen de sus malos principios; si profesan conocer a Dios, sin embargo, en las obras lo niegan, porque lo niegan en los pensamientos. Véase la necedad del pecado; es necio aquel que alberga tales pensamientos corruptos delante de Dios, de cuyo juicio estamos seguros es justo. Y vemos el fruto del pecado; a lo que lleva a los hombres, cuando sus corazones son endurecidos por medio de lo engañoso del pecado. Véase también la fe de los santos, y su esperanza y poder en cuanto a la cura de este gran mal. Vendrá un Salvador, una gran salvación, una salvación del pecado. Dios salvará a su Iglesia de los enemigos de ella. Él salvará a todos los creyentes de sus propios pecados para que no sean llevados cautivos por ellos, lo cual será gozo eterno para ellos. De esta obra obtuvo el Redentor su nombre, JESÚS, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados, Mateo i, 21.

SALMO LIV

Versículos 1—3. *David se queja de la maldad de sus enemigo.* 4—7. *Seguridad del favor y protección divina.*

Vv. 1—3. Dios es fiel, aunque no se puede confiar en los hombres, y es bueno para nosotros que así sea. David no tenía otro ruego, solo confiar en el nombre de Dios, ningún otro poder en que confiar que no fuera el poder de Dios, y estos son para él su refugio y su confianza. Esta sería la respuesta efectiva a sus oraciones. Si miramos a David, traicionado por los hombres de Judá, y a Jesús traicionado por uno de sus apóstoles, ¿qué podemos esperar de alguien que no haya puesto a Dios delante de sí, sino ingratitud, traición, maldad y crueldad? ¿Qué lazos naturales, de amistad o gratitud, o del pacto respetarán los que han atropellado el temor de Dios? Selá: Destáquese esto: Pongamos delante nuestro a Dios todo el tiempo, porque si no lo hacemos, corremos peligro de desesperar.

Vv. 4—7. He aquí, Dios es el que me ayuda. Si estamos por Él, Él está por nosotros; y si Él está por nosotros, no tenemos qué temer. Toda criatura es para nosotros lo que Dios hace que sea, no más. El Señor salvará a su pueblo en el momento oportuno y mientras tanto lo sustenta y lo tolera, para que no desfallezca el espíritu que ha hecho. Hay verdad en las amenazas de Dios y en sus promesas; los pecadores que no se arrepienten, así lo hallarán a su propio costo. —La presente liberación de David fue una arras de su posterior liberación. Habla de completar su liberación como cosa hecha, aunque todavía le quedaban por delante muchas tribulaciones; porque teniendo la promesa de Dios se sentía tan seguro como si ya estuviera hecho. El Señor lo liberaría de todas sus tribulaciones. Él nos ayude a llevar nuestras cruces sin afanarnos y, en el largo plazo, nos lleve a compartir sus victorias y su gloria. —Los cristianos nunca deben tolerar que cese la voz de alabanza y de acción de gracias en la Iglesia de los redimidos.

SALMO LV

Versículos 1—8. *Oración a Dios para que manifieste su favor.* 9—15. *La gran maldad y traición de sus enemigos.* 16—23. *Está seguro que en el momento oportuno Dios se presentará a su favor.*

Vv. 1—8. Tenemos en estos versículos a: —1. David orando. La oración es un bálsamo para toda herida y un alivio para el espíritu sometido a cualquier carga. —2. David llorando. Las penas son aminoradas en cierta medida, mientras aumentan las de quienes no les dan salida. —3. David muy alarmado. Bien podemos suponer que él estuviera así, por la irrupción de la conspiración de Absalón, y la deserción de la gente. El horror lo abrumó. Probablemente el recuerdo de su pecado en lo de Urías agregó mucho a su temor. Cuando tenemos una conciencia culpable debemos llorar en nuestra queja; hasta los creyentes firmes han sido llenados de horror por un tiempo. Pero nadie fue tan abrumado como el santo Jesús, cuando plugo al Señor exponerlo al dolor, y hacer de su alma una ofrenda por nuestros pecados. En su agonía oró con más fervor, y fue oído y librado; confiando en Él y siguiéndole, nosotros seremos sostenidos y pasados por todas las pruebas. —Véase cómo David estaba cansado de la traición y la ingratitud de los hombres, y de los cuidados y desilusiones de su alto puesto: él anhelaba esconderse de la furia e inconstancia de su pueblo en algún desierto. No apuntaba a la victoria sino al reposo; un desierto desolado para poder estar quieto. Los hombres más sabios y mejores ansían más fervientemente la paz y la tranquilidad, y más aún cuando son vejados y agotados con bullicio y clamor. Esto hace que la muerte sea deseable para un hijo de Dios, porque es un escape final de todas las tormentas y tempestades de este mundo, hacia el reposo perfecto y eterno.

Vv. 9—15. Ninguna maldad perturba más al creyente que la que presencia en quienes profesan ser de la Iglesia de Dios. No nos sorprendamos por la corrupción y los desórdenes de la iglesia de la tierra; anhelemos ver a la Nueva Jerusalén. —Se queja de uno que había sido muy diligente en su contra. A menudo Dios destruye a los enemigos de la Iglesia dividiéndolos. Un interés dividido contra sí mismo no puede permanecer. El cristiano verdadero debe esperar pruebas de parte de quienes profesan ser amigos, de quienes han estado unidos con él; esto será muy doloroso, pero mirando a Jesús seremos capacitados para soportarlo. Cristo fue traicionado por un compañero, un discípulo, un apóstol, el cual recuerda a Ahitofel en sus crímenes y condena. Ambos fueron muy rápidamente alcanzados por la venganza divina. Y esta oración es una profecía de la extrema ruina eterna de todos los que se oponen y se rebelan contra el Mesías.

Vv. 16—23. En toda tribulación clamemos al Señor, y Él nos salvará. Él nos oirá, y no nos culpará por ir a Él con demasiada frecuencia; mientras más frecuencia, más bienvenido. David había pensado que todos estaban contra él pero ahora ve que había muchos con él, más de lo que había supuesto; y la gloria de esto se la da a Dios pues Él es quien nos levanta amigos y los hace fieles a nosotros. Hay más cristianos verdaderos y los creyentes tienen más amigos reales de lo que suponen en sus horas sombrías. Sus enemigos serán tratados y derribados; ellos no podían liberarse de sus miedos como pudo David, por fe en Dios. Los hombres mortales, aunque estén muy alto y sean muy fuertes, serán aplastados fácilmente por el Dios eterno. Aquellos que no son reclamados por la vara de la aflicción ciertamente serán derribados al foso de la destrucción. —La carga de aflicciones es muy pesada, especialmente cuando va junta con las tentaciones de Satanás, también está la carga del pecado y la corrupción. El único alivio bajo ella es mirar a Cristo que la llevó. —Sea lo que sea que desees que Dios te dé, déjale a Él que lo dé a Su manera y en Su tiempo. La ansiedad es una carga que deprime al corazón. Debemos encomendar nuestros caminos y obras al Señor; dejar que Él haga como bien le parezca y satisfacernos con eso. Echar nuestra carga sobre Dios es descansar en Su providencia y promesa. Y si lo hacemos así, Él nos llevará en brazos de Su poder, como la niñera lleva al niño; y fortalecerá nuestros espíritus por Su Espíritu, de modo que ellos soporten la prueba. Él nunca tolerará que el justo sea zarandeado; que sea tan remecido por cualesquiera problemas como para abandonar su deber para con Dios o su consuelo en Él. Él no tolerará que ellos sean derribados en forma exagerada. El que llevó la carga de nuestras penas, desea que lo dejemos a Él llevar la carga de nuestras ansiedades, para que Él pueda proveer de forma concordante pues Él sabe

lo que es óptimo para nosotros. ¿Por qué no confiamos en Cristo para que gobierne el mundo que Él redimió?

SALMO LVI

Versículos 1—7. *David busca misericordia de Dios en medio de la maldad de sus enemigos.* 8—13. *Apoya su fe en las promesas de Dios y declara su obligación de alabarlo por sus misericordias.*

Vv. 1—7. Ten piedad de mí, oh Dios. Esta petición incluye todo lo bueno por lo cual acudimos al trono de la gracia. Si recibimos misericordia, no necesitamos más para ser felices. Implica igualmente nuestro mejor ruego, no nuestro mérito, sino la misericorida de Dios, su misericordia gratuita y rica. Podemos huir a la misericordia de Dios y confiar en ella cuando estamos rodeados por dificultades y peligros por todos lados. Sus enemigos eran demasiado duros para él, si Dios no le ayudaba. Resuelve hacer de las promesas de Dios el tema de sus alabanzas, y nosotros tenemos razón para hacer lo mismo. Como no debemos confiar en el brazo de carne cuando está a nuestro favor, igualmente no debemos temer el brazo de carne cuando está contra nosotros. El pecado de los pecadores nunca será su seguridad. ¿Quién conoce la fuerza de la ira de Dios; cuán alto puede llegar; con cuánta fuerza puede golpear?

Vv. 8—13. Las pruebas pesadas y continuas por las cuales han pasado muchos del pueblo del Señor, deben enseñarnos a estar callados y tener paciencia bajo las cruces más livianas. Pero a menudo somos tentados a estar descontentos y desesperarnos bajo penas pequeñas. Por esto debemos controlarnos. —David se consuela, en su turbación y temor, en que Dios notó todas sus penas y dolores. Dios tiene una botella y un libro para las lágrimas de su pueblo, para las lágrimas por sus pecados y las lágrimas de sus aflicciones. Él los observa con tierno interés. Todo creyente verdadero puede decir directamente: El Señor es mi ayudador y no temeré lo que me haga el hombre, porque el hombre no tiene poder sino el que le es dado de lo alto. —Tus votos están sobre mí, oh Señor, no como carga sino como aquello por lo cual soy conocido como siervo tuyo; como una rienda que me frena de lo que sería doloroso y me dirige en el camino de mi deber. Y los votos de agradecimiento acompañan apropiadamente las oraciones por misericordia. Si Dios nos libra del pecado, sea por no hacerlo o por Su misericordia perdonadora, Él ha librado nuestra alma de la muerte, que es la paga del pecado. Donde el Señor ha empezado la buena obra, la terminará y la perfeccionará. David espera que Dios le guarde hasta de la apariencia de pecado. Nosotros debemos apuntar en todas nuestras decisiones y expectativas de liberación, tanto del pecado como de problemas, que podamos hacer el mejor servicio al Señor; que podamos servirle sin temor. Si su gracia ha librado nuestra alma de la muerte del pecado, nos llevará al cielo para andar delante de Él por siempre en la luz.

SALMO LVII

Versículos 1—6. *David empieza con oración y queja.* 7—11. *Concluye con gozo y alabanza.*

Vv. 1—6. David depende totalmente de Dios. Los creyentes más eminentes deben repetir frecuentemente la oración del publicano: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Pero si nuestras almas confían en el Señor, eso nos asegura, cuando estamos en peligro extremo, que nuestras calamidades serán superadas, y mientras tanto, por la fe y la oración debemos refugiarnos en Él. Aunque Dios es

el Altísimo, condesciende al punto de preocuparse que todas las cosas ayuden a bien a su pueblo. Esta es una buena razón de por qué debemos orar fervorosamente. Adonde quiera que miremos en esta tierra, el refugio falla, y no hay ayuda, pero podemos esperarla del cielo. Si hemos huido de la ira venidera a Jesucristo, el que hizo todo lo necesario para comprar la salvación de su pueblo, hará por nosotros y en nosotros todas las cosas necesarias para que las disfrutemos. —Hizo que David se desanimara pensando que habría quienes le tenían muy mala voluntad. Pero la maldad que ellos maquinaron en su contra, se volvió contra ellos mismos. Cuando estaba en la mayor angustia y desgracia, David no oró: Señor, exáltame, sino, Señor, exalta tu nombre. Nuestro mejor aliento al orar lo tomamos de la gloria de Dios, y en todas nuestras peticiones de misericordia debemos considerar eso más que nuestro propio consuelo.

Vv. 7—11. Las oraciones y lamentos de David de inmediato se convierten en alabanzas, por su fe viva. Su corazón está pronto; está dispuesto para cualquier situación, todo suceso, porque permanece en Dios. Si por la gracia de Dios somos llevados a este marco de pensamiento compuesto y estable, tenemos mucha razón de estar agradecidos. Nada en la religión se hace con buen propósito, si no se hace con el corazón. El corazón debe estar pronto *para* el deber, enmarcado por el deber; dispuesto *en* el deber con intensa atención. Nuestra lengua es nuestra gloria, y nunca lo es más que cuando alaba a Dios; las devociones torpes y adormecidas nunca serán aceptables para Dios. Despertémonos temprano por la mañana para empezar el día con Dios; temprano en el comienzo de una misericordia. Cuando Dios viene a nosotros con sus favores, vamos a su encuentro con alabanzas. David deseaba que otros se unieran con él alabando a Dios; y en sus salmos sigue alabando a Dios entre los pueblos, cantando a Él entre las naciones. Procuremos tener nuestros corazones pronto para alabar su infinita misericordia y fidelidad que no falla, y para glorificarle con cuerpo, alma y espíritu, que son suyos. Oremos sinceramente que las bendiciones del evangelio se extiendan por toda la tierra.

SALMO LVIII

Versículos 1—5. *Descripción y reprobación de los jueces.* 6—11. *Una oración para que ellos sean inhabilitados y anuncio de su ruina.*

Vv. 1—5. Cuando se hace el mal bajo la apariencia del derecho, es lo peor; es particularmente doloroso contemplar que quienes profesan ser hijos de Dios se unen contra uno del pueblo de Dios. Debemos agradecer al Señor sus restricciones misericordiosas; debemos ser más sinceros para procurar la gracia renovadora, más vigilantes de nosotros mismos, y más pacientes bajo los efectos de la naturaleza caída en los demás. —La corrupción de su naturaleza era la raíz de su rencor. Podemos ver que la maldad del mundo empieza en los niños. Se apartan de Dios y de su deber tan pronto como pueden. ¡Y con cuánta prontitud mienten los pequeños! Es deber nuestro enseñarles y, por sobre todo, orar diligentemente por la gracia que convierte, para que haga nuevas criaturas de nuestros hijos. Aunque el veneno está adentro, se puede impedir que salga para dañar a los demás. Cuando la palabra del Señor se considera debidamente, la serpiente se vuelve inocua. Pero quienes se niegan a oír la sabiduría celestial, deben perecer miserablemente para siempre.

Vv. 6—11. David pide que los enemigos de la iglesia y del pueblo de Dios sean incapacitados para hacer más mal. Por fe podemos orar contra los designios de los enemigos de la iglesia. Él anuncia la ruina de ellos. ¿Quién conoce el poder de la ira de Dios? —Las victorias del justo, en su persona y en sus siervos, sobre los enemigos de la salvación del hombre, producen un gozo que no brota de la venganza sino de la visión de la misericordia, la justicia y la verdad divinas, que se

muestran en la redención del elegido, el castigo del impío, y el cumplimiento de las promesas. Quienquiera considere debidamente estas cosas buscará diligentemente la recompensa de la justicia, y adorará la Providencia que ordena rectamente todas las cosas en el cielo y la tierra.

SALMO LIX

Versículos 1—7. *David pide ser librado de sus enemigos.* 8—17. *Prevé la destrucción de ellos.*

Vv. 1—7. En estas palabras oímos la voz de David cuando estaba preso en su propia casa; la voz de Cristo cuando estaba rodeado por sus enemigos sin misericordia; la voz de la Iglesia esclavizada en el mundo; y la voz del cristiano sometido a tentación, aflicción y persecución. —Así, pues, debemos orar fervorosamente cada día para ser defendidos y librados de nuestros enemigos espirituales, de la tentación de Satanás, y de la corrupción de nuestros propios corazones. Temamos sufrir como malhechores, pero no nos avergoncemos del odio de los hacedores de iniquidad. No es raro, si ellos no consideran lo que dicen, que hayan llegado a creer que Dios no tiene en cuenta lo que ellos dicen. Donde no hay temor de Dios, nada hay que asegure que se tome debida consideración del hombre.

Vv. 8—17. Es sabiduría y deber nuestro esperar en Dios en los momentos de peligro y dificultad, porque Él es nuestra defensa, en quien estaremos a salvo. Para nosotros es muy consolador, cuando oramos, mirar a Dios como el Dios de *nuestra* misericordia, autor de todo lo bueno *en* nosotros y el dador de todo lo bueno *para* nosotros. —El impío nunca está satisfecho, lo cual es la miseria más grande en situación de pobreza. Si el hombre contento no tiene lo que quisiera tener, no pelea con la Providencia, ni se afana interiormente. No es la pobreza, sino el descontento lo que hace infeliz al hombre. —David alaba a Dios porque muchas veces, y siempre, ha hallado su refugio en Él en el día de la angustia. Quien es todo esto para nosotros, ciertamente es digno de nuestros mejores afectos, alabanzas y servicios. Las pruebas de su pueblo terminarán en gozo y alabanza. Cuando se acabe la noche de la aflicción, en la mañana cantarán del poder y misericordia del Señor. Alábenle ahora los creyentes, en fe y esperanza segura, por las misericordias por las cuales se gozarán y le alabarán por siempre.

SALMO LX

Versículos 1—5. *David ora por la liberación de Israel de sus enemigos.* 6—12. *Pide a Dios que ejecute y complete sus victorias.*

Vv. 1—5. David reconoce que el desagrado de Dios es la causa de todas las dificultades que él ha pasado. Cuando Dios dobla su mano a nuestro favor, es bueno recordar nuestros problemas anteriores. —Las dificultades de ellos empezaron en el descontento de Dios, por lo tanto, la prosperidad de ellos debe empezar en el favor divino. Las brechas y divisiones que produce la necedad y corrupción del hombre no las puede reparar nada que no sea la sabiduría y la gracia de Dios, que derrama un espíritu de amor y paz, lo único que puede salvar un reino de la ruina. La ira de Dios contra el pecado es la única causa de toda desgracia, privada o pública, que haya sido, sea o será. No hay remedio en todos esos casos, sino volver al Señor con arrepentimiento, fe y oración, suplicándole que se vuelva a nosotros. —Cristo, el Hijo de David, es dado como bandera a quienes

temen a Dios; en Él se reúnen en uno y cobran valor. En su nombre y poder, ellos hacen la guerra contra las potestades de las tinieblas.

Vv. 6—12. Si Cristo es nuestro, todas las cosas serán para nuestro eterno bien, de una u otra manera. La nueva criatura en Cristo puede regocijarse en todas las preciosas promesas que Dios ha dado en su santidad. Sus privilegios presentes y las influencias santificadoras del Espíritu son primicias seguras de la gloria celestial. —David se regocija al vencer a las naciones vecinas que habían sido enemigas de Israel. El Israel de Dios es más que vencedor a través de Cristo. Aunque a veces ellos piensen que el Señor los ha desechado, al final Él los traerá aun a la ciudad fuerte. La fe en la promesa nos asegura que al Padre le ha placido darnos el reino. Pero todavía no somos completamente vencedores, y ningún creyente verdadero abusará de estas verdades para entregarse a la pereza o la vana confianza. Esperar en Dios es el mejor principio del verdadero valor, porque, ¿qué pueden temer los que tienen a Dios de su lado? Todas nuestras victorias son suyas, y mientras quienes se someten voluntariamente a nuestro ungido Rey compartirán sus glorias, todos sus enemigos serán puestos bajo sus pies.

SALMO LXI

Versículos 1—4. *David busca a Dios por experiencias anteriores.* 5—8. *Hace voto de servir a Dios.*

Vv. 1—4. David empieza con oraciones y lágrimas, pero termina con alabanza. El alma así elevada a Dios, vuelve a deleitarse. Donde estemos, tenemos la libertad de acercarnos a Dios y podemos hallar el camino abierto al trono de la gracia. Lo que nos separa de otras consolaciones debe acercarnos más a Dios, la fuente de todo consuelo. Aunque el corazón esté abrumado, puede aún elevarse a Dios en oración. Sí, yo clamaré a ti, porque por este medio seré sostenido y aliviado. El llanto debe vivificar la oración y no matarla. —El poder y la promesa de Dios son como roca más alta que nosotros. Esta roca es Cristo. David desea apoyar su alma en la misericordia divina, como sobre una roca, pero era como un marinero náufrago, a merced de las olas, al pie de una roca demasiado alta para treparla sin ayuda. David halló que no podía afirmarse sobre la Roca de salvación a menos que el Señor lo pusiera sobre ella. Puesto que hay seguridad en Él, y no en nosotros, oremos para ser guiados a Cristo y ser puestos sobre nuestra Roca. —El servicio de Dios será su actividad y obra constante: así deben hacer todos los que esperan hallar su refugio y torre fuerte en Dios. La gracia de Dios será su consuelo constante.

Vv. 5—8. Hay un pueblo en el mundo que teme el nombre de Dios. Hay un legado peculiar de ese pueblo: consolaciones presentes en el alma, primicias de futura bendición. Quienes temen a Dios tienen bastante en Él y no deben quejarse. No tenemos que desear mejor herencia que la de los que temen a Dios. —Los que mantienen un buen propósito en este mundo, los que perseveran en Dios, le sirven y andan en el temor de Dios; ellos permanecerán en su presencia para siempre. Estas palabras se aplican a Aquel de quien el ángel dijo: *el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin*, Lucas i, 32. —Las promesas de Dios, y nuestra fe en ellas, no deben desecharse sino estimular la oración. No necesitamos desear un mejor seguro que estar bajo la protección de la misericordia y la verdad de Dios. Si participamos de la gracia y la verdad que vinieron por Jesucristo, podemos alabarle no importa cuales sean nuestras circunstancias externas. Pero la experiencia renovada de la misericordia y la verdad de Dios hacia su pueblo en Cristo es el tema principal de nuestro gozo en Él, y de nuestra alabanza a Él.

SALMO LXII

Versículos 1–7. *La confianza de David en Dios.* 8—12. *No poner confianza en las cosas del mundo.*

Vv. 1—7. Estamos en el camino del deber y del consuelo cuando nuestra alma espera en Dios; cuando nos entregamos alegremente a su voluntad y sabiduría junto con todos nuestros asuntos; cuando nos entregamos a todos los caminos de su providencia, y esperamos pacientemente el acontecer, con plena satisfacción en su bondad. Véase la base y la razón de esta dependencia. Por su gracia me ha sostenido, y por su providencia me ha librado. Sólo él puede ser mi Roca y mi salvación; las criaturas nada son sin él, por tanto, yo miraré por sobre ellas, a él. —Confiando en Dios se afirma el corazón. Si Dios es por nosotros no tenemos que temer lo que pueda hacernos el hombre. Habiendo puesto su confianza en Dios, David prevé la caída de sus enemigos. Hemos hallado que es bueno esperar en Dios, y debiéramos encomendar a nuestra alma que tenga constantemente tal dependencia de Él, porque siempre puede darnos reposo. Si Dios salva mi alma, bien puedo dejar todo lo demás a su cargo, sabiendo que todo resultará para mi salvación. De la manera que la fe de David en Dios progresa hacia una firmeza inamovible, así su gozo en Dios se realza como triunfo santo. La meditación y la oración son medios bendecidos para fortalecer la fe y la esperanza.

Vv. 8—12. Los que han hallado el consuelo de los caminos de Dios, invitarán a otros a esos caminos; nunca tendremos menos para compartir con los demás. El buen consejo que se da es confiar totalmente en Dios. Debemos confiar en Él todo el tiempo, sin poner nunca en nosotros, ni en otra criatura, la confianza que debe ponerse sólo en Él. Confíemos en Él para que nos guíe cuando dudamos, nos proteja cuando corremos peligro, nos provea en la necesidad, nos fortalezca para toda buena palabra y obra. Debemos exponer ante Él nuestra necesidad y nuestros deseos y, luego, someter pacientemente nuestra voluntad a la suya: esto es derramar nuestros corazones. Dios es refugio para todos, para cuantos se amparen en Él. —El salmista advierte contra confiar en los hombres. La gente, de baja categoría, es variable como el viento. El rico y el noble parecen tener mucho en su poder, y abundan en promesas, pero los que dependen de ellos se desilusionan. Pesado en la balanza de las Escrituras, todo lo que el hombre puede hacer para darnos felicidad es más liviano que la vanidad misma. —Cuesta mucho tener riquezas y no confiar en ellas si se aumentan, aunque sea por medios lícitos y honrados, pero debemos tener cuidado, no sea que pongamos indebidamente nuestro corazón en ellas. Es muy probable que un mundo sonriente aleje de Dios al corazón, en quien solo debe estar puesto. El creyente coherente recibe *todo* de Dios como encargo, y procura usarlo para su gloria, como mayordomo que debe rendir cuentas. —Dios ha dicho de una vez por todas que el poder le pertenece solo a Él. Él puede castigar y destruir. La misericordia también le pertenece; el hecho de recompensar los servicios imperfectos de los que creen en Él, borrando sus transgresiones por amor al Redentor, es una prueba de abundante misericordia, y nos alienta a confiar en Él. Confiemos en su misericordia y su gracia, y crezcamos en su obra con la expectativa de misericordias sólo de parte de Él.

SALMO LXIII

Versículos 1, 2. *El deseo de David por Dios.* 3—6. *Su satisfacción en Dios.* 7—11. *Su dependencia de Dios y la seguridad de salvación.*

Vv. 1, 2. Temprano yo te buscaré. El cristiano verdadero dedica a Dios la hora más temprana. Abre los ojos de su entendimiento con los de su cuerpo, y cada mañana se despierta a la justicia. Se levanta con la sed de las consolaciones que el mundo no puede dar, y tiene el recurso inmediato de la Fuente del agua de vida por medio de la oración. —El creyente verdadero está convencido de que nada de este mundo pecador puede satisfacer las necesidades y los deseos de su alma inmortal; él espera su felicidad de Dios, como porción suya. Cuando la fe y la esperanza se ejercen más, el mundo parece un desierto agotado y el creyente anhela los goces del cielo, de los cuales tiene algunos anticipos en las ordenanzas de Dios sobre la tierra.

Vv. 3—6. Aun en la aflicción no nos tiene que faltar motivo de alabanza. Cuando este es su estado de ánimo habitual, el creyente valora la benignidad de Dios más que la vida. La benignidad de Dios es nuestra vida espiritual, y es mejor que la vida temporal. Debemos alabar a Dios con labios de gozo; debemos dedicarnos a los deberes de la religión con alegría, y decir alabanzas a Dios desde un principio de gozo santo. Los labios que alaban deben ser labios de gozo. —David estuvo en peligro continuo; la preocupación y el temor mantenían en vela sus ojos y le daban noches agobiadoras, pero se consolaba pensando en Dios. —Las misericordias de Dios, cuando se evocan en las vigilias nocturnas, sostienen al alma, y dan gozo en la oscuridad. ¡Cuán dichosa será la última mañana en que el creyente, despertándose a la semejanza divina, sea satisfecho con toda la plenitud de Dios, y le alabe con labios de gozo, donde no hay noche y donde huyen la tristeza y el suspiro!

Vv. 7—11. Los cristianos verdaderos pueden, en cierta medida, y en ciertos momentos, usar el fuerte lenguaje de David, pero, con demasiada frecuencia, nuestra alma se aferra al polvo. Habiéndonos consagrado a Dios debemos estar tranquilos, contentos y callados respecto del temor al mal. Los que siguen firmes a Dios fallarían pronto, si la diestra de Dios no los sostuviera. Él es quien nos fortalece y consuela. —El salmista no duda que él cosechará con gozo, aunque ahora siembre con lágrimas. El Mesías Príncipe se regocijará en Dios; él ya ha accedido al gozo puesto delante de él y su gloria se completará en su segunda venida. —Bendito Señor, permite que aumente nuestro deseo de ti a cada hora; que nuestro amor siempre sea por ti; que todo nuestro gozo sea en ti y que toda nuestra satisfacción sea de ti. Que tú seas el todo y en todo para nosotros mientras que permanezcamos en este desierto y llévanos a casa, donde tendremos gozo eterno junto a ti por siempre.

SALMO LXIV

Versículos 1—6. *Oración por liberación.* 7—10. *La destrucción del malo. —Aliento para el justo*

Vv. 1—6. El salmista ruega fervorosamente a Dios que lo preserve del temor angustiante. La lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de cosas grandes. El hombre recto es el blanco al cual apunta el malo que no puede hablar apaciblemente *de* él ni *a* él. No hay resguardo contra una lengua falsa. —Malo es hacer el mal, pero peor es estimularnos mutuamente al mal. Es señal de que el corazón está endurecido en grado sumo cuando se dedica a hacer el mal. La incredulidad práctica respecto de que Dios conozca todas las cosas, está en el fondo de toda maldad. —El provecho de una causa buena y de una buena conciencia se nota más cuando nada puede ayudar a un hombre contra sus enemigos, salvo Dios solo, que siempre es una ayuda presente.

Vv. 7—10. Cuando Dios hace venir sobre los hombres los males que han deseado para otros, es suficiente peso para hundir en lo más profundo del infierno al hombre. A los que les gusta maldecir, eso caerá sobre ellos. Los que contemplan esto entenderán y verán la mano de Dios en todo; si no

hacemos así no es probable que nos beneficiemos con las dispensaciones de la providencia. El justo se alegra en el Señor; no en la desgracia y ruina de sus congéneres; se alegra de que Dios sea glorificado y su palabra se cumpla, y que se defienda eficazmente la causa de la inocencia injuriada. Ellos no se regocijan en los hombres, en sí mismos, ni en ninguna criatura, ni en placeres, ni en la sabiduría, fuerza, riqueza o justicia de ellos, sino en Cristo, en quien toda la simiente de Israel es justificada y se gloría, y en lo que Él es para ellos, y en lo que ha hecho por ellos.

SALMO LXV

Versículos 1—5. *Dios es alabado en el reino de la gracia.* 6—13. *En el reino de la providencia.*

Vv. 1—5. Toda la alabanza que el Señor recibe desde esta tierra, es desde Sion, siendo fruto del Espíritu de Cristo, y aceptable por medio de Él. Tu alabanza es silenciosa, porque faltan palabras para expresar la gran bondad de Dios. —Él se revela en el trono de la gracia, dispuesto a oír y a contestar las oraciones de todos los que van a Él por fe en Jesucristo. Nuestros pecados prevalecen en contra de nosotros; no podemos pretender equilibrarlos con ninguna justicia nuestra; no obstante, en cuanto a nuestras transgresiones, no entraremos en condenación por ellas debido a tu misericordia gratuita y amor a la justicia que tú provees. —Fijaos *en lo que* es entrar en comunión con Dios para bendición. Es conversar con Él a quién amamos y valoramos; es aplicarnos íntimamente a la religión como actividad de nuestra habitación. Fijaos *cómo* entramos en comunión con Dios; sólo por la libre elección de Dios. Hay abundancia de bondad y de lo que es satisfactorio para el alma en la casa de Dios; hay suficiente para todos, bastante para cada uno: siempre está dispuesto, y todo, sin dinero y sin precio. Por fe y oración podemos mantenermos en comunión con Dios y obtener consuelo de Él dondequiera estemos. Pero los pecadores pueden esperar o encontrar esta felicidad sólo por medio de Aquel bendito que se acerca al Padre como nuestro Abogado y fiador.

Vv. 6—13. La fuerza todopoderosa que afirmó las montañas, es la que sostiene al creyente. Esa palabra que aún calma al océano tempestuoso y le dice se calme, puede silenciar a nuestros enemigos. —Por contrarios que sean la luz y las tinieblas una respecto de la otra, cuesta mucho decir cuál es más bienvenida. ¿Espera el vigilante a la mañana? Así el trabajador desea fervientemetne las sombras del anochecer. Alguno lo entienden de los sacrificios matutinos y vespertinos. Tenemos que cuidar que la adoración diaria, tanto a solas como con la familia, sea la más necesaria de nuestras ocupaciones diarias, el más delicioso de nuestros consuelos diarios. —Fácil es observar cuánto depende esta parte inferior de la creación de la influencia de la superior; toda dádiva buena y todo don perfecto es de lo alto. A quien enriquece la tierra, repleta de los pecados del hombre, por su mucha y variada abundancia, no puede faltarle poder ni voluntad para alimentar las almas de su pueblo. —Las misericordias temporales para nosotros, indignas criaturas, son una sombra de bendiciones más importantes. La luz del Sol de justicia y el derramamiento de la influencia del Espíritu Santo, ese río de Dios, lleno de las aguas de vida y salvación, hacen que los corazones indignos, estériles y duros de los pecadores fructifiquen en toda buena obra, y cambien la faz de las naciones más que el sol y la lluvia cambian la faz de la naturaleza. Donde pasa el Señor, por la predicación de su evangelio, asistido por su Espíritu Santo, sus sendas chorrean grosura, y se enseña a la gente a regocijarse en Él y a alabarle. Ellos abrazan el evangelio y dan abundantes frutos de justicia que son para la gloria del Padre por medio de Jesucristo. Múltiples y maravillosas son tus obras, oh Señor, sean naturales o de gracia; ciertamente con benignidad tú las has hecho todas.

SALMO LXVI

Versículos 1—7. *Alabanza por el poder soberano de Dios en la creación.* 8—12. *Por su favor para con su Iglesia.* 13—20. *Alabanza del salmista por su vivencia de la bondad de Dios.*

Vv. 1—7. La iglesia santa en todo el mundo eleva su voz para loar el Nombre que es sobre todo nombre, para hacer gloriosa con palabra y obra la alabanza de Jesús; para que otros sean llevados a glorificarle también. Pero nada puede llevar a los hombres que hagan bien esto si su gracia eficaz no crea de nuevo sus corazones para santidad; en la redención por medio de la muerte de Cristo, y en las gloriosas liberaciones que efectúa, hay obras más prodigiosas que en la liberación de Israel de la esclavitud egipcia.

Vv. 8—12. El Señor no sólo preserva nuestra vida temporal; mantiene la vida espiritual que ha dado a los creyentes. Somos probados por aflicciones, como la plata por el fuego. Ciertamente las tribulaciones de la iglesia terminarán bien. A través de diversos conflictos y tribulaciones, el esclavo de Satanás escapa de su yugo, y obtiene gozo y paz cuando, a través de muchas tribulaciones el creyente debe entrar en el reino de Dios.

Vv. 13—20. A quienes temen a Dios debemos declarar lo que hizo por nuestra alma, y cómo ha oído y respondido nuestras oraciones, y hemos de invitarlos a unirse a nosotros en oración y alabanza; esto resultará en nuestro mutuo consuelo y para la gloria de Dios. No podemos compartir estos privilegios espirituales si retenemos en nuestro corazón el amor al pecado, aunque nos refrenemos en su práctica franca. El pecado guardado en el corazón echará a perder el consuelo y el éxito de la oración, porque el sacrificio del impío es abominación para Jehová. Pero si el sentimiento de pecado en el corazón causa deseo de librarse de él; si es la presencia de uno que exige algo que sabemos no debemos ni podemos hacer, esto es un argumento sincero. Cuando oramos con sencillez y sincera piedad, nuestras oraciones serán contestadas. Esto producirá gratitud hacia aquel que no desechó nuestra oración ni su misericordia de nosotros. No fue mi oración lo que consiguió liberación, sino su misericordia que la envió. Este es el fundamento de nuestra esperanza, la fuente de nuestro consuelo, y debe ser el tema de nuestra alabanza.

SALMO LXVII

Una oración por el engrandecimiento del reino de Cristo.

Toda nuestra felicidad viene de la misericordia de Dios; por tanto, la primera cosa que se ruega es que Dios sea misericordioso con nosotros los pecadores y perdone nuestros pecados. El perdón es transmitido por la bendición de Dios y se asegura en ella. Si por fe andamos con Dios podemos esperar que su rostro brille sobre nosotros. —El salmista pasa a una oración por la conversión de los gentiles, que demuestra que los santos del Antiguo Testamento deseaban que sus ventajas también pudieran ser disfrutadas por los demás. Hay muchas profecías y promesas de la Escritura comprendidas en las oraciones; la respuesta a la oración de la Iglesia es tan segura como el cumplimiento de las promesas de Dios. El gozo deseado a las naciones es gozo santo. Alégrense ellos en que el Señor reine por su providencia sobre los asuntos de los reinos; que aun los reinos de este mundo llegarán a ser reinos del Señor y de su Cristo. —Luego se declara la gozosa perspectiva de todo el bien cuando Dios haga esto. El éxito del evangelio trae consigo misericordias externas; la justicia exalta a una nación. La bendición del Señor endulza todas nuestras consolaciones que

tenemos en las criaturas e indudablemente hace que sean consuelo. Todo el mundo será llevado a adorarle. Cuando el evangelio empieza a difundirse, sigue más y más adelante, hasta llegar a lo último de la tierra. Bueno es echar nuestra suerte con los que son bendecidos del Señor. —Si nada se hubiera dicho en las Escrituras respecto de la conversión del pagano, podríamos pensar que es en vano intentar una obra tan desesperanzada. Pero cuando vemos con cuánta confianza se declara en las Escrituras, podemos emprender labores misioneras, seguros de que Dios cumplirá su palabra. ¿Nos retrasaremos en hacer saber al pagano el conocimiento con que nosotros somos favorecidos, y la salvación en la cual profesamos gloriarnos? Ellos no pueden aprender a menos que sean enseñados. Entonces, vamos adelante en el poder del Señor, y miremos a Él para que acompañe la palabra con el Espíritu Santo; entonces será destruido el reino de Satanás y se establecerá el reino de nuestro Redentor.

SALMO LXVIII

Versículos 1—6. *Una oración.—La grandeza y la bondad de Dios.* 7—14. *Las obras maravillosas que Dios efectúa por su pueblo.* 15—21. *La presencia de Dios en su Iglesia.* 22—28. *Las victorias de Cristo.* 29—31. *Agrandamiento de su iglesia.* 32—35. *La gloria y la gracia de Dios.*

Vv. 1—6. Nadie endureció jamás su corazón contra Dios y prosperó. Dios es el gozo de su pueblo; entonces, regocíjense cuando van ante él. Aquel que de nadie deriva su ser, sino que da el ser a todos, está comprometido por su promesa y por el pacto a bendecir a su pueblo. Debe ser alabado como Dios de misericordia y tierna compasión. Él cuida del afligido y del oprimido: los pecadores arrepentidos indefensos y expuestos más que cualquier huérfano de padre, son recibidos en su familia y comparten todas sus bendiciones.

Vv. 7—14. Las nuevas misericordias nos recuerdan las misericordias anteriores. Si Dios lleva al desierto a su pueblo, se cerciora de ir delante de ellos, y de sacarlos de allí. Él les proveyó tanto en el desierto como en Canaán. Aquí parece que se alude al maná diario. Véase la provisión espiritual para el Israel de Dios. El Espíritu de gracia y el evangelio de gracia son la lluvia abundante, con la cual Dios confirma su herencia, y de la cual tenemos su fruto. Cristo vendrá como lluvia que riega la tierra. —El relato de las victorias de Israel debe aplicarse a las victorias del excelso Redentor sobre la muerte y el infierno, porque son suyas. Israel entre los hornos de Egipto se veía desdichado, pero como poseedor de Canaán durante los reinados de David y Salomón, aparece glorioso. De la misma manera, los esclavos de Satanás lucen honorables cuando se convierten a Cristo, y son justificados y santificados por Él. Cuando llegan al cielo, desaparecen todos los restos de su estado pecador, serán como las alas de paloma cubiertas con plata y sus plumas, como de oro. La salvación completa emblanquece como la nieve a los que eran viles y asquerosos debido a la culpa y corrupción del pecado.

Vv. 15—21. Aquí debe aludirse a la ascensión de Cristo, y a esto se la aplica, Efesios iv, 8. Él recibió como compra de Su muerte, los dones necesarios para la conversión de los pecadores y la salvación de los creyentes. Él da esos dones continuamente aun a los rebeldes para que el Señor Dios pueda habitar entre ellos como amigo y Padre de ellos. Él dio dones a los hombres. Habiendo recibido poder para dar vida eterna, el Señor Jesús lo concede a tantos cuantos le fueron dados, Juan xvii, 2. Cristo vino a un mundo rebelde, no a condenarlo, sino para que pudiera ser salvado por medio de Él. La gloria del rey de Sion es ser Salvador y Benefactor de todo su pueblo voluntario, y es fuego consumidor para todos los que persisten en rebelión. Tantos y tan pesados son los dones del tesoro de Dios que, verdaderamente, se puede decir que Él nos colma con ellos. Él no nos dejará con

las cosas presentes como porción, sino que será el Dios de nuestra salvación. El Señor Jesús tiene autoridad y poder para rescatar a su pueblo del dominio de la muerte, quitándole el aguijón de ella cuando mueren, y les da la victoria completa sobre la muerte cuando resucitan. La corona de la cabeza, principal orgullo y gloria del enemigo, será derribada; Cristo aplastará la cabeza de la serpiente.

Vv. 22—28. Las victorias sobre los enemigos de Israel con que Dios bendijo a David, son tipo de la victoria de Cristo, por él mismo y en favor de todos los creyentes. Los que lo toman como suyo, pueden verlo actuar como su Dios, como su Rey para bien de ellos, y en respuesta a sus oraciones; especialmente en su palabra y en ordenanzas por ellas. Al reino del Mesías se someterán todos los reyes y entendidos del mundo. —En el versículo 28, el pueblo parece dirigirse al rey, pero las palabras son aplicables al Redentor, a su iglesia y a cada creyente verdadero. Oramos que tú, oh Dios Hijo, completes tu empresa por nosotros, terminando tu buena obra en nosotros.

Vv. 29—31. Una poderosa invitación a unirse a la iglesia se extiende a los que están afuera. Algunos se someterán por temor; abrumados por sus conciencias y por las pruebas de la Providencia son llevados a hacer las paces con la iglesia. Otros se someterán voluntariamente, versículos 29, 31. Hay en el servicio de Dios y en el evangelio de Cristo, que salió desde Jerusalén la belleza y provecho, suficientes para invitar a pecadores de todas las naciones.

Vv. 32—35. Dios debe ser admirado y adorado con reverencia y santo temor, por todos los que van a sus lugares santos. El Dios de Israel da fuerza y poder a su pueblo. Todo lo podemos por medio de Cristo que nos fortalece, no de otro modo; por tanto, Él debe tener la gloria de todo lo que hacemos, con nuestra humilde gratitud por capacitarnos para hacerlo, y por aceptar la obra de sus manos en nosotros.

SALMO LXIX

Versículos 1—12. *David se queja de gran angustia.* 13—21. *Y ruega socorro.* 22—29. *Él declara los juicios de Dios.* 30—36. *Concluye con gozo y alabanza.*

Vv. 1—12. Debemos pensar frecuentemente en la persona del Sufriente del cual se habla aquí y preguntar *por qué* y *qué* sufrió, para que meditando en ello seamos más humillados por el pecado, y más convencidos de nuestro peligro para que sintamos más gratitud y amor, que nos lleve a vivir para gloria de Aquel que murió por nuestra salvación. De aquí que aprendemos que cuando estamos afligidos tenemos que encomendar el cuidado de nuestra alma a Dios, para que no seamos amargados por el descontento, ni nos hundamos en la desesperación. —David fue odiado malamente, pero las palabras se aplican con más propiedad a Cristo. En un mundo donde tanto reina la injusticia, no debemos asombrarnos si nos encontramos con la maldad de nuestros enemigos. Cuidémonos de nunca hacer mal; entonces, si recibimos mal, podemos tolerarlo mejor. Por la satisfacción que hizo Cristo con su sangre, ante Dios, por nuestro pecado, restauró aquello que nos quitó, pagó nuestra deuda, sufrió por nuestras ofensas. Aunque podamos alegar que no somos culpables, respecto de las acusaciones injustas de los hombres, sin embargo, ante Dios debemos reconocernos merecedores de todo lo que nos acarrea. Todos nuestros pecados surgen de nuestra necedad. Todos son hechos ante los ojos de Dios. —David se queja de la hostilidad de los amigos y parientes. Esto se cumplió en Cristo, cuyos hermanos no creyeron en Él, y fue abandonado por sus discípulos. —Cristo hizo satisfacción por nosotros, no sólo despojándose de los honores debidos a Dios, sino sometiéndose a las deshonras más grandes que se puedan hacer a un hombre. No tenemos

que desanimarnos si nuestro celo por las verdades, preceptos y por la adoración de Dios provoca a algunos, y hace que otros se burlen de nuestra tristeza santa y de que estemos muertos para el mundo.

Vv. 13—21. No importa cuán profundas sean las aguas de aflicción o de tentación en que nos hundamos, no importa cuántos sean los diluvios de problemas o de hombres impíos que parecen dispuestos a abatirnos, perseveremos en oración ante nuestro Señor para que nos salve. Las señales del favor de Dios para con nosotros son suficientes para impedir que nuestro espíritu zozobre en los problemas externos más profundos. Si pensamos bien de Dios, y continuamos haciéndolo ante las penurias más grandes, no tenemos que temer, más bien Él nos hará bien. Y si en cualquier momento somos llamados a sufrir reproche y vergüenza por Cristo, esto puede ser nuestro consuelo: Él lo sabe. Mal le sienta a quien conoce el valor de un buen nombre, ser oprimido por un malo, pero cuando pensamos qué favor es ser tenidos por dignos de sufrir vergüenza por el nombre de Jesús, veremos que no hay razón por la cual eso deba quebrantarnos el corazón. —Aquí se anuncian los sufrimientos de Cristo en detalle, lo que prueba que la Escritura es la palabra de Dios; como se cumplieron exactamente estas profecías en Jesucristo, eso prueba que Él es el verdadero Mesías. El vinagre y la hiel que le dieron eran una débil figura de la amarga copa que bebió para que nosotros recibamos la copa de la salvación. No podemos esperar poco de los hombres, todos son consoladores molestos; tampoco podemos esperar demasiado del Dios de todo consuelo y bondad.

Vv. 22—29. Estas son profecías de la destrucción de los perseguidores de Cristo. Los versículos 22 y 23 se aplican a los juicios de Dios contra los judíos incrédulos, Romanos xi, 9, 10. Cuando el sustento de la vida y el placer de los sentidos, por la corrupción de nuestra naturaleza, se constituyen en alimento y combustible para el pecado, entonces, nuestra mesa es una trampa. —El pecado de ellos no fue que no vieran, sino que cerraron sus ojos a la luz, amando más las tinieblas; el castigo de ellos no es que no verán, sino que serán entregados a las concupiscencias de sus propios corazones que los encallecieron. —Los que rechazan la gran salvación de Dios que se les ofrece, pueden temer justamente que su indignación sea derramada sobre ellos. Si los hombres pecan, el Señor lo tomará en cuenta. Pero quienes se han multiplicado en el pecar pueden aún hallar misericordia por medio de la justicia del Mediador. Dios no excluye a nadie de esa justicia; el evangelio no excluye a nadie que no se excluya a sí mismo por incredulidad. Pero los que son orgullosos y soberbios y no acuden a la justicia de Dios, tendrán su correspondiente condena: ellos mismos la deciden. Que no esperen ningún provecho de ello quienes no se alegran de estar en deuda con ella. —Es mejor estar pobre y triste con la bendición del Señor, que rico y de buen humor con la maldición del Señor. Esto puede aplicarse a Cristo cuando estuvo en la tierra; el varón de dolores que no tenía dónde reclinar su cabeza, pero Dios lo enalteció. Invoquemos al Señor y su salvación nos elevará, aunque estemos pobres y tristes, culpables y corruptos.

Vv. 30—36. El salmo que empezó con quejas por su pesar, el salmista lo concluye con santo gozo y alabanza. Gran consuelo para nosotros es que las alabanzas humildes y agradecidas agraden más a Dios que los sacrificios más caros y pomposos. El humilde mirará a Él y se alegrará; quienes lo buscan por medio de Cristo vivirán y serán consolados. —Dios hará grandes cosas por la iglesia del evangelio, en lo cual regocíjense todos los que desean el bien. Una simiente le servirá en la tierra, y sus siervos heredarán el reino celestial. Los que aman su nombre habitarán por siempre ante Él. El que no escatimó ni a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas libremente? Levántate tú, Gran Restaurador de los lugares antiguos para habitar en ellos, y aparta la impiedad de tu pueblo.

SALMO LXX

La rápida destrucción del impío y la preservación del piadoso.

Esta salmo es casi igual que los últimos cinco versículos del Salmo xl. —Mientras aquí vemos a Jesucristo presentado en pobreza y angustia, también lo vemos anunciar el castigo justo y temible de sus enemigos judíos, paganos y anticristianos; y, para honra de Su Padre, ruega por el gozo y la felicidad de sus amigos. Apliquemos estas cosas a nuestras propias circunstancias angustiosas y, creyendo, traigámoslas a nuestro recuerdo con sus causas pecaminosas. Las pruebas urgentes siempre deben despertar las oraciones fervientes.

SALMO LXXI

Versículos 1—13. *Oraciones rogando que Dios libere y salve.* 14—24. *Alabanzas de fe.*

Vv. 1—13. David ruega no avergonzarse de depender de Dios. Con esta petición todo creyente verdadero puede ir directamente al trono de gracia. —El bondadoso cuidado de la Providencia divina en nuestro nacimiento e infancia debiera comprometernos a una temprana piedad. —El que fue nuestra ayuda desde nuestro nacimiento debiera ser nuestra Esperanza desde nuestra juventud. —Que nadie espere bienestar o consuelo del mundo. Los que aman al Señor, a menudo son odiados y perseguidos; los hombres se maravillan por sus principios y conductas, pero el Señor ha sido la torre fuerte de ellos. Los siervos fieles de Dios pueden tener la seguridad de que Él no los abandonará en la vejez ni los dejará cuando les falte el vigor.

Vv. 14—24. El salmista declara que la justicia de Cristo y la gran salvación obtenida por ella, será el tema escogido de su discurso, no tan sólo en el día de reposo, sino cada día de la semana, del año, de su vida; no tan sólo en momentos establecidos de solemne devoción, sino en toda ocasión, durante todo el día. ¿Por qué siempre insistirá en esto? Porque él no sabía su cantidad. Imposible medir el valor o la plenitud de estas bendiciones. La justicia es indecible, la salvación es eterna. —Dios no desamparará a sus siervos canosos, cuando ya no sean más capaces de trabajar como lo hacían. El Señor suele fortalecer a su pueblo en sus almas, cuando la naturaleza se está hundiendo en el deterioro. Deuda que los discípulos de Cristo deben a las generaciones venideras es dejar tras ellos un testimonio solemne de la ventaja de la religión, y de la verdad de las promesas de Dios, especialmente de la justicia eterna del Redentor. Asegurados de la liberación y la victoria pasemos nuestros últimos días, mientras esperamos la aproximación de la muerte, alabando al Santo de Israel con todas nuestras fuerzas. Y mientras hablamos de su justicia, y cantamos sus alabanzas, nos elevaremos por encima de temores y enfermedades y tendremos como cosecha los gozos del cielo. La obra de la redención debiera, por sobre todas las obras de Dios, ser proclamada por nosotros en nuestras alabanzas. El Cordero que fue inmolado y que nos ha redimido para Dios, es digno de toda bendición y alabanza.

SALMO LXXII

Versículos 1. *David empieza con una oración por Salomón.* 2—17. *Pasa a profetizar las glorias de sureinado y del reino de Cristo.* 18—20. *Alabanza a Dios.*

V. 1. Este salmo corresponde en parte a Salomón, pero a Cristo con más propiedad y claridad. Salomón era rey e hijo de rey, y su piadoso padre deseaba que la sabiduría de Dios estuviera en él, que su reino pudiera rememorar el reino del Mesías. Es la oración de un padre por su hijo; una bendición al morir. Lo mejor que podemos pedir a Dios para nuestros hijos es que Dios les dé sabiduría y gracia para saber y cumplir su deber.

Vv. 2—17. Esta es una profecía del reinado de Cristo; mucho de esta profecía no se puede aplicar al reino de Salomón. Hubo justicia y paz al comienzo de la administración de su gobierno, pero hubo problemas e injusticia antes de terminar su reinado. El reinado del cual se habla aquí va a durar como el sol, pero el de Salomón llegó pronto a su fin. Hasta los expositores judíos entendieron que esto se refería al reino del Mesías. —Obsérvese las muchas promesas grandes y preciosas que aquí se hacen, las cuales se iban a cumplir plenamente en el reinado de Cristo. En cuanto su reino se establece, cesan la discordia y las contenciones en las familias, las iglesias y las naciones. La ley de Cristo, escrita en el corazón, dispone a los hombres a ser honestos y justos, y a rendir lo debido a todos; igualmente dispone a los hombres para vivir con amor y, así, producir abundancia de paz. La santidad y el amor serán eternos en el reino de Cristo. —El reinado de Cristo se sostendrá a sí mismo a través de todos los cambios del mundo, y de todos los cambios de la vida. Él descenderá, por las gracias y las consolaciones de su Espíritu, como la lluvia sobre el pasto cortado; no sobre el cortado, sino sobre lo que queda, para que brote otra vez. Su evangelio fue o será predicado a todas las naciones. Aunque no necesita los servicios de nadie, sin embargo, debe ser servido con lo mejor. Los que tienen la riqueza de este mundo deben servir a Cristo con ella, hacer el bien con ella. La oración debe hacerse por medio de Él o por amor a Él; lo que pidamos del Padre debe ser en su nombre. Se ofrecerán alabanzas a Él: estamos obligados con Él hasta lo sumo. Sólo Cristo será temido por todas las generaciones. Su nombre será alabado hasta el fin del tiempo y por la eternidad. Todas las naciones lo llamarán bienaventurado.

Vv. 18—20. Se nos enseña a bendecir a Dios en Cristo por todo lo que ha hecho por nosotros por medio de Él. David ora fervoroso por el cumplimiento de esta profecía y su promesa. Entristece pensar cuán vacía está la tierra de la gloria de Dios, cuán poco servicio y honor tiene de parte de un mundo con el cual Él es tan generoso. Que nosotros, como David, nos sometamos a la autoridad de Cristo y participemos de su justicia y su paz. Bendigámosle por las maravillas de su amor redentor. Pasemos nuestros días y terminemos nuestra vida orando por la difusión de su evangelio.

SALMO LXXIII

Versículos 1—14. *La tentación del salmista.* 15—20. *Cómo ganó la victoria.* 21—28. *Cómo se benefició con ello.*

Vv. 1—14. El salmista estaba fuertemente tentado a envidiar la prosperidad del impío; lo cual es tentación frecuente que prueba la gracia de muchos santos. Pero él plantea el gran principio por el cual está resuelto a permanecer firme. Es la bondad de Dios. Esta es una verdad que no puede ser removida. Los buenos pensamientos de Dios fortalecen contra las tentaciones de Satanás. La fe aun de los creyentes firmes puede ser muy conmovida y quedar a punto de caer. Hay tormentas que probarán las anclas más resistentes. La gente necia e impía tiene, a veces, una gran cuota de prosperidad exterior. Parecen tener la menor cuota de problemas de esta vida; y parecen tener la mayor cuota de comodidades. Viven sin temor de Dios; no obstante, prosperan y progresan en el mundo. Los malos suelen pasar su vida sin mucha enfermedad, y la terminan sin gran dolor; en cambio, muchas personas piadosas apenas saben qué es la salud y mueren con grandes sufrimientos.

A menudo los malos no se asustan con el recuerdo de sus pecados ni con la perspectiva de su miseria y mueren sin terror. No podemos juzgar el estado de los hombres más allá de la muerte por lo que sucede en su muerte. —Miró alrededor y vio a muchos del pueblo de Dios en gran pérdida. Puesto que los impíos son tan osados, su pueblo regresa aquí; no saben qué decir de ello y, más bien, debido a que ellos beben mucho de la amarga copa de la aflicción. Habla sentidamente cuando cuenta sus problemas; no hay forma de disputar contra el sentido, salvo por la fe. —De todo esto surge la fuerte tentación de desechar la religión. Pero aprendemos que el curso verdadero de la santificación consiste en limpiar al hombre de toda contaminación, tanto del cuerpo como del alma. El corazón es lavado por la sangre de Cristo, lo que se recibe por fe; y las manos se limpian por las obras comenzadas del Espíritu del Señor, manifestadas en la resolución, propósito y estudio ferviente de la santidad y del intachable curso de la vida y sus acciones. Servir a Dios y guardar sus ordenanzas no es en vano.

Vv. 15—20. Habiendo el salmista mostrado el avance de su tentación, muestra cómo prevalecieron la fe y la gracia. Conservó el respeto por el pueblo de Dios y, con eso, se refrenó de decir lo que había pensado mal. Es señal de que nos arrepentimos de los malos pensamientos del corazón si los suprimimos. Nada ofende más a los hijos de Dios que decir que servir a Dios es vano, porque nada hay más contrario a la experiencia universal de ellos. Oró a Dios que le aclarara bien este asunto; y entendió el final desgraciado de la gente mala; aun en la cumbre de su prosperidad no están sino madurando para la destrucción. El santuario debe ser el refugio del alma tentada. Las aflicciones del justo terminan en paz, por tanto, él es feliz; los placeres del impío terminan en destrucción, por tanto, él es infeliz. La prosperidad del impío es corta y es lugar incierto y resbaladizo. Obsérvese lo que es la prosperidad de ellos; nada sino un espectáculo vano, sólo una imaginación corrupta, nada de sustancia, sino pura sombra; es como un sueño que puede complacernos un poco mientras estamos durmiendo, pero que aun entonces perturba nuestro reposo.

Vv. 21—28. Dios no toleraría que su pueblo fuera tentado si su gracia no fuera suficiente, no sólo para salvarlos del daño, sino para hacerlos vencedores. Esta tentación, obra de la envidia y del descontentto, es muy dolorosa. Reflexionando en ello, el salmista reconoce que fue su necedad e ignorancia lo que así lo hicieron sufrir. Si en cualquier momento por medio de la sorpresa y el poder de la tentación los hombres buenos pensaran, hablaran o actuaran mal, reflexionarían sobre eso doloridos y avergonzados. Debemos atribuir nuestra seguridad en la tentación, y nuestra victoria, no a nuestra sabiduría, sino a la presencia de Dios por gracia junto a nosotros, y a la intercesión de Cristo por nosotros. Todos los que se consagran a Dios serán guiados con el consejo de su palabra y de su Espíritu, los mejores consejeros aquí, y serán recibidos en su gloria en otro mundo; las esperanzas y perspectivas creyentes de las cuales seremos reconciliados con todas las providencias sombrías. Y por esto fue vivificado el salmista para aferrarse más fuerte a Dios. —El mismo cielo no podría hacernos dichosos sin la presencia y el amor de nuestro Dios. El mundo y toda su gloria se desvanece. El cuerpo fallará por enfermedad, edad y muerte; cuando falla la carne, fallan la conducta, el valor y el consuelo. Pero nuestro Señor Jesucristo ofrece ser el todo en todo a cada pobre pecador que renuncie a todas las otras porciones y confianzas. —Por el pecado todos nos alejamos de Dios. Profesar ser de Cristo aumentará nuestra condenación si seguimos en pecado. Acerquémonos y mantengámonos cerca de nuestro Dios, por fe y oración, y encontremos que es bueno hacerlo así. Los que con corazón recto depositan su confianza en Dios, nunca tendrán falta de motivos para agradecerle. Bendito Señor que nos has prometido tan graciosamente ser nuestra porción en el mundo venidero, impídenos elegir cualquier otra en éste.

SALMO LXXIV

Versículos 1—11. *Las desolaciones del santuario.* 12—17. *Ruegos por fe que dé ánimo.* 18—23. *Peticiones de liberación.*

Vv. 1—11. Este salmo parece describir la destrucción de Jerusalén y del templo en manos de los caldeos. La situación deplorable del pueblo de Dios en aquel tiempo es expuesto ante el Señor y se deja en sus manos. Alegan las cosas grandes que Dios ha hecho por ellos. Si la liberación de Israel de Egipto fue un estímulo para tener esperanza de que Él no los desecharía, mucho más razón tenemos nosotros para creer que Dios no desechará a ninguno de los que Cristo redimió con su sangre. —Los infieles y los perseguidores pueden silenciar a los ministros fieles, cerrar lugares de adoración y decir que van a destruir al pueblo de Dios y su religión. Por largo tiempo pueden prosperar en sus intentos y los siervos de Dios, oprimidos, pueden no ver perspectivas de liberación; sin embargo, hay un remanente de creyentes, la simiente de una cosecha futura, y la Iglesia despreciada ha sobrevivido a quienes una vez triunfaron sobre ella. Cuando más amenaza la fuerza de los enemigos, consuela refugiarse en el poder de Dios por medio de la oración fervorosa.

Vv. 12—17. La iglesia calla sus propias quejas. Lo que Dios hizo por su pueblo, como antiguo Rey de ellos, los animó a confiar en Él. Fue obra del Señor, nadie más podía hacerlo. Esta providencia fue alimento para la fe y la esperanza, para sostener y exhortar en las dificultades. —El Dios de Israel es el Dios de la naturaleza. El que es fiel a su pacto del día y la noche, nunca echará fuera a los que escogió. Tenemos mucha razón para esperar aflicción como esperamos la noche y el invierno. Sin embargo, no tenemos más razón para desesperar del regreso del consuelo que para desesperar del día y el verano. Y en el mundo de arriba no tendremos más cambios.

Vv. 18—23. El salmista ruega que Dios aparezca en favor de su iglesia en contra de sus enemigos. La necedad de los que profanan su evangelio y a sus siervos será aclarada para todos. Invoquemos a nuestro Dios para que ilumine a las naciones de la tierra en tinieblas; y para que rescate a su pueblo, para que el pobre y necesitado alabe su nombre. Bendito Salvador, eres el mismo ayer, hoy y por los siglos. Haz a tu pueblo más que vencedores. Sé tú, oh Señor, el todo en todo para ellos, en toda situación y circunstancia; porque, entonces, tu pueblo menesteroso y necesitado alabará tu nombre.

SALMO LXXV

Versículos 1—5. *El salmista declara su resolución de ejecutar juicio.* 6—10. *Reprende al impío y concluye con la resolución de alabar a Dios.*

Vv. 1—5. Rogamos a menudo pidiendo misercordia cuando la buscamos, y ¿sólo un par de veces damos gracias cuando la tenemos? Dios muestra que está cerca de nosotros en aquello para lo cual le invocamos. Los encargos públicos deben ser administrados rectamente. Esto bien puede aplicarse a Cristo y su gobierno. El pecado del hombre amenaza con destruir toda la creación, pero Cristo salvó al mundo de la ruina total. —El que ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, nos llama a ser sabios. Dice a los pecadores orgullosos y atrevidos, No os jactéis de vuestro poder, no persistais en el desprecio. Todas las esperanzas presentes, y la felicidad futura de la raza humana surgen del Hijo de Dios.

Vv. 6—10. Ninguna causa secundaria elevará a los hombres a la preferencia sin la Primera Causa. No viene del este, del oeste ni del sur. No menciona el norte; la misma palabra que significa norte, significa lugar secreto; y sí que viene del secreto del consejo de Dios. De Dios solo todos

deben recibir su juicio. Hay mezcla de misericordia y gracia en la copa de la aflicción cuando se pone en las manos del pueblo de Dios; mezcla de maldición, cuando se pone en las manos de los impíos. El pueblo de Dios tiene su cuota de calamidades corrientes, pero las heces de la copa son para los impíos. La exaltación del Hijo de David será el tema de las alabanzas eternas de los santos. Entonces, que los pecadores se sometan al Rey de justicia y los creyentes se regocijen en Él y le obedezcan.

SALMO LXXVI

Versículos 1—6. *El salmista habla del poder de Dios.* 7—12. *Todos tienen que temerle y confiar en Él.*

Vv. 1—6. ¡Dichoso pueblo es el que tiene su tierra llena del conocimiento de Dios! ¡Felices las personas que tienen su corazón lleno con ese conocimiento! Es la gloria y la dicha de un pueblo tener a Dios entre ellos a través de sus ordenanzas. Donde los enemigos de la iglesia se presenten con soberbia, se manifestará que Dios está por encima de ellos. Véase el poder de las reprimendas de Dios. Muchos cristianos aplican con placer esto a las ventajas otorgadas por el Redentor.

Vv. 7—12. El pueblo de Dios son los mansos de la tierra, los silenciosos de la tierra, que sufren el mal, pero no lo hacen. El justo Dios parece guardar silencio por mucho tiempo, pero tarde o temprano, hará que se oiga su juicio. Vivimos en un mundo airado y provocador. A menudo sentimos mucho, y estamos listos para temer más, la ira del hombre. Lo que no resulte para su alabanza, no será tolerado que irrumpa. Él puede poner límites a la ira del hombre como lo hace con el mar enfurecido; hasta aquí llegará y no más allá. —Que todos se sometan a Dios. Nuestras oraciones y alabanzas y, especialmente nuestros corazones, son los presentes que debemos llevar al Señor. Su nombre es glorioso; y Él es el objeto apropiado de nuestro temor. Él cortará el espíritu de los príncipes; Él lo soltará tan fácilmente como nosotros soltamos una flor del tallo o un racimo de uvas de la vida; eso significa la palabra. Él puede reprimir al más osado: puesto que no hay contienda con Dios, nuestra sabiduría, como nuestro deber es someternos a Él. Busquemos su favor como porción nuestra y encomendemos todo nuestro interés a Él.

SALMO LXXVII

Versículos 1—10. *Los problemas y tentación del salmista.* 11—20. *Se anima recordando la ayuda de Dios para su pueblo.*

Vv. 1—10. Los días difíciles deben ser días de oración; cuando parece que Dios se aleja de nosotros debemos buscarlo hasta que lo hallemos. En su día difícil el salmista no buscó la diversión o el entretenimiento; buscó a Dios, su favor y gracia. Quienes tienen problemas mentales deben orar para alejarlos. —Él meditó el problema; los métodos que debieron aliviarlo sólo aumentaron su pesar. Cuando se acordó de Dios fue sólo la justicia e ira divina. Su espíritu estaba abrumado y hundido bajo el peso. Que el recuerdo de las consolaciones perdidas no nos haga desagradecidos de lo que quedó. En particular, él llama a recordar las consolaciones con que se sostuvo en pesares anteriores. —Este es el lenguaje de un alma adolorida y solitaria, que anda en tinieblas; caso común aun entre quienes temen al Señor, Isaías i, 10. Nada hiere y lacera más que pensar que Dios está airado. El

propio pueblo de Dios, en un día nublado y oscuro, puede sentirse tentado a sacar conclusiones erróneas sobre su estado espiritual y del reino de Dios en el mundo. Sin embargo, no debemos dar lugar a esos temores. Que la fe responda desde la Escritura. —La fuente turbia se aclarará nuevamente; y el recuerdo de épocas anteriores de experiencias gozosas, a menudo suscita esperanza, y tiende al alivio. Las dudas y los temores proceden de la falta de fe y su debilidad. El desaliento y la desconfianza en caso de aflicción suelen ser con demasiada frecuencia las enfermedades de los creyentes, y como tales, tienen que ser pensadas por nosotros con pena y vergüenza. Cuando la incredulidad esté obrando en nosotros debemos suprimir su levantamiento.

Vv. 11—20. El recuerdo de las obras de Dios será un remedio poderoso contra la desconfianza en su promesa y bondad, porque Él es Dios y no cambia. El camino de Dios está en el santuario. Estamos seguros que Dios es santo en todas sus obras. Los caminos de Dios son como las aguas profundas que no pueden sondearse; como el camino del barco que no puede ser detectado. —Dios sacó a Israel de Egipto. Esto fue tipo de la gran redención que se obraría en el cumplimiento del tiempo, por precio y poder. Si hemos abrigado pensamientos dudosos, debemos sin demora volver nuestra mente a meditar en el Dios que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, para que con Él, pudiera darnos gratuitamente todas las cosas.

SALMO LXXVIII

Versículos 1—8. *Pide atención.* 9—39. *La historia de Israel.* 40—55. *Su establecimiento en Canaán.* 56—72. *Las misericordias de Dios para Israel contrastan con la ingratitud de ellos.*

Vv. 1—8. Estas son llamadas cosas escondidas y encubiertas porque tienen que examinarse muy cuidadosamente. La ley de Dios fue dada con un encargo en particular, el de enseñarla diligentemente a sus hijos para que la iglesia permanezca para siempre. También, para que las providencias de Dios, en misericordia y juicio, les dieran ánimo para conformarse a la voluntad de Dios. Las obras de Dios fortalecen mucho nuestra resolución de guardar sus mandamientos. La hipocresía es el camino real a la apostasía; Los que no enderezan sus corazones no serán fieles a Dios. —Muchos padres, por negligencia y maldad, llegan a ser asesinos de sus hijos. Pero los jóvenes, aunque obligados a someterse en todas las cosas legales, no deben obedecer órdenes pecaminosas ni copiar ejemplos de maldad.

Vv. 9—39. El pecado desanima a los hombres y les quita el corazón. El olvido de las obras de Dios es la causa de la desobediencia a sus leyes. Este relato narra la lucha entre la bondad de Dios y la maldad del hombre. —El Señor oye todas nuestras murmuraciones y desconfianzas, y se desagrada mucho. Los que no creen el poder de la misericordia de Dios sentirán el fuego de su indignación. No puede decirse que confían en la salvación de Dios como su dicha final los que no pueden confiar en su providencia camino a ella. A todos los que por fe y oración piden, buscan y llaman, les serán abiertas en cualquier momento las puertas del cielo; nuestra desconfianza de Dios agrava grandemente nuestro pecado. Expresa su resentimiento por la provocación de ellos, no al negar lo que ellos deseaban lujuriosamente, sino al concedérselos. La concupiscencia con nada se contenta. Los que dan el gusto a su lujuria nunca se apartarán de ella. —Sin duda son duros los corazones que no se derriten por las misericordias del Señor ni se quebrantan por sus juicios. Quienes aún pecan deben esperar aún seguir en problemas. Y la razón por qué vivimos con tan poco consuelo y tan poco propósito, es que no vivimos por fe. —Sometidos a tales reproches ellos profesan arrepentimiento, pero no fueron sinceros, porque no fueron constantes. —En la historia de Israel tenemos el retrato de nuestros propios corazones y vidas. La paciencia, las advertencias y las

misericordias de Dios los indujeron a endurecer sus corazones contra su palabra. La historia de los reinos es muy parecida. Los juicios y las misericordias han recibido poca atención, hasta que se ha completado la medida de sus pecados. Las ventajas superiores no han impedido que las iglesias se aparten de los mandamientos de Dios. Hasta los creyentes verdaderos recuerdan que por muchos años han abusado de la bondad de la Providencia. Cuando lleguen al cielo, ¡cómo admirarán la paciencia y la misericordia del Señor al llevarlos a su reino!

Vv. 40—55. Los que reciben la misericordia de Dios no osen por ello pecar porque las misericordias que reciben les agudizarán su castigo; sin embargo, no se desanimen de arrepentirse los que se ven sometidos a reproche divino por el pecado. El Santo de Israel hará lo que es mejor para su gloria y lo que es mejor para el bien de ellos. El olvidar ellos sus anteriores favores les llevó a limitar a Dios para el futuro. —Dios hizo que su pueblo siguiera como ovejas; y los guió al desierto como pastor a su rebaño, con todo cuidado y ternura. Así, pues, el verdadero Josué, Jesús, saca a su iglesia del desierto, pero ningún Canaán terrenal, ninguna ventaja mundana, debe hacernos olvidar que la iglesia está en el desierto mientras esté en este mundo, y que queda aún un reposo mucho más glorioso para el pueblo de Dios.

Vv. 56—72. Después de que los israelitas se instalaron en Canaán, los hijos fueron como sus padres. Dios les dio sus testimonios, pero ellos lo abandonaron. Los pecados presuntuosos hacen odiosos hasta a los israelitas para la santidad de Dios y quedaron expuestos a su justicia. Aquellos a quienes el Señor abandona, se vuelven presa fácil para el destructor. Y tarde o temprano, Dios desgraciará a sus enemigos. —Él puso un buen gobierno sobre su pueblo; un monarca según su corazón. Con buena razón el salmista hace de esto el ejemplo que corona y culmina el favor de Dios para con Israel; porque David fue tipo de Cristo, el gran y buen Pastor, que fue primero humillado y, luego, exaltado; y del cual se anunció que sería lleno del Espíritu de sabiduría y entendimiento. Todos sus súbditos pueden confiar en la rectitud de su corazón y la destreza de sus manos; y no habrá fin para el incremento de su gobierno y paz. Toda prueba de la naturaleza humana hasta ahora confirma el testimonio de la Escritura: que el corazón es engañoso más que todas las cosas, y perverso, y nada puede curar la impiedad de alguien si no es creado de nuevo por el Espíritu Santo.

SALMO LXXIX

Versículos 1—5. *El estado deplorable del pueblo de Dios.* 6—13. *Pedido de alivio.*

Vv. 1—5. Ante Dios es el lamento: ¿adónde irán los hijos sino a un Padre capaz de socorrerlos y dispuesto a ello? Véase qué cambio hizo el pecado en la ciudad santa cuando se toleró que los paganos entraran en ella. El propio pueblo de Dios la contaminó con sus pecados, luego Él soportó que sus enemigos la corrompieran con su insolencia. Ellos deseaban que Dios se reconciliara. Los que desean el favor de Dios como algo mejor que la vida, no pueden sino temer su ira como algo peor que la muerte. En toda aflicción debemos buscar primero al Señor para que limpie y quite la culpa de nuestros pecados; luego, Él nos visitará con sus tiernas misericordias.

Vv. 6—13. Quienes persisten en ignorar a Dios y despreciar la oración son los impíos. Por más injustos que sean los hombres, el Señor fue justo al permitirles hacer lo que hicieron. La liberación de los problemas es misericordia indudable cuando se fundamenta en el perdón del pecado; por tanto, nuestra oración pidiendo sean quitados nuestros pecados debe ser más ferviente que cuando pedimos sean quitadas las aflicciones. Ellos no tenían esperanzas sino de las misericordias de Dios, sus tiernas misericordias. No alegaron mérito, no pretendieron nada sino: Ayúdanos por la gloria de

tu nombre; perdónanos por amor de tu nombre. —El cristiano no se olvida que a menudo está atado en la cadena de sus pecados. El mundo es una prisión para él; se dicta sentencia de muerte contra él, y no sabe cuán pronto será ejecutada. Cuán fervoroso debe orar en todo momento: ¡Oh, que el suspirar de un preso llegue ante ti, conforme a la grandeza de tu poder preserva a los que están marcados para morir! —¡Cuán glorioso será el día en que, triunfante sobre el pecado y el dolor, la iglesia contemple al adversario desarmado para siempre! Mientras la iglesia cantará, de siglo en siglo, las alabanzas de su gran Pastor y Obispo, su Rey y su Dios.

SALMO LXXX

Versículos 1—7. *El salmista se queja de las miserias de la iglesia.* 8—16. *Su prosperidad anterior y desolación actual.* 17—19. *Una oración pidiendo misericordia.*

Vv. 1—7. El que habita en el trono de la gracia es el buen Pastor de su pueblo. Pero no podemos tener la expectativa del consuelo de su amor ni de la protección de su brazo si no participamos de su gracia que convierte. —Si muestra indignación por las oraciones de su pueblo, es porque, aunque oran, sus fines no son justos, o hay en ellos algún pecado secreto que satisfacen, o probará la paciencia y la perseverancia de ellos para orar. Cuando Dios está descontento con su pueblo, debemos esperar verlo llorando y a sus enemigos, triunfantes. No hay salvación sino por el favor de Dios; no hay conversión a Dios sino por su gracia.

Vv. 8—16. La iglesia está representada como una vid y una viña. La raíz de esa vid es Cristo, las ramas son los creyentes. La iglesia es como una vid que necesita apoyo, pero que se extiende y da fruto. Si una vid no da fruto, ninguna otra planta vale tan poco. ¿Y nosotros no somos plantados como en un huerto bien cultivado con todos los medios para dar fruto en obras de justicia? Pero las inútiles hojas de la profesión y los manojos vacíos de las nociones y formas abundan mucho más que la piedad real. —Fue desolada y destruida. Hubo una buena razón para este cambio en el trato de Dios con ellos. Con nosotros está bien o mal, conforme nos sometamos a las sonrisas o al ceño fruncido de Dios. Cuando consideramos el estado de la parte más pura de la iglesia visible, no podemos maravillarnos de que sea visitada con correctivos punzantes. Ellos piden que Dios ayude a la vid. Señor, fue formada *por* ti mismo y *para* ti mismo, por tanto que, con humilde confianza, sea encomendada *a* ti mismo.

Vv. 17—19. El Mesías, protector y salvador de la iglesia, es el Hombre de la diestra de Dios; Él es el brazo del Señor, pues todo poder le ha sido dado. En Él está nuestra fortaleza, por la cual somos capacitados para perseverar hasta el final. Por tanto, la vid no puede ser destruida, ni puede perecer toda rama fructífera; pero la estéril será cortada y arrojada al fuego. —El fin de nuestra redención es que debemos servir a Aquel que nos redimió y no regresar a nuestros antiguos pecados.

SALMO LXXXI

Versículos 1—7. *Dios es alabado por lo que ha hecho por su pueblo.* 8—16. *Las obligaciones de ellos para con Él.*

Vv. 1—7. Toda la adoración que podemos rendir al Señor está por debajo de sus excelencias, y de nuestras obligaciones con Él, especialmente en la redención del pecado y de la ira. Lo que Dios ha hecho a favor de Israel se conservó en el recuerdo mediante solemnidades públicas. Para destacar más la gracia y la gloria de la liberación es bueno observar que todo lo que constituye el problema del cual fuimos librados, es por demás gravoso. Nunca debemos olvidar la esclavitud vil y destructora a la cual nos llevó Satanás, nuestro opresor. Pero cuando, con conciencia angustiada, somos llevados a clamar liberación, el Señor responde nuestras oraciones y nos liberta. La convicción de pecado y las pruebas por aflicciones, demuestran su interés por su pueblo. Si los judíos fueron así llamados a recordar su redención de Egipto en sus días de fiestas solemnes, mucho más en el día de reposo cristiano debemos nosotros recordar una redención más gloriosa de una peor esclavitud, obrada para nosotros por nuestro Señor Jesucristo.

Vv. 8—16. No podemos esperar demasiado poco de la criatura ni demasiado del Creador. Podemos tener bastante de Dios, si oramos con fe. —Toda la maldad del mundo se debe a la disposición del hombre. La gente no es religiosa porque no quieren serlo. Dios no es el Autor del pecado de ellos; Él los entrega a la concupiscencia de sus propios corazones, y a los consejos de sus cabezas; si no hacen bien, la culpa debe estar en ellos. El Señor no quiere que nadie perezca. ¡Qué enemigos para sí mismos son los pecadores! El pecado es el que hace durar nuestros problemas, y demora nuestra salvación. —En las mismas condiciones de fe y obediencia, los cristianos deben aferrarse a las buenas cosas espirituales y eternas que simbolizan los hermosos campos y las fértiles colinas de Canaán. Cristo es el Pan de Vida; Él es la Roca de la Salvación y sus promesas son como miel para las mentes piadosas. Pero quienes lo rechazan como Señor y Amo de ellos, deben también perderlo como su Salvador y galardón.

SALMO LXXXII

Versículos 1—5. *Una exhortación a los jueces.* 6—8. *La condenación de los malos gobernantes.*

Vv. 1—5. Los magistrados son poderosos en autoridad para el bien común. Los magistrados son ministros de la providencia de Dios para mantener el orden y la paz y, en particular, para castigar a los malhechores y proteger a los que hacen el bien. Los príncipes y jueces buenos, de buenas intenciones, están bajo la dirección divina; y los malos, los de malas intenciones, están bajo restricción divina. La autoridad de Dios es para someterse a ella, a través de las autoridades cuya providencia puso sobre nosotros. Pero cuando la justicia se aleja de lo justo, no puede esperarse ningún bien. Las acciones malas de las personas públicas son maldades públicas.

Vv. 6—8. Difícil es que los hombres reciban honor y no se enorgullezcan. Pero todos los gobernantes de la tierra morirán y todo su honor yacerá en el polvo. Dios gobierna el mundo. Hay un Dios justo al cual podemos acudir y del cual podemos depender. Esto también tiene que ver con el reinado del Mesías. Considerando el estado de los asuntos del mundo, tenemos que orar que el Señor Jesús gobierne pronto sobre todas las naciones con verdad, justicia y paz.

SALMO LXXXIII

Versículos 1—8. *Los designios de los enemigos de Israel.* 9—18. *Oración ferviente por la derrota de ellos.*

Vv. 1—8. A veces parece que Dios no se interesa por el trato injusto de su pueblo, pero entonces podemos invocarlo, como aquí el salmista. Todos los malos son enemigos de Dios, especialmente los perseguidores malvados. El pueblo del Señor son sus protegidos; el mundo no los conoce. Él lo pone bajo su protección especial. ¿Actúan los enemigos de la iglesia con unanimidad para destruirla, y no se unirán los amigos de la iglesia? Los malos desean que no haya religión en la humanidad. Ellos se alegrarían de ver sueltos todos sus frenos y cortados a todos los que predican, profesan o practican la fe. Ellos quisieran hacer que esto sucediera si estuviera en su poder. Los enemigos de la iglesia de Dios siempre han sido muchos: esto magnifica el poder del Señor al preservar para sí la iglesia en el mundo.

Vv. 9—18. Todos los que se oponen al reinado de Cristo pueden leer aquí su condena. Dios todavía es el mismo que siempre fue; el mismo para su pueblo; y el mismo contra los enemigos de Él y de ellos. Dios hará que los enemigos sean como una rueda: inestables en todos sus consejos y resoluciones. No sólo los deja que sean llevados lejos como paja, sino que sean quemados como paja: ese será el final de los malos. —Que *teman* tu nombre y, quizá, eso los guíe a *buscar* tu nombre. No deseamos confusión para nuestros enemigos y perseguidores, sino lo que pueda adelantar la conversión de ellos. La tormenta tempestuosa de la venganza divina los aplastará si no se arrepienten y buscan la misericordia perdonadora de su Señor ofendido. —Los triunfos de Dios sobre sus enemigos prueban claramente que Él es, según su nombre Jehová, el Ser Todopoderoso que tiene todo poder y perfección en sí. Temamos su ira y rindámonos para ser sus siervos voluntarios. Busquemos la liberación destruyendo las lujurias carnales que batallan contra el alma.

SALMO LXXXIV

Versículos 1—7. *El salmista expresa su afecto por las ordenanzas de Dios.* 8—12. *Su deseo del Dios de las ordenanzas.*

Vv. 1—7. Las ordenanzas de Dios son el solaz del creyente en este mundo vil; él disfruta en ellas la presencia del Dios vivo: esto le hace lamentar el estar ausente de ellas. Son para su alma como el nido para el ave. Sin embargo, son sólo un anticipo de la felicidad del cielo; pero, ¿cómo pueden tener deseos de entrar en esa santa habitación los hombres que se quejan de que las ordenanzas divinas son tediosas? —Son verdaderamente felices los que siguen adelante en el ejercicio de la religión en el poder y gracia de Jesucristo, de quien es toda nuestra suficiencia. Puede que los peregrinos a la ciudad celestial tengan que pasar por más de un valle de lágrimas y más de un desierto agreste, pero se les abrirán pozos de salvación y les enviarán consolaciones para su sustento. Los que prosiguen adelante en su carrera cristiana encontrarán que Dios agrega gracia a sus gracias. Y los que crecen en la gracia serán perfectos en gloria.

Vv. 8—12. En todas nuestras conversaciones con Dios debemos desear que mire a Cristo, su Ungido y nos acepte por medio de Él: debemos mirarlo con fe y, entonces, Dios mirará favorablemente la faz del Ungido: nosotros, sin Él, no nos atrevamos a mostrar nuestro rostro. —El salmista arguye amor por las ordenanzas de Dios. Contemos como mejor un día en los atrios de Dios que mil pasados en otra parte; y consideremos el lugar más bajo en su servicio preferible al puesto más elevado de la tierra. —Aquí estamos en las tinieblas, pero si Dios es nuestro Dios, será un Sol que nos ilumina y nos vivifica, para guiarnos y dirigirnos. Aquí estamos en peligro, pero Él será un

escudo para nosotros para guardarnos de los dardos de fuego que revolotean abundantes a nuestro alrededor. Aunque no ha prometido dar riquezas y dignidades, ha prometido dar gracia y gloria a todos los que las procuran de la manera que Él designó. ¿Y qué es la gracia, sino el cielo iniciado aquí abajo, en el conocimiento, amor y servicio de Dios? ¿Qué es la gloria sino completar esta dicha al ser hechos como Él y gozar de Él parar siempre? Cuidémonos de andar rectamente y, entonces, confiemos en Dios para que nos dé todo lo que es bueno para nosotros. —Si no podemos ir a la casa de Dios, vamos por fe al Señor de la casa; en Él seremos felices y tranquilos. Realmente dichoso es el hombre que, cualquiera sean sus circunstancias externas, confía en el Señor de los ejércitos, el Dios de Jacob.

SALMO LXXXV

Versículos 1—7. *Oraciones por la continuación de las misericordias anteriores.* 8—13. *Confianza en la bondad de Dios.*

Vv. 1—7. La sensación de las aflicciones presentes no debe anular el recuerdo de misericordias anteriores. El favor de Dios es la fuente de la felicidad para las naciones y para las personas en particular. Cuando Dios perdona el pecado, lo cubre; y cuando cubre el pecado de su pueblo, lo cubre todo. Véase qué es el perdón del pecado. Por compasión a nosotros, cuando Cristo nuestro Intercesor se ha puesto delante de ti, tú has apartado tu ira. —Cuando estamos reconciliados con Dios, entonces, y solo entonces, podemos esperar el consuelo de que esté reconciliado con nosotros. Él muestra misericordia a quienes da salvación; porque la salvación es de pura misericordia. El pueblo del Señor puede esperar aflicciones agudas y tediosas cuando comete pecado; pero cuando regresan a Él con oración humilde, los hace regocijarse en Él nuevamente.

Vv. 8—13. Tarde o temprano Dios hablará de paz a su pueblo. Si no manda la paz externa, no obstante sugerirá paz interna hablando a nuestros corazones por su Espíritu. La paz se declara sólo sobre los que abandonan el pecado. Todo pecado es necedad, especialmente descarriarse; la necedad más grande es volver al pecado. —Ciertamente la salvación de Dios está cerca no importa cuáles sean nuestras dificultades y angustias. También, está asegurada su honra para que la gloria pueda habitar en nuestra tierra. Y la verdad de las promesas se muestra por la misericordia divina de enviar al Redentor. —La justicia divina está ahora satisfecha por la gran expiación. Cristo, el camino, la verdad y la vida, surgió de la tierra cuando tomó sobre sí nuestra naturaleza, y la justicia divina lo miró complacida y satisfecha. Por amor a Él se da toda buena dádiva, especialmente su Espíritu Santo, a los que lo piden. Por medio de Cristo, el pecador perdonado se vuelve fructífero en buenas obras, y mirando la justicia del Salvador, y confiando en Él, encuentra sus pies puestos en la senda de sus pasos. La justicia es una segura dirección, para encontrar y seguir a Dios.

SALMO LXXXVI

Versículos 1—7. *El salmista alega su fervor y la misericordia de Dios como razones para que seaescuchada su oración.* 8—17. *Renueva sus pedidos de socorro y consuelo.*

Vv. 1—7. Nuestra pobreza y miseria, cuando se sienten, son un poderoso argumento a nuestro favor ante el trono de la gracia. La mejor autopreservación es encomendarnos al cuidado de Dios. Yo soy

uno que tú favoreces, uno que has apartado para ti y has hecho partícipe de la gracia que santifica. Gran aliento para orar es sentir que hemos recibido la gracia de Dios que convierte, que hemos aprendido a confiar en Él y a ser sus siervos. —Podemos esperar consuelo *de* Dios cuando mantenemos nuestra comunión *con* Dios. La bondad de Dios se manifiesta en dos cosas, en dar y pedonar. No importa lo que los demás hagan, invoquemos a Dios y encomendemos nuestro caso a Él: no buscaremos en vano.

Vv. 8—17. Sólo nuestro Dios posee poder omnipotente y amor infinito. Cristo es el camino y la verdad. El alma creyente deseará que se le enseñe el camino y la verdad de Dios para andar en Él, más que ser liberada de la angustia terrenal. —Quienes no ponen al Señor delante de ellos, buscan las almas de los creyentes; pero la compasión, la misericordia y la verdad de Dios son su refugio y su consuelo. Aquellos cuyos padres fueron siervos del Señor pueden plantear esto como argumento para ser escuchados y ayudados. —Considerando la experiencia de David y la del creyente, no debemos perder de vista a Aquel que, siendo rico, por nosotros se hizo pobre para que por su pobreza nosotros fuésemos enriquecidos.

SALMO LXXXVII

Versículos 1—3. *La gloria de la iglesia.* 4—7. *La iglesia está llena con la bendición divina.*

Vv. 1—3. Cristo mismo es el Fundamento de la Iglesia puesto por Dios. La santidad es el poder y la firmeza de la iglesia. No nos avergoncemos de la Iglesia de Cristo en su estado más vil, ni de quienes pertenecen a ella, puesto que de ella cosas gloriosas se dicen. Nadie puede echar otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo. Las cosas gloriosas dichas por el Espíritu Santo sobre Sion, son todas tipos de Cristo y su obra y oficios; de la iglesia del evangelio, sus privilegios y miembros; del cielo, su gloria y perfecta dicha.

Vv. 4—7. La iglesia de Cristo es más gloriosa y excelente que las naciones de la tierra. —En los registros del cielo está inscrito el más bajo de los nacidos de nuevo. Cuando Dios dé a cada hombre conforme a sus obras, observará quien disfrutó de los privilegios de su santuario. A los que mucho se da, mucho se les exigirá. Fíjense bien en esto los que habitan en Sion y vivan conforme a su profesión de fe. Los cánticos de Sion serán cantados con gozo y triunfo. Los manantiales del gozo de una persona carnal están en la riqueza y el placer, pero los de un alma en la gracia se hallan en la palabra de Dios y en la oración. Toda gracia y consuelo para las almas de los creyentes son derivados de Cristo por medio de sus ordenanzas.

SALMO LXXXVIII

Versículos 1—9. *El salmista derrama su alma a Dios lamentándose.* 10—18. *Lucha por fe orando a Dios por consuelo.*

Vv. 1—9. Las primeras palabras del salmista son las únicas palabras de consuelo y sostén de este salmo. De esta manera, los buenos pueden ser muy afligidos y llegar a tener pensamientos desalentadores sobre sus aflicciones, llegando a conclusiones sombrías sobre su final, por la fuerza de la melancolía y la debilidad de la fe. —Se queja principalmente del desagrado de Dios. Aun los

hijos del amor de Dios pueden pensar a veces que son hijos de ira, y ningún problema externo puede ser tan duro para ellos como aquello. —Probablemente el salmista se refiere a su propio caso, aunque señala a Cristo. Así somos llamados a mirar a Jesús, herido y molido por nuestras iniquidades. Pero la ira de Dios vertió la mayor amargura en su copa. Esto lo sumió en tinieblas y honduras.

Vv. 10—18. Las almas que han partido pueden declarar la fidelidad, justicia y benignidad de Dios, pero los cuerpos muertos no pueden recibir los favores de Dios en consuelo ni devolverlos en alabanza. —El salmista resuelve continuar orando y, más aún porque la liberación no llegó pronto. Aunque nuestras oraciones no sean contestadas pronto, no debemos dejar de orar. Mientras más grandes sean nuestros problemas, más fervorosos y serios debemos ser para orar. Nada apena tanto a un hijo de Dios como perderlo de vista; ni tampoco hay algo que tema tanto como que Dios deseche su alma. Si el sol se nubla, eso oscurece la tierra pero si el sol dejara la tierra, ¡qué mazmorra sería! —Aun los beneficiados por los favores de Dios pueden sufrir sus terrores por un tiempo. Fijaos cuán profundamente hirieron esos terrores al salmista. Si los amigos son alejados de nosotros por las providencias o por la muerte, tenemos razón para considerar eso una aflicción. —Tal era el estado calamitoso de un hombre bueno. Pero los ruegos aquí usados son particularmente adecuados para Cristo. No tenemos que pensar que el santo Jesús sólo sufrió por nosotros en el Getsemaní y en el Calvario. Toda su vida fue trabajo y dolor; fue afligido como nunca lo fue un hombre, desde su temprana juventud en adelante. Fue preparado para esa muerte que saboreó a través de su vida. Ningún hombre puede participar en los sufrimientos por los cuales iban a ser redimidos otros hombres. Todos lo abandonaron y huyeron. A menudo, bendito Jesús, te abandonamos; pero tú no nos abandones; no apartes de nosotros tu Espíritu Santo.

SALMO LXXXIX

Versículos 1—4. *La misericordia y la verdad de Dios, y su pacto.* 5—14. *La gloria y la perfección de Dios.* 15—18. *La felicidad de quienes están en comunión con Él.* 19—37. *El pacto de Dios con David como tipo de Cristo.* 38—52. *Lamento por un estado calamitoso.—Oración por la reanudación del pacto.*

Vv. 1—4. Aunque nuestras expectativas puedan desilusionarnos, sin embargo, las promesas de Dios están establecidas en los cielos, en su consejo eterno; están fuera del alcance de los oponentes del infierno y la tierra. La fe en la misericordia ilimitada de Dios y su verdad eterna puede consolar aun en las pruebas más profundas.

Vv. 5—14. Mientras más se conocen las obras de Dios, más son admiradas. Alabar al Señor es reconocerle como uno que no tiene igual. Seguramente entonces sentiremos y expresaremos reverencia cuando adoremos a Dios, pero, ¡cuán poco de esto se manifiesta en nuestras congregaciones y cuánta causa tenemos para humillarnos por esto! —El poder omnipotente que golpeó a Egipto esparcirá a los enemigos de la iglesia, mientras todos los que confían en la misericordia de Dios, se gozarán en su nombre; porque la verdad y la misericordia dirigen todo lo que Él hace. Sus consejos desde la eternidad y sus consecuencias para la eternidad son todos justicia y juicio.

Vv. 15—18. Dichosos los que así conocen el grato sonido del evangelio para obedecer; quienes experimentan su poder en su corazón y dan su fruto en su vida. Aunque nada sean en sí mismos, aun teniendo todo en Cristo Jesús, los creyentes pueden regocijarse en su nombre. Que el Señor nos

capacite para hacerlo así. El gozo de Jehová es la fortaleza de su pueblo; mientras la incredulidad nos desanima a nosotros y desalienta a los demás. Aunque la incredulidad se nos infiltre cubierta por apariencia de humildad es, de todos modos, la esencia misma del orgullo. —Cristo es el Santo de Israel y en Él fue bendecido más que en ninguna otra bendición, ese pueblo peculiar.

Vv. 19—37. El Señor ungió a David con el óleo santo no sólo como emblema de las gracias y los dones que recibió, sino como tipo de Cristo, el Rey, Sacerdote, y Profeta, ungido sin medida con el Espíritu Santo. —David, luego de su unción, fue perseguido, pero nadie pudo sacar ventaja contra él. Pero todo esto era una sombra pálida de los sufrimientos, liberación, gloria y autoridad del Redentor, único en el cual se cumplieron plenamente todas estas predicciones y promesas. Él es el Dios omnipotente. Este es el Redentor nombrado para nosotros, el único capaz de completar la obra de nuestra salvación. Procuremos tener un interés en estas bendiciones por el testimonio del Espíritu Santo en nuestros corazones. —Como el Señor corrigió a la posteridad de David por sus transgresiones, asimismo Su pueblo será corregido por sus pecados. Pero sólo es una vara, no espada; es para corregir, no para destruir. Es una vara en la mano de Dios, que es sabio y sabe lo que hace; lleno de gracia y hará lo mejor. Es una vara que ellos nunca sentirán sino cuando es necesario. Como el sol y la luna permanecen en el cielo, no importa cuáles sean los cambios que parezca haber en ellos, y de nuevo reaparecen en el momento debido, así el pacto de gracia hecho en Cristo no debe ser cuestionado no importa cuál sea la alteración que parezca hacérsele.

Vv. 38—52. A veces no es fácil reconciliar las providencias de Dios con sus promesas, pero estemos seguros que las obras de Dios cumplen su palabra. Cuando el gran Ungido, Cristo mismo, estaba en la cruz, parecía que Dios lo había echado fuera; pero no anuló su pacto, porque fue establecido para siempre. —El honor de la casa de David se perdió. Los tronos y las coronas yacen a menudo en el polvo, pero hay una corona de gloria reservada para la simiente espiritual de Cristo, que no se desvanece. De toda esta queja apréndase qué obra hace el pecado en las familias, en las familias nobles, en las familias en que se ha manifestado la religión. —Ellos imploran a Dios por misericordia. La inmutabilidad y la fidelidad de Dios nos aseguran que Él no echará fuera a los que ha elegido y con quienes ha hecho el pacto. —A ellos les reprocharon por servir a Dios. Los burladores de los postreros tiempos reprochan, de manera semejante, los pasos del Mesías cuando preguntan: ¿Dónde está la promesa de su venida? 2 Pedro iii, 3, 4. —Los registros de los tratos del Señor con la familia de David nos enseñan sus tratos con su iglesia y con los creyentes. Sus aflicciones y angustias pueden ser penosos, pero Él no los echará fuera definitivamente. Los que se engañan a sí mismos abusan de esta doctrina y, otros por andar descuidados se llevan a sí mismos a las tinieblas y la angustia; pero el verdadero creyente confía en eso, para darse aliento en la senda del deber y llevar la cruz. El salmo termina con alabanza aun después de esta queja triste. Quienes agradecen a Dios por lo que *ha hecho* pueden agradecerle lo que *hará*. Dios seguirá con sus misericordias a aquellos que lo siguen con alabanzas.

SALMO XC

Versículos 1—6. *La eternidad de Dios, la fragilidad del hombre.* 7—11. *Sometimiento a los castigos divinos.* 12—17. *Oración por misericordia y gracia.*

Vv. 1—6. Se supone que este salmo se refiere a la sentencia dictada contra Israel en el desierto, Números xiv. —El favor y la protección de Dios son el único reposo y consuelo seguro del alma en

este mundo vil. Cristo Jesús es el refugio y la morada en la cual podemos recogernos. —Somos criaturas moribundas, todas nuestras consolaciones en el mundo están moribundas, pero Dios es el Dios eterno y los creyentes lo hallan como tal. —Cuando, por enfermedad u otras aflicciones, Dios lleva a los hombres a la destrucción, los llama a que vuelvan a Él, arrepintiéndose de sus pecados y viviendo una vida nueva. —Mil años nada son para la eternidad de Dios: entre un minuto y un millón de años hay cierta proporción; entre el tiempo y la eternidad no la hay. Todos los sucesos de mil años, sean pasados o venideros, son más presentes para la mente eterna que lo hecho en la hora recién pasada para nosotros. En la resurrección, el cuerpo y el alma regresarán ambos y volverán a unirse. —El tiempo pasa sin que lo notemos, como los hombres dormidos; cuando es pasado, ya es como nada. Es una vida corta y velozmente pasajera como las aguas de la inundación. El hombre solo florece como la hierba, que se marchita cuando llega el invierno de la vejez, pero puede ser cortado por la enfermedad o el desastre.

Vv. 7—11. Las aflicciones de los santos suelen provenir del amor de Dios, pero los reproches para los pecadores y los creyentes por sus pecados deben considerarse procedentes del desagrado de Dios. Los pecados secretos son conocidos por Dios, y serán tratados. Véase la necedad de quienes tratan de tapar sus pecados, porque no pueden hacerlo. —Cuando pasan nuestros años no pueden recordarse más que las palabras que hablamos. Toda nuestra vida es extenuante y problemática, y quizá sea cortada en medio de los años que contamos. Por todo esto se nos enseña a permanecer reverentes. Los ángeles que pecaron conocen el poder de la ira de Dios; los pecadores en el infierno la conocen, pero, ¿quién de nosotros puede describirla plenamente? Pocos la consideran con la debida seriedad. Quienes se burlan del pecado y toman a Cristo a la ligera, con seguridad no conocen el poder de la ira de Dios. ¿Quién de nosotros puede habitar con ese fuego consumidor?

Vv. 12—17. Quienes aprenden la sabiduría divina deben orar por la instrucción divina, deben implorar que el Espíritu Santo les enseñe; y por el consuelo y el gozo en las retribuciones del favor de Dios. Oran por la misericordia de Dios, porque no pretenden alegar méritos propios. Su favor será una fuente plena de goces futuros. Será una compensación suficiente por las penas anteriores. La gracia de Dios en nosotros produzca la luz de las buenas obras. Las consolaciones divinas pongan alegría en nuestros corazones y resplandor en nuestro semblante. La obra de nuestras manos confirma; y para eso, confírmanos en ella. En lugar de desperdiciar nuestros preciosos días pasajeros persiguiendo fantasías, que dejan a los poseedores por siempre pobres, busquemos el perdón de pecados y una herencia en el cielo. Oremos que la obra del Espíritu Santo pueda manifestarse en la conversión de nuestro corazón y se vea en nuestra conducta la belleza de la santidad.

SALMO XCI

Versículos 1—8. *La seguridad de los que tienen a Dios como refugio.* 9—16. *El favor de ellos ante Él.*

Vv. 1—8. El que por fe escoge a Dios como su protector, encontrará en Él todo lo que necesite o desee. Quienes han hallado el consuelo de hacer del Señor su refugio, no pueden sino desear que los demás puedan hacer lo mismo. La vida espiritual está protegida por la gracia divina contra las tentaciones de Satanás, que son como los lazos del cazador, y del contagio del pecado que es una peste detructora. Se promete gran seguridad a los creyentes en medio del peligro. La sabiduría les impedirá asustarse sin causa y la fe les impedirá asustarse indebidamente. Lo que se haga es la voluntad de nuestro Padre celestial; y no tenemos razón para temer. El pueblo de Dios verá

cumplidas no sólo las promesas de Dios sino sus amenazas. Entonces, que los pecadores acudan al Señor ante el trono de la gracia en el nombre del Redentor, y exhorte a otros a confiar en Él también.

Vv. 9—16. Pase lo que pase, nada dañará al creyente, aunque se desaten problemas y aflicciones, no será para dañarlo, sino para su bien, aunque momentáneamente no sean causa de gozo sino de tristeza. Quienes conocen rectamente a Dios depositarán su amor en Él. Orando le invocan constantemente. Su promesa es que, a su debido tiempo, librará al creyente *de la* dificultad y, mientras tanto, está con él *en* la tribulación. El Señor administrará todas sus preocupaciones mundanas y preservará su vida en la tierra, en tanto cuanto sea bueno para él. Para animarse en esto, mira a Jesús. Vivirá lo suficiente hasta que haya acabado la obra para la cual fue enviado a este mundo, y esté listo para el cielo. ¿Quién desearía vivir un día más de lo que Dios tenga establecido para hacer alguna obra sea *por* Él o *en* Él? Un hombre puede morir joven, pero estar satisfecho con su vida. Pero el impío no está satisfecho ni siquiera con una vida larga. El conflicto del creyente termina en el largo plazo; ha terminado para siempre con los problemas, el pecado y la tentación.

SALMO XCII

Versículos 1—6. *La alabanza es la actividad del día de reposo.* 7—15. *El impío perecerá pero el pueblo de Dios será exaltado.*

Vv. 1—6. Es un privilegio que seamos admitidos a alabar al Señor, y esperemos ser aceptados en la mañana y en la noche; no sólo en los días de reposo, sino cada día; no sólo en público, sino en privado y en nuestras familias. Demos gracias cada mañana por las misericordias de la noche, y cada noche por las misericordias del día; entrando y saliendo bendigamos a Dios. Como nos alegra por medio de las obras de su providencia para nosotros, y de su gracia en nosotros, y estas por medio de la gran obra de la redención, tenemos que cobrar ánimo en eso. Como hay muchos que no conocen los designios de la providencia ni les preocupa conocerlos, los que por gracia lo hacen tienen mayor razón para estar agradecidos. Y si visión a la distancia del gran Libertador así animó a los creyentes de antaño, ¡cuánto debemos nosotros abundar en amor y alabanza!

Vv. 7—15. A veces Dios con desagrado otorga prosperidad a los malos, pero ellos florecen sólo por un momento. Busquemos para nosotros la salvacion y la gracia del evangelio, para que, ungidos diariamente por el Espíritu Santo, podamos contemplar y compartir la gloria del Redentor. De su gracia, por su palabra y por su Espíritu reciben los creyentes toda virtud que los mantiene vivos y los hace fructíferos. Otros árboles, cuando son viejos, dejan de dar fruto, pero en los árboles de Dios no falta la fuerza de la gracia cuando disminuye la fuerza de la naturaleza. Los últimos días de los santos son, a veces, sus mejores días y su última obra, la mejor; la perseverancia es prueba cierta de sinceridad. Y que cada día de reposo, mientras muestra la fidelidad divina, halle nuestra alma reposando más y más en el Señor, justicia nuestra.

SALMO XCIII

La majestad, el poder y la santidad del reino de Cristo.

El Señor pudo haber exhibido sólo su justicia, santidad y terrible poder en sus tratos con el hombre caído; pero le plugo exhibir las riquezas de su misericordia y el poder de su gracia renovadora. En esta gran obra, el Padre ha dado todo poder a su Hijo, el Señor del cielo, que ha expiado nuestros pecados. No sólo puede perdonar, sino librar y proteger a todos los que confían en Él. Su palabra ya ha sido dada y todos los santos pueden confiar en ella. Lo que se haya anunciado acerca del reino del Mesías debe cumplirse a su debido tiempo. —Todo su pueblo debe ser estrictamente puro. La iglesia de Dios es su casa; es una casa santa, limpia de pecado y dedicada a su servicio. Donde hay pureza habrá paz. Que todos miren cuidadosamente si este reino está establecido en sus corazones.

SALMO XCIV

Versículos 1—11. *El peligro y la necedad de los perseguidores.* 12—23. *Consuelo y paz para el perseguido.*

Vv. 1—11. Podemos apelar con osadía a Dios, porque es el Juez todopoderoso por el cual todo hombre es juzgado. Anímense con esto, los que sufren mal, a soportarlo en silencio, encomendándose a Aquel que juzga rectamente. —Estas oraciones son profecías que comunican terror a los hijos de la violencia. Llegará el día de tomar en cuenta todas las cosas duras que los pecadores impíos han dicho contra Dios, contra su verdad, contra sus caminos y contra su pueblo. Si no fuéramos testigos, no podríamos creer que millones de criaturas racionales viven, se mueven, hablan, oyen, entienden y hacen lo que se proponen, pero actúan como si creyeran que Dios no castigará el uso abusivo de sus dones. —Como todo conocimiento es de Dios, sin duda Él conoce todos los pensamientos de los hijos de los hombres, y sabe que las imaginaciones de los pensamientos del corazón de ellos es solamente el mal y eso, continuamente. Aun en los buenos pensamientos hay falta de fijeza, lo cual puede llamarse vanidad. Corresponde que vigilemos en forma estricta nuestros pensamientos, porque Dios se fija en ellos particularmente. Los pensamientos son palabras para Dios.

Vv. 12—23. Es bienaventurado el hombre que, sometido a la disciplina del Señor, es enseñado en su voluntad y sus verdades desde su santa palabra y por el Espíritu Santo. Él debe ver la misericordia a través de sus sufrimientos. Queda un reposo para el pueblo de Dios, después de los días de adversidad, la que no durará para siempre. El que manda el problema enviará el reposo. El salmista halló socorro y alivio sólo en el Señor cuando le fallaron todos sus amigos terrenales. Estamos endeudados, no sólo con el poder de Dios sino con su piedad en cuanto al apoyo espiritual; y si ha impedido que caigamos en pecado o no cumplamos el deber, tenemos que darle gloria a Él, y animar a nuestros hermanos. —El salmista tenía muchos pensamientos confusos acerca de la situación en que estaba, en cuanto al rumbo que debía seguir y lo que probablemente fuera el fin de todo. Caer en las artimañas engañosas y en temores aumenta la preocupación y la desconfianza, y ensombrece y confunde más aun nuestro criterio. A veces los hombres buenos tienen pensamientos confusos y angustiados acerca de Dios, pero miren ellos las promesas grandes y preciosas del evangelio. Los consuelos del mundo dan poco gozo al alma, cuando se aflige con pensamientos tristes, pero las consolaciones de Dios dan la paz y el placer que las sonrisas del mundo no pueden dar, ni pueden quitar el ceño fruncido del mundo. —Dios es el refugio de su pueblo, al cual ellos pueden huír, en quién están a salvo y pueden estar seguros. Y Él se encargará de los impíos. El hombre no puede ser más miserable de lo que su propia maldad lo haga, si el Señor lo visita.

SALMO XCV

Versículos 1—7. *(parte). Una exhortación para alabar a Dios* 7—11. *Advertencia a no tentarlo.*

Vv. 1—7. Cada vez que vamos a la presencia de Dios debemos ir con acción de gracias. El Señor debe ser alabado; no nos falta tema, y bueno sería que no nos faltase corazón. ¡Cuán grande es Dios, a quién pertenece toda la tierra y su plenitud, que dirige todo y dispone de todo! —El Señor Jesús a quien aquí se nos enseña a alabar, es Dios grande; el Dios omnipotente es uno de sus títulos, y Dios sobre todo, bendito por siempre. A Él se ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Él es nuestro Dios y debemos alabarlo. Él es nuestro Salvador y autor de nuestra bendición. La iglesia del evangelio es su rebaño, Cristo es el gran buen pastor de los creyentes; Él los buscó cuando estaban perdidos y los trajo a su redil.

Vv. 7—11. Cristo convoca a su pueblo a que escuche su voz. Le llamáis Amo, Maestro o Señor, entonces sed su pueblo voluntario y obediente. Oíd la voz de su doctrina, de su ley, ambas de su Espíritu: oíd y obedeced; oíd y rendíos. La voz de Cristo debe ser oída hoy. Este día de oportunidad no durará siempre; utilizadlo mientras se dice hoy. Oír la voz de Cristo es lo mismo que creer. La dureza del corazón está en el fondo de toda desconfianza del Señor. —Los pecados del prójimo deben ser advertencias para que nosotros no sigamos sus pasos. Las murmuraciones de Israel quedaron escritas para nuestra admonición. Dios no está sometido a pasiones como las nuestras, pero está muy airado con el pecado y los pecadores. Ciertamente es malo lo que merece tal recompensa; y sus amenazas son tan seguras como sus promesas. Tomemos conciencia de los males de nuestro corazón que nos lleva a descarriarnos del Señor. —Hay un reposo ordenado para los creyentes, el reposo de la renovación eterna empezado en esta vida y perfeccionado en la vida venidera. Este es el reposo que Dios llama su reposo.

SALMO XCVI

Versículos 1—9. *Un llamado a todo el pueblo para que alabe a Dios.* 10—13. *El gobierno y el juicio de Dios.*

Vv. 1—9. Cuando Cristo terminó su obra en la tierra y fue recibido en gloria en el cielo, la iglesia empezó a cantarle un nuevo cántico y a bendecir su nombre. Sus apóstoles y evangelistas mostraron su salvación entre los paganos, sus maravillas entre toda la gente. —Toda la tierra es aquí convocadas a adorar al Señor. Debemos adorarle en la belleza de la santidad, como Dios en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo. Se dicen cosas gloriosas de Él como motivo y tema de alabanza.

Vv. 10—13. Tenemos que esperar y orar por el tiempo en que Cristo reinará en justicia sobre todas las naciones. Él reinará en el corazón de los hombres por el poder de la verdad y del Espíritu de justicia. Su venida se acerca; este Rey, este Juez está ante la puerta, pero aún no ha llegado. —El Señor aceptará las alabanzas de todos los que procuran fomentar el reino de Cristo. El mar no puede sino rugir, y no sabemos cómo pueden los árboles del bosque demostrar que se regocijan, pero el que escudriña los corazones sabe cuál es la mente del Espíritu y entiende las palabras, el lenguaje quebrado del más débil. —Cristo vendrá a juzgar la tierra, a ejecutar la justa venganza contra sus enemigos y a cumplir las promesas más grandes dadas a su pueblo. Entonces, ¿qué somos nosotros? ¿Ese día será bien acogido por nosotros? Si este no es nuestro caso, empecemos ahora a prepararnos

para encontrarnos con nuestro Dios, buscando el perdón de nuestros pecados y la renovación de nuestra alma para santidad.

SALMO XCVII

Versículos 1—7. *El Señor Jesús reina con poder que no puede ser resistido.* 8—12. *Cuidado de su pueblo y provisión para ellos.*

Vv. 1—7. Aunque muchos han sido hechos felices en Cristo aún hay lugar. Todos tienen razón para regocijarse en el gobierno de Cristo. Hay una profundidad en sus consejos que no debemos tratar de sondear; pero aun la justicia y el juicio son la habitación de su trono. El gobierno de Cristo aunque pueda ser materia de regocijo para todos, será, no obstante, tema de terror para algunos, aunque es falta de ellos que así sea. La oposición más resuelta y atrevida será sofocada ante la presencia del Señor. Y el Señor Jesús vendrá antes de mucho, y pondrá fin a toda clase de adoración de ídolos.

Vv. 8—12. Los fieles siervos de Dios pueden regocijarse y estar alegres porque Él es glorificado y todo lo que tienda a su honra es placer para su pueblo. Se cuida de la seguridad de ellos. Pero se significa algo más que sus vidas. El Señor preservará del pecado, de la apostasía y de la desesperación las almas de sus santos sometidas a las pruebas más grandes. Los sacará de las manos del maligno y los preservará para su reino celestial. Los que se regocijan en Cristo Jesús y en su exaltación, tienen manantiales de gozo preparados para ellos. Los que siembran con lágrimas cosecharán con gozo. La alegría es segura para el recto de corazón; el gozo del hipócrita no es sino por un momento. Los pecadores tiemblan, pero los santos se regocijan en la santidad de Dios. Como Él odia el pecado, pero ama libremente a la persona del pecador arrepentido que cree en Cristo, hará la separación final entre la persona que Él ama y el pecado que Él aborrece y santificará totalmente a su pueblo en cuerpo, alma y espíritu.

SALMO XCVIII

Versículos 1—3. *La gloria del Redentor.* 4—9. *El gozo del Redentor.*

Vv. 1—3. Un cántico de alabanza por el amor redentor es un *cántico nuevo*, un misterio oculto de edades y generaciones. Los convertidos cantan un cántico nuevo muy diferente de lo que habían cantado. Si la gracia de Dios puso un corazón nuevo en nuestros pechos, pondrá un cántico nuevo en nuestras bocas. Que este cántico nuevo sea cantado para alabanza de Dios, considerando las maravillas que ha hecho. El Redentor ha vencido todas las dificultades del camino de nuestra redención y no se desanimó por los servicios o sufrimientos que le fueron asignados. Alabémosle por haber descubierto al mundo la obra de redención; su salvación y su justicia cumplen las profecías y las promesas del Antiguo Testamento. En procura de este designio, Dios levantó a su Hijo Jesús para ser no sólo luz para iluminar a los gentiles, sino la gloria de su pueblo Israel. —Ciertamente nos corresponde preguntar: ¿Su santo brazo ha obtenido la victoria sobre el poder de Satanás, la incredulidad y el pecado en *nuestros* corazones? Si tal es nuestro feliz caso, cambiaremos todas las canciones livianas de la vanidad por cánticos de gozo y acción de gracias; nuestras vidas celebrarán la alabanza del Redentor.

Vv. 4—9. Que todos los hijos de los hombres se regocijen en el establecimiento del reino de Cristo, porque todos pueden beneficiarse por ello. —Los diferentes órdenes de criaturas racionales del universo parecen estar descritos en lenguaje figurado en el reino del gran Mesías. El reino de Cristo será una bendición para toda la creación. Esperamos su segunda venida a empezar su glorioso reino. Entonces, se regocijarán el cielo y la tierra, y el gozo del redimido será pleno. Pero el pecado y sus efectos espantosos no serán totalmente eliminados hasta que el Señor venga a juzgar al mundo con justicia. Viendo, entonces, que esperamos tales cosas, pongamos diligencia para que seamos hallados en paz, sin mancha y sin culpa por Él.

SALMO XCIX

Versículos 1—5. *El feliz gobierno bajo el cual se halla el pueblo de Dios.* 6—9. *Su feliz administración.*

Vv. 1—5. Dios gobierna al mundo por su Providencia, gobierna la iglesia por su gracia y a ambos por su Hijo. Los habitantes de la tierra tienen razón de temblar, pero el Redentor aún espera ser bondadoso. Que todos los que oyen, reciban la advertencia y busquen su misericordia. —Mientras más nos humillemos ante Él, más nos exaltará, y así, pues, seamos reverentes porque Él es santo.

Vv. 6—9. La felicidad de Israel se presenta por referencia a los gobernantes más útiles de ese pueblo. Ellos hicieron su regla en todo de la palabra y ley de Dios, sabiendo que no podían esperar otra cosa que sus oraciones fuesen contestadas. Todos prevalecieron maravillosamente en oración con Dios; se obraron milagros a pedido de ellos. Ellos rogaron por el pueblo y obtuvieron respuestas de paz. —Nuestro Profeta y Sumo Sacerdote, de dignidad infinitamente mayor que la de Moisés, Aarón o Samuel, ha recibido la voluntad del Padre y nos la ha declarado. No sólo exaltemos al Señor con nuestros labios, sino démosle el trono de nuestro corazón; y mientras le adoramos en su trono de la gracia, nunca olvidemos que Él es santo.

SALMO C

Una exhortación para alabar a Dios y regocijarse en Él.

Este cántico de alabanza debe ser considerado como una profecía y hasta ser usado como una oración por la llegada del tiempo en que toda la gente sabrá que el Señor es Dios, y serán sus adoradores y ovejas de su prado. Se nos da gran aliento para que al adorar a Dios lo hagamos alegremente. Si Él nos ha traido de nuevo a su redil cuando nos descarriamos como ovejas vagabundas, indudablemente tenemos causa abundante para bendecir su nombre. —El tema de alabanza y los motivos de ella son muy importantes. Sepan ustedes qué es Dios en sí mismo y qué es para ustedes. Sépanlo; considérenlo y aplíquenlo, entonces serán más cercanos y constantes, más vueltos hacia adentro y serios en su adoración. —El pacto de gracia establecido en las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, con tantas ricas promesas, para fortalecer la fe de todo creyente débil vuelve tan seguro el tema de la alabanza de Dios y el del gozo de su pueblo que por triste que puedan estar nuestros espíritus cuando nos miramos a nosotros mismos, tendremos no obstante razón para alabar al Señor, cuando miremos su bondad y misericordia y a lo que ha dicho en su palabra para consuelo nuestro.

SALMO CI

El voto de David y su profesión de santidad.

En este salmo tenemos a David que declara cómo intentó regular su casa y gobernar su reino, para detener la maldad y estimular la piedad. También es aplicable a las familias particulares, y es el salmo del jefe de hogar. A todos los que tienen algún poder, sea mucho o poco, enseña a usarlo como para ser terror de los malhechores y alabanza para los que hacen lo bueno. —El tema elegido para el salmo es la misericordia y el juicio de Dios. Las providencias del Señor acerca de su pueblo son corrientemente una mezcla: misericordia y juicio. Dios ha puesto una en contraste con la otra, ambas para hacer el bien, como la lluvia y el sol. Cuando en su providencia nos ejercita con la mezcla de misericordia y juicio, debemos reconocer adecuadamente ambas cosas. Las misericordias de la familia y las aflicciones de la familia son llamados a cuidar la religión familiar. —Los que están en puestos públicos no están por ello excusados de atender el gobierno de su familia; son los más interesados en dar ejemplo de buen gobierno en sus casas. Cuando el hombre tiene casa propia debe buscar que Dios habite con él; y pueden esperar su presencia los que andan con corazón perfecto, en un camino perfecto. —David resuelve no practicar el mal. Además, resuelve no mantener a los siervos malos ni emplear a los que son malos. No los admitirá en su familia, no sea que diseminen la infección del pecado. Un corazón malo que se complace en airarse y ser perverso, no es apto para la sociedad cuyo vínculo es el amor cristiano. Tampoco tolerará calumniadores, los que se complacen en herir la reputación de su prójimo. Además, Dios resiste a la gente orgullosa, falsa y engañosa que no tiene escrúpulos para mentir o cometer fraudes. Cada uno sea celoso y diligente para reformar su corazón y sus caminos, y que haga esto temprano; siempre considerando esa mañana futura muy sobrecogedora en que el Rey de justicia cortará de la Jerusalén celestial a todos los malhechores.

SALMO CII

Versículos 1—11. *Triste lamento por grandes aflicciones.* 12—22. *Aliento por la expectativa decumplimiento de las promesas de Dios a su iglesia.* 23—28. *La inmutabilidad de Dios.*

Vv. 1—11. Toda la palabra de Dios es útil para dirigirnos en la oración; pero aquí, como a menudo en otras partes, el Espíritu Santo ha puesto palabras en nuestra boca. He aquí una oración puesta en manos del afligido; que ellos la presenten a Dios. Hasta los hombres buenos pueden estar casi aplastados por las aflicciones. Nuestro deber e interés es orar; consuelo es para un espíritu afligido descargarse por la humilde presentación de sus penas. Debemos decir: Bendito sea el nombre del Señor que da y quita. El salmista se miraba como hombre moribundo: Mis días son como sombra que se va.

Vv. 12—22. Somos criaturas moribundas, pero Dios es Dios eterno, protector de su iglesia; podemos tener confianza que no será descuidada. —Cuando consideramos nuestra vileza, nuestras tinieblas y muerte, y los múltiples defectos de nuestras oraciones, tenemos razón de temer que no sean recibidas en el cielo; pero, aquí, se nos asegura lo contrario, porque tenemos un Abogado junto al Padre, y estamos bajo la gracia, no bajo la ley. —La redención es el tema de la alabanza de la iglesia cristiana; y esa gran obra se describe por medio de la liberación y restauración temporal de Israel. Míranos Señor Jesús y llévanos a la libertad gloriosa de tus hijos para que seamos bendecidos y alabemos tu nombre.

Vv. 23—28. Las dolencias corporales debilitan prontamente nuestra fuerza, entonces, ¿qué podemos esperar sino que nuestros meses sean cortados en la mitad? ¿Qué haremos, sino proveer adecuadamente? Debemos reconocer la mano de Dios en ello; y tenemos que reconciliar esto con su amor, porque, a menudo, los que han usado bien su fuerza la ven debilitada; y aquellos que, como según pensamos, difícilmente son pasados por alto, ven acortados sus días. Muy consolador es, respecto de todos los cambios y peligros de la iglesia, recordar que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Respecto a la muerte de nuestros cuerpos y la partida de amigos, consuela recordar que Dios es el Dios eterno. —No pasemos por alto la seguridad contenida en este salmo sobre el final feliz de todas las pruebas del creyente. Aunque todas las cosas estén cambiando, muriendo, pereciendo, como una vestimenta que se muda y rápidamente se deteriora, no obstante, Jesús vive y todo está seguro, porque dijo: Porque yo vivo vosotros también viviréis.

SALMO CIII

Versículos 1—5. *Exhortación a bendecir a Dios por su misericordia.* 6—14. *A la iglesia y a todos los hombres.* 15—18. *Por la constancia de su misericordia.* 19—22. *Por el gobierno del mundo.*

Vv. 1—5. Por el perdón de pecado es quitado lo que nos impedía tener lo bueno, y somos restaurados al favor de Dios, que nos concede las cosas buenas. Piénsese en la provocación; era pecado y, sin embargo, fue perdonado; ¡cuántas provocaciones, sin embargo, son todas perdonadas! Dios sigue perdonando, porque nosotros seguimos pecando y arrepintiéndonos. —El cuerpo encuentra las tristes consecuencias del pecado de Adán; está sujeto a muchas enfermedades y también el alma. Sólo Cristo perdona todos nuestros pecados; Él solo es quien cura todas nuestras enfermedades. Y la persona que halla curado su pecado, tiene bien cimentada la seguridad de que es perdonada. Cuando Dios, por la gracia y consolación de su Espíritu, restaura a su pueblo de sus corrupciones, y lo llena de nuevo con vida y gozo, lo cual es para ellos una primicia de la vida y gozo eterno, se puede entonces decir que regresan a los días de su juventud, Job xxxiii, 25.

Vv. 6—14. Dios es verdaderamente bueno con todos; de manera especial es bueno con Israel. Se ha revelado a sí mismo y su gracia. Por sus caminos podemos entender sus preceptos, los caminos en que nos pide que andemos; sus promesas y propósitos. Siempre ha estado lleno de compasión. ¡Cuán diferentes de Dios son los que aprovechan toda ocasión para reprender o lamentarse sin saber cuando terminar! ¿Qué sería de nosotros si Dios nos tratara de esa manera? —La Escritura dice mucho de la misericordia de Dios, y todos la hemos experimentado. El padre compadece a sus hijos que son débiles de conocimiento y les enseña; los compadece cuando son perversos y los soporta; los compadece cuando están enfermos y los consuela; los compadece cuando están caídos y les ayuda a levantarse; los compadece cuando han ofendido, y por su sometimiento, los perdona; los compadece cuando les hacen daño y los endereza: así compadece el Señor a quienes le temen. Véase por qué Él compadece. Considera la fragilidad de nuestros cuerpos y la necedad de nuestra alma, cuán poco podemos hacer, cuán poco podemos soportar; en todo eso se manifiesta su compasión.

Vv. 15—18. ¡Qué corta e incierta es la vida del hombre! La flor del jardín es corrientemente de mejor calidad y durará más por estar amparada por el muro del jardín y al cuidado del jardinero, pero la flor del campo, a la cual se compara aquí la vida, no sólo se marchita sola, sino que está expuesta a los fríos vientos y puede ser pisoteada por las bestias del campo. Así es el hombre. Dios considera esto y lo compadece; que considere esto. la misericordia de Dios es mejor que la vida, porque la sobrevivirá. Su justicia, la verdad de su promesa, serán para los hijos de los hijos que siguen las piadosas huellas de sus antepasados. Entonces les será preservada la misericordia.

Vv. 19—22. El que hizo todo, reina sobre todo, y hace ambas cosas por su poderosa palabra. Él dispone de todas las personas y de las cosas para su gloria. Hay un mundo de ángeles santos que están siempre alabándole. Todas sus obras le alaben. Hubieran sido *nuestra* delicia constante si no fuésemos criaturas caídas. Eso llegarán a ser en una medida si nacemos de Dios. Eso serán por siempre en el cielo; tampoco podemos ser perfectamente felices hasta que tengamos placer inagotable en la obediencia perfecta a la voluntad de nuestro Dios. Y que el sentimiento de cada corazón redimido sea: Bendice, alma mía, a Jehová.

SALMO CIV

Versículos 1—9. *La majestad de Dios en los cielos.—La creación del mar y la tierra seca.* 10—18. *Provisión para todas las criaturas.* 19—30. *El curso regular del día y la noche, y el poder soberano de Dios sobre todas las criaturas.* 31—35. *Resolución de continuar alabando a Dios.*

Vv. 1—9. Todo lo que vemos nos invita a bendecir y alabar al Señor, que es grande. Su eterno poder y deidad se hacen claramente visibles por medio de las cosas hechas. Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en Él. El Señor Jesús, el Hijo de su amor, es la luz del mundo.

Vv. 10—18. Cuando reflexionamos en la provisión hecha para todas las criaturas, debemos también notar la adoración natural que rinden a Dios. Pero el hombre, hombre olvidadizo e ingrato, disfruta la mayor medida de la bondad de su Creador. De ahí que los campos estén cubiertos de trigo para sustento de la vida; de ahí que haya otros frutos de la tierra que varían en diversos territorios. No olvidemos las bendiciones espirituales; la fertilidad de la iglesia por medio de la gracia, el pan de la vida eterna, la copa de la salvación y el óleo de la alegría. ¿Provee Dios para las criaturas inferiores y no será refugio para su pueblo?

Vv. 19—30. Tenemos que alabar y magnificar a Dios por la sucesión constante del día y la noche. Y ver como hay quienes son como las bestias salvajes, que esperan la noche y tienen comunión con las obras infrutuosas de las tinieblas. ¿Escucha Dios el lenguaje de la naturaleza, aun de las criaturas voraces, y no escuchará más favorablemente el lenguaje de la gracia de su pueblo, aunque sean débiles y quebrantados gemidos indecibles? —Existe la obra de cada día, que debe hacerse en su día, a la cual debe aplicarse el hombre cada mañana y debe continuar hasta el anochecer; habrá tiempo suficiente para descansar cuando llegue la noche, en la cual nadie puede obrar. —El salmista se maravilla ante las obras de Dios. Las obras de arte parecen más burdas mientras más de cerca se las mire; las obras de la naturaleza parecen más finas y exactas. Todas ella son hechas con sabiduría, puesto que todas responderán a la finalidad para la cual fueron diseñadas. —Cada primavera es un emblema de la resurrección, cuando surge un mundo nuevo como si saliera de las ruinas del viejo. Pero únicamente el hombre vive más allá de la muerte. Cuando el Señor le quita el aliento, su alma entra a otro estado, y su cuerpo será resucitado para gloria o para miseria. Que el Señor envíe su Espíritu y cree nuestras almas de nuevo para santidad.

Vv. 31—35. La gloria del hombre se marchita; la gloria de Dios es eterna; las criaturas cambian, pero en el Creador no hay variabilidad. Y si la meditación sobre las glorias de la creación es tan dulce para el alma, ¡cuánta mayor gloria se revela a la mente iluminada, cuando contempla la gran obra de redención! Únicamente ahí puede el pecador captar la base de confianza y gozo en Dios. Mientras con placer sostiene todo, gobierna todo y se complace en todas sus obras, mediten en Él y le alaben nuestras almas tocadas por su gracia.

SALMO CV

Versículos 1—7. *Llamado solemne a alabar y servir al Señor.* 8—23. *Tratos de gracia con Israel.* 24—45. *Liberación de ellos de Egipto y su establecimiento en Canaán.*

Vv. 1—7. Aquí se estimula nuestra devoción para que nos animemos a alabar a Dios. Buscad su fortaleza; esto es, su gracia; la fuerza de su Espíritu para obrar en nosotros lo bueno, lo cual no podemos hacer sino por el poder derivado de Él, por lo cual se le debe buscar. Procurad tener su favor en la eternidad, por tanto, seguid buscándole mientras viváis en este mundo, porque no sólo será hallado, sino recompensará a los que le buscan diligentemente.

Vv. 8—23. Recordemos las obras maravillosas del Redentor, sus prodigios y los juicios de su boca. Aunque los cristianos verdaderos son pocos en cantidad, extranjeros y peregrinos en la tierra, por el pacto de Dios, una herencia todavía mejor que Canaán, está asegurada para ellos; y si tenemos la unción del Espíritu Santo, nadie puede hacernos daño. Las aflicciones se cuentan entre nuestras misericordias. Prueban nuestra fe y amor, humillan nuestro orgullo, nos independizan del mundo, y vivifican nuestras oraciones. El pan es la vara que sostiene la vida; cuando se quiebra esa vara, el cuerpo falla y se entierra. La palabra de Dios es la vara de la vida espiritual, el alimento y el sustento del alma; el juicio más duro es el hambre de oír la palabra del Señor. Tal hambre era grave en todas las tierras cuando Cristo se hizo carne; cuya venida y el bendito efecto de ella están prefigurados en la historia de José. Llegado el cumplimiento del tiempo, Cristo fue exaltado como Mediador; todos los tesoros de la gracia y la salvación están a su disposición, los pecadores moribundos acuden a Él, y son aliviados por Él.

Vv. 24—45. Como el creyente florece mejor en su alma cuando está bajo la cruz, así la iglesia también florece mejor en la verdadera santidad, y aumenta en cantidad cuando es perseguida. Sin embargo, se levantarán instrumentos para su liberación y los perseguidores pueden esperar plagas. Véase el cuidado especial que Dios tuvo por su pueblo en el desierto. Todos los beneficios dados a Israel, en cuanto a nación, eran sombras de las bendiciones espirituales con que nosotros somos bendecidos en Cristo Jesús. Habiéndonos redimido con su sangre, restaurado nuestra alma a la santidad y libertado de la esclavitud de Satanás, Él nos guía y nos guarda todo el camino. Él satisface nuestras almas con el pan del cielo y el agua de vida de la Roca de salvación y nos llevará a salvo al cielo. Él redime a sus siervos de toda iniquidad, y los purifica para sí mismo, para que sean pueblo peculiar, celoso de buenas obras.

SALMO CVI

Versículos 1—5. *La felicidad del pueblo de Dios.* 6—12. *Los pecados de Israel.* 13—33. *Sus tentaciones.* 34—46. *Sus rebeliones en Canaán.* 47, 48. *Oración por una liberación más completa.*

Vv. 1—5. Ninguno de nuestros pecados o sufrimientos debiera impedirnos dar gloria y alabanza al Señor. Mientras más indignos somos, más admirable es su bondad. Los que dependen de la justicia del Redentor procurarán copiar su ejemplo y, por palabra y obra, mostrar su alabanza. El pueblo de Dios tiene razón de ser un pueblo alegre y no debe envidiar el placer u orgullo de los hijos de los hombres.

Vv. 6—12. Aquí comienza una confesión de pecado pues debemos reconocer que el Señor ha hecho bien y nosotros mal. Se nos insta a esperar que, no obstante, no seamos totalmente abandonados aunque justamente corregidos. El pueblo afligido de Dios se reconoce culpable ante Él. Se desconfía de Dios porque no se recuerdan sus favores. Si no nos salvara por amor a su nombre y para la alabanza de su poder y gracia, todos pereceríamos.

Vv. 13—33. Los que no aguardan el consejo de Dios serán justamente entregados a las lujurias de sus corazones para que anden según sus propios consejos. El deseo desmedido, aun por cosas lícitas, se vuelve pecaminoso. Dios mostró su desagrado por esto. Los llenó con angustia mental, terror de conciencia y autorreproche. Muchos de los que andan diariamente a placer, cuyos cuerpos son sanos, tienen el alma débil; nada de amor a Dios, nada de gratitud, nada de apetito por el Pan de vida y, entonces, el alma debe estar flaca. Se olvidan miserablemente de sí mismos, los que dan festines a sus cuerpos y hambrean sus almas. Aun el creyente verdadero verá causa abundante para decir: Por las misericordias del Señor no soy consumido. A menudo hemos puesto ídolos en nuestros corazones, aferrándonos a un objeto prohibido; así que si uno más grande que Moisés no se hubiera interpuesto para alejar la ira del Señor, hubiésemos sido destruidos. Si Dios trató severamente a Moisés por palabras precipitadas, ¿qué merecen los que hablan muchas palabras soberbias y perversas? Justo es que Dios elimine esas relaciones que son bendiciones para nosotros, cuando somos peleadores y provocadores para ellos y contristamos sus espíritus.

Vv. 34—38. La conducta de los israelitas en Canaán y los tratos de Dios con ellos, muestran que el camino del pecado es cuesta abajo; las *omisiones* abren paso a las *comisiones*: cuando no quisieron destruir al pagano, aprendieron sus obras. Un pecado condujo a otros y acarreó los juicios de Dios contra ellos. Su pecado fue, en parte, su castigo. A menudo los pecadores se ven arruinados por los que los llevaron al mal. Satanás, que es tentador, será el verdugo. A la larga Dios se compadece de su pueblo por amor del pacto. La inmutabilidad de la naturaleza misericordiosa y del amor de Dios por su pueblo, le hace cambiar el curso de la justicia a la misericordia; por el arrepentimiento de Dios no se significa ningún otro cambio. —Nuestro caso es espantoso cuando se considera la iglesia externa. Cuando las naciones que se profesan cristianas son tan culpables como nosotros, no os asombréis si el Señor los abate por su pecado. A menos que haya un profundo arrepentimiento general no puede haber esperanzas sino de calamidades crecientes. —El salmo concluye con oración para consumar la liberación del pueblo de Dios, y con alabanza por el comienzo y el progreso de ella. Que todos los pueblos de la tierra agreguen su Amén antes que pase mucho tiempo.

SALMO CVII

Versículos 1—9. *El cuidado providencial de Dios para con los hijos de los hombres con angustias, exilados y dispersados.* 10—16. *En el cautiverio.* 17—22. *En la enfermedad.* 23—32. *Peligro en el mar.* 33—43. *La mano de Dios debe ser vista por Su propio pueblo.*

Vv. 1—9. En estos versículos hay referencia a la liberación de Egipto y, quizá a la de Babilonia, pero las circunstancias de los viajeros en esos países también se comentan. Escasamente se puede concebir los horrores sufridos por el viajero indefenso cuando cruza las arenas sin huellas, expuesto a los quemantes rayos del sol. Las palabras describen el caso de quien el Señor ha redimido de la esclavitud de Satanás, el que pasa por el mundo como por desierto peligroso y sombrío, a menudo listo para desmayarse por los problemas, los miedos y las tentaciones. Los que tienen hambre y sed

de justicia, de Dios, y comunión con Él, serán saciados con la bondad de Su casa, a la vez de gracia y gloria.

Vv. 10—16. Esta descripción de prisioneros y cautivos indica que ellos están desolados y apenados. En las prisiones orientales los cautivos eran y son tratados con mucha severidad. —Las providencias aflictivas deben ser mejoradas como providencias humillantes; y perdemos el beneficio si nuestros corazones no son humillados ni quebrantados por ellas. Esta es una sombra de la liberación del pecador de un confinamiento mucho peor. El pecador despertado descubre su culpa y su miseria. Habiendo luchado en vano por liberación, él halla que no hay socorro para él sino en la misericordia y la gracia de Dios. Su pecado es perdonado por el Dios misericordioso y Su perdón va acompañado por la liberación del poder del pecado y Satanás y por las influencias santificadoras y consoladoras de Dios Espíritu Santo.

Vv. 17—22. Si no conociéramos pecado no conoceríamos enfermedad. Los pecadores son necios. Ellos dañan su salud corporal por la intemperancia y hacen peligrar sus vidas dándole el gusto a sus apetitos. Este camino de ellos es su necedad. La debilidad del cuerpo es el efecto de la enfermedad. Por el poder y la misericordia de Dios es que somos recuperados de las enfermedades y nuestro deber es ser agradecidos. Todas las curas milagrosas de Cristo fueron emblemas de que Él sana las enfermedades del alma. También se aplica a las curas espirituales que obra el Espíritu Santo de gracia. Él envía Su palabra y sana almas; las convence de pecado, las convierte, las hace santas y, todo, por la palabra. Hasta en los casos corrientes de recuperación de la enfermedad, Dios, en Su providencia, habla y es hecho; por Su palabra y Espíritu el alma es restaurada a la salud y santidad.

Vv. 23—32. Que aquellos que van al mar consideren y adoren al Señor. Los marineros tienen sus actividades en el océano tempestuoso y ahí presencian liberaciones de las cuales los demás no pueden hacerse idea. ¡Cuán oportuno es orar en esos momentos! —Esto puede recordarnos de los terrores y angustias de conciencia que muchos tienen y de aquellas escenas hondas de problemas por las cuales pasan muchos en su carrera cristiana. Sin embargo, respondiendo a sus clamores, el Señor vuelve su tormenta en calma y hace que sus pruebas terminen en alegría.

Vv. 33—43. ¡Qué cambios sorprendentes suelen hacerse en los asuntos de los hombres! Que el actual estado desolado de Judea, y de otros países, explique esto. Si miramos al mundo vemos que muchos aumentan grandemente habiendo comenzado pequeños. Vemos muchos que tuvieron una subida repentina como igual y súbitamente llevados a la nada. La riqueza mundana es incierta; a menudo aquellos que están llenos de ella, vuelven a perderla antes de darse cuenta. Dios tiene muchas maneras de empobrecer a un hombre. —El justo se regocijará. Convencerá plenamente a todos aquellos que niegan la Providencia Divina. Cuando los pecadores ven cuán justamente Dios quita los dones que ellos han abusado, no tendrán palabra que decir. De gran uso para nosotros es tener la plena seguridad de la bondad de Dios, y ser debidamente afectados con ello. Sabiduría nuestra es preocuparnos de nuestro deber, y encomendar nuestro consuelo a Él. La persona verdaderamente sabia atesorará este delicioso salmo en su corazón. De aquí entenderá plenamente la debilidad y desgracia del hombre y el poder y la benignidad de Dios, no por nuestro mérito, sino en aras de Su misericordia.

SALMO CVIII

Podemos seleccionar provechosamente pasajes de diferentes salmos, como aquí, el Salmo lvii y lx, para ayudarnos en nuestros devocionales y vivificar nuestra gratitud. —Cuando el corazón está firme

en la fe y el amor, la lengua, empleada en alabanzas de gratitud, es nuestra gloria. Todo don del Señor honra y beneficia al poseedor si se usa en el servicio de Dios y para su gloria. Los creyentes pueden orar con fe y esperanza segura por todas las bendiciones de la salvación que les están garantizadas por la promesa fiel y el pacto de Dios. Entonces, que esperen ellos su ayuda en todo problema, y victoria en todo conflicto. Hagamos lo que hagamos, ganemos lo que ganemos, Dios debe tener toda la gloria. Señor, visita nuestra alma con esta salvación, con este favor que otorgas a tu pueblo escogido.

SALMO CIX

Versículos 1—5. *David se queja de sus enemigos.* 6—20. *Profetiza la destrucción de ellos.* 21—31. *Oración y alabanzas.*

Vv. 1—5. Indecible consuelo de todos los creyentes es que Dios esté por ellos no importa quién esté contra ellos, y que puedan acudir a Él como a quien le place preocuparse por ellos. Los enemigos de David se rieron de él por su devoción, pero con sus burlas no pudieron hacerlo retractarse de ella.

Vv. 6—20. El Señor Jesús puede hablar aquí como Juez, dictando sentencia contra algunos de sus enemigos para advertencia de otros. Cuando los hombres rechazan la salvación de Cristo hasta sus oraciones se cuentan entre sus pecados. —Véase lo que apresura a algunos a una muerte vergonzosa, y lleva las familias y los bienes de otros a la ruina; que los hace despreciables y odiosos a ellos y a los suyos, y que trae pobreza, vergüenza y miseria a su posteridad es el pecado, esa mala cosa destructora. ¡Qué efecto tendrá la sentencia: “Idos, malditos” para el cuerpo y el alma de los malos! ¡Cómo afectará los sentidos del cuerpo y los poderes del alma con dolor, angustia, horror y desesperación! Pecadores, pensad en esto y arrepentíos.

Vv. 21—31. El salmista toma para sí los consuelos de Dios, pero con mucha humildad. Está mentalmente turbado. Su cuerpo está agotado y casi desgastado. Pero es mejor tener el cuerpo flaco y el alma próspera y sana, que tener flacura de alma mientras el cuerpo es festejado. —Él fue ridiculizado y reprochado por sus enemigos, pero si Dios nos bendice, no tenemos que preocuparnos por quién nos maldiga, porque, ¿cómo pueden ellos maldecir a quien Dios no ha maldecido; más bien, a quien ha bendecido? Presenta como argumento la gloria de Dios y la honra de su nombre. Sálvame, no conforme a mi mérito, porque no pretendo tener alguno, sino conforme a tu misericordia. Concluye con el gozo de la fe, seguro de que sus conflictos actuales terminarán en triunfo. Que todos los que sufren conforme a la voluntad de Dios, encomienden el cuidado de sus almas a Él. Jesús, injustamente llevado a la muerte, y ahora resucitado es Abogado e Intercesor de su pueblo, siempre listo para presentarse por cuenta de ellos contra un mundo corrupto y el gran acusador.

SALMO CX

El Reino de Cristo.

Aquí se dicen cosas gloriosas de Cristo. Sería superior no sólo a todos los reyes de la tierra, sino que existía en gloria como el eterno Hijo de Dios. —Estar sentado es una posición de reposo; después de

los servicios y sufrimientos, Cristo entró a reposar de todos sus trabajos. Es una posición de mando. Está sentado para legislar, para juzgar. Es una posición permanente: Se sienta como rey para siempre. Todos sus enemigos están encadenados, pero aún no se han convertido en estrado de sus pies. Su reino, una vez establecido, será mantenido en el mundo a pesar de todas las potestades de las tinieblas. —El pueblo de Cristo es pueblo voluntario. El poder del Espíritu que va con el poder de la palabra, para el pueblo de Cristo es eficaz para hacerlos voluntarios. Le servirán con los hermosos atavíos de la santidad, lo que conviene para siempre a su casa. Y muchos se dedicarán a Él. El rocío de la juventud, ya en la mañana de nuestra vida debe ser consagrado a nuestro Señor Jesús.

Cristo no sólo será Rey sino Sacerdote. Él es el Ministro de Dios para nosotros, y nuestro Abogado para con el Padre, y así, es el Mediador entre Dios y el hombre. Es sacerdote del orden de Melquisedec, que fue antes que el de Aarón, y en muchos aspectos, superior a aquel, y una representación más vivida del sacerdocio de Cristo. —Que Cristo esté sentado a la diestra de Dios comunica mucho terror a sus enemigos, y felicidad a su pueblo. El efecto de esta victoria será la ruina total de sus enemigos. —Aquí tenemos al Redentor que salva a sus amigos y los consuela. Él será humillado; del arroyo beberá en el camino. La ira de Dios, vigente por la maldición de la ley, puede ser considerada como el arroyo de su camino hacia el trono de gloria, pero Él será exaltado. —Entonces, ¿qué somos nosotros? ¿El evangelio de Cristo ha sido para nosotros el poder de Dios para salvación? ¿Ha sido establecido su reino en nuestros corazones? ¿Somos sus súbditos voluntarios? Antes no conocíamos nuestra necesidad de su salvación y no estábamos dispuestos a que Él reinara sobre nosotros. ¿Estamos dispuestos a rendir cada pecado, a apartarnos de un mundo malo que pone lazos, y sólo confía en sus méritos y misericordia, para recibirlo a Él como nuestro Profeta, Sacerdote y Rey? Y, ¿deseamos ser santos? El sacrificio, la intercesión y la bendición del Salvador pertenecen a los que así son cambiados.

SALMO CXI

Jehová debe ser alabado por sus obras.

El salmista resuelve alabar a Dios mismo. Nuestras exhortaciones y nuestros ejemplos debieran concordar. Él recomienda que las obras del Señor sean el tema apropiado para alabarle; y también los tratos de su providencia con el mundo, con la iglesia y las personas en particular. Se habla de todas las obras del Señor como una sola, su obra; en forma tan admirable todas las dispensaciones de su providencia se centran en un solo designio. Todas las obras de Dios se hallan justas y santas cuando se examinan humilde y diligentemente. El perdón de pecados de parte de Dios es la más maravillosa de todas sus obras y debe recordarse para gloria suya. Él siempre estará atento a su pacto: siempre Él ha sido así y siempre lo será. Sus obras de providencia fueron hechas conforme a la verdad de las promesas y profecías divinas, y, así, fueron fieles y verdaderas; y fueron hechas por Aquel que tiene el derecho a disponer de la tierra como le plazca, por eso son juicio o rectitud: esto vale también para la obra de gracia en el corazón del hombre, versículos 7, 8. Todos los mandamientos de Dios son seguros; todos han sido cumplidos por Cristo y con Él siguen siendo para nosotros la regla para nuestro andar y nuestra conversación. —Envió redención a su pueblo, primero al salir de Egipto, y después con frecuencia; y esto fue un tipo de la gran redención que iba realizar el Señor Jesús en el cumplimiento del tiempo. Aquí resplandece su justicia eterna unida con su misericordia ilimitada. —Ningún hombre es sabio si no teme al Señor; ningún hombre actúa sabiamente si no está influido por este temor. El temor conducirá al arrepentimiento, a la fe en Cristo, a velar y a la obediencia. Tales personas tienen buen entendimiento, aunque sean pobres, sin educación o despreciadas.

SALMO CXII

La bendición del justo.

Tenemos que bendecir al Señor, porque en el mundo hay un pueblo que le teme y le sirve, y que son pueblo feliz, lo cual lo deben enteramente a su gracia. El temor de ellos no es aquel que el amor echa fuera, sino aquel que el amor echa adentro. Sigue al amor y fluye de él. Es temor a ofender. Es temor y confianza. El corazón tocado por el Espíritu de Dios, como la aguja tocada con el imán, se vuelve directa y prontamente a Dios, pero aún con temblor, lleno de santo temor. —Las bendiciones están preparadas para el fiel y los hijos de sus hijos; y se les otorgan verdaderas riquezas con tanto de las posesiones de este mundo según sea provechoso para ellos. En las horas más negras de aflicción y prueba, la luz de la esperanza y la paz brotará dentro de ellos, y el alivio oportuno transformará el lamento en gozo. Por el ejemplo de su Señor aprenden a ser bondadosos y llenos de compasión y asimismo justos en todos sus tratos; usan la discreción para ser generosos en la forma que parezca más probable de hacer el bien. La envidia y la calumnia pueden ocultar aquí, por un tiempo, su verdadero carácter, pero serán tenidos en memoria eterna. —No tienen que temer malas noticias. El hombre bueno tendrá un espíritu estable. Y es el esfuerzo de los creyentes verdaderos mantener fija su mente en Dios y, así, mantenerla calmada y sin confusión; y Dios les ha prometido la causa y la gracia para hacer así. Confiar en el Señor es la mejor manera y la más segura de estabilizar el corazón. El corazón del hombre no puede fijarse satisfactoriamente en ninguna parte que no sea la verdad de Dios, porque allí encuentra su base firme. Aquellos cuyos corazones están estabilizados por fe, esperarán pacientemente hasta que logren su objetivo. Compárese esto con la irritación de los pecadores. —La felicidad de los santos es la envidia del impío. El deseo del impío perecerá; el deseo de ellos era totalmente para el mundo y la carne, por tanto, cuando estos perezcan, el gozo de ellos se acabará. Pero las bendiciones del evangelio son espirituales y eterna, y son otorgadas a los miembros de la iglesia cristiana por medio de su Cabeza, Cristo, que es el modelo de toda justicia y el dador de toda gracia.

SALMO CXIII

Exhortación a alabar a Dios.

Dios es alabado por su pueblo. Tienen la razón suprema para alabarle; porque quienes le atienden como sus siervos, lo conocen mejor y reciben la mayoría de sus favores, y es trabajo fácil y agradable hablar bien de su Amo. —El nombre de Dios debe ser alabado en todo lugar, del levante al poniente. Dentro de ese amplio espacio, el nombre del Señor debe ser alabado; debe serlo, aunque no lo es. Antes de mucho tiempo lo será, cuando todas las naciones vengan y adoren delante de Él. Dios es exaltado por sobre toda bendición y alabanza. Por tanto, debemos decir, con santa admiración, ¿quién como el Señor nuestro Dios? ¡Cuánta condescencia la suya al considerar las cosas de la tierra! ¡Y qué asombrosa condescendencia fue que el Hijo de Dios viniera del cielo a la tierra y tomara nuestra naturaleza para buscar y salvar lo que se había perdido! ¡Cuán vasto es su amor al asumir la naturaleza del hombre para rescatar almas culpables! —A veces Dios glorifica su sabiduría y poder cuando, teniendo una gran obra que hacer, emplea a los menos probables y a los menos pensados, por ellos mismos o por los demás, para hacerla. Los apóstoles mientras pescaban fueron enviados a ser pescadores de hombres. Y este es el método constante de Dios en su reino de gracia. Toma a hombres, mendigos por naturaleza y hasta traidores, para que sean sus favoritos, sus hijos, reyes y sacerdotes para Él; y los cuenta con los príncipes de su pueblo escogido. Nos da todas

nuestras consolaciones, que por lo general, son mejor recibidas cuando más demoran y ya no se esperan. —Oremos que las tierras aún estériles puedan volverse feraces rápidamente y produzcan muchos convertidos para que se reúnan a alabar al Señor.

SALMO CXIV

Exhortación a temer a Dios.

Reconozcamos el poder y la bondad de Dios en lo que hizo por Israel, aplicándolo a esa obra prodigiosa mucho mayor, que es nuestra redención por Cristo; y animémonos unos a otros para confiar en Dios en las angustias más grandes. —Cuando Cristo viene para salvar a su pueblo, lo rescata del poder del pecado y de Satanás, los aparta del mundo impío, los forma para que sean su pueblo, y se hace Rey de ellos. No hay mar ni río Jordán tan hondo, tan ancho, que no pueda ser dividido y retroceda cuando llega el tiempo de Dios. Aplíquese esto a la plantación de la iglesia cristiana en el mundo. ¿Qué perturbó a Satanás y sus idolatrías que temblaron como lo hicieron? Pero, aplíquese especialmente a la obra de la gracia en el corazón. ¿Qué es lo que hacer cambiar la corriente de un alma regenerada? ¿Qué afecta a las lujurias y corrupciones que huyen presurosas, se eliminan prejuicios y todo el hombre se hace nuevo? Es ante la presencia del Espíritu de Dios. En la presencia del Señor no sólo las montañas, sino que la misma tierra bien puede temblar, puesto que la colocó bajo maldición por el pecado del hombre. De la manera que los israelitas fueron protegidos, de la misma manera se les proveyó por medio de milagros; así fue con la fuente de agua en que se volvió la dura roca, y esa roca era Cristo. El Hijo de Dios, la Roca de los siglos, se dio a la muerte para abrir un manantial que lavara los pecados, y para dar agua de vida y consuelo a los creyentes; y ellos no tienen que temer que alguna bendición sea tan demasiado grande que no la puedan esperar de su amor. Pero que los pecadores teman ante su Juez justo y santo. Preparémonos ahora para encontrarnos con nuestro Dios, para que podamos tener confianza delante de Él en su venida.

SALMO CXV

Versículos 1—8. *La gloria debe ser dada a Dios.* 9—18. *Confiar en Él y alabarle.*

Vv. 1—8. Que ninguna opinión sobre nuestros méritos ocupe lugar en nuestras oraciones o en nuestras acciones de gracias. Todo lo bueno que hacemos, lo hace el poder de su gracia; y todo lo bueno que tenemos, es la dádiva de su pura misericordia, de modo que Él debe tener toda la alabanza. ¿Estamos buscando alguna misericordia, y luchamos con Dios por ella? Debemos cobrar ánimo sólo de Dios en la oración. Señor, haz esto por nosotros, no para que tengamos el crédito y el consuelo de eso, sino para que tu misericordia y verdad tengan la gloria. —Los dioses paganos son cosas insensibles. Son obra de las manos de los hombres; el pintor, el grabador, el escultor no pueden darles vida ni sentidos. De ahí que el salmista exhibe la necedad de los adoradores de ídolos.

Vv. 9—18. Necio es confiar en imágenes muertas, pero sabio es confiar en el Dios vivo, porque Él es socorro y escudo para quienes confían en Él. Donde haya recto temor de Dios, habrá fe gozosa en Él; quienes reverencian su palabra pueden apoyarse en ella. Él siempre es hallado fiel. Los más grandes necesitan su bendición, la que no será negada al más pequeño que tenga temor de Dios. La bendición de Dios acrecienta especialmente las bendiciones espirituales. El Señor debe ser alabado:

Su bondad es inmensa, porque ha dado la tierra a los hijos de los hombres para su uso. Las almas de los fieles siguen alabándole después de ser libradas de las cargas de la carne, pero el cuerpo muerto no puede alabar a Dios; la muerte pone fin a nuestro glorificarle en este mundo de pruebas y conflictos. Otros están muertos, y por ello, se pone fin a su servicio; procuremos, por tanto, hacer lo más por Dios. No sólo lo haremos nosotros, sino comprometeremos a otros para hacerlo; para que le alaben cuando nosotros nos hayamos ido. Señor, tú eres el único objeto de fe y amor. Ayúdanos a alabarte mientras vivimos y cuando muramos, que tu nombre sea el primero y el último en nuestros labios: y que el dulce sabor de tu nombre refresque nuestras almas para siempre.

SALMO CXVI

Versículos 1—9. *El salmista declara su amor por el Señor.* 10—19. *Su deseo de ser agradecido.*

Vv. 1—9. Tenemos muchas razones para amar al Señor, pero son más afectadas por su benignidad cuando nos alivia de angustias profundas. Cuando el pobre pecador despierta y toma conciencia de su estado, y teme que pronto deba caer bajo la justa ira de Dios, entonces tiene problemas y pesares. Que los tales invoquen al Señor para que libre sus almas, y hallarán que es bondadoso y fiel a su promesa. La ignorancia o la culpa no obstaculizarán su salvación, cuando depositen su confianza en el Señor. Que todos hablemos de Dios cómo lo hemos hallado, y ¿alguna vez lo hemos hallado de otro modo que no sea justo y bueno? Es por su misericordia que no somos consumidos. Los trabajados y cargados vayan a Él, para que encuentren descanso para sus almas; y si se les quita completamente el reposo, que se apresuren a regresar recordando con cuánta generosidad los ha tratado el Señor. Debemos considerarnos obligados a andar como en su presencia. Gran misericordia es que seamos resguardados de que nos trague el exceso de dolor. Gran misericordia de Dios que nos sostenga con su diestra para que no seamos vencidos ni derrotados por la tentación. Pero cuando entremos en el reposo celestial, se completará la liberación del pecado y de la tristeza; contemplaremos la gloria del Señor y andaremos en su presencia con un deleite que ahora no podemos concebir.

Vv. 10—19. Cuando estemos confundidos, es mejor mantener nuestra paz, porque tendemos a hablar desconsideradamente. Sin embargo, puede haber fe verdadera donde hay obras de incredulidad; pero entonces prevalecerá la fe; siendo humillados por nuestra desconfianza en la palabra de Dios, experimentaremos su fidelidad a ella. —¿Qué puede el pecador perdonado, o qué pueden quienes han sido librados de trastornos o angustias, rendirle al Señor por sus beneficios? No podemos aprovecharnos de Él en ninguna forma. El mejor de nosotros es indigno de su aceptación, pero debemos consagrarnos a su servicio, nosotros mismos, y todo lo que tenemos. —Yo tomaré la copa de la salvación; yo presentaré las libaciones designadas por la ley, como señal de gratitud a Dios, y me regocijaré en la bondad de Dios para conmigo. Recibir la copa de la aflicción; esa copa, la copa amarga que es santificada para los santos, de modo que para ellos es copa de salvación; es un medio de salud espiritual. La copa de consolación; recibiré los beneficios que Dios me otorga como de su mano y gustaré su amor en ellos, no sólo como porción de mi herencia en el otro mundo, sino de mi copa en este. —Que los demás sirvan a los amos que quieran, yo soy verdaderamente tu siervo. Hay dos maneras en que los hombres llegan a ser siervos. Por nacimiento. Señor, yo nací en tu casa; yo soy el hijo de tu sierva y, por tanto, soy tuyo. Gran misericordia es ser hijo de padres santos. Por redención. Señor, tú has soltado mis ataduras, tú me descargaste de ellas, por tanto, yo soy tu siervo. Las ataduras que soltaste me unirán más firmes a ti. Hacer el bien es el sacrificio con el cual Dios se complace; y debe acompañar a la acción de gracias dirigida a su nombre. ¿Por qué debemos ofrecer al Señor eso que nada nos cuesta? El salmista pagará ahora sus votos; él no

demorará el pago públicamente, no para jactancia, sino para mostrar que no se avergüenza del servicio de Dios, y para invitar a los demás a que se le unan. Tales son los santos verdaderos de Dios, en cuya vida y muerte Él será glorificado.

SALMO CXVII

Toda la gente llamada a alabar a Dios.

He aquí una convocatoria solemne a todas las naciones a alabar al Señor, y una sugerencia del tema apropiado para esa alabanza. Pronto nos agotamos de hacer el bien, si no mantenemos en alto los afectos piadosos y devotos con que se debe encender y mantener ardiendo el sacrificio espiritual de la alabanza. Este es un salmo evangelizador. El apóstol en Romanos xv, 11, lo cita como prueba de que el evangelio iba a ser predicado a las naciones gentiles y que sería aceptado por ellas. Por mucho tiempo sólo en Judá se conocía a Dios y su nombre era alabado; en aquel entonces este llamado no fue dado a los gentiles. Pero se ha ordenado que el evangelio de Cristo sea predicado a todas las naciones, y por Él, sean hechos cercanos los que estaban lejos. Estamos entre las personas a quienes habla aquí el Espíritu Santo, a quienes pide se unan a su pueblo antiguo para alabar al Señor. La gracia ha abundado así para millones de pecadores que perecían. Escuchemos, entonces, los ofrecimientos de la gracia de Dios y roguemos, orando por el tiempo en que todas las naciones de la tierra mostrarán sus alabanzas. Y bendigamos a Dios por las inescrutables riquezas de la gracia del evangelio.

SALMO CXVIII

Versículos 1—18. *Bueno es confiar en el Señor.* 19—29. *La venida de Cristo en su reino.*

Vv. 1—18. El relato de sus tribulaciones que aquí da el salmista es muy aplicable a Cristo: muchos lo odiaron sin causa; sí, el mismo Señor lo castigó duramente, lo laceró, y lo entregó al dolor, para que por su llaga fuésemos nosotros curados. —A veces Dios es la fortaleza de su pueblo, cuando no es su cántico; ellos tienen apoyo espiritual, aunque les faltan las delicias espirituales. Sea que el creyente remonte su consuelo a la bondad y misericordia eterna de Dios o sea que espere la bendición asegurada para él, hallará causa abundante de gozo y alabanza. Cada respuesta a nuestras oraciones es una prueba de que el Señor está de nuestro lado; y, entonces, no debemos temer lo que nos pueda hacer el hombre; debemos cumplir conscientemente nuestro deber para con todos, y confiar sólo en Él para su aceptación y bendición. Procuremos vivir para declarar las obras de Dios e instar a los demás a servirle y aconfiar en Él. Tales fueron los triunfos del Hijo de David con la certeza de que la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.

Vv. 19—29. Los que vieron el día de Cristo de lejos, vieron motivo para alabar a Dios por la esperanza. La profecía, versículos 22, 23, puede referirse al ascenso de David, pero principalmente al de Cristo. —1. Su humillación: Él es la piedra que desecharon los edificadores; ellos siguieron edificando sin Él. Esto resultó en la ruina de quienes lo tomaron livianamente. Los que rechazan a Cristo son rechazados por Dios. —2. Su exaltación: Él es la piedra principal del ángulo. Él es la principal piedra en quien se completa el edificio, Aquel debe tener la preeminencia en todo. El nombre de Cristo es Admirable; y la redención que obró es la más asombrosa de todas las obras

maravillosas de Dios. Nos regocijaremos y alegraremos en el día del Señor; no solamente en que se haya instituido ese día, sino en su ocasión, porque Cristo se hizo Cabeza. Los días de reposo deben ser días de regocijo, porque son como los días del cielo para nosotros. —Que este Salvador sea mi Salvador, mi Rey. Que mi alma prospere y sea sana, en esa paz y justicia que su reino trae. Permíteme la victoria sobre las concupiscencias que batallan contra mi alma; y que la gracia divina someta mi corazón. El día que hizo Jehová trae luz consigo, la verdadera luz. El deber que pide este privilegio es aquí estipulado: los sacrificios que debemos ofrecer a Dios en gratitud por su amor redentor, somos nosotros mismos; no para ser inmolados en el altar, sino como sacrificios vivos para ser atados al altar; sacrificios espirituales de oración y alabanza en que deben comprometerse nuestros corazones. El salmista alaba a Dios y convoca a todos los que le rodean a que den gracias a Dios por la buena nueva de gran gozo que será para todo el pueblo, que hay un Salvador que es Cristo el Señor. En Él se hace seguro y eterno el pacto de gracia.

SALMO CXIX

El ámbito y designio general de este salmo es magnificar la ley divina, y hacerla honorable. Hay diez palabras por las cuales se nombra la revelación divina en este salmo, y cada una expresa lo que Dios espera de nosotros, y lo que nosotros podemos esperar de él.—1. La ley de Dios; proclamada por Él por cuanto es nuestro Soberano.—2. Su camino; es la regla de su providencia.—3. Sus testimonios; se declaran solemnemente al mundo.—4. Sus mandamientos; dados con autoridad.—5. Sus preceptos; no dejados como cuestión indiferente para nosotros.—. Su palabra o sus dichos; la declaración de su mente.—7. Sus juicios; enmarcados en sabiduría infinita.—8. Su justicia; regla y norma de lo bueno.—9. Sus estatutos; siempre obligatorios.—10. Su verdad o fidelidad; es verdad eterna que durará por siempre.

Vv. 1—8. Este salmo puede considerarse como la declaración de la experiencia del creyente. Hasta donde nuestros puntos de vista, deseos y afectos concuerden con lo que aquí se expresa, vienen de la influencia del Espíritu Santo, y no más. La misericordia de Dios que perdona en Cristo es la única fuente de la felicidad para el pecador. Son más felices los que son preservados más libres de la contaminación del pecado, los que simplemente creen los testimonios de Dios y confían en sus promesas. Malo es si el corazón está dividido entre Él y el mundo, pero los santos evitan cuidadosamente todo pecado; están conscientes de mucho mal que los atasca en los caminos de Dios, pero no de esa iniquidad que los arranca de esos caminos. —El tentador quiere que los hombres piensen que tienen la libertad de seguir o no la palabra de Dios, según les plazca. —Pero el deseo y la oración del hombre bueno concuerda con la voluntad y el mandamiento de Dios. —Si un hombre espera que, por obedecer una cosa, puede adquirir indulgencia para desobedecer en otras, se hará evidente su hipocresía; si no es avergonzado en este mundo, la vergüenza eterna será su porción. —El salmista ansiaba aprender las leyes de Dios, dar la gloria a Dios. —Y los creyentes ven que si Dios los abandona, el tentador será demasiado duro para ellos.

Vv. 9—16. A la corrupción original todos hemos agregado el pecado actual. Es ruina del joven vivir sin ley alguna, o escoger leyes falsas: anden por las reglas de la Escritura. —Dudar de nuestra propia sabiduría y fuerza, y depender de Dios, prueba que el propósito de la santidad es sincero. —La palabra de Dios es tesoro digno de guardar y no hay dónde guardarlo en forma segura sino en nuestros corazones, para oponer los preceptos de Dios al dominio del pecado, las promesas de Dios a la seducción del pecado, y sus amenazas a la violencia del pecado. —Sea nuestra oración que Él nos enseñe sus estatutos para que, siendo partícipes de su santidad, podamos también ser partícipes de su bienaventuranza. Y los que alimentan su corazón con el pan de la vida, deben alimentar a muchos

con sus labios. —En el camino de los mandamientos de Dios están las inescrutables riquezas de Cristo. Pero no meditamos en los preceptos de Dios para un buen propósito si nuestros buenos pensamientos no producen buenas obras. —No sólo meditaré en tus estatutos sino que los haré con regocijo. Y bueno será probar la sinceridad de nuestra obediencia remontándose a su fuente: la realidad de nuestro amor por el gozo en los deberes asignados.

Vv. 17—24. Todos pereceríamos si Dios nos tratara en estricta justicia. Debemos pasar nuestra vida a su servicio; hallaremos la vida verdadera al cumplir su palabra. —Quienes miran las maravillas de la ley y del evangelio de Dios, deben pedirle entendimiento por la luz de su Espíritu. —Los creyentes se sienten forasteros en la tierra; temen perder su camino y perder consuelo errando de los mandamientos de Dios. —Toda alma santificada tiene hambre de la palabra de Dios como alimento sin el cual no hay vida. —Hay algo de orgullo en el fondo de cada pecado voluntario. Dios puede silenciar los labios mentirosos; el oprobio y el menosprecio pueden humillarnos y hacernos bien y, entonces, ser apartados. ¿Hallamos que el peso de la cruz está por encima de lo que somos capaces de soportar? El que la soportó por nosotros nos capacitará para soportarla; sostenidos por Él no podemos hundirnos. —Triste es cuando los que debieran proteger al inocente son sus traidores. El salmista siguió en su deber y halló consuelo en la palabra de Dios. —El consuelo de la palabra de Dios es delicia para el alma bondadosa, cuando se amargan otros consuelos; y los que quieren que los testimonios de Dios sean su delicia, deben ser aconsejados por ellos. Que el Señor nos dirija para ejercer arrepentimiento del pecado y la fe en Cristo.

Vv. 25—32. Mientras las almas de los hijos de este mundo se aferran a la tierra como porción de ellos, los hijos de luz se sienten muy cargados por los vestigios de afectos carnales de su corazón. Indecible consuelo para un alma bondadosa es pensar con cuánta ternura son recibidas sus quejas por el Dios de la gracia. Podemos hablar mejor de las maravillas del amor redentor cuando entendemos el camino de los mandamientos de Dios y andamos en ese camino. —El penitente se deshace de ansiedad por el pecado: hasta el espíritu paciente puede deshacerse sintiendo la aflicción, entonces es importante que derrame su alma ante Dios. —El camino de la mentira representa todos los caminos falsos por los cuales los hombres se engañan a sí mismos, y a los demás, o son engañados por Satanás y sus instrumentos. Quienes conocen y aman la ley del Señor, desean conocerla más y amarla mejor. —El camino de la verdadera santidad es el camino de la verdad; el único camino verdadero a la felicidad: siempre debemos tener presente consideración por ello. Los que se adhieren a la palabra de Dios pueden, en fe, esperar y orar por la aceptación de Dios. Señor, nunca me dejes hacer lo que me avergonzará y no rechaces mis servicios. —Los que van al cielo todavía deben seguir adelante. Dios, por su Espíritu, ensancha el corazón de su pueblo cuando les da sabiduría. El creyente ora rogando ser librado del pecado.

Vv. 33—40. Enséñame tus estatutos, no las solas palabras, sino la manera de aplicármelas. Dios, por su Espíritu, da entendimiento recto. Pero el Espíritu de revelación de la palabra no bastará si no tenemos el Espíritu de sabiduría en el corazón. —Dios pone su Espíritu dentro de nosotros haciendo que andemos en sus estatutos. —El pecado contra el cual aquí se ora es la codicia. Los que quieren que el amor de Dios se arraigue en ellos, deben desarraigar el amor del mundo, porque la amistad del mundo es enemistad para con Dios. —Vivifícame en tu camino; para redimir el tiempo y hacer todo deber con espíritu vivo. Contemplar la vanidad nos mortifica y demora nuestro ritmo; el viajero no debe pararse a mirar todo objeto que se le presente a la vista. —Las promesas de la palabra de Dios se relacionan mucho con la preservación del creyente verdadero. —Cuando Satanás ha llevado a un hijo de Dios a compromisos con el mundo, le reprochará las caídas a las que él mismo lo ha conducido. La victoria debe provenir de la cruz de Cristo. Cuando disfrutemos la dulzura de los preceptos de Dios hará que anhelemos conocerlos más. Y donde Dios ha producido el querer, producirá el hacer.

Vv. 41—48. Señor, por fe tengo a la vista tus misericordias; déjame prevalecer orando para obtenerlas. Y cuando sea completada la salvación de los santos, se manifestará claramente que no era en vano confiar en la palabra de Dios. —Tenemos que orar rogando que nunca nos asustemos o nos avergoncemos de reconocer las verdades y los caminos de Dios ante los hombres. Y el salmista resuelve obedecer la ley de Dios en un curso constante de obediencia sin descarriarse. —El servicio al pecado es esclavitud; el servicio a Dios es libertad. No hay felicidad completa o libertad perfecta, sino en obedecer la ley de Dios. Nunca debemos asustarnos ni avergonzarnos de reonocer nuestra religión. —Mientras más deleite tengamos al servicio de Dios, vamos más cerca de la perfección. No sólo asintamos a su ley por ser buena; complázcamonos en ella por buena para nosotros. Déjame emplear toda la fuerza que tengo para cumplirla. Algo de esta mente de Cristo hay en todo discípulo verdadero.

Vv. 49—56. Quienes hacen su porción de las promesas de Dios, pueden hacerlas su oración con humilde osadía. El que obra la fe en nosotros por su Espíritu, obrará por nosotros. —La palabra de Dios habla consuelo en la aflicción. Si nos hace santos por gracia, hay suficiente en ella para darnos bienestar en todas las circunstancias. Estemos seguros de tener la ley divina por lo que creemos, y entonces, no dejemos que los burladores prevalezcan sobre nosotros para que la dejemos. —Los juicios antiguos de Dios nos consuelan y nos exhortan, porque Él sigue siendo el mismo. —El pecado es horrible a ojos de todos los que son santificados. —Antes que pase mucho tiempo el creyente se ausentará del cuerpo y estará presente con el Señor. Mientras tanto, los estatutos del Señor dan tema para agradecida alabanza. En la temporada de la aflicción y en las horas silenciosas de la noche, él recuerda el nombre del Señor y es estimulado a obedecer la ley. —Todos los que han hecho de la religión lo primero, admitirán que, por ella, han sido ganadores en forma indecible.

Vv. 57—64. Los creyentes verdaderos toman al Señor como porción de su herencia y nada menos les satisface. El salmista ora con todo su corazón sabiendo cómo valorar la bendición por la cual ora: él desea la misericordia prometida y depende de la promesa para recibirla. —Él se salió de su descarrío y regresó a los testimonios de Dios. Dios no tardó. Corresponde a los pecadores apresurarse a escapar y el creyente será igualmente presuroso para glorificar a Dios. —Ninguna preocupación o tristeza debe quitarnos de la mente la palabra de Dios u obstaculizar el consuelo que da. —No hay situación en la tierra en que el creyente no tenga motivos para estar agradecido. Sintámonos avergonzados de que haya quienes están más dispuestos a dejar de dormir para pasarse el tiempo en placeres pecaminosos, más que nosotros para alabar a Dios. Y debemos orar con más fervor que nuestros corazones sean llenos de su misericordia, gracia y paz.

Vv. 65—72. Como quiera que Dios nos haya tratado, nos ha tratado mejor de lo que merecemos; y todo con amor y por nuestro bien. —Muchos tienen conocimiento, pero poco juicio; quienes poseen ambos están fortalecidos contra los lazos de Satanás y están equipados para el servicio de Dios. —Somos muy dados a desviarnos de Dios cuando estamos cómodos en el mundo. Debemos dejar nuestras preocupaciones a disposición de Dios, viendo que no sabemos lo que es bueno para nosotros. —Señor, tú eres nuestro generoso Benefactor; inclina nuestros corazones a la fe y a la obediencia. El salmista seguirá, constante y resuelto en su deber. El orgulloso está lleno del mundo, y de su riqueza y sus placeres; estos lo hacen insensato, seguro y estúpido. —Dios visita a su pueblo con aflicción, para que aprendan sus estatutos. —No solamente son deseables y provechosas las promesas de Dios, sino también su ley, sus preceptos, aunque duros para los impíos, porque nos guían con seguridad y deleite a la vida eterna.

Vv. 73—80. Dios nos hizo para servirle y gozar de Él; pero por el pecado nos hicimos ineptos para servirle y gozar de Él. Por tanto, tenemos que buscarlo continuamente por su Espíritu Santo, para que nos dé entendimiento. —Los consuelos que algunos tienen en Dios deben ser motivo de

gozo para los demás. Sin embargo, es fácil reconocer que los juicios de Dios son justos, hasta que nos llega el turno. —Todo apoyo, cuando estamos sometidos a la aflicción, debe proceder de la misericordia y la compasión. Las misericordias de Dios son misericordias tiernas, como las misericordias de un padre, o la compasión de una madre por su hijo. Ellas nos alcanzan cuando no somos capaces de ir a ellas. —El reproche infundado no hiere y no debe conmovernos. El salmista pudo ir en el camino de su deber y hallar consuelo en él. —Valora la buena voluntad de los santos, y está deseoso de mantener su comunión con ellos. —La salud del corazón significa sinceridad en la dependencia de Dios y dedicación a él.

Vv. 81—88. El salmista buscó liberación de sus pecados, sus enemigos y sus temores. La esperanza diferida lo debilitó; sus ojos fallaron mirando su esperada salvación. No obstante, cuando fallan los ojos, no debe fallar la fe. Su aflicción era grande. Iba a llegar a ser como odre de cuero que, si se cuelga al humo, se seca y se arruga. —Siempre debemos considerar los estatutos de Dios. Los días del lamento del creyente terminarán; no son sino un momento comparados con la dicha eterna. Sus enemigos recurrieron a la astucia, y a la fuerza para destruirlo, despreciando la ley de Dios. —Los mandamientos de Dios son guías verdaderas y fieles en la senda de la paz y la seguridad. Podemos esperar mejor ayuda de Dios cuando, al igual que nuestro Maestro, hacemos el bien y sufrimos por ello. Los impíos casi pueden consumir al creyente en la tierra, pero éste dejará todo antes que abandonar la palabra del Señor. —Debemos depender de la gracia de Dios para tener fuerza para hacer toda buena obra. La señal más segura de la buena voluntad de Dios para con nosotros es su buena obra en nosotros.

Vv. 89—96. La estabilidad de la palabra de Dios en el cielo contrasta con los cambios y revoluciones de la tierra. Y los compromisos del pacto de Dios están más firmemente establecidos que la tierra misma. —Todas las criaturas responden a las finalidades de su creación: ¿el hombre, el único dotado de razón, será sólo una carga nada provechosa de la tierra? —Podemos hacer de la Biblia una compañía agradable en cualquier momento. Pero la palabra sin la gracia de Dios no nos vivificará. Véase la mejor ayuda para los malos recuerdos, a saber, los buenos afectos; y aunque se pierdan las palabras exactas, si permanece el significado, todo está bien. —Yo soy tuyo, no de mí, no del mundo; sálvame del pecado, sálvame de la ruina. El Señor guardará en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera. —Es mala perfección aquella de la cual se ve fin. Tales son todas las cosas de este mundo, las cosas que pasan por ser perfectas. La gloria del hombre no es sino como la flor de la hierba. El salmista ha visto la plenitud de la palabra de Dios y su suficiencia. La palabra de Dios llega a todos los casos, en todos los tiempos. Nos sacará toda confianza en el hombre o en nuestra propia sabiduría, fuerza y justicia. De ese modo procuraremos el consuelo y la felicidad de Cristo solo.

Vv. 97—104. Nos gusta pensar en lo que amamos. Toda sabiduría verdadera es de Dios. El hombre bueno lleva consigo su Biblia, si no en sus manos, de todos modos en su cabeza y en su corazón. —Por meditar los testimonios de Dios entendemos más que nuestros profesores, cuando entendemos nuestros propios corazones. La palabra escrita es una guía más segura al cielo que todos los padres, los profesores y ancianos de la Iglesia. —No podemos atender a Dios en los deberes santos, con algún consuelo o franqueza, mientras somos culpables o estamos en cualquier desvío. —Fue la gracia divina de su corazón lo que capacitó al salmista para recibir estas instrucciones. —El alma tiene sus gustos, como el cuerpo. Nuestro deleite por la palabra de Dios será más grande cuando menos sea el deleite por el mundo y la carne. —El camino del pecado es camino malo; y mientras más entendimiento obtengamos de los preceptos de Dios, más arraigado será nuestro odio del pecado; y más preparados estamos en las Escrituras, mejor equipados estamos para responder a la tentación.

Vv. 105—112. La palabra de Dios nos dirige en nuestra obra y camino, y el mundo sería indudablemente un lugar tenebroso sin ella. El mandamiento es lámpara que se mantiene encendida con el aceite del Espíritu, como luz que nos dirige al elegir nuestro camino y los pasos que damos en ese camino. —Aquí se alude a la obediencia a los mandamientos de Dios por parte del pecador sometido a una dispensación de misericordia, la obediencia del creyente partícipe del pacto de gracia. —El salmista es frecuentemente afligido pero con el anhelo de llegar a ser más santo; diariamente eleva oraciones pidiendo gracia vivificante. Nada podemos ofrecer a Dios que Él acepte, sino lo que a Él le plazca enseñarnos a hacer. —Tener nuestra alma o vida continuamente en nuestras manos presupone el peligro constante de la vida; sin embargo, él no olvidaba las promesas ni los preceptos de Dios. —Innumerables son las trampas puestas por los impíos; y dichoso es el siervo de Dios a quien ellos no han hecho errar de los preceptos de su Señor. —Los tesoros celestiales son herencia eterna; todos los santos los aceptan como tales, por tanto pueden contentarse con poco de este mundo. —Debemos buscar consuelo sólo en el camino del deber y ese deber debe cumplirse. Por gracia de Dios el hombre bueno pone su corazón en su obra que, entonces, se cumple bien.

Vv. 113—120. Aquí hay estremecimiento por la aparición del pecado, y de sus primeros comienzos. Mientras más amemos la ley de Dios, más alertas estaremos, no sea que los pensamientos vanos nos arrastren lejos de lo que amamos. —Si queremos progresar en la obediencia de los mandamientos de Dios, debemos separarnos de los malhechores. —El creyente no puede vivir sin la gracia de Dios, pero sostenido por su mano, será mantenida su vida espiritual. Nuestra santa seguridad se funda en el apoyo divino. Todo alejamiento de los estatutos de Dios es un error, y resultará fatal. —La astucia de ellos es falsedad. Viene el día en que los impíos serán arrojados al fuego eterno, el lugar apropiado para la escoria. Véase lo que resulta del pecado. Ciertamente debemos temer los que reducimos mucho los afectos devotos, no sea que quedándonos aún la promesa de entrar al reposo celestial, alguno de nosotros no lo alcance, Hebreos iv, 1.

Vv. 121—128. Bienaventurado el hombre que, actuando basado en los principios del evangelio, hace justicia a todos los que lo rodean. —Cristo nuestra Seguridad, habiendo pagado nuestra deuda y rescate, asegura todas las bendiciones de la salvación para cada creyente verdadero. —El salmista espera la palabra de la justicia de Dios y ninguna otra salvación más que la asegurada por esa palabra, la cual no puede caer al suelo. —No merecemos el favor de Dios; estamos muy bien cuando nos arrojamos a la misericordia de Dios y nos referimos a ella. Si cualquier hombre resuelve hacer la voluntad de Dios como siervo suyo, le serán dados a conocer sus testimonios. —Debemos hacer lo que podamos por el sostenimiento de la religión, y después de todo, debemos rogar a Dios que tome la obra en sus manos. —Hipocresía es decir que amamos los mandamientos de Dios mucho más que al oro fino, si no valoramos la causa de la religión verdadera más que nuestros intereses mundanos. —El camino del pecado es un camino falso, siendo directamente contrario a los preceptos de Dios, que son correctos: quienes aman y estiman la ley de Dios, odian el pecado y no se reconciliarán con éste.

Vv. 129—136. Las maravillas del amor redentor fijarán al corazón en su adoración. —Las Escrituras nos muestran lo que éramos, lo que somos y lo que seremos. Nos muestran la misericordia y la justicia del Señor, los goces del cielo y los dolores del infierno. De esta manera, en pocos días, dan al simple un entendimiento de estos asuntos que los filósofos han buscado en vano durante siglos. —El creyente, agobiado con las preocupaciones de la vida y sus conflictos con el pecado, suspira por los consuelos que le transmite la palabra sagrada. Y cada uno debe orar: Mírame y sé misericordioso conmigo, como solías hacerlo con quienes aman tu nombre. —Debemos implorar que el Espíritu Santo ordene nuestros pasos. El dominio del pecado debe temerse y todos deben orar en contra de él. La opresión de parte de los hombres suele ser más de lo que pueden soportar la carne

y la sangre; y Aquel que conoce nuestro ser no rehusará quitarla como respuesta a las oraciones de su pueblo. —Cualquiera haya sido la oscuridad de los creyentes veterotestamentarios en cuanto a la fe, su confianza ante el trono de la gracia puede explicarse sólo porque mediante los sacrificios y el servicio de su ley habían visto los privilegios del evangelio más claramente de lo que generalmente se imagina. Id al mismo lugar, invocad el nombre y los méritos de Jesús, y no rogaréis, no podéis rogar en vano. —Comúnmente, donde hay un corazón de gracia, hay un ojo que llora. Acepta, oh Señor, las lágrimas que derramó nuestro bendito Redentor en los días de su carne por nosotros, que debemos llorar por nuestros hermanos o por nosotros mismos.

Vv. 137—144. Dios nunca hizo, y nunca puede hacer, mal a nadie. Las promesas son fielmente cumplidas por el que las hizo. —El celo contra el pecado debe constreñirnos a hacer lo que podamos en su contra; por lo menos, que hagamos más en la religión. Nuestro amor por la palabra de Dios es prueba de nuestro amor por Dios, porque está diseñada para hacernos partícipes de su santidad. —La real excelencia de los hombres siempre los rebaja ante sus propios ojos. Cuando somos pequeños y despreciados tenemos más necesidad de recordar los preceptos de Dios, para que los tengamos como apoyo. —La ley de Dios es la verdad, la norma de santidad, la regla de la felicidad, pero es sólo la obediencia de Cristo la que justifica al creyente. —Las penas son a menudo la suerte de los santos en este valle de lágrimas; ellos están apesadumbrados por múltiples tentaciones. Hay delicias en la palabra de Dios que los santos disfrutan frecuente y dulcemente, cuando están en problemas y angustias. —Esta es la vida eterna: conocer a Dios y a Jesucristo a quien Él envió, Juan xvii, 3. Vivamos aquí la vida de la fe y la gracia, y seamos llevados a la gloriosa vida en el más allá.

Vv. 145—152. Las súplicas de todo corazón son presentadas sólo por quienes desean la salvación de Dios y que aman sus mandamientos. ¿Adónde irá el hijo sino a su padre? Sálvame de mis pecados, mis corrupciones, mis tentaciones, de todos los obstáculos en mi camino, para que yo pueda guardar tus testimonios. —Los cristianos que disfrutan de salud no deben tolerar que las primeras horas de la mañana se vayan sin sacarles el mejor provecho. La esperanza en la palabra de Dios nos da ánimos para continuar orando. Mejor es quitarle tiempo al sueño que no hallar tiempo para orar. Tenemos acceso a Dios a toda hora y si nuestros primeros pensamientos de la mañana son de Dios: nos ayudarán a mantenernos en su temor durante todo el día. —Hazme vivaz y alegre. Dios sabe lo que necesitamos y lo que es bueno para nosotros y nos vivificará. —Si estamos ocupados en el servicio de Dios, no tenemos que temer a los que tratan de colocarse tan lejos como puedan del alcance de las condenas y mandamientos de su ley. —Cuando el problema está cerca, Dios está cerca. Nunca Él está lejos para buscarlo. Todos sus mandamientos son verdad. Y las promesas de Dios se cumplirán. Todos los que han confiado en Dios hallarán que Él es fiel.

Vv. 153—160. Mientras más nos aferremos a la palabra de Dios, como nuestra regla y nuestro apoyo, más seguridad tenemos de liberación. —Cristo es el Abogado de su pueblo, su Redentor. Los que fueron vivificados por su Espíritu y su gracia, cuando estaban muertos en sus delitos y pecados, necesitan frecuentemente que la obra de gracia sea revivida en ellos, conforme a la palabra de la promesa. —El impío no sólo no cumple los estatutos de Dios; ni siquiera los buscan. Se halagan a sí mismos con que van al cielo, pero mientras más tiempo persistan en el pecado, más se aleja de ellos el cielo. —Las misericordias de Dios son tiernas; son fuente que nunca puede ser agotada. El salmista ruega la gracia vivificante de Dios que revive. El hombre constante en el camino de su deber no tiene que temer a nadie, aunque tenga muchos enemigos. —Los que en verdad odian el pecado, lo odian como pecado, como transgresión de la ley de Dios y quebrantamiento de su palabra. —Nuestra obediencia complace a Dios, y a nosotros, únicamente cuando proviene de un principio de amor. —Todos los que reciben, en toda edad, la palabra de Dios con fe y amor, encuentran que es fiel todo lo que dice en ella.

Vv. 161—168. Aquellos cuyos corazones reverencian, sobrecogidos, la palabra de Dios, prefieren soportar la ira del hombre, antes que quebrantar la ley de Dios. Por la palabra de Dios somos ganadores indecibles. —Todo hombre odia que le mientan, pero debemos odiar más el decir mentiras; por estas afrentamos a Dios. Mientras más veamos la belleza de la verdad, más veremos la odiosa deformación de la mentira. —Tenemos que alabar a Dios aun por las aflicciones, porque por medio de la gracia, obtenemos el bien de ellas. —Quienes aman al mundo son muy confundidos, porque éste no responde a lo que ellos esperan; quienes aman la palabra de Dios, tienen gran paz, porque supera lo que ellos esperan. Aquellos en quienes reina este santo amor, no serán confundidos por escrúpulos innecesarios, ni se ofenderán con sus hermanos. —Una buena esperanza de salvación compromete el corazón para ejecutar los mandamientos. Y nuestro amor por la palabra de Dios debe someter nuestra lujuria y desarraigar nuestros afectos carnales; debemos hacer de ellos un trabajo de corazón o no hacemos nada de ello. —Debemos guardar los mandamientos de Dios obedeciéndolos, y sus promesas confiando en ellas. El ojo de Dios está sobre nosotros en todo momento; esto debe hacernos muy cuidadosos en la obediencia a sus mandamientos.

Vv. 169—176. El salmista desea gracia y fuerza para elevar sus oraciones, y que el Señor las recibiera y notara. —Deseaba saber más de Dios en Cristo; saber más de las doctrinas de la palabra, y los deberes de la religión. —Tenía un profundo sentido de indignidad y un santo temor de que su oración no llegara ante Dios: Señor, por lo que yo oro es por lo que tú has prometido. —Nada hemos aprendido a propósito, si no hemos aprendido a alabar a Dios. Siempre debemos hacer que la palabra de Dios sea la regla de nuestro discurso, para que nunca la transgredamos con habla pecaminosa o silencio culpable. —Sus propias manos son insuficientes y la criatura tampoco puede prestarle ayuda alguna a él; por tanto, la criatura mira a Dios, para que la mano que la hizo le ayude. Hizo de la religión su opción deliberada. —Hay una salvación eterna que todos los santos anhelan, y por tanto, oran que Dios les ayude en su camino a ella. Que tus juicios me ayuden; que todas las ordenanzas y todas las providencias (ambas son juicios de Dios) me ayuden a crecer en la glorificación de Dios; que me ayuden para esa obra. —A menudo mira atrás, con vergüenza y gratitud a su patrimonio perdido. Aún ora por el tierno cuidado de Aquel que compró a su rebaño con su propia sangre, para que él pueda recibir de Aquel la dádiva de la vida eterna. Búscame, esto es: Encuéntrame, porque Dios nunca busca en vano. Vuélveme y seré vuelto.

Que este salmo sea un criterio por el cual juzguemos nuestros corazones y nuestras vidas. ¿Se apropian nuestros corazones, limpiados en la sangre de Cristo, de esas oraciones, resoluciones y confesiones? ¿La palabra de Dios es la norma de nuestra fe y la ley de nuestra costumbre? ¿La usamos como argumentos para con Cristo por lo que necesitamos? Bienaventurados los que viven en tales ejercicios deleitosos.

SALMO CXX

Versículos 1—4. *El salmista ora que Dios lo libre de la lengua falsa y maliciosa.* 5—7. *Se queja del prójimo impío.*

Vv. 1—4. El salmista fue llevado a gran angustia por una lengua engañosa. Que todo hombre bueno sea librado de los labios mentirosos. Ellos forjaron acusaciones falsas contra él. En su angustia buscó a Dios en oración ferviente. Dios puede frenar sus lenguas. Obtuvo una respuesta de gracia a esta oración. —Ciertamente los pecadores no debieran actuar como actúan, si supieran y fueran

convencidos que pensaran lo que será al final de esto. Los terrores del Señor son sus flechas; y su ira es comparada con las ascuas encendidas del enebro, que tienen un calor feroz y mantienen por mucho tiempo el fuego. Esta es la porción de la lengua falsa; porque todo el que ama y hace mentiras, tendrá su porción en el lago que hierve eternamente.

Vv. 5—7. Muy penoso es para el hombre bueno ser arrojado y mantenido en compañía de impíos, de los cuales espera estar separado para siempre. Véase aquí el carácter del hombre bueno; prefiere vivir pacíficamente con todos los hombres. Y sigamos a David en cuanto figura de Cristo; en nuestra angustia clamemos al Señor y Él nos oirá. Vayamos en pos de la paz y la santidad luchando por vencer con el bien el mal.

SALMO CXXI

La seguridad de los santos.

No debemos confiar en los hombres ni en los medios, instrumentos ni causas secundarias. ¿Dependeré de la fuerza de los montes? ¿De los príncipes y grandes hombres? No; mi confianza está únicamente en Dios. O debemos levantar los ojos por encima de los montes; debemos mirar al Dios que hace que todas las cosas terrenales sean lo que son para nosotros. Debemos ver toda nuestro socorro en Dios; de Él debemos esperarlo en su propio tiempo y manera. —Este salmo nos enseña a consolarnos en el Señor cuando las dificultades y los peligros son más grandes. Sabiduría omnipotente es la que planifica y fuerza omnipotente es la que obra la seguridad de quienes se ponen bajo la protección de Dios. Él es Cuidador despierto y vigilante; nunca se agota; no sólo no se duerme; ni siquiera se adormece. Bajo esta sombra podemos sentarnos deleitados y seguros. Él siempre está cerca de su pueblo para su protección y renovación. —La diestra es la mano que trabaja; que se vuelvan a su deber y hallarán a Dios preparado para prosperarlos. Él cuida que su pueblo no caiga. Tú no serás herido por ataques directos, ni por los intentos secretos de tus enemigos. El Señor impedirá el mal que temes y santificará, eliminará o iluminará el mal que sentiste. Él preservará el alma para que no sea contaminada por el pecado ni perturbada por la aflicción; la preservará de perecer eternamente. Te sostendrá en la vida y en la muerte; saliendo a tu trabajo en la mañana de tu vida, y al regresar a tu casa, a tu reposo cuando el crepúsculo de la vejez te llame a entrar. Es una protección vitalicia. El Espíritu que es el Preservador y Consolador de ellos, habitará para siempre con ellos. Que seamos hallados en nuestra obra, seguros de que las bendiciones prometidas en este Salmo son nuestras.

SALMO CXXII

Versículos 1—5. *Estima por Jerusalén.* 6—9. *Preocupación por su bienestar.*

Vv. 1—5. El placer y el provecho de los medios de gracia deben hacernos despreciar los problemas y la fatiga al dirigirnos a ellos; y debemos vivificarnos unos a otros en lo que es bueno. Debemos desear que nuestros amigos cristianos, cuando tienen alguna buena obra entre manos, nos llamen y nos lleven con ellos. ¡Con cuánta disposición debiéramos pensar en la Jerusalén celestial! ¡Con cuánta alegría debiéramos llevar la cruz y acoger bien a la muerte, esperando una corona de gloria! —Jerusalén es llamada la ciudad hermosa. Es un tipo de la iglesia del evangelio que está condensada

en amor santo y comunión cristiana, de modo que toda es como una ciudad. Si todos los discípulos de Cristo fueran unánimes y mantuvieran la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, sus enemigos serían privados de sus principales ventajas contra ellos. Pero la máxima de Satanás siempre ha sido dividir para vencer; y pocos cristianos se dan cuenta de sus designios.

Vv. 6—9. Los que nada pueden hacer por la paz de Jerusalén pueden orar por ella. Miremos a todos los que buscan la gloria del Redentor, como nuestros hermanos y compañeros de viaje, sin tomar en cuenta las diferencias que no afectan nuestro bienestar eterno. Bendito Espíritu de paz y amor, que habitas en el alma del santo Jesús, desciende a su iglesia y llena a quienes la componen con su carácter celestial; haz que cese la amarga contención y haz que seamos todos de un solo ánimo. —El amor de los hermanos y el amor de Dios debieran estimularnos a tratar de ser como el Señor Jesús, en oración ferviente y labor infatigable por la salvación de los hombres y para la gloria divina.

SALMO CXXIII

Confianza en Dios cuando estamos sujetos al desprecio.

Nuestro Señor Jesús nos ha enseñado a mirar a Dios en oración como nuestro Padre celestial. En toda oración el hombre bueno eleva su alma a Dios; especialmente cuando está con problemas. Deseamos misericordia de Él; esperamos que nos muestre misericordia y continuaremos esperando en Él hasta que venga. —Los ojos del siervo están fijos en la mano directora de su amo, esperando que Él le asigne su trabajo. Y también en la mano que suple. Los siervos miran a su señor o a su ama para recibir su porción de carne en el momento debido. Debemos mirar a Dios por el pan diario, por la gracia suficiente; de Él debemos recibirla agradecidos. ¿Adónde podemos recurrir por socorro sino a nuestro Señor? Debemos recurrir a su mano protectora. Si el siervo es herido e injuriado en su trabajo, ¿quién debe solucionarlo sino su amo? Debemos recurrir a su mano correctora. ¿Adónde se volverán los pecadores sino al que los golpea? Ellos se humillan bajo la poderosa mano de Dios. Debemos recurrir a su mano que recompensa. Los hipócritas miran a la mano del mundo, de la cual tienen su recompensa, pero los cristianos verdaderos miran a Dios como su Señor y galardonador. —El pueblo de Dios halla poca misericordia en los hombres, pero el consuelo de ellos es que hay misericordia junto al Señor. La burla y el desprecio han sido, son y probablemente serán la suerte del pueblo de Dios en este mundo. Es duro de sobrellevar, pero los siervos de Dios no deben quejarse si son tratados como lo fue su amado Hijo. Entonces, cuando estemos prontos a desfallecer bajo las pruebas, miremos a Jesús, y por fe y oración arrojémonos a la misericordia de Dios.

SALMO CXXIV

Versículos 1—5. *La liberación de la Iglesia.* 6—8. *Agradecimiento por la liberación.*

Vv. 1—5. A veces Dios tolera que los enemigos de su pueblo prevalezcan mucho contra ellos, para que se vea mejor su poder en la liberación de ellos. Dichoso el pueblo cuyo Dios es Jehová, el Dios absolutamente suficiente. Además de aplicar esto a cualquier liberación en particular obrada en nuestros días y en las épocas antiguas, debemos tener en nuestro pensamiento la gran obra de redención hecha por Jesucristo, por la cual los creyentes fueron rescatados de Satanás.

Vv. 6—8. Dios es el Autor de todas nuestras liberaciones, y Él debe tener la gloria. Los enemigos ponen trampas al pueblo de Dios para llevarlos al pecado, y problemas y retenerlos en él. A veces parecen vencer, pero depositemos toda nuestra confianza en el Señor y no seremos confundidos. El creyente dará toda la honra de su salvación al poder, misericordia y verdad de Dios, y mirará atrás, maravillado y agradecido, por el camino a través del cual el Señor lo ha guiado. Regocijémonos de que nuestro socorro para el tiempo venidero esté en Aquel que hizo el cielo y la tierra.

SALMO CXXV

Versículos 1—3. *La seguridad del justo.* 4, 5. *Oración por ellos.—La destrucción del impío.*

Vv. 1—3. Todos los que tienen su mente en verdadera paz son aquellos cuyo pensamiento en Dios persevera. Serán como el monte Sion, así tan firme; montaña apoyada por la providencia, mucho más como una montaña santa sostenida por la promesa. No pueden ser removidos de la confianza en Dios. Habitan para siempre en esa gracia que es la primicia de su continuación eterna en gloria. —Consagrados a Dios, estarán a salvo de sus enemigos. Hasta las montañas pueden volverse polvo y llegar a ser nada, y las rocas eliminadas, pero el pacto de Dios con su pueblo no puede ser roto ni cesar su cuidado de ellos. Sus problemas no durarán más que su fortaleza que los sostiene por debajo de ellos. —La vara del impío puede llegar, puede caer sobre el justo, sobre sus personas, patrimonios, libertades, familias, nombres y sobre cualquier cosa que corresponda a la suerte de ellos; únicamente no puede llegar a sus almas. Y aunque pueda caer sobre la suerte de ellos no se quedará alí. El Señor hará que todo obre conjuntamente para bien de ellos. El impío resultará ser solamente una vara correctora, no una espada destructora; aun esta vara no permanecerá sobre ellos, no sea que desconfíen de la promesa pensando que Dios los ha desechado.

Vv. 4, 5. Las promesas de Dios deben dar vida a nuestras oraciones. El camino de la santidad es recto; no hay vueltas ni cambios en él. Pero los caminos de los pecadores son retorcidos. Ellos cambian de un propósito a otro y dan vuelta de aquí para allá para engañar; pero el desengaño y la desgracia caerán sobre ellos. Los que se aferran a los caminos de Dios, aunque puedan tener problema en el camino, tendrán paz al final. El ruego del Señor por ella su favor les asegura el poder sustentador y la gracia preservadora de su Dios. Señor, cuéntanos con ellos en el tiempo y en la eternidad.

SALMO CXXVI

Versículos 1—3. *Los retornados del cautiverio tienen que ser agradecidos.* 4—6. *Los que aún están cautivos son animados.*

Vv. 1—3. Bueno es observar que son para nosotros las liberaciones de Dios a favor de la iglesia, para que nos regocijemos en ellas. ¡Y cómo debiera valorarse la redención de la ira venidera, del poder del pecado y de Satanás! El pecador convencido de su culpa y su peligro, recibe paz de conciencia y poder para romper con sus pecados, cuando mira al Salvador crucificado y, a menudo, apenas puede creer que la perspectiva que se le abre sea una realidad.

Vv. 4—6. Los comienzos de las misericordias nos animan a orar por su completación. Mientras estamos en este mundo habrá tema para orar, aunque estemos bastante provistos de temas de alabanza. —Los santos sufrientes suelen llorar; ellos comparten las calamidades de la vida humana y corrientemente tienen una cuota mayor que los demás. Pero siembran con lágrimas; cumplen su deber en un estado de aflicción. Llorar no debe estorbar la siembra; debemos obtener bien de las épocas de aflicción. Y los que siembran con lágrimas de santa tristeza, para el Espíritu, cosecharán vida eterna del Espíritu, e indudablemente, esa será una grata cosecha. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados para siempre. Cuando nos lamentamos por nuestros pecados, o sufrimos por amor a Cristo, estamos sembrando con lágrimas para cosechar con gozo. Y, acordaos que de Dios nadie se burla; pues lo que el hombre sembrare, eso cosechará, Gálatas vi, 7–9. Aquí, oh discípulo de Jesús, contempla un emblema de tu presente trabajo y recompensa futura; viene el día en que cosecharás con gozo, abundante será tu cosecha y grande será tu gozo en el Señor.

SALMO CXXVII

El valor de la bendición divina.

Siempre miremos la providencia de Dios. En todos los asuntos y negocios de una familia, debemos depender de su bendición. —1. Para criar una familia. Si Dios no fuera reconocido, no tenemos razón para esperar su bendición; y los planes mejor hechos fracasan a menos que Él los corone con éxito. —2. Para la seguridad de la familia o de la ciudad. Si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia, aunque no duerman ni se adormezcan; la maldad puede irrumpir, sin que se pueda prevenir al descubrirla prematuramente. —3. Para enriquecer la familia. Algunos están tan ansiosos del mundo que están continuamente llenos de afán, lo que amarga su bienestar y hace de su vida una carga. Todo esto es para obtener dinero; pero todo es en vano, salvo que Dios los prospere; mientras los que aman al Señor, usando la debida diligencia en sus acciones lícitas, y echando toda su ansiedad sobre Él, tienen el éxito necesario sin incomodades ni vejaciones. Nuestro afán debe ser mantenernos en el amor de Dios; entonces estamos cómodos, tengamos mucho o poco de este mundo. Pero debemos usar diligentemente los medios apropiados. —Los hijos son dádivas de Dios, una herencia, una recompensa y tienen que ser contados como bendiciones, no como cargas: el que envía bocas, enviará el pan si confiamos en Él. Son un gran apoyo y defensa para una familia. Los hijos que son jóvenes pueden ser dirigidos rectamente a la meta, la gloria de Dios y el servicio de su generación; pero cuando se han ido al mundo, son flechas que han salido de la mano, es demasiado tarde para dirigirlas. Pero estas flechas en la *mano* resultan, con demasiada frecuencia, ser flechas en el *corazón*, una pena para los padres piadosos. No obstante, si se les educa conforme a la palabra de Dios, generalmente resultan ser la mejor defensa en los años de la decadencia, recordando sus obligaciones para con sus padres, y cuidándolos en la vejez. —Todos los consuelos terrenales son inciertos, pero el Señor consolará y bendecirá con toda seguridad a los que le sirven; y quienes procuran la conversión de los pecadores encontrarán que sus hijos espirituales son su gozo y corona en el día de Jesucristo.

SALMO CXXVIII

Las bendiciones de los que temen a Dios.

Sólo los que son verdaderamente santos son realmente felices. En vano pretendemos ser de los que temen a Dios, si no tomamos conciencia de mantenernos constantemente en sus caminos. Bendito es todo el que teme a Dios, sea alto o bajo, rico o pobre en el mundo. Si le temes y andas en sus caminos, te irá bien mientras vivas, mejor aún cuando mueras y será lo mejor en la eternidad. —Por la bendición de Dios el santo tiene una forma honesta de vivir. Aquí hay una promesa doble: tendrán algo que hacer, porque la vida de ocio es miserable e incómoda, y tendrán salud, fuerza y poder mental para hacerlo. No serán obligados a vivir del trabajo de otras personas. Es misericordia y deber trabajar y comer nuestro pan en paz. Ellos y los suyos disfrutarán lo que obtengan. Los que temen al Señor y andan en sus caminos son las únicas personas felices, no importa su situación en la vida. —Tendrán abundante consuelo en sus relaciones familiares. Tendrán todas las cosas buenas que Dios ha prometido, y por las que oran. Un hombre bueno puede tener poco consuelo al ver a los hijos de sus hijos, a menos que vea la paz en Israel. Todo creyente verdadero se goza en la prosperidad de la Iglesia. De aquí en adelante veremos grandes cosas, con la paz y reposo eternos que quedan para el Israel de Dios.

SALMO CXXIX

Versículos 1—4. *Gratitud por liberaciones anteriores.* 5—8. *Una perspectiva creyente de la destrucción de los enemigos de Sion.*

Vv. 1—4. Los enemigos del pueblo de Dios se han propuesto bárbaramente acabar con los santos del Altísimo, pero la iglesia siempre ha sido librada por gracia. Cristo ha edificado su iglesia sobre la roca. El Señor tiene muchas maneras de impedir que los impíos hagan el mal que conciben contra su iglesia. El Señor es justo al no tolerar que se destruya a Israel; ha prometido reservarse un pueblo para sí.

Vv. 5—8. Mientras el pueblo de Dios florece como la palma cargada, o el olivo verde y fructífero, sus enemigos se secarán como la hierba de los tejados, que en los países orientales son planos, y lo que crece en ellos nunca madura; así ocurre con los designios de los enemigos de Dios. —Ningún hombre sabio orará que el Señor bendiga a estos segadores ni a los que recogen gavillas. Y cuando recordamos cómo Jesús resucitó y reina, cómo ha sido sostenido a su pueblo, como a la zarza ardiente que no se consume, no temeremos.

SALMO CXXX

Versículos 1—4. *La esperanza del salmista en oración.* 5—8. *Su paciencia en la esperanza.*

Vv. 1—4. El único alivio para el alma comprometida en el pecado es apelar sólo a Dios. Muchas cosas se presentan como diversiones, muchas cosas se ofrecen como remedio, pero el alma halla que sólo el Señor puede sanar. Mientras los hombres no sean sensibles a la culpa del pecado y dejen todo de inmediato para acudir a Dios, es inútil que tengan esperanzas de algún alivio. El Espíritu Santo da a esas pobres almas un sentido nuevo de su profunda necesidad, para estimularlas a rogar sinceramente, por la oración de fe, clamando a Dios. Y cuando amen sus almas, cuando estén interesados por la gloria del Señor, no faltarán a su deber. ¿Por qué estas cosas son inciertas para ellos hasta ahora? ¿No es por pereza y desánimo que se contentan con oraciones comunes y

rutinarias a Dios? Entonces levantémonos y pongámonos en acción; hay que hacerlo, y el resultado es seguro. —Tenemos que humillarnos ante Dios, como culpables ante sus ojos. Reconozcamos nuesta pecaminosidad; no podemos justificarnos a nosotros mismos ni confesarnos inocentes. Nuestro consuelo inexpresable es que haya perdón de parte de Él porque eso es lo que necesitamos. Jesucristo es el gran Rescate; Él es siempre nuestro Abogado y, por medio de Él, esperamos obtener perdón. En ti hay perdón, no para que se abuse de ti, sino para que seas reverenciado. El temor de Dios suele ser considerado como toda la adoración de Dios. El único motivo y aliento para los pecadores es este: que hay perdón del Señor.

Vv. 5—8. Es por el Señor que espera mi alma, por los dones de su gracia, y la obra de su poder. Debemos esperar únicamente lo que ha prometido en su palabra. Como los que desean ver el amanecer, deseosos que la luz venga mucho antes que el día, pero con más fervor todavía, anhela el hombre bueno las señales del favor de Dios y las visitas de su gracia. —Que todos los que se dedican al Señor, permanezcan en Él con alegría. Esta redención es de todo pecado. Jesucristo salva a su pueblo de sus pecados y del poder condenador y dominante del pecado. Hay redención abundante; hay una plenitud del todo suficiente en el Redentor, suficiente para todos, suficiente para cada uno; por tanto, suficiente para mí, dice el creyente. La redención del pecado incluye la redención de todos los males, por tanto es una redención abundante por medio de la sangre expiatoria de Jesús, que redime a su pueblo de todos sus pecados. Todo el que espera en Dios por misericordia y gracia, está seguro de tener paz.

SALMO CXXXI

La humildad del salmista.—Los creyentes son exhortados a confiar en Dios.

El salmista no apuntaba a nada alto ni grande, sino a estar contento en toda condición que Dios dispusiera. Los santos humildes no pueden pensar bien de ellos mismos, como los demás piensan de sí. El amor de Dios que reina en el corazón someterá al amor propio. Donde hay un corazón *orgulloso* corrientemente hay una *mirada* de soberbia. El conocimiento de Dios y de nuestro deber es para nosotros conocimiento suficientemente elevado. Sabiduría nuestra es no meternos en lo que no nos corresponde. —Él estaba muy reconciliado con toda condición en que el Señor lo pusiera. Había sido humilde como niñito en edad del destete, y tan lejos como éste de poner su mira en las cosas elevadas; tan enteramente a disposición de Dios como el niño está a disposición de la madre o niñera. Debemos llegar a ser como niños, Mateo xviii, 3. Nuestros corazones desean las cosas del mundo, claman por ellas y les tienen afecto pero, por la gracia de Dios, el alma santificada, es destetada de esas cosas. El niño se enoja y teme mientras está en el destete, pero en uno o dos días no se interesa más por la leche, y puede tolerar el alimento más sólido. Así, el alma convertida se acalla sometida a perder lo que amaba, y se desengaña de lo que esperaba, y está tranquila pase lo que pase. Cuando nuestra condición no concuerda con nuestro propósito, debemos revisar nuestra condición; entonces, estaremos tranquilos con nosotros mismos y con todo lo que nos rodee; entonces, nuestras almas son como niño destetado. De este modo, el salmista recomienda a todo el Israel de Dios, por experiencia propia, que confíen en Dios. Bueno es tener esperanza y esperar calladamente la salvación del Señor en cada prueba.

SALMO CXXXII

Versículos 1—10. *El cuidado de David por el arca.* 11—18. *Las promesas de Dios.*

Vv. 1—10. David se compromete a encontrar un lugar para el Señor, para el arca, la señal de la presencia de Dios. Cuando se hace obra para el Señor, bueno es atarnos a un tiempo. Bueno es fijar el trabajo para un día en la mañana, sometidos a la Providencia, porque no sabemos qué pueda acarrear el día. Primero y sin tardar, debemos procurar que nuestros corazones sean hechos habitación de Dios por medio del Espíritu. —Ora que Dios ponga su morada en la habitación que Él ha edificado; que Dios dé gracia a los ministros del santuario para cumplir su deber. David alega que él era el ungido del Señor, y esto lo hace como tipo de Cristo, el gran Ungido. No tenemos méritos propios que alegar, sólo que por amor a Él, en quien hay mérito pleno, encontremos favor. Y todo verdadero creyente en Cristo es un ungido y ha recibido el óleo de la gracia verdadera de parte del Santo. El pedido es que Dios no se aleje, sino oiga y responda sus peticiones por amor de su Hijo.

Vv. 11—18. El Señor nunca se aleja de nosotros cuando invocamos el pacto con su Profeta, Sacerdote y Rey ungido. —¡Cuán extenso es el amor de Dios por el hombre para hablar así de su iglesia! Su deseo es habitar con nosotros, pero ¡qué poco deseamos habitar con Él! Habitó en Sion hasta que los pecados de Israel le hicieron entregarlo a los saqueadores. No nos abandones, oh Dios, y no nos entregues en forma semejante, aunque somos pecadores. —El pueblo de Dios tiene una bendición especial sobre los goces corrientes y esa bendición pone una dulzura peculiar en ellos. El pobre de Sion tiene razón para estar contento con poco en este mundo, porque hay cosas mejores preparadas para ellos. Dios bendecirá abundantemente la alimentación del hombre nuevo y satisfará al pobre de espíritu con el pan de vida. Él da más de lo que pedimos, y cuando da salvación, dará gozo abundante. —Dios reducirá a nada todo designio formado para destruir la casa de David hasta que el Rey Mesías surja de ella para sentarse en el trono de su Padre. En Él se centran todas las promesas. Sus enemigos, que no quieren que reine sobre ellos, serán vestidos de vergüenza y confusión perpetua en el día postrero.

SALMO CXXXIII

La excelencia del amor fraternal.

No podemos decir demasiado; bueno sería poder decir suficiente para convencer a la gente que vivan juntos en paz. Es bueno para nosotros, por nuestro honor y consuelo; y trae deleite constante a los que viven en unidad. Lo placentero de esto se compara con el santo óleo de la unción. Este es el fruto del Espíritu, la prueba de nuestra unión con Cristo, y adorna su evangelio. —Es provechoso a la vez que placentero; trae bendiciones, numerosas como las gotas del rocío. Refresca el corazón ardiente de pasiones humanas, como el rocío enfría el aire y refresca la tierra. Humedece el corazón y lo hace apto para que reciba la buena semilla de la palabra, y la haga fructificar. —Véase aquí la prueba de la excelencia del amor fraternal: donde los hermanos viven juntos en unidad, el Señor manda la bendición. Dios *manda* la bendición; el hombre no puede sino *implorar* la bendición. Los creyentes que viven en amor y paz tendrán consigo ahora al Dios de amor y paz, y dentro de poco estarán con Él para siempre, en el mundo de infinito amor y paz. Que todos los que aman al Señor se soporten y perdonen unos a otros, como Dios los ha perdonado por amor de Cristo.

SALMO CXXXIV

Exhortación a bendecir el Señor.

Debemos animarnos a dar gloria a Dios, y exhortarnos a tener esperanza de misericordia y gracia su parte. Un plan excelente es llenar todos nuestros minutos libres con meditaciones piadosas, oraciones y alabanzas. Entonces nunca habría una carga ni nosotros mataríamos nuestras horas con conversaciones y diversiones vanas o con concesiones carnales. —No tenemos que desear más para ser felices, que ser benditos del Señor. Debemos implorar bendiciones espirituales no sólo para nosotros mismos, sino para los demás; no sólo que el Señor *me* bendiga, sino que el Señor *te* bendiga; así testificamos de nuestra creencia de que hay suficiente para los demás, como para nosotros, y mostramos nuestra buena voluntad hacia el prójimo.

SALMO CXXXV

Versículos 1—4. *Dios debe ser alabado por su misericordia.* 5—14. *Por su poder y juicios.* 15—21. *La vanidad de los ídolos.*

Vv. 1—4. El tema de la alabanza son las bendiciones de la gracia que fluyen desde el amor eterno de Dios. El nombre de Dios como Dios del pacto y Padre en Cristo, que nos bendice con toda bendición espiritual en Él, debe ser amado y alabado. El Señor escogió a un pueblo para sí, a fin de que ellos sean para Él por nombre y alabanza. Si no lo alaban por este señalado favor, serían los más indignos e ingratos de todos los pueblos.

Vv. 5—14. Dios es y siempre será el mismo para su iglesia, un Dios fiel, lleno de gracia y que obra maravillas. Y su iglesia es y será la misma para Él, un pueblo agradecido y que le alaba: así su nombre permanece para siempre. Él retornará a ellos en caminos de misericordia y se deleitará en hacerles bien.

Vv. 15—21. Estos versículos equipan a los creyentes contra la idolatría y contra toda adoración falsa, mostrando qué clase de dioses adoran los paganos. Y mientras más deplorable sea el estado de las naciones gentiles que adoran ídolos, más tenemos nosotros que ser agradecidos por conocer nuestro deber. Compadezcamos a los paganos ignorantes y engañados pecadores, oremos por ellos, y procuremos beneficiarlos. Propongámonos glorificar su nombre y recomendemos su verdad, no sólo con nuestros labios, sino con vidas santas, reproduciendo el ejemplo de la bondad y verdad de Cristo.

SALMO CXXXVI

Versículos 1—9. *Dios debe ser alabado como Creador del mundo.* 10—22. *Como Dios y Salvador de Israel.* 23—26. *Por sus bendiciones para todos.*

Vv. 1—9. Olvidadizos como somos, las cosas deben sernos repetidas a menudo. Por “misericordia” entendemos la disposición del Señor a salvar a aquellos cuyo pecado ha vuelto miserables y viles, y toda la provisión que ha hecho para la redención de los pecadores por Jesucristo. Los consejos de esta misericordia han sido desde la eternidad y los efectos de ella durarán por siempre, para todos los

que estén interesados en ella. El Señor continúa estando igualmente preparado para mostrar misericordia a todos los que la buscan, y esta es la fuente de toda nuestra esperanza y consuelo.

Vv. 10—22. Las grandes cosas que Dios hizo por Israel cuando los sacó de Egipto, fueron misericordias que les duraron por mucho tiempo; nuestra redención por Cristo, tipificada por aquellas, dura por siempre. Bueno es entrar en la historia de los favores de Dios y en cada uno observar y reconocer, que su misericordia dura por siempre. Los puso en posesión de una tierra buena; es figura de la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

Vv. 23—26. La misericordia eterna de Dios es aquí alabada por la redención de su iglesia; en todas sus glorias y todos sus dones. Bendito sea Dios, que nos ha provisto y dado a conocer la salvación a través de su Hijo. Que nos conceda que conozcamos y sintamos su poder redentor, para que le sirvamos en justicia todos nuestros días. Que Aquel que da alimento a toda carne, alimente nuestras almas para vida eterna, y vivifique nuestros afectos por su gracia, para que le agradezcamos y alabemos su santo nombre, porque su misericordia dura para siempre. Remontemos todos los favores recibidos a esta verdadera fuente y ofrezcamos alabanza continuamente.

SALMO CXXXVII

Versículos 1—4. *Los judíos lamentan su cautiverio.* 5—9. *El afecto de ellos por Jerusalén.*

Vv. 1—4. Los enemigos habían llevado cautivos a los judíos desde su propia patria. Para completar sus ayes los insultaban; les exigían alegría y una canción. Esto era muy bárbaro; también profano, porque ninguna canción serviría, sino las canciones de Sion. No hay que dar satisfacción a los burladores. Ellos no dicen: ¿cómo cantaremos cuando estamos tan apenados? Sino, Es la canción del Señor, por tanto, no nos atrevemos a cantarla entre los idólatras.

Vv. 5—9. Nos gusta pensar en lo que amamos. Quienes se regocijan en Dios hacen de Jerusalén su gozo por amor de Él. Ellos resolvieron firmemente conservar este afecto. Cuando sufrimos, debemos recordar con santa tristeza las misericordias abandonadas y los pecados por los cuales las perdimos. Si los beneficios temporales alguna vez hacen que el creyente profeso se sienta satisfecho, estando alejado de las ordenanzas de Dios, o avergonzado de su profesión de fe, es que le ha sobrevenido la peor calamidad. —Lejos esté de nosotros el vengarnos; se lo dejaremos al que dijo: Mía es la venganza. Los que se alegran en las calamidades, especialmente por las calamidades de Jerusalén, no quedarán impunes. —No podemos orar por el éxito no prometido a la iglesia de Dios sin mirar la ruina de sus enemigos, aunque no emitamos una oración por ella. Pero recordemos a Aquel cuya sola gracia y salvación consumada es, que tengamos alguna esperanza de ser llevados a casa, a la Jerusalén celestial.

SALMO CXXXVIII

Versículos 1—5. *El salmista alaba a Dios por responder la oración.* 6—8. *El trato de Dios para con el humilde y el orgulloso.*

Vv. 1—5. Cuando podemos alabar a Dios con todo nuestro corazón no tenemos que indisponernos para que todo el mundo sea testigo de nuestra gratitud y gozo en Él. Los que confían en su benignidad y verdad por medio de Jesucristo, siempre lo hallarán fiel a su palabra. Si no escatimó a su propio Hijo, ¿no nos dará con Él generosamente todas las cosas? Si Dios nos da fortaleza en nuestra alma para soportar las cargas, resistir las tentaciones y cumplir los deberes de un estado de aflicción, si nos fortalece para aferrarnos a Él por fe, y esperar con paciencia los acontecimientos, estamos obligados a ser agradecidos.

Vv. 6—8. Aunque el Señor es alto, tiene respeto por todo pecador bajo y abatido; pero el orgulloso e incrédulo será echado de su bendita presencia. Los consuelos divinos tienen suficiente en sí para revivirnos, aunque andemos en medio de problemas. Y Dios salvará a su pueblo, para que sea revivido por el Espíritu Santo, el Dador de vida y santidad. —Si damos a Dios la gloria por su misericordia, podemos recibir el consuelo. Esta confianza no eliminará, antes bien reavivará la oración. Lo bueno que hay en nosotros es Dios, que obra en nosotros así el querer como el hacer. El Señor perfeccionará la salvación de todo creyente verdadero y nunca abandonará a los que ha creado en Cristo Jesús para buenas obras.

SALMO CXXXIX

Versículos 1—6. *Dios sabe todas las cosas.* 7—16. *Está presente por doquier.* 17—24. *El odio del salmista por el pecado, y el deseo de ser dirigido rectamente.*

Vv. 1—6. Dios tiene un conocimiento perfecto de nosotros, y todos nuestros pensamientos y acciones están abiertos ante Él. Más provechoso es meditar en las verdades divinas aplicándolas a nuestros propios casos, con el corazón elevado a Dios en oración, que con un enfoque mental de curiosidad o de debate. Que Dios sabe todas las cosas, es omnisciente y que esté por doquier, es omnipresente, ambas son verdades reconocidas por todos, pero rara vez creídas correctamente por la humanidad. Dios lleva la cuenta estricta de cada paso que damos, de cada paso bueno y cada paso malo. Él sabe por qué regla andamos, hacia cuál finalidad nos encaminamos, con qué compañía andamos. Cuando soy separado de toda compañía, tú sabes lo que tengo en mi corazón. No hay palabra vana, ni palabra buena en mí sin que sepas qué origen tuvo en mis pensamientos, y con qué intención fue dicha. Dondequiera estemos, estamos bajo el ojo y la mano de Dios. No podemos descubrir cómo Dios nos escudriña; no conocemos cómo somos conocidos. Tales pensamientos debieran evitarnos el pecar.

Vv. 7—16. No podemos ver a Dios, pero Él puede vernos. El salmista no desea irse del Señor. ¿Adónde puedo ir? En los rincones más distantes del mundo, en el cielo o en el infierno, no puedo escapar de tu alcance. Ningún velo puede taparnos de Dios; ni siquiera la oscuridad más densa. Ningún disfraz puede salvar a una persona, o evitar que un hecho sea visto a la verdadera luz por Él. Los acosos secretos del pecado son tan abiertos ante Dios como las villanías más francas. Por otro lado, el creyente no puede ser quitado de la presencia consoladora y sostenedora de su Amigo Omnipotente. Si el perseguidor le quita la vida, su alma ascenderá muy presta al cielo. La tumba no puede separar su cuerpo del amor de su Salvador, que lo levantará como cuerpo glorioso. Ninguna circunstancia externa puede separarlo de su Señor. Mientras esté en la senda del deber, puede estar feliz en cualquier situación por el ejercicio de la fe, la esperanza y la oración.

Vv. 17—24. Los consejos de Dios acerca de nosotros y de nuestro bienestar son profundos, tanto, que no pueden ser conocidos. No podemos pensar cuántas misericordias hemos recibido de Él.

Ayudaría mantenernos en el temor del Señor todo el día si, cuando despertamos en la mañana, nuestros primeros pensamientos fueran de Él; ¡y cuánto admiraremos y bendeciremos a nuestro Dios por su preciosa salvación cuando despertemos en el mundo de la gloria! —Ciertamente no debemos usar nuestros miembros y sentidos, tan curiosamente diseñados, como instrumentos de injusticia para pecar. Pero nuestra alma racional e inmortal es una obra y dádiva aun más noble de parte de Dios. Pero si no fuera por sus preciosos pensamientos de amor para nosotros, nuestra razón y nuestra vida por siempre resultarían ser, por nuestros pecados, la ocasión de nuestra miseria eterna. ¡Entonces, cómo no deleitarnos en meditar en el amor de Dios en Jesucristo hacia los pecadores, la suma de lo cual excede todo conocimiento! —El pecado lo odian y lloran por los pecadores todos los que temen al Señor. Pero mientras los alejamos de nosotros, debemos orar por ellos; con Dios es posible la conversión y la salvación de ellos. —Como el Señor nos conoce tan completamente, y nosotros somos extraños para nosotros mismos, debemos desear y orar fervientemente ser escudriñados y probados por su palabra y su Espíritu. Si hay un camino malo en mí, déjame verlo; y tú desarráigalo de mí. El camino de la santidad agrada a Dios, y es provechoso para nosotros; y terminará en la vida eterna. Es el antiguo buen camino. Todos los santos desean mantenerse y ser guiados en este camino para que no perderse, no salirse ni cansarse de él.

SALMO CXL

Versículos 1—7. *David se anima a sí mismo en Dios.* 8—13. *Ora por la destrucción de sus perseguidores, y la anuncia.*

Vv. 1—7. Mientras mayor sea el peligro, más fervorosamente debemos orar a Dios. Los que el Señor protege están todos a salvo. Si Él es por nosotros, ¿quién contra nosotros? Debemos velar y orar especialmente que el Señor sostenga nuestro andar en sus caminos, que nuestros pasos no se deslicen. Dios es capaz de resguardar a su pueblo del fraude secreto como del ataque franco; y la experiencia que hemos tenido de su poder y cuidado, en peligro de una clase, puede alentarnos a depender de Él en otros peligros.

Vv. 8—13. Los creyentes pueden orar que Dios no conceda los deseos de los malos ni que prosperen sus malas artes. Los acusadores falsos se acarrearán males a sí mismos, hasta las ascuas de fuego de la venganza divina. Y ciertamente el justo morará en la presencia de Dios, y le dará gracias por siempre. Esta es acción de gracias verdadera, una vida agradecida: debemos hacer este uso de todas nuestras liberaciones, debemos servir a Dios en forma más íntima y jubilosa. —Los que son justos ante los ojos de Dios, aunque los hombres hablen mal de ellos y abusen de ellos, siendo justificados por la justicia de Cristo, que les es imputada, y reciben por fe, como efecto de lo cual viven sobria y rectamente, éstos dan gracias al Señor por la justicia con la cual son hechos justos, y por toda bendición de gracia y misericordia de vida.

SALMO CXLI

Versículos 1—4. *David ora por la aceptación y asistencia de Dios.* 5—10. *Que Dios comparezca para su rescate.*

Vv. 1—4. Apresúrate a mí. Quienes saben valorar la presencia graciosa de Dios, serán más fervientes en sus oraciones. Cuando las oraciones se presentan a través del sacrificio y la intercesión del Salvador, ellos serán tan aceptables a Dios como lo eran los sacrificios diarios y la quema de incienso. La oración es un sacrificio espiritual, es ofrendar el alma y sus mejores afectos. —Los hombres buenos conocen el mal de los pecados de la lengua. Cuando los enemigos provocan, estamos en peligro de hablar imprudentemente. Mientras vivamos en un mundo malo, y tengamos corazones tan malos, tenemos que orar para no ser arrastrados ni empujados a hacer nada pecaminoso. Los pecadores pretenden encontrar exquisiteces en el pecado, pero los que consideran cuán pronto el pecado se pone amargo, aborrecerán esas exquisiteces y rogarán a Dios que se las saque de la vista, y por su gracia vuelva sus corazones contra ellas. Los hombres buenos oran contra la dulzura del pecado.

Vv. 5—10. Debemos estar preparados para acoger bien la reprimenda de nuestro Padre celestial y también el reproche de nuestros hermanos. No quebrará mi cabeza, si sólo ayuda a romper mi corazón: debemos mostrar que lo tomamos bien. —Los que antes desdeñaron la palabra de Dios, se alegrarán de ella cuando estén afligidos, porque abre el oído a la instrucción. Cuando el *mundo* es amargo, la *palabra* es dulce. Elevemos nuestra oración a Dios. Pidámosle que nos rescate de las trampas de Satanás y de todos los hacedores de iniquidad. —En palabras como las de este salmo, oh Señor, rogamos que nuestras pobres oraciones establezcan en ti a nuestra única esperanza, nuestra única dependencia. Concédenos tu gracia, para que estemos preparados para esta tarea, estando vestidos con tu justicia y teniendo todos los dones de tu Espíritu implantados en nuestro corazón.

SALMO CXLII

El consuelo de David al orar.

No puede haber una situación tan inquietante o peligrosa en que la fe no reciba consuelo de Dios en oración. Somos muy dados a mostrarnos nuestros problemas a nosotros mismos, y repasarlos, lo cual no nos hace ningún servicio; pero mostrándoselos a Dios podemos echar las preocupaciones sobre Aquel que tiene cuidado de nosotros y, por tanto, recibir alivio. Tampoco debemos permitir queja alguna a nosotros mismos o a los demás, que no podamos presentar a Dios. Cuando nuestro espíritu está abrumado por la angustia y muy desanimado; cuando vemos las trampas que nos tienden en todos lados, mientras andamos en su camino, podemos reflexionar con consuelo que el Señor conoce nuestro sendero. —Quienes sinceramente toman al Señor como su Dios, lo encuentran todo suficiente, como su Refugio y su porción: todo lo demás es refugio de mentiras y porción sin valor. —En esta situación, David ora fervientemente a Dios. Podemos aplicarlo espiritualmente; las almas de los creyentes suelen ser angustiadas por las dudas y los temores. Entonces es deber e interés de ellos rogar a Dios que los ponga en libertad, para correr por el camino de sus mandamientos. El Señor libró así a David de sus poderosos perseguidores, y lo trató con generosidad. Así, al Redentor crucificado lo levantó al trono de gloria y lo hizo Cabeza sobre todas las cosas para su iglesia. Así, el pecador convicto clama socorro y es llevado a alabar al Señor en la compañía de su pueblo redimido; y, así, todos los creyentes, en el largo plazo, serán librados de este mundo malo, del pecado y la muerte, y alabarán por siempre a su Salvador.

SALMO CXLIII

Versículos 1—6. *David se queja de sus enemigos y sus angustias.* 7—12. *Pide consuelo, guía y liberación*.

Vv. 1—6. No tenemos justicia propia que alegar, por tanto, debemos alegar la justicia de Dios y la palabra de la promesa que nos ha dado libremente y nos ha hecho tener esperanza en ella. Antes de orar para que sea quitado su problema, David ora por el perdón de su pecado, y depende de la sola misericordia en cuanto a eso. Llora por el peso de los problemas externos en su mente, pero mira atrás y recuerda apariciones anteriores de Dios en favor de su pueblo afligido, y en particular, por él. Mira a su alrededor y se fija en la obra de Dios. Mientras más consideremos el poder de Dios, menos temeremos el rostro o la fuerza del hombre. Alza sus ojos con fervientes deseos de Dios y de su favor. Este es el mejor rumbo que podemos tomar cuando nuestro espíritu está abrumado. —En sus mejores acciones el creyente no olvida que es un pecador. La meditación y la oración nos recobrarán de nuestros malestares; entonces, el alma que se lamenta lucha por regresar al Señor como el bebé estira sus manos a la madre indulgente, y tiene sed de sus consolaciones, como la tierra reseca de la lluvia refrescante.

Vv. 7—12. David ora que Dios se agrade de él, y le haga saber que así ha sido. Presenta como argumento el infortunio terrible de su caso, si Dios se apartara de él. Pero la noche de angustia y de desaliento terminará en una mañana de consuelo y alabanza. Pide ser iluminado con el conocimiento de la voluntad de Dios, y esta es la primera obra del Espíritu. El hombre bueno no pide el camino en que sea más placentero andar, sino: Enséñame a hacerlo. Quienes tienen al Señor como Dios, tienen su Espíritu como Guiador; son guiados por el Espíritu. —Ruega ser vivificado para hacer la voluntad de Dios. Pero debemos buscar especialmente la destrucción de nuestros pecados, que son nuestros peores enemigos para que, seamos siervos de Dios con devoción.

SALMO CXLIV

Versículos 1—8. *David reconoce la gran bondad de Dios y ora pidiendo socorro.* 9—15. *Ora por la prosperidad de su reino.*

Vv. 1—8. Cuando los hombres se hacen eminentes en cosas en que tenían pocas ventajas, deben ser más profundamente sensibles al hecho de que Dios ha sido su Maestro. Dichosos aquellos a quienes el Señor da la más noble victoria, la conquista y dominio de sus espíritus. —La oración pidiendo más misericordia comienza, muy apropiadamente, con acción de gracias por misericordias anteriores. Había un poder especial de Dios que inclinaba al pueblo de Israel a someterse a David; es un tipo de llevar las almas a someterse al Señor Jesús. —Los días del hombre son poco reales si se considera cuántos pensamientos y preocupaciones del alma, que nunca muere, se emplean para un pobre cuerpo moribundo. La vida del hombre es como una sombra que pasa. En su máxima exaltación terrestre, los creyentes recordarán cuán malos, pecadores y viles son en sí mismos; así, serán librados de darse importancia a sí mismos, y de ser presuntuosos. El tiempo de Dios para socorrer a su pueblo llega cuando zozobran y les faltan todas las demás ayudas.

Vv. 9—15. Los nuevos favores piden nueva gratitud; debemos alabar a Dios por las misericordias que esperamos por su promesa y por las que hemos recibido por su providencia. Ser salvados de la espada que hiere, de una enfermedad que consume, sin ser liberados del domino del pecado y de la ira venidera, es sólo una pequeña ventaja. David expresa la prosperidad pública que desea para su pueblo. En este mundo se añade mucho al consuelo y la dicha de los padres cuando ven que, probablemente, a sus hijos les irá bien. Verlos como plantas, no como malezas, no como

espinas; verlos como plantas que crecen, no marchitas ni destrozadas; ver que, probablemente, den fruto para Dios en su día; ver que en su juventud crecen firmes en el Espíritu. —Hay mucho que desear: que podamos ser agradecidos a Dios, generosos con nuestros amigos y caritativos con el pobre; de lo contrario, ¿de qué nos aprovecha tener llenos nuestros graneros? Además, la paz ininterrumpida. La guerra acarrea abundancia de males, sea para atacar al prójimo o para defendernos. En la medida que no nos unamos a la adoración y servicio de Dios, cesaremos de ser un pueblo feliz. Los súbditos del Salvador, el Hijo de David, comparten las bendiciones de su autoridad y victoria, y son felices, porque tienen al Señor como su Dios.

SALMO CXLV

Versículos 1—9. *David exalta el poder, la bondad y la misericordia del Señor.* 10—21. *La gloria del reino de Dios, y su cuidado hacia aquellos que Él ama.*

Vv. 1—9. Los que abundan en oración ferviente cuando están sometidos a problemas y tentaciones, en el momento debido abundarán en alabanza de gratitud, que es el lenguaje verdadero del gozo santo. Debemos hablar especialmente de la prodigiosa obra redentora de Dios mientras declaramos su grandeza. Porque ni la liberación de los israelitas ni el castigo de los pecadores proclaman con tanta claridad la justicia de Dios como la cruz de Cristo la exhibe a la mente iluminada. —Puede decirse verdaderamente de nuestro Señor Jesucristo que sus palabras son palabras de bondad y gracia; Sus obras son obras de bondad y gracia. Está lleno de compasión; de ahí que vino al mundo a salvar pecadores. Cuando estuvo en la tierra mostró su compasión por los cuerpos y por las almas de los hombres, sanando el uno y haciendo sabia la otra. Tiene gran misericordia, es un Sumo Sacerdote misericordioso por cuyo medio Dios tiene misericordia de los pecadores.

Vv. 10—21. Todas las obras de Dios le alaban. Él satisface el deseo de toda cosa viviente, menos de los hijos irracionales de los hombres que no se satisfacen con nada. —Él hace el bien a todos los hijos de los hombres; de manera especial a su pueblo. Muchos hijos de Dios que han estado a punto de caer en pecado, de caer en la desesperación, han saboreado su bondad que les impidió la caída, o que los recuperó rápidamente por su gracia y consolación. En cuanto a todos los que están cargados y trabajados por el peso del pecado, si van a Cristo por fe, los aliviará, los levantará. —Está preparado para oír y contestar las oraciones de su pueblo. Está presente en todo lugar, pero está cerca de ellos en forma especial, como no lo está de los demás. Está en sus corazones y ahí mora por fe y ellos viven en Él. Está cerca de los que le invocan, para ayudarles en tiempos de necesidad. —Esta cerca de ellos para que tengan lo que piden, y hallen lo que buscan si lo invocan de verdad y con sinceridad. Habiendo enseñado a los hombres a amar su nombre y sus santos caminos, Él los salvará de la destrucción de los impíos. Entonces, amemos su nombre y andemos en sus caminos mientras deseamos que toda carne bendiga su santo nombre por siempre jamás.

SALMO CXLVI

Versículos 1—4. *Por qué no debemos confiar en los hombres.* 5—10. *Por qué debemos confiar en Dios.*

Vv. 1—4. Si nuestro deleite es alabar al Señor mientras vivimos, ciertamente le alabaremos toda la eternidad. Teniendo ante nosotros esta gloriosa perspectiva, ¡cuán bajas parecen las empresas terrenales! Hay un Hijo del hombre en quien hay ayuda, que es también el Hijo de Dios, que no le fallará a los que confían en Él. Pero todos los demás hijos de los hombres son como el hombre del cual salieron que, teniendo honra, no permaneció en ella. —Dios ha dado la tierra a los hijos de los hombres, pero hay mucha inquietud al respecto. Sin embargo, después de poco de tiempo, ninguna parte de la tierra será de ellos, excepto la que contiene sus cuerpos muertos. Cuando el hombre vuelve a la tierra, en ese mismo día todos sus planes e intenciones se desvanecen y se van: entonces, ¿en qué quedan sus expectativas?

Vv. 5—10. El salmista nos anima a depositar la confianza en Dios. Debemos tener esperanza en la providencia de Dios para todo lo que necesitamos respecto de esta vida, y en la gracia de Dios para la venidera. El Dios del cielo se hizo hombre para llegar a ser nuestra salvación. Aunque murió en la cruz por nuestros pecados, y fue puesto en la tumba, sus pensamientos de amor por nosotros no perecieron; se levantó de nuevo para cumplirlos. Cuando estuvo en la tierra, sus milagros fueron ejemplo de lo que Él sigue haciendo cada día. Otorga liberación a los cautivos atados en las cadenas del pecado y de Satanás. Abre los ojos del entendimiento. Da el pan de vida a los que tienen hambre de salvación; y es el Amigo constante del pobre de espíritu, el indefenso y el desposeído. Nuestro Señor Jesús vino al mundo a socorrer al indefenso: en Él encuentran misericordia los pobres pecadores, que son como huérfanos; su reino continuará por siempre. Entonces, corran a Él los pecadores y los creyentes se regocijen en Él. Como el Señor reinará por siempre, animémonos unos a otros a alabar su santo nombre.

SALMO CXLVII

Versículos 1—11. *El pueblo de Dios es exhortado a alabarle por sus misericordias y cuidados.* 12—20. *Por la salvación y la prosperidad de la iglesia.*

Vv. 1—11. Alabar a Dios es obra que tiene su paga. Es lindo; nos corresponde como criaturas racionales, mucho más como pueblo del pacto de Dios. Por su gracia reúne a los pecadores desechados y los lleva a su santa morada. A los que Dios sana con las consolaciones de su Espíritu, les habla paz, les asegura que sus pecados son perdonados. Por esto, que también le alaben los demás. —El conocimiento del hombre termina pronto, pero el conocimiento de Dios es de una profundidad que no puede ser sondeada. Aunque conoce el número de las estrellas, condesciende a escuchar al pecador de corazón quebrantado. Aunque alimenta a los polluelos de cuervos, no dejará menesteroso a su pueblo que ora. —Las nubes parecen pesadas y tristes, pero sin ellas no tendríamos lluvia, por tanto, tampoco frutas. Así, las aflicciones parecen negras y desagradables, pero de las nubes de aflicción vienen las lluvias que hacen que el alma dé los frutos apacibles de justicia. El salmista se deleita, no en las cosas en que confían y se glorían los pecadores; pero a sus ojos, la consideración seria y apropiada de Dios es de un muy gran precio. No tenemos que dudar entre la esperanza y el temor, sino actuar bajo la influencia llena de gracia de la esperanza y el temor unidos.

Vv. 12—20. La iglesia, como la Jerusalén de antes, edificada y preservada por la sabiduría, el poder y la bondad de Dios, es exhortada a alabarle por todos los beneficios y las bendiciones que Él condesciende a otorgarle; y estas están representadas por sus favores en el curso de la naturaleza. La palabra que derrite puede representar al evangelio de Cristo y el viento que hace fluir las aguas, al Espíritu de Cristo, porque el Espíritu es comparado con el viento, Juan iii, 8. La gracia que convierte ablanda al corazón que estaba congelado, lo derrite en lágrimas de arrepentimiento y hace que fluyan

buenas reflexiones, que antes estaban congeladas y estancadas. El cambio que el derretimiento hace es muy evidente, pero nadie puede decir cómo ocurre. Tal es el cambio obrado en la conversión de un alma, cuando la palabra y el Espíritu de Dios son enviados a derretirla y a restaurarla.

SALMO CXLVIII

Versículos 1—6. *Las criaturas puestas en el mundo de arriba llamadas a alabar al Señor.* 7—14. *También las criaturas de este mundo abajo, especialmente su pueblo.*

Vv. 1—6. En este mundo tenebroso y pecador, poco sabemos del celestial mundo de la luz. Pero sabemos que hay arriba de nosotros un mundo de ángeles benditos. Siempre están alabando a Dios, por tanto el salmista muestra su deseo de que Dios sea alabado de la mejor manera; también nosotros mostramos que tenemos comunión con los espíritus de arriba que siguen alabándole. —Los cielos con todo lo que contienen, declaran la gloria de Dios. Nos llaman a que glorifiquemos junto con ellos, de palabra y de obra, al Creador y Redentor del universo.

Vv. 7—14. Dios es alabado aun en este mundo, tenebroso y malo como es. Las fuerzas de la naturaleza, por fuertes y tormentosas que sean, hacen lo que Dios les manda hacer, y nada más. Quienes se rebelan contra la obra de Dios, se demuestran más violentos que los vientos tempestuosos, pero cumplen. Mirando la superficie de la tierra, las montañas y todas las colinas; desde las cumbres estériles de algunos y las cimas feraces de otros, podemos tomar tema para alabarle. Con toda seguridad las criaturas que tienen la capacidad de razonar, deben ocuparse en alabar a Dios. Que toda clase de personas alaben a Dios. De todo rango, alto y bajo. Demostremos que somos sus santos alabando continuamente su nombre. Él no es sólo nuestro Creador, sino también nuestro Redentor que nos hizo pueblo cercano a Él. —Podemos entender a Cristo, al que Dios exaltó para ser Príncipe y Salvador, por 'el Cuerno de Su pueblo' que sin duda es la defensa y alabanza de todos sus santos, y lo será por siempre jamás. En la redención se despliega esa gloria inexpresable que forma la fuente de todas nuestras esperanzas y gozos. Que el Señor nos perdone y enseñe a nuestros corazones a amarle más y alabarle mejor.

SALMO CXLIX

Versículos 1—5. *Gozo para todo el pueblo de Dios.* 6—9. *Terror para sus enemigos.*

Vv. 1—5. Las misericordias nuevas demandan nuevos cánticos de alabanza en la tierra y en el cielo. Y los hijos de Sion no sólo tienen que bendecir el nombre de Dios que los hizo, sino regocijarse en Él por haberlos creado en Cristo Jesús para buenas obras, y haberlos formado santos y hombres. El Señor se complace en su pueblo; ellos deben regocijarse en Él. Cuando hace que los pecadores sientan su necesidad e indignidad, el Señor los adorna con las gracias de su Espíritu, y hace que lleven su imagen y se regocijen en su felicidad por siempre. Que los santos empleen sus horas de vigilia en sus lechos cantando alabanzas. Que se regocijen aun en el lecho de muerte, seguros de que van al reposo y la gloria eterna.

Vv. 6—9. Algunos de los antiguos siervos de Dios fueron comisionados para ejecutar venganza conforme a su palabra. No lo hicieron por venganza personal o política terrenal, sino en obediencia

al mandamiento de Dios. La honra concebido para todos los santos de Dios, consiste en su triunfo sobre los enemigos de la salvación. Cristo nunca concibió que su evangelio fuera difundido a sangre y fuego, o su justicia por la ira del hombre. Pero dejemos que las excelsas alabanzas a Dios estén en nuestra boca mientras esgrimimos la espada de la palabra de Dios, y el escudo de la fe, en la guerra contra el mundo, la carne y el diablo. Los santos serán más que vencedores de los enemigos de sus almas por medio de la sangre del Cordero y la palabra de su testimonio. Esto se completará en el juicio del gran día. Entonces será ejecutado el juicio. —He aquí a Jesús y su iglesia del evangelio, principalmente en su estado milenial. Él y su pueblo se regocijan uno en el otro; por sus oraciones y esfuerzos obran con Él, mientras Él va adelante en los carros de la salvación, conquistando pecadores por su gracia o en los carros de la venganza, destruyendo a sus enemigos.

SALMO CL

Un salmo de alabanza.

Aquí se nos insta a alabar a Dios. Alabar a Dios por su santuario, y por los privilegios que disfrutamos al tenerlo entre nosotros; alabarlo por su poder y gloria en el firmamento. Quienes alaban al Señor en el cielo, contemplan el despliegue de su poder y gloria que nosotros no podemos concebir. Pero el más grandioso de todos sus actos poderosos es conocido en su santuario terrenal. La santidad y el amor de nuestro Dios se despliegan mejor en la redención del hombre que en todas sus otras obras. Alabemos a Dios nuestro Salvador por ello. —No tenemos que preocuparnos por saber cuáles son los instrumentos de música mencionados. Con eso se quiere decir que al servir a Dios no debemos escatimar costos ni dolores. Alabad a Dios con fe firme; alabadle con santo amor y deleite; alabadle con entera confianza en Cristo; alabadle con fe por su triunfo sobre las potestades de las tinieblas; alabadle por el respeto universal de todos sus mandamientos; alabadle por la sumisión jubilosa a todas sus disposiciones; alabadle por fomentar los intereses del reino de su gracia; alabadle por la esperanza y expectativa viva del reino de su gloria. Dado que dentro de muy poco debemos exhalar el último aliento, mientras respiramos, alabemos al Señor; entonces exhalaremos el último hálito con consuelo.

Todo lo que respira alabe a Jehová. Alabad a Jehová.

Tal es el final muy apto para un libro inspirado por el Espíritu de Dios, escrito para la obra de la alabanza; un libro que ha suplido los cánticos de la iglesia por tres mil años; un libro citado por Cristo y sus apóstoles con mayor frecuencia que cualquier otro; libro que presenta las ideas más elevadas de Dios y de su gobierno, libro adecuado para toda situación en la vida humana, que manifiesta todo estado de la experiencia religiosa, y lleva marcas claras y sencillas de su origen divino.

PROVERBIOS

El tema de este libro puede expresarse ampliando los versículos iniciales. —1. Los Proverbios de Salomón, el hijo de David, rey de Israel. —2. Que tratan del conocimiento de la sabiduría, de la piedad con Dios, de instrucción y disciplina moral, de entender los consejos prudentes y sabios. —3. Que tratan del logro de la instrucción en sabiduría, la cual sabiduría, debe demostrarse en la conducta de la vida, y consiste en justicia acerca de nosotros mismos, juicio para obedecer los estatutos y ordenanzas de Dios y en equidad hacia nuestro prójimo. —4. Que tratan de dar al simple sagacidad para descubrir lo bueno, supliendo los principios justos y criterios correctos de virtud y vicio; y al joven dan conocimiento para que no cometa yerros por ignorancia; y discreción para que al sopesar bien estos preceptos, no cometa yerros por obstinación. —Tómese los proverbios de otra nación y hallaremos grandes cantidades fundamentadas en el egoísmo, la astucia, el orgullo, la injusticia, el desdén nacional y las animosidades. Los principios de los Proverbios de Salomón son la piedad, la caridad, la justicia, la benevolencia y la prudencia verdadera. Su pureza universal demuestra que son la palabra de Dios.

CAPÍTULO I

Versículos 1—6. *El uso de los Proverbios.* 7—9. *Exhortaciones a temer a Dios y obedecer a los padres.* 10—19. *Evitar las seducciones de los pecadores.* 20—33. *El discurso de la Sabiduría a los pecadores.*

Vv. 1—6. Las lecciones aquí dadas son simples y probablemente beneficien a los que sienten su propia ignorancia y la necesidad de que les enseñen. Si los jóvenes atendieran sus caminos conforme a los Proverbios de Salomón, ganarían conocimiento y discreción. —Salomón habla de los puntos más importantes de la verdad y aquí hay uno mayor que Salomón. Cristo habla por su palabra y por su Espíritu. Cristo es la Palabra y la Sabiduría de Dios, y nos es hecho sabiduría.

Vv. 7—9. Necias son las personas que no tienen sabiduría verdadera y siguen sus propios artilugios, sin considerar la razón ni la reverencia para con Dios. —Los niños son criaturas razonables, y cuando les decimos *lo que* deben hacer, debemos decirles *por qué.* Pero son corruptos y voluntariosos, por tanto con la instrucción se necesita una ley. Que las verdades y mandamientos divinos sean para nosotros altamente honorables; valorémoslos y entonces lo serán para nosotros.

Vv. 10—19. La gente mala ejerce celo para seducir a los demás llevándolos a las sendas del destructor; los pecadores aman la compañía para pecar. Pero tienen tanto más por qué responder. ¡Cuán cautelosa debe ser la gente joven! 4; 32 "No consientas". No digas como ellos dicen, ni hagas como ellos hacen o quisieran que hicieras; no tengas comunión con ellos. —¡Quién podría pensar que es un placer para un hombre destruir a otro! Nótese que su idea de riqueza mundana que no es ni de peso ni preciosa. Es el error destructor de miles que sobrevaloran la riqueza de este mundo. Los hombres se prometen en vano que el pecado resultará ventajoso para ellos. —El camino del pecado es cuesta abajo; los hombres no pueden detenerse a sí mismos. Que la gente joven quisiera rehusar la ruina temporal y la eterna; que ellos rehusen dar un paso en las sendas destructoras. La avaricia que los hombres tienen por ganar los apresura a cosas que no tolerarán que ellos ni otros vivan la mitad de sus vidas. ¿Qué le aprovecha al hombre si gana el mundo y pierde su vida? Mucho menos si pierde su alma?

Vv. 20—33. Salomón declara aquí cuán peligroso es no escuchar los llamados de Dios, habiendo mostrado cuán peligroso es escuchar las tentaciones de Satanás. Cristo mismo es Sabiduría. Tres clases de personas son aquí llamadas por Él: —1. Los simples. Los pecadores que quieren sus simples nociones del bien y del mal, sus simples prejuicios contra los caminos de Dios y se halagan en la maldad. —2. Los burladores. Gente orgullosa y jovial que hace chistes de todo. Los burladores de la religión que rebajan toda cosa sagrada y seria. —3. Los necios. Los necios peores son los que odian a quienes les enseñan, y que tienen un disgusto bien arraigado contra la verdadera piedad. —El precepto es simple: Vuélvete ante mi reproche. No usamos bien los reproches si no nos devolvemos del mal a lo que es bueno. Las promesas son muy alentadoras. Los hombres no pueden devolverse por ningún poder propio, pero Dios responde: He aquí, Yo derramaré mi Espíritu en ti. Se necesita gracia especial para la conversión sincera. Pero esa gracia nunca será negada a quien la busque. —El amor de Cristo y las promesas mezcladas con sus reprensiones seguramente captan la atención de todos. Bien se puede preguntar: ¿cuánto tiempo piensan los hombres seguir por ese camino tan peligroso cuando se toman en cuenta las incertidumbres de la vida y las consecuencias de morir sin Cristo? Ahora los pecadores viven cómodos y desafían la pena, pero su calamidad llegará. Ahora Dios está dispuesto a oír sus oraciones, pero entonces ellos clamarán en vano. ¿Todavía despreciamos la sabiduría? Oigamos con diligencia y obedezcamos al Señor Jesús, para que disfrutemos de paz de conciencia y confianza en Dios; seamos libres del mal en la vida, en la muerte y para siempre.

CAPÍTULO II

Versículos 1—9. *Promesas para los que buscan sabiduría.* 10—22. *Las ventajas de la sabiduría.*

Vv. 1—9. Quienes buscan fervorosamente la sabiduría celestial nunca se quejarán de haber perdido su esfuerzo; la libertad del don no elimina la necesidad de nuestra diligencia, Juan vi, 27. —Buscad y hallaréis; pedid y se os dará. Obsérvese a los que así son favorecidos. Ellos son los justos, en quienes es renovada la imagen de Dios que consiste en justicia. Si dependemos de Dios y vamos en pos de la sabiduría, Él nos capacitará para guardar las sendas del juicio.

Vv. 10—22. Si somos verdaderamente sabios tendremos cuidado para evitar a toda mala compañía y las malas costumbres. Cuando la sabiduría nos domina, entonces no sólo llena la cabeza; entra en el corazón, y preserva contra las corrupciones de adentro y de las tentaciones de afuera. —Los caminos del pecado con caminos de tinieblas, incómodos e inseguros; ¡qué necios son los que dejan las sendas sencillas, placenteras e iluminadas de la rectitud para andar en semejantes caminos! Ellos se complacen en el pecado; en cometerlo y ver que los demás lo cometen. Todo hombre sabio evitará tal compañía. La sabiduría verdadera también preservará de quienes guían a las lujurias carnales que corrompen el cuerpo, ese templo vivo, y que batallan contra el alma. Estos son males que excitan la tristeza de toda mente seria y hacen que cada padre o madre reflexivo mire a sus hijos con ansiedad, no sea que ellos se enreden en tales trampas fatales. Que el sufrimiento del prójimo nos sirva de advertencia. Nuestro Señor Jesús disuade de esos placeres pecaminosos por los tormentos eternos que les siguen. Muy raro es que se recupere alguien que está agarrado en esta trampa del diablo; tan endurecido está el corazón, tan ciega la mente por el engaño de este pecado. —Muchos piensan que esta advertencia, además de su sentido literal, debe entenderse como advertencia contra la idolatría, y someter el alma al cuerpo, en la búsqueda de cualquier objeto prohibido. —El justo debe dejar la tierra como el malo, pero la tierra es cosa muy diferente para ellos. Para el malo es todo el cielo que tendrán jamás; para el justo es el lugar de preparación para el

cielo. ¿Es toda una para nosotros, sea que la compartamos con el malo las miserias de su fin postrero o con el deleite eternos que coronará a los creyentes?

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Exhortaciones a la obediencia y la fe.* 7—12. *A la piedad y a realzar las aflicciones.* 13—20. *Para ganar sabiduría.* 21—26. *Guía de la Sabiduría.* 27—35. *El impío y el justo.*

Vv. 1—6. Comúnmente se puede disfrutar de salud y paz en el camino de la obediencia por fe de los mandamientos de Dios; y aunque nuestros días no sean largos en la tierra, viviremos por siempre en el cielo. —Que la misericordia y la verdad no te abandonen; la misericordia de Dios al prometer, y su verdad al hacer: vive conforme a ellas, mantén tu interés en ellas, y toma el consuelo de ellas. —Debemos confiar en el Señor con todo nuestro corazón creyendo que Él es capaz y sabio para hacer lo mejor. Quienes se conocen a sí mismos, encuentran que su entendimiento es una caña rota, la cual falla si se apoyan en ella. No tengas intenciones de nada que no sea lícito y ruega a Dios que te dirija en todo caso, aunque parezca muy sencillo. En todos nuestros caminos que resultan agradables, en que ganamos nuestro argumento, debemos reconocer con gratitud a Dios. En todos nuestros caminos que resulten desagradables y que están flanqueados de espinas, debemos reconocer a Dios con sumisión. La promesa es que Él enderezará tus sendas; así que tu camino será seguro, bueno, y feliz al final.

Vv. 7—12. No hay mayor enemigo del temor del Señor en el corazón que la soberbia propia de nuestra sabiduría. La prudencia y la sobriedad que enseña la religión, tienden no sólo a la salud del alma, sino también a la salud del cuerpo. La riqueza mundana es sólo sustancia de mala calidad, pero, tal como es, debemos honrar a Dios con ella; y los que hacen el bien con lo que tienen, tendrán más para hacer más bien. —Si el Señor nos visitara con pruebas y enfermedades, no olvidemos que la exhortación nos habla como a niños por nuestro bien. No debemos desfallecer en la aflicción, por pesada y larga que sea, ni dejarnos llevar por la desesperación, ni usar malos medios para aliviarnos. El padre corrige al hijo que ama, *porque* lo ama y desea que sea sabio y bueno. Las aflicciones distan mucho de dañar a los hijos de Dios porque, por gracia de Dios, fomentan la santidad de ellos.

Vv. 13—20. Ninguna joya preciosa ni los tesoros terrenales son dignos de compararse con la sabiduría verdadera, sea que se consideren los intereses del tiempo o los de la eternidad. Debemos hacer de la sabiduría nuestro negocio; debemos aventurar todo en ella, y disponernos a dejar todo por ella. —Esta Sabiduría es el Señor Jesucristo y su salvación, procurada y obtenida por fe y oración. Si no fuera por la incredulidad, la pecaminosidad y la indiferencia remanentes, nosotros encontraríamos agradables a todos *nuestros* caminos, y pacíficas nuestras sendas, porque *las suyas* son así. Sin embargo, con demasiada frecuencia nos salimos de ellas para nuestro propio daño y dolor. —Cristo es esa Sabiduría por quien fueron hechos los mundos, y aún están siendo; dichosos aquellos para quienes Él es hecho sabiduría de Dios. Él tiene todo para cumplir todas sus promesas.

Vv. 21—26. No soportemos que se vayan de nosotros las palabras de Cristo; retengamos la sana sabiduría y discreción; entonces andaremos seguros en sus caminos. La vida natural y todo lo que a ella le corresponde, estará bajo la protección de la providencia de Dios; la vida espiritual y todos sus intereses, bajo la protección de su gracia, de modo que seremos resguardados de caer en pecado o en problemas.

Vv. 27—35. Nuestro negocio es obedecer los preceptos de Cristo y copiar su ejemplo; hacer justicia, amar misericordia y guardarnos de la codicia; estar preparados para toda buena obra, evitando la lucha innecesaria y soportando los males, si es posible, más que andar tratando de enderezarlos conforme a la ley. Se encontrará que poco se obtiene luchando. —No envidiemos a los opresores prósperos; lejos esté de los discípulos de Cristo elegir uno de sus caminos. El lujurioso y codicioso puede despreciar estas verdades, pero el desdén eterno será la porción de esos burladores, mientras el favor divino se muestra al creyente humilde.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—13. *Exhortación al estudio de la sabiduría.* 14—27. *Precauciones contra las malas compañías.—Exhortación a la fe y la santidad.*

Vv. 1—13. Debemos considerar a nuestros maestros como nuestros padres; aunque la instrucción conlleva en sí reproche y corrección, acojámosla bien. Los padres de Salomón lo amaban, por tanto, le enseñaron. Los hombres sabios y buenos, en toda época del mundo, y rango de la sociedad, concuerdan en que la sabiduría verdadera consiste en obediencia, y está unida a la felicidad. Consigue sabiduría, esfuérzate hasta el dolor por ella. Domina tus corrupciones; esfuérzate más por esto que por la riqueza de este mundo. El interés en la salvación de Cristo es necesario. Esta sabiduría es la única cosa necesaria. Un alma sin sabiduría ni gracia verdadera es un alma muerta. ¡Cuán pobres, despreciables y desgraciados son los que, con toda su riqueza y poder, mueren sin tener entendimiento, sin Cristo, sin esperanza, y sin Dios! Escuchemos los dichos de Aquel que tiene palabras de vida eterna. Así, nuestra senda será sencilla ante nosotros; tomando y manteniendo firme la instrucción evitaremos ser angustiados o tropezar.

Vv. 14—27. El camino de los hombres malos parece agradable y el camino más cercano para conseguir alguna finalidad; pero es un camino malo y terminará mal; si amas a tu Dios y a tu alma, evítalo. No se dice: manténte a la distancia *debida* sino a una *gran* distancia; nunca pienses que puedes llegar suficientemente lejos de esto. —El camino del justo es luz: Cristo es su Camino y Él es la Luz. Los santos no serán perfectos hasta que lleguen al cielo, pero ahí brillarán como el sol en su fuerza. —El camino del pecado es tinieblas. El camino del impío es tenebroso, por tanto, peligroso; ellos caen en pecado, pero no saben cómo evitarlo. Se meten en problemas, pero nunca tratan de saber si Dios contiende con ellos, ni cuál será el fin de ello. Este el camino que se nos insta a evitar. Oír atentamente la palabra de Dios es buena señal de la obra de gracia empezada en el corazón y un buen medio de seguir realizándola. En la palabra de Dios hay un remedio apropiado para todas las enfermedades del alma. —Guarda tu corazón con toda diligencia. Debemos poner estricta vigilancia a nuestras almas; impedir que nuestros corazones infieran dolor y sean heridos. Se da una buena razón: porque de ahí surgen los asuntos de la vida. Por sobre todo, debemos buscar del Señor Jesús el agua viva, el Espíritu santificador, que brota para vida eterna. Así seremos capacitados para eliminar una boca perversa y labios pervertidos; nuestros ojos serán vueltos de contemplar la vanidad, mirando derecho adelante y andando por la regla de la palabra de Dios, yendo en los pasos de nuestro Señor y Amo. Señor, perdona el pasado y capacítamos para seguirte más de cerca durante el tiempo venidero.

CAPÍTULO V

Versículos 1—14. *Exhortación a la sabiduría.—Los males del libertinaje.* 15—23. *Remedios contra el libertinaje.—El final miserable del impío.*

Vv. 1—14. Salomón advierte a todos los jóvenes, como si fueran sus hijos, que se abstengan de las lujurias carnales. Algunos, por la mujer adúltera, entienden aquí la idolatría, la doctrina falsa, que tiende a descarriar las mentes y los modales de los hombres, pero el criterio directo es advertir de los pecados contra el séptimo mandamiento. A menudo estos han sido, y aún son, el método de Satanás para alejar a los hombres de la adoración a Dios para llevarlos a una religión falsa. —Considérese cuán fatales son las consecuencias; ¡cuán amargo el fruto! Elimínelo, porque hiere. Conduce a los tormentos del infierno. La tendencia directa de este pecado es la destrucción de cuerpo y alma. Debemos evitar cuidadosamente todo lo que signifique dar un paso en esa dirección. Los que han de ser resguardados del daño deben mantenerse fuera del camino del daño. Si nos metemos en tentación, nos burlamos de Dios cuando oramos, No nos metas en tentación. ¡Cuántos males acompañan a este pecado! Destruye la reputación; desperdicia el tiempo; arruina el patrimonio; es nocivo para la salud; llena la mente con horror. Aunque en el momento estés feliz, tarde o temprano traerá dolor. —El pecador convicto se reprocha, y no excusa su necedad. Por los actos frecuentes de pecado, sus hábitos se arraigan y confirman. Por un milagro de misericordia, el arrepentimiento verdadero puede evitar las espantosas consecuencias de tales pecados, pero esto no es frecuente; son muchos más los que mueren como han vivido. ¡Lo que puede expresar el caso del pecador que se arruina a sí mismo en el mundo eterno, soportando el remordimiento de su conciencia!

Vv. 15—23. El matrimonio legal es un medio que Dios ha designado para resguardar de estos vicios destructores. Pero no estamos adecuadamente unidos si no atendemos a la palabra de Dios, buscando su dirección y bendición, y actuando con afecto. —Acordaos siempre que aunque los pecados secretos puedan escapar de los ojos de nuestros congéneres, no obstante los caminos del hombre están ante los ojos del Señor que no solamente los ve, sino pondera todas sus andanzas. Los que son tan necios que escogen el camino del pecado, son justamente dejados por Dios a sí mismos para que sigan adelante por el camino que lleva a la destrucción.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *Advertencia contra el apresuramiento para avalar.* 6—11. *Un reproche a la pereza.* 12—19. *Siete cosas aborrecibles para Dios.* 20—35. *Exhortaciones para andar conforme a los mandamientos de Dios.*

Vv. 1—5. Si vivimos según nos dirige la palabra de Dios, encontraremos que es provechosa aun en este mundo presente. Somos mayordomos de nuestra sustancia material y tenemos que responder al Señor por la manera en que disponemos de ella; es malo desperdiciarla con precipitación o en planes que nos enreden en dificultades y tentaciones. El hombre nunca debe ser aval por más de lo que es capaz y está dispuesto a pagar, y puede permitirse pagar sin dañar a su familia; debe considerar cada suma de dinero por la cual esté comprometido como si fuera deuda propia. Si debemos poner todo este cuidado para que sean perdonadas nuestras deudas con los hombres, mucho más para obtener perdón de Dios. Humíllate ante Él; asegúrate de Cristo como Amigo tuyo que presente defensa por ti; ora fervorosamente que tus pecados sean perdonados, y que puedas ser resguardado de hundirte en el abismo.

Vv. 6—11. La diligencia en los negocios es la sabiduría y el deber de todo hombre; no tanto para obtener riqueza mundana, sino para no ser una carga para los demás, ni un escándalo para la iglesia.

Las hormigas son más diligentes que los hombres perezosos. Podemos aprender sabiduría de los insectos más viles y ser avergonzados por ellos. —Los hábitos de la indolencia e indulgencia crecen en la gente. Así la vida se precipita al desperdicio; y la pobreza, aunque primero distante, se acerca paulatinamente, como un viajero y, cuando llega, es como un hombre armado, demasiado fuerte para ser resistido. Todo esto puede aplicarse a las preocupaciones de nuestras almas. ¡Cuántos aman su dormir de pecado, y sus sueños de felicidad mundana! ¿No procuraremos despertar a los tales? ¿No pondremos diligencia para asegurar nuestra propia salvación?

Vv. 12—19. Si los perezosos deben ser condenados, que nada hacen, mucho más los que hacen todo el mal que pueden. Obsérvese cómo se describe a tal hombre: Dice y hace todo astutamente y con intenciones. Su ruina vendrá sin advertencia y sin alivio. —Aquí hay una lista de cosas que Dios abomina. Son pecados especialmente provocadores para Dios los que son dañinos para el bienestar de la vida humana. Debemos odiar en nosotros lo que Dios odia; es nada odiarlas en los demás. Desechemos todas esas costumbres, y velemos y oremos contra ellas; evitemos con marcada desaprobación, a todos los culpables de ellas, cualquiera sea su rango.

Vv. 20—35. La palabra de Dios tiene algo que decirnos sobre todas las ocasiones. Que la reprensión fiel nunca nos incomode. —Cuando consideremos cuánto abunda este pecado, cuán odioso es el adulterio en su propia naturaleza, qué mala consecuencia trae, y cuán ciertamente destruye la vida espiritual en el alma, no nos asombra que las advertencias en su contra sean repetidas tan a menudo. —Notemos los temas de este capítulo. Recordemos a quien voluntariamente se hizo nuestro fiador cuando nosotros éramos extraños y enemigos, ¿y los cristianos, con las perspectivas, motivos y ejemplos que tienen, serán perezosos y negligentes? ¿Descuidaremos lo que agrada a Dios y lo que Él recompensa bondadosamente? Vigilemos muy de cerca cada sentido por el cual puede entrar veneno a nuestras mentes o afectos.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—5. *Invitaciones a aprender sabiduría.* 6—27. *Las artes de los seductores y advertencias en contra.*

Vv. 1—5. Debemos atesorar los mandamientos de Dios en forma segura. No sólo se trata de: Obedécelos y vivirás, sino de: Obedécelos como quien no puede vivir sin ellos. Los que objetan el caminar cuidadoso y estricto como innecesario y demasiado preciso, no toman en cuenta que la ley debe obedecerse como a la niña del ojo porque, indudablemente, la ley en el corazón es el ojo del alma. Que la palabra de Dios habite en nosotros y que, así, esté escrita donde siempre estará a la mano para ser leída. Así seremos resguardados de los efectos fatales de nuestras propias pasiones y de las trampas de Satanás. Que la palabra de Dios confirme nuestro horror del pecado y las resoluciones en su contra.

Vv. 6—27. Aquí hay un ejemplo conmovedor del peligro de las lujurias juveniles. Es una historia o una parábola sumamente instructiva. ¿Alguien osará aventurarse en las tentaciones que conducen a la impureza, luego que Salomón ha puesto ante sus ojos de manera tan vívida y sencilla el peligro de siquiera acercárseles? Entonces, tal persona sería como el hombre que danza al borde de una roca alta cuando acaba de ver que otro se despeña desde el mismo lugar. La miseria de los pecadores que se destruyen a sí mismos empieza por descuidar los benditos mandamientos de Dios. —Debemos orar diariamente que seamos resguardados de correr a la tentación, porque de lo contrario invitamos a los enemigos de nuestras almas a que nos pongan trampas. Evítese siempre la

proximidad del vicio. Cuidado con los pecados que se dice son pecados agradables. Son los más peligrosos, porque son los que más fácilmente se ganan el corazón y lo cierran al arrepentimiento. Nada hagas hasta que hayas considerado bien el fin de ello. Si un hombre fuera a vivir tanto tiempo como Matusalén y se pasara todos sus días en las delicias supremas que el pecado pudiese ofrecerle, eso sería sobrepasado con mucho por una sola hora de la angustia y la tribulación que *deben* seguirlas.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—11. *Cristo, como la Sabiduría, llama a los hijos de los hombres.* 12—21. *Naturaleza y riquezas de la Sabiduría.* 22—31. *Cristo, uno con el Padre, en la creación del mundo, y su regocijo en su obra por la salvación del hombre.* 32—36. *Exhortaciones a oír la palabra de Cristo.*

Vv. 1—11. La voluntad de Dios se da a conocer por las obras de la creación, y por las conciencias de los hombres, pero más claramente por Moisés y los profetas. La dificultad principal es lograr que los hombres atiendan la instrucción. Sin embargo, atender las palabras de Cristo guiará al más ignorante al conocimiento salvífico de la verdad. Donde hay un corazón entendido y voluntad para recibir la verdad en amor, se valora la sabiduría más que la plata y el oro.

Vv. 12—21. Aquí la sabiduría es Cristo en quien están todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento; es Cristo en la palabra y Cristo en el corazón; no sólo se trata que Cristo sea revelado *a* nosotros sino que Cristo sea revelado *en* nosotros. Toda prudencia y destreza son del Señor. A través de la redención por la preciosa sangre de Cristo abundan las riquezas de su gracia en toda sabiduría y prudencia. El hombre encontró muchas invenciones para su ruina; Dios encontró uno para nuestra recuperación. Él aborrece el orgullo y la arrogancia, los malos caminos y la conversación pervertida; estos hacen que los hombres no quieran oír sus instrucciones santas, vivificadoras y humildes. —La religión verdadera da a los hombres el mejor consejo en todos los casos difíciles, y les ayuda a simplificar su camino. —Su sabiduría hace verdaderamente felices a todos los que la reciben en el amor de Cristo Jesús. Buscadlo a Él temprano, buscadlo fervorosamente, buscadlo antes de cualquier otra cosa. Cristo nunca dijo busca en vano. Los que aman a Cristo son los que han visto su cualidad de ser amado y han tenido su amor derramado en sus corazones; por tanto, son bienaventurados. Serán bienaventurados en este mundo o, en aquel que supera toda comparación. —La riqueza obtenida por vanidad pronto disminuirá, pero la que es bien obtenida durará mucho; y la que se gasta bien en obras de piedad y caridad, será perdurable. Si no tienen riquezas ni honor en este mundo, tendrán lo que es infinitamente mejor. Serán dichosos en la gracia de Dios. Cristo, por su Espíritu, guía a los creyentes a toda la verdad y, así, los guía en el camino de la justicia, y ellos andan conforme al Espíritu. También serán dichosos en la gloria de Dios, en el más allá. En las promesas de la Sabiduría, los creyentes tienen bienes atesorados, no para días y años, sino para la eternidad; por tanto, su fruto es mejor que el oro.

Vv. 22—31. El Hijo de Dios declara que Él mismo participó en la creación del mundo. ¡Cuán capaz, cuán apto es el Hijo de Dios para ser el Salvador del mundo, si fue el Creador de éste! El Hijo de Dios fue ordenado para esa gran obra antes de la fundación del mundo. ¿Se deleita en salvar a los pecadores miserables, y nosotros no nos deleitaremos en su salvación?

Vv. 32—36. Ciertamente debemos escuchar la voz de Cristo con la prontitud de los niños. Seamos todos sabios y no rechacemos esa misericordia. Benditos son los que oyen la voz del

Salvador y esperan en Él con lectura, meditación y oración diaria. Los hijos del mundo encuentran tiempo para diversiones vanas, sin descuidar lo que *ellos* consideran cosa necesaria. ¿No se demuestra desprecio de las instrucciones de la Sabiduría cuando la gente que profesa santidad, busca excusas para descuidar los medios de gracia? Cristo es Sabiduría y Él es Vida para todos los creyentes; no podemos obtener el favor de Dios a menos que hallemos a Cristo y seamos hallados en Él. Se engañan los que ofenden a Cristo; el pecado es malo para el alma. Los pecadores mueren porque quieren morir, lo que justifica a Dios cuando Él juzga.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—12. *Las invitaciones de la Sabiduría.* 13—18. *Las invitaciones de la necedad.*

Vv. 1—12. Cristo ha preparado ordenanzas a las cuales se recibe a su pueblo, y por las cuales aquí se alimentan los que creen en Él, y además reciben mansiones celestiales en el más allá. Los ministros del evangelio siguen invitando a los huéspedes. El llamamiento es general y no excluye a nadie que no se excluya por sí mismo. Nuestro Salvador no vino a llamar a los justos sino a los pecadores; no a los sabios según sus propios ojos, que dicen que ven. Debemos evitar la compañía y los placeres necios del impío o nunca disfrutaremos los placeres de la vida santa. Es vano procurar la compañía de los impíos con la esperanza de hacerles bien; es mucho más probable que seamos corrompidos por ellos. No basta con abandonar al necio; debemos juntarnos con los que andan en sabiduría. No hay verdadera sabiduría, sino en el camino de la religión, no hay vida verdadera, sino al final de este camino. —Aquí está la felicidad de quienes lo abrazan. El hombre no puede darle provecho a Dios; todo es para nuestro propio bien. Obsérvese la vergüenza y ruina de los que no lo respetan. Dios no es el Autor del pecado: y Satanás puede tentar solamente, no puede forzar. Tú llevarás la pérdida de aquello de que te burlaste: se agregará a tu condenación.

Vv. 13—18. ¡Cuán diligente es el tentador para seducir al pecado a las almas desprevenidas! El placer sensual carnal sella la conciencia y apaga las chispas de la convicción de pecado. Este tentador no tiene una razón firme que ofrecer; y donde ella consigue el dominio de un alma, se pierde y olvida todo conocimiento de las cosas santas. Ella es muy violenta y presionadora. —Tenemos que procurar y orar por la sabiduría verdadera, porque Satanás tiene muchas formas de alejar nuestra alma de Cristo. No sólo las lujurias mundanas y las seductoras abandonadas resultan fatales para el alma de los hombres; los falsos maestros con doctrinas que halagan el orgullo y dan libertad a las lujurias, destruyen a miles. Atraen especialmente a los que han recibido sólo impresiones serias parciales. Las profundidades de Satanás son abismos del infierno, y el pecado, sin remordimiento, es ruina, ruina sin remedio. Salomón muestra el anzuelo: quienes le creen no se meterán con la carnada. Contémplese el placer robado, engañoso, insatisfactorio, vacío y miserable que propone el pecado; nuestras almas deseen tanto el goce eterno de Cristo, que en la tierra vivamos para Él diariamente por fe, y no antes de mucho, con Él en la gloria.

CAPÍTULO X

En todos los Proverbios tenemos que buscar algo que está más allá del primer sentido del pasaje, y en esto encontraremos que se refiere a Cristo. Él es la Sabiduría tan a menudo mencionada en este libro.

V. 1. El consuelo de los padres depende mucho de sus hijos; y esto sugiere a ambos los motivos de sus deberes. **Vv. 2, 3.** Aunque el justo sea pobre, el Señor no tolerará que le falte lo necesario para la vida espiritual. **V. 4.** Los de espiritu ferviente al servicio del Señor probablemente sean ricos en fe y ricos en buenas obras. **V. 5.** Aquí está la culpa justa de quienes desperdician oportunidades aquí y para el más allá. **V. 6.** La abundancia de bendiciones estará con los hombres buenos; bendiciones reales. **V. 7.** Tanto el justo como el impío deben morir; pero entre sus almas hay una vastísima diferencia. **V. 8.** El sabio de corazón practica su conocimiento. **V. 9.** Los hipócritas serán desenmascarados después de todos sus rodeos. **V. 10.** Los trucos y los artificios no serán excusas para la iniquidad. **V. 11.** La boca del hombre bueno siempre está abierta para enseñar, consolar y corregir al prójimo. **V. 12.** Donde hay odio, todo agita la rencilla. Soportándonos unos a otros, se conservan la paz y la armonía. **V. 13.** Los que neciamente van por caminos malos, se preparan varas contra sí mismos. **V. 14.** Cualquier conocimiento que sirve debemos guardarlo, no sea que no se pueda buscar cuando lo necesitemos. El sabio gana sabiduría leyendo, oyendo la palabra, por la meditación, por la oración, por la fe en Cristo, quien nos es hecho sabiduría de Dios. **V. 15.** Esto se refiere a los errores corrientes de ricos y pobres acerca de su situación externa. La riqueza de los ricos los expone a muchos peligros; mientras el pobre puede vivir cómodamente si está contento, mantiene una buena conciencia y vive por fe. **V. 16.** Quizá el hombre justo no tenga más de aquello por lo cual trabaja duro, pero ese esfuerzo tiende a la vida. **V. 17.** El viajero que ha perdido su camino y no tolera que se lo digan, y le muestren el camino recto, debe cometer yerros aún. **V. 18.** Especialmente necio es aquel que piensa que esconde algo de Dios; y la malicia no es mejor. **V. 19.** Los que hablan mucho, dicen mucho mal. El que se refrena es hombre sabio, y si lo hace busca su paz. **Vv. 20, 21.** La lengua del justo es sincera, libre de la escoria de la traición y la mala intención. El habla piadosa es alimento espiritual para el necesitado. Los necios mueren por falta de corazón, y así es la palabra, por falta de pensamiento. **V. 22.** En la riqueza que es verdaderamente deseable no hay vejación de espíritu al disfrutarla; no hay tristeza por perderla; ni culpa por abusar de ella. Lo que viene del amor de Dios tiene por compañía a la gracia de Dios. **V. 23.** Sólo los hombres necios y malos se divierten haciendo daño al prójimo o tentándolo a pecar. **V. 24.** El mayor deseo de bendiciones eternas que puede tener el justo será otorgado. **V. 25.** La senda de los pecadores prósperos es como un torbellino que pronto se desgasta y se va. **V. 26.** Como el vinagre destempla los dientes, y el humo hace doler mucho los ojos, el perezoso hace sufrir a su empleador. **Vv. 27, 28.** ¿Qué es el hombre que ama la vida? Que tema a Dios y eso le asegurará suficiente vida en este mundo, y vida eterna en el otro. **V. 29.** El creyente se afirma en la fe y obedece con mayor deleite. **V. 30.** El malo estaría feliz de tener la tierra por hogar eterno, pero eso no puede ser. Deben morir y dejar atrás a todos sus ídolos. **Vv. 31, 32.** El hombre bueno habla sabiamente para provecho del prójimo. Pero es el pecado el que habla lo que desagrada a Dios y provoca a aquellos con quienes Él conversa, y será la ruina del hombre malo. Al justo lo guarda el poder de Dios y nada podrá apartarlo del amor de Dios que es en Cristo Jesús.

CAPÍTULO XI

V. 1. No importa cuán a la ligera se tome el peso recortado o la medida falsa, y lo común que sea este delito, es abominación a Jehová. **V. 2.** Al considerar lo seguro, silenciosos y fáciles son los humildes, vemos que en el humilde hay sabiduría. **V. 3.** Los principios de un hombre honesto son permanentes, por lo tanto su camino es claro. **V. 4.** Las riquezas no serán sustituto para el hombre en el día de su muerte. **Vv. 5, 6.** Los caminos de la iniquidad son peligrosos. El pecado es un castigo en sí. **V. 7.** Cuando muere el piadoso, se desaparecen todos sus temores; pero cuando muere el impío, se desvanecen todas sus esperanzas. **V. 8.** El justo suele ser guardado en forma maravillosa de caer en situaciones peligrosas, y el impío cae en su lugar. **V. 9.** Los hipócritas por medio de astutas

objeciones contra la verdad de la palabra de Dios engañan a los hombres para que yerren y pequen. **Vv. 10, 11.** Las naciones prosperan cuando son desechados los malos. **V. 12.** El entendido no juzga a los demás por su éxito. **V. 13.** El hombre fiel no revela lo que se le ha confiado, a menos que lo requiera la honra de Dios y el verdadero bien común. **V. 14.** Encontraremos siempre que es una ventaja para nosotros pedir consejo. **V. 15.** El bienestar de nuestra familia, nuestra paz, y nuestra capacidad de pagar deudas justas, no deben someterse a riesgos. Consideremos aquí en forma especial la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que se hizo fiador aun de sus enemigos. **V. 16.** La mujer piadosa y discreta cuidará la estima y el respeto con el hombre fuerte defiende sus riquezas. **V. 17.** El hombre cruel, obstinado y malo, es dolor para los que son, y debieran ser como su propia carne, y se castiga a sí mismo. **V. 18.** Él hace su oficio hacer el bien, recibirá su recompensa con toda la seguridad que le da la verdad eterna. **V. 19.** La verdadera santidad es verdadera felicidad Mientras más violento es el hombre en sus empresas pecaminosas, más se precipita a su destrucción. **V. 20.** Nada es más aborrecible para Dios que la hipocresía y la doble norma, a las que se refiere aquí. Dios se complace con quienes buscan actuar según la justicia. **V. 21.** Asociarse para pecar no guardará al pecador. **V. 22.** Abusan de la belleza los que no tienen discresión ni modestia. Esto tienen vigencia para todo el atavío corporal. **V. 23.** El perverso quiere engañar a su prójimo, pero le alcanzará su maldad. **V. 24.** El hombre puede empobrecer por no pagar deudas justas, por no ayudar al pobre, por no dar lugar a gastos necesarios. Aunque los hombres sean muy económicos con lo que tienen, si Dios así lo decide, serán nada. **V. 25.** En las cosas temporales y espirituales, Dios suele tratar con su pueblo según la medida con que ellos tratan a sus hermanos. **V. 26.** No debemos almacenar las dádivas de Dios para nuestro exclusivo provecho. **V. 27.** Buscar el mal aquí se pone en contraste con hacer el bien; porque los que no hacen el bien hacen daño, aun a sí mismos. **V. 28.** El verdadero creyente es un sarmiento de la vid verdadera. Cuando se marchiten los que han echado raíces en el mundo, fructificarán los que están injertados en Cristo. **V. 29.** El que acarrea problemas sobre sí y su familia, por negligencia o por maldad, no podrá conservar ni disfrutar lo que gana, como el hombre no puede retener el viento, o satisfacerse con él. **V. 30.** Los justos son como árbol de vida. Su influencia sobre la tierra, como los frutos de aquel árbol, sustentan y alimentan la vida espiritual de muchos. **V. 31.** Aun el justo cuando ofende en la tierra recibirá su justa corrección; cuánto más el inicuo recibirá la recompensa debida a sus pecados. Busquemos las bendiciones que nuestro Fiador adquirió por medio de sus sufrimientos y su muerte; procuremos imitar su ejemplo, y guardemos sus mandamientos.

CAPÍTULO XII

V. 1. Los que tienen gracia, se deleitarán en las instrucciones que se les dan. Los que endurecen sus convicciones son como los brutos. **V. 2.** El hombre que encubre designios egoístas y malos debajo de una profesión de fe o de amistad, será condenado. **V. 3.** Aunque los hombres progresen por sí mismos, mediante artimañas pecaminosas, no pueden estabilizarse ni asegurarse. Pero quienes por fe tienen sus raíces en Cristo, están firmemente establecidos. **V. 4.** Una esposa piadosa y prudente, que cuida bien de todas las cosas de su casa, que toma conciencia de su deber, y que puede soportar cruces, es honra y consuelo para su marido. Ella es el revés de la que hace presa de él y lo consume. **V. 5.** Los pensamientos no son libres: están sometidos al conocimiento divino, por tanto, están bajo el mandamiento divino. Para el hombre es vergonzoso actuar con engaño, trucos y mala intención. **V. 6.** La gente mala habla mal a su prójimo. A veces el hombre puede hacer una buena obra con una sola palabra buena. **V. 7.** La bendición de Dios es a menudo continua en las familias de hombres piadosos, mientras los malos son derribados. **V. 8.** Los apóstoles demostraron sabiduría gloriándose en la vergüenza por el nombre de Cristo. **V. 9.** El que vive en estado humilde, que no tiene quien le atienda, pero obtiene pan por su esfuerzo, es más feliz que el que se gloría en una cuna elevada o en

ropas de fiesta y le falta lo necesario. **V. 10.** El piadoso no hace sufrir innecesariamente ni siquiera a un animal, pero el malo suele hablar de los demás como si fuera experto, cuando no soporta un tratamiento similar ni por un solo día. **V. 11.** Sabiduría de los hombres es ocuparse de sus cosas y seguir el llamado honesto, pero es necedad descuidar los negocios; y la gracia de Dios enseña a los hombres a no desdeñar nada, sino el pecado. **V. 12.** Cuando el impío ve que el prójimo prospera por el pecado desea actuar de la misma manera, pero la raíz de la gracia divina en el corazón del justo, produce otros deseos y propósitos. **V. 13.** Más de un hombre ha pagado caro en este mundo la transgresión de sus labios. **V. 14.** Cuando los hombres usan correctamente su lengua para enseñar y consolar a los demás, disfrutan la aceptación por medio de Cristo Jesús y el testimonio de sus conciencias de que, en cierta medida, ellos responden a la finalidad de su ser. **V. 15.** El necio, en la acepción bíblica, es el hombre malo, aquel que actúa al contrario de la sabiduría de lo alto. Su regla es hacer lo bueno según sus ojos. **V. 16.** El hombre necio se enoja pronto y se apresura a expresarlo; él siempre está en problemas y corre al mal. Bondadoso hacia nosotros mismos es tomar a la ligera las injurias y afrentas, en lugar de hacerlas peor. **V. 17.** Bueno para todos es aborrecer y detestar el pecado de la mentira y ser gobernados por la honestidad. **V. 18.** Los susurros y las presuposiciones malas, como espada, separan a los que se han querido. La lengua del sabio es salud y hace todo íntegro. **V. 19**. Si se dice la verdad, permanecerá; aunque sea desafiado mantendrá su base. **V. 20.** El engaño y la falsedad acarrean terrores y perplejidades. Pero los que consideran la paz y la felicidad de los demás tienen gozo en sus mentes. **V. 21.** Si los hombres son sinceramente rectos, el Dios justo se ha ocupado de que ningún mal les acontezca. Pero los que se deleitan en la maldad, se hartarán de ella. **V. 22.** Tómese conciencia de la verdad, no solamente en palabras sino en obras. **V. 23.** Los hombres necios proclaman a todos la necedad y vanidad de sus mentes. **V. 24.** Los que no se esfuercen en un llamado honesto, y viven por trucos y deshonestidad, son despreciables y mendicantes. **V. 25.** La preocupación, el miedo y la tristeza en los espíritus quitan vigor a los hombres acerca de lo que hay que hacer, o el valor en cuanto a lo que hay que soportar. Una buena palabra de Dios, aplicada por fe, alegra al corazón. **V. 26.** El justo tiene abundancia, aunque no de bienes de este mundo, sino de la gracia y el consuelo del Espíritu, que son las riquezas verdaderas. Los hombres malos se jactan vanamente de que sus caminos no son malos. **V. 27.** El perezoso no hace buen uso de las ventajas que la Providencia pone en su camino, y no tiene consuelo en ellas. La sustancia del hombre diligente, aunque no grande, le hace bien a él y a su familia. Ve que Dios le da en respuesta a la oración. **V. 28.** El camino de la religión es un camino recto y claro; es el camino de la rectitud. No hay vida sólo al final, sino vida en el camino: todo consuelo verdadero.

CAPÍTULO XIII

V. 1. Hay mucha esperanza en quienes reverencian a sus padres. Poca esperanza hay de cualquiera que no escuche a quienes le tratan fielmente. **V. 2.** Por nuestras palabras debemos ser justificados o condenados, Mateo xii, 37. **V. 3.** El que piensa antes de hablar, suprime el mal si lo pensó, y guarda mucho a su alma de la culpa y de la pena. Más de uno se ha destruido por una lengua sin gobierno. **V. 4.** El perezoso desea las ganancias que obtiene el diligente, pero aborrece los esfuerzos que éste realiza; por tanto, nada tiene. Esto es especialmente verdadero acerca del alma. **V. 5.** Donde reina el pecado el hombre es odioso. Si su conciencia estuviera despierta, él se aborrecería a sí mismo, y se arrepentiría en polvo y ceniza. **V. 6.** El deseo honesto de hacer el bien preserva al hombre de errores fatales, mejor que mil distinciones finamente trazadas. **V. 7.** Algunos que son realmente pobres, negocian y gastan como si fueran ricos; esto es pecado, será vergüenza, y tendrá su paga. Algunos que son realmente ricos se piensa de ellos como pobres; en esto hay falta de gratitud a Dios, falta de justicia y caridad con el prójimo. Hay muchos hipócritas, vacíos de la gracia, que no serán convencidos de su pobreza. Hay muchos cristianos temerosos que son espiritualmente ricos, pero

que se consideran pobres; por sus dudas, quejas y penas se empobrecen a sí mismos. **V. 8.** Las grandes riquezas suelen tentar a usar la violencia contra quienes las poseen, pero los pobres están libres de tales peligros. **V. 9.** La luz del justo es como la del sol, el cual puede ser eclipsado y nublado, pero continuará. El Espíritu es su Luz, Él da plenitud de gozo; la del malo es como una lámpara que ellos mismos encienden, fácilmente se apaga. **V. 10.** Todas las contenciones sean entre personas en particular, familias, iglesias o naciones empiezan y son llevadas adelante por el orgullo. **V. 11.** La riqueza obtenida con deshonestidad o por medio de vicios tiene una maldición secreta que rápidamente la gasta. **V. 12.** La demora de lo que se espera ansiosamente es muy dolorosa para la mente; obtenerla es muy agradable. Pero la principal intención aquí son las bendiciones espirituales. **V. 13.** El que tiene temor de Dios y reverencia su palabra, escapará de la destrucción y será recompensado por su temor piadoso. **V. 14.** La regla por la cual el sabio regula su conducta es una fuente que produce vida y felicidad. **V. 15.** El camino de los pecadores es duro para otros y duro para el mismo pecador. El servicio del pecado es esclavitud; el camino al infierno está pavimentado con las espinas y cardos que siguieron a la maldición. **V. 16.** Necio es hablar de cosas de las que nada sabemos, y emprender aquello para lo cual no tenemos aptitud alguna. **V.** 17. Los que son malos y falsos a Cristo y a las almas de los hombres, hacen el mal y caen en el mal; pero los que son fieles encuentran palabras buenas que sanan a los demás y a sí mismos. **V. 18.** El que se burla al ser enseñado ciertamente será derribado. **V. 19.** En el hombre hay fuertes deseos de felicidad; pero los que no se convencen de abandonar sus pecados, no pueden esperar algo verdaderamente dulce para su alma. **V. 20.** Multitudes son llevadas a la ruina por las malas compañías. Y todos los que se hacen malos a sí mismos, serán destruidos. **V. 21.** Cuando Dios busca a los pecadores está seguro de vencerlos y Él recompensará al justo. **V. 22.** El siervo de Dios que no está ansioso de riquezas, adopta el mejor método de proveer para sus hijos. **V. 23.** El pobre, si es trabajador, prospera aunque en forma modesta, mientras los que tienen grandes riquezas suelen ser llevados a la pobreza por falta de juicio. **V. 24.** Actúa como si odiara a su hijo quien, por indulgencia falsa, permite que se fortalezcan los hábitos pecaminosos, los cuales acarrearán tristeza aquí y desgracia en el más allá. **V. 25.** La miseria de los impíos es que hasta sus apetitos sensuales están siempre ansiosos. El justo se alimenta de la palabra y las ordenanzas para satisfacción de su alma con las promesas del evangelio, y del Señor Jesucristo, que es el Pan de vida.

CAPÍTULO XIV

V. 1. La mujer que no teme a Dios, que es soberbia y dispendiosa, y se da a la comodidad, ciertamente arruinará a su familia, como si derribara su casa. **V. 2.** Aquí la gracia y el pecado están con sus verdaderos colores. Quienes desprecian los preceptos y promesas de Dios, desprecian a Dios y todo su poder y misericordia. **V. 3.** El orgullo crece de la raíz de rencor que hay en el corazón. La raíz debe ser arrancada o no podemos vencer esta rama. Las palabras prudentes de los sabios los sacan de las dificultades. **V. 4.** No puede haber ventajas sin que algo, aun por un momento, asuste al indolente. **V. 5.** El testigo consciente no se atreve a representar nada que no esté conforme a su conocimiento. **V. 6.** El escarnecedor trata con desdén las cosas divinas. El que siente su ignorancia e indignidad escudriñará las Escrituras con espíritu humilde. **V. 7.** Descubrimos al hombre malo cuando no hay un dejo de piedad en su habla. **V. 8.** Somos viajeros cuya preocupación no es ver maravillas, sino llegar al final de su viaje; hay que entender las reglas por las cuales tenemos que andar, y los fines hacia los cuales tenemos que andar. El hombre malo se engaña y sigue en su error. **V. 9.** Los necios y profanos consideran el pecado como pura fruslería, la cual debe tomarse a la ligera en vez de lamentarla. Los necios se burlan de la ofrenda por el pecado, pero los que la toman a la ligera, toman a Cristo a la ligera. **V. 10.** No sabemos cuáles aguijones de conciencia o pasiones consumidoras atormentan al pecador próspero. Tampoco el mundo conoce la paz mental que disfruta

el cristiano serio, aun en pobreza y enfermedad. **V. 11.** El pecado arruina a muchas familias grandes mientras la rectitud suele elevar y fortalecer hasta las familias viles. **Vv. 12, 13.** Los caminos de la negligencia, de la mundanalidad y de la sensualidad, parecen rectos a los que andan en ellos; pero los que se engañan a sí mismos se destruyen a sí mismos. Véase la vanidad de la alegría carnal. **V. 14.** De todos los pecadores, los descarriados tendrán el mayor terror cuando reflexionen en sus caminos. **V. 15.** La ansiedad por creer lo que dicen los demás siempre ha resultado engañosa. Así fue arruinado todo el mundo al comienzo. El hombre espiritualmente sabio confía solo en el Salvador para su aceptación. Está alerta contra los enemigos de su salvación obedeciendo la palabra de Dios. **V. 16.** El santo temor resguarda contra toda cosa no santa. **V. 17.** Un hombre enojado debe ser compadecido y culpado, pero el vengativo es más odioso. **V. 18.** El pecado es la vergüenza de los pecadores, pero la sabiduría es el honor del sabio. **V. 19.** Hasta los hombres malos reconocen la excelencia del pueblo de Dios. **V. 20.** La amistad del mundo está dominada por el interés propio. Bueno es tener a Dios como nuestro Amigo; no nos abandonará. **V. 21.** Despreciar a un hombre por su empleo o aspecto es pecado. **V. 22.** Cuán sabiamente consultan sus propios intereses los que no sólo hacen el bien, sino ¡tienen la intención de hacerlo! **V. 23.** El trabajo de la cabeza o de la mano resultará en una buena cuenta, pero si la religión de los hombres se desperdicia toda en charla y ruido, no llegarán a nada. **V. 24.** Las riquezas de los hombres de sabiduría y piedad acrecientan su utilidad. **V. 25.** El hombre recto se aventura al desagrado del más grande, pero sacará a relucir la verdad. Vv. 26, 27. Los que temen al Señor para obedecerle y servirle, tienen una fuerte base de confianza y serán preservados. Busquemos la Fuente de vida, para escapar de los lazos de la muerte. **V. 28.** Que todos los que desean bien al reino de Cristo, hagan lo que puedan para que muchos sean sumados a su iglesia. **V. 29.** Hombre paciente y manso es quien aprende de Cristo que es la Sabiduría misma. La pasión desenfrenada es necedad manifiesta. **V. 30.** Una mente recta, contenta y benevolente tiende a la salud. **V. 31.** Oprimir al pobre es reprochar a nuestro Creador. **V. 32.** El malo tiene su alma enajenada; muere en sus pecados bajo la culpa y el poder de ellos. Pero los piadosos, aunque tienen dolor y algo de miedo a la muerte, tienen la esperanza bendita que Dios, que no puede mentir, les ha dado. **V. 33.** La sabiduría posee el corazón y, de ese modo, regula los afectos y los temperamentos. **V. 34.** La piedad y la santidad pronto fomentan la laboriosidad, la sobriedad y la honestidad. **V. 35.** El gran Rey que reina en cielo y tierra recompensará a los siervos fieles que honran su evangelio por el desempeño apropiado de los deberes de su cargo. Él no desprecia los servicios de los más bajos.

CAPÍTULO XV

V. 1. Una buena causa será mejor alegada con mansedumbre que con pasión. Nada incita más la ira que las palabras injuriosas. **V. 2.** El que tiene conocimiento debe usarlo con rectitud para el bien del prójimo. **V. 3.** Los pecados, los servicios y las penas secretas están bajo los ojos de Dios. Esto habla de consuelo a los santos y terror a los pecadores. **V. 4.** Una lengua buena es sanadora para la conciencia herida, a la que consuela; para las almas enfermas de pecado, a las que da convicción de pecado; y para las partes en desacuerdo a las cuales reconcilia. **V. 5.** Si se desprecia la instrucción, reprende a los hombres en vez de tolerar que vayan tranquilos por el camino a la destrucción. **V. 6.** La riqueza de los mundanos aumenta sus temores y sospechas, añade fortaleza a sus pasiones y vuelve más inquietante el temor de la muerte. **V. 7.** Usamos correctamente el conocimiento cuando lo difundimos; pero el corazón del necio nada que sea bueno tiene para difundir. **Vv. 8, 9.** El impío pone otras cosas en el lugar de la expiación de Cristo o en el lugar de la santa obediencia. Las gracias de orar son su dádiva, y la obra de su Espíritu, con lo cual Él se complace. **V. 10.** El que odia la reprensión perecerá en sus pecados, puesto que no los abandonará. **V. 11.** Nada hay que pueda ocultarse de los ojos de Dios, ni siquiera los pensamientos del hombre. **V. 12.** El burlador no tolera

pensar seriamente dentro de su propio corazón. **V. 13.** El espíritu sombrío, impaciente e ingrato, brotando del orgullo y de la indebida ligazón a los objetos del mundo, hace que el hombre esté intranquilo consigo mismo y el prójimo. **V. 14.** El hombre sabio procura ganar más sabiduría, creciendo en gracia y en el conocimiento de Cristo. Pero la mente carnal reposa contenta halagándose a sí misma. **V. 15.** Algunos están en mucha aflicción y con espíritu acongojado. Hay que compadecer, orar y consolar a tales personas. Hay otros que sirven a Dios con corazón contento y ello impulsa su obediencia, pero ellos deben regocijarse con temor. **Vv. 16, 17.** Los creyentes suelen tener lo suficiente, cuando los ojos del mundo ven que hay poco; el Señor está con ellos, sin las preocupaciones, los problemas y las tentaciones que van unidos a la riqueza del impío. **V. 18.** El que es tardo para enojarse, no sólo impide la discordia; la apacigua si se enciende. **V. 19.** Los que no ponen el corazón en su trabajo, pretenden que no pueden hacer su obra sin dificultades ni peligros. Así muchos viven siempre dudando de su estado, porque siempre descuidan un deber. **V. 20.** Los que tratan a un padre o madre ancianos con desprecio o negligencia, muestran su necedad. **V. 21.** Los verdaderamente sabios, se ocupan de que sus pensamientos, palabras y obras sean regulares, sinceras y santas. **V. 22.** Si los hombres no se dan el tiempo y el trabajo de deliberar no es probable que hagan que pase algo. **V. 23.** La sabiduría se necesita para adaptar nuestro hablar a la ocasión. **V. 24.** Un hombre bueno deposita sus afectos en las cosas de arriba; su camino se dirige directamente allá. **V. 25.** El orgullo es la ruina de multitudes. Pero Dios sostiene a los afligidos. **V. 26.** Los pensamientos de los impíos ofenden a Aquel que conoce el corazón. **V. 27.** El codicioso no deja que nadie de su familia repose o disfrute. La codicia de ganancia suele tentar a entrar en proyectos que traen ruina. **V. 28.** El hombre bueno resulta ser hombre sabio por esto: gobierna bien su lengua. **V. 29.** El mismo Dios se distancia de quienes lo desafían. **V. 30.** ¡Cuán delicioso es para el alma humillada oír el buen testimonio de la salvación por el Señor Jesucristo! **V. 31.** La reprensión fiel y amistosa ayuda a la vida espiritual y guía a la vida eterna. **V. 32.** Los pecadores subestiman su alma; por tanto, prefieren el cuerpo al alma y dañan el alma para complacer al cuerpo. **V. 33.** El temor del Señor nos dispondrá a escudriñar las Escrituras con reverencia; y nos hará seguir la dirección del Espíritu Santo. Cuando depositamos humildemente toda nuestra dependencia en la gracia de Dios, somos exaltados en la justicia de Cristo.

CAPÍTULO XVI

V. 1. Solo la gracia renovadora de Dios prepara el corazón para toda buena obra. Esto nos enseña que no somos suficientes por nosotros mismos para pensar o decir algo que sea sabio y bueno. **V. 2.** La ignorancia, el orgullo y la jactancia nos vuelven jueces parciales respecto de nuestra propia conducta. **V. 3.** Descarga el peso de tu afán en Dios y déjalo con Él, por fe y confianza en Él. **V. 4.** Dios usa al impío para ejecutar la justa venganza de uno contra el otro; y al final, Él será glorificado por la destrucción de ellos. **V. 5.** Aunque los pecadores se fortalecen a sí mismos y unos a otros, no escaparán de los juicios de Dios. **V. 6.** Por la misericordia y la verdad de Dios en Cristo Jesús, los pecados de los creyentes son quitados y quebrantado el poder del pecado. **V. 7.** Aquel que tiene todos los corazones en su mano, puede hacer que los enemigos de un hombre estén en paz con éste. **V. 8.** Un patrimonio pequeño honestamente logrado, resultará mejor cuenta que un patrimonio grande logrado a la mala. **V. 9.** Si los hombres hacen de la gloria de Dios su fin, y de su voluntad su regla, Él dirigirá sus pasos por su Espíritu y su gracia. **V. 10.** Que los reyes y jueces de la tierra sean justos y gobiernen en el temor de Dios. **V. 11.** Observar justicia en los tratos entre los hombres es designio de Dios. **V. 12.** El rey que usa bien su poder verá que es su mejor seguridad. **V. 13.** Poned en el poder a los que saben hablar acerca del propósito. **Vv. 14, 15.** Necios son los que se apartan del favor de Dios para obtener el favor de un príncipe terrenal. **V. 16.** Hay gozo y satisfacción del espíritu sólo en lograr sabiduría. **V. 17.** El hombre sinceramente religioso se mantiene lejos de toda

apariencia de mal. Dichoso el hombre que anda en Cristo y es dirigido por el Espíritu de Cristo. **V. 18.** Cuando los hombres desafían los juicios de Dios, y creen que están lejos de ellos, es señal de que se hallan a la puerta. No temamos el orgullo del prójimo; temamos el orgullo en nosotros mismos. **V. 19.** Aunque se exponga al desprecio del mundo, la humildad es mucho mejor que la altivez de espíritu, que hace enemigo a Dios. El que entiende la palabra de Dios, encontrará el bien. **V. 21.** El hombre cuya sabiduría habita en su corazón, será hallado mucho más prudente que muchos que poseen talentos brillantes. **V. 22.** Como agua para tierra reseca es el hombre sabio para sus amistades y vecinos. **V. 23.** El conocimiento propio del hombre sabio siempre sugiere algo apropiado para decir a los demás. **V. 24.** La palabra de Dios cura las enfermedades que debilitan nuestra alma. **V. 25.** Esto es advertencia para todos: cuidar de engañarse a sí mismos y a sus almas. **V. 26.** Debemos trabajar por la comida que permanece para la vida eterna o perecer. **Vv. 27, 28.** Los impíos realizan más esfuerzos para hacer el mal de los que serían necesarios para hacer el bien. ¡El chismoso separa a las amistades; qué carácter odioso, pero cuán común es! **Vv. 29, 30.** Algunos hacen todo el mal que pueden por la fuerza y la violencia, y están ciegos en cuanto al resultado. **V. 31.** La gente anciana debiera ser especialmente hallada en el camino de la religión y la santidad. **V. 32.** Vencer nuestras pasiones requiere una administración más firme que para obtener la victoria sobre un enemigo. **V. 33.** Todos los ordenamientos de la Providencia acerca de nuestros asuntos, debemos considerarlos como determinantes de lo que referimos a Dios; y debemos reconciliarnos con ellos en forma consecuente. Benditos sean los que se entregan a la voluntad de Dios, porque Él sabe lo que es bueno para ellos.

CAPÍTULO XVII

V. 1. Estas palabras recomiendan el amor y la paz familiar como necesarias para el bienestar de la vida humana. **V. 2.** El siervo sabio es más merecedor que el hijo dispendioso y es más probable que parezca uno de la familia. **V. 3.** Dios prueba el corazón por la aflicción. Así ha demostrado a menudo el pecado remanente en el corazón del creyente. **V. 4.** Los aduladores, especialmente los falsos maestros, son bienvenidos para quienes viven en pecado. **V. 5.** Los que se ríen de la pobreza tratan con desdén a la providencia y los preceptos de Dios. **V. 6.** Honor para los hijos es tener padres piadosos y sabios que siguen con ellos, aun después de haber crecido y haberse establecido en el mundo. **V. 7.** El necio de los Proverbios de Salomón representa al impío, al cual no corresponde discurso excelente porque su conversación lo contradice. **V. 8.** Los que ponen en el dinero su corazón, harán cualquier cosa por tenerlo. ¡Qué influencia deben tener las dádivas de Dios en nuestro corazón! **V. 9.** La manera de conservar la paz es sacar lo mejor de todo: no fijarse en lo que se ha dicho o hecho contra nosotros. **V. 10.** La reprensión suave entrará no sólo en la cabeza del sabio sino en su corazón. **V. 11.** Satanás, y los mensajeros de Satanás, quedarán libres ante el impío. **V. 12.** Vigilemos nuestras pasiones y evitemos la compañía de hombres furiosos. **V. 13.** Devolver mal por bien es diabólico. El que hace eso acarrea maldición a su familia. **V. 14.** ¡Qué peligro hay en el comienzo de la discordia! Resiste sus primeros indicios, y de ser posible, apártate antes de empezar. **V. 15.** Ofende a Dios exonerar al culpable o condenar a los inocentes. **V. 16.** La negligencia del hombre en cuanto al favor de Dios y su propio interés, es muy absurda. **V. 17.** Ningún cambio de las circunstancias externas debe abatir el afecto por nuestras amistades o parientes. Pero ningún amigo, salvo Cristo, merece confianza ilimitada. Este texto recibió, y aún recibe, su más glorioso cumplimiento en Él. **V. 18.** Que nadie haga mal a su familia. Cristo al hacerse fiador de los hombres es una muestra glorioso de la sabiduría divina, porque Él pudo cancelar la deuda. **V. 19.** Si queremos mantener la conciencia limpia y la mente en paz, debemos evitar todas las incitaciones a la ira. El hombre que pretende un estilo de vida por encima de sus medios, va camino a la ruina. **V. 20.** Nada se obtiene con malas intenciones. Muchos han pagado

caro por una lengua desenfrenada. **V. 21.** Esto habla muy simplemente que muchos hombres sabios y buenos sienten con mucha intensidad cuán penoso es tener un hijo necio e impío. **V. 22.** Gran misericordia es que Dios nos *permita* estar contentos y que *cause* nuestro contentamiento, si por su gracia nos da *corazón* para estar contentos. **V. 23.** El impío está listo para separarse de su dinero, aunque lo ama, para no tener que sufrir por su delito. **V. 24.** El hombre prudente tiene siempre presente la palabra de Dios. Pero el necio no puede fijar sus pensamientos ni perseguir ningún propósito con constancia. **V. 25.** Los hijos malos desprecian la autoridad de su padre y la ternura de su madre. **V. 26.** Muy malo es encontrar culpa en el cumplimiento del deber. **Vv. 27, 28.** El hombre se demuestra sabio por el buen temperamento de su mente y por el buen gobierno de su lengua. Es cuidadoso cuando habla, para hablar conforme al propósito. Dios conoce su corazón y la necedad que está allí ligada; por tanto no puede ser engañado en su juicio como suelen serlo los hombres.

CAPÍTULO XVIII

V. 1. Si queremos obtener conocimiento y gracia, debemos probar todos los métodos para mejorar nosotros mismos. **V. 2.** Quienes tienen como único propósito hacer algo para ser vistos, nada útil hacen para el conocimiento o la religión. **V. 3.** Tan pronto como entró el pecado, siguió la vergüenza. **V. 4.** El manantial de la sabiduría del corazón del creyente provee palabras de sabiduría en forma continua. **V. 5.** Se debe considerar los méritos de una causa, no la persona. **Vv. 6, 7.** ¡Cuánto mal se hacen los hombres malos por sus lenguas descontroladas! **V. 8.** ¡Cuán bajos son los que siembran controversia, y qué fatales efectos pueden esperarse del pequeño comienzo de los celos! **V. 9.** Las omisiones del deber y en el deber son fatales para el alma, al igual que cometer pecado. **Vv. 10, 11.** El poder divino dado a conocer en nuestro Señor Jesucristo y por medio de Él, forma una torre fuerte para el creyente que confía en el Señor. ¡Cuán engañosa es la defensa del rico que tiene su porción y tesoro en este mundo! Ciudad fortificada y muro alto es en su propia presunción, porque caerá cuando más lo necesite. Ellos quedarán expuestos a la ira justa de aquel Juez al cual despreciaron como Salvador. **V. 12.** Después que el corazón se ha elevado con el orgullo, viene una caída. Pero la honra será la recompensa de la humildad. **V. 13.** La ansiedad junto con el engaño de sí mismo, expone a la vergüenza. **V. 14.** La firmeza de mente sustenta bajo muchos dolores y pruebas, pero cuando a la conciencia la tortura el remordimiento, ninguna fortaleza humana puede tolerar la desgracia; entonces, ¿cómo será el infierno? **V. 15.** Debemos obtener conocimiento no sólo para nuestra cabeza, sino para nuestro corazón. **V. 16.** Bendito sea el Señor que nos recibe bien ante su trono, sin dinero y sin precio. Que sus dones le hagan lugar en nuestra alma. **V. 17.** Bueno es escuchar a nuestros enemigos para formarnos un mejor juicio de nosotros mismos. **V. 18.** Era costumbre, a veces, referir a Dios las cosas echando suertes, con oración solemne. Profanar la suerte usándola como cuestión de diversión, o para codiciar lo que pertenece a otros, ahora es motivo de objeción. **V. 19.** Debe ponerse mucho cuidado para evitar peleas entre los parientes y entre quienes están obligados entre sí. La sabiduría y la gracia hacen que sea fácil perdonar, pero la corrupción lo hace difícil. **V. 20.** Aquí el estómago es puesto en lugar del corazón, como en todas partes; y lo que lo llena concordará con nuestra satisfacción y nuestra paz interior. **V. 21.** Más de uno ha causado su propia muerte o la muerte del prójimo por una lengua falsa o injuriosa. **V. 22.** Una buena esposa es una gran bendición para el hombre y es señal del favor divino. **V. 23.** La pobreza dice a los hombres que no deben ordenar ni demandar. Ante el trono de la gracia todos somos pobres y debemos hacer peticiones fervientes. **V. 24.** Cristo Jesús nunca abandonará a los que confían en Él y le aman. Que así seamos amigos con otros, por amor a nuestro Señor. Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta lo sumo; y nosotros somos sus amigos si hacemos todo lo que Él nos manda, Juan xv, 14.

CAPÍTULO XIX

V. 1. El hombre pobre que teme a Dios es más honorable y feliz que el hombre sin sabiduría ni gracia, por más rico o de alto rango que sea. **V. 2.** ¿Qué cosa buena puede el alma hacer si no tiene conocimiento? El que peca no se tomará el tiempo para sopesar la senda de sus pies. **V. 3.** Los hombres corren a meterse en problemas por su propia necedad, y luego, se inquietan por los designios de Dios. **V. 4.** Aquí podemos ver cuán fuerte es el amor del hombre al dinero. **V. 5.** Los que dicen mentiras al hablar están bien encaminados para ser culpables de falso testimonio. **V. 6.** No tenemos excusa si no amamos a Dios con todo nuestro corazón. Sus dones para nosotros no se pueden contar, y todos los dones de los hombres para nosotros son frutos de su generosidad. **V. 7.** Cristo fue abandonado por todos sus discípulos, pero el Padre estaba con Él. Anima nuestra fe que Él tuviera tanta experiencia en las penas de la pobreza. **V. 8.** Aman rectamente su alma solo quienes logran la sabiduría verdadera. **V. 9.** Mentir es pecado condenador y destructor. **V. 10.** El hombre que no tiene sabiduría ni gracia no tiene derecho ni mérito para gozo verdadero. Muy impropio es que un esclavo del pecado oprima a los hombres libres de Dios. **V. 11.** Obtiene la mayor gloria verdadera el que se propone con constancia vencer con el bien al mal. **V. 12.** Cristo es un Rey cuya ira contra sus enemigos será como el rugido de un león, y su favor hacia su pueblo, como el rocío que refresca. **V. 13.** Demuestra la vanidad del mundo que estemos propensos a las mayores tristezas cuando nos prometemos el más grande de los consuelos. **V. 14.** Una esposa discreta y virtuosa es más valiosa que la casa y las riquezas. **V. 15.** Una disposición perezosa e indolente empobrece a los hombres; los lleva a la necesidad. Y esto se aplica a la vida presente y a la venidera. **V. 16.** Si guardamos la palabra de Dios, nos guardará de toda cosa realmente hiriente. Abusamos de las doctrinas de la libre gracia si pensamos que elimina la necesidad y la ventaja de la obediencia. Los que viven al azar deben morir. Esta verdad está claramente enseñada en palabras que bastan para alarmar al pecador más recio. **V. 17.** Dios ha elegido al pobre de este mundo para que sea rico en fe y heredero de su reino. **V. 18.** Cuando los padres están bajo una necia ternura, hacen lo mejor que pueden para criar a los hijos como consuelo para sí, y felices en sí mismos. **V. 19.** El niño malcriado y no corregido probablemente se convierta en hombre muy iracundo. **V. 20.** Los que serán sabios en su final definitivo, se les debe enseñar y se les debe mandar cuando jóvenes. **V. 21.** ¿Qué debiéramos desear sino que todos nuestros propósitos concuerden con la santa voluntad de Dios? **V. 22.** Mucho mejor es tener un corazón para hacer el bien y necesitar habilidad para hacerlo, que tener habilidad para hacerlo y que falte el corazón para ello. **V. 23.** Los que viven en el temor de Dios, obtendrán satisfacción y felicidad verdadera y completa. **V. 24.** La indolencia, cuando se cae en ella, crece tanto en la gente, que no tienen corazón para hacer las cosas más necesarias para sí. **V. 25.** La reprensión amable va muy lejos en el hombre de entendimiento. **V. 26.** El joven que despilfarra la sustancia de su padre o empobrece a su madre, es odioso y llegará a la desgracia. **V. 27.** Sabiduría de los hombres jóvenes es aborrecer la conversación que pone principios malos y licenciosos en la mente. **V. 28.** Son lo peor de los pecadores los que se alegran de tener una oportunidad de pecar. **V. 29.** El descreimiento del hombre no restará eficacia a las amenazas de Dios. El mismo Cristo no fue perdonado cuando llevó pecados que no eran los propios. La justicia y el juicio tocaron a nuestro bendito fiador, ¿y Dios va a perdonar a los pecadores obstinados?

CAPÍTULO XX

V. 1. Cuesta mucho creer que hombres de las más grandes habilidades, al igual que el ignorante, deban hacerse necios y locos simplemente por el gusto o excitación producida por los licores fuertes. **V. 2.** ¡Qué temibles son los reyes para quienes los provocan! ¡Entonces, cuánto más necio es provocar al Rey de reyes! **V. 3.** Meterse en pelea es la necedad más grande que pueda haber. Cede, y

cede aun en las demandas justas, por amor a la paz. **V. 4.** El que trabaja y soporta dificultades en el tiempo de sembrar para la eternidad, será adecuadamente diligente en su actividad terrenal. **V. 5.** Aunque muchos capaces de dar consejo sabio están callados, no obstante algo puede sacarse de ellos, que recompensará a quienes lo obtengan. **V. 6.** Cuesta mucho encontrar a los que han hecho y harán más bien de lo que dicen o se interesan por oír que se hable de eso. **V. 7.** El hombre bueno no tiene que inquietarse cuando planea lo que hará o al reflexionar en lo que ha hecho, como quienes andan en engaño. Su familia anda mejor por amor a él. **V. 8.** Si los grandes hombres son buenos pueden hacer mucho bien e impedir mucho mal. **V. 9.** Algunos pueden decir: Por la gracia estamos más limpios de lo que hemos estado, pero fue obra del Espíritu Santo. **V. 10.** Obsérvese los diversos engaños usados por los hombres, cuya raíz es el amor al dinero. El Señor no bendecirá lo que así se obtiene. **V. 11.** Los padres deben observar a sus hijos para manejarlos adecuadamente. **V. 12.** Todos nuestros poderes y facultades son de Dios y tienen que ser empleados para Él. **V. 13.** Los que se dan a la pereza deben esperar que les falte lo necesario, que debieron conseguir por trabajo honesto. **V. 14.** Los hombres usan artes para conseguir una buena oportunidad y comprar barato, pero el hombre debiera avergonzarse del fraude y la mentira. **V. 15.** El que prefiere el conocimiento verdadero a las riquezas, sigue los caminos de la religión y la felicidad. Si realmente creemos esta verdad, la palabra de Dios será valorada como merece, y el mundo perderá su influencia tentadora. **V. 16.** Se destruyen a sí mismos los que se enredan en avales apresurados. También los que están ligados con mujeres abandonadas. No deposites confianza en ninguno de ellos. **V. 17.** La riqueza obtenida por fraude puede ser dulce, porque la mente carnal se complace en el éxito de los malos planes, pero será amarga al reflexionar. **V. 18.** Necesitamos especialmente consejo en la guerra espiritual. La palabra y el Espíritu de Dios son los mejores consejeros en todo aspecto. **V. 19.** Compran muy cara su alabanza los que confían en un hombre porque habla bien. **V. 20.** Un hijo desobediente llegará a ser muy desgraciado. Nunca tendrá la expectativa de paz o consuelo. **V. 21.** Un patrimonio súbitamente aumentado suele ser tan súbitamente arruinado. **V. 22.** Espera en el Señor, atiende a su voluntad y Él te protegerá. **V. 23.** Un negocio hecho con fraude resultará ser un negocio perdedor al final. **V. 24.** ¿Cómo podemos formar planes y realizar negocios independientemente del Señor? **V. 25.** Las evasiones que los hombres usan a menudo con su propia conciencia muestran cuán falso y engañoso es el hombre. **V. 26.** La justicia aplastará a los malos y los separará del virtuoso. **V. 27.** El alma y la conciencia racional son como una lámpara dentro de nosotros, que debe ser usada para examinar nuestras disposiciones y motivos con la voluntad revelada de Dios. **V. 28.** La misericordia y la verdad son las glorias del trono de Dios. **V. 29.** Jóvenes y viejos tienen ambos sus ventajas; y que nadie desprecie o envidie al otro. **V. 30.** La reprensión seria hace, a veces, mucho bien. Pero tal es la corrupción de la naturaleza que los hombres aborrecen ser reprendidos por sus pecados. Si Dios usa aflicciones severas para purificar el corazón y equiparnos para su servicio, tenemos causa para estar muy agradecidos.

CAPÍTULO XXI

V. 1. El creyente, al notar que el Señor manda cada corazón como bien le parece, como el agricultor que distribuye el agua por sus terrenos según le place, procura que su propio corazón, y el corazón de los demás, sean dirigidos a la fe, el temor y el amor de Dios. **V. 2.** Somos parciales al juzgarnos a nosotros mismos y nuestras acciones. **V. 3.** Muchos se engañan con la noción fantasiosa de que las devociones externas excusarán la injusticia. **V. 4.** Pecado es el orgullo, la ambición, la gloria, el gozo y el negocio de los hombres impíos. **V. 5.** El realmente diligente emplea la previsión como asimismo el trabajo. **V. 6.** Mientras los hombres busquen riqueza por prácticas ilícitas, buscan la muerte. **V. 7.** La injusticia retornará al pecador y lo destruirá aquí y por siempre. **V. 8.** El camino de la humanidad es por naturaleza pervertido y extraño. **V. 9.** Mejor es evitar la controversía amarga derramando el

corazón ante Dios. Porque por la prudencia y la paciencia, con oración constante, puede ser quitado el enojo. **V. 10.** Los malos deseos del corazón del hombre malo, guían a la bajeza de su conducta. **V. 11.** El simple puede hacerse sabio por los castigos del impío, y por las instrucciones a quienes están dispuestos a ser enseñados. **V. 12.** Los hombres buenos no envidian la prosperidad de los malhechores; ellos ven que hay maldición sobre ellos. **V. 13.** Los que oprimen al pobre rebajando la paga, los que no socorren a los que están en angustias conforme a su capacidad, y los que están en autoridad descuidando hacer justicia, tapan sus oídos al grito del pobre. Pero el cuidado indudable debe usarse al ejercer la caridad. **V. 14.** Si el dinero puede vencer la furia de las pasiones, ¿serán demasiado débiles el temor de Dios y el mandamiento de Cristo para frenarlas? **V. 15.** Hay verdadero placer sólo en la práctica de la religión. **V. 16.** De todos los que vagan por los caminos del pecado, los que están en la condición más peligrosa son los que se descarrían por los caminos de las tinieblas. Pero hay esperanza hasta para ellos en el Salvador todo suficiente, pero que ellos se refugien en Él sin demora. **V. 17.** La vida de placer mundanal acarrea ruina a los hombres. **V. 18.** El justo suele ser librado de los problemas, y el impío es puesto en su lugar, y de esa manera parece rescate por aquel. **V. 19.** Las pasiones desenfrenadas echan a perder el consuelo proveniente de todas las relaciones. **V. 20.** Lo mucho obtenido con prudencia, trabajo y frugalidad es deseable. **V. 21.** El arrepentimiento y la fe verdadera guiarán al que confía en la misericordia de Dios en Cristo, para buscar la justicia y la misericordia en su propia conducta. **V. 22.** Los que tienen sabiduría suelen grandes cosas, aun contra quienes confían en su propia fuerza. **V. 23.** Debe ser nuestra procupación evitar que nuestra alma se enrede y entre en confusión. **V. 24.** El orgullo y la altivez hacen apasionados a los hombres; los tales se ven continuamente enfrentados con la ira, como si fuera su negocio estar enojados. **Vv. 25, 26.** Aquí está la desgracia del perezoso; sus manos se niegan a trabajar en algo honesto, por el cual pudieran obtener un sustento honesto; pero sus corazones no cesan de codiciar riquezas, placeres y honores, los cuales no pueden obtenerse sin trabajo. Pero los justos y trabajadores ven satisfechos sus deseos. **V. 27.** Cuando se aparenta santidad, pero se concibe maldad, eso es abominación de manera especial. **V. 28.** El sino del testigo falso es cierto. **V. 29.** El hombre impío desafía las amenazas de la ley y las reprensiones de la providencia, pero el hombre bueno pregunta: ¿Qué quiere Dios de mí? **Vv. 30, 31.** Los medios hay que usarlos, pero después de todo, nuestra seguridad y salvación son solamente del Señor. En nuestra guerra espiritual debemos armarnos con toda la armadura de Dios, pero nuestra fortaleza debe estar en el Señor y en el poder de su fuerza.

CAPÍTULO XXII

V. 1. Debiéramos ser cuidadosos para hacer lo que nos permite obtener y mantener un buen nombre, más que para formar un gran patrimonio o aumentarlo. **V. 2.** La providencia divina lo ha ordenado de tal manera, que algunos son ricos y otros pobres, pero todos son culpables ante Dios; y ante el trono de la gracia de Dios los pobres son tan bienvenidos como los ricos. **V. 3.** La fe prevé el mal que viene sobre los pecadores y mira a Jesucristo como el refugio seguro contra la tormenta. **V. 4.** Donde está el temor de Dios, habrá humildad. Mucho hay para disfrutar por el temor de Dios: riquezas espirituales y, al final, la vida eterna. **V. 5.** El camino del pecado es ofensivo y peligroso. Pero el camino del deber es seguro y fácil. **V. 6.** Educa a los niños, no en el camino en que *quisieran* ir, el de sus corazones corruptos, sino en el camino en que *deben* ir, por el cual, si los amas, usted quiere que anden. Tan pronto como sea posible cada niño debe ser guiado al conocimiento del Salvador. **V. 7.** Esto muestra cuán importante es que todo hombre se mantenga sin deudas. En cuanto a las cosas de esta vida hay una diferencia entre el rico y el pobre; pero que el pobre recuerde que es el Señor quien hizo la diferencia. **V. 8.** El poder de que muchos abusan pronto les faltará. **V. 9.** El que procura aliviar las necesidades y miserias del prójimo será bendecido. **V. 10.** Los escarnecedores

y abusadores profanos perturban la paz. **V. 11.** Dios es el Amigo del hombre en cuyo espíritu no hay culpa; este honor tienen todos los santos. **V. 12.** Dios vuelve los consejos y designios de los hombres traicioneros para su propia confusión. **V. 13.** El hombre perezoso habla de un león afuera, pero no considera que su peligro real viene del diablo, ese león rugiente adentro, y de su propia pereza, que lo mata. **V. 14.** El vil pecado del libertinaje corrientemente entorpece irremediablemente la mente. **V. 15.** El pecado es necedad, está en el corazón, hay una inclinación interior a pecar; los niños la traen al mundo con ellos; y se fija muy cerca del alma. Todos necesitamos que nos corrija nuesto Padre celestial. **V. 16.** Sólo somos mayordomos y debemos administrar lo que Dios confía a nuestro cuidado, conforme a su voluntad. **Vv. 17—21.** A estas palabras, a este conocimiento, debe inclinarse el oído y el corazón, aplicado por fe y amor. Vivir una vida de gozo en Dios y de dependencia de Él, es el fundamento de toda religión práctica. El camino para conocer la certeza de la palabra de verdad es tomar conciencia de nuestro deber. **Vv. 22, 23.** El que roba y oprime al pobre lo hace a su propio riesgo. Y si los hombres no comparecen por sí, Dios lo hará. **Vv. 24, 25.** Nuestros corazones corruptos tienen tanta yesca en ellos que es peligroso meterse con los que andan arrojando las chispas de su pasión. **Vv. 26, 27.** Todo hombre debiera ser justo consigo mismo y su familia; no son así los que, por necedad u otra negligencia, despilfarran lo que tienen. **V. 28.** Se nos enseña a no transgredir el derecho de otro hombre. Cuesta encontrar un hombre verdaderamente industrioso. Tal hombre se levantará. ¿Ves a un hombre diligente en la religión? Probablemente se destaque. Entonces, seamos diligentes en la obra de Dios.

CAPÍTULO XXIII

Vv. 1—3. Las restricciones que Dios pone al apetito sólo dicen: No te hagas daño. **Vv. 4, 5.** No seas de los que serán ricos. Las cosas de este mundo no son felicidad ni porción para el alma; quienes las aferran tan apretadamente, no pueden retenerlas para siempre, no pueden aferrarse a ellas por mucho tiempo. **Vv. 6—8.** No te hagas una carga para nadie, especialmente para los que no son sinceros. Cuando somos llamados por Dios a su fiesta, y a dejar que nuestras almas se deleiten, Isaías xxv, 6; lv, 2, podemos participar en forma segura del Pan de vida. **V. 9.** Deber nuestro es aprovechar todas las ocasiones para hablar de las cosas divinas, pero si lo que un hombre sabio dice no es oído, que él conserve su paz. **Vv. 10, 11.** Los huérfanos son tomados bajo la protección especial de Dios. Él es el Redentor de ellos que tomará el partido de ellos; y Él es poderoso, todopoderoso.

Vv. 12—16. He aquí un padre *que instruye* a su hijo para que entregue su mente a las Escrituras. He aquí un padre *que corrige* a su hijo: acompañado de oración y bendecido por Dios, puede resultar un medio de evitar su destrucción. He aquí un padre *que exhorta* a su hijo, diciéndole lo que será para su propio bien. ¡Y qué consuelo será si de aquí en adelante él responde a su expectativa! **Vv. 17, 18.** La expectativa del creyente no será desilusionada; el final de sus pruebas y de la prosperidad del pecador está a la mano.

Vv. 19—28. El gracioso Salvador que adquirió perdón y paz para su pueblo, con todo el afecto de un padre tierno, nos aconseja oír y ser sabios, y está dispuesto a guiar nuestros corazones en su camino. Aquí tenemos un llamado fervoroso a los jóvenes para atender el consejo de sus santos padres. Si el corazón es guiado, los pasos serán guiados. Compra la verdad y no la vendas; prepárate a dejar cualquier cosa por ella. No la dejes por placeres, honores, riquezas o ninguna cosa de este mundo. El corazón es lo que requiere el gran Dios. No debemos pensar en dividir el corazón entre Dios y el mundo; Él tendrá todo o nada. —Mira la regla de la palabra de Dios, la conducta de su providencia, y los buenos ejemplos de su pueblo. —Se dan precauciones especiales contra los pecados más destructores de la sabiduría y gracia del alma. Realmente es una vergüenza hacer un

dios del estómago. La ebriedad entontece a los hombres y, luego, todo se arruina. El libertinaje se apodera del corazón que debe ser entregado a Dios. Cuídate de cualquier acercamiento al pecado; es muy difícil alejarse de él. Embruja a los hombres y los arruina.

Vv. 29—35. Salomón advierte contra la ebriedad. Los que serán resguardados del pecado, deben ser guardados de todos los comienzos de este, y temer ponerse al alcance de su seducción. Prevé el castigo, lo que al final le pondrá término, si el arrepentimiento no lo evita. Hace pelear a los hombres. Los ebrios se lamentan y lloran por sí intencionalmente. Hace impuros e insolentes a los hombres. La lengua se pone rebelde; el corazón dice cosas contrarias a la razón, la religión y el civismo corriente. Aturde y envilece a los hombres. Corren peligro de muerte, de condenación; están tan expuestos como si durmieran en la punta de un mástil y se sintieran seguros. No temen peligro cuando los terrores del Señor está ante ellos; no sienten dolor cuando los juicios de Dios están actualmente encima de ellos. Tan perdido está el ebrio para la virtud y el honor, tan desgraciadamente sellada está su conciencia, que no se avergüenza de decir: Lo buscaré de nuevo. Con buena razón se nos dice que paremos antes del comienzo. ¿Quién con sentido común contraería un hábito, o se vendería a un pecado, que traiga consigo tal culpa y desgracia, y exponga al hombre diariamente al peligro de morir insensible, y despertar en el infierno? —En estos capítulos parece que la sabiduría retomara el discurso como al principio del libro. Deben considerarse como las palabras de Cristo al pecador.

CAPÍTULO XXIV

Vv. 1, 2. No envidies a los pecadores. Y ni siquiera dejes que entre a tu mente el deseo de: ¡Oh, que yo pudiera sacudirme todos los frenos! **Vv. 3—6.** La piedad y la prudencia en los asuntos externos, juntas completan al hombre sabio. Por el conocimiento se llena el alma con las gracias y consuelos del Espíritu, esas riquezas preciosas y placenteras. El espíritu es fortalecido por la sabiduría verdadera para la obra y la guerra espirituales. **Vv. 7—9.** El hombre débil piensa que la sabiduría está demasiado elevada para él, por tanto, no se esforzará por ella. Malo es hacer el mal pero concebirlo es peor. Son pecado aun los primeros brotes de pecado en el corazón y uno se debe arrepentir. Aquellos que se esfuerzan por hacer odiosos a los demás, se hacen así a ellos mismos. **V. 10.** Sometidos a problemas somos buenos para desesperarnos del socorro. Pero ten valor, y Dios fortalecerá tu corazón. **Vv. 11, 12.** Si un hombre sabe que su prójimo está en peligro por cualquier procedimiento injusto, está obligado a hacer todo lo que pueda para librarlo. ¿Y qué es soportar que perezcan almas inmortales cuando nuestras convicciones y ejemplo pueden ser los medios de impedirlo? **Vv. 13, 14.** Somos impulsados al estudio de la sabiduría considerando su placer a la vez que su provecho. Todos los hombres saborean las cosas que son dulces al paladar pero muchos no se complacen en las cosas que son dulces para el alma purificada, y lo que nos hace sabios para la salvación. **Vv. 15, 16.** El alma sincera cae como puede caer un viajero, al tropezar con una piedra en su camino pero se para y sigue en su camino con más cuidado y velocidad. Esto debe entenderse tocante a las caídas en la aflicción más bien que a las caídas en el pecado concreto. **Vv. 17, 18.** El placer que podemos tener por los problemas de un enemigo, nos está prohibido. **Vv. 19, 20.** No envidie al impío su prosperidad; tenga la seguridad de que en ella no hay felicidad verdadera. **Vv. 21, 22.** Los santos en la tierra estarán quietos en la tierra. Puede que haya causa de cambiar para mejor pero no se relacione para nada con los que son ados a cambiar. **Vv. 23—26.** La sabiduría que Dios da hace que el hombre sea apto para su posición. Todo el que halla el provecho de la respuesta correcta, se apegará a quien la dio. **V. 27.** Debemos preferir las necesidades antes que las conveniencias y no endeudarnos. **Vv. 28, 29.** Hay tres defectos señalados en un testigo. **Vv. 30—34.** Vea que bendición es el llamado del granjero y que desierto sería esta tierra sin eso. Vea que gran

diferencia hay en la administración hasta de los asuntos mundanos. La pereza y la autocomplacencia son el veneno de todo bien. Cuando vemos campos tapados de espinos y cardos, y las rejas rotas, vemos un emblema del estado mucho más deplorable de muchas almas. Todo afecto vil crece en los corazones de los hombres pero ellos se las arreglan para dormir. Mostremos sabiduría duplicando nuestra diligencia en toda cosa buena.

CAPÍTULO XXV

Vv. 1—3. Dios no tiene que investigar cada cosa; nada puede estar oculto de Él. Pero es honra de los reyes indagar las cosas para sacar a luz las obras ocultas de las tinieblas. **Vv. 4, 5.** Que un príncipe suprima el vicio y reforme a su pueblo es la mejor manera de sostener su gobierno. **Vv. 6, 7.** La religión nos enseña humildad y a negarnos a nosotros mismos. El que ha visto la gloria del Señor en Cristo Jesús sentirá su propia indignidad. **Vv. 8—10.** La prisa para empezar la discordia acarreará dificultades. La guerra debe terminar a la larga y mejor es impedirla. Así pasa en las peleas particulares; haz todo lo que puedas para arreglar el asunto. **Vv. 11, 12.** Una palabra de consejo, o de reprensión, dicha rectamente, es bella de manera especial, como la buena fruta que se embellece aun más en cestas de plata. **V. 13.** Véase cuál debe ser la mira de aquel a quien se le confía un negocio: ser fiel. Un ministro fiel, mensajero de Cristo, debe así ser aceptable para nosotros. **V. 14.** El que pretende haber recibido o dado lo que nunca tuvo, es como la nube matinal que desilusiona a los que esperan lluvia. **V. 15.** Ten paciencia para soportar una herida presente. Sé suave para hablar sin pasión, porque el lenguaje persuasivo es el más efectivo para prevalecer sobre la mente endurecida. **V. 16.** Dios nos ha dado permiso para usar cosas gratas, pero se nos advierte contra los excesos. **V. 17.** No podemos estar en buenos términos con nuestro prójimo sin discreción ni sinceridad. ¡Cuánto mejor Amigo es Dios que cualquier otro amigo! Mientras más a menudo vamos a Él, más bienvenidos. **V. 18.** El testimonio falso es peligroso en todo. **V. 19.** La confianza en un hombre infiel es dolorosa y ofensiva; cuando le ponemos cualquier presión a él, no sólo falla, sino que nos hace sentir eso. **V. 20.** Tomamos un rumbo malo si pensamos aliviar a los tristes proponiéndonos hacerlos felices. **Vv. 21, 22.** El precepto de amar hasta a nuestros enemigos es un mandamiento del Antiguo Testamento. Nuestro Salvador ha demostrado su gran ejemplo por si mismo al amarnos cuando éramos enemigos. **V. 23.** Los calumniadores no hablarían tan fácilmente si no fueran tan fácilmente escuchados. El pecado se vuelve cobarde si recibe cualquier freno. **V. 24.** Mejor es estar a solas que estar junto con quien sea un estorbo para el bienestar de la vida. **V. 25.** El cielo es un país lejano; ¡cuán refrescante es la buena nueva de allá, en el evangelio eterno, que significa la buena noticia, y en el testimonio del Espíritu a nuestros espíritus, de que somos hijos de Dios! **V. 26.** Cuando los justos son guiados a pecar, es tan dañino como si se envenenaran las fuentes de agua. **V. 27.** Por medio de la gracia debemos morir a los placeres de los sentidos y también a los elogios de los hombres. **V. 28.** Al hombre que no domina sobre su ira se le roba fácilmente la paz. —Démonos al Señor y oremos que ponga su Espíritu en nosotros y nos haga andar en sus estatutos.

CAPÍTULO XXVI

V. 1. La honra está fuera de moda para los indignos e ineptos para ella. **V. 2.** Al que es maldecido sin causa, la maldición no le hará más daño que el ave que vuela por encima de su cabeza. **V. 3.** Toda criatura debe ser tratada conforme a su naturaleza, pero los pecadores indolentes y libertinos nunca serán regidos por la razón y la persuasión. Sin duda el hombre nace como la cría del asno salvaje, pero algunos, por la gracia de Dios, son cambiados. **Vv. 4, 5.** Tenemos que adecuar nuestros

comentarios al hombre y dirigirlos a su conciencia según sea mejor para terminar bien el debate. **Vv. 6—9.** Los necios no son aptos para confiar en ellos ni para tener ninguna honra. Los dichos sabios, cuando un necio los da y aplica, pierden su utilidad. **V. 10.** Este versículos puede declarar cómo el Señor, el Creador de todos los hombres, tratará a los pecadores según su culpa o cómo el poderoso entre los hombres desgraciará y castigará al malo. **V. 11.** El perro es un aborrecible emblema de los pecadores que vuelven a sus vicios, 2 Pedro ii, 22. **V. 12.** Vemos a más de uno que tiene algo de sentido, pero que se enorgullece de ello. Esto describe a quienes piensan que su estado espiritual es bueno, cuando realmente es muy malo. **V. 13.** El hombre perezoso odia todo lo que requiera atención y labor. Pero es necio que nos asustemos de los deberes reales por dificultades imaginadas. Esto puede aplicarse al hombre perezoso en los deberes de la religión. **V. 14.** Habiendo visto que el hombre perezoso teme su trabajo, aquí lo encontramos enamorado de su comodidad. La comodidad corporal es la triste ocasión de muchas enfermedades espirituales. No se preocupa por seguir adelante con su tarea. Así son los profesantes perezosos. El mundo y la carne son los goznes en los que ellos que se cuelgan; y aunque se muevan en un rumbo de servicio externo, no están más cerca del cielo. **V. 15.** El perezoso sale de su cama, pero pudo quedarse ahí porque probablemente nada hará que pase en su trabajo. Corriente es que los hombres que no quieren hacer su deber finjan que no pueden. Los perezosos en la religión no se darán el trabajo de alimentar su alma con el pan de vida, ni para recibir en oración las bendiciones prometidas. **V. 16.** El que se esfueza en la religión sabe que está obrando para un buen Señor y que su labor no será en vano. **V. 17.** Atarearnos en los asuntos de otros hombres es ir a la tentación. **Vv. 18, 19.** El que peca en broma debe arrepentirse en serio o su pecado será su destrucción. **Vv. 20—22.** La contienda calienta el espíritu y echa a las llamas a las familias y las sociedades. Y ese fuego es corrientemente encendido y mantenido ardiendo por los chismosos y contestadores. **V. 23.** El corazón malo que se disfraza es como un recipiente de cerámica roto cubierto por escoria de plata. **Vv. 24—26.** Desconfía siempre cuando el hombre habla bien a menos que lo conozcas bien. Satanás, en sus tentaciones, habla bien, como lo hizo con Eva, pero es locura darle crédito. **V. 27.** ¡Cuántos esfuerzos hacen los hombres para hacer mal a los demás! Pero están cavándose la fosa, están rodando una piedra, haciendo un trabajo duro y se preparan mal para sí mismos. **V. 28.** Hay dos clases de mentiras igualmente detestables. Una mentira calumniadora, cuya maldad todos ven. Una mentira aduladora que destruye en secreto. El hombre sabio tendrá más temor del adulador que del calumniador.

CAPÍTULO XXVII

V. 1. No sabemos lo que un día puede traer. Esto no prohíbe que nos preparemos para mañana, sino que presumamos del mañana. No debemos demorar la gran obra de conversión, la única cosa necesaria. **V. 2.** Puede que haya ocasión de justificarnos, pero no de elogiarnos. **Vv. 3, 4.** Los que no dominan sus pasiones se hunden bajo la carga. **Vv. 5, 6.** Las reprensiones claras y fieles son mejores, no sólo que el odio secreto, sino que el amor que se congratula en el pecado para perjuicio del alma. **V. 7.** Los pobres saborean mejor sus delicias y suelen ser más agradecidos por ellos que el rico. En forma semejante el orgulloso y autosuficiente desdeña el evangelio; pero los que tienen hambre y sed de justicia, encuentran consuelo en el libro o sermón más malo que testifique de Cristo Jesús. **V. 8.** Todo hombre tiene su lugar apropiado en la sociedad donde puede estar a salvo y cómodo. **Vv. 9, 10.** No dependas de un pariente para ayuda por el solo hecho del parentesco; recurre a quienes están a mano y ayudarán en caso necesario. Pero hay un Amigo más unido que un hermano, pongamos toda la confianza en Él. **V. 11.** Un padre afectuoso insta a su hijo a la conducta prudente que alegra su corazón. La buena conducta de los cristianos es la mejor respuesta a todos los que encuentran faltas en el evangelio. **V. 12.** Si nos arrojamos donde hay tentación, habrá pecado y vendrá el castigo. **V. 13.** Un hombre honesto puede llegar a ser mendigo, pero no es honesto el que se hace

mendigo. **V. 14.** Necedad es ser hallado digno de elogio; es una tentación a enorgullecerse. **Vv. 15, 16.** Las contiendas de un prójimo pueden ser como una lluvia fuerte, que crea problemas por un tiempo; las rencillas de la esposa son como lluvia continua. **V. 17.** Se nos advierte que nos fijemos con quién conversamos. Se nos manda que tengamos en cuenta, al conversar, el hacernos mutuamente más sabios y mejores. **V. 18.** Aunque un llamado sea laborioso y despreciado, los que lo escuchan, hallarán que hay algo que obtener por él. Dios es un Amo que se ha comprometido a honrar a los que le sirvan fielmente. **V. 19.** Un corazón corrupto es como otro; así son los corazones santificados: el primero lleva la misma imagen del terrenal; el último, la misma imagen del celestial. Vigilemos cuidadosamente nuestros corazones comparándolos con la palabra de Dios. **V. 20.** Dos cosas se dicen aquí que nunca se satisfacen: la muerte y el pecado. Los apetitos de la mente carnal por el provecho o el placer siempre están deseando más. Aquellos cuyos ojos están vueltos al Señor, están satisfechos en Él y por siempre lo estarán. **V. 21.** La plata y el oro son probados metiéndolos en el horno y en el crisol; así es probado un hombre por el elogio. **V. 22.** Algunos son tan malos que hasta los métodos severos no logran su fin; ¿qué queda sino que sean rechazados? Solo el poder de crear de nuevo de la gracia de Dios es capaz de efectuar un cambio. **Vv. 23—27.** Debemos tener algo que hacer en este mundo, y no vivir en ociosidad, y no meternos en lo que no entendemos. Debemos ser diligentes y esforzanos mucho. Hagamos lo que podamos, pero aún así no se puede asegurar el mundo para nosotros, por tanto debemos optar por una porción más duradera; pero por la bendición de Dios para nuestro trabajo honesto, podemos esperar disfrutar de las bendiciones terrenales tanto como sea bueno para nosotros.

CAPÍTULO XXVIII

V. 1. El pecado acobarda a los hombres. Sean cuales sean las dificultades que el justo encuentre en el camino del deber, no le intimidn. **V. 2.** Los pecados nacionales perturban el reposo público. **V. 3.** Si las personas necesitadas tienen oportunidad para oprimir, su extorsión será más severa que la de los más ricos. **V. 4.** La gente mala de mala manera se fortalecen mutuamente. **V. 5.** Si un hombre busca al Señor es buena señal de que entiende mucho y es un buen medio para entender más. **V. 6.** El hombre pobre, piadoso y honesto es mejor que un rico impío y malo; puede dar más consuelo y es una bendición más grande para el mundo. **V. 7.** Los compañeros de los hombres revoltosos no sólo entristecen a sus padres; los avergüenzan. **V. 8.** Lo que es mal obtenido, aunque aumente mucho, no durará mucho. Así son recompensados los pobres y Dios es glorificado. **V. 9.** El pecador con cuyas oraciones Dios está airado, es uno que obstinadamente se niega a obedecer los mandamientos de Dios. **V. 10.** El éxito de los impíos es su propia miseria. **V. 11.** Los ricos son tan adulados que se creen superiores a los demás. **V. 12.** Hay gloria en la tierra cuando el justo tiene libertad. **V. 13.** Necedad es dar el gusto al pecado y excusarlo. El que oculta sus pecados no tendrá paz verdadera. El que confiesa humildemente sus pecados, con arrepentimiento y fe verdaderos, encontrará la misericordia de Dios. El Hijo de Dios es una gran expiación. Bajo una profunda convicción de culpa y de peligro, podemos pedir salvación de la misericordia que reina a través de la justicia para vida eterna por nuestro Señor Jesucristo. **V. 14.** Hay un temor que causa felicidad. La fe y el amor librarán del temor a la desgracia eterna, pero siempre debemos tener temor de ofender a Dios y temor de pecar contra Él. **V. 15.** A un gobernante malo, como lo llamemos, este versículo lo llama león rugiente y oso hambriento. **V. 16.** A los opresores les falta entendimiento: ellos no consideran su propia honra, tranquilidad y seguridad. **V. 17.** El asesino será acosado con terrores. Nadie deseará salvarlo del merecido castigo, ni lo compadecer. **V. 18.** La rectitud dará a los hombres una santa seguridad en los peores momentos, pero el falso y deshonesto nunca está seguro. **V. 19.** Los diligentes toman el camino para vivir cómodamente. **V. 20.** El camino verdadero para ser feliz es ser santo y honesto; no formar repentinamente un patrimonio sin considerar bien ni mal. **V. 21.** El juicio

es pervertido cuando se considera todo menos el derecho puro. **V. 22.** El que se apresura a ser rico nunca piensa seriamente con cuánta rapidez puede Dios quitarle su riqueza, y dejarlo en la pobreza. **V. 23.** La mayoría, cuando reflexiona, tendrá mejor opinión del que reprende fielmente que del adulador que apacigua. **V. 24.** Aquí está la maldad de quienes piensan que no es pecado robar a sus padres, coercionándolos, amenazándolos o despilfarrando lo que tienen, y endeudándose. **V. 25.** Siempre están cómodos quienes viven en continua dependencia de Dios y de su gracia, y viven por fe. **V. 26.** El necio confía en su propia fuerza, mérito y justicia. Confía en su propio corazón, que no sólo es engañoso por sobre todo, sino que lo ha engañado frecuentemente. **V. 27.** El hombre egoísta no sólo no buscará objetos de compasión, sino que no atenderá a los que piden su atención. **V. 28.** Cuando se pone poder en las manos del malo, los sabios declinan el oficio público. —Si el lector lee diligentemente este y los demás capítulos, en muchas partes donde primero pudo suponer que había poco de Cristo, hallará aun lo que lo guía a Él.

CAPÍTULO XXIX

V. 1. ¿Quién puede sanar si Dios hiere? La palabra de Dios advierte a todos que huyan de la ira venidera a la esperanza puesta ante nosotros en Jesucristo. **V. 2.** La gente tiene causa para regocijarse o lamentarse según sus gobernantes sean justos o impíos. **V. 3.** La sabiduría divina es lo que mejor nos resguarda de las lujurias destructoras. **V. 4.** El Señor Jesús es el Rey que ministrará el juicio verdadero a la gente. **V. 5.** Los aduladores ponen fuera de su guardia a los hombres, lo que los traiciona haciéndolos en mala conducta. **V. 6.** Las transgresiones siempre terminan en vejaciones. Los hombres justos andan en libertad y caminan en seguridad. **V. 7.** Este versículo es aplicable a la compasión por la angustia del pobre, y el desprecio sin sentimientos que muestra el impío. **V. 8.** El burlador se mofa de las cosas sagradas y serias. Los hombres que fomentan la religión, que es la sabiduría verdadera, alejan la ira de Dios. **V. 9.** Si un hombre sabio disputa el rencilloso y engreído, será tratado con ira o ridiculizado; y no hace ningún bien. **V. 10.** Cristo dijo a sus discípulos que iban a ser odiados por todos los hombres. El justo, a quien odian los sanguinarios, hace alegremente cualquier cosa por la salvación de ellos. **V. 11.** Necio es el que dice todo lo que sabe, y no puede retener el consejo. **V. 12.** El que ama a los aduladores y escucha a los calumniadores, hace que sus siervos se vuelvan mentirosos y falsos acusadores. **V. 13.** Algunos son pobres, otros tienen gran cantidad de riquezas engañadoras. Ellos se encuentran en los negocios de este mundo; el Señor da a ambos las comodiades de esta vida. Para algunos de ambas clases Él da su gracia. **V. 14.** El rico mirará a sí mismo, pero el príncipe debe defender al pobre y necesitado, y alegar a su favor. **V. 15.** Los padres deben tomar en cuenta el provecho de la debida corrección, y la maldad de la indulgencia indebida. **V. 16.** Que el justo no tenga su fe y esperanza abrumada por el aumento del pecado y de los pecadores, sino espere con paciencia. **V. 17.** No se debe tolerar que los hijos vivan sin reprensión cuando se portan mal. **V. 18.** ¡Cuán desnudo parece un lugar sin Biblias ni ministros! ¡Y qué fácil presa es para el enemigo de las almas! El evangelio que presenta a Cristo es una visión abierta que humilla al pecador y exalta al Salvador, fomentando la santidad de la vida y la conversación; estas son verdades preciosas que mantienen viva el alma e impiden que perezca. **V. 19.** Aquí hay un siervo malo, perezoso e inútil; uno que sirve, no por conciencia ni amor, sino por miedo. **V. 20.** Cuando el hombre es engreído, precipitado y dado a las rencillas, hay más esperanza para el ignorante y despilfarrador. **V. 21.** El buen trato a un siervo no significa indulgencia, que arruinaría hasta un niño. El cuerpo es siervo del alma; quienes le siguen la corriente y son muy tiernos con aquél, hallarán que se olvida de su lugar. **V. 22.** Una disposición iracunda y apasionada hace que los hombres se provoquen unos a otros y provoquen a Dios. **V. 23.** Sólo los que se humillan serán exaltados y establecidos. **V. 24.** El que recibe es tan malo como el ladrón. **V. 25.** Muchos se avergüenzan de reconocer ahora a Cristo; Él no los reconocerá en el día del juicio. Pero el que confía en el Señor

será salvado de la trampa. **V. 26.** El rumbo más sabio es mirar a Dios y buscar el favor del Rey de reyes porque toda criatura es para nosotros lo que Dios la hace ser. **V. 27.** El justo aborrece los pecados del impío y evita su compañía. Cristo expuso la maldad de los hombres, pero oró por los malos cuando lo crucificaron. El odio al pecado en nosotros mismos y el prójimo es una rama necesaria del temperamento cristiano, pero todo los réprobos tienen arraigado el odio por la piedad.

CAPÍTULO XXX

Vv. 1—6. Agur habla de él mismo como necesitado de justicia y habiendo hecho muy neciamente. Nos conviene a todos pensar mal de nosotros. Habla de él mismo como si le faltara revelación que le guíe en los caminos de la verdad y la sabiduría. La gente más iluminada es la que más se lamenta de su ignorancia; los que más oran por descubrimientos cada vez más claros de Dios y su rica gracia en Cristo Jesús. —En el versículo 4 hay una nota profética del que descendió del cielo para ser nuestro Instructor y Salvador y, luego, ascendió al cielo para ser nuestro Abogado. El Mesías es aquí mencionado como Persona distinta del Padre, pero aún secreto es su nombre. El gran Redentor, en las glorias de su providencia y gracia, no puede ser hallado a la perfección. Si no hubiera sido por Cristo, los fundamentos de la tierra se hubiesen hundido bajo la carga de la maldición de la tierra por el pecado del hombre. ¿Quién y qué es el Poderoso que hace todo esto? —No hay el menor fundamento para sospechar que algo falte en la palabra de Dios; agregar a sus palabras abre el camino al error y a la corrupción.

Vv. 7—9. Agur ora sabiamente por un estado medio para mantenerse a buena distancia de las tentaciones; pidió pan diario suficiente para su situación, su familia y su bien real. Hay una notable similitud entre esta oración y varias oraciones del Padre nuestro. Si somos apartado de la vanidad y las mentiras; si nos interesamos en el amor perdonador de Cristo y lo tenemos a Él como nuestra porción; si andamos con Dios, entonces tendremos todo lo que pidamos o pensemos de las cosas espirituales. Cuando consideramos cómo son dados a abusar la dádiva los que tienen abundancia, y lo que es padecer necesidad, la oración de Agur siempre será hallada sabia, aunque rara vez ofrecida. Pan necesario: lo es así para uno, puede no serlo para otro; pero podemos estar seguros de que nuestro Padre celestial suplirá toda nuestra necesidad, y no tolerará que nos falte nada bueno para nosotros; y ¿por qué debiéramos desear más?

V. 10. El siervo no calumnie a su amo, no lo acuse en cosas pequeñas por hacer el mal. **Vv. 11—14.** En toda época hay monstruos de ingratitud que tratan mal a sus padres. Muchos se convencen de que son personas santas, pero sus corazones están llenos de pecado y practican maldad secreta. Hay otros cuyo altivo orgullo es manifiesto. También ha habido monstruos crueles en toda época. **Vv. 15—17.** La crueldad y la codicia son dos hijas de la sanguijuela que grita: “dame, dame”, y están continuamente intranquilos consigo mismos. Cuatro cosas nunca se satisfacen, con las cuales se comparan estos devoradores. Nunca son ricos los que siempre codician. Muchos que han llegado a mal fin, han reconocido que sus malos rumbos empezaron despreciando la autoridad de sus padres. **Vv. 18—20.** Cuatro cosas no pueden ser conocidas plenamente. El reino de la naturaleza está lleno de maravillas. El cuarto es el misterio de la iniquidad; las artes malditas por las cuales el vil seductor gana los afectos de una mujer; y las artes que usa una mala mujer para ocultar su maldad. **Vv. 21—23.** Cuatro clases de personas son muy problemáticas. Los hombres de origen bajo y espíritu bajo, que se vuelven tiranos cuando obtienen autoridad. Los hombres necios y violentos que se dan el gusto en excesos. La mujer de espíritu contencioso y hábitos viciosos. El siervo que ha obtenido influencia indebida. Que aquellos a quienes la Providencia ha ascendido desde comienzos bajos, vigilen cuidadosamente contra ese pecado, que muy fácilmente los acosa. **Vv. 24—28.** Cuatro cosas

son pequeñas, pero dignas de admiración. Están los pobres en el mundo y poca cosa, pero sabios para sus almas y otro mundo. **Vv. 29—33.** Podemos aprender de los animales a andar bien; también a controlar nuestro temperamento en todas las provocaciones. Debemos impedir que el mal pensamiento de nuestra mente irrumpa en forma de mal hablar. No debemos incitar las pasiones de los demás. Que nada se diga o haga con violencia sino todo con suavidad y calma. ¡Sí! ¡cuán a menudo hemos actuado neciamente al levantarnos contra el Señor nuestro Rey! Humillémonos ante Él. Habiendo hallado la paz con Él, sigamos la paz con todos los hombres.

CAPÍTULO XXXI

Versículos 1—9. *Exhortación al rey Lemuel para que se cuide del pecado y de cumplir los deberes.* 10—31. *La descripción de la mujer virtuosa.*

Vv. 1—9. Cuando los hijos están bajo el ojo de la madre, ella tiene la oportunidad de moldear rectamente sus mentes. Los adultos debieran recordar con frecuencia la buena enseñanza que recibieron cuando eran niños. Los muchos casos espantosos de caracteres promisorios que fueron destruidos por mujeres viles, y el amor al vino, debieran ser una advertencia a todos para que eviten estos males. —El vino debe usarse por necesidad o como remedio. Todo lo creado por Dios es bueno y el vino tiene su uso, a pesar de que se abusa de él. Por la misma regla, la debida alabanza y consuelo deben usarse como cordiales para el deprimido y el tentado, no administrarse al confiado y autosuficiente. Todos los que están en autoridad deben ser más cuidadosamente sobrios que los demás hombres; y deben ser los protectores de quienes son incapaces o temerosos de defender su propia causa. Nuestro bendito Señor no declinó las heces más amargas de la copa de aflicción puesta en sus manos; pero Él puso la copa del consuelo en las manos de su pueblo, e hizo que se regocijen quienes están en la más profunda angustia.

Vv. 10—31. Esta es la descripción de la mujer virtuosa de aquellos días, pero las ideas generales igualmente sirven para toda época y nación. Es muy cuidadosa al recomendarse al afecto y la estima de su marido, para conocer sus ideas, y está dispuesta a que él mande sobre ella. —1. Se puede confiar en ella y él permite que su esposa administre por él. Está feliz con ella. Su actividad constante es hacerle el bien. —2. Ella se esfuerza mucho en sus deberes y se complace en ellos. Tiene cuidado de llenar su tiempo para que nada se pierda. Se levanta temprano. Se dedica a la actividad propia de ella, a cosas de mujeres. Hace lo que hace con toda su fuerza sin actuar frívolamente. —3. Hace que lo que hace resulte para bien por la administración prudente. Muchos se deshacen comprando, sin considerar si se lo pueden permitir. Provee bien para su casa. Ahorra para después. —4. Mira bien las cosas de su casa para obligar a todos a cumplir con su deber para con Dios y los unos con los otros, al igual que ella. —5. Está atenta a dar y a recibir, y lo hace generosa y alegremente. —6. Es discreta y leal; toda palabra que dice demuestra que ella se rige por las leyes de la sabiduría. Ella no sólo toma medida prudentes para ella misma, sino que da consejos prudentes a los demás. La ley del amor y la bondad está escrita en su corazón y se demuestra por la lengua. Su corazón está lleno del otro mundo, aun cuando sus manos estén sumamente ocupadas en este mundo. —7. Por sobre todo ella teme al Señor. La belleza no se recomienda a Dios, ni es prueba de sabiduría y bondad, pero ha engañado a más de un hombre que eligió a su esposa por su belleza. Pero el temor de Dios que reina en el corazón es la belleza del alma; dura para siempre. —8. Ella es firme para soportar iras y desengaños. Reflexiona con consuelo, cuando llega a vieja, que no estuvo ociosa ni fue inutil cuando era joven. Se regocija en el mundo venidero. Es una gran bendición para sus relaciones. Si el fruto es bueno, el árbol debe tener nuestra buena palabra. Pero ella deja que sus propias obras la alaben. Cada uno debiera desear este honor que viene de Dios; y, conforme a esta

norma todos debemos regular nuestros juicios. Esta descripción debieran estudiar a diario todas las mujeres que desean ser verdaderamente amadas y respetadas, útiles y honorables. Este pasaje debe aplicarse a personas, pero, ¿no podría también aplicarse a la iglesia de Dios que se describe como una esposa virtuosa? Dios, por su gracia, ha formado una iglesia de creyentes verdaderos de entre los hombres pecadores, para que posea todas las excelencias aquí descritas.

ECLESIASTÉS

El nombre de este libro significa "El Predicador". La sabiduría de Dios nos es predicada aquí, por medio de Salomón, que es evidentemente el autor. Al terminar su vida, convencido de su pecado y necedad, él narra aquí, en el libro de su arrepentimiento, su experiencia para provecho del prójimo; y declara que todo bien terrenal es "vanidad y aflicción de espíritu". Nos convence de la vanidad del mundo, y que no puede hacernos felices; de la vileza del pecado, y de su tendencia certera a hacernos desgraciados. Nos muestra que ningún bien creado puede satisfacer al alma, y que la felicidad ha de hallarse en Dios solo; y esta doctrina debe guiar al corazón hacia Cristo Jesús, bajo la enseñanza del bendito Espíritu.

CAPÍTULO I

Versículos 1—3. *Salomón muestra que todas las cosas humanas son vanidad.* 4—8. *El esfuerzo del hombre y la falta de satisfacción.* 9—11. *Nada nuevo hay.* 12—18. *La aflicción en procura de conocimiento.*

Vv. 1—3. *Hay mucho que aprender comparando una parte de la Escritura con otra. Aquí tenemos que contemplar a Salomón que regresa de las cisternas rotas y vacías del mundo a la Fuente del agua viva; registrando su propia necedad y vergüenza, la amargura de su desengaño, y las lecciones que aprendió. Quienes han recibido la advertencia de volverse y vivir, deben advertir a los demás de no seguir adelante y morir. —Él no dice simplemente que todas las cosas son vanas, sino que son vanidad. VANIDAD DE VANIDADES, TODO ES VANIDAD. Este el texto del sermón del predicador, al cual nunca pierde de vista en este libro. Si este mundo, en su estado presente, lo fuera todo, no sería digno de vivir por él; y la riqueza y placer de este mundo, si tuviésemos mucha, no son suficientes para hacernos felices. ¿De qué le aprovecha al hombre todo su esfuerzo? Todo lo que consigue no satisfará las necesidades del alma, ni satisfará sus deseos; no expiará los pecados del alma, ni impedirá su pérdida ¿de qué provecho será la riqueza del mundo para el alma en la muerte, el juicio o en el estado eterno?*

Vv. 4—8. *Todas las cosas cambian y nunca cesan. El hombre, después de todo su trabajo, no está más cerca de hallar reposo que el sol, el viento o la corriente del río. Su alma no encontrará*

reposo si no lo tiene de Dios. Los sentidos se cansan pronto, pero aún anhelan lo que no está probado.

Vv. 9—11. *Los corazones de los hombres y sus corrupciones son las mismas ahora que en épocas anteriores; sus deseos y búsquedas, y quejas, aún las mismas. Esto debe apartarnos de tener expectativa de felicidad en la criatura, y vivificarnos para buscar las bendiciones eternas.— ¡Cuántas cosas y personas de la época de Salomón fueron consideradas como muy grandes, pero ahora no hay recuerdo de ellas!*

Vv. 12—18. *Salomón probó todas las cosas y las encontró vanidad. Halló que su búsqueda de conocimiento era agotamiento, no sólo para la carne sino para la mente. Mientras más vio de las obras que se hacen bajo el sol, más vio la vanidad de estas; y la visión a menudo afligió su espíritu. No podía ganar satisfacción para sí mismo ni hacer ese bien a los demás, cosa que él esperaba. Aun la búsqueda de conocimiento y sabiduría dejó al descubierto la maldad y miseria del hombre; de modo que mientras más sabía, más razón veía para lamentarse y hacer duelo. Aprendamos a odiar y temer el pecado, causa de toda esta vanidad y miseria; a valorar a Cristo; a buscar reposo en el conocimiento, el amor y el servicio del Salvador.*

CAPÍTULO II

Versículos 1—11. *La vanidad y aflicción de la alegría, el placer sensual, las riquezas y la pompa.* 12—17. *La sabiduría humana es insuficiente.* 18—26. *Este mundo debe usarse conforme a la voluntad de Dios.*

Vv. 1—11. Salomón pronto encontró que la alegría y el placer son vanidad. ¿Qué hace la alegría ruidosa y brillante, pero transitoria, para hacer feliz al hombre? Los múltiples inventos del corazón del hombre para obtener satisfacción en el mundo, y su cambio de una cosa a otra, son como la inquietud del hombre con fiebre. Al darse cuenta que era necedad darse al vino, en seguida prueba las costosas diversiones de los príncipes. Los pobres, cuando leen tal descripción, están prontos a sentirse descontentos. Pero el remedio contra todos esos sentimientos está en la estimación de todo por parte del autor que reconoce su resultado. Toda era vanidad y aflicción de espíritu: y las mismas cosas rendirían el mismo resultado para nosotros, que para Salomón. Teniendo comida y ropa, estemos contentos con eso.—Su sabiduría permaneció con él; un firme entendimiento con un gran conocimiento humano. Pero todo placer terrenal, cuando está desconectado con las mejores bendiciones, deja la mente tan ansiosa e insatisfecha como antes. La felicidad no surge de la situación en que somos puestos. Sólo a través de Jesucristo se puede obtener la dicha final.

Vv. 12—17. Salomón halla que el conocimiento y la prudencia son preferibles a la ignorancia y necedad, aunque la sabiduría y el conocimiento humano no harán feliz al hombre. Los hombres más doctos que mueran ajenos a Cristo Jesús, perecerán igualmente con el más ignorante; ¿y qué bien puede recomendarse en la tierra para el cuerpo en la tumba o el alma en el infierno? Y los espíritus de los hombres justos hechos perfectos no pueden quererlos. Así que si esto fuese todo, podríamos ser guiados a odiar nuestra vida, porque todo es vanidad y aflicción de espíritu.

Vv. 18—26. Nuestros corazones son muy reacios a abandonar sus expectativas de grandes cosas de parte de la criatura, pero Salomón llegó a esto finalmente. El mundo es un valle de lágrimas aun para los que tienen mucho. Véase cuán necios son los que se hacen esclavos del mundo, que no puede permitir al hombre nada mejor que sustento para el cuerpo. Lo máximo que se puede obtener

en este aspecto es permitirse un uso sobrio y grato conforme a su rango y condición. Pero debemos disfrutar lo bueno *en* nuestro trabajo; debemos usar las cosas que nos hagan diligentes y alegres en los negocios mundanos. Esto es dádiva de Dios. —Las riquezas son bendición o maldición para el hombre conforme tenga o no un corazón para hacer buen uso de ellas. A los que son aceptados del Señor, les da gozo y satisfacción en su conocimiento y su amor, pero al pecador le asigna esfuerzo, tristezas, vanidad y aflicción al procurar la porción del mundo que, no obstante, después va a parar a mejores manos. Que el pecador considere seriamente su final definitivo. Procurar una porción perdurable en el amor de Cristo y las bendiciones que concede, es el camino único al goce verdadero y satisfactorio aun de este mundo presente.

CAPÍTULO III

Versículos 1—10. *El cambio en los asuntos humanos.* 11—15. *Los inmutables consejos divinos.* 16—22. *La vanidad del poder mundano.*

Vv. 1—10. Tener la expectativa de felicidad invariable en un mundo cambiante debe terminar en el desengaño. Conducirnos a nuestro estado en la vida es nuestro deber y sabiduría en este mundo. El plan total de Dios para el gobierno del mundo es completamente sabio, justo y bueno. Entonces, aprovechemos la oportunidad favorable para todo buen propósito y toda buena obra. El tiempo de morir se acerca veloz. Así, pues, el esfuerzo y la tristeza llenan el mundo. Esto nos es dado: que siempre tengamos algo que hacer; nadie es enviado al mundo para estar de ocioso.

Vv. 11—15. Toda cosa es como Dios la hizo; no como nos parece. Tanto tenemos al mundo en nuestro corazón, tan presos estamos con pensamientos y preocupaciones de cosas mundanas que no tenemos tiempo ni espíritu para ver la mano de Dios en ellas. El mundo no sólo ha logrado la posesión del corazón; ha formado pensamientos contra la belleza de las obras de Dios. —Nos equivocamos si pensamos que nacimos para nosotros mismos; no, nuestro negocio es hacer el bien en esta vida que es corta e incierta; tenemos poco tiempo para hacer el bien, por tanto debemos redimir el tiempo. —La satisfacción con la providencia divina es tener fe en que todas las cosas ayudan a bien a los que a Dios aman. Dios hace todo para que los hombres teman ante Él. El mundo fue y será como es. No nos ocurre cambio, ni tentación alguna nos ha sobrevenido que no sea humana, común a los hombres.

Vv. 16—22. Sin el temor al Señor el hombre no es sino vanidad; déjalo de lado y los jueces no usarán bien su poder. Hay otro Juez que está a la puerta. Con Dios hay tiempo para el arreglo de las aflicciones aunque todavía no lo veamos. Salomón parece expresar su deseo de que los hombres se den cuenta que al elegir este mundo como su porción, se ponen a un nivel con las bestias, sin ser libres, como ellas, de las aflicciones presentes y de la cuenta futura. Ambos retornan al polvo del cual fueron tomados. ¡Qué poca razón tenemos de enorgullecernos de nuestro cuerpo o de los logros corporales! Pero como nadie puede comprender perfectamente, pocos son los que consideran de manera apropiada la diferencia entre el alma racional del hombre y el espíritu o vida de la bestia. El espíritu del hombre asciende para ser juzgado y, luego, es puesto en un estado inmutable de felicidad o miseria. Es tan cierto como que el espíritu de la bestia desciende a la tierra; perece en la muerte. Es por cierto lamentable el caso de los que tienen como sus esperanzas y deseos más altos, morir como las bestias. Que nuestra pregunta sea: ¿cómo puede una eternidad de existencia ser para nosotros una eternidad de placer? Responder esto es el gran designio de la revelación. Jesús es revelado como el Hijo de Dios y esperanza de los pecadores.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—3. *Desgracias de la opresión.* 4—6. *Problemas de la envidia.* 7, 8. *La necedad de la codicia.* 9—12. *Las ventajas de la ayuda mutua.* 13—16. *Los cambios de la realeza.*

Versículos 1—3. Apena a Salomón ver que la fuerza prevalece contra el derecho. Donde quiera nos volvamos vemos pruebas tristes de la maldad y miseria de la humanidad que trata de crear problemas para sí mismos y unos a otros. —Siendo así duramente tratados, los hombres se tientan a odiar y despreciar la vida. Pero el hombre bueno, aunque en mala condición mientras está en este mundo, no puede tener causa para desear no haber nacido nunca, puesto que él está glorificando al Señor, aun en el fuego de las tribulaciones, y al final será feliz, por siempre feliz. Los impíos tienen mucha razón para desear la continuación de la vida con todas sus aflicciones, porque los espera un estado mucho más desgraciado si mueren en sus pecados. —Si las cosas humanas y mundanas fueran nuestro sumo bien, no existir sería preferible a la vida, considerando las diversas opresiones que hay aquí abajo.

Vv. 4—6. Salomón toma nota de la fuente de problemas peculiares a los bienhechores e incluye a todos los que trabajan con diligencia y cuyos esfuerzos son coronados con éxito. A menudo llegan a ser grandes y prósperos, pero esto despierta envidia y oposición. Otros, viendo las aflicciones de una vida activa, esperan neciamente más satisfacción de la pereza y del ocio. Pero el ocio es pecado que, en sí mismo, es su castigo. —Por medio de una actividad honesta tomemos un puñado, para que no nos falte lo necesario, pero no tomemos a manos llenas, porque eso sólo crearía aflicción de espíritu. Los dolores y las ganancias moderadas son lo mejor.

Vv. 7, 8. Mientras más tienen los hombres, suelen desear más, y en esto ponen tanto esfuerzo que no disfrutan lo que ya tienen. El egoísmo es la causa de este mal. El hombre egoísta no se interesa en nadie; no hay de quien cuidar, sino de sí mismo, pero escasamente se permite el reposo necesario para sí y para la gente que emplea. Nunca piensa que tiene suficiente. Tiene suficiente para sus compromisos, para su familia, pero no tiene suficiente según su criterio. Muchos están tan metidos en el mundo que, por ir en pos de éste, se privan a sí mismos, no sólo del favor de Dios y de la vida eterna, sino de los placeres de esta vida. Los parientes lejanos o los extraños que heredan la riqueza de un hombre así, nunca le agradecen. La codicia adquiere fuerzas con el tiempo y la costumbre; los hombres que hacen equilibrios al borde de la tumba, se ponen más ambiciosos y avaros. ¡Sí, cuán a menudo vemos hombres que profesan ser seguidores de Aquel que, “aunque era rico por nosotros se hizo pobre”, y juntan ansiosamente dinero y lo guardan muy bien, disculpándose con las excusas comunes que hablan de la necesidad de cuidarse, y del peligro de la extravagancia!

Vv. 9—12. Seguro que tiene más satisfacción en la vida el que trabaja duro para mantener a los que ama, que el avaro en su trabajo. —En todas las cosas la unión tiende al éxito y a la seguridad, pero por sobretodo, la unión de los cristianos. Ellos se asisten unos a otros exhortándose o reprendiéndose amistosamente. Dan calor a los corazones uno al otro, mientras juntos hablan del amor de Cristo, o se unen para cantar sus alabanzas. Entonces, mejoremos nuestras oportunidades de comunión cristiana. En estas cosas *no* todo es vanidad aunque habrá algo de eso en la medida que estemos bajo el sol. Donde haya dos estrechamente unidos en santo amor y comunión, Cristo vendrá a ellos por su Espíritu; entonces, hay un cordón triple.

Vv. 13—16. La gente nunca está cómoda y satisfecha por largo tiempo; son aficionados al cambio. Esto no es novedad. Los príncipes se ven tratados a la ligera por aquellos a quienes habían pensado obligar haciéndoles favores; esto es vanidad y aflicción de espíritu. Pero los siervos

dispuestos del Señor Jesús, nuestro Rey, se regocijan solo en Él, y le amarán más y más por toda la eternidad.

CAPÍTULO V

Versículos 1—3. *Lo que hace vana la devoción.* 4—8. *De los votos y la opresión.* 9—17. *Demostración de la vanidad de las riquezas.* 18—20. *El uso correcto de las riquezas.*

Vv. 1—3. Ve al culto de Dios y dedica tiempo a fin de prepararte para Él. Evita que tus pensamientos divaguen y deambulen; guarda tus afectos para que no corran hacia objetos indebidos. Debemos evitar las repeticiones vanas; aquí no se condenan las oraciones copiosas, sino las que no tienen sentido. ¡Cuán a menudo nuestros pensamientos errabundos prestan atención a las ordenanzas divinas apenas mejor que el sacrificio de los necios! Las muchas palabras, y las presurosas, usadas en la oración, demuestran la necedad del corazón, los bajos pensamientos sobre Dios y los pensamientos desconsiderados de nuestras propias almas.

Vv. 4—8. Cuando una persona hace voto apresuradamente, permite que su boca haga pecar su carne. El caso supone a un hombre que va donde el sacerdote pretendiendo que su voto fue hecho precipitadamente, y que sería malo cumplirlo. Tal burla de Dios acarrea el descontento divino, que podría maldecir lo que indebidamente no se cumplió. —Tenemos que suprimir el miedo al hombre. Pon a Dios delante de ti; entonces, si ves la opresión del pobre, no hallarás falta en la providencia divina ni pensarás lo peor de la institución del magistrado, cuando veas el final de lo que asi fue pervertido; ni de la religión cuando veas que no resguarda a los hombres de sufrir el mal; pero aunque los opresores pudieran estar seguros, Dios reconocerá todo.

Vv. 9—17. La bondad de la providencia es distribuida más igualitariamente de lo que parece al observador descuidado. Al rey le faltan las cosas corrientes de la vida y el pobre las comparte; éste se deleitan con su bocado más que aquel en sus lujos. Hay deseos corporales que la misma plata no satisfará, mucho menos la abundancia mundana satisfará deseos espirituales. Mientras más tienen los hombres, mejor es la casa que deben mantener, más sirvientes deben emplear, más invitados deben agasajar, y más gente dependerá de ellos. —El sueño del trabajador es dulce, no sólo porque está cansado, sino porque tiene pocas preocupaciones que interrumpan su sueño. El sueño del cristiano diligente, y su sueño largo, son dulces; habiéndose entregado él mismo y su tiempo al servicio de Dios, puede reposar alegremente en Dios como su Reposo. Pero los que tienen todo lo demás, a menudo no logran asegurar una buena noche de sueño; su abundancia interrumpe su reposo. Las riquezas hieren y alejan el corazón de Dios y del deber. Los hombres se hieren con sus riquezas, no sólo gratificando sus lujurias sino oprimiendo al prójimo, y tratándolo duramente. Verán que han trabajado para el viento cuando, al morir, hallen que el provecho de sus trabajos se fue como el viento, sin saber adónde. ¡Cuán mal soporta el mundano codicioso las calamidades de la vida humana! Él no se apena para arrepentirse, sino se enoja con la providencia de Dios, se enoja por todo acerca de él; esto dobla su aflicción.

Vv. 18—20. La vida es don de Dios. No debemos ver nuestra ocupación como trabajo de esclavo, sino complacernos en la vocación en que Dios nos pone. Un espíritu alegre es una gran bendición; facilita el empleo y aligera las aflicciones. Habiendo hecho el uso apropiado de las riquezas, el hombre recordará los días de su vida pasada con placer. La manera en que Salomón se refiere a Dios como el Dador de la vida y de sus deleites, demuestra que ellos deben aceptarse y usarse de manera coherente con su voluntad y para su gloria. —Que este pasaje recomiende a todos

las palabras amables del Redentor misericordioso: “trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece”. Cristo es el Pan de vida, el único alimento del alma. Todos están invitados a participar de esta provisión celestial.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—6. *La vanidad de las riquezas.—También de la vida larga y las familias florecientes.* 7—12. *El poco provecho que uno tiene en las cosas externas.*

Vv. 1—6. El hombre suele tener todo lo que necesita para el goce externo, pero el Señor lo deja librado a la codicia o a malas disposiciones para que no use bien ni cómodamente lo que tiene. Por uno y otro medio sus posesiones van a los extraños; esto es vanidad y mal doloroso. —Una familia numerosa era cuestión de entrañable deseo y de mucha honra para los hebreos; una vida larga es el deseo de la humanidad en general. Aun con estos agregados, el hombre puede no ser capaz de disfrutar sus riquezas, familia, y vida. Tal hombre, en su paso por la vida, parece haber nacido para ningún fin ni utilidad. El que ha entrado a la vida sólo por un momento, para dejarla en el siguiente, tiene una suerte preferible al que ha vivido mucho, pero sólo para sufrir.

Vv. 7—12. Un poco de voluntad sirve para sostenernos cómodamente y mucha no puede hacer más. Los deseos del alma nada satisfactorio encuentran en la riqueza del mundo. El hombre pobre tiene consuelo como el más rico, y no está en desventaja real. —No podemos decir: Mejor es la visión de los ojos que el reposo del alma en Dios; porque mejor es vivir por fe en las cosas venideras que vivir por los sentidos que habitan sólo en las cosas presentes. Nuestra suerte está echada. Tenemos lo que place a Dios y que eso nos plazca. Las mayores posesiones y honores no pueden ponernos por encima de los sucesos corrientes de la vida humana. Viendo que las cosas que persiguen los hombres en la tierra, aumentan las vanidades, ¿es mejor el hombre por sus cosas terrenales? —Nuestra vida en la tierra debe ser contada por días. Es pasajera e incierta y con poco a qué aficionarse o en qué depender. Volvamos a Dios, confiemos en su misericordia por medio de Jesucristo y sometámonos a su voluntad. Entonces pronto nos deslizaremos a través de este mundo de aflicción, y nos hallaremos en ese lugar feliz donde hay plenitud de gozo y deleites para siempre.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—6. *El beneficio del buen nombre; de la muerte sobre la vida; de la pena sobre la alegría vana.* 7—10. *Tocante a la opresión, la ira y el descontento.* 11—22. *Ventajas de la sabiduría.* 23—29. *Experiencia de la maldad del pecado.*

Vv. 1—6. La reputación de piedad y honestidad es más deseable que toda la riqueza y el placer de este mundo. Es mejor ir a un funeral que a una fiesta. Podemos ir a ambas, según haya ocasión; nuestro Salvador festejó en la boda de su amigo de Canaán y lloró en la tumba de su amigo de Betania. Sin embargo, considerando cuán dados somos a ser vanos y dar el gusto a la carne, mejor es ir a la casa del luto para aprender el fin del hombre en este mundo. —La seriedad es mejor que la alegría y el júbilo. Es mejor para nosotros lo que es mejor para nuestra alma aunque sea desagradable para los sentidos. Mejor es mortificar nuestra corrupción por la reprensión del sabio

que gratificarla con el canto de los necios. La risa del necio se va pronto, el fin de su alegría es la pesadumbre.

Vv. 7—10. Los eventos de nuestras pruebas y dificultades suelen ser mejores que lo que pensamos primero. Ciertamente es mejor ser paciente de espíritu que orgulloso y apresurado. No te enojes rápido ni te apresures a sentirte afrentado. No te enojes por mucho tiempo; aunque la ira pueda estar en el seno del sabio, pasa por ahí como hombre en viaje; se queda sólo en el seno de los necios. —Necedad es lamentar la maldad de nuestro tiempo, cuando tenemos más razón para llorar por la maldad de nuestro corazón; y aun en estos tiempos disfrutamos de muchas misericordias. Necedad es llorar por la bondad de tiempos pasados, como si en los tiempos pasados hubieran las mismas cosas que lamentar que tenemos nosotros; esto surge del descontento y de la disposición a contender con el mismo Dios.

Vv. 11—22. La sabiduría es tan buena como una herencia, sí, mejor. Protege de las tormentas y del calor quemante de la tribulación. La riqueza no alarga la vida natural, pero la sabiduría verdadera da vida espiritual y fortalece a los hombres para servir sujetos a sus sufrimientos. —Miremos la disposición de nuestro estado como obra de Dios, y al final, todo resultará haber sido para mejor. En obras de justicia no te dejes llevar por los calores o pasiones, no, no por el celo por Dios. No te engañes sobre tus habilidades ni critiques todo, ni te ocupes con los asuntos de otros hombres. —Muchos que no serán tocados por el temor a Dios, y el terror al infierno, evitarán pecados que arruinen su salud y patrimonio, y los expongan a la justicia pública. Pero los que temen verdaderamente a Dios, tienen un sólo fin al servir, por tanto, actúan con firmeza. —Si decimos que no pecamos nos engañamos. Todo creyente verdadero está listo para decir: Dios ten misericordia de mí pecador. Al mismo tiempo, no olvides que la justicia personal, el andar en la nueva vida, es la única prueba real de interés por la fe en la justicia del Redentor. —La sabiduría nos enseña a no ser rápidos para resentirnos por las afrentas. No desees saber qué dice la gente; si hablan bien de ti, se alimentará tu orgullo; si hablan mal, incitará tu pasión. Preocúpate de ser aprobado ante Dios y tu propia conciencia, y entonces, no oigas lo que dicen de ti los hombres; es más fácil pasar por veinte afrentas que vengar una. Cuando se nos hace daño, examinemos si no hemos hecho mal a otros.

Vv. 23—29. Salomón, en su indagatoria en la naturaleza y razón de las cosas, había sido miserablemente engañado. Pero aquí habla con santo pesar. El que solo apunta constantemente a complacer a Dios, puede tener la expectativa de escapar; el pecador indiferente caerá, probablemente para no levantarse más. —Ahora él descubre más que nunca el mal del gran pecado del cual había sido culpable: amar a mujeres extrañas, 1 Reyes xi, 1. No había hallado una mujer cabalmente recta y piadosa. ¿Cómo podía encontrarla entre las que había coleccionado? Si alguna de ellas hubiera estado bien dispuesta, la situación de ellas tendería a volverlas a todas casi del mismo carácter. Aquí él advierte a los demás contra los pecados en que él fue traicionado. Más de un varón piadoso puede reconocer, agradecido, que ha hallado una mujer prudente y virtuosa en la esposa de sus entrañas, pero los que han seguido la senda de Salomón, no pueden esperar hallar una. —Atribuye todas las corrientes de la transgresión presente a la fuente. Claro es que el hombre es corrompido y rebelde, y no como fue hecho. Lamentable es que el hombre, a quien Dios hizo recto, haya hallado tantos caminos para volverse malo y desgraciado. Bendigamos a Dios por Jesucristo y busquemos su gracia para ser contados con su pueblo elegido.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—5. *Recomendaciones de la sabiduría.* 6—8. *Prepararse para los males súbitos y la muerte repentina.* 9—13. *Al justo le irá bien y mal al malo.*

Vv. 1—5. Ninguno de los ricos, poderosos, honorables o cumplidos hijos de los hombres son tan excelentes, útiles o felices como el hombre sabio. ¿Quién más puede interpretar las palabras de Dios o enseñar bien sus verdades y dispensaciones? —¡Qué locura debe ser para criaturas débiles y dependientes rebelarse contra el Todopoderoso! ¡Cuántos se forman juicios equivocados y se acarrean desgracias a sí mismos en esta vida y en la venidera!

Vv. 6—8. En su sabiduría Dios nos ha resguardado del conocimiento de los hechos futuros para que siempre estemos preparados para los cambios. Todos debemos morir, la fuga, ni escondernos nos puede salvar, ni hay armas para resistir eficazmente. Noventa mil mueren por día, más de sesenta por minuto, y uno cada segundo. ¡Qué pensamiento tan solemne! ¡Oh, que los hombres fueran sabios, que entendieran estas cosas, que consideraran su final definitivo! Solo el creyente está preparado para comparecer a la solemne convocatoria. La maldad, por la cual los hombres suelen escapar de la justicia humana, no puede salvar de la muerte.

Vv. 9—13. Salomón observa que muchas veces un hombre manda sobre otro para su propio daño, y que la prosperidad los endurece en su maldad. Los pecadores se engañan por esto. La venganza llega lentamente, pero llega con toda seguridad. Los días de un hombre bueno pueden tener algo de sustancia; él vive con un buen propósito; los días del hombre malo son todos como sombra, vacíos y sin valor. Oremos para ver las cosas eternas como cercanas, reales y de importancia absoluta.

Vv. 14—17. Solo la fe puede estabilizar el corazón en este escenario confuso, donde el justo sufre a menudo y prospera el malo. Salomón recomienda el gozo y la santa seguridad mental, que surgen de la confianza en Dios, porque el hombre no tiene cosa mejor *bajo el* sol que usar sobria y agradecidamente las cosas de esta vida conforme a su rango, aunque el bueno tiene cosas muchos mejores *más allá* del sol. —Él no quisiera que nosotros tratáramos de dar una explicación de lo que Dios hace. Pero dejando que el Señor aclare todas las dificultades a su propio tiempo, podemos alegremente disfrutar de consuelo y tolerar las pruebas de la vida; mientras permanezcan en nostros la paz de conciencia y el gozo en el Espíritu Santo, a través de todos los cambios externos, y cuando la carne y el corazón fallen.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—3. *A los hombres buenos y a los malos les va igual en este mundo.* 4—10. *Todo hombre debe morir.—Su porción en esta vida.* 11, 12. *Las desilusiones corrientes.* 13—18. *Los beneficios de la sabiduría.*

Vv. 1—3. No tenemos que pensar que nuestra búsqueda en la palabra o las obras de Dios sea inútil porque no podamos explicar todas las dificultades. Podemos aprender muchas cosas buenas para nosotros mismos y útiles para los demás. Pero el hombre no puede decidir siempre quién es objeto del amor especial de Dios o quién está sometido a su ira; ciertamente Dios hará una diferencia entre lo precioso y lo vil, en el otro mundo. La diferencia en cuanto a la felicidad presente surge de los apoyos y consuelos interiores que disfruta el justo, y el beneficio que deriva de las diversas pruebas y misericordias. En cuanto a los hijos de los hombres concierne, son dejados a sí mismos, sus corazones llenos de mal, y la prosperidad en pecado les hace desafiar a Dios, atreviéndose a hacer el

mal. Aunque a este lado de la muerte a menudo parece que al justo y al malo les va igual, al otro lado habrá una diferencia inmensa entre ellos.

Vv. 4—10. El patrimonio del hombre vivo más despreciable es preferible al del más noble que muere impenitente. Salomón exhorta al sabio y piadoso a confiar alegremente en Dios cualquiera sea su condición en la vida. El bocado más vil, viniendo del amor de su Padre, como respuesta a la oración, tendrá un deleite peculiar. No que establezcamos nuestros corazones en los deleites sensuales, sino que podamos usar con sabiduría lo que Dios nos ha dado. El gozo aquí descrito es la alegría del corazón que brota del sentido del favor divino. —Este es el mundo del servicio; el venidero es el mundo de la recompensa. Todos en sus posiciones pueden hallar alguna obra que hacer. Y por sobre todo, los pecadores tienen que cuidar de la salvación de su alma, los creyentes tienen que probar su fe, adornar el evangelio, glorificar a Dios y servir a su generación.

Vv. 11, 12. El éxito de los hombres rara vez iguala a sus expectativas. Debemos usar los medios, pero no confiar en ellos: si triunfamos debemos alabar a Dios; si fracasamos, debemos someternos a su voluntad. Los que postergan la gran preocupación por sus almas, son atrapados en la red de Satanás, en la cual él pone como carnada algún objeto mundano, por el cual ellos rechazan o descuidan el evangelio y siguen pecando hasta que, súbitamente, caen en la destrucción.

Vv. 13—18. Por su sabiduría el hombre puede hacer que ocurra lo que nunca haría por su fuerza. Si Dios es por nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros, o resistir ante nosotros? Salomón observa el poder de la sabiduría, aunque pueda esforzarse mucho bajo las desventajas externas. ¡Cuán persuasivas son las palabras rectas! Pero los hombres sabios y buenos a menudo deben contentarse con la satisfacción de haber hecho algo bueno o, al menos, haberse propuesto hacerlo, cuando no pueden hacer el bien que quisieran, ni tener la alabanza que debieran. —¿Cuántos de los buenos dones, tanto de la naturaleza como de la providencia, destruye y despilfarra un pecador? El que destruye su alma, destruye mucho bien. Un pecador puede llevar a muchos a sus caminos destructores. Véase quiénes son los amigos y los enemigos de un reino o una familia, un santo hace mucho bien, y un pecador destruye mucho bien.

CAPÍTULO X

Versículos 1—3. *Preservar el carácter para la sabiduría.* 4—10. *Respecto de súbditos y reyes.* 11—15. *Del hablar necio.* 16—20. *Deberes de reyes y súbditos.*

Vv. 1—3. Los que profesan la religión deben, especialmente, guardarse de toda apariencia de mal. El sabio tiene una gran ventaja sobre el necio, que siempre pierde cuando tiene algo que hacer. El pecado es el reproche de los pecadores, donde quiera que vayan, y muestra la necedad de ellos.

Vv. 4—10. Salomón parece advertir a los hombres que no procuren reaccionar de modo apresurado ni ceder al orgullo y la venganza. No dejes, por una pasión, tu puesto del deber; espera un poco y verás que ceder apacigua grandes ofensas. —Los hombres no son preferidos conforme a su mérito. Los que más a menudo salen adelante para ofrecer ayuda, son los que menos conscientes están de las dificultades o de las consecuencias. —El mismo comentario se aplica a la iglesia o cuerpo de Cristo, en que todos los miembros deben tener el mismo interés unos por otros.

Vv. 11—15. Hay una costumbre en el Oriente que es encantar serpientes con música. La lengua del charlatán es un mal descontrolado, lleno de veneno mortal; y la contradicción sólo la hace más

violenta. Debemos encontrar la manera de mantenerlo tranquilo, pero, por el hablar precipitado, sin principios o calumniador, él se acarrea a sí mismo la venganza franca o en secreto. —Si consideráramos debidamente nuestra propia ignorancia de los sucesos futuros, se disminuirían muchas palabras ociosas que multiplicamos neciamente. —Los necios se esfuerzan mucho sin propósito. No entienden las cosas más simples, tal como la entrada a una gran ciudad. Pero es la excelencia del camino a la ciudad celestial la que es una autopista, en que no errarán los viajeros más sencillos, Isaías xxxv, 8. Pero la necedad pecaminosa hace que los hombres pierdan el único camino a la felicidad.

Vv. 16—20. La felicidad de una tierra depende del carácter de sus reyes. El pueblo no puede ser feliz cuando sus príncipes son pueriles y amantes del placer. La pereza es de mala consecuencia, tanto para los asuntos públicos como para los privados. El dinero, de por sí, no alimenta ni viste, aunque responde a las ocasiones de esta vida, puesto que lo que se ha de tener, por lo general, se obtiene por dinero. Pero el alma, que no sea redimida, no se mantiene con cosas corruptibles como el oro y la plata. —Dios ve lo que hacen los hombres y oye lo que dicen en secreto; y, cuando le place, lo saca a la luz por maneras extrañas e insospechadas. Si hay riesgo en los pensamientos y susurros secretos contra los reyes terrenales, ¿cuál debe ser el peligro de cada obra, palabra o pensamiento de rebeldía contra el Rey de reyes y Señor de señores? Él ve en secreto. Su oído siempre está abierto. ¡Pecador, no maldigas al REY en tu pensar más íntimo! Tus maldiciones no pueden afectarle, pero su maldición, descendiendo sobre ti, te hundirá en lo más profundo del infierno.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—6. *Exhortación a la generosidad.* 7—10. *Amonestación a prepararse para la muerte y a los jóvenes, a ser religiosos.*

Vv. 1—6. Salomón insta a los ricos a hacer el bien al prójimo. Dar generosamente, aunque parezca que se tira y se pierde. Dar a muchos. No te excuses del bien que tienes aún para hacer, con un bien que ya hiciste. No se pierde, sino que es un bien depositado. Tenemos razón para esperar el mal, porque nacimos problemas; sabiduría es hacer el bien en el día de la prosperidad. —Las riquezas no nos pueden aprovechar si no beneficiamos a los demás. Todo hombre debe trabajar para ser una bendición en el lugar donde la providencia de Dios lo ponga. Donde estemos podemos hallar buena obra que hacer, si tenemos el corazón dispuesto. —Si magnificamos cada pequeña dificultad, planteamos objeciones y penurias fantásticas, nunca iremos adelante y, mucho menos, terminaremos con nuestra obra. Los vientos y las nubes de la tribulación están en las manos de Dios preparados para probarnos. La obra de Dios será según su palabra, sea que lo veamos o no. Bien podemos confiar en que Dios nos provea, sin nuestros afanes ansiosos e inquietos. No te canses de hacer el bien, porque, a su tiempo, en el tiempo de Dios, cosecharás, Gálatas vi, 9.

Vv. 7—10. La vida es dulce para los hombres malos, porque ellos tienen su porción en esta vida; es dulce para los buenos, porque es el tiempo de preparación para lo mejor; es dulce para todos. Aquí hay una advertencia para pensar en la muerte aun cuando la vida sea más dulce que nunca. —Salomón hace un discurso que afecta a la gente joven. Ellos desean la oportunidad para perseguir cada placer. Entonces, sigue tus deseos, pero ten la seguridad de que Dios te llamará a juicio. ¡Cuántos dan rienda suelta a todo apetito y corren a todo placer vicioso! Pero Dios registra cada uno de sus pensamientos y deseos pecadores, sus palabras ociosas y palabras malas. Si ellos quieren evitar el remordimiento y el terror, si quieren tener esperanza y consuelo en el lecho de muerte, si quieren escapar de la miseria aquí y en el más allá, recuerden la vanidad de los placeres juveniles. —

Evidente es que Salomón quiere condenar los placeres del pecado. Su objetivo es llevar al joven a deleites más duraderos y más puros. Este no es el lenguaje de uno que regaña de los placeres juveniles porque no puede participar ya más de ellos; si no el de quien, por milagro de misericordia, ha sido llevado de vuelta a la seguridad. Él persuadirá al joven de probar un rumbo del cual tan pocos regresan. Si el joven quiere vivir una vida de felicidad verdadera, si quiere asegurarse la felicidad en el más allá, que se acuerde de su Creador en los días de su juventud.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—7. *Descripción de las enfermedades de la vejez.* 8—14. *Todo es vanidad: también una advertencia del juicio venidero.*

Vv. 1—7. Debemos acordarnos de los pecados cometidos contra nuestro Creador, arrepentirnos, y pedir perdón. Debemos recordar nuestro deber y afrontarlo, buscando en Él la gracia y el poder. Esto debe hacerse temprano, mientras el cuerpo es fuerte y el espíritu activo. Cuando el hombre siente dolor al revisar una vida malgastada, de no haber abandonado el pecado ni las vanidades del mundo hasta que se ve obligado a decir: yo no tengo en ellos contentamiento, su sinceridad se vuelve muy cuestionable. Luego, sigue una descripción figurada de la vejez y sus dolencias, la cual tiene ciertas dificultades, pero el significado es claro: mostrar cuán incómodos son, por lo general, los días de la vejez. Como los cuatro versículos, 2—5, son una descripción figurativa de las enfermedades que habitualmente acompañan a la vejez, así, el versículo 6, comenta las circunstancias que acompañan la hora de la muerte. Si el pecado no hubiera entrado al mundo, no se hubieran conocidos estas enfermedades. Ciertamente, entonces, el viejo debiera reflexionar en el mal del pecado.

Vv. 8—14. Salomón repite su texto: VANIDAD DE VANIDADES, TODO ES VANIDAD. Estas son las palabras de uno que podía hablar por propia y cara experiencia de la vanidad del mundo, que nada puede hacer para aliviar a los hombres de la carga del pecado. —Al considerar el valor de las almas, presta buena atención a lo que dijo y escribió: palabras de verdad que siempre serán palabras aceptables. Las verdades de Dios son como aguijones para quienes son torpes y alejados; y clavos para los que andan descarriados y desviados; medios de estabilizar al corazón a fin de que nunca nos apartemos de nuestro deber ni seamos quitados de este. —El Pastor de Israel es el Dador de la sabiduría inspirada. Todos los maestros y los guías reciben sus comunicaciones. El título se aplica en la Escritura al Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Los profetas inquirieron y diligentemente indagaron qué persona y qué tiempo, indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, cuando anunciaron de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. —Escribir muchos libros no era adecuado para la corta vida humana, y sería cansancio para el escritor y el lector; entonces era mucho más para ambos de lo que es ahora. Todas las cosas serían vanidad y aflicción, a menos que condujesen a esta conclusión: temer a Dios y obedecer sus mandamientos es el todo del hombre. El temor de Dios incluye en sí todos los afectos del alma, los que son producidos por el Espíritu Santo. Puede haber terror donde no hay amor, sí, donde hay odio. Pero esto es diferente del gracioso temor de Dios, como los sentimientos de un niño afectuoso. A menudo se pone en el corazón el temor de Dios como el todo de la religión verdadera, lo que comprende sus resultados prácticos en la vida. —Atendamos a lo único necesario y, ahora, vayamos a Él como Salvador misericordioso, que pronto vendrá como Juez todopoderoso, cuando saque a la luz las cosas de las tinieblas y exponga los consejos de todos los corazones. ¿Por qué Dios registra en su palabra que TODO ES VANIDAD sino para impedir que nos engañemos para nuestra ruina? Él hace que nuestro deber sea nuestro interés. Que se grabe en nuestros corazones: Teme a Dios y guarda sus mandamientos porque esto es el todo del hombre.

CANTAR DE LOS CANTARESDE SALOMÓN

Este libro es una alegoría divina que representa el amor entre Cristo y la Iglesia de los creyentes verdaderos, con figuras tomadas de la relación y afecto que existe entre un marido y su mujer; un emblema a menudo empleado en la Escritura para describir la relación más íntima, más firme y segura: véase Salmo xlv; Isaías liv, 5, 6.; lxii, 5; Jeremías ii, 2; iii, 1; también en Ezequiel, Oseas y de nuestro mismo Señor, Mateo ix, 15; xxv, 1: véase también Apocalipsis xxi, 2, 9; Efesios v, 27. No hay carácter en la Iglesia de Cristo y ninguna situación en que el creyente sea puesto, que no se pueda buscar en este libro, como hallarán los escudriñadores humildes, al compararlo con otros pasajes, con la ayuda de Dios Espíritu Santo, y en respuesta a sus súplicas. Sin embargo, gran parte del lenguaje ha sido malentendido por los expositores y los traductores. La diferencia entre los usos y costumbres de Europa y Oriente, debe tenerse especialmente en consideración. La poca familiaridad con las costumbres orientales de la gran mayoría de nuestros primeros expositores y traductores ha impedido, en muchos casos, la traducción correcta. Además, los cambios ocurridos en nuestro propio idioma los últimos dos o tres siglos, afectan la manera en que se entienden algunas expresiones y no deben juzgarse por las nociones modernas. Pero el bosquejo en general, correctamente interpretado, concuerda plenamente con los afectos y experiencias del cristiano sincero.

CAPÍTULO I

Versículo 1. *El título.* 2—6. *La Iglesia confiesa su deformidad.* 7, 8. *La Iglesia busca a Cristo para que la guíe al lugar de reposo de su pueblo.* 9—17. *El elogio de Cristo para la Iglesia.—La estima de la Iglesia por Él.*

Vv. 1. Este es "El Cantar de los Cantares" excelente por sobre todos los demás, porque está totalmente dedicado a describir las excelencias de Cristo y su amor con su pueblo redimido.

Vv. 2—6. La Iglesia o, más bien el creyente, habla aquí en su carácter de esposa del Rey, el Mesías. —Los besos de su boca significan la seguridad del perdón con que son favorecidos los creyentes, llenándolos de paz y gozo, al creer, y haciendo que abunden en esperanza por el poder del Espíritu Santo. —Las almas en gracia se complacen hasta lo sumo en amar a Cristo y ser amadas por Él. El amor de Cristo es más valioso y deseable que lo mejor que este mundo puede dar. El nombre de Cristo no es ahora como ungüento sellado, sino como ungüento derramado, lo cual denota la libertad y plenitud del establecimiento de su gracia por el evangelio. —Los que Él ha redimido y santificado son aquí las vírgenes que aman a Jesucristo, y le siguen donde Él vaya, Apocalipsis xiv, 4. Ellos le piden que los guíe por la influencia vivificante de Su Espíritu. Mientras más claramente discernimos la gloria de Cristo, más conscientes estamos de que somos incapaces de seguirle adecuadamente y, al mismo tiempo, estamos más deseosos de hacerlo. —Obsérvese la respuesta pronta dada a esta oración. Quienes esperan en la puerta de la Sabiduría, serán guiados en la verdad y el consuelo. Llevados a esta recámara, se desvanecerán nuestros pesares. No tenemos gozo sino en Cristo y por esto estamos en deuda con Él. Nos acordaremos dar gracias por tu amor; nos causará

impresiones más duraderas que cualquier otra cosa de este mundo. No es aceptable el amor a Cristo si no es amor sincero, Efesios vi, 24. —Las hijas de Jerusalén pueden ser profesantes aún no firmes en la fe. La esposa era negra, como las tiendas de los árabes nómadas, pero bella como las cortinas magníficas de los palacios de Salomón. El creyente es negro, por contaminación y pecador por naturaleza, pero bello al ser renovado por la gracia divina en la santa imagen de Dios. Está aún deformado con residuos de pecado, pero bello por ser aceptado en Cristo. A menudo es bajo y despreciable para la estimación de los hombres, pero excelente a ojos de Dios. La negrura se debía al duro trato sufrido. Los hijos de la Iglesia, su madre, pero no de Dios, su Padre, estaban enojados con ella. Ellos la habían hecho sufrir cosas duras que hicieron que ella dejara el cuidado de su alma. Así, pues, bajo el emblema de una pobre mujer, hecha cónyuge escogida de un príncipe, somos llevados a considerar las circunstancias en que Cristo acostumbra a hallar a los objetos de su amor. Eran miserables esclavos del pecado, en trabajos forzados, afligidos, agotados y muy cargados, pero ¡qué grande el cambio cuando el amor de Cristo se manifiesta a sus almas!

Vv. 7, 8. Obsérvese el título dado a Cristo: Oh, tú, a quien ama mi alma. Quienes así dicen, pueden ir directamente a Él, y pueden presentarle humildemente su alegato. ¿Hay en el pueblo de Dios un medio día de problemas externos, y conflictos internos? Cristo tiene reposo para ellos. Aquellos cuyas almas aman a Jesucristo, desean fervorosamente compartir los privilegios de su rebaño. Apartarse de Cristo es lo que temen las almas en la gracia más que cualquier otra cosa. —Dios está listo para responder la oración. Sigue el camino, pregunta por el antiguo buen camino, observa las huellas del rebaño, mira lo que ha sido la costumbre del pueblo santo. Siéntate bajo la dirección de buenos ministros; al lado de las tiendas de los pastores. Lleva tu carga a ellos, ellos te darán la bienvenida. Será el deseo y oración ferviente del cristiano que Dios lo dirija así en sus negocios mundanos y que así ordene su situación y ocupación para que él pueda tener a su Señor y Salvador siempre delante de él.

Vv. 9—17. El Esposo elogia con altura a su esposa. A la vista de Cristo, los creyentes son lo excelente de la tierra, aptos instrumentos para fomentar su gloria. Los dones y las gracias espirituales que Cristo otorga a todo creyente verdadero, son descritos por los ornamentos entonces en uso, versículos 10, 11. —Las gracias de los santos son muchas, pero dependen unas de otras. Aquel que es el Autor será el Consumador de la buena obra. La gracia recibida de la plenitud de Cristo brota como ejercicio vivo de la fe, el afecto y la gratitud. Pero Cristo, no sus dones, es más precioso para ellos. La palabra traducida “alheña” significa “expiación” o “propiciación”. Cristo es caro para todos los creyentes, porque Él es la propiciación de sus pecados. Ningún pretendiente debe ocupar el lugar de Él en el alma. Ellos resolvieron alojarlo en su corazón toda la noche; durante la continuación de los problemas de la vida. —Cristo se deleita en la buena obra que su gracia ha llevado al alma de los creyentes. Esto debiera comprometer a todos los que son hechos santos para estar muy agradecidos por la gracia que ha hecho justos a quienes, por naturaleza, eran deformes. La esposa (el creyente) tiene ojo humilde y modesto, que descubre la sencillez y la piadosa sinceridad; ojos iluminados y guiados por el Espíritu Santo, esa tórtola bendita. La Iglesia expresa su valor por Cristo. Tú eres el gran Original, pero yo no soy sino una mala copia imperfecta. Muchos son lindos de mirar, pero sus temperamentos los vuelven desagradables; pero Cristo es bello y agradable. El creyente, versículo 16, habla alabando las ordenanzas santas en que los creyentes verdaderos tienen comunión con Cristo. Sea que el creyente esté en los atrios del Señor o en el retiro; sea que esté en sus labores diarias o confinado en el lecho de enfermo o aun en un calabozo, el sentido de la presencia divina convertirá el lugar en un paraíso. Así, pues, el alma, teniendo comunión diaria con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, disfruta de una esperanza viva de una herencia incorruptible, inmarcesible y eterna, arriba.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El mutuo amor de Cristo y su Iglesia.* 8—13. *La esperanza y el llamamiento de la Iglesia.* 14—17. *El cuidado de Cristo por la Iglesia.—La fe y la esperanza de ella.*

Vv. 1—7. Los creyentes son hermosos porque están vestidos de la justicia de Cristo; y fragantes, por estar adornados con las gracias de su Espíritu; ellos florecen bajo los refrescantes rayos del Sol de justicia. —El lirio es una planta muy noble en el Oriente; crece a considerable altura, pero tiene un tallo débil. La Iglesia en sí misma es débil, pero es fuerte en el que la sostiene. Las malas, las hijas de este mundo que no tienen amor por Cristo, son como espinas, sin valor e inútiles, nocivas y dañinas. Las corrupciones son espinas en la carne, pero el lirio que está ahora entre espinas, será trasplantado a aquel paraíso donde no hay malezas ni espinas. —El mundo es un árbol estéril para el alma, pero Cristo es el fructífero. Cuando las pobres almas están resecas bajo la convicción de pecado, con los terrores de la ley, o los problemas de este mundo, cansados y muy cargados, deben encontrar reposo en Cristo. No es suficiente pasar bajo su sombra sino que debemos sentarnos bajo ella. Los creyentes han gustado que el Señor Jesús es bueno; sus frutos son todos los preciosos privilegios del nuevo pacto comprados por su sangre, y comunicados por su Espíritu; promesas dulces para el creyente, y también los preceptos. Los perdones son dulces y la paz de conciencia, dulce. Si nuestras bocas están amargas por los placeres del pecado, los consuelos divinos nos serán dulces. —Cristo lleva al alma a que busque y halle consuelo por medio de sus ordenanzas, que son como una casa de banquete donde sus santos festejan con Él. El amor de Cristo, manifestado por su muerte y por su palabra, es la bandera que Él despliega, y los creyentes recurren a Él. —¡Cuánto mejor es para el alma estar enferma de amor por Cristo que cuando está saciada con el amor de este mundo! Aunque Cristo parecía haberse retirado, aún era una ayuda muy presente. Todos sus santos están en su mano, que tiernamente sostiene sus cabezas doloridas. Encontrando a Cristo así de cerca a ella, el alma se cuida mucho de que su comunión con Él sea interrumpida. Contristamos fácilmente al Espíritu con los malos temperamentos. Los que tienen consuelo, teman pecar y perderlo.

Vv. 8—13. La iglesia se complace con pensamientos de ulterior comunión con Cristo. Nada fuera de eso puede hablar al corazón. Ella lo ve venir. Esto puede aplicarse a la perspectiva que los santos del Antiguo Testamento tenían de la encarnación de Cristo. Viene como complacido con su comisión. Viene rápidamente. Aun cuando Cristo parece abandonar, no es sino por un momento; pronto retornará con benignidad eterna. —Los santos de antes lo vieron apareciendo a través de los sacrificios y las instituciones ceremoniales. Nosotros lo vemos como a través de un vidrio en oscuridad, como se manifiesta a través de un enrejado. —Cristo invita al nuevo convertido a que se levante de la pereza y la depresión, y abandone al pecado y las vanidades mundanas, para unirse a Él y tener comunión con Él. El invierno puede representar muchos años malos, pasados en la ignorancia y el pecado, infértiles y miserables, o tormentas y tempestades que acompañaron su convicción de culpa y peligro. —Hasta las frutas verdes de la santidad son agradables para Aquel cuyo favor divino las ha producido. Todas estas alentadoras prendas y pruebas del favor divino son motivos para que el alma siga más plenamente a Cristo. Levántate, entonces, y aléjate del mundo y la carne, ven a la comunión con Cristo. Este cambio bendito se debe totalmente a los acercamientos e influencias del Sol de justicia.

Vv. 14—17. La Iglesia es la paloma de Cristo; ella regresa a Él, como a su Noé. Cristo es la Roca, el único en quien ella puede sentirse a salvo y encontrarse segura, como tórtola en el agujero de una roca, cuando es atacada por las aves de presa. Cristo la llama que venga directamente al trono de la gracia, teniendo ahí un gran Sumo Sacerdote, para decir cuál es su petición. Habla libremente. No temas al rechazo ni el desprecio. La voz de la oración es dulce y aceptable para Dios; aquellos

que son santificados tienen la mejor belleza. —Los primeros albores de pensamiento y deseos pecaminosos, los comienzos de búsquedas fútiles que desperdician el tiempo, las visitas triviales, los pequeños desvíos de la verdad, lo que sea que admita algo de conformidad con el mundo, todos estos, y muchos más son zorras pequeñas que destruyen sus gracias y consuelos, y aplastan los buenos comienzos. Lo que encontremos sea un estorbo para nosotros en lo que es bueno, debemos hacerlo a un lado. —Él se alimentó entre los lirios; esto muestra la graciosa presencia de Cristo entre los creyentes. Él es amable con todo Su pueblo. Les corresponde creer esto, cuando están abandonados y ausentes, para poder rechazar las tentaciones. —Las sombras de la dispensación judía fueron disipadas por el alba del día del evangelio. Y un día de consuelo vendrá después de una noche de abandono. Sube los montes de Beter, "los montes que dividen", esperando por ese día de luz y amor. Cristo vendrá sobre cada monte divisorio para llevarnos a casa a Él mismo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Las pruebas de la Iglesia por el retiro de Cristo.* 6—11. *Las excelencias de la Iglesia.—El cuidado de Cristo por ella.*

Vv. 1—5. Fue difícil para la Iglesia del Antiguo Testamento hallar a Cristo en la ley ceremonial; los atalayas de esa Iglesia dieron poca ayuda a los que andaban en su busca. La noche es un tiempo de frío, oscuridad y mareo, y de turbias aprehensiones tocante a las cosas espirituales. Primero, cuando inquieta, se hacen unos débiles esfuerzos para obtener el consuelo de la comunión con Cristo. Esto resulta en vano; el creyente es entonces incitado a una mayor diligencia. Las calles y los caminos anchos parecen implicar los medios de gracia en que debe buscarse al Señor. Se aplica esto a quienes vigilan las almas de los hombres. La satisfacción inmediata no se halla. No debemos descansar en ningún medio, sino por fe pedir directamente a Cristo. —Aferrarse a Cristo sin soltarlo denota aferrarse a Él con fervor. Lo que prevalece es una rogativa humilde y ardiente, con ejercicio vivaz de la fe en sus promesas. Mientras la fe de los creyentes siga aferrada de Cristo, Él no se ofenderá por el pedido ansioso de ellos, sí, Él se complace con ello. El creyente desea que otros se familiaricen con su Salvador. Doquiera encontremos a Cristo, debemos llevarlo a casa con nosotros, especialmente a nuestro corazón y debemos llamarnos a nosotros mismos y unos a otros a tener cuidado de no contristar a nuestro santo Consolador, ni provocar la partida del Amado.

Vv. 6—11. El desierto es emblema del mundo; el creyente sale de él cuando es libertado del amor a los placeres y del vagar pecaminoso, y se niega a someterse a sus costumbres y modas, para buscar la felicidad en la comunión con el Salvador. El alma pobre subirá, al final, bajo la conducción del Consolador; como una nube de incienso que asciende desde el altar, o el humo de los holocaustos. Esto significa afectos piadosos y devotos, y el ascenso al cielo del alma. El creyente está lleno con la gracia del Espíritu de Dios; sus devociones son ahora muy vívidas. Estas gracias y consuelos son del Canaán celestial. —Quien es la Paz de su pueblo, el Rey de la Sion celestial, ha provisto para la conducción a salvo de sus redimidos a través del desierto de este mundo. El lecho o palanquín fue diseñado para el descanso y fácil traslado, pero su belleza y magnificencia demuestra la calidad de su dueño. La Iglesia está bien guardada; más están con ella que contra ella: los creyentes, cuando reposan en Cristo y con Él, aunque tengan sus temores en la noche, están aún a salvo. —El carruaje denota aquí al pacto de la redención, el camino de nuestra salvación. Esta es la obra de Cristo que lo hace amado y admirado a los ojos de los creyentes. Está enmarcado y concebido para la gloria de Cristo y consuelo de los creyentes; está bien ordenado en todas las cosas y seguro. La sangre del pacto, esta púrpura rica es la cubierta del carruaje, por el cual los creyentes son protegidos del viento, de las tormentas de la ira divina, y los trastornos de este mundo; pero el

medio es el amor de Cristo que sobrepuja el conocimiento, es para que sobre Él reposen los creyentes. —Cristo, en su evangelio, se manifiesta Él mismo. Nótese especialmente su corona. La aplicación de esto a Cristo anuncia la honra puesta en Él, y su poder y dominio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *Cristo manifiesta la gracia de la Iglesia.* 8—15. *El amor de Cristo a la Iglesia.* 16. *La Iglesia desea más influencia de la gracia divina.*

Vv. 1—7. Si cada una de estas comparaciones tiene un significado aplicable a las gracias de la Iglesia o del cristiano fiel, no son claramente conocidas; y se han cometido tremendos errores adivinando en forma fantástica. El monte de mirra parece representar al monte Moria, sobre el cual se construyó el templo, donde se quemaba incienso y el pueblo adoraba al Señor. Esta fue su residencia hasta que las sombras de la ley dada a Moisés fueron dispersadas por el amanecer del día del evangelio, y la ascensión del Sol de justicia. Aunque tocante a su naturaleza humana, Cristo está ausente de su Iglesia en la tierra, y continuará así hasta que claree el día celestial, pero está presente espiritualmente en sus ordenanzas y con su pueblo. ¡Cuán bellos y agradables de mirar son los creyentes cuando están justificados por la justicia de Cristo, y adornados con gracias espirituales; cuando sus pensamientos, palabras y obras, aunque imperfectos, son puros manifestando un corazón nutrido por el evangelio!

Vv. 8—15. Obsérvese el gracioso llamado de Cristo a su Iglesia. Es: —1. Un precepto; así, este es el llamado de Cristo a su Iglesia para que salga del mundo. Estas colinas parecen placenteras, pero en ellas hay madrigueras de leones; son montañas de los leopardos. —2. Como promesa: muchos serán llevados como miembros de la Iglesia, desde todo punto. La Iglesia será librada de sus perseguidores en el tiempo debido, aunque ahora habite entre leones, Salmo lvii, 4. —El corazón de Cristo está en su Iglesia; su tesoro en ella está; y Él se deleita en el afecto que ella tiene por Él; su obra en el corazón, y sus obras en la vida. Los aromas con que la esposa es perfumada son como los dones y gracias del Espíritu. El amor y la obediencia a Dios son más agradables a Cristo que el sacrificio o el incienso. Cristo, habiendo puesto a su esposa el manto blanco de su propia justicia, y la justicia de los santos, y perfumado con santo gozo y consuelo, está bien complacido con ello. —Cristo entra invisible en su jardín. Un cerco de protección se hace alrededor, que todas las potestades de las tinieblas no pueden romper. Las almas de los creyentes son como jardines cerrados, donde hay un pozo de agua viva, Juan iv, 14; vii, 38, las influencias del Espíritu Santo. El mundo no conoce estos pozos de salvación ni ningún adversario puede corromper esta fuente. —Los santos de la iglesia y las gracias de los santos son comparados adecuadamente con frutos y especias. Son plantados y no crecen por sí mismos. Son preciosos; son bendiciones de esta tierra. Serán guardados para buen propósito cuando se marchiten las flores. La gracia, cuando termina en gloria, dura para siempre. Cristo es la fuente que hace feraces a estos jardines; hasta un pozo de agua viva.

V. 16. La Iglesia ora por la influencia del Espíritu bendito, para que haga fértil este jardín. Las gracias del alma son como especias de estos jardines, que en ellos esté lo que es valioso y útil. El Espíritu bendito, en su obra sobre el alma, es como el viento. Hay viento norte de convicción, y el viento sur de consuelo. Él incita los buenos afectos y obra en nosotros tanto el querer como el hacer lo bueno. —La Iglesia invita a Cristo. Que Él tenga la honra de todos los productos del jardín y nosotros, el consuelo de su aceptación. Podemos invitarlo a nada, salvo a lo que ya es suyo. El creyente no puede gozar de los frutos a menos que de una u otra forma redunden para la gloria de

Cristo. Entonces, procuremos mantenernos apartados del mundo, como jardín cerrado, y evitemos la conformidad con el mundo.

CAPÍTULO V

Versículo 1. *La respuesta de Cristo.* 2—8. *Las desilusiones de la Iglesia acerca de su propia necedad.* 9—16. *Las excelencias de Cristo.*

V. 1. Véase cuán presto está Cristo para aceptar las invitaciones de su pueblo. Lo poquito de bueno que hay en nosotros se perdería si Él no lo preservara para sí. También invita a su amado pueblo a comer y beber abundantemente. Las ordenanzas en que ellos le honran son medios de gracia.

Vv. 2—8. Las iglesias y los creyentes, por indiferencia y seguridad, provocan a Cristo para retirarse. Debemos notar nuestros ronquidos y el descontrol temperamental. —Cristo llama para despertarnos, llama con su palabra y Espíritu, llama con aflicciones y por nuestra conciencia; de ahí Apocalipsis iii, 20. Cuando no pensamos en Cristo, Él ya piensa en nosotros. El amor de Cristo por nosotros debiera comprometernos con Él aun en las instancias supremas de negarnos a nosotros mismos; y con eso sólo podemos salir ganando. Las almas indiferentes tratan con marcada insolencia a Jesucristo. —Otro no pudo ser enviado para abrir la puerta. Cristo nos llama, pero no nos importa o pretendemos que no tenemos fuerzas o no tenemos tiempo y pensamos que podemos ser disculpados. Disculparse es tomarse a Cristo a la ligera. Desprecian a Cristo los que no tienen corazones para enfrentar un golpe de frío, o salir del tibio lecho por amor de Él. Véase la poderosa influencia de la gracia divina. Con su mano descerraja la puerta como quien se cansa de esperar. Esto es señal de la obra del Espíritu en el alma. —El creyente supera la indulgencia de sí mismo, busca con oración los consuelos de Cristo, y elimina todo estorbo a la comunión con Él; estas acciones del alma están representadas por las manos que chorrean mirra dulcemente perfumada sobre las manijas de las cerraduras. —¡Pero el Amado se había ido! Ausentándose Cristo enseña a su pueblo a valorar más elevadamente las visitas de su gracia. Fíjese que el alma sigue llamando a su Amado, a Cristo. Toda deserción no es desesperanza. Señor, creo, aunque debo decir: Señor ayuda a mi incredulidad. Sus palabras me derritieron, pero infeliz como era, aún así me excusé. Es muy amargo pensar en sofocar y suprimir las convicciones cuando Dios abre nuestros ojos. El alma fue en pos de Él; no sólo oró, sino que usó medios, lo buscó en los caminos donde solía hallársele. Los vigilantes me hirieron. Algunos lo refieren a los que aplican mal la palabra a las conciencias vivificadas. El encargo a las hijas de Jerusalén parece significar el deseo del creyente inquieto por las oraciones del cristiano más débil. Las almas vivificadas son más sensibles a los retiros de Cristo que de cualquier otro trastorno.

Vv. 9—16. Aun los que tienen poca familiaridad con Cristo no pueden sino ver belleza amable en los demás que llevan su imagen. Hay esperanzas para los que empiezan a preguntar acerca de Cristo y sus perfecciones. Los cristianos que están bien familiarizados con Cristo deben hacer todo lo que puedan para hacer que los demás conozcan algo de Él. —La gloria divina lo hace verdaderamente bello a ojos de todos los que están iluminados para discernir las cosas espirituales. Él es blanco en la inocencia inmaculada de su vida; rojo en los sufrimientos sangrientos por que pasó en su muerte. Esta descripción de la persona del Amado formaría, en el lenguaje figurativo de aquella época, un retrato de belleza de la persona y de la gracia de sus modales, pero la precisión de algunas de esas alusiones puede no ser evidente para nosotros. Él vendrá a ser glorificado en sus santos y a ser admirado en todo el que cree. Que su amor nos constriña a vivir para su gloria.

CAPÍTULO VI

Versículo 1. *Inquiere dónde debe buscarse a Cristo.* 2, 3. *Dónde puede hallarse a Cristo.* 4—10. *Los encomios de Cristo para la Iglesia.* 11—13. *La obra de la gracia en el creyente.*

V. 1. Los familiarizados con las excelencias de Cristo, y el consuelo de tener interés en Él, desean saber dónde pueden hallarlo. Quienes desean hallarlo deben buscarlo temprano y diligentemente.

Vv. 2, 3. La Iglesia de Cristo es un jardín, cerrado, separado del mundo; Él lo cuida, se deleita en él y lo visita. Quienes desean hallar a Cristo deben ir a Él en sus ordenanzas, la palabra, los sacramentos y la oración. Cuando Cristo viene a su Iglesia es para asistir a sus amigos. Para llevar creyentes a sí; Él escoge uno por uno todos sus lirios; y en el gran día, enviará a sus ángeles a juntar a todos sus lirios, para que Él sea por siempre admirado en ellos. La muerte de un creyente es como cuando el dueño de un jardín corta una flor favorita; Él la preservará de marchitarse, sí, hará que florezca por siempre con belleza creciente. Si nuestros corazones pueden testificarnos que somos de Cristo, no se cuestione que Él sea nuestro, porque el pacto nunca se rompe de su lado. Es el consuelo de la Iglesia que Él se alimenta entre los lirios, que Él se deleite en su pueblo.

Vv. 4—10. Toda la excelencia y santidad real en la tierra se centra en la Iglesia. Cristo sigue adelante venciendo a sus enemigos mientras sus seguidores ganan victorias sobre el mundo, la carne y el diablo. Muestra la ternura de un Redentor compasivo, el deleite que tiene en su pueblo redimido, y las obras de su gracia en ellos. —Los creyentes verdaderos son los únicos que pueden poseer la belleza de la santidad. Y cuando se conoce el carácter real de ellos, serán encomiados. La Iglesia y los creyentes, en su conversión, son como la aurora con su luz pequeña, pero creciente. En cuanto a la santificación de ellos, son bellos como la luna, derivando de Cristo toda su luz, gracia y santidad; en cuanto a la justificación, claros como el sol, revestidos de Cristo, el Sol de justicia, y dando la buena lucha de la fe, bajo la bandera de Cristo, contra todos los enemigos espirituales.

Vv. 11—13. En el retiro y la meditación se forma y perfecciona el carácter cristiano, pero no en el retiro del ocioso, el que se da el gusto o el indolente. Cuando el cristiano es liberado del cumplimiento de sus deberes en la vida, el mundo no tiene atractivo para él. Su oración es que todas las cosas pertenecientes al espíritu puedan vivir y crecer en su interior y alrededor de él. Tales son los cuidados y ocupaciones interesantes de aquel a quien el mundo considera erróneamente infeliz y perdido para sus verdaderos intereses. Con humildad y abnegación, el cristiano humilde se aleja de la vista de todo, pero el Señor se deleita en honrarle. Sin embargo, la referencia principal sea a los ángeles que ministran que serán enviados a favor del alma del cristiano. El acercamiento de ellos puede sobresaltar, pero el alma que se va, encontrará que el Señor es su fuerza y su porción por siempre. —La Iglesia es llamada la Sulamita: la palabra significa perfección y paz, no en ella misma sino en Cristo, en Quien ella está completa a través de la justicia de Cristo, y tiene la paz que ganó para ella por medio de su sangre, y se la da a ella por su Espíritu.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—9. *Las gracias de la Iglesia.* 10—13. *El deleite de la Iglesia en Cristo.*

Vv. 1—9. Aquí las semejanzas son diferentes de las que fueron antes, y en el original se refieren a ropa gloriosa y espléndida. Tal honor tienen todos sus santos; y habiendo sido revestidos de Cristo,

son distinguidos por su atavío bello y glorioso. Ellos adornan la doctrina de Dios su Salvador en todas las cosas. Los creyentes coherentes honran a Cristo, encomian el evangelio, y convencen y despiertan a los pecadores. —La Iglesia se parece a la palma majestuosa que se esparce; mientras su amor por Cristo y la obediencia resultante de eso son frutos preciosos de la Vid verdadera. —El Rey está en los corredores. Cristo se deleita en las asambleas y ordenanzas de su pueblo; y admira el fruto de su gracia en ellos. Cuando se aplica a la Iglesia y a cada cristiano fiel, todo esto denota la belleza de la santidad, en la cual serán presentados a su Esposo celestial.

Vv. 10—13. La Iglesia, el alma creyente, triunfa en su relación con Cristo, y su interés en Él. Ella desea humildemente la comunión con Él. Caminemos juntos, que yo pueda recibir consejo, instrucción y consuelo de ti; y que te pueda dar a conocer mis necesidades y mis penas, con libertad y sin interrupción. La comunión con Cristo es todo lo que anhelan fervientemente los que son hechos santos. Quienes quieren comunión con Cristo deben salir del mundo. —Donde quiera estemos podemos tener comunión con Dios. No debemos ir donde no podemos pedirle con fe que vaya con nosotros. Los que salen con Cristo deben empezar temprano por la mañana; deben empezar cada día con Él, buscarlo temprano, buscarlo con diligencia. El alma en la gracia puede reconciliarse con los lugares más pobres, si en ellos puede tener comunión con Dios; pero los campos más exquisitos no satisfarán a menos que el Amado esté allí. No pensemos satisfacernos con ningún objeto terrenal. —Nuestra alma es nuestro viñedo; debe ser plantado con árboles útiles. A menudo debemos examinar si somos fructíferos en justicia. La presencia de Cristo hará florecer la vid, y las uvas tiernas aparecerán como el sol que regresa y revive el huerto. Si podemos recurrir a Él, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo; si su Espíritu testifica a nuestro espíritu, que nuestras almas prosperen es suficiente. Y debemos rogarle que nos examine y nos pruebe, para descubrirnos a nosotros mismos. —Los frutos y los ejercicios de la gracia son agradables para el Señor Jesús. Estos deben estar dispuestos y siempre listos; que al dar nosotros mucho fruto Él sea glorificado. Todo es *de* Él, por tanto, es propio que todo sea *para* Él.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—4. *El deseo de comunión con Cristo.* 5—7. *La vehemencia de este deseo.* 8—12. *La Iglesia pide por otros.* 13, 14. *Y ora por la venida de Cristo.*

Vv. 1—4. La Iglesia desea la intimidad y libertad constantes con el Señor Jesús que una hermana tiene con un hermano. Que sean como sus hermanos, que los son, cuando por gracia son hechos partícipes de la naturaleza divina. Cristo llega a ser como nuestro hermano; donde lo hallemos, estemos preparados para reconocer nuestra relación con Él, y nuestro afecto por Él, y no temamos ser despreciados por eso. ¿Hay en nosotros un deseo ardiente de servir más y mejor a Cristo? Entonces, ¿qué hemos almacenado para mostrar nuestro afecto por el Amado de nuestra alma? ¿Qué fruto de santidad? —La Iglesia encarga a todos sus hijos que nunca provoquen a Cristo a retirarse. Debemos razonar con nosotros mismos, cuando estamos tentados a hacer lo que contristaría al Espíritu.

Vv. 5—7. La Iglesia judía salió del desierto sostenida por el poder y el favor divinos. La Iglesia cristiana fue sacada de un estado bajo y desolado apoyada por la gracia de Cristo. Los creyentes son sacados del desierto por el poder de la gracia. El estado pecador es un desierto en que no hay bienestar verdadero; es un estado menesteroso y vagabundo; no hay salida de este desierto sino apoyarse en Cristo como Amado nuestro, por fe; no apoyándonos en nuestro propio entendimiento, no confiando en ninguna justicia propia sino en el poder de Aquel que es el Señor nuestra justicia. —

Las palabras de la Iglesia a Cristo que siguen, construyen un lugar permanente en su amor, y de protección por su poder. Ponme como un sello sobre tu corazón; déjame tener siempre un lugar en tu corazón; déjame poner la impronta de amor en tu corazón. El alma será asegurada de esto y sin esto no se halla reposo. Los que aman verdaderamente a Cristo son celosos de todo lo que lo aleje de ellos; especialmente de ellos mismos no sea que hagan algo que lo provoque a retirarse de ellos. Si amamos a Cristo, el temor de perder su amor o las tentaciones de abandonarlo serán sumamente penosas para nosotros. No hay agua que pueda sofocar el amor de Cristo por nosotros, ni anegación que lo ahogue. Que nada abata nuestro amor por Él. Ni la vida ni todos sus bienestares incitan al creyente para que deje de amar a Cristo. El amor de Cristo nos capacita para rechazar y vencer las tentaciones de las sonrisas del mundo, como asimismo de sus ceños fruncidos.

Vv. 8—12. La Iglesia ruega por los gentiles que entonces no tenían la palabra de Dios ni los medios de gracia. Quienes son llevados a Cristo debieran concebir lo que pueden hacer para ayudar al prójimo a ir a Él. Siempre hay bebés en Cristo entre los cristianos, y el bienestar de sus hermanos débiles es objeto de oración continua de los creyentes fuertes. Si los comienzos de esta obra se comparan a una pared edificada sobre Él como Fundamento precioso y piedra angular, entonces la Iglesia gentil llegaría a ser como un palacio para el gran Rey, edificado de plata maciza. Si la primera predicación del evangelio fuera como abrir una puerta en el muro divisorio, esa puerta sería duradera, como hecha de tablas de cedro. Ella estaría cuidadosa y eficazmente protegida, cercada como para no ser dañada. La Iglesia está llena de cuidado por los aún no llamados. Cristo dice: Yo haré todo lo que es necesario hacer por ellos. —Véase con cuánta satisfacción nosotros debemos mirar atrás, a las épocas y temporadas en que a sus ojos éramos como los que encuentra favor; nuestros corazones son los viñedos que debemos mantener con toda diligencia. Todos nuestros frutos deben ser dedicados a Cristo y a su alabanza. Toda esa obra por Cristo, obra en favor de ellos mismos, y serán ganadores indecibles por ella.

Vv. 13, 14. Estos versículos cierran la conferencia entre Cristo y su Iglesia. Él se dirige primero a ella, como que habita en los jardines, las asambleas y ordenanzas de sus santos. Él la exhorta a ser constante y frecuente en oración, súplica, y alabanzas, en lo cual Él se complace. Ella contesta, anhelando su pronto retorno para que la lleve a estar totalmente con Él. Los cielos, los elevados montes de dulces especias, deben contener a Cristo hasta que llegue el tiempo cuando todo ojo lo verá en toda la gloria del mundo mejor. Los creyentes verdaderos, como ellos andan buscando, así apresuran la venida del día del Señor. Que todo cristiano se proponga cumplir los deberes de su posición para que los hombres vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre celestial. Al seguir fervientes orando por lo que nos falta, abundará nuestra acción de gracias y nuestro gozo será completo; nuestras almas serán enriquecidas y prosperadas nuestras labores. Seremos capacitados para esperar la muerte y el juicio sin temer. Hasta entonces, ven, Señor Jesús

ISAÍAS

Isaías profetizó durante los reinados de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías. Bien se le llama *el profeta evangelista* dadas sus numerosas profecías acerca de la venida, el carácter, el ministerio y la predicación, los sufrimientos y la muerte del Mesías, y la extensión y continuación de su reino. Bajo

el velo de la liberación del cautiverio en Babilonia, Isaías apunta a una liberación mucho mayor, que iba a ser efectuada por el Mesías; rara vez menciona una sin aludir al mismo tiempo a la otra; sí, a menudo está tan arrobado con la perspectiva de la liberación más distante que pierde de vista la cercana para dedicarse a la persona, oficio, carácter y reinado del Mesías.

CAPÍTULO I

Versículos 1—9. *Las corrupciones predominantes de los judíos.* 10—15. *Censuras severas.* 16—20. *Exhortaciones al arrepentimiento.* 21—31. *Lamento por el estado de Judá; con promesas de gracia para el tiempo del evangelio.*

Vv. 1—9. Isaías significa "la salvación del Señor"; nombre muy apropiado para este profeta que habla tanto de Jesús el Salvador y su salvación. —El pueblo profesante de Dios no sabía o no consideraba que ellos debían su vida y su bienestar al cuidado y bondad paternal de Dios. ¿Cuántos descuidan en los asuntos de su alma? No considerar lo que sabemos de religión nos daña tanto como la ignorancia de lo que deberíamos saber. —La iniquidad era universal. Aquí hay una comparación tomada de un cuerpo doliente y enfermo. La enfermedad amenaza ser mortal. Desde la planta de los pies a la cabeza; desde el campesino más bajo al mayor de los nobles, no hay salud, ni buen principio, ni religión, porque esa es la salud del alma. Nada sino culpa y corrupción; los tristes efectos de la caída de Adán. Este pasaje declara la depravación total de la naturaleza humana. Mientras el pecado persista sin arrepentimiento, nada se hace para sanar tales heridas y evitar sus efectos fatales. —Jerusalén estaba expuesta y desprotegida, como las chozas o refugios edificados para guardar fruta madura. Esto aun se ve en el Oriente, donde la fruta constituye gran parte de la comida estival de la gente. —Pero el Señor tenía un pequeño remanente de siervos piadosos en Jerusalén. Es por la misericordia de Jehová que *nosotros* no somos consumidos. La naturaleza mala está en cada uno de nosotros; sólo Jesús y su Espíritu santificador pueden restaurarnos a la salud espiritual.

Vv. 10—15. Judea estaba desolada y sus ciudades, quemadas. Esto los despertó para llevar sacrificios y ofrendas, como si sobornaran a Dios para levantar el castigo y tener permiso para seguir en el pecado. Muchos que fácilmente se desprenden de bienes para ofrecer sacrificios no se convencen fácilmente que deben desprenderse de sus pecados. Confían en la pura formalidad como servicio que merece recompensa. Las más costosas devociones de los malos, sin la transformación completa del corazón y la vida, no son aceptables para Dios. No sólo no los acepta sino que los aborrece. Todo esto muestra que el pecado es muy odioso para Dios. Si nos comprometemos en pecados secretos o nos damos libertades ilícitas; si rechazamos la salvación de Cristo, nuestras oraciones mismas se vuelven abominación.

Vv. 16—20. No sólo hemos de sentir dolor por el pecado cometido, sino romper la práctica. Debemos hacer, no quedarnos ociosos. Debemos hacer el bien que el Señor nuestro Dios pide. Es claro que los sacrificios de la ley no podían expiar ni siquiera uno, los delitos superficiales de la nación. Pero, bendito sea Dios, hay una Fuente abierta en la cual pueden ser lavados los pecados de toda edad y rango. Aunque nuestros pecados hayan sido como la grana y el carmesí, de tintura doble y profunda, primero en la lana de la corrupción original y, luego, en los muchos hilos de la transgresión presente; aunque a menudo nos hemos hundido en el pecado, por muchos deslices, de todos modos la misericordia que perdona lavará la mancha, Salmo li, 7. —Debieran tener toda la

felicidad y el bienestar deseado. La vida y la muerte, el bien y el mal, están puestos delante nuestro. Oh, Señor, inclínanos a todos a vivir para tu gloria.

Vv. 21—31. Ni las ciudades santas ni las reales son fieles a su comisión si la religión no permanece en ellos. La escoria puede brillar como plata y el vino mezclado con agua todavía puede tener el color del vino. Mucho por qué responder tienen los que no ayudan al oprimido, sino que lo oprimen. Los hombres pueden hacer mucho por medio de restricciones externas; pero sólo Dios obra eficazmente por la influencia de su Espíritu, como Espíritu de juicio. —El pecado es el peor cautiverio, la peor esclavitud. —La redención de la Sion espiritual, por la justicia y la muerte de Cristo y por su gracia poderosa, concuerda muy plenamente con lo que aquí se representa. Se amenaza con la destrucción extrema. Los judíos llegarían a ser como árbol quemado por el calor; como jardín sin agua, que en aquellos países cálidos pronto se seca. Así, pues, serán los que confían en ídolos o en brazo de carne. Hasta el hombre fuerte será como estopa; no sólo quebrantado y despedazada con prontitud, sino de combustión fácil. Cuando el pecador se ha hecho como de estopa y centella, y Dios se hace fuego consumidor, ¿qué puede impedir la destrucción total del pecador?

CAPÍTULO II

Versículos 1—9. *La conversión de los gentiles.—Descripción de la pecaminosidad de Israel.* 10—22. *El castigo horroroso de los incrédulos.*

Vv. 1—9. Se anuncia el llamamiento a los gentiles, la difusión del evangelio y su predicación mucho más extensa, aun por venir. —Fortalézcanse cristianos unos a otros, y sosténganse unos a otros. Dios es quien enseña a su pueblo por su palabra y su Espíritu. Cristo promueve la paz y la santidad. Si todos los hombres fueran cristianos de verdad, no habría guerra; pero nada que responda a tales expresiones ha ocurrido aun en la tierra. —No importa lo que otros hagan, andemos nosotros en la luz de esta paz. Recordemos que cuando florece la verdadera religión, los hombres se deleitan en subir a la casa de Jehová y en instar a otros a que los acompañen. Peligran los que se complacen con compañías ajenas a Dios; porque pronto aprendemos a seguir los caminos de las personas cuya compañía conservamos. —No es el tener plata u oro, caballos y carruajes, lo que desagrada a Dios, sino depender de ellos como si no estuviéramos a salvo, tranquilos y felices sin ellos, y no pudiéramos serlo sin ellos. El pecado es una desgracia para los más pobres y para los más bajos. Aunque las tierras llamadas cristianas no estén llenas de ídolos, en el sentido literal, ¿no están llenas de riquezas idolatradas? ¿No están los hombres tan ocupados con sus ganancias y liberalidades que, el Señor, sus verdades y sus preceptos son olvidados o desdeñados?

Vv. 10—22. La toma de Jerusalén por los caldeos aquí parece significar, primero cuando la idolatría de los judíos fue quitada, pero nuestros pensamientos van a la destrucción de todos los enemigos de Cristo. Para quienes son perseguidos por la ira de Dios es necedad pensar en esconderse o ampararse de ella. El remezón de la tierra será terrible para quienes ponen su afecto en las cosas de la tierra. La altivez del hombre será derribada, sea por la gracia de Dios, que los acusa del mal del orgullo, o por la providencia de Dios que los priva de todo cuanto los enorgullecía. —El día de Jehová será contra las cosas en que ellos pusieron su confianza. Quienes no se apartaron de sus pecados por el razonamiento, tarde o temprano se apartarán de ellos por el temor. Los hombres codiciosos hacen su dios del dinero, pero viene el día en que lo sentirán tanto como su carga. Todo este pasaje puede aplicarse al caso del pecador vivificado, listo para dejar todo eso para que su alma sea salva. —Los judíos se inclinaban a confiar en sus vecinos paganos; pero aquí son llamados a dejar de depender del hombre mortal. Todos somos proclives al mismo pecado. Entonces, que

ningún hombre te atemorice, ninguno sea tu esperanza, sino sea tu esperanza en Jehová tu Dios. Hagamos de esto nuestra gran preocupación.

CAPÍTULO III

Versículos 1—9. *Las calamidades por sobrevenir a la tierra.* 10—15. *La iniquidad del pueblo.* 16—26. *La angustia de las mujeres soberbias y lujuriosas de Sion.*

Vv. 1—9. Dios estaba por quitar a Judá todo apoyo y sustento. La ciudad y la tierra iban a ser desoladas por cuanto sus palabras y obras habían sido rebeldes contra el Señor, aun en su santo templo. —Si los hombres no permanecen en Dios, pronto Él quitará todo otro apoyo y, entonces, se hundirán. Cristo es el Pan de vida y el Agua viva; si Él es nuestro sustento, encontraremos que es bueno no ser desechados, Juan vi, 27. Nótese aquí: —1. Que la condición de los pecadores es excesivamente lamentable. —2. Es el alma la que es dañada por el pecado. —3. Cualquiera sea el mal que caiga sobre los pecadores, tened la seguridad de que se lo acarrean ellos mismos.

Vv. 10—15. La regla era cierta: hubiera prosperidad o trastorno nacional, al justo le iría bien y mal al impío. Bendito sea Dios, que hay abundante aliento para que el justo confíe en Él y para que los pecadores se arrepientan y regresen a Él. Era hora que el Señor mostrara su poder. Él llamará a los hombres a rendir cuenta estricta de toda la riqueza y el poder que se les confía, y del abuso cometido con él. Si es pecado descuidar las necesidades del pobre, ¡cuán odiosa y mala es la parte que ellos tienen, que empobrece a los hombres y los oprime!

Vv. 16—26. El profeta reprueba y advierta a las hijas de Sion sus sufrimientos venideros. Que sepan que Dios nota la necedad y vanidad de las mujeres soberbias hasta en su vestimenta. Las amenazas de castigo respondían al pecado. El justo castigo del orgullo suelen ser enfermedades repugnantes. No es esencial preguntar qué clase de atavíos usaban; muchas de esas cosas, si no hubieran estado de moda habrían sido ridiculizadas entonces como ahora. Sus modas diferían mucho de las de nuestros tiempos pero la naturaleza es la misma. El despilfarro del dinero y del tiempo, el descuido de la piedad, de la caridad y hasta de la justicia, desagrada al Señor. Muchos de los profesantes de hoy parecen pensar que no hay mal en los refinamientos mundanos, pero, ¿si no fuese un gran mal habría el Espíritu Santo enseñado al profeta a denunciarlo con tanta fuerza? —Los judíos vencidos, y Jerusalén sería arrasada al suelo; lo cual es representado con la idea de una mujer desolada, sentada en el suelo en gesto de dolor. Si el pecado se alberga dentro de los muros, el lamento y el duelo están a las puertas.

CAPÍTULO IV

Versículo 1. *El desastre ocasionado por la guerra.* 2—6. *Los tiempos del Mesías.*

V. 1. Este primer versículo corresponde al capítulo tercero. Cuando vinieran trastornos a la tierra, dado que la soltería era reprochable entre los judíos, estas mujeres actuarían en contra de la costumbre y buscarían maridos por sí mismas.

Vv. 2—6. Se anuncia no sólo el establecimiento del reino de Cristo en la época de los apóstoles, sino su crecimiento al reunir en la Iglesia a los judíos dispersos. —Cristo es llamado Renuevo de Jehová, plantado por su poder y florecido para su alabanza. El evangelio es el fruto del renuevo de Jehová; todas las gracias y consolación del evangelio brotan de Cristo. Es llamado fruto de la tierra porque surge en este mundo y es adecuado para el estado presente. Será buena prueba de que somos diferentes de los simplemente llamados Israel, si somos llevados a ver toda la belleza en Cristo, y en la santidad. Como tipo de ese bendito día, Jerusalén debe florecer de nuevo como el renuevo y será bendecida con el fruto de la tierra. —Dios guardará para sí una simiente santa. Cuando la mayoría de quienes tienen lugar y nombre en Sion, y en Jerusalén, sea cortada por su incredulidad, algunos serán reservados. Sólo los santos serán reservados cuando el Hijo del hombre saque de su reino toda cosa ofensiva. —Por el juicio de la providencia de Dios, los pecadores son destruidos y consumidos; pero por el Espíritu de gracia son reformados y convertidos. El Espíritu aquí actúa como Espíritu de juicio, ilumina la mente, y convence la conciencia; también como Espíritu que quema, vivifica y fortalece los afectos y hace que los hombres sean celosamente afectados en una buena obra. Un amor ardiente por Cristo y las almas, y el celo contra el pecado, llevarán resueltamente a los hombres a empresas que saquen la incredulidad de Jacob. Toda aflicción le sirve a los creyentes como horno para purificarlos de la escoria; la influencia convincente, poderosa e iluminadora del Espíritu Santo, desarraiga paulatinamente sus lujurias y los vuelve santos como Él es santo. —Dios protege su Iglesia y todo lo que le pertenece. Las verdades y ordenanzas del evangelio son la gloria de la Iglesia. La gracia del alma es su gloria; y quienes la tienen son conservados por el poder de Dios. —Pero sólo los fatigados buscarán reposo; sólo los convencidos de que se acerca una tormenta, buscarán refugio. Afectados con un profundo sentido del desagrado divino, al cual estamos expuestos por el pecado, recurramos de inmediato a Jesucristo y aceptemos agradecidos el refugio que nos da.

CAPÍTULO V

Versículos 1—7. *El estado y la conducta de la nación judía.* 8—23. *Los juicios que vendrán.* 24—30. *Los ejecutores de estos juicios.*

Vv. 1—7. Cristo es el amado Hijo de Dios y nuestro amado Salvador. El cuidado del Señor por la Iglesia de Israel está descrito en la administración de una viña. Las ventajas de nuestra situación serán tomadas en cuenta otro día. La plantó con vides escogidas; les dio la ley más excelente, les instituyó las ordenanzas adecuadas. El templo era una torre donde Dios dio señales de su presencia. Instaló su altar al cual debían llevar los sacrificios; esto denota todos los medios de la gracia. —Dios espera fruto de quienes disfrutan los privilegios. Los buenos propósitos y los buenos comienzos son cosas buenas pero no suficientes; debe haber fruto de la viña: pensamientos y afectos, palabras y acciones agradables al Espíritu. —Dio fruto malo. Las uvas silvestres son los frutos de la naturaleza corrompida. Donde no obra la gracia, obra la corrupción. Pero la maldad de los que profesan la fe y disfrutan de los medios de gracia, debe recaer sobre los mismos pecadores. —Ya no serán un pueblo peculiar. Cuando se desenfrenan o descontrolan, los errores y los vicios, el viñedo no es podado; pronto empiezan a crecer espinas. Esto se muestra a menudo en el alejamiento del Espíritu de Dios de quienes por largo tiempo luchan en su contra, y por quitar su evangelio de los lugares que han sido por largo tiempo reproche para éste. —Se da la explicación. Triste es que un alma, en lugar de las uvas de la humildad, mansedumbre, amor, paciencia y desprecio por el mundo, que Dios busca, produzca las uvas silvestres del orgullo, la pasión, el descontento, la maldad y el desdén hacia Dios; en lugar de las uvas de la oración y la alabanza, están las uvas silvestres de maldecir y jurar. —Demos fruto con paciencia para que, al final, obtengamos la vida eterna.

Vv. 8—23. He aquí un ay para los que tienen su corazón en las riquezas del mundo. No es que sea pecado que los que tienen una casa y un campo, se compren otra; la falta radica en que nunca saben cuándo tienen suficiente. La codicia es idolatría y, aunque muchos envidian al desgraciado hombre próspero, el Señor anuncia ayes horrorosos contra él. ¡Cuánto se aplica esto a muchos de los nuestros! —Dios tiene muchas maneras de vaciar las ciudades más pobladas. Quienes ponen su corazón en el mundo, serán justamente desilusionados. —He aquí un ay para los que adoran los placeres y deleites sensuales. El uso de la música es lícito, pero cuando aleja el corazón de Dios, se nos vuelve pecado. Los juicios de Dios los han alcanzado, pero ellos no se perturban en sus placeres. —Se revelan los juicios. No importa cuán alto esté un hombre, la muerte lo pondrá muy abajo; siempre tan mala, la muerte lo rebajará más aún. —El fruto de estos juicios será que Dios será glorificado como Dios de poder. También, como Dios santo; Él será reconocido y declarado como tal en el justo castigo de los soberbios. —Están en lamentable condición los que cometen pecado y se ejercitan en gratificar sus lujurias viles. Son osados en el pecado y andan tras sus propias lujurias; con burla llaman a Dios el Santo de Israel. Confunden y descartan las distinciones entre el bien y el mal. Prefieren sus propios razonamientos a las revelaciones divinas; sus propios inventos a los consejos y mandamientos de Dios. Consideran prudente y cortés seguir con los pecados que dan ganancias (en dinero) y descuidar los deberes de abnegación. —Además, por muy a la ligera que los hombres se tomen la ebriedad, es un pecado que yace abierto a la ira y la maldición de Dios. Sus jueces pervierten la justicia. Cada pecado necesita otro para que lo tape.

Vv. 24—30. Que nadie espere vivir tranquilamente si vive malamente. El pecado debilita la fuerza, la raíz de un pueblo; desfigura la belleza, los capullos de un pueblo. Cuando se desprecia la palabra de Dios, y se arroja lejos su ley, ¿qué pueden esperar los hombres, sino que Dios los abandone totalmente? Cuando Dios sale con ira, tiemblan las colinas, el miedo agarra aun a los grandes hombres. Cuando Dios decide la destrucción de un pueblo provocador, puede hallar instrumentos para ello, como envió a los caldeos y, luego, a los romanos, a destruir a los judíos. Los que quieren oír la voz de Dios hablando por sus profetas, oirán la voz de sus enemigos rugiendo contra ellos. Cualquiera sea el camino que quieren los angustiados, todo parece desalentador. Si Dios nos frunce el ceño, ¿cómo puede sonreír la criatura? Busquemos diligentemente la seguridad bien fundamentada para que cuando fallen todas las ayudas y consuelos terrenales, el mismo Dios sea la fuerza de nuestros corazones y nuestra porción para siempre.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *La visión que contempló Isaías en el templo.* 9—13. *El Señor declara la ceguera que sobreviene a la nación judía y la destrucción que seguirá.*

Vv. 1—8. En esta visión figurativa se abre el templo y queda a la vista hasta el Lugar Santísimo. El profeta, de pie fuera del templo, ve la Presencia divina sentada en el trono de la gracia, sobre el arca del pacto, entre los querubines y serafines, y la gloria divina que llena todo el templo. —Véase a Dios en su trono. Esta visión se interpreta, en Juan xii, 41, como que Isaías ve ahora la gloria de Cristo y habla de Él, lo cual es plena demostración de que nuestro Salvador es Dios. En Cristo Jesús, Dios se sienta en el trono de la gracia; y, por medio de Él se abre el camino hacia el Lugar Santísimo. —Véase el templo de Dios, su Iglesia en la tierra, llena de su gloria. Su séquito, las faldas de su ropaje henchían el templo, todo el mundo, porque todo es el templo de Dios. Aún Él vive en todo corazón contrito. —Véase a los benditos asistentes de los cuales se sirve en su gobierno. Por sobre del trono estaban los santos ángeles, llamados serafines, que quiere decir “ardientes”, porque arden de amor por Dios y de celo por su gloria, contra el pecado. Los serafines, con sus rostros

velados, declaran que están listos para rendir obediencia a todos los mandamientos de Dios, aunque no entiendan la razón secreta de sus consejos, gobierno o promesas. Toda vanagloria, ambición, ignorancia y orgullo, debiera ser eliminada una vez que se ve a Cristo en su gloria. —Esta terrible visión de la majestad divina sobrecogió al profeta con una sensación de su propia vileza. Estamos acabados si no hay un Mediador entre nosotros y este Dios santo. Un vistazo de la gloria celestial basta para convencernos que toda nuestra justicia es como trapos de inmundicia. Tampoco hay un hombre que se atreva a hablarle al Señor, si ve la justicia, la santidad, y la majestad de Dios, sin discernir su gloriosa misericordia y gracia en Jesucristo. —El carbón encendido puede denotar la seguridad del perdón y la aceptación en su obra, que se da al profeta por medio de la expiación de Cristo. Nada es poderoso para limpiar y consolar al alma sino lo que se toma de la satisfacción hecha por Cristo y su intercesión. Quitar el pecado es necesario para que hablemos con confianza y comodidad, sea a Dios en oración o *de parte de* Dios al predicar; y a los que se quejan de su pecado como carga, y se ven en peligro de ser condenados por él, les será quitado. —Es gran consuelo para los que Dios envía, el hecho de que van por Dios y por tanto pueden hablar en su nombre, seguros de que Él los sostendrá.

Vv. 9—13. Dios envía a Isaías a anunciar la destrucción de su pueblo. Muchos oyen el sonido de la palabra de Dios, pero no sienten su poder. A veces Dios, en un justo juicio, entrega los hombres a la ceguera mental, porque no reciben la verdad por amor a ella. Pero ninguno que busca humilde a Cristo, tiene que temer esta horrenda condenación, que es un juicio espiritual de quienes aún se aferran a sus pecados. Que cada uno ore por la iluminación del Espíritu Santo, para que pueda notar cuán preciosas son las misericordias divinas, las únicas que pueden asegurarnos contra este peligro espantoso. —Pero el Señor va a preservar para Él un remanente santo, como el diezmo. Y bendito sea Dios que aún preserva a su Iglesia; sin embargo, puede que sean cortados profesantes o iglesias visibles por estériles, pero la santa semilla brotará, de la cual surgirán todos los numerosos renuevos de justicia.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—9. *Acaz amenazado por Israel y Siria; se le asegura que el ataque de ellos será en vano.* 10—16. *Dios da una señal segura por la promesa del largamente esperado Mesías.* 17—25. *Se reprocha la necedad y el pecado de buscar socorro en Asiria.*

Vv. 1—9. Los impíos suelen ser castigados por otros tan malos como ellos. Estando en gran angustia y confusión los judíos dieron todo por perdido. Habían hecho a Dios su enemigo y no sabían cómo hacerlo su amigo. —El profeta debe enseñarles a despreciar a sus enemigos teniendo fe en Dios y dependiendo de Él. Acaz, temeroso, dijo que eran dos poderosos príncipes. No, dice el profeta, ellos no son sino cabos de tizón humeantes, ya quemados. Los reinos de Siria e Israel estaban casi expirados. Mientras Dios tiene trabajo para los tizones de la tierra, ellos consumen todo lo que tengan por delante; pero, completado su trabajo, serán extinguidos como humo. —Lo que Acaz consideraba formidable es hecho terreno de la derrota de ellos, porque han seguido consejo malo contra ti, lo cual es una ofensa a Dios que se burla de los burladores, y da su palabra de que el intento no triunfará. El hombre propone, pero Dios dispone. —Era necedad que los cercanos a la destrucción estén tratando de arruinar a su prójimo. Isaías debe instar a los judíos a que confíen en las seguridades dadas a ellos. La fe es absolutamente necesaria para aquietar y componer la mente que pasa por pruebas.

Vv. 10—16. La secreta falta de afecto por Dios suele ser disfrazada con el color del respeto por Él y los que están resueltos a no *confiar* en Dios pretenden aún que ellos no le *tentarán*. El profeta reprende a Acaz y a su corte por el poco valor que dan a la revelación divina. Nada es más triste para Dios que la desconfianza, pero la incredulidad del hombre no invalidará la promesa de Dios; el mismo Señor dará la señal. Por grande que sea su angustia y peligro, de ti nacerá el Mesías, y no podéis ser destruidos mientras esa bendición esté con vosotros. Ocurrirá de manera gloriosa; y las consolaciones más fuertes en época de problemas derivan de Cristo, nuestra relación con Él, nuestro interés en Él, nuestras expectativas de Él y de parte de Él. —Crecería como los demás niños, por el uso de la dieta de esos países, pero al contrario de los otros niños, rehusaría el mal y escogería el bien de manera coherente. Aunque su nacimiento fuera por el poder del Espíritu Santo, de todos modos Él no iba a ser nutrido con la comida de los ángeles. —Entonces, sigue una señal de la pronta destrucción de los príncipes, ahora terror para Judá. "Antes de que este niño", léase, "este niño que ahora tengo en mis brazos" (Sear-jasub, el hijo del profeta, versículo 3), tenga tres o cuatro años de edad, estas fuerzas enemigas serán abandonadas por ambos reyes. —La profecía es tan solemne, la señal es tan marcada, como dadas por el mismo Dios después de que Acaz rechaza la oferta, que debe de haber suscitado esperanzas mucho más allá de lo que sugería la ocasión presente. Y, si la perspectiva de la venida del Salvador divino era un apoyo que nunca falla para las esperanzas de los creyentes antiguos, ¡qué razón tenemos para agradecer que la Palabra fuera hecha carne! Confiemos en Él y amémosle, imitemos su ejemplo.

Vv. 17—25. Los que no quieren creer las promesas de Dios, esperen oír la alarma de sus amenazas, porque, ¿quién puede resistir o escapar de sus juicios? El Señor eliminará todo; y pagará a los que emplee en cualquier servicio para Él. —Todo habla de un triste cambio de la faz de esa tierra agradable, pero, ¿qué triste cambio hay que el pecado no haga en un pueblo? La agricultura se terminaría. —Penas de toda clase sobrevendrán a todos los que desprecian la gran salvación. Si seguimos sin dar fruto bajo los medios de la gracia, el Señor dirá: Nunca jamás nazca de ti fruto, desde ahora en adelante y para siempre.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—8. *Exhortaciones y advertencias.* 9—16. *Consuelo para los que temen a Dios.* 17—22. *Aflicciones para los idólatras.*

Vv. 1—8. El profeta tiene que escribir en un rollo grande o sobre una estela de metal, unas palabras que significan: "El despojo se apresura, la presa se precipita", señalando que el ejército asirio vendría veloz y haría mucho botín. Muy pronto las riquezas de Damasco y Samaria, ciudades entonces seguras y formidables, serían llevadas por el rey de Asiria. —El profeta argumenta con el prometido Mesías, que debería aparecer en la tierra en la plenitud del tiempo, y como Dios, la preservará en mientras tanto. Como un arroyo suave es símbolo apropiado de un gobierno suave, un torrente que anega todo representa a un conquistador y tirano. El éxito del invasor también se describe como ave de presa que extiende sus alas sobre toda la tierra. —Quienes rechazan a Cristo hallarán que lo que llaman libertad es la esclavitud más vil. Pero ningún enemigo sacará al creyente de la mano de Emanuel, ni le quitará su herencia celestial.

Vv. 9—16. El profeta desafía a los enemigos de los judíos. Sus esfuerzos serán vanos y ellos mismos serán despedazados. Nos concierne en épocas de problemas vigilar todos los temores que nos llevan por rumbos torcidos en pos de nuestra propia seguridad. El temor de Dios del creyente preserva del inquietante temor al hombre. Si pensamos rectamente en la grandeza y la gloria de Dios,

veremos restringido todo el poder de nuestros enemigos. El Señor, que será Santuario para quienes confían en Él, será la Roca de tropiezo y Roca de escándalo para quienes hacen de la criatura su temor y esperanza. Si las cosas de Dios para nosotros son ofensa, nos desharán. El apóstol cita esto a todos los que persisten en no creer el evangelio de Cristo, 1 Pedro ii, 8. El Emanuel crucificado, que fue y es piedra de tropiezo y Roca de escándalo para los judíos incrédulos, no lo es menos para los miles que son llamados cristianos. La predicación de la cruz es locura según su criterio; sus doctrinas y preceptos los ofenden.

Vv. 17—22. El profeta anuncia que el Señor escondería su rostro, pero esperaría su regreso a favor de ellos. Aunque no constituyen señales milagrosas, los nombres de los hijos fueron monumentos de Dios, útiles para excitar la atención. —Los judíos incrédulos eran proclives a buscar consejo en caso de dificultades, e iban a diversas clases de adivinadores, a cuyas ceremonias necias y pecaminosos se alude. —¿Sabríamos nosotros buscar a nuestro Dios e ir a conocer su propósito? A la ley y al testimonio: porque ahí verás lo que es bueno y lo que requiere el Señor. Debemos hablar de las cosas de Dios con las palabras que nos enseñe el Espíritu Santo, y ser mandados por ellas. Para los que recurren a los espíritus y no consideran la ley y testimonio de Dios, habrá horror y miseria. Los que se alejan de Dios, se salen del camino de todo lo bueno, porque el afán es un pecado que es su propio castigo. Desesperan y no ven alivio cuando maldicen a Dios. Sus temores representan todo como aterrador. Los que cierran sus ojos contra la luz de la palabra de Dios, serán justamente dejados en tinieblas. Todas las desgracias que alguna vez sintieron o presenciaron en la tierra, son nada comparadas con las que abrumarán a los que dejan las palabras de Cristo para seguir sus ilusiones.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—7. *El Hijo que debía nacer y su reino.* 8—21. *Los juicios venideros a Israel y a los enemigos del reino de Cristo.*

Vv. 1—7. Los sirios y los asirios primero asolaron los países aquí mencionados y esa región fue primeramente favorecida con la predicación de Cristo. A los que les falta el evangelio, andan en tinieblas y en peligro supremo. Pero cuando el evangelio llega a una parte, a un alma, llega la luz. Oremos fervorosamente que pueda brillar en nuestro corazón y hacernos sabios para salvación. —El evangelio trae gozo consigo. Los que desean tener gozo, deben hacerse la expectativa de trabajar arduamente, como el agricultor, antes de tener el gozo de la cosecha; y por duro conflicto, como el soldado, antes de repartir el botín. —Los judíos fueron librados del yugo de muchos opresores; esto es sombra de la liberación del creyente del yugo de Satanás. La limpieza de las almas de los creyentes del poder y la contaminación del pecado será efectuada por la obra del Espíritu Santo como fuego purificador. Estas grandes cosas para la Iglesia serán hechas por el Mesías Emanuel. El Hijo ha nacido: era seguro; y la Iglesia, antes que Cristo se encarnara, se benefició por su obra. Es una profecía suya y de su reino, que leen con placer los que esperan la consolación de Israel. Este Hijo nació para provecho de nosotros los hombres, de nosotros los pecadores, de todos los creyentes, desde el comienzo hasta el fin del mundo. —Con justicia se le llama Admirable, porque Él es Dios y hombre. Su amor es la admiración de los ángeles y de los santos glorificados. Él es el Consejero, porque conoce los consejos de Dios desde la eternidad; y Él da consejo a los hombres, consejos en que consulta nuestro bienestar. Es el Admirable Consejero; nadie enseña como Él. Es Dios, el Poderoso. Tal es la obra del Mediador que ningún poder menor que el del Dios todopoderoso podía hacer que ocurriera. Es Dios, uno con el Padre. Como Príncipe de Paz nos reconcilia a Dios; es el Dador de paz en el corazón y la conciencia; cuando su reino esté plenamente establecido, los

hombres no aprenderán más a guerrear. —El principado está sobre Él, que llevará esa carga. Cosas gloriosas se dicen del gobierno de Cristo. No hay final para el aumento de la paz, porque la felicidad de los súbditos durará para siempre. —La plena armonía de esta profecía con la doctrina del Nuevo Testamento, demuestra que los profetas judíos y los maestros cristianos tenían el mismo punto de vista de la persona y la salvación del Mesías. ¿A cuál rey o reino terrenal se pueden aplicar estas palabras? Entonces, oh Señor, date a conocer a tu pueblo por todo nombre de amor y en todo carácter glorioso. Da aumento de gracia en todo corazón de tus redimidos de la tierra.

Vv. 8—21. Maduran rápidamente para su ruina aquellos cuyos corazones no se humillan cuando están bajo providencias humillantes. Porque lo que Dios se propone al golpearnos es que nos volvamos a Él; si esto no se logra por juicios menores, pueden esperarse juicios mayores. Los dirigentes del pueblo lo guiaron mal. Tenemos razón para temer a los que hablan bien de nosotros, cuando hacemos mal. La maldad era universal, todos estaban infectados con ella. Tienen problemas y no ven salida; y cuando los caminos de los hombres desagradan al Señor, Él hace que hasta sus amigos se pongan en guerra con ellos. Dios quitará aun aquellos de quienes ellos esperaban tener ayuda. Sus reyes eran la cabeza. Sus falsos profetas eran la cola, y la caña, lo más despreciable del pueblo. —En estas confrontaciones civiles los hombres hacían presa de los parientes cercanos que eran como su propia carne. El pueblo no se volvió al que los golpeaba, por tanto, Él siguió golpeando: porque cuando Dios juzga, vence; y el pecador más recio y orgulloso será doblado o quebrantado.

CAPÍTULO X

Versículos 1—4. *Ayes contra los orgullosos opresores.* 5—19. *El asirio no es sino instrumento en la mano de Dios para el castigo de su pueblo.* 20—34. *Su liberación.*

Vv. 1—4. Estos versículos deben unirse al capítulo anterior. ¡Ay de las potestades superiores que conciben y decretan normas injustas! ¡Ay de los oficiales inferiores que les dan vigencia y los registran! Pero, ¿qué harán los pecadores? ¿Adónde huirán?

Vv. 5—19. Véase qué cambio hizo el pecado. El rey de Asiria, en su orgullo, pensó que actuaba por su propia voluntad. Los tiranos del mundo son instrumentos de la Providencia. Dios tiene el designio de corregir a su pueblo de su hipocresía y los acerca más a Él, pero, ¿ese es el designio de Senaquerib? No; su propósito es gratificar su codicia y ambición. —El asirio se jacta de las grandes cosas que ha hecho a otras naciones por su propia política y poder. No sabe que es Dios quien le ha hecho lo que es, y pone el cetro en su mano. Ha hecho todo esto con facilidad; ninguno aleteó ni gritó como las aves cuando les destrozan sus nidos. Como conquistó Samaria, piensa que, por cierto, caerá Jerusalén. Lamentable era que Jerusalén adorara imágenes de talla, y no podemos maravillarnos que fuese superada en ellas por los paganos. Pero, ¿no es igualmente necio que los cristianos emulen a la gente del mundo en sus vanidades en lugar de mantenerse en las cosas que son su honra especial? Porque no sería más fuera de lugar que una herramienta se jacte o que luche contra el que la formó, que Senaquerib se envanezca contra el Señor. —Cuando Dios mete en problemas a su pueblo, es para traer el pecado a su memoria y humillarlos y despertarlos al sentido de su deber; este debe ser el fruto: quitar el pecado. Cuando se ganan estos puntos por aflicción, será quitada por misericordia. Este intento contra Jerusalén y Sion debía llegar a nada. Dios será como fuego consumidor para los hacedores de iniquidad, tanto en cuerpo como en alma. La desolación será cuando el portador del estandarte desfallezca y los que siguen sean confundidos. ¿Quién es capaz de resistir ante este gran y santo Señor Dios?

Vv. 20—34. Por nuestras aflicciones podemos aprender a no poner nuestra confianza en las criaturas. Sólo pueden permanecer con consuelo en Dios los que se vuelven a Él de verdad, no sólo fingiendo y profesando. Dios traerá una justa desolación a la gente provocadora, pero por gracia le pondrá límites a esto. —Es contra el pensamiento y la voluntad de Dios que su pueblo se entregue al temor pase lo que pase. La ira de Dios contra su pueblo es sólo por un momento; y cuando nos es quitada, no tenemos que temer la furia del hombre. La vara con que corrige a su pueblo no sólo será puesta a un lado; será arrojada al fuego. —Para exhortar al pueblo de Dios el profeta les recuerda lo que Dios había hecho antes contra los enemigos de su iglesia. El pueblo de Dios será liberado de los asirios. Algunos piensan que esto mira a la liberación de los judíos de su cautiverio y, aún más, a la redención del creyente de la tiranía del pecado y de Satanás. Esto, "a causa de la unción"; por amor de su pueblo Israel, los creyentes que entre ellos habían recibido la unción de la gracia divina. Por amor al Mesías, el Ungido de Dios. —Aquí hay, versículos 28—34, una descripción profética de la marcha de Senaquerib hacia Jerusalén, cuando amenazaba con destruir esa ciudad. Entonces, el Señor en quién confiaba Ezequías, cortó su ejército como se tala el bosque. Apliquemos lo aquí escrito a otros asuntos en otras épocas de la Iglesia de Cristo. Debido a la unción de nuestro gran Redentor, el yugo de todo anticristo debe ser quitado de su Iglesia; y si nuestra alma participa de la unción del Espíritu Santo, nos será asegurada liberación plena y eterna.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—9. *El carácter pacífico del reino y de los súbditos de Cristo.* 10—16. *La conversión de los gentiles y de los judíos.*

Vv. 1—9. El Mesías es llamado Vara y Vástago. Las palabras significan un producto pequeño y tierno; un brote que como tal se rompe con facilidad. Brota del tronco de Isaí; cuando la familia real fuera cortada, y casi nivelada con el suelo, iba a brotar de nuevo. La casa de David estaba muy decaída en la época del nacimiento de Cristo. El Mesías dio así una noticia temprana de que su reino no era de este mundo. Pero el Espíritu Santo, con todos sus dones y gracias, se posa y permanece en Él, que tendrá toda la plenitud de la Deidad habitando en Él, Colosenses i, 19; ii, 9. Muchos consideran que aquí se mencionan siete dones del Espíritu Santo. Y aquí se enseña claramente la doctrina de las influencias del Espíritu Santo. —El Mesías sería justo y recto en todo su reinado. Su amenaza será ejecutada por el obrar del Espíritu conforme a su palabra. —Habrá gran paz y quietud bajo su reinado. El evangelio cambia la naturaleza y hace que los mismos que pisoteaban a los mansos de la tierra, sean mansos como ellos y amables con ellos. Pero esto se mostrará más plenamente en los últimos días. También Cristo, el gran Pastor, cuidará de su rebaño, para que la naturaleza de los problemas y de la muerte misma sea cambiada para que no hagan ningún daño real. El pueblo de Dios será liberado no sólo del mal sino del temor al mal. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Mientras mejor conocemos al Dios de amor, más seremos cambiados en su misma semejanza y mejor dispuestos hacia todos los que tienen alguna semejanza con Él. —Este conocimiento se extenderá como el mar, tan lejos será difundido. De este bendito poder ha habido testigos en toda época del cristianismo, aunque su tiempo más glorioso, aquí anunciado, aún no ha llegado. Mientras tanto apuntemos a que nuestro ejemplo y esfuerzo pueda ayudar al progreso de la honra de Cristo y de su reino de paz.

Vv. 10—16. Cuando el evangelio sea públicamente predicado, los gentiles buscarán a Cristo Jesús como su Señor y Salvador, y hallarán descanso para su alma. Cuando llegue el tiempo de Dios para la liberación de su pueblo, los montes de oposición se convertirán en llanuras delante de Él. Dios pronto puede convertir los días sombríos en gloriosos. Mientras esperamos que el Señor reúna

su antiguo pueblo, y lo lleve a casa, a su iglesia, y también traiga la plenitud de los gentiles, cuando todos estén unidos en santo amor, vamos por el camino de la santidad que Él ha preparado para sus redimidos. Esperemos la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna, y miremos a Él para que nos prepare camino a través de la muerte, ese río que separa este mundo del mundo eterno.

CAPÍTULO XII

Este es un himno de alabanza adecuado para los tiempos del Mesías.

El canto de alabanza de este capítulo es adecuado para el regreso de su largo cautiverio de los desterrados de Israel, pero es especialmente adecuado para el caso del pecador, cuando primero halla paz y gozo en creer; para el caso de un creyente, cuando su paz es renovada luego de correctivos por descarriarse; y al de todo el conjunto de los redimidos cuando se reúnen ante el trono de Dios en el cielo. La promesa es segura y las bendiciones contenidas en ella son muy ricas; y los beneficios disfrutados a través de Jesucristo demandan las más grandes acciones de gracias. Por Jesucristo, la Raíz de Isaí, fue alejada la ira divina contra la humanidad, porque Él es nuestra Paz. Él consuela a los que están reconciliados con Dios. Se les enseña a triunfar en Dios, y a interesarse en Él. Confiaré en que me prepare para su salvación y me preserve en ella. Yo le confiaré todas mis preocupaciones, sin dudar, porque hará que todo ayude a bien. La fe en Dios es el remedio soberano contra los temores atormentadores. Muchos cristianos tienen a Dios como su fortaleza, pero sin tenerlo como su canción; andan en tinieblas; pero los que tienen a Dios como su fuerza deben hacer que sea Él su canción; esto es, darle la gloria y tomar para sí su consuelo. Esta salvación es del amor de Dios Padre, nos viene por medio de Dios Hijo, es aplicada por el poder de Dios Espíritu, que crea de nuevo. Cuando esto es visto por fe, el pecador vacilante aprende a tener esperanza en Dios y es librado del temor. —Las influencias purificadoras y santificadoras del Espíritu Santo suelen ser denotadas bajo el símbolo del agua que brota. Esta obra fluye a través de la mediación de Cristo y se transmite a nuestra alma por medio de las ordenanzas de Dios. Bendito sea Dios, tenemos pozos de salvación abiertos a cada lado y podemos sacar de ellos el agua de vida y de consuelo. —En la segunda parte de este canto evangelizador, versículos 4—6, los creyentes se exhortan unos a otros para alabar a Dios y para tratar de llevar a otros a unírseles en eso. Ninguna diferencia de opinión sobre los tiempos y sazones, u otros asuntos semejantes, debieran dividir el corazón de los cristianos. Que nuestra preocupación sea ser contados entre aquellos a quienes dirá: Venid, bendito de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—5. *Los ejércitos de la ira de Dios.* 6—18. *La conquista de Babilonia.* 19—22. *Su desolación final.*

Vv. 1—5. Las amenazas de la palabra de Dios presionan pesadamente al impío y son una carga dolorosa, demasiado pesada para que la soporten. Las personas reunidas para destruir Babilonia, son llamadas santificadas o nombradas de Dios; designados para este servicio y capacitados para realizarlo. Son llamados los poderosos de Dios, porque reciben poder de parte de Dios y van a usarlo para Él. Vienen desde lejos. Dios puede convertir en látigo y ruina a los que más alejados están de sus enemigos y, por tanto, son menos temidos.

Vv. 6—18. Aquí tenemos la terrible desolación de Babilonia hecha por los medos y los persas. Los que en el día de su paz eran soberbios, altivos y temibles, se desaniman mucho cuando llegan los problemas. Sus rostros los quema la llama. Todo consuelo y esperanza faltará. Las estrellas del cielo no darán su luz, el sol será oscurecido. Los profetas suelen emplear estas expresiones para describir las convulsiones de los gobiernos. Dios los visitará por su iniquidad, particularmente el pecado del orgullo que rebaja a los hombres. Habrá una escena general de horror. Quienes se unen a Babilonia deben esperar ser partícipes de sus plagas, Apocalipsis xviii, 4. —Todo lo que tienen los hombres es algo por lo cual darían su vida, pero ninguna riqueza del hombre puede ser el rescate de su vida. Haz aquí una pausa y pregúntate si los hombres deben ser así de crueles e inhumanos, y ve cuán corrupta se ha vuelto la naturaleza humana. Que los pequeñuelos sufran de ese modo, muestra que hay una culpa original por la cual se quita la vida tan pronto como empieza. —El día del Señor será indudablemente terrible de ira y furor, mucho más allá de todo lo expresado aquí. No habrá lugar alguno para que el pecador huya o intente escapar. Pero pocos actúan como si creyeran estas cosas.

Vv. 19—22. Babilonia era una ciudad noble; pero será totalmente destruida. Nadie habitará ahí. Será lugar de bestias salvajes. Todo esto se cumple. El sino de esta orgullosa ciudad es prueba de la verdad de la Biblia, y símbolo de la venidera ruina de la Babilonia del Nuevo Testamento; una advertencia a los pecadores para que huyan de la ira venidera, y exhorta a los creyentes a esperar la victoria sobre todo enemigo de sus almas y de la Iglesia de Dios. —Todo el mundo cambiará y está obligado a decaer. Por eso pongamos diligencia para la obtención de un reino inconmovible; y en esta esperanza, aferrémonos con firmeza de esa gracia por la cual podemos servir aceptablemente a Dios, con reverencia y santo temor.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—23. *La destrucción de Babilonia y la muerte de su orgulloso monarca.* 24—27. *Seguridad de la destrucción de Asiria.* 28—32. *La destrucción de los filisteos.*

Vv. 1—23. Todo el plan de la divina providencia está arreglado con miras al bien del pueblo de Dios. La instalación en la Tierra Prometida es misericordia de Dios. Que la Iglesia reciba a quienes Dios recibe. El pueblo de Dios, doquiera sea echada su suerte, debe emprender la recomendación de la religión por la conversación justa y triunfadora. —Los que no sean reconciliados con ellos, serán humillados por ellos. Esto puede aplicarse al éxito del evangelio, cuando los que se habían opuesto son llevados a obedecerlo. Dios mismo se dedica a obrar el cambio bendito. Ellos tendrán reposo de su tristeza y de su temor, de la sensación de sus cargas presentes y del temor de lo peor. —Babilonia abundaba en riquezas. El rey de Babilonia gobernaba la nación con la ayuda que tenía del mando absoluto de tanta riqueza. Esto se refiere especialmente al pueblo judío, y colmó la medida de los pecados del rey de Babilonia. Los tiranos sacrifican sus intereses verdaderos a sus lujurias y pasiones. Ambición graciosa es codiciar ser como el Santísimo, pues Él ha dicho: Sed santos como yo soy santo; pero es ambición pecaminosa apuntar a ser como el Altísimo, porque Él dice: él que se exalta será humillado. De esta manera, el diablo llevó a nuestros padres a pecar. —Debe sobrevenirle la ruina total. A los que no cesen de pecar, Dios los hará cesar. Debe ser derribado y descender al sepulcro: este es el destino común de los tiranos. La gloria verdadera, esto es, la gracia verdadera ascenderá con el alma al cielo, pero la pompa vana descenderá con el cuerpo a la tumba; hay un final para esto. Puede haber regocijo si se niega el derecho a ser enterrado en aras de la justicia, Mateo v, 12. Pero si es como justo castigo del pecado, denota que los pecadores impenitentes se levantarán para vergüenza y confusión perpetua. —Muchos triunfos debe haber en su caída. Dios trata con los que perturban la paz de la humanidad. La recepción del rey de Babilonia en las regiones de los

muertos, indica que hay un mundo de espíritus al cual va las almas de los hombres al morir. Esas almas conversan entre sí aunque nosotros no tenemos nada con ellas; y la muerte y el infierno serán indudablemente muerte e infierno para todos los impíos que caen desde la altura de sus pompas de este mundo y de la plenitud de sus placeres. De todo esto aprendamos que la semilla de los malhechores nunca será renovada. La ciudad real debe ser destruida y abandonada. Así se ilustra la suma destrucción de la Babilonia neotestamentaria, Apocalipsis xviii, 2. Cuando un pueblo no se limpia con la escoba de la reforma, ¿qué pueden esperar, sino ser barridos de la faz de la tierra con la escoba de la destrucción?

Vv. 24—27. Que vean lo que les espera a los que se hacen a sí mismos yugo y carga para el pueblo de Dios. Que quienes son llamados conforme al propósito de Dios, se consuelen de que perdurará lo que Dios se ha propuesto. El Señor de los ejércitos se ha propuesto romper el yugo del asirio; su mano está extendida para ejecutar este propósito; ¿quién tiene el poder para doblarla? —Con estas dispensaciones de la providencia el Todopoderoso muestra en forma, muy convincente que el pecado es odioso a sus ojos.

Vv. 28—32. Se dan seguridad de la destrucción de los filisteos y de su poder por el hambre y la guerra. Ezequías sería más temible para ellos de lo que fue Uzías. En lugar de regocijo habrá lamento porque toda la tierra será destruida. Tal destrucción vendrá sobre el orgulloso y rebelde porque el Señor fundó Sion para refugio de pobres pecadores que huyen de la ira venidera y confían en su misericordia por medio de Cristo Jesús. Hablemos a todos los que nos rodean de nuestro consuelo y seguridad, y exhortémosles a buscar el mismo refugio y salvación.

CAPÍTULO XV

Los juicios divinos por sobrevenir a los moabitas.

Esta profecía, que se iba a cumplir dentro de tres años, iba a confirmar la misión del profeta y la fe en todas sus demás profecías. Se anuncia acerca de Moab: —1. Que sus ciudades principales serán sorprendidas por el enemigo. Grandes cambios, y muy tenebrosos, puede hacerse en poco tiempo. —2. Los moabitas tendrían que recurrir a sus ídolos en busca de socorro. Los impíos no tienen consolador cuando están en problemas, pero sus temores raramente los llevan a acercarse a nuestro Dios perdonador con pena verdadera y oración de fe. —3. Habrá gritos de lamento en toda la tierra. Pobre alivio es tener muchos compañeros de sufrimiento y duelo. —4. El valor de sus soldados fallará. Fácilmente Dios puede privar a una nación de aquello de lo que depende en forma suprema como fuerza y defensa. —5. Estas calamidades deben causar pesar en los lugares vecinos. Aunque enemigos de Israel, no obstante como congéneres, debe serles penoso verlos en angustia. —En los versículos 6 al 9 el profeta describe los terribles lamentos oídos en todo el país de Moab, cuando fue presa del ejército asirio. El país sería saqueado. Habitualmente el hambre es el efecto triste de la guerra. Los que están ansiosos por obtener la abundancia de este mundo, y amontonan lo que han conseguido, poco consideran cuán pronto se les puede quitar. Mientras advertimos a nuestros enemigos que escapen de la destrucción, oremos por ellos, para que puedan buscar y hallar perdón para sus pecados.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—5. *Se exhorta a Moab a rendir obediencia.* 6—14. *El orgullo y los juicios de Moab.*

Vv. 1—5. Dios dice a los pecadores lo que pueden hacer para evitar la destrucción; así lo hace con Moab. Envíen ellos el tributo que antes se comprometieron a pagar a Judá. Tómenlo como buen consejo. Rompe con tus pecados por la justicia; puede prolongar tu tranquilidad. Esto puede aplicarse al gran deber del evangelio de someterse a Cristo. Enviadle el cordero, lo mejor que tengáis, vosotros mismos como sacrificio vivo. Cuando vais a Dios, el gran Rey, id en el nombre del Cordero, el Cordero de Dios. Los que no se someten a Cristo serán como ave que se alejó de su nido y será atrapada por la próxima ave de presa. Los que no se rinden al temor de Dios tendrán que rendirse al temor de todo lo demás. Les aconseja que sean buenos con la simiente de Israel. Los que tienen la expectativa de hallar favor cuando tengan problemas, deben mostrar su favor a los que tienen problemas. —Lo que aquí se dice respecto del trono de Ezequías también corresponde en un sentido mucho más elevado, al reino de Jesucristo. Aunque por la sujeción a Él podemos no disfrutar de riquezas y honores mundanos, sino ser expuestos a la pobreza y el desprecio, tendremos paz de conciencia y vida eterna.

Vv. 6—14. No se puede ayudar a los que no reciben el consejo. Se destruyen más almas por el orgullo que por cualquier otro pecado. Además, corrientemente los muy orgullosos son muy apasionados. Muchos procuran obtener, con mentiras, la gratificación del orgullo y la pasión, pero no cumplirán sus proyectos de soberbia e ira. —Moab era famoso por los campos y las viñas, pero serán destruidas por el ejército invasor. Dios puede prontamente convertir la risa en lamento y el gozo en pesadumbre. En Dios siempre nos podemos regocijar con el triunfo santo; en las cosas terrenales gocémonos siempre con santo temblor. El profeta mira preocupado las desolaciones de un país tan agradable; le causa pena interna. Los falsos dioses de Moab son incapaces de ayudar; y el Dios de Israel, el único Dios verdadero, puede cumplir y cumplirá lo que ha dicho. Que Moab sepa que su ruina está muy cerca y se prepare. Las declaraciones más horrorosas de la ira divina descubren la vía de escape para los que reciben la advertencia. No hay salida sino por la sumisión al Hijo de David, y por nuestra consagración a él. A la larga, perecerá toda la gloria, la prosperidad y la multitud de los impíos, cuando se cumpla el tiempo designado.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—11. *Siria e Israel amenazadas.* 12—14. *El lamento de los enemigos de Israel.*

Vv. 1—11. El pecado desampara las ciudades. Es extraño que los grandes conquistadores se enorgullezcan de ser enemigos de la humanidad, pero es mejor que la manada descanse ahí a que en ella se alberguen algunos que están en abierta rebelión contra Dios y la santidad. Las fortalezas de Israel, el reino de las diez tribus, serán llevadas a la ruina. Los que participan en pecado son justamente hechos partícipes en la ruina. La gente, por sus pecados, habían madurado para la destrucción y su gloria fue rápidamente cortada y quitada por el enemigo, como el trigo es arrancado del campo por el agricultor. —La misericordia está reservada, en medio del juicio, para un remanente. Pero muy pocos serán remanente santo. Los pocos salvados despertaron para regresar a Dios. Ellos reconocerán su mano en todos los sucesos; ellos le darán la gloria debida a su nombre. Guiarnos a esto es el designio de la providencia, porque Él es nuestro Hacedor; y somos obra de su gracia, porque Él es el Santo de Israel. Ellos dejarán de mirar a sus ídolos, criaturas de su propia fantasía. Tenemos razón para considerar provechosas las aflicciones que nos separan de nuestros pecados. —El Dios de nuestra salvación es la Roca de nuestra fuerza; nuestro olvido y desconsideración de Él están en el fondo de todo pecado. Las plantas agradables y los brotes de un

suelo extranjero son expresiones de adoración extraña e idólatra, y de las costumbres viles relacionadas con ello. Se empleará diligencia para fomentar el crecimiento de estos retoños extraños, pero todo en vano. Véase el mal y el peligro del pecado y sus consecuencias ciertas.

Vv. 12—14. La ira y la fuerza de los asirios se parecía a las poderosas aguas del mar, pero cuando el Dios de Israel las reprende, huyen como paja o como cosa que rueda ante el torbellino. En el anochecer Jerusalén tendría problemas debido al poderoso invasor, pero antes de la mañana su ejército estaría casi cortado. —Dichosos los que recuerdan a Dios como salvación de ellos y confían en su poder y gracia. El problema de los creyentes, y la prosperidad de sus enemigos, será igualmente breve; mientras el gozo del primero y la destrucción de los que los odian y saquean, durarán para siempre.

CAPÍTULO XVIII

El cuidado de Dios por su pueblo, y el crecimiento de la Iglesia.

Este capítulo es uno de los más oscuros de la Escritura, aunque, probablemente, más lo hayan comprendido aquellos para cuyo primer uso fue concebido, que nosotros ahora. Los mensajeros veloces son enviados por agua a una nación marcada por la providencia, medidos, hollados a pie. El pueblo de Dios es hollado, pero quien piense que se los traga, halla que son derribados, pero no desamparados ni destruidos. Todos los moradores de la tierra deben observar los movimientos de la divina providencia y esperar las órdenes de la voluntad divina. —Dios da seguridad a su profeta y, por él, será dada a su pueblo. Sion es su descanso por siempre y Él cuidará de ella. Preparará para ellos los consuelos y refrigerios que les provee; serán aceptables por oportunos. Tratará a los suyos y sus enemigos; y como el pueblo de Dios es protegido en todas las estaciones del año, así sus enemigos están expuestos a todas las estaciones. —Debe llevarse un tributo de alabanza a Dios de todo esto. Lo que se ofrece a Dios debe ofrecerse de la manera que Él ha designado. Nosotros podemos esperar que Él nos encuentre donde se registra su nombre. De este modo las naciones de la tierra serán convencidas de que Jehová es Dios e Israel es su pueblo, y se unirán a ofrecer sacrificios espirituales para su gloria. Dichosos los que reciben la advertencia de su juicio a los demás, y que se apresuran a unirse a Él y a su pueblo. —Cualquiera sea la tierra o pueblo en que se piensa, aquí se nos enseña a no pensar que Dios no cuida a su Iglesia y que no respeta las cosas de los hombres, porque permite que el impío triunfe temporalmente. Él tiene razones sabias para hacerlo así, las cuales no podemos entender, pero se manifestarán en el gran día de su venida, cuando lleve cada obra a juicio y recompense a cada hombre conforme a sus obras.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—17. *Juicios de Egipto.* 18—25. *Su liberación y la conversión del pueblo.*

Vv. 1—17. Dios vendrá a Egipto con sus juicios. Él levantará las causas de su destrucción desde ellos mismos. Cuando los impíos escapan del peligro tienden a sentirse seguros, pero el mal persigue a los pecadores y velozmente los vencerá, salvo que se arrepientan. Los egipcios serán entregados en la mano de uno que los gobernará con rigor, como después de poco tiempo pasó. Los egipcios eran célebres por su sabiduría y ciencia, pero el Señor los iba a entregar a sus perversas estratagemas y

peleas, hasta que su tierra fuera llevada, por sus disputas, a ser objeto de desprecio y lástima. Él hace que los pecadores se asusten de los que despreciaron y oprimieron; y el Señor de los ejércitos hará que los hacedores de iniquidad sean terror para sí mismos y unos a otros, y que cada objeto a su alrededor sea un terror para ellos.

Vv. 18—25. Las palabras: "En aquel tiempo" no siempre se refieren al pasaje que está justo antes. En un tiempo venidero los egipcios hablarán el lenguaje santo, el lenguaje de la Escritura; no sólo lo entienden, sino que lo usan. La gracia que convierte cambiando el corazón, cambia el lenguaje, porque de la abundancia del corazón habla la boca. —Así, tantos judíos irán a Egipto, que pronto llenarán cinco ciudades. Donde se adoraba el sol, lugar infame por la idolatría, aun ahí habrá una reforma maravillosa. Cristo, el gran Altar, que santifica toda dádiva, será reconocido y ofrendados los sacrificios de oración y alabanza del evangelio. Que el quebrantado de corazón y afligido, a quien ha herido el Señor, cobre valor y así, le ha enseñado a regresar, e invocarle a Él; porque Él sanará almas y convertirá sus súplicas tristes en alabanzas gozosas. —En el redil del evangelio las naciones gentiles sometidas a Cristo, el gran Pastor, no sólo serán unidas unas con otras, sino que todas serán unidas con los judíos. Serán admitidas, juntas, por Él; todas compartirán una y la misma bendición. Reunirse en el mismo trono de gracia y servirse unas con otras en el mismo asunto de la religión, terminará todas las disputas y los corazones de los creyentes se unirán unos a otros con santo amor.

CAPÍTULO XX

La invasión y conquista de Egipto y Etiopía.

Isaías fue una señal para el pueblo por su vestimenta desacostumbrada cuando andaba caminando por ahí. Habitualmente usaba tela de saco, como profeta, para mostrarse mortificado al mundo. La llevaba suelta desde sus caderas; no usaba ropa arriba y andaba descalzo. Esta señal significaba que los egipcios y los etíopes iban a ser llevados cautivos por el rey de Asiria, y así, despojados. —El mundo considerará a menudo locos a los creyentes cuando se destacan por obedecer a Dios. Pero el Señor sostendrá a sus siervos sometidos a los efectos más agudos de su obediencia; y corrientemente es leve lo que son llamados a sufrir por Él, en comparación con lo que, de año en año, gimen multitudes por el pecado. —Quienes hacen sus expectativas y su gloria de cualquier criatura, y así la ponen en el lugar de Dios, tarde o temprano, se avergonzarán de ella. Pero el desencanto de la confianza en las criaturas, en lugar de llevarnos a la desesperación, debiera llevarnos a Dios; y nuestra expectativa no será en vano. La misma lección está vigente ahora, y ¿dónde acudiremos por socorro en la hora de necesidad sino al Señor nuestra Justicia?

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—10. *La toma de Babilonia.* 11, 12. *De los idumeos.* 13—17. *De los árabes.*

Vv. 1—10. Babilonia era un país llano, abundantemente regado. La destrucción de Babilonia, tan a menudo profetizada por Isaías, es un tipo de la destrucción del gran enemigo de la Iglesia neotestamentaria, anunciada en el Apocalipsis. —Para los pobres cautivos oprimidos sería bien recibida la noticia; para los opresores orgullosos, sería penosa. Que esto refrene el vano júbilo y los

placeres sensuales, porque no sabemos en qué tristezas puede acabar la alegría. —Aquí está la alarma dada a Babilonia cuando fue forzada por Ciro. Un asno y un camello parecen ser los símbolos de los medos y los persas. Los ídolos de Babilonia estarán tan lejos de protegerla que serán rotos y derribados. —Los creyentes verdaderos son el trigo de la harina de Dios; los hipócritas no son sino la paja y la cizaña con que ahora está mezclado el trigo, pero de las cuales será separado. El trigo de la harina de Dios debe esperar ser molido por aflicciones y persecuciones. El Israel antiguo de Dios fue afligido. Aun entonces Dios reconoce que sigue siendo suyo. En todos los sucesos acerca de la Iglesia pasada, presente y por venir, debemos mirar a Dios que tiene el poder de hacer cualquier cosa por su Iglesia, y gracia para hacer todo lo que es para bien de ella.

Vv. 11, 12. Los profetas y los ministros de Dios son como los centinelas de la ciudad en tiempo de paz, que ven que todo esté seguro. Como centinelas del campamento en tiempo de guerra, para advertir de los movimientos del enemigo. Luego de un largo sueño en el pecado y de seguridad, es tiempo de levantarse, de despertar del sueño. Tenemos mucho trabajo que hacer, una larga jornada que efectuar; es tiempo de moverse. Después de una larga noche oscura, ¿hay alguna esperanza del amanecer del día? ¿Qué de la noche? ¿Qué pasa esta noche? Nunca debemos estar seguros. Pero muchos hacen preguntas curiosas a los centinelas. Ellos estarán dispuestos a que les respondan buenas preguntas o les interpreten profecías difíciles, pero no indagan el estado de sus almas, del camino de salvación, y de la senda del deber. —El centinela responde por medio de la profecía. Primero viene una mañana de luz, paz y oportunidad, pero, después, una noche de problemas y calamidades. Si hay una mañana de juventud y salud, habrá una noche de enfermedad y vejez; si hay una mañana de prosperidad en la familia, en el público, debemos esperar, no obstante, cambios. Nuestra sabiduría es mejorar la presente mañana, como preparativo para la noche que viene después. Preguntad, volved, venid. Se nos insta a hacerlo rápidamente, porque no hay tiempo que perder. Los que regresan y van a Dios, hallarán que tienen una gran cantidad de trabajo para hacer y sólo poco tiempo para hacerlo.

Vv. 13—17. Los árabes vivían en carpas y tenían ganado. Un ejército destructor caerá sobre ellos y hará fácil presa de ellos. No sabemos a qué apremios podemos ser llevados antes de morir. Los que hoy comen pan hasta hartarse pueden conocer la falta del alimento necesario. Tampoco pueden proteger de los juicios de Dios la destreza de los arqueros ni el valor de los poderosos. Es pobre gloria la que con rapidez llega a nada. Así me ha dicho el Señor y ninguna palabra suya caerá al suelo. Podemos estar seguros que la Fuerza de Israel no mentirá. Dichosos sólo son los que tienen sus riquezas y gloria fuera del alcance de los invasores; toda otra prosperidad se acabará rápidamente.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—7. *El sitio y la toma de Jerusalén.* 8—14. *La mala conducta de sus habitantes.* 15—25. *El traslado de Sebna y el ascenso de Eliaquim, aplicados al Mesías.*

Vv. 1—7. ¿Por qué está tan aterrada Jerusalén? Sus muertos no son muertos a espada, sino por el hambre; o muertos de miedo, descorazonados. Sus príncipes huyeron, pero fueron alcanzados. Los siervos de Dios que anunciaron y advirtieron a los pecadores las desgracias venideras, son afectados por la perspectiva. Pero todos los horrores de una ciudad tomada por la tempestad, son débil sombra de los terrores del día de la ira.

Vv. 8—14. La debilidad de Judá se hizo ahora más evidente que nunca. Ahora, también descubrieron su confianza carnal y su seguridad carnal. Miraban sus fortificaciones. Aseguraron la provisión de agua para la ciudad. Pero descuidaron a Dios en todos sus preparativos. En lo que hicieron no les importó su gloria. No dependieron de Él para que bendijera sus esfuerzos. Porque cada criatura es para nosotros lo que Dios la haga ser; y debemos bendecirlo por eso, y usarla para Él. —Había gran desprecio de la ira y justicia de Dios al contender con ellos. El designio de Dios era humillarlos y llevarlos al arrepentimiento. Ellos iban en sentido contrario. La presente incredulidad acerca de otra vida después de esta, está en el fondo de la seguridad carnal y de la sensualidad brutal que son el pecado, la vergüenza, y la ruina de una parte tan grande de la humanidad. Dios estaba descontento con esto. Es un pecado contra el remedio, y no es probable que ellos se arrepintieran alguna vez. Sea que esta incredulidad obre por soberbia o desesperación, produce el mismo desprecio de Dios y es señal de que el hombre muere voluntariamente.

Vv. 15—25. Este mensaje a Sebna es una reprensión de su orgullo, vanidad y seguridad; ¡qué vana es toda grandeza terrenal, que con la muerte acabará pronto! ¿De qué servirá si somos puestos en una tumba magnífica o cubiertos por el pasto verde? Los que cuando están en el poder dan vuelta y hacen saltar a los demás, serán justamente dados vuelta y hechos saltar. —Eliaquim sería puesto en el lugar de Sebna. Los llamados a puestos de confianza y poder deben acudir a Dios por gracia que les capacite para su deber. Descripción del ascenso de Eliaquim. Nuestro Señor Jesús describe su poder como Mediador, Apocalipsis iii, 7, que Él tiene la llave de David. Su poder en el reino del cielo y en el ordenamiento de todos los asuntos de ese reino es absoluto. Los reyes deben ser padres para los que están bajo su gobierno; la honra que los hombres dan a sus familias, por su piedad y servicio, debe ser valorada en más de lo que derivan de sus nombres y títulos. La gloria de este mundo no da al hombre verdadero valor ni excelencia; sino que le es colgada y pronto se le caerá. —Eliaquim se compara con un clavo en lugar seguro; toda su familia dependía de él. En las casas orientales, se ponían en los muros hileras de largas estacas. De estas se colgaban las cosas móviles y los utensilios. Nuestro Señor Jesús es como un clavo en lugar seguro. No puede perecer el alma, ni ese interés caer al suelo, si por fe cuelga de Cristo. Es como puerta abierta puesta ante el creyente, puerta que ningún hombre puede cerrar, y conduce al cuerpo y al alma a la gloria eterna. Pero los que desprecian tan grande salvación encontrarán que cuando Él cierre, nadie podrá abrir, sea que se cierre desde el cielo o en el infierno para siempre.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—14. *La caída de Tiro.* 15—18. *Restablecido.*

Vv. 1—14. Tiro era el mercado de las naciones. Era notable por la alegría y las diversiones; y esto la llevó a aborrecer las advertencias que Dios dio por medio de sus siervos. Sus mercaderes eran príncipes y vivían como príncipes. Destruida y saqueada Tiro, los mercaderes debían abandonarla. Huyen a cambio por su propia seguridad, pero los que están inquietos en un lugar, lo estarán en otro; porque cuando los juicios de Dios persiguen a los pecadores, los alcanzarán. ¿De dónde vendrá todo este problema? Es destrucción de parte del Todopoderoso. Dios quiere convencer a los hombres de la vanidad e incertidumbre de toda gloria terrenal. Que la ruina de Tiro sea advertencia a todos los lugares y personas para cuidarse de la soberbia; porque el que se exalta, será humillado. Dios lo hará, que tiene todo el poder en su mano; pero los caldeos serán sus instrumentos.

Vv. 15—18. Las desolaciones de Tiro no iban a ser para siempre. El Señor visitará a Tiro con misericordia. Pero cuando sea liberada, usará sus viejas artes de tentación. El amor de la riqueza

mundana es idolatría espiritual; y la codicia es idolatría espiritual. Esto indica a los que tienen riqueza que la usen al servicio de Dios. Cuando estamos con Dios en nuestras ocupaciones seculares, cuando hacemos todo lo que podemos para promover el evangelio, nuestra mercadería y contrata son santidad a Jehová, si miramos a Su gloria. Los cristianos deben realizar los negocios como siervos de Dios y usar las riquezas sabiendo que son sus mayordomos.

CAPÍTULO XXIV

Vv. 1—12. *La desolación de la tierra.* 13—15. *Unos pocos serán preservados.* 16—23. *El reino de Dios progresa por sus juicios.*

Vv. 1—12. Aquellos cuyos tesoros y cuya felicidad se basan en la tierra, pronto serán llevados a la necesidad y la miseria. Bueno es que apliquemos lo que dice la Escritura de la vanidad y aflicción de espíritu en todas las cosas de aquí abajo. El pecado ha trastornado la tierra; ha llegado a ser muy diferente para el hombre de lo que era cuando Dios la creó para que fuera su habitación. En el mejor de los casos es como una flor que se marchita en las manos de los que se complacen con ella, y la ponen en su regazo. El mundo en que vivimos es un mundo de desilusiones, un valle de lágrimas; los hijos de los hombres en ella no son sino de pocos días, y llenos de problemas. —Véase el poder de la maldición de Dios, cómo a todo hace vano, y hace desolación en todos los rangos y condiciones. El pecado acarrea estas calamidades a la tierra; está contaminada por los pecados de los hombres, por tanto, es asolada por los juicios de Dios. El gozo carnal pronto terminará, y su fin es pesadumbre. Dios tiene muchas maneras de amargar el vino y la bebida fuerte de los que las aman; el destemple del cuerpo, la angustia mental, la ruina del patrimonio, amargarán el trago fuerte, y harán insípidas las delicias de los sentidos. Que los hombres aprendan a lamentarse por el pecado, y a regocijarse en Dios; entonces, nadie ni nada puede quitarles su gozo.

Vv. 13—15. Habrá un remanente preservado de la destrucción general y será un remanente devoto y piadoso. Estos pocos están dispersos; como los restos del olivo, escondido bajo las hojas. El Señor conoce a los suyos; el mundo, no. Cuando la alegría de los mundanos se acabe, el gozo de los santos será tan vívido como siempre, porque el pacto de gracia, la fuente de sus consuelos, y el fundamento de sus esperanzas, nunca falla. Los que se regocijan en el Señor pueden regocijarse en la tribulación y, por fe, pueden triunfar cuando todos los que los rodean están llorando. Llaman a sus sufrientes congéneres a hacer lo mismo, a los que están en el horno de la aflicción. O, en los valles, lugares cenagosos, oscuros, bajos. En todo fuego, aun el más caliente, en todo lugar, aun el más remoto, mantengamos nuestros buenos pensamientos de Dios. Si ninguna de estas pruebas nos conmueven, entonces glorifiquemos al Señor en las hogueras.

Vv. 16—23. Los creyentes pueden ser empujados a las partes más remotas de la tierra, pero están cantando, no suspirando. Aquí hay terror para los pecadores; el profeta lamenta las miserias que vio venir cual torrente, y el pequeño número de los creyentes. —Él prevee que el pecado abundará. El significado es simple, que el mal persigue a los pecadores. —Inestables, inciertas son todas estas cosas. Los mundanos piensan habitar en la tierra como en un palacio, como en un castillo; pero será quitada como una cabaña, como un alojamiento dispuesto para una noche. Caerá y no se volverá a levantar, pero habrá cielos y tierra nuevos en que nada habitará sino la justicia. —El pecado es una carga para toda la creación; es una carga pesada bajo la cual ahora gime, y al fin se hundirá. Dios visitará a los elevados que están hinchados en su grandeza, que se piensan fuera del alcance del peligro, por su orgullo y crueldad. *Nosotros no* juzguemos nada antes de tiempo, aunque algunos serán visitados. Nadie de este mundo estará seguro aunque su condición sea siempre próspera; ni

nadie tiene que desesperarse aunque su condición sea muy deplorable. Dios será glorificado en todo esto. —Pero el misterio de la Providencia aún no está terminado. La ruina de los enemigos del Redentor debe dar lugar a su reino y, entonces, el Sol de Justicia aparecerá en plena gloria. Felices los que aceptan la advertencia que hay en la sentencia contra otros; todo pecador impenitente se hundirá bajo su transgresión y no subirá más, mientras los creyentes disfrutan bendición eterna.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—5. *Un cántico de alabanza.* 6—8. *Una declaración de las bendiciones del evangelio.* 9—12. *La destrucción de los enemigos de la Iglesia de Cristo.*

Vv. 1—5. Aunque esto muestre la liberación de los judíos del cautiverio, apunta más lejos a las alabanzas que habrá que ofrecer a Dios por las victorias de Cristo sobre nuestros enemigos espirituales, y el consuelo que ha provisto para todos los creyentes. La fe verdadera sencillamente acredita el testimonio del Señor, y confía en su verdad para cumplir sus promesas. Como Dios debilita al fuerte que es orgulloso y seguro, así fortalece al débil que es humilde y permanece con Él. —Dios protege a su pueblo en todos los climas. El Señor ampara a los que confían en Él de la insolencia de los opresores. Su insolencia no es sino el ruido de los extraños; es como el calor del sol abrasador del mediodía, pero ¿dónde está cuando se pone el sol? El Señor siempre fue Refugio de los creyentes angustiados, y siempre lo será. Habiéndoles provisto un refugio, les enseña a huir para allá.

Vv. 6—8. El grato recibimiento a los pecadores arrepentidos se suele comparar con una fiesta en el Nuevo Testamento. Los invitados son toda la gente, gentiles y judíos por igual. Hay en el evangelio aquello que fortalece y alegra el corazón y que es bueno para los que están convictos de pecado y lo lamentan. —Hay un velo extendido sobre todas las naciones, porque todas se sientan en tinieblas. Pero el Señor destruirá este velo por la luz de su evangelio que brilla en el mundo, y el poder de su Espíritu que abre los ojos de los hombres para recibirlo. Él levantará a la vida espiritual a los que hacía mucho estaban muertos en delitos y pecados. El mismo Cristo triunfará sobre la muerte en su resurrección. —La pena desaparecerá; habrá gozo perfecto e infinito. Serán consolados los que se duelen por el pecado. Tendrán consuelo los que sufren por Cristo. Pero en el gozo del cielo, y no poco, se cumplirá plenamente este dicho: Dios enjugará toda lágrima. Esta esperanza debiera, ahora, quitar el exceso de tristeza, todo llanto que estorbe la siembra. A veces en este mundo, Dios quita el reproche de su pueblo de entre los hombres; sin embargo, será plenamente cumplido en el gran día. Soportemos ahora el dolor y la vergüenza con paciencia; ambas serán quitadas dentro de poco.

Vv. 9—12. Con gozo y alabanza recibirán la buena nueva del Redentor los que le buscaban; y con cántico de triunfo entrarán los santos glorificados al gozo de su Señor. Y no es en vano esperar en Él, porque la misericordia llega al fin con abundante recompensa por la demora. Las manos una vez extendidas sobre la cruz, para abrirnos el camino de salvación, a la larga se extenderán para destruir a todos los pecadores no arrepentidos. —Moab es aquí puesto en lugar de todos los adversarios del pueblo de Dios; todos serán pisoteados o apisonados. Dios derribará la soberbia de los enemigos con un juicio humillante tras otro. La destrucción de Moab es un tipo de la victoria de Cristo y de la destrucción de las fortalezas de Satanás. Por tanto, amados hermanos, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—4. *Las misericordias divinas animan a confiar en Dios.* 5—11. *Sus juicios.* 12—19. *Su pueblo llamado a servirle.* 20, 21. *Liberación prometida.*

Vv. 1—4. "En aquel día" parece significar cuando la Babilonia del Nuevo Testamento sea derribada al suelo. La promesa y el pacto inmutable del Señor son los muros de la Iglesia de Dios. Las puertas de la ciudad estarán abiertas. Entonces exhortemos a los pecadores a unirse al Señor. —Tú los guardarás en paz; en completa paz, paz interior, paz exterior, paz con Dios, paz de conciencia, paz en todos los tiempos, en todas las circunstancias. Confía en el Señor para esa paz, esa porción, que será para siempre. Cualquiera sea la cosa en que confiemos en el mundo, durará sólo un momento, pero los que confían en Dios no sólo hallarán fuerza *en* Él para llevarlos a esa bendición que es para siempre, sino que la recibirán *de* Él. Entonces, reconozcámosle en todos nuestros caminos y confiemos en Él en todas las pruebas.

Vv. 5—11. El camino del justo es parejo, un rumbo constante de obediencia y conversación santa. Es la felicidad de ellos que Dios haga su camino simple y fácil. Es nuestro deber, y nuestro consuelo, esperar a Dios, mantener deseos santos para con Él en los momentos más oscuros y más desalentadores. Nuestros problemas no deben alejarnos de Dios; y en la noche más oscura y más larga de la aflicción, debemos desearlo a Él con nuestra alma; esto debemos esperar y rogarle en oración. Nada hacemos de nuestra religión, cualquiera sea nuestra profesión, si de ella no hacemos trabajo de corazón. Aunque lleguemos muy temprano siempre hallaremos a Dios listo para recibirnos. La intención de las aflicciones es enseñar rectitud; bendito es el hombre a quien así enseñe el Señor. Pero los pecadores andan en sentido contrario. Irán por sus malos caminos, porque no quieren considerar quién es Dios, cuyas leyes ellos persisten en despreciar. Los escarnecedores y los seguros sentirán dentro de poco tiempo lo que ahora no creen, que horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo. No ven el mal del pecado, pero verán. Oh, que abandonen sus pecados y se vuelvan al Señor para que tenga misericordia de ellos.

Vv. 12—19. Toda criatura, todo asunto, toda forma que sea de servicio para nuestro consuelo, es Dios quien hace que así sea. Él hace a nuestro favor esa obra que parecía contra nosotros. Habían sido esclavos del pecado y de Satanás pero, por la gracia divina, se les enseñó a buscar ser liberados de todos los amos anteriores. La causa que se opone a Dios y a su reino se hundirá al final. Obsérvese nuestra necesidad de aflicciones. Antes, la oración era gota a gota; ahora, la derraman, ahora viene como agua desde una fuente. Las aflicciones nos llevan a la oración secreta. —Considerad a Cristo como quien habla a su Iglesia. Su resurrección de los muertos es una primicia de toda la liberación anunciada. El poder de su gracia, como el rocío o la lluvia, que hace revivir la hierba que parecía muerta, levantará a su iglesia desde su estado más bajo, pero aquí podemos referirnos a la resurrección de los muertos, especialmente de los unidos a Cristo.

Vv. 20, 21. Cuando amenazan los peligros es bueno retirarse y esconderse; cuando nos encomendamos a Dios para que nos esconda, nos ocultará bajo el cielo o en el cielo. Así, pues, estaremos a salvo y felices en medio de las tribulaciones. No es sino por corto tiempo, como si fuera por un momentito; cuando termine, parecerá como nada. El lugar de Dios es el trono de la gracia; le complace estar allí. Sale de su lugar cuando castiga, porque no se complace en la muerte de los pecadores. Pero difícilmente haya otra verdad que se repita con más frecuencia en la Escritura que el propósito determinado de Dios de castigar a los hacedores de iniquidad. Mantengámonos cerca del Señor y apartados del mundo; busquemos consuelo en la oración secreta. El día de venganza viene al mundo, y mientras debemos tener la expectativa de tribulación y sufrimiento. Pero, porque el

cristiano espera estas cosas, ¿se inquietará y desfallecerá? No, que repose en su Dios. El creyente está a salvo permaneciendo en Él, y esperamos con paciencia el cumplimiento de las promesas de Dios.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—5. *El cuidado de Dios por su pueblo.* 6—13. *Una promesa de volver a ser llamados al favor divino.*

Vv. 1—5. El Señor Jesús con su espada poderosa, la virtud de su muerte, y la predicación de su evangelio destruye y destruirá al que tenía el poder de la muerte, esto es, al diablo, la serpiente antigua. —El mundo es un desierto estéril y sin valor, pero la Iglesia es una viña, un lugar que cuenta con gran cuidado y de la cual se recolectan frutos preciosos. Dios la cuidará en la noche de la aflicción y la persecución, y en el día de la paz y la prosperidad, cuyas tentaciones no son menos peligrosas. Dios cuida también la fertilidad de esta viña. Necesitamos el riego continuo de la gracia divina; si en algún momento se suspende, nos marchitamos y somos nada. Aunque a veces Dios contiende con su pueblo, espera en su gracia ser reconciliado con Él. Verdad es que cuando halla cardos y espinos en lugar de vides, y dispuestos en su contra, los aplastará y quemará. Aquí hay un resumen de la doctrina del evangelio con la cual tiene que regarse la Iglesia a cada momento. Desde que el pecado entró por primera vez, de parte de Dios ha habido una lucha justa, pero muy injusta de parte del hombre. —Aquí se extiende una invitación de gracia. La misericordia que perdona es llamada poder de nuestro Señor; aferrémonos de eso. Cristo crucificado es poder de Dios. Por fe viva aferrémonos de su poder que es fortaleza para el necesitado, creyendo que no hay otro nombre por el cual podamos ser salvos, como hombre que se hunde y se agarra de una rama, una cuerda o plancha, que estén a su alcance. Esta es la única manera segura, de ser salvo. Dios está dispuesto a ser reconciliado con nosotros.

Vv. 6—13. En los días del evangelio, los últimos días, la Iglesia del evangelio será más firmemente establecida que la Iglesia judía, y se extenderá más lejos. Que nuestras almas estén continuamente regadas y resguardadas, que podamos abundar en los frutos del Espíritu, en toda bondad, justicia y verdad. —Los judíos aún son mantenidos como pueblo separado y numeroso; no han sido desarraigados como los que los mataron. El estado de esa nación, a través de tantas edades, constituye prueba cierta del origen divino de las Escrituras; y los judíos viven entre nosotros, advertencia continua contra el pecado. Pero aunque los vientos sean tan recios, tan fuertes, Dios puede decirles: Paz, estén tranquilos. Y aunque Dios aflija a su pueblo, hará que sus aflicciones obren para el bien de sus almas. —Conforme a esta promesa, desde el cautiverio en Babilonia, ningún pueblo ha demostrado tal odio a los ídolos y a la idolatría como los judíos. Y el designio de la aflicción para todo el pueblo de Dios, es apartarlos del pecado. La aflicción nos ha hecho bien, cuando nos mantenemos distanciados de las ocasiones de pecar, y nos cuidamos para no ser tentados. —Jerusalén ha sido defendida por gracia y protección divina pero cuando Dios se retiró, ella fue dejada como desierto. Esto ha pasado horrorosamente. Y esta es una figura del estado deplorable de la viña, la Iglesia, cuando da uvas silvestres. Los pecadores se jactan de que no serán tratados severamente porque Dios es misericordioso y su Hacedor. Vemos cuán débiles son estos argumentos. Los versículos 12 y 13 parecen anunciar la restauración de los judíos después del cautiverio en Babilonia, y su recuperación de la dispersión presente. Esto es aún aplicable a la predicación del evangelio, por el cual los pecadores son reunidos en la gracia de Dios; el evangelio proclama el año agradable del Señor. Los reunidos por el sonido de la trompeta del evangelio, son llevados a adorar a Dios, y sumados a la Iglesia; y la trompeta final reunirá a los santos.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—4. *Las desolaciones de Samaria.* 5—15. *La prosperidad de Judá; con reprensión por la pecaminosidad y la desobediencia.* 16—22. *Cristo es nombrado como el Fundamento firme de todo creyentes.* 23—29. *Los tratos de Dios con su pueblo.*

Vv. 1—4. Aquello de lo que los hombres están orgullosos, aunque sea tan egoísta, para ellos es como una corona; pero el orgullo es el precursor de la destrucción. ¡Cuán neciamente actúan los ebrios! Los que son vencidos por el vino son vencidos por Satanás; y no hay esclavitud mayor en el mundo que el beber excesivo. La salud se arruina; los hombres son quebrantados en sus trabajo y en su patrimonio, y sus familias son arruinadas. Sus almas peligran de ser deshechadas para siempre, y todo simplemente por satisfacer una lujuria vil. En el pueblo que profesa a Dios, como Israel, es peor que en cualquier otro. Él es justo al quitarles la abundancia de la que así abusan. La abundancia de la que se enorgullecen no es sino una flor que se marchita; es como el fruto temprano que es cortado y comido tan pronto como lo descubren.

Vv. 5—15. El profeta se vuelve en seguida a Judá, a la cual llama residuo de su pueblo. Dichosos los que solo se glorían en el Señor de los ejércitos. De ahí que su pueblo tenga sabiduría y fuerza para todo servicio y todo conflicto. Pero sólo en Cristo Jesús se comunica el santo Dios con el pecador. Si los que enseñan están borrachos con vino o intoxicados con falsas doctrinas y nociones acerca del reino y la salvación del Mesías, no sólo yerran ellos sino que descarrían a multitudes. Todos los lugares donde esas personas han enseñado están llenos de errores. —Para nuestra instrucción en las cosas de Dios es necesario que el mismo precepto y la misma línea se nos repitan a menudo, para que podamos entenderlas mejor. —Dios, por Su palabra, nos llama a lo que realmente es para nuestro provecho; el servicio de Dios es el único reposo verdadero para los cansados de servir al pecado y no hay descanso sino bajo el ligero yugo del Señor Jesús. Todo esto tuvo poco efecto en el pueblo. Los que no entiendan lo que es claro, antes se burlan y lo desprecian por vil y fútil, serán justamente castigados. —Si estamos en paz con Dios, hemos hecho efectivamente un pacto con la muerte; cuando venga no puede hacernos ningún daño real si somos de Cristo. Pero es absurdo pensar en hacer de la muerte nuestra amiga mientras por el pecado estamos haciendo de Dios nuestro enemigo. ¿No convierten en mentira su refugio los que confían en su justicia propia o en un arrepentimiento en el lecho de muerte, que es una resolución de no pecar más cuando ya no está en su poder hacerlo?

Vv. 16—22. Aquí hay una promesa de Cristo como único fundamento para la esperanza de escapar de la ira venidera. Este *fundamento* fue echado en Sion, en los consejos eternos de Dios. Este fundamento es una *roca* firme y capaz de sostener su Iglesia. Es *piedra probada* piedra escogida, aprobada por Dios, y nunca falló a quien la probara. Una *piedra angular*, que une a todo el edificio, y sostiene todo el peso; *preciosa* a ojos del Señor, y de todo creyente; un *fundamento seguro* sobre el cual edificar. En cualquier época o nación el que cree este testimonio y pone todas sus esperanzas, y su alma que nunca muere, sobre este fundamento, no será confundido. El efecto justo de la fe en Cristo es acallar y calmar el alma hasta que los sucesos sean ordenados en el tiempo por quien tiene todos los tiempos y poder en su mano. La protección en que los hombres confíen para justificación, que no sea la justicia de Cristo; o para sabiduría, fuerza y santidad, que no sea la influencia del Espíritu Santo; o para felicidad que no sea el favor de Dios, la protección en que pensaron ampararse resultará insuficiente para responder esa intención. Los que descansan en una justicia propia se habrán engañado a sí mismos: la cama es demasiado corta, las tapas son demasiado estrechas. Dios será glorificado en el cumplimiento de sus consejos. Si los que profesan ser miembros de la Iglesia

de Dios se hacen como filisteos y cananeos, deben esperar ser tratados como tales. Entonces, no osen ridiculizar las reprensiones de la palabra de Dios o los anuncios de juicios.

Vv. 23—29. El agricultor se aplica a su tarea con dolores y prudencia en todas sus obras, conforme a la naturaleza de ellas. Así el Señor, que ha dado esta sabiduría a los hombres, es maravilloso en consejo y excelente en su obrar. Como lo requiere la ocasión amenaza, corrige, salva, muestra misericordia o ejecuta venganza. Las aflicciones son los instrumentos trilladores de Dios para soltarnos del mundo, para separar entre nosotros y nuestra cizaña, y prepararnos para ser usados. Dios las hará proporcionales a nuestra fuerza; no serán más pesadas de lo necesario. Cuando su fin sea logrado, cesarán las pruebas y los sufrimientos de su pueblo; su trigo será reunido en el granero, pero la paja será quemada con fuego que no se apaga.

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—8. *Juicios de Jerusalén y sus enemigos.* 9—16. *La insensatez e hipocresía de los judíos.* 17—24. *La conversión de los gentiles y las bendiciones futuras para los judíos.*

Vv. 1—8. Ariel puede representar el altar de los holocaustos. Que Jerusalén sepa que los servicios religiosos externos no liberarán de los juicios a los hombres. Los hipócritas nunca pueden agradar a Dios ni hacer su paz con Él. A menudo y por mucho tiempo, Dios, por una hueste de ángeles, había acampado alrededor de Jerusalén para protección y liberación, pero ahora peleaba contra ella. La mirada orgullosa y el lenguaje soberbio será derribado por providencias humillantes. —Se anuncia la destrucción de los enemigos de Jerusalén. El ejército de Senaquerib fue como un sueño; y, así caerán las multitudes que en épocas sucesivas pelean contra el altar y la adoración de Dios. Los pecadores despertarán bruscamente de sus sueños tranquilizadores en los tormentos del infierno.

Vv. 9—16. La seguridad de los pecadores en los caminos pecaminosos es causa de lamentación y asombro. Los hombres doctos, a través del prejuicio, dicen que eran oscuras las profecías divinas; y los pobres se excusaron con su falta de educación. La Biblia es un libro sellado para todo hombre, culto o inculto, hasta que empieza a estudiarla con un corazón sencillo y un espíritu que pueda ser enseñado, que de ella puede aprender la verdad y la voluntad de Dios. Adorar a Dios es acercarse a Él. Si el corazón está lleno de su amor y su temor, de su abundancia hablará la boca, pero hay muchos cuya religión es sólo de los labios hacia afuera. Cuando pretenden hablarle a Dios están pensando en mil cosas necias. Adoran al Dios de Israel conforme a sus propias ideas. Las multitudes son sólo formales al adorar. La religión de ellos es sólo para cumplir con la costumbre y servir sus propios intereses. Pero el deambular de la mente y los defectos de la devoción, que son la carga del creyente, son muy diferentes del retiro del corazón de Dios, tan severamente culpado. Se engañan los que hacen de la religión nada más que una pretensión para servir un turno. Los que pelean con Dios como los que piensan que se ocultan de Él, efectivamente lo acusan de necedad, pero toda su conducta perversa será eliminada por completo.

Vv. 17—24. Aquí se anuncia el maravilloso cambio que puede referirse a los asuntos de Judá, aunque mira más allá. Cuando se hizo una gran cosecha de almas para Cristo entre los gentiles, entonces el desierto fue convertido en un campo fértil; y la Iglesia judía, que había sido campo fértil por mucho tiempo, se volvió como bosque desolado. Los que pueden regocijarse *verdaderamente* en Dios cuando tienen problemas, pronto tendrán motivo para regocijarse *grandemente* en Él. La gracia de la mansedumbre contribuye al aumento de nuestro santo gozo. —Los enemigos que eran poderosos se volverán viles y débiles. Para completar el reposo del pueblo de Dios, serán cortados

por juicio los burladores de entre ellos. Todos son buenos para hablar insensatamente y para entender mal lo que oyen, pero es muy injusto hacer ofensor a un hombre por una palabra. —Ellos hicieron todo lo que pudieron para meter en problemas a quienes les hablaron de sus faltas. Pero Aquel que redimió a Abraham de sus lazos y problemas, redimirá de sus lazos y tribulaciones a los que por fe son su simiente verdadera. Será el consuelo más grande para los padres santos ver a sus hijos como criaturas renovadas por obra de la gracia de Dios. Que los que ahora yerran en espíritu y murmuran contra la verdad, lleguen a entender, y a aprender la doctrina verdadera. El Espíritu de verdad enderezará sus errores y los guiará a toda verdad. —Esto debiera animarnos para orar por quienes han errado y están engañados. Todos los que murmuraron las verdades de Dios, por dichos difíciles, aprenderán y se darán cuenta de que Dios lo designó todo. Véase el cambio que la religión produce en los corazones de los hombres y la paz y el placer de un espíritu devoto y humilde.

CAPÍTULO XXX

Versículos 1—7. *Los judíos reprobados por buscar la ayuda de Egipto.* 8—18. *Los juicios consecuentes a su desprecio de la palabra de Dios.* 19—26. *Las misericordias de Dios para su iglesia.* 27—33. *La ruina del ejército asirio y de todos los enemigos de Dios.*

Vv. 1—7. A menudo fue falta y necedad de los judíos que buscaran socorro de otros cuando estaban atribulados por sus vecinos, en lugar de acudir a Dios. Tampoco podemos nosotros evitar las espantosas consecuencias de agregar pecado al pecado, sino refugiándonos en la justicia de Cristo, y buscando la santificación del Espíritu Santo. Siempre los hombres tienden a apoyarse en su propio entendimiento, pero esto terminará en vergüenza y desgracia para ellos. No confiaban en Dios. Pasaron muchos trabajos para ganarse a los egipcios. Las riquezas así gastadas resultaron ser una pérdida. Véase los peligros que corren los hombres que abandonan a Dios para seguir su confianza carnal. El Creador es la Roca de los siglos, la criatura es una vara rota; no podemos esperar muy poco del hombre ni demasiado de Dios. —Nuestra fuerza es quedarnos quietos, dependiendo humildemente de Dios y de su bondad y en silencioso sometimiento a su voluntad.

Vv. 8—18. En ese tiempo los judíos eran el único pueblo que profesaba a Dios en el mundo, pero de ellos muchos eran rebeldes. Tenían la luz, pero más bien amaban las tinieblas. Los profetas los refrenaban en sus propósitos pecaminosos para que no procedieran sin temor; esto lo tomaban mal, pero los ministros fieles no se apartan de su tarea de despertar a los pecadores. Dios es el Santo de Israel y así ellos lo hallarán. No les gustaba oír sus santos mandamientos y acerca del odio de Dios al pecado; deseaban que no les recordaran esas cosas. Pero como despreciaron la palabra de Dios, sus pecados sabotearon su seguridad. Su estado iba a quedar reducido a pedazos como vasija de alfarero. —Devolvámonos de nuestros malos caminos y volvamos a la senda del deber; esa es la manera de ser salvado. Si deseamos ser fortalecidos debe ser en quietud y confianza, manteniendo la paz de nuestra mente y confiando en Dios. —Se creen más sabios que Dios, pero el proyecto por el cual pensaron salvarse ellos mismos, fue su ruina. Sólo aquí y allá escapará uno para advertencia de los demás. Si los hombres no se arrepienten, se vuelven a Dios y buscan la felicidad en su favor y servicio, sus deseos sólo apresurarán su ruina. Quienes ponen su confianza sólo en Dios, recibirán consuelo. Dios siempre espera para dar gracia a todos los que van a Él por fe en Cristo, y dichosos por que esperan en Él.

Vv. 19—26. El pueblo de Dios pronto llegará al Sion de arriba y, entonces, no llorarán más por siempre. Aun ahora tendrían más consuelo y santidad, si fueran más constantes para orar. —La extrema escasez de pan no es un juicio tan grande como la extrema escasez de la palabra de Dios.

Hay errores a diestra y siniestra; el tentador está ocupado en seducirnos para desviarnos. Es una dicha si somos corregidos por los consejos de un ministro o amigo fiel, o por los frenos de la conciencia y la obra de Dios Espíritu Santo, para que no dudemos y no se nos permita equivocarnos. —Serán curados de su idolatría. El pecado se hace muy odioso para todos los verdaderamente arrepentidos. Esto lo muestra diariamente la conversión de almas al temor y amor de Dios por el poder de la gracia divina. Los abundantes medios de la gracia, con la influencia del Espíritu Santo, serán extendidos a lugares donde no existen. Su efecto debiera ser consuelo y gozo para el pueblo de Dios. La luz, esto es, el conocimiento, aumentará. Es la luz que el evangelio trajo al mundo y proclama sanidad para el corazón quebrantado.

Vv. 27—33. Dios nos refrena y limita cuando hacemos el mal. Con una palabra guía a su pueblo por el camino recto, pero con freno de caballo vuelve a sus enemigos sobre su propia ruina. Aquí, al amenazar con destruir el ejército de Senaquerib, el profeta apunta a la destrucción final y eterna de todos los pecadores no arrepentidos. Tofet era un valle cercano a Jerusalén, donde continuamente ardían fogatas para destruir cosas nocivas y ofensivas, y ahí los judíos idólatras pasaban por fuego para Moloc a sus hijos. Esto denota la certidumbre de la destrucción como horroroso símbolo del lugar de tormento en el otro mundo. Ningún opresor escapará de la ira divina. Entonces, los pecadores huyan a Cristo procurando ser reconciliados con Él, para que sean salvos y estén felices cuando la destrucción del Todopoderoso barra con todos los hacedores de iniquidad.

CAPÍTULO XXXI

Versículos 1—5. *El pecado y la necedad de buscar ayuda de Egipto.* 6—9. *El cuidado de Dios por Jerusalén.*

Vv. 1—5. Dios se opone a la ayuda conseguida de los hacedores de iniquidad. Los pecadores pueden convencerse de necedad por las verdades clara y evidentes, que no pueden negar, pero que no quieren creer. No hay escapatoria de los juicios de Dios; y el mal persigue a los pecadores. —Jehová de los ejércitos descenderá a pelear a favor del Monte Sion. El León de la tribu de Judá aparecerá para defender a su Iglesia. Como las aves revolotean sobre sus polluelos para protegerlos, con esa compasión y afecto Jehová de los ejércitos defenderá a Jerusalén. La defenderá para garantizar su seguridad.

Vv. 6—9. Han sido hijos descarriados, pero hijos, al fin; vuelvan y su descarrío será sanado, aunque se hayan hundido profundamente en la miseria y no puedan recuperarse fácilmente. Muchos se hacen un ídolo con su plata y su oro, y por amor a ellos son arrastrados lejos de Dios; pero los que se vuelven a Dios estarán preparados para separarse de aquello. —Entonces, cuando hayan desechado sus ídolos, caerá el asirio por la espada de un ángel, que golpea con más fuerza que hombre fuerte, pero más secretamente que el hombre vil. Dios puede hacer temblar el corazón más recio. Pero si mantenemos el fuego del amor y la devoción santa en nuestro corazón y en nuestra familia, podemos depender de Dios para nuestra protección y la de ellos.

CAPÍTULO XXXII

Versículos 1—8. *Tiempos de paz y dicha.* 9—20. *Intervalo de problemas pero al final hay consuelo y bendiciones.*

Vv. 1—8. Aquí evidentemente se alude a Cristo, nuestro justo Rey, y sus discípulos verdaderos. La consolación y la gracia de su Espíritu son como ríos de agua en tierra seca; y como un gran peñasco en el desierto permite sombra y amparo refrescante para el viajero cansado, así su poder, verdad y amor dan al creyente la única protección y refrescamiento real en la agotadora tierra por la cual viaja al cielo. Cristo soportó la tormenta para mantenerla lejos de nosotros. A Él huya el pecador tembloroso en pos de refugio; porque sólo Él puede protegernos y renovarnos en toda prueba. —Véase que dolores tienen los pecadores en el pecado; ellos se esfuerzan en ello, sus corazones tienen en ellos su propósito, y con malas artes obran iniquidad; pero nuestro consuelo es que no pueden hacer más mal que el que Dios permite. —Busquemos tener nuestros corazones más liberados del egoísmo. El alma generosa concibe cosas generosas en cuanto a Dios y desea que le otorgue sabiduría y prudencia, el consuelo de su presencia, la influencia de su Espíritu, y a su debido momento, el goce de su gloria.

Vv. 9—20. Cuando hay mucha provocación contra el santo Dios, pueden esperarse malas épocas. ¡Sí, cuántos negligentes hay que sostienen sus gustos con vergonzosa mezquindad! Merecemos ser privados del sustento de la vida cuando lo convertimos en alimento de lujurias. Que los tales tiemblen y se angustien. —El derramamiento del Espíritu de lo alto traerá benditos momentos; entonces, y no antes, habrá buenos tiempos. El presente estado de los judíos continuará hasta que haya un derramamiento más abundante del Espíritu de lo alto. La paz y la quietud se hallan en el camino y la obra de la justicia. La satisfacción verdadera se tiene sólo en la religión verdadera. La santidad real es la felicidad verdadera ahora, y será felicidad perfecta, esto es, santidad perfecta para siempre. La buena simiente de la palabra será sembrada en todas partes y será regada por la gracia divina; y los trabajadores laboriosos y pacientes serán puestos bajo la cuidadosa administración de Dios.

CAPÍTULO XXXIII

Versículos 1—14. *Los juicios de Dios contra los enemigos de su Iglesia.* 15—24. *La felicidad de su pueblo.*

Vv. 1—14. Aquí tenemos al destructor soberbio y falso justamente tenido en cuenta por todo su fraude y violencia. El Dios justo suele pagar a los pecadores con su propia moneda. —Los que por fe esperan humildemente en Dios, hallarán que los trata con gracia; como el día, así será la fuerza. Si Dios nos deja solos cualquier mañana, somos deshechos; cada mañana debemos encomendarnos a Él y seguir adelante en su poder para hacer la obra del día. —Cuando Dios se levanta se dispersan sus enemigos. La sabiduría y el conocimiento verdadero guían a la fuerza de la salvación que nos hace constantes en los caminos de Dios; y la piedad verdadera es el único tesoro que nunca puede ser saqueado o gastado. —Se describe la angustia que Jerusalén se estaba acarreando. El tiempo de Dios para comparecer en favor de su pueblo es cuando fallan todas las demás ayudas. Todos los que oigan lo que Dios ha hecho, reconozcan que todo lo puede hacer. Los pecadores de Sion tendrán mucho por qué responder, más que los demás pecadores. Los que se rebelan contra los mandamientos de la palabra no pueden hallar su consuelo en los momentos de necesidad. —Su ira quemará eternamente a los que se hacen pasto para ella. Es un fuego que nunca será sofocado ni se extinguirá; es la ira del Dios eterno que hace presa en la conciencia del alma que nunca muere.

Vv. 15—24. El creyente verdadero vela contra todas las ocasiones de pecado. El poder divino lo mantiene a salvo y su fe en ese poder lo conserva en paz. Nada necesario le falta. Toda bendición de salvación la da gratuitamente a todos los que piden con oración humilde y en fe; y el creyente está a salvo en el tiempo y por la eternidad. Los que andan rectamente no sólo recibirán pan regalado y tendrán asegurada el agua; por fe, verán al Rey de reyes en su belleza, la belleza de la santidad. El recuerdo del terror en que estuvieron será agregado al placer de su liberación. Deseable es estar quietos en nuestras casas, pero mucho más es estar tranquilos en la casa de Dios; en toda época Cristo tendrá una simiente que le sirva. —Jerusalén no tenía un río que la surcara, pero la presencia y el poder de Dios compensan todas las necesidades. Tenemos todo en Dios, todo lo que necesitamos o podemos necesitar. Por fe tomamos a Cristo como nuestro Príncipe y Salvador; Él reina sobre su pueblo redimido. Todos los que rehusen a tenerlo a Él reinando sobre ellos, hacen zozobrar su alma. —La enfermedad la quita por misericordia, cuando el fruto de ella es quitar el pecado. Si se quita la iniquidad, tenemos poca razón para quejarnos de la aflicción externa. Este último versículo guía nuestros pensamientos, no sólo al estado más glorioso de la Iglesia del evangelio en la tierra, sino al cielo donde no pueden entrar la enfermedad ni la aflicción. El que borra nuestras transgresiones sanará nuestras almas.

CAPÍTULO XXXIV

Versículos 1—8. *La venganza de Dios contra los enemigos de su Iglesia.* 9—17. *Su desolación.*

Vv. 1—8. Aquí hay una profecía de las guerras de Jehová, todas las cuales son justas y exitosas. Todas las naciones están afectadas, y como han tenido todo el beneficio de su paciencia, todas deben esperar sentir su resentimiento. —La descripción del derramamiento de sangre sugiere ideas tremendas sobre los juicios divinos. Idumea denota aquí a las naciones enemigas de la Iglesia; también el reinado del anticristo. Nuestros pensamientos no pueden imaginar los horrores de ese tiempo espantoso para los que sean hallados oponiéndose a la Iglesia de Cristo. —Hay un tiempo fijado en el consejo divino para la liberación de la Iglesia y la destrucción de sus enemigos. Debemos esperar pacientemente hasta entonces, y no juzgar nada antes del tiempo. Por medio de Cristo hay misericordia para todo creyente, en forma coherente con la justicia, y su nombre es glorificado.

Vv. 9—17. Los que anhelan la destrucción de la Iglesia no pueden hacerlo, pero se arruinarán a sí mismos. ¡Qué cambios atroces puede hacer el pecado! Vuelve una tierra fértil en yermo, una ciudad poblada en desierto. —Comparemos todo lo que descubrimos en el libro de Jehová con los tratos de la providencia en torno nuestro, para que seamos más diligentes en la búsqueda del reino de Dios y su justicia. Lo que ha mandado la boca del Señor, lo cumplirá su Espíritu. Observemos cómo aumentan continuamente las pruebas de la verdad al irse cumpliendo una profecía tras otra, hasta que estas espantosas escenas traigan días más felices. Como Israel fue una figura de la Iglesia cristiana, así los idumeos, sus enemigos jurados, representan a los enemigos del reino de Cristo. La Jerusalén de Dios puede llegar a estar en ruina por un tiempo, pero los enemigos de la Iglesia serán desolados para siempre.

CAPÍTULO XXXV

Versículos 1—4. *El estado floreciente del reino de Cristo.* 5—10. *Los privilegios de Su pueblo.*

Vv. 1—4. Judea era próspera en la época de Ezequías, pero el reino de Cristo es el propósito del gran tema. La gracia que convierte hace que el alma, que era un desierto, se regocije con gozo y canto, y florezca abundantemente. —El débil y pusilánime es animado. Este es el designio del evangelio. El miedo debilita; mientras más luchamos en su contra, más fuertes somos, para hacer y sufrir; y él que nos diga: Sé fuerte, es darnos la ayuda de Uno que es poderoso. Se da la seguridad del acercamiento del Mesías para vengarse de las potestades de las tinieblas, para recompensar con abundante consuelo a los que se lamentan en Sion; Él vendrá y salvará. Vendrá de nuevo al final del tiempo para castigar a los que han trastornado a su pueblo; y para dar descanso a quienes fueron perturbados, lo que será una recompensa plena por todos sus problemas.

Vv. 5—10. Cuando Cristo venga a establecer su reino en el mundo, entonces, maravillas y grandes prodigios, serán obradas en el alma de los hombres. Por la palabra y el Espíritu de Cristo fueron iluminados los ciegos espirituales; los sordos a los llamados de Dios, lo oyeron con prontitud. Los incapaces de hacer algo bueno, por la gracia divina fueron hechos activos. Los que no sabían hablar de Dios o a Dios, vieron sus labios abiertos para manifestar su alabanza. Cuando el Espíritu Santo descendió a los gentiles que oyeron la palabra, entonces fue abierta la fuente de vida. —La mayor parte de la tierra es aún un desierto; en ella no se encuentran medios de la gracia, adoradores espirituales ni frutos de santidad. Pero el camino de la religión y la santidad será abierto. El camino de la santidad es el camino del mandamiento de Dios; es el buen camino antiguo. El camino al cielo es un camino claro. Se evitará que los que sólo saben un poco, y los indoctos, pierdan el camino. Será un camino seguro; nada puede hacerles verdadero daño. Cristo, el camino a Dios, será dado a conocer claramente; el camino del deber del creyente será claramente delineado. Entonces, sigamos adelante alegremente, seguros de que el final del camino será gozo eterno y reposo para el alma. —Los que por fe son ciudadanos de la Sion del evangelio, se regocijan en Cristo Jesús; y sus penas y suspiros huyen ante el consuelo divino. Así concluyen estas profecías. Nuestra esperanza de gozo y perspectiva de vida eterna debe tragarse todas las penas y todos los goces del presente. Pero, ¿de qué sirve admirar la excelencia de la obra de Dios a menos que podamos llamar nuestras sus preciosas promesas? ¿Amamos a Dios no sólo como nuestro Creador, sino porque dio a su Hijo unigénito para morir por nosotros? ¿Estamos andando en el camino de santidad? Probémonos a nosotros mismos con estas sencillas preguntas en vez de perder tiempo en cosas que pueden ser curiosas y entretenidas, pero nada provechosas.

CAPÍTULO XXXVI

Vea 2 Reyes xviii, 17–37 y su correspondiente comentario.

CAPÍTULO XXXVII

Este capítulo es igual que 2 Reyes xix.

CAPÍTULO XXXVIII

Versículos 1—8. *Enfermedad y recuperación de Ezequías.* 9—22. *Su acción de gracias.*

Vv. 1—8. Cuando oramos en nuestra enfermedad, aunque Dios no nos mande una respuesta como la que aquí envió a Ezequías, nos insta, por su Espíritu, a tener buen ánimo, nos asegura que nuestros pecados son perdonados y que, sea que vivamos o muramos, somos suyos, y no oramos en vano. Véase 2 Reyes xx, 1–11.

Vv. 9—22. Tenemos aquí la acción de gracias de Ezequías. Bueno es que recordemos las misericordias que recibimos en la enfermedad. Ezequías narra la condición en que estaba. Insiste en esto: No veré a JAH. El hombre bueno no desea vivir para ningún otro fin que poder servir a Dios y tener comunión con Él. —Nuestra residencia presente es como la de un pastor en su choza, alojamiento pobre, bajo y frío, y con un encargo comisionado a nuestra cuenta, como lo tiene el pastor. —Nuestros días son comparados con la lanzadera del tejedor, Job vii, 6, pasa y repasa velozmente, y cada hilera deja un hilo; y, cuando está terminada, se corta la pieza, se saca del telar y se muestra a nuestro Señor para ser juzgada. Cuando se corta la vida del hombre bueno, se le cortan sus cuidados y fatigas, y reposa de sus labores. Pero nuestros tiempos están en la mano de Dios; Él ha designado cuál será el largo de la pieza. —Cuando estamos enfermos, somos muy buenos para calcular nuestro tiempo, pero aún tenemos incertidumbre. Debiéramos cuidar más cómo llegar a salvo al otro mundo. Mientras más saboreemos la paciencia amorosa de Dios más le amará nuestro corazón y vivirá para Él. Cristo libró con amor nuestras pobres almas perecederas. El perdón no hace que el pecado deje de ser pecado, si no es castigado como merece. Agradable es pensar en nuestra recuperación de la enfermedad cuando las vemos fluir del perdón del pecado. La oportunidad de Ezequías para glorificar a Dios en este mundo, la convirtió en la actividad, placer y finalidad de su vida. Estando recuperado, resuelve abundar en alabanzas y servir a Dios. —Las promesas de Dios no son para quitar el uso de los medios, sino para vivificar y estimular su uso. La vida y la salud son dadas para que glorifiquemos a Dios y hagamos el bien.

CAPÍTULO XXXIX

Este capítulo es igual que 2 Reyes xx, 12–19.

CAPÍTULO XL

Versículos 1—11. *La predicación del evangelio y la buena nueva de la venida de Cristo.* 12—17. *El todopoderoso poder de Dios.* 18—26. *La necedad de la idolatría.* 27—31. *Contra la incredulidad.*

Vv. 1—11. Toda vida humana es una guerra; la vida cristiana lo es más; pero la lucha no durará siempre. Los problemas son quitados por amor cuando se perdona el pecado. En la gran expiación de la muerte de Cristo, Dios ejerció su misericordia para la gloria de su justicia. En Cristo y en sus sufrimientos, los verdaderos arrepentidos reciben de la mano del Señor el doble por todos sus pecados; porque la satisfacción hecha por Cristo en su muerte fue de valor infinito. —El profeta tiene alguna referencia al retorno de los judíos desde Babilonia. Pero este es un suceso pequeño comparado con lo señalado por el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento, cuando Juan el Bautista proclama la cercanía de Cristo. Cuando los príncipes orientales marchaban por los países desérticos,

les preparaban caminos y se quitaban los obstáculos. Que el Señor prepare nuestros corazones por la enseñanza de su palabra y las convicciones de su Espíritu, para que sean derribados los pensamientos altos y orgullosos, sean plantados buenos deseos, se enderecen y suavicen los temperamentos torcidos y abruptos, y todo impedimento sea removido, para que estemos preparados para su voluntad en la tierra, y preparados para su reino celestial. —¡Qué es todo lo que pertenece al hombre caído o todo lo que hace sino como el pasto y su flor! ¡De qué servirán todos los títulos y posesiones de un pecador moribundo cuando lo dejen sometido a condena! La palabra del Señor puede hacer por nosotros lo que toda la carne no puede. —La buena nueva de la venida de Cristo iba a ser enviada hasta los confines de la tierra. Satanás es el hombre fuerte armado, pero nuestro Señor Jesús es más fuerte y Él procederá y hará todo lo que se propone. —Cristo es el buen Pastor; Él muestra tierno cuidado por los jóvenes convertidos, por los creyentes débiles y por los de espíritu triste. Por su palabra Él requiere no más servicio, y por su providencia, inflige no más aflicción que aquello para lo cual los fortalecerá. Conozcamos la voz de nuestro Pastor y sigámosle, y demostrémonos como sus ovejas.

Vv. 12—17. Todos los seres humanos se reducen a nada comparados con el Creador. Cuando el Señor, por su Espíritu, hizo el mundo nada lo dirigió, ni le aconsejó qué hacer o como hacerlo. Las naciones, comparadas con Él, son como gota que queda en el balde, comparadas con el vasto océano; o como menudo polvo en la balanza, que no la mueve, comparado con toda la tierra. Esto magnifica el amor de Dios por el mundo que, aunque de poca monta y valor para Él, sin embargo, para su redención dio a su Hijo unigénito, Juan iii, 16. Los servicios de la Iglesia no pueden añadirle nada. Nuestras almas debieran haber perecido para siempre si el unigénito Hijo del Padre no se hubiera dado por nosotros.

Vv. 18—26. Lo que estimemos o amemos, temamos o esperemos más que a Dios, esa criatura igualamos con Dios, aunque no nos hagamos imágenes ni las adoremos. El que es tan pobre que casi no tiene un sacrificio para ofrecer, sin embargo, no deja de tener ídolo propio. No escatiman costos para sus ídolos y nosotros nos quejamos de lo que se gasta en el servicio de nuestro Dios. —Para probar la grandeza de Dios, el profeta apela a todas las eras y naciones. Los que ignoran esto, son voluntariamente ignorantes. Dios tiene el mando de todas las criaturas, y de todas las cosas creadas. El profeta nos lleva a usar nuestra razón y nuestros sentidos; a considerar al creador del ejército del cielo y a rendirle nuestro homenaje. Nadie deja de cumplir su voluntad. No olvidemos que Él hizo todas las promesas y se comprometió a cumplirlas.

Vv. 27—31. El pueblo de Dios es reprobado por su descreimiento y desconfianza en Dios. Recuerden que tomaron los nombres de Jacob e Israel de uno que Dios halló fiel a Él en todas sus aflicciones. Llevan ese nombre como su pueblo del pacto. Muchos afanes necios y temores necios se desvanecen antes de inquirir las causas. Malo es tener malos pensamientos que surgen en nuestra mente, pero peor es convertirlos en palabras malas. Lo que ellos conocieron y oyeron era suficiente para silenciar todos sus temores y desconfianzas. —Donde Dios ha empezado la obra de gracia, la perfeccionará. Él ayuda a los que, en humilde dependencia de Él, se ayudan a sí mismos. Su fuerza será según el día. En el poder de la gracia divina nuestras almas ascenderán por sobre el mundo. Correrán alegremente por el camino de los mandamientos de Dios. Velemos contra el descreimiento, el orgullo y la confianza en uno mismo. Si vamos adelante por nuestra propia fuerza, desmayaremos y caeremos totalmente; pero teniendo nuestros corazones y esperanzas en el cielo, seremos llevados por sobre todas las dificultades y seremos dotados para echar mano del premio de nuestra alta vocación en Cristo Jesús.

CAPÍTULO XLI

Versículos 1—9. *El cuidado de Dios por su pueblo.* 10—20. *Son exhortados a no temer.* 21—29. *Vanidad y necedad de la idolatría.*

Vv. 1—9. ¿Puede un dios pagano levantar a alguien en justicia, usarlo como le plazca, y hacerlo victorioso sobre las naciones? Así hizo el Señor con Abraham o, más bien, lo hará así con Ciro. —Los pecadores se animan unos a otros en los caminos del pecado; ¿los siervos del Dios vivo no se estimularán mutuamente a su servicio? El pueblo de Dios es la simiente de su amigo Abraham. Este es ciertamente el título más elevado que se haya dado a un mortal. Significa que, por gracia divina, Abraham fue hecho como Dios quería, y que fue recibido a la comunión con Él. Dichosos los siervos del Señor, a los que ha llamado a ser sus amigos, y a caminar con Él en fe y obediencia santa. Que no se rindan al temor los que así han sido favorecidos; porque la contienda puede ser dura, pero la victoria será cierta.

Vv. 10—20. Dios habla con ternura: No temas, porque yo estoy contigo, no sólo al alcance, sino presente a tu lado. ¿Estás débil? Yo te fortaleceré. ¿Te faltan amistades? Yo te ayudaré en tiempo de necesidad. ¿Estás listo para caer? Yo te sustentaré con la diestra llena de justicia, repartiendo recompensas y castigos. —Hay quienes pelean con el pueblo de Dios, que buscan su destrucción. Que el pueblo de Dios no devuelva mal por mal sino que espere el tiempo de Dios. Es el gusano Jacob; tan pequeño, tan débil y despreciado, tan pisoteado por todos. El pueblo de Dios es como gusano, con pensamiento humilde de sí mismos, y en los altivos pensamientos que de ellos tienen sus enemigos; gusanos, pero no víboras, no de la simiente de la serpiente. Toda parte de la palabra de Dios está calculada para abatir el orgullo del hombre y para hacerle parecer pequeño a sus propios ojos. El Señor les ayudará, porque Él es su Redentor. —El Señor hará que Jacob se vuelva instrumento de trilla. Dios lo hará apto para usar, nuevo y con punzones agudos. Esto tiene cumplimiento en los triunfos del evangelio de Cristo y de todos sus fieles seguidores sobre las potestades de las tinieblas. Dios ha provisto consuelos para suplir todas sus necesidades y responder todas sus oraciones. —Nuestro camino al cielo pasa por el desierto de este mundo. El alma del hombre está necesitada y busca satisfacción; pero se cansa de buscar esto en el mundo, donde no lo encontrará. Yo abriré ríos de gracia, ríos de agua viva, los que Cristo habló del Espíritu, Juan vii, 38, 39. Cuando Dios instala su Iglesia en el desierto gentil, habrá un gran cambio, como si los espinos y los abrojos fueran convertidos en cedros, cipreses y bojes. Estas bendiciones son guardadas para el pobre de espíritu que anhela la luz, el perdón y la santidad divina. Dios hará que sus almas estériles sean fructíferas en las gracias de su Espíritu, para que todos los que vean puedan reflexionar.

Vv. 21—29. Para demostrar la necedad del pecado sólo se necesita poner atención en las razones dadas en su defensa. Nada hay en los ídolos que sea digno de consideración. Son menos que nada y peor que nada. Traigan sus argumentos los abogados de otras doctrinas que no sea la salvación por medio de Cristo, ¿pueden proponer una cura para la depravación humana? —Jehová tiene poder irresistible; esto lo hace evidente. Pero el conocimiento cierto del futuro está sólo en Jehová que cumple sus planes. Toda profecía, excepto las de la Biblia, han sido inciertas. En la obra de redención el Señor se mostró muchos más que en la liberación de los judíos de Babilonia. La buena nueva que el Señor envía en el evangelio es un misterio oculto desde las edades y las generaciones. Se levanta un Libertador para nosotros, de nombre más noble y de mayor poder que el libertador de los judíos cautivos. Que seamos contados entre sus siervos obedientes y amigos fieles.

CAPÍTULO XLII

Versículos 1—4. *El carácter y la venida de Cristo.* 5—12. *Bendiciones de su reino.* 13—17. *Predominio de la religión verdadera.* 18—25. *Reprobación de la incredulidad y la ceguera.*

Vv. 1—4. Esta profecía se cumple en Cristo, Mateo xxi, 17. Que nuestras almas confíen y se regocijen en Él; entonces, por amor a Él, el Padre se complacerá con nosotros. El Espíritu Santo no sólo vino; reposó sobre Él y sin medida. Él sufrió pacientemente las contradicciones de los pecadores. Su reino es espiritual; no iba a manifestarse con honores terrenales. Es tierno con los oprimidos por las dudas y temores, como caña cascada; los que son como pábilo humeante, como la mecha de una lámpara recién encendida, que está lista para apagarse de nuevo. No los despreciará ni pondrá sobre ellos más trabajo o más sufrimiento que el que pueden tolerar. Demuestra plenamente la verdad de la santa religión por medio de una larga serie de milagros y por su resurrección. Por el poder de su evangelio y por su gracia fija principios en las mentes de los hombres para hacerlos sabios y justos. Las naciones más distantes esperan su ley, esperan su evangelio y le darán la bienvenida. Si deseamos asegurar nuestra vocación y elección, y que el Padre se complazca en nosotros para siempre, debemos contemplar a Cristo, oírle, creer en Él y obedecerle.

Vv. 5—12. La obra de la redención hace volver al hombre a la obediencia que debe a Dios como su Hacedor. Cristo es la luz del mundo. Por su gracia abre el entendimiento que Satanás ha cegado, y lo pone en libertad de la esclavitud del pecado. El Señor ha sostenido su Iglesia. Ahora hace nuevas promesas que ciertamente serán cumplidas como lo fueron las antiguas. Cuando los gentiles entran a la Iglesia, Él es glorificado en ellos y por ellos. Demos a Dios lo que es suyo, cuidando de no servir a la criatura más que al Hacedor.

Vv. 13—17. El Señor aparecerá con poder y gloria. Gritará al predicar su palabra. Él clamará con fuerza en los ayes del evangelio, que deben ser predicados con las bendiciones del evangelio, para despertar a un mundo dormido. Vencerá por el poder de su Espíritu. Silenciará y avergonzará a los que contradigan y blasfemen su evangelio, y será quitado del camino lo que estorbe su progreso. — A los que por naturaleza estaban ciegos, Dios les muestra el camino a la vida y la felicidad por Jesucristo. Ellos son débiles de conocimiento, pero Él convierte en luz las tinieblas. Son débiles en el deber, pero el camino de ellos será simple. A los que introduce en el camino recto, Dios los guía en él. Este pasaje es una profecía y también es aplicable a todo creyente; porque el Señor nunca los dejará ni los abandonará.

Vv. 18—25. Obsérvese el llamado dado a este pueblo, y el carácter que se les dio. Las multitudes se arruinan por no observar lo que no pueden dejar de ver; perecen no por ignorancia, sino por negligencia. —El Señor se complace en dar a conocer su justicia. Por sus pecados les saquearon todas sus posesiones. Esto se cumplió completamente en la destrucción de la nación judía. No hay resistencia ni escapatoria de la ira de Dios. Véase el mal que hace el pecado: provoca la ira de Dios. Los que no se humillan por juicios menores deben esperar otros mayores. ¡Ay, cuántos cristianos confesos están ciegos como los paganos entenebrecidos! Mientras el Señor se complazca en salvar pecadores por medio de la justicia de Cristo, glorificará también su justicia castigando a todos los orgullosos despreciativos. Viendo que Dios ha derramado su ira sobre el que fuera su pueblo favorito, debido a sus pecados, temamos, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de nosotros perezca por no haberlo alcanzado.

CAPÍTULO XLIII

Versículos 1—7. *El invariable amor de Dios por su pueblo.* 8—13. *Interpelación de apóstatas e idólatras.* 14—21. *La liberación de Babilonia y la conversión de los gentiles.* 22—28. *Amonestación al arrepentimiento del pecado.*

Vv. 1—7. El favor y la buena voluntad de Dios hacia su pueblo hablan abundante consuelo a todos los creyentes. La nueva criatura, doquiera esté, es hechura de Dios. A todos los redimidos con la sangre de su Hijo, los ha apartado para sí. Los que tienen a Dios para sí, no tienen que temer quién o qué pueda estar contra ellos. ¿Qué son Egipto y Etiopía, todas sus vidas y tesoros, en comparación con la sangre de Cristo? Los creyentes verdaderos son preciosos a ojos de Dios; su complacencia está en ellos por sobre cualquier persona. Aunque pasen por agua y fuego, mientras tengan con ellos a Dios, no tienen que temer mal alguno; serán levantados y sacados. —Los fieles son animados. Se reunirían de todo lugar. Con este agradable objetivo a la vista, el profeta los vuelve a disuadir de los ansiosos temores.

Vv. 8—13. Los idólatras son llamados a comparecer para defender sus ídolos. Los que los fabrican y confían en ellos, son como ellos. Tienen la forma y las facultades de los hombres; pero no tienen sentido común. Pero el pueblo de Dios conoce el poder de su gracia, la dulzura de su consuelo, el tierno cuidado de su providencia, y la verdad de su promesa. Todos los siervos de Dios pueden contar lo que ha obrado en ellos y ha hecho por ellos, para guiar a los demás a conocer y creer su poder, verdad y amor.

Vv. 14—21. Se anuncia la liberación de la cautividad en Babilonia, pero se refiere a sucesos más grandiosos. Se describen la redención de los pecadores por Cristo, la conversión de los gentiles y el llamado de nuevo a los judíos. Todo lo hecho para rescatar pecadores y llevar al creyente a la gloria es poco comparado con la prodigiosa obra de amor, la redención del hombre.

Vv. 22—28. Los que descuidan invocar a Dios están cansados de Él. El Señor no cansa a los siervos con sus órdenes; ellos lo cansan con su desobediencia. ¿Qué son las riquezas de la misericordia de Dios con ellos? Yo, yo soy el que borro tus rebeliones. Esto nos estimula al arrepentimiento, porque hay perdón en Dios, y muestra la libertad de la misericordia divina. Cuando perdona, Dios olvida. No es algo en nosotros, sino por amor a sus misericordias, por amor de su promesa, especialmente por amor a su Hijo. Se complace de reconocer esto como su honra. —¿Se justificará el hombre ante Dios? El intento es desesperado: nuestro primer padre rescindió el pacto, y todos hemos seguido su ejemplo. No tenemos razón para esperar perdón salvo que lo busquemos por fe en Cristo; siempre es acompañada por el arrepentimiento verdadero, y seguido por vida nueva, por odio del pecado y amor a Dios. Entonces, hagámosle recordar las promesas que hizo al arrepentido y la satisfacción que su Hijo hizo a favor de ellos. Presenta esto como argumento en tu lucha por el perdón; y declara estas cosas, para que seas justificado gratuitamente por su gracia. Este es el único camino seguro a la paz.

CAPÍTULO XLIV

Versículos 1—8. *Aqui hay promesas de la obra del Espíritu Santo.* 9—20. *Una denuncia de la necedad de la idolatría.* 21—28. *También la liberación del pueblo de Dios.*

Vv. 1—8. Aquí se llama "Jesurún" a Israel, lo que significa "el justo". Sólo tales son verdaderos israelitas en quienes no hay engaño. Dios reconoce a los que le sirven. Él los ayuda en las dificultades y en sus servicios. El agua es símbolo del Espíritu Santo; como el agua refresca, limpia y fertiliza la tierra, así hacen sus influencias en el alma. El don del Espíritu Santo es la gran bendición, el abundante derramamiento de lo que Dios guardó para los postreros días. Donde Dios da su Espíritu, dará todas las demás bendiciones. Por ello habrá un gran crecimiento de la Iglesia; así será difundida a lugares distantes. ¿Había otra Roca o Protector que pudiera defenderlos? Nadie más podía predecir estas cosas venideras de las cuales daba noticia Dios a través de sus profetas. Todo fue puesto en orden en los anuncios y en los propósitos divinos. ¿Podía otro haberlo hecho así? ¿Quién se puede comparar con el Redentor y Rey de Israel?

Vv. 9—20. Se describe la confección de imágenes para denunciar la necedad de los idólatras. Aunque un hombre había usado parte de un leño para el fuego, caía ante una imagen hecha del resto, orando que lo librara. El hombre deshonra enormemente a Dios cuando lo representa conforme a la imagen del hombre. Satanás ciega los ojos de los incrédulos, causando razonamientos absurdos en materia de religión. Sea que los hombres busquen felicidad en cosas mundanas o corran a la incredulidad, superstición o cualquier otro falso sistema, se alimentan de cenizas. Un corazón engañado por el orgullo, el amor del pecado, y el alejamiento de Dios desvía a los hombres de su santa verdad y adoración. Mientras los afectos sean depravados, el hombre se aferra de la mentira como a su mejor tesoro. ¿Están nuestros corazones puestos en la riqueza del mundo y en sus placeres? Ciertamente resultarán ser mentira. Si confiamos en las profesiones y obras externas, como si pudieran salvarnos, nos engañamos. La sospecha de uno mismo es el primer paso para librarse de sí mismo. El que entregue su alma debe cuestionar su conciencia, ¿no hay una mentira en mi diestra?

Vv. 21—28. Vuélvete a mí. Es la gran preocupación de los que se han descarriado de Dios, como los judíos de antes, para apresurar su retorno a Él. La obra de redención hecha a nuestro favor por Cristo, exhorta a tener esperanza de todas sus bendiciones. —Nuestras transgresiones y nuestros pecados son como una nube espesa entre cielo y tierra: los pecados nos separan de Dios; amenazan una tormenta de ira. Cuando Dios perdona, borra el pecado, disipa la nube, esa nube densa, de modo que el camino al cielo quede abierto otra vez. La nube la dispersa el Sol de justicia; se va completamente. El consuelo que fluye al alma cuando el pecado es perdonado, es como luz clara después de las nubes y la lluvia. Que Israel no se descorazone; nada es demasiado difícil para Dios: habiendo hecho todo, puede hacer lo que le plazca con cualquiera. Los que aprenden a conocer a Cristo, ven que todo conocimiento es necedad en comparación con su conocimiento. Sus enemigos hallarán que sus consejos son necedad y ellos mismos serán atrapados en sus astucias. —El cumplimiento exacto de las profecías de la Escritura confirma la verdad del todo, y prueba su origen divino. Los favores particulares que Dios concibió para su pueblo en el cautiverio, fueron anunciados aquí mucho antes que fueran al cautiverio. Habría dificultades muy grandes en el camino de la liberación, pero se les promete que todas ellas serían quitadas por el poder divino. Dios sabía quién sería el libertador de su pueblo; y lo da a conocer a su Iglesia para que cuando oigan su nombre, sepan que su redención está cerca. Es el honor más grande de los hombres más grandes ser usados como instrumentos del favor divino para su pueblo. En las cosas en que los hombres se sirven a sí mismos sin mirar más allá, Dios hace que hagan todo a su placer. Un Pastor más noble que Ciro hace la voluntad de su Padre hasta que su obra esté completamente terminada.

CAPÍTULO XLV

Versículos 1—4. *Liberación de los judíos por Ciro.* 5—10. *Dios pide obediencia a su omnipotencia.* 11—19. *Establecimiento de su pueblo.* 20—25. *Conversión de los gentiles.*

Vv. 1—4. A Ciro se le llama ungido de Dios; fue separado y preparado para este gran servicio por el consejo de Dios. Las compuertas de Babilonia que daban hacia el río quedaron abiertas la noche que Ciro marchó con su ejército a través del canal vacío. El Señor iba delante y le daba la entrada a las ciudades que sitiaba. Le dio tesoros que habían estado ocultos en lugares secretos. Para Ciro, el Dios verdadero era un Dios desconocido; sin embargo, Dios lo conoció de antemano; le dio un nombre. El cumplimiento exacto de esto debe de haber mostrado a Ciro que Jehová era el único Dios verdadero, y que era por amor a Israel que era prosperado. En todos los cambios de estados y reinos, Dios obra el bien de la iglesia.

Vv. 5—10. No hay otro Dios sino Jehová. Nada se hace sin Él. Hace la paz, todo lo guía para bien; crea el mal, no el mal del pecado, sino el del castigo. Es el autor de todo lo verdadero, lo santo, bueno y feliz; el mal, el error y la miseria entraron en el mundo por permisión suya, a través de la voluntaria apostasía de sus criaturas, pero están restringidos y regidos por sus justos propósitos. Esta doctrina se aplica, para consuelo de los que anhelan con sinceridad, y quietamente esperan la redención de Israel. Aquí se tiene en vista principalmente la redención de los pecadores por el Hijo de Dios, y el derramamiento del Espíritu, para dar éxito al evangelio. No debemos esperar salvación sin justicia; el Señor las creó juntas. Ningún opresor se oponga a los designios de Dios en favor de su pueblo. Ningún pobre oprimido murmure, como si Dios no los hubiera tratado con bondad. Los hombres solo son vasos de barro; son trozos de tiesto, y son así por contenciosos. Contender con el Hacedor es tan insensato como si el barro le encontrara defectos al alfarero. Volvamos las promesas de Dios en oraciones, rogándole que la salvación pueda abundar entre nosotros, y descansemos seguros de que el Juez de toda la tierra hará lo que es justo.

Vv. 11—19. Los creyentes pueden pedir en oración lo que necesitan; si es para su bien no les será negada. ¡Pero cuán frecuente es oír que se llama a Dios a cuentas por sus tratos con el hombre! Ciro proveyó para el regreso de los judíos. Los redimidos por Cristo recibirán de Él su provisión. La restauración convencería a muchos y convertiría a algunos; todos los que se unen al Señor hallan en su servicio la perfecta libertad. —Aunque Dios es Dios y Salvador de su pueblo, a veces los pone bajo su ira; pero esperan ellos en el Señor que esconde su rostro. Hay un mundo sin fin; será bueno o malo según como nos vaya en ese mundo. El Señor a quien servimos y en quien confiamos, es el único Dios. Todo lo que Dios ha dicho es claro, satisfactorio y justo. Así como Dios nos llama en su palabra a buscarle, así nunca niega las oraciones de fe, ni desengaña las expectativas de los creyentes. Da gracia suficiente, consuelo y satisfacción al alma.

Vv. 20—25. Se exhorta a las naciones a acercarse a Jehová. Fuera de Él, nadie puede ayudar. Él es el Salvador, que puede salvar sin la ayuda de nadie, pero sin el cuál, nadie se puede salvar. Si el corazón es conducido a la obediencia a Cristo, la rodilla de buena gana obedecerá sus mandatos. Hombres de todas las naciones vendrán a Cristo en busca de bendición; todos los que aborrecen su causa serán puestos en vergüenza, y todos los creyentes se regocijarán en Él como su amigo y porción. Todos deben venir a Él. Vamos ahora a Él como Jehová justicia nuestra, andando según sus mandamientos.

CAPÍTULO XLVI

Versículos 1—4. *Los ídolos no pueden salvarse a sí mismos pero Dios salva a su pueblo.* 5—13. *La necedad de adorar ídolos.*

Vv. 1—4. Los paganos insultaron a los judíos como si sus ídolos Bel y Nebo fuesen demasiado duros para Jehová. Pero sus adoradores no pueden ayudarlos; ambos, ídolos e idólatras van al cautiverio. Que el pueblo de Dios no tenga temor de ellos. Las cosas de las cuales esperan seguridad y felicidad los impíos, serán halladas incapaces de salvarlos de la muerte y del infierno. El Dios verdadero nunca le fallará a sus adoradores. La historia de la vida de cada creyente es una especie de resumen de la historia de Israel. Nuestra vida espiritual es sostenida por su gracia, tan coherentemente como nuestra vida natural por su providencia. Dios nunca los dejará. El Autor es el Consumador del bienestar de ellos cuando, por el deterioro, ellos necesitan ayuda como en la infancia. Esta promesa a Israel, debilitado y envejecido, como nación es aplicable a cada seguidor envejecido de Cristo. Cuando estés acosado por enfermedades, y quizá los que te rodean estén cansados de ti, sin embargo, Yo soy quien he prometido ser, el que tú quisiera que yo fuera. Te soportaré; te llevaré en tu camino, y al final, te llevaré a casa. Si aprendemos a confiar en Él y a amarle, no tenemos que angustiarnos por los días o años que nos restan; todavía proveerá para nosotros y nos cuidará, tanto como criaturas de su poder y nuevas creaciones por su Espíritu.

Vv. 5—13. Aquí se expone la necedad de los que hacen ídolos, y luego, oran a ellos. ¡Cuánto avergüenza la profusión de idólatras y la parsimonia de muchos que se dicen siervos de Dios, pero que son parte de una religión que nada les cuesta! El servicio del pecado siempre cuesta mucho. Dios delata ante ellos la cosa insensata e indefensa que son los ídolos. Entonces, que los judíos se demuestren hombres evitando tales abominaciones. —Muchas profecías de las Escrituras, entregadas hace mucho, aún no se han cumplido, pero el cumplimiento de algunas es un anticipo de que el resto ocurrirá. Nada puede ayudarnos más a tranquilizarnos que tener la seguridad de que Dios hará todo lo que le plazca. Aun quienes no conocen y no les importa la voluntad revelada de Dios, son llamados y usados para cumplir los consejos de su voluntad secreta. El cielo y la tierra pasarán antes que una tilde de la palabra de Dios. —Se habla a los pecadores obstinados. Los tales distaban mucho de aceptar, pero fueron convocados a oír la palabra del Señor. La salvación de un pecador empieza con un corazón humilde y contrito, que tiembla a la palabra de Dios, con tristeza santa que obra arrepentimiento verdadero y fe en su misericordia por medio de la obediencia hasta la muerte de nuestro Fiador Divino. Cristo, como justicia y salvación divina para su pueblo, vendrá en el tiempo designado. Su salvación mora en su Iglesia para todos los creyentes.

CAPÍTULO XLVII

Versículos 1—6. *Los juicios de Dios sobre Babilonia.* 7—15. *La negligencia y la confianza no impedirán el mal.*

Vv. 1—6. Babilonia está representada por el símbolo de una mujer en profunda angustia. Iba a ser degradada y a soportar sufrimientos; y se la representa sentada en el suelo, moliendo con el molino de mano, el servicio más bajo y laborioso. Dios fue justo en su venganza y nadie debe interponerse. El profeta exulta en el Señor de los ejércitos como Redentor y Santo de Israel. A menudo Dios permite que hombres crueles prevalezcan contra su pueblo, pero los que los oprimen cruelmente, serán castigados.

Vv. 7—15. Tengamos cuidado de actuar y hablar como Babilonia hizo; de confiar en la tiranía y la opresión; de jactarnos de nuestras habilidades, de apoyarnos en nosotros mismos y de atribuir

éxito a nuestra propia prudencia y sabiduría; no sea que participemos de sus plagas. Los que están en la cumbre de su prosperidad son buenos para imaginar que están fuera del alcance de la adversidad. También es corriente que los pecadores piensen que estarán a salvo, porque piensan que son secretos en sus malos caminos. Pero su seguridad será la ruina de ellos. —Saquemos de pasajes como los anteriores, las lecciones de humildad y confianza en Dios que transmiten. Si creemos la palabra de Dios, podemos saber cómo será con los justos y los impíos para toda la eternidad. Podemos aprender a escapar de la ira venidera, glorificar a Dios, tener paz a través de la vida, esperanza en la muerte y felicidad eterna. Entonces, permanezcamos lejos de todos los engaños.

CAPÍTULO XLVIII

Versículos 1—8. *Los judíos son reprobados por su idolatría.* 9—15. *Sin embargo, se les promete liberación.* 16—22. *Advertencia solemne de juicio para los que persisten en el mal.*

Vv. 1—8. Los judíos se valoraban por descender de Jacob y usaban el nombre de Jehová como su Dios. Se enorgullecían respetando a Jerusalén y el templo, pero no había santidad en sus vidas. Si no somos sinceros en la religión, sólo tomamos en vano el nombre del Señor. —Por la profecía se les mostró cómo los trataría Dios, mucho antes que eso pasara. Dios ha dicho y hecho suficiente para evitar la jactancia de los hombres acerca de sí, lo que empeora el pecado y la ruina del orgulloso; tarde o temprano toda boca se cierre y todos callen delante de Él. —Todos nosotros nacemos como hijos de desobediencia. Donde está el pecado original, se da el pecado actual. ¿La conciencia de cada hombre, no da testimonio de la verdad de la Escritura? Que el Señor nos pruebe y nos haga hacedores de la palabra.

Vv. 9—15. Nada tenemos que argumentar ante Dios, por qué debiera tener misericordia de nosotros. Salvar es para su alabanza, para honra de su misericordia. Si mete a los hombres en problemas es para hacerles bien. Es para refinarlos, pero no como a plata, no tan completamente como los hombres refinan la plata. Si Dios tomara ese rumbo, todos son escoria, y como tales serían desechados. Él nos toma como refinados sólo en parte. Muchos han sido llevados a casa a Dios como vasos escogidos, y la buena obra de gracia en ellos empezó en el horno de la aflicción. Es consuelo para el pueblo de Dios que Dios asegure su honra, por tanto obre liberación para ellos. Si Dios libra a su pueblo, no puede estar sin instrumentos que emplear. —Dios ha formado un plan en que, por amor a sí mismo, y para gloria de su gracia, salva a todo el que va a Él.

Vv. 15—22. El Espíritu Santo prepara para el servicio; y pueden hablar osadamente aquellos a quienes envía Dios y su Espíritu. Esto se aplica a Cristo. Fue enviado y tenía al Espíritu sin medida. Al que redime, Dios le enseña; enseña a beneficiarse de la aflicción y, luego, los hace partícipes de su santidad. También, por su gracia los guía por el camino del deber; y por su providencia los guía por el camino de la liberación. Dios no los afligió voluntariamente. Si sus pecados no los hubieran alejado, su paz hubiera sido siempre fluida y abundante. El goce espiritual siempre va unido a la santidad de vida y a la consideración de la voluntad de Dios. —Hará más dolorosa la miseria de los desobedientes pensar cuán felices podrían haber sido. Aquí hay seguridad de salvación del cautiverio. Dios cuidará a los que intenta llevar a sí mismo, para que no les falte nada para su viaje. Esto es aplicable a la gracia puesta a nuestro favor en Jesucristo, de quien nos fluye todo lo bueno, como el agua de la roca para Israel, porque la Roca era Cristo. —Aquí se alude a las bendiciones espirituales de la redención y el rescate de la Iglesia de la tiranía anticristiana. Pero no importa los cambios que haya, el Señor advierte a los pecadores impenitentes que nada bueno les vendrá a ellos;

la angustia interior y el problema externo, que surgen de la culpa y de la ira divina, debe ser su porción para siempre.

CAPÍTULO XLIX

Versículos 1—6. *La incredulidad y el rechazo de los judíos.* 7—12. *Las promesas de gracia para los gentiles.* 13—17. *El amor de Dios a la Iglesia.* 18—23. *Su aumento.* 24—26. *Y liberación.*

Vv. 1—6. El gran Autor de la redención muestra la autoridad para su obra. La espada de su palabra mata las concupiscencias de su pueblo, y todo lo que sea enemistad con ellos. Sus flechas agudas hieren la conciencia, pero todas estas heridas son sanadas cuando el pecador ruega orando por misericordia. Pero hasta el Redentor, que habló como nunca un hombre ha hablado en su ministerio personal, a menudo parecía sufrir en vano. Si Jacob no fuera traído de vuelta a Dios, e Israel no fuera reunido, aún así Cristo será glorioso. Esta promesa está parcialmente cumplida en el llamamiento a los gentiles. Los hombres perecen en las tinieblas. Pero Cristo ilumina a los hombres y así los hace santos y felices.

Vv. 7—12. El Padre es el Señor, el Redentor y el Santo de Israel, puesto que envía al Hijo para ser el Redentor. El hombre, a quien vino a salvar, lo despreció. Se sometió a esto por nuestra salvación. —Él es prenda de todas las bendiciones del pacto; Dios estaba en Él reconciliando consigo al mundo. La misericordia perdonadora es liberación de la maldición de la ley; la gracia que renueva es liberación del dominio del pecado: ambos son de Cristo. Dice a los que están en tinieblas: Mostraos. No sólo vean, sino sean vistos, para gloria de Dios y para consuelo propio. —Donde Dios lleve a su pueblo no les caerá mal. Los que siguen muy de cerca la dirección divina pueden esperar el consuelo divino. Aunque hay dificultades en el camino al cielo, la gracia de Dios nos llevará por encima de ellas, y hasta las montañas convertirá en camino. Esto denota la libre invitación y las promesas alentadoras del evangelio y el derramamiento del Espíritu.

Vv. 13—17. Que haya gozo universal, porque Dios tendrá misericordia del afligido debido a su compasión; de *su* afligido debido a su pacto. Ya no tenemos razones para cuestionar su promesa y su gracia más que la que tengamos para cuestionar su providencia y su justicia. Ten la seguridad que Dios tiene un tierno afecto por su Iglesia y su pueblo; no quiere que se desalienten. —Algunas madres descuidan a sus hijos, pero las compasiones de Dios con su pueblo exceden infinitamente a las de los padres más tiernos hacia sus hijos. —Que los haya puesto como marca en su mano o como sello en su brazo, significa que siempre está preocupado de ellos. Hasta donde tenemos evidencias de la Escritura de que pertenecemos a su rebaño redimido, podemos estar seguros que nunca nos abandonará. Entonces pongamos diligencia para asegurar nuestra vocación y elección y regocijémonos en la esperanza y la gloria de Dios.

Vv. 18—23. Aquí se dirige a Sion como a viuda afligida, desposeída de sus hijos. Las gentes se juntan a ella y se le asegura que vienen para consolarla. Hay veces en que la Iglesia es devastada y son pocos en número, pero sus desolaciones no durarán para siempre y Dios las reparará. Dios puede levantar amigos para los israelitas que retornan aun de entre los gentiles. Ellos traerán sus hijos y los harán tus hijos. Que todos traten tierna y cuidadosamente a los nuevos convertidos y principiantes en la religión. Los príncipes protegerán a la Iglesia. Se manifestará que Dios es el soberano Señor de todo. Los que esperan en Dios en el ejercicio de fe, esperanza y paciencia, por el cumplimiento de sus promesas nunca serán confundidos.

Vv. 24—26. Somos cautivos legales de la justicia de Dios, pero liberados a un precio de valor indecible. Aquí hay una promesa expresa: Aun el cautivo del valiente será librado. Aquí vemos a Satanás privado de su presa, encadenado y echado al abismo; y todas las potestades que se habían reunido para esclavizar, perseguir o corromper a la Iglesia, son destruidas; que toda la tierra sepa que Jehová es nuestro Salvador y Redentor, el Fuerte de Jacob. Todo esfuerzo que hacemos para rescatar a los congéneres pecadores de la esclavitud a Satanás ayuda, en cierto grado, al progreso del gran cambio.

CAPÍTULO L

Versículos 1—3. *El rechazo de los judíos.* 4—9. *El sufrimiento y la exaltación del Mesías.* 10, 11. *Consuelo para el creyente, y advertencia para el incrédulo.*

Vv. 1—3. Quienes han profesado ser pueblo de Dios y parecen ser tratados con severidad, tienden a quejarse como si Dios hubiera sido duro con ellos. Aquí hay una respuesta para tales murmuraciones; Dios nunca privó a nadie de sus ventajas, sino de sus pecados. Los judíos fueron enviados a Babilonia por su idolatría, pecado que quebrantó el pacto, y, al final, fueron rechazados por crucificar al Señor de gloria. —Dios los llamó a dejar sus pecados y evitar su propia ruina. Por último, el Hijo vino a los suyos pero los suyos no le recibieron. Cuando Dios llama a los hombres a la felicidad y ellos no responden, son justamente dejados en su miseria. Para silenciar las dudas acerca de su poder, se dan pruebas. Los prodigios que acompañaron sus sufrimientos y muerte proclaman que Él era el Hijo de Dios, Mateo xxvii, 54.

Vv. 4—9. Como Jesús era Dios y hombre en una Persona, a veces lo hallamos hablando como Jehová Dios, o que así se le nombra; a veces, como hombre y siervo de Jehová. Él iba a declarar las verdades que consuelan al corazón contrito y humillado, a los cansados de pecar, acosados por las aflicciones. Como el Espíritu Santo estaba en Él, podía hablar como nunca hombre ha hablado; así, la misma influencia divina lo despertaba cada día para orar, para predicar el evangelio, y recibir y entregar toda la voluntad del Padre. Él justificó al Hijo cuando aceptó la satisfacción que éste hizo por el pecado del hombre. Cristo habla en nombre de todos los creyentes. ¿Quién se atreve a ser enemigo de quienes Él tiene por amigos? O, ¿quién contenderá con quienes lo tienen por su Abogado? Así lo aplica san Pablo, Romanos viii, 33.

Vv. 10, 11. Un hijo de Dios teme incurrir en su desagrado. Esta gracia aparece más habitualmente en los creyentes cuando están en tinieblas, cuando no aparecen otras gracias. Los que temen verdaderamente a Dios, obedecen la voz de Cristo. —Un siervo sincero de Dios puede estar por largo tiempo sin visualizar la felicidad eterna. ¿Cuál es probable que sea un remedio eficaz en este triste caso? Confíe él en el nombre del Señor; afírmese en las promesas del pacto, y edifique sus esperanzas sobre ellas. Que confíe en Cristo, confíe en ese nombre suyo, el Señor Justicia nuestra; que se afirme en Dios como su Dios por medio del Mediador. —Se advierte a los pecadores presuntuosos de no confiar en sí mismos. Sus propios méritos y suficiencia son luz y calor para ellos. Los consuelos derivados de las criaturas son como chispas de corta vida y pronta desaparición; pero los hijos de este mundo, mientras duren, procuran calentarse con ellas y andan con orgullo y placer a la luz de ellas. Los que hacen de este mundo su consuelo y de su justicia propia, su confianza, ciertamente encontrarán amarguras al final. El camino de un hombre piadoso puede ser oscuro, pero su final será paz y luz eterna. El camino del impío puede ser placentero, pero su final y destino eternos serán las tinieblas más profundas.

CAPÍTULO LI

Versículos 1—3. *Exhortaciones a confiar en el Mesías.* 4—8. *El poder de Dios y la debilidad del hombre* 9—16. *Cristo defiende a su pueblo.* 17—23. *Sus aflicciones y liberaciones.*

Vv. 1—3. Para los privilegiados por el nuevo nacimiento, es bueno que consideren que fueron formados en pecado. Esto debiera hacernos pensar de nosotros en forma humilde, provocar los pensamientos más elevados sobre la gracia divina. —El consuelo más grande es haber sido hecho útil para la gloria de Dios. Mientras más santidad tengan los hombres, y más bien hagan, más alegría tienen. Reflexionemos seriamente en nuestra culpa. Hacerlo así tiende a mantener humilde el corazón, y despierta y sensible la conciencia. Hacen a Cristo más precioso para el alma y da fuerzas a nuestros intentos y oraciones por los demás.

Vv. 4—8. El evangelio de Cristo será predicado y proclamado. ¿Cómo escaparemos si lo despreciamos? No hay salvación sin justicia. En cuanto a este mundo el alma se desvanecerá como humo y el cuerpo será tirado como ropa gastada. Pero los que tienen su felicidad en la justicia y salvación de Cristo, tendrán su consuelo cuando el tiempo y los días ya no sean más. Las nubes oscurecen el sol, pero no detienen su curso. El creyente disfrutará su porción, mientras los que insultaron a Cristo estarán en tinieblas.

Vv. 9—16. El pueblo que Cristo redimió con su sangre, y por su poder, obtendrá liberación plena de todo enemigo. El que destinó ese gozo para nosotros al final, ¿no obrará tal liberación mientrastanto, según lo requiera nuestro caso? En este mundo cambiante hay un paso corto del gozo a la tristeza, pero en aquel mundo, la tristeza nunca más estará a la vista. Ellos oraron por la demostración del poder de Dios; Él les contesta con el consuelo de su gracia. Si tememos pecar contra Dios, no debemos temer el enojo de los hombres. Dichoso el hombre que siempre teme a Dios. La Iglesia de Cristo disfrutará de seguridad por el poder y la providencia del Todopoderoso.

Vv. 17—23. Dios llama a su pueblo a ocuparse de las cosas que convienen a su paz eterna. Jerusalén había provocado a Dios y tuvo que probar los frutos amargos. Los que debían ser sus consoladores, fueron sus atormentadores. No tienen paciencia para conservar la posesión de sus almas, ni confianza en la promesa de Dios para conservar la posesión de su consuelo. —Está ebria, no como antes, con la copa embriagante de las idolatrías de Babilonia, sino con la copa de la aflicción. Sabe entonces que la causa del pueblo de Dios puede parecer perdida por un tiempo, pero Dios lo protegerá dando convicción a las conciencias o confundiendo los proyectos de quienes se esfuerzan contra ellos. Los opresores necesitaban almas para someter, para que todo hombre creyera y adorara como ellos querían que hicieran. Pero todo lo que pudieron ganar con violencia fue gente llevada al conformismo hipócrita externo, porque no se puede obligar las conciencias.

CAPÍTULO LII

Versículos 1—12. *Las bienvenidas noticias del reino de Cristo.* 13—15. *La humillación del Mesías.*

Vv. 1—12. El evangelio proclama libertad a los que están atados con temores. Que los fatigados y cargados con el peso del pecado hallen alivio en Cristo, se sacudan el polvo de sus dudas y temores, y se suelten de las ataduras. El precio de nuestra salvación pagado por el Redentor no fue plata ni oro, ni cosas perecederas, sino su propia sangre preciosa. Si considerando la gratuidad de esta

salvación y cuán dañinos son los pecados para el consuelo temporal, valoraremos más la redención que es en Cristo; ¿buscamos la victoria sobre cada pecado, recordando que la gloria de Dios requiere santidad en cada seguidor de Cristo? —La buena nueva es que el Señor Jesús reina. El mismo Cristo trajo esta noticia primero. Sus ministros proclaman esta buena nueva: manteniéndose limpios de las contaminaciones del mundo, son bellos para aquellos a los que son enviados. —Los centinelas de Sion podían escasamente discernir algo del favor de Dios a través de la espesa nube de sus aflicciones; pero, ahora que la nube se ha disipado, verán claramente la exacta coherencia entre la profecía y el hecho, la promesa y el cumplimiento. Los lugares desolados de Sion se regocijarán entonces; todo el mundo tendrá el beneficio. Esto lo aplica Cristo a nuestra salvación. —Babilonia no es lugar para los israelitas. Es un llamado a todos lo que están en la esclavitud del pecado y de Satanás para que usen la libertad que Cristo ha proclamado. Iban a ir con prisa *diligente* sin perder tiempo ni demorarse, pero no iban a ir con prisa *desconfiada*. Los que van por el camino del deber, están bajo la protección especial de Dios; quien cree esto no se apresurará por temor.

Vv. 13—15. Aquí comienza esa descripción minuciosa, maravillosa y fiel del oficio, del carácter y de la gloria del Mesías, que ha puesto convicción de pecado en más de uno de los incrédulos más endurecidos. Cristo es la misma Sabiduría; en la obra de nuestra redención se manifestó la sabiduría de Dios en un misterio. Los que le vieron dijeron: Seguramente nunca un hombre tuvo un aspecto tan desgraciado; nunca hubo un dolor como su dolor. Pero Dios lo exaltó hasta lo sumo. Eso será descubierto por el evangelio de Cristo, que nunca podría narrarse de otra manera. Cristo, una vez derramada su sangre por los pecadores, continúa su poder. Que todos los que se oponen, vean la sabiduría de cesar su oposición, y de ser hechos partícipes de la sangre del rociamiento, y el bautismo del Espíritu Santo; obedeciéndole y dando gracias por su salvación.

CAPÍTULO LIII

Versículos 1—3. *La persona,* 4—9. *Sufrimientos,* 10—12. *Humillación y exaltación de Cristo descritas minuciosamente con las bendiciones de su muerte por la humanidad.*

Vv. 1—3. En ninguna otra parte del Antiguo Testamento, como en este capítulo, se profetiza tan clara y plenamente que Cristo debía sufrir y luego entrar a su gloria. Pero a esta fecha pocos disciernen o reconocen el poder divino que va con la palabra. Se desecha el informe más importante y auténtico de la salvación a través del Hijo de Dios por los pecadores. —La condición vil a que se sometió y su manifestación al mundo no concuerdan con las ideas del Mesías que los judíos se habían formado. Se esperaba que viniera con pompa; en cambio creció como una planta, silenciosa e inadvertidamente. Él nada tenía de la gloria que uno hubiera pensado hallar en Él. Toda su vida fue no sólo humilde en estado externo; también fue penosa. Hecho pecado por nosotros, vivió la sentencia a la cual nos expuso el pecado. Los corazones carnales nada ven en el Señor Jesús como para interesarse en Él. ¡Sí, por cuántos de su pueblo sigue siendo despreciado y rechazado respecto de su doctrina y su autoridad!

Vv. 4—9. En estos versículos hay un relato de los sufrimientos de Cristo; también del propósito de sus sufrimientos. Fue por nuestros pecados y en nuestro lugar que nuestro Señor Jesús sufrió. Todos hemos pecado y caído de la gloria de Dios. Los pecadores tienen su pecado favorito, su propio mal camino que aprecian. Nuestros pecados merecen todas los castigos y dolores, hasta los más severos. —Somos salvados de la ruina a la cual nos obligamos por el pecado, cuando echamos sobre Cristo nuestros pecados. Esta expiación iba a ser hecha por nuestros pecados. Este es el único camino de salvación. Nuestros pecados fueron las espinas en la cabeza de Cristo, los clavos en sus

manos y pies, la lanza en su costado. Fue entregado a la muerte por nuestras ofensas. Por sus sufrimientos adquirió para nosotros el Espíritu y la gracia de Dios para mortificar nuestras corrupciones, que son las insanías de nuestra alma. Bien podemos soportar nuestros sufrimientos más leves, porque Él nos ha enseñado a estimar todas las cosas como pérdida por amor a Él y a amar al que nos amó primero.

Vv. 10—12. ¡Ven y ve cómo Cristo nos amó! Nosotros no lo pusimos en nuestro lugar; Él se puso a sí mismo. Así quitó el pecado del mundo al llevarlo sobre sí. Se sometió a la muerte, que para nosotros es la paga del pecado. —Fijaos en las gracias y las glorias de su estado de exaltación. Cristo no encarga el cuidado de su familia a ningún otro. Los propósitos de Dios tendrán efecto. Prosperará lo que se emprenda conforme al beneplácito de Dios. Él se ocupará de cumplirlo en la conversión y salvación de los pecadores. Hay muchos a quienes Cristo justifica; muchos por quienes dio su vida como rescate. Por fe somos justificados; así, Dios es más glorificado, la libre gracia se promueve, el yo es abatido y nuestra felicidad asegurada. Debemos conocerle y creer en quien llevó nuestros pecados y nos salvó de hundirnos bajo la carga llevándola sobre sí. —El pecado y Satanás, la muerte y el infierno, el mundo y la carne, son los enemigos poderosos que Él venció. Lo que Dios preparó para el Redentor, ciertamente Él lo poseerá. Cuando cautivó a la cautividad, recibió dones *para* los hombres, para que pudiera dar dones *a* los hombres. —Mientras repasamos los sufrimientos del Hijo de Dios, recordemos nuestro largo catálogo de transgresiones y considerémosle sufriendo bajo el peso de nuestra culpa. Aquí se echa un fundamento firme sobre el cual haga descansar su alma el pecador tembloroso. Nosotros somos la adquisición de su sangre, y los monumentos de su gracia; por esto Él continuamente intercede y prevalece destruyendo las obras del diablo.

CAPÍTULO LIV

Versículos 1—5. *El aumento de la Iglesia por la conversión de los judíos y los gentiles.* 6—10. *Su segura liberación.* 11—17. *Se describe su estado triunfante.*

Vv. 1—5. Obsérvese el bajo estado de la religión en el mundo por largo tiempo antes de la introducción del cristianismo. Al predicar el evangelio se convirtieron multitudes de los ídolos al Dios vivo. Esto es materia de gran regocijo para la Iglesia. —Las fronteras de la Iglesia fueron extendidas. Aunque su estado en la tierra es vil y mutable, como una tienda o tabernáculo, a veces está en crecimiento y debe ser agrandada al aumentar la familia. Pero mientras más numerosa crezca la Iglesia, más debe fortalecerse contra los errores y las corrupciones. —Tu Marido es tu Hacedor. Cristo es el Santo de Israel, el Mediador del pacto hecho con la Iglesia veterotestamentaria. Por mucho tiempo fue llamado Dios de Israel, pero ahora será llamado Dios de toda la tierra. Él limpiará de pecado y hará que todo creyente verdadero se regocije en esta unión sagrada. Nunca podremos admirar bastante esta misericordia ni valorar debidamente este privilegio.

Vv. 6—10. Así como Dios es tardo para airarse, es rápido para mostrar misericordia. ¡Cuán dulce serán los retornos de la misericordia, cuando Dios venga a consolarlos! Él tendrá misericordia de ellos. La reunión de su pueblo nace de la misericordia de Dios, no de mérito alguno de ellos; y es con grandes misericordias, con bondad eterna. La ira es poca, las misericordias son grandes; la ira es momentánea, la bondad es eterna. No tenemos que desesperarnos bajo las aflicciones ni perder la esperanza de alivio. —Los montes se han estremecido y han sido removidos, pero las promesas de Dios nunca fueron quebrantadas por ningún suceso. Los montes y las colinas también representan a grandes hombres. Las confianzas en las criaturas se frustran, pero cuando las amistades nos fallan, nuestro Dios no. Todo esto es por igual aplicable a la Iglesia en general, y a cada creyente. Dios

reprende y corrige a su pueblo por sus pecados, pero no los desecha. Que esto nos anime a poner más diligencia en asegurar nuestra vocación y elección.

Vv. 11—17. Que el pueblo de Dios piense, cuando está afligido y zarandeado, que oyen a Dios hablarles consoladoramente por estas palabras, fijándose en sus penas y temores. —La Iglesia es toda gloriosa cuando está llena del conocimiento de Dios, porque nadie enseña como Él. Es una promesa de la enseñanza y de los dones del Espíritu Santo. Todos los enseñados por Dios son enseñados a amarse unos a otros. Esto parece relacionarse especialmente con las épocas gloriosas que sucederán a las tribulaciones de la Iglesia. La santidad, más que cualquier cosa, es la belleza de la Iglesia. —Dios promete protección. No habrá miedos internos; no habrá luchas externas. El militar se valora por sus títulos espléndidos, pero Dios lo llama "destruidor para destruir", porque hacen su actividad de la devastación y destrucción. Él los creó, por tanto servirán sus designios con ellos. —Llega el día en que Dios tratará a los impíos por las cosas duras que han hablado, Judas 15. La seguridad y la victoria final son herencia de cada fiel siervo del Señor. La justicia con que son justificados, y la gracia con que son santificados, son dádivas de Dios y efecto de su amor especial. Roguémosle que santifique nuestras almas y nos emplee en su servicio.

CAPÍTULO LV

Versículos 1—5. *Invitación a recibir gratuitamente las bendiciones del Salvador.* 6—13. *Ofrendas graciosas de perdón y paz.*

Vv. 1—5. Son bien acogidos a las bendiciones de la salvación todos los que acogen bien estas bendiciones. En Cristo hay suficiente para todos y para cada uno. Los que están satisfechos con el mundo no ven la necesidad de Cristo y no tienen sed. No están inquietos por sus almas, pero donde Dios da gracia, da la sed; donde Él haya dado sed, dará gracia. Id a Cristo, porque Él es la Fuente abierta, es la Roca golpeada. Id a las santas ordenanzas, a los arroyos que alegran la ciudad de nuestro Dios. Id a las aguas sanadoras, id a las aguas vivas, Apocalipsis xxii, 17. Nuestro Salvador se refirió a esto, Juan vii, 37. Venid, comprad; apropiaos de esto aplicándoos la gracia del evangelio a vosotros mismos. Venid y comed; hacedlo aún más vuestro, y disfrutadlo. El mundo no satisface nuestras expectativas; nos prometimos al menos agua y nos desilusionamos, pero Cristo supera nuestras expectativas. Vamos a Él y hallamos vino y leche. Los dones ofrecidos son tales que ningún precio se les puede poner. Las cosas ofrecidas ya están pagadas, porque Cristo las adquirió al precio total de su propia sangre, 1 Pedro i, 19. Nuestras necesidades son incontables y nada tenemos que las satisfaga; si Cristo y el cielo son nuestros, nos veremos por siempre endeudados a la libre gracia. Escuchad con diligencia; que se abata el corazón orgulloso; no sólo vaya, sino acepte la oferta de Dios. Toda la riqueza y el placer del mundo no darán consuelo y contento firmes al alma. No satisfacen ni siquiera los apetitos del cuerpo, porque todo es vanidad y aflicción. Que los desencantos con que nos topamos en el mundo nos ayuden a impulsarnos hacia Cristo y a buscar la satisfacción sólo en Él. Entonces, y no antes, encontraremos reposo para nuestra alma. Oíd y vivirá vuestra alma. ¡Con qué términos claros se nos ofrece la felicidad! —Por misericordias firmes a David tenemos que entender al Mesías. Todas sus misericordias son misericordias del pacto; son compradas por Él, son prometidas en Él y nos son dispensadas de su mano. No sabemos encontrar el camino a las aguas, pero Cristo es dado para ser Líder, Capitán, para mostrarnos qué hacer y capacitarnos para hacerlo. Nuestro negocio es obedecerle y seguirle. Nadie puede ir al Padre sino por Él. Él es el Santo de Israel, fiel a todas sus promesas; Él ha prometido glorificar a Cristo dándole a los gentiles por heredad.

Vv. 6—13. Aquí hay una oferta graciosa de perdón y paz, y de toda felicidad. No será en vano buscar a Dios; ahora su palabra nos está llamando y su Espíritu lucha con nosotros. Pero hay un día por venir en que no será hallado. Puede llegar un tiempo así en esta vida; seguro es que la puerta será cerrada en la muerte y el juicio. No sólo debe haber un cambio del camino, sino un cambio de la mente. Debemos cambiar nuestros juicios sobre las personas y las cosas. No es suficiente romper y dejar las malas costumbres, sino tenemos que luchar contra los malos pensamientos. Arrepentirse es volver a nuestro Señor, contra el cual nos rebelamos. Si lo hacemos así, Dios se multiplicará para perdonar como nosotros nos hemos multiplicado para ofender. Pero que nadie juegue con esta abundante misericordia ni la use como ocasión para pecar. El pensamiento de los hombres acerca del pecado, de Cristo y de la santidad, sobre este mundo y el otro, difieren vastamente de los de Dios; pero en nada diferen más que en materia de perdón. Nosotros perdonamos y no podemos olvidar; cuando perdona el pecado Dios no lo recuerda más. —El poder de su palabra en las esferas de la providencia y la gracia es tan cierto como en la de la naturaleza. La verdad sagrada produce un cambio espiritual en la mente del hombre que ni la lluvia ni la nieve pueden producir en la tierra. No volverá al Señor sin producir efectos importantes. —Si adoptamos un punto de vista especial de la Iglesia, hallaremos qué cosas grandes ha hecho y hará Dios por ella. Los judíos volverán a su tierra; esto representa las bendiciones prometidas. La gracia del evangelio hará un cambio grande en los hombres. Librado de la ira venidera, el pecador convertido halla paz en su conciencia; el amor lo constriñe a dedicarse al servicio de su Redentor. En lugar de ser profano, contencioso, egoísta o sensual, véanlo paciente, humilde, amable y en paz. La esperanza de ayudar en tal obra debiera instarnos a difundir el evangelio de la salvación. Ayúdanos tú, oh Espíritu de toda verdad, a tener esa visión tal de la plenitud, gratuidad y grandeza de la rica misericordia en Cristo, que quite de nosotros todos los estrechos puntos de vista acerca de la gracia soberana.

CAPÍTULO LVI

Versículos 1, 2. *Encargo de obedecer los preceptos divinos.* 3—8. *Bendiciones prometidas.* 9—12. *Reproche a los centinelas, los maestros y los gobernantes negligentes de los judíos.*

Vv. 1, 2. El Señor nos dice cuáles son sus expectativas del deber de parte nuestra. Sé honesto y justo en todos tus tratos. También, observa estrictamente el día de reposo. Para tener la bendición de Dios en los trabajos de toda la semana, toma conciencia de santificar el día de reposo. No tengas nada que ver con el pecado. Bendito el varón que aleja su mano de todas las cosas que desagradan a Dios y que dañan su alma. Los que, a través del Espíritu, tienen la esperanza de la justicia por la fe, serán hallados en los caminos de la obediencia santa.

Vv. 3—8. A menudo la incredulidad sugiere cosas para desanimar a los creyentes, contra lo cual Dios advierte expresamente. Las bendiciones espirituales son indeciblemente mejores que tener hijos e hijas; porque los hijos son una preocupación y pueden dar tristeza y vergüenza, pero las bendiciones en que participamos en la casa de Dios son un consuelo que no se puede amargar. Los que verdaderamente aman al Señor le servirán fielmente, y entonces, sus mandamientos no son gravosos. —Se prometen tres cosas. Asistencia: No sólo les daré la bienvenida, sino que los inclinaré a venir. Aceptación y consuelo: aunque vengan lamentándose a la casa de oración se irán con regocijo. Encontrarán alivio echando sus cargas y afanes sobre Dios. Más de un espíritu dolorido ha sido hecho gozoso en la casa de oración. Los gentiles serán un cuerpo con los judíos para que, como dice Cristo, Juan x, 16, haya un rebaño y un Pastor. —Gracias a Dios que nadie es separado de Él sino por incredulidad y pecado voluntarios; y si vamos a Él, seremos aceptados por el sacrificio de nuestro gran Sumo Sacerdote.

Vv. 9—12. Se piden juicios desoladores, y esta severa reprimenda de los reyes y maestros de la Iglesia judía es aplicable a otras épocas y lugares. Malo es que un pueblo tenga pastores que dormitan y que andan ansiosos en pos del mundo. Oremos que el Gran Pastor nos mande pastores según su corazón que nos alimenten con conocimiento, para que podamos regocijarnos en su santo nombre y que nuevos creyentes sean sumados diariamente a la Iglesia.

CAPÍTULO LVII

Versículos 1, 2. *La bendecida muerte del justo.* 3—12. *Idolatrías abominable de la nación judía.* 13—21. *Promesas para el contrito y humillado.*

Vv. 1, 2. Los justos son librados del aguijón de la muerte, no de su ataque. El mundo descuidado no considera esto. Pocos lo lamentan como pérdida pública y muy pocos se fijan en ello como advertencia pública. Son llevados por compasión para que no vean el mal, ni lo compartan, ni sean tentados. El justo entra en la paz y el reposo cuando muere.

Vv. 3—12. Aquí el Señor convoca a apóstatas e hipócritas para que comparezcan ante Él. Cuando fueron reprobados por sus pecados y amenazados con juicios, ridiculizaron la Palabra de Dios. Los judíos eran culpables de idolatría antes del cautiverio; pero no después de esa aflicción. Su celo en la adoración de dioses falsos avergüenza nuestra indiferencia por adorar al Dios verdadero. El servicio del pecado es una esclavitud miserable. Los que así se rebajan al infierno tendrán ahí en justicia su porción. —Los hombres se inclinan a una religión que inflame sus impías pasiones. Son guiados a hacer el mal por grande o vil que sea, si piensan que expiará los delitos o comprará indulgencia para alguna lujuria preferida. Esto explica la idolatría sea pagana, judía o anticristiana. Pero quienes instalan cualquier cosa en el lugar de Dios como esperanza y confianza suyas, nunca llegarán a un buen fin. Los que abandonan el único camino recto vagan por caminos extraviados. Los placeres del pecado cansan pronto, pero nunca satisfacen. Los que no se preocupan por la palabra de Dios y de sus providencias demuestran no temer a Dios. El pecado no aprovecha: arruina y destruye.

Vv. 13—21. Los ídolos y sus adoradores llegarán a nada, pero los que confían en la gracia de Dios serán llevados a disfrutar del cielo. Con el Señor no hay principio de días ni fin de vida, ni cambio de tiempo. Su nombre es santo y todos deben conocerlo como santo Dios. Tendrá tierno cuidado de quienes reflexionan en su condición y temen su ira. Hará su morada en aquellos cuyo corazón ha humillado para vivificarlos y consolarlos. Cuando los problemas duran mucho aun los hombres buenos son tentados a pensar mal de Dios. Por tanto, Él no contenderá para siempre, porque no abandonará la obra de sus manos ni derrotará lo comprado por la sangre de Su Hijo. —La codicia es un pecado que pone en particular a los hombres bajo el desagrado divino. Véase la pecaminosidad del pecado. Véase también que los problemas no pueden reformar a los hombres a menos que la gracia de Dios obre en ellos. —Se publicará paz, la paz perfecta. Frutos de labios que predican y oran. Cristo vino y predicó paz a los gentiles y a los judíos; a épocas futuras aún lejanas en el tiempo, y a los de su misma era. —Pero los impíos no quieren ser sanados por la gracia de Dios, por tanto no serán sanados por sus consolaciones. Sus concupiscencias y pasiones sin gobierno los hacen como el mar tempestuoso. También, los temores de conciencia les turban sus goces. Dios lo dijo, y no puede todo el mundo desdecirlo: no hay paz para los que se permiten cualquier pecado. Si somos recuperados de un estado tan espantoso, es sólo por la gracia de Dios. La influencia del Espíritu Santo y el nuevo corazón del cual brota alabanza agradecida, fruto de nuestros labios, son su dádiva. La salvación, con todos sus frutos, esperanzas y consuelos es obra suya y toda la gloria le pertenece.

No hay paz para el impío, pero deje el impío su camino y el inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia y al Dios nuestro que será amplio en perdonar.

CAPÍTULO LVIII

Versículos 1, 2. *Reprobación de la hipocresía.* 3—12. *Ayuno falso y verdadero con promesas de santidad real, y* 13, 14, *para la obediencia del día de reposo.*

Vv. 1, 2. El Espíritu Santo tiene en vista a hipócritas de toda época. El amor a sí mismo y los cristianos tibios pueden decir: Sálvate a ti mismo; el disgusto por la cruz y otros motivos dirán: “Perdona al rico y poderoso”. Dios dice “no hay perdón” y debemos obedecer a Dios y no a los hombres. Todos debemos orar fervorosamente por la ayuda de Dios al examinarnos a nosotros mismos. Los hombres pueden avanzar mucho al cielo, pero quedan cortos, y pueden irse al infierno con una muy buena reputación.

Vv. 3—12. El ayuno es un día para afligir el alma; si no expresa un verdadero pesar por el pecado y no fomenta el abandono del pecado, no es ayuno. Estos profesantes habían mostrado tristeza en ayunos establecidos y ocasionales, pero abrigaban el orgullo, la codicia y las pasiones malignas. Ser generoso y misericordioso es más aceptable para Dios que el ayuno, que sin dichos elementos es vano e hipócrita. Muchos que parecen humildes en la casa de Dios son duros en su hogar y acosan a su familia. Pero no justifica al hombre su fe si no obra por amor. Sin embargo, hay personas, familias, vecindarios, iglesias o naciones que muestran arrepentimiento y pena por el pecado ayunando sinceramente y, con motivos justos, arrepintiéndose y haciendo buenas obras. El pesado yugo del pecado y la opresión debe ser quitado. Como el pecado y el dolor secan los huesos y debilitan la constitución humana más fuerte, así los deberes de la bondad y la caridad fortalecen y refrescan cuerpo y alma. Los que hacen justicia y aman misericordia tendrán consuelo aun en este mundo. —Las buenas obras traerán la bendición de Dios, siempre y cuando sean hechas por amor a Dios y al hombre, y las produzca en el alma el Espíritu Santo.

Vv. 13, 14. El día de reposo es una señal entre Dios y su pueblo profesante; que lo haya instituido es una señal de su favor hacia ellos; y observarlo es una señal de obediencia a Él. —En ese día debemos dejar de viajar; en ese santo día debemos dejar de hacer lo que nos place, sin el control ni la restricción de la conciencia; dejar de dar el gusto a los placeres de los sentidos. En los días de reposo no debemos seguir nuestros trabajos ni nuestros placeres. En todo lo que decimos y hacemos debemos marcar la diferencia entre este día y los demás días. Aun en las épocas del Antiguo Testamento el día de reposo era llamado día del Señor y apropiadamente aun se llama así; y por una razón adicional, es el día del Señor Cristo, Apocalipsis i, 10. Si recordamos así el día de reposo para santificarlo, tendremos el consuelo y el provecho de este, y razón para decir que es bueno acercarse a Dios.

CAPÍTULO LIX

Versículos 1—8. *Reproches del pecado y la iniquidad.* 9—15. *Confesión de pecado y lamento por las consecuencias.* 16—21. *Promesas de liberación.*

Vv. 1—8. Si nuestras oraciones no son contestadas y no se obra la salvación que esperamos, no se debe a que Dios se haya cansado de oír la oración, sino que nosotros estamos cansados de orar. Véase aquí al pecado con sus colores verdaderos, sobremanera pecaminoso; y véase el pecado en sus consecuencias, excesivamente dañino, que nos separa de Dios, y así nos aparta no sólo de todo lo bueno, sino para todo lo malo. Pero las multitudes se alimentan de sistemas infieles y perversos para su propia destrucción. Su destreza o astucia para concebir estratagemas, como araña que teje su red, no pueden salvarlos ni librarlos. Ninguna estratagema de salvación autoconsumada servirá a los que desprecian la túnica de la justicia del Redentor. Todo hombre que esté desprovisto del Espíritu de Cristo, corre velozmente hacia algún tipo de mal, porque son extraños a la paz, a pesar de la verdad y la justicia divina.

Vv. 9—15. Si cerramos los ojos a la luz de la verdad divina, es justo que Dios oculte de nuestros ojos las cosas que corresponden a nuestra paz. Los pecados de los que profesan ser pueblo de Dios son peores que los pecados de los demás. Los pecados de una nación acarrean juicios públicos cuando no son refrenados por la justicia pública. Los hombres pueden murmurar bajo las calamidades, pero nada les aprovechará verdaderamente mientras rechacen a Cristo y su evangelio.

Vv. 16—21. Este pasaje está relacionado con los capítulos que siguen. Generalmente se piensa que describe la venida del Mesías como Vengador y Libertador de su Iglesia. —No había nadie que intercediera con Dios para desviar su ira; nadie que se interpusiera para el sustento de la justicia y la verdad. Pero Él comprometió su poder y justicia en favor de su pueblo. —Dios hará que se manifieste claramente su justicia a los enemigos de su Iglesia, su pueblo. Cuando el enemigo amenace derribar todo sin control, entonces el Espíritu del Señor lo detendrá y lo hará huir. Ha librado y aún librará. Se promete una salvación mucho más gloriosa obrada por el Mesías cuando se cumpla el tiempo, todo lo cual tuvieron a la vista los profetas. El Hijo de Dios vendrá a nosotros para ser nuestro Redentor; el Espíritu de Dios vendrá para ser nuestro santificador: así el Consolador habitará por siempre con la Iglesia, Juan xiv, 16. La palabra de Cristo siempre continuará en la boca del fiel; y todo lo que pretenda ser del Espíritu debe ser probado por las Escrituras. Debemos lamentar el progreso de la infidelidad y la impiedad. Pero la causa del Redentor ganará una victoria completa ya en la tierra, y el creyente será más que vencedor cuando el Señor lo reciba en el cielo para su gloria.

CAPÍTULO LX

Versículos 1—8. *Las glorias de la Iglesia de Dios cuando llegue el cumplimiento del tiempo de los gentiles,* 9—14, *y los judíos sean convertidos y reunidos de su diáspora,* 15—22, *y los reinos de este mundo se conviertan en el reino de nuestro Jehová y de su Cristo.*

Vv. 1—8. Hasta donde tenemos el conocimiento de Dios en nosotros y el favor de Dios para con nosotros, nuestra luz ha llegado. Si la gloria de Dios es vista sobre nosotros para honra nuestra, debemos responder con alabanza, no sólo de nuestros labios, sino en nuestras vidas. —No encontramos nada en la historia de los judíos que sea cumplimiento de la profecía de este capítulo; debemos concluir que se relaciona principalmente con hechos futuros. Predice la pureza y crecimiento de la Iglesia. Aquí describe la conversión de almas. Ellos huyen a Cristo, a la Iglesia, a la palabra y a las ordenanzas como tórtolas a su hogar; de ahí que huyan en busca de refugio y amparo; de ahí que huyan en busca de reposo. ¡Qué grata visión la de esas pobres almas que corren hacia Cristo!

Vv. 9—14. Dios mostrará su gracia abundante. Debemos empezar con su promesa, y luego vendrán todas sus misericordias. Muchos serán recibidos en la Iglesia aun de países lejanos. Cristo siempre está dispuesto para recibir a todos los que acuden a Él; la puerta de la misericordia siempre está abierta, día y noche. —Todos los que están en la Iglesia serán hechos útiles para ella. Pero los que no se sometan al cetro de oro de Cristo, a su palabra y a su Espíritu, los que no se sometan a las leyes y reglas de su familia, serán quebrantados por su vara de hierro. —Las ventajas peculiares de toda nación y de toda clase de hombres se reunirán para embellecer la Iglesia de Cristo. Debemos suponer que esto se cumple en la belleza de la santidad y en las gracias y consolaciones del Espíritu con que están adornadas y enriquecidas las ordenanzas del evangelio. Bendito sea su nombre, las puertas de Sion están siempre abiertas para los pecadores arrepentidos.

Vv. 15—22. Debemos buscar el pleno cumplimiento en épocas y cosas que van más allá de los de la Iglesia del Antiguo Testamento. —Las naciones y sus reyes se pondrán a disposición para el bien de la Iglesia. Tal salvación, tal redención, será realizada para ti, cuando se revela que es la obra del Señor. Todo cambiará para mejor. En tu tierra no se oirán más las amenazas de los violentos, ni quejas de los que sufren la violencia. Tus muros serán medios de seguridad, tus puertas serán escritas con alabanzas a Dios. —Al terminar este capítulo hay imágenes y expresiones usadas para describir la Nueva Jerusalén, Apocalipsis xxi, 23; xxii, 5. Nada puede corresponder a esto excepto un estado futuro de gloria de la Iglesia en la tierra o el estado de la Iglesia triunfante en el cielo. —Los que hacen de Dios su única luz, lo tendrán como su luz suficiente para todo. La felicidad no conocerá cambio ni mezcla. Nadie en la tierra es totalmente justo, pero en el cielo no habrá mezclas. Ellos serán íntegramente justos. Los espíritus de los justos serán hechos perfectos allá. La gloria de la Iglesia será ser la honra de Dios. Cuando esté terminada, se manifestará como obra maravillosa. —Puede parecer demasiado difícil de realizar, pero el Dios todopoderoso la ha emprendido. Puede parecer demorada y postergada; pero el Señor apresurará el tiempo establecido por su sabiduría, aunque no el tiempo prescrito por nuestra necedad. Que esta esperanza nos alegre en todas las dificultades y nos incite a toda diligencia, para que tengamos entrada abundante en este reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

CAPÍTULO LXI

Versículos 1—3. *El Mesías, su carácter y oficio.* 4—9. *Sus promesas de futura bendición para su Iglesia.* 10, 11. *La Iglesia alaba a Dios por sus misericordias.*

Vv. 1—3. Los profetas tenían al Espíritu Santo de Dios en todo momento; les enseñaba qué decir y los hacía que lo dijeran; pero Cristo tiene siempre al Espíritu sin medida, para equiparlo como hombre para la obra a la cual fue llamado. —El pobre suele estar corrientemente mejor dispuesto para recibir el evangelio, Santiago ii, 5; sólo nos aprovecha cuando se recibe con mansedumbre. A los pobres en espíritu, Cristo les predicó la buena nueva cuando dijo: Bienaventurados los mansos. —La satisfacción de Cristo es aceptada. Por el dominio del pecado en nosotros estamos atados y sometidos al poder de Satanás, pero el Hijo está listo para librarnos por su Espíritu y, entonces, seremos verdaderamente libres. El pecado y Satanás iban a ser destruidos y Cristo triunfó sobre ellos en la cruz, pero los hijos de los hombres que se resisten a esta oferta serán tratados como enemigos. —Cristo iba a ser el Consolador y lo es; enviado a consolar a todos los que se lamentan y que lo buscan a Él, y no al mundo, como consuelo. Él hará todo esto por su pueblo para que abunden en frutos de justicia como ramas del plantío de Dios. La misericordia de Dios, la expiación de Cristo y el evangelio de gracia no son de provecho al autosuficiente y soberbio. Ellos deben ser humillados y guiados por el Espíritu Santo a conocer su propio carácter y necesidad, para ver y sentir su necesidad

del Amigo y Salvador de los pecadores. Su doctrina contiene indudablemente la buena nueva para los que se humillan ante Dios.

Vv. 4—9. Aquí hay promesas para los judíos retornados del cautiverio, que se extienden a todos los que, por gracia, son librados de la esclavitud espiritual. Un alma impía es como ciudad derribada, sin muros, como una casa en ruinas, pero, por el poder del evangelio y la gracia de Cristo, es armada para ser una habitación de Dios por medio del Espíritu. —Cuando, por la gracia de Dios, alcanzamos la santa indiferencia tocante a los asuntos de este mundo; aunque nuestras manos estén empleadas en ellos, y nuestro corazón no está enredado con ellos, sino preservado completamente para Dios y su servicio, entonces los hijos de la extraña son nuestros aradores y podadores de las vides. —Pone a trabajar a los que pone en libertad. Su servicio es la libertad perfecta, el honor más grande. Todos los creyentes son hechos reyes y sacerdotes para nuestro Dios, y siempre deben conducirse como tales. Los que tienen como porción al Señor, tienen razón para decir que tienen la porción valiosa, y para regocijarse en eso. En la plenitud de los goces del cielo recibiremos más del doble por todos los servicios y sufrimientos. Dios ama la verdad, y por tanto, odia toda injusticia. No justificará el robo de nadie que diga fue para holocausto; ese robo es más odioso por ser con tal pretexto. —Que los hijos de padres santos sean tales para que todos puedan ver los frutos de una buena educación; una respuesta a las oraciones por ellos en el fruto de la bendición de Dios.

Vv. 10, 11. En el más allá serán vestidos con los ropajes de salvación sólo quienes ahora están cubiertos con el manto de la justicia de Cristo y, por la santificación del Espíritu, tienen renovada la imagen de Dios en ellos. Estas bendiciones brotarán en épocas venideras como surge el fruto de la tierra. Tan oportunamente, tan continuamente y con gran provecho para la humanidad, el Señor Dios hará que broten la justicia y la alabanza. Ellas se extenderán lejos; la gran salvación será publicada y proclamada a los confines de la tierra. Seamos fervorosos para orar, que el Señor Dios haga que la justicia brote entre nosotros, lo cual constituye la excelencia y la gloria de la profesión cristiana.

CAPÍTULO LXII

Versículos 1—5. *El cuidado de Dios por su Iglesia y su pueblo.* 6—9. *El oficio de ministros en la predicación del evangelio.* 10—12. *Todo estorbo será quitado del camino de salvación.*

Vv. 1—5. Aquí el Hijo de Dios asegura a su Iglesia que su amor no faltará, y que intercederá por ella en todas las pruebas y dificultades. Será llamada por un nombre nuevo, un nombre grato, como nunca antes fue llamada. El estado de la verdadera religión en el mundo, antes de la predicación del evangelio, era que nadie parecía interesarse realmente. —Dios, por su gracia, ha obrado en su Iglesia lo que la hace su delicia. De esto aprendamos motivos de santidad. Si el Señor se regocija en nosotros, regocijémonos en su servicio.

Vv. 6—9. El pueblo profesante de Dios debe ser pueblo de oración. A Él no le desagrada que seamos fervientes, como corrientemente pasa con los hombres; nos insta a clamar a Él sin darle descanso, Lucas xi, 5, 6. Es una señal de que Dios viene a un pueblo en misericordia cuando derrama espíritu de oración sobre ellos. —Véase cuán incierto es nuestro consuelo dado por las criaturas y que tenemos en ellas. Véase también la misericordia de Dios al dar abundancia y paz para disfrutarla. Deleitémonos en ir a los atrios del Señor para que gocemos la consolación de su Espíritu.

Vv. 10—12. Se abre camino para la salvación de Cristo; todas las dificultades serán quitadas. Él trae *consigo* una recompensa de consuelo y paz, pero *delante* de Él una obra de humillación y

reforma; serán llamados, pueblo santo, y redimidos del Señor. La santidad da honor y belleza en cualquier lugar o persona, los hace admirados, amados y buscados. Muchos hechos han sido cumplimientos parciales de esto, como primicias de tiempos más gloriosos aún por venir. —La conexión íntima entre la bendición de los judíos y la de los gentiles está en toda la Escritura. El Señor Jesús completará su obra y nunca abandonará a uno a quien haya redimido y santificado.

CAPÍTULO LXIII

Versículos 1—6. *La victoria de Cristo sobre sus enemigos.* 7—14. *Su misericordia para con su Iglesia.* 15—19. *La oración de la Iglesia.*

Vv. 1—6. El profeta contempla, en una visión, el retorno del Mesías en triunfo luego de vencer a sus enemigos, de los cuales Edom es un tipo. Viaja, no agotado por el combate, sino en la grandeza de su poder, preparado para vencer todo poder opositor. El Mesías declara que ha estado pisando el lagar de la ira de Dios, Apocalipsis xiv, 19; xix, 13, por su propio poder, sin ayuda humana, ha aplastado a sus obstinados enemigos, porque el día de la venganza estaba determinado, y era el tiempo destinado para redimir su Iglesia. Una vez vino a la tierra en debilidad aparente para derramar su preciosa sangre en expiación por nuestros pecados; pero en su debido momento se manifestará en la grandeza de su poder. La vendimia se acerca veloz; el día de la venganza, fijado y determinado, se acerca con rapidez; que los pecadores procuren ser reconciliados con su Juez justo antes que Él derrame su poder sobre la tierra. ¿Dice Cristo: “vengo pronto”? que nuestros corazones repliquen: “sí, ven; que llegue el año de tus redimidos”.

Vv. 7—14. La última parte de este capítulo, y todo el siguiente, parecen expresar las oraciones de los judíos en su conversión. Reconocen las grandes misericordias y favores de Dios a la nación. Confiesan su maldad y dureza de corazón; suplican perdón y deploran el miserable estado bajo el cual han sufrido por tanto tiempo. —El unigénito Hijo del Padre se convierte en el Ángel o Mensajero de su amor; así los redimió y sustentó con ternura. Pero ellos murmuraron y resistieron a su Espíritu Santo, despreciando y persiguiendo a sus profetas, rechazando y crucificando al Mesías prometido. —Toda nuestra consolación y nuestras esperanzas surgen de la paciencia del Señor, y todas las miserias y temores, de nuestros pecados. Pero Él es el Salvador, y cuando los pecadores buscan al que en otros tiempos se glorificó salvando y apacentando su rebaño adquirido, y guiándolo a salvo a través de peligros, y les ha dado su Espíritu Santo para prosperar los trabajos de sus ministros, hay una buena base para tener esperanzas de que estén descubriendo el camino de la paz.

Vv. 15—19. Ellos le ruegan que mire el estado miserable de su antes favorecida nación. ¿No sería glorioso para su nombre eliminar el velo de sus corazones, regresar a las tribus de su herencia? El cautiverio en Babilonia y la liberación ulterior de los judíos, eran sombra de los sucesos aquí anunciados. —El Señor nos mira con ternura y misericordia. Los juicios espirituales deben temerse más que cualquier otra calamidad; y debemos evitar muy cuidadosamente los pecados que provocan justamente al Señor a dejar a los hombres abandonados a sí mismos y a su engañador. —“Nuestro Redentor desde la eternidad” es tu nombre; tu pueblo siempre te ha mirado como el Dios al cual tienen que apelar. El Señor oirá las oraciones de quienes le pertenecen y los librará de los no llamados por Su nombre.

CAPÍTULO LXIV

Versículos 1—5. *La Iglesia ora que se manifieste el poder de Dios.* 6—12. *Confesión de pecado y lamento de las aflicciones.*

Vv. 1—5. Ellos desean que Dios se manifieste a ellos y por ellos para que todos lo vean. Esto es aplicable a la segunda venida de Cristo, cuando el mismo Señor descenderá del cielo. Piden lo que Dios solía hacer y su propósito declarado de gracia de hacerlo su pueblo. No tienen que temer desilusionarse *de* eso, porque es seguro; ni desilusionarse *en* eso, porque es suficiente. —La felicidad de su pueblo está unida a lo que Dios ha destinado y está preparando para ellos, y para lo cual los prepara a ellos. ¿Podemos creer esto, y luego pensar que cualquier cosa es demasiado grande para esperar de su verdad, poder y amor? Es espiritual y no puede ser comprendido por la inteligencia humana. Está siempre preparado. Véase qué comunión hay entre un Dios de gracia y un alma que recibe la gracia. Debemos tomar conciencia de cumplir nuestro deber en todo lo que requiere el Señor nuestro Dios. Tú lo encontraste; esto habla de su libertad y disposición para hacerles bien. Aunque Dios ha estado enojado con nosotros por nuestros pecados, y con justicia, su ira ha terminado pronto; pero en su favor hay vida que sigue y continúa y en eso confiamos para nuestra salvación.

Vv. 6—12. El pueblo de Dios, en aflicción, confiesa y lamenta sus pecados, y se reconoce indigno de su misericordia. El pecado es eso abominable que el Señor odia. Nuestras obras, no importa lo que parezcan ser, si pensamos que tienen mérito delante de Dios, son como harapos, y no nos cubrirán; trapos inmundos que sólo nos contaminarán. Hasta nuestras pocas buenas obras en que hay verdadera excelencia, como fruto del Espíritu, son tan defectuosas y contaminadas por ser hechas por nosotros, que deben ser lavadas en la fuente abierta para el pecado y la inmundicia. —Malo es cuando se retiene la oración. Orar es aferrarse por fe de las promesas que el Señor nos ha hecho por su buena voluntad y presentarlas como argumento; aferrarse de Él, y rogarle fervorosamente que no nos abandone; o solicitar su retorno. —Ellos se acarrearon los problemas por su propia necedad. Los pecadores son destruidos y, luego, llevados por el viento de su propia iniquidad; los marchita y luego los destruye. Cuando se hicieron como cosa inmunda, no asombró que Dios los aborreciera. —Necios y negligentes como somos, pobres y despreciados, todavía eres nuestro Padre. Es por estar sometidos a la ira de un Padre que seremos reconciliados; y el alivio que requiere nuestro caso lo esperamos sólo de Él. Se encomiendan a Dios. No dicen: "Señor, no nos reprendas", porque eso podría ser necesario, sino "No te enojes". Ellos expresan su lamentable estado. Véase qué ruina acarrea el pecado a la gente; y que la profesión externa de santidad no será defensa contra eso. El pueblo de Dios no pretende decirle lo que Él dirá, pero su oración es: Habla para el consuelo y alivio de tu pueblo. ¡Qué pocos son los que invocan al Señor con todo su corazón o que se animan a aferrarse a Él! —Dios puede demorar la respuesta a nuestras oraciones por un tiempo, pero al final, responderá a los que invocaron su nombre y esperan en su misericordia.

CAPÍTULO LXV

Versículos 1—7. *El llamamiento a los gentiles y el rechazo de los judíos.* 8—10. *El Señor preserva un remanente.* 11—16. *Los juicios del impío.* 17—25. *El feliz y floreciente estado futuro de la Iglesia.*

Vv. 1—7. Los gentiles vinieron a buscar a Dios y lo hallaron porque primero Él los buscó y los halló. Él suele encontrar a burladores que no piensan o a un enemigo disoluto y le dice: Heme aquí; y ocurre un rápido cambio. —Cristo esperó todo el día del evangelio para mostrar su gracia. Los judíos fueron invitados pero no acudieron. No es sin causa que Dios los rechaza. Quisieron hacer lo

que más les gustaba. Contristaron y aflijieron al Espíritu Santo. Abandonaron el templo de Dios y sacrificaron en huertos. No se cuidaron de distinguir entre carnes inmundas y limpias antes que el evangelio lo aboliera. Quizás esto sustituyó todos los placeres prohibidos y todo lo que se piensa obtener por el pecado, esa cosa abominable que el Señor odia. —Cristo pronunció muchos ayes contra el orgullo y la hipocresía de los judíos. La prueba contra ellos es clara. Nosotros velemos contra el orgullo y el egoísmo, recordando que cada pecado, y los pensamientos más secretos del corazón del hombre, son conocidos y serán juzgados por Dios.

Vv. 8—10. En el racimo de uvas verdes, sin valor presente, está contenida la nueva vid. Los judíos han sido preservados como pueblo distinto para que todos vean cumplirse las antiguas profecías y promesas. —Los elegidos de Dios, la simiente espiritual del Jacob suplicante, heredará los montes de bendición y gozo, y será llevada a salvo hasta ellos a través del valle de lágrimas. Todas las cosas son para mostrar la gloria de Dios en la redención de los pecadores.

Vv. 11—16. Aquí se contratan los diferentes estados de los piadosos y los impíos, de los judíos que creyeron y los que persistieron en la incredulidad. Prepararon mesa para el ejército de dioses de los paganos y derramaron libación a su número incontable. Sus adoradores no escatimaron costos para honrarlos, lo que es vergüenza para los que adoran al Dios verdadero. Véase la malignidad del pecado; escoge hacer lo que sabemos que desagrada a Dios. En toda época y nación el Señor abandona a los que persisten en hacer el mal y desprecian el llamado del evangelio. —Los siervos de Dios tendrán el pan de vida y nada que sea bueno para ellos les faltará. Pero los que dejan al Señor se avergonzarán de la vana confianza en su justicia propia, y las esperanzas que edificaron sobre ella. La gente del mundo se congratula en la abundancia de los bienes de este mundo, pero los siervos de Dios se glorían en el que es su fuerza y su porción. Ellos lo honrarán como el Dios de verdad. La promesa es que en Él serán benditas todas las familias de la tierra. Se considerarán felices en tenerlo por Dios, puesto que les hizo olvidar sus problemas.

Vv. 17—25. En la gracia y el consuelo que tienen los creyentes en Cristo y de Él, tenemos que buscar el nuevo cielo y la nueva tierra. La confusión, los pecados y las miserias anteriores de la raza humana, no serán más recordadas ni renovadas. El estado feliz de la Iglesia, ya cercano, se describe en diversas imágenes. Se pensará que muere en su juventud el que sólo vive hasta los cien años. Ese solo hecho puede determinar lo que se significa, pero es claro que si el cristianismo fuera universal se terminaría la violencia y la maldad, tanto como para alargar la vida. —En aquellos días felices todo el pueblo de Dios gozará del fruto de su trabajo. Entonces los niños tampoco serán problema para sus padres, ni ellos sufrirán trastornos. La mala disposición de los pecadores será del todo mortificada; todos vivirán en armonía. Así que la Iglesia en la tierra será llena, como en el cielo de felicidad. —Esta profecía asegura a los siervos de Cristo que se acerca el día en que serán bendecidos con el goce continuo de cuanto necesitan para su felicidad. Como colaboradores de Dios, atendamos a sus ordenanzas y obedezcamos sus mandamientos.

CAPÍTULO LXVI

Versículos 1—4. *Dios mira el corazón, y amenaza vengar la culpa.* 5—14. *El crecimiento de la Iglesia, cuando judío y gentil sean reunidos al Redentor*. 15—24. *Todo enemigo de la Iglesia será destruido, y se verá la ruina final de los impíos.*

Vv. 1—4. Los judíos se gloriaban mucho en su templo, pero, ¿qué satisfacción puede hallar la Mente Eterna en una casa hecha por mano humana? Dios tiene un cielo y una tierra de su propia hechura, y

templos hechos por el hombre, pero los pasa por alto para mirar con favor al que es pobre de espíritu y serio, humilde y abnegado; cuyo corazón está verdaderamente dolido por el pecado; tal corazón es un templo vivo para Dios. —El sacrificio del impío no es sólo inaceptable; es una gran ofensa a Dios. El que ahora ofrece sacrificio en el altar conforme a la ley, en realidad pone de lado el sacrificio de Cristo. El que quema incienso, desprecia el incienso de la intercesión de Cristo, y es como si bendijera un ídolo. Los hombres se engañan por la vana confianza con que se engañan a sí mismos. Los corazones incrédulos y las conciencias impuras no necesitan para hacerlos desgraciados otra cosa que imponer sus temores. Sea lo que sea que los hombres ponen en lugar del sacerdocio, de la expiación y la intercesión de Cristo será hallado abominable por Dios.

Vv. 5—14. El profeta se vuelve a los que temblaron ante la palabra de Dios, para consolarlos y darles ánimo. El Señor se manifiesta, para gozo del creyente humilde, y confusión de los hipócritas y perseguidores. —Cuando el Espíritu fue derramado, y el evangelio salió desde Sion, en poco tiempo se convirtieron multitudes. La palabra de Dios, especialmente sus promesas y ordenanzas son el consuelo de la Iglesia. La felicidad verdadera de todos los cristianos la aumenta cada convertido llevado a Cristo. —Doquiera sea recibido en su poder el evangelio lleva consigo un río de paz que nos conduce al océano de ilimitada e interminable bendición. El consuelo divino llega al hombre interior; el gozo del Señor es la fortaleza del creyente. La misericordia y la justicia del Señor se manifestarán y serán magnificadas para siempre.

Vv. 15—24. Se hace una declaración profética de la venganza del Señor contra todos los enemigos de la Iglesia, en especial contra todos los enemigos anticristianos del evangelio de los postreros tiempos. —Los versículos 19, 20, presentan la abundancia de medios para la conversión de los pecadores. Estas expresiones son figuradas y declaran la ayuda abundante y llena de gracia para llevar a Cristo al elegido de Dios. Todos serán bienvenidos y nada faltará para su ayuda y estímulo. —Un ministerio del evangelio será instalado en la Iglesia; ellos deben el culto solemne ante el Señor. En el último versículo se representa la naturaleza del castigo de los pecadores en el mundo venidero. Entonces serán separados el justo y el injusto. Nuestro Salvador aplica esto a la miseria y tormento eternos de los pecadores impenitentes en el estado futuro. Para honra de la gracia libre que así los distingue, que el redimido del Señor cante cánticos triunfales, con humildad y no sin santo temblor. —Isaías concluye sus profecías con esta fuerte representación del estado opuesto del justo y el impío, que incluye a todos los personajes de toda la raza humana. Que Dios conceda, por amor a Cristo, que nuestra porción sea con los que temen y aman su nombre, que se aferran a sus verdades y perseveran en toda buena obra, esperando recibir del Señor Jesucristo la invitación de gracia: Venid benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

JEREMÍAS

Jeremías era un sacerdote, nacido en Anatot, de la tribu de Benjamín. Fue llamado al oficio profético siendo muy joven, unos setenta años después de la muerte de Isaías, y lo ejerció durante unos cuarenta años con gran fidelidad, hasta que los pecados de la nación judía completaron su

medida y vino la destrucción. Las profecías de Jeremías no están ordenadas como fueron entregadas. *Blayney* se ha propuesto arreglarlas en un orden más regular, a saber, los capítulos 1 al 20, 22, 23, 25, 26, 35, 36, 45, 24, 29, 30, 31, 27, 28, 21, 34, 37, 32, 33, 38, 39 (versículos 15—18; versículos 1—14) 40 al 44, 46 al 52. El tema general de sus profecías es la idolatría y otros pecados de los judíos; el juicio por el cual eran amenazados, con referencias a su futura restauración y liberación, y promesas del Mesías. Son notables por las reprensiones fieles y sencillas, las amonestaciones afectuosas y las advertencias solemnes.

CAPÍTULO I

Versículos 1—10. *El llamamiento de Jeremías al oficio profético.* 11—19. *La visión de un almendro y la olla hirviendo.—Promesa de protección divina.*

Vv. 1—10. Se declara el temprano llamamiento de Jeremías a la obra y oficio de profeta. Iba a ser profeta, no sólo a los judíos; también a las naciones limítrofes. Sigue siendo profeta para todo el mundo y es bueno atender a sus advertencias. El Señor que nos formó sabe para qué servicio y propósito particular nos concibió. Sin embargo, a menos que nos santifique por su Espíritu que nos crea de nuevo, no seremos aptos para su santo servicio en la tierra ni para la santa dicha del cielo. —Nos conviene pensar con humildad de nosotros mismos. Los jóvenes deben considerar que ellos son así y no aventurarse más allá de sus poderes. Aunque el sentido de nuestra propia debilidad e insuficiencia debiera hacernos humildes acerca de nuestro trabajo, no debe hacernos retroceder cuando Dios nos llama. Los que tienen mensajes que entregar de parte de Dios no deben temer el rostro del hombre. Por una señal el Señor dio a Jeremías el don según era necesario. El mensaje de Dios debe ser entregado en sus propias palabras. Sea lo que sea que piensen los sabios o políticos del mundo, la seguridad del mundo se decide según el propósito y la palabra de Dios.

Vv. 11—19. Dios dio a Jeremías una visión de la destrucción de Judá y Jerusalén en manos de los caldeos. El almendro, que está más maduro en la primavera que cualquier otro árbol, representa el veloz acercamiento de los juicios. Dios mostró también de donde surgiría la ruina concebida. Jeremías vio una olla hirviendo, que representaba a Jerusalén y Judá en gran conmoción. La boca o cara del horno o fogón daba hacia el norte; desde donde iban a venir el fuego y el combustible. Las potencias del norte se unirían. La causa de estos juicios era el pecado de Judá. Hay que declarar todo el consejo de Dios. El temor de Dios es el mejor remedio contra el temor al hombre. Mejor es tener por enemigos a todos los hombres y no a Dios; los que están seguros de tener a Dios consigo, no temen, no deben temer no importa quién esté en contra. Oremos por disposición para ceder los intereses personales y para que nada nos aparte de nuestro deber.

CAPÍTULO II

Versículos 1—8. *Dios reprende amistosamente a su pueblo.* 9—13. *Rebelión sin precedentes.* 14—19. *La culpa es la causa de los sufrimientos.* 20—28. *Los pecados de Judá.* 29—37. *La falsa confianza de ellos.*

Vv. 1—8. Los que empiezan bien pero no perseveran, serán justamente reconvenidos debido a sus comienzos promisorios y esperanzadores. Los que desertan de la religión, corrientemente se oponen más que quienes nunca la conocieron. Por eso no podían tener excusas. El Israel espiritual de Dios debe reconocerse obligado con Él por su conducción a salvo a través del desierto de este mundo, tan peligroso para el alma. ¡Sí, todos los que una vez parecían devotos del Señor, viven en forma tal que su profesión de fe agrava sus delitos! Cuidémonos de no perder el celo y el fervor al ganar conocimiento.

Vv. 9—13. Antes de castigar a los pecadores, Dios debate con ellos para llevarlos al arrepentimiento. Él nos reclama lo que nosotros debiéramos reclamarnos a nosotros mismos. —Tened temor al pensar en la ira y la maldición que será la porción de los que se apartan de la gracia y el favor de Dios. La gracia en Cristo se compara con el agua de una fuente, fría y refrescante, que limpia y fertiliza: al agua viva porque vivifica a los pecadores muertos, revive a los santos desanimados, sostiene y mantiene la vida espiritual, y manda vida eterna y fluye para siempre. Abandonar esta Fuente es el primer mal; se hace esto cuando el pueblo de Dios descuida su palabra y sus ordenanzas. Excavaron para sí cisternas rotas, que no retienen el agua. Así son el mundo y sus cosas; así son los inventos de los hombres si se les sigue y se confía en ellos. Con propósito de corazón aferrémonos sólo del Señor: ¿adónde más iremos? ¡Qué dados somos a abandonar la consolación del Espíritu Santo por el goce sin valor del entusiasta e hipócrita!

Vv. 14—19. ¿Es Israel un siervo? No, son la simiente de Abraham. Podemos aplicar esto espiritualmente: ¿es el alma del hombre una esclava? No, pero ha vendido su libertad y se ha esclavizado a diversas concupiscencias y pasiones. Los príncipes asirios, como leones, dominaron a Israel. La gente del Egipto destruyó la gloria y la fuerza de ellos. Atrajeron esas calamidades al alejarse del Señor. El uso y aplicación de esto es: Arrepiéntete de tu pecado para que tu corrección no sea tu destrucción. ¿Qué tiene que hacer un cristiano en el camino de los placeres prohibidos o de la vana alegría pecaminosa o con las búsquedas de la codicia y ambición?

Vv. 20—28. A pesar de todas sus ventajas, Israel se había vuelto como la vid silvestre que da fruto venenoso. —A menudo, los hombres están tan sometidos al poder de sus deseos desenfrenados y de su lujuria pecaminosa como los animales. Pero el Señor les advierte aquí que no se fatiguen en una búsqueda que sólo les traerá angustias y miseria. Como no debemos desesperar de la misericordia de Dios, sino creerla suficiente para el perdón de nuestros pecados, así tampoco debemos desesperar de la gracia de Dios, sino creer que es capaz de vencer nuestras corrupciones, aunque sean muy fuertes.

Vv. 29—37. La nación no había respondido a los juicios de Dios; buscaba justificarse a sí misma. El mundo es un desierto y una tierra de tinieblas para los que lo hacen su hogar y porción, pero los que habitan en Dios, tienen los límites fijados en lugares agradables. Este es el lenguaje de los pecadores presuntuosos. —Los judíos habían dejado de pensar seriamente en Dios hacía mucho tiempo. ¡Cuántos días de nuestras vidas pasan sin que nos acordemos de Él como corresponde! El Señor estaba descontento con su forma de poner la confianza y no los iba a prosperar en ella. —Los hombres emplean todo su ingenio, pero no pueden hallar la felicidad en el camino del pecado ni en las excusas. Pueden ir de un pecado a otro, pero nadie que se haya endurecido contra Dios y lo haya abandonado prospera.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Exhortaciones al arrepentimiento.* 6—11. *Judá más culpable que Israel.* 12—20. *Promesa de perdón.* 21—25. *Los hijos de Israel expresan su pena y arrepentimiento.*

Vv. 1—5. En el arrepentimiento es bueno pensar en los pecados de que hemos sido culpables y los lugares y compañía en que se cometieron. —¡Con qué suavidad los había corregido el Señor! En la forma que recibe al arrepentido, Él es Dios y no hombre. ¿No importa qué hayas dicho o hecho hasta ahora, no me llamarás a mí de ahora en adelante? ¿No te vence esta gracia de Dios? Ahora que se proclama el perdón, ¿no recibirás el beneficio? Ellos esperarán hallar en Él las tiernas compasiones de un Padre hacia un hijo pródigo que regresa. Irán a Él como el guiador de su juventud: la juventud necesita dirección. Los pecadores arrepentidos pueden animarse con que Dios no mantendrá su ira hasta el final. Todas las misericordias de Dios, en toda época, dan ánimo; ¿y qué puede ser más deseable para el joven que tener al Señor como Padre y Guía de su juventud? Padres, dirigid diariamente a vuestros hijos con fervor en la búsqueda de esta bendición.

Vv. 6—11. Si nos fijamos en los delitos de quienes quebrantan su profesión de fe, y sus consecuencias, vemos que hay mucha razón para evitar los malos caminos. Espantoso es ser declarado más criminal que los que perecieron realmente en sus pecados; pero en el castigo eterno será poco consuelo para ellos saber que otros fueron más viles que ellos.

Vv. 12—20. Véase la prontitud de Dios para perdonar el pecado y las bendiciones reservadas para los tiempos del evangelio. Estas palabras fueron proclamadas hacia el norte; hacia Israel, las diez tribus cautivas en Asiria. Se les instruye cómo retornar. Si confesamos nuestros pecados, el Señor es fiel y justo para perdonarlos. —Estas promesas se cumplirán plenamente con el regreso de los judíos en épocas futuras. Dios recibirá con gracia a los que regresen a Él; y, por gracia, los aparta del resto. —El arca del pacto no fue hallada después del cautiverio. Toda esta dispensación se iba a terminar, lo que sucedió después de haber crecido mucho la multitud de creyentes por la conversión de los gentiles y de los israelitas esparcidos entre ellos. —Se predice un estado feliz de la Iglesia. Él puede enseñar a todos que lo llamen Padre; pero sin un cambio completo de corazón y vida, nadie puede ser hijo de Dios y no tenemos seguridad para no apartarnos de Él.

Vv. 21—25. El pecado es apartarse a caminos torcidos. Olvidar al Señor nuestro Dios está en el fondo de todo pecado. Por el pecado nos metemos en dificultades. La promesa para los que regresan es: Dios sanará su rebelión por su misericordia que perdona, su paz que calma, y su gracia que renueva. —Ellos vienen *consagrándose* a Dios. Vienen *desechando* toda expectativa de alivio y socorro que no venga del Señor. Por tanto, vienen *dependiendo* sólo de Él. Él es el Señor y sólo Él puede salvar. Señala a la gran salvación del pecado que Jesucristo obró por nosotros. Vienen *justificando* a Dios en sus problemas y *se condenan a sí mismos* por sus pecados. Los verdaderos arrepentidos aprenden a llamar *vergüenza* al pecado, aun aquel con que más se complacían. Los verdaderos arrepentidos aprenden a llamar *muerte* y ruina al pecado y lo acusan de cuanto sufren. Mientras los hombres se endurezcan en pecado, su porción será el desprecio y la miseria: porque no prospera quien encubre su pecado; pero halla misericordia quien los confiesa y abandona.

CAPÍTULO IV

Versículos 1, 2. *Exhortaciones y promesas.* 3, 4. *Exhortación a Judá para que se arrepienta.* 5—18. *Denuncia de juicios.* 19—31. *La ruina próxima de Judá.*

Vv. 1, 2. Los primeros dos versículos deben leerse con el capítulo anterior. —El pecado debe ser quitado del corazón, de lo contrario no sale de la vista de Dios, porque el corazón está abierto delante de Él.

Vv. 3, 4. Un corazón no humillado es como suelo sin arar. Es suelo que puede ser mejorado; es nuestro suelo dejado a nosotros; pero es suelo sin cultivar; está cubierto de espinos y malezas, producto natural del corazón corrupto. Roguemos al Señor que cree en nosotros un corazón limpio, y renueve un espíritu recto dentro de nosotros, porque si el hombre no nace de nuevo, no puede entrar en el reino del cielo.

Vv. 5—18. El fiero conquistador de las naciones vecinas iba a devastar a Judá. El profeta se aflige al ver al pueblo adormecido por la seguridad dada por falsos profetas. —Se describe el acercamiento del enemigo. Se hizo algo a la reforma externa en Jerusalén, pero era necesario que sus corazones fuesen limpiados del amor y la contaminación del pecado, por medio del arrepentimiento y la fe verdadera. —Cuando las calamidades menores no despiertan a los pecadores y reforman a las naciones, la sentencia será dictada contra ellos. La voz del Señor declara que la miseria se aproxima, especialmente contra los malos maestros del evangelio; cuando los alcance, será claramente evidente que el fruto de la iniquidad es amargo y el final es fatal.

Vv. 19—31. El profeta no se complacía en dar mensajes de ira. Se le muestra en una visión a toda la tierra en desorden. Comparado con lo que era, todo está fuera de orden, pero la ruina de la nación judía no sería definitiva. Todo final de nuestros consuelos no es un final total. Aunque el Señor pueda corregir con mucha severidad a su pueblo, sin embargo, no los echará fuera. Los ornamentos y los colores falsos no sirven. Ningún privilegio o profesión externos evitará la destrucción. ¡Cuán infeliz es el estado de los que son como niños necios acerca de la preocupación por sus almas! Lo que sea que ignoremos, quiera el Señor darnos buen entendimiento en los caminos de la santidad. Como el pecado halla al pecador, así, tarde o temprano, el pesar alcanza al que se siente asegurado en sí mismo.

CAPÍTULO V

Versículos 1—9. *La profesión de fe de los judíos era hipócrita.* 10—18. *Los procedimientos crueles de sus enemigos.* 19—31. *Su apostasía e idolatría.*

Vv. 1—9. No se pudo hallar a nadie que se condujera como hombre recto y piadoso. Pero el Señor vio el carácter verdadero del pueblo a través de todos sus disfraces. Los pobres eran ignorantes y, en consecuencia eran perversos. ¿Qué puede esperarse sino obras de tinieblas de la gente que nada sabe de Dios y de la religión? No obstante, hay pobres de Dios que, a pesar de la pobreza, conocen el camino del Señor, andan en él y cumplen su deber; pero éstos eran ignorantes por decisión personal, y su ignorancia no tenía excusa. Los ricos eran insolentes y altivos y el abuso de los favores de Dios empeoraba su pecado.

Vv. 10—18. Las multitudes son destruidas por creer que Dios no será tan estricto como su palabra lo dice; por este artificio Satanás destruyó la humanidad. Los pecadores no quieren reconocer como palabra de Dios lo que tienda a separarlos *de* sus pecados o intranquilizarlos mientras están *en* ellos. Burlarse y abusar de los mensajeros del Señor llenó la medida de su iniquidad. Dios puede traernos problemas desde lugares y causas muy remotas. Tiene reservada misericordia para su pueblo; por tanto, pondrá límites a los juicios devastadores. No despreciemos el

“no obstante” del versículo 18. Este es el pacto del Señor con Israel, por el cual proclama su santidad y su extremo desagrado con el pecado, mientras salva al pecador, Salmo lxxxix, 30–35.

Vv. 19—31. Los corazones no humillados están dispuestos a acusar de injusto a Dios en sus aflicciones. Pero pueden leer su pecado en su castigo. Si los hombres quieren indagar por qué el Señor les hace cosas duras, que piensen en sus pecados. —Las inquietas olas obedecen el decreto divino de no traspasar las costas arenosas que eran freno tanto como montañas elevadas; pero ellos quebrantaron todas las restricciones de la ley de Dios y se volcaron totalmente a la iniquidad. —Tampoco consideraron su propio interés. Mientras el Señor, año tras año, nos reserve las semanas destinadas a la cosecha, los hombres viven de su generosidad; pero pecaron contra Él. El pecado nos priva de las bendiciones de Dios; hace los cielos como de bronce, y la tierra como de hierro. Ciertamente las cosas de este mundo no son las mejores; y nosotros no tenemos que pensar que debido a que los impíos prosperan, Dios respalda sus prácticas. Aunque la sentencia contra las malas obras no se ejecute con prontitud, será ejecutada. ¿No visitaré yo estas cosas? Esto habla de la certeza y la necesidad de los juicios de Dios. Que los que andan en malos caminos consideren que vendrá el final, y que habrá amargura en el final postrero.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *La invasión de Judea.* 9—17. *Los procedimientos de la justicia de Dios.* 18—30. *Todos los métodos usados para corregirlos no habían tenido éxito.*

Vv. 1—8. No importa qué métodos se usen es vano contender con los juicios de Dios. Mientras más gusto nos demos en los placeres de esta vida, más ineptos nos hacemos para los trastornos de esta vida. El ejército caldeo iba a entrar en la tierra de Judá y en poco tiempo devoraría todo. Llega el día en que serán visitados los negligentes y seguros en los caminos del pecado. Necio es andar en fruslerías, cuando tenemos una salvación eterna por obrar y enemigos de la salvación contra quienes luchar. Pero estaban tan ansiosos, no de cumplir los consejos de Dios, sino de poder llenar sus propios tesoros aunque con eso Dios sirvió sus propósitos. —El corazón corrupto del hombre en su estado natural produce malos pensamientos, igual que la fuente produce agua. Siempre fluyendo pero siempre llena. El Dios de misericordia se resiste a apartarse aun de un pueblo provocador y es sincero con ellos, para que por el arrepentimiento y la reforma, eviten que las cosas lleguen a un extremo.

Vv. 9—17. Cuando el Señor se levanta para vengarse, no escapa pecador alguno de ninguna edad, rango o sexo. Fueron puestos en el mundo y se descarriaron totalmente por el amor al mundo. Si juzgamos el pecado conforme a la palabra de Dios, encontramos multitudes en cada posición y rango entregados a lo mismo. —Deben ser reconocidos como nuestros peores y más peligrosos enemigos los que nos halagan pecaminosamente. ¡Oh, que los hombres fueran sabios con sus almas! Preguntad por los caminos antiguos; el camino de la santidad y justicia siempre ha sido el camino que Dios ha admitido y bendecido. Preguntad por los caminos antiguos establecidos por la palabra escrita de Dios. Cuando hayáis encontrado el buen camino, seguidlo; encontraréis abundante recompensa al final de vuestro viaje. Pero si los hombres no obedecen la voz de Dios ni huyen a su Refugio, en el día del juicio se manifestará claramente que han sido destruidos porque rechazaron la palabra de Dios.

Vv. 18—30. Dios rechaza sus servicios externos como nulos para expiar los pecados. El sacrificio y el incienso debían conducirlos al Mediador, pero si se ofrendan para comprar permiso

para pecar, provocan a Dios. Los pecados del pueblo profesante de Dios los hace presa fácil de sus enemigos. Ellos no se atreven a mostrarse. Los santos pueden regocijarse en la esperanza de la misericordia de Dios, aunque las vean sólo en la promesa: los pecadores deben lamentar de miedo a los juicios de Dios, aunque los vean sólo en las advertencias. —Son lo peor de los rebeldes, y todos corruptores. Los pecadores pronto se convierten en tentadores. Son comparados con el fierro que se supone de buen metal en sí, pero resulta ser todo escoria. Nada predominará para apartarlos de sus pecados. Serán llamados plata rechazada, inútil y sin valor. Cuando las advertencias, las correcciones, las reprensiones y todos los medios de gracia no renuevan a los hombres, éstos serán dejados a la miseria eterna, rechazados por Dios. Entonces, roguemos orando que nosotros seamos refinados por el Señor, como se refina la plata.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—16. *Vana es la confianza en el templo.* 17—20. *La provocación por persistir en la idolatría.* 21—28. *Dios justifica sus tratos con ellos,* 29—34. *y amenaza venganza.*

Vv. 1—16. No aprovecharán las observancias, las profesiones o las supuestas revelaciones si los hombres no enmiendan sus caminos y sus hechos. Nadie puede pretender interés en la salvación gratuita si se permite practicar un pecado conocido o vivir descuidando el deber conocido. Ellos pensaban que el templo que profanaron sería su protección, pero todos los que siguen en pecado porque la gracia ha abundado, o para que abunde la gracia, hacen de Cristo un ministro del pecado; y la cruz de Cristo, correctamente entendida, es el remedio más eficaz contra tales sentimientos venenosos. El Hijo de Dios se dio por nuestras transgresiones para mostrar la excelencia de la ley divina, y el mal del pecado. Nunca pensemos que podemos hacer mal sin sufrir.

Vv. 17—20. Los judíos se enorgullecían en mostrar celo por sus ídolos. Aun de este mal ejemplo aprendamos a ser fervientes en el servicio de nuestro Dios. Pensemos que es un honor ser empleado por Dios en cualquier obra. Seamos tan diligentes y tan cuidadosos para enseñar a nuestros hijos la verdad de Dios como muchos lo son para enseñar los misterios de la iniquidad. —La tendencia directa de este pecado es la malicia contra Dios, pero se herirán a sí mismos. Y hallarán que no hay escapatoria. La ira de Dios es fuego inextinguible.

Vv. 21—28. Dios muestra que requiere *obediencia* de ellos. Lo que Dios mandó fue: Escuchad con diligencia la voz del Señor vuestro Dios. La promesa es muy alentadora. Dejad que la voluntad de Dios sea vuestra regla, y su favor será vuestra dicha. Dios estaba desagradado con la *desobediencia.* Nosotros entendemos el evangelio tan poco como los judíos entendieron la ley, si pensamos que el sacrificio de Cristo disminuyó nuestra obligación de obedecer.

Vv. 29—34. Como señal de dolor y de esclavitud, Jerusalén debe ser degradada y separada *de* Dios, como fue apartada *para* Dios. El corazón es el lugar donde Dios escogió poner su nombre, pero si el pecado tiene allí el lugar supremo y más íntimo, contaminamos el templo del Señor. —La destrucción de Jerusalén parece aquí muy terrible. Los muertos serán muchos; habiendo ellos hecho de ella el lugar de su pecado. El mal persigue a los pecadores aun hasta la muerte. —Los que no sean curados de la alegría vana por la gracia de Dios, serán privados de toda alegría por la justicia de Dios. ¡Cuántos destruyen su salud y propiedad sin quejarse cuando están comprometidos en el servicio de Satanás! Aprendamos a atesorar el gozo santo y a soltar todo lo demás aunque sea lícito.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—3. *Los restos de los muertos son expuestos.* 4—13. *La estupidez de la gente comparada con el instinto de la creación bruta.* 14—22. *La alarma de la invasión, y lamentos.*

Vv. 1—3. Aunque a un cadáver no se le puede hacer daño real, la desgracia infligida a los restos de personas malas puede alarmar a los vivos, y esto nos recuerda que la justicia y castigo divino se extienden más allá de la tumba. Sea cual sea nuestra suerte aquí, humillémonos ante Dios y busquemos su misericordia.

Vv. 4—13. ¿Qué produjo esta ruina? —1. La gente que no atendió *razones*; no quisieron actuar en los asuntos de su alma con prudencia común. El pecado descarría; es pasarse del camino que conduce a la vida al que lleva a la destrucción. —2. No quisieron escuchar las advertencias de la *conciencia.* No dieron el primer paso hacia el arrepentimiento: éste empieza por una serie indagatoria de lo que hemos hecho, de la convicción de que hicimos mal. —3. No quisieron atender a los caminos de la *providencia* ni oír la voz de Dios en ellos, versículo 7. No supieron aprovechar las temporadas de gracia que Dios concede. Muchos se jactan de su saber religioso, pero a menos que les enseñe el Espíritu de Dios, el instinto de los brutos es una guía más segura que su supuesta sabiduría. —4. No quisieron atender la *palabra escrita*. Muchos tienen los medios de gracia en abundancia, tienen Biblias y ministros, pero los tienen en vano. Pronto se avergonzarán de sus inventos. —Los simuladores de sabiduría eran los sacerdotes y los falsos profetas. Halagaban a la gente en su pecado y los halagaron tanto que los llevaron a la destrucción silenciando sus temores y lamentos con un: “Todo está bien”. Los maestros egoístas pueden prometer paz cuando no hay paz, y así, los hombres se animan unos a otros a cometer mal; pero en el día de la visitación no tendrán refugio adónde huir.

Vv. 14—22. A la larga ellos empiezan a ver que la mano de Dios se levanta. Y cuando Dios se manifiesta contra nosotros, todo lo que está contra nosotros parece formidable. —Como la salvación puede hallarse sólo en el Señor, así debe evaluarse el momento actual. ¿No hay medicina apropiada para un reino enfermo y moribundo? ¿No hay mano fiel y diestra para aplicar la medicina? Sí, Dios es capaz de ayudarlos y de sanarlos. Si los pecadores mueren de sus heridas, su sangre está sobre sus propias cabezas. La sangre de Cristo es bálsamo en Galaad; su Espíritu es aquí el Médico todo suficiente de modo que la gente puede ser sanada; pero no será. Así mueren los hombres sin perdonar y sin cambiar, porque no quieren venir a Cristo para ser salvos.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—11. *El pueblo es corregido.—Jerusalén es destruida.* 12—22. *Los cautivos sufren en tierra extranjera.* 23—26. *La tierna consideración de Dios.—Amenaza a los enemigos de su pueblo.*

Vv. 1—11. Jeremías lloraba mucho, pero quería llorar más para despertar en la gente la sensibilidad hacia la mano de Dios. Pero aun el desierto, sin la comunión con Dios por medio de Cristo Jesús, y sin la influencia del Espíritu Santo, debe ser un lugar de tentación y mal; sin embargo, con tales bendiciones podemos vivir en santidad en una ciudades populosas. —La gente acostumbró sus lenguas a la mentira. Tan falsos eran que no podían confiar en un hermano. En el comercio y en sus negocios decían cualquier cosa para su propia ventaja, aunque supieran que era falso. Pero Dios notó

su pecado. ¿Qué bien puede esperarse donde no hay conocimiento de Dios? Él tiene muchas formas de convertir una tierra fértil en esteril por la maldad de los que ahí habitan.

Vv. 12—22. En Sion se solía oír la voz de gozo y alabanza mientras el pueblo se mantuvo cerca de Dios, pero el pecado lo cambió por voz de lamento. Los corazones sin humillar lamentan su calamidad, pero no su pecado que es la causa de ella. —Aunque las puertas estén muy bien cerradas, la muerte nos roba, porque entra a los palacios de los príncipes y de los grandes hombres, aunque sean majestuosos, bien construidos y resguardados. Tampoco están más a salvo los que están afuera; la muerte corta hasta los niños desde afuera, y a los jóvenes de las calles. Oíd la palabra del Señor y lamentaos con santo dolor. Solo esto puede dar consuelo verdadero y puede tornar las aflicciones más pesadas en misericordias preciosas.

Vv. 23—26. En este mundo de pecado y dolor, que termina pronto en muerte y juicio, ¡qué necios los hombres que se glorían en su conocimiento, salud, fuerza, riqueza o en cualquier cosa que los deja bajo el dominio del pecado y de la ira de Dios! Y de lo cual debe rendir cuenta en el más allá. Esto sólo acrecenta su desgracia. —Son el Israel verdadero los que adoran a Dios en Espíritu, se regocijan en Cristo Jesús y no tienen confianza en la carne. Estimemos la distinción que viene de Dios y que durará por siempre. Busquémosla con diligencia.

CAPÍTULO X

Versículos 1—16. *El absurdo de la idolatría.* 17—25. *Destrucción pronunciada contra Jerusalén.*

Vv. 1—16. El profeta muestra la gloria del Dios de Israel y denuncia la necedad de los idólatras. Los amuletos y otros intentos por obtener socorro sobrenatural o atisbar en el futuro son copiados de las malas costumbres de los paganos. Temamos y no osemos provocar a Dios dando a otro la gloria que a Él solo es debida. Él está listo para perdonar y salvar a todos los que se arrepienten y creen en el nombre de su Hijo Jesucristo. La fe aprende estas verdades benditas de la palabra de Dios, pero todo conocimiento que no sea de esa fuente, conduce a doctrinas de vanidad.

Vv. 17—25. Los judíos que siguieron en su tierra se sentían seguros, pero tarde o temprano, los pecadores encontrarán que todas las cosas son como las declara la palabra de Dios y que sus amenazas no son advertencias vanas. La sumisión sostendrá al creyente bajo toda pena que le alcance, pero, ¿qué puede separar la carga de la venganza divina que deben soportar los que en rencorosa desesperación caen bajo ella? No pueden esperar la prosperidad quienes, por fe y oración, no llevan consigo a Dios en todos sus caminos. —El informe de la aproximación del enemigo era muy espantoso. Pero los propósitos que los hombres consideran profundos y piensan bien fundados, son despedazados en un momento. Y muchas veces son cambiados hasta ser completamente contrarios a lo que concebimos y esperábamos. Si el Señor ha dirigido nuestros pasos por caminos de paz y justicia, roguémosle que nos capacite para andar por ellos. No digas, Señor, no me castigues, sino Señor, castígame, mas no con tu furor. Podemos soportar el golpe de la vara de Dios, pero no podemos soportar el peso de su ira. —Los que restringen la oración muestran que no conocen a Dios porque los que le conocen lo buscarán y procurarán su favor. Si hasta los correctivos severos llevan a los pecadores a convencerse de verdades sanas, tendrán abundante causa para estar agradecidos. Entonces, se humillarán ante el Señor.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—10. *Reprensión de los judíos desobedientes.* 11—17. *Su ruina total.* 18—23. *Será destruido el pueblo que quiso quitar la vida del profeta.*

Vv. 1—10. Dios nunca prometió conceder bendiciones a sus criaturas racionales mientras persistieran en la desobediencia voluntaria. El perdón y la aceptación los promete generosamente a todos los creyentes; pero ningún hombre puede ser salvado si no obedece el mandamiento de Dios al arrepentimiento, a la fe en Cristo, a apartarse del pecado y del mundo, a elegir la abnegación y a la nueva vida. En general, los hombres oyen a los que hablan de doctrinas, promesas y privilegios, pero cuando se mencionan los deberes, no inclinan su oído.

Vv. 11—17. El mal persigue a los pecadores y los enreda en trampas de las cuales no se pueden librar. Ahora, en su angustia sus muchos dioses y muchos altares de nada les sirven. No pueden esperar beneficios de las oraciones ajenas aquellos cuyas oraciones personales no son oídas. Su profesión religiosa no les servirá. Cuando llega la dificultad, depositan en esto su confianza, pero Dios los ha rechazado. Su altar no les dará satisfacción. El recuerdo de los favores anteriores de Dios, no será consuelo cuando estén en tribulación; y la memoria de ellos no será argumento para su alivio. Todo pecado contra el Señor es pecado contra nosotros mismos y eso se verá tarde o temprano.

Vv. 18—23. El profeta Jeremías dice mucho de sí, habiendo sido muy conflictiva la época en que vivió. Los de su propia ciudad se confabularon para causarle la muerte. Pensaron poner fin a sus días, pero él sobrevivió a la mayoría de sus enemigos; pensaron destruir su recuerdo, pero vive hasta hoy y será bendecido mientras dure el tiempo. —Dios sabe todos los designios secretos de sus enemigos y de los enemigos de su pueblo y cuando le plazca, puede darlos a conocer. La justicia de Dios es terror para el impío, pero consuelo para el piadoso. Cuando nos hacen mal, tenemos a un Dios a quien encomendarle nuestra causa y es nuestro deber encomendársela. Debemos también mirar bien nuestros espíritus para que no ser vencidos por el mal, sino que por paciente continuidad en el orar por nuestros enemigos, y con bondad para ellos, venzamos el mal con el bien.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—6. *Jeremías se queja de la prosperidad del impío.* 7—13. *Los juicios duros que vienen a la nación.* 14—17. *La misericordia divina para con ellos, y hasta para las naciones de alrededor.*

Vv. 1—6. Cuando estemos más en tinieblas acerca de las dispensaciones de Dios, pensemos en forma justa de Dios, creyendo que Él nunca hizo el menor mal a ninguna de sus criaturas. Cuando encontramos difícil entender sus tratos con nosotros, u otros, debemos mirar las verdades generales como nuestros primeros principios y permanecer en ellas: el Señor es justo. El Dios con quien tenemos que ver, sabe cómo es nuestro corazón para con Él. Conoce la culpa del hipócrita y la sinceridad del justo. —Los juicios divinos sacarán al impío de su prado como oveja al matadero. La tierra fértil fue vuelta estéril por la maldad de los que ahí vivían. —El Señor reprende al profeta. La oposición de los hombres de Anatot no fue tan formidable como la que debía esperar de los reyes de Judá. Nuestra pena de que haya tanto mal suele estar mezclada con irritación por las pruebas que nos

ocasiona. Y en este día en que somos favorecidos, y en dificultades comunes, consideremos cómo debiéramos comportarnos si fuésemos llamados a sufrir como los santos de otras épocas.

Vv. 7—13. El pueblo de Dios había sido el amado de su alma, precioso a sus ojos, pero actuó en forma tal que los entregó a sus enemigos. Muchas iglesias profesantes se vuelven como pájaros moteados, y presentan una mezcla de religión y mundo con sus vanas modas, esfuerzos y contaminaciones. El pueblo de Dios es como los hombres fascinados, como ave manchada; pero este pueblo se volvió así por su propia necedad; y las bestias y las aves son llamados a devorarlos. —Toda la tierra sería devastada. Pero hasta que los juicios fueran realmente infligidos, ninguna de las personas tomaría en serio las advertencias. Cuando Dios levanta la mano y los hombres no la ven, les hará sentirla. La plata y el oro no aprovecharán en el día de la ira del Señor. Los esfuerzos de los pecadores por escapar de la miseria, sin arrepentimiento, y sin responder por sus obras, terminarán en confusión.

Vv. 14—17. El Señor abogará la causa de su pueblo contra sus malos vecinos. Pero después mostrará misericordia a esas naciones, cuando ellas deban aprender la religión verdadera. Esto parece mirar al futuro, a los tiempos en que se cumpla la plenitud de los gentiles. Los que tengan su suerte con el pueblo de Dios y, al final como la de ellos, deben aprender sus caminos y andar en ellos.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—11. *La gloria de los judíos sería manchada.* 12—17. *Todos los rangos deben sufrir miseria.* 18—27. *Un mensaje horroroso para Jerusalén y su rey.*

Vv. 1—11. Era habitual que los profetas enseñaran por señales. Tenemos la explicación en los versículos 9 al 11. Para Dios el pueblo de Israel había sido como este cinto. Hizo que se adhirieran a Él por la ley que les dio, los profetas que les envió y los favores que les mostró. Ellos se habían enterrado, por sus idolatrías y pecados, en tierra extranjera, mezclados entre las naciones y estaban tan corrompidos que no eran buenos para nada. Si estamos orgullosos del saber, el poder y de los privilegios externos, es justo que Dios los marchite. —La mente de los hombres debe ser sensibilizada a su culpa y su peligro; pero nada será eficaz sin la influencia del Espíritu.

Vv. 12—17. Como la botella era buena para contener vino, así los pecados del pueblo los hicieron vasos de ira, buenos para los juicios de Dios con los cuales deberían llenarse hasta que se causaran la destrucción de unos a otros. El profeta los exhorta a dar gloria a Dios confesando sus pecados, humillándose en arrepentimiento y retornando a su servicio. De lo contrario, serán llevados a otros países a las tinieblas de la idolatría y la iniquidad. Toda miseria, presenciada o prevista, afectará a una mente sensible, pero el corazón piadoso debe dolerse más por las aflicciones del rebaño del Señor.

Vv. 18—27. Aquí hay un mensaje enviado al rey Joaquín y su reina. Sus dolores serían indudablemente grandes. ¿Preguntan ellos de dónde nos sobrevienen estas cosas? Que sepan que es por su obstinación en pecar. No podemos alterar el color natural de la piel y, así, es moralmente imposible reclamar y reformar a estas personas. El pecado es la negrura del alma; es su descoloración; somos formados en ello de modo que no podemos librarnos por ningún poder propio, pero la gracia del Todopoderoso es capaz de cambiar la piel del etíope. Ni la depravación natural ni los fuertes hábitos de pecado, constituyen obstáculo para la obra de Dios, el Espíritu que hace nueva

criatura. El Señor pregunta a Jerusalén si está decidida a no ser limpiada. Si un pobre esclavo del pecado siente que bien podría cambiar su naturaleza, y dominar sus porfiadas lujurias, que no desespere porque las cosas imposibles para el hombre son posibles para Dios. Entonces, busquemos ayuda en Aquel que es poderoso para salvar.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—7. *Sequía en la tierra de Judá.* 8, 9. *Confesión de pecado en nombre del pueblo.* 10—16. *Declaración del propósito divino de castigar*. 17—22. *El pueblo suplica.*

Vv. 1—7. El pueblo lloraba. Pero era más bien el llanto de su trastorno y de su pecado que el de su oración. Seamos agradecidos por la misericordia del agua, para que no seamos enseñados a valorarla sólo al sentir su escasez. Véase como dependen los agricultores de la providencia divina. No pueden arar ni sembrar con esperanza a menos que Dios riegue sus surcos. Era muy lamentable hasta el caso de las bestias salvajes. El pueblo no es dado a orar, pero el profeta ora por ellos. El pecado lo confiesan con humildad. Nuestros pecados no sólo nos acusan; responden contra nosotros. Nuestros mejores alegatos en oración son los tomados de la gloria del nombre de Dios. Debemos temer la partida de Dios más que la de nuestro consuelo procedente de las criaturas. Él dio a Israel su palabra para que tuvieran la esperanza en ella. En la oración nos corresponde mostrarnos más interesados por la gloria de Dios que por nuestro propio consuelo. Y si ahora retornamos al Señor, nos salvará para gloria de su gracia.

Vv. 10—16. El Señor llama a los judíos “este pueblo” no “su pueblo”. Habían abandonado su servicio, por tanto, los castigaría conforme a sus pecados. Le prohibió a Jeremías que los defendiera. Los profetas falsos eran los más criminales. El Señor pronuncia la condena de ellos, pero como al pueblo le gustaba que así fueran, ellos no iban a escapar de los juicios. Los falsos maestros alientan a los hombres a tener expectativas de paz y salvación sin arrepentimiento, fe, conversión, ni santidad de vida. Pero los que creen una mentira no deben presentarla como excusa. Ellos sentirán lo que dicen que no temerán.

Vv. 17—22. Jeremías reconoce sus propios pecados y los de su pueblo, pero pide al Señor que recuerde su pacto. En su angustia ninguno de los ídolos de los gentiles pudo ayudarlos, ni pudieron los cielos dar lluvia de sí mismos. —El Señor tendrá un pueblo que le rogará ante su trono de gracia. Él sanará a todo pecador verdaderamente arrepentido. Si no le pareciera bien oír nuestras oraciones por cuenta de nuestra tierra culpable, ciertamente bendecirá con salvación a todos los que confiesen sus pecados y busquen su misericordia.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—9. *Descripción de la destrucción del impío.* 10—14. *El profeta lamenta tales mensajes, y se le reprocha.* 15—21. *Suplica perdón y se le promete protección.*

Vv. 1—9. El Señor declara que hasta Moisés y Samuel habrían rogado en vano por su pueblo. Presentado así el caso, aunque ellos están delante de Él, indica que ellos no lo hicieron y que los santos del cielo no oran por los santos de la tierra. Los judíos iban a ser condenados a diferentes

clases de miserias por el justo juicio de Dios, y el resto sería llevado, como paja, al cautiverio. Entonces, fue desolada la populosa ciudad. Los malos ejemplos y los abusos de autoridad suelen producir efectos fatales, aun después que hayan muerto los hombres, o que se hayan arrepentido de sus delitos: esto debiera hacernos temer mucho ser ocasión de pecado para los demás.

Vv. 10—14. Jeremías encontró mucho desprecio y reproche cuando ellos debieron bendecirle a él y a Dios por él. Sostén grande y suficiente para el pueblo de Dios es que, por difícil que sea su camino, al final todo será bueno para ellos. —Dios convierte al pueblo. ¿Será capaz el más duro y vigoroso de sus esfuerzos para contender con el consejo de Dios o con el ejército de los caldeos? Que escuchen su condena. El enemigo tratará bien al profeta. Pero la gente que tenía grandes patrimonios apenas será usada. Todas las partes del país habían sumado a la culpa nacional; y que cada una se avergüence de sí misma.

Vv. 15—21. Es cuestión de consuelo que tengamos un Dios a cuyo conocimiento de todas las cosas podemos apelar. Jeremías argumenta con Dios por misericordia y alivio contra sus enemigos, perseguidores y calumniadores. —Será un consuelo para los ministros de Dios cuando los desprecian los hombres, si tienen el testimonio de sus propias conciencias. Pero se queja el que halla poco placer en su obra. Algunas personas buenas pierden mucho del placer de la religión por el afán y la inquietud de sus temperamentos naturales, a los cuales consienten. El Señor llamó al profeta a que dejara de desconfiar y regresara a su obra. Si él atendía a eso, podía tener la seguridad de que el Señor lo libraría de sus enemigos. Dios librará de problemas o ayudará a través de ellos a los que están con Él y le son fieles. Muchas cosas parecen temibles que en absoluto dañan a un creyente real en Cristo.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—9. *Prohibiciones dadas al profeta.* 10—13. *La justicia de Dios en estos juicios.* 14—21. *La futura restauración de los judíos, y la conversión de los gentiles.*

Vv. 1—9. El profeta debe conducirse como quien espera ver su país destruido en muy poco tiempo. Con la perspectiva de una época triste, tiene que abstenerse del matrimonio, de lamentar los muertos y del placer. Los que convencerán al prójimo de las verdades de Dios, deben hacer que por su abnegación se manifieste que ellos las creen. Paz, interna y externa, familiar y pública, es la obra total de Dios y de su benignidad y misericordia. Cuando quita su paz de cualquier persona, debe seguir la angustia. Puede haber tiempos en que sea propio evitar cosas fuera de nuestro deber; y siempre debemos soltar los placeres y las preocupaciones de esta vida.

Vv. 10—13. Aquí parece haber lenguaje de los que pelean por la palabra de Dios y, en lugar de humillarse y condenarse a sí mismos, se justifican como si Dios les hiciera el mal. Una respuesta clara y completa es dada. Eran más obstinados en el pecado que sus padres, andando cada uno en pos de los inventos de su corazón. Puesto que no oirán, serán llevados con prisa a un país lejano, a una tierra que no conocen. Si tuvieran el favor de Dios, este hubiese hecho agradable aun la tierra de su cautiverio.

Vv. 14—21. La restauración desde el cautiverio babilónico sería recordada en lugar de la liberación de Egipto; también era tipo de la redención espiritual y de la liberación futura de la Iglesia de la opresión anticristiana. Pero ninguno de los pecados de los pecadores puede ser ocultado a Dios que tampoco lo pasará por alto. Hallará y levantará instrumentos de su ira que destruirán a los judíos,

con anzuelo como los pescadores, por la fuerza como los cazadores. —El profeta se dirige al Señor como su fortaleza y refugio, regocijándose en la esperanza de misericordia venidera. La liberación del cautiverio será una figura de la gran salvación que iba a obrar el Mesías. Las naciones han conocido a menudo el poder de Jehová en su ira, pero lo conocerán como la fuerza de su pueblo y su refugio en tiempo de angustia.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—4. *Las consecuencias fatales de la idolatría de los judíos.* 5—11. *La felicidad del hombre que confía en Dios; el final del carácter opositor.* 12—18. *La malicia de los enemigos del profeta.* 19—27. *La observancia del día de reposo.*

Vv. 1—4. Los pecados que cometen los hombres poco impresionan su mente, pero cada pecado queda anotado en el libro de Dios; todos están grabados en la tabla del corazón y todos serán recordados por la conciencia. Lo que está grabado en el corazón se volverá evidente en la vida; las acciones de los hombres demuestran los deseos y propósitos de sus corazones. ¡Cuánta necesidad tenemos de humillarnos ante Dios, nosotros que somos tan viles ante sus ojos! ¡Cuánto debemos confiar en su misericordia y su gracia, suplicando a Dios que nos examine y nos pruebe; que no soportemos ser engañados por nuestro propio corazón sino que ponga en nosotros una naturaleza limpia y santa por su Espíritu!

Vv. 5—11. El que deposita confianza en el hombre será como pasto del desierto, un árbol desnudo, un triste arbusto, producto del suelo estéril, inútil y sin valor. Los que confían en su propia justicia y poder, y piensan que pueden arreglarse sin Cristo, hacen de la carne su brazo, y sus almas no pueden prosperar en gracias o consuelo. —Los que hacen de Dios su esperanza, florecerán como árbol siempre verde, cuyo follaje no se marchita. Tendrán paz y satisfacción mental; no estarán ansiosos en un año de sequía. Los que hacen de Dios su esperanza, tienen suficiente en Él para compensar la falta de todos los consuelos provenientes de las criaturas. No cesarán de dar fruto en santidad y buenas obras. —El corazón, la conciencia del hombre, en su estado corrupto y caído, es engañoso por sobre todas las cosas. Llama bueno a lo malo y malo a lo bueno; y grita paz a lo que no le corresponde. De ahí que el corazón sea perverso; está muerto; está desesperado. Indudablemente que el caso es malo si la conciencia que debiera enderezar los errores de las otras facultades, es líder del engaño. No podemos conocer nuestros propios corazones ni lo que harán en una hora de tentación. ¿Quién puede entender sus errores? Mucho menos podemos entender el corazón del prójimo o confiar en ellos. El que cree el testimonio de Dios en esta materia, y aprende a vigilar su propio corazón, encontrará que esto es un retrato correcto aunque triste, y aprenderá muchas lecciones para dirigir su conducta. Pero mucho de nuestros corazones y de los corazones ajenos permanecerá desconocido. Sin embargo, Dios ve cualquier iniquidad que esté en el corazón. Se puede defraudar al hombre, pero no se puede engañar a Dios. —El que obtiene riquezas y no correctamente, aunque pueda hacerlas su esperanza, nunca tendrá el gozo de ellas. Esto muestra que aflicción es para un hombre del mundo al morir tener que dejar atrás sus riquezas; pero aunque la riqueza no sigan al otro mundo, la culpa seguirá y el tormento eterno. El hombre rico pasa penas por obtener un patrimonio, y se pone a empollarlo, pero nunca tiene alguna satisfacción de eso; llega a la nada por rumbos pecaminosos. Seamos sabios a tiempo; lo que obtengamos, obtengámoslo con honestidad; y lo que tengamos, usémoslo con caridad, para que seamos sabios por la eternidad.

Vv. 12—18. El profeta reconoce el favor de Dios en el estableccimiento de la religión. Hay plenitud de consuelo en Dios, plenitud rebosante que siempre fluye, como una fuente. Siempre es

fresca y clara, como agua de manantial, mientras los placeres del pecado son aguas cenagosas. Él ora a Dios por misericordia sanadora, salvadora. —Apela a Dios del fiel cumplimiento del oficio al cual fue llamado. Ruega humildemente que Dios lo reconozca y lo proteja en la obra a la cual lo había claramente llamado. Sean cuales sean las heridas o enfermedades que hallemos en nuestros corazones y conciencias, recurramos al Señor para sanarnos, salvarnos, de modo que nuestras almas puedan alabar su nombre. Sus manos pueden afirmar la conciencia perturbada, y sanar el corazón roto; Él puede curar las peores enfermedades de nuestra naturaleza.

Vv. 19—27. El profeta tenía que exponer ante los reyes y el pueblo de Judá, el mandamiento de guardar santo el día de reposo. Que ellos observen estrictamente el cuarto mandamiento. Si obedecían esta palabra, su prosperidad sería restaurada. Es un día de reposo y no debe ser hecho día de trabajo, a menos que sea caso de necesidad. Obedeced, velad contra la profanación del día de reposo. No se cargue al alma con las preocupaciones de este mundo en el día de reposo. Las corrientes de la religión corren profundas o superficiales, conforme se obedezcan o se respeten las márgenes del día de reposo. El grado de estrictez con que se obedezca esta ordenanza, o la negligencia demostrada hacia ella, es un buen examen para detectar el estado de la religión espiritual en cualquier tierra. Que todos, por su propio ejemplo, por atención a su familia, luchen por refrenar este mal, para que la prosperidad nacional pueda ser preservada y, por sobre todo, que las almas sean salvadas.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—10. *El poder de Dios sobre Sus criaturas está representado por el alfarero.* 11—17. *Los judíos exhortados al arrepentimiento y se predicen juicios.* 18—23. *El profeta apela a Dios.*

Vv. 1—10. Mientras Jeremías miraba el trabajo del alfarero, Dios les puso en su mente dos grandes verdades. Dios tiene autoridad y poder para formar y moldear reinos y naciones como le plazca. Puede disponer de nosotros como le plazca; y sería tan absurdo que nosotros disputáramos esto como que el barro discutiera con el alfarero. Sin embargo, siempre sigue reglas fijas de justicia y bondad. Cuando Dios viene en contra nosotros con juicios, podemos estar seguros que es por nuestros pecados, pero la conversión sincera del mal del pecado evita el mal del castigo a personas, familias y naciones.

Vv. 11—17. Los pecadores llaman libertad vivir sin restricción; aunque ser esclavo de sus pasiones es la esclavitud peor del hombre. Abandonaron a Dios a cambio de los ídolos. Cuando los hombres están resecos por el calor, y encuentran aguas frías y refrescantes, las usan. En esto los hombres no dejan lo cierto por lo dudoso, pero Israel dejó los caminos antiguos designados por la ley divina. Anduvieron, no por el camino real por el cual hubieran ido a salvo, sino por un camino con tropiezos; tal fue el camino de la idolatría y tal es el camino de la iniquidad. Esto desoló su tierra y los hizo miserables. Las calamidades pueden soportarse si Dios nos sonríe cuando estamos sometidos a ellas, pero si está descontento y niega su ayuda, entonces estamos perdidos. Las multitudes olvidan al Señor y su Cristo, y se desvían de los caminos antiguos para andar en los caminos de su propia concepción, pero, ¿qué harán en el día del juicio?

Vv. 18—23. Cuando el profeta llamó al arrepentimiento, el pueblo inventó estratagemas contra él, en lugar de obedecer el llamado. Así tratan los pecadores con el gran Intercesor, crucificándolo de nuevo y hablando contra Él en la tierra, mientras su sangre habla por ellos en el cielo. Pero el profeta había cumplido su deber con ellos; y lo mismo será nuestro regocijo en el día del mal.

CAPÍTULO XIX

Jeremías anuncia la destrucción de Judá con la figura de romper una vasija de alfarería.

Vv. 1—9. El profeta debe dar la noticia de la destrucción inminente de Judá y Jerusalén. Reyes y súbditos deben escucharlo. El lugar que la santidad hizo gozo de toda la tierra, fue hecho reproche y vergüenza de toda la tierra por el pecado. No hay escapatoria de la justicia de Dios, sino huyendo a su misericordia.

Vv. 10—15. El vaso del alfarero, una vez endurecido, no se puede volver a armar si se quiebra. Como se quiebra la vasija, así serán quebrados Judá y Jerusalén por los caldeos. Ninguna mano humana puede repararlos, pero si regresan al Señor, Él sanará. Como llenaron Tofet con muertos sacrificados a sus ídolos, así llenará Dios toda la ciudad con los muertos que caerán como sacrificio a su justicia. Sea lo que fuere que piensen los hombres, Dios vendrá terrible contra el pecado y los pecadores, como lo establecen las Escrituras; tampoco la incredulidad de los hombres hará que su promesa o sus amenazas pierdan efecto. La obstinación de los pecadores en los caminos pecaminosos es culpa de ellos; si son sordos a la palabra de Dios se debe a que se han taponeado los oídos. Tenemos que orar a Dios, que por Su gracia, nos libre de la dureza de corazón, y del desprecio por su palabra y sus mandamientos.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—6. *El sino de Pasur que maltrató al profeta.* 7—13. *Jeremías se queja del duro trato.* 14—18. *Lamenta hasta haber nacido.*

Vv. 1—6. Pasur golpeó a Jeremías y lo puso en el cepo. Jeremías se quedó callado hasta que Dios le puso palabra en su boca. Para confirmar esto, se le da un nombre a Pasur, “terror por todas partes” (Magor-misabib). Habla de un hombre no sólo angustiado sino desesperado; no sólo en *peligro* sino con *terror* por todas partes. Los impíos tienen mucho miedo cuando no hay temor, porque Dios puede hacer del pecador más osado un terror para sí mismo. Los que no oyen de parte de los profetas de Dios sus faltas, se oirán a sí mismos desde sus conciencias. Miserable es el hombre así hecho terror para sí mismo. Sus amigos le fallarán. Dios lo deja vivir miserablemente para que sea un monumento a la justicia divina.

Vv. 7—13. El profeta se queja de los insultos e injurias que sufrió, pero el versículo 7 puede leerse: Tú me sedujiste y yo fui seducido. Tú fuiste más fuerte que yo y me venciste por la influencia de tu Espíritu en mí. En la medida que nos veamos en el camino de Dios y del deber, es debilidad y necedad desear no haber empezado por ahí cuando nos encontramos con dificultades y desanimados. —El profeta halló que la gracia de Dios era poderosa en él para sostenerlo en su obrar pese a la tentación en que se hallaba de dejarlo todo. Sean cuales sean las injurias que nos hagan, debemos dejárselas a Dios a quien corresponde la venganza, y ha dicho: Yo pagaré. Tan lleno estaba él del consuelo de la presencia de Dios, de la protección divina bajo la cual estaba, y de la promesa divina de la cual tenía que depender, que se animó a sí mismo y a otros a dar la gloria a Dios. Que el pueblo de Dios abra su causa delante Él, y Él lo capacitará para ver la liberación.

Vv. 14—18. Cuando la gracia tiene la victoria es bueno avergonzarse de nuestra necedad, admirar la bondad de Dios y precaverse para resguardar nuestros espíritus en otra ocasión. Véase

cuán potente fue la tentación, sobre la cual tuvo victoria el profeta por la ayuda divina. Se enoja de que su primer aliento no fuera el último. Mientras recordemos que estos deseos no se registran para que nosotros digamos cosas parecidas, podemos aprender buenas lecciones de esto. Véase cuánto piensan que resisten los que debieran obedecer so pena de caer, y orar diariamente, No nos metas en tentación. ¡Cuán frágil, variable y pecador es el hombre! ¡Cuán necios y antinaturales son los pensamientos y deseos de nuestros corazones cuando nos rendimos al descontento! Consideremos a aquel que soportó tal contradicción de los pecadores contra sí mismo, no sea que en algún momento nos fatiguemos y desfallezcamos en nuestras mentes, cuando somos sometidos a pruebas menores.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—10. *El único camino de liberación es rindiéndose a los babilonios.* 11—14. *La maldad del rey y de su casa.*

Vv. 1—10. Cuando comenzó el sitio, Sedequías mandó a preguntar a Jeremías acerca del suceso. En épocas de angustia y peligro, los hombres buscan a menudo a quienes los aconsejen y oren por ellos en gente que, en otro momento, desprecian y contradicen, pero ellos sólo buscan liberación del castigo. Cuando los que profesan la fe siguen en desobediencia, presumiendo de los privilegios externos, que se les diga que el Señor prosperará a sus enemigos contra ellos. —Como el rey y sus príncipes no se rendían, el pueblo les exhortó a hacerlo. Ningún pecador en la tierra queda sin Refugio, si realmente desea uno, pero el camino de la vida es humillante, requiere abnegación y expone a dificultades.

Vv. 11—14. La maldad del rey y su familia fue más grave por su relación con David. Se les instó a actuar con justicia una vez, no fuera que la ira del Señor fuese inextinguible. —Si Dios está por nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros? Pero si Él está contra nosotros, ¿quién puede hacer algo por nosotros?

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—9. *Se recomienda justicia y se amenaza destrucción en caso de desobediencia.* 10—19. *El cautiverio de Joaquín y el final de Jeconías.* 20—30. *El sino de la familia real.*

Vv. 1—9. Se le habla al rey de Judá, sentado en el trono de David, hombre según el corazón de Dios. Que él siga su ejemplo para tener el beneficio de las promesas hechas. El modo de preservar un gobierno es cumplir el deber, pero el pecado será la ruina de las casas de los príncipes y de los hombres más viles. ¿Y quién puede contender con los destructores que prepara Dios? Dios no destruye personas, ciudades y naciones sino por el pecado; hasta en este mundo a menudo deja claro por qué crímenes manda castigo; y será claro en el día del juicio.

Vv. 10—19. He aquí la sentencia de muerte de dos reyes, los hijos impíos de un padre muy santo. Se impidió que Josías viera venir el mal en este mundo y fue quitado, para ver el bien venidero en el otro mundo; por tanto, no lloréis por él, sino por su hijo Salum, que probablemente viva y muera como desgraciado cautivo. Los santos moribundos pueden ser envidiados justamente, mientras a los pecadores vivos se les compadece con justicia. —He aquí también la condenación de

Joaquín. Sin duda es legal que los príncipes y los grandes hombres edifiquen, embellezcan y decoren casas; pero los que agrandan sus casas haciéndolas suntuosas, tienen que velar muy cuidadosamente contra las obras de la vanagloria. Edificó su casa por la injusticia, con dinero obtenido injustamente. Y él defraudó a sus obreros en sus pagas. Dios nota el mal hecho por el más grande a los pobres siervos y trabajadores, y pagará con justicia a los que no pagan con justicia a los que emplean. El más grande de los hombres debe mirar como prójimo suyo al más vil y ser justo con ellos de manera coherente. Joaquín fue injusto y no tomó conciencia del derramamiento de sangre inocente. La codicia, que es la raíz de todo mal, estaba en el fondo de todo. Los hijos que desprecian los modales anticuados de sus padres, corrientemente no alcanzan su excelencia real. Joaquín sabía que su padre halló que el camino del deber era el camino del consuelo pero él no iba a andar en sus huellas. Él morirá sin ser lamentado, odiado por oprimir y ser cruel.

Vv. 20—30. Se describe al estado judío bajo un concepto triple. Muy altivo en el día de paz y seguridad. Muy temeroso ante la alarma de trastorno. Muy deprimido bajo la presión del trastorno. Muchos no se avergüenzan nunca de sus pecados hasta que son llevados por ellos al último extremo. —El rey terminará sus días en la esclavitud. Los que se piensan que son sellos de la diestra de Dios no deben sentirse seguros, sino temer ser sacados de allí. —El rey judío y su familia serán llevados a Babilonia. Sabemos dónde nacimos pero no sabemos dónde moriremos; basta con que lo sepa nuestro Dios. Que sea nuestro afán morir en Cristo, entonces todo será bueno para nosotros donde quiera que muramos, aunque sea en un país lejano. —El rey judío será despreciado. Hubo un tiempo en que se deleitaban en él. Pero todos aquellos en quienes Dios no se complace, serán tan menoscabados en uno u otro momento, que los hombres no se complacerán en ellos. —Quienquiera que no tenga hijos, es el Señor quien lo ha establecido así; y los que no se cuidan de hacer el bien en sus días, no pueden tener esperanzas de prosperar. —¡Qué poca es la grandeza terrenal para confiar en ella, o la familia floreciente para regocijarse en ella! Pero los que oyen la voz de Cristo y le siguen, tienen vida eterna y no perecerán jamás, ni habrá enemigo que los saque de sus manos omnipotentes.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—8. *La restauración de los judíos a su propia tierra.* 9—22. *La maldad de sacerdotes y profetas de Judá.—El pueblo llamado a no escuchar las falsas promesas.* 28—32. *Amenazas a los que dicen ser inspirados.* 33—40. *También a los que se burlan de la profecía verdadera.*

Vv. 1—8. ¡Ay de los que fueron puestos para apacentar al pueblo de Dios, pero no se interesan por hacerles el bien! He aquí una palabra de consuelo para las ovejas descuidadas. Aunque sólo quede un remanente del rebaño de Dios, los hallará y serán llevados a sus habitaciones anteriores. —Se habla de Cristo como de renuevo de la familia de David. Él mismo es justo y, por medio de Él, todo su pueblo es hecho justo. Cristo romperá el poder usurpado por Satanás. Toda la simiente espiritual del creyente Abraham y de Jacob que oraba, será protegida y será salvada de la culpa y del dominio del pecado. En los días del gobierno de Cristo en el alma, ésta vive tranquila. —Aquí se habla de Él como Jehová justicia nuestra. Él es tan justicia nuestra como ninguna criatura puede serlo. Su obediencia hasta la muerte es la justicia justificadora de los creyentes y de su derecho a la dicha celestial. Su santificación, como fuente de toda su obediencia personal, es el efecto de su unión con Él, y de la investidura del Espíritu. Por este nombre todo creyente verdadero lo llamará e invocará. No tenemos nada que alegar sino esto, Cristo ha muerto, sí, más bien, ha resucitado; y lo hemos tomado como nuestro Señor. —Esta justicia que ha obrado para la satisfacción de la ley y la justicia, es *nuestra*; es una dádiva libre dada a nosotros, por medio del Espíritu de Dios, que la pone sobre

nosotros, que nos viste con ella, nos capacita para apropiárnosla y reclamar un interés en ella. Jehová justicia nuestra es un nombre dulce para el pecador convicto; para quien ha sentido la culpa del pecado en su conciencia; para quien ha visto la necesidad de esa justicia y el valor de ella. Esta gran salvación es mucho más gloriosa que todas las liberaciones anteriores de su iglesia. Que nuestra alma sea reunida a Él y hallada en Él.

Vv. 9—22. Los falsos profetas de Samaria habían seducido a los israelitas para la idolatría; sin embargo, el Señor consideraba a los falsos profetas de Jerusalén como culpables de iniquidad más horrible, por la cual la gente se había hecho más osada para pecar. Los falsos maestros serían llevados a sufrir la parte más amarga de la ira del Señor. Los hicieron creer que no había daño en el pecado y así lo practicaron; entonces, hicieron que los demás les creyeran. Los que resolvieron ir por mal camino, serán justamente dados a creer enormes engaños, pero, ¿qué pasa con los que han recibido revelación de Dios o han entendido algo de su palabra? Viene el día en que ellos reflexionarán con remordimiento en su necedad e incredulidad. —La enseñanza y el ejemplo de los profetas verdaderos condujo a los hombres al arrepentimiento, la fe y la justicia. Los falsos profetas condujeron a los hombres a confiar en formas y nociones y a estar tranquilos en sus pecados. Pongamos cuidado de no seguir la injusticia.

Vv. 23—32. Los hombres no pueden ocultarse del ojo de Dios, que todo lo ve. ¿Nunca verán los juicios que se preparan contra ellos mismos? Que consideren la gran diferencia que hay entre estas profecías y las entregadas por los verdaderos profetas del Señor. Que no llamen oráculos divinos a sus necios sueños. Las promesas de paz que hacen estos profetas no deben ser comparadas con las promesas de Dios más que la paja con el trigo. —El corazón sin humillar del hombre es como una roca; si no es derretido por la palabra de Dios como fuego, será quebrantado por ella como martillo. ¿Cómo pueden estar a salvo por siempre o, en absoluto, tranquilos los que tienen un Dios de poder omnipotente en su contra? La palabra de Dios no es un mensaje suave, arrullador ni engañoso. Y por su fidelidad puede ser ciertamente distinguida de las doctrinas falsas.

Vv. 33—40. Son sin duda miserables los que son abandonados y olvidados por Dios; y los hombres que escarnecen los juicios de Dios no los evitarán. Dios había tomado a Israel para que fuera su pueblo cercano, pero ahora ellos serán echados de su presencia. —Es una marca de impiedad atrevida y grande que los hombres se burlen de la palabra de Dios. Toda palabra profana y ociosa se sumará a la carga del pecador en el día del juicio, cuando la vergüenza eterna sea su porción.

CAPÍTULO XXIV

Los higos buenos y malos representan a los judíos en el cautiverio, y a los que permanecen en su tierra.

El profeta vio dos cestas con higos delante del templo, como ofrenda de primicias. Los higos de un canasto eran muy buenos, los del otro eran muy malos. ¿Qué criatura más vil que un hombre malo, y qué más valioso que un hombre piadoso? Esta visión iba a levantar el espíritu de los llevados al cautiverio, y les aseguraba un feliz retorno; y también iba a humillar y despertar los espíritus orgullosos y confiados de los que aún estaban en Jerusalén, augurándoles un cautiverio miserable. —Los *higos buenos* representan a los cautivos piadosos. No podemos decidir en cuanto al odio o amor de Dios por lo que tenemos delante. A veces el sufrimiento temprano resulta para mejor. Mientras más pronto se corrija al niño, mejor el efecto probable de la corrección. Aun este cautiverio fue para

bien de ellos, y los propósitos de Dios nunca son en vano. Por las aflicciones fueron convictos de pecado, humillados bajo la mano de Dios, destetados del mundo, enseñados a orar, y alejados de los pecados, en particular de la idolatría. Dios promete reconocerlos en la cautividad. Reconocerá a los suyos en toda circunstancia. —Dios los protegerá en la prueba y los liberará en forma gloriosa en el momento debido. Cuando para nosotros los problemas son santificados, podemos estar seguros de su feliz resultado. Ellos volverán a Él con todo su corazón. Así, ellos tendrán libertad para reconocerle como su Dios, para orar a Él, y esperar sus bendiciones. —Sedequías y los de su partido aún en la tierra eran los *higos malos*. Estos serían eliminados por su dolor y olvidados por toda la humanidad. Dios tiene muchos juicios y los que escapan de uno pueden esperar otro, hasta que sean llevados al arrepentimiento. Indudablemente esta profecía tuvo su cumplimiento en aquella época, pero el Espíritu de profecía puede aquí esperar la dispersión de los judíos incrédulos en todas las naciones de la tierra. Que los que deseen bendiciones del Señor rueguen que les dé un corazón para conocerlo.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—7. *Los judíos son reprendidos por no obedecer los llamados al arrepentimiento.* 8—14. *Se anuncia expresamente que la cautividad durará setenta años.* 15—29. *Se muestran las desolaciones de las naciones por el emblema de la copa de la ira.* 30—38. *Los juicios son nuevamente declarados.*

Vv. 1—7. El llamado a volverse de los malos caminos hacia la adoración y el servicio de Dios, que los pecadores confíen en Cristo y reciban su salvación, interesa a todos los hombres. Dios lleva la cuenta de que tiempo poseemos los medios de gracia; y mientras más tiempo los tengamos, más pesada será nuestra rendición de cuentas, si no los hemos aprovechado. Levantarse temprano señala el deseo ferviente de que este pueblo se convierta y viva. —La reforma personal y particular debe estimularse por ser tan necesaria para la salvación nacional; y cada uno debe volverse de su mal camino. Sin embargo, no hubo resultado. No recibieron el único modo justo de alejar la ira de Dios.

Vv. 8—14. La fijación del tiempo que duraría el cautiverio judío no sólo confirma la profecía; también consuela al pueblo de Dios y estimula la fe y la oración. Se predice la ruina de Babilonia: la vara será arrojada al fuego una vez terminado el trabajo corrector. Cuando llegue el tiempo designado para favorecer a Sion, Babilonia será castigada por su iniquidad, como las otras naciones han sido castigadas por sus pecados. Toda amenaza de la Escritura ciertamente se cumplirá.

Vv. 15—29. Los acontecimientos buenos y malos de la vida suelen ser presentados en las Escrituras como copas. Bajo esta figura se representa la desolación que, entonces, llegó a esa parte del mundo, de la cual iba a ser instrumento Nabucodonosor, que había recién empezado a reinar y a actuar; pero la espada destructora vendría de la mano de Dios. —Las devastaciones que infligiría la espada en todos esos reinos están representadas por las consecuencias de las borracheras excesivas. Esto puede hacernos odiar el pecado de la ebriedad, cuyas consecuencias son usadas para expresar una condición tan lamentable. La ebriedad priva al hombre del uso de su razón, lo enloquece. Le quita la salud, esa bendición valiosa; y es un pecado que en sí es un castigo. Esto también puede hacernos temer los juicios de la guerra. Pronto llena de confusión a una nación. —Ellos se niegan a tomar la copa de tu mano. No le creerán a Jeremías, pero él debe decirles que es la palabra del Señor de los ejércitos, y que es en vano que luchen contra el Todopoderoso. Y si los juicios de Dios empiezan por los que profesan la fe y se descarrían, que el impío no piense que escapará.

Vv. 30—38. El Señor tiene bases justas para litigar con toda persona y toda nación, y ejecutará juicio contra todos los impíos. ¿Quién puede dejar de temblar cuando Dios habla con desagrado? —Los días se han cumplido plenamente; el tiempo fijado en los consejos divinos desolará totalmente a las naciones. El tierno y delicado compartirá la calamidad común. Aun los que solían vivir en paz, sin hacer nada para provocar, no escaparán. Bendito sea Dios, en lo alto hay una morada de paz para todos los hijos de paz. El Señor preservará a su Iglesia y a todos los creyentes en todos los cambios, porque nada puede separarlos de su amor.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—6. *Anuncio de la destrucción del templo y la ciudad.* 7—15. *Amenaza sobre la vida de Jeremías.* 16—24. *Defendido por los ancianos.*

Vv. 1—6. Los embajadores de Dios no deben tratar de agradar a los hombres ni de salvarse del daño. Véase cómo espera Dios mostrar su gracia. Si ellos persisten en su desobediencia, se arruinaría su ciudad y templo. ¿Puede esperarse algo más? Los que no se someten a los mandamientos de Dios se someten a la maldición de Dios.

Vv. 7—15. Los sacerdotes y los profetas acusaron a Jeremías de merecer la muerte y dieron falso testimonio contra él. Los ancianos de Israel llegaron a indagar este asunto. Jeremías declara que el Señor lo envió a profetizar. En la medida que los ministros se mantengan cerca de la palabra del Señor, no deben temer. Son muy injustos los que se quejan de los ministros que predican del infierno y la condenación, porque se debe al deseo de llevarlos al cielo y a la salvación. —Jeremías les advierte el peligro si siguen en contra de él. Todo hombre debe saber que herir, matar u odiar a quienes les reprenden fielmente, sólo acelerará y acrecentará su propio castigo.

Vv. 16—24. Cuando a los pecadores confiados se amenaza con quitar el Espíritu de Dios y el reino de Dios, eso lo garantiza la palabra de Dios. Ezequías, que protegió a Miqueas, prosperó. ¿Prosperó Joaquín que mató a Urías? Los ejemplos de hombres malos y las malas consecuencias de sus pecados debieran disuadir de hacer lo malo. Urías fue fiel al entregar su mensaje, pero falló al abandonar su obra. El Señor se agradó en dejar que perdiera la vida, mientras Jeremías fue protegido en el peligro. Los más seguros son los que más claramente confían en el Señor, cualesquiera sean sus circunstancias externas; el que tiene los corazones de los hombres en su mano, nos aliente para confiar en Él en el camino del deber. Honrará y recompensará a quienes muestran bondad hacia los que son perseguidos por amor a Él.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—11. *Las naciones vecinas tienen que ser sometidas.* 12—18. *Se le advierte a Sedequías que se rinda.* 19—22. *Los utensilios del templo llevados a Babilonia, pero después serán devueltos.*

Vv. 1—11. Jeremías tiene que preparar una señal de que todos los países vecinos tendrían que ser sometidos al rey de Babilonia. Dios afirma su derecho de disponer de los reinos como le plazca. No importa cuales sean las cosas buenas de este mundo que alguien tenga, es lo que a Dios le place dar;

por tanto, debemos contentarnos. Las cosas de este mundo no son las mejores cosas, porque el Señor suele dar la parte más grande a los hombres malos. El dominio no se funda en la gracia. Los que no sirven al Dios que los hizo, serán justamente puestos a servir a sus enemigos que procuran destruirlos. —Jeremías los insta a evitar su destrucción sometiéndose. Un espíritu manso hace lo mejor de lo malo, por medio de silenciosa sumisión a las duras vueltas de la providencia. Muchas personas pueden escapar de las providencias destructoras sometiéndose a las providencias humillantes. Mejor es portar una cruz liviana en nuestro camino que tirar una más pesada sobre nuestras cabezas. El pobre de espíritu, el manso y humilde disfrutan consuelo y evitan muchas desgracias a las cuales está expuesto el de mucho espíritu. En todos los casos debe interesarnos obedecer la voluntad de Dios.

Vv. 12—18. Jeremías convence al rey de Judá que se rinda al rey de Babilonia. ¿Sabiduría de ellos es someterse al pesado yugo de hierro de un tirano cruel para asegurar sus vidas; no será mucho más sabio de nuestra parte someternos al yugo agradable y liviano de Jesucristo, nuestro Señor y Maestro, para poder asegurar nuestra alma? Sería bueno que los pecadores temieran la destrucción amenazada para todos los que no quieran que Cristo reine sobre ellos. ¿Por qué sufrir la muerte segunda, infinitamente peor que la muerte por espada y hambre, cuando pueden someterse y vivir? Los que animan a los pecadores a ir por caminos pecaminosos, perecerán con ellos.

Vv. 19—22. Jeremías les asegura que los utensilios de bronce irán después de los de oro. Todos serán llevados a Babilonia, pero concluye con la promesa de gracia de que llegará el momento en que sean traídos de vuelta. Aunque el retorno de la prosperidad de la Iglesia no llegue en nuestro tiempo, no debemos perder la esperanza, porque llegará en el tiempo de Dios.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—9. *Un profeta falso se opone a Jeremías.* 10—17. *Se advierte al profeta falso que se aproxima su muerte.*

Vv. 1—9. Ananías dijo una profecía falsa. Aquí no hay una palabra de consejo bueno que inste a los judíos a arrepentirse y regresar a Dios. Él promete misericordias temporales en el nombre de Dios, pero no menciona las misericordias espirituales que siempre ha prometido Dios con las bendiciones terrenales. No era la primera vez que Jeremías oraba *por* el pueblo, aunque profetizaba *contra* ellos. Apela al hecho para probar la falsedad de Ananías. El profeta que habló sólo de paz y prosperidad, sin agregar que no deben detener con el pecado voluntario los favores de Dios, resulta ser un profeta falso. Los que no declaran lo alarmante junto con lo alentador de la palabra de Dios, y no llaman a los hombres al arrepentimiento, a la fe y la santidad, andan en las huellas de los falsos profetas. El evangelio de Cristo anima a los hombres a hacer obras dignas de arrepentimiento, pero no anima para seguir en pecado.

Vv. 10—17. Ananías es sentenciado a morir y, cuando recibe órdenes de Dios, Jeremías se lo dice francamente; pero no antes de recibir esa misión. Mucho de qué responder tienen los que dicen a los pecadores que tendrán paz aunque endurezcan sus corazones despreciando la palabra de Dios. El siervo de Dios debe ser amable con todos los hombres. Hasta debe ceder su derecho y dejar que el Señor defienda su causa. Todo intento de los impíos por hacer vanos los propósitos de Dios será sumado a sus miserias.

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—19. *Dos cartas a los cautivos de Babilonia. En la primera se les recomienda que tengan paciencia y compostura.* 20—32. *Enla segunda, se denuncian juicios contra los profetas falsos que los engañaron.*

Vv. 1—19. La palabra escrita de Dios es tan verdaderamente dada por inspiración de Dios como su palabra hablada. El siervo celoso del Señor usa todo medio para beneficiar a los que están lejos, y a los que están cerca. El arte de escribir es muy provechoso para este fin; y por el arte de imprimir se vuelve sumamente provechoso para difundir el conocimiento de la palabra de Dios. —El envío de Dios a los cautivos por medio de esta carta les demostraba que no los había abandonado aunque estaba descontento y los estaba corrigiendo. Si vivían en el temor de Dios podrían vivir bien en Babilonia. En todas las condiciones de vida es sabio y es nuestro deber no desechar el consuelo de lo que *pudiéramos* tener, porque no tenemos todo lo que *quisiéramos* tener. —Se les manda que busquen el bien del país donde están cautivos. Mientras el rey de Babilonia los proteja, deben llevar vidas tranquilas y pacíficas sometidos a él, con toda santidad y honestidad; dejando pacientemente que Dios obre la liberación para ellos en el tiempo debido.

Vv. 8—19. Que los hombres se cuiden cuando invocan a estos profetas que eligen conforme a sus propias fantasías, y consideran que sus imaginaciones y sueños son revelaciones de Dios. Los falsos profetas halagan a la gente en sus pecados, porque a ellos le gusta que los halaguen; y hablan con suavidad a sus profetas para que sus profetas les hablen suavemente. —Dios promete que ellos regresarán cumplidos setenta años. Por esto parece que los setenta años de cautiverio no tienen que ser contados desde el último cautiverio, sino desde el primero. —Será lo que la buena palabra de Dios haga pasar. Esto formará propósitos de Dios. A menudo no conocemos nuestra mente, pero el Señor nunca está en la incertidumbre. A veces estamos preparados para temer que todos los designios de Dios estén contra nosotros, pero como pueblo suyo, hasta lo que parece malo, es para bien. Les dará, no las expectativas de sus temores ni las expectativas de sus fantasías, sino las expectativas de su fe; cuyo fin, ha prometido, será lo mejor para ellos. —Cuando el Señor derrama un espíritu especial de oración, es buena señal de que está viniendo a nosotros con misericordia. Se dan promesas de vivificar y estimular la oración. Él nunca dijo: Búsquenme en vano. Los que se quedaron en Jerusalén serían totalmente destruidos aunque los falsos profetas dijeran lo contrario. A menudo se ha dado la razón y justifica la ruina eterna de los pecadores impenitentes: Porque no escucharon mis palabras, llamé pero me rechazaron.

Vv. 20—32. Jeremías predice juicios contra los falsos profetas que engañan a los judíos de Babilonia. Mentir era malo; mentir al pueblo del Señor, ilusionarlos con una falsa esperanza era peor, pero pretender que sus propias mentiras se apoyaban en el Dios de verdad, era lo peor de todo. Ellos halagaban a los demás en sus pecados, porque no podían reprobarlos sin condenarse a sí mismos. Los pecados más secretos son conocidos por Dios; y hay un día venidero en que sacará a la luz todas las obras ocultas de las tinieblas. —Semaías insta a los sacerdotes a que persigan a Jeremías. Tienen sus corazones miserablemente endurecidos los que justifican hacer el mal por tener el poder de hacerlo. Ellos estaban miserablemente esclavizados por burlarse de los mensajeros del Señor, y abusar de sus profetas; no obstante, en su angustia transgreden todavía más contra el Señor. Las aflicciones en sí mismas no curan a los hombres de sus pecados, a menos que la gracia de Dios obre con ellos. Los que, como Semaías, toman a la ligera las bendiciones merecen perder el provecho de la palabra de Dios. Las acusaciones contra muchos cristianos activos, en toda época, no son más que esto: que aconsejan con fervor a los hombres que atiendan su interés y deber verdadero y esperen el cumplimiento de las promesas de Dios de la manera que Él ha establecido.

CAPÍTULO XXX

Versículos 1—11. *Problemas que habrá antes de la restauración de Israel.* 12—17. *Exhortación a confiar en las promesas divinas.* 18—24. *Las bendiciones con Cristo, y la ira para los malos.*

Vv. 1—11. Jeremías tiene que escribir lo que Dios le ha hablado. Las palabras mismas son las que enseña el Espíritu Santo. Estas son las palabras que Dios mandó se escribieran; y las promesas escritas por orden suya son verdaderamente su palabra. Debe describir el problema en que ahora está y, probablemente iba a estar, su pueblo. Debe darse un final feliz a estas calamidades. Aunque las aflicciones de la Iglesia duren mucho tiempo no durarán siempre. Los judíos serán restaurados. Obedecerán o escucharán al Mesías, el Cristo, el Hijo de David, su Rey. —La liberación de los judíos de Babilonia es señalada en la profecía, pero se predice la restauración y el estado feliz de Israel y Judá cuando se conviertan a Cristo su Rey; también, las desgracias de las naciones antes de la venida de Cristo. —Todos los hombres deben honrar al Hijo como honran al Padre, y ponerse al servicio y adoración de Dios por Él. Nuestro bondadoso Señor perdona los pecados del creyente y rompe el yugo del pecado y de Satanás, para que aquel sirva sin miedo a Dios, con justicia y verdadera santidad ante Él, todo el resto de sus días como súbdito redimido de Cristo nuestro Rey.

Vv. 12—17. Cuando Dios está contra un pueblo, ¿quién estará por ellos? ¿Quién puede estar por ellos para hacerles un bien? Las penas incurables se deben a lujurias incurables. Sin embargo, aunque los cautivos sufrían justamente, y no podían ayudarse a sí mismos, el Señor pensaba aparecer a favor de ellos y castigar a sus opresores, y aún hará eso. Pero todo esfuerzo por sanarnos a nosotros mismos debe resultar estéril en la medida que rechacemos al Abogado celestial y al Espíritu santificador. Los tratos de su gracia para con todo convertido verdadero, y con cada descarriado arrepentido, son los mismos efectivamente que sus procedimientos para con los judíos.

Vv. 18—24. Aquí tenemos nuevas intimaciones del favor de Dios para ellos después que expiren los días de su calamidad. La obra y oficio propios de Cristo, como Mediador por nosotros, es acercar a Dios como Sumo Sacerdote de nuestra profesión. Su empresa, cumpliendo la voluntad de su Padre, y por compasión por el hombre caído, lo comprometió. Jesucristo fue verdaderamente maravilloso en todo esto. —Volverán a entrar en el pacto del Señor, conforme al pacto hecho con sus padres. “Yo seré vuestro Dios”: es su buena voluntad para nosotros, la cual es la síntesis de su parte del pacto. —La ira de Dios contra el impío es muy terrible, como un torbellino. Todos los propósitos de su ira, y los propósitos de Su amor, serán cumplidos. Dios consolará a todos los que se vuelvan a Él, pero los que se acercan a Él deben tener sus corazones comprometidos para hacerlo con reverencia, devoción y fe. ¿Cómo escaparán los que rechazan una salvación tan grande?

CAPÍTULO XXXI

Versículos 1—9. *La restauración de Israel.* 10—17. *Promesas de dirección y felicidad.—Raquel se lamenta.* 18—20. *Efraín lamenta sus errores.* 27—34. *El cuidado de Dios por la Iglesia.* 35—40. *Paz y prosperidad en los tiempos del evangelio.*

Vv. 1—9. Dios asegura a su pueblo que nuevamente entrará en relación con ellos por medio del pacto. Cuando uno es muy humillado y pasa dificultades, es bueno acordarse que así fue antes con la Iglesia, pero resulta difícil consolarse con antiguas sonrisas cuando se está sometido a una ira presente; no obstante, es felicidad de los que, por gracia, están interesados en el amor de Dios, que

este sea un amor eterno, *desde* la eternidad del consejo, *hasta* la eternidad de la vida más allá. Dios atraerá a sí por la influencia de su Espíritu en sus almas, a los que ama con este amor. Cuando alabamos a Dios por lo que ha hecho, debemos invocarlo por los favores que su Iglesia necesita y espera. —Cuando el Señor llama, no debemos alegar que no podemos ir, porque el que nos llama nos ayudará, nos fortalecerá. La bondad de Dios los llevará al arrepentimiento. Ellos llorarán por su pecado con más amargura y más ternura cuando sean librados de su cautiverio que cuando gemían bajo éste. Si tomamos a Dios como nuestro Padre e ingresamos a la Iglesia del Primogénito, nada nos faltará que sea bueno para nosotros. Sin duda estas predicciones se refieren también a una futura reunión de los israelitas desde todos los rincones del mundo. Describen figuradamente la conversión de los pecadores a Cristo, y el camino claro y seguro en que son guiados.

Vv. 10—17. El que esparció a Israel, sabe dónde encontrarlos. Consuela observar la bondad del Señor en los dones de la providencia, pero nuestras almas nunca son valiosas como jardines a menos que sean regadas con el rocío del Espíritu y gracia de Dios. —Sigue una promesa preciosa que no se cumplirá plenamente sino en la Sion celestial. Que ellos se satisfagan *de la* bondad amorosa de Dios, y serán satisfechos *con* ella, y no desearán más para ser felices. —Raquel se representa saliendo de su sepulcro y negándose a ser consolada, suponiendo desarraigada a su prole. El asesinato de niños en Belén, a manos de Herodes, Mateo ii, 16–18, cumplió esta profecía en cierta medida, pero no puede ser su significado total. —Si tenemos esperanza en el final respecto de la herencia eterna para nosotros y los que nos pertenecen, se puede soportar todas las aflicciones temporales, y serán para nuestro bien.

Vv. 18—20. Efraín (las diez tribus) llora por el pecado. Está enojado consigo mismo por su pecado, necedad, y esclavitud. Halla que no puede por su propia fuerza mantenerse cerca de Dios y, mucho menos, devolverse cuando se rebela. Por tanto, ora, conviérteme y seré convertido. Su voluntad fue doblegada por la voluntad de Dios. Cuando la enseñanza del Espíritu de Dios va unida a las correcciones de su providencia, entonces se hace la obra. Este es nuestro consuelo en la aflicción, que el Señor piensa en nosotros. Dios tiene reservada misericordia, rica misericordia, segura misericordia, apropiada misericordia, para todos los que le buscan con sinceridad.

Vv. 21—26. El camino desde la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios es una autopista. Es recta, es segura; pero probablemente nadie camine por ahí a menos que pongan sus corazones hacia Él. Se les estimula por la promesa de una cosa extraordinaria, nunca oída, *nueva*; una *creación*, una obra del Todopoderoso; la naturaleza humana de Cristo, formada y preparada por el poder del Espíritu Santo: y aquí se menciona esto como aliento para que los judíos retornen a su tierra. Se les da la consoladora perspectiva de establecerse felices allá. Dios ha unido la santidad y la honestidad: que nadie las separa o que una expíe la falta de la otra. El fatigado hallará reposo en el amor y el favor de Dios, y el triste hallará gozo. ¿Y qué podemos ver con más satisfacción que el bien de Jerusalén y la paz en Jerusalén?

Vv. 27—34. El pueblo de Dios se volverá numeroso y próspero. En Hebreos viii, 8, 9, se cita este pasaje como el resumen del pacto de gracia hecho con los creyentes en Jesucristo. No les daré una ley nueva; porque Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, pero la ley será escrita en sus corazones por el dedo del Espíritu, como antes fue escrita en las tablas de piedra. El Señor hará, por su gracia, que su pueblo sea voluntario en el día de su poder. Todos conocerán al Señor; todos serán bienvenidos al conocimiento de Dios, y tendrán los medios de ese conocimiento. Habrá derramamiento del Espíritu Santo en el tiempo en que se publique el evangelio. Ningún hombre perecerá finalmente, sino por sus propios pecados; nadie que esté dispuesto a aceptar la salvación de Cristo.

Vv. 35—40. Con tanta seguridad como que los cuerpos celestiales continuarán su rumbo establecido, conforme a la voluntad de su Creador, hasta el fin del tiempo, y como el mar rugiente le obedece, así los judíos continuarán como pueblo apartado. Las palabras apenas puede expresar con más fuerza la restauración de Israel. —La reconstrucción de Jerusalén, su crecimiento y establecimiento, serán una primicia de las cosas grandes que Dios hará por la Iglesia del evangelio. La felicidad personal de cada creyente, y la restauración futura de Israel, están aseguradas por su promesa, su pacto, y su voto. Este amor divino sobrepasa el conocimiento; y para los que la captan, toda misericordia presente es una primicia de salvación.

CAPÍTULO XXXII

Versículos 1—15. *Jeremías compra un campo.* 16—25. *La oración del profeta.* 26—44. *Dios declara que Él entregará a Su pueblo pero promete restaurarlo.*

Vv. 1—15. Estando preso por profetizar, Jeremías compra un terreno. Esto era para significar que aunque Jerusalén estuviera sitiada y, probablemente todo el país quedaría destruido, llegaría de todos modos un momento en que de nuevo se tendría casas, campos y viñedos. Concierne a los ministros demostrar a los demás que creen lo que predican. Bueno es administrar con fe hasta nuestros asuntos mundanos; hacer los negocios comunes en dependencia de la providencia y de las promesas de Dios.

Vv. 16—25. Jeremías adora al Señor y sus perfecciones infinitas. Cuando en cualquier momento estemos confundidos por los métodos de la Providencia, bueno es mirar los primeros principios. Consideremos que Dios es la fuente de todo ser, poder y vida; que con Él ninguna dificultad es tal que sea insuperable; que es Dios de misericordia ilimitada; que es Dios de justicia estricta; y que todo lo dirige para lo mejor. —Jeremías reconoce que Dios fue justo al hacer que les sobreviniera el mal. Cualquiera sea el problema en que estemos metidos, personal o público, podemos consolarnos con que el Señor lo ve, y sabe remediarlo. No debemos discutir con la voluntad de Dios, pero podemos tratar de saber qué significa.

Vv. 26—44. La respuesta de Dios descubre los propósitos de su ira contra la generación de los judíos y los propósitos de su gracia en cuanto a las generaciones futuras. El pecado, y nada más, es lo que los destruye. Se promete la restauración de Judá y Jerusalén. Ahora, este pueblo fue llevado a la gran desesperación. Pero Dios da esperanza de misericordia que tiene guardada para ellos después de esto. Sin duda las promesas son seguras para todos los creyentes. Dios las reconocerá como suyas y Él se mostrará que es de ellos. Les dará un corazón que tema. Todos los cristianos verdaderos tendrán la disposición al amor mutuo. Aunque puedan tener diferentes puntos de vista sobre cuestiones menores, todos serán uno en las cosas grandes de Dios; en sus criterios de lo malo del pecado y del estado mísero del hombre caído, el camino de salvación por medio del Salvador, la naturaleza de la piedad verdadera, la vanidad del mundo, y la importancia de las cosas eternas. A quien Dios ama, lo ama hasta el fin. No tenemos razón para desconfiar de la fidelidad y constancia de Dios, sino sólo de nuestro corazón. — Él los instalará de nuevo en Canaán. Con certeza las promesas se cumplirán. La compra de Jeremías era prenda de muchas compras que se harían después del cautiverio; y estas heredades sólo son débiles semejanzas de las posesiones de la Canaán celestial, que están reservadas para todos los que tengan el temor de Dios en sus corazones y no se alejan de Él. Entonces, soportemos nuestras pruebas, seguros de que obtendremos todo el bien que Dios nos ha prometido.

CAPÍTULO XXXIII

Versículos 1—13. *La restauración de los judíos.* 14—26. *El Mesías prometido; la dicha de sus tiempos.*

Vv. 1—13. Los que esperan recibir consuelo de Dios deben invocarlo. Se dan promesas no de destruir, sino de vivificar y alentar la oración. Estas promesas nos guían al evangelio de Cristo; y en él Dios ha revelado su verdad para dirigirnos, su paz para tranquilizarnos. Todos los que son limpiados de la inmundicia del pecado por la gracia santificadora, por la misericordia perdonadora son liberados de la culpa. Cuando los pecadores reciben la justicia, y son lavados y santificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu Santo, son capacitados para andar delante de Dios en paz y pureza. Muchos son llevados a notar la diferencia real entre el pueblo de Dios y el mundo que los rodea, y a temer la ira divina. —Se promete que el pueblo que estuvo entristecido por mucho tiempo, de nuevo se llenará de gozo. Donde el Señor da justicia y paz, dará todo lo necesario para las necesidades temporales; y todo lo que tenemos serán consolaciones como santificados por la palabra y la oración.

Vv. 14—26. Para coronar las bendiciones que Dios tiene guardadas, he aquí una promesa del Mesías. Él imparte justicia a su Iglesia, porque Él es hecho justicia nuestra por Dios; y los creyentes son hechos justicia de Dios en Él. Cristo es nuestro Señor Dios, justicia nuestra, nuestra santificación y nuestra redención. Su reino es reino eterno. Pero en este mundo la prosperidad y la adversidad se suceden una a otra como la luz y las tinieblas, el día y la noche. —El pacto del sacerdocio será asegurado. Todos los creyentes verdaderos son un sacerdocio santo, un sacerdocio real, ellos ofrecen sacrificios espirituales, aceptables a Dios; ellos mismos, en primer lugar, como sacrificios vivos. —Las promesas del pacto tendrán cumplimiento pleno en el Israel del evangelio. En Gálatas vi, 16, todos los que andan conforme a la regla del evangelio son hechos Israel de Dios, en quien habrá paz y misericordia. No despreciemos las familias que de antes fueron el pueblo escogido de Dios, aunque por un tiempo parezcan desechados.

CAPÍTULO XXXIV

Versículos 1—7. *Se predice la muerte de Sedequías en Babilonia.* 8—22. ***Se reprueba a los judíos por obligar a sus hermanos pobres a retornar a la esclavitud ilícita.***

Vv. 1—7. Se dice a Sedequías que la ciudad será tomada y él morirá cautivo, pero de muerte natural. Mejor es vivir y morir penitente en prisión que vivir y morir impenitente en un palacio.

Vv. 8—22. El judío no tenía que ser mantenido en servidumbre por más de siete años. Ellos y sus padres habían quebrantado esta ley. Cuando hubo un atisbo de esperanza que se levantara el sitio, ellos obligaron a los siervos que habían liberado, a que volvieran a su servicio. Los que piensan que engañan a Dios con un arrepentimiento simulado y una reforma parcial, imponen el caos más grande a sus almas. Esto demuestra que la libertad para pecar es real y sólo es libertad para tener los juicios más severos. Justo es que Dios desilusione las esperanzas de misericordia cuando desilusionamos las expectativas del deber. Cuando la reforma brota sólo del terror, rara vez dura. Los votos solemnes así pronunciados, profanan las ordenanzas de Dios y los que más anhelan atarse por las apelaciones a Dios, corrientemente son los más prestos a romperlas. Miremos nuestros

corazones para que nuestro arrepentimiento sea real y cuidemos que la ley de Dios regule nuestra conducta.

CAPÍTULO XXXV

Versículos 1—11. ***La obediencia de los recabitas.*** 12—19. ***La desobediencia de los judíos para con el Señor.***

Vv. 1—11. Jonadab era famoso por su sabiduría y piedad. Vivió casi 300 años antes, 2 Reyes x, 15. Jonadab encargó a su posteridad que no bebiera vino. También les pidió que vivieran en carpas o habitaciones móviles: esto les enseñaría a no pensar en establecerse en ninguna parte de este mundo. Mantenerse humilde sería la manera de continuar por mucho tiempo en la tierra donde eran extranjeros. La humildad y el contento siempre son la mejor política y la protección más segura del hombre. Además, para que no se metieran en placeres ilegales tenían que negarse hasta los deleites lícitos. La consideración de que somos peregrinos y extranjeros debe obligarnos a abstenernos de todas las lujurias carnales. Que tengan poco que perder y, entonces, los momentos en que se pierde serán menos espantosos: que suelten lo que tengan y, entonces, pueden ser despojados de todo con menos dolor. Están en el mejor marco referencial para enfrentar el sufrimiento los que viven una vida de abnegación y desprecian las vanidades del mundo. La posteridad de Jonadab obedeció estrictamente estas reglas sólo empleando los medios apropiados para la seguridad de ellos en una época de sufrimiento general.

Vv. 12—19. La prueba de la constancia de los recabitas era una señal; hizo más marcada la desobediencia de los judíos para con Dios. Los recabitas fueron obedientes a uno que no era sino hombre como ellos; y Jonadab nunca hizo por su simiente lo que Dios ha hecho por su pueblo. —La misericordia se promete a los recabitas. No se nos habla del cumplimiento de esta promesa, pero, indudablemente, aconteció, y los viajeros dicen que los recabitas pueden ser hallados como pueblo separado hasta la fecha. Sigamos los consejos de nuestros antepasados piadosos y hallaremos bien al hacerlo.

CAPÍTULO XXXVI

Versículos 1—8. *Baruc tiene que escribir las profecías de Jeremías.* 9—19. *Los príncipes le aconsejan esconderse.* 20—32. *Habiendo oído una parte, el rey quema el rollo.*

Vv. 1—8. Las Escrituras se hicieron por voluntad divina. La sabiduría divina la dirigió como un medio apropiado; si fallaba, la casa de Judá tendría aún menos excusa. El Señor declara a los pecadores el mal que se propone hacer contra ellos, para que puedan oír, temer, y volverse de sus malos caminos; cuando alguien hace uso de las advertencias de Dios, dependiendo de su misericordia prometida, hallará listo al Señor para perdonar sus pecados. Todos los demás quedarán sin excusa; la consideración de que la ira de Dios declarada contra nosotros por el pecado es grande, debiera vivificar nuestras oraciones y nuestros esfuerzos.

Vv. 9—19. Puede hallarse muestras de piedad y devoción aun entre los que, aunque mantienen formas de piedad, son extraños y enemigos de su eficacia. Los príncipes asistieron pacientemente a

la lectura de todo el libro. Tuvieron gran temor. Pero aun los que se convencen de la verdad e importancia de lo que oyen y se disponen a favorecer a los que la predican, suelen tener dificultades y reservas sobre su seguridad, interés o preferencia, de modo que no actúan conforme a su convicción y tratan de deshacerse de lo que encuentran conflictivo.

Vv. 20—32. Quienes desprecian la palabra de Dios muestran pronto, como este rey, que la odian y, como él, desearán que sea destruida. Ved la enemistad contra Dios en la mente carnal, y maravillaos de su paciencia. Los príncipes mostraron cierta preocupación hasta que vieron cuán a la ligera lo tomaba el rey. ¡Cuidaos de tomar con liviandad la palabra de Dios!

CAPÍTULO XXXVII

Versículos 1—10. *El ejército caldeo regresará.* 11—21. *Jeremías es apresado.*

Versículos 1—10. Multitudes presencian los efectos fatales de los pecados de otros hombres, pero sin pensar, se meten en sus huellas y siguen el mismo rumbo destructor. Cuando estemos angustiados, debemos desear las oraciones de los ministros y amistades cristianas. Corriente es que deseen se ore por ellos, los que no reciben el consejo; sin embargo, los pecadores suelen endurecerse cuando se produce una pausa en sus juicios. Pero si Dios no nos ayuda, ninguna criatura puede. No importa cuáles sean los instrumentos que Dios decide usar, aunque parezcan improbables, deben hacer la obra.

Vv. 11—21. Hay momentos en que es sabiduría de los hombres buenos retirarse, entrar en sus aposentos y cerrar la puerta, Isaías xxvi, 20. —Jeremías fue prendido por desertor y metido en la prisión, pero no es nada nuevo que los mejores amigos de la Iglesia sean traicionados, por interés de sus peores enemigos. Cuando somos así falsamente acusados, podemos negar la acusación y encomendar nuestra causa al que juzga con justicia. —Jeremías obtuvo misericordia del Señor para ser fiel y no quiso obtener misericordia del hombre para no ser infiel a Dios ni a su príncipe; él dice toda la verdad al rey. Cuando Jeremías entregó el mensaje de Dios, habló con osadía, pero cuando hizo su propio pedido, habló con sumisión. El león de la causa de Dios debe ser cordero de la suya. Dios dio favor a Jeremías ante los ojos del rey. El Señor Dios puede hacer que hasta las celdas de una cárcel se conviertan en pasturas para su pueblo, y levantará amigos que provean para ellos, de modo que en los días de hambre serán satisfechos.

CAPÍTULO XXXVIII

Versículos 1—13. *Jeremías es echado a un pozo del cual es liberado por un etíope.* 14—28. *El aconseja al rey que se rinda a los caldeos.*

Vv. 1—13. Jeremías siguió con su clara predicación. Los príncipes siguieron en su maldad. Corriente es que la gente impía mire como enemigos a los fieles ministros de Dios porque ellos muestran cuán enemigos de sí mismos son los impíos mientras no se arrepientan. Jeremías fue echado en una cisterna. Muchos de los fieles testigos de Dios han sido secretamente puestos en prisión. —Ebed-melec era un etíope, pero habló fielmente al rey. Estos hombres han hecho mal en todo lo que han hecho a Jeremías. Véase cómo Dios puede levantar amigos para su pueblo

angustiado. —Se dan órdenes para la liberación del profeta y Ebed-melec vio que lo sacaran del pozo. Que esto nos anime a comparecer osadamente por Dios. Se nota especialmente su ternura hacia Jeremías. —¿Qué observamos entonces en los diferentes caracteres, sino lo mismo que vemos en los diversos caracteres hoy, que los hijos del Señor se forman según el ejemplo del Señor, y los hijos de Satanás se conforman a su amo?

Vv. 14—28. Jeremías no se inclinaba por repetir las advertencias que sólo parecían poner en peligro su propia vida, y agregar culpa al rey, pero se le preguntó si temía hacer la voluntad de Dios. Mientras menos teman a Dios los hombres, más temen a los hombres; a menudo, no se atreven a actuar conforme a sus juicios y conciencias.

CAPÍTULO XXXIX

Versículos 1—10. *La toma de Jerusalén.* 11—14. *Jeremías es bien tratado.* 15—18. *Promesas de seguridad para Ebed-melec.*

Vv. 1—10. Jerusalén era tan fuerte que sus habitantes creían que el enemigo nunca podría entrar. Pero el pecado provocó a Dios para que retirara su protección y, entonces, fue tan débil como las demás ciudades. A Sedequías le sacaron los ojos; así, fue condenado a las tinieblas el que había cerrado sus ojos a la luz clara de la palabra de Dios. Los que no creen las palabras de Dios, serán convencidos por el hecho. Obsérvese los cambios maravillosos de la Providencia, cuán inciertas son las posesiones terrenales; y véase los tratos justos de la Providencia: pero si el Señor hace ricos o pobres a los hombres, nada les aprovecha mientras se aferran a sus pecados.

Vv. 11—14. Solo los siervos de Dios están preparados para todos los sucesos; y son librados y consolados mientras el impío sufre. Suelen encontrar más amabilidad del profano que de parte de los hipócritas que profesan santidad. El Señor les levantará amigos, les hará bien, y cumplirá todas sus promesas.

Vv. 15—18. He aquí un mensaje para asegurar a Ebed-melec una recompensa por su gran bondad con Jeremías. Por cuanto pusiste tu confianza en mí, dice el Señor. Dios recompensa los servicios de los hombres conforme a sus principios. Los que confían en Dios en el camino del deber, como hizo este buen hombre, encuentran que su esperanza no les fallará en los momentos del peligro más grande.

CAPÍTULO XL

Versículos 1—6. *Se manda a Jeremías que vaya a Gedalías.* 7—16. *Una conspiración contra Gedalías.*

Vv. 1—6. El capitán de la guardia parece gloriarse en haber sido instrumento de Dios para cumplir aquello para lo cual Jeremías fue el mensajero de Dios que lo predijo. Muchos pueden ver la justicia y la verdad de Dios para otros siendo sordos y ciegos para consigo mismos y sus propios pecados. Pero, tarde o temprano, todos los hombres serán hechos conscientes de que su pecado es la causa de todas sus desgracias. —Jeremías tiene permiso para disponer de sí mismo, pero se le aconseja que

vaya a Gedalías, gobernador de la tierra sometida al rey de Babilonia. Dudoso es que Jeremías haya actuado bien en esta decisión. Pero los que desean la salvación de los pecadores, y el bien de la Iglesia, son dados a esperar mejores tiempos de señales leves, y prefieren la esperanza antes que ser útiles en situaciones más seguras sin ella.

Vv. 7—16. Jeremías nunca en sus profecías habló que hubiera días buenos para los judíos inmediatamente después del cautiverio; pero la Providencia parecía animar tal expectativa; ¡pero cuán pronto se marchitó esta esperanzadora perspectiva! Cuando Dios empieza un juicio, lo completa. Mientras el orgullo, la ambición o la venganza manden en el corazón, los hombres formarán nuevos proyectos y estarán inquietos en la maldad, la cual corrientemente termina en su propia ruina. ¿Quién hubiera pensado que, después de la destrucción de Jerusalén, tan pronto brotaría la rebelión? No puede haber cambio cabal alguno sino el que hace la gracia. Y si se permitiera a los desgraciados, que son mantenidos en cadenas eternas para el juicio del gran día, volver a la tierra, el pecado y el mal de la naturaleza de ellos seguiría sin cambio. Señor, danos corazones nuevos y la mente nueva en que consiste el nuevo nacimiento, puesto que tú has dicho que no podemos sin ella ver tu reino celestial.

CAPÍTULO XLI

Versículos 1—10. *Ismael asesina a Gedalías.* 11—18. *Johanán recupera a los cautivos y sepropone retirarse a Egipto.*

Vv. 1—10. Los que odian a los adoradores de Dios a menudo asumen apariencia de piedad para poder herirlos mejor. Como la muerte frecuentemente halla a los hombres donde éstos menos la esperan, debemos investigar continuamente si estamos en tal estado y ánimo en que deseamos ser hallados cuando seamos llamados a comparecer ante nuestro Juez. —A veces el rescate de la vida de un hombre son sus riquezas. Pero los que piensan sobornar a la muerte dicen: No nos mates porque tenemos tesoros en el campo, desgraciadamente se verán engañados. Esta historia triste nos advierte que nunca estamos seguros en este mundo. Nunca podemos estar seguros de la paz a este lado del cielo.

Vv. 11—18. El éxito de la villanía debe ser breve, y nadie que endurezca su corazón contra Dios puede prosperar. Los que justamente pierden consuelo en temores reales, son los que se excusan con temores pretendidos para pecar. —La eliminación de un rey prudente y pacífico, y la sucesión de otro recio y ambicioso, afecta el bienestar de muchos. Sólo son felices y constantes los que temen al Señor y andan en sus caminos.

CAPÍTULO XLII

Versículos 1—6. *Johanán desea que Jeremías pida consejo a Dios.* 7—22. *Se les asegura la seguridad en Judea, pero la destrucción en Egipto.*

Vv. 1—6. Jeremías es buscado para hacer un favor, y el capitán le pide ayuda. En todo caso difícil, dudoso, debemos buscar la dirección de Dios; y aún con fe podemos pedir ser guiados por el espíritu de sabiduría en nuestro corazón y la conducción de la Providencia. No deseamos verdaderamente

conocer la voluntad de Dios si no resolvemos completamente cumplirla en cuando la conocemos. Muchos prometen hacer lo que pide el Señor, mientras esperan que se les halague el orgullo y se salve su concupiscencia favorita. Pero algo traiciona el estado de sus corazones.

Vv. 7—22. Si queremos conocer la voluntad del Señor en los casos dudosos, debemos esperar y orar. Dios siempre está preparado para volver con misericordia a los que ha afligido; nunca rechaza a quien confía en sus promesas. Ha dicho bastante para silenciar hasta los temores que descorazonan sin causa a su pueblo en el camino del deber. Sea cual sea la pérdida o sufrimiento que podamos temer debido a la obediencia, lo contrarresta la palabra de Dios; Él protegerá y librará a todos los que confían en Él y le sirven. Necedad es dejar nuestro lugar, especialmente dejar una tierra santa, porque nos encontramos con problemas ahí. Los males de los que pensamos escapar pecando, ciertamente nos los acarreamos nosotros mismos. Podemos aplicar esto a los problemas corrientes de la vida; y los que creen evitarlos cambiando de lugar, hallarán que las molestias corrientes a los hombres los alcanzan dondequiera que vayan. Los pecadores que se disfrazan para Dios con profesiones solemnes de fe, deben ser especialmente reprendidos con agudeza, porque sus acciones hablan más claramente que las palabras. No sabemos lo que es bueno para nosotros mismos; y aquello a lo cual más nos aficionamos, y en que hemos puestos nuestro corazón, a menudo resulta nocivo y, a veces, fatal.

CAPÍTULO XLIII

Versículos 1—7. *Los líderes llevan al pueblo a Egipto.* 8—13. *Jeremías predice la conquista de Egipto.*

Vv. 1—7. Sólo por el orgullo viene la disputa con Dios y con el hombre. Ellos prefirieron su propia sabiduría y no la voluntad revelada de Dios. Los hombres niegan que las Escrituras sean la palabra de Dios porque están resueltos a no conformarse a lo que manda la Escritura. —Estos judíos desertaron de su propia tierra, y se pusieron fuera de la protección de Dios. Necedad de los hombres es que, a menudo, se destruyen por malas empresas pretendiendo arreglar su situación.

Vv. 8—13. Dios puede hallar a su pueblo donde esté. El Espíritu de profecía no estaba confinado a la tierra de Israel. —Se predice que Nabucodonosor destruirá a los egipcios y llevará a muchos de ellos al cautiverio. Así Dios hace un azote de un hombre malo o de una nación mala, que es plaga para otra nación. Él castiga a los que engañan a su pueblo profesante o los tientan a la rebelión.

CAPÍTULO XLIV

Versículos 1—14. *Los judíos en Egipto siguen en la idolatría.* 15—19. *Rehúsan reformarse* 20—30. *Jeremías denuncia entonces la destrucción de ellos.*

Vv. 1—14. Dios recuerda a los judíos los pecados que llevaron desolaciones a Judá. Nos conviene advertir a los hombres del peligro del pecado con toda seriedad: ¡Oh, no, no lo hagas! Si amas a Dios no lo hagas, porque es provocarlo; si amas tu alma, no lo hagas porque es destructor para ella. Que la conciencia haga esto por nosotros en la hora de la tentación. —Los judíos a quienes Dios envió a la tierra de los caldeos estaban allá por el poder de la gracia de Dios, destetados de la idolatría; pero los

que fueron por su propia perversa voluntad a la tierra de los egipcios, se aficionaron ahí, más que nunca, a sus idolatrías. Cuando vamos sin causa ni llamado a los lugares de tentación, justo es que Dios nos abandone a nuestra suerte. Si andamos en contra de Dios, Él andará contra nosotros. Las miserias más espantosas a que están expuestos los hombres las ocasiona el rechazo de la salvación ofrecida.

Vv. 15—19. Estos atrevidos pecadores no se excusan, sino declaran que harán lo prohibido. Los que desobedecen a Dios corrientemente van de mal en peor, y el corazón se endurece más por el engaño del pecado. Aquí está el lenguaje real del corazón rebelde. Aun las aflicciones que debieron alejarlos de sus pecados sirvieron para confirmar sus pecados. Triste es cuando los que debieran despertarse unos a otros a lo bueno, y así ayudarse unos a otros en el camino al cielo, se endurecen unos a otros en pecado y así se maduran unos a otros para el infierno. Mezclar idolatría con la adoración divina y rechazar la mediación de Cristo son cosas que provocan a Dios, y ruinosas para los hombres. Todos los que adoran imágenes u honran santos, ángeles, y a la reina del cielo, deben recordar lo que pasó con las costumbres idólatras de los judíos.

Vv. 20—30. Cualquiera sea el mal que nos sobrevenga, se debe a que hemos pecado contra el Señor; por tanto, debemos guardar reverencia y no pecar. Puesto que ellos estaban decididos a persistir en su idolatría, Dios seguiría castigándolos. Lo poco que queda de religión en ellos se perdería. El consuelo y la confianza en las criaturas, de los cuales esperamos mucho, pueden fallar tan pronto como lo que menos esperamos; y todos son lo que Dios hace de ellos, no lo que nosotros nos imaginamos que son. Las esperanzas bien fundamentadas de tener parte de la misericordia divina, siempre están unidas con el arrepentimiento y la obediencia.

CAPÍTULO XLV

Exhortaciön enviada a Baruc.

Baruc fue empleado para escribir las profecías de Jeremías, y leerlas, ver capítulo xxxvi, y por ello fue amenazado por el rey. Los principiantes jóvenes de la religión tienden a descorazonarse con las primeras dificultades pequeñas que comúnmente encuentran en el servicio de Dios. Estas quejas y temores vienen de sus corrupciones. Baruc había elevado demasiado alto sus expectativas de este mundo, y eso hizo que la angustia y el problema en que estaba fueran más duros de soportar. El enojo del mundo no nos inquietaría si no nos halagásemos neciamente a nosotros mismos con la esperanza de sus sonrisas, y las cortejáramos y codiciáramos. ¡Qué necedad es, entonces, buscar aquí grandes cosas para nosotros, donde todo es pequeño y nada cierto! El Señor sabe la causa real de nuestro afán y depresión, mejor que nosotros, y debemos rogarle que examine nuestros corazones y reprima en nosotros todo deseo malo.

CAPÍTULO XLVI

Versículos 1—12. *La derrota de los egipcios.* 13—26. *Su descarte después del sitio de Tiro.* 27, 28. *Una promesa de consuelo para los judíos.*

Vv. 1—12. Toda la palabra de Dios es *contra* los que no obedecen el evangelio de Cristo, pero es *por* aquellos, aun de los gentiles, que se vuelven a Él. —La profecía empieza con Egipto. Que se fortalezcan a sí mismos con todo el arte e interés que tienen, pero todo será en vano. La herida que Dios inflige a sus enemigos no puede ser sanada con remedios. El poder y la prosperidad pronto pasan de uno a otro en este mundo cambiante.

Vv. 13—28. Los que fueron usurpadores de otros, ahora serán usurpados ellos mismos. Egipto es ahora como novilla muy hermosa no acostumbrada al yugo del sometimiento, pero la destrucción viene del norte: los caldeos llegarán. —Se habla de consuelo y paz al Israel de Dios, pensando alentarlos cuando los juicios de Dios estén entre las naciones. Él estará con ellos y sólo los corregirá proporcionadamente; y no los castigará con eterna destrucción sacándolos de su presencia.

CAPÍTULO XLVII

Las calamidades de los filisteos.

Los filisteos siempre habían sido enemigos de Israel, pero el ejército caldeo inundará su tierra como diluvio. Aquellos a quienes Dios saquerá, deben ser saqueados. Porque cuando el Señor concibe destruir al impío le quita toda ayuda. Tan deplorables son las desolaciones de la guerra que las bendiciones de la paz son supremamente deseables. Pero debemos someternos a sus designios porque Él ordena todo en perfecta sabiduría y justicia.

CAPÍTULO XLVIII

Versículos 1—13. *Profecías contra Moab por el orgullo y la seguridad.* 14—47. *Por la confianza carnal y el desprecio de Dios.*

Vv. 1—13. Los caldeos están por destruir a los de Moab. Debemos agradecer que se nos requiera procurar la salvación de la vida de los hombres, y la salvación de sus almas, no derramar su sangre, pero quedaremos sin excusa si hacemos engañosamente esta obra agradable. —Las ciudades serán dejadas en ruinas y el país, devastado. Habrá gran lamento. Habrá gran prisa. Si alguien pudiera dar alas a los pecadores, ni siquiera podrían huir de la ira divina. Hay muchos que persisten en la iniquidad sin arrepentirse, pero desean disfrutar prosperidad externa. De hace mucho tiempo estaban corrompidos y sin reformar, seguros y sensuales en la prosperidad. Ellos no tienen cambios de su paz y prosperidad, por tanto, sus corazones y sus vidas no cambian, Salmo lv, 19.

Vv. 14—47. Se sigue profetizando la destrucción de Moab para despertarlo al arrepentimiento y la reforma nacional para evitar el trastorno o para prepararse para eso mediante el arrepentimiento y reforma personal. —Al leer esta larga lista de amenazas y meditar en el terror, será más útil para nosotros mantener a la vista el poder de la ira de Dios y el terror de sus juicios, y tener nuestros corazones poseídos con santo temor de Dios y de su ira, que indagar en todas las figuras y expresiones aquí usadas. —Pero no es destrucción perpetua. El capítulo termina con una promesa de su regreso del cautiverio en los postreros días. Dios no contenderá por siempre aun con los de Moab, ni siempre estará airado con ellos. Los judíos lo refieren a los días del Mesías; entonces los cautivos

de los gentiles, bajo el yugo del pecado y Satanás, serán traídos de vuelta por la gracia divina, que los hará verdaderamente libres.

CAPÍTULO XLIX

Versículos 1—6. *Profecías referidas a los hijos de Amón.* 7—22. *Los idumeos.* 23—27. *Los sirios.* 28—33. *Los de Cedar.* 34—39. *Los elamitas.*

Vv. 1—6. La fuerza vence a menudo al derecho entre los hombres, pero esa fuerza será controlada por el Todopoderoso que juzga con justicia; se hallarán equivocados los que, como los de Amón, piensan que es suyo todo aquello sobre lo cual pueden poner sus manos. El Señor llamará a los hombres a rendir cuentas por cada caso de deshonestidad, especialmente para con el pobre.

Vv. 7—22. Los idumeos eran antiguos enemigos del Israel de Dios, pero ahora, se acerca su día; está anunciado, no sólo para advertirlos, sino por amor al Israel de Dios, cuyas aflicciones ellos agravaron. —Así, los juicios divinos ruedan de nación en nación; la tierra está llena de conmoción, y nada puede escapar de los ministros de la venganza divina. La justicia de Dios debe observarse en medio de la violencia de los hombres.

Vv. 23—27. ¡Con cuánta facilidad Dios puede acobardar a las naciones que han sido más celebradas por su valor! Damasco se derrite débil. Era una ciudad de placer teniendo todos los deleites de los hijos de los hombres, pero se engañan los que ponen su felicidad en goces carnales.

Vv. 28—33. Nabucodonosor desolaría al pueblo de Cedar, que habitaba los desiertos de Arabia. El que venció a tantas ciudades fuertes no dejaría sin vencer a los que habitaban en carpas. Hará esto para gratificar su propia codicia y ambición, pero Dios lo manda para corregir a un pueblo ingrato, y para advertencia de un mundo negligente que debe esperar trastorno cuando se cree más seguro. Ellos huirán, llegarán lejos y habitarán en lo profundo de los desiertos; serán dispersados. Pero la privacidad y la oscuridad no son siempre protección y seguridad.

Vv. 34—39. Los elamitas eran los persas; actuaron contra el Israel de Dios y deben ser tratados. El mal persigue a los pecadores. Dios les hará saber que Él reina. Pero la destrucción de Elam no será por siempre. Pero esta promesa iba a cumplirse plenamente en los días del Mesías. —Al leer la certeza divina de la destrucción de todos los enemigos de la Iglesia, el creyente ve que el asunto de la guerra santa no es dudoso. Es bendito recordar que el que está por nosotros, es más que todos los que están en contra de nosotros. Él someterá a los enemigos de nuestras almas.

CAPÍTULO L

Versículos 1—3. 8—16; 21—32; *y* 35—46. *La ruina de Babilonia.* 4—7. 17—20; *y* 33, 34. *La redención del pueblo de Dios.*

Vv. 1—7. El rey de Babilonia era amable con Jeremías, pero el profeta debe anunciar la ruina de su reino. Si nuestros amigos son enemigos de Dios no nos atrevamos a hablar de paz para ellos. Aquí se habla de la destrucción de Babilonia como completa. —Aquí hay una palabra de consuelo para los

judíos. Ellos regresarán a su Dios primero, luego a su propia tierra; la promesa de su conversión y su reforma da lugar a las otras promesas. Sus lágrimas fluyen no de la pena del mundo, como cuando se fueron al cautiverio, sino de la pena santa. Ellos buscan al Señor como su Dios, y no tendrán nada más que ver con los ídolos. —Ellos pensarán en el regreso a su propio país. Esto representa el retorno de las pobres almas a Dios. En los convertidos verdaderos hay deseos sinceros de alcanzar el final y cuidado constantes por mantenerse en el camino. Su caso presente es lamentado por muy triste. Los pecados de los cristianos profesantes nunca excusarán a los que se regocijan en destruirlos.

Vv. 8—20. La desolación que sobrevendrá a Babilonia está expresada en una gama de expresiones. La causa de esta destrucción es la ira del Señor. El pecado hace de los hombres un blanco para las flechas del juicio de Dios. —La misericordia prometida al Israel de Dios no sólo acompañará, sino surgirá de la destrucción de Babilonia. Estas ovejas serán reunidas de los desiertos y puestas de nuevo en buenos prados. Todos los que regresen a Dios y a su deber, encontrarán satisfacción de alma en hacerlo así. La liberación de los problemas son, sin duda, consuelo si es fruto del perdón de pecados.

Vv. 21—32. Las fuerzas son dominadas y capacitadas para destruir a Babilonia. Que ellos hagan lo que Dios demanda y harán que ocurra su amenaza. El orgullo del corazón de los hombres pone en su contra a Dios y los madura rápido para la destrucción. El orgullo de Babilonia debe ser su ruina; ha sido orgullosa contra el Santo de Israel; ¿quién puede sostener a los que Dios derribará?

Vv. 33—46. Consuelo de Israel en la angustia es que, pese a ser débiles, su Redentor es poderoso. Esto puede aplicarse a los creyentes que se quejan del dominio del pecado y de la corrupción, y de su propia debilidad y sus múltiples males. El Redentor de ellos es capaz de conservar lo que ellos le encomiendan y el pecado no tendrá dominio sobre ellos. Él les dará el reposo que queda para el pueblo de Dios. —También está aquí el pecado de Babilonia y el castigo de ellos. Los pecados son idolatría y persecución. Él que no salva a su pueblo en sus pecados, nunca tolerará la maldad de sus enemigos directos. Los juicios de Dios por estos pecados los devastarán. En los juicios pronunciados contra la próspera Babilonia, y las misericordias prometidas al afligido Israel, aprendemos a preferir la aflicción con el pueblo de Dios antes que gozar de los deleites temporales del pecado.

CAPÍTULO LI

Versículos 1—58. *El sino de Babilonia.—La controversia de Dios con ella; exhortaciones para el Israel de Dios.* 59—64. *La confirmación de esto.*

Vv. 1—58. Los detalles de esta profecía están dispersos y entrelazados, y las mismas cosas que se dejaron, se vuelven a tomar. —Babilonia abunda en tesoros, pero ni sus aguas ni su riqueza la asegurarán. La destrucción llega cuando no lo piensan. Donde quiera que estemos, en las profundidades más grandes, a la mayor de las distancias, tenemos que recordar a Jehová nuestro Dios; y en los momentos de los peores temores y de las esperanzas más grandes, lo más necesario es recordar al Señor. —El sentir suscitado por la caída de Babilonia es el mismo de la Babilonia del Nuevo Testamento, Apocalipsis xviii, 9, 19. La ruina de todos los que apoyan la idolatría, la infidelidad y la superstición es necesaria para el despertar de la piedad verdadera; y desde este punto de vista consuelan las profecías amenazadoras de la Escritura. La gran sede de la tiranía, idolatría y superstición anticristiana, la perseguidora de los cristianos verdaderos está tan ciertamente

condenada a destrucción como la antigua Babilonia. —Entonces, vastas multitudes se lamentarán por el pecado y buscarán al Señor. Entonces, las ovejas perdidas de la casa de Israel serán llevadas de vuelta al redil del buen Pastor, y no se descarriarán más. Y el cumplimiento exacto de estas antiguas profecías nos exhortan a tener fe en todas las promesas y profecías de las Sagradas Escrituras.

Vv. 59—64. Esta profecía es enviada a Babilonia, a los cautivos, por Seraías, quien tiene que leerla a sus compatriotas en el cautiverio. Que con fe vean el final de estas potencias amenazantes, y se consuelen con esto. Cuando vemos lo que es este mundo, por refulgente que se muestre, por halagadoras que sean sus propuestas, leamos en el libro del Señor que dentro de muy poco será devastado. —El libro debe ser arrojado al río Éufrates. La caída de la Babilonia del Nuevo Testamento está así representada, Apocalipsis xviii, 21. Los que se hunden bajo el peso de la ira y maldición de Dios, se hunden para siempre. Babilonia y todo anticristo pronto se hundirán y no se levantarán nunca más. Esperemos en la palabra de Dios y esperemos calladamente su salvación; entonces veremos la destrucción del impío, pero no la compartiremos.

CAPÍTULO LII

Versículos 1—11. *El destino de Sedequías.* 12—23. *La destrucción de Jerusalén.* 24—30. *Las cautividades.* 31—34. *El avance de Joaquín.*

Vv. 1—11. Por encima de cualquier cosa debemos orar contra este fruto de pecado: No me eches de delante de ti, Salmo li, 11. Nadie es echado de la presencia de Dios sino los que, por su pecado, primero se ponen fuera ellos mismos. —La fuga de Sedequías fue en vano, porque no hay escapatoria de los juicios de Dios; ellos sobrevienen al pecador y lo vencen, dejándole huir dondequiera.

Vv. 12—23. El ejército caldeo hizo mucha destrucción. Pero nada se relata con tanto detalle aquí como el traslado de los utensilios del templo. El recuerdo de su belleza y valor hace resaltar la maldad del pecado.

Vv. 24—30. Los líderes de los judíos les hicieron cometer yerros, pero ahora ellos son, en particular, hechos monumentos de la justicia divina. —He aquí un relato de dos cautiverios anteriores. Este pueblo fue a menudo prodigio de juicio y de misericordia.

Vv. 31—34. Véase la historia del rey Joaquín en 2 Reyes xxv, 27–30. Los que están bajo opresión hallarán que no es en vano tener esperanza y esperar en silencio por la salvación del Señor. Nuestros tiempos están en la mano de Dios, porque los corazones de todos con quienes tenemos que tratar lo están. —Que seamos capacitados, más y más para reposar en la Roca de los siglos y esperar con santa fe la hora en que el Señor restaurará a Sion, y vencerá a todos los enemigos de la Iglesia.

LAMENTACIONES

Es evidente que Jeremías fue el autor de las Lamentaciones, que lleva su nombre. El libro no fue escrito sino después de la destrucción de Jerusalén por los caldeos. Que seamos guiados a considerar el pecado como la causa de todas nuestras calamidades, y estando en pruebas, ejerzamos sumisión, arrepentimiento, fe y oración, con la esperanza de la liberación prometida por medio de la misericordia de Dios.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *El estado miserable de Jerusalén, la consecuencia justa de sus pecados.* 12—22. *Jerusalén representada como una mujer cautiva, que busca la misericordia de Dios.*

Vv. 1—11. A veces el profeta habla en primera persona; otras, quien habla es Jerusalén, como mujer angustiada, o algunos de los judíos. La descripción muestra las miserias de la nación judía. Jerusalén llegó a estar cautiva y esclava, debido a la grandeza de sus pecados; y no tuvo reposo en el sufrimiento. Si permitimos que el pecado, nuestro adversario más grande, tenga dominio en nosotros, justamente soportaremos que otros enemigos también nos dominen. —El pueblo soportó los extremos del hambre y la angustia. En esta triste condición Jerusalén reconoció su pecado y rogó al Señor que mirara su caso. Este es el único camino para aliviarnos bajo la carga; porque es la justa ira de Jehová por las transgresiones del hombre, que ha llenado la tierra de tristeza, lamentos, enfermedad y muerte.

Vv. 12—22. Jerusalén, sentada en el suelo, deprimida, llama a los que pasan para que consideren si su caso no les concierne. Sus sufrimientos externos eran grandes, pero sus sufrimientos internos eran más difíciles de soportar, por el sentido de culpa. La tristeza por el pecado debe ser pesar grande y debe afectar el alma. Aquí vemos el mal del pecado y podemos ser advertidos para huir de la ira venidera. Lo que se aprenda de los sufrimientos de Jerusalén, puede aprenderse mucho más de los sufrimientos de Cristo. ¿No nos habla Él desde la cruz a cada uno de nosotros? ¿No dice: Es nada para vosotros, todos los que pasáis? Que todas nuestras penas nos guíen a la cruz de Cristo, que nos guíen para notar su ejemplo y seguirle alegremente.

CAPÍTULO II

Lamento por la miseria de Jerusalén.

Vv. 1—9. Aquí se hace una triste representación del estado de la Iglesia de Dios, de Jacob e Israel; pero la noticia parece referirse mayormente a la mano del Señor en sus calamidades, aunque Dios no es enemigo de su pueblo, cuando está airado con él y lo corrige. Cuando Dios retira su protección no hay puertas ni rejas que tomen su lugar. Es justo que Dios derribe con juicios a los que se rebajan a sí mismos por el pecado; y que prive del beneficio y consuelo de los días de reposo y de sus ordenanzas, a los que no los han valorado debidamente ni obedecido. ¿Qué harán con las Biblias los

que no las aprovechan? Los que abusan de los profetas de Dios los pierden con justicia. —Se hace necesario, aunque doloroso, volver los pensamientos del afligido a la mano de Dios alzada contra ellos, y a sus pecados, como la fuente de sus miserias.

Vv. 10—22. Se describen causas para los lamentos. Las multitudes perecen de hambre. Hasta los pequeños murieron por mano de sus madres, y se los comieron, según la amenaza de Deuteronomio xxviii, 53. Multitudes caen a espada. Sus falsos profetas los engañaron. Sus vecinos se ríen de ellos. Gran pecado es burlarse de la desgracia de otros y añade mucha aflicción al afligido. Sus enemigos triunfaron sobre ellos. Los enemigos de la Iglesia son dados a tomar sus temores por ruina, pero se engañan a sí mismos. —Se hacen llamados a lamentar; y se busca consuelo para la cura de los lamentos. La oración es un bálsamo para cada llaga, aún la más grave; remedio para toda enfermedad, aún la más penosa. Nuestra actividad en oración es referir nuestra causa al Señor y dejarla en sus manos. Su voluntad sea hecha. Temamos a Dios, y andemos humildemente ante Él y obedezcamos, no sea que caigamos.

CAPÍTULO III

El fiel lamenta sus calamidades y tiene esperanza en las misericordias de Dios.

Vv. 1—20. El profeta relata la parte más sombría y desalentadora de su experiencia y cómo halló apoyo y alivio. En el tiempo de su prueba el Señor se había vuelto terrible con él. Fue una aflicción que era la miseria misma; porque el pecado hace de la copa de aflicción una copa amarga. La lucha entre la incredulidad y la fe a menudo es severa. Pero el creyente más débil se equivoca si piensa que su fuerza y esperanza en el Señor se acabaron.

Vv. 21—36. Habiendo expresado su angustia y tentación, el profeta muestra cómo fue levantado por encima de ellas. Malas como son las cosas se debe a la misericordia del Señor que no sean peores. Debemos observar lo que hace por nosotros y en qué está contra nosotros. Las misericordias de Dios no fallan; de esto tenemos ejemplos frescos cada mañana. Las porciones de la tierra son cosas perecederas, pero Dios es porción eterna. —Nuestro deber es, y será nuestro consuelo y satisfacción, tener esperanza y esperar en silencio la salvación del Señor. Las aflicciones obran y obrarán mucho para el bien: muchos han hallado bueno haber llevado este yugo en su juventud; ha hecho humildes y serios a muchos y los ha destetado del mundo, porque, de lo contrario, hubieran sido orgullosos e ingobernables. Si la tribulación produce paciencia, la paciencia, prueba y la prueba, esperanza; la esperanza no avergüenza. Pensamientos adecuados del mal del pecado y de nuestra propia pecaminosidad, nos convencerán que es por la misericordia de Jehová que no hemos sido consumidos. Si no podemos decir con voz que no titubee: El Señor es mi porción, ¿puede que no digamos, deseo tenerlo a Él como mi porción y salvación y en su palabra tengo esperanza? Felices seremos si aprendemos a recibir la aflicción como que viene de la mano de Dios.

Vv. 37—41. Mientras hay vida, hay esperanza; y, en lugar de quejarse de que las cosas están mal, debemos estimularnos unos a otros con la esperanza de que estarán mejor. Somos pecadores y de lo que nos quejamos es mucho menos de lo que merecen nuestros pecados. Debemos quejarnos *a* Dios, y no *de* Él. En tiempo de calamidad, somos dados a reflexionar en los caminos de otras personas y a echarles la culpa; pero nuestro deber es investigar y examinar nuestros caminos, para volvernos del mal a Dios. Nuestro corazón debe ir con nuestras oraciones. Si las impresiones internas no concuerdan con las externas, nos burlamos de Dios y nos engañamos a nosotros mismos.

Vv. 42—54. Mientras más miraba el profeta las desolaciones, más se entristecía. —He aquí una palabra de consuelo. Mientras seguían llorando, seguían esperando; y ninguno esperaría socorro de nadie sino del Señor.

Vv. 55—66. La fe viene como vencedora, porque en estos versículos el profeta concluye con algo de consuelo. La oración es el aliento del hombre nuevo, que inhala el aire de la misericordia en las peticiones y lo exhala en alabanzas; prueba y mantiene la vida espiritual. Él silenció sus temores y aquietó sus espíritus. Tú dijiste: No temas. Este fue el lenguaje de la gracia de Dios, por el testimonio de su Espíritu en sus espíritus. ¿Y qué son todas nuestras penas comparadas con las del Redentor? Él libra a su pueblo de todo problema, y revive a su Iglesia de toda persecución. Él salvará a los creyentes con salvación eterna, mientras sus enemigos perecerán con destrucción eterna.

CAPÍTULO IV

El estado deplorable de la nación en contraste con su antigua prosperidad.

Vv. 1—12. ¡Qué cambio hay aquí! El pecado mancha la belleza de las potestades más exaltadas y de los dones más excelentes, pero el oro, probado en el fuego, que Cristo concede, nunca nos será quitado; su aspecto externo puede ser opacado, pero su valor real nunca puede ser cambiado. —Los horrores del sitio y de la destrucción de Jerusalén se describen otra vez. Contemplando las tristes consecuencias del pecado en la Iglesia de antes, consideremos seriamente lo que las mismas causas pueden acarrear justamente ahora a la Iglesia. Pero, Señor, aunque nos alejamos de ti en rebelión, aun vuelve a nosotros, y vuelve a ti nuestros corazones, para que podamos temer tu nombre. Ven a nosotros, bendícenos con despertar, conversión, renovación y gracia que confirma.

Vv. 13—20. Nada madura más para su ruina a un pueblo, ni llena más rápido su medida, que los pecados de sacerdotes y profetas. El mismo rey no puede escapar, porque la venganza divina lo persigue. Nuestro único Rey ungido es la vida de nuestras almas; podemos vivir a salvo bajo su sombra, y regocijarnos en Él en medio de nuestros enemigos, porque Él es el Dios verdadero y la vida eterna.

Vv. 21, 22. Aquí se anuncia que se pondrá fin a los trastornos de Sion. No de la plenitud del castigo merecido, sino de lo que Dios ha determinado infligir. —Se pondrá fin a los triunfos de Edom. Todos los problemas de la Iglesia y del creyente pronto se terminarán. Se acerca la condenación de sus enemigos. El Señor sacará sus pecados a la luz y ellos yacerán en pena eterna. Aquí Edom representa a todos los enemigos de la Iglesia. La corrupción y el pecado de Israel, lo cual el profeta ha demostrado que es universal, justifica los juicios del Señor. Muestra la necesidad de la gracia en Cristo Jesús, que el pecado y la corrupción de toda la humanidad hicieron tan necesaria.

CAPÍTULO V

La nación judía suplica el favor divino.

Vv. 1—16. ¿Está alguno afligido? Que ore; y que en oración derrame su queja ante Dios. El pueblo de Dios hace eso aquí; se quejan, no de los males temidos, sino de los males sentidos. Si nos arrepentimos y tenemos paciencia por lo que sufrimos por los pecados de nuestros padres, podemos tener la expectativa de que Aquel que castiga, volverá a nosotros con misericordia. —Ellos reconocen: ¡Ay de nosotros que hemos pecado! Todos nuestros ayes se deben a nuestro pecado y a nuestra necedad. Aunque nuestros pecados y el justo descontento de Dios causan nuestros sufrimientos, podemos tener esperanza de su misericordia que perdona, su gracia que santifica y su buena providencia. Pero los pecados de toda la vida de un hombre serán castigados con venganza al final, a menos que ponga interés en Aquel que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.

Vv. 17—22. El pueblo de Dios expresa profunda preocupación por las ruinas del templo, más que por cualquiera otra de sus calamidades. Pero sea lo que sea que cambie aquí en la tierra, Dios es aún el mismo y sigue siendo por siempre sabio y santo, justo y bueno; en Él no hay cambio ni sombra de variación. —Ellos oran con fervor a Dios por misericordia y gracia, Vuélvenos a ti, oh Señor. Dios nunca deja a nadie hasta que ellos lo dejan a Él primero; si los hace volver a sí mismos por el camino del deber, sin duda que Él se volverá a ellos con prontitud por un camino de misericordia. Si Dios por su gracia renueva nuestros corazones, renovará por su favor nuestros días. Los trastornos pueden hacer que nuestros corazones desfallezcan, y que se nublen nuestros ojos, pero está abierto el camino al trono de la gracia de nuestro Dios reconciliado. En todas nuestras pruebas pongamos toda nuestra confianza y fe en su misericordia; confesemos nuestros pecados y derramemos nuestros corazones ante Él. Velemos contra los afanes y el desaliento; porque seguramente sabemos que al final todo será bueno para todos los que confían en el Señor, le temen, le aman y le sirven. —¿No son los juicios del Señor en la tierra los mismos que en la época de Jeremías? Entonces, que Sion sea recordada por nosotros en nuestras oraciones y su bienestar sea buscado por encima de todo goce terrenal. Salva, Señor, salva a tu pueblo, y no des tu herencia al reproche para que el pagano no reine sobre ellos.

EZEQUIEL

Ezequiel fue uno de los sacerdotes; fue llevado al cautiverio a Caldea con Joaquín. Todas sus profecías fueron entregadas en ese país, en alguna parte en el norte de Babilonia. Su principal objetivo era consolar a sus hermanos cautivos. Se le manda que advierta de las calamidades espantosas que vienen a Judea, particularmente a los profetas falsos y a las naciones vecinas. También, para anunciar la restauración futura de Israel y Judá de sus varias dispersiones y su estado de dicha en sus días postreros, bajo el Mesías. Hay mucho de Cristo en este libro, especialmente en la conclusión.

CAPÍTULO I

Versículos 1—14. *La visión de Dios y de la hueste angélica que tiene Ezequiel.* 15—25. *La conducta de la divina providencia.* 26—28. *Revelación del Hijo del hombre en su trono celestial.*

Vv. 1—14. Misericordia es que nos traigan la palabra de Dios y deber es atenderla con diligencia cuando estamos afligidos. La voz de Dios vino con plenitud de luz y poder por el Espíritu Santo. Estas visiones parecen haber sido enviadas para poseer la mente del profeta con pensamientos grandes y elevados de Dios. Para golpear con terror a los pecadores. Para hablar consuelo a los que temían a Dios y se humillaban. —En los versículos 4—14 está la primera parte de la visión; representa a Dios atendido y servido por una vasta compañía de ángeles que son, todos, sus mensajeros, sus ministros que ejecutan sus mandamientos. Esta visión impresionaría la mente con arrobamiento y temor solemne del descontento divino aunque suscitando expectativas de bendiciones. —El fuego está rodeado de gloria. Aunque busquemos no podemos hallar a Dios a la perfección pero, de todos modos, vemos el fulgor que lo rodea. La semejanza de los seres vivientes sale del medio del fuego; los ángeles derivan su ser y poder de Dios. Ellos tienen el entendimiento del hombre y mucho más. Un león se destaca en fuerza y arrojo. Un buey se destaca en diligencia y paciencia, en el cumplimiento infatigable del trabajo que tiene que hacer. El águila se destaca por la rapidez y la vista muy aguda y por remontarse muy alto; y los ángeles que superan al hombre en todos esos aspectos, se presentan con ese aspecto. Los ángeles tienen alas; y cualquier cosa que Dios les mande, no pierden tiempo. Ellos están erguidos, firmes y constantes. No sólo tenían alas para moverse, sino manos para la acción. Muchas personas son rápidas, pero no son activas, se apresuran, pero sin hacer nada con propósito; tienen alas, pero no manos. Sin embargo, donde quiera que las alas de los ángeles los llevaran, tenían sus manos consigo para hacer lo que el deber requería. Cualesquiera fuera el servicio que los ocupaba, iban directo a ellos cada vez. Cuando vamos derecho, vamos adelante; cuando servimos a Dios con un solo corazón, hacemos obra. Ellos no se volvían cuando iban. Ellos no cometían errores y su obra no había que volver a hacerla. Ellos no retaceaban sus actividades para entretenerse con cualquier cosa. Ellos iban donde el Espíritu de Dios quería que fueran. —El profeta vio a estos seres vivientes por su propia luz, porque su aspecto era como de brasas de fuego; son serafines o "ardientes" lo cual denota el ardor de su amor por Dios y el ferviente celo a su servicio. —Nosotros podemos aprender lecciones provechosas de los temas en que podemos entrar o entender por completo. Pero atendamos a las cosas que se relacionan a nuestra paz y deber, y dejemos las cosas secretas al único Señor al cual le pertenecen.

Vv. 15—25. La providencia, representada por las ruedas, produce cambios. —A veces, un rayo de la rueda está arriba, a veces otro; pero el movimiento de la rueda sobre su propio eje es uniforme y constante. No tenemos que desfallecer en la adversidad; las ruedas giran y nos levantarán en el momento debido, mientras quienes presumen de prosperidad, no saben cuán pronto pueden ser derribados. —La rueda está cerca de los seres vivientes; los ángeles son empleados como ministros de la providencia de Dios. El espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas; la misma sabiduría, poder, y santidad de Dios que guía y gobierna a los ángeles, ordena por ellos todos los sucesos en este mundo de abajo. La rueda tenía cuatro caras, denotando eso que la providencia de Dios se ejerce en todas sus partes. Mire de todas maneras la rueda de la providencia, tiene una cara hacia usted. Su aspecto y obra era como de una rueda en el medio de otra rueda. Las disposiciones de la Providencia nos parecen oscuras, confusas y son innumerables, pero todas están sabiamente ordenadas para lo mejor. —El movimiento de las ruedas era uniforme, regular y constante. Iban como mandaba el Espíritu, por tanto, no retornaban. No tenemos que deshacer, por arrepentirnos, lo que hicimos mal si seguimos la dirección del Espíritu. Los anillos o bordes de las ruedas eran tan vastos que, cuando se ponían en movimiento, el profeta temió mirarlos. La consideración de la altura y profundidad de los consejos de Dios debe arrobarnos con asombro. Estaban llenas de ojos en su contorno. Los movimientos de la Providencia son, todos, dirigidos por la sabiduría infinita. Todos los hechos están determinados por los ojos del Señor, que están en todas partes contemplando el mal y el bien; porque

no existe cosa tal como la suerte o la fortuna. —El firmamento de arriba era como cristal, glorioso pero en forma terrible. Eso que nosotros consideramos que es una nube negra es claro como el cristal para Dios, a través del cual mira a todos los habitantes de la tierra. Cuando los ángeles despertaron a un mundo desconsiderado, ellos bajaron sus alas, para que se oyera claramente la voz de Dios. La voz de la providencia es para abrir los oídos de los hombres a la voz de la palabra. —Los sonidos de la tierra deben despertar nuestra atención a la voz del cielo; porque ¿cómo escaparemos si nos alejamos de Aquel que habla desde allá?

Vv. 26—28. El Hijo eterno, la Segunda Persona de la Trinidad, que después tomó la naturaleza humana, se denota aquí. Lo primero que se observa es un trono. Es un trono de gloria, un trono de gracia, un trono de triunfo, un trono de gobierno, un trono de juicio. Es buena nueva para los hombres que el trono por encima del firmamento esté lleno con Uno que parece, aun allí, semejanza de hombre. El trono está rodeado con un arco iris, el bien conocido sacramento del pacto, que representa la misericordia y el amor pactado de Dios a su pueblo. El fuego de la ira de Dios estaba irrumpiendo contra Jerusalén, pero se le pondrían límites; Él miraría por encima del arco y recordaría el pacto. —Todo lo que el profeta vio fue solamente para prepararlo para lo que iba a oír. Cuando cayó postrado sobre su rostro, oyó la voz de Uno que habló. Dios se deleita en enseñar al humilde. Entonces, que los pecadores se humillen ante Él. Que los creyentes piensen en su gloria, para que paulatinamente sean cambiados a su imagen por el Espíritu del Señor.

CAPÍTULO II

Versículos 1—5. *Se manda al profeta lo que tiene que hacer.* 6—10. *Se le exhorta a ser resuelto, fiel y devoto.*

Vv. 1—5. Para que Ezequiel no se envanezca con la abundancia de las revelaciones, se le pone en la mente que aún es un hijo de hombre, criatura débil y mortal. Como Cristo habitualmente se llamaba el Hijo del Hombre, también fue una distinción honrosa. —La postura de Ezequiel muestra reverencia, pero levantarse sería una postura de mayor disposición y aptitud para entrar en acción. Dios nos hablará cuando estemos listos para hacer lo que nos manda. Como Ezequiel no tenía fuerza propia, el Espíritu entró en él. Dios se complace en su gracia de obrar en nosotros lo que sea que requiera de nosotros. El Espíritu Santo nos pone de pie inclinando nuestras voluntades a nuestro deber. Así, pues, cuando el Señor llama al pecador que se despierte, y atienda a los intereses de su alma, el Espíritu de vida y gracia trae el llamamiento. —Ezequiel es enviado con un mensaje a los hijos de Israel. Muchos podrían tratar con desprecio este mensaje, pero debieran saber por el acontecimiento, que un profeta había sido enviado a ellos. Dios será glorificado y su palabra honrada, sea sabor de vida para vida o de muerte para muerte.

Vv. 6—10. Los que quieren hacer cualquier cosa con el propósito del servicio de Dios, no deben temer a los hombres. Los impíos son como cardos y espinos, pero están para la maldición y su final es ser quemados. El profeta debe ser fiel a las almas de aquellos a quienes fue enviado. Todos los que hablan de parte de Dios al prójimo, deben obedecer su voz. Los descubrimientos del pecado y las advertencias de la ira deben ser materia de lamento. Los que están familiarizados con la palabra de Dios percibirán claramente que está llena de ayes para los pecadores no arrepentidos; y que todas las promesas preciosas del evangelio son para los siervos creyentes y arrepentidos del Señor.

CAPÍTULO III

Versículos 1—11. *La preparación del profeta para su obra.* 12—21. *Su oficio, como el de un atalaya o centinela.* 22—27. *La restricción y la restauración de su habla.*

Vv. 1—11. Ezequiel iba a recibir las verdades de Dios como alimento para su alma, iba a alimentarse de ellas por fe y sería fortalecido. Las almas en la gracia pueden recibir esas verdades de Dios con deleite, aunque hablan terror al impío. Debe hablar todo lo que Dios le habló, y sólo eso. ¿Cómo podemos hablar mejor lo que piensa Dios que con sus palabras? —Si estaba desencantado con su gente, no debía estar ofendido. Los ninivitas fueron alcanzados por la predicación de Jonás, cuando Israel no se humillaba ni se reformaba. Dejemos esto a la soberanía divina y decir, Señor, insondables son tus juicios. Ellos no consideran la palabra del profeta, porque no consideran la vara de Dios. —Cristo promete fortalecerle. Él debe seguir con fervor y predicar sea cual sea el éxito.

Vv. 12—21. Esta misión hizo que se regocijaran los santos ángeles. Todo esto era para convencer a Ezequiel que el Dios que lo enviaba tenía poder para sostenerlo en su obra. Estaba sobrecogido de pena por los pecados y miserias de su pueblo, y abrumado por la gloria de la visión que había visto. Por dulce que sea el retiro, la meditación y la comunión con Dios, el siervo del Señor debe prepararse para servir a su generación. El Señor dijo al profeta que lo había nombrado como atalaya de la casa de Israel. Si se le advierte al impío, no se nos cargará su destrucción. —Aunque tales pasajes se refieren al pacto nacional con Israel, se aplican por igual al estado final de todos los hombres bajo cada dispensación. No sólo tenemos que alentar y consolar a los que parecen ser justos, sino advertirles porque muchos se han vuelto altivos y seguros, han caído y hasta muerto en sus pecados. Seguramente entonces que los oidores del evangelio desearan advertencias y hasta reproches.

Vv. 22—27. Admitamos nosotros mismos que estamos por siempre endeudados a la mediación de Cristo, para la bendecida interrelación entre Dios y el hombre; el creyente verdadero dirá, nunca estoy menos solo que cuando estoy solo. Cuando el Señor abrió la boca de Ezequiel, él iba a entregar directamente el mensaje, a exponer la vida y la muerte, la bendición y la maldición, ante la gente y dejarlos a su elección.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—8. *El sitio de Jerusalén.* 9—17. *El hambre que sufrirían los habitantes.*

Vv. 1—8. El profeta iba a representar por señales el sitio de Jerusalén. Tenía que yacer sobre su costado izquierdo por una cantidad de días, que se suponía igual a los años desde el establecimiento de la idolatría. Todo lo que el profeta pone por delante de los hijos de su pueblo, sobre la destrucción de Jerusalén, es para mostrar que el pecado es la causa que provoca la destrucción de la antes floreciente ciudad.

Vv. 9—17. El pan que era el sustento de Ezequiel, tenía que ser de una mezcla de grano grueso y semillas de leguminosas, rara vez usada salvo en casos de escasez urgente y, de esto, sólo tenía que tomar una pequeña cantidad. Así se figuraba el extremo al cual iban a ser reducidos los judíos durante el sitio y el cautiverio. —Ezequiel no ruega, Señor, desde mi juventud fui criado con delicadeza y nunca he acostumbrado una cosa como esta, sino que había sido criado

conscientemente, y que jamás había comido nada prohibido por la ley. Será consuelo, cuando somos llevados a sufrir dificultades, que nuestro corazón pueda testificar que siempre hemos sido cuidadosos para evitar aun la apariencia de mal. —Véase qué obra tan lamentable hace el pecado, y reconózcase la justicia de Dios aquí. Abusaron de su abundancia hasta el lujo y el exceso, entonces fueron justamente castigados con hambre. Cuando los hombres no sirven a Dios con alegría en la abundancia de todas las cosas, Dios los hará servir a sus enemigos en la escasez de todas las cosas.

CAPÍTULO V

Versículos 1—4. *Un tipo de pelo muestra los juicios por sobrevenirles a los judíos.* 5—17. *Se declaran juicios espantosos.*

Vv. 1—4. El profeta debe afeitarse el pelo de la cabeza y la barba, lo que significa el rechazo y abandono absoluto de Dios al pueblo. Una parte debe quemarse en medio de la ciudad, denotando que las multitudes perecerán por hambre y pestilencia. Otra parte tenía que ser cortada en trozos, representando a los muchos que iban a morir a espada. Otra parte tenía que tirarse al viento para denotar el traslado de algunos a la tierra del conquistador, y la fuga de otros a los países vecinos en busca de refugio. Una pequeña cantidad de la tercera parte del pelo tenía que atarla a la túnica del profeta, como aquello que se cuida mucho. Pero pocos fueron reservados. A cualquier refugio que huyan los pecadores, el fuego y la espada de la ira de Dios los consumirá.

Vv. 5—17. La sentencia dictaminada contra Jerusalén es muy horrorosa, la manera de expresarla la hace más aun. ¿Quién es capaz de estar ante la vista de Dios cuando está airado? —Los que viven y mueren sin arrepentimiento perecerán sin piedad para siempre; llega el día en que el Señor no salvará. —Que nadie, personas o iglesias, que cambien los estatutos del Señor, tengan esperanzas de escapar del sino de Jerusalén. Propongámonos adornar la doctrina de Dios nuestro Salvador en todas las cosas. Tarde o temprano la palabra de Dios se demostrará verdadera.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—7. *Los juicios divinos por la idolatría.* 8—10. *Un remanente será salvado.* 11—14. *Las calamidades para lamentar.*

Vv. 1—7. La guerra destruye personas, lugares y cosas que se estiman sumamente sagradas. Dios destruye la idolatría aun por manos de los idólatras. Justo es que Dios asuele lo que nosotros hicimos ídolo. Las supersticiones en que confían muchos para estar seguros, suele causarles la ruina. Se acerca el día en que los ídolos y la idolatría serán tan totalmente destruidos de entre la iglesia que se profesa cristiana como lo fueron de entre los judíos.

Vv. 8—10. Un remanente de Israel deberá ser dejado; en el largo plazo ellos recordarán al Señor, sus obligaciones para con Él, y la rebelión contra Él. Los penitentes verdaderos ven que el pecado es esa cosa abominable que el Señor odia. Los que aborrecen el pecado verdaderamente, se odian a sí mismos debido al pecado. Dan la gloria a Dios por su arrepentimiento. Lo que sea que lleve a los hombres a recordar a Dios y los pecados en su contra, debe ser considerado una bendición.

Vv. 11—14. Nuestro deber es ser afectados no sólo con nuestros propios pecados y sufrimientos, sino mirar con compasión las miserias que se acarrean los impíos. El pecado es cosa desoladora; por tanto, temed y no pequéis. —Si conocemos el valor de las almas, y el peligro al que se exponen los incrédulos, consideraremos que todo pecador que se refugie en Jesús de la ira venidera, es abundante recompensa por todo el desprecio u oposición con que podamos encontrarnos.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—15. *La desolación de la tierra.* 16—22. *La angustia de los pocos que escaparán.* 23—27. *El cautiverio.*

Vv. 1—15. Lo abrupto de esta profecía y las muchas repeticiones muestran que el profeta estaba profundamente afectado por la perspectiva de estas calamidades. Tal será la destrucción de los pecadores, porque nadie puede evitarla. ¡Oh, que la iniquidad del impío terminara antes que los acabe a ellos! La angustia es para el impenitente sólo un mal, endurece sus corazones y revuelve sus corrupciones, pero existen aquellos para los cuales es santificada por la gracia de Dios y un medio de mucho bien. —El día de la angustia real está cerca, no es un simple eco o rumor de problemas. Cualquiera sea el fruto de los juicios de Dios, nuestro pecado es raíz de ellos. Estos juicios serán universales. Dios será glorificado en todo. Ahora es el día de la paciencia y misericordia del Señor, pero el tiempo de la angustia del pecador está cerca.

Vv. 16—22. Tarde o temprano el pecado causará dolor; y los que no se arrepientan de su pecado pueden en justicia ser dejados para destrozarse en ello. Hay muchos cuya riqueza es su trampa y destrucción; y ganar el mundo es la pérdida de sus almas. Las riquezas no aprovechan en el día de la ira. La riqueza de este mundo no tiene en ella lo que responderá los deseos del alma o no será satisfacción para ella en el día de angustia. —El templo de Dios no les dará cabida. Son indignos de ser honrados con la forma de la piedad los que no sean gobernados por su poder.

Vv. 23—27. Quienquiera que quebrante los límites de la ley de Dios, se encontrará atado y retenido por las cadenas de sus juicios. Puesto que ellos se animan unos a otros en el pecado, Dios los desalentará. Todos deben estar angustiados cuando Dios venga a juzgarlos conformes a sus deserciones. Que el Señor nos capacite para buscar la buena parte que no será quitada.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *Idolatrías cometidas por los reyes judíos.* 7—12. *Las supersticiones a las cuales los judíos eran devotos;—el egipcio.* 13, 14. *El fenicio.* 15, 16. *El persa.* 17, 18. *La odiosidad del pecado.*

Vv. 1—6. El glorioso personaje que Ezequiel contempló en visión, pareció tomarlo y fue llevado en espíritu a Jerusalén. Ahí, en el patio interior del templo, había un lugar preparado para un ídolo vil. El todo fue presentado en visión al profeta. Si complace a Dios dar a un hombre una vista clara de su gloria y majestad, y de todas las abominaciones que se cometen en una ciudad cualquiera, entonces reconocerá la justicia de los castigos más severos que Dios inflige allí.

Vv. 7—12. Se abrió una especie de lugar secreto, donde el profeta vio criaturas pintadas en las paredes y unos cuantos ancianos de Israel adorando ante ellas. Ninguna superioridad en asuntos mundanos preservará a los hombres de la lujuria o la idolatría, cuando son entregados a sus corazones engañosos; los que pronto se cansan al servicio de Dios, suelen no reclamar por el esfuerzo ni por los gastos originados por sus supersticiones. Cuando los hipócritas se esconden detrás del muro de una profesión de fe externa, hay uno u otro hoyo en el muro, algo que los traiciona ante los que miran con diligencia. Hay una gran cantidad de iniquidad secreta en el mundo. Creen estar fuera de la vista de Dios. Pero, sin duda, están maduros para la destrucción, los que culpan al Señor de sus pecados.

Vv. 13—18. El lamento anual por Tammuz era acompañado de costumbres infames; y se supone que los adoradores del sol aquí retratados, eran sacerdotes. El Señor apela al profeta en cuanto a la odiosidad del pecado; "he aquí que aplican el ramo a sus narices" denotando con eso una costumbre usada por los idólatras en honor a los ídolos que servían. —Mientras más examinamos la naturaleza humana y nuestros corazones, más abominaciones descubriremos; mientras más tiempo se examine el creyente, más se humillará ante Dios y más valorará la fuente abierta para el pecado y procurará lavarse en ella.

CAPÍTULO IX

Visión que denota la destrucción de los habitantes de Jerusalén, y la partida del símbolo de la presencia divina.

Vv. 1—4. Gran consuelo para los creyentes es que, en medios de los destructores y de la destrucción, haya un Mediador, un gran Sumo Sacerdote, que tiene sus intereses en el cielo, y en el que los santos de la tierra tienen sus intereses. La representación de la gloria divina desde encima del arca, puesta en el umbral, muestra que el Señor estaba por dejar su trono de la gracia, para hacer juicio al pueblo. —El carácter distintivo de este remanente que va a ser salvado, es tal suspiro y llanto a Dios en oración, debido a las abominaciones de Jerusalén. A los que se mantienen puros en épocas de iniquidad general, Dios los mantendrá a salvo en épocas de trastorno y angustia general.

Vv. 5—11. La matanza debía empezar en el santuario para que todos vean y sepan que el Señor odia el pecado en forma suma en los que están más cerca de Él. El que fue nombrado para proteger, informa el asunto. Cristo es fiel al cometido que se le encargó. ¿Le manda su Padre asegurar la vida eterna del remanente escogido? Dice: A los que me diste, ninguno de ellos se perdió. Si los demás perecen y nosotros somos salvados, debemos atribuir la diferencia por completo a la misericordia de nuestro Dios, porque nosotros también merecimos la ira. Sigamos aún pidiendo en favor de los demás. Pero el Señor no hace injusticia si no muestra misericordia; Él sólo recompensa los caminos del hombre.

CAPÍTULO X

Versículos 1—7. *Visión del incendio de la ciudad.* 8—22. *La gloria divina se va del templo.*

Vv. 1—7. El fuego tomado de entre las ruedas, debajo del querubín, capítulo i, 13, parece significar la ira de Dios que caería sobre Jerusalén. Sugiere que el fuego de la ira divina, que enciende juicio para un pueblo, es justa y santa; y en el gran día, la tierra y todas las obras que hay en ella, serán quemadas.

Vv. 8—22. Ezequiel ve el obrar de la providencia divina en el gobierno del mundo inferior y los asuntos de este. Cuando Dios abandona a un pueblo con desagrado, los ángeles arriba y todos los hechos de abajo, ayudan en su partida. El Espíritu de vida, el Espíritu de Dios, manda a todas las criaturas, del cielo y la tierra, que sirvan el propósito divino. —Dios se aleja paulatinamente de un pueblo provocador y, cuando está listo para irse, podría regresar a ellos si fuera un pueblo que se arrepiente y ora. Que esto sirva de advertencia a los pecadores para buscar al Señor mientras pueda ser hallado, y a llamarlo en tanto esté cercano, y haga que todos andemos humildes y despiertos con nuestro Dios.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—13. *Los juicios divinos contra el impío de Jerusalén.* 14—21. *El favor divino para los del cautiverio.* 22—25. *La presencia divina abandona la ciudad.*

Vv. 1—13. Donde Satanás no puede convencer a los hombres para que consideren inciertos a los juicios venideros, gana su argumento persuadiéndolos para que los consideren lejanos. Estos reyes perversos osan decir: Estamos tan seguros en esta ciudad como la carne en una olla que hierve; los muros de la ciudad serán para nosotros como muros de bronce, no recibiremos más daño de los sitiadores que el caldero del fuego. —Cuando los pecadores se halagan para su propia destrucción, es hora de decirles que no tendrán paz, si siguen así. Nadie tendrá posesión de la ciudad sino los que estén enterrados en ella. Los que se sienten más seguros son los menos a salvo. —Dios suele complacerse en apartar a unos pecadores para advertencia de otros. Incierto es si Pelatías murió en esa época en Jerusalén, o cuando se aproximaba el cumplimiento de la profecía. Como Ezequiel, nosotros debemos afectarnos mucho por la muerte súbita del prójimo al punto de implorar al Señor que tenga misericordia de los que quedan.

Vv. 14—21. Los cautivos piadosos de Babilonia fueron insultados por los judíos que seguían en Jerusalén, pero Dios les hizo promesas de gracia. Se les promete que Dios les dará un corazón; un corazón firmemente establecido en Dios y no fluctuante. Todos los que son hechos santos tienen un espíritu nuevo, un temperamento nuevo y una disposición nueva; ellos actúan a partir de nuevo principios, andan según reglas nuevas y apuntan a objetivos nuevos. Un nombre nuevo o una cara nueva no sirven sin un espíritu nuevo. Si un hombre está en Cristo, nueva criatura es. No se puede hacer sensible al corazón carnal, como de piedra. Los hombres viven entre muertos y muriendo, nunca se preocupan ni se humillan. Él hará tiernos sus corazones y aptos para recibir nuevas impresiones: esta es la obra de Dios, es su don por la promesa; y un cambio feliz y maravilloso es acarreado por ella, de muerte a vida. —Las costumbres de ellos serán coherentes con esos principios. Los dos deben ir, e irán, de acuerdo. Cuando el pecador siente necesidad de esas bendiciones, presente las promesas como oraciones en el nombre de Cristo, y serán cumplidas.

Vv. 22—25. Aquí está la partida de la presencia de Dios desde la ciudad y el templo. Fue desde el Monte de los Olivos que la visión subió, tipificando la ascensión de Cristo al cielo desde ese mismo monte. Aunque el Señor no abandone a su pueblo puede, sin embargo, alejarse de cualquier

parte de su iglesia visible por los pecados de ella, y el ¡ay! caerá sobre ellos cuando retire su presencia, gloria y protección.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—16. *El cautiverio que se aproxima.* 17—20. *Un emblema de la consternación de los judíos.* 21—28. *Respuestas a las objeciones de los burladores.*

Vv. 1—16. Por los preparativos para irse y su salida a través de la pared de su casa en el anochecer, como quien está deseoso de escapar del enemigo, el profeta significó la conducta y destino de Sedequías. —Cuando Dios nos ha liberado, debemos glorificarle y edificar al prójimo, reconociendo nuestros pecados. Aquellos que por las aflicciones son llevados a esto, se les hace saber que Dios es el Señor, y pueden ayudar a llevar al prójimo para que Le conozcan.

Vv. 17—20. El profeta debe comer y beber preocupado y temeroso, temblando, para expresar la condición de los de Jerusalén durante el sitio. Cuando los ministros hablan de la destrucción que viene para los pecadores, deben hablar como los que conocen los terrores del Señor. Las aflicciones son felices si nos mejoran en el conocimiento de Dios, por penosas que sean para la carne y la sangre.

Vv. 21—28. De esa paciencia de Dios, que debiera haberlos llevado a arrepentirse, los judíos se endurecieron en el pecado. No servirá de disculpa por hablar mal, alegar que es un dicho común. —No hay sino un paso entre nosotros y una eternidad espantosa; por tanto, nos concierne prepararnos para el estado futuro. Nadie será capaz de ponerse por sí mismo en el día malo a menos que busque la paz con el Señor.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—9. *Juicios duros contra los profetas mentirosos.* 10—16. *La insuficiencia de su obra.* 17—23. *Ayes contra las profetisas falsas.*

Vv. 1—9. Cuando Dios da la garantía de hacer algo, da sabiduría. Lo que ellos entregaban no era lo que habían visto u oído, como es lo que entregan los ministros de Cristo. No eran profetas que oraran, no tenían relación con Dios; se ocupaban en agradar a la gente, no de hacerles el bien; no resistían el pecado. Halagaban a la gente con esperanzas vanas. Los tales ensanchan la brecha, haciendo que los hombres piensen que merecen la vida eterna, cuando la ira de Dios está sobre ellos.

Vv. 10—16. Un profeta falso edificó el muro, dio la idea que Jerusalén triunfaría y con eso se hizo aceptable. Otros hicieron aún más creíble y promisorio el asunto; pintaron el muro que habían edificado los primeros; pero se desengañarían antes de mucho tiempo cuando su obra fuera demolida por la tormenta de la justa ira de Dios, cuando el ejército caldeo devastó la tierra. Las esperanzas de paz y felicidad, no garantizadas por la palabra de Dios, engañan a los hombres; como un muro bien pintado, pero mal construido.

Vv. 17—23. Mal les va a los que prefieren oír mentiras agradables en lugar de las verdades desagradables. Las profetisas falsas trataron de hacer que la gente se sintiera segura, cosa representada por hacerlos sentir cómodos y enorgullecerse, cosa significada por los velos finos puestos en sus cabezas. —Ellas serán confundidas en sus intentos y el pueblo de Dios será liberado de sus manos. Corresponde a los cristianos mantenerse muy cerca de la palabra de Dios y, en todo, buscar la enseñanza del Espíritu Santo. Confiemos así en las promesas de Dios, para obedecer sus mandamientos.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—11. *Amenazas contra los hipócritas.* 12—23. *El propósito de Dios al castigara los judíos culpables, pero unos pocos serán salvados.*

Vv. 1—11. Ninguna forma o reforma externa puede ser aceptable para Dios, mientras haya un ídolo en posesión del corazón; ¡pero cuántos prefieren sus propios inventos y su propia justicia al camino de salvación! Las corrupciones de los hombres son ídolos de sus corazones, y son de su propia creación. Dios dejará que ellos sigan su curso. El pecado hace odioso al pecador a los ojos del Dios puro y santo; y también a sus propios ojos, cuando la conciencia es vivificada. Procuremos ser lavados de la culpa y de la contaminación del pecado, en la fuente que el Señor ha abierto.

Vv. 12—23. Los pecados nacionales acarrean juicios nacionales. Aunque los pecadores escapen de un juicio, hay otro esperándolos. Cuando el pueblo que profesa a Dios se rebela contra Él, pueden esperar justamente todos sus juicios. La fe, la obediencia, y las oraciones de Noé prevalecieron para salvar su casa, pero no al mundo antiguo. El sacrificio y la oración de Job a favor de sus amigos fueron aceptados, y Daniel prevaleció para la salvación de sus compañeros y de los sabios de Babilonia. Pero un pueblo que ha llenado la medida de sus pecados no debe tener esperanzas de escapar por amor a justos que vivan entre ellos; ni siquiera de los santos más eminentes, que pudieran ser aceptados por su propio caso sólo por medio de los sufrimientos y la justicia de Cristo. Pero aún cuando Dios hace las desolaciones más grandes con sus juicios, salva a algunos para que sean monumentos de su misericordia. Creyendo firmemente que aprobaremos todos los tratos de Dios con nosotros mismos, y con toda la humanidad, acallemos todas las murmuraciones y objeciones rebeldes.

CAPÍTULO XV

Jerusalén como vid estéril.

Si una vid da fruto, es valiosa. Pero si no da fruto, no vale nada y es inútil, se arroja al fuego. Así, pues, el hombre es capaz de producir un fruto precioso al vivir para Dios; este es el propósito único de su existencia, y si falla en esto, no sirve sino para ser destruido. ¡Qué ceguera entonces afecta a los que viven rechazando totalmente a Dios y la verdadera religión! Esta semejanza se aplica a Jerusalén. Cuidémonos de una profesión de fe estéril. Vamos a Cristo y procuremos permanecer en Él, y que sus palabras permanezcan en nosotros.

CAPÍTULO XVI

Parábola que muestra el primer estado vil de la nación judía, su prosperidad, idolatría y castigo.

Versículos 1—58. En este capítulo se describen los tratos de Dios con la nación judía y la conducta de ellos hacia Él, y el castigo de ellos por medio de las naciones vecinas, aun de aquellas en que más confiaban. Lo hace por medio de la parábola de la infanta abandonada rescatada de la muerte, educada, desposada y ricamente abastecida, pero, después, culpable de la conducta más abyecta, y castigada por ello; pero, al final, recibida con favor, y avergonzada de su conducta vil. No tenemos que juzgar estas expresiones según las ideas modernas, sino por las de los tiempos y lugares en que fueron usadas, donde muchas de ellas no sonarían como nos suenan a nosotros. El designio era suscitar odio hacia la idolatría y una parábola así era muy adecuada para ese propósito.

Vv. 59—63. Después de una advertencia completa de los juicios, se recuerda la misericordia, la misericordia reservada. Estos versículos de cierre son una promesa preciosa, en parte cumplida por el retorno de los judíos arrepentidos y reformados desde Babilonia, pero que tendrá cumplimiento más pleno en el período del evangelio. —La misericordia divina debe ser poderosa para derretir nuestros corazones en santo dolor por el pecado. Tampoco Dios dejará nunca que perezca el pecador humillado por sus pecados, y que llega a confiar en su misericordia y gracia por medio de Jesucristo, antes bien, lo sostendrá por su poder por la fe para salvación.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—10. *Una parábola relativa a la nación judía,* 11—21. *a la cual se agrega unaexplicación.* 22—24. *Una promesa directa del Mesías*.

Vv. 1—10. Los conquistadores fuertes son comparados a los pájaros o bestias de presa, pero sus pasiones destructoras se pasan por alto para progreso de los designios de Dios. Los que se alejan de Dios sólo varían sus delitos al cambiar una confianza carnal por otra, y nunca prosperarán.

Vv. 11—21. Se explica la parábola y se pueden ver los detalles de la historia particular de la nación judía en esa época. Sedequías había sido ingrato con su benefactor, lo que es pecado contra Dios. En todo voto solemne, Dios es invocado como testigo de la sinceridad del que jura. La verdad es una deuda que se tiene con todos los hombres. Si los profesantes de la verdadera religión tratan traidoramente a los de una religión falsa, su profesión empeora su pecado; Dios lo castigará ciertamente con seguridad y mayor severidad. El Señor no considera inocentes a los que toman su nombre en vano; ningún hombre que muera culpable, sin arrepentimiento, escapará del justo juicio de Dios.

Vv. 22—24. La incredulidad del hombre no anulará el efecto de la promesa de Dios. La parábola de un árbol, usada en la amenaza, está aquí presentada en la promesa. Parece aplicable sólo a Jesús, el Hijo de David, el Mesías de Dios. El reino de Satanás, que ha durado un tiempo largo y extenso, será quebrantado y el reino de Cristo, mirado con desprecio, será establecido. Bendito sea Dios, nuestro Redentor es visto aun por los confines de la tierra. Podemos hallar refugio a su sombra de la ira venidera, y de todo enemigo y peligro; todos los creyentes son fructíferos en Él.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—20. *Dios no hace acepción de personas.* 21—29. *La providencia divina es reivindicada.* 30—32. *Una invitación de gracia al arrepentimiento.*

Vv. 1—20. El alma que pecare morirá. En cuanto a la eternidad, todo hombre era, es y será tratado según su conducta demuestre que estuvo bajo el antiguo pacto de obras o el nuevo pacto de gracia. Cualquiera sea el sufrimiento externo que sobrevenga a los hombres por los pecados del prójimo, merecen todo lo que sufren por sus propios pecados; el Señor rechaza o anula todo suceso para el bien eterno de los creyentes. Todas las almas están en la mano del gran Creador; Él las tratará con justicia o misericordia; nadie perecerá por pecados ajenos, si no es en algún sentido digno de muerte por los propios. Todos hemos pecados, y nuestra alma debe perderse, si Dios nos trata según su santa ley; pero somos invitados a ir a Cristo.

Vv. 10—20. Si un hombre que hubiera mostrado su fe por sus obras, tuviera un hijo impío, cuyo carácter y conducta fueran el reverso de los de su padre, ¿podría esperarse que escapara de la venganza divina por la piedad de su padre? Seguro que no. Si un hombre malo tuviera un hijo que anduviera como es justo ante Dios, este hombre no perecería por los pecados de su padre. Si el hijo no estuvo libre de males en esta vida, aún así es partícipe de la salvación. La cuestión aquí no es sobre la base meritoria de la justificación, sino sobre los tratos del Señor con el justo y el injusto.

Vv. 21—29. El hombre malo sería salvo si se devolviera de sus malos caminos. El verdadero arrepentido es un creyente verdadero. Ninguna de sus transgresiones anteriores le será mencionada; ciertamente vivirá por la justicia que haya hecho, como fruto de la fe y efecto de la conversión. —La cuestión no es si el justo verdadero alguna vez se vuelve apóstata. Cierto es que así hacen muchos que, por un tiempo, se creyeron justos, mientras los versículos 26 y 27 hablan de la plenitud de la misericordia que perdona: cuando el pecado es perdonado, es borrado, no se recuerda más. *En* su justicia vivirán ellos; no *por* la justicia de ellos, como si eso fuera expiación por sus pecados, sino *en* su justicia, que es una de las bendiciones compradas por el Mediador. ¡Qué aliento tiene un pecador arrepentido que se vuelve, para esperar el perdón y la vida conforme a esta promesa! —En el versículo 28 está el comienzo y el progreso del arrepentimiento. Los creyentes verdaderos velan y oran, y siguen hasta el fin, y son salvados. En todas nuestras disputas con Dios, Él tiene la razón y nosotros estamos equivocados.

Vv. 30—32. El Señor juzgará a cada uno de los israelitas según sus caminos. En esto se basa una exhortación a arrepentirse y a darles un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Dios no manda lo que no puede hacerse; nos amonesta que hagamos lo que está en nuestro poder y oremos por lo que no podemos. Las ordenanzas y los medios están designados, se dan promesas y órdenes, para que los que deseen este cambio puedan buscarlo en Dios.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—9. *Una parábola lamentando la ruina de Joacaz y Joaquín.* 10—14. *Otra que describe la desolación del pueblo.*

Vv. 1—9. Ezequiel compara el reino de Judá con una leona. Debe comparar los reyes de Judá con los cachorros de león; fueron crueles y opresores de sus propios súbditos. —La justicia de Dios debe

ser reconocida cuando los que aterrorizan y esclavizan al prójimo, son ellos mismos aterrorizados y esclavizados. —Cuando los profesantes de la religión forman conexiones con personas impías, sus hijos suelen crecer siguiendo las máximas y modas del mundo impío. —La llegada a una posición de autoridad descubre la ambición y egoísmo del corazón de los hombres; y los que pasan su vida en la maldad, generalmente la terminan por la violencia.

Vv. 10—14. Jerusalén era una vid floreciente y fructífera. Esta vid está ahora destruida, aunque no arrancada de raíz. Ella se ha hecho, por la maldad, como yesca para las chispas de la ira de Dios de modo que sus propias ramas sirven de combustible para quemarla. Bendito sea Dios, aquí se alude a una Rama de la vid, que no sólo llegará a ser una vara fuerte para el cetro de los que reinen, sino Él mismo es la Vid viva y verdadera. Esto será para regocijo de todo el pueblo escogido de Dios a través de todas las generaciones.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—9. *Se recuerda a los ancianos de Israel la idolatría en Egipto.* 10—26. *En el desierto.* 27—32. *En Canaán.* 33—44. *Dios promete perdonarlos y restaurarlos.* 45—49. *Profecia contra Jerusalén.*

Vv. 1—9. Miserablemente endurecidos están los corazones que piden permiso a Dios para seguir en pecado aun cuando sufren por eso; ver versículo 32. Dios está justamente enojado con los que resuelven seguir en sus transgresiones. Haz que la gente conozca las malas obras de sus padres para que vean cuán justo fue que Dios los cortara.

Vv. 10—26. En el Nuevo Testamento y en el Antiguo Testamento se hace referencia a la historia de Israel en el desierto, para advertencia. Dios hizo grandes cosas por ellos. Les dio la ley, y revivió la antigua obediencia del día de reposo. Los días de reposo son privilegios; son señales de que somos su pueblo. Si cumplimos el deber del día, para nuestro consuelo encontramos, que el Señor es quien nos hace santos, esto es, verdaderamente felices aquí; y nos prepara para ser felices, esto es, perfectamente santos, en el más allá. —Los israelitas se rebelaron y fueron abandonados a los juicios que se acarrearon a sí mismos. A veces Dios hace que el pecado sea su propio castigo, sin embargo, Él no es el Autor del pecado: para hacer miserables a los hombres no se necesita más que entregarlos a sus propios malos deseos y pasiones.

Vv. 27—32. Los judíos persistieron en la rebeldía después que se instalaron en la tierra de Canaán. Estos ancianos parecen haber pensado en unirse a los paganos. Nada hacemos por nuestra profesión, si es solo una profesión. Nada se logra por el cumplimiento pecaminoso; y los proyectos carnales de los hipócritas no tendrán cabida.

Vv. 33—44. Los malvados israelitas, a pesar de que siguen los caminos pecaminosos de las otras naciones, no se mezclan con ellos en su prosperidad, antes bien serán separados de ellos para destrucción. No hay forma de sacudirse el dominio de Dios, y los que no se rinden al poder de su gracia, se hundirán bajo el poder de su ira. Pero ninguna de las joyas de Dios se perderá en el desván de este mundo. —Él llevará de nuevo a los judíos a la tierra de Israel y les dará arrepentimiento verdadero. Ellos serán vencidos por su bondad: mientras más conozcamos de la santidad de Dios más vemos la odiosa naturaleza del pecado. Los que permanecen sin ser afectados entre los medios de gracia, y vivan sin Cristo, como el mundo que los rodea, pueden estar seguros de que ese es el camino a la destrucción.

Vv. 45—49. Judá y Jerusalén habían estado llenos de gente, como un bosque de árboles, pero vacíos de fruto. La palabra de Dios profetiza contra los que no dan frutos de justicia. Cuando arruina a una nación, ¿quién o qué puede salvarla? Las verdades más claras eran como parábolas para el pueblo. Es corriente que los que no son afectados por la palabra, le echen la culpa.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—17. *La ruina de Judá bajo el emblema de una espada afilada.* 18—27. *Se describe el acercamiento del rey de Babilonia.* 28—32. *La destrucción de los amonitas.*

Vv. 1—7. He aquí una explicación de la parábola del último capítulo. Se declara que el Señor estaba por cortar a Jerusalén y toda la tierra, para que todos sepan de su decreto contra un pueblo malo y rebelde. Conviene que los que denuncian la espantosa ira de Dios contra los pecadores, demuestren que ellos no desean el día lamentable. El ejemplo de Cristo nos enseña a lamentarnos por aquellos cuya destrucción declaramos.

Vv. 8—17. No importa cuáles sean los instrumentos que Dios use para ejecutar sus juicios, los fortalecerá conforme al servicio en que están empleados. La espada resplandece para terror de aquellos contra los cuales se saca. Es una espada para otros, una vara para el pueblo del Señor. Dios dicta esta sentencia en serio, y el profeta debe mostrarse serio al publicarla.

Vv. 18—27. Por el Espíritu de profecía, Ezequiel prevé la marcha de Nabucodonosor de Babilonia, la cual él determinaría por adivinación. —El Señor anularía el gobierno de Judá hasta la llegada de Aquel cuyo es el derecho. Esto parece anunciar los vuelcos de la nación judía a la fecha, y los trastornos de los estados y reinos que abrirán el camino para establecer el reino del Mesías en toda la tierra. —El Señor guía secretamente a todos para que adopten sus sabios designios. En medio de las advertencias más tremendas de la ira, aún oímos de la misericordia, y alguna mención de Aquel por el cual se muestra misericordia a los pecadores.

Vv. 28—32. Los adivinos de los amonitas hicieron profecías de falsas victorias. Nunca recuperarían su poder, pero, a su tiempo, serían totalmente olvidados. —Agradezcamos ser empleados como instrumentos de misericordia; usemos nuestro entendimiento para hacer el bien; y alejémonos de los hombres que son diestros sólo para destruir.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—16. *Los pecados de Jerusalén.* 17—22. *Israel es condenado por escoria.* 23—31. *Como la corrupción es general, así será el castigo.*

Vv. 1—16. El profeta tiene que juzgar a la ciudad sanguinaria; la ciudad de sangre. Jerusalén es llamada así debido a sus crímenes. Los pecados de los cuales se la acusa, son excesivamente pecaminosos. Asesinato, idolatría, desobediencia a los padres, opresión y extorsión, profanación del día de reposo y de las cosas santas, los pecados del séptimo mandamiento, lujuria y adulterio. El rechazo de Dios estaba en el fondo de toda esta maldad. Los pecadores provocaron a Dios porque lo olvidaron. —Jerusalén ha llenado la medida de sus pecados. Los que se entregan a ser mandados por

sus lujurias, serán justamente dados como porción de ellas. Los que resuelven ser sus propios amos, no tengan expectativas de otra felicidad que la que pueden proveer sus propias manos; y resultará ser una porción miserable.

Vv. 7—22. Israel, comparado con otras naciones, había sido como el oro y la plata comparados con metales más viles. Pero ahora son como la basura que se consume en el horno, o que se arroja cuando la plata ha sido refinada. Los pecadores, especialmente los profesantes descarriados, son inútiles y buenos para nada a criterio de Dios. Cuando mete a su propio pueblo en el horno, se sienta al lado de ellos como el refinador al lado del oro, para ver que no sigan ahí más tiempo que el apropiado y necesario. La escoria será totalmente separada, y purificado el metal noble. Que los que sufren dolores o enfermedad prolongada, y hallan que sus corazones apenas pueden soportar las aflicciones leves y momentáneas, sean advertidos para huir de la ira venidera, porque si estas pruebas no son santificadas por el poder del Espíritu Santo para limpieza de sus corazones y manos del pecado, cosas mucho peores les sobrevendrán.

Vv. 23—31. Todos los órdenes y grados de hombres habían ayudado a llenar la medida de la culpa de la nación. El pueblo que tenía algo de poder, abusó, y aun los compradores y los vendedores encuentran un modo de oprimirse unos a otros. —Mal le va al pueblo cuando le caen juicios y se restringe el espíritu de oración. Que todos los que temen a Dios se unan para fomentar su verdad y justicia, como los hombres malos de todo rango y profesión complotan juntos para atropellarlos.

CAPÍTULO XXIII

Una historia de la apostasía del pueblo de Dios y el agravamiento de esta.

En esta parábola, Samaria e Israel llevan el nombre de Ahola, “su propio tabernáculo”, porque los lugares de adoración que tenían estos reinos eran de su propia concepción. Jerusalén y Judá llevan el nombre de Aholiba, “mi tabernáculo está en ella” porque su templo era el lugar que el mismo Dios había escogido para poner en él su nombre. —El lenguaje y las figuras concuerdan con aquella época. Estas humildes representaciones de la naturaleza, ¿no mantendrán abiertos el arrepentimiento y la tristeza perpetua en el alma, ocultando el orgullo de nuestros ojos y sacándonos de la justicia propia? ¿No prepararán también al alma para mirar continuamente a Dios por gracia, para que por su Espíritu Santo podamos mortificar las obras del cuerpo y vivir en santa conversación y bondad?

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—14. *El sino de Jerusalén.* 15—27. *La extensión de los sufrimientos de los judíos.*

Vv. 1—14. La olla al fuego representaba a Jerusalén sitiada por los caldeos; todos los órdenes y rangos estaban dentro de los muros, preparados como una presa para el enemigo. —Tenían que haber dejado sus transgresiones, como la espuma que sube por el calor del fuego es sacada de la parte de arriba de la olla. Pero se pusieron peores, y sus miserias aumentaron. Jerusalén iba a ser demolida a ras del suelo. El tiempo señalado para el castigo de los impíos parece venir *lentamente*,

pero vendrá *seguramente*. Triste es pensar cuántos son aquellos en quienes se pierden todas las ordenanzas y las providencias.

Vv. 15—27. Aunque llorar los muertos es un deber, tiene, sin embargo, que mantenerse sometido a la religión y recta razón: no debemos entristecernos como hombres que no tienen esperanza. Los creyentes no deben copiar el lenguaje y las expresiones de los que no conocen a Dios. El pueblo preguntó el significado de la señal. Dios toma de ellos todo lo que les era más querido. Como Ezequiel no lloró por su aflicción, así tampoco debían ellos llorar por las suyas. —Bendito sea Dios, nosotros no tenemos que desfallecer bajo nuestras aflicciones; porque si fallan todos los consuelos y se unen todas las penas, aún así el corazón roto y la oración del doliente son siempre aceptables ante Dios.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—7. *Juicios contra los amonitas.* 8—17. *Contra los de Moab, edomitas y filisteos.*

Vv. 1—7. Malo es contentarse por las calamidades de alguien, especialmente del pueblo de Dios; es pecado que ciertamente tendrá que confesar. Dios hará evidente que Él es el Dios de Israel, aunque tolere por un tiempo que ellos sean cautivos en Babilonia. Mejor es conocerlo a Él y ser pobre que ser rico e ignorante de Él.

Vv. 8—17. Aunque un mismo evento parece al justo y al impío, es tremendamente diferente. Aquellos que se glorían en cualquier otra defensa y protección que el poder, la providencia y la promesa divinas, tarde o temprano, serán avergonzados de su gloria. —Aquellos que no le dejan a Dios tomar la venganza *por* ellos, pueden esperar que Él se tome la venganza *en* ellos. La equidad de los juicios del Señor debe observarse cuando Él no sólo venga las injurias en los que las perpetraron, sino por mano de aquellos contra los cuales fueron cometidas. —Aquellos que atesoran el viejo odio y esperan la oportunidad de manifestarlo, están atesorando ira para ellos mismos en el día de la ira.

CAPÍTULO XXVI

Una profecía contra Tiro.

Vv. 1—14. Complacerse en secreto con la muerte o deterioro del prójimo cuando probablemente nosotros seamos cogidos por ellos, o con su caída, cuando nosotros podemos florecer con eso, es pecado que fácilmente nos asalta, pero no es considerado tan malo como realmente es. Pero sale de un principio egoísta y ambicioso, y del amor del mundo en cuanto dicha nuestra, que prohíbe expresamente el amor de Dios. Él suele desbaratar los proyectos de quienes se elevarían a sí mismos pisando las ruinas del prójimo. —Las máximas más corrientes del mundo del comercio se oponen directamente a la ley de Dios. Pero se mostrará en contra de los comerciantes egoístas y amantes del dinero, cuyos corazones, como los de Tiro, están endurecidos por el amor de las riquezas. —Los hombres tienen poca causa para gloriarse en las cosas que estimulan la envidia y rapacidad de los demás, y que están continuamente cambiando de uno a otro; y en obtener, mantener y gastar las cuales los hombres provocan a ese Dios cuya ira convierte en montones de escombros a las ciudades jubilosas.

Vv. 15—21. Mírese cuán grande, cuán elevada había sido Tiro. Véase a qué punto se rebaja Tiro. La caída de otros debiera despertarnos y sacarnos de la falsa seguridad. Todo descubrimiento del cumplimiento de una profecía de la Escritura es como un milagro que confirma nuestra fe. —Todo lo que es terrenal es vanidad y aflicción. Los que ahora tienen la prosperidad más estable, pronto estarán fuera de la vista y olvidados.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—25. *La mercadería de Tiro.* 26—36. *Su caída y ruina.*

Vv. 1—25. Quienes viven cómodos tienen que lamentarse, si no están preparados para los problemas. Que nadie tome en cuenta más su hermosura que su santificación. —En la cuenta del comercio de Tiro sugiere que el ojo de Dios está sobre los hombres cuando están ocupados en los negocios del mundo. No sólo cuando está en la iglesia, orando y oyendo, sino cuando están en los mercados y las ferias, comprando y vendiendo. En todos nuestros tratos debemos mantener la conciencia limpia de ofensa. Dios, como Padre común de la humanidad, hace que un país abunde en un bien transable y otro en otro, de servicio para la necesidad o para la comodidad y adorno de la vida humana. Véase qué bendición son el comercio y las mercaderías para la humanidad, cuando se realizan en el temor de Dios. —Además de las necesidades, se da valor a una abundancia de cosas sólo por costumbre; pero Dios nos permite usarlas. Pero cuando aumentan las riquezas, los hombres tienden a poner su corazón en ellas y se olvidan del Señor que da poder para obtener riqueza.

Vv. 26—36. Los reinos y estados más poderosos y magníficos caen, tarde o temprano. Los que hacen de las criaturas su confianza, y descansan sus esperanzas en ellas, caerán con ellas: dichosos los que tienen al Dios de Jacob como su ayuda, y cuya esperanza está en el Señor su Dios, que vive por siempre. Los que se meten en el comercio deben aprender a realizar sus negocios conforme a la palabra de Dios. Los que tienen riqueza deben recordar que son los mayordomos del Señor y deben usar sus bienes para hacer el bien a todos. Busquemos primero el reino de Dios y su justicia.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—19. *La sentencia contra el príncipe o rey de Tiro.* 20—23. *La caída de Sion.* 24—26. *La restauración de Israel.*

Vv. 1—19. Etbaal o Itobal era el príncipe o rey de Tiro; y habiéndose enaltecido con orgullo excesivo, reclamó honores divinos. El orgullo es el pecado peculiar de nuestra naturaleza caída. Ninguna sabiduría puede guiar a la felicidad en este mundo o en el venidero salvo la que da el Señor. El altivo príncipe de Tiro pensó que era capaz de proteger a su pueblo por su propio poder, y se consideró como igual a los habitantes del cielo. Si fuera posible habitar en el jardín de Edén, o hasta entrar al cielo, ninguna felicidad sólida podría disfrutarse sin una mente humilde, santa y espiritual. Todo orgullo espiritual es especialmente del diablo. Los que lo consienten deben tener la expectativa de perecer.

Vv. 20—26. Los sidonios eran vecinos fronterizos con la tierra de Israel y pudieron haber aprendido a glorificar al Señor, pero, en cambio, atrajeron a Israel a la adoración de sus ídolos. La

guerra y la pestilencia son los mensajeros de Dios, pero Él será glorificado al restaurar a su pueblo a su anterior seguridad y prosperidad. Dios los curará de sus pecados y los aliviará de sus problemas. Esta promesa llegará, en el largo plazo, a cumplirse plenamente en la Canaán celestial: cuando todos los santos sean reunidos, toda cosa que ofenda será eliminada, todas las penas y temores por siempre desaparecerán. Feliz, entonces, es la Iglesia de Dios, y todo miembro vivo de ella, aunque pobre, afligido y despreciado, porque el Señor desplegará su verdad, poder y misericordia en la salvación y felicidad de su pueblo redimido.

CAPÍTULO XXIX

Versículos 1—16. *La desolación de Egipto.* 17—21. *También una promesa de misericordia para Israel.*

Vv. 1—16. Las mentes carnales y mundanas se enorgullecen en su propiedad, olvidando que lo que tenemos, lo recibimos de Dios y debemos usarlo para Dios. Entonces, ¿de qué nos jactamos? El yo es el gran ídolo que todo el mundo adora con desprecio de Dios y su soberanía. —Dios puede forzar a los hombres a que salgan de aquello en que estén más seguros y cómodos. Los tales, y todos los que se aferren a aquello, perecerán juntos. Así termina el orgullo, la presunción y la seguridad carnal del hombre. —El Señor está contra los que hacen daño a su pueblo y aún más contra los que les guían al pecado. Egipto será un reino de nuevo, pero será el más vil de los reinos; tendrá poca riqueza y poder. La historia muestra el cumplimiento pleno de esta profecía. Dios, no sólo con justicia, sino con sabiduría y bondad para con nosotros, rompe los humanos sobre los cuales nos apoyamos, para que no sean más nuestra confianza.

Vv. 17—21. Los sitiadores de Tiro obtuvieron poco botín. Pero cuando emplea hombres ambiciosos o codiciosos, Dios los recompensará conforme a los deseos de sus corazones, porque cada uno tendrá su recompensa. —Dios tenía misericordia guardada para la casa de Israel poco después. La historia de las naciones explica mejor las profecías antiguas. Todos los sucesos cumplen las Escrituras. —Así, en las escenas más profundas de adversidad, el Señor siembra la semilla de nuestra prosperidad futura. Dichosos los que desean su favor, gracia e imagen; ellos se deleitarán en su servicio y no codiciarán ninguna recompensa terrenal; y las bendiciones que han escogido serán seguras para ellos para siempre.

CAPÍTULO XXX

Versículos 1—19. *Una profecía contra Egipto.* 20—26. *Otra.*

Vv. 1—19. La profecía de la destrucción de Egipto es muy completa. Los que echan su suerte con los enemigos de Dios, estarán con ellos en el castigo. El rey de Babilonia y su ejército serán los instrumentos de esta destrucción. Dios hace, a menudo, que un hombre malo sea el azote de otro. Ningún lugar de la tierra de Egipto escapará de la furia de los caldeos. El Señor es conocido por los juicios que ejecuta. Pero estos son sólo efectos presentes del descontento divino, no dignos de nuestro temor, comparados con la ira venidera de la cual Jesús libra a su pueblo.

Vv. 20—26. Egipto se debilitará más y más. Si los juicios menores no prevalecen para humillar y reformar a los pecadores, Dios enviará otros mayores. Dios rompe justamente el poder que se abusa, sea echando males a la gente o poniendo engaños sobre ellos. —Babilonia se fortalecerá. En vano se proponen los hombres vendar el brazo que el Señor se complace en quebrar, y fortalecer a los que Él derribará. Los que rechazan los descubrimientos de su verdad y su misericordia, conocerán su poder y justicia en el castigo por sus pecados.

CAPÍTULO XXXI

Versículos 1—9. *La gloria de Asiria.* 10—18. *Su caída, y lo mismo para Egipto.*

Vv. 1—9. Las caídas de los demás en el pecado y la ruina, nos advierten que no nos sintamos seguros ni nos ensoberbezcamos. El profeta tiene que mostrar el caso de uno a quien el rey de Egipto se parecía en grandeza, el asirio, comparado a un cedro majestuoso. Los que superan a los demás se hacen objeto de envidia, pero las bendiciones del paraíso celestial no son responsables de tal mescolanza. —La seguridad máxima que puede dar una criatura no es sino como la sombra de un árbol, una protección escasa y magra. Pero huyamos a Dios en busca de protección, ahí estaremos a salvo. Su mano debe ser reconocida en el surgimiento de los grandes hombres de la tierra y no debemos envidiarlos. —Aunque la gente mundana pueda parecer que tiene prosperidad firme, sin embargo, tan sólo lo parece.

Vv. 10—18. El rey de Egipto recordaba al rey de Asiria en su grandeza: aquí vemos que se le parece en su orgullo. Y se le parecerá en su caída. Su pecado acarrea su ruina. Ninguna de nuestras consolaciones se pierde para siempre, sino aquellas a las cuales hemos renunciado mil veces. —Cuando caen los grandes hombres, muchos caen con ellos, como tantos han caído ante ellos. La caída de los hombres orgullosos es una advertencia para los demás, para mantenerlos humildes. —Véase cuán bajo está el faraón; y véase a qué llegó toda su pompa y orgullo. Mejor es ser un humilde árbol de justicia, que da fruto para gloria de Dios, y para bien de los hombres. El impío a menudo se ve floreciente como el cedro y se ensancha como la haya, pero pronto muere y su lugar no se halla más. Entonces, fijémonos en el hombre perfecto y contemplemos al justo, porque el fin de ese hombre es la paz.

CAPÍTULO XXXII

Versículos 1—16. *La caída de Egipto.* 17—32. *Es como la de otras naciones.*

Vv. 1—16. Nos conviene llorar y temblar por los que no lloran ni tiemblan por sí mismos. Son grandes opresores, a criterio de Dios, no mejores que las bestias feroces. Los que admiran la pompa de este mundo se maravillarán ante la ruina de esa pompa; la cual no es sorpresa para quienes conocen la vanidad de todas las cosas de aquí abajo. Cuando el prójimo es destruido por el pecado tenemos que temer sabiéndonos culpables. —Los instrumentos de la desolación son formidables. Y los ejemplos de la desolación son terribles. Las aguas de Egipto correrán como aceite lo que significa que habrá tristeza y pesadumbre universal por toda la nación. Dios puede vaciar pronto de los bienes de este mundo a los que tienen la mayor abundancia de ellos. Acrecentando las materias de nuestro gozo aumentamos las ocasiones de nuestra tristeza. ¡Cuán débiles e indefensos, en cuanto

a Dios, son los más poderosos de la humanidad! La destrucción de Egipto fue un tipo de la destrucción de los enemigos de Cristo.

Vv. 17—32. Se menciona a diversas naciones que bajaron a la tumba antes que Egipto, las que están listas para darle una recepción escarnecedora; estas naciones habían sido finalmente destruidas y extenuadas. Pero aunque Jerusalén y Judá estaban en esa época destruidas y deshechas, sin embargo, no se las menciona aquí. Aunque sufrieron la misma aflicción y de la misma mano, no obstante el designio bondadoso por el cual fueron afligidas, y la misericordia que Dios reservaba para ellas, cambiaba su naturaleza. No era para ellas bajar a la fosa como lo era para el pagano. —Faraón verá y será consolado; pero el consuelo que tienen los malos después de la muerte es pobre consuelo, no es real, sino solamente imaginario. —La visión que da esta profecía de los estados destruidos muestra algo de este mundo presente, y del imperio de la muerte en este. Venid y ved el estado calamitoso de la vida humana. Como si los hombres no murieran con suficiente rapidez, son ingeniosos para hallar maneras de destruirse unos a otros. También del otro mundo; aunque la destrucción de las naciones como tales parece ser la principal alusión, aquí es una clara alusión a la ruina eterna de los pecadores impenitentes. ¡Cómo son engañados los hombres por Satanás! ¿Cuáles son los objetos que persiguen a través del derramamiento de sangre y de sus muchos pecados? Ciertamente el hombre se inquieta en vano sea que persiga fama, riqueza, poder o placer. Llega la hora en que todos los que están en sus tumbas oirán la voz de Cristo y saldrán; los que hicieron bien a resurrección de vida, y los que hicieron mal a resurrección de condenación.

CAPÍTULO XXXIII

Versículos 1—9. *El deber de Ezequiel como atalaya.* 10—20. *Él tiene que reivindicar al gobierno divino.* 21—29. *La desolación de Judea.* 30—33. *Juicios a los que se burlan de los profetas.*

Vv. 1—9. El profeta es un centinela de la casa de Israel. Su trabajo es advertir a los pecadores la desgracia y el peligro. Él debe advertir al impío para que se vuelva de su camino para vivir. Si un alma perece por su negligencia ante el deber, es su propia culpa. Obsérvese por lo que tienen que responder los que disculpan el pecado, halagan a los pecadores, y les exhortan a creer que tendrán paz aunque sigan en pecado. ¡Cuánto más sabios son los hombres en sus preocupaciones temporales que en las espirituales! Ponen atalayas para guardar sus casas y centinelas para que les adviertan de la aproximación del enemigo, pero cuando se juegan la felicidad o miseria eterna del alma, se ofenden si los ministros obedecen el mandamiento de su Amo y dan una fiel advertencia; prefieren perecer escuchando cosas dulces.

Vv. 10—20. Los que desesperan de hallar misericordia en Dios, tienen respuesta en una declaración solemne de la prontitud de Dios para mostrar misericordia. Estaba decidida la ruina de la ciudad y del estado, pero eso no se relacionaba con el estado final de las personas. —Dios dice al justo que ciertamente vivirá. Pero muchos que hicieron profesión de fe, fueron destruidos por la confianza orgullosa en sí mismos. El hombre que confía en su propia justicia y presume de su propia suficiencia, es llevado a cometer iniquidad. —Si los que han llevado una vida impía, se arrepienten y abandonan sus malos caminos, serán salvados. Muchos cambios sorprendentes y benditos han sido obrados por el poder de la gracia divina. Cuando se establece una separación entre el hombre y el pecado, no habrá más separación entre él y Dios.

Vv. 21—29. Sin duda no son enseñables los que no aprenden su dependencia de Dios, cuando fallan todos los consuelos humanos. Muchos reclaman participación en las bendiciones peculiares de

los creyentes verdaderos, mientras su conducta demuestra que son enemigos de Dios. Dicen que su presunción sin fundamentos es una fe firme, cuando el testimonio de Dios los declara merecedores de sus amenazas y nada más.

Vv. 30—33. Motivos indignos y corruptos suelen guiar a los hombres a los lugares donde se predica fielmente la palabra de Dios. Muchos llegan para hallar algo a que oponerse; muchos más vienen por pura curiosidad o costumbre. Los hombres pueden complacer sus fantasías con la palabra, sin que sus conciencias sean tocadas ni cambiados sus corazones. Pero sea que los hombres oigan o se abstengan de oír, sabrán que un siervo de Dios estuvo entre ellos. Todos los que no quieren conocer el valor de las misericordias aprovechándolas, les será dado a conocer su valor por la falta de ellas.

CAPÍTULO XXXIV

Versículos 1—6. *Los reyes son reprobados.* 7—16. *El pueblo tiene que ser restaurado a supropia tierra.* 17—31. *El reino de Cristo.*

Vv. 1—6. El pueblo llegó a ser como ovejas sin pastor, dados como presa a sus enemigos y la tierra fue devastada hasta lo sumo. Ningún rango ni oficio puede eximir de las reprensiones de la palabra de Dios a los hombres que son negligentes en su deber y abusan de la confianza depositada en ellos.

Vv. 7—16. El Señor declara que piensa ser misericordioso con el rebaño esparcido. Sin duda esto, en primer lugar, tiene referencia a la restauración de los judíos. También representa el tierno cuidado de las almas de su pueblo que hace el buen Pastor. Los encuentra en su época de tinieblas e ignorancia y los lleva a su redil. Llega a socorrerlos en tiempos de persecución y tentación. Los guía por los caminos de justicia y hace que ellos reposen en su amor y fidelidad. El orgulloso y autosuficiente es enemigo del evangelio verdadero y de los creyentes; contra los tales debemos resguardarnos. Él tiene reposo para los santos atribulados, y terror para los pecadores presuntuosos.

Vv. 17—31. Toda la nación parecía ser rebaño del Señor, pero eran caracteres muy diferentes; pero Él sabía distinguir entre ellos. Por buenos pastos y aguas profundas se representa la palabra pura de Dios y la dispensación de justicia. —Los últimos versículos, 23—31, profetizan de Cristo y los tiempos más gloriosos de su Iglesia en la tierra. Bajo Él, como buen Pastor, la Iglesia será una bendición para todos los que la rodean. Cristo, aunque excelente en sí mismo, era como una planta tierna que brota en un suelo seco. Siendo el Árbol de la vida, que da todos los frutos de salvación, produce alimento espiritual para las almas de su pueblo. Nuestros deseo y oración constantes debe ser que haya lluvias de bendición en todo lugar donde se predique la verdad de Cristo; y que todos los que profesen el evangelio sean llenos con frutos de justicia.

CAPÍTULO XXXV

Una profecía contra Edom.

Versículos 1—9. Todos los que tienen a Dios en contra, tienen contra ellos la palabra de Dios. Los que tienen un odio constante por Dios y su pueblo, como la mente carnal, sólo pueden esperar ser desolados para siempre.

Vv. 10—15. Cuando vemos la vanidad del mundo en los desengaños, las pérdidas, y las cruces con que el prójimo se encuentra, en lugar de mostrarnos ambiciosos de las cosas mundanas, debemos soltarlas. —En la multitud de palabras, ninguna es desconocida para Dios; ni siquiera la palabra más ociosa; y la más osada no está exenta de su reproche. En la destrucción de los enemigos de la Iglesia, Dios busca su gloria; y podemos estar seguros que Él no dejará de cumplir su propósito. Y cuando llegue la plenitud de los judíos y de los gentiles a la Iglesia, serán destruidos todos los oponentes anticristianos.

CAPÍTULO XXXVI

Versículos 1—15. *La tierra será liberada de los paganos opresores.* 16—24. *Se le recuerda al pueblo sus pecados anteriores y la liberación prometida.* 25—38. *También santidad y bendiciones del evangelio.*

Vv. 1—15. Los que dan desprecio y reproches al pueblo de Dios, los recibirán de vuelta contra sí mismos. Dios promete su favor a su Israel. No tenemos razón para quejarnos si mientras más malos son los hombres, más bondadoso es Dios. —Ellos volverán a sus propias fronteras. Es un tipo de la Canaán celestial de la cual todos los hijos de Dios son herederos, y a la cual serán llevados todos juntos. Cuando Dios retorna misericordia a un pueblo que regresa a Él con su deber, todas sus aflicciones se resuelven. El cumplimiento pleno de esta profecía debe ser en un hecho futuro.

Vv. 16—24. La restauración de este pueblo es tipo de nuestra redención por Cristo, lo que muestra que el objetivo apuntado en nuestra salvación es la gloria de Dios. El pecado de un pueblo contamina su tierra; la vuelve abominable para Dios e incómoda para nosotros. El santo nombre de Dios es su gran nombre; su santidad es su grandeza y nada más puede hacer verdaderamente grande a un hombre.

Vv. 25—38. El agua es emblema de la limpieza de nuestras almas contaminadas con pecado. Pero ningún agua puede hacer más que lavar la inmundicia de la carne. En general, el agua parece ser el signo sacramental de las influencias santificadoras del Espíritu Santo; pero esto siempre está relacionado con la sangre de Cristo que expía. Cuando se aplica por fe esta última a la conciencia para limpiarla de las malas obras, el primero siempre se aplica a los poderes del alma para purificarla de la contaminación del pecado. —Todos los que tienen parte en el nuevo pacto, tienen un nuevo corazón y un espíritu nuevo para andar en novedad de vida. Dios dará un corazón de carne, blando y tierno, que cumpla su santa voluntad. La gracia renovadora obra un cambio tan grande en el alma como la conversión de una piedra muerta en carne viva. Dios pondrá dentro su Espíritu como Maestro, Guía y Santificador. La promesa de la gracia de Dios para equiparnos para nuestro deber debiera despertar nuestro cuidado y propósito constante para cumplir nuestro deber. Estas son promesas que todos los creyentes verdaderos de toda época deben usar en oración y serán cumplidas.

CAPÍTULO XXXVII

Versículos 1—14. *Dios restaura los huesos secos a la vida.* 15—28. *Toda la casa de Israel se representa disfrutando las bendiciones del reino de Cristo.*

Vv. 1—14. Ningún poder creado puede restaurar los huesos humanos y darles vida. Sólo Dios puede hacerlos vivir. La piel y la carne los cubrieron y, entonces, al viento se le dijo que soplara sobre estos cuerpos; y volvieron a la vida. El viento es figura del Espíritu de Dios y representa su poder vivificante. La visión era para alentar a los judíos desfallecientes; para anunciar su restauración después del cautiverio, y la recuperación de su dispersión al presente tan prolongada. —También era una clara alusión a la resurrección de los muertos; y representa el poder y la gracia de Dios en la conversión a Él de los pecadores más desesperanzados. Miremos a Aquel que, al final, abrirá nuestras tumbas y nos sacará para juicio, para que nos libre del pecado, ponga su Espíritu dentro de nosotros, y nos guarde para salvación por su poder por medio de la fe.

Vv. 15—28. Este emblema iba a mostrar al pueblo que el Señor unirá a Judá e Israel. —Cristo es el verdadero David, el Rey del Israel antiguo; y a quienes Él haga voluntarios en el día de su poder, hará andar en sus juicios y obedecer sus estatutos. Los sucesos aún venideros explicarán mejor esta profecía. —Nada ha estorbado más el éxito del evangelio que las divisiones. Estudiemos cómo conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; busquemos la gracia divina para que nos guarde de las cosas detestables; y oremos que todas las naciones puedan ser súbditos obedientes y dichosos del Hijo de David, que el Señor sea nuestro Dios y nosotros seamos su pueblo para siempre jamás.

CAPÍTULO XXXVIII

Versículos 1—13. *El ejército y la malicia de Gog.* 14—23. *Los juicios de Dios.*

Vv. 1—13. Estos hechos ocurrirán en los postreros tiempos. Se supone que estos enemigos se juntarán para invadir la tierra de Judea y Dios los derrotará. Dios no sólo se ocupa de quienes son ahora los enemigos de su Iglesia, sino ve con anticipación quienes lo serán, y les hace saber por su palabra que está contra ellos; aunque ellos se junten, los malos no quedarán sin castigo.

Vv. 14—23. El enemigo hará una incursión formidable sobre la tierra de Israel. Cuando Israel habite a salvo bajo la protección divina, ¿no se te dará a conocer eso al descubrir que los esfuerzos para destruirlo son realizados en vano? Las promesas de seguridad se atesoran en la palabra de Dios contra los trastornos y peligros a que puede ser llevada la Iglesia en los últimos tiempos. En la destrucción de los pecadores, Dios deja muy claro que Él es un Dios grande y santo. Debemos desear y orar diariamente: Padre, glorifica tu nombre.

CAPÍTULO XXXIX

Versículos 1—10. *La destrucción de Gog.* 11—22. *Su magnitud.* 23—29. *Israel de nuevo favorecida.*

Vv. 1—10. El Señor hará que los transgresores más despreocupados y endurecidos conozcan su santo nombre, sea por su justa ira o por las riquezas de su misericordia y gracia. Las armas formadas

contra Sion no prosperarán. Aunque esta profecía va a cumplirse en los últimos tiempos, es segura. Por el lenguaje usado, parece que el ejército de Gog será destruido por milagro.

Vv. 11—22. ¡Cuán numerosos los enemigos que Dios destruyó para la defensa de su pueblo Israel! Los tiempos de las grandes liberaciones deben ser tiempos de reforma. Cada uno debe ayudar lo más que pueda para limpiar de reproche la tierra. El pecado es un enemigo contra el cual debe luchar todo hombre. Los dedicados a la tarea pública, especialmente la de limpiar y reformar un país, deben ser hombres que terminen lo que emprenden, que siempre estén ocupados. Cuando hay que hacer buena obra, cada uno debe fomentarla. Habiendo recibido favores especiales de Dios, limpiémonos de todo mal. Es una obra que requiere diligencia perseverante, para escudriñar los escondrijos secretos del pecado. —Los juicios del Señor, sobre el pecado y sobre los pecadores, son un sacrificio a la justicia de Dios, y una fiesta para la fe y la esperanza del pueblo de Dios. Véase cómo el mal persigue a los pecadores aun después de la muerte. Después de todo lo que hacen y buscan los hombres ambiciosos y codiciosos, "un lugar de sepulcros" es todo lo que el Señor les da en la tierra, mientras sus almas culpables son condenadas a la miseria en otro mundo.

Vv. 23—29. Cuando el Señor tenga misericordia de toda la casa de Israel y la convierta al cristianismo, y cuando hayan pasado la vergüenza de ser desechados por sus pecados, entonces las naciones aprenderán a conocer, a adorar y servir a Dios. Entonces Israel también conocerá al Señor, según se revela en Cristo y por medio de Él. Los hechos pasados no responden a estas predicciones. —El derramamiento del Espíritu es una prenda de que continuará el favor de Dios. Él no esconderá más su rostro de aquellos en quienes ha derramado su Espíritu. Cuando oramos que Dios nunca nos eche fuera de su presencia, debemos rogar tan fervientemente que, para eso, nunca quite su Espíritu Santo de nosotros.

CAPÍTULO XL

La visión del Templo.

He aquí una visión que comienza en el capítulo xl, y continúa hasta el final del libro, en el capítulo xlviii, la cual es justamente considerada una de las partes más difíciles de todo el libro de Dios. Cuando desesperamos de satisfacernos acerca de una dificultad con que nos encontramos, bendigamos a Dios, porque nuestra salvación no depende de resolverla, sino que las cosas necesarias son bastante claras; y esperemos hasta que Dios nos revele lo que no entendemos.

Este capítulo describe dos patios exteriores del templo. No está claro que el personaje aquí mencionado sea el Hijo de Dios o un ángel creado. Pero Cristo es nuestro Altar y nuestro Sacrificio, a quien debemos mirar con fe en todos los acercamientos a Dios; y Él es salvación en medio de la tierra, Salmo lxxiv, 12, para ser vista desde todos los rincones.

CAPÍTULO XLI

Después de observar los patios, el profeta fue llevado al templo. Si atendemos a las instrucciones más claras de la religión, y nos beneficiamos de ellas, seremos llevados a un conocimiento más profundo de los misterios del reino de los cielos.

CAPÍTULO XLII

En este capítulo se describen las cámaras de los sacerdotes, su uso y las dimensiones del monte santo sobre el cual se erguía el templo. Estas cámaras eran muchas. Jesús dijo: En la casa de mi Padre muchas moradas hay: en su casa de la tierra hay muchas; las multitudes, por fe, se alojan en su santuario y aun así hay lugar. —Estas cámaras, aunque privadas, estaban cerca del templo. Nuestros servicios religiosos en nuestras cámaras, deben prepararnos para las devociones públicas y movernos a aprovecharlas según sea nuestra oportunidad.

CAPÍTULO XLIII

Después que Ezequiel revisó el templo de Dios, tuvo una visión de la gloria de Dios. Cuando Cristo crucificado y las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente por medio de Él, nos son mostradas por el Espíritu Santo, hacen que nos avergoncemos por nuestros pecados. Este estado mental nos prepara para mayores descubrimientos en los misterios del amor redentor; y el todo de las Escrituras debe abrirse y aplicarse para que los hombres puedan ver sus pecados y arrepentirse de ellos. —Ahora no tenemos que ofrecer ningún sacrificio expiatorio, porque por una sola ofrenda Cristo perfeccionó para siempre a los santificados, Hebreos x, 14; pero el rociamiento de su sangre es necesario en todos nuestros acercamientos a Dios Padre. Nuestros mejores servicios sólo son aceptables cuando se rocían con la sangre que limpia de todo pecado.

CAPÍTULO XLIV

Este capítulo contienen las ordenanzas referidas a los sacerdotes verdaderos. El príncipe significa evidentemente Cristo, y las palabras del versículo 2, pueden recordarnos que nadie puede entrar al cielo, el verdadero santuario, como lo hizo Cristo; a saber, en virtud de su propia excelencia, y su santidad, justicia y poder personal. Él que es el resplandor de la gloria de Jehová entró por su propia santidad; pero ese camino está cerrado a toda la raza humana, y todos nosotros debemos entrar como pecadores, por fe en su sangre, y por el poder de su gracia.

CAPÍTULO XLV

En el período aquí anunciado, habrá provisión para el culto y para los ministros de Dios; los príncipes reinarán con justicia, puesto que tienen su poder sometido a Cristo; la gente vivirá en paz, tranquilidad y santidad. Estas cosas parecen representarse en lenguaje tomado de las costumbres de los tiempos en que escribió el profeta. —Cristo es nuestra Pascua que es sacrificada por nosotros: celebramos la memoria de ese sacrificio, y lo festejamos, vitoreando nuestra liberación de la esclavitud egipcia del pecado, y nuestra preservación de la espada destructora de la justicia divina, en la cena del Señor, que es nuestra fiesta de pascua; como toda la vida cristiana es y debe ser la fiesta del pan ácimo de sinceridad y verdad.

CAPÍTULO XLVI

Aquí se describen las ordenanzas de culto para el príncipe y para el pueblo, y los dones que el príncipe puede otorgar a sus hijos y siervos. Nuestro Señor nos manda muchos deberes. Pero también dejó cosas a nuestra opción, para que los que se deleitan en sus mandamientos puedan abundar en ellos para su gloria, sin enredar su conciencia ni prescribir reglas inapropiadas para los demás; pero nunca debemos omitir nuestra adoración diaria, ni descuidar la aplicación del sacrificio del Cordero de Dios a nuestras almas, en busca de perdón, paz y salvación.

CAPÍTULO XLVII

Estas aguas representan el evangelio de Cristo que salió desde Jerusalén y se extendió a los países alrededor. También, los dones y poderes del Espíritu Santo que lo acompañan, en virtud de los cuales se extendió lejos y produjo efectos benditos. Cristo es el Templo y es la Puerta; de Él fluyen las aguas vivas, de su costado atravesado. Son aguas que aumentan. Obsérvese el progreso del evangelio en el mundo y el proceso de la obra de gracia en el corazón; atienda a los movimientos del bendito Espíritu bajo la dirección divina. —Si buscamos en las cosas de Dios, encontramos algunas cosas claras y fáciles de entender, como las aguas que llegaban hasta los tobillos; otras, más difíciles que requieren una búsqueda más profunda, como las aguas a la rodilla o la cintura; y algunas totalmente fuera de nuestro alcance, que no podemos penetrar; pero debemos, como San Pablo, adorar lo profundo, Romanos xi, 33. Sabio es empezar con lo que es más fácil, antes de proceder a lo que es oscuro y difícil de entender. —La promesa de la palabra sagrada, y los privilegios de los creyentes, según se derraman profusamente en sus almas por el Espíritu que vivifica, abundan donde el evangelio es predicado; ellos nutren y deleitan el alma de los hombres; nunca se desvanecen ni se marchitan, ni se agotan. Hasta las hojas sirven como remedio para el alma: las advertencias y las reprensiones de la palabra, aunque menos agradables que las consolaciones divinas, tienden a sanar las enfermedades del alma. Todos los que creen en Cristo, y están unidos a Él por su Espíritu santificador, compartirán los privilegios de los israelitas. Hay lugar en la iglesia y en el cielo para todos los que buscan las bendiciones del nuevo pacto del cual Cristo es el Mediador.

CAPÍTULO XLVIII

He aquí una descripción de las varias porciones de la tierra que pertenecen a cada tribu. En la época del evangelio todas las cosas se hacen nuevas. Hay mucho envuelto en símbolos y números. Dios ha usado este método para establecer verdades misteriosas en su palabra, que sólo serán reveladas más claramente en el tiempo y la oportunidad apropiado. Pero en la Iglesia de Cristo, en su estado de guerra y de triunfo, hay acceso libre por fe desde todo lado. Cristo ha abierto el reino del cielo para todos los creyentes. Quienquiera, que venga, y tome del agua de vida, del árbol de la vida, gratuitamente. El Señor está, ahí, en su Iglesia, para estar cerca de los que en todo le invocan. Esto es verdad de todo cristiano real; de cualquier alma que tenga en ella el principio viviente de la gracia, puede decirse en verdad, el Señor está ahí. Que seamos hallados ciudadanos de esta santa ciudad y que actuemos conforme a ese carácter; y tengamos el beneficio de la presencia del Señor con nosotros, en la vida, en la muerte y por siempre jamás.

DANIEL

Daniel fue de noble cuna, si es que no era de la familia real de Judá. En su juventud fue llevado al cautiverio en Babilonia, en el cuarto año del reinado de Joaquín, 606 a. C. Allá le enseñaron la ciencia de los caldeos, y tuvo altos cargos en el imperio babilónico y en el persa. Fue perseguido por su religión, pero fue milagrosamente librado, y vivió hasta edad avanzada, y debe de haber tenido alrededor de noventa y cuatro años en la época de la última de sus visiones. El libro de Daniel es en parte histórico, porque narra varias circunstancias acaecidas a él y a los judíos en Babilonia, pero es principalmente profético detallando visiones y profecías que anuncian muchos sucesos importantes referidos a los cuatro grandes imperios del mundo, a la venida y la muerte del Mesías, a la restauración de los judíos y a la conversión de los gentiles. Aunque hay considerables dificultades para explicar el significado profético de algunos pasajes de este libro, siempre hallamos aliento para la fe y la esperanza, ejemplos dignos de imitar y algo para dirigir nuestros pensamientos a Cristo Jesús en la cruz y en su trono glorioso.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *El cautiverio de Daniel y sus compañeros.* 8—16. *Su negativa a comer la ración del rey.* 17—21. *Su mejoría en sabiduría.*

Vv. 1—7. En el primer año de su reinado, Nabucodonosor, rey de Babilonia, tomó Jerusalén y se llevó consigo a quien quiso y lo que quiso. Es desde este primer cautiverio que la mayoría piensa deben contarse setenta años. Interesa a los príncipes emplear a hombres sabios; es sabio buscar y preparar a tales personas. Nabucodonosor ordena que se enseñe a los jóvenes elegidos. Todos los nombres hebreos tenían algo de Dios en ellos, pero para hacerlos olvidar al Dios de sus padres, Guía de su juventud, los paganos les dieron nombres con sabor a idolatría. Penoso es reflexionar cuán a menudo la educación pública tiende a corromper los principios y la moral.

Vv. 8—16. El interés que pensamos que hemos tenido de nosotros mismos debemos reconocerlo como dádiva de Dios. —Daniel era aún firme en su religión. Siguió aferrado al espíritu de un israelita sin importar el nombre que le dieron. Estos jóvenes sintieron escrúpulos acerca de la comida, no fuera a ser pecaminosa. Cuando el pueblo de Dios está en Babilonia, debe tener especial cuidado de no participar en sus pecados. Es digno de elogio que la juventud no codicie ni busque los deleites de los sentidos. Los que desean destacarse en sabiduría y piedad, deben aprender a someter el cuerpo. Daniel evitó corromperse con el pecado; nosotros debemos temer más eso que cualquier otro problema externo. Más fácil es mantener la tentación a distancia que resistir cuando está cerca. No podemos aprovechar mejor lo que nos beneficia, que usarlo para alejarnos de pecar. —La gente

no creerá en la ventaja de evitar los excesos y de llevar una dieta austera, ni lo aportan a la salud del cuerpo si no lo intentan. La temperancia consciente siempre hará más que la indulgencia pecaminosa por el bienestar en esta vida.

Vv. 17—21. Daniel y sus compañeros se mantuvieron en la fe, y Dios los premió con eminencia en el aprendizaje. Los jóvenes piadosos deben esforzarse por hacer mejor que sus semejantes en las cosas útiles; no por recibir alabanza del hombre, sino para la honra del evangelio, y para que sean reconocidos por ser útiles. Bueno es para un país, y para el honor de un príncipe, cuando puede juzgar quiénes están mejor equipados para servirle, y los prefiere sobre esa base. Que los jóvenes presten una sólida atención a este capítulo; que todos recuerden que Dios honra a los que le honran, pero los que lo desprecian serán estimados en poco.

CAPÍTULO II

Versículos 1—13. *El sueño de Nabucodonosor.* 14—23. *Revelado a Daniel.* 24—30. *Recibido por el rey.* 31—45. *El sueño y la interpretación.* 46—49. *Honores para Daniel y sus amigos.*

Vv. 1—13. Los hombres más grandes son los más expuestos a las preocupaciones y trastornos de la mente, que perturban su reposo nocturno, mientras el sueño del hombre que trabaja es dulce y profundo. No conocemos la inquietud de muchos que viven con gran pompa y, según otros piensan vanamente, con placer. El rey pidió a sus sabios que le dijeran el sueño mismo o todos iban a ser ejecutados como engañadores. Los hombres están más ansiosos por preguntar sobre los hechos futuros que por aprender el camino de la salvación o la senda del deber; pero el conocimiento anticipado de los sucesos aumenta la ansiedad y el trastorno. Los que engañaban, pretendiendo hacer lo que no podían, fueron sentenciados a muerte por no poder hacer lo que pretendían.

Vv. 14—23. Daniel oró humildemente que Dios le revelara el sueño del rey y su significado. Los amigos que oran son amigos valiosos; y bien le corresponde a los hombres más grandes y mejores desear las oraciones de los demás. Mostremos que valoramos a nuestros amigos y sus oraciones. —Oraban en forma específica. Lo que pidamos en oración, sólo podemos esperarlo como dádiva de la gracia de Dios. En la oración Él nos permite decir nuestras necesidades y nuestras cargas. Su ruego a Dios era el peligro en que estaban. —La misericordia por la que oraban Daniel y sus amigos fue concedida. La oración eficaz del justo puede mucho. Daniel estaba agradecido de Dios por hacerle saber lo que le salvó la vida y la de sus amigos. ¡Cuánto más debemos estar agradecidos a Dios por dar a conocer la grandiosa salvación del alma a los que no están entre los sabios y prudentes del mundo!

Vv. 24—30. Daniel hace cambiar la opinión del rey sobre sus magos y adivinos. La insuficiencia de las criaturas debe llevarnos a la absoluta suficiencia del Creador. Hay uno que puede hacer por nosotros, y darnos a conocer a nosotros, lo que nadie en la tierra puede, específicamente, la obra de redención y los designios secretos del amor de Dios a nuestro favor que hay en ella. —Daniel confirmó al rey su opinión de que el sueño era de gran consecuencia con referencia a los asuntos y cambios de este mundo inferior. —Que aquellos a quienes Dios ha favorecido y honrado grandemente, dejen de lado toda opinión de su propia sabiduría y valor, para que solo el Señor sea alabado por el bien que ellos tienen y hacen.

Vv. 31—45. La imagen representaba a los reinos de la tierra que iban a dominar sucesivamente a todas las naciones y que influirían en los asuntos de la iglesia judía. —1. La cabeza de oro

representaba al imperio caldeo, entonces en existencia. —2. El pecho y los brazos de plata significaban al imperio medopersa. —3. El vientre y muslos de bronce significaban al imperio griego, fundado por Alejandro el grande. —4. Las piernas y pies de hierro representaban al imperio romano. Este se dividió en diez reinos, como los dedos de estos pies. Algunos eran débiles como barro, otros fuertes como hierro. Siempre se ha hecho esfuerzos para unirlos, para fortalecer el imperio, pero en vano. —La piedra cortada sin manos humanas, representaba el reino de nuestro Señor Jesucristo que debiera establecerse sobre los reinos del mundo, sobre las ruinas del reino de Satanás en ellos. Esa era la Piedra que los edificadores desecharon, porque no fue cortada por sus manos, pero que ha llegado a ser la piedra principal del ángulo. Lo dilatado del imperio de Cristo y la paz no tendrán limite. El Señor reinará no sólo al final del tiempo, sino cuando el tiempo y los días ya no se cuenten. Los hechos han ocurrido, el cumplimiento de esta visión profética ha sido sumamente exacto e innegable; las eras futuras presenciarán que esta Piedra destruye la imagen, y llena toda la tierra.

Vv. 46—49. Asunto nuestro es dirigir la atención al Señor, como Autor y Dador de toda buena dádiva. Muchos tienen pensamientos del poder y majestad divino, pero no piensan en servir ellos a Dios. Pero todos deben esforzarse para que Dios sea glorificado y se promuevan los mejores intereses de la humanidad.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *La imagen de oro de Nabucodonosor.* 8—18. *Sadrac y sus compañeros rehúsan adorarla.* 19—27. *Son echados a un horno, pero son preservados milagrosamente.* 28—30. *Nabucodonosor da la gloria a Jehová.*

Vv. 1—7. Probablemente la altura de la imagen, unos veintisiete metros, incluía un pedestal y, muy probablemente, solo estaba recamada con placas de oro, no siendo una masa sólida de ese metal precioso. —El orgullo y el fanatismo hacen que los hombres exijan que sus súbditos sigan su religión, buena o mala, y pocos se niegan cuando el interés mundano y el castigo abruman. Esto es fácil para el indolente, el sensual y el infiel, que constituyen la gran mayoría, y muchos irán por esos caminos. Nada es tan malo, que el mundo negligente no deje atraer por un concierto de música en vez de ser echado en un horno ardiente. La adoración falsa se ha establecido y se mantiene con tales métodos.

Vv. 8—18. La devoción verdadera calma, aquieta y ablanda al espíritu, pero la superstición y la devoción hacia dioses falsos inflama las pasiones de los hombres. Hay poca alternativa: conviértete o arde. Los soberbios todavía están dispuestos a decir como Nabucodonosor: ¿Quién es Jehová que yo deba temer su poder? Sadrac, Mesac y Abed-nego no vacilaron si debían obedecer o no. La consideración no era la vida o la muerte. Quienes eviten el pecado no deben parlamentar con la tentación cuando es abiertamente malo lo que nos seduce o atemoriza. No hay que detenerse a pensarlo, sino que, como hizo Cristo, decid: ¡Vete de mí, Satanás! —Ellos no pensaron una respuesta evasiva cuando se requirió una respuesta directa. Los que ponen su principal interés en su deber no deben angustiarse ni temer. Los siervos fieles de Dios saben que es poderoso para controlar y dominar a todas las potestades armadas contra ellos. Señor, si quieres, puedes. Si Él está por nosotros, no tenemos que temer lo que pueda hacernos el hombre. Dios nos librará, sea *de* la muerte o *por medio de* la muerte. —Ellos deben obedecer a Dios y no al hombre; más bien deben sufrir que pecar; y no deben hacer el mal para que venga el bien. Por tanto, ninguna de estas cosas los conmovió. Salvarlos de cometer pecado fue un milagro tan grande en el reino de la gracia, como

sacarlos sanos y salvos del horno ardiendo lo fue en el reino de la naturaleza. El temor al hombre y el amor al mundo, especialmente la falta de fe, hacen que los hombres se rindan a la tentación, mientras una firme convicción de la verdad los librará de negar a Cristo o de avergonzarse de Él. Tenemos que ser mansos para responder, pero debemos ser decididos para obedecer a Dios antes que al hombre.

Vv. 19—27. Que Nabucodonosor caliente su horno tan fuerte como pueda, que unos pocos minutos terminarán el tormento de los que fueron arrojados dentro, pero el fuego del infierno tortura y no mata. Los que adoraron la bestia y su imagen, no tienen descanso, pausa ni momento libre de su dolor, Apocalipsis xiv, 10, 11. —Esta gran promesa se cumplía ahora al pie de la letra, Isaías xliii, 2: Cuando pases por el fuego no te quemarás. Dejando el sacarlos a ese Dios que los preservó en el fuego, caminaban de aquí para allá en medio del fuego, sostenidos y animados por la presencia del Hijo de Dios. Los que sufren por Cristo tienen su presencia en sus sufrimientos aun en el horno ardiendo, y en el valle de sombra de muerte. —Nabucodonosor los reconoce como siervos del Dios Altísimo; un Dios capaz de librarlos de su mano. Nuestro Dios es el único fuego consumidor, Hebreos xii, 29. Si tan sólo pudiéramos mirar en el mundo eterno, veríamos al creyente perseguido a salvo de la maldad de sus enemigos, mientras que éstos están expuestos a la ira de Dios y atormentados en el fuego que nunca se apaga.

Vv. 28—30. Lo que Dios hizo por estos siervos ayudó a mantener a los judíos en su religión mientras estuvieron en el cautiverio, y a curarlos de la idolatría. El milagro produjo convicción profunda en Nabucodonosor. Pero no hubo cambio permanente en su conducta. —El que preservó a estos judíos piadosos en el horno ardiendo es capaz de sostenernos en la hora de la tentación y de impedir que caigamos en pecado.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—18. *Nabucodonosor reconoce el poder de Jehová.* 19—27. *Daniel interpreta su sueño.* 28—37. *Su cumplimiento.*

Vv. 1—18. El comienzo y el final de este capítulo nos llevan a tener la esperanza de que Nabucodonosor fuera un monumento al poder de la gracia divina, y de las riquezas de la misericordia divina. Después de ser sanado de su locura, difundió ampliamente, y escribió para las edades futuras, cómo Dios lo había justamente humillado y lo había restaurado por gracia. Cuando el pecador vuelve en sí, buscará el bienestar de los demás dando a conocer la prodigiosa misericordia de Dios. —Antes de relatar los juicios divinos contra él por su orgullo, Nabucodonosor habló de las advertencias que tuvo en un sueño o visión. Se le explicó el significado. La persona representada iba a ser despojada de toda honra y privada del uso de razón por siete años. Ciertamente este es el más doloroso de todos los juicios temporales. Cualquiera sea la aflicción externa que plazca a Dios ponernos, tenemos razón para soportarla pacientemente y estar agradecidos que permita el uso sano de nuestra razón y ponga paz en nuestra conciencia. Pero si el Señor considera adecuado impedir por tales medios que un pecador cometa múltiples delitos, o que un creyente deshonre su nombre, aun la prevención más espantosa sería preferible a la mala conducta. —Dios lo ha determinado, como Juez justo, y los ángeles en el cielo aplauden. No se trata de que el gran Dios necesite el consejo o concurrencia de los ángeles, sino que denota la solemnidad de esta sentencia. La demanda es por la palabra de los santos, el pueblo sufriente de Dios: cuando el oprimido clama a Dios, Él oirá. Busquemos con diligencia las bendiciones que nunca nos pueden ser quitadas y, guardémonos especialmente del orgullo y de olvidar a Dios.

Vv. 19—27. Daniel estaba impactado con asombro y terror ante un juicio tan duro que caía sobre un príncipe tan grande, y aconseja con ternura y respeto. Necesario es, con arrepentimiento, no sólo que cesemos de hacer el mal, sino que aprendamos a hacer el bien. Aunque no se evite totalmente el juicio, sin embargo, puede retardar mucho la llegada del trastorno o abreviarlo cuando llegue. Todos los que se arrepienten y se vuelven a Dios escaparán de la miseria eterna.

Vv. 28—33. El orgullo y el engaño de uno mismo son pecados que acosan a los grandes hombres. Son buenos para darse la gloria que solamente es debida a Dios. Mientras la soberbia estaba en la palabra del rey, vino la poderosa palabra de Dios. Desaparecieron su entendimiento y su memoria y se quebrantaron todas las facultades del alma racional. ¡Cuán cuidadosos debemos ser de no hacer nada que provoque a Dios a privarnos de nuestros sentidos! Dios resiste al orgulloso. Nabucodonosor será más que hombre, pero Dios lo hace justicieramente menos que hombre.

Vv. 34—37. Podemos aprender a creer acerca de Dios que el Dios Altísimo vive por siempre y su reino es como Él mismo: eterno y universal. Su poder admite resistencia. Cuando los hombres son llevados a honrar a Dios, por la confesión de pecado y el reconocimiento de su soberanía, entonces, y sólo entonces, pueden tener la expectativa de que Dios los honre; no sólo los restaurará a la dignidad que perdieron por el pecado del primer Adán; les sumará la majestad excelente de la justicia y gracia del Segundo Adán. Las aflicciones no durarán más de lo necesario para que hagan la obra para la cual fueron enviadas. No puede haber duda razonable de que Nabucodonosor fue un penitente verdadero y un creyente aceptado. Se piensa que no vivió más de un año después de su restauración. Así, pues, el Señor sabe abatir a los que andan con soberbia, pero da gracia y consuelo al pecador humilde que lo invoca con corazón quebrantado.

CAPÍTULO V

Versículos 1—9. *La fiesta impía de Belsasar; la escritura en la pared.* 10—17. *Daniel es traído para interpretarla.* 18—31. *Daniel anuncia al rey su destrucción.*

Vv. 1—9. Belsasar desafió los juicios de Dios. La mayoría de los historiadores consideran que en esa circunstancia Ciro sitió a Babilonia. La seguridad y la sensualidad son tristes pruebas de una ruina inminente. La alegría que profana las cosas sagradas es indudablemente pecaminosa, ¡y muchas de las canciones usadas en las fiestas modernas, no son mejores que las alabanzas cantadas por los paganos a sus dioses! —Véase cómo Dios aterrorizó a Belsasar y a sus señores. La palabra escrita de Dios es suficiente para asustar al pecador más orgulloso y atrevido. Lo que vemos de Dios, la parte de la mano que escribe ante las criaturas, y en el libro de las Escrituras, debe llenarnos de pensamientos reverentes respecto de lo que no vemos. ¿Si éste es el dedo de Dios, qué es su brazo cuando se desnuda? ¿Y qué es Él? La conciencia culpable del rey le dijo que no tenía razón para esperar buena nueva alguna desde el cielo. Dios puede, en un momento, hacer que tiemble el corazón del pecador más recio; y solo se necesita soltar sus propios pensamientos sobre sí; le darán bastantes problemas. Ningún dolor corporal puede igualar la agonía interior que a veces sobrecoge al pecador en medio de alegrías, placeres carnales y pompa mundanal. —A veces, el terror hace que el hombre huya a Cristo por perdón y paz; pero muchos de los que claman por miedo a la ira, no están humillados por sus pecados, y solo buscan alivio en vanidades mentirosas. La ignorancia y la incertidumbre de las Sagradas Escrituras, que muestran muchos que se dicen sabios, sólo tiende a que los pecadores desesperen, como hizo la ignorancia de estos hombres sabios.

Vv. 10—17. Daniel estaba olvidado en la corte; vivía en forma privada y ya tenía noventa años de edad. Muchos consultan a los siervos de Dios por cosas curiosas o para que expliquen temas difíciles, pero sin preguntar por el camino de la salvación o la senda del deber. —Daniel rechazó la oferta de recompensa. Habló a Belsasar como a un criminal condenado. Debemos despreciar todos los regalos y recompensas que puede dar este mundo, viendo, como podemos ver por fe, que su fin se apresura; pero cumplamos nuestro deber en el mundo, y hagamos todo el servicio real que podamos.

Vv. 18—31. Daniel lee la condena de Belsasar. No había tomado como advertencia los juicios de Nabucodonosor. Había insultado a Dios. Los pecadores se complacen con dioses que no ven ni oyen ni saben, pero serán juzgados por aquel ante cuyos ojos todas las cosas están abiertas. —Daniel lee la sentencia escrita en la pared. Todo esto puede aplicarse bien al sino de todo pecador. Al morir están contados y terminados los días del pecador; después de la muerte está el juicio, cuando será pesado en balanza y hallado falto; y, después del juicio, el pecador será cortado y partido, y dado como presa al diablo y sus ángeles. —Mientras estas cosas ocurrían en palacio, el ejército de Ciro estaba entrando en la ciudad; y cuando Belsasar fue muerto, siguió un sometimiento general. Pronto cada pecador impenitente encontrará que la escritura de la palabra de Dios, le está siendo aplicada, sea que lo pesen en la balanza de la ley como fariseo con justicia propia o en la del evangelio como hipócrita blanqueado.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *La maldad de los enemigos de Daniel.* 6—10. *Su constancia para orar.* 11—17. *Él es echado al foso de los leones.* 18—24. *Su milagrosa preservación.* 25—28. *El decreto de Darío.*

Vv. 1—5. Para la gloria de Dios nos damos cuenta de que, aunque Daniel estaba ya muy viejo, todavía era capaz de trabajar y que había seguido fiel a su religión. Para la gloria de Dios es que los que profesan la fe, se comporten en forma tal que sus enemigos más vigilantes no puedan hallar ocasión de culparlos, excepto en materia de su Dios, en lo cual andan conforme a sus conciencias.

Vv. 6—10. Prohibir orar por tanto tiempo, treinta días, es robar a Dios todo el tributo que recibe del hombre y roba al hombre de todo el consuelo que tiene en Dios. ¿No se dirige a Dios el corazón de todo hombre cuando, en necesidad o en angustia, clama a Dios? No podemos vivir un día sin Dios; ¿y pueden vivir treinta días sin orar los hombres? Pero es de temerse que quienes, sin ningún decreto que lo prohíba, no presentan peticiones serias de todo corazón a Dios por más de treinta días en conjunto, sean más numerosos que los que continuamente sirven a Dios con corazones humildes y agradecidos. —Las leyes perseguidoras siempre se hacen con pretextos falsos, pero no corresponde a los cristianos quejarse amargamente o caer en los improperios. Bueno es tener horas para orar. Daniel oraba abierta y reconocidamente, y aunque era hombre de muchas ocupaciones, no pensaba que eso le excusaba de los ejercicios diarios de devoción. ¡Cuán inexcusables son los que tienen poco que hacer en el mundo, pero no harán ni siquiera eso por sus almas! En momentos de prueba debemos tener cuidado, no sea que bajo el pretexto de discreción, seamos culpables de cobardía en la causa de Dios. Todos los que desechan sus almas, como lo hacen ciertamente los que viven sin orar, aunque aseguren su vida, al final serán hallados necios. Daniel no sólo oraba, sino sin dejar de lado las acciones de gracias, para acortar el servicio y reducir el tiempo de peligro, cumplía todo. En una palabra, el deber de la oración se fundamenta en la suficiencia de Dios como Todopoderoso Creador

y Redentor, y en nuestras necesidades como criaturas pecadoras. Debemos volver nuestros ojos a Cristo. Que a Él mire el cristiano, que a Él ore en esta tierra de su cautiverio.

Vv. 11—17. No es novedad que lo hecho fielmente en conciencia ante Dios, sea tergiversado como hecho por obstinación y desprecio a los poderes civiles. Por falta del debido pensar, solemos hacer aquello que, como Darío, nos hace desear mil veces volver a deshacer. Daniel, ese hombre venerable, es llevado como el más vil de los malhechores, y es arrojado al foso de los leones, para ser devorado sólo por adorar a su Dios. —Sin duda que poner la piedra fue ordenado por la providencia de Dios para que el milagro de la liberación de Daniel pudiera ser más evidente; y el rey la selló con su propio sello, probablemente para que los enemigos de Daniel no lo mataran. Encomendemos nuestra vida y nuestra alma a Dios, haciendo el bien. No podemos poner confianza plena ni siquiera en los hombres a quienes servimos fielmente; pero en todos los casos los creyentes pueden tener la seguridad del favor y consuelo divino.

Vv. 18—24. La mejor manera de pasar una buena noche es mantener una buena conciencia. Tenemos seguridad en lo que el rey dudaba, que los siervos del Dios vivo tienen un Amo muy capaz de protegerlos. Véase el poder de Dios sobre las criaturas más fieras, y crea en su poder para frenar al león rugiente que anda continuamente buscando a quien devorar. Daniel fue mantenido perfectamente a salvo, porque él creía en su Dios. Quienes confían osada y jubilosamente en la protección de Dios en el camino del deber, siempre lo hallarán como ayuda presente. Así, pues, el justo es sacado de problemas y el impío es puesto en su lugar. El corto triunfo del malo terminará en su ruina.

Vv. 25—28. Si vivimos con temor a Dios y andamos conforme a esa regla, la paz estará sobre nosotros. El reino, el poder y la gloria por siempre son del Señor, pero muchos son empleados para que sus maravillosas obras sean dadas a conocer a los demás que permanecen ajenos a su gracia salvadora. Seamos hacedores y creyentes de su palabra, no sea que al final hallemos que nos hemos engañado.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—8. *La visión de Daniel de las cuatro bestias;* 9—14. *y del reino de Cristo.* 15—28. *La interpretación.*

Vv. 1—8. Esta visión contiene las mismas representaciones proféticas del sueño de Nabucodonosor. El gran mar agitado por los vientos, representa a la tierra y sus moradores turbados por los príncipes y conquistadores ambiciosos. Las cuatro bestias significaban los mismos cuatro imperios que las cuatro partes de la imagen de Nabucodonosor. Los conquistadores fuertes no son sino instrumentos de la venganza de Dios en un mundo culpable. La bestia salvaje representa los rasgos odiosos de sus caracteres. Pero el dominio dado a cada una tiene un límite; su furor será para alabanza del Señor y Él refrenará el resto.

Vv. 9—14. Estos versículos son para consuelo y apoyo del pueblo de Dios en las persecuciones que les sobrevendrían. Muchas predicciones del Nuevo Testamento sobre el juicio venidero aluden simplemente a esta visión, especialmente Apocalipsis xx, 11, 12. Aquí se llama Hijo del hombre al Mesías; Él fue hecho a semejanza de la carne pecadora y fue encontrado como hombre, pero Él es el Hijo de Dios. El suceso más grande anunciado en este pasaje es la venida gloriosa de Cristo a destruir todo poder anticristiano, y hacer universal su reino en la tierra. Pero hasta que llegue el

tiempo solemne para manifestar la gloria de Dios a todos los mundos en sus tratos con sus criaturas, podemos esperar que el sino de cada uno de nosotros sea determinado a la hora de nuestra muerte; y, antes que llegue el final, el Padre dará abiertamente a su Hijo encarnado, nuestro Mediador y Juez, la herencia de las naciones como sus súbditos dispuestos.

Vv. 15—28. Deseable es obtener el derecho y sentido pleno de lo que vemos y oímos de Dios; y los que sepan, deben pedir por oración fiel y ferviente. El ángel habló simplemente a Daniel. Deseaba saber, especialmente, tocante al cuerno pequeño que hacía la guerra a los santos y los vencía. San Juan se refiere sencillamente a estas visiones, en sus visiones y profecías que apuntan en primer lugar a Roma. —Daniel tuvo la perspectiva gozosa de la supremacía del reino de Dios entre los hombres. Esto se refiere a la segunda venida de nuestro bendito Señor, cuando los santos triunfarán en la caída completa del reino de Satanás. Los santos del Altísimo poseerán el reino por siempre. Lejos de nosotros esté inferir de esto que el dominio se fundamenta en la gracia. Promete que el reino del evangelio será establecido; un reino de luz, santidad y amor; un reino de gracia, cuyos privilegios y consuelos serán primicias y primeros frutos del reino de gloria, pero el cumplimiento pleno será en la eterna felicidad de los santos, el reino que no puede ser movido. La reunión de toda la familia de Dios será una bendición de la venida de Cristo.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—14. *La visión de Daniel del carnero y el macho cabrío.* 15—27. *La interpretación de eso.*

Vv. 1—14. Dios da a Daniel la previsión de la destrucción de otros reinos que, en su época, fueron tan poderosos como el de Babilonia. Si pudiésemos prever los cambios que habrá cuando nosotros no estemos, seríamos menos afectados por los cambios de nuestra propia época. —El carnero de dos cuernos era el segundo imperio, el de Media y Persia. Vio que ese carnero era vencido por un macho cabrío. Este era Alejandro el Grande, que cuando tenía unos treinta y tres años de edad, estando en su máximo vigor, murió y mostró la vanidad de la pompa y poder mundanos, y que estos no pueden hacer feliz al hombre. Mientras los hombres pelean, como el caso de Alejandro, respetando la muerte de un guerrero próspero, es evidente que la gran Primera Causa de todo no tenía más en su plan para que ejecutara aquel y, por tanto, lo cortó. En el lugar de ese gran cuerno único, hubo cuatro notables, los cuatro capitanes principales de Alejandro. Un cuerno pequeño se hizo gran perseguidor de la Iglesia y pueblo de Dios. Parece que la ilusión mahometana es aquí señalada. Prosperó y, en una ocasión, casi destruyó la santa religión que la diestra de Dios había plantado. Justo es que Dios prive de los privilegios de su casa a los que los desprecian y profanan; y que dé a conocer el valor de las ordenanzas por su falta, a los que no lo conocieron disfrutándolas. —Daniel oyó que el tiempo de esta calamidad era limitado y determinado; pero no el tiempo en que vendría. Si conocemos la mente de Dios debemos acudir a Cristo, en quien están ocultos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento; no ocultos *de* nosotros, sino ocultos *para* nosotros. Hay mucha dificultad en cuanto al tiempo preciso aquí estipulado, pero el final no puede estar muy lejos. Dios se ocupará, para su gloria, de la purificación de la Iglesia en el momento debido. Cristo murió para limpiar su Iglesia; y la limpiará así para presentársela inmaculada a sí mismo.

Vv. 15—27. El eterno Hijo de Dios estaba ante el profeta con la apariencia de hombre y mandó al ángel Gabriel que explicara la visión. El desaliento y asombro de Daniel ante la perspectiva de los males que vio venir a su pueblo y la Iglesia, confirman la opinión de que se predicen calamidades continuamente prolongadas. —Cuando terminó la visión, se le encargó a Daniel de mantenerla en

privado por el momento. Él la guardó para sí y siguió haciendo el deber de su lugar. En cuanto vivamos en este mundo, debemos tener algo para hacer aquí; y hasta aquellos a quienes Dios más honra, no deben pensarse por encima de sus actividades. Tampoco debe el placer de la comunión con Dios sacarnos de los deberes de nuestras vocaciones, sino que en ellos debemos permanecer con Dios. Todos los que están encargados de asuntos públicos deben desempeñar con justicia su cometido; en medio de todas las dudas y desalientos, pueden, si son creyentes verdaderos, esperar algo feliz. Así, pues, debemos emprender la compostura de nuestras mentes para atender los deberes a los cuales cada uno está asignado, en la Iglesia y en el mundo.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—3. *Daniel considera el tiempo de su cautiverio.* 4—19. *Su confesión de pecado y su oración.* 20—27. *La revelación acerca de la venida del Mesías.*

Vv. 1—3. Daniel aprendió de los libros de los profetas, especialmente del de Jeremías, que la desolación de Jerusalén continuaría por setenta años, que estaban acercándose a su fin. Las promesas de Dios son para estimular nuestras oraciones, no para hacerlas innecesarias; y cuando vemos que se aproxima su cumplimiento, debemos rogar con más fervor a Dios.

Vv. 4—19. En toda oración debemos hacer *confesión* no sólo de los pecados de que fuimos culpables, sino de nuestra fe en Dios y dependencia de Él, nuestra tristeza por el pecado y nuestras resoluciones en su contra. Debe ser *nuestra* confesión, el lenguaje de nuestras convicciones. Aquí está la oración seria, humilde y devota de Daniel a Dios; en la cual él le da la gloria como Dios *temible* y como Dios *fiel*. En oración debemos contemplar la grandeza y la bondad, la majestad y la misericordia de Dios. —Aquí hay una confesión penitente de pecado, la causa de los trastornos bajo los cuales la gente gimió por tantos años. Todos los que deseen hallar misericordia deben confesar sus pecados. Aquí hay un reconocimiento de la justicia de Dios que humilla al yo; y es siempre el camino del penitente verdadero justificar de este modo a Dios. Las aflicciones son enviadas para llevar a los hombres a que abandonen sus pecados y entiendan la verdad de Dios. —Aquí hay una apelación de fe a la misericordia de Dios. Es un consuelo que Dios siempre haya estado listo para perdonar el pecado. Da ánimo recordar que las misericordias pertenecen a Dios, como es convincente y humillante recordar que la justicia le pertenece. Hay abundantes misericordias en Dios, no sólo perdón, sino perdones. —Aquí se argumenta el reproche bajo el cual se hallaba sometido el pueblo de Dios, y la ruina del santuario de Dios. El pecado es un reproche para cualquier pueblo, especialmente para el pueblo de Dios. Las desolaciones del santuario son penas para todos los santos. —Aquí hay un ferviente pedido a Dios que restaure a los pobres judíos cautivos a sus privilegios previos. Oh Señor, escucha y obra. No que sólo escuches y hables, sino que escuches y obres; haz por nosotros lo que nadie más puede hacer; y no te tardes. —Aquí hay varios ruegos y argumentos para poner en vigencia las peticiones. Hazlo por amor al Señor Cristo; Cristo es el Señor de todos. Y por Él, Dios hace que su rostro brille sobre los pecadores cuando se arrepienten y se vuelven a Él. En todas nuestras oraciones esta debe ser nuestra súplica, debemos mencionar su justicia, la de su Unigénito. El fervor de fe, confiado y humilde de esta oración debe ser seguido siempre por nosotros.

Vv. 20—27. Inmediatamente se envió una respuesta a la oración de Daniel, y es una muy memorable. No podemos ahora esperar que Dios envíe respuestas a nuestras oraciones con ángeles, pero si oramos con fervor por lo que Dios ha prometido, podemos, por fe, tomar la promesa como respuesta inmediata a la oración, porque fiel es el que lo prometió. A Daniel le fue revelada una

redención mucho más grandiosa y gloriosa, la cual Dios obraría para su Iglesia en los postreros días. Los que desean familiarizarse con Cristo y su gracia, deben orar mucho. —La ofrenda vespertina era un tipo del gran sacrificio que Cristo iba a ofrecer en el crepúsculo del mundo; en virtud de ese sacrificio fue aceptada la oración de Daniel; y por amor a él, se le hizo esta revelación gloriosa del amor redentor. —En los versículos 24—27, tenemos una de las profecías más notables de Cristo, de su venida y su salvación. Muestra que los judíos son culpables de la incredulidad más obstinada al esperar a otro Mesías, tanto tiempo después del expresamente fijado para su venida. Las setenta semanas significan un día por año, o 490 años. Al final de este período se ofrecería un sacrificio que expiaría plenamente el pecado y produciría justicia eterna para la justificación completa de todo creyente. Entonces, los judíos, en la crucifixión de Jesús, cometerían ese crimen por el cual se colmaría la medida de su culpa y sobrevendrían angustias a su nación. —Todas las bendiciones otorgadas al hombre pecador vienen por el sacrificio expiatorio de Cristo, que sufrió por los pecados de una vez por todas, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. He aquí nuestro camino de acceso al trono de la gracia y de nuestra entrada al cielo. Esto sella la suma de la profecía y confirma el pacto con muchos; y mientras nos regocijamos en las bendiciones de la salvación, debemos recordar lo que costaron al Redentor. ¡Cómo escaparán los que rechazan una salvación tan grande!

CAPÍTULO X

Versículos 1—9. *La visión de Dios cerca del río Hidekel.* 10—21. *Tiene que esperar una revelación de los hechos futuros.*

Vv. 1—9. Este capítulo relata el comienzo de la última visión de Daniel que continúa hasta el final del libro. Pasaría mucho tiempo antes que su completo cumplimiento y gran parte no se ha cumplido aún. —Cristo le apareció a Daniel en forma gloriosa y debe comprometernos a pensar elevada y honrosamente de Él. Admiremos su condescendencia por nosotros y nuestra salvación. —No le quedaba fuerza a Daniel. Los hombres más grandes y mejores no pueden tolerar las revelaciones plenas de la gloria divina; porque no la verá el hombre y vivirá; pero los santos glorificados ven a Cristo como es, y pueden soportar la visión. Por horroroso que Cristo parezca a los que están acusados de pecado hay suficiente en su palabra para calmar sus espíritus.

Vv. 10—21. Cada vez que tenemos comunión con Dios nos corresponde tener el sentido debido de la distancia infinita entre nosotros y el santo Dios. ¿Cómo nosotros, que somos polvo y cenizas, hablaremos al Señor de gloria? Nada es más probable, nada es más efectivo para revivir los espíritus desfallecidos de los santos que ser asegurados del amor de Dios por ellos. Desde el mismo primer día en que empezamos a mirar a Dios en el camino del deber, Él está preparado para encontrarnos en el camino de la misericordia. Así, pues, Dios está listo para oír la oración. —Cuando el ángel le habló al profeta de las cosas por venir, tenía que regresar y oponerse a los decretos de los reyes persas contra los judíos. Los ángeles son empleados como siervos ministradores de Dios, Hebreos i, 14. Aunque mucho se hizo contra los judíos por parte de los reyes de Persia, permitiéndolo Dios, mucho más mal se hubiese hecho si Dios no lo hubiera impedido. Ahora mostrará mucho más plenamente cuáles eran los propósitos de Dios, de los cuales son un esbozo las profecías; y nos interesa estudiar lo que está en estas Escrituras fieles, porque corresponden a nuestra paz eterna. Mientras Satanás y sus ángeles, y los malos consejeros, excitan a los príncipes a hacer el mal contra la Iglesia, nos podemos regocijar en que Cristo nuestro Príncipe, y todos sus ángeles poderosos, actúan contra nuestros enemigos; pero no debemos esperar que muchos nos favorezcan en este mundo malo. Pero todo el consejo de Dios será establecido; y que cada uno ore: Señor Jesús, sé

nuestra justicia ahora y serás nuestra confianza eterna, en la vida, en la muerte, en el día del juicio y por siempre jamás.

CAPÍTULO XI

La visión de las Escrituras de verdad.

Vv. 1—30. El ángel muestra a Daniel la sucesión de los imperios persa y griego. Se destacan los reyes de Egipto y Siria: Judea estaba entre sus dominios, y afectada por sus peleas. Desde el versículo 5 al versículo 30 se considera, por lo general, que se refieren a los sucesos que pasarán durante la continuación de esos gobiernos; y desde el versículo 21, con Antíoco Epífanes, que fue un perseguidor cruel y violento de los judíos. —Véase qué decadentes, y perecederas son la pompa y las posesiones del mundo, y el poder por el cual se obtienen. Dios, en su providencia, establece a uno y saca al otro, según su beneplácito. El mundo está lleno de guerras y peleas, que vienen de las concupiscencias de los hombres. Todos los cambios y las revoluciones de estados y reinos, y todo suceso, están plena y perfectamente previstos por Dios. Ninguna palabra de Dios caerá al suelo; infaliblemente sucederá lo que ha designado, lo que Él ha declarado. Los vasos de barro de la tierra luchan unos contra otros, vencen y son vencidos, engañan y son engañados; pero los que conocen a Dios confían en Él, que los capacita para resistir, llevar su cruz y soportar su conflicto.

Vv. 31—45. El resto de esta profecía es muy difícil y los comentaristas difieren mucho al respecto. Pareciera que el relato pasa de Antíoco al anticristo. Parece que se hace referencia al imperio romano, la cuarta monarquía, en sus estados pagano, cristiano temprano y papal. El final de la ira del Señor contra su pueblo se aproxima, y el final de su paciencia con sus enemigos. Si deseamos escapar de la ruina del perseguidor infiel, idólatra, supersticioso y cruel, y de la del profano, hagamos de los oráculos de Dios nuestra norma de verdad y deber, el fundamento de nuestra esperanza, la luz de nuestros caminos a través de este mundo tenebroso, hacia la gloriosa herencia de arriba.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—4. *La conclusión de la visión de las Escrituras de verdad.* 5—13. *Los tiempos de la continuación de estos sucesos.*

Vv. 1—4. Miguel significa “Él que es como Dios” y su nombre, con el título de “El gran príncipe” apunta al divino Salvador. Cristo se puso como sacrificio en lugar de los hijos de nuestro pueblo, llevó la maldición *por* ellos y la sacó *de* ellos. Él está a favor de ellos rogando por ellos ante el trono de gracia. Y después de la destrucción del anticristo, el Señor Jesús volverá a la tierra en el último día; y Él se manifestará para la redención completa de su pueblo. Cuando Dios obra en favor de ellos la liberación de la persecución, es como la vida de entre los muertos. Cuando su evangelio se predica, muchos de los que duermen en el polvo, judíos y gentiles, serán despertados de su paganismo o judaísmo. Y al final, despertará la multitud que duerme en el polvo; muchos serán levantados para vida eterna y muchos para vergüenza. —Hay gloria reservada para todos los santos en el estado futuro, para todos los que son sabios, sabios para sus almas y para la eternidad. Los que llevaron a muchos a la justicia, que volvieron a los pecadores de los errores de sus caminos, y

ayudaron a salvar sus almas de la muerte, Santiago v, 20, participarán de la gloria de quienes ellos ayudaron a ir al cielo, lo que se sumará a su propia gloria.

Vv. 5—13. Uno de los ángeles pregunta cuán largo será el tiempo que resta hasta el fin de estos prodigios; se da una respuesta solemne de que será por un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo, el período mencionado en el capítulo vii, 25, y en el Apocalipsis. Significa 1260 días o años proféticos, empezando desde el tiempo en que el poder del pueblo santo sea diseminado. La impostura de Mahoma y la usurpación papal empezaron casi al mismo tiempo, y estos fueron un ataque doble contra la Iglesia de Dios. Pero todo terminará bien al final. Todo rey, principado y potestad contrario será derribado y triunfarán la santidad y el amor, y serán con honor y para la eternidad. El final, este final, llegará. ¡Qué asombrosa profecía es esta, de tantos hechos variados, y extendiéndose a través de tantas épocas sucesivas, hasta la resurrección general! —Daniel debe de haberse consolado con la perspectiva halagüeña de su propia dicha en la muerte, en el juicio, y para la eternidad. Bueno es para todos nosotros que pensemos mucho en irnos de este mundo. Ese debe ser nuestro camino, pero nuestro consuelo es que no nos vamos sino hasta que Dios nos llame al otro mundo, y hasta que Él haya terminado con nosotros en este mundo; hasta que diga: Ve por tu camino, tú que has hecho tu obra, por tanto, ahora, ve por tu camino y deja que otros tomen tu lugar. Fue un consuelo para Daniel, y es un consuelo para todos los santos que cualquiera sea su suerte en los días de su vida, tendrán una suerte feliz al final de los días. Debe ser el más grande interés y preocupación de cada uno de nosotros asegurarse esto. Entonces, podemos estar muy contentos con nuestra suerte actual, y acoger la voluntad de Dios. Los creyentes son felices en todo momento; ellos reposan en Dios por fe ahora, y les está reservado el reposo en el cielo, al final.

OSEAS

Se supone que Oseas era del reino de Israel. Vivió y profetizó durante un largo período. El alcance de sus predicciones parece ser, detectar, reprender y convencer de sus muchos pecados a la nación judía en general, y a los israelitas en particular, y especialmente la idolatría; también se comenta el estado corrupto del reino. Pero los invita a arrepentirse con promesas de misericordia y predicciones del evangelio en cuanto a la restauración futura de los israelitas y de los judíos, y su final conversión al cristianismo.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *Se representa figuradamente la desvergonzada idolatría de las diez tribus.* 8—11. *El llamamiento a los gentiles, y la unión de Israel y Judá bajo el Mesías.*

Vv. 1—7. Israel era próspero, pero entonces, Oseas les habla directamente de sus pecados y anuncia su destrucción. Los hombres no tienen que ser halagados en sus caminos pecaminosos porque triunfan en el mundo; ni tampoco les durará mucho si siguen en sus transgresiones. —El profeta

debe mostrarle a Israel su pecado; mostrar que es excesivamente odioso. Su idolatría es el pecado del cual aquí se les acusa. Dar a la criatura esa gloria que sólo se debe a Dios, es una injuria y una afrenta a Dios, como una esposa que tome a un extraño lo sería para su esposo. —Sin duda el Señor tiene buenas razones para mandar tal cosa al profeta: eso conformaría un cuadro efectivo de la inmerecida bondad y la paciencia inagotable del Señor, y de la perversidad e ingratitud de Israel. Nos quebrantamos y agotamos con la perversidad de los demás, que es la mitad de aquella con que nosotros probamos la paciencia del Señor y contristamos el Espíritu de nuestro Dios. Estemos listos también para llevar cualquier cruz que el Señor asigne. —El profeta debe mostrar la ruina del pueblo en los nombres puestos a sus hijos. Predice la caída de la familia real con el nombre de su primer hijo: Lo llama Jezreel que significa “dispersión”. —Predice que Dios abandonará a la nación con el nombre de la segunda: Lo-ruhama, “no amada” o “no compadecida”. Dios mostró gran misericordia, pero Israel abusó de sus favores. El pecado aleja la misericordia de Dios, aun de Israel, su pueblo profesante. Si se niega la misericordia que perdona, no se puede esperar ninguna otra misericordia. —Aunque por la incredulidad algunos son cortados, Dios tendrá, de todos modos, una Iglesia en este mundo hasta el fin del tiempo. Nuestra salvación se debe a la misericordia de Dios, no a ningún mérito nuestro. Segura es la salvación de la cual Él es el autor; y si Él obra, nadie puede impedirlo.

Vv. 8—11. El rechazo temporal de Israel está representado por el nombre de otro hijo: llámalo Lo-ami, “no mi pueblo”. El Señor desconoce toda relación con ellos. Nosotros lo amamos porque Él nos amó primero, pero ser sacados del pacto se debe a nosotros y a nuestra necedad. —La misericordia es recordada en el medio de la ira; el rechazo que no será total, tampoco es definitivo. La misma mano que hirió se estira para sanar. Aquí se dan promesas muy preciosas acerca del Israel de Dios, y que ahora nos sirven a nosotros. —Algunos piensan que estas promesas no se cumplirán por completo sino hasta la conversión general de los judíos en los tiempos postreros. También aplican esta promesa al evangelio y al hecho de judíos y gentiles serán alcanzados, San Pablo, Romanos ix, 25, 26, y San Pedro, 1 Pedro ii, 10. Creer en Cristo es tenerlo por Cabeza y voluntariamente consagrarnos a su dirección y gobierno. Oremos por la venida de ese día glorioso, cuando habrá un solo Señor en toda la tierra.

CAPÍTULO II

Versículos 1—5. *La idolatría del pueblo.* 6—13. *Los juicios de Dios contra ellos.* 14—23. *Sus promesas de reconciliación.*

Vv. 1—5. Este capítulo continúa el discurso figurado a Israel, con referencia a la esposa e hijos de Oseas. Reconozcamos y amemos como hermanos a todos los que el Señor parezca poner entre sus hijos, y animémosles en que han recibido misericordia. Todo cristiano debe protestar contra el mal y los abusos por su ejemplo y conducta, aun entre aquellos a quienes pertenece y debe respeto. Los pecadores impenitentes serán despojados pronto de las ventajas que no aprovecharon y que consumieron en sus lujurias.

Vv. 6—13. Dios advierte lo que hará con este traicionero pueblo idólatra. —Ellos no se volvieron, por tanto les sobrevino todo esto, y quedó escrito para nuestra amonestación. Si se superan dificultades menores, Dios las levantará mayores. Los más resueltos en las empresas pecadoras corrientemente son los más trabados en ellas. El camino y deber de Dios suele estar bordeado *con* espinas, pero tenemos razón para pensar que es camino pecaminoso el que está bordeado y cubierto de espinas. Las cruces y los obstáculos de un camino malo son grandes bendiciones y así deben considerarse; son las vallas de Dios para impedirnos transgredir, para

dificultarnos el camino del pecado y sacarnos de ahí. Tenemos razón para bendecir a Dios por la gracia que reprime y por las providencias que frenan; y hasta por el dolor, la enfermedad o la calamidad aguda, si nos impide pecar. —Las desilusiones que encontramos al buscar satisfacción en la criatura, deben llevarnos al Creador, si es que no hacen más. Cuando los hombres olvidan o no toman en cuenta que sus consuelos vienen de Dios, Él suele quitarlos por misericordia, para llevarlos a pensar en su necedad y peligro. El pecado y la alegría nunca pueden durar mucho, pero si los hombres no sacan el pecado de su alegría, Dios les quitará la alegría de sus pecados. Si los hombres destruyen la palabra y las ordenanzas de Dios, es justo que Él destruya sus vides e higueras. —Esta será la ruina de su alegría. Quitar las festividades solemnes y los días de reposo no sirve de nada, porque ellos se separarán prestamente de ellos y no lo considerarán como pérdida, pero Dios les quitará sus placeres sensuales. Los días de alegría pecaminosa deben ser castigados con días de lloro.

Vv. 14—23. Después de estos juicios el Señor tratará con más benevolencia a Israel. Por la promesa del reposo en Cristo somos invitados a uncirnos su yugo; la obra de conversión puede prosperar por consolaciones y por convicción de pecado. Pero habitualmente el Señor nos lleva a perder las esperanzas en el goce terrenal y la confianza en nosotros mismos, de modo que teniendo todas las puertas cerradas, podamos llamar a la puerta de la Misericordia. —Desde esa época Israel sería más afectuoso con el Señor, dejando de llamarlo Baali, o “Mi amo y señor” que alude a la autoridad más que al amor, y diciéndole Ishi, una manera cariñosa de tratarlo. Esto puede predecir la restauración del cautiverio de Babilonia y también aplicarse a la conversión a Cristo de los judíos en los días de los apóstoles, y a la conversión general futura de esa nación; los creyentes son facultados para esperar infinitamente más ternura y bondad de su santo Dios que lo que puede esperar una esposa amada del mejor marido. —Cuando el pueblo fuera separado de los ídolos para amar al Señor, ninguna criatura les haría más daño. Esto pueden entenderse de las bendiciones y privilegios del Israel espiritual, de cada creyente verdadero, y de su participación en la justicia de Cristo; también, de la conversión a Cristo de los judíos. —He aquí un argumento para que nosotros andemos de modo tal que Dios no sea deshonrado por nosotros: Tú eres mi pueblo. Si la familia de un hombre anda desordenadamente, es una deshonra para el amor. Si Dios nos llama hijos, podemos decir, Tú eres nuestro Dios. Alma incrédula, deja de lado los pensamientos deprimentes; no respondas así a la amorosa bondad de Dios. ¿Dijo Dios, eres mi pueblo? Di: Señor, Tú eres mi Dios.

CAPÍTULO III

El profeta entra en un contrato nuevo representando la gracia con que Dios volverá a restaurar a Israel bajo un pacto nuevo.

Vv. 1—3. El disgusto de los hombres por la religión verdadera se debe a que aman los objetos y las formas que les permiten dar el gusto a sus lujurias en lugar de mortificarlas. ¡Qué maravilloso es que un Dios santo tuviera buena voluntad para aquellos cuya mente carnal es enemistad contra Él! —Aquí están representados los tratos de la gracia de Dios con la humanidad caída que se alejó de Él. Este es el pacto de gracia que quiere establecer con ellos, que sean su pueblo y Él será su Dios. —Ellos deben aceptar el castigo de su pecado y no volver a la necedad. Señal segura de que nuestras aflicciones son medios para el bien nuestro es que se nos impida ser vencidos por las tentaciones cuando estamos en aflicción.

Vv. 4, 5. Aquí está la aplicación de la parábola a Israel. Ellos deben permanecer largo tiempo como viuda, despojada de todos los goces y honores, pero en el largo plazo, serán recibidos de nuevo. Quienes busquen al Señor para hallarlo, deben someterse a Cristo y llegar a ser su pueblo

voluntario. No sólo tenemos que temer al Señor y su grandeza, sino que al Señor y su bondad; no sólo su majestad, sino su misericordia. —Hasta los escritores judíos aplican este pasaje al Mesías prometido; indudablemente anuncia la conversión futura de ellos a Cristo, por la cual son mantenidos como pueblo apartado. Aunque el primer temor de Dios surja de ver su majestad santa y su justa venganza, hasta la experiencia de la misericordia y la gracia por medio de Jesucristo, guiará al corazón a que venere un Amigo y Padre tan bueno y glorioso, y tema ofenderlo.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—5. *Los juicios de Dios contra los pecados del pueblo;* 6—11. *y de los sacerdotes.* 12—19. *Reprobación de la idolatría, y amonestación a Judá.*

Vv. 1—5. Oseas reprende la inmoralidad y la idolatría. —No había verdad, misericordia ni conocimiento de Dios en la tierra: estaba llena de asesinos, 2 Reyes xxi, 16. Por tanto, se aproximan las calamidades que desolarían el país. —Nuestros pecados, como individuos, como familia, como vecindario, como nación, hacen que el Señor contienda con nosotros; sometámonos y humillémonos ante Él para que no proceda a destruir.

Vv. 6—11. Sacerdotes y pueblo por igual rechazaban el conocimiento; Dios los rechazará justamente. Ellos olvidaron la ley de Dios; tampoco desearon ni se propusieron retenerla en la mente y transmitir su memoria a la posteridad; por tanto, Dios los olvidará justamente a ellos y sus hijos. —Si deshonramos a Dios con lo que es nuestra honra, tarde o temprano, se convertirá en vergüenza para nosotros. En lugar de advertir al pueblo contra el pecado, a partir de los sacrificios, que mostraban qué ofensa era el pecado para Dios, puesto que necesitaba una propiciación, los sacerdotes estimularon al pueblo a pecar, puesto que podía hacerse expiación a tan bajo costo. Muy malo es complacerse con los pecados del prójimo, porque pueden anular nuestra ventaja. Lo que es ilegalmente obtenido no puede usarse con tranquilidad. —El pueblo y los sacerdotes se endurecieron en pecado mutuamente; por tanto, compartirán justamente el castigo. Los partícipes de pecado deben esperar ser partícipes de la destrucción. —Toda lujuria abrigada en el corazón corroerá en su momento toda su fuerza y vigor. Esa es la razón por la cual muchos profesantes de la fe se tornan tan pesados, tan torpes, tan muertos en la senda de la religión. Toman placer en alguna lujuria secreta que les roba el corazón.

Vv. 12—19. El pueblo consultaba imágenes y no la palabra divina. Esto llevaría al desorden y al pecado. De esta manera, los hombres se preparan azotes para sí mismos, y se disemina el vicio a través de un pueblo. Que Judá no se acerque al culto idólatra de Israel, porque se dedicó a los ídolos y ahora debe dejarse a solas. Cuando los pecadores se sacan el yugo liviano de Cristo, siguen pecando hasta que el Señor dice: Dejadlos solos. Entonces, no reciben más advertencias, ni se sienten convictos de pecado: Satanás toma plena posesión de ellos y maduran para destrucción. Juicio triste y doloroso para todo hombre es ser dejado solo en el pecado. Los que no fueron perturbados en su pecado, serán destruidos por su pecado. —Que seamos resguardados de este estado espantoso; porque la ira de Dios, como una tempestad fuerte, pronto acelerará a la ruina a los pecadores impenitentes.

CAPÍTULO V

Versículos 1—7. *Los juicios divinos contra Israel.* 8—15. *Se amenaza con las desolaciones inminentes.*

Vv. 1—7. El ojo penetrante de Dios vio el gusto y la disposición secreta a pecar, el amor que tenía la casa de Israel por sus pecados, y el dominio que sus pecados tenían sobre ellos. La soberbia hace que los hombres se obstinen en sus otros pecados. Como Judá estaba yendo por los mismos pasos, caerían con Israel. Los hombres sólo se engañan a sí mismos al hacer tratos traicioneros con el Señor. —Los que van a buscar al Señor sólo con sus rebaños y sus majadas, y no con sus corazones y almas, no pueden esperar encontrarle; ni será vivificado quien no busque al Señor mientras pueda ser hallado. Vea cuánto nos interesa buscar temprano a Dios, ahora, mientras es el tiempo aceptable y el día de la salvación.

Vv. 8—15. La destrucción de los pecadores impenitentes no es pura charla para asustarlos; es una sentencia que no será derogada. Misericordia es que se nos haya dado una advertencia oportuna para huir de la ira venidera. El cumplimiento de mandamientos de hombres, que obstaculizan los mandamientos de Dios, madura al pueblo para la ruina. Los juicios son, a veces, como polilla para el pueblo pecador, y como carcoma o como gusano; porque así como consumen la ropa y la madera, y así los consumirán los juicios de Dios. *Silenciosamente*, ellos se creerán a salvo y florecientes, pero cuando miren su estado, se hallarán marchitos y en descomposición. *Lentamente*, porque el Señor les da lugar para arrepentirse. Más de una nación, y más de una persona, muere comsumido. *Gradualmente*, Dios viene a los pecadores con juicios menores para evitar los mayores, si ellos son sabios y reciben la advertencia. —Cuando Israel y Judá se hallaron en peligro, buscaron la protección de los asirios, pero esto sólo sirvió para empeorar sus heridas. Serían forzados a recurrir a Dios. Él mismo los llevará a casa por las aflicciones. Cuando los hombres empiezan a quejarse más de sus pecados que de sus aflicciones, entonces, ahí empieza a haber alguna esperanza para ellos; cuando estemos bajo la convicción de pecado, y las correcciones de la vara, debemos buscar el conocimiento de Dios. Quienes son llevados a buscar fervorosa y sinceramente a Dios por medio de pruebas graves, hallarán ayuda presente y refugio eficaz, porque en Él hay redención abundante para todos los que le invocan. —Hay paz firme, y solamente la hay donde está Dios.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—3. *Exhortación al arrepentimiento.* 4—11. *La inestabilidad de Israel y su ruptura del pacto.*

Vv. 1—3. Quienes se han apartado de Dios por consentimiento, y como cuerpo se arrastran mutuamente al pecado, deben, por consentimiento y como cuerpo, volver a Él, lo que será para su gloria y el bien de ellos. Será muy útil para el sostén en las aflicciones y animarnos al arrepentimiento, mantener buenos pensamientos de Dios y de sus propósitos y designios acerca de nosotros. —La liberación de la angustia debe ser para ellos como vida de los muertos. Dios los revivirá: la seguridad de esto los compromete a volver a Él. Pero esto parece referirse, además, a la resurrección de Jesucristo. Admiremos la sabiduría y la bondad de Dios que cuando el profeta predijo la liberación de la Iglesia de sus angustias, haya señalado nuestra salvación por Cristo; ahora, esas palabras se cumplen en la resurrección de Cristo, confirman nuestra fe en que Él es el que ha de venir, y que no tenemos que buscar a otro. —Aquí se promete una bendición preciosa; cual es la vida eterna, conocer a Dios. Los beneficios del favor de Dios nos están tan firmemente asegurados como el retorno de la mañana después de la noche oscura. Él vendrá a nosotros como la lluvia tardía y la temprana a la tierra, que la refresca y la hace fértil. La gracia de Dios en Cristo es la lluvia tardía y

temprana; por ella empieza y sigue la buena de obra de dar fruto. Como fue levantado de la tumba, así el Redentor revivirá los corazones y las esperanzas de todos los que confían en Él. El vislumbre más débil de la esperanza en su palabra, es una primicia tan segura de acrecentar la luz y el consuelo, que será acompañada con la gracia purificadora y consoladora que la hace fructífera.

Vv. 4—11. A veces Israel y Judá parecían dispuestas a arrepentirse bajo sus sufrimientos, pero su bondad se desvanecía como la vacía nube matutina, y el rocío temprano, y seguían tan viles como siempre. Por tanto, el Señor mandó mensajes espantosos por los profetas. La palabra de Dios será la muerte o del pecado o del pecador. —Dios deseaba misericordia más que sacrificio, y el conocimiento de Él produce santo temor y amor. Esto expone la necedad de quienes confían en las obediencias externas, para compensar su falta de amor por Dios y el hombre. —Como Adán rompió el pacto de Dios en el paraíso, así Israel había roto su pacto nacional, a pesar de todos los favores que recibieron. Judá también estaba madura para los juicios divinos. —Que el Señor ponga su temor en nuestros corazones, y establezca su reino en nosotros, y nunca nos deje entregados a nosotros mismos ni soporte que seamos vencidos por la tentación.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—7. *Los múltiples pecados de Israel.* 8—16. *Su insensatez e hipocresía.*

Vv. 1—7. Una incredulidad práctica en el gobierno de Dios estaba en el fondo de toda la maldad de Israel, como si Dios no pudiera verla ni oírla. Sus pecados estaban por todos los lados. Sus corazones estaban inflamados de malos deseos, como un horno encendido. En medio de sus angustias como nación, el pueblo nunca pensó en pedir ayuda a Dios. La real iniquidad de la vida de los hombres muestra una proporción muy pequeña de lo que hay en sus corazones. Pero cuando se atesora por dentro la lujuria, irrumpirá como pecado externo. —Quienes tientan a los demás a la borrachera nunca pueden ser sus amigos de verdad y suelen concebir su ruina. De esta manera los hombres ejecutan la venganza divina unos contra otros. —Quienes continúan viviendo sin orar aun en las angustias y tribulaciones, no sólo están enardecidos en el pecado, sino endurecidos por el pecado.

Vv. 8—16. Israel era como una torta volteada, a medio quemar y medio cruda, nada de buena para usar; una mezcla de idolatría y de la adoración de Jehová. Había muestras de la ruina inminente, como las canas muestran la vejez, pero ellos no las notaban. —El orgullo que lleva a romper la ley de Dios lleva al halago de sí mismo. La misericordia y la gracia de Dios son el único refugio al cual los pecadores obstinados nunca piensan en huir. Aunque puedan aullar sus terrores en la forma de oraciones, raramente claman a Dios con sus corazones. Aun sus oraciones pidiendo misericordia terrenal sólo buscan combustible para sus lujurias. Sus cambios de una a otra secta, sentimiento, forma o vicio, aún los dejan muy lejos de Cristo y de la santidad. Tales somos nosotros por naturaleza. Y tales resultaremos ser si somos entregados a nosotros mismos. Crea en nosotros un corazón limpio, oh Dios, y renueva el espíritu recto dentro de nosotros.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—4. *La destrucción amenazada por la impiedad de Israel.* 5—10. *Por su idolatría.* 11—14. *Más amenazas por los mismos pecados.*

Vv. 1—4. Cuando Israel era muy presionado, clamaba a Dios pidiendo protección, pero esta era dejada de lado. ¿De qué servirá decir: Mi Dios, te conozco, si no podemos decir: Mi Dios, te amo, te sirvo, ni aferrarnos sólo a Él?

Vv. 5—10. Ellos se prometían abundancia, paz y victoria adorando ídolos, pero sus expectativas a nada llegaron. Lo que sembraban carecía de tallo, de hoja, o, si los tenían, el brote no daba fruto, nada había en ellos. Las obras de las tinieblas son infructuosas; sí, el fin de ellas es la muerte. Las esperanzas de los pecadores los engañan y sus ganancias serán su trampa. Todos las artimañas carnales fallarán en tiempos de peligro, en el día del juicio especialmente. Ellos toman un rumbo por sí mismos y, como un asno salvaje por sí mismos, serán la presa más fácil y segura del león. El hombre en nada se parece más al pollino del asno salvaje que cuando busca en la criatura el socorro y la satisfacción que únicamente pueden tenerse en Dios. Aunque los hombres puedan sufrir un poco, si no procede de la piedad, serán llevados al sufrimiento eterno.

Vv. 11—14. Gran pecado es corromper la adoración de Dios y será cobrado como pecado a todos los que lo hacen, por convincentes que sean sus excusas. El Señor ha hecho que su ley esté escrita para ellos, pero a ellos no les importó ni la obedecieron. El hombre parece preocuparse de su Hacedor por los templos que construye, pero, en realidad, lo ha olvidado, porque ha desechado todo temor; pero jamás nadie endureció su corazón contra Dios y prosperó. En la medida que los hombres desprecien las verdades y los preceptos de la palabra de Dios, y las ordenanzas para su adoración, todas las observancias y ofrendas de su propia invención, por costosas que sean, serán pecado para ellos, porque sólo son aceptables para Dios los servicios que se realizan conforme a su palabra, y por medio de Jesucristo.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—6. *La angustia venidera de Israel.* 7—10. *El acercamiento del día de la angustia.* 11—17. *Juicios contra Israel.*

Vv. 1—6. Israel recompensaba a sus ídolos en las ofrendas presentadas a ellos. Corriente es que los avaros en la religión sean generosos en sus lujurias. Los reconocidos como idólatras son los que aman la recompensa en harina más que la recompensa del favor de Dios y la vida eterna. —Están llenos del gozo de la cosecha y no tienen disposición a dolerse por el pecado. Cuando hacemos del mundo y sus cosas nuestro ídolo y porción, justo es que Dios señale nuestra necedad y nos corrija. Nadie puede tener la expectativa de habitar en la tierra del Señor si no está sujeto a las leyes de Jehová o influido por su amor. Cuando disfrutamos de los medios de gracia debemos considerar qué haríamos si nos fueran quitados. Los placeres de la comunión con Dios no pueden ser quitados, los lugares deleitosos comprados con plata o en que los hombres depositan plata, quedarán en ruinas. Ningún hambre es tan espantosa como la del alma.

Vv. 7—10. Hubo un tiempo en que los centinelas espirituales de Israel estaban con el Señor, pero ahora eran como lazo del cazador, puesto para atrapar personas y llevarlas a la ruina. El pueblo se había vuelto tan corrupto como los de Gabaa, Jueces xix; y sus delitos deberían ser castigados de manera similar. Primero Dios había hallado que Israel le era agradable, como las uvas al viajero en el desierto. Los miró con placer como a los primeros higos maduros. Esto muestra la complacencia que Dios tenía en ellos; pero ellos se fueron tras la idolatría.

Vv. 11—17. Dios se aparta de un pueblo o de una persona cuando retira su bondad y misericordia de ellos; y cuando el Señor se va, ¿qué puede hacer la criatura? Aunque por el momento pareciera que permanecen las cosas buenas, sin embargo, si Dios se fue, se fue la bendición. —Hasta los niños perecerán con sus padres. La ira divina seca hasta la raíz, y marchita el fruto de todas las consolaciones; los judíos dispersos nos advierten a diario que tengamos cuidado, no sea que descuidemos el evangelio o abusemos de él. Pero cada golpe no es secar la raíz. Puede que Dios pretenda sólo golpear para que la savia vuelva a la raíz, para que haya más gracia, más humildad, paciencia, fe y abnegación. Muy justo es que Dios haga juicios a quienes desprecian su oferta de misericordia.

CAPÍTULO X

Versículos 1—8. *La idolatría de Israel.* 9—15. *Se les exhorta a arrepentirse.*

Vv. 1—8. Una vid tiene valor sólo por su fruto, pero Israel no daba ahora fruto de perfección. Sus corazones estaban divididos. Dios es el soberano del corazón; lo quiere todo o nada. Si la corriente del corazón fluyera totalmente conforme a Dios, correría fuerte y arrastraría todo lo que se le pusiera por delante. —Sus pretensiones de tener pacto con Dios eran falsas. Hasta el beneficio de la justicia era como hiedra venenosa. ¡Ay, qué vid vacía es la iglesia visible hasta esta fecha! Porque toda la prosperidad terrenal no es sino un conjunto de burbujas que pronto se destruyen como la espuma del agua. Los pecadores buscarán en vano amparo del Juez al que ahora desprecian como Salvador.

Vv. 9—15. Como Dios no desea la muerte y la ruina de los pecadores, por eso desea, misericordiosamente, su castigo. Aún había hijos de iniquidad en Israel. Se reuniría a los enemigos contra ellos. —Justo es que Dios dé a conocer lo que son las penurias a los que se dan el gusto en comodidades y placeres. Que limpien sus corazones de todo afecto corrupto y de las lujurias y que sean de espíritu contrito y humillado. Que abunden en obras de piedad para con Dios, y de justicia y caridad unos con otros: que con eso siembren para el Espíritu. Buscar al Señor debe ser el trabajo diario, pero hay ocasiones especiales para buscarle. Cristo vendrá como Jehová justicia nuestra y nos la condederá abundantemente. Si sembramos en justicia, cosecharemos conforme a la misericordia; pago, no de una deuda, sino una gracia. Ni siquiera las ganancias del pecado rinden satisfacción al pecador. Como nuestras comodidades, así nos fallarán con toda certeza nuestra confianza al servicio del pecado. Ven y busca al Señor, y tu esperanza en Él no te engañará. —Mira cuán cruel es la obra que hace la guerra. Cualquiera sea la maldad hecha, es el pecado el que la hace. ¡Qué miserias acarrean a los hombres sus pecados, ya en este mundo!

CAPÍTULO XI

Versículos 1—7. *La consideración de Dios por Israel.* 8—12. *La misericordia divina aún reservada.*

Vv. 1—7. Cuando Israel era débil e indefenso, como un niño, inmaduro y voluntarioso como un niño, Dios los amaba; los soportó como la niñera al niño de pecho, los alimentó y toleró sus modales. Todo los que están crecidos debieran reflexionar con frecuencia, en la bondad de Dios hacia ellos en la niñez. Los cuidó, pasó trabajos con ellos, no sólo como padre o tutor, sino como madre o niñera. Cuando estaban en el desierto, Dios les mostró el camino por donde debían ir, y los

soportó, llevándolos de la mano. Les enseñó el camino de sus mandamientos por la ley ceremonial entregada por medio de Moisés. Los tomó de la mano para guiarlos, para que no se descarriaran, y los sostuvo para que no tropezaran y cayeran. Todo el Israel espiritual de Dios es así sostenido. —Obra de Dios es atraer a sí a las pobres almas; y nadie puede ir a Él a menos que Él las traiga. Con lazos de amor; esta palabra significa cuerdas más fuertes que las anteriores. Les aligeró las cargas bajo las cuales gemían por tanto tiempo. —Israel es muy ingrato con Dios. Los consejos de Dios los hubieran salvado, pero sus propios consejos los destruyeron. *Se descarriaron*; no hay firmeza ni constancia en ellos. Se descarriaron *de mí*, de Dios, el sumo bien. *Tienden a descarriarse*; están listos para pecar; son proclives a rendirse a toda tentación. Sus corazones están totalmente decididos a hacer el mal. Son verdaderamente dichosos sólo aquellos a quienes el Señor enseña por su Espíritu, sostiene por su poder, y hace andar en sus caminos. Quita por su gracia el amor y el dominio del pecado, y crea el deseo de la bendita fiesta del evangelio, para que ellos puedan alimentarse de eso y vivir por siempre.

Vv. 8—12. Dios es lento para la ira y detesta abandonar a la ruina extrema a un pueblo que se llama por su nombre. Para ofrecer un sacrificio por el pecado, y un Salvador para los pecadores, Dios no escatimó a su propio Hijo, para que Él pudiera perdonarnos. Este es el lenguaje del día de su paciencia; pero cuando los hombres lo pierden por pecar, viene el gran día de su ira. Las compasiones del hombre nada son comparadas con las tiernas misericordias de nuestro Dios, cuyos pensamientos y caminos, para recibir pecadores arrepentidos, están tan por encima de los nuestros como el cielo está por encima de la tierra. Dios sabe perdonar a los pobres pecadores. Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y, de ahí, que declare su justicia, ahora que Cristo ha comprado el perdón y Él lo ha prometido. —El santo temblor ante la palabra de Cristo nos llevará *a* Él, no nos alejará *de* Él. Cuando ruge como león, tiemblan los esclavos y huyen *de* Él, los hijos tiemblan y huyen *a* Él. Todo el que acude al llamado del evangelio, tendrá un lugar y un nombre en la Iglesia del evangelio. Los servicios religiosos de Israel eran sólo hipocresía, pero en Judá hubo consideración por las leyes de Dios, y el pueblo siguió a sus piadosos antepasados. Seamos fieles: Dios honrará a los que así le honren; pero serán tenidos en poco los que lo desprecian.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—6. *Se recuerda a Judá e Israel los favores divinos.* 7—14. *Provocaciones de Israel.*

Vv. 1—6. Efraín abriga vanas esperanzas de socorro de parte del hombre, cuando está enemistado con Dios. Los judíos pensaban vanamente ganarse a los egipcios con un regalo de los productos de su país. —Judá también es confrontada con eso. Dios ve el pecado de su pueblo y los llamará a cuentas. Se les recuerda lo que hizo Jacob y lo que Dios hizo por él. Cuando su fe en la promesa divina venció sus temores, entonces por su fortaleza prevaleció ante Dios. —Él es Jehová, el mismo que era, y es, y vendrá. Lo que fue revelación de Dios para uno, es su monumento para muchos, para todas las generaciones. Entonces, que los que se apartaron de Dios, vuelvan a Él. Vuélvete al Señor con arrepentimiento y fe, como Dios tuyo. Que los que son convertidos a Él, anden con Él en toda santa conversación y bondad. Luchemos con Él por las bendiciones prometidas, decididos a no ceder hasta que prevalezcamos; y busquémosle en sus ordenanzas.

Vv. 7—14. Efraín se hizo mercader: la palabra además significa cananeo. Realizaban el comercio sobre la base de principios cananeos, codiciosamente, con fraude y engaño. Así, se enriquecieron y supusieron falsamente que la providencia los favorecía. Pero los pecados vergonzosos tendrán castigos vergonzosos. Recuerden ellos no sólo qué poderoso príncipe fue Jacob

con Dios, sino qué siervo fue para Labán. Los beneficios que hemos tenido de la palabra de Dios, empeoran nuestro pecado y necedad si tratamos sin respeto esa palabra. Mejor es seguir el trabajo más duro en pobreza que enriquecerse pecando. Podemos juzgar nuestra propia conducta comparándola con la de los creyentes antiguos en circunstancias semejantes. Quienquiera desdeñe el mensaje de Dios, perecerá. Que todos oigamos su palabra con fe humilde y obediente.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—8. *El abuso del favor de Dios conduce al castigo.* 9—16. *Una promesa de la misericordia de Dios.*

Vv. 1—8. Mientras Efraín mantuvo una santa reverencia a Dios y le adoró en temor, fue muy digno de consideración durante ese período. Efraín zozobró cuando abandonó a Dios y siguió la idolatría. Que los hombres que sacrifican, besen a los becerros como muestra de su adoración a ellos, afecto por ellos y obediencia a ellos; pero el Señor no dará su gloria a otro, y por tanto serán confundidas todas esas imágenes de adoración. Ningún consuelo firme y duradero debe esperarse sino de Dios. —Él no sólo cuidó de los israelitas en el desierto, sino que les dio posesión de Canaán, una tierra buena; pero la prosperidad mundana, cuando alimenta el orgullo de los hombres, los hace olvidarse de Dios. Por tanto, el Señor los encontrará con justa venganza como la bestia más terrible que vivía en sus bosques. El abuso de la bondad exige mayor severidad.

Vv. 9—16. Israel fue destruido por su rebelión, pero no podía salvarse a sí mismo; su socorro era sólo del Señor. Esto puede aplicarse bien al caso de la redención espiritual, el estado de perdición en que todos caímos por los pecados voluntarios. Dios suele conceder descontento a lo que deseamos estando en pecado. Felicidad de los santos es que si Dios da o quita, todo es con amor. Pero desgracia del impío es que si Dios da o quita, todo es con ira, nada es consolador. Si los pecadores no se arrepienten y creen el evangelio, la angustia le sobrevendrá pronto. La profecía de la ruina de Israel como nación también muestra que habría una intervención misericordiosa y poderosa de Dios para salvar a un remanente de ellos. Pero esto no era sino un tipo del rescate del Israel verdadero por la muerte, sepultación y resurrección de Cristo. Él destruirá la muerte y el sepulcro. El Señor no se arrepentirá de su propósito y promesa. Pero, mientras tanto, Israel sería devastada por sus pecados. —Sin fructificar en buenas obras, provenientes del Espíritu Santo, toda otra fertilidad será hallada tan vana como las riquezas inciertas del mundo. La ira de Dios marchitará sus ramas, sus brotes se secarán, serán anonadados. Ayes más terribles que la guerra más cruel, recaerán sobre quienes se rebelen contra Dios. Que el Señor nos libre de tales desgracias, y del pecado, la causa de ellos.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—3. *Exhortación al arrepentimiento.* 4—8. *Bendiciones prometidas que señalan los ricos consuelos del evangelio.* 9. *El justo y el injusto.*

Vv. 1—3. Se exhorta a Israel que desde sus pecados e ídolos se vuelva a Jehová, por fe en su misericordia y gracia a través del Redentor prometido y atendiendo con diligencia a su adoración y servicio. Quita la iniquidad; sácala como carga bajo la cual estás listo para sucumbir, o como piedra de tropiezo en que caemos a menudo. Quítala toda por un perdón libre y completo, porque no

podemos sacarla por nosotros mismos. Recibe de gracia nuestra oración. Ellos no dicen qué bien procuran, pero lo refieren a Dios. No es bien del que muestra el mundo, sino del que da Dios. —Ellos tenían que considerar sus pecados, sus necesidades y el remedio; y no tenían que llevar sacrificios, sino palabras que declararan los deseos de sus corazones, y con ellas hablar al Señor. El total conforma una descripción clara de la naturaleza y la tendencia de la conversión a Dios del pecador por medio de Jesucristo. Al acercarnos a Dios por la oración de fe, debemos rogarle primero que nos enseñe qué pedir. Debemos ser fervientes con Él rogándole que quite *toda* iniquidad.

Vv. 4—8. Israel busca el rostro de Dios y no lo buscará en vano. Su ira está alejada de ellos. A quien Dios ama, ama libremente; no porque ellos lo merezcan sino por su propio buen placer. —Dios será para ellos todo lo que necesitan. Las gracias del Espíritu son el maná oculto, oculto en el rocío; la gracia así otorgada gratuitamente a ellos no será en vano. Crecerán hacia arriba y serán más florecientes; crecerán como el lirio que, cuando llega a su altura, es una flor hermosa, Mateo vi, 28, 29. Crecerán hacia abajo y serán más firmes. Con la flor del lirio estará la raíz fuerte del cedro del Líbano. El crecimiento espiritual consiste mayormente en el crecimiento de la raíz, que está fuera de la vista. También se extenderán como la vid, cuyas ramas se desparraman ampliamente. Cuando los creyentes abundan en buenas obras, sus ramas se ensanchan. Serán aceptables para Dios y para el hombre. La santidad es la belleza del alma. La Iglesia se compara con la vid y el olivo, que dan fruto útil. —Las promesas de Dios corresponden sólo a los que obedecen sus ordenanzas; no a los que sólo huyen a esta sombra para ampararse de un fulgor caliente, sino a todos los que habitan bajo ella. Cuando un hombre es llevado a Dios, le va mejor a todos los que viven bajo su sombra. —Los frutos santificadores aparecerán en su vida. Así, los creyentes crecen en la experiencia y fertilidad del evangelio. —Efraín dirá: Dios pondrá en su corazón decir: ¡Qué más tengo que ver con los ídolos! Las promesas de Dios son nuestra seguridad y nuestra fuerza para mortificar el pecado más que nuestras promesas a Dios. Véase el poder de la gracia divina. Dios obrará tal cambio en él que odiará los ídolos tanto como antes los amó. Véase el beneficio de las aflicciones santificadas. Efraín se resintió por las consecuencias de su idolatría, y este es su fruto, la remoción de su pecado, Isaías xxvii, 9. Véase la naturaleza del arrepentimiento; es una firme resolución fija de no tener más nada que ver con el pecado. El Señor sale con misericordia al encuentro de los penitentes, como el padre del hijo pródigo salió al encuentro de su hijo que regresaba. Dios será delicia y defensa para todos los convertidos verdaderos; se sentarán a su sombra con delicia. Y como raíz de un árbol: de mí será hallado tu fruto De Él recibimos la gracia y el poder que nos capacita para cumplir nuestro deber.

V. 9. ¿Quién se beneficia de las verdades entregadas por el profeta? Los que se ponen a entender y conocer estas cosas. Los caminos de la providencia de Dios para nosotros son rectos; todo está bien hecho. Cristo es Piedra Angular para algunos; para otros, Piedra de tropiezo y Roca de escándalo. Lo que fuera ordenado para vida por el abuso se convierte en la muerte para ellos. El mismo sol ablanda la cera y endurece el barro. Pero ciertamente tienen las caídas más peligrosas y fatales los transgresores que caen en los caminos de Dios, que se desmenuzan en la Roca de los siglos, y que sacan veneno del bálsamo de Galaad. Que los pecadores de Sion teman esto. Aprendamos a andar en los caminos rectos de Dios como sus siervos justos, y ninguno de nosotros sea desobediente e incrédulo, y tropiece en la palabra.

JOEL

De las desolaciones que estaban por venir a la tierra de Judá, por las devastaciones de las langostas y otros insectos, el profeta Joel exhorta a los judíos al arrepentimiento, al ayuno y la oración. Destaca las bendiciones del evangelio con el estado glorioso final de la Iglesia.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *Plaga de langostas.* 8—13. *Toda clase de gente es llamada a lamentar*. 14—20. *Tienen que mirar a Dios.*

Vv. 1—7. Los más viejos no recordaban que hubieran ocurrido alguna vez tales calamidades. Ejércitos de insectos venían a la tierra para comerse sus frutos. Se expresa como para aplicarlo también a la destrucción del país por parte de un enemigo extranjero, y parece referirse a las devastaciones hechas por los caldeos. —Dios es el Señor de los ejércitos, tiene a toda criatura a sus órdenes, y cuando le place, puede humillar y mortificar a un pueblo orgulloso y rebelde, por medio de las criaturas más débiles y más despreciables. Justo es que Dios quite las comodidades que resultaron en abuso al extremo del lujo y los excesos; mientras más depositen los hombres su felicidad en el deleite de los sentidos, más graves serán sus aflicciones temporales. Mientras más deleites terrenales necesitemos para satisfacernos, a mayores problemas nos exponemos.

Vv. 8—13. Todos los que trabajan sólo por la carne que perece, tarde o temprano, serán avergonzados de su esfuerzo. Quienes ponen su felicidad en los deleites de los sentidos, pierden su gozo cuando se les priva de ellos o se les interrumpe su goce; en cambio, el gozo espiritual florece entonces más que nunca. Véase cuán perecederos e inciertos son nuestros consuelos humanos. Véase cuánto necesitamos vivir en continua dependencia de Dios y su providencia. Véase qué obra destructora hace el pecado. En cuanto a la pobreza que ocasiona el deterioro de la piedad, y hambrea la causa de la religión de un pueblo, es un juicio muy doloroso. Pero, ¡cuán benditos son los juicios vivificantes de Dios que levantan a su pueblo y llaman a casa el corazón, a Cristo, y a su salvación!

Vv. 14—20. El dolor de un pueblo se convierte en arrepentimiento y humillación ante Dios. Con todas las marcas del dolor y la vergüenza, el pecado debe ser confesado y lamentado. Hay un día designado para ese propósito; un día en que el pueblo debe dejar sus ocupaciones corrientes para atender más estrictamente el servicio de Dios; tiene que haber abstención de carne y bebida. Cada uno ha sumado a la culpa nacional, todos comparten en la calamidad nacional, por tanto, cada uno debe unirse al arrepentimiento. —Cuando el gozo y la dicha son cortados de la casa de Dios, cuando la santidad seria decae y el amor se enfría, entonces es hora de clamar al Señor. El profeta describe cuán penosa es la calamidad. Véase que hasta las criaturas inferiores sufren por nuestra transgresión. ¿Y cuánto mejor que las bestias son los que nunca claman a Dios, sino al trigo y al vino, y se quejan de la falta de deleites sensuales? Clamar a Dios en esos casos, avergüenza la estupidez de los que no claman en ningún caso. —Sea lo que sea que lleguen a ser las naciones e iglesias que persistan en la impiedad, los creyentes encontrarán el consuelo de la aceptación de Dios cuando el impío sea quemado con su indignación.

CAPÍTULO II

Versículos 1—14. *Los juicios de Dios.* 15—27. *Exhortaciones al ayuno y la oración; bendiciones prometidas.* 28—32. *Una promesa del Espíritu Santo, y de misericordias futuras.*

Vv. 1—14. Los sacerdotes tenían que alarmar a la gente con la cercana llegada de los juicios divinos. Obra de los ministros es advertir de las consecuencias fatales del pecado y revelar la ira del cielo contra la impiedad e injusticia de los hombres. —La descripción impactante que sigue muestra lo que acompañará a las devastaciones causadas por las langostas, pero también puede describir los efectos de la desolación de la tierra a manos de los caldeos. Si se advierte de los juicios temporales con voz de alarma a las naciones ofensoras, ¡cuánto más se debe advertir a los pecadores que busquen liberación de la ira venidera! Por tanto, nuestro negocio en la tierra debe ser especialmente asegurar un interés en nuestro Señor Jesucristo; y procuraremos ser separados de los objetos que pronto serán arrancados de todos los que ahora hacen ídolos de ellos. —Debe haber expresiones externas de dolor y vergüenza, ayuno, llanto y duelo; las lágrimas por el trastorno deben volverse lágrimas por el pecado que lo causó. Pero romperse las vestiduras será en vano, salvo que los corazones hayan sido desgarrados por la humillación y el aborrecimiento de sí mismos; por la pena por sus pecados y la separación de ellos. Incuestionable es que si nos arrepentimos verdaderamente de nuestros pecados, Dios los perdonará; no se promete que deba quitar la aflicción, pero esa probabilidad debe exhortarnos al arrepentimiento.

Vv. 15—27. Los sacerdotes y los reyes tienen que convocar un ayuno solemne. —La súplica del pecador es: Sálvanos, buen Señor. —Dios está listo para socorrer a su pueblo; y espera para ser bondadoso. Ellos oraron que Dios los salvase y Él les contestó. Sus promesas son respuestas reales a las oraciones de fe; decir y hacer no son dos cosas diferentes para Dios. Algunos entienden estas promesas en forma figurada, como que señalan la gracia del evangelio, y cumplidas en los consuelos abundantes atesorados para los creyentes en el pacto de gracia.

Vv. 28—32. La promesa empezó a ser cumplida el día de Pentecostés, cuando fue derramado el Espíritu Santo, y continuó en la gracia que convierte y los dones milagrosos conferidos a judíos y gentiles. —Los juicios de Dios para el mundo pecador solo preceden al juicio del mundo en el día final. Clamar a Dios supone conocimiento de Él, fe en Él, deseo de Él, dependencia de Él, y como prueba de la sinceridad de todo esto, obediencia consciente a Él. Sólo serán librados en el gran día, quienes ahora reciben el llamamiento eficaz para apartarse del pecado a Dios, desde el yo a Cristo, desde las cosas de abajo a las cosas de arriba.

CAPÍTULO III

Versículos 1—8. *Los juicios de Dios en los postreros tiempos.* 9—17. *La magnitud de estos juicios.* 18—21. *Las bendiciones que disfrutará la Iglesia.*

Vv. 1—8. Aquí se predice la restauración de los judíos y la victoria final de la religión verdadera sobre todos sus enemigos. Se comenta el desprecio y la burla con que los judíos han sido frecuentemente tratados como pueblo, y el poco valor dado a ellos. Nadie que haya endurecido su corazón contra Dios y contra su Iglesia ha prosperado por mucho tiempo.

Vv. 9—17. He aquí un reto para todos los enemigos del pueblo de Dios. No hay escapatoria de los juicios de Dios; los pecadores encallecidos serán cortados de todo consuelo y gozo en el día de la ira. —La mayoría de los profetas predijeron la misma victoria final de la Iglesia de Dios sobre todo lo que se le opusiera. Para el impío será un día terrible, pero para el justo será un día de júbilo. ¡Qué causa tienen los que poseen un interés en Cristo para gloriarse en quien es su Fuerza y su Redentor! El año aceptable del Señor, un día de tan grande favor para algunos, será un día de terrible venganza para otros; despierte quien esté fuera de Cristo y huya de la ira venidera.

Vv. 18—21. Habrá abundantes influencias divinas y el evangelio se difundirá rápidamente a los confines más remotos de la tierra. Esos sucesos están anunciados bajo emblemas significativos; hay un día que viene en que toda cosa mala será enmendada. La fuente de esta abundancia está en la casa de Dios, desde donde comienzan los arroyos. Cristo es la Fuente; sus sufrimientos, sus méritos y su gracia, limpian, refrescan y fertilizan. La gracia del evangelio, fluyendo desde Cristo, llegará al mundo gentil, a las regiones más remotas, y las hará abundar en frutos de justicia; y desde la casa del Señor de lo alto, desde su templo celestial, fluye todo el bien que saboreamos diariamente y esperamos disfrutar eternamente.

AMÓS

Amós era un pastor dedicado a la agricultura, pero el mismo Espíritu divino influyó a Isaías y Daniel en la corte, y a Amós en los rebaños de ovejas, dando a cada uno los poderes y elocuencia necesarios para ellos. Asegura a las doce tribus la destrucción de las naciones vecinas; como ellos, en aquel tiempo, se habían dado a la iniquidad e idolatría, reprende con severidad a la nación judía y describe la restauración de la Iglesia por el Mesías, extendiéndola a los últimos días.

CAPÍTULO I

Juicios contra los sirios, los filisteos, los tirios, los idumeos y los amonitas.

Dios empleó a un pastor, a un porquerizo, para reprender y advertir al pueblo. A los que Dios da habilidades para su servicio no deben ser despreciados por su origen o su ocupación. —Se pronuncian juicios contra las naciones vecinas, los opresores del pueblo de Dios. La cantidad de transgresiones no significa aquí ese número exacto, sino muchas: habían colmado la medida de sus pecados y estaban maduros para la venganza. El método para tratar a las naciones es, en parte, el mismo aunque en cada una hay algo peculiar. —En todas las épocas este encono ha sido demostrado contra el pueblo del Señor. ¡Cuándo el Señor trata a sus enemigos, qué tremendos son sus juicios!

CAPÍTULO II

Versículos 1—5. *Juicios contra Moab y Judá.* 6—16. *La ingratitud y ruina de Israel.*

Vv. 1—5. Las malas pasiones del corazón surgen en varias formas, pero el Señor mira nuestros motivos y nuestra conducta. Quienes tratan cruelmente, serán tratados con crueldad. —Otras naciones fueron tratadas por las injurias infligidas a los hombres; Judá es tratada por deshonrar a Dios. Judá despreció la ley del Señor y Él los entregó justamente a fuertes engaños; tampoco fue excusa de sus pecados que fueran las mentiras, los ídolos tras los cuales anduvieron sus padres. Las peores abominaciones y las opresiones más penosas han sido cometidas por algunos de los adoradores profesantes del Señor. Tal conducta lleva a muchos a la incredulidad y a la vil idolatría.

Vv. 6—16. A menudo necesitamos que se nos recuerden las misericordias que hemos recibido; lo cual agrega mucho al mal de los pecados que hemos cometido. Ellos tuvieron ayuda para sus almas, que les enseñó a usar bien sus goces terrenales y, por tanto, fueron más valiosos. Los ministros fieles son gran bendición para todo pueblo, pero es Dios quien los levanta para que sean así. Las propias conciencias de los pecadores darán testimonio que Él no les ha faltado a ellos en los medios de gracia. —Ellos hicieron lo que pudieron para desviar a los creyentes. Satanás y sus agentes están ocupados en corromper la mente de la juventud que mira al cielo; vencen a muchos llevándolos a que amen la alegría y el placer y la compañía de ebrios. Multitudes de jóvenes que andaban bien como profesantes de la religión, han errado por beber mucho, y han sido desechados para siempre. El Señor se queja del pecado, especialmente de los pecados de su pueblo profesante, como carga para Él. Aunque su paciencia se canse, no así su poder y así lo descubrirá el pecador a su costo. Cuando los hombres rechazan la palabra de Dios, y agregan obstinación al pecado, y esto se convierte en el carácter general de un pueblo, serán entregados a la miseria, a pesar de todo su ostentación de poder y de recursos. Entonces, humillémonos ante el Señor por toda nuestra ingratitud e infidelidad.

CAPÍTULO III

Versículos 1—8. *Juicios contra Israel.* 9—15. *El parecido con otras naciones.*

Vv. 1—8. Los favores distintivos de Dios para nosotros, si no refrenan el pecado no eximirán del castigo. —No pueden esperar comunión con Dios a menos que primero busquen la paz con Él. Donde no hay amistad no puede haber comunión. Dios y el hombre no pueden andar juntos a menos que estén de acuerdo. Si no buscamos su gloria, no podemos andar con Él. No presumamos de privilegios externos sin gracia santificadora especial. Las amenazas de la palabra y providencia de Dios contra el pecado del hombre son seguras, y ciertamente muestran que los juicios de Dios están muy cerca. Tampoco Dios quitará la aflicción que ha enviado hasta que haya hecho su obra. —El mal del pecado es de nosotros mismos, es nuestra propia obra, pero el mal del trastorno es de Dios y es su obra, no importa quienes sean los instrumentos. Esto debe comprometernos a soportar con paciencia los trastornos públicos, y estudiar para responder a lo que Dios significa con ellos. Todo el pasaje muestra que aquí se alude al mal natural o problema, y no al mal moral o pecado. La advertencia dada a una palabra desconsiderada aumentará su condenación en otro día. ¡Oh la estupidez asombrosa de un mundo incrédulo que no es afectado por el terror del Señor y desprecia sus misericordias!

Vv. 9—15. Ese poder que es instrumento de injusticia será justamente derribado y quebrado. Lo que ha logrado y retiene con maldad, no será mantenido por mucho tiempo. Algunos están cómodos, pero llegará el día de castigo, y ese día fallarán todos los que se enorgullecen de aquello y en eso

depositan confianza. Dios les preguntará de los pecados de que son culpables en sus casas, las cosas robadas que han almacenado y el lujo con que han vivido. La pompa y el placer de las casas de los hombres no fortifican contra los juicios de Dios; hacen más penosos e insultantes los sufrimientos. Pero un remanente, conforme a la elección de gracia, será arrebatado por nuestro gran y buen Pastor, como de las mandíbulas de la destrucción en los peores tiempos.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—5. *Israel reprobado.* 6—13. *Demostración de su impenitencia.*

Vv. 1—5. Lo que se logra por extorsión suele usarse para proveer para la carne y satisfacer sus concupiscencias. Lo que se logra por opresión no puede ser disfrutado con satisfacción. ¡Qué miserables son aquellos cuya confianza en las observancias no bíblicas sólo prueba que creen la mentira! Veamos que nuestra fe, esperanza y adoración estén respaldados por la palabra divina.

Vv. 6—13. Véase la necedad de los corazones carnales: deambulan de una a otra criatura buscando algo para satisfacerse y se esfuerzan por lo que no satisface; pero, después de todo, no inclinarán su oído a aquel en quien pueden hallar todo lo que pueden querer. Predicar el evangelio es como la lluvia y todo se marchita donde falta lluvia. Bueno sería si la gente fuera tan sabia con sus almas como lo son con sus cuerpos; y, cuando no tuvieran cerca esta lluvia, fueran y buscaran donde está para tenerla. —Como los israelitas persistieron en rebeldía y idolatría, el Señor vino contra ellos como adversario. No antes de mucho debemos encontrar a nuestro Dios en juicio y no seremos capaces de estar delante de Él si nos trata conforme a nuestras obras. Si deseamos prepararnos para encontrarnos con nuestro Dios con tranquilidad, en el período aterrador de su venida, ahora debemos encontrarlo en Cristo Jesús, el eterno Hijo del Padre, que vino a salvar a los pecadores perdidos. Debemos buscarlo mientras pueda ser hallado.

CAPÍTULO V

Versículos 1—6. *Israel llamado a buscar al Señor.* 7—17. *Fervorosas exhortaciones al arrepentimiento.* 18—27. *Amenazas acerca de la idolatría.*

Vv. 1—6. La palabra que acusa y vivifica debe ser oída y obedecida, como también las palabras de consuelo y paz, porque sea que oigamos o no, la palabra de Dios tendrá efecto. El Señor todavía proclama misericordia a los hombres, pero a menudo ellos esperan liberación de las formas que se inventaron ellos mismos y que hacen segura su condenación. Mientras rehusen ir y buscar misericordia en Cristo y por Él, para que puedan vivir, el fuego de la ira divina cae sobre ellos. Los hombres pueden hacer un ídolo del mundo, pero hallarán que no puede proteger.

Vv. 7—17. La misma omnipotencia, para los pecadores arrepentidos, puede volver la aflicción y la pena en prosperidad y gozo, y con igual facilidad volver la prosperidad de los pecadores insolentes en profundas tinieblas. Los malos tiempos no producirán trato claro; esto es, los hombres malos no. Indudablemente eran malos estos hombres cuando los sabios y buenos pensaron que era en vano hasta hablarles. —Quienes busquen y amen lo que es bueno pueden ayudar a salvar la tierra de la ruina. Nos corresponde suplicar a Dios las promesas espirituales, rogarle que cree en nosotros un

corazón limpio y que renueve un espíritu recto dentro de nosotros. El Señor siempre está listo para ser bondadoso con las almas que lo buscan; y entonces se atenderá a la piedad y a todo el deber. Pero en cuanto al pecador Israel, los juicios de Dios habían pasado a menudo *por* ellos, ahora pasarán *a través de* ellos.

Vv. 18—27. ¡Ay de quienes desean los juicios del día de Jehová, que desean tiempos de guerra y confusión; como algunos que anhelan cambios y esperan progresar pisando las ruinas de su país! Pero esta será una devastación tan grande que nadie podrá salir ganando de ella. El día de Jehová será un día sombrío, que hace desfallecer, y tenebroso para todos los pecadores impenitentes. Cuando Dios hace un día tenebroso, ni todo el mundo puede hacerlo luminoso. —Quienes no son reformados por los juicios de Dios, serán perseguidos por ellos; si escapan de uno, hay otro listo para cogerlos. Una pretensión de piedad es doble iniquidad, y así será hallado. El pueblo de Israel copió los crímenes de sus antepasados. La ley de adorar al Señor nuestro Dios dice, solo a Él adorarás. Los profesantes florecen tan poco porque tienen poca o ninguna comunión con Dios en sus deberes. Fueron llevados cautivos por Satanás a la idolatría, por tanto, Dios les hizo ir al cautiverio entre los idólatras.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—7. *El peligro del lujo y de la falsa seguridad.* 8—14. *Castigos de pecados.*

Vv. 1—7. Se considera que los que cuidan de sus cuerpos hacen bien para sí mismos, pero aquí se nos dice cuál es su tranquilidad, y cual es su ay. Aquí se describe el orgullo, la seguridad y la sensualidad, por las cuales Dios llamará a cuentas. Los pecadores desconsiderados corren peligro en todas partes; pero los que están acomodados en Sion, que son estúpidos, vanamente confiados y abusan de sus privilegios, corren el mayor peligro. Pero muchos imaginan ser pueblo de Dios viviendo en pecado y conforme al mundo, pero los ejemplos de la ruina de los demás nos prohíben estar seguros. Los que se establecen en sus placeres suelen ser indiferentes a los problemas de los demás, pero esto es una gran ofensa a Dios. —Los que pusieron su felicidad en el placer de los sentidos, y ponen su corazón en ellos, serán despojados de esos placeres. Quienes tratan de alejar de sí mismos el día malo, lo encuentran muy cerca de ellos.

Vv. 8—14. ¡Cuán terrible, cuán desgraciado, es el caso de aquellos cuya ruina eterna ha jurado el Señor; porque Él puede ejecutar su propósito y nadie lo puede cambiar! Muy desgraciadamente endurecidos están los corazones que no son llevados a mencionar el nombre de Dios ni a adorarle cuando la mano de Dios se pone contra ellos, cuando la enfermedad y la muerte entran en sus familias. Desechados como piedras serán quienes no sean arados como campos. Cuando nuestros servicios a Dios se amargan con pecado, sus providencias serán justamente amargas para nosotros. Los hombres deben prevenirse para no endurecer sus corazones, porque Dios destruirá a los que andan en soberbia.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—9. *Visiones de los juicios por sobrevenir a Israel.* 10—17. *Amasías amenaza a Amós.*

Vv. 1—9. Dios soporta mucho, pero no soportará siempre a un pueblo provocador. El recuerdo de las misericordias que antes recibimos, como el producto de la tierra de la última cosecha, debiera hacernos sumisos a la voluntad de Dios cuando nos topamos con desengaños en el crecimiento posterior. —El Señor tiene muchos modos de humillar a una nación pecadora. Cualquiera sea el problema que nos agobie, debemos ser más fervorosos ante Dios y rogar el perdón del pecado. El pecado empequeñecerá pronto a un gran pueblo. ¿Qué será de Israel si la mano que debe levantarla se estira en su contra? —Véase el poder de la oración. Véase qué bendición para una tierra es la gente que ora. Véase cuán rápido, cuán presto es Dios para mostrar misericordia; cuánto espera para ser bondadoso. Israel era una pared, una pared firme, que el mismo Dios levantó como defensa para su santuario. Parece que el Señor está ahora sobre esa pared. La mide; parece ser una pared que se dobla. Así Dios pondrá a prueba al pueblo de Israel, descubrirá su maldad; y llegará el momento en que ya no serán pasados por alto quienes a menudo fueron perdonados. —Pero el Señor aún sigue llamando a Israel mi pueblo. La oración repetida y el éxito del profeta debieran llevarnos a buscar al Salvador.

Vv. 10—17. No es novedad para los acusadores de los hermanos presentarlos mal, como enemigos del rey y del reino, como traidores de su príncipe y alborotadores de la tierra, cuando son los mejores amigos de ambos. Los que toman la piedad como fuente de ganancia, y están gobernados por las esperanzas de riqueza y prosperidad, son dados a pensar que estos son también las motivaciones más fuertes de los demás. Pero los que, como Amós, tienen una garantía de Dios, no deben temer el rostro del hombre. Si Dios, que lo envió, no lo hubiera fortalecido, no hubiese podido endurecer su rostro como pedernal. El Señor suele escoger lo débil y lo necio del mundo para confundir a lo sabio y poderoso. Pero ninguna oración ferviente ni trabajo abnegado pueden llevar a los soberbios pecadores a tolerar las reprensiones y advertencias fieles. Todos los que se oponen o desprecian la palabra divina, deben esperar efectos fatales para sus almas a menos que se arrepientan.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—3. *El acercamiento de la ruina de Israel.* 4—10. *La opresión reprobada.* 11—14. *Hambre de la palabra de Dios.*

Vv. 1—3. Amós vio un canasto de fruta estival recogida y preparada para ser comida, lo que significaba que el pueblo estaba listo para ser destruido, que el año de la paciencia de Dios estaba llegando a su fin. Las frutas de verano no durarán hasta el invierno; deben usarse de inmediato. Pero estos juicios no sacarán de ellos ningún reconocimiento, sea de la justicia de Dios o de su propia injusticia. Los pecadores postergan el arrepentimiento cada día, porque piensan que el Señor tarda en sus juicios.

Vv. 4—10. El rico y el poderoso de la tierra eran los más culpables de la opresión y los principales en la idolatría. Estaban cansados de restricción de los días de reposo y de las lunas nuevas, y deseaban que terminaran porque no se podía hacer ningún trabajo corriente en ellos. Este es el carácter de muchos que son llamados cristianos. El día de reposo y la obra del día de reposo son una carga para los corazones carnales. Será profanado o contado como día pesado, pero ¿podemos gastar mejor nuestro tiempo que en comunión con Dios? Cuando estaban ocupados en los servicios religiosos estaban pensando en los negocios. Estaban cansados de los deberes santos, porque sus negocios del mundo aún valían más para ellos. Son extraños para Dios y enemigos de sí mismos los que aman los días de mercado más que los días de reposo, los que preferirían estar vendiendo trigo

en lugar de adorar a Dios. —No tienen consideración al hombre: Quienes perdieron el sabor de la piedad, no retendrán por mucho tiempo el sentido de la honestidad común. Engañan a quienes tratan. Se aprovechan de la ignorancia o necesidad del prójimo en un tráfico en que casi comprometen al pobre que trabaja. Podríamos testimoniar del fraude y codicia que, en formas tan numerosas, hacen que el comercio sea una abominación para el Señor, sin tener que asombrarnos al ver tantos comerciantes atrasados en el servicio de Dios. Pero el que desprecia al pobre, reprocha a su Hacedor; porque en cuanto a Él, el rico y el pobre se encuentran. Las riquezas que se obtienen por la ruina del pobre traerán ruina a los que las obtengan. Dios recordará su pecado contra ellos. Esto habla de los hombres inmisericordes e injustos que son miserables sin duda, miserables por siempre. —Habrá terror y desolación por todas partes. Vendrá a ellos cuando menos lo piensen. Así, pues, inciertos son todos nuestros consuelos y goces de criaturas, hasta la vida misma; en medio de la vida estamos en la muerte. ¡Cómo será el lamento en el día amargo que sigue a los placeres pecaminososs y sensuales!

Vv. 11—14. He aquí una señal del tremendo descontento de Dios. En cualquier momento y mayormente en tiempo de problema, el hambre de la palabra de Dios es el juicio más pesado. Para muchos esto no es aflicción, pero algunos lo sentirán mucho, y viajarán muy lejos para oír un buen sermón; sienten la pérdida de las misericordias que otros neciamente alejan pecando. Pero cuando Dios visita una iglesia descarriada, sus propios planes y empresas para hallar un camino de salvación, no les servirán de nada. Y el más amigable y celoso perecerá por falta del agua de vida que sólo Cristo puede dar. Valoremos nuestras ventajas, procuremos beneficiarnos de ellas y temamos alejarlas pecando.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—10. *La ruina de Israel.* 11—15. *La restauración de los judíos y la bendición del evangelio.*

Vv. 1—10. El profeta vio en visión al Señor de pie sobre el altar idólatra de Betel. Dondequiera los pecadores huyan de la justicia de Dios, los alcanzará. Los que Dios lleva al cielo por su gracia nunca serán desechados, pero los que tratan de subir allá por la vana confianza en sí mismos, serán derribados y llenos de vergüenza. Lo que hace imposible el escape y segura la destrucción, es que Dios pondrá sus ojos sobre ellos para mal, no para bien. —El Señor esparcirá a los judíos y los visitará con calamidades, como el trigo zarandeado en una criba; pero salvará a algunos de ellos. Aquí parece predecirse la asombrosa preservación de los judíos como pueblo distinto. —Si los profesantes hacen como el mundo, Dios los nivelará con el mundo. Los pecadores que así se halagan, hallarán que su profesión de religiosidad no los protegerá.

Vv. 11—15. Cristo murió para reunir a los hijos de Dios que estaban esparcidos y aquí se dice que son los llamados por su nombre. El Señor dijo esto, hace esto, puede hacerlo, ha decidido hacerlo, el poder de cuya gracia está comprometido en hacerlo. Los versículos 13 al 15 pueden referirse a los primeros tiempos del cristianismo, pero recibirán un cumplimiento más glorioso en los sucesos que todos los profetas anunciaron, más o menos, y pueden entenderse como el estado de dicha cuando la plenitud de los judíos y de los gentiles entre a la Iglesia. Continuemos fervorosos orando por el cumplimiento de estas profecías, en la paz, pureza, y belleza de la Iglesia. —Dios preserva maravillosamente al elegido en medio de las confusiones y miserias más aterradoras. Cuando todo parece desesperado, Él revive maravillosamente a su Iglesia, y la bendice con todas las

bendiciones espirituales en Cristo Jesús. Y grande será la gloria de ese período en que nada de lo bueno prometido quedará sin cumplimiento.

ABDÍAS

La primera parte anuncia la destrucción de Edom, deteniéndose en las injurias que les infligieron a los judíos. La segunda predice la restauración de los judíos y las glorias posteriores de la Iglesia.

Versículos 1—16. *La destrucción cae sobre Edom.—Sus ofensas contra Jacob.* 17—21. *La restauración de los judíos y su estado floreciente en los últimos tiempos.*

Vv. 1—16. Esta profecía es contra Edom. Su destrucción parece haber sido un tipo, como el rechazo de Esaú, su padre, y se refiere a la destrucción de los enemigos de la Iglesia del evangelio. —Véase la predicción del éxito de esa guerra; Edom será saqueado y derribado. Todos los enemigos de la Iglesia de Dios se decepcionarán de las cosas en que se fijaron. Dios puede abatir fácilmente a los que se magnifican y exaltan a sí mismos; y lo hará. —La seguridad carnal prepara al hombre para la ruina, y hace que la ruina sea peor cuando llega. Los tesoros de la tierra no pueden amontonarse con seguridad, porque los ladrones pueden entrar y robar; por tanto es sabiduría nuestra amontonar tesoros en el cielo. Quienes hacen de la carne su confianza, la arman contra sí mismos. El Dios de nuestro pacto nunca nos engañará: pero si confiamos en los hombres con quienes nos juntamos, podemos salir heridos y sin honra. —Con justicia Dios negará el entendimiento para mantenerse fuera de peligro a los que no usan el entendimiento para mantenerse alejados del pecado. Toda violencia, toda injusticia es pecado; pero empeora mucho la violencia cuando se ejerce contra quien sea del pueblo de Dios. Su conducta bárbara hacia Judá y Jerusalén, se carga contra ellos. Al reflexionar en nosotros es bueno que consideremos lo que debíamos hacer; y que comparemos nuestro quehacer con la regla bíblica. El pecado, así mirado en el espejo del mandamiento parecerá excesivamente pecaminoso. Tienen mucho por qué responder los que son espectadores pasivos de los problemas de su prójimo, cuando pueden ser ayudadores activos. Se empobrecen los que piensan que se enriquecen con la ruina del pueblo de Dios; y se engañan los que llaman propio todo aquello sobre lo cual pueden poner sus manos en una época de calamidades. Aunque el juicio empieza por la casa de Dios, no terminará allí. Que los creyentes apenados y los opresores insolentes sepan que los problemas del justo terminarán pronto, pero los del impío serán eternos.

Vv. 17—21. Habrá liberación y santidad en Jerusalén, y la casa de Jacob ocupará nuevamente sus posesiones. Mucho de esta profecía se cumplió cuando los judíos regresaron [del cautiverio] a su tierra, pero parece que aquí también se piensa en la salvación y la santidad del evangelio, su difusión y la conversión de los gentiles, y especialmente la restauración de Israel, la destrucción del anticristo, y el próspero estado de la Iglesia, del cual dan testimonio todos los profetas. Cuando Cristo venga, y no antes, será el reino del Señor en todo el pleno sentido de la palabra. Como no prosperará nadie que se exalte a sí mismo contra el Señor, y todos serán humillados, así, nadie que

atienda al Señor y ponga su confianza en Él, será jamás desengañado. ¡Bendito sea el Salvador y Juez divino en el Monte Sion! Su palabra será sabor de vida para vida para muchos, en cambio, juzga y condena a los incrédulos obstinados.

JONÁS

Jonás era nativo de Galilea, 2 Reyes xiv, 25. Su liberación milagrosa del pez lo hizo tipo de nuestro bendito Señor que, como para mostrar la verdad certera de la narración, lo menciona. Todo lo hecho fue fácil para la omnipotencia del Autor y Sostenedor de la vida. Este libro nos muestra, por el ejemplo de los ninivitas, cuán grande es la paciencia y la tolerancia divina para con los pecadores. Muestra un contraste muy marcado entre la bondad y misericordia de Dios y la rebeldía, impaciencia y belicosidad de su siervo; y se entenderá mejor por los que conozcan bien sus propios corazones.

CAPÍTULO I

Versículos 1—3. *Jonás, enviado a Nínive, huye a Tarsis.* 4—7. *Demorado por una tempestad.* 8—12. *Su discurso a los marineros.* 13—17. *Echado al mar y milagrosamente preservado.*

Vv. 1—3. Entristece pensar cuánto pecado se comete en las grandes ciudades. Su maldad, como la de Nínive, es afrenta franca y directa a Dios. Jonás debe irse de inmediato a Nínive, y ahí en terreno, clamar contra la maldad de ellos. —Jonás no quiere ir. Probablemente haya unos cuantos entre nosotros que no hubiesen tratado de declinar tal misión. La providencia parece darle una oportunidad para escapar; nosotros podemos salirnos del camino del deber y hasta encontrar viento a favor. El camino fácil no siempre es el camino recto. Véase lo que son los mejores hombres cuando Dios los deja librados a sí mismos; y la necesidad que tenemos, cuando nos llega la palabra del Señor, de tener al Espíritu del Señor para que lleve cautivo cada pensamiento nuestro a la obediencia a Cristo.

Vv. 4—7. Dios manda un perseguidor tras Jonás, un fuerte temporal. El pecado trae tormentas y temporales al alma, a la familia, a las iglesias y a las naciones; es cosa inquietante y perturbadora. Habiendo pedido socorro a sus dioses, los marineros hicieron lo que pudieron para ayudarse. ¡Oh, que los hombres fueran así de sabios con sus almas, y estuvieran dispuestos a separarse de la riqueza, placer y honor que no pueden conservar sin hacer naufragio en la fe y la buena conciencia y arruinar para siempre sus almas! —Jonás dormía profundamente. El pecado atonta y tenemos que hacer caso, no sea que, en cualquier momento, nuestros corazones sean endurecidos por lo engañoso de ellos. ¿Qué quieren decir los hombres con eso de dormirse en el pecado, cuando la palabra de Dios y las acusaciones de sus propias conciencias les advierten que se levanten y clamen al Señor si quieren escapar de la miseria eterna? ¿No debiéramos advertirnos unos a otros para despertar, levantarnos, clamar a nuestro Dios, si Él quisiera librarnos? —Los marineros concluyeron que la tormenta era un mensajero de la justicia divina enviado contra alguien a bordo de ese barco. Cualquiera sea el mal sobre nosotros en cualquier momento, tiene su causa; y cada uno debe orar,

Señor, muéstrame en qué contiendes conmigo. —La suerte recayó en Jonás. Dios tiene muchas maneras para sacar a la luz los pecados y pecadores ocultos, y hacer manifiesta esa necedad que se pensaba oculta de los ojos de todos los vivientes.

Vv. 8—12. Jonás da cuenta de su religión, porque esa era su ocupación. Podemos tener la esperanza que él dijera esto con pena y vergüenza, justificando a Dios, condenándose así mismo y explicando a los marineros qué Dios grande es Jehová. Ellos le dijeron: ¿Por qué nos has hecho esto? Si temías al Dios que hizo el mar y la tierra seca, ¿por qué fuiste tan necio para pensar que podías huir de su presencia? Si los que profesan la fe hacen mal, lo sabrán de parte de quienes no hacen tal profesión. Cuando el pecado ha levantado una tempestad, y nos ha tirado encima las señales del descontento de Dios, debemos considerar que debe hacerse con el pecado que provocó la tormenta. —Jonás usa el lenguaje de los penitentes verdaderos que desean que nadie, sino ellos mismos, sufran lo peor por sus pecados y necedades. Jonás entiende que esto es el castigo de su iniquidad, lo acepta y justifica a Dios en ello. Cuando se despierta la conciencia, y se levanta tormenta, nada la calmará, sino dejar el pecado que causó el trastorno. Dejar nuestro dinero no pacificará la conciencia, Jonás debe ser tirado por la borda.

Vv. 13—17. Los marineros remaron contra el viento y la marea, el viento del descontento de Dios, la marea de sus consejos, pero es en vano pensar en salvarnos a nosotros mismos de otra manera que no sea destruyendo nuestros pecados. Hasta la conciencia natural no puede sino temer la culpa sangrienta. Cuando somos guiados por la providencia, Dios hace lo que le place, y debemos estar satisfechos, aunque pueda no gustarnos. —Tirar al mar a Jonás puso fin a la tempestad. Dios no afligirá por siempre, Él sólo contenderá hasta que nos sometamos y nos devolvamos de nuestros pecados. —Seguramente esos marineros paganos se levantarán en juicio contra muchos que se llaman cristianos, que ni ofrecen oraciones cuando están angustiados ni agradecen por las señales de liberación. —El Señor manda a todas las criaturas y puede hacer que cualquiera sirva a sus designios de misericordia para su pueblo. Veamos esta salvación del Señor y admiremos su poder, que así pudo salvar a un hombre que se ahogaba, y su piedad, que así pudo salvar a uno que huía de Él, y que le había ofendido. Era por las misericordias de Jehová que Jonás no fuera consumido. Jonás vivió tres días y sus noches en el pez: esto era imposible para la naturaleza, pero para el Dios de la naturaleza todas las cosas son posibles. —Jonás fue hecho tipo de Cristo por esta salvación milagrosa, como nuestro Señor bendito lo declara, Mateo xii, 40.

CAPÍTULO II

Versículos 1—9. *La oración de Jonás.* 10. *Es librado del pez.*

Vv. 1—9. Fíjese *cuando* ora Jonás. Cuando estaba en problemas, sometido a las señales del descontento de Dios contra él por pecar: cuando estamos afligidos debemos orar. Oró siendo mantenido con vida por milagro. El sentido de la buena voluntad de Dios para con nosotros, a pesar de nuestras ofensas, abre en oración los labios que estaban cerrados con el miedo a la ira. También, *donde* oró; en el vientre del pez. Ningún lugar es malo para orar. Los hombres pueden impedirnos la comunión de unos con otros, pero no la comunión con Dios. *A quién* oró; al Señor su Dios. Esto anima a retornar aun a los descarriados. *Qué* fue su oración. Esto parece relatar su experiencia y reflexiones, entonces y después, más que ser la forma o sustancia de su oración. Jonás reflexiona en el fervor de su oración y la prontitud de Dios para oír y responder. Si nos volvemos buenos por nuestros problemas, debemos notar la mano de Dios en ellos. Había huido malamente de la presencia del Señor, que podía quitarle con justicia su Espíritu Santo, para nunca más visitarlo. Son miserables

sólo aquellos a quienes Dios no reconoce ni favorece más. Aunque estaba perplejo, no estaba desesperado, Jonás reflexiona en el favor de Dios para él, cuando buscó a Dios y confió en Él en su angustia. —Amonesta a los demás, y les dice que se mantengan cerca de Dios. Los que abandonan su deber, abandonan su propia misericordia; los que huyen de la obra de su lugar y día, huyen del consuelo de ella. En cuanto un creyente copia a los que siguen las vanidades mentirosas, se olvida de su propia misericordia, y vive por debajo de sus privilegios. Pero la experiencia de Jonás estimula a los demás, de todas las épocas, a confiar en Dios como Dios de salvación.

V. 10. La liberación de Jonás puede ser considerada como ejemplo del poder de Dios sobre todas las criaturas. Como ejemplo de la misericordia de Dios para un pobre penitente que, en angustia, ora a Él: y como tipo y figura de la resurrección de Cristo. En medio de todas nuestras diversas experiencias y de los cambiantes escenarios de la vida, tenemos que mirar por fe, fijamente, a nuestro Redentor, una vez sufriente y moribundo, pero ahora resurrecto y ascendido. Confesemos nuestros pecados, consideremos la resurrección de Cristo como primicia de la propia, y recibamos agradecidos cada temporal y liberación espiritual como señal de nuestra redención eterna.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *Jonás, enviado nuevamente a Nínive, predica allí.* 5—10. *Nínive se salva por el arrepentimiento de sus habitantes.*

Vv. 1—4. Dios vuelve a emplear a Jonás a su Servicio. Que nos use indica que está en paz con nosotros. —Jonás fue desobediente. No trató de eludir la orden ni rehusó obedecerla. Véase aquí la naturaleza del arrepentimiento; es nuestro cambio de idea y conducta y el regreso a nuestra obra y deber. También, el beneficio de la aflicción; lleva de regreso a su lugar a los que habían desertado. Véase el poder de la gracia divina, porque la aflicción, por sí misma, más bien alejaría de Dios a los hombres antes que acercarlos. Los siervos de Dios deben ir donde Él los mande, ir cuando los llame, y hacer lo que les ordene; debemos hacer lo que manda la palabra de Dios. —Jonás cumplió su diligencia fiel y directamente. No es seguro que Jonás haya dicho más para mostrar la ira de Dios contra ellos o si sólo repitió esas palabras una y otra vez, pero este era el propósito de su mensaje. Cuarenta días es mucho tiempo para que el justo Dios demore juicios, pero es poco tiempo para que un pueblo impío se arrepienta y se reforme. ¿No debiera despertarnos para alistarnos para la muerte la consideración de que no podemos estar tan seguros de vivir cuarenta días, como entonces lo estuvo Nínive de durar cuarenta días? Debiera alarmarnos si tuviéramos la seguridad de no vivir un mes, pero somos negligentes aunque no estamos seguros de vivir ni siquiera un día.

Vv. 5—10. Hubo un prodigio de la gracia divina en el arrepentimiento y reforma de Nínive, que condena a los hombres de la generación del evangelio, Mateo xii, 41. Un grado muy pequeño de luz puede convencer a los hombres de que humillarse ante Dios, y confesar sus pecados con oración y abandonándolos, son medios para escapar de la ira y obtener misericordia. La gente siguió el ejemplo del rey. Se volvió acto nacional y fue necesario que así fuera, cuando era para impedir la destrucción nacional. —Aun los gritos y gemidos de las bestias brutas por falta de comida, recuerdan a sus dueños que deben clamar a Dios. En oración debemos clamar con fuerza, con pensamiento fijo, fe firme y afectos devotos. Nos interesa orar para revolver todo lo que está dentro de nosotros. No basta con ayunar *por* el pecado; debemos ayunar *del* pecado, y para el éxito de nuestras oraciones, no debemos albergar más iniquidad en nuestros corazones, Salmo lxvi, 18. La obra de un día de ayuno no se termina con el día. —Los ninivitas esperaban que Dios se volviera de su furor; y que así evitarían su destrucción. Ellos no podían tener tanta confianza de hallar misericordia por arrepentirse

como nosotros, que tenemos la muerte y los méritos de Cristo, en los que podemos confiar para recibir perdón al arrepentirnos. Ellos no se atrevieron a presumir, pero no se desesperaron. La esperanza de misericordia es el gran aliento para arrepentirse y reformarse. Arrojémonos osadamente al estrado de la gracia gratuita, y Dios nos mirará con compasión. —Dios ve al que se convierte de sus malos caminos y al que no. Así salvó a Nínive. No leemos de sacrificios ofrecidos a Dios para expiar el pecado, pero no despreciará al corazón contrito y humillado, como el que tuvieron los ninivitas.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—4. *Jonás se enoja por la misericordia de Dios con Nínive, y es reprendido.* 5—11. *Se le enseña que hizo, por medio una calabacera que se marchita.*

Vv. 1—4. Jonás hizo tema de reflexión sobre Dios lo que todos los santos hacen tema de gozo y alabanza; como si mostrar misericordia fuera una imperfección de la naturaleza divina, que es la mayor gloria suya. A su misericordia que perdona y salva todos debemos estar fuera del infierno. —Él desea la muerte; este era lenguaje de la necedad, la pasión y la corrupción intensa. Surgen en Jonás restos de un espíritu orgulloso y nada caritativo; él no esperaba ni deseaba el bienestar de los ninivitas, sino que sólo había venido a declarar y presenciar su destrucción. No se había humillado debidamente por sus propios pecados, ni estaba dispuesto a confiar en el Señor con su crédito y seguridad. Con este estado mental, despreció el bien del prójimo para los que él había sido un instrumento, y la gloria de la misericordia divina. A menudo debemos preguntarnos, ¿está bien hablar así, hacer así? ¿Puedo justificarlo? ¿Hago bien en enojarme tan rápido, tan a menudo, por tanto tiempo y hablar mal a los demás en mi enojo? ¿Hago bien al enojarme con la misericordia de Dios para los pecadores arrepentidos? Ese fue el delito de Jonás. ¿Hago bien al enojarme con eso que es para la gloria de Dios y el avance de su reino? Que la conversión de los pecadores, que es el gozo del cielo, sea nuestro gozo y nunca nuestra tristeza.

Vv. 5—11. Jonás salió de la ciudad, pero se quedó cerca, como si esperara y deseara su destrucción. Los que tienen espíritus inquietos y afanosos a menudo se crean problemas para tener algo de que quejarse. Véase cuán tierno es Dios con su pueblo en sus aflicciones, aunque ellos sean necios y atrevidos. Una cosa pequeña en sí misma, pero que llega a tiempo, puede ser una bendición valiosa. Una calabacera en el lugar preciso puede servirnos más que un cedro. Las criaturas menores pueden ser grandes plagas o gran consuelo según le plazca a Dios hacerlas. —Las personas de pasiones fuertes son proclives a decaer ante cualquier fruslería que les moleste o a elevarse con cualquier cosa vana que les guste. Véase qué son nuestros consuelos humanos y qué podemos esperar que sean; son cosas que se están agostando. Un gusanillo en la raíz destruye una calabacera grande: nuestras calabaceras se marchitan y no sabemos cuál es la causa. Quizá nos sean continuados los consuelos de criaturas, pero nos son amargados; la criatura continúa, pero el consuelo se va. Dios preparó un viento para hacer que Jonás sintiera la falta de la calabacera. Justo es que se queden sin nada de que quejarse quienes aman el quejarse. Cuando las providencias que afligen se llevan las relaciones, las posesiones y los goces, no debemos enojarnos con Dios. Lo que debe silenciar especialmente al descontento es que al desaparecer nuestra calabacera, nuestro Dios no desaparece. El pecado y la muerte son muy espantosos, pero Jonás, en su ardor, se los toma a la ligera a ambos. —Un alma es de más valor que todo el mundo; entonces, por cierto que un alma tiene más valor que muchas calabaceras: debemos interesarnos más por las almas preciosas, las nuestras y las del prójimo, que por las riquezas y goces de este mundo. Gran aliento es tener esperanza de hallar misericordia en el Señor, que Él esté listo para mostrar misericordia. Habrá que hacer que los

murmuradores entiendan que, por muy dispuestos que estén a conservar la gracia divina para sí y los que son como ellos, hay un solo Señor sobre todos, que es rico en misericordia para con los que le invocan. —¿Nos maravillamos por la paciencia de Dios hacia su perverso siervo? Estudiemos nuestros corazones y modales; no olvidemos nuestra ingratitud y obstinación; y quedémonos atónitos con la paciencia de Dios con nosotros.

MIQUEAS

Miqueas fue levantado para apoyar a Isaías y confirmar sus predicciones, mientras invitaba al arrepentimiento, por los juicios amenazados y las prometidas misericordias. Un pasaje muy notable, capítulo v, contiene un resumen de profecías referidas al Mesías.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *La ira de Dios contra Israel.* 8—16. *También contra Jerusalén y otras ciudades.— Sus vanas precauciones.*

Vv. 1—7. La tierra con todo lo que en ella hay es llamada a oír al profeta. El santo templo de Dios no protegerá a los falsos profesantes. Tampoco los hombres de alto rango, como las montañas, ni los hombres de baja condición, como los valles pueden asegurarse a sí mismos o a la tierra contra los juicios de Dios. Si se encuentra pecado en el pueblo de Dios, no los perdonará; y sus pecados son más provocadores para Él, porque merecen el mayor de los reproches. —Cuando sentimos el pinchazo del pecado nos corresponde indagar cuál es el pecado por el cual somos asaeteados. Las personas y los lugares más elevados son los más expuestos a las enfermedades espirituales. Los vicios de los líderes y reyes serán castigados segura y agudamente. —El castigo responde al pecado. Lo que dieron a los ídolos nunca prosperará ni les hará ningún bien. Lo que se logra por una lujuria se desperdicia en otra.

Vv. 9—16. El profeta lamenta que el caso de Israel sea desesperado; pero no lo declara en Gat. No deis complacencia a los que se alegran con los pecados o con las penas del Israel de Dios. Revuélcate en el polvo, como acostumbraban los de duelo; que cada casa de Jerusalén se haga casa de Afra, “una casa de polvo”. Cuando Dios hace polvo la casa, corresponde que nos humillemos hasta el polvo bajo su mano poderosa. —Muchos lugares deben compartir este duelo. Los nombres tienen significados que apuntaban a las miserias venideras para ellos; para despertar por ellas al pueblo a un santo temor por la ira divina. —Todos los refugios, excepto Cristo, deben ser refugios de mentira para los que confían en sí; otros herederos recibirán cada herencia, pero no el cielo, y toda la gloria será vergüenza, excepto la honra que sólo procede de Dios. Ahora pueden los pecadores despreciar los sufrimientos de sus vecinos, pero pronto les llegará el turno de ser castigados.

CAPÍTULO II

Versículos 1—5. *Los pecados y las desolaciones de Israel.* 6—11. *Sus malas costumbres.* 12, 13. *Una promesa de restauración.*

Vv. 1—5. ¡Ay del pueblo que maquina el mal durante la noche y se levanta temprano para ejecutarlo! Malo es hacer el mal por un impulso súbito, mucho peor es hacerlo con premeditación y alevosía. Gran momento es aprovechar y usar las horas de retiro y soledad en forma apropiada. Si la codicia reina en el corazón, desaparece la compasión; y cuando el corazón está así comprometido, corrientemente la violencia y el fraude ocupan las manos. —El más altivo y seguro de su prosperidad suele ser el que está más listo para desesperarse en la adversidad. ¡Ay de los que Dios abandona! —Las calamidades más dolorosas son las que nos sacan de la congregación del Señor o nos apartan del deleite de sus privilegios.

Vv. 6—11. Puesto que dicen, “no profeticéis”. Dios les cobrará la palabra y su pecado será su castigo. Que el médico no atienda más al paciente que no será sanado. Enemigos no sólo de Dios sino de su país, son los que silencian a los buenos ministros y detienen los medios de gracia. ¿Qué lazos retendrán a los que no tienen reverencia por la palabra de Dios? Los pecadores no pueden esperar el reposo en una tierra que han contaminado. No sólo serás obligado a irte de esta tierra, sino que ella te destruirá. Aplíquese esto a nuestro estado en este mundo presente. Hay corrupción en el mundo por la lujuria, y debemos mantenernos alejados de ella. No es nuestro reposo: fue designado para nuestro peregrinar, pero no como porción nuestra; nuestra posada, pero no nuestra casa; aquí no tenemos ciudad permanente; por tanto, levantémonos y partamos, busquemos la ciudad permanente de lo alto. —Puesto que quieren ser engañados, sean engañados. Los maestros que recomiendan la auto indulgencia por medio de su doctrina y ejemplo, son los que convienen a tales pecadores.

Vv. 12, 13. Estos versículos pueden referirse al cautiverio de Israel y Judá. Pero el pasaje también es una profecía de la conversión a Cristo de los judíos. El Señor no sólo los sacaría del cautiverio y los multiplicaría, sino que el Señor Jesús les abriría el camino hacia Dios, tomando la naturaleza de hombre, y por la obra de su Espíritu en sus corazones, rompiendo las cadenas de Satanás. De esta manera, Él ha ido adelante y la gente sigue, irrumpiendo con su poder por entre los enemigos que detendrían el camino de ellos al cielo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—8. *La crueldad de los príncipes, y la falsedad de los profetas.* 9—12. *Su falsa seguridad.*

Vv. 1—8. Los hombres no pueden esperar que les vaya bien si hacen el mal, pero encontrarán que se les hace lo que ellos hicieron a otros. ¡Cuán raro es que las verdades íntegras lleguen a los oídos de los que están en puestos elevados o en autoridad! Los que engañan al prójimo están preparando confusión para sus propios rostros. —El profeta tenía un amor ardiente por Dios y por las almas de los hombres; profundo interés por su gloria y su salvación, y celo contra el pecado. Las dificultades que halló no lo alejaron de su trabajo. Tenía poder, no de sí mismo, pero estaba lleno del poder por el Espíritu del Señor. Los que actúan honestamente pueden actuar directamente. Los que vienen a oír la palabra de Dios, deben estar dispuestos a que les hablen de sus faltas, deben tomarlo amablemente y estar agradecidos.

Vv. 9—12. Los muros de Sion no deben agradecimientos a los que los edificaron con sangre e iniquidad. El pecado del hombre no obra la justicia de Dios. Aun cuando los hombres hacen lo que en sí es bueno, pero lo hacen por sucio lucro, se vuelve abominación para Dios y para el hombre. —La fe reposa en el Señor como fundamento del alma: la presunción sólo se apoya en el Señor como muleta, y lo usa para que le sirva una vez. Si tener al Señor entre ellos no impide que los hombres hagan el mal, nunca puede asegurarles que no sufrirán el mal por así hacerlo. —Véase la condenación del malvado Jacob; en consecuencia Sion será arado como un campo por amor a ti. Esto se cumplió exactamente en la destrucción de Jerusalén a manos de los romanos y es así hasta la fecha. Si los lugares sagrados son contaminados por el pecado, serán desolados y arruinados por los juicios de Dios.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—8. *La paz del reino de Cristo.* 9—13. *Los juicios venideros a Jerusalén sin embargo, el triunfo final es de Israel.*

Vv. 1—8. Las naciones aún no se han sometido al Príncipe de Paz como para fundir sus espadas en arados, ni ha cesado la guerra. Pero estas son promesas muy preciosas referidas a la iglesia del evangelio, las cuales se cumplirán crecientemente, porque fiel es Aquel que ha prometido. Habrá una iglesia gloriosa para Dios establecida en el mundo en los postreros tiempos, los días del Mesías. El mismo Cristo la edificará sobre una roca. —Los gentiles adoraban a sus dioses ídolos, pero en el período aludido, la gente se aferrará al Señor con pleno propósito de corazón y se deleitará en hacer su voluntad. —La palabra “cojea” describe aquí a los que no caminan conforme a la palabra divina. Reunir a los cautivos de Babilonia fue una primicia de sanar, purificar y prosperar a la Iglesia; y el reino de Cristo continuará hasta que sea sucedido por el eterno reino del cielo. Estimulémonos unos a otros a asistir a las ordenanzas de Dios para que aprendamos sus santos caminos, que al estar escritos en nuestros corazones por su Espíritu pueda mostrar nuestro interés en la justicia del Redentor.

Vv. 9—13. Muchas naciones se reunirán contra Sion para regocijarse en sus calamidades. No entenderá que el Señor las ha juntado como manojos que se reúnen para ser trillados; y que Sion será fortalecida para despedazarlos. Nada ha sucedido aún en la historia de la iglesia judía que concuerde con esta predicción. Cuando Dios tiene una obra de victoria para su pueblo, les dará la fuerza y la habilidad para eso. Los creyentes deben clamar en voz alta con la oración de fe en angustias, pero no con desesperación.

CAPÍTULO V

Versículos 1—6. *El nacimiento de Cristo y la conversión de los gentiles.* 7—15. *Los triunfos de Israel.*

Vv. 1—6. Habiendo mostrado cuánto se rebajaría a la casa de David, se agrega una predicción del Mesías y su reino para exhortar a la fe del pueblo de Dios. Se comentan su existencia desde la eternidad como Dios y su oficio como Mediador. Aquí se predice que Belén será su lugar de nacimiento. De ahí que fuera universalmente conocido entre los judíos, Mateo ii, 5. —El gobierno de

Cristo será muy feliz para sus súbditos; ellos estarán seguros y tranquilos. Bajo la sombra de la protección contra los asirios está la promesa de la protección para la Iglesia del evangelio y todos los creyentes, contra los designios e intentos de las potestades de las tinieblas. Cristo es nuestra Paz como Sacerdote, que expía el pecado y nos reconcilia con Dios; y es nuestra Paz como Rey que vence a nuestros enemigos: de ahí que nuestras almas puedan habitar tranquilas en Él. —Cristo encontrará instrumentos para proteger y librar. Los que amenazan con destruir la Iglesia de Dios, pronto se acarrean ruina a sí mismos. Esto puede incluir los pasados efectos poderosos del evangelio predicado, su futura difusión y la destrucción de todas las potestades anticristianas. —Esta es, quizá, la profecía específica más importante del Antiguo Testamento: se refiere al carácter personal del Mesías y la revelación de sí mismo al mundo. Distingue entre el nacimiento humano y su existencia desde la eternidad; predice el rechazo de los israelitas y los judíos por una temporada, su restauración final y la paz universal que prevalecerá en toda la tierra durante los últimos días. Mientras tanto, confiemos en el cuidado y poder de nuestro Pastor. Si permite el ataque de nuestros enemigos, Él nos suplirá ayudantes y asistencia para nosotros.

Vv. 7—15. El remanente de Israel, convertido a Cristo en tiempos primitivos, estaba entre muchas naciones como gotas de rocío y fueron hechos instrumentos para convocar a un gran aumento de los adoradores espirituales. Pero a los que despreciaron o se opusieron a esta salvación, como leones les iba a causar terror, condenándolos su doctrina. —El Señor declara también que hará no sólo la reforma de los judíos, sino la purificación de la iglesia cristiana. De manera semejante, se nos asegura la victoria en nuestros conflictos personales al depender simplemente del Señor nuestra salvación, adorarlo y servirle con diligencia.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *La controversia de Dios con Israel.* 6—8. *Los deberes que requiere Dios.* 9—16. *La iniquidad de Israel.*

Vv. 1—5. Se convoca al pueblo para que declare por qué está cansado de adorar a Dios y son proclives a la idolatría. El pecado causa la controversia entre Dios y el hombre. Dios razona con nosotros, nos enseña a razonar con nosotros mismos. Que ellos se acuerden de los muchos favores de Dios para con ellos y sus padres, y los comparen con su conducta indigna e ingrata hacia Él.

Vv. 6—8. Estos versículos parecen contener la sustancia de la consulta de Balac con Balaam sobre cómo obtener el favor del Dios de Israel. La convicción profunda de la culpa y la ira pondrá a los hombres a buscar cuidadosamente la paz y el perdón, y entonces, empieza a haber ahí una base para su esperanza. Para que Dios se agrade de nosotros, debemos mostrar interés en la expiación de Cristo y que sea quitado el pecado por el cual le desagradamos. ¿Cómo dar satisfacción a la justicia de Dios? ¿En qué nombre debemos venir, ya que no tenemos nada que alegar a nuestro favor? ¿Con qué justicia compareceremos ante él? Las propuestas revelan la ignorancia, aunque muestran celo. —Ofrecen eso que es muy rico y caro. Los que están plenamente convencidos de pecado y de su miseria y peligro por causa del pecado, darían todo el mundo, si lo tuvieran, por la paz y el perdón. Sin embargo, no ofrendan bien. Los sacrificios tenían valor por su referencia a Cristo; era imposible que la sangre de los toros y los machos cabríos quitara el pecado. Todas las propuestas de paz, excepto las que concuerdan con el evangelio, son absurdas. No pueden satisfacer las exigencias de la justicia divina, ni el mal hecho a la honra de Dios por el pecado, ni servirán en lugar de la santidad del corazón y la reforma de la vida. Los hombres dejarán cualquier cosa antes que sus pecados; pero nada dejan para ser aceptados por Dios, a menos que lo hagan con sus pecados. —Los deberes

morales se han ordenado porque son buenos para el hombre. Gran recompensa hay *en* obedecer los mandamientos de Dios y *después* de obedecerlos. Dios no sólo lo ha dado a conocer, sino lo ha hecho claro. —El bien que Dios requiere de nosotros no es pagar un precio por el perdón de pecado y la aceptación de Dios, sino amarlo a Él; ¿qué hay de ilógico o difícil en esto? Todo pensamiento nuestro debe ser derribado, llevado a la obediencia de Dios si queremos andar cómodos con Él. Debemos hacer esto como pecadores penitentes dependientes del Redentor y de su expiación. Bendito sea el Señor que siempre está listo para dar su gracia al penitente humilde que espera.

Vv. 9—16. Habiendo mostrado cuán necesario era que ellos hicieran lo justo, Dios muestra aquí cuán claro era que lo habían hecho con injusticia. Esta voz del Señor dice a todos: Oye la vara cuando llega, antes que la veas y la sientas. Oye la vara cuando ha llegado, y tú eres sensible al escozor; oye lo que aconseja, la cautela que habla. La voz de Dios debe ser escuchada en la vara de Dios. —Los que son deshonestos en sus tratos nunca serán reconocidos como puros, no importa cuales sean las muestras de devoción que hicieren. Lo que se obtiene por fraude y opresión, no puede mantenerse ni disfrutarse con satisfacción. Lo que más apretado retenemos, corrientemente es lo que más pronto perdemos. El pecado es una raíz de amargura, plantada pronto, pero no desarraigada con prontitud. Ser el pueblo de Dios de nombre y profesión, mientras se mantuvieron en su amor, fue un honor para ellos, pero ahora, estando descarriados, se vuelve su reproche haber sido una vez el pueblo de Dios.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—7. *El dominio generalizado de la maldad.* 8—13. *Confianza en Dios y triunfo sobre los enemigos.* 14—20. *Promesas y exhortaciones para Israel.*

Vv. 1—7. El profeta se queja de vivir en un pueblo que se madura veloz hacia su ruina, en la cual sufrirán muchas personas buenas. Los hombres no tenían consuelo, ni satisfacción en sus propias familias ni en sus parientes más cercanos. El desprecio y la violación de los deberes domésticos son un síntoma triste de la corrupción universal. Los que no cumplen sus deberes con sus padres probablemente nunca lleguen a nada bueno. —El profeta no vio seguridad ni consuelo, sino en mirar a Jehová y esperar en Dios su salvación. Cuando estamos sometidos a pruebas debemos mirar continuamente a nuestro Redentor divino para tener fuerza y gracia para confiar en Él y ser ejemplo para los que nos rodean.

Vv. 8—13. Los penitentes verdaderos por el pecado, verán mucha razón para ser pacientes en la aflicción. Cuando nos quejamos al Señor de lo malo que son los tiempos, debemos quejarnos contra nosotros mismos por lo malo de nuestros corazones. Debemos depender de Dios para que obre liberación para nosotros en el momento debido. No debemos tan sólo mirar *a* Él sino *buscarlo* a Él. En la mayor de nuestras angustias no veremos razón para perder la esperanza de la salvación si miramos al Señor por fe como Dios de nuestra salvación. —Aunque los enemigos triunfen e insulten, serán silenciados y avergonzados. Aunque haga mucho que los muros de Sion estén en ruinas, llegará el día en que serán reparados. Israel acudirá de lejanas partes, sin volverse por el desaliento. Aunque parezca que nuestros enemigos nos derrotan, y se regocijan sobre nosotros, no debemos desesperarnos. Aunque derribados, no estamos destruidos; podemos poner la esperanza en la misericordia de Dios, sumisos a su corrección. Ningún estorbo puede evitar los favores que el Señor tiene para su Iglesia.

Vv. 14—20. Cuando está por librar a su pueblo, Dios despierta a sus amigos para que oren por ellos. Aplíquese espiritualmente la oración del profeta a Cristo, que cuida de su Iglesia como el Gran Pastor de las ovejas, y va delante de ellas, mientras están en este mundo como en un bosque, en este mundo, pero no de este mundo. —Como respuesta a esta oración, Dios promete que hará por ellos, lo que será repetir los milagros de épocas anteriores. Como el pecado de ellos los llevó a la esclavitud, así el perdón de su pecado de parte de Dios los sacó de ella. Todos los que hallan la misericordia que perdona, no pueden sino maravillarse por su misericordia; tenemos razón para estar asombrados si sabemos qué es esto. —Cuando quita la culpa del pecado, para que no pueda condenarnos, el Señor rompe el poder del pecado para que no tenga dominio de nosotros. Si somos dejados solos, nuestros pecados serán demasiado duros para nosotros, pero la gracia de Dios será suficiente para someterlos de modo que no nos gobiernen, y entonces no nos destruirán. Cuando Dios perdona el pecado, se cuida de que nunca sean recordados contra el pecador. Él arroja sus pecados al mar; no cerca de la playa donde pueden reaparecer, sino en lo profundo del mar, para que nunca salgan a flote otra vez. Todos sus pecados serán arrojados allí, porque cuando perdona el pecado, Dios lo olvida por completo. Él perfeccionará lo que nos concierne y con esta buena obra hará por nosotros todo lo que nuestro caso requiera y que Él ha prometido. —Estos compromisos se relacionan con Cristo y el éxito del evangelio en los últimos tiempos, la futura restauración de Israel, y el dominio final de la verdadera religión en toda la tierra. El Señor cumplirá su verdad y misericordia, ni una tilde ni una coma suyas caerán al suelo; fiel es el que ha prometido, que también lo hará. Recordemos que el Señor ha dado la seguridad de su pacto para poderoso consuelo de todos los que huyen a refugiarse, para que se aferren a la esperanza puesta delante de ellos en Cristo Jesús.

NAHUM

Este profeta anuncia la segura e inminente destrucción del imperio asirio, en particular de Nínive, que es descrita muy minuciosamente. Junto con esto hay consuelo para sus compatriotas, exhortándolos a confiar en Dios.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *La justicia y el poder del Señor.* 9—15. *La derrota de los asirios.*

Vv. 1—8. Unos cien años antes, por la prédica de Jonás, los ninivitas se arrepintieron y fueron perdonados, pero, pronto después, empeoraron más que nunca. Nínive no conoce a Dios que contiende con ella, pero le dicen qué Dios es. Bueno es que todos mezclen fe con lo que aquí se dice acerca de Él, que debiera comunicar gran terror al impío, y consuelo a los creyentes. Cada uno tome su porción de aquí: que los pecadores lean y tiemblen; que los santos lean y triunfen. —La ira de Jehová se pone en contraste con su bondad para con su pueblo. Quizá sean oscuros y poco considerados en el mundo, pero el Señor los conoce. —El carácter escritural de Jehová no concuerda con los criterios de los racionalistas orgullosos. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo es lento

para la ira y presto para perdonar, pero de ninguna manera dará por inocente al impío; hay tribulación y angustia para toda alma que hace el mal: ¿pero quién considera debidamente el poder de su ira?

Vv. 9—15. Hay una tremenda confabulación contra el Señor y contra su reino en este mundo, armada por las puertas del infierno; pero resultará en vano. Con algunos pecadores Dios hace consumación rápida; y de una u otra manera, exterminará a todos sus enemigos. Aunque estén quietos y muy seguros, y sin temor, serán cortados como pasto y trigo cuando pase el ángel exterminador. Dios obrará así una gran liberación para su pueblo. Pero a los que se envilecen por pecados escandalosos, Dios los envilecerá por castigos vergonzosos. —Las noticias de esta gran liberación serán bien recibidas, con mucho gozo. Estas palabras se aplican a la gran redención obrada por nuestro Señor Jesús, el eterno evangelio, Romanos x, 15. Mensajeros de la buena nueva son los ministros de Cristo que predican paz por Jesucristo. ¡Cuán bienvenidos son quienes ven su miseria y peligro por el pecado! La promesa que hacen en el día del mal debe ser cumplida. Agradezcamos las ordenanzas de Dios y participemos alegremente en ellas. Miremos adelante con jubilosa esperanza a un mundo donde el impío nunca puede entrar, y el pecado y la tentación ya no serán más conocidas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *Anuncio de la destrucción de Nínive.* 11—13. *La causa verdadera, su pecado contra Dios, y su comparescencia contra ellos.*

Vv. 1—10. Nínive no desechará este juicio; no hay consejo ni fuerza contra el Señor. Dios mira la ciudad orgullosa, y la derriba. —Se da un recuento particular de los terrores con que el enemigo invasor vendrá contra Nínive. El imperio de Asiria es representado como una reina por ser llevada cautiva a Babilonia. La culpa de la conciencia llena de terror a los hombres en el día malo; ¿y qué harán los tesoros o la gloria por nosotros en momentos de angustia o en el día de la ira? Pero, por tales cosas, ¡cuántos pierden su alma!

Vv. 11—13. Los reyes de Asiria habían sido terribles y crueles con sus vecinos durante mucho tiempo, pero el Señor destruirá su poder. Muchos alegan como excusa para la rapiña y el fraude que tienen familias que mantener, pero lo que así se obtiene nunca les hará ningún bien. Los que temen al Señor y obtienen honestamente lo que tienen, no tendrán necesidades ellos mismos ni los suyos. Justo es que Dios prive de hijos o del consuelo de ellos a los que siguen rumbos pecaminosos para enriquecerse. No son dignos de ser oídos de nuevo los que han hablado reprochando a Dios. Entonces, vamos a Dios en su trono de la gracia, que teniendo paz con Él por nuestro Señor Jesucristo, podemos saber que está por nosotros, y que todas las cosas ayudarán a bien para nuestra eterna bienaventuranza.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *Los pecados y juicios de Nínive.* 8—19. *Su total destrucción.*

Vv. 1—7. Cuando son derribados los pecadores soberbios, los demás debieran aprender a no elevarse a sí mismos. La caída de esta gran ciudad debe ser una lección para las personas particulares que aumentan riqueza por el fraude y la opresión. Están preparando enemigos contra sí mismos; y si place al Señor castigarlos en este mundo, no tendrán a nadie que los compadezca. Todo hombre que busca su propia prosperidad, seguridad y paz, no sólo actuará en forma recta y honorable, sino con bondad hacia todos.

Vv. 8—19. Las fortalezas, aun las más poderosas, no tienen defensa contra los juicios de Dios. Serán incapaces de hacer nada a su favor. —Los caldeos y los medos devorarían la tierra como gusanos carcomedores. Los asirios también serían comidos por sus numerosos soldados contratados, lo que parece estar indicado por la palabra que se traduce "mercaderes". Los que han hecho el mal a su prójimo, encontrarán que el mal se vuelve contra ellos. Nínive, y muchas otras ciudades, estados e imperios, han sido destruidos, y debieran servirnos de advertencia. ¿Somos mejores, excepto que hay unos cuantos cristianos verdaderos entre nosotros, que son la mayor seguridad y una defensa más fuerte, que todas las ventajas de la situación o de poder? Cuando el Señor se muestra contra un pueblo, todo aquello en que confíen debe fallar o resultar desventajoso; pero Él sigue haciendo el bien a Israel. Él es una fortaleza para todo creyente en tiempos difíciles, la cual no puede ser asaltada ni tomada; y conoce a los que confían en Él.

HABACUC

El tema de esta profecía es la destrucción de Judea y Jerusalén por los pecados del pueblo, y el consuelo de los fieles sometidos a las calamidades nacionales.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *La maldad de la tierra.—La temible venganza a ser ejecutada.* 12—17. *Estos juicios serán infligidos por una nación más impía que ellos mismos.*

Vv. 1—11. Los siervos del Señor están profundamente afligidos por ver que prevalecen la impiedad y la violencia; especialmente entre los que profesan la verdad. Ningún hombre tenía escrúpulos de hacer el mal a su prójimo. Debemos anhelar irnos a aquel mundo donde reinan por siempre la santidad y el amor, y donde no habrá violencia ante nosotros. Dios tiene buenas razones para ser paciente con los malos y de reprender a los hombres buenos. Llegará el día en que el clamor del pecado será oído contra los que hacen el mal, y el clamor de la oración de quienes sufren el mal. —Tenían que notar lo que estaba pasando entre los paganos a manos de los caldeos y considerarse a sí mismos como nación próxima a ser azotada por ellos. Pero la mayoría de los hombres presumen de la continuada prosperidad o que las calamidades no llegarán en su tiempo. Son nación amarga y presurosa, fiera, cruel y derriba todo lo que está delante de ellos. Ellos vencerán a todo el que se les

oponga. Pero darse la gloria a uno mismo es una gran ofensa y ofensa corriente del pueblo orgulloso. —Las palabras finales dan un atisbo de consuelo.

Vv. 12—17. Sean como sean las cosas, Dios es el Señor, nuestro Dios, nuestro Santo. Somos un pueblo ofensor; Él es un Dios ofendido, pero nosotros no albergamos pensamientos malos de Él o de su servicio. Gran consuelo es que, cualquiera sea la maldad que conciban los hombres, el Señor concibe el bien, y estamos seguros de que su consejo resistirá. Aunque la maldad pueda prosperar por un rato, Dios es santo y no aprueba esa maldad. Como Él mismo no puede hacer iniquidad, así sus ojos son muy puros como para contemplarla con aprobación. Por este principio debemos guiarnos, aunque las dispensaciones de su providencia puedan, por un tiempo, en algunos casos, parecernos que no concuerdan con eso. —El profeta se queja de que se abusaba de la paciencia de Dios; y como la sentencia contra estas malas obras y malos obreros no fue ejecutada velozmente, sus corazones estaban más plenamente dispuestos para hacer el mal. A algunos los toman como con anzuelo, uno por uno; otros, son tomados en las aguas bajas como con red y los reúne en su red, que todo lo encierra. Ellos admiran su propia destreza y capacidad inventiva: hay una gran proclividad en nosotros para adueñarnos de la gloria de la prosperidad externa. Esto es idolizarnos a nosotros mismos, sacrificando a la red porque es nuestra. —Dios terminará pronto los robos espléndidos y exitosos. La muerte y el juicio harán que los hombres cesen de ser predadores del prójimo, y serán sus propias presas. Recordemos que sin importar las ventajas que poseamos, debemos dar toda la gloria a Dios.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Habacuc debe esperar con fe.* 5—14. *Juicios a los caldeos.* 15—20. *También a la ebriedad e idolatría.*

Vv. 1—4. Debemos estar en guardia contra las tentaciones de ser impacientes cuando estamos inquietos y confundidos con dudas sobre los métodos de la providencia. Cuando hemos derramado quejas y peticiones ante Dios, debemos observar las respuestas que Dios da por su palabra, su Espíritu, y providencia, lo que el Señor dirá a nuestro caso. Dios no desilusionará las expectativas de fe de los que esperan oír lo que Él les dirá. Todos son aludidos en las verdades de la palabra de Dios. —Aunque el favor prometido sea largamente postergado, al final llegará y nos recompensará abundantemente por esperar. El pecador humilde, de corazón quebrantado y arrepentido, solo busca obtener un interés en esta salvación. Descansará su alma en la promesa y en Cristo, en quien y por medio del cual le es dada. Así, pues, anda, trabaja, y vive por fe, persevera hasta el fin y es exaltado a la gloria; en cambio, los que desconfían de, o desprecian la absoluta suficiencia de Dios, no andarán rectamente con Él. El justo vivirá por la fe en estas preciosas promesas mientras se difiera su cumplimiento. Sólo los que son hechos justos por la fe, vivirán, serán felices aquí y para siempre.

Vv. 5—14. El profeta lee la condena de todas las potestades orgullosas y opresivas que maltratan al pueblo de Dios. la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida son los lazos que enredan a los hombres; encontramos al que llevó cautivo a Israel, cautivo por cada una de ellas. —No debe contar como nuestro, más de lo que tenemos, de lo que obtenemos honestamente. Las riquezas no son sino barro, fango espeso; ¿qué son el oro y la plata, sino tierra amarilla y blanca? Los que pasan por el barro espeso son obstaculizados y ensuciados en su jornada; así son quienes pasan por el mundo en medio de la abundancia de riqueza. Qué necios los que se cargan con el cuidado continuo de ello; con muchísima culpa por conseguirla, ahorrarla y gastarla, ¡y con una pesada cuenta que deben rendir otro día! Se sobrecargan con este barro espeso y, así, se

hunden en la destrucción y la perdición. Véase cuál será el final de esto; lo que se consigue del prójimo por la violencia, será quitado con violencia por otros. —La codicia ocasiona inquietud e incomodidad a la familia; el que ambiciona ganancia perturba su propia casa; lo que es peor, se acarrea la maldición de Dios para todos los asuntos de ella. Hay ganancia lícita que, por la bendición de Dios puede ser consuelo para una casa, pero lo que se obtiene por fraude e injusticia, traerá pobreza y ruina a una familia. Pero eso no es lo peor: Tú has pecado contra tu propia alma, la has puesto en peligro. Los que hacen mal a sus vecinos hacen un daño mucho más grande a sus propias almas. Si el pecador piensa que ha manejado con arte e ingenio sus engaños y su violencia, las riquezas y posesiones que haya amontonado, darán testimonio en su contra. No hay esclavos más grandes en el mundo que los que son esclavos de las puras empresas mundanas. ¿Y qué resulta de eso? Se hallan desilusionados de eso y desilusionados en eso; reconocerán que es peor que la vanidad, es aflicción de espíritu. Dios manifiesta y magnifica su gloria manchando y hundiendo la gloria terrenal, y llena la tierra con el conocimiento de ella, tan abundantemente como las aguas cubren el mar, que son profundas y se esparcen lejos y ampliamente.

Vv. 15—20. Se pronuncia un ay severo contra la ebriedad; muy temible es para todos los que son culpables de ebriedad en cualquier momento y en cualquier parte, desde el palacio majestuoso a la taberna despreciable. Caridad es dar un trago al que está necesitado, al que tiene sed y es pobre, o al viajero agotado o al que está listo para perecer; pero es maldad dar un trago al vecino, que puede dejarlo desnudo, descubrir preocupaciones secretas o arrastrarlo a un mal negocio, o para cualquiera de tales propósitos. Ser culpable de este pecado, complacerse en esto, es hacer lo que podemos para asesinar el alma y el cuerpo. Hay un ay para él, y castigo que responde al pecado. —La necedad de adorar ídolos es dejada al descubierto. El Señor está en su santo templo del cielo, donde tenemos acceso a Él en la manera que ha designado. Que demos la bienvenida a su salvación y que le adoremos en sus templos terrenales por medio de Cristo Jesús, y por la influencia del Espíritu Santo.

CAPÍTULO III

Versículos 1, 2. *El profeta implora a Dios por su pueblo.* 3—15. *Él llama a tomar en cuenta a las liberaciones anteriores.* 16—19. *Su firme confianza en la misericordia divina.*

Vv. 1, 2. Parece que aquí se usa la palabra oración en el sentido de acto de devoción. El Señor avivará obra entre la gente en medio de los años de la adversidad. Esto puede aplicarse a cada temporada en que la Iglesia o los creyentes, sufren aflicciones y pruebas. La misericordia es a lo que debemos huir en busca de refugio, y confiar en ella como nuestro único argumento. No debemos decir: Recuerda nuestro mérito, sino Señor, acuérdate de la misericordia.

Vv. 3—15. Cuando el pueblo de Dios está angustiado y a punto de desesperar, busca ayuda considerando los días antiguos y los años de los tiempos antiguos, presentándolos en oración como argumento a Dios. El parecido de los cautiverios egipcio y babilónico se presenta naturalmente a la mente, así como la posibilidad de una liberación semejante por medio del poder de Jehová. —Dios se manifestó en su gloria. Todos los poderes de la naturaleza son remecidos, y el curso de la naturaleza es cambiado, pero todo es para la salvación del pueblo de Dios. Hasta lo que parezca menos probable obrará para la salvación de ellos. Aquí se da un tipo y figura de la redención del mundo por Jesucristo. Es para la salvación con tu ungido. Josué, que dirigió los ejércitos de Israel, era una figura de Aquel cuyo nombre llevaba, Jesús, nuestro Josué. En todas las salvaciones obradas para ellos, Dios miraba a Cristo, el Ungido, y traía liberaciones que pasaran por Él. Todas las maravillas hechas por el Israel de antes, fueron nada para lo que se hizo cuando el Hijo de Dios

sufrió la cruz por los pecados de su pueblo. ¡Cuán gloriosa su resurrección y ascensión! ¡Cuánto más gloriosa será su segunda venida a poner fin a todo lo que se opone a Él, y a todo lo que hace sufrir a su pueblo!

Vv. 16—19. Cuando vemos que se acerca un tiempo difícil, nos corresponde prepararnos. Una buena esperanza a través de la gracia se fundamenta en el santo temor. —El profeta mira a las experiencias de la Iglesia de épocas anteriores y observa qué cosas tan grandes había hecho Dios por ellos, y así no sólo se recuperó, sino fue lleno de santo gozo. Resolvió deleitarse y triunfar en el Señor; porque cuando todo se va, su Dios no se va. —Destruid las vides y las higueras y haréis que cese todo el gozo carnal. Pero los que *disfrutaban a Dios en todos* cuando estaban llenos, ahora vacíos y pobres, pueden *disfrutar todo en Dios.* Pueden sentarse sobre la pila de ruinas de sus consuelos humanos, y aun entonces alabar al Señor, como el Dios de su salvación, la salvación del alma, y regocijarse en Él como tal, en sus angustias más grandes. El gozo en el Señor es especialmente oportuno cuando nos topamos con pérdidas y cruces en el mundo. Aunque estén cortadas las provisiones, para demostrar que el hombre no vive solamente de pan, podemos ser abastecidos por la gracia y la consolación del Espíritu de Dios. Entonces seremos fuertes para la obra y la guerra espiritual, y con el corazón ensanchado podemos correr por el camino de sus mandamientos, y superar nuestros problemas. Y seremos exitosos en las empresas espirituales. —Así, el profeta que empezó su oración con temor y temblor, la termina con gozo y triunfo. Y así la fe en Cristo prepara para todo acontecimiento. El nombre de Jesús, cuando podemos hablar de él como nuestro, es bálsamo para toda herida, un cordial para toda preocupación. Es un ungüento derramado, que difunde fragancia a través de toda el alma. Con la esperanza de una corona celestial, soltemos todas las posesiones y comodidades terrenales, y soportemos alegremente cuando estemos debajo de las cruces. Aún un poquito y el que ha de venir vendrá y no tardará; donde Él esté, nosotros también estaremos.

SOFONÍAS

Sofonías insta al arrepentimiento, predice la destrucción de los enemigos de los judíos, y consuela al justo que hay entre ellos con promesas de bendiciones futuras, la restauración de su nación, y la prosperidad de la Iglesia en los postreros tiempos.

CAPÍTULO I

Versículos 1—6. *Amenazas contra los pecadores.* 7—13. *Más amenazas.* 14—18. *Angustias por los juicios que se aproximan.*

Vv. 1—6. La ruina viene, la ruina total; destrucción de parte del Todopoderoso. Todos los siervos de Dios proclaman: No hay paz para el impío. Las expresiones son figuradas, hablando de desolación por doquier; la tierra quedará sin habitantes. —Los pecadores que serán consumidos son los idólatras

confesos, y los que adoran a Jehová y a los ídolos, o que juran *al* Señor y *a* Milcom. Los que piensan que pueden dividir sus afectos y adoración entre Dios y los ídolos, no alcanzarán la aceptación de Dios, porque, ¿qué comunión puede haber entre la luz y las tinieblas? Si Satanás tiene la mitad, tendrá todo; si el Señor tiene la mitad, no tendrá nada. Rechazar a Dios demuestra impiedad y desprecio. Que ninguno de nosotros esté entre los que vuelven a la perdición, sino entre los que creen para salvación del alma.

Vv. 7—13. El día de Dios está cerca; el castigo de los pecadores presuntuosos es un sacrificio a la justicia de Dios. A la familia real judía se le llamará a cuentas por su orgullo y vanidad; y también a los que saltan al umbral, invadiendo los derechos de sus vecinos y tomando sus pertenencias. La gente que comercia y los mercaderes ricos son llamados a rendir cuentas. Se llama a cuentas al pueblo seguro e indolente. Ellos están seguros y cómodos; dicen en su corazón: el Señor no hará el bien ni hará el mal; esto es, ellos niegan sus recompensas y castigos. Pero en el día del juicio del Señor, se manifestará claramente que los que perecen, caen como sacrificio a la justicia divina por quebrantar la ley de Dios, y porque no tienen un interés, por fe, en el sacrificio expiatorio del Redentor.

Vv. 14—18. Esta advertencia de la cercana destrucción es suficiente para hacer que tiemblen los pecadores de Sión; se refiere al gran día de Jehová, el día en que Él se mostrará vengándose de ellos. Este día de Jehová está muy cerca; es el día de la ira de Dios, ira al extremo. Será día de angustia y aflicción para los pecadores. Que no se queden dormidos por la paciencia de Dios. ¿Qué le aprovecha al hombre si gana todo el mundo y pierde su alma? ¿Qué recompensa dará el hombre por su alma? Huyamos de la ira venidera y elijamos la buena parte que no nos será quitada; entonces estaremos preparados para todo acontecimiento; nada nos separará del amor de Dios en Cristo Jesús Señor nuestro.

CAPÍTULO II

Versículos 1—3. *Exhortación al arrepentimiento.* 4—15. *Juicios a las otras naciones.*

Vv. 1—3. El profeta llama al arrepentimiento nacional como único camino para impedir la ruina nacional. La nación que no *desea*, que no tiene deseos de Dios, no está deseosa de su favor y su gracia, no tiene intenciones de arrepentirse ni reformarse. O, no *deseable*, no tiene nada que la recomiende a Dios; a quien Dios puede con justicia decir, Apártate de mí; pero les dice, Congregaos para que podáis buscar mi rostro. Sabemos lo que traerá el decreto de Dios contra los pecadores impenitentes, por tanto, debe preocuparnos mucho el arrepentirnos en el tiempo aceptable. ¡Cuán cuidadosos debemos ser todos para buscar la paz con Dios antes que el Espíritu Santo se vaya de nosotros, o cese de contender con nosotros; antes que se acabe el día de gracia o el día de vida; ¡antes que nuestro estado eterno sea determinado! Que el pobre, despreciado y afligido busque al Señor, y procure entender y obedecer mejor sus mandamientos, que sean más humillados por sus pecados. La principal esperanza de liberación de los juicios nacionales descansa en la oración.

Vv. 4—15. Realmente están en un estado lamentable los que tienen en contra la palabra de Dios, porque ninguna palabra suya caerá al suelo. Dios restaurará a su pueblo a sus derechos, aunque les han sido retenidos por mucho tiempo. Ha sido la suerte corriente del pueblo de Dios de todas las épocas ser reprochados e injuriados. —Dios será adorado no sólo por todo Israel y los extranjeros que se les unan, sino por los paganos. —Las naciones remotas deben ser tratadas por los males hechos al pueblo de Dios. Los sufrimientos del insolente y altivo en prosperidad no son

compadecidos ni lamentados. Pero todas las desolaciones de las naciones florecientes harán camino para la caída del reino de Satanás. Mejoremos nuestras ventajas y esperemos el cumplimiento de cada promesa, orando que el nombre de nuestro Padre sea santificado por doquiera sobre toda la tierra.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *Más reproches por el pecado.* 8—13. *Exhortación a esperar misericordia.* 14—20. *Promesas de favor y prosperidad futuros.*

Vv. 1—7. El santo Dios odia más el pecado en los que están más cerca de él. Un estado pecador es y será un estado lamentable. Sin embargo, ellos tenían los emblemas de la presencia de Dios, y todas las ventajas de conocer su voluntad, con las razones más fuertes para hacerla; aún así persistieron en desobedecer. Sí, los hombres suelen ser más activos para hacer el mal que los creyentes para hacer el bien.

Vv. 8—13. Se predice la predicación del evangelio, cuando se ejecute la venganza sobre la nación judía. Las doctrinas purificadoras del evangelio o el lenguaje puro de la gracia del Señor enseñarán a los hombres a usar el lenguaje de la humildad, el arrepentimiento y la fe. Buenas son la pureza y la piedad en la conversación corriente. Parece aludir al estado puro y feliz de la Iglesia en los postreros tiempos. El Señor terminará la jactancia y dejará a los hombres sin nada en qué gloriarse salvo el Señor Jesús, hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención para ellos. La humillación por el pecado y las obligaciones hacia el Redentor, harán rectos y sinceros a los creyentes verdaderos, cualquiera sea el caso de los simples profesantes.

Vv. 14—20. Después de las promesas de quitar el pecado, siguen las promesas de quitar las tribulaciones. Cuando la causa es eliminada, cesa el efecto. Lo que hace santo a un pueblo, lo hará feliz. Las preciosas promesas hechas al pueblo purificado iban a tener su cumplimiento pleno en el evangelio. Estos versículos se relacionan principalmente con la conversión y restauración futura de Israel, y a los tiempos gloriosos que van a seguir. Muestran la paz, el consuelo y la prosperidad abundante de la Iglesia en los tiempos felices por venir. Él salvará; Él será Jesús; responderá al Nombre, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados. —Antes de la época gloriosa anunciada, los creyentes tendrán aflicción y serán objeto de reproche. Pero el Señor salvará al creyente más débil, y hará que los cristianos verdaderos sean tratados con honores ahí donde fueron tratados con desprecio. Un acto de misericordia y gracia servirá, al mismo tiempo para reunir a Israel de su diáspora y llevarlos a su propia tierra. Entonces, el Israel de Dios será hecho nombre y alabanza para la eternidad. Los solos hechos pueden responder plenamente al lenguaje de esta profecía. —Muchas son las aflicciones del justo, pero pueden regocijarse en el amor de Dios. Seguramente nuestros corazones honrarán al Señor y se regocijarán en Él cuando oigamos tales palabras de condescendencia y gracia. Nuestra prueba y pena ahora es tener prohibidas sus ordenanzas, pero a su debido tiempo seremos reunidos en su templo de lo alto. La gloria y la dicha del creyente serán perfectas, inmutables y eternas, cuando sea liberado de las penas terrenales y llevado a la bendición celestial.

HAGEO

Después del retorno desde el cautiverio, Hageo fue enviado a exhortar al pueblo para que reconstruyera el templo y para reprobar la negligencia de ellos. Para exhortar su empresa, le asegura al pueblo que la gloria del segundo templo excederá mucho a la del primero por manifestarse ahí Cristo, el Deseado de todas las naciones.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *Hageo reprende a los judíos por descuidar el templo.* 12—15. *Promete la asistencia de Dios para ello.*

Vv. 1—11. Obsérvese el pecado de los judíos después de regresar del cautiverio en Babilonia. Los empleados por Dios pueden ser sacados de su obra por una tormenta, pero deben retornar a ella. No dijeron que no construirían un templo sino, no todavía. Así, pues, los hombres no dicen que nunca se arrepentirán ni se reformarán, ni serán religiosos sino, no todavía. Así queda sin hacer el gran negocio para hacer el cual fuimos mandados al mundo. Hay en nosotros la tendencia a pensar mal de los desalientos en nuestro deber como si fueran una exoneración de nuestro deber cuando son sólo para probar nuestro coraje y fe. Descuidaron la edificación de la casa de Dios para tener más tiempo y dinero para las cosas mundanas. —Para que el castigo corresponda al pecado, la pobreza que pensaron evitar *no edificando* el templo, Dios la trajo *por* no edificarlo. Se han pensado muchas buenas obras, pero no se han hecho porque los hombres supusieron que no había sido el tiempo apropiado. Así, pues, los creyentes dejan pasar las oportunidades de ser útiles, y los pecadores demoran los beneficios para sus almas hasta que es demasiado tarde. —Si trabajamos sólo para la comida que perece, como aquí los judíos, corremos el riesgo de perder nuestro esfuerzo, pero estamos seguros que no será en vano en el Señor, si trabajamos por la comida que a vida eterna permanece. Si deseamos tener el consuelo y la continuidad de los goces temporales, debemos tener a Dios como Amigo nuestro. Véase también Lucas xii. 33. —Cuando Dios cruza nuestros asuntos temporales y nos topamos con problemas y desilusiones, encontramos que la causa es que la obra que tenemos que hacer para Dios y por nuestras almas, se deja sin hacer y buscamos nuestras cosas más que las cosas de Cristo. ¡Cuántos que dicen que no se pueden dar el lujo de dar para obras de piedad o caridad, suelen dar diez veces más para gastos innecesarios en sus casas y en sí mismos! Ajenos a sus propios intereses son los que se preocupan mucho por adornar y enriquecer sus casas, mientras el templo de Dios en sus corazones está desperdiciado. —El gran interés de cada uno es aplicarse al deber necesario de examinarse a sí mismo y tener comunión con nuestros propios corazones acerca de nuestro estado espiritual. El pecado es por lo que debemos responder; el deber es lo que debemos hacer. Pero muchos de los rápidos para mirar los caminos ajenos, son negligentes con el propio. Si se ha descuidado un deber no hay razón para seguir descuidándolo. Cualquiera sea la cosa en que Dios se complazca cuando está hecha, nosotros debemos complacernos en hacerla. Que los que postergaron su regreso a Dios, retornen con todo su corazón mientras haya tiempo.

Vv. 12—15. El pueblo regresó a Dios por el camino del deber. Al asistir a los ministros de Dios debemos respetar a Aquel que los envió. La palabra del Señor tiene éxito cuando, por su gracia, Él despierta nuestros espíritus para cumplirla. Es en el día del poder divino que somos hechos

voluntarios. Cuando Dios tiene obra que hacer, encontrará a los hombres o los hará aptos para ella. Cada uno ayudó como era su habilidad; y esto hicieron con respeto al Señor su Dios.— Los que han perdido tiempo, tienen que redimirlo; y mientras más tiempo hemos saqueado con necedad, más apresurados debemos estar. Dios los encontró en el camino de la misericordia. Los que trabajan para Él, lo tienen a Él consigo; y si Él está por nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros? Esto debiera alentarnos a ser diligentes.

CAPÍTULO II

Versículos 1—9. *Mayor gloria se promete al segundo templo que al primero.* 10—19. *Sus pecados obstaculizaron la obra.* 20—23. *El reino de Cristo predicho.*

Vv. 1—9. Los que ponen su corazón al servicio del Señor recibirán aliento para proceder. Pero entonces no pudieron edificar un templo como el que edificó Salomón. Aunque nuestro gracioso Dios se complace si hacemos lo mejor que podemos a su servicio, nuestros corazones orgullosos, no obstante, no nos dejarán complacernos a menos que hagamos tan bien como otros, cuyas habilidades superan con mucho a las nuestras.— Se da aliento a los judíos para que, sin embargo, sigan en la obra. Tienen a Dios consigo, su Espíritu y su presencia especial. Aunque castiga transgresiones, su fidelidad no falla. El Espíritu aún permanecía entre ellos. Tendrán al Mesías entre ellos dentro de poco tiempo más: "El que vendrá". —Las convulsiones y los cambios tendrán lugar en la iglesia judía y el estado judío, pero primero debe haber grandes revoluciones y conmociones entre las naciones. —Él vendrá como el Deseado de todas las naciones; deseable para todas las naciones, porque en Él será bendecida toda la tierra con la mejor de las bendiciones; largamente esperado y deseado por todos los creyentes. La casa que estaban construyendo deberá llenarse de una gloria mucho mayor que la del templo de Salomón. Esta casa será llena con gloria de otra naturaleza. Si tenemos plata y oro, debemos servir y honrar a Dios con eso, pues le pertenece. Si no tenemos plata ni oro debemos honrarlo con lo que tengamos, y Él nos aceptará. —Que se consuelen ellos con que la gloria de esta casa será mucho mayor que la de la anterior, en lo que será más que todas las glorias de la primera casa, la presencia del Mesías, el Hijo de Dios, el Señor de gloria, personalmente, y en naturaleza humana. Nada sino la presencia del Hijo de Dios, en forma y naturaleza humana, podría cumplir esto. Jesús es el Cristo, Él es el que debe venir y no tenemos que esperar a nadie más. Esta sola profecía basta para acallar a los judíos y condenar su obstinado rechazo de Aquel de quien hablaron todos los profetas. Si Dios está con nosotros, la paz está con nosotros. Pero los judíos del último templo tuvieron muchos problemas; pero esta promesa se cumple en esa paz espiritual que Jesucristo ha adquirido por su sangre para todos los creyentes. Todos los cambios harán camino para que Cristo sea deseado y valorado por todas las naciones. Y los judíos tendrán abiertos sus ojos para contemplar cuán precioso es Él, al cual hasta ahora habían rechazado.

Vv. 10—19. Muchos echaron a perder esta buena obra yendo a ella con corazones y manos impías, y probablemente no sacaron ventaja de ello. El resumen de estas dos reglas de la ley es que se aprende más fácilmente de los demás el pecado que la santidad. La impureza de sus corazones y vidas hará inmunda a la obra de sus manos y todas sus ofrendas ante Dios. El caso es el mismo nuestro. Cuando estamos empleados en alguna buena obra debemos vigilarnos, no sea que la hagamos inmunda con nuestras corrupciones. —Cuando empezamos a tomar conciencia del deber para con Dios, podemos esperar su bendición y el que es sabio, que entienda la paciencia del Señor. Dios maldecirá las bendiciones del impío y amargará la prosperidad del negligente; pero endulzará la copa de aflicción para quienes le sirven diligentemente.

Vv. 20—23. El Señor preservará a Zorobabel y al pueblo de Judá en medio de sus enemigos. Aquí también se anuncia el establecimiento y la continuidad del reino de Cristo; por la unión con que su pueblo es sellado con el Espíritu Santo, sellado con su imagen y, así, es distinguido de todos los demás. —Aquí también se predicen los cambios, aun en ese tiempo, cuando el reino de Cristo desplace y ocupe el lugar de todos los imperios que se opusieron a su causa. La promesa se refiere especialmente a Cristo, que descendió de Zorobabel en línea directa, y que es el solo edificador del templo del evangelio. Nuestro Señor Jesús es el Sello en la diestra de Dios, porque toda potestad le es dada a Él, y derivada de Él. Por Él y en Él todas las promesas de Dios son sí y amén. Cualesquiera sean los cambios que acontezcan en la tierra, todos promoverán el consuelo, el honor y la felicidad de sus siervos.

ZACARÍAS

Esta profecía es adecuada para todos, porque su objetivo es reprender por el pecado, anunciar los juicios de Dios contra el impenitente, y exhortar a los que temen a Dios con las seguridades de la misericordia que Dios tiene reservadas para su Iglesia, y especialmente de la venida del Mesías, y el establecimiento de su reino en el mundo.

CAPÍTULO I

Versículos 1—6. *Exhortación al arrepentimiento.* 7—17. *Visión del ministerio de los ángeles.* 18—21. *Seguridad de los judíos y la destrucción de sus enemigos.*

Vv. 1—6. La omnipotencia de Dios y su dominio soberano debieran comprometer y animar a los pecadores a arrepentirse y volverse a Él. Muy deseable es tener a Jehová de los ejércitos como amigo nuestro, y muy temible es tenerlo como nuestro enemigo. Revisad lo pasado y observad el mensaje que Dios envió por sus siervos, los profetas, a sus padres. Volveos ahora de sus malos caminos y de sus malas obras. Convenceosque dejar sus pecados es la única forma de impedir la ruina que vendrá. —¿Qué llegaron a ser nuestros padres y los profetas que les predicaron? Todos muertos e idos. Ahí estuvieron, en las ciudades y países donde vivimos, pasando y volviendo a pasar por las mismas calles, habitando en las mismas casas, negociando en las mismas tiendas y mercados, adorando a Dios en los mismos lugares, pero ¿dónde están? Cuando murieron no fue el fin de ellos; están en la eternidad, en el mundo de los espíritus, el mundo inmutable hacia el que marchamos apresuradamente. ¿Dónde están? Los que vivieron y murieron en pecado están en los tormentos. Los que vivieron y murieron en Cristo están en el cielo; y si nosotros vivimos y morimos como ellos, dentro de poco tiempo estaremos con ellos eternamente. Si no les importó sus almas, ¿es razón para que su posteridad deba destruir también las suyas? —Los profetas se fueron. Cristo es el Profeta que vive por siempre, pero todos los demás profetas tienen un punto final puesto a su oficio. ¡Oh, que esta consideración tuviera el debido peso; que los ministros moribundos traten con gente moribunda sobre sus almas que nunca mueren, y sobre una eternidad sobrecogedora, al filo de la cual se

encuentran! Nosotros y nuestros profetas viviremos para siempre en otro mundo: prepararse para ese mundo debiera ser nuestra mayor preocupación en éste. —Los predicadores murieron y los oyentes murieron, pero la palabra de Dios no muere; ni una jota ni una tilde de ella caerán en tierra porque Él es justo.

Vv. 7—17. El profeta vio un bosquecillo oscuro y sombrío oculto por colinas. Esto representaba la baja y triste condición de la iglesia judía. Un hombre, como un guerrero, montado en un caballo alazán, en medio de los mirtos en la hondonada. Aunque la iglesia estaba en baja condición, Cristo estaba presente en medio, listo para manifestarse para alivio de su pueblo. Detrás de Él había ángeles listos para ser utilizados en su servicio; algunos en actos de juicio; otros, de misericordia; otros, en sucesos varios. Si deseamos saber algo de los misterios del reino de los cielos, debemos acudir, no a los ángeles, porque ellos mismos son aprendices, sino a Cristo mismo. Él está preparado para enseñar a los que humildemente desean aprender las cosas de Dios. —Las naciones cercanas a Judea disfrutaban paz en aquella época, pero el estado de los judíos era inestable, lo que dio lugar a la súplica que siguió, pero sólo debe esperarse misericordia por medio de Cristo. La intercesión por su Iglesia prevalece. Jehová le contestó al ángel, el ángel del pacto, con promesas de misericordia y liberación. Todas las palabras buenas y las palabras consoladoras del evangelio las recibimos de Jesucristo, como Él las ha recibido del Padre, en respuesta a la oración de su sangre; y sus ministros tienen que predicarlas a todo el mundo. La tierra se quedó callada y estaba en reposo. No es raro que los enemigos de Cristo estén en reposo en el pecado mientras su pueblo está soportando corrección, acosado por la tentación, inquietos por temores de la ira o gimiendo bajo la opresión y la persecución. Aquí hay anuncios que se refieren al avivamiento de los judíos después del cautiverio, pero esos sucesos fueron sombra de lo que ocurrirá en la Iglesia después de terminada la opresión de la Babilonia del Nuevo Testamento.

Vv. 18—21. Los enemigos de la Iglesia amenazan con cortar el nombre de Israel. Son cuernos, emblemas de poder, fuerza y violencia. El profeta los vio tan formidables que empezó a desesperar de la seguridad de todo hombre bueno, y del éxito de toda buena obra, pero el Señor les mostró cuatro carpinteros facultados para cortar los cuernos. Con el ojo de los sentidos vemos el poder de los enemigos de la Iglesia; en cualquier manera que miremos, el mundo nos muestra eso, pero es sólo con el ojo de la fe que la vemos segura. El Señor nos muestra eso. Cuando Dios tiene obra que hacer, levantará a alguien para que la haga, y a otros para que la defiendan y protejan a los ocupados en hacerla. ¡Qué razón hay para mirar con amor y alabanza al Espíritu santo y eterno, que tiene el mismo cuidado por los intereses presentes y eternos de los creyentes, llevando a la Iglesia a conocer por la santa palabra las cosas maravillosas de la salvación!

CAPÍTULO II

Versículos 1—5. *Prosperidad de Jerusalén.* 6—9. *Los judíos llamados a volver a su tierra.* 10—13. *Promesa de la presencia de Dios.*

Vv. 1—5. El Hijo de David, el mismo hombre Cristo Jesús, a quien el profeta ve con un cordel de medir en su mano, es el Maestro constructor de su Iglesia. Dios se fija en la expansión de su Iglesia y cuidará de que haya espacio cualquiera sea el número de invitados llevados al banquete de boda. Esta visión significa bien para Jerusalén. Los muros de una ciudad, al tiempo que la defienden encierran a sus habitantes, pero Jerusalén será extendida tan libremente como si no tuviera muros en absoluto, pero estará tan segura como si tuviera los muros más fuertes. —En la Iglesia de Dios aún hay lugar para otras multitudes, más de lo que puede contar el hombre. No se rechazará a nadie que

confíe en Cristo; y Él nunca echa del cielo a un verdadero miembro de la Iglesia de la tierra. Dios será muro de fuego alrededor de ellos, por el cual no se puede entrar ni se puede minar ni puede ser asaltado sin riesgo para los que atacan. Esta visión iba a ser plenamente cumplida en la Iglesia del evangelio, que se extiende para recibir a los gentiles en ella; y que tiene al Hijo de Dios como su Príncipe y Protector; en especial en los tiempos gloriosos aún por venir.

Vv. 6—9. Si Dios edifica a Jerusalén para el pueblo y su consuelo, ellos deben habitarla para Él y para su gloria. Las promesas y los privilegios con que es bendecido el pueblo de Dios, debe comprometernos a unirnos a ellos, cualquiera sea el costo para nosotros. Cuando Sion es extendida para dar cabida a todo el Israel de Dios, la gran locura es que alguno de ellos se quede en Babilonia. El cautiverio de un estado pecador no tiene que continuar de ninguna manera, aunque un hombre se sienta cómodo en las cosas del mundo. Escapa por tu vida, no mires atrás. Cristo ha proclamado liberación a los cautivos, la cual ha hecho Él mismo y concierne a cada uno resolver que el pecado no tenga dominio sobre sí. Los que se encuentren entre los hijos de Dios, deben salvarse de este mundo, ver Hechos ii, 40. —Lo que Cristo hará por su Iglesia será prueba evidente del cuidado y afecto de Dios. El que te toca, toca la pupila de su ojo. Esta es una fuerte expresión del amor de Dios por su Iglesia. Él toma lo que se hace contra ella como un ataque contra la parte más sensible del ojo, al que el roce mínimo irrita. Cristo es enviado para ser el protector de su Iglesia.

Vv. 10—13. He aquí una predicción de la venida de Cristo en naturaleza humana. Muchas naciones renunciarán a la idolatría ese día, y Dios reconocerá como su pueblo a los que se le unan con propósito de corazón. Se predicen tiempos gloriosos como profecía de la venida y del reino de nuestro Señor. Dios está por hacer algo inesperado y muy sorprendente, y a alegar la causa de su pueblo que ha parecido abandonado por mucho tiempo. Sometéos silenciosamente a su santa voluntad, y esperad con paciencia el acontecer; seguro de que Dios completará su obra. Viene a juzgar antes que pase mucho tiempo, para completar la salvación de su pueblo y castigar a los habitantes de la tierra por sus pecados.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *La restauración de la Iglesia.* 6—10. *Una promesa concerniente al Mesías.*

Vv. 1—5. El ángel, en una visión, le muestra a Zacarías al sumo sacerdote Josué. La culpa y la corrupción son grandes desalientos cuando estamos ante Dios. Por la culpa de los pecados cometidos por nosotros, estamos expuestos a la justicia de Dios; por el poder del pecado que habita en nosotros, somos aborrecibles para la santidad de Dios. Hasta el Israel de Dios peligra en estas cuentas, pero ellos tienen socorro de Jesucristo, que es hecho por Dios nuestra justicia y santificación. —El sumo sacerdote Josué es acusado como delincuente, pero es justificado. Cuando estamos ante Dios para ministrar o cuando defendemos a Dios, debemos esperar toda la resistencia que pueden dar la sutileza y malicia de Satanás, el cual está controlado por Uno que lo venció y muchas veces lo hizo callar. Los que pertenecen a Cristo lo encontrarán para comparecer por ellos cuando Satanás se manifiesta más fuertemente contra ellos. Un alma convertida es un tizón sacado del fuego por un milagro de la gracia gratuita, por tanto no será dejada como presa de Satanás. —Se muestra a Josué como uno contaminado, pero ha sido purificado; él representa al Israel de Dios, que son todos como cosa inmunda hasta que son lavados y santificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios. Ahora Israel estaba libre de la idolatría, pero había muchas cosas malas en ellos. Había enemigos espirituales haciendo la guerra contra ellos, más peligroso que cualquiera de las naciones vecinas. —Cristo aborreció la inmundicia de las ropas de Josué, pero no lo desechó. Así hace Dios

por su gracia con los que ha escogido para que sean sacerdotes para Él. La culpa del pecado es quitada por la misericordia que perdona, y su poder es roto por la gracia que renueva. Así Cristo lava en su sangre de sus pecados a los que hace reyes y sacerdotes para nuestro Dios. Aquellos a quienes Cristo hace sacerdotes espirituales, los viste con la túnica inmaculada de su justicia, y vestidos de ella comparecen ante Dios, y con las gracias de su Espíritu que son sus adornos. La justicia de los santos, imputada e implantada, es el lino fino, limpio y blanco, con que se atavía la desposada, la esposa del Cordero, Apocalipsis xix, 8. Josué es restaurado a los honores y cometidos anteriores. Le es puesta la corona del sacerdocio. Cuando el Señor determina restaurar y revivir la religión, estimula a los profetas y al pueblo para que oren por ella.

Vv. 6—10. A quienes Dios llama para algún oficio los encuentra aptos o los hace aptos. El Señor eliminará los pecados del creyente por su gracia que santifica y lo capacitará para andar en la vida nueva. —Como las promesas hechas a David suelen ser promesas del Mesías, así las promesas a Josué miran a Cristo, de cuyo sacerdocio Josué era sombra. Cualesquiera sean las pruebas por que pasemos, cualesquiera sean los servicios que desempeñemos, toda nuestra dependencia debe reposar en Cristo, el Renuevo de justicia. Él es el Siervo de Dios, empleado en su obra, obediente a su voluntad, devoto de su honra y gloria. Él es el Renuevo del cual debe recogerse todo nuestro fruto. —El ojo de su Padre estaba sobre Él, especialmente en sus sufrimientos, y cuando fue enterrado en la tumba, como las piedras del fundamento están bajo tierra, fuera de la vista de los hombres. Pero la profecía denota antes bien la atención dada a esta preciosa Piedra del Ángulo. Desde el comienzo todos los creyentes han mirado a ella en los tipos y las predicciones. Todos los creyentes después de la venida de Cristo, mirarán a ella con fe, esperanza y amor. —Cristo comparecerá como el Sumo Sacerdote para todos sus escogidos cuando estén ante el Señor, teniendo los nombres de todo Israel grabado en las piedras preciosas de su pectoral. Cuando Dios dio un remanente a Cristo para ser traído a la gloria por medio de la gracia, entonces grabó esta piedra preciosa. —Por Él será quitada la culpa y su dominio; Él lo hizo en un día, aquel día en que sufrió y murió. ¿Qué podría aterrorizar cuando el pecado sea quitado? Entonces nada podrá dañarnos y nos sentaremos a la sombra de Cristo con delicia, y estaremos amparados por ella. Y la gracia del evangelio, con poder, hace valientes a los hombres para llevar a otros a ella.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *Visión de un candelabro con dos olivos.* 8—10. *Más exhortación.* 11—14. *Explicación de los olivos.*

Vv. 1—7. El espíritu del profeta estaba dispuesto para asistir, pero la carne era débil. Debemos rogar a Dios que cada vez que nos hable, nos despierte, y entonces, animarnos a nosotros mismos. —La Iglesia es un candelabro de oro, o porta lámparas, puesta para iluminar este mundo tenebroso, y sostener la luz de la revelación divina. Se ven dos olivos, uno a cada lado del candelabro, de los cuales fluía sin cesar aceite al depósito. Dios hace que ocurran sus propósitos de gracia acerca de su Iglesia, sin ningún arte ni labor del hombre. A veces, hace uso de instrumentos aunque no los necesita. —Esto representa la abundancia de la gracia divina, para iluminar y hacer santos a los ministros y miembros de la Iglesia, lo cual no puede ser logrado ni impedido por ningún poder humano. —La visión nos asegura que la buena obra de edificar el templo será llevada a un final feliz. La dificultad está representada como un gran monte. Pero todas las dificultades se desvanecerán y todas las objeciones se superarán. La fe moverá montañas, y las hará llanuras. Cristo es nuestro Zorobabel; había montañas de dificultades interpuestas en el camino de su esfuerzo, pero

nada es demasiado difícil para Él. Lo que viene de la gracia de Dios puede, por fe, ser encomendado a la gracia de Dios, porque Él no abandonará la obra de sus manos.

Vv. 8—10. El cumplimiento exacto de las profecías bíblicas es prueba convincente de su origen divino. Aunque los instrumentos sean débiles e improbables, Dios los elige para hacer grandes cosas por medio de ellos. No hay que despreciar la luz del amanecer; brillará más y más hasta que el día sea perfecto. Los que desesperaban de finalizar la obra se regocijarán cuando vean a Zorobabel dar las instrucciones sobre qué hacer, y cuidando que la obra sea hecha. Consuelo para nosotros es que la misma Providencia todopoderosa y omnisciente, que gobierna la tierra, esté particularmente interesada en la Iglesia. Todo aquel que tenga plomada en su mano debe mirar a los ojos del Señor, tener constante consideración de la Providencia divina, actuar dependiendo de su dirección y someterse a sus disposiciones. Fijemos nuestra fe en Cristo y veamos que ejecuta Su obra conforme a su propio plan glorioso, y llevando diariamente casi a consumación su edificio espiritual.

Vv. 11—14. Zacarías desea saber qué son los dos olivos. Zorobabel y Josué, el príncipe y el sacerdote, estaban dotados de los dones y gracias del Espíritu Santo. Vivieron al mismo tiempo y ambos fueron instrumentos en la obra y el servicio de Dios. Los oficios de Cristo como Rey y Sacerdote fueron prefigurados por ellos. De la unión de estos dos oficios en su persona, Dios y hombre, se recibe e imparte la plenitud de la gracia. Ellos edifican el templo, la Iglesia de Dios. Es lo que hace Cristo espiritualmente. Cristo no es sólo el Mesías, el Ungido mismo, sino el Buen Olivo para su Iglesia; y recibimos de su plenitud. De Cristo el Olivo por el Espíritu, la rama del Olivo, fluye todo el aceite dorado de la gracia a los creyentes, el cual mantiene ardiendo sus lámparas. Busquemos, por la intercesión y generosidad del Salvador, provisión de esa plenitud que, hasta ahora, ha bastado a todos sus santos, conforme a sus pruebas y ocupaciones. Atendámosle en sus ordenanzas, deseando ser santificados totalmente en cuerpo, alma y espíritu.

CAPÍTULO V

Versículos 1—4. *Visión de un rollo que vuela.* 5—11. *Visión de una mujer y un efa.*

Vv. 1—4. Las Escrituras del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento son rollos en que Dios ha escrito las cosas grandiosas de su ley y el evangelio; son rollos que vuelan. La palabra de Dios corre muy rápidamente, Salmo cxlvii, 15. Este rollo volador contiene una declaración de la justa ira de Dios contra los pecadores. ¡Oh, qué viésemos con el ojo de la fe el rollo volador de la maldición de Dios, que pende sobre el mundo culpable como una nube espesa, no sólo reteniendo los rayos luminosos del favor de Dios, sino hinchada de truenos, rayos y tormentas, listos para destruirlos! ¡Entonces, cuán bienvenida sería la buena nueva de un Salvador, que vino a redimirnos de la maldición de la ley, siendo Él mismo hecho maldición por nosotros! El pecado es la ruina de las casas y las familias; especialmente el daño al prójimo y el falso testimonio. ¿Quién conoce el poder de la ira de Dios? La maldición de Dios no puede ser mantenida fuera con rejas ni cerrojos. Mientras una parte de la maldición de Dios destruye la sustancia del pecador, otra parte reposa en el alma y la hunde para el castigo eterno. Todos somos transgresores de la ley, así que no podemos escapar de la ira de Dios, salvo que huyamos a refugiarnos aferrándonos de la esperanza puesta delante de nosotros en el evangelio.

Vv. 5—11. El profeta ve un efa en esta visión, algo con la forma de una medida de maíz. Esto señala a la nación judía. Están llenando la medida de su iniquidad; y cuando esté llena, serán entregados en manos de quienes Dios los vendió por sus pecados. —La mujer sentada en medio del

efa representa a la iglesia y nación pecadora de los judíos, en su era postrera y corrupta. La culpa está sobre el pecador como un peso de plomo para hundirlo en el infierno más bajo. Esto parece significar la condenación de los judíos, después que llenaron la medida de sus iniquidades crucificando a Cristo y rechazando su evangelio. Zacarías ve el efa con la mujer así metida ahí, llevada a un país lejano. Esto intima que los judíos serían sacados aprisa de su tierra y obligados a habitar en países lejanos, como habían estado en Babilonia. Ahí será puesto firmemente en el efa, y sus sufrimientos continuarán por mucho más tiempo que en su último cautiverio. La ceguera ha sobrevenido a Israel y ellos están establecidos sobre su propia incredulidad. Que los pecadores teman apilar ira para el día de la ira; porque mientras más multipliquen delitos, más rápidamente se llena la medida.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *Visión de los carros.* 9—15. *Josué, el sumo sacerdote, coronado como tipo de Cristo.*

Vv. 1—8. Esta visión puede representar los caminos de la Providencia en el gobierno de este mundo inferior. Cualesquiera sean las providencias de Dios sobre nosotros, en los asuntos públicos o privados, debemos verlas como viniendo de en medio de las montañas de bronce, los consejos y decretos inmutables de Dios; y, por tanto, reconocer como gran necedad nuestra lucha contra ellas, porque nuestro deber es someternos a ellas. Sus providencias se mueven rápida y poderosamente como carros, pero todas están dirigidas y gobernadas por su sabiduría infinita y voluntad soberana. Los caballos alazanes significan guerra y derramamiento de sangre. Los negros significan las desalentadoras consecuencias de la guerra, hambres, pestes y desolaciones. Los blancos significan el retorno del consuelo, la paz y la prosperidad. Los overos significan hechos de diferentes pareceres, un día de prosperidad y un día de adversidad. —Los ángeles van como mensajeros de los consejos de Dios, y ministros de su justicia y misericordia. Y los motivos e impulsos secretos de los espíritus de los hombres, por los cuales son ejecutados los designios de la providencia, son estos cuatro espíritus de los cielos, que salen de Dios y cumplen lo que designe el Dios de los espíritus de toda carne. Todos los hechos que ocurren en el mundo surgen de los consejos inmutables del Señor formados en sabiduría inerrable, justicia, verdad y bondad perfectas; en la historia se halla que los hechos, que parecen aludidos aquí, sucedieron en el período en que esta visión fue enviada al profeta.

Vv. 9—15. Algunos judíos de Babilonia trajeron una ofrenda a la casa de Dios. Los que no pueden aportar al avance de una buena obra con sus personas, deben, según puedan, hacerla avanzar con su bolsa: si algunos ponen las manos, que otros las llenen. —Hay coronas por hacer y para poner sobre la cabeza de Josué. Se usa la señal, hacer más notoria la promesa de que Dios levantará, cuando se cumpla el tiempo, a un gran Sumo Sacerdote como Josué, que no es sino la figura de Uno que está por venir. Cristo es no sólo el Fundamento, sino el Fundador de este templo, por su Espíritu y su gracia. La gloria es una carga, pero no demasiado pesada para que la lleve Aquel que sostiene todas las cosas. La cruz fue su gloria y la soportó; así es la corona, un excelente peso de gloria, y Él la lleva. —El consejo de paz debe ser entre el sacerdote y el trono, entre el oficio sacerdotal y el oficio real de Jesucristo. La paz y el bienestar de la iglesia del evangelio, y de todos los creyentes, serán realizados, aunque no por dos personas separadas, sino por dos oficios distintos en una persona; Cristo adquiere toda la paz por su sacerdocio, y la mantiene y defiende por su reinado. Las coronas usadas en esta solemnidad deben guardarse en el templo, como prueba de la promesa del Mesías. No pensemos en separar lo que Dios ha unido en su consejo de paz. No podemos ir a Dios

por Cristo como nuestro Sacerdote si negamos que Él reine sobre nosotros como nuestro Rey. No tenemos base real para pensar que está hecha nuestra paz con Dios si no tratamos de obedecer sus mandamientos.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—7. *La pregunta de los cautivos acerca del ayuno* 8—14. *El pecado, causa de su cautiverio.*

Vv. 1—7. Si deseamos conocer verdaderamente la voluntad de Dios en asuntos dudosos, no sólo debemos consultar su palabra y a sus ministros, sino buscar su dirección orando con fervor. Los que se interesen por saber qué piensa Dios deben consultar a los ministros de Dios; y, en caso de duda, pedir consejo a quienes tienen como actividad especial escudriñar las Escrituras. —Parecía que los judíos se preguntaban si debían o no continuar sus ayunos, viendo que, probablemente, la ciudad y el templo se iban a terminar. La primera respuesta a su pregunta es una fuerte reprensión a la hipocresía. Estos ayunos no eran aceptables para Dios a menos que se observaran en mejor forma y con mejor propósito. Tenían la forma del deber, pero nada de vida, ni alma ni poder. Los ejercicios santos tenemos que hacerlos para Dios, observando como regla su palabra y como finalidad su gloria, procurando complacerle y obtener su favor; pero el yo era el centro de todas sus acciones. No bastaba con llorar los días de ayuno; debían escudriñar las Escrituras de los profetas para ver cuál era la base de la contienda de Dios con sus padres. Sea que el pueblo esté en prosperidad o en adversidad, deben ser llamados a abandonar sus pecados y a cumplir su deber.

Vv. 8—14. Los juicios de Dios para el Israel antiguo por sus pecados, fueron escritos como advertencia para los cristianos. Los deberes requeridos son, no observar los ayunos ni ofrecer sacrificios, sino hacer misericordia con justicia y amor, lo cual tiende al bienestar y a la paz pública. La ley de Dios refrena el corazón, pero ellos llenaron sus mentes con prejuicios contra la palabra de Dios. Nada es más duro que el corazón de un pecador presuntuoso. Véase las consecuencias fatales de esto para sus padres. Los grandes pecados contra Jehová de los ejércitos traen gran ira de su poder, que no puede ser resistida. Si se alberga pecado en el corazón, ciertamente echará a perder el éxito de la oración. El Señor siempre oye el clamor del penitente que tiene quebrantado el corazón, pero todos los que mueren impenitentes e incrédulos, no encontrarán remedio para las desgracias que despreciaron y desafiaron mientras estuvieron aquí, ni refugio contra ellas; pero, entonces no podrán soportar.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—8. *Restauración de Jerusalén.* 9—17. *El pueblo alentado por las promesas del favor de Dios, y exhortado a la santidad.* 18—23. *Los judíos en los postreros tiempos.*

Vv. 1—8. Los pecados de Sion eran sus peores enemigos. Dios quitará sus pecados y, entonces, no habrá otros enemigos que la hieran. Los que profesan la religión deben adornar su profesión con bondad y honestidad. Cuando llegue a ser la Ciudad de la Verdad y Monte de Santidad, Jerusalén será pacífica y próspera. Los versículos 4 y 5 describen bellamente el estado de gran paz exterior, acompañado de abundancia, templanza y contento. —Los israelitas diseminados serán reunidos de

todas partes. Dios nunca los dejará ni los desamparará en el camino de misericordia, porque esto les ha prometido; y ellos nunca lo dejarán ni abandonarán en la senda del deber, como le han prometido. Estas promesas se cumplieron parcialmente en la Iglesia judía, entre el cautiverio y el tiempo de la venida de Cristo; pero tienen un cumplimiento más pleno en la Iglesia del evangelio; pero el cumplimiento pleno debe ser en los tiempos futuros de la Iglesia cristiana o la futura restauración de los judíos. Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todas las cosas son posibles; hasta ahora los pensamientos y los caminos de Dios están por encima de los nuestros. En el actual estado inferior de la piedad vital, apenas podemos concebir que pueda hacerse un cambio tan completo; pero un cambio, tan amplio y glorioso, puede ser ocasionado por la omnipotencia del Espíritu que crea de nuevo en menos tiempo de lo que le plugo emplear para crear el mundo. Que sean fuertes las manos de todos los que laboran en la causa del evangelio, sirviendo al Señor con verdadera santidad, seguros de que su trabajo no será en vano.

Vv. 9—17. Sólo los que ponen mano en el arado del deber las tendrán fortalecidas con las promesas de misericordia: para los que evitan las faltas de sus padres la maldición se convierte en bendición. Los que creen las promesas iban a mostrar su fe por sus obras, y a esperar el cumplimiento. —Cuando Dios está descontento puede hacer que decaiga el comercio, y poner a cada hombre contra su vecino. Pero cuando Él regresa con misericordia, todo es feliz y próspero. Ciertamente los creyentes en Cristo no deben jugar con la exhortación a dejar la mentira y a que todo hombre hable paz con su prójimo, a odiar lo que el Señor odia, y a amar aquello en que Él se deleita.

Vv. 18—23. Cuando Dios viene a nosotros por sendas de misericordia, debemos salirle al encuentro con gozo y acción de gracias. Por tanto, sed fieles y honestos en todos vuestros tratos; y dejad que sea para vosotros un placer ser así; aunque por ello no alcancéis las ganancias que obtienen los demás en forma deshonesta, y en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. Las verdades de Dios gobiernen vuestra cabeza y que la paz de Dios gobierne vuestro corazón. Así los antiguos siervos de Dios atrajeron la atención de sus vecinos paganos, cuyos prejuicios fueron suavizados. —Habrá un gran crecimiento de la Iglesia. Hasta ahora los judíos habían tendido a aprender la idolatría de las demás naciones: ¡nada más improbable que ellos enseñaran religión a sus conquistadores, y a todas la principales naciones de la tierra! Pero se anuncia expresamente, y sucedió. Hasta ahora la profecía se ha cumplido maravillosamente y, sin duda, en los futuros acontecimientos tendrá nuevos cumplimientos. Bueno es estar con los que tienen a Dios consigo; si tomamos a Dios como nuestro Dios debemos tomar a su pueblo como nuestro pueblo, y estar dispuestos a echar nuestra suerte con ellos. —Pero que nadie piense que el puro celo, sea por judíos o gentiles, tomará el lugar de la religión personal. Seamos cartas vivas de Cristo, conocidas y leídas por todos los hombres, para que los demás puedan desear ir con nosotros y tener su porción con nosotros en las esferas de la bendición.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—8. *La defensa que Dios hace de su Iglesia.* 9—11. *Venida de Cristo y su reino.* 12—17. *Promesas a la Iglesia.*

Vv. 1—8. Estos son juicios anunciados contra varias naciones. Mientras los macedonios y los sucesores de Alejandro hacían la guerra en estos países, el Señor prometió proteger a su pueblo. La casa de Dios está en medio de un país enemigo; su Iglesia es un lirio entre espinos. El poder y la bondad de Dios se ven en su preservación especial. El Señor acampa alrededor de su Iglesia, y

mientras los ejércitos de los enemigos soberbios pasan y regresan, sus ojos la vigilan para que no venzan y, dentro de poco tiempo, llegará el momento en que ningún opresor volverá a pasar por ella.

Vv. 9—11. El profeta prorrumpe en una jubilosa representación de la llegada del Mesías del cual explicaban esta profecía los judíos antiguos. Tomó el carácter de su Rey cuando entró a Jerusalén en medio de los vítores de la multitud. Pero su reino es un reino espiritual. No será prosperado por fuerza externa ni armas carnales. Su evangelio será predicado al mundo, y recibido entre los paganos. —Un estado pecaminoso es un estado de esclavitud; es un foso, es una mazmorra, en que no hay agua ni bienestar; y por naturaleza todos estamos presos en este foso. Por medio de la preciosa sangre de Cristo, muchos prisioneros de Satanás han sido puestos en libertad de este pozo, en el que, de otro modo, hubieran perecido sin esperanza ni consuelo. Mientras lo admiramos a Él, procuremos que su santidad y verdad puedan ser demostradas en nuestros propios espíritus y conductas. Estas promesas tienen cumplimiento en las bendiciones espirituales del evangelio, el cual disfrutamos por Cristo Jesús. Como la liberación de los judíos fue un tipo de la redención de Cristo, así esta invitación habla a todos el lenguaje del llamamiento del evangelio. Los pecadores son prisioneros, pero prisioneros con esperanza; su caso es triste, pero no desesperado, porque hay esperanza en Israel acerca de ellos. Cristo es fortaleza, una torre fuerte, en quien los creyentes están a salvo del miedo a la ira de Dios, la maldición de la ley y los asaltos de los enemigos espirituales. A Él debemos volvernos con fe viva; a Él debemos huir y confiar en su nombre en todas las pruebas y sufrimientos. Aquí se promete que el Señor librará a su pueblo. —Este pasaje también se refiere a los apóstoles y a los predicadores del evangelio en los primeros tiempos. Evidentemente Dios estaba con ellos; sus palabras, desde sus labios, perforaban los corazones y la conciencia de los oyentes. Fueron prodigiosamente defendidos en la persecución y fueron llenos con las influencias del Espíritu Santo. Fueron salvados por el Buen Pastor como rebaño suyo y honrados como joyas de su corona. Los dones, las gracias y los consuelos del Espíritu se derramaron el día de Pentecostés, Hechos ii, y son representados en épocas sucesivas. —Agudos han sido y aún lo serán los conflictos de los hijos de Sion, pero su Dios les dará triunfos. Mientras más ocupados y satisfechos estemos con su bondad, más admiraremos la belleza revelada en el Redentor. Sean cuales sean los dones que Dios nos otorgue, con ellos debemos servirle jubilosamente; y, cuando recibamos el refrigerio de sus bendiciones, debemos decir, ¡cuán grande es su bondad!

CAPÍTULO X

Versículos 1—5. *Bendiciones por pedir al Señor.* 6—12. *Dios restaurará a su pueblo.*

Vv. 1—5. Se han prometido bendiciones espirituales bajo las alusiones figuradas de la abundancia terrenal. La lluvia oportuna es una gran misericordia que podemos pedir a Dios cuando sea más necesaria, y podemos esperar que venga. En nuestras oraciones debemos pedir misericordias en su tiempo apropiado. El Señor hará nubes brillantes y dará chubascos de lluvia. Esto puede ser una exhortación a pedir las influencias del Espíritu Santo, con fe y por oración, a través de lo cual se obtiene y se disfruta de las bendiciones anunciadas en las promesas. —El profeta demuestra la necedad de recurrir a los ídolos, como habían hecho sus padres. El Señor visitó con misericordia al remante de Su rebaño y se ocupó de renovar su coraje y fuerza para el conflicto y la victoria. —Toda criatura es para nosotros lo que el Señor hace que sea. Todo el que es levantado para sostener la nación, como piedra del ángulo al edificio, o para unir a los que difieren, como los clavos unen los distintos maderos, debe proceder del Señor; y los encargados de vencer a sus enemigos, deben sacar de Él su poder y éxito. Esto puede aplicarse a Cristo; a Él debemos mirar para levantar personas que unan, sostengan y defiendan a su pueblo. Él nunca dirá: Me buscáis en vano.

Vv. 6—12. He aquí promesas preciosas para el pueblo de Dios, que mira el estado de los judíos y hasta los tiempos postreros de la Iglesia. —La prédica del evangelio es el llamado de Dios para que las almas vayan a Jesucristo. Dios reunirá por su gracia a los que Cristo redimió por su sangre. —Las dificultades se superarán fácil y eficazmente, como las del camino de la liberación de Egipto. —El mismo Dios será su fuerza y su canción. Cuando resistamos y, de ese modo venzamos a nuestros enemigos espirituales, entonces se regocijarán nuestros corazones. Si Dios nos fortalece, debemos ponernos activos en todos los deberes de la vida cristiana, debemos ser activos en la obra de Dios; y debemos hacer todo en el nombre del Señor Jesús.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—3. *Destrucción inminente de los judíos.* 4—14. *Trato del Señor para los judíos.* 15—17. *El emblema y la maldición del pastor inútil.*

Vv. 1—3. Se anuncia figuradamente la destrucción de Jerusalén y la de la Iglesia y de la nación judía, profetizada clara y expresamente por nuestro Señor Jesucristo cuando se cumplió el tiempo. ¿Cómo pueden quedar los cipreses si se caen los cedros? Las caídas en pecado del bueno y sabio, y las caídas en problemas del rico y grande, son una fuerte advertencia para todos los que son sus inferiores en todas formas. —Triste para un pueblo es que quienes debieran ser como pastores para ellos, sean como leoncillos. El orgullo del Jordán eran los arbustos de sus riberas, y cuando el río anegaba sus orillas, los leones salían de ahí rugiendo. Así, la condena de Jerusalén puede alarmar a las otras iglesias.

Vv. 4—14. Cristo vino a este mundo para juzgar a la iglesia y a la nación judía que estaban infelizmente corrompidas y degeneradas. Aquellos tienen sus mentes lamentablemente cegadas, hacen el mal y se justifican en eso; pero Dios no considerará inocentes a los que así se consideran a sí mismo. ¿Cómo podemos acudir a Dios a pedirle bendición para métodos ilícitos de enriquecerse, o ir a darle las gracias por tener éxito con ellos? —Había un deterioro general de la religión entre ellos, pero ellos no lo pensaban así. —El Buen Pastor alimentará a su rebaño, pero su atención se dirigirá principalmente al pobre. Como emblema parece que el profeta tomó dos cayados: Gracia, que significaba los privilegios de la nación judía en su pacto nacional; el otro, Ataduras, que se refería a la armonía que antes los unió como rebaño de Dios, pero ellos optaron por seguir a falsos maestros. La mente carnal y la amistad del mundo son enemistad para con Dios y Él odia a todos los hacedores de iniquidad; fácil es prever en qué terminará esto. —El profeta pidió paga o recompensa y recibió treinta piezas de plata. Por orden divina lo arrojó al alfarero desdeñando la pequeñez de la suma. Esto prefiguraba el trato de Judas para traicionar a Cristo y el método final de aplicarlo. Nada destruye tan seguramente a un pueblo como debilitar la hermandad entre ellos. Esto sigue a la disolución del pacto entre Dios y ellos; cuando abunda el pecado, se enfría el amor y siguen las confrontaciones civiles. —No es de maravillarse si los que caen entre ellos han provocado a Dios para que caiga sobre ellos. El desprecio voluntario de Cristo es la gran causa de la destrucción de los hombres. Si los profesantes hubieran valorado a Cristo con justicia no hubieran contendido sobre asuntos de poca monta.

Vv. 15—17. Habiendo mostrado la desgracia de este pueblo abandonado justamente por el Buen Pastor, Dios muestra su desgracia final por el abuso de los pastores inútiles. Esta descripción corresponde a la caracterización que hace Cristo de los escribas y fariseos. Ellos nunca hacen nada que sostenga al débil o consuele al débil, sino que buscan su propia comodidad siendo bárbaros con el rebaño. El pastor ídolo tiene el garbo y el aspecto de un pastor; recibe sumisión y es mantenido

con mucho gasto, pero deja que el rebaño perezca por negligencia, o los guía a la ruina con su ejemplo. Esto se aplica a muchos de diferentes iglesias y naciones, pero la advertencia se cumplió en forma terrible en los maestros judíos. Aunque los tales engañan a otros para su destrucción, ellos mismos tendrán la condenación más tremenda.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—8. *Castigo de los enemigos de Judá.* 9—14. *Arrepentimiento y pena de los judíos.*

Vv. 1—8. He aquí una predicción divina que será una carga pesada para todos los enemigos de la Iglesia, pero es para Israel: para su consuelo y beneficio. —Se predice que Dios hará locos los consejos y debilitará el valor de los enemigos de la Iglesia. El significado exacto no está claro, pero Dios suele empezar por llamar al pobre y despreciado; en aquel día hasta el más débil se parecerá a David, y será eminente en valor y en toda cosa buena. Sin duda, es deseable que los ejemplos y las labores de los cristianos los hagan arder como incendio en el bosque, como antorcha en la paja, para encender la llama del amor divino, para difundir la religión a diestra y siniestra.

Vv. 9—14. El día del cual se habla aquí es el día de la defensa y liberación de Jerusalén, ese día glorioso en que Dios se manifestará para la salvación de su pueblo. En la primera venida de Cristo, Él aplastó la cabeza de la serpiente, y rompió todos los poderes de las tinieblas que peleaban contra el reino de Dios entre los hombres. En su segunda venida completará su destrucción cuando derribe a todo rey, principados y potestades enemigos; la misma muerte será sorbida en victoria. —El Espíritu Santo es bondadoso y misericordioso, Autor de toda gracia y santidad. También es el Espíritu de súplicas y muestra a los hombres su ignorancia, carencia, culpa, desgracia y peligro. En la época aquí anunciada a los judíos sabrán quién era el Jesús crucificado; entonces, por fe lo mirarán a Él y se lamentarán con la pena más profunda, no sólo en público, sino en privado y hasta cada uno por separado. Hay un lamento santo, efecto del derramamiento del Espíritu; un lamento es un fruto del Espíritu de gracia, una prueba de la obra de la gracia en el alma, y del Espíritu de súplicas. Se cumple en todos los que se entristecen santamente por el pecado; ellos miran a Cristo crucificado y lamentan por Él. Mirar por fe a la cruz de Cristo nos hará lamentar el pecado de manera santa.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—6. *El manantial para la remisión de pecados.—La convicción de los falsos profetas.* 7—9. *La muerte de Cristo y la salvación de un remanente del pueblo.*

Vv. 1—6. En la época mencionada al final del capítulo anterior, se abriría un manantial para los reyes y el pueblo de los judíos en la cual lavarían sus pecados. Era la sangre expiatoria de Cristo unida con su gracia que santifica. Hasta ahora ha estado cerrada para la incrédula nación de Israel, pero, cuando el Espíritu de gracia humille y ablande sus corazones, la abrirá también para ellos. Esta fuente abierta es el costado atravesado de Cristo. Todos somos como cosa inmunda. He aquí un manantial abierto para nosotros donde lavarnos, y arroyos que fluyen a nosotros desde ese manantial. La sangre de Cristo, y la misericordia perdonadora de Dios, dadas a conocer en el nuevo pacto, son un manantial que siempre fluye, que nunca puede agostarse. Está abierta para todos los creyentes

que, como simiente espiritual de Cristo, son de la casa de David, y como miembros vivos de la Iglesia, son habitantes de Jerusalén. Por el poder de su gracia Cristo quita el dominio del pecado, hasta el de los pecados más queridos. Los que se lavan en la fuente abierta, como son justificados, así son santificados. —Las almas son apartadas del mundo y de la carne, los dos grandes ídolos, para que pueda aferrarse sólo de Dios. La reforma cabal que tendrá lugar en la conversión de Israel a Cristo está aquí predicha. Los falsos profetas serán convictos de su pecado y necedad, y retornarán a sus empleos apropiados. Cuando estamos convictos de que nos hemos salido del camino del deber, debemos demostrar la verdad de nuestro arrepentimiento volviendo a aquel. Bueno es reconocer que son amigos los que, por disciplina severa, son instrumentos para llevarnos a ver el error; pues fieles son las heridas de un amigo, Proverbios xxvii, 6. Y siempre es bueno para nosotros volverse acordar de las heridas de nuestro Salvador. Usualmente Él ha sido herido por aquellos que profesan ser sus amigos, no, aún por sus mismos discípulos, cuando ellos actuan contrario a su palabra.

Vv. 7—9. Aquí hay una profecía de los sufrimientos de Cristo. Dios Padre ordenó a la espada de su justicia que se despertara contra su Hijo, cuando hizo libremente de su alma una ofrenda por el pecado. Como Dios, Él es llamado "Compañero mío". Cristo y el Padre son uno. Él es el pastor que iba a poner su vida por las ovejas. Si es sacrificio, Él debe ser muerto, porque sin derramamiento de sangre no se hacía remisión. Esta espada debe despertarse contra Él, pero Él no tenía pecado propio por el cual responder. Puede referirse a la totalidad de los sufrimientos de Cristo, especialmente a sus agonías en el huerto y en la cruz, cuando soportó angustia indecible hasta que la justicia divina se satisfizo por completo. Hiere al Pastor y serán dispersadas las ovejas. Este pasaje fue cumplido, dice nuestro Señor Jesús, cuando todos sus discípulos lo abandonaron y huyeron en la noche que fue traicionado. Tiene y tendrá su cumplimiento en la destrucción de la parte corrupta e hipócrita de la Iglesia profesante. Debido al pecado de los judíos que rechazaron y crucificaron a Cristo, y se opusieron a su evangelio, los romanos destruirían a la mayor parte, pero un remante sería salvo. Si somos su pueblo, seremos refinados como el oro; Él será nuestro Dios y al final de todas nuestras pruebas y sufrimientos, habrá alabanza, honra, y gloria en la aparición de nuestro Señor Jesucristo.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—7. *Sufrimientos de Jerusalén.* 8—15. *Perspectivas alentadoras, y la destrucciónde sus enemigos.* 16—21. *La santidad de los postreros tiempos.*

Vv. 1—7. El Señor Jesús estuvo a menudo en el Monte de los Olivos cuando estuvo en la tierra. Ascendió desde allí al cielo y, luego, vinieron desolaciones y angustias a la nación judía. Tal es el punto de vista figurado que se toma de esto, pero muchos lo consideran como noticia de sucesos aún sin cumplir, y que se refieren a trastornos de los cuales no podemos ahora formarnos una idea cabal. Todo creyente, estando emparentado a Dios como su Dios, puede triunfar en la expectativa de la venida de Cristo con poder, y hablar de ella con placer. Durante una larga temporada el estado de la Iglesia será deformado por el pecado; habrá una mezcla de verdad y error, de dicha y desgracia. Tal es la experiencia del pueblo de Dios, un estado mixto de gracia y corrupción, pero, cuando la temporada esté en lo peor, y sea menos promisoria, el Señor convertirá en luz las tinieblas; la liberación viene cuando el pueblo de Dios haya terminado de buscarla.

Vv. 8—15. Algunos consideran que el avance del evangelio, empezando desde Jerusalén, se representa por las aguas vivas que fluyen de esa ciudad. Tampoco fallarán nunca el evangelio y los medios de gracia, ni las gracias del Espíritu obradas en los corazones de los creyentes por esos medios, debido al ardor de la persecución o a las tormentas de la tentación, o a los estallidos de

cualquier otra aflicción. Se anuncian aquí tremendos juicios que recaerán sobre los que se opongan al establecimiento de los judíos en su tierra. Cuando distan de ser entendidas literalmente las cosas que los hechos solos pueden determinar. —La ira y la maldad enfurecidas que incitan a los hombres unos contra otros, son pálidas sombras de la enemistad que reina entre los que han perecido en sus pecados. Hasta las criaturas inferiores sufren a menudo por el pecado del hombre, y en sus plagas. Así, Dios mostrará su desagrado por el pecado.

Vv. 16—21. Como es imposible que todas las naciones vayan literalmente a Jerusalén una vez al año para celebrar una fiesta, es evidente que aquí hay un significado figurado. —La adoración evangélica se representa por guardar la fiesta de los tabernáculos. Cada día de la vida de un cristiano es un día de fiesta de los tabernáculos; cada día del Señor es, en especial, el día grande de la fiesta; por tanto, cada día adoremos a Jehová de los ejércitos, y guardemos cada día del Señor con peculiar solemnidad. —Justo es que Dios retenga las bendiciones de la gracia de quienes no asisten a los medios de gracia. Es un pecado que es su propio castigo; los que abandonan el deber, abandonan el privilegio de comunión con Dios. —Llegará un tiempo de completa paz y pureza de la Iglesia. Los hombres ejecutarán sus asuntos corrientes y sus servicios sagrados con los mismos principios santos de fe, amor y obediencia. La santidad real será más difundida, porque habrá un derramamiento más pleno que nunca antes del Espíritu de santidad. Habrá santidad hasta en las cosas corrientes. —Toda acción y todo goce del creyente será así regulada según la voluntad de Dios, para que sea dirigida a su gloria. Nuestra vida entera será como un sacrificio o acto de devoción constante; ningún motivo egoísta dominará ninguna de nuestras acciones. ¡Pero, cuán lejos está la Iglesia cristiana de este estado de pureza! Sin embargo, se aproximan otros tiempos y el Señor reformará y agrandará su Iglesia, como ha prometido. Pero sólo en el cielo hay perfecta santidad y felicidad.

MALAQUÍAS

Malaquías fue el último de los profetas y se supone que profetizó en el 420 a. C. Reprende a los sacerdotes y al pueblo por las malas costumbres en que habían caído, y les invita al arrepentimiento y a la reforma, con promesas de bendiciones que serán impartidas cuando venga el Mesías. Ahora que la profecía iba a cesar, habla claramente del Mesías, como que está muy cerca, y manda al pueblo de Dios que siga recordando la ley de Moisés mientras esperan el evangelio de Cristo.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *Ingratitud de Israel.* 6—14. *Son negligentes con las instituciones de Dios.*

Vv. 1—5. Todas las ventajas, sean circunstancias externas, o privilegios espirituales, vienen del gratuito amor de Dios, que hace que una difiera de la otra. Todos los males que sienten y temen los pecadores, son la justa recompensa de sus delitos, mientras todas sus esperanzas y consuelos vienen de la misericordia inmerecida del Señor. Él escogió a su pueblo para que fuera santo. Si le amamos,

es porque Él nos amó primero; pero todos tendemos a subvalorar las misericordias de Dios y a disculpar nuestras ofensas.

Vv. 6—14. Podemos cargarnos con lo que aquí se carga a los sacerdotes. Nuestro parentesco con Dios, como Padre y Señor nuestro, nos obliga poderosamente a temerle y honrarle. Pero ellos se mofaban tanto que desdeñaban el reproche. Los pecadores se destruyen tratando de ahogar su convicción de pecado. —Los que viven en negligente descuido de las santas ordenanzas, los que asisten a ellas sin reverencia, y se van de ellas sin preocupación, dicen en efecto: La mesa de Jehová es despreciable. Ellos despreciaron el nombre de Dios en lo que hicieron. Evidente es que éstos no entendieron el significado de los sacrificios, como sombras del inmaculado Cordero de Dios; ellos reclaman por el gasto, pensando que todo era desperdicio si no les daba ganancia. Si adoramos a Dios con ignorancia y sin entendimiento, ofrecemos animal ciego como sacrificio; si lo hacemos despreocupadamente, si somos fríos, torpes y muertos en esto, llevamos la enferma; si nos apoyamos en el ejercicio corporal y no lo hacemos obra de corazón, llevamos el cojo; y si toleramos que se alojen en nosotros vanos pensamientos y distracciones, llevamos al despedazado. ¿Y esto no es malo? ¿No es una gran afrenta a Dios y un gran mal y lesión para nuestra propia alma? Para la aceptación de nuestras acciones por parte de Dios, no basta hacer lo bueno sólo por hacerlo, sino que debemos hacerlo por un principio bueno, en la manera buena y para un fin bueno. Nuestras constantes misericordias de parte de Dios, empeoran la pereza y tacañería de nuestra respuesta de deber a Dios. Será establecida la adoración espiritual. Se ofrecerá incienso al nombre de Dios, lo que significa oración y alabanza. Y ser una ofrenda pura. —Cuando llegó la hora en que los verdaderos adoradores adorarían al Padre en espíritu y en verdad, entonces se ofrendó el incienso, la ofrenda pura. —Podemos reposar en la misericordia de Dios por el perdón para lo pasado, pero no como indulgencia para el pecado en el futuro. Si hay una mente dispuesta, será aceptada, aunque esté defectuosa pero si hay un engañador dedicando lo mejor suyo a Satanás y a sus lujurias, está bajo maldición. Ahora los hombres profanan el nombre del Señor, aunque en manera diferente, contaminan su mesa, y muestran desprecio por su adoración.

CAPÍTULO II

Versículos 1—9. *Los sacerdotes reprendidos por rechazar el pacto.* 10—17. *El pueblo reprobado por sus malas costumbres.*

Vv. 1—9. Lo que aquí se dice del pacto del sacerdocio vale para el pacto de gracia hecho con todos los creyentes como sacerdotes espirituales. Es un pacto de vida y paz; asegura toda dicha a todos los creyentes en este mundo y en el venidero. Honra para los siervos de Dios es ser empleados como sus mensajeros. Los labios del sacerdote no deben retener conocimiento *de* su pueblo, sino guardarlo *para* ellos. Todo el pueblo está preocupado por saber la voluntad del Señor. No sólo debemos consultar la palabra escrita, sino desear instrucción y consejo de los mensajeros de Dios, en los asuntos de nuestra alma. Los ministros deben emplearse a fondo para la conversión de los pecadores, y hasta entre los llamados israelitas, hay muchos que deben ser convertidos de la iniquidad. Los ministros y sólo los que predican la sana doctrina y llevan vidas santas conforme a la Escritura, probablemente, hagan volverse a los hombres del pecado. Muchos se apartaron de este camino y, así, guiaron mal al pueblo. Honran a Dios los que caminan con Dios en paz y justicia, y convierten a los demás del pecado; Él los honrará; en cambio, los que le desprecian serán ligeramente estimados.

Vv. 10—17. Las costumbres corrompidas son fruto de principios corruptos; y el que es falso con su Dios no será veraz con sus congéneres mortales. Despreciando el pacto del matrimonio que Dios

instituyó, los judíos despedían a la esposa que tenían de su nación, probablemente para dar lugar a esposas extranjeras. Ellas les amargaron la vida, pero a la vista de los demás pretendían ser tiernas con ellos. Considere a ella como esposa tuya; la tuya propia; la relación más cercana que uno tiene en el mundo. La esposa tiene que ser mirada, no como sierva, sino como compañera del marido. Hay un voto de Dios entre ellos, que no debe tomarse a la ligera. El marido y la esposa debieran continuar hasta el final de sus vidas en santo amor y paz. ¿No hizo Dios una, una Eva para un Adán? Pero Dios podría haber hecho otra Eva. ¿De dónde hizo Dios sólo una mujer para un hombre? Fue para que los hijos pudieran ser hechos una semilla que le sirviera a Él. Los maridos y las esposas deben vivir en el temor de Dios, para que su simiente sea una simiente buena. El Dios de Israel dijo que Él odiaba eliminar. Aquellos que serán resguardados del pecado deben tener cuidado de sus espíritus pues ahí empieza todo pecado. Los hombres hallarán que su mala conducta en sus familias brota del egoísmo que no toma en cuenta el bienestar y la dicha de los demás, cuando se opone a sus propias pasiones y fantasías. Cansador para Dios es oír que la gente justifica sus malas costumbres. Los que piensan que Dios puede ser amigo del pecado, lo insultan y se engañan. Los burladores dijeron: ¿Dónde está el Dios del juicio? Pero el día del Señor llegará.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *La venida de Cristo.* 7—12. *Los judíos reprobados por sus corrupciones.* 13—18. *El cuidado de Dios por su pueblo.—La distinción entre el justo y el injusto.*

Vv. 1—6. Las primeras palabras de este capítulo parecen respuesta para los escarnecedores de aquella época. Hay aquí una profecía de la aparición de Juan el Bautista. Es el heraldo de Cristo. Le preparará el camino, llamando a los hombres al arrepentimiento. El Mesías ha sido llamado desde hace mucho tiempo, “El que debe venir” y ahora vendrá dentro de poco. Él es el Mensajero del pacto. —Quienes buscan a Jesús, encontrarán placer en Él a menudo cuando no lo esperan. El Señor Jesús prepara el corazón de los pecadores para que sean su templo, por el ministerio de su palabra y las convicciones de su Espíritu, y Él entra como el Mensajero de paz y consuelo. —Ningún hipócrita o formalista puede soportar su doctrina o comparecer ante su tribunal. Cristo vino a distinguir entre los hombres, a separar entre lo precioso y lo vil. Se sentará como un refinador. Cristo, por su evangelio, purificará y reformará su Iglesia, y por su Espíritu obrando con ella, regenerará y limpiará las almas. Quitará la escoria de ellas. Apartará sus corrupciones que invalidan e inutilizan sus facultades. El creyente no tiene que temer la prueba feroz de las tentaciones y aflicciones por la cual afina su oro el Salvador. Él cuidará que no sea más fuerte ni más larga que lo necesario para su bien. La prueba terminará en forma muy diferente de la del impío. Cristo los hará aceptos intercediendo por ellos. Donde no hay temor de Dios no se debe esperar nada bueno. El mal persigue a los pecadores. Dios es inmutable. Aunque la sentencia contra las malas obras no sea ejecutada pronto, será ejecutada; el Señor es tan enemigo del pecado como siempre. Todos nos podemos aplicar esto. Porque tenemos que ver con un Dios que no cambia, es que no somos consumidos; porque sus misericordias no fallan.

Vv. 7—12. Los hombres de esa generación se apartaron de Dios y no guardaron sus ordenanzas. Dios les hace un llamado de gracia. Pero ellos dijeron: ¿En qué hemos de volvernos? Dios nota las respuestas que nuestros corazones dan a las llamadas de su palabra. Muestra gran perversidad en pecado cuando los hombres hacen excusas de las aflicciones para pecar, las cuales son enviadas para separar entre ellos y sus pecados. —Aquí hay una ferviente exhortación a la reforma. Dios debe ser servido en primer lugar; y debe preferirse el interés de nuestras almas antes que el de nuestros cuerpos. Que ellos confíen en Dios que provee para su consuelo. Dios tiene bendiciones preparadas

para nosotros, pero por la debilidad de nuestra fe y la estrechez de nuestros deseos, no tenemos lugar para recibirlas. —El que hace la prueba encontrará que nada se pierde honrando al Señor con su sustancia.

Vv. 13—18. Entre los judíos de esta época, algunos descubrieron sencillamente que eran hijos del maligno. El yugo de Cristo es liviano. Pero quienes obran el mal, tientan a Dios con pecados presuntuosos. Juzgad las cosas como se manifestarán cuando llegue la condenación de los pecadores orgullosos para ser ejecutada. —Los que temieron al Señor, que hablaron buenamente, para preservar y fomentar el amor mutuo, cuando el pecado así abundaba. Ellos se hablaron unos a otros en el lenguaje de los que temen al Señor y piensan en su nombre. Como las malas comunicaciones corrompen las mentes y los buenos modales, así las buenas comunicaciones las confirman. —Un libro de recordatorios fue escrito ante Dios. Él cuidará que sus hijos no perezcan con los que no creen. Ellos serán vasos de misericordia y de honra, cuando el resto sea hecho vasos de ira y deshonra. Los santos son joyas de Dios; son caros para Él. Los preservará como sus joyas, cuando la tierra sea quemada como escoria. Quienes ahora reconocen a Dios como suyo, entonces Él los reconocerá suyos. —Nuestro deber es servir a Dios con la disposición de hijos; y Él no tendrá a sus hijos entrenados en la ociosidad; ellos deben servirle con un principio de amor. Hasta los hijos de Dios tienen necesidad de la misericordia que salva. Todos son justos o injustos, los que sirven a Dios o los que no le sirven: todos van al cielo o al infierno. A menudo nos engañamos con nuestras opiniones acerca de uno y otro; pero en el tribunal de Cristo, se conocerá el carácter de cada hombre. En cuanto a nosotros, tenemos que pensar entre cuales tendremos nuestra suerte; y, en cuanto a los demás, nada debemos juzgar antes de tiempo. Pero al final todo el mundo confesará que fueron sabios y felices solo quienes que sirvieron al Señor y confiaron en Él.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—3. *Los juicios de los impíos, y la dicha de los justos.* 4—6. *Consideración debida a la ley; Juan el Bautista prometido como el precursor del Mesías.*

Vv. 1—3. Aquí hay una referencia a la primera y segunda venida de Cristo: Dios ha fijado el día de ambas. Los que hacen el mal, los que no temen la ira de Dios, la sentirán. Ciertamente esto debe aplicarse al día del juicio en que Cristo será revelado en fuego llameante para ejecutar el juicio del orgulloso y de todos los que hacen el mal. En ambos, Cristo es luz de regocijo para los que le sirven fielmente. —Por el Sol de Justicia entendemos a Jesucristo. Por medio de Él los creyentes son justificado y santificados y, así, llevados a ver la luz. Sus influencias hacen santo, gozoso y fructífero al pecador. Es aplicable a las gracias y consolaciones del Espíritu Santo, llevadas a las almas de los hombres. Cristo dio el Espíritu a los que son suyos para que brillen como la mañana; es lo que ellos esperan, más que los que esperan la mañana. Cristo vino como el Sol a traer, no sólo luz a un mundo oscuro, sino salud a un mundo enfermo. —Las almas aumentarán en conocimiento y fuerza espiritual. Su crecimiento es como el de los terneros del establo, no como el de la flor del campo, que es esbelta y débil, y pronto se marchita. Los triunfos de los santos se deben, todos, a las victorias de Dios; no es que ellos hagan esto, sino que es Dios quien lo hace por ellos. He aquí, otro día llega, mucho más temible para todos los que hacen el mal que cualquiera de antes. ¡Qué grande entonces la dicha del creyente, cuando vaya de la oscuridad y miseria del mundo a regocijarse por siempre jamás en el Señor!

Vv. 4—6. Aquí hay una solemne conclusión, no sólo de esta profecía, sino del Antiguo Testamento. La conciencia nos pide que recordemos la ley. Aunque no tenemos profetas, no

obstante, en la medida que tenemos Biblias, podemos mantener nuestra comunión con Dios. Que los demás se jacten en su razonamiento orgulloso, y lo llame iluminación, pero mantengámonos nosotros cerca de esa palabra sagrada, por medio de la cual brilla este Sol de Justicia en las almas de su pueblo. —Ellos deben mantener la expectativa fiel del evangelio de Cristo, y deben esperar el comienzo de este. Juan el Bautista predicó arrepentimiento y reforma, como lo hizo Elías. El volverse de las almas a Dios y a su deber, es el mejor preparativo de ellos para el grande y temible día de Jehová. Juan predicará una doctrina que alcanzará los corazones de los hombres, y obrará un cambio en ellos. Así, él preparará el camino para el reino del cielo. La nación judía, por maldad, se abrió a la maldición. Dios estaba listo para ocasionarles ruina, pero, una vez más, probará si se arrepienten y vuelven a Él; por tanto, envió a Juan el Bautista para predicarles el arrepentimiento. —Que el creyente espere con paciencia su liberación y jubilosamente espere el gran día cuando Cristo venga por segunda vez a completar nuestra salvación. Pero los que no se vuelven al que los golpea con una vara, deben esperar ser golpeados con una espada, con una maldición. Nadie puede tener la expectativa de escapar de la maldición de la ley quebrantada de Dios, ni disfrutar la felicidad de su pueblo escogido y redimido, a menos que sus corazones se vuelvan del pecado y del mundo hacia Cristo y la santidad. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos nosotros. Amén.

EL NEUVO TESTAMENTO

MATEO

Mateo, apellidado Levi, antes de su conversión era un publicano o cobrador de impuestos sometido a los romanos en Capernaum. Por lo general, se reconoce que él escribió su evangelio antes que cualquiera de los demás evangelistas. El contenido de este evangelio y la prueba de los escritores antiguos, muestran que fue escrito primordialmente para el uso de la nación judía. El cumplimiento de la profecía era considerado por los judíos como una prueba firme, por tanto San Mateo usa este hecho en forma especial. Aquí hay partes de la historia y de los sermones de nuestro Salvador, particularmente seleccionados por adaptarse mejor para despertar a la nación a tener conciencia de sus pecados; para eliminar sus expectativas erróneas de un reino terrenal; para derribar su orgullo y engaño consigo mismos; para enseñarles la naturaleza y magnitud espiritual del evangelio; y para prepararlos para admitir a los gentiles en la Iglesia.

CAPÍTULO I

Versículos 1—17. *La genealogía de Jesús.* 18—25. *Un ángel se le aparece a José.*

Vv. 1—17. Acerca de esta genealogía de nuestro Salvador, obsérvese la intención principal. No es una genealogía innecesaria. No es por vanagloria como suelen ser las de los grandes hombres. Demuestra que nuestro Señor Jesús es de la nación y familia de la cual iba a surgir el Mesías. La promesa de la bendición fue hecha a Abraham y su descendencia; la del dominio, a David y su descendencia. Se prometió a Abraham que Cristo descendería de él, Génesis xii, 3; xxii, 18; y a David que descendería de él, 2 Samuel vii, 12; Salmo lxxxix, 3, y siguientes; cxxxii, 11; por tanto, a menos que Jesús sea hijo de David, e hijo de Abraham, no es el Mesías. Esto se prueba aquí con registros bien conocidos. —Cuando plugo al Hijo de Dios tomar nuestra naturaleza, Él se acercó a nosotros en nuestra condición caída, miserable; pero estaba perfectamente libre de pecado: y mientras leamos los nombres de su genealogía no olvidemos cuán bajo se inclinó el Señor de la gloria para salvar a la raza humana.

Vv. 18—25. Miremos las circunstancias en que entró el Hijo de Dios a este mundo inferior, hasta que aprendamos a despreciar los vanos honores de este mundo, cuando se los compara con la piedad y la santidad. —El misterio de Cristo hecho hombre debe ser adorado; no es para inquirir en esto por curiosidad. Fue así ordenado que Cristo participara de nuestra naturaleza, pero puro de la contaminación del pecado original, que había sido comunicado a toda la raza de Adán. —Fíjese que es al reflexivo a quien Dios guiará, no al que no piensa. El tiempo de Dios para llegar con instrucción a su pueblo se da cuando están perdidos. Los consuelos divinos confortan más al alma cuando está presionada por pensamientos que confunden. —Se dice a José que María debía traer al

Salvador al mundo. Tenía que darle nombre, Jesús, Salvador. Jesús es el mismo nombre de Josué. La razón de este nombre es clara, porque aquellos a quienes Cristo salva, los salva de sus pecados; de la culpa del pecado por el mérito de su muerte y del poder del pecado por el Espíritu de Su gracia. Al salvarlos del pecado, los salva de la ira y de la maldición, y de toda desgracia, aquí y después. Cristo vino a salvar a su pueblo no *en* sus pecados, sino *de* sus pecados; y, así, a redimirlos de entre los hombres para sí, que es apartado de los pecadores. —José hizo como le ordenó el ángel del Señor, rápidamente y sin demora, jubilosamente, sin discutir. Aplicando las reglas generales de la palabra escrita, debemos seguir la dirección de Dios en todos los pasos de nuestra vida, particularmente en sus grandes cambios, que son dirigidos por Dios, y hallaremos que esto es seguro y consolador.

CAPÍTULO II

Versículos 1—8. *Los magos buscan a Cristo.* 9—12. *Los magos adoran a Jesús.* 13—15. *Jesús llevado a Egipto.* 16—18. *Herodes hace que maten a los infantes de Belén.* 19—23. *Muerte de Herodes.—Jesús traído a Nazaret.*

Vv. 1—8. Los que viven completamente alejados de los medios de gracia suelen usar la máxima diligencia y aprenden a conocer lo máximo de Cristo y de su salvación. Pero ningún arte curioso ni el puro aprendizaje humano pueden llevar a los hombres a Él. Debemos aprender de Cristo atendiendo a la palabra de Dios, como luz que brilla en un lugar oscuro, y buscando la enseñanza del Espíritu Santo. Aquellos en cuyo corazón se levanta la estrella de la mañana, para darles el necesario conocimiento de Cristo, hacen de su adoración su actividad preferente. —Aunque Herodes era muy viejo, y nunca había mostrado afecto por su familia, y era improbable que viviera hasta que el recién nacido llegara a la edad adulta, empezó a turbarse con el temor de un rival. No comprendió la naturaleza espiritual del reino del Mesías. Cuidémonos de la fe muerta. El hombre puede estar persuadido de muchas verdades y aun puede odiarlas, porque interfieren con su ambición o licencia pecaminosa. Tal creencia le incomodará, y se decidirá más a oponerse a la verdad y la causa de Dios; y puede ser suficientemente necio para esperar tener éxito en eso.

Vv. 9—12. Cuánto gozo sintieron estos sabios al ver la estrella, nadie lo sabe tan bien como quienes, después de una larga y triste noche de tentación y abandono, bajo el poder de un espíritu de esclavitud, al fin reciben el Espíritu de adopción, dando testimonio a sus espíritus que son hijos de Dios. Podemos pensar qué desilusión fue para ellos cuando encontraron que una choza era su palacio, y su propia y pobre madre era la única servidumbre que tenía. Sin embargo, estos magos no se creyeron impedidos, porque habiendo hallado al Rey que buscaban, le ofrecieron sus presentes. Quien busca humilde a Cristo no tropezará si lo halla a Él y a sus discípulos en chozas oscuras, después de haberlos buscado en vano en los palacios y ciudades populosas. —¿Hay un alma ocupada en buscar a Cristo? ¿Querrá adorarlo y decir, ¡sí!, yo soy una criatura pobre y necia y nada tengo que ofrecer? ¡Nada! ¿No tienes un corazón, aunque indigno de Él, oscuro, duro y necio? Dáselo tal como es, y prepárate para que Él lo use y disponga como le plazca; Él lo tomará, y lo hará mejor, y nunca te arrepentirás de habérselo dado. Él lo modelará a su semejanza, y Él mismo se te dará y será tuyo para siempre. —Los presentes de los magos eran oro, incienso, y mirra. La providencia los mandó como socorro oportuno para José y María en su actual condición de pobreza. Así, nuestro Padre celestial, que sabe lo que necesitan sus hijos, usa a algunos como mayordomos para suplir las necesidades de los demás y proveerles aun desde los confines de la tierra.

Vv. 13—15. Egipto había sido una casa de esclavitud para Israel, y particularmente cruel para los infantes de Israel; pero va a ser un lugar de refugio para el santo niño Jesús. Cuando a Dios agrada,

puede hacer que el peor de los lugares sirva al mejor de los propósitos. Esta fue una prueba de la fe de José y María. Pero la fe de ellos, siendo probada, fue hallada firme. Si nosotros y nuestros infantes estamos en problemas en cualquier tiempo, recordemos los apremios en que estuvo Cristo cuando era un infante.

Vv. 16—18. Herodes mató todos los niños varones, no sólo de Belén, sino de todas las aldeas de esa ciudad. La ira desenfrenada, armada con un poder ilícito, a menudo lleva a los hombres a crueldades absurdas. No fue cosa injusta que Dios permitiera esto; cada vida es entregada a su justicia tan pronto como empieza. Las enfermedades y las muertes de los pequeños son prueba del pecado original. Pero el asesinato de estos niños fue su martirio. ¡Qué temprano empezó la persecución contra Cristo y su reinado! —Herodes creía que había obstruido las profecías del Antiguo Testamento, y los esfuerzos de los magos para hallar a Cristo; pero el consejo del Señor permanecerá por astutas y crueles que sean las artimañas del corazón de los hombres.

Vv. 19—23. Egipto puede servir por un tiempo como estadía o refugio, pero no para quedarse a vivir. Cristo fue enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel, y a ellas debe retornar. Si miramos al mundo como a nuestro Egipto, el lugar de nuestra esclavitud y exilio, y sólo al cielo como nuestro Canaán, nuestro hogar, nuestro reposo, deberemos levantarnos rápido y partir de aquí cuando seamos llamados, como José salió de Egipto. —La familia debe establecerse en Galilea. Nazaret era lugar tenido en pobre estima, y Cristo fue crucificado con esta acusación, Jesús Nazareno. Donde quiera nos asigne la providencia los límites de nuestra habitación, debemos esperar compartir el reproche de Cristo; aunque podemos gloriarnos en ser llamados por su nombre, seguros de que si sufrimos con Él también seremos glorificados con Él.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Juan el Bautista.—Su predicación, su estilo de vida, y el bautismo.* 7—12. *Juan reprueba a los fariseos y a los saduceos.* 13—17. *El bautismo de Jesús.*

Vv. 1—6. Después de Malaquías no hubo profeta hasta Juan el Bautista. Apareció primero en el desierto de Judea. No era un desierto deshabitado, sino parte del país, no densamente poblado ni muy aislado. Ningún lugar es tan remoto como para excluirnos de las visitas de la gracia divina. —Predicaba la doctrina del arrepentimiento: "Arrepentíos". La palabra aquí usada implica un cambio total de modo de pensar: un cambio de juicio, de la disposición, y de los afectos, una inclinación diferente y mejor del alma. Consideren sus caminos, cambien sus sus pensamientos: han pensado mal; piensen de nuevo y piensen bien. Los penitentes verdaderos tienen pensamientos de Dios y de Cristo, del pecado y de la santidad, de este mundo y del otro, diferentes de los que que tuvieron. El cambio del pensamiento produce un cambio de camino. Este es el arrepentimiento del evangelio, el cual se produce al ver a Cristo, al captar su amor, y de la esperanza de perdón por medio de Él. Es un gran estímulo para que nosotros nos arrepintamos; arrepentíos, porque vuestros pecados serán perdonados si os arrepentís. Volveos a Dios por el camino del deber, y Él, por medio de Cristo, se volverá a vosotros por el camino de la misericordia. Ahora es tan necesario que nos arrepintamos y nos humillemos para preparar el camino del Señor, como lo era entonces. Hay mucho que hacer para abrir camino para Cristo en un alma, y nada más necesario que el descubrimiento del pecado, y la convicción de que no podemos ser salvados por nuestra propia justicia. El camino del pecado y de Satanás es un camino retorcido, pero para preparar un camino para Cristo es necesario enderezar las sendas, Hebreos xii, 13. —Quienes tienen por actividad llamar a los demás a lamentar el pecado y a mortificarlo, deben llevar una vida seria, una vida de abnegación y desprecio del mundo. Dando a

los demás este ejemplo, Juan preparó el camino para Cristo. —Muchos fueron al bautismo de Juan, pero pocos mantuvieron la profesión que hicieron. Puede que haya muchos oyentes interesados, pero pocos creyentes verdaderos. La curiosidad y el amor de la novedad y variedad pueden llevar a muchos a oír una buena predicación, siendo afectados momentaneamente, a muchos que nunca se someten a su autoridad. Los que recibieron la doctrina de Juan, testificaron su arrepentimiento confesando sus pecados. Están listos para recibir a Jesucristo como su justicia sólo los que son llevados con tristeza y vergüenza a reconocer su culpa. Los beneficios del reino de los cielos, ahora ya muy cerca, les fueron sellados por el bautismo. Juan los purificó con agua, en señal de que Dios los limpiaría de todas sus iniquidades, dando a entender con esto que, por naturaleza y costumbre, todos estaban contaminados y no podían ser recibidos en el pueblo de Dios a menos que fueran lavados de sus pecados en el manantial que Cristo iba a abrir, Zacarías xiii, 1.

Vv. 7—12. Dar aplicación para las almas de los oyentes es la vida de la predicación; así fue la de Juan. Los fariseos ponían el énfasis principal en observancias externas, descuidando los asuntos de más peso de la ley moral, y el significado espiritual de sus ceremonias legales. Otros eran hipócritas detestables que hacían con sus pretensiones de santidad un manto de la iniquidad. Los saduceos estaban en el extremo opuesto, negando la existencia de los espíritus y el estado futuro. Ellos eran los infieles burladores de esa época y ese país. —Hay una gran ira venidera. Gran interés de cada uno es huir de la ira. Dios, que no se deleita en nuestra ruina, nos ha advertido; advierte por la palabra escrita, por los ministros, por la conciencia. No son dignos del nombre de penitentes, ni de sus privilegios, los que dicen que lamentan sus pecados, pero siguen en ellos. Conviene a los penitentes ser humildes y bajos a sus propios ojos, agradecer la mínima misericordia, ser pacientes en las grandes aflicciones, estar alerta contra toda apariencia de mal, abundar en todo deber, y ser caritativos al juzgar al prójimo. —Aquí hay una palabra de cautela, no confiar en los privilegios externos. Hay muchos cuyos corazones carnales son dados a seguir lo que ellos mismos dicen dentro de sí y dejan de lado el poder de la palabra de Dios que convence de pecado y su autoridad. Hay multitudes que no llegan al cielo por descansar en los honores y las simples ventajas de ser miembros de una iglesia externa. —He aquí una palabra de terror para el negligente y confiado. Nuestros corazones corruptos no pueden dar buen fruto a menos que el Espíritu regenerador de Cristo implante la buena palabra de Dios en ellos. Sin embargo, todo árbol, con muchos dones y honores, por verde que parezca en su profesión y desempeño externo, si no da buen fruto, frutos dignos de arrepentimiento, es cortado y echado al fuego de la ira de Dios, el lugar más apto para los árboles estériles; ¿para qué otra cosa sirven? Si no dan fruto, son buenos como combustible. —Juan muestra el propósito y la intención de la aparición de Cristo, la cual ellos ahora esperaban con prontitud. No hay formas externas que puedan limpiarnos. Ninguna ordenanza, sea quien sea el que la administre, o no importa la modalidad, puede suplir la necesidad del bautismo del Espíritu Santo y de fuego. Sólo el poder purificador y limpiador del Espíritu Santo puede producir la pureza de corazón, y los santos afectos que acompañan a la salvación. Cristo es quien bautiza con el Espíritu Santo. Esto hizo con los extraordinarios dones del Espíritu enviados a los apóstoles, Hechos ii, 4. Esto hace con las gracias y consolaciones del Espíritu, dados a quienes le piden, Lucas xi, 13; Juan vii, 38, 39; ver Hechos xi, 16. —Obsérvese aquí, la iglesia externa en la era de Cristo, Isaías xxi, 10. Los creyentes verdaderos son el trigo, sustanciosos, útiles y valiosos; los hipócritas son paja, livianos y vacíos, inútiles, sin valor, llevados por cualquier viento; están mezclados, bueno y malo, en la misma comunión externa. Viene el día en que serán separados la paja y el trigo. El juicio final será el día que haga la diferencia, cuando los santos y los pecadores sean apartados para siempre. En el cielo los santos son reunidos, y no más esparcidos; están a salvo y ya no más expuestos; separados del prójimo corrompido por fuera y con afectos corruptos por dentro, y no hay paja entre ellos. El infierno es el fuego inextinguible que ciertamente será la porción y el castigo de los hipócritas e incrédulos. Aquí la vida y la muerte, el bien y el mal, son puestos ante nosotros: según somos ahora en el campo, seremos entonces en la era.

Vv. 13—17. Las condescendencias de la gracia de Cristo son tan asombrosas que aun los creyentes más firmes apenas pueden creerlas al principio; tan profundas y misteriosas que aun quienes conocen bien su mente, están prontos a ofrecer objeciones contra la voluntad de Cristo. Quienes tienen mucho del Espíritu de Dios, mientras están aquí ven que necesitan pedir más de Cristo. No niega que Juan tenía necesidad de ser bautizado por Él, pero declara que debe ser bautizado por Juan. Cristo está *ahora* en estado de humillación. Nuestro Señor Jesús consideró conveniente, para cumplir toda justicia, apropiarse de cada institución divina, y mostrar su disposición para cumplir con todos los preceptos justos de Dios. —En Cristo y por medio de Él, los cielos están abiertos para los hijos de los hombres. Este descenso del Espíritu sobre Cristo demuestra que estaba dotado sin medida con sus poderes sagradas. El fruto del Espíritu Santo es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. —En el bautismo de Cristo hubo una manifestación de las tres Personas de la Santa Trinidad. El Padre confirmando al Hijo como Mediador; el Hijo que solemnemente se encarga de la obra; el Espíritu Santo que desciende sobre Él para ser comunicado al pueblo por su intermedio. En Él son aceptables nuestros sacrificios espirituales, porque Él es el altar que santifica todo don, 1 Pedro ii, 5. Fuera de Cristo Dios es fuego consumidor; en Cristo, un Padre reconciliado. Este es el resumen del evangelio, el cual debemos abrazar jubilosamente por fe.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—11. *La tentación de Cristo.* 12—17. *El comienzo del ministerio de Cristo en Galilea.* 18—22. *El llamado de Simón y los otros.* 23—25. *Jesús enseña y hace milagros.*

Vv. 1—11. Con referencia a la tentación de Cristo obsérvese que fue tentado inmediatamente después de ser declarado Hijo de Dios y Salvador del mundo; los grandes privilegios y las señales especiales del favor divino no aseguran a nadie que no va a ser tentado. Pero si el Espíritu Santo da testimonio que hemos sido adoptados como hijos de Dios, eso contestará todas las sugerencias del espíritu malo. —Cristo fue llevado al combate. Si hacemos gala de nuestra propia fuerza, y desafiamos al diablo a tentarnos, provocamos a que Dios nos deje librados a nosotros mismos. Otros son tentados, cuando son desviados por su propia concupiscencia, y son seducidos, Santiago i, 14; pero nuestro Señor Jesús no tenía naturaleza corrupta, por tanto Él fue tentado sólo por el diablo. Se manifiesta en la tentación de Cristo que nuestro enemigo es sutil, mal intencionado y muy atrevido, pero se le puede resistir. Consuelo para nosotros es que Cristo sufrió siendo tentado, porque, así, se manifiesta que nuestras tentaciones, mientras no cedamos a ellas, no son pecado y sólo son aflicciones. En todas sus tentaciones Satanás atacaba para que Cristo pecara contra Dios. —1. Lo tentó a desesperarse de la bondad de su Padre, y a desconfiar del cuidado de su Padre. Una de las tretas de Satanás es sacar ventaja de nuestra condición externa; y los que son puestos en apreturas tienen que redoblar su guardia. Cristo respondió todas las tentaciones de Satanás con un “Está escrito” para darnos el ejemplo al apelar a lo que está escrito en la Biblia. Nosotros debemos adoptar este método cada vez que seamos tentados a pecar. Aprendamos a no seguir rumbos equivocados a nuestra provisión, cuando nuestras necesidades son siempre tan apremiantes: el Señor proveerá en una u otra forma. —2. Satanás tentó a Cristo a que presumiera del poder y protección de su Padre en materia de seguridad. No hay extremos más peligrosos que la desesperación y la presunción, especialmente en lo referido a los asuntos de nuestra alma. Satanás no objeta lugares sagrados como escenario de sus asaltos. No bajemos la guardia en ningún lugar. La ciudad santa es el lugar donde, con la mayor ventaja, tienta a los hombres al orgullo y la presunción. Todos los altos son lugares resbalosos; el avance en el mundo hace al hombre un blanco para que Satanás le dispare sus dardos de fuego. ¿Satanás está tan bien versado en las Escrituras que es capaz de citarlas fácilmente? Sí, lo

está. Es posible que un hombre tenga su cabeza llena de nociones de las Escrituras, y su boca llena de expresiones de las Escrituras mientras su corazón está lleno de enconada enemistad con Dios y contra toda bondad. Satanás citó mal las palabras. Si nos salimos de nuestro camino, fuera del camino de nuestro deber, abandonamos la promesa y nos ponemos fuera de la protección de Dios. Este pasaje, Deuteronomio viii, 3, hecho contra el tentador, por tanto él omitió una parte. Esta promesa es firme y resiste bien. ¿Pero seguiremos en pecado para que la gracia abunde? No. —3. Satanás tentó a Cristo a la idolatría con el ofrecimiento de los reinos del mundo y la gloria de ellos. La gloria del mundo es la tentación más encantadora para quien no piensa y no se da cuenta; esto es lo que más fácilmente vence a los hombres. Cristo fue tentado a adorar a Satanás. Rechazó con aborrecimiento la propuesta. "¡Vete de aquí Satanás!" Algunas tentaciones son abiertamente malas; y no son para ser simplemente resistidas, sino para ser rechazadas de inmediato. Bueno es ser rápido y firme para resistir la tentación. Si resistimos al diablo, éste huirá de nosotros. Pero el alma que delibera está casi vencida. Encontramos sólo unos pocos que pueden rechazar resueltamente tales carnadas, como las que ofrece Satanás aunque, ¿de qué le aprovecha a un hombre si gana a todo el mundo y pierde su alma? —Cristo fue socorrido después de la tentación para estimularlo a seguir en su esfuerzo, y para estimularnos a confiar en Él, porque supo, por experiencia, lo que es sufrir siendo tentado, de modo que sabía lo que es ser socorrido en la tentación; por tanto, podemos esperar no sólo que sienta por su pueblo tentado, sino que venga con el oportuno socorro.

Vv. 12—17. Justo es que Dios quite el evangelio y los medios de gracia de quienes los desprecian y los arrojan de sí. Cristo no se quedará mucho tiempo donde no sea bienvenido. Los que están sin Cristo están en las tinieblas. Están instalados en esa condición, una postura contenta; la eligen antes que la luz; son voluntariamente ignorantes. Cuando viene el evangelio, viene la luz; cuando llega a cualquier parte, cuando llega a un alma, ahí se hace de día. La luz revela y dirige; así lo hace el evangelio. —La doctrina del arrepentimiento es buena doctrina del evangelio. No sólo el austero Juan el Bautista, sino el bondadoso Jesús predicó el arrepentimiento. Aún existe la misma razón para hacerlo así. —No se reconoció por completo que el reino de los cielos había llegado hasta la venida del Espíritu Santo después de la ascensión de Cristo.

Vv. 18—22. Cuando Cristo empezó a predicar empezó a reunir discípulos que debían ser oyentes, y luego predicadores, de su doctrina, que debían ser testigos de sus milagros, y luego testificar acerca de ellos. No fue a la corte de Herodes, ni fue a Jerusalén a los sumos sacerdotes ni a los ancianos, sino al mar de Galilea, a los pescadores. El mismo poder que llamó a Pedro y a Andrés podría haber traído a Anás y a Caifás, porque nada es imposible con Dios. Pero Cristo elige lo necio del mundo para confundir a lo sabio. —La diligencia es un llamado honesto a complacer a Cristo, y no es un obstáculo para la vida santa. La gente ociosa está más abierta a las tentaciones de Satanás que a los llamados de Dios. Es cosa feliz y esperanzadora ver hijos que cuidan a sus padres y cumplen su deber. Cuando Cristo venga es bueno ser hallado haciendo así. ¿Estoy en Cristo? Es una pregunta muy necesaria que nos hagamos, y luego de esa, ¿estoy en mi llamado? —Habían seguido antes a Cristo como discípulos corrientes, Juan i, 37; ahora deben dejar su oficio. Los que siguen bien a Cristo deben, a su mandato, dejar todas las cosas para seguirle a Él, deben estar dispuestos a separarse de ellas. Esta instancia del poder del Señor Jesús nos exhorta a depender de su gracia. Él habla y está hecho.

Vv. 23—25. Donde iba Cristo confirmaba su misión divina por medio de milagros, que fueron emblema del poder sanador de su doctrina y del poder del Espíritu que lo acompañaban. Ahora no encontramos en nuestros cuerpos el milagroso poder sanador del Salvador, pero si somos curados por la medicina, la alabanza es igualmente suya. Aquí se usan tres palabras generales. Él sanó toda enfermedad o dolencia; ninguna fue demasiado mala, ninguna demasiado terrible, para que Cristo no la sanara con una palabra. Se nombran tres enfermedades: la parálisis que es la suprema debilidad

del cuerpo; la locura que es la enfermedad más grande de la mente; y la posesión demoníaca que es la desgracia y calamidad más grandes de todas; pero Cristo sanó todo y, así, al curar las enfermedades del cuerpo demostró que su gran misión al mundo era curar los males espirituales. El pecado es enfermedad, dolencia y tormento del alma: Cristo vino a quitar el pecado y, así, curar el alma.

CAPÍTULO V

Versículos 1, 2. *El sermón del monte.* 3—12. *Quienes son bienaventurados.* 13—16. *Exhortaciones y advertencias.* 17—20. *Cristo vino a confirmar la ley.* 21—26. *El sexto mandamiento.* 27—32. *El séptimo mandamiento.* 33—37. *El tercer mandamiento.* 38—42. *La ley del Talión.* 43—48. *La ley de amor, explicada.*

Vv. 1, 2. Nadie hallará felicidad en este mundo o en el venidero si no la busca en Cristo por el gobierno de su palabra. Él les enseñó lo que era el mal que ellos debían aborrecer, y cual es el bien que deben buscar y en el cual abundar.

Vv. 3—12. Aquí nuestro Salvador da ocho características de la gente bienaventurada que para nosotros representan las gracias principales del cristiano. —1. Los pobres en espíritu son bienaventurados. Estos llevan sus mentes a su condición cuando es baja. Son humildes y pequeños según su propio criterio. Ven su necesidad, se duelen por su culpa y tienen sed de un Redentor. El reino de la gracia es de los tales; el reino de la gloria es para ellos. —2. Los que lloran son bienaventurados. Parece ser aquí se trata esa tristeza santa que obra verdadero arrepentimiento, vigilancia, mente humilde y dependencia continua para ser aceptado por la misericordia de Dios en Cristo Jesús, con búsqueda constante del Espíritu Santo para limpiar el mal residual. El cielo es el gozo de nuestro Señor; un monte de gozo, hacia el cual nuestro camino atraviesa un valle de lágrimas. Tales dolientes serán consolados por su Dios. —3. Los mansos son bienaventurados. Los mansos son los que se someten calladamente a Dios; los que pueden tolerar insultos; son callados o devuelven una respuesta blanda; los que, en su paciencia, conservan el dominio de sus almas, cuando escasamente tienen posesión de alguna otra cosa. Estos mansos son bienaventurados aun en este mundo. La mansedumbre fomenta la riqueza, el consuelo y la seguridad, aun en este mundo. —4. Los que tienen hambre y sed de justicia son bienaventurados. La justicia está aquí puesta por todas las bendiciones espirituales. Estas son compradas para nosotros por la justicia de Cristo, confirmadas por la fidelidad de Dios. Nuestros deseos de bendiciones espirituales deben ser fervientes. Aunque todos los deseos de gracia no son gracia, sin embargo, un deseo como este es un deseo de los que son creados por Dios y Él no abandonará a la obra de Sus manos. —5. Los misericordiosos son bienaventurados. Debemos no sólo soportar nuestras aflicciones con paciencia, sino que debemos hacer todo lo que podamos por ayudar a los que estén pasando miserias. Debemos tener compasión por las almas del prójimo, y ayudarles; compadecer a los que estén en pecado, y tratar de sacarlos como tizones fuera del fuego. —6. Los limpios de corazón son bienaventurados, porque verán a Dios. Aquí son plenamente descritas y unidas la santidad y la dicha. Los corazones deben ser purificados por la fe y mantenidos para Dios. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio. Nadie sino el limpio es capaz de ver a Dios, ni el cielo se promete para el impuro. Como Dios no tolera mirar la iniquidad, así ellos no pueden mirar su pureza. —7. Los pacificadores son bienaventurados. Ellos aman, desean y se deleitan en la paz; y les agrada tener quietud. Mantienen la paz para que no sea rota y la recuperan cuando es quebrantada. Si los pacificadores son bienaventurados, ¡ay de los que quebrantan la paz! —8. Los que son perseguidos por causa de la justicia son bienaventurados. Este dicho es peculiar del cristianismo; y se enfatiza con mayor intensidad que el resto. Sin embargo,

nada hay en nuestros sufrimientos que pueda ser mérito ante Dios, pero Dios verá que quienes pierden *por* Él, aun la misma vida, no pierdan finalmente *por causa de* Él. —¡Bendito Jesús, cuán diferentes son tus máximas de las de los hombres de este mundo! Ellos llaman dichoso al orgulloso, y admiran al alegre, al rico, al poderoso y al victorioso. Alcancemos nosotros misericordia del Señor; que podamos ser reconocidos como sus hijos, y heredemos el reino. Con estos deleites y esperanzas, podemos dar la bienvenida con alegría a las circunstancias bajas o dolorosas.

Vv. 13—16. Vosotros sois la sal de la tierra. La humanidad, en la ignorancia y la maldad, era como un montón enorme, listo para podrirse, pero Cristo envió a sus discípulos, para sazonarla, por sus vidas y doctrinas, con el conocimiento y la gracia. Si no son como debieran ser, son como sal que ha perdido su sabor. Si un hombre puede adoptar la confesión de Cristo, y, sin embargo, permanecer sin gracia, ninguna otra doctrina, ningún otro medio lo hace provechoso. Nuestra luz debe brillar haciendo buenas obras tales que los hombres puedan verlas. Lo que haya entre Dios y nuestras almas debe ser guardado para nosotros mismos, pero lo que, de sí mismo, queda abierto a la vista de los hombres, debemos procurar que se conforme a nuestra profesión y que sea encomiable. Debemos apuntar a la gloria de Dios.

Vv. 17—20. Que nadie suponga que Cristo permite que su pueblo juegue con cualquiera de los mandamientos de la santa ley de Dios. Ningún pecador participa de la justicia justificadora de Cristo hasta que se arrepiente de sus malas obras. La misericordia revelada en el evangelio guía al creyente a un aborrecimiento de sí mismo aún más profundo. La ley es la regla del deber del cristiano, y éste se deleita en ella. Si alguien que pretende ser discípulo de Cristo se permitirse cualquier desobediencia a la ley de Dios, o enseña al prójimo a hacerlo, cualquiera sea su situación o reputación entre los hombres, no puede ser verdadero discípulo. La justicia de Cristo, que nos es imputada por la sola fe, es necesaria para todos los que entran al reino de la gracia o de la gloria, pero la nueva creación del corazón para santidad produce un cambio radical en el temperamento y la conducta del hombre.

Vv. 21—26. Los maestros judíos habían enseñado que nada, salvo el homicidio, era prohibido por el sexto mandamiento. Así, eliminaban su significado espiritual. Cristo mostró el significado completo de este mandamiento; conforme al cual debemos ser juzgados en el más allá y, por tanto, debiera ser obedecido ahora. Toda ira precipitada es homicidio en el corazón. Por nuestro hermano, aquí escrito, debemos entender a cualquier persona, aunque muy por debajo de nosotros, porque somos todos hechos de una sangre. "Necio" es una palabra de burla que viene del orgullo; "Tú eres un necio" es palabra desdeñosa que viene del odio. La calumnia y las censuras maliciosas son veneno que mata secreta y lentamente. Cristo les dijo que por ligeros que consideraran estos pecados, ciertamente serían llamados a juicio por ellos. Debemos conservar cuidadosamente el amor y la paz cristianas con todos nuestros hermanos; y, si en algún momento, hay una pelea, debemos confesar nuestra falta, humillarnos a nuestro hermano, haciendo u ofreciendo satisfacción por el mal hecho de palabra u obra: y debemos hacer esto rápidamente porque hasta que lo hagamos, no seremos aptos para nuestra comunión con Dios en las santas ordenanzas. Cuando nos estamos preparando para algún ejercicio religioso bueno es que nosotros hagamos de esto una ocasión para reflexionar y examinarnos con seriedad. —Lo que aquí se dice es muy aplicable a nuestro ser reconciliados con Dios por medio de Cristo. Mientras estemos vivos, estamos en camino a su trono de juicio, después de la muerte, será demasiado tarde. Cuando consideramos la importancia del caso, y la incertidumbre de la vida, ¡cuán necesario es buscar la paz con Dios sin demora!

Vv. 27—32. La victoria sobre los deseos del corazón debe ir acompañada con ejercicios dolorosos, pero debe hacerse. Toda cosa es dada para salvarnos *de* nuestros pecados, no *en* ellos. Todos nuestros sentidos y facultades deben evitar las cosas que conducen a transgredir. Quienes

llevan a los demás a la tentación de pecar, por la ropa o en cualquiera otra forma, o los dejan en ello, o los exponen a ello, se hacen culpables de su pecado, y serán considerados responsables de dar cuentas por ello. Si uno se somete a las operaciones dolorosas, para salvarnos la vida, ¿de qué debiera retenerse nuestra mente cuando lo que está en juego es la salvación de nuestra alma? Hay tierna misericordia tras todos los requisitos divinos, y las gracias y consuelos del Espíritu nos facultarán para satisfacerlos.

Vv. 33—37. No hay razón para considerar que son malos los votos solemnes en un tribunal de justicia o en otras ocasiones apropiadas, siempre y cuando sean formulados con la debida reverencia. Pero todos los votos hechos sin necesidad o en la conversación corriente, son pecaminosos, como asimismo todas las expresiones que apelan a Dios, aunque las personas piensen que por ello evaden la culpa de jurar. Mientras peores sean los hombres, menos comprometidos están por los votos; mientras mejores sean, menos necesidad hay de los votos. Nuestro Señor no indica los términos precisos con que tenemos que afirmar o negar, sino que el cuidado constante de la verdad haría innecesarios los votos y juramentos.

Vv. 38—42. La sencilla instrucción es: Soporta cualquier injuria que puedas sufrir por amor a la paz, encomendando tus preocupaciones al cuidado del Señor. El resumen de todo es que los cristianos deben evitar las disputas y las querellas. Si alguien dice que carne y sangre no pueden pasar por tal afrenta, que se acuerden que carne y sangre no heredarán el reino de Dios, y los que actúan sobre la base de los principios justos tendrán suma paz y consuelo.

Vv. 43—48. Los maestros judíos entendían por "prójimo" sólo a los que eran de su propio país, nación y religión, a los que les complacía considerar amigos. El Señor Jesús enseña que debemos hacer toda la bondad verdadera que podamos a todos, especialmente a sus almas. Debemos orar por ellos. Mientras muchos devolverán bien por bien, hemos de devolver bien por mal; y esto hablará de un principio más noble en que se basa la mayoría de los hombres para actuar. Otros saludan a sus hermanos, y abrazan a los de su propio partido, costumbre y opinión pero nosotros no debemos limitar así nuestro respeto. —Deber de los cristianos es desear y apuntar a la perfección, y seguir adelante en gracia y santidad. Allí debemos tener la intención de conformarnos al ejemplo de nuestro Padre celestial, 1 Pedro i, 15, 16. Seguramente se espera más de los seguidores de Cristo que de los demás; seguramente se hallará más en ellos que en los demás. Roguemos a Dios que nos capacite para demostrarnos como hijos suyos.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—4. *Contra la hipocresía de dar limosna.* 5—8. *Contra la hipocresía al orar.* 9—15. *Cómo orar.* 16—18. *Respetar el ayuno.* 19—24. *El mal de pensar mundanalmente.* 25—34. *Se manda confiar en Dios.*

Vv. 1—4. En seguida, nuestro Señor advirtió contra la hipocresía y la simulación exterior en los deberes religiosos. Lo que hay que hacer, debemos hacerlo a partir de un principio interior de ser aprobados por Dios, no la búsqueda del elogio de los hombres. En estos versículos se nos advierte contra la hipocresía de dar limosna. Atención a esto. Es pecado sutil; y la vanagloria se infiltra en lo que hacemos, antes de darnos cuenta. Pero el deber no es menos necesario ni menos excelente porque los hipócritas abusan de él para servir a su orgullo. La condena que Cristo dicta parece primero una promesa, pero es *su* recompensa; no es la recompensa que promete Dios a los que hacen el bien, sino la recompensa que los hipócritas se prometen a sí mismos, y pobre recompensa es; ellos

lo hicieron para ser vistos por los hombres, y son vistos por los hombres. Cuando menos notamos nuestras buenas obras, Dios las nota más. Él te recompensará; no como amo que da a su siervo lo que se gana, y nada más, sino como Padre que da abundantemente a su hijo lo que le sirve.

Vv. 5—8. Se da por sentado que todos los que son discípulos de Cristo oran. Puede que sea más rápido hallar un hombre vivo que no respire que a un cristiano vivo que no ore. Si no hay oración, entonces no hay gracia. Los escribas y los fariseos eran culpables de dos grandes faltas en la oración: la vanagloria y la vana repetición. —"Verdaderamente ellos tienen su recompensa"; si en algo tan grande entre nosotros y Dios, cuando estamos orando, podemos tener en cuenta una cosa tan pobre como el halago de los hombres, justo es que eso sea toda nuestra recompensa. Pero no hay un musitar secreto y repetido en busca de Dios que Él no vea. Se le llama recompensa, pero es de gracia, no por deuda; ¿qué mérito puede haber en mendigar? Si no da a su pueblo lo que piden, se debe a que sabe que no lo necesitan y que no es para su bien. Tanto dista Dios de ser convencido por el largo o las palabras de nuestras oraciones, que las intercesiones más fuertes son las que se emiten con gemidos indecibles. Estudiemos bien lo que muestra la actitud mental en que debemos ofrecer nuestras oraciones, y aprendamos diariamente de Cristo cómo orar.

Vv. 9—15. Cristo vio que era necesario mostrar a sus discípulos cuál debe ser corrientemente el tema y el método de su oración. No se trata que estemos atados sólo a usar la misma oración siempre, pero, indudablemente, es muy bueno orar según un modelo. Dice mucho en pocas palabras; se usa en forma aceptable no más de lo que se usa con entendimiento y sin vanas repeticiones. —Seis son las peticiones: las primeras tres se relacionan más expresamente a Dios y su honra; las otras tres, a nuestras preocupaciones temporales y espirituales. Esta oración nos enseña a buscar primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas serán añadidas. —Después de las cosas de la gloria, del reino y de la voluntad de Dios, oramos por el sustento y el consuelo necesario en la vida presente. Aquí cada palabra contiene una lección. Pedimos *pan*; eso nos enseña sobriedad y templanza: y sólo pedimos pan, no lo que no necesitamos. Pedimos por *nuestro* pan; eso nos enseña honestidad y trabajo; no tenemos que pedir el pan de los demás ni el pan del engaño, Proverbios xx, 17. Ni el pan del ocio, Proverbios xxxi, 27, sino el pan honestamente obtenido. Pedimos por nuestro pan *diario*, lo que nos enseña a depender constantemente de la providencia divina. Rogamos a Dios que *nos los dé*; no que lo venda ni lo preste, sino que lo dé. El más grande de los hombres debe dirigirse a la misericordia de Dios para su pan diario. Oramos, *dánoslo*. Esto nos enseña compasión por el pobre. También que debemos orar con nuestra familia. Oramos que Dios nos lo dé *este día*, lo que nos enseña a renovar los deseos de nuestras almas en cuanto a Dios, como son renovadas las necesidades de nuestros cuerpos. Al llegar el día debemos orar a nuestro Padre celestial y reconocer que podríamos pasar muy bien el día sin comida, pero no sin oración. —Se nos enseña a odiar y aborrecer el pecado mientras esperamos misericordia, a desconfiar de nosotros, a confiar en la providencia y la gracia de Dios para impedirnos pecar, a estar preparados para resistir al tentador, y no volvernos tentadores de los demás. —Aquí hay una promesa: Si perdonas tu Padre celestial también te perdonará. Debemos perdonar porque esperamos ser perdonados. Los que desean hallar misericordia de Dios deben mostrar misericordia a sus hermanos. Cristo vino al mundo como el gran Pacificador no sólo para reconciliarnos con Dios sino los unos con los otros.

Vv. 16—18. El ayuno religioso es un deber requerido a los discípulos de Cristo pero no es tanto un deber en sí mismo, sino como medio para disponernos para otros deberes. Ayunar es humillar el alma, Salmo xxxv, 13; esta es la faz interna del deber; por tanto, que sea tu principal interés, y en cuanto a la externa, no permitas que se vea codicia. Dios ve en lo secreto, y te recompensará en público.

Vv. 19—24. La mentalidad mundana es síntoma fatal y corriente de la hipocresía, porque por ningún pecado puede Satanás tener un soporte más seguro y más firme en el alma que bajo el manto de una profesión de fe. Algo tendrá el alma que mirar como lo mejor aquello en lo cual se complace y confía por encima de todas las demás cosas. Cristo aconseja que hagamos como nuestras mejores cosas a los goces y las glorias del otro mundo, las cosas que no se ven, que son eternas y que pongamos nuestra felicidad en ellas. Hay tesoros en el cielo. Sabiduría nuestra es poner toda diligencia para asegurar nuestro derecho a la vida eterna por medio de Jesucristo, y mirar todas las cosas de aquí abajo como indignas de ser comparadas con aquellas y a estar contentos con nada menos que ellas. Es felicidad superior y más allá de los cambios y azares del tiempo, es herencia incorruptible. —El hombre mundano se equivoca en su primer principio; por tanto, todos sus razonamientos y acciones que de ahí surgen deben ser malos. Esto se aplica por igual a la falsa religión; lo que es considerado luz es la oscuridad más densa. Este es un ejemplo espantoso, pero corriente; por tanto, debemos examinar cuidadosamente nuestros principios directrices a la luz de la palabra de Dios, pidiendo con oración ferviente la enseñanza de su Espíritu. —Un hombre puede servir un poco a dos amos, pero puede consagrarse al servicio de no más que uno. Dios requiere todo el corazón y no lo compartirá con el mundo. Cuando dos amos se oponen entre sí, ningún hombre puede servir a ambos. Él se aferra y ama al mundo, y debe despreciar a Dios; el que ama a Dios debe dejar la amistad del mundo.

Vv. 25—34. Escasamente haya otro pecado contra el cual advierta más nuestro Señor Jesús a sus discípulos que las preocupaciones inquietantes, distractoras y desconfiadas por las cosas de esta vida. A menudo esto entrampa al pobre tanto como el amor a la riqueza al rico. Pero hay una despreocupación por las cosas temporales que es deber, aunque no debemos llevar a un extremo estas preocupaciones lícitas. —No os afanéis por vuestra vida. Ni por la extensión de ella, sino referidla a Dios para que la alargue o acorte según le plazca; nuestros tiempos están en su mano y están en buena mano. Ni por las comodidades de esta vida; dejad que Dios la amargue o endulce según le plazca. Dios ha prometido la comida y el vestido, por tanto podemos esperarlos. —No penséis en el mañana, en el tiempo venidero. No os afanéis por el futuro, cómo viviréis el año que viene, o cuando estéis viejos, o qué dejaréis detrás de vosotros. Como no debemos jactarnos del mañana, así tampoco debemos preocuparnos por el mañana o sus acontecimientos. Dios nos ha dado vida y nos ha dado el cuerpo. ¿Y qué no puede hacer por nosotros el que hizo eso? Si nos preocupamos de nuestras almas y de la eternidad, que son más que el cuerpo y esta vida, podemos dejarle en manos de Dios que nos provea comida y vestido, que son lo menos. —Mejorad esto como exhortación a confiar en Dios. Debemos reconciliarnos con nuestro patrimonio en el mundo como lo hacemos con nuestra estatura. No podemos alterar las disposiciones de la providencia, por tanto debemos someternos y resignarnos a ellas. El cuidado considerado por nuestras almas es la mejor cura de la consideración cuidada por el mundo. Buscad primero el reino de Dios y haced de la religión vuestra ocupación: no digáis que este es el modo de hambrearte; no es la manera de estar bien provisto, aun en este mundo. —La conclusión de todo el asunto es que es la voluntad y el mandamiento del Señor Jesús, que por las oraciones diarias podamos obtener fuerza para sostenernos bajo nuestros problemas cotidianos, y armarnos contra las tentaciones que los acompañan y no dejar que ninguna de esas cosas nos conmuevan. —Bienaventurados los que toman al Señor como su Dios, y dan plena prueba de ellos confiándose totalmente a su sabia disposición. Que tu Espíritu nos dé convicción de pecado en la necesidad de esta disposición y quite lo mundano de nuestros corazones.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—6. *Cristo reprueba el juicio apresurado.* 7—11. *Exhortaciones a la oración.* 12—14. *El camino angosto y el ancho.* 15—20. *Contra los falsos profetas.* 21—29. *Sed hacedores de la palabra, no sólo oidores.*

Vv. 1—6. Debemos juzgarnos a nosotros mismos, y juzgar nuestros propios actos, pero sin hacer de nuestra palabra una ley para nadie. No debemos juzgar duramente a nuestros hermanos sin tener base. No debemos hacer lo peor de la gente. Aquí hay una reprensión justa para todos los que pelean con sus hermanos por faltas pequeñas, mientras ellos se permiten las grandes. Algunos pecados son como motas, mientras otros son como vigas; algunos son como un mosquito, y otros son como un camello. No es que haya pecado pequeño; si es como mota o una astilla, está en el ojo; si es un mosquito está en la garganta; ambos son dolorosos y peligrosos, y no podemos estar bien ni cómodos hasta que salgan. Lo que la caridad nos enseña a llamar no más que paja en el ojo ajeno, el arrepentimiento y la santa tristeza nos enseñará a llamarlo viga en el nuestro. Extraño es que un hombre pueda estar en un estado pecaminoso y miserable, y no darse cuenta de eso, como un hombre que tiene una viga en su ojo y no la toma en cuenta; pero el dios de este mundo les ciega el entendimiento. —Aquí hay una buena regla para los que juzgan: primero refórmate a ti mismo.

Vv. 7—11. La oración es el medio designado para conseguir lo que necesitamos. Orad; orad a menudo; haced de la oración vuestra ocupación, y sed serios y fervientes en ello. Pedid, como un mendigo pide limosna. Pedid como el viajero pregunta por el camino. Buscad como se busca una cosa de valor que perdimos; o como el mercader que busca perlas buenas. Llamad como llama a la puerta el que desea entrar en casa. El pecado cerró y echó llave a la puerta contra nosotros; por la oracióñ llamamos. —Sea lo que sea por lo que oréis, conforme a la promesa, os será dado si Dios ve que es bueno para vosotros, y ¿qué más querrías tener? Esto está hecho para aplicarlo a todos los que oran bien; todo el que pide, recibe, sea judío o gentil, joven o viejo, rico o pobre, alto o bajo, amo o sirviente, docto o indocto, todos por igual son bienvenidos al trono de la gracia, si van por fe. —Se explica comparándolo con los padres terrenales y su aptitud para dar a sus hijos lo que piden. Los padres suelen ser neciamente afectuosos, pero Dios es omnisciente; Él sabe lo que necesitamos, lo que deseamos, y lo que es bueno para nosotros. Nunca supongamos que nuestro Padre celestial nos pediría que oremos y, luego, se negaría oír o darnos lo que nos perjudica.

Vv. 12—14. Cristo vino a enseñarnos, no sólo lo que tenemos que saber y creer, sino lo que tenemos que hacer; no sólo para con Dios, sino para con los hombres; no sólo para con los que son de nuestro partido y denominación, sino para con los hombres en general, con todos aquellos que nos relacionemos. Debemos hacer a nuestro prójimo lo que nosotros mismos reconocemos que es bueno y razonable. En nuestros tratos con los hombres debemos ponernos en el mismo caso y en las circunstancias que aquellos con quienes nos relacionamos, y actuar en conformidad con ello. —No hay sino dos caminos: el correcto y el errado, el bueno y el malo; el camino al cielo y el camino al infierno; todos vamos caminando por uno u otro: no hay un lugar intermedio en el más allá; no hay un camino neutro. Todos los hijos de los hombres somos santos o pecadores, buenos o malos. —Fijaos en que el camino del pecado y de los pecadores que la puerta es ancha y está abierta. Podéis entrar por esta puerta con todas las lujurias que la rodean; no frena apetitos ni pasiones. Es un camino ancho; hay muchas sendas en este; hay opciones de caminos pecaminosos. Hay multitudes en este camino. Pero, ¿qué provecho hay en estar dispuesto a irse al infierno con los demás, porque ellos no irán al cielo con nosotros? El camino a la vida eterna es angosto. No estamos en el cielo tan pronto como pasamos por la puerta angosta. Hay que negar el yo, mantener el cuerpo bajo control, y mortificar las corrupciones. Hay que resistir las tentaciones diarias; hay que cumplir los deberes. Debemos velar en todas las cosas y andar con cuidado; y tenemos que pasar por mucha tribulación. No obstante, este camino nos invita a todos; lleva a la vida; al consuelo presente en el favor de Dios, que es la vida del alma; a la bendición eterna, cuya esperanza al final de nuestro camino debe

facilitarnos todas las dificultades del camino. Esta simple declaración de Cristo ha sido descartada por muchos que se han dado el trabajo de hacerla desparecer con explicaciones pero, en todas la épocas el discípulo verdadero de Cristo ha sido mirado como una personalidad singular, que no está de moda; y todos los que se pusieron del lado de la gran mayoría, se han ido por el camino ancho a la destrucción. Si servimos a Dios, debemos ser firmes en nuestra religión. —¿Podemos oír a menudo sobre la puerta estrecha y el camino angosto y que son pocos los que los hallan, sin dolernos por nosotros mismos o sin considerar si entramos al camino angosto y cuál es el avance que estamos haciendo ahí?

Vv. 15—20. Nada impide tanto a los hombres pasar por la puerta estrecha y llegar a ser verdaderos seguidores de Cristo, como las doctrinas carnales, apaciguadoras y halagadoras de quienes se oponen a la verdad. Estos pueden conocerse por el arrastre y los efectos de sus doctrinas. Una parte de sus temperamentos y conductas resulta contraria a la mente de Cristo. Las opiniones que llevan a pecar no vienen de Dios.

Vv. 21—29. Aquí Cristo muestra que no bastará reconocerlos como nuestro Amo sólo de palabra y lengua. Es necesario para nuestra dicha que creamos en Cristo, que nos arrepintamos de pecado, que vivamos una vida santa, que nos amemos unos a otros. Esta es su voluntad, nuestra santificación. —Pongamos cuidado de no apoyarnos en los privilegios y obras externas, no sea que nos engañemos y perezcamos eternamente con una mentira a nuestra derecha, como lo hacen multitudes. Que cada uno que invoca el nombre de Cristo se aleje de todo pecado. Hay otros cuya religión descansa en el puro oír, sin ir más allá; sus cabezas están llenas de nociones vacías. Estas dos clases de oidores están representados por los dos constructores. Esta parábola nos enseña a oír y hacer los dichos del Señor Jesús: algunos pueden parecer duros para carne y sangre, pero deben hacerse. Cristo está puesto como cimiento y toda otra cosa fuera de Cristo es arena. Algunos construyen sus esperanzas en la prosperidad mundanal; otros, en una profesión externa de religión. Sobre estas se aventuran, pero esas son todo arena, demasiado débiles para soportar una trama como nuestras esperanzas del cielo. —Hay una tormenta que viene y probará la obra de todo hombre. Cuando Dios quita el alma, ¿dónde está la esperanza del hipócrita? La casa se derrumbó en la tormenta, cuando más la necesitaba el constructor, y esperaba que le fuera un refugio. Se cayó cuando era demasiado tarde para edificar otra. El Señor nos haga constructores sabios para la eternidad. Entonces, nada nos separará del amor de Cristo Jesús. —Las multitudes se quedaban atónitas ante la sabiduría y el poder de la doctrina de Cristo. Este sermón, tan a menudo leído, siempre es nuevo. Cada palabra prueba que su Autor es divino. Seamos cada vez más decididos y fervientes, y hagamos de una u otra de estas bienaventuranzas y gracias cristianas, el tema principal de nuestros pensamientos, por semanas seguidas. No descansemos en deseos generales y confusos al respecto, por los cuales podemos captar todo, pero sin retener nada.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1. *Multitudes siguen a Cristo.* 2—4. *Sana a un leproso.* 5—13. *Sanidad del siervo de un centurión.* 14—17. *Sanidad de la suegra de Pedro.* 18—22. *La promesa entusiasta del escriba.* 23—27. *Cristo en una tempestad.* 28—34. *Sana a dos endemoniados.*

V. 1. Este versículo se refiere al final del sermón anterior. Aquellos a quienes Cristo se ha dado a conocer, desean saber más de Él.

Vv. 2—4. En estos versículos tenemos el relato de la limpieza de un leproso hecha por Cristo; el leproso se acercó a Él y lo adoró como a Uno investido de poder divino. Esta purificación no sólo nos guía a acudir a Cristo, que tiene poder sobre las enfermedades físicas, para la sanidad de ellas; también nos enseña la manera de apelar a Él. Cuando no podemos estar seguros de la voluntad de Dios, podemos estar seguros de su sabiduría y misericordia. Por grande que sea la culpa, en la sangre de Cristo hay aquello que la expía; ninguna corrupción es tan fuerte que no haya en su gracia lo que puede someterla. Para ser purificados debemos encomendarnos a su piedad; no podemos demandarlo como deuda; debemos pedirlo humildemente como un favor. —Quienes por fe apelan a Cristo por misericordia y gracia, pueden estar seguros de que Él les está dando libremente la misericordia y la gracia que ellos así procuran. Benditas sean las aflicciones que nos llevan a conocer a Cristo, y nos hacen buscar su ayuda y su salvación. —Quienes son limpios de su lepra espiritual, vayan a los ministros de Cristo y expongan su caso, para ser aconsejados, consolados y para que oren por ellos.

Vv. 5—13. Este centurión era pagano, un soldado romano. Aunque era soldado, no obstante, era un buen hombre. Ninguna vocación ni posición del hombre será excusa para la incredulidad y el pecado. Véase cómo expone el caso de su siervo. Debemos interesarnos por las almas de nuestros hijos y siervos, espiritualmente enfermos, que no sienten los males espirituales, y no conocen lo que es espiritualmente bueno; debemos llevarlos a Cristo por fe y por la oración. —Obsérvese su humillación. Las almas humildes se hacen más humildes por la gracia de Cristo en el trato con ellos. Obsérvese su gran fe. Mientras menos nos fiemos de nosotros mismos, más fuerte será nuestra confianza en Cristo. Aquí el centurión le reconoce mando con poder divino y pleno sobre todas las criaturas y poderes de la naturaleza, como un amo sobre sus siervos. Este tipo de siervos debemos ser todos para Dios; debemos ir y venir, conforme a los mandatos de su palabra y las disposiciones de su providencia. —Pero cuando el Hijo del Hombre viene, encuentra poca fe, por tanto, halla poco fruto. Una profesión externa hace que se nos llame hijos del reino, pero si descansamos en eso, y nada más podemos mostrar, seremos desechados. —El siervo obtuvo la sanidad de su enfermedad y el amo obtuvo la aprobación de su fe. Lo que se le dijo a él, se dice a todos: Cree y recibirás; sólo cree. Véase el poder de Cristo y el poder de la fe. La curación de nuestras almas es, de inmediato, el efecto y la prueba de nuestro interés en la sangre de Cristo.

Vv. 14—17. Pedro tenía una esposa aunque era apóstol de Cristo, lo que demuestra que aprobaba el estado del matrimonio, siendo bondadoso con la madre de la esposa de Pedro. La iglesia de Roma, que prohíbe que sus ministros se casen, contradice a este apóstol, sobre el cual tanto se apoyan. Tenía a su suegra consigo en su familia, lo que es ejemplo de ser bueno con nuestros padres. En la sanidad espiritual, la Escritura dice la palabra, el Espíritu da el toque, toca el corazón, toca la mano. Aquellos que se recuperan de una fiebre suelen estar débiles por un tiempo; pero para mostrar que esta curación estaba por sobre el poder de la naturaleza, la mujer estuvo tan bien que de inmediato se dedicó a los quehaceres de la casa. —Los milagros que hizo Jesús fueron publicados ampliamente, de modo que muchos se agolparon viniendo a Él, y sanó a todos los que estaban enfermos, aunque el paciente estuviera muy débil y el caso fuera de lo peor. Muchas son las enfermedades y las calamidades del cuerpo a las que estamos propensos; y hay más en esas palabras del evangelio que dicen que Jesucristo llevó nuestras enfermedades y nuestros dolores, para sostenernos y consolarnos cuando estamos sometidos a ellos, que en todos los escritos de los filósofos. No nos quejemos por el trabajo, el problema o el gasto al hacer el bien al prójimo.

Vv. 18—22. Uno de los escribas se apresuró a prometer; se dice cercano seguidor de Cristo. Parece muy resuelto. Muchas decisiones religiosas son producidas por una súbita convicción de pecado, y asumidas sin una debida reflexión; estas llegan a nada. Cuando este escriba ofreció seguir a Cristo, se podría pensar que Jesús debió sentirse animado; un escriba podía dar más crédito y servicio que doce pescadores; pero Cristo vio su corazón, y respondió a sus pensamientos, y, enseña

a todos cómo ir a Cristo. Su resolución parece surgir de un principio mundano y codicioso; pero Cristo no tenía dónde reclinar su cabeza, y si él lo seguía, no debía esperar que le fuera mejor. Tenemos razón para pensar que este escriba se alejó. —Otro era demasiado lento. La demora en hacer es, por un lado, tan mala como la prisa para resolver por el otro. Pidió permiso para ocuparse de enterrar a su padre, y luego se pondría al servicio de Cristo. Esto parecía razonable aunque no era justo. No tenía celo verdadero por la obra. Enterrar al muerto, especialmente a un padre muerto, es una buena obra, pero no es tu obra en este momento. Si Cristo requiere nuestro servicio, debe cederse aun el afecto por los parientes más cercanos y queridos, y por las cosas que no son nuestro deber. A la mente sin disposición nunca le faltan las excusas. Jesús le dijo: Sígueme, y, sin duda, salió poder con esta palabra para él como para los otros; siguió a Cristo y se aferró de Él. El escriba dijo, yo te seguiré; a este otro hombre Cristo le dijo: Sígueme; comparándolos, se ve que somos llevados a Cristo por la fuerza de su llamado personal, Romanos ix, 16.

Vv. 23—27. Consuelo para quienes se hacen a la mar en barcos, y suelen peligrar allí, es reflexionar que tienen un Salvador en quien confiar y al cual orar, que sabe qué es estar en el agua y estar en tormentas. Quienes están pasando por el océano de este mundo con Cristo, deben esperar tormentas. —Su naturaleza humana, semejante a nosotros en todo, pero sin pecado, estaba fatigada y se durmió en ese momento para probar la fe de sus discípulos. Ellos fueron a su Maestro en su temor. Así es en el alma; cuando las lujurias y las tentaciones se levantan y rugen, y Dios está, al parecer, dormido a lo que ocurre, esto nos lleva al borde de la desesperación. Entonces, se clama por una palabra de su boca: Señor Jesús, no te quedes callado o estoy acabado. Muchos que tienen fe verdadera son débiles en ella. Los discípulos de Cristo eran dados a inquietarse con temores en un día tempestuoso; se atormentaban a sí mismos con que las cosas estaban mal para ellos, y con pensamientos desalentadores de que vendrá algo peor. Las grandes tormentas de la duda y temor en el alma, bajo el poder del espíritu de esclavitud, suelen terminar en una calma maravillosa, creada y dirigida por el Espíritu de adopción. —Ellos quedaron estupefactos. Nunca habían visto que una tormenta fuera de inmediato calmada a la perfección. El que puede hacer esto, puede hacer cualquier cosa, lo que estimula la confianza y el consuelo en Él, en el día más tempestuoso de adentro o de afuera, Isaías xxvi, 4.

Vv. 28—34. Los demonios nada tienen que ver con Cristo como Salvador; ellos no tienen ni esperan ningún beneficio de Él. ¡Oh, la profundidad de este misterio del amor divino: que el hombre caído tenga tanto que ver con Cristo, cuando los ángeles caídos nada tienen que ver con Él! Hebreos ii, 16. Seguramente que aquí sufrieron un tormento, al ser forzados a reconocer la excelencia que hay en Cristo, y aún así, no tener parte con Él. Los demonios no desean tener nada que ver con Cristo *como Rey.* Véase qué lenguaje hablan quienes no tendrán nada que ver con el evangelio de Cristo. Pero no es verdad que los demonios no tengan nada que ver con Cristo *como Juez*, porque tienen que ver, y lo saben; así es para con todos los hijos de los hombres. —Satanás y sus instrumentos no pueden ir más allá de lo que el Señor permita; ellos deben dejar la posesión cuando Él manda. No pueden romper el cerco de protección en torno a su pueblo; ni siquiera pueden entrar en un cerdo sin su permiso. —Recibieron el permiso. A menudo Dios permite, por objetivos santos y sabios, los esfuerzos de la ira de Satanás. Así, pues, el diablo apresura a la gente a pecar; los apura a lo que han resuelto en contra, de lo cual saben que será vergüenza y pena para ellos: miserable es la condición de los que son llevados cautivos por él a su voluntad. —Hay muchos que prefieren sus cerdos al Salvador y, así, no alcanzan a Cristo y la salvación por Él. Ellos desean que Cristo se vaya de sus corazones, y no soportan que Su Palabra tenga lugar en ellos, porque Él y su palabra destruirían sus concupiscencias brutales, eso que se entrega a los cerdos como alimento. Justo es que Cristo abandone a los que están cansados de Él; y después diga: Apartaos, malditos, a quienes ahora le dicen al Todopoderoso: Véte de nosotros.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—8. *Jesús regresa a Capernaum y sana a un paralítico.* 9. *Llamado a Mateo.* 10—13. *Mateo, o la fiesta de Leví.* 14—17. *Objeciones de los discípulos de Juan.* 18—26. *Cristo resucita a la hija de Jairo.—Sana el flujo de sangre.* 27—31. *Sana a dos ciegos.* 32—34. *Cristo echa fuera un espíritu mudo.* 35—38. *Envía a los apóstoles.*

Vv. 1—8. La fe de los amigos del paralítico al llevarlo a Cristo era una fe firme; ellos creían firmemente que Jesucristo podía y querría sanarlo. Una fe fuerte no considera los obstáculos al ir en busca de Cristo. Era una fe humilde; ellos lo llevaron a esperar en Cristo. Era una fe activa. El pecado puede ser perdonado, pero no ser eliminada la enfermedad; la enfermedad puede ser quitada, pero no perdonado el pecado: pero si tenemos el consuelo de la paz con Dios, con el consuelo de la recuperación de la enfermedad, esto hace que, sin duda, la sanidad sea una misericordia. Esto no es exhortación para pecar. Si tú llevas tus pecados a Jesucristo, como tu enfermedad y tu desgracia para ser curados de esto, y librados de aquello, es bueno; pero ir con ellos, como tus amores y deleites, pensando aún en retenerlos y recibirlo a Él, es un tremendo error, un engaño miserable. La gran intención del bendito Jesús en la redención que obró, es separar nuestros corazones del pecado. —Nuestro Señor Jesús tiene perfecto conocimiento de todo lo que decimos dentro de nosotros mismos. Hay mucho mal en los pensamientos pecaminosos, que es muy ofensivo para el Señor Jesús. A Cristo le interesa mostrar que su gran misión al mundo era salvar a su pueblo de sus pecados. Dejó el debate con los escribas y pronunció las palabras de salud al enfermo. No sólo no tuvo más necesidad de que lo llevaran en su lecho, sino que tuvo fuerzas para llevarlo él. Dios debe ser glorificado en todo el poder que se da para hacer el bien.

Vv. 9. Mateo fue en su llamado, como los demás a los que Cristo llamó. Como Satanás viene con sus tentaciones al ocioso, así viene Cristo con sus llamados a los que están ocupados. Todos tenemos natural aversión a ti, oh Dios; llámanos a seguirte; atráenos por tu poderosa palabra y correremos en pos de ti. Habla por la palabra del Espíritu a nuestros corazones, el mundo no puede retenernos, Satanás no puede detener nuestro camino, nos levantaremos y te seguiremos. Cristo como autor, y su palabra como el medio, obra un cambio salvador en el alma. Ni el cargo de Mateo ni sus ganancias, pudieron detenerlo cuando Cristo lo llamó. Él lo dejó todo, y aunque después, ocasionalmente, a los discípulos que eran pescadores los hallamos pescando otra vez, nunca más encontramos a Mateo en sus ganancias pecaminosas.

Vv. 10—13. Algún tiempo después de su llamado, Mateo procuró llevar a sus antiguos socios a que oyeran a Cristo. Sabía por experiencia lo que podía hacer la gracia de Cristo y no se desesperó al respecto. Los que son eficazmente llevados a Cristo no pueden sino desear que los demás también sean llevados a Él. —Aquellos que suponen que sus almas están sin enfermedad no acogerán al Médico espiritual. Este era el caso de los fariseos; ellos despreciaron a Cristo porque se creían íntegros; pero los pobres publicanos y pecadores sentían que les faltaba instrucción y enmienda. Fácil es, y también corriente, poner las peores interpretaciones sobre las mejores palabras y acciones. Puede sospecharse con justicia que los que no tienen la gracia de Dios, no se complacen con que otros la consigan. Aquí se llama misericordia que Cristo converse con los pecadores, porque fomentar la conversión de las almas es el mayor acto de misericordia. —El llamado del evangelio es un llamado al arrepentimiento; un llamado para que cambiemos nuestro modo de pensar y cambiemos nuestros caminos. Si los hijos de los hombres no fueran pecadores no hubiera sido necesario que Cristo viniera a ellos. *Examinemos* si hemos investigado nuestra enfermedad y si hemos aprendido a seguir las órdenes de nuestro gran Médico.

Vv. 14—17. En esta época Juan estaba preso; sus circunstancias, su carácter, y la naturaleza del mensaje que fue enviado a dar, guió a los que estaban peculiarmente afectos a él, a realizar ayunos frecuentes. Cristo los refirió al testimonio que Juan da de Él, Juan iii, 29. Aunque no cabe duda de que Jesús y sus discípulos vivieron en forma frugal y económica, sería impropio que sus discípulos ayunaran mientras tenían el consuelo de su presencia. Cuando está con ellos, todo está bien. La presencia del sol hace el día, y su ausencia produce la noche. —Nuestro Señor les recuerda luego las reglas comunes de la prudencia. No se acostumbraba tomar un pedazo de tela de lana cruda, que nunca había sido preparada, para coserla a un traje viejo, porque no se uniría bien con el ropaje viejo y suave, sino que lo desgarraría aún más, y la rasgadura sería peor. Ni tampoco los hombres echaban vino nuevo en odres viejos, que iban a podrirse y se reventarían por la fermentación del vino; al poner el vino nuevo en odres nuevos y fuertes, ambos serían preservados. Se requiere gran prudencia y cautela para que los nuevos convertidos no reciban ideas sombrías y prohibitorias del servicio de nuestro Señor; antes bien serán estimulados en los deberes a medida que sean capaces de soportarlos.

Vv. 18—26. La muerte de nuestros familiares debe llevarnos a Cristo que es nuestra vida. Gran honor para los reyes más grandes es esperar en el Señor; y los que reciban misericordia de Cristo deben honrarle. La variedad de métodos que Cristo usó para hacer sus milagros quizá se debió a las diferentes disposiciones mentales y temperamentos con que venían los que a Él acudían; todo esto lo conocía perfectamente Aquel que escudriña los corazones. —Una pobre mujer apeló a Cristo y recibió de Él misericordia, al pasar por el camino. Si sólo tocásemos, como si así fuera, el borde de la túnica de Cristo por fe viva, serán sanados nuestros peores males; no hay otra cura verdadera ni tenemos que temer que sepa cosas que son dolor y carga para nosotros, y que no las contaríamos a ningún amigo terrenal. —Cuando Cristo entró a la casa del hombre principal dijo: Apartaos. A veces, cuando prevalece el dolor del mundo, es difícil que entren Cristo y sus consolaciones. La hija del principal estaba realmente muerta, pero no para Cristo. La muerte del justo, de manera especial, debe ser considerada sólo un dormir. —Las palabras y las obras de Cristo pueden no ser entendidas al comienzo, aunque por eso no deben ser despreciadas. La gente fue fortalecida. Los escarnecedores que se ríen de lo que no entienden no son testigos apropiados de las maravillosas obras de Cristo. Las almas muertas no son resucitadas a la vida espiritual, a menos que Cristo las tome de la mano: está hecho en el día de su poder. Si este solo caso en que Cristo resucitó a un muerto reciente, aumentó tanto su fama, ¡qué será su gloria cuando todos los que están en los sepulcros oigan su voz y salgan; los que hicieron bien a resurrección de la vida, y los que hicieron mal, a resurrección de condenación!

Vv. 27—31. En esa época los judíos esperaban que apareciera el Mesías; estos ciegos supieron y proclamaron en las calles de Capernaum que había venido, y que era Jesús. Los que, por la providencia de Dios, han perdido la vista física, por gracia de Dios, pueden tener plenamente iluminados los ojos de su entendimiento. Sean las que sean nuestras necesidades y cargas, no necesitamos más provisión y apoyo que participar en la misericordia de nuestro Señor Jesús. En Cristo hay suficiente para todos. —Ellos lo siguieron gritando en voz alta. Iba a probar su fe, y nos enseñaría a orar siempre y no desmayar, aunque la respuesta no llegue de inmediato. Ellos siguieron a Cristo y lo siguieron clamando, pero la gran pregunta es: ¿Crees tú? La naturaleza puede hacernos fervorosos, pero es sólo la gracia la que puede obrar la fe. —Cristo tocó sus ojos. Él da vista a las almas ciegas por el poder de su gracia que va unida a su palabra, e imparte la cura sobre la fe de ellos. Los que apelan a Jesucristo serán tratados, no conforme a sus fantasías ni a su profesión, sino conforme a su fe. —A veces Cristo ocultaba sus milagros porque no quería dar pie al engaño que prevalecía entre los judíos de que su Mesías sería un príncipe temporal, y así, dar ocasión a que el pueblo intentara tumultos y sediciones.

Vv. 32—34. De ambos, mejor es un demonio mudo que uno que blasfeme. Las curas de Cristo van a la raíz, y eliminan el efecto quitando la causa; abren los labios rompiendo el poder de Satanás en el alma. —Nada puede convencer a quienes están bajo el poder del orgullo. Creerán cualquier cosa, por falsa o absurda que sea, antes que las Sagradas Escrituras; así, muestran la enemistad de sus corazones contra el santo Dios.

Vv. 35—38. Jesús visitó no sólo las ciudades grandes y ricas, sino las aldeas pobres y oscuras, y allí predicó, y sanó. Las almas de los más viles del mundo son tan preciosas para Cristo, y deben serlo para nosotros, como las almas de los que más figuren. Había sacerdotes, levitas, y escribas en toda la tierra; pero eran pastores de ídolos, Zacarías xi, 17; por tanto, Cristo tuvo compasión del pueblo como ovejas desamparadas y dispersas, como hombres que perecen por falta de conocimiento. A la fecha hay multitudes enormes que son como ovejas sin pastor, y debemos tener compasión y hacer todo lo que podamos para ayudarles. Las multitudes deseosas de instrucción espiritual formaban una cosecha abundante que necesitaba muchos obreros activos; pero pocos merecían ese carácter. Cristo es el Señor de la mies. Oremos que muchos sean levantados y enviados a trabajar para llevar almas a Cristo. Es señal de que Dios está por conceder alguna misericordia especial a un pueblo cuando los invita a orar por ello. Las misiones encomendadas a los obreros como respuesta a la oración, son las que más probablemente tengan éxito.

CAPÍTULO X

Versículos 1—4. *Llamado a los apóstoles.* 5—15. *Los apóstoles son instruidos y enviados.* 16—42. *Instrucciones para los apóstoles.*

Vv. 1—4. La palabra “apóstol” significa mensajero; ellos eran los mensajeros de Cristo enviados a proclamar su reino. Cristo les dio poder para sanar toda clase de enfermedades. En la gracia del evangelio hay un bálsamo para cada llaga, un remedio para cada dolencia. No hay enfermedad espiritual si no hay poder en Cristo para curarla. Sus nombres están escritos y eso es su honra; pero ellos tenían más razón para regocijarse en que sus nombres estuvieran escritos en el cielo, mientras los nombres altos y poderosos de los grandes de la tierra están enterrados en el polvo.

Vv. 5—15. No se debe llevar el evangelio a los gentiles hasta que los judíos lo hayan rechazado. Esta limitación a los apóstoles fue sólo para su primera misión. —Doquiera fueran debían proclamar: El reino de los cielos se ha acercado. Ellos *predicaron* para establecer la fe; *el reino* para animar la esperanza; *de los cielos* para inspirar el amor a las cosas celestiales y el desprecio por las terrenales; que *se ha acercado*, para que los hombres se preparen sin tardanza. —Cristo dio poder para hacer milagros como confirmación de su doctrina. Esto no es necesario ahora que el reino de Dios vino. Muestra que la intención de la doctrina que predicaban era sanar almas enfermas y resucitar a los que estaban muertos en pecado. —Al proclamar el evangelio de la gracia gratuita para sanidad y salvación de las almas de los hombres, debemos por sobre todo evitar la aparición del espíritu del asalariado. —Se les dice qué hacer en las ciudades y pueblos desconocidos. El siervo de Cristo es embajador de la paz en cualquier parte donde sea enviado. Su mensaje es hasta para los pecadores más viles, aunque les corresponde buscar a las mejores personas de cada lugar. Nos conviene orar de todo corazón por todos y conducirnos cortésmente con todos. —Se les da instrucciones sobre cómo actuar con los que les rechacen. Todo el consejo de Dios debe ser declarado y a los que no escuchen el mensaje de gracia, se les debe mostrar que su estado es peligroso. Esto debe ser tomado muy en serio por todos los que oyen el evangelio, no sea que sus privilegios les sirvan sólo para aumentar su condena.

Vv. 16—42. Nuestro Señor advierte a sus discípulos que se preparen para la persecución. Ellos tenían que evitar todas las cosas que den ventaja a sus enemigos, toda intromisión en los afanes políticos o mundanos, toda apariencia de mal o egoísmo, y todas las medidas clandestinas. Cristo predice dificultades no sólo para que los trastornos no sean sorpresa sino para que ellos puedan confirmar su fe. Les dice que deben sufrir y de quiénes. Así, Cristo nos ha tratado fiel y equitativamente, diciéndonos lo peor que podemos hallar en su servicio; y quiere que así nos tratemos a nosotros mismos, al sentarnos a calcular el costo. —Los perseguidores son peores que las bestias, porque hacen presa de los mismos de su especie. Los lazos de amor y deber más sólidos a menudo se han roto por enemistad contra Cristo. Los sufrimientos de parte de amistades y parientes son muy dolorosos; nada hiere más. Simplemente parece que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución; y debemos esperar que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios. —En esta predicción de problemas, hay consejos y consuelo para los momentos de prueba. Los discípulos de Cristo son odiados y perseguidos como serpientes, y se procura su ruina, y necesitan la sabiduría de la serpiente, pero la sencillez de las palomas. No sólo no dañen a nadie sino que no le tengan mala voluntad a nadie. Debe haber cuidado prudente, pero no deben dejarse dominar por pensamientos de angustia y confusión; que esta preocupación sea echada sobre Dios. Los discípulos de Cristo deben pensar más en hacer el bien que en hablar bien. En el caso de gran peligro, los discípulos de Cristo pueden salirse del camino peligroso, aunque no deben salirse del camino del deber. No se deben usar medios pecaminosos e ilícitos para escapar; porque entonces, no es una puerta que Dios ha abierto. El temor al hombre le pone una trampa, una trampa de confusión que perturba nuestra paz; una trampa que enreda, por la cual somos atraídos al pecado; y, por tanto, se debe luchar y orar en su contra. La tribulación, la angustia y la persecución no pueden quitarles el amor de Dios por ellos o el de ellos por Él. Temed a aquel que puede destruir cuerpo y alma en el infierno. —Ellos deben dar su mensaje públicamente, porque todos están profundamente preocupados de la doctrina del evangelio. Hay que dar a conocer todo el consejo de Dios, Hechos xx, 27. Cristo les muestra por qué deben estar de buen ánimo. Sus sufrimientos testifican contra los que se oponen a su evangelio. Cuando Dios nos llama a hablar por Él, podemos depender de Él para que nos enseñe qué decir. Una perspectiva fiel del final de nuestras aflicciones será muy útil para sostenernos cuando estemos sometidos a ellas. El poder será conforme al día. De gran aliento para los que están haciendo la obra de Dios es que sea una obra que ciertamente será hecha. —Véase cómo el cuidado de la providencia se extiende a todas las criaturas, aun a los gorriones. Esto debe acallar todos los temores del pueblo de Dios: Vosotros valéis más que muchos gorriones. Los mismos cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Esto denota la cuenta que Dios hace y mantiene de su pueblo. Nuestro deber es no sólo creer en Cristo, sino profesar esa fe, sufriendo por Él, cuando somos llamados a ello, como asimismo a servirlo. Aquí sólo se alude a la negación de Cristo que es persistente, y esa confesión sólo puede tener la bendita recompensa aquí prometida, que es el lenguaje verdadero y constante del amor y la fe. La religión vale todo; todos los que creen su verdad, llegarán al premio y harán que todo lo demás se rinda a ello. Cristo nos guiará a través de los sufrimientos para gloriarnos con Él. Los mejores preparados para la vida venidera son los que están más libres de esta vida presente. —Aunque la bondad hecha a los discípulos de Cristo sea sumamente pequeña, será aceptada cuando haya ocasión para ella y no haya capacidad de hacer más. Cristo no dice que merezcan recompensa, porque no podemos merecer nada de la mano de Dios; pero recibirán un premio de la dádiva gratuita de Dios. Confesemos osadamente a Cristo y mostremos nuestro amor por Él en todas las cosas.

CAPÍTULO XI

Versículos 1. *La prédica de Cristo.* 2—6. *La respuesta de Cristo a los discípulos de Juan.* 7—15. *El testimonio de Cristo acerca de Juan el Bautista.* 16—24. *La perversidad de los judíos.* 25—30. *El evangelio revelado al simple.—Invitación a los cargados.*

V. 1. Nuestro divino Redentor nunca se cansó de su obra de amor; y nosotros no debemos agotarnos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no desfallecemos.

Vv. 2—6. Algunos piensan que Juan envió a preguntar esto para su satisfacción. Donde hay verdadera fe, puede aún haber una mezcla de duda. La incredulidad remanente en los hombres buenos puede, en la hora de tentación, cuestionar a veces las verdades más importantes. Pero esperamos que la fe de Juan no fallara en este asunto, y que él sólo deseara verla fortalecida y confirmada. Otros piensan que Juan envió a sus discípulos a Cristo para satisfacción de ellos. —Cristo les señala lo que han oído y visto. La condescendencia y la compasión de la gracia de Cristo por los pobres muestran que Él era quien debía traer al mundo las tiernas misericordias de nuestro Dios. —Las cosas que los hombres ven y oyen, comparadas con las Escrituras, dirigen el camino en que se debe hallar la salvación. Cuesta vencer prejuicios, y peligroso es no vencerlos, pero los que creen en Cristo, verán que su fe será hallada mucho más para la alabanza, honra y gloria.

V. 7—15. Lo que Cristo dijo acerca de Juan no sólo fue para elogiarlo, sino para provecho del pueblo. Los que oyen la palabra serán llamados a dar cuenta de su provecho. ¿Pensamos que se termina el cuidado cuando se termina el sermón? No, entonces empieza el mayor de los cuidados. —Juan era un hombre abnegado, muerto para todas las pompas del mundo y los placeres de los sentidos. Conviene que la gente, en todas sus apariencias, sea coherente con su carácter y situación. —Juan era hombre grande y bueno, pero no perfecto; por tanto, no alcanzó la estatura de los santos glorificados. El menor en el cielo sabe más, ama más, y hace más alabando a Dios y recibe más de Él que el más grande de este mundo. Pero por el reino de los cielo aquí se debe entender más bien al reino de la gracia, la dispensación del evangelio en su poder y pureza. ¡Cuánta razón tenemos para estar agradecidos que nuestra suerte esté echada en los días del reino de los cielos, bajo tales ventajas de luz y amor! —Hay multitudes que fueron traídas por el ministerio de Juan y llegaron a ser discípulos suyos. Y hubo quienes lucharon por un lugar en este reino, que nadie pensaría que tenían derecho ni título para eso, y parecieron ser intrusos. Nos muestra cuánto fervor y celo se requiere de todos. Hay que negar el yo; hay que cambiar la inclinación, la disposición y el temperamento de la mente. Los que tengan un interés en la salvación grandiosa, lo tendrán a cualquier costo, y no pensarán que es difícil ni la dejarán ir sin una bendición. Las cosas de Dios son de preocupación grande y común. Dios no requiere más de nosotros que el uso justo de las facultades que nos ha dado. La gente es ignorante porque no quiere aprender.

Vv. 16—24. Cristo reflexiona en los escribas y fariseos que tenían un orgulloso concepto de sí. Compara la conducta de ellos con el juego de los niños que, enojándose sin razón, rebaten todos los intentos de sus compañeros por complacerlos, o para que se unan a los juegos para los cuales acostumbraban reunirse. —Las objeciones capciosas de los hombres mundanos son a menudo muy burlonas y demuestran gran malicia. Algo tienen que criticar de todos por excelente y santo que sea. Cristo, que era inmaculado, y apartado de los pecadores, aquí se presenta junto con ellos y contaminado por ellos. La inocencia más inmaculada no siempre será defensa contra el reproche. —Cristo sabía que los corazones de los judíos eran más enconados y endurecidos contra sus milagros y doctrinas que los de Tiro y Sidón; por tanto, su condenación será mayor. El Señor ejerce su omnipotencia, pero no castiga más de lo que merecen y nunca retiene el conocimiento de la verdad de aquellos que lo anhelan.

Vv. 25—30. Corresponde a los hijos ser agradecidos. Cuando vamos a Dios como Padre, debemos recordar que Él es el Señor de cielo y tierra, lo cual nos obliga a ir a Él con reverencia en cuanto es Señor soberano de todo; aunque con confianza como a Quien es capaz de defendernos del mal y proporcionarnos todo bien. —Nuestro bendito Señor agregó una declaración notable: que el Padre había puesto en Sus manos todo poder, autoridad y juicio. Estamos endeudados con Cristo por toda la revelación que tenemos de la voluntad y el amor de Dios Padre, aun desde que Adán pecó. —Nuestro Salvador ha invitado a todos los que trabajan fuerte y están muy cargados que vayan a Él. En algunos sentidos, todos los hombres están así. Los hombres mundanos se recargan con preocupaciones estériles por la riqueza y los honores; el alegre y sensual se esfuerza en pos de los placeres; el esclavo de Satanás y sus propias lujurias es el siervo más esclavizado de la tierra. Los que trabajan duro por establecer su propia justicia, también trabajan en vano. El pecador convicto está muy cargado de culpa y terror; y el creyente tentado y afligido tiene trabajos duros y cargas. Cristo los invita a todos a que vayan a Él en pos de reposo para sus almas. Él solo da esta invitación: los hombres van a Él cuando, sintiendo su culpa y miseria, y creyendo su amor y poder para socorrer, lo buscan con oración ferviente. Así, pues, es deber e interés de los pecadores trabajados y cargados, ir a Jesucristo. Este es el llamado del evangelio: quienquiera que quiera, venga. Todos los que así van recibirán reposo como regalo de Cristo, y obtendrán paz y consuelo en su corazón. Pero al ir a Él deben tomar su yugo y someterse a su autoridad. Deben aprender de Él todas las cosas acerca de su consuelo y obediencia. Él acepta al siervo dispuesto, por imperfectos que sean sus servicios. Aquí podemos hallar reposo para nuestras almas, y sólo aquí. —Ni tenemos que temer su yugo. Sus mandamientos son santos, justos y buenos. Requiere negarse a sí mismo y trae dificultades, pero esto es abundatemente recompensado, ya en este mundo, por la paz y el gozo interior. Es un yugo forrado con amor. Tan poderosos son los socorros que nos da, tan adecuadas las exhortaciones, y tan fuertes las consolaciones que se encuentran en el camino del deber, que podemos decir verdaderamente, que es un yugo grato. El camino del deber es el camino del reposo. Las verdades que enseña Cristo son tales que podemos aventurar por ellas nuestra alma. —Tal es la misericordia del Redentor, y ¿por qué debe el pecador laborioso y cargado buscar reposo en alguna otra parte? Vamos diariamente a Él en busca de la liberación de la ira y de la culpa, del pecado y de Satanás, de todas nuestras preocupaciones, temores y dolores. Pero la obediencia forzada, lejos de ser fácil y liviana, es carga pesada. En vano nos acercamos a Jesús con nuestros labios mientras el corazón esté lejos de Él. Entonces, venid a Jesús para hallar reposo para vuestras almas.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—8. *Jesús defiende a sus discípulos por espigar en el día de reposo.* 9—13. *Jesús sana en el día de reposo al hombre de la mano seca.* 14—21. *Malicia de los fariseos.* 22—30. *Jesús sana a un endemoniado.* 31, 32. *Blasfemia de los fariseos.* 33—37. *Las malas palabras proceden de un corazón malo.* 38—45. *Escribas y fariseos reprendidos por pedir señales.* 46—50. *Los discípulos de Cristo son sus hermanos más cercanos.*

Vv. 1—8. Estando en los campos de trigo, los discípulos empezaron a sacar trigo: la ley de Dios lo permitía, Deuteronomio xxiii, 25. Esta era una magra provisión para Cristo y sus discípulos, pero se contentaban con eso. Los fariseos no discutieron con ellos por cortar el trigo de otro hombre, sino por hacerlo el día de reposo. Cristo vino a libertar a sus seguidores, no sólo de las corrupciones de los fariseos, sino de sus reglas antibíblicas, y justificó lo que ellos hicieron. El más grande no verá satisfechas sus concupiscencias, pero el menor verá que hay consideración por sus necesidades. Los trabajos en el día de reposo son legítimos si son necesarios, y el día de reposo es para fomentar, y no para obstaculizar la adoración. Se debe hacer la provisión necesaria para la salud y la comida, pero el

caso es muy diferente cuando se tienen sirvientes en casa, y las familias se vuelven escenario de apresuramientos y confusión en el día del Señor, para dar un festín a los visitantes o para darse un gusto. Cabe condenar cosas como esas y muchas otras que son comunes entre los profesantes. El descanso del día de reposo fue ordenado para bien del hombre, Deuteronomio, v, 14. No se debe entender ninguna ley en forma tal que contradiga su propia finalidad. Como Cristo es el Señor del día de reposo, es apropiado que dedique para sí el día y su obra.

Vv. 9—13. Cristo demuestra que las obras de misericordia son lícitas y propias para hacerlas en el día del Señor. Hay otras maneras de hacer el bien en los días de reposo además de los deberes de la adoración: atender al enfermo, aliviar al pobre, ayudar a los que necesitan alivio urgente, enseñar a los jóvenes a cuidar sus almas; estas obras hacen el bien: y deben hacerse por amor y caridad, con humildad y abnegación, y serán aceptadas, Génesis iv, 7. —Esto tiene un significado espiritual, como otras sanidades que obró Cristo. Por naturaleza nuestras manos están secas y por nosotros mismos somos incapaces de hacer nada que sea bueno. Sólo Cristo nos cura por el poder de su gracia; Él sana la mano seca poniendo vida en el alma muerta; obra en nosotros tanto el querer como el hacer: porque, con el mandamiento, hay una promesa de gracia dada por la palabra.

Vv. 14—21. Los fariseos hicieron consulta para hallar alguna acusación contra Jesús para condenarlo a muerte. Consciente de la intención de ellos, Él se retiró de ese lugar, porque su tiempo no había llegado. —El rostro no corresponde más exactamente al rostro reflejado en el agua, que el carácter de Cristo esbozado por el profeta con su temperamento y conducta descrito por los evangelistas. Encomendemos con alegre confianza nuestras almas a un Amigo tan bueno y fiel. Lejos de romperla, fortalecerá la caña quebrada; lejos de apagar el pábilo humeante, o casi extinguido, más bien Él soplará para avivar la llama. Desechemos las contiendas y los debates airados; recibámonos unos a otros como Cristo nos recibe. Y mientras estemos animados por la bondad de la gracia de nuestro Señor, debemos orar que su Espíritu repose en nosotros y nos haga capaces de imitar su ejemplo.

Vv. 22—30. Un alma sometida al poder de Satanás, y cautivada por él, está ciega a las cosas de Dios y muda ante el trono de la gracia; nada ve y nada dice a propósito. Satanás ciega los ojos con la incredulidad; y sella los labios de la oración. Mientras más gente magnificaba a Cristo, más deseosos de injuriarlo estaban los fariseos. Era evidente que si Satanás ayudaba a Jesús a expulsar demonios, ¡el reino del infierno estaba dividido contra sí mismo, entonces, cómo podría resistir! Y si decían que Jesús echaba fuera demonios por el príncipe de los demonios, no podían probar que sus hijos los echaran por algún otro poder. Hay dos grandes intereses en el mundo; y cuando los espíritus inmundos son expulsados por el Espíritu Santo, en la conversión de los pecadores a una vida de fe y obediencia, ha llegado a nosotros el reino de Dios. Todos los que no ayudan, ni se regocijan con esa clase de cambio, están contra Cristo.

Vv. 31, 32. He aquí una bondadosa seguridad del perdón de todo pecado en las condiciones del evangelio. Cristo sienta aquí el ejemplo para que los hijos de los hombres estén dispuestos para perdonar las palabras que se dicen contra ellos. Pero los creyentes humildes y conscientes son tentados, a veces, para que piensen que han cometido el pecado imperdonable, mientras los que más se aproximan a eso, rara vez tienen algún temor por ello. Podemos tener la seguridad de que los que indudablemente se arrepienten y creen el evangelio, no han cometido este pecado o algún otro de la misma clase; porque el arrepentimiento y la fe son dones especiales de Dios que no otorgaría a ningún hombre si estuviera decidido a no perdonarle; los que temen haber cometido este pecado, dan una buena señal de que no. El pecador tembloroso y contrito tiene en sí mismo el testimonio de que no es así en su caso.

Vv. 33—37. El idioma del hombre descubre de qué país procede, igualmente de qué clase de espíritu es. El corazón es la fuente, las palabras son los arroyos. Una fuente turbia y una corriente corrupta deben producir arroyos barrosos y desagradables. Nada sanará las aguas, sazonará el habla, ni purificará la comunicación corrupta sino la sal de la gracia, echada en la corriente. El hombre malo tiene un mal tesoro en su corazón, del cual el pecador saca las malas palabras y las malas acciones para deshonrar a Dios y herir al prójimo. Velemos continuamente sobre nosotros mismos para que podamos hablar plabras conformes al carácter cristiano.

Vv. 38—45. Aunque Cristo siempre está listo para oír y responder los deseos y las oraciones santas, los que piden mal, piden y, sin embargo, no tienen. Se dieron señales a los que las deseaban para confirmar su fe, como Abraham y Gedeón; pero se negaron a los que las exigían para excusar su incredulidad. La resurrección de Cristo de entre los muertos por su poder, aquí se llama señal de Jonás el profeta, y es la gran prueba de que Cristo era el Mesías. Como Jonás estuvo tres días y tres noches en el pez grande, y luego volvió a salir vivo, así estaría Cristo ese tiempo en la tumba y resucitaría. —Los ninivitas avergonzarían a los judíos por no arrepentirse; la reina de Saba los avergonzaría por no creer en Cristo. Nosotros no tenemos esos impedimentos, no vamos a Cristo con esas inseguridades. Esta parábola representa el caso de la iglesia y nación judía. También es aplicable a todos los que oyen la palabra de Dios y, se reforman en parte, pero no se convierten de verdad. El espíritu inmundo se va por un tiempo, pero cuando vuelve, encuentra que Cristo no está ahí para impedirle entrar; el corazón está barrido por la reforma externa, pero adornado por los preparativos para cumplir las malas sugerencias, y el hombre se vuelve enemigo más decidido de la verdad. Todo corazón es la residencia de espíritus inmundos, salvo los que son templo del Espíritu Santo, por fe en Cristo.

Vv. 46—50. La prédica de Cristo era simple, y familiar, y adecuada para sus oyentes. Su madre y sus hermanos estaban dentro, deseando oírle. Frecuentemente los que están más cerca de los medios de conocimiento y de gracia son los más negligentes. Somos buenos para descuidar lo que pensamos que podemos tener un día, olvidando que el mañana no es nuestro. A menudo nos topamos con obstáculos a nuestra obra, de parte de amigos que nos rodean, y sacados de los cuidados por las cosas de esta vida, de las preocupaciones de nuestra alma. —Cristo estaba tan dedicado a su obra que ningún deber natural o de otra índole lo apartaba de ella. No se trata que, so pretexto de la religión, seamos insolentes con los padres o malos con los padres, sino que el deber menor debe quedar a la espera mientras se hace el mayor. Dejemos a los hombres y aferrémonos a Cristo; miremos a todo cristiano, en cualquier condición de vida, como hermano, hermana, o madre del Señor de la gloria; amemos, respetemos y seamos amables con ellos por amor a Él y siguiendo su ejemplo.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—23. *La parábola del sembrador.* 24—30. 36—43. *La parábola de la cizaña.* 31—35. *Las parábolas de la semilla de mostaza y la levadura.* 44—52. *Las parábolas del tesoro escondido, la perla preciosa, la red arrojada al mar, y el dueño de casa.* 53—58. *Jesús es nuevamente rechazado en Nazaret.*

Vv. 1—23. Jesús se embarcó en una barca para ser menos presionado y para que la gente escuchara mejor. Con esto nos enseña en las circunstancias externas de la adoración a no desear lo que es majestuoso, sino hacer lo mejor de las facilidades que Dios nos asigna en su providencia. Cristo enseñaba con parábolas. Por medio de ellas simplificaba y hacía más fáciles las cosas de Dios para

los dispuestos a ser enseñados, y más difíciles y oscuras para los dispuestos a ser ignorantes. —La parábola del sembrador es clara. La semilla sembrada es la palabra de Dios. El sembrador es nuestro Señor Jesucristo, por sí o por sus ministros. Predicar a una multitud es sembrar el grano; no sabemos dónde brotará. Una clase de terreno, aunque nos demos mucho trabajo, no da fruto adecuado mientras la buena tierra da fruto con abundancia. Así ocurre en los corazones de los hombres, cuyos diferentes caracteres están aquí descritos como cuatro clases de terreno. —Los oyentes negligentes y frívolos son presas fáciles para Satanás que, como el gran homicida de las almas, es el gran ladrón de sermones, y con seguridad estará presto para robarnos la palabra si no tenemos el cuidado de obedecerla. —Los hipócritas, como el terreno pedregoso, suelen tener el comienzo de los cristianos verdaderos en su muestra de profesión de fe. Muchos de los que se alegran de oír un buen sermón, son los que no se benefician. Se les habla de la salvación gratuita, de los privilegios de los creyentes, y la felicidad del cielo; y, sin cambio de corazón, sin convicción permanente de su propia depravación, de su necesidad del Salvador o de la excelencia de la santidad, pronto profesan una seguridad sin fundamentos. Pero cuando una prueba pesada los amenaza o pueden tener una ventaja pecaminosa, se rinden u ocultan su profesión o se vuelven a un sistema más fácil. —Los afanes del mundo son apropiadamente comparados con las espinas, porque vinieron con el pecado y son fruto de la maldición; son buenos en su lugar para llenar un vacío, pero debe estar bien armado el hombre que tenga mucho que ver con ellos; enredan, afligen, arañan y su fin es ser quemados, Hebreos vi, 8. Los afanes del mundo son grandes obstáculos para tener provecho de la palabra de Dios. Lo engañoso de las riquezas obra el mal; no se puede decir que nos engañamos a menos que depositemos nuestra confianza en ellas, entonces ahogamos la buena semilla. —Lo que distinguió al buen terreno fue la fructificación. Por esto se distinguen los cristianos verdaderos de los hipócritas. Cristo no dice que la buena tierra no tenga piedras y espinas, sino que nada puede impedir que dé fruto. Todos no son iguales; debemos apuntar más alto para dar más fruto. El sentido del oído no puede ser mejor usado que para oír la palabra de Dios; y mirémonos a nosotros para que sepamos que clase de oyente es.

Vv. 24—30. 36—43. Esta parábola representa el estado presente y el futuro de la Iglesia del evangelio; el cuidado de Cristo por ella, la enemistad del diablo contra ella; la mezcla de buenos y malos que tiene en este mundo, y la separación entre ellos en el otro mundo. Tan proclive a pecar es el hombre caído que si el enemigo siembra, puede seguir su camino, y la cizaña brotará y hará daño; mientras cuando se siembra buena semilla, debe cuidarse, regarse y protegerse. Los siervos se quejan a su amo: Señor ¿no sembraste buena semilla en tu campo? Sin duda que sí; lo que sea que esté mal en la iglesia tengamos la seguridad que no es de Cristo. Aunque los transgresores groseros, y otros que se oponen abiertamente al evangelio, debieran ser separados de la sociedad de los fieles, sin embargo, no hay, destreza humana que pueda efectuar una separación precisa. Los que se oponen no deben ser sacados sino instruidos, y con mansedumbre. Y aunque los buenos y los malos estén juntos en este mundo, sin embargo, en el día grande del juicio serán separados; entonces serán claramente conocidos el justo y el impío; a veces aquí cuesta mucho distinguir entre ellos. No hagamos iniquidad si conocemos el temor del Señor. —En la muerte los creyentes brillarán por sí mismos; en el día grande, brillarán ante todo el mundo. Brillarán por reflejo, con luz prestada de la Fuente de luz. La santificación de ellos será perfeccionada y su justificación, publicada. Que seamos hallados en ese feliz número.

Vv. 31—35. El alcance de la parábola de la semilla de mostaza es mostrar que los comienzos del evangelio es pequeño pero su final será grande; de este modo será ejecutada la obra de gracia en el corazón, el reino de Dios dentro de nosotros. En el alma donde verdaderamente está la gracia, crecerá en realidad, aunque, quizá al comienzo, no sea discernida, pero al final tendrá gran fuerza y utilidad. —La predicación del evangelio obra como levadura en el corazón de los que lo reciben. La levadura obra ciertamente, así lo hace la palabra, pero gradualmente. Obra silenciosamente y sin ser

vista, pero sin fallar. Así fue en el *mundo*. Los apóstoles, predicando el evangelio, escondieron un puñado de levadura en la gran masa de la humanidad. Fue hecho poderoso por el Espíritu de Jehová de los ejércitos, que obra y nada puede impedirlo. En el *corazón* es así. Cuando el evangelio llega al alma, obra un cambio radical; se expande a todos los poderes y facultades del alma, y altera la propiedad aun de los miembros del cuerpo, Romanos vi, 13. De estas parábolas se nos enseña esperar un progreso gradual; por tanto, preguntemos, ¿estamos creciendo en gracia y en los santos principios y costumbres?

Vv. 44—52. He aquí cuatro parábolas: —1. La del tesoro escondido en el campo. Muchos toman a la ligera el evangelio porque miran sólo la superficie del campo. Pero todos los que escudriñan las Escrituras, para hallar en ellas a Cristo y la vida eterna, Juan v, 39, descubrirán tal tesoro que a este campo lo hace indeciblemente valioso; se aprpopian de él a cualquier costo. Aunque nada pueda darse como precio por la salvación, sin embargo, mucho debe darse por amor a ella. —2. Todos los hijos de los hombres están ocupados; uno será rico, otro será honorable, aun otro será docto; pero la mayoría está engañada y toman las falsificaciones por perlas legítimas. Jesucristo es la Perla de gran precio; teniéndolo a Él tenemos suficiente para hacernos dichosos aquí y para siempre. El hombre puede comprar oro muy caro, pero no esta Perla de gran precio. Cuando el pecador convicto ve a Cristo como el Salvador de gracia, todo lo demás pierde valor para sus pensamientos. —3. El mundo es un mar ancho, y en su estado natural, los hombres son como los peces. Predicar el evangelio es echar una red en este mar para pescar algo para gloria de Quien tiene la soberanía sobre este mar. Los hipócritas y los cristianos verdaderos serán separados: desgraciada es la condición de quienes, entonces, serán echados fuera. —4. El fiel y diestro ministro del evangelio es un escriba bien versado en las cosas del evangelio y capaz de enseñarlas. Cristo lo compara con un buen dueño de casa, que trae los frutos de la cosecha del año anterior y lo recogido este año, abundante y variado, para tratar a sus amigos. Todas las experiencias antiguas y las observaciones nuevas tienen su utilidad. Nuestro lugar está a los pies de Cristo, y debemos aprender diariamente de nuevo las viejas lecciones y, también, las nuevas.

Vv. 53—58. Cristo repite su ofrecimiento a los que lo han rechazado. Ellos le reprochan: ¿No es éste el hijo del carpintero? Sí, es cierto que tenía la fama de serlo; y no es desgracia ser el hijo de un comerciante honesto; debieron respetarle más porque era uno de ellos mismos, pero, por eso lo despreciaron. —No hizo muchas obras poderosas ahí debido a la incredulidad de ellos. La incredulidad es el gran estorbo para los favores de Cristo. Mantengámonos fieles a Él como el Salvador que hizo nuestra paz con Dios.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—12. *La muerte de Juan el Bautista.* 13—21. *Cinco mil personas son alimentadas milagrosamente.* 22—33. *Jesús camina sobre el mar.* 34—36. *Jesús sana al enfermo.*

Vv. 1—12. El terror y el reproche de la conciencia que Herodes, como otros ofensores osados, no pudo quitarse, son prueba y advertencia de un juicio futuro y de su miseria futura. Pero puede haber terror por la convicción de pecado donde no está la verdad de la conversión. Cuando los hombres pretenden favorecer el evangelio, pero viven en el mal, no debemos permitir que se engañen a sí mismos, sino librar nuestra conciencia como hizo Juan. El mundo puede decir que esto es rudeza y celo ciego. Los profesantes falsos o los cristianos tímidos pueden censurarlo como falta de civilización, pero los enemigos más poderosos no pueden ir más allá de donde al Señor le place permitir. —Herodes temía que mandar matar a Juan pudiera levantar una revuelta en el pueblo, lo

que éste no hizo; pero nunca temió que pudiera despertar su propia conciencia en su contra, lo que sí ocurrió. Los hombres temen ser colgados por lo que no temen ser condenados. Las épocas de alegría y júbilo carnal son temporadas convenientes para ejecutar malos designios contra el pueblo de Dios. —Herodes recompensó profusamente una danza indigna, mientras la prisión y la muerte fueron la recompensa para el hombre de Dios que procuraba salvarle su alma. Pero había una verdadera maldad contra Juan tras su consentimiento o, de lo contrario, Herodes hubiera hallado formas de librarse de su promesa. —Cuando los pastores de abajo son derribados, las ovejas no tienen que dispersarse mientras tengan al Gran Pastor al cual acudir. Es mejor ser llevado a Cristo por necesidad y por pérdida que dejar de ir a Él completamente.

Vv. 13—21. Cuando se retiran Cristo y su palabra, es mejor para nosotros seguirlo, procurando los medios de gracia para nuestra alma antes que cualquiera ventaja mundanal. La presencia de Cristo y de su evangelio, no sólo hacen soportable el desierto, sino también deseable. —La pequeña provisión de pan fue aumentada por el poder creador de Cristo, hasta que toda la multitud se satisfizo. Al buscar el bienestar para el alma de los hombres, debemos tener compasión igualmente de sus cuerpos. También recordemos de anhelar siempre una bendición para nuestra comida, y aprendamos a evitar todo desperdicio, porque la frugalidad es la fuente apropiada de la generosidad. Véase en este milagro un emblema del Pan de vida que descendió del cielo para sustentar nuestra alma que perecía. Las providencias del evangelio de Cristo parecen magras y escasas para el mundo, pero satisfacen a todos los que por fe se alimentan de Él en sus corazones con acción de gracias.

Vv. 22—33. No son seguidores de Cristo los que no pueden disfrutar el estar a solas con Dios y sus corazones. En ocasiones especiales, y cuando hallamos ensanchados nuestros corazones, es bueno continuar orando secretamente por largo tiempo, y derramar nuestros corazones ante el Señor. —No es cosa nueva para los discípulos de Cristo toparse con tormentas en el camino del deber, pero, por eso Él se muestra con más gracia a ellos y a favor de ellos. Él puede tomar el camino que le plazca para salvar a su pueblo. Pero hasta las apariencias de liberación ocasionan a veces problemas y perplejidad al pueblo de Dios por los errores que tienen acerca de Cristo. Nada debiera asustar a los que tienen a Cristo junto a ellos y que saben que es suyo; ni la misma muerte. —Pedro caminó sobre el agua, no por diversión ni por jactancia, sino para ir a Jesús, y en eso fue sostenido maravillosamente. Se promete sustento especial, y deben esperarse, pero sólo en las empresas espirituales; tampoco podemos siquiera ir a Jesús a menos que seamos sostenidos por su poder. Cristo le dijo a Pedro que fuera a Él, no sólo para que pudiera andar sobre el agua, y así conocer el poder de su Señor, sino para que conociera su propia debilidad. A menudo el Señor permite que Sus siervos tengan lo que eligen, para humillarlos y probarlos, y para mostrar la grandeza de su poder y su gracia. —Cuando dejamos de mirar a Cristo para mirar la grandeza de las dificultades que se nos oponen, empezamos a desfallecer, pero cuando le invocamos, Él extiende su brazo y nos salva. Cristo es el gran Salvador; quienes serán salvados deben ir a Él y clamar pidiendo salvación; nunca somos llevados a este punto, sino hasta que nos hallamos zozobrando: el sentido de la necesidad nos lleva a Él. —Reprendió a Pedro. Si pudiéramos creer más, sufriríamos menos. La debilidad de la fe y el predominio de nuestras dudas, desagradan a nuestro Señor Jesús, porque no hay buena razón para que los discípulos de Cristo tengan dudas. Aun en un día tempestuoso, Él es para ellos una ayuda muy presente. —Nadie sino el Creador del mundo podía multiplicar los panes, nadie sino su Gobernador podría andar sobre las aguas del mar: los discípulos se rindieron a la evidencia y confesaron su fe. Ellos fueron apropiadamente afectados y adoraron a Cristo. El que va a Dios debe creer; y el que cree en Dios, irá a Él, Hebreos xi, 6.

Vv. 34—36. Dondequiera que fuera, Cristo hacía el bien. Ellos llevaban a Él a todos los que estaban enfermos. Acudían humildemente implorándole su ayuda. Las experiencias del prójimo pueden guiarnos y estimularnos a buscar a Cristo. A tantos como tocó, hizo perfectamente íntegros.

A los que Cristo sana, los sana perfectamente. Si los hombres estuvieran más familiarizados con Cristo y con el estado enfermo de sus almas, se apiñarían para recibir su poder sanador. La virtud sanadora no estaba en el dedo, sino en la fe de ellos; o, más bien, estaba en Cristo a quien se aferró la fe de ellos.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—9. *Jesús habla de las tradiciones humanas.* 10—20. *Advierte contra las cosas que realmente contaminan.* 21—28. *Sana a la hija de una mujer siriofenicia.* 29—39. *Jesús sana al enfermo y alimenta milagrosamente a cuatro mil.*

Vv. 1—9. Las adiciones a las leyes de Dios desacreditan su sabiduría, como si Él hubiera dejado fuera algo necesario que el hombre puede suplir; de una u otra manera llevan siempre a que los hombres desobedezcan a Dios. ¡Cuán agradecidos debemos estar por la palabra *escrita* de Dios! Nunca pensemos que la religión de la Biblia pueda ser mejorada por algún agregado humano, sea en doctrina o práctica. —Nuestro bendito Señor habló de sus tradiciones como inventos propios de ellos, y señaló un ejemplo en que esto era muy claro: las transgresiones del quinto mandamiento. Cuando se les pedía ayuda para las necesidades de un padre, ellos alegaban que habían dedicado al templo todo lo que podían disponer, aunque no se separaran de ello, y por tanto, sus padres no debían esperar nada de ellos. Esto era anular la efectividad del mandamiento de Dios. —El sino de los hipócritas es meter un pequeño paréntesis: “En vano me adoran”. No complacerá a Dios ni les aprovechará a ellos; ellos confían en vanidad, y la vanidad será su recompensa.

Vv. 10—20. Cristo muestra que la contaminación que debían temer no era la que entraba por la boca como alimento, sino lo que salía de sus bocas, que demostraba la maldad de sus corazones. Nada durará en el alma, sino la gracia regeneradora del Espíritu Santo; y nada debe ser admitido en la iglesia, sino lo que es de lo alto; por tanto, no debemos perturbarnos por quien se ofenda por la afirmación clara y oportuna de la verdad. —Los discípulos piden que se les enseñe mejor sobre esta materia. Donde una cabeza débil duda de una palabra de Cristo, el corazón recto y la mente dispuesta buscan instrucción. —El corazón es perverso, Jeremías xvii, 9, porque no hay pecado en palabra y obra que no esté primero en el corazón. Salen todos del hombre y son fruto de la maldad que hay en el corazón y allí obra. Cuando Cristo enseña, muestra a los hombres el engaño y la maldad de sus corazones; les enseña a humillarse y buscar ser purificados de sus pecados y de su inmundicia en el manantial abierto.

Vv. 21—28. Los más remotos y oscuros rincones del país reciben las influencias de Cristo; después, los confines de la tierra verán su salvación. —La angustia y el trastorno de su familia llevó a una mujer a Cristo; aunque es la necesidad la que nos empuja a Cristo, sin embargo, no seremos desechados por él. Ella no limitó a Cristo a ningún caso particular de misericordia, pero misericordia, misericordia, es lo que ella rogó: ella no aduce mérito, sino que depende de la misericordia. Deber de los padres es orar por sus hijos, y ser fervorosos para orar por ellos, especialmente por sus almas. ¿Tenéis un hijo, una hija, dolorosamente afligida con un demonio del orgulloso, un demonio inmundo, un demonio de maldad, que está cautivo por su voluntad? Este es un caso más deplorable que el de la posesión corporal, y debéis llevarlos por fe y oración a Cristo, que Él solo es capaz de sanarlos. —Muchos métodos de la providencia de Cristo, especialmente de su gracia, para tratar con su pueblo, que son oscuros y confunden, se pueden explicar por este relato, que enseña que puede haber amor en el corazón de Cristo aunque su rostro tenga el ceño fruncido; y nos anima a confiar aún en Él aunque parezca listo para matarnos. A quienes Cristo piensa honrar

más, los humilla para que sientan su indignidad. Un corazón orgulloso sin humillar no soportaría esto; ella lo convirtió en argumento para validar su petición. —El estado de esta mujer es un emblema del estado del pecador, profundamente consciente de la miseria de su alma. Lo mínimo de Cristo es precioso para un creyente, hasta las mismas migajas del Pan de vida. De todas las gracias, es la fe la que más honra a Cristo; por tanto, de todas las gracias, Cristo honra más a la fe. Él le sanó a la hija. Él habló y fue hecho. De aquí los que buscan ayuda del Señor, y no reciben respuesta de gracia, aprendan a convertir aun su indignidad y desaliento en ruegos de misericordia.

Vv. 29—39. Cualquiera sea nuestro caso, la única manera de encontrar bienestar y alivio es dejarlo a los pies de Cristo, someterlo a Él y referirlo a su disposición. Los que quieren salud espiritual de Cristo, deben ser gobernados como a Él le agrada. Véase el trabajo que ha hecho el pecado: a cuanta variedad de enfermedades están sometidos los cuerpos humanos. Aquí había tales enfermedades que la fantasía no podía siquiera suponer su causa ni su curación; sin embargo, estaban sujetas al mando de Cristo. Las curas espirituales que obra Cristo son maravillosas. Cuando hace que las almas ciegas vean por fe, el mudo hable por la oración, el rengo y el manco anden en santa obediencia, es para maravillarse. —Su poder también fue mostrado a la multitud en la abundante provisión que hizo para ellos: la manera es muy semejante a lo anterior. Todos comieron y quedaron satisfechos. Cristo llena a quienes alimenta. Con Cristo hay pan suficiente y para guardar; provisiones de gracia para más de los que la buscan, y para quienes buscan más. —Cristo despidió a la gente. Aunque los había alimentado dos veces, no deben esperar milagros para encontrar su pan diario. Vuelvan a casa a sus ocupaciones y a sus mesas. Señor, aumenta nuestra fe, y perdona nuestra incredulidad, enseñándonos a vivir de tu plenitud y tu abundancia para todas las cosas que pertenecen a esta vida y a la venidera.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—4. *Los fariseos y los saduceos piden señal.* 5—12. *Jesús advierte contra la doctrina de los fariseos.* 13—20. *El testimonio de Pedro de que Jesús era el Cristo.* 21—23. *Cristo predice sus sufrimientos y reprende a Pedro.* 24—28. *La necesidad de negarse a sí mismo.*

Vv. 1—4. Los fariseos y los saduceos se oponían unos a otros en principios y conducta, pero se unieron contra Cristo. Pero deseaban una señal de su propia elección: despreciaron las señales que aliviaban la necesidad del enfermo y angustiado, y pidieron otra cosa que gratificara la curiosidad del orgulloso. Gran hipocresía es buscar señales de nuestra propia invención, cuando pasamos por alto las señales ordenadas por Dios.

Vv. 5—12. Cristo habla de cosas espirituales con un símil y los discípulos lo entienden mal, como de cosas carnales. Tomó a mal que ellos pensaran que Él se preocupaba tanto del pan como ellos; que estuvieran tan poco familiarizados con su manera de predicar. Entonces entendieron ellos lo que quería decir. Cristo enseña por el Espíritu de sabiduría en el corazón, abriendo el entendimiento al Espíritu de revelación en la palabra.

Vv. 13—20. Pedro dijo, por sí mismo y por sus hermanos, que estaban seguros de que nuestro Señor era el Mesías prometido, el Hijo del Dios vivo. Esto muestra que creían que Jesús era más que hombre. Nuestro Señor afirma que Pedro era bienaventurado, porque la enseñanza de Dios lo hacía diferente de sus compatriotas incrédulos. —Cristo agrega que lo llama Pedro, aludiendo a su estabilidad o firmeza para profesar la verdad. La palabra traducida "roca" no es la misma palabra "Pedro", sino una de significado similar. Nada puede ser más erróneo que suponer que Cristo

significó que *la persona* de Pedro era la roca. Sin duda que el mismo Cristo es la Roca, el fundamento probado de la Iglesia; y ¡ay de aquel que intente poner otro! La confesión de Pedro es esta roca en cuanto doctrina. Si Jesús no fuera el Cristo, los que Él posee no son de la Iglesia, sino engañadores y engañados. Nuestro Señor declara luego la autoridad con que Pedro sería investido. Él habló en nombre de sus hermanos y esto lo relacionaba a ellos con Él. Ellos no tenían conocimiento certero del carácter de los hombres, y estaban propensos a errores y pecados en su conducta; pero ellos fueron guardados libres de error al establecer el camino de aceptación y de salvación, la regla de la obediencia, el carácter y la experiencia del creyente, y la condenación final de los incrédulos e hipócritas. En tales materias su decisión era recta y confirmada en el cielo. Pero todas las pretensiones de cualquier hombre, sean de desatar o atar los pecados de los hombres, son blasfemas y absurdas. Nadie puede perdonar pecados sino solamente Dios. Y este atar y desatar en el lenguaje corriente de los judíos, significaba prohibir y permitir, o enseñar lo que es legal o ilegal.

Vv. 21—23. Cristo revela paulatinamente su pensamiento a su pueblo. Desde esa época, cuando los apóstoles hicieron la confesión completa de Cristo, que era el Hijo de Dios, empezó a hablarles de sus sufrimientos. Dijo esto para corregir los errores de sus discípulos sobre la pompa y poder externos de su reino. Quienes sigan a Cristo no deben esperar cosas grandes ni elevadas en este mundo. Pedro quería que Cristo aborreciera el sufrimiento tanto como él, pero nos equivocamos si medimos el amor y la paciencia de Cristo por los nuestros. No leemos de nada que haya dicho o hecho alguno de sus discípulos, en algún momento, que dejara ver que Cristo se resintió tanto como al oír esto. Quienquiera que nos saque de lo que es bueno y nos haga temer que hacemos demasiado por Dios, habla el lenguaje de Satanás. Lo que parezca ser tentación a pecar debe ser resistido con horror y no ser considerado. Los que renuncian a sufrir por Cristo, saborean más las cosas del hombre que las cosas de Dios.

Vv. 24—28. Un verdadero discípulo de Cristo es aquel que lo sigue en el deber y lo seguirá a la gloria. Es uno que anda en el mismo camino que anduvo Cristo, guiado por su Espíritu, y va en sus pasos, dondequiera que vaya. —“Niéguese a sí mismo”. Si negarse a sí mismo es lección dura, no es más de lo que aprendió y practicó nuestro Maestro, para redimirnos y enseñarnos. “Tome su cruz”. Aquí se pone cruz por todo problema que nos sobrevenga. Somos buenos para pensar que podemos llevar mejor la cruz ajena que la propia; pero mejor es lo que nos está asignado, y debemos hacer lo mejor de ello. No debemos, por nuestra precipitación y necedad, acarrearnos cruces a nuestras cabezas, sino tomarlas cuando estén en nuestro camino. —Si un hombre tiene el nombre y crédito de un discípulo, siga a Cristo en la obra y el deber del discípulo. Si todas las cosas del mundo nada valen cuando se comparan con la vida del cuerpo, ¡qué fuerte el mismo argumento acerca del alma y su estado de dicha o miseria eterna! Miles pierden sus almas por la ganancia más frívola o la indulgencia más indigna, sí, a menudo por solo pereza o negligencia. Cualquiera sea el objeto por el cual los hombres dejan a Cristo, ese es el precio con que Satanás compra sus almas. Pero un alma es más valiosa que todo el mundo. Este es el juicio de Cristo para la materia; conocía el precio de las almas, porque las rescató; ni hubiera subvalorado al mundo, porque lo hizo. El transgresor moribundo no puede comprar una hora de alivio para buscar misericordia para su alma que perece. Entonces, aprendamos justamente a valorar nuestra alma, y a Cristo como el único Salvador de ellas.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—13. *La transfiguración de Cristo.* 14—21. *Jesús expulsa un espíritu sordomudo.* 22, 23. *Nuevamente predice sus sufrimientos.* 24—27. *Él obra un milagro para pagar el dinero del tributo.*

Vv. 1—13. Ahora, los discípulos contemplaron algo de la gloria de Cristo, como del unigénito del Padre. Tenía el propósito de sostener la fe de ellos cuando tuvieran que presenciar su crucifixión; les daría una idea de la gloria preparada para ellos, cuando fueran transformados por su poder y fueran hechos como Él. —Los apóstoles quedaron sobrecogidos por la visión gloriosa. Pedro pensó que era más deseable seguir allí, y no volver a bajar para encontrarse con los sufrimientos, de los cuales tenía tan poca disposición para oír. En esto no sabía lo que decía. Nos equivocamos si esperamos un cielo aquí en la tierra. Sean cuales sean los tabernáculos que nos propongamos hacer para nosotros en este mundo, siempre debemos acordarnos de pedirle permiso a Cristo. Aún no había sido ofrecido el sacrificio sin el cual las almas de los hombres pecadores no pueden ser salvadas; había servicios importantes que Pedro y sus hermanos debían cumplir. —Mientras Pedro hablaba, una nube brillante los cubrió, señal de la presencia y gloria divina. Desde que el hombre pecó, y oyó la voz de Dios en el huerto, las apariciones desacostumbradas de Dios han sido terribles para el hombre. Cayeron postrados en tierra hasta que Jesús les dio ánimo; cuando miraron alrededor vieron sólo a su Señor como lo veían corrientemente. Debemos pasar por diversas experiencias en nuestro camino a la gloria, y cuando regresamos al mundo después de participar en un medio de gracia, debemos tener cuidado de llevar a Cristo con nosotros, y entonces que sea nuestro consuelo que Él está con nosotros.

Vv. 14—21. El caso de los hijos afligidos debe presentarse a Dios con oración ferviente y fiel. Cristo curó al niño. Aunque la gente era perversa y Cristo era provocado, de todas maneras, atendió al niño. Cuando fallan todas las demás ayudas y socorros, somos bienvenidos a Cristo, podemos confiar en Él y en su poder y bondad. —Véase aquí una señal del esfuerzo de Cristo como nuestro Redentor. Da aliento a los padres a llevar sus hijos a Cristo, cuyas almas están bajo el poder de Satanás; Él es capaz de sanarlos y está tan dispuesto como poderoso es. No sólo llevadlos a Cristo con oración, sino llevadlos a la palabra de Cristo; a los medios por los cuales se derriban las fortalezas de Satanás en el alma. —Bueno es que desconfiemos de nosotros mismos y nuestra fuerza, pero es desagradable para Cristo cuando desconfiamos de cualquier poder derivado de Él u otorgado por Él. También había algo en la enfermedad que dificultaba la curación. El poder extraordinario de Satanás no debe desalentar nuestra fe, sino estimularnos a un mayor fervor al orar a Dios para que sea aumentada. ¡Nos maravillamos al ver que Satanás tenía la posesión corporal de este joven, desde niño, cuando tiene la posesión espiritual de todo hijo de Adán desde la caída!

Vv. 22, 23. Cristo sabía perfectamente todas las cosas que le ocurrirían, pero emprendió la obra de nuestra redención, lo cual demuestra fuertemente su amor. ¡Qué humillación exterior y gloria divina fue la vida del Redentor! Toda su humillación terminó en su exaltación. Aprendamos a soportar la cruz, a despreciar las riquezas y los honores mundanos y a estar contentos con su voluntad.

Vv. 24—27. Pedro estaba seguro de que su Maestro estaba listo para hacer lo justo. Cristo habló primero de darle pruebas de que no se podía esconder de Él ningún pensamiento. Nunca debemos renunciar a nuestro deber por temor a ofender, pero a veces tenemos que negarnos a nosotros mismos en nuestros intereses mundanos para no ofender. —Sin embargo, el dinero estaba en el pez; el único que sabe todas las cosas podía saberlo y sólo el poder omnipotente podía llevarlo al anzuelo de Pedro. —El poder y la pobreza de Cristo deben mencionarse juntos. Si somos llamados por la providencia a ser pobres como nuestro Señor, confiemos en su poder y nuestro Dios satisfará toda nuestra necesidad, conforme a sus riquezas en gloria por Cristo Jesús. En la senda de la obediencia, en el curso, quizá, de nuestra vocación habitual, como ayudó a Pedro, así nos ayudará. Si se presentara una emergencia repentina, que no estamos preparados para enfrentar, no recurramos al prójimo sin antes buscar a Cristo.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—6. *La importancia de la humildad.* 7—14. *Advertencia contra las ofensas.* 15—20. *La remoción de las ofensas.* 21—35. *Conducta para con los hermanos.—La parábola del siervo sin misericordia.*

Vv. 1—6. Cristo habló muchas palabras sobre sus sufrimientos, pero sólo una de su gloria; sin embargo, los discípulos se aferraron de esta y olvidaron las otras. A muchos que les gusta oír y hablar de privilegios y de gloria están dispuestos a soslayar los pensamientos acerca de trabajos y problemas. Nuestro Señor puso ante ellos un niñito, asegurándoles con solemnidad que no podrían entrar en su reino si no eran convertidos y hechos como los pequeñuelos. Cuando los niños son muy pequeños no desean la autoridad, no consideran las distinciones externas, están libres de maldad, son enseñables y dispuestos a confiar en sus padres. Verdad es que pronto empiezan a mostrar otras disposiciones y a edad temprana se les enseñan otras ideas, pero son características de la infancia las que los convierten en ejemplos adecuados de la mente humilde de los cristianos verdaderos. Ciertamente necesitamos ser renovados diariamente en el espíritu de nuestra mente para que lleguemos a ser simples y humildes como los pequeñuelos, y dispuestos a ser el menor de todos. Estudiemos diariamente este tema y examinemos nuestro espíritu.

Vv. 7—14. Considerando la astucia y maldad de Satanás, y la debilidad y depravación de los corazones de los hombres, no es posible que no haya sino ofensas. Dios las permite para fines sabios y santos, para que sean dados a conocer los que son sinceros y los que no lo son. Habiéndosenos dicho antes que habrá seductores, tentadores, perseguidores y malos ejemplos, permanezcamos de guardia. Debemos apartarnos, tan lícitamente como podamos, de lo que puede enredarnos en el pecado. Hay que evitar las ocasiones externas de pecado. —Si vivimos conforme a la carne, debemos morir. Si mortificamos, a través del Espíritu, a las obras de la carne, viviremos. Cristo vino al mundo a salvar almas y tratará severamente a los que estorban el progreso de otros que están orientando su rostro al cielo. ¿Y, alguno de nosotros rehusará atender a los que el Hijo de Dios vino a buscar y salvar? Un padre cuida a todos sus hijos, pero es particularmente tierno con los pequeños.

Vv. 15—20. Si alguien hace mal a un cristiano confeso, éste no debe quejarse a los demás, como suele hacerse, sino ir en forma privada a quien le ofendió, tratar el asunto con amabilidad, y reprender su conducta. Esto tendrá en el cristiano verdadero, por lo general, el efecto deseado y las partes se reconciliarán. Los principios de estas reglas pueden practicarse en todas partes y en todas las circunstancias, aunque son demasiado descuidados por todos. ¡Cuán pocos son los que prueban el método que Cristo mandó *expresamente* a todos sus discípulos! —En todos nuestros procedimientos debemos buscar la dirección orando; nunca podremos apreciar demasiado las promesas de Dios. en cualquier tiempo o lugar que nos encontremos en el nombre de Cristo, debemos considerar que Él está presente en medio nuestro.

Vv. 21—35. Aunque vivamos totalmente de la misericordia y el perdón, nos demoramos para perdonar las ofensas de nuestros hermanos. Esta parábola señala cuánta provocación ve Dios de su familia en la tierra y cuán indóciles somos sus siervos. —Hay tres cosas en la parábola: —1. La maravillosa clemencia del amo. La deuda del pecado es tan enorme que no somos capaces de pagarla. Véase aquí lo que merece todo pecado; esta es la paga del pecado, ser vendido como esclavo. Necedad de muchos que están fuertemente convictos de sus pecados es fantasear que pueden dar satisfacción a Dios por el mal que le han hecho. —2. La severidad irracional del siervo hacia su consiervo, a pesar de la clemencia de su señor con él. No se trata de que nos tomemos a la ligera hacerle mal a nuestro prójimo, puesto que también es pecado ante Dios, sino que no debemos

agrandar el mal que nuestro prójimo nos hace ni pensar en la venganza. Que nuestras quejas, tanto de la maldad del malo y de las aflicciones del afligido, sean llevadas ante Dios y dejadas con Él. —3. El amo reprobó la crueldad de su siervo. La magnitud del pecado acrecienta las riquezas de la misericordia que perdona; y el sentido consolador de la misericordia que perdona hace mucho para disponer nuestros corazones a perdonar a nuestros hermanos. —No tenemos que suponer que Dios perdona realmente a los hombres y que, después, les reconoce sus culpas para condenarlos. La última parte de esta parábola muestra las conclusiones falsas a que llegan muchos en cuanto a que sus pecados están perdonados, aunque su conducta posterior demuestra que nunca entraron en el espíritu del evangelio ni demostraron con su vivencia la gracia que santifica. No perdonamos rectamente a nuestro hermano ofensor si no lo perdonamos de todo corazón. Pero esto no basta; debemos buscar el bienestar hasta de aquellos que nos ofenden. ¡Con cuánta justicia serán condenados los que, aunque llevan el nombre de cristianos, persisten en tratar a sus hermanos sin misericordia! El pecador humillado confía solo en la misericordia abundante y gratuita a través del rescate de la muerte de Cristo. Busquemos más y más la gracia de Dios que renueva, para que nos enseñe a perdonar al prójimo como esperamos perdón de Él.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1, 2. *Jesús entra en Judea.* 3—12. *La pregunta de los fariseos sobre el divorcio.* 13—15. *Los pequeños llevados a Jesús.* 16—22. *La indagatoria que hace el joven rico.* 23—30. *La recompensa de los seguidores de Cristo.*

Vv. 1, 2. Grandes multitudes seguían a Cristo. Cuando Cristo parte, lo mejor para nosotros es seguirlo. En todas partes lo hallaban tan capaz y dispuesto a ayudar, como había sido en Galilea; dondequiera que salía el Sol de Justicia, era con salud en sus alas.

Vv. 3—12. Los fariseos deseaban sorprender a Jesús en algo que pudieran presentar como ofensa a la ley de Moisés. Los casos matrimoniales eran numerosos y, a veces, paradójicos; hecho así, no por la ley de Dios, sino por las lujurias y necedades de los hombres y, la gente suele resolver lo que quiere hacer antes de pedir consejo. Jesús replicó preguntando si no habían leído el relato de la creación, y el primer ejemplo de matrimonio; de ese modo, señala que toda desviación en esto era mala. —La mejor condición para nosotros, que debemos elegir y mantener en forma coherente, es lo mejor para nuestras almas, y es la que tienda a prepararnos y preservamos mejor para el reino del cielo. —Cuando se abraza en realidad al evangelio, hace buenos padres y amigos fieles de los hombres; les enseña a llevar la carga y a soportar las enfermedades de aquellos con quienes están relacionados, a considerar la paz y la felicidad de ellos más que las propias. En cuanto a las personas impías, es propio que sean refrenadas por leyes para que no rompan la paz de la sociedad. Aprendemos que el estado del matrimonio debe asumirse con gran seriedad y con oración fervorosa.

Vv. 13—15. Es bueno cuando acudimos a Cristo y llevamos a nuestros hijos. Los pequeños pueden ser llevados a Cristo porque necesitan y pueden recibir bendiciones de Él, y por tener un interés en su intercesión. Nosotros no podemos sino pedir una bendición para ellos: Sólo Cristo puede mandar la bendición. Bueno para nosotros es que Cristo tenga más amor y ternura en sí que las que tiene el mejor de sus discípulos. —Aprendamos de Él a no desechar ningún alma dispuesta y bien intencionada en su búsqueda de Cristo, aunque no sean sino débiles. A los que se dan a Cristo, como parte de su compra, no los echará fuera de ninguna manera. Por tanto, no le gustan los que

prohíben y tratan de dejar a fuera a los que Él ha recibido. Todos los cristianos deben llevar sus hijos al Salvador para que los bendiga con bendiciones espirituales.

Vv. 16—22. Cristo sabía que la codicia era el pecado que más fácilmente incomodaba a este joven; aunque había obtenido honestamente lo que poseía, no podía, sin embargo, separarse de ello con alegría, y así demostraba su falta de sinceridad. Las promesas de Cristo facilitan sus preceptos y hacen que su yugo sea ligero y muy consolador; pero esta promesa fue tanto un juicio de la fe del joven, como el precepto lo fue de su caridad y desprecio del mundo. Se nos requiere seguir a Cristo atendiendo debidamente sus ordenanzas, siguiendo estrictamente su patrón y sometiéndonos alegremente a sus disposiciones; y esto por amor a Él y por depender de Él. Vender todo y darlo a los pobres no servirá si no vamos a seguir a Cristo. —El evangelio es el único remedio para los pecadores perdidos. Muchos de los que se abstienen de vicios groseros son los que no atienden su obligación para con Dios. Miles de casos de desobediencia de pensamiento, palabra y obra se registran contra ellos en el libro de Dios. Así, pues, son muchos los que abandonan a Cristo por amar a este mundo presente: ellos se sienten convictos y deseosos, pero se alejan tristes, quizá temblando. Nos conviene probarnos en estos asuntos porque el Señor nos juzgará.

Vv. 23—30. Aunque Cristo habló con tanta fuerza, pocos de los que tienen riquezas confían en sus palabras. ¡Cuán pocos de los pobres no se tientan a envidiar! Pero el fervor del hombre en este asunto es como si se esforzaran por edificar un muro alto para encerrarse a sí mismos y a sus hijos lejos del cielo. Debe ser satisfactorio para los que estamos en condición baja el no estar expuestos a la tentación de una situación próspera y elevada. Si ellos viven con más dureza que el rico en este mundo, si van con mayor facilidad a un mundo mejor, no tendrán razón de quejarse. —Las palabras de Cristo muestran que cuesta mucho que un rico sea un buen cristiano y sea salvo. El camino al cielo es camino angosto para todos, y la puerta que ahí conduce, es puerta estrecha; particularmente para la gente rica. Se esperan más deberes de ellos que de los demás, y los pecados los acosan con más facilidad. Cuesta no ser fascinado por un mundo sonriente. La gente rica tiene por sobre los demás una gran cuenta que pagar por sus oportunidades. Es absolutamente imposible que un hombre que pone su corazón en sus riquezas vaya al cielo. —Cristo usó una expresión que denota una dificultad absolutamente insuperable por el poder del hombre. Nada menos que la todopoderosa gracia de Dios hará que un rico supere esta dificultad. Entonces, ¿quién podrá ser salvo? Si las riquezas estorban a la gente rica, ¿no se hallan el orgullo y las concupiscencias pecaminosas en los que no son ricos y son tan peligrosas para ellos? ¿Quién puede ser salvo? Dicen los discípulos. Nadie, dice Cristo, por ningún poder creado. El comienzo, la profesión y el perfeccionamiento de la obra de salvación depende enteramente de la omnipotencia de Dios, para el cual todas las cosas son posibles. No se trata de que la gente rica sea salva *en* su mundanalidad, sino que sean salvos *de* su mundanalidad. —Pedro dijo: Nosotros lo hemos dejado todo. ¡Ay! No era sino todo un pobre, sólo unos pocos botes y redes, pero, obsérvese cómo habla Pedro, como si hubieran sido una gran cosa. Somos demasiado capaces de dar el valor máximo a nuestros servicios y sufrimientos, nuestras pérdidas y gastos por Cristo. Sin embargo, Cristo no los reprocha porque era poco lo que habían dejado, era todo lo suyo, y tan caro para ellos como si hubiera sido más. Cristo tomó a bien que ellos lo dejaran todo para seguirlo; acepta según lo que tenga el hombre. —La promesa de nuestro Señor para los apóstoles es que cuando el Hijo del hombre se siente en el trono de su gloria, hará nuevas todas las cosas, y ellos se sentarán con Él en juicio contra los que serán juzgados conforme a su doctrina. Esto establece el honor, la dignidad y la autoridad del oficio y ministerio de ellos. Nuestro Señor agrega que cualquiera que haya dejado casa o posesiones o comodidades por Él y el evangelio, sería recompensado al final. Que Dios nos de fe para que nuestra esperanza descanse en esta promesa suya; entonces, estaremos dispuestos para todo servicio o sacrificio. —Nuestro Salvador, en el último versículo, elimina el error de algunos. La herencia celestial no es dada como las terrenales, sino conforme al beneplácito de Dios. No confiemos en apariencias promisorias, ni en

la profesión externa. Otros pueden llegar a ser eminentes en fe y santidad, hasta donde nos toca saber.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—16. *La parábola de los trabajadores de la viña.* 17—19. *Jesús vuelve a anunciar sus sufrimientos.* 20—28. *La ambición de Santiago y Juan.* 29—34. *Jesús da la vista a dos ciegos cerca de Jericó.*

Vv. 1—16. El objeto directo de esta parábola parece ser demostrar que, aunque los judíos fueron llamados primero a la viña, en el largo plazo el evangelio será predicado a los gentiles que deben ser recibidos con los privilegios y ventajas en igualdad con los judíos. La parábola puede aplicarse también en forma más general y muestra, que: —1. Dios no es deudor de ningún hombre. —2. Muchos que empiezan al final, y prometen poco en la religión, a veces, por la bendición de Dios, llegan a mucho conocimiento, gracia y utilidad. —3. La recompensa será dada a los santos, pero no conforme al tiempo de su conversión. Describe el estado de la iglesia visible y explica la declaración de que los últimos serán los primeros, y los primeros, últimos, en sus diversas referencias. —Mientras no seamos contratados en el servicio de Dios estamos todo el día de ociosos: un estado pecaminoso, aunque para Satanás sea un estado de esclavitud, puede llamarse estado de ociosidad. El mercado es el mundo y de él fuimos llamados por el evangelio. Venid, salid de ese mercado. El trabajo para Dios no admite bagatelas. El hombre puede irse ocioso al infierno, pero quien vaya al cielo debe ser diligente. —El centavo romano era siete centavos, medio penique del dinero inglés, pagaba entonces suficiente para el sostén diario. Esto no prueba que la recompensa de nuestra obediencia a Dios sea de obras o de deuda; cuando hemos hecho todo, somos siervos inútiles; significa que hay una recompensa puesta ante nosotros, pero que nadie, por esta suposición, postergue el arrepentimiento hasta su vejez. Algunos fueron enviados a la viña en la hora undécima, pero nadie los había contratado antes. Los gentiles entraron a la hora undécima; el evangelio no había sido predicado antes a ellos. Quienes han tenido la oferta del evangelio en la hora tercera o sexta, y la han rechazado, no tendrán que decir en la hora undécima, como éstos: Nadie nos contrató. —Por tanto, no para desanimar a nadie sino para despertar a todos, es que se recuerda que *ahora* es el tiempo aceptable. —Las riquezas de la gracia divina son objetadas en voz alta por los fariseos orgullosos y por los cristianos nominales. Hay en nosotros una gran inclinación a pensar que tenemos demasiado poco, y los demás mucho de las señales del favor de Dios; y que hacemos demasiado y los demás muy poco en la obra de Dios. Pero si Dios da gracia a otros, es bondad para ellos, y no injusticia para nosotros. Las criaturas mundanas carnales están de acuerdo con Dios en cuanto a su riqueza en este mundo, y optan por su porción en esta vida. Los creyentes obedientes están de acuerdo con Dios en cuanto a su riqueza en el otro mundo, y deben recordar que estuvieron de acuerdo. ¿No acordaste tú tomar el cielo como porción tuya, como tu todo, y buscas tu felicidad en la criatura? Dios no castiga más de lo merecido, y premia cada servicio hecho por Él y para Él; por tanto, no hace mal a ninguno al mostrar gracia extraordinaria a otros. —Véase aquí la naturaleza de la envidia. Es una avaricia descontenta por el bien de los demás y que desea su mal. Es un pecado que no tiene placer, provecho ni honor. Dejemos irse todo reclamo orgulloso y procuremos la salvación como dádiva gratuita. No envidiemos ni murmuremos; regocijémonos y alabemos a Dios por su misericordia hacia los demás y con nosotros.

Vv. 17—19. Aquí Cristo es más detallado que antes para predecir sus sufrimientos. Aquí, como antes, agrega la mención de su resurrección y su gloria, a la de su muerte y sus sufrimientos, para dar ánimo a sus discípulos, y consolarlos. Una manera de ver a nuestro Redentor una vez crucificado y

ahora glorificado con fe, es buena para humillar la disposición orgullosa que se justifica a sí misma. Cuando consideramos la necesidad de la humillación y sufrimientos del Hijo de Dios, para la salvación de los pecadores perecederos, ciertamente debemos darnos cuenta de la liberalidad y de las riquezas de la gracia divina en nuestra salvación.

Vv. 20—28. Los hijos de Zebedeo usaron mal lo que Cristo decía para consolar a los discípulos. Algunos no pueden tener consuelo; los transforman para un mal propósito. El orgullo es el pecado que más fácilmente nos acosa; es una ambición pecaminosa de superar a los demás en pompa y grandeza. Para abatir la vanidad y la ambición de su pedido, Cristo los guía a pensar en sus sufrimientos. Copa amarga es la que debe beberse; copa de temblor, pero no la copa del impío. No es sino una copa, pero seca y amarga quizá, pero pronto se vacía; es una copa en la mano del Padre, Juan xviii, 11. El bautismo es una ordenanza por la cual somos unidos al Señor en pacto y comunión; y así es el sufrimiento por Cristo, Ezequiel xx, 37; Isaías xlviii, 10. El bautismo es señal externa y visible de una gracia espiritual interior; así es el padecimiento por Cristo, que a nosotros es concedido, Filipenses i, 29. Pero no sabían qué era la copa de Cristo, ni qué era su bautismo. Comúnmente los más confiados son los que están menos familiarizados con la cruz. Nada hace más mal entre los hermanos que el deseo de grandeza. Nunca encontramos disputando a los discípulos de Cristo sin que algo de esto se halle en el fondo de la cuestión. El hombre que con más diligencia labora, y con más paciencia sufre, buscando hacer el bien a sus hermanos, y fomentar la salvación de las almas, más evoca a Cristo, y recibirá más honra de Él para toda la eternidad. —Nuestro Señor habla de su muerte en los términos aplicados a los sacrificios de antaño. Es un sacrificio por los pecados de los hombres, y es aquel sacrificio verdadero y esencial, que los de la ley representaban débil e imperfectamente. Era un rescate de muchos, suficiente para todos, obrando sobre muchos; y, si por muchos, entonces la pobre alma temblorosa puede decir, ¿por qué no por mí?

Vv. 29—34. Bueno es que los sometidos a la misma prueba o enfermedad del cuerpo o de la mente, se unan para orar a Dios por alivio, para que puedan estimularse y exhortarse unos a otros. Hay suficiente misericordia en Cristo para todos los que piden. Ellos oraban con fervor. Clamaban como hombres apremiados. Los deseos fríos mendigan negaciones. Fueron humildes para orar, poniéndose a merced de la misericordia del mediador y refiriéndose alegremente a ella. Muestran fe al orar por el título que dieron a Cristo. Seguro que fue por el Espíritu Santo que trataron de Señor a Jesús. Perseveraron en oración. Cuando iban en busca de la misericordia no había tiempo para la timidez o la vacilación: clamaban con fervor. —Cristo los animó. Nos sensibilizamos rápidamente ante las necesidades y las cargas del cuerpo, y nos podemos relacionar con ellas con prontitud. ¡Oh, que nos quejásemos con tanto sentimiento de nuestras dolencias espirituales, especialmente de nuestra ceguera espiritual! Muchos están espiritualmente ciegos, pero dicen que ven. Jesús curó a estos ciegos y cuando hubieron recibido la vista, lo siguieron. Nadie sigue ciegamente a Cristo. Primero, por gracia Él abre los ojos de los hombres, y así atrae hacia Él sus corazones. Estos milagros son nuestro llamamiento a Jesús; podemos oírlo y hacerlo nuestra oración diaria para crecer en gracia y en el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—11. *Cristo entra en Jerusalén.* 12—17. *Echa del templo a los que lo profanaban.* 18—22. *Maldición de la higuera estéril.* 23—27. *El sermón de Jesús en el templo* 28—32. *La parábola de los dos hijos* 33—46. *La parábola del padre de familia.*

Vv. 1—11. Esta venida de Cristo fue descrita por el profeta Zacarías, ix, 9. Cuando Cristo aparezca en su gloria, es en mansedumbre, no en majestad, en misericordia para obrar salvación. Como la mansedumbre y la pobreza externa fueron vistas plenamente en el Rey de Sion, y marcaron su entrada triunfal en Jerusalén, ¡cuán equivocados estaban la codicia, la ambición y la soberbia de la vida en los ciudadanos de Sion! Ellos llevaron el pollino, pero Jesús no lo usó sin el consentimiento del dueño. Los aperos fueron los que había a mano. No debemos pensar que son muy caras las ropas que vestimos para abandonarlas por el servicio de Cristo. Los sumos sacerdotes y los ancianos después se unieron a la multitud que lo trató mal en la cruz; pero ninguno de ellos se unió a la multitud que le rindió honores. Los que toman a Cristo como Rey de ellos deben poner a sus pies todo lo que tienen. Hosanna significa: ¡Salva ahora te rogamos! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Pero de cuán escaso valor es el aplauso de la gente! La multitud inestable se une al clamor del día, sea ¡Hosanna! o ¡crucifícalo! A menudo, las multitudes parecen aprobar el evangelio, pero pocos llegan a ser discípulos coherentes. —Cuando Jesús iba a entrar en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió; quizá algunos fueron movidos por el gozo, los que esperaban el Consuelo de Israel; otros, de los fariseos, fueron movidos por la envidia. Así de variadas son las motivaciones de la mente de los hombres en cuanto a la cercanía del reino de Cristo.

Vv. 12—17. Cristo encontró parte del atrio del templo convertido en mercado de ganado y de cosas que se usaban en los sacrificios, y parcialmente ocupados por los cambistas de dinero. Nuestro Señor los echó del lugar, como había hecho al iniciar su ministerio, Juan ii, 13–17. Sus obras testificaban de Él más que los Hosannas, y las curaciones que hizo en el templo fueron cumplimiento de la promesa de que la gloria de la última casa sería más grande que la gloria de la primera. Si Cristo viniera ahora a muchas partes de su iglesia visible, ¡cuántos males secretos descubriría y limpiaría! ¡Cuántas cosas que se practican a diario bajo el manto de la religión, demostraría Él que son más adecuadas para una cueva de ladrones que para una casa de oración!

Vv. 18—22. La maldición de la higuera estéril representa el estado de los hipócritas en general, y así nos enseña que Cristo busca el poder de la religión en quienes la profesan, y el sabor de ella en quienes dicen tenerla. Sus justas expectativas de los profesos que florecen suelen frustrarse; viene a muchos buscando fruto y encuentra sólo hojas. Una profesión falsa se marchita corrientemente en este mundo, y es el efecto de la maldición dada por Cristo. La higuera que no tenía fruto pronto perdió sus hojas. Esto representa en particular el estado de la nación y pueblo judío. Nuestro Señor Jesús no encontró en ellos nada sino hojas. Después que rechazaron a Cristo, la ceguera y la dureza se acrecentaron en ellos hasta que fueron deshechados, y desarraigados de su lugar y de su nación. El Señor fue justo en eso. Temamos mucho la condenación pronunciada para la higuera estéril.

Vv. 23—27. Como ahora nuestro Señor se manifestó abiertamente como el Mesías, los sumos sacerdotes y los escribas se ofendieron mucho, en especial porque expuso y eliminó los abusos que ellos estimulaban. Nuestro Señor preguntó qué pensaban ellos del ministerio y bautismo de Juan. Muchos se asustan más de la vergüenza que produce la mentira que del pecado, y, por tanto, no tienen escrúpulos para decir lo que saben que es falso, como sus propios pensamientos, afectos e intenciones o sus recuerdos y olvidos. Nuestro Señor rehusó responder su pregunta. Mejor es evitar las disputas innecesarias con los impíos oponentes.

Vv. 28—32. Las parábolas que reprenden, se dirigen claramente a los ofensores y los juzgan por sus propias bocas. La parábola de los dos hijos enviados a trabajar en la viña es para mostrar que los que no sabían que el bautismo de Juan era de Dios, fueron avergonzados por los que lo sabían y lo reconocen. Toda la raza humana es como niños a quienes el Señor ha criado, pero ellos se han rebelado contra Él, sólo que algunos son más convincentes en su desobediencia que otros. A menudo

sucede que el rebelde atrevido es llevado al arrepentimiento y llega a ser siervo del Señor, mientras el formalista se endurece en orgullo y enemistad.

Vv. 33—46. Esta parábola expresa claramente el pecado y la ruina de la nación judía; y lo que se dice para acusarles, se dice para advertir a todos los que gozan los privilegios de la iglesia externa. Así como los hombres tratan al pueblo de Dios, tratarían al mismo Cristo si estuviera con ellos. ¡Cómo podemos, si somos fieles a su causa, esperar una recepción favorable de parte de un mundo impío o de los impíos que profesan el cristianismo! Preguntémonos si nosotros que tenemos la viña y todas sus ventajas damos fruto en la temporada debida, como pueblo, familia o individuos. Nuestro Salvador declara, en su pregunta, que el Señor de la viña vendrá, y que cuando venga destruirá a los malos con toda seguridad. —Los sumos sacerdotes y los ancianos eran los constructores y no reconocían su doctrina ni su leyes; lo desecharon como piedra despreciada. Pero el que fue desechado por los judíos, fue abrazado por los gentiles. Cristo sabe quién dará frutos del evangelio en el uso de los medios del evangelio. La incredulidad de los pecadores será su ruina, aunque Dios tienen muchas maneras de refrenar los remanentes de la ira, como los tiene para hacer que eso que quebranta redunde en alabanza suya. Que Cristo llegue a ser más y más precioso para nuestras almas, como firme Fundamento y Piedra angular de su Iglesia. Sigámosle aunque seamos odiados y despreciados por amor a Él.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—14. *La parábola de la fiesta de bodas.* 15—22. *Los fariseos preguntan a Jesús sobre el impuesto.* 23—33. *La pregunta de los saduceos sobre la resurrección.* 34—40. *La esencia de los mandamientos.* 41—46. *Jesús interroga a los fariseos.*

Vv. 1—14. La provisión hecha para las almas perecederas en el evangelio, está representada por una fiesta real hecha por un rey, con prodigalidad oriental, en ocasión del matrimonio de su hijo. Nuestro Dios misericordioso no sólo ha provisto el alimento, sino un festejo real para las almas que perecen de sus rebeldes criaturas. En la salvación de su Hijo Jesucristo hay suficiente y de sobra de todo lo que se pueda agregar a nuestro consuelo presente y dicha eterna. —Los primeros invitados fueron los judíos. Cuando los profetas del Antiguo Testamento no prevalecieron, ni Juan el Bautista, ni el mismo Cristo, que les dijo que el reino de Dios estaba cerca, fueron enviados los apóstoles y ministros del evangelio, después de la resurrección de Cristo, a decirles que iba a venir y persuadirlos para que aceptaran la oferta. La razón del por qué los pecadores no van a Cristo y a la salvación por Él no es que no puedan, sino que no quieren. Tomarse a la ligera a Cristo y la gran salvación obrada por Él, es el pecado que condena al mundo. Ellos fueron indiferentes. Las multitudes perecen para siempre por pura indiferencia sin mostrar aversión directa, pero son negligentes acerca de sus almas. Además, las actividades y el provecho de las ocupaciones mundanas estorban a muchos para cerrar trato con el Salvador. Campesinos y mercaderes deben ser diligentes, pero cualquiera sea la cosa del mundo que tengamos en nuestras manos, debemos poner cuidado en mantenerla fuera de nuestros corazones, no sea que se interponga entre nosotros y Cristo. —La extrema ruina sobrevenida a la iglesia y a la nación judía está representada aquí. La persecución de los fieles ministros de Cristo llena la medida de la culpa de todo pueblo. No se esperaba la oferta de Cristo y la salvación de los gentiles; fue tanta sorpresa como sería que se invitara a una fiesta de boda real al caminante. El designio del evangelio es recoger almas para Cristo; a todos los hijos de Dios esparcidos por todos lados, Juan x, 16; xi, 52. —El ejemplo de los hipócritas está representado por el invitado que no tenía traje de boda. Nos concierne a todos prepararnos para el juicio; y los que, y sólo los que se vistan del Señor Jesús, que tengan el

temperamento mental cristiano, que vivan por fe en Cristo y para quienes Él es el todo en todo, tienen la vestimenta para la boda. La justicia de Cristo que nos es imputada y la santificación del Espíritu son, ambas, por igual necesarias. Nadie tiene el ropaje de boda por naturaleza ni puede hacérselo por sí mismo. Llega el día en que los hipócritas serán llamados a rendir cuentas de todas sus intrusiones presuntuosas en las ordenanzas del evangelio y de la usurpación de los privilegios del evangelio. Echadlo a las tinieblas de afuera. Los que andan en forma indigna del cristianismo, abandonan toda la dicha que proclaman presuntuosamente. —Nuestro Salvador pasa aquí desde la parábola a su enseñanza. Los hipócritas andan a la luz del evangelio mismo camino a la extrema oscuridad. Muchos son llamados a la fiesta de boda, esto es, a la salvación, pero pocos tienen el ropaje de la boda, la justicia de Cristo, la santificación del Espíritu. Entonces, examinémonos si estamos en la fe y procuremos ser aprobados por el Rey.

Vv. 15—22. Los fariseos enviaron sus discípulos a los herodianos, un partido de los judíos, que apoyaba la sumisión total al emperador romano. Aunque eran contrarios entre sí, se unieron contra Cristo. Lo que dijeron de Cristo estaban bien; sea que lo supieran o no, bendito sea Dios que nosotros lo sabemos. Jesucristo fue un maestro fiel, uno que reprueba directamente. —Cristo vio su iniquidad. Cualquiera sea la máscara que se ponga el hipócrita, nuestro Señor Jesús ve a través de ella. Cristo no intervino como juez en materias de esta naturaleza, porque su reino no es de este mundo, pero insta a sujetarse pacíficamente a los poderes que hay. Reprobó a sus adversarios y enseñó a sus discípulos que la religión cristiana no es enemiga del gobierno civil. —Cristo es y será la maravilla no sólo de sus amigos, sino de sus enemigos. Ellos admiran su sabiduría, pero no serán guiados por ella, y su poder, pero no se someterán.

Vv. 23—33. Las doctrinas de Cristo desagradan a los infieles saduceos y a los fariseos y herodianos. Él lleva las grandes verdades de la resurrección y el estado futuro más allá de lo que se había revelado hasta entonces. No hay modo de deducir del estado de cosas en este mundo lo que acontecerá en el más allá. La verdad sea puesta a la luz clara y se manifieste con toda su fuerza. Habiéndolos silenciado de este modo, nuestro Señor procedió a mostrar la verdad de la doctrina de la resurrección a partir de los libros de Moisés. Dios le declaró a Moisés que era el Dios de los patriarcas que habían muerto hacía mucho tiempo; esto demuestra que ellos estaban entonces en un estado del ser capaz de disfrutar su favor y prueba que la doctrina de la resurrección es claramente enseñada en el Antiguo Testamento y en el Nuevo. Pero esta doctrina estaba reservada para una revelación más plena después de la resurrección de Cristo, primicia de los que durmieron. Todos los errores surgen de no conocer las Escrituras y el poder de Dios. —En este mundo la muerte se lleva a uno tras otro y así, termina con todas las esperanzas, los goces, las penas y las relaciones terrenales. ¡Qué desgraciados son los que no esperan nada mejor más allá de la tumba!

Vv. 34—40. Un intérprete de la ley preguntó algo a nuestro Señor para probar no tanto su conocimiento como su juicio. El amor de Dios es el primer y gran mandamiento, y el resumen de todos los mandamientos de la primera tabla. Nuestro amor por Dios debe ser sincero, no sólo de palabra y lengua. Todo nuestro amor es poco para dárselo, por tanto todos los poderes del alma deben comprometerse con Él y ejecutados para Él. —Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos es el segundo gran mandamiento. Hay un amor propio que es corrompido y raíz de los pecados más grandes y debe ser dejado y mortificado; pero hay un amor propio que es la regla del deber más grande: hemos de tener el debido interés por el bienestar de nuestra alma y nuestro cuerpo. Debemos amar a nuestro prójimo tan verdadera y sinceramente como nos amamos a nosotros mismos; en muchos casos debemos negarnos a nosotros por el bien del prójimo. Por estos dos mandamientos moldeen, nuestro corazón.

Vv. 41—46. Cuando Cristo dejó perplejos a sus enemigos, preguntó qué pensaban del Mesías prometido. ¿Cómo podía Él ser el Hijo de David y, sin embargo, ser su Señor? Cita el Salmo cx, 1. Si el Cristo iba a ser un simple hombre, que sólo existiría mucho tiempo después de la muerte de David, ¿cómo podía su antepasado tratarlo de Señor? Los fariseos no pudieron contestar eso. Ni tampoco resolver la dificultad, a menos que reconozcan que el Mesías sea el Hijo de Dios y el Señor de David igualmente que el Padre. Él tomó nuestra naturaleza humana y, así, se manifestó Dios en la carne; en este sentido es el Hijo del hombre y el Hijo de David. —Nos conviene sobre todo indagar seriamente: "¿qué pensamos de Cristo?" ¿Es Él completamente glorioso a nuestros ojos y precioso a nuestros corazones? Que Cristo sea nuestro gozo, nuestra confianza, nuestro todo. Que diariamente seamos hechos más como Él, y más dedicados a su servicio.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—12. *Jesús reprende a los escribas y a los fariseos.* 13—33. *Delitos de los fariseos.* 34—39. *La culpa de Jerusalén.*

Vv. 1—12. Los escribas y los fariseos explicaban la ley de Moisés y obligaban a obedecerla. Son acusados de hipocresía en la religión. Sólo podemos juzgar conforme a las apariencias externas, pero Dios escudriña el corazón. Ellos hacían filacterias que eran rollos de papel o pergamino donde escribían cuatro artículos de la ley, para atarlos a la frente o al brazo izquierdo, Éxodo xiii, 2–10; Éxodo xiii, 11–16; Deuteronomio vi, 4–9; Deuteronomio xi, 13–21. Hacían estas filacterias extensas para que se pensara que eran más celosos de la ley que los demás. Dios mandó a los judíos que se pusieran franjas sobre sus vestiduras, Números xv, 38, para recordarles que son un pueblo peculiar, pero los fariseos las hacían más grandes que lo corriente, como si por eso fueran más religiosos que los demás. El orgullo era el pecado amado reinante en los fariseos, el pecado que más fácilmente los asaltaba, y contra el cual el Señor Jesús habla aprovechando todas las ocasiones. Para aquel que es enseñado en la palabra, es digno de elogio que honre al que enseña; pero para el que enseña es pecaminoso exigir esa honra e hincharse por eso. —¡Cuán contrario al espíritu del cristianismo es esto! Al discípulo coherente de Cristo le es penoso ser puesto en los lugares principales, pero cuando se mira alrededor en la iglesia visible, ¿quién pensara que este es el espíritu requerido? Claro es que alguna medida de este espíritu anticristiano predomina en toda sociedad religiosa y en el corazón de cada uno de nosotros.

Vv. 13—33. Los escribas y los fariseos eran enemigos del evangelio de Cristo y, por tanto, de la salvación de las almas de los hombres. Malo es mantenernos alejados de Cristo, pero peor es mantener a los demás lejos de Él. —Sin embargo, no es novedad que la apariencia y la forma de la piedad se usen como manto para las mayores enormidades. Pero la piedad hipócrita será considerada como doble iniquidad. —Estaban muy ocupados en ganar almas para su partido. No para la gloria de Dios, ni para bien de las almas, sino para tener el mérito y la ventaja de hacer prosélitos. Siendo la ganancia su piedad ellos con miles de estratagemas hicieron que la religión cediera su lugar a sus intereses mundanos. Eran muy estrictos y precisos en materias mínimas de la ley, pero negligentes y consecuentes en las materias de mayor peso. No es el escrúpulo de un pecadillo que reprueba aquí Cristo; si fuera un pecado, aun como un mosquito, había que filtrarlo, pero hacían eso y, luego, se tragaban un camello, es decir, cometían un pecado mayor. —Aunque parecían ser santos, no eran sobrios ni justos. Realmente somos lo que somos por dentro. Los motivos externos pueden mantener limpio lo de afuera mientras el interior está inmundo; pero si el corazón y el espíritu son hechos nuevos, habrá vida nueva; aquí debemos empezar con nosotros mismos. La justicia de los escribas y los fariseos era como los adornos de una tumba o el vestido de un cadáver, sólo para el espectáculo.

Lo engañoso de los corazones de los pecadores se manifiesta en que navegan corriente abajo por los torrentes de los pecados de su propio tiempo, mientras se jactan de haberse opuesto a los pecados de días anteriores. A veces pensamos que si nosotros hubiésemos vivido cuando Cristo estuvo en la tierra, no lo hubiésemos despreciado ni rechazado, como entonces hicieron los hombres; pero Cristo en su Espíritu, en su palabra, en sus ministros aún no es tratado mejor. Justo es que Dios entregue a la lujuria de sus corazones a éstos que se obstinan en satisfacerse a sí mismos. Cristo da a los hombres su carácter verdadero.

Vv. 34—39. Nuestro Señor declara las miserias que estaban por acarrearse a sí mismos los habitantes de Jerusalén, pero no se fija en los sufrimientos que Él iba a pasar. Una gallina que junta a sus pollos bajo sus alas, es un emblema adecuado del tierno amor del Salvador por aquellos que confían en Él, y su fiel cuidado por ellos. Él llama a los pecadores a que se refugien en su tierna protección, los mantiene a salvo, y los nutre para la vida eterna. —Aquí se anuncian la dispersión y la incredulidad presente de los judíos, y su futura conversión a Cristo. Jerusalén y sus hijos tenían gran parte de culpa y su castigo ha sido una señal. Pero no antes de mucho, la venganza merecida caerá sobre cada iglesia que es cristiana sólo de nombre. Mientras tanto, el Salvador está listo para recibir a todos los que vayan a Él. Nada hay entre los pecadores y la dicha eterna, sino su orgullo y su incrédula falta de voluntad.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—3. *Cristo anuncia la destrucción del templo.* 4—28. *Desastres previos a la destrucción de Jerusalén.* 29—41. *Cristo anuncia otras señales y desgracias del fin del mundo.* 42—51. *Exhortaciones a velar.*

Vv. 1—3. Cristo predice la total ruina y la destrucción futura del templo. Una crédula visión en fe de la desaparición de toda gloria mundanal, nos servirá para que evitemos admirarla y sobrevalorarla. El cuerpo más bello será pronto comida para los gusanos, y el edificio más magnífico, un montón de escombros. ¿No ve estas cosas? Nos hará bien que las miremos como viendo a través de ellas y viendo el fin de ellas. —Nuestro Señor, habiéndose ido con sus discípulos al Monte de los Olivos, puso ante ellos el orden de los tiempos en cuanto a los judíos, hasta la destrucción de Jerusalén, y en cuanto a los hombres en general hasta el fin del mundo.

Vv. 4—28. Los discípulos preguntaron acerca de los tiempos, *¿Cuándo* serán estas cosas? Cristo no les contestó eso, pero ellos también habían preguntado: *¿Cuál* será la señal? Esta pregunta la contestó plenamente. La profecía trata primero los acontecimientos próximos, la destrucción de Jerusalén, el fin de la iglesia y del estado judíos, el llamado a los gentiles, y el establecimiento del reino de Cristo en el mundo; pero también mira al juicio general; y al cercano, apunta más en detalle a este último. Lo que dijo aquí Cristo a sus discípulos, tendía más a fomentar la cautela que a satisfacer su curiosidad; más a prepararlos para los acontecimientos que sucederían que a darles una idea clara de los hechos. Este es el buen entendimiento de los tiempos que todos debemos codiciar, para de eso inferir lo que Israel debe hacer. —Nuestro Salvador advierte a sus discípulos que estén en guardia contra los falsos maestros. Anuncia guerras y grandes conmociones entre las naciones. Desde el tiempo en que los judíos rechazaron a Cristo y Él dejó su casa desolada, la espada nunca se ha apartado de ellos. Véase lo que pasa por rechazar el evangelio. A los que no oigan a los mensajeros de la paz, se les hará oír a los mensajeros de la guerra. Pero donde esté puesto el corazón, confiando en Dios, se mantiene en paz y no se asusta. Contrario a la mente de Cristo es que su pueblo tenga corazones perturbados aun en tiempos turbulentos. —Cuando miramos adelante a la

eternidad de la miseria que está ante los obstinados que rechazan a Cristo y su evangelio, podemos decir en verdad: Los juicios terrenales más grandes sólo son principio de dolores. Consuela que algunos perseveren hasta el fin. —Nuestro Señor predice la predicación del evangelio en todo el mundo. El fin del mundo sólo vendrá cuando el evangelio haya hecho su obra. —Cristo anuncia la ruina que sobrevendrá al pueblo judío; y lo que dice aquí, servirá a sus discípulos para su conducta y para consuelo. Si Dios abre una puerta de escape, debemos escapar, de lo contrario no confiamos en Dios, sino lo tentamos. En tiempos de trastorno público corresponde a los discípulos de Cristo estar orando mucho: eso nunca es inoportuno, pero se vuelve especialmente oportuno cuando estamos angustiados por todos lados. Aunque debemos aceptar lo que Dios envíe, aún podemos orar contra los sufrimientos; y algo que prueba mucho al hombre bueno es ser sacado por una obra de necesidad del servicio y adoración solemnes de Dios en el día de reposo. Pero he aquí una palabra de consuelo, que por amor a los elegidos esos días serán acortados en relación a lo que concibieron sus enemigos, que los hubieran cortados a todos, si Dios, que usó a esos enemigos para servir sus propósitos, no hubiera puesto límite a la ira de ellos. —Cristo anuncia la rápida difusión del evangelio en el mundo. Es visto simplemente como el rayo. Cristo predicó abiertamente su evangelio. Los romanos eran como águila y la insignia de sus ejércitos era el águila. Cuando un pueblo, por su pecado, se hace como asquerosos esqueletos, nada puede esperarse, sino que Dios envíe enemigos para destruirlo. Esto es muy aplicable al día del juicio, la venida de nuestro Señor Jesucristo en ese día, 2 Tesalonicenses ii, 1, 2. Pongamos diligencia para hacer segura nuestra elección y vocación; entonces podremos saber que ningún enemigo ni engañador prevalecerá contra nosotros.

Vv. 29—41. Cristo predice su segunda venida. Es habitual que los profetas hablen de cosas cercanas y a la mano para expresar la grandeza y certidumbre de ellas. En cuanto a la segunda venida de Cristo, se anuncia que habrá un gran cambio para hacer nuevas todas las cosas. Entonces verán al Hijo del hombre que viene en la nubes. En su primera venida fue puesto como señal que sería contradicha, pero en su segunda venida, una señal que debe ser admirada. —Tarde o temprano, todos los pecadores se lamentarán, pero los pecadores arrepentidos miran a Cristo y se duelen de manera santa; y los que siembran con lágrimas cosecharán con gozo dentro de poco. Los pecadores impenitentes verán a Aquel que traspasaron y, aunque ahora ríen, entonces lamentarán y llorarán con horror y desesperación interminable. —Los elegidos de Dios están dispersos en todas partes; los hay en todas partes y en todas las naciones, pero cuando llegue ese gran día de reunión no habrá uno solo de ellos que falte. La distancia del lugar no dejará a nadie fuera del cielo. Nuestro Señor declara que los judíos nunca cesarán de ser un pueblo distinto hasta que se cumplan todas las cosas que había predicho. Su profecía llega al día del juicio final; por tanto, aquí, versículo 34, anuncia que Judá nunca dejará de existir como pueblo distinto, mientras dure este mundo. —Los hombres del mundo complotan y planean de generación en generación, pero no planean con referencia al hecho más seguro de la segunda venida de Cristo, que se acerca sobrecogedor, el cual terminará con toda estratagema humana, y echará a un lado por siempre todo lo que Dios prohíbe. Ese será un día tan sorpresivo como el diluvio para el mundo antiguo. —Aplíquese esto, primero, a los juicios temporales, particularmente el que entonces llegaba apresuradamente a la nación y pueblo de los judíos. Segundo, al juicio eterno. Aquí Cristo muestra el estado del mundo antiguo cuando llegó el diluvio; y ellos no creían. Si nosotros supiéramos correctamente que todas las cosas terrenales deben pasar dentro de poco, no pondríamos nuestros ojos y nuestro corazón en ellas tanto como lo hacemos. ¡Qué palabras pueden describir con más fuerza lo súbito de la llegada de nuestro Salvador! Los hombres estarán en sus respectivas ocupaciones y, repentinamente se manifestará el Señor de gloria. Las mujeres estarán en sus tareas domésticas, pero en ese momento toda otra obra será dejada de lado, y todo corazón se volverá adentro y dirá, ¡es el Señor! ¿Estoy preparado para encontrarlo? ¿Puedo estar ante Él? Y de hecho ¿qué es el día del juicio para todo el mundo, si no el día de la muerte de cada uno?

Vv. 42—51. Velar por la venida de Cristo es mantener el temperamento mental en que deseamos que nos halle nuestro Señor. Sabemos que tenemos poco tiempo para vivir, no podemos saber si tenemos largo tiempo para vivir; mucho menos sabemos el tiempo fijado para el juicio. —La venida de nuestro Señor será feliz para los que estén preparados, pero será muy espantosa para quienes no lo estén. Si un hombre, que profesa ser siervo de Cristo, es incrédulo, codicioso, ambicioso o amante del placer, será cortado. Quienes escogen por porción el mundo en esta vida, tendrán el infierno como porción en la otra. Que nuestro Señor, cuando venga, nos sentencie bienaventurados y nos presente ante el Padre, lavados en su sangre, purificados por su Espíritu, y aptos para ser partícipes de la suerte de los santos en luz.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—13. *Parábola de las diez vírgenes.* 14—30. *Parábola de los talentos.* 31—46. *El juicio.*

Vv. 1—13. Las circunstancias de la parábola de las diez vírgenes fueron tomadas de las costumbres nupciales de los judíos y explica el gran día de la venida de Cristo. Véase la naturaleza del cristianismo. Como cristianos profesamos atender a Cristo, honrarlo, y estar a la espera de su venida. Los cristianos sinceros son las vírgenes prudentes, y los hipócritas son las necias. Son verdaderamente sabios o necios los que así actúan en los asuntos de su alma. Muchos tienen una lámpara de profesión en sus manos, pero en sus corazones no tienen el conocimiento sano ni la resolución, que son necesarios para llevarlos a través de los servicios y las pruebas del estado presente. Sus corazones no han sido provistos de una disposición santa por el Espíritu de Dios que crea de nuevo. Nuestra luz debe brillar ante los hombres en buenas obras; pero no es probable que esto se haga por mucho tiempo, a menos que haya un principio activo de fe en Cristo y amor por nuestros hermanos en el corazón. —Todas cabecearon y se durmieron. La demora representa el espacio entre la conversión verdadera o aparente de estos profesantes y la venida de Cristo, para llevarlos por la muerte o para juzgar al mundo. Pero aunque Cristo tarde más allá de *nuestra* época, no tardará más allá del tiempo *debido.* Las vírgenes sabias mantuvieron ardiendo sus lámparas, pero no se mantuvieron despiertas. Demasiados son los cristianos verdaderos que se vuelven remisos y un grado de negligencia da lugar a otro. Los que se permiten cabecear, escasamente evitan dormirse; por tanto tema el comienzo del deterioro espiritual. —Se oye un llamado sorprendente, Salid a recibirle; es un llamado para los que están preparados. La noticia de la venida de Cristo y el llamado a salir a recibirle, los despertará. Aun los que estén preparados en la mejor forma para la muerte tienen trabajo que hacer para estar verdaderamente preparados, 2 Pedro iii, 14. Será un día de búsqueda y de preguntas; nos corresponde pensar cómo seremos hallados entonces. —Algunas llevaron aceite para abastecer sus lámparas antes de salir. Las que no alcanzan la gracia verdadera ciertamente hallarán su falta en uno u otro momento. Una profesión externa puede alumbrar a un hombre en este mundo, pero las humedades del valle de sombra de muerte extinguirán su luz. Los que no se preocupan por vivir la vida, morirán de todos modos la muerte del justo. Pero los que serán salvos deben tener gracia propia; y los que tienen más gracia no tienen nada que ahorrar. El mejor necesita más de Cristo. Mientras la pobre alma alarmada se dirige, en el lecho de enfermo, al arrepentimiento y la oración con espantosa confusión, viene la muerte, viene el juicio, la obra es deshecha, y el pobre pecador es deshecho para siempre. Esto viene de haber tenido que comprar aceite cuando debíamos quemarlo, obtener gracia cuando teníamos que usarla. Los que, y únicamente ellos, irán al cielo del más allá, están siendo preparados para el cielo aquí. Lo súbito de la muerte y de la llegada de Cristo a nosotros entonces, no estorbará nuestra dicha si nos hemos preparado. —La puerta fue cerrada. Muchos procurarán ser recibidos en el cielo cuando sea

demasiado tarde. La vana confianza de los hipócritas los llevará lejos en las expectativas de felicidad. La convocatoria inesperada de la muerte puede alarmar al cristiano pero, procediendo sin demora a cebar su lámpara, sus gracias suelen brillar más fuerte; mientras la conducta del simple profesante muestra que su lámpara se está apagando. Por tanto, velad, atended el asunto de vuestras almas. Estad todo el día en el temor del Señor.

Vv. 14—30. Cristo no tiene siervos para que estén ociosos: ellos han recibido su todo de Él y nada tienen que puedan llamar propio, salvo pecado. Que recibamos de Cristo es para que trabajemos por Él. La manifestación del Espíritu es dada a todo hombre para provecho. El día de rendir cuentas llega por fin. Todos debemos ser examinados en cuanto a lo bueno que hayamos logrado para nuestra alma y para nuestro prójimo, por las ventajas que disfrutamos. No significa que el realce de los poderes naturales pueda dar mérito a un hombre para la gracia divina. Es libertad y privilegio del cristiano verdadero ser empleado como siervo de su Redentor, fomentando su gloria, y el bien de su pueblo: el amor de Cristo le constriñe a no vivir más para sí, sino para aquel que murió y resucitó por él. —Los que piensan que es imposible complacer a Dios, y es en vano servirle, nada harán para el propósito de la religión. Se quejan de que Él exige de ellos más de lo que son capaces, y que los castiga por lo que no pueden evitar. Cualquiera sea lo que pretendan, el hecho es que no les gusta el carácter ni la obra del Señor. —El siervo perezoso está sentenciado a ser privado de su talento. Esto puede aplicarse a las bendiciones de esta vida, pero más bien a los medios de gracia. Los que no conocen el día de su visitación, tendrán ocultas de sus ojos las cosas que convienen a su paz. Su condena es ser arrojados a las más profundas tinieblas. Es una manera acostumbrada de expresar las miserias de los condenados en el infierno. Aquí, en lo dicho a los siervos fieles, nuestro Salvador pasa de la parábola a la cosa significada por ella, y eso sirve como clave para el todo. No envidiemos a los pecadores ni codiciemos nada de sus posesiones perecederas.

Vv. 31—46. Esta es una descripción del juicio final. Es una explicación de las parábolas anteriores. Hay un juicio venidero en que cada hombre será sentenciado a un estado de dicha o miseria eterna. Cristo vendrá, no sólo en la gloria de su Padre sino en su propia gloria, como Mediador. El impío y el santo habitan aquí juntos en las mismas ciudades, iglesias, familias y no siempre son diferenciados unos de otros; tales son las debilidades de los santos, tales las hipocresías de los pecadores; y la muerte se los lleva a ambos: pero en ese día serán separados para siempre. Jesucristo es el gran Pastor; Él distinguirá dentro de poco tiempo entre los que son suyos y los que no. Todas las demás distinciones serán eliminadas; pero la mayor entre santos y pecadores, santos e impíos, permanecerá para siempre. —La dicha que poseerán los santos es muy grande. Es un *reino*; la posesión más valiosa en la tierra; pero esto no es sino un pálido parecido del estado bienaventurado de los santos en el cielo. Es un reino *preparado.* El Padre lo proveyó para ellos en la grandeza de su sabiduría y poder; el Hijo lo compró para ellos; y el Espíritu bendito, al prepararlos a ellos para el reino, está preparándolo para ellos. Está preparado *para ellos:* en todos los aspectos está adaptado a la nueva naturaleza del alma santificada. Está preparado *desde la fundación del mundo.* Esta felicidad es para los santos, y ellos para ella, desde toda la eternidad. Vendrán y *la heredarán.* Lo que heredamos no lo logramos por nosotros mismos. Es Dios que hace los herederos del cielo. —No tenemos que suponer que actos de generosidad dan derecho a la dicha eterna. Las buenas obras hechas por amor a Dios, por medio de Jesucristo, se comentan aquí como marcas del carácter de los creyentes hechos santos por el Espíritu de Cristo, y como los efectos de la gracia concedida a los que las hacen. —El impío en este mundo fue llamado con frecuencia a ir a Cristo en busca de vida y reposo, pero rechazaron sus llamados; y justamente son los que prefirieron alejarse de Cristo quienes no irán a Él. Los pecadores condenados ofrecerán disculpas vanas. El castigo del impío será un castigo eterno; su estado no puede ser cambiado. Así, la vida y la muerte, el bien y el mal, la bendición y la maldición, están puestas ante nosotros para que podamos escoger nuestro camino, y como nuestro camino, así será nuestro fin.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—5. *Los gobernantes conspiran contra Cristo.* 6—13. *Cristo ungido en Betania.* 14—16. *Judas negocia para traicionar a Cristo.* 17—25. *La Pascua.* 26—30. *Cristo instituye la Santa Cena.* 31—35. *Advertencia a sus discípulos.* 36—46. *Agonía en el huerto.* 47—56. *Traicionado.* 57—68. *Cristo ante Caifás.* 69—75. *Negación de Pedro.*

Vv. 1—5. Nuestro Señor habló frecuentemente de Sus sufrimientos como distantes; ahora habla de ellos como inmediatos. Al mismo tiempo, el concilio judío consultaba cómo podían matarlo en forma secreta. Pero agradó a Dios derrotar la intención de ellos. Jesús, el verdadero cordero pascual, iba a ser sacrificado por nosotros en ese mismo momento, y su muerte y resurrección serían públicas.

Vv. 6—13. El ungüento derramado sobre la cabeza de Cristo era una señal del mayor respeto. Donde hay amor verdadero por Jesucristo en el corazón, nada se considerará como demasiado bueno para dárselo a Él. Mientras más se ponga reparos a los siervos de Cristo y a sus servicios, más manifiesta Él su aceptación. Este acto de fe y amor fue tan notable que sería registrado como monumento a la fe y amor de María para todas las eras futuras, y en todos los lugares donde se predicara el evangelio. Esta profecía se cumple.

Vv. 14—16. No hay sino doce apóstoles llamados, y uno de ellos era como un diablo; con toda seguridad nunca debemos esperar que ninguna sociedad sea absolutamente pura a este lado del cielo. Mientras más grandiosa sea la profesión de la religión que hagan los hombres, más grande será la oportunidad que tengan de hacer el mal si sus corazones no están bien con Dios. Obsérvese que el propio discípulo de Cristo, que conocía tan bien su doctrina y estilo de vida, fue falso con Él, y no lo pudo acusar de ningún delito, aunque hubiera servido para justificar su traición. ¿Qué quería Judas? ¿No era bien recibido donde quiera fuera su Maestro? ¿No le iba como le iba a Cristo? No es la *falta de* sino el *amor al* dinero lo que es la raíz de todo mal. Después que hizo esa malvada transacción, Judas tuvo tiempo para arrepentirse y revocarla; pero cuando la conciencia se ha endurecido con actos menores de deshonestidad, los hombres hacen sin dudar lo que es más vergonzoso.

Vv. 17—25. Obsérvese que el lugar para comer la pascua fue señalado por Cristo a los discípulos. Él conoce a la gente que, escondida, favorece su causa y visita por gracia a todos los que están dispuestos a recibirlo. Los discípulos hicieron como indicó Jesús. Los que desean tener la presencia de Cristo en la pascua del evangelio, deben hacer lo que Él dice. —Corresponde que los discípulos de Cristo sean siempre celosos de sí mismos, especialmente en los tiempos de prueba. No sabemos con cuánta fuerza podemos ser tentados, ni cuánto puede Dios dejarnos librados a nosotros mismos; por tanto, tenemos razón para no ser altivos, sino para temer. El examen que escudriña el corazón y la oración ferviente son especialmente apropiadas antes de la cena del Señor, para que, puesto que Cristo, nuestra pascua, es ahora sacrificado por nosotros, podemos guardar esta fiesta, y renovar nuestro arrepentimiento, nuestra fe en su sangre y rendirnos a su servicio.

Vv. 26—30. La ordenanza de la cena del Señor es para nosotros la cena de la pascua, por la cual conmemoramos una liberación mucho mayor que la de Israel desde Egipto. “Tomad, comed”; acepta a Cristo como te es ofrecido; recibe la expiación, apruébala, sométete a su gracia y mando. La carne que sólo se mira, por muy bien presentada que esté el plato, no alimenta; debe comerse: así debe pasar con la doctrina de Cristo. “Esto es mi cuerpo” esto es, que significa y representa espiritualmente su cuerpo. Participamos del sol no teniendo al sol puesto en nuestras manos, sino sus rayos lanzados para abajo sobre nosotros; así, participamos de Cristo al participar de su gracia y de los frutos benditos del partimiento de su cuerpo. La sangre de Cristo está significada y representada

por el vino. Él dio gracias, para enseñarnos a mirar a Dios en cada aspecto de la ordenanza. Esta copa la dio a los discípulos con el mandamiento de: “Bebed de ella todos”. El perdón de pecado es la gran bendición que se confiere en la cena del Señor a todos los creyentes verdaderos; es el fundamento de todas las demás bendiciones. —Él aprovecha la comunión para asegurarles la feliz reunión de nuevo al final: “Hasta aquel día en que lo beba de nuevo con vosotros”, lo que puede entenderse como las delicias y las glorias del estado futuro, del cual participarán los santos con el Señor Jesús. Ese será el reino de su Padre; el vino del consuelo será siempre nuevo allí. Mientras miramos las señales externas del cuerpo de Cristo partido y su sangre derramada por la remisión de nuestros pecados, recordemos que la fiesta le costó tanto que tuvo que dar, literalmente, su carne como comida y su sangre como nuestra bebida.

Vv. 31—35. La confianza impropia en sí mismo, como la de Pedro, es el primer paso hacia una caída. Todos somos proclives a ser demasiado confiados, pero caen más pronto y más mal los que más confiados están en sí mismos. Los que se piensan más seguros son los que están menos a salvo. Satanás está activo para descarriar a los tales; ellos son los que están menos en guardia: Dios los deja a sí mismos para humillarlos.

Vv. 36—46. El que hizo expiación por los pecados de la humanidad, se sometió en el huerto del sufrimiento a la voluntad de Dios, contra la cual se había rebelado el hombre en un huerto de placeres. Cristo llevó consigo, a esa parte del huerto donde sufrió su agonía, sólo a los que habían presenciado su gloria en su transfiguración. Están mejor preparados para sufrir con Cristo los que, por fe, han contemplado su gloria. Las palabras usadas denotan el rechazo, asombro, angustia y horror mental más completos; el estado de uno rodeado de penas, abrumado con miserias, y casi consumido por el terror y el desánimo. —Ahora comenzó a entristecerse y nunca dejó de estar así hasta que dijo: Consumado es. Él oró que, si era posible, la copa pasara de Él. Pero también mostró su perfecta voluntad de llevar la carga de sus sufrimientos; estaba dispuesto a someterse a todo por nuestra redención y salvación. Conforme a este ejemplo de Cristo, debemos beber de la copa más amarga que Dios ponga en nuestras manos; aunque nuestra naturaleza se oponga, debe someterse. Debemos cuidar más de hacer que nuestras tribulaciones sean santificadas, y nuestros corazones se satisfagan sometidos a ellas, que lograr que los problemas sean eliminados. —Bueno es para nosotros que nuestra salvación esté en la mano de Uno que no se adormece ni se duerme. Todos somos tentados, pero debemos tener gran temor de meternos en tentación. Para estar a salvo de esto debemos velar y orar y mirar continuamente al Señor, para que nos sostenga y estemos a salvo. —Indudablemente nuestro Señor tenía una visión completa y clara de los sufrimientos que aún tenía que soportar y, aun así, habló con la mayor calma hasta este momento. Cristo es el garante que decidió ser responsable de rendir las cuentas por nuestros pecados. En consecuencia, fue hecho pecado por nosotros, y sufrió por nuestros pecados, el Justo por el injusto; y la Escritura atribuye sus sufrimientos más intensos a la mano de Dios. Él tenía pleno conocimiento del infinito mal del pecado y de la inmensa magnitud de la culpa por la cual iba a hacer expiación; con visiones horrorosas de la justicia y santidad divina, y del castigo merecido por los pecados de los hombres, tales que ninguna lengua puede expresar ni mente concebir. Al mismo tiempo, Cristo sufrió siendo tentado; probablemente Satanás sugirió horribles pensamientos todos tendientes a sacar una conclusión sombría y espantosa: estos deben de haber sido los más difíciles de soportar por su perfecta santidad. ¿Y la carga del pecado imputado pesó tanto en el alma de Aquel, de quien se dijo: Sustenta todas las cosas con la palabra de su poder? ¡En qué miseria entonces deben hundirse aquellos cuyos pecados pesan sobre sus propias cabezas! ¿Cómo escaparán los que descuidan una salvación tan grande?

Vv. 47—56. No hay enemigos que sean tan aborrecibles como los discípulos profesos que traicionan a Cristo con un beso. —Dios no necesita nuestros servicios, mucho menos nuestros

pecados, para realizar sus propósitos. Aunque Cristo fue crucificado por debilidad, fue debilidad voluntaria; se sometió a la muerte. Si no hubiera estado dispuestos a sufrir, ellos no lo hubiesen vencido. —Fue un gran pecado de quienes dejaron todo para seguir a Jesús dejarlo ahora por lo que no sabían. ¡Qué necedad huir de Él, al cual conocían y reconocían como el Manantial de la vida, por miedo a la muerte!

Vv. 57—68. Jesús fue llevado apresuradamente a Jerusalén. Luce mal, y presagia lo peor, que los dispuestos a ser discípulos de Cristo no estén dispuestos a ser conocidos como tales. Aquí empieza la negación de Pedro: porque seguir a Cristo desde lejos es empezar a retirarse de Él. Nos concierne más prepararnos para el fin, cualquiera sea, que preguntar curiosos cuál será el fin. El hecho es de Dios, pero el deber es nuestro. —Ahora fueron cumplidas las Escrituras que dicen: Se han levantado contra mí testigos falsos. Cristo fue acusado, para que nosotros no fuéramos condenados; y, si en cualquier momento nosotros sufrimos así, recordemos que no podemos tener la expectativa de que nos vaya mejor que a nuestro Maestro. Cuando Cristo fue hecho pecado por nosotros, se quedó callado y dejó que su sangre hablara. Hasta entonces rara vez había confesado Jesús, expresamente, ser el Cristo, el Hijo de Dios; el tenor de su doctrina lo dice y sus milagros lo probaban, pero, por ahora omitiría hacer una confesión directa. Hubiera parecido que renunciaba a sus sufrimientos. Así confesó Él, como ejemplo y estímulo para que sus seguidores, lo confiesen ante los hombres, cualquiera sea el peligro que corran. El desdén, la burla cruel y el aborrecimiento son la porción segura del discípulo, como lo fueron del Maestro, de parte de los que deseaban golpear y reírse con burla del Señor de la gloria. En el capítulo cincuenta de Isaías se predicen exactamente estas cosas. Confesemos el nombre de Cristo y soportemos el reproche, y Él nos confesará delante del trono de su Padre.

Vv. 69—75. El pecado de Pedro es relatado con veracidad, porque las Escrituras tratan con fidelidad. Las malas compañías llevan a pecar: quienes se meten innecesariamente en eso pueden hacerse la expectativa de ser tentados y atrapados, como Pedro. Apenas pueden desprenderse de esas compañías sin culpa o dolor, o ambas. Gran falta es tener vergüenza de Cristo y negar que lo conocemos cuando somos llamados a reconocerlo y, en efecto, eso es negarlo. El pecado de Pedro fue con agravantes; pero él cayo en pecado por sorpresa, no en forma intencional, como Judas. La conciencia debiera ser para nosotros como el canto del gallo para hacernos recordar los pecados que habíamos olvidado. —Pedro fue así dejado caer para abatir su confianza en sí mismo y volverlo más modesto, humilde, compasivo y útil para los demás. El hecho ha enseñado, desde entonces, muchas cosas a los creyentes y si los infieles, los fariseos y los hipócritas tropiezan en esto o abusan de ello, es a su propio riesgo. Apenas sabemos cómo actuar en situaciones muy difíciles, si fuésemos dejados a nosotros mismos. Por tanto, que el que se cree firme, tenga cuidado que no caiga; desconfiemos todos de nuestros corazones y confiemos totalmente en el Señor. —Pedro lloró amargamente. La pena por el pecado no debe ser ligera sino grande y profunda. Pedro, que lloró tan amargamente por negar a Cristo, nunca lo volvió a negar, sino que lo confesó a menudo frente al peligro. El arrepentimiento verdadero de cualquier pecado se demostrará por la gracia y el deber contrario; esa es señal de nuestro pesar no sólo amargo, sino sincero.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—10. *Cristo entregado a Pilato.* 11—25. *Cristo ante Pilato.* 26—30. *Barrabás liberado.—Cristo escarnecido.* 31—34. *Cristo llevado a ser crucificado.* 35—44. *Crucificado.* 45—50. *La muerte de Cristo.* 51—56. *Hechos de la crucifixión.* 57—61. *El entierro de Cristo.* 62—66. *El sepulcro sellado.*

Vv. 1—10. Los impíos poco ven de las consecuencias de sus delitos cuando los perpetran, pero deben rendir cuentas por todo. Judas reconoció de la manera más completa ante los principales sacerdotes que él había pecado y traicionado a una persona inocente. Este fue un testimonio total del carácter de Cristo; pero los gobernantes estaban endurecidos. Judas se fue, tirando al suelo el dinero, y se ahorcó por ser incapaz de soportar el terror de la ira divina, y la angustia de la desesperación. Poca duda cabe de que la muerte de Judas fue anterior a la de nuestro bendito Señor. —Pero, ¿fue nada para ellos haber tenido sed de esta sangre, y haber contratado a Judas para traicionarlo, y que la hubieran condenado a ser derramada injustamente? Así hacen los necios que se burlan del pecado. Así hacen muchos que toman a la ligera a Cristo crucificado. Y es caso corriente de lo engañoso de nuestros corazones tomar a la ligera nuestro propio pecado insistiendo en los pecados del prójimo. Pero el juicio de Dios es según verdad. —Muchos aplican este pasaje de la compra del campo con el dinero que Judas devolvió para significar el favor concebido por la sangre de Cristo para con los extraños y los pecadores gentiles. Eso cumplió una profecía, Zacarías xi, 12. —Judas avanzó mucho en el arrepentimiento, pero no fue para salvación. Confesó, pero no a Dios; él no acudió a Él y dijo: Padre he pecado contra el cielo. Nadie se satisfaga con las convicciones parciales que pueda tener un hombre, si sigue lleno de orgullo, enemistad y rebeldía.

Vv. 11—25. No teniendo maldad contra Jesús, Pilato le instó a aclarar las cosas, y se esforzó por declararlo sin culpa. El mensaje de su esposa fue una advertencia. Dios tiene muchas maneras de advertir a los pecadores sobre sus empresas pecaminosas, siendo una gran misericordia tener tales restricciones de parte de la Providencia, de parte de amigos fieles y de nuestras propias conciencias. ¡Oh, no hagas esta cosa abominable que el Señor odia! Es algo que podemos oír que se nos dice cuando estamos entrando en tentación, si queremos considerarlo. —Siendo dominado por los sacerdotes, el pueblo optó por Barrabás. Las multitudes que eligen al mundo más que a Dios, como rey y porción de ellos, eligen así su propio engaño. Los judíos insistían tanto en la muerte de Cristo que Pilato pensó que rehusar sería peligroso, y esta lucha muestra el poder de la conciencia aun en los peores hombres. Pero todo estaba ordenado para dejar en evidencia que Cristo sufrió no por faltas propias sino por los pecados de su pueblo. ¡Qué vano fue que Pilato esperara librarse de la culpa de la sangre inocente de una persona justa, a la cual estaba obligado a proteger por su oficio! —La maldición de los judíos contra ellos mismos ha sido espantosamente contestada en los sufrimientos de su nación. Nadie puede llevar el pecado de otros salvo aquel que no tenía pecado propio por el cual responder. ¿Y no estamos todos interesados? ¿No fue Barrabás preferido a Jesús cuando los pecadores rechazaron la salvación para conservar sus amados pecados, que roban su gloria a Dios, y asesinan las almas de ellos? Ahora la sangre de Cristo está *sobre* nosotros, para siempre por medio de la misericordia, dado que los judíos la rechazaron. ¡Oh, huyamos a ella para refugiarnos!

Vv. 26—30. La crucifixión era una muerte empleada sólo por los romanos; muy terrible y miserable. Se ponía en el suelo la cruz, a la cual se clavaban manos y pies, entonces la levantaban y afirmaban en forma vertical, de modo que el peso del cuerpo colgara de los clavos hasta que el sufriente muriera con tremendo dolor. Cristo corresponde así al tipo de la serpiente de bronce levantada en el palo del estandarte. Cristo pasó por toda la miseria y vergüenza aquí relatada para adquirir para nosotros vida eterna, gozo y gloria.

Vv. 31—34. Cristo fue llevado como Cordero al matadero, como Sacrificio al altar. Hasta las misericordias de los impíos son realmente crueles. Quitándole la cruz, ellos obligaron a llevarla a un tal Simón. Prepáranos Señor para llevar la cruz que tú nos has asignado, para tomarla diariamente con júbilo, y seguirte. ¿Hubo alguna vez dolor como su dolor? Cuando contemplamos su tipo de muerte con que murió, en eso contemplemos con qué tipo de amor nos amó. Como si la muerte, una muerte tan dolorosa, no fuera suficiente, ellos agregaron varias cosas a su amargura y terror.

Vv. 35—44. Se acostumbraba a avergonzar a los malhechores con un letrero que notificara el delito por el cual sufrían. Así pusieron uno sobre la cabeza de Cristo. O concibieron para reproche suyo, pero Dios lo pasó por alto, porque aun la acusación fue para su honra. —Había dos ladrones crucificados con Él al mismo tiempo. En su muerte, fue contado con los pecadores para que, en nuestra muerte, seamos contados con los santos. Las burlas y afrentas que recibió están registradas aquí. Los enemigos de Cristo trabajan fuerte para hacer que los demás crean cosas de la religión y del pueblo de Dios, que ellos mismos saben que son falsas. —Los principales sacerdotes y escribas, y los ancianos, se mofaron de Cristo por ser el Rey de Israel. Mucha gente podría gustar mucho del Rey de Israel, si se hubiera bajado de la cruz; si ellos pudieran tener su reino sin la tribulación a través de la cual deben entrar ahora. Pero si no hay cruz, no hay Cristo ni corona. Los que van a reinar con Él deben estar dispuestos a sufrir con Él. Así, pues, nuestro Señor Jesús, habiendo emprendido la satisfacción de la justicia de Dios, lo hizo sometiéndose al peor castigo de los hombres. Y en cada registro minuciosamente detallado de los sufrimientos de Cristo, encontramos cumplida alguna predicción de los profetas o los salmos.

Vv. 45—50. Durante las tres horas que continuaron las tinieblas, Jesús estuvo en agonía, luchando con las potestades de las tinieblas y sufriendo el desagrado de su Padre contra el pecado del hombre, por el cual ahora hacía ofrenda su alma. Nunca hubo tres horas como esa desde el día en que Dios creó al hombre en la tierra, nunca hubo una escena tan tenebrosa y espantosa; fue el punto sin retorno de ese gran asunto, la redención y salvación del hombre. Jesús expresó una queja en el Salmo xxii, 1. Ahí nos enseña lo útil que es la palabra de Dios para dirigirnos en oración y nos recomienda usar las expresiones de las Escrituras para orar. El creyente puede haber saboreado algunas gotas de amargura, pero sólo puede formarse una idea muy débil de la grandeza de los sufrimientos de Cristo. Sin embargo, de ahí aprende algo del amor del Salvador por los pecadores; de ahí obtiene una convicción más profunda de la vileza y mal del pecado, y de lo que él le debe a Cristo, que lo libra de la ira venidera. Sus enemigos ridiculizaron perversamente su lamento. Muchos de los reproches lanzados contra la palabra de Dios y al pueblo de Dios, surgen, como aquí, de errores groseros. —Cristo habló con toda su fuerza, justo antes de expirar, para demostrar que su vida no se la quitaban, sino la entregaba libremente en manos de su Padre. Tuvo fuerzas para desafiar a las potestades de la muerte; y para mostrar que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo, siendo el Sacerdote y Sacrificio, y clamó a gran voz. Entonces, entregó el espíritu. El Hijo de Dios, en la cruz, murió por la violencia del dolor a que fue sometido. Su alma fue separada de su cuerpo y, así, su cuerpo quedó real y verdaderamente muerto. Fue cierto que Cristo murió porque era necesario que muriera. Se había comprometido a hacerse ofrenda por el pecado y lo hizo cuando entregó voluntariamente su vida.

Vv. 51—56. La rasgadura del velo significó que Cristo, por su muerte, abrió un camino hacia Dios. Ahora tenemos el camino abierto a través de Cristo al trono de gracia, o trono de misericordia, y al trono de gloria del más allá. Cuando consideramos debidamente la muerte de Cristo, nuestros corazones duros y empedernidos debieran rasgarse; el corazón, no la ropa. El corazón que no se rinde, que no se derrite donde se presenta claramente a Jesucristo crucificado, es más duro que una roca. Los sepulcros se abrieron, y se levantaron muchos cuerpos de santos que dormían. No se nos dice a quiénes se aparecieron, en qué manera y cómo desaparecieron; y no debemos desear saber más de lo que está escrito. —Las apariciones aterradoras de Dios en su providencia a veces obran extrañamente para la convicción y el despertar de los pecadores. Esto fue expresado en el terror que cayó sobre el centurión y los soldados romanos. Podemos reflexionar con consuelo en los abundantes testimonios dados del carácter de Jesús; y procurando no dar causa justa de ofensa, dejar en manos del Señor que absuelva nuestros caracteres si vivimos para Él. Nosotros, con los ojos de la fe, contemplemos a Cristo, y éste crucificado, y seamos afectados con el gran amor con que nos amó. Pero sus amigos no pudieron dar más que unas miradas; ellos lo contemplaron, pero no

pudieron ayudarlo. Nunca fueron desplegados en forma tan tremenda la naturaleza y los efectos horribles del pecado que en aquel día, en que el amado Hijo del Padre colgó de la cruz, sufriendo por el pecado, el Justo por el injusto, para llevarnos a Dios. Rindámonos voluntariamente a su servicio.

Vv. 57—61. Nada de pompa ni de solemnidades hubo en el entierro de Cristo. Como no tuvo casa propia, donde reclinar su cabeza, mientras vivió, tampoco así tuvo tumba propia, donde reposara su cuerpo cuando estuvo muerto. Nuestro Señor Jesús, que no tuvo pecado propio, no tuvo tumba propia. Los judíos determinaron que debía tener su tumba con los malos, que debía ser enterrado con los ladrones con quienes fue crucificado, pero Dios pasó por alto eso, para que pudiera estar con los ricos en su muerte, Isaías liii, 9. Aunque al ojo humano pueda causar terror contemplar el funeral, debiera causarnos regocijo si recordamos cómo Cristo, por su sepultación, ha cambiado la naturaleza de la tumba para los creyentes. Debemos imitar siempre el entierro de Cristo estando continuamente ocupados en el funeral espiritual de nuestros pecados.

Vv. 62—66. Los principales sacerdotes y fariseos estaban en tratos con Pilato para asegurar el sepulcro, cuando debieran haber estado dedicados a sus devociones por ser el día de reposo judío. Esto fue permitido para que hubiera prueba cierta de la resurrección de nuestro Señor. Pilato les dijo que podían asegurar el sepulcro tan cuidadosamente como pudieran. Sellaron la piedra, pusieron guardias y se satisficieron con que todo lo necesario fuera realizado. Pero era necio resguardar así el sepulcro contra los pobres y débiles discípulos, por innecesario; mientras era necedad pensar en resguardarlo contra el poder de Dios por fútil e insensato; sin embargo, ellos pensaron que actuaban sabiamente. El Señor prende al sabio en su sabiduría. Así se hará que toda la ira y los planes de los enemigos de Cristo fomenten su gloria.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—8. *La resurrección de Cristo.* 9, 10. *Aparece a las mujeres.* 11—15. *Confesión de los soldados.* 16—20. *La comisión de Cristo para sus discípulos.*

Vv. 1—8. Cristo se levantó al tercer día después de su muerte; ese era el tiempo del cual había hablado frecuentemente. El primer día de la primera semana Dios mandó que de las tinieblas brillara la luz. En este día el que es la Luz del mundo, salió resplandeciendo desde las tinieblas de la tumba; y este día es, desde entonces, mencionado a menudo en el Nuevo Testamento como el día en que los cristianos celebraron religiosamente asambleas solemnes para honrar a Cristo. —Nuestro Señor Jesús podría haber quitado la piedra por su poder, pero optó por hacerlo por medio de un ángel. —La resurrección de Cristo es el gozo de sus amigos y el terror y la confusión de sus enemigos. El ángel exhorta a las mujeres contra sus temores. Los pecadores de Sion teman. No temáis porque su resurrección será vuestro consuelo. Nuestra comunión con Él debe ser espiritual, por fe en su palabra. Cuando estemos listos para hacer de este mundo nuestro hogar, y a decir, es bueno estar aquí, recordemos entonces que nuestro Señor Jesús no está aquí, Ha resucitado; por tanto, que nuestros corazones se eleven, y busquen las cosas de arriba. —Ha resucitado, como dijo. Nunca pensemos que es raro lo que la palabra de Cristo nos ha dicho que esperemos; sean los sufrimientos de este tiempo presente o la gloria que va a ser revelada. Puede tener buen efecto en nosotros mirar por fe el lugar donde yace el Señor. —Id pronto. Fue bueno estar ahí, pero los siervos de Dios tienen asignada otra obra. La utilidad pública tiene prioridad sobre el placer de la comunión secreta con Dios. Decid a los discípulos que ellos pueden ser consolados en sus tristezas. —Cristo sabe donde habitan sus discípulos y los visitará. Él se manifestará, por gracia, aun a aquellos que están lejos de la abundancia de los medios de gracia. —El temor y el gozo unidos aceleraron su paso. Los

discípulos de Cristo deben ser estimulados a darse a conocer mutuamente sus experiencias de comunión con su Señor, y deben contar a los demás lo que Dios ha hecho por sus almas.

Vv. 9, 10. Las visitas de la gracia de Dios suelen hallarnos en el camino del deber; y más será dado a los que usan lo que tienen para provecho del prójimo. Esta entrevista con Cristo era inesperada, pero Cristo estaba cerca de ellos y aún está cerca de nosotros en la palabra. El saludo habla de la buena voluntad de Cristo para con el hombre, aun desde que entró a su estado de exaltación. Es la voluntad de Cristo que su pueblo sea un pueblo alegre y jubiloso, y su resurrección da abundante material para el gozo. —No temáis. Cristo resucitó de entre los muertos para acallar los temores de su pueblo y hay suficiente en ello para acallarlos. Los discípulos lo habían abandonado, vergonzosamente en sus sufrimientos, pero para mostrar que puede perdonar, y para enseñarnos a hacerlo así, los llama hermanos. A pesar de su majestad y pureza, y de nuestra bajeza e indignidad, Él aun condesciende a llamar sus hermanos a los creyentes.

Vv. 11—15. ¡Qué maldad es la que los hombres no cometerán por amor al dinero! Aquí se dio mucho dinero a los soldados por decir a sabiendas una mentira, pero muchos refunfuñan porque es poco el dinero por decir lo que saben que es la verdad. Nunca dejemos morir una buena causa cuando vemos a los malos tan generosamente sostenidos. Los sacerdotes se dedicaron a protegerse de la espada de Pilato, pero no protegieron a los soldados de la espada de la justicia de Dios, que pende sobre las cabezas de quienes aman y hacen una mentira. Prometen más de lo que pueden hacer los que tratan de sacar inerme a un hombre que comete pecado voluntario. —Pero esta falsedad se refuta a sí misma. Si todos los soldados hubieran estado dormidos, no hubieran podido saber lo que pasó. Si alguno hubiera estado despierto, hubiera despertado a los otros e impedido el robo; si hubieran estado dormidos, por cierto que nunca se hubieran atrevido a confesarlo; porque los gobernantes judíos hubieran sido los primeros en pedir su castigo. De nuevo, si hubiera habido algo de verdad en el informe, los dirigentes hubieran juzgado con severidad a los apóstoles por eso. El todo muestra que la historia era falsa por completo. No debemos culpar de tales cosas a la debilidad del entendimiento, sino a la maldad del corazón. Dios los dejó delatar su propio curso. —El gran argumento para probar que Cristo es el Hijo de Dios es su resurrección; y nadie podía dar pruebas más convincentes de la verdad que aquella de los soldados; pero ellos aceptaron el soborno para impedir que otros creyeran. La evidencia más clara no afectará a los hombres, sin la obra del Espíritu Santo.

Vv. 16—20. Este evangelista pasa por alto otras apariciones de Cristo registradas por Lucas y Juan, y se apresura a relatar la más solemne; una establecida desde antes de su muerte, y después de su resurrección. Todos los que miran al Señor Jesús con los ojos de la fe, lo adorarán. Pero la fe del sincero puede ser muy débil e inestable. Pero Cristo dio pruebas tan convincentes de su resurrección, para hacer que su fe triunfara sobre las dudas. Ahora encarga solemnemente a los apóstoles y a sus ministros que vayan a todas las naciones. La salvación que iban a predicar es salvación común; quien la quiera, que venga y tome el beneficio; todos son bienvenidos a Cristo Jesús. —El cristianismo es la religión de un pecador que pide salvación de la merecida ira y del pecado; recurre a la misericordia del Padre por medio de la expiación hecha por el Hijo encarnado y por la santificación del Espíritu Santo, y se entrega a ser adorador y siervo de Dios, como Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas, pero un solo Dios, en todas sus ordenanzas y mandamientos. —El bautismo es una señal externa del lavamiento interno o santificación del Espíritu, que sella y demuestra la justificación del creyente. Examinémonos si realmente poseemos la gracia espiritual interna de la muerte al pecado y el nuevo nacimiento a la justicia, por los cuales los que eran hijos de ira llegan a ser los hijos de Dios. —Los creyentes tendrán siempre la presencia constante de su Señor; todos los días, cada día. No hay día, ni hora del día en que nuestro Señor Jesús no esté presente en sus iglesias y con sus ministros; si lo hubiera, en ese día, en esa hora, ellos serían

deshechos. El Dios de Israel, el Salvador, es a veces un Dios que se esconde, pero nunca es un Dios lejano. A esas preciosas palabras se añade el Amén. Aun así, Señor Jesús, sé con nosotros y con todo tu pueblo; haz que tu rostro brille sobre nosotros, que tu camino sea conocido en la tierra, tu salud salvadora entre todas las naciones.

MARCOS

Marcos era hijo de una hermana de Bernabé, Colosenses iv, 10; Hechos xii, 12 muestra que era hijo de María, una mujer piadosa de Jerusalén, en cuya casa se reunían los apóstoles y los primeros cristianos. Se supone que el evangelista se convirtió por testimonio del apóstol Pedro, porque lo trata de hijo suyo, 1 Pedro v, 13. Así, pues, Marcos estaba muy unido a los seguidores de nuestro Señor, si es que él mismo no era uno del grupo. —Marcos escribió en Roma; algunos suponen que Pedro le dictaba, aunque el testimonio general dice que, habiendo predicado el apóstol en Roma, Marcos que era el compañero del apóstol, y que comprendía claramente lo que predicó Pedro, tuvo el deseo para poner por escrito los detalles. Podemos comentar que la gran humildad de Pedro es muy evidente en donde quiera se hable de él. Apenas si se menciona una acción u obra de Cristo en que este apóstol no estuviera presente y la minuciosidad demuestra que los hechos fueron relatados por un testigo ocular. —Este evangelio registra más los milagros que los sermones de nuestro Señor, y aunque en muchos aspectos relata las mismas cosas que el evangelio según San Mateo, podemos cosechar ventajas del repaso de los mismos sucesos, enmarcados por cada evangelista en el punto de vista que más afectara su propia mente.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *El oficio de Juan el Bautista.* 9—13. *El bautismo y la tentación de Cristo.* 14—22. *Cristo predica y llama discípulos.* 23—28. *Expulsa un espíritu inmundo.* 29—39. *Sana a muchos enfermos.* 40—45. *Sana a un leproso.*

Vv. 1—8. Isaías y Malaquías hablaron sobre el comienzo del evangelio de Jesucristo en el ministerio de Juan. De lo que dicen estos profetas podemos observar que Cristo, en un evangelio, viene a nosotros trayendo consigo un tesoro de gracia y un cetro de gobierno. Tal es la corrupción del mundo que hay gran oposición a su avance. Cuando Dios envió a su Hijo al mundo, y cuando lo manda al corazón, se encargó, y se encarga, de prepararle camino. —Juan se cree indigno del oficio más vil ante Cristo. Los santos más eminentes siempre han sido los más humildes. Sienten, más que los otros, su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo y del Espíritu santificador. La gran promesa que hace Cristo en su evangelio a los arrepentidos y cuyos pecados han sido perdonados, es que serán bautizados con el Espíritu Santo; purificados por su gracia, y renovados por su consuelo. Usamos las ordenanzas, la palabra y los sacramentos en su mayor parte sin provecho ni consuelo,

porque no tenemos la luz divina dentro de nosotros; y no la tenemos porque no la pedimos; porque dice su palabra que no puede fallar, que nuestro Padre celestial dará esta luz, su Espíritu Santo, a los que se lo pidan.

Vv. 9—13. El bautismo de Cristo fue su primera aparición pública después de haber vivido mucho tiempo ignorado. ¡Cuánto valor oculto hay que no es conocido en este mundo! Pero, tarde o temprano, se conocerá, como lo fue Cristo. Tomó sobre sí la semejanza de la carne de pecado, y de este modo, por nosotros, se santificó a sí mismo para que también nosotros fuésemos santificados y bautizados con Él, Juan xvii, 19. Véase con cuán honra lo reconoció Dios, cuando se sometió al bautismo de Juan. Vio al Espíritu que descendía sobre Él como paloma. Podemos ver que se nos abre el cielo cuando vemos al Espíritu que baja y obra en nosotros. La buena obra de Dios en nosotros es prueba cierta de su buena voluntad hacia nosotros, y de sus preparativos para nosotros. —Marcos comenta de la tentación de Cristo que estaba en el desierto y que estaba con las bestias salvajes. Era un ejemplo del cuidado que su Padre tenía de Él, lo cual le animaba más en cuanto a la provisión que su Padre le daría. Las protecciones especiales son primicias de provisiones oportunas. La serpiente tentó al primer Adán en el huerto, al Segundo Adán en el desierto; sin duda que con diferente resultado, y desde entonces, sigue tentando a los hijos de ambos en todo lugar y condición. La compañía y la conversación tienen sus tentaciones; y estar a solas, aun en un desierto, también tiene las suyas. Ningún lugar ni estado exime, ninguna ocupación, ningún trabajo lícito, comer o beber, y hasta ayunar y orar; la mayoría de los asaltos suelen ocurrir en estos deberes, pero en ellos está la victoria más dulce. —El ministerio de los ángeles buenos es cosa de gran consuelo en contraste con los designios malos de los ángeles malos; pero nos consuela mucho más que nuestros corazones sean la morada de Dios Espíritu Santo.

Vv. 14—22. Jesús empezó a predicar en Galilea, después que Juan fue encarcelado. Si alguien es desechado, otros serán levantados para ejecutar la misma obra. Obsérvese las grandes verdades que predicó Cristo. Por el arrepentimiento damos gloria a nuestro Creador a quien hemos ofendido; por la fe damos gloria a nuestro Redentor, que vino a salvarnos de nuestros pecados. Cristo ha unido ambas (la fe y el arrepentimiento) y que ningún hombre piense en separarlas. —Cristo da honra a los que son diligentes en sus cosas y amables unos con otros aunque sean poca cosa en este mundo. La laboriosidad y la unidad son buenas y agradables, y el Señor Jesús les manda una bendición. A los que Cristo llama deben dejar todo para seguirlo, y por su gracia hace que ellos quieran hacerlo así. No que tengamos que salir del mundo, sino que debemos soltar el mundo; abandonar todo lo que sea contrario a nuestro deber con Cristo, y no se pueda conservar sin dañar nuestras almas. Jesús guardó estrictamente el día de reposo aplicándose a ello y abundando en la obra del día de reposo para la cual fue designado el día de reposo. Hay mucho en la doctrina de Cristo que es asombroso; y mientras más la oímos, más causa vemos para admirarla.

Vv. 23—28. El diablo es un espíritu inmundo porque perdió toda la pureza de su naturaleza, debido a que actúa en oposición directa al Espíritu Santo de Dios, y por sus sugerencias que contaminan los espíritus de los hombres. En nuestras asambleas hay muchos que calladamente atienden a maestros puramente formales, pero si el Señor llega con ministros fieles y la santa doctrina, y por Su Espíritu queda convicción, ellos están preparados para decir, como este hombre: ¡Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno! Ningún trastorno capacita al hombre para saber que Jesús es el Santo de Dios. No quiere tener nada que ver con Jesús, porque no espera ser salvado por Él y teme ser destruido por Él. Véase el lenguaje que hablan los que dicen al Todopoderoso: Apártate de nosotros. Este espíritu inmundo odia y teme a Cristo porque sabe que Él es Santo, porque la mente carnal es enemistad contra Dios, especialmente contra su santidad. —Cuando Cristo, por su gracia, libra almas de las manos de Satanás, no es sin tumulto en el alma; porque ese enemigo maligno alborotará (inquietará) a los que no puede destruir. Esto hace que todos los que lo vieron piensen:

¿Qué es esta nueva doctrina? Ahora se hace una obra tan grande, pero los hombres la trataron con desprecio y descuido. Si no fuera así, la conversión de un hombre notoriamente malo a una vida sobria, justa y santa, por la predicación del Salvador crucificado, haría que muchos se pregunten: ¿Qué doctrina es esta?

Vv. 29—39. Dondequiera que Cristo llega, viene a hacer el bien. Cura para que podamos ministrarlo a Él y al prójimo que es suyo y por amor a Él. Quienes no pueden ir a las ordenanzas públicas por estar enfermos o por otros impedimentos verdaderos, pueden esperar la gracia de la presencia del Salvador; Él calmará sus tristezas, y abatirá sus dolores. Obsérvese cuán numerosos eran los pacientes. Cuando otros andan bien con Cristo debiera instarnos a ir en pos de Él. —Cristo se fue a un lugar desierto. Aunque no corría peligro de distraerse o de tentación a la vanagloria, de todos modos se retiraba. Quienes desempeñan en público la mayor parte de su actividad, y de la mejor clase, a veces deben, no obstante, estar a solas con Dios.

Vv. 40—45. Aquí tenemos que Cristo limpia a un leproso. Nos enseña a recurrir al Salvador con gran humildad y con sumisión total a su voluntad, diciendo: "Señor, si quieres", sin dudar del ánimo pronto de Cristo para socorrer al angustiado. Véase también qué esperar de Cristo: que conforme a nuestra fe será hecho. El pobre leproso dijo: Si quieres. Cristo dispensa prestamente favores a los que prontamente se encomiendan a su voluntad. Cristo no hace nada que haga parecer como que busca la alabanza de la gente. Pero ahora no hay razón para que dudemos en difundir las alabanzas de Cristo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—12. *Cristo sana a un paralítico.* 13—17. *El llamamiento a Leví, y la hospitalidad que da a Jesús.* 18—22. *Por qué no ayunaban los discípulos de Cristo.* 23—28. *Justifica a sus discípulos por recoger maíz en el día de reposo.*

Vv. 1—12. Era la desgracia de este hombre que tuvieran que transportarlo de esa manera, y que muestra el estado de sufrimiento de la vida humana; fue una muestra de bondad de los que así lo llevaban y enseña la compasión que debiera haber en el hombre hacia sus congéneres que tienen dificultadeds. La fe verdadera y la fe firme pueden obrar de diversas maneras, pero será aceptada y aprobada por Jesucristo. El pecado es la causa de todos nuestros dolores y enfermedades. La manera de eliminar el efecto es eliminar la causa. El perdón de pecado golpea la raíz de todas las enfermedades. Cristo probó su poder para perdonar pecado mostrando su poder para curar al hombre enfermo de parálisis. La curación de las enfermedades era figura del perdón del pecado, porque el pecado es la enfermedad del alma; cuando es perdonado, es sanada. Cuando vemos lo que Cristo hace al sanar almas debemos reconocer que nunca vimos algo igual. —La mayoría de los hombres se piensan íntegros; no sienten necesidad de un médico, por tanto desprecian o rechazan a Cristo y su evangelio. Pero el pecador humilde y convicto, que desespera de toda ayuda, excepto del Salvador, mostrará su fe recurriendo a Él sin demora.

Vv. 13—17. Mateo no era una buena persona, al contrario, porque siendo judío nunca debiera haber sido publicano, esto es, cobrador de impuestos para los romanos. Sin embargo, Cristo llamó a este publicano para que lo siguiera. Con Dios, a través de Cristo, hay misericordia para perdonar los pecados más grandes, y gracia para cambiar a los pecadores más grandes y hacerlos santos. Un publicano fiel que tratara con equidad era cosa rara. Debido a que los judíos tenían un odio particular por un oficio que demostraba que ellos estaban sometidos a los romanos, dieron un mal nombre a los

cobradores de impuestos. Pero nuestro bendito Señor no vaciló en conversar con los tales cuando se manifestó en semejanza de carne de pecado. No es novedad que lo que está bien hecho y bien diseñado, sea calumniado y convertido en reproche para los hombres mejores y más sabios. —Cristo no se retractaría aunque se ofendieran los fariseos. Si el mundo hubiera sido justo no hubiera habido ocasión para su venida ni para predicar el arrepentimiento o comprar el perdón. No debemos seguir en compañía con los impíos por amor a su conversación vana; pero tenemos que mostrar amor a sus almas, recordando que nuestro buen Médico tenía en sí el poder de sanar, y que no corría peligro de contagiarse la enfermedad, pero no es así como nosotros. Al tratar de hacer bien al prójimo, tengamos cuidado con no dañarnos a nosotros mismos.

Vv. 18—22. Los profesantes estrictos son buenos para hallar falta en todo lo que no concuerda plenamente con sus puntos de vista. Cristo no escapó de las calumnias; nosotros debemos estar dispuestos a soportarlas y poner cuidado para no merecerlas; debemos atender cada parte de nuestro deber en su orden y momento apropiado.

Vv. 23—28. El día de reposo es una institución divina sagrada; privilegio y beneficio, no es tarea ni esclavitud. Dios nunca lo concibió para que fuera una carga para nosotros; por tanto, no debemos hacer que sea así. El día de reposo fue instituido para el bien de la humanidad, por cuanto vive en sociedad teniendo muchas necesidades y problemas, y se prepara para un estado de dicha o desdicha. El hombre no fue hecho para el día de reposo como si guardarlo pudiera ser un servicio a Dios, ni se le mandó que guardara sus formas externas para su perjuicio real. Toda obediencia al respecto debe interpretarse por la regla de la misericordia.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Sanidad de la mano seca.* 6—12. *La gente recurre a Cristo.* 13—21. *Llamamiento de los apóstoles.* 22—30. *La blasfemia de los escribas.* 31—35. *Los familiares de Cristo.*

Vv. 1—5. El caso de este hombre era triste; su mano seca que lo incapacitaba para trabajar y ganarse la vida; quienes tienen este tipo de problema, son los objetos más apropiados para la caridad. Los que no pueden valerse por sí mismos deben ser socorridos. Pero los infieles obcecados, cuando nada pueden decir contra la verdad, aun así no se rinden. Oímos lo que se dijo mal y vemos lo que se hizo mal, pero Cristo mira a la raíz de amargura del corazón, su ceguera y dureza y se entristece. Tiemblen los pecadores de corazón duro al pensar en la ira con que los mirará dentro de poco tiempo, cuando llegue el día de su ira. —El gran día de sanidad es ahora, el día de reposo, y el lugar de sanidad es la casa de oración, pero el poder sanador es de Cristo. El mandato del evangelio es como el registrado aquí: aunque nuestras manos estén secas, aun así, si no las extendemos, es nuestra falta que no seamos sanados. Pero si somos sanados, Cristo, su poder y gracia, deben tener toda la gloria.

Vv. 6—12. Todas nuestras enfermedades y calamidades vienen de la ira de Dios contra nuestros pecados. Su eliminación, o su transformación en bendiciones para nosotros fue adquirida para nosotros por la sangre de Cristo. Pero debemos temer principalmente las plagas y enfermedades de nuestra alma, de nuestro corazón; Él puede sanarlas también por una palabra. Que más y más gente se apresuren a ir a Cristo para ser sanados de estas plagas y ser librados de los enemigos de sus almas.

Vv. 13—21. Cristo llama a quien quiere, porque la gracia es suya. Había pedido a los apóstoles que se apartaran de la multitud y que fueran a Él. Ahora les dio poder para sanar enfermedades, y expulsar demonios. Que el Señor envíe a muchos más de los que han estado con Él, y han aprendido de Él a predicar su evangelio, a ser instrumentos de su obra bendita. —Los que tienen un corazón que ha crecido en la obra de Dios, pueden tolerar fácilmente lo que es inconveniente para ellos, y preferirán perderse una comida antes que una oportunidad de hacer el bien. Los que andan con celo en la obra de Dios deben esperar estorbos del odio de los enemigos y de los afectos equivocados de los amigos, y deben cuidarse de ambos.

Vv. 22—30. Era claro que la doctrina de Cristo tendía directamente a romper el poder del diablo; y también era claro que su expulsión de los cuerpos de la gente, confirmaba esa doctrina; en consecuencia, Satanás no podía soportar ese designio. Cristo dio una advertencia espantosa contra decir palabras tan peligrosas como esas. Verdad es que el evangelio promete perdón para los pecados y pecadores más grandes, porque Cristo lo compró; pero por este pecado, ellos se oponen a los dones del Espíritu Santo después de la ascensión de Cristo. Tal es la enemistad del corazón, que los inconversos pretenden que los creyentes están haciendo la obra de Satanás, cuando los pecadores son llevados al arrepentimiento y a la vida nueva.

Vv. 31—35. Es de gran consuelo para todos los cristianos verdaderos saber que son más queridos para Cristo que madre, hermano o hermana *como tales*, si son santos, simplemente como serían los familiares en la carne. Bendito sea Dios, este privilegio grande y de gracia es nuestro ya ahora; porque aunque no podemos disfrutar la presencia corporal de Cristo, no se nos niega su presencia espiritual.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—20. *La parábola del sembrador.* 21—34. *Otras parábolas.* 35—41. *Cristo calma la tempestad.*

Vv. 1—20. Esta parábola contenía instrucciones tan importantes que todos los capaces de oír estaban obligados a atender. Hay muchas cosas que debemos saber; y si no entendemos las verdades claras del evangelio, ¿cómo aprendemos las más difíciles? Nos servirá valorar los privilegios que disfrutamos como discípulos de Cristo, si meditamos seriamente en el estado deplorable de todos los que no tienen tales privilegios. En el gran campo de la Iglesia, se dispensa a todos la palabra de Dios. De los muchos que oyen la palabra del evangelio unos pocos la reciben como para dar fruto. Muchos que son muy afectados por la palabra momentáneamente no reciben un beneficio perdurable. La palabra no deja impresiones permanentes en la mente de los hombres porque su corazones no están debidamente dispuestos para recibirla. El diablo está muy ocupado con los escuchas negligentes, como las aves del aire lo están con la semilla que está sobre el suelo. Muchos siguen una profesión falsa y estéril, y se van al infierno. Las impresiones que no son profundas, no durarán. A muchos no les importa la obra de corazón sin la cual la religión es nada. La abundancia del mundo impide que otros sean beneficiados por la palabra de Dios. Los que tienen poco del mundo, pueden ser destruidos aun por darle gusto al cuerpo. Dios espera y requiere fruto de quienes disfrutan el evangelio, un temperamento mental y las gracias cristianas ejercidos diariamente, los deberes cristianos debidamente desempeñados. Miremos al Señor para que por su gracia regeneradora, nuestros corazones puedan llegar a ser buena tierra, y que la buena semilla de la palabra produzca en nuestra vida esas buenas palabras y obras que vienen por medio de Jesucristo para alabanza y gloria de Dios Padre.

Vv. 21—34. Estas declaraciones estaban concebidas para atraer la atención de los discípulos a la palabra de Cristo. Por este tipo de instrucción, fueron capacitados para instruir a otros; como las velas se encienden, no para ser cubiertas, sino para ser puestas en un candelabro para que den luz a la habitación. —Esta parábola de la buena semilla, muestra la manera en que el reino de Dios avanza en el mundo. Que nada sino la palabra de Cristo tenga el lugar que debe tener en el alma, y se demostrará en la buena conversación. Crece paulatinamente: primero el brote; luego la hoja; después de eso, el trigo maduro en la espiga. Cuando ha brotado seguirá creciendo. La obra de gracia en el alma es, primero, sólo el día de las cosas pequeñas; sin embargo, ya tiene productos poderosos, mientras crece; ¡pero lo que habrá cuando esté perfeccionada en el cielo!

Vv. 35—41. Cristo estaba dormido durante la tormenta para probar la fe de sus discípulos, e instarlos a orar. La fe de ellos se mostró débil y sus oraciones poderosas. Cuando nuestro corazón malvado es como el mar tempestuoso que no tiene reposo, cuando nuestras pasiones son ingobernables, pensemos que oímos la ley de Cristo diciendo: Calla, enmudece. Cuando afuera hay pleitos, y adentro temores, y los espíritus están inquietos, si Él dice, "paz, ten calma", hay gran calma de inmediato. —¿Por qué estáis así amedrentados? Aunque haya causa para temer, de todos modos no la hay para un terror como éste. Pueden sospechar de su fe los que piensan que a Jesús no le importó mucho que su gente pereciera. ¡Cuán imperfectos son los mejores santos! La fe y el temor cumplen turnos mientras estemos en este mundo, pero, dentro de poco, el temor será vencido y la fe se perderá en la vista.

CAPÍTULO V

Versículos 1—20. *Sanidad del endemoniado.* 21—34. *Sanidad de una mujer.* 35—43. *La hija de Jairo es resucitada.*

Vv. 1—20. Algunos pecadores francamente intencionados son como este loco. Los mandamientos de la ley son como cadenas y grillos para frenar a los pecadores en sus malos rumbos; pero ellos rompen esos frenos, y eso es prueba del poder del diablo en ellos. —Una legión de soldados estaba compuesta por seis mil hombres o más. ¡Cuántas multitudes de espíritus caídos debe de haber, y todos enemigos de Dios y del hombre, cuando aquí había una legión en un solo pobre infeliz! Muchos hay que se levantan contra nosotros. No somos adversarios que podamos enfrentar a los enemigos espirituales con nuestra propia fuerza, pero en el Señor, y con el poder de su fuerza, seremos capaces de resistirlos aunque haya legiones de ellos. —Cuando el transgresor más vil es liberado de la esclavitud de Satanás por el poder de Jesús, se sienta contento a los pies de su Libertador y oye su palabra, que libera a los desdichados esclavos de Satanás, y los cuenta entre sus santos y siervos. —Cuando la gente supo que sus cerdos se habían perdido, Cristo ya no les gustó. La paciencia y la misericordia pueden verse aun en las medidas correctivas por los cuales los hombres pierden sus pertenencias, y salvan las vidas, y se les advierte que busquen la salvación de sus almas. —El hombre proclamó jubilosamente las grandes cosas que Jesús había hecho por él. Todos los hombres se maravillaron pero pocos lo siguieron. Muchos que no pueden sino maravillarse por las obras de Cristo, no se prendan de Él como debieran.

Vv. 21—34. Un evangelio despreciado irá hacia donde sea mejor recibido. Uno de los dirigentes de una sinagoga buscó fervorosamente a Cristo porque una hijita, de unos doce años, se estaba muriendo. —En el camino hizo otra sanidad. Debemos hacer el bien no sólo cuando estamos en casa, sino cuando vamos por el camino, Deuteronomio vi, 7. Común es que la gente no recurra a Cristo, sino cuando ya han probado en vano todas las demás ayudas y hallaron, como ciertamente

suele ocurrir, que eran médicos sin valor. Algunos corren en dirección a las diversiones y las compañías alegres; otros se zambullen en los negocios y hasta la embriaguez; otros se dedican a establecer su propia justicia o se atormentan con vanas supersticiones. Muchos perecen en tales caminos, pero nadie encontrará jamás reposo para el alma con tales métodos; mientras aquellos a quienes Cristo cura de la enfermedad del pecado, hallan en sí mismos un cambio total para mejor. Como los actos secretos de pecado, así los actos secretos de fe son conocidos por el Señor Jesús. La mujer dijo toda la verdad. Es la voluntad de Cristo que su pueblo sea consolado y Él tiene el poder para mandar consuelo a los espíritus turbados. Mientras más claramente dependamos de Él, y esperemos grandes cosas de Él, más encontraremos en nosotros mismos que Él ha llegado a ser nuestra salvación. Quienes por fe son sanados de sus enfermedades espirituales tienen razón para ir en paz.

Vv. 35—43. Podemos suponer que Jairo vaciló si debía o no pedir a Cristo que fuera a su casa cuando le dijeron que su hija estaba muerta. Pero, ¿no tenemos la misma oportunidad para la gracia de Dios, y el consuelo de su Espíritu, para las oraciones de nuestros ministros y amigos cristianos, cuando la muerte está en la casa, como cuando allí está la enfermedad? La fe es el único remedio contra la tristeza y el temor en momentos como esos. Crees en la resurrección y entonces no temes. —Resucitó a la niña muerta por una palabra de poder. Tal es el llamado del evangelio para quienes por naturaleza están muertos en delitos y pecados. Por la palabra de Cristo es que se da la vida espiritual. Todos los que vieron y oyeron, se maravillaron ante el milagro y de Aquel que lo hizo. Aunque ahora no podemos esperar que nuestros hijos o familiares muertos sean resucitados, podemos esperar consuelo cuando estamos en pruebas.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—6. *Cristo es despreciado en su propio país.* 7—13. *Comisión de los apóstoles.* 14—29. *Juan el Bautista es condenado a muerte.* 30—44. *Regreso de los apóstoles.—Milagro de la alimentación de los cinco mil.* 45—56. *Cristo camina sobre el mar.—Sana a los que lo tocan.*

Vv. 1—6. Los compatriotas de nuestro Señor trataron de prejuiciar a la gente en su contra. ¿No es este el carpintero? Nuestro Señor Jesús había trabajado, probablemente, en ese oficio con su padre. Así honró el trabajo manual y estimula a toda persona a comer del trabajo de sus manos. Conviene a los seguidores de Cristo contentarse con la satisfacción de hacer el bien, aunque les nieguen un elogio por eso. ¡Cuánto perdieron estos nazarenos por su prejuicio obstinado contra Jesús! Que la gracia divina nos libre de esa incredulidad, que hace a Cristo como olor de muerte más que de vida para el alma. Vamos, como nuestro Maestro, y enseñemos el camino de la salvación a aldeanos y campesinos.

Vv. 7—13. Aunque los apóstoles estaban conscientes de su gran debilidad y no esperaban ventajas mundanales, por obediencia a su Maestro, y dependiendo de su fuerza salieron pese a todo. No divirtieron a la gente con materias curiosas; les decían que debían arrepentirse de sus pecados y volverse a Dios. Los siervos de Cristo esperan volver a muchos de las tinieblas a Dios, y sanar almas por el poder del Espíritu Santo.

Vv. 14—29. Herodes temía a Juan mientras éste vivía, y temió aún cuando Juan murió. Herodes hizo muchas de esas cosas que Juan en su predicación le enseñó, pero no basta hacer *muchas* cosas; debemos respetar *todos* los mandamientos. Herodes respetó a Juan hasta que éste le tocó a su Herodías. De esta manera, muchos aman la buena predicación siempre que se mantenga lejos del

pecado que ellos aman. Pero es mejor que los pecadores persigan ahora a los ministros por su fidelidad a que los maldigan eternamente por su infidelidad. Los caminos de Dios son inescrutables; pero podemos estar seguros que nunca considerará pérdida al recompensar a sus siervos por lo que soportan o pierden por amor a Él. La muerte no podía llegar como una sorpresa tan grande a este hombre santo; el triunfo del impío duró poco.

Vv. 30—44. Los ministros no deben hacer ni enseñar ninguna otra cosa, sino lo que estén dispuestos a contar a su Señor. —Cristo nota en sus discípulos el miedo de algunos y los trabajos de otros, y da reposo a los que están fatigados, y refugio para los que están atermorizados. La gente buscó el alimento espiritual en la palabra de Cristo y, entonces, Él cuidó que no carecieran de comida para su cuerpo. —Si Cristo y sus discípulos soportaron cosas viles, con seguridad nosotros podemos. Este milagro demuestra que Cristo vino al mundo no sólo a restaurar sino a preservar y nutrir la vida espiritual; en Él hay suficiente para todos los que acudan. Nadie es enviado vacío por Cristo sino los que van a Él llenos de sí mismos. —Aunque Cristo tenía bastante pan al dar la orden, nos enseña a no desperdiciar nada de la generosidad de Dios, recordando cuántos padecen necesidad. A veces podremos necesitar los pedazos que ahora tiramos.

Vv. 45—56. Frecuentemente la iglesia es como barco en el mar, zarandeada por tormentas y sin consuelo: podemos tener a Cristo *por* nosotros, pero el viento y la marea *en contra*. Es un consuelo para los discípulos de Cristo en medio de una tormenta que su Maestro esté en el monte celestial intercediendo por ellos. No hay dificultades que puedan impedir la manifestación de Cristo a favor de su pueblo, cuando llega el tiempo fijado. Él aquietó sus temores dándoseles a conocer. Nuestros temores se satisfacen pronto si se corrigen nuestros errores, especialmente los errores acerca de Cristo. Si los discípulos tienen a su Maestro con ellos, todo está bien. Por falta de un entendimiento adecuado de las obras anteriores de Cristo, es que vemos sus obras actuales como si nunca las hubiera habido iguales. Si los ministros de Cristo pudieran ahora curar las enfermedades corporales, ¡qué multitudes se arremolinarían en torno a ellos! Triste es pensar cuánto se preocupan muchos por sus cuerpos más que por sus almas.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—13. *Las tradiciones de los ancianos.* 14—23. *Lo que contamina al hombre.* 24—30. *Curación de la mujer cananea.* 31—37. *Cristo restaura el oído y el habla a un hombre.*

Vv. 1—13. Un gran objetivo de la venida de Cristo era poner de lado la ley ceremonial; para dar lugar a esto, rechaza las ceremonias que los hombres agregan a la ley de Dios. Las manos limpias y el corazón puro que Cristo da a Sus discípulos, y requiere de ellos, son muy diferentes de las formalidades externas y supersticiosas de los fariseos de toda época. —Jesús los reprueba por rechazar el mandamiento de Dios. Queda claro que es deber de los hijos, si los padres son pobres, aliviarlos en la medida que puedan; y si merecen morir los hijos que maldicen a sus padres, mucho más los que los dejan pasar hambre. Pero si un hombre se conformaba a las tradiciones de los fariseos, ellos encontraban una forma de liberarlo del cumplimiento de este deber.

Vv. 14—23. Nuestros malos pensamientos y afectos, palabras y acciones, nos contaminan, y solo eso nos contamina. Como un manantial podrido surte de aguas corrompidas, así es el corazón corrupto que produce razonamientos corruptos, apetitos y pasiones corruptos, y todas las malas obras y acciones que de ellos surgen. El entendimiento espiritual de la ley de Dios, y la conciencia de lo

malo del pecado, hará que el hombre busque la gracia del Espíritu Santo para suprimir los malos pensamientos y afectos que obran por dentro.

Vv. 24—30. Cristo nunca despidió a nadie que cayera a sus pies, cosa que una pobre alma temblorosa puede hacer. Como ella era una buena mujer, así era una buena madre. Esto la hizo venir a Cristo. El hecho de decir: Que los hijos se sacien primeros, muestra que había misericordia para los gentiles, y no lejana. Ella habló, no como si tomara a la ligera la misericordia, sino magnificando la abundancia de las curaciones milagrosas hechas a los judíos, las cuales en contraste con una sola curación no era sino migaja. Así, pues, mientras los orgullosos fariseos son abandonados por el bendito Salvador, Él manifiesta su compasión por los pobres pecadores humildes, que miran a Él por el pan de los hijos. Él aún sigue buscando y salvando lo que se había perdido.

Vv. 31—37. Aquí hay una curación de un sordomudo. Los que trajeron a este pobre hombre a Cristo, le rogaron que viera el caso y pusiera en acción su poder. Nuestro Señor usó más actos externos de lo acostumbrado para hacer esta curación. Estas eran solo señales del poder de Cristo para curar al hombre, para exhortar su fe, y la de los que lo traían. Aunque hallamos gran variedad en los casos y modos de aliviar a los que recurrieron a Cristo, todos, sin embargo, tuvieron el alivio que buscaban. Así siguen siendo la gran preocupación de nuestras almas.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—10. *El milagro de la alimentación de los cuatro mil.* 11—21. *Advertencia de Cristo contra los fariseos y los herodianos.* 22—26. *Sanidad de un ciego.* 27—33. *El testimonio de Pedro sobre Cristo.* 34—38. *Cristo debe ser seguido.*

Vv. 1—10. Nuestro Señor Jesús exhortó a los más viles que acudieran a Él en busca de vida y gracia. Cristo conoce y considera nuestro estado de ánimo. La generosidad de Cristo está siempre preparada; para mostrar eso repite este milagro. Sus favores se renuevan, como ocurre con nuestras carencias y necesidades. No debe temer la escasez el que tiene a Cristo para vivir por fe, y debe hacer con acción de gracias.

Vv. 11—21. La incredulidad obstinada tendrá algo que decir aunque sea muy irracional. Cristo rehusó contestar la demanda de ellos. Si no sienten convicción de pecado, nunca se convencerán. ¡Ay, qué razón tenemos para lamentarnos por los que nos rodean, y se destruyen a sí mismos y a los demás con su incredulidad perversa y obcecada, y por su enemistad con el evangelio! Cuando olvidamos las obras de Dios y desconfiamos de Él, debemos reprendernos severamente como Cristo reprende aquí a sus discípulos. ¿Cómo es que tan a menudo nos equivocamos con su significación, desechamos sus advertencias y desconfiamos de su providencia?

Vv. 22—26. He aquí un ciego llevado a Cristo por sus amigos. De ahí se demuestra la fe de los que lo trajeron. Si los que están espiritualmente ciegos, no oran por sí mismos, de todos modos sus amistades y parientes deben orar por ellos, para que quiera Cristo tocarlos. La sanidad fue obrada en forma paulatina, lo que estaba fuera de lo común en los milagros de nuestro Señor. Cristo demuestra su método común para sanar por su gracia a los que, por naturaleza están espiritualmente ciegos. Primero, su conocimiento es confuso, pero como la luz de la aurora, va en aumento hasta que el día es perfecto y, entonces, ellos ven claramente todas las cosas. Tomar a la ligera los favores de Cristo es renunciar a ellos; y a quienes lo hacen, les dará a conocer el valor de sus beneficios por medio de la necesidad.

Vv. 27—33. Estas cosas están escritas para que creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Los milagros de nuestro Señor nos aseguran que no fue vencido, sino que fue vencedor. Ahora, los discípulos están convencidos que Jesús es el Cristo; están en condiciones de soportar si saben de sus sufrimientos, los cuales Cristo empieza aquí a dárselos a conocer. —Él ve lo errado en lo que decimos y hacemos, de lo cual nosotros mismos no tenemos conciencia, y sabe de qué espíritu somos, aun cuando nosotros no. La sabiduría del hombre es necedad si pretende limitar los consejos divinos. Pedro no entendía correctamente la naturaleza del reino de Cristo.

Vv. 34—38. Se da noticia frecuente de la gran aglomeración que había en torno a Cristo para que ayudara en diversos casos. A todos les corresponde saber esto, si esperan que sane sus almas. Ellos no deben ser indulgentes a la comodidad de la carne. Como la felicidad del cielo con Cristo es suficiente para compensar la pérdida de la vida misma por amor a Él, así si se gana todo el mundo por medio del pecado no compensa la destrucción del alma por el pecado. Llega el día en que la causa de Cristo aparecerá tan gloriosa, como ahora algunos la creen poca cosa y despreciable. Pensemos en esa época y veamos todo objeto terrenal como lo veremos en ese gran día.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—13. *La transfiguración.* 14—29. *Expulsión de un espíritu maligno.* 30—40. *Reprensión a los apóstoles.* 41—50. *Se debe preferir el dolor al pecado.*

Vv. 1—13. He aquí una predicción de la proximidad inmediata del reino de Cristo. Un vistazo de ese reino se dio en la transfiguración de Cristo. ¡Bueno es alejarse del mundo y estar a solas con Cristo; qué bueno es estar con Cristo glorificado en el cielo con todos los santos! Pero cuando las cosas nos salen bien, somos dados a no preocuparnos por el prójimo, y en la plenitud de nuestros deleites, olvidamos las muchas necesidades de nuestros hermanos. Dios reconoce a Jesús y lo acepta como su amado Hijo, y está dispuesto a aceptarnos en Él. Por tanto, hemos de reconocerle y aceptarle como nuestro amado Salvador, y debemos rendirnos para que Él nos mande. —Cristo no deja al alma cuando el gozo y los consuelos la dejan. Jesús explica a los discípulos la profecía sobre Elías. Esto se prestaba para mal entender a Juan el Bautista.

Vv. 14—29. El padre del joven sufriente mostró la falta de poder de los discípulos; pero Cristo hace que atribuya su desilusión a la falta de fe. Mucho se promete si creemos. Si tú no puedes creer, es posible que tu duro corazón sea ablandado, curadas tus enfermedades espirituales, y débil como eres, puedes resistir hasta el fin. —Los que se quejan de incredulidad, deben mirar a Cristo pidiendo gracia que les ayuda contra eso, y su gracia será suficiente para ellos. A quién Cristo sana, lo cura eficazmente. Pero Satanás no quiere ser expulsado de quienes han sido sus esclavos por mucho tiempo, y cuando no puede engañar o destruir al pecador, le causa todo el terror que puede. Los discípulos no deben pensar que siempre harán su obra con la misma facilidad; algunos servicios exigen algo más que dolores corrientes.

Vv. 30—40. El tiempo del sufrimiento de Cristo se acercaba. Si hubiera sido entregado en las manos de demonios y ellos hubieran hecho esto, no hubiese sido tan raro; sin embargo, resulta sorprendente que sean hombres quienes traten tan vergonzosamente al Hijo del Hombre, que vino a redimirlos y salvarlos. Nótese que cuando Cristo hablaba de su muerte siempre hablaba de su resurrección, la cual quitaba de sí el reproche de la muerte y debiera quitar la tristeza a sus discípulos. Muchos siguen siendo ignorantes porque les da vergüenza preguntar. ¡Qué cosa! Aunque el Salvador enseña tan claramente las cosas que corresponden a su amor y gracia, los hombres están

tan cegados que no entienden su decir. —Seremos llamados a rendir cuentas de lo que hablamos, y a dar cuenta de nuestras disputas, especialmente sobre quién es más grande. Los más humildes y abnegados se parecen más a Cristo y Él los reconocerá más tiernamente. Esto les enseñó Jesús por medio de una señal: El que reciba a un niño como éste, me recibe a mí. —Muchos han sido como los discípulos, dispuestos a hacer callar a los hombres que lograron predicar el arrepentimiento en el nombre de Cristo a los pecadores, porque no siguen con ellos. Nuestro Señor culpa a los apóstoles recordándoles que quien obra milagros en su nombre no puede dañar a su causa. Si se lleva pecadores al arrepentimiento, a creer en el Salvador, y a llevar vidas sobrias, justas y santas, entonces vemos que el Señor obra por medio del predicador.

Vv. 41—50. Se dice repetidamente sobre el impío que su gusano no muere, como también, el fuego que nunca se apaga. Indudablemente el remordimiento de conciencia y la aguda reflexión en sí mismo son el gusano que nunca muere. Queda por cierto fuera de comparación si es mejor pasar por todo dolor, dificultad y negación de sí mismo aquí, y ser feliz por siempre en el más allá, que disfrutar aquí de todas clase de placer mundanal temporal y ser desgraciado para siempre. Nosotros debemos ser salados con sal, como los sacrificios; nuestros afectos corruptos deben ser sometidos y mortificados por el Espíritu Santo. Los que tienen la sal de la gracia deben demostrar que tienen un principio vivo de gracia en sus corazones, el cual elimina las disposiciones corruptas del alma que ofenden a Dios o a nuestras propias conciencias.

CAPÍTULO X

Versículos 1—12. *Pregunta de los fariseos sobre el divorcio.* 13—16. *El amor de Cristo por los pequeñuelos.* 17—22. *Conversación de Cristo con el joven rico.* 23—31. *El estorbo de las riquezas.* 32—45. *Cristo anuncia sus sufrimientos.* 46—52. *Sanidad de Bartimeo.*

Vv. 1—12. Donde estuviera Jesús le seguían multitudes y Él les enseñaba. Predicar era costumbre constante de Jesús. Aquí señala que la razón por la cual la ley de Moisés permitió el divorcio, era de tal naturaleza que ellos no debían usar ese permiso; era solamente por la dureza de sus corazones. Dios mismo unió a marido y mujer; los preparó para que fueran de consuelo y ayuda mutuo. Lo que Dios unió no debe ser desatado a la ligera. Los que están por desechar a sus esposas piensen qué sería de ellos si Dios los tratara de esa manera.

Vv. 13—16. Algunos padres o niñeras trajeron niños pequeños a Cristo para que Él los tocara como símbolo de su bendición sobre ellos. No parece que necesitaran sanidad corporal ni que fueran capaces de ser enseñados; pero los encargados de cuidarlos, creían que la bendición de Cristo haría bien a sus almas; por tanto, los llevaron a Él. Jesús mandó que los dejaran venir a Él y que nada debía decirse o hacerse para impedirlo. Los niños deben ser guiados al Salvador tan pronto como sean capaces de entender sus palabras. Además, debemos recibir el reino de Dios como niños pequeños; debemos ser afectuosos con Cristo y su gracia, como los niñitos con sus padres, niñeras y maestros.

Vv. 17—22. Este joven rico mostró gran honestidad. Preguntó qué debía hacer ahora para ser feliz para siempre. La mayoría pide bienes para *tenerlos* en este mundo; cualquier bien, Salmo iv, 6; éste pide el bien que hay que *hacer* en este mundo para disfrutar del bien mayor en el otro. Cristo estimula esta pregunta asistiendo su fe y guiando su práctica. —Sin embargo, aquí hay una separación penosa entre Jesús y este joven. Pregunta a Cristo qué debe hacer además de lo que ya hizo para obtener la vida eterna; y Cristo le dice si tiene, como parece sin duda, esa fe firme en la

vida etema, y si le da elevado valor, ¿está dispuesto a soportar una cruz presente con la expectativa de una corona futura? El joven lamentó no poder ser un seguidor de Cristo en condiciones más fáciles; que no pudiera obtener la vida eterna y retener también sus posesiones mundanales. Se fue triste. Véase Mateo vi, 24: No podéis servir a Dios y Mamón.

Vv. 23—31. Cristo aprovecha esta ocasión para hablar a sus discípulos sobre la dificultad de la salvación de quienes tienen abundancia en este mundo. Los que así buscan ansiosamente la riqueza del mundo, nunca valorarán en justicia a Cristo y su gracia. Además habla de la grandeza de la salvación de los que tienen poco de este mundo y lo dejan por Cristo. La prueba más grande de la constancia de un hombre bueno se produce cuando el amor a Jesús le pide que renuncie al amor a los amigos y a los familiares. Aunque vencedores por Cristo, aun deben esperar sufrir por Él hasta que lleguen al cielo. Aprendamos a contentarnos en una situación mala y a estar alertas contra el amor a las riquezas en una situación buena. Oremos para ser capaces de dejarlo todo si fuere necesario por el servicio de Cristo, y para usar en su servicio todo lo que se nos permita retener.

Vv. 32—45. Cristo sigue adelante con su empresa para la salvación de la humanidad, cosa que fue, es y será el asombro de todos sus discípulos. La honra mundanal tiene un brillo, con el cual pueden haberse deslumbrado muchas veces los ojos de los discípulos mismos de Cristo. Cuidémonos de tener sabiduría y gracia para saber sufrir con Él; y que podamos confiar en que Él proveerá los grados de nuestra gloria. —Cristo les muestra que generalmente se abusa del poder en el mundo. Si Jesús nos concediera todos los deseos, pronto se haría evidente que deseamos fama o poder, y que no queremos beber su copa ni pasar su bautismo; con frecuencia sería una ruina que respondiera nuestras oraciones. Pero nos ama y dará a su pueblo sólo lo que es bueno para ellos.

Vv. 46—52. Bartimeo, que había oído de Jesús y sus milagros, y sabido que iba a pasar por ahí, esperaba recuperar la vista. Al ir a Cristo a pedir ayuda y salud, debemos mirarlo como el Mesías prometido. Los llamados de gracia que Cristo nos hace para que vayamos a Él, animan nuestra esperanza de que si vamos a Él tendremos aquello por lo cual fuimos a Él. Quienes vayan a Jesús deben desechar el ropaje de su propia suficiencia, deben librarse de todo peso, y del pecado que, como ropajes largos, los asedian más fácilmente, Hebreos xii, 1. —Él ruega que sus ojos sean abiertos. Muy deseable es ser capaz de ganar nuestro pan; y donde Dios ha dado a los hombres sus extremidades y sentidos, es vergonzoso que, por necedad y pereza, se hagan efectivamente ciegos y cojos. Sus ojos fueron abiertos. Tu fe te ha hecho salvo: la fe en Cristo como el Hijo de David, y en su compasión y poder; no tus palabras repetidas, sino tu fe; Cristo pone a trabajar tu fe. —Los pecadores sean llamados a imitar al ciego Bartimeo. Jesús pasa por donde se predica el evangelio o circulan las palabras escritas de la verdad, y esta es la oportunidad. No basta con ir a Cristo por salud espiritual, sino que, cuando estemos sanados, debemos continuar siguiéndole, para que podamos honrarle y recibir instrucción de Él. Los que tienen vista espiritual ven en Cristo esa belleza atractiva que los hará correr tras Él.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—11. *Entrada triunfal de Cristo en Jerusalén.* 12—18. *Maldición de la higuera estéril.—Purificación del templo.* 19—26. *Oración en fe.* 27—33. *Los sacerdotes y los ancianos interrogados sobre Juan el Bautista.*

Vv. 1—11. La llegada de Cristo a Jerusalén muestra en forma notable, que Él no temía el poder ni la maldad de sus enemigos. Esto alentaría a sus discípulos que estaban llenos de miedo. Además, no le

inquietaban los pensamientos sobre sus sufrimientos que se aproximaban. Sin embargo, todo marcaba su humillación; y estos asuntos nos enseñan a no preocuparnos por alcanzar las cosas de alto rango, sino a condescender a las de bajo nivel. ¡Qué mal le hace a los cristianos darse categorías elevadas, cuando Cristo estuvo tan lejos de reclamarlas! Dieron la bienvenida a su persona: ¡Bendito el que viene! El que debía venir: tan a menudo prometido; tanto tiempo esperado; viene en el nombre del Señor. Que tenga nuestros mejores afectos; Él es un Salvador bendito, y nos trae bendiciones, y bendito sea el que lo envió. Las alabanzas sean a nuestro Dios que está en los cielos más altos, y por sobre todo es Dios bendito para siempre.

Vv. 12—18. Cristo miró buscando algún fruto, porque el tiempo de cosechar higos, aunque cercano, no había llegado aún, pero no encontró ninguno. Hizo de la higuera un ejemplo, no para los árboles, sino para los hombres de esa generación. Era una figura de la condenación para la iglesia judía, a la cual vino en busca de frutos sin hallar ninguno. —Cristo fue al templo y empezó a reformar los abusos de sus atrios, para señalar que cuando el Redentor viniera a Sion, iba a eliminar la impiedad de Jacob. Los escribas y los principales sacerdotes procuraban, no cómo pudieran hacer su paz con Él, sino cómo destruirlo. Un intento desesperado en que sólo podían temer, porque era pelear contra Dios.

Vv. 19—26. Los discípulos no podían pensar por qué la higuera se marchitó tan pronto, pero todos los que rechazan a Cristo se marchitan: eso representa el estado de la iglesia judía. No debemos descansar en ninguna religión que no nos haga fértiles en buenas obras. A partir de eso, Cristo les enseñó a orar con fe. Puede aplicarse a la fe poderosa con que son dotados todos los cristianos verdaderos y que hace maravillas en las cosas espirituales. Nos justifica, y así elimina montañas de culpa, que nunca se volverán a levantar en juicio contra nosotros. Purifica el corazón y, así, elimina montañas de corrupción, y las allana ante la gracia de Dios. —Una diligencia grande ante el trono de la gracia es orar por el perdón de nuestros pecados; y preocuparse por esto debiera ser nuestro afán diario.

Vv. 27—33. Nuestro Salvador demuestra cuán emparentados estaban su doctrina y su bautismo con los de Juan; tenían el mismo designio y tendencia: traer el evangelio del reino. Estos ancianos no merecían que se les enseñara; porque era claro que no contendían por la verdad sino por la victoria; ni tampoco tuvo que decírselo, porque las obras que Él hizo, decían claramente que tenía autoridad de Dios; puesto que ningún hombre podía hacer los milagros que hacía a menos que Dios estuviera con él.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—12. *La parábola de la viña y los arrendatarios.* 13—17. *Pregunta sobre el tributo.* 18—27. *Tocante a la resurrección.* 28—34. *El gran mandamiento de la ley.* 35—40. *Cristo el Hijo y, sin embargo, el Señor de David.* 41—44. *Elogio de la viuda pobre.*

Vv. 1—12. Cristo mostró en parábolas que dejaría a un lado la iglesia judía. Entristece pensar el maltrato que han hallado los fieles ministros de Dios en todas las épocas, de parte de quienes disfrutaron los privilegios de la iglesia, pero que no dieron el fruto requerido. —Dios envió, finalmente, a su Hijo, su bienamado; y se podría esperar que ellos también respetaran y amaran al amado de su Señor; no obstante, en lugar de honrarle porque era el Hijo y heredero, lo odiaron. Pero la exaltación de Cristo fue obra del Señor; y es su obra exaltarlo en nuestros corazones, y establecer ahí su trono; y si esto se hace, no puede ser sino maravilloso ante nuestros ojos. Las Escrituras y los

predicadores fieles, y la venida próxima de Cristo encarnado, nos llaman a rendir la debida alabanza a Dios en nuestra vida. Los pecadores deben cuidarse del espíritu orgulloso y carnal; si injurian o desprecian a los predicadores de Cristo, lo harían así a su Señor si hubieran vivido cuando estuvo en la tierra.

Vv. 13—17. Se pensaría que los enemigos de Cristo desearían conocer su deber, cuando realmente esperaban que, tomara cualquier partido para acusarlo. Nada es más probable para atrapar a los seguidores de Cristo que llevarlos a meterse en los debates de la política mundanal. Jesús evitó la trampa refiriéndose al sometimiento que ellos ya habían efectuado como nación. Muchos elogiarán las palabras de un sermón, pero sin obedecer sus doctrinas.

Vv. 18—27. El recto conocimiento de la Escritura, como fuente de donde fluye ahora toda la religión revelada, y el fundamento sobre lo cual se construye, es el mejor preservativo contra el error. Cristo desechó la objeción de los saduceos, que eran infieles calumniadores de la religión de aquella época, afirmando la doctrina del estado futuro bajo la luz verdadera. —La relación entre marido y mujer, aunque estipulada en el paraíso terrenal, no se conocerá en el celestial. No es de maravillarse si nos confundimos con errores necios, cuando nos formamos nuestras ideas del mundo de los espíritus por los sucesos en este mundo de los sentidos. Absurdo es pensar que el Dios vivo sea la porción y la felicidad de un hombre si éste está muerto para siempre; por tanto, es seguro que el alma de Abraham existe y actúa aunque separada, temporalmente del cuerpo. Aquellos que niegan la resurrección yerran mucho y se les debe decir eso. Procuremos pasar por este mundo moribundo con la esperanza jubilosa de la dicha eterna, y de la resurrección gloriosa.

Vv. 28—34. A los que desean sinceramente que se les enseñe su deber, Cristo les guiará en juicio y les enseñará su camino. Dice al escriba que el mandamiento más grande, que indudablemente incluye todo, es amar a Dios con todo nuestro corazón. Donde este es el principio rector del alma, allí hay una disposición para todo otro deber. Amar a Dios con todo nuestro corazón nos compromete con todo lo que le complazca. Los sacrificios sólo representaban la expiación de las transgresiones de la ley moral perpetradas por los hombres; no tenían poder excepto al expresar el arrepentimiento y la fe en el prometido Salvador, y en cuanto llevaran a la obediencia moral. Como nosotros no hemos amado así a Dios ni al hombre, sino precisamente a la inversa, somos pecadores condenados; necesitamos arrepentimiento y necesitamos misericordia. Cristo aprobó lo que el escriba dijo y le animó. Se quedó para ulterior consejo, porque este conocimiento de la ley conduce a la convicción de pecado, al arrepentimiento, a descubrir nuestra necesidad de misericordia, y a entender el camino de la justificación por Cristo.

Vv. 35—40. Cuando atendemos lo que declaran las Escrituras, en cuanto a la persona y los oficios de Cristo, seremos guiados a confesarlo como nuestro Señor y Dios; a obedecerle como nuestro Redentor exaltado. Si la gente común oye alegremente estas cosas, mientras los educados y distinguidos se oponen, aquellos son dichosos y estos, deben ser compadecidos. Y como el pecado disfrazado con apariencia de piedad, es doble iniquidad, así su condena será doblemente pesada.

Vv. 41—44. No olvidemos que Jesús todavía observa el arca de las ofrendas. Él sabe cuánto y por qué motivos dan a su causa los hombres. Él mira el corazón, y cuáles son nuestras opiniones al dar limosna; y si lo hacemos como para el Señor o sólo para ser vistos por los hombres. Es tan raro encontrar a alguien que no culpe a esta viuda, que no podemos esperar encontrar a muchos que hagan como ella; no obstante, nuestro Salvador la elogia; por tanto, estamos seguros que ella hizo bien y sabiamente. Los débiles esfuerzos del pobre para honrar a su Salvador, serán elogiados en el día cuando las acciones espléndidas de los incrédulos sean expuestas al desprecio.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—4. *Anuncio de la destrucción del templo.* 5—13. *Discurso profético de Cristo.* 14—23. *La profecía de Cristo.* 24—27. *Declaraciones proféticas..* 28—37. *Exhortación a velar.*

Vv. 1—4. Obsévese en cuán poco valora Cristo la pompa externa, donde no hay verdadera pureza de corazón. Mira con compasión la ruina de almas preciosas, y llora por ellas, pero nosotros no lo hallamos mirando con lástima la ruina de una casa hermosa. Entonces, recordemos cuán necesario es que tengamos una habitación más perdurable en el cielo y estar preparados para ella por la obra del Espíritu Santo, buscada en el uso ferviente de todos los medios de gracia.

Vv. 5—13. Nuestro Señor Jesús, al responder la pregunta de los discípulos, no hace tanto para satisfacer su curiosidad como para dirigir sus conciencias. Cuando muchos son engañados, debemos por ello ser despertados para examinarnos a nosotros mismos. Los discípulos de Cristo, si no es su propia falta, pueden disfrutar de santa seguridad y paz mental cuando todo a su alrededor está desordenado. Pero ellos deben cuidar de no ser alejados de Cristo y de su deber hacia Él por los sufrimientos con que se encontrarán por amor a Él. Serán odiados por todos los hombres: ¡problema más que suficiente! Pero la obra a la que fueron llamados debe seguir adelante y prosperar. Aunque ellos sean aplastados y derribados, el evangelio no puede serlo. La salvación prometida es más que liberación del mal, es bendición eterna.

Vv. 14—23. Los judíos apresuraron el ritmo de su ruina al rebelarse contra los romanos y perseguir a los cristianos. Aquí tenemos una predicción de la destrucción que les sobrevino unos cuarenta años después de esto; una destrucción y un estrago como no los ha habido en la historia. Las promesas de poder para perseverar y las advertencias contra un alejamiento concuerdan bien unas con otras. Pero mientras más consideremos estas cosas, veremos motivos más abundantes para huir sin demora a refugiarnos en Cristo, y a renunciar a todo objeto terrenal por la salvación de nuestras almas.

Vv. 24—27. Los discípulos habían confundido la destrucción de Jerusalén con el fin del mundo. Cristo corrigió este error y demostró que el día de la venida de Cristo y el día del juicio serán después de aquella tribulación. Aquí anuncia la disolución final del marco y trama presentes del mundo. Además, predice la aparición visible del Señor Jesús que viene en las nubes y la reunión de todos los elegidos con Él.

Vv. 28—37. Tenemos la aplicación del sermón profético. En cuanto a la destrucción de Jerusalén, esperad que venga dentro de muy poco tiempo. En cuanto al fin del mundo, no preguntéis cuando vendrá, porque el día y la hora no lo sabe ningún hombre. Cristo, como Dios, no podía ignorar nada, por que la sabiduría divina que habitaba en nuestro Señor se comunicaba a su alma humana conforme al beneplácito divino. Nuestro deber respecto de las dos es estar alertas y orar. Nuestro Señor Jesús, cuando ascendió a lo alto, dejó algo para que todos sus siervos hagan. Siempre debemos estar vigilantes esperando su regreso. Esto se aplica a la venida de Cristo a nosotros en nuestra muerte y también al juicio general. No sabemos si nuestro Señor vendrá en los días de la juventud, en la edad mediana o en la vejez, pero, tan pronto como nacemos, empezamos a morir y, por tanto, debemos esperar la muerte. Nuestro gran afán debe ser que, cuando venga el Señor, no nos halle confiados, dándonos el gusto en comodidad y pereza, despreocupados de nuestra obra y del deber. A todos les dice: Velad, para que sean hallados en paz, sin mancha e irreprensibles.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—11. *Cristo ungido en Betania.* 12—21. *La pascua.—Jesús declara que Judas lo traicionará.* 22—31. *Institución de la cena del Señor.* 32—42. *La agonía de Cristo en el huerto.* 43—52. *Traicionado y apresado.* 53—65. *Cristo ante el Sumo Sacerdote.* 66—72. *Pedro niega a Cristo.*

Vv. 1—11. ¿Derramó Cristo Su alma hasta morir por nosotros, y pensaremos que haya algo demasiado precioso para Él? ¿Le damos el ungüento precioso de nuestros mejores afectos? Amémosle con todo el corazón aunque es común que el celo y el afecto sean malentendidos y culpados; y recordemos que la caridad para con el pobre no será excusa de ningún acto particular de piedad para con el Señor Jesús. Cristo elogió la piadosa atención de esta mujer para que lo sepan los creyentes de todas las épocas. A quienes honran a Cristo, Él los honrará. La codicia era la lujuria principal de Judas y eso le traicionó para que pecara traicionando a su Maestro; el diablo adaptó su tentación a eso y, de ese modo, lo venció. Véase cuántas tretas engañosas tienen muchos en sus esfuerzos pecaminosos; pero lo que parece progresar en sus planes, al final resultará ser maldición.

Vv. 12—21. Nada podría ser menos resultado de la previsión humana que los sucesos aquí relatados. Pero nuestro Señor sabe todas las cosas sobre nosotros antes que acontezcan. Si lo recibimos, habitará en nuestros corazones. —El Hijo del Hombre va, como está escrito de Él, como cordero al matadero; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado! Si Dios permite los pecados de los hombres, y se glorifica en ellos, no los obliga a pecar; ni es excusa para su culpa, ni aminorará el castigo.

Vv. 22—31. La cena del Señor es alimento para el *alma*, por tanto, basta con muy poco en comparación con lo que es para el *cuerpo* en tanto sirva de señal. Fue instituida por el ejemplo y la práctica de nuestro Maestro para que siguiera vigente hasta su segunda venida. Fue instituida con bendición y acción de gracias para ser un memorial de la muerte de Cristo. Se menciona frecuentemente su preciosa sangre como el precio de nuestra redención. ¡Cuán consolador es esto para los pobres pecadores arrepentidos, que la sangre de Cristo sea derramada por muchos! Si por muchos, ¿por qué no por mí? Fue señal del traspaso de los beneficios adquiridos para nosotros por su muerte. Aplicaos la doctrina de Cristo crucificado a vosotros mismos; que sea carne y bebida para vuestras almas, fortaleciendo y refrescando vuestra vida espiritual. Iba a ser una primicia y un sabor anticipado de la dicha del cielo, y por ello, nos quita el gusto por los placeres y deleites de los sentidos. Todo el que ha saboreado las delicias espirituales, directamente desea las eternas. —Aunque el gran Pastor pasó por sus sufrimientos sin dar un paso en falso, sus seguidores han sido, no obstante, esparcidos a menudos por la pequeña medida de sufrimientos asignados a ellos. ¡Qué dados somos a pensar bien de nosotros mismos y a confiar en nuestros corazones! Fue malo que Pedro le contestara así a su Señor, sin temor ni temblor. Señor, dame gracia para evitar que te niegue.

Vv. 32—42. Los sufrimientos de Cristo empezaron con los más dolorosos, los de su alma. Empezó a entristecerse y a angustiarse; palabras no empleadas en San Mateo, pero muy llenas de sentido. Los terrores de Dios lo combatieron, y Él le permitió contemplarlos. Nunca hubo dolor como su dolor hasta ahora. Él fue hecho maldición por nosotros; las maldiciones de la ley fueron echadas sobre Él como nuestra prenda. Ahora Él saboreó la muerte en toda su amargura. Esto era ese miedo del que habla el apóstol, el miedo natural al dolor y la muerte, ante la cual se sobresalta la naturaleza humana. ¿Podremos alguna vez tener pensamientos favorables o siquiera ligeros sobre el pecado, cuando vemos los penosos sufrimientos que el pecado trajo al Señor Jesús, aunque le fueron reconocidos? ¿Será leve para nuestras almas lo que fue tan pesado para la Suya? ¿Estuvo Cristo en

tal agonía por nuestros pecados, y nosotros nunca agonizaremos por ellos? ¡Cómo debiéramos mirar a Aquel que traspasamos, y cómo debiera dolernos! Nos corresponde entristecernos excesivamente por el pecado, porque Él lo estuvo y nunca se rió de eso. —Cristo, como *Hombre* rogó que si era posible pasaran de Él sus sufrimientos. Como *Mediador* se sometió a la voluntad de Dios, diciendo: Mas no lo que yo quiero, sino lo que tú; lo acepto. —Véase cómo vuelve la pecaminosa debilidad de los discípulos de Cristo y los vence. ¡Qué lastres tan pesados son nuestros cuerpos para nuestras almas! Pero cuando veamos el problema en la puerta, debemos prepararnos para ello. Ay, hasta los creyentes suelen mirar de manera turbia los sufrimientos del Redentor, y en lugar de estar listos para morir con Cristo, ni siquiera están preparados para velar con Él durante una hora.

Vv. 43—52. Debido a que Cristo no se manifestó como un príncipe temporal, sino que predicó el arrepentimiento, la reforma y la vida santa, y dirigió los pensamientos, afectos y propósitos de los hombres a otro mundo, por eso, los dirigentes judíos procuraron destruirlo. —Pedro hirió a uno de la partida. Es más fácil pelear por Cristo que morir por Él. Pero hay una gran diferencia entre los discípulos falibles y los hipócritas. Estos últimos llaman Maestro a Cristo, presurosos y sin pensar, y expresan gran afecto por Él, pero lo entregan a sus enemigos. Así aceleran su propia destrucción.

Vv. 53—65. Aquí tenemos la condena de Cristo ante el gran consejo de los judíos. Pedro siguió, pero el lado del fuego del Sumo Sacerdote no era el lugar apropiado, ni sus siervos eran compañía adecuada para Pedro: era una entrada en la tentación. —Se empleó gran diligencia para conseguir testigos falsos contra Jesús aunque el testimonio de ellos no era equivalente a una acusación de delito capital, por mucho que ellos estiraran la ley. Se le preguntó: ¿Eres el Hijo del Bendito? Esto es, el Hijo de Dios. Él se refiere a su segunda venida para probar que es el Hijo de Dios. —Tenemos en estos ultrajes muchas pruebas de la enemistad del hombre hacia Dios, y del amor gratuito e indecible de Dios por el hombre.

Vv. 66—72. La negación de Cristo por parte de Pedro empezó por mantenerse alejado de Él. Los que se avergüenzan de la santidad están bien avanzados en el camino de negar a Cristo. Quienes piensan que es peligroso andar en compañía de los discípulos de Cristo, porque de ahí pueden ser llevados a *sufrir* por Él, encontrarán mucho más peligroso estar en la compañía de sus enemigos, porque ahí serán llevados a *pecar* contra Él. —Cuando Cristo era admirado y lo seguían, Pedro lo confesó con prontitud; pero no reconoce su relación con Él ahora que está abandonado y despreciado. Pero obsérvese que el arrepentimiento de Pedro fue muy rápido. —El que piensa estar firme, mire que no caiga; y el que ha caído piense en estas cosas, y en sus propias ofensas, y vuelva al Señor con llanto y súplicas, buscando el perdón para ser levantado por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—14. *Cristo ante Pilato.* 15—21. *Cristo es llevado a ser crucificado.* 22—32. *La crucifixión.* 33—41. *La muerte de Cristo.* 42—47. *Su cuerpo es enterrado.*

Vv. 1—14. Ellos ataron a Cristo. Bueno es para nosotros recordar frecuentemente las ataduras del Señor Jesús, como que estamos atados con el que fue atado por nosotros. Al entregar al Rey, en efecto, ellos entregaron el reino de Dios, que por tanto, les fue quitado como por propio consentimiento de ellos, y fue dado a otra nación. —Cristo dio una respuesta directa a Pilato, pero no quiso responder a los testigos porque se sabía que las cosas que alegaron eran falsas, hasta el mismo Pilato estaba convencido que era así. Pilato pensó que podía apelar desde los sacerdotes al pueblo, y que ellos liberarían a Jesús de las manos de los sacerdotes, pero ellos fueron más y más presionados

por los sacerdotes, y gritaron: ¡Crucifícalo! ¡Crucíficalo! Juzguemos a las personas y cosas por sus méritos y la norma de la palabra de Dios, y no por el saber corriente. El pensamiento de que nunca nadie fue tratado tan vergonzosamente, como la única Persona que es perfectamente excelente, santa y sabia que haya aparecido en la tierra, lleva a la mente seria a formarse una firme opinión de la maldad del hombre y la enemistad contra Dios. Aborrezcamos más y más las disposiciones malas que marcaron la conducta de esos perseguidores.

Vv. 15—21. Cristo encontró a la muerte en su aspecto más terrorífico. Fue la muerte de los malhechores más viles. Así, se reúnen la cruz y la vergüenza. Dios había sido deshonrado por el pecado del hombre, Cristo dio satisfacción sometiéndose a la mayor desgracia con que la naturaleza humana podía ser cargada. Era una muerte maldita; así fue marcada por la ley judía, Deuteronomio xxi, 23. Los soldados romanos se burlaron de nuestro Señor Jesús como Rey; como los siervos se habían burlado de Él como Profeta y Salvador en el patio del sumo sacerdote. ¿Será un manto púrpura o escarlata una cuestión de orgullo para un cristiano, si fue cuestión de reproche y vergüenza para Cristo? Él llevó la corona de espinas que nosotros merecíamos, para que nosotros pudiéramos llevar la corona de gloria que Él merece. Nosotros fuimos por el pecado condenados a vergüenza y desprecio eternos. Él fue llevado con los hacedores de iniquidad, aunque Él no pecó. Los sufrimientos del manso y santo Redentor son siempre una fuente de instrucción para el creyente, de la cual no puede agotarse en sus mejores horas. ¿Sufrió Jesús así y yo, vil pecador, me afanaré o me pondré descontento? ¿Consentiré a la ira o emitiré reproches y amenazas debido a los problemas e injurias?

Vv. 22—32. El lugar donde fue crucificado nuestro Señor Jesús, era llamado el lugar de la Calavera; era el lugar corriente para las ejecuciones, porque Él fue en todo aspecto contado entre los transgresores. Cada vez que miremos a Cristo crucificado, debemos recordar el escrito puesto sobre su cabeza: Él es un Rey y nosotros debemos rendirnos para ser sus súbditos, sin duda, como israelitas. —Crucificaron a dos ladrones con Él, y Él en el medio; con eso pretendían deshonrarlo mucho, pero estaba profetizado que sería contado con los transgresores, porque Él fue hecho pecado por nosotros. —Aun los que pasaban por ahí lo insultaban. Le decían que se bajara de la cruz, y creerían, pero no creyeron aunque les dio la señal más convincente cuando se levantó de la tumba. ¡Con qué fervor buscará salvación el hombre que cree firmemente la verdad, como es dada a conocer por los sufrimientos de Cristo! ¡Con cuánta gratitud recibirá la esperanza naciente del perdón y la vida eterna, adquiridas por los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios! ¡Y con qué piadosa tristeza se dolerá por los pecados que crucificaron al Señor de gloria!

Vv. 33—41. Hubo una densa oscuridad sobre la tierra, desde el mediodía hasta las tres de la tarde. Los judíos estaban haciendo lo más que podían para apagar al Sol de Justicia. Las tinieblas significaban la nube bajo la cual estaba el alma humana de Cristo cuando la estaba presentando como ofrenda por el pecado. Él no se quejó de que sus discípulos lo abandonaran, sino de que su Padre lo desamparara. Especialmente en esto fue Él hecho pecado por nosotros. Cuando Pablo iba a ser ofrecido como sacrificio en el servicio de los santos, se gozaba y se regocijaba, Filipenses ii, 17; pero es otra cosa ser ofrecido como sacrificio por el pecado de los pecadores. —En el mismo instante en que Jesús murió, fue rasgado de arriba abajo el velo del templo. Esto expresó terror a los judíos incrédulos, y fue señal de la destrucción de su iglesia y nación. Expresa consuelo para todos los cristianos creyentes, porque significaba abrir un camino nuevo y vivo al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús. —La confianza con que Cristo había tratado francamente a Dios como su Padre, encomendando su alma en sus manos, parece haber afectado mucho al centurión. Los puntos de vista correctos sobre Cristo crucificado reconcilian al creyente con el pensamiento de la muerte; anhela contemplar, amar, y alabar, como se debe, a ese Salvador que fue herido y traspasado para salvarlo de la ira venidera.

Vv. 42—47. Aquí asistimos al entierro de nuestro Señor Jesús. ¡Oh, que nosotros podamos, por gracia, ser plantandos en su semejanza! José de Arimatea fue uno que esperaba el reino de Dios. Los que esperan por una cuota de sus privilegios deben confesar la causa de Cristo cuando parece estar aplastada. A este hombre levantó Dios para su servicio. Hubo una providencia especial, que Pilato fuera tan estricto en su investigación para que no hubiera pretensión de decir que Jesús estuviera vivo. —Pilato dio a José permiso para bajar el cuerpo, y hacer lo que le pareciera bien con él. Algunas de las mujeres vieron donde fue puesto Jesús, para poder ir después del día de reposo a ungir el cuerpo muerto porque no tuvieron tiempo de hacerlo antes. Se fijaron especialmente en el sepulcro de Cristo porque Él iba a levantarse de nuevo. Él no abandonará a los que confían en Él, y lo invocan. La muerte, privada de su aguijón, pronto terminará las penas del creyente, como terminó las del Salvador.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—8. *La resurrección de Cristo revelada a las mujeres.* 9—13. *Cristo aparece a María Magdalena y a otros discípulos.* 14—18. *Su comisión para los discípulos.* 19, 20. *La ascensión de Cristo.*

Vv. 1—8. Nicodemo trajo una gran cantidad de especias, pero estas buenas mujeres no creyeron que fueran suficientes. El respeto que otros muestran a Cristo no nos debe impedir que mostremos nuestro respeto. Los que son llevados por el celo santo a buscar con diligencia a Cristo, encontrarán que los tropiezos del camino se desaparecen con rapidez. Cuando nos exponemos a problemas y gastos por amor a Cristo, somos aceptos aunque nuestros esfuerzos no tengan éxito. La vista del ángel podía haberlas animado, con justicia, pero ellas se asustaron. Así, pues, muchas veces lo que debiera ser nuestro consuelo, produce terror debido a nuestro propio error. —Él *fue* crucificado, pero *está* glorificado. Ha resucitado, no está aquí. No está muerto, y vive de nuevo; más adelante, le veréis, pero aquí podéis ver el lugar donde fue puesto. Así, se enviará el consuelo oportuno a los que lloran al Señor Jesús. Pedro es nombrado en particular: Decid a Pedro; esto lo recibirá muy bien, porque está triste por el pecado. Ver a Cristo es algo muy bien recibido por un verdadero arrepentido, y el penitente verdadero es muy bien recibido cuando quiere ver a Cristo. Los hombres corrieron a toda prisa hacia donde estaban los discípulos; pero los temores inquietantes suelen impedirnos hacer el servicio que podríamos hacer a Cristo y a las almas de los hombres, si la fe y el gozo de la fe fueran firmes.

Vv. 9—13. Mejores noticias no pudieron ser llevadas a los discípulos que lloraban, que contarles de la resurrección de Cristo. Nosotros debiéramos estudiar para consolar a los discípulos dolientes diciéndoles lo que hemos visto de Cristo. Fue una sabia providencia que las pruebas de la resurrección de Cristo fueran dadas gradualmente, y recibidas con cautela, para que la seguridad con que los apóstoles predicaron esta doctrina después, fuera más satisfactoria. Sin embargo, ¡cuán lentos somos para admitir los consuelos que la palabra de Dios tiene! Entonces, mientras Cristo consuela a su pueblo, ve que, a menudo, es necesario reprenderlos y corregirlos por la dureza de corazón que desconfía de su promesa como asimismo que no obedece sus santos preceptos.

Vv. 14—18. Las pruebas de la verdad del evangelio son tan completas que los que no las aceptan, pueden ser justamente reprendidos por su incredulidad. —Nuestro bendito Señor renueva la elección de los once como apóstoles suyos y les encarga la misión de ir a todo el mundo y predicar el

evangelio a toda criatura. Sólo el que es *verdadero* cristiano será salvo por medio de Cristo. Simón el mago profesó creer, y fue bautizado, pero se declaró que estaba en los lazos de la iniquidad: léase su historia en Hechos viii, Vv. 13—15. Sin duda esta es una declaración solemne de la fe verdadera que recibe a Cristo en todos sus caracteres y oficios, y para todos los propósitos de la salvación, y produce su buen efecto en el corazón y la vida; no el simple asentimiento, que es fe muerta y no da provecho. —La comisión de los ministros de Cristo se extiende a toda criatura de todo el mundo, y las declaraciones del evangelio contienen no sólo verdades, exhortaciones y preceptos, sino también advertencias temibles. Osérvese con qué poder fueron dotados los apóstoles, para confirmar la doctrina que iban a predicar. Estos fueron milagros para confirmar la verdad del evangelio, y medios para difundirlo en las naciones que no lo habían oído.

Vv. 19, 20. Después que el Señor habló, subió al cielo. Sentarse es una postura de reposo; había terminado su obra; es postura de gobierno: tomó posesión de su reino. Se sentó a la diestra de Dios, lo que denota su soberana dignidad y poder universal. Lo que Dios haga con nosotros, nos dé o nos acepte, es por su Hijo. Ahora Él está glorificado con la gloria que tuvo antes que el mundo fuese. —Los apóstoles fueron y predicaron en todas partes, lejos y cerca. Aunque la doctrina que predicaron era espiritual y celestial, directamente contraria al espíritu y temperamento del mundo; aunque se encontraron con mucha oposición, y fueron absolutamente desprovistos de todos los apoyos y ventajas del mundo, aun así, en unos pocos años, su voz llegó hasta lo último de la tierra. Los ministros de Cristo no necesitan ahora obrar milagros para probar su mensaje; está demostrado que las Escrituras son de origen divino y esto hace que no tengan excusa los que las rechazan o desprecian. Los efectos del evangelio, cuando se predica fielmente y se cree verdaderamente, y cambia los temperamentos y el carácter de la humanidad, son una prueba constante, una prueba milagrosa, de que el evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.

LUCAS

Por lo general se supone que este evangelista fue médico y compañero del apóstol Pablo. El estilo de sus escritos, y su familiaridad con los ritos y usos de los judíos, demuestran fehacientemente que era judío, mientras su conocimiento del griego y su nombre, hablan de su origen gentil. Se menciona por primera vez en Hechos xvi, 10, 11, con Pablo en Troas, desde dónde lo atendió hasta Jerusalén, y estuvo con él en su viaje, y en su encarcelamiento en Roma. Este evangelio parece concebido para superar las muchas narraciones defectuosas y no auténticas en circulación, y para dar un relato genuino e inspirado de la vida, milagros y doctrinas de nuestro Señor, aprendidas de los que oyeron y presenciaron sus sermones y milagros.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *Prefacio.* 5—25. *Zacarías e Elisabet.* 26—38. *Anunciación del nacimiento de Cristo.* 39—56. *Encuentro de María y Elisabet.* 57—66. *Nacimiento de Juan el Bautista.* 67—80. *El cántico de Zacarías.*

Vv. 1—4. Lucas no escribe sobre cosas acerca de las cuales pueden diferir entre sí los cristianos, y tener vacilaciones, sino de las cosas que son y deben ser creídas con toda seguridad. La doctrina de Cristo es en lo que los más sabios y mejores hombres han aventurado sus almas con confianza y satisfacción. Los grandes sucesos de los que dependen nuestras esperanzas, fueron narrados por escrito por los que, desde el comienzo, fueron testigos oculares y ministros de la palabra, y fueron perfeccionados en su entendimiento por medio de la inspiración divina.

Vv. 5—25. El padre y la madre de Juan el Bautista eran pecadores como todos somos y fueron justificados y salvados en la misma forma que los demás, pero fueron eminentes por su piedad e integridad. No tenían hijos, y no podía esperarse que Elisabet los tuviera a su avanzada edad. —Mientras Zacarías quemaba el incienso en el templo, toda la multitud oraba afuera. Todas las oraciones que ofrecemos a Dios son aceptadas y exitosas sólo por la intercesión de Cristo en el templo de Dios en lo alto. No podemos tener la expectativa de poseer un interés allí si no oramos, si no oramos con nuestro espíritu, y si no oramos con fervor. Tampoco podemos esperar que lo mejor de nuestras oraciones sean aceptadas y traigan una respuesta de paz, si no es la mediación de Cristo, que siempre vive haciendo intercesión. —Las oraciones que Zacarías ofrecía frecuentemente recibieron una respuesta de paz. Las oraciones de fe son archivadas en el cielo y no se olvidan. Las oraciones hechas cuando éramos jóvenes y entrábamos al mundo, pueden ser contestadas cuando seamos viejos y estemos saliendo del mundo. Las misericordias son doblemente dulces cuando son dadas como respuestas a la oración. —Zacarías tendrá un hijo a edad avanzada, el cual será instrumento para la conversión de muchas almas a Dios, y para su preparación para recibir el evangelio de Cristo. Se presentará ante Él con coraje, celo, santidad y una mente muerta a los intereses y placeres mundanos. Los desobedientes y los rebeldes serían convertidos a la sabiduría de sus antepasados justos, o más bien, llevados a atender la sabiduría del Justo que iba a venir a ellos. —Zacarías oyó todo lo que dijo el ángel, pero habló su incredulidad. Dios lo trató *justamente* al dejarlo mudo, porque él había objetado la palabra de Dios. Podemos admirar la paciencia de Dios para con nosotros. Dios lo trató *amablemente*, porque así le impidió hablar más cosas apartadas de la fe y en incredulidad. Así, también, Dios confirmó su fe. Si por las reprensiones a que estamos sometidos por nuestro pecado, somos guiados a dar más crédito a la palabra de Dios, no tenemos razón para quejarnos. Aun los creyentes verdaderos son dados a deshonrar a Dios con incredulidad; y sus bocas son cerradas con silencio y confusión, cuando por el contrario, hubieran debido estar alabando a Dios con gozo y gratitud. —En los tratos de la gracia de Dios con nosotros tenemos que observar sus consideraciones bondadosas para con nosotros. Nos ha mirado con compasión y favor y, por tanto, así nos ha tratado.

Vv. 26—38. Aquí tenemos un relato de la madre de nuestro Señor; aunque no debemos orar a ella, de todos modos debemos alabar a Dios por ella. Cristo debía nacer milagrosamente. El discurso del ángel sólo significa: “Salve, tú que eres la escogida y favorecida especial del Altísimo para tener el honor que las madres judías han deseado por tanto tiempo”. —Esta aparición y saludo prodigiosos turbaron a María. El ángel le aseguró entonces que ella había hallado favor con Dios y que sería la madre de un hijo cuyo nombre ella debía llamar Jesús, el Hijo del Altísimo, uno en naturaleza y perfección con el Señor Dios. ¡JESÚS! El nombre que refresca los espíritus desfallecientes de los pecadores humillados; dulce para pronunciar y dulce de oír, Jesús, el Salvador. No conocemos su riqueza y nuestra pobreza, por tanto, no corremos a Él; no nos damos cuenta que estamos perdidos y pereciendo, en consecuencia, Salvador es palabra de poco deleite. Si estuviéramos convencidos de la inmensa masa de culpa que hay en nosotros, y la ira que pende sobre nosotros, lista para caer sobre

nosotros, sería nuestro pensamiento continuo: ¿Es mío el Salvador? Para que podamos hallarlo, debemos pisotear todo lo que estorba nuestro camino a Él. La respuesta de María al ángel fue el lenguaje de la fe y humilde admiración, y ella no pidió señal para confirmar su fe. Sin controversia, grande fue el misterio de la santidad, Dios manifestado en carne, 1 Timoteo iii, 16. La naturaleza humana de Cristo debía producirse de esa manera, para que fuera adecuada para Aquel que iba a ser unido con la naturaleza divina. Debemos, como María aquí, guiar nuestros deseos por la palabra de Dios. En todos los conflictos tenemos que recordar que nada es imposible para Dios; y al leer y oír sus promesas, convirtámoslas en oraciones: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.

Vv. 39—56. Muy bueno es que aquellos en cuyas almas ha comenzada la obra de la gracia se comuniquen entre sí. Elisabet estaba consciente, cuando llegó María, de que se acercaba la que iba a ser la madre del gran Redentor. Al mismo tiempo, fue llena del Espíritu Santo, y bajo su influencia declaró que María y ella esperaban hijos que serían altamente bendecidos y felices, y particularmente honrados y queridos para el Dios Altísimo. —María, animada por el discurso de Elisabet, y también bajo la influencia del Espíritu Santo, prorrumpió en gozo, admiración, y gratitud. Se sabía pecadora que necesitaba un Salvador, y que, de lo contrario, no podía regocijarse en Dios más que como interesada en su salvación por medio del Mesías prometido. Los que captan su necesidad de Cristo, y que están deseosos de tener justicia y vida en Él, a ésos llena con cosas buenas, con las cosas mejores; y son abundantemente satisfechos con las bendiciones que da. Él satisfará los deseos del pobre en espíritu que anhela bendiciones espirituales, mientras los autosuficientes serán enviados lejos.

Vv. 57—66. En estos versículos tenemos un relato del nacimiento de Juan el Bautista, y del gran gozo de todos los familiares. Se llamaría Juan o "lleno de gracia", porque introducirá el evangelio de Cristo, en el cual brilla más la gracia de Dios. —Zacarías recuperó el habla. La incredulidad cerró su boca y al creer se la volvió a abrir: cree, por tanto, habla. Cuando Dios abre nuestros labios, las bocas deben mostrar su alabanza; y mejor estar mudo que no usar el habla para alabar a Dios. Se dice que la mano del Señor estaba obrando en Juan. Dios tiene maneras de obrar en los niños, en su infancia, que nosotros no podemos entender. Debemos observar los tratos de Dios y esperar el acontecimiento.

Vv. 67—80. Zacarías pronuncia una profecía acerca del reino y la salvación del Mesías. El evangelio trae luz consigo: en él alborea el día. En Juan el Bautista empezó a alborear y su luz fue en aumento hasta que el día fue perfecto. El evangelio es *conocimiento*; muestra aquello en lo cual estábamos completamente en tinieblas; es para dar luz a los que se sienten a oscuras, la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. *Revive*; trae luz a los que se sientan en sombra de muerte, como prisioneros condenados en la mazmorra. *Guía*, encamina nuestros pasos por el camino de paz, a ese camino que nos traerá la paz al fin, Romanos iii, 17. Juan dio pruebas de fe firme, afectos fuertes y piadosos y de estar por encima del miedo y del amor al mundo. Así, él maduró para el servicio, pero llevó una vida retirada, hasta que salió a escena, abiertamente, como el precursor del Mesías. Sigamos la paz con todos los hombres, y procuremos la paz con Dios y con nuestras propias conciencias. Si es la voluntad de Dios y vivamos desconocidos para el mundo, aún así busquemos diligentemente crecer firmes en la gracia de Jesucristo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El nacimiento de Cristo.* 8—20. *Dado a conocer a los pastores.* 21—24. *Presentación de Cristo en el templo.* 25—35. *Simeón profetiza acerca de Jesús.* 36—40. *Ana profetiza sobre Él.* 41—52. *Cristo con los sabios en el templo.*

Vv. 1—7. La plenitud del tiempo estaba ahora por llegar, cuando Dios enviaría a su Hijo, hecho de mujer, y sometido a la ley. Las circunstancias de su nacimiento fueron muy viles. Cristo nació en una posada; vino al mundo a estar aquí por un tiempo, como en una posada, y a enseñarnos a hacer lo mismo. El pecado nos hace como un infante abandonado, indefenso y solitario; y así fue Cristo. Él supo bien cuán poca voluntad hay para que nos alojen, nos vistan, nos alimenten pobremente; cuánto deseamos tener a nuestros hijos ataviados y consentidos; cuán dados son los pobres a envidiar al rico, y cuánto tienden los ricos a desdeñar a los pobres. Pero cuando por fe vemos al Hijo de Dios que es hecho hombre y yace en un pesebre, nuestra vanidad, ambición y envidia son frenadas. No podemos buscar grandes cosas para nosotros mismos o para nuestros hijos teniendo este objeto justo ante de nosotros.

Vv. 8—20. Los ángeles fueron heraldos del recién nacido Salvador, pero fueron enviados solo a unos pastores pobres, humildes, piadosos, trabajadores, que estaban ocupados en su vocación, vigilando sus rebaños. No estamos fuera del camino de las visitas divinas cuando estamos empleados en una vocación honesta y permanecemos con Dios en ello. Que Dios tenga el honor de esta obra; Gloria a Dios en lo alto. La buena voluntad de Dios para con los hombres, manifestada en el envío del Mesías, redunda para su gloria. Otras obras de Dios son para su gloria, pero la redención del mundo es para su gloria en lo alto. La buena voluntad de Dios al enviar al Mesías, trajo paz a este mundo inferior. La paz es puesta aquí para todo lo bueno que fluye a nosotros desde que Cristo asumió nuestra naturaleza. Dicho fiel es éste, avalado por una compañía incontable de ángeles, y bien digno de toda aceptación: Que la buena voluntad de Dios para con los hombres es gloria a Dios en lo alto, y paz en la tierra. —Los pastores no perdieron tiempo; se fueron presurosos al lugar. Se satisficieron y dieron a conocer por todas partes acerca de este niño, que Él era el Salvador, Cristo el Señor. —María observa cuidadosamente y piensa en todas estas cosas, que eran tan buenas para vivificar sus piadosos afectos. Debemos ser librados más de los errores de juicio y práctica si sopesáramos más plenamente estas cosas en nuestros corazones. Aun se proclama en nuestros oídos que *nos es* nacido un Salvador, Cristo el Señor. Esta debe ser buena nueva para todos.

Vv. 21—24. Nuestro Señor Jesús no nació en pecado y no necesitó la mortificación de una naturaleza corrupta o la renovación para santidad, que significaba la circuncisión. Esta ordenanza fue, en su caso, una prenda de su futura obediencia perfecta de toda la ley, en medio de sufrimientos y tentaciones, aun hasta la muerte por nosotros. —Al final de los cuarenta días, María fue al templo a ofrecer los sacrificios establecidos para su purificación. José presenta también al santo niño Jesús, porque como primogénito, tenía que ser presentado al Señor, y ser redimido conforme a la ley. Presentemos nuestros hijos al Señor que nos los dio, rogándole que los rescate del pecado y la muerte, y los haga santos para Él.

Vv. 25—35. El mismo Espíritu que proveyó para sostener la esperanza de Simeón, proveyó para su gozo. Los que desean ver a Cristo deben ir a su templo. He aquí una confesión de su fe, que el Niño que tiene en sus brazos era el Salvador, la salvación misma, la salvación planificada por Dios. Se despide de este mundo. ¡Cuán pobre le parece este mundo al que tiene a Cristo en sus brazos, y la salvación a la vista! Véase aquí, cuán consoladora es la muerte de un hombre bueno; se va en paz con Dios, en paz con su conciencia, en paz con la muerte. Los que dieron la bienvenida a Cristo, pueden dar la bienvenida a la muerte. —José y María se maravillaban antes las cosas que se decían del Niño. Simeón les muestra igualmente cuánta razón tenían para regocijarse con temblor. Aún se habla contra Jesús, su doctrina y su pueblo; aún se niega y blasfema su verdad y su santidad; su

palabra predicada sigue siendo la piedra de toque del carácter de los hombres. Los buenos afectos secretos de las mentes de algunos, serán revelados al abrazar a Cristo; las corrupciones secretas de los demás serán reveladas por su enemistad con Cristo. Los hombres serán juzgados por los pensamientos de sus corazones en relación a Cristo. Él será un Jesús sufriente; su madre sufrirá con Él debido a la cercanía de la relación y el afecto de ella.

Vv. 36—40. Entonces había mucho mal en la Iglesia, sin embargo, Dios no se quedó sin testigo. Ana siempre estaba ahí o, al menos iba al templo. Estaba si siempre en espíritu de oración; se entregaba a la oración y en todas las cosas servía a Dios. Aquellos a quienes Cristo se da a conocer, tienen muchos motivos para dar gracias al Señor. Ella enseñaba a los demás acerca de Él. Que el ejemplo de los venerables santos, Simeón y Ana, den valor a aquellos cuyas cabezas canas, como las de ellos, son corona de gloria, si se encuentran en el camino de la justicia. Los labios que pronto se silenciarán en la tumba, deben dar alabanzas al Redentor. —En todas las cosas convino a Cristo ser hecho semejante a sus hermanos, por tanto, pasó la infancia y la niñez como los otros niños, pero sin pecado y con pruebas evidentes de la naturaleza divina en Él. Por el Espíritu de Dios todas sus facultades desempeñaron los oficios de una manera no vista en nadie más. Otros niños tienen abundante necedad en sus corazones, lo que se advierte en lo que dicen o hacen, pero Él estaba lleno de sabiduría por el poder del Espíritu Santo; todo lo que dijo e hizo fue dicho y hecho sabiamente, por sobre su edad. Otros niños muestran la corrupción de su naturaleza; nada sino la gracia de Dios estaba sobre Él.

Vv. 41—52. Por el honor de Cristo es que los niños deben asistir al servicio público de adoración. Sus padres no regresaron hasta que se quedaron los siete días de la fiesta. Bueno es quedarse hasta el final de una ordenanza como corresponde a quienes dicen: Bueno es estar aquí. Los que perdieron sus consolaciones en Cristo, y las pruebas de que tenían parte en Él, deben reflexionar dónde, y cuándo y cómo los perdieron y deben regresar. Los que recuperen su perdida familiaridad con Cristo, deben ir al lugar en que Él ha puesto su nombre; allí pueden esperar encontrarlo. —Ellos lo hallaron en alguna parte del templo, donde los doctores de la ley tenían sus escuelas; estaba sentado allí, oyendo su instrucción, planteando preguntas y respondiendo interrogantes, con tal sabiduría, que quienes lo oían se deleitaban con Él. Las personas jóvenes deben procurar el conocimiento de la verdad divina, asistir al ministerio del evangelio, y hacer tales preguntas a sus ancianos y maestros que tiendan a incrementar su conocimiento. —Los que buscan a Cristo con lloro, lo hallarán con el gozo más grande. ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre debo estar? Debo estar en la casa de mi Padre; en la obra de mi Padre; debo ocuparme en el negocio de mi Padre. He aquí un ejemplo, porque conviene a los hijos de Dios, en conformidad con Cristo, asistir al negocio de su Padre celestial y hacer que todos los demás intereses le cedan el lugar. Aunque era el Hijo de Dios, no obstante, estuvo sometido a sus padres terrenales; entonces, ¿cómo responderán los hijos de los hombres, débiles y necios, que desobedecen a sus padres? —Como sea que rechacemos los dichos de los hombres, porque son oscuros, no debemos pensar así de los dichos de Dios. Lo que al principio es oscuro puede, después, volverse claro y fácil. Los más grandes y más sabios, los más eminentes, pueden aprender de este admirable Niño Divino, que conocer nuestro lugar y oficio es la grandeza más verdadera del alma; para negarnos las diversiones y placeres que no condicen con nuestro estado y vocación.

CAPÍTULO III

Versículos 1—14. *El ministerio de Juan el Bautista.* 15—20. *Juan el Bautista testifica de Cristo.* 21, 22. *El bautismo de Cristo.* 23—38. *La genealogía de Cristo.*

Vv. 1—14. El alcance y designio del ministerio de Juan eran llevar al pueblo desde sus pecados a su Salvador. Vino a predicar, no una secta ni un partido político, sino una profesión de fe; el signo o ceremonia era el lavamiento con agua. Por las palabras aquí empleadas, Juan predicó la necesidad del arrepentimiento para la remisión de pecados, y que el bautismo de agua era una señal externa de la purificación interna y la renovación del corazón que acompaña, o son los efectos del arrepentimiento verdadero y profesión de arrepentimiento. Aquí en el ministerio de Juan está el cumplimiento de las Escrituras, Isaías xl, 3. Cuando en el corazón se hace camino para el evangelio, abatiendo a los pensamientos altivos y llevándolos a la obediencia de Cristo, allanando el alma y eliminando todo lo que nos estorbe en el camino de Cristo y de su gracia, entonces se efectúan los preparativos para dar la bienvenida a la salvación de Dios. —Aquí hay advertencias y exhortaciones generales que dio Juan. La culpable raza corrupta de la humanidad llegó a ser una generación de víboras; odiaban a Dios y se odiaban unos a otros. No hay manera de huir de la ira venidera, sino por el arrepentimiento, y el cambio de nuestra conducta debe demostrar el cambio de nuestra mentalidad. Si no somos realmente santos, de corazón y de vida, nuestra profesión de religión y relación con Dios y su Iglesia, no nos servirá para nada en absoluto; más penosa será nuestra destrucción si no damos frutos dignos de arrepentimiento. —Juan el Bautista dio instrucciones a varias clases de personas. Los que profesan y prometen arrepentimiento deben demostrarlo por su reforma, según su ocupación y su condición. El evangelio requiere misericordia, no sacrificio; y su objetivo es comprometernos a todos a hacer todo el bien que podamos, y a ser justos con todos los hombres. El mismo principio que lleva a los hombres a renunciar a las ganancias injustas, los lleva a restaurar lo ganado en mala forma. —Juan dice su deber a los soldados. Se debe advertir a los hombres contra las tentaciones de sus empleos. Las respuestas declaran el deber presente de los que preguntaban y, de inmediato, se constituían en una prueba de su sinceridad. Como nadie puede o quiere aceptar la salvación de Cristo sin arrepentimiento verdadero, así se señalan aquí la evidencia y los efectos del arrepentimiento.

Vv. 15—20. Juan el Bautista reconoce que no es el Cristo; pero confirma las expectativas de la gente sobre el tan largamente prometido Mesías. Sólo podía exhortarlos a arrepentirse y asegurar el perdón por el arrepentimiento, pero no podía obrar el arrepentimiento en ellos ni conferirles la remisión. Así nos corresponde hablar elevadamente de Cristo y humildemente de nosotros mismos. Juan no podía hacer más que bautizar con agua, como señal de que debían purificarse y limpiarse, pero Cristo puede y quiere bautizar con el Espíritu Santo; Él puede dar el Espíritu para que limpie y purifique el corazón, no sólo como el agua lava la inmundicia por fuera sino como el fuego limpia la escoria interna y funde el metal para que sea echado en un nuevo molde. —Juan era un predicador *afectuoso*; suplicaba; iba directo al corazón de sus oyentes. Era un predicador *práctico*: los despertaba para cumplir con su deber y los dirigía hacia ellos. Era un predicador *popular*: se dirigía a la gente según la capacidad de ellos. Era un predicador *evangélico*: en todas sus exhortaciones guiaba a la gente a Cristo. Cuando presionamos a la gente con el deber, tenemos que guiarlos a Cristo, por justicia y por fuerza. Fue un predicador *copioso*: no dejaba de declarar todo el consejo de Dios, pero cuando estaba en la mitad de su vida útil, se le puso un repentino final a la predicación de Juan. Siendo Herodes, por sus muchas maldades, reprobado por él, encarceló a Juan. Los que dañan a los siervos fieles de Dios, agregan culpa más grande aun a sus otros pecados.

Vv. 21, 22. Cristo no confesó pecado, como los demás, porque nada tenía que confesar; sino que oró, como los demás, y mantuvo la comunión con su Padre. —Fijaos que las tres palabras del cielo, por las cuales el Padre dio testimonio de su Hijo, fueron pronunciadas mientras oraba o poco después, Lucas ix, 35; Juan xii, 28. —El Espíritu Santo descendió sobre Él en forma corporal como paloma, y vino una voz del cielo, desde Dios Padre, desde la magnífica gloria. Así, en el bautismo de Cristo se dio prueba de la Santa Trinidad, de las Tres Personas de la Divinidad.

Vv. 23—38. La lista que da Mateo de los antepasados de Jesús muestra que Cristo era el hijo de Abraham, en quien son bendecidas todas las familias de la tierra, y heredero del trono de David; pero Lucas demuestra que Jesús era la Simiente de la mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente, y remonta su linaje a Adán, empezando con Elí, el padre, no de José, sino de María. Las evidentes diferencias entre ambos evangelistas en las listas de nombres fueron solucionadas por hombres doctos. Pero nuestra salvación no depende de que seamos capaces de resolver estas dificultades, ni la autoridad divina de los evangelios es debilitada por ellas. —La lista de nombres termina así: "que fue el hijo de Adán, el hijo de Dios", esto es, la prole de Dios por creación. Cristo fue el hijo de Adán e Hijo de Dios, para que fuera el Mediador apropiado entre Dios y los hijos de Adán, y pudiera llevar a los hijos de Adán, por medio de Él, a ser los hijos de Dios. Toda carne, por descender del primer Adán, es como pasto, y se marchita como la flor del campo, pero el que participa del Espíritu Santo de la vida del Segundo Adán, tiene esa dicha eterna que, por el evangelio, nos es predicada.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—13. *La tentación de Cristo.* 14—30. *Cristo en la sinagoga de Nazaret.* 31—44. *Expulsión de un espíritu inmundo y sana al enfermo.*

Vv. 1—13. Al ser llevado al desierto Cristo dio ventaja al tentador; porque estaba solo, nadie estaba con Él para que, por las oraciones y consejos de ellos, hubiera recibido ayuda en la hora de la tentación. Él, que conocía su fuerza, podía dar ventaja a Satanás, pero no nosotros, que conocemos nuestra debilidad. Siendo en todas las cosas semejante a sus hermanos, Jesús, como los otros hijos de Dios, viviría en dependencia de la providencia y la promesa divina. La palabra de Dios es nuestra espada, y la fe en la palabra es nuestro escudo. Dios tiene muchas maneras de proveer a su pueblo y, por tanto, debemos depender de Él en todo tiempo en el camino del deber. —Todas las promesas de Satanás son engañosas; y si se le permite el poder de disponer de los reinos del mundo y la gloria de ellos, los usa como carnada para atrapar hombres para destruir. Debemos rechazar de inmediato, y con aborrecimiento, toda oportunidad de ganancia o avance pecaminoso, como precio ofrecido por nuestra alma; debemos procurar las riquezas, los honores y la dicha sólo en la adoración y el servicio de Dios. Cristo no adora a Satanás; ni tolera que queden vestigios de la adoración al diablo para cuando su Padre le entregue el reino del mundo. —Satanás también tentó a Jesús para que fuera su propio asesino por una confianza incorrecta en la protección de su Padre, de la cual no tenía garantía. —Ningún mal de la Escritura de parte de Satanás o de los hombres abata nuestra estima, o nos haga abandonar su utilidad; sigamos estudiándola, procurando conocerla, y buscando nuestra defensa en ella contra toda clase de ataques. La palabra habite en nosotros en abundancia, porque es nuestra vida. Nuestro Redentor victorioso venció, no sólo por Él, sino también por nosotros. El diablo terminó toda tentación. Cristo lo dejó probar toda su fuerza y lo derrotó. Satanás vio que no tenía sentido atacar a Cristo, que nada tenía en Él donde se agarraran sus dardos de fuego. Si resistimos al diablo, huirá de nosotros. —Aunque se fue, lo hizo temporalmente hasta cuando de nuevo iba a ser suelto sobre Jesús, no como tentador para llevarlo al pecado, y así golpear su cabeza, a lo cual apuntaba ahora y fue totalmente derrotado, sino como perseguidor para llevar a Cristo a sufrir, y así herir su calcañar, que se le dijo que tendría que hacer, y querría hacer, aunque fuera herir su propia cabeza, Génesis iii, 15. Aunque Satanás se vaya por una temporada, nunca estaremos fuera de su alcance hasta que sea sacado de este presente mundo malo.

Vv. 14—30.. Cristo enseñó en las sinagogas, los lugares de adoración pública, donde se reunían a leer, exponer y aplicar la palabra, a orar y alabar. Todos los dones y las gracias del Espíritu estaban sin medida sobre Él y en Él. Por Cristo pueden los pecadores ser librados de las ataduras de la culpa

y, por su Espíritu y su gracia, de las ataduras de la corrupción. Él vino por la palabra de su evangelio a traer luz a quienes estaban en tinieblas, y por el poder de su gracia, a dar vista a los que estaban ciegos. Predicó el año agradable del Señor. Los pecadores deben oír la invitación del Señor cuando se proclama la libertad. —El nombre de Cristo era Maravilloso; en nada lo fue más que en la palabra de su gracia, y el poder que iba con ella. Bien podemos maravillarnos que dijera las palabras de gracia a infelices desdichados como la humanidad. Algún prejuicio suele presentar una objeción contra la doctrina de la cruz que humilla; y aunque es la palabra de Dios que incita la enemistad de los hombres, ellos culparán a la conducta o los modales del orador. La doctrina de la soberanía de Dios, su derecho a hacer su voluntad, provoca a los hombres orgullosos. Ellos no procuran su favor a su manera; y se enojan cuando los demás tienen los favores que ellos rechazan. Aún sigue Jesús rechazado por las multitudes que oyen el mismo mensaje de sus palabras. Aunque lo vuelven a crucificar en sus pecados, podemos honrarlo como Hijo de Dios, el Salvador de los hombres, y procurar mostrar por nuestra obediencia que así lo hacemos.

Vv. 31—44. La predicación de Cristo afectaba mucho a la gente; y un poder que obraba iba con ella a la conciencia de los hombres. Los milagros demostraban que Cristo es el que domina y vence a Satanás, y que sana enfermedades. Donde Cristo da vida nueva, en la recuperación de una enfermedad, debe ser una vida nueva dedicada más que nunca a su servicio, a su gloria. Nuestra ocupación debe ser difundir ampliamente la fama de Cristo en todo lugar, buscarlo por cuenta de los enfermos de cuerpo y mente, y usar nuestra influencia para llevar a Él a los pecadores, para que sus manos puedan ser impuestas sobre ellos para que sean sanados. —Él expulsa los demonios de muchos que estaban poseídos. No fuimos enviados al mundo para vivir para nosotros sólo, sino para glorificar a Dios y hacer el bien a nuestra generación. La gente lo buscaba e iba a Él. Un desierto no es desierto si estamos con Cristo. Él continuará con nosotros, por su palabra y su Espíritu, y extenderá las mismas bendiciones a otras naciones hasta que, por toda la tierra, los siervos y adoradores de Satanás sean llevados a reconocerle como el Cristo, el Hijo de Dios, y hallen redención por medio de su sangre, el perdón de pecados.

CAPÍTULO V

Versículos 1—11. *La pesca milagrosa.—Llamamiento de Pedro, Santiago y Juan.* 12—16. *Limpieza de un leproso.* 17—26. *Sanidad de un paralítico.* 27—39. *Llamamiento de Leví.—La respuesta de Cristo a los fariseos.*

Vv. 1—11. Cuando Cristo terminó de predicar le dijo a Pedro que se dedicara a su ocupación habitual. El tiempo pasado en los ejercicios públicos de la religión durante los días de semana, no deben ser estorbo en cuanto al tiempo, pero pueden ser de gran ayuda en cuanto a la disposición mental respecto de nuestra ocupación secular. Con qué alegría podemos ocuparnos de los deberes de nuestra ocupación cuando hemos estado con Dios y, de ese modo, ¡santificamos el trabajo por la palabra y la oración! Aunque nada habían pescado, Cristo les dijo que volvieran a echar sus redes. No debemos dejar abruptamente nuestra ocupación, porque no tengamos en ella el éxito que deseamos. Probablemente nos vaya bien cuando sigamos la dirección de la palabra de Cristo. —La redada de peces fue un milagro. Todos debemos, como Pedro, reconocernos como pecadores, por tanto, Jesucristo podría apartarse de nosotros con toda justicia. Pero debemos rogarle que *no* se vaya; porque, ¡ay de nosotros si el Salvador se aparta de los pecadores! Más bien roguémosle que venga y habite en nuestro corazón por fe, para que pueda transformarlo y limpiarlo. Los pescadores abandonaron todo y siguieron a Jesús, cuando prosperó su trabajo. Cuando las riquezas aumentan y somos tentados a poner en ellas nuestro corazón, y dejarlas entonces por Cristo, es digno de gratitud.

Vv. 12—16. Se dice que este hombre estaba cubierto de lepra; tenía esa dolencia en alto grado, lo que representa nuestra contaminación natural con el pecado; estamos llenos de lepra; desde la mollera a la planta de los pies no hay cosa sana en nosotros. La confianza fuerte y la humildad profunda están unidas en las palabras de este leproso. Si cualquier pecador dice, por un sentido profundo de vileza: Yo sé que el Señor puede limpiar, pero ¿mirará a uno como yo? ¿Aplicará su sangre preciosa para mi limpieza y salud? Sí, Él querrá. No hables como si dudaras, sino humildemente refiere la cuestión a Cristo. Estando salvados de la culpa y del poder de nuestros pecados, difundamos por todas partes la fama de Cristo y llevemos a otros a oírle y a ser sanados.

Vv. 17—26. ¡Cuántos hay en nuestras asambleas, donde se predica el evangelio, que no se someten a la palabra, sino que la soslayan! Para ellos es como cuento que se les narra, no un mensaje enviado *a ellos*. —Obsérvese los deberes que nos son enseñados y recomendados por la historia del paralítico. Al apelar a Cristo debemos ser muy insistentes; eso es prueba de fe, y muy agradable a Cristo y prevalece ante Él. Danos, Señor, la misma clase de fe respecto de tu habilidad y voluntad para sanar nuestras almas. Danos el deseo del perdón de pecado más que de bendiciones terrenales o la vida misma. Capacítanos para creer en tu poder de perdonar pecados; entonces nuestras almas se levantarán alegremente e irán donde te agrade.

Vv. 27—39. Fue un prodigio de la gracia de Cristo que llamara a un publicano para que sea su discípulo y seguidor. Fue un prodigio de su gracia que el llamado fuese hecho tan eficazmente. Fue un prodigio de su gracia que viniera a llamar pecadores al arrepentimiento y que les asegure el perdón. Fue un prodigio de su gracia que soportara con tanta paciencia la contradicción de pecadores contra sí mismo y contra sus discípulos. Fue un prodigio de su gracia que fijara los servicios de sus discípulos según su fuerza y posición. El Señor prepara gradualmente a su pueblo para las pruebas asignadas a ellos; debemos imitar su ejemplo al tratar con los débiles en la fe o con el creyente en tentación.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *Los discípulos cortan trigo en el día de reposo.* 6—11. *Se puede hacer obras de misericordia en el día de reposo.* 12—19. *Elección de los apóstoles.* 20—26. *Bendiciones y ayes.* 27—36. *Cristo exhorta a la misericordia,* 37—49. *y a la justicia y sinceridad.*

Vv. 1—5. Cristo justifica a sus discípulos en una obra necesaria para ellos mismos en el día de reposo; era sacar trigo cuando tenían hambre, pero debemos cuidar de no confundir esta libertad equivocándola con un permiso para pecar. Cristo quiere que sepamos y recordemos que este es su día, por tanto, debe dedicarse a su servicio y a su honra.

Vv. 6—11. Cristo no se avergüenza ni teme reconocer los propósitos de su gracia. Sana al pobre aunque sabía que sus enemigos iban a utilizarlo en su contra. Ninguna oposición nos aleje de nuestro deber o de ser útiles. Bien podremos asombrarnos de que los hijos de los hombres sean tan malos.

Vv. 12—19. A menudo pensamos que media hora es mucho tiempo para pasar meditando y orando en secreto, pero Cristo pasaba noches enteras dedicado a estos deberes. Al servir a Dios nuestra mayor preocupación debe ser no perder el tiempo, sino hacer que el final de un buen deber sea el comienzo de otro. —Aquí se nombran los doce apóstoles; nunca hubo hombres tan privilegiados, pero uno de ellos tenía un demonio, y resultó ser traidor. —Los que no tienen cerca de ellos una predicación fiel, es mejor que viajen una larga distancia, pero que no se queden sin ella.

Indudablemente tiene valor ir a gran distancia para oír la palabra de Cristo, y salirse del camino de otras ocupaciones para eso. Vinieron a ser curados por Él y los sanó. Hay gracia plena y virtud sanadora en Cristo, dispuestas a salir de Él, que bastan para todos, y bastan para cada uno. Los hombres consideran que las enfermedades del cuerpo son males más grandes que los del alma; pero la Escritura nos enseña en forma diferente.

Vv. 20—26. Aquí empieza un sermón de Cristo, cuya mayor parte se halla también en Mateo v, a vii. Sin embargo, algunos piensan que este fue predicado en otro tiempo y otro lugar. Todos los creyentes que toman los *preceptos* del evangelio para sí y viven por ellos, pueden tomar las *promesas* del evangelio para sí y vivir sobre la base de ellas. Se pronuncian ayes contra pecadores prósperos dado que son gente miserable, aunque el mundo los envidia. Indudablemente bendecidos son los que Cristo bendice, pero, ¡deben ser horrorosamente miserables quienes caen bajo su ay y su maldición! ¡Qué tremenda ventaja tendrá el santo respecto del pecador en el otro mundo! ¡Y qué diferencia amplia habrá en sus recompensas, por mucho que aquí pueda prosperar el pecador y el santo ser afligido!

Vv. 27—36. Estas son lecciones duras para carne y sangre, pero si estamos bien fundados en la fe del amor de Cristo, esto hará que sus mandamientos nos sean fáciles. Todo el que va a Él para lavarse en su sangre y conocer la grandeza de la misericordia y del amor que hay en Él, puede decir, veraz y sinceramente: Señor, ¿qué quieres que haga? Entonces sea nuestro propósito ser misericordiosos según la misericordia de nuestro Padre celestial para con nosotros.

Vv. 37—49. Cristo usaba a menudo todos estos dichos y era fácil aplicarlos. Debemos ser muy cuidadosos cuando culpamos al prójimo; porque nosotros mismos necesitamos fianza. Si somos de espíritu que da y perdona, cosecharemos el beneficio. Aunque en el otro mundo se paga con medida llena y exacta, no es así en este mundo; no obstante, la Providencia hace lo que ha de estimularnos para hacer el bien. —Los que siguen a la gente para hacer el mal, van por el camino ancho que lleva a la perdición. El árbol se conoce por sus frutos; que la palabra de Cristo sea injertada de tal modo en nuestros corazones que podamos ser fructíferos en toda buena palabra y obra. Lo que la boca habla comúnmente concuerda con lo que abunda en el corazón. —Hacen un trabajo seguro para sus almas y para la eternidad, y siguen el rumbo que les será de beneficio en el tiempo de prueba, sólo los que piensan, hablan, y actúan conforme a las palabras de Cristo. Quienes se esfuerzan en la religión, hallan su esperanza en Cristo que es la Roca de los siglos, y nadie puede poner otro fundamento. En la muerte y en el juicio ellos están a salvo si son sostenidos por el poder de Cristo, por medio de la fe para salvación, y nunca perecerán.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—10. *Sanidad del siervo del centurión.* 11—18. *Resurrección del hijo de la viuda.* 19—35. *Pregunta de Juan el Bautista sobre Jesús.* 36—50. *Cristo es ungido en la casa del fariseo.—La parábola de los deudores.*

Vv. 1—10. Los siervos deben pensar en encariñarse con sus amos. Los amos deben cuidar particularmente a sus siervos cuando se enferman. Aún podemos, por la oración fiel y ferviente, recurrir a Cristo, y debemos hacerlo así cuando hay enfermedad en nuestra familia. Edificar lugares para la adoración religiosa es buena obra, y un ejemplo de amor a Dios y su pueblo. Nuestro Señor Jesús se agradó con la fe del centurión; nunca deja de responder las expectativas de la fe que honra su poder y amor. La cura fue prontamente obrada y perfecta.

Vv. 11—18. Cuando el Señor vio a la viuda pobre siguiendo a su hijo a la tumba, tuvo compasión de ella. Véase aquí el poder de Cristo sobre la muerte misma. El evangelio llama a toda la gente, en particular a los jóvenes: Levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo. Cuando Cristo le dio vida, se vio porque el joven se sentó. ¿Tenemos la gracia de Cristo? Mostrémosla. —Empezó a hablar: cada vez que Cristo da vida espiritual, abre los labios en oración y alabanza. Cuando las almas muertas son levantadas a la vida espiritual por el poder divino del evangelio, debemos glorificar a Dios, y considerarlo como una visita de gracia a su pueblo. Procuremos tener un interés tal en nuestro Salvador compasivo, que podamos esperar con gozo la época en que la voz del Redentor llamará a todos los que están en los sepulcros. Que seamos llamados a la resurrección de vida, no a la de condenación.

Vv. 19—35. A sus milagros en el reino de la naturaleza, Cristo agrega este en el reino de la gracia. Se predica el evangelio a los pobres. Señala claramente la naturaleza espiritual del reino de Cristo, como el heraldo que envió a preparar su camino lo hiciera al predicar el arrepentimiento y el cambio de corazón y de vida. —Aquí se recalca con justicia la responsabilidad de quienes no fueron atraídos por el ministerio de Juan el Bautista o del mismo Jesucristo. Se burlaron de los métodos que Dios adoptó para hacerles el bien. Esta es la ruina de multitudes: no son serios en los intereses de sus almas. Pensemos en el modo de mostrarnos como hijos de la sabiduría atendiendo a las instrucciones de la Palabra de Dios y venerando los misterios y la buena nueva que los infieles y los fariseos ridiculizan y blasfeman.

Vv. 36—50. Nadie puede percibir verdaderamente cuán precioso es Cristo, y la gloria del evangelio, salvo el quebrantado de corazón. Aunque lo sientan, éstos no pueden expresar suficiente aborrecimiento de sí por el pecado, ni admiración por Su misericordia, pero el autosuficiente se disgustará porque el evangelio anima a los pecadores arrepentidos. El fariseo limita sus pensamientos al mal carácter anterior de la mujer, en vez de regocijarse por las señales de su arrepentimiento. Sin perdón gratuito ninguno de nosotros puede escapar de la ira venidera; nuestro bondadoso Salvador lo compró con su sangre para darlo gratuitamente a todo aquel que cree en Él. —Cristo, por una parábola, obligó a Simón a reconocer que la gran pecadora que fue esta mujer, debía demostrar amor más grande por Él cuando le fueron perdonados sus pecados. Aprended aquí que el pecado es una deuda y que todos sois pecadores y deudores del Dios Todopoderoso. Algunos pecadores son deudores mayores, pero sea nuestra deuda más o menos grande, es más de lo que somos capaces de pagar. Dios está presto a perdonar, y habiendo adquirido su Hijo el perdón para los que creen en su evangelio lo promete, y su Espíritu sella a los pecadores arrepentidos, y les da consuelo. Mantengámonos lejos del espíritu orgulloso del fariseo y dependamos sencillamente solo de Cristo y regocijémonos en Él, y así, estemos preparados para obedecerle con más celo y recomendarlo con más fuerza a nuestro alrededor. Mientras más expresemos nuestro dolor por el pecado y nuestro amor a Cristo, más clara será la prueba que tenemos del perdón de nuestros pecados. ¡Qué cambio maravilloso efectúa la gracia en el corazón y la vida de un pecador y en su estado ante Dios, por la completa remisión de todos sus pecados por la fe en el Señor Jesús!

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—3. *El ministerio de Cristo.* 4—21. *La parábola del sembrador.* 22—40. *Cristo calma la tempestad y exulsa demonios.* 41—56. *Resurrección de la hija de Jairo.*

Vv. 1—3. Aquí se nos dice que Cristo hizo de la enseñanza del evangelio la actividad constante de su vida. Las noticias del reino de Dios son buenas noticias, y es lo que Cristo vino a traer. —Algunas

mujeres lo asistían y le ministraban de su sustancia. Esto muestra la baja condición a la cual se humilló el Salvador, que necesitaba de la bondad de ellas, y su gran humildad para aceptarles. Siendo rico se hizo pobre por nosotros.

Vv. 4—21. En la parábola del sembrador hay muchas reglas y excelentes advertencias muy necesarias para oír la palabra, y aplicarla. Bienaventurados somos, y por siempre endeudados con la libre gracia, si lo que para otros es sólo un cuento que los divierte, es una verdad clara para nosotros por la cual se nos enseña y gobierna. Debemos cuidarnos de las cosas que nos impidan recibir provecho de la palabra que oímos; cuidarnos, no sea que oigamos con negligencia y ligereza; no sea que alberguemos prejuicios contra la palabra que oímos; y cuidar nuestros espíritus después que hayamos oído la palabra, no sea que perdamos lo que ganamos. Los dones que tenemos nos serán o no continuados según los usemos para la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos. Tampoco basta sostener la verdad con injusticia; debemos desear tener en alto la palabra de vida, y que resplandezca iluminando todo nuestro entorno. Se da gran ánimo a los que son oidores fieles de la palabra y hacedores de la obra. Cristo los reconocerá como sus familiares.

Vv. 22—40. Los que se hacen a la mar cuando está calma, a la palabra de Cristo, deben, no obstante, prepararse para una tormenta y para gran peligro en medio de la tormenta. No hay alivio para las almas sometidas al sentido de culpa, y al temor de la ira, si no acuden a Cristo, le llaman Señor, y le dicen: Estoy acabado si no me socorres. Cuando terminan nuestros peligros, nos corresponde reconocer la vergüenza de nuestros temores, y dar a Cristo la gloria por nuestra liberación. —Podemos aprender mucho en este relato respecto del mundo de los espíritus malignos infernales, porque aunque no obren exactamente de la misma manera ahora que entonces, todos debemos resguardarnos contra ellos. Los espíritus malignos son muy numerosos. Tienen enemistad contra el hombre y contra todas sus consolaciones. Los que se someten al gobierno de Cristo son dulcemente guiados con lazos de amor; los que se someten al gobierno del diablo son obligados con furor. ¡Ah, qué consuelo es para el creyente que todas las potestades de las tinieblas estén sometidas al dominio del Señor Jesús! Milagro de misericordia es si los poseídos por Satanás no son llevados a la destrucción y ruina eternas. —Cristo no se quedará con quienes lo toman a la ligera; puede ser que no regrese más a ellos, mientras otros le esperan felices de recibirlo.

Vv. 41—56. No nos quejemos de la gente, ni de una multitud, ni de lo urgente si estamos en el camino de nuestro deber y haciendo el bien, pero de lo contrario, todo hombre sabio se mantendrá lo más alejado que pueda de tales cosas. Más de una pobre alma sanada, socorrida y salvada por Cristo se halla oculta entre la gente y nadie la nota. Esta mujer vino temblando, pero su fe la salvó. Puede que haya temblor donde aún hay fe salvadora. —Observa las consoladoras palabras de Cristo para Jairo: No temas, tan sólo cree, y tu hija será salva. No era menos duro no llorar la pérdida de una hija única que no temer la continuación de ese dolor; pero en la fe perfecta no hay temor; mientras más temor, menos creemos. La mano de la gracia de Cristo va con el llamado de su palabra para hacerla eficaz. —Cristo mandó darle solamente carne. Como bebés recién nacidos así desean alimento espiritual los recién resucitados del pecado, para crecer.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—9. *Envío de los apóstoles.* 10—17. *La multitud milagrosamente alimentada.* 18—27. *La confesión de Pedro.—Exhortación a la abnegación.* 28—36. *La transfiguración.* 37—42. *Expulsión de un espíritu inmundo.* 43—50. *Cristo frena la ambición de sus discípulos.* 51—56. *Reprensión por el celo errado de ellos.* 57—62. *Renunciar a todo por Cristo.*

Vv. 1—9. Cristo envió a sus doce discípulos, a los que entonces ya eran capaces de enseñar al prójimo lo que habían recibido del Señor. No deben estar ansiosos de esperar la estima de la gente por la apariencia externa. Deben ir como están. —El Señor Jesús es la fuente de poder y autoridad a quien deben someterse todas las criaturas de una u otra manera; y si Él va con la palabra de sus ministros en poder, para librar pecadores de la esclavitud de Satanás, pueden tener la seguridad de que Él se ocupará de sus necesidades. Cuando la verdad y el amor van unidos, y aun así la gente rechaza y desprecia el mensaje de Dios, deja sin excusa a los hombres y se vuelve testimonio contra ellos. —La conciencia culpable de Herodes estaba lista para concluir que Jesús fue levantado de los muertos. Deseaba ver a Jesús, y ¿por qué no fue y lo vio? Probablemente por pensar que estaba por debajo de Él o porque no deseaba tener más reprensiones por su pecado. Al postergarlo se endureció su corazón y cuando vio a Jesús, estaba tan prejuiciado contra Él como los demás, Lucas xxiii, 11.

Vv. 10—17. La gente siguió a Jesús y aunque era inoportuno el momento, les dio lo que necesitaban. Él les habló del reino de Dios. Sanó a los que necesitaban salud. Con cinco panes y dos peces Cristo alimentó a cinco mil hombres. Él cuida que nada bueno falte a los que le temen y le sirven fielmente. Cuando recibimos consuelo por medio de criaturas, debemos reconocer que lo recibimos de Dios, y que somos indignos de recibirlo; que todo, y todo el consuelo que tengamos en ello, lo debemos a la mediación de Cristo por quien ha sido quitada la maldición. La bendición de Cristo hará que poco sirva de mucho. Él satisface a toda alma hambrienta, la satisface abundantemente con la abundancia de su casa. —Se recogieron las sobras: en la casa de nuestro Padre hay pan suficiente y para guardar. No estamos limitados ni escasos en Cristo.

Vv. 18—27. Consuelo indecible es que nuestro Señor Jesús sea el Ungido de Dios; esto significa que fue designado para ser el Mesías y que está calificado para ello. Jesús habla de sus sufrimientos y muerte. Tan lejos como deben estar sus discípulos de pensar en evitarle sus sufrimientos, así deben prepararse para sufrir ellos mismos. A menudo nos topamos con cruces en el camino del deber; y aunque no debemos echárnoslas sobre la cabeza, cuando están puestas para nosotros, debemos tomarlas y llevarlas como Cristo. Algo es bueno o malo para nosotros según sea bueno o malo para nuestras almas. El cuerpo no puede estar feliz si el alma estará infeliz en el otro mundo, pero el alma puede estar feliz aunque el cuerpo esté sumamente afligido y oprimido en este mundo. Nunca debemos avergonzarnos de Cristo y su evangelio.

Vv. 28—36. La transfiguración de Cristo fue una muestra de la gloria con que vendrá a juzgar al mundo; y fue un llamado a sus discípulos para sufrir por Él. La oración es un deber transfigurador, transformador que hace brillar el rostro. Nuestro Señor Jesús, en su transfiguración, estaba dispuesto a hablar de su muerte y de sus sufrimientos. En las glorias más grandes en la tierra recordemos que en este mundo no tenemos ciudad permanente. —¡Cuánta necesidad tenemos de orar a Dios pidiendo la gracia vivificadora! Aunque los discípulos podrían ser los testigos de esta señal del cielo, después de un momento fueron despertados para dar un relato completo de lo que pasó. No saben lo que dicen los que hablan de hacer tabernáculos en la tierra para los santos glorificados en el cielo.

Vv. 37—42. ¡Cuán deplorable es el caso de este niño! Estaba bajo el poder de un espíritu maligno. Las enfermedades de esa naturaleza son más aterradoras que las que surgen de simples causas naturales. ¡Cuánta maldad hace Satanás cuando toma posesión de una persona! Pero bienaventurados son los que tienen acceso a Cristo! Él puede hacer por nosotros lo que no pueden los discípulos. Una palabra de Cristo sanó al niño y cuando nuestros hijos se recobran de la enfermedad consuela recibirlos como sanados por la mano de Cristo.

Vv. 43—50. Esta predicción de los sufrimientos de Cristo era bastante clara, pero los discípulos no la entendieron, porque no concordaba con sus ideas. Un pequeñuelo es el símbolo por el cual

Cristo nos enseña la sencillez y la humildad. ¿Qué honor más grande puede obtener un hombre en este mundo que el de ser recibido por los hombres como mensajero de Dios y Cristo, y qué Dios y Cristo se reconozcan recibidos y bienvenidos en él? —Si alguna sociedad de cristianos de este mundo tuvo motivos para hacer callar a los que no son de su propia comunión, lo tuvieron los doce discípulos en ese tiempo; pero Cristo les advirtió que no volvieran a hacerlo. Aunque no siguen con nosotros, pueden ser hallados seguidores fieles de Cristo y ser aceptados por Él.

Vv. 51—56. Los discípulos no consideraban que la conducta de los samaritanos fuera, más bien efecto de prejuicio y fanatismo nacional que de enemistad contra la palabra y la adoración de Dios; aunque se negaron a recibir a Cristo y a sus discípulos, no los maltrataron ni injuriaron, así que el caso era completamente diferente del de Ocozías y Elías. Tampoco se dieron cuenta que la dispensación del evangelio iba a ser marcada por milagros de misericordia. Pero, por sobre todo, ignoraban los motivos dominantes en sus propios corazones, que eran el orgullo y la ambición carnal. Nuestro Señor les advirtió al respecto. Nos resulta fácil decir: ¡Vengan, vean nuestro celo por el Señor!, y pensar que somos muy fieles en su causa, cuando estamos siguiendo nuestros propios objetivos y hasta haciendo mal y no bien al prójimo.

Vv. 57—62. Aquí hay uno que se presenta para seguir a Cristo, pero parece haberse apresurado y precipitado sin calcular el costo. Si queremos seguir a Cristo, debemos dejar de lado los pensamientos de grandes cosas del mundo. No tratemos de hacer profesión de cristianismo cuando andamos en busca de ventajas mundanales. —Tenemos otro que parece resuelto a seguir a Cristo, pero pide una corta postergación. Cristo le dio primero a este hombre el llamamiento; le dijo: Sígueme. La religión nos enseña a ser benignos y misericordiosos, a mostrar piedad en casa y respetar a nuestros padres, pero no debemos convertirlos en disculpa para descuidar nuestros deberes con Dios. —Aquí hay otro dispuesto a seguir a Cristo, pero pide tiempo para hablar con sus amigos al respecto, poner orden en sus asuntos domésticos, y dar órdenes al respecto. Parecía tener más preocupaciones del mundo en su corazón de lo que debiera, y estaba dispuesto a acceder a la tentación que lo alejaría de su propósito de seguir a Cristo. Nadie puede hacer algo en debida forma si está atendiendo a otras cosas. Los que entran en la obra de Dios deben estar dispuestos a seguir o de nada servirán. *Mirar atrás* conduce a *retractarse*, y echarse atrás es la perdición. Sólo el que persevera hasta el fin será salvo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—16. *Setenta discípulos enviados.* 17—24. *La bendición de los discípulos de Cristo.* 25—37. *El buen samaritano.* 38—42. *Jesús en la casa de Marta y María.*

Vv. 1—16. Cristo envió a los setenta discípulos, en parejas, para que se fortalecieran y se estimularan mutuamente. El ministerio del evangelio pide a los hombres que reciban a Cristo como Príncipe y Salvador; y seguramente Él irá en el poder de su Espíritu a todos los lugares donde manda a sus siervos fieles; pero la condena de los que reciben en vano la gracia de Dios será temible. Los que desprecian a los fieles ministros de Cristo, los que piensan mal de ellos y se burlan de ellos, serán reconocidos como los que despreciaron a Dios y Cristo.

Vv. 17—24. Todas nuestras victorias sobre Satanás son logradas por el poder derivado de Jesucristo, que debe tener toda la alabanza. Cuidémonos del orgullo espiritual que ha causado la destrucción de tantos. Nuestro Señor se regocijó en la perspectiva de la salvación de muchas almas. Era apropiado que se tomara nota detallada de esa hora de gozo; hubo muy pocas, porque era varón

de dolores: en *esa hora* en que vio caer a Satanás y oyó del buen resultado de sus ministros, en esa hora se regocijó. Siempre ha resistido al orgulloso y ha dado gracia al humilde. Mientras más claramente dependamos de la enseñanza, ayuda y bendición del Hijo de Dios, más conocidos seremos del Padre y del Hijo; más bendecidos seremos al ver la gloria, y oír las palabras del Salvador divino; y más útiles seremos para el progreso de su causa.

Vv. 25—37. Si hablamos en forma descuidada de la vida eterna y del camino a ella, tomamos en vano el nombre de Dios. Nadie ama a Dios ni a su prójimo con una medida de puro amor espiritual, si no participa de la gracia de la conversión. El orgulloso corazón humano se resiste mucho contra tales convicciones. —Cristo da el ejemplo de un pobre judío en apuros, socorrido por un buen samaritano. Este pobre cayó en manos de ladrones que lo dejaron herido y casi moribundo. Los que debieron ser sus amigos lo pasaron por alto, y fue atendido por un extranjero, un samaritano, de la nación que los judíos más despreciaban y detestaban, con quienes no querían tratos. Es lamentable observar cuánto domina el egoísmo en todos los rangos; cuántas excusas dan los hombres para ahorrarse problemas o gastos en ayudar al prójimo. El verdadero cristiano tiene escrita en su corazón la ley del amor. El Espíritu de Cristo habita en él; la imagen de Cristo se renueva en su alma. La parábola es una bella explicación de la ley de amar al prójimo como a uno mismo, sin acepción de nación, partido ni otra distinción. También establece la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador con los miserables pecadores. Nosotros éramos como este viajero pobre y en apuros. Satanás, nuestro enemigo, nos robó y nos hirió: tal es el mal que nos hace el pecado. El bendito Jesús se compadeció de nosotros. El creyente considera que Jesús le amó y dio su vida por él cuando éramos enemigos y rebeldes; y habiéndole mostrado misericordia, le exhorta que vaya y haga lo mismo. Es nuestro deber, en nuestro trabajo y según nuestra capacidad, socorrer, ayudar y aliviar a todos los que estén en apuros y necesitados.

Vv. 38—42. Un buen sermón no es peor por ser predicado en una casa; y las visitas de nuestros amigos deben ser de tal modo administradas como para hacer que busquen el bien de sus almas. Sentarse a los pies de Cristo significa disposición pronta para recibir su palabra, y sumisión a su dirección. Marta estaba preocupada de atender a Cristo y a los que venían con Él. Aquí había respeto hacia nuestro Señor Jesús en la atención correcta de sus quehaceres domésticos, pero había algo de culpa. Ella estaba muy dedicada a servir: abundancia, variedad, y exactitud. La actividad mundanal es una trampa para nosotros cuando nos impide servir a Dios y obtener lo bueno para nuestras almas. ¡Cuánto tiempo se desperdicia innecesariamente y, a menudo, se acumulan gastos para atender a quienes profesan el evangelio! —Aunque Marta era culpable en esta ocasión, era, no obstante, creyente verdadera y su conducta general no descuidaba la cosa necesaria. El favor de Dios es necesario para nuestra dicha: la salvación de Cristo es necesaria para nuestra seguridad. Donde se atienda esto, todas las demás cosas tomarán su correcto lugar. Cristo declaró: María ha elegido la buena cosa. Porque una cosa es necesaria, y esta cosa hizo ella, rendirse a la dirección de Cristo. Las cosas de esta vida nos serán quitadas por completo cuando nosotros seamos quitados de ella, pero nada nos separará del amor de Cristo y de tener parte en ese amor. Los hombres y los demonios *no pueden* quitárnoslo, y Dios y Cristo *no lo harán.* Preocupémonos con más diligencia de la única cosa necesaria.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—4. *Enseña a orar a sus discípulos.* 5—13. *Cristo exhorta a ser fervientes en la oración.* 14—26. *Cristo expulsa un demonio.—La blasfemia de un fariseo.* 27, 28. *La verdadera felicidad.* 29—36. *Cristo reprende a los judíos.* 37—54. *A los fariseos.*

Vv. 1—4. “Señor, enséñanos a orar”, es una buena oración, y muy necesaria, porque Jesucristo es el único que puede enseñarnos a orar por su palabra y su Espíritu. Señor, enséñame a orar; Señor, estimúlame y vivifícame para el deber; Señor, dirígeme sobre qué orar; enséñame qué debo decir. Cristo les enseñó una oración, en forma muy parecida a la que había dado antes en su sermón del monte. Hay algunas palabras diferentes en el Padrenuestro en Mateo, y en Lucas, pero no son de gran importancia. En nuestros pedidos por el prójimo y por nosotros mismos, vamos a nuestro Padre celestial, confiando en su poder y bondad.

Vv. 5—13. Cristo alienta el fervor y la constancia en la oración. Debemos ir por lo que necesitamos, como hace el hombre acude a su vecino o amigo, que es bueno con él. Vamos por pan; porque es lo necesario. Si Dios no responde rápidamente nuestras oraciones, lo hará a su debido tiempo, si seguimos orando. —Fijaos acerca de qué orar: debemos pedir el Espíritu Santo, no sólo por necesario para orar bien, sino porque todas las bendiciones espirituales están incluidas en ello. Porque por el poder del Espíritu Santo se nos lleva a conocer a Dios y al arrepentimiento, a creer en Cristo y a amarlo; así somos consolados en este mundo, y destinados para la felicidad en el próximo. Nuestro Padre celestial está listo para otorgar todas estas bendiciones a cada uno que se las pida, más que un padre o madre terrenal está dispuesto a dar comida a un niño hambriento. Esta es la ventaja de la oración de fe: que aquieta y fija el corazón en Dios.

Vv. 14—26. La expulsión de demonios que hizo Cristo fue realmente la destrucción del poder de ellos. El corazón de todo pecador inconverso es el palacio del diablo, donde éste habita y donde manda. Hay una especie de paz en el corazón del alma inconversa que el diablo custodia como hombre fuerte armado. El pecador se siente seguro, no tiene dudas de la bondad de su estado, ni temor alguno de los juicios venideros. Pero obsérvese el cambio maravilloso efectuado en la conversión. La conversión del alma a Dios es la victoria de Cristo sobre el diablo y su poder en esa alma, restaurando el alma a su libertad y recuperando su interés en ella y su poder sobre ella. Todos los dones del cuerpo y de la mente son ahora empleados para Cristo. —Esta es la condición del hipócrita. La casa es barrida de los pecados corrientes por una confesión forzada, como la del faraón; por una contrición fingida como la de Acab; o por una reforma parcial como la de Herodes. La casa está barrida, pero no lavada; el corazón no está santificado. El barrido saca solamente el polvo suelto mientras el pecado que acosa al pecador está indemne. La casa está adornada con gracias y dones corrientes. No está provista de ninguna gracia verdadera; todo es pintura y barniz, nada duradero ni real. Nunca fue entregada a Cristo ni habitada por el Espíritu. Cuidémonos de no descansar en lo que pueda tener un hombre y así quedarnos sin alcanzar el cielo. Los espíritus malignos entran sin dificultad; son recibidos y viven allí; allí trabajan; allí mandan. Pidamos todos con fervor ser librados de tan horrendo estado.

Vv. 27, 28. Mientras los escribas y los fariseos despreciaban y blasfemaban los discursos de nuestro Señor Jesús, esta buena mujer los admiraba, al igual que la sabiduría y el poder con que hablaba. Cristo condujo a la mujer a una consideración más elevada. Aunque es gran privilegio oír la palabra de Dios, sólo son bendecidos de verdad los bendecidos del Señor, que la oyen, la mantienen en su memoria y la obedecen como su camino y su ley.

Vv. 29—36. Cristo promete dar una señal más, la señal del profeta Jonás; se explica en Mateo qué significa la resurrección de Cristo; y les advirtió que debían sacar provecho de dicha señal. Pero aunque el mismo Cristo fuese el predicador estable de una congregación cualquiera, y obrara milagros diariamente entre ellos, aún así, a menos que su gracia humille los corazones, ellos no se beneficiarían de su palabra. No deseemos más pruebas ni una enseñanza más completa que lo que place al Señor permitirnos. Debemos orar sin cesar que nuestros corazones y entendimientos sean abiertos, que podamos aprovechar la luz que disfrutamos. Cuidémonos especialmente de que la luz

que está en nosotros no sea tinieblas, porque si nuestros principios directrices son malos, nuestro juicio y conducta serán malos.

Vv. 37—54. Todos debemos mirar en nuestros corazones, para que sean purificados y creados de nuevo; mientras atendemos a las grandes cosas de la ley y del evangelio, no debemos descuidar las cosas pequeñas señaladas por Dios. Cuando alguien acecha para cazarnos en algo que decimos, oh Señor, danos tu prudencia y tu paciencia, y desbarata sus malos propósitos. Provéenos de tal mansedumbre y paciencia que podamos gloriarnos en las reprensiones, por amor a Cristo, y que su Espíritu Santo repose sobre nosotros.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—12. *Cristo reprende a los intérpretes de la ley.* 13—21. *Advertencia contra la avaricia.—La parábola del rico.* 22—40. *Condenación de las preocupacionesl mundanas.* 41—53. *Llamado a velar.* 54—59. *Llamado a reconciliarse con Dios.*

Vv. 1—12. Una firme creencia en la doctrina de la providencia universal de Dios y su magnitud debiera bastarnos cuando estamos en peligros, y estimularnos a confiar en Dios en el camino del deber. La providencia se fija en las criaturas más bajas, hasta de los gorriones, y en consecuencia en las preocupaciones menores de los discípulos de Cristo. Quienes ahora confiesen a Cristo serán reconocidos por Él en el día grande, ante los ángeles de Dios. Para disuadirnos de negar a Cristo, y desertar de sus verdades y caminos, aquí se nos asegura que los que niegan a Cristo, aunque puedan así salvar la vida misma, y aunque puedan ganar un reino, serán los grandes perdedores al final; porque Cristo no los conocerá, no los reconocerá, ni les mostrará favor. Pero que ningún descarriado penitente y tembloroso dude que obtendrá el perdón. Esto es muy diferente de la enemistad franca que es blasfemia contra el Espíritu Santo, la cual no será perdonada jamás porque de ella nunca habrá arrepentimiento.

Vv. 13—21. El reino de Cristo es espiritual, y no es de este mundo. El cristianismo no se mete en política; obliga a todos a obrar con justicia, pero el poder mundano no se fundamenta en la gracia. No estimula las expectativas de ventajas mundanas por medio de la religión. La recompensa de los discípulos de Cristo son de otra naturaleza. —La avaricia es un pecado del cual tenemos que estar constantemente precavidos, porque la dicha y el consuelo no dependen de la riqueza de este mundo. Las cosas del mundo no satisfacen los deseos del alma. Aquí hay una parábola que muestra la necedad de los mundanos carnales mientras viven, y su miseria cuando mueren. El carácter descrito es exactamente el de un hombre mundano prudente que no tiene gratitud hacia la providencia de Dios, ni un pensamiento recto sobre la incertidumbre de los asuntos humanos, el valor de su alma o la importancia de la eternidad. ¡Cuántos, aún entre cristianos profesos, señalan a personajes semejantes como modelos para imitar y personas con las cuales sería bueno relacionarse! Erramos si pensamos que los pensamientos se pueden ocultar, y que los pensamientos son libres. Cuando vio una gran cosecha en su terreno, en lugar de dar gracias a Dios por ella, o de regocijarse por tener mayor capacidad para hacer el bien, se aflige. ¿Qué haré ahora? ¿Qué hago ahora? El mendigo más pobre del país no podría haber dicho algo con mayor ansiedad. Mientras más tengan los hombres, más confusión tienen. Fue necio no pensar en usar de otro modo la riqueza, sino en darse gustos carnales y satisfacer los apetitos sensuales, sin pensar en hacer el bien a los demás. Los mundanos carnales son necios; y llega el día en que Dios los llamará por nombre propio, y ellos se llamarán así. La muerte de tales personas es miserable en sí y terrible para ellos. Pedirán tu alma. Él detesta separase de sus bienes, pero Dios lo requerirá, requerirá una rendición de cuentas, lo requerirá como

de alma culpable, para ser castigada sin demora. Necedad de la mayoría de los hombres es preocuparse y perseguir lo que es sólo para el cuerpo y para el tiempo, y no para el alma y para la eternidad.

Vv. 22—40. Cristo insiste mucho en que esta cautela no dé lugar a preocupaciones confusas e inquietantes, Mateo vi, 25–34. Los argumentos aquí usados son para animarnos a echar sobre Dios nuestra preocupación, que es la manera correcta de obtener tranquilidad. Como en nuestra estatura, así en nuestra condición es sabio aceptarla como es. Una búsqueda angustiosa y ansiosa de las cosas de este mundo, aún de las necesarias, no va con los discípulos de Cristo. Los temores no deben dominar cuando nos asustamos con pensamientos de un mal venidero, y nos disponemos a preocupaciones innecesarias sobre cómo evitarlo. Si valoramos la belleza de la santidad, no codiciaremos los lujos de la vida. Entonces, examinemos si pertenecemos a esta manada pequeña. —Cristo es nuestro Maestro, y nosotros Sus siervos; no sólo siervos que trabajan, sino siervos que esperan. Debemos ser como hombres que esperan a su señor, que se sientan a esperar mientras él sigue afuera, preparados para recibirlo. En esto alude Cristo a su ascensión al cielo, su venida para reunir junto a Él su pueblo por la muerte, y segunda venida a juzgar al mundo. No tenemos certeza de la hora de su venida; por tanto, debemos estar siempre preparados. Si los hombres cuidan diligentes sus casas, seamos nosotros igualmente sabios con nuestras almas. Por tanto, estad vosotros preparados también; velando como lo haría el buen padre de familia si supiera a qué hora viene el ladrón.

Vv. 41—53. Todos tienen que tomar en serio lo que Cristo dice en su palabra e indagar al respecto. Nadie es dejado en tanta ignorancia como para no saber que muchas cosas que hace, y desprecia son buenas; por tanto, nadie tiene excusa en su pecado. —Introducir la dispensación del evangelio puede producir desolación. No es que sea la tendencia de la religión de Cristo, que es pura, pacífica y amable; pero su efecto es ser contraria al orgullo y la lujuria del hombre. —Habrá una amplia difusión del evangelio, pero antes Cristo tiene un bautismo con el cual ser bautizado, muy diferente del de agua y bautismo del Espíritu Santo. Debe soportar los sufrimientos y la muerte. No estaba en su plan de predicar el evangelio más ampliamente hasta haber pasado este bautismo. Nosotros debiéramos ser celosos para dar a conocer la verdad, porque aunque se susciten divisiones y la propia familia del hombre sea su enemiga, aún así, los pecadores se convertirán y Dios será glorificado.

Vv. 54—59. Cristo quiere que la gente sea tan sabia en cuanto a los intereses de su alma como con los asuntos exteriores. Que se apresuren a tener paz con Dios antes que sea demasiado tarde. Si un hombre halla que Dios está contra él por sus pecados, invoque a Dios en Cristo que reconcilia el mundo consigo mismo. Mientras estemos vivos estamos en el camino y ahora es nuestra oportunidad.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—5. *Cristo exhorta al arrepentimiento a partir del caso de los galileos y otros.* 6—9. *Parábola de la higuera estéril.* 10—17. *Sanidad de la mujer enferma.* 18—22. *La parábola de la semilla de mostaza, y la levadura.* 23—30. *Exhortación para entrar por la puerta angosta.* 31—35. *Cristo reprende a Herodes y al pueblo de Jerusalén.*

Vv. 1—5. Le cuentan a Cristo la muerte de unos galileos. Esta historia trágica se relata brevemente aquí y no la mencionan los historiadores. Al responder, Cristo habla de otro hecho que era como

este, otro caso de gente afectada por una muerte repentina. Las torres, que se construyen para seguridad, suelen ser la destrucción de los hombres. Les advierte que no culpen a los grandes sufrientes como debieran ser tenidos como grandes pecadores. Como ningún puesto ni empleo puede asegurarnos en contra del golpe de la muerte, debemos considerar las súbitas partidas de los demás como advertencia para nosotros. En estos relatos, Cristo fundamenta un llamado al arrepentimiento. El mismo Jesús que nos pide arrepentimiento, porque el reino del cielo está a la puerta, nos pide que nos arrepintamos, porque de lo contrario, pereceremos.

Vv. 6—9. La parábola de la higuera estéril tiene el propósito de reforzar la advertencia recién dada: la higuera estéril, a menos que dé fruto, será cortada. Esta parábola se refiere, en primer lugar, a la nación y al pueblo judío. Pero, sin duda, es para despertar a todos los que disfrutan los medios de gracia, y los privilegios de la iglesia visible. Cuando Dios haya soportado por mucho tiempo, podemos esperar que nos tolere un poco más, pero no podemos tener la esperanza de que siempre soportará.

Vv. 10—17. Nuestro Señor Jesús asistía al servicio público de adoración los días de reposo. Aun las enfermedades corporales, a menos que sean muy graves, no deben impedirnos ir al servicio público de adoración los días de reposo. Esta mujer vino para ser enseñada por Cristo y para recibir bien para su alma, y entonces Él alivió su enfermedad corporal. Cuando las almas torcidas se enderezan, lo demuestran glorificando a Dios. —Cristo sabía que este príncipe tenía una verdadera enemistad contra Él y su evangelio, y que sólo lo ocultaba con un celo fingido por el día de reposo; realmente él no deseaba que fueran sanados en ningún día; pero si Jesús dice la palabra, y da su poder sanador, los pecadores son puestos en libertad. Esta liberación suele obrarse en el día del Señor; y cualquiera sea la labor que ponga a los hombres en el camino de la bendición, concuerda con el objetivo de ese día.

Vv. 18—22. Aquí tenemos el progreso del evangelio anunciado en dos parábolas, como en Mateo xiii. El reino del Mesías es el reino de Dios. Que la gracia crezca en nuestros corazones; que nuestra fe y amor crezcan abundantemente para dar prueba indudable de su realidad. Que el ejemplo de los santos de Dios sea de bendición entre quienes viven; y que su gracia fluya de corazón a corazón, hasta que el pequeño se vuelva miles.

Vv. 23—30. Nuestro Salvador vino a guiar la conciencia de los hombres, no a satisfacer su curiosidad. No preguntes ¿cuántos serán salvados? sino ¿seré salvo? No preguntes ¿qué será de tal y tal persona? sino ¿qué haré yo y qué será de mí? Esfuérzate para entrar por la puerta estrecha. Esto se manda a cada uno de nosotros: Esfuérzate. Todo el que será salvado debe entrar por la puerta angosta, debe emprender un cambio de todo el hombre. Los que entren por ella, deben esforzarse por entrar. He aquí consideraciones vivificantes para reforzar esta exhortación. ¡Oh, seamos todos despertados por ellas! Ellos contestan la pregunta, ¿son pocos lo que se salvan? Pero que nadie se desprecie a sí mismo o a los demás, porque hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros. Si llegamos al cielo, encontraremos a muchos allá a quienes no pensamos encontrar, y echaremos de menos a muchos que esperábamos hallar.

Vv. 31—35. Cristo al tratar de zorro a Herodes le dio su carácter verdadero. Los hombres más grandes eran responsables de rendir cuenta a Dios, por tanto, le correspondía llamar a este rey orgulloso por su nombre propio, pero no es ejemplo para nosotros. Sé, dijo nuestro Señor, que yo debo morir dentro de muy poco tiempo; cuando muera, seré perfeccionado, habré completado mi tarea. Bueno es que miremos el tiempo que tenemos ante nosotros como muy corto, para que eso nos estimule para hacer la obra del día en su día. —La maldad de las personas y de los lugares que más que otros profesan la religión y relación con Dios, desagrada y contrista especialmente al Señor

Jesús. El juicio del gran día convencerá a los incrédulos, pero aprendamos agradecidamente a acoger bien, y beneficiarnos, de todos los que vienen en el nombre del Señor a llamarnos para participar de su gran salvación.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—6. *Cristo sana a un hombre en el día de reposo.* 7—14. *Enseña humildad.* 15—24. *Parábola del gran banquete.* 25—35. *La necesidad de consideración y abnegación.*

Vv. 1—6. Este fariseo, como otros, parece haber tenido mala intención para recibir a Jesús en su casa, pero a nuestro Señor no le impide sanar un hombre aunque sabía que suscitaría una murmuración por hacerlo en el día de reposo. Requiere cuidado entender la relación apropiada entre la piedad y la caridad al observar el día de reposo, y la distinción entre obras de necesidad real y hábitos de darse el gusto a uno mismo. La sabiduría de lo alto enseña la paciente perseverancia en hacer el bien.

Vv. 7—14. Aun en las acciones corrientes de la vida Cristo marca lo que hacemos, no sólo en nuestras asambleas religiosas sino en nuestras mesas. Vemos en muchos casos que el orgullo de un hombre le rebajará y que antes de la honra está la humildad. Nuestro Salvador nos enseña aquí que las obras de caridad son mejores que las obras hechas para ser vistos. Pero nuestro Señor no significó que una generosidad orgullosa e incrédula deba ser recompensada, pero su precepto de hacer el bien al pobre y al afligido debe obedecerse por amor a Él.

Vv. 15—24. En esta parábola fíjese en la gracia y misericordia gratuita de Dios que brilla en el evangelio de Cristo, lo cual será comida y banquete para el alma del hombre que conoce sus propias necesidades y miserias. Todos encontraron un pretexto para rechazar la invitación. Esto reprueba a la nación judía por rechazar el ofrecimiento de la gracia de Cristo. También muestra la renuencia que hay para unirse al llamado del evangelio. La ingratitud de quienes toman con liviandad la oferta del evangelio, y el desprecio que hacen del Dios del cielo, le provocan con justicia. Los apóstoles tenían que volverse a los gentiles, cuando los judíos rechazaran la oferta; y con ellos se llenó la Iglesia. La provisión hecha para almas preciosas en el evangelio de Cristo, no fue hecha en vano; porque si algunos lo rechazan, otros aceptan agradecidos la oferta. Los muy pobres y bajos del mundo serán tan bien acogidos por Cristo como los ricos y grandes; y, muchas veces, el evangelio tiene mayor éxito entre los que laboran bajo desventajas mundanales y con enfermedades corporales. La casa de Cristo se llenará al final; será así cuando se complete el número de los elegidos.

Vv. 25—35. Aunque los discípulos de Cristo no son todos crucificados, sin embargo, todos llevan su cruz y deben llevarla en el camino del deber. Jesús le invita a contar con eso y, luego, a considerarlo. Nuestro Salvador explica esto con dos símiles: el primero que muestra que debemos considerar los gastos de nuestra religión; el segundo, que debemos considerar los peligros de esta. Sentaos y calculad el costo; considerad lo que costará la mortificación del pecado, de las lujurias más apreciadas. El pecador más orgulloso y atrevido no puede resistir a Dios, porque ¿quién conoce la fuerza de su ira? Nos interesa buscar la paz con Él, y no tenemos que enviar a preguntar las condiciones de la paz, porque nos son ofrecidas y nos son muy provechosas. El discípulo de Cristo será puesto a prueba en alguna forma. Sin vacilar, procuremos ser discípulos, y seamos cuidadosos para no relajarnos en nuestra profesión, ni asustarnos ante la cruz; que podamos ser la buena sal de la tierra, para sazonar a quienes nos rodean con el sabor de Cristo.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—10. *Parábolas de la oveja y de la pieza de plata perdidas.* 11—16. *El hijo pródigo,— su maldad y angustia.* 17—24. *Arrepentimiento y perdón.* 25—32. *El hermano mayor ofendido.*

Vv. 1—10. La parábola de la oveja perdida es muy aplicable a la gran obra de la redención del hombre. La oveja perdida representa al pecador apartado de Dios y expuesto a ruina segura si no es llevado de vuelta a Él, aunque no desee regresar. Cristo es ferviente para llevar a casa a los pecadores. —En la parábola de la pieza de plata perdida, lo que está perdido es una pieza de pequeño valor, comparada con el resto. Pero la mujer busca diligentemente hasta encontrarla. Esto representa los variados medios y métodos que usa Dios para llevar las almas perdidas a casa, a sí mismo, y el gozo del Salvador por el regreso de ellos a Él. ¡Cuán cuidadosos debemos ser entonces con nuestro arrepentimiento, que sea para salvación!

Vv. 11—16. La parábola del hijo pródigo muestra la naturaleza del arrepentimiento y la prontitud del Señor para acoger bien y bendecir a todos los que vuelven a Él. Expone plenamente las riquezas de la gracia del evangelio; y ha sido y será, mientras dure el mundo, de utilidad indecible para los pobres pecadores, para guiarlos y alentarlos a arrepentirse y a regresar a Dios. —Malo es, y es el peor comienzo, cuando los hombres consideran los dones de Dios como deuda. La gran necedad de los pecadores, y lo que los arruina, es estar contentos con recibir sus cosas buenas durante su vida. Nuestros primeros padres se destruyeron, a sí mismos y a toda la raza, por la necia ambición de ser independientes, y esto está en el fondo de la persistencia de los pecadores en su pecado. —Todos podemos discernir algunos rasgos de nuestro propio carácter en el del hijo pródigo. Un estado pecaminoso es un estado de separación y alejamiento de Dios. Un estado pecaminoso es un estado de derroche: los pecadores voluntarios emplean mal sus pensamientos y los poderes de su alma, gastan mal su tiempo y todas las oportunidades. Un estado pecaminoso es un estado de necesidad. Los pecadores carecen de las cosas necesarias para su alma; no tienen comida ni ropa para ellos, ni ninguna provisión para el más allá. Un estado pecaminoso es un vil estado de esclavitud. El negocio de los siervos del demonio es hacer provisión para la carne, cumplir sus lujurias y eso no es mejor que alimentar los cerdos. Un estado pecaminoso es un estado de descontento constante. La riqueza del mundo y los placeres de los sentidos ni siquiera satisfacen nuestros cuerpos, pero ¡qué son en comparación con el valor de las almas! Un estado pecaminoso es un estado que no puede buscar alivio de ninguna criatura. En vano lloramos al mundo y a la carne; tienen lo que envenena el alma, pero nada tienen que la alimente y nutra. Un estado pecaminoso es un estado de muerte. El pecador está muerto en delitos y pecados, desprovisto de vida espiritual. Un estado pecaminoso es un estado perdido. Las almas que están separadas de Dios, si su misericordia no lo evita, pronto estarán perdidas para siempre. El desgraciado estado del hijo pródigo sólo es una pálida sombra de la horrorosa ruina del hombre por el pecado, ¡pero cuán pocos son sensibles a su propio estado y carácter!

Vv. 17—24. Habiendo visto el hijo pródigo en su abyecto estado de miseria, tenemos que considerar en seguida su recuperación. Esto empieza cuando vuelve en sí. Ese es un punto de retorno en la conversión del pecador. El Señor abre sus ojos y le convence de pecado; entonces, se ve a sí mismo, y a todo objeto bajo una luz diferente de la de antes. Así, el pecador convicto percibe que el siervo más pobre de Dios es más dichoso que él. Mirar a Dios como Padre, y nuestro Padre, será muy útil para nuestro arrepentimiento y regreso a Él. El hijo pródigo se levantó y no se detuvo hasta que llegó a su casa. Así, el pecador arrepentido deja resueltamente la atadura de Satanás y sus lujurias, y regresa a Dios por medio de la oración, a pesar de sus temores y desalientos. El Señor lo sale a encontrar con muestras inesperadas de su amor perdonador. Nuevamente, la recepción del

pecador humillado es como la del pródigo. Es vestido con el manto de la justicia del Redentor, hecho partícipe del Espíritu de adopción, preparado por la paz de conciencia y la gracia del evangelio para andar en los caminos de la piedad, y festejado con consolaciones divinas. Los principios de la gracia y la santidad obran en él, para hacer y para querer.

Vv. 25—32. En la última parte de esta parábola tenemos el carácter de los fariseos, aunque no de ellos solos. Establece la bondad del Señor y la soberbia con que se recibe su bondad de gracia. Los judíos, en general, mostraron el mismo espíritu hacia los gentiles convertidos; y cantidades de ellos en toda época objetan el evangelio y a sus predicadores sobre la misma base. ¡Cómo será ese temperamento que incita al hombre a despreciar y aborrecer a aquellos por quienes derramó su preciosa sangre el Salvador, ésos que son objetos de la elección del Padre, y templos del Espíritu Santo! Esto brota del orgullo, la preferencia del sí mismo y la ignorancia propia del corazón del hombre. —La misericordia y la gracia de nuestro Dios en Cristo brillan casi con tanto fulgor en su tierna y gentil tolerancia para con los santos beligerantes como para recibir a los pecadores pródigos que se arrepienten. Dicha indecible de todos los hijos de Dios, que se mantienen cerca de la casa de su Padre, es que estén, y estarán siempre con Él. Dicha será para los que acepten agradecidos la invitación de Cristo.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—12. *La parábola del mayordomo injusto.* 13—18. *Cristo reprende la hipocresía de los fariseos codiciosos.* 19—31. *El rico y Lázaro.*

Vv. 1—12. Cualquier cosa que tengamos, su propiedad es de Dios; nosotros sólo tenemos su uso conforme a lo que manda nuestro gran Señor, y para su honra. Este mayordomo despilfarró los bienes de su señor. Todos somos responsabless de la misma acusación; no sacamos el provecho debido de lo que Dios nos ha encargado. El mayordomo no puede negarlo; debe rendir cuentas e irse. Esto puede enseñarnos que la muerte vendrá y nos privará de las oportunidades que tenemos ahora. El mayordomo ganará amigos de los deudores e inquilinos de su señor, eliminando una parte considerable de la deuda de ellos con su señor. El señor al cual se alude en esta parábola no elogió el fraude, sino la política del mayordomo. Sólo se destaca en este aspecto. Los hombres mundanos, al elegir sus objetivos son necios, pero en su actividad y perseverancia, son a menudo más sabios que los creyentes. El mayordomo injusto no se nos pone como ejemplo de engaño a su amo, ni para justificar la deshonestidad, sino para señalar el cuidado que ponen los hombres mundanos. Bueno sería que los hijos de la luz aprendieran sabiduría de los hombres del mundo, y siguieran con igual diligencia su mejor objetivo. —Las riquezas verdaderas significan bendiciones espirituales; y si un hombre gasta en sí mismo o acumula lo que Dios le ha confiado, en cuanto a las cosas externas, ¿qué prueba puede tener de que es heredero de Dios por medio de Cristo? Las riquezas de este mundo son engañosas e inciertas. Convenzámonos que son ricos verdaderamente, y muy ricos, los que son ricos en fe, y ricos para con Dios, ricos en Cristo, en las promesas; entonces acumulemos nuestro tesoro en el cielo y esperemos nuestra porción de allá.

Vv. 13—18. Nuestro Señor agrega a esta parábola una advertencia solemne: Ustedes no pueden servir a Dios y al mundo, porque así de divididos son los dos intereses. Cuando nuestro Señor habló así, los fariseos codiciosos recibieron con desprecio sus instrucciones, pero Él les advirtió que lo que ellos contendían si fuera la ley, era una lucha sobre su significado: esto muestra nuestro Señor en un ejemplo referido al divorcio. Hay muchos abogados pertinaces codiciosos que favorecen la forma de

piedad y que son los enemigos más enconados de su poder, y tratan de poner a los demás en contra de la verdad.

Vv. 19—31. Aquí las cosas espirituales están representadas por una descripción del estado diferente de lo bueno y lo malo en este mundo y el otro. No se nos dice que el rico obtuvo su fortuna por fraude u opresión, pero Cristo muestra que un hombre puede tener una gran cantidad de riqueza, pompa y placer de este mundo, pero perecer para siempre bajo la ira y la maldición de Dios. El pecado de este rico era que sólo proveía para sí. Aquí hay un santo varón, en las profundidades de la adversidad y angustia que será dichoso para siempre en el más allá. A menudo la suerte de algunos de los santos y siervos más amados de Dios es la de ser afligido grandemente en este mundo. No se nos dice que el rico le infligiera daño alguno, pero no hallamos que se hubiera interesado por él. —Aquí está la diferente condición de este pobre santo, y este rico impío, en y después de la muerte. El rico en el infierno levantó la vista estando en los tormentos. No es probable que haya conversaciones entre los santos glorificados y los pecadores condenados, pero este diálogo muestra la miseria y desesperanza, y los deseos infructuosos a los cuales entran los espíritus condenados. Viene el día en que los que hoy odian y desprecian al pueblo de Dios, recibirían alegremente la bondad de ellos, pero el condenado en el infierno no tendrá el más mínimo alivio de su tormento. —Los pecadores son llamados ahora a recapacitar, pero no lo hacen, no quieren hacerlo y hallan maneras de evitarlo. Como la gente mala tiene cosas buenas sólo en esta vida, y en la muerte son para siempre separados de todo bien, así la gente santa tiene cosas malas sólo en esta vida, y en la muerte son para siempre separados de ellas. Bendito sea Dios que en este mundo no hay un abismo insondable entre el estado natural y la gracia; podemos pasar del pecado a Dios, pero si morimos en nuestros pecados, no hay salida. —El rico tenía cinco hermanos y hubiera querido detenerlos en su rumbo pecaminoso; que ellos llegaran a ese lugar de tormento empeoraría su desgracia, él había ayudado a mostrarles el camino a ese lugar. ¡Cuántos desearían ahora retractarse o deshacer lo que escribieron o hicieron! —Quienes quisieran que el ruego del rico a Abraham justificara orar a los santos ya muertos, llegan así tan lejos en busca de pruebas, cuando el error del pecador condenado es todo lo que pueden hallar como ejemplo. Seguro que no hay estímulo para seguir el ejemplo cuando todas sus peticiones fueron hechas en vano. —Un mensajero desde los muertos no podría decir más que lo dicho en las Escrituras. La misma fuerza de la corrupción que irrumpe a través de las convicciones de la palabra escrita, triunfaría sobre un testigo de los muertos. Busquemos la ley y el testimonio, Isaías viii, 19, 20, porque esa es la palabra cierta de la profecía, sobre la cual podemos tener más certeza, 2 Pedro i, 19. Las circunstancias de cada época muestran que los terrores y los argumentos no pueden dar el verdadero arrepentimiento sin la gracia especial de Dios que renueva el corazón del pecador.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—10. *Evitar las ofensas.—Orar por el aumento de la fe.—Enseñanza sobre la humildad.* 11—19. *Diez leprosos, limpiados.* 20—37. *El reino de Cristo.*

Vv. 1—10. No hay disculpa para los que cometen una ofensa, ni aminorará el castigo el hecho de que tiene que haber ofensas. La fe en la misericordia de Dios que perdona nos capacitará para superar las dificultades más grandes que haya para perdonar a nuestros hermanos. Como para Dios nada es imposible, así todas las cosas son posibles para el que puede creer. Nuestro Señor mostró a sus discípulos la necesidad de tener una profunda humildad. El Señor tiene derecho sobre toda criatura como ningún hombre puede tenerla sobre otro; Él no puede estar endeudado con ellos por sus servicios, ni ellos merecen ninguna recompensa suya.

Vv. 11—19. La conciencia de ser leprosos espirituales debiera hacernos muy humildes cada vez que nos acercamos a Cristo. Basta que nos sometamos a la compasión de Cristo, porque no fallan. Podemos esperar que Dios nos satisfaga con misericordia cuando seamos hallados en el camino de la obediencia. Sólo uno de los sanados volvió a dar las gracias. Nos corresponde, como a él, ser muy humilde en la acción de gracias y en las oraciones. Cristo destacó al que así se distinguió: era un samaritano. Los otros sólo obtuvieron la cura externa, solo éste tuvo la bendición espiritual.

Vv. 20—37. El reino de Dios estaba entre los judíos o, más bien, en algunos. Era un reino espiritual, establecido en el corazón por el poder de la gracia divina. Fijaos cómo había sido anteriormente con los pecadores, y en qué estado los hallaban los juicios de Dios, de los cuales habían sido advertidos. Aquí se muestra qué sorpresa temible será esta destrucción para el seguro y sensual. Así será en el día en que se revele el Hijo del Hombre. Cuando Cristo vino a destruir a la nación judía por medio de los ejércitos romanos, esa nación fue hallada en tal estado de falsa seguridad como el aquí mencionado. En forma similar, cuando Jesucristo venga a juzgar al mundo, los pecadores serán hallados totalmente descuidados, porque, en forma semejante, los pecadores de toda época van con seguridad por sus malos caminos, sin recordar su final ulterior. Dondequiera que se hallen los impíos, marcados para la ruina eterna, serán alcanzados por los juicios de Dios.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—8. *La parábola de la viuda inoportuna.* 9—14. *El fariseo y el publicano.* 15—17. *Niños llevados a Cristo.* 18—30. *El rico estorbado por sus riquezas.* 31—34. *Cristo anuncia su muerte.* 35—43. *Un ciego recibe la vista.*

Vv. 1—8. Todo el pueblo de Dios es pueblo de oración. Aquí se enseña la fervorosa constancia para orar pidiendo misericordias espirituales. El fervor de la viuda prevaleció con el juez injusto: ella podía temer que se volviera más en contra suya; pero nuestra oración ferviente agrada a nuestro Dios. Aun hasta el fin habrá base para la misma queja de debilidad de la fe.

Vv. 9—14. Esta parábola era para convencer a algunos que confiaban en sí mismos como justos y despreciaban al prójimo. Dios ve con qué disposición y propósito vamos a Él en las santas ordenanzas. Lo que dijo el fariseo demuestra que él tenía confianza en sí mismo de ser justo. Podemos suponer que estaba exento de pecados groseros y escandalosos. Todo eso era muy bueno y encomiable. Miserable es la condición de quienes no alcanzan la justicia de ese fariseo, aunque él no fue aceptado, y ¿por qué no? Iba a orar al templo, pero estaba lleno de sí mismo y de su propia bondad; no pensaba que valía la pena pedir el favor y la gracia de Dios. Cuidémonos de presentar oraciones orgullosas al Señor y de despreciar al prójimo. —La oración del publicano estaba llena de humildad y de arrepentimiento por el pecado, y deseo de Dios. Su oración fue breve, pero con un objetivo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Bendito sea Dios, que tenemos registrada esta oración corta como oración contestada; y que tenemos la seguridad que aquel que la dijo volvió justificado a casa; así será con nosotros si oramos como él por medio de Jesucristo. Se reconoció pecador por naturaleza y costumbre, culpable ante Dios. No dependía de nada sino de la misericordia de Dios, sólo en ella confiaba. Gloria de Dios es resistir al soberbio y dar gracia al humilde. La justificación es de Dios en Cristo; por tanto, el que se condena a sí mismo, no el que se justifica a sí mismo, es justificado ante Dios.

Vv. 15—17. Nadie es demasiado pequeño, demasiado joven para ser llevado a Cristo, Él sabe mostrar bondad a los incapaces de hacerle un servicio. La idea de Cristo es que los pequeños sean

llevados a Él. La promesa es para nosotros y para nuestra descendencia; por tanto, Él los recibirá bien con nosotros. Debemos recibir su reino como niños, no comprarlo, y debemos considerarlo un regalo de nuestro Padre.

Vv. 18—30. Muchos tienen muchas cosas encomiables en sí, pero perecen por falta de una cosa; este rico no podía aceptar las condiciones de Cristo que lo separarían de su patrimonio. Muchos que detestan dejar a Cristo, sin embargo, lo dejan. Después de larga lucha con sus convicciones y sus corrupciones, ganan sus corrupciones. Se lamentan mucho de no poder servir a ambos, pero si deben dejar a uno, dejarán a su Dios, no a su ganancia mundanal. La obediencia de que se jactan resulta ser puro espectáculo; el amor al mundo está, de una u otra forma, en la raíz de esto. —Los hombres son dados a hablar demasiado de lo que dejaron y perdieron, de lo que hicieron y sufrieron por Cristo, como hizo Pedro. Más bien, debemos avergonzarnos que haya alguna dificultad para hacerlo.

Vv. 31—34. El Espíritu de Cristo en los profetas del Antiguo Testamento, testificaba de antemano de sus sufrimientos, y de la gloria que seguiría, 1 Pedro i, 11. Los prejuicios de los discípulos eran tan fuertes que no entendían literalmente estas cosas. Estaban tan concentrados en las profecías que hablaban de la gloria de Cristo, que olvidaron las que hablaban de sus sufrimientos. La gente comete errores porque leen su Biblia parcialmente, y sólo gustan de las cosas lindas. Somos tan reacios a aprender las lecciones de los sufrimientos, la crucifixión y resurrección de Cristo como lo eran los discípulos a los que les dijo sobre estos hechos; y, por la misma razón; el amor propio y el deseo de objetos mundanos nos cierran el entendimiento.

Vv. 35—43. Este pobre ciego estaba al costado del camino mendigando. No sólo era ciego, sino pobre, digno símbolo de la humanidad que Cristo vino a sanar y salvar. La oración de fe guiada por las alentadoras promesas de Cristo, y basada en ellas, no son en vano. La gracia de Cristo debe reconocerse con gratitud para la gloria de Dios. Es para la gloria de Dios si seguimos a Jesús, como lo harán aquellos cuyos ojos sean abiertos. Debemos alabar a Dios por sus misericordias con el prójimo, y por las nuestras. Si deseamos entender con justicia estas cosas, debemos ir a Cristo, como el ciego, rogando fervorosamente que nos abra los ojos, y nos muestre claramente la excelencia de sus preceptos y el valor de su salvación.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—10. *La conversión de Zaqueo.* 11—27. *La parábola del noble y sus siervos.* 28—40. *Cristo entra en Jerusalén.* 41—48. *Cristo llora sobre Jerusalén.*

Vv. 1—10. Los que, como Zaqueo, desean sinceramente ver a Cristo, vencerán cualquier obstáculo y se esforzarán para verlo. —Cristo ofrece visita a la casa de Zaqueo. Donde Cristo va, abre el corazón y lo inclina a recibirlo. El que quiere conocer a Cristo, será conocido de Él. Aquellos a quienes Cristo llama, deben humillarse y descender. Bien podemos recibir con gozo al que trae todo lo bueno consigo. Zaqueo públicamente dio pruebas de haber llegado a ser un verdadero convertido. No busca ser justificado por sus obras como el fariseo, pero por sus buenas obras demostrará la sinceridad de su fe y el arrepentimiento por la gracia de Dios. —Zaqueo es considerado feliz, ahora que se volvió del pecado a Dios. Ahora que es salvo de sus pecados, de su culpa, del poder de ellos, son suyos todos los beneficios de la salvación. Cristo ha venido a su casa, y donde Cristo va, lleva consigo la salvación. Vino a este mundo perdido a buscarlo y salvarlo. Su objetivo era salvar, donde no había salvación en ningún otro. Él busca a los que no lo buscan y ni preguntan por Él.

Vv. 11—27. Esta parábola es como la de los talentos, Mateo xxv. A los que son llamados a Cristo, les provee los dones necesarios para su actividad; y espera servicio de aquellos a los que da poder. La manifestación del Espíritu es dada a todo hombre para que la aproveche, 1 Corintios xii, 7. Como cada uno ha recibido el don, que lo ministre, 1 Pedro iv, 10. El relato requerido recuerda el de la parábola de los talentos; y señala el castigo de los enemigos jurados de Cristo, y el de los falsos profesantes. La diferencia principal está en que la mina dada a cada uno parece apuntar a la dádiva del evangelio, que es la misma para todos los que lo oyen; pero los talentos repartidos en más y en menos, parecen indicar que Dios da diferentes capacidades y ventajas a los hombres, por las cuales puedan mejorar de manera diferente este don único del evangelio.

Vv. 28—40. Cristo tiene dominio sobre todas las criaturas y puede usarlas como le plazca. Tiene los corazones de todos los hombres bajo su ojo y en su mano. Los triunfos de Cristo, y las jubilosas alabanzas de sus discípulos, afligen a los orgullosos fariseos que son enemigos suyos y de su reino. Como Cristo desprecia el desdén de los soberbios, acepta las alabanzas del humilde. Los fariseos quisieron silenciar las alabanzas a Cristo, pero no pueden puesto que Dios puede levantar hijos para Abraham aun de las piedras, y volver el corazón de piedra hacia Él, para sacar alabanza de las bocas de los niños. ¡Cómo van a ser los sentimientos de los hombres cuando el Señor regrese en gloria a juzgar el mundo!

Vv. 41—48. ¿Quién puede contemplar al santo Jesús mirando anticipadamente las miserias que aguardaban a sus asesinos, llorando por la ciudad donde se iba a derramar su sangre preciosa, y no ver que la imagen de Dios en el creyente consiste en gran medida en buena voluntad y compasión? Por cierto no pueden ser buenos los que toman las doctrinas de la verdad en forma tal que se endurecen hacia su prójimo pecador. Cada uno recuerde que, pese a que Jesús lloró por Jerusalén, va a ejecutar una venganza espantosa en ella. Aunque no se goce en la muerte del pecador, con toda seguridad hará que se concreten sus amenazas temibles en los que rechazaron su salvación. El Hijo de Dios no lloró con lágrimas vanas y sin causa, por un asunto liviano ni por sí mismo. Él conoce el valor de las almas, el peso de la culpa y cuánto oprime y hunde a la humanidad. Venga entonces Él y limpie nuestros corazones por Su Espíritu, de todo eso que lo contamina. Que los pecadores en todo lugar presten atención a las palabras de verdad y salvación.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—8. *Los sacerdotes y los escribas cuestionan la autoridad de Cristo.* 9—19. *La parábola de la viña y el propietario.* 20—26. *Sobre dar tributo.* 27—38. *Acerca de la resurrección.* 39—47. *Los escribas, silenciados.*

Vv. 1—8. A menudo, los hombres pretenden examinar las pruebas de la revelación y de la verdad del evangelio, cuando sólo andan buscando excusas para su propia incredulidad y desobediencia. Cristo responde a estos sacerdotes y escribas con una sencilla pregunta sobre el bautismo de Juan, que la gente corriente podía responder. Todos sabían que era del cielo, nada en este tenía una tendencia terrenal. A los que entierran el conocimiento que tienen, se les niega con justicia un conocimiento superior. Fue justo que Cristo rehusara dar cuenta de su autoridad a los que sabían que el bautismo de Juan era del cielo, pero no creían en él ni reconocían lo que sabían.

Vv. 9—19. Cristo dijo esta parábola contra los que resolvieron no reconocer su autoridad, aunque era tan completa la prueba de ella. ¡Cuántos se parecen a los judíos que asesinaron a los profetas y crucificaron a Cristo, en su enemistad contra Dios y la aversión a su servicio, porque

desean vivir descontroladamente en conformidad con sus concupiscencias! Que todos los favorecidos con la palabra de Dios, la miren para usar provechosamente sus ventajas. Espantosa será la condena de quienes rechazan al Hijo y de quienes profesan reverenciarle, pero no dan los frutos a su debido tiempo. —Aunque no podían sino reconocer tal pecado, el castigo era justo, aunque ellos no pudieron tolerar escucharlo. La necedad de los pecadores es que perseveran en los caminos pecaminosos aunque teman la destrucción al final de esos caminos.

Vv. 20—26. Los que son muy astutos en sus designios contra Cristo y su evangelio no pueden ocultarlo. No dio respuesta directa, pero los reprendió por ofrecer imponerse sobre Él; y no pudieron hallar nada con que incitar al gobernador o al pueblo en su contra. La sabiduría que es de lo alto dirigirá a todos los que enseñan verdaderamente el camino de Dios para que eviten las trampas tendidas contra ellos por los hombres impíos; y enseñarán nuestro deber a Dios, a nuestros gobernantes y a todos los hombres tan claramente que los opositores no tendrán nada malo que decir de nosotros.

Vv. 27—38. Corriente es que los que conciben el saboteo de la verdad de Dios, la carguen con dificultades. Nos equivocamos y dañamos la verdad de Cristo cuando formamos nuestras ideas del mundo de los espíritus por el mundo de los sentidos. Hay más mundos que el mundo visible actual y el mundo invisible futuro; que todos comparen este mundo y ese mundo y den preferencia, en sus pensamientos e intereses, al que los merezca. —Los creyentes tendrán la resurrección de los muertos; esa es la resurrección bendita. No podemos expresar ni concebir cuál será el estado dichoso de los habitantes de ese mundo, 1 Corintios ii, 9. Quienes entran en el gozo de su Señor, están totalmente arrobados con eso; cuando sea perfecta la santidad, no habrá ocasión para las previsiones contra el pecado. Cuando Dios se dice Dios de los patriarcas, quiere decir que fue el Dios absolutamente suficiente para ellos, Génesis xvii, 1; el excelente galardón de ellos. Génesis xv, 1. Él nunca hizo eso por ellos en este mundo, lo cual respondía a la plena magnitud de su esfuerzo; por tanto, debe haber otra vida en que Él hará eso por ellos, que cumplirá completamente la promesa.

Vv. 39—47. Los escribas elogiaron la respuesta de Cristo a los saduceos sobre la resurrección, pero fueron silenciados por una pregunta sobre el Mesías. Cristo, como Dios, era el Señor de David, pero Cristo, como hombre, era Hijo de David. —Los escribas recibieron el juicio más severo por engañar a las viudas pobres y por abusar de la religión, en particular de la oración, que usaban como pretexto para ejecutar planes impíos y mundanos. La piedad fingida es doble pecado. Entonces, roguemos a Dios que nos impida el orgullo, la ambición, la codicia, y toda cosa mala; y que nos enseñe a buscar ese honor que sólo viene de Él.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—4. *Cristo elogia a una viuda pobre.* 5—28. *Su profecía.* 29—38. *Cristo exhorta a estar alertas.*

Vv. 1—4. De la ofrenda de esta viuda pobre aprendamos que lo que damos en justicia para ayuda del pobre, y para el sostenimiento del culto a Dios, se da a Dios; y que nuestro Salvador ve con agrado lo que tenemos en nuestros corazones cuando damos para ayuda de sus miembros o para su servicio. ¡Bendito Señor! El más pobre de tus siervos tiene dos centavos, ellos tienen un alma y un cuerpo; convéncenos y capacítanos para ofrecerte ambos a Ti; ¡cuán dichosos seremos si los aceptas!

Vv. 5—19. Los cercanos a Cristo preguntan con mucha curiosidad cuándo será la gran desolación. Responde clara y completamente en la medida que era necesario para enseñarles su deber; porque todo conocimiento es deseable en la medida que sea para poner por obra. Aunque los juicios espirituales son los más corrientes de los tiempos del evangelio, Dios también hace uso de los juicios temporales. Cristo les dice qué cosas duras van a sufrir por amor de su nombre y les exhorta a soportar sus pruebas, y seguir con su obra, a pesar de la oposición que encontrarán. —Dios estará con vosotros, y os reconocerá y os asistirá. Esto se cumplió notablemente después del derramamiento del Espíritu Santo, por el cual Cristo dio sabiduría y elocuencia a sus discípulos. Aunque seamos perdedores *por* Cristo no seremos ni podemos ser perdedores *para* Él al fin. Nuestro deber e interés en todo tiempo, especialmente en los peligros de prueba, es garantizar la seguridad de nuestras almas. Mantenemos la posesión de nuestras almas por la paciencia cristiana y dejamos fuera todas aquellas impresiones que nos harían perder el carácter.

Vv. 20—28. Podemos ver ante nosotros una profecía muy parecida a las del Antiguo Testamento que, juntas con su gran objeto, abarcan o dan un vistazo a un objeto más cercano de importancia para la Iglesia. Habiendo dado una idea de los tiempos de los siguientes treinta y ocho años, Cristo muestra que todas esas cosas terminarán en la destrucción de Jerusalén y la completa dispersión de la nación judía; lo cual será tipo y figura de la segunda venida de Cristo. —Los judíos dispersos a nuestro alrededor predican la verdad del cristianismo y demuestran que las palabras de Jesús no pasarán aunque el cielo y la tierra pasarán. También nos recuerdan que oremos por los tiempos en que la verdadera Jerusalén y la espiritual no serán ya más pisoteadas por los gentiles, y cuando judíos y gentiles sean vueltos al Señor. —Cuando Cristo vino a destruir a los judíos, vino a redimir a los cristianos que eran perseguidos y oprimidos por ellos; y entonces tuvieron reposo las iglesias. Cuando venga a juzgar al mundo, redimirá de sus tribulaciones a todos los suyos. Tan completamente cayeron los juicios divinos sobre los judíos que su ciudad es puesta como ejemplo ante nosotros para mostrar que los pecados no pasarán sin castigo; y que los terrores del Señor y todas sus amenazas contra los pecadores que no se han arrepentido se llevarán a cabo, así como su palabra sobre Jerusalén fue verdad y grande su ira contra ella.

Vv. 29—38. Cristo dice a sus discípulos que observen las señales de los tiempos para que juzguen por ellos. Les encarga que consideren cercana la ruina de la nación judía. Sin embargo, esta raza y familia de Abraham no será desarraigada; sobrevivirá como nación y será hallada según fue profetizado, cuando sea revelado el Hijo del Hombre. —Les advierte contra estar confiados en su sensualidad. Este mandamiento es dado a todos los discípulos de Cristo. Cuidaos de no ser abrumados por las tentaciones ni traicionados por vuestras propias corrupciones. No podemos estar a salvo si estamos carnalmente seguros. Nuestro peligro es que nos sobrevenga el día de la muerte y el juicio cuando no estemos preparados. No sea que cuando seamos llamados a encontrarnos con nuestro Señor, lo que debiera estar más cerca de nuestros corazones sea lo que esté más lejos de nuestros pensamientos. Pues así será para la mayoría de los hombres que habitan la tierra y que únicamente piensan las cosas terrenales y no tienen comunicación con el cielo. Será terror y destrucción para ellos. —Aquí véase la que debiera ser nuestra mira para ser tenidos por dignos de escapar de todas esas cosas; para que cuando los juicios de Dios estén por todos lados, nosotros no estemos en la calamidad común, o que no sea para nosotros lo que es para los demás. ¿Se pregunta cómo puede ser hallado digno de comparecer ante Cristo en aquel día? Los que nunca han buscado a Cristo, que ahora vayan a Él; los que nunca se han humillado por sus pecados, que empiecen ahora; los que ya han empezado, que sigan y se conserven humildes. Por tanto, vela y ora siempre. Sé alerta contra el pecado; alerta en todo deber, y aprovecha al máximo toda oportunidad de hacer el bien. Ora siempre: serán tenidos por dignos de vivir una vida de alabanza en el otro mundo los que viven una vida de oración en este mundo. Empecemos, empleemos y concluyamos cada día atendiendo a la

palabra de Cristo, obedeciendo sus preceptos, y siguiendo su ejemplo, para que cuando Él llegue nosotros seamos hallados velando.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—6. *La traición de Judas.* 7—18. *La pascua.* 19, 20. *Institución de la cena del Señor.* 21—38. *Cristo amonesta a los discípulos.* 39—46. *La agonía de Cristo en el huerto.* 47—53. *Cristo traicionado.* 54—62. *La caída de Pedro.* 63—71. *Cristo reconoce ser el Hijo de Dios.*

Vv. 1—6. Cristo conocía a todos los hombres y tuvo fines sabios y santos al aceptar que Judas fuera un discípulo. Aquí se nos dice cómo aquel que conocía tan bien a Cristo, llegó a traicionarlo: Satanás entró en Judas. Cuesta mucho decir si hacen más daño al reino de Cristo el poder de sus enemigos declarados o la traición de falsos amigos, pero sin éstos, los enemigos no podrían hacer tanto mal como el que hacen.

Vv. 7—18. Cristo guardó las ordenanzas de la ley, particularmente la de la pascua para enseñarnos a observar las instituciones del evangelio y, más que nada, la de la cena del Señor. Los que andan por la palabra de Cristo no tienen que temer desilusiones. Según las instrucciones que les dio, todos los discípulos se prepararon para la pascua. —Jesús expresa su alegría por celebrar esta pascua. La deseaba, aunque sabía que luego vendrían sus sufrimientos, porque tenía como objetivo la gloria de su Padre y la redención del hombre. Se despide de todas las pascuas significando que terminan las ordenanzas de la ley ceremonial, de la cual la pascua era una de las primeras y la principal. El tipo fue dejado de lado, porque ahora en el reino de Dios había llegado la sustancia.

Vv. 19, 20. La cena del Señor es una señal o conmemoración de Cristo que ya vino, que nos liberó muriendo por nosotros; su muerte se pone ante nosotros de manera especial en esta ordenanza, por la que la recordamos. Aquí el partimiento del pan nos recuerda el quebranto del cuerpo de Cristo en sacrificio por nosotros. Nada puede ser mejor alimento y más satisfactorio para el alma que la doctrina de la expiación del pecado hecha por Cristo y la seguridad de tener parte en esa expiración. Por tanto, hacemos esto en memoria de lo que Él hizo por nosotros cuando murió por nosotros; y como recordatorio de lo que hacemos, al unirnos a Él en el pacto eterno. El derramamiento de la sangre de Cristo, por lo cual se hace la expiación, se representa por el vino en la copa.

Vv. 21—38. ¡Qué inconveniente para el carácter del seguidor de Jesús es la ambición mundana de ser el más grande, sabiendo que Cristo asumió la forma de siervo y se humilló hasta la muerte de cruz! En el camino a la dicha etema tenemos que esperar ser atacados y zarandeados por Satanás. Si no puede destruirnos, tratará de hacernos desdichados o de angustiarnos. Nada precede con mayor certeza a la caída de un seguidor confeso de Cristo, que la confianza en sí mismo, con desconsideración por las advertencias y desprecio del peligro. A menos que velemos y oremos siempre podemos ser arrastrados en el curso del día a aquellos pecados contra los cuales estábamos más decididos en la mañana. Si los creyentes fueran dejados a sí mismos, caerían, pero son mantenidos por el poder de Dios, y la oración de Cristo. —Nuestro Señor les anuncia la aproximación de un cambio muy grande de circunstancias. Los discípulos no deben esperar que sus amigos sean amables con ellos como antes. Por tanto, el que tenga dinero, que lo lleve consigo porque puede necesitarlo. Ahora deben esperar que sus enemigos sean más feroces que antes y necesitarán armas. En esa época los apóstoles entendieron que Cristo quería decir armas reales, pero Él sólo hablaba de las armas de la guerra espiritual. La espada del Espíritu es la espada con que deben armarse los discípulos de Cristo.

Vv. 39—46. Cada descripción que dan los evangelistas de la disposición mental con que nuestro Señor enfrenta este conflicto, prueba la terrible naturaleza del ataque, y el perfecto conocimiento anticipado de sus terrores que poseía el manso y humilde Jesús. Aquí hay tres cosas que no están en los otros evangelistas: —1. *Cuando Cristo agoniza se presenta un ángel del cielo que le fortalece.* Parte de su humillación fue tener que ser fortalecido por un espíritu ministrador. —2. *Estando en agonía oró más fervorosamente.* La oración, aunque nunca es inoportuna, es especialmente oportuna cuando agonizamos. —3. *En esta agonía su sudor fue como grandes gotas de sangre que caían.* Esto muestra el sufrimiento de su alma. Debemos orar también para ser capacitados para resistir hasta derramar nuestra sangre en la lucha contra el pecado, si alguna vez se nos llama a eso. —¡La próxima vez que en tu imaginación te detengas a deleitarte en algún pecado favorito, piensa en sus efectos como los que ves aquí! Mira sus terribles efectos en el huerto de Getsemaní y desea profundamente odiar y abandonar a ese enemigo, con la ayuda de Dios, y rescatar pecadores por los cuales el Redentor oró, agonizó y sangró.

Vv. 47—53. Nada puede ser mayor afrenta o dolor para el Señor Jesús que ser traicionado por los que profesan ser sus seguidores, y dicen que le aman. Muchos ejemplos hay de Cristo traicionado por quienes, bajo la apariencia de piedad, luchan contra su poder. Aquí Jesús dio un ejemplo ilustre de su regla de hacer el bien a los que nos odian, como después lo dio sobre orar por quienes nos tratan desdeñosamente. La naturaleza corrompida envuelve nuestra conducta hasta el extremo; debemos buscar la dirección del Señor antes de actuar en circunstancias difíciles. Cristo estuvo dispuesto a esperar sus triunfos hasta que su guerra estuviera consumada, y así debemos hacer nosotros también. La hora y el poder de las tinieblas fueron cortos, y siempre será así con los triunfos de los impíos.

Vv. 54—62. La caída de Pedro fue negar que conocía a Cristo y que era su discípulo; lo negó debido a la angustia y el peligro. El que una vez dice una mentira es tentado fuertemente a persistir: el comienzo de ese pecado, como en las luchas, es como dejar correr el agua. El Señor se vuelve y mira a Pedro: —1. Fue una mirada *acusadora.* Jesús se volvió y lo miró como diciendo, Pedro, ¿no me conoces? —2. Fue una mirada de *reproche.* Pensemos con que aspecto de reprensión nos mira Cristo, con justicia, cuando pecamos. —3. Fue una mirada de *amonestación.* ¡Tú que eras el más dispuesto a confesarme como Hijo de Dios, y prometiste solemnemente no negarme jamás! —4. Fue una mirada *compasiva.* Pedro, ¡cuán caído y deshecho estás si no te ayudo! —5. Fue una mirada *de mando<D, vé y reflexiona. —6. Fue una mirada significante*. Significaba la transmisión de gracia al corazón de Pedro para capacitarlo, para que se arrepintiera. La gracia de Dios obra en la palabra de Dios y por ella, la trae a la mente y la hace llegar a la conciencia, y así da al alma el feliz regreso. Cristo miró a los principales sacerdotes, pero no los impresionó como a Pedro. No fue la sola mirada de Cristo lo que restauró a Pedro, sino su gracia divina en ella.

Vv. 63—71. Los que condenaron a Jesús por blasfemo eran los más viles blasfemos. Los refirió a su segunda venida como prueba completa de que era el Cristo, para confusión de ellos, puesto que no reconocerían la prueba que los dejaría convictos. Se reconoce Hijo de Dios aunque sabe que debía sufrir por ello. Ellos basaron en esto su condena. Cegados sus ojos, se precipitaron. Meditemos en esta asombrosa transacción y consideremos a Aquel que soportó tal contradicción de los pecadores contra sí mismo.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—5. *Cristo ante Pilato.* 6—12. *Cristo ante Herodes.* 13—25. *Barrabás preferido a Cristo.* 26—31. *Cristo habla de la destrucción de Jerusalén.* 32—43. *La crucifixión.—El malhechor arrepentido.* 44—49. *La muerte de Cristo.* 50—56. *El entierro de Cristo.*

Vv. 1—5. Pilato tenía bien clara la diferencia entre sus fuerzas armadas y los seguidores de nuestro Señor. Pero, en lugar de ablandarse por la declaración de inocencia dada por Pilato, y de considerar si no estaban echándose encima la culpa de sangre inocente, los judíos se enojaron más. El Señor lleva sus designios a un glorioso final, aun por medio de los que siguen las invenciones de su propio corazón. Así, todos los partidos se unieron, como para probar la inocencia de Jesús, que era el sacrificio expiatorio por nuestros pecados.

Vv. 6—12. Herodes había oído muchas cosas de Jesús en Galilea y, por curiosidad, anhelaba verlo. El mendigo más pobre que haya pedido un milagro para el alivio de su necesidad, nunca fue rechazado; pero este príncipe orgulloso, que pedía un milagro sólo para satisfacer su curiosidad, es rechazado. Podría haber visto a Cristo y sus prodigios en Galilea y no quiso; por tanto, se dice con justicia: Ahora que desea verlas, no las verá. Herodes mandó a Cristo de vuelta a Pilato: las amistades de los hombres impíos se forman a menudo de la unión en la maldad. En poco estaban de acuerdo, salvo en la enemistad contra Dios, y el desprecio por Cristo.

Vv. 13—25. El temor al hombre mete a muchos en la trampa de hacer algo injusto aún contra su conciencia para no meterse en problemas. Pilato declara inocente a Jesús y tiene la intención de dejarlo libre, pero, para complacer al pueblo, lo castiga como a malhechor. Si no halló falta en Él, ¿por qué castigarlo? Pilato se rindió a la larga; no tuvo el valor de ir contra una corriente tan fuerte. Dejó a Jesús librado a la voluntad de ellos para ser crucificado.

Vv. 26—31. Aquí tenemos al bendito Jesús, el Cordero de Dios, llevado como cordero al matadero, al sacrificio. Aunque muchos le reprocharon e insultaron, algunos lo compadecieron, pero la muerte de Cristo fue su victoria y triunfo sobre sus enemigos: fue nuestra liberación, la compra de la vida eterna para nosotros. Por tanto, no lloremos por Él sino por nuestros propios pecados, y los pecados de nuestros hijos, que causaron su muerte; y lloremos por temor a las miserias que nos acarrearemos si tomamos su amor a la ligera, y rechazamos su gracia. Si Dios lo dejó librado a sufrimientos como estos, porque era sacrificio por el pecado, ¡qué hará con los pecadores mismos que se hicieron árbol seco, generación corrupta y mala y buena para nada! Los amargos sufrimientos de nuestro Señor Jesús deben hacernos estar sobrecogidos ante la justicia de Dios. Los mejores santos, comparados con Cristo, son árboles secos; si Él sufrió, ¿por qué ellos tendrían la expectativa de no sufrir? ¡Cómo será, entonces, la condenación de los pecadores! Hasta los sufrimientos de Cristo predican terror a los transgresores obstinados.

Vv. 32—43. Tan pronto como Cristo fue clavado en la cruz, oró por los que lo crucificaron. Él murió para comprarnos y conseguirnos la gran cosa que es el perdón de pecados. Por esto oró.—Jesús fue crucificado entre dos ladrones; en ellos se muestran los diferentes efectos que la cruz de Cristo tiene sobre los hijos de los hombres por la predicación del evangelio. Un malhechor se endureció hasta el fin. Ninguna aflicción cambiará de por sí un corazón endurecido. El otro se ablandó al fin: fue sacado como tizón de la hoguera y fue hecho monumento a la misericordia divina. Esto no estimula a nadie a postergar el arrepentimiento hasta el lecho de muerte, o esperar hallar entonces misericordia. Cierto es que el arrepentimiento *verdadero* nunca es *demasiado tarde*, pero es tan cierto que el arrepentimiento *tardío* rara vez es *verdadero.* Nadie puede estar seguro de tener tiempo para arrepentirse en la muerte, pero nadie puede tener la seguridad de tener las ventajas que tuvo este ladrón penitente. —Veremos que este caso es único si observamos los efectos nada comunes de la gracia de Dios en este hombre. Él reprochó al otro por reírse de Cristo. Reconoció que

merecía lo que le hacían. Creyó que Jesús sufría injustamente. Observe su fe en esta oración. Cristo estaba sumido en lo hondo de la desgracia, sufriendo como un engañador sin ser librado por su Padre. Hizo esta profesión antes que mostrara los prodigios, que dieron honra a los sufrimientos de Cristo, y asombraron al centurión. Creyó en una vida venidera, y deseó ser feliz en esa vida; no como el otro ladrón, que solo quería ser salvado de la cruz. Véase su humildad en esta oración. Todo lo que pide es, Señor, acuérdate de mí, dejando enteramente en manos de Jesús el cómo recordarlo. Así fue humillado en el arrepentimiento verdadero, y dio todos los frutos del arrepentimiento que permitieron sus circunstancias. —Cristo en la cruz muestra como Cristo en el trono. Aunque estaba en la lucha y agonía más grandes, aun así, tuvo piedad de un pobre penitente. Por este acto de gracia tenemos que comprender que Jesucristo murió para abrir el cielo a todos los creyentes penitentes y obedientes. Es un solo caso en la Escritura; debe enseñarnos a no desesperar de nada, y que nadie debiera desesperar; pero, para que no se cometa abuso se pone en contraste con el estado espantoso del otro ladrón que se endureció en la incredulidad, aunque tenía tan cerca al Salvador crucificado. Téngase la seguridad de que, en general, los hombres mueren como viven.

Vv. 44—49. Aquí tenemos la muerte de Cristo magnificada por los prodigios que la acompañaron, y su muerte explicada por las palabras con que expiró su alma. Estaba dispuesto a ofrendarse. Procuremos glorificar a Dios por el arrepentimiento verdadero y la conversión; protestando contra los que crucificaron al Salvador; por una vida santa, justa y sobria; y empleando nuestros talentos al servicio de aquel que murió y resucitó por nosotros.

Vv. 50—56. Aunque no se jacten de una profesión de fe externa hay muchos que como José de Arimatea, cuando se presenta la ocasión están más dispuestos que otros que hacen mucho ruido, a efectuar un servicio verdadero. —Cristo fue sepultado con prisa, porque se acercaba el día de reposo. Llorar no debe estorbar al sembrar. Aunque estaban llorando la muerte de su Señor aun así, debían prepararse para mantener santo el día de reposo. Cuando se acerca el día de reposo debe haber preparativos. Nuestros asuntos mundanos deben ser ordenados en forma tal que no nos impidan hacer la obra del día de reposo; y nuestros afectos santos deben ser tan estimulados que nos guíen a cumplirla. Cualquiera sea la obra que emprendamos, o como sean afectados nuestros corazones, no fallemos en prepararnos para el santo día de reposo y mantenerlo santo, porque es el día del Señor.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—12. *La resurrección de Cristo.* 13—27. *Se aparece a dos discípulos en el camino a Emaús.* 28—35. *Se da a conocer a ellos.* 36—49. *Cristo se aparece a otros discípulos.* 50—53. *Su ascensión.*

Vv. 1—12. Véase el afecto y el respeto que las mujeres demostraron hacia Cristo, después que murió y fue sepultado. Obsérvese la sorpresa cuando hallaron removida la piedra y vacía la tumba. Los cristianos suelen quedar confundidos con lo que debiera consolarlos y animarlos. Esperaban hallar a su Maestro en su sudario, en vez de ángeles en ropajes refulgentes. Los ángeles les aseguraron que había resucitado de entre los muertos; ha resucitado por su poder. Estos ángeles del cielo no traen un evangelio nuevo, pero recuerdan a las mujeres las palabras de Cristo, y les enseñan a aplicarlas. —Podemos maravillarnos de estos discípulos, que creían que Jesús es el Hijo de Dios y el Mesías verdadero, a los que tan a menudo les había dicho que debía morir y resucitar, y luego entrar en su gloria, y que en más de una ocasión le habían visto resucitar muertos, pudieran tardar tanto en creer en su resurrección por su poder. Todos nuestros errores en la religión surgen de ignorar u olvidar las palabras que Cristo ha dicho. —Ahora Pedro corre al sepulcro, él que tan recientemente había huido

de su Maestro. Estaba asombrado. Hay muchas cosas que nos causan estupefacción y confusión, y que serían claras y provechosas si entendiésemos correctamente las palabras de Cristo.

Vv. 13—27. Esta aparición de Jesús a los dos discípulos que iban a Emaús, sucedió el mismo día en que resucitó de entre los muertos. Muy bien corresponde a los discípulos de Cristo hablar de su muerte y resurrección, cuando están juntos; de este modo pueden beneficiarse del conocimiento mutuo, refrescarse mutuamente la memoria y estimularse unos a otros sus afectos devotos. Dónde haya sólo dos que estén ocupados en este tipo de obra, Él vendrá a ellos y será el tercero. Los que buscan a Cristo lo hallarán: Él se manifestará a los que preguntan por Él; y dará conocimiento a los que usan las ayudas que tienen para el conocimiento. —No importa cómo fue, pero ocurre que ellos no lo conocieron; Él lo ordenó así para que ellos pudieran conversar más libremente con Él. Los discípulos de Cristo suelen entristecerse y apenarse aunque tienen razón para regocijarse, pero por la debilidad de su fe, no pueden tomar el consuelo ofrecido. Aunque Cristo entró a su estado de exaltación, todavía nota la tristeza de sus discípulos y se aflige de sus aflicciones. —Son forasteros en Jerusalén los que no saben de la muerte y de los padecimientos de Jesús. Los que tienen el conocimiento de Cristo crucificado, deben tratar de difundir ese saber. Nuestro Señor Jesús les reprochó la debilidad de su fe en las Escrituras del Antiguo Testamento. Si supiéramos más de los consejos divinos según han sido dados a conocer en las Escrituras, no estaríamos sujetos a las confusiones en que a menudo nos enredamos. Les muestra que los padecimientos de Cristo eran, realmente, el camino designado a su gloria, pero la cruz de Cristo era aquello en que ellos no se podían reconciliar por sí mismos. Empezando por Moisés, el primer escritor inspirado del Antiguo Testamento, Jesús les expone cosas acerca de sí mismo. Hay muchos pasajes en todas las Escrituras con referencia a Cristo, y es muy provechoso reunirlos. No nos adentramos en ningún texto sin encontrar algo referido a Cristo, una profecía, una promesa, una oración, un tipo u otra cosa. El hilo de oro de la gracia del evangelio recorre toda la trama del Antiguo Testamento. Cristo es el mejor expositor de la Escritura y, aun después de su resurrección, condujo a la gente a conocer el misterio acerca de sí mismo; no por el planteamiento de nociones nuevas, sino mostrándoles cómo se cumplió la Escritura, y volviéndolos al estudio ferviente de ellas.

Vv. 28—35. Si deseamos tener a Cristo habitando en nosotros, debemos ser honestos con Él. Los que han experimentado el placer y el provecho de la comunión con Él, sólo pueden desear más de su compañía. Tomó el pan, lo bendijo y lo partió, y lo dio a ellos. Esto hizo con la autoridad y afecto acostumbrado, en la misma forma, quizás con las mismas palabras. Aquí nos enseña a desear una bendición para cada comida. Véase cómo Cristo, por su Espíritu y su gracia, se da a conocer a las almas de su pueblo. Les abre las Escrituras. Se reúne con ellos en su mesa, en la ordenanza de la cena del Señor; se da a conocer a ellos al partir el pan, pero la obra se completa abriéndoles los ojos del entendimiento; tenemos breves visiones de Cristo en este mundo, pero cuando entremos al cielo lo veremos para siempre. —Ellos habían encontrado poderosa la predicación, aunque no reconocieron al predicador. Las Escrituras que hablan de Cristo harán arder los corazones de sus verdaderos discípulos. Probablemente nos haga el mayor bien lo que nos afecta con el amor de Jesús al morir por nosotros. Es deber de aquellos a quienes se ha mostrado, dar a conocer al prójimo lo que Él ha hecho por sus almas. De gran uso para los discípulos de Cristo es comparar sus experiencias y contárselas unos a otros.

Vv. 36—49. Jesús se apareció de manera milagrosa, asegurando a los discípulos su paz, aunque ellos lo habían olvidado tan recientemente, y prometiéndoles paz espiritual con cada bendición. Muchos pensamientos conflictivos que inquietan nuestra mente, proceden de errores sobre Cristo. Todos los pensamientos conflictivos que surgen en nuestros corazones en cualquier momento son conocidos por el Señor Jesús, y le desagradan. Habló con ellos sobre su incredulidad irracional. Nada ha pasado, sino lo anunciado por los profetas, y lo necesario para la salvación de los pecadores.

Ahora, se debe enseñar a todos los hombres la naturaleza y la necesidad del arrepentimiento para el perdón de sus pecados. Se debe procurar estas bendiciones por fe en el nombre de Jesús. Cristo por su Espíritu obra en las mentes de los hombres. Hasta los hombres buenos necesitan que se les abra el entendimiento, pero para que piensen bien de Cristo, nada se necesita más que se les haga entender las Escrituras.

Vv. 50—53. Cristo ascendió desde Betania, cerca del Monte de los Olivos. Ahí estaba el huerto donde empezaron sus sufrimientos; ahí estuvo en su agonía. Los que van al cielo deben ascender desde la casa de los sufrimientos y los dolores. Los discípulos no lo vieron salir de la tumba; su resurrección pudo probarse viéndolo vivo después: pero lo vieron ascender al cielo; de lo contrario, no hubiesen tenido pruebas de su ascensión. —Levantó las manos y los bendijo. No se fue descontento, sino con amor, dejando una bendición tras Él. Como resucitó, así ascendía, por su poder. —Ellos le adoraron. Esta nueva muestra de la gloria de Cristo sacó de ellos nuevos reconocimientos. Volvieron a Jerusalén con gran gozo. La gloria de Cristo es el gozo de todos los creyentes verdaderos, ya en este mundo. Mientras esperamos las promesas de Dios, debemos salir a recibirlas con alabanzas. Nada prepara mejor la mente para recibir al Espíritu Santo. Los temores son acallados, las penas endulzadas y aliviadas, y se conservan las esperanzas. Esta es la base de la confianza del cristiano ante el trono de la gracia; sí, el trono del Padre es el trono de la gracia para nosotros, porque también es el trono de nuestro Mediador, Jesucristo. Descansemos en sus promesas e invoquémoslas. Atendamos a sus ordenanzas, alabemos y bendigamos a Dios por sus misericordias, pongamos nuestros afectos en las cosas de arriba, y esperemos la venida del Redentor para completar nuestra felicidad. Amén. Sí, Señor Jesús, ven pronto.

JUAN

El apóstol y evangelista Juan parece haber sido el más joven de los doce. Fue especialmente favorecido con la consideración y confianza de nuestro Señor, al punto que se lo nombra como el discípulo al que amaba Jesús. Estaba sinceramente ligado a su Maesto. Ejerció su ministerio en Jerusalén con mucho éxito, y sobrevivió a la destrucción de esa ciudad, según la predicción de Cristo, capítulo xxi, 22. La historia narra que después de la muerte de la madre de Cristo, Juan vivió principalmente en Éfeso. Hacia el final del reinado de Domiciano fue deportado a la isla de Patmos, donde escribió su Apocalipsis. Al instalarse Nerva, fue puesto en libertad y regresó a Éfeso, donde se cree que escribió su evangelio y las epístolas, alrededor del 97 d. C., y murió poco después. —El objetivo de este evangelio parece ser la transmisión al mundo cristiano de nociones justas de la naturaleza, el oficio y el carácter verdadero del Maestro Divino, que vino a instruir y a redimir a la humanidad. Con este propósito, Juan fue guiado a elegir, para su narración, los pasajes de la vida de nuestro Salvador que muestran más claramente su autoridad y su poder divino; y aquellos discursos en que habló más claramente de su naturaleza, y del poder de su muerte como expiación por los pecados del mundo. Omitiendo o mencionando brevemente, los sucesos registrados por los otros evangelistas, Juan da testimonio de que sus relatos son verdaderos, y deja lugar para las declaraciones doctrinarias ya mencionadas, y para detalles omitidos en otros evangelios, muchos de los cuales tienen enorme importancia.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *La divinidad de Cristo.* 6—14. *Su naturaleza divina y humana.* 15—18. *El testimonio de Cristo por Juan el Bautista.* 19—28. *El testimonio público de Juan sobre Cristo.* 29—36. *Otros testimonios de Juan sobre Cristo.* 37—42. *Andrés y otro discípulo siguen a Jesús.* 43—51. *Llamamiento de Felipe y Natanael.*

Vv. 1—5. La razón más simple del por qué se llama Verbo al Hijo de Dios, parece ser, que como nuestras palabras explican nuestras ideas a los demás, así fue enviado el Hijo de Dios para revelar el pensamiento de Su Padre al mundo. —Lo que dice el evangelista acerca de Cristo prueba que Él es Dios. Afirma su existencia en el comienzo; su coexistencia con el Padre. El Verbo estaba con Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y no como instrumento. Sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho, desde el ángel más elevado hasta el gusano más bajo. Esto muestra cuán bien calificado estaba para la obra de nuestra redención y salvación. La luz de la razón, y la vida de los sentidos, deriva de Él, y depende de Él. Este Verbo eterno, esta Luz verdadera resplandece, pero las tinieblas no la comprendieron. Oremos sin cesar que nuestros ojos sean abiertos para contemplar esta Luz, para que andemos en ella; y así seamos hechos sabios para salvación por fe en Jesucristo.

Vv. 6—14. Juan el Bautista vino a dar testimonio de Jesús. Nada revela con mayor plenitud las tinieblas de la mente de los hombres que cuando apareció la Luz y hubo necesidad de un testigo para llamar la atención a ella. Cristo era la Luz verdadera; esa gran Luz que merece ser llamada así. Por su Espíritu y gracia ilumina a todos los que están iluminados para salvación; y los que no están iluminados por Él, perecen en las tinieblas. Cristo estuvo en el mundo cuando asumió nuestra naturaleza y habitó entre nosotros. El Hijo del Altísimo estuvo aquí en este mundo inferior. Estuvo *en* el mundo, pero no era *del* mundo. Vino a salvar a un mundo perdido, porque era un mundo de Su propia hechura. Sin embargo, el mundo no le conoció. Cuando venga como Juez, el mundo le conocerá. Muchos dicen que son de Cristo, aunque no lo reciben porque no dejan sus pecados ni permiten que Él reine sobre ellos. —Todos los hijos de Dios son nacidos de nuevo. Este nuevo nacimiento es por medio de la palabra de Dios, 1 Pedro i, 23, y por el Espíritu de Dios en cuanto a Autor. Por su presencia divina Cristo siempre estuvo en el mundo, pero, ahora que iba a llegar el cumplimiento del tiempo, Él fue, de otra manera, Dios manifestado en la carne. Obsérvese, no obstante, los rayos de su gloria divina que perforaron este velo de carne. Aunque tuvo en la forma de siervo, en cuanto a las circunstancias externas, respecto de la gracia su forma fue la del Hijo de Dios cuya gloria divina se revela en la santidad de su doctrina y en sus milagros. Fue lleno de gracia, completamente aceptable a su Padre, por tanto, apto para interceder por nosotros; y lleno de verdad, plenamente consciente de las cosas que iba a revelar.

Vv. 15—18. Cronológicamente y en la entrada en su obra, Cristo vino después de Juan, pero en toda otra forma fue antes que él. La expresión muestra claramente que Jesús tenía existencia antes de aparecer en la tierra como hombre. En Él habita toda plenitud, de quien solo los pecadores caídos tienen, y recibirán por fe, todo lo que los hace sabios, fuertes, santos, útiles y dichosos. Todo lo que recibimos por Cristo se resume en esta sola palabra: gracia; recibimos: “gracia sobre gracia” un don tan grande, tan rico, tan inapreciable; la buena voluntad de Dios para con nosotros, y la buena obra de Dios en nosotros. La ley de Dios es santa, justa y buena; y debemos hacer el uso apropiado de ella. Pero no podemos derivar de ella el perdón, la justicia o la fuerza. Nos enseña a adornar la doctrina de Dios nuestro Salvador, pero no puede tomar el lugar de esa doctrina. Como ninguna misericordia procede de Dios para los pecadores sino por medio de Jesucristo, ningún hombre puede ir al Padre sino por Él; nadie puede conocer a Dios salvo que Él lo dé a conocer en el Hijo unigénito y amado.

Vv. 19—28. Juan niega ser el Cristo esperado. Vino en el espíritu y el poder de Elías, pero no era la persona de Elías. Juan no era *aquel* Profeta del cual Moisés habló, que el Señor levantaría de sus hermanos como para Él. No era el profeta que ellos esperaban los rescataría de los romanos. Se presentó de tal manera que podría haberlos despertado y estimulado para que lo escucharan. Bautizó a la gente con agua como profesión de arrepentimiento y como señal externa de las bendiciones espirituales que les conferiría el Mesías, que estaba en medio de ellos, aunque ellos no le conocieron, Aquel al cual él era indigno de dar el servicio más vil.

Vv. 29—36. Juan vio a Jesús que venía a él, y lo señaló como el Cordero de Dios. El cordero pascual, en el derramamiento y rociamiento de su sangre, el asar y comer su carne y todas las demás circunstancias de la ordenanza, representaban la salvación de los pecadores por fe en Cristo. Los corderos sacrificados cada mañana y cada tarde pueden referirse sólo a Cristo muerto como sacrificio para redimirnos para Dios por su sangre. Juan vino como predicador de arrepentimiento, aunque dijo a sus seguidores que tenían que buscar el perdón de sus pecados sólo en Jesús y en su muerte. Concuerda con la gloria de Dios perdonar a todos los que dependen del sacrificio expiatorio de Cristo. Él quita el pecado del mundo; adquiere perdón para todos los que se arrepienten y creen el evangelio. Esto alienta nuestra fe; si Cristo quita el pecado del mundo entonces, ¿por qué no *mi* pecado? Él llevó el pecado *por* nosotros y, así, lo quita *de* nosotros. Dios pudiera haber quitado el pecado quitando al pecador, como quitó el pecado del viejo mundo, pero he aquí una manera de quitar pecado salvando al pecador, haciendo pecado a su Hijo, esto es, haciéndole ofrenda por el pecado por nosotros. Véase a Jesús quitando el pecado y que eso nos haga odiar el pecado y decidirnos en su contra. No nos aferremos de eso que el Cordero de Dios vino a quitar. —Para confirmar su testimonio de Cristo, Juan declara su aparición a su bautismo, cosa que el mismo Dios atestiguó. Vio y tomó nota de que es el Hijo de Dios. Este es el fin y el objetivo del testimonio de Juan: que Jesús era el Mesías prometido. Juan aprovechó toda oportunidad que se le ofreció para guiar la gente a Cristo.

Vv. 37—42. El argumento más fuerte y dominante de un alma vivificada para seguir a Cristo es que Él es el único que quita el pecado. Cualquiera sea la comunión que haya entre nuestras almas y Cristo, Él es quien empieza la conversación. Preguntó, ¿qué buscáis? La pregunta que les hace Jesús es la que debiéramos hacernos todos cuando empezamos a seguirle, ¿qué queremos y qué deseamos? Al seguir a Cristo, ¿buscamos el favor de Dios y la vida eterna? Los invita a acudir sin demora. Ahora es el tiempo aceptable, 2 Corintios vi, 2. Bueno es para nosotros estar donde esté Cristo, dondequiera que sea. —Debemos trabajar por el bienestar espiritual de nuestros parientes, y procurar llevarlos a Él. Los que van a Cristo deben ir con la resolución fija de ser firmes y constantes en Él, como piedra, sólida y firme; y es por su gracia que son así.

Vv. 43—51. Véase la naturaleza del cristianismo verdadero: seguir a Jesús; dedicarnos a Él y seguir sus pisadas. Fijaos en la objeción que hizo Natanael. Todos los que desean aprovechar la palabra de Dios deben cuidarse de los prejuicios contra lugares o denominaciones de los hombres. Deben examinarse por sí mismos y, a veces, hallarán el bien donde no lo buscaron. Mucha gente se mantiene fuera de los caminos de la religión por los prejuicios irracionales que conciben. La mejor manera de eliminar las falsas nociones de la religión es juzgarla. —No había engaño en Natanael. Su profesión no era hipócrita. No era un simulador ni deshonesto; era un carácter sano, un hombre realmente recto y piadoso. Cristo sabe, sin duda, lo que son los hombres. ¿Nos conoce? Deseemos conocerle. Procuremos y oremos para ser un verdadero israelita en quien no hay engaño, cristianos verdaderamente aprobados por el mismo Cristo. Algunas cosas débiles, imperfectas y pecaminosas se encuentran en todos, pero la hipocresía no corresponde al carácter del creyente. Jesús dio testimonio de lo que pasó cuando Natanael estaba debajo de la higuera. Probablemente, entonces, estaban orando con fervor, buscando dirección acerca de la Esperanza y el Consuelo de Israel, donde

ningún ojo humano lo viera. Esto le demostró que nuestro Señor conocía los secretos de su corazón. —Por medio de Cristo tenemos comunión con los santos ángeles y nos beneficiamos de ellos; y se reconcilian y unen las cosas del cielo y las cosas de la tierra.

CAPÍTULO II

Versículos 1—11. *El milagro en Caná.* 12—22. *Cristo expulsa del templo a los compradores y los vendedores.* 23—25. *Muchos creen en Cristo.*

Vv. 1—11. Es muy deseable que cuando haya un matrimonio Cristo lo reconozca y lo bendiga. Los que quieran tener a Cristo consigo en su matrimonio deben invitarlo por medio de la oración y Él vendrá. Mientras estamos en este mundo nos hallamos, a veces, en aprietos aun cuando creemos estar en abundancia. Había una necesidad en la fiesta de bodas. Los que son dados a preocuparse por las cosas del mundo deben esperar problemas y contar con el desencanto. Cuando hablamos a Cristo debemos exponer con humildad nuestro caso ante Él y, luego, encomendarnos a Él para que haga como le plazca. —No hubo falta de respeto en la respuesta de Cristo a su madre. Usó la misma palabra cuando le habló con afecto desde la cruz, pero es testimonio presente contra la idolatría de las épocas posteriores que rinde honores indebidos a su madre. —Su hora llega cuando no sabemos qué hacer. La tardanza de la misericordia no es una negación de las oraciones. Los que esperan los favores de Cristo deben obedecer sus órdenes con prontitud. El camino del deber es el camino a la misericordia, y no hay que objetar los métodos de Cristo. —El primero de los milagros de Moisés fue convertir agua en sangre, Exodo vii, 20; el principio de los milagros de Cristo fue convertir agua en vino, lo cual puede recordarnos la diferencia que hay entre la ley de Moisés y el evangelio de Cristo. Él demuestra que beneficia con consuelos de la creación a todos los creyentes verdaderos y que a ellos los convierte en verdadero consuelo. Las obras de Cristo son todas para bien. ¿Ha convertido tu agua en vino, te dio conocimiento y gracia? Es para aprovecharlo; por tanto, saca ahora y úsalo. Era el mejor vino. Las obras de Cristo se recomiendan por sí mismas aun ante quienes no conocen a su Autor. Lo que es producido por milagro siempre ha sido lo mejor de su clase. Aunque con esto Cristo permite el uso correcto del vino, no anula en lo más mínimo su advertencia de que nuestros corazones, en ningún momento, se carguen con glotonería ni embriaguez, Lucas xxi, 34. Aunque no tenemos que ser melindrosos para festejar con nuestras amistades en ocasiones apropiadas, de todos modos, toda reunión social debe realizarse de tal modo que podamos invitar a reunise con nosotros al Redentor, si ahora estuviera en la tierra; toda liviandad, lujuria y exceso le ofenden.

Vv. 12—22. La primera obra pública en que hallamos a Cristo es expulsar del templo a los cambistas que los codiciosos sacerdotes y dirigentes apoyaban para que convirtieran en mercado sus atrios. Los que ahora hacen de la casa de Dios un mercado, son los que tienen sus mentes llenas con el interés por los negocios del mundo cuando asisten a los ejercicios religiosos, o los que desempeñan oficios divinos por amor a una ganancia. —Habiendo purificado el templo, Cristo dio una señal a los que le pidieron que probara su autoridad para actuar: Anuncia su muerte por la maldad de los judíos. Destruid este templo. Yo os permitiré destruirlo. Anuncia su resurrección por su propio poder: En tres días lo levantaré. Cristo volvió a la vida por su poder. Los hombres se equivocan cuando entienden literalmente cuando las Escrituras hablan figuradamente. Cuando Jesús resucitó de entre los muertos, sus discípulos recordaron que había dicho esto. Mucho ayuda a nuestro entendimiento de la palabra divina que observemos el cumplimiento de las Escrituras.

Vv. 23—25. Nuestro Señor conocía a todos los hombres, su naturaleza, sus disposiciones, sus afectos y sus intenciones, de una manera que nosotros no conocemos a nadie, ni siquiera a nosotros mismos. Conoce a sus astutos enemigos, y todos sus proyectos secretos; a sus amigos falsos y su verdadero carácter. Él sabe quienes son verdaderamente suyos, conoce su rectitud, y conoce sus debilidades. Sabemos lo que los hombres hacen; Cristo sabe lo que hay en ellos, Él prueba el corazón. Cuidado con una fe muerta o una profesión de fe formal: No hay que confiar en los profesantes carnales y vacíos, y aunque los hombres se impongan a otros o a sí mismos, no pueden imponerse al Dios que escudriña el corazón.

CAPÍTULO III

Versículos 1—21. *Conversación de Cristo con Nicodemo.* 22—36. *El bautismo de Juan y el de Cristo.—Testimonio de Juan.*

Vv. 1—8. Nicodemo temía, o se avergonzaba de ser visto con Cristo, por tanto, acudió de noche. Cuando la religión está fuera de moda, hay muchos Nicodemos, pero aunque vino de noche, Jesús lo recibió, y por ello nos enseña a animar los buenos comienzos, aunque sean débiles. Aunque esta vez vino de noche, después reconoció públicamente a Cristo. No habló con Cristo de asuntos de estado, aunque era un gobernante, sino de los intereses de su propia alma y de su salvación, hablando al respecto de una sola vez. —Nuestro Salvador habla de la necesidad y naturaleza de la regeneración o nuevo nacimiento y, de inmediato llevó a Nicodemo a la fuente de santidad del corazón. El nacimiento es el comienzo de la vida; nacer de nuevo es empezar a vivir de nuevo, como los que han vivido muy equivocados o con poco sentido. Debemos tener una nueva naturaleza, nuevos principios, nuevos afectos, nuevas miras. Por nuestro primer nacimiento somos corruptos, formados en el pecado; por tanto, debemos ser hechos nuevas criaturas. No podía haberse elegido una expresión más fuerte para significar un cambio de estado y de carácter grande y muy notable. Debemos ser enteramente diferentes de lo que fuimos antes, como aquello que empieza a ser en cualquier momento, no es, y no puede ser lo mismo que era antes. Este nuevo nacimiento es *del* cielo, capítulo i, 13, y tiende *al* cielo. Es un cambio grande hecho en el corazón del pecador por el poder del Espíritu Santo. Significa que algo es hecho en nosotros y a favor de nosotros que no podemos hacer por nosotros mismos. Algo obra por lo que empieza una vida que durará por siempre. De otra manera no podemos esperar un beneficio de Cristo; es necesario para nuestra felicidad aquí y en el más allá. —Nicodemo entendió mal lo que dijo Cristo, como si no hubiera otra manera de regenerar y moldear de nuevo un alma inmortal que volver a dar un marco al cuerpo. Sin embargo, reconoció su ignorancia, lo que muestra el deseo de ser mejor informado. Entonces, el Señor Jesús explica más. Muestra al Autor de este bendito cambio. No es obra de nuestra sabiduría o poder propio, sino del poder del bendito Espíritu. Somos formados en iniquidad, lo que hace necesario que nuestra naturaleza sea cambiada. No tenemos que maravillarnos de esto, porque cuando consideramos la santidad de Dios, la depravación de nuestra naturaleza, y la dicha puesta ante nosotros, no tenemos que pensar que es raro que se ponga tanto énfasis sobre esto. —La obra regeneradora del Espíritu Santo se compara con el agua. También es probable que Cristo se haya referido a la ordenanza del bautismo. No se trata que sean salvos todos aquellos bautizados, y sólo ellos; pero sin el nuevo nacimiento obrado por el Espíritu, y significado por el bautismo, nadie será súbdito del reino del cielo. —La misma palabra significa viento y Espíritu. El viento sopla de donde quiere hacia nosotros; Dios lo dirige. El Espíritu envía sus influencias donde, y cuando, y a quien, y en qué medida y grado le plazca. Aunque las causas estén ocultas, los efectos son evidentes, cuando el alma es llevada a lamentarse por el pecado y a respirar según Cristo.

Vv. 9—13. La exposición hecha por Cristo de la doctrina y la necesidad de la regeneración pareciera no haber quedado clara para Nicodemo. Así, las cosas del Espíritu de Dios son necedad para el hombre natural. Muchos piensan que no puede ser probado lo que no pueden creer. —El discurso de Cristo sobre las verdades del evangelio, versículos 11—13, muestra la necedad de aquellos que hacen que estas cosas sean extrañas para ellos; y nos recomienda que las investiguemos. Jesucristo es capaz en toda forma de revelarnos la voluntad de Dios; porque descendió del cielo, y aún está en el cielo. Aquí tenemos una nota de las dos naturalezas distintas de Cristo en una persona, de modo que es el Hijo del Hombre, aunque está *en* el cielo. Dios es "EL QUE ES" y el cielo es la habitación de su santidad. Este conocimiento debe venir de lo alto y solo puede ser recibido por fe.

Vv. 14—18. Jesucristo vino a salvarnos sanándonos, como los hijos de Israel, picados por serpientes ardientes fueron curados y vivieron al mirar a la serpiente de bronce, Números xxi, 6–9. Obsérvese en esto la naturaleza mortal y destructora del pecado. Pregúntese a conciencias vivificadas, pregúntese a pecadores condenados, quienes dirán que, por encantadoras que sean las seducciones del pecado, al final muerde como serpiente. Véase el remedio poderoso contra esta enfermedad fatal. Cristo nos es propuesto claramente en el evangelio. Aquel a quien ofendimos es nuestra Paz, y la manera de solicitar la curación es creer. Si alguien hasta ahora toma livianamente la enfermedad del pecado o el método de curación de Cristo, y no recibe a Cristo en las condiciones que Él pone, su ruina pende sobre su cabeza. Él dijo: Mirad y sed salvos, mirad y vivid; alzad los ojos de la fe a Cristo crucificado. Mientras no tengamos la gracia para hacer esto, no seremos curados, sino seguiremos heridos por los aguijones de Satanás, y en estado moribundo. —Jesucristo vino a salvarnos perdonándonos, para que no muriéramos por la sentencia de la ley. He aquí el evangelio, la verdadera, la buena nueva. He aquí al amor de Dios al dar a su Hijo por el mundo. Tanto amó Dios al mundo, tan verdaderamente, tan ricamente. ¡Mirad y maravillaos, que el gran Dios ame a un mundo tan indigno! —Aquí, también, está el gran deber del evangelio: creer en Jesucristo. Habiéndolo dado Dios para que fuera nuestro Profeta, Sacerdote y Rey, nosotros debemos darnos para ser gobernados y enseñados, y salvados por Él. He aquí el gran beneficio del evangelio, que quienquiera que crea en Cristo no perecerá mas tendrá vida eterna. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, y de ese modo, lo salvaba. No podía ser salvado sino por medio de Él; en ningún otro hay salvación. —De todo esto se muestra la dicha del creyente verdadero: el que cree en Cristo no es condenado. Aunque ha sido un gran pecador, no se le trata según lo que merecen sus pecados.

Vv. 18—21. ¡Cuán grande es el pecado de los incrédulos! Dios envió a Uno que era el más amado por Él, para salvarnos; ¿y no será el más amado para nosotros? ¡Cuán grande es la miseria de los incrédulos! Ya han sido condenados, lo que habla de una condenación *cierta*; una condenación *presente*. La ira de Dios ahora se desata sobre ellos; y los condenan sus propios corazones. También hay una condenación basada *en su culpa anterior*; ellos están expuestos a la ley por todos sus pecados; porque no están interesados por fe en el perdón del evangelio. La incredulidad es un pecado contra el remedio. Brota de la enemistad del corazón del hombre hacia Dios, del amor al pecado en alguna forma. Léase también la condenación de los que no quieren conocer a Cristo. Las obras pecadoras son las obras de las tinieblas. El mundo impío se mantiene tan lejos de esta luz como puede, no sea que sus obras sean reprobadas. Cristo es odiado porque aman el pecado. Si no odiaran el conocimiento de la salvación, no se quedarían contentos en la ignorancia condenadora. —Por otro lado, los corazones renovados dan la bienvenida a la luz. Un hombre bueno actúa verdadera y sinceramente en todo lo que hace. Desea saber cuál es la voluntad de Dios, y hacerla, aunque sea contra su propio interés mundanal. Ha tenido lugar un cambio en todo su carácter y conducta. El amor a Dios es derramado en su corazón por el Espíritu Santo, y llega a ser el principio rector de sus acciones. En la medida que siga bajo una carga de culpa no perdonada, solo puede tener un temor servil a Dios, pero cuando sus dudas se disipan, cuando ve la base justa sobre la cual se edifica su

perdón, lo asume como si fuera propio, y se une con Dios por un amor sin fingimiento. Nuestras obras son buenas cuando la voluntad de Dios es la regla de ellas, y la gloria de Dios, su finalidad; cuando se hacen en su poder y por amor a Él; a Él, y no a los hombres. —La regeneración, o el nuevo nacimiento, es un tema al cual el mundo tiene aversión; sin embargo, es el gran ganancia en comparación con la cual todo lo demás no es sino fruslería. ¿Qué significa que tengamos comida para comer con abundancia, y una variedad de ropa para ponernos, si no hemos nacido de nuevo? ¿Si después de unas cuantas mañanas y tardes pasadas en alegría irracional, placer carnal y desorden, morimos en nuestros pecados y yacemos en el dolor? ¿De que vale que seamos capaces de desempeñar nuestra parte en la vida, en todo otro aspecto, si al final oímos de parte del Juez Supremo: "Apartaos de mí, no os conozco, obradores de maldad?"

Vv. 22—36. Juan se satisfizo por completo con el lugar y la obra asignada, pero Jesús vino a una obra más importante. Él también sabía que Jesús crecería en honor e influencia, porque de Su reino y la paz no habría fin, mientras a él lo seguirían cada vez menos. Juan sabía que Jesús vino del cielo como el Hijo de Dios, mientras él era un hombre mortal y pecador, que sólo podía hablar de las cosas más sencillas de la religión. Las palabras de Jesús eran la palabra de Dios; Él tenía el Espíritu, no según medida como los profetas, sino en toda su plenitud. La vida eterna puede tenerse sólo por fe en Él, y así puede obtenerse; pero no pueden participar de la salvación todos los que no creen en el Hijo de Dios, sino que la ira de Dios está sobre ellos para siempre.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—3. *La partida de Cristo hacia Galilea.* 4—26. *Su conversación con la mujer samaritana.* 27—42. *Los efectos de la conversación de Cristo con la mujer de Samaria.* 43—54. *Cristo sana al hijo del noble.*

Vv. 1—3. Jesús se dedicó más a predicar, que era más excelente, que a bautizar, 1 Corintios i, 17. Honraría a sus discípulos empleándolos para bautizar. Nos enseña que el beneficio de los sacramentos no depende de la mano que los administra.

Vv. 4—26. Había mucho odio entre samaritanos y judíos. El camino de Cristo desde Judea a Galilea pasaba por Samaria. No debemos meternos en lugares de tentación, sino cuando debemos y, entonces, no debemos permanecer en ellos, sino apresurarnos a pasar por ellos. —Aquí tenemos a nuestro Señor Jesús sujeto a la fatiga normal de los viajeros. Así vemos que era verdadero hombre. El trabajo agotador vino con el pecado; por tanto, Cristo, habiéndose hecho maldición por nosotros, estuvo sujeto a ella. Además, era pobre y realizó todos sus viajes a pie. Cansado, pues, se sentó en el pozo; no tenía un cojín donde descansar. *De este modo* se sentó, como se sienta alguien cansado de viajar. Con toda seguridad debemos someternos rápidamente a ser como el Hijo de Dios en cosas como esas. —Cristo pidió agua a la mujer. Ella se sorprendió porque Él no demostró la ira de su nación contra los samaritanos. Los hombres moderados de todas partes son los hombres que asombran. Cristo aprovechó la ocasión para enseñarle cosas divinas: Convirtió a esta mujer demostrándole su ignorancia y pecaminosidad y su necesidad de un Salvador. Se alude al Espíritu con el agua viva. Con esta comparación se había prometido la bendición del Mesías en el Antiguo Testamento. Las gracias del Espíritu y sus consolaciones satisfacen el alma sedienta que conoce su propia naturaleza y necesidad. —Lo que Jesús dijo figuradamente, ella lo entendió literalmente. Cristo señala que el agua del pozo de Jacob daba una satisfacción de breve duración. No importa cuáles sean las aguas de consolación que bebamos, volveremos a tener sed. Pero a quien participa del Espíritu de gracia, y del consuelo del evangelio, nunca le faltará lo que dará abundante

satisfacción a su alma. Los corazones carnales no miran más alto que las metas carnales. Dame, dijo ella, no para que yo tenga la vida eterna, propuesta por Cristo, sino para que no tenga que venir más aquí a buscar agua. —La mente carnal es muy ingeniosa para cambiar las convicciones e impedir que apremien, pero ¡nuestro Señor Jesús dirige muy certeramente la convicción de pecado a la conciencia de ella! La reprendió severamente por su presente estado de vida. —La mujer reconoció que Cristo era profeta. El poder de su palabra para escudriñar el corazón y convencer de cosas secretas a la conciencia es prueba de autoridad divina. —Pensar que desaparecen las cosas por las que luchamos debiera enfriar nuestras contiendas. El objeto de adoración seguirá siendo el mismo, Dios, como Padre, pero se pondrá fin a todas las diferencias sobre el lugar de adoración. La razón nos enseña a considerar la decencia y la conveniencia en los lugares de nuestro servicio de adoración, pero la religión no da preferencia a un lugar respecto de otro en cuanto a la santidad y la aprobación de Dios. —Los judíos tenían, por cierto, la razón. Quienes han obtenido cierto conocimiento de Dios por las Escrituras, saben *a quién* adoran. La palabra de salvación era de los judíos. Llegó a otras naciones a través de ellos. Cristo prefirió, con justicia, la adoración judía antes que la samaritana, pero aquí habla de lo anterior como algo que pronto se terminará. Dios estaba por ser revelado como el Padre de todos los creyentes de toda nación. El espíritu o alma del hombre, influido por el Espíritu Santo, debe adorar a Dios y tener comunión con Él. Los afectos espirituales, como se demuestran en las oraciones, súplicas y acciones de gracia fervorosas, constituyen la adoración de un corazón recto, en el cual Dios se deleita y es glorificado. —La mujer estaba dispuesta a dejar la cuestión sin decidir hasta la venida del Mesías, pero Cristo le dijo: Yo soy, el que habla contigo. Ella era una samaritana extranjera y hostil; el sólo hablar con ella era considerado como desprestigio para nuestro Señor Jesús. Sin embargo, nuestro Señor se reveló a esta mujer con más plenitud de lo que había hecho con cualquiera de sus discípulos. Ningún pecado *pasado* puede impedir que seamos aceptados por Él, si nos humillamos ante Él, creyendo en Él como el Cristo, el Salvador del mundo.

Vv. 27—42. Los discípulos se asombraron de que Cristo conversara con una samaritana, aunque sabían que era por una buena razón y para un propósito bueno. Así, pues, cuando aparecen dificultades en detalles en la palabra y en la providencia de Dios, es bueno que nos satisfagamos con que todo lo que Jesucristo dice y hace está bien. —Dos cosas afectaron a la mujer. La magnitud de su conocimiento. Cristo conoce todos los pensamientos, palabras y acciones de todos los hijos de los hombres. El poder de su palabra. Le habló con poder de sus pecados secretos. Ella se aferró de esa parte del discurso de Cristo, muchos pensarían que ella se podía mostrar reacia a repetir, pero el conocimiento de Cristo, al cual somos guiados por la convicción de pecado, es muy probable que sea sano y salvador. —Ellos fueron a Él: los que deseen conocer a Cristo deben hallarlo donde Él registre su nombre. Nuestro Maestro nos ha dejado un ejemplo para que aprendamos a hacer la voluntad de Dios como Él la hizo; con diligencia como los que hacen su actividad de ella; con deleite y placer en ella. Cristo compara su obra con la siega. La siega está determinada y se cuida antes que llegue; así fue el evangelio. El tiempo de cosechar es tiempo de mucho trabajo; entonces, todos deben estar en las labores. El tiempo de la siega es corto y la obra de la cosecha debe hacerse entonces, o no se hará; así, pues, el tiempo del evangelio es una temporada que no puede recuperarse si se pasó. A veces Dios usa instrumentos muy débiles e improbables para empezar y seguir la buena obra. Nuestro Salvador difunde conocimiento en todo un pueblo enseñándole a una pobre mujer. Benditos son los que no se ofenden con Cristo. Desean verdaderamente aprender más aquellos a quienes Dios enseña. Mucho agrega a la alabanza de nuestro amor por Cristo y su palabra si vence prejuicios. —La fe de ellos creció. En cuanto a esto: ellos creyeron que Él era el Salvador no sólo de los judíos, sino del mundo. Con esa certeza sabemos que el Cristo es verdaderamente Aquel, y sobre esa base, porque nosotros mismos le hemos oído.

Vv. 43—54. El padre era un oficial del rey, pero el hijo estaba enfermo. Los honores y los títulos no son garantía contra la enfermedad y la muerte. Los hombres más grandes deben ir a Dios, deben volverse mendigos. El noble no se detuvo en su petición hasta que prevaleció, pero primeramente, descubrió la debilidad de su fe en el poder de Cristo. Cuesta convencernos de que la distancia de tiempo y lugar no obstaculizan el conocimiento, la misericordia ni el poder de nuestro Señor Jesús. —Cristo dio una respuesta de paz. Si Cristo dice que el alma viva, vivirá. El padre siguió su camino lo que demostró la sinceridad de su fe. Satisfecho, no se apresuró a volver a casa esa noche; regresó como quien está en paz con su conciencia. Sus sirvientes le salieron al encuentro con la noticia de la recuperación de su hijo. La buena nueva saldrá al encuentro de los que esperan en la palabra de Dios. Confirma nuestra fe que comparemos diligentemente las obras de Jesús con su palabra. Y llevar la curación a la familia le trajo la salvación. Así, pues, experimentar el poder de una palabra de Cristo puede establecer la autoridad de Cristo en el alma. Toda la familia creyó igualmente. El milagro hizo que quisieran a Jesús para ellos. El conocimiento de Cristo aún se difunde por las familias, y los hombres hallan salud y salvación para sus almas.

CAPÍTULO V

Versículos 1—9. *La curación en el estanque de Betesda.* 10—16. *El descontento de los judíos.* 17—23. *Cristo reprueba a los judíos.* 24—27. *El sermón de Cristo.*

Vv. 1—9. Por naturaleza todos somos impotentes en materias espirituales, ciegos, cojos y marchitos; pero la provisión plena para nuestra curación está hecha, si atendemos a ella. Un ángel bajaba y revolvía el agua, que curaba cualquier enfermedad, pero se beneficiaba sólo aquel que era el primero en entrar al agua. Esto nos enseña a ser cuidadosos para que no dejemos escapar una ocasión que no puede regresar. —El hombre había perdido el uso de sus extremidades hacía treinta y ocho años. ¿Nos quejaremos de una noche fatigosa, nosotros que, tal vez por muchos años, apenas hemos sabido lo que es estar enfermo por un día, cuando muchos otros, mejores que nosotros, apenas han sabido qué es estar bien un día? —Cristo apartó a éste de los demás. Los que llevan mucho tiempo afligidos, pueden consolarse con que Dios lleva la cuenta del tiempo transcurrido. Nótese que este hombre habla de la falta de amabilidad de los que lo rodean, sin reflejar enojo. Así como debemos ser agradecidos, también debemos ser pacientes. Nuestro Señor Jesús lo sana, aunque él no lo pidió ni lo pensó. Levántate y anda. La orden de Dios: Vuelve y vive; Hazte un nuevo corazón, no presupone en nosotros más poder sin la gracia de Dios, su gracia que distingue, de lo que esta orden supuso poder en el hombre incapacitado: fue por el poder de Cristo y Él debe tener toda la gloria. ¡Qué sorpresa gozosa para el pobre inválido hallarse repentinamente tan bien, tan fuerte, tan capaz de ayudarse a sí mismo! La prueba de la sanidad espiritual es que nos levantamos y caminamos. Si Cristo ha sanado nuestras dolencias espirituales, vamos donde nos mande y llevemos lo que Él nos imponga, y andemos delante de Él.

Vv. 10—16. Los aliviados del castigo del pecado corren el peligro de volver a pecar cuando se terminan el terror y la restricción, a menos que la gracia divina seque la fuente de su pecado. La miseria desde la cual son hechos íntegros los creyentes, nos advierte que no pequemos más, habiendo sentido el aguijón del pecado. Esta es la voz de cada providencia: Vete y no peques más. Cristo vio que era necesario dar esta advertencia, porque es frecuente que la gente prometa *mucho* cuando está enferma; y cuando están recién sanados, cumplen sólo *algo*, pero después de un tiempo, olvidan *todo.* Cristo habla de la ira venidera, la cual supera la comparación con las muchas horas, sí, con las semanas y años de dolor que tienen que sufrir algunos hombres impíos, como consecuencia

de sus indulgencias ilícitas, y si tales aflicciones son severas, ¡cuán temible será el castigo eterno del impío!

Vv. 17—23. El poder divino del milagro demuestra que Jesús es el Hijo de Dios, y Él declara que obraba con su Padre, y como para Él, según le parece bien. Los antiguos enemigos de Cristo le entendieron y se pusieron aún más violentos, acusándolo no sólo de quebrantar el día de reposo, sino de blasfemar al llamar Padre a Dios, e igualarse con Dios. Sin embargo, todas las cosas estaban encomendadas al Hijo, ahora y en el juicio final, intencionalmente para que todos los hombres honren al Hijo, como honran al Padre; y todo aquel que no honre *de este modo* al Hijo, piense o pretenda lo que sea, no honra al Padre que lo envió.

Vv. 24—29. Nuestro Señor declara su autoridad y carácter como Mesías. Iba a llegar el tiempo en que los muertos oirían su voz como Hijo de Dios y vivirían. Nuestro Señor se refiere a que, por el poder de su Espíritu, primero levanta a una vida nueva a los que estaban muertos en pecado y, luego, levanta a los muertos desde sus sepulcros. El oficio de Juez de todos los hombres puede ser ejercido sólo por Quien tenga todo el conocimiento y el poder omnipotente. Creamos nosotros su testimonio: así, nuestra fe y esperanza serán en Dios y no entraremos en condenación. Que su voz llegue a los corazones de los que están muertos en pecado, para que puedan hacer las obras del arrepentimiento, y prepararse para el día solemne.

Vv. 30—38. Nuestro Señor regresa a su declaración del completo acuerdo entre el Padre y el Hijo, y se declara Hijo de Dios. Tenía un testimonio superior al de Juan; sus obras daban testimonio de todo lo que decía. Pero la palabra divina no tenía lugar permanente en sus corazones, porque ellos se negaban a creer en Él, a quien el Padre había enviado, según sus antiguas promesas. La voz de Dios, acompañada por el poder del Espíritu Santo, hecha eficaz para la conversión de los pecadores, aún proclama que éste es el Hijo amado en quien se complace el Padre. Pero no hay lugar para que la palabra de Dios permanezca en ellos cuando los corazones de los hombres están llenos de orgullo, ambición y amor al mundo.

Vv. 39—44. Los judíos consideraban que la vida eterna les era revelada en sus Escrituras, y que la tenían porque tenían la palabra de Dios en sus manos. Jesús les insta a escudriñar esas Escrituras con más diligencia y atención. “Escudriñáis las Escrituras” y hacéis bien en hacerlo. Indudablemente escudriñaban las Escrituras, pero con un enfoque en su propia gloria. Es posible que los hombres sean muy estudiosos de la letra de las Escrituras, pero estén ajenos a su poder. O “Escudriñad las Escrituras” y así se *les* habló de la naturaleza de la *aplicación.* Vosotros profesáis recibir y creer las Escrituras, dejad que os juzguen, lo que se *nos* dice precaviendo o mandando a todos los cristianos a escudriñar las Escrituras. No sólo leerlas y oírlas sino escudriñarlas, lo cual denota diligencia para examinarlas y estudiarlas. —Debemos escudriñar las Escrituras en busca del cielo como nuestro gran objetivo: Porque en ellas os parece que tenéis vida eterna. Debemos escudriñar las Escrituras en busca de Cristo, como el Camino nuevo y vivo, que conduce a este objetivo. Cristo agrega a este testimonio las reprensiones a la incredulidad e iniquidad de ellos; el rechazo de su persona y su doctrina. Además, les reprueba su falta de amor a Dios. Pero con Jesucristo hay vida para las pobres almas. Muchos que hacen una gran profesión de religión muestran, no obstante, que les falta el amor de Dios por su rechazo de Cristo y el desprecio a sus mandamientos. El amor de Dios en nosotros, el amor que es principio vivo y activo en el corazón, es lo que Dios aceptará. Ellos desdeñaron y valoraron en poco a Cristo *porque* se admiraban y se supervaloraban a sí mismos. ¡Cómo pueden creer los que hacen su ídolo del elogio y aplauso de los hombres! Cuando Cristo y sus seguidores son hombres admirados, ¡cómo pueden creer aquellos cuya suprema ambición es dar un buen espectáculo carnal!

Vv. 45—47. Muchos de los que confían en alguna forma de doctrina o partido, no penetran más que los judíos en las de Moisés, el verdadero significado de las doctrinas, o de los puntos de vista de las personas cuyos nombres llevan. Escudriñemos las Escrituras y oremos sobre ellas, como intento de hallar vida eterna; observemos cómo Cristo es el gran tema de ellas y acudamos diariamente a Él en busca de la vida que otorga.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—14. *Cinco mil alimentados milagrosamente.* 15—21. *Jesús camina sobre el mar.* 22—27. *Indica la comida espiritual.* 28—65. *Su sermón a la multitud.* 66—71. *Muchos de los discípulos se regresan.*

Vv. 1—14. Juan narra el milagro de alimentar a la multitud para referirse al sermón que sigue. Obsérvese el efecto de este milagro sobre la gente. Hasta los judíos comunes esperaban que el Mesías viniera al mundo y fuese un gran Profeta. Los fariseos los despreciaban por no conocer la ley, pero ellos sabían más de Aquél que es el fin de la ley. Sin embargo, los hombres pueden admitir que Cristo es ese Profeta y aún hacer oídos sordos.

Vv. 15—21. Aquí estaban los discípulos de Cristo en el camino del deber, y Cristo ora por ellos; no obstante, están afligidos. Puede haber peligros y aflicciones de este tiempo presente donde hay interés en Cristo. Las nubes y las tinieblas suelen rodear a los hijos de la luz y del día. —Ven a Jesús caminando sobre el mar. Aun cuando se acercan el consuelo y la liberación suelen entenderlo tan mal que se convierten en ocasión para temer. Nada es más fuerte para convencer a pecadores que la palabra: “Yo soy Jesús, al que persigues”; nada más fuerte para consolar a los santos que esto: “Yo soy Jesús al que amas”. Si hemos recibido a Cristo Jesús, el Señor, aunque la noche sea oscura y el viento fuerte, aún así, podemos consolamos que estaremos en la orilla antes que pase mucho tiempo.

Vv. 22—27. En vez de responder a la pregunta de cómo llegó allí, Jesús los reprende por preguntar. La mayor seriedad debiera emplearse para buscar la salvación en el uso de los medios señalados, pero debe buscarse solamente como don del Hijo del hombre. Al que el Padre ha sellado, le prueba que es Dios. Él declara que el Hijo del hombre es el Hijo del Dios con poder.

Vv. 28—35. El ejercicio constante de la fe en Cristo es la parte más importante y difícil de la obediencia exigida de nosotros, en cuanto a pecadores que buscan salvación. Cuando somos capacitados por su gracia para llevar una vida de fe en el Hijo de Dios, siguen los temperamentos santos y pueden hacerse servicios aceptables. —Dios, su propio Padre, que dio ese alimento del cielo a sus antepasados para sustentar su vida natural, ahora les dio el Pan *verdadero* para la salvación de sus almas. —Ir a Jesús y creer en Él significa lo mismo. Cristo muestra que Él es el Pan verdadero; es para el alma lo que el pan es para el cuerpo, nutre y sustenta la vida espiritual. Es el Pan de Dios. El pan que da el Padre, es el que ha hecho para alimento de nuestras almas. El pan nutre sólo por los poderes del cuerpo vivo, pero Cristo mismo es el Pan vivo y nutre por su propio poder. La doctrina de Cristo crucificado es ahora tan fortalecedora y consoladora para el creyente como siempre lo ha sido. —Él es el Pan que vino del cielo. Denota la divinidad de la persona de Cristo y su autoridad; además, el origen divino de todo lo bueno que nos viene por medio de Él. Digamos, con inteligencia y fervor, Señor, danos siempre este Pan.

Vv. 36—46. El descubrimiento de la culpa, peligro y remedio para ellos, por medio de la enseñanza del Espíritu Santo, hace que los hombres se dispongan y alegren de ir, y rindan todo lo

que impide ir a Él en busca de salvación. La voluntad del Padre es que ninguno de los que fueron dados al Hijo, sea rechazado o perdido por Él. Nadie irá hasta que la gracia divina lo subyugue y, en parte, cambie su corazón; por tanto, nadie que acuda será echado fuera. El evangelio no halla a nadie dispuesto a ser salvado en la forma santa y humillante que aquí se da a conocer, pero Dios atrae con su palabra y el Espíritu Santo; y el deber del hombre es oír y aprender; es decir, recibir la gracia ofrecida y asentir a la promesa. —Nadie ha visto al Padre sino su amado Hijo; y los judíos deben esperar ser enseñados por su poder interior ejercido sobre su mente, y por su palabra y los ministros que les mande.

Vv. 47—51. La ventaja del maná era poca, sólo servía para esta vida; pero el Pan de vida es tan excelente que el hombre que se alimenta de él, nunca morirá. Este pan es la naturaleza humana de Cristo que tomó para presentar al Padre como sacrificio por los pecados del mundo; para adquirir todas las cosas correspondientes a la vida y la piedad, para que se arrepientan y crean en Él los pecadores de toda nación.

Vv. 52—59. La carne y la sangre del Hijo del hombre denotan al Redentor en su naturaleza humana; Cristo, y Él crucificado, y la redención obrada por Él, con todos los beneficios preciosos de la redención: el perdón de pecado, la aceptación de Dios, el camino al trono de la gracia, las promesas del pacto, y la vida eterna. Se les llama carne y sangre de Cristo, porque fueron comprados debido a que su cuerpo fue partido y su sangre, derramada. Además, porque son comida y bebida para nuestra alma. Comer esta carne y beber esta sangre significa creer en Cristo. Participamos de Cristo y sus beneficios por fe. El alma que conoce correctamente su estado y su necesidad, encuentra en el Redentor, en Dios manifestado en carne, todas las cosas que pueden calmar la conciencia y fomentar la santidad verdadera. Meditar en la cruz de Cristo da vida a nuestro arrepentimiento, amor y gratitud. Vivimos por Él así como nuestros cuerpos viven por la comida. Vivimos por Él como las extremidades dependen de la cabeza, las ramas de la raíz: porque Él vive nosotros también viviremos.

Vv. 60—65. La naturaleza humana de Cristo no había estado antes en el cielo, pero, siendo Dios y hombre, se dice verazmente que esa maravillosa Persona descendió del cielo. El reino del Mesías no era de este mundo; ellos tenían que entender por fe lo que dijo de un vivir espiritual en Él y en su plenitud. Como sin el alma del hombre la carne no vale, así mismo sin el Espíritu de Dios que vivifica, todas las formas de religión son muertas y nulas. El que hizo esta provisión para nuestras almas es el único que puede enseñarnos estas cosas y atraernos a Cristo para que vivamos por fe en Él. Acudamos a Cristo, agradecidos que se haya declarado que todo aquel que quiera ir a Él será recibido.

Vv. 66—71. Cuando admitimos en nuestra mente duros pensamientos acerca de las palabras y obras de Jesús, entramos en la tentación de modo que, si el Señor no lo evitara en su misericordia, terminaríamos retrocediendo. El corazón corrupto y malo del hombre hace que lo que es materia del mayor consuelo sea una ocasión de ofensa. Nuestro Señor había prometido vida eterna a Sus seguidores en el sermón anterior; los discípulos se adhirieron a esa palabra sencilla y resolvieron aferrarse a Él, cuando los demás se adhirieron a las palabras duras y lo abandonaron. —La doctrina de Cristo es la palabra de vida eterna, por tanto, debemos vivir y morir por ella. Si abandonamos a Cristo, abandonamos nuestras propias misericordias. —Ellos creyeron que este Jesús era el Mesías prometido a sus padres, el Hijo del Dios vivo. Cuando estamos tentados a descarriarnos, bueno es que recordemos los principios antiguos y nos mantengamos en ellos. Recordemos siempre la pregunta de nuestro Señor: ¿Nos alejaremos y abandonaremos a nuestro Redentor? ¿A quién podemos acudir? Él solo puede dar salvación por el perdón de pecados. Esto solo da confianza,

consuelo y gozo y hace que el temor y el abatimiento huyan. Gana la única dicha firme en este mundo y abre el camino a la dicha del próximo.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—13. *Cristo va a la fiesta de los tabernáculos.* 14—39. *Su sermón en la fiesta.* 40—53. *El pueblo discute acerca de Cristo.*

Vv. 1—13. Los hermanos o parientes de Jesús se disgustaron cuando se dieron cuenta que no tenían posibilidades de lograr ventajas mundanales con Él. Los hombres impíos se ponen, a veces, a aconsejar a los ocupados en la obra de Dios, pero sólo aconsejan lo que parezca probable para fomentar ventajas en este mundo. —La gente discrepó acerca de su doctrina y de sus milagros, mientras los que le favorecían no se atrevieron a reconocer abiertamente sus sentimientos. Los que consideran que los predicadores del evangelio son estafadores, dicen lo que piensan, mientras muchos que los favorecen, temen que les reprochen por reconocer que los consideran buenos.

Vv. 14—24. Todo ministro fiel puede adoptar humildemente las palabras de Cristo. Su doctrina no es de su propia invención, pero es de la palabra de Dios por medio de la enseñanza de su Espíritu. Y en medio de las disputas que perturban al mundo, si un hombre de cualquier nación procura hacer la voluntad de Dios, sabrá si la doctrina es de Dios o si los hombres hablan de sí mismos. Sólo los que odian la verdad serán entregados a errores que les serán fatales. —Ciertamente restaurar la salud al afligido concuerda con el propósito del día de reposo, al igual que administrar un ritual externo. Jesús les dijo que decidieran sobre su conducta según la importancia espiritual de la ley divina. No debemos juzgar a nadie por su aspecto externo, sino por su valor y por los dones y la gracia del Espíritu de Dios en él.

Vv. 25—30. Cristo proclamó en voz alta que estaban equivocados en lo que pensaban sobre su origen. Fue enviado por Dios, quien se demostró fiel a sus promesas. Esta declaración, de que ellos no conocían a Dios, con su pretención de tener un conocimiento peculiar, provocó a los oyentes; y procuraron detenerlo, pero Dios puede atar las manos de los hombres aunque no convierta sus corazones.

Vv. 31—36. Los sermones de Jesús convencieron a muchos de que Él era el Mesías, pero no tenían el valor de reconocerlo. Consuelo para los que están *en* este mundo, pero que no son *de* este mundo, y por tanto, son odiados y están cansados de él, es que no estarán para siempre en el mundo, ni por mucho tiempo más. Bueno es que nuestros días sean pocos por ser malos. Los días de vida y de gracia no duran mucho; y cuando los pecadores estén en desgracia, se alegrarán de la ayuda que ahora desprecian. Los hombres discuten sobre sus palabras, pero cuando se produzca todo se explicará.

Vv. 37—39. En el último día de la fiesta de los tabernáculos los judíos sacaban agua y la derramaban ante el Señor. Se supone que Cristo alude a eso. Si cualquiera desea ser feliz verdaderamente para siempre, que venga a Cristo y sométase a Él. La sed significa el fuerte deseo de bendiciones espirituales, que ninguna otra cosa puede satisfacer; así, pues, las influencias santificadoras y consoladoras del Espíritu Santo estan representadas por las aguas, a las cuales Jesús invita que vayan y beban. El consuelo fluye abundante y constante como un río; fuerte como un torrente para derribar la oposición de las dudas y los temores. Hay en Cristo una plenitud de gracia sobre gracia. El Espíritu que habita y obra en los creyentes es como fuente de agua viva, corriente de

la cual fluyen arroyos abundantes, que refrescan y limpian como el agua. No esperemos los dones milagrosos del Espíritu Santo, pero podemos solicitar sus influencias más corrientes y más valiosas. Estos arroyos han fluido desde nuestro Redentor glorificado hasta esta fecha, y hasta los rincones más remotos de la tierra. Deseemos darlos a conocer al prójimo.

Vv. 40—53. La maldad de los enemigos de Cristo siempre es irracional y, a veces, no se puede contar con que sea refrenada. Nunca un hombre habló con su sabiduría, poder, y gracia, esa claridad convincente y dulzura, con que hablaba Cristo. ¡Ay, muchos de los que estuvieron por un tiempo refrenados y que hablaron bien de la palabra de Jesús, perdieron rápidamente sus convicciones y siguieron en sus pecados! La gente es neciamente motivada en materias de peso eterno por motivos externos, estando dispuestos hasta ser condenados por amor a la moda. Como la sabiduría de Dios escoge frecuentemente cosas que los hombres desprecian, así la necedad de los hombres desprecia corrientemente a quienes Dios ha elegido. El Señor saca adelante a sus discípulos tímidos y débiles, y a veces los usa para derrotar los designios de sus enemigos.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—11. *Los fariseos y la adúltera.* 12—59. *La conversación de Cristo con los fariseos.*

Vv. 1—11. Cristo no halló defecto en la ley ni excusó la culpa de la mujer prisionera; tampoco tomó en cuenta el pretendido celo de los fariseos. Se condenan a sí mismos los que juzgan a los demás y, sin embargo, hacen lo mismo. Todos los que de alguna manera son llamados a culpar las faltas del prójimo, están especialmente preocupados de mirarse a sí mismos y mantenerse puros. En este asunto Cristo asistió a la gran obra por la cual vino al mundo, la cual era, llevar pecadores al arrepentimiento, no para destruir, sino para salvar. Él apuntaba a llevar al arrepentimiento no sólo al acusado demostrándole su misericordia, sino también a los acusadores demostrándoles sus pecados; ellos pensaron tenderle una trampa; Él procuró convencerlos y convertirlos. —Él rehusó inmiscuirse en el oficio de juez. Muchos delitos merecen un castigo más severo que el recibido, pero no debemos dejar nuestra propia obra para asumir aquella a la cual no hemos sido llamados. Cuando Cristo la mandó irse, fue con esta precaución: Vete y no peques más. Los que ayudan a salvar la vida de un delincuente deben ayudar a salvar el alma con el mismo cuidado. —Son verdaderamente felices aquellos a quienes Cristo no condena. El favor de Cristo para nosotros al perdonar los pecados pasados debe prevalecer en nosotros: Vete, y no peques más.

Vv. 12—16. Cristo es la Luz del mundo. Dios es luz, y Cristo es la imagen del Dios invisible. Un sol ilumina a todo el mundo; así lo hace un solo Cristo y no se necesita más. ¡Qué mazmorra oscura sería el mundo sin el sol! Así sería sin Jesús por el cual vino la luz al mundo. —Quienes siguen a Cristo no andarán en tinieblas. No serán dejados sin las verdades necesarias para impedir el error destructor, y sin las instrucciones en el camino del deber, necesarias para guardarlos del pecado condenador.

Vv. 17—20. Si conociéramos mejor a Cristo conoceríamos mejor al Padre. Se vuelven vanos en sus imaginaciones acerca de Dios los que no aprenden de Cristo. Los que no conocen su gloria ni su gracia, no conocen al Padre que le envió. El tiempo de nuestra partida de este mundo depende de Dios. Nuestros enemigos no pueden apresurarlo más, ni nuestros amigos, demorarlo respecto del tiempo designado por el Padre. Todo creyente verdadero puede mirar arriba y decir con placer: Mis tiempos están en tu mano, y mejor en ellas que en las mías. Para todos los propósitos de Dios hay un tiempo.

Vv. 21—29. Los que viven en incredulidad están acabados para siempre si mueren en la incredulidad. Los judíos pertenecían a este mundo malo actual, pero Jesús era de naturaleza divina y celestial, de modo que su doctrina, su reino y sus bendiciones no se adaptarían al gusto de ellos. Pero la maldición de la ley es quitada para todos los que se someten a la gracia del evangelio. Nada, sino la doctrina de la gracia de Cristo, será un argumento suficientemente poderoso para hacernos volver del pecado a Dios; y ese Espíritu es dado, y esa doctrina está dada, para obrar sólo en quienes creen en Cristo. Algunos dicen: ¿Quién es este Jesús? Ellos le reconocen como un profeta, maestro excelente, y aun como algo más que una criatura, pero no pueden reconocerle, por sobre todo, como Dios bendito por los siglos. ¿No bastará eso? Aquí responde Jesús la pregunta: ¿Es esto para honrarle como Padre? ¿Reconoce que Jesús es la Luz del mundo y la Vida de los hombres, uno con el Padre? Todos sabrán por su conversión o en su condenación que Él siempre habló e hizo lo que agradaba al Padre, aun cuando reclamaba para sí los honores más excelsos.

Vv. 30—36. Un poder tal acompañaba las palabras de nuestro Señor que muchos se convencieron y profesaron creer en Él. Él los estimuló para que escucharan sus enseñanzas, a confiar en sus promesas, y obedecer sus mandamientos a pesar de todas las tentaciones al mal. Iban a ser verdaderamente sus discípulos haciendo eso, y aprenderían por la enseñanza de su palabra y su Espíritu, donde están la esperanza y la fuerza de ellos. —Cristo habló de libertad espiritual, pero los corazones carnales no sienten otros pesares aparte de los que molestan al cuerpo y perturban sus asuntos mundanos. Si se les habla de su libertad y propiedad, del despilfarro perpetrado en sus tierras o del daño infligido a sus casas, entenderán muy bien, pero si se les habla de la esclavitud del pecado, de la cautividad con Satanás y de la libertad por Cristo, del mal hecho a sus preciosas almas, y el riesgo de su bienestar eterno, entonces usted lleva cosas raras a sus oídos. Jesús les recordó claramente que el hombre que practica cualquier pecado es, efectivamente, un esclavo de pecado, como era el caso de la mayoría de ellos. Cristo nos ofrece libertad en el evangelio; tiene poder para darla, y aquellos a quienes Cristo hace libres, realmente lo son. Sin embargo, a menudo vemos a las personas que debaten sobre libertades de toda clase mientras son esclavos de alguna lujuria pecaminosa.

Vv. 37—40. Nuestro Señor resiste el orgullo y la vana confianza de estos judíos, mostrándoles que su descendencia desde Abraham no aprovecha a los de espíritu contrario a Él. Donde la palabra de Dios no tiene lugar, no debe esperarse nada bueno; ahí se da lugar a toda iniquidad. —Un enfermo que regresa de ver al médico y no toma ningún remedio ni come, ha perdido la esperanza de recuperarse. La verdad sana y nutre los corazones de quienes la reciben. La verdad enseñada por los filósofos no tiene este poder ni este efecto, sino sólo la verdad de Dios. Quienes reclaman los privilegios de Abraham, deben hacer las obras de Abraham; deben ser extranjeros y peregrinos en este mundo; mantener la adoración de Dios en su familia y andar siempre delante de Dios.

Vv. 41—47. Satanás dispone a los hombres a excesos por los cuales se asesinan a sí mismos y al prójimo, mientras lo que pone en la mente tiende a destruir las almas de los hombres. Él es el gran promotor de toda clase de falsedad. Es mentiroso, todas sus tentaciones las efectúa llamando bueno a lo malo y malo a lo bueno, y prometiendo libertad en el pecar. Él es el autor de todas las mentiras; a él se parecen y evocan los mentirosos, con quienes tendrá su porción para siempre, como todos los mentirosos. Las lujurias especiales del diablo son la maldad espiritual, las lujurias de la mente, y los razonamientos corruptos, la soberbia y la envidia, la ira y la malicia, la enemistad para con lo bueno, y estimular al prójimo al mal. Aquí la verdad es la voluntad revelada de Dios para salvación de los hombres por Jesucristo, la verdad que ahora estaba predicando Cristo y a la cual se opusieron los judíos.

Vv. 48—53. Obsérvese el desprecio de Cristo por los aplausos de los hombres. Los que están muertos para los elogios de los hombres pueden tolerar el desprecio de ellos. Dios procura el honor de todos los que no buscan lo suyo propio. —En estos versículos tenemos la doctrina de la dicha eterna de los creyentes. Tenemos el *carácter* del creyente; éste es el que guarda las palabras del Señor Jesús. El *privilegio* del creyente es que no verá para siempre la muerte de ninguna manera. Aunque ahora no pueden evitar ver la muerte y, también saborearla, sin embargo, dentro de poco tiempo estarán donde para siempre no habrá más muerte, Exodo xiv, 13.

Vv. 54—59. Cristo y todos los suyos, dependen de Dios en cuanto al honor. Los hombres pueden ser capaces de debatir sobre Dios aunque no le conozcan. Se pone juntos a los que no conocen a Dios con los que no obedecen el evangelio de Cristo, 2 Tesalonisenses i, 8. Todos los que conocen rectamente algo de Cristo desean fervorosamente saber más de Él. Los que disciernen el alborear de la luz del Sol de Justicia, desean ver su levante. —"YO SOY antes que Abraham". Esto habla de Abraham como una criatura y de nuestro Señor como el Creador; por tanto, bien puede Él engrandecerse más que Abraham. YO SOY es el nombre de Dios, Exodo iii, 14; habla de su existencia de Sí mismo y por sí mismo; Él es el Primero y el Último, siempre el mismo, Apocalipsis i, 8. Así, pues, no sólo era antes que Abraham, sino antes que todos los mundos, Proverbios viii, 23; capítulo i, 1. Como Mediador fue el Mesías ungido mucho antes de Abraham; el Cordero inmolado desde la fundación del mundo, Apocalipsis xiii, 8. El Señor Jesús fue hecho Sabiduría, Justicia, Santificación y Redención de Dios para Adán y Abel, y para todos los que antes de Abraham vivieron y murieron por fe en Él. —Los judíos estaban por lapidar a Jesús por blasfemar, pero Él se retiró; por su poder milagroso pasó ileso a través de ellos. Profesemos constantemente lo que sabemos y creemos acerca de Dios; y si somos herederos de la fe de Abraham, nos regocijaremos esperando el día en que el Salvador se aparecerá en gloria para confusión de sus enemigos, y para completar la salvación de todos los que creen en Él.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—7. *Cristo da vista a un ciego de nacimiento.* 8—12. *El relato del ciego.* 13—17. *Los fariseos interrogan al hombre que había sido ciego.* 18—23. *Le preguntan de Él.* 24—34. *Lo expulsan.* 35—38. *Las palabras de Cristo al hombre que había sido ciego.* 39—41. *Reprende a los fariseos.*

Vv. 1—7. Cristo curó a muchos que eran ciegos por enfermedad o accidente; aquí sana a uno que nació ciego. Así mostró su poder para socorrer en los casos más desesperados, y la obra de su gracia en las almas de los pecadores, que da vista a los que son ciegos por naturaleza. Este pobre hombre no podía ver a Cristo, pero Cristo lo vio a Él. Y si sabemos o captamos algo de Cristo se debe a que primeramente fuimos conocidos por Él. Cristo habla de calamidades extraordinarias, que no siempre tienen que considerarse como castigos especiales del pecado; a veces, son para la gloria de Dios y para manifestar sus obras. —Nuestra vida es nuestro día en el que nos corresponde hacer el trabajo del día. Debemos estar ocupados y no desperdiciar el tiempo del día; el tiempo de reposo será cuando nuestro día esté terminado, porque no es sino un día. El acercamiento de la muerte debiera estimularnos para aprovechar todas las oportunidades de hacer y recibir el bien. Debemos hacer rápidamente el bien que tengamos oportunidad de hacer. Y aquel que nunca hace una buena obra hasta que no hay nada que objetar contra ella, dejará más de una buena obra sin hacer, Eclesiastés xi, 4. —Cristo magnificó su poder al hacer que un ciego viera, haciendo lo que uno pensaría como más probable para enceguecer a uno que ve. La razón humana no puede juzgar los métodos del Señor que usa medios e instrumentos que los hombres desprecian. Los que serán sanados por Cristo deben ser

gobernados por Él. Regresó desde el estanque maravillándose y maravillado; se fue viendo. Esto representa los beneficios de prestar atención a las ordenanzas señaladas por Cristo; las almas llegan débiles y se van fortalecidas; llegan dudando y se van satisfechas; llegan de duelo y se van jubilosas; llegan ciegas y se van viendo.

Vv. 8—12. Se sabe que aquellos cuyos ojos son abiertos y sus corazones limpiados por la gracia, son las mismas personas, pero de carácter completamente diferente, y viven como monumentos de la gloria del Redentor y recomiendan su gracia a todos los que desean la misma preciosa salvación. Bueno es fijarse en el camino y el método de las obras de Dios y se verán más maravillosas. Aplíquese esto espiritualmente. En la obra de gracia obrada en el alma vemos el cambio, pero no vemos la mano que lo efectúa: el camino del Espíritu es como el del viento, del cual uno oye el sonido, pero no puede decir de dónde viene ni adónde va.

Vv. 13—17. Cristo no sólo obró milagros en el día de reposo, pero su modo hizo que se ofendieran los judíos, porque pareció no ceder ante los escribas ni los fariseos. El celo de ellos por los puros ritos consumió los asuntos importantes de la religión; por tanto, Cristo no quiso darles cabida. Además, se permiten las obras de necesidad y de misericordia y el reposo sabático debe guardarse para la obra del día de reposo. ¡Cuántos ojos cegados han sido abiertos predicando el evangelio en el día del Señor! ¡Cuántas almas impotentes son curadas en ese día! Muchos juicios impíos y despiadados vienen de los hombres que agregan sus propias fantasías a los designios de Dios. ¡Qué perfecto en sabiduría y santidad es nuestro Redentor, cuando sus enemigos no pudieron hallar nada en su contra, sino la acusación de violar el día de reposo, tan a menudo refutada! Seamos capaces de silenciar la ignorancia de los hombres necios haciendo el bien.

Vv. 18—23. Los fariseos esperaron vanamente refutar este notable milagro. Esperaban a un Mesías, pero no toleraban pensar que este Jesús fuera Aquel, porque sus preceptos eran del todo contrarios a las tradiciones de ellos, y porque tenían la expectativa de un Mesías con pompa y esplendor externo. El temor del hombre pondrá lazo, Proverbios xxix, 25, y, a menudo, hace que la gente niegue y desconozca a Cristo, sus verdades y caminos, y actúe contra sus conciencias. El indocto y pobre, que son de corazón simple, extraen prestamente inferencias apropiadas de las pruebas de la luz del evangelio, pero aquellos cuyos deseos son de otro camino, aunque estén siempre aprendiendo, nunca llegan al conocimiento de la verdad.

Vv. 24—34. Como las misericordias de Cristo son de valor supremo para quienes perciben sus necesidades, eran ciegos y ahora ven; así, los afectos más poderosos y duraderos por Cristo surgen de conocerle verdaderamente. —Aunque no podemos decir cuándo, cómo y por cuales pasos se obró el cambio bendito de la obra de gracia en el alma, aun así, podemos tener el consuelo, si por gracia podemos decir: Yo era ciego, pero ahora veo. Yo llevaba una vida mundana sensual pero ahora, gracias a Dios, es lo contrario, Efesios v, 8. Indudablemente prodigiosa es la incredulidad de los que disfrutan los medios de conocimiento y convicción. Todos los que han sentido el poder y la gracia del Señor Jesús, se maravillan ante la disposición voluntaria de otros que le rechazan. Este les discute con fuerza que no sólo Jesús no era pecador, sino que era de Dios. Que cada uno de nosotros podamos saber por esto si somos o no de Dios: ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos por Dios? ¿Qué hacemos por nuestra alma? ¿Qué hacemos más que otros?

Vv. 35—38. Cristo reconoce a quienes le reconocen a Él, su verdad y sus caminos. Se nota en particular a los que sufren en la causa de Cristo y del testimonio de una buena conciencia. Nuestro Señor Jesús se revela por gracia al hombre. Ahora éste fue hecho sensato; qué misericordia inexpresable fue ser curado de su ceguera, para que pudiera ver al Hijo de Dios. Nadie sino Dios

debe ser adorado; así que, al adorar a Jesús, le reconoció como Dios. Le adorarán todos los que creen en Él.

Vv. 39—41. Cristo vino al mundo a dar vista a los espiritualmente ciegos. Además, para que los que ven sean cegados; para que los que tienen un elevado concepto de su propia sabiduría, sean sellados en su ignorancia. La predicación de la cruz era considerada locura por quienes no conocieron a Dios por la sabiduría carnal. Nada fortifica los corazones corruptos de los hombres contra las convicciones de la palabra más que la elevada opinión que los otros tienen de ellos; como si todo lo que los hombres aplauden, debiera ser aceptado por Dios. —Cristo los silenció, pero persiste el pecado del vanidoso y del que confía en sí mismo; ellos rechazan el evangelio de la gracia, por tanto, la culpa de su pecado sigue sin ser perdonada, y el poder de su pecado sigue intacto.

CAPÍTULO X

Versículos 1—5. *La parábola del buen pastor.* 6—9. *Cristo, la Puerta.* 10—18. *Cristo, el Buen Pastor.* 19—21. *La opinión de los judíos sobre Jesús.* 22—30. *Su sermón en la fiesta de la dedicación.* 31—38. *Los judíos intentan lapidar a Jesús.* 39—42. *Salida de Jerusalén.*

Vv. 1—5. He aquí una parábola o símil tomado de las costumbres del Oriente para el manejo de las ovejas. Los hombres, como criaturas que dependen de su Creador, son llamados ovejas de su prado. La Iglesia de Dios en el mundo es como un redil de ovejas, expuesto a los engañadores y los perseguidores. El gran Pastor de las ovejas conoce a todas las suyas, las cuida por su providencia, las guía por su Espíritu y su palabra, y va delante de ellas, como los pastores orientales iban delante de sus ovejas para ponerlas en el camino tras sus pasos. Los ministros deben servir a las ovejas en sus preocupaciones espirituales. El Espíritu de Cristo les pondrá por delante una puerta abierta. Las ovejas de Cristo obedecerán a su Pastor y serán cautelosas y tímidas con los extraños que las quieran sacar de la fe en Él y llevarlas a las fantasías sobre Él.

Vv. 6—9. Muchos que oyen la palabra de Cristo no la entienden porque no quieren, pero nosotros hallaremos que un pasaje explica a otro al otro, y el Espíritu bendito da a conocer al bendito Jesús. —Cristo es la Puerta, ¿y qué mayor seguridad tiene la Iglesia de Dios que el Señor Jesús esté entre ella y todos sus enemigos? Él es una puerta abierta para pasar y comunicar. He aquí instrucciones claras sobre cómo entrar al redil; debemos entrar por Jesucristo en cuanto es la Puerta. Por fe en Él como el gran Mediador entre Dios y el hombre. Además, tenemos promesas preciosas para los que obedecen esta instrucción. Cristo da todo el cuidado a su Iglesia, y a cada creyente, que un buen pastor da a su rebaño; y Él espera que la Iglesia, y cada creyente, le atienda y se mantenga en su pastura.

Vv. 10—18. Cristo es el Buen Pastor; muchos no eran ladrones, pero fueron negligentes con su deber, y el rebaño fue muy dañado por su descuido. Los malos principios son la raíz de las malas costumbres. —El Señor Jesús sabe a quienes ha escogido y está seguro de ellos; también ellos saben en quien confiaron y están seguros de Él. —Véase aquí la gracia de Cristo: puesto que nadie podría quitarle la vida, Él la entrega, por sí, para nuestra redención. Él se ofrendó para ser el *Salvador:* He aquí, Yo vengo. La necesidad de nuestro caso lo pedía, y Él se ofreció para el *Sacrificio.* Fue el que ofrenda y ofrenda, de modo que la entrega de su vida fue la ofrenda de sí mismo. De eso queda en claro que Él murió en el lugar y como sustituto de los hombres para lograr que ellos fueran librados

del castigo del pecado, para obtener el perdón del pecado para ellos; y para que su muerte adquiriera ese perdón. Nuestro Señor no entregó su vida por su doctrina, sino por sus ovejas.

Vv. 19—21. Satanás destruye a muchos quitándoles el interés por la palabra y las ordenanzas. Los hombres no toleran que se rían de ellos por su alimento necesario, pero toleran que se rían de ellos por lo que es mucho más necesario. Si nuestro celo y fervor en la causa de Cristo, especialmente en la bendita obra de llevar sus ovejas a su redil, nos acarrea mala fama, no la escuchemos, pero recordemos que así reprocharon a nuestro Maestro antes que a nosotros.

Vv. 22—30. Todos los que tienen algo que decir a Cristo, pueden encontrarlo en el templo. Cristo nos hará creer; nosotros nos hacemos dudar. Los judíos entendieron su significado, pero no pudieron dar forma a sus palabras como acusación completa en su contra. Él describió la disposición de gracia y el estado de dicha de sus ovejas; ellas oyeron y creyeron su palabra, le siguieron como sus fieles discípulos, y ninguna de ellas perecerá, porque el Hijo y el Padre eran uno. Así, pues, pudo defender a sus ovejas contra todos sus enemigos, lo cual prueba que pretendió tener poder y perfección divinos iguales al Padre.

Vv. 31—38. Las obras de poder y misericordia de Cristo le proclaman ser. Dios bendijo sobre todo por los siglos, para que todos sepan y crean que Él es en el Padre, y el Padre en Él. A quien el Padre envía, santifica. El santo Dios recompensará y, por tanto, empleará sólo a quienes Él haga santos. El Padre era en el Hijo, de modo que por el poder divino, Aquél obró sus milagros; el Hijo era en el Padre, de modo que conocía toda su mente. Nosotros no podemos hallar esto a la perfección buscándolo, pero debemos conocer y creer estas declaraciones de Cristo.

Vv. 39—42. No prosperará ningún arma forjada contra nuestro Señor Jesús. No escapó porque tuviera temor de sufrir, sino porque su hora no había llegado. Aquél que sabía librarse a sí mismo, sabe librar de sus tentaciones a los santos, y hacerles un camino para que escapen. Los perseguidores pueden echar a Cristo y su evangelio de la ciudad o país de ellos pero no pueden echarlos del mundo. Cuando por fe en nuestros corazones conocemos a Cristo, encontramos que es verdad todo lo que la Escritura dice de Él.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—6. *La enfermedad de Lázaro.* 7—10. *Cristo regresa a Judea.* 11—16. *La muerte de Lázaro.* 17—32. *Cristo arriba a Betania.* 33—46. *Resucita a Lázaro.* 47—53. *Los fariseos se confabulan contra Jesús.* 54—57. *Los judíos lo buscan.*

Vv. 1—6. Estar enfermos no es nada nuevo para quienes Cristo ama; las dolencias corporales corrigen la corrupción y prueban las gracias del pueblo de Dios. Él no vino a resguardar a su pueblo de estas aflicciones, sino a salvarlos de sus pecados, y de la ira venidera; sin embargo, nos corresponde apelar a Él por cuenta de nuestros amigos y parientes cuando están enfermos y afligidos. Que esto nos reconcilie con el lado más oscuro de la Providencia, que todo es para la gloria de Dios: así son enfermedad, pérdida, desilusión; y debemos satisfacernos si Dios es glorificado. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Favorecidas grandemente son las familias en que abundan el amor y la paz, pero son felices hasta lo sumo aquellas a las que Jesús ama, y por las que es amado. Ay, que este raras veces sea el caso de cada persona, aun en familias pequeñas. —Dios tiene intenciones buenas aun cuando parece demorar. Cuando tarda la obra de liberación temporal o espiritual, pública o personal, se debe a que espera el momento oportuno.

Vv. 7—10. Cristo nunca pone en peligro a su pueblo si no va con ellos. Somos dados a pensar que somos celosos por el Señor cuando, en realidad, somos celosos sólo por nuestra riqueza, crédito, comodidad y seguridad; por tanto, necesitamos probar nuestros principios. Nuestro día será prolongado hasta que nuestra obra esté hecha y finalizado nuestro testimonio. El hombre tiene consuelo y satisfacción mientras va en el camino de su deber, según lo estipule la palabra de Dios, y esté determinado por la providencia de Dios. Donde quiera que Cristo fue, anduvo en el día, y así nosotros si seguimos sus pasos. Si un hombre anda en el camino de su corazón, conforme al rumbo de este mundo, si considera más sus razonamientos carnales que la voluntad y la gloria de Dios, cae en tentaciones y trampas. Tropieza porque no hay luz en él, porque la luz *en nosotros* es a nuestras acciones morales como la luz *alrededor de nosotros* es a nuestras acciones naturales.

Vv. 11—16. Puesto que estamos seguros de resucitar al final, ¿por qué la esperanza que cree en la resurrección a la vida eterna, no nos facilita el sacarnos el cuerpo y morir, como si fuera sacarse la ropa e irse a dormir? Cuando muere el cristiano verdadero no hace sino dormir; descansa de las labores del día pasado. Sí, de aquí que la muerte sea mejor que dormir, porque dormir es sólo un descanso breve, pero la muerte es el fin de todas las preocupaciones y esfuerzos terrenales. Los discípulos pensaban que ahora no era necesario que Cristo fuera donde Lázaro y se expusiera Él junto con ellos. Así, a menudo, esperamos que la buena obra que somos llamados a hacer, sea hecha por alguna otra mano si hay riesgos en hacerla. Pero cuando Cristo resucitó a Lázaro de entre los muertos, muchos fueron llevados a creer en Él; y se hizo mucho para perfeccionar la fe de los que creyeron. Vayamos *a Él*; la muerte no puede separarnos del amor de Cristo ni ponernos fuera del alcance de su llamado. —Como Tomás, los cristianos deben animarse unos a otros en tiempos difíciles. La muerte del Señor Jesús debe darnos la disposición de morir cuando Dios nos llame.

Vv. 17—32. Aquí había una casa donde estaba el temor de Dios y sobre la cual reposaba su bendición, pero fue hecha casa de duelo. La gracia evita el duelo en el corazón, pero no el de la casa. —Cuando Dios, por su gracia y providencia, viene a nosotros por caminos de misericordia y consuelo, como Marta, debemos salir por fe, esperanza y oración a encontrarlo. Cuando Marta salió a encontrar a Jesús, María se quedó tranquila en casa; anteriormente este temperamento fue ventajoso para ella, cuando la puso a los pies de Cristo para oír su palabra, pero en el día de la aflicción, el mismo temperamento la dispuso a la melancolía. Sabiduría nuestra es velar contra la tentación y usar las ventajas de nuestro temperamento natural. —Cuando no sabemos qué pedir o esperar en particular, encomendémonos a Dios; dejémosle hacer lo que le plazca. Para aumentar las expectativas de Marta, nuestro Señor declara que es la Resurrección y la Vida. Es la resurrección en todo sentido: fuente, sustancia, primicia, y causa de la resurrección. El alma redimida vive feliz después de la muerte y, después de la resurrección, el cuerpo y el alma son resguardados de todo mal para siempre. —Cuando leamos u oigamos la palabra de Cristo sobre las grandes cosas del otro mundo, debemos preguntarnos ¿creemos esta verdad? Las cruces y los consuelos de esta época no nos impresionarían tan profundamente como lo hacen, si creyéramos como debemos las cosas de la eternidad. —Cuando Cristo, nuestro Maestro, viene, nos llama. Él viene en su palabra y ordenanza, y nos llama a ellas, nos llama por ellas, y nos llama a sí mismo. Los que, en un día de paz, se ponen a los pies de Cristo para que les enseñe, pueden, con consuelo, echarse a sus pies para hallar su favor en un día de inquietud.

Vv. 33—46. La tierna simpatía de Cristo por estos amigos afligidos se manifestó por la angustia de su Espíritu. Él es afligido en todas las aflicciones de los creyentes. Su preocupación por ellos lo demuestra su bondadosa pregunta por los restos de su amigo fallecido. Él actúa en la forma y a la manera de los hijos de los hombres, al ser hallado a semejanza de hombre. Eso lo demostró por sus lágrimas. Era varón de dolores y experimentado en quebranto. Las lágrimas de compasión se parecen a las de Cristo, pero éste nunca aprobó esa sensibilidad de la cual se enorgullecen tantos de los que

lloran por simples relatos de problemas, pero se endurecen ante el ay de verdad. Nos da el ejemplo al apartarse de las escenas de hilaridad frívola, para que consolemos al afligido. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades. —Es un buen paso para levantar un alma a la vida espiritual, cuando se quita la piedra, cuando se eliminan y superan los prejuicios, dando lugar para que la palabra entre al corazón. Si recibimos la palabra de Cristo, y confiamos en su poder y fidelidad, veremos la gloria de Dios y nos alegraremos al verla. Nuestro Señor Jesús nos enseña, con su ejemplo, a llamar Padre a Dios en la oración y a acercarnos a Él como hijos al padre, con reverencia humilde, pero con santa osadía. Habló directamente a Dios con los ojos alzados y en voz alta, para que ellos se convencieran que el Padre le había enviado al mundo como su Hijo amado. —Él podía resucitar a Lázaro por el ejercicio silencioso de su poder y voluntad, y la obra invisible del Espíritu de vida, pero lo hizo en voz alta. Era un tipo del llamado del evangelio por el cual se sacan las almas muertas de la tumba del pecado: tipo del sonido de la trompeta del arcángel del último día, con que serán despertados todos los que duermen en el polvo, y serán convocados a comparecer ante el gran tribunal. La tumba del pecado y este mundo no son lugar para aquellos que Cristo revivió; ellos deben salir. Lázaro fue revivido completamente y regresó, no sólo a la vida, sino a la salud. El pecador no puede revivir su propia alma, pero tiene que usar los medios de gracia; el creyente no puede santificarse a sí mismo, pero tiene que dejar de lado todo peso y estorbo. No podemos convertir a nuestros parientes y amistades, pero debemos instruirlos, precaverlos e invitarlos.

Vv. 47—53. Difícilmente haya un descubrimiento más claro de la locura del corazón del hombre y de su enemistad enconada contra Dios que lo aquí registrado. Las palabras de la profecía en la boca no son prueba clara de un principio de gracia en el corazón. Por el pecado tomamos el rumbo más eficaz para echarnos encima la calamidad, de la cual procuramos escapar, como hacen quienes creen que fomentan su propio interés mundano oponiéndose al reino de Cristo. Lo que el impío teme le vendrá. La conversión de las almas es la reunión de ellas con Cristo como su rey y refugio; Él murió para efectuar esto. Al morir las compró para sí mismo, y adquirió el don del Espíritu Santo para ellas: Su amor al morir por los creyentes debe unirlos estrechamente.

Vv. 54—57. Debemos renovar nuestro arrepentimiento antes de la pascua del evangelio. Así, por una purificación voluntaria y por ejercicios religiosos, muchos, más devotos que su prójimo, pasan un tiempo en Jerusalén antes de la pascua. Cuando esperamos reunirnos con Dios debemos prepararnos con solemnidad. Ningún artificio del hombre puede alterar los propósitos de Dios, y aunque los hipócritas se diviertan con formas y disputas, y los hombres mundanos procuren sus propios planes, Jesús sigue ordenando todas las cosas para su gloria y para la salvación de su pueblo.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—11. *María unge a Cristo.* 12—19. *Entra a Jerusalén.* 20—26. *Unos griegos quieren ver a Jesús.* 27—33. *Una voz desde el cielo da testimonio de Cristo.* 34—36. *Su sermón para el pueblo.* 37—43. *Incredulidad de los judíos.* 44—50, *El discurso de Cristo para ellos.*

Vv. 1—11. Cristo había reprendido a Marta anteriormente porque se afanaba con mucho servicio, pero ella no dejó de servir, como algunos que, con belicosidad, se van al otro extremo cuando son hallados en falta por exagerar una cosa; ella siguió sirviendo, pero dentro del alcance de las palabras de la gracia de Cristo. —María dio una señal de amor a Cristo, que le había dado verdaderas señales de su amor por ella y su familia. El Ungido de Dios será nuestro Ungido. Como Dios derramó el óleo de alegría sobre Él, por más que a sus compañeros, así nosotros derramemos el ungüento de

nuestros mejores afectos sobre Él. —El pecado necio es embellecido con un pretexto creíble por Judas. No debemos pensar que los que no hacen el servicio a nuestra manera no lo hacen de manera aceptable. El amor al dinero que reina es robo de corazón. La gracia de Cristo hace comentarios bondadosos de las palabras y acciones piadosos, sacando lo mejor de lo que está mal, y el máximo de lo bueno. Se debe aprovechar las oportunidades; y primero y con mayor vigor las que probablemente sean las más breves. —Confabularse para impedir el efecto ulterior del milagro, matando a Lázaro, es tanta iniquidad, malicia y necedad que no se puede entender, salvo por la enemistad enconada del corazón humano contra Dios. Ellos resolvieron que debía morir el hombre que el Señor había resucitado. El éxito del evangelio suele enojar tanto a los impíos que hablan y actúan como si esperaran triunfar sobre el mismo Todopoderoso.

Vv. 12—19. La entrada triunfal de Cristo en Jerusalén la registran todos los evangelistas. —Los discípulos no entienden muchas cosas excelentes de la palabra y de la providencia de Dios, en la primera instancia de su conocimiento de las cosas de Dios. El entendimiento recto de la naturaleza espiritual del reino de Cristo impide que apliquemos mal las Escrituras que hablan al respecto.

Vv. 20—26. El gran deseo de nuestra alma será ver a Jesús al participar en las santas ordenanzas, en particular de la pascua del evangelio; verlo como nuestro, teniendo comunión con Él y derivando gracia de Él. —El llamado a los gentiles magnificó al Redentor. Una semilla de trigo no produce a menos que sea sepultada. Así Cristo podría haber poseído solo su gloria celestial sin volverse hombre. O, después de haber asumido la naturaleza humana, podría haber entrado solo al cielo, por su justicia perfecta, sin sufrimientos ni muerte, pero entonces, ningún pecador de la raza humana hubiera podido ser salvo. La salvación de nuestras almas hasta ahora y de aquí en adelante hasta el fin del tiempo, se debe a la muerte de esa simiente de trigo. Busquemos si Cristo es en nosotros la esperanza de gloria; roguémosle que nos haga indiferentes a los afanes triviales de esta vida, para que sirvamos al Señor Jesús con mente dispuesta, y para seguir su santo ejemplo.

Vv. 27—33. El pecado de nuestras almas fue la angustia del alma de Cristo cuando emprendió nuestra redención y salvación, haciendo de su alma la ofrenda por el pecado. Cristo estaba dispuesto a sufrir, pero oró pidiendo que se le salvara de sufrir. La oración pidiendo ser librado de la tribulación puede concordar bien con la paciencia que hay tras ellos, y con el sometimiento a la voluntad de Dios en ellos. Nuestro Señor Jesús decidió satisfacer la honra de Dios injuriado, y lo hizo humillándose a sí mismo. La voz del Padre desde el cielo, que lo había declarado su amado Hijo, en su bautismo y en la transfiguración, se oyó proclamando que había glorificado su nombre que lo volvería a glorificar. —Reconciliando el mundo a Dios por el mérito de su muerte, Cristo rompió el poder de la muerte, y echó fuera a Satanás como destructor. Llevando el mundo a Dios por la doctrina de su cruz, Cristo rompió el poder del pecado y echó fuera a Satanás como engañador. El alma que estaba distanciada de Cristo es llevada a amarle y confiar en Él. Ahora Jesús se iba al cielo, y llevaría allá los corazones de los hombres. Hay poder en la muerte de Cristo para atraer las almas a Él. Hemos oído del evangelio lo que enaltece la libre gracia, y también hemos oído lo que llama al deber; debemos aceptar ambos de todo corazón sin separarlos.

Vv. 34—36. La gente sacó nociones falsas de las Escrituras porque pasaron por alto las profecías que hablan de los sufrimientos y la muerte de Cristo. Nuestro Señor les advirtió que la luz no seguiría con ellos por mucho tiempo más, y les exhortó a caminar en ella antes que la oscuridad los alcanzara. Los que quieren andar en la luz deben creer en ella y seguir las instrucciones de Cristo. Pero los que no tienen fe, no pueden contemplar lo que se presenta en Jesús, levantado en la cruz, y son ajenos a su influencia, como lo da a conocer el Espíritu Santo; hallan miles de objeciones para excusar su incredulidad.

Vv. 37—43. Obsérvese el método de conversión aquí implicado. Los pecadores son llevados a ver la realidad de las cosas divinas y a tener un cierto conocimiento de ellas; para que se conviertan y se vuelvan verdaderamente del pecado a Cristo, como su Dicha y Porción. Dios los sanará, los justificará y santificará; perdonará sus pecados, que son como heridas sangrantes y mortificará sus corrupciones, que son como enfermedades que acechan. —Véase aquí el poder del mundo para amortiguar la convicción de pecado teniendo en cuenta el aplauso o la censura de los hombres. El amor al elogio de los hombres, como subproducto de lo bueno, hará hipócrita al hombre cuando la religión está de moda y por ella se obtiene mérito; el amor al elogio de los hombres, como principio vil de lo malo, hará un apóstata del hombre cuando la religión caiga en desgracia y se pierda el mérito por ella.

Vv. 44—50. Nuestro Señor proclamó públicamente que todo aquel que creyera en Él, como su discípulo verdadero, no creería sólo en Él, sino en el Padre que le envió. Contemplando en Jesús la gloria del Padre, aprendemos a obedecer, amar y confiar en Él. Mirando diariamente a Aquel que vino como Luz al mundo, somos liberados crecientemente de las tinieblas de la ignorancia, del error, del pecado y la miseria; aprendemos que el mandamiento de Dios nuestro Salvador es vida eterna, aunque la misma palabra sellará la condenación de todos los que la desprecian o la rechazan.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—17. *Cristo lava los pies de los discípulos.* 18—30. *Anuncio de la traición de Judas.* 31—38. *Cristo manda a los discípulos que se amen unos a otros.*

Vv. 1—17. Nuestro Señor Jesús tiene un pueblo en el mundo que es suyo; los compró y pagó caro por ellos, y los puso aparte para sí; ellos se rinden a Él como pueblo peculiar. A los que Cristo ama, los ama hasta lo sumo. Nada puede separar del amor de Cristo al creyente verdadero. —No sabemos cuando llegará nuestra hora, por eso, lo que tenemos que hacer como preparativo constante para ella, nunca debe quedar sin hacer. No podemos saber qué camino de acceso a los corazones de los hombres tiene el diablo, pero algunos pecados son tan excesivamente pecaminosos, y es tan poca la tentación a ellos de parte del mundo y la carne, que es evidente que vienen directamente de parte de Satanás. —Jesús lavó los pies de los discípulos para enseñarnos a pensar que nada nos rebaja si podemos fomentar la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos. Debemos dirigirnos al deber y dejar de lado todo lo que impida lo que tenemos que hacer. Cristo lavó los pies de los discípulos para representarles el valor del lavado espiritual, y la limpieza del alma de las contaminaciones del pecado. —Nuestro Señor Jesús hace muchas cosas cuyo significado ni sus discípulos saben en el presente, pero lo sabrán después. Al final vemos qué era lo bueno de los hechos que parecían peores. No es humildad, sino incredulidad rechazar la oferta del evangelio como si fueran demasiado ricos para que sea para nosotros o noticia demasiado buena para ser cierta. —Todos los que son espiritualmente lavados por Cristo tienen parte en Él, y solamente ellos. A todos los que Cristo reconoce y salva, los justifica y santifica. Pedro se somete más de lo requerido; ruega ser lavado por Cristo. ¡Cuán ferviente es por la gracia purificadora del Señor Jesús, y el efecto total de ella, hasta en sus manos y cabeza! Los que desean verdaderamente ser santificados, desean ser santificados por completo, y que sea purificado todo el hombre, en todas sus partes y poderes. El creyente verdadero es así lavado cuando recibe a Cristo para su salvación. Entonces, véase cuál debe ser el afán diario de quienes, por gracia, están en un estado justificado, esto es, lavar sus pies; limpiar la culpa diaria, y estar alertas contra toda cosa contaminante. Esto debe hacernos sumamente cautos. Desde el perdón de ayer debemos ser fortalecidos contra la tentación de este día. Cuando se descubren hipócritas, no debe ser sorpresa ni causa de tropiezo para nosotros. —Fijaos en la lección que enseña aquí Cristo.

Los deberes son mutuos; debemos aceptar ayuda de nuestros hermanos y debemos darles ayuda. Cuando vemos que nuestro Maestro sirve, no podemos sino ver cuán inconveniente es dominar para nosotros. —Y el mismo amor que llevó a Cristo a rescatar y reconciliar a sus discípulos, cuando eran enemigos, aún influye sobre Él.

Vv. 18—30. Nuestro Señor había hablado, a menudo, de sus sufrimientos y muerte, sin esa turbación de espíritu como la que ahora devela cuando habla de Judas. Los pecados de los cristianos son la tristeza de Cristo. —No tenemos que limitar nuestra atención a Judas. La profecía de su traición puede aplicarse a todos los que participan de las misericordias de Dios, y las reciben con ingratitud. Véase al infiel que sólo mira las Escrituras con el deseo de quitarles su autoridad y destruir su influencia; al hipócrita que profesa creer las Escrituras, pero no se gobierna por ellas; y al apóstata que se aleja de Cristo por una nadería. Así, pues, la humanidad, sustentada por la providencia de Dios, luego de comer pan con Él, ¡alza contra Él su calcañar! Judas salió como uno cansado de Jesús y de sus apóstoles. Aquellos cuyas obras son malas aman las tinieblas más que la luz.

Vv. 31—35. Cristo había sido glorificado en muchos milagros que obró, pero habla de ser glorificado, ahora, en sus sufrimientos, como si eso fuera más que todas sus otras glorias en su estado de humillación. Así fue hecha satisfacción por el mal hecho a Dios por el pecado del hombre. No podemos seguir ahora a nuestro Señor a su dicha celestial, pero si creemos verdaderamente en Él, lo seguiremos en el más allá; mientras tanto, debemos esperar su tiempo y hacer su obra. —Antes que Cristo dejara a los discípulos, les daría un nuevo mandamiento. Ellos tenían que amarse unos a otros por amor a Cristo y, conforme a su ejemplo, buscar lo que beneficie al prójimo, y fomente la causa del evangelio, como un solo cuerpo animado por una sola alma. Este mandamiento aún parece *nuevo* para muchos profesantes. En general, los hombres notan cualquiera otra palabra de Cristo antes que estas. Por esto se revela, si los seguidores de Cristo no se demuestran amor unos a otros, dan causa para sospechar de su sinceridad.

Vv. 36—38. Pedro pasó por alto lo que Cristo dijo sobre el amor fraternal, pero habló de aquello sobre lo cual Cristo los mantuvo ignorantes. Común es tener más celo por saber cosas secretas, que corresponden sólo a Dios, que por cosas reveladas que nos corresponden a nosotros y a nuestros hijos; tener más deseo de satisfacer nuestra curiosidad que dirigir nuestra conciencia; saber qué se hace en el cielo más de lo que debemos hacer para llegar allá. ¡Qué pronto se deja de hablar sobre lo que es claro y edificante, mientras se sigue el debate dudoso como lucha interminable de palabras! Somos dados a tomar mal que nos digan que no podemos hacer esto o aquello, aunque sin Cristo nada podemos hacer. Cristo nos conoce mejor que nosotros mismos, y tiene muchas maneras de descubrir a los que ama, y esconder el orgullo para ellos. Dediquémonos a mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, a amarnos fervientemente unos a otros con corazón puro, y a andar humildemente con nuestro Dios.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—11. *Cristo consuela a sus discípulos.* 12—17. *Más consuelo para sus discípulos.* 18—31. *Sigue consolando a sus discípulos.*

Vv. 1—11. Aquí hay tres palabras sobre las cuales puede ponerse todo el énfasis: La palabra *turbe.* No os deprimáis ni os angustiéis. La palabra *corazón*. Que su corazón esté guardado con toda confianza en Dios. La palabra *vuestro.* Por más que el prójimo esté abrumado por las penas de esta

época actual, *vosotros* no estéis así. Los discípulos de Cristo deben mantener su mente en paz, más que el prójimo, cuando todo lo demás está turbado. He aquí el remedio contra este trastorno de la mente, “Creed”. Creyendo en Cristo como Mediador entre Dios y el hombre, recibimos consuelo. Se habla de la dicha del cielo como estar en la casa del padre. Hay muchas mansiones, porque hay muchos hijos para ser llevados a la gloria. Las mansiones son viviendas que duran. Cristo será el Consumador de aquello, de lo cual es el Autor o Iniciador; si tiene preparado el lugar para nosotros, nos preparará para eso. —Cristo es el Camino al Padre que los pecadores tienen en su persona como Dios manifestado en carne, en su sacrificio expiatorio, y como nuestro Abogado. Él es la Verdad, que cumple todas las profecías del Salvador; creyendo eso los pecadores van por Él, el Camino. Él es la Vida, por su Espíritu vivificador reciben vida los muertos en pecado. Nadie que no sea vivificado por Él, la Vida, y enseñado por Él, la Verdad, puede acercarse a Dios como Padre por Él, el Camino. Por Cristo, el Camino, nuestras oraciones van a Dios y sus bendiciones vienen a nosotros; este es el Camino que lleva al reposo, el buen Camino antiguo. Él es la Resurrección y la Vida. Todo el que ve a Cristo por fe, ve al Padre en Él. A la luz de la doctrina de Cristo vieron a Dios como Padre de las luces y, en los milagros de Cristo vieron a Dios como el Dios del poder. La santidad de Dios brilló en la pureza inmaculada de la vida de Cristo. Tenemos que creer la revelación de Dios al hombre en Cristo; porque las obras del Redentor muestran su gloria, y a Dios en Él.

Vv. 12—17. Cualquier cosa que pidamos en el nombre de Cristo, que sea para nuestro bien y adecuada para nuestro estado, nos la dará. Pedir en el nombre de Cristo es invocar sus méritos y su intercesión, y depender de estos argumentos. El don del Espíritu es un fruto de la mediación de Cristo, comprado por su mérito y recibido por su intercesión. La palabra aquí empleada significa abogado, consejero, monitor y consolador. Él permanece con los discípulos hasta el fin del tiempo; sus dones y gracias alientan sus corazones. Las expresiones usadas, aquí y en otros pasajes, denotan una persona, y el oficio mismo incluye todas las perfecciones divinas. —El don del Espíritu Santo es dado a los discípulos de Cristo, y no al mundo. Este es el favor que Dios da a sus elegidos: como fuente de santidad y dicha, el Espíritu Santo permanecerá con cada creyente para siempre.

Vv. 18—24. Cristo promete que seguirá cuidando a sus discípulos. No os dejaré huérfanos o sin padre, porque, aunque os dejo, de todos modos os dejo este consuelo: Vendré a vosotros. Vendré prontamente a vosotros en mi resurrección. Vendré diariamente a vosotros en mi Espíritu; en las señales de su amor y en las visitas de su gracia. Por cierto vendré al fin del tiempo. Sólo los que ven a Cristo con los ojos de la fe, lo verán para siempre: el mundo no lo ve más hasta su segunda venida, pero sus discípulos tienen comunión con Él en su ausencia. Estos misterios serán plenamente conocidos en el cielo. Es un acto ulterior de gracia que ellos lo sepan y tengan este consuelo. —Teniendo los mandamientos de Cristo debemos obedecerlos. Y al tenerlos sobre nuestra cabeza, debemos guardarlos en nuestro corazón y en nuestra vida. La prueba más segura de nuestro amor a Cristo es la obediencia a las leyes de Cristo. Hay señales espirituales de Cristo y su amor dadas a todos los creyentes. Cuando el amor sincero a Cristo está en el corazón, habrá obediencia. El amor será un principio que manda y constriñe; y donde hay amor, el deber se desprende de un principio de gratitud. Dios no sólo amará a los creyentes obedientes, pero se complacerá en amarlos, reposará en amor a ellos. Estará con ellos como en su casa. Estos privilegios están limitados a los que tiene la fe que obra por amor, y cuyo amor a Jesús los lleva a obedecer sus mandamientos. Los tales son partícipes de la gracia del Espíritu Santo que los crea de nuevo.

Vv. 25—27. Si deseamos saber estas cosas para nuestro bien, tenemos que orar por ellas y depender de la enseñanza del Espíritu Santo; así serán traídas a nuestra memoria las palabras de Jesús, y muchas dificultades serán aclaradas, hasta las que no son claras para otros. El Espíritu de gracia es dado a todos los santos para que les haga recordar, y debemos encomendarle, por fe y

orando, que mantenga lo que oigamos y sepamos. La paz es dada para todo bien, y Cristo nos ha guiado a todo lo que es real y verdaderamente bueno, a todo lo bueno prometido: la paz mental a partir de nuestra justificación ante Dios. Cristo llama su paz a esto, porque Él mismo es nuestra paz. La paz de Dios difiere ampliamente de la de los fariseos o hipócritas, como se demuestra por sus efectos santos y humillantes.

Vv. 28—31. Cristo eleva las expectativas de sus discípulos a algo que está más allá de lo que pensaban que era su mayor dicha. Ahora su tiempo era poco, por tanto, les habló largamente. Cuando lleguemos a enfermarnos, y a morirnos, podemos ser incapaces de hablar mucho a quienes nos rodeen: el consejo bueno que tengamos que dar, démoslo mientras estamos sanos. Fíjese en la perspectiva de un conflicto inminente que tenía Cristo, no sólo con los hombres, sino con las potestades de las tinieblas. Satanás tiene algo en nosotros con que nos deja perplejos, porque todos pecamos, pero cuando quiere perturbar a Cristo, nada pecaminoso halla que le sirva. La mejor prueba de nuestro amor al Padre es que hagamos como Él nos manda. Regocijémonos en las victorias del Salvador sobre Satanás, el príncipe de este mundo. Copiemos el ejemplo de su amor y obediencia.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—8. *Cristo la Vid verdadera.* 9—17. *Su amor por sus discípulos.* 18—25. *Anuncio de odio y persecución.* 26, 27. *Promesa del Consolador.*

Vv. 1—8. Jesucristo es la Vid, la Vid verdadera. La unión de la naturaleza divina con la humana, y la plenitud del Espíritu que hay en Él, recuerdan la raíz de la vida que fructifica por la humedad de la buena tierra. Los creyentes son los pámpanos de esta Vid. La raíz no se ve y nuestra vida está escondida con Cristo; la raíz sustenta al árbol, le difunde la savia, y en Cristo están todos los sustentos y provisiones. Los pámpanos de la vid son muchos, pero al unificarse en la raíz no son sino una sola vid; de este modo, todos los cristianos verdaderos, aunque disten entre sí en cuanto a lugar y opinión, se unen en Cristo. Los creyentes, como los pámpanos de la vid, son débiles e incapaces de permanecer, sino como nacieron. —El Padre es el Dueño de la vid. Nunca hubo un dueño tan sabio, tan cuidadoso con su viña como Dios por su Iglesia que, por eso, debe prosperar. Debemos ser fructíferos. Esperamos uvas de una vid, y del cristiano esperamos un temperamento, una disposición y una vida cristiana. Debemos honrar a Dios y hacer el bien, esto es, llevar fruto. Los estériles son cortados. Hasta las ramas fructíferas necesitan poda, porque, en el mejor de los casos, tenemos ideas, pasiones y humores que requieren ser quitados, cosa que Cristo ha prometido hacer por su palabra, Espíritu y providencia. Si se usan medios drásticos para avanzar la santificación de los creyentes, ellos estarán agradecidos por ellos. La palabra de Cristo se da a todos los creyentes; y hay en esa palabra una virtud que limpia al obrar la gracia y deshacer la corrupción. Mientras más fruto demos, más abundaremos en lo que es bueno, y más glorificado será nuestro Señor. —Para fructificar debemos permanecer en Cristo, debemos estar unidos a Él por la fe. El gran interés de todos los discípulos de Cristo es mantener constante la dependencia de Cristo y la comunión con Él. Los cristianos verdaderos hallan, por experiencia, que toda interrupción del ejercicio de su fe hace que mengüen los afectos santos, revivan sus corrupciones y languidezcan sus consolaciones. Los que no permanecen en Cristo, aunque florezcan por un tiempo en la profesión externa, llegan, no obstante, a nada. El fuego es el lugar más adecuado para las ramas marchitas; no son buenas para otra cosa. Procuremos vivir más simplemente de la plenitud de Cristo, y crecer más fructíferos en todo buen decir y hacer, para que sea pleno nuestro gozo en Él y en su salvación.

Vv. 9—17. Aquellos a quienes Dios ama como Padre pueden despreciar el odio de todo el mundo. Como el Padre amó a Cristo que fue digno hasta lo sumo, así amó a sus discípulos, que eran indignos. Todos los que aman al Salvador deben perseverar en su amor por Él, y aprovechar todas las ocasiones para demostrarlo. El gozo del hipócrita dura sólo un momento, pero el gozo de los que permanecen en Cristo es una fiesta continua. Tienen que demostrar su amor por Él obedeciendo sus mandamientos. Si el mismo poder que primero derramó el amor de Cristo en nuestros corazones, no nos mantuviera en ese amor, no permaneceríamos en ese amor por mucho tiempo. —El amor de Cristo por nosotros debe llevarnos a amarnos mutuamente. Él habla como si estuviera por encargar muchas cosas, pero nombra sólo a esta: abarca muchos deberes.

Vv. 18—25. ¡Qué poco piensan muchas personas que al oponerse a la doctrina de Cristo como Profeta, Sacerdote y Rey, se muestran ignorantes del único Dios vivo y verdadero, al cual profesan adorar! El nombre en el cual son bautizados los discípulos de Cristo es aquel por el cual vivirán y morirán. Consuelo es para los grandes dolientes si sufren por amor al nombre de Cristo. La ignorancia del mundo es la causa verdadera de su odio por los discípulos de Jesús. Mientras más claros y plenos sean los descubrimientos de la gracia y verdad de Cristo, más grande es nuestro pecado si no le amamos ni creemos en Él.

Vv. 26, 27. El Espíritu bendito mantendrá la causa de Cristo en el mundo, a pesar de la resistencia que encuentra. Los creyentes enseñados y exhortados por sus influencias deben dar testimonio de Cristo y su salvación.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—6. *Anuncio de persecución.* 7—15. *La promesa del Espíritu Santo, y su oficio.* 16—22. *Partida y regreso de Cristo.* 23—27. *Exhortación a orar.* 28—33. *Las revelaciones de Cristo sobre sí mismo.*

Vv. 1—6. Nuestro Señor Jesús al dar a sus discípulos la noticia de tribulaciones se propuso que el terror no fuera una sorpresa para ellos. Puede que los enemigos reales, que están al servicio de Dios, finjan celo por éste, lo que no aminora el pecado de los perseguidores; las villanías nunca cambian por adosarles el nombre de Dios. Como Jesús en sus sufrimientos, asimismo sus seguidores en los suyos deben mirar al cumplimiento de la Escritura. No se los dijo antes, porque estaba con ellos para enseñarles, guiarlos y consolarlos; entonces ellos no necesitaban esta promesa de la presencia del Espíritu Santo. —Nos silencia preguntarnos ¿de dónde vienen los problemas? Nos satisfará preguntarnos, ¿adónde van? Porque sabemos que obran para bien. Falta y necedad comunes de los cristianos tristes es mirar sólo el lado oscuro de la nube haciendo oídos sordos a la voz de gozo y júbilo. Lo que llenó de pena los corazones de los discípulos era un afecto demasiado grande por esta vida presente. Nada obstaculiza más nuestro gozo en Dios que el amor al mundo, y la tristeza del mundo que viene con aquel.

Vv. 7—15. La partida de Cristo era necesaria para la venida del Consolador. Enviar el Espíritu iba a ser el fruto de la muerte de Cristo, que fue su partida. Su presencia corporal podía estar solamente en un lugar a la vez, pero su Espíritu está en todas partes, en todos los lugares, en todos los tiempos, dondequiera que dos o tres estén reunidos en su nombre. —Véase en esto el oficio del Espíritu, primero *reprobar*, o convencer de pecado. La obra de convicción de pecado es obra del Espíritu, que puede hacerla eficazmente, y nadie sino Él solamente. El Espíritu Santo adopta el método de condenar el pecado primero, y luego consolar. El Espíritu convencerá al mundo *de*

pecado; simplemente no se limitará a decírselo. El Espíritu convence de que el pecado es un hecho; de la falta del pecado; de la necedad del pecado; de la inmundicia del pecado, que por eso llegamos a ser aborrecidos por Dios; de la fuente del pecado: la naturaleza corrupta; y, por último, del fruto del pecado cuyo fin es la muerte. El Espíritu Santo demuestra que todo el mundo es culpable ante Dios. Él convence al mundo *de justicia*; que Jesús de Nazaret fue Cristo, el justo; además, de la justicia de Cristo que nos es imputada para justificación y salvación. Él les muestra de dónde se obtiene y cómo pueden ser aceptados por justos según el criterio de Dios. La ascensión de Cristo prueba que el rescate fue aceptado y consumada la justicia por medio de la cual los creyentes iban a ser justificados. *De juicio* porque el príncipe de este mundo es juzgado. Todo estará bien cuando sea roto el poder del que hizo todo el mal. Como Satanás es vencido por Cristo, esto nos da confianza, porque ningún otro poder puede resistir ante Él. Y del día del juicio. —La venida del Espíritu iba a ser una ventaja indecible para los discípulos. El Espíritu Santo es nuestro Guía, no sólo para mostrarnos el camino, sino para ir con nosotros con ayudas e influencias continuas. Ser guiados a una verdad es más que conocerla apenas; no es tener su noción tan sólo en nuestra cabeza, sino su deleite, su sabor y su poder en nuestros corazones. Él enseñará toda la verdad sin retener nada que sea provechoso, porque mostrará cosas venideras. Todos los dones y las gracias del Espíritu, toda la predicación, y todos los escritos de los apóstoles bajo la influencia del Espíritu, todas las lenguas y milagros, eran para glorificar a Cristo. Corresponde a cada uno preguntarse si el Espíritu Santo ha empezado la buena obra en su corazón. Sin la revelación clara de nuestra culpa y peligro nunca entenderíamos el valor de la salvación de Cristo, pero cuando se nos da a conocer correctamente, empezamos a entender el valor del Redentor. Tendríamos visiones más plenas del Redentor y afectos más vivos por Él si oráramos más por el Espíritu Santo y dependiésemos más de Él.

Vv. 16—22. Bueno es considerar cuán cerca de su final están nuestras temporadas de gracia para que seamos estimulados a tener provecho de ellas, porque el dolor de los discípulos serán pronto convertido en gozo, como los de la madre cuando ve a su recién nacido bebé. El Espíritu Santo será el Consolador de ellos y ni los hombres ni los demonios, ni los sufrimientos en la vida y en la muerte, les quitarán para siempre su gozo. Los creyentes tienen gozo o pena según su visión de Cristo y las señales de su presencia. Viene un dolor al impío que nada puede aminorar; el creyente es heredero del gozo que nadie puede quitar. ¿Dónde está ahora el gozo de los asesinos de nuestro Señor y el dolor de sus amigos?

Vv. 23—27. Pedirle al Padre muestra la percepción de las necesidades espirituales, y el deseo de bendiciones espirituales con el convencimiento de que deben obtenerse sólo de Dios. Pedir en el nombre de Cristo es reconocer nuestra indignidad para recibir favores de Dios, y demuestra nuestra total dependencia de Cristo como Jehová justicia nuestra. —Nuestro Señor había hablado hasta aquí con frases cortas y de peso o con parábolas, cuya magnitud no captaban plenamente los discípulos, pero después de su resurrección tenía pensado enseñarles claramente cosas referidas al Padre y del camino a Él, por medio de su intercesión. La frecuencia con que nuestro Señor pone en vigencia la ofrenda de peticiones en su nombre, señala que el gran fin de la mediación de Cristo es imprimir en nosotros el profundo sentido de nuestra pecaminosidad y del mérito y poder de su muerte, por lo cual tenemos acceso a Dios. Recordemos siempre que es lo mismo dirigirnos al Padre en el nombre de Cristo que dirigirnos al Hijo en cuanto Dios que habita en la naturaleza humana, y reconcilia al mundo consigo, puesto que Padre e Hijo son uno.

Vv. 28—33. He aquí una clara afrimación de la venida de Cristo desde el Padre y de su regreso a Él. En su venida el Redentor fue Dios manifiesto en carne, y en su Partida fue recibido en gloria. Los discípulos aprovecharon el conocimiento diciendo eso; también, en fe: “ahora estamos seguros”. ¡Sí! No conocían su propia debilidad. —La naturaleza divina no desertó de la naturaleza humana, pero la sostuvo y dio consuelo y valor a los sufrimientos de Cristo. Mientras tengamos la presencia

favorable de Dios estamos felices y debemos estar tranquilos, aunque todo el mundo nos abandone. —La paz en Cristo es la única paz verdadera, los creyentes la tienen en Él solamente. A través de Él tenemos paz con Dios y, así en Él tenemos paz en nuestra mente. Debemos animarnos porque Cristo ha vencido al mundo ante nosotros, pero mientras pensemos que resistimos, cuidemos de no caer. No sabemos cómo debemos actuar y entramos en tentación: estemos alertas y orando sin cesar para que no seamos dejados solos.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—5. *Oración de Cristo por sí mismo.* 6—10. *Oración por sus discípulos.* 11—26. *Su oración.*

Vv. 1—5. Nuestro Señor oró como hombre y como Mediador de su pueblo, aunque habló con majestad y autoridad, como uno e igual con el Padre. La vida eterna no podía ser dada a los creyentes a menos que Cristo, su fiador, glorificara al Padre y fuera glorificado por Él. Este es el camino del pecador a la vida eterna y cuando este conocimiento sea perfeccionado, se disfrutarán plenamente la santidad y la felicidad. La santidad y la felicidad de los redimidos son, en especial, la gloria de Cristo y de su Padre, que fue el gozo puesto delante de Él, por el cual soportó la cruz y despreció la vergüenza; esta gloria era el fin del pesar de su alma y al obtenerla se satisfizo completamente. Así somos enseñados que es necesario que glorifiquemos a Dios como prueba de nuestro interés en Cristo, por quien la vida eterna es la libre dádiva de Dios.

Vv. 6—10. Cristo ora por los que son suyos. Tú me los diste, como ovejas al pastor, para ser cuidados; como un paciente es llevado al médico, para ser curado; como niños al tutor, para ser enseñados: de este modo Él entregará su carga. Para nosotros es una gran satisfacción, en nuestra confianza en Cristo, que sea de Dios Él, todo lo que Él es y tiene, y todo lo que dijo e hizo, todo lo está haciendo y hará. Cristo ofreció esta oración por su pueblo solo en cuanto a creyentes; no por el mundo en general. Aunque nadie que desee ir al Padre y sea consciente de que es indigno de ir en su propio nombre, tiene que desanimarse por la declaración del Salvador, porque es capaz y está dispuesto para salvar hasta lo sumo a todos los que vayan a Dios por Él. Las convicciones y los deseos fervorosos son señal esperanzadora de una obra ya efectuada en el hombre; empiezan a demostrar que ha sido elegido para salvación a través de la santificación del Espíritu y la creencia de la verdad. —Ellos son tuyos, y los tuyos son los míos. Esto dice que Padre e Hijo son uno. Todo lo mío es tuyo. El Hijo no considera a nadie como suyo que no sea dedicado al servicio del Padre.

Vv. 11—16. Cristo no ora que ellos sean ricos y grandes en el mundo, sino que sean resguardados del pecado, fortalecidos para su deber, y llevados a salvo al cielo. La prosperidad del alma es la mejor prosperidad óptima. Rogó a su santo Padre que los cuidara por su poder y para su gloria, para que ellos se unieran en afecto y trabajo aun conforme a la unión de Padre e Hijo. —No oró que sus discípulos sean quitados del mundo, para que pudieran escapar de la ira de los hombres, porque tenían una gran obra que hacer para la gloria de Dios, y para beneficio de la humanidad. Él oró que el Padre los resguardara del mal, de ser corrompidos por el mundo, los remanentes de pecado en sus corazones, y del poder y astucia de Satanás. Así, pues, ellos pasarían por el mundo como cruzando territorio enemigo, como Él había hecho. Ellos no son dejados aquí para procurar los mismo objetivos que los hombres que les rodean, sino para glorificar a Dios y servir a su generación. El Espíritu de Dios en los cristianos verdaderos se opone al espíritu del mundo.

Vv. 17—19. Cristo oró en seguida por los discípulos para que no sólo fueran resguardados del mal, sino fueran hechos buenos. La oración de Jesús por todos los suyos es que sean hechos santos. Hasta los discípulos deben orar pidiendo la gracia santificadora. —El medio de dar esta gracia es "por tu verdad, tu palabra es la verdad". *Santíficalos*, apártalos para ti mismo y para tu servicio. Recíbelos en el oficio; que tu mano vaya con ellos. —Jesús se consagró por entero a su tarea, y a todas las partes de ella, especialmente al ofrendarse inmaculado a Dios por el Espíritu eterno. La real santidad de todos los cristianos verdaderos es el fruto de la muerte de Cristo, por la cual fue adquirido el don del Espíritu Santo; Él se dio por su Iglesia para santificarla. Si nuestros puntos de vista no tienen este efecto en nosotros, no son verdad divina, o no los recibimos por una fe activa y viva, sino como simples nociones.

Vv. 20—23. Nuestro Señor oró especialmente que todos los creyentes fueran como un cuerpo bajo una cabeza, animado por una sola alma, por su unión con Cristo y el Padre en Él, por medio del Espíritu Santo que habita en ellos. Mientras más discutan sobre asuntos menores, más arrojan dudas sobre el cristianismo. Propongámonos mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, rogando que todos los creyentes se unan más y más en un propósito y un criterio. Así convenceríamos al mundo de la verdad y de la excelencia de nuestra religión y encontraríamos una comunión más dulce con Dios y sus santos.

Vv. 24—26. Cristo, como Uno con el Padre, ora por cuenta de todos los que le habían sido dados y que, en su debido momento, creerían en Él, para que sean llevados al cielo; y que ahí toda la compañía de los redimidos pueda contemplar su gloria como Amigo y Hermano amado, y en ello hallar la dicha. Había declarado, y declararía después, el nombre o el carácter de Dios, por su doctrina y su Espíritu, que siendo uno con Él, también pueda permanecer con ellos el amor del Padre por Él. Así, estando unidos con Él por un Espíritu, sean llenos con la plenitud de Dios y disfruten la bendición de la cual no podemos formarnos una idea correcta en nuestro estado actual.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—12. *Cristo detenido en un huerto.* 13—27. *Cristo ante Anás y Caifás.* 28—40. *Cristo ante Pilato.*

Vv. 1—12. El pecado empezó en el huerto de Edén, allí se pronunció la maldición, allí se prometió el Redentor; y en un huerto esa Simiente prometida entró en conflicto con la serpiente antigua. Cristo fue sepultado también en un huerto. Entonces, cuando paseemos por nuestros huertos, meditemos en los sufrimientos de Cristo en un huerto. —Nuestro Señor Jesús, sabiendo todas las cosas que le sobrevendrían, se adelantó y preguntó, ¿a quién buscáis? Cuando el pueblo quiso obligarlo a llevar una corona, Él se retiró, capítulo vi, 15, pero cuando vinieron a obligarlo a llevar la cruz, Él se ofreció, porque vino a este mundo a sufrir, y fue al otro mundo a reinar. Él demostró claramente lo que podría haber hecho cuando los derribó; pudiera haberlos dejado muertos, pero no lo hizo así. Debe de haber sido el efecto del poder divino que los oficiales y los soldados dejaran que los discípulos se fueran tranquilamente después de la resistencia que ofrecieron. —Cristo nos da el ejemplo de mansedumbre en los sufrimientos y la pauta del sometimiento a la voluntad de Dios en toda cosa que nos concierna. —Es solo *la copa*, cosa de poca monta. Es la copa que *nos es dada*; los sufrimientos son dádivas. Nos es dada por *el Padre* que tiene la autoridad de padre y no nos hace mal; el afecto de un padre, y no tiene intención de herirnos. Del ejemplo de nuestro Salvador debemos aprender a recibir nuestras aflicciones más ligeras y preguntarnos si debemos resistir la voluntad de nuestro Padre o desconfiar de su amor. —Estamos atados con la cuerda de nuestras

iniquidades, con el yugo de nuestras transgresiones. Cristo, hecho ofrenda del pecado por nosotros, para librarnos de esas ataduras, se sometió a ser atado por nosotros. Debemos nuestra libertad a sus ataduras: así el Hijo nos hace libres.

Vv. 13—27. Simón Pedro niega a su Maestro. Los detalles han sido comentados en los otros evangelios. El comienzo del pecado es como dejar correr el agua. El pecado de mentir es un pecado fértil: una mentira necesita otra para apoyarse, y esa, otra. Si el llamado a exponernos a un peligro es claro, podemos esperar que Dios nos dé poder para honrarle; si no es así, podemos temer que Dios permitirá que seamos avergonzados. Ellos nada dijeron acerca de los milagros de Jesús, por los cuales había hecho tanto bien, y que probaban su doctrina. De esa manera, los enemigos de Cristo, aunque pelean contra la verdad, cierran voluntariamente sus ojos ante ella. Él apela a los que le oyen. La doctrina de Cristo puede apelar con seguridad a todos los que la conocen, y los que juzgan según verdad dan testimonio de ella. Nunca debe ser apasionado nuestro resentimiento por las injurias. Él razonó con el hombre que le injurió y nosotros también podemos.

Vv. 28—32. Era injusto mandar a la muerte a uno que había hecho tanto bien, por tanto, los judíos estaban dispuestos a salvarse de reproche. Muchos temen más el escándalo que el pecado de algo malo. Cristo había dicho que sería entregado a los gentiles y que ellos lo matarían; aquí vemos que eso se cumplió. Había dicho que sería crucificado, levantado. Si los judíos lo hubieran juzgado conforme a su ley, le hubieran lapidado; la crucifixión nunca fue usada por los judíos. Aunque no se nos haya revelado, está determinado en lo que a nosotros concierne, de qué muerte moriremos: esto debiera librarnos de la inquietud relativa a ese asunto. Señor, que sea cuándo y cómo hayas designado.

Vv. 33—40. ¿Eres el Rey de los judíos, ese Rey de los judíos que ha sido esperado tanto tiempo? Mesías, el Príncipe, ¿eres tú? ¿Te llamas así y deseas que así se piense de ti? Cristo respondió esta pregunta con otra, no por evadirla, sino para que Pilato considerara lo que hizo. Él nunca se tomó ningún poder terrenal; nunca hubo principios ni costumbres traicioneras atribuidas a Él. —Cristo da cuenta de la naturaleza de su reino. Su naturaleza no es de este mundo; es un reino dentro de los hombres, instalado en sus conciencias y corazones; sus riquezas son espirituales, su poder es espiritual, y su gloria es interior. Sus sustentos no son mundanos; sus armas son espirituales; no necesita ni usa fuerza para mantenerse y avanzar, ni se opone a ningún reino, sino al del pecado y Satanás. Su objetivo y designio no son mundanos. Cuando Cristo dijo: Yo soy la Verdad, dijo efectivamente Yo soy Rey. Él vence por la evidencia de la verdad que convence; Él reina por el poder autoritativo de la verdad. Los súbditos de este reino son los que son de la verdad. —Pilato hizo una buena pregunta cuando dijo, ¿qué es la verdad? Cuando escudriñamos las Escrituras y atendemos al ministerio de la palabra, debe ser con esa interrogante, ¿qué es la verdad? Y con esta oración: Guíame a tu verdad; a toda la verdad. Sin embargo, muchos de los que formulan esta pregunta no tienen paciencia para perseverar en la búsqueda de la verdad ni tienen la humildad suficiente para recibirla. —De esta solemne declaración de la inocencia de Cristo surge que, aunque el Señor Jesús fue tratado como el peor de los malhechores, nunca mereció ese trato. Pero eso muestra el objetivo de su muerte: que Él murió como Sacrificio por nuestros pecados. Pilato quería complacer a ambos bandos y era gobernado más por la sabiduría mundana que por las reglas de la justicia. —El pecado es un ladrón, pero es neciamente escogido por muchos en vez de Cristo, que verdaderamente nos enriquece. Propongámonos avergonzar a nuestros acusadores, como lo hizo Cristo, y cuidémonos de volver a crucificar a Cristo.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—18. *Cristo, condenado y crucificado.* 19—30. *Cristo en la cruz.* 31—37. *Su costado es atravesado.* 38—42. *El entierro de Jesús.*

Vv. 1—18. A Pilato no se le ocurrió con qué santa consideración estos sufrimientos de Cristo iban a ser materia de reflexión y conversación entre los mejores y más grandes hombres. Nuestro Señor Jesús salió adelante dispuesto a exponerse a su burla. Bueno para todos los que tienen fe es contemplar a Jesucristo en sus sufrimientos. Contémplalo y ámalo; sigue mirando a Jesús. Su odio estimuló sus esfuerzos en su contra, y ¿nuestro amor por Él no estimulará nuestros esfuerzos en favor de Él y su reino? —Parece que Pilato pensó que Jesús podía ser una persona superior al promedio. Hasta la conciencia natural hace que los hombres se asusten de ser hallados peleando contra Dios. —Como nuestro Señor sufrió por los pecados de judíos y gentiles, fue una parte especial del consejo de la sabiduría divina que los judíos primero propusieran su muerte y los gentiles la ejecutaran efectivamente. Si Cristo no hubiera sido rechazado por los hombres, nosotros hubiéramos sido rechazados para siempre por Dios. —Ahora era entregado el Hijo del hombre en manos de hombres malos e irracionales. Fue llevado en nuestro lugar, para que escapásemos. Fue clavado a la cruz como Sacrificio atado al altar. La Escritura se cumplió: No murió en el altar entre los sacrificios, sino entre delincuentes sacrificados a la justicia pública. Ahora, hagamos una pausa y miremos con fe a Jesús. ¿Hemos tenido alguna vez una tristeza como la suya? ¡Vedlo sangrando, vedlo muriendo, vedlo y amadlo! ¡Amadlo y vivid para Él!

Vv. 19—30. He aquí algunas circunstancias notables de la muerte de Jesús narradas en forma más completa que antes. Pilato no satisfizo a los principales sacerdotes permitiendo que se cambiara el letrero; lo que indudablemente se refería a un poder secreto de Dios en su corazón, para que esta declaración del carácter y autoridad de nuestro Señor continuase. Muchas cosas hechas por los soldados romanos fueron cumplimiento de profecías del Antiguo Testamento. Todas las cosas allí escritas se cumplirán. —Cristo proveyó tiernamente para su madre cuando moría. A veces, cuando Dios nos quita un consuelo, levanta otro para nosotros donde no lo buscamos. El ejemplo de Cristo enseña a los hombres a honrar a sus padres en la vida y en la muerte; a proveer para sus necesidades, y a fomentar su bienestar por todos los medios a su alcance. —Nótense especialmente la palabra de moribundo con que Jesús entregó su espíritu: Consumado es; esto es, los consejos del Padre en cuanto a sus sufrimientos estaban ahora cumplidos. Consumado es: se cumplieron todos los tipos y las profecías del Antiguo Testamento que apuntaban a los sufrimientos del Mesías. Consumado es: la ley ceremonial es derogada; ahora vino la sustancia y todas las sombras se disipan. Consumado es: se puso fin a la transgresión y se ha introducido la justicia eterna. Sus sufrimientos estaban ahora terminados, tantos los de su alma como los de su cuerpo. Consumado es: la obra de la redención y salvación del hombre está ahora completada. Su vida no le fue quitada por la fuerza; libremente entregada.

Vv. 31—37. Se probó si Jesús estaba muerto. Murió en menos tiempo que el empleado por las personas crucificadas. Eso muestra que había puesto su vida. La lanza rompió las fuentes mismas de la vida: ningún cuerpo humano hubiera podido sobrevivir esa herida, pero el haber sido atestiguado solemnemente demuestra que hubo algo peculiar en eso. La sangre y el agua que brotaron representaban esos dos grandes beneficios de los cuales participan todos los creyentes a través de Cristo: justificación y santificación: sangre para la expiación, agua para la purificación. Ambos brotaron del costado traspasado de nuestro Redentor. A Cristo crucificado debemos el mérito de nuestra justificación, y el Espíritu y la gracia para nuestra santificación. Que esto silencie los temores de los cristianos débiles y aliente sus esperanzas; del costado atravesado de Jesús salieron agua y sangre, ambas para justificarlos y santificarlos. —La Escritura se cumplió al no permitir Pilato que le quebraran las piernas, Salmo xxxiv, 20. Había un tipo de esto en el cordero pascual, Éxodo xii, 46. Miremos siempre a Aquel que traspasamos con nuestros pecados, ignorantes y

desconsiderados, sí, a veces contra las convicciones y las misericordias; y que derramó agua y sangre de su costado herido para que nosotros fuésemos justificados y santificados en su nombre.

Vv. 38—42. José de Arimatea era discípulo secreto de Cristo. Los discípulos debieran reconocerse francamente como tales, pero, algunos que han sido temerosos en pruebas menores, han sido valientes en las más grandes. Cuando Dios tiene obra que hacer, puede hallar a los que son aptos para ella. El embalsamamiento fue hecho por Nicodemo, amigo secreto de Cristo, aunque no un seguidor constante. Esa gracia que primero es como caña cascada, puede, más adelante, recordar un cedro firme. He aquí a estos dos ricos que mostraron el valor que daban a la persona y doctrina de Cristo y que no fue disminuido por el oprobio de la cruz. Debemos cumplir nuestro deber conforme a lo que sean el día y la oportunidad presente, dejando a Dios que cumpla sus promesas a su manera y a su debido tiempo. Se había determinado que la sepultura de Jesús fuera con los impíos, como ocurría con los que sufrían como delincuentes, pero con los ricos fue en su muerte, conforme a lo profetizado, Isaías liii, 9; era muy improbable que estas dos circunstancias se juntaran en la misma persona. Fue sepultado en un sepulcro nuevo; por tanto, no se podía decir que no era Él, sino otro quien resucitó. También aquí se nos enseña que no seamos melindrosos con referencia al lugar de nuestra sepultación. El fue enterrado en el sepulcro que estaba más a mano. —Aquí está el Sol de Justicia oculto por un tiempo, para volver a salir con mayor gloria y, entonces, no volver a ponerse.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—10. *El sepulcro vacío.* 11—18. *Cristo aparece a María.* 19—25. *Aparece a los discípulos.* 26—29. *Incredulidad de Tomás.* 30, 31. *Conclusión.*

Vv. 1—10. Si Cristo hubiera dado su vida en rescate sin volver a tomarla, no se hubiera manifestado que su ofrenda había sido aceptada como satisfacción. —Fue una gran prueba para María que el cuerpo hubiera desaparecido. Los creyentes débiles suelen hacer materia de lamento precisamente aquello que es fundamento justo de esperanza, y materia de gozo. Está bien que los más honrados que otros con los privilegios de los discípulos sean más activos en los deberes de los discípulos: más dispuestos a aceptar dolores y correr riesgos en una buena obra. Debemos hacer lo mejor que podamos sin envidiar a quienes puedan hacer aun mejor, ni despreciar a los que hacen lo mejor que pueden aunque se queden atrás. —El discípulo a quien Jesús amaba de manera especial y que, por tanto, amaba de manera especial a Jesús, llegó primero. El amor de Cristo nos hará abundar en todo deber más que en cualquier otra cosa. El que se quedó atrás fue Pedro, que había negado a Cristo. El sentido de culpa nos obstaculiza en el servicio de Dios. —Todavía los discípulos no sabían la Escritura; no consideraban ni aplicaban lo que conocían de la Escritura: que Cristo debía resucitar de entre los muertos.

Vv. 11—18. Probablemente busquemos y encontremos cuando buscamos con afecto y buscamos con lágrimas. Sin embargo, muchos creyentes se quejan de las nubes y tinieblas bajo las cuales se hallan, que son métodos de la gracia para humillar sus almas, mortificar sus pecados y hacerles querido a Cristo. No basta con ver ángeles y sus sonrisas, sin ver a Jesús y la sonrisa de Dios en Él. Nadie, sino quien las ha saboreado, sabe las penas de un alma abandonada, que tuvo las consoladoras pruebas del amor de Dios en Cristo, y esperanzas del cielo, pero que, ahora, las perdió y anda en tinieblas; ¿quién puede soportar ese espíritu herido? —Al manifestarse a quienes le buscan, Cristo sobrepasa a menudo sus expectativas. Véase como el corazón de María anhelaba encontrar a Jesús. El modo de Cristo para darse a conocer a su pueblo es su palabra que, aplicada a sus almas les habla en particular. Podría leerse: ¿Es mi Maestro? Véase con cuánto placer quienes

aman a Jesús hablan de su autoridad sobre ellos. Él le impide esperar que su presencia corporal continúe, Él no estaba más en el mundo; ella debe mirar más arriba y más allá del estado presente de las cosas. —Nótese la relación con Dios por la unión con Cristo. Al participar nosotros de la naturaleza divina, el Padre de Cristo es nuestro Padre; y, al participar Él de la naturaleza humana, nuestro Dios es su Dios. La ascensión de Cristo al cielo para interceder por nosotros allí es como un consuelo inexplicable. Que ellos no piensen que esta tierra será su hogar y reposo; sus ojos y sus miras y sus deseos anhelosos deben estar en otro mundo y aun hasta en sus corazones: yo asciendo, por tanto, debo procurar las cosas que están en lo alto. Y que los que conocen la palabra de Cristo se propongan que otros obtengan el beneficio de su conocimiento.

Vv. 19—25. Este era el primer día de la semana y, después, este día es mencionado a menudo por los escritores sagrados, porque fue evidentemente apartado como el día de reposo cristiano en memoria de la resurrección de Cristo. Los discípulos habían cerrado las puertas por miedo a los judíos; y cuando no tenían esa expectativa, el mismo Jesús vino y se paró en el medio de ellos, habiendo abierto las puertas en forma milagrosa aunque silenciosa. Consuelo para los discípulos de Cristo es que ninguna puerta puede dejar fuera la presencia de Cristo, cuando sus asambleas pueden realizarse sólo en privado. Cuando Él manifiesta su amor por los creyentes por medio de las consolaciones de su Espíritu, les asegura que debido a que Él vive, también ellos vivirán. Ver a Cristo alegrará el corazón del discípulo en cualquier momento, y mientras más veamos a Cristo, más nos regocijaremos. —Él dijo: Recibid el Espíritu Santo, demostrando así que su vida espiritual, y su habilidad para hacer la obra, derivará y dependerá de Él. Toda palabra de Cristo que sea recibida por fe en el corazón, viene acompañada de ese soplo divino; y sin Él no hay luz ni vida. Nada se ve, conoce, discierne ni siente de Dios sino por medio de éste. —Cristo mandó, después de esto, a los apóstoles a que anunciaran el único método por el cual será perdonado el pecado. Este poder no existía en absoluto en los apóstoles en cuanto poder para dar juicio, sino sólo como poder para declarar el carácter de aquellos a quienes Dios aceptará o rechazará en el día del juicio. Ellos han sentado claramente las características por medio de las cuales puede discernirse a un hijo de Dios y ser distinguido de un falso profesante y, conforme a lo que ellos hayan declarado, cada caso será decidido en el día del juicio. —Cuando nos reunimos en el nombre de Cristo, especialmente en su día santo, Él se encontrará con nosotros y nos hablará de paz. Los discípulos de Cristo deben emprender la edificación de su santísima fe de unos a otros, repitiendo a los que estuvieron ausentes lo que oyeron, y dando a conocer lo que han experimentado. Tomás limitó al Santo de Israel, cuando quería ser convencido por su propio método, y no de otra manera. Podría haber sido dejado, con justicia, en su incredulidad, luego de rechazar tan abundantes pruebas. Los temores y las penas de los discípulos suelen ser prolongadas para castigar su negligencia.

Vv. 26—29. Desde el principio quedó establecido que uno de siete días debería ser religiosamente observado. Y que en el reino del Mesías el primer día de la semana sería ese día solemne, fue señalado en que en ese día Cristo se reunió con sus discípulos en asamblea religiosa. El cumplimiento religioso de ese día nos ha llegado a través de toda era de la Iglesia. —No hay en nuestra lengua una palabra de incredulidad ni pensamiento en nuestra mente que no sean conocidos por el Señor Jesús; y le plació acomodarse aun a Tomás en vez de dejarlo en su incredulidad. Debemos soportar así al débil, Romanos xv, 1, 2. Esta advertencia es dada a todos. Si somos infieles, estamos sin Cristo, desdichados, sin esperanzas y sin gozo. —Tomás se avergonzó de su incredulidad y clamó: ¡Señor mío, y Dios mío! —Los creyentes sanos y sinceros serán aceptados de gracia por el Señor Jesús aunque sean lentos y débiles. Deber de los que oyen y leen el evangelio es creer y aceptar la doctrina de Cristo y el testimonio acerca de Él, 1 Juan v, 11.

Vv. 30, 31. Hubo otras señales y pruebas de la resurrección de nuestro Señor, pero estas se han escrito para que todos crean que Jesús era el Mesías prometido, el Salvador de pecadores y el Hijo

de Dios; para que, por esta fe, reciban la vida eterna, por su misericordia, verdad y poder. Creamos que Jesús es el Cristo, y creyendo, tengamos vida en su nombre.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—14. *Cristo se aparece a sus discípulos.* 15—19. *Su conversación con Pedro.* 20—24. *La declaración de Cristo acerca de Juan.* 25. *Conclusión.*

Vv. 1—14. Cristo se da a conocer a su pueblo habitualmente en sus ordenanzas pero, a veces, por su Espíritu los visita cuando están ocupados en sus actividades. Bueno es que los discípulos de Cristo estén juntos en la conversación y en las actividades corrientes. Aún no había llegado la hora para que entraran en acción. Contribuirían para sustentarse a sí mismos a fin de no ser carga para nadie. —El tiempo de Cristo para darse a conocer a su pueblo es el momento en que ellos están más perdidos. Él conoce las necesidades temporales de su pueblo y les ha prometido no sólo gracia suficiente, sino alimento conveniente. La providencia divina se extiende a las cosas más minuciosas, y felices son los que que reconocen a Dios en todos sus caminos. Los humildes, diligentes y pacientes, serán coronados aunque sus labores sean terribles; a veces, viven para ver que sus asuntos toman un giro favorable después de muchas luchas. Nada se pierde con obedecer las órdenes de Cristo; es tirar la red al lado derecho del bote. Jesús se manifiesta a su pueblo haciendo por ellos lo que nadie más puede hacer, y lo que ellos no esperaban. Él cuidará que a los que dejaron todo por Él, no les falte ningún bien. Y los favores tardíos deben traer a la memoria los favores previos, para que no se olvide el pan comido. —Aquel a quien Jesús amaba fue el primero en decir: Es el Señor. Juan se había aferrado más estrechamente a su Maestro en sus sufrimientos y lo conoció mucho antes. Pedro era el más celoso, y alcanzó primero a Cristo. ¡Con qué variedad dispensa Dios las dádivas y cuánta diferencia puede haber entre uno y otro creyente en su modo de honrar a Cristo, pero todos son aceptados por Él! Otros se quedan en el bote, arrastran la red y traen la pesca a la playa, y no debemos culpar de mundanas a esas personas, porque ellos, en sus puestos, están sirviendo verdaderamente a Cristo, como los demás. —El Señor Jesús tenía provisión lista para ellos. No tenemos que curiosear inquiriendo de dónde provino, pero consolémonos con el cuidado de Cristo por sus discípulos. Aunque había tantos peces y tan grandes, no perdieron ninguno ni dañaron su red. La red del evangelio ha capturado a multitudes, pero es tan fuerte como siempre para llevar almas a Dios.

Vv. 15—19. Nuestro Señor se dirigió a Pedro por su nombre original, como si hubiera dejado el de Pedro cuando lo negó. Ahora contestó: Tú sabes que te amo, pero sin declarar que ama a Jesús más que los otros. No debemos sorprendernos con que nuestra sinceridad sea cuestionada cuando nosotros mismos hemos hecho lo que la vuelve dudosa. Todo recuerdo de pecados pasados, aun de pecados perdonados, renueva la tristeza del penitente verdadero. Consciente de su sinceridad, Pedro apeló solemnemente a Cristo, que conoce todas las cosas, hasta los secretos de su corazón. Bueno es que nuestras caídas y errores nos vuelvan más humildes y alertas. La sinceridad de nuestro amor a Dios debe ser puesta a prueba. Y nos conviene rogar con oración perseverante y ferviente al Dios que escudriña los corazones, que nos examine y nos pruebe a ver si somos capaces de resistir esta prueba. Nadie que no ame al buen Pastor más que a toda ventaja u objeto terrenal, puede ser apto para apacentar las ovejas y los corderos de Cristo. —El gran interés de todo hombre bueno, cualquiera sea la muerte de que muera, es glorificar a Dios en ella, porque ¿cuál es nuestro objetivo principal sino este: morir por el Señor cuando lo pida?

Vv. 20—24. Los sufrimientos, los dolores, y la muerte parecen formidables aun al cristiano experimentado; pero, en la esperanza de glorificar a Dios, de dejar un mundo pecador, y estar presente con su Señor, aquel se vuelve presto a obedecer el llamado del Redentor y seguirle hacia la gloria a través de la muerte. —La voluntad de Cristo es que sus discípulos se ocupen de su deber sin andar curioseando hechos futuros, sea acerca de sí o del prójimo. Somos buenos para ponernos ansiosos por muchas cosas que nada tienen que ver con nosotros. Los asuntos de otras personas nada son para que nos entrometamos; debemos trabajar tranquilamente y ocuparnos de nuestros asuntos. Se hacen muchas preguntas curiosas sobre los consejos de Dios, y el estado del mundo invisible, a las cuales podemos responder, ¿qué a nosotros? Si atendemos el deber de seguir a Cristo, no hallaremos corazón ni tiempo para meternos en lo que no nos corresponde. —¡Cuán poco se puede confiar en las tradiciones orales! Que la Escritura se interprete y se explique a sí misma; porque en gran medida, es evidencia y prueba en sí misma, porque es luz. Nótese la facilidad de enmendar errores, como aquellos, por la propia palabra de Cristo. El lenguaje de la Escritura es el canal más seguro para la verdad de la Escritura: las palabras que enseña el Espíritu Santo, 1 Corintios ii, 13. Los que no concuerdan en los mismos términos del arte, y su aplicación, pueden, no obstante, estar de acuerdo en los mismos términos de la Escritura, y amarse unos a otros.

V. 25. Se escribió sólo una pequeña parte de los actos de Jesús; pero bendigamos a Dios por todo lo que está en las Escrituras y agradezcamos que haya tanto en tan poco espacio. Suficiente quedó escrito para dirigir nuestra fe, y regir nuestra práctica; más, hubiera sido innecesario. —Mucho de lo escrito es pasado por alto, mucho se olvida, y mucho es hecho cuestión de controversias dudosos. Sin embargo, podemos esperar el gozo que recibiremos en el cielo del conocimiento más completo de todo lo que Jesús hizo y dijo, y de la conducta de su providencia y gracia en sus tratos con cada uno de nosotros. Sea esta nuestra felicidad. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre, capítulo xx, 31.

HECHOS

Este libro une los evangelios con las epístolas. Contiene muchos detalles sobre los apóstoles Pedro y Pablo, y de la Iglesia cristiana desde la ascensión de nuestro Señor hasta la llegada de San Pablo a Roma, período de unos treinta años. San Lucas es el autor de este libro; estuvo presente en muchos de los sucesos relatados y atendió a Pablo en Roma. Pero el relato no entrega una historia completa de la Iglesia durante el período a que se refiere, ni siquiera de la vida de San Pablo. Se ha considerado que el objetivo de este libro es: 1. Relatar la forma en que fueron comunicados los dones del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, y los milagros realizados por los apóstoles para confirmar la verdad del cristianismo, porque muestran que se cumplieron realmente las declaraciones de Cristo. 2. Probar la pretensión de los gentiles de haber sido admitidos en la Iglesia de Cristo. Gran parte del contenido de este libro demuestra eso. Una gran parte de los Hechos lo ocupan los discursos o sermones de diversas personas, cuyos lenguajes y maneras difieren, y todos los cuales se verá que son conforme a las personas que los dieron, y las ocasiones en que fueron pronunciados. Parece que la mayoría de estos discursos son sólo la sustancia de lo que fue dicho en el momento. Sin embargo, se relacionan enteramente a Jesús como el Cristo, el Mesías ungido.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *Pruebas de la resurrección de Cristo.* 6—11. *La ascensión de Cristo.* 12—14. *Los apóstoles se reúnen orando.* 15—26. *Matías es elegido en lugar de Judas.*

Vv. 1—5. Nuestro Señor dijo a los discípulos la obra que tenían que hacer. Los apóstoles se reunieron en Jerusalén, habiéndoles mandado Cristo que no se fueran de ahí pero esperasen el derramamiento del Espíritu Santo. Esto sería un bautismo por el Espíritu Santo, que les daría poder para hacer milagros e iba a iluminar y a santificar sus almas. Esto confirma la promesa divina y nos anima para depender de ella, porque la oímos de Cristo y en Él todas las promesas de Dios son sí y amén.

Vv. 6—11. Se apresuraron para preguntar lo que su Maestro nunca les mandó ni les animó a buscar. Nuestro Señor sabía que su ascensión y la enseñanza del Espíritu Santo pronto pondrían fin a esas expectativas y, por tanto, sólo los reprendió; pero esto es una advertencia para su Iglesia de todos los tiempos: cuidarse de desear conocimientos prohibidos. Había dado instrucciones a sus discípulos para que cumplieran su deber, tanto antes de su muerte y desde su resurrección, y este conocimiento basta para el cristiano. Basta que Él se haya propuesto dar a los creyentes una fuerza igual a sus pruebas y servicios; que, bajo el poder del Espíritu Santo, sean de una u otra manera testigos de Cristo en la tierra, mientras en el cielo Él cuida con perfecta sabiduría, verdad y amor de sus intereses. —Cuando nos quedamos mirando y ocupados en nimiedades, que el pensar en la segunda venida de nuestro Maestro nos estimule y despierte: cuando nos quedemos mirando y temblando, que nos consuelen y animen. Que nuestra expectativa así sea constante y jubilosa, poniendo diligencia en ser hallados irreprensibles por Él.

Vv. 12—14. Dios puede hallar lugares de refugio para su pueblo. Ellos suplicaron. Todo el pueblo de Dios es pueblo de oración. Ahora era el momento de los problemas y peligros para los discípulos de Cristo; pero si alguien está afligido, ore; eso acallará sus preocupaciones y temores. Ahora tenían una gran obra que hacer y, antes que la empezaran, oraron fervientemente a Dios pidiendo su presencia. Esperando el derramamiento del Espíritu y abundando en oración. Los que están orando son los que están en mejor situación para recibir bendiciones espirituales. Cristo había prometido enviar pronto al Espíritu Santo; esa promesa no tenía que eliminar la oración, sino vivificarla y alentarla. Un grupo pequeño unido en amor, de conducta ejemplar, ferviente para orar, y sabiamente celoso para el progreso de la causa de Cristo, probablemente crezca con rapidez.

Vv. 15—26. La gran cosa de la que los apóstoles debían atestiguar ante el mundo era la resurrección de Cristo, porque era la gran prueba de que Él es el Mesías, y el fundamento de nuestra esperanza en Él. Los apóstoles fueron ordenados, no para asumir dignidades y poderes mundanales, sino para predicar a Cristo y el poder de su resurrección. —Se efectuó una apelación a Dios: "Tú, Señor, que conoces los corazones de todos", cosa que nosotros no, y es mejor que ellos conozcan el suyo. Es adecuado que Dios escoja a sus siervos y, en la medida que Él, por las disposiciones de su providencia o los dones del Espíritu, muestra a quien ha escogido, o qué ha escogido para nosotros, debemos adecuarnos a su voluntad. Reconozcamos su mano en la determinación de cada cosa que nos sobrevenga, especialmente en alguna comisión que nos sea encargada.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *El descenso del Espíritu Santo en el día de Pentecostés.* 5—13. *Los apóstoles hablan en diferentes lenguas.* 14—36. *El sermón de Pedro a los judíos.* 37—41. *Tres mil almas convertidas.* 42—47. *La piedad y el afecto de los discípulos.*

Vv. 1—4. No podemos olvidar con cuánta frecuencia, aunque su Maestro estaba con ellos, hubo discusiones entre los discípulos sobre cuál sería el más grande, pero ahora todas esas discordias habían terminado. Habían orado juntos más que antes. Si deseamos que el Espíritu sea derramado sobre nosotros desde lo alto, tengamos unanimidad. Pese a las diferencias de sentimientos e intereses, como las había entre esos discípulos, pongámonos de acuerdo para amarnos unos a otros, porque donde los hermanos habitan juntos en unidad, ahí manda el Señor su bendición. —Un viento recio llegó con mucha fuerza. Esto era para significar las influencias y la obra poderosa del Espíritu de Dios en las mentes de los hombres, y por medio de ellos, en el mundo. De esta manera, las convicciones del Espíritu dan lugar a sus consolaciones; y las ráfagas recias de ese viento bendito preparan el alma para sus céfiros suaves y amables. Hubo una apariencia de algo como llamas de fuego, que iluminó a cada uno de ellos, según lo que Juan el Bautista decía de Cristo: Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. El Espíritu, como fuego, derrite el corazón, quema la escoria, y enciende afectos piadosos y devotos en el alma, en la cual, como el fuego del altar, se ofrecen los sacrificios espirituales. —Fueron llenos del Espíritu Santo más que antes. Fueron llenos de las gracias del Espíritu, y más que antes, puestos bajo su influencia santificadora; más separados de este mundo, y más familiarizados con el otro. Fueron llenos más con las consolaciones del Espíritu, se regocijaron mas que antes en el amor de Cristo y la esperanza del cielo: en eso fueron sorbidos todos sus temores y sus penas. Fueron llenos de los dones del Espíritu Santo; tuvieron poderes milagrosos para el avance del evangelio. Hablaron, no de pensamientos o meditaciones previos, sino como el Espíritu les daba que hablasen.

Vv. 5—13. La diferencia de lenguas que surgió en Babel ha estorbado mucho la difusión del conocimiento y de la religión. Los instrumentos que el Señor empleó primero para difundir la religión cristiana, no podrían haber progresado sin este don, lo cual probó que su autoridad era de Dios.

Vv. 14—21. El sermón de Pedro muestra que estaba completamente recuperado de su caída y cabalmente restaurado al favor divino; porque el que había negado a Cristo, ahora lo confesaba osadamente. Su relato del derramamiento milagroso del Espíritu Santo estaba concebido para estimular a sus oyentes a que abrazaran la fe de Cristo y se unieran a su Iglesia. Fue cumplimiento de la Escritura y fruto de la resurrección y ascensión de Cristo, y prueba de ambos. Aunque Pedro estaba lleno del Espíritu Santo y hablaba en lenguas conforme el Espíritu le daba que hablase, no pensó en dejar de lado las Escrituras. Los sabios de Cristo nunca aprenden más que su Biblia; y el Espíritu es dado, no para suprimir las Escrituras, sino para capacitarnos para entenderlas, aprobarlas y obedecerlas. Con toda seguridad nadie escapará a la condenación del gran día salvo los que invocan el nombre del Señor, en y por medio de su Hijo Jesucristo, como el Salvador de pecadores, y el Juez de toda la humanidad.

Vv. 22—36. A partir de este don del Espíritu Santo, Pedro les predica a Jesús: y he aquí la historia de Cristo. Hay aquí un relato de su muerte y sus sufrimientos, que ellos presenciaron unas pocas semanas antes. Su muerte es considerada como acto de Dios y de maravillosa gracia y sabiduría. De manera que la justicia divina debe ser satisfecha, Dios y el hombre reunidos de nuevo, y Cristo mismo glorificado, conforme al consejo eterno que no puede ser modificado. En cuanto al acto de la gente; fue un acto de pecado y necedad horrendos en ellos. La resurrección de Cristo suprime el reproche de su muerte; Pedro habla mucho de esto. Cristo era el Santo de Dios, santificado y puesto aparte para su servicio en la obra de redención. Su muerte y sufrimiento deben

ser la entrada a una vida bendecida para siempre jamás, no sólo para Él sino para todos los suyos. Este hecho tuvo lugar según estaba profetizado y los apóstoles fueron testigos. —La resurrección no se apoyó sobre esto solo; Cristo había derramado dones milagrosos e influencias divinas sobre sus discípulos, y ellos fueron testimonio de sus efectos. Mediante el Salvador se dan a conocer los caminos de la vida y se nos exhorta a esperar la presencia de Dios y su favor para siempre. Todo esto surge de la creencia segura que Jesús es el Señor y el Salvador ungido.

Vv. 37—41. Desde la primera entrega del mensaje divino se vio que en él había poder divino; miles fueron llevados a la obediencia de la fe. Pero ni las palabras de Pedro ni el milagro presenciado pudieron producir tales efectos si no se hubiera dado el Espíritu Santo. Cuando los ojos de los pecadores son abiertos, no pueden sino sentir remordimiento de corazón por el pecado, no pueden menos que sentir una inquietud interior. El apóstol les exhorta a arrepentirse de sus pecados y confesar abiertamente su fe en Jesús como el Mesías, y ser bautizados en su nombre. Así, pues, profesando su fe en Él, iban a recibir la remisión de sus pecados, y a participar de los dones y gracias del Espíritu Santo. —Separarse de la gente impía es la única manera de salvarnos de ellos. Los que se arrepienten de sus pecados y se entregan a Jesucristo, deben probar su sinceridad desembarazándose de los impíos. Debemos salvarnos de ellos, lo cual supone evitarlos con horror y santo temor. Por gracia de Dios tres mil personas aceptaron la invitación del evangelio. No puede haber duda que el don del Espíritu Santo, que todos recibieron, y del cual ningún creyente verdadero ha sido jamás exceptuado, era ese Espíritu de adopción, esa gracia que convierte, guía y santifica, la cual se da a todos los miembros de la familia de nuestro Padre celestial. El arrepentimiento y la remisión de pecados aún se predican a los principales de los pecadores en el nombre del Redentor; el Espíritu Santo aún sella la bendición en el corazón del creyente; aun las promesas alentadoras son para nosotros y para nuestros hijos; y aún se ofrecen las bendiciones a todos los que están lejos.

Vv. 42—47. En estos versículos tenemos la historia de la iglesia verdaderamente primitiva, de sus primeros tiempos; su estado de verdadera infancia, pero, como aquel, su estado de mayor inocencia. Se mantuvieron cerca de las ordenanzas santas y abundaron en piedad y devoción; porque el cristianismo, una vez que se admite en su poder, dispone el alma a la comunión con Dios en todas esas formas establecidas para que nos encontremos con Él, y en que ha prometido reunirse con nosotros. —La grandeza del suceso los elevó por sobre del mundo, y el Espíritu Santo los llenó con tal amor que hizo que cada uno fuera para otro como para sí mismo, y, de este modo, hizo que todas las cosas fueran en común, sin destruir la propiedad, sino suprimiendo el egoísmo y provocando el amor. Dios que los movió a ello, sabía que ellos iban a ser rápidamente echados de sus posesiones en Judea. El Señor, de día en día, inclinaba más los corazones a abrazar el evangelio; no simples profesantes, sino los que eran realmente llevados a un estado de aceptación ante Dios, siendo partícipes de la gracia regeneradora. Los que Dios ha designado para la salvación eterna, serán eficazmente llevados a Cristo hasta que la tierra sea llena del conocimiento de su gloria.

CAPÍTULO III

Versículos 1—11. *Un cojo sanado por Pedro y Juan.* 12—26. *El discurso de Pedro a los judíos.*

Vv. 1—11. Los apóstoles y los primeros creyentes asistían al servicio de adoración en el templo a la hora de la oración. Parece que Pedro y Juan fueron llevados por dirección divina a obrar un milagro en un hombre de más de cuarenta años, inválido de nacimiento. En el nombre de Jesús de Nazaret, Pedro le manda levantarse y caminar. Así, si intentamos con buen propósito la sanidad de las almas de los hombres, debemos ir en el nombre y el poder de Jesucristo, llamando a los pecadores

incapacitados que se levanten y anden en el camino de la santidad por fe en Él. ¡Qué dulce para nuestra alma es pensar que el nombre de Jesucristo de Nazaret puede hacernos íntegros, respecto de todas las facultades paralizadas de nuestra naturaleza caída! ¡Con cuánto gozo y arrobamiento santo andaremos por los atrios santos cuando Dios Espíritu nos haga entrar en ellos por su poder!

Vv. 12—18. Nótese la diferencia en el modo de hacer los milagros. Nuestro Señor siempre habla como teniendo poder omnipotente, sin vacilar jamás para recibir la honra más grande que le fue conferida por sus milagros divinos. Pero los apóstoles referían todo al Señor y se negaban a recibir honra, salvo como sus instrumentos sin méritos. Esto muestra que Jesús era uno con el Padre, e igual con Él; mientras los apóstoles sabían que eran hombres débiles y pecadores, dependientes en todo de Jesús, cuyo poder era el que curaba. Los hombres útiles deben ser muy humildes. No a nosotros, oh Señor, no a nosotros, sino a tu nombre gloria. Toda corona debe ser puesta a los pies de Cristo. —El apóstol muestra a los judíos la enormidad de su delito, pero sin querer enojarlos ni desesperarlos. Con toda seguridad los que rechazan, rehusan o niegan a Cristo lo hacen por ignorancia, pero eso no se puede presentar como excusa en ningún caso.

Vv. 19—21. La absoluta necesidad del arrepentimiento debe cargarse solemnemente en la conciencia de todos los que desean que sus pecados sean borrados y que puedan tener parte en el refrigerio que nada puede dar, sino el sentido del amor perdonador de Cristo. Bienaventurados los que han sentido esto. No era necesario que el Espíritu Santo diera a conocer los tiempos y las sazones de esta dispensación. Estos temas aún quedan oscuros, pero cuando los pecadores tengan convicción de sus pecados, clamarán perdón al Señor; y al penitente convertido y creyente le llegarán tiempos de refrigerio de la presencia del Señor. En un estado de tribulación y prueba el glorioso Redentor estará fuera de la vista, porque debemos vivir por fe en Él.

Vv. 22—26. He aquí un discurso fuerte para advertir a los judíos las consecuencias temibles de su incredulidad, con las mismas palabras de Moisés, su profeta preferido, dado el celo fingido de quienes estaban listos para rechazar el cristianismo y tratar de destruirlo. Cristo vino al mundo a traer una bendición consigo y envió a su Espíritu para que fuera la gran bendición. Cristo vino a bendecirnos convirtiéndonos de nuestras iniquidades y salvándonos de nuestros pecados. Por naturaleza nosotros nos aferramos al pecado; el designio de la gracia divina es hacernos volver de eso para que no sólo podamos abandonarlo, sino odiarlo. Que nadie piense que puede ser feliz continuando en pecado cuando Dios declara que la bendición está en apartarse de toda la iniquidad. Que nadie piense que entiende o cree el evangelio si sólo busca liberación del castigo del pecado, pero no espera felicidad al ser liberado del pecado mismo. Nadie espere ser apartado de su pecado a no ser que crea en Cristo el Hijo de Dios, y lo reciba como sabiduría, justicia, santificación y redención.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—4. *Pedro y Juan encarcelados.* 5—14. *Los apóstoles testifican de Cristo con denuedo.* 15—22. *Pedro y Juan rehúsan callarse.* 23—31. *Los creyentes se unen en oración y alabanza.* 32—37. *La caridad santa de los cristianos.*

Vv. 1—4. Los apóstoles predicaron la resurrección de los muertos por medio de Jesús. Incluye toda la dicha del estado futuro; ellos predicaron esto a través de Jesucristo, porque sólo por medio de Él se puede obtener. Miserable es el caso de aquellos para quienes es un dolor la gloria del reino de Cristo, porque dado que la gloria de ese reino es eterna, el dolor de ellos también será eterno. —Los

siervos inofensivos y útiles de Cristo, como los apóstoles, suelen verse afligidos por su trabajo de fe y obra de amor, cuando los impíos han escapado. Hasta la fecha no faltan los casos en que la lectura de las Escrituras, la oración en grupo y la conversación sobre temas religiosos encuentran ceños fruncidos y restricciones, pero, si obedecemos los preceptos de Cristo, Él nos sostendrá.

Vv. 5—14. Estando lleno del Espíritu Santo, Pedro deseaba que todos entendieran que el milagro había sido obrado en el nombre y el poder de Jesús de Nazaret, el Mesías, al que ellos habían crucificado; y esto confirmaba el testimonio de su resurrección de entre los muertos, lo cual probaba que era el Mesías. Estos dirigentes debían ser salvados por ese Jesús al que habían crucificado o perecer por siempre. El nombre de Jesús es dado a los hombres de toda edad y nación, porque los creyentes son salvos de la ira venidera solo por Él. Sin embargo, cuando la codicia, el orgullo o cualquier pasión corrupta reina por dentro, los hombres cierran sus ojos y cierran sus corazones, con enemistad contra la luz, considerando ignorantes e indoctos a todos los que desean no saber nada si no es Cristo crucificado. Los seguidores de Cristo actuarán en esa forma para que todos los que hablen con ellos, sepan que han estado con Jesús. Esto los hace santos, celestiales, espirituales y jubilosos, y los eleva por encima de este mundo.

Vv. 15—22. Todo el interés de los gobernantes es que la doctrina de Cristo no se difunda entre el pueblo, aunque no pueden decir que sea falsa o peligrosa o de alguna mala tendencia; y se avergüenzan de reconocer la razón verdadera: que testifica contra su hipocresía, iniquidad y tiranía. Quienes saben valorar con justicia las promesas de Cristo, saben despreciar, con justicia, las amenazas del mundo. Los apóstoles miran preocupados las almas que perecen y saben que no pueden huir de la ruina eterna sino por Jesucristo; por tanto, son fieles al advertir y mostrar el camino recto. —Nadie disfrutará paz mental ni actuará rectamente hasta que haya aprendido a guiar su conducta por la norma de la verdad, y no por las opiniones y fantasías vacilantes de los hombres. Cuidaos especialmente del vano intento de servir a dos amos, a Dios y al mundo; el final será que no puede servir fielmente a ninguno.

Vv. 23—31. Los seguidores de Cristo andan en mejor forma cuando van en compañía, siempre y cuando la compañía sea la de otros como ellos. Estimula a los siervos de Dios tanto al hacer obra como al sufrir el trabajo, saber que sirven al Dios que hizo todas las cosas y, por tanto, dispone todos los sucesos; y que las Escrituras deben cumplirse. Jesús fue ungido para ser Salvador; por tanto, estaba determinado que fuera sacrificio expiatorio por el pecado. Pero el pecado no es el mal menor para que Dios saque bien de él. —En las épocas amenazantes nuestro interés no debe ser tanto evitar los problemas como poder seguir adelante con júbilo y valor en nuestra obra y deber. Ellos no oran, Señor déjanos alejarnos de nuestra tarea ahora que se ha vuelto peligrosa, sino: Señor, danos tu gracia para seguir adelante con constancia en nuestra obra, y no temer el rostro del hombre. Aquellos que desean ayuda y exhortación divina, pueden depender de que las tienen, y deben salir y seguir adelante en el poder del Señor Dios. —Él dio una señal de aceptar sus oraciones. El lugar tembló para que la fe de ellos se estabilizara y no fuera vacilante. Dios les dio mayor grado de su Espíritu y todos ellos fueron llenos con el Espíritu Santo más que nunca; por ello no sólo fueron estimulados, sino capacitados para hablar con denuedo la palabra de Dios. Cuando hallan que el Señor Dios les ayuda por su Espíritu, saben que no serán confundidos, Isaías l, 7.

Vv. 32—37. Los discípulos se amaban unos a otros. Esto era el bendito fruto del precepto de la muerte de Cristo para sus discípulos, y su oración por ellos cuando estaba a punto de morir. Así fue entonces y así será otra vez, cuando el Espíritu sea derramado sobre nosotros desde lo alto. La doctrina predicada era la resurrección de Cristo; un hecho cumplido que, cuando se explica debidamente, es el resumen de todos los deberes, privilegios y consuelos de los cristianos. Había frutos evidentes de la gracia de Cristo en todo lo que decían y hacían. —Estaban muertos para este

mundo. Esto era una prueba grande de la gracia de Dios en ellos. No se apoderaban de la propiedad ajena, sino que eran indiferentes a ella. No lo llamaban propio, porque con afecto habían dejado todo por Cristo, y esperaban ser despojados de todo para aferrarse a Él. No asombra, pues, que fueran de un solo corazón y un alma, cuando se desprendieron de esa manera de la riqueza de este mundo. En efecto, tenían todo en común, de modo que no había entre ellos ningún necesitado, y cuidaban de la provisión para ellos. El dinero era puesto a los pies de los apóstoles. Se debe ejercer gran cuidado en la distribución de la caridad pública para dar a los necesitados, puesto que no son capaces de procurarse el sostén para sí mismos; se debe proveer a los que están reducidos a la necesidad por hacer el bien, y por el testimonio de una buena conciencia. He aquí uno mencionado en particular, notable por esta caridad generosa: era Bernabé. Como quien es nombrado para ser un predicador del evangelio, él se desembarazó y soltó de los asuntos de esta vida. Cuando prevalecen tales disposiciones, y se las ejerce conforme a las circunstancias de los tiempos, el testimonio tendrá un poder muy grande sobre el prójimo.

CAPÍTULO V

Versículos 1—11. *La muerte de Ananías y Safira.* 12—16. *El poder que acompañaba a la prédica del evangelio.* 17—25. *Los apóstoles son encarcelados pero un ángel los pone en libertad.* 26—33. *Los apóstoles testifican de Cristo ante el concilio.* 34—42. *El consejo de Gamaliel.—El concilio deja que los apóstoles se vayan.*

Vv. 1—11. El pecado de Ananías y Safira era que ambicionaban que se pensara que ellos eran discípulos eminentes, cuando no eran discípulos verdaderos. Los hipócritas pueden negarse a sí mismos, pueden dejar sus ventajas mundanas en un caso si tienen la perspectiva de encontrar beneficios en otra cosa. Ambicionaban la riqueza del mundo y desconfiaban de Dios y su providencia. Pensaban que podían servir a Dios y a mamón. Pensaban engañar a los apóstoles. El Espíritu de Dios en Pedro vio el principio de incredulidad que reinaba en el corazón de Ananías. Cualquiera haya sido la sugerencia de Satanás, éste no podría haber llenado su corazón con esta maldad si Ananías no hubiera consentido. La falsedad fue un intento de engañar al Espíritu de verdad que hablaba y actuaba tan manifiestamente por medio de los apóstoles. El delito de Ananías no fue que retuviera parte del precio del terreno; podría haberse quedado con todo si así gustaba; su delito fue tratar de imponerse sobre los apóstoles con una mentira espantosa con el deseo de ser visto, unido a la codicia. Si pensamos que podemos engañar a Dios, engañaremos fatalmente nuestra propia alma. ¡Qué triste es ver las relaciones que debieran estimularse mutuamente a las buenas obras, como se endurecen mutuamente en lo que es malo! Este castigo fue, en realidad, una misericordia para muchísimas personas. Haría que se examinaran estrictamente a sí mismas, con oración y terror de la hipocresía, codicia y vanagloria, y debiera seguir haciéndolo así. Impediría el aumento de los falsos profesantes. Aprendamos de esto cuán odiosa es la falsedad para el Dios de la verdad, y no sólo a evitar la mentira directa, sino todas las ventajas obtenidas de usar expresiones dudosas, y doble significado en nuestra habla.

Vv. 12—16. La separación de los hipócritas por medio de juicios discriminatorios, debe hacer que los sinceros se aferren más estrechamente unos a otros y al ministerio del evangelio. Todo lo que tienda a la pureza y reputación de la Iglesia, fomenta su crecimiento, pero aquel poder solo, que obraba tales milagros por medio de los apóstoles, es el que puede rescatar pecadores del poder del pecado y Satanás, y agregar nuevos creyentes a la compañia de sus adoradores. Cristo obra por medio de todos sus siervos fieles y todo el que recurra a Él, será sanado.

Vv. 17—25. No hay cárcel tan oscura ni tan segura, que Dios no pueda visitar a su gente en ella y, si le place, sacarlos de ahí. La recuperación de las enfermedades, la liberación de los problemas son concedidas, no para que disfrutemos las consolaciones de la vida, sino para que Dios sea honrado con los servicios de nuestra vida. No es propio que los predicadores del evangelio de Cristo se escondan en los rincones cuando tienen oportunidad de predicar a una gran congregación. Deben predicar a los más viles, cuyas almas son tan preciosas para Cristo como las almas de los más nobles. Habladle a todos, porque todos están incluidos. Hablad como los que deciden defender, vivir y morir por algo. Decid todas las palabras de esta vida celestial divina, comparada con la cual no merece el nombre de vida esta actual vida terrenal. Las palabras de vida que el Espíritu Santo pone en vuestra boca. Las palabras del evangelio son palabras de vida; palabras por las cuales podemos ser salvados. —¡Qué desdichados son los que se sienten angustiados por el éxito del evangelio! ¡No pueden dejar de ver que la palabra y el poder del Señor están contra ellos, y temblando por las consecuencias, de todos modos, siguen adelante!

Vv. 26—33. Muchos hacen osadamente algo malo, pero, después no toleran oír de eso o que se les acuse de ello. No podemos esperar ser redimidos y sanados por Cristo si no nos entregamos para ser mandados por Él. La fe acepta al Salvador en todos sus oficios, porque Él vino, no a salvarnos *en* nuestros pecados sino a salvarnos *de* nuestros pecados. Si Cristo hubiera sido enaltecido para dar dominio a Israel, los principales sacerdotes le hubieran dado la bienvenida. Sin embargo, el arrepentimiento y la remisión de pecados son bendiciones que ellos no valoraron ni vieron que las necesitaban; por tanto, no reconocieron su doctrina en absoluto. —Donde se obra el arrepentimiento, sin falta se otorga remisión. —Nadie se libra de la culpa y del castigo del pecado, sino los que son liberados del poder y dominio del pecado; los que se apartan del pecado y se vuelven en su contra. Cristo da arrepentimiento por su Espíritu que obra por la palabra para despertar la conciencia, para obrar pesadumbre por el pecado y un cambio eficaz del corazón y la vida. Dar el Espíritu Santo es una prueba evidente de que la voluntad de Dios es que Cristo sea obedecido. Con toda seguridad destruirá a los que no quieren que Él reine sobre ellos.

Vv. 34—42. El Señor aún tiene todos los corazones en su mano y, a veces, dirige la prudencia del sabio mundano para frenar a los perseguidores. El sentido común nos dice que seamos cautos puesto que la experiencia y la observación indican que ha sido muy breve el éxito de los fraudes en materia de religión. El reproche por Cristo es la preferencia verdadera, porque hace que nos conformemos a su pauta y sirvamos su interés. —Ellos se regocijaron en eso. Si sufrimos el mal por hacer el bien, siempre y cuando lo suframos bien, como debemos, tenemos que regocijarnos en esa gracia que nos capacitó para hacerlo así. Los apóstoles no se predicaban a sí mismos, sino a Cristo. Esta era la predicación que más ofendía a los sacerdotes. Predicar a Cristo debe ser la actividad constante de los ministros del evangelio: a Cristo crucificado; a Cristo glorificado; nada fuera de esto, sino lo que se refiera a esto. Cualquiera sea nuestra situación o rango en la vida, debemos procurar haberle conocido y glorificar su nombre.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—7. *El nombramiento de los diáconos.* 8—15. *Esteban es acusado falsamente de blasfemia.*

Vv. 1—7. Hasta ahora los discípulos habían sido unánimes; a menudo esto se había notado para honra de ellos, pero ahora que se estaban multiplicando, empezaron los reclamos. La palabra de Dios era suficiente para cautivar todos los pensamientos, los intereses y el tiempo de los apóstoles. Las

personas elegidas para servir las mesas deben estar debidamente calificadas. Deben estar llenas con dones y gracias del Espíritu Santo, necesarios para administrar rectamente este cometido; hombres veraces que odien la codicia. —Todos los que están al servicio de la Iglesia, deben ser encomendados a la gracia divina por las oraciones de la iglesia. Ellos los bendijeron en el nombre del Señor. La palabra y la gracia de Dios se magnifican grandemente cuando trabajan en las personas que parecen menos probables para eso.

Vv. 8—15. Cuando no pudieron contestar los argumentos de Esteban como polemista, lo juzgaron como delincuente y trajeron testigos falsos contra él. Casi es un milagro de la providencia que no haya sido asesinado en el mundo un mayor número de personas religiosas por medio de perjurios y pretextos legales, cuando tantos miles las odian y no tienen conciencia de jurar en falso. La sabiduría y la santidad hacen que brille el rostro de un hombre, aunque no garantiza a los hombres que no serán maltratados. ¡Qué diremos del hombre, un ser racional, pero que aún así, intenta sostener un sistema religioso por medio de testimonios falsos y asesinatos! Y esto se ha hecho en innumerables casos. La culpa no reside tanto en el entendimiento como en el corazón de la criatura caída, que es engañoso sobre todas las cosas y perverso. Pero el siervo del Señor, que tiene la conciencia limpia, una esperanza jubilosa y los consuelos divinos, puede sonreír en medio del peligro y la muerte.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—50. *La defensa de Esteban.* 51—53. *Esteban reprocha a los judíos por la muerte de Cristo.* 54—60. *El martirio de Esteban.*

Vv. 1—16. Esteban fue acusado de blasfemar contra Dios y de apóstata de la iglesia; en consecuencia, demuestra que es hijo de Abraham y se valora a sí mismo como tal. Los pasos lentos con que avanzaba hacia su cumplimiento la promesa hecha a Abraham muestran claramente que tenía un significado espiritual y que la tierra aludida era la celestial. —Dios reconoció a José en sus tribulaciones, y estuvo con él por el poder de Su Espíritu, dándole consuelo en su mente, y dándole favor ante los ojos de las personas con que se relacionaba. Esteban recuerda a los judíos su pequeño comienzo como un freno para su orgullo por las glorias de esa nación. También les recuerda la maldad de los patriarcas de sus tribus, al tener envidia de su hermano José; el mismo espíritu aún obraba en ellos acerca de Cristo y sus ministros. —La fe de los patriarcas, al desear ser enterrados en la tierra de Canaán, demuestra claramente que ellos tenían consideración por la patria celestial. Bueno es recurrir a la primera manifestación de costumbres o sentimientos, cuando se han pervertido. Si deseamos conocer la naturaleza y los efectos de la fe justificadora, debemos estudiar el carácter del padre de los fieles. Su llamamiento muestra el poder y la gratuidad de la gracia divina, y la naturaleza de la conversión. Aquí también vemos que las formas y distinciones externas son como nada comparadas con la separación del mundo y la consagración a Dios.

Vv. 17—29. No nos desanimemos por la lentitud con que se cumplen las promesas de Dios. Los tiempos de sufrimientos son a menudo tiempos de crecimiento para la Iglesia. Cuando el momento de ellos es el más oscuro y más profunda su angustia, Dios está preparando la liberación de su pueblo. Moisés era muy agradable, "fue agradable a Dios"; es la belleza de la santidad que tiene gran precio ante los ojos de Dios. Fue preservado maravillosamente en su infancia; porque Dios cuida en forma especial a los que ha destinado para un servicio especial; y si así protegió al niño Moisés, ¿no asegurará mucho más los intereses de su santo niño Jesús, contra los enemigos que se reúnen en su contra? —Ellos persiguieron a Esteban por argumentar en defensa de Cristo y su evangelio: en su

contra levantaron a Moisés y su ley. Podrían entender, si no cerraran voluntariamente sus ojos a la luz, que Dios los librará por medio de este Jesús de una esclavitud peor que la de Egipto. Aunque los hombres prolongan sus miserias, el Señor cuidará, no obstante, de sus siervos y concretará sus designios de misericordia.

Vv. 30—41. Los hombres se engañan si piensan que Dios no puede hacer lo que ve que es bueno en alguna parte; puede llevar al desierto a su pueblo, y ahí hablarles de consuelo. Se apareció a Moisés en una llama de fuego, pero el arbusto no se consumía, lo cual representaba al estado de Israel en Egipto, donde, aunque estaban en el fuego de la aflicción, no fueron consumidos. También puede mirarse como tipo de la asunción de la naturaleza humana por Cristo, y de la unión de la naturaleza divina y humana. —La muerte de Abraham, Isaac y Jacob no puede romper la relación del pacto entre Dios y ellos. Nuestro Salvador prueba, por esto, el estado futuro, Mateo xxii, 31. Abraham ha muerto, pero Dios aún es *su* Dios, por tanto, Abraham aún vive. Ahora bien, esta es la vida y la inmortalidad que es sacada a la luz por el evangelio. —Esteban muestra aquí que Moisés fue tipo eminente de Cristo, como libertador de Israel. Dios se compadece de los problemas de su Iglesia y de los gemidos de su pueblo perseguido; y la liberación de ellos brota de su compasión. Esa liberación es tipo de lo que hizo Cristo cuando bajó desde el cielo por nosotros, los hombres, y para nuestra salvación. Este Jesús, al que ahora rechazaron como sus padres rechazaron a Moisés, es el mismo que Dios levantó para ser Príncipe y Salvador. Nada resta de la justa honra de Moisés al decir que él solo fue un instrumento y que es infinitamente opacado por Jesús. —Al afirmar que Jesús debía cambiar las costumbres de la ley ceremonial, Esteban distaba tanto de blasfemar contra Moisés que, en realidad, le honraba demostrando cómo se cumplió la profecía de Moisés, que era tan clara. Dios, que les dio esas costumbres mediante su siervo Moisés, podía sin duda cambiar la costumbre por medio de su Hijo Jesús. Pero Israel desechó a Moisés y deseaba volver a la esclavitud; de esta manera, en general los hombres no obedecerán a Jesús porque aman este presente mundo malo y se regocijan en sus obras e inventos.

Vv. 42—50. Esteban reprochó a los judíos la idolatría de sus padres a la que Dios los entregó como castigo por haberlo abandonado antes. No fue una deshonra, sino honra para Dios que el tabernáculo cediera paso al templo; ahora es así, que el templo terrenal dé paso al espiritual; y así será cuando, al fin, el templo espiritual ceda el paso al eterno. Todo el mundo es el templo de Dios, donde está presente en todas partes, y lo llena con su gloria; entonces, ¿qué necesidad tiene de un templo donde manifestarse? Estas cosas muestran su eterno poder y deidad. Pero como el cielo es su trono y la tierra es estrado de sus pies, ninguno de nuestros servicios benefician al que hizo todas las cosas. Después de la naturaleza humana de Cristo, el corazón quebrantado y espiritual es el templo más valioso para Él.

Vv. 51—53. Parece que Esteban iba a proseguir demostrando que el templo y el servicio del templo debían llegar a su fin, y que ceder el paso a la adoración del Padre en espíritu y en verdad sería para gloria de ambos, pero se dio cuenta de que ellos no lo soportarían. Por tanto, se calló, y por el Espíritu de sabiduría, valor y poder, reprendió fuertemente a sus perseguidores. Cuando argumentos y verdades claras provocan a los opositores del evangelio, se les debe mostrar su culpa y peligro. Ellos, como sus padres, eran obcecados y soberbios. En nuestros corazones pecaminosos hay lo que siempre resiste al Espíritu Santo, una carne cuyo deseo es contra el Espíritu, y batalla contra sus movimientos; pero, en el corazón de los elegidos de Dios esa resistencia es vencida cuando llega la plenitud del tiempo. Ahora el evangelio era ofrecido, no por ángeles, sino por el Espíritu Santo, pero ellos no lo abrazaron porque estaban resueltos a no cumplir con Dios, ya fuera en su ley o en su evangelio. La culpa de ellos les clavó el corazón, y buscaron alivio asesinando a quien los reprendía, en lugar de llorar y pedir misericordia.

Vv. 54—60. Nada es tan consolador para los santos moribundos, o tan animador para los santos que sufren, que ver a Jesús a la diestra de Dios: bendito sea Dios, por fe podemos verlo ahí. Esteban ofreció dos oraciones breves en sus momentos de agonía. Nuestro Señor Jesús es Dios, al cual tenemos que buscar, y en quien tenemos que confiar y consolarnos, viviendo y muriendo. Si esto ha sido nuestro cuidado mientras vivimos, será nuestro consuelo cuando muramos. —Aquí hay una oración por sus perseguidores. Aunque el pecado fue muy grande, si a ellos les pesaba en el corazón, Dios no los pondría en la cuenta de ellos. —Esteban murió tan apremiado como nunca murió hombre alguno, pero al morir, se dice que durmió; él se dedicó a la tarea de morir con tanta compostura como si se hubiera ido a dormir. Despertará de nuevo en la mañana de la resurrección para ser recibido en la presencia del Señor, donde hay plenitud de gozo, y para compartir los placeres que están a su diestra para siempre.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—4. *Saulo persigue a la Iglesia.* 5—13. *El éxito de Felipe en Samaria.—Simón el mago es bautizado* 14—25. *La hipocresía de Simón es detectada.* 26—40. *Felipe y el etíope.*

Vv. 1—4. Aunque la persecución no debe apartarnos de nuestra obra, puede, no obstante, enviarnos a trabajar en otra parte. Donde sea llevado el creyente estable, lleva consigo el conocimiento del evangelio y da a conocer lo precioso de Cristo en todo lugar. Donde el simple deseo de hacer el bien influya sobre el corazón, será imposible impedir que el hombre no use todas las oportunidades para servir.

Vv. 5—13. En cuanto el evangelio prevalece, son desalojados los espíritus malignos, en particular los espíritus inmundos. Estos son todas las inclinaciones a las lujurias de la carne que batallan contra el alma. Aquí se nombran los trastornos que más cuesta curar siguiendo el curso de la naturaleza y los que mejor expresan la enfermedad del pecado. —Orgullo, ambición y deseos de grandeza siempre han causado abundante mal al mundo y a la iglesia. —La gente decía de Simón, este hombre tiene gran poder de Dios. Véase en esto en qué manera ignorante e irreflexiva yerra la gente, pero ¡cuán grande es el poder de la gracia divina, por la cual son llevados a Cristo que es la Verdad misma! La gente no sólo oía lo que decía Felipe; fueron plenamente convencidos de que era de Dios, y no de los hombres, y se dejaron ser dirigidos por eso. Hasta los hombres malos, y ésos con corazones que aún andan en pos de la codicia, pueden ir ante Dios como va su pueblo, y por un tiempo, continuar con ellos. Muchos que se asombran ante las pruebas de las verdades divinas, nunca experimentaron el poder de ellas. El evangelio predicado puede efectuar una operación común en un alma donde nunca produjo santidad interior. No todos los que profesan creer el evangelio son convertidos para salvación.

Vv. 14—25. El Espíritu Santo aún no se había derramado sobre ninguno de esos convertidos, con los poderes extraordinarios transmitidos por el derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés. Nosotros podemos cobrar ánimo de este ejemplo, orando a Dios que dé las gracias renovadoras del Espíritu Santo a todos aquellos por cuyo bienestar espiritual estamos interesados, porque ellas incluyen todas las bendiciones. Ningún hombre puede dar el Espíritu Santo imponiendo sus manos, pero debemos usar los mejores esfuerzos para instruir a aquellos por quienes oramos. —Simón el mago ambicionaba tener el honor de un apóstol, pero no le interesaba en absoluto tener el espíritu y la disposición del cristiano. Deseaba más tener honor para sí que hacer el bien al prójimo. Pedro le enrostra su delito. Estimaba la riqueza de este mundo como si correspondieran con las cosas que se relacionan con la otra vida, y deseaba comprar el perdón de pecado, el don del Espíritu Santo y la

vida eterna. Este era un error condenatorio de tal magnitud que de ninguna manera armoniza con un estado de gracia. Nuestros corazones son lo que son ante los ojos de Dios, que no puede ser engañado, y si no pueden ser justos ante sus ojos, nuestra religión es vana y de nada nos sirve. El corazón orgulloso y codicioso no puede ser justo ante Dios. Puede que un hombre siga bajo el poder del pecado aunque se revista de una forma de santidad. Cuando seas tentado con dinero para hacer el mal, ve cuán perecedero es el dinero y desprécialo. No pienses que el cristianismo es un oficio del cual vivir en este mundo. —Hay mucha maldad en el pensamiento del corazón, nociones falsas, afectos corruptos, y malos proyectos de los cuales uno debe arrepentirse o estamos acabados. Pero al arrepentirnos serán perdonados. Aquí se duda de la sinceridad del arrepentimiento de Simón, no de su perdón, si su arrepentimiento fue sincero. Concédenos, Señor, una clase de fe diferente de la que hizo sólo asombrarse a Simón, sin santificar su corazón. Haz que aborrezcamos todo pensamiento de hacer que la religión sirva los propósitos del orgullo o la ambición. Guárdanos contra ese veneno sutil del orgullo espiritual que busca gloria para sí mismo aun por la humildad. Haz que sólo procuremos la honra que viene de Dios.

Vv. 26—40. Felipe recibió instrucciones de ir al desierto. A veces, Dios abre una puerta de oportunidad a sus ministros en los lugares menos probables. Debemos pensar en hacer el bien a los que llegan a ser compañía cuando viajamos. No debemos ser tan tímidos con los extraños, como algunos afectan serlo. En cuanto a ésos, de los cuales nada sabemos, sabemos esto: tienen almas. Sabiduría de los hombres de negocios es redimir el tiempo para los deberes santos; llenar cada minuto con algo que resultará ser una buena cuenta que rendir. —Al leer la palabra de Dios debemos hacer frecuentes pausas para preguntar de quién y de qué hablan los escritores sagrados, pero nuestros pensamientos deben ocuparse especialmente en el Redentor. El etíope fue convencido, por las enseñanzas del Espíritu Santo, del cumplimiento exacto de la Escritura; se le hizo comprender la naturaleza del reino del Mesías y su salvación, y deseó ser contado entre los discípulos de Cristo. Los que buscan la verdad y dedican tiempo para escudriñar las Escrituras, estarán seguros de cosechar ventajas. La aceptación del etíope debe entenderse como que expresa una confianza simple en Cristo para salvación, y una devoción sin límites a Él. No nos basta obtener fe, como el etíope, por medio del estudio diligente de las Santas Escrituras, y la enseñanza del Espíritu de Dios; no nos demos por satisfechos hasta que tengamos establecidos en nuestros corazones sus principios. Tan pronto como el etíope fue bautizado, el Espíritu de Dios llevó a Felipe, y no lo volvió a ver. Pero esto ayudó a confirmar su fe. Cuando el que busca la salvación llega a familiarizarse con Jesús y su evangelio, irá por su camino regocijándose, y desempeñará su puesto en la sociedad, cumpliendo sus deberes, por otros motivos y de otra manera que hasta entonces. Aunque estemos bautizados con agua en el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo, no es suficiente sin el bautismo del Espíritu Santo. Señor, concede esto a cada uno de nosotros; entonces iremos por nuestro camino regocijándonos.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—9. *La conversión de Saulo.* 10—22. *Saulo convertido, predica a Cristo.* 23—31. *Saulo es perseguido en Damasco y se va a Jerusalén.* 32—35. *Curación de Eneas.* 36—43. *Resurrección de Dorcas.*

Vv. 1—9. Tan mal informado estaba Saulo que pensaba que debía hacer todo lo que pudiera contra el nombre de Cristo, y que con eso le hacía un servicio a Dios; parecía que en esto estaba en su elemento. No perdamos la esperanza de la gracia renovadora para la conversión de los peores pecadores, ni dejemos que ellos pierdan la esperanza en la misericordia de Dios que perdona el

pecado más grande. Es señal del favor divino impedirnos, por medio de la obra interior de su gracia o por los sucesos exteriores de su providencia continuar o ejecutar objetivos pecaminosos. Saulo vio al Justo, capítulo xxii, 14, y capítulo xxvi, 13. ¡Qué cerca de nosotros está el mundo invisible! Si Dios sólo corre el velo, los objetos se presentan a la vista, comparados con los cuales, lo que más se admira en la tierra, resulta vil y despreciable. Saulo se sometió sin reservas, deseoso de saber lo que quería el Señor Jesús que él hiciera. Las revelaciones de Cristo a las pobres almas son humillantes; las abaten profundamente con pobres pensamientos sobre sí mismas. —Saulo no comió durante tres días, y agradó a Dios dejarlo sin alivio durante ese tiempo. Ahora sus pecados fueron puestos en orden ante él; estaba en tinieblas sobre su propio estado espiritual, y herido en el espíritu por el pecado. Cuando el pecador es llevado a una percepción adecuada de su estado y conducta, se arroja totalmente a la misericordia del Salvador, preguntando qué quiere que haga. Dios dirige al pecador humillado, y aunque suele no llevar a los transgresores al gozo y la paz de creer sin dolor ni intranquilidad de conciencia, bajo los cuales el alma es profundamente comprometida con las cosas eternas, de todos modos son bienaventurados los que siembran con lágrimas, porque cosecharán con gozo.

Vv. 10—22. Una buena obra fue comenzada en Saulo cuando fue llevado a los pies de Cristo con estas palabras: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Nunca Cristo dejó a nadie que llegara a ese punto. Contémplese al fariseo orgulloso, el opresor despiadado, el blasfemo atrevido, ¡orando! Aun ahora ocurre lo mismo con el infiel orgulloso o el pecador abandonado. ¡Qué nuevas felices son aquellas para todos los que entienden la naturaleza y el poder de la oración, de una oración como la que presenta el pecador humillado rogando las bendiciones de la salvación gratuita! Ahora empezó a orar de una manera diferente de lo que hacía antes, cuando decía sus oraciones, pero ahora las oraba. La gracia regeneradora pone a orar a la gente; más fácil es que halle a un hombre vivo que no respira que a un cristiano vivo que no ora. Pero hasta los discípulos eminentes como Ananías vacilan, a veces, ante las órdenes de su Señor. Sin embargo, es la gloria del Señor superar nuestras bajas expectativas y mostrar que son vasos de su misericordia los que consideramos objetos de su venganza. —La enseñanza del Espíritu Santo elimina del entendimiento las escamas de ignorancia y orgullo; entonces, el pecador llega a ser una nueva criatura y se dedica a recomendar al Salvador ungido, el Hijo de Dios, a sus compañeros de antes.

Vv. 23—31. Cuando entramos en el camino de Dios debemos esperar pruebas; pero el Señor sabe librar al santo y también dará, junto con la prueba, la salida. Aunque la conversión de Saulo fue y es prueba de la verdad del cristianismo, aún así, no podía, por sí misma, convertir un alma enemistada con la verdad; porque nada puede producir fe verdadera sino ese poder que crea de nuevo el corazón. —Los creyentes son dados a sospechar demasiado de aquellos en contra de los cuales tienen prejuicios. El mundo está lleno de engaño y es necesario ser cauto, pero debemos ejercer caridad, 1 Corintios xiii, 5. El Señor esclarece el carácter de los creyentes verdaderos, los une a su pueblo, y a menudo, les da oportunidad de dar testimonio de su verdad, ante quienes fueron testigos de su odio. Ahora Cristo se apareció a Saulo y le mandó que saliera rápidamente de Jerusalén, porque debía ser enviado a los gentiles: véase el capítulo xxii 21. Los testigos de Cristo no pueden ser muertos mientras no hayan terminado sus testimonios. —Las persecuciones fueron soportadas. Los profesantes del evangelio anduvieron rectamente y gozaron de mucho consuelo de parte del Espíritu Santo en la esperanza y la paz del evangelio, y otros fueron ganados para ellos. Vivieron del consuelo del Espíritu Santo no sólo en los días de trastorno y aflicción, sino en los días de reposo y prosperidad. Es más probable que caminen gozosamente los que caminan con cautela.

Vv. 32—35. Los cristianos son santos o pueblo santo; no sólo los eminentes como San Pedro y San Pablo, sino todo sincero profesante de la fe de Cristo. Cristo eligió a pacientes con enfermedades incurables según el curso natural, para mostrar cuán desesperada es la situación de la humanidad

caída. Cuando éramos completamente débiles, como este pobre hombre, Él mandó su palabra para sanarnos. Pedro no pretende sanar por poder propio, pero dirige a Eneas a que mire a Cristo en busca de ayuda. Nadie diga que por cuanto es Cristo el que por el poder de su gracia, obra todas nuestras obras en nosotros, no tenemos obra que hacer, ni deber que cumplir; porque, aunque Jesucristo te haga íntegro, tú debes levantarte, y usar el poder que Él te da.

Vv. 36—43. Muchos de los que están llenos de buenas palabras están vacíos y estériles de buenas obras; pero Tabita era una gran hechora, no una gran conversadora. Los cristianos que no tienen propiedad para dar como caridad pueden, aún, ser capaces de hacer obras de caridad, trabajando con sus manos o yendo con sus pies para el bien del prójimo. Son ciertamente mejor elogiados aquellos cuyas obras los elogian, sea que las palabras de los demás lo hagan o no. Sin duda son ingratos los que no reconocen el bien que se les hace mostrando la bondad hecha a ellos. Mientras vivimos de la plenitud de Cristo para nuestra plena salvación, debemos desear estar llenos de buenas obras para gloria de su nombre y para beneficio de sus santos. Caracteres como Dorcas son útiles donde moren, porque muestran la excelencia de la palabra de verdad por medio de sus vidas. ¡Qué viles son, entonces, las preocupaciones de tantas mujeres que no buscan distinción, sino en el ornamento externo, y desperdician sus vidas en la frívola búsqueda de vestidos y vanidades! —El poder se unió a la palabra y Dorcas volvió a la vida. Así es en la resurrección de las almas muertas a la vida espiritual: la primera señal de vida es abrir los ojos de la mente. Aquí vemos que el Señor puede compensar toda pérdida; que Él gobierna cada hecho para el bien de quienes confían en Él, y para gloria de su nombre.

CAPÍTULO X

Versículos 1—8. *Cornelio recibe orden de mandar a buscar a Pedro.* 9—18. *La visión de Pedro.* 19—33. *Va a casa de Cornelio.* 34—43. *Su sermón a Cornelio.* 44—48. *Derramamiento de dones del Espíritu Santo.*

Vv. 1—8. Hasta ahora nadie había sido bautizado en la Iglesia cristiana salvo judíos, samaritanos y los prosélitos que habían sido circuncidados, y observaban la ley ceremonial; pero, ahora, los gentiles eran llamados a participar de todos los privilegios del pueblo de Dios sin tener que hacerse judíos primero. —La religión pura y sin contaminación se halla, a veces, donde menos la esperamos. Dondequiera que el temor de Dios reine en el corazón, se manifestará en obras de caridad y de la piedad sin que una sea excusa de la otra. Era indudable que Cornelio tenía fe verdadera en la palabra de Dios, en la medida que la entendía, aunque aún no tenía una fe clara en Cristo. Esta fue la obra del Espíritu de Dios, por la mediación de Jesús, aun antes que Cornelio lo conociera, como ocurre con todos nosotros, que antes estábamos muertos en pecado, cuando somos vivificados. Por medio de Cristo también fueron aceptadas sus oraciones y limosnas que, de otro modo, hubieran sido rechazadas. Cornelio fue obediente, sin debate ni demora, a la visión celestial. No perdamos tiempo en los asuntos de nuestras almas.

Vv. 9—18. Los prejuicios de Pedro contra los gentiles le hubieran impedido ir a casa de Cornelio si el Señor no lo hubiera preparado para este servicio. Decir a un judío que Dios había ordenado que esos animales fueran reconocidos como limpios, cuando hasta ahora eran considerados inmundos, era decir efectivamente que la ley de Moisés estaba terminada. Pronto se dio a conocer a Pedro su significado. Dios sabe qué servicios tenemos por delante y sabe prepararnos, y nosotros entenderemos el significado de lo que nos ha enseñado, cuando hallemos la ocasión para usarlo.

Vv. 19—33. Cuando vemos claramente nuestro llamado a un servicio, no debemos confundirnos con dudas y escrúpulos que surjan de prejuicios o de ideas anteriores. Cornelio había reunido a sus amigos para que participaran con él de la sabiduría celestial que esperaba de Pedro. No codiciemos comer a solas nuestros bocados espirituales. Debemos considerarlos como dados y recibidos en señal de bondad y respeto para con nuestros parientes y amistades para invitarlos a unirse con nosotros en los ejercicios religiosos. Cornelio declara la orden que Dios le dio de mandar a buscar a Pedro. Estamos en lo correcto en nuestros objetivos al asistir a un ministerio del evangelio, cuando lo hacemos con reverencia por la cita divina, que nos pide que hagamos uso de esa ordenanza. ¡Con qué poca frecuencia se pide a los ministros que hablen a estos grupos, por pequeños que sean, de los que puede decirse que están todos presentes, a la vista de Dios, para oír todas las cosas que Dios manda! Sin embargo, estos estaban listos para oír lo que Dios mandó decir a Pedro.

Vv. 34—43. La aceptación no puede obtenerse sobre otro fundamento que no sea el del pacto de misericordia por la expiación hecha por Cristo, pero dondequiera que se halle la religión verdadera, Dios la aceptará sin consideración de denominaciones o sectas. El temor de Dios y las obras de justicia son la sustancia de la religión verdadera, los efectos de la gracia especial. Aunque estos no son la causa de la aceptación del hombre, sin embargo, la indican; y, les falte lo que les faltare en conocimiento o fe, les será dado en el momento debido por Aquel que la empezó. —Ellos conocían en general la palabra, esto es, el evangelio que Dios envió a los hijos de Israel. La intención de esta palabra era que Dios publicara por su intermedio la buena nueva de la paz por Jesucristo. Ellos conocían los diversos hechos relacionados al evangelio. Conocían el bautismo de arrepentimiento que Juan predicó. Sepan ellos que este Jesucristo, por quien se hace la paz entre Dios y el hombre, es Señor de todo; no sólo sobre todo, Dios bendito por los siglos, sino como Mediador. Toda potestad en el cielo y en la tierra es puesta en su mano, y todo juicio le fue encargado. Dios irá con los que Él unja; estará con aquellos a quienes haya dado su Espíritu. —Entonces, Pedro declara la resurrección de Cristo de entre los muertos, y sus pruebas. La fe se refiere a un testimonio, y la fe cristiana está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, sobre el testimonio dado por ellos. —Véase lo que debe creerse acerca de él: que todos son responsables de rendir cuentas a Cristo, en cuanto es nuestro Juez; así cada uno debe procurar su favor y tenerlo como nuestro Amigo. Si creemos en Él, todos seremos justificados por Él como Justicia nuestra. La remisión de pecados pone el fundamento para todos los demás favores y bendiciones, sacando del camino todo lo que obstaculice su concesión. Si el pecado es perdonado, todo está bien y terminará bien para siempre.

Vv. 44—48. El Espíritu Santo cayó sobre otros después que fueron bautizados, para confirmarlos en la fe, pero sobre estos gentiles descendió antes que fueran bautizados para demostrar que Dios no se limita a señales externas. El Espíritu Santo descendió sobre los que ni siquiera estaban circuncidados ni bautizados; el Espíritu es el que vivifica, la carne de nada aprovecha. Ellos magnificaron a Dios, y hablaron de Cristo y de los beneficios de la redención. Cualquiera sea el don con que estemos dotados, debemos honrar a Dios con él. Los judíos creyentes que estaban presentes quedaron atónitos de que el don del Espíritu Santo fuera derramado también sobre los gentiles. Debido a nociones erróneas de las cosas nos creamos dificultades acerca de los métodos de la providencia y la gracia divina. —Como fueron innegablemente bautizados con el Espíritu Santo, Pedro concluyó que no había que rehusarles el bautismo de agua, y la ordenanza fue administrada. El argumento es concluyente: ¿podemos negar la señal a los que han recibido las cosas significadas por la señal? Los que familiarizados con Cristo no pueden sino desear más. Aun los que han recibido al Espíritu Santo deben ver su necesidad de aprender diariamente más de la verdad.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—18. *La defensa de Pedro.* 19—24. *El éxito del evangelio en Antioquía.* 25—30. *A los discípulos se les llama cristianos.—Socorro enviado a Judea.*

Vv. 1—18. El estado imperfecto de la naturaleza humana se manifiesta con mucha fuerza, cuando personas santas se molestan aun al oír que se ha recibido la palabra de Dios, porque no se prestó atención a su método. Somos muy dados a desesperar de hacer el bien a los que, al probarlos, muestran que tienen deseos de ser enseñados. Causa de la ruina y daño de la iglesia es excluir de ella, y del beneficio de los medios de gracia, a los que no son como nosotros en todo. Pedro contó todo lo pasado. En todo momento debemos soportar las debilidades de nuestros hermanos y, en lugar de ofendernos o de contestar tibiamente, debemos explicar los motivos y mostrar la naturaleza de nuestros procedimientos. —Ciertamente es correcta la predicación con la que se da el Espíritu Santo. Aunque los hombres son muy celosos de sus propios reglamentos, deben cuidarse de no resistir a Dios; y quienes aman al Señor le glorificarán cuando se aseguren que ha otorgado arrepentimiento para vida a todos sus congéneres pecadores. El arrepentimiento es don de Dios; no sólo lo acepta su libre gracia; su gracia omnipotente obra en nosotros, la gracia quita el corazón de piedra y nos da uno de carne. El sacrificio de Dios es un espíritu quebrantado.

Vv. 19—24. Los primeros predicadores del evangelio en Antioquía fueron dispersados desde Jerusalén por la persecución; de ese modo lo que pretendía dañar la Iglesia, se hizo que obrara para su bien. La ira del hombre se convierte en alabanza a Dios. —¿Qué deben predicar los ministros de Cristo sino a Cristo? ¿A Cristo, y crucificado? ¿A Cristo, y glorificado? La predicación de ellos fue acompañada de poder divino. La mano del Señor estaba con ellos para llevar a los corazones y a las conciencias de los hombres lo que sólo se podía decir al oído externo. Ellos creyeron, fueron convencidos de la verdad del evangelio. Se convirtieron desde una manera de vivir carnal e indolente a una vida santa, espiritual y celestial. Se convirtieron de adorar a Dios para ser vistos y por formalismo a adorarle en Espíritu y en verdad. Se convirtieron al Señor Jesús que llegó a ser todo en todo para ellos. Esta fue la obra de conversión realizada en ellos y la que debe efectuarse en cada uno de nosotros. Fue fruto de su fe; todos los que creen sinceramente, se convertirán al Señor. Cuando se predica al Señor Jesús con claridad, y conforme a las Escrituras, Él dará éxito; y cuando los pecadores son de esta manera llevados al Señor, los hombres realmente buenos, que están llenos de fe y del Espíritu Santo, admirarán y se regocijarán en la gracia de Dios concedida a ellos. Bernabé estaba lleno de fe; lleno de la gracia de la fe, y lleno de los frutos de la fe que obra por amor.

Vv. 25—30. Hasta ahora los seguidores de Cristo eran llamados discípulos, esto es, aprendices, estudiantes, pero desde esa época fueron llamados cristianos. El significado apropiado de este nombre es seguidor de Cristo; denota a uno que, con pensamiento serio, abraza la religión de Cristo, cree sus promesas, y hace que su principal tarea sea formar su vida por los preceptos y el ejemplo de Cristo. De aquí, pues, que es claro que hay multitudes que adoptan el nombre de cristianos, a las cuales no les corresponde correctamente, porque el nombre sin la realidad sólo añade a nuestra culpa. Mientras la sola profesión de fe no otorga provecho ni deleite, la posesión de ella da la promesa para la vida presente y la venidera. Concede, Señor, que los cristianos se olviden de otros nombres y distinciones y se amen unos a otros como deben hacer los seguidores de Cristo. Los cristianos verdaderos sentirán compasión por sus hermanos que pasan por aflicciones. Así se lleva fruto para la alabanza y la gloria de Dios. Si toda la humanidad fuera verdaderamente cristiana, ¡con cuánto júbilo se ayudarían unos a otros! Toda la tierra sería como una gran familia, esforzándose cada miembro por cumplir su deber y ser bondadoso.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—5. *Martirio de Santiago, y encarcelamiento de Pedro.* 6—11. *Pedro librado de la cárcel por un ángel.* 12—19. *Pedro se va.—La furia de Herodes.* 20—25. *La muerte de Herodes.*

Vv. 1—5. Santiago era uno de los hijos de Zebedeo, a quien Cristo dijo que bebería de la copa que Él iba a beber, y que sería bautizado con el bautismo con que Él sería bautizado, Mateo xx, 23. Ahora se cumplieron bien en él las palabras de Cristo: si sufrimos con Cristo, reinaremos con Él. —Herodes hizo encarcelar a Pedro: el camino de la persecución es cuesta abajo, como el de los otros pecados; cuando los hombres están en él no pueden detenerse con facilidad. Se hacen presa fácil de Satanás los que se ocupan en complacer a los hombres. Así terminó Santiago su carrera, pero Pedro, estando destinado a nuevos servicios, estaba a salvo aunque ahora pareciera señalado para un cercano sacrificio. —A los que vivimos en una generación fría que no ora, nos cuesta mucho formarnos una idea del fervor de los santos hombres de antaño. Pero si el Señor trajera a la Iglesia una persecución horrorosa, como la de Herodes, los fieles en Cristo aprenderían lo que es orar con toda el alma.

Vv. 6—11. La conciencia tranquila, la esperanza viva y la consolación del Espíritu Santo, pueden mantener en paz a los hombres ante la perspectiva total de la muerte; aun a las mismas personas que estuvieron muy confundidas con los terrores de ella. Cuando las cosas son llevadas al último extremo, llega el tiempo de Dios para ayudar. Pedro tenía la seguridad que el Señor pondría fin a esta prueba en la manera que diera más gloria a Dios. —Los que son librados del encarcelamiento espiritual deben seguir a su Libertador, como los israelitas cuando salieron de la casa de esclavitud. No sabían adónde iban, pero sabían a quien seguían. Cuando Dios obra la salvación de su pueblo se superan todos los obstáculos de su camino, hasta las puertas de hierro se abrirán por sí solas. Esta liberación de Pedro representa nuestra liberación por medio de Cristo, quien no sólo proclama libertad a los cautivos, sino los saca de la prisión. Pedro captó cuán grandes cosas había hecho Dios por él cuando recuperó su conciencia. De esta manera, las almas libradas de la esclavitud espiritual, no se dan cuenta al comienzo de lo que Dios ha obrado en ellas; muchos que tienen la verdad de la gracia necesitan pruebas de ella. Cuando viene el Consolador, enviado por el Padre, les hará saber, tarde o temprano, qué cambio bendito se ha obrado.

Vv. 12—19. La providencia de Dios da lugar para el empleo de nuestra prudencia, aunque Él haya emprendido la ejecución y perfección de lo que comenzó. Estos cristianos siguieron orando por Pedro, porque eran verdaderamente fervorosos. De esta manera, los hombres deben orar siempre sin desmayar. En la medida que se nos mantenga a la espera de una misericordia, debemos seguir orando por ella. A veces, lo que deseamos con más fervor, es lo que menos creemos. La ley cristiana de negarse y sufrir por Cristo no deroga la ley natural de cuidar nuestra seguridad por medios lícitos. En las épocas de peligro público, todos los creyentes tienen como refugio a Dios, que es tan secreto que el mundo no puede encontrarlos. Además, los mismos instrumentos de la persecución están expuestos a peligro; la ira de Dios pende sobre todos los que se dedican a esta aborrecible obra. La ira de los perseguidores suele ventilarse sobre todo lo que hallan en su camino.

Vv. 20—25. Muchos príncipes paganos reclamaron y recibieron honores divinos, pero la impiedad de Herodes, que conocía la palabra y la adoración del Dios vivo, fue mucho más horrible cuando aceptó honras idólatras sin reprender la blasfemia. Los hombres como Herodes que se hinchan con orgullo y vanidad, están madurando rápidamente para la venganza a la que están destinados. Dios es muy celoso de su honra y será glorificado *en* aquellos *por* quienes no es glorificado. Nótese qué cuerpos viles andamos trayendo con nosotros; tienen en ellos la semilla de su disolución por la cual pronto serán destruidos, basta que Dios tan sólo diga la palabra. —Aprendamos sabiduría de la gente de Tiro y Sidón, porque hemos ofendido al Señor con nuestros pecados. Dependemos de Él para vivir, respirar y para todas las cosas; ciertamente nos corresponde

humillarnos ante Él, para que, por medio del Mediador designado que siempre está listo para ser nuestro Amigo, podamos ser reconciliados con Él, no sea que la ira nos caiga con todo su rigor.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—3. *Misión de Pablo y Bernabé.* 4—13. *Elimas, el hechicero.* 14—41. *Discurso de Pablo en Antioquía.* 42—52. *Predica a los gentiles y es perseguido por los judíos.*

Vv. 1—3. ¡Qué equipo tenemos aquí! Vemos en estos nombres que el Señor levanta instrumentos para su obra de diversos lugares y estados sociales; el celo por su gloria induce a los hombres a renunciar a relaciones y perspectivas halagadoras para fomentar su causa. Los ministros de Cristo están capacitados y dispuestos para su servicio por su Espíritu, y se les retira de otros intereses que les estorban. Los ministros de Cristo deben dedicarse a la obra de Cristo y, bajo la dirección del Espíritu, actuar para la gloria de Dios Padre. Son separados para emprender trabajos con dolor y no para asumir rangos. —Buscaron la bendición para Pablo y Bernabé en su presente empresa, para que fuesen llenos con el Espíritu Santo en su obra. No importa qué medios se usen o que reglas se observen, solo el Espíritu Santo puede equipar a los ministros para su importante obra, y llamarlos a ella.

Vv. 4—13. Satanás está especialmente ocupado con los grandes hombres y los hombres que están en el poder para impedir que sean religiosos, porque su ejemplo influye a muchos. —Aquí por primera vez Saulo es llamado Pablo, y nunca más Saulo. Cuando era hebreo su nombre era Saulo; como ciudadano de Roma su nombre era Pablo. Bajo la influencia directa del Espíritu Santo, dio a Elimas su carácter verdadero, pero no en forma apasionada. La plenitud del engaño y la maldad reunidas pueden hacer, sin duda, que un hombre sea hijo del diablo. Quienes son enemigos de la doctrina de Jesús son enemigos de toda justicia, porque en ella se cumple toda justicia. Los caminos del Señor Jesús son los únicos caminos rectos al cielo y a la dicha. Hay muchos que no sólo se descarrían de estos caminos, sino que también ponen al prójimo en contra de esos caminos. Ellos están frecuentemente tan endurecidos que no cesarán de hacer el mal. El procónsul quedó asombrado por la fuerza de la doctrina en su propio corazón y conciencia, y por el poder de Dios con que fue confirmada. La doctrina de Cristo deja atónito; y mientras más sabemos de ella, más razón veremos para maravillarnos de ella. —Los que ponen su mano en el arado y miran hacia atrás, no son aptos para el reino de Dios. Quienes no están preparados para enfrentar oposición y soportar dificultades, no son aptos para la obra del ministerio.

Vv. 14—31. Cuando nos reunimos para adorar a Dios debemos hacerlo no sólo con oración y alabanza, sino para leer y oír la palabra de Dios. No basta con la sola lectura de las Escrituras en las asambleas públicas; ellas deben ser expuestas y se debe exhortar a la gente con ellas. Esto es ayudar a que la gente haga lo necesario para sacar provecho de la palabra, para aplicarla a sí mismos. —En este sermón se toca todo cuanto debiera convencer de la mejor manera a los judíos para recibir y abrazar a Cristo como el Mesías prometido. Toda opinión, no importa cuán breve o débil sea, sobre los tratos del Señor con su Iglesia, nos recuerda su misericordia y paciencia, y la ingratitud y perversidad del hombre. —Pablo va desde David al Hijo de David, y demuestra que este Jesús es su Simiente prometida; el Salvador que hace por ellos, sus peores enemigos, lo que no podían hacer los jueces de antes, para salvarlos de sus pecados. Cuando los apóstoles predicaban a Cristo como el Salvador, distaban mucho de ocultar su muerte, tanto que siempre predicaban a Cristo crucificado. —Nuestra completa separación del pecado la representa el que somos sepultados con Cristo. Pero Él resucitó de entre los muertos y no vio corrupción: esta era la gran verdad que había que predicar.

Vv. 32—37. La resurrección de Cristo era la gran prueba de que es el Hijo de Dios. No era posible que fuera retenido por la muerte, porque era el Hijo de Dios, y por tanto, tenía la vida en sí mismo, la cual no podía entregar sin el propósito de volverla a tomar. La seguridad de las misericordias de David es la vida eterna, de la cual era señal segura la resurrección; y las bendiciones de la redención en Cristo son una primicia cierta aun en este mundo. David fue una gran bendición para la época en que vivió. No nacemos para nosotros mismos, pero alrededor nuestro vive gente, a quienes debemos tener presentes para servir. Pero aquí radica la diferencia: Cristo iba a servir a todas las generaciones. Miremos a Aquel que es declarado ser Hijo de Dios por su resurrección de entre los muertos para que, por fe en Él, podamos andar con Dios, y servir a nuestra generación según su voluntad; y cuando llegue la muerte, durmamos en Él con la esperanza gozosa de una bendita resurrección.

Vv. 38—41. Todos los que oyen el evangelio de Cristo sepan estas dos cosas: —1. Que a través de este Hombre, que murió y resucitó, se os predica el perdón de pecado. Vuestros pecados, aunque muchos y grandes, pueden ser perdonados, y pueden serlo sin perjuicio de la honra de Dios. —2. Por Cristo solo, y por nadie más, son justificados de todas las cosas los que creen en Él; justificados de toda la culpa y mancha del pecado de lo cual no pudieron ser justificados por la ley de Moisés. El gran interés de los pecadores convictos es ser justificados, ser exonerados de toda su culpa y aceptados como justos ante los ojos de Dios, porque si algo queda a cargo del pecador, estará acabado. Por Jesucristo podemos obtener la justificación completa; porque por Él fue hecha la completa expiación por el pecado. Somos justificados no sólo por Él como nuestro Juez, sino por Él como Jehová Justicia nuestra. Lo que la ley no podía hacer por nosotros, por cuanto era débil, lo hace el evangelio de Cristo. Esta es la bendición más necesaria que trae todas las demás. —Las amenazas son advertencias; lo que se nos dice que les sobrevendrá a los pecadores impenitentes, está concebido para despertarnos a estar alertas, no sea que caiga sobre nosotros. Destruye a muchos que desprecian la religión. Quienes no se maravillen y sean salvos, se asombrarán y perecerán.

Vv. 42—52. Los judíos se oponían a la doctrina que predicaban los apóstoles y, cuando no pudieron hallar qué objetar, blasfemaron a Cristo y su evangelio. Corrientemente los que empiezan por contradecir, terminan por blasfemar. Cuando los adversarios de la causa de Cristo son osados, sus abogados deben ser aun más atrevidos. Mientras muchos no se juzgan dignos de la vida eterna, otros que parecen menos probables, desean oír más de la buena nueva de la salvación. —Esto es conforme a lo que fue anunciado en el Antiguo Testamento. ¡Qué luz, qué poder, qué tesoro trae consigo este evangelio! ¡Cuán excelentes son sus verdades, sus preceptos, sus promesas! Vinieron a Cristo aquellos a quienes trajo el Padre, y a quienes el Espíritu hizo el llamamiento eficaz, Romanos viii, 30. Todos los que estaban ordenados para la vida eterna, todos los que estaban preocupados por su estado eterno y querían asegurarse la vida eterna, todos ellos creyeron en Cristo, en quien Dios había guardado la vida, y es el único Camino a ella; y fue la gracia de Dios que la obró en ellos. —Bueno es ver que mujeres devotas nobles; mientras menos tengan que hacer en el mundo, más deben hacer por sus propias almas, y las almas del prójimo, pero entristece que ellas traten de mostrar odio a Cristo bajo el matiz de la devoción a Dios. Mientras más nos deleitemos con las consolaciones y exhortaciones que hallamos en el poder de la santidad, y mientras más llenos estén nuestros corazones con ellos, mejor preparados estamos para enfrentar las dificultades de la profesión de santidad.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—7. *Pablo y Bernabé en Iconio.* 8—18. *Un paralítico sanado en Listra.—La gente quiere hacer sacrificios para Pablo y Bernabé.* 19—28. *Pablo apedreado en Listra.—Nueva visita a las iglesias.*

Vv. 1—7. Los apóstoles hablaban con tanta sencillez, con tanta demostración y pruebas del Espíritu y con tal poder; tan cálidamente y con tanto interés por las almas de los hombres, que quienes les escuchaban no podían decir sino que Dios estaba de verdad con ellos. Pero el éxito no debía atribuirse a su estilo de predicar, sino al Espíritu de Dios que usaba ese medio. La perseverancia para hacer el bien en medio de peligros y dificultades es una bendita muestra de gracia. Dondequiera que sean llevados los siervos de Dios, deben tratar de decir la verdad. Cuando iban en el nombre y el poder de Cristo, Él no dejaba de dar testimonio de la palabra de su gracia. Nos asegura que es la palabra de Dios y que podemos jugarnos nuestras almas por ella. Los gentiles y los judíos estaban enemistados unos con otros, pero unidos contra los cristianos. Si los enemigos de la Iglesia se unen para destruirla, ¿no se unirán sus amigos para preservarla? Dios tiene un refugio para su pueblo en caso de tormenta: Él es y será su refugio. En las épocas de persecución los creyentes pueden tener motivos para irse de un lugar aunque no dejen la obra de su Maestro.

Vv. 8—18. Todas las cosas son posibles para el que cree. Cuando tenemos fe, don tan precioso de Dios, seremos librados de la falta de defensa espiritual en que nacimos, y del dominio de los hábitos pecaminosos desde que se formaron; seremos capacitados para ponernos de pie y andar jubilosos en los caminos del Señor. —Cuando Cristo, el Hijo de Dios, se manifestó en semejanza de hombres, e hizo muchos milagros, los hombres distaban tanto de hacerle sacrificio, que lo hicieron sacrificio a Él para la soberbia y maldad de ellos. Sin embargo, Pablo y Bernabé fueron tratados como dioses por haber hecho un milagro. El mismo poder del dios de este mundo, que cierra la mente carnal contra la verdad, hace que sean fácilmente admitidos los yerros y las equivocaciones. —No leemos que hayan rasgado sus vestiduras cuando el pueblo habló de lapidarlos, sino cuando hablaron de adorarles; ellos no pudieron tolerarlo, estando más preocupados por la honra de Dios que por la propia. La verdad de Dios no necesita los servicios de la falsedad del hombre. Los siervos de Dios pueden obtener fácilmente honras indebidas si ceden a los errores y vicios de los hombres, pero deben aborrecer y detestar ese respeto más que a todo reproche. —Cuando los apóstoles predicaron a los judíos que odiaban la idolatría, sólo tuvieron que predicar la gracia de Dios en Cristo, pero cuando tuvieron que predicarle a los gentiles, debieron corregir los errores de la religión natural. Compárese la conducta y la declaración de ellos con opiniones de quienes piensan falsamente que la adoración de Dios, bajo cualquier nombre o de cualquier manera, es igualmente aceptable para el Señor Todopoderoso. —Los argumentos de mayor fuerza, los discursos más fervientes y afectuosos, hasta con milagros, apenas bastan para resguardar a los hombres de absurdos y abominaciones; mucho menos pueden, sin la gracia especial, volver los corazones de los pecadores a Dios y a la santidad.

Vv. 19—28. Nótese cuán incansable era la furia de los judíos contra el evangelio de Cristo. La gente apedreó a Pablo en un tumulto popular. Tan fuerte es la inclinación del corazón corrupto y carnal, que con suma dificultad los hombres se retienen del mal, por una parte, así como con gran facilidad son persuadidos a hacer el mal por la otra. Si Pablo hubiera sido Mercurio, hubiera podido ser adorado, pero si es ministro fiel de Cristo, será apedreado y echado de la ciudad. Así, pues, los hombres que se someten fácilmente a fuertes ilusiones, detestan recibir la verdad con amor. —Todos los que son convertidos tienen que ser confirmados en la fe; todos los que son plantados tienen que criar raíces. La obra de los ministros es establecer a los santos y despertar a los pecadores. La gracia de Dios, y nada menos, establece eficazmente las almas de los discípulos. Es cierto que podemos contar con mucha tribulación, pero es estimulante que no estamos perdidos ni pereceremos en ella. —La Persona a cuyo poder y gracia están encomendados los convertidos y las iglesias recién

establecidas, era claramente el Señor Jesús, “en quien todos creyeron”. Fue un acto de adoración. —Todo el elogio de lo poco bueno que hacemos en cualquier momento, debe atribuirse a Dios, porque Él es quien no sólo obra en nosotros el querer como el hacer, sino también obra con nosotros para que alcance el éxito. Todos los que aman al Señor Jesús se regocijarán al oír que ha abierto de par en par la puerta de la fe a los que eran ajenos a Él y a su salvación. Como los apóstoles, habitemos con los que conocen y aman al Señor.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—6. *La disputa suscitada por los maestros judaizantes.* 7—21. *El concilio de Jerusalén.* 22—35. *La carta del concilio.* 36—41. *Pablo y Bernabé se separan.*

Vv. 1—6. Unos de Judea enseñaban a los gentiles convertidos de Antioquía que no podían ser salvos a menos que observaran toda la ley ceremonial, tal como fue dada por Moisés; de este modo, procuraban destruir la libertad cristiana. Tenemos una extraña tendencia a pensar que quienes no hacen como nosotros, hacen todo mal. Su doctrina era muy desalentadora. Los hombres sabios y buenos desean evitar las contiendas y los debates hasta donde puedan, pero cuando los falsos maestros se oponen a las principales verdades del evangelio o traen doctrinas nocivas, no debemos dejar de resistirles.

Vv. 7—21. De las palabras “purificando por la fe sus corazones” y del sermón de San Pedro, entendemos que no se pueden separar la justificación por la fe, y la santificación por el Espíritu Santo y que ambas son don de Dios. Tenemos mucha razón para bendecir a Dios porque oímos el evangelio. Tengamos esa fe que aprueba el gran Escudriñador de los corazones, y certifica el sello del Espíritu Santo. Entonces, serán purificados de la culpa del pecado nuestros corazones y nuestras conciencias, y seremos liberados de las cargas que algunos tratan de echar encima de los discípulos de Cristo. —Pablo y Bernabé demostraron por hechos comprobados, que Dios reconoció la predicación del puro evangelio a los gentiles sin la ley de Moisés; por tanto, imponerles esa ley era deshacer lo que Dios había hecho. La opinión de Santiago era que los convertidos gentiles no debían ser molestados por los ritos judíos, pero debían abstenerse de carnes ofrendadas a los ídolos, para mostrar su odio por la idolatría. Además, que se les debía advertir contra la fornicación, que no era aborrecida por los gentiles como debía ser, y que hasta formaba parte de algunos de sus rituales. Se les aconsejó abstenerse de comer animales ahogados, y de comer sangre; esto era prohibido por la ley de Moisés y, también aquí, por reverencia a la sangre de los sacrificios, que siendo entonces ofrecida, iba a insultar innecesariamente a los convertidos judíos y a prejuiciar más aun a los judíos inconversos. Pero como hace mucho que cesó el motivo, nosotros somos libres en esto, como en materias semejantes. Los convertidos sean precavidos para que eviten toda apariencia de los males que antes practicaban o a los que probablemente sean tentados; y adviértaseles que usen la libertad cristiana con moderación y prudencia.

Vv. 22—35. Teniendo la garantía de declararse dirigidos por el poder inmediato del Espíritu Santo, los apóstoles y los discípulos tuvieron la seguridad de que parecía bien a Dios Espíritu Santo, y a ellos, no imponer, a los convertidos, sea por propia cuenta o por las circunstancias presentes otra carga que las cosas necesarias mencionadas. —Fue un consuelo oír que ya no les serían impuestas las ordenanzas carnales, que confundían sus conciencias, sin poder purificarlas ni pacificarlas; y fueron acallados los que perturbaban sus mentes, de modo que fue restaurada la paz de la iglesia, y se suprimió lo que era amenaza de división. Todo esto fue consuelo por el cual bendijeron a Dios. —Había muchos más en Antioquía. Donde muchos trabajan en la palabra y la doctrina, puede aún

haber oportunidad para nosotros: el celo y la utilidad del prójimo debe estimularnos, no adormecernos.

Vv. 36—41. Aquí tenemos una pelea en privado de dos ministros, nada menos que Pablo y Bernabé, pero hecha para terminar bien. Bernabé deseaba que su sobrino Juan Marcos fuera con ellos. Debemos sospechar que somos parciales, y cuidarnos de ello, cuando ponemos primero a nuestros parientes. Pablo no pensaba que era digno del honor ni apto para el servicio, quien se había separado de ellos sin que lo supieran o sin el consentimiento de ellos: vea capítulo xiii, 13. Ninguno cedía, por tanto, no hubo remedio sino separarse. Vemos que los mejores hombres no son sino hombres, sujetos a pasiones como nosotros. Quizá hubo faltas de ambos lados como es habitual en tales contiendas. Sólo el ejemplo de Cristo es inmaculado. Pero no tenemos que pensar que es raro que haya diferencias aun entre los hombres buenos y sabios. Será así mientras estemos en este estado imperfecto; nunca seremos todos unánimes hasta que lleguemos al cielo. ¡Sin embargo, cuánta maldad hacen en el mundo, y en la iglesia, los remanentes de orgullo y pasión que se hallan aun en los mejores hombres! Muchos de los que habitaban en Antioquía, que poco y nada habían sabido de la devoción y piedad de Pablo y Bernabé, supieron de su disputa y separación; así nos ocurrirá si cedemos a la discordia. Los creyentes deben orar constantemente que nunca sean guiados a dañar la causa que realmente desean servir por los vestigios del temperamento impío. Pablo habla con estima y afecto de Bernabé y Marcos, en sus epístolas escritas después de este suceso. Todos los que profesan tu nombre, oh amante Salvador, sean completamente reconciliados por ese amor derivado de ti, que no se deja provocar con facilidad y que olvida pronto y entierra las injurias.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—5. *Pablo lleva a Timoteo para que sea su asistente.* 6—15. *Pablo pasa a Macedonia.—La conversión de Lidia.* 16—24. *Expulsado un espíritu inmundo.—Pablo y Silas son azotados y encarcelados.* 25—34. *La conversión del carcelero de Filipos.* 35—40. *Pablo y Silas son liberados.*

Vv. 1—5. La Iglesia bien puede esperar mucho servicio de ministros jóvenes que tengan el mismo espíritu que Timoteo. Sin embargo, cuando los hombres no se sujetan en nada ni se obligan a nada, parece que faltaran los principales elementos del carácter cristiano; y hay mucha razón para creer que no enseñarán con éxito las doctrinas y los preceptos del evangelio. Siendo el designio del decreto dejar de lado la ley ceremonial, y sus ordenanzas en la carne, los creyentes fueron confirmados en la fe cristiana porque estableció una forma espiritual de servir a Dios, adecuada para la naturaleza de Dios y del hombre. Así, la Iglesia crecía diariamente en número.

Vv. 6—15. El itinerario de los ministros y su labor en la dispensación de los medios de gracia están sometidos particularmente a la conducción y dirección divina. Debemos seguir la providencia y cualquier cosa que procuremos hacer, si no nos permite, debemos someternos y creer que es para mejor. —La gente necesita mucha ayuda para sus almas y es su deber buscarla e invitar de entre los ministros a los que puedan ayudarles. Los llamados de Dios deben cumplirse con presteza. —Los adoradores de Dios deben tener, si es posible, una asamblea solemne en el día de reposo. Si no tenemos sinagoga debemos agradecer los lugares más privados y recurrir a ellos sin abandonar las reuniones según sean nuestras oportunidades. —Entre los oyentes de Pablo había una mujer de nombre Lidia. Tenía un trabajo honesto que el historiador registra para elogio de ella. Aunque tenía que desempeñar ese trabajo, hallaba tiempo para aprovechar las ventajas para su alma. No nos disculpará de los deberes religiosos decir, tenemos un negocio que administrar, porque ¿no tenemos

también un Dios que servir, y almas que cuidar? La religión no nos saca *de* nuestros negocios en el mundo, pero nos dirige *en* ellos. El orgullo, el prejuicio y el pecado dejan fuera las verdades de Dios hasta que su gracia les hace camino en el entendimiento y los afectos; solo el Señor te puede abrir el corazón para que recibas y creas su palabra. Debemos creer en Jesucristo; no hay acceso a Dios como Padre sino por el Hijo como Mediador.

Vv. 16—24. Aunque es el padre de las mentiras Satanás, declara las verdades más importantes cuando por ellas puede servir sus propósitos. Mucha maldad hacen a los siervos verdaderos de Cristo los impíos y falsos predicadores del evangelio, que son confundidos con aquellos por los observadores indiferentes. Quienes hacen el bien sacando del pecado a los hombres, pueden esperar ser insultados como alborotadores de la ciudad. Mientras enseñen a los hombres a temer a Dios, a creer en Cristo, a abandonar el pecado y llevar vidas santas, serán acusados de enseñar malas costumbres.

Vv. 25—34. No son pocos ni pequeños los consuelos de Dios para sus siervos que sufren. ¡Cuánto más felices son los cristianos verdaderos que sus prósperos enemigos! Desde lo profundo y desde las tinieblas debemos clamar a Dios. No hay lugar, no hay tiempo que sean malos para orar si el corazón va a ser elevado a Dios. Ningún problema, por penoso que sea, debe impedirnos alabar. Se demuestra que el cristianismo es de Dios en que nos obliga a ser rectos con nuestra vida. —Pablo gritó fuerte para que el carcelero escuchara, y hacerle obedecer, diciendo: No te hagas daño. Todas las advertencias de la palabra de Dios contra el pecado y todas sus apariencias, y todas sus aproximaciones, tienen esta tendencia. Hombre, mujer, no te hagas daño; no te hieras, porque nadie más puede herirte; no peques, porque nada puede herirte sino eso. Aun con referencia al cuerpo se nos advierte contra los pecados que lo dañan. La gracia que convierte cambia el lenguaje de la gente al de la buena gente y de los buenos ministros. —¡Qué grave es la pregunta del carcelero! Su salvación se convierte en su gran interés; lo que yace más cerca de su corazón es lo que antes distaba más de sus pensamientos. Está preocupado por su alma preciosa. Los que están enteramente convencidos de su pecado y verdaderamente interesados en su salvación, se entregarán a Cristo. Aquí está el resumen de todo el evangelio, el pacto de gracia en pocas palabras: Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa. —El Señor bendijo tanto la palabra que el carcelero fue de inmediato ablandado y humillado. Los trató con bondad y compasión, y al profesar fe en Cristo fue bautizado en ese nombre, con su familia. El Espíritu de gracia obró una fe tan fuerte en ellos, que disipó toda duda ulterior; y Pablo y Silas supieron por el Espíritu, que Dios había hecho una obra en ellos. Cuando los pecadores así se convierten, amarán y honrarán a los que antes despreciaban y odiaban, y procurarán aminorar los sufrimientos que antes deseaban acrecentar. Cuando los frutos de la fe empiezan a aparecer, los terrores serán sustituidos por la confianza y el gozo en Dios.

Vv. 35—40. Aunque Pablo estaba dispuesto a sufrir por la causa de Cristo, y sin ningún deseo de vengarse, prefirió no partir llevando la acusación equivocada de haber merecido un castigo, por tanto, pidió ser despedido de manera honorable. No fue una mera cuestión de honor en que el apóstol insistió, sino de justicia, y no para él tanto como para su causa. Cuando se da la disculpa apropiada, los cristianos nunca deben expresar enojo personal ni insistir estrictamente en las reparaciones personales. El Señor los hará más que vencedores en todo conflicto; en lugar de ser aplastados por sus sufrimientos, ellos se volverán consoladores de sus hermanos.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—9. *Pablo en Tesalónica.* 10—15. *La noble conducta de los bereanos.* 16—21. *Pablo en Atenas.* 22—31. *Predica ahí.* 32—34. *La conducta burlona de los atenienses.*

Vv. 1—9. La tendencia y el ámbito de la predicación y argumentos de Pablo eran probar que Jesús es el Cristo. Él debía sufrir por nosotros, porque no puede adquirir de otro modo la redención *por* nosotros, y debía resucitar, porque de otro modo no puede aplicarnos la redención *a* nosotros. Tenemos que predicar de Jesús que Él es el Cristo; por tanto, podemos esperar ser salvados por Él y estamos ligados a ser mandados por Él. Los judíos incrédulos estaban enojados, porque los apóstoles predicaban a los gentiles y éstos podían ser salvos. ¡Qué raro es que los hombres envidien de otros el privilegio que ellos mismos no aceptan! Tampoco debieran perturbarse los gobernantes ni el pueblo por el aumento de los cristianos verdaderos, aunque los espíritus alborotadores harán de la religión un pretexto para las malas intenciones. De los tales tenemos que cuidarnos, porque de ellos debemos distanciarnos para demostrar el deseo de actuar rectamente en la sociedad, mientras reclamamos nuestro derecho de adorar a Dios según nuestra conciencia.

Vv. 10—15. Los judíos de Berea se aplicaron seriamente al estudio de la palabra predicada a ellos. No sólo oían predicar a Pablo el día de reposo; diariamente escudriñaban las Escrituras, y comparaban lo que leían con los hechos que les eran relatados. La doctrina de Cristo no teme la investigación; los abogados de su causa no desean más que la gente examine completa y equitativamente si las cosas son o no así. Son verdaderamente nobles, y probablemente lo sean más y más, los que hacen de las Escrituras su regla, y las consultan regularmente. Ojalá todos los oyentes del evangelio lleguen a ser como los de Berea, recibiendo la palabra con agilidad mental e investigando diariamente las Escrituras, si las cosas que se les son predican, son así.

Vv. 16—21. En aquel entonces Atenas era famosa por su refinada erudición, su filosofía y las bellas artes; pero nadie es más infantil y supersticioso, más impío o más crédulo que algunas personas, consideradas eminentes por su saber y habilidad. Estaba totalmente entregada a la idolatría. —El abogado celoso de la causa de Cristo esta dispuesto a alegar en su favor en toda clase de compañía, según se ofrezca la ocasión. La mayoría de estos hombres doctos no se fijaron en Pablo, pero algunos, cuyos principios eran los que más directamente contrariaban al cristianismo, hicieron comentarios sobre él. El apóstol siempre trataba dos puntos que, indudablemente, son las doctrinas principales del cristianismo: Cristo y el estado futuro. Cristo, nuestro camino y el cielo, nuestro destino final. Ellos consideraron esto como muy diferente del conocimiento enseñado y profesado en Atenas por muchos siglos; desearon saber más al respecto, pero sólo porque era novedoso y raro. Lo llevaron al lugar donde estaban los jueces que indagaban en estas materias. Preguntaron sobre la doctrina de Pablo, no porque fuera buena, sino porque era nueva. Los grandes conversadores siempre son curiosos. Los que así pasan el tiempo en nada más, tienen una cuenta muy desagradable que rendir por el tiempo que de esa forma desperdiciaron. El tiempo es precioso y tenemos que emplearlo bien porque la eternidad depende de ello, pero mucho se despilfarra en conversaciones que no aprovechan.

Vv. 22—31. Aquí tenemos un sermón para los paganos que adoraban dioses falsos y estaban en el mundo sin el Dios verdadero; y para ellos el alcance de este discurso era diferente del que el apóstol predicaba a los judíos. En este último caso, su tarea era guiar a sus oyentes por profecías y milagros al conocimiento del Redentor y la fe en Él; en el anterior, era llevarlos a conocer al Creador por las obras comunes de la providencia, y que le adoraran. —El apóstol se refirió a un altar que había visto, el cual tenía la inscripción: “Al Dios no conocido”. Este hecho está atestiguado por muchos escritores. Después de multiplicar al máximo a sus ídolos, algunas personas de Atenas pensaron que había otro dios, del cual nada sabían. ¿Y ahora no hay muchos que se dicen cristianos que son celosos en sus devociones, aunque el gran objeto de su adoración es para ellos un Dios no

conocido? —Nótese las cosas gloriosas que dice Pablo aquí de ese Dios al que servía, y deseaba que ellos sirvieran. El Señor había tolerado por mucho tiempo la idolatría, pero ahora estaban llegando a su fin los tiempos de esta ignorancia, y por sus siervos ahora manda a todos los hombres de todas partes que se arrepientan de su idolatría. Toda la secta de los hombres doctos debió sentirse sumamente afectada por el discurso del apóstol, que tendía a demostrar el vacío o la falsedad de sus doctrinas.

Vv. 32—34. El apóstol fue tratado con más civismo externo en Atenas que en otras partes, pero nadie despreció más su doctrina o la trató con más indiferencia. El tema que más merece la atención, entre todos, es al que menos se atiende. Los que se burlan, tendrán que sufrir las consecuencias, porque la palabra nunca volverá vacía. Se hallará que algunos se aferran al Señor y escuchan a sus siervos fieles. —Considerar el juicio venidero, y a Cristo como nuestro Juez, debiera instar a todos a arrepentirse del pecado y volverse a Él. Cualquiera sea el tema tratado, todos los discursos deben llevar a Él, y mostrar su autoridad: nuestra salvación y resurrección vienen de y por Él.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—6. *Pablo en Corinto, con Aquila y Priscila.* 7—11. *Sigue predicando en Corinto.* 12—17. *Pablo ante Galión.* 18—23. *Visita Jerusalén.* 24—28. *Apolos enseña en Efeso y Acaya.*

Vv. 1—6. Aunque tenía derecho a ser sustentado por las iglesias que plantó, y por las personas a quienes predicaba, Pablo trabajaba en su oficio. Nadie debe mirar con desprecio el oficio honesto, por el cual un hombre puede obtener su pan. Aunque les daban fortuna o conocimientos, los judíos tenían por costumbre hacer que sus hijos aprendieran un oficio. Pablo tuvo cuidado de evitar prejuicios, hasta los más irracionales. El amor de Cristo es el vínculo perfecto de los santos; y la comunión de los santos entre sí, endulza el trabajo, el desprecio y hasta la persecución. —La mayoría de los judíos persistieron en contradecir el evangelio de Cristo y blasfemaron. Ellos mismos no creían y hacían todo lo que podían para impedir que otros creyeran. Pablo los dejó aquí. No renunció a su obra, porque aunque Israel no fuera reunido, Cristo y su evangelio son gloriosos. Los judíos no pueden quejarse, porque tuvieron la primera oferta. Cuando alguien se resiste al evangelio, debemos volvernos a otras personas. El pesar porque muchos persistan en la incredulidad no debe impedir la gratitud por la conversión de algunos a Cristo.

Vv. 7—11. El Señor conoce a los que son Suyos, sí, y a quienes lo serán, porque por su obra en ellos es que llegan a ser suyos. No nos desesperemos acerca de algún lugar, porque Cristo tenía a muchos aun en la malvada Corinto. Reunirá su rebaño escogido desde los lugares donde estén esparcidos. Así animado, el apóstol continuó en Corinto y creció una iglesia numerosa y floreciente.

Vv. 12—17. Pablo estaba por demostrar que él no enseñaba a los hombres que adorar a Dios era contrario a la ley, pero el juez no permitió que los judíos se quejaran ante él de lo que no estaba dentro de su oficio. Era correcto que Galión dejara a los judíos librados a sí mismos en materias relacionadas con su religión, pero no debió permitir que persiguieran a otros bajo ese pretexto. Pero era malo que hablara con ligereza de una ley y religión que podría haber sabido que eran de Dios, y con las cuales debiera haberse familiarizado. En qué manera tiene que adorarse a Dios, si Jesús es el Mesías, y si el evangelio es revelación divina, no son cuestiones de palabras y de nombres; son cuestiones de tremenda importancia. Galión habla como si se jactara de su ignorancia de las Escrituras, como si la ley de Dios no fuera digna de que él la tomara en cuenta. —Galión no se interesó en ninguna de esas cosas. Si no se interesaba en las afrentas a los hombres malos, eso era

encomiable, pero si no se interesaba en los abusos cometidos con los hombres buenos, su indiferencia era exagerada. Los que ven y oyen los sufrimientos del pueblo de Dios, y no sienten nada por ellos o no se interesan en ellos, o no los compadecen ni oran por ellos, son del mismo espíritu que Galión, que no se interesaba por ninguna de esas cosas.

Vv. 18—23. Mientras Pablo hallaba que su trabajo no era en vano, seguía laborando. Nuestros tiempos están en la mano de Dios; nosotros proponemos, pero Él dispone; por tanto, debemos prometer en sujeción a la voluntad de Dios; no sólo si la providencia lo permite, sino si Dios no dirige nuestros movimientos de otro modo. —Un refrigerio muy grato para el ministro fiel es tener la compañía de sus hermanos por un tiempo. —Los discípulos están cercados por la enfermedad; los ministros deben hacer lo que puedan por fortalecerlos, dirigiéndolos a Cristo que es la Fuerza de ellos. Procuremos fervorosamente en nuestros diversos puestos, el procurar el avance de la causa de Cristo, haciendo los planes que nos parezcan los más apropiados, pero confiando en que el Señor hará que se concreten según le parezca bien.

Vv. 24—28. Apolos enseñaba el evangelio de Cristo hasta donde el ministerio de Juan lo había dejado, y no más allá. No podemos dejar de pensar que sabía de la muerte y resurrección de Cristo, pero no estaba informado acerca de su misterio. Aunque no tenía los dones milagrosos del Espíritu, como los apóstoles, usaba los dones que tenía. La dispensación del Espíritu, cualquiera sea su medida, es dada a cada hombre para provecho entero. Era un predicador vivaz y afectuoso, de espíritu ferviente. Estaba lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de almas preciosas. Aquí había un hombre de Dios completo, cabalmente dotado para la obra. —Aquila y Priscila animaron su ministerio y lo asistieron. No despreciaron a Apolos ni lo valoraron en poco ante otros, pero consideraron las desventajas bajo las cuales trabajaba. Habiendo ellos mismos obtenido conocimiento de las verdades del evangelio por su larga relación con Pablo, le dijeron lo que sabían. Los estudiantes jóvenes pueden ganar mucho conversando con cristianos viejos. —Los que creen por medio de la gracia siguen necesitando ayuda. En la medida que estén en este mundo habrá vestigios de incredulidad y algo que falta en su fe para ser perfeccionada y para completar el trabajo de la fe. —Si los judíos se hubieran convencido que Jesús es el Cristo, hasta su propia ley les hubiera enseñado a oírle. El trabajo de los ministros es predicar a Cristo. No sólo predicar la verdad, sino probarla y defenderla, con mansedumbre, aunque con poder.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—7. *Pablo instruye a los discípulos de Juan en Éfeso.* 8—12. *Enseña ahí.* 13—20. *Los exorcistas judíos caen en desgracia.* 21—31. *El tumulto en Éfeso.* 32—41. *El tumulto apaciguado.*

Vv. 1—7. Pablo halló en Éfeso a algunas personas religiosas que consideraban a Jesús como el Mesías. No habían sido llevados a esperar los poderes milagrosos del Espíritu Santo, ni les habían informado que el evangelio era, especialmente, la ministración del Espíritu. Sin embargo, parecían dispuestos para recibir bien esa noticia. Pablo les demuestra que Juan nunca pretendió que los que bautizaba, se quedaran hasta ahí, pero, les decía que debían creer en Aquel que vendría después de Él, esto es, en Cristo Jesús. Ellos aceptaron, agradecidos, esa revelación y fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. —El Espíritu Santo descendió a ellos de modo sorprendente y sobrecogedor: hablaron en lenguas y profetizaron, como hacían los apóstoles y los primeros convertidos gentiles. Aunque ahora no esperamos poderes milagrosos, todos los que profesan ser discípulos de Cristo deben ser llamados a que examinen si han recibido el sello del Espíritu Santo

con sus influencias santificadoras, para la sinceridad de su fe. Muchos no parecen haber escuchado que hay un Espíritu Santo, y muchos consideran que es una ilusión todo lo que se dice de su gracia y sus consolaciones. De los tales puede preguntarse con propiedad: "¿En qué, pues, fuisteis bautizados?" Porque, evidentemente, desconocen el significado de este signo externo del que dependen tanto.

Vv. 8—12. Cuando las discusiones y las persuasiones sólo endurecen a los hombres en la incredulidad y la blasfemia, debemos separarnos, nosotros y otros, de esa impía compañía. Agradó a Dios confirmar la enseñanza de estos santos varones de antaño para que si sus oyentes no les creían a ellos, pudieran creer por sus obras.

Vv. 13—20. Era corriente, en especial entre los judíos, que las personas trataran de expulsar espíritus malignos. Si resistimos al diablo por fe en Cristo, él huirá de nosotros, pero si pensamos en resistirle usando el nombre de Cristo, o sus obras como conjuro o encantamiento, Satanás nos vencerá. Donde haya verdadera contrición del pecado, habrá una libre confesión de pecado a Dios en toda oración; y confesión a la persona que hayamos ofendido, cuando el caso así lo requiera. Si la palabra de Dios ha prevalecido entre nosotros, con toda seguridad que muchos libros licenciosos, infieles y malos serán quemados por sus dueños. ¿Estos convertidos de Éfeso no se levantarán en juicio contra los profesantes que trafican con tales obras por amor a una ganancia o que se permiten tener tales libros? Si deseamos ser honestos en la gran obra de la salvación, debemos renunciar a toda empresa y deseo que estorbe el efecto del evangelio en la mente o que afloje su dominio en el corazón.

Vv. 21—31. La gente que venía desde lejos a rendir culto en el templo de Éfeso, compraba pequeños santuarios de plata o modelos del templo, para llevárselos a casa. Nótese aquí cómo los artesanos se aprovechan de la superstición de la gente, y sirven sus propósitos mundanos con ello. Los hombres son celosos de aquello por lo cual obtienen sus riquezas, y muchos se ponen en contra del evangelio de Cristo porque saca a los hombres de todas las malas artes, por mucha que sea la ganancia que obtengan con ellas. Hay personas que defienden lo que es más groseramente absurdo, irracional y falso con que sólo tenga de su lado el interés mundano, como en este caso en que aquellos eran dioses hechos con sus propias manos. Toda la ciudad estaba llena de confusión, que es el efecto común y natural del celo por la religión falsa. —El celo por el honor de Cristo, y el amor por los hermanos, exhorta a los creyentes celosos a correr peligros. A menudo surgen amigos de entre aquellos que son ajenos a la verdadera religión, pero que han visto la conducta honesta y coherente de los cristianos.

Vv. 32—41. Los judíos pasaron adelante en este tumulto. Los que así se preocupan de distinguirse de los siervos de Cristo ahora, temiendo ser confundidos con ellos, tendrán su correspondiente condena en el gran día. Uno que tenía autoridad acalló, por fin, el barullo. Muy buena regla en todo tiempo, tanto para los asuntos públicos como privados, es no apresurarse a actuar, sino tomarse tiempo para pensar y mantener siempre controladas nuestras pasiones. Debemos conservar la serenidad y no hacer nada con aspereza, ni precipitación de lo que tengamos que arrepentirnos después. Los métodos habituales de la ley siempre deben detener los tumultos populares, cosa que será así en las naciones bien gobernadas. La mayoría de la gente se maravilla ante los juicios de los hombres más que del juicio de Dios. ¡Qué bueno sería si acalláramos de este modo nuestras pasiones y apetitos desordenados, considerando la cuenta que debemos rendir dentro de poco al Juez de cielo y tierra! Nótese cómo mantiene la paz pública la providencia suprema de Dios, por un poder inexplicable sobre los espíritus de los hombres. Así se mantiene al mundo con cierto orden y se frena a los hombres para que no se coman unos a otros. Apenas miramos a nuestro alrededor sin ver hombres que se comportan como Demetrio y los artífices. Contender con bestias

salvajes es tan seguro como con los hombres enfurecidos por el celo partidario y la codicia desencantada, que piensan que todos los argumentos quedan sin respuesta, cuando han mostrado que ellos se enriquecen por medio de las prácticas a las cuales surgió oposición. Cualquiera sea el bando que este espíritu adopte en las disputas religiosas, o cualquiera sea el nombre que tome, es tan mundano que debe ser repudiado por todos los que guardan la verdad y la piedad. No desfallezcamos: el Señor de lo alto es más poderoso que el ruido de muchas aguas; Él puede aquietar la furia de la gente.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—6. *Los viajes de Pablo.* 7—12. *Eutico es restaurado a la vida.* 13—16. *Pablo viaja a través de Jerusalén.* 17—27. *El sermón de Pablo a los ancianos de Éfeso.* 28—38. *La despedida de ellos.*

Vv. 1—6. Los tumultos o la resistencia pueden constreñir al cristiano para irse de su lugar de trabajo o cambiar su propósito, pero su obra y su placer serán los mismos dondequiera que vaya. Pablo pensó que valía la pena emplear cinco días para ir a Troas, aunque tuvo que estar siete días, pero sabía, y así debiéramos nosotros, redimir aun el tiempo de viaje haciendo que se volviera en algo provechoso.

Vv. 7—12. Aunque los discípulos leían, y meditaban, oraban y cantaban a solas, y así mantenían su comunión con Dios, de todos modos se reunían para adorar a Dios y así mantener la comunión de unos con otros. Se reunían en el primer día de la semana, el día del Señor. Debe ser observado religiosamente por todos los discípulos de Cristo. Al partir el pan se conmemora no sólo el cuerpo de Cristo partido por nosotros, para ser sacrificio por nuestros pecados; representa al cuerpo de Cristo partido para nosotros como alimento y fiesta para nuestras almas. En los primeros tiempos se acostumbraba a recibir la cena del Señor cada día del Señor, celebrando así la memoria de la muerte de Cristo. —Pablo predicó en esta asamblea. La predicación del evangelio debe ir unida a los sacramentos. Ellos estaban dispuestos a oír, él vio que era así, y alargó su sermón hasta la medianoche. —Dormirse cuando se escucha la palabra es mala señal, señal de poca estima de la palabra de Dios. Debemos hacer lo que podamos para no dormirnos; no dormirnos sino lograr que nuestro corazón sea afectado por la palabra que oímos de forma que echemos lejos el sueño. La enfermedad requiere ternura, pero el desprecio merece severidad. Interrumpió la predicación del apóstol, pero para confirmar su predicación. —Eutico fue devuelto a la vida. Como no sabían cuando tendrían nuevamente la compañía de Pablo, la aprovecharon lo mejor que pudieron y reconocieron que perder una noche de sueño era bueno para tal propósito. ¡Con cuánta rareza se pierden horas de reposo con el propósito de la devoción, pero con cuánta frecuencia se hace por la mera diversión o jolgorio pecaminoso! ¡Tanto cuesta que la vida espiritual florezca en el corazón del hombre y tan natural es que allí florezcan las costumbres carnales!

Vv. 13—16. Pablo se apresuró a partir hacia Jerusalén, pero trató de hacer el bien en el camino, cuando iba de lugar en lugar, como debe hacer todo hombre bueno. Muy a menudo debemos contrariar nuestra voluntad y la de nuestros amigos al hacer la obra de Dios; no debemos perder tiempo con ellos cuando el deber nos llama a otro lado.

Vv. 17—27. Los ancianos sabían que Pablo no era hombre interesado en sí mismo ni manipulador. Los que sirven al Señor en algún oficio en forma aceptable y provechosa para el prójimo, deben hacerlo con humildad. Él era un predicador *simple*, uno que decía el mensaje para

que se entendiera. Él era un predicador *poderoso*, predicaba el evangelio como testimonio *a* ellos si lo recibían, pero como testimonio *contra* ellos si lo rechazaban. Era un predicador de *provecho*, que tenía la mira de informar sus juicios y reformar sus corazones y vidas. Era un predicador *sufrido*, muy esforzado en su obra. Era un predicador *fiel*, que no se reservaba los reproches cuando eran necesarios, ni dejaba de predicar la cruz. Era un predicador verdaderamente *cristiano evangélico*, no predicaba de temas o nociones dudosas, ni de los asuntos de estado o el gobierno civil; predicaba la fe y el arrepentimiento. No puede darse un mejor resumen de estas cosas sin las cuales no hay salvación: el arrepentimiento para con Dios, y la fe en nuestro Señor Jesucristo, con sus frutos y efectos. Ningún pecador puede escapar sin ellos, y nadie quedará fuera de la vida eterna con estos. Que no se piense que Pablo se fue de Asia por miedo a la persecución; él estaba esperando problemas, pero resolvió seguir adelante bien seguro de que era por mandato divino. Gracias a Dios que no sabemos las cosas que nos sucederán durante el año, la semana, o el día que ha empezado. Para el hijo de Dios basta con saber que su fuerza será igual a su día. No sabe ni quiere saber qué le traerá el día por delante. Las influencias poderosas del Espíritu Santo enlazan al cristiano verdadero con su deber. Aunque espere persecución y aflicción, el amor de Cristo le constriñe a seguir. Ninguna de estas cosas sacó a Pablo de su tarea; no le privaron de su consuelo. La actividad de nuestra vida es proveer para una muerte gozosa. —Creyendo que esta era la última vez que le verían, él apela de su integridad. Les había predicado todo el consejo de Dios. Al predicarles puramente el evangelio, se los había predicado, así, completo; él hizo fielmente su obra ya fuera que los hombres lo soportaran o lo rechazaran.

Vv. 28—38. Si el Espíritu Santo ha hecho ministros supervisores del rebaño, esto es, pastores, ellos deben ser leales a su cometido. Que consideren el interés de su Maestro por el rebaño encargado a su cuidado: es la Iglesia que Él compró con su sangre. La sangre era la suya en cuanto Hombre; tan íntima es la unión de la naturaleza divina y la humana que aquí es llamada sangre de Dios, porque era la sangre de Aquel que es Dios. Eso le confiere tal valor y dignidad como para rescatar a los creyentes de todo mal y adquirir todo lo bueno. Pablo habló de sus almas con afecto y preocupación. —Estaban muy preocupados por lo que sería de ellos. Pablo los guía a mirar a Dios con fe, y los encomienda a la palabra de la gracia de Dios, no sólo como fundamento de su esperanza y su fuente de gozo, sino como la regla de su andar. Los cristianos más maduros son capaces de crecer y hallarán que la palabra de gracia ayuda a su crecimiento. Como los que no están santificados no pueden ser huéspedes bienvenidos para el santo Dios, así el cielo no será cielo para ellos, pero está asegurado para todos los que nazcan de nuevo, y en quienes se ha renovado la imagen de Dios, puesto que el poder omnipotente y la verdad eterna así lo hacen. Él se pone a sí mismo como ejemplo para ellos de no preocuparse por las cosas de este mundo actual; hallarán que esto les ayudara para un paso cómodo a través de él. Podría parecer un dicho duro; por lo que Pablo agrega un dicho de su Maestro, que desea que siempre recuerden: “Más bienaventurado es dar que recibir”, parece que eran palabras usadas a menudo con sus discípulos. La opinión de los hijos de este mundo es contraria a esto; ellos temen dar a menos que esperen recibir. La ganancia clara es para ellos la cosa más bendita que pueda haber; pero Cristo nos dice qué es más bienaventurado, más excelente. Nos hace más como Dios, que da a todos y recibe de nadie; y al Señor Jesús que andaba haciendo el bien. Que también esté en nosotros el sentir que había en Cristo Jesús. —Cuando los amigos se separan es bueno que se separen orando. Los que exhortan y oran, los unos por los otros, pueden tener muchas temporadas de llanto y separaciones dolorosas, pero se reunirán ante el trono de Dios para nunca más separarse. Para todos fue consuelo que la presencia de Cristo fuera con él y se quedara con ellos.

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—7. *El viaje de Pablo a Jerusalén.* 8—18. *Pablo en Cesarea. La profecía de Agabo.— Pablo en Jerusalén.* 19—26. *Convencido para cumplir con las ceremonias.* 27—40. *Peligrando a causa de los judíos, es rescatado por los romanos.*

Vv. 1—7. Debemos reconocer la providencia cuando nos salen bien las cosas. Dondequiera que fuera Pablo, preguntaba cuántos discípulos había ahí y los buscaba. Previendo sus problemas, por amor a él, y preocupación por la iglesia, ellos pensaron, equivocadamente, que sería más para la gloria de Dios que siguiera libre, pero su celo para disuadirlo volvió más ilustre su santa resolución. Él nos ha enseñado con el ejemplo y por la regla, a orar sin cesar. El último adiós de ellos fue endulzado con oración.

Vv. 8—18. Pablo había sido expresamente advertido de sus problemas para que, cuando llegaran, no fueran sorpresa ni terror para él. Debemos darle el mismo uso a la noticia general que se nos da de que debemos entrar al reino de Dios a través de mucha tribulación. El llanto de ellos empezó a debilitar y desanimar la resolución de ellos. ¿No nos dijo nuestro Maestro que tomemos nuestra cruz? Para él fue un problema que ellos lo presionaran con tanta insistencia para hacer aquello con que no podía satisfacerlos sin dañar su propia conciencia. Cuando vemos que se acercan problemas no sólo nos corresponde decir, *debe* cumplirse la voluntad del Señor, y no hay más remedio, sino *que* se cumpla la voluntad del Señor, porque su voluntad es su sabiduría y Él hace todo conforme a su consejo. Debe apaciguar nuestro pesar que *se cumple* la voluntad del Señor cuando llega un problema; debe silenciar nuestros temores cuando lo vemos venir que *se cumplirá* la voluntad del Señor, y debemos decir: Amén, que *se cumpla.* —Honroso es ser un discípulo viejo de Jesucristo, haber sido capacitado por la gracia de Dios para seguir por largo tiempo en el curso del deber, constante en la fe, creciendo más y más experimentado a una buena vejez. Uno debiera optar por habitar con estos discípulos viejos, porque la multitud de sus años enseñará sabiduría. —Muchos hermanos de Jerusalén recibieron alegremente a Pablo. Pensamos que, quizá si lo tuviéramos con nosotros, lo recibiríamos con gozo, pero no lo haríamos si, teniendo su doctrina, no la recibimos con gozo.

Vv. 19—26. Pablo atribuye todo su éxito a Dios y a Dios da la alabanza. Dios le había honrado más que a ninguno de los apóstoles, aunque ellos no lo envidiaban, pero por el contrario, glorificaban al Señor. Ellos no podían hacer más que exhortar a Pablo para que siguiera alegremente en su obra. Santiago y los ancianos de la iglesia de Jerusalén, le pidieron a Pablo que satisficiera a los judíos creyentes con el cumplimiento de algún requisito de la ley ceremonial. Ellos pensaron que era prudente que se conformara hasta ese punto. Fue una gran debilidad querer tanto la sombra cuando había llegado la sustancia. —La religión que Pablo predicaba no tendía a destruir la ley, sino a cumplirla. Él predicaba a Cristo, el fin de la ley por la justicia, el arrepentimiento y la fe, con que tenemos que usar mucho la ley. La debilidad y la maldad del corazón humano aparecen fuertemente cuando consideramos cuántos, siendo discípulos de Cristo, no tuvieron debida consideración hacia el ministro más eminente que haya vivido jamás. La excelencia de su carácter ni el éxito con que Dios bendijo sus labores no pudieron ganarle la estima y el afecto de ellos, que veían que él no rendía el mismo respeto que ellos a las observancias ceremoniales. ¡Cuán cuidadosos debemos ser con los prejuicios! Los apóstoles no estuvieron libres de culpa en todo lo que hicieron, y sería difícil defender a Pablo de la acusación de ceder demasiado en esta materia. Vano es tratar de conseguir el favor de los zelotes o fanáticos de un partido. Este cumplimiento de Pablo no sirvió, por lo mismo con que esperaba apaciguar a los judíos, los provocó y lo metió en problemas, pero el Dios omnisciente pasó por alto el consejo de ellos y el cumplimiento de Pablo, para servir un propósito mejor de lo que se pensaba. Era vano tratar de complacer a los hombres que no se agradarían con nada sino la destrucción del cristianismo. Es más probable que la integridad y la rectitud nos

preserven más que los cumplimientos mentirosos. Esto debiera advertirnos para no presionar a los hombres para que hagan lo contrario a su propio juicio por complacernos.

Vv. 27—40. En el templo, donde Pablo debiera haber estado protegido por ser lugar seguro, fue violentamente atacado. Lo acusaron falsamente de mala doctrina y de mala costumbre contra las ceremonias mosaicas. No era nada nuevo para quienes tienen intenciones honestas y actúan conforme a la regla, que les acusen de cosas que no conocen y en las que nunca pensaron. Común es para el sabio y bueno que la gente mala le acuse de aquello con que creyeron agradarlos. —Dios suele hacer que protejan a su pueblo los que no los quieren, sino sólo se compadecen de los que sufren y se preocupan por la paz pública. Véase aquí con qué nociones falsas y equivocadas de la gente buena y de los buenos ministros se van muchos. Pero Dios interviene oportunamente para asegurar a sus siervos contra los hombres malos e irracionales; y les da oportunidades para que hablen defendiendo el Redentor y difundiendo ampliamente su glorioso evangelio.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—11. *Pablo relata su conversión.* 12—21. *Pablo es dirigido a predicar a los gentiles.* 22—30. *La furia de los judíos.—Pablo alega que es ciudadano romano.*

Vv. 1—11. El apóstol se dirigió a la multitud enfurecida con su estilo acostumbrado de respeto y buena voluntad. Pablo relata con mucho detalle la historia de su vida anterior, comenta que su conversión fue por completo un acto de Dios. Los pecadores condenados son enceguecidos por el poder de las tinieblas, y es ceguera perdurable, como la de los judíos incrédulos. Los pecadores en convicción de pecado son enceguecidos, como Pablo, no por las tinieblas sino por la luz. Por un tiempo son llevados a pérdida dentro de sí mismos, pero es para que su ser sea iluminado. El simple relato de los tratos del Señor con nosotros, llevándonos de la oposición a profesar y fomentar su evangelio, si se hace con un espíritu y modo correcto, suele impresionar más que los discursos elaborados, aunque no equivalga a una prueba plena de la verdad, como se demuestra en el cambio obrado en el apóstol.

Vv. 12—21. El apóstol pasa a relatar cómo fue confirmado en el cambio que había hecho. Habiendo escogido el Señor al pecador, para que conozca su voluntad, es humillado, iluminado y llevado al conocimiento de Cristo y su bendito evangelio. Aquí se llama a Cristo el Justo, porque es Jesucristo el Justo. A los que escoge Dios para que conozcan su voluntad, deben mirar a Jesús, porque por Él nos ha dado Dios a conocer su buena voluntad. —El gran privilegio del evangelio, sellado en nosotros por el bautismo, es el perdón de pecados. Bautizaos y lavaos vuestros pecados, esto es, recibid el consuelo del perdón de vuestros pecados en y por medio de Jesucristo, recibid su justicia para ese fin, y recibid poder contra el pecado, para mortificación de vuestras corrupciones. Bautizaos, pero no os apoyéis en el signo, sino aseguraos de la cosa significada, de la eliminación de la inmundicia del pecado. El gran deber del evangelio, al cual estamos ligados por nuestro bautismo es buscar el perdón de nuestros pecados en el nombre de Cristo dependiendo de Él y de su justicia. —Dios asigna a sus trabajadores su día y lugar y es apropiado que ellos desempeñen su designación, aunque sea contraria a su voluntad. La providencia nos administra mejor que nosotros mismos; debemos encomendarnos a la dirección de Dios. Si Cristo manda a alguien, su Espíritu va con él y le concede que vea el fruto de sus labores, pero nada puede reconciliar el corazón del hombre con el evangelio fuera de la gracia especial de Dios.

Vv. 22—30. Los judíos oyeron el relato que Pablo hizo de su conversión, pero la mención de que era enviado a los gentiles era tan contraria a todos sus prejuicios nacionales que no quisieron oír más. La frenética conducta de ellos asombró al oficial romano, que supuso que Pablo debió perpetrar algún delito inmenso. —Pablo alegó su privilegio de ciudadano romano que le eximía de todos los juicios y castigos que pudieran forzarlo a confesarse culpable. Su manera de hablar demuestra claramente cuánta seguridad santa y serenidad mental disfrutaba. —Como Pablo era judío en circunstancias adversas, el oficial romano le interrogó cómo había obtenido tan valiosa distinción, pero el apóstol le dijo que había nacido libre. Valoremos la libertad en la cual nacen todos los hijos de Dios, que ninguna suma de dinero, por grande que sea, puede comprar para los que siguen sin ser regenerados. Esto puso fin de inmediato a su problema. De esta manera, a muchos se les impide hacer cosas malas por temor al hombre, cuando no se los impediría el temor de Dios. El apóstol pregunta, sencillamente, ¿es lícito? Sabía que el Dios al cual servía le sostendría en todos los sufrimientos por amor de su nombre, pero si no era lícito, la religión del apóstol le dirigía a evitarlo si era posible. Él nunca se retrajo de una cruz que su Maestro divino le pusiera en su camino hacia delante; y nunca dio un paso fuera de ese camino por tomar una.

CAPÍTULO XXIII

Versículos 1—5. *La defensa de Pablo ante el concilio de los judíos.* 6—11. *La defensa de Pablo.—Recibe la garantía divina de que irá a Roma.* 12—24. *Los judíos conspiran para matar a Pablo.—Lisias lo manda a Cesarea.* 25—35. *La carta de Lisias a Félix.*

Vv. 1—5. Véase aquí el carácter de un hombre honesto. Pone a Dios delante de sí y vive como delante de su vista. Toma conciencia de lo que dice y hace, se resguarda de lo malo conforme a lo mejor de su discernimiento, y se aferra a lo bueno. Es consciente de todas sus palabras y de su conducta. Los que viven así delante de Dios pueden, como Pablo, tener confianza en Dios y en el hombre. Aunque la respuesta de Pablo contenía un justo reproche y un anuncio, parece haber estado demasiado enojado por el trato que recibió al darla. A los grandes hombres se les puede hablar de sus faltas, y se puede efectuar quejas públicas de una manera apropiada, pero la ley de Dios requiere respeto por los que están en autoridad.

Vv. 6—11. Los fariseos estaban en lo correcto acerca de la fe de la iglesia judía. Los saduceos no eran amigos de la Escritura ni de la revelación divina; ellos negaban el estado futuro; no tenían la esperanza de la dicha eterna, ni temor de la miseria eterna. Cuando Pablo fue cuestionado por ser cristiano, pudo decir verazmente que había sido cuestionado por la esperanza de la resurrección de los muertos. En él fue justificable, por esta confesión de su opinión sobre este punto debatido, hacer que los fariseos cesaran de perseguirlo y llevarlos a que le protegieron de esta violencia ilícita. ¡Con cuánta facilidad puede Dios defender su propia causa! Aunque los judíos parecían estar perfectamente de acuerdo en su conspiración contra la religión, sin embargo, estaban influidos por motivos muy diferentes. No hay amistad verdadera entre los malos, y en un momento y con gran facilidad Dios puede tornar su unión en enemistad declarada. Las consolaciones divinas sostuvieron a Pablo en la mayor paz; el capitán jefe lo rescató de las manos de los hombres crueles, pero no pudo decir por qué. No debemos temer a quien esté en contra de nosotros si el Señor está con nosotros. La voluntad de Cristo es que sus siervos que son fieles siempre estén jubilosos. Podía pensar que nunca más vería a Roma, pero Dios le dice que hasta en eso él será satisfecho, puesto que desea ir allá sólo por la honra de Cristo y para hacer el bien.

Vv. 12—24. Los falsos principios religiosos adoptados por los hombres carnales nos instan a tal maldad, de la que difícilmente se supusiera que la naturaleza humana fuese capaz. Pero el Señor desbarata prontamente los planes de iniquidad mejor concertados. Pablo sabía que la providencia divina actúa por medios razonables y prudentes y que, si él descuidaba el uso de los medios en su poder, no podía esperar que la providencia de Dios obrara por cuenta suya. El que no se ayude a sí mismo conforme a sus medios y poder, no tiene razón ni revelación para asegurarse de que recibirá ayuda de Dios. Creyendo en el Señor seremos resguardados de toda mala obra, nosotros y los nuestros, y seremos guardados para su reino. Padre celestial, danos esta fe preciosa por tu Espíritu Santo por amor a Cristo.

Vv. 25—35. Dios tiene instrumentos para toda obra. Las habilidades naturales y las virtudes morales del pagano han sido frecuentemente empleadas para proteger a sus siervos perseguidos. Hasta los hombres del mundo pueden discernir entre la conducta consciente de los creyentes rectos y el celo de los falsos profesantes, aunque rechacen o no entiendan sus principios doctrinales. Todos los corazones están en la mano de Dios, y son bendecidos quienes ponen su confianza en Él y le encomiendan sus caminos.

CAPÍTULO XXIV

Versículos 1—9. *El discurso de Tértulo contra Pablo.* 10—21. *La defensa de Pablo ante Félix.* 22—27. *Félix tiembla ante el razonamiento de Pablo.*

Vv. 1—9. Aquí vemos la desdicha de los grandes hombres, y es una gran desgracia que le alaben sus servicios más allá de toda medida, sin que nunca se le hable fielmente de sus faltas; por eso, se endurecen y animan en el mal, como Félix. A los profetas de Dios se les acusó de ser los perturbadores de la tierra, y a nuestro Señor Jesucristo, de pervertir a la nación; las mismas acusaciones fueron formuladas contra Pablo. Las malas pasiones egoístas de los hombres les impelen adelante y las gracias y el poder del habla han sido usados frecuentemente para dirigir mal y prejuiciar a los hombres contra la verdad. ¡Cuán diferentes serán los caracteres de Félix y Pablo en el día del juicio, según son representados en el discurso de Tértulo! Que los cristianos no valoren el aplauso y ni se turben por los reproches de los hombres impíos, que presentan casi como dioses a los más viles de la raza humana, y como pestes y promotores de sedición a los excelentes de la tierra.

Vv. 10—21. Pablo da un justo relato de sí mismo que lo exonera de delito e igualmente muestra la verdadera razón de la violencia contra él. No seamos sacados de un camino bueno porque tenga mala fama. Al adorar a Dios muy consolador es considerarle como el Dios de nuestros padres, sin establecer ninguna otra regla de fe o conducta que no sean las Escrituras. Esto muestra aquí que habrá una resurrección para el juicio final. Los profetas y sus doctrinas tenían que probarse por sus frutos. —La mira de Pablo era tener una conciencia desprovista de ofensa. Su interés y finalidad era abstenerse de muchas cosas y abundar en todos los momentos en los ejercicios de la religión con Dios y con el hombre. Si nos culpan de ser más celosos en las cosas de Dios que nuestro prójimo, ¿qué contestamos? ¿Nos encogemos ante la acusación? ¡Cuántos hay en el mundo que prefieren ser acusados de cualquier debilidad, sí, hasta de maldad, y no de un sentimiento de amor, fervoroso y anhelante por el Señor Jesucristo, y de consagración a su servicio! ¿Pueden los tales pensar que los confesará cuando venga en su gloria y ante los ángeles de Dios? Si hay una visión placentera para el Dios de nuestra salvación, y una visión ante la cual se regocijan los ángeles, es contemplar a un seguidor devoto del Señor, aquí en la tierra, que reconoce que es culpable, si fuese crimen, de amar con todo su corazón, alma, mente y fuerza al Señor que murió por él. No se puede quedar callado al

ver que se desprecia la palabra de Dios o escucha que se profana su nombre. Este se arriesgará, antes bien, al ridículo y al odio del mundo, antes que causar enojo a ese ser bondadoso cuyo amor es mejor que la vida.

Vv. 22—27. El apóstol razona acerca de la naturaleza y las obligaciones de la justicia, la templanza y del juicio venidero, demostrando así al juez opresor y a su amante disoluta la necesidad que tenían ellos del arrepentimiento, el perdón y la gracia del evangelio. La justicia en relación a nuestra conducta en la vida, particularmente con referencia al prójimo; la templanza, al estado y gobierno de nuestras almas con relación a Dios. El que no se ejercita en estas no tiene ni la forma ni el poder de la piedad y debe ser abrumado con la ira divina en el día de la manifestación de Dios. —La perspectiva del juicio venidero es suficiente para hacer que tiemble el corazón más recio. Félix tembló, pero eso fue todo. Muchos de los que se asombran con la palabra de Dios, no son cambiados por ella. Muchos temen las consecuencias del pecado pero continúan amándolo y practicándolo. Las demoras son peligrosas en los asuntos de nuestras almas. Félix postergó este asunto para un momento más propicio, pero no hallamos que haya llegado nunca el momento más conveniente. Considérese que es ahora el tiempo aceptadble: escucha hoy la voz del Señor. Él tuvo apuro para dejar de oír la verdad. ¡Había un asunto más urgente para él que reformar su conducta o más importante que la salvación de su alma! Los pecadores empiezan, a menudo, como un hombre que despierta de su sueño por un ruido fuerte pero pronto vuelve a hundirse en su sopor habitual. No os dejéis engañar por las apariencias *ocasionales* en nosotros mismos o en el prójimo. Por sobre todo no juguemos con la palabra de Dios. ¿Esperamos que se ablanden nuestros corazones al ir avanzando en la vida o que disminuya la influencia del mundo? ¿No corremos en este momento el peligro de perdernos para siempre? Ahora es el día de salvación; mañana puede ser demasiado tarde.

CAPÍTULO XXV

Versículos 1—12. *Pablo ante Festo.—Apela al César.* 13—27. *Festo consulta con Agripa acerca de Pablo.*

Vv. 1—12. Véase cuán incansable es la maldad. Los perseguidores consideran que es un favor especial que su maldad sea satisfecha. Predicar a Cristo, el fin de la ley, no era ofensa contra la ley. —En los tiempos de sufrimiento se prueba la prudencia y la paciencia del pueblo del Señor; ellos necesitan sabiduría. Corresponde a quienes son inocentes insistir en su inocencia. Pablo estaba dispuesto a obedecer los reglamentos de la ley y dejar que siguieran su curso. Si merecía la muerte, aceptaría el castigo, pero si ninguna de las cosas de que se le acusaba resultaba verdadera, nadie podía entregarlo a ellos, con justicia. Pablo no es liberado ni condenado. Este es un caso de los pasos lentos que da la providencia por los cuales solemos ser avergonzados de nuestras esperanzas y de nuestros temores, y se nos mantiene esperando en Dios.

Vv. 13—27. Agripa tenía el gobierno de Galilea. ¡Cuántos juicios injustos y apresurados condena la máxima romana!, versículo 16. Este pagano guiado sólo por la luz de la naturaleza, siguió exactamente la ley y las costumbres, pero ¡cuántos son los cristianos que no siguen las reglas de la verdad, la justicia y la caridad al juzgar a sus hermanos! Las cuestiones sobre la adoración de Dios, el camino de la salvación y las verdades del evangelio, pueden parecer dudosa y sin interés a los hombres mundanos y a los políticos. Véase con cuánta ligereza este romano habla de Cristo, y de la gran polémica entre judíos y cristianos. Pero se acerca el día en que Festo y todo el mundo verán que todos los intereses del imperio romano eran sólo fruslerías sin consecuencia comparados con esta cuestión de la resurrección de Cristo. Quienes tuvieron medios de instrucción y los

despreciaron, serán horrorosamente convencidos de su pecado y necedad. —He aquí una noble asamblea reunida para oír las verdades del evangelio, aunque ellos sólo querían satisfacer su curiosidad asistiendo a la defensa de un prisionero. Aun ahora hay muchos que van a los lugares donde se oye la palabra de Dios con "gran pompa" y demasiado a menudo sin mejor motivo que la curiosidad. Aunque ahora los ministros no son prisioneros que deban defender sus vidas, aun así hay muchos que pretenden juzgarlos, deseosos de hacerlos ofensores por una palabra, antes que aprender de ellos la verdad y la voluntad de Dios para la salvación de sus almas. La pompa de esta comparecencia fue apagada por la gloria real del pobre prisionero en el estrado. ¡Qué era el honor del fino aspecto de ellos comparado con el de la sabiduría, y la gracia y la santidad de Pablo, su valor y su constancia para sufrir por Cristo! No es poca misericordia que Dios aclare como la luz nuestra justicia, y como el mediodía nuestro trato justo; sin que haya nada cierto cargado en nuestra contra. Dios hace que hasta los enemigos de su pueblo les hagan el bien.

CAPÍTULO XXVI

Versículos 1—11. *La defensa de Pablo ante Agripa.* 12—23. *Su conversión y predicación a los gentiles.* 24—32. *Festo y Agripa convencidos de la inocencia de Pablo.*

Vv. 1—11. El cristianismo nos enseña a dar razón de la esperanza que hay en nosotros y, también, a honrar a quien se debe rendir honores, sin halagos ni temor al hombre. Agripa era bien versado en las Escrituras del Antiguo Testamento, por tanto, podía juzgar mejor en la polémica de que Jesús es el Mesías. Ciertamente los ministros pueden esperar, cuando predican la fe de Cristo, que se les oiga con paciencia. Pablo confiesa que él aún adhería a todo lo bueno en que fue primeramente educado y preparado. Véase aquí cuál *era* su religión. Era un moralista, un hombre virtuoso, y no había aprendido las artes de los astutos fariseos codiciosos; a él no se podía acusar de ningún vicio franco ni de profano. Era firme en la fe. Siempre había tenido santa consideración por la antigua promesa hecha por Dios a los padres, y edificado su esperanza sobre ella. El apóstol sabía muy bien que todo eso no lo justificaba ante Dios, pero sabía que era para su reputación entre los judíos, y un argumento de que no era la clase de hombre que ellos decían que era. Aunque contaba esto como pérdida para ganar a Cristo, aún así, lo menciona cuando sirve para honrar a Cristo. —Véase aquí cuál *es* la religión de Pablo; él no tiene el celo por la ley ceremonial que tuvo en su juventud; los sacrificios y las ofrendas designadas por ella, están terminadas por el gran Sacrificio que ellas tipificaban. No hace mención de los lavados ceremoniales y piensa que el sacerdocio levítico terminó por el sacerdocio de Cristo, pero en cuanto a los principales fundamentos de su religión, sigue tan celoso como siempre. Cristo y el cielo son las dos grandes doctrinas del evangelio; que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. Estos son el tema de la promesa hecha a los antepasados. El servicio del templo o el curso continuo de los deberes religiosos, día y noche, era mantenido como profesión de fe en la promesa de la vida eterna, y como expectativa de ella. La perspectiva de la vida eterna debe comprometernos a ser diligentes y constantes en todos los ejercicios religiosos. No obstante, los saduceos odiaban a Pablo por predicar la resurrección; y los otros judíos se unieron a ellos porque él testificaba que Jesús había resucitado y que era el prometido Redentor de Israel. Muchas cosas se piensan que están más allá de la creencia, sólo porque pasan por alto la naturaleza y las perfecciones infinitas de quien las reveló, cumplió o prometió. —Pablo reconoce que mientras fue fariseo, era un enemigo enconado del cristianismo. Este era su carácter y estilo de vida al comienzo de su tiempo; y había toda clase de cosas que obstaculizaban que él fuese cristiano. Quienes han sido más estrictos en su conducta antes de la conversión, después verán que hay muchos motivos para humillarse aún por cosas que entonces pensaban que debían hacerse.

Vv. 12—23. Pablo fue hecho cristiano por el poder divino; por una revelación de Cristo a él y en él, cuando estaba en el apogeo de su carrera de pecado. Fue hecho ministro por autoridad divina: el mismo Jesús que le apareció en esa luz gloriosa, le mandó predicar el evangelio a los gentiles. El mundo que está en tinieblas debe ser iluminado; deben ser llevados a conocer las cosas que corresponden a su paz eterna los que aún las ignoran. El mundo que yace en la iniquidad debe ser santificado y reformado; no basta con que a ellos se les haya abierto los ojos, ellos deben tener renovados sus corazones; no basta con ser vueltos desde la oscuridad a la luz; deben volverse del poder de Satanás a Dios. Todos los que son convertidos del pecado a Dios, no sólo son perdonados; tienen la concesión de una rica herencia. El perdón de pecados da lugar a esto. Nadie que no sea santo puede ser feliz; y para ser santos en el cielo debemos primero ser santos en la tierra. Somos hechos santos y salvados por fe en Cristo; por la cual confiamos en Cristo como Jehová Justicia nuestra, y nos entregamos a Él como Jehová nuestro Rey; por esto recibimos la remisión de pecados, el don del Espíritu Santo, y la vida eterna. —La cruz de Cristo era una piedra de tropiezo para los judíos, y ellos estaban furiosos porque Pablo predicaba el cumplimiento de las predicciones del Antiguo Testamento. Cristo debe ser el primero que resucitara de entre los muertos; la Cabeza o el Principal. Además, los profetas anunciaron que los gentiles serían llevados a conocer a Dios por medio del Mesías; ¿y en qué podían desagradarse los judíos de esto, con justicia? Así, pues, el convertido verdadero puede dar razón de su esperanza y una buena cuenta del cambio manifiesto en él. Pero por andar por ahí y llamar a los hombres a arrepentirse y ser convertidos de esta manera, muchísimas personas han sido culpadas y perseguidas.

Vv. 24—32. Nos corresponde, en todas las ocasiones, decir palabras de verdad y sobriedad y, entonces, no tendremos que turbarnos por las censuras injustas de los hombres. Los seguidores activos y esforzados del evangelio han sido frecuentemente despreciados por soñadores o locos, por creer tales doctrinas y tales hechos maravillosos; y por atestiguar que la misma fe y diligencia, y una experiencia como la de ellos, es necesaria para todos los hombres, cualesquiera sea su rango, para su salvación. Pero los apóstoles y los profetas, y el mismo Hijo de Dios, fueron expuestos a esta acusación; nadie tiene que conmoverse por eso cuando la gracia divina los han hechos sabios para salvación. Agripa vio que había mucha razón para el cristianismo. Su entendimiento y su juicio fueron convencidos momentáneamente, pero su corazón no fue cambiado. Su conducta y temperamento eran muy diferentes de la humildad y espiritualidad del evangelio. Muchos de los que están *casi* persuadidos de ser religiosos, no están *completamente* persuadidos; están sometidos a fuertes convicciones de su deber y de la excelencia de los caminos de Dios, aunque no procuran sus convicciones. —Pablo instaba que era interés de cada uno llegar a ser un cristiano verdadero: que hay gracia suficiente en Cristo para todos. Expresa su pleno convencimiento de la verdad del evangelio, la necesidad absoluta de fe en Cristo para salvación. La salvación de la esclavitud es lo que el evangelio de Cristo ofrece a los gentiles; a un mundo perdido. Sin embargo, es con mucha dificultad que se puede convencer a cualquier persona de que necesita la obra de gracia en su corazón, como necesaria para la conversión de los gentiles. Tengamos cuidado de la vacilación fatal de nuestra propia conducta; y acordémonos de cuánto dista el estar *casi* persuadido de ser cristiano, de serlo *por completo* como es todo creyente verdadero.

CAPÍTULO XXVII

Versículos 1—11. *Viaje de Pablo a Roma.* 12—20. *Pablo y sus compañeros amenazados por una tempestad.* 21—29. *Recibe una garantía divina de seguridad.* 30—38. *Pablo exhorta a los que están con él.* 39—44. *El naufragio.*

Vv. 1—11. El consejo de Dios determinó, antes que lo determinara el consejo de Festo, que Pablo debía ir a Roma, porque Dios tenía allá obra para que él hiciera. Aquí se estipula el rumbo que siguieron y los lugares que tocaron. Con esto Dios estimula a los que sufren por Él a que confíen en Él; porque Él puede poner en los corazones de quienes menos se espera que se hagan sus amigos. —Los marineros deben aprovechar al máximo el viento, y de igual modo, todos nosotros en nuestro paso por el océano de este mundo. Cuando los vientos son contrarios debemos seguir adelante tan bien como podamos. —Muchos de los que no retroceden por las providencias negativas, no salen adelante por las providencias favorables. Muchos son los cristianos verdaderos que se lamentan de las preocupaciones de sus almas, que tienen mucho que hacer para mantenerse en su posición. —Todo puerto bueno no es puerto seguro. Muchos de los que muestran respeto a los buenos ministros, no siguen sus consejos. Sin embargo, el suceso convencerá a los pecadores de la vanidad de sus esperanzas y de la necedad de su conducta.

Vv. 12—20. Los que se lanzan al océano de este mundo, con un buen viento, no saben con qué tormentas pueden encontrarse, y por tanto, no deben dar por sentado que hayan logrado su propósito. No nos hagamos la expectativa de estar completamente a salvo, sino hasta que entremos al cielo. Ellos no vieron sol ni estrellas por muchos días. Así, a veces, la tristeza es el estado del pueblo de Dios en cuanto a sus asuntos espirituales: andan en tinieblas y no tienen luz. —Véase aquí qué es la riqueza del mundo: aunque codiciada como bendición, puede que llegue el momento en que sea una carga; no sólo demasiado pesada para llevarla a salvo, sino suficientemente pesada para hundir al que la tenga. Los hijos de este mundo pueden ser dispendiosos con los bienes para salvar su vida, pero son tacaños con sus bienes para las obras de piedad y caridad, y para sufrir por Cristo. Todo hombre preferiría hacer que zozobren sus bienes antes que su vida, pero muchos prefieren más bien que zozobre la fe y la buena conciencia antes que sus bienes. El medio que usaron los marineros no resultó, pero cuando los pecadores renuncian a toda esperanza de salvarse a sí mismos, están preparados para entender la palabra de Dios y para confiar en su misericordia por medio de Jesucristo.

Vv. 21—29. Ellos no escucharon al apóstol cuando les advirtió del peligro; sin embargo, si reconocen su necedad y se arrepienten de ella, él les habla consuelo y alivio en medio del peligro. La mayoría de la gente se mete en problemas porque no saben cuando están bien; se dañan y se pierden por apuntar a la enmienda de su condición, a menudo en contra del consejo. —Obsérvese la solemne confesión que hizo Pablo de su relación con Dios. Ninguna tormenta ni tempestad puede obstaculizar el favor de Dios hacia su pueblo dado que es ayuda siempre cercana. Es consuelo para los siervos fieles de Dios en dificultades que sus vidas serán prolongadas en la medida que el Señor tenga una obra para que ellos hagan. Si Pablo se hubiera comprometido innecesariamente en mala compañía, hubiera sido justamente lanzado con ellos, pero al llamarlo Dios, aquellos son preservados con él. Ellos te son dados; no hay mayor satisfacción para un hombre bueno que saber que es una bendición pública. Él los consuela con los consuelos con que él mismo fue consolado. Dios siempre es fiel, por tanto, estén siempre contentos todos los que dependen de sus promesas. Como decir y hacer no son dos cosas para Dios, tampoco creer y disfrutar deben serlo para nosotros. La esperanza es el ancla del alma, segura y firme, que entra hasta dentro del velo. Que los que están en tinieblas espirituales se sostengan firme de esto y no piensen en zarpar de nuevo, sino en permanecer en Cristo y esperar que alboree el día y las sombras huyan.

Vv. 30—38. Dios que determinó el fin, que ellos sean salvados, determinó el medio, que fueran salvados por la ayuda de estos marineros. El deber es nuestro, los sucesos son de Dios; no confiamos en Dios, pero le tentamos cuando decimos que nos ponemos bajo su protección, si no usamos los medios apropiados para nuestra seguridad, como los que están a nuestro alcance. —¡Pero cuán egoístas son en general los hombres que, a menudo están listos para procurar su propia seguridad por

la destrucción del prójimo! Dichosos quienes tienen en su compañía a uno como Pablo, que no sólo tiene relación con el Cielo, sino que era espíritu vivificante para quienes le rodeaban. La tristeza según el mundo produce muerte, mientras el gozo en Dios es vida y paz, en las angustias y peligros más grandes. —El consuelo de las promesas de Dios puede ser nuestro sólo si dependemos con fe de Él para que cumpla su palabra en nosotros; la salvación que Él revela hay que esperarla en el uso de los medios que Él determina. Si Dios nos ha escogido para salvación, también ha determinado que la obtengamos por el arrepentimiento, la fe, la oración y la obediencia perseverante; presunción fatal es esperarla en alguna otra manera. Estímulo para la gente es encomendarse a Cristo como su Salvador cuando quienes invitan, muestran claramente que así lo hacen ellos mismos.

Vv. 39—44. El barco que había capeado la tormenta en el mar abierto, donde había espacio, se rompe en pedazos cuando está amarrado. Así, está perdido el corazón que fija en el mundo sus afectos, y se aferra a éste. Las tentaciones de Satanás lo golpean y se acaba, pero hay esperanza en tanto se mantenga por encima del mundo, aunque zarandeado con afanes y tumultos. Ellos tenían la costa a la vista, pero zozobraron en el puerto; así se nos enseña que nunca nos sintamos seguros. —Aunque hay grandes dificultades en el camino de la salvación prometida, se producirá sin falta. Sucederá no importa cuántas sean las pruebas y peligros, porque en el debido momento todos los creyentes llegarán a salvo al cielo. Señor Jesús, tú nos aseguraste que ninguno de los tuyos perecerá. Tú los llevarás a todos a salvo a la playa celestial. ¡Y cuán placentero será ese desembarco! Tú los presentarás a tu Padre, y darás a tu Espíritu Santo la plena posesión de ellos para siempre.

CAPÍTULO XXVIII

Versículos 1—10. *Pablo es bien recibido en Malta.* 11—16. *Llega a Roma.* 17—22. *Su conferencia con los judíos.* 23—31. *Pablo predica a los judíos y permanece en Roma como prisionero.*

Vv. 1—10. Dios puede hacer que los extraños sean amigos; amigos en la angustia. Quienes son despreciados por sus maneras acogedoras suelen ser más amistosos que los más educados; y la conducta de los paganos, o de las personas calificadas de bárbaros, condena a muchos en las naciones civilizadas, que profesan ser cristianas. —La gente pensó que Pablo era un asesino, y que la víbora fue enviada por la justicia divina para que fuera la vengadora de la sangre. Sabían que hay un Dios que gobierna el mundo, de modo que las cosas no acontecen por casualidad, no, ni el suceso más mínimo, sino que todo es por dirección divina; y que el mal persigue a los pecadores; que hay buenas obras que Dios recompensará, y malas obras que castigará. Además, que el asesinato es un delito horrible y que no pasará mucho tiempo sin que sea castigado. Pero pensaban que todos los malos eran castigados en esta vida. Aunque algunos son hechos ejemplos en este mundo para probar que hay un Dios y una providencia, aún muchos son dejados sin castigar para probar que hay un juicio venidero. También pensaban que era gente mala todos los que eran notablemente afligidos en esta vida. La revelación divina pone este asunto bajo la luz verdadera. Los hombres buenos suelen ser sumamente afligidos en esta vida para la prueba y el aumento de su fe y paciencia. —Fijaos en la liberación de Pablo ante el peligro. Y, así, en el poder de la gracia de Cristo, los creyentes se sacuden las tentaciones de Satanás con santa resolución. Cuando despreciamos las censuras y los reproches de los hombres, y los miramos con santo desprecio, teniendo el testimonio de nuestras conciencias, entonces, como Pablo, sacudimos a la víbora tirándola al fuego. No nos hace daño excepto si por ello nos mantenemos fuera de nuestro deber. Con eso Dios hace notable a Pablo para esa gente y, de ese modo, abrió el camino para la recepción del evangelio. El Señor levanta amigos para su pueblo en todo lugar donde los lleve, y los hace bendición para los afligidos.

Vv. 11—16. Los acontecimientos corrientes de los viajes raramente son dignos de ser narrados, pero merece mención particular el consuelo de la comunión con los santos, y la bondad mostrada por los amigos. Los cristianos de Roma estaban tan lejos de avergonzarse por Pablo, o de tener miedo de reconocerlo porque él era un prisionero, que tuvieron más cuidado en mostrarle respeto. Tuvo mucho consuelo con esto. Y, si nuestros amigos son buenos con nosotros, Dios lo ha puesto en sus corazones y debemos dar a Él la gloria. Cuando vemos, aún en el extranjero, a los que llevan el nombre de Cristo, temen a Dios y le sirven, debemos elevar nuestros corazones al cielo en acción de gracias. ¡Cuántos hombres grandes han hecho su entrada en Roma, coronados y llevados en triunfo, siendo realmente plagas para el mundo! Pero he aquí a un hombre bueno que hace su entrada en Roma encadenado como pobre cautivo, siendo para el mundo una bendición más grande que cualquier otro humano. ¿No basta esto para dejar de pavonearnos por el favor mundano? —Esto puede animar a los prisioneros de Dios, porque Él puede darles favor ante los ojos de los que los llevan presos. Cuando Dios no libra pronto a su pueblo de la esclavitud, de todos modos se las hace ligera o los calma mientras están sometidos a ella, y tienen razón para estar agradecidos.

Vv. 17—22. Fue para honra de Pablo que los que examinaron su caso, lo exoneraran. En su apelación no procuró acusar a su nación, sino sólo aclarar su condición. —El cristianismo verdadero establece lo que es de interés común para toda la humanidad, y no se edifica sobre las opiniones estrechas ni sobre intereses privados. No apunta a ningún beneficio o ventaja mundana, pero todas sus ganancias son espirituales y eternas. La suerte de la santa religión de Cristo es, y siempre ha sido, que hablen en contra de ella. Obsérvese en toda ciudad y pueblo donde se enaltezca a Cristo como el único Salvador de la humanidad, y donde la gente es llamada a seguirlo a la vida nueva, y nótese que aún son tratados de secta, de partido, y se reprocha a los que se entregan a Cristo. Y este es el trato que recibirán con seguridad, mientras haya un hombre impío sobre la tierra.

Vv. 23—31. Pablo persuadió a los judíos acerca de Jesús. Algunos fueron trabajados por la palabra y otros, endurecidos; algunos recibieron la luz, y otros cerraron sus ojos contra ella. Este ha sido siempre el efecto del evangelio. Pablo se separó de ellos observando que el Espíritu Santo había descrito bien el estado de ellos. Todos los que oyen el evangelio, sin obedecerlo, tiemblen ante su sino, porque, ¿quién los sanará si Dios no? —Los judíos razonaron mucho entre ellos, después. Muchos de los que tienen un gran razonamiento no razonan correctamente. Hallan defectuosas las opiniones de unos y otros, pero no se rinden a la verdad. Ni tampoco los convencerá el razonamiento de los hombres, si la gracia de Dios no les abre el entendimiento. Mientras nos dolemos por los desdeñosos, debemos regocijarnos que la salvación de Dios sea enviada a otros que la recibirán; si somos de ese grupo, debemos estar agradecidos de Aquel que nos ha hecho diferir. El apóstol se adhirió a su principio de no conocer ni predicar otra cosa sino a Cristo, y éste crucificado. Cuando los cristianos son tentados por su ocupación principal, deben retrotraerse con esta pregunta, ¿qué tiene que ver esto con el Señor Jesús? ¿Qué tendencia hay en eso que nos lleve a Él y nos mantenga caminando en Él? El apóstol no se predicaba a sí mismo, sino a Cristo y no se avergonzaba del evangelio de Cristo. —Aunque a Pablo lo pusieron en una condición muy estrecha para ser útil, no se sintió perturbado por ella. Aunque no era una puerta ancha la que se le abrió a él, sin embargo, no toleró que nadie la cerrara; y para muchos era una puerta eficaz, de modo que hubo santos hasta en la casa de Nerón, Filipenses iv, 22. También de Filipenses i, 13, aprendemos cómo Dios pasa por alto la prisión de Pablo para el avance del evangelio. Y no sólo los residentes de Roma, sino toda la iglesia de Cristo, hasta el día presente, y en el rincón más remoto del planeta, tienen mucha razón para bendecir a Dios porque él fuera detenido como prisionero durante el período más maduro de su vida cristiana. Fue desde su prisión, probablemente encadenado mano a mano con el soldado que lo custodiaba, que el apóstol escribió las epístolas a los Efesios, Filipenses, Colosenses, y Hebreos; estas epístolas muestran, quizá más que cualesquiera otras, el amor cristiano con que rebosaba su corazón, y la experiencia cristiana con que estaba llena su alma. —El creyente de la época actual

puede tener menos triunfo y menos gozo celestial que el apóstol, pero todo seguidor del mismo Salvador está igualmente seguro de estar a salvo y en paz al final. Procuremos vivir más y más en el amor del Salvador; trabajar para glorificarle con toda acción de nuestra vida; y con toda seguridad por su poder, estaremos entre los que ahora vencen a sus enemigos; y por su gracia gratuita y misericordia, en el más allá estaremos en la compañía bendita que se sentará con Él en su trono, así como Él venció y está sentado en el trono de su Padre, a la diestra de Dios para siempre jamás.

ROMANOS

El alcance o la intención del apóstol al escribir a los Romanos parece haber sido contestar al incrédulo y enseñar al judío creyente; confirmar al cristiano y convertir al gentil idólatra; y mostrar al convertido gentil como igual al judío en cuanto a su condición religiosa, y a su rango en el favor divino. Estos diversos designios se tratan oponiéndose al judío infiel o incrédulo, o discutiendo con él en favor del cristiano o del creyente gentil. Establece claramente que la manera en que Dios acepta al pecador, o lo justifica ante sus ojos, es sólo por gracia por medio de la fe en la justicia de Cristo, sin acepción de naciones. Esta doctrina es aclarada a partir de las objeciones planteadas por los cristianos judaizantes que favorecían las condiciones de la aceptación con Dios por medio de una mezcla de la ley y el evangelio, excluyendo a los gentiles de toda participación en las bendiciones de la salvación efectuada por el Mesías. En la conclusión, pone aún más en vigencia la santidad por medio de exhortaciones prácticas.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *Misión del apóstol.* 8—15. *Ora por los santos de Roma, y dice que desea verlos.* 16, 17. *El camino del evangelio de la justificación por la fe es para judíos y gentiles.* 18—32. *Exposición de los pecados de los gentiles.*

Vv. 1—7. La doctrina sobre la cual escribe el apóstol Pablo establece el cumplimiento de las promesas hechas por medio de los profetas. Habla del Hijo de Dios, Jesús el Salvador, el Mesías prometido, que vino de David en cuanto a su naturaleza humana, pero que fue declarado Hijo de Dios por el poder divino que lo resucitó de entre los muertos. La confesión cristiana no consiste en el conocimiento conceptual o el sólo asentimiento intelectual, y mucho menos, discusiones perversas, sino en la obediencia. Sólo los llamados eficazmente por Jesucristo son los llevados a la obediencia de la fe. —Aquí se expone: —1. El privilegio de los cristianos amados por Dios y miembros de ese cuerpo que es amado. —2. El deber de los cristianos: ser santos, de aquí en adelante son llamados, llamados a ser santos. El apóstol saluda a éstos deseándoles gracia que santifique sus almas y paz que consuele sus corazones, las que brotan de la misericordia libre de Dios, el Padre reconciliado de todos los creyentes, que viene a ellos a través del Señor Jesucristo.

Vv. 8—15. Debemos demostrar amor por nuestros amigos no sólo orando por ellos, sino alabando a Dios por ellos. Como en nuestros propósitos, y en nuestros deseos debemos acordarnos de decir, Si el Señor quiere, Santiago iv, 15. Nuestras jornadas son o no prosperadas conforme a la voluntad de Dios. Debemos impartir prontamente a otros lo que Dios nos ha entregado, regocijándonos al impartir gozo a los demás, especialmente complaciéndonos en tener comunión con los que creen las mismas cosas que nosotros. Si somos redimidos por la sangre, y convertidos por la gracia del Señor Jesús, somos completamente suyos y, por amor a Él, estamos endeudados con todos los hombres para hacer todo el bien que podamos. Tales servicios son nuestro deber.

Vv. 16, 17. El apóstol expresa en estos versículos el propósito de toda la epístola, en la cual plantea una acusación de pecaminosidad contra toda carne; declara que el único método de liberación de la condena es la fe en la misericordia de Dios por medio de Jesucristo y, luego, edifica sobre ello la pureza del corazón, la obediencia agradecida, y los deseos fervientes de crecer en todos esas gracias y temperamentos cristianos que nada, sino la fe viva en Cristo, puede producir. —Dios es un Dios justo y santo, y nosotros somos pecadores culpables. Es necesario que tengamos una justicia para comparecer ante Él; tal justicia existe, fue traída por el Mesías, y dada a conocer en el evangelio: el método de aceptación por gracia a pesar de la culpa de nuestros pecados. Es la justicia de Cristo, que es Dios, la que proviene de una satisfacción de valor infinito. La fe es todo en todo, en el comienzo y en la continuación de la vida cristiana. No es de la fe a las obras como si la fe nos pusiera en un estado justificado y, luego, las obras nos mantuvieran allí, pero siempre es de fe en fe: es la fe que sigue adelante ganándole la victoria a la incredulidad.

Vv. 18—25. El apóstol empieza a mostrar que toda la humanidad necesita la salvación del evangelio, porque nadie puede obtener el favor de Dios o escapar de su ira por medio de sus propias obras. Porque ningún hombre puede alegar que ha cumplido todas sus obligaciones para con Dios y su prójimo, ni tampoco puede decir verazmente que ha actuado plenamente sobre la base de la luz que se le ha otorgado. La pecaminosidad del hombre es entendida como iniquidad contra las leyes de la primera tabla, e injusticia contra las de la segunda. La causa de esa pecaminosidad es detener con injusticia la verdad. Todos hacen más o menos lo que saben que es malo y omiten lo que saben que es bueno, de modo que nadie se puede permitir alegar ignorancia. El poder invisible de nuestro Creador y la Deidad están tan claramente manifestados en las obras que ha hecho de modo que hasta los idólatras y los gentiles malos se quedan sin excusa. Siguieron neciamente la idolatría y las criaturas racionales cambiaron la adoración del Creador glorioso por animales, reptiles e imágenes sin sentido. Se apartaron de Dios hasta perder todo vestigio de la verdadera religión, si no lo hubiera impedido la revelación del evangelio. Porque los hechos son innegables, cualesquiera sean los pretextos planteados en cuanto a la suficiencia de la razón humana para descubrir la verdad divina y la obligación moral o para gobernar bien la conducta. Estos muestran simplemente que los hombres deshonraron a Dios con las idolatrías y supersticiones más absurdas y que se degradaron a sí mismos con los afectos más viles y las obras más abominables.

Vv. 26—32. La verdad de nuestro Señor se muestra en la depravación horrenda del pagano: “que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz”. La verdad no era del gusto de ellos. Todos sabemos cuán pronto se confabula el hombre contra la prueba más evidente para razonar evitándose creer lo que le disgusta. El hombre no puede ser llevado a una esclavitud más grande que la de ser entregado a sus propias lujurias. Como a los gentiles no les gustó tener a Dios en su conocimiento, cometieron delitos totalmente contrarios a la razón y a su propio bienestar. La naturaleza del hombre, sea pagano o cristiano, aún es la misma; y las acusaciones del apóstol se aplican más o menos al estado y al carácter de los hombres de todas las épocas, hasta que sean llevados a someterse por completo a la fe de Cristo, y sean renovados por el poder divino. Nunca

hubo todavía un hombre que no tuviera razón para lamentarse de sus fuertes corrupciones y de su secreto disgusto por la voluntad de Dios. Por tanto, este capítulo es un llamado a examinarse a uno mismo, cuya finalidad debe ser la profunda convicción de pecado y de la necesidad de ser liberado del estado de condenación.

CAPÍTULO II

Versículos 1—16. *Los judíos no podían ser justificados por la ley de Moisés más que los gentiles por la ley de la naturaleza.* 17—29. *Los pecados de los judíos refutan toda la vana confianza en sus privilegios externos.*

Vv. 1—16. Los judíos se creían pueblo santo, merecedores de sus privilegios por derecho propio, aunque eran ingratos, rebeldes e injustos, pero se les debe recordar a todos los que así actúan, en toda nación, época y clase, que el juicio de Dios será conforme al verdadero carácter de ellos. El caso es tan claro, que podemos apelar a los pensamientos propios del pecador. En todo pecado voluntario hay desprecio de la bondad de Dios. Aunque las ramificaciones de la desobediencia del hombre son muy variadas, todas brotan de la misma raíz. Sin embargo, en el arrepentimiento verdadero debe haber odio por la pecaminosidad anterior dado el cambio obrado en el estado de la mente que la dispone a elegir lo bueno y rechazar lo malo. También muestra un sentido de infelicidad interior. Tal es el gran cambio producido en el arrepentimiento, es la conversión, y es necesario para todo ser humano. La ruina de los pecadores es que caminan tras un corazón duro e impenitente. Sus obras pecaminosas se expresan con las fuertes palabras “atesoras para ti mismo ira”. —Nótese la exigencia total de la ley en la descripción del hombre justo. Exige que los motivos sean puros, y rechaza todas las acciones motivadas por la ambición o por fines terrenales. En la descripción del injusto, se presenta el espíritu contencioso como el principio de todo mal. La voluntad humana está enemistada con Dios. Hasta los gentiles, que no tenían la ley escrita, tenían por dentro lo que les dirigía en cuanto a lo que debían hacer por la luz de la naturaleza. La conciencia es un testigo que, tarde o temprano, dará testimonio. Al obedecer o desobedecer estas leyes naturales y sus dictados, las conciencias de ellos los exoneran o los condenan. Nada causa más terror a los pecadores, y más consuelo a los santos, que Cristo sea el Juez. Los servicios secretos serán recompensados, los pecados secretos serán castigados entonces y sacados a la luz.

Vv. 17—24. El apóstol dirige su discurso a los judíos y muestra de cuáles pecados eran culpables a pesar de sus confesiones y vanas pretensiones. La raíz y la suma de toda religión es gloriarse en Dios creyendo, humilde y agradecidamente. Pero la jactancia orgullosa que se vanagloria en Dios, y en la profesión externa de su nombre, es la raíz y la suma de toda hipocresía. El orgullo espiritual es la más peligrosa de todas las clases de orgullo. Un gran mal de los pecados de los profesante es el deshonor contra Dios y la religión, porque no viven conforme a lo que profesan. Muchos que descansan en una forma muerta de piedad, son los que desprecian a su prójimo más ignorante, aunque ellos mismos confían en una forma de conocimiento igualmente desprovista de vida y poder, mientras algunos que se glorían en el evangelio, llevan vidas impías que deshonran a Dios y hacen que su nombre sea blasfemado.

Vv. 25—29. No pueden aprovechar las formas, las ordenanzas o las nociones sin la gracia regeneradora, que siempre lleva a buscar un interés en la justicia de Dios por la fe. Porque no es más cristiano ahora, de lo que era el judío de antaño, aquel que sólo lo es en lo exterior: tampoco es bautismo el exterior, en la carne. El cristiano verdadero es aquel que por dentro es un creyente verdadero con fe obediente. El bautismo verdadero es el del corazón, por el lavado de la

regeneración y la renovación del Espíritu Santo que trae un marco espiritual a la mente y una voluntad de seguir la verdad en sus caminos santos. Oremos que seamos hechos cristianos de verdad, no por fuera, sino por dentro; en el corazón y el espíritu, no en la letra; bautizados no tan sólo con agua sino con el Espíritu Santo; y que nuestra alabanza sea no de los hombres, sino de Dios.

CAPÍTULO III

Versículos 1—8. *Objeciones contestadas.* 9—18. *Toda la humanidad es pecadora.* 19, 20. *Judíos y gentiles no pueden ser justificados por sus obras.* 21—31. *La justificación es por la libre gracia de Dios, por fe en la justicia de Cristo, pero la ley no se deroga.*

Vv. 1—8. La ley no podía salvar *en* el pecado ni *de* los pecados, pero daba ventajas a los judíos para obtener la salvación. Las ordenanzas establecidas, la educación en el conocimiento del Dios verdadero y su servicio, y muchos favores hechos a los hijos de Abraham, eran todos medios de gracia y verdaderamente fueron utilizados para la conversión de muchos. Pero, las Escrituras les fueron especialmente encargadas a ellos. El goce de la palabra y de las ordenanzas de Dios es la principal felicidad de un pueblo, pero las promesas Dios las hace sólo a los creyentes, por tanto, la incredulidad de algunos o de muchos prefesantes no puede inutilizar la efectividad de esta fidelidad. Él cumplirá las promesas a su pueblo y ejecutará sus amenazas de venganza a los incrédulos. —El juicio de Dios sobre el mundo deberá silenciar para siempre todas las dudas y especulaciones sobre su justicia. La maldad y la obstinada incredulidad de los judíos demuestra la necesidad que tiene el hombre de la justicia de Dios por la fe, y de su justicia para castigar el pecado. Hagamos males para que nos vengan bienes, es algo más frecuente en el corazón que en la boca de los pecadores; porque pocos se justificarán a sí mismos en sus malos caminos. El creyente sabe que el deber es de él, y los acontecimientos son de Dios; y que él no debe cometer ningún pecado ni decir ninguna mentira con la esperanza, ni con la seguridad, de que Dios se glorifique. Si alguien habla y actúa así, su condenación es justa.

Vv. 9—18. Aquí se señala nuevamente que toda la humanidad está debajo de la culpa del pecado como una carga, y está bajo el gobierno y el dominio del pecado, esclavizada por él, para obrar iniquidad. Varios pasajes de las Escrituras del Antiguo Testamento dejan muy claro esto, porque describen el estado depravado y corrupto de todos los hombres, hasta que la gracia los refrena o los cambia. Por grandes que sean nuestras ventajas, estos textos describen a multitudes de los que se dicen cristianos. Sus principios y su conducta prueban que no hay temor de Dios delante de sus ojos. Y donde no hay temor de Dios no se puede esperar nada bueno.

Vv. 19, 20. Vano es buscar la justificación por las obras de la ley. Todos deben declararse culpables. La culpa ante Dios es palabra temible, pero ningún hombre puede ser justificado por una ley que lo condena por violarla. La corrupción de nuestra naturaleza siempre impedirá toda justificación por nuestras propias obras.

Vv. 21—26. ¿Debe el hombre culpable permanecer sometido a la ira para siempre? ¿Está la herida abierta para siempre? No, bendito sea Dios, hay otro camino abierto para nosotros. Es la justicia de Dios; la justicia en la ordenación, en la provisión y en la aceptación. Es por esa fe que tiene Jesucristo por su objeto; el Salvador ungido, que eso significa el nombre Jesucristo. La fe justificadora respeta a Cristo como Salvador en sus tres oficios ungidos: Profeta, Sacerdote y Rey; esa fe confía en Él, le acepta y se aferra de Él; en todo eso los judíos y los gentiles son, por igual, bienvenidos a Dios por medio de Cristo. No hay diferencia, su justicia está sobre todo aquel que

cree; no sólo se les ofrece, sino se les pone a ellos como una corona, como una túnica. Es libre gracia, pura misericordia; nada hay en nosotros que merezca tales favores. Nos llega gratuitamente, pero Cristo la compró y pagó el precio. La fe tiene consideración especial por la sangre de Cristo, como la que hizo la expiación. —Dios declara su justicia en todo esto. Queda claro que odia el pecado, cuando nada inferior a la sangre de Cristo hace satisfacción por el pecado. Cobrar la deuda al pecador no estaría en conformidad con su justicia, puesto que el Fiador la pagó y Él aceptó ese pago a toda satisfacción.

Vv. 27—31. Dios ejecutará la gran obra de la justificación y salvación de pecadores desde el primero al último, para acallar nuestra jactancia. Ahora, si fuésemos salvados por nuestras obras, no se excluiría la jactancia, pero el camino de la justificación por la fe excluye por siempre toda jactancia. Sin embargo, los creyentes no son dejados con autorización para transgredir la ley; la fe es una ley, es una gracia que obra dondequiera obre en verdad. Por fe, que en esta materia no es un acto de obediencia o una buena obra, sino la formación de una relación entre Cristo y el pecador, que considera adecuado que el creyente sea perdonado y justificado por amor del Salvador, y que el incrédulo, que no está unido o relacionado de este modo con Él, permanezca sometido a condenación. La ley todavía es útil para convencernos de lo que es pasado, y para dirigirnos hacia el futuro. Aunque no podemos ser salvos por ella como un pacto, sin embargo la reconocemos y nos sometemos a ella, como regla en la mano del Mediador.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—12. *La doctrina de la justificación ejemplificada con el caso de Abraham.* 13—22. *Recibió la promesa por medio de la justicia de la fe.* 23—25. *Nosotros somos justificados por la misma vía de creer.*

Vv. 1—12. Para enfrentar los puntos de vista de los judíos, el apóstol se refiere primero al ejemplo de Abraham, en quien se gloriaban los judíos como su antepasado de mayor renombre. Por exaltado que fuese en diversos aspectos, no tenía nada de qué jactarse en la presencia de Dios, siendo salvo por gracia por medio de la fe, como los demás. Sin destacar los años que pasaron antes de su llamado y los momentos en que falló su obediencia, y aun su fe, la Escritura estableció expresamente que: “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” Génesis xv, 6. —Se observa a partir de este ejemplo que si un hombre pudiera obrar toda medida exigida por la ley, la recompensa sería considerada deuda, que evidentemente no fue el caso de Abraham, puesto que la fe le fue contada por justicia. Cuando los creyentes son justificados por la fe, “les es contado por justicia”, pero la fe de ellos no los justifica como parte, pequeña o grande, de la justicia propia, sino como medio designado de unirlos a Aquel que escogió el nombre por el cual debe llamársele: “Jehová Justicia nuestra”. —La gente perdonada es la única gente bendecida. —Claramente surge de la Escritura que Abraham fue justificado varios años antes de su circuncisión. Por tanto, es evidente que este rito no era necesario para la justificación. Era una señal de la corrupción original de la naturaleza humana. Y era una señal y un sello exterior concebido no solo para ser la confirmación de las promesas que Dios le había dado a él y a su descendencia, y de la obligación de ellos de ser del Señor, sino para asegurarle de igual modo que ya era un verdadero partícipe de la justicia de la fe. Abraham es, de este modo, el antepasado espiritual de todos los creyentes que anduvieron según el ejemplo de su obediencia de fe. El sello del Espíritu Santo en nuestra santificación, al hacernos nuevas criaturas, es la evidencia interior de la justicia de la fe.

Vv. 13—22. La promesa fue hecha a Abraham mucho antes de la ley. Señala a Cristo y se refiere a la promesa, Génesis xii, 3: "y serán benditas en ti todas las familias de la tierra". La ley producía ira al indicar que todo transgresor queda expuesto al descontento divino. —Como Dios tenía la intención de dar a los hombres un título de las bendiciones prometidas, así designó que fuera por la fe, para que sea totalmente por gracia, para asegurársela a todos los que eran de la misma fe preciosa de Abraham, fueran judíos o gentiles de todas las épocas. La justificación y la salvación de los pecadores, el tomar para sí a los gentiles que no habían sido pueblo, fue un llamamiento de gracia de las cosas que no son como si fueran, y esto de dar ser a las cosas que no eran, prueba el poder omnipotente de Dios. —Se muestra la naturaleza y el poder de la fe de Abraham. Creyó el testimonio de Dios y esperó el cumplimiento de su promesa, con una firme esperanza cuando el caso parecía sin esperanzas. Es debilidad de la fe lo que hace que el hombre se agobie por las dificultades del camino hacia una promesa. Abraham no la consideró como tema que admitiera discusión ni debate. La incredulidad se halla en el fondo de todos nuestras dudas de las promesas de Dios. El poder de la fe se demuestra en su victoria sobre los temores. Dios honra la fe y la gran fe honra a Dios. —Le fue contada por justicia. La fe es una gracia que, entre todas las demás, da gloria a Dios. La fe es, claramente, el instrumento por el cual recibimos la justicia de Dios, la redención que es en Cristo; y aquello que es el instrumento por el cual la tomamos o recibimos, no puede ser la cosa misma, ni puede ser así tomado y recibido el don. La fe de Abraham no lo justificó por mérito o valor propio, sino al darle una participación en Cristo.

Vv. 23—25. La historia de Abraham y de su justificación quedó escrita para enseñar a los hombres de todas las épocas posteriores, especialmente a los que, entonces, se les daría a conocer el evangelio. Es claro que no somos justificados por el mérito de nuestras propias obras, sino por la fe en Jesucristo y su justicia; que es la verdad que se enfatiza en este capítulo y el anterior como la gran fuente y fundamento de todo consuelo. Cristo obró meritoriamente nuestra justificación y salvación por su muerte y pasión, pero el poder y la perfección de esas, con respecto a nosotros, depende de su resurrección. Por su muerte pagó nuestra deuda, en su resurrección recibió nuestra absolución, Isaías liii, 8. Cuando Él fue absuelto, nosotros en Él y junto con Él recibimos el descargo de la culpa y del castigo de todos nuestros pecados. Este último versículo es una reseña o un resumen de todo el evangelio.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *Los felices efectos de la justificación por la fe en la justicia de Cristo.* 6—11. *Somos reconciliados por su sangre.* 12—14. *La caída de Adán llevó a toda la humanidad al pecado y la muerte.* 15—19. *La gracia de Dios por la justicia de Cristo tiene más poder para traer salvación de lo que tuvo el pecado de Adán para traer la desgracia.* 20, 21. *Cómo sobreabundó la gracia.*

Vv. 1—5. Un cambio bendito ocurre en el estado del pecador cuando llega a ser un creyente verdadero, haya sido lo que fuera. Siendo justificado por la fe tiene paz con Dios. El Dios santo y justo no puede estar en paz con un pecador mientras esté bajo la culpa del pecado. La justificación elimina la culpa y, así, abre el camino para la paz. Esta es por medio de nuestro Señor Jesucristo; por medio de Él como gran Pacificador, el Mediador entre Dios y el hombre. —El feliz estado de los santos es el estado de gracia. Somos llevados a esta gracia. Eso enseña que no nacemos en este estado. No podríamos llegar a ese estado por nosotros mismos, sino que somos llevados a él como ofensores perdonados. Allí estamos firmes, postura que denota perseverancia; estamos firmes y seguros, sostenidos por el poder de Dios; estamos ahí como hombres que mantienen su terreno, sin

ser derribados por el poder del enemigo. Y los que tienen la esperanza de la gloria de Dios en el mundo venidero, tienen suficiente para regocijarse en el de ahora. —La tribulación produce paciencia, no en sí misma ni de por sí, pero la poderosa gracia de Dios obra en la tribulación y con ella. Los que sufren con paciencia tienen la mayoría de las consolaciones divinas que abundan cuando abundan las aflicciones. Obra una experiencia necesaria para nosotros. —Esta esperanza no desilusiona, porque está sellada con el Espíritu Santo como Espíritu de amor. Derramar el amor de Dios en los corazones de todos los santos es obra de gracia del Espíritu bendito. El recto sentido del amor de Dios por nosotros no nos avergonzará en nuestra esperanza ni por nuestros sufrimientos por Él.

Vv. 6—11. Cristo murió por los pecadores; no sólo por los que eran inútiles sino por los que eran culpables y aborrecibles; por ésos cuya destrucción eterna sería para la gloria de la justicia de Dios. Cristo murió por salvarnos, no *en* nuestros pecados, sino *de* nuestros pecados y, *aún* éramos pecadores cuando Él murió por nosotros. Sí, la mente carnal no sólo es enemiga de Dios, sino la enemistad misma, capítulo viii, 7; Colosenses i, 21. Pero Dios determinó librar del pecado y obrar un cambio grande. Mientras continúe el estado pecaminoso, Dios aborrece al pecador y el pecador aborrece a Dios, Zacarías xi, 8. Es un misterio que Cristo muriera por los tales; no se conoce otro ejemplo de amor, para que bien pueda dedicar la eternidad en adorar y maravillarse de Él. —Además, ¿qué idea tenía el apóstol cuando supone el caso de uno que muere por un justo? Y eso que sólo lo puso como algo que podría ser. ¿No era que al pasar este sufrimiento, la persona que se quería beneficiar, pudiese ser librada? Pero ¿de qué son librados los creyentes en Cristo por su muerte? No de la muerte corporal, porque todos deben soportarla. El mal, del cual podía efectuarse la liberación sólo de esta manera asombrosa, debe haber sido mucho más terrible que la muerte natural. No hay mal al que pueda aplicarse el argumento, salvo el que el apóstol asevera concretamente, el *pecado* y la *ira*, el castigo del pecado determinado por la justicia infalible de Dios. —Y si, por la gracia divina, así fueron llevados a arrepentirse y a creer en Cristo, y así eran justificados por el precio de su sangre derramada y por fe en esa expiación, mucho más por medio del que murió por ellos y resucitó, serán librados de caer en el poder del pecado y de Satanás, o de alejarse definitivamente de él. El Señor viviente de todos concretará el propósito de su amor al morir salvando hasta el último de todos los creyentes verdaderos. —Teniendo tal señal de salvación en el amor de Dios por medio de Cristo, el apóstol declara que los creyentes no sólo se regocijan en la esperanza del cielo, y hasta en sus tribulaciones por amor de Cristo, sino que también se glorían en Dios como el Amigo seguro y Porción absolutamente suficiente de ellos, por medio de Cristo únicamente.

Vv. 12—14. La intención de lo que sigue es clara. Es la exaltación de nuestro punto de vista acerca de las bendiciones que Cristo nos ha procurado, comparándolas con el mal que siguió a la caída de nuestro primer padre; y mostrando que estas bendiciones no sólo se extienden para eliminar estos males, sino mucho más allá. Adán peca, su naturaleza se vuelve culpable y corrupta y así pasa a sus hijos. Así todos pecamos en él. La muerte es por el pecado, porque la muerte es la paga del pecado. Entonces entró toda esa miseria que es la suerte debida al pecado: la muerte temporal, espiritual, y eterna. Si Adán no hubiera pecado no hubiera muerto, pero la sentencia de muerte fue dictada como sobre un criminal; pasó a todos los hombres como una enfermedad infecciosa de la que nadie escapa. Como prueba de nuestra unión con Adán, y de nuestra parte en aquella primera transgresión, observa que el pecado prevaleció en el mundo por mucho tiempo antes que se diera la ley de Moisés. La muerte reinó ese largo tiempo, no sólo sobre los adultos que pecaban voluntariamente, sino también sobre multitud de infantes, cosa que muestra que ellos habían caído bajo la condena en Adán, y que el pecado de Adán se extendió a toda su posteridad. Era una figura o tipo del que iba a venir como Garantía del nuevo pacto para todos los que estén emparentados con Él.

Vv. 15—19. Por medio de la ofensa de un solo hombre, toda la humanidad queda expuesta a la condena eterna. Pero la gracia y la misericordia de Dios y el don libre de la justicia y salvación son por medio de Jesucristo como hombre: sin embargo, el Señor del cielo ha llevado a la multitud de creyentes a un estado más seguro y enaltecido que aquel desde el cual cayeron en Adán. Este don libre no los volvió a poner en estado de prueba; los fijó en un estado de justificación, como hubiera sido puesto Adán si hubiera resistido. Hay una semejanza asombrosa pese a las diferencias. Como por el pecado de uno prevalecieron el pecado y la muerte para condenación de todos los hombres, así por la justicia de uno prevaleció la gracia para justificación de todos los relacionados con Cristo por la fe. Por medio de la gracia de Dios ha abundado para muchos el don de gracia por medio de Cristo; sin embargo, las multitudes optan por seguir bajo el dominio del pecado y la muerte en vez de pedir las bendiciones del reino de la gracia. Pero Cristo no echará afuera a nadie que esté dispuesto a ir a Él.

Vv. 20, 21. Por Cristo y su justicia tenemos más privilegios, y más grandes que los que perdimos por la ofensa de Adán. La ley moral mostraba que eran pecaminosos muchos pensamientos, temperamentos, palabras y acciones, de modo que así se multiplicaban las transgresiones. No fue que se hiciera abundar más el pecado, sino dejando al descubierto su pecaminosidad, como al dejar que entre una luz más clara a una habitación, deja al descubierto el polvo y la suciedad que había ahí desde antes, pero que no se veían. El pecado de Adán, y el efecto de la corrupción en nosotros, son la abundancia de aquella ofensa que se volvió evidente al entrar la ley. Los terrores de la ley endulzan más aun los consuelos del evangelio. Así, pues, Dios Espíritu Santo nos entregó, por medio del bendito apóstol, una verdad más importante, llena de consuelo, apta para nuestra necesidad de pecadores. Por más cosas que alguien pueda tener por encima de otro, cada hombre es un pecador contra Dios, está condenado por la ley y necesita perdón. No puede hacerse de una mezcla de pecado y santidad esa justicia que es para justificar. No puede haber derecho a la recompensa eterna sin la justicia pura e inmaculada: esperémosla ni más ni menos que de la justicia de Cristo.

CAPÍTULO VI

Versículos 1, 2. *Los creyentes deben morir al pecado, y vivir para Dios.* 3—10. *Esto es una demanda de su bautismo cristiano y de su unión con Cristo.* 11—15. *Vivos para Dios.* 16—20. *Libertados del domino del pecado.* 21—23. *El fin del pecado es muerte, el de la vida eterna, la santidad.*

Vv. 1, 2. El apóstol es muy completo al enfatizar la necesidad de la santidad. No la elimina al exponer la libre gracia del evangelio, antes bien muestra que la conexión entre justificación y santidad es inseparable. Sea aborrecido el pensamiento de seguir en pecado para que abunde la gracia. Los creyentes verdaderos están muertos al pecado, por tanto, no deben seguirlo. Nadie puede estar vivo y muerto al mismo tiempo. Necio es quien, deseando estar muerto al pecado, piensa que puede vivir en él.

Vv. 3—10. El bautismo enseña la necesidad de morir al pecado y ser como haber sido sepultado de toda empresa impía e inicua, y resucitar para andar con Dios en una vida nueva. Los profesantes impíos pueden tener la señal externa de una muerte al pecado y de un nuevo nacimiento a la justicia, pero nunca han pasado de la familia de Satanás a la de Dios. —La naturaleza corrupta, llamada hombre viejo, porque derivó de Adán nuestro primer padre, en todo creyente verdadero está crucificada con Cristo por la gracia derivada de la cruz. Está debilitada y en estado moribundo, aunque todavía lucha por la vida, y hasta por la victoria. Pero todo el cuerpo de pecado, sea lo que

sea que no concuerde con la santa ley de Dios, debe ser desechado para que el creyente no sea más esclavo del pecado, sino que viva para Dios y halle dicha en su servicio.

Vv. 11—15. Aquí se estipulan los motivos más fuertes contra el pecado, y para poner en vigencia la obediencia. Siendo liberado del reinado del pecado, hecho vivo para Dios, y teniendo la perspectiva de la vida eterna, corresponde a los creyentes interesarse mucho por hacer progresos a ella, pero como las lujurias impías no han sido totalmente desarraigadas en esta vida, la preocupación del cristiano debe ser la de resistir sus indicaciones, luchando con fervor para que, por medio de la gracia divina, no prevalezcan en este estado mortal. Aliente al cristiano verdadero el pensamiento de que este estado pronto terminará, en cuanto a la seducción de las lujurias que, tan a menudo, le dejan confundido y le inquietan. Presentemos todos nuestros poderes como armas o instrumentos a Dios, listos para la guerra y para la obra de justicia a su servicio. —Hay poder para nosotros en el pacto de gracia. El pecado no tendrá dominio. Las promesas de Dios para nosotros son más poderosas y eficaces para mortificar el pecado que nuestras promesas a Dios. El pecado puede luchar en un creyente real y crearle una gran cantidad de trastornos, pero no le dominará; puede que lo angustie, pero no lo dominará. ¿Alguno se aprovecha de esta doctrina estimulante para permitirse la práctica de cualquier pecado? Lejos estén pensamientos tan abominables, tan contrarios a las perfecciones de Dios, y al designio de su evangelio, tan opuestos al ser sometido a la gracia. ¿Qué motivo más fuerte contra el pecado que el amor de Cristo? ¿Pecaremos contra tanta bondad y contra una gracia semejante?

Vv. 16—20. Todo hombre es el siervo del amo a cuyos mandamientos se rinde, sean las disposiciones pecaminosas de su corazón en acciones que llevan a la muerte, o la nueva obediencia espiritual implantada por la regeneración. Ahora se regocija el apóstol porque ellos obedecieron de todo corazón el evangelio en el cual fueron puestos como en un molde. Así como el mismo metal se hace vaso nuevo cuando es fundido y se vuelve a echar en otro molde, así el creyente ha llegado a ser nueva criatura. Hay una gran diferencia en la libertad de mente y de espíritu, tan opuesta al estado de esclavitud, que tiene el cristiano verdadero al servicio de su justo Señor, a quien puede considerar su Padre, y por la adopción de la gracia, considerarse hijo y heredero de Aquel. El dominio del pecado consiste en ser esclavos voluntarios; no en ser arrasados por un poder odiado, mientras se lucha por la victoria. Los que ahora son los siervos de Dios fueron una vez los esclavos del pecado.

Vv. 21—23. El placer y el provecho del pecado no merecen ser llamados fruto. Los pecadores no están más que arando iniquidad, sembrando vanidad y cosechando lo mismo. La vergüenza vino al mundo con el pecado y aún sigue siendo su efecto seguro. El fin del pecado es la muerte. Aunque el camino parezca placentero e invitador, de todos modos al final habrá amargura. —El creyente es puesto en libertad de esta condenación, cuando es hecho libre del pecado. Si el fruto es para santidad, si hay un principio activo de gracia verdadera y en crecimiento, el final será la vida eterna, ¡un final muy feliz! Aunque el camino es cuesta arriba, aunque es estrecho, espinoso y tentador, no obstante, la vida eterna en su final está asegurada. La dádiva de Dios es la vida eterna. Y este don es por medio de Jesucristo nuestro Señor. Cristo la compró, la preparó, nos prepara para ella, nos preserva para ella; Él es el todo en todo de nuestra salvación.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—6. *Los creyentes están unidos con Cristo para llevar fruto para Dios.* 7—13. *El uso y la excelencia de la ley.* 14—25. *Los conflictos espirituales entre la corrupción y la gracia en el creyente.*

Vv. 1—6. Mientras el hombre continúe bajo el pacto de la ley, y procure justificarse por su obediencia, sigue siendo en alguna forma esclavo del pecado. Nada sino el Espíritu de vida en Cristo Jesús, puede liberar al pecador de la ley del pecado y la muerte. Los creyentes son liberados del poder de la ley, que los condena por los pecados cometidos por ellos, y son librados del poder de la ley que incita y provoca al pecado que habita en ellos. Entienda esto, no de la ley como regla, sino como pacto de obras. —En profesión y privilegio estamos bajo un pacto de gracia, y no bajo un pacto de obras; bajo el evangelio de Cristo, no bajo la ley de Moisés. La diferencia se plantea con el símil o figura de estar casado con un segundo marido. El segundo matrimonio es con Cristo. Por la muerte somos liberados de la obligación a la ley en cuanto al pacto, como la esposa lo es de sus votos para el primer marido. En nuestro creer poderosa y eficazmente estamos muertos para la ley , y no tenemos más relación con ella que el siervo muerto, liberado de su amo, la tiene con el yugo de su amo. El día en que creímos es el día en que somos unidos al Señor Jesús. Entramos en una vida de dependencia de Él y de deber para con Él. Las buenas obras son por la unión con Cristo; como el fruto de la vid es el producto de estar en unión con sus raíces, no hay fruto para Dios hasta que estemos unidos con Cristo. La ley, y los esfuerzos más grandes de uno bajo la ley, aun en la carne, bajo el poder de principios corruptos, no pueden enderezar el corazón en cuanto al amor de Dios, ni derrotar las lujurias mundanas, o dar verdad y sinceridad en las partes internas, ni nada que venga por el poder especialmente santificador del Espíritu Santo. Sólo la obediencia formal de la letra externa de cualquier precepto puede ser cumplida por nosotros sin la gracia renovadora del nuevo pacto, que crea de nuevo.

Vv. 7—13. No hay manera de llegar al conocimiento del pecado, que es necesario para el arrepentimiento y, por tanto, para la paz y el perdón, sino tratando nuestros corazones y vidas con la ley. En su propio caso el apóstol no hubiera conocido la pecaminosidad de sus pensamientos, motivos y acciones sino por la ley. Esa norma perfecta mostró cuán malo era su corazón y su vida, probando que sus pecados eran más numerosos de lo que había pensado antes, pero no contenía ninguna cláusula de misericordia o gracia para su alivio. —Ignora la naturaleza humana y la perversidad de su propio corazón aquel que no advierte en sí mismo la facilidad para imaginar que hay algo deseable en lo que está fuera de su alcance. Podemos captar esto en nuestros hijos, aunque el amor propio nos enceguezca al respecto en nosotros mismos. Mientras más humilde y espiritual sea un cristiano, más verá que el apóstol describe al creyente verdadero, desde sus primeras convicciones de pecado hasta su mayor progreso en la gracia, durante este presente estado imperfecto. San Pablo fue una vez fariseo, ignorante de la espiritualidad de la ley, que tenía cierto carácter correcto sin conocer su depravación interior. Cuando el mandamiento llegó a su conciencia por la convicción del Espíritu Santo, y vio lo que exigía, halló que su mente pecaminosa se levantaba en contra. Al mismo tiempo sintió la maldad del pecado, su propio estado pecaminoso, y que era incapaz de cumplir la ley y que era como un criminal condenado. —Sin embargo, aunque el principio del mal en el corazón humano produce malas motivaciones, y más aun tomando ocasión por el mandamiento; de todos modos la ley es santa, y el mandamiento, santo, justo y bueno. No es favorable al pecado lo que lo busca en el corazón y lo descubre y reprueba en su accionar interior. Nada es tan bueno que una naturaleza corrupta y viciosa no pervierta. El mismo calor que ablanda la cera endurece al barro. El alimento o el remedio, cuando se toman mal, pueden causar la muerte, aunque su naturaleza es nutrir o sanar. La ley puede causar la muerte por medio de la depravación del hombre, pero el pecado es el veneno que produce la muerte. No la ley, sino el pecado descubierto por la ley fue hecho muerte para el apóstol. La naturaleza destructora del pecado, la pecaminosidad del corazón humano son claramente señalados aquí.

Vv. 14—17. Comparado con la santa regla de conducta de la ley de Dios, el apóstol se halló tan lejos de la perfección que le pareció que era carnal; como un hombre que está vendido contra su voluntad a un amo odiado, del cual no puede ser liberado. El cristiano verdadero sirve involuntariamente a ese amo odiado, pero no puede sacudirse la cadena humillante hasta que lo rescata su Amigo poderoso y la gracia de lo alto. El mal remanente de su corazón es un estorbo real y humillante para que sirva a Dios como lo hacen los ángeles y los espíritus de los justos perfeccionados. Este fuerte lenguaje fue el resultado del gran avance en santidad de San Pablo, y de la profundidad de la humillación de sí mismo y el odio por el pecado. Si no entendemos este lenguaje se debe a que estamos tan detrás de él en santidad, en el conocimiento de la espiritualidad de la ley de Dios y del mal de nuestros propios corazones y del odio del mal moral. Muchos creyentes han adoptado el lenguaje del apóstol, demostrando que es apto para sus profundos sentimientos de aborrecimiento del pecado y humillación de sí mismos. —El apóstol se expande en cuanto al conflicto que mantenía diariamente con los vestigios de su depravación original. Fue tentado frecuentemente en temperamento, palabras o actos que él no aprobaba o no permitía en su juicio y en afecto renovado. Distinguiendo su yo verdadero, su parte espiritual, del yo o carne, en que habita el pecado, y observando que las acciones malas eran hechas, no por él, sino por el pecado que habita en él, el apóstol no quiso decir que los hombres no sean responsables de rendir cuentas de sus pecados, sino que enseña el mal de sus pecados demostrando que todos lo están haciendo contra su razón y su conciencia. El pecado que habita en un hombre no resulta ser quien le manda o le domina; si un hombre vive en una ciudad o en un país, aún puede no reinar ahí.

Vv. 18—22. Mientras más puro y santo sea el corazón, será más sensible al pecado que permanece en él. El creyente ve más de la belleza de la santidad y la excelencia de la ley. Sus deseos fervientes de obedecer aumentan a medida que crece en la gracia. Pero no hace todo el bien al cual se inclina plenamente su voluntad; el pecado siempre brota en él a través de los vestigios de corrupción, y a menudo, hace el mal aunque contra la decidida determinación de su voluntad. —Las presiones del pecado interior apenaban al apóstol. Si por la lucha de la carne contra el Espíritu, quiso decir que él no podía hacer ni cumplir como sugería el Espíritu, así también, por la eficaz oposición del Espíritu, no podía hacer aquello a lo cual la carne lo impelía. ¡Qué diferente es este caso del de los que se sienten cómodos con las seducciones internas de la carne que les impulsan al mal! ¡Estos, contra la luz y la advertencia de su conciencia, siguen adelante, hasta en la práctica externa, haciendo el mal, y de ese modo, con premeditación, siguen en el camino a la perdición! Porque cuando el creyente está bajo la gracia, y su voluntad está en el camino de la santidad, se deleita sinceramente en la ley de Dios y en la santidad que exige, conforme a su hombre interior; el nuevo hombre en él, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

Vv. 23—25. Este pasaje no representa al apóstol como uno que anduviera en pos de la carne, sino como uno que se disponía de todo corazón no andar así. Si hay quienes abusan de este pasaje, como también de las demás Escrituras, para su propia destrucción, los cristianos serios encuentran, no obstante, causa para bendecir a Dios por haber provisto así para su sostenimiento y el consuelo. No tenemos que ver defectos en la Escritura, porque los cegados por sus propias lujurias abusen de ellas, ni tampoco de ninguna interpretación justa y bien respaldada de ellas. Ningún hombre que no esté metido en este conflicto puede entender claramente el significado de estas palabras, ni juzgar rectamente acerca de este conflicto doloroso que llevó al apóstol a lamentarse de sí mismo como miserable, constreñido a hacer lo que aborrecía. —No podía librarse a sí mismo y esto le hacía agradecer más fervorosamente a Dios el camino de salvación revelado por medio de Jesucristo, que le prometió la liberación final de este enemigo. Así, pues, entonces, dice él, yo mismo, con mi mente, mi juicio consciente, mis afectos y propósitos de hombre regenerado por gracia divina, sirvo y obedezco la ley de Dios; pero con la carne, la naturaleza carnal, los vestigios de la depravación, sirvo a la ley del pecado, que batalla contra la ley de mi mente. No es que la sirva como para vivir

bajo ella o permitirla, sino que es incapaz de librarse a sí mismo de ella, aun en su mejor estado, y necesitando buscar ayuda y liberación fuera de sí mismo. Evidente es que agradece a Dios por Cristo, como nuestro libertador, como nuestra expiación y justicia en Él mismo, y no debido a ninguna santidad obrada en nosotros. No conocía una salvación así, y rechazó todo derecho a ella. Está dispuesto a actuar en todos los puntos conforme a la ley, en su mente y conciencia, pero se lo impedía el pecado que lo habitaba, y nunca alcanzó la perfección que la ley requiere. ¿En qué puede consistir la liberación para un hombre siempre pecador, sino la libre gracia de Dios según es ofrecida en Cristo Jesús? El poder de la gracia divina y del Espíritu Santo podrían desarraigar el pecado de nuestros corazones aun en esta vida, si la sabiduría divina lo hubiese adecuado. Pero se sufre, para que los cristianos sientan y entiendan constante y completamente el estado miserable del cual los salva la gracia divina; para que puedan ser resguardados de confiar en sí mismos; y que siempre puedan sacar todo su consuelo y esperanza de la rica y libre gracia de Dios en Cristo.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—9. *La libertad de los creyentes respecto de la condenación.* 10—17. *Sus privilegios por ser los hijos de Dios.* 18—25. *Sus esperanzas ante las tribulaciones.* 26, 27. *La ayuda del Espíritu Santo en la oración.* 28—31. *Su interés en el amor de Dios.* 32—39. *Triunfo final por medio de Cristo.*

Vv. 1—9. Los creyentes pueden ser castigados por el Señor, pero no serán condenados con el mundo. Por su unión con Cristo por medio de la fe, están seguros. ¿Cuál es el principio de su andar: la carne o el Espíritu, la naturaleza vieja o la nueva, la corrupción o la gracia? ¿Para cuál de estos hacemos provisión, por cuál somos gobernados? La voluntad sin renovar es incapaz de obedecer por completo ningún mandamiento. La ley, además de los deberes externos, requiere obediencia interna. Dios muestra su aborrecimiento del pecado por los sufrimientos de su Hijo en la carne, para que la persona del creyente fuera perdonada y justificada. Así, se satisfizo la justicia divina y se abrió el camino de la salvación para el pecador. El Espíritu escribe la ley del amor en el corazón, y aunque la justicia de la ley no sea cumplida *por* nosotros, de todos modos, bendito sea Dios, se cumple *en* nosotros; en todos los creyentes hay quienes responden a la intención de la ley. —El favor de Dios, el bienestar del alma, los intereses de la eternidad, son las cosas del Espíritu que importan a quienes son según el Espíritu. ¿Por cuál camino se mueven con más deleite nuestros pensamientos? ¿Por cuál camino van nuestros planes e ingenios? ¿Somos más sabios para el mundo o para nuestras almas? Los que viven en el placer están muertos, 1 Timoteo v, 6. El alma santificada es un alma viva, y esa vida es paz. La mente carnal no es sólo enemiga de Dios, sino la enemistad misma. El *hombre* carnal puede, por el poder de la gracia divina, ser sometido a la ley de Dios, pero la *mente* carnal, nunca; esta debe ser quebrantada y expulsada. —Podemos conocer nuestro estado y carácter verdadero cuando nos preguntamos si tenemos o no el Espíritu de Dios y de Cristo, versículo 9. Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu. Tener el Espíritu de Cristo significa haber cambiado el designio en cierto grado al sentir que había en Cristo Jesús, y eso tiene que notarse en una vida y una conversación que corresponda a sus preceptos y a su ejemplo.

Vv. 10—17. Si el Espíritu está en nosotros, Cristo está en nosotros. Él habita en el corazón por fe. La gracia en el alma es su nueva naturaleza; el alma está viva para Dios y ha comenzado su santa felicidad que durará para siempre. La justicia imputada de Cristo asegura al alma, la mejor parte, de la muerte. De esto vemos cuán grande es nuestro deber de andar, no en busca de la carne, sino en pos del Espíritu. Si alguien vive habitualmente conforme a las lujurias corruptas, ciertamente perecerá en sus pecados, profese lo que profese. ¿Y puede una vida mundana presente, digna por un momento,

ser comparada con el premio noble de nuestro supremo llamamiento? Entonces, por el Espíritu esforcémonos más y más en mortificar la carne. —La regeneración por el Espíritu Santo trae al alma una vida nueva y divina, aunque su estado sea débil. Los hijos de Dios tienen al Espíritu para que obre en ellos la disposición de hijos; no tienen el espíritu de servidumbre, bajo el cual estaba la Iglesia del Antiguo Testamento, por la oscuridad de esa dispensación. El Espíritu de adopción no estaba, entonces, plenamente derramado. Y, se refiere al espíritu de servidumbre, al cual estaban sujetos muchos santos en su conversión. —Muchos se jactan de tener paz en sí mismos, a quienes Dios no les ha dado paz; pero los santificados, tienen el Espíritu de Dios que da testimonio a sus espíritus que les da paz a su alma. —Aunque ahora podemos parecer perdedores *por* Cristo, al final no seremos, no podemos ser, perdedores *para* Él.

Vv. 18—25. Los sufrimientos de los santos golpean, pero no más hondo que las cosas del tiempo, sólo duran el tiempo actual, son aflicciones leves y sólo pasajeras. ¡Cuán diferentes son la sentencia de la *palabra* y el sentimiento del *mundo* respecto de los sufrimientos de este tiempo presente! Indudablemente toda la creación espera con anhelosa expectativa el período en que se manifiesten los hijos de Dios en la gloria preparada para ellos. Hay impureza, deformidad y enfermedad que sobrevinieron a la criatura por la caída del hombre. Hay enemistad de una criatura contra otra. Son utilizadas, más bien se abusa de ellas, por el hombre como instrumentos de pecado. Sin embargo, este estado deplorable de la creación está “con esperanza”. Dios lo librará de estar así mantenida en esclavitud por la depravación del hombre. Las miserias de la raza humana, por medio de la maldad propia de cada uno y de unos con otros, declaran que el mundo no siempre continúa como está. —Que nosotros hayamos recibido las primicias del Espíritu, vivifica nuestros deseos, anima nuestras esperanzas y eleva nuestra expectativa. El pecado fue y es la causa culpable de todo el sufrimiento que existe en la creación de Dios. El pecado trajo los ayes de la tierra; enciende las llamas del infierno. En cuanto al hombre, ninguna lágrima ha sido derramada, ningún lamento se ha emitido, ninguna punzada se ha sentido, en cuerpo o mente, que no haya procedido del pecado. Esto no es todo: hay que considerar que el pecado afecta la gloria de Dios. ¡Con cuánta temeridad, temible, mira el grueso de la humanidad a esto! —Los creyentes han sido llevados a un estado de seguridad, pero su consuelo consiste más bien en esperanza que en deleite. No pueden ser sacados de esta esperanza por la expectativa vana de hallar satisfacción en las cosas del tiempo y de los sentidos. Necesitamos paciencia, nuestro camino es áspero y largo, pero el que ha de venir, vendrá aunque parezca que tarda.

Vv. 26, 27. Aunque las dolencias de los cristianos son muchas y grandes, de modo que serían vencidos si fueran dejados a sí mismos, el Espíritu Santo los sostiene. El Espíritu, como Espíritu iluminador, nos enseña por qué cosa orar; como Espíritu santificador obra y estimula las gracias para orar; como Espíritu consolador, acalla nuestros temores y nos ayuda a superar todas las desilusiones. El Espíritu Santo es la fuente de todos los deseos que tengamos de Dios, los cuales son, a menudo, más de lo que pueden expresar las palabras. El Espíritu que escudriña los corazones puede captar la mente y la voluntad del espíritu, la mente renovada, y abogar por su causa. El Espíritu intercede ante Dios y el enemigo no vence.

Vv. 28—31. Lo bueno para los santos es lo que hace buena su alma. Toda providencia tiende al bien espiritual de los que aman a Dios: apartándolos del pecado, acercándolos a Dios, quitándolos del mundo y equipándolos para el cielo. Cuando los santos actúan fuera de su carácter, serán corregidos para volverlos a donde deben estar. Aquí está el orden de las causas de nuestra salvación, una cadena de oro que no puede ser rota. —1. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo”. Todo eso que Dios concibió como la finalidad de la gloria y felicidad, lo decretó como el camino de la gracia y la santidad. Toda la raza humana merecía la destrucción, pero por razones imperfectamente conocidas para nosotros,

Dios determinó recuperar a algunos por la regeneración y el poder de su gracia. El predestinó, o decretó antes, que ellos fueran conformados a la imagen de su Hijo. En esta vida ellos son renovados en parte y andan en sus huellas. —2. "Y a los que predestinó, a éstos también llamó". Es un llamamiento eficaz, desde el yo y desde la tierra a Dios y a Cristo y al cielo, como nuestro fin; desde el pecado y la vanidad a la gracia y la santidad como nuestro camino. Este es el llamado del evangelio. El amor de Dios, que reina en los corazones de quienes, una vez fueron Sus enemigos, prueba que ellos fueron llamados conforme a su propósito. —3. "Y a los que llamó, a éstos también justificó". Nadie es así justificado, sino los llamados eficazmente. Los que resisten el evangelio, permanecen sujetos a la culpa y la ira. —4. "Y a los que justificó, a éstos también glorificó". Siendo roto el poder de la corrupción en el llamamiento eficaz, y eliminada la culpa del pecado en la justificación, nada puede interponerse entre esa alma y la gloria. Esto estimula nuestra fe y esperanza, porque como Dios, su camino, su obra, es perfecta. —El apóstol habla como alguien asombrado y absorto de admiración, maravillándose por la altura y la profundidad, y el largo y la anchura del amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento. Mientras más sabemos de otras cosas, menos nos maravillamos, pero mientras más profundamente somos guiados en los misterios del evangelio, más afectados somos por ellos. Mientras Dios esté por nosotros, y nosotros seamos mantenidos en su amor, podemos desafiar con santa osadía a todas las potestades de las tinieblas.

Vv. 32—39. Todas las cosas del cielo y la tierra, cualesquiera sean, no son tan grandes como para exhibir el libre amor de Dios como la dádiva de su coigual Hijo, como expiación por el pecado del hombre en la cruz; y todo lo demás sigue a la unión con Él y el interés en Él. "Todas las cosas", todo eso que pueda ser causa o medio de cualquier bien real para el cristiano fiel. El que ha preparado una corona y un reino para nosotros, nos dará lo que necesitamos en el camino para alcanzarla. —Los hombres pueden justificarse a sí mismos aunque las acusaciones contra ellos estén plenamente vigentes; pero si Dios justifica, eso responde a todo. Así somos asegurados por Cristo. Él pagó nuestra deuda por el mérito de su muerte. Sí, más que eso, Él ha resucitado. Esta es la prueba convincente de que la justicia divina fue satisfecha. De manera que tenemos un Amigo a la diestra de Dios; toda potestad le ha sido dada a Él, que está allí, e intercede. ¡Creyente!; ¡dice tu alma dentro de ti, ¡oh, que Él fuera mío! Y ¡oh, que yo fuera de Él! ¡que yo pudiese complacerle y vivir para Él! Entonces, no juegues tu espíritu ni confundas tus pensamientos en dudas estériles e interminables, sino como estás convencido de impiedad, cree en aquel que justifica al impío. Estás condenado, pero Cristo ha muerto y resucitado. Huye a Él en esa calidad. —Habiendo Dios manifestado su amor al dar a su propio Hijo por nosotros, ¿podemos pensar que haya algo que pueda apartar o eliminar ese amor? Los problemas no causan ni muestran ninguna disminución de su amor. No importa de qué sean separados los creyentes, queda suficiente. Nadie puede quitar a Cristo del creyente; nadie puede quitar al creyente de Cristo, y eso basta. Todos los otros riesgos nada significan. ¡Sí, pobres pecadores! Aunque abunden con posesiones de este mundo, ¡qué cosas tan vanas son! Puedes decir de cualquiera de ellas, ¿quién nos separará? Puede que hasta te saquen las habitaciones preciosas, las amistades y la fortuna. Puede que vivas hasta para ver y esperar tu partida. Al final, debes separarte, porque debes morir. Entonces, adiós a todo lo que este mundo considera de supremo valor. ¿Qué te ha quedado, pobre alma, que no tienes a Cristo, sino aquello de lo cual te separaras gustoso, sin poder hacerlo: ¡la culpa condenadora de todos tus pecados!? Pero el alma que está en Cristo, cuando le quitan las demás cosas, se aferra a Cristo y estas separaciones no le pesan. Sí, cuando llega la muerte, eso rompe todas las demás uniones, hasta la del alma con el cuerpo, lleva el alma del creyente a la unión más íntima con su amado Señor Jesús, y al gozo pleno de Él para siempre.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—5. *La preocupación del apóstol porque sus compatriotas eran extranjeros para el evangelio.* 6—13. *Las promesas valen para la simiente espiritual de Abraham.* 14—24. *Respuesta a las objeciones contra la conducta soberana de Dios al ejercer misericordia y justicia.* 25—29. *Esta soberanía está en los tratos de Dios con judíos y gentiles.* 30—33. *La deficiencia de los judíos se debe a que buscan su justificación por las obras de la ley, no por la fe.*

Vv. 1—5. Estando a punto de tratar el rechazo de los judíos y el llamamiento a los gentiles, y de mostrar que todo concuerda con el electivo amor soberano de Dios el apóstol expresa con fuerza su afecto por su pueblo. Apela solemnemente a Cristo; su conciencia, iluminada y dirigida por el Espíritu Santo da testimonio de su sinceridad. Se sometería a ser anatema, a ser condenado, crucificado, y, aun, estar en el horror y angustia más profundos si pudiera rescatar a su nación de la destrucción venidera por su obstinada incredulidad. Ser insensible al estado eterno de nuestro prójimo es contrario al amor requerido por la ley y por la misericordia del evangelio. Ellos habían profesado hace mucho tiempo ser adoradores de Jehová. La ley y el pacto nacional, fundamentado en ella, eran suyos. La adoración del templo era un tipo de la salvación por el Mesías y del medio de comunión con Dios. Todas las promesas referidas a Cristo y su salvación les fueron dadas. No solo está sobre todo como Mediador; es el Dios bendito por los siglos.

Vv. 6—13. El rechazo de los judíos por la dispensación del evangelio no quebrantó la promesa de Dios a los patriarcas. Las promesas y las advertencias se cumplirán. La gracia no corre por la sangre; ni los beneficios salvíficos se hallan siempre en los privilegios externos de la iglesia. No sólo fueron elegidos algunos de la simiente de Abraham, y otros no, sino que Dios obró conforme al consejo de su voluntad. Dios profetizó de Esaú y Jacob, nacidos en pecado, hijos de la ira por naturaleza, como los demás. Si eran dejados a sí mismos hubieran continuado en pecado durante toda la vida, pero, por razones santas y sabias, que no nos son dadas a conocer, Él se propuso cambiar el corazón de Jacob y dejar a Esaú en su maldad. Este caso de Esaú y Jacob ilumina la conducta divina con la raza caída del hombre. Toda la Escritura muestra la diferencia entre el cristiano confeso y el creyente real. Los privilegios externos son concedidos a muchos que no son los hijos de Dios. Sin embargo, hay un estímulo completo para el uso diligente de los medios de gracia que Dios ha determinado.

Vv. 14—24. Cualquier cosa que Dios haga debe ser justa. De ahí que el feliz pueblo santo de Dios sea diferente de los demás. La sola gracia de Dios les hace ser diferentes. Él actúa como benefactor en esta gracia eficaz y previsora que distingue, porque su gracia es sólo suya. Nadie la ha merecido, de modo que los que son salvos deben agradecer únicamente a Dios; y aquellos que perecen, deben sólo culparse a sí mismos, Oseas xiii, 9. Dios no está obligado más allá de lo que le parezca bien obligarse según su pacto y promesa, que es su voluntad revelada. Esta es que recibirá y no echará fuera a los que vienen a Cristo; pero la elección de almas, para que vayan, es un favor anticipado y distintivo para los que Él quiere. —¿Por qué encuentra faltas aún? Esta no es objeción que la criatura pueda hacer a su Creador, el hombre contra Dios. La verdad, como pasa con Jesús, anonada al hombre, poniéndolo como menos que nada, y establece a Dios como el soberano Señor de todo. ¿Quién eres tú, tan necio, tan débil, tan incapaz de juzgar los consejos divinos? Nos corresponde someternos a Él, no objetarlo. ¿Los hombres no permitirían al infinito Dios el mismo derecho soberano para manejar los asuntos de la creación, como el alfarero ejerce su derecho a disponer de su barro, cuando del mismo montón de barro hacer un vaso para un uso más honroso, y otro para uso más vil? Dios no puede hacer injusticia por más que así le parezca a los hombres. Dios hará evidente que odia el pecado. Además, formó vasos llenos con misericordia. La santificación es la preparación del alma para la gloria. Esta es obra de Dios. Los pecadores se preparan para el infierno, pero Dios es quien prepara a los santos para el cielo; y a todos los que Dios destina para el

cielo *en el más allá*, a ésos prepara *ahora*. —¿Queremos saber quiénes son estos vasos de misericordia? A los que Dios llamó, y éstos no sólo son de los judíos sino de los gentiles. Ciertamente que no puede haber injusticia en ninguna de estas dispensaciones divinas; no la hay en Dios que ejerce su benignidad, paciencia y tolerancia para con los pecadores sujetos a culpa creciente, antes de traerles su destrucción total. La falta está en el mismo pecador encallecido. En cuanto a todos los que aman y temen a Dios, por más que esas verdades parezcan más allá del alcance de su entendimiento, aun así guardan silencio ante Él. Es el Señor solo quien nos hace diferentes; debemos adorar su misericordia perdonadora y su gracia que crea de nuevo, y poner diligencia para asegurar nuestra vocación y elección.

Vv. 25—29. El rechazo de los judíos y la incorporación de los gentiles estaban profetizados en el Antiguo Testamento. Esto ayuda mucho a esclarecer una verdad, a observar cómo se cumple en ella la Escritura. Prodigio de la potestad y misericordia divinas es que haya algunos salvos: porque aun los dejados para ser simiente hubiesen perecido con los demás, si Dios los hubiera tratado conforme a sus pecados. Esta gran verdad nos la enseña esta Escritura. Se debe temer que, aun en el vasto número de cristianos profesantes, sólo un remanente será salvo.

Vv. 30—33. Los gentiles no conocían su culpa y miseria, por tanto, no se tomaban la molestia de procurarse remedio. Pero alcanzaron la justicia por fe. No por volverse prosélitos de la religión judía, ni por someterse a la ley ceremonial, sino abrazando a Cristo, creyendo en Él, y sujetándose al evangelio. Los judíos hablaban mucho de justificación y santidad, y parecía que deseaban mucho ser los favoritos de Dios. Buscaron, pero no de la manera correcta, no de la manera que hace humilde, no de la manera establecida. No por fe, no por abrazar a Cristo, sin depender de Cristo ni sujetarse al evangelio. Esperaban la justificación obedeciendo los preceptos y las ceremonias de la ley de Moisés. Los judíos incrédulos tuvieron una justa oferta de justicia, vida y salvación, hecha a ellos en las condiciones del evangelio, cosa que no les gustó y no aceptaron. ¿Hemos procurado saber cómo podemos ser justificados ante Dios, procurando esa bendición en la forma aquí señalada, por fe en Cristo, como Jehová Justicia nuestra? Entonces, no seremos avergonzados en ese día terrible, cuando todos los refugios de mentiras sean arrasados, y la ira divina innunde todo escondite salvo aquel que Dios ha preparado en su Hijo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—4. *El deseo fervoroso del apóstol por la salvación de los judíos.* 5—11. *La diferencia entre la justicia de la ley y la justicia de la fe.* 12—17. *Los gentiles están al mismo nivel de los judíos en justificación y salvación.* 18—21. *Los judíos podían saberlo por las profecías del Antiguo Testamento.*

Vv. 1—4. Los judíos edificaron sobre un fundamento falso y no quisieron ir a Cristo para recibir la salvación gratuita por fe, y son muchos los que en cada época hacen lo mismo en diversas formas. La severidad de la ley demostró a los hombres su necesidad de salvación por gracia por medio de la fe. Las ceremonias eran una sombra de Cristo que cumple la justicia y carga con la maldición de la ley. Así que aun bajo la ley, todos los que fueron justificados ante Dios, obtuvieron esa bendición por la fe, por la cual fueron hechos partícipes de la perfecta justicia del Redentor prometido. La ley no es destruida ni frustrada la intención del Legislador, pero habiendo dado la muerte de Cristo la satisfacción plena por nuestra violación de la ley, se alcanza la finalidad. Esto es, Cristo cumplió toda la ley, por tanto, quien cree en Él, es contado justo ante Dios como si él mismo hubiese

cumplido toda la ley. Los pecadores nunca se diluyen en vanas fantasías de su propia justicia si conocieron la justicia de Dios como Rey o su rectitud como Salvador.

Vv. 5—11. El pecador condenado por sí mismo no tiene que confundirse con la manera en que puede hallarse esta justicia. Cuando hablamos de mirar a Cristo, recibirlo y alimentarnos de Él, no queremos decir a Cristo en el cielo ni Cristo en lo profundo, sino Cristo en la promesa, Cristo ofrecido en la palabra. La justificación por fe en Cristo es una doctrina sencilla. Se expone ante la mente y el corazón de cada persona, dejándola así sin disculpa por la incredulidad. Si un hombre ha confesado su fe en Jesús como Señor y Salvador de los pecadores perdidos, y realmente cree en su corazón que Dios le levantó desde los muertos, para mostrar que había aceptado la expiación, debe ser salvado por la justicia de Cristo, imputada a él por medio de la fe. Pero ninguna fe justifica lo que no es poderoso para santificar al corazón y reglamentar todos sus afectos por el amor de Cristo. Debemos consagrar y rendir nuestras almas y nuestros cuerpos a Dios: nuestras almas al creer con el corazón, y nuestros cuerpos al confesar con la boca. El creyente nunca tendrá causa para arrepentirse de su confianza total en el Señor Jesús. Ningún pecador será nunca avergonzado de tal fe ante Dios; y debiera gloriarse de ella ante los hombres.

Vv. 12—17. No hay un Dios para los judíos que sea más bueno, y otro para los gentiles que sea menos bueno; el Señor es el Padre de todos los hombres. La promesa es la misma para todos los que invocan el nombre del Señor Jesús como Hijo de Dios, como Dios manifestado en carne. Todos los creyentes de esta clase invocan al Señor Jesús y nadie más lo hará tan humilde o sinceramente, pero ¿cómo podría invocar al Señor Jesús, el Salvador divino, alguien que no ha oído de Él? ¿Cuál es la vida del cristiano, sino una vida de oración? Eso demuestra que sentimos nuestra dependencia de Él y que estamos listos para rendirnos a Él, y tenemos la expectativa confiada acerca de todo lo nuestro de parte de Él. —Era necesario que el evangelio fuera predicado a los gentiles. Alguien debe mostrarles lo que tienen que creer. ¡Qué recibimiento debiera tener el evangelio entre aquellos a quienes les es predicado! El evangelio es dado no sólo para ser conocido y creído, sino para ser obedecido. No es un sistema de nociones, sino una regla de conducta. El comienzo, el desarrollo y el poder de la fe vienen por oír, pero sólo el oír la palabra, porque la palabra de Dios fortalecerá la fe.

Vv. 18—21. ¿No sabían los judíos que los gentiles iban a ser llamados? Ellos podrían haberlo sabido por Moisés e Isaías. Isaías habla claramente de la gracia y el favor de Dios que avanza para ser recibido por los gentiles. ¿No fue este nuestro caso? ¿No empezó Dios con amor, y se nos dio a conocer cuando nosotros no preguntábamos por Él? La paciencia de Dios para con los pecadores provocadores es maravillosa. El tiempo de la paciencia de Dios es llamado un día, liviano como un día y apto para el trabajo y los negocios; pero limitado como el día, y hay una noche que le pone fin. La paciencia de Dios empeora la desobediencia del hombre, y la vuelve más pecaminosa. Podemos maravillarnos ante la misericordia de Dios, de que su bondad no sea vencida por la maldad del hombre; podemos maravillarnos ante la iniquidad del hombre, que su maldad no sea vencida por la bondad de Dios. Es cuestión de gozo pensar que Dios ha enviado el mensaje de gracia a tantísimos millones por la amplia difusión de su evangelio.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—10. *El rechazo de los judíos no es universal.* 11—21. *Dios pasó por alto la incredulidad de ellos al hacer a los gentiles partícipes de los privilegios del evangelio.* 22—32. *Los gentiles son advertidos contra el orgullo y la incredulidad.* 33—36. *Una solemne glorificación de la sabiduría, la bondad y la justicia de Dios.*

Vv. 1—10. Hubo un remanente escogido de judíos creyentes que tuvo justicia y vida por fe en Jesucristo. Estos fueron preservados conforme a la elección de gracia. Si entonces esta elección era de gracia, no podía ser por obras, sean hechas o previstas. Toda disposición verdaderamente buena en una criatura caída debe ser efecto, por tanto, no puede ser causa, de la gracia de Dios otorgada a ella. La salvación de principio a fin debe ser de gracia o de deuda. Estas cosas se contradicen entre sí, tanto que no pueden fundirse. Dios glorifica su gracia cambiando los corazones y los temperamentos de los rebeldes. ¡Entonces, cómo debieran admirarlo y alabarlo! —La nación judía estaba como en un profundo sueño sin conocer su peligro ni interesarse al respecto; no tienen conciencia de necesitar al Salvador o de estar al borde de su destrucción eterna. Habiendo predicho por el Espíritu los sufrimientos de Cristo infligidos por su pueblo, David predice los terribles juicios de Dios contra ellos por eso, Salmo lxix. Esto nos enseña a entender otras oraciones de David contra sus enemigos; estas son profecías de los juicios de Dios, no expresiones de su propia ira. Las maldiciones divinas obran por largo tiempo y tenemos nuestros ojos ensombrecidos si nos inclinamos ante la mentalidad mundana.

Vv. 11—21. El evangelio es la riqueza más grande en todo lugar donde esté. Por tanto, así como el justo rechazo de los judíos incrédulos fue la ocasión para que una multitud tan inmensa de gentiles se reconciliara con Dios, y tuviera paz con Él, la futura recepción de los judíos en la Iglesia significará un cambio tal que se parecerá a la resurrección general de los muertos en pecado a una vida de justicia. —Abraham era la raíz de la Iglesia. Los judíos eran ramas de este árbol hasta que, como nación, rechazaron al Mesías; después de eso, su relación con Abraham y Dios fue cortada. Los gentiles fueron injertados en este árbol en lugar de ellos, siendo admitidos en la Iglesia de Dios. Hubo multitudes hechas herederos de la fe, de la santidad y de la bendición de Abraham. El estado natural de cada uno de nosotros es ser silvestre por naturaleza. La conversión es como el injerto de las ramas silvestres en el buen olivo. El olivo silvestre se solía injertar en el fructífero cuando éste empezaba a decaer, entonces no sólo llevó fruto, sino hizo revivir y florecer al olivo decadente. Los gentiles, de pura gracia, fueron injertados para compartir las ventajas. Por tanto, debían cuidarse de confiar en sí mismos y de toda clase de orgullo y ambición; no fuera a ser que teniendo sólo una fe muerta y una profesión de fe vacía, se volvieran contra Dios y abandonaran sus privilegios. Si permanecemos es absolutamente por la fe; somos culpables e incapaces en nosotros mismos y tenemos que ser humildes, estar alertas, temer engañarnos con el yo, o de ser vencido por la tentación. No sólo tenemos que ser primero justificados por fe, pero debemos mantenernos hasta el final en el estado justificado sólo por fe, aunque por una fe que no está sola sino que obra por amor a Dios y el hombre.

Vv. 22—32. Los juicios espirituales son los más dolorosos de todos los juicios; de estos habla aquí el apóstol. La restauración de los judíos, en el curso de los acontecimientos, es mucho menos improbable que el llamamiento a los gentiles para ser los hijos de Abraham; y aunque ahora otros posean estos privilegios, no impedirá que sean admitidos de nuevo. Por rechazar el evangelio y por indignarse por la predicación a los gentiles, los judíos se volvieron enemigos de Dios; aunque aún son favorecidos por amor de sus padres piadosos. Aunque en la actualidad son enemigos del evangelio, por su odio a los gentiles, cuando llegue el tiempo de Dios, eso no existirá más, y el amor de Dios por sus padres será recordado. —La gracia verdadera no procura limitar el favor de Dios. Los que hallan misericordia deben esforzarse para que por su misericordia otros también puedan alcanzar misericordia. No se trata de una restauración en que los judíos vuelvan a tener su sacerdocio, el templo y las ceremonias nuevamente; a todo esto se puso fin; pero van a ser llevados a creer en Cristo, el Mesías verdadero, al cual crucificaron; van a ser llevados a la iglesia cristiana y se volverá un solo redil con los gentiles, sometidos a Cristo el gran Pastor. Las cautividades de Israel, su dispersión, y el hecho de ser excluidos de la iglesia son emblemas de los correctivos para los

creyentes por hacer lo malo; el cuidado continuo del Señor para su pueblo, y la misericordia final y la bendita restauración concebida para ellos, muestra la paciencia y el amor de Dios.

Vv. 33—36. El apóstol Pablo conocía los misterios del reino de Dios tan bien como ningún otro hombre; sin embargo, se reconoce impotente; desesperando por llegar al fondo, se sienta humildemente en el borde y adora lo profundo. Los que más saben en este estado imperfecto, sienten más su debilidad. No es sólo la profundidad de los consejos divinos sino las riquezas, la abundancia de lo que es precioso y de valor. Los consejos divinos son completos; no sólo tienen profundidad y altura, sino anchura y longitud, Efesios iii, 18, y eso sobrepasa a todo conocimiento. Hay vasta distancia y desproporción entre Dios y el hombre, entre el Creador y la criatura, que por siempre nos impide conocer sus caminos. ¿Qué hombre le enseñará a Dios cómo gobernar al mundo? El apóstol adora la soberanía de los consejos divinos. Todas las cosas de cielo y tierra, especialmente las que se relacionan con nuestra salvación, que corresponden a nuestra paz, son todas *de* Él por la creación, *por medio* de Él por la providencia, para que al final sean *para* Él. *De* Dios como Manantial y Fuente de todo; *por medio* de Cristo, *para* Dios como fin. Estas incluyen todas las relaciones de Dios con sus criaturas; si todos somos de Él, y por Él, todos seremos de Él y para Él. Todo lo que comienza, que su fin sea la gloria de Dios; adorémosle especialmente cuando hablamos de los consejos y acciones divinas. Los santos del cielo nunca discuten; siempre alaban.

CAPÍTULO XII

Versículos 1, 2. *Los creyentes deben consagrarse a Dios.* 3—8. *Ser humildes, y usar fielmente sus dones espirituales en sus respectivos puestos.* 9—16. *Exhortaciones a diversos deberes*. 17—21. *Y a una conducta pacífica con todos los hombres, con tolerancia y benevolencia.*

Vv. 1, 2. Habiendo terminado el apóstol la parte de su carta en que argumenta y prueba diversas doctrinas que son aplicadas prácticamente, aquí plantea deberes importantes a partir de los principios del evangelio. Él ruega a los romanos, como hermanos en Cristo, que por las misericordias de Dios presenten sus cuerpos en sacrificio vivo a Él. Este es un poderoso llamado. Recibimos diariamente del Señor los frutos de su misericordia. Presentémonos; todo lo que somos, todo lo que tenemos, todo lo que hacemos, porque después de todo, ¿qué tanto es en comparación con las grandes riquezas que recibimos? Es aceptable a Dios: un culto racional, por el cual somos capaces y estamos preparados para dar razón, y lo entendemos. La conversión y la santificación son la renovación de la mente; cambio, no de la sustancia, sino de las cualidades del alma. El progreso en la santificación, morir más y más al pecado, y vivir más y más para la justicia, es llevar a cabo esta obra renovadora, hasta que es perfeccionada en la gloria. El gran enemigo de esta renovación es conformarse a este mundo. Cuidaos de formaros planes para la felicidad, como si estuviera en las cosas de este mundo, que pronto pasan. No caigáis en las costumbres de los que andan en las lujurias de la carne, y se preocupan de las cosas terrenales. La obra del Espíritu Santo empieza, primero, en el entendimiento y se efectúa en la voluntad, los afectos y la conversación, hasta que hay un cambio de todo el hombre a la semejanza de Dios, en el conocimiento, la justicia y la santidad de la verdad. Así, pues, ser piadoso es presentarnos a Dios.

Vv. 3—8. El orgullo es un pecado que está en nosotros por naturaleza; necesitamos que se nos advierta y que seamos armados en su contra. Todos los santos constituyen un cuerpo en Cristo que es la Cabeza del cuerpo, y el centro común de su unidad. En el cuerpo espiritual hay algunos que son aptos para una clase de obra y don llamados a ella; otros, para otra clase de obra. Tenemos que hacer todo el bien que podamos, unos a otros, y para provecho del cuerpo. Si pensáramos debidamente en

los poderes que tenemos, y cuán lejos estamos de aprovecharlos apropiadamente, eso nos humillaría. Pero, como no debemos estar orgullosos de nuestros talentos, debemos cuidarnos, no sea que so pretexto de la humildad y la abnegación, seamos perezosos en entregarnos para beneficio de los demás. No debemos decir, no soy nada, así que me quedaré quieto y no haré nada; sino no soy nada por mí mismo y, por tanto, me daré hasta lo sumo en el poder de la gracia de Cristo. Sean cuales fueren nuestros dones o situaciones, tratemos de ocuparnos humilde, diligente, alegre y con sencillez, sin buscar nuestro propio mérito o provecho, sino el bien de muchos en este mundo y el venidero.

Vv. 9—16. El amor mutuo que los cristianos se profesan debe ser sincero, libre de engaño, y de adulaciones mezquinas y mentirosas. En dependencia de la gracia divina, ellos deben detestar y tenerle pavor a todo mal, y deben amar y deleitarse en todo lo que sea bueno y útil. No sólo debemos hacer lo bueno; tenemos que aferrarnos al bien. Todo nuestro deber mutuo está resumido en esta palabra: amor. Esto significa el amor de los padres por sus hijos, que es más tierno y natural que cualquier otro; es espontáneo y sin ataduras. Amar con celo a Dios y al hombre por el evangelio dará diligencia al cristiano sabio en todos sus negocios mundanos para alcanzar una destreza superior. —Dios debe ser servido con el espíritu, bajo las influencias del Espíritu Santo. Él es honrado con nuestra esperanza y confianza en Él, especialmente cuando nos regocijamos en esa esperanza. Se le sirve no sólo haciendo su obra, sino sentándonos tranquilos y en silencio cuando nos llama a sufrir. La paciencia por amor a Dios es la piedad verdadera. Los que se regocijan en la esperanza probablemente sean pacientes cuando están atribulados. No debemos ser fríos ni cansarnos en el deber de la oración. —No sólo debe haber benignidad para los amigos y los hermanos; los cristianos no deben albergar ira contra los enemigos. Solo es amor falso el que se queda en las palabras bonitas cuando nuestros hermanos necesitan provisiones reales y nosotros podemos proveerles. Hay que estar preparados para recibir a los que hacen el bien: según haya ocasión, debemos dar la bienvenida a los forasteros. —Bendecid, y no maldigáis. Presupone la buena voluntad completa no bendecirlos cuando oramos para maldecirlos en otros momentos, sino bendecirlos siempre sin maldecirlos en absoluto. El amor cristiano verdadero nos hará participar en las penas y alegrías de unos y otros. Trabaja lo más que pueda para concordar en las mismas verdades espirituales; y cuando no lo logres, concuerda en afecto. Mira con santo desprecio la pompa y dignidad mundanas. No te preocupes por ellas, no te enamores de ellas. Confórmate con el lugar en que Dios te ha puesto en su providencia, cualquiera sea. Nada es más bajo que nosotros sino el pecado. Nunca encontraremos en nuestros corazones la condescendencia para con el prójimo mientras alberguemos vanidad personal; por tanto, esta debe ser mortificada.

Vv. 17—21. Desde que los hombres se hicieron enemigos de Dios, han estado muy dispuestos a ser enemigos entre sí. Los que abrazan la religión deben esperar encontrarse con enemigos en un mundo cuyas sonrisas rara vez concuerdan con las de Cristo. No paguéis a nadie mal por mal. Esa es una recompensa brutal, apta sólo para los animales que no tienen consciencia de ningún ser superior, o de ninguna existencia después de esta. Y no sólo hagáis, sino estudiad y cuidaos para hacer lo que es amistoso y encomiable, y que hace que la religión resulte recomendable a todos aquellos con los que converséis. —Estudia las cosas que traen la paz; si es posible, sin ofender a Dios ni herir la conciencia. No os venguéis vosotros mismos. Esta es una lección difícil para la naturaleza corrupta; por tanto, se da el remedio para eso. Dejad lugar a la ira. Cuando la pasión del hombre está en su auge, y el torrente es fuerte, déjelo pasar no sea que sea enfurecido más aún contra nosotros. La línea de nuestro deber está claramente marcada y si nuestros enemigos no son derretidos por la benignidad perseverante, no tenemos que buscar la venganza; ellos serán consumidos por la fiera ira de ese Dios al que pertenece la venganza. —El último versículo sugiere lo que es fácilmente entendido por el mundo: que en toda discordia y contienda son vencidos los que se vengan, y son vencedores los que perdonan. No te dejes aplastar por el mal. Aprende a derrotar las malas intenciones en tu contra, ya

sea para cambiarlas o para preservar tu paz. El que tiene esta regla en su espíritu, es mejor que el poderoso. Se puede preguntar a los hijos de Dios si para ellos no es más dulce, que todo bien terrenal, que Dios los capacite por su Espíritu de manera que sea éste su sentir y su actuar.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—7. *El deber de someterse a los gobernantes.* 8—10. *Exhortaciones al amor mutuo.* 11—14. *A la templanza y la sobriedad.*

Vv. 1—7. La gracia del evangelio nos enseña sumisión y silencio cuando el orgullo y la mente carnal sólo ven motivos para murmurar y estar descontentos. Sean quienes sean las personas que ejercen autoridad sobre nosotros, debemos someternos y obedecer el justo poder que tienen. En el transcurso general de los asuntos humanos, los reyes no son terror para los súbditos honestos, tranquilos y buenos, sino para los malhechores. Tal es el poder del pecado y de la corrupción que muchos son refrenados de delinquir sólo por el miedo al castigo. Tú tienes el beneficio del gobierno, por tanto, haz lo que puedas por conservarlo, y nada para perturbarlo. Esto es una orden para que los individuos se comporten con tranquilidad y paz donde Dios los haya puesto, 1 Timoteo ii, 1, 2. Los cristianos no deben usar trucos ni fraudes. Todo contrabando, tráfico de mercaderías de contrabando, la retención o evasión de los impuestos, constituyen una rebelión contra el mandamiento expreso de Dios. De esta manera, se roba a los vecinos honestos, que tendrán que pagar más, y se fomentan los delitos de los contrabandistas y otros que se les asocian. Duele que algunos profesantes del evangelio estimulen tales costumbres deshonestas. Conviene que todos los cristianos aprendan y practiquen la lección que aquí se enseña, para que los santos de la tierra sean siempre hallados como los tranquilos y pacíficos de la tierra, no importa cómo sean los demás.

Vv. 8—10. Los cristianos deben evitar los gastos inútiles y tener cuidado de no contraer deudas que no puedan pagar. También deben alejarse de toda especulación aventurera y de los compromisos precipitados, y de todo lo que puedan exponerlos al peligro de no dar a cada uno lo que le es debido. No debáis nada a nadie. Dad a cada uno lo que le corresponda. No gastéis en vosotros lo que debe al prójimo. Sin embargo, muchos de los que son muy sensibles a los problemas, piensan poco del pecado de endeudarse. —El amor al prójimo incluye todos los deberes de la segunda tabla (de los mandamientos). Los últimos cinco mandamientos se resumen en esta ley real: Amarás a tu prójimo como a ti mismo; con la misma sinceridad con que te amas a ti, aunque no en la misma medida y grado. El que ama a su prójimo como a sí mismo, deseará el bienestar de su prójimo. Sobre este se edifica la regla de oro: hacer como queremos que nos hagan. El amor es un principio activo de obediencia de toda la ley. No sólo evitemos el daño a las personas, las conexiones, la propiedad y el carácter de los hombres, pero no hagamos ninguna clase ni grado de mal a nadie, y ocupémonos de ser útiles en cada situación de la vida.

Vv. 11—14. Aquí se enseñan cuatro cosas, como una lista del trabajo diario del cristiano. Cuando despertarse: ahora; y despertarse del sueño de la seguridad carnal, la pereza y la negligencia; despertarse del sueño de la muerte espiritual, y del sueño de la muerte espiritual. Considera el tiempo: un tiempo ocupado, un tiempo peligroso. Además, la salvación está cerca, a la mano. Ocupémonos de nuestro camino y hagamos nuestra paz, que estamos más cerca del final de nuestro viaje. —Además, preparémonos. La noche casi ha pasado, el día está a la mano; por tanto, es tiempo de vestirnos. Obsérvese qué debemos quitarnos: la ropa usada en la noche. Desechad las obras pecaminosas de las tinieblas. Obsérvese qué debemos ponernos, cómo vestir nuestras almas. Vestíos la armadura de la luz. El cristiano debe reconocerse desnudo si no está armado. Las gracias del

Espíritu son esta armadura, para asegurar al alma contra las tentaciones de Satanás y los ataques del presente mundo malo. Vestíos de Cristo: eso lo incluye todo. Vestíos de la justicia de Dios para la justificación. Vestíos el Espíritu y la gracia de Cristo para santificación. Debéis vestiros del Señor Jesucristo como Señor que os gobierna, como Jesús que os salva; y en ambos casos, como Cristo ungido y nombrado por el Padre para la obra de reinar y salvar. —Cómo caminar. Cuando estamos de pie y listos, no tenemos que sentarnos tranquilamente, sino salir afuera: andemos. El cristianismo nos enseña a andar para complacer a Dios que nos ve siempre. Anda honestamente, como de día evitando las obras de las tinieblas. Donde hay tumultos y ebriedad suele haber libertinaje y lascivia, discordia y envidia. Salomón las juntó a todas, Proverbios xxiii, 29–35. Fíjate en la provisión que harás. Nuestro mayor cuidado debe ser por nuestras almas: ¿pero debemos no cuidar nuestros cuerpos? Sí, pero hay dos cosas prohibidas. Confundirnos con afán ansioso y perturbador, y darnos el gusto de los deseos ilícitos. Las necesidades naturales deben ser suplidas, pero hay que controlar y negarse los malos apetitos. Nuestro deber es pedir carne para nuestras necesidades, se nos enseña a orar pidiendo el pan cotidiano, pero pedir carne para nuestras lujurias es provocar a Dios, Salmo lxxviii, 18.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—13. *Se advierte a los convertidos judíos que no juzguen; y a los creyentes gentiles, que no se desprecien unos a otros.* 14—23. *Se exhorta a los gentiles que cuiden de ofender cuando usan cosas indiferentes.*

Vv. 1—13. Las diferencias de opinión prevalecían hasta entre los seguidores inmediatos de Cristo y sus discípulos. San Pablo no intentó terminarlas. El asentimiento forzoso de cualquier doctrina o la conformidad con los ritos externos sin estar convencido, es hipócrita e infructuoso. Los intentos de producir la unanimidad absoluta de los cristianos serán inútiles. Que la comunión cristiana no sea perturbada por discordias verbales. Bueno será que nos preguntemos, cuando estamos tentados a desdeñar y culpar a nuestros hermanos, ¿no los ha reconocido Dios? y si Él lo ha hecho, ¿me atrevo yo a desconocerlos? —Que el cristiano que usa su libertad no desprecie a su hermano débil por ignorante y supersticioso. Que el creyente escrupuloso no busque defectos en su hermano, porque Dios le aceptó, sin considerar las distinciones de las carnes. Usurpamos el lugar de Dios cuando nos ponemos a juzgar así los pensamientos e intenciones del prójimo, los cuales están fuera de nuestra vista. Muy parecido era el caso acerca de guardar los días. Los que sabían que todas estas cosas fueron terminadas por la venida de Cristo, no se fijaban en las festividades de los judíos. —Pero no basta con que nuestras conciencias consientan a lo que hacemos; es necesario que sea certificado por la palabra de Dios. Cuídate de actuar contra tu conciencia cuando duda. Somos buenos para hacer de nuestras opiniones la norma de verdad, para considerar ciertas las cosas que para otros son dudosas. De esta manera, a menudo los cristianos se desprecian o se condenan mutuamente por asuntos dudosos de poca importancia. El reconocimiento agradecido de Dios, Autor y Dador de todas nuestras misericordias, las santifica y las endulza.

Vv. 7—13. Aunque algunos son débiles y otros son fuertes, todos deben, no obstante, estar de acuerdo en no vivir para sí mismos. Nadie que haya dado su nombre a Cristo tiene permiso para ser egoísta; eso es contrario al cristianismo verdadero. La actividad de nuestras vidas no es complacernos a nosotros mismos, sino complacer a Dios. Cristianismo verdadero es el que hace a Cristo el todo en todo. Aunque los cristianos sean de diferentes fuerzas, capacidades y costumbres en cuestiones menores, aún así, todos son del Señor; todos miran a Cristo, le sirven y buscan ser aprobados por Él. Él es el Señor de los que están vivos y los manda, a los que están muertos, los

revive y los levanta. Los cristianos no deben juzgarse ni despreciarse unos a otros, porque tanto el uno como el otro deben rendir cuentas dentro de poco. Una consideración creyente del juicio del gran día, debiera silenciar los juicios apresurados. Que cada hombre escudriñe su corazón y su vida; aquel que es estricto para juzgarse y humillarse, no es apto para juzgar y despreciar a su hermano. Debemos cuidarnos de decir y hacer cosas que puedan hacer que otros tropiecen o caigan. Lo uno significa un grado menor de ofensa, lo otro uno mayor, los cuales pueden ser ocasión de pena o de culpa para nuestro hermano.

Vv. 14—18. Cristo trata bondadosamente a los que tienen la gracia verdadera aunque sean débiles en ella. Considérese la intención de la muerte de Cristo: además, de llevar un alma al pecado amenaza destruir esa alma. Cristo se negó por nuestros hermanos, al morir por ellos, y ¿nosotros no nos negaremos por ellos, al resguardarlos de toda indulgencia? —No podemos impedir que las lenguas desenfrenadas hablen mal, pero no debemos darles la ocasión. Debemos negarnos en muchos casos, de lo que es lícito, cuando nuestro quehacer pueda dañar nuestra buena fama. Nuestro bien suele venir de que hablan mal de nosotros, porque usamos las cosas lícitas de manera egoísta y nada caritativa. Como valoramos la reputación de lo bueno que profesamos y practicamos, busquemos aquello de lo cual no pueda hablarse mal. Justicia, paz y gozo son palabras de enorme significado. En cuanto a Dios, nuestro gran interés es presentarnos ante Él justificados por la muerte de Cristo, santificados por el Espíritu de su gracia, porque el justo Señor ama la justicia. En cuanto a nuestros hermanos, es vivir en paz, y amor, y caridad con ellos: siguiendo la paz con todos los hombres. En cuanto a nosotros mismos, es el gozo en el Espíritu Santo; ese gozo espiritual obrado por el bendito Espíritu en los corazones de los creyentes, que respeta a Dios como su Padre reconciliado, y al cielo como su hogar esperado. Respecto a cumplir nuestros deberes para con Cristo, Él solo puede hacerlos aceptables. Son más agradables a Dios los que más se complacen en Él; y abundan en paz y gozo del Espíritu Santo. Son aprobados por los hombres sabios y buenos; y la opinión de los demás no tiene que tomarse en cuenta.

Vv. 19—23. Muchos que desean la paz y hablan de ella en voz alta, no siguen las cosas que hacen la paz. Mansedumbre, humildad, abnegación y amor, hacen la paz. No podemos edificar uno sobre otro mientras peleamos y contendemos. Muchos destruyen la obra de Dios en sí mismos por la comida y la bebida; nada destruye más el alma de un hombre que halagar y complacer la carne, y satisfacer su lujuria; así otros son perjudicados, por una ofensa voluntariamente cometida. Las cosas lícitas pueden volverse ilícitas si se hacen ofendiendo al hermano. Esto comprende todas las cosas indiferentes por las cuales un hermano sea llevado a pecar, o a meterse en problemas; o que hacen que se debiliten sus gracias, sus consuelos o sus resoluciones. ¿Tienes fe? Esa se refiere al conocimiento y claridad en cuanto a nuestra libertad cristiana. Disfruta la comodidad que da, pero no perturbes a los demás por el mal uso de ella. Tampoco podemos actuar contra una conciencia que está con dudas. ¡Qué excelentes son las bendiciones del reino de Cristo, que no consiste de ritos y ceremonias externas, sino de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo! ¡Qué preferible es el servicio de Dios respecto de todos los demás servicios! Al servir a Dios no somos llamados a vivir y a morir por nosotros mismos, sino por Cristo, al cual pertenecemos y al cual debemos servir.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—7. *Instrucciones sobre cómo comportarse con el débil.* 8—13. *Todos se reciben unos a otros como hermanos.* 14—21. *La escritura y la predicación del apóstol.* 22—29. *Sus viajes propuestos.* 30—33. *Les pide oraciones.*

Vv. 1—7. La libertad cristiana se permitió, no para nuestro placer, sino para la gloria de Dios y para bien del prójimo. Debemos agradar a nuestro prójimo por el bien de su alma; no para servir su malvada voluntad, ni contentarlo de manera pecaminosa; si así buscamos agradar a los hombres, no somos siervos de Cristo. Toda la vida de Cristo fue una vida de negación y no agradarse a sí mismo. El que más se conforma a Cristo es el cristiano más avanzado. Considerando su pureza y santidad inmaculadas, nada podía ser más contrario a Él, que ser hecho pecado y maldición por nosotros, y que cayeran sobre Él los reproches de Dios: el justo por el injusto. Él llevó la culpa del pecado, y la maldición de éste; nosotros sólo somos llamados a soportar un poco del problema. Él llevó los pecados impertinentes del impío; nosotros sólo somos llamados a soportar las fallas del débil. ¿Y no debiéramos ser humildes, abnegados y dispuestos para considerarnos los unos a otros que somos miembros unos de otros? —Las Escrituras se escribieron para que nosotros las usemos y nos beneficiemos, tanto como para aquellos a los que se dieron primeramente. —Los más poderosos en las Escrituras son los más doctos. El consuelo que surge de la palabra de Dios es lo más seguro, dulce y grandioso para anclar la esperanza. El Espíritu como Consolador es las arras de nuestra herencia. Esta unanimidad debe estar de acuerdo con el precepto de Cristo, conforme a su patrón y ejemplo. Es dádiva de Dios, y dádiva preciosa es, por la cual debemos buscarle fervorosamente. Nuestro Maestro divino invita a sus discípulos y los alienta mostrándose a ellos manso y humilde de espíritu. La misma disposición debe caracterizar la conducta de sus siervos, especialmente la del fuerte para con el débil. —El gran fin de todos nuestros actos debe ser que Dios sea glorificado; nada fomenta esto más que el amor y la bondad mutuo de los que profesan la religión. Quienes concuerdan en Cristo, bien pueden concordar entre ellos.

Vv. 8—13. Cristo cumplió las profecías y las promesas relacionadas con los judíos y los convertidos gentiles no tienen excusa para despreciarlas. Los gentiles, al ser puestos en la Iglesia, son compañeros de paciencia y tribulación. —Deben alabar a Dios. El llamado a todas las naciones para que alaben al Señor, indica que ellos tendrán conocimiento de Él. Nunca buscaremos a Cristo mientras no confiemos en Él. Todo el plan de redención está adaptado para que nos reconciliemos unos con otros, y con nuestro bondadoso Dios, de modo que podamos alcanzar la esperanza permanente de la vida eterna por medio del poder santificador y consolador del Espíritu Santo. Nuestro propio poder nunca lograría esto; por tanto, donde esté esta esperanza, y abunde, es el Espíritu bendito quien debe tener toda la gloria. “Todo gozo y paz”; toda clase de verdadero gozo y paz para quitar las dudas y los temores por la obra poderosa del Espíritu Santo.

Vv. 14—21. El apóstol estaba convencido que los cristianos romanos estaban llenos con un espíritu bueno y afectuoso, y de conocimiento. Les había escrito para recordarles sus deberes y sus peligros, porque Dios le había nombrado ministro de Cristo para los gentiles. Pablo les predicó; pero lo que los convirtió en sacrificios para Dios fue su santificación; no la obra de Pablo, sino la obra del Espíritu Santo: las cosas impías nunca pueden ser gratas para el santo Dios. La conversión de las almas pertenece a Dios; por tanto, es la materia de que se gloría Pablo; no de las cosas de la carne. Pero aunque era un gran predicador, no podía hacer obediente a ninguna alma, más allá de lo que el Espíritu Santo acompañara sus labores. Procuró principalmente el bien de los que estaban en tinieblas. Sea cual fuere el bien que hagamos, es Cristo quien lo hace por nosotros.

Vv. 22—29. El apóstol buscaba las cosas de Cristo más que su propia voluntad, y no podía dejar su obra de plantar iglesias para ir a Roma. Concierne a todos hacer primero lo que sea más necesario. No debemos tomar a mal si nuestros amigos prefieren una obra que agrada a Dios antes que las visitas y los cumplidos que pueden complacernos a nosotros. —De todos los cristianos se espera justamente que promuevan toda buena obra, especialmente la bendita obra de la conversión de almas. La sociedad cristiana es un cielo en la tierra, una primicia de nuestra reunión con Cristo en el gran día, pero es parcial comparada con nuestra comunión con Cristo, prque sólo ella satisfará al

alma. —El apóstol iba a Jerusalén como mensajero de la caridad. Dios ama al dador alegre. —Todo lo que pasa entre los cristianos debe ser prueba y ejemplo de la unión que tienen en Jesucristo. Los gentiles recibieron el evangelio de salvación por los judíos; por tanto, estaban obligados a ministrarles lo que era necesario para el cuerpo. Respecto de lo que esperaba de ellos habla dubitativamente aunque habla confiado acerca de lo que esperaba de Dios. ¡Qué delicioso y ventajoso es tener el evangelio con la plenitud de sus bendiciones! ¡Qué efectos maravillosos y felices produce cuando se acompaña con el poder del Espíritu!

Vv. 30—33. Aprendamos a valorar la oración ferviente y eficaz del justo. ¡Cuánto cuidado debemos tener, para no abandonar nuestro interés en el amor y las oraciones del pueblo suplicante de Dios! Si hemos experimentado el amor del Espíritu, no nos faltemos en este oficio de bondad para con el prójimo. —Los que prevalecen en oración, deben esforzarse en oración. Los que piden las oraciones de otras personas, no deben descuidar sus oraciones. Aunque conoce perfectamente nuestro estado y nuestras necesidades, Cristo quiere saberlo de nosotros. Como debemos buscar a Dios para que refrene la mala voluntad de nuestros enemigos, así también debemos hacerlo para preservar y aumentar la buena voluntad de nuestros amigos. Todo nuestro gozo depende de la voluntad de Dios. Seamos fervientes en las oraciones con otros y por otros, para que, por amor a Cristo, y por el amor del Espíritu Santo, puedan venir grandes bendiciones a las almas de los cristianos y a las labores de los ministros.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—16. *El apóstol encomienda a Febe a la iglesia de Roma, y saluda a varios amigos de allá.* 17—20. *Advierte a la iglesia contra los que hacen divisiones.* 21—24. *Los saludos cristianos.* 25—27. *La epístola concluye dando la gloria a Dios.*

Vv. 1—17. Pablo encomienda a Febe a los cristianos de Roma. Corresponde a los cristianos ayudarse unos a otros en sus asuntos, especialmente a los forasteros; no sabemos qué ayuda podremos necesitar nosotros mismos. Pablo pide ayuda para una que ha sido útil para muchos; el que riega también será regado. —Aunque el cuidado de todas las iglesias estaba con él a diario, podía recordar a muchas personas y enviar saludos a cada una, con sus caracteres particulares y expresar interés por ellos. —Para que nadie se sienta herido, como si Pablo se hubiera olvidado de ellos, manda sus recuerdos al resto, como hermanos y santos, aunque no los nombra. Agrega, al final, un saludo general para todos ellos en el nombre de las iglesias de Cristo.

Vv. 17—20. ¡Cuán fervientes, cuán afectuosas son estas exhortaciones! Lo que se parta de la sana doctrina de las Escrituras es algo que abre la puerta a la división y a las ofensas. Si se abandona la verdad, no durarán mucho la paz y la unidad. Muchos que llaman Maestro, Señor, a Cristo, distan mucho de servirle, porque sirven sus intereses mundanos, sensuales y carnales. Corrompen la cabeza engañando al corazón; pervierten los juicios porque se enredan en los afectos. Tenemos gran necesidad de cuidar nuestros corazones con toda diligencia. La política corriente de los seductores es imponerse sobre los que están ablandados por sus convicciones. El temperamento dócil es bueno cuando está bien guiado, de lo contrario puede ser llevado a descarriarse. Sed tan sabios como para no ser engañados, pero tan sencillos como para no engañar. —La bendición de Dios que espera el apóstol es la victoria sobre Satanás. Esto incluye todos los designios y estratagemas de Satanás contra las almas, para contaminarlas, perturbarlas y destruirlas; todos sus intentos son para obstaculizarnos la paz del cielo aquí, y la posesión del cielo en el más allá. Cuando parezca que Satanás prevalece, y que estamos listos para darlo todo por perdido, entonces intervendrá el Dios de

paz por nosotros. Por tanto, resistid con fe y paciencia un poco más. Si la gracia de Cristo está con nosotros, ¿quién puede vencernos?

Vv. 21—24. El apóstol agrega recuerdos afectuosos de personas que están con él, conocidos por los cristianos de Roma. Gran consuelo es ver la santidad y el servicio de nuestros parientes. No son llamados muchos nobles, ni muchos poderosos, pero algunos los son. Es lícito que los creyentes desempeñen oficios civiles y sería deseable que todos los oficios de los países cristianos, y de la Iglesia, fueran encargados a cristianos prudentes y firmes.

Vv. 25—27. Lo que confirma las almas es la clara predicación de Jesucristo. Nuestra redención y salvación hecha por el Señor Jesucristo, incuestionablemente es el gran misterio de la piedad. Sin embargo, bendito sea Dios, que tanto de este misterio sea claro como para llevarnos al cielo, si no rechazamos voluntariamente una salvación tan grande. La vida y la inmortalidad son sacadas a la luz por el evangelio, y el Sol de Justicia se levanta sobre el mundo. Las Escrituras de los profetas, lo que dejaron por escrito, no sólo es claro en sí, sino que por ellas se da a conocer este misterio a todas las naciones. Cristo es salvación para todas las naciones. El evangelio es revelado, no para conversarlo ni para debatirlo, sino para someterse a él. La obediencia de fe es la obediencia dada a la palabra de la fe, y que viene por la gracia de la fe. —Toda la gloria que el hombre caído dé a Dios, para ser aceptado por Él, debe ser por medio del Señor Jesús, porque en Él solo pueden ser agradables para Dios nuestras personas y nuestras obras. Debemos mencionar esta justicia, como suya solamente, de Aquel que es el Mediador de todas nuestras oraciones, porque Él es y será, por la eternidad, el Mediador de todas nuestras alabanzas. Recordando que somos llamados a la obediencia de fe, y que todo grado de sabiduría es del único sabio Dios, debemos rendir a Él, por palabra y obra, la gloria por medio de Jesucristo; para que, así esté la gracia de nuestro Señor Jesucristo con nosotros para siempre.

PRIMERA DE CORINTIOS

La iglesia de Corinto tenía algunos judíos, pero más gentiles, y el apóstol tuvo que luchar con la superstición de unos y la conducta pecaminosa de otros. La paz de esta iglesia era perturbada por falsos maestros que saboteaban la influencia del apóstol. Resultaron dos bandos: uno que defendían celosamente las ceremonias judías, el otro que se permitía excesos contrarios al evangelio, a los cuales eran llevados, especialmente, por la lujuria y los pecados que los rodeaban. Esta epístola se escribió para reprender la conducta desordenada, de lo cual se había informado al apóstol, y para aconsejar acerca de algunos puntos sobre los que los corintios solicitaron su juicio. De modo que, el alcance era doble. —1. Aplicar remedios apropiados a los desórdenes y abusos que prevalecían entre ellos. —2. Dar respuesta satisfactoria a todos los puntos sobre los cuales se deseaba su consejo. El discurso es muy notable por la mansedumbre cristiana, si bien es firme, con que escribe el apóstol, y por ir desde las verdades generales directamente a oponerse a los errores y mala conducta de los corintios. Expone la verdad y la voluntad de Dios acerca de diversas materias con gran fuerza argumentativa y animado estilo.

CAPÍTULO I

Versículos 1—9. *Saludo y agradecimiento.* 10—16. *Exhortación al amor fraternal, y reprensión por las divisiones.* 17—25. *La doctrina del Salvador crucificado, que promueve la gloria de Dios,* 26—31. *y humilla a la criatura ante Él.*

Vv. 1—9. Todos los cristianos son dedicados y consagrados a Cristo por el bautismo, y tienen la obligación estricta de ser santos, porque en la Iglesia *verdadera* de Dios están todos los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, y que le invocan como el Dios manifestado en carne, para todas las bendiciones de la salvación; los cuales le reconocen y obedecen como Señor de ellos, y Señor de todo; no incluye a otras personas. El cristiano se distingue del profano y del ateo, porque no osa vivir sin oración; y se puede distinguir de los judíos y paganos en que invoca el nombre de Cristo. —Nótese con cuánta frecuencia repite el apóstol en estos versículos las palabras, nuestro Señor Jesucristo. Temía no mencionarlo con bastante honra y frecuencia. El apóstol da su saludo habitual a todos los que invocan a Cristo, deseando de Dios, para ellos, la misericordia que perdona, la gracia que santifica, y la paz que consuela, a través de Jesucristo. —Los pecadores no pueden tener paz de Dios, ni nada de Él, sino por medio de Cristo. —Da gracias por la conversión de ellos a la fe de Cristo; esa gracia les fue dada por Jesucristo. Ellos habían sido enriquecidos por Él con todos los dones espirituales. Habla de palabras y conocimiento. Donde Dios ha dado estos dos dones, ha dado gran poder para el servicio. Estos eran dones del Espíritu Santo, por los cuales, Dios daba testimonio de los apóstoles. —Los que esperan la venida de nuestro Señor Jesucristo, serán sostenidos por Él hasta el final; éstos serán sin culpa en el día de Cristo, hechos así por la rica y libre gracia. ¡Qué gloriosas son las esperanzas de tal privilegio: estar resguardados por el poder de Cristo del poder de nuestras corrupciones y de las tentaciones de Satanás!

Vv. 10—16. Sed unánimes en las grandes cosas de la religión; donde no hay unidad de sentimiento, que haya al menos unión del afecto. El acuerdo en las cosas grandes debiera hacer menguar las divisiones sobre las menores. Habrá unión perfecta en el cielo y, mientras más nos acerquemos a ella en la tierra, más cerca llegaremos de la perfección. —Pablo y Apolos eran ambos fieles ministros de Jesucristo, y ayudantes de su fe y gozo; pero los que estaban dispuestos a ser beligerantes, se dividieron en bandos. Tan sujetas están las mejores cosas a corromperse, que el evangelio y sus instituciones son hechos motores de discordia y contención. Satanás siempre se ha propuesto estimular la discordia entre los cristianos, como uno de sus principales ingenios contra el evangelio. —El apóstol le dejó a los otros ministros el bautismo, mientras que él predicaba el evangelio, como obra más útil.

Vv. 17—25. Pablo había sido criado en el saber judío; pero la clara predicación de Jesús crucificado era más poderosa que toda la oratoria y filosofía del mundo pagano. Esta es la suma y la sustancia del evangelio. Cristo crucificado es el fundamento de todas nuestras esperanzas, la fuente de todo nuestro gozo. Nosotros vivimos por su muerte. La predicación de la salvación de los pecadores perdidos por los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios, si se explica y aplica fielmente, parece locura para los que van por el camino de la destrucción. El sensual, el codicioso, el ambicioso, el orgulloso, por igual, ven que el evangelio se opone a sus empresas preferidas. Pero los que reciben el evangelio, y son iluminados por el Espíritu de Dios, ven más de la sabiduría y el poder de Dios en la doctrina de Cristo crucificado, que en todas sus otras obras. —Dios dejó a una gran parte de la humanidad librada a seguir los dictados de la razón jactanciosa del hombre, y el hecho ha demostrado que la sabiduría humana es necedad, e incapaz de encontrar o retener el conocimiento de Dios como Creador. Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Por la locura de la predicación, no por lo que justamente podría llamarse predicación

loca, sino que la cosa predicada era locura para los hombres sabios según el mundo. El evangelio siempre fue, y será, necedad para todos los que van por el camino de la destrucción. El mensaje de Cristo, entregado con sencillez, ha sido siempre una piedra de toque por la cual los hombres pueden saber por qué camino viajan. Pero la despreciada doctrina de la salvación por fe en el Salvador crucificado, Dios en naturaleza humana que compra a la Iglesia con su sangre, para salvar a multitudes, a todos los que creen, de la ignorancia, el engaño y el vicio, ha sido bendecida en toda época. Los instrumentos más débiles que Dios usa, son más fuertes en sus efectos que los hombres más fuertes. No se trata que haya necedad o debilidad en Dios, sino que lo que los hombres consideran tales, superan toda su admirada sabiduría y poder.

Vv. 26—31. Dios no eligió filósofos, oradores, estadistas ni hombres ricos, poderosos e interesados en el mundo para publicar el evangelio de gracia y paz. Juzga mejor cuáles hombres y qué medidas sirven los propósitos de su gloria. —Aunque no son muchos los nobles habitualmente llamados por la gracia divina, ha habido algunos de ellos en toda época, que no se han avergonzado del evangelio de Cristo; porque las personas de todo rango necesitan la gracia que perdona. A menudo, el cristiano humilde, aunque pobre según el mundo, tiene más conocimiento verdadero del evangelio que los que han hecho del estudio de la letra de la Escritura el objeto de sus vidas, pero que la estudian como testigos de hombres más que como palabra de Dios. Hasta los niños pequeños logran tal conocimiento de la verdad divina como para silenciar a los infieles. La razón es que Dios les enseña; la intención es que ninguna carne se gloríe en su presencia. Esa distinción, la única en la cual podrían gloriarse no es de ellos mismos. Fue por la opción soberana y la gracia regeneradora de Dios que ellos estaban en Jesucristo por fe. Él nos es hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y redención: todo lo que necesitamos o podemos desear. Nos es hecho sabiduría para que por su palabra y su Espíritu, y de su plenitud y tesoros de sabiduría y conocimiento, podamos recibir todo lo que nos hará sabios para salvación, y aptos para todo servicio al que seamos llamados. Somos culpables, destinados al justo castigo; pero, es hecho justicia, nuestra gran expiación y sacrificio. Somos depravados y corruptos; Él es hecho santificación, la fuente de nuestra vida espiritual: de Él, la Cabeza, es dada a su cuerpo por su Espíritu Santo. Estamos esclavizados, y nos es hecho redención, nuestro Salvador y Libertador. Donde Cristo sea hecho justicia para un alma, también es hecho santificación. Nunca absuelve de la culpa del pecado sin liberar de su poder; es hecho justicia y santificación, para que, al final, sea hecho redención completa; pueda liberar al alma del ser de pecado, y librar el cuerpo de las cadenas del sepulcro. Esto es para que toda carne, conforme a la profecía de Jeremías, capítulo ix, 23, pueda gloriarse en el favor especial, en la gracia absolutamente suficiente, y la preciosa salvación de Jehová.

CAPÍTULO II

Versículos 1—5. *La manera sencilla en que el apóstol predica a Cristo crucificado.* 6—9. *La sabiduría contenida en esta doctrina.* 10—16. *No puede conocerse debidamente sino por el Espíritu Santo.*

Vv. 1—5. En su Persona, oficios y sufrimientos, Cristo es la suma y la sustancia del evangelio, y debe ser el gran tema de la predicación de un ministro del evangelio, pero no tanto como para dejar fuera otras partes de la verdad y de la voluntad revelada de Dios. Pablo predicaba todo el consejo de Dios. —Pocos saben el temor y el temblor de los ministros fieles por el profundo sentido de su propia debilidad. Ellos saben cuán insuficientes son, y temen por sí mismos. Cuando nada sino Cristo crucificado es predicado con claridad, el éxito debe ser enteramente del poder divino que

acompaña a la palabra, y de esta manera, los hombres son llevados a creer, a la salvación de sus almas.

Vv. 6—9. Los que reciben la doctrina de Cristo como divina, y habiendo sido iluminados por el Espíritu Santo, han mirado bien en ella, no sólo ven la clara historia de Cristo, y a éste crucificado, sino los profundos y admirables designios de la sabiduría divina. Es el misterio hecho manifiesto a los santos, Colosenses i, 26, aunque anteriormente escondido del mundo pagano; sólo se le mostró en tipos oscuros y profecías distantes, pero ahora es revelado y dado a conocer por el Espíritu de Dios. —Jesucristo es el Señor de gloria, título demasiado grande para toda criatura. Hay muchas cosas que la gente no haría si conociera la sabiduría de Dios en la gran obra de la redención. Hay cosas que Dios ha preparado para los que le aman, y le esperan, cosas que los sentidos no pueden descubrir, que ninguna enseñanza puede transmitir a nuestros oídos, ni pueden aún entrar a nuestros corazones. Debemos tomarlas como están en las Escrituras, como quiso Dios revelárnoslas.

Vv. 10—16. Dios nos ha revelado sabiduría verdadera por su Espíritu. Esta es una prueba de la autoridad divina de las Sagradas Escrituras, 2 Pedro i, 21.

21. Véase, como prueba de la divinidad del Espíritu Santo, que conoce todas las cosas y escudriña todas las cosas, aun las cosas profundas de Dios. Nadie puede saber las cosas de Dios, sino su Espíritu Santo, que es uno con el Padre y el Hijo, y que da a conocer los misterios divinos a su Iglesia. Este es un testimonio muy claro de la verdadera divinidad y de la personalidad del Espíritu Santo. —Los apóstoles no fueron guiados por principios mundanos. Recibieron del Espíritu de Dios la revelación de estas cosas, y del mismo Espíritu recibieron su impresión salvadora. Estas cosas son las que declararon con un lenguaje claro y sencillo, enseñado por el Espíritu Santo, totalmente diferente de la afectada oratoria o palabras seductoras de la humana sabiduría. El hombre natural, el hombre sabio del mundo, no recibe las cosas del Espíritu de Dios. La soberbia del razonamiento carnal es tan opuesta a la espiritualidad como la sensualidad más baja. La mente santa discierne las bellezas verdaderas de la santidad, pero no pierde el poder de discernir y juzgar las cosas comunes y naturales. El hombre carnal es extraño a los principios, goces y actos de la vida divina. Sólo el hombre espiritual es una persona a quien Dios da el conocimiento de su voluntad. ¡Qué poco han conocido la mente de Dios por el poder natural! El Espíritu capacitó a los apóstoles para dar a conocer su mente. La mente de Cristo y la mente de Dios en Cristo nos son dadas a conocer plenamente en las Sagradas Escrituras. El gran privilegio de los cristianos es que tienen la mente de Cristo, revelada a ellos por su Espíritu. Ellos experimentan su poder santificador en sus corazones y dan buen fruto en sus vidas.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *Los corintios son reprendidos por sus discusiones.* 5—9. *Los siervos verdaderos de Cristo nada pueden hacer sin Él.* 10—15. *Es el único fundamento, y cada uno debe cuidar lo que edifica sobre Él.* 16, 17. *Las iglesias de Cristo deben mantenerse puras y ser humildes.* 18—23. *No deben gloriarse en los hombres porque los ministros y todas las demás cosas son suyas por medio de Cristo.*

Vv. 1—4. Las verdades más claras del evangelio, en cuanto a la pecaminosidad del hombre y la misericordia de Dios, el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo, expresadas en el lenguaje más sencillo, le vienen mejor a la gente que los misterios más profundos. Los hombres pueden tener mucho conocimiento doctrinal, pero ser sólo principiantes en la vida de fe

y experiencia. —Las discusiones y la peleas sobre la religión son tristes pruebas de carnalidad. La verdadera religión hace pacíficos a los hombres, no belicosos. Hay que lamentar que muchos que debieran andar como cristianos, vivan y actúen demasiado como los otros hombres. Muchos profesantes y predicadores también, muestran que son carnales aún por discordias vanagloriosas, la ansiedad por entrar en debate, y la facilidad para despreciar a otros y hablar mal de ellos.

Vv. 5—9. Los ministros por los cuales discutían los corintios, eran sólo instrumentos usados por Dios. No debemos poner a los ministros en el lugar de Dios. El que planta y el que riega son uno, empleados por un Maestro, encargados de la misma revelación, ocupados en una obra y dedicados a una intención. Tienen sus dones diferentes del solo y mismo Espíritu, para los mismos propósitos; y deben ejecutar de todo corazón la misma intención. A los que trabajan más duro, les irá mejor. Los que sean más fieles, tendrán la recompensa mayor. Obran con Dios, para promover los propósitos de su gloria, y la salvación de almas preciosas; y Aquel que conoce su obra se ocupará de que no laboren en vano. Son empleados en su viña y en su casa y Él se ocupará cuidadosamente de ellos.

Vv. 10—15. El apóstol era un perito constructor pero la gracia de Dios lo hizo así. El orgullo espiritual es abominable; es usar los favores más grandes de Dios para alimentar nuestra vanidad, y hacer ídolos de nosotros mismos. Pero que todo hombre se cuide: puede haber mala edificación sobre un fundamento bueno. Nada debe ponerse encima sino lo que el fundamento soporte, y que sea de una pieza con él. No nos atrevamos a unir una vida meramente humana o carnal con la fe divina, la corrupción del pecado con la confesión del cristianismo. Cristo es la Roca de los tiempos, firme, eterno e inmutable; capaz de soportar, de todas maneras, todo el peso que Dios mismo o el pecador puedan poner encima de Él; tampoco hay salvación en ningún otro. Quite la doctrina de Su expiación y no hay fundamento para nuestras esperanzas. Hay dos clases de los que se apoyan en este fundamento. Algunos se aferran a nada sino a la verdad como es en Jesús, y no predican otra cosa. Otros edifican sobre el buen fundamento lo que no pasará el examen cuando llegue el día de la prueba. Podemos equivocarnos con nosotros mismos y con los demás, pero viene el día en que se mostrarán nuestras acciones bajo la luz verdadera, sin encubrimientos ni disfraces. Los que difundan la religión verdadera y pura en todas sus ramas y cuya obra permanezca en el gran día, recibirán recompensa, ¡cuánto más grande! ¡Cuánto más excederán a sus deserciones! Hay otros cuyas corruptas opiniones y doctrinas y vanas invenciones y prácticas en el culto a Dios serán reveladas, desechadas y rechazadas en aquel día. Esto claramente se dice de un fuego figurado, no uno real, porque ¿qué fuego real puede consumir ritos o doctrinas religiosas? Es para probar las obras de cada hombre, los de Pablo y los de Apolos, y las de otros. Consideremos la tendencia de nuestras empresas, comparémoslas con la palabra de Dios, y juzguemos nosotros mismos para que no seamos juzgados por el Señor.

Vv. 16, 17. De otras partes de la epístola surge que los falsos maestros de los corintios enseñaban doctrinas impías. Tal enseñanza tendía a corromper, a contaminar, y a destruir el edificio que debe mantenerse puro y santo para Dios. Los que difunden principios relajados, que hacen impía a la Iglesia de Dios, se acarrean destrucción a sí mismos. Cristo habita por su Espíritu en todos los creyentes verdaderos. Los cristianos son santos por profesión de fe y deben ser puros y limpios de corazón y de conversación. Se engaña el que se considera templo del Espíritu Santo, pero no se preocupa por la santidad personal o la paz y la pureza de la Iglesia.

Vv. 18—23. Tener una opinión elevada de nuestra propia sabiduría no es sino halagarnos y el halago de uno mismo es el paso que sigue al de engañarse uno mismo. La sabiduría que estiman los hombres mundanos es necedad para Dios. ¡Con cuánta justicia Él desprecia y con cuánta facilidad puede Él confundirlo e impedir su progreso! Los pensamientos de los hombres más sabios del mundo tienen vanidad, debilidad y necedad en ellos. Todo esto debe enseñarnos a ser humildes y

ponernos en disposición para ser enseñados por Dios, como para que las pretensiones de la sabiduría y pericia humanas no nos descarríen de las claras verdades reveladas por Cristo. La humanidad es muy buena para oponerse al designio de las misericordias de Dios. —Obsérvese las riquezas espirituales del creyente verdadero: “Todas son tuyas” hasta los ministros y las ordenanzas. Sí, el mundo mismo es tuyo. Los santos tienen tanto de éste como la sabiduría infinita estime conveniente para ellos, y lo tienen con la bendición divina. La vida es tuya, para que tengas tiempo y oportunidad de prepararte para la vida del cielo; y la muerte es tuya para que puedas ir a poseerlo. Es el buen mensajero que te saca del pecado y de la pena y te guía a la casa de tu Padre. Las cosas presentes son tuyas para sustentarte en el camino; las cosas venideras son tuyas para deleitarte por siempre al final de tu viaje. Si pertenecemos a Cristo, y somos leales a Él, todo lo bueno nos pertenece y es seguro para nosotros. Los creyentes son los súbditos de su reino. Él es el Señor de nosotros, debemos reconocer su dominio y someternos alegremente a su mandato. Dios en Cristo, reconciliando a sí mismos al mundo pecador, y derramando las riquezas de su gracia sobre un mundo reconciliado, es la suma y la sustancia del evangelio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *El carácter verdadero de los ministros del evangelio.* 7—13. *Precauciones contra despreciar al apóstol.* 14—21. *Reclama la consideración de ellos como su padre espiritual en Cristo, y muestra su preocupación por ellos.*

Vv. 1—6. Los apóstoles sólo eran siervos de Cristo, pero no tenían que ser menospreciados. Se les había encargado una gran misión, y por esa razón, tenían un oficio honroso. Pablo tenía una justa preocupación por su reputación, pero sabía que aquel que apunta principalmente a complacer a los hombres, no resultará ser un siervo fiel de Cristo. Es un consuelo que los hombres no sean nuestros jueces definitivos. No es hacer un buen juicio de nosotros mismos, ni justificarnos lo que finalmente nos dará seguridad y felicidad. Nuestro propio juicio sobre nuestra fidelidad no es más confiable que nuestras propias obras para nuestra justificación. —Viene el día en que los pecados secretos de los hombres serán sacados a la luz del día, y los secretos de sus corazones quedarán al descubierto. Entonces, todo creyente calumniado será justificado, y todo siervo fiel será aprobado y recompensado. La palabra de Dios es la mejor regla por la cual juzgar a los hombres. No debemos envanecernos unos contra otros si recordamos que todos somos instrumentos empleados por Dios y dotados por Él con talentos variados.

Vv. 7—13. No tenemos razón para ser orgullosos; todo lo que tenemos o somos o hacemos, que sea bueno, se debe a la gracia rica y libre de Dios. Un pecador arrebatado de la destrucción por la sola gracia soberana, debe ser muy absurdo e incoherente si se enorgullece de las dádivas libres de Dios. San Pablo explica sus propias circunstancias, versículo 9. Se alude a los espectáculos crueles de los juegos romanos, donde se forzaba a los hombres a cortarse en pedazos unos a otros, para divertir a la gente; y donde el triunfador no escapaba vivo, aunque debía destruir a su adversario, porque era conservado sólo para otro combate más, y, hasta que fuera muerto. Pensar que hay muchos ojos puestos sobre los creyentes, cuando luchan con dificultades o tentaciones, debe estimular el valor y la paciencia. “Somos débiles, pero somos fuertes”. Todos los cristianos no son expuestos por igual. Algunos sufren tribulaciones más grandes que otros. —El apóstol entra a detallar sus sufrimientos. ¡Y cuán gloriosas son la caridad y la devoción que los hacen pasar por todas estas aflicciones! Sufrieron en sus personas y caracteres como los peores y más viles de los hombres, como la inmundicia misma del mundo, que debía ser barrida; sí, como el desecho de todas las cosas, la escoria de todas las cosas. Todo aquel que desee ser fiel a Jesucristo debe prepararse

para la pobreza y el desprecio. Sea lo que sea lo que sufran los discípulos de Cristo de parte de los hombres, deben seguir el ejemplo y cumplir los preceptos y la voluntad de su Señor. Deben estar contentos con Él y por Él, por ser sometidos a desprecios y abusos. Mucho mejor es ser rechazado, despreciado y soportar abusos, como fue San Pablo, que tener la buena opinión y el favor del mundo. Aunque seamos desechados del mundo por viles, aun así, seamos preciosos para Dios, reunidos con su propia mano y puestos en su trono.

Vv. 14—21. Al reprender el pecado debemos distinguir entre los pecadores y sus pecados. Los reproches que se hacen con bondad y afecto, pueden reformar. Aunque el apóstol hablaba con autoridad de padre, prefería rogarles con amor. Como los ministros, tienen que dar el ejemplo, los otros deben seguirlo mientras sigan a Cristo en fe y práctica. Los cristianos pueden errar y diferir en sus puntos de vista, pero Cristo y la verdad cristiana son los mismos ayer, hoy y por siempre. —Dondequiera que el evangelio sea eficaz, no sólo va de palabra, sino también con poder, por el Espíritu Santo, reviviendo pecadores muertos, librando a las personas de la esclavitud del pecado y de Satanás, renovándolos por dentro y por fuera, y consolando, fortaleciendo y confirmando a los santos, lo que no puede hacerse con palabras persuasivas de los hombres, sino por el poder de Dios. Y es una condición feliz que un espíritu de amor y mansedumbre lleve la vara, pero manteniendo una justa autoridad.

CAPÍTULO V

Versículos 1—8. *El apóstol culpa a los corintios de complicidad con una persona incestuosa,* 9—13. *y da órdenes en cuanto a la conducta hacia los culpables de delitos escandalosos.*

Vv. 1—8. El apóstol nota un abuso flagrante, ante el cual los corintios hacían la vista gorda. El espíritu festivo y la falsa noción de la libertad cristiana parecen haber salvado al hechor de la censura. Sin duda es penoso que a veces, los que profesan el evangelio cometan delitos de los cuales se avergonzarían hasta los paganos. El orgullo espiritual y las falsas doctrinas tienden a introducir y a diseminar tales escándalos. ¡Cuán temibles son los efectos del pecado! El diablo reina donde Cristo no reina. El hombre está en el reino y bajo el poder de Satanás cuando no está en Cristo. —El mal ejemplo de un hombre influyente es muy dañino: se disemina por todas partes. Los principios y ejemplos corruptos dañan a toda la iglesia si no se corrigen. Los creyentes deben tener nuevos corazones y llevar vidas nuevas. La conversación corriente de ellos y sus obras religiosas deben ser santas. Tan lejos está el sacrificio de Cristo, nuestra Pascua, por nosotros de hacer innecesaria la santidad personal y la pública, que da poderosas razones y motivos para ella. Sin santidad no podemos vivir por fe en Él, ni unirnos a sus ordenanzas con consuelo y provecho.

Vv. 9—13. Los cristianos tienen que evitar la familiaridad con los que desprestigian el nombre cristiano. Los tales son compañía apta para sus hermanos de pecado, y en esa compañía deben ser dejados, cada vez que sea posible hacerlo. ¡Ay, que haya muchos llamados cristianos cuya conversación es más peligrosa que la de los paganos!

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *Advertencias contra acudir a la ley de los tribunales paganos.* 9—11. *Pecados que excluyen del reino de Dios si se vive y muere en ellos.* 12—20. *Nuestros cuerpos, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo, no deben ser contaminados.*

Vv. 1—8. Los cristianos no deben contender unos contra otros, porque son hermanos. Eso evitaría muchos juicios legales, y terminaría con muchas peleas y disputas, si se atendiera debidamente. En los asuntos que nos perjudican mucho a nosotros o a nuestra familia, podríamos recurrir a los medios legales para hacer justicia, pero los cristianos deben tener una actitud perdonadora. Juzgad vosotros los asuntos en disputa antes de ir a las cortes por ellos. Son fruslerías y pueden arreglarse fácilmente si uno vence primero su propio espíritu. Soportad y tolerad y los hombres de más sencillos entre vosotros pueden terminar la disputa. Da vergüenza que entre los cristianos, peleas de poca monta crezcan de tal manera, que los hermanos no puedan resolverlas. La paz mental del hombre y la tranquilidad de su prójimo valen más que la victoria. Los juicios legales no pueden tener cabida entre hermanos a menos que haya faltas en ellos.

Vv. 9—11. Se advierte a los corintios de muchos males grandes, de los cuales habían sido culpables anteriormente. Hay mucha fuerza en estas preguntas cuando consideramos que se dirigen a un pueblo envanecido con la ilusión de ser superior a los demás en sabiduría y conocimiento. Toda injusticia es pecado; todo pecado reinante, sí, todo pecado actual, cometido con intención, y del cual no se ha arrepentido, excluye del reino del cielo. No os engañéis. Los hombres se inclinan mucho a halagarse a sí mismos con que pueden vivir en pecado, pero morir en Cristo e irse al cielo. Sin embargo, no podemos esperar que sembrando en la carne cosechemos vida eterna. —Se les recuerda el cambio hecho en ellos por el evangelio y la gracia de Dios. La sangre de Cristo y el lavamiento de la regeneración pueden quitar toda culpa. Nuestra justificación se debe a los sufrimientos y los méritos de Cristo; nuestra santificación a la obra del Espíritu Santo, pero ambas van juntas. Todos los que son hechos justos a ojos de Dios, son hechos santos por la gracia de Dios.

Vv. 12—20. Algunos de los corintios parecen haber estado prontos para decir: “Todas las cosas me son lícitas”. Pablo se opone a este peligroso engaño. Hay una libertad con que Cristo nos ha hecho libres, en la cual debemos afirmarnos, pero con toda seguridad, el cristiano no debe ponerse nunca bajo el poder de un apetito carnal cualquiera. El cuerpo es para el Señor; debe ser instrumento de justicia para santidad, por tanto, no debe ser instrumento de pecado. Honra para el cuerpo es que Jesucristo fuera levantado de entre los muertos; y será honra para nuestros cuerpos que sean resucitados. La esperanza de la resurrección en gloria debe guardar a los cristianos de deshonrar sus cuerpos con lujurias carnales. —Si el alma se une a Cristo por fe, todo el hombre es hecho miembro de su cuerpo espiritual. Otros vicios pueden derrotarse con *lucha*; pero contra el que aquí se nos advierte, sólo es con *huida.* Enormes multitudes son cortadas por estos vicios en sus formas y consecuencias variadas. Sus efectos no sólo caen directamente sobre el cuerpo, sino con frecuencia en la mente. Nuestros cuerpos fueron redimidos de la merecida condenación y de la mísera esclavitud por el sacrificio expiatorio de Cristo. Tenemos que ser limpios, como vasos dignos para el uso de nuestro Maestro. Estando unidos a Cristo como un solo espíritu, y comprados a precio de indecible valor, el creyente debe considerarse como totalmente del Señor, por los lazos más fuertes. Que glorificar a Dios sea nuestra actividad hasta el último día y hora de nuestra vida, con nuestros cuerpos y con nuestros espíritus, que son de Él.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—9. *El apóstol responde varias preguntas sobre el matrimonio.* 10—16. *Los cristianos casados no deben tratar de separarse de su cónyuge inconverso.* 17—24. *Las personas, en cualquier estado permanente, deben quedar en ese estado.* 25—35. *Era muy deseable, dados los días peligrosos, que la gente se desligara de este mundo.* 36—40. *Se debe emplear gran prudencia en el matrimonio; debe ser únicamente en el Señor.*

Vv. 1—9. El apóstol dice a los corintios que es bueno que los cristianos se queden solteros, en esa circunstancia. Sin embargo, dice que el matrimonio, y las consolaciones de ese estado, han sido establecidos por la sabiduría divina. Aunque nadie puede transgredir la ley de Dios, aun esa regla perfecta deja a los hombres en libertad de servirle en la manera más apropiada a sus poderes y circunstancias, de las cuales los demás no suelen ser buenos jueces.

Vv. 10—16. Marido y mujer no deben separarse por ninguna otra causa que la permitida por Cristo. En aquella época el divorcio era muy corriente entre judíos y gentiles, con pretextos muy livianos. El matrimonio es una institución divina y es un compromiso de por vida por designio de Dios. Estamos obligados, en cuanto nos concierna, a vivir en paz con todos los hombres, Romanos xii, 18, por tanto, a promover la paz y el consuelo de nuestros parientes más cercanos, aunque sean incrédulos. Debe ser tarea y preocupación de los casados darse uno al otro la mayor comodidad y felicidad. ¿Debe el cristiano abandonar a su cónyuge cuando hay oportunidad para dar la prueba más grande de amor? Quédate y trabaja de todo corazón por la conversión de tu pareja. El Señor nos ha llamado a la paz en todo estado y relación; y todo debe hacerse para fomentar la armonía en cuanto la verdad y la santidad lo permitan.

Vv. 17—24. Las reglas del cristianismo alcanzan a toda condición; el hombre puede vivir en todo estado haciendo que ese estado tenga prestigio. Deber de todo cristiano es contentarse con su suerte, y conducirse en su rango y lugar como corresponde al cristiano. Nuestro consuelo y felicidad dependen de lo que somos para Cristo, no de lo que somos en el mundo. Ningún hombre debe pensar en hacer de su fe o religión un argumento para transgredir obligaciones civiles o naturales. Debe quedar contento y callado en la condición en que haya sido puesto por la providencia divina.

Vv. 25—35. Considerando la angustia de esos tiempos, el quedar soltero era lo mejor. Sin embargo, el apóstol no condena el matrimonio. ¡Cuánto se oponen al apóstol Pablo quienes prohíben a muchos casarse y los enredan con votos para permanecer solteros, sea que deban o no hacerlo así! —Exhorta a todos los cristianos a la santa indiferencia respecto del mundo. En cuanto a las relaciones: no deben poner sus corazones en los beneficios de su estado. En cuanto a las aflicciones: no deben caer en la tristeza según el mundo porque el corazón puede estar gozoso aunque esté en aflicción. En cuanto a los placeres del mundo: aquí no está su reposo. En cuanto a la ocupación mundana: los que prosperan en el comercio y aumentan su riqueza, deben tener sus posesiones como si no las tuvieran. En cuanto a todas las preocupaciones mundanales: deben mantener el mundo fuera de sus corazones para que no abusen de este cuando lo tengan en sus manos. Todas las cosas mundanas son puro espectáculo: nada sólido. Todo se irá rápidamente. La sabia preocupación por los intereses del mundo es un deber, pero completamente preocupado, estar ansiosos hasta la confusión, es pecado. —Con esta máxima el apóstol resuelve el caso si es o no aconsejable casarse. El mejor estado en la vida para el hombre es aquel que es mejor para su alma, y que le mantenga más a resguardo de los afanes y trampas del mundo. Reflexionemos en las ventajas y las trampas de nuestro propio estado en la vida para que podamos mejorar unas y escapar, en lo posible, de todo daño de parte de las otras. Sean cuales sean las preocupaciones que nos presionen, dejemos tiempo siempre para las cosas del Señor.

Vv. 36—40. Se piensa que el apóstol aconseja aquí sobre la entrega de las hijas al matrimonio. El significado general de este punto de vista es claro. Los hijos deben procurar y seguir las instrucciones de sus padres acerca del matrimonio. Los padres deben consultar los deseos de sus hijos, sin pensar que tienen poder para hacer con ellos y mandarlos como les plazca, pero sin razón. —Todo termina con consejo para las viudas. Los segundos matrimonios no son ilícitos, siempre que se tenga presente el casarse en el Señor. Al elegir relaciones y cambio de estados, siempre debemos guiarnos por el temor de Dios y las leyes de Dios, actuando con dependencia de la providencia de Dios. El cambio de estado sólo debe hacerse luego de cuidadosa consideración, y sobre la base probable que será de provecho para nuestras preocupaciones espirituales.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *El peligro de despreciar mucho el conocimiento.* 7—13. *Lo malo de ofender a los hermanos débiles.*

Vv. 1—6. No hay prueba de ignorancia más corriente que el orgullo de ser sabio. Mucho puede saberse aunque nada se sabe con buen propósito. Los que piensan que saben todo, y se ponen vanidosos por eso, son los que menos probablemente hagan buen uso de su saber. Satanás daña a algunos tentándolos a enorgullecerse de poderes mentales, mientras a otros, los seduce con la sensualidad. El conocimiento que hincha a su poseedor y lo vuelve confiado es tan peligroso como el orgullo de la justicia propia, aunque lo que sepa pueda ser correcto. Sin afecto santo, todo conocimiento humano nada vale. —Los paganos tenían dioses de alto y bajo nivel; muchos dioses, muchos señores; así los llamaban, pero ninguno era de verdad. Los cristianos saben. Un Dios hizo todo y tiene poder sobre todo. El único Dios, el Padre, significa a la Deidad como el único objeto de toda adoración religiosa; y el Señor Jesucristo denota a la persona de Emanuel, Dios manifestado en carne, Uno con el Padre y con nosotros; el Mediador nombrado, y Señor de todo; por medio del cual vamos al Padre, y por medio del cual el Padre nos manda todas las bendiciones por el poder y la obra del Espíritu Santo. Al rehusar toda adoración a los muchos que son llamados dioses y señores, y a los santos y ángeles, probemos si realmente vamos a Dios por fe en Cristo.

Vv. 7—13. Comer una clase de alimentos, y abstenerse de otro, no tiene nada en sí como mérito de una persona ante Dios, pero el apóstol advierte el peligro de poner una piedra de tropiezo en el camino del débil; no sea que se atrevan a comer de lo ofrendado al ídolo, no como comida corriente, sino como sacrificio y, por ello, ser culpables de idolatría. El que tiene el Espíritu de Cristo en sí, amará a los que Cristo amó tanto que murió por ellos. El daño hecho a los cristianos se hace a Cristo; pero por sobre todo, el hacerlos sentirse culpables; herir sus conciencias es herirlo a Él. Debemos tener mucho cuidado de hacer algo que pueda producir tropiezo a otras personas, aunque eso sea en sí inocente. Si no debemos poner en peligro las almas ajenas, ¡cuánto más debemos cuidar no destruir la propia! Que los cristianos se cuiden de acercarse al abismo del mal, o a su apariencia, aunque muchos hagan esto en asuntos públicos, por lo cual quizá se defiendan. Los hombres no pueden pecar contra sus hermanos sin ofender a Cristo y poner en peligro sus propias almas.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—14. *El apóstol muestra su autoridad, y afirma su derecho a ser sustentado.* 15—23. *Desecha esta parte de su libertad cristiana por el bien de los demás.* 24—27. *Hizo todo con cuidado y diligencia, en vista de la corona incorruptible.*

Vv. 1—14. No es nada novedoso que a un ministro se le responda en forma nada amable a cambio de su buena voluntad hacia la gente, y por realizar un servicio diligente y exitoso entre ellos. Tenía derecho a casarse como los demás apóstoles, y a reclamar de las iglesias lo que fuera necesario para su esposa e hijos si los hubiera tenido, sin tener que trabajar con sus propias manos para obtenerlos. A los que procuran hacer el bien a nuestras almas, hay que proveerles su alimentación. Pero renunció a su derecho para no impedir su éxito por el hecho de reclamarlo. Deber de la gente es mantener a su ministro. Pueden declinar su derecho, como hizo Pablo, pero transgreden un precepto de Cristo los que niegan o retienen el debido sostén.

Vv. 15—23. Gloria del ministro es negarse a sí mismo para servir a Cristo y salvar almas. Pero cuando el ministro renuncia a su derecho por amor del evangelio, hace más de lo que demandan su oficio y su cargo. Al predicar gratuitamente el evangelio, el apóstol demuestra que su acción esta basada en principios de celo y amor y, de esa manera disfruta de mucho consuelo y esperanza en su alma. —Aunque consideraba la ley ceremonial como yugo quitado por Cristo, se sometía a ella de todos modos para trabajar entre los judíos, eliminar sus prejuicios, lograr que ellos oyeran el evangelio y ganarlos para Cristo. Aunque no transgredía las leyes de Cristo por complacer al hombre, sin embargo, él se acomodaba a todos los hombres, mientras pudiera hacerlo lícitamente, para ganar a algunos. Hacer el bien era la preocupación y actividad de su vida, y para alcanzar ese objetivo, no reclamaba sus privilegios. Debemos estar alertas contra los extremos, y confiarnos en cualquier cosa, salvo confiar solo en Cristo. No debemos permitir errores o faltas que hieran a los demás o perjudiquen el evangelio.

Vv. 24—27. El apóstol se compara con los corredores y los combatientes de los juegos ístmicos, bien conocidos por los corintios. Pero en la carrera cristiana todos pueden correr para ganar. Por tanto, este es el mayor aliento para perseverar en esta carrera con toda nuestra fuerza. Los que corrían en esos juegos, se mantenían con una dieta magra. Se acostumbraban a las dificultades. Se ejercitaban. Los que procuran los intereses de sus almas, deben pelear con fuerza contra las lujurias carnales. No se debe tolerar que mande el cuerpo. El apóstol enfatiza este consejo a los corintios. Expone ante sí mismo y ante ellos el peligro de rendirse a los deseos carnales, cediendo al cuerpo y a sus lujurias y apetitos. El santo temor de sí mismo era necesario para mantener fiel a un apóstol, ¡cuánto más se necesita para nuestra preservación! Aprendamos de aquí la humildad y la cautela, y a vigilar contra los peligros que nos rodean mientras estemos en el cuerpo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—5. *Los grandes privilegios de los israelitas, sin embargo, son arrojados al desierto.* 6—14. *Precauciones contra todos los idólatras y otras costumbres pecaminosas.* 15—22. *La participación en la idolatría no puede coexistir con la comunión con Cristo.* 23—33. *Todo lo que hacemos tiene que ser para la gloria de Dios y sin ofender la conciencia del prójimo.*

Vv. 1—5. El apóstol expone ante los corintios el ejemplo de la nación judía de antaño para disuadirlos de la comunión con los idólatras y de la seguridad en algún camino pecaminoso. Por milagro cruzaron el Mar Rojo, donde fue ahogado el ejército egipcio que los perseguía. Para ellos éste fue un bautismo típico. El maná del que se alimentaban, era un tipo de Cristo crucificado, el Pan

que bajó del cielo, y los que de él coman vivirán para siempre. Cristo es la Roca sobre la cual se edifica la Iglesia cristiana; y de los arroyos que de ahí surgen, beben y se refrescan todos los creyentes. Esto tipifica las influencias sagradas del Espíritu Santo, dado a los creyentes por medio de Cristo. Pero que nadie presuma de sus grandes privilegios o de su profesión de la verdad: ellas no aseguran la felicidad celestial.

Vv. 6—14. Los deseos carnales se fortalecen con la indulgencia, por tanto, deben refrenarse en su primera aparición. Temamos los pecados de Israel, si queremos evitar sus plagas. Es justo temer que los que así tientan a Cristo sean dejados por Él en poder de la serpiente antigua. Murmurar contra las disposiciones y los mandamientos de Dios, es una provocación extrema. Nada en la Escritura ha sido escrito en vano, siendo sabiduría y deber nuestros, aprender de ella. Otros han caído, así que nosotros podemos caer. El seguro cristiano contra el pecado es desconfiar de sí mismo. Dios no ha prometido impedir que caigamos si no nos cuidamos a nosotros mismos. Se agrega una palabra de consuelo a esta palabra de cautela. Los demás tienen cargas similares y tentaciones parecidas: nosotros también podemos soportar lo que ellos soportan y salir adelante. Dios es sabio y fiel, y hará que nuestras cargas sean según nuestra fuerza. Él sabe lo que podemos soportar. Dará una vía de escape; librará de la prueba misma o, por lo menos, de la maldad de esta. Tenemos un estímulo pleno para huir del pecado, y ser fieles a Dios. No podemos caer por la tentación, si nos aferramos a Él con fuerza. Sea que el mundo sonría o se enoje, es un enemigo; pero los creyentes serán fortalecidos para vencerlo, con todos sus terrores y seducciones. El temor del Señor en sus corazones será el mejor medio de seguridad.

Vv. 15—22. Unirse a la cena del Señor, ¿no muestra una profesión de fe en Cristo crucificado, y de agradecida adoración por su salvación? A los cristianos los unía esta ordenanza y la fe profesada por ella, como los granos de trigo en un pan, o como los miembros del cuerpo humano, viendo que todos están unidos a Cristo y tiene comunión con Él y unos con otros. Esto lo confirman la adoración y las costumbres judaicas del sacrificio. El apóstol aplica esto a comer con los idólatras. Comer el alimento como parte de un sacrificio pagano era adorar al ídolo al cual se ofrecía, y confraternizar o tener comunión con éste; el que come la cena del Señor es contado como partícipe del sacrificio cristiano, o como los que comían de los sacrificios judíos participaban de lo ofrendado en su altar. Era negar el cristianismo, porque la comunión con Cristo y la comunión con los demonios no puede realizarse a la misma vez. Si los cristianos se aventuran a ciertos lugares y se unen a los sacrificios ofrecidos a la concupiscencia de la carne, a la concupiscencia de los ojos y a la vanagloria de la vida, provocan a Dios.

Vv. 23—33. Había casos en que los cristianos podían comer, sin pecar, lo ofrecido a los ídolos, como cuando el sacerdote, a quien se le había entregado, vendía la carne en el mercado como alimento corriente. Sin embargo, el cristiano no debe considerar sólo lo que es lícito, sino lo que es conveniente y edificar a los demás. El cristianismo no prohíbe en absoluto los oficios corrientes de la benignidad, ni permite la conducta descortés con nadie, por más que ellos difieran de nosotros en sentimientos y costumbres religiosos. Pero esto no se aplica a las festividades religiosas, a la participación en el culto idólatra. Según este consejo del apóstol, los cristianos deben cuidar que no usen su libertad para perjudicar al prójimo o para su propio reproche. Al comer y al beber, y en todo lo que hagamos debemos apuntar a la gloria de Dios, a complacerle y honrarle. Este es el gran fin de toda religión, y nos sirve de dirección cuando no hay reglas expresas. Un espíritu piadoso, pacífico y benevolente desarmará a los más grandes enemigos.

CAPÍTULO XI

Versículo 1. *Luego de una exhortación a seguirle, el apóstol,* 2—16. *corrige algunos abusos,* 17—22. *y discusiones, divisiones y desorden en las celebraciones de la cena del Señor.* 23—26. *Les recuerda la naturaleza y el designio de su institución,* 27—34. *y les instruye sobre cómo participar en ella de la manera correcta.*

V. 1. El primer versículo de este capítulo parece apropiado para concluir el capítulo anterior. El apóstol no sólo predica la doctrina que ellos debían creer, pero llevó tal clase de vida como la que ellos debieran vivir. Dado que Cristo es nuestro ejemplo perfecto, las acciones y la conducta de los hombres, acerca de las Escrituras, debieran seguirse sólo en la medida que sean como las de Él.

Vv. 2—16. Aquí empiezan los detalles acerca de las asambleas públicas, capítulo xiv. Algunos abusos se habían introducido en la abundancia de dones espirituales concedidos a los corintios, pero como Cristo hizo la voluntad de Dios cuyo honra procuró, así el cristiano debe confesar su sumisión a Cristo, haciendo su voluntad y procurando su gloria. Nosotros debemos, aun en nuestra vestimenta y hábitos, evitar toda cosa que pueda deshonrar a Cristo. —La mujer fue sometida al hombre porque fue creada como su ayuda y consuelo. Ella nada debe hacer en las asambleas cristianas que parezca una pretensión de ser su igual. Ella debe tener una "potestad" sobre su cabeza esto es, un velo, debido a los ángeles. La presencia de ellos debe resguardar a los cristianos de todo lo que es malo mientras adoren a Dios. Sin embargo, el hombre y la mujer fueron hechos uno para el otro. Iban a ser de consolación y bendición mutua, no una la esclava y el otro el tirano. Dios ha establecido las cosas, en el reino de la providencia y en el de la gracia, de modo que la autoridad y el sometimiento de cada parte sean para ayuda y provecho mutuo. Era costumbre en las iglesias que las mujeres se presentaran veladas en las asambleas públicas, y así ingresaran a la adoración en público; y estaba bien que debieran hacerlo así. La religión cristiana sanciona las costumbres nacionales dondequiera que estas no sean contrarias a los grandes principios de la verdad y la santidad; las peculiaridades afectadas no reciben consentimiento de nada en la Biblia.

Vv. 17—22. El apóstol reprende los desórdenes en la celebración de la cena del Señor. Las ordenanzas de Cristo, si no nos hacen mejor, tenderán a empeorarnos. Si el uso de ellas no enmienda, endurecerá. Al reunirse, ellos cayeron en divisiones y partidismos. Los cristianos pueden separarse de la comunión de unos con otros, pero aún ser caritativos unos con otros; se puede continuar en la misma comunión, pero sin ser caritativos. Esto último es división, más que lo primero. —Hay una comida descuidada e irregular de la cena del Señor que se suma a la culpa. Parece que muchos corintios ricos actuaron muy mal en la mesa del Señor, o en las fiestas de amor, que tenían lugar al mismo tiempo que la cena del Señor. El rico despreciaba al pobre, comía y bebía de las provisiones que traían, antes de permitir la participación del pobre; así, algunos quedaban sin nada, mientras que otros tenían más que suficiente. Lo que hubiera debido ser un vínculo de amor y afecto mutuo fue hecho instrumento de discordia y desunión. Debemos ser cuidadosos para que nada de nuestra conducta en la mesa del Señor parezca tomar a la ligera esa institución sagrada. La cena del Señor no es, ahora, hecha ocasión para la glotonería o el festejo, pero ¿no suele convertirse en un apoyo para la soberbia de la justicia propia o un manto para la hipocresía? No descansemos en las formas externas de la adoración, pero examinemos nuestros corazones.

Vv. 23—34. El apóstol describe la ordenanza sagrada, de la cual tenía conocimiento por revelación de Cristo. En cuanto a los signos visibles, estos son el pan y el vino. Lo que se come se llama pan, aunque al mismo tiempo se dice que es el cuerpo del Señor, mostrando claramente que el apóstol no quería significar que el pan fuese cambiado en carne. San Mateo nos dice que nuestro Señor les invitó a todos a beber de la copa, capítulo xxvi, 27, como si hubiera previsto, con esta expresión, que un creyente fuese privado de la copa. Las cosas significadas por estos signos externos, son el cuerpo y la sangre de Cristo, su cuerpo partido, su sangre derramada, junto con

todos los beneficios que fluyen de su muerte y sacrificio. —Las acciones de nuestro Señor fueron, al tomar el pan y la copa, dar gracias, partir el pan y dar el uno y la otra. Las acciones de los comulgantes fueron, tomar el pan y comer, tomar la copa y beber, haciendo ambas cosas en memoria de Cristo. Pero los actos externos no son el todo ni la parte principal de lo que debe hacerse en esta santa ordenanza. Los que participan de ella tienen que tomarlo a Él como su Señor y su Vida, rendirse a Él y vivir para Él. —En ella tenemos un relato de las finalidades de esta ordenanza. Tiene que hacerse en memoria de Cristo, para mantener fresca en nuestras mentes su muerte por nosotros, y también, para recordar a Cristo que intercede por nosotros a la diestra de Dios en virtud de su muerte. No es tan sólo en memoria de Cristo, de lo que Él hizo y sufrió, sino para celebrar su gracia en nuestra redención. Declaramos que su muerte es nuestra vida, la fuente de todos nuestros consuelos y esperanzas. Nos gloriamos en tal declaración; mostramos su muerte y la reclamamos como nuestro sacrificio y nuestro rescate aceptado. La cena del Señor no es una ordenanza que se observe sólo por un tiempo, pero debe ser perpetua. —El apóstol expone a los corintios el peligro de recibirla con un estado mental inapropiado o conservando el pacto con el pecado y la muerte mientras se profesa renovar y confirmar el pacto con Dios. Sin duda, ellos incurren en gran culpa y así se vuelven materia obligada de juicios espirituales. Pero los creyentes temerosos no deben descorazonarse de asistir a esta santa ordenanza. El Espíritu Santo nunca hubiera hecho que esta Escritura se hubiese puesto por escrito para disuadir de su deber a los cristianos serios, aunque el diablo la ha usado a menudo. El apóstol estaba dirigiéndose a los cristianos y les advierte que estén alerta ante los juicios temporales con que Dios corrige a sus siervos que le ofenden. En medio de la ira, Dios se acuerda de la misericordia: muchas veces castiga a los que ama. Mejor es soportar problemas en este mundo que ser miserable para siempre. —El apóstol señala el deber de los que van a la mesa del Señor. El examen de uno mismo es necesario para participar correctamente en esta ordenanza sagrada. Si nos examináramos cabalmente para condenar y enderezar lo que hallemos malo, podríamos detener los juicios divinos. —El apóstol termina todo con una advertencia contra las irregularidades en la mesa del Señor, de las cuales eran culpables los corintios. Cuidemos todos de esto para que ellos no se unan a la adoración de Dios como para provocarle y acarrearse venganza sobre sí.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—11. *Se muestra la variedad y el uso de los dones espirituales.* 12—26. *Cada miembro en el cuerpo humano tiene su lugar y uso.* 27—30. *Esto se aplica a la Iglesia de Cristo.* 31. *Hay algo más excelente que los dones espirituales.*

Vv. 1—11. Los dones espirituales eran poderes extraordinarios otorgados en las primeras épocas para convencer a los incrédulos, y para difundir el evangelio. Los dones y las gracias difieren ampliamente. Ambos son dados generosamente por Dios, pero donde se da la gracia es para la salvación de los que la reciben. Los dones son para el provecho y salvación del prójimo; y puede haber grandes dones donde no hay gracia. Los dones extraordinarios del Espíritu Santo fueron ejercidos principalmente en las asambleas públicas, donde parece que los corintios hacían exhibición de ellos, al faltarles el espíritu de piedad y del amor cristiano. —Mientras eran paganos no habían sido influidos por el Espíritu de Cristo. Nadie puede llamar Señor a Cristo por fe, si esa fe no es obra del Espíritu Santo. Nadie puede creer en su corazón o probar por un milagro, que Jesús era Cristo, si no es por el Espíritu Santo. Hay diversidad de dones y diversidad de operaciones, pero todos proceden de un solo Dios, un solo Señor, un solo Espíritu; esto es, del Padre, Hijo y Espíritu Santo, origen de todas las bendiciones espirituales. Ningún hombre los tiene simplemente para sí mismo. Mientras más los use en beneficio de los demás, más favorecerán su propia cuenta. Los dones

mencionados parecen significar entendimiento exacto y expresión de las doctrinas de la religión cristiana; el conocimiento de los misterios, y la destreza para exhortar y aconsejar. Además, el don de sanar a los enfermos, hacer milagros, y explicar la Escritura por un don peculiar del Espíritu, y la habilidad para hablar e interpretar lenguajes. Si tenemos algún conocimiento de la verdad, o algún poder para darla a conocer, debemos dar toda la gloria a Dios. Mientras más grandes sean los dones, más expuesto a tentaciones está el poseedor, y más grande es la medida de gracia necesaria para mantenerlo humilde y espiritual; y éste se hallará con más experiencias dolorosas y dispensaciones humillantes. Poca causa tenemos para gloriarnos en algún don concedido a nosotros, o para despreciar a los que no los tienen.

Vv. 12—26. Cristo y su Iglesia forman un cuerpo, como Cabeza y miembros. Los cristianos se vuelven miembros de este cuerpo por el bautismo. El rito externo es de institución divina; es signo del nuevo nacimiento y, por tanto, es llamado lavamiento de la regeneración, Tito iii, 5. Pero es por el Espíritu, sólo por la renovación del Espíritu Santo, que somos hechos miembros del cuerpo de Cristo. Por la comunión con Cristo en la cena del Señor, somos fortalecidos, no por beber el vino, sino por beber un mismo Espíritu. —Cada miembro tiene su forma, lugar y uso. El de menos honra es parte del cuerpo. Debe haber diversidad de miembros en el cuerpo. Así, los miembros de Cristo tienen diferentes poderes y distintas posiciones. Debemos cumplir los deberes de nuestro propio cargo sin quejarnos ni pelear con los demás. Todos los miembros del cuerpo son útiles y necesarios unos para otros. Tampoco hay un miembro del cuerpo de Cristo que no deba ni pueda ser de provecho a sus co-miembros. Como en el cuerpo natural del hombre, los miembros deben estar estrechamente unidos por los lazos más fuertes del amor; el bien del todo debe ser el objetivo de todos. Todos los cristianos dependen unos de otros; cada uno tiene que esperar y recibir la ayuda de los demás. Entonces, tengamos más del espíritu de unidad en nuestra religión.

Vv. 27—31. El desprecio, el odio, la envidia y la discordia son muy antinaturales en los cristianos. Es como si los miembros del mismo cuerpo no se interesaran unos por otros o se pelearan entre sí. Así, se condenan el espíritu orgulloso y belicoso que prevalecía en cuanto a los dones espirituales. —Se mencionan los ministerios y dones, o favores, dispensados por el Espíritu Santo. Los ministros principales; las personas capacitadas para interpretar las Escrituras; los que trabajaban en palabra y doctrina; los que tenían poder para sanar enfermedades; los que socorrían a los enfermos y débiles; los que administraban el dinero dado por la Iglesia para caridad, y administraban los asuntos de la iglesia; y los que podían hablar diversas lenguas. Lo que está en el rango inferior y último de esta lista es el poder para hablar lenguas; ¡cuán vano es que un hombre haga eso sólo para divertirse o enaltecerse! Nótese la distribución de estos dones, no a todos por igual, versículos 29, 30, cosa que hubiera hecho igual a toda la Iglesia; como si el cuerpo fuera todo oído, o todo ojo. El Espíritu distribuye a cada uno como le place. Debemos estar contentos aunque seamos inferiores y menos que los demás. No debemos despreciar a los demás si tenemos dones más grandes. ¡Qué bendecida sería la Iglesia cristiana si todos sus miembros cumplieran su deber! En lugar de codiciar los puestos más altos, o los dones más espléndidos, dejemos que Dios nombre sus instrumentos, y aquellos en los que obre por su providencia. Recordemos, en el más allá no serán aprobados los que procuran los puestos altos, sino los que sean más fieles a la tarea que se les encomendó, y los más diligentes en la obra de su Maestro.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—3. *La necesidad y la ventaja de la gracia del amor.* 4—7. *Su excelencia está representada por sus propiedades y efectos,* 8—13. *y por su permanencia y superioridad.*

Vv. 1—3. El camino excelente insinuado al cerrar el capítulo anterior no es lo que se entiende por caridad en el uso corriente de la palabra, dar limosna, sino el amor en su significado más pleno; el amor verdadero a Dios y al hombre. Sin este, los dones más gloriosos no nos sirven para nada, no son estimables a ojos de Dios. La cabeza clara y el entendimiento profundo no tienen valor sin un corazón benévolo y caritativo. Puede haber una mano abierta y generosa donde no hay un corazón benévolo y caritativo. Hacer el bien al prójimo no nos hará nada si no es hecho por amor a Dios y buena voluntad para los hombres. No nos aprovecha de nada si diéramos todo lo que tenemos mientras retengamos el corazón de Dios. Ni siquiera los sufrimientos más dolorosos. ¡Cuánto se engañan los que buscan aceptación y recompensa por sus buenas obras siendo tan mezquinos y defectuosos como son corruptos y egoístas!

Vv. 4—7. Algunos de los efectos del amor se estipulan aquí para que sepamos si tenemos esta gracia; y si no la tenemos, no descansemos hasta tenerla. Este amor es una prueba clara de la regeneración y es la piedra de toque de nuestra fe profesada en Cristo. —Se quiere mostrar a los corintios con esta bella descripción de la naturaleza y los efectos del amor que, en muchos aspectos, su conducta era un claro contraste con aquel. El amor es el enemigo enconado del egoísmo; no desea ni procura su propia alabanza u honra o provecho o placer. No se trata de que el amor destruya toda consideración de nosotros mismos, ni de que el hombre caritativo deba descuidarse a sí mismo y todos sus intereses. El amor nunca busca lo suyo a expensas del prójimo o descuidando a los demás. Hasta prefiere el bienestar del prójimo antes que su ventaja personal. —¡De qué naturaleza buena y amable es el amor cristiano! ¡Cuán excelente parecería el cristianismo al mundo si los que lo profesan estuvieran más sometidos a este principio divino, y prestaran debida atención al mandamiento en que su bendito Autor pone el énfasis principal! Preguntémonos si este amor divino habita en nuestros corazones. Este principio ¿nos ha llevado a conducirnos como corresponde con todos los hombres? ¿Estamos dispuestos a dejar de lado los objetivos y finalidades egoístas? He aquí un llamado a estar alertas, diligentes y orando.

Vv. 8—13. El amor es preferible a los dones en que se enorgullecían los corintios. Por su permanencia. Es una gracia que dura como la eternidad. El estado presente es un estado infantil, el futuro es el de adulto. Tal es la diferencia entre la tierra y el cielo. ¡Qué puntos de vista estrechos, qué nociones confusas de las cosas tienen los niños, cuando se los compara con los adultos! Así pensaremos de nuestros dones más valorados en este mundo, cuando lleguemos al cielo. —Todas las cosas son oscuras y confusas ahora, comparadas con lo que serán después. Ellas sólo se pueden ver como por el reflejo de un espejo, o como descripción de una adivinanza; pero en el más allá nuestro conocimiento será libre de toda oscuridad y error. Es la luz del cielo únicamente la que eliminará todas las nubes y tinieblas que nos ocultan la faz de Dios. —Para resumir, la excelencia del amor es preferible no sólo a los dones, sino a las otras gracias, la fe y la esperanza. La fe se fija en la revelación divina, y ahí se asienta, confiando en el Redentor Divino. La esperanza se aferra a la dicha futura, y la espera, pero, en el cielo, la fe será absorbida por la realidad, y la esperanza por la dicha. No hay lugar para creer y tener esperanza cuando vemos y disfrutamos. Pero allá, el amor será perfeccionado. Allá amaremos perfectamente a Dios. Allá nos amaremos perfectamente unos a otros. ¡Bendito estado! ¡Cuánto supera a lo mejor de aquí abajo! Dios es amor, 1 Juan iv, 8, 16. Donde Dios se ve como es, y cara a cara, ahí está el amor en su mayor altura; solamente ahí será perfeccionado.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—5. *La profecía es preferible al don de lenguas.* 6—14. *La falta de provecho de hablar lenguajes desconocidos.* 15—25. *Exhortaciones a adorar con entendimiento.* 26—33. *Desórdenes por el vano despliegue de dones,* 34—40. *y de las mujeres que hablan en la iglesia.*

Vv. 1—5. Profetizar, esto es, exponer la Escritura, se compara con hablar en lenguas. Esta atrae la atención más que la clara interpretación de las Escrituras; gratifica más al orgullo, pero fomenta menos los propósitos del amor cristiano; no hará el bien por igual a las almas de los hombres. Lo que no puede entenderse, no puede edificar. Ninguna ventaja puede recibirse de los discursos más excelentes si se entregan en una lengua tal que los oyentes no pueden hablar ni entender. Toda capacidad o posesión adquiere valor proporcionalmente a su utilidad. Hasta el ferviente afecto espiritual debe ser gobernado por el ejercicio del entendimiento, de lo contrario los hombres avergonzarán las verdades que profesan promover.

Vv. 6—14. Ni siquiera un apóstol podría edificar, a menos que hablara de tal manera que le entendieran sus oyentes. Decir palabras que no tienen significado para quienes las escuchan, no es sino hablar al aire. No puede responder a la finalidad del habla decir lo que no tiene significado; en este caso, el que habla y los que oyen son extranjeros entre sí. Todos los servicios religiosos deben realizarse en las asambleas cristianas de manera que todos puedan participar en ellos y sacar provecho. El lenguaje simple y claro de entender es el más apropiado para la adoración en público, y para otros ejercicios religiosos. Todo seguidor verdadero de Cristo deseará más bien hacer el bien al prójimo que hacerse fama de saber o de hablar bien.

Vv. 15—25. No se puede asentir a las oraciones que no se entienden. Un ministro que sea verdaderamente cristiano procurará mucho más hacer el bien espiritual a las almas de los hombres que obtener el aplauso más grandioso para sí. Esto muestra que es siervo de Cristo. —Los niños tienden a impresionarse con la novedad, pero no actuemos como ellos. Los cristianos deben ser como niños, desprovistos de mala intención y malicia, pero no deben ser iletrados en la palabra de justicia, sino sólo en las artes de la maldad. —Es prueba de que un pueblo ha sido abandonado por Dios cuando Él lo entrega al gobierno de los que le enseñan a adorar en otra lengua. No pueden recibir beneficio con tal enseñanza. Sin embargo, así actuaban los predicadores que daban sus instrucciones en lengua desconocida. ¿No haría que el cristianismo luciera ridículo para un pagano si oyera que los ministros oran o predican en un lenguaje que ni él ni la asamblea entienden? Pero si los que ministran interpretan claramente la Escritura o predican las grandes verdades y reglas del evangelio, el pagano o la persona indocta pueden llegar a convertirse al cristianismo. Su conciencia puede ser tocada, los secretos de su corazón pueden serle revelados, y así, puede ser llevado a confesar su culpa y reconocer que Dios estaba presente en la asamblea. La verdad de las Escrituras, clara y debidamente enseñada, tiene un poder maravilloso para despertar la conciencia y tocar el corazón.

Vv. 26—33. Los ejercicios religiosos en las asambleas públicas deben tener este punto de vista: Que todo se haga para edificar. En cuanto a hablar en lengua desconocida, si hubiera presente alguien que pudiera interpretar, pueden ejercerse de una sola vez dos dones milagrosos, y por ellos la iglesia es edificada, y al mismo tiempo es confirmada la fe de los que oyen. En cuanto a profetizar, deben hablar dos o tres en una reunión, y uno después del otro, no todos al mismo tiempo. El hombre inspirado por el Espíritu de Dios observará el orden y la decencia para comunicar sus revelaciones. Dios nunca enseña a los hombres que descuiden sus deberes o que actúen en ninguna forma inconveniente a su edad o su cargo.

Vv. 34—40. Cuando el apóstol exhorta a las mujeres cristianas a que busquen información sobre temas religiosos de sus esposos en casa, muestra que las familias de creyentes deben reunirse para

fomentar el conocimiento espiritual. —El Espíritu de Cristo nunca se contradice, y si sus revelaciones son contrarias a las del apóstol, no proceden del mismo Espíritu. La manera de mantener la paz, la verdad y el orden en la iglesia es procurar lo bueno para ella, soportar lo que no dañe su bienestar y conservar la buena conducta, el orden y la decencia.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—11. *El apóstol demuestra la resurrección de Cristo de entre los muertos.* 12—19. *Contesta a los que niegan la resurrección del cuerpo.* 20—34. *La resurrección de los creyentes para la vida eterna.* 35—50. *Contesta las objeciones.* 51—54. *El misterio del cambio que ocurrirá en los que estén vivos en la segunda venida de Cristo.* 55—58. *El triunfo del creyente sobre la muerte y la tumba.—Una exhortación a la diligencia.*

Vv. 1—11. La palabra resurrección señala, habitualmente, nuestra existencia más allá de la tumba. No se halla un rasgo de la doctrina del apóstol en todas las enseñanzas de los filósofos. La doctrina de la muerte y resurrección de Cristo es el fundamento del cristianismo. Si se quita, se hunden de inmediato todas nuestras esperanzas de eternidad. Por sostener con firmeza esta verdad los cristianos soportan el día de la tribulación, y se mantienen fieles a Dios. Creemos en vano, a menos que nos mantengamos en la fe del evangelio. Esta verdad es confirmada por las profecías del Antiguo Testamento; muchos vieron a Cristo después que resucitó. Este apóstol fue altamente favorecido, pero siempre tuvo una baja opinión de sí, y la expresaba. Cuando los pecadores son hechos santos por la gracia divina, Dios hace que el recuerdo de los pecados anteriores los haga humildes, diligentes y fieles. Atribuye a la gracia divina todo lo que era valioso en él. Aunque no ignoran lo que el Señor ha hecho por ellos, en ellos y por medio de ellos, cuando miran toda su conducta y sus obligaciones, los creyentes verdaderos son guiados a sentir que nadie es tan indigno como ellos. Todos los cristianos verdaderos creen que Jesucristo, y éste crucificado, y resucitado de entre los muertos, es la suma y la sustancia del cristianismo. Todos los apóstoles concuerdan en este testimonio; por esta fe vivieron y en esta fe murieron.

Vv. 12—19. Habiendo mostrado que Cristo fue resucitado, el apóstol contesta a los que dicen que no habrá resurrección. No habría justificación ni salvación si Cristo no hubiera resucitado. Si Cristo estuviera aún entre los muertos, ¿no debería la fe en Cristo ser vana e inútil? La prueba de la resurrección del cuerpo es la resurrección de nuestro Señor. Aun los que murieron en la fe hubieran perecido en sus pecados si Cristo no hubiera resucitado. Todos los que creen en Cristo tienen esperanza en Él, como Redentor; esperanza de redención y salvación por Él, pero si no hubiera resurrección, o recompensa futura, la esperanza de ellos en Él sería sólo para esta vida. Tendrían que estar en peor condición que el resto de la humanidad, especialmente en la época y las circunstancias en que escribió el apóstol, porque en aquel entonces, los cristianos eran odiados y perseguidos por todos los hombres. Pero no es así; ellos, de todos los hombres, disfrutan bendiciones firmes en medio de todas sus dificultades y pruebas, aun en los tiempos de la persecución más fuerte.

Vv. 20—34. A todos los que por fe se unen a Cristo, por su resurrección se les asegura la propia. Como por el pecado del primer Adán todos los hombres se hicieron mortales, porque todos obtuvieron su misma naturaleza pecaminosa, así, por medio de la resurrección de Cristo todos los que son hechos partícipes del Espíritu, y de la naturaleza espiritual, reviviremos y viviremos por siempre. —Habrá un orden en la resurrección. El mismo Cristo fue la primicia; en su venida resucitará su pueblo redimido antes que los otros; al final, también los impíos serán resucitados. Entonces, será el fin del estado presente de cosas. Si queremos triunfar en esa solemne e importante

ocasión, debemos someternos ahora a su reinado, aceptar su salvación, y vivir para su gloria. Entonces, nos regocijaremos al completarse su empresa, para que Dios reciba toda la gloria de nuestra salvación, para que le sirvamos por siempre, y disfrutemos de su favor. —¿Qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? Quizá aquí se use el bautismo como una figura de aflicciones, sufrimientos y martirio, como en Mateo xx, 22, 23. ¿Qué es, o qué será, de quienes sufrieron muchos daños graves y hasta perdieron su vida por esta doctrina de la resurrección, si los muertos en ninguna manera resucitan? —Cualquiera sea el significado, indudablemente los corintios entendían el argumento del apóstol. Para nosotros es evidente que el cristianismo sería una confesión necia, si no nos propusiera esperanzas más allá de esta vida, al menos en tiempos de peligro, como en los primeros tiempos, y a menudo desde entonces. —Es lícito y adecuado que los cristianos se propongan ventajas para sí mismos por su fidelidad a Dios; y dar nuestro fruto para santidad, y nuestro fin sea la vida eterna. Pero no debemos vivir como bestias, porque no morimos como ellas. Debe ser la ignorancia sobre Dios lo que lleva a que alguien no crea en la resurrección y la vida futura. Los que reconocen un Dios y una providencia, y observan cuán injustas son las cosas en la vida actual, cuán a menudo le va muy mal a los mejores hombres, no pueden dudar de un estado ulterior en que todo será enderezado. No nos juntemos con los impíos, pero advirtamos a todos los que nos rodeen, especialmente a los niños y jóvenes, que los eviten como a la peste. Despertemos a la justicia, y no pequemos.

Vv. 35—50. —1. ¿Cómo resucitarán los muertos, esto es, por qué medios? ¿Cómo pueden resucitar? —2. En cuanto a los cuerpos que resucitarán, ¿tendrán la misma forma, estatura, miembros y cualidades? La primera objeción es de quienes se oponen a la doctrina, la seguda de los curiosos. La respuesta para la *primera* es: será efectuada por el poder divino; ese poder que todos ven obrar algo parecido, año tras año, en la muerte y el revivir del trigo. Necio es cuestionar al omnipotente poder de Dios para resucitar a los muertos, cuando lo vemos diariamente vivificando y reviviendo cosas que están muertas. A la *segunda* pregunta: el grano emprende un tremendo cambio, y así será con los muertos, cuando sean levantados y vivan otra vez. La semilla muere, aunque una parte de ella brota a vida nueva, pero no podemos entender cómo es esto. Las obras de la creación y de la providencia nos enseñan diariamente a ser humildes, y a admirar la sabiduría y la bondad del Creador. Hay una gran variedad entre otros cuerpos como la hay entre las plantas. Hay una variedad de gloria entre los cuerpos celestiales. Los cuerpos de los muertos, cuando sean levantados, serán adecuados para el estado celestial; y habrá una variedad de gloria entre ellos. —Enterrar a los muertos es como entregar la semilla a la tierra para que brote de ella otra vez. Nada es más aborrecible que un cuerpo muerto. Pero en la resurrección, los creyentes tendrán cuerpos preparados para estar unidos para siempre a espíritus hechos perfectos. Todas las cosas son posibles para Dios. Él es el Autor y la Fuente de la vida espiritual y de la santidad para todo su pueblo, por la provisión de su Espíritu Santo para el alma; también vivificará y cambiará el cuerpo por obra de su Espíritu. Los muertos en Cristo no serán sólo resucitados sino resucitarán cambiados gloriosamente. Los cuerpos de los santos serán cambiados cuando resuciten. Entonces, serán cuerpos gloriosos y espirituales, aptos para el mundo y el estado celestiales, donde vivirán para siempre jamás. El cuerpo humano en su forma presente y con sus necesidades y debilidades, no puede entrar en el reino de Dios, ni disfrutar de él. Entonces, no sembremos para la carne, de la cual sólo podemos cosechar corrupción. El cuerpo sigue al estado del alma. Por tanto, el que descuida la vida del alma, expulsa a su bien presente; el que rehúsa vivir para Dios, despilfarra todo lo que tiene.

Vv. 51—58. No todos los santos morirán, pero todos serán cambiados. Muchas verdades del evangelio que estaban ocultas en misterios son dadas a conocer. La muerte nunca aparecerá en las regiones a las cuales nuestro Señor llevará a sus santos resucitados. Por tanto, procuremos la plena seguridad de la fe y la esperanza para que, en medio del dolor, y en la perspectiva de la muerte, podamos pensar con calma en los horrores de la tumba, seguros de que nuestros cuerpos dormirán

ahí, y mientras tanto, nuestras almas estarán presentes con el Redentor. —El pecado da a la muerte todo su poder nocivo. El aguijón de la muerte es el pecado, pero Cristo, al morir quitó este aguijón; Él hizo expiación por el pecado; Él obtuvo la remisión del pecado. La fuerza del pecado es la ley. Nadie puede responder a sus exigencias, soportar su maldición o terminar sus transgresiones. De ahí, el terror y la angustia. De ahí que la muerte sea terrible para el incrédulo y el impenitente. La muerte puede sorprender al creyente, pero no puede retenerlo en su poder. ¡Cuántos manantiales de gozo para los santos, y de gratitud a Dios, son abiertas por la muerte y la resurrección, los sufrimientos y las conquistas del Redentor! —En el versículo 58 tenemos una exhortación a que los creyentes sean constantes, firmes en la fe de ese evangelio que predicó el apóstol y que ellos recibieron. Además, a permanecer inconmovibles en su esperanza y expectativa de este gran privilegio de resucitar incorruptible e inmortal. Para abundar en la obra del Señor, haciendo siempre el servicio del Señor y obedeciendo los mandamientos del Señor. Que Cristo nos dé la fe, y aumente nuestra fe, para que nosotros no sólo estemos a salvo, sino gozosos y triunfantes.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—9. *Colecta para los pobres de Jerusalén.* 10—12. *Timoteo y Apolos, recomendados.* 13—18. *Exhortación a estar vigilantes en la fe y el amor.* 19—24. *Saludos cristianos.*

Vv. 1—9. Los buenos ejemplos de otros cristianos e iglesias deben estimularnos. Bueno es almacenar para buenos usos. Los que son ricos en este mundo deben ser ricos en buenas obras, 1 Timoteo vi, 17, 18. La mano diligente no se enriquecerá sin la bendición divina, Proverbios x, 4, 22. ¿Qué más adecuado para estimularnos a la caridad con el pueblo e hijos de Dios que mirar todo lo que tenemos como dádiva suya? Las obras de misericordia son frutos reales del amor verdadero a Dios, y por tanto son servicios apropiados para el día del Señor. Los ministros hacen la actividad que les corresponde cuando promueven, o ayudan, las obras de caridad. —El corazón de un ministro cristiano debe estar orientado hacia la gente entre quienes haya trabajado mucho tiempo, y con éxito. Debemos hacernos todos nuestros propósitos con sumisión a la providencia divina, Santiago, iv, 15. Los adversarios y la oposición no quiebran los espíritus de los ministros fieles y exitosos, pero enardecen su celo y les inspiran un nuevo valor. El ministro fiel se descorazona más con la dureza de los corazones de sus oyentes y el extravío de los profesantes que con los atentados de los enemigos.

Vv. 10—12. Timoteo vino a hacer la obra del Señor. Por tanto, afligir su espíritu es contristar al Espíritu Santo; despreciarlo es despreciar a Aquel que lo envió. Los que trabajan en la obra del Señor deben ser tratados con ternura y respeto. Los ministros fieles no tendrán celo unos de otros. Corresponde a los ministros del evangelio demostrar interés por la reputación y la utilidad de unos y otros.

Vv. 13—18. El cristiano siempre corre peligro, por tanto, siempre debe estar alerta. Debe estar firme en la fe del evangelio sin abandonarla, ni renunciar jamas a ella. Por esta sola fe será capaz de resistir en la hora de la tentación. Los cristianos deben cuidar que la caridad no sólo reine en sus corazones, sino brille en sus vidas. Hay una gran diferencia entre la firmeza cristiana y el activismo febril. El apóstol da instrucciones particulares para algunos que sirven la causa de Cristo entre ellos. Los que sirven a los santos, los que desean el honor de las iglesias, y quitar los reproches de ellas, tienen que ser muy considerados y amados. Deben reconocer voluntariamente el valor de los tales y de todos los que trabajaron con el apóstol o le ayudaron.

Vv. 19—24. El cristianismo no destruye en absoluto el civismo. La religión debe fomentar un temperamento cortés y amable hacia todos. Dan una falsa idea de la religión, y le causan reproche, los que encuentran ánimo en ella para ser irritables y tercos. Los saludos cristianos no son simples cumplidos vacíos, sino expresiones reales de buena voluntad para el prójimo, y los encomiendan a la gracia y a la bendición divinas. Toda familia cristiana debe ser como una iglesia cristiana. Dondequiera que se reúnan dos o tres en el nombre de Cristo, y Él esté entre ellos, ahí hay una iglesia. —Aquí hay una advertencia solemne: muchas personas que tienen muy a menudo el nombre de Cristo en sus bocas, no tienen un amor verdadero por Él en sus corazones. No le ama de verdad quien no ame sus leyes ni obedezca sus mandamientos. Muchos son cristianos de nombre, porque no aman a Cristo Jesús, el Señor, con sinceridad. Los tales están separados del pueblo de Dios y del favor de Dios. Los que no aman al Señor Jesucristo deben perecer sin remedio. No descansemos en ninguna profesión religiosa donde no hay el amor de Cristo, los sinceros deseos por su salvación, la gratitud por sus misericordias, y la obediencia a sus mandamientos. —La gracia de nuestro Señor Jesucristo tiene en ella todo lo que es bueno para el tiempo y la eternidad. Desear que nuestros amigos puedan tener esta gracia consigo, es desearles el sumo bien. Esto debemos desear a todos nuestros amigos y hermanos en Cristo. No podemos desearles nada más grande, y no debemos desearle nada menos. El cristianismo verdadero hace que deseemos las bendiciones de ambos mundos para los que amamos; esto significa desearles que la gracia de Cristo esté con ellos. El apóstol había tratado claramente con los corintios, y les habló de sus faltas con justa severidad, pero se despide con amor y con una solemne profesión de su amor por ellos por amor a Cristo. Que nuestro amor sea con todos los que están en Cristo Jesús. Probemos si todas las cosas nos parecen sin valor cuando las comparamos con Cristo y su justicia. ¿Nos permitimos algún pecado conocido o la negligencia de un deber conocido? Con tales preguntas, fielmente hechas, podemos juzgar el estado de nuestras almas.

SEGUNDA DE CORINTIOS

Probablemente la Segunda Epístola a los Corintios haya sido escrita como un año después de la primera. Sus contenidos están íntimamente relacionados con los de la primera epístola. Se comenta particularmente la manera con que fue recibida la carta que San Pablo escribiera con anterioridad; esta fue tal que llenó su corazón de gratitud a Dios, que le capacitó para desempeñar tan plenamente su deber para con ellos. Muchos habían dado señales de arrepentimiento y enmendado su conducta, pero otros aún seguían a sus falsos maestros; y, como el apóstol retrasaba su visita, por no desear tratarlos con severidad, le acusaron de liviandad y cambio de conducta; además, de orgullo, vanagloria y severidad, y hablaban de él con desprecio. En esta epístola hallamos el mismo afecto ardiente por los discípulos de Corinto que en la anterior, el mismo celo por el honor del evangelio, y la misma osadía para la reprensión cristiana. Los primeros seis capítulos son principalmente prácticos; el resto se refiere más al estado de la iglesia corintia, pero contienen muchas reglas de aplicación general.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *El apóstol bendice a Dios por el consuelo en las aflicciones y la liberación de ellas.* 12—14. *Declara su propia integridad y la de sus compañeros de labor.* 15—24. *Da razones de no ir a ellos.*

Vv. 1—11. Se nos exhorta a ir directamente al trono de la gracia para obtener misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro en tiempo de necesidad. El Señor es capaz de dar paz a la conciencia turbada y de calmar las pasiones rugientes del alma. Estas bendiciones son dadas por Él como Padre de su familia redimida. Nuestro Salvador es quien dice: No se turbe vuestro corazón. —Toda consolación viene de Dios y nuestras consolaciones más dulces están en Él. Da paz a las almas otorgando remisión gratuita de pecados, y las consuela por la influencia vivificante del Espíritu Santo, y por las ricas misericordias de su gracia. Él es capaz de vendar el corazón roto, de sanar las heridas más dolorosas, y de dar esperanza y gozo en las aflicciones más pesadas. Los favores que Dios nos otorga no son sólo para alegrarnos, sino también para que podamos ser útiles al prójimo. Él envía consuelos suficientes para sostener a los que simplemente confían en Él y le sirven. Si fuéramos llevados tan bajo como para desesperar hasta de vivir, aun entonces podemos confiar en Dios para el tiempo venidero. Nuestro deber es no sólo ayudarnos unos a otros con oración, sino en la alabanza y la acción de gracias y, por ellas, dar retorno adecuado a los beneficios recibidos. De esta manera, las pruebas y las misericordias terminarán bien para nosotros y el prójimo.

Vv. 12—14. Aunque como pecador el apóstol sólo podía regocijarse y gloriarse en Cristo Jesús, como creyente podía regocijarse y gloriarse en ser realmente lo que confesaba. La conciencia atestigua acerca del curso y tenor constantes de la vida. Por eso, podemos juzgarnos y no por este o aquel acto aislado. Nuestra conversación será bien ordenada, cuando vivamos y actuemos bajo el principio de la gracia en el corazón. Teniendo esto, podemos dejar nuestros caracteres en las manos del Señor, pero usando los medios apropiados para aclararlos, cuando el mérito del evangelio o nuestra utilidad, así lo exija.

Vv. 15—24. El apóstol se defiende del cargo de liviandad e inconstancia al no ir a Corinto. Los hombres buenos deben tener cuidado de mantener su reputación de sinceridad y constancia; ellos *no deben* resolver, sino basados en la reflexión cuidadosa; y ellos *no cambiarán* a menos que haya razones de peso. —Nada puede volver más ciertas las promesas de Dios: que sean dadas por medio de Cristo nos asegura que son sus promesas; como las maravillas que Dios obró en la vida, la resurrección, y la ascensión de Su Hijo, confirman la fe. El Espíritu Santo afirma a los cristianos en la fe del evangelio: el despertar del Espíritu es una primicia de la vida eterna: los consuelos del Espíritu son una primicia del gozo eterno. —El apóstol deseaba ahorrarse la culpa que se temía sería inevitable si hubiera ido a Corinto antes de saber qué efecto produjo su carta anterior. Nuestra fuerza y habilidad se deben a la fe; y nuestro consuelo y gozo deben fluir de la fe. Los temperamentos santos y los frutos de la gracia que asisten a la fe, aseguran contra el engaño en una materia tan importante.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Razones del apóstol para no ir a Corinto.* 5—11. *Instrucciones sobre la restauración del ofensor arrepentido.* 12—17. *Un relato de sus labores y éxitos en la difusión del evangelio de Cristo.*

Vv. 1—4. El apóstol deseaba tener una alegre reunión con ellos, y les había escrito confiando que ellos hicieran lo que fuera para su beneficio y consuelo y que, por tanto, ellos se alegrarían al

eliminar toda causa de inquietud para él. Siempre causaremos dolor sin quererlo, aun cuando así lo requiera el deber.

Vv. 5—11. El apóstol deseaba que ellos recibieran nuevamente en su comunión a la persona que había hecho mal, porque tenía conciencia de su falta y estaba muy afligido por el castigo. Hasta la tristeza por el pecado no debe impedir otros deberes ni llevar a la desesperación. No sólo había peligro que Satanás sacara ventaja tentando al penitente a pensar mal de Dios y de la religión, y así llevarlo a la desesperación, y pensara contra las iglesias y los ministros de Cristo, dando una mala imagen de los cristianos por no perdonar. De este modo causaría divisiones e impediría el éxito del ministerio. En esto, como en otras cosas, la sabiduría debe usarse para que el ministerio no sea culpado por permitir, por un lado el pecado, y por el otro, por exagerada severidad contra los pecadores. Satanás tiene muchos planes para engañar y sabe usar para mal nuestros errores.

Vv. 12—17. Los triunfos del creyente son todos en Cristo. A Él sea la alabanza y la gloria de todos mientras el éxito del evangelio es una buena razón para el gozo y júbilo del cristiano. En los triunfos antiguos se usaban mucho perfume y olores gratos; De esta manera, el nombre y la salvación de Jesús, como ungüento derramado, era un olor grato, difundido en todo lugar. Para algunos el evangelio es olor de muerte para muerte. Ellos lo rechazan para su ruina. Para otros, el evangelio es un olor de vida para vida: como los vivificó al principio, cuando estaban muertos en delitos y pecados, así les da más vida, y los lleva a la vida eterna. —Obsérvese las impresiones sobrecogedoras que este asunto hizo en el apóstol y que debiera también hacer en nosotros. La obra es grande, y no tenemos fuerza de nosotros mismos en absoluto; toda nuestra suficiencia viene de Dios. Pero lo que hacemos en religión, a menos que sea hecho con sinceridad, como ante Dios, no es de Dios, no viene de Él y no llegará a Él. Velemos cuidadosamente en este aspecto; y busquemos el testimonio de nuestra conciencia, sometidos a la enseñanza del Espíritu Santo, para que con sinceridad hablemos así en Cristo y de Cristo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—11. *La preferencia del evangelio respecto a la ley dada por Moisés.* 12—18. *La predicación del apóstol era adecuada para la excelencia y evidencia del evangelio por medio del poder del Espíritu Santo.*

Vv. 1—11. Hasta la apariencia de elogiarse a sí mismo y de buscar el aplauso humano resulta doloroso para la mente espiritual y humilde. Nada es más delicioso para los ministros fieles, o más digno de elogio para ellos, que el éxito de su ministerio demostrado en el espíritu y las vidas de aquellos entre quienes trabaja. —La ley de Cristo fue escrita en sus corazones, y el amor de Cristo fue derramado en ellos ampliamente. No fue escrita en tablas de piedras, como la ley de Dios dada a Moisés, sino sobre las tablas de carne del corazón (no carnales, porque la carnalidad connota sensualidad), Ezequiel xxxvi, 26. Sus corazones fueron humillados y ablandados para recibir esta impresión por el poder regenerador del Espíritu Santo. Atribuye toda la gloria a Dios. Recuérdese, que toda nuestra dependencia es del Señor, así toda la gloria le pertenece solo a Él. —La letra mata: la letra de la ley es la ministración de muerte; y si nos apoyamos en la pura letra del evangelio, no seremos mejores por hacerlo así: pero el Espíritu Santo da vida espiritual y vida eterna. —La dispensación del Antiguo Testamento era ministración de muerte, pero la del Nuevo Testamento, de vida. La ley dio a conocer el pecado, y la ira y maldición de Dios; nos muestra a Dios por sobre nosotros, y un Dios en contra de nosotros; pero el evangelio da a conocer la gracia y a Emanuel Dios con nosotros. En ello se revela la justicia de Dios por fe; y esto nos muestra que el justo vivirá por la

fe; esto hace conocer la gracia y la misericordia de Dios por medio de Jesucristo para obtener el perdón de pecados y la vida eterna. El evangelio excede tanto a la ley en gloria que eclipsa la gloria de la dispensación legal. Pero aun el Nuevo Testamento será una letra que mata si se muestra como sólo un sistema o forma, y sin dependencia de Dios Espíritu Santo para dar poder vivificador.

Vv. 12—18. Es deber de los ministros del evangelio usar gran sencillez o claridad para hablar. Los creyentes del Antiguo Testamento tuvieron sólo vistazos nebulosos y pasajeros del glorioso Salvador, y los incrédulos no vieron más allá de la institución externa. Pero los grandes preceptos del evangelio, creer, amar, obedecer, son verdades estipuladas tan claramente como es posible. Toda la doctrina de Cristo crucificado es expuesta tan sencillamente como el lenguaje humano puede hacerlo. —Los que vivieron bajo la ley, tenían un velo sobre sus corazones. Este velo es quitado por las doctrinas de la Biblia acerca de Cristo. Cuando una persona se convierte a Dios, entonces es quitado el velo de la ignorancia. La condición de los que disfrutan y creen el evangelio es feliz, porque el corazón es puesto en libertad para correr por los caminos de los mandamientos de Dios. Ellos tienen luz, y con la cara descubierta contemplan la gloria del Señor. Los cristianos deben apreciar y realzar estos privilegios. No debemos descansar sin conocer el poder transformador del evangelio, por la obra del Espíritu, que nos lleva a buscar ser como el carácter y la tendencia del glorioso evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y a la unión con Él. Contemplamos a Cristo como en el cristal de su palabra, y como el reflejo de un espejo hace que brille el rostro, así también brillan los rostros de los cristianos.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *Los apóstoles trabajaron con mucha diligencia, sinceridad y fidelidad.* 8—12. *Sus sufrimientos por el evangelio fueron grandes, pero con rico sustento.* 13—18. *Las perspectivas de la gloria eterna impiden que los creyentes desfallezcan bajo las aflicciones.*

Vv. 1—7. Los mejores hombres desmayarán si no recibieran misericordia de Dios. Podemos confiar en esa misericordia que nos ha socorrido sacándonos y llevándonos adelante, hasta ahora, para que nos ayude hasta el fin. Los apóstoles no tenían intenciones malas ni bajas recubiertas con pretensiones superficialmente equitativas y buenas. No trataron que el ministerio de ellos sirviera para un turno. La sinceridad o la rectitud guardará la opinión favorable de los hombres buenos y sabios. Cristo por su evangelio hace una revelación gloriosa a la mente de los hombres, pero el designio del diablo es mantener a los hombres en la ignorancia; cuando no puede mantener fuera del mundo la luz del evangelio de Cristo, no se ahorra esfuerzos para mantener a los hombres fuera del evangelio o ponerlos en contra. —El rechazo del evangelio aquí se atribuye a la ceguera voluntaria y a la maldad del corazón humano. El yo no era el tema ni el fin de la predicación de los apóstoles; ellos predicaban a Cristo como Jesús, el Salvador y Libertador, que salva hasta lo sumo a todos los que vayan a Dios por su intermedio. Los ministros son siervos de las almas de los hombres; deben evitar volverse siervos de los humores o lujurias de los hombres. —Es agradable contemplar el sol en el firmamento, pero es más agradable y provechoso que el evangelio brille en el corazón. Como la luz fue al principio de la primera creación, así, también, en la nueva creación, la luz del Espíritu es su primera obra en el alma. El tesoro de luz y gracia del evangelio está puesto en vasos de barro. Los ministros del evangelio están sometidos a las mismas pasiones y debilidades que los demás hombres. Dios podría haber enviado a los ángeles para dar a conocer la doctrina gloriosa del evangelio o podría haber enviado a los hijos de los hombres más admirados para enseñar a las naciones, pero escogió vasos más humildes, más débiles, para que su poder sea altamente glorificado al sostenerlos, y en el bendito cambio obrado por el ministerio de ellos.

Vv. 8—12. Los apóstoles sufrieron enormemente, pero hallaron un sustento maravilloso. Los creyentes pueden ser abandonados por sus amigos y ser perseguidos por los enemigos, pero su Dios nunca los dejará ni los desamparará. Puede que haya temores internos y luchas externas, pero no somos destruidos. El apóstol habla de sus sufrimientos, como la contrapartida de los sufrimientos de Cristo, para que la gente pueda ver el poder de la resurrección de Cristo y de la gracia en el Jesús vivo y por medio de Él. Comparados con ellos, los demás cristianos estuvieron en circunstancias prósperas, en aquel tiempo.

Vv. 13—18. La gracia de la fe es un remedio eficaz contra el desaliento en tiempos de prueba. Ellos sabían que Cristo había resucitado y que su resurrección era arras y garantía de la de ellos. La esperanza de esta resurrección animará en el día de sufrimiento y nos pondrá por encima del temor a la muerte. Además, sus sufrimientos fueron para el provecho de la Iglesia y para la gloria de Dios. Los sufrimientos de los ministros de Cristo, y su predicación y conversación, son para el bien de la Iglesia y para la gloria de Dios. La perspectiva de la vida y la dicha eternas eran su fortaleza y consuelo. Lo que el sentido estaba dispuesto a considerar pesado y largo, doloroso y tedioso, la fe lo percibe leve y corto y sólo momentáneo. El peso de todas las aflicciones temporales era leve en sí, mientras la gloria venidera era una sustancia de peso y duración más allá de toda descripción. Si el apóstol pudo llamar leves y momentáneas a sus pruebas pesadas, largas y continuas, ¡qué triviales deben de ser nuestras dificultades! La fe capacita para efectuar el recto juicio de las cosas. Hay cosas invisibles y cosas que se ven, y entre ellas hay esta vasta diferencia: las cosas invisibles son eternas, las cosas visibles son temporales o sólo pasajeras. Entonces, no miremos las cosas que se ven; dejemos de buscar las ventajas mundanales o de temer los trastornos presentes. Pongamos diligencia en hacer segura nuestra futura felicidad.

CAPÍTULO V

Versículos 1—8. *La esperanza y el deseo del apóstol de la gloria celestial.* 9—15. *Esto estimulaba a la diligencia. La razón de estar afectado con celo por los corintios.* 16—21. *La necesidad de la regeneración, de la reconciliación con Dios por medio de Cristo.*

Vv. 1—8. El creyente no sólo está bien seguro por la fe de que hay otra vida dichosa, después de esta; tiene buena esperanza, por la gracia, del cielo como habitación, un lugar de reposo, un escondite. En la casa de nuestro Padre muchas moradas hay, cuyo arquitecto y hacedor es Dios. La dicha del estado futuro es lo que Dios ha preparado para los que le aman: habitaciones eternas, no como los tabernáculos terrenales, las pobres chozas de barro en que ahora moran nuestras almas; que se pudren y deterioran, cuyos cimientos están en el polvo. El cuerpo de carne es una carga pesada, las calamidades de la vida son una carga pesada, pero los creyentes gimen cargados con un cuerpo de pecado, y debido a las muchas corrupciones remanentes que rugen dentro de ellos. La muerte nos desvestirá del ropaje de carne, y de todas las bendiciones de la vida y acabará todos nuestros problemas de aquí abajo. Pero las almas fieles serán vestidas con ropajes de alabanza, con mantos de justicia y gloria. —Las gracias y las consolaciones presentes del Espíritu son primicias de la gracia y el consuelo eterno. Aunque Dios está aquí con nosotros, por su Espíritu, y en sus ordenanzas, aún no estamos con Él como esperamos estar. La fe es para este mundo, y la vista es para el otro mundo. Nuestro deber es, y será nuestra preocupación, andar por fe hasta que vivamos por vista. Esto muestra claramente la dicha que disfrutarán las almas de los creyentes cuando se ausenten del cuerpo, y donde Jesús da a conocer su gloriosa presencia. —Estamos unidos al cuerpo y al Señor; cada uno reclama una parte de nosotros, pero, ¡cuánto más poderosamente clama el Señor por tener el alma del creyente íntimamente unida con Él! Tú eres una de las almas que yo he amado y

escogido; uno de los que me han sido dados. ¡Qué es la muerte como objeto de temor, si se compara con estar ausentes del Señor!

Vv. 9—15. El apóstol se anima a sí mismo y a los demás a cumplir su deber. Las esperanzas bien cimentadas del cielo no animarán a la pereza ni a la confianza pecaminosa. Todos deben considerar el juicio venidero, al que se llama El terror del Señor. Sabiendo cuán terrible es la venganza que el Señor ejecutará en los hacedores de iniquidad, el apóstol y sus hermanos usan todo argumento y persuasión para llevar a los hombres a creer en el Señor Jesús, y para actuar como sus discípulos. Su celo y diligencia eran para la gloria de Dios y para el bien de la Iglesia. El amor de Cristo por nosotros tendrá un efecto similar en nosotros si es debidamente considerado y rectamente juzgado. Todos estaban perdidos y deshechos, muertos y destruidos, esclavos del pecado, sin poder para liberarse y tendrían que haber seguido así, miserables para siempre, si Cristo no hubiera muerto. No debemos hacer de nosotros la finalidad de nuestra vida y acciones, sino a Cristo. La vida del cristiano debe ser dedicada a Cristo. ¡Ay, cuántos muestran la nulidad de la fe y del amor que profesan viviendo para sí mismos y para el mundo!

Vv. 16—21. El hombre renovado actúa sobre la base de principios nuevos, por reglas nuevas, con finalidades nuevas y con compañía nueva. El creyente es creado de nuevo; su corazón no es sólo enderezado; le es dado un corazón nuevo. Es hechura de Dios, creado en Cristo Jesús para buenas obras. Aunque es el mismo como hombre, ha cambiado su carácter y conducta. Estas palabras deben significar más que una reforma superficial. El hombre que antes no veía belleza en el Salvador para desearlo, ahora le ama por sobre todas las cosas. —El corazón del que no está regenerado está lleno de enemistad contra Dios, y Dios está justamente ofendido con él. Pero puede haber reconciliación. Nuestro Dios ofendido nos ha reconciliado consigo por Jesucristo. —Por la inspiración de Dios fueron escritas las Escrituras, que son la palabra de reconciliación; mostrando que había sido hecha la paz por la cruz, y cómo podemos interesarnos en ella. Aunque no puede perder por la guerra ni ganar por la paz, aun así Dios ruega a los pecadores que echen a un lado su enemistad, y acepten la salvación que Él ofrece. Cristo no conoció pecado. Fue hecho pecado; no pecador, sino pecado, una ofrenda por el pecado, un sacrificio por el pecado. El objetivo y la intención de todo esto era que nosotros pudiésemos ser hechos justicia de Dios en Él, pudiésemos ser justificados gratuitamente por la gracia de Dios por medio de la redención que es en Cristo Jesús. ¿Puede alguien perder, trabajar o sufrir demasiado por el que dio a su Hijo amado para que fuera el sacrificio por los pecados de ellos, para que ellos fuesen hechos la justicia de Dios en Él?

CAPÍTULO VI

Versículos 1—10. *El apóstol, con otros, se demuestran como ministros fieles de Cristo por su vida y conducta irreprochables.* 11—18. *Por afecto a ellos.—Y por una seria preocupación, que ellos no tengan comunión con incrédulos e idólatras.*

Vv. 1—10. El evangelio es una palabra de gracia que suena en nuestros oídos. El día del evangelio es un día de salvación, el medio de gracia es el medio de salvación, el ofrecimiento del evangelio es la oferta de la salvación, y la época presente es el tiempo apropiado para aceptar tales ofrecimientos. El mañana no es nuestro: no sabemos qué será mañana ni dónde estaremos. Ahora disfrutamos un día de gracia; entonces, seamos cuidadosos para no rechazarlo. Los ministros del evangelio deben considerarse como siervos de Dios y actuar en todo en la forma conveniente a ese carácter. El apóstol lo hizo así, por mucha paciencia en las aflicciones, actuando sobre la base de buenos principios, y con el debido carácter y conducta. Los creyentes de este mundo necesitan la gracia de

Dios para armarse contra las tentaciones y para soportar la buena opinión de los hombres sin enorgullecerse; y para sufrir con paciencia sus reproches. Ellos nada tienen en sí mismos, pero poseen todas las cosas en Cristo. —De tales diferencias está hecha la vida del cristiano, y a través de tal variedad de condiciones e informes, va nuestro camino al cielo; debemos tener cuidado para presentarnos a Dios aprobados en todas las cosas. El evangelio mejora la condición de hasta el más mísero cuando es predicado fielmente y recibido por completo. Ellos ahorran lo que antes gastaban alocadamente, y emplean con diligencia su tiempo en propósitos útiles. Ellos ahorran y ganan por la religión y, de este modo, son enriquecidos, para el mundo venidero y para este, cuando se les compara con su estado pecador disipado de antes que recibieran el evangelio.

Vv. 11—18. Malo es que los creyentes se junten con los malos y profanos. La palabra incrédulo se aplica a todos los desposeídos de la fe verdadera. Los pastores verdaderos advertirán a sus amados hijos del evangelio a no unirse en yugo desigual. Los efectos fatales de rechazar los preceptos de las Escrituras acerca de los matrimonios se notan claramente. En lugar de ayuda idónea, la unión trae una trampa. Los que tienen la cruz de estar unidos desigualmente, sin que sea su falta voluntaria, pueden esperar consuelo bajo ella, pero cuando los creyentes establecen estas uniones, contrarias a las expresas advertencias de la palabra de Dios, deben esperar mucha angustia. —La cautela se extiende también a la conversación corriente. No debemos entablar amistad ni familiaridad con hombres malos e incrédulos. Aunque no podemos evitar por completo ver y oír, y estar con los tales, nunca debemos, no obstante, elegirlos como amigos. No debemos corrompernos juntándonos con quienes se contaminan a sí mismos con pecado. Salid de en medio de los hacedores de iniquidad, y apartaos de sus placeres y empresas vanas y pecaminosas; de toda conformidad a las corrupciones de este mundo presente. Si es un privilegio envidiado ser hijo o hija de un príncipe terrenal, ¿quién puede expresar la dignidad y la felicidad de ser hijos e hijas del Todopoderoso?

CAPÍTULO VII

Versículos 1—4. *Una exhortación a la santidad, y toda la Iglesia llamada a tener afecto por el apóstol.* 5—11. *Se regocijaba en que ellos se entristecieran para arrepentimiento,* 12—16. *y en el consuelo que ellos y Tito tuvieron juntos.*

Vv. 1—4. Las promesas de Dios son razones fuertes para que nosotros busquemos la santidad; debemos limpiarnos de toda inmundicia de carne y espíritu. Si esperamos en Dios como Padre nuestro, debemos procurar ser santos como Él es santo, y perfectos como nuestro Padre celestial. Su sola gracia, por la influencia de Su Espíritu, puede purificar, pero la santidad debe ser el objetivo de nuestras oraciones constantes. —Si se considera despreciables a los ministros del evangelio, se corre el peligro de despreciar también el mismo evangelio; y aunque los ministros no deben halagar a nadie, sin embargo, deben ser amables con todos. Los ministros pueden buscar estima y favor cuando pueden exhortar a la gente con la seguridad de no haber corrompido a ningún hombre con falsas doctrinas ni discursos engañosos; de no haber defraudado a nadie; ni procurado promover sus propios intereses en menoscabo de alguien. Era el afecto por ellos lo que hizo hablar tan libremente al apóstol y gloriarse de ellos, en todas partes y en todas las ocasiones.

Vv. 5—11. Había luchas externas o contiendas continuas con judíos y gentiles, y resistencia de parte de éstos; y había temores por dentro, y gran preocupación por los que habían abrazado la fe cristiana. Pero Dios consuela a los que están abatidos. Debemos mirar a Dios, por encima y más allá de todos los medios e instrumentos, porque Él es el Autor de todo consuelo y bien que disfrutamos. La tristeza según la voluntad de Dios, que es para la gloria de Dios, y la obra del Espíritu de Dios,

vuelve al corazón, humilde, contrito, sumiso, dispuesto a mortificar todo pecado, y a caminar en la vida nueva. Este arrepentimiento está relacionado con la fe salvadora en Cristo y con un interés en su expiación. Hay una gran diferencia entre esta tristeza de buena clase y la tristeza del mundo. —Se mencionan los felices frutos del arrepentimiento verdadero. Donde el corazón está cambiado, serán cambiadas la vida y las acciones. Produjo indignación con el pecado, consigo mismo, con el tentador y sus instrumentos. Produjo temor para velar y un cauto temor del pecado. Produjo deseo de ser reconciliados con Dios. Produjo celo por el deber y contra el pecado. Produjo venganza contra el pecado y contra la propia necedad de ellos, mediante esfuerzos por satisfacer los daños ocasionados. La humildad profunda antes Dios, el odio de todo pecado, con fe en Cristo, el nuevo corazón y la vida nueva, constituyen el arrepentimiento para salvación. Que el Señor lo conceda a cada uno de nosotros.

Vv. 12—16. El apóstol no se decepcionó por ellos, lo que dijo a Tito, y pudo declarar, con gozo, la confianza que tenía en ellos para el tiempo venidero. Véase aquí los deberes del pastor y de su rebaño; estos deben alivianar los problemas del oficio pastoral, por medio del respeto y la obediencia; el primero debe dar una respuesta adecuada por medio del cuidado hacia ellos, y con su preocupación por ellos y su aprecio por el rebaño con testimonios de satisfacción, gozo y ternura.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *El apóstol les recuerda la ofrenda para los santos pobres.* 7—9. *Hace cumplir esto por las donaciones de ellos, y por el amor y la gracia de Cristo.* 10—15. *Por la voluntad que habían mostrado para esta buena obra.* 16—24. *Les encomienda a Tito.*

Vv. 1—6. La gracia de Dios debe reconocerse como raíz y fuente de todo bien en nosotros, o hecho por nosotros, en todo momento. Gran gracia y favor de Dios es que seamos útiles para el prójimo y el progreso de cualquier obra buena. Elogia la caridad de los macedonios. Lejos de necesitar que Pablo los exhortara, le rogaron que recibiera la dádiva que le enviaron. —Cualquiera sea la cosa que usemos o dispongamos para Dios, tan sólo es darle lo que es suyo. Todo lo que demos para fines caritativos no será aceptado por Dios, ni será para ventaja nuestra, a menos que, primero, nos demos nosotros mismos al Señor. Atribuyendo a la gracia de Dios todas las obras realmente buenas, no sólo le damos la gloria a quien corresponde, sino también, mostramos a los hombres dónde está su fuerza. El gozo espiritual abundante ensancha los corazones de los hombres en el trabajo y la obra de amor. ¡Qué diferente es esto de la conducta de quienes no se unirán a ninguna buena obra a menos que se les exija!

Vv. 7—9. La fe es la raíz; y sin fe es imposible agradar a Dios, Hebreos xi, 6, de modo que los que abundan en fe, abundarán también en otras gracias y buenas obras. Esto obrará y se notará por el amor. Los grandes habladores no siempre son los mejores hacedores; pero los corintios fueron diligentes en el hacer, así como en el saber y en el hablar bien. El apóstol les desea que, a todas estas cosas buenas, también agreguen esta gracia: abundar en caridad para los pobres. —Los mejores argumentos de los deberes cristianos se extraen de la gracia y del amor de Cristo. Aunque era rico, siendo Dios, igual en poder y gloria con el Padre, no sólo se hizo hombre por nosotros; también se hizo pobre. Al fin, se despojó a sí mismos, como si se vaciara, para rescatar las almas de ellos por su sacrificio en la cruz. ¡Bendito Señor, de qué riquezas te rebajaste, por nosotros, a qué pobrezas! ¡Y a qué riquezas nos elevaste por medio de tu pobreza! Nuestra dicha es estar totalmente a tus órdenes.

Vv. 10—15. Los buenos propósitos son como los brotes y los capullos, agradables de ver y dan esperanzas de buen fruto, pero se pierden y nada significan sin buenas obras. Los buenos comienzos están bien; pero perdemos el beneficio si no hay perseverancia. Cuando los hombres se proponen lo bueno, y se esfuerzan, conforme a su habilidad a hacerlo, Dios no los rechazará por lo que no puedan hacer. Sin embargo, esta Escritura no justifica a quienes piensan que basta con tener buenas intenciones, o que los buenos propósitos y la sola confesión de una mente dispuesta son suficientes para salvar. —La providencia da más de las cosas buenas de este mundo a unos que a otros, para que los que tienen abundancia puedan suplir al prójimo lo que le falta. La voluntad de Dios es que haya una cierta medida de igualdad por medio de nuestra mutua provisión; no que haya una igualdad tal que destruya la propiedad, porque, en ese caso, no se podría ejercer la caridad. Todos deben considerar que les concierne aliviar a los desposeídos. Esto se muestra en la recogida y la entrega del maná en el desierto, Éxodo xvi, 18. Los que tienen más de este mundo, no tienen más que alimento y vestido; y los que tienen poco de este mundo, rara vez se hallan completamente desprovistos de esas cosas.

Vv. 16—24. El apóstol elogia a los hermanos enviados a reunir la ofrenda de amor de ellos, para que se supiera quiénes eran, y con cuánta seguridad se podía confiar en ellos. Deber de todos los cristianos es actuar con prudencia para evitar, en lo que podamos, toda sospecha injusta. En primer lugar, es necesario actuar rectamente ante Dios, pero las cosas honestas ante los hombres también deben recibir atención. El carácter puro y la conciencia limpia son un requisito para ser útiles. Ellos dieron gloria a Cristo como instrumentos y obtuvieron honra de Cristo por ser contados como fieles, y ser empleados en su servicio. La buena opinión que el prójimo tenga de nosotros, debiera ser un argumento para que nosotros hagamos el bien.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—5. *La razón de enviar a Tito a buscar las ofrendas.* 6—15. *Los corintios tienen que ser generosos y alegres.—El apóstol agradece a Dios por su don inefable.*

Vv. 1—5. Cuando queremos que los demás hagan el bien, debemos actuar prudente y tiernamente con ellos, y darles tiempo. Los cristianos deben considerar lo que es para el pretigio de la fe que profesan, y deben esforzarse por adornar en todas las cosas la doctrina de Dios, su Salvador. El deber de ministrar a los santos es tan claro que puede parecer que no es necesario exhortar a los cristianos al respecto; sin embargo, el amor propio contiende con tanto poder contra el amor de Cristo, que suele ser necesario estimular sus mentes por medio del recuerdo.

Vv. 6—15. El dinero donado con caridad puede parecer tirado a la basura para la mente carnal, pero cuando se da sobre la base de los principios apropiados, es semilla sembrada de la cual puede esperarse un valioso incremento. Hay que dar con cuidado. Las obras de caridad, como todas las demás buenas obras, deben hacerse de manera reflexiva e intencionada. La debida reflexión sobre nuestras circunstancias, y la de aquellos a quienes vamos a socorrer, orientará nuestras dádivas al servicio de la caridad. La ayuda debe darse con generosidad, sea más o menos, no con renuencia, sino con alegría. Mientras algunos desparraman y aun así crecen, otros retienen más de lo que se ve y eso lleva a la pobreza. Si tuviésemos más fe y amor desperdiciaríamos menos en nosotros mismos, y sembraríamos más con la esperanza de un crecimiento abundante. —¿Puede un hombre perder haciendo aquello con que Dios se agrada? Él puede hacer que toda la gracia abunde para con nosotros, y que abunde en nosotros; puede dar un gran crecimiento de las buenas cosas espirituales y de las temporales. Puede hacer que tengamos suficiente en todas las cosas y que nos contentemos

con lo que tenemos. Dios no sólo nos da bastante para nosotros mismos, sino además para que podamos suplir con ello las necesidades del prójimo, y esto debe ser como semilla para sembrar. Debemos mostrar la realidad de nuestra sujeción al evangelio por las obras de caridad. Esto será para mérito de nuestra confesión y para la alabanza y la gloria de Dios. Propongámonos imitar el ejemplo de Cristo, sin cansarnos de hacer el bien, y considerando que es más bienaventurado dar que recibir. —Bendito sea Dios por el don inefable de su gracia, por la cual capacita e inclina a algunos de su pueblo a dar a los demás, y a otros a estar agradecidos por ello; y bendito sea para toda la eternidad su glorioso nombre por Jesucristo, el don de valor inapreciable de su amor, por medio del cual estas y todas las otras cosas, que pertenecen a la vida y la piedad, nos son dadas gratuitamente, más allá de toda expresión, medida o límite.

CAPÍTULO X

Versículos 1—6. *El apóstol establece su autoridad con mansedumbre y humildad.* 7—11. *Razona con los corintios.* 12—18. *Busca la gloria de Dios, y ser aprobado por Él.*

Vv. 1—6. Mientras otros tenían en menos al apóstol, y hablaban de él con escarnio, él pensaba y hablaba humildemente de sí. Debemos estar conscientes de nuestros males y pensar humildemente de nosotros, aunque los hombres nos lo reprochen. —La obra del ministerio es una guerra espiritual contra los enemigos espirituales y con objetivos espirituales. El poder exterior no es el método del evangelio, sino las persuasiones sólidas, por el poder de la verdad y la mansedumbre de la sabiduría. La conciencia es responsable de rendir cuentas sólo a Dios; y a la gente se la debe convencer sobre Dios y su deber, sin forzarlos. De este modo, son muy poderosas las armas de nuestra milicia; la evidencia de la verdad es convincente. ¡Qué oposición se hace contra el evangelio, por parte de los poderes del pecado y de Satanás en los corazones de los hombres! Pero véase la victoria que obtiene la palabra de Dios. Los medios señalados, por débiles que puedan parecerles a algunos, serán poderosos por medio de Dios. La predicación de la cruz hecha por hombres de fe y oración siempre ha resultado fatal para la idolatría, la impiedad y la maldad.

Vv. 7—11. Pablo era vil y despreciable a ojos de algunos, en cuanto a su apariencia externa, pero esta era una regla falsa para juzgar. No debemos pensar que nadie, salvo nosotros, pertenece a Cristo. No miremos las cosas por su apariencia externa, como si la falta de tales cosas demostrara que un hombre no es un cristiano real, o un ministro fiel y capaz del humilde Salvador.

Vv. 12—18. Si nos comparáramos con quienes nos superan, eso sería un buen método para mantenernos humildes. El apóstol se establece una buena regla de conducta, a saber, no jactarse de cosas sin su medida, que fue la medida que Dios le asignó a él. No hay fuente de error más fructífera que juzgar a las personas y las opiniones por nuestros propios prejuicios. ¡Qué común es que las personas juzguen su propio carácter religioso por las opiniones y las máximas del mundo que los rodea! ¡Pero qué diferente es la regla de la palabra de Dios! De todo el halago, el peor es el halago de sí mismo. Por tanto, en vez de alabarnos a nosotros mismos, debemos esforzarnos por ser aprobados por Dios. En una palabra, gloriémonos en el Señor nuestra salvación, y en todas las demás cosas sólo como pruebas de su amor, o como medios de fomentar Su gloria. En lugar de alabarnos nosotros mismos, o de buscar la alabanza de los hombres, deseemos sólo la honra que procede de Dios.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—4. *El apóstol da sus razones para hablar recomendándose a sí mismo.* 5—15. *Muestra que ha predicado gratuitamente el evangelio.* 16—21. *Explica lo que iba a agregar en defensa de su carácter.* 22—33. *Rinde cuenta de sus trabajos, preocupaciones, sufrimientos, peligros y liberaciones.*

Vv. 1—4. El apóstol deseaba resguardar a los corintios de ser corrompidos por falsos apóstoles. No hay sino un Jesús, un Espíritu y un evangelio para ser predicado y recibido por ellos; ¿por qué, debido a las invenciones de un adversario, debiera alguien formarse prejuicios contra él, que fue el primero en enseñarles en la fe? Ellos no deben escuchar a los hombres que, sin causa, los alejarán de quienes fueron el medio de su conversión.

Vv. 5—15. Es mucho mejor hablar con claridad, pero andando franca y coherentemente con el evangelio, que ser admirado por miles, henchirse de orgullo, como para desprestigiar el evangelio con malos temperamentos y vidas impías. El apóstol no quería dar lugar a que nadie lo acusara de intenciones mundanas al predicar el evangelio, para que otros que se le oponían en Corinto, no pudieran sacar ventaja contra él en este aspecto. Se puede esperar hipocresía especialmente cuando consideramos el gran poder que tiene Satanás sobre la mente de muchos, que manda en los corazones de los hijos de desobediencia. Como hay tentaciones a una mala conducta, así se corre un riesgo igual por el otro lado. Sirve asimismo el propósito de Satanás establecer las buenas obras en oposición a la expiación de Cristo, y a la salvación por fe y gracia. Pero al final se descubrirá a los que son obreros engañosos; su obra terminará en ruina. Satanás permitirá que sus ministros prediquen la ley o el evangelio por separado, pero la ley establecida por fe en la justicia y expiación de Cristo, y la participación de su Espíritu, es la prueba de todo sistema falso.

Vv. 16—21. Es deber y práctica de los cristianos humillarse y obedecer el mandamiento y el ejemplo del Señor; pero la prudencia debe dirigir en lo que sea necesario para hacer cosas que podemos hacer lícitamente, aun el hablar de lo que Dios ha obrado para nosotros, en nosotros y por nosotros. —Aquí se hace indudablemente una referencia a hechos en que se ha mostrado el carácter de los falsos apóstoles. Asombra ver cómo tales hombres llevan a la esclavitud a sus seguidores, y cómo los despojan y los insultan.

Vv. 22—33. El apóstol hace un relato de sus trabajos y sufrimientos, no por orgullo o vanagloria, sino para la honra de Dios, que le capacitó para hacer y sufrir tanto por la causa de Cristo; muestra en qué es superior a los falsos apóstoles que trataban de desprestigiar su carácter y su servicio. Nos asombra reflexionar en este relato sobre sus peligros, dificultades y sufrimientos, y observar su paciencia, perseverancia, diligencia, júbilo y utilidad, en medio de todas las pruebas. Véase cuán poca razón tenemos para amar la pompa y la abundancia de este mundo, cuando este bendito apóstol sufrió tantas penurias. Nuestra mayor diligencia y servicios parecen indignos de comentar cuando se comparan con los suyos, y nuestras dificultades y pruebas escasamente pueden notarse. Muy bien puede guiarnos a indagar si somos o no seguidores verdaderos de Cristo. Aquí podemos estudiar la paciencia, el valor y la confianza firme en Dios. Aquí podemos aprender a pensar menos en nosotros mismos, y siempre debemos mantenernos estrictamente en la verdad, como en la presencia de Dios, y debemos referir todo a su gloria, como Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es bendito para siempre.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—6. *Las revelaciones del apóstol.* 7—10. *Las cuales fueron utilizadas para su provecho espiritual.* 11—21. *Las señales de apóstol estaban en él.—Su propósito de hacerles una visita, pero expresa su temor de tener que ser severo con algunos.*

Vv. 1—6. No cabe duda que el apóstol habla de sí mismo. No sabe si las cosas celestiales descendieron hacia él mientras su cuerpo estaba en trance, como en el caso de los antiguos profetas; o si su alma fue desalojada momentáneamente del cuerpo y llevada al cielo, o si fue llevado en cuerpo y alma. No podemos, ni es propio que lo sepamos aún conocer los detalles de este glorioso lugar y estado. No intentó publicar al mundo lo que había escuchado allá, pero expone la doctrina de Cristo. La Iglesia se edifica sobre ese cimiento, y sobre él debemos edificar nuestra fe y esperanza. Mientras esto nos enseña a mejorar nuestras expectativas de la gloria que será revelada, debe dejarnos contentos con los métodos habituales de conocer la verdad y la voluntad de Dios.

Vv. 7—10. El apóstol narra el método que Dios asumió para mantenerlo humilde y para evitar que se exaltara desmedidamente por las visiones y revelaciones que tenía. No se nos dice qué era ese aguijón en la carne, si era un problema enorme o una tentación inmensa. Pero Dios suele sacar bueno de lo malo para que los reproches de nuestros enemigos nos protejan del orgullo. Si Dios nos ama, evitará que nos exaltemos desmedidamente; las cargas espirituales están ordenadas para curar el orgullo espiritual. Se dice que este aguijón en la carne era un mensajero que Satanás envió para mal, pero Dios lo usó y lo venció para bien. La oración es un ungüento para toda llaga, remedio para toda enfermedad, y cuando estamos afligidos con aguijones en la carne, debemos entregarnos a la oración. Si no se contesta la primera oración, ni la segunda, debemos seguir orando. Los problemas son enviados para enseñarnos a orar; y siguen para enseñarnos a insistir en la oración. —Aunque acepta la oración de fe, aun así no siempre Dios da lo que se le pide: porque, como a veces concede con ira, también, niega con amor. Cuando Dios no quita nuestros problemas y tentaciones, pero nos da gracia suficiente para nosotros, no tenemos razón para quejarnos. La gracia significa la buena voluntad de Dios para con nosotros, y eso es suficiente para iluminarnos y vivificarnos, suficiente para fortalecernos y consolarnos en todas las aflicciones y angustias. Su poder se perfecciona en nuestra debilidad. De esta manera, su gracia se manifiesta y magnifica. Cuando somos débiles en nosotros mismos, entonces somos fuertes en la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Si nos sentimos débiles en nosotros mismos, entonces vamos a Cristo, recibimos poder de Él y disfrutamos más las provisiones del poder y la gracia divina.

Vv. 11—21. Tenemos como deuda con los hombres buenos la defensa de su reputación; y tenemos la obligación especial hacia ellos, de quienes recibimos beneficios, en especial los beneficios espirituales, de reconocerlos como instrumentos para nuestro bien en la mano de Dios. He aquí el relato de un ministro fiel del evangelio. Esto era su gran mira e intención: hacer el bien. Notemos aquí diversos pecados que corrientemente se hallan en los que profesan la religión. Las caídas y las malas obras son humillantes para un ministro, y a veces, Dios toma este camino para humillar a los que pudieran ser tentados a enaltecerse. Estos últimos versículos muestran a qué excesos habían desviado los falsos maestros a sus engañados seguidores. ¡Qué penoso es que tales males se hallen entre los que profesan el evangelio! Pero así es y así ha sido con demasiada frecuencia, y así era aun en la época de los apóstoles.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—6. *El apóstol amenaza a los ofensores obstinados.* 7—10. *Ora por su reforma.* 11—14. *Y termina la epístola con un saludo y una bendición.*

Vv. 1—6. Aunque el método de la gracia de Dios es soportar por mucho tiempo a los pecadores, no siempre tolera; finalmente vendrá y no perdonará a los que siguen obstinados e impenitentes. Cristo en su crucifixión parecía solamente un hombre débil e indefenso, pero su resurrección y su vida demostraron su poder divino. Así los apóstoles, por más viles y despreciables que parecieran ante el mundo, como instrumentos manifestaban, no obstante, el poder de Dios. —Prueben ellos sus temperamentos, conducta y experiencia, como el oro es probado o ensayado por la piedra de toque. Si podían demostrar que no eran réprobos, que no eran rechazados por Cristo, confiaba que sabrían que él no era un réprobo ni un desconocido de Cristo. Debían saber si Cristo Jesús estaba o no en ellos, por la influencia, la gracia y la morada de su Espíritu, por su reino establecido en sus corazones. Preguntemos a nuestras almas; somos cristianos verdaderos o somos engañadores. A menos que Cristo esté en nosotros por su Espíritu, y el poder de su amor, nuestra fe está muerta, y aún estamos reprobados por nuestro Juez.

Vv. 7—10. Lo más deseable que podemos pedir a Dios es ser resguardados del pecado, que ni nosotros y ni ellos hagamos el mal. Necesitamos mucho más orar para no hacer lo malo que para no sufrir el mal. El apóstol no sólo desea que sean guardados del pecado, pero también crezcan en gracia y santidad. Tenemos que orar fervientemente a Dios por aquellos a quienes amonestamos para que dejen de hacer el mal y aprendan a hacer el bien; hemos de alegrarnos por los otros que son fuertes en la gracia de Cristo, aunque puedan ser el medio de demostrarnos nuestra propia debilidad. Oremos también que podamos usar adecuadamente todos nuestros talentos.

Vv. 11—14. Aquí hay varias exhortaciones buenas. Dios es el Autor de la paz y el Amante de la concordia; Él que nos ha amado, y quiere estar en paz con nosotros. Que sea nuestra mira constante andar en tal forma que la separación de nuestros amigos sea sólo por un tiempo, y podamos reunirnos en aquel mundo dichoso donde no habrá separación. Desea que ellos participen de todos los beneficios que Cristo ha adquirido de su gracia y favor gratuitos; que se ha propuesto el Padre por su libre amor, y que el Espíritu Santo aplica y otorga.

GÁLATAS

Las iglesias de Galacia estaban formadas en parte por judíos convertidos, y en parte por convertidos gentiles, como era el caso en general. San Pablo afirma su carácter apostólico y las doctrinas que enseñó para confirmar a las iglesias de Galacia en la fe de Cristo, especialmente en lo que respecta al punto importante de la justificación por la sola fe. De manera que, el tema es principalmente el mismo discutido en la epístola a los Romanos, esto es, de la justificación sólo por la fe. Sin embargo, en esta epístola se dirige la atención en particular al punto en que los hombres son justificados por fe sin las obras de la ley de Moisés. Sobre la importancia de las doctrinas establecidas con prominencia en esta epístola Lutero dice: “Tenemos que temer como el peligro más grande y más cercano que Satanás nos quite esta doctrina de la fe y vuelva a traer a la Iglesia la doctrina de las obras y de las tradiciones de los hombres. De ahí que sea muy necesario que esta

doctrina sea mantenida en práctica continua y ejercicio público, tanto de lectura como de oír. Si esta doctrina se pierde, entonces también se pierden la doctrina de la verdad, la vida, y la salvación".

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *El apóstol Pablo afirma su carácter apostólico contra los que lo desprestigian.* 6—9. *Reprende a los gálatas por rebelarse contra el evangelio de Cristo por la influencia de malos maestros.* 10—14. *Prueba la autoridad divina de su doctrina y misión, y declara lo que era antes de su conversión y llamamiento,* 15—24. *y cómo procedió después.*

Vv. 1—5. San Pablo era apóstol de Jesucristo; fue expresamente nombrado por Él, en consecuencia, por Dios Padre, que es uno con Él en su naturaleza divina, y nombró Mediador a Cristo. La gracia, incluye la buena voluntad de Dios hacia nosotros, y su buena obra en nosotros; y la paz, todo ese consuelo interior o prosperidad externa que nosotros realmente necesitamos. Estas proceden de Dios Padre como fuente por medio de Jesucristo, pero nótese primero la gracia, luego la paz. No puede haber paz verdadera sin la gracia. —Cristo se dio por nuestros pecados para hacer expiación por nosotros: esto exigía la justicia de Dios y a esto se sometió libremente. Aquí debe observarse la infinita grandeza del precio pagado, y entonces, será evidente que el poder del pecado es tan grande que no podía ser quitado, de ninguna manera, salvo que el Hijo de Dios fuera dado en rescate. El que considera bien estas cosas, entiende que el pecado es lo más horrible que pueda expresarse, lo cual debiera conmovernos, y sin duda, asustarnos. Nótense bien especialmente las palabras "por nuestros pecados". Porque aquí empieza de nuevo nuestra débil naturaleza que primero desea ser digna por sus propias obras. Desea llevar ante Él a los que están sanos y no al que necesita médico. —No sólo para redimirnos de la ira de Dios y la maldición de la ley, sino también para separarnos de las malas costumbres y prácticas, a las cuales estábamos esclavizados naturalmente. Pero en vano es que los que no han sido librados de este presente mundo malo por la santificación del Espíritu, tengan la expectativa de ser liberados de su condenación por la sangre de Jesús.

Vv. 6—9. Los que desean establecer cualquier otro camino al cielo fuera del que revela el evangelio de Cristo, se hallarán miserablemente errados. El apóstol imprime a los gálatas la debida sensación de su culpa por abandonar el camino de la justificación según el evangelio, aunque la reprensión la hace con ternura y los retrata como arrastrados a eso por las artes de algunos que los perturbaban. Debemos ser fieles cuando reprendemos a otros, y dedicarnos, no obstante, a restaurarlos con el espíritu de mansedumbre. —Algunos desean instalar las obras de la ley en el lugar de la justicia de Cristo, y de este modo, corrompen el cristianismo. El apóstol denuncia con solemnidad, por maldito, a todo aquel que intente poner un fundamento tan falso. Todos los demás evangelios, fuera del de la gracia de Cristo, sean más halagadores para el orgullo de la justicia propia, o más favorables para las lujurias mundanas, son invenciones de Satanás. Mientras declaremos que rechazar la ley moral como regla de vida tiende a deshonrar a Cristo, y a destruir la religión verdadera, debemos también declarar que toda dependencia de las buenas obras para la justificación, sean reales o imaginarias, es igualmente fatal para los que persisten en ellas. Mientras seamos celosos de las buenas obras tengamos cuidado de no ponerlas en el lugar de la justicia de Cristo, y no proponer ninguna cosa que pudiera traicionar al prójimo con un engaño tan horrendo.

Vv. 10—14. Al predicar el evangelio el apóstol buscaba llevar personas a la obediencia, no de los hombres, sino de Dios. Pero Pablo no deseaba alterar la doctrina de Cristo, sea para ganar el

favor de ellos o evitar la furia de ellos. En un asunto tan importante no debemos temer el enojo de los hombres, ni buscar su favor usando palabras de humana sabiduría. —En cuanto a la manera en que él recibió el evangelio, fue por revelación desde el Cielo. No fue llevado al cristianismo, como muchos, sólo por la educación.

Vv. 15—24. San Pablo fue llevado maravillosamente al conocimiento y la fe de Cristo. Todos los convertidos para salvación son llamados por la gracia de Dios; la conversión de ellos es obra de su poder y gracia que obran en ellos. De poco nos servirá que tengamos a Cristo revelado *a* nosotros si Él no es revelado también *en* nosotros. Estaba preparado para obedecer instantáneamente, sin importar su interés, crédito, comodidad mundano o la misma vida. Qué motivo de acción de gracias y de gozo es para las iglesias de Cristo cuando saben de casos semejantes para la alabanza de la gloria de su gracia, ¡sea que los hayan visto o no alguna vez! Ellos glorifican a Dios por su poder y misericordia al salvar a tales personas, y por todo el servicio hecho a su pueblo y a su causa, y el servicio que puede esperarse con posterioridad.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *El apóstol declara que ha sido reconocido como apóstol a los gentiles.* 11—14. *Resistió públicamente a Pedro por judaizar*. 15—21. *De ahí pasa a la doctrina de la justificación por la fe en Cristo, sin las obras de la ley.*

Vv. 1—10. Nótese la fidelidad del apóstol al dar un relato completo de la doctrina que había predicado entre los gentiles, y que aún estaba resuelto a predicar, la del cristianismo, libre de toda mezcla con el judaísmo. Esta doctrina sería desagradable para muchos, pero él no temía reconocerla. Su preocupación era que no decayera el éxito de sus labores pasadas, o fuera estorbado en su utilidad futura. Mientras dependamos claramente de Dios para el éxito en nuestras labores, debemos usar toda la cautela necesaria para eliminar errores, y contra los opositores. Hay cosas que se pueden cumplir lícitamente, pero cuando no se pueden hacer sin traicionar la verdad, deben rechazarse. No debemos dar lugar a ninguna conducta por la cual sea rechazada la verdad del evangelio. —Aunque Pablo hablaba con los otros apóstoles, no recibió de ellos nada nuevo para su conocimiento o autoridad. Se dieron cuenta de la gracia que le fue dada, y le dieron a él y a Bernabé, la diestra de compañía, por la cual reconocían que había sido nombrado en el oficio y dignidad de apóstol como ellos mismos. Acordaron que los dos debían ir a los gentiles mientras ellos seguían predicando a los judíos; juzgaron que agradaba a Cristo la idea de dividirse así en la obra. —Aquí aprendemos que el evangelio no es nuestro, sino de Dios, y que los hombres somos sólo sus custodios; por esto tenemos que alabar a Dios. El apóstol mostró su disposición caritativa y cuán dispuesto estaba para aceptar como hermanos a los judíos convertidos, aunque muchos de ellos dificilmente permitirían igual favor a los gentiles convertidos; pero la sola diferencia de opinión no era razón para que no les ayudara. He aquí un patrón de la caridad cristiana, que debemos extender a todos los discípulos de Cristo.

Vv. 11—14. A pesar del carácter de Pedro, cuando Pablo lo vio actuando como para dañar la verdad del evangelio y la paz de la iglesia, no tuvo temor de reprenderlo. Cuando vio que Pedro y los demás no vivían conforme al principio que enseña el evangelio, y que ellos profesaban, a saber, que por la muerte de Cristo fue derribado el muro divisorio entre judío y gentil, y la observancia de la ley de Moisés dejaba de tener vigencia; como la ofensa de Pedro era pública, él lo reprendió públicamente. Hay una diferencia muy grande entre la prudencia de San Pablo, que sustentó, y usó

por un tiempo, las ceremonias de la ley como no pecaminosas, y la conducta tímida de San Pedro que, por apartarse de los gentiles, llevó a otros a pensar que estas ceremonias eran necesarias.

Vv. 15—19. Habiendo así demostrado Pablo que él no era inferior a ningún apóstol, ni al mismo Pedro, habla de la gran doctrina fundamental del evangelio. ¿Para qué creímos en Cristo? ¿No fue para que fuésemos justificados por la fe de Cristo? De ser así, ¿no es necio volver a la ley, y esperar ser justificados por el mérito de obras morales, de los sacrificios o de las ceremonias? La ocasión de esta declaración surgió indudablemente de la ley ceremonial; pero el argumento es tan fuerte contra toda dependencia de las obras de la ley moral para lograr la justificación. Para dar mayor peso a esto se agrega aquí, "pero si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado?" Esto sería muy deshonroso para Cristo y también muy dañino para ellos. Considerando la misma ley, entendió que no debía esperar la justificación por las obras de la ley, y que ahora ya no había más necesidad de los sacrificios y sus purificaciones, puesto que fueron terminados en Cristo al ofrecerse Él como sacrificio por nosotros. No esperaba ni temía nada de ello; no más que un hombre muerto para sus enemigos. Pero el efecto no era una vida descuidada e ilícita. Era necesario que él pudiera vivir para Dios y dedicado a él por medio de los motivos y la gracia del evangelio. No es objeción nueva, pero sumamente injusto, que la doctrina de la justificación por la sola fe, tienda a estimular a la gente a pecar. No es así, porque aprovecharse de la libre gracia, o de su doctrina, es vivir en pecado, es tratar de hacer de Cristo ministro de pecado, idea que debiera estremecer a todos los corazones cristianos.

Vv. 20, 21. Aquí, en su propia persona, el apóstol describe la vida espiritual y oculta del creyente. El viejo hombre ha sido crucificado, Romanos vi, 6; pero el nuevo hombre está vivo; el pecado es mortificado y la gracia es vivificada. Tiene las consolaciones y los triunfos de la gracia, pero esa gracia no es de sí mismo sino de otro. Los creyentes se ven viviendo en un estado de dependencia de Cristo. De ahí que, aunque viva en la carne, sin embargo, no vive según la carne. Los que tienen fe verdadera, viven por esa fe; y la fe se afirma en que Cristo se dio a sí mismo por nosotros. —Él me amó y se dio por mí. Como si el apóstol dijera: El Señor me vio huyendo más y más de Él. Tal maldad, error e ignorancia estaban en mi voluntad y entendimiento, y no era posible que yo fuera rescatado por otro medio que por tal precio. Considérese bien este precio. —Aquí nótese la fe falsa de muchos. Su confesión concuerda: tienen la forma de la piedad sin el poder de ella. Piensan que creen bien los artículos de la fe, pero están engañados. Porque creer en Cristo crucificado no sólo es creer que fue crucificado, sino también creer que yo estoy juntamente crucificado con Él. Esto es conocer a Cristo crucificado. De ahí aprendemos cuál es la naturaleza de la gracia. La gracia de Dios no puede estar unida al mérito del hombre. La gracia no es gracia a menos que sea dada libremente en toda forma. Mientras más sencillamente el creyente confíe en Cristo para todo, más devotamente andará delante de Él en todas sus ordenanzas y mandamientos. Cristo vive y reina en él, y él vive aquí en la tierra por la fe en el Hijo de Dios, que obra por amor, produce obediencia y cambia a su santa imagen. De este modo, no abusa de la gracia de Dios ni la hace vana.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Los gálatas son reprendidos por desviarse de la gran doctrina de la justificación solo por la fe en Cristo.* 6—9. *Esta doctrina se afirma a partir del ejemplo de Abraham.* 10—14. *Del tenor de la ley y la gravedad de su maldición.* 15—18. *Del pacto de la promesa que la ley no podía anular.* 19—25. *La ley fue un ayo para guiarlos a Cristo.* 26—29. *Bajo el estado del evangelio todos los creyentes son uno en Cristo.*

Vv. 1—5. Varias cosas hacían más grave la necedad de los cristianos gálatas. A ellos se les había predicado la doctrina de la cruz, y se les ministraba la cena del Señor. En ambas se había expuesto plena y claramente a Cristo crucificado y la naturaleza de sus sufrimientos. —¿Habían sido hechos partícipes del Espíritu Santo por la ministración de la ley o por cuenta de algunas obras que ellos hicieron en obediencia a aquella? ¿No fue porque oyeron y abrazaron la doctrina de la sola fe en Cristo para justificación? No fue por lo primero, sino por lo último. Muy poco sabios son quienes toleran ser desviados del ministerio y la doctrina en que fueron bendecidos para provecho espiritual de ellos. ¡Ay, que los hombres se desvíen de la doctrina de Cristo crucificado, de importancia absoluta, para oír distinciones inútiles, pura prédica moral o locas imaginaciones! El dios de este mundo ha cegado el entendimiento de los hombres por diversos hombres y medios, para que aprendan a no confiar en el Salvador crucificado. Podemos preguntar directamente, ¿dónde se da más evidentemente el fruto del Espíritu Santo; en los que predican la justificación por las obras de la ley, o en quienes predican la doctrina de la fe? Con toda seguridad, en estos últimos.

Vv. 6—14. El apóstol prueba la doctrina, de cuyo rechazo había culpado a los gálatas; a saber, la de la justificación por la fe, sin las obras de la ley. Hace esto a partir del ejemplo de Abraham, cuya fe se afirmó en la palabra y la promesa de Dios, y por creer fue reconocido y aceptado por Dios como hombre justo. Se dice que la Escritura prevé, porque el que previó es el Espíritu Santo, que inspiró las Escrituras. Abraham fue bendecido por fe en la promesa de Dios; y es esta la única forma en que los demás obtienen este privilegio. Entonces, estudiemos el objeto, la naturaleza y los efectos de la fe de Abraham, porque, ¿quién puede escapar de la maldición de la santa ley de alguna otra manera? La maldición es contra todos los pecadores, por tanto, contra todos los hombres, porque todos pecaron y todos se hicieron culpables ante Dios; y si, como transgresores de la ley estamos bajo su maldición, debe ser vano buscar justificación por ella. Justos o rectos son sólo los liberados de la muerte y de la ira, y restaurados a un estado de vida en el favor de Dios: sólo a través de la fe llegan las personas a ser justas. —Así, vemos, pues, que la justificación por la fe no es una doctrina nueva, sino que fue enseñada en la Iglesia de Dios mucho antes de los tiempos del evangelio. En verdad, es la única manera por la cual fueron o pueden ser justificados los pecadores. —Aunque no cabe esperar liberación por medio de la ley, hay una vía abierta para escapar de la maldición y recuperar el favor de Dios, a saber, por medio de la fe en Cristo. Cristo nos redimió de la maldición de la ley; fue hecho pecado, u ofrenda por el pecado por nosotros. Así fue hecho maldición por nosotros; no separado de Dios, pero por un tiempo, estuvo sujeto al castigo divino. Los intensos sufrimientos del Hijo de Dios advierten a gritos a los pecadores que huyan de la ira venidera, más que de todas las maldiciones de la ley, porque, ¿cómo podría Dios salvar a un hombre que permanece bajo pecado, viendo que no salvó a su propio Hijo, cuando nuestros pecados fueron cargados sobre Él? Pero, al mismo tiempo, Cristo, desde la cruz, invita libremente a los pecadores a que se refugien en Él.

Vv. 15—18. El pacto que Dios hizo con Abraham no fue cancelado por la entrega de la ley a Moisés. El pacto fue establecido con Abraham y su Simiente. Aún está vigente. Cristo permanece para siempre en su Persona y en su simiente espiritual, los que son suyos por fe. Por esto conocemos la diferencia entre las promesas de la ley y las del evangelio. Las promesas de la ley son hechas a la persona de cada hombre; las promesas del evangelio son hechas, primeramente a Cristo, luego por medio de Él a los que por fe son injertados en Cristo. —Para dividir correctamente la palabra de verdad debe erigirse una gran diferencia entre la promesa y la ley, en cuanto a los afectos interiores y a toda la práctica de la vida. Cuando la promesa se mezcla con la ley, se anula convirtiéndose en ley. Que Cristo esté siempre ante nuestros ojos como argumento seguro para la defensa de la fe contra la dependencia de la justicia humana.

Vv. 19—22. Si esa promesa fue suficiente para salvación, ¿entonces de qué sirvió la ley? Los israelitas, aunque escogidos para ser el pueblo peculiar de Dios, eran pecadores como los demás. La ley no fue concebida para descubrir una manera de justificar, diferente de la dada a conocer por la promesa, sino para conducir a los hombres a ver su necesidad de la promesa, mostrándoles la pecaminosidad del pecado, y para señalar a Cristo solo, por medio del cual podían ser perdonados y justificados. La promesa fue dada por Dios mismo; la ley fue dada por el ministerio de ángeles, y la mano de un mediador, Moisés. De ahí que la ley no pudiera ser diseñada para abrogar la promesa. Como lo indica el mismo vocablo, el mediador es un amigo que se interpone entre dos partes y que no actúa sólo con una y por una de ellas. La gran intención de la ley era que la promesa por fe en Jesucristo fuera dada a los que creyeran; a los que, estando convictos de su culpa, y de la insuficiencia de la ley para efectuar justicia por ellos, pudieran ser persuadidos a creer en Cristo, y así, alcanzar el beneficio de la promesa. No es posible que la santa, justa y buena ley de Dios, la norma del deber para todos, sea contraria al evangelio de Cristo. Intenta toda forma de promoverlo.

Vv. 23—25. La ley no enseñaba un conocimiento vivo y salvador, pero por sus ritos y ceremonias, especialmente por sus sacrificios, señalaba hacia Cristo para que ellos fuesen justificados por fe. Así era que la palabra significa propiamente un siervo para llevar a Cristo, como los niños eran llevados a la escuela por los siervos encargados de atenderlos, para ser enseñados más plenamente por Él, que es el verdadero camino de justificación y salvación, el cual es únicamente por fe en Cristo. Se señala la ventaja enormemente más grande del estado del evangelio, en el cual disfrutamos de la revelación de la gracia y misericordia divina más claramente que los judíos de antes. La mayoría de los hombres siguen encerrados como en un calabozo oscuro, enamorados de sus pecados, cegados y adormecidos por Satanás, por medio de los placeres, preocupaciones y esfuerzos mundanales. Pero el pecador despertado descubre su estado terrible. Entonces siente que la misericordia y la gracia de Dios forman su única esperanza. Los terrores de la ley suelen ser usados por el Espíritu que produce convicción, para mostrar al pecador que necesita a Cristo, para llevarle a confiar en sus sufrimientos y méritos, para que pueda ser justificado por la fe. Entonces, la ley, por la enseñanza del Espíritu Santo, llega a ser su amada norma del deber y su norma para el examen diario de sí mismo. En este uso de ella, aprende a confiar más claramente en el Salvador.

Vv. 26—29. Los cristianos reales disfrutan grandes privilegios sujetos al evangelio, y ya no son más contados como siervos, sino como hijos; ahora no son mantenidos a cierta distancia y sujetos a ciertas restricciones como los judíos. Habiendo aceptado a Cristo Jesús como su Señor y Salvador, y confiando solo en Él para justificación y salvación, ellos llegan a ser los hijos de Dios. Pero ninguna forma externa o confesión puede garantizar esas bendiciones, porque si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él. —En el bautismo nos investimos de Cristo; por éste, profesamos ser sus discípulos. Siendo bautizados en Cristo, somos bautizados en su muerte, porque como Él murió y resucitó, así nosotros morimos al pecado y andamos en la vida nueva y santa. Investirse de Cristo según el evangelio no consiste en la imitación externa, sino de un nacimiento nuevo, un cambio completo. —El que hace que los creyentes sean herederos, proveerá para ellos. Por tanto, nuestro afán debe ser cumplir los deberes que nos corresponden, y debemos echar sobre Dios todos los demás afanes. Nuestro interés especial debe ser por el cielo; las cosas de esta vida no son sino fruslerías. La ciudad de Dios en el cielo es la porción o la parte del hijo. Procura asegurarte de eso por sobre todas las cosas.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *La necedad de volver a las observancias legales para la justificación.* 8—11. *El cambio feliz efectuado en los creyentes gentiles.* 12—18. *El apóstol razona en contra de seguir a los falsos maestros.* 19, 20. *Expresa su intensa preocupación por ellos.* 21—31. *Y luego explica la diferencia entre lo que debe esperarse de la ley y del evangelio.*

Vv. 1—7. El apóstol trata claramente con los que querían imponer la ley de Moisés junto con el evangelio de Cristo, proponiéndose sujetar a los creyentes a su esclavitud. No podían entender plenamente el significado de la ley dada por Moisés. Como esa era una dispensación de tinieblas, era de esclavitud; ellos estaban atados a tantos ritos y observancias fatigosas, por los que se les enseñaba, y se les mantenía sujetos, como niño a tutores y curadores. —Bajo la dispensación del evangelio aprendemos el estado más feliz de los cristianos. Nótese en estos versículos las maravillas del amor y la misericordia divina, particularmente de Dios Padre al enviar a su Hijo al mundo para redimir y salvarnos; del Hijo de Dios al someterse a tanta bajeza y sufrir tanto por nosotros; y del Espíritu Santo al condescender a habitar en los corazones de los creyentes para tales propósitos de gracia. Además, las ventajas que disfrutan los cristianos bajo el evangelio. Aunque por naturaleza hijos de ira y desobediencia, ellos llegan a ser por gracia hijos del amor y participan de la naturaleza de los hijos de Dios; porque Él hará que todos sus hijos se le parezcan. El hijo mayor es el heredero entre los hombres; pero todos los hijos de Dios tendrán la herencia de los primogénitos. Que el temperamento y la conducta de los hijos muestre para siempre nuestra adopción y que el Espíritu Santo testifique a nuestros espíritus que somos hijos y herederos de Dios.

Vv. 8—11. El cambio feliz por el cual los gálatas se volvieron de los ídolos al Dios vivo, y recibieron, por medio de Cristo, la adopción de hijos, fue el efecto de su libre y rica gracia. Ellos fueron puestos bajo la obligación mayor de mantener la libertad con que Él los hizo libres. Todo nuestro conocimiento de Dios empieza de su lado; lo conocemos porque somos conocidos por Él. —Aunque nuestra religión prohíbe la idolatría, aún hay muchos que practican la idolatría espiritual en sus corazones. Porque lo que más ama un hombre, y aquello que más le interesa, eso es su dios: algunos tienen sus riquezas como su dios; algunos, sus placeres, y otros, sus lujurias. Muchos adoran, sin saber, a un dios de su propia hechura; un dios todo hecho de misericordia sin ninguna justicia. Porque se convencen de que hay misericordia de Dios para ellos aunque no se arrepientan y sigan en sus pecados. —Es posible que los que hicieron una gran profesión de la religión, después sean desviados de la pureza y simplicidad. Mientras más misericordia haya mostrado Dios al llevar a alguien a conocer el evangelio, y sus libertades y privilegios, más grande es su pecado y necedad al tolerar que ellos mismos sean privados de ello. De aquí, pues, que todos los miembros de la iglesia externa deban aprender a temer su yo, y a sospechar de sí mismos. No debemos contentarnos con tener algunas cosas buenas en nosotros. Pablo teme que su labor fuera en vano, pero aún se esfuerza; y el hacerlo así, siga lo que siguiere, es la verdadera sabiduría y el temor de Dios. Esto debe recordar cada hombre en su puesto y llamamiento.

Vv. 12—18. El apóstol desea que ellos sean unánimes con él en cuanto a la ley de Moisés y unidos con él en amor. Al reprender a los otros, debemos cuidar de convencerlos de que nuestra reprensión viene de una sincera consideración de la honra de Dios y la religión y del bienestar de ellos. El apóstol recuerda a los gálatas la dificultad con que trabajó cuando estuvo entre ellos por primera vez. Pero nota que fue un mensajero bien recibido por ellos. Sin embargo, ¡cuán inciertos son el favor y el respeto de los hombres! Esforcémonos por ser aceptos a Dios. —Una vez os creísteis dichosos por recibir el evangelio; ¿ahora tenéis razón para pensar lo contrario? Los cristianos no deben dejar de decir la verdad por temor de ofender al prójimo. Los falsos maestros que desviaron a los gálatas de la verdad del evangelio, eran hombres astutos. Pretendían afecto, pero no eran sinceros ni rectos. Se da una regla excelente. Bueno es ser siempre celoso de algo bueno; no

sólo por una vez, o cada tanto tiempo, sino siempre. Dichoso sería para la Iglesia de Cristo si este celo fuese mejor sostenido.

Vv. 19, 20. Los gálatas estaban listos para considerar enemigo al apóstol, pero él les asegura que era su amigo; que por ellos tenía sentimientos paternales. Duda del estado de ellos y ansía conocer el resultado de sus engaños presentes. Nada es prueba tan segura de que un pecador ha pasado al estado de justificación como que Cristo se esté formando en él por la renovación del Espíritu Santo, pero esto no puede esperarse mientras los hombres dependan de la ley para ser aceptados por Dios.

Vv. 21—27. La diferencia de los creyentes que descansan sólo en Cristo y los que confían en la ley queda explicada por las historias de Isaac e Ismael. Estas cosas son una alegoría en que el Espíritu de Dios señala algo más además del sentido literal e histórico de las palabras. Agar y Sara eran emblemas adecuados de las dos dispensaciones diferentes del pacto. La Jerusalén celestial, la Iglesia verdadera de lo alto, representada por Sara está en estado de libertad y es la madre de todos los creyentes que nacen del Espíritu Santo. Por regeneración y fe verdadera fueron parte de la verdadera semilla de Abraham, conforme a la promesa hecha a él.

Vv. 28—31. Se aplica la historia así expuesta. Entonces, hermanos, no somos hijos de la esclava sino de la libre. Si los privilegios de todos los creyentes son tan grandes, conforme al pacto nuevo, ¡qué absurdo sería que los convertidos gentiles estén bajo esa ley que no pudo librar a los judíos incrédulos de la esclavitud o de la condenación! —Nosotros no hubiésemos hallado esta alegoría en la historia de Sara y Agar si no nos hubiera sido señalada, pero no podemos dudar que así fue concebido por el Espíritu Santo. Es una explicación del tema, no un argumento que lo compruebe. En esto están prefigurados los dos pactos, el de obras y el de gracia, y los profesantes legales y los evangélicos. Las obras y los frutos producidos por el poder del hombre son legales, pero si surgen de la fe en Cristo son evangélicos. El espíritu del primer pacto es de esclavitud al pecado y la muerte. El espíritu del segundo pacto es de libertad y liberación; no de libertad para pecar sino en deber y para el deber. El primero es un espíritu de persecución; el segundo es un espíritu de amor. Que miren a este los profesantes que tengan un espíritu violento, duro y autoritario hacia el pueblo de Dios. Pero así como Abraham desechó a Agar, así es posible que el creyente se desvíe en algunas cosas al pacto de obras, cuando por incredulidad y negligencia de la promesa actúe en su propio poder conforme a la ley; o en un camino de violencia, no de amor, hacia sus hermanos. Sin embargo, no es su espíritu hacerlo así, de ahí que nunca repose hasta que regrese a su dependencia de Cristo. Reposemos nuestras almas en las Escrituras, y mostremos, por una esperanza evangélica y la obediencia jubilosa, que nuestra conversión y tesoro están, sin duda, en el cielo.

CAPÍTULO V

Versículos 1—12. *Una ferviente exhortación a estar firmes en la libertad del evangelio.* 13—15. *A cuidarse de consentir un temperamento pecador.* 16—26. *Y a caminar en el Espíritu, y no dar lugar a las lujurias de la carne: se describen las obras de ambos.*

Vv. 1—6. Cristo no será el Salvador de nadie que no lo reciba y confíe en Él como su único Salvador. Prestemos oído a las advertencias y las exhortaciones del apóstol a estar firmes en la doctrina y la libertad del evangelio. Todos los cristianos verdaderos que son enseñados por el Espíritu Santo, esperan la vida eterna, la recompensa de la justicia, y el objeto de su esperanza, como dádiva de Dios por fe en Cristo; y no por amor de sus propias obras. —El convertido judío puede observar las ceremonias o afirmar su libertad, el gentil puede desecharlas o participar en ellas,

siempre y cuando no dependa de ellas. Ningún privilegio o profesión externo servirá para ser aceptos de Dios sin la fe sincera en nuestro Señor Jesús. La fe verdadera es una gracia activa; obra por amor a Dios y a nuestros hermanos. Que estemos en el número de aquellos que, por el Espíritu, aguardan la esperanza de justicia por la fe. —El peligro de antes no estaba en cosas sin importancia en sí, como ahora son muchas formas y observancias. Pero sin la fe que obra por el amor, todo lo demás carece de valor, y comparado con ello las otras cosas son de escaso valor.

Vv. 7—12. La vida del cristiano es una carrera en la cual debe correr y mantenerse si desea obtener el premio. No basta con que profesemos el cristianismo; debemos correr bien viviendo conforme a esa confesión. Muchos que empezaron bien en la religión son estorbados en su avance o se desvían del camino. A los que empezaron a salirse del camino o a cansarse les corresponde preguntarse seriamente qué les estorba. —La opinión o la persuasión, versículo 8, sin duda, era la de mezclar las obras de la ley con la fe en Cristo en cuanto a la justificación. El apóstol deja que ellos juzguen de dónde surgió, pero muestra lo suficiente para indicar que no se debe a nadie sino a Satanás. —Para las iglesias cristianas es peligroso animar a los que siguen errores destructores, pero en especial a los que los difunden. Al reprender el pecado y el error, siempre debemos distinguir entre los líderes y los liderados. Los judíos se ofendían porque se predicaba a Cristo como la única salvación para los pecadores. Si Pablo y los otros hubieran aceptado que la observancia de la ley de Moisés debía unirse a la fe en Cristo, como necesaria para la salvación, entonces los creyentes hubieran podido evitar muchos de los sufrimientos que tuvieron. Hay que resistir los primeros indicios de esa levadura. Ciertamente los que persisten en perturbar a la Iglesia de Cristo deben soportar su juicio.

Vv. 13—15. El evangelio es una doctrina conforme a la piedad, 1 Timoteo vi, 3, y está lejos de consentir con el menor pecado, que nos somete a la obligación más fuerte de evitarlo y vencerlo. El apóstol insiste en que toda la ley se cumple en una palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Si se pelean los cristianos, que deben ayudarse mutuamente y regocijarse unos en otros, ¿qué puede esperarse sino que el Dios de amor niegue su gracia, que el Espíritu de amor se vaya, y prevalezca el espíritu maligno que busca destruirlos? —Bueno fuera que los creyentes se pusieran en contra del pecado en ellos mismos y en los lugares donde viven, en vez de morderse y devorarse unos a otros con motivo de diversidad de opinión diferente.

Vv. 16—26. Si fuéramos cuidadosos para actuar bajo la dirección y el poder del Espíritu bendito, aunque no fuésemos liberados de los estímulos y de la oposición de la naturaleza corrupta que queda en nosotros, esta no tendría dominio sobre nosotros. Los creyentes están metidos en un conflicto en que desean sinceramente esa gracia que puede alcanzar la victoria plena y rápida. Los que desean entregarse a la dirección del Espíritu Santo no están bajo la ley como pacto de obras, ni expuestos a su espantosa maldición. Su odio por el pecado, y su búsqueda de la santidad, muestran que tienen una parte en la salvación del evangelio. —Las obras de la carne son muchas y manifiestas. Esos pecados excluirán del cielo a los hombres. Pero, ¡cuánta gente que se dice cristiana vive así y dicen que esperan el cielo! —Se enumeran los frutos del Espíritu, o de la naturaleza renovada, que tenemos que hacer. Y así como el apóstol había nombrado principalmente las obras de la carne, no sólo dañinas para los mismos hombres, sino que tienden a hacerlos mutuamente nocivos, así aquí el apóstol nota principalmente los frutos del Espíritu, que tienden a hacer mutuamente agradables a los cristianos, como asimismo a hacerlos felices. Los frutos del Espíritu muestran evidentemente que ellos son guiados por el Espíritu. —La descripción de las obras de la carne y de los frutos del Espíritu nos dice qué debemos evitar y resistir y qué debemos desear y cultivar; y este es el afán y empresa sinceros de todos los cristianos reales. El pecado no reina ahora en sus cuerpos mortales, de modo que le obedezcan, Romanos vi, 12, pues ellos procuran destruirlo. Cristo nunca reconocerá a los que se rinden a ser siervos del pecado. Y no basta con que cesemos de hacer el mal sino que

debemos aprender a hacer el bien. Nuestra conversación siempre deberá corresponder al principio que nos guía y nos gobierna, Romanos viii, 5. Debemos dedicarnos con fervor a mortificar las obras del cuerpo y a caminar en la vida nueva sin desear la vanagloria ni desear indebidamente la estima y el aplauso de los hombres, sin provocarse ni envidiarse mutuamente, sino buscando llevar esos buenos frutos con mayor abundancia, que son, a través de Jesucristo, para la alabanza y la gloria de Dios.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *Exhortaciones a la mansedumbre, la benignidad y la humildad.* 6—11. *A la bondad para con todos los hombres, especialmente los creyentes.* 12—15. *Los gálatas, advertidos contra los maestros judaizantes.* 16—18. *Una bendición solemne.*

Vv. 1—5. Tenemos que sobrellevar las cargas los unos de los otros. Así cumplimos la ley de Cristo. Esto nos obliga a la tolerancia mutua y a la compasión de unos con otros, conforme a su ejemplo. Nos corresponde llevar las cargas de unos y otros como compañeros de viaje. —Muy corriente es que el hombre se considere más sabio y mejor que todos los demás hombres, y bueno para mandarlos. Se engaña a sí mismo; pretende lo que no tiene, se engaña a sí mismo, y tarde o temprano, se hallará con lamentables efectos. Este nunca ganará la estima de Dios ni la de los hombres. Se advierte a cada uno que examine su obra. Mientras mejor conozcamos nuestro corazón y nuestros modales, menos despreciaremos a los demás y más dispuestos estaremos para ayudarles cuando tengan enfermedades y aflicciones. Cuán leves les parecen los pecados a los hombres cuando los cometen, pero los hallarán como carga pesada cuando tengan que dar cuenta a Dios de ellos. Nadie puede pagar el rescate por un hermano; y el pecado es una carga para el alma. Es una carga espiritual; y mientras menos la sienta alguien, más causa tiene para sospechar de sí. La mayoría de los hombres están muertos en sus pecados y, por tanto, no ven ni sienten la carga espiritual del pecado. Al sentir el peso y carga de nuestros pecados, debemos procurar ser aliviados por el Salvador, y darnos por advertidos contra todo pecado.

Vv. 6—11. Muchos se excusan de la obra de la religión, aunque pueden simularla y profesarla. Pueden imponerse a los demás, pero se engañan si piensan que pueden engañar a Dios, que conoce sus corazones y sus acciones; y como Él no puede ser engañado, así no será burlado. Nuestro tiempo es tiempo de siembra; en el otro mundo segaremos lo que sembramos ahora. Hay dos clases de siembra, una para la carne, y otra para el Espíritu: así será la rendición de cuentas en el más allá. Los que llevan una vida sensual y carnal, no deben esperar otro fruto de ese camino que no sea miseria y ruina. Pero los que, bajo la dirección y el poder del Espíritu Santo, llevan una vida de fe en Cristo, y abundan en la gracia cristiana, cosecharán vida eterna del Espíritu Santo. —Todos somos muy proclives a cansarnos del deber, particularmente de hacer el bien. Debemos velar con gran cuidado y guardarnos al respecto. La recompensa se promete sólo a la perseverancia en hacer el bien. —Aquí hay una exhortación a todos para hacer el bien en donde están. Debemos tener cuidado de hacer el bien en nuestra vida y hacer de él la actividad de nuestra vida, especialmente si se presentan ocasiones nuevas, y hasta donde alcance nuestro poder.

Vv. 12—15. Los corazones orgullosos, vanos y carnales se contentan precisamente con tanta religión como la que les ayude a simular en buena forma. Pero el apóstol profesa su propia fe, esperanza y gozo, y que su gloria principal está en la cruz de Cristo. Por la cual se significan aquí sus sufrimientos y muerte en la cruz, la doctrina de la salvación por el Redentor crucificado. Por Cristo, o por la cruz de Cristo, el mundo es crucificado para el creyente y él para el mundo. Mientras más

consideremos los sufrimientos del Redentor de parte del mundo, menos probable es que amemos al mundo. Al apóstol lo afectaban tan poco sus encantos como el espectador lo sería por cualquier cosa que fuese graciosa en la cara de una persona crucificada, cuando la contempla ennegrecida en las agonías de la muerte. Él no era más afectado por los objetos que le rodeaban como alguien que expira fuera afectado con alguna de las perspectivas que sus ojos moribundos pudieran ver desde la cruz de la cual cuelga. Y en cuanto a aquellos que han creído verdaderamente en Cristo Jesús, todas las cosas les son contadas como supremamente inválidas comparadas con Él. Hay una nueva creación: las viejas cosas pasaron, he aquí los nuevos puntos de vista y las nuevas disposiciones son traídas bajo las influencia regeneradoras de Dios Espíritu Santo. Los creyentes son llevados a un nuevo mundo, y siendo creados en Cristo Jesús para nuevas obras, son formados para una vida de santidad. Es un cambio de mentalidad y corazón por el cual somos capacitados para creer en el Señor Jesús y vivir para Dios; y donde falte esta religión interior práctica, las profesiones o los nombres externos nunca la reemplazarán.

Vv. 16—18. Una nueva creación a imagen de Cristo que demuestra fe en Él es la distinción más grande entre uno y otro hombre y una bendición declarada a todos los que andan conforme a esta regla. Las bendiciones son paz y misericordia. Paz con Dios y nuestra conciencia, y todos los consuelos de esta vida en la medida que sean necesarios. Y la misericordia, el interés en el amor y favor gratuitos de Dios en Cristo, el manantial y la fuente de todas las demás bendiciones. —La palabra escrita de Dios es la regla por la que tenemos que guiarnos, tanto por sus preceptos como por sus doctrinas. Que Su gracia esté siempre con nuestro espíritu, para santificarnos, vivificarnos y alegrarnos y que siempre nosotros estemos listos para sostener el honor de Aquel que indudablemente es nuestra vida. El apóstol tenía en su cuerpo las marcas del Señor Jesús, las cicatrices de las heridas infligidas por los enemigos perseguidores porque él se aferraba a Cristo y a la doctrina del evangelio. —El apóstol trata de hermanos suyos a los gálatas, mostrando con ellos su humildad y su tierno afecto por ellos, y se va con una oración muy seria pidiendo que ellos disfruten del favor de Cristo Jesús en sus efectos a la vez que en sus pruebas. No tenemos que desear más que la gracia de nuestro Señor Jesucristo para hacernos felices. El apóstol no ora que la ley de Moisés o la justicia de las obras sea con ellos sino que la gracia de Cristo sea con ellos; para que pueda estar en sus corazones y con sus espíritus, reviviéndoles, consolándoles y fortaleciéndoles: a todo lo cual pone su Amén; con ello significando su deseo de que así sea, y su fe en que así será.

EFESIOS

Esta epístola fue escrita cuando San Pablo estaba preso en Roma. La intención parece ser fortalecer a los efesios en la fe de Cristo, y dar elevados puntos de vista acerca del amor de Dios y de la dignidad y excelencia de Cristo, fortaleciendo sus mentes contra el escándalo de la cruz. Muestra que fueron salvados por gracia, y que por miserables que hayan sido una vez, ahora tienen iguales privilegios que los judíos. Los exhorta a perseverar en su vocación cristiana y les estimula a que anden de manera consecuente a su confesión, desempeñando fielmente los deberes generales y comunes de la religión, y los deberes especiales de las relaciones particulares.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *Saludos y una relación de las bendiciones salvadoras, preparadas por la eterna elección de Dios y adquiridas por la sangre de Cristo.* 9—14. *Y transmitidas en el llamamiento eficaz; esto se aplica a los judíos creyentes y a los gentiles creyentes.* 15—23. *El apóstol agradece a Dios la fe y amor de ellos y ora por la continuidad de su conocimiento y esperanza, con respecto a la herencia celestial, y a la poderosa obra de Dios en ellos.*

Vv. 1, 2. Todos los cristianos deben ser santos; si no llegan a ese carácter en la tierra, nunca serán santos en la gloria. Los que no son fieles no son santos, no creen en Cristo ni son veraces a la profesión que hacen de su relación con su Señor. Por gracia entendemos el amor y el favor libre e inmerecido de Dios, y las gracias del Espíritu que fluyen; por la paz, todas las demás bendiciones temporales y espirituales, fruto de lo anterior. No hay paz sin gracia. No hay paz ni gracia, sino de Dios Padre y del Señor Jesucristo; y los mejores santos necesitan nuevas provisiones de la gracia del Espíritu, y deseos de crecer.

Vv. 3—8. Las bendiciones celestiales y espirituales son las mejores bendiciones; *con* las cuales no podemos ser miserables, y *sin* las cuales no podemos sino serlo. Esto viene de la elección de ellos en Cristo, antes de la fundación del mundo, para que fuesen hechos santos por la separación del pecado, siendo apartados para Dios y santificados por el Espíritu Santo, como consecuencia de su elección en Cristo. Todos los escogidos para la felicidad como fin, son escogidos para santidad como medio. Fueron predestinados o preordenados con amor para ser adoptados como hijos de Dios por fe en Cristo Jesús, y ser abiertamente recibidos en los privilegios de la elevada relación con Él. El creyente reconciliado y adoptado, el pecador perdonado, da toda la alabanza de su salvación a su bondadoso Padre. Su amor estableció este método de redención, no escatimó a su propio Hijo, y trajo a los creyentes a que oyeran y abrazaran esta salvación. Fue riqueza de su gracia proveer como garantía a su propio Hijo, y entregarlo libremente. Este método de la gracia no estimula el mal; muestra el pecado en toda su odiosidad, y cuánto merece la venganza. Las acciones del creyente, y sus palabras, declaran las alabanzas de la misericordia divina.

Vv. 9—14. Las bendiciones fueron dadas a conocer a los creyentes cuando el Señor les muestra el misterio de su soberana voluntad, y el método de redención y salvación. Pero esto debiera haber estado por siempre oculto de nosotros, si Dios no las hubiera dado a conocer por su palabra escrita, la predicación de su evangelio, y su Espíritu de verdad. —Cristo unió en su persona los dos bandos en disputa, Dios y el hombre, y dio satisfacción por el mal que causó la separación. Obró por su Espíritu las gracias de fe y amor por las cuales somos hechos uno con Dios, y unos con otros. Dispensa todas sus bendiciones de acuerdo a su beneplácito. Su enseñanza divina condujo a los que quiso, a que vieran la gloria de las verdades, mientras otros fueron dejados para blasfemar. —¡Qué promesa de gracia es esta que asegura la dádiva del Espíritu Santo a quienes lo piden! La obra santificadora y consoladora del Espíritu Santo sella a los creyentes como hijos de Dios y herederos del cielo. Estas son las primicias de la santa dicha. Para esto fuimos hechos y para esto fuimos redimidos; este es el gran designio de Dios en todo lo que ha hecho por nosotros; que todo sea atribuido para la alabanza de su gloria.

Vv. 15—23. Dios ha puesto bendiciones espirituales en su Hijo el Señor Jesús; pero nos pide que las busquemos y las obtengamos por la oración. Aun los mejores cristianos necesitan que se ore por ellos; y mientras sepamos del bienestar de los amigos cristianos debemos orar por ellos. —Hasta los creyentes verdaderos tienen gran necesidad de sabiduría celestial. ¿Acaso aun los mejores de nosotros somos renuentes a uncirnos al yugo de Dios aunque no hay otro modo de hallar reposo para

el alma? ¿Acaso no nos alejamos de nuestra paz por un poco de placer? Si discutiéramos menos y oráramos más con y por unos y otros, diariamente veríamos más y más cuál es la esperanza de nuestra vocación, y las riquezas de la gloria divina en esta herencia. Deseable es sentir el fuerte poder de la gracia divina que empieza y ejecuta la obra de la fe en nuestras almas. Pero cuesta mucho llevar a un alma a creer plenamente en Cristo y aventurarse toda ella y su esperanza de vida eterna en su justicia. Nada menos que el poder omnipotente obrará esto en nosotros. —Aquí se significa que es Cristo el Salvador quien suple todas las necesidades de los que confían en Él, y les da todas las bendiciones en la más rica abundancia. Siendo partícipes en Cristo mismo llegamos a ser llenos con la plenitud de la gracia y la gloria en Él. Entonces, ¡cómo pueden olvidarse a sí mismos esos que andan buscando la justicia fuera de Él! Esto nos enseña a ir a Cristo. Si supiéramos a qué estamos llamados, qué podemos hallar en Él, con toda seguridad que iríamos y seríamos parte de Él. Cuando sentimos nuestra debilidad y el poder de nuestros enemigos, es cuando más notamos la grandeza de ese poder que efectúa la conversión del creyente y que está dedicado a perfeccionar su salvación. Ciertamente esto nos constreñirá por amor para vivir para la gloria de nuestro Redentor.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *Las riquezas de la gracia gratuita de Dios para con los hombres, son señaladas por su deplorable estado natural, y el dichoso cambio que la gracia divina efectúa en ellos.* 11—13. *Los efesios son llamados a reflexionar en su estado de paganismo.* 14—22. *Los privilegios y las bendiciones del evangelio.*

Vv. 1—10. El pecado es la muerte del alma. Un hombre muerto en delitos y pecados no siente deseos por los placeres espirituales. Cuando miramos un cadáver, da una sensación espantosa. El espíritu que nunca muere se ha ido, y nada ha dejado sino las ruinas de un hombre. Pero si viéramos bien las cosas, deberíamos sentirnos mucho más afectados con el pensamiento de un alma muerta, un espíritu perdido y caído. —El estado de pecado es el estado de conformidad con este mundo. Los hombres impíos son esclavos de Satanás que es el autor de esa disposición carnal orgullosa que hay en los hombres impíos; él reina en los corazones de los hombres. De la Escritura queda claro que si los hombres han sido más dados a la iniquidad espiritual o sensual, todos los hombres, siendo naturalmente hijos de desobediencia, son también por naturaleza hijos de ira. Entonces, ¡cuánta razón tienen los pecadores para procurar fervorosamente la gracia que los hará hijos de Dios y herederos de la gloria, habiendo sido hijos de ira! —El amor eterno o la buena voluntad de Dios para con sus criaturas es la fuente de donde fluyen todas sus misericordias para nosotros; ese amor de Dios es amor grande, y su misericordia es misericordia rica. Todo pecador convertido es un pecador salvado; librado del pecado y de la ira. La gracia que salva es la bondad y el favor libre e inmerecido de Dios; Él salva, no por las obras de la ley, sino por la fe en Cristo Jesús. —La gracia en el alma es vida nueva en el alma. Un pecador regenerado llega a ser un ser viviente; vive una vida de santidad, siendo nacido de Dios: vive, siendo librado de la culpa del pecado, por la gracia que perdona y justifica. Los pecadores se revuelcan en el polvo; las almas santificadas se sientan en los lugares celestiales, levantadas por sobre este mundo por la gracia de Cristo. —La bondad de Dios al convertir y salvar pecadores aquí y ahora, estimula a los demás a esperar, en el futuro, en su gracia y misericordia. Nuestra fe, nuestra conversión, y nuestra salvación eterna no son por las obras, para que ningún hombre se jacte. Estas cosas no suceden por algo que nosotros hagamos, por tanto, toda jactancia queda excluida. Todo es dádiva libre de Dios y efecto de ser vivificado por su poder. Fue su propósito para lo cual nos preparó bendiciéndonos con el conocimiento de su voluntad, y su Espíritu Santo produce tal cambio en nosotros que glorificaremos a Dios por nuestra buena

conversación y perseverancia en la santidad. Nadie puede abusar de esta doctrina apoyándose en la Escritura, ni la acusa de ninguna tendencia al mal. Todos los que así hacen, no tienen excusa.

Vv. 11—13. Cristo y su pacto son el fundamento de todas las esperanzas del cristiano. —Aquí hay una descripción triste y terrible pero ¿quién es capaz de quitarse de ello? ¿No desearíamos que esto no fuera una descripción verdadera de muchos bautizados en el nombre de Cristo? ¿Quién puede, sin temblar, reflexionar en la miseria de una persona separada por siempre del pueblo de Dios, cortada del cuerpo de Cristo, caída del pacto de la promesa, sin tener esperanza ni Salvador y sin ningún Dios sino un Dios de venganza por toda la eternidad? ¡No tener parte en Cristo! ¿Qué cristiano verdadero puede oír esto sin horror? —La salvación está lejos del impío, pero Dios es una ayuda a mano para su pueblo y esto es por los sufrimientos y la muerte de Cristo.

Vv. 14—18. Jesucristo hizo la paz por el sacrificio de sí mismo; en todo sentido Cristo era la Paz de ellos, el autor, el centro y la sustancia de estar ellos en paz con Dios, y de su unión con los creyentes judíos en una iglesia. A través de la persona, el sacrificio y la mediación de Cristo, se permite a los pecadores acercarse a Dios Padre y son llevados con aceptación a su presencia, con su adoración y su servicio, bajo la enseñanza del Espíritu Santo, como uno con el Padre y el Hijo. Cristo compró el permiso para que nosotros vayamos a Dios; y el Espíritu da el corazón para ir, y la fuerza para ir y, luego, la gracia para servir aceptablemente a Dios.

Vv. 19—22. La iglesia se compara con una ciudad, y todo pecador convertido está libre de eso. También es comparada con una casa, y todo pecador convertido es uno de la familia; un siervo y un hijo en la casa de Dios. —También se compara la Iglesia con un edificio fundado en la doctrina de Cristo, entregada por los profetas del Antiguo Testamento, y los apóstoles del Nuevo Testamento. Dios habita ahora en todos los creyentes; ellos llegan a ser el templo de Dios por la obra del bendito Espíritu. Entonces, preguntémonos si nuestras esperanzas están fijadas en Cristo conforme a la doctrina de su palabra. ¿Nos consagramos a Dios como templos santos por medio de Él? ¿Somos morada de Dios en el Espíritu, estamos orientados espiritualmente y llevamos los frutos del Espíritu? Cuidémonos de no contristar al santo Consolador. Deseemos su graciosa presencia y sus influencias en nuestros corazones. Procuremos cumplir los deberes asignados a nosotros para la gloria de Dios.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *El apóstol declara su oficio, y sus cualidades y su llamamiento a éste.* 8—12. *Además, los nobles propósitos a que responde.* 13—19. *Ora por los efesios.* 20, 21. *Agrega una acción de gracias.*

Vv. 1—7. Por haber predicado la doctrina de la verdad, el apóstol estaba preso, pero era preso de Jesucristo; era objeto de protección y cuidado especial mientras sufría por Él. Todas las ofertas de gracia del evangelio y la nueva de gran gozo que contiene, vienen de la rica gracia de Dios; es el gran medio por el cual el Espíritu obra la gracia en las almas de los hombres. —El misterio es ese propósito de salvación secreto, escondido, por medio de Cristo. —Esto no fue tan claramente mostrado en épocas anteriores a Cristo, como a los profetas del Nuevo Testamento. Esta era la gran verdad dada a conocer al apóstol, que Dios llamaría a los gentiles a la salvación por fe en Cristo. Una obra eficaz del poder divino acompaña los dones de la gracia divina. Como Dios nombró a Pablo para el oficio, así lo equipó para él.

Vv. 8—12. Aquellos a quienes Dios promueve a cargos honrosos, los hace sentirse bajos ante sus propios ojos; donde Dios da gracia para ser humilde, ahí da toda la gracia necesaria. ¡Cuán alto habla de Jesucristo, de las inescrutables riquezas de Cristo! Aunque muchos no son enriquecidos con estas riquezas, de todos modos ¡qué favor tan grande, que se nos predique a nosotros, y que nos sean ofrecidas! Si no somos enriquecidos con ellas es nuestra propia falta. La primera creación, cuando Dios hizo todas las cosas de la nada, y la nueva creación, por la cual los pecadores son hechos nuevas criaturas por la gracia que convierte, son de Dios por Jesucristo. Sus riquezas son tan inescrutables y tan seguras como siempre, aunque mientras los ángeles adoran la sabiduría de Dios en la redención de su Iglesia, la ignorancia de los hombres carnales sabios ante sus propios ojos, condena a todo como necedad.

Vv. 13—19. El apóstol parece estar más ansioso por los creyentes, no sea que se desanimen y desfallezcan por sus tribulaciones, que por lo que él mismo tenía que soportar. Pide bendiciones espirituales que son las mejores bendiciones. La fuerza del Espíritu de Dios en el hombre interior; fuerza en el alma; el poder de la fe para servir a Dios y cumplir nuestro deber. Si la ley de Cristo está escrita en nuestros corazones, y el amor de Cristo es derramado por todas partes, entonces Cristo habita en él. Donde habita su Espíritu, ahí habita Él. Desearíamos que los buenos afectos fueran fijados a nosotros. ¡Cuán deseable es tener la sensación firme del amor de Dios en Cristo en nuestras almas! —¡Con cuánta fuerza habla el apóstol del amor de Cristo! La anchura muestra su magnitud a todas las naciones y rangos; la longitud, que va de eternidad a eternidad; la profundidad, la salvación de los sumidos en las profundidades del pecado y la miseria; la altura, su elevación a la dicha y gloria celestiales. Puede decirse que están llenos con la plenitud de Dios los que reciben gracia por gracia de la plenitud de Cristo. ¿No debiera esto satisfacer al hombre? ¿Debe llenarse con mil engaños, jactándose que con esas completa su dicha?

Vv. 20, 21. Siempre es apropiado terminar las oraciones con alabanza. Esperemos más, y pidamos más, alentados por lo que Cristo ya ha hecho por nuestras almas, estando seguros de que la conversión de los pecadores y el consuelo de los creyentes, será para su gloria por siempre jamás.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Exhortaciones a la mutua tolerancia y unión.* 7—16. *Al debido uso de los dones y gracias espirituales.* 17—24. *A la pureza y la santidad.* 25—32. *Y a cuidarse de los pecados practicados por los paganos.*

Vv. 1—6. Nada se exhorta con mayor énfasis en las Escrituras que andar como corresponde a los llamados al reino y gloria de Cristo. Por humildad entiéndase lo que se opone al orgullo. Por mansedumbre, la excelente disposición del alma que hace que los hombres no estén prontos a provocar, y que no se sientan fácilmente provocados u ofendidos. Encontramos mucho en nosotros mismos por lo cual apenas nos podríamos perdonar; por tanto, no debe sorprendernos si hallamos en el prójimo lo que creemos difícil de perdonar. Hay un Cristo en quien tienen esperanza todos los creyentes, y un cielo en el que todos esperan; por tanto, debieran ser de un solo corazón. Todos tenían una fe en su objeto, Autor, naturaleza y poder. Todos ellos creían lo mismo en cuanto a las grandes verdades de la religión; todos ellos habían sido recibidos en la Iglesia por un bautismo con agua en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo como signo de la regeneración. En todos los creyentes habita Dios Padre como en su santo templo, por su Espíritu y gracia especial.

Vv. 7—16. A cada creyente es dado algún don de la gracia para que se ayuden mutuamente. Todo se da según a Cristo le parezca bien otorgar a cada uno. Él recibió *para* ellos, para darles *a* ellos, una gran medida de dones y gracias; particularmente el don del Espíritu Santo. No es un simple conocimiento intelectual ni un puro reconocimiento de Cristo como Hijo de Dios, sino como quien produce confianza y obediencia. Hay una plenitud en Cristo y una medida de esa plenitud dada en el consejo de Dios a cada creyente, pero nunca llegaremos a la medida perfecta sino hasta que lleguemos al cielo. Los hijos de Dios están creciendo mientras están en este mundo; y el crecimiento del cristiano busca la gloria de Cristo. Mientras más impulsado se encuentre un hombre a aprovechar su estado, conforme a su medida y todo lo que haya recibido, para el bien espiritual del prójimo, más ciertamente puede creer que tiene la gracia del amor y la caridad sincera arraigada en su corazón.

Vv. 17—24. El apóstol encarga a los efesios, en el nombre y por la autoridad del Señor Jesús, que habiendo profesado el evangelio, no deben ser como los gentiles inconversos que andaban en la vanidad de su mente y en afectos carnales. ¿No andan los hombres en la vanidad de su mente por todos lados? ¿No debemos, entonces, enfatizar la distinción entre los cristianos reales y los nominales? Ellos estaban desprovistos de todo conocimiento salvador; estaban en tinieblas y las amaban más que a la luz. Les disgustaba y aborrecían la vida de santidad, que no sólo es el camino de vida que Dios exige y aprueba, y por el cual vivimos para Él, sino tiene alguna semejanza a Dios mismo en su pureza, justicia, verdad y bondad. La verdad de Cristo se manifiesta en su belleza y poder cuando aparece en Jesús. —La naturaleza corrupta se llama hombre; como el cuerpo humano tiene diversas partes que se apoyan y fortalecen entre sí. Los deseos pecaminosos son concupiscencias engañosas; prometen felicidad a los hombres pero los vuelven más miserables; los llevan a la destrucción, si no se someten y se mortifican. Por tanto, deben quitarse como ropa vieja y sucia; deben ser sometidas y mortificadas. Pero no basta con sacarse los principios corruptos: debemos tener principios de gracia. Por el hombre nuevo se significa la nueva naturaleza, la nueva criatura, dirigida por un principio nuevo, la gracia regeneradora, que capacita al hombre para llevar una vida nueva de justicia y santidad. Esto es creado o producido por el poder omnipotente de Dios.

Vv. 25—28. Nótense los detalles con que debemos adornar nuestra confesión cristiana. Cuidaos de toda cosa contraria a la verdad. No aduléis ni engañéis al prójimo. El pueblo de Dios es de hijos que no mienten, que no se atreven a mentir, que odian y aborrecen la mentira. Cuidaos de la ira y de las pasiones desenfrenadas. Si hay una ocasión justa para expresar descontento por lo malo, y reprenderlo, hágase sin pecar. Damos lugar al diablo cuando los primeros indicios del pecado no contristan nuestra alma, cuando consentimos a ellos; y cuando repetimos una obra mala. Esto enseña que es pecado si uno se rinde y permite que el diablo venga a nosotros; tenemos que resistirle, cuidándonos de toda apariencia de mal. —El ocio hace al ladrón. Los que no trabajan se exponen a la tentación de robar. Los hombres deben ser trabajadores para que puedan hacer algo de bien, y para que sean librados de la tentación. Deben trabajar no sólo para vivir honestamente, sino para que puedan dar para las necesidades del prójimo. Entonces, ¡qué hemos de pensar de los llamados cristianos, que se enriquecen con fraude, opresión y prácticas engañosas! Para que Dios acepte las ofrendas, no deben ganarse con injusticia y robo, sino con honestidad y trabajo. Dios odia el robo para los holocaustos.

Vv. 29—32. Las palabras sucias salen de la corrupción del que las dice y corrompen la mente de los que las oyen: los cristianos deben cuidarse de esa manera de hablar. Es deber de los cristianos procurar la bendición de Dios, que las personas piensen seriamente y animar y advertir a los creyentes con lo que digan. Sed amables unos con otros. Esto establece el principio del amor en el corazón y su expresión externa en una conducta cortés y humilde. —Nótese cómo el perdón de Dios nos hace perdonar. Dios nos perdonó aunque no teníamos razón para pecar contra Él. Debemos perdonar como Él nos ha perdonado. Toda comunicación mentirosa y corrupta, que estimule los

malos deseos y las lujurias, contristan al Espíritu de Dios. Las pasiones corruptas del rencor, ira, rabia, quejas, maledicencia y malicia, contristan al Espíritu Santo. No provoques al santo y bendito Espíritu de Dios a que retire su presencia y su influencia de gracia. El cuerpo será redimido del poder de la tumba el día de la resurrección. Dondequiera que el bendito Espíritu habite como santificador, es la primicia de todo deleite, y las glorias del día de la redención; seríamos deshechos si Dios nos quitara su Espíritu Santo.

CAPÍTULO V

Versículos 1, 2. *Exhortación al amor fraternal.* 3—14. *Advertencia contra diversos pecados.* 15—21. *Instrucciones para una conducta adecuada y los deberes relacionados.* 22—33. *Los deberes de las esposas y maridos se realzan por la relación espiritual entre Cristo y la Iglesia.*

Vv. 1, 2. Dios os ha perdonado por amor a Cristo, *por tanto*, sed seguidores de Dios, imitadores de Dios. Imitadle en especial en su amor y en su bondad perdonadora, como conviene a los amados de su Padre celestial. —En el sacrificio de Cristo triunfa su amor, y nosotros tenemos que considerarlo plenamente.

Vv. 3—14. Las sucias concupiscencias deben arrancarse de raíz. Hay que temer y abandonar esos pecados. Estas no son sólo advertencias contra los actos groseros de pecado, sino contra lo que algunos toman a la ligera. Pero estas cosas distan tanto de ser provechosas, que contaminan y envenenan a los oyentes. Nuestro júbilo debiera notarse como corresponde a los cristianos al dar gloria a Dios. El hombre codicioso hace un dios de su dinero; pone en los bienes mundanos su esperanza, confianza y delicia, las que sólo debieran estar en Dios. Los que caen en la concupiscencia de la carne o en el amor al mundo, no pertenecen al reino de la gracia, ni irán al reino de la gloria. Cuando los transgresores más viles se arrepienten y creen el evangelio, llegan a ser hijos de obediencia de los cuales se aparta la ira de Dios. ¿Osaremos tomar a la ligera lo que provoca la ira de Dios? —Los pecadores, como hombres en tinieblas, van a donde no saben que van, y hacen lo que no saben, pero la gracia de Dios obra un cambio tremendo en las almas de muchos. Andan como hijos de luz, como teniendo conocimiento y santidad. Las obras de las tinieblas son infructuosas, cualquiera sea el provecho del que se jacten, porque terminan en la destrucción del pecador impenitente. Hay muchas maneras de inducir o de participar en los pecados ajenos: felicitando, aconsejando, consintiendo u ocultando. Si participamos con el prójimo en sus pecados, debemos esperar una participación en sus plagas. Si no reprendemos los pecados de otros, tenemos comunión con ellos. —El hombre bueno debe avergonzarse de hablar de lo que a muchos impíos no avergüenza hacer. No sólo debemos tener la noción y la visión de que el pecado es pecado y vergonzoso en alguna medida, pero hemos de entenderlo como violación de la santa ley de Dios. Según el ejemplo de los profetas y apóstoles debemos llamar a los que están durmiendo y muertos en pecado para que se despierten y se levantan para que Cristo les dé luz.

Vv. 15—21. Otro remedio contra el pecado es el cuidado o la cautela, siendo imposible mantener de otro modo la pureza de corazón y vida. El tiempo es un talento que Dios nos da y se malgasta y se pierde cuando no se usa conforme a su intención. Si hasta ahora hemos desperdiciado el tiempo, debemos doblar nuestra diligencia para el futuro. ¡Cuán poco piensan los hombres en el momento en que en su lecho de muerte miles redimirían alegres por el precio de todo el mundo, pero a qué vanalidades lo sacrifican diariamente! —La gente es muy buena para quejarse de los malos tiempos; bueno sería si eso los estimulara más para redimir el tiempo. No seas imprudente. La ignorancia de nuestro deber y la negligencia con nuestras almas son una muestra de la necedad más grande. La

embriaguez es un pecado que nunca va solo, porque lleva a los hombres a otros males; es un pecado que provoca mucho a Dios. El ebrio da a su familia y a todo el mundo el triste espectáculo de un pecador endurecido más allá de lo corriente, y que se precipita a la perdición. Cuando estemos afligidos o agotados, no procuremos levantar nuestro ánimo con bebidas embriagantes, porque es abominable y dañino y sólo termina haciendo que se sientan más las tristezas. Procuremos, entonces, por medio de la oración ferviente, ser llenos con el Espíritu, y evitemos todo lo que pueda contristar a nuestros benigno Consolador. —Todo el pueblo de Dios tiene razón para cantar de júbilo. Aunque no siempre estemos cantando, debemos estar siempre dando las gracias; nunca nos debe faltar la disposición para este deber, porque nunca nos faltará tema a través de todo el decurso de nuestras vidas. *Siempre* aun en las pruebas y las aflicciones, y por *todas las cosas*; satisfechos con el amoroso propósito y la tendencia al bien. Dios resguarda a los creyentes de pecar contra Él y los hace someterse unos a otros en todo lo que manda, para promover su gloria y cumplir sus deberes mutuos.

Vv. 22—33. El deber de las esposas es la sumisión en el Señor a sus maridos, lo cual comprende honrarlos y obedecerles por un principio de amor a ellos. El deber de los esposos es amar a sus esposas. El amor de Cristo a la Iglesia es el ejemplo, porque es sincero, puro y constante a pesar de las fallas de ella. Cristo se dio por la Iglesia para santificarla en este mundo y glorificarla en el venidero, para otorgar a todos sus miembros el principio de santidad y librarlos de la culpa, la contaminación y el dominio del pecado, por la obra del Espíritu Santo de las cuales su señal exterior es el bautismo. La Iglesia y los creyentes no carecerán de manchas y arrugas hasta que lleguen a la gloria. Pero sólo los que son santificados ahora serán glorificados en el más allá. —Las palabras de Adán mencionadas por el apóstol, se dicen literalmente sobre el matrimonio, pero tienen también un sentido oculto en ellas en relación con la unión entre Cristo y su Iglesia. Era una especie de tipo, por su semejanza. Habrá fallas y defectos por ambos lados, en el estado presente de la naturaleza humana, pero esto no altera la relación. Todos los deberes del matrimonio están incluidos en la unidad y el amor. Mientras adoramos y nos regocijamos en el amor condescendiente de Cristo, los maridos y las esposas aprendan sus deberes recíprocos. Así, se impedirán los peores males y se evitarán muchos efectos penosos.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—4. *Los deberes de hijos y padres.* 5—9. *De los siervos y los amos.* 10—18. *Todos los cristianos deben ponerse la armadura contra los enemigos de sus almas.* 19—24. *El apóstol desea sus oraciones, y termina con su bendición apostólica.*

Vv. 1—4. El gran deber de los hijos es obedecer a sus padres. La obediencia comprende la reverencia interna y los actos externos, y en toda época la prosperidad ha acompañado a los que se distinguen por obedecer a sus padres. —El deber de los padres. No seáis impacientes ni uséis severidades irracionales. Tratad a vuestos hijos con prudencia y sabiduría; convencedlos en sus juicios y obrad en la razón de ellos. Criadlos bien; bajo la corrección apropiada y compasiva, y en el conocimiento del deber que Dios exige. Este deber es frecuentemente descuidado hasta entre los que profesan el evangelio. Muchos ponen a sus hijos en contra de la religión, pero esto no excusa la desobediencia de los hijos aunque lamentablemente pueda ocasionarla. Dios solo puede cambiar el corazón, pero Él da su bendición a las buenas lecciones y ejemplos de los padres, y responde sus oraciones. Pero no deben esperar la bendición de Dios los que tienen como afán principal que sus hijos sean ricos y realizados, sin importar lo que suceda con sus almas.

Vv. 5—9. El deber de los siervos está resumido en una palabra: obediencia. Los siervos de antes por lo general eran esclavos. Los apóstoles tenían que enseñar sus deberes a los amos y a los siervos, porque haciendo esto aminorarían los males hasta que la esclavitud llegara a su fin por la influencia del cristianismo. Los siervos tienen que reverenciar a los que están por encima de ellos. Tienen que ser sinceros; no deben pretender obediencia cuando quieren desobedecer, sino sirviendo fielmente. Deben servir a sus amos no sólo cuando éstos los ven; pero deben ser estrictos para cumplir con su deber cuando están ausentes o no los ven. La consideración constante del Señor Jesucristo hará fieles y sinceros a los hombres de toda posición, no a regañadientes ni por coerción, sino por un principio de amor a sus amos y a sus intereses. Esto les hace fácil servir, agrada a sus amos, y es aceptable para el Señor Cristo. Dios recompensará hasta lo más mínimo que se haya hecho por sentido del deber, y con la mira de glorificarlo a Él. —He aquí el deber de los amos. Actuad de la misma manera. Sed justos con vuestros siervos según como esperáis que ellos sean con vosotros; mostrad la misma buena voluntad e interés por ellos y tened cuidado, para ser aprobado delante de Dios. No seáis tiránicos ni opresores. Vosotros tenéis un Amo al cual obedecer y vosotros y ellos no son sino consiervos respecto a Cristo Jesús. Si los amos y los siervos consideraran sus deberes para con Dios, y la cuenta que deben rendirle dentro de poco tiempo, se preocuparían más de sus deberes mutuos y, de ese modo, las familias serían más ordenadas y felices.

Vv. 10—18. La fuerza y el valor espiritual son necesarios para nuestra guerra y sufrimiento espiritual. Los que desean demostrar que tienen la gracia verdadera consigo, deben apuntar a toda gracia; y ponerse toda la armadura de Dios, que Él prepara y da. La armadura cristiana está hecha para usarse y no es posible dejar la armadura hasta que hayamos terminado nuestra guerra y finalizado nuestra carrera. El combate no es tan sólo contra enemigos humanos, ni contra nuestra naturaleza corrupta; tenemos que vérnosla con un enemigo que tiene miles de maneras para engañar a las almas inestables. Los diablos nos asaltan en las cosas que corresponden a nuestras almas y se esfuerzan por borrar la imagen celestial de nuestros corazones. —Debemos resolver, por la gracia de Dios, no rendirnos a Satanás. Resístidle, y de vosotros huirá. Si cedemos, él se apoderará del terreno. Si desconfiamos de nuestra causa o de nuestro Líder o de nuestra armadura, le damos ventaja. —Aquí se describen las diferentes partes de la armadura de los soldados bien pertrechados, que tienen que resistir los asaltos más feroces del enemigo. No hay nada para la espalda; nada que defienda a los que se retiran de la guerra cristiana. —La verdad o la sinceridad es el cinto. Esto rodea todas las otras partes de la armadura y se menciona en primer lugar. No puede haber religión sin sinceridad. —La justicia de Cristo, imputada a nosotros, es una coraza contra los dardos de la ira divina. La justicia de Cristo, implantada en nosotros, fortifica el corazón contra los ataques de Satanás. —La resolución debe ser como las piezas de la armadura para resguardar las partes delanteras de las piernas, y para afirmarse en el terreno o caminar por sendas escarpadas, los pies deben estar protegidos con el apresto del evangelio de la paz. Los motivos para obedecer en medio de las pruebas deben extraerse del claro conocimiento del evangelio. —La fe es todo en todo en la hora de la tentación. La fe, tener la certeza de lo que no se ve, como recibir a Cristo y los beneficios de la redención, y de ese modo, derivar gracia de Él, es como un escudo, una defensa en toda forma. El diablo es el malo. Las tentaciones violentas, por las cuales el alma se enciende con fuego del infierno, son dardos que Satanás nos arroja. Además, los malos pensamientos de Dios y de nosotros mismos. La fe que aplica la palabra de Dios y a la gracia de Cristo, es la que apaga los dardos de la tentación. —La salvación debe ser nuestro yelmo. La buena esperanza de salvación, la expectativa bíblica de la victoria, purifican el alma e impiden que sea contaminada por Satanás. —El apóstol recomienda al cristiano armado para la defensa en la batalla, una sola arma de ataque, la cual es suficiente, la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Somete y mortifica los malos deseos y los pensamientos blasfemos a medida que surgen adentro; y responde a la incredulidad y al error a medida que asaltan desde afuera. Un solo texto bien entendido y rectamente aplicado, destruye de una sola vez la tentación o la objeción y somete al adversario más formidable. —La oración deben

asegurar todas las demás partes de nuestra armadura cristiana. Hay otros deberes de la religión y de nuestra posición en el mundo, pero debemos mantener el tiempo de orar. Aunque la oración solemne y estable pueda no ser factible cuando hay otros deberes que cumplir, de todos modos las oraciones piadosas cortas que se lancen son siempre como dardos. —Debemos usar pensamientos santos en nuestra vida corriente. El corazón vano también será vano para orar. Debemos orar con toda clase de oración, pública, privada y secreta; social y solitaria; solemne y súbita; con todas las partes de la oración: confesión de pecado, petición de misericordia y acción de gracias por los favores recibidos. Y debemos hacerlo por la gracia de Dios Espíritu Santo, dependiendo de su enseñanza y conforme a ella. Debemos perseverar en pedidos particulares a pesar del desánimo. Debemos orar no sólo por nosotros sino por todos los santos. Nuestros enemigos son fuertes y nosotros no tenemos fuerza, pero nuestro Redentor es todopoderoso, y en el poder de su fuerza, podemos vencer. Por eso debemos animarnos a nosotros mismos. ¿No hemos dejado de responder a menudo cuando Dios ha llamado? Pensemos en esas cosas y sigamos orando con paciencia.

Vv. 19—24. El evangelio era un misterio hasta que fue dado a conocer por la revelación divina; anunciarlo es obra de los ministros de Cristo. Los ministros mejores y más eminentes necesitan las oraciones de los creyentes. Debe orarse especialmente por ellos porque están expuestos a grandes dificultades y peligros en su obra. —Paz sea a los hermanos, y amor con fe. Por paz entiéndase toda clase de paz: paz con Dios, paz de conciencia, paz entre ellos mismos. La gracia del Espíritu, produciendo fe y amor y toda gracia. Él desea eso para aquellos en quienes ya fueron empezadas. Y toda la gracia y las bendiciones vienen a los santos desde Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. La gracia, esto es, el favor de Dios, y todos los bienes espirituales y temporales, que son de ella, es y será con todos los que así amen a nuestro Señor Jesucristo con sinceridad, y sólo con ellos.

FILIPENSES

Los filipenses estaban muy profundamente interesados en el apóstol. El alcance de la epístola es confirmarlos en la fe, animarlos a andar como corresponde al evangelio de Cristo, precaverlos contra los maestros judaizantes, y expresar gratitud por su generosidad cristiana. Esta epístola es la única, de las escritas por San Pablo, en que no hay censuras implícitas ni explícitas. En todas partes se halla la confianza y la felicitación plena y los filipenses son tratados con un afecto peculiar que percibirá todo lector serio.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *El apóstol ofrece acción de gracias y oraciones por la buena obra de gracia en los filipenses.* 8—11. *Expresa afecto y ora por ellos.* 12—20. *Los fortalece para que no se desanimen por sus sufrimientos.* 21—26. *El estaba preparado para glorificar a Cristo por su vida o su muerte.* 27—30. *Exhortaciones al celo y la constancia para profesar el evangelio.*

Vv. 1—7. El más alto honor de los ministros más eminentes es ser siervos de Cristo. Los que no son verdaderos santos en la tierra nunca serán santos en el cielo. Fuera de Cristo los mejores santos son pecadores e incapaces de estar delante de Dios. No hay paz sin gracia. La paz interna surge de percibir el favor divino. No hay gracia sin paz, sino de nuestro Padre Dios, la fuente y el origen de todas las bendiciones.—El apóstol fue maltratado en Filipos y vio poco fruto de su labor, pero recuerda con gozo a los filipenses. Debemos agradecer a nuestro Dios las gracias y consuelos, los dones y el servicio de otros, cuando recibimos el beneficio y Dios recibe la gloria. La obra de gracia nunca será perfeccionada sino hasta el día de Jesucristo, el día de su manifestación. Pero estemos siempre confiados en que Dios completará su buena obra en toda alma donde la haya comenzado por la regeneración, aunque no debemos confiarnos de las apariencias externas, ni en nada sino en la nueva creación para santidad. La gente es querida por sus ministros cuando reciben el beneficio de su ministerio. Los que sufren juntos en la causa de Dios deben amarse mutuamente.

Vv. 8—11. ¿No compadeceremos y no amaremos a las almas que Cristo ama y compadece? Los que abunden en alguna gracia tienen que abundar más. Probemos diferentes cosas; aprobemos lo excelente. Las verdades y las leyes de Cristo son excelentes y se recomiendan a sí mismas como tales a toda mente atenta. La sinceridad debe ser la marca de nuestra conversación en el mundo, y es la gloria de todas nuestras virtudes. Los cristianos no deben ofenderse y deben tener mucho cuidado en no ofender a Dios ni a los hermanos. Las cosas que más honran a Dios son las que más nos beneficiarán. No demos cabida a ninguna duda sobre si hay o no algún fruto bueno en nosotros. Nadie debe sentirse satisfecho con una medida pequeña de amor, conocimiento y fruto cristiano.

Vv. 12—20. El apóstol estaba preso en Roma y para borrar el vituperio de la cruz muestra la sabiduría y la bondad de Dios en sus sufrimientos. Estas cosas le hicieron conocido donde nunca hubiera sido conocido de otro modo; debido a ellas algunos se interesaron en el evangelio. Sufrió de parte de los falsos amigos y de los enemigos. ¡Miserable carácter el de los que predican a Cristo por envidia y contienda y añaden aflicción a las cadenas que oprimían a éste, el mejor de los hombres! —El apóstol estaba cómodo en medio de todo. Debemos regocijarnos, puesto que nuestros trastornos pueden hacer bien a muchos. Todo lo que resulte para nuestra salvación es por el Espíritu de Cristo y la oración es el medio designado para buscarlo. Nuestras expectativas y esperanzas más fervientes no deben ser lograr que nos honren los hombres ni escapar de la cruz, sino ser sustentado en medio de la tentación, el desprecio y la aflicción. Dejemos a Cristo la manera en que nos hará útiles para su gloria, ya sea por labores o sufrimientos, por diligencia o paciencia, por vivir para su honra trabajando para Él o morir para su honra sufriendo por Él.

Vv. 21—26. La muerte es una pérdida grande para el hombre carnal y mundano, porque pierde todas las bendiciones terrenales y todas sus esperanzas, pero para el creyente verdadero es ganancia, porque es el fin de todas sus debilidades y miserias. Le libra de todos los males de la vida y le lleva a poseer el bien principal. La disyuntiva del apóstol no era entre vivir en este mundo y vivir en el cielo; entre ellos no hay comparación; era entre servir a Cristo en este mundo y disfrutar de Él en el otro. No entre dos cosas malas, sino entre dos cosas buenas: vivir para Cristo o estar con Él. Véase el poder de la fe y de la gracia divina; puede hacernos dispuestos para morir. En este mundo estamos rodeados de pecado, pero estando con Cristo escaparemos del pecado y de la tentación, la tristeza y la muerte para siempre. Pero quienes tienen más razón para partir deben estar dispuestos a quedarse

en el mundo en la medida que Dios tenga alguna obra para que ellos hagan. Mientras más inesperadas sean las misericordias antes que ellos se vayan, más de Dios se verá en ellos.

Vv. 27—30. Los que profesan el evangelio de Cristo deben vivir como corresponde a los que creen las verdades del evangelio, se someten a las leyes del evangelio y dependen de las promesas del evangelio. La palabra original por "comportéis" connota la conducta de los ciudadanos que procuran el prestigio, la seguridad, la paz y la prosperidad de su ciudad. En la fe del evangelio existe aquello por lo cual vale la pena esforzarse; hay mucha oposición y se necesita esfuerzo. El hombre puede dormirse e irse al infierno, pero el que quiere ir al cielo, debe cuidar de sí y ser diligente. Puede que haya unanimidad de corazón y afecto entre los cristianos donde haya diversidad de juicio sobre muchas cosas. —La fe es el don de Dios por medio de Cristo; la habilidad y la disposición para creer son de Dios. Si sufrimos reproche y pérdida por Cristo, tenemos que contarlos como dádiva y apreciarlos como tales. Pero la salvación no debe atribuirse a las aflicciones corporales, como si las aflicciones y las persecuciones mundanas la hicieran merecer; la salvación es únicamente de Dios: la fe y la paciencia son sus dádivas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Exhortación a mostrar un espíritu y conducta amable y humilde.* 5—11. *El ejemplo de Cristo.* 12—18. *La diligencia en los asuntos de la salvación, y ser ejemplos para el mundo.* 19—30. *El propósito del apóstol de visitar Filipos.*

Vv. 1—4. Estas son otras exhortaciones a los deberes cristianos; a la unanimidad, a la humildad, conforme al ejemplo del Señor Jesús. La bondad es la ley del reino de Cristo, la lección de su escuela, el uniforme de su familia. —Se mencionan diversos motivos para el amor fraternal. Si esperáis o experimentáis el beneficio de las compasiones de Dios para sí mismo, sed compasivos unos con otros. Es el gozo de los ministros ver la unanimidad de su gente. —Cristo vino a hacernos humildes para que no haya entre nosotros espíritu de orgullo. Debemos ser severos con nuestras propias faltas, y rápidos para observar nuestros defectos, pero estar dispuestos para favorecer con concesiones al prójimo. Debemos cuidar bondadosamente a los demás, y no meternos en asuntos ajenos. No se puede disfrutar de paz interior ni exterior sin humildad.

Vv. 5—11. El ejemplo de nuestro Señor Jesucristo es puesto ante nosotros. Debemos parecernos a Él en su vida, si deseamos el beneficio de su muerte. —Fijémonos en las dos naturalezas de Cristo: su naturaleza Divina y la humana. Siendo en la forma de Dios, participó de la naturaleza divina, como el eterno Hijo Unigénito de Dios, Juan i, 1, y no estimó que fuera usurpación ser igual a Dios y recibir la adoración de los hombres que corresponde a la Divinidad. Su naturaleza humana: en ella se hizo como nosotros en todo excepto el pecado. Así, humillado, por su propia voluntad, descendió de la gloria que tenía con el Padre desde antes que el mundo fuese. —Se comentan los dos estados de Cristo, el de humillación y el de exaltación. Cristo no sólo asumió la semejanza y el estilo o forma de hombre, sino el de uno de estado humilde; no se manifestó con esplendor. Toda su vida fue una vida de pobreza y sufrimientos, pero el paso más bajo fue morir la muerte de cruz, la muerte de un malhechor y de un esclavo; expuesto al odio y burla del público. —La exaltación fue de la naturaleza humana de Cristo, en unión con la divina. Todos deben rendir homenaje solemne al nombre de Jesús, no al solo sonido de la palabra, sino a la autoridad de Jesús. Confesar que Jesucristo es el Señor es para la gloria de Dios Padre; porque es su voluntad que todos los hombres honren al Hijo como honran al Padre, Juan v, 23. Aquí vemos tales motivos para el amor que se niega a sí mismo, que ninguna otra cosa podría suplir. ¿Amamos y obedecemos así al Hijo de Dios?

Vv. 12—18. Debemos ser diligentes en el uso de todos los medios que llevan a nuestra salvación perseverando en ellos hasta el fin, con mucho cuidado no sea que con todas nuestras ventajas no lleguemos. Ocupaos en vuestra salvación, porque es Dios quien obra en vosotros. Esto nos anima a hacer lo más que podamos porque nuestro trabajo no será en vano; aún debemos depender de la gracia de Dios. La obra de la gracia de Dios en nosotros es vivificar y comprometer nuestros esfuerzos. La buena voluntad de Dios para nosotros es la causa de su buena obra en nosotros. —Cumplid vuestro deber sin murmuraciones. Cumplidlo y no le atribuyáis defectos. Preocupaos de vuestro trabajo y no lo hagáis motivo de contienda. Sed apacibles: no déis ocasión justa de ofensa. Los hijos de Dios deben distinguirse de los hijos de los hombres. Mientras más perversos sean los otros, mas cuidadosos debemos ser nosotros para mantenernos sin culpa e inocentes. La doctrina y el ejemplo coherente de los creyentes iluminará a otros y dirigirá su camino a Cristo y a la piedad, así como la luz del faro advierte a los marinos que eviten los escollos y dirige su rumbo al puerto. Tratemos de brillar así. —El evangelio es la palabra de vida, nos da a conocer la vida eterna por medio de Jesucristo. Correr connota fervor y vigor, seguir continuamente hacia delante; esfuerzo, connota constancia y aplicación estrecha. —La voluntad de Dios es que los creyentes estén con mucho regocijo; y los que estén tan felices por tener buenos ministros, tienen mucha razón para regocijarse con ellos.

Vv. 19—30. Mejor es para nosotros cuando nuestro deber se nos hace natural. Por cierto, esto es sinceramente y no sólo por pretensión; con corazón dispuesto y puntos de vista rectos. Nuestra tendencia es preferir nuestro propio mérito, comodidad y seguridad antes que la verdad, la santidad y el deber, pero Timoteo no era así. Pablo deseaba libertad no para darse placeres, sino para hacer el bien. —Epafrodito estaba dispuesto a ir donde los filipenses para que fuera consolado con los que se habían condolido con él cuando estuvo enfermo. Parece que su enfermedad fue causada por la obra de Dios. El apóstol les pide que le amen más por esa razón. Es doblemente agradable que Dios restaure nuestras misericordias, después del gran peligro de perderlas; y esto debiera hacerlas mucho más valiosas. —Lo dado en respuesta a la oración debe recibirse con gran gratitud y gozo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—11. *El apóstol advierte a los filipenses contra los falsos maestros judaizantes, y renuncia a sus propios privilegios anteriores.* 12—21. *Expresa el ferviente deseo de ser hallado en Cristo; además sigue adelante a la perfección y recomienda su propio ejemplo a otros creyentes.*

Vv. 1—11. Los cristianos sinceros se regocijan en Cristo Jesús. El profeta trata de perros mudos a los falsos profetas, Isaías lvi, 10, a lo cual parece referirse el apóstol. Perros por su malicia contra los fieles profesantes del evangelio de Cristo, que les ladran y los muerden. Imponen las obras humanas oponiéndolas a la fe de Cristo, pero Pablo los llama hacedores de iniquidad. —Los trata de mutiladores, porque rasgan la Iglesia de Cristo y la despedazan. La obra de la religión no tiene propósito alguno si el corazón no está en ella; debemos adorar a Dios con la fuerza y la gracia del Espíritu divino. Ellos se regocijan en Cristo Jesús, no solo en el deleite y cumplimiento externo. Nunca nos resguardaremos con demasía de quienes se oponen a la doctrina de la salvación gratuita, o abusan de ella. —Para gloriarse y confiar en la carne, el apóstol hubiera tenido muchos motivos como cualquier hombre. Pero las cosas que consideró ganancia mientras era fariseo, y las había reconocido, las consideró como pérdida por Cristo. El apóstol no les pedía que hicieran algo fuera de lo que él mismo hacía; ni que se aventuraran en algo, sino en aquello en lo cual él mismo arriesgó su alma inmortal. Él considera que todas esas cosas no eran sino pérdida comparadas con el

conocimiento de Cristo, por fe en su persona y salvación. —Habla de todos los deleites mundanos y de los privilegios externos que buscaban en su corazón un lugar junto a Cristo, o podían pretender algún mérito y algo digno de recompensa, y los cuenta como pérdida, pero puede decirse que es fácil decirlo, pero, ¿qué haría cuando llegara la prueba? Había sufrido la pérdida de todo por los privilegios de ser cristiano. Sí, no sólo los consideraba como pérdida, sino como la basura más vil, sobras tiradas a los perros; no sólo menos valiosas que Cristo, sino en sumo grado despreciables cuando se las compara con Él. —El verdadero conocimiento de Cristo modifica y cambia a los hombres, sus juicios y modales, y los hace como si fueran hechos de nuevo. El creyente prefiere a Cristo sabiendo que es mejor para nosotros estar sin todas las riquezas del mundo que sin Cristo y su palabra. Veamos a qué resolvió aferrarse el apóstol: a Cristo y el cielo. Estamos perdidos, sin justicia con la cual comparecer ante Dios, porque somos culpables. Hay una justicia provista para nosotros en Jesucristo, la que es justicia completa y perfecta. Nadie puede tener el beneficio de ella si confía en sí mismo. La fe es el medio establecido para solicitar el beneficio de la salvación. Es por fe en la sangre de Cristo. Somos hechos conformes a la muerte de Cristo cuando morimos *al* pecado como Él murió *por* el pecado; y el mundo nos es crucificado como nosotros al mundo por la cruz de Cristo. El apóstol está dispuesto a hacer o sufrir cualquier cosa para alcanzar la gloriosa resurrección de los santos. Esta esperanza y perspectiva lo hacen pasar por todas las dificultades de su obra. No espera lograrlo por su mérito ni su justicia propia sino por el mérito y la justicia de Jesucristo.

Vv. 12—21. Esta sencilla dependencia y fervor de alma no se mencionan como si el apóstol hubiera alcanzado el premio o ya fuera perfecto a semejanza del Salvador. Olvida lo que queda detrás para no darse por satisfecho por las labores pasadas o las actuales medidas de gracia. Se extiende adelante, prosigue hacia la meta; expresiones que demuestran gran interés por llegar a ser más y más como Cristo. —El que corre una carrera nunca debe detenerse antes de la meta; debe seguir adelante tan rápido como pueda; de esta manera, los que tienen el cielo en su mira, deben aún seguir adelante en santo deseo, esperanza y esfuerzo constante. La vida eterna es la dádiva de Dios, pero está en Cristo Jesús; debe venirnos por medio de su mano, de la manera que Él la logró para nosotros. No hay forma de llegar al cielo como a nuestra casa, sino por medio de Cristo nuestro Camino. Los creyentes verdaderos, al buscar esta seguridad y al glorificarlo, buscarán más de cerca parecerse a Él en sus padecimientos y muerte, muriendo al pecado y crucificando la carne con sus pasiones y concupiscencias. En estas cosas hay una gran diferencia entre los cristianos verdaderos, pero todos conocen algo de ellas. Los creyentes hacen de Cristo su todo en todo y ponen sus corazones en el otro mundo. Si difieren unos de otros, y no tienen el mismo juicio en cuestiones menores, aún así, no deben juzgarse unos a otros, porque todos se reúnen ahora en Cristo y esperan reunirse en el cielo en breve. Que ellos se unan en todas las cosas grandes en que concuerden y esperen más luz en cuanto a las cosas menores en que difieren. —A los enemigos de la cruz de Cristo no les importa nada, sino sus apetitos sensuales. El pecado es la vergüenza del pecador, especialmente cuando se glorían en eso. El camino de los que se ocupan de las cosas terrenales puede parecer agradable, pero la muerte y el infierno están al final. Si elegimos el camino de ellos, compartiremos su final. —La vida del cristiano está en el cielo donde está su Cabeza y su hogar, y donde espera estar dentro de poco tiempo; pone sus afectos en las cosas de arriba y donde esté su corazón, ahí estará su tesoro. —Hay gloria reservada para los cuerpos de los santos, gloria que se hará presente en la resurrección. Entonces el cuerpo será hecho glorioso; no sólo resucitado a la vida, sino resucitado para mayor ventaja. Nótese el poder por el cual será efectuado este cambio. Estemos siempre preparados para la llegada de nuestro Juez; esperando tener nuestros cuerpos viles cambiados por su poder todopoderoso, y recurriendo diariamente a Él para que haga una nueva creación de nuestras almas para la piedad; para que nos libre de nuestros enemigos y que emplee nuestros cuerpos y nuestras almas como instrumentos de justicia a su servicio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1. *El apóstol exhorta a los filipenses a estar firmes en el Señor.* 2—9. *Da instrucciones a algunos, y a todos en general.* 10—19. *Expresa contento en toda situación de la vida.* 20—23. *Concluye orando a Dios Padre y con su bendición habitual.*

V. 1. La esperanza y la perspectiva creyente de la vida eterna deben afirmarnos y hacernos constantes en nuestra carrera cristiana. Hay diferencia de dones y gracias, pero estando renovados por el mismo Espíritu, somos hermanos. Estar firmes en el Señor es afirmarse en su fuerza y por su gracia.

Vv. 2—9. Los creyentes sean unánimes y estén dispuestos a ayudarse mutuamente. Como el apóstol había hallado el beneficio de la asistencia de ellos, sabía cuán consolador sería para sus colaboradores tener la ayuda de otros. Procuremos asegurarnos que nuestros nombres estén escritos en el libro de la vida. —El gozo en Dios es de gran importancia en la vida cristiana; es necesario llamar continuamente a ello a los cristianos. El gozo supera ampliamente todas las causas de pesar. Los enemigos deben darse cuenta de lo moderados que eran en cuanto a las cosas externas, y con cuánta moderación sufrían las pérdidas y las dificultades. El día del juicio llegará pronto, con la plena redención de los creyentes y la destrucción de los impíos. —Es nuestro deber mostrar cuidadosa diligencia en armonía con una sabia previsión y con la debida preocupación; pero hay un afanarse de temor y desconfianza que es pecado y necedad, y sólo confunde y distrae la mente. Como remedio contra la preocupación que confunde se recomienda la constancia en la oración. No sólo los tiempos establecidos de oración, sino constancia en todo por medio de la oración. Debemos unir la acción de gracias con las oraciones y las súplicas; no sólo buscar provisiones de lo bueno, sino reconocer las misericordias que recibimos. Dios no necesita que le digamos nuestras necesidades o deseos porque los conoce mejor que nosotros, pero quiere que le demostremos que valoramos su misericordia y sentimos que dependemos de Él. La paz con Dios, esa sensación consoladora de estar reconciliados con Dios, y de tener parte de su favor, y la esperanza de la bendición celestial, son un bien mucho más grande de lo que puede expresarse con plenitud. Esta paz mantendrá nuestros corazones y mentes en Jesucristo; nos impedirá pecar cuando estemos sometidos a tribulaciones y de hundirnos debajo de ellas; nos mantendrá calmos y con una satisfacción interior. —Los creyentes tienen que conseguir y mantener un buen nombre; un nombre para todas las cosas con Dios y los hombres buenos. —Debemos recorrer en todo los caminos de la virtud y permanecer en ellos; entonces, sea que nuestra alabanza sea o no de los hombres, será de Dios. El apóstol es un ejemplo. Su doctrina armonizaba con su vida. La manera de tener al Dios de paz con nosotros es mantenernos dedicados a nuestro deber. Todos nuestros privilegios y la salvación proceden de la misericordia gratuita de Dios, pero el goce de ellos depende de nuestra conducta santa y sincera. Estas son obras de Dios, pertenecientes a Dios, y a Él solo se deben atribuir y a nadie más, ni hombres, ni palabras ni obras.

Vv. 10—19. Buena obra es socorrer y ayudar a un buen ministro en dificultades. La naturaleza de la verdadera simpatía cristiana no es tan sólo sentirse preocupados por nuestros amigos en sus problemas, sino hacer lo que podamos para ayudarlos. El apóstol solía estar en cadenas, prisiones y necesidades, pero en todo aprendió a estar contento, a llevar su mente a ese estado, y aprovechar el máximo de eso. El orgullo, la incredulidad, el vano insistir en algo que no tenemos y el descontento variable por las cosas presentes, hacen que los hombres estén disgustados aun en circunstancias favorables. Oremos por una sumisión paciente y por esperanza cuando estemos aplastados; por humildad y una mente celestial cuando estemos jubilosos. Es gracia especial tener siempre un temperamento mental sereno. Cuando estemos humillados no perdamos nuestro consuelo en Dios ni

desconfiemos de su providencia, ni tomemos un camino malo para nuestra satisfacción. En estado próspero no seamos orgullosos ni nos sintamos seguros ni mundanos. Esta es una lección mucho más difícil que la otra, porque las tentaciones de la plenitud y de la prosperidad son más que las de la aflicción y la necesidad. —El apóstol no tenía la intención de moverlos a dar más, sino exhortarlos a una bondad que tendrá una recompensa gloriosa en el más allá. Por medio de Cristo tenemos la gracia para hacer lo que es bueno, y por medio de Él hemos de esperar la recompensa; como tenemos todas las cosas por Él, hagamos todas las cosas por Él y para su gloria.

Vv. 20—23. El apóstol termina con alabanzas para Dios. Debemos mirar a Dios en todas nuestras debilidades y temores, no como enemigo, sino como Padre, dispuesto a compadecerse de nosotros y a ayudarnos. Debemos dar gloria a Dios como Padre. La gracia y el favor de Dios, que disfrutan las almas reconciliadas, con todas las virtudes en nosotros, que fluyen de Él, son todas adquiridas para nosotros por los méritos de Cristo, y aplicadas por su intercesión a nuestro favor; por lo cual se llaman con justicia, la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

COLOSENSES

Esta epístola fue enviada por ciertas dificultades que surgieron entre los colosenses, debido a falsos maestros, a causa de lo cual recurrieron al apóstol. El alcance de la epístola es demostrar que toda la esperanza de redención del hombre se funda solo en Cristo, en el cual están toda la plenitud, las perfecciones y toda la suficiencia. Se advierte a los colosenses contra las artimañas de los maestros judaizantes y contra las nociones de sabiduría carnal e invenciones y tradiciones humanas, que no armonizan con la confianza total en Cristo. El apóstol usa los dos primeros capítulos para decirles qué deben creer y en los dos últimos qué deben hacer: la doctrina de la fe y los preceptos de la vida para salvación.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *El apóstol Pablo saluda a los colosenses y bendice a Dios por la fe, el amor y la esperanza de ellos.* 9—14. *Ora para que lleven fruto en conocimiento espiritual.* 15—23. *Da una visión gloriosa de Cristo.* 24—29. *Establece su propio carácter como apóstol de los gentiles.*

Vv. 1—8. Todos los cristianos verdaderos son hermanos entre sí. La fidelidad va en todo aspecto y relación de la vida cristiana. —La fe, la esperanza, y el amor son las tres virtudes principales de la vida cristiana, y el tema apropiado para orar y dar gracias. Mientras más fijamos nuestras esperanzas en la recompensa del otro mundo, más libres estaremos para hacer el bien con nuestro tesoro

terrenal. Estaba reservado *para ellos*; ningún enemigo podía quitárselos. —El evangelio es la palabra de verdad y podemos arriesgar nuestras almas sobre esta base, con la seguridad de un buen resultado. Todos los que oyen la palabra del evangelio, deben dar el fruto del evangelio, obedecerla y tener sus principios y vidas formados conforme a ello. El amor al mundo surge de puntos de vista interesados, o de similitud en modales; el amor carnal surge del apetito de placeres. A estos siempre se aferra algo corrupto, egoísta y bajo. Pero el amor cristiano surge del Espíritu Santo y está lleno de santidad.

Vv. 9—14. El apóstol era constante para orar que los creyentes fueran llenos del conocimiento de la voluntad de Dios con toda sabiduría. Las buenas palabras no sirven sin buenas obras. El que emprende el fortalecimiento de su pueblo es un Dios de poder, y de poder glorioso. El bendito Espíritu es el autor de esto. Al orar por fuerza espiritual, no somos presionados ni confinados en las promesas, y no debemos serlo en nuestras esperanzas y deseos. La gracia de Dios en los corazones de los creyentes es el poder de Dios y hay gloria en este poder. El uso especial de esta fuerza era para los sufrimientos. Hay obra que realizar aunque estemos sufriendo. —En medio de todas sus tribulaciones ellos daban gracias al Padre de nuestro Señor Jesucristo cuya gracia especial los preparaba para participar de la herencia provista para los santos. Para ejecutar este cambio fueron hechos súbditos de Cristo, los que eran esclavos de Satanás. Todos los que están destinados para el cielo en el más allá, están preparados ya para el cielo. Los que tienen la herencia de hijos tienen la educación de hijos, y la disposición de hijos. Por fe en Cristo disfrutan esta redención, como la compra de su sangre expiatoria mediante la cual se otorgan el perdón de los pecados y todas las demás bendiciones. Seguramente entonces consideraremos un favor el ser liberados del reino de Satanás y llevados al de Cristo, sabiendo que todas las tribulaciones terminarán pronto y que cada creyente será contado entre los salidos de la gran tribulación.

Vv. 15—23. Cristo en su naturaleza humana es la revelación visible del Dios invisible y quien le ha visto a Él ha visto al Padre. Adoremos estos misterios con fe humilde y contemplemos la gloria de Jehová en Cristo Jesús. Nació o fue engendrado antes de toda la creación, antes que fuera hecha la primera criatura; este el modo de la Escritura de representar la eternidad, y por el cual la eternidad de Dios nos es representada. Siendo todas las cosas creadas por Él, fueron creadas para Él; siendo hechas por su poder, fueron hechas conforme a su beneplácito y para alabanza de su gloria. No sólo las creó todas al principio; por la palabra de su poder las sustenta. —Cristo como Mediador es la Cabeza del cuerpo, la Iglesia; toda gracia y fuerza son de Él; y la Iglesia es su cuerpo. Toda plenitud habita en Él; la plenitud de mérito y justicia, de fuerza y gracia para nosotros. Dios mostró su justicia al requerir plena satisfacción. Este modo de redimir a la humanidad por la muerte de Cristo fue el más apto. Aquí se presenta ante nuestra visión el método de ser reconciliado. Pese al odio hacia el pecado por parte de Dios, plugo a Dios reconciliar consigo al hombre caído. Si estamos convencidos en nuestra mente de que éramos enemigos por las malas obras, y que ahora estamos reconciliados a Dios por el sacrificio y muerte de Cristo según nuestra naturaleza, no intentaremos explicar ni siquiera pensar en comprender plenamente estos misterios, pero veremos la gloria de este plan de redención y nos regocijaremos en la esperanza que nos es puesta por delante. Si el amor de Dios por nosotros es tan grande, ¿ahora qué podemos hacer por Dios? Orar con frecuencia y abundar en los deberes santos y no vivir más para sí mismo, sino para Cristo, el que murió por nosotros. Pero, ¿para qué? ¿para que sigamos viviendo en el pecado? No, sino para que muramos al pecado y vivamos entonces no para nosotros sino para Él.

Vv. 24—29. Los sufrimientos de la Cabeza y de los miembros son llamados sufrimientos de Cristo, y hechos, como si lo fueran, un cuerpo de sufrimientos. Pero Él sufrió por la redención de la Iglesia; nosotros sufrimos por otras cosas, porque sólo saboreamos ligeramente esa copa de aflicciones que Cristo bebió primero hasta las heces. Puede decirse que el cristiano cumple lo que falta de los sufrimientos de Cristo cuando toma su cruz, y según la pauta de Cristo, sufre

pacientemente las aflicciones que Dios le asigna. —Seamos agradecidos que Dios nos haya dado a conocer los misterios ocultos por edades y generaciones y haya mostrado las riquezas de su gloria entre nosotros. Al predicarse a Cristo entre nosotros preguntemos honestamente si Él habita y reina en nosotros; porque sólo esto puede garantizar nuestra esperanza de su gloria. Debemos ser fieles hasta la muerte en medio de todas las pruebas para recibir la corona de vida y alcanzar la meta de nuestra fe: la salvación de nuestras almas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El apóstol expresa su amor a los creyentes, y su gozo en ellos.* 8—17. *Advierte contra los errores de la filosofía pagana; también contra las tradiciones y ritos judaicos que fueron cumplidos en Cristo.* 18—23. *Contra adorar ángeles, y contra las ordenanzas legales.*

Vv. 1—7. El alma prospera cuando conocemos claramente la verdad en Jesús. Entonces creemos no sólo con el corazón, sino que estamos dispuestos a confesar con la boca cuando se nos pida. El conocimiento y la fe enriquecen el alma. Mientras más fuerte es nuestra fe, y más cálido nuestro amor, más grande será nuestro consuelo. Los tesoros de la sabiduría están ocultos, no *de* nosotros, sino *para* nosotros en Cristo. Fueron escondidos de los incrédulos orgullosos, pero exhibidos en la persona y la redención de Cristo. —Nótese el peligro de las palabras persuasivas: ¡cuántos se destruyen con los disfraces falsos y las bellas apariencias de principios malos y de las prácticas impías! Estad vigilantes y temed a los que desean seducir para cualquier mal, porque su propósito es corromperos. Todos los cristianos han recibido al Señor Jesucristo; al menos por profesión le aceptaron y le tomaron como suyo. No podemos edificar ni crecer en Cristo si primero, no estamos arraigados o fundamentados en Él. Estando afirmados en la fe podemos abundar y mejorar más y más en ella. Dios quita con justicia este beneficio a quienes no lo reciben con acción de gracias; con justicia, Dios requiere gratitud por sus misericordias.

Vv. 8—17. Hay una filosofía que ejercita correctamente nuestras facultades de raciocinio: el estudio de las obras de Dios, que nos lleva al conocimiento de Dios y confirma nuestra fe en Él. Pero hay una filosofía que es vana y engañosa; y aunque complace las fantasías de los hombres, obstaculiza la fe de ellos: tales son las especulaciones curiosas sobre cosas que no trascienden o no nos interesan. Los que van por el camino del mundo se han apartado de seguir a Cristo. En Él tenemos la sustancia de todas las sombras de la ley ceremonial. Todos los defectos de la ley están compensados en el evangelio de Cristo por su sacrificio completo por el pecado, y por la revelación de la voluntad de Dios. Ser completo es estar equipado con todas las cosas necesarias para la salvación. Por esta sola palabra, "completo" se indica que tenemos todo lo requerido en Cristo. "En Él", no cuando miramos a Cristo como si estuviese lejos de nosotros, sino cuando tenemos a Cristo habitando y permaneciendo *en* nosotros. Cristo está en nosotros y nosotros en Él cuando por el poder del Espíritu, la fe obra en nuestros corazones por el Espíritu y somos unidos a nuestra Cabeza. La circuncisión del corazón, la crucifixión de la carne, la muerte y sepultación al pecado y al mundo, y la resurrección a la novedad de vida, simbolizadas en el bautismo, y por fe obrada en nuestros corazones, demuestran que nuestros pecados han sido perdonados, y que estamos completamente liberados de la maldición de la ley. —Por medio de Cristo somos resucitados los que estábamos muertos en el pecado. La muerte de Cristo fue la muerte de nuestros pecados; la resurrección de Cristo es la vivificación de nuestras almas. Cristo sacó del camino la ley de las ordenanzas que fue yugo para los judíos, y muro de separación para los gentiles. Las sombras huyeron cuando la sustancia se hizo presente. Como todo mortal es culpable de muerte, por lo escrito en la ley, ¡qué espantosa es la situación de los impíos réprobos que pisotean la sangre del Hijo de Dios, que es lo

único con que puede borrarse esta sentencia! Que nadie se perturbe con los juicios fanáticos relacionados a la carne o a las solemnidades judías. Apartar un tiempo para adorar y servir a Dios es un deber ineludible que no depende necesariamente del séptimo día de la semana, el día de reposo de los judíos. El primer día de la semana o el día del Señor es el tiempo que los cristianos guardan santo en memoria de la resurrección de Cristo. Todos los ritos judaicos eran sombra de las bendiciones del evangelio.

Vv. 18—23. Parecía humildad recurrir a los ángeles, como si los hombres tuviesen conciencia de su indignidad para hablar directamente a Dios, pero eso no tiene respaldo, porque toma la honra debida sólo a Cristo y se la confiere a la criatura. En esta humildad aparente había un verdadero orgullo. Los que adoran ángeles desconocen a Cristo que es el único Mediador entre Dios y el hombre. Recurrir a otros mediadores fuera de Cristo es un insulto para Él, que es la Cabeza de la Iglesia. Cuando los hombres se apartan de Cristo, se asen de eso que no les sirve. —El cuerpo de Cristo es un cuerpo que crece. Los creyentes verdaderos no pueden vivir según las modas del mundo. La sabiduría verdadera es mantenerse apegado a los designios del evangelio: por entero sometidos a Cristo que es la única Cabeza de su Iglesia. Los sufrimientos y los ayunos impuestos a uno mismo pueden dar el espectáculo de rara espiritualidad y voluntad de sufrir, pero no son “ningún honor” para Dios. Todo tendía, erróneamente, a satisfacer la mente carnal gratificando la voluntad propia, la sabiduría propia, la justicia propia y despreciando al prójimo. Siendo las cosas como son, no tienen en sí mismas sólo la apariencia de la sabiduría o son una simulación tan débil que no le hacen bien al alma, ni proveen para la satisfacción de la carne. Lo que el Señor ha determninado que sea indiferente, considerémolo como tal, y permitamos una libertad semejante al prójimo; recordando la naturaleza pasajera de las cosas terrenales, procuremos glorificar a Dios al usarlas.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *Exhortación a los colosenses para que miren al cielo,* 5—11. *a mortificar todos los afectos corruptos,* 12—17. *a vivir en amor, tolerancia y perdón mutuos,* 18—25. *y a cumplir los deberes de esposa y marido, hijos, padres y siervos.*

Vv. 1—4. Puesto que los cristianos están libres de la ley ceremonial deben andar más cerca de Dios en la obediencia del evangelio. Como el cielo y la tierra son opuestos entre sí, no pueden seguirse al mismo tiempo; y el afecto por uno debilitará y abatirá el afecto por el otro. Los que han nacido de nuevo están muertos al pecado, porque su dominio está roto, su poder paulatinamente vencido por la operación de la gracia, y a la larga, será extinguido por la perfección de la gloria. Entonces, estar muertos significa esto: que quienes tienen el Espíritu Santo, que mortifica en ellos las concupiscencias de la carne, son capaces de despreciar las cosas terrenales y desear las celestiales. En el presente, Cristo es alguien a quien no hemos visto, pero nuestro consuelo es que nuestra vida está a salvo en Él. Las corrientes de esta agua viva fluyen al alma por la influencia del Espíritu Santo por la fe. Cristo vive *en* el creyente por su Espíritu, y el creyente vive *para* Él en todo lo que hace. En la segunda venida de Cristo habrá una reunión general de todos los redimidos; y aquellos cuya vida está ahora escondida con Cristo, se manifestarán con Él en su gloria. Esperamos esa dicha, ¿no deberíamos poner nuestros afectos en aquel mundo y vivir por encima de éste?

Vv. 5—11. Es nuestro deber mortificar nuestros miembros que se inclinan a las cosas de este mundo. Mortificarlos, matarlos, suprimirlos, como malezas o gusanos que se desparraman y destruyen todo a su alrededor. Debemos oponernos continuamente a todas las obras corruptas sin hacer provisión para los placeres carnales. Debemos evitar las ocasiones de pecar: la concupiscencia

de la carne, y el amor al mundo; y la codicia que es idolatría; el amor del bien actual y los placeres externos. —Es necesario mortificar los pecados porque si no los matamos, ellos nos matarán a nosotros. El evangelio cambia las facultades superiores e inferiores del alma, y sostiene la regla de la recta razón y de la conciencia por sobre el apetito y la pasión. —Ahora no hay diferencia de país, de condición o de circunstancia de vida. Es deber de cada uno ser santo, porque Cristo es el Todo del cristiano, su único Señor y Salvador, y toda su esperanza y felicidad.

Vv. 12—17. No sólo no debemos dañar a nadie; debemos hacer todo el bien que podamos a todos. Los que son escogidos de Dios, santos y amados, deben ser humildes y compasivos con todos. Mientras estemos en este mundo, donde hay tanta corrupción en nuestros corazones, a veces surgirán contiendas, pero nuestro deber es perdonarnos unos a otros imitando el perdón por cual somos salvados. Que la paz de Dios reine en vuestros corazones; es su obra en todos los que le pertenecen. La acción de gracias a Dios ayuda a hacernos agradables ante todos los hombres. El evangelio es la palabra de Cristo. Muchos tienen la palabra, pero habita pobremente en ellos; no tiene poder sobre ellos. El alma prospera cuando estamos llenos de las Escrituras y de la gracia de Cristo. Cuando cantamos salmos debemos ser afectados por lo que cantamos. Hagamos todo en el nombre del Señor Jesús, y dependiendo con fe en Él, sea lo que sea en que estemos ocupados. A los que hacen todo en el nombre de Cristo nunca les faltará tema para dar gracias a Dios, al Padre.

Vv. 18—25. Las epístolas que se preocupan más en exhibir la gloria de la gracia divina y a magnificar al Señor Jesús, son las más detalladas al enfatizar los deberes de la vida cristiana. Nunca debemos separar los privilegios de los deberes del evangelio. —La sumisión es el deber de las esposas, pero no es someterse a un tirano austero o a un adusto señor, sino a su marido que está comprometido al deber afectuoso. Los maridos deben amar a sus esposas con afecto fiel y tierno. —Los hijos dóciles son los que más probablemente prosperen, como asimismo los hijos obedientes. —Los siervos tienen que cumplir su deber y obedecer las órdenes de sus amos en todas las cosas que corresponden al deber con Dios, su Amo celestial. Deben ser justos y diligentes, sin intenciones egoístas, hipocresías ni disfraces. Los que temen a Dios serán justos y fieles cuando estén fuera de la vista de sus amos, porque saben que están bajo el ojo de Dios. Hagan todo con diligencia, no con ocio ni pereza; alegremente, no descontentos con la providencia de Dios que los puso en esa relación. Y para estímulo de los siervos, sepan que sirven a Cristo cuando sirven a sus amos conforme al mandamiento de Cristo, y que al final, Él les dará una recompensa gloriosa. Por otro lado, el que hace el mal recibirá el mal que haya hecho. Dios castigará al siervo injusto y premiará al siervo justo; lo mismo si los amos hacen el mal a sus siervos. Porque el Juez justo de la tierra tratará con justicia a amo y siervo. Ambos estarán al mismo nivel en su tribunal. ¡Qué feliz haría al mundo la religión verdadera si prevaleciera por doquier influyendo en todo estado de cosas y toda relación de vida! Pero la profesión de las personas que descuidan los deberes, y que dan causa justa de quejas a quienes se relacionan con ellas, se engañan a sí mismas y también acarrea reproches para el evangelio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1. *Los amos cumplen su deber con sus siervos.* 2—6. *Las personas de todos los rangos tienen que perseverar en la oración y en la prudencia cristiana.* 7—9. *El apóstol se refiere a otros para dar cuenta de sus asuntos.* 10—18. *Envía saludos y concluye con una bendición.*

V. 1. El apóstol procede a tratar el deber de los amos con sus siervos. No sólo se les pide justicia, sino estricta equidad y bondad. Deben tratar a los siervos como esperan que Dios los trate a ellos.

Vv. 2—6. No pueden desempeñarse rectamente los deberes si no perseveramos en la oración ferviente, y velamos con acción de gracias. La gente tiene que orar en particular por sus ministros. —Se exhorta a los creyentes a una conducta justa con los incrédulos. Tened cuidado en todo lo que converséis con ellos, en hacerles el bien, y dar prestigio a la religión por todos los medios lícitos. La diligencia para redimir el tiempo da buen testimonio de la religión ante la buena opinión ajena. Aun lo que sólo es un descuido puede causar un perjuicio duradero a la verdad. —Todo discurso debe ser discreto y oportuno, como corresponde a los cristianos. Aunque no siempre sea *de* gracia, siempre debe ser *con* gracia. Aunque nuestro discurso sea sobre algo común, debe ser, sin embargo, de un modo cristiano. La gracia es la sal que sazona nuestro discurso e impide que se corrompa. No basta con responder lo que se pregunta a menos que también respondamos rectamente.

Vv. 7—9. Los ministros son siervos de Cristo y consiervos unos de otros. Ellos tienen un Señor aunque tengan diferentes puestos y poderes para el servicio. Gran consuelo en los problemas y dificultades de la vida es tener compañeros cristianos que se preocupen por nosotros. —Las circunstancias de la vida no hacen diferencia para la relación espiritual entre los cristianos sinceros; ellos participan de los mismos privilegios y tienen derecho a las mismas consideraciones. ¡Qué cambios sorprendentes hace la gracia divina! Los siervos infieles llegan a ser hermanos amados y fieles, y algunos que habían hecho el mal, llegan a ser colaboradores del bien.

Vv. 10—18. Pablo tuvo diferencias con Bernabé debido a Marcos, pero no sólo se reconciliaron, sino que lo recomienda a las iglesias; un ejemplo del espíritu cristiano que perdona verdaderamente. Si los hombres han sido culpables de una falta, no siempre debe serles recordadas en su contra. Debemos olvidar y perdonar. —El apóstol tuvo el consuelo de la comunión de santos y ministros. Uno es su consiervo, otro es compañero de prisiones, y todos son sus colaboradores, ocupados en su salvación y dedicándose a promover la salvación de otros. —La oración eficaz, ferviente, es la oración que prevalece y sirve de mucho. Las sonrisas, los halagos o el enojo del mundo, el espíritu de error, o la obra del amor propio, conduce a muchos a un modo de predicar y de vivir que dista mucho de cumplir con el ministerio de ellos, pero los que predican la misma doctrina que Pablo, y siguen su ejemplo, pueden esperar el favor divino y su bendición.

PRIMERA DE TESALONICENSES

En general se considera que esta epístola fue la primera que escribió San Pablo. Parece que el motivo fue el buen informe de la constancia de la iglesia de Tesalónica en la fe del evangelio. Está llena de afecto y confianza, y es más consoladora que práctica y menos doctrinal que algunas de las otras epístolas.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *¡La fe, el amor y la paciencia de los tesalonisenses son señales evidentes de su elección, la cual se manifiesta en el poder con que el evangelio vino a ellos!* 6—10. *Sus efectos poderosos y ejemplares en sus corazones y vidas.*

Vv. 1—5. Como todo lo bueno viene de Dios no puede esperarse nada bueno para los pecadores sino de Dios en Cristo. El mejor bien puede esperarse de Dios, como Padre nuestro, por amor de Cristo. Debemos orar no sólo por nosotros mismos, sino también por el prójimo, recordándolo sin cesar. Dondequiera que hay una fe verdadera, obra afectando el corazón y la vida. La fe obra en amor: se demuestra en amor a Dios y amor a nuestro prójimo. Dondequiera que haya una esperanza de vida eterna bien fundada, se verá por el ejercicio de la paciencia; y es señal de sinceridad, cuando en todo lo que hacemos procuramos ser aprobados por Dios. Por esto podemos conocer nuestra elección si no sólo hablamos de las cosas de Dios con nuestros labios, sino sentimos su poder en nuestros corazones, mortificando nuestras concupiscencias, apartándonos del mundo, y elevándonos a las cosas celestiales. A menos que el Espíritu de Dios venga, la palabra de Dios se nos volverá letra muerta. Así la recibieron por el poder del Espíritu Santo. Ellos estaban plenamente convencidos de su verdad como para no ser perturbados en su mente por objeciones y dudas, y estaban dispuestos a dejar todo por Cristo, y a arriesgar sus almas y su estado eterno en la verdad de la revelación del evangelio.

Vv. 6—10. Cuando personas descuidadas, ignorantes e indolentes son apartadas de sus esfuerzos y conexiones carnales, para creer en el Señor Jesús y obedecerle, para vivir con sobriedad, rectitud y piedad, los hechos hablan por sí mismos. —Los creyentes del Antiguo Testamento esperaban la venida del Mesías y los creyentes esperan ahora su segunda venida. Él tiene que venir aún. Dios le levantó de entre los muertos, lo cual es la plena seguridad para todos los hombres de que Él vendrá a juzgar. Él vino a adquirir la salvación, y cuando vuelva otra vez, traerá salvación consigo, liberación plena y definitiva de la ira venidera. Todos, sin demora, deben huir de la ira venidera y buscar refugio en Cristo y su salvación.

CAPÍTULO II

Versículos 1—12. *El apóstol recuerda su predicación y conducta a los tesalonicenses.* 13—16. *Ellos recibieron el evangelio como la palabra de Dios.* 17—20. *Su gozo por cuenta de ellos.*

Vv. 1—6. El apóstol no tenía motivación mundana para predicar. Sufrir en una buena causa debe aguzar la santa resolución. El evangelio de Cristo encontró primero mucha resistencia y fue predicado con contención, con esfuerzo al predicar, y en contra de la oposición. Como el tema de la exhortación del apóstol era verdadero y puro, su manera de hablar era sin maldad. El evangelio de Cristo está concebido para mortificar los afectos corruptos, y para que los hombres puedan ser llevados a someterse al poder de la fe. Debemos recibir nuestra recompensa de este Dios que prueba nuestros corazones. Las pruebas de la sinceridad del apóstol era que él evitaba el halago y la codicia. Evitaba la ambición y la vanagloria.

Vv. 7—12. La suavidad y la ternura dan mucho prestigio a la religión y están en armonía con el trato bondadoso de Dios con los pecadores en el evangelio y por el evangelio. Esta es la manera de ganar gente. No sólo debemos ser fieles a nuestra vocación cristiana sino a nuestros llamados y relaciones particulares. Nuestro gran privilegio en el evangelio es que Dios nos ha llamado a su reino y gloria. El gran deber del evangelio es que andemos en forma digna de Dios. Debemos vivir como

corresponde a los llamados con tan elevada y santa vocación. Nuestra gran actividad es honrar, servir y complacer a Dios y procurar ser dignos de Él.

Vv. 13—16. Debemos recibir la palabra de Dios con afectos que armonicen con su santidad, sabiduría, verdad y bondad. Las palabras de los hombres son frágiles y perecederas, como ellos mismos, y a veces, falsas, necias y triviales, pero la palabra de Dios es santa, sabia, justa y fiel. Recibámosla y considerémosla de manera concordante. —La palabra obró en ellos para ser para los demás ejemplo de fe y buenas obras, y de paciencia en los sufrimientos, y en las pruebas por amor del evangelio. —El asesinato y la persecución son odiosos para Dios y ningún celo por nada de la religión pueden excusarlos. Nada tiende más a que una persona o un pueblo llene la medida de sus pecados que oponerse al evangelio y obstaculizar la salvación de almas. El puro evangelio de Cristo es aborrecido por muchos y su predicación fiel es estorbada de muchas maneras. Pero los que prohíben que se le predique a los pecadores, a hombres muertos en pecados, no complacen con esto a Dios. Los que niegan la Biblia a la gente, tienen corazones crueles y son enemigos de la gloria de Dios, y de la salvación de su pueblo.

Vv. 17—20. Este mundo no es lugar donde estaremos juntos para siempre o por mucho tiempo. Las almas santas se encontrarán en el cielo y nunca más se separarán. Aunque el apóstol no pudiera ir a visitarlos aún, y aunque nunca pudiese ir, sin embargo, nuestro Señor Jesucristo vendrá; nada lo impedirá. Que Dios dé ministros fieles a todos los que le sirven con su espíritu en el evangelio de su Hijo, y los envíe a todos los que están en tinieblas.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *El apóstol envió á Timoteo para confirmar y consolar a los tesalonicenses.* 6—10. *Se regocija con la buena noticia de la fe y el amor de ellos.* 11—13. *Y por su crecimiento en gracia.*

Vv. 1—5. Mientras hallemos más placer en los caminos de Dios más desearemos perseverar en ellos. La intención del apóstol era confirmar y consolar a los tesalonicenses en cuanto al *objeto* de su fe, que Jesucristo era el Salvador del mundo; y acerca de la *recompensa* de la fe, que era más que suficiente para compensar todas sus pérdidas y premiar todos sus esfuerzos. Pero temía que sus trabajos fueran en vano. Si no puede impedir que los ministros laboren en la palabra y la doctrina, si le es posible, el diablo estorbará el éxito de las labores de ellos. Nadie quiere trabajar voluntariamente en vano. La voluntad y el propósito de Dios es que entremos en su reino a través de muchas aflicciones. Los apóstoles, lejos de halagar a la gente con la expectativa de prosperidad mundana en la religión, les decían claramente que debían contar con los problemas de la carne. Aquí seguían el ejemplo de su gran Maestro, el Autor de nuestra fe. Los cristianos corrían peligro y había que advertirles; así serían mejor resguardados para no ser conmovidos con algunas artimañas del tentador.

Vv. 6—10. El agradecimiento a Dios es muy imperfecto en el estado actual, pero una gran finalidad del ministerio de la palabra es ayudar a que progrese la fe. Lo que fue el instrumento para obtener fe es también el medio para aumentarla y confirmarla, a saber, las ordenanzas de Dios; como la fe viene por el oír, así es también confirmada por el oír.

Vv. 11—13. La oración es culto religioso y todo culto religioso se debe sólo a Dios. El culto hay que ofrecerlo a Dios como nuestro Padre. La oración no sólo tiene que ofrecerse en el nombre de

Cristo, pero ofrecerse a Cristo mismo como nuestro Señor y Salvador. Reconozcamos a Dios en todos nuestros caminos y Él dirigirá nuestras sendas. El amor mutuo es requerido a todos los cristianos. El amor es de Dios y cumple el evangelio y la ley. Necesitamos la influencia del Espíritu para nuestro crecimiento en gracia y la forma de obtenerlas es la oración. La santidad es requerida a todos los que van al cielo y debemos actuar de modo que no contradigamos la profesión de santidad que hacemos. Entonces, se manifestará la excelencia y la necesidad de santidad y sin estas ningún corazón será establecido en aquel día y ninguno evitará la condenación.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—8. *Exhortaciones a la pureza y santidad.* 9—12. *Al amor fraternal, la conducta pacifica y la diligencia.* 13—18. *No a la pena indebida por la muerte de los parientes y amigos santos, considerando la resurrección gloriosa de sus cuerpos en la segunda venida de Cristo.*

Vv. 1—8. No basta con permanecer en la fe del evangelio, pero hemos de abundar en la obra de fe. La regla por la cual debemos caminar y actuar todos es la de los mandamientos dados por el Señor Jesucristo. La santificación, que es la renovación de sus almas bajo la influencia del Espíritu Santo y la atención a los deberes asignados, constituía la voluntad de Dios para ellos. Al aspirar a esta renovación del alma para santidad, debe ponerse estricto freno a los apetitos y sentidos del cuerpo y a los pensamientos e inclinaciones de la voluntad, que conducen a su mal uso. El Señor no llama a nadie de su familia a que lleven vidas impías, sino a que puedan ser educados y capacitados para andar ante Él en santidad. Algunos toman a la ligera los preceptos de santidad porque los oyen de hombres, pero son los mandamientos de Dios, y quebrantarlos es despreciar a Dios.

Vv. 9—12. Debemos notar en los demás lo que es bueno de encomio, para que podamos dedicarlos a abundar en ello más y más. Todos los que son enseñados por Dios para salvación, son enseñados a amarse unos a otros. La enseñanza del Espíritu excede a las enseñanzas de los hombres; y la enseñanza de los hombres es vana e inútil a menos que Dios enseñe. Los que se destacan por esta u otra gracia, necesitan crecer en ella y perseverar hasta el fin. —Muy deseable es tener un carácter calmo y callado, y ser de conducta pacífica y tranquila. Satanás se ocupa en perturbarnos; en nuestros corazones tenemos lo que nos dispone a ser inquietos; por tanto, contemplemos ser tranquilos. Los que son entremetidos, que se preocupan de lo ajeno, tienen poca quietud en sus mentes y causan grandes molestias a su prójimo. Rara vez les importa la exhortación del otro, ni ser diligentes en su propio llamado, ni trabajar con sus propias manos. El cristianismo no nos saca del trabajo y deber de nuestras vocaciones particulares, pero nos enseña a ser diligentes. —Debido a su pereza, la gente suele estar en grandes aprietos, y son responsables de muchas necesidades; mientras los diligentes en sus negocios se ganan el pan y tienen gran placer en hacerlo así.

Vv. 13—18. Aquí hay consuelo para los parientes y amigos de los que mueren en el Señor. La pena por la muerte de amigos es lícita; podemos llorar nuestra propia pérdida, aunque sea ganancia para ellos. El cristianismo no prohíbe nuestros afectos naturales y la gracia no los elimina. Pero no debemos exagerar nuestros pesares; esto es demasiado parecido a los que no tienen esperanza de una vida mejor. La muerte es desconocida y poco sabemos del estado después de morir, pero las doctrinas de la resurrección y de la segunda venida de Cristo son remedio contra el temor a la muerte, y contra la pena indebida por la muerte de nuestros amigos cristianos; tenemos la plena seguridad de estas doctrinas. —Será felicidad que todos los santos se junten y permanezcan juntos para siempre, pero la dicha principal del cielo es estar con el Señor, verle, vivir con Él, y gozar de Él para siempre. Debemos apoyarnos unos a otros en los momentos de tristeza; sin mortificar los

espíritus unos a otros ni debilitarnos las manos de unos y otros. Esto puede hacerse porque hay muchas lecciones que aprender sobre la resurrección de los muertos y la segunda venida de Cristo. ¡Qué consuelo para el hombre cuando se le diga que va a comparecer ante el trono del juicio de Dios! ¿Quién puede ser consolado con estas palabras? Sólo el hombre a cuyo espíritu da testimonio Dios que sus pecados han sido borrados y los pensamientos de su corazón son purificados por el Espíritu Santo, de modo que puede amar a Dios y magnificar dignamente su nombre. No estamos en estado seguro a menos que esto sea así en nosotros o que deseemos que así sea.

CAPÍTULO V

Versículos 1—11. *El apóstol exhorta a estar siempre listos para la venida de Cristo a juzgar, la cual será súbita y sorpresiva.* 12—22. *Da instrucciones sobre diversos deberes.* 23—28. *Termina con oración, saludos y una bendición.*

Vv. 1—5. Innecesario e inútil es preguntar la fecha específica de la venida de Cristo. No lo reveló a los apóstoles. Hay tiempos y sazones para que nosotros trabajemos, y es nuestro deber y preocupación conocerlos y observarlos, pero en cuanto al tiempo en que debamos rendir cuentas, no lo sabemos ni es necesario que lo sepamos. —La venida de Cristo será una gran sorpresa para los hombres. Nuestro mismo Señor lo dijo así. Como la hora de la muerte de cada persona, así será el juicio para la humanidad en general, así que el mismo comentario responde para ambas. La venida de Cristo será terrible para los impíos. Su destrucción les sobrevendrá mientras sueñan con la felicidad y se complacen con vanas entretenciones. No habrá medio para eludir el terror del castigo de ese día. —Ese día será de dicha para el justo. Ellos no están en tinieblas; son hijos de la luz. Esta es la feliz condición de todos los cristianos verdaderos. ¡Pero cuántos dicen paz y seguridad, mientras sobre sus cabezas pende la destrucción eterna! Despertémonos a nosotros mismos y unos a otros y cuidémonos de nuestros enemigos espirituales.

Vv. 6—11. La mayor parte de la humanidad no considera las cosas del otro mundo porque están dormidos; o no las consideran porque duermen y sueñan. Nuestra moderación en cuanto a todas las cosas terrenales debiera ser conocida de todos los hombres. Los cristianos que tienen la luz del evangelio bendito brillando en sus rostros, ¿pueden despreocuparse de sus almas y ser indolentes con el otro mundo? Necesitamos la armadura espiritual o las tres gracias cristianas: fe, amor y esperanza. *Fe* si creemos que el ojo de Dios siempre está sobre nosotros, que hay otro mundo para el cual prepararse, vemos razón de estar alertas y ser sobrios. El *amor* verdadero y fervoroso a Dios y a las cosas de Dios, nos mantendrá alertas y sobrios. Si tenemos *esperanza* de salvación, cuidémonos de toda cosa que haga vacilar nuestra confianza en el Señor. Tenemos la base sobre la cual construir una esperanza inconmovible cuando consideramos que la salvación es por nuestro Señor Jesucristo que murió por nosotros para expiar nuestros pecados y para rescatar nuestras almas. Debemos unirnos en oración y alabanza unos con otros. Debemos darnos buen ejemplo unos a otros y este es el mejor medio para responder a la finalidad de la sociedad. Así aprenderemos a vivir para Aquel con quien esperamos vivir para siempre.

Vv. 12—15. Los ministros del evangelio están descritos por la obra de su oficio que es servir y honrar al Señor. Deber de ellos no sólo es dar buen consejo, sino también advertir al rebaño los peligros y reprobar lo que estuviera mal. La gente debe honrar y amar a sus ministros porque su actividad es el bienestar de las almas de los hombres. —La gente debe estar en paz consigo misma haciendo todo lo que pueda para guardarse contra toda diferencia, aunque el amor a la paz no debe permitir que hagamos la vista gorda ante el pecado. Los espíritus temerosos y pesarosos deben ser

animados, y una palabra amable puede hacer mucho bien. Debemos tolerar y soportar. Debemos ser pacientes y controlar el enojo, y esto con todos los hombres. Sean cuales sean las cosas que nos hagan los hombres, nosotros tenemos que hacer el bien al prójimo.

Vv. 16—22. Tenemos que regocijarnos en las bendiciones de la criatura, como si no nos regocijáramos, sin esperar vivir muchos años y gozándonos durante todos ellos, pero si nos regocijamos en Dios podemos hacerlo para siempre jamás. Una vida verdaderamente religiosa es una vida de gozo constante. Podemos regocijarnos más si oramos más. La oración ayudará a llevar adelante todo asunto lícito y toda buena obra. Si oramos sin cesar no nos faltará tema para dar gracias en todo. Veremos razones para dar gracias por perdonar y prevenir, por las misericordias comunes y las excepcionales, las pasadas y las presentes, las espirituales y las temporales. No sólo por las cosas prósperas y agradables, sino también por las providencias aflictivas, por los castigos y las correcciones, porque Dios designa todo para nuestro bien, aunque, en la actualidad, no veamos en qué nos ayuda. —No apaguéis al Espíritu. Se dice que los cristianos son bautizados con el Espíritu Santo y con fuego. Él obró como fuego, iluminando, avivando y purificando las almas de los hombres. Como el fuego se apaga quitándole el combustible, y se sofoca echándole agua, o poniéndole mucha tierra encima, así debemos tener cuidado de no apagar al Espíritu Santo consintiendo los afectos y concupiscencias carnales, preocupándonos sólo de las cosas terrenales. Los creyentes suelen impedir su crecimiento en la gracia al no darse a los afectos espirituales producidos en sus corazones por el Espíritu Santo. —Por profecía entiéndase aquí la predicación de la palabra, la interpretación y la aplicación de las Escrituras. No debemos despreciar la predicación aunque sea simple, y no nos diga más de lo que sabíamos antes. Debemos escudriñar las Escrituras. Si probamos todas las cosas, debemos retener lo que es bueno. Debemos abstenernos de pecar, y de todo lo que tenga apariencia de pecado, que conduzca o se aproxime al pecado. El que no se refrena de las apariencias del pecado, el que no elimina las ocasiones de pecar, y no evita las tentaciones ni el acercamiento al pecado, no se mantendrá por mucho tiempo sin pecar.

Vv. 23—28. El apóstol ora que ellos puedan ser santificados con más perfección, porque los mejores están santificados, pero en parte mientras estén en este mundo; por tanto, debemos orar por la santidad completa mientras seguimos adelante hacia ella. Y como vamos a caer si Dios no sigue haciendo su buena obra en el alma, debemos orar a Dios que perfeccione su obra hasta que seamos presentados sin falta ante el trono de su gloria. —Debemos orar unos por otros, y los hermanos deben expresar así su amor fraternal. —Esta epístola iba a ser leída a todos los hermanos. No sólo se permite a la gente corriente que lea las Escrituras, pero es su deber y se les debe exhortar a que lo hagan. La palabra de Dios no debe mantenerse en idioma desconocido, sino traducirse, puesto que a todos los hombres corresponde conocer las Escrituras, y para que todos los hombres puedan leerlas. Las Escrituras deben ser leídas en todas las congregaciones públicas, especialmente, para el beneficio de los indoctos. —No necesitamos más que conocer la gracia de nuestro Señor Jesucristo para hacernos dichosos. Él es una fuente de gracia que siempre fluye y rebasa para suplir todas nuestras carencias.

SEGUNDA DE TESALONICENSES

La segunda epístola a los tesalonicenses fue escrita poco después de la primera. Se le dijo al apóstol que por algunas expresiones de su primera carta, muchos tenían la esperanza de que la

segunda venida de Cristo estaba muy cerca, y que el día del juicio llegaría en su tiempo. Algunos de ellos descuidaron sus deberes mundanos. San Pablo volvió a escribir para corregir el error de ellos, que obstaculizaba la difusión del evangelio. Había escrito conforme a las palabras de los profetas del Antiguo Testamento, y les dice que había muchos consejos del Altísimo que aún debían cumplirse antes que llegara el día del Señor, aunque había hablado de aquel momento como muy cercano porque era inminente. El tema conduce a una notable predicción de algunos de los sucesos futuros que iban a tener lugar en las épocas posteriores de la Iglesia cristiana, y que muestran el espíritu profético que poseía el apóstol.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol bendice a Dios por el estado creciente del amor y la paciencia de los tesalonicenses.* 5—12. *Les exhorta a perseverar sometidos a todos sus sufrimientos por Cristo, considerando su venida como el gran día de la rendición de cuentas.*

Vv. 1—4. Donde esté la verdad de la gracia, habrá un incremento de ella. La senda del justo es como la luz de la aurora, que brilla y brilla más y más hasta el día perfecto. Y donde haya incremento de la gracia, Dios debe tener toda la gloria. Donde crece la fe, el amor abundará, porque la fe obra por amor. Se demuestra fe y paciencia, como las que puedan proponerse como pauta para el prójimo, cuando las pruebas de parte de Dios y las persecuciones de parte de los hombres, vivifican el ejercicio de esas gracias, porque la paciencia y la fe de la cual se gloriaba el apóstol, lo sostenían y lo capacitaban para soportar todas sus tribulaciones.

Vv. 5—10. La religión, si vale algo, lo vale todo; los que no tienen religión, o nada digno de tener, o no saben cómo valorarla, porque no pueden hallar en sus corazones una razón para sufrir por ella. No podemos merecer el cielo por todos nuestros sufrimientos más que por nuestros servicios, pero nuestra paciencia nos prepara para el gozo prometido para cuando estamos sometidos a sufrimientos. Nada marca con más fuerza al hombre para la ruina eterna que el espíritu de persecución y enemistad contra el nombre de Dios y su pueblo. Dios atribulará a los que atribulan a su pueblo. Hay un reposo para el pueblo de Dios: un reposo del pecado y de la tristeza. La certeza de la recompensa futura es probada por la justicia de Dios. Pensar en esto debe ser terrible para los impíos, pero sustenta al justo. La fe, mirando hacia ese gran día, es capacitada parcialmente para entender el libro de la providencia, que parece confuso a los incrédulos. —El Señor Jesús se manifestará en aquel día desde el cielo. Vendrá en la gloria y en el poder del mundo de lo alto. Su luz será penetrante y su poder consumidor, para todos los que en aquel día sean contados como paja. Esta manifestación será terrible para los que no conocen a Dios, especialmente para los que se rebelan contra la revelación y no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Este es el gran crimen de las multitudes, el evangelio es revelado y ellos no quieren creerlo, o si pretenden creer, no quieren obedecerlo. Está establecido que creer las verdades del evangelio es para obedecer sus preceptos. —Aunque los pecadores puedan ser tolerados por largo tiempo, al final serán castigados. Hicieron la obra del pecado, y deben recibir la paga del pecado. Aquí Dios castiga a los pecadores usando a las criaturas como instrumento, pero entonces habrá destrucción de parte del Todopoderoso; ¿y quién conoce el poder de su ira? —Será un día de gozo para algunos, para los santos, para los que creen y obedecen el evangelio. Cristo Jesús será glorificado y admirado *por* sus santos en ese día brillante y bendito. Cristo será glorificado y admirado *en* ellos. Su gracia y su poder serán demostrados cuando se manifieste lo que Él ha adquirido *para* los que creen en el Señor, y ha

obrado *en* ellos y les ha otorgado *a* ellos. Señor, si la gloria dada a tus santos será admirada así, ¡cuánto más serás tú admirado, como el Dador de esa gloria! La gloria de tu justicia en la condenación de los malos será admirada, pero no como la gloria de tu misericordia en la salvación de los creyentes. ¡Cuánta admiración santa provocará esto a los ángeles adoradores, y transportará a tus santos admiradores con arrebato eterno! El creyente más vil disfrutará más de lo que pudiera imaginar el corazón más ensanchado mientras estemos aquí; Cristo será admirado en todos los que creen, sin exceptuar al creyente más vil.

Vv. 11, 12. Los pensamientos de fe y de expectativa de la segunda venida de Cristo deben llevarnos a orar más a Dios por nosotros y por el prójimo. Si hay algo bueno en nosotros se debe al buen placer de su bondad, y por tanto, se llama gracia. Hay muchos propósitos de gracia y buena voluntad en Dios para con su pueblo y el apóstol ora que Dios complete en ellos con poder la obra de la fe. Esta es que hagan toda buena obra. El poder de Dios no sólo comienza sino que ejecuta la obra de fe. Este es el gran fin y designio de la gracia de nuestro Dios y Señor Jesucristo, que nos es dada a conocer y que obra en nosotros.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Advertencias contra el error de que el tiempo de la venida de Cristo ya estaba muy cerca. Primero habrá una apostasía general de la fe, y la manifestación del hombre de pecado, el anticristo.* 5—12. *Su destrucción y la de los que le obedecen.* 13—17. *La seguridad de los tesalonicenses contra la apostasía; una exhortación a la constancia y oración por ellos.*

Vv. 1—4. Si surgen errores entre los cristianos debemos corregirlos; y los hombres buenos tendrán cuidado para suprimir los errores que surgen de entender mal sus palabras y acciones. Tenemos un adversario astuto que está velando para hacer el mal y fomentar errores hasta por las palabras de la Escritura. Cualquiera sea la incertidumbre que tengamos o cualquiera sean los errores que surjan sobre el tiempo de la venida de Cristo, la venida misma es inminente. Esta ha sido la fe y la esperanza de todos los cristianos en todas las edades de la Iglesia; fue la fe y la esperanza de los santos del Antiguo Testamento. Todos los creyentes serán reunidos en Cristo para estar con Él y ser felices en su presencia para siempre. Debemos creer firmemente la segunda venida de Cristo, pero los tesalonicenses estaban ante el peligro de cuestionar la verdad o certeza de la cosa misma por estar equivocados en cuanto al tiempo. Las doctrinas falsas son como los vientos que mueven el agua de aquí para allá e inquietan la mentes de los hombres que son tan inestables como el agua. Basta con que nosotros sepamos que nuestro Señor vendrá y recogerá a todos sus santos a Él. —Se da una razón del por qué ellos no debían esperar la venida de Cristo como inmediata. Primero tendría que haber una gran caída, la que ocasionará el levantamiento del anticristo, el hombre de pecado. Ha habido grandes debates sobre quién o qué se entiende por este hombre de pecado e hijo de perdición. El hombre de pecado no sólo practica el pecado; también promueve y comanda el pecado y la maldad en los demás; es el hijo de perdición, porque está dedicado a destrucción cierta, y es el instrumento para destruir a muchos, de cuerpo y alma. Como Dios estuvo en el templo antiguo y allí lo adoraban, ahora está en su Iglesia y con ella; de la misma manera el anticristo aquí mencionado es un usurpador de la autoridad de Dios sobre la Iglesia cristiana, y reclama honores divinos.

Vv. 5—12. Algo estorba o retiene al hombre de pecado. Se suponía que fuera el poder del imperio romano, al que el apóstol no menciona claramente en esa época. La corrupción de la doctrina y la adoración entraron por grados, y la usurpación del poder fue gradual; así prevaleció el misterio de la iniquidad. La superstición y la idolatría fueron promovidas por una pretendida

devoción y se fomentaron el fanatismo y la persecución por el pretendido celo por Dios y su gloria. Entonces el misterio de iniquidad sólo estaba empezando; cuando aun vivían los apóstoles, hubo personas que pretendían celo por Cristo, pero realmente se le oponían. —La caída o ruina del estado anticristiano está declarada. La pura palabra de Dios, con el Espíritu de Dios, denunciará a este misterio de la iniquidad, y en su debido momento, será destruido por el resplandor de la venida de Cristo. —Se falsifican señales y prodigios, visiones y milagros, pero son señales falsas que sustentan doctrinas falsas; hacen prodigios mentirosos o sólo milagros simulados para engañar a la gente; son notorias las obras diabólicas que el estado anticristiano ha estado sustentando. —Se describe a las personas que son sus súbditos voluntarios. El pecado de ellos es éste: no amaron la verdad, y por tanto, no la creyeron; se agradaron con nociones falsas. Dios los deja entregados a sí mismos, entonces sigue el pecado por cierto, y los juicios espirituales aquí, y los castigos eternos en el más allá. —Estas profecías han llegado a cumplirse, en gran medida, y confirman la verdad de las Escrituras. Este pasaje concuerda exactamente con el sistema del papado que prevalece en la iglesia romana, y bajo los papas romanos. Pero aunque el hijo de perdición haya sido revelado, aunque se haya opuesto y exaltado por encima de todo lo que se llama Dios, o que es adorado, haya hablado y actuado como si fuera un dios en la tierra, y haya proclamado su orgullo insolente, y respaldado sus ilusiones con milagros mentirosos y toda clase de fraudes, aún el Señor no lo ha destruido por completo con el fulgor de Su venida, porque aún quedan por cumplirse estas y otras profecías antes que llegue el final.

Vv. 13—15. Cuando oímos de la apostasía de muchos es gran consuelo y gozo que haya un remanente conforme a la elección de gracia que persevera y perseverará; debemos regocijarnos especialmente si tenemos razón para esperar estar en ese número. La preservación de los santos se debe a que Dios los ama con amor eterno desde el comienzo del mundo. El fin y los medios no deben separarse. La fe y la santidad deben unirse así como la santidad y la felicidad. El llamamiento externo de Dios es por el evangelio; y este es hecho efectivo por la obra interior del Espíritu. La creencia en la verdad lleva al pecador a confiar en Cristo, y así a amarle y a obedecerle; están sellados por el Espíritu Santo sobre su corazón. No tenemos prueba cierta de que algo más haya sido entregado por los apóstoles fuera de lo que hallamos contenido en las Sagradas Escrituras. Aferrémonos firmemente a las doctrinas enseñadas por los apóstoles y rechacemos todos los agregados y las vanas tradiciones.

Vv. 16, 17. Podemos y debemos dirigir nuestras oraciones no sólo a Dios Padre por medio de nuestro Señor Jesucristo, sino también a nuestro Señor Jesucristo mismo. Debemos orar en su nombre a Dios, no sólo como su Padre sino como nuestro Padre en Él y por medio de Él. Manantial y fuente de todo el bien que tenemos o esperamos es el amor de Dios en Cristo Jesús. Hay buenas razones para grandes bendiciones, porque los santos tienen una buena esperanza por medio de la gracia. La gracia y la misericordia gratuita de Dios son lo que ellos esperan y en las que fundan sus esperanzas, y no algún valor o mérito propio de ellos. Mientras más placer tengamos en la palabra, las obras y los caminos de Dios, más probablemente seremos preservados en ellas, pero si vacilamos en la fe y si tenemos una mente que duda, vacilando y tropezando en nuestro deber, no es raro que seamos extraños a los goces de la religión.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *El apóstol expresa confianza en los tesalonicenses, y ora por ellos.* 6—15. *Les encarga que se aparten de los que andan desordenadamente, particularmente de los perezosos e intrusos.* 16—18. *Concluye con una oración por ellos, y un saludo.*

Vv. 1—5. Los que están muy alejados aún pueden reunirse ante el trono de la gracia; y los que no pueden hacer ni recibir ninguna otra bondad, de este modo pueden hacer y recibir una bondad real y muy grande. Los enemigos de la predicación del evangelio, y los perseguidores de los predicadores fieles son hombres impíos e irracionales. Muchos no creen el evangelio; y no es de maravillarse si no tienen quietud y muestran malicia en las acciones emprendidas para resistirlo. El mal del pecado es el mal más grande, pero hay otros males de los que debemos ser preservados, y se nos exhorta que dependamos de la gracia de Dios. Una vez que la promesa es hecha, su cumplimiento es seguro y cierto. —El apóstol tenía confianza en ellos, pero se funda en su confianza en Dios; porque de otro modo no hay confianza en el hombre. —Ora por ellos pidiendo bendiciones espirituales. Nuestro pecado y nuestra miseria es que depositamos nuestros afectos en los objetos equivocados. No hay verdadero amor de Dios sin fe en Jesucristo. Si por la gracia especial de Dios tenemos esa fe, que multitudes no tienen, debemos orar fervorosamente que seamos capacitados sin reservas para obedecer sus mandamientos y que el Señor Espíritu pueda dirigir nuestros corazones al amor de Dios y a la paciencia de Cristo.

Vv. 6—15. Los que han recibido el evangelio tienen que vivir en forma coherente con el evangelio. Los que pueden trabajar, y no lo hacen, no tienen que mantenerse ociosos. El cristianismo no debe tolerar la pereza que consume lo que puede dar ánimo al laborioso y para sustentar al enfermo y afligido. El trabajo en nuestra vocación de hombres es deber requerido por nuestro llamamiento cristiano. Pero algunos esperaban ser mantenidos en la ociosidad y se consentían un temperamento curioso y soberbio. Ellos se entrometían en las preocupaciones ajenas y hacían mucho daño. Gran error y abuso de la religión es hacerla manto de la pereza o de cualquier otro pecado. El siervo que espera la pronta llegada de su Señor, debe estar trabajando como manda su Señor. Si estamos ociosos, el diablo y el corazón corrupto pronto nos darán algo que hacer. La mente del hombre es dada a ocuparse; si no se la emplea en hacer el bien, estará haciendo el mal. —Es una unión excelente aunque rara la de estar activo en nuestro propio negocio, pero tranquilo en cuanto al de otros. Si alguien rehusa trabajar con tranquilidad, se le tiene que censurar y separarlo de su compañía, pero se tiene que buscar su bien con amonestaciones hechas con amor. —El Señor está contigo mientras tú estés con Él. Mantén tu camino y sosténte hasta el final. Nunca debemos rendirnos ni cansarnos en nuestro trabajo. Habrá suficiente tiempo para reposar cuando lleguemos al cielo.

Vv. 16—18. El apóstol ora por los tesalonicenses. Deseemos las mismas bendiciones para nosotros y para nuestros amigos. Paz con Dios. Se les desea esta paz siempre o en todo. Paz por todos los medios; en toda forma para que, al disfrutar de los medios de gracia, puedan usar todos los métodos para asegurar la paz. Para sentirnos seguros y felices no necesitamos, ni podemos desear algo mejor para nosotros y nuestros amigos, que tener por gracia la presencia de Dios con nosotros y con ellos. No importa dónde estemos si Dios está con nosotros; ni quien está ausente si Dios está presente. Por medio de la gracia de nuestro Señor Jesucristo esperamos tener paz con Dios y disfrutar de la presencia de Dios. Esta gracia es todo lo que nos hace felices; aunque la deseemos mucho para otras personas, es suficiente para nosotros.

PRIMERA DE TIMOTEO

El objetivo de esta epístola parece ser que, como Timoteo se quedó en Éfeso, San Pablo le escribió para darle instrucciones acerca de la elección de oficiales apropiados para la iglesia, y para el ejercicio del ministerio habitual. Además, para advertirle contra la influencia de los falsos maestros que corrompen la pureza y la sencillez del evangelio con distinciones sutiles y disputas interminables. Él le exhorta a tener un cuidado constante con la mayor diligencia, fidelidad y celo. Estos temas ocupan los cuatro primeros capítulos; el quinto instruye sobre grupos en particular; en la última parte, condena las polémicas y los debates, culpa al amor al dinero y exhorta al rico a las buenas obras.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol saluda a Timoteo.* 5—11. *La intención de la ley dada por Moisés.* 12—17. *De su propia conversión y llamamiento al apostolado.* 18—20. *La obligación de mantener la fe y la buena conciencia.*

Vv. 1—4. Jesucristo es la esperanza del cristiano; todas nuestras esperanzas de vida eterna están edificadas en Él; Cristo es en nosotros la esperanza de gloria. El apóstol parece haber sido el medio para la conversión de Timoteo, que sirvió con él en su ministerio como un hijo cumplido con un padre amante. —Lo que suscita interrogantes no es edificante; porque da ocasión a debates dudosos, demuele la iglesia en vez de edificarla. La santidad de corazón y vida puede mantenerse y aumentarse sólo por el ejercicio de la fe en la verdad y las promesas de Dios por medio de Jesucristo.

Vv. 5—11. Todo lo que tiende a debilitar el amor a Dios o el amor a los hermanos, tiende a derrotar la finalidad del mandamiento. Se responde a la intencionalidad del evangelio cuando los pecadores, por el arrepentimiento para con Dios y la fe en Jesucristo, son llevados a ejercer el amor cristiano. La ley no está en contra de los creyentes que son personas justas en la forma establecida por Dios. Pero a menos que seamos hechos justos por la fe en Cristo, si no nos arrepentimos realmente y abandonamos el pecado, seguimos aún bajo la maldición de la ley, aun conforme al evangelio del bendito Dios, y somos ineptos para participar de la santa dicha del cielo.

Vv. 12—17. El apóstol sabía que hubiese perecido justamente si el Señor hubiera llegado al extremo para señalar lo que estaba mal; y si su gracia y misericordia, cuando estaba muerto en pecado, no hubiesen abundado para él obrando la fe y amor a Cristo en su corazón. Este es un dicho fiel; estas son palabras verdaderas y fieles en las cuales se puede confiar: que el Hijo de Dios vino al mundo, voluntaria e intencionalmente, a salvar pecadores. Nadie, con el ejemplo de Pablo ante sí, puede cuestionar el amor y el poder de Cristo para salvarle, si realmente desea confiarse a Él como Hijo de Dios, que murió una vez en la cruz, y que ahora reina en el trono de gloria, para salvar a todos los que vayan a Dios por medio de Él. Entonces, admiremos y alabemos la gracia de Dios nuestro Salvador; y por todo lo hecho en nosotros, por nosotros, y para nosotros, démosle la gloria al Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas en la unidad de la Deidad.

Vv. 18—20. El ministerio es una guerra contra el pecado y contra Satanás, la cual es librada bajo el mando del Señor Jesús que es el Capitán de nuestra salvación. Las buenas esperanzas que otras personas hayan tenido de nosotros, deben instarnos a cumplir el deber. Seamos rectos en nuestra conducta en todas las cosas. La intención de las censuras más elevadas de la iglesia primitiva fue

prevenir más el pecado y reclamar al pecador. Todos los que estén tentados a eliminar la buena conciencia y a abusar del evangelio, recuerden también que este fue el camino al naufragio en la fe.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *Se debe orar por todas las personas, puesto que la gracia del evangelio no establece diferencias de rangos o posiciones.* 8—15. *Cómo deben comportarse hombres y mujeres en su vida religiosa y en la corriente.*

Vv. 1—7. Los discípulos de Cristo deben ser gente que ora; todos, sin distinguir nación, secta, rango o partido. Nuestro deber de cristianos está resumido en dos palabras: piedad, esto es, la adoración justa de Dios; y honestidad, esto es, buena conducta para con todos los hombres. Estas deben ir unidas; no somos verdaderamente honestos si no somos piadosos y no rendimos a Dios lo que le es debido; no somos verdaderamente piadosos si no somos honestos. Debemos abundar en lo que es aceptable ante los ojos de Dios nuestro Salvador. —Hay un solo Mediador y ese Mediador se dio como rescate por todos. Esta designación fue hecha para beneficio de los judíos y los gentiles de toda nación; para que todos los que lo quieran puedan ir por este camino al trono de la misericordia del Dios que perdona, a buscar reconciliación con Él. —El pecado había puesto enemistad entre Dios y nosotros; Jesucristo es el Mediador que hace la paz. Él es el rescate que iba a ser conocido en el tiempo establecido. En la época del Antiguo Testamento se habló de sus sufrimientos y de la gloria que seguiría, como de cosas que serían reveladas en los últimos tiempos. Los que son salvados deben llegar al conocimiento de la verdad, porque ese es el camino designado por Dios para salvar pecadores: si no conocemos la verdad no podemos ser gobernados por ella.

Vv. 8—15. En los tiempos del evangelio la oración no debe limitarse a una casa de oración en particular, pero los hombres deben orar en todas partes. —Debemos orar en nuestros cuartos, orar en nuestras familias, orar cuando comemos, orar cuando viajamos, y orar en las asambleas solemnes, sean públicas o privadas. Debemos orar con amor; sin ira ni contienda, sin enojo con nadie. Debemos orar con fe, sin dudar y sin debatir. —Las mujeres que profesan la religión cristiana deben ser modestas para vestirse, sin demostrar un estilo inadecuadamente elegante u ostentoso o de alto costo. Las buenas obras son el mejor adorno, porque según el criterio de Dios, son de elevado precio. La modestia y la limpieza deben tomarse más en cuenta que la elegancia y la moda en cuanto a la ropa. Sería bueno que las que profesan una piedad seria estén totalmente libres de vanidad para vestirse. Deben gastar más tiempo y dinero en socorrer al pobre y al angustiado que en adornarse ellas mismas y sus hijos. Hacer esto en una forma inadecuada para su rango en la vida, y su profesión de piedad, es pecaminoso. Estas no son fruslerías, sino mandatos divinos. Los mejores adornos para quienes profesan la piedad son las buenas obras. —Según San Pablo no se permite que las mujeres enseñen públicamente en la iglesia, porque enseñar es un oficio de autoridad. Pero las buenas mujeres pueden y deben enseñar los principios de la religión verdadera a sus hijos en casa. Además, las mujeres no deben pensar que están excusadas de aprender lo necesario para la salvación, aunque no deben usurpar la autoridad. Como la mujer fue última en la creación, que es una razón para su sumisión, también fue primera en la transgresión. Pero aquí hay una palabra de consuelo; que las que permanezcan en modestia serán salvas al tener hijos, o con tener hijos, por el Mesías que nació de una mujer. La tristeza especial a que está sometido el sexo femenino, debe hacer que los hombres ejerzan su autoridad con mucha gentileza, ternura y afecto.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *Las cualidades y la conducta de los obispos del evangelio.* 8—13. *De los diáconos y sus esposas.* 14—16. *La razón para escribir sobre estos y otros asuntos de la iglesia.*

Vv. 1—7. Si un hombre desea el oficio pastoral, y por amor a Cristo y a los hombres, está dispuesto a negarse a sí mismo, y pasar privaciones para dedicarse a ese servicio, debiera tratar de dedicarse a la buena obra, y su deseo debe ser aprobado, siempre y cuando estuviera preparado para el oficio. El ministro debe dar tan poca ocasión para ser culpado, para que su oficio no sufra reproche. Debe ser sobrio, prudente, decoroso en todos sus actos, y en el uso de todas las bendiciones terrenales. La sobriedad y la vigilancia van juntas en la Escritura, porque se asisten una a la otra. Las familias de los ministros deben ser ejemplos del bien para todas las demás familias. Debemos cuidarnos del orgullo; es un pecado que volvió en diablos a los ángeles. Debe tener buena reputación entre sus vecinos, y ser irreprensible en su vida anterior. —Para estimular a todos los ministros fieles tenemos la gracia de la promesa de Cristo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo, Mateo xxviii, 20. Él equipará a sus ministros para su obra y los hará pasar en medio de las dificultades con consuelo y recompensará su fidelidad.

Vv. 8—13. Los diáconos fueron primeramente nombrados para distribuir la caridad de la iglesia y administrar sus intereses, aunque había entre ellos pastores y evangelistas. Los diáconos tenían el encargo de una tarea importante. Deben ser hombres serios, responsables, prudentes. No es bueno que la confianza pública sea depositada en las manos de cualquiera hasta que sean hallados aptos para el negocio que se les confiará. —Todos los emparentados con los ministros deben poner gran cuidado de andar como corresponde al evangelio de Cristo.

Vv. 14—16. La iglesia es la casa de Dios, Él habita ahí. La iglesia sostiene la Escritura y la doctrina de Cristo como una columna sostiene una proclama. Cuando la iglesia deja de ser columna y baluarte de la verdad, podemos y debemos abandonarla, porque nuestra consideración por la verdad debe estar primero y ser muy grande. El misterio de la piedad es Cristo. Él es Dios que fue hecho carne y fue manifestado en carne. Agradó a Dios manifestarse a los hombres por su propio Hijo que tomó la naturaleza humana. Aunque reprochado como pecador y se dio la muerte de un malhechor, Cristo resucitó por el Espíritu, y así fue justificado de todas las acusaciones falsas con que fue cargado. Los ángeles le atendieron, porque Él es el Señor de los ángeles. Los gentiles acogieron bien el evangelio que los judíos rechazaron. Recordemos que Dios fue manifiesto en carne para quitar nuestros pecados, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo peculiar, celoso de buenas obras. Estas doctrinas deben ser exhibidas por el fruto del Espíritu en nuestras vidas.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—5. *De los desvíos de la fe que ya empezaban a surgir.* 6—16. *Varias instrucciones con los motivos para el cumplimiento de los deberes.*

Vv. 1—5. En el Antiguo Testamento y en el Nuevo el Espíritu Santo habló de una apostasía general de la fe en Cristo y de la pura adoración de Dios. Esto debería ocurrir durante la dispensación cristiana, porque es llamada los postreros tiempos. Los falsos maestros prohíben por malo lo que Dios ha permitido, y mandan como deber lo que Él dejó como indiferente. Encontramos ocasión

para el ejercicio de la vigilancia y la negación de sí al atender los requisitos de la ley de Dios, sin ser cargados con deberes imaginarios que rechazan lo que Él ha permitido. Pero nada justifica el uso inmoderado o impropio de las cosas, y nada será bueno para nosotros a menos que pidamos orando la bendición del Señor para esas cosas.

Vv. 6—10. Poco aprovechan los actos externos de abnegación. ¿De qué nos servirá mortificar el cuerpo si no mortificamos el pecado? No puede servir de gran cosa la diligencia aplicada a las cosas puramente exteriores. El provecho de la piedad radica en gran parte en la promesa; y las promesas para la gente piadosa se relacionan parcialmente con la vida presente, pero especialmente, con la vida venidera: aunque perdamos *por* Cristo, no perderemos *para* Él. Si Cristo es el Salvador de todos los hombres, entonces será, mucho más quien recompensa de quienes le buscan y sirven; Él proveerá bien para quienes Él haya hecho nuevas criaturas.

Vv. 11—16. No debe despreciarse la juventud de los hombres si ellos se abstienen de vanidades y necedades. Los que enseñan por su doctrina deben enseñar por su vida. El discurso de ellos debe ser edificante; la conversación de ellos debe ser santa; deben ser ejemplo de amor a Dios y a todos los hombres buenos, ejemplo de mentalidad espiritual. Los ministros deben ocuparse de esas cosas como obra y tarea principal de ellos. Por estos medios se manifestará su provecho en todas las cosas y a todas las personas; esta es la forma de ganar conocimiento y gracia, y de ganar también a otros. —La doctrina de un ministro de Cristo debe ser conforme a las Escrituras, clara, evangélica y práctica; bien expresada, explicada, defendida y aplicada. Pero estos deberes no permiten tiempo libre para los placeres mundanos, las visitas vanas o la conversación ociosa, y muy poco, si lo hubiera, para lo que es pura diversión y solo ornamental. Todo creyente debe ser capacitado para que su provecho sea evidente a todos los hombres; que procure experimentar el poder del evangelio en su alma y dar su fruto en su vida.

CAPÍTULO V

Versículos 1, 2. *Instrucciones acerca de los hombres y mujeres ancianos y de los más jóvenes.* 3—8. *Las viudas pobres.* 9—16. *Acerca de las viudas.* 17—25. *El respeto que debe darse a los ancianos.—Timoteo tiene que cuidar de reprender a los ofensores, de ordenar ministros y de su propia salud.*

Vv. 1, 2. Se debe respeto a la dignidad de los años y la posición. El más joven, si estuviera en falta, debe ser reprendido, no con el deseo de hallarle faltas, sino con la disposición a hacer lo mejor de ellos. Se necesita mucha mansedumbre y cuidado para reprender a los que merecen reproche.

Vv. 3—8. Honrar a las viudas que son indudablemente viudas, socorrerlas y sustentarlas. Deber de los hijos es hacer lo más que puedan cuando sus padres están en necesidad, y ellos pueden ayudarles. La viudez es un estado solitario; pero que las viudas confíen en el Señor y continúen orando. Todos los que viven en los placeres están muertos mientras viven, muertos espiritualmente, muertos en delitos y pecados. ¡Ay, qué cantidades de cristianos solo de nombre encajan en esta descripción, aun en el último tiempo de su vida! —Si los hombres o mujeres no mantienen a sus parientes pobres, efectivamente niegan la fe. Si gastan en sus concupiscencias y placeres lo que debiera sustentar a sus familiares, han negado la fe y son peores que los infieles. Si los que profesan el evangelio dan lugar a cualquier conducta o principio corruptos, son peores que los que confiesan no creer las doctrinas de la gracia.

Vv. 9—16. Todo aquel que sea puesto en un oficio de la iglesia debe estar libre de justa censura; y muchos que son objetos apropiados de caridad, pero no debieran ser empleados en los servicios públicos. Los que hallan misericordia cuando están angustiados, deben mostrar misericordia cuando están en prosperidad; los que muestran la mayor disposición para toda buena obra, son los que más probablemente sean fieles en todo lo que se les encargue. —Los ociosos muy raramente son sólo ociosos; hacen mal a su prójimo y siembran la discordia entre los hermanos. A todos los creyentes se les pide que alivien a quienes pertenecen a su familia y están necesitados, para que no se impida que la iglesia alivie a los que están verdaderamente pobres y sin amigos.

Vv. 17—25. Debe ponerse cuidado en el sustento de los ministros. Los que laboran en esta obra son dignos de doble honra y estima. Es lo que les corresponde, como la recompensa a un trabajador. —El apóstol encarga solemnemente a Timoteo que se resguarde de la parcialidad. Necesitamos velar todo el tiempo para no participar en los pecados de los demás hombres. Consérvate puro, no sólo de hacer lo que te gusta, sino de considerarlo o, de alguna manera, ayudar a los demás a hacerlo. —El apóstol encarga también a Timoteo que cuide su salud. Como no tenemos que hacer del cuerpo nuestro amo, tampoco debemos hacerlo nuestro esclavo, sino usarlo de modo que nos sea muy útil al servicio de Dios. Hay pecados secretos y pecados manifiestos: los pecados de algunos hombres se dan a conocer de antemano, y van a juicio; otros, vendrán después. Dios sacará a la luz las cosas ocultas de las tinieblas y dará a conocer los consejos de todos los corazones. —Teniendo en cuenta el venidero día del juicio, todos debemos atender a nuestro oficio en forma apropiada, sean altos o bajos, teniendo en cuenta que el nombre y la doctrina de Dios no sean blasfemados por culpa de nosotros.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *El deber de los cristianos hacia sus amos sean creyentes o no.* 6—10. *La ventaja de la piedad con contentamiento.* 11—16. *El solemne encargo a Timoteo para que sea fiel.* 17—21. *El apóstol repite su advertencia al rico y termina con una bendición.*

Vv. 1—5. Los cristianos no tenían que suponer que el conocimiento religioso o los privilegios cristianos les daban derecho a despreciar a los amos paganos o a desobedecer las órdenes lícitas o a exponer sus faltas a los demás. Los que disfrutaban el privilegio de vivir con amos creyentes, no debían dejar el respeto y la reverencia debidos porque fuesen iguales en los privilegios religiosos; más bien debían servir con doble diligencia y alegría por su fe en Cristo y como participes de su salvación gratuita. —No tenemos que reconocer como íntegras otras palabras sino las de nuestro Señor Jesucristo; a estas debemos dar consentimiento sincero. Habitualmente los que menos saben son los más orgullosos, porque no se conocen a sí mismos. De ahí vienen la envidia, la discordia, los improperios, las malas sospechas, las disputas sobre sutilezas y cosas nada claras, entre los hombres de mentes carnales corruptas, ignorantes de la verdad y de su poder santificador, y que procuran una ventaja mundana.

Vv. 6—10. Aquellos que hacen del cristianismo un comercio para servir sus intereses en este mundo, se desengañarán pero los que lo consideran como su vocación, hallarán que tiene la promesa de la vida presente, y de la venidera. El piadoso ciertamente será feliz en el otro mundo; y tiene suficiente si está contento con su condición en este mundo; toda la gente verdaderamente piadosa está contenta. Cuando estemos en los apremios más grandes, no podemos estar más pobres que cuando vinimos a este mundo; un sudario, un ataúd, y una tumba, es todo lo que puede tener el hombre más rico del mundo con toda su riqueza. Si la naturaleza se contenta con poco, la gracia

debe contentarse con menos. Las cosas necesarias de la vida limitan los deseos del cristiano verdadero, y con ellas debe contentarse. —Aquí vemos el mal de la codicia. No se dice que *son* ricos, sino los que *quieren* enriquecerse, los que depositan su felicidad en la riqueza y están ansiosos y decididos a obtenerla. Los que son así dan a Satanás la oportunidad para tentarlos, guiándolos a usar medios deshonestos y malas costumbres para aumentar sus ganancias. Además, los guía a tantas ocupaciones y a tal prisa de los negocios que no dejan tiempo ni inclinación para la religión espiritual; los guía a conexiones que los llevan al pecado y la necedad. ¡A qué pecados son llevados los hombres por amor al dinero! La gente puede tener dinero y no amarlo, pero si lo aman esto los empujará a todo mal. Toda clase de iniquidad y vicio, de una u otra forma, nacen del amor al dinero. No podemos mirar alrededor sin notar muchas pruebas de esto, especialmente en una época de prosperidad material, grandes gastos y profesión relajada.

Vv. 11—16. No conviene a los hombres, en especial a los hombres de Dios, poner el corazón en las cosas de este mundo; los hombres de Dios deben sentirse transportados con las cosas de Dios. Debe tener un conflicto con la corrupción, con las tentaciones y con las potestades de las tinieblas. La vida eterna es la corona propuesta para estimularnos. Somos llamados a aferrarnos a eso. —Debe señalarse especialmente al rico cuáles son los peligros y deberes relacionados con el uso apropiado de la riqueza, pero ¿quién puede tener esta clase de encargo sin estar, él mismo, por encima del amor a las cosas que puede comprar la riqueza? —La manifestación de Cristo es segura pero no nos corresponde saber la fecha. Los ojos mortales no toleran el resplandor de la gloria divina. Nadie puede acercarse a Él a menos que se dé a conocer a los pecadores en Cristo y por medio de Cristo. La Deidad es adorada aquí sin distinción de Personas, porque todas las cosas se dicen apropiadamente del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo. Dios nos es revelado sólo en la naturaleza humana de Cristo y a través de ella, como el Unigénito Hijo del Padre.

Vv. 17—21. Ser rico en este mundo es totalmente diferente de ser rico para con Dios. Nada es más incierto que la riqueza mundanal. Los ricos deben entender que Dios les da sus riquezas y que Él puede darlas sólo para disfrutarlas ricamente; porque muchos tienen riquezas pero las disfrutan malamente, por no tener corazón para usarlas. ¿Cuál es el mejor valor de la fortuna aparte de dar la oportunidad de hacer el bien mayor? Mostrando fe en Cristo por los frutos del amor, echemos mano de la vida eterna, cuando el descuidado, el codicioso y el impío alzan sus ojos en los tormentos. El conocimiento que se opone a la verdad del evangelio no es ciencia verdadera ni conocimiento real, o de serlo, aprobaría el evangelio y le daría su asentimiento. Los que ponen la razón por encima de la fe, corren el peligro de dejar la fe. La gracia incluye todo lo que es bueno, y la gracia es una primicia, un comienzo de la gloria; dondequiera que Dios dé gracia, dará gloria.

SEGUNDA DE TIMOTEO

La primera intención de esta epístola parece haber sido advertir a Timoteo de lo que había ocurrido durante el encarcelamiento del apóstol y pedirle que fuera a Roma, pero como Pablo no estaba seguro que le dejaran vivir para verlo, le da una variedad de consejos y exhortaciones para el fiel desempeño de sus deberes ministeriales. Como esta era una carta privada escrita al amigo más íntimo de San Pablo, sometido a las miserias de la cárcel, y con la cercana perspectiva de la muerte, muestra el temperamento y el carácter del apóstol, y contiene pruebas convincentes de que él creía sinceramente las doctrinas que predicaba.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *Pablo expresa gran afecto a Timoteo.* 6—14. *Le exhorta a aprovechar sus dones espirituales.* 15—18. *Le habla de muchos que le abandonaron vilmente, pero habla con afecto de Onesíforo.*

Vv. 1—5. La promesa de la vida eterna a los creyentes en Cristo Jesús es el tema principal de los ministros que están empleados conforme a la voluntad de Dios. Las bendiciones aquí nombradas son lo mejor que podemos pedir para nuestros amados amigos, que tengan paz con Dios Padre y nuestro Señor Jesucristo. Dios debe tener la gloria cualquiera sea el bien que hagamos. Los creyentes verdaderos tienen la misma religión como sustancia en toda época. La fe de ellos no es fingida; soporta la prueba y habita en ellos como principio vivo. —De manera que, las mujeres piadosas pueden animarse por el éxito de Loida y Eunice con Timoteo, que resultó ser tan excelente y útil como ministro. Algunos de los ministros más dignos y valiosos con que ha sido favorecida la Iglesia de Cristo, han tenido que bendecir a Dios por las tempranas impresiones religiosas hechas en sus mentes por medio de la enseñanza de sus madres u otras parientas.

Vv. 6—14. Dios no nos ha dado espíritu de temor, sino de poder, de amor y de dominio propio para enfrentar dificultades y peligros; el espíritu de amor a Él que nos hará vencer la oposición. El espíritu de una mente sabia, de la tranquilidad mental. El Espíritu Santo no es el autor de una disposición tímida o cobarde ni de temores esclavizantes. —Es probable que tengamos que sufrir aflicciones cuando tengamos el poder y la fuerza de Dios que nos capaciten para soportarlas. Como es habitual en Pablo, cuando menciona a Cristo y su redención, se explaya al respecto, tan pleno estaba de lo que es toda nuestra salvación y que debiera ser todo nuestro deseo. El llamamiento del evangelio es un llamado santo, que santifica. La salvación es por la libre gracia. Se dice que esta nos es dada desde antes de la fundación del mundo, esto es, en el propósito de Dios desde toda la eternidad; en Cristo Jesús, porque todos los dones que vienen de Dios para el hombre pecador, vienen en Jesucristo y a través de Él solo. Como hay una perspectiva tan clara de la dicha eterna por la fe en Aquel que es la Resurrección y la Vida, pongamos más diligencia en asegurar su salvación para nuestras almas. —Los que echan mano del evangelio no tienen que avergonzarse, la causa los librará, pero los que se oponen a éste serán avergonzados. El apóstol había encomendado su vida, su alma y sus intereses eternos al Señor Jesús. Nadie más podría liberar y asegurar su alma por medio de las pruebas de la vida y de la muerte. Viene el día en que nuestras almas serán interrogadas. A ti se te encargó un alma, ¿cómo la ocupaste? ¿al servicio del pecado o al servicio de Cristo? La esperanza del cristiano verdadero de menor estatura descansa sobre el mismo fundamento que la del gran apóstol. También aprendió el valor y el riesgo de su alma; también creyó en Cristo; el cambio obrado en su alma, convence al creyente que el Señor Jesús le guardará para su reino celestial. —Pablo exhorta a Timoteo a que se aferre firme de las Sagradas Escrituras, a la sustancia de la sólida verdad del evangelio en ellas. No basta con asentir a las sabias palabras; hay que amarlas. —La doctrina cristiana es un encargo que se nos ha entregado; tiene valor indecible en sí misma y nos será de ventaja indecible. Se nos ha encargado para ser preservado puro y completo, pero no debemos pensar en mantenerlo por nuestra propia fuerza, sino por el poder del Espíritu Santo que habita en nosotros; y no será ganado por los que confían en sus propios corazones y se inclinan a sus propios entendimientos.

Vv. 15—18. El apóstol menciona la constancia de Onesíforo, a menudo refrescado con sus cartas, consejos, y consuelos, y no se avergüenza de él. Un hombre bueno procurará hacer el bien. —El día de la muerte y del juicio es un día temible. Si deseamos tener misericordia, entonces debemos buscarla ahora del Señor. Lo mejor que podemos pedir, para nosotros y para nuestros amigos, es que el Señor conceda que nosotros y ellos podamos hallar misericordia del Señor, cuando seamos llamados a pasar del tiempo a la eternidad y a comparecer al juicio de Cristo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El apóstol exhorta a Timoteo a que persevere con diligencia, como un soldado, un atleta y un labrador.* 8—13. *Le estimula con la seguridad de un final feliz para su fidelidad.* 14—21. *Advertencia para evitar las vanas palabrerías y los errores peligrosos.* 22—26. *Encargo para huir de las pasiones juveniles y ministrar con celo contra el error, pero con espíritu manso.*

Vv. 1—7. A medida que crecen nuestras pruebas necesitamos fortalecernos más en lo que es bueno; nuestra fe, más fuerte; nuestra resolución, más fuerte; nuestro amor a Dios y Cristo, más fuerte. Esto en oposición a que seamos más fuertes según nuestro propio poder. —Todos los cristianos, pero especialmente los ministros, deben ser fieles a su Capitán, y resueltos en su causa. El gran afán del cristiano debe ser agradar a Cristo. Tenemos que esforzarnos para dominar nuestras concupiscencias y corrupciones, pero no podemos esperar el premio si no observamos las leyes. Debemos poner cuidado en hacer el bien de manera correcta, para que no se hable mal del bien que hacemos. Algunos que son activos, desperdician su celo en las formas externas y en disputas dudosas. Pero los que luchan lícitamente serán coronados al final. Si deseamos participar de los frutos, debemos trabajar primero; si deseamos ganar el premio debemos correr la carrera. Debemos hacer la voluntad de Dios antes de recibir lo prometido, para lo cual necesitamos paciencia. Junto con nuestras oraciones por el prójimo, para que el Señor les dé entendimiento en todo, debemos estimularlos y exhortarles que consideren lo que oyen o leen.

Vv. 8—13. Que los santos que sufren se acuerden y miren a Jesús, el Autor y Consumador de su fe, que por el gozo que le fue puesto delante, soportó la cruz, menospreció la vergüenza, y ahora está sentado a la diestra del trono de Dios. No debe extrañarnos que los mejores hombres se enfrenten al peor de los tratos; pero esto causa regocijo, porque la palabra de Dios no está atada. Aquí vemos la causa real y verdadera de que el apóstol sufriera aflicciones por amor del evangelio. Si estamos muertos a este mundo, a sus placeres, sus beneficios y sus honores, estaremos por siempre con Cristo en un mundo mejor. Él es fiel a sus advertencias y fiel a sus promesas. Esta verdad asegura la condenación del incrédulo y la salvación del creyente.

Vv. 14—21. Los que están dispuestos a esforzarse suelen hacerlo por cosas de poca monta. Pero las disputas de palabras destruyen las cosas de Dios. El apóstol menciona a algunos que erraron. No negaron la resurrección, pero corrompieron la doctrina verdadera. Pero nada puede ser más necio o erróneo, porque trastorna la fe temporal de algunos profesantes. Este fundamento tiene dos cosas escritas en él. Una habla de nuestro consuelo. Nada puede derribar la fe de alguien a quien Dios escogió. El otro habla de nuestro deber. Los que deseen tener el consuelo del privilegio deben tomar conciencia del deber. —Cristo se dio por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, Tito ii, 14. La Iglesia de Cristo es como una habitación: algo del mobiliario es de gran valor; otro, de poco valor, y dedicado a usos más viles. Algunos que profesan la religión son como vasos de madera y barro. Cuando los vasos de deshonra sean tirados para ser destruidos, los otros serán llenos de toda la

plenitud de Dios. Debemos ocuparnos de que seamos vasos santos. A cada cual a quien apruebe Dios de la Iglesia será dedicado al servicio de su Maestro, y de este modo será equipado para su uso.

Vv. 22—26. Mientras más sigamos lo que es bueno, más rápido y más lejos huiremos de lo malo. Mantener la comunión de los santos nos sacará de la comunión con las obras infructuosas de las tinieblas. Nótese cuán a menudo el apóstol advierte contra los debates en la religión; lo cual demuestra con seguridad que la religión consiste más en creer y practicar lo que Dios requiere que en disputas sutiles. Son ineptos para enseñar los que son dados a esforzarse, y son fieros y osados. Enseñanza, no persecución, tal es el método de las Escrituras para tratar a los que están en error. —El mismo Dios que da la revelación de la verdad, por su gracia nos lleva a reconocerlo, de lo contrario nuestros corazones seguirían rebelándose contra ello. No existe el "por si acaso" en cuanto a que Dios perdone a los que se arrepienten, pero no podemos decir que dará arrepentimiento a los que se oponen a su voluntad. —Los pecadores son metidos en una trampa, y en la peor trampa, porque es del diablo; ellos son sus esclavos. Si alguno anhela liberación, que recuerde que no puede escapar excepto por arrepentimiento, que es la dádiva de Dios; que debemos pedirlo a Él con oración fervorosa y perseverante.

CAPÍTULO III

Versículos 1—9. *El apóstol predice la aparición de peligrosos enemigos del evangelio.* 10—13. *Propone su propio ejemplo a Timoteo.* 14—17. *Le exhorta a que siga las doctrinas aprendidas de las Sagradas Escrituras.*

Vv. 1—9. Aun en la época del evangelio habría tiempos peligrosos a causa de persecuciones desde afuera, más aun por las corrupciones internas. A los hombres les gusta acceder a sus propias concupiscencias más que complacer a Dios y cumplir su deber. Cuando todo hombre anhela lo que puede obtener y ansía conservar lo que tiene, esto hace que los hombres sean peligrosos, los unos para los otros. Cuando los hombres no temen a Dios, no consideran al hombre. Cuando los hijos son desobedientes con sus padres, esto hace que los tiempos sean peligrosos. Los hombres son impíos y sin temor de Dios porque son ingratos ante las misericordias de Dios. Abusamos de las dádivas de Dios si las hacemos alimento y combustible de nuestras concupiscencias. Los tiempos también son peligrosos cuando los padres carecen de afecto natural por sus hijos. Cuando los hombres no mandan sus propios espíritus sólo desprecian lo bueno y honroso. Dios tiene que ser amado por encima de todo, pero la mente carnal, llena de enemistad contra Él, prefiere cualquier cosa antes que a Él, especialmente al placer carnal. Una forma de piedad es muy diferente del poder; los cristianos deben alejarse de los que son hallados hipócritas. Tales personas se han encontrado dentro de la iglesia externa, en todo lugar y en todos los tiempos. —Siempre ha habido hombres astutos que, con pretensiones y halagos, se infiltran en el favor y la confianza de los que son demasiado crédulos, ignorantes y fantasiosos. Todos debemos estar siempre aprendiendo a conocer al Señor, pero estos siguen cualquier noción nueva, pero nunca buscan la verdad como es en Jesús. Como los magos egipcios, estos eran hombres de mentes corrompidas, prejuiciados contra la verdad, y carecen de fe. Pero aunque el espíritu de error pueda estar libre por un tiempo, Satanás no puede engañar a las naciones e iglesias más allá de lo que Dios permite.

Vv. 10—13. Mientras mejor conozcamos la doctrina de Cristo, enseñada por los apóstoles, más íntimamente nos aferraremos a ella. Cuando conocemos sólo en parte las aflicciones de los creyentes, eso nos tienta a que declinemos la causa por la cual ellos sufren. Suele permitirse una forma de piedad, una profesión de fe cristiana, sin una vida santa, mientras la profesión sincera de la

verdad como es en Jesús y la atención resuelta a los deberes de la piedad, provocan la burla y la enemistad del mundo. Así como los hombres buenos van mejorando, por la gracia de Dios, así los hombres malos van empeorando por la astucia de Satanás y el poder de sus propias corrupciones. El camino del pecado va cuesta abajo; los tales van de mal en peor, engañándose y siendo engañados. Los que engañan a otros, se engañan a sí mismos, como lo descubrirán al final a sus expensas. La historia de la iglesia externa, muestra en forma sobrecogedora que el apóstol dijo esto siendo movido por el Espíritu Santo.

Vv. 14—17. Los que deseen aprender las cosas de Dios y estar seguros de ellas, deben conocer las Sagradas Escrituras, porque son la revelación divina. La edad de los niños es época de aprendizaje; y los que van a aprender de verdad, deben aprender de las Escrituras, las cuales no deben estar a nuestro lado olvidadas, o leídas raramente o nunca. La Biblia es una guía segura a la vida eterna. Los profetas y los apóstoles no hablaban por sí mismos, sino que entregaban lo que recibían de Dios, 2 Pedro i, 21. —Es provechoso para todos los propósitos de la vida cristiana. Es útil para todos, porque todos necesitan ser enseñados, corregidos y reprendidos. Hay algo en las Escrituras apto para cada caso. ¡Oh, que podamos amar más nuestras Biblias y mantenernos más cerca de ellas! Entonces hallaremos provecho, y por último, por fe en nuestro Señor Jesucristo obtendremos la felicidad ahí prometida, que es el tema principal de ambos Testamentos. Nos oponemos mejor al error fomentando el conocimiento firme de la palabra de verdad; el bien más grande que podemos hacer a los hijos es darles a conocer la Biblia a temprana edad.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—5. *El apóstol encarga solemnemente a Timoteo que sea diligente, aunque muchos no soportarán la sana doctrina.* 6—8. *Enfatiza el encargo aludiendo a su martirio ya cercano.* 9—13. *Desea que él venga pronto.* 14—18. *Advierte, y se queja de los que le abandonaron; y expresa su fe en cuanto a su propia preservación para el reino celestial.* 19—22. *Saludos amistosos y su bendición de costumbre.*

Vv. 1—5. La gente se alejará de la verdad, se cansarán del claro evangelio de Cristo, desearán las fábulas y se complacerán en ellas. La gente hace eso cuando no soporta la predicación penetrante, sencilla y que va al grano. Los que aman las almas deben estar siempre alertas, arriesgarse, soportar todos los efectos dolorosos de su fidelidad, y aprovechar todas las oportunidades para dar a conocer el puro evangelio.

Vv. 6—8. La sangre de los mártires, aunque no era un sacrificio expiatorio, sin embargo, fue un sacrificio de reconocimiento de la gracia de Dios y de su verdad. La muerte para el hombre bueno es su liberación de la prisión de este mundo, y su partida a disfrutar del otro mundo. Como cristiano y ministro, Pablo había guardado la fe, sostenido con firmeza las doctrinas del evangelio. ¡Qué consuelo es poder hablar de esta manera al fin de nuestros días! La corona de los creyentes es una corona de justicia adquirida por la justicia de Cristo. Los creyentes no la tienen actualmente, pero es segura porque está puesta para ellos. El creyente, en medio de la pobreza, el dolor, la enfermedad y las agonías de la muerte, puede regocijarse; pero si un hombre descuida los deberes de su cargo y lugar, se oscurece la prueba de su interés en Cristo, y se puede esperar que la incertidumbre y la angustia oscurezcan y asedien sus últimas horas.

Vv. 9—13. El amor a este mundo suele ser la causa para apostatar de las verdades y caminos de Jesucristo. —Pablo fue guiado por inspiración divina, pero él tenía sus libros. Debemos seguir

aprendiendo mientras vivamos. Los apóstoles no descuidaron los medios humanos al procurar las necesidades de la vida o su propia instrucción. Agradezcamos a la bondad divina por habernos dado tantos escritos de hombres sabios y piadosos de todas las épocas; y procuremos que sea nuestro el provecho de su lectura y ello se haga evidente para todos.

Vv. 14—18. Hay tanto peligro de parte de los hermanos falsos, como de los enemigos declarados. Peligroso es tener que ver con los enemigos de un hombre como Pablo. Los cristianos de Roma fueron a encontrarle, Hechos xxviii, pero todos lo abandonaron cuando pareció que había peligro de sufrir con él; entonces. Dios pudo justamente enojarse con ellos, pero él oró a Dios que los perdonara. El apóstol fue librado de las fauces del león, esto es, de Nerón o de algunos de sus jueces. Si el Señor está por nosotros, nos fortalecerá en las dificultades y los peligros, y su presencia suplirá con creces la ausencia de cada uno y de todos.

Vv. 19—22. Para ser felices no necesitamos más que tener al Señor Jesucristo con nuestro espíritu, porque en Él se resumen todas las bendiciones espirituales. La mejor oración que podemos ofrecer por nuestros amigos es que el Señor Jesucristo esté con sus espíritus que los santifique y los salve, y que al final los reciba junto a Él. Muchos que creyeron, como Pablo, están ahora ante el trono, dando gloria a su Señor: seamos sus seguidores.

TITO

Esta epístola contiene principalmente instrucciones para Tito acerca de los ancianos de la Iglesia y la manera de instruir; la última parte le dice que exhorte que se obedezca a los magistrados, que enfatice las buenas obras, evite las preguntas necias y prohíba las herejías. Las instrucciones que da el apóstol son todas evidentes y claras. La religión cristiana no fue formada para responder a puntos de vista egoístas o mundanos; es sabiduría de Dios y poder de Dios.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol saluda a Tito.* 5—9. *Las calificaciones de un pastor fiel.* 10—16. *El temperamento y las costumbres malas de los falsos maestros.*

Vv. 1—4. Son siervos de Dios todos los que no son siervos del pecado y de Satanás. Toda la verdad del evangelio es conforme a la piedad, y enseña el temor de Dios. La intención del evangelio es producir esperanza y fe; sacar la mente y el corazón del mundo y elevarlos al cielo y a las cosas de lo alto. ¡Cuán excelente es, entonces, el evangelio que desde los primeros tiempos fue el tema de la promesa divina y cuánta gratitud le debemos por nuestros privilegios! La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios; y quien sea así llamado, debe predicar la palabra. —La gracia es el favor

gratuito de Dios y la aceptación de Él; y la misericordia, los frutos de ese favor, son el perdón de pecados, y la libertad de todas las miserias, tanto aquí como en el más allá. La paz es el efecto y fruto de la misericordia: la paz con Dios por medio de Cristo que es nuestra Paz, y paz con las criaturas y con nosotros mismos. La gracia es la fuente de todas las bendiciones. La misericordia, la paz, y todo lo bueno surgen de ella.

Vv. 5—9. El carácter y las cualidades de los pastores, aquí llamados ancianos y obispos, concuerdan con lo que el apóstol escribió a Timoteo. Puesto que los obispos y sobreveedores del rebaño, deben ser ejemplo para ellos, y mayordomos de Dios para cuidar los asuntos de su casa, hay mucha razón para que sean irreprensibles. Se indica claramente lo que no deben ser y lo que tienen que ser como siervos de Cristo y ministros eficientes de la letra y la práctica del evangelio. Aquí se describe el espíritu y la costumbre que corresponde a los tales, que deben ser ejemplo de buenas obras.

Vv. 10—16. Se describe a los falsos maestros. Los ministros fieles deben oponerse a ellos en el momento oportuno para que la necedad de ellos se haga manifiesta, para que no sigan adelante. Tenían una baja finalidad en lo que hacían; sirviendo un interés mundano so pretexto de la religión: porque el amor al dinero es raíz de todo el mal. Los tales deben ser resistidos y avergonzados, por la sana doctrina de las Escrituras. Las acciones vergonzosas, el reproche de los paganos, deben estar lejos de los cristianos; la falsedad y la mentira, la astucia envidiosa y la crueldad, las costumbres brutales y sensuales, la ociosidad y la pereza, son pecados condenados hasta por la luz de la naturaleza. Pero la mansedumbre cristiana dista tanto del disimulo cobarde del pecado y del error como de la ira y la impaciencia. Aunque haya diferencias nacionales de carácter, sin embargo, el corazón del hombre de toda época y lugar es engañoso y perverso. Pero las reprensiones más agudas deben apuntar al bien del reprendido; la fe sana es muy deseable y necesaria. Nada es puro para los que son corrompidos e incrédulos; ellos abusan y hacen pecado de las cosas buenas y lícitas. Muchos profesan conocer a Dios, pero en sus vidas lo niegan y rechazan. Nótese el miserable estado de los hipócritas, como los que tienen una forma de piedad, pero están sin su poder; de todos modos, no estemos tan dispuestos a acusar de esto a los demás, como cuidadosos de que no se aplique a nosotros.

CAPÍTULO II

Versículos 1—8. *Los deberes que se convierten en sana doctrina.* 9, 10. *Los siervos creyentes deben ser obedientes.* 11—15. *Todo se rige por el santo designio del evangelio, el cual concierne a todos los creyentes.*

Vv. 1—8. Los antiguos discípulos de Cristo deben comportarse en todo de manera armoniosa con la doctrina cristiana. Los ancianos deben ser sobrios; que no piensen que el deterioro de la naturaleza justifica cualquier exceso, pero busquen consuelo en la comunión más íntima con Dios, no en concesiones indebidas. La fe obra por amor y debe verse en el amor, el de Dios por sí mismo y el de los hombres por amor a Dios. Las personas mayores tienden a ser irritables y temerosas; por tanto, se necesita cuidarlas. Aunque no hay un texto bíblico expreso para cada palabra o mirada, hay, no obstante, reglas generales conforme a las cuales debe ordenarse todo. Las mujeres jóvenes deben ser sobrias y discretas, porque muchas se exponen a tentaciones fatales por lo que al principio pudo ser sólo falta de discreción. Se agrega la razón: para que no sea blasfemada la Palabra de Dios. Fallar en los deberes es un gran reproche al cristianismo. —Los jóvenes son dados a ser ansiosos y precipitados, por tanto, se les debe llamar con seriedad a que sean sobrios: hay gente joven que se

arruina más por el orgullo que por cualquier otro pecado. —Todo esfuerzo del hombre piadoso debe ser para callar las bocas de los adversarios. Que tu propia conciencia responda a tu rectitud. ¡Qué gloria es para el cristiano cuando la boca que se abre en su contra, no puede hallar nada malo para hablar de él!

Vv. 9, 10. Los siervos deben conocer y cumplir su deber para con sus amos terrenales, con referencia al amo celestial. Al servir a un amo terrenal conforme a la voluntad de Cristo, Él es servido; los tales serán recompensados por Él. No darse al lenguaje insolente y provocativo, pero aceptar en silencio una reprensión o un reproche, sin formular respuestas soberbias ni atrevidas. Cuando uno tiene conciencia de una falta, excusarse o justificarla simplemente la aumenta al doble. Nunca uséis por cuenta propia lo que pertenece al amo, ni desperdiciéis los bienes que os hayan confiado. Demuestra toda esa buena fidelidad para utilizar los bienes del amo, y fomentar su progreso. Si no habéis sido fieles en lo que es de otro hombre, ¿quién os dará lo que es propio? Lucas xvi, 12. La religión verdadera es un honor para los que la profesan y ellos deben adornarla en todas las cosas.

Vv. 11—15. La doctrina de la gracia y la salvación por el evangelio es para todos los rangos y estados del hombre. Nos enseña a dejar el pecado; a no tener más relación con éste. La conversación terrenal y sensual no conviene a la vocación celestial. Enseña a tomar conciencia de lo que es bueno. Debemos mirar a Dios en Cristo como objeto de nuestra esperanza y adoración. La conversación del evangelio debe ser una conversación buena. Nótese aquí nuestro deber en pocas palabras: negar la impiedad y las lujurias mundanas, vivir sobria, recta y piadosamente, a pesar de todas las trampas, tentaciones, ejemplos malos, usos malos y vestigios del pecado en el corazón del creyente, con todos sus obstáculos. Nos enseña a buscar las glorias del otro mundo. En la manifestación gloriosa de Cristo, se completará la bendita esperanza de los cristianos. —Llevarnos a la santidad y a la felicidad era la finalidad de la muerte de Cristo. Jesucristo, el gran Dios y Salvador nuestro, que salva no sólo como Dios, y mucho menos como Hombre solo, sino como Dios-Hombre, dos naturalezas en una sola persona. Él nos amó, y se dio por nosotros; ¡y qué menos podemos hacer sino amarle y darnos a Él! La redención del pecado y la santificación de la naturaleza van aunadas y forman un pueblo peculiar para Dios, libre de culpa y condenación, y purificado por el Espíritu Santo. —Toda la Escritura es provechosa. Aquí está lo que proveerá para todas las partes del deber y el correcto desempeño de ellos. Indaguemos si toda nuestra dependencia está puesta en esa gracia que salva al perdido, perdona al culpable, y santifica al inmundo. Mientras más alejados estemos de jactarnos de buenas obras imaginarias, o de confiar en ellas, para gloriarnos en Cristo solo, más celosos seremos para abundar en toda verdadera obra buena.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *La obediencia a los magistrados y la conducta conveniente para con todos, se enfatizan a partir de lo que eran, antes de la conversión, los creyentes, y lo que son hechos por medio de Cristo.* 8—11. *Deben hacerse buenas obras y evitar los debates inútiles.* 12—15. *Instrucciones y exhortaciones.*

Vv. 1—7. Los privilegios espirituales no vacían ni debilitan, antes bien confirman los deberes civiles. Sólo las buenas palabras y las buenas intenciones no bastan sin las buenas obras. No deben ser belicosos, sino mostrar mansedumbre en todas las ocasiones, no sólo con las amistades sino a todos los hombres, pero con sabiduría, Santiago ii, 13. Aprendamos de este texto cuán malo es que un cristiano tenga malos modales con el peor, el más débil y el más abyecto. —Los siervos del

pecado tienen muchos amos, sus lujurias los apresuran a ir por diferentes caminos; el orgullo manda una cosa, la codicia, otra. Así son odiosos, y merecen ser odiados. Desgracia de los pecadores es que se odien unos a otros, y deber y dicha de los santos es amarse los unos a los otros. Somos librados de nuestro estado miserable sólo por la misericordia y la libre gracia de Dios, el mérito y los sufrimientos de Cristo, y la obra de su Espíritu. —Dios Padre es Dios nuestro Salvador. Él es la fuente de la cual fluye el Espíritu Santo para enseñar, regenerar y salvar a sus criaturas caídas; y esta bendición llega a la humanidad por medio de Cristo. El brote y el surgimiento de ellos son la bondad y el amor de Dios al hombre. El amor y la gracia tienen gran poder, por medio del Espíritu, para cambiar y volver el corazón a Dios. Las obras deben estar en el salvado, pero no son la causa de su salvación. Obra un nuevo principio de gracia y santidad, que cambia, gobierna y hace nueva criatura al hombre. La mayoría pretende que al final tendrá el cielo, aunque ahora no les importa la santidad: ellos quieren el final sin el comienzo. He aquí el signo y sello externo de ello en el bautismo, llamado el lavamiento de la regeneración. La obra es interior y espiritual; es significada y sellada exteriormente en esta ordenanza. No se reste importancia al signo y sello exterior; pero no descanséis en el lavamiento exterior, pero busca la respuesta de una buena conciencia, sin la cual el lavado externo no sirve de nada. El que obra en el interior es el Espíritu de Dios; es la renovación del Espíritu Santo. Por Él mortificamos el pecado, cumplimos el deber, andamos en los caminos de Dios; toda la obra de la vida divina en nosotros, los frutos de la justicia afuera, son por este Espíritu bendito y santo. El Espíritu y sus dones y gracias salvadoras vienen por medio de Cristo, como Salvador, cuya empresa y obra es llevar a los hombres a la gracia y la gloria. La justificación, en el sentido del evangelio, es el perdón gratuito del pecador; aceptarlo como justo por la justicia de Cristo recibida por fe. Dios es bueno con el pecador cuando lo justifica según el evangelio, pero es justo consigo mismo y con su ley. Como el perdón es por medio de la justicia perfecta, y Cristo satisface la justicia, esta no puede ser merecida por el pecador mismo. La vida eterna se presenta ante nosotros en la promesa; el Espíritu produce la fe en nosotros y la esperanza de esa vida; la fe y la esperanza la acercan y llenan de gozo por la expectativa de ella.

Vv. 8—11. Cuando se ha declarado la gracia de Dios para con la humanidad, se insta la necesidad de las buenas obras. Los que creen en Dios deben cuidar de mantener las buenas obras, buscando oportunidades para hacerlas, influidos por el amor y la gratitud. Hay que evitar las cuestiones necias y vanas, las distinciones sutiles y las preguntas vanas; tampoco debe la gente desear lo novedoso, sino amar la sana doctrina que tiende mayormente a edificar. Aunque ahora pensemos que algunos pecados son leves y pequeños, si el Señor despierta la conciencia, sentiremos que aun el menor pesa mucho en nuestras almas.

Vv. 12—15. El cristianismo no es una profesión infructuosa, y quienes lo profesan deben estar llenos de los frutos de justicia que son por Jesucristo, para la gloria y alabanza de Dios. Deben hacer el bien y mantenerse lejos del mal. Que los ‘nuestros’ tengan labores y ocupaciones honestas para proveer para sí mismos y para sus familias. El cristianismo obliga a todos a buscar algún trabajo y vocación honesta, y en ellos, permanecer con Dios. —El apóstol termina con expresiones de consideración amable y una oración ferviente. La gracia sea con todos vosotros; el amor y el favor de Dios, con sus frutos y efectos, para los casos de necesidad; y abunden en ellos en sus almas cada vez más. Este es el deseo y la oración del apóstol que muestra su afecto por ellos, y su deseo de bien para ellos, y quiere que sea el medio de obtener y traigan sobre sí, lo pedido. La gracia es la cosa principal que se debe desear y rogar orando, con respecto a nosotros o al prójimo; es “todo bien”.

FILEMÓN

Filemón era un habitante de Colosas, persona de cierta notoriedad y riqueza, convertido en el ministerio de San Pablo. Onésimo era el esclavo de Filemón que había huido de su amo, yéndose a Roma donde se convirtió a la fe cristiana por la palabra presentada por Pablo, que lo tuvo consigo hasta que su conducta demostró la verdad y sinceridad de su conversión. Deseaba reparar el daño que había infligido a su amo, pero temiendo que se le infligiera el castigo merecido por su ofensa, pidió al apóstol que escribiera a Filemón. San Pablo no parece razonar en otro lugar con mayor belleza o exhortar con más fuerza que en esta epístola.

VERSÍCULOS 1—7. *El gozo y la alabanza del apóstol por la firme fe de Filemón en el Señor Jesús, y el amor a todos los santos.* 8—22. *Recomienda a Onésimo, como quien hará ricas enmiendas por la mala conducta de que fue culpable y por quien el apóstol promete compensar cualquier pérdida que Filemón haya tenido.* 23—25. *Saludos y bendición.*

Vv. 1—7. La fe en Cristo y el amor a Él debe unir a los santos más estrechamente que cualquier relación externa que pueda unir a la gente del mundo. Pablo era minucioso para recordar en sus oraciones privadas a sus amigos. Nosotros debemos recordar, mucho y frecuentemente, a los amigos cristianos según su necesidad, llevándolos en nuestros pensamientos y en nuestros corazones ante Dios. Los sentimientos y las maneras diferentes en lo que no es esencial, no deben constituir diferencia de afecto respecto a la verdad. Él pregunta por sus amigos, respecto de la verdad, el crecimiento y su fruto en la gracia, de su fe en Cristo y su amor a Él, y a todos los santos. El bien que hacía Filemón era motivo de gozo y consuelo para él y para los demás, que en consecuencia deseaban que continuara y abundara más y más en buenos frutos para gloria de Dios.

Vv. 8—14. Patrocinar a alguien no rebaja a nadie, y ni siquiera suplicar cuando, en estricto derecho, podríamos mandar; el apóstol argumenta a partir del amor más que de la autoridad, a favor de un convertido por su intermedio, el cual era Onésimo. Aludiendo a ese nombre que significa, "provechoso", el apóstol admite que, antes, éste no había sido *provechoso* para Filemón, apresurándose a mencionar el cambio por el cual se había vuelto *provechoso.* Las personas impías no son provechosas; no responden a la gran finalidad de su ser, pero, ¡qué cambio dichoso efectúa la conversión! De lo malo a lo bueno; de inútil, a útil. Los siervos religiosos son el tesoro de una familia. Estos tendrán conciencia de su tiempo y su tarea, y administrarán todo lo que puedan para mejor. —Ninguna perspectiva de servicio debe conducir a que alguien descuide sus obligaciones o deje de obedecer a sus superiores. Una gran prueba de arrepentimiento verdadero es volver a cumplir los deberes abandonados. Onésimo se había fugado cuando era inconverso, para menoscabo de su amo, pero ahora había visto su pecado y se había arrepentido, y estaba dispuesto y deseoso de regresar a su deber. Poco saben los hombres con qué propósito el Señor permite que algunos cambien su situación o emprendan cosas, quizá con malos motivos. Si el Señor no hubiera impedido algunos de nuestros proyectos impíos, fuéramos el reflejo de casos en que nuestra destrucción era segura.

Vv. 15—22. Cuando hablamos de la naturaleza de un pecado u ofensa contra Dios, no debemos minimizar su mal, pero en el pecador arrepentido debemos hacerlo así, porque Dios lo cubre. Los caracteres cambiados suelen llegar a ser bendición para todos aquellos con quienes residen. —El cristianismo no elimina nuestros deberes para con los demás; nos enseña a hacerlo bien. Los verdaderos arrepentidos estarán abiertos para admitir sus faltas, como evidentemente lo hizo

Onésimo con Pablo, al ser despertado y llevado al arrepentimiento; especialmente en caso de haber dañado al prójimo. La comunión de los santos no destruye las distinciones de la propiedad. —Este pasaje es un ejemplo de lo que se imputa a uno, pero es contraído por otro; y de uno que está dispuesto a responder por otro, por compromiso voluntario para que sea liberado del castigo debido a sus delitos, conforme a la doctrina de Cristo, que por su propia voluntad, soportó el castigo de nuestros pecados para que nosotros pudiéramos recibir la recompensa de su justicia. —Filemón era hijo de Pablo por la fe, pero lo trata como hermano. Onésimo era un pobre esclavo, pero Pablo ruega por él, como si pidiera algo grande para sí mismo. Los cristianos deben hacer lo que puedan para regocijo de los corazones de unos y otros. Del mundo esperan problemas; deberán hallar consuelo y gozo los unos en los otros. Cuando nos quiten algo de lo recibido por misericordias, nuestra confianza y esperanza deben estar en Dios. Debemos usar diligentemente los medios, y si nadie está a la mano, abundar en oración. Pero, aunque la oración prevalece, no merece las cosas obtenidas. Si los cristianos no se conocen en la tierra, aún la gracia del Señor Jesús estará con sus espíritus y pronto se reunirán ante el trono para unirse para siempre a admirar las riquezas del amor redentor. El ejemplo de Onésimo puede dar ánimo a los pecadores más viles para regresar a Dios, pero está vergonzosamente pervertido el que por ello se siente estimulado a persistir en los malos rumbos. ¿No son muchos quitados en sus pecados mientras otros se endurecen en ellos? No hay que resistir las convicciones *actuales*, no vaya a ser que nunca más vuelvan.

Vv. 23—25. Nunca encuentran más gozo de Dios los creyentes que cuando sufren juntos por Él. La gracia es el mejor deseo para nosotros mismos y para el prójimo; con ella empieza y termina el apóstol. Toda gracia es de Cristo; Él la adquirió y Él la concede. ¿Qué más necesitamos para hacernos felices, que tener la gracia de nuestro Señor Jesucristo con nuestro espíritu? Hagamos ahora lo que debemos hacer en el último suspiro. Entonces, los hombres están dispuestos a renunciar al mundo y a preferir la porción mínima de gracia y fe antes que un reino.

HEBREOS

Esta epístola muestra a Cristo como fin, fundamento, cuerpo y verdad de las figuras de la ley, las que por sí mismas no eran de virtud para el alma. La gran verdad expresada en esta epístola es que Jesús de Nazaret es el Dios verdadero. —Los judíos inconversos usaron muchos argumentos para sacar de la fe cristiana a sus hermanos convertidos. Presentaban la ley de Moisés como superior a la dispensación cristiana. Hablaban en contra de todo lo relacionado con el Salvador. Por tanto, el apóstol señala la superioridad de Jesús de Nazaret como el Hijo de Dios, y los beneficios de sus sufrimientos y muerte como sacrificio por el pecado, de modo que la religión cristiana es mucho más excelente y perfecta que la de Moisés. El objetivo principal parece ser que los hebreos convertidos progresen en el conocimiento del evangelio, y así establecerlos en la fe cristiana e impedir que se alejen de ella, contra lo cual se les advierte con fervor. Aunque contiene muchas cosas adecuadas para los hebreos de los primeros tiempos, también contiene muchas que nunca cesan de interesar a la iglesia de Dios, porque el conocimiento de Jesucristo es la médula y hueso mismo de todas las Escrituras. La ley ceremonial está llena de Cristo, y todo el evangelio está lleno de Cristo; las benditas líneas de ambos Testamentos se juntan en Él, y el principal objetivo de la epístola a los Hebreos es descubrir cómo concuerdan y se unen dulcemente ambos en Jesucristo.

CAPÍTULO I

Versículos 1—3. *La dignidad insuperable del Hijo de Dios en su Persona divina, y en su obra de mediación y creación.* 4—14. *En su superioridad a todos los santos ángeles.*

Vv. 1—3. Dios habló a su pueblo antiguo en diversos tiempos, en generaciones sucesivas y de maneras diversas, como le pareció apropiado; a veces, por instrucciones personales, a veces por sueños, a veces por visiones, a veces por influencia divina en la mente de los profetas. La revelación del evangelio supera a la anterior en excelencia por ser una revelación que Dios ha hecho por medio de su Hijo. Al contemplar el poder, la sabiduría y la bondad del Señor Jesucristo, contemplamos el poder, la sabiduría y la bondad del Padre, Juan xiv, 7; la plenitud de la Deidad habita no sólo como en un tipo o en una figura, sino realmente en Él. Cuando, en la caída del hombre, el mundo fue despedazado bajo la ira y la maldición de Dios, el Hijo de Dios emprendió la obra de la redención, sustentándolas por su poder y bondad todopoderosa. —De la gloria de la persona y el oficio de Cristo, pasamos a la gloria de su gracia. La gloria y naturaleza de su Persona, dio a sus sufrimientos tal mérito que eran satisfacción plena para la honra de Dios, que sufrió un daño y afrenta infinitas por los pecados de los hombres. Nunca podremos estar suficientemente agradecidos que Dios nos haya hablado de la salvación en tantas formas y con claridad creciente, a nosotros, pecadores caídos. Que Él mismo nos haya limpiado de nuestros pecados es un prodigio de amor superior a nuestra capacidad de admiración, gratitud y alabanza.

Vv. 4—14. Muchos judíos tenían un respeto supersticioso o idólatra por los ángeles, porque habían recibido la ley y otras noticias de la voluntad divina por su ministración. Los consideraban como mediadores entre Dios y los hombres, y algunos llegaron tan lejos como para darles una especie de homenaje religioso o adoración. De manera que, era necesario no sólo que el apóstol insistiera en que Cristo es el Creador de todas las cosas, y por tanto, crerador de los mismos ángeles, sino en que era el Mesías en naturaleza humana resucitado y exaltado, a quien están sujetos los ángeles, las autoridades y las potestades. Para probar esto cita varios pasajes del Antiguo Testamento. Comparando lo que Dios dice ahí de los ángeles con lo que dice a Cristo, se manifiesta claramente la inferioridad de los ángeles respecto de Cristo. Aquí está el oficio de los ángeles: son los ministros o siervos de Dios para hacer su voluntad, pero, ¡qué cosas grandiosas dice el Padre de Cristo! Reconozcámosle y honrémosle como Dios, porque si no hubiera sido Dios, nunca hubiera hecho la obra de mediación y nunca hubiera llevado la corona del Mediador. Se declara cómo Cristo fue apto para el oficio de Mediador y cómo fue confirmado en él: Lleva el nombre de Mesías por ser el Ungido. Sólo como Hombre tiene sus semejantes, y como ungido con el Espíritu Santo; pero está por sobre todos los profetas, sacerdotes y reyes, que hayan jamás sido empleados al servicio de Dios en la tierra. —Se cita otro pasaje de la Escritura, Salmo cii, 25–27, en el cual se declara el poder omnipotente del Señor Jesucristo, tanto al crear el mundo como al mudarlo. Cristo envolverá este mundo como si fuera un ropaje, para que no se abuse más de él, ni sea usado como lo ha sido. Como soberano, cuando los ropajes de su estado estén doblados y guardados, sigue siendo el soberano, de la misma manera nuestro Señor seguirá siendo el Señor cuando haya dejado de lado la tierra y los cielos como un ropaje. Entonces no pongamos nuestros corazones en lo que no es lo que creemos que es, y no será lo que es ahora. El pecado ha hecho un gran cambio en el mundo, para peor, y Cristo hará un gran cambio para mejor. Que estos pensamientos nos alerten, diligentes y deseosos del mundo mejor. —El Salvador ha hecho mucho para hacer que todos los hombres sean sus amigos, pero tiene enemigos, aunque serán puestos por estrado de sus pies, por la sumisión humilde o por la

destrucción extrema. Cristo seguirá venciendo y para vencer. Los ángeles más excelsos no son sino espíritus ministradores, sólo siervos de Cristo para ejecutar sus mandamientos. Los santos son herederos en el presente que aún no han entrado en plena posesión. Los ángeles les ministran oponiéndose a la maldad y al poder de los malos espíritus, protegiendo y cuidando sus cuerpos, instruyendo y consolando sus almas, sometidos a Cristo y al Espíritu Santo. Los ángeles reunirán a todos los santos en el último día, cuando sean echados de la presencia de Cristo a la miseria eterna todos los que pusieron su corazón y sus esperanzas en los tesoros perecederos y en las glorias pasajeras.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *El deber de adherirse firmemente a Cristo y a su evangelio.* 5—9. *Sus sufrimientos no constituyen objeción a su eminencia.* 10—13. *La razón de sus sufrimientos y lo apropiado de ellos.* 14—18. *Cristo asume la naturaleza humana porque era necesaria para su oficio sacerdotal, y no toma la naturaleza de los ángeles.*

Vv. 1—4. Habiendo demostrado que Cristo es superior a los ángeles, se aplica la doctrina. La mente y la memoria son como vasos quebrados que no retienen lo que en ellos se vierte, si no se pone mucho cuidado. Esto procede de la corrupción de nuestra naturaleza, las tentaciones, los afanes y los placeres del mundo. Pecar contra el evangelio es rechazar esta salvación grandiosa; es despreciar la gracia salvadora de Dios en Cristo, tomándola con liviandad, sin interesarse por ella ni considerar el valor de la gracia del evangelio o su necesidad, ni a nuestro estado de condenación sin ella. —Los juicios del Señor durante la dispensación del evangelio son principalmente espirituales, pero tienen que temerse más por eso. Aquí se apela a la conciencia de los pecadores. Ni siquiera su descuido parcial escapará de las reprimendas; porque suelen traer oscuridad a las almas que no destruyen definitivamente. —La proclamación del evangelio fue continuada y confirmada por los que oyeron a Cristo, por los evangelistas y apóstoles que fueron testigos de lo que Jesucristo empezó a hacer y a enseñar; por los dones del Espíritu Santo fueron equipados para la obra a la cual fueron llamados. Todo esto fue conforme a la voluntad de Dios. Era la voluntad de Dios que nosotros tuviéramos una base firme para nuestra fe y un fuerte cimiento para nuestra esperanza al recibir el evangelio. Preocupémonos de esta sola cosa necesaria, y escuchemos las Sagradas Escrituras, escritas por los que oyeron las palabras de nuestro Señor de gracia y que fueron inspiradas por su Espíritu; entonces, seremos bendecidos con la buena parte que no puede ser quitada.

Vv. 5—9. En el estado presente de la Iglesia, ni en su estado más plenamente restaurado cuando los reinos de la tierra sean el reino de Cristo, cuando el príncipe de este mundo sea expulsado, está gobernada por los ángeles; Él asumirá su gran poder y reinará. ¿Cuál es la causa activa de toda la bondad que Dios muestra a los hombres al darles a Cristo a ellos y por ellos? Es la gracia de Dios. Como recompensa por la humillación de Cristo al sufrir la muerte, Él tiene un dominio ilimitado sobre todas las cosas; así se cumplió en Él esta antigua Escritura. De manera que, Dios ha hecho en la creación y en la providencia cosas maravillosas por nosotros, las cuales hemos devuelto con suma vileza.

Vv. 10—13. No importa lo que pudiera imaginar u objetar el soberbio, carnal e incrédulo, la mente espiritual verá la gloria peculiar de la cruz de Cristo y se satisfará con que fue Él, quien en todas las cosas despliega sus perfecciones al llevar a tantos hijos a la gloria, quien hizo perfecto al Autor por medio de sus sufrimientos. Su camino a la corona pasó por la cruz y así debe ser con su pueblo. Cristo santifica; Él adquirió y envió al Espíritu santificador; el Espíritu santifica como el

Espíritu de Cristo. Los creyentes verdaderos son santificados, dotados con principios y poderes santos, puestos aparte para usos y propósitos elevados y santos. —Cristo y los creyentes son todos de un solo Padre celestial, que es Dios. Son llevados a una relación de parentesco con Cristo. Pero las palabras, que no se avergüenzan de llamarlos hermanos, expresan la elevada superioridad de Cristo respecto de la naturaleza humana. —Esto se muestra en tres pasajes de la Escritura: Salmo xxii, 22; xviii, 2; Isaías viii, 18.

Vv. 14—18. Los ángeles cayeron y quedaron sin esperanza ni socorro. Cristo nunca concibió ser el Salvador de los ángeles caídos, por tanto, no asumió la naturaleza de ellos; la naturaleza de los ángeles no podía ser sacrificio expiatorio por el pecado del hombre. Aquí hay un precio pagado, suficiente para todos, y apto para todos, porque fue en nuestra naturaleza. Aquí se demuestra el amor maravilloso de Dios, porque cuando Cristo supo lo que debía sufrir en nuestra naturaleza y cómo debía morir en ella, la asumió prestamente. La expiación dio lugar a la liberación de su pueblo de la esclavitud de Satanás, y al perdón de sus pecados por la fe. Los que temen la muerte y se esfuerzan por sacar lo mejor de sus terrores, no sigan intentando superarlos o ahogarlos, que no sigan siendo negligentes o se hagan malos por la desesperación. No esperen ayuda del mundo ni de los artificios humanos, pero busquen el perdón, la paz, la gracia y la esperanza viva del cielo por fe en el que murió y resucitó, para que así puedan superar el temor a la muerte. —El recuerdo de sus tristezas y tentaciones hace que Cristo se interese por las pruebas de su pueblo y esté listo para ayudarles. Él está pronto y dispuestos a socorrer a quienes son tentados y le buscan. Se hizo hombre, y fue tentado, para que fuera apto en toda forma para socorrer a su pueblo, habiendo pasado Él por las mismas tentaciones, pero siguiendo perfectamente libre de pecado. Entonces, que el afligido y el tentado no desesperen ni den lugar a Satanás, como si las tentaciones hicieran que fuese malo acudir en oración al Señor. Ningún alma pereció jamás siendo tentada, si desde su verdadera alarma por el peligro, clamó al Señor con fe y esperanza de alivio. Este es nuestro deber en cuanto somos sorprendidos por las tentaciones y queremos detener su avance, lo que es nuestra sabiduría.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Se muestra el valor y la dignidad superior de Cristo por sobre Moisés.* 7—13. *Se advierte a los hebreos del pecado y peligro de la incredulidad.* 14—19. *La necesidad de la fe en Cristo y de seguirle constantemente.*

Vv. 1—6. Cristo debe ser considerado el Apóstol de nuestra confesión, el Mensajero enviado a los hombres por Dios, el gran Revelador de la fe que profesamos, y de la esperanza que confesamos tener. Como Cristo, el Mesías, es el ungido para el oficio de Apóstol y Sacerdote. Como Jesús, es nuestro Salvador, nuestro Sanador, el gran Médico de las almas. Considéresele así. Considérese lo que es en sí, lo que es para nosotros y lo que será para nosotros en el más allá y para siempre. Pensar íntima y seriamente en Cristo nos lleva a saber más de Él. Los judíos tenían una elevada opinión de la fidelidad de Moisés, pero su fidelidad era un tipo de la de Cristo. —Cristo fue el Señor de esta casa, de su Iglesia, que es su pueblo, y su Hacedor. Moisés fue un siervo fiel; Cristo, como el eterno Hijo de Dios, es el dueño legal y el Rey Soberano de la Iglesia. No sólo debemos establecernos bien en los caminos de Cristo, pero hemos de seguir y perseverar firmemente hasta el fin. Toda meditación en su Persona y su salvación, sugiere más sabiduría, nuevos motivos para amar, confiar y obedecer.

Vv. 7—13. Los días de tentación suelen ser los días de provocación. Sin duda es una provocación tentar a Dios cuando Él nos deja que veamos que dependemos y vivimos por entero de

Él. El endurecimiento del corazón es la fuente de todos los demás pecados. Los pecados ajenos, especialmente los de nuestros parientes, deben ser alarma para nosotros. —Todo pecado, especialmente el pecado cometido por el pueblo privilegiado que profesa a Dios, no sólo provoca a Dios sino lo contrista. Dios detesta destruir a nadie en o por su pecado; espera mucho para ser bondadoso con ellos. Pero el pecado en que se persiste por largo tiempo, hace que la ira de Dios se revele al destruir al impenitente; no hay reposo bajo la ira de Dios. —“Cuidado”: todos los que van a llegar a salvo al cielo deben cuidarse; si una vez nos permitimos desconfiar de Dios, pronto podemos desertar de Él. Los que piensan que están firmes, miren que no caigan. Puesto que el mañana no nos pertenece, debemos aprovechar al máximo el día. No hay, ni siquiera los más fuertes del rebaño, quien no necesiten la ayuda de otros cristianos. Tampoco hay alguien tan bajo y despreciado cuyo cuidado en la fe y su seguridad, no pertenezca a todos. El pecado tiene tantos caminos y colores que necesitamos más ojos que los propios. El pecado parece justo, pero es vil; parece agradable, pero es destructivo; promete mucho, pero no cumple nada. Lo engañoso del pecado endurece el alma; un pecado permitido da lugar a otro; y cada acto de pecado confirma la costumbre. Que cada cual se cuide del pecado.

Vv. 14—19. El privilegio de los santos es que son hechos partícipes de Cristo, esto es, del Espíritu, la naturaleza, las virtudes, la justicia y la vida de Cristo; están interesados en todo lo que Cristo es, en todo lo que Él ha hecho o hará. El mismo espíritu con que los cristianos emprenden el camino de Dios, es el que deben mantener hasta el final. La perseverancia en la fe es la mejor prueba de la sinceridad de nuestra fe. Oír la palabra a menudo es un medio de salvación, pero si no se escucha, expondrá más a la ira divina. La dicha de ser partícipes de Cristo y de su salvación completa, y el temor a la ira de Dios y a la miseria eterna, deben estimularnos a perseverar en la vida de la fe obediente. Cuidémonos de confiar en privilegios o profesiones externas y pidamos ser contados con los creyentes verdaderos que entran al cielo cuando todos los demás fallan a causa de la incredulidad. Como nuestra obediencia sigue conforme al poder de nuestra fe, así nuestros pecados y la falta de cuidado se conforman al predominio de la incredulidad en nosotros.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—10. *Se exhorta al temor humilde y cauto, no sea que, debido a la incredulidad, alguien no entre en el reposo prometido.* 11—16. *Argumentos y motivos para tener fe y esperanza al acercarnos a Dios.*

Vv. 1—10. Los privilegios que tenemos con el evangelio son más grandes que los que había bajo la ley de Moisés aunque en sustancia se predicó el mismo evangelio en ambos Testamentos. En todo tiempo ha habido muchos oyentes no aprovechados; y la incredulidad se halla en la raíz de toda esterilidad cuando se está bajo la palabra. La fe del que oye es la vida de la palabra. Una triste consecuencia del descuido parcial y de una profesión vacilante y relajada es que, a menudo, hace que los hombres no la alcancen. Entonces, pongamos diligencia para que tengamos una entrada clara al reino de Dios. —Como Dios terminó su obra, y entonces descansó, hará que los que creen acaben su obra, y luego disfruten su reposo. Evidente es que resta un día de reposo para el pueblo de Dios, más espiritual y excelente que el del séptimo día, o aquel al cual Josué guió a los judíos. Este reposo es un reposo de gracia, consuelo y santidad en el estado del evangelio. Reposo en gloria es donde el pueblo de Dios disfrutará el fin de su fe y el objeto de todos sus deseos. El reposo, que es el tema del razonamiento del apóstol, y del cual, concluye que queda por ser disfrutado, es indudablemente el reposo celestial que queda para el pueblo de Dios y que se opone al estado de trabajos y trastorno de este mundo. Es el reposo que obtendrán cuando el Señor Jesús aparezca desde el cielo. Pero los que

no creen nunca entrarán en este reposo espiritual, sea el de gracia aquí o el de gloria en el más allá. Dios siempre ha declarado que el reposo del hombre está en Él, y que su amor es la única dicha verdadera del alma; y la fe en sus promesas, por medio de su Hijo, es el único camino para entrar en aquel reposo.

Vv. 11—16. Nótese la finalidad propuesta: reposo espiritual y eterno; el reposo de gracia aquí, y el de gloria en el más allá; *en* Cristo en la tierra; *con* Cristo en el cielo. Después de la labor debida y diligente vendrá el reposo dulce y satisfactorio; el trabajo de ahora hará más placentero el reposo cuando llegue. Trabajemos y estimulémonos los unos a los otros a ser diligentes en el deber. —Las Sagradas Escrituras son la palabra de Dios. Cuando Dios la instala por su Espíritu, convence poderosamente, convierte poderosamente y consuela poderosamente. Hace que sea humilde el alma que ha sido orgullosa por mucho tiempo; el espíritu perverso sea manso y obediente. Los hábitos pecaminosos que se han vuelto naturales para el alma, estando profundamente arraigados en ella, son separados y cortados por la espada. Dejará al descubierto a los hombres sus pensamientos y propósitos, las vilezas de muchos, los malos principios que los mueven, las finalidades pecaminosas para las cuales actúan. La palabra mostrará al pecador todo lo que hay en su corazón. —Aferrémonos firmes las doctrinas de la fe cristiana en nuestras cabezas, sus principios vivificantes en nuestros corazones, su confesión franca en nuestros labios, y sometámonos a ellos en nuestras vidas. Cristo ejecutó una parte de su sacerdocio en la tierra al morir por nosotros; ejecuta la otra parte en el cielo, alegando la causa y presentando las ofrendas de su pueblo. A criterio de la sabiduría infinita fue necesario que el Salvador de los hombres fuera uno que tuviera el sentimiento de compañero que ningún ser, salvo un congénere, pudiera tener, y por tanto era necesario que experimentara realmente todos los efectos del pecado que pudieran separarse de su verdadera culpa real. Dios envió a su Hijo en la semejanza de la carne de pecado, Romanos viii, 3; pero mientras más santo y puro era Él, menos dispuesto debe de haber estado a pecar en su naturaleza y más profunda debe de haber sido la impresión de su mal; en consecuencia, más preocupado debe de haber estado Él por librar a su pueblo de la culpa y poder del pecado. —Debemos animarnos por la excelencia de nuestro Sumo Sacerdote para ir directamente al trono de la gracia. La misericordia y la gracia son las cosas que queremos; misericordia que perdone todos nuestros pecados, y gracia que purifique nuestras almas. Además de nuestra dependencia diaria de Dios para las provisiones presentes, hay temporadas para las cuales debemos proveer en nuestras oraciones; tiempos de tentación sea por la adversidad o la prosperidad, y especialmente en nuestro momento de morir. Tenemos que ir al trono de justicia con reverencia y santo temor, pero no como arrastrados, sino invitados al trono de misericordia donde reina la gracia. Tenemos denuedo sólo por la sangre de Jesús para entrar al Lugar Santísimo; Él es nuestro Abogado y ha adquirido todo lo que nuestras almas puedan desear o querer.

CAPÍTULO V

Versículos 1—10. *El oficio y el deber del sumo sacerdote están abundantemente cumplidos en Cristo.* 11—14. *Los hebreos cristianos son reprendidos por su poco avance en el conocimiento del evangelio.*

Vv. 1—10. El Sumo Sacerdote debe ser un hombre, partícipe de nuestra naturaleza. Esto demuestra que el hombre había pecado. Porque Dios no tolerará que el hombre pecador vaya a Él por sí mismo. Pero es bienvenido a Dios todo el que vaya por medio de este Sumo Sacerdote; como valoramos la aceptación con Dios, y el perdón, debemos recurrir por fe a este Cristo Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, que puede interceder por los que se hallan fuera del camino de la verdad, del deber y la dicha; Aquel que tiene la ternura para guiarlos de vuelta desde los desvíos del error, el pecado y la

miseria. Sólo pueden esperar ayuda de Dios, su aceptación, y su presencia y bendición para ellos y sus servicios, los que son llamados por Dios. Esto se aplica a Cristo. —En los días de su encarnación, Cristo se sometió, Él mismo a la muerte: tuvo hambre; fue un Jesús tentado, sufriente y moribundo. Cristo dio el ejemplo no sólo de orar sino de ser ferviente para orar. ¡Cuántas oraciones secas, cuán poco humedecidas con lágrimas, ofrendamos a Dios! Él fue fortalecido para soportar el peso inmenso del sufrimiento cargado sobre Él. No hay liberación real de la muerte sino el ser llevado a través de ella. Él fue levantado y exaltado, y a Él fue dado el poder de salvar hasta lo sumo a todos los pecadores que van a Dios por medio de Él. —Cristo nos dejó el ejemplo para que nosotros aprendamos a obedecer humildemente la voluntad de Dios por todas nuestras aflicciones. Necesitamos la aflicción para aprender la sumisión. Su obediencia en nuestra naturaleza nos estimula en nuestros intentos de obedecer y para que esperemos sostén y consuelo en todas las tentaciones y sufrimientos a que estamos expuestos. Siendo perfeccionado para esta gran obra, Él es hecho Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen, pero ¿estamos nosotros en ese número?

Vv. 11—14. Los oyentes sordos dificultan la predicación del evangelio y hasta los que tienen algo de fe pueden ser oyentes sordos y lentos para creer. Mucho se espera de aquellos a quienes mucho se les da. —Ser poco diestro denota la falta de experiencia en las cosas del evangelio. La experiencia cristiana es un sentido, sabor o placer espiritual de la bondad, dulzura y excelencia de las verdades del evangelio. Ninguna lengua puede expresar la satisfacción que recibe el alma de la sensación de la bondad, gracia y amor divinos en Cristo por ella.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *Se insta a los hebreos a seguir adelante en la doctrina de Cristo, y se describen las consecuencias de la apostasía o rechazo.* 9, 10. *El apóstol expresa satisfacción por la mayoría de ellos.* 11—20. *Y los anima a perseverar en la fe y la santidad.*

Vv. 1—8. Debe exponerse toda parte de la verdad y la voluntad de Dios ante todos los que profesan el evangelio e instárselas en sus corazones y conciencias. No debemos estar siempre hablando de cosas externas, las cuales tienen su lugar de uso pero, a menudo, consumen demasiado de nuestra atención y tiempo, que podrían emplearse mejor. —El pecado humillado que se declara culpable y clama misericordia, no puede tener fundamentos para desesperarse a partir de este pasaje, cualquiera sea la acusación de su conciencia. Tampoco prueba que alguien hecho nueva criatura en Cristo llegue a ser un apóstata definitivo. El apóstol no habla de las caídas de los meros profesos, nunca convictos ni influidos por el evangelio. Esos no tienen nada de que caerse sino un nombre vacuo o una confesión hipócrita. Tampoco habla de los desvíos o resbalones temporarios. Tampoco se quiere representar aquí a esos pecados en que caen los cristianos por la fuerza de las tentaciones o el poder de alguna lujuria mundana o carnal. Aquí se alude a la caída que significa renunciar abierta y claramente a Cristo por enemistad de corazón contra Él, Su causa y pueblo, de parte de los hombres que en sus mentes aprueban los actos de Sus asesinos, y todo esto después que ellos han recibido el conocimiento de la verdad y saboreado algunos de sus consuelos. De ellos se dice que es imposible renovarlos otra vez para el arrepentimiento. No porque la sangre de Cristo sea insuficiente para obtener el perdón de este pecado sino que este pecado, por su misma naturaleza, se opone al arrepentimiento y a toda cosa que a ese conduzca. Si los que temen que no haya misericordia para ellos, por comprender erróneamente este pasaje y sus propios casos, atendieran el relato dado sobre la naturaleza de este pecado, que es una renuncia total y voluntaria de Cristo y su causa, uniéndose a sus enemigos, les aliviaría de sus temores equivocados. Nosotros mismos debemos tener cuidado, y advertir al prójimo, de todo acercamiento al abismo tan terrible de la apostasía, pero al hacerlo

debemos mantenernos cerca de la palabra de Dios, teniendo cuidado de no herir ni aterrorizar al débil o desanimar al caído y penitente. Los creyentes no sólo saborean la palabra de Dios, sino que se la beben. Este fértil campo o huerto recibe la bendición. Pero el cristiano que lo es sólo de nombre, sigue estéril bajo los medios de gracia y nada produce, salvo engaño y egoísmo, estando cerca del espantoso estado recién descrito; la miseria eterna era el final reservado para él. Velemos con humilde cautela y oración por nosotros.

Vv. 9, 10. Hay cosas que nunca se separan de la salvación; cosas que muestran que la persona está en un estado de salvación y que terminará en la salvación eterna. Las cosas que acompañan a la salvación son cosas mejores de las que nunca disfrutaron el apóstata o el que se aparta. —Las obras de amor hechas para la gloria de Cristo o hechas a sus santos por amor a Cristo, de vez en cuando, según Dios da la oportunidad, son señales evidentes de la salvación del hombre; y marcas seguras de la gracia salvadora dada más que la iluminación y el saboreo de los que se habló antes. Ningún amor ha de ser reconocido como amor, sino el amor que obra; y ninguna obra es buena si no fluye del amor a Cristo.

Vv. 11—20. La esperanza aquí aludida es esperar con seguridad las cosas buenas prometidas por medio de esas promesas, con amor, deseo y valorándolas. La esperanza tiene sus grados como también los tiene la fe. La promesa de bendición que Dios ha hecho a los creyentes está, desde el eterno propósito de Dios, establecida entre el Padre eterno, el Hijo eterno y el Espíritu Santo eterno. Se puede confiar con toda seguridad de esta promesa de Dios, porque aquí tenemos *dos* cosas inmutables, el consejo y el voto de Dios, en que es imposible que Dios mienta, porque sería contrario a su naturaleza y a su voluntad. Como no puede mentir, la destrucción del incrédulo y la salvación del creyente son igualmente ciertas. —Nótese aquí que tienen derecho por herencia a las promesas aquellos a quienes Dios ha dado seguridad plena de la dicha. Los consuelos de Dios son suficientemente fuertes para sostener a su pueblo cuando está sometido a sus pruebas más pesadas. Aquí hay un refugio para todos los pecadores que huyen a la misericordia de Dios por medio de la redención en Cristo, conforme al pacto de gracia, dejando de lado a todas las demás confianzas. Estamos en este mundo como un barco en el mar, zarandeado de arriba abajo y corriendo el peligro de naufragar. Necesitamos un ancla que nos mantenga seguros y firmes. La esperanza del evangelio es nuestra ancla en las tormentas de este mundo. Es segura y firme, pues, de lo contrario no podría mantenernos así. La gracia gratuita de Dios, los méritos y la mediación de Cristo y las poderosas influencias de Su Espíritu, son las bases de esta esperanza, así que es una esperanza segura. Cristo es el objeto y el fundamento de la esperanza del creyente. Por tanto, depositemos nuestros afectos en las cosas de lo alto y esperemos con paciencia su manifestación, cuando nosotros nos manifestaremos con Él ciertamente en gloria.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—3. *Comparación del sacerdocio de Melquisedec con el de Cristo.* 4—10. *Se señala la excelencia del sacerdocio de Cristo por sobre el sacerdocio levítico.* 11—25. *Esto se aplica a Cristo.* 26—28. *De esto reciben aliento la fe y la esperanza de la Iglesia.*

Vv. 1—3. Melquisedec salió al encuentro de Abraham cuando éste volvía de rescatar a Lot. Su nombre, “Rey de Justicia”, es indudablemente apto para su carácter que lo marca como tipo del Mesías y de su reino. El nombre de su ciudad significa “paz” y, como rey de paz era tipo de Cristo, el Príncipe de Paz, el gran reconciliador entre Dios y el hombre. Nada se registra acerca del comienzo o el fin de su vida, así que como tipo recuerda al Hijo de Dios, cuya existencia es desde la

eternidad hasta la eternidad, que no hubo quien fuera antes de Él y que no tendrá a nadie que venga después de Él, en su sacerdocio. Cada parte de la Escritura honra al gran Rey de Justicia y de Paz, nuestro glorioso Sumo Sacerdote y Salvador, y mientras más le examinamos, más estaremos convencidos de que el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía.

Vv. 4—10. El Sumo Sacerdote que iba a aparecer después, del cual Melquisedec era un tipo, debe ser muy superior a los sacerdotes levíticos. —Nótese la gran dignidad y felicidad de Abraham; él tuvo las promesas. Rico y dichoso es indudablemente el hombre que tiene las promesas de la vida que es ahora y la de la vida venidera. Este honor tienen todos los que reciben al Señor Jesús. Sigamos adelante, en nuestros conflictos espirituales, confiando en su palabra y su poder, atribuyendo nuestras victorias a su gracia y deseando ser hallados y bendecidos por Él en todos nuestros caminos.

Vv. 11—25. El sacerdocio y la ley, por la cual no podía venir la perfección, quedan terminados; un Sacerdote se levanta y se instala en una dispensación por la cual los creyentes verdaderos puedan ser perfeccionados. Claro es que hay ese cambio. La ley que hizo al sacerdocio levítico mostraba que los sacerdotes eran criaturas débiles, mortales, incapaces de salvar sus propias vidas, muchos menos podían salvar las almas de los que iban a ellos. Pero el Sumo Sacerdote de nuestra profesión tiene su oficio por el poder de la vida eterna que hay en Él; no sólo para mantenerse vivo Él mismo, sino para dar vida eterna y espiritual a todos los que confían en su sacrificio e intercesión. —El mejor pacto, del cual Jesús fue el fiador, no es aquí contrastado con el pacto de obras por el cual todo transgresor queda bajo la maldición. Se distingue del pacto del Sinaí con Israel y la dispensación legal bajo la cual permaneció por largo tiempo la Iglesia. El pacto mejor puso a la Iglesia y a todo creyente bajo una luz más clara, una libertad más perfecta y privilegios más abundantes. —En el orden de Aarón había una multitud de sacerdotes, sumos sacerdotes, uno tras otro, pero en el sacerdocio de Cristo hay solamente uno y Él mismo. Esta es la seguridad y la felicidad del creyente, que este Sumo Sacerdote eterno es capaz de salvar hasta lo sumo en todos los tiempos y en todos los casos. Seguramente entonces nos conviene desear la espiritualidad y la santidad, mucho más allá de la de los creyentes del Antiguo Testamento, porque nuestras ventajas exceden a las de ellos.

Vv. 26—28. Nótese la descripción de la santidad personal de Cristo. Él está libre de todos los hábitos o principios de pecado no teniendo la menor disposición a ello en su naturaleza. Nada de pecado habita en Él, ni la más mínima inclinación pecaminosa, aunque la hay en el mejor de los cristianos. Él es inocente, libre de todo pecado actual; Él no hizo pecado, ni hubo engaño en su boca. Él no es corrompido. Difícil es mantenernos puros como para no participar de la culpa de los pecados de otros hombres. Pero no tiene que desfallecer nadie que vaya a Dios en el nombre de su Hijo amado. Que tengan la seguridad de que Él los librará en el tiempo de la prueba y el sufrimiento, en el tiempo de la prosperidad, en la hora de la muerte y en el día del juicio.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—6. *Se muestra la excelencia del sacerdocio de Cristo por sobre el de Aarón.* 7—13. *La gran excelencia del nuevo pacto respecto del anterior.*

Vv. 1—6. La sustancia o resumen de lo declarado era que los cristianos tenían un Sumo Sacerdote como el que necesitaban. Asumió la naturaleza humana, se manifestó en la tierra y ahí se dio como sacrificio a Dios por los pecados de su pueblo. No nos atrevamos a acercarnos a Dios, o a presentarle nada, sino en Cristo y a través de Él, dependiendo de sus méritos y mediación, porque somos aceptos

sólo en el Amado. En toda obediencia y adoración debemos mantenernos cerca de la palabra de Dios que es la norma única y perfecta. Cristo es la sustancia y la finalidad de la ley de la justicia. Pero el pacto aquí aludido fue hecho con Israel como nación, asegurándoles los beneficios temporales. Las promesas de todas las bendiciones espirituales y de la vida eterna, reveladas en el evangelio, y garantizadas por medio de Cristo, son de valor infinitamente mayor. Bendigamos a Dios porque tenemos un Sumo Sacerdote idóneo para nuestra indefensa condición.

Vv. 7—13. La excelencia superior del sacerdocio de Cristo, por encima del de Aarón, se señala a partir del pacto de gracia, del cual Cristo es Mediador. La ley no sólo hacía que todos los sometidos a ella estuviesen sujetos a condenación por la culpa del pecado, sino era también incapaz de quitar la culpa y de limpiar la conciencia del sentido y terror de ella. En cambio, por la sangre de Cristo, se provee la plena remisión de pecados, de modo que Dios no los recordara más. —Dios escribió una vez sus leyes *a* su pueblo, ahora las escribirá *en* ellos; Él les dará entendimiento para que conozcan y crean sus leyes; les dará memoria para retenerlas; les dará corazones para amarlas; valor para profesarlas y poder para ponerlas en práctica. Este es el fundamento del pacto; y cuando este sea puesto, el deber será efectuado con sabiduría, sinceridad, presteza, facilidad, resolución, constancia y consuelo. Un derramamiento pleno del Espíritu de Dios hará tan eficaz la ministración del evangelio que habrá un fuerte incremento y difusión del conocimiento cristiano en todas las clases de personas. ¡Oh, que esta promesa se cumpla en nuestros días, que la mano de Dios esté con sus ministros para que grandes números crean y sean convertidos al Señor! —El perdón de pecado siempre será hallado en compañía del verdadero conocimiento de Dios. Nótese la libertad de este perdón: su plenitud, su certidumbre. Esta misericordia que perdona está conectada con todas las demás misericordias espirituales: el pecado sin perdonar estorba la misericordia, y acarrea juicios; pero el perdón del pecado impide el juicio, y abre una amplia puerta a todas las bendiciones espirituales. —Preguntémonos si somos enseñados por el Espíritu Santo a conocer a Cristo, de modo que le amemos, temamos, confiemos y obedezcamos rectamente. Todas las vanidades del mundo, los privilegios externos o las puras nociones religiosas se desvanecerán pronto, y dejarán a los que confiaron en ellas, en la eterna miseria.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—5. *El tabernáculo judío y sus utensilios.* 6—10. *Su uso y significado.* 11—22. *Cumplidos en Cristo.* 23—28. *La necesidad, la dignidad superior y el poder de su sacerdocio y sacrificio.*

Vv. 1—5. El apóstol muestra a los hebreos sus ceremonias como tipo de Cristo. El tabernáculo era un templo móvil que era sombra de la situación inestable de la Iglesia en la tierra, y de la naturaleza humana del Señor Jesucristo, en quién habitó corporalmente la plenitud de la Deidad. El significado del tipo de estas cosas ha sido señalado en comentarios anteriores, y las ordenanzas y los artículos del pacto mosaico apuntan a Cristo como nuestra Luz, y Pan de vida para nuestras almas; y nos recuerdan su Persona divina, su sacerdocio santo, su justicia perfecta y su intercesión absolutamente vencedora. Así era todo en todo el Señor Jesucristo desde el comienzo. Según la interpretación del evangelio estas cosas son una representación gloriosa de la sabiduría de Dios y confirman la fe en quien fue prefigurado por ellas.

Vv. 6—10. El apóstol sigue hablando de los servicios del Antiguo Testamento. Al haberse propuesto Cristo ser nuestro Sumo Sacerdote, no podía entrar en el cielo hasta derramar su sangre por nosotros; y tampoco nadie puede entrar a la bondadosa presencia de Dios aquí, o a su gloriosa

presencia en el más allá, sino por la sangre de Jesús. Los pecados son errores, errores enormes de juicio y de práctica, y ¿quién puede entender todos sus errores? Ellos dejan la culpa en la conciencia, que hay que lavar sólo por la sangre de Cristo. Podemos usar como argumento esta sangre en la tierra mientras Él intercede por nosotros en el cielo. —Unos pocos creyentes por la enseñanza divina vieron algo del camino de acceso a Dios, de la comunión con Él y de la admisión al cielo por medio del Redentor prometido; pero los israelitas en general no vieron más allá de las formas externas. Estas no podían terminar la corrupción ni el dominio del pecado. Tampoco podían saldar las deudas ni resolver las dudas del que hacía el servicio. Los tiempos del evangelio son, y deben ser, tiempos de reforma, de luz más clara acerca de todas las cosas necesarias que hay que saber, y de amor más grande, haciendo que no tengamos mala voluntad a nadie, y buena voluntad para todos. Tenemos mayor libertad de espíritu y de hablar en el evangelio y obligaciones mayores de llevar una vida más santa.

Vv. 11—14. Todas las cosas buenas pasadas, presentes y futuras estuvieron y están fundamentadas en el oficio sacerdotal de Cristo y de ahí nos vienen. Nuestro Sumo Sacerdote entró al cielo de una sola vez por todas y obtuvo la eterna redención. El Espíritu Santo significó y mostró después que los sacrificios del Antiguo Testamento sólo liberaban al hombre externo de la inmundicia ceremonial, y los equipaba para algunos privilegios externos. ¿Qué dio tal poder a la sangre de Cristo? Fue que Cristo se ofrendó a sí mismo sin ninguna mancha pecaminosa en su naturaleza o vida. Esto limpia la conciencia más culpable de las obras muertas o mortales para servir al Dios vivo; de las obras pecadoras, como las que contaminan el alma, como los cuerpos muertos contaminaban a las personas de los judíos que los tocaban; en cambio, la gracia que sella el perdón crea de nuevo al alma contaminada. Nada destruye más la fe del evangelio que debilitar por cualquier medio el poder directo de la sangre de Cristo. No podemos penetrar en la profundidad del misterio del sacrificio de Cristo, no podemos aprehender su altura. No podemos indagar en su grandeza ni la sabiduría, el amor, y la gracia que hay en Él. Pero al considerar el sacrificio de Cristo, la fe encuentra vida, alimento y renovación.

Vv. 15—22. Los tratos solemnes de Dios con el hombre son, a veces, llamados pacto, aquí testamento, que es la voluntad de una persona de dejar legado a las personas que nombra, y que sólo se hace efectivo a su muerte. Así, pues, Cristo murió no sólo para obtener las bendiciones de la salvación para nosotros, sino para dar poder a su disposición. Todos nos hicimos culpables ante Dios, por el pecado, y renunciamos a toda cosa buena, pero Dios, dispuesto a demostrar la grandeza de su misericordia, proclamó un pacto de gracia. Nada podía ser limpio para un pecador, ni siquiera sus deberes religiosos salvo que fuera quitada su culpa por la muerte de un sacrificio, de valor suficiente para ese fin, y a menos, que dependiera continuamente de ello. Atribuyamos todas las verdaderas buenas obras a la misma causa que todo lo procura, y ofrezcamos nuestros sacrificios espirituales como rociados con la sangre de Cristo, y seamos así purificados de su contaminación.

Vv. 23—28. Evidente es que los sacrificios de Cristo son infinitamente mejores que los de la ley, que no podían procurar el perdón por el pecado ni impartir poder contra el pecado que hubiera seguido sobre nosotros, y hubiera tenido dominio de nosotros, pero Jesucristo, por un sacrificio, destruyó las obras del diablo, para que los creyentes fuesen hechos justos, santos y felices. Como ninguna sabiduría, conocimiento, virtud, riqueza o poder puede impedir que muera uno de la raza humana, así nada puede librar a un pecador de ser condenado en el día del juicio, salvo el sacrificio expiatorio de Cristo; ni tampoco será salvado del castigo eterno aquel que desprecie o rechace esta gran salvación. —El creyente sabe que su Redentor vive y que lo verá. Aquí está la fe y la paciencia de la Iglesia, de todos los creyentes sinceros. De ahí, pues, su oración continua como fruto y expresión de la fe de ellos. Amén, así sea, ven, Señor Jesús.

CAPÍTULO X

Versículos 1—18. *La insuficiencia de los sacrificios para quitar el pecado.—La necesidad y el poder del sacrificio de Cristo con ese propósito.* 19—25. *Un argumento a favor de la santa osadía del acceso del creyente a Dios a través de Jesucristo.—La constancia de la fe, el amor y el deber mutuos.* 26—31. *El peligro de la apostasía.* 32—39. *Los sufrimientos de los creyentes, y la exhortación a mantener su santa profesión.*

Vv. 1—10. Habiendo mostrado que el tabernáculo y las ordenanzas del pacto del Sinaí eran solamente emblemas y tipos del evangelio, el apóstol concluye que los sacrificios que los sumos sacerdotes ofrecían continuamente no podían perfeccionar a los adoradores en cuanto al perdón y la purificación de sus conciencias, pero cuando "Dios manifestado en carne" se hizo sacrificio, y el rescate fue su muerte en el madero maldito, entonces, por ser de infinito valor el que sufrió, sus sufrimientos voluntarios fueron de infinito valor. El sacrificio expiatorio debe ser capaz de consentimiento, y debe ponerse por propia voluntad en el lugar del pecador: Cristo hizo así. La fuente de todo eso que Cristo ha hecho por su pueblo es la soberana voluntad y gracia de Dios. La justicia introducida y el sacrificio ofrendado una sola vez por Cristo son de poder eterno, y su salvación nunca será quitada. Son de poder para hacer perfectos a todos los que vengan a Él; ellos sacan de la sangre expiatoria la fuerza y los motivos para obedecer y para el consuelo interior.

Vv. 11—18. Bajo el nuevo pacto o la dispensación del evangelio, se tiene perdón pleno y definitivo. Esto significa una enorme diferencia del pacto nuevo respecto del antiguo. En el *antiguo* debían repetirse a menudo los sacrificios, y después de todo, se obtenía por ellos perdón sólo en este mundo. Bajo el *nuevo*, basta con un solo Sacrificio para procurar el perdón espiritual de todas las naciones y todas las eras, o para ser librado del castigo en el mundo venidero. Bien se puede llamar pacto *nuevo* a este. Que nadie suponga que las invenciones humanas pueden valer de algo para quienes los pongan en lugar del sacrificio del Hijo de Dios. ¿Qué queda entonces sino que busquemos un interés por fe en este Sacrificio; y el sello de ello en nuestras almas por la santificación del Espíritu para obediencia? Así que, como la ley está escrita en nuestros corazones, podemos saber que somos justificados, y que Dios no recordará más nuestros pecados.

* * * * * * *

Vv. 19—25. Habiendo terminado la primera parte de la epístola, el apóstol aplica la doctrina a propósitos prácticos. Como los creyentes tenían el camino abierto a la presencia de Dios, entonces les convenía usar este privilegio. El camino y los medios por los cuales los cristianos disfrutan de estos privilegios pasa por la sangre de Jesús, por el mérito de esa sangre que Él ofrendó como sacrificio expiatorio. El acuerdo de la santidad infinita con la misericordia que perdona, no se entendió claramente hasta que la naturaleza humana de Cristo, el Hijo de Dios, fue herida y molida por nuestros pecados. Nuestro camino al cielo pasa por el Salvador crucificado; su muerte es para nosotros el camino de vida y para los que creen esto, Él es precioso. Deben acercarse a Dios; sería despreciar a Cristo seguir de lejos. —Sus cuerpos tenían que ser lavados con agua pura, aludiendo a los lavamientos ordenados por la ley: de esta manaera, el uso del agua en el bautismo era para recordar a los cristianos que sus conductas deben ser puras y santas. Como ellos derivan consuelo y gracia de su Padre reconciliado a sus propias almas, adornan la doctrina de Dios su Salvador en todas las cosas. —Los creyentes tienen que considerar cómo pueden servirse los unos a los otros, especialmente estimulándose unos a otros al ejercicio más vigoroso y abundante del amor, y a la práctica de las buenas obras. La comunión de los santos es una gran ayuda y privilegio, y un medio de constancia y perseverancia. Debemos observar la llegada de tiempos de prueba, y por ellos ser

despertados a una mayor diligencia. Hay un día de prueba que viene para todos los hombres: el día de nuestra muerte.

Vv. 26—31. Las exhortaciones contra la apostasía y a favor de la perseverancia son enfatizadas por muchas razones de peso. El pecado aquí mencionado es la falla total y definitiva en que los hombres desprecian y rechazan, con voluntad y resolución total y firme, a Cristo el único Salvador; desprecian y resisten al Espíritu, el único Santificador; y desprecian y renuncian al evangelio, el único camino a la salvación, y las palabras de vida eterna. De esta destrucción Dios da, todavía en la tierra, un aviso previo temible a las conciencias de algunos pecadores, que pierden la esperanza de ser capaces de soportarla o de escaparse de ella. Pero ¿qué castigo puede ser más doloroso que morir *sin* misericordia? Respondemos, morir *por* misericordia, *por* la misericordia y la gracia que ellos despreciaron. ¡Qué temible es el caso cuando no sólo la justicia de Dios, sino su gracia y misericordia, abusadas, claman venganza! Todo esto no significa en lo más mínimo que queden excluidas de la misericordia las almas que se lamentan por el pecado, o que se les niegue el beneficio del sacrificio de Cristo a alguien dispuesto a aceptar estas bendiciones. Cristo no echará fuera al que acuda a Él.

Vv. 32—39. Muchas y variadas aflicciones se conjugaron contra los primeros cristianos y ellos tuvieron gran conflicto. El espíritu cristiano no es un espíritu egoísta; nos lleva a compadecer al prójimo, a visitarles, ayudarles y rogar por ellos. —Aquí todas las cosas no son sino sombras. La felicidad de los santos durará para siempre en el cielo; los enemigos nunca pueden quitarla, como los bienes terrenales. Esto hará rica restauración por todo lo que perdimos y sufrimos aquí. La parte más grande de la dicha de los santos está todavía en la promesa. Es una prueba de la paciencia de los cristianos tener que contentarse con vivir después que su obra esté hecha, y seguir en pos de su recompensa hasta que llegue el tiempo de Dios para darla. Pronto Él vendrá a ellos, en la muerte, para terminar todos sus sufrimientos y darles la corona de vida. El actual conflicto del cristiano puede ser agudo, pero pronto terminará. Dios nunca se complace con la profesión formal y los deberes y servicios externos de los que no perseveran, sino que los contempla con mucho desagrado. Los que han sido mantenidos fieles en las grandes pruebas del tiempo pasado, tienen razón para esperar que la misma gracia les ayude aún a vivir por fe hasta que reciban el objetivo de su fe y paciencia, la salvación misma de sus almas. Viviendo por fe y muriendo por fe nuestras almas están a salvo para siempre.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—3. *Se describe la naturaleza y el poder de la fe.* 4—7. *Se la establece por los casos desde Abel a Noé.* 8—19. *Por Abraham y sus descendientes.* 20—31. *Por Jacob, José, Moisés, los israelitas y Rahab.* 32—38. *Por otros creyentes del Antiguo Testamento.* 39, 40. *La mejor situación de los creyentes del evangelio.*

Vv. 1—3. La fe siempre ha sido la marca de los siervos de Dios desde el comienzo del mundo. Donde el Espíritu regenerador de Dios implanta el principio, hará que se reciba la verdad acerca de la justificación por medio de los sufrimientos y los méritos de Cristo. Las mismas cosas que son el objeto de nuestra esperanza son el objeto de nuestra fe. Es una firme persuasión y expectativa de que Dios cumplirá todo lo que nos ha prometido en Cristo. Este convencimiento da al alma el goce de esas cosas ahora; les da una subsistencia o realidad en el alma por las primicias y anticipo de ellas. La fe demuestra a la mente la realidad de las cosas que no se pueden ver con los ojos del cuerpo. Es la plena demostración de todo lo revelado por Dios como santo, justo y bueno. Este enfoque de la fe

se explica mediante el ejemplo de muchas personas de tiempos pasados que obtuvieron buen testimonio o un carácter honorable en la palabra de Dios. La fe fue el principio de su santa obediencia, sus servicios notables y sufrimientos pacientes. —La Biblia da el relato más veraz y exacto de todas las cosas y tenemos que creerlos sin discutir el relato de la creación que dan las Escrituras, porque no corresponda con las fantasías divergentes de los hombres. Todo lo que vemos de las obras de la creación fueron llevadas a cabo por orden de Dios.

Vv. 4—7. Aquí siguen algunos ejemplos ilustres de fe de gente del Antiguo Testamento. Abel trajo un sacrificio expiatorio de las primicias del rebaño, reconociéndose como pecador que merecía morir y esperando misericordia sólo por medio del gran Sacrificio. La ira y enemistad orgullosa de Caín contra el aceptado adorador de Dios, condujeron al espantoso efecto que los mismos principios producen en toda época: la persecución cruel y hasta el asesinato de los creyentes. Por fe Abel habla todavía, aunque está muerto; dejó un ejemplo instructivo y elocuente. —Enoc fue trasladado o transportado, porque no vio muerte; Dios lo llevó al cielo como hará Cristo con los santos que estén vivos en su segunda venida. No podemos ir a Dios a menos que creamos que Él es lo que Él mismo ha revelado ser en las Escrituras. Los que desean hallar a Dios, deben buscarlo con todo su corazón. —La fe de Noé influyó en su práctica: lo llevó a preparar el arca. Su fe condenó la incredulidad de los demás; y su obediencia condenó el desprecio y la rebelión de ellos. Los buenos ejemplos convierten a los pecadores o los condenan. Esto muestra cómo los creyentes, estando advertidos por Dios que huyan de la ira venidera, son movidos por el temor, a refugiarse en Cristo y llegan a ser herederos de la justicia de la fe.

Vv. 8—19. A menudo somos llamados a dejar las conexiones, los intereses y las comodidades del mundo. Si somos herederos de la fe de Abraham debemos obedecer y seguir adelante aunque no sepamos qué nos pasará; y seremos hallados en el camino del deber buscando el cumplimiento de las promesas de Dios. La prueba de la fe de Abraham fue que él simplemente obedeciera con plenitud el llamado de Dios. Sara recibió la promesa como promesa de Dios; estando convencida de aquello, ella juzgaba verdaderamente que él podría y querría cumplir. —Muchos que tienen parte en las promesas no reciben pronto las cosas prometidas. La fe puede aferrarse a las bendiciones desde una gran distancia; puede hacerlas presentes; puede amarlas y regocijarse en ellas, aunque sean extrañas; como santos cuyo hogar es el cielo; como peregrinos que viajan hacia su hogar. Por fe ellos vencieron los terrores de la muerte y dieron un adiós jubiloso a este mundo y a todos sus beneficios y cruces. Los que una vez fueron llamados y sacados, verdadera y salvíficamente, del estado pecaminoso, no se interesan por retornar. Todos los creyentes verdaderos desean la herencia celestial; y mientras más fuerte sea la fe, más fervientes serán sus deseos. A pesar de la maldad de su naturaleza, de su vileza por el pecado y de la pobreza de su condición externa, Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de todos los creyentes verdaderos; tal es su misericordia, tal es su amor por ellos. Que ellos nunca se avergüencen de ser llamados su pueblo, ni de ninguno de los que son verdaderamente así, por más que sean despreciados en el mundo. Por sobre todo, que ellos se cuiden de no ser una vergüenza ni reproche para su Dios. —La prueba y acto más grandiosos de fe registrado, es Abraham que ofrece a Isaac, Génesis xxii, 2. Ahí toda palabra es una prueba. Nuestro deber es eliminar nuestras dudas y temores mirando, como hizo Abraham, al poder omnipotente de Dios. La mejor forma de disfrutar de nuestras bendiciones es darlas a Dios; entonces Él nos devolverá en la mejor forma para nosotros. Miremos hasta qué punto nuestra fe ha causado una obediencia semejante, cuando hemos sido llamados a actos menores de abnegación o a hacer sacrificios más pequeños en nuestro deber. ¿Hemos entregado lo que se nos pidió, creyendo plenamente que el Señor compensará todas nuestras pérdidas y hasta nos bendecirá con las dispensaciones más aflictivas?

Vv. 20—31. Isaac bendijo a Jacob y Esaú respecto a cosas venideras. Las cosas presentes no son las mejores; nadie conoce el amor o el odio teniéndolos o queriéndolos. Jacob vivió por fe y murió *por* fe y *en* fe. Aunque la gracia de la fe siempre sirve durante toda nuestra vida, especialmente es así cuando nos toca morir. La fe tiene una gran obra que hacer al final para ayudar al creyente a morir para el Señor, dándole honra a Él con paciencia, esperanza y gozo. —José fue probado por las tentaciones a pecar, por la persecución para mantener su integridad, y fue probado por los honores y el poder en la corte de faraón, pero su fe superó todo eso. —Es gran misericordia estar libres de las leyes y edictos malos, pero cuando no lo estemos, debemos recurrir a todos los medios legales para nuestra seguridad. En esta fe de los padres de Moisés había una mezcla de incredulidad, pero agradó a Dios pasarla por alto. La fe da fuerzas contra el temor pecador y esclavizante a los hombres; pone a Dios ante el alma, muestra la vanidad de la criatura y todo eso que debe dar lugar a la voluntad y al poder de Dios. Los placeres del pecado son y serán cortos; deben terminar en pronto arrepentimiento o en pronta ruina. Los placeres de este mundo son en su mayoría deleites de pecado; siempre lo son cuando no podemos disfrutarlos sin apartarnos de Dios y de su pueblo. Es mejor optar por sufrir, que por pecar; hay más mal en el pecado menor, de lo que puede haber en el mayor sufrimiento. El pueblo de Dios es, y siempre ha sido, un pueblo vituperado. El mismo Cristo se cuenta como vituperado en sus oprobios, y de ese modo los vituperios llegan a ser riqueza más grandes que los tesoros del imperio más rico del mundo. Moisés hizo su elección cuando estaba maduro para juicio y deleite, capaz de saber lo que hacía y por qué lo hacía. Necesario es que las personas sean seriamente religiosas, que desprecien al mundo cuando sean más capaces de deleitarse en él y de disfrutarlo. Los creyentes pueden y deben respetar la recompensa del premio. —Por fe podemos estar totalmente seguros de la providencia de Dios y de su graciosa y poderosa presencia con nosotros. Tal vista de Dios capacitará a los creyentes para soportar hasta el fin, sea lo que fuere que hallen en el camino. No se debe a nuestra propia justicia ni a mejores logros que seamos salvados de la ira de Dios, sino a la sangre de Cristo y a su justicia imputada. La fe verdadera hace que el pecado sea amargo para el alma, aunque reciba el perdón y la expiación. Todos nuestros privilegios espirituales en la tierra debieran estimularnos en nuestro camino al cielo. El Señor hará caer hasta a Babilonia ante la fe de su pueblo, y cuando tiene algo grande que hacer por ellos, suscita una fe grande y fuerte en ellos. —El creyente verdadero desea no sólo estar en pacto con Dios, sino en comunión con el pueblo de Dios, y está dispuesto a echar con ellos su suerte. Rahab se declaró por sus obras como justa. Se manifiesta claramente que ella no fue justificada por sus obras, porque la obra que ella hizo era defectuosa en su manera y no era perfectamente buena, por tanto, no respondía a la perfecta justicia o rectitud de Dios.

Vv. 32—38. Después de todo nuestro escudriñar las Escrituras, hay más que aprender de ellas. Debiera complacernos pensar cuán grande fue el número de los creyentes del Antiguo Testamento, y cuán firme era su fe, aunque su objeto no estaba, entonces, tan claramente dados a conocer como ahora. Debemos lamentar que ahora, en los tiempos del evangelio, cuando la regla de la fe es más clara y perfecta, sea tan pequeño el número de los creyentes y tan débil su fe. Es la excelencia de la gracia de la fe, que mientras ayuda a los hombres a hacer grandes cosas, como Gedeón, les impide pensar cosas grandes y elevadas acerca de sí mismos. La fe, como la de Barac, recurre a Dios en todos los peligros y dificultades, y entonces responde agradecida a Dios por todas sus misericordias y liberaciones. —Por fe, los siervos de Dios vencerán aun al león rugiente que anda viendo a quien devorar. La fe de los creyentes dura hasta el final, y al morir, le da la victoria sobre la muerte y sobre todos sus enemigos mortales, como a Sansón. La gracia de Dios suele fijarse sobre personas totalmente inmerecedoras, y muy poco merecedoras para hacer grandes cosas por ellos y para ellos. Pero la gracia de la fe, dondequiera que esté, pondrá a los hombres a reconocer a Dios en todos sus caminos, como a Jefté. Hará osados y valerosos a los hombres en una causa buena. Pocos se hallaron con pruebas más grandes, pocos mostraron una fe más viva que David, y él dejó un testimonio en cuanto a las pruebas y los actos de fe en el libro de los Salmos, que ha sido y siempre será de gran

valor para el pueblo de Dios. Probablemente los que van a crecer para distinguirse por su fe, empiecen a veces a ejercerla como Samuel. La fe capacitará al hombre para servir a Dios y a su generación en toda forma en que pudiera ser empleada. —Los intereses y los poderes de los reyes y los reinos suelen oponerse a Dios y a su pueblo, pero Dios puede someter fácilmente a todos los que se pongan en contra. Obrar justicia es honor y dicha más grande que hacer milagros. Por fe tenemos el consuelo de las promesas y por fe somos preparados a esperar las promesas y a recibirlas a su debido tiempo. Aunque no esperemos ver que nuestros parientes o amigos muertos son restaurados a la vida en este mundo, de todos modos la fe nos sostendrá al perderlos y nos dirigirá a la esperanza de una resurrección mejor. —¿Nos sorprenderemos más por la maldad de la naturaleza humana que es capaz de crueldades tan espantosas con sus congéneres, o con la excelencia de la gracia divina que es capaz de sostener al fiel sometido a esas crueldades y hacerlos pasar a salvo por todas ellas? ¡Qué diferencia hay entre el juicio de Dios a un santo y el del hombre! El mundo no es digno de los santos perseguidos e injuriados a quienes sus perseguidores reconocieron como indignos de vivir. No son dignos de su compañía, ejemplo, consejo y otros beneficios. Porque ellos no sabían qué es un santo ni el valor de un santo, ni cómo usarlo; ellos odian y echan lejos a los tales, como hace con la ofrenda de Cristo y su gracia.

Vv. 39, 40. El mundo considera que los justos no son dignos de vivir en el mundo y Dios declara que el mundo no es digno de ellos. Aunque el justo y el mundo difieran ampliamente en su juicio, concuerdan en esto: que no es apropiado que los hombres buenos tengan reposo en este mundo. Por tanto, Dios los recibe fuera de este. El apóstol dice a los hebreos que Dios proveyó cosas mejores *para* ellos, por tanto, deben estar seguros que él esperaba cosas buenas *de* ellos. Como nuestras ventajas, con las cosas mejores que Dios ha provisto para nosotros, están mucho más allá de las de ellos, así debe ser más grande nuestra obediencia por fe, nuestra paciencia esperanzada y nuestro trabajo de amor. A menos que tengamos una fe verdadera como tenían estos creyentes, ellos se levantarán para condenarnos en el día postrero. Entonces, oremos continuamente por el aumento de nuestra fe, para que podamos seguir estos ejemplos brillantes y con ellos ser, a la larga, perfeccionados en santidad y felicidad, y brillar como el sol en el reino de nuestro Padre para siempre jamás.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—11. *Exhortación a ser constante y perseverar—Se presenta el ejemplo de Cristo, y el designio de la gracia de Dios en todos los sufrimientos que soportan los creyentes.* 12—17. *Se recomiendan la paz y la santidad con advertencia contra el desprecio de las bendiciones espirituales.* 18—29. *La dispensación del Nuevo Testamento es demostrada como más excelente que la del Antiguo Testamento.*

Vv. 1—11. La obediencia perseverante por fe en Cristo era la carrera puesta ante los hebreos en la cual debían ganar la corona de gloria o tener la miseria eterna como su porción; se nos expone. Por el pecado que tan fácilmente nos asedia, entendamos que el pecado es a lo que más nos inclinamos, a lo cual estamos más expuestos, por costumbre, edad o circunstancias. Esta es una exhortación de suma importancia, porque mientras permanezca sin ser subyugado el pecado favorito, sea cual sea, de un hombre, le impedirá correr la carrera cristiana, porque le quita toda motivación para correr y da entrada al desaliento más completo. —Cuando estén agotados y débiles en sus mentes, recuerden que el santo Jesús sufrió para salvarlos de la desgracia eterna. Mirando fijamente a Jesús, sus pensamientos fortalecerán santos afectos y subyugarán los deseos carnales; entonces, pensemos frecuentemente en Él. ¿Qué son nuestras pequeñas pruebas comparadas con sus agonías o siquiera

con nuestras desolaciones? ¿Qué son en comparación con los sufrimientos de tantos otros? Hay en los creyentes una inclinación a agotarse y debilitarse cuando son sometidos a pruebas y aflicciones; esto es por la imperfección de sus virtudes y los vestigios de la corrupción. Los cristianos no deben desmayar bajo sus pruebas. Aunque sus enemigos y perseguidores sean instrumentos para infligir sufrimientos, son de todos modos, disciplina divina; su Padre celestial tiene su mano en todo y su fin sabio es responder por todo. No deben tomar con liviandad sus aflicciones ni entristecerse bajo ellas, porque son la mano y la vara de Dios, su reprimenda por el pecado. No deben deprimirse ni hundirse bajo las pruebas, afanarse ni irritarse, sino soportar con fe y paciencia. Dios puede dejar solos a los demás en sus pecados, pero corregirá el pecado en sus propios hijos. Actúa en esto como corresponde a un padre. Nuestros padres terrenales nos castigan a veces para satisfacer sus propias pasiones más que para reformar nuestros modales. Pero el Padre de nuetras almas nunca quiere apenar ni afligir a sus hijos. Siempre es para nuestro provecho. Toda nuestra vida aquí es un estado infantil e imperfecto en cuanto a las cosas espirituales; por tanto, debemos someternos a la disciplina de tal estado. Cuando lleguemos al estado perfecto estaremos plenamente reconciliados con todas las disciplinas presentes de Dios para con nosotros. La corrección de Dios no es condenación; el castigo puede ser soportado con paciencia y fomenta grandemente la santidad. Entonces, aprendamos a considerar las aflicciones que nos acarrea la maldad de los hombres como correcciones enviadas por nuestro bondadoso y santo Padre para nuestro bien espiritual.

Vv. 12—17. Una carga aflictiva puede hacer que se caigan las manos del cristiano y que sus rodillas se debiliten, en desesperación y desaliento; pero debe luchar contra esto para correr mejor su carrera. La fe y la paciencia capacitan a los creyentes para seguir la paz y la santidad como un hombre que sigue su vocación constante, diligentemente y con placer. La paz con los hombres, de todas las sectas y partidos, será favorable para nuestra búsqueda de la santidad. Pero la paz y la santidad van juntas, no puede haber paz justa sin santidad. Donde las personas no logran tener la gracia verdadera de Dios, prevalecerá e irrumpirá la corrupción; tened cuidado, no sea que alguna concupiscencia del corazón sin mortificar, que parezca muerta, brote para perturbar y trastornar a todo el cuerpo. —Descarriarse de Cristo es el fruto de preferir los placeres de la carne a la bendición de Dios, y a la herencia celestial, como hizo Esaú. Pero los pecadores no siempre tendrán pensamientos tan viles de la bendición y la herencia divina como los tienen ahora. Concuerda con la disposición profana del hombre desear la bendición, pero despreciar los medios por los cuales debe obtenerse la bendición, porque Dios nunca separa la bendición del medio, ni une la bendición con la satisfacción de la lujuria del hombre. La misericordia de Dios y su bendición nunca se buscan con cuidado sin obtenerse.

Vv. 18—29. El monte Sinaí, donde fue formada la iglesia del estado judío, era un monte que podía ser tocado aunque estaba prohibido hacerlo, lugar que podía sentirse, así que la dispensación mosaica fue en gran parte de cosas externas y terrenales. El estado del evangelio es amable y condescendiente, adecuado para nuestra débil constitución. Todos podemos ir con franqueza a la presencia de Dios si estamos bajo el evangelio. Pero el más santo debe desesperar, si es juzgado por la santa ley dada en el Sinaí sin tener un Salvador. La iglesia del evangelio es llamada Monte Sion, porque allí los creyentes tienen una visión más clara del cielo y un temperamento más celestial del alma. Todos los hijos de Dios son herederos y cada uno tiene los privilegios del primogénito. Pareciera haberse equivocado de camino, lugar, estado y compañía el alma que supone que va a unirse en lo alto a esa gloriosa asamblea e iglesia, pero sin estar aún familiarizada con Dios, siguiendo orientada carnalmente, amando este mundo actual y el presente estado de las cosas, mirando atrás con ojo anheloso, llena de soberbia y culpa, llena de lujurias. Sería incómodo para ella y para los que la rodean. —Cristo es el Mediador del nuevo pacto entre Dios y el hombre, para reunirlos en este pacto; para mantenerlos juntos; para interceder por nosotros ante Dios, y por Dios ante nosotros; para finalmente reunir a Dios y su pueblo en el cielo. Este pacto está afirmado por la

sangre de Cristo rociada sobre nuestras conciencias como era rociada la sangre del sacrificio sobre el altar y sobre la víctima. Esta sangre de Cristo habla por cuenta de los pecadores; ruega no por venganza, sino por misericordia. —Entonces, cuidaos de no rechazar su bondadoso llamado y su oferta de salvación. Cuidaos de no rechazar al que habla desde el cielo con infinita ternura y amor; porque ¡cómo podrían escapar los que rechazan a Dios con incredulidad o apostasía, mientras Él con tanta bondad les ruega que se reconcilien y reciban su favor eterno! El trato de Dios con los hombres, bajo el evangelio, en un camino de gracia, nos asegura que tratará con los que desprecian el evangelio en un camino de juicio. No podemos adorar a Dios en forma aceptable a menos que le adoremos con reverencia y santo temor. Sólo la gracia de Dios nos capacita para adorar rectamente a Dios. Él es el mismo Dios justo y recto en el evangelio que en la ley. La herencia de los creyentes les está asegurada; y todas las cosas correspondientes a la salvación son dadas gratuitamente como respuesta a la oración. Busquemos la gracia para que podamos servir a Dios con reverencia y santo temor.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—6. *Exhortaciones a diversos deberes y a estar contentos con lo que asigna la providencia.* 7—15. *A respetar las instrucciones de los pastores fieles, con advertencia contra de ser descarriados por doctrinas extrañas.* 16—21. *Más exhortaciones a los deberes que se relacionan con Dios, nuestro prójimo y los que están en autoridad sobre nosotros en el Señor.* 22—25. *Esta epístola es para ser considerada con toda seriedad.*

Vv. 1—6. El designio de Cristo al darse por nosotros, es adquirir un pueblo peculiar, celoso de buenas obras; la religión verdadera es el lazo de amistad más firme. Estas son algunas serias exhortaciones a diversos deberes cristianos, especialmente el contentamiento. El pecado opuesto a esta gracia y deber es la codicia, un deseo excesivamente apasionado de la riqueza de este mundo, unido a la envidia hacia los que tienen más que nosotros. Teniendo tesoros en el cielo podemos estar contentos con las pocas cosas de aquí. Los que no pueden estar así, no estarán contentos aunque Dios mejore su situación. Adán estaba en el paraíso, pero no estaba contento; algunos ángeles no estaban contentos en el cielo, pero el apóstol Pablo, aunque humillado y vacío, había aprendido a estar contento en todo estado, en cualquier estado. Los cristianos tienen razón para estar contentos con su suerte actual. Esta promesa contiene la suma y la sustancia de todas las promesas: “No te desampararé ni te dejaré”. En el lenguaje original hay no menos de cinco negativas juntas para confirmar la promesa: el creyente verdadero tendrá la presencia bondadosa de Dios consigo en la vida, en la muerte, y por siempre. Los hombres no pueden hacer nada contra Dios, y Dios puede hacer que resulte para bien todo lo que los hombres hacen contra su pueblo.

Vv. 7—15. Las instrucciones y el ejemplo de los ministros que terminaron sus testimonios en forma honorable y consoladora, deben ser recordadas en particular por los que les sobreviven. Aunque algunos de sus ministros estaban muertos, otros moribundos, aun así la gran Cabeza, y Sumo Sacerdote de la Iglesia, el Obispo de sus almas, vive siempre y siempre es el mismo. Cristo es el mismo de la época del Antiguo Testamento y del evangelio, y siempre será así para su pueblo: igualmente misericordioso, poderoso y absolutamente suficiente. Él aún llena al hambriento, alienta al tembloroso y da la bienvenida a los pecadores arrepentidos; aún rechaza al soberbio y al de la justicia propia, aborrece la pura confesión y enseña a todos los que salva, a amar la justicia y a odiar la iniquidad. —Los creyentes deben procurar que sus corazones estén establecidos por el Espíritu Santo en una dependencia simple de la libre gracia, que consolará sus corazones y los hará resistentes al engaño. —Cristo es nuestro Altar y nuestro Sacrificio; Él santifica el don. La cena del

Señor es la fiesta de la pascua del evangelio. —Habiendo mostrado que mantener la ley levítica conforme a sus propias reglas, impediría que los hombres fueran al altar de Cristo, el apóstol agrega: Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, fuera de la ley ceremonial, del pecado, del mundo y de nosotros mismos. Viviendo por fe en Cristo, apartados para Dios por medio de su sangre, separémonos voluntariamente de este mundo malo. El pecado, los pecadores, la muerte no dejarán que continuemos aquí por mucho tiempo más; por tanto, salgamos ahora por fe y busquemos en Cristo el reposo y la paz que este mundo no nos puede proporcionar. Llevemos nuestros sacrificios a este altar y a este nuestro Sumo Sacerdote, y ofrezcámoslo por su intermedio. Siempre debemos ofrecer el sacrificio de alabanza a Dios. En estos se cuentan la alabanza, la oración y la acción de gracias.

Vv. 16—21. Conforme a lo que podamos, tenemos que dar para las necesidades de las almas y de los cuerpos de los hombres: Dios aceptará estas ofrendas con agrado, y aceptará y bendecirá a los que ofrendan por medio de Cristo. —El apóstol expresa en seguida cual es el deber de ellos para con los ministros vivos: obedecerles y someterse a ellos en la medida que sea conforme a la idea y voluntad de Dios dadas a conocer en su palabra. Los cristianos no deben pensar que saben demasiado, que son demasiado buenos o demasiado grandes para aprender. El pueblo debe escudriñar las Escrituras, y en la medida que los ministros enseñen conforme a esa regla, deben recibir sus instrucciones como palabra de Dios que obra en los que creen. Interesa a los oyentes que la cuenta que sus ministros den de sí mismos sea con gozo y no con tristeza. Los ministros fieles entregarán sus propias almas, porque la ruina de un pueblo infiel y estéril recaerá sobre sus propias cabezas. —Mientras el pueblo ore con más fervor por sus ministros, más beneficio pueden esperar de su ministerio. La buena conciencia respeta todos los mandamientos de Dios y todo nuestro deber. Los que tienen esta buena conciencia necesitan, sin embargo, las oraciones de los demás. Cuando los ministros van a un pueblo que ora por ellos, van con mayor satisfacción para sí y éxito para el pueblo. Debemos procurar con oración todas nuestras misericordias. —Dios es el Dios de paz, completamente reconciliado a los creyentes; Él ha abierto camino a la paz y la reconciliación de sí con los pecadores, y que ama la paz en la tierra, especialmente en sus iglesias. Él es el Autor de la paz espiritual en los corazones y las conciencias de su pueblo. —¡Qué pacto más firme es aquel que tiene su fundamento en la sangre del Hijo de Dios! El perfeccionamiento de los santos en toda buena obra es la gran cosa deseada por y para ellos; y que ellos puedan ser, en el largo plazo, equipados para el empleo y la dicha del cielo. No hay cosa buena obrada en nosotros que no sea la obra de Dios. Nada bueno obra Dios en nosotros sino por medio de Cristo por amor a Él y a su Espíritu.

Vv. 22—25. Tan malos son los hombres, aun los creyentes, por los restos de su corrupción, que necesitan que se les estimule y se les exhorte a oír cuando se les entrega la doctrina más importante y consoladora, para su propio bien, y con las pruebas más convincentes, para que la reciban y no se descaminen con ella, la descuiden o la rechacen. —Bueno es que la ley del amor santo y la bondad sea escrita en los corazones de los cristianos, los unos a los otros. La religión enseña el civismo verdadero y la buena crianza a los hombres. No es de temperamento malo ni descortés. Que el favor de Dios esté con vosotros y que su gracia obre continuamente en vosotros y con vosotros, dando los frutos de la santidad como las primicias de la gloria.

SANTIAGO

La epístola de Santiago es uno de los escritos más instructivos del Nuevo Testamento. Dirigida principalmente contra errores particulares de la época producidos entre los cristianos judíos, no contiene las mismas declaraciones doctrinales completas de las otras epístolas, pero presenta un admirable resumen de los deberes prácticos de todos los creyentes. Aquí están manifestadas las verdades principales del cristianismo, y al considerárselas con atención, se verá que coinciden por entero con las declaraciones de San Pablo acerca de la gracia y la justificación, abundando al mismo tiempo en serias exhortaciones a la paciencia de la esperanza y la obediencia de la fe y el amor, mezcladas con advertencias, reprensiones y exhortaciones conforme a los caracteres tratados. Las verdades aquí expuestas son muy serias y es necesario que se sostengan y se observen en todo tiempo las reglas para su práctica. En Cristo no hay ramas muertas o sin savia, la fe no es una gracia ociosa; dondequiera que esté, lleva fruto en obras.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *Cómo recurrir a Dios en los problemas y cómo comportarse en las circunstancias prósperas y adversas.* 12—18. *Considerar que todo mal procede de nosotros, y todo bien viene de Dios.* 19—21. *El deber de vigilar contra el temperamento ligero y el de recibir con mansedumbre la palabra de Dios.* 22—25. *El deber de vivir conforme a eso.* 26, 27. *La diferencia entre las pretensiones vanas y la verdadera religión.*

Vv. 1-11. El cristianismo enseña a los hombres a estar gozosos en las tribulaciones; tales ejercicios vienen del amor de Dios; y las pruebas del camino del deber darán lustre a nuestras virtudes ahora y a nuestra corona al final. En los tiempos de prueba preocupémonos que la paciencia actúe en nosotros, y no la pasión; lo que se diga o haga, sea la paciencia la que lo diga y haga. Todo lo necesario para nuestra carrera y guerra cristiana será otorgada cuando la obra de la paciencia esté completa. No debemos orar pidiendo que la aflicción sea eliminada, tanto como pidiendo sabiduría para usarla correctamente. ¿Y quién no quiere sabiduría para que lo guíe en las pruebas, regulando su propio espíritu y administrando sus asuntos? He aquí algo como respuesta a cada giro desalentador de la mente, cuando vamos a Dios experimentando nuestra propia debilidad y necedad. Después de todo, si alguien dice, esto puede pasarle a algunos, pero me temo que yo no triunfaré, la promesa es: a *todo aquel* que pida, le será dado. —Una mente que se ocupe en considerar, de manera única y dominante, su interés espiritual eterno, y que se mantiene firme en sus propósitos para Dios, crecerá sabia por las aflicciones, continuará ferviente en sus devociones y se levantará por sobre las pruebas y las oposiciones. Cuando nuestra fe y espíritu se levantan y caen con las causas secundarias, nuestras palabras y acciones serán inestables. Esto no siempre expone a los hombres al desprecio del mundo, pero esos caminos no pueden agradar a Dios. Ninguna situación de la vida es tal que impida regocijarse en Dios. Los de baja condición pueden regocijarse si son exaltados a ser ricos en fe y herederos del reino de Dios; y los ricos pueden regocijarse con las providencias humillantes que los llevan a una disposición mental humilde y modesta. —La riqueza mundana es cosa que se agota. Entonces, que el que es rico se regocije en la gracia de Dios que lo hace y mantiene humilde; y en las pruebas y ejercicios que le enseñan a buscar la dicha en Dios y de Él, no en los placeres perecederos.

Vv. 12-18. No todo hombre que sufre es el bendecido; pero sí el que con paciencia y constancia va por el camino del deber, a través de todas las dificultades. Las aflicciones no nos pueden hacer miserables si no son por nuestra propia falta. El cristiano probado será un cristiano coronado. La corona de la vida se promete a todos los que tienen el amor de Dios reinando en sus corazones. Toda alma que ama verdaderamente a Dios tendrá sus pruebas de este mundo plenamente recompensadas en ese mundo de lo alto, donde el amor es perfeccionado. —Los mandamientos de Dios, y los tratos de su providencia, prueban los corazones de los hombres, y muestran la disposición que prevalece en ellos. Pero nada pecaminoso del corazón y la conducta puede ser atribuido a Dios. Él no es el autor de la escoria, aunque su prueba de fuego la deja al descubierto. Los que culpan del pecado a su constitución o a su situación en el mundo, o pretenden que no lo pueden evitar, dejan mal a Dios como si Él fuese el autor del pecado. Las aflicciones, como enviados de Dios, están concebidas para sacar a relucir nuestras virtudes, pero no nuestras corrupciones. El origen del mal y de las tentaciones está en nuestros propios corazones. —Detén los comienzos del pecado o todos los males que sigan serán totalmente cargados a tu cuenta. Dios no se complace en la muerte de los hombres, como que no tiene mano en el pecado de ellos, pero el pecado y la miseria, se deben a ellos mismos. Así como el sol es el mismo en la naturaleza e influye, aunque a menudo se interpongan la tierra y las nubes, haciendo lo que a nosotros nos parece variable, así Dios es inmutable y nuestros cambios y sombras no son cambios ni alteraciones en Él. Lo que el sol es en la naturaleza es Dios en gracia, providencia y gloria, e infinitamente más. Como toda buena dádiva es de Dios, así, en particular, es que hayamos nacido de nuevo, y todas sus consecuencias santas y felices vienen de Él. Un cristiano verdadero llega a ser una persona tan diferente de la que era antes de las influencias renovadoras de la gracia divina, que es como si fuera formado de nuevo. Debemos dedicar todas nuestras facultades al servicio de Dios, para que podamos ser una especie de primicias de sus criaturas.

Vv. 19-21. En lugar de culpar a Dios cuando estamos sometidos a pruebas, abramos nuestros oídos y corazones para aprender lo que nos enseña por ellas. Si los hombres desean gobernar sus lenguas, deben gobernar sus pasiones. Lo peor que podemos aportar a cualquier disputa es la ira. —He aquí una exhortación a separar y echar como ropa sucia todas las prácticas pecaminosas. Esto debe alcanzar a los pecados del pensamiento y del afecto, y a los pecados del hablar y del hacer; a toda cosa corrupta y pecaminosa. Debemos rendirnos a la palabra de Dios con mentes humildes y dóciles a la enseñanza. Debemos estar dispuestos a oír de nuestros defectos, y a tomarlos no sólo con paciencia, sino con gratitud. El objetivo de la palabra de Dios es hacernos sabios para salvación y los que se proponen cualquier finalidad mala o baja al prestarle atención, deshonran el evangelio y desilusionan sus propias almas.

Vv. 22-25. Si oyéramos un sermón cada día de la semana y un ángel del cielo fuera el predicador, no nos llevaría nunca al cielo si nos apoyáramos solamente en el oír. Los que son solo oidores se engañan a sí mismos; y el engaño de sí mismo será hallado, al final, como el peor engaño. Si nos halagamos a nosotros mismos es nuestra propia falta. La verdad no halaga a nadie, tal como está en Jesús. La palabra de verdad debe ser cuidadosamente escuchada con atención, y expondrá ante nosotros la corrupción de nuestra naturaleza, los desórdenes de nuestros corazones y de nuestra vida; nos dirá claramente lo que somos. Nuestros pecados son las manchas que la ley deja al descubierto; la sangre de Cristo es el lavamiento que enseña el evangelio, pero oímos en vano la palabra de Dios y en vano miramos el espejo del evangelio si nos vamos y olvidamos nuestras manchas en lugar de sacarlas lavándolas, y olvidamos nuestro remedio en lugar de recurrir a este. Eso pasa con los que no oyen la palabra como debieran. Al oír la palabra miramos dentro de ella en busca de consejo y guía, y cuando la estudiamos, se vuelve nuestra vida espiritual. Los que se mantienen en la ley y la palabra de Dios son y serán bendecidos en todos sus caminos. Su recompensa de gracia en el más allá estará relacionada con su paz y consuelo presente. —Cada parte de la revelación divina tiene su uso, llevando al pecador a Cristo para salvación, y guiándole y

exhortándole a andar en libertad por el Espíritu de adopción, conforme a los santos mandamientos de Dios. Nótese la distinción: el hombre no es bendecido *por* sus obras, sino *en* su obra. No es hablar sino andar lo que nos llevará al cielo. Cristo se volverá más precioso para el alma del creyente, que por Su gracia, se volverá más idónea para la herencia de los santos en luz.

Vv. 26, 27. Cuando los hombres se esfuerzan por parecer más religiosos de lo que realmente son, es una señal de que su religión es vana. No frenar la lengua, la prontitud para hablar de las faltas del prójimo, o para disminuir su sabiduría y piedad, son señales de religión vana. El hombre que tiene una lengua calumniadora, no puede tener un corazón verdaderamente humilde y bondadoso. —Las religiones falsas pueden conocerse por sus impurezas y falta de caridad. La religión verdadera nos enseña a hacer cada cosa como estando en la presencia de Dios. Una vida inmaculada debe ir unida al amor y la caridad no fingidas. Nuestra religión verdadera es igual a la medida en que estas cosas tengan lugar en nuestro corazón y conducta. Recordemos que nada sirve en Cristo Jesús salvo la fe que obra por amor, que purifica el corazón, que somete las lujurias carnales y que obedece los mandamientos de Dios.

CAPÍTULO II

Versículos 1—13. *Todas las profesiones de fe son vanas si no producen amor y justicia para los demás.* 14—26. *Las buenas obras son necesarias para demostrar la sinceridad de la fe que, de otro modo, no será más ventajosa que la fe de los demonios.*

Vv. 1-13. Los que profesan fe en Cristo como el Señor de la gloria no deben hacer acepción de personas por las solas circunstancias y apariencias externas, de una manera que no concuerdan con su profesión de ser discípulos del humilde Jesús. Aquí Santiago no anima a la rudeza ni al desorden; debe darse el respeto civil, pero nunca de tal modo que influya en los procedimientos de los cristianos para disponer de los oficios de la Iglesia de Cristo o para pasar las censuras de la iglesia o en alguna cuestión de la religión. El cuestionarnos es algo que sirve mucho en cada parte de la vida santa. Hagámoslo con más frecuencia y aprovechemos toda ocasión para discurrir con nuestras almas. —Como los lugares de adoración no pueden edificarse ni mantenerse sin gastos, puede resultar apropiado que los que contribuyen, sean acomodados de manera concordante, pero si todos fueran personas de mayor orientación espiritual, los pobres serían tratados con más atención de lo que suele ocurrir en las congregaciones. —El estado humilde es más favorable para la paz interior y el crecimiento en la santidad. Dios daría riquezas y honra de este mundo a todos los creyentes si les hicieran bien, considerando que Él los ha escogido para que sean ricos en fe y los ha hecho herederos de su reino, que prometió conceder a todos los que le aman. Considérese cuán a menudo las riquezas conducen al vicio y a la maldad, y qué grandes reproches se hacen a Dios y a la religión por parte de hombres ricos, poderosos y grandes en el mundo; eso hará que este pecado parezca muy grave y necio. —La Escritura da como ley amar al prójimo como a uno mismo. Esta ley es una ley real que viene del Rey de reyes; y si los cristianos actúan injustamente son convictos de transgresión por la ley. —Pensar que nuestras buenas obras expiarán nuestras malas obras, es algo que claramente nos lleva a buscar otra expiación. Conforme al pacto de obras, transgredir cualquier mandamiento pone al hombre bajo condenación, de la cual ninguna obediencia lo puede librar, sea pasada, presente o futura. —Esto nos muestra la dicha de los que están en Cristo. Podemos servirle sin miedo esclavizante. Pero Dios considera que es su gloria y dicha perdonar y bendecir a los que pudieran ser condenados con justicia en su tribunal; y su gracia enseña que los que participan de su misericordia, deben imitarla en su conducta.

Vv. 14–26. Se equivocan los que toman la sola creencia de nociones del evangelio por el todo de la religión evangélica, como hacen muchos ahora. Sin duda que la sola fe verdadera, por la cual los hombres participan en la justicia, expiación y gracia de Cristo, salva sus almas; pero produce frutos santos y se demuestra verdadera por sus efectos en las obras de ellos, mientras el solo asentimiento a cualquier forma de doctrina o creencia histórica de hechos, difiere totalmente de la fe salvadora. La sola profesión de fe puede obtener la buena opinión de la gente piadosa, y en algunos casos, puede procurar cosas mundanas buenas, pero ¿de qué aprovecha a alguien si ganare todo el mundo y perdiere su alma? ¿Puede esa fe salvarle? Todas las cosas deben ser contadas como provechosas o perjudiciales para nosotros, según tiendan a promover o a estorbar la salvación de nuestras almas. Este lugar de la Escritura muestra evidentemente que una opinión o asentimiento al evangelio, sin obras, no es fe. No hay manera de mostrar que creemos realmente en Cristo, sino siendo diligentes en buenas obras por motivo del evangelio y para propósitos del evangelio. Los hombres pueden jactarse los unos a los otros y enorgullecerse falsamente de lo que no tienen en realidad. —No se trata sólo de *conformarse* a la fe sino de *acceder* a ella; no sólo de asentir la verdad de la palabra, sino del acceder a recibir a Cristo. Creer verdaderamente no es sólo un acto del entendimiento, sino una obra de todo el corazón. —Por dos ejemplos se demuestra que la fe que justifica no puede ser sin obras: Abraham y Rahab. Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia. La fe que produce tales obras le llevó a favores peculiares. Entonces vemos, versículo 24, cómo es justificado el hombre por las obras, no por la sola opinión o declaración, o por creer sin obedecer, sino teniendo la fe que produce buenas obras. Tener que negar su propia razón, afectos e intereses es una acción apta para probar a un creyente. —Nótese aquí, el maravilloso poder de la fe para cambiar a los pecadores. La conducta de Rahab probó que la fe de ella era viva y tenía poder; demostró que ella creía con su corazón y no solo por asentimiento intelectual. —Entonces, pongamos atención que las buenas obras sin fe son obras muertas, carentes de raíz y principio. Todo lo que hacemos por fe es realmente bueno, porque se hace en obediencia a Dios y para su aceptación: cuando no hay fruto es como si la raíz estuviera muerta. La fe es la raíz, las buenas obras son los frutos y debemos ocuparnos de tener ambas. Esta es la gracia de Dios por la cual resistimos y a la cual debemos defender. No hay estado intermedio. Cada uno debe vivir como amigo de Dios o como enemigo de Dios. Vivir para Dios, que es consecuencia de la fe, que justifica y salvará, nos obliga a no hacer nada en su contra sino a hacer todo por Él y para Él.

CAPÍTULO III

Versículos 1—12. *Advertencias contra la conducta orgullosa y la maldad de la lengua desenfrenada.* 13—18. *La excelencia de la sabiduría celestial opuesta a la mundana.*

Vv. 1-12. Se nos enseña a temer una lengua desenfrenada, como uno de los males más grandes. Los asuntos de la humanidad son arrojados a la confusión por la lengua de los hombres. Cada edad del mundo, y cada condición de vida, privada o pública, da ejemplos de esto. El infierno tiene que ver con el fomento del fuego de la lengua más de lo que piensan generalmente los hombres; cada vez que la lengua de los hombres son empleadas de manera pecaminosa, están encendidas con fuego del infierno. Nadie puede domar la lengua sin la asistencia y la gracia de Dios. El apóstol no presenta esto como un imposible, sino como extremadamente difícil. Otros pecados decaen con el tiempo, este empeora muchas veces; nos vamos poniendo más perversos y afanosos a medida que se deteriora la fuerza natural y llegan los días en que no tenemos placer. Cuando se doman y someten otros pecados por las enfermedades de la edad, el espíritu se vuelve, a menudo, más cortante, la naturaleza es arrastrada a las heces y las palabras usadas se vuelven más apasionadas. —La lengua del hombre se refuta a sí misma, porque en un momento pretende adorar las perfecciones de Dios y

referir a Él todas las cosas, y en otro momento, condena aun a los hombres buenos si no usan las mismas palabras y expresiones. La religión verdadera no admite contradicciones: ¡cuántos pecados se evitarían si los hombres fueran siempre coherentes! El lenguaje piadoso y edificante es el producto genuino de un corazón santificado; y nadie que entienda el cristianismo espera oír maldiciones, mentiras, jactancias e improperios de la boca del creyente más de lo que espera que un árbol produzca el fruto de otro. Pero los hechos prueban que son más los profesantes que logran frenar sus sentidos y apetitos que refrenar debidamente sus lenguas. Entonces, dependiendo de la gracia divina, cuidémonos de bendecir y no maldecir; y apuntemos a ser coherentes en nuestras palabras y acciones.

Vv. 13-18. Estos versículos muestran la diferencia entre los hombres que pretenden ser sabios y los que realmente lo son. El que piensa o habla bien no es sabio en el sentido de las Escrituras, si no vive y actúa bien. La sabiduría verdadera puede conocerse por la mansedumbre del espíritu y del temperamento. Los que viven en maldad, envidia y contención, viven en confusión; y están obligados a ser provocados y precipitados a toda mala obra. Tal sabiduría no viene de lo alto, sino que brota de principios, actos o motivos terrenales y está dedicada a servir propósitos terrenales. Los que se jactan de una sabiduría así, deben caer en la condenación del diablo. La sabiduría celestial, descrita por el apóstol Santiago, es cercana al amor cristiano, descrito por el apóstol Pablo; y ambos son descritos así para que todo hombre pueda probar plenamente la realidad de sus logros en ellas. No tiene disfraz ni engaño. No puede caer en los manejos que el mundo considera sabios, que son astutos y mal intencionados, pero es sincera, abierta, constante, uniforme, y coherente consigo misma. Que la pureza, la paz, la bondad, la docilidad y la misericordia se vean en todas nuestras acciones, y que los frutos de la justicia abunden en nuestra vida, probando que Dios nos ha otorgado este excelente don.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—10. *Advertencias contra los afectos corruptos, y el amor de este mundo, que es enemistad con Dios.* 11—17. *Exhortaciones a no emprender ningún asunto en la vida sin la consideración constante de la voluntad y la providencia de Dios.*

Vv. 1–10. Puesto que todas las guerras y peleas vienen de las corrupciones de nuestros propios corazones, bueno es mortificar las concupiscencias que luchan en los miembros. Las concupiscencias mundanas y carnales son males que no permiten el contento ni la satisfacción. Los deseos y los afectos pecaminosos impiden la oración y la obra de nuestros deseos para con Dios. Pongámonos en guardia para no abusar o usar mal por la disposición del corazón, las misericordias recibidas cuando se conceden las oraciones. —Cuando los hombres piden prosperidad a Dios, suelen pedir con malas miras e intenciones. Si así buscamos las cosas de este mundo, es justo que Dios las niegue. Los deseos incrédulos y fríos oran negaciones; podemos tener toda la seguridad de que nuestras oraciones volverán vacías cuando responde al lenguaje de las concupiscencias más que al lenguaje de las virtudes. —He aquí una clara advertencia a evitar todas las amistades criminales con este mundo. La orientación del mundo es enemistad contra Dios. Un enemigo puede ser reconciliado, pero nunca la ‘enemistad’. El hombre puede tener una porción grande de cosas de esta vida y ser, no obstante, mantenido en el amor de Dios, pero el que pone su corazón en el mundo, al que se conformará en vez de soltar su amistad, es un enemigo para Dios. Así, pues, cualquiera que resuelva en todos los hechos estar en buenos términos con el mundo, debe ser enemigo de Dios. Entonces, los judíos o los profesantes relajados del cristianismo, ¿piensan que la Escritura habla en vano contra esta orientación al mundo? O ¿el Espíritu Santo que habita en todos los cristianos o en la

nueva naturaleza que Él crea, producen esa clase de fruto? —La corrupción natural se muestra envidiando. El espíritu del mundo nos enseña a acumular, a apilar para nosotros conforme a nuestras propias fantasías; Dios Espíritu Santo nos enseña a estar dispuestos a hacer el bien a todos los que nos rodean, según podamos. La gracia de Dios corregirá y curará nuestro espíritu natural; y donde Él da gracia, da otro espíritu que no es el del mundo. —El orgulloso resiste a Dios; en su entendimiento resisten las verdades de Dios; en su voluntad resisten las leyes de Dios; en sus pasiones resisten la providencia de Dios; por tanto, no es raro que Dios resista al soberbio. ¡Qué desgraciado el estado de los que hacen de Dios su enemigo! Dios dará más gracia al humilde porque ellos ven su necesidad de ella, oran por ella, son agradecidos de ella, y ellos la tendrán. —Someteos a Dios, versículo 7. Somete tu entendimiento a la verdad de Dios; somete tu voluntad a la voluntad de su precepto, la voluntad de su providencia. Someteos vosotros mismos a Dios, porque Él está dispuesto a hacerles el bien. Si nos rendimos a las tentaciones, el diablo nos seguirá continuamente, pero si nos ponemos toda la armadura de Dios, y le resistimos, nos dejará. Entonces, sométanse a Dios los pecadores y busquen su gracia y favor resistiendo al diablo. Todo pecado debe lamentarse; *aquí* con tristeza santa; en el *más allá*, con miseria eterna. El Señor no le negará el consuelo al que lamenta verdaderamente el pecado, y exaltará al que se humille ante Él.

Vv. 11-17. Nuestros labios deben estar gobernados por la ley de la bondad, la verdad y la justicia. Los cristianos son hermanos. Quebrantar los mandamientos de Dios es hablar mal de ellos y juzgarlos, como si nos pusieran una restricción demasiado grande. Tenemos la ley de Dios, que es regla para todo; no presumamos de poner nuestras propias nociones y opiniones como regla a los que nos rodean, y tengamos cuidado de no ser condenados por el Señor. —"Anda ahora" es un llamado a todo aquel que considera que su conducta es mala. ¡Qué dados son los hombres mundanos y astutos para dejar fuera de sus planes a Dios! ¡Qué vano es buscar algo bueno sin la bendición ni la dirección de Dios! La fragilidad, la brevedad y la incertidumbre de la vida deben frenar la confianza vana y presuntuosa de todos los proyectos para el futuro. Podemos establecer la hora y el minuto de la salida y la puesta del sol para mañana, pero no podemos fijar la hora cierta en que se disipará la niebla. Tan corta, tan irreal y dada a marchitarse es la vida humana, y toda la prosperidad y el placer que la acompañan; pero la bendición o el ay para siempre serán conforme a nuestra conducta en este momento pasajero. —Siempre tenemos que depender de la voluntad de Dios. Nuestros tiempos no están en nuestras manos sino a disposición de Dios. Nuestra cabeza puede estar llena de preocupaciones y pensamientos por nosotros mismos, o por nuestras familias o amistades, pero la providencia a menudo confunde nuestros planes. Todo lo que pensemos y todo lo que hagamos debe depender con sumisión de Dios. Necio y dañino es jactarse de cosas mundanas y proyectos futuros; producirá gran desengaño y resultará destructivo al final. —Los pecados de omisión y los de comisión serán llevados a juicio. Será condenado tanto aquel que no hace el bien que sabe debe hacer y el que hace el mal que sabe que no debe hacer. ¡Oh, qué fuésemos tan cuidadosos para no omitir la oración y no descuidar la meditación y el examen de nuestras conciencias puesto que no hemos de cometer crasos vicios externos contra la luz!

CAPÍTULO V

Versículos 1—6. *Anuncio de los juicios de Dios contra los ricos incrédulos.* 7—11. *Exhortación a la paciencia y la mansedumbre en las tribulaciones.* 12—18. *Advertencia contra los votos apresurados.—La oración recomendada en las circunstancias aflictivas y prósperas.—Los cristianos tienen que confesarse sus faltas unos a otros.* 19, 20. *La felicidad de ser el medio para la conversión de un pecador.*

Vv. 1-6. Los trastornos públicos son los más penosos para los que viven en el placer y son seguros y sensuales aunque todos los rangos sufran profundamente en tales momentos. Todos los tesoros idolatrados perecerán pronto salvo que sean levantados en juicio contra sus poseedores. Cuidaos de defraudar y oprimir; y evitad hasta las apariencias de mal. Dios no nos prohíbe usar el placer lícito, pero vivir en el placer, especialmente en el placer pecaminoso, es un pecado que provoca. ¿No daña a la gente el no equiparse para preocuparse por los intereses de sus almas, pero darse el gusto en los apetitos carnales? —El justo puede ser condenado y muerto, pero cuando el tal sufre por parte de opresores, Dios lo nota. Por sobre todos sus otros delitos, los judíos habían condenado y crucificado al Justo que vino a ellos, a Jesucristo el Justo.

Vv. 7-11. Piénsese en el que espera una cosecha de maíz, ¿y no esperarás una corona de gloria? Si fueras llamado a esperar un poco más que el campesino, ¿no es que hay algo más valioso que esperar? En todo sentido se viene aproximando la venida del Señor y todas las pérdidas, privaciones y sufrimientos de su pueblo serán recompensados. Los hombres cuentan como largo el tiempo porque lo miden según sus propias vidas, pero todo el tiempo es como nada para Dios; es como un instante. Unos cuantos años parecen siglos a las criaturas de corta vida; pero la Escritura que mide todas las cosas por la existencia de Dios, reconoce que miles de años son como algunos días. —Dios hizo cosas en el caso de Job para mostrar claramente que Él es muy compasivo y de tierna misericordia. Esto no se ve durante sus problemas, pero se vio en el resultado, y ahora los creyentes encuentran un final feliz en sus pruebas. Sirvamos a nuestro Dios y soportemos nuestras pruebas como quienes creen que el final coronará todo. Nuestra dicha eterna está segura si confiamos en Él: todo lo demás es pura vanidad que pronto será terminada para siempre.

Vv. 12-18. Se condena el pecado de jurar; pero ¡cuántos toman a la ligera el jurar profano corriente! Tales juramentos arrojan desprecio expreso contra el nombre y la autoridad de Dios. Este pecado no produce ganancia, placer ni fama, pero muestra una enemistad contra Dios que no es necesaria ni tiene provecho. Muestra que el hombre es enemigo de Dios, por más que pretenda llamarse con su nombre, o participar a veces en los actos de adoración. Pero el Señor no considerará inocentes a quienes toman su nombre en vano. —En el día de la aflicción nada es más oportuno que la oración. Entonces el espíritu está más humillado y el corazón, quebrantado y blando. Es necesario ejercer fe y esperanza en las aflicciones; y la oración es el medio establecido para obtener e incrementar esas gracias. —Fíjese que la salvación del enfermo no se atribuye a la unción con aceite, sino a la oración. En un momento de enfermedad no es la oración fría y formal la que es efectiva, sino la oración de fe. La gran cosa que debemos rogar de Dios para nosotros y los demás en el tiempo de enfermedad es el perdón de pecado. Que nada se haga para estimular a nadie a tardar, con la equivocada noción de que una confesión, una oración, la absolución y la exhortación de parte de un ministro, o el sacramento, arreglarán todo en el último momento, cuando se han descuidado los deberes de la vida piadosa. La confesión mutua de nuestras faltas ayudará mucho a la paz y al amor fraternal. Mucho sirve cuando una persona justa, un creyente verdadero, justificado en Cristo, y por su gracia, que anda delante de Dios en santa obediencia, presenta una oración ferviente eficaz, puesta en su corazón por el poder del Espíritu Santo, la que produce afectos santos y expectativas de fe, y así guía con fervor a pedir las promesas de Dios en su trono de misericordia. —El caso de Elías demuestra el poder de la oración. No debemos mirar al mérito del hombre cuando oramos, sino a la gracia de Dios. No basta decir una oración sino debemos pedir en la oración. Los pensamientos deben quedar fijos, los deseos deben ser firmes y ardientes, y las gracias deben ejercerse. Este caso del poder de la oración da ánimos a todo cristiano para orar eficazmente. Dios nunca dice a nadie de la simiente de Jacob: “Buscad en vano mi rostro”. Donde pueda parecer que no es un gran milagro de Dios al contestar nuestras oraciones, aún hay mucha gracia.

Vv. 19, 20. No es característica del hombre piadoso o sabio jactarse de estar libre de error o negarse a reconocer un error. Hay un error doctrinal en el fondo de todo error práctico. Habitualmente nadie es malo si no se basa en un principio malo. —La conversión es hacer volver al pecador del error de su camino y no solo de una parte a otra o de una noción a otra, ni de un modo de pensar a otro. No hay forma de ocultar eficaz y definitivamente el pecado, sino abandonarlo. Muchos pecados son impedidos por un convertido; también puede hacer así en otros sobre quienes puede tener influencia. La salvación de un alma es de importancia infinitamente mayor que preservar la vida de multitudes o fomentar el bienestar de todo un pueblo. Tengamos presente estas cosas en nuestras diversas etapas, sin eludir el dolor al servicio de Dios, y el tiempo probará que nuestro trabajo en el Señor no es en vano. Él ha estado multiplicando el perdón por seis mil años y todavía su libre gracia no está cansada ni se ha agotado. Ciertamente la misericordia divina es un océano que siempre está lleno y siempre fluye. Que el Señor nos dé una parte de esta abundante misericordia por medio de la sangre de Cristo y de la santificación del Espíritu.

PRIMERA DE PEDRO

Las mismas grandes doctrinas de las epístolas de San Pablo son aquí aplicadas a los mismos propósitos prácticos. Esta epístola es notable por la dulzura, la bondad y el amor humilde con que está escrita. Da un resumen, breve aunque muy claro, de las consolaciones y de las instrucciones necesarias para estimular y dirigir al cristiano en su viaje al cielo, elevando sus pensamientos y sus deseos a esa felicidad, y fortaleciéndolo en su camino contra toda oposición procedente de la corrupción interior y de las tentaciones y aflicciones exteriores.

CAPÍTULO I

Versículos 1—9. *El apóstol bendice a Dios por sus beneficios especiales por medio de Cristo.* 10—12. *La salvación por Cristo anunciada en la profecía antigua.* 13—16. *Exhortación a la sana comunión.* 17—25. *Como conviene a sus principios, privilegios y obligaciones.*

Vv. 1–9. Esta epístola está dirigida a los creyentes en general, que son extranjeros en toda ciudad o país donde vivan y están diseminados por todas las naciones. Ellos tienen que atribuir su salvación al amor electivo del Padre, la redención del Hijo y la santificación del Espíritu Santo; y, así, dar gloria al Dios único en tres Personas en cuyo nombre han sido bautizados. —La esperanza en el vocabulario mundano se refiere sólo a un bien incierto, porque todas las esperanzas mundanas son inestables, edificadas sobre arena, y las esperanzas del cielo que tiene el mundano son conjeturas ciegas y sin fundamento. Pero la esperanza de los hijos del Dios vivo es una esperanza viva; no sólo acerca de su objeto, sino también en su efecto. Vivifica y consuela en todas las angustias, capacita para enfrentar y superar todas las dificultades. La misericordia es la fuente de todo esto; sí, gran misericordia y misericordia múltiple. Esta bien cimentada esperanza de salvación es un principio activo y vivo de obediencia en el alma del creyente. —El tema del gozo cristiano es la memoria de la

felicidad puesta por delante. Es *incorruptible* no puede acabarse; es una fortuna que no se puede gastar. También es *incontaminada* lo que significa su pureza y perfección. *Inmarcesible* porque no es más o menos placentera a veces, sino siempre la misma, no cambia. Todas las posesiones de aquí están manchadas con defectos y fallas; aún falta algo: casas lindas que tienen preocupaciones tristes revoloteando en torno a sus techos dorados y bien pintados; camas blandas y mesas llenas, a menudo con cuerpos enfermos y estómagos revueltos. Todas las posesiones están manchadas de pecado, sea al obtenerlas o al usarlas. ¡Cuán prontos estamos para hacer de las cosas que tenemos ocasión e instrumento de pecado, y pensar que no hay libertad ni deleite en su uso, sin abusar de ellas! Las posesiones mundanas son inciertas y pronto pasan como las flores y las plantas del campo. Eso debe ser del más alto valor, ya que se pone en el lugar mejor y más elevado: el cielo. Dichosos aquellos cuyos corazones pone el Espíritu Santo en esta herencia. Dios no sólo da gracia a su pueblo, pero lo preserva para gloria. —Cada creyente siempre tiene algo en que puede regocijarse grandemente; esto debe demostrarse en el semblante y la conducta. El Señor no aflige por gusto aunque su sabio amor suele asignar pruebas agudas para mostrar el corazón de su pueblo y para hacerles el bien al final. El oro no aumenta por ser probado en el fuego, se vuelve menos; pero la fe se afirma y multiplica por las tribulaciones y aflicciones. El oro debe perecer al final y sólo puede comprar cosas perecederas, mientras la prueba de fe será hallada para alabanza, honra y gloria. Esto debe reconciliarnos con las aflicciones presentes. Busquemos entonces creer en la excelencia de Cristo en sí y de su amor por nosotros; esto encenderá un fuego tal en el corazón que lo elevará en un sacrificio de amor hacia Él. La gloria de Dios y nuestra propia felicidad están tan unidas que si ahora buscamos sinceramente una, obtendremos la otra, cuando el alma ya no esté más sujeta al mal. La certeza de esta esperanza es como si los creyentes ya la hubieran recibido.

Vv. 10-12. Jesucristo fue el tema principal de los estudios de los profetas. La indagatoria de ellos en los sufrimientos de Cristo y las glorias que seguirían, condujeron a una visión de todo el evangelio, cuyo resumen es, que Cristo Jesús fue entregado por nuestras ofensas y levantado de nuevo para nuestra justificación. —Dios se agradó en contestar nuestras necesidades más que nuestros pedidos. La doctrina de los profetas y la de los apóstoles concuerda exactamente, porque viene del mismo Espíritu de Dios. El evangelio es la ministración del Espíritu; su éxito depende de su operación y bendición. Entonces, busquemos con diligencia las Escrituras que contienen la doctrina de la salvación.

Vv. 13-16. Como el viajero, el atleta, el guerrero y el trabajador, recogen sus vestiduras largas y sueltas, para estar preparados para sus actividades, así hagan los cristianos con sus mentes y afectos. Sed sobrios, velad contra todos los peligros y enemigos espirituales y sed templados en toda conducta. Sed sobrios en la opinión y en la conducta y humildes en vuestros juicios sobre vosotros mismos. Una confianza firme y perfecta en la gracia de Dios armoniza con los mejores esfuerzos en nuestro deber. —La santidad es el deseo y el deber de todo cristiano. Debe estar en todos los asuntos, en cada condición, y para toda la gente. Debemos velar y orar especialmente en contra de los pecados a que nos inclinamos. La palabra escrita de Dios es la regla más segura de la vida del cristiano y por esta regla se nos manda ser santos en todo. Dios hace santos a quienes salva.

Vv. 17–25. La santa confianza en Dios como Padre y el temor que se le debe como Juez, armonizan; y considerar siempre a Dios como Juez le hace querido como Padre para nosotros. Si los creyentes hacen el mal, Dios los visitará con correctivos. Entonces, los cristianos no deben dudar de la fidelidad de Dios a sus promesas, ni den lugar al temor esclavizante por su ira, pero reverencien su santidad. El profeso que no teme está indefenso y Satanás lo cautiva a su voluntad; el profeso desalentado no tiene corazón que le valga para servirse de sus ventajas y es llevado fácilmente a rendirse. —El precio pagado por la redención del hombre fue la preciosa sangre de Cristo. —No sólo la conversación francamente mala, sino la que no aprovecha es altamente peligrosa, aunque se diga

que es por costumbre. Necio es resolver: Yo viviré y moriré en tal forma, porque así hicieron mis antepasados. —Dios tenía propósitos de favor especial para su pueblo mucho antes que manifestara tal gracia a ellos. Pero la claridad de la luz, los soportes de la fe, el poder de las ordenanzas, son todos mucho más grandes que lo que antes fueron, desde que Cristo vino a la tierra. El consuelo de esto es que habiendo sido hechos uno con Cristo por fe, su gloria presente es una garantía de que donde Él esté, también estaremos nosotros, Juan xiv, 3. El alma debe ser purificada antes que pueda abandonar sus propios deseos e indulgencias. La palabra de Dios implantada en el corazón por el Espíritu Santo, es un medio de vida espiritual, que nos estimula al deber, obrando un cambio total en las disposiciones y afectos del alma, hasta que la lleva a la vida eterna. —En contraste con la excelencia del hombre espiritual renovado, como nacido de nuevo, nótese la vanidad del hombre natural. En su vida y en su caída, es como el pasto, la flor de la hierba, que pronto se marchita y muere. Debemos oír, y recibir y amar la santa palabra viva, y más bien arriesgar todo que perderla; hay que quitar todas las demás cosas del lugar debido a ella. Debemos alojarla en nuestro corazón como nuestro único tesoro y prenda segura del tesoro de gloria que hay para los creyentes en el cielo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *Recomendación de un temperamento que corresponda con el carácter cristiano del nacido de nuevo.* 11, 12. *Debe haber una conversación santa entre los gentiles.* 13—17. *Exhortación a los súbditos a rendir una justa obediencia a sus gobernantes civiles.* 18—25. *También los siervos a sus amos, y a todos que sean pacientes conforme al ejemplo del Salvador sufriente.*

Vv. 1-10. Hablar mal es señal de maldad y engaño en el corazón y estorba nuestro provecho por la palabra de Dios. La vida nueva necesita un alimento idóneo. Los infantes desean leche y hacen por ella lo mejor que pueden conforme a su capacidad; así deben ser los deseos del cristiano por la palabra de Dios. Nuestro Señor Jesucristo es muy misericordioso con nosotros, miserables pecadores y tiene plenitud de gracia. Pero hasta el mejor de los siervos de Dios en esta vida tiene sólo un anticipo de las consolaciones de Dios. —Cristo es llamado Piedra para enseñar a sus siervos que Él es la protección y la seguridad de ellos, el fundamento sobre el cual son edificados. Él es precioso en la excelencia de su naturaleza, la dignidad de su oficio, y la gloria de sus servicios. Todos los creyentes verdaderos son un sacerdocio santo; sagrado para Dios, servicial para los demás, dotados de dones y gracias celestiales. Pero los sacrificios más espirituales de lo mejor en oración y alabanza, no son aceptables sino por medio de Jesucristo. —Él es *la piedra del ángulo* que une a todo el número de creyentes en un templo eterno, y soporta el peso de toda la construcción. *Elegido* o escogido para un fundamento que es eterno. *Precioso* más allá de toda comparación por todo lo que pueda tener valor. Ser edificado en Cristo significa *creer en Él;* pero en esto se engañan muchos a sí mismos, no consideran lo que es, ni la necesidad de participar de la salvación que Él ha obrado. Aunque la estructura del mundo se estuviera cayendo a pedazos, el hombre que está edificado sobre este fundamento puede oírlo sin temer. *Él no será confundido.* El alma creyente se apresura *a ir* a Cristo, pero nunca encuentra causa para apresurarse *a huir de* Él. —Todos los cristianos verdaderos son linaje escogido; constituyen una familia, un pueblo distinto del mundo: de otro espíritu, principio y costumbre; que nunca podrían ser si no fueran escogidos en Cristo para ser tales y ser santificados por su Espíritu. El primer estado de ellos es de grandes tinieblas, pero son sacados de las tinieblas a un estado de gozo, placer y prosperidad, para que muestren las alabanzas del Señor por la profesión de Su verdad y su buena conducta. —¡Qué enormes son sus obligaciones con Él, que los ha hecho su pueblo, y les ha mostrado misericordia! —Estar sin esta misericordia es un estado espantoso, aunque

el hombre tenga todos los placeres mundanales. Nada hay que obre el arrepentimiento tan bien como el pensamientos correcto acerca de la misericordia y el amor de Dios. No nos atrevamos a abusar ni a afrentar la libre gracia de Dios si queremos ser salvados por ella; pero todos los que quieran ser contados entre los que obtienen misericordia anden como su pueblo.

Vv. 11, 12. Hasta el mejor de los hombres, el linaje escogido, el pueblo de Dios tiene que ser exhortado a guardarse de los peores pecados. Las concupiscencias carnales son las más destructivas para el alma del hombre. Es un juicio doloroso ser entregado a ellas. —Hay un día de visitación que viene, en el cual Dios puede llamar al arrepentimiento por su palabra y su gracia; entonces, muchos glorificarán a Dios y las santas vidas de su pueblo habrán promovido el feliz cambio.

Vv. 13-17. La conducta del cristiano debe ser honesta; lo cual no puede ser, si no se cumplen justa y cuidadosamente todos los deberes relacionados; el apóstol los trata aquí con claridad. Considerar esos deberes es la voluntad de Dios; en consecuencia, es deber del cristiano y el modo de silenciar las calumnias viles de hombres ignorantes y necios. Los cristianos deben proponerse, en todas sus relaciones, conducirse rectamente para que no hagan de su libertad un manto o cubierta de alguna maldad, o descuido del deber, pero deben recordar que son siervos de Dios.

Vv. 18-25. Los criados de aquellos tiempos por lo general eran esclavos, y tenían amos paganos, que solían utilizarlos con crueldad; pero el apóstol les instruye que se sometan a sus amos puestos sobre ellos por la providencia, con el temor de deshonrar u ofender a Dios. No sólo a los agradados con el servicio razonable, sino con los severos y con los que se enojan sin causa. La mala conducta pecaminosa de una persona no justifica la conducta pecaminosa de la otra; el siervo tiene que cumplir su deber aunque el amo sea pecaminosamente perverso y malo. Pero los amos debieran ser mansos y buenos con sus siervos e inferiores. —¿Qué gloria o distinción habría en que los cristianos profesos sean pacientes cuando se les corrigen sus faltas? Pero si cuando se comportan bien y son maltratados por los amos paganos, soberbios y apasionados, lo soportan sin quejas sin ira y sin propósitos de venganza, y perseveran en su deber, esto será aceptable para Dios como efecto distintivo de su gracia y será recompensado por Él. —La muerte de Cristo tenía el propósito no sólo de ser ejemplo de paciencia en los sufrimientos, sino de llevar nuestros pecados; soportó el castigo de ellos, y con ello satisfizo la justicia divina. Por ello, nos los quita. Los frutos de los sufrimientos de Cristo son la muerte del pecado, y una nueva vida santa de justicia; de ellas tenemos ejemplo, motivaciones poderosas, y capacidad para cumplirlos, por la muerte y resurrección de Cristo. Nuestra justificación: Cristo fue molido y crucificado como sacrificio por nuestros pecados, y por sus llagas fueron curadas las enfermedades de nuestra alma. —Aquí está el pecado del hombre: él se descarría y esto es su propio acto. Su desgracia: él se aleja del redil, del Pastor y del rebaño, y, así, se expone a peligros sin cuenta. Aquí está la recuperación por la conversión; ahora vuelven como efecto de la gracia divina. De todos sus errores y descarríos regresan a Cristo. Los pecadores siempre están descarriados antes de su conversión; la vida de ellos es un error continuo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *Los deberes de las esposas y los esposos.* 8—13. *Los cristianos son exhortados a armonizar.* 14—22. *Exhortados a la paciencia en las persecuciones por amor a la justicia, considerando que Cristo sufrió con paciencia.*

Vv. 1-7. La esposa debe cumplir su deber con su esposo, aunque él no obedezca la palabra. Diariamente vemos cuán de cerca observan los hombres malos los caminos y la vida de los que

profesan la religión. No se prohibe vestirse bien, sino la vanidad y lo costoso del atavío. La gente religiosa debe cuidar que toda su conducta responda a su profesión, pero ¡cuán pocos saben cuál es la medida correcta y los límites de las dos necesidades de la vida: comida y vestido! A menos que la pobreza sea nuestro cuchillo y no nos permita, escasamente habrá uno que no desee algo más allá de lo que es bueno para nosotros. Muchos más son contemplados en la bajeza de su situación que en la humildad de su mente; y muchos no están así de limitados, pero desperdician su tiempo y dinero en trivialidades. —El apóstol manda a las mujeres cristianas a ponerse algo que no es corruptible, que embellece el alma, las virtudes del Espíritu Santo de Dios. La principal preocupación de la cristiana verdadera está en ordenar rectamente su propio espíritu. Esto hará más por estabilizar los afectos y estimular la estima del marido que los adornos estudiados o la ropa de moda, acompañada por un temperamento agresivo y perverso. Las cristianas deben cumplir su deber unas con otras con una mente dispuesta y por obediencia al mandamiento de Dios. Las esposas deben someterse a sus maridos, no por miedo ni terror, sino por el deseo de portarse bien y complacer a Dios. El deber del marido hacia su mujer implica respetarla debidamente, mantener su autoridad, protegerla y depositar su confianza en ella. Ellas son coherederas de todas las bendiciones de esta vida y de la venidera, y deben vivir pacíficamente los unos con las otras. La oración endulza su conducta. No basta que oren con la familia; marido y mujer deben orar juntos a solas y con sus hijos. Los que están familiarizados con la oración, encuentran una dulzura indecible en ella, tal que no serán estorbados en ella. Vive santamente para que ores mucho; y ora mucho para que vivas santamente.

Vv. 8-13. Aunque los cristianos no siempre estén exactamente en unanimidad pueden, sin embargo, compadecerse unos a otros, y amarse como hermanos. —Si un hombre desea vivir cómodamente en la tierra o poseer la vida eterna en el cielo debe frenar su lengua de las palabras malas, abusivas o engañosas. Debe abandonar las malas acciones y abstenerse de ellas, hacer todo el bien que pueda, y buscar la paz con todos los hombres. Porque Dios, omnisciente y presente en todo lugar, vela sobre los justos y se encarga de cuidarlos. Nadie puede ni debe dañar a los que imitan el ejemplo de Cristo que es la bondad perfecta y que hizo el bien a los demás y a sus seguidores.

Vv. 14–22. Santificamos a Dios ante los demás cuando nuestra conducta les invita y estimula a glorificarle y honrarle. ¿Cuál era la base y la razón de la esperanza de ellos? Seamos capaces de defender nuestra religión con mansedumbre en el temor de Dios. No hay lugar para otros temores donde hay este gran temor: no perturba. —La conciencia es buena cuando hace bien su oficio. En triste condición está la persona en quien el pecado y el sufrimiento se encuentran; el pecado hace que el sufrimiento sea extremado, desconsolador y destructor. Seguramente es mejor sufrir por hacer el bien que por hacer el mal que nuestra natural impaciencia sugiera en ocasiones. —El ejemplo de Cristo es un argumento en pro de la paciencia cuando se sufre. En el caso del sufrimiento de nuestro Señor, Él no conoció pecado, pero sufrió en lugar de los que no conocían justicia. La intención y la finalidad bendita de nuestro Señor fue reconciliarnos a Dios y llevarnos a la gloria eterna. Fue llevado a la muerte en su naturaleza humana, pero fue resucitado por el poder del Espíritu Santo. Si Cristo no pudo ser librado de los sufrimientos, ¿por qué piensan los cristianos que ellos sí debieran? —Dios toma nota exacta de los medios y las ventajas que tiene la gente de toda época. En cuanto al mundo antiguo, Cristo envió su Espíritu advirtiendo a Noé. Pero aunque la paciencia de Dios espera por mucho tiempo, cesará al final. Los espíritus de los pecadores desobedientes, tan pronto como están fuera de sus cuerpos, son entregados a la prisión del infierno, donde están ahora los que despreciaron la advertencia de Noé, y desde la cual no hay redención. —La salvación de Noé en el arca, flotando sobre el agua, que le llevó sobre el diluvio, logró la salvación de todos los creyentes verdaderos. Esa salvación temporal por el arca fue un tipo de la salvación eterna de los creyentes por el bautismo del Espíritu Santo. Para evitar errores, el apóstol declara qué quiere decir por bautismo que salva; no la ceremonia externa del lavado con agua que, en sí misma, no hace más que quitar la inmundicia de la carne, sino el bautismo del cual el agua bautismal es un signo. No es la ordenanza

externa, pero el hombre, por la regeneración del Espíritu, es capacitado para arrepentirse y profesar la fe, y proponerse la vida nueva, rectamente, y como en presencia de Dios. Cuidémonos de no apoyarnos en las formas externas. Aprendamos a mirar espiritualmente las ordenanzas de Dios y a inquirir por el efecto espiritual y la obra de ellos en nuestras conciencias. Nosotros desearíamos que toda la religión se redujera a cosas externas, pero muchos de los que fueron bautizados y participaron constantemente a las ordenanzas, han seguido sin Cristo, murieron en sus pecados y ahora están más allá del rescate. Entonces no descanséis hasta estar limpiados por el Espíritu de Cristo y la sangre de Cristo. Su resurrección de entre los muertos es lo que nos asegura la purificación y de la paz.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Se insta a considerar los sufrimientos de Cristo para la pureza y la santidad.* 7—11. *El final cercano del estado judío como razón para la sobriedad, la vigilancia y la oración.* 12—19. *Se exhorta a los creyentes a regocijarse y gloriarse en los reproches y los sufrimientos por Cristo y a encomendar sus almas al cuidado del fiel Dios.*

Vv. 1–6. Los mejores y más firmes argumentos contra el pecado se toman de los sufrimientos de Cristo. Él murió para destruir el pecado; y aunque se sometió jubilosamente a los peores sufrimientos, nunca dio lugar al menor pecado. Las tentaciones no podrían dominar si no fuera por la propia corrupción del hombre; pero los cristianos verdaderos hacen de la voluntad de Dios, no de sus propios deseos ni lujuria, la regla de su vida y de sus acciones. La conversión verdadera hace un cambio maravilloso en el corazón y en la vida. Altera la mente, el juicio, los afectos y la conducta. Cuando el hombre se convierte verdaderamente, le resulta muy triste pensar cómo pasó el tiempo pasado de su vida. —Un pecado trae a otro. Aquí se mencionan seis pecados que dependen unos de otros. Deber del cristiano es no sólo guardarse de la maldad crasa, sino también de las cosas que conducen al pecado o que tienen apariencia de mal. El evangelio había sido predicado a los que desde entonces estaban muertos, que por el juicio carnal y orgulloso de los hombres impíos fueron condenados como malhechores, sufriendo algunos hasta la muerte. Pero siendo vivificados para la vida divina por el Espíritu Santo, vivieron para Dios como sus siervos devotos. Los creyentes no deben temer aunque el mundo se burle de ellos y les haga reproches.

Vv. 7-11. Muy cercana estaba la destrucción de la iglesia y la nación judía, anunciada por nuestro Salvador. El rápido acercamiento de la muerte y el juicio nos concierne a todos, a lo cual nuestras mentes son llevadas naturalmente por estas palabras. Nuestro próximo fin es un argumento poderoso para hacernos sobrios en todos los asuntos mundanos, y fervientes en la religión. —Hay tantas cosas malas en todos, que Satanás prevalecerá para incitar divisiones y discordias, si el amor no cubre, excusa y perdona los errores y las faltas de los demás, por las cuales cada uno necesita la tolerancia del prójimo. Pero no tenemos que suponer que el amor cubrirá o enmendará los pecados de los que los practican, como para inducir a Dios a perdonarlos. —La naturaleza de la obra cristiana, que es obra elevada y difícil, la bondad del Amo, y la excelencia de la recompensa, todo requiere que nuestros esfuerzos sean serios y fervientes. En todos los deberes y los servicios de la vida, debemos apuntar a la gloria de Dios como nuestro fin principal. Miserable e inestable es el que se aferra a sí mismo y se olvida de Dios; sólo está confundido por su mérito, ganancia y bajos fines, que a menudo se frustran y que, cuando los alcanza, él y ellos deben perecer juntos en poco tiempo. Pero el que se ha dado totalmente a Dios puede decir confiadamente que el Señor es su porción y que nada sino la gloria por Jesucristo es sólido y duradero: eso dura para siempre.

Vv. 12–19. El Espíritu Santo es glorificado con la paciencia y la fortaleza en el sufrimiento, con la dependencia de las promesas de Dios y por guardar la palabra que el Espíritu Santo ha revelado; pero es insultado y blasfemado por el desprecio y los reproches a los creyentes. Uno pensaría que las precauciones son innecesarias para los cristianos, pero sus enemigos los acusan falsamente de crímenes horribles. Hasta el mejor de los hombres necesita ser precavido contra el peso de los pecados. No hay consuelo en los sufrimientos cuando nos los acarreamos por nuestro propio pecado y necedad. Una época de calamidad universal se acerca, como lo predijo nuestro Salvador, Mateo xxiv, 9, 10. Si tales cosas acontecen en esta vida, ¡qué horrible será el día del juicio! —Verdad es que los justos apenas se salvan aun los que se proponen andar rectamente en los caminos de Dios. Esto no significa que el propósito y la obra de Dios sean inciertos; pero sólo alude a las grandes dificultades y encuentros duros del camino; que ellos pasan por tantas tentaciones y tribulaciones, por tantas luchas de fuera y tantos temores de dentro. Pero todas las dificultades externas serían como nada si no fuera por la lujuria y la corrupción interna. Estos son los peores impedimentos y dificultades. Si el camino del justo es tan duro, entonces, ¡cuán duro será el final del pecador impío que se complace en el pecado, y piensa que el justo es necio por todos sus dolores! —La única manera de mantener bien el alma es encomendarla a Dios por la oración y la perseverancia paciente en el bien hacer. Él vencerá todo para la ventaja definitiva del creyente.

CAPÍTULO V

Versículos 1—4. *Exhortación y estímulo a los ancianos.* 5—9. *Los cristianos más jóvenes deben someterse a los ancianos, y ceder con humildad y paciencia ante Dios, y deben ser sobrios, vigilantes, y firmes en la fe.* 10—14. *Oraciones por su crecimiento.*

Vv. 1-4. El apóstol Pedro no ordena, exhorta. No reclama poder de gobierno sobre todos los pastores e iglesias. Era honra particular de Pedro y de otros pocos, el ser testigo de los sufrimientos de Cristo; pero es privilegio de todo verdadero creyente participar de la gloria que ha de ser revelada. Estos cristianos pobres, dispersos y sufridos, eran la grey de Dios, redimida para Dios por el gran Pastor, y viven en santo amor y comunión, conforme a la voluntad de Dios. También son dignificados con el título de heredad de Dios o sacerdocio de Dios. La porción peculiar, escogida para su pueblo es disfrutar de su especial favor, y darle un servicio especial. Cristo es el Príncipe de los pastores de toda la grey y heredad de Dios. Todos los ministros fieles recibirán una corona inmarcesible de gloria, infinitamente mejor y más honrosa que toda la autoridad, riqueza y placer del mundo.

Vv. 5-9. La humildad preserva la paz y el orden en todas las iglesias y sociedades cristianas; el orgullo la perturba. Cuando Dios da gracia para ser humilde, también da sabiduría, fe y santidad. Ser humilde y someterse a nuestro Dios reconciliado, trae más consuelo al alma que los deleites de la soberbia y la ambición. Pero es a su *debido tiempo*; no en el tiempo que tú imaginas, sino en el tiempo que Dios ha establecido sabiamente. Él espera, y ¿no esperarás tú? ¡Cuántas dificultades superará la firme creencia en su sabiduría, poder y bondad! Entonces, humillaos bajo su mano. —“Echad toda vuestra ansiedad”, preocupaciones personales, angustias familiares, ansiedad por el presente, cuidados por el futuro, por vosotros mismos, por otros, por la iglesia, echadlo todo sobre Dios. Son cargas onerosas, y suelen ser muy pecaminosas cuando tienen sus raíces en la desconfianza y la incredulidad, cuando torturan y distraen la mente, nos anulan para el servicio e impiden que nos sintamos contentos en el servicio de Dios. El remedio es echar nuestra solicitud sobre Dios, y dejar todo suceso a disposición de su gracia y su sabiduría. La creencia firme en que la voluntad y los consejos divinos son correctos calma el espíritu del hombre. En verdad el piadoso suele olvidar esto, y se angustia sin necesidad. Remítelo todo a la buena disposición de Dios. Las

minas de oro de todas las consolaciones y bienes espirituales son suyas y del Espíritu mismo. Entonces, ¿no nos dará lo que es bueno para nosotros, si humildemente esperamos en Él, y echamos sobre su sabiduría y amor la carga de proveernos? —Todo el plan de Satanás es devorar y destruir almas. Él siempre está maquinando a quien cazar para llevarlo a la ruina eterna. Nuestro deber claro es ser sobrios; esto es, gobernar al hombre exterior y al interior con las reglas de la temperancia. Velad: sospechar del peligro constante de este enemigo espiritual, evitar con atención y diligencia sus designios. Sed firmes, sólidos, por fe. El hombre no puede luchar en un cenagal, donde no hay un punto firme donde apoyar el pie; sólo la fe suministra un apoyo. Eleva el alma al sólido terreno de avanzada de las promesas, y allí se asegura. La consideración de lo que otros sufren es buena para animarnos a soportar nuestra parte en toda aflicción; en cualquier forma o por cualquier medio que Satanás nos ataque, podemos saber que nuestros hermanos han pasado por lo mismo.

Vv. 10-14. En conclusión, el apóstol ora a Dios por ellos, como el Dios de toda gracia. *Perfeccione* quiere decir su progreso hacia la perfección. *Afirme* se refiere a la cura de nuestra natural ligereza e inconstancia. *Fortalezca* tiene que ver con el crecimiento de las virtudes, especialmente en las que estamos más bajos y débiles. *Establezca* significa fijarse sobre un fundamento firme, y puede referirse a aquel que es el fundamento y fuerza del creyente. El poder de estas doctrinas en el corazón y sus frutos en la vida, muestra quiénes son partícipes de la gracia de Dios. La conservación y el crecimiento en el amor cristiano, y en el afecto mutuo, no es cuestión de un saludo vacío, sino la marca y signo de Jesús sobre sus seguidores. Otros pueden tener una falsa paz por un tiempo, y los malvados pueden desearla para sí mismos y para sus iguales; pero la de ellos es una vana esperanza, y llegará a nada. En Cristo se encuentra una paz sólida, la cual fluye de Él.

SEGUNDA DE PEDRO

Esta epístola está claramente conectada con la anterior de Pedro. Habiendo expresado las bendiciones a que Dios llama a los cristianos, exhorta a quienes han recibido estos dones preciosos a proponerse mejorar en gracia y virtud. Les insta a esto por la maldad de los falsos maestros. Les advierte contra los impostores y los burladores, reprobando sus falsas afirmaciones, capítulo iii, 1–7, y mostrando por qué se retarda el gran día de la venida de Cristo, con la descripción de sus espantosas circunstancias y consecuencias; dando exhortaciones apropiadas a la diligencia y la santidad.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *Exhortaciones a agregar a la fe el ejercicio de diversas virtudes.* 12—15. *El apóstol espera su inminente deceso.* 16—21. *Y confirma la verdad del evangelio relacionándolo con la manifestación de Cristo para el juicio.*

Vv. 1—11. La fe une verdaderamente a Cristo con el creyente débil y con el fuerte y purifica realmente el corazón de uno y del otro; todo creyente sincero es justificado a ojos de Dios por su fe. La fe obra santidad y produce efectos en el alma que ninguna otra gracia puede producir. En Cristo habita toda la plenitud y el perdón, la paz, la gracia y el conocimiento, y los nuevos principios son así dados por medio del Espíritu Santo. —Las promesas para quienes son partícipes de la naturaleza divina nos harán inquirir si son realmente renovadas en el espíritu de nuestra mente; volvamos todas estas promesas en oraciones por la gracia transformadora y purificadora del Espíritu Santo. El creyente debe agregar conocimiento a su virtud, incrementar la familiaridad con toda la verdad y la voluntad de Dios. Debemos agregar templanza al conocimiento; moderación por las cosas mundanas; y a la templanza debemos agregar paciencia o alegre sometimiento a la voluntad de Dios. La tribulación produce paciencia por la cual soportamos todas las calamidades y las cruces en silencio y sumisión. A la paciencia debemos agregar piedad: esto incluye los santos afectos y disposiciones hallados en el verdadero adorador de Dios; con tierno afecto por todo sus semejantes cristianos que son hijos del mismo Padre, siervos del mismo Amo, miembros de la misma familia, viajeros al mismo país, herederos del mismo legado. Por lo tanto, los cristianos deben laborar para alcanzar la seguridad de su vocación y elección, creyendo y haciendo el bien; y esforzarse en ello cuidadosamente, es un argumento firme de la gracia y misericordia de Dios, que los sostiene para que no caigan completamente. —Los que son diligentes en la obra de la religión, tendrán una entrada triunfal en el reino eterno donde reina Cristo y ellos reinarán con Él para siempre jamás; y es en la práctica de toda buena obra donde debemos esperar entrar al cielo.

Vv. 12—15. Debemos ser fundados en la creencia de la verdad, para que no seamos llevados por cualquier viento de doctrina; y especialmente, en la verdad que necesitamos saber en nuestro día lo que corresponde a nuestra paz, y que se opone a nuestro tiempo. El cuerpo no es sino un tabernáculo o tienda del alma. Es una vivienda vil y móvil. La cercanía de la muerte hace diligente al apóstol en el negocio de la vida. Nada puede dar tanta compostura en la perspectiva o en la hora de la muerte como saber que seguimos fiel y sencillamente al Señor Jesús, y buscamos su gloria. Los que temen al Señor, hablan de su paciencia. Este es el modo de diseminar el conocimiento del Señor, y por la palabra escrita ellos son capacitados para hacer esto.

Vv. 16—21. El evangelio no es algo débil, pero llega con poder, Romanos 1, 16. La ley pone ante nosotros nuestro miserable estado por el pecado, pero nos deja ahí. Descubre nuestra enfermedad, pero no da a conocer la cura. Ver a Jesús crucificado es lo que sana el alma. Tratad de disuadir al mundano codicioso de su avaricia; unos gramos de oro pesan más que todas las razones. Ofreced quitar la ira con argumentos a un hombre furioso, que no tiene paciencia para oírlos. Tratad de detener al libertino, una sonrisa es más fuerte para él, que toda razón. Pero llegad con el evangelio y exhortadles con la preciosa sangre de Jesucristo, derramada para salvar sus almas del infierno, y para satisfacer sus pecados y esta es la súplica poderosa que hace confesar a los hombres buenos que sus corazones ardían por dentro, y a los malos, como Agripa, decir que casi fueron persuadidos a ser cristianos, Hechos xxvi, 28. —Dios se complace bien con Cristo y con nosotros en Él. Este es el Mesías que fue prometido, a través del cual todos los que creemos en Él seremos aceptados y salvados. —La verdad y la realidad del evangelio son también anunciadas por los profetas y escritores del Antiguo Testamento, que hablaron y escribieron bajo la influencia del Espíritu de Dios, y conforme a su dirección. ¡Qué firme y segura debe ser nuestra fe, que tiene una palabra tan firme y segura sobre la cual apoyarse! Cuando la luz de la Escritura el Espíritu Santo de Dios lanza como dardo a la mente ciega y al entendimiento entenebrecido, es como la aurora que irrumpe, avanza y se difunde por toda el alma hasta que el día es perfecto. Como la Escritura es la revelación de la mente y de la voluntad de Dios, todo hombre debe escudriñarla para entender su sentido y significado. El cristiano sabe que el libro es la palabra de Dios, en el cual saborea la dulzura, y siente el poder, y ve la gloria verdaderamente divina. Y las profecías ya cumplidas en la persona y

salvación de Cristo, y en los grandes intereses de la iglesia y el mundo, forman una prueba incuestionable de la verdad del cristianismo. El Espíritu Santo inspiró a hombres santos para hablar y escribir. Él asistió así y los dirigió para entregar lo que ellos habían recibido de Él, para que ellos expresaran claramente lo que daban a conocer. Así que las Escrituras son para ser contadas como las palabras del Espíritu Santo y toda la claridad y simpleza, todo el poder y toda la propiedad de las palabras y expresiones, vienen de Dios. Mezcle la fe con lo que encuentre en las Escrituras, y estime y reverencie la Biblia como libro escrito por hombres santos enseñados por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—9. *Se advierte a los creyentes contra los falsos maestros, y la certeza de su castigo se muestra con ejemplos.* 10—16. *Un descripción de los seductores como excesivamente malos.* 17—22. *Pero hacen elevadas pretensiones de libertad y pureza.*

Vv. 1—9. Aunque el camino del error es un camino dañino, muchos son los que siempre están listos para andar por él. Cuidémonos de no dar ocasión al enemigo para que blasfeme el santo nombre por el cual somos llamados o que hablen mal del camino de la salvación por Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida. —Estos seductores usan palabras fingidas, y engañan los corazones de sus seguidores. Los tales ya están condenados y la ira de Dios está sobre ellos. El método habitual de Dios para proceder se muestra con ejemplos. Los ángeles fueron derribados de toda su gloria y dignidad, por su desobediencia. Si las criaturas pecan, aun en el cielo, deben sufrir en el infierno. El pecado es la obra de las tinieblas, y las tinieblas es la paga del pecado. —Nótese cómo trató Dios al mundo antiguo. El número de ofensores no procura más favor que su calidad. Si el pecado es universal, el castigo se extenderá por igual a todos. —Si en un terreno fértil la gente abunda en pecado, Dios puede volver de inmediato una tierra fértil en estéril, y un país bien regado en cenizas. No hay planes ni políticos que puedan impedir los juicios para un pueblo pecador. El que evita que el agua y el fuego dañen a su pueblo, Isaías xliii, 2, puede destruir también a sus enemigos; ellos nunca están a salvo. —Cuando envía destrucción al impío, Dios manda liberación para el justo. En malas compañías no podemos obtener sino culpa o tristeza. Que los pecados de los demás sean tribulación para nosotros. Pero es posible que los hijos del Señor vivan entre los más profanos, pero retengan su integridad; hay más poder en la gracia de Cristo y su morada en ellos que en las tentaciones de Satanás, o que en el ejemplo del malo, con todos sus terrores o seducciones. En nuestras intenciones e inclinaciones a cometer pecado podemos encontrarnos con raros impedimentos, si los notamos. Cuando pretendemos hacer el mal, Dios envía muchas estorbos para detenernos, como diciendo: Cuidado con lo que hacéis. —Su sabiduría y poder lograrán con toda seguridad los propósitos de su amor, y los compromisos de su verdad; aunque los impíos suelen escapar del sufrimiento aquí, es porque son conservados para el día del juicio, cuando serán castigados con el diablo y sus ángeles.

Vv. 10—16. Los seductores impuros y sus seguidores incondicionales se entregan a sus propósitos carnales. Rehúsan llevar cautivo cada pensamiento a la obediencia a Cristo, actúan contra los preceptos justos de Dios. Andan en pos de la carne, van por rumbos pecaminosos y alcanzan los mayores grados de impureza y maldad. Además, desprecian a los que Dios ha puesto en autoridad sobre ellos, y a quienes requiere que honren. —Las cosas temporales externas y buenas son la paga que los pecadores esperan y se prometen a sí mismos. Nadie tiene más razón para temblar que los que son osados para entregarse a sus lujurias pecaminosas, por presumir de la gracia y la misericordia divina. Ha habido muchos y hay, que hablan a la ligera de las restricciones de la ley de Dios y no se consideran obligados a obedecerla. Que los cristianos se aparten de los tales.

Vv. 17—22. La palabra de verdad es el agua de vida que refresca las almas que la reciben, pero los engañadores diseminan y promueven el error, y quedan vacíos porque no hay verdad en ellos. Como las nubes impiden el paso de la luz del sol, así estos oscurecen el consejo con palabras en que no hay verdad. Viendo que tales hombres aumentan las tinieblas en este mundo, es muy justo que la neblina de las tinieblas sea su porción en el venidero. En medio de su hablar de libertad, estos hombres son los esclavos más viles; sus propias lujurias ganan la victoria absoluta sobre ellos, y en realidad están esclavizados. Cuando los hombres están enredados, los vencen con facilidad; por tanto, los cristianos deben mantenerse cerca de la palabra de Dios y velar contra todos los que procuren confundirlos. —El estado de apostasía es peor que el estado de ignorancia. Dar un mal informe sobre el buen camino de Dios, y una falsa acusación contra el camino de la verdad debe exponer a la condenación más pesada. ¡Qué temible es el estado aquí descrito! Pero aunque tal caso sea deplorable, no está totalmente desprovisto de esperanza; el leproso puede ser limpiado y hasta el muerto puede ser resucitado. ¿Te causa pesar tu desvío? Cree en el Señor Jesús y serás salvo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *Aquí la intención es recordar la venida final de Cristo a juzgar.* 5—10. *Aparecerá inesperadamente cuando el estado presente de la naturaleza sea devastado por el fuego.* 11—18. *Se infiere de esto la necesidad de la santidad y la constancia en la fe.*

Vv. 1—4. Las mentes purificadas tienen que ser estimuladas para que los creyentes se mantengan activos y vivos en la obra de la santidad. Habrá burladores en los postreros tiempos, bajo el evangelio, hombres que toman a la ligera el pecado y se burlan de la salvación por Jesucristo. Un artículo muy importante de nuestra fe se refiere a lo que sólo tiene una promesa para descansar en ella, pero los burladores la atacarán hasta que nuestro Señor venga. Ellos no creen que Él vendrá. Porque no ven cambios, no tienen temor de Dios, Salmo lv, 19. Imaginan que lo que Él nunca ha hecho, no puede ser hecho o nunca lo hará.

Vv. 5—10. Si estos burladores hubieran considerado la espantosa venganza con que Dios borró a todo un mundo de impíos, de una sola vez, seguramente no se burlarían de su amenaza de un juicio igualmente terrible. Se declara por la misma palabra que los cielos y la tierra que ahora son serán destruidos por el fuego. Esto ocurrirá con tanta certeza como la verdad y el poder de Dios pueden hacerlo. —Aquí se enseña y afirma a los cristianos en la verdad de la venida del Señor. Aunque, según cuentan los hombres, hay una gran diferencia entre un día y mil años, según la cuenta de Dios no hay diferencia. Todas las cosas, pasadas, presentes y futuras, están siempre delante de Él; la tardanza de mil años no puede ser tanto para Él como para nosotros es postergar algo por un día o por una hora. Si los hombres no tienen conocimiento ni fe en el Dios eterno, se inclinan a pensar que Él es como ellos. ¡Qué difícil es formarse la idea de la eternidad! Lo que los hombres cuentan como tardanza, es paciencia, y es a favor de nosotros; es para dar más tiempo a su pueblo para que avance en conocimiento y piedad, y en el ejercicio de la fe y la paciencia, para que abunde en buenas obras, haciendo y sufriendo aquello para lo que son llamados, para que puedan dar gloria a Dios. Por tanto, pongan en sus corazones que ciertamente serán llamados a dar cuenta de todas las cosas hechas en el cuerpo, sean buenas o malas. Que el andar humilde y diligente ante Dios y el juicio frecuente de vosotros mismos muestren vuestra firme fe en el juicio futuro, aunque muchos vivan como si absolutamente nunca tuvieran que rendir cuentas. El día llegará cuando los hombres estén seguros y no tengan la esperanza del día del Señor. Los majestuosos palacios y todas las cosas deseables que buscan los hombres mundanos, y en las cuales ponen su felicidad, serán quemadas; todas las clases de criaturas que Dios ha hecho y todas las obras de los hombres deben pasar por el fuego, que será

fuego consumidor para todo lo que el pecado haya traído al mundo, aunque será fuego purificador para las obras de la mano de Dios. ¿Qué será de nosotros si ponemos nuestros afectos en esta tierra y la hacemos nuestra porción, aunque vemos que todas estas cosas serán quemadas? Por tanto, ¡asegurémonos de la felicidad más allá de este mundo visible!

Vv. 11—18. Sobre la base de la doctrina de la segunda venida de Cristo se nos exhorta a la pureza y la piedad. Este es el efecto del verdadero conocimiento. Se requiere una santidad muy exacta y universal, que no se apoye en ninguna baja medida o grado. Los cristianos verdaderos esperan cielos nuevos y una nueva tierra; libres de la vanidad a la que están sujetas las cosas presentes, y del pecado con que están contaminadas. Sólo los vestidos con la justicia de Cristo, y santificados por el Espíritu Santo, serán admitidos para habitar en este santo lugar. No esperes ser hallado en paz en el día de Dios, si eres perezoso y estás ocioso en este tu día, en el cual debemos terminar la obra que se nos ha encomendado hacer. Sólo el creyente diligente será cristiano feliz en el día del Señor. Nuestro Señor vendrá súbitamente, o dentro de muy poco nos llamará a su presencia; ¿y nos va a hallar ociosos? —Aprendamos a usar correctamente la paciencia de nuestro Señor que todavía tarda su venida. Hombres soberbios, carnales y corruptos tratan de eliminar algunas cosas en una aparente concordancia con sus impías doctrinas. Pero hay razón por la cual las epístolas de San Pablo o alguna otra parte de las Escrituras deban ser dejadas de lado; porque los hombres, dejados a su propio criterio, pervierten toda dádiva de Dios. Entonces, procuremos tener preparadas nuestra mente para recibir cosas difíciles de entender, pongamos en práctica las cosas que son más fáciles de entender. Pero debe haber negación de sí, sospecha de nosotros mismos y sumisión a la autoridad de Cristo Jesús antes que podamos recibir de todo corazón todas las verdades del evangelio, por tanto, estamos en gran peligro de rechazar la verdad. El creyente debe desconocer y aborrecer todas las opiniones y los pensamientos de hombres que no concuerden con la ley de Dios, ni sean garantizados por ella. —Los que son descarriados por el error, caen de su propia constancia. Para evitar ser descarriados, debemos tratar de crecer en toda gracia, en fe, en virtud y en conocimento. Esforzaos por conocer más clara y plenamente a Cristo; conocerle para ser más como Él y amarle más. Este es el conocimiento de Cristo tras el cual iba el apóstol Pablo, deseando obtenerlo; y los que saborean este efecto del conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, darán gracias, luego de recibir tal gracia, y le alabarán y se unirán para darle la gloria ahora, con la plena seguridad de hacer lo mismo en el más allá, para siempre.

PRIMERA DE JUAN

Esta epístola es un discurso sobre los principios doctrinales y prácticos del cristianismo. La intención evidente es refutar las bases, los principios y las prácticas impías y erróneas y advertir contra ellas, especialmente contra las que rebajan la Deidad de Cristo, y la realidad y el poder de sus padecimientos y muerte como sacrificio expiatorio; también, contra lo que se afirma, que los creyentes no tienen que obedecer los mandamientos una vez salvados por gracia. Esta epístola también estimula a todos los que profesan conocer a Dios a que tengan comunión con Él, crean en Él, y que anden en santidad, no en pecado, demostrando que una profesión puramente externa es nada sin la evidencia de una vida y conducta santa. También ayuda estimular y animar a los cristianos de verdad a tener comunión con Dios y el Señor Jesucristo, a la constancia en la fe verdadera y a la pureza de vida.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol dedica su epístola a los creyentes en general con testimonio evidente de Cristo para promover la felicidad y el gozo de ellos.* 5—10. *Se demuestra que es necesaria la vida de santidad para tener comunión con Dios.*

Vv. 1—4. El Dios esencial, la excelencia no creada que había sido desde el principio, desde la eternidad, igual con el Padre y que, finalmente, se manifestó con naturaleza humana para la salvación de los pecadores, es gran tema sobre el cual escribe el apóstol a sus hermanos. Los apóstoles le vieron durante algunos años, en los cuales presenciaron su sabiduría y santidad, sus milagros, y su amor y misericordia, hasta que le vieron crucificado por los pecadores, y después resucitado de entre los muertos. Ellos le tocaron para tener plena prueba de su resurrección. —Esta Persona divina, el Verbo de vida, el Verbo de Dios se manifestó en naturaleza humana para ser Autor y Dador de la vida eterna a la humanidad por medio de la redención por su sangre y el poder de su Espíritu regenerador. —Los apóstoles declaran lo que han visto y oído para que los creyentes compartieran sus bendiciones y ventajas eternas. Tenían libre acceso a Dios Padre. Tuvieron una feliz experiencia de la verdad en sus almas, y mostraron su excelencia en sus vidas. Esta comunión de los creyentes con el Padre y el Hijo empieza y es sustentada por el poder del Espíritu Santo. Los beneficios que Cristo concede, no son las mezquinas posesiones del mundo que causan envidia en los demás, sino el gozo y la felicidad de la comunión con Dios son absolutamente suficientes, de modo que cualquier cantidad de personas puede participar de ellos; y todos los autorizados para decir que en verdad su comunión es con el Padre, desearán guiar a otros a participar de la misma bienaventuranza.

Vv. 5—10. Todos debiéramos recibir jubilosos un mensaje del Señor Jesús, el Verbo de vida, el Verbo eterno. El gran Dios debe ser representado a este mundo oscuro como luz pura y perfecta. Como esta es la naturaleza de Dios, sus doctrinas y preceptos deben ser tales. Como su perfecta felicidad no puede separarse de su perfecta santidad, así nuestra felicidad será proporcional a la santidad de nuestro ser. Andar en tinieblas es vivir y actuar contra la religión. Dios no mantiene comunión o relación celestial con las almas impías. No hay verdad en la confesión de ellas; su práctica muestra su necedad y falsedad. La vida eterna, el Hijo eterno, se vistió de carne y sangre, y murió para lavarnos de nuestros pecados en su sangre, y procura para nosotros las influencias sagradas por las cuales el pecado tiene que ser sometido más y más hasta que sea completamente acabado. Mientras se insiste en la necesidad de un andar santo, como efecto y prueba de conocer a Dios en Cristo Jesús, se advierte con igual cuidado en contra del error opuesto del orgullo de la justicia propia. Todos los que andan cerca de Dios, en santidad y justicia, están conscientes de que sus mejores días y sus mejores deberes están contaminados con el pecado. Dios ha dado testimonio de la pecaminosidad del mundo proveyendo un Sacrificio eficaz y suficiente por el pecado, necesario en todas las épocas; y se muestra la pecaminosidad de los mismos creyentes al pedirles que confiesen continuamente sus pecados y recurran por fe a la sangre del Sacrificio. Declarémonos culpables ante Dios, humillémonos y dispongámonos a conocer lo peor de nuestro caso. Confesemos honestamente todos nuestros pecados en su plena magnitud, confiando totalmente en su misericordia y verdad por medio de la justicia de Cristo, para un perdón libre y completo y por nuestra liberación del poder y la práctica del pecado.

CAPÍTULO II

Versículos 1, 2. *El apóstol se dirige a la expiación de Cristo para ayuda contra las debilidades pecaminosas.* 3—11. *Los efectos del conocimiento salvador para producir obediencia y amor a los hermanos.* 12—14. *Los cristianos son tratados como hijitos, jóvenes y padres.* 15—23. *Todos son advertidos en contra del amor a este mundo y contra el error.* 24—29. *Exhortación a permanecer firmes en la fe y la santidad.*

Vv. 1, 2. Tenemos un Abogado para con el Padre; uno que ha prometido, y es plenamente capaz de defender a cada uno que solicite perdón y salvación en su nombre, dependiendo de que Él abogue por ellos. Él es "Jesús", el Salvador, y "Cristo", el Mesías, el Ungido. Él solo es "el Justo", que recibió su naturaleza libre de pecado, y como fiador nuestro obedeció perfectamente la ley de Dios, y así cumplió toda justicia. Todos los hombres de todo país, y a través de sucesivas generaciones, están invitados a ir a Dios a través de esta expiación absolutamente suficiente y por este camino nuevo y vivo. El evangelio, cuando se comprende y recibe correctamente, pone el corazón en contra de todo pecado y contra su práctica permitida; y al mismo tiempo, da un bendito alivio a las conciencias heridas de los que han pecado.

Vv. 3—11. ¿Qué conocimiento de Cristo puede ser aquel que no ve que Él es digno de toda nuestra obediencia? La vida de desobediencia muestra que no hay religión ni honestidad en el profesante. —El amor de Dios es perfeccionado en aquel que obedece sus mandamientos. La gracia de Dios en Él obtiene su marca verdadera, y produce su efecto soberano tanto como puede ser en este mundo, y esta es la regeneración del hombre, aunque aquí nunca sea absolutamente perfecta. Sin embargo, esta observancia de los mandamientos de Cristo tiene santidad y excelencia, que si fuesen universales, harían que la tierra se pareciera al cielo mismo. —El mandamiento de amarse los unos a los otros ha tenido vigencia desde el comienzo del mundo, pero podría considerarse como mandamiento nuevo al darlo a los cristianos. Era nuevo para ellos, como era nueva su situación respecto de sus motivos, reglas y obligaciones. Siguen en estado de tinieblas los que andan con odio y enemistad contra los creyentes. El amor cristiano nos enseña a valorar el alma de nuestro hermano y a temer todo lo que dañe su pureza y su paz. Donde haya tinieblas espirituales, estarán entenebrecidos la mente, el juicio y la conciencia, y erraremos el camino a la vida celestial. Estas cosas exigen un serio examen de sí; y la oración ferviente para que Dios nos muestre qué somos y dónde vamos.

Vv. 12—14. Como los cristianos tienen sus estados propios, tienen sus deberes peculiares; pero hay preceptos y obediencia que afectan a todos, particularmente el amor mutuo y el desprecio al mundo. El discípulo sincero más joven es perdonado; la comunión de los santos va acompañada del perdón de pecados. Los que tienen la permanencia más prolongada en la escuela de Cristo necesitan aun más consejo e instrucción. Se debe escribir a los padres, y predicarles; nadie es demasiado viejo para aprender. Pero esto vale especialmente para los jóvenes en Cristo Jesús, aunque hayan alcanzado fortaleza de espíritu y sano sentido, hayan resistido exitosamente las primeras pruebas y tentaciones, hayan roto con las malas costumbres y relaciones, y hayan entrado por la puerta estrecha de la conversión verdadera. —Se vuelve a dirigir a los diferentes grupos de cristianos. Los niños en Cristo saben que Dios es su Padre: esa es su sabiduría. Los creyentes avanzados que conocen a Aquel que fue desde el comienzo, antes que este mundo fuese hecho, muy bien pueden ser guiados por eso a renunciar a este mundo. —La gloria de las personas jóvenes será la fortaleza en Cristo y en su gracia. Ellos vencen al maligno por la palabra de Dios.

Vv. 15—17. Las cosas del mundo pueden desearse y poseerse para los usos y propósitos que Dios concibió, y hay que usarlas por su gracia y para su gloria; pero los creyentes no deben buscarlas ni valorarlas para propósitos en que el pecado abusa de ellas. El mundo aparta de Dios el corazón y mientras más prevalezca el amor al mundo, más decae el amor a Dios. Las cosas del mundo se clasifican conforme a las tres inclinaciones reinantes de la naturaleza depravada: —1. La concupiscencia de la carne, del cuerpo: los malos deseos del corazón, el apetito de darse el gusto con todas las cosas que excitan e inflaman los placeres sensuales. —2. La concupiscencia de los ojos: los ojos se deleitan con las riquezas y las posesiones ricas; esta es la concupiscencia de la codicia. —3. La soberbia de la vida: el hombre vano ansía la grandeza y la pompa de una vida de vanagloria, lo cual comprende una sed de honores y aplausos. Las cosas del mundo se desvanecen rápidamente y mueren; el mismo deseo desfallecerá y cesará dentro de poco tiempo, pero el santo afecto no es como la lujuria pasajera. El amor de Dios nunca desfallecerá. —Muchos vanos esfuerzos se han hecho para eludir la fuerza de este pasaje con limitaciones, distinciones o excepciones. Muchos han tratado de mostrar cuán lejos podemos ir estando orientados carnalmente y amando al mundo; pero no resulta fácil equivocarse respecto al significado evidente de estos versículos. A menos que esta victoria sobre el mundo empiece en el corazón, el hombre no tiene raíces en sí mismo y caerá o, en el mejor de los casos, será un profesante estéril. De todos modos, estas vanidades son tan seductoras para la corrupción de nuestros corazones, que, sin velar y orar sin cesar, no podemos escapar del mundo ni lograr la victoria sobre su dios y príncipe.

Vv. 18—23. Todo hombre que niega la Persona o alguno de los oficios de Cristo es anticristo; y al negar al Hijo, niega también al Padre, y no tiene parte en su favor porque rechaza su gran salvación. Que esta profecía la aparición de seductores en el mundo cristiano nos resguarde de ser seducidos. La Iglesia no sabe bien quiénes son sus miembros verdaderos, ni quienes no lo son, pero así se prueba a los verdaderos cristianos que se hacen más vigilantes y humildes. Los verdaderos cristianos son los ungidos, como su nombre lo expresa: son los ungidos por el Espíritu Santo con gracia, con dones y privilegios espirituales. Las mentiras más grandes y perjudiciales que difunde el padre de mentira en el mundo suelen ser falsedades y errores relativos a la persona de Cristo. Sólo la unción del Santo puede guardarnos de los engaños. Mientras juzgamos favorablemente a todos los que confían en Cristo como el Salvador Divino, y obedecen su palabra y procuran vivir unidos con ellos, tengamos lástima y oremos por los que niegan la deidad de Cristo o su expiación y la obra de nueva creación que hace el Espíritu Santo. Protestemos contra la doctrina anticristiana y guardémonos de ellos lo más que podamos.

Vv. 24—29. La verdad de Cristo que permanece en nosotros es el medio de separarse del pecado y unirse al Hijo de Dios, Juan xv, 3, 4. ¡Cuánto valor debemos dar a la verdad del evangelio! Por él se asegura la promesa de la vida eterna. La promesa que hace Dios es adecuada a su propia grandeza, poder y bondad; es la vida eterna. —El Espíritu de verdad no mentirá; y enseña todas las cosas de la presente dispensación, todas las cosas necesarias para nuestro conocimiento de Dios en Cristo, y su gloria en el evangelio. —El apóstol repite la amable palabra, “hijitos” que denota su afecto. Él persuade por amor. Los privilegios del evangelio obligan a los deberes del evangelio; y los ungidos por el Señor Jesús permanecen con Él. La nueva naturaleza espiritual es del Señor Cristo. El que es constante en la práctica de la religión en las épocas de prueba, demuestra que es nacido de lo alto, del Señor Cristo. Entonces, cuidémonos de sostener con injusticia la verdad, recordando que sólo son nacidos de Dios los que llevan su santa imagen y andan en sus caminos más justos.

CAPÍTULO III

Versículos 1, 2. *El apóstol admira el amor de Dios al hacer sus hijos a los creyentes.* 3—10. *La influencia purificadora de la esperanza de ver a Cristo, y el peligro de pretender esto viviendo en pecado.* 11—15. *El amor a los hermanos es el carácter del verdadero cristiano.* 16—21. *Ese amor es descrito por sus actos.* 22—24. *La ventaja de la fe, el amor y la obediencia.*

Vv. 1, 2. Poco conoce el mundo la dicha de los verdaderos seguidores de Cristo. Poco piensa el mundo que estos pobres, humildes y despreciados son los favoritos de Dios y que habitarán en el cielo. Los seguidores de Cristo deben contentarse con las dificultades de aquí, puesto que están en tierra de extranjeros, donde su Señor fue tan maltratado antes que ellos. —Los hijos de Dios deben andar por fe y vivir por esperanza. Bien pueden esperar con fe, esperanza y ferviente deseo la revelación del Señor Jesús. Los hijos de Dios serán conocidos, y manifestados por su semejanza con su Cabeza. Serán transformados a la misma imagen, por verle a Él.

Vv. 3—10. Los hijos de Dios saben que su Señor es de ojos muy puros que no permiten que nada impío e impuro habite en Él. La esperanza de los hipócritas, no la de los hijos de Dios, es la que permite la satisfacción de deseos y concupiscencias impuras. Seamos sus seguidores como hijos amados, mostrando así nuestro sentido de su indecible misericordia y expresemos esa mentalidad humilde, agradecida y obediente que nos corresponde. —El pecado es rechazar la ley divina. En Él, esto es, en Cristo no hubo pecado. Él asumió todas las debilidades, pero sin pecado, que fueron consecuencias de la caída, esto es, todas esas debilidades de la mente o cuerpo que someten al hombre a los sufrimientos y lo exponen a la tentación. Pero Él no tuvo nuestra debilidad moral, nuestra tendencia al pecado. —El que permanece en Cristo no practica habitualmente el pecado. Renunciar al pecado es la gran prueba de la unión espiritual con el Señor Cristo, y de la permanencia en Él y en su conocimiento salvador. Cuidado con engañarse a uno mismo. El que hace justicia es justo y es seguidor de Cristo, demuestra interés por fe en su obediencia y sufrimientos. Pero el hombre no puede actuar como el diablo y ser, al mismo tiempo, un discípulo de Cristo Jesús. No sirvamos ni consintamos en aquello que el Hijo de Dios vino a destruir. Ser nacido de Dios es ser internamente renovado por el poder del Espíritu de Dios. La gracia renovadora es un principio permanente. La religión no es un arte, ni asunto de destreza o pericia sino una nueva naturaleza. La persona regenerada no puede pecar como pecaba antes de nacer de Dios, ni como pecan otros que no son nacidos de nuevo. Existe esa luz en su mente que le muestra el mal y la malignidad del pecado. Existe esa inclinación en su corazón que le dispone a aborrecer y odiar el pecado. Existe el principio espiritual que se opone a los actos pecaminosos. Y existe el arrepentimiento cuando se comete el pecado. Pecar intencionalmente es algo contrario a él. —Los hijos de Dios y los hijos del diablo tienen sus caracteres diferentes. La simiente de la serpiente es conocida por su descuido de la religión y por su odio a los cristianos verdaderos. Sólo es justo ante Dios, como creyente justificado, el que es enseñado y dispuesto a la justicia por el Espíritu Santo. En *esto* se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo. Los profesantes del evangelio deben tomar muy a pecho estas verdades y probarse a sí mismos por ellas.

Vv. 11—15. Debemos amar al Señor Jesús, valorar su amor, y por tanto, amar a todos nuestros hermanos en Cristo. Este amor es el fruto especial de nuestra fe, y señal segura de que somos nacidos de nuevo. Pero nadie que conozca rectamente el corazón del hombre puede asombrarse ante el desprecio y enemistad de la gente impía contra los hijos de Dios. —Sabemos que pasamos de muerte a vida: podemos saberlo por las pruebas de nuestra fe en Cristo, de las cuales una es el amor a los hermanos. No es el celo por un partido de la religión común, ni afecto por los que son de la misma denominación y sentimientos que nosotros. La vida de la gracia en el corazón de la persona regenerada es el comienzo y el primer principio de la vida de gloria de la cual están destituidos los que odian a sus hermanos en sus corazones.

Vv. 16—21. He aquí la condescendencia, el milagro, el misterio del amor divino: que Dios redima a la Iglesia con su propia sangre. Seguramente amamos a los que Dios ha amado y amado *a tal punto*. El Espíritu Santo, dolido por el egoísmo, abandona al corazón egoísta sin consuelo, dejándolo lleno de tinieblas y terror. ¿Cómo se puede saber si un hombre tiene el sentido verdadero del amor de Cristo por los pecadores que perecen, o si el amor de Dios fue plantado en su corazón por el Espíritu Santo?, si el amor al mundo y por su bien supera a los sentimientos de compasión por el hermano que perece. Cada ejemplo de este egoísmo debe debilitar las pruebas de la conversión del hombre; cuando es algo habitual y permitido, decide en su contra. Si la conciencia nos condena por pecado conocido, o por descuidar un deber conocido, Dios también. Por tanto, dejemos que la conciencia esté bien informada, sea escuchada y atendida con diligencia.

Vv. 22—24. Cuando los creyentes tienen confianza en Dios, por medio del Espíritu de adopción, y por fe en el gran Sumo Sacerdote, pueden pedir lo que quieran de su Padre reconciliado. Lo recibirán si es bueno para ellos. Como desde el cielo se proclamó buena voluntad para con los hombres, así debe haber buena voluntad para con los hombres, en particular los hermanos, en los corazones de los que van a Dios y al cielo. —El que así sigue a Cristo, habita en Él como su arca, refugio y reposo, y en el Padre por medio de Él. Esta unión entre Cristo y las almas de los creyentes, es por el Espíritu que Él les ha dado. —El hombre puede creer que Dios es bondadoso antes de conocerle; pero cuando la fe se posesiona de las promesas, pone a trabajar su razón. El Espíritu de Dios obra un cambio; en todos los cristianos verdaderos, cambia del poder de Satanás al poder de Dios. Considera, creyente, cómo cambia tu corazón. ¿No anhelas la paz con Dios? ¿No renunciarías a todo lo del mundo por ella? Ningún provecho, placer o preferencia te impedirá seguir a Cristo. Esta salvación está edificada sobre el testimonio divino, el Espíritu de Dios.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Los creyentes son advertidos en contra de atender a cualquiera que pretende tenerel Espíritu.* 7—21. *El amor fraternal está vigente.*

Vv. 1—6. Los cristianos que están bien familiarizados con las Escrituras pueden discernir, en humilde dependencia de la enseñanza divina, a los que establecen doctrinas conforme a los apóstoles y aquellos que les contradicen. La suma de la religión revelada está en la doctrina referida a Cristo, Su persona y oficio. Los falsos maestros hablan al mundo conforme a sus máximas y gustos, como para no ofender a los hombres carnales. El mundo los aprueba, progresan rápido y tienen muchos seguidores como ellos; el mundo amará a los suyos y los suyos le amarán. —La doctrina verdadera de la persona del Salvador, que saca a los hombres desde el mundo a Dios, es marca del espíritu de verdad que se opone al espíritu de error. Mientras más pura y santa sea una doctrina, más probable que sea de Dios; tampoco podemos probar los espíritus por ninguna otra regla, para saber si son o no de Dios. Y ¿qué maravilla es que la gente de espíritu mundano se aferre a ésos que son como ellos, y que adecuan sus estratagemas y discursos a su gusto corrupto?

Vv. 7—13. El Espíritu de Dios es el Espíritu de amor. El que no ama la imagen de Dios en Su pueblo, no tiene conocimiento salvador de Dios. Pues ser bueno y dar felicidad es la naturaleza de Dios. La ley de Dios es amor; y todos serán perfectamente felices si todos la hubiesen obedecido. La provisión del evangelio, para el perdón de pecado, y la salvación de los pecadores, consistente con la gloria y la justicia de Dios, demuestra que Dios es amor. El misterio y las tinieblas aún penden sobre muchas cosas. Dios se ha demostrado siendo amor para que no podamos dejar de alcanzar la felicidad eterna, a menos que sea por la incredulidad y la impenitencia, aunque la justicia estricta nos

condenara a la miseria desesperanzada por romper las leyes de nuestro Creador. —Ninguna palabra ni pensamiento de nosotros puede hacer justicia al amor gratuito y asombroso del santo Dios para con los pecadores, que no podrían beneficiarse de Él ni dañarle, a los que Él podría aplastar justicieramente en un momento, y a los que, siendo merecedores de Su venganza, Él muestra el método por el cual fueron salvados aunque Él podía haber creado, por Su Palabra todopoderosa, otros mundos con seres más perfectos si lo hubiera considerado bien. ¿Investigamos todo el universo buscando al amor en sus despliegues más gloriosos? Se halla en la persona y la cruz de Cristo. ¿Existe el amor entre Dios y los pecadores? Aquí estaba el origen, no que nosotros amáramos a Dios sino que Él nos amó libremente. Su amor no podía estar concebido para ser infructuoso en nosotros, y cuando su fin y tema apropiados se ganen y produzcan, puede decirse que está perfeccionado. Así es perfeccionada la fe por sus obras. Así se manifestará que Dios habita en nosotros por Su Espíritu que crea de nuevo. —El cristiano que ama es el cristiano perfecto; póngalo en cualquier deber bueno y es perfecto para eso, es experto en eso. El amor aceita las ruedas de sus afectos y lo pone en eso que es útil para sus hermanos. El hombre que se ocupa de algo con mala voluntad, siempre lo hace mal. Que Dios habite en nosotros y nosotros en Él, eran palabras demasiado elevadas para que las usaran los mortales si Dios no las hubiera puesto delante de nosotros. Pero, ¿cómo puede saberse si el testimonio de esto procede del Espíritu Santo? Aquellos que están verdaderamente persuadidos de ser los hijos de Dios no pueden sino llamarlo Abba, Padre. Por amor a Él, odian el pecado y todo lo que no concuerde con Su voluntad, y tienen el deseo sano de todo corazón de hacer Su voluntad. Tal testimonio es el testimonio del Espíritu Santo.

Vv. 14—21. El Padre envió al Hijo, Él deseó Su venida a este mundo. El apóstol atestigua esto. Y cualquiera que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, en ése habita Dios y ése en Dios. Esta confesión abarca la fe en el corazón como fundamento; reconoce con la boca la gloria de Dios y Cristo, y confiesa en la vida y conducta contra los halagos y ceños fruncidos del mundo. —Debe haber un día de juicio universal. ¡Dichosos aquellos que tendrán osadía santa ante el Juez en aquel día sabiendo que Él es su Amigo y Abogado! Dichosos aquellos que tendrán osadía santa en la perspectiva de aquel día, que miran y esperan por eso y por la manifestación del Juez. El verdadero amor a Dios asegura a los creyentes del amor de Dios por ellos. El amor nos enseña a sufrir por Él y con Él; por tanto, podemos confiar que también seremos glorificados con Él, 2 Timoteo ii, 12. —Debemos distinguir entre el temor de Dios y tenerle miedo; el temor de Dios comprende alta consideración y veneración por Dios. La obediencia y las buenas obras hechas a partir del principio del amor, no son como el esfuerzo servil de uno que trabaja sin voluntad por miedo a la ira del amo. Son como las de un hijo obediente que sirve a un padre amado que beneficia a sus hermanos y las hace voluntariamente. Señal de que nuestro amor dista mucho de ser perfecto si son muchas nuestras dudas, temores y aprensiones de Dios. Que el cielo y la tierra se asombren por Su amor. Él envió Su palabra a invitar a los pecadores a participar de esta gran salvación. Que ellos tengan el consuelo del cambio feliz obrado en ellos mientras le dan a Él la gloria. —El amor de Dios en Cristo, en los corazones de los cristianos por el Espíritu de adopción, es la prueba grande de la conversión. Esta debe ser probada por sus efectos en sus temperamentos, y en sus conductas para con sus hermanos. Si un hombre dice amar a Dios y, sin embargo, se permite ira o venganza, o muestra una disposición egoísta, desmiente a su confesión. Pero si es evidente que nuestra enemistad natural está cambiada en afecto y gratitud, bendigamos el nombre de nuestro Dios por este sello y primicia de dicha eterna. Entonces nos diferenciamos de los profesos falsos que pretenden amar a Dios a quien no han visto pero odian a sus hermanos a los que han visto.

CAPÍTULO V

Versículos 1—5. *El amor fraternal es el efecto del nuevo nacimiento, que hace grato obedecer todos los mandamientos de Dios.* 6—8. *Referencia a los testigos que concuerdan en probar que Jesús, el Hijo de Dios, es el Mesías verdadero.* 9—12. *La satisfacción que tiene el creyente por Cristo, y la vida eterna por medio de Él.* 13—17. *La seguridad de que Dios oye y contesta las oraciones.* 18—21. *La feliz condición de los creyentes verdaderos, y el mandato de renunciar a la idolatría.*

Vv. 1—5. El verdadero amor por el pueblo de Dios se puede distinguir de la amabilidad natural o los afectos partidistas por estar unido con el amor de Dios, y la obediencia a sus mandamientos. El mismo Espíritu Santo que enseñó el amor, tendrá que enseñar también la obediencia; el hombre que peca por costumbre o descuida el deber que conoce, no puede amar de verdad a los hijos de Dios. —Como los mandamientos de Dios son reglas santas, justas y buenas de libertad y felicidad, así los que son nacidos de Dios y le aman, no los consideran gravosos, y lamentan no poder servirle en forma más perfecta. Se requiere abnegación, pero los cristianos verdaderos tienen un principio que los hace superar todos los obstáculos. Aunque el conflicto suele ser agudo, y el regenerado se ve derribado, de todos modos se levantará y renovará con denuedo su batalla. Pero todos, salvo los creyentes en Cristo, son esclavos en uno u otro aspecto de las costumbres, opiniones o intereses del mundo. La fe es la causa de la victoria, el medio, el instrumento, la armadura espiritual por la cual vencemos. En fe y por fe nos aferramos de Cristo, despreciamos el mundo y nos oponemos a él. La fe santifica el corazón y lo purifica de las concupiscencias sensuales por las cuales el mundo obtiene ventaja y dominio de las almas. Tiene el Espíritu de gracia que le habita, el cual es mayor que el que está en el mundo. El cristiano verdadero vence al mundo por fe; ve en la vida y conducta del Señor Jesús en la tierra y medio de ella, que debe renunciar y vencer a este mundo. No puede estar satisfecho con este mundo y mira más allá de él y continua inclinado, esforzándose y extendiéndose hacia el cielo. Todos debemos, por el ejemplo de Cristo, vencer al mundo o nos vencerá para nuestra ruina.

Vv. 6—8. Estamos corrompidos por dentro y por fuera; por dentro, por el poder y la contaminación del pecado en nuestra naturaleza. Porque nuestra limpieza interior está en Cristo Jesús y por medio de Él, el lavado de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo. Algunos piensan que aquí se representan los dos sacramentos: el bautismo con agua, como señal externa de regeneración y purificación por el Espíritu Santo de la contaminación del pecado; y la cena del Señor, como señal externa del derramamiento de la sangre de Cristo, y de recibirle por fe para perdón y justificación. Estas dos maneras de limpiarse estaban representadas en los antiguos sacrificios y lavados ceremoniales. El agua y la sangre incluyen todo lo que es necesario para nuestra salvación. Nuestras almas son lavadas y purificadas, por el agua, para el cielo y la habitación de los santos en luz. Somos justificados, reconciliados y presentados como justos, por la sangre, a Dios. El Espíritu purificador para el lavado interior de nuestra naturaleza se obtiene por la sangre, habiendo sido satisfecha la maldición de la ley. El agua y la sangre fluyeron del costado del Redentor sacrificado. Él amaba a la Iglesia y se dio por ella para santificarla y limpiarla con el lavamiento del agua por la palabra; para presentársela para sí una Iglesia gloriosa, Efesios v, 25–27. Esto fue hecho en Espíritu de Dios y por Él, conforme a la declaración del Salvador. Él es el Espíritu de Dios y no puede mentir. —Tres dieron testimonio de las doctrinas de la persona de Cristo y su salvación. El Padre, repetidamente, por una voz desde el cielo declaró que Jesús era su Hijo amado. La Palabra declara que Él y el Padre eran Uno, y que quien lo ha visto a Él, ha visto al Padre. También el Espíritu Santo descendió del cielo y se posó en Cristo en su bautismo; Él había dado testimonio de Cristo por medio de todos los profetas, y dio testimonio de su resurrección y oficio de mediador por el don de poderes milagrosos a los apóstoles. Pero se cite o no este pasaje, la doctrina de la trinidad en unidad sigue igualmente firme y cierta. —Hubo tres testimonios para la doctrina enseñada por los apóstoles, respecto de la persona y salvación de Cristo. —1. El Espíritu Santo. Venimos al mundo

con una disposición carnal corrupta que es enemistad contra Dios. Que esto sea eliminado por la regeneración y la nueva creación de almas por el Espíritu Santo, es testimonio del Salvador. —2. El agua: establece la pureza y el poder purificador del Salvador. La pureza y la santidad actual y activa de sus discípulos están representadas por el bautismo. —3. La sangre que Él derramó: este fue nuestro rescate, esto testifica de Jesucristo; selló y terminó los sacrificios del Antiguo Testamento. Los beneficios procurados por su sangre, prueban que Él es el Salvador del mundo. No es de extrañarse que quien rechace esta evidencia sea juzgado por blasfemar del Espíritu de Dios. Los tres testigos son para uno e idéntico propósito; concuerdan en una y la misma cosa.

Vv. 9—12. Nada puede ser más absurdo que la conducta de los que dudan de la verdad del cristianismo, mientras en los asuntos corrientes de la vida no vacilan en proceder basados en el testimonio humano, y considerarían desquiciado a quien declinara hacerlo así. El cristiano verdadero ha visto su culpa y miseria, y su necesidad de un Salvador así. Ha visto lo adecuado de tal Salvador para todas sus necesidades y circunstancias espirituales. Ha encontrado y sentido el poder de la palabra y la doctrina de Cristo, humillando, sanando, vivificando y consolando su alma. Tiene una nueva disposición y nuevos deleites, y no es el hombre que fue anteriormente. Pero aún halla un conflicto consigo mismo, con el pecado, con la carne, el mundo y las potestades malignas. Pero halla tal fuerza de la fe en Cristo, que puede vencer al mundo y seguir viaje hacia uno mejor. Tal seguridad tiene el creyente del evangelio: tiene un testigo en sí mismo que acaba con toda duda del tema, salvo en las horas de tinieblas o conflicto; pero no pueden sacarlo de su fe en las verdades principales del evangelio. —Aquí está lo que hace tan espantoso el pecado del incrédulo: el pecado de la incredulidad. Él trata de mentiroso a Dios; porque no cree el testimonio que Dios dio de su Hijo. En vano es que un hombre alegue que cree el testimonio de Dios en otras cosas, mientras lo rechaza en esto. El que rehúsa confiar y honrar a Cristo como Hijo de Dios, el que desdeña someterse a su enseñanza como Profeta, a confiar en su expiación e intercesión como gran Sumo Sacerdote u obedecerle como Rey, está muerto en pecado, bajo condenación; una moral externa, conocimiento, formas, nociones o confianzas de nada le servirán.

Vv. 13—17. Basados en todas estas pruebas sólo es justo que creamos en el nombre del Hijo de Dios. Los creyentes tienen vida eterna en el pacto del evangelio. Entonces, recibamos agradecidos el registro de la Escritura. Siempre abundando en la obra del Señor, sabiendo que nuestro trabajo en el Señor no es en vano. El Señor Cristo nos invita a ir a Él en todas las circunstancias, con nuestras súplicas y peticiones, a pesar del pecado que nos asedia. Nuestras oraciones deben ser ofrecidas siempre sometidas a la voluntad de Dios. En algunas cosas son contestadas rápidamente, en otras son otorgadas de la mejor manera, aunque no como se pidió. Debemos orar por el prójimo y por nosotros mismos. Hay pecados que batallan contra la vida espiritual en el alma y contra la vida de lo alto. No podemos orar que sean perdonados los pecados de los impenitentes e incrédulos mientras sigan así; ni que les sea otorgada misericordia, la cual supone el perdón de pecado, mientras sigan voluntariamente así. Pero podemos orar por su arrepentimiento, por el enriquecimiento de ellos con la fe en Cristo, y sobre la base de ella, por todas las demás misericordias salvadoras. —Debemos orar por el prójimo y por nosotros rogando al Señor que perdone y recupere al caído y alivie al tentado y afligido. Seamos agradecidos de verdad porque no hay pecado para muerte del cual uno se arrepienta verdaderamente.

Vv. 18—21. Toda la humanidad está dividida en dos partes o esferas: el que pertenece a Dios y el que pertenece al maligno. Los creyentes verdaderos pertenecen a Dios; son de Dios y vienen de Él, para Él y por Él; mientras el resto, de lejos la gran mayoría, está en el poder del maligno; hacen sus obras y apoyan su causa. Esta declaración general comprende a todos los incrédulos, cualquiera sea su profesión, situación o posición o cualquiera sea el nombre por el que se llamen. El Hijo guía a los creyentes al Padre y ellos están en el amor y el favor de ambos; en unión con ambos, por la

morada y obra del Espíritu Santo. ¡Dichosos aquellos a los que es dado saber que el Hijo de Dios ha venido, y tienen un corazón que confía y descansa en el que es verdadero! Que este sea nuestro privilegio: que seamos guardados de todos los ídolos y las falsas doctrinas, y del amor idólatra a los objetos mundanos, y que seamos mantenidos por el poder de Dios, por medio de la fe, para salvación eterna. A este verdadero Dios vivo sea la gloria y el dominio por siempre jamás. Amén.

SEGUNDA DE JUAN

Esta epístola es como un resumen de la primera; en pocas palabras, trata los mismos puntos. La señora elegida es elogiada por la educación virtuosa y religiosa de sus hijos; se le exhorta a permanecer en la doctrina de Cristo, a perseverar en la verdad y a evitar cuidadosamente los engaños de los falsos maestros. Pero el apóstol le ruega principalmente que practique el gran mandamiento del amor y la caridad cristianos.

Versículos 1—3. *El apóstol saluda a la señora elegida y a sus hijos.* 4—6. *Expresa su gozo por la fe y el amor de ellos.* 7—11. *Les advierte contra los engañadores.* 12, 13. *Y termina.*

Vv. 1—3. La religión vuelve los cumplidos en verdaderas expresiones de respeto y amor. Un discípulo anciano es honorable; un apóstol y líder anciano de los discípulos lo es más. La carta es para una noble señora cristiana y sus hijos; bueno es que el evangelio se halle entre ellos: algunas personas nobles reciben el llamado. Las familias tienen que ser animadas y dirigidas en su amor y deberes hogareños. Los que aman la verdad y la piedad en sí mismos, deben amarla en el prójimo; los cristianos amaban a esta señora, no por su rango, sino por su santidad. Donde esté de verdad la religión, se quedará para siempre. —De las Personas divinas de la deidad el apóstol les desea la gracia, el favor divino y la buena voluntad, la fuente de todas las cosas buenas. Indudablemente es gracia que la bendición espiritual sea dada a los mortales pecadores. La misericordia y el libre perdón, porque los que ya son ricos en gracia, necesitan perdón continuo. Paz, tranquilidad de espíritu, y conciencia limpia, en la reconciliación asegurada con Dios, junto con toda prosperidad externa que es realmente para siempre: estas son deseadas en verdad y amor.

Vv. 4—6. Bueno es haber sido enseñado tempranamente en la religión; los niños pueden ser amados por amor de sus padres. Dio gran gozo al apóstol ver a los niños andando en las huellas de sus padres, y probablemente, a su vez, apoyando al evangelio. Que Dios bendiga más y más a esas familias, y levante a muchos que imiten su ejemplo. ¡Qué agradable es el contraste con los muchos que infunden la irreligiosidad, la infidelidad y el vicio en sus hijos! Nuestro camino es verdadero, nuestra conducta es buena, cuando están de acuerdo con la palabra de Dios. Podría decirse que este mandamiento de amor cristiano mutuo es un mandamiento nuevo porque fue declarado por el Señor Cristo, pero, en cuanto a su tema, es antiguo. Este es el amor a nuestras almas, que obedezcamos los mandamientos divinos. La visión anticipada de la declinación de este amor, y de otras apostasías o desvíos, puede ser la explicación de esta exhortación del apóstol al deber y la obediencia a este mandamiento con frecuencia y fervor.

Vv. 7—11. Se describen el engañador y su engaño: él trae error acerca de la persona y oficio del Señor Jesús. Tal es un engañador y un anticristo; engaña a las almas y sabotea la gloria y el reino del Señor Cristo. No pensemos que es raro que ahora haya engañadores y opositores del nombre y la dignidad del Señor Cristo, porque los hubo en los tiempos de los apóstoles. —Mientras más abunden los engañadores y los engaños, más alertas deben estar los discípulos. Triste es que los espléndidos logros en la escuela de Cristo se pierdan para siempre. La manera de ganar la recompensa plena es permanecer veraz a Cristo y constante en la religión hasta el final. El aferrarse firme a la verdad cristiana nos une a Cristo, y por Él, también al Padre, porque ellos son uno. Descartemos igualmente a los que no permanecen en la doctrina de Cristo y los que transgreden sus mandamientos. Cualquiera que no profesa ni predica la doctrina de Cristo, respetándole como Hijo de Dios, y la salvación de la culpa y del pecado por medio de Él, no deben ser notados ni tomados en cuenta. Pero en obediencia a este mandamiento debemos demostrar bondad y buen espíritu a los que difieren de nosotros en asuntos menores, pero sostienen firmemente todas las doctrinas importantes de la persona de Cristo y de la santa salvación.

Vv 12, 13. El apóstol refiere muchas cosas a una reunión personal. Pluma y tinta eran medios de fortalecer y consolar al prójimo, pero verse es mejor. La comunión de los santos debe ser mantenida por todos los métodos y debe llevar al gozo mutuo. En la comunión con ellos encontramos mucho de nuestro gozo presente y esperamos la felicidad para siempre.

TERCERA DE JUAN

Esta epístola está dirigida a un convertido gentil. El alcance es elogiar su constancia en la fe y su hospitalidad especialmente para con los ministros de Cristo.

Versículos 1—8. *El apóstol elogia a Gayo por su piedad y hospitalidad.* 9—12. *Le advierte para que no se ponga del lado de Diótrefes, que era un espíritu turbulento, pero recomienda a Demetrio como hombre de carácter excelente.* 13, 14. *Espera ver pronto a Gayo.*

Vv. 1—8. Los que son amados de Cristo, amarán a los hermanos por amor a Él. La prosperidad del alma es la mayor bendición a este lado del cielo. La gracia y la salud son ricas compañías. La gracia empleará la salud. El alma rica puede estar alojada en el cuerpo débil; y la gracia debe, entonces, ejercerse para someterse a tal dispensación. Pero podemos desear y orar que los que tienen almas prósperas puedan tener cuerpos sanos; que su gracia pueda brillar donde aún haya lugar para la actividad. Cuántos profesantes hay, sobre los cuales deben volverse las palabras del apóstol, y debemos desear con fervor y orar que sus almas prosperen, ¡al prosperar su salud y sus circunstancias! —La fe verdadera obrará por amor. Dar un buen informe corresponde a los que reciben el bien; ellos no pueden sino testificar a la iglesia lo que hallaron y sintieron. Los hombres buenos se regocijan en la prosperidad del alma del prójimo; y se alegran al oír de la gracia y la bondad de otros. Así como es gozo para los buenos padres, será un gozo para los buenos ministros ver que su gente adorna su profesión. —Gayo pasó por alto diferencias menores entre cristianos serios y ayudó generosamente a todos los que llevaban la imagen y hacían la obra de Cristo. Fue

recto en lo que hizo como siervo fiel. Las almas fieles pueden oír que se les elogia sin envanecerse; la felicitación de lo que es bueno en ellos, los pone a los pies de la cruz de Cristo. —Los cristianos deben considerar no sólo lo que deben hacer, sino lo que pueden hacer; y deben hacer hasta las cosas corrientes de la vida, de buena voluntad, con buen ánimo, sirviendo en ello a Dios y procurando así su gloria. Los que dan a conocer libremente el evangelio de Cristo, serán ayudados por los demás a quienes Dios da los medios. Los que no pueden proclamarlo pueden recibir, de todos modos, ayuda y sostener a los que sí lo hacen.

Vv. 9—12. Debe vigilarse el corazón y la boca. El temperamento y el espíritu de Diótrefes estaba lleno de orgullo y ambición. Es malo no hacer el bien por nosotros mismos, pero es peor estorbar a los que hacen el bien. Esas advertencias y consejos son aceptados, más probablemente, cuando están sazonados con amor. Seguir lo que es bueno, porque el que hace el bien, deleitándose en ellos, es nacido de Dios. Los malhechores pretenden vanamente o se jactan de conocer a Dios. No sigamos lo que es soberbia, egoísmo y de mala intención, aunque el ejemplo sea dado por personas de alto rango y poder; seamos seguidores de Dios y andemos en amor según el ejemplo de nuestro Señor.

Vv. 13, 14. He aquí el carácter de Demetrio. Un nombre en el evangelio o un buen testimonio de las iglesias es mejor que la honra mundana. Después de todo, de pocos se habla bien después de todo; y, a veces, es malo que sea así. Felices aquellos cuyo espíritu y conducta los elogian ante Dios y los hombres. Debemos estar preparados para darles nuestro testimonio; y bueno es cuando los que elogian, pueden apelar a las conciencias de los que conocen mejor a aquellos que son encomiados. La conversación personal, juntos, ahorra tiempo y evita problemas, y los errores que surgen de las cartas; todos los buenos cristianos pueden alegrarse de verse unos a otros. La bendición es, La paz sea contigo; toda la dicha sea contigo. Muy bien pueden saludarse unos a otros en la tierra los que esperan vivir juntos en el cielo. Juntándose con cristianos e imitanto el ejemplo de ellos, tendremos paz interior y viviremos en paz con los hermanos; nuestras comunicaciones con el pueblo del Señor en la tierra serán gratas y seremos contados con ellos en la gloria eterna.

JUDAS

Esta epístola está dirigida a todos los creyentes del evangelio. Su intención es resguardar a los creyentes contra los falsos maestros que habían empezado a infiltrarse en la Iglesia cristiana, y a diseminar preceptos peligrosos para reducir todo el Cristianismo a una fe sólo de nombre y a una profesión externa del evangelio. Habiendo negado así las obligaciones de la santidad personal, enseñaban a sus discípulos a vivir en sendas pecaminosas y, al mismo tiempo, los halagaban con la esperanza de la vida eterna. Se demuestra el vil carácter de estos seductores y se pronuncia su sentencia, y la epístola concluye con advertencias, amonestaciones y consejos para los creyentes.

Versículos 1—4. *El apóstol exhorta a la constancia en la fe.* 5—7. *El peligro de ser infectado por falsos maestros, y el castigo temible que les será infligido y a sus seguidores.* 8—16. *Una descripción espantosa de los seductores y de su final deplorable.* 17—23. *Se advierte a los*

creyentes a no dejarse sorprender por los engañadores que surgen de entre ellos. 24, 25. *La epístola concluye con una alentadora doxología, o palabras de alabanza.*

Vv. 1—4. Los cristianos son llamados del mundo, de su mal espíritu y temperamento; son llamados a ponerse por sobre el mundo, para cosas más elevadas y mejores, para el cielo, para las cosas invisibles y eternas; llamados del pecado a Cristo, de la vanidad a la seriedad, de la inmundicia a la santidad; y esto conforme al propósito y la gracia divino. Si somos santificados y glorificados, todo el honor y la gloria deben atribuirse a Dios y a Él solo. Como es Dios quien empieza la obra de gracia en las almas de los hombres, así es Él quien la ejecuta y la perfecciona. No confiemos en nosotros ni en nuestra cuota de gracia ya recibida, sino en Él y sólo en Él. La misericordia de Dios es el manantial y la fuente de todo lo bueno que tenemos o esperamos; la misericordia, no sólo para el miserable, sino para el culpable. Luego de la misericordia está la paz, que recibimos del sentido de haber obtenido misericordia. De la paz brota el amor; el amor de Cristo a nosotros, nuestro amor a Él, y nuestro amor fraternal de los unos a los otros. El apóstol ruega no que los cristianos se contenten con poco, sino que su alma y sus asociados puedan estar llenas de estas cosas. Nadie es excluido de la oferta e invitación del evangelio, sino los que obstinada y malvadamente se excluyen a sí mismos. Pero la aplicación es para todos los creyentes y sólo para ellos. Es para el débil y para el fuerte. —Los que han recibido la doctrina de esta salvación común deben contender por ella, *eficazmente* no *furiosamente*. Mentir en favor de la verdad es malo; castigar en nombre de la verdad, no es mejor. Los que han recibido la verdad deben contender por ella como hicieron los apóstoles; sufriendo con paciencia y valor por ella, no haciendo sufrir a los demás, si ellos no aceptan cada noción de lo que llamamos fe o juzgamos importante. Debemos contender eficazmente por la fe oponiéndonos a los que la corrompen o depravan; los que se infiltran sin ser notados; los que reptan como sierpes. Ellos son los peores impíos, los que toman tan atrevidamente la exhortación a pecar porque la gracia de Dios abundó y aún abunda tan maravillosamente, y los que están endurecidos por la magnitud y plenitud de la gracia del evangelio, cuyo designio es librar al hombre del pecado y llevarlo a Dios.

Vv. 5—7. Los privilegios externos, la profesión y la conversión aparente no pueden guardar de la venganza de Dios contra los que se desvían volviéndose a la incredulidad y a la desobediencia. La destrucción de los israelitas incrédulos en el desierto demuestra que nadie debe presumir de sus privilegios. Ellos tuvieron milagros como su pan diario, pero aún así, perecieron en la incredulidad. Un gran número de ángeles no se agradó con los puestos que Dios les asignó; el orgullo fue la causa principal y directa de su caída. Los ángeles caídos están reservados para el juicio del gran día; ¿y los hombres caídos quieren escapar de este? Con toda seguridad que no. Considérese esto en el momento debido. La destrucción de Sodoma es una advertencia a toda voz para todos, para que le prestemos atención, y huyamos de las concupiscencias carnales que batallan contra el alma, 1 Pedro ii, 11. Dios es el mismo Ser puro, justo y santo ahora que entonces. Por lo tanto, temblad y no pequéis, Salmo iv, 4. No descansemos en nada que no someta al alma a la obediencia de Cristo, porque nada sino la renovación de nuestra alma conforme a la imagen divina, que obra el Espíritu Santo, puede impedir que seamos destruidos entre los enemigos de Dios. Considérese el caso de los ángeles y nótese que ninguna dignidad ni valor de criatura sirve. ¡Entonces, cómo debe temblar el hombre que bebe la iniquidad como si fuese agua! Job xv, 16.

Vv. 8—16. Los falsos maestros son soñadores; mancillan grandemente y hieren penosamente el alma. Estos maestros son de mente perturbada y espíritu sedicioso; olvidan que las potestades que hay han sido ordenadas por Dios, Romanos xiii, 1. —En cuanto a la disputa por el cuerpo de Moisés, parece que Satanás deseaba dar a conocer el lugar de su sepulcro a los israelitas para tentarlos a adorarle, pero se le impidió y descargó su furor con blasfemias desesperadas. Esto debe recordar a todos los que discuten, que nunca se hagan acusaciones con lenguaje ofensivo. Además, de aquí

aprendan que debemos defender a los que Dios reconoce. Difícil, si no imposible, es hallar enemigos de la religión cristiana que no vivan, ni hayan vivido, en abierta o secreta oposición a los principios de la religión natural. Aquí son comparados con las bestias aunque a menudo se jactan de ser los más sabios de la humanidad. Ellos se corrompen en las cosas más sencillas y abiertas. La falta reside, no en sus entendimientos sino en sus voluntades depravadas y en sus apetitos y afectos desordenados. —Gran reproche es para la religión, aunque injusto, que los que la confiesen, se opongan a ella de corazón y vida. El Señor remediará esto a su tiempo y a su modo, no a la manera ciega de los hombres que arrancan las espigas de trigo junto con la cizaña. Triste es que los hombres que empezaron en el Espíritu terminen en la carne. Dos veces muertos: ellos estuvieron muertos en su estado natural caído, pero ahora están muertos de nuevo por las pruebas evidentes de su hipocresía. Árboles muertos, ¡por qué cargan al suelo! ¡Fuera con ellos, al fuego! Las olas rugientes son el terror de los pasajeros que navegan, pero cuando llegan a puerto, el ruido y el terror terminan. Los falsos maestros tienen que esperar el peor castigo en este mundo y en el venidero. Brillan como meteoros o estrellas errantes que caen, y luego, se hunden en la negrura de las tinieblas para siempre. —No hay mención de la profecía de Enoc en otra parte de la Escritura; sin embargo, un texto claro de la Escritura prueba cualquier punto que tengamos que creer. De este descubrimos que la venida de Cristo a juzgar fue profetizada tan al principio como fueron los tiempos anteriores al diluvio. El Señor viene: ¡qué tiempo glorioso será! —Fijaos cuán a menudo se repite la palabra "impío". Ahora, muchos no se refieren a los vocablos pío o impío a menos que sea para burlarse aun de las palabras; pero no es así en el lenguaje que nos enseña el Espíritu Santo. Las palabras duras de unos a otros, especialmente si están mal fundamentadas, ciertamente serán tomadas en cuenta en el día del juicio. —Los hombres malos y seductores se enojan con todo lo que sucede, y nunca están contentos con su propio estado y condición. Su voluntad y su fantasía son su única regla y ley. Los que complacen sus apetitos pecaminosos tienden más a rendirse a las pasiones ingobernables. Los hombres de Dios, desde el comienzo del mundo, han declarado la condena que se les denunció. Evitemos a los tales. Tenemos que seguir a los hombres que sólo siguen a Cristo.

Vv. 17—23. Los hombres sensuales se separan de Cristo y de su Iglesia, y se unen al diablo, al mundo y a la carne, con prácticas impías y pecaminosas. Esto es infinitamente peor que separarse de cualquier rama de la iglesia visible por cuestión de opiniones o modos y circunstancias de gobierno externo o de la adoración. Los hombres sensuales no tienen el espíritu de santidad, y quienquiera no lo tenga, no pertenece a Cristo. La gracia de la fe es santa hasta lo sumo, porque obra por amor, purifica el corazón y vence al mundo por lo cual se distingue de la fe falsa y muerta. Muy probablemente prevalezcan nuestras oraciones cuando oramos en el Espíritu Santo, bajo su dirección y poder, conforme a la regla de su palabra, con fe, fervor y anhelo; esto es orar en el Espíritu Santo. La fe en la expectativa de vida eterna nos armará contra las trampas del pecado: la fe viva en esta bendita esperanza nos ayudará a mortificar nuestras concupiscencias. —Debemos vigilarnos los unos a los otros; fielmente, pero con prudencia para reprobarnos los unos a los otros, y a dar buen ejemplo a todos los que nos rodean. Esto debe hacerse con compasión, diferenciando entre el débil y el soberbio. Debemos tratar a algunos con ternura. A otros, salvar con temor; enfatizando los terrores del Señor. Todas los esfuerzos deben realizarse con aborrecimiento decidido de los delitos, cuidándonos de evitar todo lo que lleve a la comunión con ellos, o que haya estado conectado con ellos, en obras de tinieblas, manteniéndonos lejos de lo que es malo o parece serlo.

Vv. 24, 25. Dios es poderoso, y tan dispuesto como poderoso, para impedir que caigamos y para presentarnos sin defecto ante la presencia de su gloria. No como quienes nunca hubiesen faltado, sino como quienes, por la misericordia de Dios, y los sufrimientos y los méritos de un Salvador, hubieran sido, en su gran mayoría, justamente condenados hace mucho tiempo. Todos los creyentes sinceros le fueron dados por el Padre; y de todos los así dados, Él no perdió a ninguno, ni perderá a ninguno. Ahora, nuestras faltas nos llenan de temores, dudas y tristeza, pero el Redentor se ha

propuesto que su pueblo sea presentado sin defecto. Donde no hay pecado, no habrá pena; donde hay perfección de santidad, habrá perfección de gozo. Miremos con más frecuencia a Aquel que es capaz de impedir que caigamos, de mejorar y de mantener la obra que ha empezado en nosotros hasta que seamos presentados sin culpa delante de la presencia de su gloria. Entonces, nuestros corazones conocerán un gozo más allá del que puede permitir la tierra; entonces Dios también se regocijará por nosotros y se completará el gozo de nuestro compasivo Salvador. Al que ha formado el plan tan sabiamente, y que lo cumplirá fiel y perfectamente, a Él sea la gloria y la majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.

APOCALIPSIS

El Libro del Apocalipsis de San Juan consiste de dos partes principales. —1. Relata "las cosas que son", esto es, el estado entonces presente de la Iglesia, que contiene la epístola de Juan a las siete iglesias, y su relato de la manifestación del Señor Jesús y su orden para que el apóstol escriba lo que vio, capítulo i, 9–20. También, los sermones o epístolas a las siete iglesias de Asia. Indudablemente se refieren al estado de las respectivas iglesias, como existían entonces, pero contienen excelentes preceptos y exhortaciones, recomendaciones y reprensiones, promesas y amenazas aptas para instruir a la Iglesia cristiana de todos los tiempos. —2. Contiene una profecía de "las cosas que deben suceder pronto", y describe el estado futuro de la Iglesia, desde la época en que el apóstol contempló las visiones aquí registradas. Está concebida para nuestra mejoría espiritual; para advertir al pecador descuidado, para señalar el camino de salvación al que despertado pregunta, para edificar al creyente débil, consolar al cristiano afligido y tentado, y podemos agregar especialmente, para fortalecer a los mártires de Cristo sometidos a las crueles persecuciones y sufrimientos infligidos por Satanás y sus seguidores.

CAPÍTULO I

Versículos 1—3. *El origen y designio divino e importancia de este libro.* 4—8. *El apóstol Juan saluda a las siete iglesias de Asia.* 9—11. *Declara cuándo, dónde y cómo se le hizo la revelación.* 12—20. *Visión, en que vio aparecer a Cristo.*

Vv. 1—3. Este libro es la revelación de Jesucristo; toda la Biblia lo es, porque toda revelación viene por medio de Cristo y todo se relaciona con Él. Su tema principal es exponer los propósitos de Dios acerca de los asuntos de la Iglesia y de las naciones según se relacionan con ella, y del fin del mundo. Todo esto ocurrirá con toda seguridad y empezarán a suceder dentro de muy poco tiempo. Aunque Cristo mismo es Dios y tiene luz y vida en sí, sin embargo, como Mediador entre Dios y el

hombre, recibe instrucciones del Padre. A Él debemos el conocimiento de lo que tenemos que esperar de Dios y de lo que Él espera de nosotros. El tema de esta revelación eran las cosas que deben suceder pronto. Se pronuncia una bendición para todos los que leen o escuchan las palabras de esta profecía. Buena ocupación tienen los que investigan la Biblia. No basta con leer y oír, pero debemos mantener en nuestra memoria, en nuestra mente, en nuestros afectos y en la práctica, las cosas que están escritas y seremos bendecidos en la obra. Aun los misterios y las dificultades de este libro están unidos con revelaciones de Dios, adecuadas para imprimir en la mente un temor reverente y para purificar el alma del lector, aunque puede que éste no discierna el significado profético. Ninguna parte de la Escritura expone más plenamente el evangelio y advierte mejor contra el mal del pecado.

Vv. 4—8. No puede haber verdadera paz donde no hay verdadera gracia; donde va primero la gracia, seguirá la paz. Esta bendición es en el nombre de Dios, de la Santa Trinidad, es un acto de adoración. Primero se nombra al Padre, descrito como el Señor, que es, el que era y ha de venir, eterno, inmutable. El Espíritu Santo es llamado los siete espíritus, el perfecto Espíritu de Dios, en quien hay diversidad de dones y operaciones. El Señor Jesucristo fue desde la eternidad, un Testigo de todos los consejos de Dios. Él es el Primogénito de los muertos, que por su poder resucitará a su pueblo. Él es el Príncipe de los reyes de la tierra; por Él son derogados sus consejos y ante Él son ellos responsables de rendir cuentas. El pecado deja una mancha de culpa y contaminación en el alma. Nada puede quitar esta mancha, sino la sangre de Cristo, y Cristo derramó su propia sangre para satisfacer la justicia divina, y comprar el perdón y la pureza para su pueblo. —Cristo ha hecho de los creyentes reyes y sacerdotes para Dios y su Padre. Como tales ellos vencen al mundo, mortifican el pecado, gobiernan sus propios espíritus, resisten a Satanás, prevalecen con Dios en oración y juzgarán al mundo. Él los ha hecho sacerdotes, les ha dado acceso a Dios, los ha capacitado para ofrecer sacrificios espirituales aceptables, y por estos favores ellos tienen que darle dominio y gloria para siempre. —Él juzgará al mundo. Llama la atención hacia ese gran día en que todos veremos la sabiduría y la felicidad de los amigos de Cristo y la locura y desdicha de sus enemigos. Pensemos frecuentemente en la segunda venida de Cristo. Él vendrá para terror de quienes le hieren y crucifican de nuevo en su apostasía; Él vendrá para asombro de todo el mundo de los impíos. Él es Principio y Fin; todas las cosas son de Él y para Él; Es el Todopoderoso; el mismo Eterno e Inmutable. Si deseamos ser contados con sus santos en la gloria eterna, debemos someternos ahora voluntariamente a Él, recibirle, y honrarle como Salvador, al que creemos vendrá a ser nuestro Juez. ¡Ay, que hubiera muchos que desearan no morir nunca, y que no hubiera un día de juicio!

Vv. 9—11. Consuelo del apóstol es que no sufrió como malhechor, sino por el testimonio de Jesús, por dar testimonio de Cristo como el Emanuel, el Salvador; el Espíritu de gloria y de Dios reposó sobre este perseguido apóstol. El día y la hora de esta visión fue el día del Señor, el día de reposo cristiano, el primer día de la semana, observado en memoria de la resurrección de Cristo. Nosotros, que le llamamos "nuestro Señor", debemos honrarle en su propio día. El nombre muestra cómo debe observarse este día sagrado; el día del Señor debe ser dedicado absolutamente al Señor y ninguna de sus horas debe emplearse en forma sensual, mundana o en diversiones. —Él estaba en una actitud seria, celestial, espiritual, bajo la influencia de la gracia del Espíritu de Dios. Los que deseen disfrutar de la comunión con Dios en el día del Señor, deben procurar sacar sus pensamientos y afectos de las cosas terrenales. Si a los creyentes se les impide observar el día santo del Señor con las ordenanzas públicas y la comunión de los santos, por necesidad y no por propia opción, pueden buscar consuelo en la meditación y los deberes secretos de la influencia del Espíritu; oyendo la voz y contemplando la gloria de su amado Salvador, de cuyas palabras de gracia y poder no los puede separar confinamiento alguno ni ninguna circunstancia externa. Se nos da una alarma con el sonido de la trompeta, y luego, el apóstol oyó la voz de Cristo.

Vv. 12—20. Las iglesias reciben su luz de Cristo y del evangelio, y la muestran a otros. Ellas son los candeleros de oro; deben ser preciosas y puras; no sólo los ministros, sino los miembros de ellas; así debe brillar su luz delante de los hombres, como para llevar a otros a dar gloria a Dios. El apóstol vio como si el Señor Jesucristo apareciera en medio de los candeleros de oro. Él siempre está con sus iglesias, hasta el fin del mundo, llenándolas con luz, vida, y amor. Estaba vestido con un manto hasta los pies, quizá representando su justicia y su sacerdocio, como Mediador. Esta vestimenta estaba ceñida con un cinto de oro, que puede denotar cuán preciosos son su amor y afecto por su pueblo. Su cabeza y cabellos blancos como lana y nieve puede representar su majestad, pureza y eternidad. Sus ojos como llamas de fuego pueden representar su conocimiento de los secretos de todos los corazones y de los sucesos más distantes. Sus pies, como de bronce bruñido que arde en un horno, pueden denotar la firmeza de sus designios y la excelencia de sus procedimientos. Su voz, como el sonido de muchas aguas, puede representar el poder de su palabra, para quitar o destruir. Las siete estrellas eran símbolo de los ministros de las siete iglesias a las cuales tenía que escribir el apóstol, y a quienes Cristo sostenía y mandaba. La espada representa su justicia y su palabra, que alcanza hasta dividir alma y espíritu, Hebreos iv, 12. Su rostro era como el sol, cuando brilla clara y fuertemente; su fuerza demasiado brillante y cegadora para que la contemplen los ojos mortales. —El apóstol estaba sobrecogido con la grandeza del lustre y la gloria con que apareció Cristo. Nosotros bien podemos estar contentos con andar por fe mientras estemos aquí en la tierra. El Señor Jesús dijo palabras de consuelo: No temas. Palabras de instrucción, diciendo quién era el que así aparecía. Su naturaleza divina: el Primero y el Último. Sus sufrimientos anteriores: estuve muerto: el mismo a quien vieron en la cruz sus discípulos. Su resurrección y vid: he vencido a la muerte y soy partícipe de vida eterna. Su oficio y autoridad: el dominio soberano en el mundo invisible y sobre él, como el Juez de todo, de cuya sentencia no hay apelación. Escuchemos la voz de Cristo y recibamos las prendas de su amor, porque ¿qué puede ocultar de aquellos por cuyos pecados murió? Entonces obedezcamos su palabra y entreguémonos totalmente a aquel que dirige rectamente todas las cosas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *Las epístolas a las iglesias de Asia, con advertencias y exhortaciones.—A la iglesia de Éfeso.* 8—11. *A la iglesia de Esmirna;* 12—17, *a la de Pérgamo;* 18—29, *y la de Tiatira.*

Vv. 1—7. Estas iglesias estaban en tan diferentes estados de pureza de doctrina y poder de la piedad que las palabras de Cristo para ellas siempre vendrán bien al caso de otras iglesias y creyentes. Cristo conoce y observa el estado de ellas; aunque está en el cielo, de todos modos anda en medio de sus iglesias en la tierra, observando lo que está mal en ellas y qué les falta. —La iglesia de Éfeso es elogiada por la diligencia en el deber. Cristo lleva la cuenta de cada hora de trabajo que sus siervos hacen para Él, y su trabajo en el Señor no será en vano. Pero no es suficiente que seamos diligentes; debe haber paciencia para soportar, y debe haber paciencia para esperar. Aunque debemos mostrar toda mansedumbre a todos los hombres, sin embargo, debemos mostrar justo celo contra sus pecados. El pecado de que Cristo acusa a esta iglesia no es que hubiera dejado y abandonado al objeto de amor, sino que ha perdido el grado de fervor que al principio tuvo. Cristo está descontento con su pueblo cuando los ve ponerse remisos y fríos para con Él. Es seguro que esta mención en la Escritura, de los cristianos que abandonan su primer amor, es un reproche para los que hablan de esto con negligencia, y así, tratan de excusar la indiferencia y pereza en ellos mismos y en otros; nuestro Salvador considera pecaminosa esa indiferencia. Deben arrepentirse; deben dolerse y avergonzarse por su pecaminosa declinación y confesarla humildemente ante los ojos de Dios. Deben proponerse recuperar su primer celo, ternura y fervor y deben orar tan fervorosamente, y

velar tan diligentemente, como cuando entraron al principio en los caminos de Dios. Si la presencia de la gracia y del Espíritu de Cristo es descuidada, podemos esperar la presencia de su desagrado. Se hace una mención alentadora de lo que era bueno en ellos. La indiferencia hacia la verdad y el error, hacia lo bueno y lo malo, puede llamarse caridad y mansedumbre, pero no es así, y desagrada a Cristo. La vida cristiana es una guerra contra el pecado, contra Satanás, el mundo y la carne. Nunca debemos ceder ante nuestros enemigos espirituales, y entonces, tendremos un glorioso triunfo y recompensa. Todos los que perseveren, recibirán de Cristo, como el Árbol de la vida, la perfección y la confirmación de la santidad y la felicidad, no en el paraíso terrenal, sino en el celestial. —Esto es una expresión figurada, tomada del relato del huerto de Edén, que significa los goces puros, satisfactorios y eternos del cielo; y la espera de ellos en este mundo, por fe, en comunión con Cristo y con las consolaciones del Espíritu Santo. Creyentes, tomad de aquí vuestra vida de lucha, y esperad y aguardad una vida tranquila en el más allá; pero no hasta entonces: la palabra de Dios nunca promete que aquí tendremos tranquilidad y libertad completa de los conflictos.

Vv. 8—11. Nuestro Señor Jesús es el Primero, porque por Él fueron hechas todas las cosas; Él estaba con Dios antes de todas las cosas, y es Dios mismo. Él es el Último, porque será el Juez de todos. —Como Primero y Último, que estuvo muerto y vivió, es el Hermano y Amigo del creyente, debe ser rico en la pobreza más profunda, honorable en medio de la más profunda humillación, y feliz sometido a la más pesada tribulación, como la iglesia de Esmirna. Muchos de los ricos de este mundo, son pobres en cuanto al venidero; y algunos que son pobres por fuera, son ricos por dentro; ricos en fe, en buenas obras, ricos en privilegios, ricos en dones, ricos en esperanza. Donde hay abundancia espiritual, la pobreza externa puede soportarse bien; cuando el pueblo de Dios es empobrecido en cuanto a esta vida, por amor de Cristo y la buena conciencia, Él los compensa en todo con riquezas espirituales. Cristo arma contra las tribulaciones inminentes. No temáis nada de estas cosas; no sólo prohibáis el temor servil, sino sometedlo proporcionando al alma fortaleza y valor. Será para probarlos, no para destruirlos. —Nótese la certeza de la recompensa: “Te daré”; ellos tendrán la recompensa de la mano misma de Cristo. Además, cuán adecuada es: “la corona de la vida”; la vida gastada a su servicio o entregada a su causa, será recompensada con una vida mucho mejor, la que será eterna. La muerte segunda es indeciblemente peor que la primera, tanto en sus agonías como por ser eterna: indudablemente es espantoso morir y estar muriendo siempre. Si un hombre es librado de la segunda muerte y de la ira venidera, puede soportar con paciencia lo que encuentre en este mundo.

Vv. 12—17. La palabra de Dios es una espada, capaz de cortar pecado y pecadores. Gira y corta por todas partes, pero el creyente no tiene que temer esta espada; aunque la confianza no puede recibir respaldo sin una obediencia constante. Como nuestro Señor nota todas las ventajas y oportunidades que tenemos para cumplir nuestro deber en los lugares donde habitamos, así nota nuestras tentaciones y desalientos por las mismas causas. En una situación de prueba, la iglesia de Pérgamo no negó la fe, ni por apostasía franca, ni por ceder a fin de evitar la cruz. Cristo elogia su firmeza, pero reprende sus faltas pecaminosas. Una visión equivocada de la doctrina del evangelio y de la libertad cristiana era la raíz de amargura de la cual surgieron malas costumbres. El arrepentimiento es el deber de las iglesias y cuerpos de hombres, y de las personas particulares: los que pecan juntos, deben arrepentirse juntos. —Aquí está la promesa de favor para los que venzan. Las influencias y las consolaciones del Espíritu de Cristo descienden desde el cielo al alma, para apoyarla. Esto está oculto del resto del mundo. —El nombre nuevo es el nombre de la adopción: cuando el Espíritu Santo muestra su obra en el alma del creyente, él comprende el nombre nuevo y su verdadera importancia.

Vv. 18—29. Aunque el Señor conoce las obras de su pueblo, que son hechas en amor, fe, celo y paciencia, si sus ojos, que son como de fuego llameante, los ve cometiendo o permitiendo lo que es

malo, los reprenderá, corregirá o castigará. —Aquí hay alabanza del ministerio y del pueblo de Tiatira de parte de Aquel que conocía los principios por los cuales ellos actuaban. Ellos se pusieron más sabios y mejores. Todos los cristianos deben desear fervientemente que sus últimas obras sean las mejores. Pero esta iglesia convivía con unos seductores malvados. Dios es conocido por los juicios que ejecuta; por esto, sobre los seductores, muestra su certero conocimiento de los corazones de los hombres, de sus principios, designios, disposición y temperamento. Se da aliento a los que se mantenían puros e incontaminados. —Peligroso es despreciar el misterio de Dios y tan peligroso como recibir los misterios de Satanás. Cuidémonos de las profundidades de Satanás, de las cuales los que menos las conocen son los más dichosos. ¡Qué tierno es Cristo con sus siervos fieles! Él no pone carga sobre sus siervos sino lo que es para su bien. Hay una promesa de amplia recompensa para el creyente perseverante y victorioso; también, conocimiento y sabiduría apropiados para su poder y dominio. Cristo trae consigo al alma el día, la luz de la gracia y la gloria en su presencia y su gozo, su Señor y Salvador. Después de cada victoria sigamos con nuestra ventaja contra el enemigo para que podamos vencer y mantener las obras de Cristo hasta el final.

CAPÍTULO III

Versículos 1—6. *Epístola a la iglesia de Sardis.* 7—13. *A la de Filadelfia.* 14—22. *A la de Laodicea.*

Vv. 1—6. El Señor Jesús es el que tiene al Espíritu Santo con todos sus poderes, gracias y operaciones. La hipocresía y un lamentable deterioro de la religión son los pecados de que acusa a Sardis, Aquel que conocía bien a esa iglesia y todas sus obras. Las cosas externas parecían bien a los hombres, pero ahí había sólo la forma de la piedad, no el poder; un nombre que vive, pero no un principio de vida. Había gran mortandad en sus almas y en sus servicios; cantidades que eran totalmente hipócritas, otros que estaban viviendo en forma desordenada y muerta. Nuestro Señor los llamó a ponerse alertas contra sus enemigos y activos, y fervientes en sus deberes; y a proponerse, dependiendo de la gracia del Espíritu Santo, a revivir y fortalecer la fe y los afectos espirituales de los aún vivos para Dios, aunque en decadencia. Perdemos terreno cada vez que bajamos la guardia. —Tus obras son huecas y vacías; las oraciones no están llenas de santos deseos, las limosnas no son obras llenas de caridad verdadera, los días de reposo no están llenos de devoción del alma adecuada para Dios. No hay afectos internos adecuados para los actos y expresiones externas; cuando falta el espíritu, la forma no permanece por mucho tiempo. Al procurar un avivamiento en nuestra alma o en las de otros, debemos comparar lo que profesamos con la manera en que vivimos, para ser humillados y vivificados y tomar firmemente lo que queda. Cristo enfatiza con una temible amenaza su consejo, si fuera despreciado. —Sin embargo, nuestro amado Señor no deja a estos pecadores sin algo de aliento. Hace una honrosa mención del remanente fiel de Sardis, formula una promesa de gracia para ellos. El que venza será vestido con vestiduras blancas; la pureza de la gracia será recompensada con la pureza perfecta de la gloria. Cristo tiene su libro de la vida, un registro de todos los que heredarán la vida eterna; el libro de memorias de todos los que viven para Dios, y mantienen la vida y el poder de la piedad en los malos tiempos. Cristo sacará este libro de la vida y mostrará los nombres de los fieles, ante Dios, y ante todos los ángeles en el gran día.

Vv. 7—13. El mismo Señor Jesús tiene la llave del gobierno y autoridad en la Iglesia y sobre ella. Abre una puerta de oportunidad a sus iglesias; abre una puerta de predicación a sus ministros; abre una puerta de entrada, abre el corazón. Él cierra la puerta del cielo al necio que se duerme en el día de la gracia; y a los hacedores de iniquidad, por vanos y confiados que sean. —Elogia a la iglesia de Filadelfia, pero con un suave reproche. Aunque Cristo acepta un poco de fuerza los creyentes, no

deben, sin embargo, quedar satisfechos con un poquito, sino esforzarse para crecer en gracia, para ser fuertes en la fe, dando gloria a Dios. Cristo puede descubrir este, su favor, a su pueblo, de modo que sus enemigos se vean forzados a reconocerlo. Por la gracia de Cristo esto ablandará a sus enemigos y les hará desear ser admitidos a la comunión con su pueblo. Cristo promete preservar la gracia en las épocas de mayor prueba, como premio por la fidelidad pasada: al que tiene le será dado. Los que sostienen el evangelio en una época de paz, serán sostenidos por Cristo en la hora de la tentación, y la misma gracia divina que los ha hecho fructificar en tiempos de paz, los hará fieles en los tiempos de persecución. Cristo promete una gloriosa recompensa al creyente victorioso. Él será un pilar monumental del templo de Dios; un monumento a la poderosa gracia gratuita de Dios; un monumento que nunca será borrado ni quitado. Sobre este pilar será escrito el nombre nuevo de Cristo; por esto se manifestará bajo quien dio el creyente la buena batalla, y salió victorioso.

Vv. 14—22. Laodicea era la última y la peor de las siete iglesias de Asia. Aquí nuestro Señor Jesús se presenta a sí como “el Amén”: uno constante e inmutable en todos sus propósitos y promesas. —Si la religión vale algo, lo vale todo. Cristo espera que los hombres sean fervorosos. ¡Cuántos hay que profesan la doctrina del evangelio y no son fríos ni calientes! Salvo que sean indiferentes en las cosas necesarias, y calientes y fieros en los debates de cosas de menor importancia. Se promete un severo castigo. —Ellos darán una falsa impresión del cristianismo como si fuera una religión impía, mientras otros concluirán que no permite una satisfacción real, de lo contrario sus profesantes no pondrían tan poco corazón en ella, o no estarían tan dispuestos a buscar placer o felicidad en el mundo. —Una causa de esta indiferencia e incoherencia en la religión es el orgullo y el engaño de sí mismo: “Porque dices”. ¡Qué diferencia hay entre lo que ellos piensan de sí mismos y lo que Cristo piensa de ellos! ¡Cuánto cuidado debemos tener para no engañar a nuestra propia alma! En el infierno hay muchos que pensaron que iban bien adelantados en el camino al cielo. Roguemos a Dios que no seamos entregados a halagarnos y engañarnos. Los profesantes se enorgullecieron a medida que se ponían carnales y formales. El estado de ellos era miserable de por sí. Eran pobres; realmente pobres cuando decían y pensaban que eran ricos. No podían ver su estado, su camino ni su peligro, pero pensaban que los veían. No tenían el manto de la justificación ni de la santificación: estaban desnudos al pecado y a la vergüenza; la justicia de ellos no era sino trapo de inmundicias; trapos que no los cubrirían; trapos de inmundicia que los contaminaban. Estaban desnudos, sin casa ni techo, porque estaban sin Dios, el Único en quien puede el alma hallar reposo y seguridad. —Cristo aconsejó bien a esta gente pecadora. Dichosos son los que aceptan su consejo, porque todos los que no los aceptan deben perecer en sus pecados. Cristo les deja saber dónde pueden tener verdaderas riquezas y cómo pueden tenerlas. Deben dejar algunas cosas, pero nada de valor; y esto es sólo para dar lugar a recibir riquezas verdaderas. Abandónese el pecado y la confianza en sí mismo, para que pueda ser llenado con su tesoro oculto. Tienen que recibir de Cristo ese ropaje blanco que Él compró y proveyó para ellos: Su propia justicia imputada para justificación, y las vestiduras de la santidad y la santificación. Que ellos se entreguen a su palabra y a su Espíritu, y sus ojos serán abiertos para que vean su camino y su final. Examinémonos por la regla de su palabra y oremos con fervor por la enseñanza de su Espíritu Santo para que quite nuestra soberbia, los prejuicios y las concupiscencias carnales. Los pecadores debieran tomar las reprensiones de la palabra y de la vara de Dios como señales de su amor por sus almas. Cristo quedó afuera; llama por los tratos de su providencia, las advertencias y las enseñanzas de su palabra y la obra de su Espíritu. Cristo, con su palabra y Espíritu, y por gracia, aún sigue viniendo a la puerta del corazón de los pecadores. Los que le abran disfrutarán de su presencia. Si los que encuentre sirven sólo para una pobre fiesta, lo que Él trae la hará rica. Él dará una nueva provisión de gracia y consuelos. —En la conclusión se halla la promesa para el creyente vencedor. El mismo Cristo tuvo tentaciones y conflictos; los venció a todos y fue más que vencedor. Los que son como Cristo en sus pruebas, serán hechos como Él en gloria. —Todo termina con el pedido de atención general. Estos consejos,

aunque aptos para las iglesias a los cuales se dirigieron, son profundamente interesantes para todos los hombres.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—8. *Una visión de Dios, en su glorioso trono, alrededor del cual había veinticuatro ancianos y cuatros seres vivientes.* 9—11. *Sus cánticos, y los de los santos ángeles, oyó el apóstol.*

Vv. 1—8. Después que el Señor Jesús hubo instruido al apóstol para que escribiera “las cosas que son” a las iglesias, hubo otra visión. El apóstol vio un trono puesto en el cielo, un emblema del dominio universal de Jehová. Vio a Uno glorioso en el trono, no descrito por rasgos humanos, como para ser representado por una semejanza o imagen, sino sólo por su fulgor sin igual. Estos parecen símbolos de la excelencia de la naturaleza divina, y de la temible justicia de Dios. El arco iris es un símbolo apropiado del pacto de promesas que Dios ha hecho con Cristo, como Cabeza de la Iglesia, y con todo su pueblo en Él. El color dominante era un verde agradable, mostrando la naturaleza revivida y refrescante del nuevo pacto. —Había veinticuatro asientos alrededor del trono donde estaban veinticuatro ancianos, que probablemente, representan a toda la Iglesia de Dios. Que estuvieran sentados significa honra, reposo y satisfacción; que ellos estén sentados alrededor del trono significa la cercanía a Dios, la vista y el deleite que tienen en Él. Los ancianos visten ropajes blancos; la justicia imputada a los santos, y su santidad: tenían en sus cabezas coronas de oro, significando la gloria que tienen con Él. Rayos y voces salían del trono; las temibles declaraciones que hace Dios a su iglesia acerca de su soberana voluntad y placer. —Había siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono; los dones, las gracias y las operaciones del Espíritu de Dios en las iglesias de Cristo, dispensadas conforme a la voluntad y al placer del que se sienta en el trono. En la Iglesia del evangelio, el lavacro para la purificación es la sangre del Señor Jesucristo, que limpia de todo pecado. En esta deben ser lavados todos para ser admitidos por gracia en la presencia de Dios en la tierra, y ante su gloriosa presencia en el cielo. —El apóstol vio a cuatro seres vivientes entre el trono y el círculo de los ancianos, puestos entre Dios y la gente. Estos parecieran significar a los verdaderos ministros del evangelio por su lugar entre Dios y la gente. También esto lo señala la descripción que se da, la cual significa sabiduría, valor, diligencia y discreción, y los afectos por los cuales suben al cielo.

Vv. 9—11. Todos los creyentes verdaderos atribuyen su redención y conversión, sus privilegios presentes y esperanzas futuras al eterno y supremamente santo Dios. Así suben al cielo los cánticos agradecidos y por siempre armoniosos de los redimidos. En la tierra hagamos como ellos, que nuestras alabanzas sean constantes, ininterrumpidas, unidas, indivisas, agradecidas, no frías ni formales; humildes y no confiadas en sí mismas.

CAPÍTULO V

Versículos 1—7. *Un libro sellado con siete sellos, que no puede ser abierto por nadie sino Cristo, que toma el libro y lo abre.* 8—14. *Todo honor se atribuye a Él, como digno de abrirlo.*

Vv. 1—7. El apóstol vio en la mano del que estaba sentado en el trono un rollo de pergaminos, de la forma habitual de aquellos tiempos, y sellado con siete sellos. Representaba los propósitos secretos de Dios que iban a ser revelados. Los designios y los métodos de la providencia divina para la Iglesia y el mundo están establecidos, determinados y quedan por escrito. Los consejos de Dios están por entero ocultos de los ojos y del entendimiento de la criatura. No se quita el sello ni se abren de inmediato las diversas partes del rollo, sino una parte después de la otra, hasta que todo el misterio del consejo y conducta de Dios esté consumado en el mundo. —Las criaturas no pueden abrirlo ni leerlo; sólo el Señor puede hacerlo. Los que más ven de Dios desean ver más; y los que han visto su gloria desean conocer su voluntad. Pero hasta los hombres buenos pueden estar demasiado anhelantes y apresurados por escudriñar los misterios de la conducta divina. Tales deseos se convierten en lamento y pesar si no son contestados pronto. —Si Juan lloró mucho porque no podía leer el libro de los decretos de Dios, ¡cuánta razón tienen muchos para derramar ríos de lágrimas por su ignorancia del evangelio de Cristo del cual depende la salvación eterna! —Nosotros no tenemos que llorar por no poder prever sucesos futuros acerca de nosotros en este mundo; la ansiosa expectativa de las perspectivas futuras o la previsión de calamidades venideras nos haría, por igual, ineptos para nuestros deberes y conflictos presentes o volverían inquietantes nuestros días de prosperidad. Pero podemos desear saber, por las promesas y profecías de la Escritura, cuál será el suceso final para los creyentes y para la Iglesia; que el Hijo encarnado ha prevalecido para que aprendamos todo lo que necesitamos saber. —Cristo está como Mediador entre Dios y los ministros y el pueblo. Se le llama León, pero aparece como Cordero inmolado. Aparece con las marcas de sus sufrimientos para mostrar que intercede por nosotros en el cielo en virtud de la satisfacción que hizo. Aparece como Cordero, con siete cuernos y siete ojos: el poder perfecto para ejecutar toda la voluntad de Dios, y la sabiduría perfecta para entenderla y hacerla en la manera más eficaz. El Padre puso el libro de sus eternos consejos en la mano de Cristo y Cristo lo tomó, rápida y alegremente, en su mano: porque se deleita en dar a conocer la voluntad de su Padre; y Él da el Espíritu Santo para revelar la verdad y la voluntad de Dios.

Vv. 8—14. Es tema de gozo para todo el mundo ver que Dios trata con los hombres con gracia y misericordia por medio del Redentor. Él gobierna el mundo, no sólo como Creador, sino como nuestro Salvador. Las arpas eran instrumentos de alabanza; los vasos estaban llenos de perfume o incienso, que representan las oraciones de los santos: la alabanza y la oración siempre deben ir juntas. Cristo ha redimido a su pueblo de la esclavitud del pecado, de la culpa y de Satanás. No sólo ha comprado libertad para ellos sino la honra y la más alta preferencia; los ha hecho reyes y sacerdotes; reyes, para que reinen sobre sus propios espíritus y para vencer al mundo y al maligno; y los hace sacerdotes dándoles acceso a Él mismo, y libertad para ofrecer sacrificios espirituales. —¡Qué palabras podrían declarar más plenamente que Cristo es, y debe ser, adorado igualmente con el Padre por todas las criaturas por toda la eternidad! Dichosos los que adorarán y alabarán en el cielo, y que por siempre bendecirán al Cordero que los libró y los apartó para sí por su sangre. ¡Cuán digno eres tú, oh Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de nuestras alabanzas más excelsas! Todas las criaturas deben proclamar tu grandeza y adorar tu majestad.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—8. *Apertura de los sellos.—El primero, segundo, tercero y cuarto.* 9—11. *El quinto.* 12—17. *El sexto.*

Vv. 1—8. Cristo, el Cordero, abre el primer sello. Nótese que sale un jinete en un caballo blanco. Al salir este caballo blanco parece que la intención es un tiempo de paz, o el progreso temprano de la

religión cristiana; su salida con pureza en el tiempo en que su Fundador celestial mandó a sus apóstoles a enseñar a todas las naciones, agregando: ¡He aquí!, Yo estoy siempre con vosotros hasta el fin del mundo. La religión divina sale coronada, teniendo el favor divino sobre ella, armada espiritualmente contra sus enemigos, y destinada a ser victoriosa al final. —Al abrir el segundo sello, aparece un caballo bermejo que significa juicios que hacen estragos. La espada de la guerra y la persecución es un juicio temible; quita la paz de la tierra, una de las mayores bendiciones; y los hombres que debieran amarse los unos a los otros, y ayudarse los unos a los otros, se dedican a matarse los unos a los otros. Tales escenas también siguieron a la pura era del cristianismo temprano, cuando, desechando la caridad y el vínculo de la paz, los líderes cristianos se dividieron entre sí, apelaron a la espada y se enredaron en la culpa. —Al abrir el tercer sello, apareció un caballo negro: color que denota luto y ayes, tinieblas e ignorancia. El que lo montaba tenían un yugo [balanza en la versión 1960 de la Biblia] en su mano. Se hicieron intentos de poner un yugo de observancias supersticiosas a los discípulos. Al ir fluyendo el torrente del cristianismo y alejándose de su pura fuente, se fue corrompiendo más y más. Durante el avance de este caballo negro, las necesidades de la vida estarían a precios exagerados y las cosas más costosas no debían ser dañadas. Conforme al lenguaje profético, estos artículos significaban el alimento del saber religioso, por el cual se sustentan las almas de los hombres para la vida eterna; tales como los que somos invitados a comprar, Isaías lv, 1. Pero cuando se desparraman sobre el mundo cristiano las nubes negras de la ignorancia y la superstición, denotadas por el caballo negro, el conocimiento y la práctica de la religión verdadera se vuelve escaso. Cuando la gente odia su alimento espiritual, Dios puede privarlos, con justicia, de su pan diario. El hambre de pan es un juicio terrible, pero el hambre de la palabra lo es más. —Al abrir el cuarto sello, salió otro caballo, de color amarillo, pálido. El jinete era la muerte, el rey de los terrores. Los asistentes o seguidores de este rey de los terrores, el infierno, el estado de la miseria eterna para todos los que mueren en sus pecados; en las épocas de la destrucción general, son multitudes las que se van a la fosa sin estar preparados. El período del cuarto sello es uno de gran carnicería y devastación, que destruye lo que pueda traer felicidad a la vida, asolando las vidas espirituales de los hombres. Así, pues, el misterio de iniquidad fue completado, y su poder extendidos sobre las vidas y las conciencias de los hombres. No se puede discernir las fechas exactas de estos cuatro sellos, porque los cambios fueron graduales. —Dios les dio poder, esto es, los hizo instrumentos de su ira o de juicios: todas las calamidades públicas están bajo su mando; sólo avanzan cuando Dios las manda y no van más allá de lo que Él permite.

Vv. 9—11. La visión del apóstol al abrirse el quinto sello fue muy impresionante. Vio las almas de los mártires debajo del altar; al pie del altar del cielo, a los pies de Cristo. Los perseguidores sólo pueden matar el cuerpo; después de eso, no es más lo que pueden hacer; el alma vive. Dios ha provisto un buen lugar en el mundo mejor para los que son fieles hasta la muerte. No es su propia muerte, sino el sacrificio de Cristo lo que les da entrada al cielo. La causa por la que sufrieron fue la palabra de Dios: lo mejor que puede hacer todo hombre es dar su vida por ella; la fe en la palabra de Dios, y la confesión de esa fe que no es removida. Ellos encomiendan su causa a aquel a quien pertenece la venganza. El Señor es el consolador de Sus siervos acongojados y preciosa es la sangre de ellos ante sus ojos. Como la medida del pecado de sus perseguidores se está llenando, así mismo el número de los siervos perseguidos y martirizados de Cristo. Cuando esta se llene, Dios enviará tribulación a los que los perturban y felicidad y reposo sin interrupción a los que son perturbados.

Vv. 12—17. Cuando se abrió el sexto sello hubo un gran terremoto. Los fundamentos de las iglesias y de los estados serán remecidos en forma terrible. Tales descripciones figuradas tan osadas de los grandes cambios abundan en las profecías de la Escritura, porque estos sucesos son emblemas y declaran el fin del mundo y el día del juicio. El espanto y el terror cogerán a toda clase de hombres. Ni las grandes riquezas, el valor ni la fuerza pueden sostener a los hombres en aquel momento. Ellos estarían contentos de no ser vistos más; sí, de no tener existencia. Aunque Cristo sea

un Cordero, puede airarse y la ira del Cordero es excesivamente espantosa; porque si nuestro enemigo es el mismo Redentor, que apacigua la ira de Dios, ¿dónde hallaremos un amigo que alegue por nosotros? Como los hombres tienen sus momentos de oportunidad y sus temporadas de gracia, así Dios tiene su día de ira justa. Parece que aquí se representa el derrumbamiento del paganismo del imperio romano. Se describe a los idólatras ocultándose en sus cuevas y cavernas secretas, buscando vanamente escapar de la destrucción. En tal día, cuando los signos de los tiempos muestren, a los que creen en la palabra de Dios, que el Rey de reyes se acerca, los cristianos están llamados a un rumbo decidido y a confesar denodadamente a Cristo y su verdad ante sus congéneres. Sea lo que sea que tengan que soportar, el desprecio del hombre, de corta duración, debe soportarse más que la vergüenza que es eterna.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—3. *Una pausa entre dos grandes períodos.* 4—8. *La paz, la felicidad y la seguridad de los santos, significadas por el sellado de los 144.000 que hace un ángel.* 9—12. *Un cántico de alabanza.* 13—17. *La bendición y la gloria de los que sufrieron el martirio por Cristo.*

Vv. 1—8. Que los cuatro vientos soplen juntos significa en el lenguaje figurado de la Escritura una destrucción general terrible. Pero la destrucción es retardada. Los sellos se usaban para que cada persona marcara sus pertenencias. Esta marca es el testimonio del Espíritu Santo impreso en los corazones de los creyentes. El Señor no tolerará que su pueblo sea afligido antes de ser marcados, para que puedan estar preparados contra todos los conflictos. Nótese, en los así sellados por el Espíritu, el sello debe estar en la frente, evidentemente para ser visto por amigos y enemigos por igual, pero no por el creyente mismo salvo cuando mira fijamente en el espejo de la palabra de Dios. —El número de los así sellados, puede entenderse como que representa el remanente de personas que Dios reserva. Aunque la Iglesia de Dios no es sino una manada pequeña en comparación con el mundo malo, es, no obstante, una sociedad realmente grande y que crecerá más aun. Aquí está figurada la Iglesia universal bajo el tipo de Israel.

Vv. 9—12. Las primicias de Cristo que abrieron el camino, a los gentiles convertidos más tarde son los que siguen, y atribuyen, con triunfo, su salvación a Dios y al Redentor. —En los actos de adoración religiosa nos acercamos a Dios y debemos ir por Cristo; los pecadores no pueden aproximarse al trono de Dios si no es por un Mediador. Ellos estaban vestidos con los ropajes de la justificación, la santidad y la victoria; y tenían palmas en sus manos, como acostumbraban a presentarse los vencedores en sus triunfos. Tal aparición gloriosa será la que hagan al final los fieles siervos de Dios, cuando hayan peleado la buena batalla de la fe, y terminado su carrera. Con una voz fuerte dieron a Dios y al Cordero la alabanza de la gran salvación. Los que disfrutan de la dicha eterna deben bendecir, y bendecirán al Padre y al Hijo; lo harán en público y con fervor. —Vemos cuál es la obra del cielo, y debemos empezarla ahora, poner nuestros corazones mucho en ella, y anhelar ese mundo donde serán perfeccionadas nuestras alabanzas y nuestra dicha.

Vv. 13—17. Los cristianos fieles merecen nuestra atención y respeto; debemos notar al justo. Los que obtendrán conocimiento no deben avergonzarse al procurar instrucción de quien la pueda dar. El camino al cielo pasa por muchas tribulaciones, pero la tribulación, por grande que sea, no nos separará del amor de Dios. La tribulación hace que el cielo sea más bienvenido y más glorioso. No es la sangre de los mártires, sino la sangre del Cordero la que puede lavar el pecado, esta es la única sangre que emblanquece y limpia las ropas de los santos. —Ellos son felices en su empleo; el cielo es un estado de servicio pero sin sufrimiento; es un estado de reposo aunque no de pereza; es un

reposo que alaba y deleita. Ellos han tenido penas y han derramado muchas lágrimas por el pecado y la aflicción, pero el mismo Dios, con su mano de gracia, enjugará todas esas lágrimas. Los trata como padre tierno. Esto debe sostener al cristiano bajo todas sus aflicciones. Como todos los redimidos deben por completo su dicha a la misericordia soberana, así la obra y la adoración de Dios su Salvador es su elemento; su presencia y favor completan la dicha de ellos, ni pueden concebir otro gozo. Que a Él acuda todo su pueblo; que de Él reciban toda la gracia que necesitan; y que a Él ofrezcan toda la alabanza y la gloria.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1, 2. *Se abre el séptimo sello y aparecen siete ángeles con siete trompetas, listos para proclamar los propósitos de Dios.* 3—5. *Otro ángel arroja fuego a la tierra, lo que produce terribles tormentas de venganza.* 6. *Los siete ángeles se preparan para tocar sus trompetas.* 7—12. *Cuatro las tocan.* 13. *Otro ángel denuncia grandes ayes venideros.*

Vv. 1—6. Se abre el séptimo sello. Hubo un profundo silencio en el cielo por un espacio de tiempo; todo estaba callado en la iglesia, porque cada vez que la iglesia de la tierra grita por la opresión, ese grito llega al cielo; o es un silencio de expectativa. Se dieron trompetas a los ángeles, que tenían que tocarlas. El Señor Jesús es el Sumo Sacerdote de la Iglesia que tiene un incensario de oro y mucho incienso, plenitud de mérito en su persona gloriosa. —Deseable fuera que los hombres quieran conocer la plenitud que hay en Cristo y se propusieran familiarizarse con su excelencia. Que ellos fueran verdaderamente persuadidos de que Cristo tiene el oficio de Intercesor, que ahora desempeña con profunda simpatía. A ninguna oración así recomendada, se le negó jamás el ser oída y aceptada. Estas oraciones, así aceptas en el cielo, produjeron grandes cambios en la tierra. —La adoración y la religión cristiana, puras y celestiales en origen y naturaleza, cuando son enviadas a la tierra y entran en conflicto con las pasiones y los proyectos mundanos de los hombres pecadores, producen notables tumultos, aquí expresados en lenguaje profético, como declaró nuestro Señor mismo, Lucas xii, 49.

Vv. 7—13. El primer ángel tocó la primera trompeta y hubo granizo y fuego mezclado con sangre. Una tormenta de herejías, una mezcla de errores espantosos cayó sobre la iglesia o una tempestad de destrucción. —El segundo ángel tocó, y una gran montaña, ardiendo con fuego, fue echada al mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Hay algunos que entienden que la montaña representa a los líderes de las persecuciones; otros, a Roma saqueada por los godos y los vándalos, con gran carnicería y crueldad. —El tercer ángel tocó, y cayó una estrella desde el cielo. Algunos consideran que esto es un gobernador eminente; otros, que es una persona con poder que corrompió a las iglesias de Cristo. Las doctrinas del evangelio, la fuente de la vida, del consuelo y del vigor espiritual para las almas de los hombres, están corrompidas y amargadas por la mezcla de errores peligrosos, de modo que las almas de los hombres encuentran ruina donde antes hallaban refrigerio. —El cuarto ángel tocó, y cayeron tinieblas sobre las grandes lumbreras del cielo que dan el mundo, al sol, a la luna y a las estrellas. Los líderes y los gobernantes están puestos más altos que la gente, y tienen que dispensar luz, y buenas influencias sobre ellos. Donde llega el evangelio a un pueblo, y no tiene los efectos apropiados sobre sus corazones y vidas, es seguido por terribles juicios. Dios da advertencias por la palabra escrita, por los ministros, por las propias conciencias de los hombres y por las señales de los tiempos; de modo que si la gente es sorprendida, es su propia falta. La ira de Dios amarga todos los beneficios y hasta la misma vida se vuelve una carga. Pero Dios, en este mundo, pone límites a los juicios más terribles. La corrupción de la doctrina y la adoración en la iglesia son grandes juicios, y también son las causas y señales habituales de otros

juicios venideros para un pueblo. —Antes que se tocaran las otras tres trompetas, hubo una advertencia solemne de lo terrible que serían las calamidades que seguirían. Si los juicios menores no tienen efecto, la iglesia y el mundo deben esperar otros mayores; y cuando Dios viene a castigar al mundo, sus habitantes temblarán ante Él. Que los pecadores tomen las precauciones para huir de la ira venidera; que los creyentes aprendan a valorar y agradecer sus privilegios; y que continúen con paciencia haciendo el bien.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—12. *La quinta trompeta es seguida por la visión de otra estrella que cae del cielo y que abre el abismo insondable del cual salen ejércitos de langostas.* 13—21. *La sexta trompeta es seguida por la liberación de cuatro ángeles atados en el gran río Éufrates.*

Vv. 1—12. Al sonar la quinta trompeta cayó una estrella del cielo a la tierra. Habiendo cesado de ser un ministro de Cristo, el que está representado por esta estrella se vuelve ministro del diablo; y suelta las potestades del infierno contra las iglesias de Cristo. Al abrirse el abismo sin fondo, sale de ahí mucho humo. El diablo ejecuta sus designios cegando los ojos de los hombres, apagando la luz y el conocimiento, y fomentando la ignorancia y el error. De este humo sale un ejército de langostas, símbolo de los agentes del diablo que fomentan la superstición, la idolatría, el error y la crueldad. Los árboles y la hierba, los creyentes verdaderos, sean nuevos o más avanzados, serán intocables. Pero un veneno e infección secreta del alma debe robar a muchos otros la pureza, y después, la paz. Las langostas no tenían poder para herir a los que tenían el sello de Dios. La gracia distintiva y todopoderosa de Dios resguardará a su pueblo de la apostasía total y final. El poder está limitado a una corta temporada, pero será muy agudo. En tales sucesos los fieles comparten la calamidad común, pero estarán a salvo de la pestilencia del error. De la Escritura sabemos que tales errores estaban ahí probando y examinando a los cristianos, 1 Corintios xi, 19. Los primeros escritores se refieren a esto como la primera gran hueste de corruptores que se diseminaron por la iglesia cristiana.

Vv. 13—21. El sexto ángel tocó y parece que aquí el tema es el poder de los turcos. Su tiempo es limitado. No sólo mataron en la guerra, sino que trajeron una religión destructora y venenosa. La generación anticristiana no se arrepintió con estos espantosos juicios. De la sexta trompeta aprendamos que Dios puede hacer un azote de un enemigo de la Iglesia y del otro, una plaga. La idolatría de los remanentes de la iglesia oriental y de todas partes, y los pecados de los cristianos profesantes, hacen más maravillosa esta profecía y su cumplimiento. El lector atento de la Escritura y de la historia, puede hallar que su fe y esperanza son fortalecidas por los acontecimientos que, en otros aspectos, llenan su corazón con angustia y sus ojos con lágrimas, mientras ve que los hombres que escapan de estas plagas, no se arrepienten de sus malas obras, antes bien siguen en la idolatría, la maldad y la crueldad hasta que la ira venga sobre ellos hasta el máximo.

CAPÍTULO X

Versículos 1—4. *El Ángel del pacto presenta un librito abierto seguido por siete truenos.* 5—7. *Al final de las siguientes profecías, el tiempo no será más.* 8—10. *Una voz manda al apóstol que coma el librito.* 11. *Y le dice que debe profetizar más.*

Vv. 1—7. El apóstol vio otra visión. La persona que comunica este descubrimiento probablemente era nuestro Señor y Salvador Jesucristo, o era para mostrar su gloria. Él vela su gloria, que es demasiado grande para que la contemplen los ojos morales; y pone un velo sobre sus dispensaciones. Un arco iris estaba sobre su cabeza; nuestro Señor siempre se interesa por su pacto. Su voz sobrecogedora tuvo el eco de siete truenos; forma solemne y terrible de revelar la mente de Dios. No sabemos los temas de los siete truenos ni las razones para no escribirlas. Hay grandes acontecimientos en la historia, relacionados quizás con la iglesia cristiana, que no se notan en la profecía revelada. La salvación final del justo, y el éxito final de la verdadera religión de la tierra, son presentados por la palabra del Señor que no falla. Aunque todavía no sea el tiempo, no puede estar lejos. Muy pronto, para nosotros, el tiempo no será más, pero si somos creyentes, seguirá una eternidad dichosa; desde el cielo, contemplaremos los triunfos de Cristo, y de su causa en la tierra, y nos regocijaremos en ellos.

Vv. 8—11. La mayoría de los hombres se complacen mirando los acontecimentos futuros y a todos los hombres buenos les gusta recibir una palabra de Dios. Pero cuando este libro de la profecía fue digerido completamente por el apóstol, su contenido resultó amargo; había cosas tan terribles y espantosas, persecuciones tan dolorosas del pueblo de Dios, tales estragos en la tierra que verlos y saberlos por anticipado sería doloroso para su mente. Procuremos ser enseñados por Cristo y obedezcamos sus órdenes; meditemos diariamente en su palabra para que nutra nuestras almas; y, luego, declarémosla conforme a nuestros diversos emplazamientos. La dulzura de las contemplaciones estará, a menudo, mezclada con amargura cuando comparamos las Escrituras con el estado del mundo y la iglesia, o hasta con el de nuestros propios corazones.

CAPÍTULO XI

Versículos 1, 2. *El estado de la iglesia está representado con la figura de un templo medido.* 3—6. *Dos testigos profetizan vestidos con cilicio.* 7—13. *Los matan pero después resucitan y ascienden al cielo.* 14—19. *Bajo la séptima trompeta todos los poderes anticristianos van a ser destruidos, y habrá un estado glorioso del reino de Cristo en la tierra.*

Vv. 1, 2. Este pasaje profético de la medición del templo parece referirse a la visión de Ezequiel. El designio de esta medición parece ser la preservación de la iglesia en tiempos de peligro público; o para su juicio o para su reforma. Los adoradores deben ser medidos; si hacen de la gloria de Dios su finalidad y de su palabra su regla en todos sus actos de adoración. Los del atrio externo, adoran de manera falsa, o con corazones no afectos y serán contados con los enemigos. Dios tendrá un templo y altar en el mundo hasta el final del tiempo. Él mira estrictamente a su templo. La ciudad santa, la iglesia visible está pisoteada; está llena de idólatras, infieles e hipócritas. Pero las desolaciones de la iglesia son limitadas y será librada de todos sus problemas.

Vv. 3—13. En la época del trillado, Dios sostuvo a sus testigos fieles para dar testimonio de la verdad de su palabra y adoración, y de la excelencia de sus caminos. El número de estos testigos es, sin embargo, pequeño. Ellos profetizan vestidos de cilicio. Muestra su estado afligido, perseguido, y profunda congoja por las abominaciones contra las cuales protestan. Son sustentados durante su obra grande y difícil hasta que está terminada. Cuando hayan profetizado vestidos de cilicio por la mayor parte de los 1260 días, el anticristo, el gran instrumento del diablo, hará guerra contra ellos, con fuerza y violencia por un tiempo. Los rebeldes decididos en contra de la luz, se regocijan como en un hecho feliz, cuando pueden silenciar, alejar o destruir a los siervos fieles de Cristo, cuya doctrina y conducta los atormenta. —No parece que el período haya expirado aún, y los testigos no están, en el

presente, expuestos a soportar tales sufrimientos externos tan terribles como en las épocas anteriores, pero tales cosas pueden volver a pasar, y hay abundante causa para profetizar vestidos con cilicio, por cuenta del estado de la religión. El estado deprimido del cristianismo verdadero puede relacionarse sólo con la iglesia occidental. El Espíritu de vida de Dios, vivifica las almas muertas y revivirá los cuerpos muertos de su pueblo, y su interés moribundo en el mundo. El avivamiento de la obra y los testimonios de Dios producirán terror en las almas de sus enemigos. Donde hay culpa, hay miedo; y el espíritu perseguidor, aunque cruel, es un espíritu cobarde. —No será parte pequeña del castigo de los perseguidores en este mundo, que en el gran día vean honrados y ascendidos a los siervos fieles de Dios. Los testigos del Señor no deben cansarse de sufrir y servir, ni tomar apresuradamente el premio; deben permanecer quietos hasta que su Amo los llame. La consecuencia de que sean así enaltecidos fue un tremendo golpe y convulsión para el imperio anticristiano. Los solos hechos pueden mostrar el significado de esto. Pero cada vez que reviven la obra y los testigos de Dios, la obra del diablo y sus testigos caen ante Él. Parece probable que la matanza de los testigos sea un acontecimiento futuro.

Vv. 14—19. Antes que suene la séptima y última trompeta se hace el habitual pedido de atención. Los santos y los ángeles del cielo saben que la diestra de nuestro Dios y Salvador manda en todo el mundo. Pero las naciones salen con su propia ira al encuentro de la ira de Dios. Fue un tiempo en que Él estaba empezando a recompensar los servicios fieles y los sufrimientos de su pueblo; y sus enemigos están nerviosos con Dios, y así aumentan su culpa y apresuran su destrucción. —Al abrirse el templo de Dios en el cielo quizá se signifique que había más comunicación libre entre el cielo y la tierra; la oración y las alabanzas subían más libre y frecuentemente; las gracias y las bendiciones descendían con más abundancia. Pero, más bien, parece referirse a la iglesia de Dios en la tierra. En el reino del anticristo, se echó a un lado la ley de Dios y se la vació con tradiciones y decretos; las Escrituras estuvieron cerradas para la gente, pero ahora se ponen a la vista de todos. Como el arca, esto es un símbolo de la presencia de Dios que vuelve a su pueblo, y su favor para con ellos en Jesucristo, como la Propiciación por sus pecados. La gran bendición de la Reforma fue acompañada por providencias muy temibles; y Dios respondió con cosas terribles de justicia a las oraciones presentadas en su santo templo, ahora abierto.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—6. *Descripción de la iglesia de Cristo y de Satanás, bajo las figuras de una mujer y de un gran dragón rojo.* 7—12. *Miguel y sus ángeles luchan con el diablo y sus ángeles, los que son derrotados.* 13, 14. *El dragón persigue a la iglesia.* 14—17. *Sus vanos intentos por destruirla.—Renueva su guerra contra la simiente de la mujer.*

Vv. 1—6. La iglesia, representada por una mujer, la madre de los creyentes, fue vista en el cielo por el apóstol en una visión. Ella estaba vestida de sol, justificada, santificada y brillando por la unión con Cristo, el Sol de la Justicia. La luna estaba bajo sus pies; ella era superior a la luz reflejada y más débil que la revelación hecha por Moisés. Tenía en su cabeza una corona de doce estrellas; la doctrina del evangelio predicada por los doce apóstoles es una corona de gloria de todos los creyentes verdaderos. Estaba con dolor para dar a luz una santa familia; deseosa que la convicción de los pecadores pueda terminar en su conversión. El dragón es emblema conocido de Satanás, y de sus agentes principales, o de los que gobiernan por él en la tierra, como en esa época el imperio pagano de Roma, la ciudad edificada sobre siete colinas. Teniendo diez cuernos, dividida en diez reinos. Tener siete coronas representa siete formas de gobierno. Arrastraba con su cola a la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojaba a la tierra; perseguía y seducía a los ministros y

maestros. Vigilando para aplastar la religión cristiana, pero, a pesar de la oposición de los enemigos, la iglesia sacó adelante a un grupo varonil de profesantes fieles y verdaderos en quienes Cristo fue verdaderamente formado de nuevo; el misterio de Cristo, el Hijo de Dios que gobernará las naciones y a cuya diestra sus miembros participan de la misma gloria. Esta bendita simiente fue protegida por Dios.

Vv. 7—11. Los intentos del dragón resultaron infructuosos contra la iglesia, y fatales para sus propios intereses. La sede de esta guerra era el cielo; en la iglesia de Cristo, el reino del cielo en la tierra. Las partes eran Cristo, el gran Ángel del pacto, y sus fieles seguidores; y Satanás y sus instrumentos. La fuerza de la iglesia está en tener al Señor Jesús como Capitán de la salvación de ellos. —La idolatría pagana, que era la adoración de los demonios, fue echada del imperio por la difusión del cristianismo. La salvación y la fuerza de la iglesia sólo deben atribuirse al Rey y Cabeza de la iglesia. El enemigo vencido odia la presencia de Dios, pero está dispuesto a comparecer para acusar al pueblo de Dios. Cuidémonos para no darle causa de acusarnos; cuando hemos pecado, presentémonos ante el Señor, a condenarnos a nosotros mismos y encomendar nuestra causa a Cristo como nuestro Abogado. Los siervos de Dios vencen a Satanás por la sangre del Cordero, como su causa. Por la palabra de su testimonio: la predicación poderosa del evangelio es potente, por medio de Dios, para derribar fortalezas. Por su valor y paciencia en los sufrimientos: ellos no amaron tanto a sus vidas, pero las rindieron por la causa de Cristo. Estos eran los guerreros y las armas por las cuales el cristianismo derrocó el poder de la idolatría pagana; si los cristianos hubieran continuado peleando con estas armas, y con otras como estas, sus victorias hubieran sido más numerosas y gloriosas, y sus efectos, más duraderos. —Los redimidos vencieron por su simple confianza en la sangre de Cristo, como la única base de sus esperanzas. En esto debemos ser como ellos. No debemos mezclar nada más con esto.

Vv. 12—17. La iglesia y todos sus amigos bien pueden ser convocados para alabar a Dios por liberar de la persecución pagana, aunque otras angustias les esperen. El desierto es un lugar desolado y lleno de serpientes y escorpiones, incómodo y sin provisiones, pero es lugar seguro donde uno puede estar solo. —Pero estar así de retirada, no es algo que protegiera a la mujer. Muchos explican al torrente de agua como las invasiones de los bárbaros por los cuales fue derrotado el imperio occidental, porque los paganos animaron sus ataques esperando destruir al cristianismo. Pero los hombres impíos protegieron a la iglesia en medio de estos tumultos, debido a sus intereses mundanos, y la derrota del imperio no ayudó a la causa de la idolatría. O, esto puede significar un torrente de error por el cual la Iglesia de Dios estuvo en peligro de ser derribada y descarriada. El diablo, derrotado en sus intenciones contra la Iglesia, vuelve su furia contra personas y lugares. Ser fiel a Dios y Cristo, en doctrina, adoración y práctica, expone a la ira de Satanás y así será hasta que el último enemigo sea destruido.

CAPÍTULO XIII

Versículos 1—10. *Una bestia salvaje sale del mar a la cual el dragón da su poder.* 11—15. *Otra bestia que tiene dos cuernos, como un cordero, pero que habla como dragón.* 16—18. *Obliga a todos a que adoren su imagen y reciban su marca como personas consagradas a ella.*

Vv. 1—10. El apóstol, estando en la playa, vio a una bestia salvaje salir del mar; un poder tiránico, idólatra, perseguidor, que surge de los trastornos que tuvieron lugar. ¡Era un monstruo aterrador! Parece significar el dominio mundano opresor que, por muchas eras, desde los tiempos del cautiverio babilonio, había sido hostil a la iglesia. Entonces, la primera bestia empezó a perseguir y oprimir a

los justos por amor de la justicia, pero ellos sufrieron más bajo la cuarta bestia de Daniel (el imperio romano) que ha afligido a los santos con muchas persecuciones crueles. —La fuente de este poder fue el dragón. Fue establecido por el diablo y apoyado por él. La herida de la cabeza puede ser la abolición de la idolatría pagana; y la sanidad de la herida sería la introducción de la idolatría papista, la misma en sustancia, sólo que con nuevo ropaje, pero que responde tan efectivamente al designio del diablo. El mundo admiró su poder, política y éxito. Ellos rindieron honores y sujeción al diablo y sus instrumentos. Ejerció un poder y una política infernal exigiendo que los hombres rindieran a las criaturas el honor que sólo pertenece a Dios. Pero el poder y el éxito del diablo son limitados. Cristo tiene un remanente escogido, redimido por su sangre, registrado en su libro, sellado por su Espíritu; y, aunque el diablo y el anticristo puedan vencer el cuerpo, y quitar la vida natural, no pueden vencer el alma, ni prevalecer contra los creyentes verdaderos para que abandonen a su Salvador y se unan a sus enemigos. La perseverancia en la fe del evangelio y la verdadera adoración de Dios, en esta gran hora de prueba y tentación, que engañarían a todos excepto al elegido, es el carácter de los registrados en el libro de la vida. Este motivo y aliento poderosos a la constancia es el gran objetivo de todo el Libro de Apocalipsis.

Vv. 11—18. Los que entienden que la primera bestia significa una potencia mundial, toman a la segunda también como poder perseguidor y usurpador que actúa con el disfraz de la religión y de la caridad hacia las almas de los hombres. Es un dominio espiritual que profesa derivar de Cristo y se ejerce, primeramente, en forma suave, pero luego habla como dragón. Su habla le traiciona, porque establece doctrinas falsas y decretos crueles que muestran que pertenece al dragón y no al Cordero. Ejerció todo el poder de la bestia anterior. Persigue el mismo objetivo: apartar a los hombres de la adoración del Dios verdadero y someter las almas de los hombres a la voluntad y al control de hombres. La segunda bestia ha ejecutado sus intenciones con métodos que engañan a los hombres para que adoren a la primera bestia en la nueva forma o semejanza hecha para esto, con prodigios mentirosos, milagros pretendidos, y por censuras severas. También, sin permitir el goce de derechos naturales o civiles por parte de quienes no adoren a esa bestia que es la imagen de la bestia pagana. Se hace algo que da autorización para comprar y vender y para ganancia y confianza, lo que les obliga a usar todo su interés, poder y trabajo en el fomento del dominio de la bestia, lo cual es significado por recibir su marca. Hacer una imagen de la bestia, cuya herida mortal fue sanada, sería dar forma y poder a su adoración, o requerir obediencia a sus órdenes. Adorar la imagen de la bestia implica someterse a las cosas que estampan el carácter de la marca y la vuelven imagen de la bestia. —El número de la bestia es dado como para mostrar la sabiduría infinita de Dios y ejercitar la sabiduría de los hombres. El número es número de hombre, calculado de la manera habitual de los hombres, y es 666. Permanece como misterio qué o quién está representado por esto. Este número ha sido aplicado en casi cada disputa religiosa y se puede dudar, razonablemente, si se ha descubierto ya su significado. Pero el que tiene sabiduría y entendimiento verá que todos los enemigos de Dios están numerados y marcados para destrucción; que el término de su poder pronto expirará y que todas las naciones se someterán a nuestro Rey de justicia y paz.

CAPÍTULO XIV

Versículos 1—5. *Los fieles a Cristo celebran las alabanzas de Dios.* 6—13. *Tres ángeles: uno que proclama el evangelio eterno; otro, la caída de Babilonia; y el tercero, la temible ira de Dios sobre los adoradores de la bestia. La bendición de los que murieron en el Señor.* 14—16. *Una visión de Cristo con una hoz aguda, y de una cosecha madura.* 17—20. *El símbolo de una cosecha totalmente madura, trillada en la prensa de vino de la ira de Dios.*

Vv. 1—5. El monte Sion es la iglesia del evangelio. Cristo está con su iglesia y en medio de todas sus angustias, por tanto, no es consumida. Su presencia asegura la perseverancia. Su pueblo se presenta honorablemente. Ellos tienen el nombre de Dios escrito en sus frentes; pueden hacer una profesión denodada y abierta de su fe en Dios y Cristo, y esto es acompañado por actos apropiados. En las épocas más tenebrosas hubo personas que se aventuraron y rindieron sus vidas por la adoración y la verdad del evangelio de Cristo. Se mantuvieron limpias de la abominación perversa de los seguidores del anticristo. Sus corazones estuvieron bien con Dios y fueron libremente perdonados en Cristo; Él es glorificado en ellos y ellos en Él. Sea nuestra oración, nuestro esfuerzo, y nuestra ambición ser hallados en esta honorable compañía. Los que son realmente santificados y justificados están aquí representados, porque ningún hipócrita, por verosímil que parezca, puede contarse como sin falta ante Dios.

Vv. 6—13. Aquí parece manifestarse el progreso de la Reforma. Las cuatro proclamas son evidentes en su significado: que todos los cristianos sean exhortados a ser fieles a su Señor en el tiempo de la prueba. El evangelio es el gran medio por el cual son llevados los hombres a temer a Dios, y a darle gloria. —La predicación del evangelio eterno estremece los cimientos del anticristo en el mundo, y apresura su caída. —Si alguien persiste en someterse a la bestia, y en fomentar su causa, debe esperar ser miserable en cuerpo y alma para siempre. El creyente tiene que aventurarse o sufrir cualquier cosa por obedecer los mandamientos de Dios y por profesar la fe de Jesús. Que Dios nos conceda esta paciencia. —Nótese la descripción de los que son y serán bendecidos: los tales mueren en el Señor; mueren en la causa de Cristo, en estado de unión con Cristo; los tales son hallados en Cristo cuando llega la muerte. Descansan de todo pecado, tentación, pena y persecución; porque ahí el malo cesa de atormentarlos, ahí los agotados están en reposo. Sus obras les siguen: no van adelante como título de ellos, o como adquisición, pero los siguen como pruebas de haber vivido y muerto en el Señor; el recuerdo de ellos será grato y la recompensa, muy por encima de todos sus servicios y sufrimientos. Esto es asegurado por el testimonio del Espíritu, que atestigua en sus espíritus, y la palabra escrita.

Vv. 14—20. No habiendo producido reforma las advertencias y los juicios, los pecados de las naciones han llenado la medida, y están maduros para los juicios, representados por una cosecha, símbolo que se usa para significar la reunión de los justos, cuando estén maduros para el cielo, por la misericordia de Dios. El tiempo de cosecha es cuando está maduro el trigo; cuando los creyentes están maduros para el cielo, entonces el trigo de la tierra será reunido en el granero de Cristo por una cosecha. Los enemigos de Cristo y de Su Iglesia no son destruidos hasta que por su pecado esté maduro para destrucción, y entonces, Él no los pasará más por alto. El lagar es la ira de Dios, una calamidad terrible, probablemente la espada, que derrama la sangre de los malos. La paciencia de Dios para con los pecadores es el mayor milagro del mundo; pero, aunque duradera, no será eterna; y la maduración del pecado es prueba segura del juicio inminente.

CAPÍTULO XV

Versículos 1—4. *La Iglesia canta un cántico de alabanza.* 5—8. *Siete ángeles con las siete plagas; y, luego, uno de los seres vivientes da a uno de ellos siete copas de oro llenas de la ira de Dios.*

Vv. 1—4. Aparecieron siete ángeles en el cielo, preparados para terminar la destrucción del anticristo. Puesto que la medida de los pecados de Babilonia estaba llena, encuentra la medida llena de la ira divina. Mientras los creyentes estén en este mundo, en tiempos de angustia, como parado sobre un mar de vidrio mezclado con fuego, pueden esperar su liberación final, mientras nuevas

misericordias piden nuevos himnos de alabanza. Mientras más sabemos de las maravillosas obras de Dios, más alabaremos su grandeza como el Señor Dios Todopoderoso, el Creador y Rey de todos los mundos; pero su título de Emanuel, el Rey de los santos, lo hará querido a nosotros. ¿Quién que considere el poder de la ira de Dios, el valor de su favor o la gloria de su santidad, rehusará a temerle y honrarle a Él solo? Su alabanza está por sobre el cielo y la tierra.

Vv. 5—8. En los juicios que Dios ejecuta con el anticristo y sus seguidores, cumple las profecías y las promesas de su palabra. Estos ángeles están preparados para su obra, vestidos con lino puro y blanco, sus pechos ceñidos con cinto de oro, que representan la santidad, la justicia y la excelencia de los tratos con los hombres. Ellos son ministros de la justicia divina y hacen todas las cosas en forma pura y santa. Estaban armados con la ira de Dios contra sus enemigos. Hasta la criatura más vil, cuando está armada con la ira de Dios, será demasiado fuerte para cualquier hombre del mundo. —Los ángeles recibieron las copas de uno de los cuatro seres vivientes, uno de los ministros de la iglesia verdadera, como respuesta a las oraciones de los ministros y del pueblo de Dios. El anticristo no podía ser destruido sin un gran golpe para todo el mundo, y hasta el pueblo de Dios estaría angustiado y confundido mientras se hacía la gran obra. Las liberaciones más grandes de la iglesia son producidas por pasos temibles y asombrosos de la providencia; y el estado feliz de la iglesia verdadera no empezará hasta que sean destruidos los enemigos obstinados, y purificados los cristianos tibios o formales. Entonces, todo lo que esté contra las Escrituras será purgado, toda la iglesia será espiritual y todo, siendo llevado a la pureza, la unidad y la espiritualidad, será firmemente establecido.

CAPÍTULO XVI

Versículos 1—7. *La primera copa es arrojada a la tierra, la segunda al mar, la tercera a los ríos y fuentes.* 8—11. *La cuarta al sol, la quinta a la sede de la bestia.* 12—16. *La sexta al gran río Éufrates.* 17—21. *Y la séptima, al aire cuando cae la destrucción de todos los enemigos de los cristianos.*

Vv. 1—7. Tenemos que orar que se haga la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. Aquí hay una sucesión de terribles juicios de la providencia; y parece una alusión a diversas plagas de Egipto. Los pecados eran semejantes, y así, los castigos. Las copas se refieren a las siete trompetas, que representaban el surgimiento del anticristo; y la caída de los enemigos de la Iglesia se parecerá algo a su levantamiento. Todas las cosas de su tierra, su aire, su mar, sus ríos, sus ciudades, están condenadas a la ruina, todas malditas por la maldad de la gente. No os asombréis que los ángeles, que presencian o ejecutan la venganza divina en los obstinados que odian a Dios, Cristo y la santidad, alaben su justicia y verdad; y adoren sus espantosos juicios cuando ejecute en los crueles perseguidores las torturas que ellos hicieron sufrir a sus santos y profetas.

Vv. 8—11. El corazón del hombre es tan perverso que las desgracias más severas nunca llevarán a nadie a arrepentirse sin la gracia especial de Dios. El mismo infierno está lleno de blasfemias; y los ignorantes de la historia humana, de la Biblia, y de sus propios corazones, no saben que mientras más sufren los hombres, y más claramente vean la mano de Dios en sus sufrimientos, más furiosamente se enojan a menudo contra Él. Que ahora los pecadores busquen el arrepentimiento en Cristo y la gracia del Espíritu Santo o tendrán la angustia y el horror de un corazón sin humillar, impenitente y desesperado; añadiendo así a su culpa y desgracia por toda la eternidad. —Las tinieblas se oponen a la sabiduría y al conocimiento y prolongan la confusión y la necedad de los

idólatras y seguidores de la bestia. Se oponen al placer y al gozo, y significan la angustia y la vejación del espíritu.

Vv. 12—16. Probablemente esto señale la destrucción de la potencia turca y de la idolatría, y que se hará un camino para el retorno de los judíos. O, tómese como Roma, la Babilonia mística, el nombre de Babilonia escrito por Roma, que así se pensaba, pero en ese entonces no se nombraba abiertamente. Cuando Roma es destruida, su río y sus mercaderías deben sufrir con ella. Quizá, se abra un camino para que las naciones orientales entren a la iglesia de Cristo. El gran dragón reunirá todas sus fuerzas para librar una batalla desesperada antes que todo esté perdido. Dios advierte de esta gran prueba para hacer que su pueblo se prepare para ella. Estos serán tiempos de gran tentación; por tanto, Cristo, por su apóstol llama a sus siervos creyentes a esperar su venida repentina, y a velar para no ser avergonzados, como apóstatas o hipócritas. Por mucho que difieran los cristianos en cuanto a sus criterios de los tiempos y las eras, en cuanto a los sucesos que aun tienen que ocurrir, en este solo punto están todos de acuerdo: Jesucristo, el Señor de gloria, volverá súbitamente a juzgar al mundo. A los que viven cerca de Cristo, esto es objeto de gozosa esperanza y expectativa, y la demora es algo que ellos no desean.

Vv. 17—21. El séptimo y último ángel echa su copa y se consuma la caída de Babilonia. La iglesia triunfante del cielo lo vio y se regocijó; la iglesia afligida en la tierra, lo vio y se volvió triunfante. Dios se acordó de la ciudad grande y malvada; aunque por un tiempo parecía que había olvidado su idolatría y crueldad. Todo lo que era más seguro fue eliminado por la ruina. —Los hombres blasfemaron: los juicios más grandes que puedan recaer a los hombres no producirán el arrepentimiento sin la gracia de Dios. Endurecerse contra Dios por sus juicios justos es señal cierta de destrucción total y segura.

CAPÍTULO XVII

Versículos 1—6. *Uno de los ángeles que tenía las copas, explica el significado de la visión anterior de la bestia anticristiana que iba a reinar 1260 años, y luego sería destruida.* 7—18. *E interpreta el misterio de la mujer, y de la bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos.*

Vv. 1—6. Roma parece estar claramente representada en este capítulo. La Roma pagana sometió y gobernó con poderío militar, no por arte ni halagos. Dejaba, por lo general, que las naciones siguieran con sus antiguas costumbres y adoración, pero es cosa bien sabida que por administración política astuta, con toda clase de engaños de injusticia, la Roma papal ha obtenido y mantenido su gobierno sobre reyes y naciones. —Aquí hubo seducciones por medio de honores y riquezas mundanales, pompas y orgullo, apropiado para mentes mundanas y sensuales. La prosperidad, la pompa y el esplendor alimentaron la soberbia, y las concupiscencias del corazón humano, pero no son una garantía contra la venganza divina. La copa de oro representa las seducciones e ilusiones por las cuales esta Babilonia mística ha obtenido y mantenido su influencia, y ha seducido a otros para que se le unan en sus abominaciones. Se la nombra, por sus costumbres infames, la madre de las rameras; a las que educa en la idolatría y toda clase de maldad. Se llena con la sangre de los santos y mártires de Jesús. Se embriaga con ella, y le era tan agradable que nunca estaba satisfecha. No podemos sino maravillarnos por los océanos de sangre cristiana derramados por hombres que se dicen cristianos; pero cuando consideramos estas profecías, estos hechos espantosos testifican de la verdad del evangelio. Y cuidémonos todos de una religión espléndida, ganànciosa o de moda. Evitemos los misterios de la iniquidad y estudiemos con diligencia el gran misterio de la piedad para

que aprendamos humildad y gratitud del ejemplo de Cristo. Mientras más procuremos parecernos a Él, menos obligados estaremos a ser engañados por el anticristo.

Vv. 7—14. La bestia que montaba la mujer, era y no es, y, sin embargo, es. Era asiento de idolatría y persecución, y no es; no en la forma antigua, que era pagana: pero es; verdaderamente es la sede de la idolatría y la tiranía, aunque de otra suerte y forma. Engañaría a una sumisión estúpida y ciega a todos los habitantes de la tierra bajo su influencia excepto al remanente de los elegidos. —Esta bestia tiene siete cabezas, siete montañas, las siete colinas sobre las cuales se yergue Roma; y siete reyes, siete clases de gobierno. Cinco eran pasados cuando se escribió esta profecía; uno era en ese momento; el otro aún tenía que llegar. La bestia, dirigida por el papado, constituye el octavo gobernante y vuelve a establecer la idolatría. —Tenía diez cuernos, que se dice son diez reyes que aún no tenían reinos; ellos no debían surgir sino cuando se dividiera el imperio romano; pero por un tiempo serían muy celosos de sus intereses. —Cristo reinará cuando todos sus enemigos sean puestos bajos sus pies. La razón de la victoria es que Él es el Rey de reyes y el Señor de señores. Él tiene supremo dominio y poder sobre todas las cosas; todos los poderes de la tierra y del infierno están sujetos a su control. Sus seguidores son llamados a esta guerra, son equipados para ella y serán fieles en ella.

Vv. 15—18. Dios mandaba en tal forma los corazones de estos reyes, por su poder sobre ellos, y por su providencia, que hicieron esas cosas, sin tener la intención, que Él se propuso y anunció. Ellos verán su necedad y cómo fueron embrujados y esclavizados por la ramera, y hechos instrumentos de su destrucción. Ella era esa gran ciudad que reinaba sobre los reyes de la tierra, cuando Juan tuvo esta visión; y todos saben que Roma era esa ciudad. —Los creyentes serán recibidos en la gloria del Señor cuando los malos sean destruidos de la manera más terrible; su unión en pecado será vuelta en odio e ira y ellos asistirán, anhelosos, a torturarse los unos a los otros. Pero la porción del Señor es su pueblo; su consejo permanecerá y Él hará todo su beneplácito para su gloria y dicha de todos sus siervos.

CAPÍTULO XVIII

Versículos 1—3. *Otro ángel desde el cielo proclama la caída de la Babilonia mística.* 4—8. *Una voz desde el cielo amonesta al pueblo de Dios, no sea que participen de sus plagas.* 9—19. *Las lamentaciones por ella.* 20—24. *La iglesia llamada a regocijarse por su extrema ruina.*

Vv. 1—8. La caída y la destrucción de la Babilonia mística están determinadas en los consejos de Dios. Otro ángel viene del cielo. Este parece ser Cristo mismo, que viene a destruir a sus enemigos y a derramar la luz de su evangelio por todas las naciones. La maldad de esta Babilonia era muy grande; había olvidado al Dios verdadero y había puesto ídolos, arrastrando a toda clase de hombres al adulterio espiritual, y por su riqueza y lujo, los mantuvo interesados en ella. Parece representar principalmente la mercadería espiritual, por la cual son multitudes las que han vivido en riquezas de maldad, por los pecados y la necedad de la humanidad. —Se da advertencia justa a todos los que esperan misericordia de Dios de que no sólo deben salir de Babilonia sino ayudar a su destrucción. Dios puede tener pueblo hasta en Babilonia. Pero el pueblo de Dios será llamado a salir de Babilonia, y llamado eficazmente, mientras que los que participan con los impíos en sus pecados, deben recibir sus plagas.

Vv. 9—19. Los dolientes habían participado de los placeres sensuales de Babilonia, y habían hecho ganancias por su riqueza y comercio. Eran los reyes de la tierra, a quienes ella había atraído a

la idolatría, permitiéndoles ser tiránicos con sus súbditos, aunque obedientes a ella; también eran los mercaderes, los que traficaban sus indulgencias, perdones y honores; ellos son los que se lamentan. Los amigos de Babilonia participaron de sus placeres y beneficios pecaminosos, pero no están dispuestos a participar de sus pestes. El espíritu del anticristo es un espíritu mundano, y el lloro es una pura tristeza mundana; ellos no lloran por la ira de Dios, sino por la pérdida de sus comodidades externas. La magnificencia y las riquezas de los impíos de nada les servirán, pero harán más difícil de soportar la venganza. La mercadería espiritual es aquí aludida cuando menciona como artículos de comercio no sólo a los esclavos, sino las almas de los hombres para la destrucción de las almas de millones. Tampoco esto ha sido peculiar del anticristo romano y su sola culpa. —Pero que los mercaderes prósperos aprendan, con todas sus ganancias, a conseguir las riquezas inescrutables de Cristo; de lo contrario, aun en esta vida, puede que tengan que lamentar que las riquezas crían alas y se alejan volando, y que todos los frutos por los cuales contaminaron de lujuria sus almas, los abandonaron. En todo caso, la muerte terminará pronto su comercio y todas las riquezas de los impíos serán intercambiadas no sólo por el ataúd y el gusano, sino por el fuego que no puede apagarse.

Vv. 20—24. Lo que es materia de júbilo para los siervos de Dios en la tierra, es materia de regocijo para los ángeles en el cielo. Los apóstoles, que son honrados y diariamente adorados en Roma, en forma idólatra, se regocijarán por su caída. La caída de Babilonia fue un acto de la justicia de Dios. Como fue una ruina final, este enemigo nunca más les molestará otra vez; de esto tienen la seguridad por una señal. Recibamos la advertencia de las cosas que llevan a los demás a su destrucción, y pongamos nuestros afectos en las cosas de arriba, cuando consideramos la naturaleza variable de las cosas terrenales.

CAPÍTULO XIX

Versículos 1—10. *La iglesia en el cielo y la de la tierra triunfan y alaban al Señor por sus juicios justos.* 11—21. *Una visión de Cristo que sale a destruir a la bestia y sus ejércitos.*

Vv. 1—10. Alabar a Dios por lo que tenemos es orar por lo que aún va a hacer por nosotros. Hay armonía entre los ángeles y los santos en este cántico triunfal. —Cristo es el Esposo de su Iglesia rescatada. Esta segunda unión será completada en el cielo, pero el comienzo del milenio glorioso (por el cual se significa el reino de Cristo, o estado de dicha por mil años en la tierra) puede ser considerado como la celebración de sus esponsales en la tierra. Entonces, la Iglesia de Cristo, purificada de errores, divisiones y corrupciones de doctrina, disciplina, adoración y práctica, estará preparada para ser públicamente reconocida por Él como su delicia y su amada. La Iglesia apareció, no con el vestido alegre e impúdico de la madre de las prostitutas, sino con lino fino, limpio y blanco. Son las vestiduras de la justicia de Cristo, imputada para justificación e impartida para santificación. Las promesas del evangelio, los dichos verdaderos de Dios, abiertas, aplicadas y selladas por el Espíritu de Dios, en santas ordenanzas, son el festejo nupcial. Esto parece referirse a la abundante gracia y consuelo que recibirán los cristianos en los dichosos días que tienen que venir. —El apóstol ofreció honores al ángel, que los rechazó. Dirigió al apóstol al único objeto verdadero de adoración religiosa: adora a Dios y a Él solo. Esto condena claramente la práctica de los que adoran los elementos del pan y del vino, y santos, y ángeles, y los que no creen que Cristo es verdaderamente, y por naturaleza, Dios, pero le rinden una suerte de adoración. Son reos de idolatría por un mensajero del cielo. Estos son los verdaderos dichos de Dios; del que debe ser adorado como uno con el Padre y el Espíritu Santo.

Vv. 11—21. Cristo, la Cabeza gloriosa de la Iglesia, se presenta sobre un caballo blanco, el símbolo de la justicia y la santidad. Tiene muchas coronas, porque es el Rey de reyes y el Señor de señores. Está vestido con un ropaje empapado en su propia sangre, por la cual compró su poder como Mediador; y en la sangre de sus enemigos, sobre los cuales siempre prevalece. Su nombre es "El Verbo de Dios"; nombre que nadie conoce plenamente sino Él mismo; sólo esto sabemos nosotros, que este Verbo era Dios manifestado en la carne; pero sus perfecciones no pueden ser plenamente entendidas por ninguna criatura. —Le siguen ángeles y santos y son como Cristo en su armadura de pureza y justicia. Él va a ejecutar las amenazas de la palabra escrita en sus enemigos. Las insignias de su autoridad son su nombre; afirma su autoridad y poder, y advierte a los príncipes más poderosos que se sometan o caigan ante Él. —Las potestades de la tierra y del infierno hacen su máximo esfuerzo. Estos versículos declaran hechos importantes anunciados por los profetas. Estas personas no fueron excusadas porque hicieron lo que sus jefes les mandaron. ¡Qué vano será el alegato de muchos pecadores en ese gran día! ¡Nosotros seguimos a nuestros jefes! ¡Hicimos lo que vimos que hacían otros! En su Palabra, Dios dio una regla para caminar; ni el ejemplo de la mayoría, ni el del jefe, deben movernos a lo contrario; si hacemos como la mayoría, debemos ir donde va la mayoría, al lago de fuego.

CAPÍTULO XX

Versículos 1—3. *Satanás atado por mil años.* 4—6. *La primera resurrección; benditos los que en ella tengan parte.* 7—10. *Satanás suelto: Gog y Magog.* 11—15. *La resurrección última y general.*

Vv. 1—3. He aquí una visión que muestra, por una figura, las limitaciones puestas al mismo Satanás. Cristo, con poder omnipotente, impedirá que el diablo engañe a la humanidad como hasta ahora lo ha hecho. No le falta poder ni instrumentos para romper el poder de Satanás. Cristo lo encierra por su poder y lo sella por su autoridad. La iglesia tendrá un tiempo de paz y prosperidad, pero todas sus pruebas aún no terminaron.

Vv. 4—6. He aquí un relato del reino de los santos por el mismo tiempo que Satanás esté atado. Los que sufren con Cristo reinarán con Él en su reino espiritual y celestial, en conformidad con Él en su sabiduría, justicia y santidad: esto se llama la primera resurrección con que serán solamente favorecidos todos los que sirvan a Cristo y sufran por Él. Se declara la felicidad de estos siervos de Cristo. Nadie puede ser bendecido sino los que son santos, y todos los que son santos serán bendecidos. Algo sabemos de lo que es la primera muerte, y es muy espantosa, pero no sabemos lo que es muerte segunda. Debe ser mucho más terrible; es la muerte del alma, la separación eterna de Dios. Que nunca sepamos lo que es: quienes han sido hechos partícipes de la resurrección espiritual, son salvos del poder de la muerte segunda. Podemos esperar que mil años sigan a la destrucción del anticristo, de las potencias idólatras y de los perseguidores, durante los cuales el cristianismo puro de doctrina, adoración y santidad, será dado a conocer en toda la tierra. Por la obra todopoderosa del Espíritu Santo, los hombres caídos serán creados de nuevo; y la fe y la santidad prevalecerán tan ciertamente como ahora dominan la incredulidad y la impiedad. Podemos notar con facilidad que cesará toda una gama de dolores, enfermedades y otras calamidades terribles, como si todos los hombres fuesen cristianos verdaderos y coherentes. Todos los males de las contiendas públicas y privadas terminarán, y la felicidad de toda clase se generalizará. Todo hombre tratará de aliviar el sufrimiento en lugar de agregar a las penas de quienes le rodean. Nuestro deber es orar por los días gloriosos prometidos, y hacer todo lo que en nuestros puestos públicos o privados puedan preparar para ellos.

Vv. 7—10. Mientras este mundo dure, no será totalmente destruido el poder de Satanás, aunque sea limitado y aminorado. En cuanto Satanás sea soltado otra vez, empieza a engañar a las naciones e incitarlas a pelear con los santos y siervos de Dios. Bueno sería que los siervos y los ministros de Cristo fueran tan activos y perseverantes en hacer el bien, como sus enemigos para hacer el mal. Dios peleará esta última batalla decisiva por su pueblo, para que la victoria sea completa y la gloria para Él.

Vv. 11—15. Después de los hechos recién anunciados, vendrá rápidamente el final y no se menciona nada más, antes de la aparición de Cristo a juzgar al mundo. Este será el gran día: el Juez, el Señor Jesucristo, entonces vestido en majestad y terror. Las personas que serán juzgadas son los muertos, pequeños y grandes; jóvenes y viejos; altos y bajos; ricos y pobres. Nadie es tan vil que no tenga talentos de los cuales debe rendir cuentas; y nadie es tan grande que pueda eludir la rendición de cuentas. No sólo los que estén vivos cuando venga Cristo, sino todos los muertos. Hay un libro de memorias para el bien y el mal; y el libro de la conciencia de los pecadores, aunque antes secreto, entonces será abierto. Cada hombre recordará todos sus actos pasados, aunque muchos los hayan olvidado hace largo tiempo. Otro libro será abierto, el libro de las Escrituras, la regla de vida; representa el conocimiento del Señor sobre su pueblo y sus declaraciones del arrepentimiento, la fe y las buenas obras de ellos; mostrando las bendiciones del nuevo pacto. Los hombres serán justificados o condenados por sus obras; él probará sus principios por sus prácticas. Los justificados y absueltos por el evangelio serán justificados y absueltos por el Juez y entrarán a la vida eterna, no teniendo que temer más la muerte, el infierno o a los hombres malos, porque ellos serán destruidos todos juntos. Esta es la segunda muerte, la separación final de los pecadores de Dios. Que sea nuestro gran afán ver si nuestras Biblias nos justifican o condenan ahora; porque Cristo juzgará los secretos de todos los hombres conforme al evangelio. ¿Quién habitará con las llamas devoradoras?

CAPÍTULO XXI

Versículos 1—8. *El nuevo cielo y la nueva tierra: la nueva Jerusalén donde habita Dios y termina toda tristeza de su pueblo.* 9—21. *Su origen, gloria y defensa segura, todos celestiales.* 22—27. *Su perfecta felicidad iluminada con la presencia de Dios y el Cordero, y en el libre acceso de las multitudes, hechas santas.*

Vv. 1—8. El nuevo cielo y la nueva tierra no estarán separados entre sí; la tierra de los santos, sus cuerpos glorificados serán celestiales. El viejo mundo con todos sus problemas y tribulaciones habrá pasado. No habrá mar, lo que representa adecuadamente la libertad de las pasiones contradictorias, de las tentaciones, los problemas, los cambios y las alarmas; de todo lo que pueda interrumpir o dividir la comunión de los santos. Esta nueva Jerusalén es la Iglesia de Dios en el estado nuevo perfecto, la Iglesia triunfante. Su bendición viene totalmente de Dios y depende de Él. —La presencia de Dios con su pueblo en el cielo no será interrumpida como es en la tierra, Él habitará con ellos continuamente. Todos los efectos de tribulaciones previas serán eliminados. Ellos han llorado a menudo debido al pecado, la aflicción, las calamidades de la Iglesia, pero no quedarán señales ni recuerdos de las congojas anteriores. Cristo hará nuevas todas las cosas. Si estamos dispuestos y deseosos de que el Redentor haga nuevas todas las cosas en nuestros corazones y naturaleza, Él hará nuevas todas las cosas acerca de nuestra situación hasta que nos lleve a disfrutar la felicidad completa. Nótese la certeza de la promesa. Dios da todos sus títulos, Alfa y Omega, Principio y Fin, como señal del cumplimiento pleno. Los placeres pecaminosos y sensuales son aguas envenenadas y cenagosas; y los mejores consuelos terrenales son como el escaso aprovisionamiento de una cisterna; cuando se idolizan, se vuelven cisternas rotas y sólo rinden vejación. Pero los goces que imparte

Cristo son las aguas que brotan de una fuente, puras, refrescantes, abundantes y eternas. Los consuelos santificadores del Espíritu Santo nos preparan para la dicha celestial; son corrientes que fluyen para nosotros en el desierto. —Los timoratos no se atreven a enfrentarse con las dificultades de la religión, su miedo esclavizante viene de su incredulidad; pero los que fueron tan cobardes que no se atrevieron a tomar la cruz de Cristo, estaban, no obstante tan desesperados que se precipitaron a la maldad abominable. Las agonías y los terrores de la primera muerte conducirán a los terrores y agonías mucho mayores de la muerte eterna.

Vv. 9—21. Dios tiene varias ocupaciones para Sus ángeles santos. A veces, tocan la trompeta de la providencia divina y advierten a un mundo indiferente; a veces, revelan cosas de naturaleza celestial a los herederos de la salvación. Los que desean tener vistas claras del cielo, deben acercarse tanto al cielo como puedan en el monte de la meditación y la fe. El tema de la visión es la Iglesia de Dios en estado perfecto triunfante, brillando en su lustre; gloriosa con relación a Cristo, lo cual muestra que la dicha del cielo consiste de la relación con Dios en conformidad con Él. —El cambio de símbolos de esposa a ciudad, muestra que sólo tenemos que hacernos ideas generales de esta descripción. —El muro es para seguridad. El cielo es un estado seguro; los que están ahí, están separados de todos los males y enemigos, y asegurados contra ellos. Esta ciudad es enorme; hay lugar para todo el pueblo de Dios. El cimiento del muro; la promesa y el poder de Dios, y la compra de Cristo son los fuertes fundamentos de la seguridad y felicidad de la Iglesia. Estos fundamentos estaban hechos de doce clases de piedras preciosas, lo cual connota la variedad y la excelencia de las doctrinas del evangelio, o de las virtudes del Espíritu Santo, o las excelencias personales del Señor Jesucristo. —El cielo tiene puerta; hay entrada libre para todos los que son santificados; ellos no se verán excluidos. —Las puertas son de perlas. Cristo es la Perla de gran precio y Él es nuestro Camino a Dios. La calle de la ciudad era de oro puro, como cristal transparente. Los santos del cielo pisan oro. Los santos están en reposo allí, pero este no es un estado de sueño y ocio; ellos tienen comunión no sólo con Dios, sino los unos con los otros. Todas estas glorias representan sólo débilmente al cielo.

Vv. 22—27. La comunión perfecta y directa con Dios suplirá con demasía el lugar de las instituciones del evangelio. ¿Y qué palabras pueden expresar más plenamente la unión de igualdad del Hijo con el Padre en la Divinidad? ¡Qué mundo lúgubre sería éste si no fuera por la luz del sol! ¿Qué hay en el cielo que supla su lugar? La gloria de Dios ilumina la ciudad y el Cordero es su Luz. Dios en Cristo será una Fuente eterna de conocimiento y gozo para los santos del cielo. No hay noche, por tanto, no es necesario cerrar las puertas; todo está en paz y seguro. Todo nos muestra que debemos ser guiados más y más a pensar en el cielo como lleno con la gloria de Dios, e iluminado por la presencia del Señor Jesús. —Nada pecador ni inmundo, idólatra o falso y engañoso puede entrar. Todos los habitantes son perfeccionados en santidad. Ahora los santos sienten una triste mezcla de corrupción que les estorba en el servicio de Dios, e interrumpe su comunión con Él; pero al entrar al Lugar Santísimo, son lavados en el lavacro de la sangre de Cristo y son presentados al Padre sin mancha. —Nadie que obre abominaciones es admitido en el cielo. Está libre de hipócritas y de mentirosos. Como nada inmundo puede entrar al cielo, estimulémonos con estos vistazos de las cosas celestiales para usar toda diligencia, y la perfecta santidad en el temor de Dios.

CAPÍTULO XXII

Versículos 1—5. *Una descripción del estado celestial con las figuras del agua y los árboles de la vida, y del trono de Dios y el Cordero.* 6—19. *La verdad y el certero cumplimiento de todas las*

visiones proféticas.—El Espíritu Santo y la esposa, la Iglesia, invitan y dicen, Ven. 20, 21. *La bendición final.*

Vv. 1—5. Todos los arroyos del consuelo terrenal son fangosos, pero estos son claros y refrescantes. Dan vida, y preservan la vida, para los que beben de ellos, y así, fluirán para siempre. Indican las influencias vivificantes y santificadoras del Espíritu Santo, según se dan a los pecadores por medio de Cristo. El Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo, aplica esta salvación a nuestras almas por su amor y poder que crean de nuevo. Los árboles de vida son alimentados por las aguas puras del río que sale del trono de Dios. La presencia de Dios en el cielo es la salud y la dicha de los santos. Este árbol era un símbolo de Cristo y de todas las bendiciones de su salvación; y las hojas para sanar las naciones significan que su favor y presencia suplen todo el bien a los habitantes de ese mundo bendito. —El diablo no tiene poder allí; no puede desviar a los santos de servir a Dios, ni puede perturbarlos en el servicio de Dios. Aquí se habla como de Uno de Dios y del Cordero. El servicio será ahí no sólo libertad, sino honor y dominio. No habrá noche; ni aflicción ni congoja, nada de pausas en el servicio o el placer: nada de diversiones o placeres de invención humana serán deseados allí. ¡Qué diferente todo esto de los puntos de vista puramente humanos y groseros de la dicha celestial, de los que se refieren a los placeres de la mente!

Vv. 6—19. El Señor Jesús habló por el ángel, confirmando solemnemente el contenido de este libro, particularmente de esta última visión. Él es el Señor Dios fiel y verdadero. Además, habló por sus mensajeros, los santos ángeles que le comunicaron a los hombres santos de Dios. Estas son cosas que deben finalizar dentro de poco. Cristo vendrá pronto y pondrá todas las cosas fuera de duda. Y habló por la integridad del ángel que había sido el intérprete del apóstol. Él rehusó aceptar la adoración de parte de Juan y lo reprendió por ofrecerla. Esto presenta otro testimonio contra la adoración idólatra de santos y ángeles. Dios llama a cada uno a dar testimonio de las declaraciones aquí hechas. Este libro, así conservado abierto, tendrá efecto en los hombres: el inmundo y el injusto lo será más; pero confirmará, fortalecerá y santificará más a los que son justos para con Dios. —Nunca pensemos que una fe muerta o desobediente nos salvará, porque el Primero y el Último ha declarado que son bienaventurados solo los que hacen sus mandamientos. Este es un libro que excluye del cielo a todas las personas malas e injustas, en particular las que aman y hacen mentiras, por tanto, en sí mismo [este libro] no puede ser una mentira. No hay punto ni condición intermedios. —Jesús, que es el Espíritu de profecía, ha dado a sus iglesias la luz matutina de la profecía para asegurarles la luz del perfecto día que se aproxima. Todo está confirmado por una invitación general directa a la humanidad a ir y participar libremente de las promesas y de los privilegios del evangelio. El Espíritu, por la palabra sagrada, y por las convicciones e influencias en la conciencia del pecador, dice: Ven a Cristo para salvación; y la novia, o toda la Iglesia, en la tierra y el cielo, dice: Ven y comparte nuestra dicha. Para que ninguno dude, se agrega: El que quiera o esté deseoso, venga y tome del agua de la vida gratuitamente. Que cada uno que oiga o lea estas palabras, desee de inmediato aceptar la invitación de gracia. Están condenados todos los que se atrevan a corromper o a cambiar la palabra de Dios sea agregándole o quitándole.

Vv. 20, 21. Luego de descubrir estas cosas a su pueblo de la tierra, Cristo parece irse de ellos volviendo al cielo, pero les asegura que no pasará mucho tiempo antes que vuelva otra vez. Mientras estamos ocupados en los deberes de nuestros diferentes puestos en la vida, no importa cuales sean las labores que nos prueben, o las dificultades que nos rodeen, o las congojas que nos opriman, escuchemos con placer a nuestro Señor que proclama: He aquí, yo vengo pronto. Yo vengo a terminar la labor y el sufrimiento de mis siervos. Yo vengo, y mi galardón de gracia conmigo, para premiar, con abundancia verdadera, a toda obra de fe y trabajo de amor. Vengo a recibir a mi pueblo fiel y perseverante para mí mismo, para habitar por siempre en aquel mundo bendito. Amén, así sea, ven, Señor Jesús. —Una bendición cierra todo. Por la gracia de Cristo debemos ser mantenidos en la

expectativa gozosa de su gloria, equipados para ella y preservados para ella; y su manifestación gloriosa será de regocijo para los que participan aquí de su gracia y favor. Que todos digan, Amén. Tengamos sed de las grandes medidas de las influencias de gracia del bendito Jesús para nuestras almas y de su presencia de gracia con nosotros hasta que la gloria haga perfecta su gracia en nosotros.

Gloria sea al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo; como era en el principio, es ahora y ha de ser, eternamente en el mundo sin fin. Amén.

FIN